Digitized by the Internet Archive
in 2026 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/pucky2227unse

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Diciembre 7
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 271

20 cts.

EL ASESINO INCONSCIENTE

por FREEMAN R. SEWELL

¿Es posible cometer un crimen impulsado por el poder misterioso de la sugestión hipnótica?

Barnigugli y su pingo Tragavientos

(Continúa en la página 67)

Sumario

805
PU
v.22:271-283
1928D-1929Mr

Este número contiene, entre otros valiosos materiales, los siguientes:

EL ASESINO INCONSCIENTE

por FREEMAN R. SEWELL.

El problema que encara el autor de este cuento es realmente de gran importancia. ¿Es posible cometer un crimen bajo la acción sugestiva ejercida en un sujeto por un hipnotizador?

EL SECRETO DEL DOCTOR BURNA.

por LEO FORGRAVE.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON

por S. S. VAN DINE.

Extraordinaria novela de asunto policial, en la que su autor desarrolla una interesante y novedosa tesis para la investigación de los crímenes.

LA CENA DEL RATON

por WALLACE IRWIN.

UN POCO DE HUMORISMO

TARZAN DE LOS MONOS

por EDGAR RICE BURROUGHS

Lectura de gran interés en la que las aventuras más extraordinarias y emocionantes se suceden sin interrupción.

EL EMBAJADOR DE MARTE

por HARL VINCENT.

LA CONFIANZA

por RINET-VALMER.

EL ESTAFADOR DE MENFIS

por EDGAR WALLACE.

CONCURSO DE CHISTES DE "PUCKY."

En el próximo número de "Pucky" publicaremos EL MISIONERO

por R. W. ALEXANDER.

En este cuento, su autor demuestra las brillantes cualidades descriptivas que posee, haciendo vivir al lector momentos de gran intensidad dramática, en un ambiente caldeado por las más encontradas pasiones humanas y poblado de los peligros y misterios que envuelven a la selva.

EL PIBE LA CONOCE

El chico que acompaña a la tía que está de compras, le dice a la vendedora:
—Vea señorita. No pierda tiempo enseñándole los primeros diez o doce pares. Muéstrele ya los otros que siguen.

De "Punch"

POR LAS DUDAS...

—Carlos, — le decía a su esposo una señora durane un viaje en ferrocarril, — recuerdas que una vez en el tren tuvimos un idilio?

—No recuerdo ni medio, — contestó Carlos rascándose la pelada.

—Ya me parecía que no; pero dime: ¿no te acuerdas que fué un par de zapatillas que yo te regalé lo que nos condujo al matrimonio ¿Te acuerdas qué bien te quedaban; no es cierto? ¿No? ¡Pero qué memoria...! Pues un día que viajábamos en el tren para ir a un pic-nic tú habías puesto los pies sobre el asiento de enfrente, y, aprovechando un descuido tuyo, te tomé la medida. A no ser por ese par de zapatillas, estoy segura que no nos hubiéramos casado.

Un joven soltero que viajaba en el asiento de atrás al oír esto bajó apresuradamente los pies que tenía sobre el de enfrente.

El asesino inconsciente

Por FREEMAN R. SEWELL

En este cuento se desarrolla un argumento de extraordinario interés: ¿Es posible cometer un crimen, contra la voluntad de quien lo ejecuta?

El misterio y el drama, están admirablemente ligados con un suave lazo de exquisita sentimentalidad, que aumentan la belleza de esta notable obra de Freeman R. Sewell.

POR Dios que tenía hambre! Supongamos que rompiera de un ladrillazo la vidriera del restaurante y robara esa comida tentadora, ¿qué diría al juez? Yo le diría: enciérreme no más, señor juez. Soy un simple veterano, Freeman R. Sewell, antes teniente primero de infantería; pero ahora... un vagabundo.

No tiene importancia que yo haya ganado medallas de oro. No las puedo comer, ¿verdad, señor juez? Pero ¿qué me importa ya? Nueve años en el hospital luchando contra los efectos del diabólico gas asfixiante, luchando contra una herida de bala en la cadera, luchando en fin contra los mayores inconvenientes. Los amigos, han desaparecido; los parientes, no existen; todo perdido. Mi carrera también tronchada. No quieren emplear a un vagabundo, señor juez, un vagabundo que ha cursado estudios de arquitecto.

Más allá de las viandas exhibidas en la vidriera, me ví reflejado en un espejo. Mi cara estaba demacrada y cadavérica como la de un fantasma. Una tormenta de invierno me calaba hasta los huesos.

Y por Dios que estaba famélico.

Acaso la cajera del restaurante se compadecería de mi. Era rubia, — como aquella que conocí en el hospital de Francia. — Vi a aquella chica muchas veces en mis sueños. Era dulce y bella, y su sojos celestes, de franca expresión, estaban llenos de alegría. Nunca supe su nombre. En el hospital la llamábamos "rubiecita", aunque sabíamos que era de buena familia. Así era la camaradería de la guerra. La guerra nivela todos los rangos, de un modo o de otro. Teniente primero Freeman R. Sewell del ex cuerpo continental de aviación, ahora rebajado al nivel de un vagabundo.

Me reí huecamente, e iba a pedir una limosna en el restaurante, cuando una voz a mis espaldas me hizo dar vuelta.

—¿Tienes hambre, colega?

A la luz que salía de la vidriera del restaurante miré sorprendodo al que me hablaba. Era de mi misma edad aproximadamente, alrededor de 38 años. Un gran sobretodo de pieles rechazaba el agua de sus espaldas como un impermeable. En s uboca cruel y sensual tenía un cigarro. Sus diminutos ojos me examinaron de arriba abajo.

—Estoy tan hambriento, — le contesté, —que sería capaz de asesinar a alguno.

Sus ojitos se contrajeron; me examinó detenidamente.

—¿Veterano, verdad? También lo soy yo en cierto modo. Soy colega suyo. Yo fabricaba las cosas que ustedes le tiraban al enemigo. Municiones; usted me entiende. Decían que yo era demasiado valioso para ir personalmente. Yo ayudaba desde la fábrica. Estaba rodeado de cartuchos y cascos de granada pero no eran peligrosos, ha, ha!

Se adelantó de pronto y me tomó del brazo.

—Usted es un colega mio, y yo siempre quiero ayudar a mis colegas. Entre usted.

Me metió dentro de un lujoso automóvil, le gruñó unas palabras al chauffeur y nos pusimos en marcha. Era maravilloso para mi, sentirme a cubierto del frío y de la lluvia.

No sabía adónde íbamos. No me preocupaba. Ninguna cosa me importaba ya.

Me dijo que su nombre era Jackson. Reginald Jackson, y me preguntó algunas cosas respecto a mi persona. Supongo que le contesté con monosílabos. Mi cadera quebrada me dolía horriblemente por el frío y la humedad y estaba mareado de hambre y de cansancio.

Después de un rato, se detuvo el automóvil delante de un gran edificio con frente de piedra, situado en un barrio aristocrático.

Me hizo pasar a un aposento régiamente alfombrado. Me parecía un sacrilegio caminar sobre la alfombra con mis zapatos chorreando agua. Acercó una silla delante de un radiador disimulado en la pared y después que me hube dejado caer en ella me dió a tomar un trago de brandy.

El líquido ardoroso me dió nuevas fuerzas después de pasado el ligero mareo que me produjo.

Con un nuevo cigarro entre los labios, inclinado impertinentemente hacia arriba, Jackson se paró delante de mi.

—Dijo usted hace un momento que tenía tanta hambre que sería capaz de matar a un hombre.

Menée la mano con gesto de desamparo.

—¿Tiene usted algún dinero? — preguntó.

Largué una carcajada sibilante y cínica. ¿Dinero? No había tenido un centavo desde hacía una semana, desde aquellos cincuenta centavos que gané llevando la valija a un viajero.

—¿Le agradaría tener mil pesos?

Lo miré azorado y tragué saliva. Mil pesos me parecían una fortuna.

Se arrellanó en un sillón a mi lado, extrajo del bolsillo interior del saco un sobre largo, del cual fué sacando billetes de cincuenta pesos. Casi sin aliento los iba contando uno, dos, tres... cinco... diez... veinte. Mil pesos.

Sonrió y su cara tomó una expresión de lobo. Pausadamente sacó del bolsillo del pantalón un revólver y lo colocó al lado de los billetes.

—Dijo usted que mataría a un hombre, — repitió él. — Aquí hay mil pesos. Son suyos si lo hace. No le costará mucho trabajo. Y nunca lo descubrirán a usted. No tendrá que salir siquiera de esta habitación.

—Pero... yo... yo no podría matar a nadie. Verdad que soy un vagabundo y todo lo demás, pero no puedo cometer un asesinato, — protesté yo.

Guiñó un ojo durante un instante por el escozor que le produjo el humo del cigarro. Su cara tomó una expresión cínica y bestial.

—¿Qué no podría usted asesinar? ¿Qué hacía usted en Francia? ¿Dejaba escapar al enemigo?

Por Dios, qué perspicaz era. ¿Cómo sabía él de aquella vez que encontré a un muchacho rubio en el bosque, uno que usaba uniforme enemigo?

Ese mchacho no tuvo más intención de matarme qeu la que yo tuve de voltearlo con un tiro de mi pistola automática. Pero estábamos en guerra. Nos impelía una fuerza irresistible. Eramos autómatas.

¿Cómo sabía Jackson esto?

Sirvió otra copa de brandy. La arrebaté con manos temblorosas.

—¿Se siente mejor? — preguntó.

Asentí con un movimiento de cabeza.

* * * *

Levantándose, apretó un botón de campanilla. Apareció un sirviente. Un viejo con una delgada cara de cuervo.

—La cena, — ordenó Jackson lacónicamente. — Sírvala aquí, Hopquins.

Como por arte de magia la comida apareció sobre la mesa. Una gran sopera con una apetitosa y espesa sopa y en bandeja de plata una jugosa costilla. Cubiertos de reluciente plata, servicio de hilo inmaculado y desde alguna parte llegaba el aroma del café.

El cuarto estaba lleno de olor de comida. Empecé a respirar el aire a grandes bocanadas. ¡Dios! qué hambre y allí a un paso tenía una comida como no había probado desde hacía mucho tiempo. Ella me daría fuerza y haría desaparecer mis terribles dolores. Estaba mareado por los efectos de hambre y por la bebida. Pero Jackson era un demonio cruel. Me observaba a través del humo del cigarro. El sabía lo que pasaba en mi mente. Sabía que me moría de hambre y que allí, en la mesa, estaba la comida. ¡Oh! Sí. Ya lo creo que mataría a un hombre por comer.

—¿Y qué me contesta? — dijo por fin.

—¡Sí! — le grité. — Haré cualquier cosa que usted quiera, pero déjeme comer algo.

—¿Hará cualquier cosa?

—Sí, sí, cualquier cosa.

Saltando de mi silla me dirigí a la mesa. Pero él me tomó de los brazos y me empujó sobre la silla.

—Un momento, dijo, terminemos esto primero.

Lo miré fijamente, jadeante, debilitado, poseído solamente por el deseo de comer los alimentos que estaban sobre la mesa.

—El pacto primero, — dijo Jackson; — después el pago.

—Qué es lo que quiere, — le dije con voz ronca. — Haré cualquier cosa, pero déjeme comer.

—Es muy fácil, — dijo sonriendo. — El hombre a quien yo quiero que usted mate, vive a pocas millas de aquí. No le importe saber la razón por que deseo que lo mate. Suponga usted que es un rival que me puede quitar el contrato más grande del mundo. Suponga usted que yo quiero ese contrato, y por Dios que lo he de conseguir!

Hizo una pausa, hundiendo los dientes en el cigarro. Su cara era diabólica.

—Muy bien — prosiguió. — Ese hombre está condenado por mí a morir. Usted es el que lo va a hacer. Usted ha matado antes, y puede quitarlo del medio sin ningún trabajo. Y no dirá que no me cuido de usted. Vamos desde ahora a preparar el testimonio de su ausencia del lugar del crimen.

Nuevamente hizo sonar el timbre. Hopquins apareció de repente en el cuarto como si fuera un fantasma.

—Hopquins, — dijo Jackson, — ¿qué hora es?

—Las veintiuna horas y tres minutos del día 7 de diciembre.

—Muy bien, — dijo Jackson. — Hopquins, este es el teniente primero Sewell. Si alguno en lo futuro le preguntara adónde estuvo el teniente primero Sewell el día 7 de diciembre, ¿qué diría usted?

Hopquins sonrió maliciosamente.

—Que estuvo aquí, señor; desde las veinte horas y treinta minutos hasta muy entrada la noche.

—Exactamente. Jackson se frotó las manos y se rió. — Llame ahora a la sirvienta.

A ella le dijo exactamente lo mismo.

—Ya vé usted, — me dijo sonriendo, — qué fácil es.

—No veo cómo puedo matar a un hombre sin dejar la habitación, si él vive en otra parte.

—Proyectándose usted, — me dijo.

—¿Proyectándome? — le pregunté extrañado.

—Ciertamente. Al aceptar mi ofrecimiento no sólo hace usted un pacto conmigo, sino con las fuerzas del más allá que yo domino. Usted habrá leído algo sobre la transmigración de las almas, ¿verdad? Eso es, después de que el cuerpo ha muerto. Pero, como hombre inteligente que es usted, debe saber que cada uno de nosotros tenemos un cuerpo astral o fantasmático, un ser subconciente. Cuando dormimos, el subconciente está en actividad, sin las trabas que le imponen las mil y una preocupaciones que distraen nuestro pensamiento consciente en las horas de vigilia. Yo tengo el poder de dirigir su cuerpo astral, si usted voluntariamente se somete a mi voluntad.

Esperó un momento para que esto penetrara en mi cerebro confuso. Hopquins apareció silenciosamente, como un espectro. Se llevó la gran bandeja de plata sobre la cual se estaba enfriando la costilla asada. Al observarlo, el tormento del hambre se acrecentó en mi. Me parecía que era capaz de saltarle al cuello. Intenté levantarme con ademán de protesta. Pero Jackson me empujó otra vez a la silla.

Su "doble" fué proyectado fuera del cuerpo por un hipnotizador y enviado a matar a un hombre. Y entonces, fuerzas misteriosas del otro mundo....

—No tan pronto, colega — me dijo. — Todo a su debido tiempo, si usted consiente. Si no, se irá de esta casa tan hambriento como entró. ¿Me va usted a escuchar?

Yo asentí con la cabeza.

Su voz se hizo áspera, fría, dominadora.

—Usted tendrá su cena. Entonces se acostará en ese sofá. Por medio de su concentración y la mía, usted proyectará su cuerpo astral a la casa de aquel hombre. El es de cierta edad. Muy pronto se va a acostar. Todo lo que tiene que hacer es clavar este puñal entre sus costillas.

Jackson sacó del cajón de la mesa, un cuchillo afilado como una navaja.

—Nadie lo verá a usted, — prosiguió. — Nadie sabrá cómo fué asesinado. No será usted tampoco quien lo matará. Será su cuerpo astral — su fantasma. — Su cuerpo material no tendrá que salir de este cuarto. Hopquins y la sirvienta podrán jurar que usted ha estado aquí. No vé usted cuán fácil es? Y por hacer eso tendrá usted una cena y mil pesos; ¿ve usted con qué facilidad los puede ganar?

Yo tenía miedo.

—No sé nada de cómo desdoblarme—dijé.

—Eso no importa. Corre por mi cuenta. De pronto se apoderó del revólver que estaba sobre la mesa. Se paró delante apuntándome al pecho.

—Maldito sea, — gritó furiosamente. — ¿Lo hará o no lo hará? Contésteme. Si o no. Diga sí, y tendrá el dinero y la cena. Diga no, y me parta un rayo si sale vivo de esta habitación.

Hopquins volvió con la cena caliente. El olor de la comida era suficiente para volverme loco.

—Sí, — grité desesperadamente. — Usted es el mismo demonio. Deme de comer y haré cualquier cosa que me ordene.

Jackson se sonrió para sí y guardó el revólver en el bolsillo.

—Sirve la cena, Hopquins, — dijo brevemente.

Fué la comida más maravillosa que he probado. Comí vorazmente. Mientras comía, todas las fatigas y penas que me habían agobiado, parecía que se alejaban de mí. No me sentía más un vagabundo. Había vuelto a ser un caballero, con Hopquins sirviéndome a las espaldas y Jackson al otro lado de la mesa, conversando sobre proyectos de arquitectura y la situación del comercio — como si fuera su más querido amigo.

Por fin Jackson retiró su silla. Disimuladamente bostecé. Me sentía soñoliento. Quería dormir.

—¿Y bien? — me interrogó.

Sufrí una gran reacción. No quería matar a nadie. La cara de ese muchacho alemán en Francia, me perseguía. No. No podía matar. Lo que quería era dormir.

—¿Está usted listo? — me preguntó.

—No, no estoy listo, — le contesté. — He decidido distintamente. No voy a asesinar a nadie, ni por usted ni por ninguna otra persona. Muchas gracias por la cena, pero en cuanto a lo otro, váyase usted al infierno.

La cara de Jackson se puso negra de rabia. Rápidamente sacó el revólver del bolsillo.

—Hopquins, — llamó.

* * * *

Antes de que pudiera protegerme, aquel hombre me sujetó. Luché como pude pero él tenía más fuerza que yo. El largo tiempo que estuve en el hospital había minado mi vitalidad. Pataleé y lo golpeé, pero Hopquins permanecía impasible. Mis golpes eran inofensivos como los de un niño. Hopquins me levantó y me llevó al sofá.

Entonces Jackson se agachó delante de mí y me apretó el caño del revólver contra el pecho.

—Usted o el otro, — me dijo.

Bien entendí lo que me quería decir.

—El nombre de su víctima, — siguió diciendo rápidamente. — es Welling. Vive en

la esquina de las calle Needham y Waiwrigth. Usted lo encontrará. Súbase usted por la hiedra, hasta su habitación que está en el fondo. Aquí está el puñal, consérvelo usted en su mano. Cuando lo haya liquidado vuelva usted.

Cierre ahora los ojos. Repita conmigo: "Voy a ir a la casa de Welling y lo mataré". Concéntrese usted. Eso es, cierre los ojos.

Cerré los ojos con la intención de simular que dormía. Pero no tendría que simularlo. Necesitaba dormir, dejarme estar allí y perderme en la dulce inconsciencia del sueño, dejar laxos todos los músculos de mi cuerpo rendido. No quería pensar en nada y mucho menos en matar a nadie. Jackson estaba allí parado delante. Oía su voz.

—Está bien, Hopquins, — dijo.

De pronto sentí que el hombre ponía sus dedos sobre mi frente. Eran dedos largos, como garras y fríos como el hielo. Suavemente al principio movía las yemas de los dedos sobre mis ojos, en círculos pequeños. Después los fué agrandando. Deslizó los pulgares hacia mis sienes haciendo presión.

Abrí los ojos y lo miré. Me estremecí. Reclinado encima de mí, con su cara cerca de la mía, estaba él desprendido de las cosas materiales. Era una calavera riéndose diabólicamente. Percibí el olor de una tumba que no ha sido abierta por mucho tiempo. Hopquins no era un ser viviente. Era un espectro.

Traté de incorporarme, de levantarme. Pero esos dedos como garras me sujetaron para abajo. Su voz me susurraba ahora al oído.

—Usted va a matar a Welling. Usted va a matar a Welling.

Una y otra vez repitió esas palabras hasta que se hicieron un canto monótono, grabándose en mi cerebro. No podía pensar en otra cosa. Traté de hacerlo pero no me fué posible. De pronto me di cuenta que estaba repitiendo sin querer...

—Voy a matar a Welling. Voy a matar a Welling.

Otra vez los dedos helados se movieron en círculos sobre mis ojos. Sentía que me hundía miles de kilómetros en el vacío.

Me invadía un gran dolor que se hizo más agudo en mi cadera herida; dí un grito.

De pronto, como si hubiera abandonado una pesada coraza, el dolor cesó. Liviano como el aire, me sentí elevarme flotando con el puñal en la mano.

Por un momento se obscureció el cuarto y me parecía que me iba a desmayar. Después se iluminó nuevamente, pero la luz tenía un tinte azulado — un color extraño — sobrenatural.

Miré en derredor mío para buscar a Jackson, pero él había desaparecido.

Sin embargo sentía la presencia de alguien cerca de mí. Miré detrás y ví una cosa que me aterrorizó.

Era Hopquins — pero no era el hombre material que había servido la cena. Era una figura vaporosa, intangible, coronada por la calavera de diabólica sonrisa. Sin embargo yo sabía que era Hopquins. Ahora me señalaba el camino con la mano. Con la vista seguí la dirección indicada. Yo intentaba en vano gritar.

Allí, sobre el sofá, estaba mi propia figura, vestida con las mismas ropas raídas que yo había usado. En su cara — mi cara

Hubiera deseado postrarme de rodillas y dar gracias a Dios, cuando ví al viejo allí.

— había una expresión de terrible angustia. El pecho no se movía, parecía muerto.

Y en la mano derecha de mi cuerpo estaba el puñal.

Sin comprender miré mi propia mano derecha. Tenía también un puñal — el mismo puñal — Me acerqué al sofá. Toqué el cuerpo. Las carnes eran firmes. Sin embargo, aquí estaba yo parado al lado de él — al lado de mí mismo.

De pronto me dí cuenta de una cosa horrible.

Una carcajada hueca sonó detrás de mí. Me dí vuelta y ví otra vez a Hopquins — ese espectro riente. — No dijo ua nsola palabra pero yo sabía lo que quería

Repentinamente me vino un deseo salvaje de hacer mal. ¿Y por qué no? La policía no podía apresarme ahora. Jackson había preparado los testimonios de mi ausencia en cualquier otro sitio. Yo, el mortal estaba allí acostado. Pero yo, el fantasma podía hacer lo que deseara.

* * * *

Pronto advertí que bastaba desear una cosa para que se cumpliera. La voz que oí mientras estaba en el sofá, ahora me dominaba. Era como un cántico ritual grabado en mi cerebro. Una y otra vez repetía en mi conciencia: "Voy a matar a Welling".

Y en la más mínima fracción de tiempo—más pronto casi de lo que podía pensarlo — me encontré parado en la calle, delante de una gran casa. Era un sitio que nunca había visto antes.

Había barro y nieve en la vereda. El viento soplaba violentamente, pero yo no lo sentía.

De improviso, como si supiera exactamente lo que debía hacer, di vuelta y corrí por un pasillo hasta los fondos de la casa. En alguna parte sonaron las doce. Era media noche — la hora de los fantasmas.

A las paredes de la casa estaba adherida una hiedra, vieja y gruesa. Sujetándome de sus ramas trepé hacia una parte del segundo piso, donde vi una ventana abierta. No tenía necesidad de pensar. Sabía sin hesitación lo que debía hacer. Miré cautelosamente por esa ventana. Comprobé que podía ver en la obscuridad, aunque todo tenía un tinte azul, extraño. Era un dormitorio. En la cama estaba acostado un hombre de edad, de cara agradable y expresión vigorosa. Nuevamente, no necesité que me lo dije-

sentado, aparentemente gozando de buena salud.

ran, sabía, sin darme cuenta de cómo, que ese era Welling, el hombre a quien debía matar.

Me acerqué a la cama. En ese momento se dió vuelta. Estaba por despertar. Si quería cometer el hecho, debía proceder inmediatamente.

Levanté el cuchillo para dar el golpe fatal.

De improviso saltó de entre las sombras una forma que me sujetó el brazo. Me dí vuelta atemorizado. ¿Era la policía? ¿Me habían descubierto? ¿Fracasaría el plan de Jackson?

Miré azorado la figura que estaba parada a mi lado. Tenía sorprendente parecido con el hombre acostado en la cama. Pero de qué modo raro estaba vestido.

Usaba un corto saco negro, pantalones que le llegaban hasta la rodilla, medias negras y zapatos escotados de cuero rústico. Un gran sombrero de fieltro cubría su cabello gris y rizado.

Con voz ronca,pero de timbre benévolo, me dijo:

—Espíritu infeliz, ¿qué mal te ha hecho ese hombre?

No pude contestar, porque me sentí acobardado. Su expresión era enérgica y fuerte su brazo. Había en mí una mezcla de vergüenza y de temor. Quería huir de aquel cuarto, alejarme de la presencia de aquel extraño personaje.

Entonces, como una onda eléctrica más poderosa, sentí esa fuerza que me dominaba y que sabía era de Hopquins desde la casa allá lejos, donde reposaba mi cuerpo.

Miré a la cama y sentí un sobresalto. Welling estaba despierto, y me miraba. Seguramente llamaría a la policía.

Experimenté el temor desesperado que siente un ratón cazado en una trampa. Con movimiento repentino zafé mi brazo de la sujeción de aquella extraña persona que estaba a mi lado y dirigí la punta del puñal al pecho de Welling.

Atravesó las frazadas. Ví a Welling dar un sobresalto: sus mejillas se colorearon e inmediatamente se pusieron pálidas; su cuerpo se convulsionó. El golpe había llegado, aunque la figura que estaba a mi lado procuró desviarlo.

Welling yacía allí, con la palidez de la muerte y los ojos saltando de sus órbitas.

Que llamen a la policía ahora. Al diablo con ese hombre que estaba a mi lado. Hopquins me protegería. El era mi mentor. Lancé una carcajada.

Otra vez aquel hombre misterioso me habló al oído.

—Vuelve a tu cuerpo mortal. Vuelve por el bien de ella. No lo mates. Ella te ama. Sálvate por ella. Vete.

¿Ella? ¿Qué quería decir? No lo entendía. Pero de pronto ví que quien así me hablaba no era una persona. Era también como yo un fantasma. A través de sus formas, tan extrañamente vestidas, podía ver los objetos del cuarto.

Mientras lo miraba asombrado, oí la voz aterrada de una mujer.

Miré hacia la puerta y tuve una sensación de desmayo.

Era la joven que conocí en Francia, la joven cuya cara estaba siempre presente en mi imaginación.

Ella pareció no ver a los que estábamos al lado del lecho.

—Padre, — exclamó; — ¿qué hay, qué es lo que ha pasado?

Su voz resonó en mis oídos. ¿Era su padre a quien yo había asesinado? Me tambaleé hacia atrás y de pronto me pareció que caía en un abismo a miles de kilómetros de profundidad. Seguía oyendo su voz. Y cuando parecía que no podía caer más, de pronto abrí los ojos.

Encima de mí estaba Jackson, con una sonrisa de satisfacción en su cara malvada. Hopquins estaba esperando órdenes. Sin comprender lo que pasaba, sintiéndome enfermo, miré a mi alrededor.

—Conque realizó el hecho, ¿eh? — me dijo ayudándome a incorporarme. — No necesito preguntárselo. Lo hemos observado aquí en el sofá. Lo vimos levantar el brazo y clavar el puñal. Fué un golpe recio. Uno más de mis competidores quitado del camino.

Lentamente me puse de pie.

Jackson parado delante de mí, señalaba los billetes encima de la mesa

—Ahí tiene su dinero, colega, — me dijo afablemente. Y bien lo ha ganado. Creo que hemos terminado. Ahora puede usted retirarse

Me incliné como para alcanzar el dinero y tomé en vez el revólver. Jackson se echó hacia atrás, asustado, cuando apunté el caño hacia él.

—No quiero su dinero, — le dije rugiendo despectivamente. — Maldito sea usted, engendro del infierno Se ha aprovechado usted de mí porque estaba caído en la miseria y hambriento. He asesinado por usted, pero no quiero su dinero. Lo que debería hacer es quemarlo de un tiro — y a esa bestia también. — dije apuntando el revólver a Hopquins. Pero no lo haré. Dios sabe que no quiero más sangre sobre mi alma.

Teniendo todavía el revólver, retrocedí. Jackson se encogió de hombros.

—Mil pesos, son mil pesos, colega, — me dijo.

Yo no le escuché. Rápidamente me dí vuelta y salí del cuarto. Logré encontrar la puerta de calle y salí afuera, en medio de la tormenta. Sacudí mis puños contra la casa. La maldije a ella y a todo lo que había dentro. Pero fué ese un gesto innecesario e inútil.

Supe algunas semanas después que Jackson murió en un accidente de automóvil.

Pero en aquel momento no me importaba lo que me sucediera. No me importaba la lluvia ni el frío, ni siquiera que me aguardara la muerte. Tiré el revólver dentro de un desagüe de la calle.

Mientras iba tambaleándome por la calle, una forma salió de entre las sombras y se puso a caminar detrás mío. Después de un rato me dí vuelta para mirarla. Era el mismo viejo que se paró a mi lado en el dormitorio de Welling:

—¿Así que me ha venido a buscar? — le dije despectivamente. — Bien, aquí estoy. Lléveme y haga de mí lo que le plazca. A mí qué me importa!

No me contestó una palabra. Siguió caminando a mi lado. Estaba cubierto por una amplia capa y en la mano levaba un bastón con gran puño de oro. La tormenta no me helaba ya. Me dí vuelta para mirarlo, pero había desaparecido. Yo estaba solo.

Me detuve asombrado , y al mirar hacia abajo, ví a mis pies algo que nada tenía que ver con apariciones ni fantasmas. Allí, arrugado entre el barro estaba un billete de banco. No era una gran cantidad, pero para mí era como una bendición del cielo. Desde aquel momento mi suerte se dió vuelta.

Lo levanté, me dirigí a un hotel modesto que conocía y solicité una habitación. El encargado me miró con desconfianza y me exigió le pagara adelantado. Pero no me sentí molestado por eso. Estaba contento de encontrarme a cubierto de la lluvia y tener una cama donde acostarme. Me dormí inmediatamente.

Cuando por fin desperté me quedaba aun bastante dinero para pagarme un buen almuerzo, comprarme nuevas ropas interiores y hacerme afeitar. Lo gasté todo.

Me puse en seguida a buscar trabajo. Hasta entonces nadie había querido emplear a un vagabundo. Pero ahora no lo parecía tanto. Estaba otra vez limpio.

Caminaba por una avenida de suntuosos edificios, cuando de una puerta salió ladrando retozonamente un pequeño perro. Habría perecido bajo las ruedas de un automóvil que se acercaba velozmente, si yo, casi sin pensar lo que hacía, no hubiera dado un salto para agarrarlo. Ese acto, que realicé casi involuntariamente, fué para mí el principio de una nueva vida.

En efecto, cuando dejé el perrito sobre la vereda, oí una voz que me llamaba.

—Era el perrito favorito de mi esposa inválida, — dijo un hombre detrás de mí. — La muerte del perro habría sido la muerte para ella. Y usted casi pierde la vida por salvarlo.

No le dí importancia al hecho, pero él insistió en que quería recompensarme, haciéndome algún servicio. Y esa fué la iniciación de mi buena suerte. El hombre era un conocido arquitecto y cuando le expliqué mi situación y los estudios que había cursado, no titubeó en emplearme en su oficina.

Poco a poco volví a ser una persona decente. Los largos días de sufrimiento en el hospital y el tiempo que fuí vagabundo, se borraron gradualmente de mi imaginación

Había días malos, días en que me sentía deprimido. En esas ocasiones ocurría algo extraordinario. Se me aparecía el viejo misterioso.

Al principio me asustaba, porque él sabía el terrible secreto que pesaba sobre mi concincia. Retrocediendo acobardado, le gritaba que se fuera, pero él no se iba.

Finalmente, acabé por caer en cuenta de que cada vez que él aparecía, yo me sentía después más fuerte y animado.

Muchas veces traté de adivinar la razón de que esa sombra se acercara a mí. Yo era un asesino y él lo sabía. Si en efecto era él quien me infundía serenidad y renovadas fuerzas, sería acaso, que estaba jugando conmigo hasta el día que pudiera tomar su venganza?

Sin embargo, por alguna razón desconocida, él trataba de ayudarme — y lo hacía en efecto.

En el transcurso del tiempo, llegué a desear su presencia cada vez que me sentía deprimido, y nunca dejó de presentarse en esas ocasiones. Una vez se me ocurrió pensar cómo se llamaría él, y sin saber por qué me vino a la imaginación el nombre de Pedro. Lo pronuncié en alta voz y él me sonrió asintiendo.

Desde entonces lo llamaba por ese nombre, siempre que necesitaba ayuda. Me hice de pocos amigos, pues me ocupaba de lleno en mi trabajo. Era, pues, una persona solitaria. Pero Pedro siempre me visitaba.

Un día mi empleador me llamó a su oficina.

—Tengo un cliente que desea le proyecten una casa de campo fuera de lo común. Creo que usted lo puede hacer. Dejaré este asunto a su cargo. La obra será suya desde los cimientos hasta el techo.

Eso me causó gran alegría. ¡Oh! cómo trabajé, planeando y proyectando, de noche y de día, hasta que en mi mente forjé la visión de un palacete magnífico. Casi no podía esperar para traducirla al papel. En los planos de aquella construcción, tejí mi propia personalidad, mis esperanzas, mis aspiraciones. Era parte de mí mismo. Yo vivía para aquella casa.

Cuando hube terminado los planos, el cliente estaba encantado. El proyecto era aun mejor de lo que esperaba, según él mismo me dijo.

Durante la ejecución de la obra, yo inspeccionaba cada piedra y cada trozo de madera que entraba en su construcción. Aquel edificio era para mí, una obsesión. Y estando allí tan continuamente, fué que llegué a hacerme amigo de hijo del dueño, llamado Burt Starling, y por su intermedio me encontré con Gladys.

Era un día, a principios de primavera. Suaves brisas soplaban desde el Sur y la campiña despertaba a una nueva vida.

—Freeman, — me dijo; — esta noche estoy invitado a una fiesta. La dueña de casa me ha telefoneado que lleve a un amigo. ¿Quiere usted venir?

A corta distancia, entre los árboles que rodeaban el lote en que se estaba edificando la casa, ví aparecer a Pedro. Comprendí, por su actitud, que él deseaba que fuera y acepté la invitación. Vi entonces, a Pedro hacer un gesto de aprobación, y desapareció.

Mientras me arreglaba para ir a la fiesta, tenía la sensación de que algo de importancia me iba a ocurrir aquella noche. Sin poder evitarlo, me sentí nervioso.

Me encontré con Burt, según habíamos convenido, y en su voiturette, llegamos en un instante. Cuando la detuvo delante de la casa, estuve a punto de desmayar.

¡Había ido a la casa del hombre que asesiné! Todo era idéntico a como lo había vis-

lo aquella desdichada noche. Pero no podía perder tiempo en meditaciones.

—Vamos, viejo, — me dijo mi amigo, y un instante después me encontraba en una gran sala, brillantemente iluminada, donde muchos invitados se saludaban alegremente, ocupados todos con la sola idea de divertirse.

Ví, entonces, a una joven rubia: ¡Gladys!

Reí para mis adentros con cinismo. Evidentemente, el destino estaba jugando conmigo. El ama de casa era nada menos que Gladys; Gladys Welling! Se adelantó para saludarnos. Me sentí desfallecer. Cuando Burt me presentó a ella, yo me sentía mareado y las palabras se atascaban en mi garganta.

Estaba frente a frente con la joven que aquel día entró en la habitación en el momento que yo estaba inclinado sobre su padre, con el puñal en la mano.

De pronto, el recuerdo iluminó su cara, pero su emoción no fué condenatoria, como yo supuse. Era, por el contrario, una deliciosa sonrisa.

Allí estaba yo esperando que me denunciara como asesino. Se me ocurrió en ese instante, que quizás no me había visto.

—Le conocí a usted en Francia. Estuvo usted en un hospital de sangre. Me alegro mucho que haya usted venido esta noche. Cuando Burt me prometió traer a otro amigo, no imaginé, ni remotamente, que entre los hombres sería precisamente usted el invitado.

Sus palabras no podían ser más amables, ¿verdad? Sin embargo, tenía la sensación de que de un momento a otro descubriría quién era yo — el asesino — y me denunciaría a todos los que estaban allí presentes. Entonces vendría la policía, y el año de esfuerzos en que traté de volver a la vida respetable, estaría perdido.

Mientras la miraba, preparándome para lo que creía me esperaba, ella bajó la vista y se sonrojó.

—Venga, — me dijo en un susurro, — quiero que conozca usted a papá. El se acostará pronto, pero yo siempre le presento a mis invitados.

¿Su padre?—pensé yo. Me quedé estupefacto. Si su padre estaba muerto. Yo le había matado. Le ví ponerse pálido y quedar inerte su cuerpo, cuando terminé la obra cobarde que Jackson me impuso. ¿Qué quería ella decir, refiriéndose a su papá?

Pero esto era el principio de una noche de sorpresas.

Gladys me condujo hasta la biblioteca. Hubiera deseado postrarme de rodilas y dar gracias a Dios, cuando ví al viejo allí, sentado, aparentemente en buena salud. Evidentemente, había sobrevivido al golpe que yo le tiré.

Cuando iba a presentarme a él, mi vista tropezó con un cuadro colgado en la pared y olvidándome de Welling, de Gladys y hasta de dónde estaba, susurré:

—¡Pedro! ¡Es Pedro!

Ella se dió vuelta, sorprendida:

—¿Lo conoce usted?

—¡Oh, sólo... sólo sé que es Pedro! — repuse yo, turbado.

La presentación a su padre pasó rápidamente. Miré otra vez al cuadro. Sí, era efectivamente aquel el ser que intentó detener mi mano, — el fantasma que me había animado y servido de guía, después.

—¿Quén es — pregunté — ese hombre del cuadro?

Gladys se echó a reir alegremente.

—Es el santo patrón de nuestra familia, — dijo. — ¿Pero, cómo supo usted su nombre?

—No sé cómo, — le dije tímidamente. — ¿Se llama de veras Pedro?

—En efecto, — interpuso el señor Welling. — Existe una interesante historia a su respecto. Es un antecesor muy antiguo un holandés, Pedro Van Waarling. De algún modo, nuestro nombre fué cambiado a Welling, pero el de él es el apellido original de nuestra familia.

—Cuénteme usted más de él.

—Es una tradición dentro de nuestra familia. Pedro tuvo un gran desengaño amoroso, según se dice. Vino a América en los días de la colonización y esperó a su novia. Pero ella se casó en Holanda y nunca vino.

—¿Y él?

—En el cuadro parece más bien triste. Pero ese desengaño no le agrió el carácter. Según la tradición, él quería ayudar a otros a ser felices en el amor ya que él no pudo serlo. Y pensamos que Pedro es algo así como un espíritu protector de los asuntos amorosos de la familia. Algunas de las mujeres de nuestro apellido, hasta piensan que el elige para ellas sus compañeros, haciendo que se encuentren por medio del extraño poder que posee. Si Pedro es visto cuando están de novios, entonces, — dijo el señor Welling riendo, — decimos que el asunto va en serio y que será una unión duradera y feliz.

—Cuéntale al señor Sewel, — dijo Gladys entusiasmada, — la curiosa aventura de aquella noche.

—Fué, en realidad, algo extraordinario, — dijo su padre pensativamente. — Una noche, hace poco más de un año, tuve un sueño terrible. Me pareció ver a un hombre mal vestido, parado al lado de mi cama con un puñal en la mano. No podía verle la cara. Estaba como nublada. Iba ya a pedir auxilio cuando salió Pedro de entre las sombras y le sujetó la muñeca.

Pero la forma mal vestida logró desasirse y me tiró un golpe con el puñal. Me descompuse y debo de haber gritado, porque Gladys vino corriendo al cuarto.

—Pero el cuchillo no lo lastimó? — le dije en el tono de quien espera una respuesta negativa.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que me lastimó! Eso es, precisamente, lo extraordinario del caso. Estaba allí el fantasma de Pedro. También estaba en la otra persona que, a juzgar por su cabeza nebulosa, debía ser también un fantasma, como lo confirmaría, además,

el hecho de que él y Pedro lucharon. Pero el cuchillo parece que era real. Atravesó las cobijas, — dijo riendo, — la cosa podía haber sido seria.

Mis rodillas se doblaban. Mis manos temblaban. Pero estaba contento, inmensamente contento.

—Gracias a Dios que no le hicieron más daño que eso, señor Welling, — le dije.

Me dió las gracias y me despedí de él.

Cuando salimos de la biblioteca, Gladys y yo estuvimos un rato silenciosos. Nos miramos los dos extrañamente cohibidos. Por fin ella rompió el hechizo que nos envolvía.

—Sentémonos aquí, cerca de esta ventana, — sugirió ella. — Estaremos solos. Quiero... quiero que conversemos de Francia.

Me condujo a un sitio un poco apartado. Alrededor nuestro vibraban las alegres risas de los invitados, y en el salón grande, un poco más lejos, muchas parejas bailaban al compás de la música de una orquesta.

Primeramente hablamos del pasado — de la guerra y del período de reajuste que vino después. Ella me contó sus afanes en bien de los inválidos.

Nuevamente se produjo entre nosotros un silencio embarazoso. Torturé mi cerebro en busca de un tema de qué hablar y estaba a punto de invitarla a bailar, a pesar de mi cadera lastimada, cuando levantando la vista ví el fantasma de Pedro. No se movió, pero desde tras de las palmeras que adornaban el salón, quedó contemplándonos. Al instante sentí agitarse en mi una oleada de emoción más fuerte de lo que nunca había experimentado y de improviso, casi sin saber lo que hacía, abracé a Gladys contra mi pecho.

Ella no se resistió, sino que más bien pareció dejarse llevar como en un sueño de paraíso.

—¡Gladys! — susurré. — ¡Yo te amo! Desde que te conocí en el hospital de Francia, te he amado. Desde entonces la visión de tu cara ha estado incesantemente delante de mí. No sabía quién eras tú, ni dónde vivías. No me pareció correcto tratar de averiguarlo, porque yo no era nada — un vagabundo. — Había perdido las esperanzas y hasta el deseo de rehacer mi vida. Hace un año hubiera sido capaz de asesinar a alguno por comer o tener una cama donde dormir.

—Lo sé, — dijo suavemente. — La guerra hizo cosas muy raras sobre los hombres sensibles como usted.

—Pero, ahora, Gladys, yo soy otra vez un hombre — le dije con orgullo. — Amada de mi alma, el destino otra vez nos ha reunido!

Por un momento estuvo silenciosa y pensativa. Y allá, medio escondido entre la palmera, estaba Pedro esperando.

—Sí, el destino nos ha reunido, — dijo quedamente. —Yo también siempre te he querido. Creo, o mejor dicho, estoy segura, que te he esperado, porque tenía la esperanza de que algún día vendrías, aunque no sabía dónde estabas ni dónde podría encontrarte.

Titubeó un poco, miró hacia otro lado y se puso seria.

—Recuerdas la leyenda que te contó mi padre, — dijo después apresuradamente. — Nosotras las mujeres de la familia Welling, creemos que Pedro guía nuestro amor. Y bien, será una tontería que te diga esto pero Pedro se acercó a mí en una noche tranquila y apacible. No dijo una palabra. Pero yo sabía que eso me indicaba que debía esperar. Ahora comprendo. Hay cosas que nos están predestinadas. Sí, querido, yo también te amo.

Entonces se dió vuelta hacia mí, y nuestros labios se encontraron.

De pronto levanté la vista a tiempo para ver a Pedro que se esfumaba, mientras extendía afectuosamente su mano derecha sobre nosotros.

¡Era la señal de su bendición!...

FIN

Pucky

Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscrición en toda la República (52 números)

$ 9.-- m/n.

EL SECRETO DEL DOCTOR BURNA

Por LEO FORGRAVE

LA casualidad me hizo encontrar aquel hombre extraño; fué al caer una tarde fría de otoño que entablamos conversación en uno de los bancos del Grand Parque. Le ofrecí un cigarro y hablamos de cosas sin mayor importancia, hasta que al inquirir su profesión me manifestó que buscaba empleo, cualquiera que fuese, pero con tal descorozanomiento en su modo de pedir y un ardor tan extraño en sus ojos, que era imposible permanecer indiferente a su angustia.

¿Pero cómo ayudarle? Aquel desdichado había nacido en las islas Sonda y vivido en Tahití.

Afirmaba que era médico y exhibía un diploma en regla de la Universidad de Java.

—Yo era un gran médico allí, — me dijo; — un sabio ilustre como no hay dos en el mundo, porque he descubierto la curación radical de uno de los males más terribles de la humanidad: el cáncer.

Tome aquí tiene los comprobantes; no pueden ser más formales. Léalos: "Debo la vida al doctor Burna, quien me curó de un cáncer en el tercer período..."

Estos son artículos de los diarios de Sumatra... Fíjese en éste título: "El doctor Burna..."

Ese soy yo. Nadie en el mundo, ni mis compañeros de profesión, ni mis más íntimos amigos, estaba al corriente de mi modo de operar. En vano era que se me hiciesen preguntas. Y a pesar de todo el daño que me hacían los otros médicos llamándome brujo, pronto se corrió la voz de mis estupendas curaciones. Os juro que no empleaba ninguna cosa mágica: sólo un remedio nuevo, muy sencillo, muy simple y que era el fruto de mis estudios e investigaciones.

Me instalé en Tahití para realizar otros milagros, esperando que allí me comprenderían mejor. Curé a seis personas, entre ellas a la hija del cónsul de Alemania, un caso desesperado. El padre, loco de entusiasmo, quiso llevarme a Alemania, a Berlín, para presentarme a la Academia. Pero ocurrió que por una desdicha del azar, por una mal tomada precaución, una joven a la que yo tenía en tratamiento se volvió loca. Se supo que el ataque de locura había sobrevenido en el transcurso de la operación, y todos, alarmados, trataron de investigar en qué consistía ésta. Como no quise decirlo, nadie me llamó más, y entonces fué la ruina completa, las persecuciones hasta que he llegado a ser lo que soy: un vencido.

—¿Es tan delicado su remedio, que un simple error puede volver loco al paciente?

—No fué un error. La enferma se había despertado durante la operación y a toda costa era necesario que no se diera cuenta de lo que ocurría.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo y guardaré toda mi vida el secreto. Sólo un servidor indio lo conocía. pero estaba tan seguro de él como de mí mismo.

—¿Y por qué no se confió usted a uno de esos príncipes de la ciencia, una de esas glorias mundiales qe le hubiera escuchado sin traicionarle? Por amor a la humanidad hubiera debido usted hacerlo.

—He ido de puerta en puerta con mis comprobantes en la mano, pero todos desconfiaban cuando yo decía la verdad: que me era necesario mucho dinero para conseguir mi remedio.

Conmovido por aquella tristeza, que me parecía sincera, le dije:

—¿Quiere usted que le ofrezca la ocasión de probar su ciencia? Podía indicarle a un enfermo al que curaría usted con la mayor reserva. Pondríamos al corriente a los diarios y recobraría usted su prestigio.

—Ya no tengo el remedio a mano, — contestó, — y costaría mucho tiempo y dinero el encontrarlo. Es inútil: soy un hombre concluído.

—Venda su método, así otros hombres más afortunados podrán experimentarlo.

—¿Venderlo? ¡Jamás!... — dijo el doctor Burna ferozmente. — Y además, que no encontraría a nadie que quisiera hacer lo que yo he hecho; ¿oye usted?... Y no me pregunte nada más. Si le es posible, búsqueme una ocupación en cualquier parte. Será una obra de caridad.

Tuve la suerte de obtener para aquel pobre diablo un modesto empleo.

Se adhirió a mí como un perro fiel, pero nunca quería hablar del pasado.

Un día me arreglé de manera que le puse en presencia de uno de los mejores médicos, a quien yo había prevenido, y que habló al doctor Burna con marcada deferencia, como

Le ofrecí un cigarro y hablamos de cosas sin mayor importancia, hasta que...

si la fama de sus curaciones milagrosas hubiera llegado hasta él.

El desgraciado se vió acometido de un temblor convulsivo y balbuceó:

—¡Ah!... ¿Sabe usted eso, maestro?... Sí, es verdad... Conozco el remedio que cura el cáncer, el remedio infalible, pero el secreto se irá conmigo a la tumba. Si hablase, también usted me trataría de brujo.

—Es un loco, — me dijo después el gran médico mal convencido.

—Son numerosos los casos de personas que se ilusionan así.

—Sin embargo, esos comprobantes...

—¡Phs!... De Tahití, de Sumatra... Dígale que opere aquí.

—Le falta el remedio. Dice que es muy caro y que está muy lejos.

—Tonterías... Créame usted: es un desequlilibrado.

El doctor Burna no volvió a hablar más de su milagroso remedio, pero una noche, hallándose en cama gravemente enfermo y conociendo que iba a morir, me dijo:

—No conozco a nadie más que a usted, que tan bueno ha sido para mí. Sé que es hombre de honor y le ruego que, cuando yo muera, queme usted mismo los papeles que encuentre en mi cartera. Mi secreto está ahí

A pesar del respeto que inspiraba aquella dolorosa agonía supliqué:

—Ya que morirá usted, deje su secreto a la ciencia, esa será su gloria. Yo me encargo de todo. Tengo fe en su procedimiento, sin conocerlo, se lo juro. Piense en todos los desdichados que sufren...

—Una mujer... en Tahití... que lo supo... se volvió loca... — balbuceó Burna.

Largo tiempo permanecí junto al cadáver, contemplando su cara hundida, contraída en dolorosa mueca. ... Y luego, busqué la cartera y, bruscamente, la arrojé a la chimenea.

Las llamas hicieron su obra, lentamente, y a pesar mío, no pude dejar de mirar. Diríase que hacían todo lo posible para probarme que el doctor Burna no había mentido. Y en efecto, agachándome, pude leer una nota escrita sobre un pergamino:

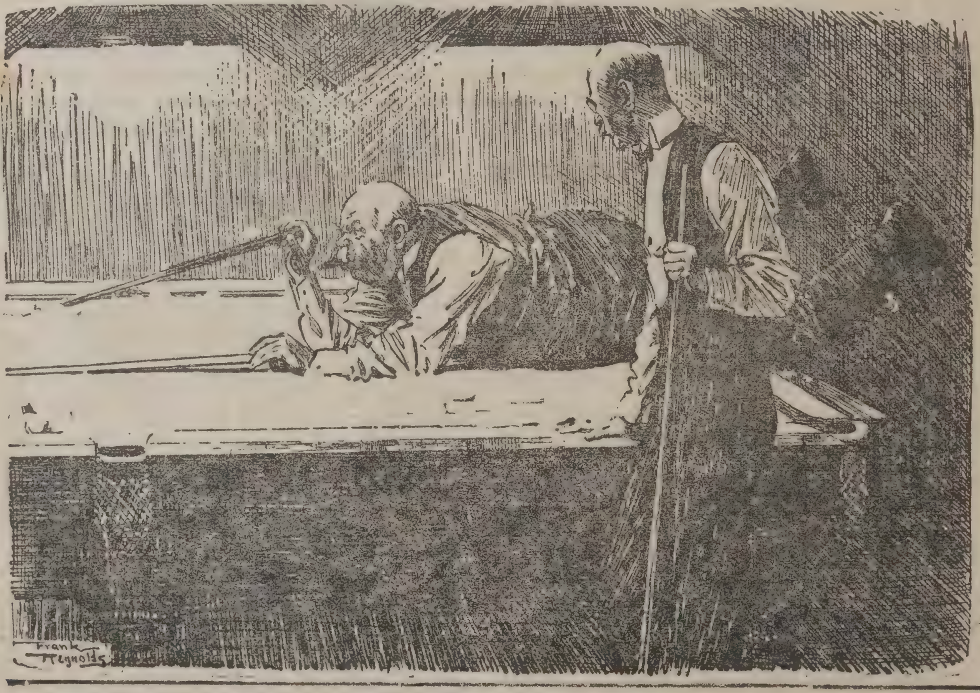
"Una clase de serpiente muy rara que sólo se encuentra en los pantanos de las selvas de Borneo, el Scrotalix magnus, de cabeza negra... colocada viva sobre una llaga cancerosa, absorbe el veneno. La operación no presenta el menor peligro y la curación es segura, pero el enfermo no tiene que darse cuenta..."

ELOCUENCIA

El romántico:

—¡Qué linda risa tiene usted, Elena! Semeja el sonido que produce la caída precipitada de un ángel que rueda por las escaleras.

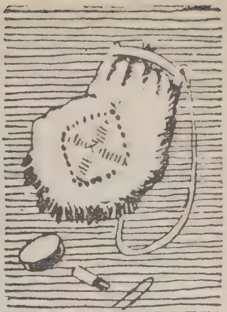
LO MAS PELIAGUDO



—¿No le importa que me haya subido sobre la mesa?
—A mí no; lo que no veo es cómo se va usted a arreglar ahora para bajarse.

(De "Punch").

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson se ha encontrado una cartera y unos guantes de mujer. Arriba, en su dormitorio, la peluca y los dientes postizos de la víctima. Un agente de policía informa haber visto un gran automóvil gris, parado ante la casa de Benson, a eso de la media noche. La señora Platz vacila cuando se le pregunta si Benson ha recibido visitas la tarde del crimen, concluyendo por afirmar que no.

X

LOS modales de Markhan indicaba preocupación . Durante el resto del almuerzo habló muy poco.

Cuando nos sentamos en la antesala del club para fumar nuestros cigarros, el mayor Benson, que había estado mirando, con aspecto abatido, por una ventana próxima al sitio donde nos hallábamos, vió a Markham y vino hacia nosotros. Era un hombre, de rostro lleno, como de cincuenta años, de graves y bondadosas facciones y cuerpo robusto y erguido.

Nos saludó a Vance y a mí con una distraída inclinación de cabeza y se volvió al fiscal de distrito:

—Markham, no he hecho otra cosa que pensar en el drama desde nuestro almuerzo de ayer y creo que puedo sugerirle algo. Un hombre llamado Plyfe era muy amigo de Alvin; es posible que él le de algunas informaciones útiles. No se me ocurrió ayer su nombre porque no vive en la City. Habita en alguna parte de Long Island... Puerto Wáshington, me parece. Es sólo una idea. La verdad es que no se me ocurre nada que pueda ayudarnos en este terrible asunto.

Hay un método infalible para determinar la culpa y la responsabilidad humanas. Pero la policía está aún tan completamente a ciegas sobre sus posibilidades como ignorante sobre los procedimientos. La verdad puede saberse solamente por un análisis de los factores psicológicos del crimen y una aplicación de ellos al individuo.

Hizo un esfuerzo rápido para dominar las señales involuntarias de su emoción. Era evidente que aquél hombre, a pesar de la habitual pasividada de su naturaleza, se hallaba profundamente conmovido.

—Es una buena indicación, Mayor, — dijo Markham, haciendo anotaciones al dorso de una carta — Iré inmediatamente después de salir de aquí.

Vance que durante aquella breve conversación había estado mirando distraídamente por la ventana, se volvió dirigiéndose directamente al Mayor.

—¿Y qué me dice coronel, de Ostrandor? Lo he visto varias veces en compañía de su hermano.

El mayor Benson hizo un ligero gesto de desaliento.

—Era sólo un conocido. Sus informes serán de poco o ningún valor.

Luego se volvió a Markham.

—¿Supongo que todavía no habrá descubierto ningún indicio?

Markham se sacó el cigarro de la boca y dándole vuelta entre sus dedos, lo contempló con aire pensativo.

—No diré tanto — observó después de unos momentos —. He logrado descubrir a la mujer que comió con su hermano el jueves por la noche. Y sé que esa persona le acompañó a su casa, poco después de medianoche. Se detuvo como pensando si sería prudente decir más y luego: El hecho es que no necesito muchas pruebas más de las que ya tengo para obtener del juez una orden de prisión contra esa mujer.

Una mirada de sorprendida admiración iluminó el rostro sombrío del mayor.

—¡Gracias a Dios Markham! — dijo. Luego poniendo erguida su pesada mandíbula, colocó su mano en el hombro del fiscal de distrito. Vaya hasta el límite... por mí — le suplicó. — Si me necesita para algo, estaré aquí eu el club hasta tarde.

Después de esto se dió vuelta y salió de la habitación.

—Parece algo cruel molestar al mayor con preguntas, habiendo transcurrido tan poco tiempo de la muerte de su hermano — observó Markham — pero no hay más remedio.

Vance contuvo un bostezo.

—¿Pero por qué... en nombre del cielo? — murumuró negligentemente.

Sábado, (15 de junio, 2 p. m.)

Estuvimos sentados un rato, fumando en silencio. Vance miraba distraídamente hacia Madison Square. Markham con el ceño fruncido, contemplaba atentamente el descolorido retrato al óleo del viejo Pedro Styvesant, colgado encima de la estufa. De pronto Vance se volvió y se puso a contemplar al fiscal de distrito con sonrisa ligeramente sardónica.

—Oiga, Markham — dijo lentamente, — siempre ha sido para mí fuente de asombro ver como vosotros, investigadores del crimen, os confiáis con lo que llamáis rastros. Encontráis la huella de un pie, un auto cerrado, un pañuelo con monograma e iniciáis desesperada búsqueda. Palabra. Es como si vuestros sabuesos estuvieran bajo el influjo de un hipnotizador. ¿No habéis aprendido todavía que los crímenes no pueden ser descubiertos por deducciones basadas solamente en rastros palpables y en pruebas circunstanciales

Creo que Markham se sintió tan sorprendido como yo ante la inesperada crítica; sin embargo, ambos conocíamos bastante a Vance para comprender que, a despecho de su su tono plácido y casi impertinente, sus palabras ocultaban un propósito serio.

—¿Aconsejaría usted pasar por alto todos los rastros materiales de un crimen? — preguntó Markham con ligero acento de superioridad.

—Del modo más enfático — declaró con calma Vance. — No solamente son inútiles, si no peligrosos.... Vuestro gran error, compañeros, es que os aproximáis a cada crimen, con la firme e inmutable convicción de que el criminal es o medio tonto o un colosal chapucero.

¿Nunca se os ha ocurrido que, si el detective puede ver un rastro, el criminal, lo ha visto también y lo hubiera escondido o disimulado si no quiere que lo agarren? ¿Y nunca os habéis detenido a considerar que cualquiera, suficientemente hábil para planear y ejecutar con éxito un crimen misterioso, en estos días, es "ipso facto" bastante hábil para fabricar los rastros que convengan a sus fines?

Vosotros los detectives, no queréis admitir que la superficie aparente de un crimen puede ser engañosa o los rastros haber sido puestos con el propósito deliberado de engañar a la policía.

—Temo, — observó Markham, con aire de indulgente ironía — que condenaríamos muy pocos criminales si fuéramos a prescindir de todos los indicios, las circunstancias convincentes y las deducciones irresistibles. Usted sabe que, como regla general, un crimen no tiene firma.

—Ese es vuestro error fundamental. Todo crimen tiene firma, como una obra de arte. El hecho de que uno no vea al criminal o al artista trabajando actualmente es de poca importancia. Los modernos investigadores del crimen hubieran, sin duda, rehusado creer que Rubens pintó "El Descendimiento de la Cruz", en la catedral de Antwerp, si hubiera pruebas circunstanciales suficientes para indicar que se hallaba Rubens ausente, por asuntos diplomáticos, en la época que fué pintado. Y sin embargo, mi querido amigo, tal conclusión sería descabellada. Aunque las pruebas de la ausencia fueran tan irresistibles como para convertirse en legales, el cuadro mismo probaría concluyentemente que Rubens lo pintó. Lleva el sello indeleble de su personalidad y de su genio.

—No soy entendido en estética — le recordó Markham un poco impertinente, si no un simple y práctico jurista, y cuando se trata de determinar al autor de un crimen prefiero las pruebas palpables a las hipótesis metafísicas.

—Su preferencia, querido amigo, — contestó Vance suavemente, — lo hará incurrir en toda clase de errores.

Encendió lentamente otro cigarro y envió una espiral de humo hacia el techo.

—Considere, por ejemplo, sus conclusiones en el presente asesinato — continuó con su tono lento desprovisto de emoción. — Está usted trabajando bajo la grave equivocación de que conoce a la persona que probablemente mató al imposible Benson. Así se lo ha dado usted a entender al mayor y le dijo también que casi no necesitaba más pruebas para conseguir una orden de prisión contra la persona indicada como culpable.

Indudablemente posee usted un número de pruebas que los modernos colegas de Solón, considerarán como convincentes. Pero la verdad es que no conoce usted al culpable, ni le ha puesto el ojo encima. Está usted a punto de enloquecer a una pobre muchacha que nada tiene que ver con el crimen.

Markham giró bruscamente sobre si mismo.

—¡Ah! — exclamó. — Con que voy a enloquecer a una persona inocente?... Puesto que mis empleados y yo somos los únicos que saben las pruebas que tenemos contra ella quizá querrá usted explicarse por medio de que procedimiento oculto ha adquirido su convicción sobre la inocencia de esa persona.

CAPITULO X[illegible]

—Es muy sencillo, — replicó Vance torciendo sus labios en una mueca burlona. — Usted no tiene la más mínima idea de quien puede ser el criminal porque es bastante astuto y perspicaz como para saber que ningún rastro que usted o la policía pudieran hallar indicaría ni remotamente su culpabilidad.

Había hablado con la fácil seguridad del

—No veo inconveniente en que usted presencie el interrogatorio, si tiene interés en ello, — dijo Markham.

que anuncia un hecho evidente... un hecho que no admite discusión.

Markham dejó oir una risa desdeñosa.

—Ningún malhechor — aseguró dogmáticamente — es bastante astuto para ver todas esas contingencias. Hasta el acontecimiento más trivial tiene tantos puntos de contacto, íntimamente relacionados con otros

acontecimientos que los proceden o siguen. Es un hecho reconocido que todo criminal por mucho y cuidadosamente que estudie su plan deja algún cabo cuelto que al fin le traiciona.

—¿Hecho reconocido? — repitió Vance. — no, mi querido amigo; solamente una superstición convencional, basada en la idea infantil de una implacable y vengadora Némesis. Comprendo que esa noción del inevitable castigo divino conforme a la imaginación popular, como las adivinas y sonámbulas; pero me desconsuela; palabra, que personas como usted, querido amigo, den crédito a esas paparruchadas.

—Que el desconsuelo no le malogre su día, — dijo Markham ácidamente.

—Observe los crímenes misteriosos e impunes que se cometen a diario. — continuó Vance sin hacer caso de la ironía del otro; — crímenes que desconciertan a los mejores detectives. El hecho es que sólo se descubren los crímenes cometidos por personas estúpidas. Por eso cuando una persona de mediana sagacidad decide cometer un crimen, lo realiza con pocas dificultades, fortificada por la convicción de que no será descubierta.

—Los crímenes impunes,—dijo Markham con enojo,—se deben principalmente a la mala suerte de la policía y no a la inteligencia superior del criminal.

—La mala suerte, — la voz de Vance era casi dulzona, — es solamente un eufemismo defensor para la ineficiencia. El hombre que tiene inteligencia y se siente obstaculizado por la mala suerte... No, Markham, querido viejo; los crímenes impunes son simplemente crímenes inteligentemente planeados y ejecutados. Y vea, el asesinato de Benson entra en esta categoría. Por consiguiente, cuando al cabo de pocas horas de investigación, usted dice que está bastante seguro de quién lo cometió, si me perdona, le diré que mi opinión es completamente contraria.

Se detuvo y dió, pensativo, unas cuantas chupadas a su cigarro.

—Los métodos ficticios de deducción de sus subordinados pueden conducir a cualquier parte.. Prueba de ello, esa infortunada dama a quien usted está proyectando privar de su libertad.

Markham, que había estado tratando de ocultar su resentimiento tras una sonrisa de tolerante desdén, se volvió ahora a Vance, casi echando chispas.

—Es que, y estoy hablando "ex cathedra", — proclamó con acento de desafío, — he averiguado muchas cosas acerca de su infortunada dama.

Vance no se conmovió.

—Y sin embargo, — observó secamente, — ninguna mujer puede haber cometido ese crimen.

Pude ver que Markham estaba furioso. Cuando habló casi tartamudeaba.

—¿Una mujer no puede haberlo hecho; eh?... ¿Sean cuales fueren las pruebas?

—Así es, — contestó Vance plácidamente; — ni aunque ella misma lo jurara; ni aunque hubiera exhibido un montón de lo que vosotros, sayones de la ley, llamáis pomposamente "pruebas irrefutables".

—¡Ah!... — había inconfundible sarcasmo en el tono de Markham; — ¿debo entender, entonces, que usted considera sin valor hasta las confesiones?

—Sí, mi querido Justiniano, — contestó el otro, con aire de complacencia. — Desearía que usted comprendiera eso, precisamente. En realidad, son peor que inútiles; son desorientadoras. El hecho de que algunas veces sean ciertas — como la absurda intuición de la mujer, — las vuelve menos dignas de fe.

Markham dejó oir un gruñido desdeñoso.

—¿Por qué va una persona a confesar algo que la perjudica, a menos que sospeche que ha sido descubierta la verdad o está a punto de descubrirse?

—¡Palabra, Markham, que me deja usted atónito! Permítame murmurar en sus ingenuos oídos que hay muchos otros motivos que pueden inducir a confesar.

Una confesión puede ser el resultado del miedo, de la dureza, de la conveniencia, del amor maternal, de la caballerosidad o de lo que los psico-analistas llaman inferioridad compleja; del desengaño, de un equivocado concepto del deber, de un egoísmo pervertido, de una suprema vanidad y de cien causas más. La confesión es la más peligrosa y traicionera de todas las pruebas. Y aun la necia y anticientífica ley la repudia, a menos que esté reforzada por otras evidencias.

—Es usted elocuente; me abruma, — dijo Markham. — Pero si la ley rechazara todas las confesiones y pasara por alto todos los indicios materiales, como parece usted aconsejar, valdría más que la sociedad cerrara sus tribunales y demoliera sus cárceles.

—Una conclusión típicamente falsa de la lógica legal, — replicó Vance.

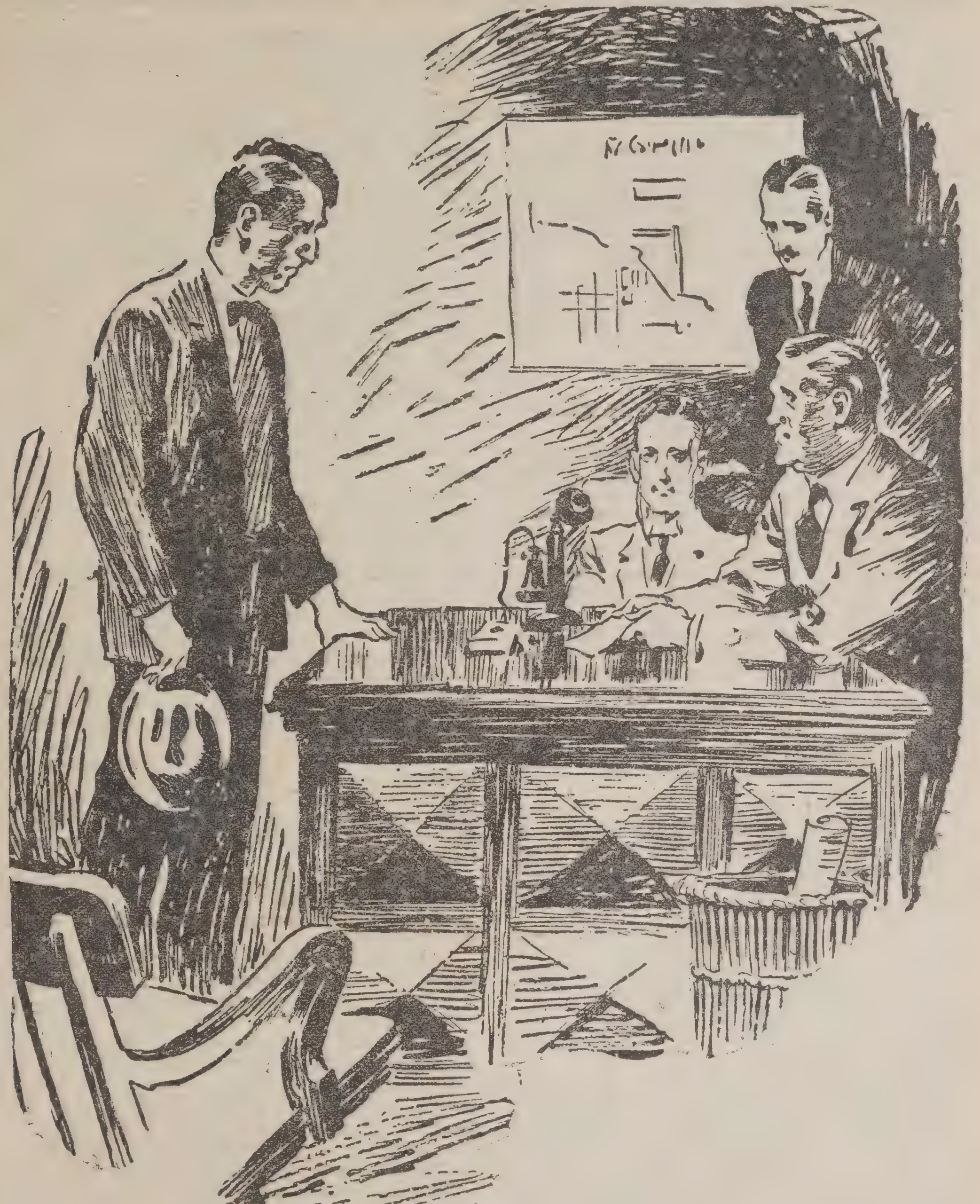
—¿Pero cómo descubriría usted a un culpable, si puedo preguntárselo?

—Hay un método infalible para determinar la culpa y la responsabilidad humanas, — explicó Vance. — Pero la policía está aún tan completamente a ciegas sobre sus posibilidades, como ignorante sobre sus procedimientos. La verdad puede saberse solamente por un análisis de los factores psicológicos del crimen y una aplicación de ellos al individuo.

Las únicas pruebas verdaderas son psicológicas y no materiales. Un experto en arte, por ejemplo, no juzga de la autenticidad de un cuadro por un análisis químico de los pigmentos, sino estudiando la personalidad creadora, revelada en la concepción y ejecución de la obra.

Se pregunta a sí mismo: ¿esta obra de arte expresa las cualidades de forma, técnica y actitud mental propias del genio — particularmente la personalidad — de Rubens, Miguel Angel, Veronese, Tiziano, Tintoretto o sea cual fuere el artista a quien el trabajo se atribuye?

—Mi mente es, temo — confesó Markham — todavía suficientemente primitiva para dejarse impresionar por los hechos comunes. Y en las actuales circunstancias, desgraciadamente para sus analogías más originales y artísticas, poseo una serie de hechos que indican a cierta joven como—¿lo diremos?



Un momento después un hombre alto, de cara de halcón, [illegible] hombros encorvados y andar torpe, entró en la habitación.

— creadora del "opus" titulado "El asesinato de Alvin Benson".

Vance se encogió casi imperceptiblemente de hombros.

—¿Tendría usted inconveniente en decirme cuáles son esos hechos?

—Ciertamente, no. — accedió Markham. — En primer lugar, la dama estaba en la casa cuando el tiro fué disparado.

Vance afectó incredulidad.

—¿Eh?... ¡Palabra! ¿Estaba allí? ¡Es extraordinario!

—La prueba de su presencia es indiscutible, — prosiguió Markham. — Como usted sabe, los guantes que usó en la comida y la cartera que llevaba fueron encontrados en la repisa de la estufa, en el "living room" de Benson.

—¡Oh! — murmuró Vance con una sonrisa ligeramente irónica. — No fué entonces la dama, sino sus guantes y su cartera los que estaban presentes... Una diferencia mínima, sin importancia, desde el punto de vista legal. Sin embargo, — añadió, — mi mente indisciplinada de lego, se niega a aceptar como idénticas estas dos condiciones. Mis pantalones están en la tintorería... Por consiguiente, yo estoy en la tintorería, ¿eh?

CAPITULO XII

Markham se volvió hacia él y le dijo con calor:

—¿Para su mente de lego nada significa, como prueba, que los objetos íntimos y necesarios que una mujer ha llevado por la noche, aparezcan a la mañana siguiente en la casa de su cortejante?

—Admitido que no, — contestó Vance tranquilamente; — no dudo que, desde el punto de vista legal, son también pruebas lamentablemente ineficaces.

—Pero admitido que la dama, ciertamente, no ha usado esos objetos particulares durante la tarde y puesto que no pudo ir a la casa por la noche, en ausencia de Benson, sin que el ama de llaves lo supiera, ¿cómo, puede uno preguntarse, podrían estar allí a la mañana siguiente, si ella misma no los hubiese llevado esa noche, más tarde?

—Palabra que no tengo la más mínima idea al respecto, — contestó Vance. — Indudablemente la misma dama podrá satisfacer su curiosidad. Pero usted sabe que hay muchas explicaciones posibles. Nuestro difunto Tenorio pudo habérselas llevado dentro del bolsillo del saco. Las mujeres tienen por costumbre cargar a los hombres con toda clase de fruslerías diciéndoles la consabida frase: "¿Quieres guardarme esto en tu bolsillo?" También podría ser que el verdadero asesino los hubiera conseguido de algún modo, dejándolos allí para despistar deliberadamente a la policía.

Las mujeres, bien sabe usted, nunca ponen ordenadamente sus chismes sobre las repisas ni perchas. Invariablemente los tiran sobre nuestra silla favorita o en la mesa central.

—Y supongo, — interrumpió Markham, que también trajo Benson las colillas de cigarro de la dama en su bolsillo.

—Han ocurrido cosas extrañas, — contestó Vance, — aunque no lo acuso de eso. Las colillas de cigarro pueden ser prueba ¿sabe usted? de una conversación anterior.

—Aunque usted desprecia a Heath, — le informó Markham, — tiene inteligencia suficiente para haberse asegurado de que el ama de llaves limpia la rejilla de la estufa todas las mañanas.

Vance suspiró admirativamente.

—¡Es usted perfecto!... Pero esas no serán sus únicas pruebas contra la dama ¿verdad?

—De ninguna manera, — le aseguró Markham. — Siempre es bueno buscar pruebas corroboratorias.

—Ahora comprendo por qué tantas personas inocentes son condenadas en nuestros tribunales... Pero, dígame; ¿cuáles son esas pruebas corroboratorias?

Markham continuó con aire de tranquila seguridad:

—En primer lugar, mi hombre supo que Benson y esa mujer comieron solos en el Marsellés, un pequeño restaurante bohemio, en ..est Fortieth Street; segundo, que discutieron; tercero, que partieron a media noche, subieron juntos a un taxi... Ahora bien: el asesinato fué cometido a las 12.30; pero puesto que la dama vive en Riverside Drive, no es posible que Benson la hubiera acompañado a su casa, y vuelto para la hora en que fué disparado el tiro.

Pero tenemos aún más pruebas de su presencia en casa de Benson. Mi hombre supo, por la encargada de la casa de departamentos donde vive, que no llegó a su casa hasta después de la una. Además no traía guantes ni cartera y tuvo que entrar a sus habitaciones con una llave maestra, porque, según lo explicó, había perdido la propia.

Markham se detuvo para encender nuevamente el cigarro, que se le había apagado.

—Eso, en cuanto a la noche del crimen, — resumió. — Tan pronto como supe la identidad de la mujer, puse dos hombres más para que investigaran su vida privada. Supieron que la mujer tiene un novio, un tal Leacock, capitán del ejército, quien es probable poseyera un arma como la que dió muerte a Benson. Más aún: este capitán Leacock almorzó con la mujer el día del asesinato y la visitó en su departamento a la mañana siguiente.

Markham se inclinó ligeramente hacia adelante y sus palabras siguientes fueron recalcadas por el golpear de sus dedos en el brazo del sillón.

—Como usted ve tenemos el motivo, la oportunidad y los medios... Quizá me dirá usted ahora que no tengo pruebas de su culpabilidad...

—Mi querido, Markham — afirmo Vance tranquilamente — usted no ha señalado un solo punto que no pueda explicar cualquier escolar inteligente. Movió la cabeza con aire lúgubre. Y pensar que con semejantes pruebas se priva a la gente de la libertad y de la vida. Palabra que me alarma. Tiemblo por mi seguridad personal.

Markham se irritó

—¿Tendría usted la bondad de señalarme, desde las alturas vertiginosas de su sabiduría, los errores de mi razonamiento?

—Hasta donde yo alcanzo a ver — contestó Vance sin alterarse — su acusación contra la dama carece de consistencia. Ha partido usted de varios puntos equivocados y llegado a una conclusión falsa.

Se que la conclusión es falsa, porque todas las indicaciones psicológicas del crimen la contradicen, es decir que: la única pista real del caso señala inconfundiblemente en otra dirección.

Hizo un ademán enfático y su voz adquirió involuntaria gravedad.

—Y si usted arresta cualquier mujer por haber asesinado a Alvin Benson, añadirá otro crimen — un crimen estúpido e imperdonable — al ya cometido. Y entre asesinar a un sujeto como Benson y destruir la fama de una mujer inocente, yo me inclino a creer más reprensible esto último.

Pude ver un relámpago de resentimiento en los ojos de Markham, pero no se ofendió. Recordad que ambos eran amigos íntimos y que a pesar de todas las divergencias de naturaleza, se comprendían y respetaban mutuamente. Su común franqueza, áspera y hasta hiriente a veces, era en verdad resultado de aquel respeto.

Hubo un instante de silencio y luego sonrió Markham, con forzada sonrisa:

—Me llena usted de recelos, — aseguró burlonamente; pero, a despecho de la ligereza de su tono, comprendí que estaba algo ansioso. Sin embargo, todavía no he resuelto, precisamente arrestar a la dama.

—Revela usted recomendable prudencia — le cumplimentó Vance.—Pero estoy seguro de que se ha arreglado ya para envolver a la dama, para hacerla incurrir quizá en una o dos de esas contradicciones tan caras a vosotros los jueces. ¡Como si cualquier persona nerviosa o sensible pudiera evitar contradecirse aparentemente cuando se la interroga como sospechosa de un crimen con el que nada tiene que ver.

Ponerla sobre ascuas, sería la verdadera denominación para el procedimiento. Recuerda bastante el antiguo tormento del fuego, ¿no le parece?

—Bueno... la verdad es que voy a interrogarla — contestó Markham firmemente, consultando su reloj. Uno de mis hombres la conducirá dentro de media hora a mi oficina. De manera que no tengo más remedio que interrumpir esta deliciosa y edificante charla.

—¿Espera usted saber algo que la comprometa interrogándola — preguntó Vance. — Me gustaría mucho presenciar su derrota, Markham. Pero supongo que encerrar a lo sospechoso forma parte del arcano legal.

Markham se había levantado, dirigiéndose hacia la puerta; pero al oir las palabras de Vance, se detuvo y pareció deliberar.

—No veo inconveniente en que usted presencie el interrogatorio, si tiene interés en ello, — dijo.

Yo creo que imaginaba que la derrota que le predecía Vance iba a recaer en éste. De manera que pronto nos encontramos en un taxímetro, rumbo al palacio de justicia.

CAPITULO XIII

(Sábado, 15 de Junio; 3 p. m.)

Entramos al viejo edificio, con sus pilares y balaustradas de mármol descolorido y sus antiguos adornos de hierro, por la puerta de Franklin Street y fuimos directamente a la oficina del fiscal del distrito, en el cuarto piso.

La oficina, lo mismo que el edificio, exhalaba un aliento de pasado. Sus techos altos, su macizo maderamen de roble dorado, sus bajas arañas de bronce y porcelana, sus paredes manchadas de yeso pintado y sus cuatro ventanas altas y angostas, que miraban al Sur, todo hablaba de una época ya desaparecida en arquitectura y decoración.

El piso estaba cubierto por una gran alfombra aterciopelada de un marrón deslucido; las ventanas tenían colgaduras de terciopelo del mismo color. Varias sillas anchas y cómodas, estaban arrimadas a la pared y delante de la larga mesa de roble, frente al escritorio del fiscal de distrito. Este escritorio, colocado directamente debajo de la ventana, era ancho y plano, con molduras esculpidas y dos hileras de cajones que llegaban hasta el piso.

A la derecha de la silla giratoria, de alto respaldo, colocada frente al escritorio, había otra mesa de roble esculpido. Había también varios gabinetes, llenos de legajos, y una gran caja de seguridad. En el centro de la pared, una puerta forrada de cuero, decorada con grandes clavos de cabeza de cobre, daba a un cuarto pequeño y angosto, entre la oficina y la sala de espera, donde el secretario del fiscal de distrito y los empleados tenían sus escritorios. Frente a esta puerta había otra que comunicaba con el escritorio privado del fiscal de distrito y todavía otra puerta más, frente a la ventana, que daba a un corredor principal.

Vance paseó una mirada distraída por la habitación.

—Así que esta es la casa madre de la justicia municipal, ¿eh? — murmuró.

El fiscal de distrito se había sentado delante de su escritorio y estaba leyendo algunas anotaciones hechas en su libro borrador.

—Hay un par de mis hombres esperándome, — observó, sin levantar la cabeza;— de manera que si tiene la bondad de sentarse en esa silla, yo trataré, con mis humildes esfuerzos, de socavar más aún la sociedad.

Apretó un botón, en el borde de su escritorio, y un joven de aspecto vivo, con gruesos lentes, apareció en la puerta.

—Swacker, dígale a Phelps que entre, — le ordenó. — Y también a Springer, si ha vuelto de almorzar; que deseo verlo dentro de unos minutos.

El secretario desapareció y un momento después un hombre alto, con cara de halcón, hombros encorvados y andar torpe, entró en la habitación.

—¿Qué hay de nuevo? — preguntó Markham.

—He descubierto algo que creo puede servirle, jefe. Después de lo que le informé esta mañana, anduve rondando por la casa del capitán Leacock, para saber si podía enterarme de algo por los muchachos del barrio. En eso ví salir al capitán y lo seguí. Fué derecho a casa de la dama, muy apurado, y pasó allí como una hora. Luego, volvió a su casa con aire preocupado.

Markham pensó un momento.

—Puede no significar nada; pero me alegro saberlo, de cualquier modo. La señorita St. Clair estará aquí dentro de pocos minutos y veré lo que tiene que decir. Dígale a Swac-

ter que haga entrar a Tracy: y nada más por hoy.

Tracy era la antítesis de Pholps. Bajo, algo robusto y traspirando estudiada suavidad. Usaba lentes y sus ropas eran modernas y bien arregladas.

—Buenos días, Jefe — le dijo a Markham, con tono tranquilo e insinuante. Se que la St. Clair va a venir aquí esta tarde y he descubierto algunas cosas que creo puedan ayudarlo en su interrogatorio.

Abrió una pequeña libreta de apuntes y se ajustó los lentes.

—Pensé que podría saber algo de ella por su maestro de canto, un italiano que estuvo antes en el Metropolitano; pero ahora dirige una sociedad coral por su cuenta. Prepara aspirantes a "prima donna", ayudándonos con coros y escenarios. La señorita St. Clair es una de sus discípulas favoritas.

Me habló sin turbarse. Parece que conoció muy bien a Benson. Este asistió a varios de los ensayos de St. Clair y a veces la iba a buscar en auto. Dinaldo — tal es el nombre de mi personaje — cree que él estaba muy enamorado de la joven.

El invierno pasado, cuando ella cantó una pequeña parte en el concierto Criterion, Rinaldo que se hallaba entre bastidores, dice que Benson le envió a la estrella flores suficientes como para llenar su camarín. Traté de descubrir si Benson hacía el papel de protector, pero Rinaldo no lo sabe o pretende no saberlo.

Tracy cerró su libreta de apuntes y levantó la vista.

—¿Le sirve esto, Jefe?

—Es de primera clase. Siga por ese lado su trabajo y véame el lunes, a esta hora.

Tracy se inclinó y cuando salía, apareció nuevamente en la puerta el secretario.

—Está Springer, señor ¿Lo hago pasar?

Springer era un tipo de detective completamente distinto de Pholpe y de Tracy. Tenía más edad y el aire de un eficiente y laborioso tenedor de libros de banco. No había iniciativa en su porte; pero daba la impresión de poder desempeñar una tarea delicada con suma competencia.

Markham sacó de su bolsillo el sobre donde había anotado el nombre que le diera el mayor Benson.

Hoy es sábado, de manera que si viene mañana a la ciudad, haga que pregunte por mi en el club Stuyvesant. Estaré allí por la tarde.

Cuando Springer salió, Markham llamó nuevamente a su secretario, dándole instrucciones para que hiciera entrar a la señorita St. Clair conforme llegara.

—El sargento Heath ha llegado, señor, — le inforbó Swacker. — Desea verlo a usted, si no está muy ocupado.

Markham miró el reloj colocado encima de la puerta.

—Creo que tendré tiempo. Hágalo pasar.

Heath se quedó sorprendido al vernos a Vance y a mi en la oficina del fiscal de distrito; pero después de haber saludado a Markham, con el acostumbrado apretón de manos, se volvió a Vance y le dijo bonachonamente:

—¿Todavía adquiriendo conocimientos, señor Vance?

—No puedo decir eso, sargento — replicó Vance con acento ligero; — pero estoy aprendiendo algunos de los errores más interesantes. ¿Cómo va la pesquisa?

El rostro de Heath se puso súbitamente serio.

He venido a informar al jefe sobre eso, — se dirigió a Markham. — El caso es duro de pelar, señor. Mis hombres y yo mismo hemos interrogado a una docena de camaradas de Benson sin poder obtener de ellos el menor dato de valor. No saben nada, o se hacen los zonzos.

Todos parecen haber experimentado un gran asombro; están aturdidos, por la noticia del asesinato. ¿Tienen alguna idea de cómo o por qué ha sido? Dicen que no.

Ya conoce usted el sistema: "¿Quién iba a querer matar al buen viejo Alvin? Nadie, a no ser un ladrón, que no lo conociera; si hubiese conocido al buen viejo Alvin, ni el mismo ladrón lo hubiera hecho..." ¡Por el infierno! Que sentí tentaciones de matar yo mismo a alguno de esos pájaros para que fuera a hacerle compañía a su "buen viejo Alvin".

Lea usted la continuación de esta notable novela en el próximo número de "Pucky". El misterioso asesinato de Benson, es una obra que se destaca entre todas las que se han escrito sobre asuntos policiales, no solamente por la belleza y la interesante trama de su argumento, sino por la original teoría que su autor desarrolla como la más lógica y eficaz para llegar al esclarecimiento del sensacional crimen.

La cena del ratón

Por WALLACE IRWIN

El autor de este cuento describe con sencillez y gran fuerza emotiva la noche angustiosa pasada por una mujer, en compañía de un loco, en una casa solitaria. Un pequeño ratón substituye al destino.

EN la creciente obscuridad, un ratón anduvo husmeando alrededor de una caja cuadrada, de lata, que tenía la etiqueta de galletitas, en la cocina de una villa, situada en los alrededores de Templemoor, que flanquea el extremo Sud de Dartmoor. Semejante al tradicional ratón de iglesia, era flaco y huesudo; las pequeñas cuentas de azabache, a través de las cuales observaba su pequeño mundo, relucían de hambre, mientras aguardaba la llegada del ser a quien aborrecía; pero, con cuyas migajas contaba para comer.

Al fin la carcomida escalera crujió y una mujer vieja y marchita, se dirigió hacia la mesa, puesta con un grueso plato azul, una botella casi vacía y un vaso.

Estaba vestida ceremoniosamente, como para presentarse en el gran mundo. Era evidente que la señorita Octavia Turnbull iba a alguna parte. Y la vieja valija, que colocó junto a la mesa, cubierta con su funda de hule, indicaba que el viaje podía ser largo.

El ratón siguió en acecho. El hambre roía sus pequeñas entrañas y comunicaba a su corazón una especie de fría ferocidad, mientras atisbaba en la sombra, los movimientos de la vieja. Ella hizo con sus guantes negros, una prolija pelota y los colocó sobre el hule de la mesa, antes de abrir, con la irritante deliberación de los viejos, la caja de lata y sacar lo que iba a ser su comida de la noche: unos cuantos bizcochos y una tajada de queso, mohoso y amarillo.

Al comer esparcía migas. ¡Migas! El ratón avanzó otro paso. Un silencio propicio había caído sobre la triste cocina.

—¡Dios me asista! — pensaba la vieja. — El tren sale a las diez y ocho y cuarenta y siete o a las dieciocho y cuarenta y nueve? Creo que he perdido mi horario. ¿Me quedaré hasta que esta gente llegue? Ella parece toda una dama.... pero son australianos. ¡Bueno! ¡Bueno! Tiene un lindo rostro. Pero me alegro que haya satisfecho por adelantado el alquiler.

Dice que su marido está enfermo. ¡Dios me asista! Felizmente, esas enfermedades nerviosas no se contagian. ¡Australia! ¡Vaya un sitio! Creo que no he guardado bajo llave el vino de bayas de sauco, pero estoy segura de que ella es una dama y puedo tener confianza en su corrección.

En aquel instante, el hilo de sus pensamientos fué interrumpido por algo que se movió debajo de sus ojos. ¡Un ratón!

—¡Ah, bribonzuelo!

Su voz sonó chillona, como el cacareo de una gallina. Después de eso, la mujer se puso a juntar afanosamente las migajas. Con minuciosidad hizo caer las preciosas partículas en el grueso plato azul, las llevó hasta la cocina económica, e, inhumanamente, las arrojó al fuego. El pedacito de queso dorado que sobró, así como unos cuantos bizcochos, los volvió a guardar en la lata.

Desde un agujero, encima de la cornisa, dos ojillos malignos atisbaban.

La señorita Octavia Turnbull, después de haber cobrado tres meses de alquiler, a razón de tres guineas por semana a la hermosa señora de Australia, que tenía tan tristes ojos castaños, había decidido ir a visitar a una pariente lejana, vieja como ella. Por consiguiente, su corazón estaba muy emocionado aquella noche al abandonar la solitaria y antigua casa. Acababa de abrir la puerta del frente, cuando un coche apareció en la calle obscura y se detuvo frente a la casa. Helena Lethaby se inclinó sobre la figura de su marido, todo envuelto en bufandas y gritó con voz que era dulce y ligeramente ronca, como el sonido que arrancaría el viento a las cuerdas oxidadas de un arpa:

—¡Señorita Turnbull!

La pequeña y vieja solterona, cuyo cuerpo se doblaba bajo el peso de la valija, se dió vuelta nerviosamente.

—Soy yo... Señora Lethaby. Siento que se nos haya hecho tan tarde. Creí que podría charlar un rato con usted antes de que se fuera.

—Lo siento; pero tengo que agarrar mi tren... sale a las dieciocho y cuarenta y siete o cuarenta y nueve; no sé bien.

El hombre, cuyo rostro ella no había visto nunca, permanecía sentado, envuelto hasta

os ojos, recostado en los almohadones del siento.

—Creo que no tengo su dirección, señorita Turnbull, — insistió Helena.

—Se la he dejado al señor Mallet, el sargento de policía. Vive en ese "cottage", mismo al fondo del jardín. No tiene usted que sentir miedo, aunque la Villa Acacia sea un poco solitaria. Es cómodo tener tan cerca a la policía. Ya le dije al señor Mallet que los cuidara a ustedes. Probablemente él vendrá a ofrecerle sus servicios. Espero que encontrará la casa en buen orden,—continuó la vieja señorita.—¡Ah!... tenga cuidado con los ratones. Encontrará usted algunas trampas en el sótano. Llegaron algunos artículos de almacén, de lo de Pratt, y yo los recibí. ¡Oh, señor!...

Algo relacionado con el tren de las dieciocho y cuarenta y siete o cuarenta y nueve, imprimió al viejo cuerpo, una agilidad desesperada. Desapareció en la calle obscura.

—¡Federico! — llamó Helena a su marido, que había permanecido en silencio durante todo el trayecto desde la estación.

Agarrando impacientemente la espesa bufanda que le había ocultado la parte inferior del rostro, él se la quitó. Dejó ver facciones hermosas y hurañas, iluminadas por ojos ardientes.

—¿Qué hay? — preguntó de mal modo.

—Ya estamos, Federico, — dijo ella con una especie de alegría forzada.

El hombre, que era alto, descendió del coche; los pantalones holgaban en torno de sus flacas piernas. Al ver aquella prenda, demasiado grande, recordó Helena algo del terror que la había invadido el día anterior, cuando encontró a su marido con un traje que semejaba un disfraz. Sus ojos lo siguieron ansiosamente, mientras él recorría, con la cabeza baja, el gastado sendero que conducía hacia la casa. Despachado el cochero, Helena siguióle prontamente a su marido. Una gran soledad penetró en su corazón, semejante al frío húmedo de la noche.

En el "cottage", más allá del jardín, una luz hospitalaria brillaba entre los árboles desnudos. Este resplandor amigo, confortó a Helena y pensó que el sargento Mallet, de quien la señorita Turnbull le había hablado, debía ser bondadoso y servicial cuando había puesto luz en sus ventanas para recibirlos.

—Es realmente un lugar agradable esta vieja casa, "Fred", — dijo Helena a su marido como quien habla a un niño descontento, después de pasear su mirada por una habitación. — Algunos de los muebles son horrorosos; pero podemos sacarlos y con un poco de dinero...

Se interrumpió turbada, a pesar de su esfuerzo. Recordaba la injusta sospecha que se iba agrandando en el pobre cerebro de Federico, respecto a Roberto Spurling. ¿Cómo iba a decirle que gracias al dinero de Bob estaba allí?

Fred Lothaby estaba todavía parado, con el sobretodo abierto que dejaba ver las ropas imposibles que en un acceso de rabia demente se había puesto. La tela del traje era de un azul descolorido, lustrosa por el uso, y colgaba como una mortaja sobre su cuerpo demacrado. Pero Helena estuvo a punto de lanzar una exclamación de alegría al ver la expresión que había tomado el pálido rostro de su marido. Estaba sonriendo y arrojaba a su alededor miradas naturales y complacidas.

—No es tan malo esto, — dijo, — y me alegro de que estemos en el campo, vieja.

Llevado por su buen humor puso pesadamente una mano sobre el brazo de su mujer y ésta esperó que no habría notado el estremecimiento que le produjo.

—Estaba harto de la casa de pensión en Kesington, con su gramófono que aullaba toda la noche debajo de nuestro dormitorio. Aquí parece que hay también un pedacito de terreno y árboles. Estaremos muy bien, Nell.

El corazón de ella se reanimó. Nunca dejaba de esperar y de alegrarse cuando él revivía así, después de una temporada de odiosa melancolía y loca desconfianza.

Posiblemente el campo le haría bien, como aquel especialista, eminente y caro, lo había dicho. Quizás volvería a su estado normal y entonces podría ella hablarle razonablemente de Bob Spurling y pedirle el telegrama que había interceptado y que debía tener oculto en alguna parte de sus extravagantes ropas.

Helena se dirigió a la salita y encendió todos los picos de gas.

—¡Oh Fred! — llamó, — mira este adorable y viejo reloj, de la época de nuestros abuelos.

Ella vió que sus ojos conservaban todavía una mirada de interés, mientras se acercaba al rincón, donde una graciosa torre de madera se levantaba sobre un feo diván. Las manecillas del reloj descansaban perezosamente en la esfera, señalando las diez de algún día ya olvidado.

—¡Qué lindo reloj antiguo !— murmuró Federico. — Lo hace sentirse a uno en su casa. Creo que vamos a estar muy a gusto aquí, Nell.

Su tono le dió a ella valor; pero todavía miró sus ojos uraños para leer algún sarcasmo oculto. La intuición le advertía que había obrado ciegamente al tomar aquella casa solitaria, por un aviso leído en un diario de Devonshire, sólo porque Fred clamaba por tranquilidad.

—Yo me sentiré mucho mejor aquí, vieja, — le aseguró él, mirando todavía la esfera del reloj.

—¡Me alegra tanto ese pensamiento, Fred, — dijo ella y se atrevió a tocarle la manga. — Es lo que tú necesitas... lo que ambos necesitamos.

—Naturalmente que el alquiler será caro, ¿eh?... ¿Cuánto?

Se dió vuelta repentinamente; pero ella se sintió aliviada al no ver otra cosa que buen humor en sus ojos grises.

—No, no te preocupes, querido; podemos pagarlo. Lo principal es que tú te mejores.

—Me siento un poco soñoliento... Si pudiera acostarme un rato...

—Eso es muy razonable, querido, — ya

lo conducía ella hacia la estrecha escalera.

—La señorita Turnbull ha arreglado el dormitorio del frente... una especie de arreglo. Duerme un rato, Fred, mientras te preparo algo caliente.

—¿Algo caliente? —hizo chasquear sus labios secos. — ¿No has traído por casualidad algo... en una botella?

—¡No seas tonto! — tuvo el valor de contestarle y él la siguió dócilmente por la escalera obscura.

En lo cocina, encontró Helena los artículos de almacén que había encargado. Estaba buscando una bolsa de arroz, cuando algo pequeño, gris y desagradablemente vivo, empezó una huida frenética entre los paquetes, saltándole casi a la cara. ¡Un ratón! Helena dió un grito y apretó instintivamente sus faldas.

A Helena Lothaby le agradaba cocinar. Empezó a moverse activamente, del fogón a la mesa, preparando un pequeño menú que sería un alivio, después de la grasienta comida de la señora Bascomb, en Kesington.

Ella se había presentado a la señorita Turnbull como australiana; pero sólo dijo parcialmente la verdad. Había nacido de padres ingleses, que murieron en Sidney, casándose luego con un pintoresco vagabundo que poseía algún dinero propio. Era un neurasténico encantador y ella o había querido mucho. Tuvieron hijos y los perdieron; entonces la devoción de Helena se concentró en aquel hombre, cuyas excentricidades se fueron agravando con los años, hasta el punto de alterarle la razón.

La historia de sus nueve años de martirio sólo Dios y Helena lo sabían. ¿Para qué la iba a contar? El verdadero mártir no va a la muerte gritando su sacrificio.

Sólo había contado algo, muy poco, a Roberto Spurling y él había adivinado lo demás. Lo maravilloso en Bob Spurling, torpe, poco imaginativo, en apariencia, era que podía observar mucho con sus mansos ojos de elefante.

Fred Lothaby se hallaba en Londres, buscando negligentemente trabajo, cuando tuvo que ser internado en un sanatorio, donde los médicos fueron bastante amables para calificar su enfermedad de "desarreglo nervioso". Fuera lo que fuere, cierta afición al whisky lo había llevado a ella. La más mínima cantidad de alcohol bastaba para desarreglar el cerebro de Fred.

Una mañana que Nell había ido al sanatorio encontró a Fred todavía dormido.

Mientras esperaba, la gorda y amable enfermera entró y le dijo:

—Buenos días, señora Lothaby. Pienso si no querrá usted añadir una buena acción a su lista..., — y ante la mirada interrogadora de Helena, se explicó. — El señor Spurling se siente a veces muy desanimado. Está convaleciente; dentro de una semana se levantará. Su pierna fué mal herida en el mismo accidente donde murió su esposa. Parece que no tiene amigos en Inglaterra. ¡Ha vivido tanto tiempo en Estados Unidos!...

Helena siguió a la "nurse" a una piecita llena de sol, donde encontró un hombre robusto, de unos cuarenta años, reclinado entre almohadones.

—Es curioso, — dijo Spurling arrodillándose. — ¡Si no hice más que empujarlo!

Al principio le pareció huraño y tosco; pero antes de que terminara aquella extraña entrevista comprendió que era solamente tímido y se hallaba muy solo.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? — le había preguntado ella, antes de dejarlo

—Sí, — contestó él, — visitarme de nuevo. — Y su ancho rostro se iluminó con una sonrisa.

Aquello fué el principio. Hasta que él se estableció, la actitud de Helena había sido le bondadosa protección. Luego fué a la inversa. Su mutua amistad había sido algo tan sencillo como el abrirse las flores y el caer las semillas. Aplastada por el peso de su infortunio, Helena había buscado instintivamente apoyo en la serenidad y fortaleza de Roberto. Lo consideraba un hermano mayor y él no procuró sacar ventajas de esto. Durante la larga enfermedad de Fred, había sido para ella un gran consuelo ver a aquel hombre grandote, apoyado en su bastón, que venía a visitarla.

Inclinada aquella noche sobre el fuego, en la cocina de la señorita Turnbull, Helena experimentaba en su corazón una gran gratitud por el hombre que había llamado tan suavemente a las puertas de su vida. Pero después de la salida de Fred del sanatorio, la presencia de Bob no había sido una dicha para Helena. El enfermo empleaba un sistema astuto en sus relaciones con Bob. Siempre alegre y cordial en presencia de aquélla, reservaba sus sarcasmos e ironías para Helena, no bien se encontraban solos. Ella experimentó un sentimiento de alivio cuando el médico ordenó el campo para el enfermo.

Pero ahora sentía Helena Lethaby que la garra del miedo se apoderaba nuevamente de ella, como si un espectro estuviera colocado a sus espaldas y la tomara por los cabellos. Una semana antes, Bob Spurling le había enviado dinero, un cheque, por doscientas libras, entre las páginas de una garabateada nota que mencionaba la devolución a los tres años, con un interés regular. Ella había llevado aquella carta consigo varios días, hasta que su orgullo empezó a rendirse e hizo efectivo el cheque.

Era como si las furias la persiguiesen por aquella mala acción. Pocas veces dejaba solo a Fred; pero se había dirigido al Banco una mañana, mientras él dormía aún. La diligencia le tomó más tiempo de lo que creía y a su vuelta encontró a María, la sirvienta de la pensión, muy excitada.

Había llegado un telegrama para Helena y María se lo entregó al señor Lethaby. Al abrirlo, él había experimentado un acceso de furor y salió de la casa. Medio loco, sin duda con la idea de afligir a Helena, había entrado en una casa de segunda mano, cambiando un traje perfectamente correcto por las ropas grotescas que ahora llevaba. A su vuelta miró a Helena con una de sus heladas sonrisas, las facciones forzadas con la expresión de empalagosa dulzura que acostumbraba cuando su razón estaba ausente.

Helena continuó preparando la comida. Estaba segura de que el telegrama de la víspera era de Bob Spurling. ¿Qué le ocurría? ¿Qué había dicho para arrojar nuevamente al pobre Fred en los abismos de la insanía?

Prolongado clamor retumbó en la casa. Un ratón salió disparando de atrás de la caja de galletitas. Helena se detuvo un instante suspensa al oír sonar la campanilla de entrada. ¿Quién podría ser a esa hora de la noche? Temerosa de que el ruido fuera a repetirse, y desencadenara en Fred otro acceso de furor, apartó la comida a medio hacer, se limpió las manos y corrió hasta la puerta.

—¿Cómo le va? — dijo una voz agradable en la obscuridad. — Es la señora Lethaby, ¿no es cierto?

—Sí, soy la señora Lethaby, — dijo ella y desde la obscuridad del vestíbulo surgió el hombre más simpático del mundo, con el cabello blanco como la nieve y un arrugado pescuezo de pavo que salía del cuello duro de su camisa.

—Soy el sargento Mallet, — explicó con amable cordialidad. — Llegaba de mis tareas y he querido ver si no necesitaban ustedes nada. No tiene usted que asustarse; pero se han realizado algunas raterías últimamente. Un vagabundo atacó a una mujer en Bently, como a cinco millas de aquí. No creo que ocurra nada; pero creí de mi deber prevenirla. Quizá ha sido el mismo hombre que asaltó el correo en Soptrebridge y le robó. No crea que deseo alarmarla, señora Lethaby...

—¡Oh, no!... No lo creo, — contestó ella muy sinceramente.

—Si oye usted algún ruido sospechoso, por la noche, señora; no deje de llamarme. Buenas noches, señora.

—Buenas noches y muchas gracias, sargento.

Apenas había cerrado la puerta, cuando Fred, el cuerpo inclinado, los ojos escudriñadores, bajaba las escaleras.

—¿Quién era? — preguntó ásperamente.

—Nuestro vecino, — le informó ella, — el sargento de la policía local.

—¡Ah!

Aquel monosílabo le hizo comprender a Helena que sus celos habían ido bastante más lejos en la sospecha.

—Me muero de hambre, — dijo lentamente. — Sigue tu comida, vieja. Yo bajaré al sótano para traer leña y haremos un buen fuego en el comedor.

Mientras él se dirigía hacia la puerta, aquellas ropas de espantapájaros atrajeron nuevamente la atención de Helena. El primitivo poseedor había sido indudablemente un hombre alto y grueso, porque el saco colgaba de los delgados hombros de Fred, como de una percha. Fué quizá la esperanza de que él le dijera lo que quería saber que le hizo preguntarle con el tono más ligero que pudo:

—Realmente, Fred, si querías disfrazarte ¿por qué no elegiste ropa a tu medida?

Él se dió vuelta repentinamente y la miró con enojo.

—¿No es bastante buena para mí? ¿Soy otra cosa que un vagabundo? ¿No puedo usar mis harapos en paz?

Su voz gruñona se perdió a lo lejos, como sus pasos.

Ella siguió en su tarea. En la caja de lata de la señorita Turnbull encontró el queso que ella había guardado allí por los ratones, lo puso sobre la mesa, pensando vagamente en una receta que no podía recordar. La acometió un nuevo terror. ¿Iba ella también a perder la razón en aquella casa solitaria, encadenada a un loco? A Helena le parecía que tardaba mucho. Ella sabía que le daba rabia que le espiara, por consiguiente continuó su tarea, aguzando los oídos para percibir algún sonido.

De pronto un tintineo musical, algo como el golpear del vidrio sobre vidrio, pareció llegar desde el piso bajo. Incapaz de soportar más tiempo su incertidumbre, Helena caminó de puntillas y se asomó por la escalera, débilmente iluminada.

—¡Fred¡ — llamó suavemente.

Al principio no obtuvo respuesta. Después oyó un sonido aterrador; una serie de risas, bajas y estúpidas.

Bajó rápidamente la escalera y encontró a Fred sentado en el suelo. La vela estaba en el estante e iluminaba un regimiento de botellas, de todas formas y tamaños, tan mal combinadas como un escuadrón de infantería bolchevique. Fred había sacado una botella de la fila y la blandía salvajamente.

—¡Vino de bayas de sauce! — explicó vagamente, cuando hubo vaciado e último trago, arrojando la botella al suelo, donde se rompió. — ¡Lindo lugar este, Nell! La vieja elaboraba su vino. ¿Por qué no me dijiste que la solterona tenía tan deliciosa provisión No hubiera dicho una sola palabra en contra de este sitio. ¡Ni una!... Bueno; nos emborracharemos hasta el domingo y...

Fred se incorporó y tomó la botella más larga de la fila.

—¡Fred! No debes hacer eso... No debes — gritó ella, recordando lo que le había dicho el médico sobre los efectos del alcohol en su debilitada mente.

—Pero lo estoy haciendo, querida. Este corcho está muy apretado, — se quejó. — ¡Qué lástima haber tirado ayer mi cuchillo, cuando me disfracé! La hoja era un tirabuzón. Quizá encuentre alguno por ahí...

—Pero... no debes... — lo había agarrado por la manga y él la apartó rudamente.

—Hay demasiados "no debes" en tu vocabulario, vieja, — dijo con voz pastosa. Era extraño hasta que punto lo había afectado aquel miserable vino. Hay una o dos cosas que tú tampoco debes hacer, si lo piensas un poco...

Ella permanecía indecisa; le daba miedo su marido; pero más miedo tenía de dejarle solo con las botellas de la señorita Turnbull.

—¿Entiendes? — gruñó él acercando el pálido rostro al de su mujer. — Me refiero a Bob Spurling.

—¡No sabes lo que estás diciendo! — logró ella contestar.

—Tú vendiste las últimas acciones ¿no es verdad? — dijo con acento de burla. — Bien sabes que las vendiste antes de que yo saliera del sanatorio. Y ahora escucha: si piensas seguir aceptando dinero de Bob Spurling...

—No debes hablarme así... — exclamó ella, mientras frías lágrimas acudían a sus ojos.

—Deja esa botella y ven arriba.

—¿Dejarla?... Ahora verás como la dejo, viejita.

El cuello de la botella asomaba fuera de su holgado saco, mientras subía vacilante las escaleras. Siguió a Helena a la cocina y empezó a revolver los cajones, en busca de un tirabuzón. El tapón saltó con un ruido seco.

—Dame eso, por favor, — le rogó Helena, poniendo sus manos sobre la botella. En la lucha se derramó un poco de vino.

—¡Déjame, te digo! — le arrancó la botella y se apartó un poco. — Tócala otra vez y te la tiro a la cabeza.

—Te pondrás malo, Fred, — le dijo Helena, terriblemente asustada.

—¡Manos abajo! — el rostro de Federico estaba contorsionado como una careta japonesa. — No tienes por que hacerte la maestra de escuela conmigo. No he nacido ayer. Se bastante de tí y de tu pequeño asunto.

Había algo del movimiento de la víbora en la rapidez con que sacó de su bolsillo una hoja de papel. ¡De manera que todo ese tiempo había llevado encima el telegrama! Se lo tendió a Helena, haciendo una burlona cortesía y permaneció sonriente mientras ella leyó:

"Tengo que salir inmediatamente para Nueva York. Me gustaría ver cómo sigue Fred. Llegaré a Tempiemoor hoy. — Bob."

—Y bien ¿qué tiene eso de particular? — dijo Helena, muy pálida, devolviéndole el telegrama.

—¿Para qué lo quiero? — preguntó él. — No colecciono tus cartas amorosas.

Sin decir una palabra más, Helena arrojó al fuego el telegrama de Bob.

—Puedes ir al comedor, — sugirió, resignándose a dejarle la botella.

—¡Oh no! — anunció él. — Comeremos

EPILEPSIA
y ENFERMEDADES NERVIOSAS
CURA ÚNICA INFALIBLE
Con los Celebrados POLVOS
CASSARINI
de BOLONIA (ITALIA)
ADOPTADOS en todos los HOSPITALES de EUROPA
VENTA EN DROGUERÍAS y FARMACIAS
Únicos Concesionarios
JOSÉ PERETTI y Cía
RIVADAVIA 1914 Buenos Aires

en mesas separadas, si no lo tomas a mal. Yo me iré a la salita: un arreglo perfectamente satisfactorio. ¡Hola! Un pedazo de queso. Lindo queso; demasiado bueno para un vagabundo como yo; pero con el amor pasa lo mismo: Y, mira que bonito ratón. — Fred había visto al ladrón, detrás de la caja de lata. — Ven ratoncito. Los miserables debemos hacernos compañía.

Partió un pedazo de pan, lo puso en el plato azul, junto a la tajada de queso, y se llevó, con real dignidad, su espartana comida a la salita. Helena, demasiado desalentada para hablar o para llorar, lo contempló desde lejos, como se sentaba en el sofá, junto al antiguo reloj. Entre tragos de vino ácido, engullía salvajes bocados de pan y queso. Hasta aquel momento había tenido lástima de él.

Sin probar la comida que había preparado la mujer se puso a escarbar el fuego. La vista del alimento le producía náuseas.

No así al ratón. Aunque le habían arrebatado ante su nariz otro festín, levantó esa nariz para gozar del perfume distante del queso. Encantado, como a los acordes de la flauta de Pan, se dirigió a la salita.

—¡Mi Dios! ¿Qué es eso?

El hombre, que estaba sentado en el sofá, alzó el plato como si fuera a tirárselo a alguien; luego bajó los ojos escudriñadores hasta que estuvieron al nivel de la alfombra.

—¡Parblou! Un ratón, — barbotó enderezándose. — Bienvenido, ratoncito. Te llamé y acudiste. ¡Muy bien! No todos los amigos son tan puntuales. ¿Quieres tomar algo en mi compañía?

Dejó caer un poco de vino en la alfombra. Y el ratón, que estaba acurrucado en plena vista, buscó un sitio más seguro, a la sombra de la pata de la silla.

—¿Eres sobrio, ratoncito? Es un hábito idiota. No, no te vayas. Sácate el sombrero y come un bocado.

Le tiró un pedacito de queso. Era muy pequeño; pero no había dejado de rodar, cuando ya el ratón estaba encima de él. Lo tomó delicadamente entre sus patas delanteras y empezó a comerlo, sin olvidar sus buenos modales. El juego le resultó divertido a Federico Lethaby que le arrojó algunos pedacitos más. Luego el ebrio se entregó al placer de bostezar.

—Oye, ratoncito, — le dijo en tono de gentil amonestación, — el queso que obtienes así no te hará ningún provecho. Es un método vergonzoso. Es lo que trato de hacerle comprender a mi esposa. ¡Para el caso que hace! Ahora voy a dormir, ¿entiendes? Confío en tu honradez; no quiero que me robes. ¿Me has entendido, ratoncito?

En otras circunstancias, Helena se habría reído, al ver el aire de dignidad del ebrio, con su cómico traje, la botella media vacía en una mano y en la otra el plato con un resto de queso. Sobre la alfombra, como fascinado por el sermón, el ratoncillo, permanecía inmóvil.

—¿Ves ese reloj? — preguntó Lethaby, señalando el gracioso objeto, herencia de la señorita Turnbull. — Pondré el queso ahí arriba para más seguridad. Si tratas de trepar hasta allí, tendrás tanto trabajo como yo, si intentara subir hasta la torre de la catedral de San Pablo...

Con sorprendente agilidad, Fred se paró sobre el sofá y colocó la botella y el plato con queso en la decorativa cúspide del reloj antiguo. La botella quedó relativamente segura, detrás de una torrecilla; pero el pesado plato, colocado en una cornisa ornamental, ofrecía una situación precaria, amenazando con desplomarse, a la menor vibración de la vieja máquina interior.

—Este es queso prestado, — dijo el sermoneador solemnemente. — Tendremos que devolverlo, hasta su última onza, como a Bob Spurling, algún día...

* * * *

Cuando Helena volvió a atisbar, pocos minutos después, Fred dormía profundamente en el sofá, con la boca abierta, por donde se escapaban sonoros ronquidos. Al verlo así, al oír aquellos groseros sonidos, su corazón se llenó de una amargura que no podía reprimir. Había una dureza nueva en sus ojos al fijarse en la imagen derribada de su amor.

El resto de la velada fué para ella como una pesadilla; una pesadilla en que se movía de una habitación a otra, con el candelero en la mano, semejante a otra lady Macbeth, a través de cámaras, sonoras de ecos, donde había huído su sueño. Llegaron así las once de la noche.

Reinaba un silencio de muerte. Bueno... Habían venido a Templemoor en busca de tranquilidad y la tenían. Helena fué hasta la ventana y miró por los cristales, cubiertos de escarcha, como la luna ascendía entre frías nubes. El aire no producía el menor sonido. Las ramas, retorcidas como serpientes, se dibujaban inmóviles en la blancura de la nieve recién caída.

De pronto, uno de los perros del sargento Mallet, ladró. En el silencio, aquel sonido tomó proporciones exageradas sobresaltándola como pudiera hacerlo una detonación. Cortando camino, a través de la nieve, Helena vió la figura de un hombre alto, que llevaba un sombrero blando, de anchas alas. Avanzo rápidamente algunos pasos y se detuvo, mirando a su alrededor. Luego volvió a avanzar. Nuevamente ladró el perro y el hombre se dirigió directamente hacia la puerta de la casa de Lethaby.

El terror había dado valor a Helena. No tenía miedo del mundo exterior, puesto que lo que más temor le inspiraba dormía en la casa. Su único pensamiento fué: "Si llama despertará a Fred y quién sabe lo que ocurrirá".

Bajó en punta de pies y abrió la puerta, mirando al intruso.

Bob Spurling apareció en el espacio iluminado y cuando la vió, le tendió, sonriendo, la mano.

Aquello era como un mal sueño para Helena Lethaby; la sensación de un espan-

toso peligro le hizo llevar el dedo a sus labios y decir rápidamente:

—¡Bob... no haga ruido! He pasado horas terribles. Fred ha vuelto a beber.

—Lo siento, — murmuró Bob, y su rostro expresaba profunda simpatía. La presencia de Spurling parecía traer salud y normalidad al aire opresor de aquel sitio.

—¡Por favor, no se vaya! — le dijo ella, en un impulso. — ¡Si supiera cuánto he deseado hablar con usted! ¡Y ha venido, de tan lejos! Bob... él duerme ahora.

Lo dejó parado en el hall y se asomó a la puerta de la salita. Fred estaba inmóvil junto al viejo reloj. Sonoros ronquidos, profundamente animales, indicaban la pesadez de su sueño.

Helena hizo sentar a su visitante en el hall y hablaron en voz baja. La gran estatura, la misma tosquedad de Bob, daban a Helena la sensación de hallarse protegida.

—¿Cómo nos encontró? — preguntóle ella.

—Fué bastante fácil. En la casa donde vivíais me dieron vuestra dirección. Vine en el tren de las diez. Parece que sois las únicas personas en Templemoor que no se han acostado. Siento haber llegado tan tarde. Creo que encontraré cama en la posada. Tengo que volverme mañana.

—¿Parte inmediatamente para América?

—Sí... He retardado mi viaje lo más posible.

La miró un momento, con ojos que tenían a la vez expresión perspicaz y patética.

—¿No... no se ha ofendido usted por mi carta?

—¡Bob! ¡Ha hecho usted ya tanto por nosotros!...

—¡Bah! — fué todo lo que él contestó.

—Ese dinero fué un envío de Dios en estos momentos.

—Oiga Helena, — los surcos de sus mejillas parecieron ahondarse al mirarla — pensaba irme a América...

—No tiene usted que cometer ninguna imprudencia, — dijo ella debilmente.

—Pero este asunto tiene que arreglarse. Fred no está en condiciones de cuidarse a sí mismo y menos de protegerla a usted. Es ridículo que quiera usted cuidarlo sola.

—No, Bob... — movió la cabeza con desaliento. — Sólo lograría usted empeorar las cosas... no sabe hasta qué punto empeorarían. Sospecha de todo el mundo... Bob... ¡es un celoso que estoy segura cometería algo horrible!...

—¿Tiene celos de mí? — preguntó Bob, abriendo la boca ante tal idea.

—No me he atrevido a decirle de dónde procede el dinero. Esta mañana leyó su telegrama y ha estado realmente loco todo el día.

—Comprendo... ¡Y yo que creía ayudaros! — La miró con aire reflexivo y luego:

—Helena, — y fijó en ella miradas ansiosas, —he tratado de engañarme a mi mismo, pensando que hacía algo por... vosotros dos. Pero ha llegado el momento de contemplar de frente la situación. Si cree usted que las cosas empeorarán me iré... Pero esa no es una solución.

Se detuvo y estudió tímidamente a Helena antes de añadir:

—Yo daría mi vida por usted...

No había nada del seductor de oficio en la mirada de adoración que le dirigió. Ella desde que le conoció, había esperado con temor que él hablaría así... Y ahora que el momento había llegado, comprendía, avergonzada, la amarga dulzura que le proporcionaba aquel amor.

—No vine aquí para hablarle en esta forma — se disculpó él. — Es porque me voy. Lo que ahora digo no tiene importancia.

Ella permanecía callada y él dijo bruscamente.

—¡Cuánto lo ama usted!

—He tratado de amarle, — murmuró Helena.

—Tratado más de lo que ningún mortal merece, — dijo Bob roncamente. — No quiero hablar en contra de él, Helena, pero la martiriza a usted...

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó ella, intentando dar a sus palabras acento de desafío.

—No será bueno para usted ni para mí que me explique.

Ella lo miró. Había desaparecido el hombre de negocios, tosco y próspero. Su rostro estaba lleno de amor y de piedad.

—¿Qué otra cosa podía haber hecho? — preguntó ella.

—Tomar un camino más fácil.

PRUEBA EVIDENTE

—Este autógrafo es falso.

—¿Por qué?

—Porque no va usted a hacerme creer que Homero escribía artillería con H.

—No existe ese camino para mí. Supongo que es porque lo he querido mucho... El está todavía ahí, detrás de una nube oscura. A veces pienso que saldrá de ella. ¿Qué clase de mujer sería si abandonara ahora la lucha?

—Sin embargo, — insistió Bob, — si usted quisiera...

La mirada de sus ojos concluyó la frase: "Nadie la amará como la amo yo".

Helena miró hacia las sombras le tomó la mano y la llevó a sus labios.

—Ahora váyase, Bob — le dijo.

Y en aquel momento se produjo un estrépito, como si la vida se derrumbara sobre aquella ternura furtiva.

El ratón hambriento había andado dando vueltas por la salita, husmeando cada tabla vacía, en busca de algunas migajas para aplacar su apetito. De pronto se detuvo, en actitud reflexiva. El sentido del olfato, aguzado por el hambre, hizo temblar sus largos bigotes. ¡Queso! El borracho había puesto un pedazo de queso sobre él alto reloj. Con la frialdad y experiencia de un arquitecto, examinó el ratoncillo los detalles físicos de la ascensión. El respaldo del sofá tocaba precisamente la repisa de la estufa; desde allí podía trepar por la cortina hasta la parte superior de un cuadro, cuyo estremo estaba como veinte centímetros más arriba que una de las torrecillas del antiguo reloj.

Ligero como una pluma el ratón trepó por las piernas del dios dormido, luego llegó al respaldo y alcanzó la cortina ¡Hurrah! Ahora arriba, en busca de ese premio fabuloso entre su raza: el queso.

Habiendo ganado la altura correspondiente, se dejó caer sin ruido sobre el marco del cuadro. Debajo veía el queso en su plato azul. Tenía que poner gran seguridad en sus patas y en su vista, porque si saltaba un centímetro más hacia un lado o hacia el otro, caería ignominiosamente en el abismo insondable, detrás del reloj. Después de una corta pausa tomó cuidadosamente la puntería, puso en tensión sus músculos y saltó...

La pareja que cuchicheaba en el hall se separó al oír el ruido de porcelana rota en la salita. Helena se oprimió el pecho con las manos; Spurling se colocó valerosamente en plena luz.

—¿Quién diablos ha traído eso? — les llegó la voz pastosa de Lethaby.

Helena, acurrucada en su silla comprendió por la expresión de Bob, que Fred le había visto, que se contemplaban el uno al otro.

—De manera que tratabas de burlarme mientras yo dormía, ¿eh? — preguntó Fred alzando su voz en tono melodramático. Spurling mantuvo su tranquilidad y dijo con tolerante sonrisa.

—Despiértese, Fred. Ha estado usted soñando. Un plato se cayó y...

—¡Ya lo creo que he estado soñando bastante tiempo! Pero ahora estoy bien despierto, compañero....

Llegó hasta la puerta, con el cabello en desorden, el cuello de su ridículo saco dado vuelta. Su rostro convulso tenía la expresión de un mono, pronto a la pelea.

—¿Qué dices a esto? — aulló a Helena — Me diste algo para que durmiera mientras tú y tú...

—Fred, — interrumpió Spurling, poniendo suavemente su mano en el hombro del furioso, — he venido para ver cómo seguía usted. Helena me dijo que dormía y quise esperarlo hasta que...

—¡No me toque! — gritó Lethaby apartándose. — ?No está satisfecho con haberme robado mi esposa?

—Ya pensarás de un modo distinto mañana, — dijo Helena.

—¡Oh... silencio!

Su brazo se estiró, y con el revés de la mano, le aplicó un bofetón.

Helena recobró sus sentidos para ver que los dos hombres se habían trenzado y peleaban furiosamente. Sus cuerpos contorsionados parecían seguir los compases de algún baile moderno. Ninguno de los dos hablaba. Cayó una silla. Un brazo se extendió y la mesita salió disparando sobre sus ruedas.

Estaban como a seis pies del alto reloj, cuando los hombros de Spurlin hicieron un movimiento hacia adelante y Fred cayó sobre la alfombra.

—Lo siento, — dijo Bob, volviéndose a Helena; ésta vió que tenía un arañazo en la mejilla.

Helena corrió hacia el sitio donde había caído Fred. Los ojos de éste estaban muy abiertos. La sangre empezaba a correr sobre la alfombra.

—Es curioso — dijo Bob, — no hice más que empujarlo. ¡Hola!

Le levantó la cabeza, indicando un fragmento triangular de loza, todavía adherido a una larga herida, en la sien.

Se levantó. Su rostro arrugado tenía una expresión intrigada, mientras se movía la cabeza.

—¿Por qué no hace usted algo? — imploró Helena. — Sus piernas se negaban a llevarla junto al cuerpo de su marido.

—¿Hacer qué? — preguntó Spurling sin emoción. — ¡Está muerto!

—¡Muerto!

Helena se desplomó sobre una silla. Aunque parezca extraño, sus pensamientos fueron para el hombre inocentemente envuelto en aquel conflicto.

—Bob... — le dijo, tiene usted que irse ¡Pronto!

—Sea razonable — contestó él bruscamente. — No puedo dejarla sola en estos momentos.

El perro del "cottage" vecino ladraba furiosamente.

—Han oido... — murmuró Helena; — Bob, tengo miedo. ¿Qué vamos a hacer?

—Quedarnos y decir la verdad, — murmuró Bob y continuó mirando el cuerpo.

—Pero no comprenderán... Nadie nos conoce aquí.

—Esto nos favorece. Helena, se trata sólo de un accidente. Un pedazo de porcelana rota. Nadie tiene la culpa. Nada perderemos ateniéndonos a la verdad de los hechos.

—No... no... no podemos hacer eso, Bob. Hay que pensar algo...

La campanilla de la puerta de entrada sonó violentamente, dispersandó los pensamientos que se amontonaban en su pobre cabeza. El hombre y la mujer permanecieron como ladrones sorprendidos infraganti. Nuevamente sonó la campanilla.

—¡Ya va! — contestó Spurling con un gruñido.

El sargento Mallot, una curiosa figura, con el sobretodo y los pantalones puestos sobre su pijama y las blancas e hirsutas cejas fruncidas, apareció en el umbral.

—¿Quiere algo, señor Lethaby? — preguntó mirando a Spurling.

El error fué como la señal de un código secreto para la mente desvastada de Helena. Spurling abría la boca, probablemente para identificarse, cuando ella se colocó entre los dos hombres.

—Sargento — dijo, — pasa algo terrible. Temo que mi marido haya dado muerte, por casualidad, a un hombre.

—¡Un hombre muerto! — El sargento miró interrogadoramente a Spurling. — ¿Cómo ocurrió, señor Lethaby ?

—Estábamos arriba — interrumpió nuevamente Helena y oímos ruido en la sala. El señor Lethaby — señaló a Spurling, — bajó y encontró un hombre en ella. Pelearon de un modo terrible. Yo les vi pelear y grité. El hombre, en la lucha, tiró un plato que se rompió y luego debe haberse herido la cabeza con un pedazo de él.

—¡¿Muerto, eh? — dijo el sargento con gravedad, mientras Spurling se limpiaba el arañazo de su mejilla con un pañuelo. — Vamos a examinarlo. Se acercó al cuerpo, arrodillóse junto a él. Cuando empezó a dar vuelta a los bolsillos del extraño traje de Fred, Helena volvió la cabeza. Siguió un largo silencio. Parecióle que la inspección duraba una hora. El corazón de Helena saltaba como una máquina rota. ¿Qué había encontrado? ¿Sospecharía? Pero el ancho rostro del sargento era pálido cuando se puso nuevamente de pie y se dirigió a Spurling.

—Es una suerte que no lo haya matado a usted, — declaró. De todos modos, hay un bribón menos en el mundo.

—Fué puramente accidental — le informó con frialdad Bob.

—Se vé fácilmente — contestó el sargento. — Pero si me hubiese apurado un poco más, hubiera podido tomarle vivo. Mi perro empezó a ladrar, salté de la cama y le vi atravesando el campo. Cuando bajó, creí que se habría asustado y huído. Pero cuando oí el grito de la señora Lethaby, comprendí en seguida lo que ocurría. Suerte que estaba usted en casa, señor Lethaby.

El sargento inspeccionó de nuevo, con desdén, el cuerpo.

—La señora Lethaby es una mujercita valerosa prosiguió Mallet. — Pero dígale que tome las cosas con serenidad. Se hará una sencilla investigación y el veredicto será de muerte accidental.

Después de eso se fué.

—¿Quién tiene la culpa?—preguntóse una y otra vez Helena, cuando la puerta se hubo cerrado, mirando a través de la puerta, el cuerpo rígido como el de una momia. — ¿Quién es el culpable?

El hilo de sus pensamientos se cortó y cayó desmayada al suelo. Cuando abrió nuevamente los ojos Spurling la tenía en sus brazos, con mucha ternura y subía las escaleras para llevarla a su dormitorio. Ella lo abrazó sollozando, pero cuando la hubo dejado en su cama y la vió algo más tranquila, Bob volvió a bajar, inclinándose de nuevo sobre el cuerpo inerte. Trajo leña y avivó el fuego de la estufa. Abrió la ventana y vió que la nieve seguía cayendo. ¡Bueno! ¡Ningún detective podrá medir las huellas de pasos para identificar al muerto.

Volvió al fuego y estuvo sentado largo rato, esperando la mañana que le sorprendería en su nuevo papel de marido de Helenä. En lo que a Templomoor se refería, estaba tranquilo. El sargento había caído en la trampa de Helena. Sería sepultado un cuerpo más, desconocido, a expensas del municipio. Eso era todo.

¿Cuánto tiempo tendría que seguir con el nombre de Lethaby? No mucho. Pronto él y Helena podrían casarse en alguna parte, en Londres, probablemente. No sentía pena por el pobre cuerpo de Fred. Su alma había muerto; hacía rato que sólo quedaba la monstruosa envoltura para atormentar a Helena.

Spurling permaneció sentado, pensando en el porvenir. Tendrían que ausentarse. Vió sus años futuros, transcurrir en tierras extrañas.

Se movió nerviosamente, como si algún fantasma hubiera penetrado en la habitación. Luego lanzó un suspiro de alivio, al conocer la causa de su inquietud. Un animalito gris se deslizaba por la carpeta: un ratón. Cautelosamente el pequeño intruso avanzaba, se detenía, volvía a avanzar. Al fin, de entre los pedazos del plato roto, agarró un pedacito de queso y se puso a roerlo afanosamente.

Spurling dejó oir una áspera risa.

—¡Ah, ratoncito! — dijo. — ¡Quién sabe cuánto tiempo has codiciado ese pedazo de queso! ¡Si supieras lo que cuesta!

¿HA VISTO USTED LO QUE LE SUCEDE A BARNIGUGLI?

MIRE LAS PAGINAS 2 Y 67 DE "PUCKY"

Un poco d

BAÑO DE HOTEL

—¡Pero señor! Ha estado usted en el baño el tiempo suficiente para bañarse dos veces.

El profesor: — ¡Que memoria la mía! Ahora que usted me lo recuerda, me parece que distraídamente me he bañado dos veces.

PREOCUPACION

La niña moderna a la madre:

—Y si no fumabas cuando eras joven ¿cómo te las arreglabas cuando sentías ese estado de ánimo en que no se puede vivir sin fumar un cigarrillo?

NOTIC

Uno de los viajeros: — ¡
que estoy leyendo! ¡Qué h
El otro: — Aquí no dice
—¿A ver...? Es un diari
envuelta mi merienda.

PREMIO

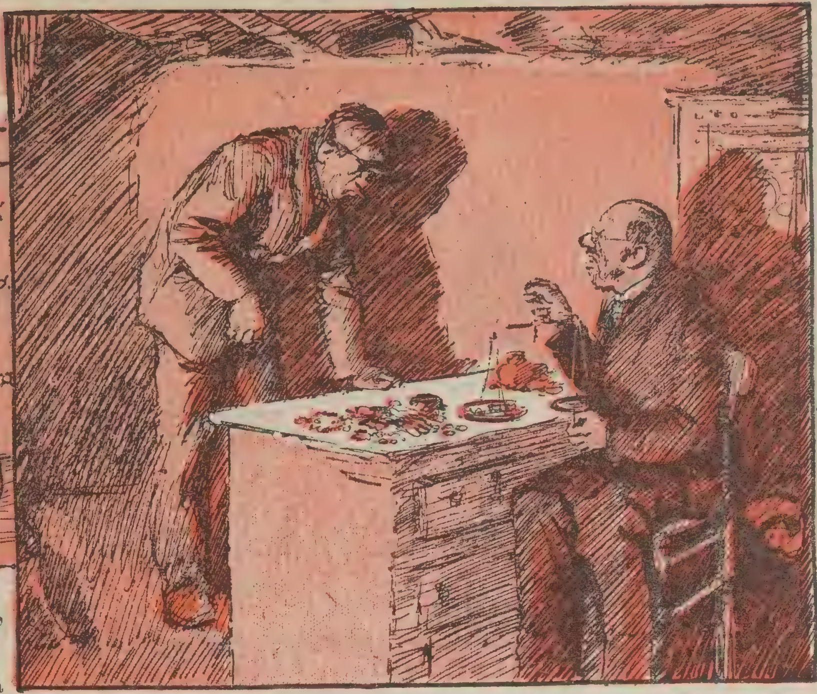
—¿No va bien ninguna
—No. Ningun.
—Entonces, lo mejor s
mita y que nos dé torta

humorismo

RESCA

naufragio terrible, éste
!

. ¿Qué edición es esa?
e 1927, en el que estaba



ENTRE LADRONES

El "reducidor" al ladrón descontento:
—Bueno; si usted desconfía que esta balanza no anda bien, vaya a buscar al inspector de pesas y medidas.

LA VIRTUD

las llaves, Juancito?

que esperemos que vuelva ma-
habernos portado bien.

CONFUSION

En casa del cazador de fieras:
—¡Pero, Luisita! ¡Te has sentado sobre el gato!

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

En el número anterior de "Pucky" se ha iniciado la publicación de la cuarta parte de esta obra sensacional, calificada por la crítica, como LA MAS ESTUPENDA NOVELA DE AVENTURAS QUE SE HA PUBLICADO EN EL MUNDO. El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que desenvuelve su acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento que sólo una imaginación privilegiada y una inteligencia superior, como la de Rice Burroughs, puede concebir y desarrollar. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

LABORIOSAMENTE se llegó rodando por el suelo hasta el lugar de donde esperaba el socorro. Si podía ponerse de espaldas contra la puerta, la golpearía con los pies, y lo oirían seguramente los de fuera. Se repitió la llamada un poco más fuerte, y finalmente una voz exclamó:

—¡Mister Jack!

Era uno de los criados de la casa, cuya voz reconoció mister Moore al instante. Estuvo a dos dedos de romperse una vena en su tentativa de gritar "¡Adelante!" al través de la asfixiante mordaza. Al cabo de un momento el criado llamó de nuevo, muy fuerte, y profiriendo otra vez el nombre del muchacho. Al ver que no recibía respuesta, hizo girar el pomo de la puerta, y en el mismo instante, un recuerdo súbito volvió a llenar al preceptor de un terror que lo paralizaba... ¡El mismo, al entrar, había cerrado la puerta con llave!

Oyó que el criado probaba varias veces a abrir y renunciaba a su empresa. Y entonces mister Moore se desmayó.

Entre tanto Jack estaba disfrutando hasta la saciedad los placeres prohibidos del teatro. A aquel templo de la alegría había llegado en el instante en que comenzaba la exhibición de Ayax: y como había tomado asiento de palco, se le veía inclinado sobre al antepecho, para no perder uno solo de los movimientos del enorme mono, sin respirar y con los ojos desmesuradamente abiertos de asombro. El domador no tardó en observar el afanoso y bello rostro del muchacho, y como una de las más aplaudidas gracias de Ayax era entrar en uno o más palcos durante la representación — al parecer en busca de un pariente perdido hacía mucho tiempo, según explicaba el domador, — éste se dió cuenta del buen efecto que haría enviar a Ayax al palco con aquel guapo chico, que indudablemente se quedaría despavorido de terror ante la proximidad de la peluda y poderosa bestia.

Cuando llegó el momento, pues, de que el mono volviera a salir de entre bastidores en respuesta a los aplausos del público, el domador le señaló a Jack, que por casualidad era el único que ocupaba el palco. De un poderoso brinco el gran antropoide se lanzó desde el escenario al lado del chico; pero si el domador esperaba una escena de risa se equivocaba de medio a medio. Una sonrisa iluminó las facciones de Jack Clayton al tiempo de poner la mano en el peludo brazo de aquella inesperada visita. El mono, agarró al chico por ambos hombros, le miró larga y ansiosamente el semblante

en tanto que Jack le acariciaba la cabeza y le hablaba en voz baja.

Nunca había dedicado Ayax tanto tiempo a examinar a una persona, como el que dedicó a Jack en aquella ocasión. Parecía turbado y no poco nervioso, y no paraba de farfullar y charlotear dirigiéndose al muchacho, al que acariciaba de cuando en cuando como no le había visto nunca el domador acariciar a un ser humano. De pronto Ayax se metió en el palco con Jack y se hizo un ovillo en el suelo a su lado. El auditorio estaba encantado; pero aún mostró más satisfacción cuando el domador, por haber transcurrido el tiempo asignado a su número, trató de sacar a Ayax del palco. El mono no quería moverse. El empresario, impaciente por el retraso, apremiaba al domador a que se diera prisa; pero cuando el hombre entró en el palco a llevarse al recio Ayax, se encontró con que éste le recibía mostrándole los colmillos y gruñendo amenazadoramente.

El público estaba casi delirante de alegría, y no se cansaba de aplaudir al mono. También aplaudía al niño, y en cambio hucheaba y siseaba al domador y al empresario, el cual había tenido la desdichada ocurrencia de exhibirse con el intento de auxiliar al otro.

Finalmente, reducido a la desesperación, y comprendiendo que aquellos síntomas de motín por parte de su valioso mono, podrían dejar a éste inútil para ulteriores exhibiciones si no se le dominaba inmediatamente, el domador corrió a su cuarto y procuró un fuerte látigo. Empuñándolo volvió de nuevo al palco; pero cuando una sola vez hubo amenazado con él a Ayax, se encontró con que le hacían frente dos enfurecidos enemigos en lugar de uno, porque Jack Clayton se había levantado de un salto, y empuñando una silla se apercibía a defender a su reciente amigo el mono. En su bello rostro no se veía ya la sonrisa de antes. A sus ojos pardos asomaba una expresión que hizo detenerse al domador; y al lado del muchacho seguía el gigantesco mono gruñendo y pronto a la lucha.

Lo que habría podido ocurrir de no haber sobrevenido una interrupción oportunísima, sólo puede conjeturarse; pero seguramente el domador habría sido víctima de una agresión espeluznante, como lo daba a entender claramente la actitud de los dos seres que le hacían cara.

Un criado cubierto de palidez se precipitó en el despacho-biblioteca de lord Greystoke para anunciar que había hallado cerrada con llave la puerta del aposento de mister Jack, y que no le había sido posible obtener respuesta a sus repetidas llamadas y voces, salvo un extraño patalear y el ruido de lo que podía ser un cuerpo que se movía dando vueltas por el suelo.

De cuatro en cuatro subió John Clayton los escalones que iban a parar al piso de encima. Su mujer y el criado corrieron en pos de él. Una vez profirió en voz alta el nombre de su hijo; mas al no recibir respuesta, lanzó su enorme peso, apoyado por la no menoscabada fuerza de sus gigantescos músculos, contra la fuerte puerta del cuarto. Entre crujidos de goznes saltados y de madera hecha astillas, el obstáculo reventó hacia adentro.

Al pie mismo de la puerta yacía el cuerpo del desmayado mister Moore, sobre el cual cayó una de las hojas con terrible estrépito. Por el hueco abierto saltó Tarzán, y un momento más tarde la habitación se inundaba con la luz de media docena de bombillas eléctricas.

Tardaron algunos minutos en descubrir el cuerpo del preceptor, pues la puerta lo había tapado por completo; mas finalmente lo sacaron de debajo de ella, le quitaron la mordaza y las ligaduras y un abundante rociado de agua fría coadyuvó a que recobrara el sentido.

—¿Dónde está Jack? — fué la primera pregunta de Jhon Clayton, que añadió en seguida: — ¿Quién ha hecho esto? — porque le había asaltado el recuerdo de Rokof y con él el temor de un nuevo secuestro de su hijo.

Mister Moore se puso en pie vacilando y paseando las extraviadas miradas por todo el aposento. Poco a poco fué haciendo memoria de lo ocurrido, y volvieron a su mente los detalles de su reciente y triste aventura.

—Le presento a usted mi dimisión, señor, para que me la admita inmediatamente,— fueron sus primeras palabras. — No necesita un preceptor su hijo de usted; necesita un domador de animales salvajes.

—Pero ¿dónde está? — gritó lord Greystoke.

—¡Se ha ido a ver a Ayax!

Trabajo le costó a Tarzán reprimir una sonrisa; y después de cerciorarse de que el preceptor estaba más asustado que herido, pidió el coche cerrado y partió en dirección a cierto teatro de los más conocidos.

III

Mientras el domador, con el látigo levantado, titubeaba un instante en la entrada del palco donde le hacían frente Jack Clayton y el mono, un caballero alto y de anchos hombros entró en el palco dando un empujón al artista. Cuando sus ojos se fijaron en el recién llegado un leve rubor cubrió las mejillas del muchacho.

—¡Papá! — exclamó.

El mono echó una mirada al lord inglés, y dió un salto hacia él, profiriendo una jeringoza excitadísima. El hombre, con los ojos desmesuradamente abiertos de asombro, se detuvo como si se hubiese convertido en piedra.

—¡Akut! — exclamó.

Jack, turulato, miraba del mono a su padre y de su padre al mono. El domador se quedó como un pasmarote al ver lo que siguió, porque de los labios del caballero inglés brotaban los sonidos guturales de un mono, que recibían la correspondiente res-

puesta del enorme antropoide que no se separaba de él.

Y, entre bastidores, un viejecillo encorvado y desfigurado horriblemente observaba el cuadro que se desarrollaba en el palco, en tanto que sus cacarañadas facciones cambiaban espasmódicamente de expresión, en un juego que podía marcar todas las sensaciones de la escala que va del placer al terror.

—¡Mucho tiempo te he buscado, Tarzán! — dijo Akut. — Ahora que te he encontrado me voy contigo para vivir a tu lado siempre.

El caballero acarició la cabeza del mono. Por su mente pasaba toda una serie de recuerdos que lo retrotraían a las profundidas de la primitiva selva africana, donde aquel enorme animal había combatido a su lado años antes. Veía al negro Mugambi blandiendo su mortífera maza, y a su lado, con los colmillos al aire y las cerdas del bigote erizadas, a Sheeta la terrible; y detrás, muy cerca del salvaje y de la feroz pantera, se apiñaban los temibles monos de Akut. El caballero profirió un suspiro. Con irresistible fuerza surgía en su interior el deseo de la selva que había creído ya muerto. ¡Ah! ¡Si pudiera volver a ella, aunque no fuera más que un mes, para sentir otra vez el roce de las ramas y las hojas en su costado desnudo! Olfatear el enmohecido olor de la vegetación muerta y podrida, que era como el incienso y la mirra de los nacidos en la selva; percibir la silenciosa proximidad de los grandes carnívoros que seguían sus huellas, cazar y ser cazado... ¡matar! El cuadro era atractico en extremo. Pero después le seguía otro cuadro, una mujer de lindísimo rostro, aún joven y hermosa, amigos, una casa, un hijo... Acabó encogiéndose de hombros.

—No puede ser, Akut, — dijo, — vuélvete con ese hombre, que yo veré de conseguirlo. Tú no podrías ser feliz aquí... y yo acaso no lo fuera allí.

El domador dió un paso hacia él; el mono le enseñó los colmillos gruñendo.

—Vete con él, Akut — dijo Tarzán de los Monos. — Yo iré mañana a verte.

De mala gana se trasladó al lado del domador. Este, a petición de John Clayton, le dijo cuál era su paradero, y Tarzán se volvió a su hijo.

—Ven — le ordenó; y los dos salieron del teatro.

Ambos guardaron silencio durante varios minutos después de haberse instalado en el coche. Fué el muchacho el que rompió a hablar.

—El mono te ha conocido — dijo, — y los dos habéis hablado en la lengua suya. ¿Cómo es que te conocía, y cómo has aprendido tú su idioma?

Y entonces, en pocas palabras y por primera vez, Tarzán de los Monos refirió a su hijo la vida de su mocedad: su nacimiento en la selva virgen, la muerte de sus padres, y cómo Kala, la mona, le había amamantado y criado desde su infancia hasta casi su

Siempre IMITADO
NUNCA IGUALADO

ANTIBACTER

EL DESIFECTANTE IDEAL

PARA TODOS LOS USOS Y PARA TODAS LAS PERSONAS

VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Preparado por el

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

edad viril. Le refirió también los horrores y peligros de la selva; le habló de las formidables fieras que le acosaban de día y de noche; de los períodos de sequía y de las lluvias diluviales; del hambre, del frío, del calor intenso, de la desnudez, del temor y de los padecimientos. Le habló de todas aquellas cosas que pueden infudir más pavor a la criatura civilizada, con la esperanza de que el conocimiento de ellas pudiera arrancar de la mente de su hijo todo deseo instintivo de conocer la vida de la selva. Y sin embargo eran las cosas que hacían el recuerdo de ella tan agradable para él: las que formaban la compleja y salvaje vida que tanto amaba. Más al referir todo aquello se le olvidaba una cosa — la principal — y era que el chico que le escuchaba con ansiosa atención era el hijo de Tarzán de los Monos.

Una vez que dejó a Jack bien arropado en la cama — por cierto sin el castigo prometido, — Tarzán, John Clayton, relató a su esposa los sucesos de aquella noche, añadiendo que por fin había enterado a su hijo de los hechos de su vida en la selva virgen. La madre, que mucho tiempo atrás tenía previsto que su hijo habría de tener noticia de aquellos espantosos años en que su padre vagaba por la selva, como fiera desnuda y salvaje, se limitó a mover la cabeza, esperando contra toda esperanza que el incentivo que aún existía tan fuerte en el pecho del padre no se hubiera transmitido al hijo.

Tafzán visitó a Akut al día siguiente, más aunque Jack le rogó que le permitiera acompañarle, no pudo conseguirlo. Aquella vez lord Greystoke vió al varioloso dueño del mono, en quien no conoció al astuto Paulvitch de otros tiempos. El caballero, influído por las súplicas de Akut, planteó la cuestión de la compra del antropoide; más Paulvitch no quiso manifestar precio alguno, limitándose a decir que pensaría en el asunto.

Cuando Tarzán volvió a su hogar, se encontró a Jack lleno de impaciencia por conocer los detalles de su visita, y finamente apuntó que su padre debía comprar el mono y llevárselo a su casa. Lady Greystoke se sintió horrorizada al oirle. El muchacho insistía. Tarzán explicó que había querido comprar a Akut para devolverlo a su selva nativa, y a esto asintió la madre. Jack pidió que le dejaran ir a visitar al mono, y de nuevo se encontró con una rotunda negativa. Pero él recordaba las señas que el domador había dado a su padre, y dos días más tarde encontró ocasión propicia de burlar la vigilancia de su nuevo preceptor, el que había reemplazado al aterrado mister Moore, y después de mucho buscar por un barrio de Londres en que no había estado en su vida, encontró el fementido tugurio donde habitaba el cacarañado viejo. Fué éste en persona el que respondió a su llamada, y cuando el chico le dijo que iba a ver a Ayax, abrió la puerta y le hizo pasar al cuartito que ocupaban él y el enorme mono. En otros tiempos Paulvitch había sido un canalla elegante y remilgado; pero diez años de asquerosa vida entre los caníbales de Africa habían extirpado de sus costumbres hasta el último vestigio de pulcritud. Llevaba el traje ajado y lleno de manchas. Tenía las manos sucias y desgreñados los pocos mechones de pelo que le quedaban. Su habitación era un baturrillo desordenado y hediendo. Cuando entró Jack vió al mono agazapado en la cama, cuyos cobertores eran una revuelta pelota de mantas mugrientas y de colchas malolientes. Al ver al muchacho Akut saltó al suelo y se adelantó a su encuentro. El hombre, que no conoció a Jack temiendo que el mono quisiera agredirle, se interpuso entre ambos, ordenando al animal que se volviese a la cama.

—No me hará nada — exclamó el hijo de Tarzán. — Somos amigos, y antes fué amigo de mi padre. Se conocieron en la selva virgen. Yo soy hijo de lord Greystoke. El no sabe que estoy aquí, y mi madre me ha prohibido que venga; pero yo quería ver a Ayax y le pagaré a usted lo que desee si me deja venir aquí a menudo para verle.

Al oir al chico mencionar su nombre Paulvitch estrechó los ojos. No bien volvió a ver a Tarzán desde los bastidores del teatro, su paralizado cerebro comenzó de nuevo a trazar planes de venganza. Es una característica de los débiles y criminales el atribuir a los demás las desventuras que les depara su propia maldad; y así, en esta ocasión, Alexis Paulvitch fué recordando lentamente los acontecimientos de su vida pasada, y al hacerlo echaba sobre el hombre a quien él y Rokof habían tratado tan enconadamente de perder y matar, la culpa de todas las desdichas que habían caído sobre él al fracasar los diversos planes tramados contra su proyectada víctima.

Al pronto no se le ocurría ningún medio de poder, salvando su seguridad personal, hacer daño a Tarzán por mediación de su propio hijo; pero veía claramente que Jack le ofrecía grandes posibilidades de venganza, y por esta razón resolvió cltivar la amistad del muchacho, con la esperanza de que el destino se le mostrara favorable en alguna ocasión futura. Dijo Jack todo cuanto sabía de la pasada vida de su padre en la selva virgen, y cuando se enteró de que lo habían mantenido durante muchos años en la ignorancia de aquella existencia, de que se le había prohibido que visitara los jardines zoológicos y de que había tenido que atar y amordazar a su maestro para encontrar ocasión de ir al teatro a ver a Ayax, comprendió inmediatamente la índole del temor que anidaba en el corazón de lord y lady Gleystoke: el de que Jack pudiera sentir por la selva virgen el mismo afán que su padre había sentido.

De suerte que Paulvitch le animó a que fuese a verle a menudo, y siempre procuraba satisfacer el ansia que Jack sentía por saber cosas del mundo salvaje que tan fa llar era a Alexis Paulvitch. Le dejaba éste muchos ratos solo con Akut, y no tardó en

observar, con gran sorpresa, que el niño conseguía hacerse entender del antropoide, y que él mismo había aprendido ya muchas de las palabras de su rudimentario lenguaje.

Durante este período Tarzán fué varias veces a visitar a Paulvitch. Parecía afanoso de comprar a Akut, y por fin declaró al ruso con toda franqueza que no sólo le impulsaba el deseo de devolver al mono la libertad de su selva nativa, sino también el temor de su esposa a que su hijo pudiera averiguar el paradero de Akut, y su afición al animal avivara el instinto aventurero, que, como explicó Tarzán a Paulvitch, tanto había influído en su propia vida.

El ruso apenas pudo reprimir una sonrisa al escuchar las palabras de Tarzán, pues había transcurrido media hora escasa desde que el futuro lord Greystoke estuvo sentado en la desordenada y revuelta cama charlando con Ayax con toda la fluidez de un mono de nacimiento.

Durante esta entrevista fué cuando se le ocurrió a Paulvitch un plan, como resultado del cual se allanó a aceptar cierta cantidad fabulosa por el mono, y a embarcarlo, una vez recibido el dinero, en un buque que dos días más tarde iba a salir de Dover para dirigirse a Africa. Tenía Paulvitch un propósito doble al aceptar la oferta de Clayton. En primer lugar, la crecida cantidad de dinero influía en él considerablemente, porque el mono ya no era para él una fuente de ingresos, por haberse negado insistentemente a hacer nada en un escenario desde que descubrió a Tarzán. Era como si el animal hubiera sufrido que lo sacaran de la selva y lo exhibieran ante miles de espectadores curiosos con el único objeto de buscar a su amigo y amo tanto tiempo perdido; y una vez que lo halló, considerara innecesario seguir mezclándose con la barabamulta de los humanos. Como quiera que sea, subsistía el hecho de que no había nadie que pudiera inducirle ni aun a volverse a exhibir en el escenario, y en la única ocasión que lo hizo, más bien obligado por la fuerza el resultado fué tal que el desdichado sujeto se dió por satisfecho con haber librado la pelleja. Lo único que le salvó fué la presencia casual de John Clayton, a quien habían permitido que visitara a Akut en el cuarto que le tenían reservado en el teatro, y que se interpuso inmediatamente cuando vió que se disponía a hacer daño de veras.

Y además de la consideración del dinero, ardía en el corazón del ruso el deseo de venganza, que él mismo había atizado con su constante meditar sobre los fracasos y miserias de su vida, atribuídos por él a Tarzán de los Monos: el último de los cuales, y no el menor ni con mucho, era la negativa del mono a seguir ganándole dinero. Paulvitch imputaba esta negativa directamente a Tarzán y había llegado a convencerse de que él había dado instrucciones al mono para que se negara a presentarse en escena.

El natural ya de suyo maligno de Paulvitch se agravaba con la debilitación y trastorno de sus facultades físicas y morales, debido a las torturas y privaciones de su vida pasada. De la perversidad fría, calculadora, extremadamente inteligente, había degenerado en la amenaza peligrosa e insensata del defectuoso mental. Su plan, sin embargo, era lo bastante astuto para proyectar por lo menos una duda sobre la afirmación de que su mentalidad se iba desvaneciendo. Le aseguraba dicho plan, en primer término, el dinero que lord Greystoke había prometido pagarle por la deportación del mono, y luego el vengarse de su bienhechor por mediación del hijo a quien éste adoraba. Esta parte del proyecto era cruel y brutal, y carecía del refinamiento de tortura que había caracterizado los golpes maestros del Paulvitch de antaño, cuando trabajaba con aquel "virtuoso" de la villanía, Nicolás Rokof: más por lo menos aseguraba a Paulvitch la inmunidad contra las responsabilidades, arrojándola sobre el mono, que así resultaría también castigado por su negativa a seguir siendo el origen de los recursos pecuniarios del ruso.

Todo vino a colocarse con diabólica unanimidad en las manos de Paulvitch. Quiso la casualidad que el hijo de Tarzán oyese a su padre cuando refería a su mujer los pasos que estaba dando para devolver a Akut sano y salvo a su morada de la selva virgen, y al oír esto rogó Jack a sus padres que se trajeran al mono a casa para que le sirviera de compañero de juegos. Tarzán no se habría mostrado opuesto a este plan; pero lady Greystoke sentía horror sólo de pensarlo. Jack porfió con su madre, pero todo fué en vano. Jane se mostró testaruda,

EN EL VELODROMO

—¿Por qué van los corredores uno detrás del otro?
—Porque el único que conoce el camino es el que va delante.

y por fin el muchacho pareció allanarse a la decisión de la dama sobre que el mono fuera devuelto a Africa y él mismo fuese al colegio, de donde había faltado durante las vacaciones.

No trató Jack de volver a visitar a Paulvitch aquel día, sino que se dedicó a otros asuntos. Siempre estaba bien provisto de dinero, de suerte que nua vez que la necesidad lo exigía, no tuvo dificultad en hacerse con unos cuantos centenares de libras. Parte de estos fondos los invirtió en varias compras extrañas, que logró introducir en su casa de contrabando, sin que lo descubrieran, cuando regresó ya bien avanzada la tarde.

A la mañana siguiente, después de dar tiempo a que su padre le precediera y ultimara el negocio con Paluvitch, el hijo de Tarzán corrió a la vivienda del ruso. No conociendo nada del verdadero carácter del hombre, Jack no se atrevió a depositar en él plenamente su confianza, por temor a que aquel vejestorio no sólo le negase su ayuda, sino que fuera a su padre con el cuento. En vez de ello, se limitó a pedirle permiso para acompañar a Ayax hasta Dover. Le explicó que esto aliviaría al pobre anciano de un viaje fatigosísimo, y al propio tiempo le valdría unas cuantas libras, porque el muchacho se proponía pagar bien al ruso.

—Ya ve usted, — continuó diciéndole; — no hay peligro de que descubran nada, porque se figuran que yo voy a salir para el colegio en un tren de la tarde. En vez de ello, lo que haré será venir aquí en cuanto me hayan dejado en el vagón. Entonces me llevaré a Ayax a Dover, y llegaré al colegio con un solo día de atraso. Nadie tiene que enterarse de nada, ni haremos mal ninguno a nadie. Y así yo tendré un día más con Ayax antes de perderlo para siempre.

El plan se acomodaba perfectamente a lo que Paulvitch tenía en el pensamiento. Si hubiera sabido el resto de los proyectos del muchacho, indudablemente habría abandonado su propia venganza para ayudar a Jack con todas sus fuerzas a realizarlos; lo cual habría sido bastante mejor para Paulvitch, si éste hubiera podido leer en el porvenir con sólo unas cuantas horas de antelación.

Aquella tarde lord y lady Greystoke dijeron adiós a su hijo y lo dejaron tranquilamente instalado en un vagón de primera, que había de conducirle al colegio en unas pocas horas. Mas no bien se hubieron separado de él, buscó un punto de coches fuera de la estación. Allí tomó un vehículo y se hizo llevar a casa de Paulvitch. Era ya oscuro cuando llegó a ella, y se encontró al ruso esperándole y dando paseos de impaciencia. El mono estaba atado a la cama con una fuerte cuerda. Como era la primera vez que Jack veía a Ayax de tal suerte amarrado, miró interrogativamente a Paulvitch. Este, farfullando, le explicó que, a su juicio, el mono adivinaba que lo iban a mandar fuera, y le había hecho temer que tratara de escaparse.

Paulvitch tenía en la mano otro pedazo de cuerda, en uno de cuyos extremos se veia un nudo corredizo, con el cual jugaba sin cesar, en tanto que seguía dando incansables paseos de un lado otro del cuartucho. Sus variolosas facciones trabajaban horriblemente mientras el bribón hablaba en silencio consigo mismo. Jack, que no le había visto nunca de aquel modo, experimentaba cierta inquietud. Por fin Paulvitch se paró en el lado opuesto del cuarto, a bastante distancia del mono.

—Venga aquí, — dijo al chico. — Le voy a enseñar la manera de atar a Ayax por si acaso mostrara síntomas de rebelión durante el viaje.

El muchacho se echó a reir.

—No será preciso — repuso. — Ayax hara todo lo que yo le mande.

El ruso dió con rabia una patada en el suelo, y repitió:

—Venga aquí, — le digo. Si no hace usted lo que le ordeno, no acompañará usted al mono a Dover. . . No quiero correr el riesgo de que se escape.

Sonriendo todavía, Jack Clayton cruzó la estancia y se plantó delante del ruso.

—Vuélvase de espaldas a mí, — le dijo este último. — para que le enseñe la manera de atarle pronto y bien.

Hizo Jack lo que le pedían, poniéndose las manos a la espalda cuando Paulvitch le recomendó que lo hiciera. Instantáneamente el hombre pasó el lazo corredizo por una de sus muñecas, le dió un par de vueltas en la otra, y anudó la cuerda.

En el momento en que vió atado al hijo de Tarzán cambió la actitud de Paulvitch. Profiriendo un airado terno hizo volver al prisionero, le echó la zancadilla, y lo arrojó violentamente al suelo. No bien cayó Jack, el canalla se sentó encima de su pecho. En la cama el mono se resistía tratando de romper sus ligaduras. El muchacho no gritaba; rasgo éste heredado de su salvaje padre, a quien largos años en la selva virgen después de la muerte de su madre adoptiva, la mona Kala, habían enseñado que no había nadie que pudiera acudir en socorro del caído.

—Los dedos de Paulvitch buscaban la garganta de Jack, y su rostro se contraía en una mueca horrible al clavar las miradas en el de su víctima.

—Tu padre me perdió, — le dijo con ira reconcentrada. — Ahora me llega a mí el desquite. Se figurará que te ha matado el mono. Yo le diré que Ayax ha sido; que le dejé solo unos pocos minutos, y que entonces entraste tú y el mono te mató. Arrojaré tu cadáver sobre la cama una vez que te haya ahogado, y cuando venga tu padre verá al animal agachado encima de tu cuerpo.

Y el perverso demonio profirió una risita de ensañamiento, en tanto que sus dedos se apretaban sobre la garganta del hijo de Tarzán.

Detrás de ellos los gruñidos del enfurecido mono repercutían en las paredes del mezquino aposento. El futuro lord Greystoke palideció pero no asomó a su rostro ninguna otra señal de miedo. Era el hijo de su padre. Los dedos del ruso le apretaban la garganta de tal suerte que apenas podía ya respirar. El mono porfiaba con la recia cuerda que lo sujetaba. Dando media vuelta, se la enrolló en torno de las manos, como lo podría haber hecho un hombre, y dió un fuerte tirón hacia atrás. Sus poderosos músculos se dibujaron bajo el peludo pellejo. Se sintió ruido de ma-

dera que se astillaba, y la cuerda resistió, pero una parte de los pies de la cama se desprendió de lo restante. Al oir el ruido, Paulvitch levantó la vista, y su repugnante rostro se puso lívido de terror. El mono estaba libre.

De un solo salto la fiera cayó sobre él. Paulvitch lanzó un grito. Akut lo arrancó violentamente del cuerpo del muchacho, y sus poderosos dedos se hundieron en la carne del malvado, en tanto que con los amarillos dientes buscaba su garganta. Luchó el ruso, pero en vano; y cuando los colmillos de Akut se cerraron, el alma de Alexis Paulvitch pasó al reino de los demonios, que tanto tiempo llevaban esperándola.

El muchacho se puso en pie a fuerza de trabajo, ayudado por Akut. Por espacio de dos horas, siguiendo las instrucciones de Jack, el mono estuvo forcejeando con los nudos que sujetaban sus muñecas. Finalmente éstos le entregaron su secreto y Jack quedó libre. En seguida cortó la cuerda que aun pendía del cuerpo del antropoide. Después abrió una de sus maletas y sacó unas ropas. Había trazado bien sus planes. Ni siquiera consultó al animal, que hizo cuanto él le mandaba. Los dos juntos se escurrieron fuera de la casa, pero nadie habría sido capaz de decir que uno de los que componían aquella pareja era un mono.

IV

La muerte del viejo y desconocido ruso, Miguel Sabrov, causada por el formidable mono amaestrado que poseía, fué tema de comentarios de prensa durante unos cuantos días. Lord Greystoke leyó lo que decían los periódicos, y al propio tiempo que tomaba especiales precauciones para que no sonara su nombre en relación con aquel suceso, se mantuvo bien informado de las gestiones que hacía la policía para la busca y captura del antropoide.

Como le ocurría al público en general, su principal interés en el asunto se concentraba en la misteriosa desaparición del matador O por lo menos así fué hasta que vino a saber, unos días después de la tragedia, que su hijo Jack no se había presentado en el colegio, camino del cual le habían dejado bien instalado en un vagón de ferrocarril. Aun entonces no llegó el padre a relacionar la desaparición de su hijo con el misterio que rodeaba la del mono. Sólo un mes más tarde, cuando las minuciosas pesquisas de la policía revelaron que Jack se había apeado del tren antes de que éste partiera de la estación de Londres, cuando se dió con el cochero que condujo a Jack a la morada del viejo ruso, fué cuando Tarzán de los Monos comprendió que Akut estaba relacionado en cierto modo con la desaparición de su heredero.

A contar del momento en que el auriga dejó a Jack junto a la acera, ante la casa en que se alojaba el muerto, ya no se tenía pista alguna. Nadie había visto al muchacho ni al mono desde aquel instante; es decir, nadie que todavía viviera. El dueño de la casa identificó el retrato de Jack Clayton con el muchacho que había hecho frecuentes visitas al cuarto del viejo. Pero salvo esto, no podía decir nada.

Y allí, a la puerta del destartalado edificio de los peores barrios de Londres, los investigadores se quedaban tan completamente chasqueados como ante una pared en blanco.

El día que siguió a la muerte de Alexis Paulvitch, un jovenzuelo, que acompañaba a su abuela enferma, tomó pasaje a bordo de un vapor en Dover. La anciana señora iba cubierta con un tupido velo, y estaba tan debilitada por los achaques y los años que fué menester subirla a bordo del buque en un sillón de inválido.

No quiso el nieto consentir que nadie más que él la llevara, y con sus propios brazos la ayudó a pasar del sillón al interior de su camarote; y esta fué la última vez que vieron a la vieja señora los tripulantes del buque, hasta que la pareja desembarcó. El muchacho insistió en encargarse él personalmente del trabajo de camarero del vapor, porque su abuela, explicó, sufría una indisposición nerviosa que le hacía extraordinariamente desagradable la presencoa de cualquier desconocido.

Fuera del camarote (y no había nadie que supiera lo que hacía dentro de él) el muchacho era enteramente lo que pudiera haber sido cualquier mozalbete inglés normal y sano. Tratábase con los compañeros de pasaje, era el predilecto de los oficiales del buque, y llegó a trabar infinidad de amistades entre los marineros ordinarios. Aunque generoso y franco, tenía un talante de dignidad y fuerza de carácter que inspiró a sus muchos amigos nuevos, un sentimiento de admiración hacia su persona, al propio tiempo que de afecto.

Entre los pasajeros figuraba cierto norteamericano que se llamaba Goudon, conocido granuja y petardista a quien buscaban en media docena de ciudades de las más importantes de los Estados Unidos. El tal había dedicado poca atención al joven, hasta que en cierta ocasión le vió exhibir por casualidad un fajo de billetes de banco. Desde entonces Goudon cultivó la amistad del chico británico. Fácil le fué averiguar que viajava solo con su abuela enferma, y que se dirigían a un puertecillo de la costa occidental de Africa, poco más abajo del Ecuador; supo también que su nombre era Billings, y que no tenía amigos en la pequeña colonia a la cual se dirigían. A cerca del propósito que lo conducía a aquel lugar, Goudon notó que el muchacho se mostraba reticente, y por esta razón no quiso extremar sus preguntas; pues, así como así, ya tenía averiguado todo lo que deseaba saber.

Lea en el próximo número la continuación de esta interesantísima novela de aventuras.

EL CONCURSO DE "PUCKY"

A continuación se publican algunos chistes de los enviados por los estimados lectores de "Pucky" y que, aun cuando no han llegado dentro de las condiciones del concurso pueden ser tomados en cuenta y aspirar a premio.

EL CHISTE PREMIADO

AGRADECIDO

El médico daba una conferencia antialcoholista y, para reforzar su argumento citó el siguiente ejemplo:

Un hombre estaba a tal punto impregnado de alcohol, que al soplar una vela para apagarla, murió terriblemente carbonizado.

Cuando terminó su peroración, se le acercó un hombre ebrio y con voz titubeante, pero en la que palpitaba el agradecimiento, dijo:

—Gracias; lo que usted ha dicho ahora, me servirá de guía en lo sucesivo; deberé a usted mi salvación, porque desde hoy, jamás... soplaré una vela para apagarla.

Ramón Martínez, casa Barthe, Posadas (Misiones).

DESDICHADO

A la puerta de una iglesia:

—¡Una limosnita para un pobre huérfano, que no tiene más que un padrastro!

—¿Y dónde está su padrastro?

—En este dedo.

Blanca Luisa Rachetti, Santa Fe 2054, Mar del Plata.

* * * *

EN LA ESCUELA

El maestro: ¿Por qué la tierra gira sobre su eje alrededor del sol?

El niño: Será para no tostarse de un solo lado.

Albe Pavese, Belgrano 686. Azul (F. C. S.).

* * * *

BUENA IDEA

El padre: —Joselito, ¿serías capaz de decirme cuáles son los días mejores del año?

—Joselito: —Sí, papá; los días que hay vacaciones en las escuelas.

Antonio Rodríguez, Portela 911. Capital.

* * * *

RECETAS PARA PEGAR ESTAMPILLAS

Un médico andaluz muy guasón entra en un estanco, donde es muy conocido; compra una estampilla de correo y busca inútilmente dónde humedecerla.

—¿Estás bien de salud, hija mía? —pregunta a la joven que le despacha.

—Sí, señor...

—A ver la lengua.

La joven saca la lengua y el doctor, pasando delicadamente por élla la estampilla dice:

—Gracias, hija mía, era lo que deseaba.

Abrahan Gruvinan, Corrientes 278. Rosario de Santa Fe.

* * * *

EN UN RESTAURANT

Cliente. —Vea mozo, hay un pelo en la sopa. ¡Casi me lo trago!...

Mozo. —¡Qué me dice a mí,! dígaselo al cocinero!

Cliente. —¡Se lo digo a usted para que vea que no tengo pelos en la lengua!

José Meneglini, Hernández. Entre Ríos.

* * * *

UN CORTO CIRCUITO

—Dime, papá ¿qué es un corto circuito?

El padre. —La pollera de tu hermana.

Julio Abel Acosta, Posadas. (Misiones).

* * * *

CONFESION

Tres serranos entran a una iglesia a confesarse. El cura le dice a uno de ellos:

—A ver, dime, hijo, ¿hay Dios?

—Sí, padre.

—¿Cuántos Dioses hay?

—Uno solo.

—¿Y dónde está Dios?

Y con asombro del cura, el penitente sale corriendo y dice a los compañeros:

—Disparen, que Dios se ha perdido y nos están achacando el robo.

Bernardino V. Díaz, Agustín Garzón 2352. San Vicente, Córdoba.

* * * *

AHORRATIVO

Un profesor dejó en un testamento las siguientes instrucciones: "Deseo un entierro de tercera clase que no valga mucho, pues no me gusta hacer gastos en lo que no me proporciona placer".

E. Odriozola, Chile 1652. Buenos Aires.

* * * *

EFICAZ

La joven. —¿Y cómo dice que ganó esa medalla?

El ex soldado. —Salvé la vida a todo mi regimiento.
—¡Qué maravilloso! ¿Cómo lo hizo?
—Maté de un tiro al cocinero.
Juancito Fernández, Mendoza 3752. Rosario.

****

EN EL TREN

Pasajero 1o. (que está fumando) —Perdone, señor ¿le fastidia el humo del tabaco?
Pasajero 2o. (que le fastidia el humo) —Muchísimo.
Pasajero 1o. —Entonces, le aconsejo que no fume nunca.
Horacio Rossanigo, Tacural, F. C. C. A.

****

ENTRE HOMBRES DE NEGOCIO

El 1o. —¿Sabes? Mi mujer tiene fiebre; ayer de mañana 38; anoche 38; esta mañana 40...
El 2o. —A 41 compro.
Horacio Rossanigo, Tacural, F. C. C. A.

****

ENCENDEDORES

Salía el vapor de Montevideo, soplaba un viento terrible, en la cubierta del vapor una niña miraba la luz del farol del cerro; después de mirar un rato se dirige a su papá que la estaba observando.
—Figúrate, — le dice,— ¡qué paciencia tienen los que cuidan ese farol.
—¿Paciencia? ¿Por qué?
—Se ha apagado esa luz trece veces desde que estoy mirando y ellos la han vuelto a encender inmediatamente; es una maravilla!
Necífero F. Trevignani, Helvecia. Provincia de Santa Fe.

****

IMPASIBLE

La mamá. —Pero, ¿cómo? ¡El niño llorando en el suelo y usted leyendo tranquilamente "Pucky"!
El ama. —Sí, señora ¡Pero no me molesta, estoy acostumbrada!
Pedro Casado. Oliden 632, Liniers. F. C. O.

****

DEL MISMO

—¿Y de quiénes son estos cráneos?
—El mayor es del fundador de este castillo.
—¿Y el pequeño?
—Del mismo señor cuando era niño.
Salim Tleye. 9 de Julio 56, Villa María, F. C. C. A.

****

HABLANDO DEL TIEMPO

Dos chacareros conversaban sobre el tiempo.
—Si sigue quince días esta lluvia no habrá cosa que no salga de la tierra.
—¡Oh, Dios mío! no me hable de eso, yo que tengo a mi suegra y el sastre bajo el camposanto.
Ana Travi, Bermúdez 1285. Capital.

Los chistes deben ser enviados escritos con tinta o a máquina en tarjetas postales, que no necesitan ser ilustradas. En las oficinas de correos las venden y son baratas.

En cada tarjeta debe venir pegado el cupón que aparece en esta página. No será aceptado ningún chiste que no venga acompañado del correspondiente cupón.

El director elegirá, de los chistes que se reciban, los que sean dignos de publicación y de entre esos mismos se elegirá cada semana el o los dignos de premio. Los que hayan sido premiados recibirán $ 5. — cada uno por giro postal. Es, pues, indispensable enviar el nombre y la dirección.

La prueba de que la tarjeta postal ha sido echada al correo no es considerada demostración de que el chiste ha sido remitido.

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO CHISTE QUE SE ENVIE AL CONCURSO

PUCKY No. 271

Los premios no tienen límite: Lo mismo puede ser uno que muchos más. Se desean chistes dignos de premio. De su originalidad responden sus autores.

Todo lector que quiera tomar parte en este concurso, sólo tiene que ceñirse a las condiciones que anteriormente se expresan. No se entra en correspondencia respecto al concurso ni se dan más explicaciones de las publicadas aquí.

MANDE UN BUEN CHISTE Y GANE $ 5.-

EL EMBAJADOR DE MARTE

Por HARL VINCENT

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR:

Frank Chandler, un arquitecto de Nueva York, hastiado por la monotonía de la vida de trabajo que lleva, se detiene a reflexionar en uno de los bancos de un paseo de la gran ciudad, desde donde es trasladado — mediante la acción de fuerzas poderosas y desconocidas — a un misterioso dirigible que lo conduce al planeta Marte. Durante el viaje traba relación con un amigo terrestre que le explica la razón de su presencia en la nave aérea. Una vez llegado a Marte y puesto en relación con los dirigentes de aquel planeta, Frank es encargado de regresar a nuestro mundo para cumplir una embajada realmente extraordinaria. Se trata de realizar negociaciones entre los dos planetas, con el fin de obtener la conformidad de los habitantes de la Tierra para una posible trasmigración de los marcianos, que están a punto de ser aniquilados por unos seres monstruosos y por las fuerzas interiores de aquel planeta en pleno período de desintegración.

HABIAN removido más de diez metros de la roca maciza que obstruía el túnel y parecía que nunca terminarían de eliminar la pétrea barrera. El gran temor de Jack era que su amigo hubiera sido aplastado por las rocas, pero todos seguían trabajando con la esperanza de que no fuera así y que encontrarían vivo a Frank.

Cuando ya estaban por abandonar el trabajo, uno de los trabajadores dió un alarido de alegría. Su pico se había hundido hasta el cabo a través de la barrera. Con un ronco grito Jack echó a un lado al obrero y se abalanzó para remover él mismo las piedras con sus manos. Cuidadosamente agrandaron el agujero lo indispensable para que Jack pudiera escurrirse por él. Todos los demás esperaron afuera ansiosamente, pero no por mucho tiempo. Muy pronto Jack volvió a la abertura y pasó por ella el cuerpo inerte de su amigo. Cuando llevaban a través de la caverna principal el cuerpo de Frank, aparentemente sin vida, Jack se desmayó y tuvo que ser cargado también.

Los médicos allí presentes declararon que Frank estaba aun con vida aunque peligrosamente cercano a la muerte. Hubo entonces gran alboroto y los dos terricolas fueron llevados al palacio.

Al despertar, Frank se encontró en la misma habitación que había ocupado desde su llegada a Uldur. Paseó su vista, un poco aturdido, desde Jack que estaba parado a los pies de su cama, con Ky-lea a su lado, hasta Ky-lin que lo observaba con grave preocupación. Este estaba sentado a un lado de la cama mientras un doctor tomaba el pulso al enfermo. Con las palabras — volverá en sí inmediatamente — pronunciadas por el médico, la expresión deprimida de los semblantes se transformó como por encanto en alegría.

Frank se sonrió placidamente. No se sentía gravemente enfermo. Trató de incorporarse, pero no pudo hacerlo. Le dolía todo el cuerpo y los músculos no obedecían a su voluntad. Pero su cabeza se aclaró en seguida y casi gritó de alegría al recordar la revelación que los Breggia impensadamente le habían hecho desde su refugio subterráneo.

—¡Jack! ¡Ky-lin! ¡todos! ¡tengo el secreto de la vulnerabilidad de los Breggia! — exclamó. — Doctor, deme un estimulante o algo que me de fuerzas para decirlo y puedan empezar a trabajar inmediatamente.

El doctor sacudió la cabeza, pero Frank insistió:

—Le digo que ahora estoy bien. Solo siento cansancio físico pero estoy en plena posesión de mis sentidos. No. No estoy desvariando. He visitado a los Breggia en sus dominios y descubierto el secreto de su punto débil. Por favor haga lo que le he pedido.

Se convencieron de que hablaba en serio y estaba en su sano juicio. El médico le desnudó el brazo y le dió una inyección hipodérmica. Inmediatamente sintió la sangre correr caliente por sus venas y una nueva fuerza reanimó su ser. Se sentó en la cama y con ojos chispeantes de entusiasmo refirió su aventura a los oyentes, que lo escuchaban azorados. Cuando hubo terminado Ky-lin exclamó lleno de asombro:

—¡El Edlis! Pero si es una de nuestras vegetaciones subterráneas más comunes. Para nosotros no es ni alimento ni veneno. Es un yuyo inservible; tenemos que arrancarlo de los jardines y quemarlo en los hor-

nos incineradores. Repetidas veces nuestros biólogos han analizado su savia y sus fibras para encontrarle algnua aplicación. Es extraño que no se nos haya ocurrido que pudiera ser venenoso para los Breggia. Frank, has ganado el día. Has salvado a nuestra gente de su mayor peligro. Procederemos inmediatamente a prepararnos para el siguiente ataque de nuestro tradicional enemigo.

Con alborozo y gratitud besó a Frank en ambas mejillas. El efecto del estimulante suministrado a Frank se había ya terminado y con la consiguiente reacción quedó profundamente dormido. Después de auscultar los latidos del corazón el médico dijo que estaba fuera de peligro y todos abandonaron la habitación silenciosamente y rebosantes de gratitud.

CAPITULO VII

Ký-lin convocó inmediatamente a una reunión en el Urdesil a todos los Urdias y sabios más renombrados entre los neloias. Jack estaba radiante de alegría. He aquí un amigo, pensaba, de quien se puede estar orgulloso. Ahora, los neloias tendrían una confianza absoluta. Su valor para la guerra defensiva que era vacilante a causa de su impotencia, sería seguramente reanimado. Jack amaba la lucha y presentía que se preparaba una grande. Ahora se iban a cambiar los papeles y la desventaja sería para la parte contraria.

Los Breggias recibirían por fin su merecido.

Los sabios escucharon la noticia con gran sorpresa. Les parecía increíble que el inofensivo Edlis fuera tan temible para los Breggias, pero era tan convincente el relato hecho por Frank, que terminaron por aceptarlo como cierto. Ky-lin impartió las órdenes del caso. En el tiempo de un arg se habían trazado todos los planes y los jefes de repartición estaban ya en camino para ponerlos en ejecución.

Fué mandado al subsuelo el mayor número de obreros disponibles para recoger de los túneles y cavernas no cultivadas, todas las plantas que hubieran del ahora precioso Edlis.

Todos los laboratorios químicos que podían ser distraídos de la tarea habitual de preparar alimentos. fueron dedicados a la extracción del jugo de ese vegetal que repentinamente había adquirido tan inusitada importancia. Docenas de fábricas fueron equipadas para producir grandes cantidades de rifles de aire comprimido destinados a lanzar contra el pellejo escamoso de los Breggias, cápsulas quebradizas del para ello mortífero veneno. Miles de hombres se dedicaron a la tarea de adiestrarse en el uso de esas armas.

Los trabajos adelantaron mucho durante el tiempo que Frank estuvo convaleciente. El pasadizo por el cual se había aproximado al cubíl de los Breggia, fué rellenado de sólida mampostería para evitar la posibilidad de que intentaran un ataque por ese lado. Infinidad de plantas de Edlis fueron llevadas a la superficie y los laboratorios extrajeron y almacenaron en enormes recipientes grandes cantidades de savia. Se habían fabricado más de diez mil rifles y cinco mil obreros estaban ocupados en sellar las cápsulas que se utilizarían como proyectiles. Fué instalado un sistema de alarma que anunciara a los defensores el avance del enemigo con más anticipación que lo hacían las señales existentes. Alrededor del altiplano, se estaban construyendo fuertes murallas detrás de las cuales los defensores podrían dar a los atacantes la primera muestra de la suerte que les esperaba. Donde quiera que Frank se mostraba en público, era aclamado como un gran héroe.

Había terminado su última lección sobre la construcción del Rulgen y el resultado final fué exactamente como se lo habían dicho sus instructores. Cuando concentraba su atención, acudían a su memoria con absoluta precisión y claridad todos los detalles, aún los más ínfimos del complejo mecanismo.

Como era un buen dibujante, podía trazar con exactitud los planos de cada sección con los datos completos sobre la dimensión y clase de material de que debía ser hecha cada pieza, y también representar el conjunto armado y dar explicaciones detalladas sobre su funcionamiento. En resúmen, se había convertido en un mago de la técnica del Rulgen.

Ahora que tenía la perspectiva de una lucha con los Breggia, que podía tener un solo resultado, el de su completa derrota, no parecía tan urgente iniciar las negociaciones con Visin. Se decidió en consecuencia que Frank permaneciera allí hasta la terminación de la batalla, así que participó con empeño en los preparativos de la misma. Día por día aumentaba el número de guerreros adiestrados. El entusiasmo de los Neloia crecía proporcionalmente con su confianza.

La atmósfera mental de Ulderg cambió radicalmente. Solo por excepción se veía algún rostro que no expresara confianza. Aun los temblores ocasionales que sacudían la ciudad, haciendo recordar la amenaza de un desastre sísmico. no producían en el ánimo de los Neloias el efecto deprimente de antes. El viejo planeta se mantendría unido el tiempo suficiente para permitir la trasmigración proyectada. El terror de los Breggia había terminado. Tenían ahora que vengar a los seres queridos que éstos les habían arrebatado. Aquello era un maravilloso rejuvenecimiento de una gente también maravillosa.

A Frank se le había confiado el mando de una división y a Jack otra. Ky-lin era el general en jefe y proyectaba organizar y conducir personalmente sus huestes en la batalla que se avecinaba. Se habían dispuesto gran cantidad de faros a lo largo de los atrincheramientos. Veinte mil hombres completamente armados y equipados estaban listos. No debían ni podían fracasar.

Pacientemente esperaron los Neloias, pero los Breggia no aparecían.

POR SOLO 5 centavos

sin más gastos ni molestias, acompañando este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante.

Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:

LA FOTOGRAFICA ARGENTINA

RIVADAVIA 659 — Buenos Aires P.

Frank se puso nervioso e inquieto. Estaba deseoso de entrar en acción y así se lo manifestó confidencialmente a Jack. Su amigo se burló de sus deseos sanguinarios, pero admiraba en secreto su vigor y su indomable energía. Veía en él al Chan de otros tiempos, al mismo Frank que tantas veces había sido llevado en andas por sus compañeros de sport entre muchedumbres bullangueras y delirante. Jack se sentía feliz de pensar que su amigo sería otro hombre cuando volviera a la tierra. Ni una sola vez durante muchas semanas se había recordado de su oficina. Ni siquera se había preocupado en mirarla con el Rulgen, aunque pasaba muchas horas explorando con ese aparato otros mundos además de la tierra. Jack estaba seguro que la curación de su amigo era completa y permanente, y se sentía orgulloso de haber obtenido este resultado trayéndolo a Uldur. No tenía nada que reprocharse por esto y aparentemente su amigo tampoco lo lamentaba.

Ky-lea pasaba gran parte de su tiempo en compañía de los dos hombres y Frank cada día que transcurría se sentía más impresionado por su belleza. Esa gloriosa criatura adoraba verdaderamente a su amigo. Seguía todos sus movimientos con la luz del amor resplandeciendo en sus incomparables ojos. Cada pensamiento que expresaba traducía su amor y revelaba una dulzura de carácter que era agradable contemplar. Y Jack retribuía ese afecto con todo su ser. No trataba de ocultar a Frank sus sentimientos. De pronto Frank se dió cuenta que él también necesitaba una compañera de esa clase y resolvió buscar su pareja entre las Neloias. Pero eso podía esperar.

Frank se interesó profundamente en el estudio de la astronomía, bajo la tutela eficaz de Rete, quien lo respetaba mucho desde el día aquel en que quedó sepultado. Con la ayuda del Rulgen le reveló muchos misterios sobre la vida y civilización de varios cuerpos celestes que hasta entonces él había creído eran sólo astros luminosos. Ahora comprendía porque los Neloias habían elegido la Tierra para refugio en vez de algún otro lugar. Su mundo no era tan malo después de todo.

La cuadrigésima noche de su llegada a Uldur estaba observando en compañía de Rete el desarrollo de una batalla terrible entre gigantes del planeta Marte, conocido en Ulder por el nombre de Kivis. Mientras se encontraban abstraídos siguiendo las incidencias de la lucha, los sobresaltó el aullido característico de la señal de alarma. Había llegado el momento.

Ambos corrieron hacia el ascensor que los llevó rápidamente al pasillo subterráneo que conducía hasta las línea de defensa a cargo de Frank. Cientos de Neloias se agolpaban sobre la plataforma transportadora que velozmente los llevaba hacia su puesto de lucha, y cuando Frank se unió a ellos le hicieron una gran ovación. Se puso a la cabeza de su división que ya estaba formando ordenadamente.

Los grandes reflectores iluminaban el valle en todas direcciones, pero todo estaba tranquilo todavía. La profundidad del valle era aproximadamente de 100 metros y los frentes del peñasco eran lisos. Frank muchas veces se había admirado de cómo los Breggia podían escalar esas alturas y aun no lo comprendía. Ninguno de los que llegaron a ver cómo lo hacían había sobrevivido para contarlo a los demás, y esto seguía siendo un misterio para los Neloias.

Aun no estaban a la vista los Breggia, pero el rumor de su venida se oía a lo lejos. Era como el pataleo de una manada de ganado corriendo alocadamente en los campos. Gritó algunas palabras de aliento a sus hombres y les advirtió que no hicieran fuego hasta que él se lo ordenara. Era necesario sorprender al enemigo y no debía iniciarse el fuego hasta que no hubiera certeza absoluta de que aquel se encontraba a tiro. Aumentó el rumor y pronto pudo verse una masa ondulante de atacantes entrar dentro del campo iluminado. Adelantaban con la velocidad de un tren expreso. Las temibles bestias abrieron su línea delantera maniobrando para rodear a la ciudad con el fin de atacarla por todos los costados. Su número era mayor de cincuenta mil, varias veces más que la cantidad habitual. Enceguecidos al entrar en el área iluminada siguieron sin embargo avanzando sin disminuir su velocidad. El brillo desusado de la luz debió ser una sorpresa para ellos, pero evidentemente la misma luz que los cegaba les servía para guiarlos en su avance.

Cuando la línea delantera había llegado a unos trescientos metros, la pequeña esfera que Frank sostenía en la mano reprodujo la orden de abrir el fuego, dada por Ky-lin. Al instante repitió la orden a sus hombres quienes con gran fortaleza de ánimo se habían mantenido serenos reprimiendo el natural deseo de disparar sus armas. Respondiendo a su orden, repetida a lo largo de la línea por sus lugartenientes, cinco mil rifles lanzaron contra los Breggia sus proyectiles de muerte. Otras quince mil armas en el resto del perímetro del altiplano abrieron por primera vez su fuego sobre el único enemigo contra el que eran eficaces. Con sus anteojos Frank observaba el efecto sobre la horda avanzante. Este no era instantáneo, pero de pronto se formó un claro en la línea de avanzada. Muchos Breggias habían caído y vueltos de espalda arañaban al aire con sus garras al mismo tiempo que

llenaban el ambiente con roncos gritos y maldiciones.

—El Edlis. el Edlis, — chillaban, pero los de la retaguardia no hacían caso o no oían la advertencia. Seguían adelante, hollando con sus enorme patas a sus semejantes moribundos y plañideros. Se repitió otra vez la orden de hacer fuego y otro claro más se abrió en la avanzada.

Las hordas de retaguardia seguían atropellando y los rugidos de los pisoteados y agonizantes Breggia fué espantoso. Una y otra vez los rifles de los defensores disparaban sus cápsulas destructoras. Pero eran tenaces esos espantosos monstruos. La masa de seres que se revolcaban torturados había llegado a unos treinta metros del peñasco, cuando un pelotón de animales llegó con tremendo empuje hasta su base.

Una compañía de los Neloias capitaneados por Frank escalaron la muralla y echándose boca abajo sobre el borde del precipicio hicieron fuego, descarga sobre descarga contra el grupo rugiente y macerado de abajo. Los Breggias heridos de muerte se apilaban unos encima de otros en los estertores de su agonía y arañaban la roca en inútil intento de alcanzar a sus atormentadores. Nuevos refuerzos corrían hacia adelante con increíble rapidez, trepándose con desesperado empuje encima de los muertos y agonizantes para llegar hasta arriba. La fila se había hecho tan alta que uno de los más grandes con un trmendo salto llegó hasta el borde y logró asirse a una sección de la muralla que cedió al impulso de su poderoso zarpazo. Había conseguido afirmarse y Frank corrió en ayuda de los Neloias que defendían ese punto. Este animal tenía una resistencia enorme pues había sido alcanzado en muchas partes por el mortífero fuego de Edlis contenido en las cápsulas explosivas lanzadas desde todas direcciones. Frank descargó su arma de frente sobre la boca abierta del animal, que lanzando una terrible maldición se tumbó para saer sobre la masa de sus semejantes, arrastrando consigo apretados contra su cuerpo baboso a varios Neloias aterrados.

Con calma y metódicamente, la larga línea de defensa seguía arrojando sus mortíferas descargas. El enemigo estaba decididamente vencido, pero los Neloias continuaban matando implacablemente a los sobrevivientes. El temor y el odio acumulado durante las edades se desahogaba con el ansia de exterminar por completo al enemigo. Muy pocos escaparon y mientras corrían hacia la oscuridad exterior, ni una sola vez se volvieron para contemplar el campo de batalla.

Después de una expectante observación, Ky-lin dió la orden de retirada. Risas y aclamaciones llenaron el aire cuando los guerreros aliviados de la tensión de la lucha se dirigieron hacia la ciudad que tan valientemente habían defendido.

Frank volvió al palacio tan pronto como pudo y allí en el Urdesil encontró un inmenso y regocijado gentío. Ky-lin y Jack llegaron casi al mismo tiempo y los tres subieron al estrado que estaba a un extremo del salón. Ky-lin se puso de pie delante del trono y a cada lodo los dos visitantes y tres de los Urdia. Acalló a la multitud con una señal de la mano y todos escucharon en religioso silencio su breve discurso.

—Querido pueblo, — dijo, — hemos derrotado a nuestro enemigo secular. Menos de veinte de los nuestros murieron en la batalla, mientras que más de cuarenta mil Breggias yacen en el valle contaminándolo con sus cuerpos detestables. Estoy seguro que ya no tenemos nada que temer de los millones de Breggia restantes. Cuando los sobrevivientes lleven la noticia de que hemos descubierto el secreto del Edlis, no se tomarán el riesgo de atacarnos.

Nuestra victoria se debe enteramente a la valentía e inteligencia de vuestro querido Frank, el segundo visitante que trajimos de Visin. En vuestro nombre y en el de Ky-mar, mi lamentado padre, yo le doy las gracias. Ojalá estuviera él aun entre nosotros para presenciar el triunfo de su pueblo.

Pòdeis retornar en paz a vuestros hogares, con la seguridad de que ha sido eliminado el terror de los siglos. Pronto nuestro querido Frank volverá a su propio hogar para completar las negociaciones sobre nuestra trasmigración a Visin. Mis hombres de ciencia me informan que no existe peligro inmediato de que Uldur sea destruído por las fuerza naturales, y que nos queda tiempo suficiente para efectuar sin apresuramiento nuestro viaje. Antes de presentarme ante la multitud que me aguarda en la plaza para agradecer a nuestros guerreros me creo en el deber de anunciaros el compromiso de mi hermana Ky-lea con Jack que ha estado entre nosotros por mucho tiempo y nos es tan querido. Será esta una unión que debiera causaros gran felicidad como la traerá para mí. Será un nuevo lazo entre la gente de ambos planetas.

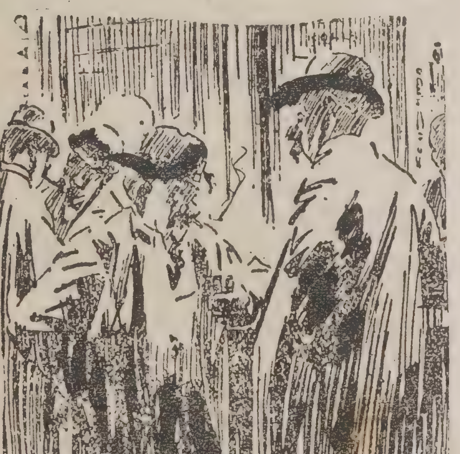
A su terminación, Ky-lea sonrojándose se reunió a su prometido y saludó a la multitud que aplaudía, mientras él sonreía tímidamente. Varias voces pidieron que hablara Frank, pero él ya se había encaminado hacia el balcón para observar a la multitud reunida en la plaza y rehuir los aplausos que le prodigaban adentro. Ky-lin se reunió con él y el clamor que subía de la plaza se hizo atronador cuando vieron a los dos juntos por primera vez desde la gran batalla. Reinaba la animación de un día festivo. Nunca, la antigua plaza de Uldeg había visto tal manifestación de regocijo.

Después de unos minutos, Frank y Ky-lin se retiraron. Dándose un efusivo apretón de manos se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Frank encontró a Jack que lo esperaba.

Conversaron hasta muy entrada la noche, discutiendo sobre la reciente lucha, y proyectando planes para el futuro. Con gran alegría se contaron mutuamente los incidentes de la pelea según cada uno la había visto desde su sector. Jack había resuelto

el misterio sobre el escalamiento del peñasco, y en realidad no era ningún misterio. En un punto debajo de sus tropas hubo una sección del frente de los atacantes que no pudo ser bien cubierta por el fuego, debido a que por un tiempo faltaron proyectiles. En ese punto los Breggias se reunieron en formación cerrada, avanzando rápidamente hasta la base del peñasco en maciza falange. Formaron sencillamente una pirámide de cuerpos vivientes apoyados contra el costado del peñasco y los que venían atrás subieron por esa pila a tiempo para encontrarse de frente con una compañía de refuerzo que Jack había enviado a aquel punto. Consiguieron repelerlos con la pérdida de solo siete Neloias y únicamente tres de los Breggias lograron asirse del borde. La mantanza fué allí completa, habiendo sido enteramente aniquilada la masa amontonada al pie del peñasco con el fuego cerrado de los defensores.

LA EXPLICACION



—Yo no me explico, don José, como usted, que siempre ha cuidado tanto la línea, se atreva a salir a la calle con ese sombrero tan viejo.

—Es muy sencillo; resulta que mi mujer ha jurado no hablarme hasta que me compre uno nuevo.

CAPITULO VIII

Después de algunos días de descanso volvieron a ocuparse del retorno de Frank. Este estaba ansioso de partir para iniciar cuanto antes los preparativos en su propio mundo a fin de convenir desde allí la venida inmediata de los Neloias. ¡Qué relato podría hacer a las naciones de Visin! Y no podrían dudar, una vez que terminara la construcción del Rulgen. Se sentía un emisario de los dioses y deseaba apresurar los acontecimientos.

Debiendo atender ahora los deberes de Randenat, Ky-lin no podía ausentarse. Se convino entonces que Rete comandara el dirigible que llevaría a Frank de vuelta a la Tierra. Muchos centenares de Neloias solicitaron permiso para acompañar a Frank en su viaje en la nave. Ky-lin concedió pases a un centenar de los que se habían relacionado más íntimamente con Frank, durante su estada y habían llegado a quererlo como a uno de los suyos. Jack figuraba naturalmente entre el grupo de los acompañantes y cuando llegó el día de la partida se despidió tiernamente de Ky-lea en el salón del trono del palacio mientras Frank y Ky-lin los observaban con ojos humedecidos por la emoción.

Todo estaba listo y el cortejo de Neloias se encontraba ya a bordo cuando Jack y Frank fueron acompañados por Ky-lin y varios de los Urdia hasta la plataforma de embarque. Después de escuchar las últimas palabras de despedida y algunos sabios consejos de Ky-lin y cambiar apretones de manos con los Urdia que le desearon feliz viaje Frank entró melancólicamente en el dirigible, seguido de Jack quien cerró y atornilló detrás de sí la puerta de entrada.

Se dirigieron inmediatamente al cuarto de comando. Allí encontraron a Rete quien ansiosamente esperaba su llegada. Los dos Visinos se sentaron a su lado delante de la pantalla de observación, mientras la nave se elevaba velozmente de su sitio de amarre y se cernía por unos momentos sobre la plaza, donde había acudido una gran multitud. A gran velocidad viajó la nave aérea sobre la superficie de Uldur para llegar a la parte que a la sazón quedaba frente a Visin. En los observatorios de Uldur se había hecho cuidadosas observaciones y trazado los planos y cálculos de velocidad para guía de los navegantes.

Sobre la pantalla Frank contempló por última vez la desolada superficie del planeta y esta vez pudo ver mucho más que a su llegada, pues recorrieron casi una tercera parte del globo antes de abandonar la atmósfera. Rete llamó la atención sobre un enorme pozo negro que formaba la entrada a la región de los Breggias, y Frank sintió escalofríos cuando alcanzó a percibir las formas horribles de esas bestias.

La nave se encaminó hacia arriba aumentando progresivamente su velocidad y dejó muy atrás la atmósfera del planeta, Frank salió del cuarto de comando tomado del brazo de su amigo, con una mezcla de pena

por alejarse de los Neloias y alegría de pensar que estaba próximo a iniciar la tarea que se había comprometido realizar para su bien.

El viaje de retorno transcurrió sin novedades en cuanto a los acontecimientos exteriores. Pero en el interior de la nave del espacio, todo era alegría y una continua celebración durante todas las horas de vigilia de los cuatro días y medio que duró el viaje. Nunca, una de aquellas naves aéreas había presenciado tales escenas de alegría. Los Neloias eran ahora gente reconfortada. La pesadilla de sus mentes había desaparecido, dejándolos felices e intrépidos, y llenos de fe y de esperanza en que todo iría bien en el futuro.

Finalmente el dirigible se detuvo a unos diez y seis kilómetros de Visin y se hicieron los preparativos para transportar a Frank a su propio ambiente por medio de la misma energía que fuera utilizada para llevarlo hasta la nave. Sus muchos amigos de a bordo le expresaron su simpatía y buenos deseos, — sin decirle adiós, sino usando la palabra Neloia que significa — hasta la vista.

Después de administrale las inyecciones hipodérmicas que adaptarían su organismo nuevamente para la vida sobre Visin, Rete y Jack lo acompañaron a la habitación donde operaba la energía y mientras estaba tendido sobre la mesa debajo de la gran esfera dorada generadora de la fuerza. Jack puso entre sus manos una voluminosa valija diciéndole que contenía las fotografías y demás pruebas escritas de la vida existente en Uldur. Se le dijo que la sujetara fuertemente y que utilizara los documentos al presentarse en demanda de un cuerpo de expertos que le ayudaran a construir el Rulgen. Jack se despidió cariñosamente y otro tanto hizo Rete quien se dirigió en seguida al tablero de control colocado sobre la pared a un costado de la habitación. Hizo varios ajustes, le recomendó una vez más que apretara fuertemente la valija y con una última exclamación de despedida cerró el circuito de fuerza.

Un brillante fogonazo de color cárdeno y la sensación de una terrible explosión aturdieron y cegaron momentáneamente a Frank. Cerró los ojos y advirtió confusamente y con desesperación que había dejado caer los preciosos documentos.

A través de sus párpados cerrados tuvo la impresión de que desde un costado venía una luz brillante y distinta. El no se había movido. La energía sin duda no había funcionado bien. Abrió los ojos a la luz del sol. Se incorporó con un sobresalto y su cabeza golpeó contra un objeto duro, — era el banco del Parque de las Baterías!

Esa mañana el sol resplandecía con su brillo acostumbrado. Mucho más luminoso era que el sol matutino de Uldur.

Frank se sintió acongojado al pensar que había dormido y soñado en el Parque como un vulgar vagabundo. Sus aventuras no habían sido sino un sueño nítido e intenso. Había sin duda rodado debajo del banco al quedarse dormido, permaneciendo así oculto a la vista de los guardianes y paseantes:

Pero no. No había soñado. Allí a sus pies estaba la valija con las preciosas pruebas! La había dejado caer en el momento de tocar tierra y no antes como le pareció. La levantó con regocijo y la abrió apresuradamente. Allí estaban, intactas, entre una multitud de vistas de Uldeg y de las extensiones desoladas de Uldur, fotografías de los Neloias, de Jack, de el mismo. Había allí también voluminosos manuscritos, algunos en el lenguaje de los Neloias, y otros en inglés, cuidadosamente redactados por Jack. Recobrando inmediatamente su ánimo, se dirigió hacia la calle, tomó un taxi y le ordenó lo llevara hasta su casa.

CAPITULO IX

Casi dos años después un grupo de personajes distinguidos se encontraba en actitud expectante ante la pulida superficie del Rulgen que había sido construído de acuerdo con las instrucciones de Frank Clandler. Los fabricantes del instrumento de óptica más expertos de Estados Unidos y Europa, habían trabajado incesantemente para fabricar y armar sus numerosas y delicadas partes. En su construcción habían sido empleados materiales de todos los ámbitos de la tierra.

Fué por medio de un proyecto presentado ante el Congreso por un tío de Frank llamado Frederik Chandler, entonces ministro del Interior. que se había autorizado la construcción del pequeño observatorio donde ahora se encontraba reunido aquel grupo de eminencias. Fué votada una suma considerable para cubrir el costo del edificio y del maravilloso aparato que encerraba. Por influencia del ministro, varios países extranjeros se habían interesado en el proyecto y en las negociaciones propuestas por el distante Uldur.

Todos estos preparativos fueron hechos con el mayor sigilo. Se pensaba que no debía divulgarse al mundo la magna empresa hasta que no se tuvieran pruebas confirmatorias por medio del Rulgen.

Ahora. ya todo listo se instalaron micrófonos en la sala y los operadores del Sindicato Terrestre de Broadcasting se encontraban en sus puestos aguardando nerviosamente el momento en que podrían enviar la sensacional noticia a muchos millones de oyentes por medio de las tres mil estaciones que unían en una cadena a todo el mundo civilizado.

Frank dejó el teléfono y se unió al grupo con mal disimulada ansiedad. Había conversado con varios observatorios astronómicos y todos le habían informado que se notaban extrañas manifestaciones sobre la superficie de Marte, que entonces se encontraba en su mayor aproximación a la tierra. Ignoraban lo que esas manifestaciones pudieran indicar, pero era evidente que se estaba desarrollando alguna actividad anomal.

Entre el grupo se enecontraban altos fun-

ANALISIS

DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE, TUMORES, SECRECIONES, etc.

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

cionarios del gobierno de Estados Unidos, incluyendo el ministro del Interior, representantes diplomáticos de las principales potencias extranjeras, sabios eminentes y otras personas de relieve.

Frank saludó con una inclinación de cabeza y les dirigió la palabra:

—Señoras y señores, — dijo. — Ha llegado el momento en que tendreis una prueba visual del relato que la mayoría de vosotros ya conoceis. Me he comunicado con tres de los observatorios y me informan que algo fuera de lo corriente ocurre en el planeta Ulder que nosotros llamamos Marte. Con la ayuda del Rulgen pronto podremos ver lo que ellos no alcanzan a distinguir con sus reflector es imperfectos. No será así posible saber con certeza lo que significan esas perturbaciones observadas. Espero que sean manifestaciones de los preparativos que estarán haciendo los Neloias. Como ustedes saben. ellos han podido observar nuestros trabajos con su Rulgen y desde hace algún tiempo han sabido que estábamos aproximándonos a la terminación de nuestra tarea. Con el permiso de ustedes procederé en seguida a poner el Rulgen en acción.

Se situó delante de las palancas de control y a una señal suya las luces fueron apagadas. El grupo se aproximó al disco negro, vagamente visible en la oscuridad. Se produjo un movimiento giratorio y en el centro de la pantalla apareció un pequeño cuerpo rojo que creció rápidamente mientras los espectadores observaban silenciosos, conteniendo la respiración.

—El mecanismo funciona a la perfección, — dipo Frank con manifiesta alegría, — Ese cuerpo rojo es Ulder, el hogar de los Neloias. Observen con atención.

La acción se hizo más rápida con la manipulación de los controles y los espectadores contuvieron el aliento al ver el planeta abalanzarse hacia ellos y aumentar de tamaño y nitidez. Cuando la imagen creció hasta el tamaño del disco, el mecanismo del foco fué detenido, y de los observadores partieron exclamaciones de admiración. Los canales y otras marcas del planeta estaban nítidamente diseñadas y Frank vió que un punto sombreado obscurecía una porción de la superficie. aumentando y disminuyendo de tamaño alternativamente. Esto era evidentemente la condición anormal observada por los astrónomos.

Se reinició el movimiento giratorio y el acercamiento se hizo más rápido. Con una sensación repentina de nostalgia Frank recordó su primera experiencia con el Rulgen, a bordo del crucero del espacio. Los mismos sentimientos volvieron a asediarlo y una rápida mirada hacia las caras tensas y extrañamente iluminadas por la reflexión del disco, le demostró que su auditorio estaba profundamente impresionado.

Uno de ellos, el profesor Borden, de la Sociedad Nacional Astronómica y famoso físico, exclamó con voz temblorosa como si hablara consigo mismo:

—Están a punto de ser revelados los misterios del universo. ¡Cuánto he deseado una oportunidad como esta!

Todos estaban muy agitados e impacientes para ver más. Frank movió la manivela del foco a su posición máxima y la imagen literalmente saltó hacia ellos. Sólo una pequeña porción de la superficie era ahora visible. Los canales, valles y ruinas de ciudades eran visibles desde corta distancia. Objetos que eran ya conocidos para Frank pero extremadamente extraños para los demás, se veían con absoluta claridad. Cuando parecía que estaban a sólo un millar de metros se fijó otra vez el foco y las manivelas de exploración los llevaron rápidamente a lo largo de uno de los antiguos caminos ahora abandonado y deshecho.

Frank procuraba localizar el sitio del disturbio anormal y su conocimiento de los mapas que había traído le facilitaba orientarse. Sabía que la región afectada estaba cercana a los dominios de los Breggia y se dirigía hacia ese punto para verlo de cerca.

Objetos conocidos pasaban velozmente por la pantalla y Frank se estremecía con su recuerdo. Exclamaciones de sorpresa partían de los espectadores a medida que se iban viendo los rastros de civilizaciones pretéritas, los campos desolados, los altos precipicios y las tremendas grietas de donde emanaban vapores multicolores. Frank se sentía cada vez más afligido al ir notando que las condiciones del planeta habían empeorado desde su partida.

Mientras manipulaba las manivelas en busca de la perturbación desconocida, acudieron a su memoria las últimas palabras de Ky-lin en el momento de despedirse, al emprender su viaje de regreso.

—Frank, — había dicho gravemente, — eres entre los Visinios un hombre noble y valiente. Pero te has hecho uno de los nuestros y te amamos y confiamos en ti. Sé que tendrás buen éxito entre tu gente y te nombro ahora embajador extraordinario de los pobres Neloias ante ellos. Adiós, Frank querido.

—Embajador Extraordinario, — pensó.— Dios me conceda que no fracase en mi misión.

La superficie representada sobre la pantalla revelaba disturbios que iban en aumento. Estaba ahora cerca del cubil de las repugnantes bestias que habían sido el terror de los Neloias. Grandes convulsiones en el interior del planeta habían formado desgarraduras recientes en la superficie. Nubes

de vapor y de cenizas arremolinadas por el viento obscurecían aquí y allá la parte visible. En un sitio aparecía un río de lava, algo que Frank no había visto durante su visita. Un espasmo de temor le atenaceó el corazón.

Pronto llegaron a la boca de la gran caverna que formaba la guarida de los Breggia. Era ahora el cráter de un gran volcán en plena erupción. Los temores de Frank encontraron alivio. Por lo menos los Breggia no existían ya. Y Ulderg estaba a una distancia considerable del sitio del desastre. Pero la abertura hacia el interior debía ser de enorme profundidad para llegar hasta el fuego central. Se habría producido indudablemente un tremendo terremoto para abrir esa vía.

Los espectadores salvo involuntarias exclamaciones de asombro, se mantenían extrañamente silenciosos y como hechizados.

Invirtiendo las manivelas de exploración, Frank se apresuró a localizar a Ulderg, acelerando lo más posible el movimiento, y en seguida tuvieron a la vista el valle que rodeaba la ciudad. La última vez que Frank lo vió quedaban aun algunos espacios de vegetación azul verdosa. Ahora, estaba casi enteramente árido.

—No llegaremos por cierto demasiado pronto, — murmuró al ver esto.

Ahora se veía sobre la pantalla la ciudad de Uldurg y Frank fijó la imagen. Inmediatamente los observadores rompieron el silencio, haciendo entre ellos animados comentarios. He aquí la prueba concluyente. La plaza púlica, las calles ordenadas, las brillantes cúpulas de los edificios, y hasta la gente moviéndose de aquí para allá desempeñando sus respectivas ocupaciones como pequeñas hormigas; todo era claramente visible. Frank se sintió reanimado. Todo estaba bien en Ulderg.

Ajustando el foco se vió desde cerca la plaza pública delante del palacio. Se realizaba en ese momento una gran manifestación. Con las caras dirigidas hacia arriba, el público escuchaba a Ky-lin que hablaba desde el balcón. A Frank le saltó el corazón al ver otra vez el rostro querido del Randenat y el interés de los espectadores se hizo intenso al ver que clase de gente era aquella para ayudar a la cual habían sido reunidas.

Gran animación reinaba entre el gentío y cuando Frank aproximó aun más el foco para distinguir mejor las caras, dedujo que el pueblo había sido convocado para anunciarle que el Rulgen estaba terminado y se iban a iniciar las negociaciones.

Uno de los diplomáticos allí presentes, una señora, se acercó para ver mejor a Ky-lin y a sus súbditos. Con profunda emoción exclamó:

—¡Oh! ¡Qué raza más hermosa!

Obedeciendo a un gesto de Ky-lin, los Neloias empezaron a dispersarse. Ky-lin entró y Frank suposo que se encaminaría al laboratorio donde sin duda Rete estaría ya observandolos a ellos.

Ajustado una vez más el foco, Frank advirtió a su auditorio que no se alarmaran por la impresión de estar pasando a través de las macizas paredes y pisos de los edificios. Se veía ahora la cúpula del edificio en que estaba situado el Observatorio Real, y Frank hizo funcionar la energía penetradora. Cuando empezó el descenso la respiración de los observadores se hizo convulsiva. Algunos hasta se echaron atrás alarmados, al parecerles que atravesaban uno tras otros los pisos del edificio. De poco había servido la advertencia de Frank — la impresión era demasiado real.

Cesó la acción cuando en la pantalla apareción un aposento similiar al que ellos ocupaban; en el centro había un duplicado del Rulgen y varios Neloias, apenas visibues por la semiocuridad del cuarto estaban observando su disco con marcada atención. El buen Jack estaba allí y Rete y cuatro Urdias. Mientras miraban en silencio, Ky-lin entró en el cuarto. Caminó hacia la pantalla, miró fijamente y agitó la mano en señal de que había reconocido a Frank y veía a las personas que lo rodeaban.

Frank estaba contentísimo — enmudeció por la emoción —, pero vió con pesar que Ky-lin había cambiado mucho desde que lo había visto. Estaba delgado y macilento. Había tenido sin duda alguna preocupaciones y dificultades, durante los últimos dos años.

Casi instantáneamente fué iluminado un panel empotrado en el piso del cuarto; era el panel donde se colocarían las comunicaciones escritas; un duplicado del que ellos también tenían allí con el mismo objeto.

A una señal de Frank éste se iluminó y cuando colocaron en él la primera leyenda, vieron a los observadores distantes cabecear complacidos. La leyenda decía: "Neloias: Saludos, de los amistosos Visinios."

Las negociaciones se habían iniciado.

El panel de comunicaciones colocado allá en la pequeña habitación de Ulderg era brillantemente visible como un rectángulo del tamaño de una hoja de papel de carta. Todas las cabezas se inclinaron delante de esta imagen cuando uno de los Urdia se arrodilló para escribir con letras bien destacadas, en inglés.

—Recibimos saludos y los retribuimos con gratitud. — La mano extendida sobre el panel siguió escribiendo. — Especial reconocimiento a Frank Chandler y felicitaciones de su querido amigo Jack de todos nosotros. Rogamos celeridad. Los disturbios en Uldur se extienden con rapidez. Tememos que nos falte tiempo.

En ese instante la escritura se sacudió alocadamente, y el panel se retorció y rompió. El Rulgen distante se tambaleó y cayó, llevando consigo a las personas que estaban en derredor. Jack levantó la mirada con desesperación en el momento en que él también desaparecía entre la lluvia de piedras y escombros que caían.

En el pequeño laboratorio de Wáshington el grupo se mantuvo por un momento en silencio, sobrecogido de espanto. Después estalló un verdadero pandemonio. Las mujeres sollozaban, los hombres gemían y

los speakers de las estaciones de radio dejaron caer sus micrófanos. No llegaron a hablar una sola palabra. Frank lloraba como un niño. Sus dedos temblaban tanto que casi no podía operar las manivelas.

Con un tremendo esfuerzo se sobrepuso a su emoción lo suficiente para alterar el foco de manera de poder ver la ciudad entera. La escena era indescriptible. Los altos edificios se desmoronaban y caían. El palacio tambaleaba como un borracho y después fué literalmente desgarrado en pedazos, cayendo sobre la plaza pública, donde centenares de habitantes habían acudido aterrados. Nubes de polvo y de vapor se elevaron sobre la ciudad condenada.

—Tarde, demasiado tarde,—gemía Frank. —Mis amigos están perdidos. Nada podemos hacer.

No había posibilidad de escapar a la catástrofe. Mientras observaban, una espantosa hendidura se abrió en el corazón de la ciudad, llevando hacia sus profundiades los pocos edificios y personas que quedaron después del primer temblor. Casi inmediatamente después, una explosión de llamas y olas de vapor rojo hicieron irrupción, iluminando completamente la escena.

Frank una vez más se sobrepuso y reinició el movimiento giratorio del aparato. Se alejaban ahora rápidamente, e hizo cesar el movimiento cuando todo el planeta era visible en la pantalla. Podía verse el disturbio como un tremendo levantamiento. En toda la superficie empezaron a abrirse canales que se ensanchaban formando enormes hendiduras como la que tragó a la ciudad. ¡El espectáculo era pavoroso! El planeta se despedazó a la vista de los que miraban el Rulgen. Una de las señoras se desmayó, pero su gemido y el golpe de su cuerpo contra el suelo al caer, casi no fué advertido; tan absortos estaban todos contemplando la tragedia que tenían delante!

Otra vez hizo retroceder la imagen del planeta que se destruía y al achicarse en la pantalla, cambió su forma de una manera horrible. Espantosas columnas de llama y humo estallaron por toda la superficie y una gran porción, probablemente una cuarta parte del volumen, se desprendió, lanzada al espacio con velocidad terrible. Detrás de ella seguía un cortejo de partículas ardiendo. Un nuevo cometa. Pero pronto se perdió de vista. Una segunda y más violenta explosión desgarró la parte que quedaba. Todo se inflamó, iluminando el firmamento con el resplandor de millones de partículas, que lanzadas en todas direcciones, se consumían en el espacio.

Después, todo fué oscuridad en la pantalla. El mecanismo del Rulgen siguió girando, pero Frank no lo detuvo.

El también se había desplomado sobre el piso y cuando alguno encendió la luz, lo vieron arrodillado con las manos aferradas a los cabellos, mirando fijamente en el vacío.

Suavemente lo ayudaron a ponerse de pie y estuvo un momento tambaleándose. Con la horrible angustia que torturaba su espíritu, golpeaba los puños uno contra otro.

TOS CONVULSA

TOS ASININA — COQUELUCHE HOOPING-COUGH — KEUCH-HUSTEN, CURACION RAPIDA EN POCOS DIAS CON LAS GOTAS DEL SUERO

"SIC"

Extraído de la glándula sobrerenal interior y cortical de los mamíferos. Remedio opoterápico de fama mundial, descubierto por el Dr. G. ZANONI de Milano.

Venta en todas droguerías y farmacias

Concesionarios: JOSÉ PERETTI y Cía. - Bs. Aires

—¡Oh, Dios! ¡Esto no puede ser verdad! —gritaba el acongojado grupo, mientras Frank decía: — ¡Pobre Jack! ¡Pobre Kylin! ¡Todos mis amigos de allá! ¡Todos desaaprecidos! ¡He fracasado!

Otra vez se tambaleó y trató de sostenerse. Al caer, su tío y el profesor Borden lo sujetaron llevándolo a una cama en el cuarto adyacente. Frank se había desmayado.

* * * *

Los que entre ustedes alcancen suficiente edad, recordarán aquel día de 1942, en que los diarios salieron con grandes encabezamientos y en que los sistemas de broadcasting llevaron la noticia a todo el orbe, refiriendo la destrucción del planeta Marte. Unos pocos de ustedes habrán tenido aun la suerte de haber observado aquellos aspectos del fenómeno que eran visibles a simple vista, desde el hemisferio occidental. Recordarán la diversidad de opiniones existentes entre los astrónomos que observaron el fenómeno con sus telescopios. Recordarán, asimismo, que un tal profesor Borden, el más grande hombre de ciencia de aquel tiempo, acalló todas las polémicas con el anuncio de que ese acontecimiento había sido visto desde cerca, con un aparato entonces desconocido—el Rulgen.—Habrán oído también, algunos vagos rumores sobre la existencia de seres vivientes sobre ese planeta y la posibilidad de una guerra entre los dos mundos: Marte y la Tierra.

Pero los hechos reales, los acontecimientos aquí relatados, los habéis leído ahora por primera vez. Esto ha sido así por un doble motivo. Durante la subsiguiente enfermedad de Frank, todos los demás testigos acordaron solemnemente, no divulgar lo que había ocurrido, hasta que quedara un sólo sobreviviente de aquel grupo. Naturalmente, se autorizó al profesor para que relatara el fenómeno de la destrucción, tal cual lo había presenciado, pero sin referirse a los acontecimientos precedentes. Presentían en primer lugar, que si se divulgaba la historia referente a los Neloias, daría lugar a críticas y censuras mundiales. Censuras a la ineficacia y morosidad de los gobiernos y de las muchas demoras ocurridas durante los dos años que

tardó en construirse el Rulgen. En segundo lugar, Frank había solicitado que sus esfuerzos se mantuvieran en ecreto mientras él viviera. Sabía que los acontecimientos ocurridos durante su estada en Uldur, registrados en su diario, lo había convertido en una especie de héroe para aquellas personas que estaban enteradas de los hechos. Pero él sentía que había fracasado y estaba extremadamente apenado por ello. Todos respetaron sus deseos.

Haciendo justicia a los que estuvieron presentes en aquella noche memorable, sea dicho que ese pacto nunca fué quebrantado. Los rumores que entonces circularon, fueron hijos de la fantasía de algunas personas, pero no tuvieron ninguna relación con los hechos.

El profesor Borden asoció a Frank a sus trabajos, después de proclamarlo inventor del Rulgen, el maravilloso aparato que pronto reemplazó a los grandes telescopios en todos los observatorios y que desde entonces nos ha permitido obtener conocimientos íntimos acerca del cielo y de las diversas formas de vida existente en muchos planetas. Los dos fueron grandes amigos hasta que los separó la muerte del profesor, y ustedes recordarán los imponentes honores fúnebres que en aquel tiempo le fueron prodigados. Su teoría sobre la causa de la destrucción del planeta, fué aceptada sin oposición. Había sostenido que, debido a fuertes terremotos, se formaron grandes rajaduras en el corazón del planeta, por las cuales el agua de los extensos lagos y ríos subterráneos llegó hasta el centro incandescente, en tan gran volumen, que produjo cantidades enormes de vapor a presión tremenda, haciendo así explotar en fragmentos el globo ya debilitado.

Frank nunca dejó de lamentar la suerte corrida por sus amigos, ni se perdonó jamás el haber fracasado en su misión. Encontró consuelo en los trabajos que efectuaba en compañía del profesor, quien no se cansaba de asegurarle que no fué suya la culpa, que el Rulgen no habría podido ser construído en menor tiempo, y que en el mejor de los casos, sólo unos pocos de sus amigos hubieran logrado escapar de aquel desastre. Pero Frank sacudía la cabeza tristemente, pensando en que, de haberse terminado más pronto el Rulgen, uno o dos viajes de la flota de dirigibles habría permitido el transporte de treinta o sesenta mil queridos Neloias a su mundo.

Y sin embargo, considerando los acontecimientos transcurridos unos veinte años más tarde, quizás fué mejor que no llegaran hasta nosotros aquella gente de re... nada sensiiblidad. Me refiero a la terrible guerra de 1963 a 1966, que aun después de quince años está todavía fresca en nuestra memoria. Acaso me equivoque, pero pienso que la terrible matanza y devastación operada en aquel tiempo les hubiera causado mucha mayor pena que su rápida y repentina destrucción en su propio mundo.

Frank, el más joven de aquel grupo ahora ha fallecido, y como único sobreviviente me ha cabido en suerte divulgar los hechos que acabo de relatar. He encontrado enorme interés y no poco asombro en la inspección de las fotografías y la lectura de los manuscritos traídos desde Marte por Frank. Una parte del relato la he sabido por el estudio de aquellos documentos y el diario de Frank pero una considerable porción me fué referida por él personalmente. Rara vez podía inducírsele a hablar sobre este asunto, pero cuando lo hacía sus palabras se referían únicamente a las virtudes de los Neloias, a Jack y a la geografía y características de Uldur. De sus propios actos no habló nunca y entre los documentos escritos por Jack, Rete y Kylin aparecían arrancadas aquellas partes en que se hablaba de las hazañas por él realizadas.

Mi único objeto al escribir esta historia, después de tantos años, es transmitir a ustedes la fineza de carácter y el desinterés de aquel a quien Ky-lin llamó "Embajador Extraordinario", y perpetuar su memoria. Si en parte lo he conseguido, me doy por satisfecho.

FIN

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

SON los personajes entretenidos de la historieta en colores que publica PUCKY en todos sus números.

Si desea pasar un rato entretenido, y quiere olvidarse, aunque sea por un momento, de las preocupaciones diarias, observe con detención esa página de sano humorismo y de sencillo y eficaz esparcimiento.

Sobre todo fíjese bien en la cara de Pipermit.

¡ES NOTABLE EL PIBE!

LA CONFIANZA

Por RINET - VALMER

—¿Crees que sea necesario? ¿Por un simple resfrío?

MUCHOS de entre nosotros han perdido la noción del bien y del mal, pero viven más mal que bien. Otros ignoran que hacer el bien es la única manera de proporcionarse de vez en cuando una alegría. Hay quienes tienen el alma tan pura que no sospechan que el mal existe.

Ciegos, bienaventurados, caminan sonriendo, envueltos en las tinieblas que su imaginación adorna con las flores del amor, de la amistad y de otras virtudes inexistentes.

Tal era Santiago Loreze, cajero principal de la casa Malau y Tranb mi víctima.

Aquel hombre, alto y robusto, como un hércules, no tenía más que un defecto; una vanidad de propietario que me fastidiaba. Cuando hablaba de alguno de sus amigos decía siempre: "Es el mejor de los hombres".

Malau y Tranb eran, según él, los patrones ideales, y su esposa. la mejor de las mujeres.

Cuando Paulina empezó a toser y adelgazó y palideció de tal modo que yo no podía mirarla sin sentir inquietud, ante mi pedido, de que llamase a un médico, ella me contestó:

—¿Crees que sea necesario? Por un simple resfrío? Tengo una salud admirable.

Su tuberculosis fué brutal. Quince días de angustia, después la agonía. Murió un atardecer de Noviembre y Loreze me envió a buscar porque tenía miedo de quedarse solo. No podía admitir aquella crueldad del destino, y entre sollozos repetía la frase inútil que traducía su dolor intenso:

—¡Es injusto! ¡Es injusto!

Aunque mi sufrimiento era mayor que el suyo, yo no podía, ni debía llorar.

La había amado apasionadamente, con locura y en mi extravío mil veces le ofrecí huír juntos y casarnos. Yo estaba convencido de que ella me quería también y sentía un horrible desgarramiento al saberme responsable de todas sus mentiras. Y ante Loreze, ante aquel pobre hombre que hablaba entre sollozos junto al cadáver, que caldeaba con sus lágrimas las manos inertes, yo no podía llorar y había sobre mi pena un peso atroz, una vergüenza dolorosa: el desesperado remordimiento de haber robado a Santiago algo de su futura felicidad.

Cierro los ojos y me parece verme aún en la habitación. Era muy grande, el lecho estaba frente a la ventana. Los muebles eran sencillos. No se habían encendido cirios porque Paulina era protestante. Sólo dos bujías alumbraban tenuemente, reflejando su luz en los cabellos de oro.

¿Cuánto tiempo permanecí allí, oyendo llorar a Loreze?... Al fin éste se levantó y me dijo::

—La velaremos juntos.

Yo no encontré un pretexto para escapar a aquella tortura, y al ver que temblaba, agregó:

—Si tienes frío, la chimenea del budoir está encendida. Ya sabes el camino... Pero, te lo ruego, no te vayas, no me dejes solo esta noche.

Contesté que no tenía frío. Nos sentamos y empezó a contarme cómo había muerto Paulina. Al terminar creí que la expiación había concluído, pero me engañaba.

Después de algunos instantes de silencio, se dirigió a un pequeño escritorio que estaba cerca de la ventana. Me admiré al verle buscar algo allí febrilmente y pregunté: ¿Qué haces? No me contestó y de pronto me acometió el temor absurdo de que buscase mis cartas. El no tenía ninguna sospecha, pero, ¡yo me sentía tan culpable!... En la época de mi pasión, escribía diariamente a la mujer amada. ¿Paulina había roto mis cartas? ¿Tuvo tiempo y valor para ello?

Repetí, temblándome la voz:

—¿Qué haces?

Se incorporó y vino hacia mí trayendo en las manos un gran sobre que me enseñó: Leí estas palabrae escritas por Paulina: "Para quemar ,en caso de muerte". Y Loreze me explicó que su mujer le había hecho jurar que destruiría inmediatamente después de su

muerte aquel sobre que contenía el secreto de una amiga. Y agregó:

—Quédate aquí; voy a quemarlo en la chimenea del budoir.

Y salió del cuarto en puntas de pies. No dudé ni un segundo; aquellas cartas eran las mías. Antes de quemarlas ¿no echaría una ojeada sobre ellas?

Los minutos que pasé acechando su llegada han sido los más trágicos de mi vida.

Cuando volvió Santiago, yo estaba más pálido que Paulina. Y no me atrevía a afrontar la mirada de aquel hombre que tenía derecho a matarme. como a un animal dañino.

Pasó ante mí y se detuvo al pie de la cama, dándome la espalda. Entonces balbuceó:

—Si lo permites, Santiago, iré a calentarme un momento.

Creí que iba a retenerme, pero me contestó:

—¡Vete!

Y no se movió.

Entré en el budoir, iluminado por el resplandor de la chimenea. Ya conocéis cómo son las llamas del papel que arde y las formas que toman las hojas que se consumen. Los bordes del sobre se habían rasgado y por allí surgía un montón de cartas medio ennegrecidas. Me incliné hacia el fuego y vi. como en un relámpago que aquella no era mi letra.

Pude leer algunas líneas antes de que las llamas las devorasen... ¡Eran cartas de amor que otro hombre había dirigido a Paulina! Habéis entendido bien?... Otro hombre a quien ella amaba más que a mí, puesto que había guardado sus cartas... Me quemé las manos tratando de retirar del fuego aquel montón de papeles casi quemados ya, pero no pude llegar a descubrir el nombre del "otro". Entonces apreté las manos contra mi boca para ahogar mis gritos de odio, de rabia insana. Luego sollocé con honda desesperación. Pasado el acceso, intenté burlarme de aquel dolor punzante

"¡Lo has merecido!... Tonto!... ¿Cómo te podía ser fiel, la que fué infiel a otro?"

Procuré calmarme, serenarme... Había que volver junto a Santiago... ¿Cómo tuve la fuerza, el valor de llegar hasta allí?

De rodillas al pie del lecho, Loreze miraba con ternura a Paulina.

¡Parecióme que ésta sonreía con esa sonrisa de los muertos en la que hay tanta ironía!

—¡Mira qué hermosa esta! — murmuró Santiago.

Sonrió en medio de sus lágrimas y prosiguió:

—¡Parece tan dichosa!

Y, piadósamente, la besó las manos

¿Está triste?
¿Le duele algo?
¿No tiene plata?

¡No se aflija por tan poca cosa!

TODOS los sufrimientos se olvidan cuando se consigue distraer la mente apartándola de los temas graves y de las causas de preocupación o de dolor.

Distráigase, pues, y tonifique su sistema nervioso, entreteniéndose con las divertidas aventuras de Barnigugli, que publica "Pucky" todos los viernes en las páginas 2 y 67.

EL ESTAFADOR DE MENFIS

POR EDGAR WALLACE

Lidia Grayne

EN Londres, lo mismo que en otras grandes capitales, había y hay, sociedades integradas por damas y caballeros bien intencionados, aunque también no exentos de cierta ingenuidad, que consagran su tiempo exclusivamente a la reforma imposible de los criminales. Para ello organizan conferencias en los barrios donde la delincuencia ha sentado preferentemente sus reales, sea en locales apropiados, sea en las esquinas.

Es así como todos los jueves se reunían en el local de una de esas sociedades, más por curiosidad que por otra cosa, muchos representantes del hampa londinense que no fueran requeridos por la policía en ese preciso instante, o que dispusieran de esos minutos por habérselos dejado libres sus habituales ocupaciones delictuosas. Duvern Hall se llamaba el centro de reunión. Asistían a él, además de los "invitados" especiales, algunos hombres de ciencia y no pocos literatos, especialmente novelistas, deseosos tal vez de encontrar material para sus producciones.

Decíase que los éxitos obtenidos por aquella especie de reformatorio eran cada vez más frecuentes, razó npor la cual los organizadores recibían numerosas felicitaciones de entidades religiosas y hasta del mismo gobierno... Por ejemplo, a la entrada del salón se hubiera podido leer letreros como éste:

"N. N., un hombre con treinta delitos confesados, trabaja honradamente en la casa de los señores B. y C., estando muy satisfecho con los treinta y cinco chelines que gana semanalmente".

Pero lo que no se decía es que el tal N. N. había estado aumentando su modesta entrada de treinta y cinco chelines semanales mediante una serie de pequeños hurtos en perjuicio de la firma que había tenido la inocente idea de acogerlo bajo su techo. Por esto es que un buen día el cartelito de marras desapareció sin que nadie acertara a dar razón de ello. Tal vez se lo quería reemplazar por otros, pensaron no pocos... miembros de la sociedad, porque los candidatos a reformarse sabían muy bien a qué atenerse y sonreían asombrados de que todavía hubiera tan buena gente en el mundo...

Se invitaban a las reuniones oradores de todas partes. Venían, por ejemplo, a ocupar la tribuna educacionistas, pastores de diferentes sectas, hombres de letras y hasta funcionarios retirados de la policía, quienes tenían así una oportunidad de ver de cerca, nuevamente, a sus antiguos enemigos. Pero ahora se limitaban, en lugar de ponerles las esposas y llevarlos al puesto más próximo de policía, a espetarles una alocución más o menos elocuente respecto de la necesidad de abandonar las "sombrías sendas del vicio y del delito", para iniciar una "nueva vida consagrada a la práctica de la virtud", la "única que nos deja en paz con nuestra conciencia y el Creador". Y muchas cosas más por el estilo.

Mientras el ex policiaco proseguía en su prédica, el auditorio, en apariencia respetuoso y atento, comentaba por lo bajo, en todos los tonos admirativos, el valor excepcional que debería tener seguramente el alfiler de corbata que lucía el improvisado orador. "¡Con ese brillante me doy por satisfecho para todo el año"! — decía alguien. — **"Dificulto que se lo haya comprado". —**

añadía otro. — "Seguramente se lo quitó a algún tipo que no tuvo tiempo para reducirlo...

A decir verdad, ni el mismo orador designado para aquella noche creía en la eficacia de los ingenuos procedimientos — prédica moral y religiosa, — puestos en práctica por la institución filantrópica; pero, hablado por dos miembros influyentes de la Sociedad, y después de no pocas evasivas, había consentido en pronunciar en el Duvern Hall "algunas palabras solamente". Y como se trataba de un auténtito inspector de Scotland Yard, se lo aceptó de inmediato en la Sociedad.

La noche en que debía pronunciar su discurso la sala rebosaba de gente.

El inspector Rater, inició su arenga:

"Es una lástima que muchachos como ustedes vivan consagrados exclusivamente a una actividad que tarde o temprano debe llevarlos a la horca o el presidio perpetuo, declaró, demostrando evidente impericia en el arte oratorio. Es necesario que los que se resuelvan a reformarse no lo hagan con la preconcebida idea de lograr una oportunidad para volver a las andadas... como ciertos individuos que no quiero nombrar. La semana pasada, las dos veces que vine a conferencias como la que se celebra esta noche, fuí objeto de otras tantas tentativas de hurto... A esos caballeros no puedo menos que agradecerles el cumplimiento, pues esto me demuestra que todavía no se han olvidado de mí...

"Sé perfectamente que la mayoría de ustedes sólo están contentos cuando se ven rodeados por las inquietudes del "trabajo"; la vida tranquila los aburre. Me consta que uno de ustedes salió la semana pasada de la cárcel y lo primero que hizo fué hacer dos cheques en falso. Ven ustedes que no predico, sino que les advierto. El camino que siguen es y será siempre el mismo, porque falta sinceridad, señores, en los propósitos de enmienda.

"¿Saben ustedes lo que hizo el primer y único hombre a quien le ayudé a encontrar trabajo? Robó varias piezas de género a su patrón y desvalijó una casa en Finsbury!... No hay uno de ustedes que no vea la policía como casa propia. Mi "protegido" no hizo más que cumplir la regla. Por eso no vacilo en decirles ahora desde esta tribuna que espero ver a ustedes, todavía, en los tribunales...

"Es la presente la conversación más larga que he hecho en mi vida de policía, por lo que creo que ya he hablado demasiado. Y repito: ¡Hasta que nos encontremos en los tribunales! Si no nos vemos allá, será seguramente porque me ha sido imposible ir... He dicho".

Con esto dió por terminado su discurso que no obtuvo ciertamente lo que se llama un éxito, principalmente entre los miembros del comité. ¿A qué venían esas apreciaciones derrotistas y en la propia sede de la institución?... Además aquello de "trabajo" y otras palabras del argot del hampa hizo horrorizar a muchas de las damas presentes por no decir a todas.

Mr. Rater que era famoso por su laconismo, en cambio se destacaba por ser un oyente dócil y de rara penetración para comprender el significado oculto de las palabras... cuando estas le interesaban. Prueba de que estaba siempre dispuesto a atender amablemente a cualquiera, es el hecho de que aceptara, pocos minutos después de su discurso en Duvern Hall, firmar un autógrafo para una de las socias de la institución reformadora. Se trataba de una chica muy rubia — Lidia Grayne era su nombre — y cuya llamativa belleza tenía alborotado hasta a los dirigentes de aire más adusto y severo de la sociedad. Con decir que esa noche había declinado siete invitaciones para cenar. Más nó podía haber recibido porque había siete miembros en la comisión directiva.

Se acercó sonriente al inspector, sudoroso por el esfuerzo realizado, pero habitual en él, como queda dicho. La mucha[cha le pidió] entonces tímidamente, en el preciso [momen]to que Mr. Rater se disponía a salir a la calle, que le escribiera algunas palabras en su album. El inspector la había mirado sorprendido gratamente por la llamativa hermosura de la muchacha, tomando luego sin pronunciar palabra, el álbum, donde garabateó rápidamente su firma.

Lidia Grayne, que evidentemente estaba con ganas de charlar, le contó allí nomás que era del Canadá, que hacía sólo cinco meses que estaba en Inglaterra. Habiendo abandonado su anterior trabajo, al presente se encontraba sin él; agregó que dentro de algunos días sabría a ciencia cierta en que se ocuparía. El inspector la oía como quien oye llover, pero el caso es que la oía. Al fin, la chica, comprendió tal vez que el inspector tendría otras ocupaciones más urgentes que la de atenderla, lo dejó marchar no sin antes despedirse de él de la manera más amable del mundo...

* * * *

Pero el destino parecía dispuesto a contradecir en todo, ese día, los hábitos del inspector Rater. Luego de obligarle a hablar en una sociedad "reformadora" de delincuentes, cosa inaudita en él, hubo de soportar sin pestañear la locuacidad de una muchacha canadiense que hablaba sin que nadie se lo exigiera.

Como si esto fuera poco, momentos después míster Rater debió aguantar otro aluvión de palabras, esta vez no de una chica simpatiquisa — detalle que hacía soportable el martirio — sino de un hombre, también americano, pero no del Canadá, sino de los Estados Unidos. Era algo así como un huésped oficial del Scotland Yard y se llamaba Martín Snell. Tenía el grado de mayor y había llegado hacía días de Filadelfia, comisionado por la policía de allá. Habíase dado a sí mismo un mes de tiempo para estudiar los métodos y el mecanismo del Scotland Yard, donde ya se le había mostrado desde

el Museo Negro hasta la sala de Objetos Perdidos. De noche, cuando no salía a recorrer en compañía de míster Rater los barrios londinenses del Oeste, lo pasaba en compañía del inspector, charlando y contándose recíprocamente casos interesantes observados en la policía norteamericana o inglesa.

Lo raro es que míster Rater, con ser poco amigo de charlas, no solamente escuchaba con suma atención en aquella oportunidad, al yanqui, sino que excitaba aun más su garrulería. Pero acabó por ser víctima de su temeridad, porque al poco rato, a duras penas, podían dominar la especie de somnolencia que lo hizo su presa.

Había en Menfis, Estados Unidos, un individuo llamado Lew Aberack, que pasaba por ser uno de los estafadores más hábiles y audaces de su generación, decía míster Swell iniciando otra historia.

Aquí la cabeza del inspector cayó sobre el pecho. Se explicaba entonces por qué gustaba tanto oir la conversación de míster Snell! No necesitaba otra cosa para dormirse tan pronto, ya que la voz del norteamericano tenía un eficaz efecto soporífero. Sin embargo, hizo muy mal el inspector Rater en no escuchar el relato de míster Snell. De haberlo hecho, tal vez hubiera comprendido perfectamente los extraños sucesos ocurridos en la oficina de Dimitri Horopolos.

El Sr. Horopolos era un griego, poseedor de uan inmensa riqueza. No solamente fiscalizaba directamente varios importantísimos comercios, sino que sus agentes financieros se hallaban dispersos por toda Europa. Con decir que difícilmente se hubiera dado el caso de que un gran negocio internacional, se realizara sin la intervención de Horopolos se comprederá su importancia.

Se trataba indudablemente, de un hombre simpático y de los que pueden calificarse derechamente de buen mozo. Su piel era de una suavidad que muchas damas hubieran envidiado, y sus ojos, grandes y negros, poseían una singular capacidad de expresión. Un sedoso bigote negro le cubría el labio superior.

No era de extrañarse entonces, que Horopolos fuera una persona muy pagada de sí mismo. Enorgullecíase, sobre todo, de su aspecto atlético, de sus cabalgatas, de sus hermosas mansiones de Elman Square, de la publicidad que se daba a sus menores actos y de la irresistible fascinación que creía ejercer sobre las mujeres.

—¡Démelas y no se mueva, si no quiere que le levante la tapa de los sesos!

Una vez ya había tenido algo que ver con el Scotland Yard, a propósito de un extraño asunto, que bien pudo ser de fatales consecuencias para el millonario. Rater en persona había intervenido en el caso.

—Mi estimado amigo — había dicho Horopolos en una de las varias entrevistas que sostuviera entonces con el inspector, — esa muchacha me disparó a la cabeza... Hice cuanto estuvo en mis manos para calmarla, pero cuando vi que nada conseguiría por ese medio ni por ningún otro, no me quedó más recurso que despedirla... Ahora resulta que me acusa...

—No hay tal acusación — dijo míster Rater brevemente.

Posteriormente había entrevistado a la muchacha, pero sin éxito. La perspectiva de verse envuelta en un escándalo público, que los periódicos se encargarían de atizar, la aterrorizaba. De manera que la cosa quedó en la nada.

La sucesora de la muchacha en el secretariato de Dimitri Horopolos, lo había abandonado apresuradamente, sin que se supiera nunca en concreto cuáles habían sido las razones que la habían movido a tomar esa decisión.

Días después, el poderoso banquero griego encontraba casualmente al inspector en Bond Street.

—Y bien, amigo; acabo de perder otra secretaria. Realmente, no sé qué hacer para agradarles....

Mr. Rater lo miraba impasible, mascando siempre su gran cigarro.

—¿Está seguro de que no hace nada que pueda desagradarles? — preguntó seriamente.

Dimitri no pudo contener la risa. Era al fin de cuentas un hombre que no carecía del sentido de lo cómico.

Poco después encontraba la secretaria que había deseado desde mucho tiempo atrás.

Era una soberbia muchacha muy rubia, con grandes ojos azules y que había aceptado encantada el ofrecimiento que se le hiciera. Decíase forastera y sin amigos ni relaciones en Londres. No aceptó dormir en la mansión de Dimitri, pero éste no perdía la esperanza de vencer a un plazo no menos breve ese escrúpulo.

—Después de todo — había dicho el griego a un compatriota — uno no puede esperar todo de entrada.

Mr. Rater pudo comprobar personalmente que la secretaria se había hecho cargo efectivamente de su puesto, por cuanto el mismo Dimitri, con esa insolencia burlona que sólo pueden permitirse los hombres de su posición financiera, había enviado la muchacha al Scotland Yard con una nota concebida en los siguientes términos:

"Mi estimado Mr. Rater:

He tenido tantos inconvenientes con mis secretarias anteriores, que no puedo resistir al deseo de someter ésta a su autorizado juicio. Evite, desde luego, la advertencia que acostumbra a hacer a todas las muchachas que entran a mi servicio.

Y firmad

Dimitri.

El inspector, luego de leer la original misiva, levantó la vista para ver a su portadora, parada en ese instante detrás del escritorio.

—¡Hola, miss Grayne!... ¿Con qué usted acá? — dijo sorprendido al verse de improviso frente a su amiga del autógrafo. — ¿O es que ya ha renunciado a reformar criminales?

Ella pareció muy contenta de comprobar que Mr. Rater no había olvidado su nombre.

—He conseguido un empleo magnífico, Mr. Rater — repuso con el máximo entusiasmo. Mr. Horopolos es una persona muy buena. Y además, me resulta sumamente simpático.. ¿Ha visto usted alguna vez un hombre más hermoso?

—No, — contestó el inspector secamente.

Con la carta del griego entre las manos y viendo tan confiada a la hermosa muchacha, vacilaba Mr. Rater entre hacerle la advertencia habitual o no. Lo probable es que Dimitri ya la hubiera puesto sobre aviso diciéndole que el "inspector Rater no perdía oportunidad de demostrarle su antipatía" y cosas análogas. De ser así, el consejo caería en el vacío. Con todo, no pudo contener el deseo de advertir a la extranjera.

—Usted encontrará seguramente en ese señor, — comenzó diciendo — quien le pague espléndidamente, para el puesto, pero también comprobará que tiene el defecto de ser un poco... un poco... ¿cómo diría?... ¡Ah!... Un poco familiar con sus empleadas... Es algo que usted no podrá evitar; ninguna de las muchachas que fueron sus secretarias pudieron tampoco evitarlo... En el caso de usted, le obligaría a fijarme horas de oficina, después de las cuales pudiera retirarme tranquilamente a mi casa.

—¡Caramba! Ignoro por completo las costumbres del país. ¿Hasta qué hora se trabaja aquí?

—Hasta el anochecer; no más...

* * * *

Esa noche volvieron a encontrarse Mr. Rater y Mr. Snell, el yanqui. "Pues bien", — había comenzado diciendo el de América, mientras los dos estaban sentados frente a la chimenea, — el caso es que el tal Oberack, el pájaro de quien le hablaba, vivía en Menfis, Estados Unidos, no Egipto, mi amigo..." Pero Rater, para quien el consabido comienzo del relato equivalía a una dosis cargada de morfina, no esperó otra cosa para cabecear. Al rato estaba completamente dormido, dejando al yanqui más mortificado por su falta de cortesía, que si hubiera sufrido un rotundo fracaso en una pesquisa que el público siguiera detalle a detalle.

A todo esto, Dimitri había comprobado con la alegría consiguiente que aquella secretaria rubia y linda como pocas, no admitiría parangón con las anteriores en lo que concierne a gracia y buen humor. Era de lo más divertida y siempre tenía la carcajada lista para festejar las ocurrencias del griego que a otras secretarias, evidentemente faltas en absoluto de inteligencia, no hubiesen arrancado ni siquiera una sonrisa, y si algún pudoroso asomo de rubor. Por lo demás, era excepcional-

GRATIS...
sin gastar un solo centavo, puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de
ORO 18 KILATES, PLATINO y ZAFIRO BLANCO.
Escríbanos hoy mismo pidiendo uno
COMPAÑIA ARGENTINA DE ALHAJAS FINAS.
VICTORIA 1373-Bs. Aires-Rep. Arg.

mente hábil y activa. La máquina de escribir volaba bajo sus dedos y el despacho de la correspondencia estaba de ordinario terminado en las horas de la mañana, contra lo que ocurría con las precedentes secretarias, que solían trabajar a veces hasta el anochecer, dejando todavía algunas cartas para el día siguiente.

—Es usted tan eficaz y activa como encantadora, — decíale Dimitri por centésima vez, palmeándole el hombro.

Siempre comenzaba por palmearles el hombro; era en él un hábito como cualquier otro.

—Me parec que seré muy feliz aquí, — decía ella. — Será tal vez mi último puesto.

Y le hablaba a continuación de su desgraciada experiencia en la casa de un señor que le había prometido el oro y el moro, para salir a la postre, pagándole una miseria. Y después le hablaba de una oficina en la cual se trabajaba de sol a sol, incluso los sábados, con un jefe maniático y tiránico que no se marchaba de la oficina hasta que el último empleado no se hubiera retirado. Finalmente, comentaban el raro empleo de 'reformadora de criminales'', conviniendo que la necesidad, y solamente ella, podía haber obligado a una muchacha de su condición a dedicarse a una ocupación semejante.. Dimitri aprovechaba entonces para hacer algunos chistes a costa de los dirigentes y sus invitaciones diarias a comer. Así pasaba el tiempo, sin que ninguno de los dos pareciera apercibirse de ello. Por lo general, el grueso de la correspondencia llegaba a la mañana temprano. Dimitri estaba hasta tarde trabajando para contestar, hecho lo cual se marchaba a la City. Regresaba a las cuatro de la tarde, en el peor de los casos. La casa era magnífica, y aunque habitada por su dueño únicamente, había numerosa servidumbre. El gusto de Dimitri era mostrarle a su flamante secretaria las diversas dependencias de la principesca mansión.

—Un día de estos, — le decía, — le mostraré mi preciosa colección de brillantes. Pues es necesario que se sepa que los tales brillantes constituían el mayor orgullo del griego.

Los ojos de ella se iluminaron. ¿Qué ojos de mujer hermosa no se iluminan al hablar de las joyas de un millonario?

—¿Y los tiene aquí? — preguntaba.

Dimitri se limitaba entonces a sonreír.

—Los guardo debajo de la casa, — decía, regocijándose con el asombro que estas palabras producían en ella. — Y ahora le diré algo que le asombrará: se llevan hechas seis tentativas para robarme, y todas ellas han fracasado. Dos veces los malhechores, pertenecientes a una famosa banda de París, lograron entrar en la casa; pero así hubieran sido no dos bandas, sino doscientas, no hubieran logrado penetrar en mi "fortaleza". Es una cámara blindada a prueba de robos como tal vez no haya cinco en Londres...

No faltará quien crea exagerado el elogio que hacía el millonario de su cámara de caudales, pero en rigor de verdad se había quedado corto en la ponderación del arca. La "pieza fuerte", — no era ya una caja, sino una verdadera pieza, — estaba construída en el sótano de la casa. El acero y el concreto eran los materiales predominantes. La puerta tendría dos pies de espesor. Poseía además un sistema especial de ventilación, cosa que había permitido al padre de Dimitri durante la guerra, buscar refugio en ella cuando los aviones alemanes se cernían amenazadores sobre Londres. Mejor abrigo contra las bombas no se hubiera podido encontrar.

—En otros términos, es una verdadera pieza donde se puede habitar sin riesgo de ninguna especie, al contrario, casi con comodidad. Ya la verá usted algún día...

Mas la verdad es que el griego no tenía la menor intención de mostrar a la muchacha, lo que él consideraba con razón su más preciado tesoro y el secreto que debía guardar con mayor celo que ningún otro. Tan preocupado le tenía la seguridad de su cuarto blindado, que a la puerta de éste, cerrada con varias llaves, estaba constantemente un empleado con orden de no dejar pasar a nadie por el pasillo que conducía a la cámara de los valores.

No había transcurrido una semana que miss Greyne trabajaba en la oficina del millonario, cuando éste insistió en acompañarla hasta la calle. Una vez que la muchacha, terminada la labor diaria, se disponía a marcharse a su casa. Así fué, pero Dimitri juzgó prudente por esa vez quedarse en el umbral, nada más y ver desde allí cómo la linda americana bajaba los últimos peldaños que llevaban a la calle. Recién cuando ella hube desaparecido de su vista, se resolvió a volver a sus habitaciones. Dió un paso con intención de hacer eso, cuando vió, con la sorpresa que es de imaginarse, un hombre surgir de las sombras que dejaba el foco de la escalera, y detener a la muchacha, con quien cambió algunas palabras. Lidia, sorprendida y asustada, retrocedió instintivamente hacia el sitio donde quedara su patrón.

—¿Qué pasa? — preguntó Dimitri sin salir de su asombro.

—No lo sé. Creo que es un policía o algo parecido, — contestó ella con voz trémula, — Me dijo que debía cuidarme mucho de permanecer hasta altas horas de la noche en esta casa.

El griego, poesído de explicable cólera, apartó a su secretaria con cierta brusquedad y bajó rápidamente hasta el desconocido, a quien increpó:

—¿Qué demonio se propone usted hablando en esta forma a esta señorita? — preguntó, conteniendo a duras penas su excitación, — ¿Es acaso un policía?

El otro, un individuo carilargo y delgado, con un bigote renegrido y espeso, lo mismo que sus cejas, juzgó prudente no contestar palabra.

Viendo que el desconocido se limitaba a mirarlo sin darse por enterado, el millonario añadió dando rienda suelta a su amor propio ofendido.

—Si es de la policía, puede ir desde este mismo momento a decirle a ese entrometido de Mr. Rater, que si sigo siendo objeto de un tratamiento semejante, no me quedará más recurso que hacer una queja formal ante las altas autoridades del Scotland Yard.

El presunto detective se limitó a sonreír.

—¿Quién le dijo que soy un empleado de la policía? — preguntó fríamente.—Y si lo fuera, ¿qué puede decírseme por advertir a una muchacha acerca de los peligros que puede correr en la calle?

El griego, comprendiendo que nada conseguiría enojándose contra el policía, — ya estaba convencido de que lo era, — prefirió deponer su cólera y, adoptando el aire más amable que le fué posible, invitó al detective:

—Pase y beba una copa de whisky, — dijo. — Quiero que me disculpe lo dicho.

El hombre vaciló un instante no mostrándose muy dispuesto a aceptar la invitación; pero de pronto, como resolviéndose a dejar de lado sus dudas, dijo en un tono que contrastaba con su sequedad de segundos antes:

—Créame que me contraría sobremanera causarle alguna molestia, señor... Por eso no me decido a entrar... Tengo afuera mis deberes que cumplir.

—¡Entre, mi amigo! — insistió Dimitri calmándose más y más luego de oír las discretas palabras del policía.

Este acabó por ceder y lo siguió dócilmente al interior de la casa. En el descanso de la escalera se cruzaron con la muchacha, quien se disponía, algo repuesta ya de su miedo, a salir a la calle. Dimitri se despidió de ella con un breve: "¡Buenas noches!"

El millonario guió a su inesperado visitante del Scotland Yard a través de un suntuoso hall, primero y luego a una pequeña sala de recibo. El detective, a una invitación de Dimitri, tomó asiento en el borde de un sofá, al tiempo que jugueteaba nerviosamente con su sombrero. Bien se veía que no estaba muy habituado a un ambiente de tanto lujo.

—No pretendo con esto hacerle revelar algunos secretos del oficio, — comenzó diciendo diplomáticamente el millonario, — pero si su misión es vigilarme, desde ya le anticipo que estoy dispuesto a evitarle molestias...

Al decir esto vertía un poco de whisky en un vaso y acababa de llenar éste con soda.

—Lejos de querer estar en malas relaciones con la policía, mis deseos son que ella vea en mi una especie de colaborador... —prosiguió sonriendo.

El detective, que tampoco parecía muy dispuesto a escuchar estas demostraciones de amistad, tosió como disculpándose por anticipado de lo que iba hacer y se adelantó hacia el vaso. Bebió de un trago su contenido.

—El deber... — alcanzó a decir.

—No se preocupe por el deber, — observó Dimitri sonriendo. — Veamos, ¿estará aquí todos los días?

El pesquisa asintió con la cabeza.

—Excepto los domingos, — observó.

El griego no pudo contener una carcajada.

—Los domingos le prometo cuidarme solo..., — dijo.

No terminó de pronunciar estas palabras, cuando extrajo de un bolsillo un billete. El detective vió que se trataba de diez libras. Notando que el millonario le significaba con un gesto que eran para él, declaró entre serio y agradecido:

—Me sería imposible aceptarlas, señor. Nuestro oficio no lo permite... Esto podría traer muy bien complicaciones, señor...

—¡Déjese de complicaciones, mi amigo! —exclamó el griego simulando impaciencia. —Ustedes siempre pensando en complicaciones. ¡Tome ese billete y no hablemos más! Recuerde que tengo experiencia en estas cosas...

El otro no pudo menos que sonreir al oír la observación final y tomó el billete. No sin cierta vacilación todavía lo guardó en el bolsillo.

Se despidieron cordialmente. Olcott resultó llamarse el policía.

Volvieron a verse a la noche siguiente. El detective, al ver al millonario bajo su custodía, lo saludó con cortesía desusada en un pesquisa que está en una casa para cumplir órdenes superiores. Pero esa vez el griego no le invitó a pasar, sino que lo dejó en la escalera. Recién a la tercera noche, el molesto guardia fué invitado nuevamente por Dimitri a pasar al interior de la mansión.

—Me agradaría saber a ciencia cierta cuáles son sus instrucciones, — le dijo el millonario de entrada.

Olcott tosió brevemente, miró la copa de whisky con soda que había sobre la mesa y repuso dejando caer pesadamente las palabras:

—Pues bien, ya que quiere saberlo, es preciso que le hable con franqueza, señor. Se trata de algo serio.

¿Serio? — repitió el millonario, — esta vez sin sonreír. — Veamos. ¿Cuáles son esas instrucciones?

El otro se dió todavía bastante tiempo para volverse a hablar. Al fin lo hizo: Su deber era vigilar la casa hasta que la muchacha la abandonara y permanecer en la entrada durante una hora más, por si la secretaria volvía.

—Supongase usted que tenga un trabajo extra. ¿Qué haría entonces?

—Daría cuenta a Mr.., en fin, no hay por qué citar nombres... así que comprobara que la señorita no vuelve antes de las diez y media...

—¡Pero ésa es la cosa más estúpida que haya oído en mi vida! — exclamó.

Luego, reaccionando:

—Como quiera que sea, le avisaré la no-

che que puede irse temprano. Así no tendrá que esperar inútilmente.

* * * *

La amistad del millonario con Lidia hacía progresos día a día. Hasta llegó a aceptar "en principio" una invitación a cenar en un restaurant elegante. Es claro que Dimitri no se hacía ilusiones a este respecto, ya que estaba convencido de que a último momento ella se las arreglaría de una u otra forma para eludir el compromiso.

En efecto, la mañana del día en que debía realizarse la supuesta cena, cuando Dimitri le insinuó que debía volver a las diez de la noche, Lidia no logró ocultar sus aprensiones.

—Sería encantador una cena para nosotros dos — dijo el millonario sonriendo, aunque tenía la certidumbre de que el temporal se avecinaba. Se dispuso a capearlo, sin embargo.

La hermosa rubia se puso seria. Luego, con un movimiento significativo de cabeza contestó que no le halagaba en lo más mínimo ese programa. Sugirio entonces la conveniencia de que la acompañara una amiguita a la casa.

—¡Qué ocurrencia! — replicó. — No veo por qué deba acompañarla para venir a mi casa.

GANÓ LA APUESTA

—¿Qué te ocurrió?

—Que le aposté a Hans a que no era capaz de llevarme en lo alto de una escalera... Y gané.

Ella pasó todo el día pensando en la invitación hecha por su patrón. Hablaron al respecto mientras despachaban la correspondencia cotidiana, hasta que después de un se verían a las siete, cenarían a las nueve, después de lo cual le daba la seguridad que le mostraría su casa... El aceptó todas las modificaciones que ella quiso introducir en el primer plan, porque al final de cuentas estaba entusiasmado con su peregrina belleza

* * * *

El inspector Rater se encontraba en ese momento en las oficinas del Scotland Yard y su amigo el yanqui se había sentado en una cómoda poltrona situada al otro lado del escritorio. Entre los dos, después de charlar de bueyes perdidos mientras fumaban a discreción, habían dejado poco menos que irrespirable la atmósfera de la sala. El inspector cabeceaba a voluntad, mientras el otro, sin preocuparse si se le escuchaba o no, repetía el comienzo de su historia favorita, siempre condenada por obra de la desatención de Mr. Rater al más rotundo de los fracasos.

—Sí, mi amigo inspector; había una vez en Menfis, U. S. A., el tipo más hábil que yo haya visto...

Cuando el inspector despertó, se vió no sin cierta sorpresa, solo en la oficina. De su amigo no había más huella que la colilla de un cigarro y una espesa nube de humo que lo saturaba todo. Un mensajero era quien le había vuelto a la realidad. Con no disimulada cólera miró Mr. Rater el informe que estaba redactando cuando llegó el locuaz norteamericano. Debía tenerlo listo para las once a fin de entregarlo a su jefe, pero la charla del tal Snell lo había dejado casi en la mitad.

—¿Qué dices, muchacho? — preguntó.

—Llegó hace unos cuatro o cinco minutos. Había orden de entregarlo personalmente.

El inspector tomó entonces entre sus dedos el arrugado papel que le entregaba el muchacho. Era un pedazo de diario sobre el cual se había escrito con lápiz y a la disparada:

¡Socorro, por amor de Dios! El griego me ha encerrado en la cámara subterránea. Llegué a cenar. Venga. — Lidia Grayne".

Cuando terminó de leer, el inspector estaba ya bien despierto. Miró el reloj. Las diez ¿Lidia Grayne y el famoso grieg ! ¡Vaya si había presentido un negocio semejante! No necesitaba mayores explicaciones para comprenderlo todo. En cuanto al conducto por el cual había sido enviado el mensaje, era cosa que no se sospechaba. Tampoco había que perder tiempo en averiguarlo. Tocó un timbre, pero viendo que el mensajero estaba todavía en la oficina, lo envió a la cuadra para que reuniera a toda prisa una decena de agentes.

Cinco minutos después uno de los rápidos camiones de Scotland Yard volaba hacia el Oeste de la ciudad. Fué a detenerse en seco en la puerta misma de la mansión de Dimitri

Horópolos. El inspector fué el primero en saltar al pavimento y penetrar en la casa.

Dos veces debió tocar el timbre de llamada antes de que salieran a abrir. Con gran sorpresa de Mr. Rater, el millonario en persona vino a abrir la puerta. Vestía una hermosa "robe de chambre", y en su rostro se notaba una mueca de disgusto, que bien podía ser provocada por la súbita aparición del inspector y sus acompañantes.

—¿Qué quiere ahora? — preguntó colérico el griego a Mr. Rater.

—Busco a Lidia Grayne.

—¡No está aquí! — replicó secamente el millonario. — ¡Su espía podía habérselo comunicado!

—Debe permitirme usted que registre la casa, de lo contrario vendré con una orden de allanamiento dentro de media hora, — fué la respuesta del inspector.

Horópolos abrió entonces la puerta de par en par y comenzó a subir de prisa la escalinata, mientras los demás lo seguían rápidamente.

—¡Cierre la puerta uno de ustedes! — gritó el millonario desde lo alto, viendo que la puerta de calle quedaba abierta.

No se veían criados por ninguna parte, cosa que no dejó de extrañar al inspector. Después supo que los sirvientes de la señorial mansión vivían en piezas separadas del grueso del edificio. De modo que en el momento que el dueño lo quisiera, toda la servidumbre quedaba aislada por completo en el interior. No fué a su estudio, donde Dimitri llevó a sus inoportunos visitantes, sino a una salita del primer piso. El inspector vió que allí había una mesa tendida para dos personas y sobre la cual se veía una serie de viandas, frías ya por la espera.

Evidentemente los comensales no las habían tocado todavía.

—Y ahora, señor inspector, le ruego que me quiera decir qué significa todo esto, — preguntó el millonario en voz alta.

El policía le entregó por toda respuesta la esquela que acababa de recibir. Dimitri la leyó interesado. Mientras se iba enterando de su contenido, su entrecejo se fruncía demostrando honda preocupación.

—¡Es una calumnia! — estalló al final.— Ella no se encuentra áquí, ya se lo he dicho. Debía haber venido, pero no lo ha hecho.

—¿Tiene usted una cámara subterránea?

El griego vaciló al oir esto.

—Sí, tengo una, — contestó finalmente. Guardo allí mis valores más importantes. No creo que usted vaya a suponer ahora que la tengo encerrada allá. Sería ridículo. Le digo que debía venir, pero que...

—Quisiera ver esa cámara subterránea,— insistió el inspector interrumpiéndole.

—¡Le repito que no ha venido! La estaba esperando. ¿No ve la mesa en que las viandas no han sido tocadas todavía?

—La mesa no significa nada en este caso, — repuso el inspector. — Quiero ver el subterráneo.

El extranjero se puso primero rojo, luego pálido de furia. Pero se contuvo y en vez de estallar contra el inspector, fué a una pieza inmediata y volvió con un par de llaves pendientes de una cadena.

—Ya que tanta curiosidad demuestra por ver esa cámara. se la mostraré. — dijo desafiante.

Con el griego precediéndolo, Mr. Rater se alejó hacia el interior, descendiendo poco después por una estrecha escalera. Llegaron así a un corredorcito, que el millonario iluminó, en el extremo del cual se veía una portezuela de acero. Horópolos introdujo primero una llave en una cerradura, luego la otra en otra, y la puerta se abrió sin rechinamiento de ninguna especie. Entró solo y dió vuelta a una llave de luz. El inspector se vió de pronto ante una especie de mazmorra iluminada por un plafonier dispuesto con severo arte, según convenía a las características generales de la cámara. En las paredes, carentes de todo relieve, se veían pequeños anaqueles sobre los cuales descansaban centenares de cajitas de cuero, donde se guardaban seguramente los valores a que había hecho mención el millonario.

Pero eso no interesada al inspector, quien escudriñaba los rincones como queriendo arrancarles un secreto que no ocultaban. En la cámara había, además, una cama, una mesita y una silla. Pero la muchacha no aparecía por ninguna parte.

—¿Hay otra pieza? — preguntó Mr. Rater impaciente.

—No señor no hay ninguna más. Ya le dije que la muchacha no ha venido a mi casa.

No convencido todavía, el inspector volvió a mirar a su alrededor. Por un momento pareció próximo a dar salida libre al torrente de interjecciones que pugnaba por salírsele de la boca. ¿Había sido objeto acaso, de una burla? Porque en aquella maldita cámara no se podía ocultar ni una rata.

Una vez vueltos a la salita del primer piso, Dimitri, que hasta ese momento había conservado relativa serenidad, tampoco pudo cominarse por más tiempo y comenzó a protestar en tres idiomas por lo menos contra los que en forma tan descomedida, venían a turbar la paz de su casa.

—Tiene usted mucha razón — se limitaba a decir el inspector un poco avergonzado por el fracaso que acababa de sufrir, — pero estaba dentro de mis obligaciones hacer esta búsqueda... A decir verdad, todavía no estoy muy seguro de que la chica no se encuentre aquí.

—¡Busque en toda la casa! — exclamó Dimitri, poco menos que a gritos.

Fué una invitación que Mr. Rater se apresuró a aceptar.

Pero no se encontró por ninguna parte lo que interesaba. No hubo más recurso que declararse vencido. Bajó, cabizbajo y pensativo, la escalera, seguido de sus agentes. La puerta de la mansión se cerró con estrépito detrás de ellos y el camión volvió al centro de la ciudad.

Dimitri regresó a la salita, mudo de cólera. Intrigado, comenzó a pasearse de arriba abajo, con las manos apretadas detrás de sí. Estaba ya por llamar a los criados para que se llevaran la cena inútilmente preparada, cuando oyó unos golpecitos en la puerta. Era seguramente Lidia. El corazón comenzó a la-

tirle con fuerza ante este presentimiento. Corrió a la puerta y la abrió apresuradamente. Un hombre que reconoció al instante se adelantó. Era el pesquisa de guardia, Mr. Olcott.

—¿Qué quiere aquí, usted también? — preguntó en el colmo de la impaciencia.

—Déjeme entrar en seguida — dijo el hombre. — Acabo de separarme de Mr. Rater, quien está furioso conmigo. Dígame, buscó en la cámara de seguridad?

—Desde luego que sí — contestó el griego agresivo.

Cerraron la puerta y los dos hombres subieron hasta la salita, donde estaba tendida la mesa. Mr. Olcott cerró la puerta tras sí.

—¿Qué quiere usted de mí ahora?—volvió a preguntar el millonario. — ¿Ha visto a la muchacha, acaso?

Olcott sacudió la cabeza con impaciencia.

—Lo que quiero saber es si mi jefe se llevó consigo las llaves de la cámara.

—No — repuso Dimitri. — ¿Por qué se las habría de llevar ?

—¿Está usted seguro?

Al decir esto, el detective, se puso serio. El griego sacó entonces las dos llaves del bolsillo de su robe de chambre.

—Aquí están, — dijo.

—Démelas y no se mueva, si no quiere que le levante la tapa de los sesos! — ordenó el otro, cambiando bruscamente de tono, al tiempo que sacaba una pistola automática de su bolsillo y apuntaba con ella la cabeza de Dimitri, que, completamente sorprendido, no se atrevió a pronunciar palabra. Tenía los labios palidísimos.

No opuso ninguna resistencia, dejándose maniatar con toda docilidad. Una vez que estuvo inmovilizado por las ligaduras, aseguradas con mano maestra por Olcott, fué amordazado, según todas las reglas del arte. Hecho esto, Olcott se alejó tranquilamente a revisar la cámara de seguridad.

* * * *

Cuando el inspector volvió a su oficina del Scotland Yard, encontró a Mr. Snell sentado en un sofá. Después de lo que le acababa de ocurrir, Mr. Rater no estaba de muy buen humor, que digamos. El norteamericano, en cambio, parecía muy dispuesto a la charla, como ya era un hábito en él.

El inspector se sentó a la mesa sin hacer mayor caso del policía yankee, y se puso a trabajar en el informe que había quedado interrumpido. Mientras nuestro hombre escribía, el otro pudo hablar a sus anchas, seguro de que su oyente no se le escapara esta vez.

—Como decía, el tal individuo de Menfis era un hombre hábil y audaz como pocos. No he conocido a otro que se le compare. Solía trabajar con su mujer, la criatura más hermosa que se pueda concebir: rubia, ojos grandes, muy azules, sonrisa siempre pronta para el engaño... Eran dos tipos que se complementaban a la perfección. El acostumbraba a pasar por detective y de esta manera allanaba las dificultades hasta que llegaba el momento de dar el golpe decisivo, que rara vez fallaba.. .Apostaría que aquel tipo es millonario a esta hora...

Antes de que el otro hubiera terminado, el inspector salió de improviso de la oficina como si se hubiese sentido picado por alguna mala avispa. Segundos después un automóvil corría por las calles centrales de Londres en dirección al Oeste. Acompañaban a Mr. Rater dos detectives. El inspector, como queriendo adelantarse al mismo vehículo, iba parado en un estribo, apoyándose en el guardabarro. Se veía bien que la impaciencia lo devoraba.

Pero cuando llegaron a casa de Dimitri, derribaron la puerta y soltaron las ligaduras del millonario, "el tal individuo de Menfis" se alejaba de Londres en un automóvil de su propiedad, acompañado de su rubia esposa. Como las cosas no apremiaban, marchaba a regular velocidad por la hermosa carretera que lleva hacia el Sud...

Desde aquella vez el inspector Rater escucha con más atención las historias que se le narran.

NO LE GUSTABAN LAS BROMAS

Pérez ha hablado mal de Rodríguez y éste prometió estropearle el físico en la primera ocasión que se presente. Pérez le "cuerpea" a su enemigo, pero al fin la fatalidad los pone frente a frente y, ni corto ni perezoso, Rodríguez aplica al infeliz un "upper-cut" que lo puso a medio centímetro del "knockout".

A duras penas logra la víctima reponerse y encarándose con su verdugo, pregunta con voz insegura:

—¿Esto es una broma o lo ha hecho usted en serio?

—En serio, — contesta Rodríguez, preparándose para reptir el golpe.

—Está bien, —, dice entonces Pérez dando media vuelta. En este caso no hay nada que hacer. No hay cosa que me moleste tanto como las bromas.

DISTINCION

La señora de Paradita visita a la directora de la escuela en que se educa su hija:

—Sarita me ha dicho que le están enseñando fracciones comunes, — exclama con dignidad. — ¿No podría dar orden para que le enseñen algo más distinguido?

* * * *

DEDUCCION LOGICA

El profesor ha tenido un nuevo vástago.

—¿Es varón o mujer? — le pregunta un amigo.

—No estoy seguro, — contesta él, distraído, — pero debe ser mujer. Yo quería un varón, pero como mi señora siempre me lleva la contraria...

VARIEDADES

En China no se permite el que las mujeres sean fotografiadas.

* * * *

La onza de pimienta costaba 15 libras esterlinas en los tiempos del rey Enrique VII, de Inglaterra.

* * * *

Los habitantes de la región situada al Norte de Europa, entre Noruega y el mar Blanco, en vez de estrecharse las manos al saludar, se frotan mutuamente la nariz.

* * * *

Un mosquito tiene 32 dientes, todos los cuales pueden verse mediante el microscopio.

* * * *

Una botella de champagne contiene el jugo de kilo y medio de uvas.

* * * *

En Holanda hay un río que se llama Y; en China una ciudad que se llama U y en Suecia otra que tiene por nombre A.

—...Nosotras debemos tener el mismo derecho que los hombres Si ellos vuelan, nosotras volamos y si ellos toman el famoso HIERRO QUINA BISLERI, nosotras también debemos tomarlo.

¡QUE CALOR!

¿Hace mucho calor en la Habana?

—Figúarte si hará que las gallinas ponen los huevos fritos.

Carlos J. Medina, Lamadrid 684, Tucumán (ciudad).

* * * *

Si no quedara más que una sola patata en el mundo, un buen agricultor podría obtener de ella 10 mil millones en diez años.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana		$ 0.20
„ atrasado		„ 0.40
Suscripción por 3 meses	(13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „	(26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año	(52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . „ „ 12.00 „

Barnigugli y su pingo Tragavientos (CONTINUACION)

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

AFECTADA POR SENTIMIENTOS ENCONTRADOS, TEODORITA RESOLVIO IR A UN LUGAR TRANQUILO PARA MEDITAR RESPECTO A SI DEVOLVIA EL SEGURO DE VIDA DE SU MARIDO O SI DEJABA LAS COSAS COMO ESTABAN. FUE AL PASAR EL TREN EN QUE ELLA VIAJABA, QUE VIO A MACACHIN Y A PIPERMIT JUNTO A LAS VIAS, Y RESOLVIO UNIRSE A ELLOS RENUNCIANDO A LA BUENA SITUACION EN QUE SE HALLABA.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Diciembre 14
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VII. PUBLICACION SEMANAL No. 272

EL LLAMADO DEL TELEFONO

Por PAULA DURESQUE

Dramático y extraño relato del odio de un anciano por la esposa de su hijo.

Barnigugli y su pingo Tragavientos

(Continúa en la página 67)

Sumario

Este número contiene, entre otros valiosos materiales, los siguientes:

EL LLAMADO DEL TELEFONO
por PAULA DURESQUE.

¿ABIERTO O CERRADO?
por GERMAINE BEAUMONT.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON
por S. S. VAN DINE.

Extraordinaria novela de asunto policial, en la que su autor desarrolla una interesante y novedosa tesis para la investigación de los crímenes.

EL MISTERIO DE MADELEINE SMITH
por X. X.

UN POCO DE HUMORISMO

EL PASAJERO
por F. BOUTET.

JUAN EL LOBO
por NICOLAS MISASI.

EL AMOR EN EL PARQUE
por DOMINGO DE FUENMAYOR.

PERIQUIN
por JOSE ZAHONERO.

TARZAN DE LOS MONOS
por EDGAR RICE BURROUGHS.

Lectura de gran interés en la que las aventuras más extraordinarias y emocionantes se suceden sin interrupción.

CONCURSO DE CHISTES DE "PUCKY."

Siempre IMITADO
NUNCA IGUALADO

ANTIBACTER

EL DESIFECTANTE IDEAL

PARA TODOS LOS USOS Y PARA TODAS LAS PERSONAS

VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Preparado por el

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

ESTRATAGEMA DE SERLOCK HOLMES

Un sistema sencillo para atrapar rateros

EL LLAMADO DEL TELEFONO

Por PAULA DURESQUE

CAPITULO I

LA MIRADA VIGILANTE

DESDE el principio, no hubo cariño entre Antonio Cleary y su joven nuera. La joven, esbelta, de cabellos negros y dulces ojos, se apoderó del corazón de su hijo, alejándolo de la "buena compañera" que su padre le tenía destinada. Es verdad que ella no trató de arrojar al anciano de la vieja casa donde había nacido y en la que Juan, el marido, naciera también. Lo toleró graciosamente, tratando de ganar su amistad; pero él rechazó inmediatamente sus esfuerzos. Permanecía allí, vagando por la casa, con su figura casi espectral, flaco, de cabellos grises, áspero, desagradable, desconfiado, resentido por la presencia de ella; pero obligado a aceptarla por ser la esposa de su hijo. No tenía otra casa donde ir, si hubiera querido alejarse de su viejo hogar. Ella era una de esas mujeres exquisitamente femeninas, que atraen de un modo poderoso a la generalidad de los hombres; una mujer completamente incapaz de luchar o sostenerse sola; pero de ningún modo tonta ni vanidosa.

Dramático y extraño relato del odio de un anciano por la esposa de su hijo.

La mayor parte de la gente simpatizaba con ella y Juan la adoraba. Había un encanto sutil, irresistible, en su pequeño rostro, bien delineado como nu camafeo, en el misterio de sus ojos obscuros, orlados de largas pestañas. Era pequeña, pero graciosa, tan bella cuando se entregaba a sus silencios pensativos como cuando la risa ahondaba hoyuelos en sus mejillas y hacía bailar traviesamente sus ojos.

La antipatía del padre de Juan la lastimaba, la sorprendía; hizo todo lo posible para vencerla y... fracasó.

A despecho de la atmósfera tensa en que vivía, era feliz por el amor de Juan y ninguna nube real apareció en su horizonte hasta el día en que su primo, Jorge Waring, vino a visitarla.

Estaba sola en el "living room" con él, cuando entró repentina y silenciosamente su suegro; por el modo como entró y la mirada que sus duros ojos lanzaron al uno y al otro, ella comprendió, con un sentimiento de indignación que la había estado espiando y había pensado sorprenderla... porque Juan se hallaba ausente, en uno de sus viajes de negocios.

Se mostró grosero con Jorge. Su ira, después que el primo se marchó casi la había aterrado; sin embargo ella comprendía instintivamente que aquella era una capa para ocultar que la había estado espiando y resultó chasqueado.

—No permitiré que sus amigos la visiten en la casa de mi hijo, — díjole con voz de trueno, inclinándose sobre ella con el rostro contraído por una rabia pueril. — No lo permitiré. ¿Lo oye?... ¿Lo oye?

Era bastante aterrador cuando estaba encolerizado; pero ella le hizo frente, diciéndole con dignidad tranquila, que sólo consiguió enojarlo más:

—No ha tenido usted razón para ser grosero con Jorge, ni la tiene para hablarme así. No hay motivo alguno para que Jorge no venga a visitarme. Es primo mío y hemos sido compañeros desde nuestra niñez.

—Tengo todos los derechos, — la contradijo él dando un puñetazo sobre la mesa que los separaba. — ¡Tengo todos los derechos! Mi hijo no está aquí para custodiar su propiedad.

El rubor inundó las mejillas de la joven y sus narices temblaban cuando dió un paso hacia el enfurecido viejo.

—¿Cómo se atreve usted? — estalló. — ¿Cómo se atreve a decir semejante cosa?

Enderezó él sus encorvados hombros y la interrumpió con un gesto que, en un hombre menos obsesionado por la malevolencia, hubiera sido magnífico.

—Me atrevo, — contestó ásperamente, juntando sus despeinadas cejas. — Soy viejo y usted es joven. He vivido y conozco el mundo y los que lo habitan. Y le digo, — su voz era cortante, mientras la amenazaba con su huesoso dedo, — que no recibirá usted aquí a sus amigos mientras mi hijo esté ausente. ¿Me oye?... ¿Me ha comprendido?

Ella lo miró y, a despecho de su intensa

cólera, conservó su dignidad y retuvo las lágrimas.

—Sí... lo oigo... Lo he comprendido, — dijo tranquilamente y salió de la habitación.

El viejo permaneció parado donde ella lo dejara, contemplando la puerta cerrada; extendió espasmódicamente la mano y luego cerró el puño hasta que sus largos y huesosos dedos se incrustaron en la palma. El odio, sin disimulo, ardiente, se reflejó en sus ojos de arrugados párpados.

—¡Zorra!... — murmuró golpeando la puerta. — ¡Zorra!...

* * * *

Pero aunque ella había salido airosa en la disputa, el incidente la aterró en extremo, le había hecho comprender el odio que el anciano le tenía, de un modo más claro que hasta entonces. Ella tenía ahora la sensación de que estaba siempre espiándola, de que nunca estaba completamente sola, de que sus acciones más simples eran miradas con sospecha por aquellos ojos pálidos y desconfiados, Rara vez le hablaba y si lo hacía era para contradecirla o reprenderla por alguna falta imaginaria.

La atmósfera empezó a alterar los nervios de la infeliz joven. Le parecía que hasta las sirvientas caminaban más silenciosamente, la observaban con mayor atención. Había momentos en que hubiera deseado llorar a gritos.

El día fijado para la vuelta de Juan, la halló hambrienta de su amor y de su protección. Antonio Cleaver no era tan cruel cuando su hijo estaba en casa.

Y esa misma mañana un nuevo terror la sobrecogió. A eso de las trece, Hal Denison la llamó por teléfono. Y Hal Denison había sido su novio...

—Me voy, Mauricia, — le dijo por teléfono. — La vida es para mí imposible en esta parte del mundo, desde que se casó usted con Juan Cleaver. Tengo que irme y empezar en otra parte. Pero me gustaría verla antes, Mauricia... ¿Podría ir a hacerla una visita de cinco miutos? Yo...

—¡No!... — la interrupción brotó de sus labios en un acceso de súbito terror. Y precisamente en aquel instante oyó pasos cautelosos en el hall, se serenó con un esfuerzo supremo y continuó fríamente. — Te lo explicaré conforme pueda.

—¿Quién era? — preguntó el anciano ásperamente, al pasar junto a ella, en el comedor.

—Rita Lansbury.

La mentira salió tan fácilmente de sus labios, no acostumbrados a ella, que la sorprendió.

—¡Ah!... — deteniéndose en la puerta la miró. — ¿La necesita para alguna de las locas correrías, supongo?

—Para ir de compras mañana, — le contestó con tanta indifenencia como su corazón se lo permitió. — Eso es todo.

—¡Uf!... ¡Cabezas de aserrín! — sopló el caño de su pipa y entró en la pieza. — Se va poniendo obscuro, — observó más tarde, sentándose en su lugar, junto a la mesa. — Creo que tendremos tormenta.

Mauricia levantó la cabeza.

—¡Ojalá que no! Yo.... yo tengo miedo de los relámpagos.

El viejo la miró a través de la mesa, con el tenedor suspendido en el aire. Su rostro arrugado tenía una expresión burlona.

—¡Bah!... — gruñó, — ¡qué estupidez!

Ella continuó comiendo sin decir nada. En realidad, no lo había oído. Estaba pensando... pensando.

CAPITULO II

EL CASTIGO DEL MALVADO

Hacía calor aquella noche. Todas las puertas y las ventanas de la gran casa estaban abiertas y sin embargo el aire era pesado, semejante al aliento de un horno, seco y asfixiante; en el jardín, bajo el cielo cubierto de nubes, los árboles, negros e inmóviles, parecían amenazadores también. De tiempo en tiempo se oía el sordo rugido del trueno a la distancia.

Mauricia se estremeció y el viejo, sentado del otro lado de la mesa, junto a la ventana, la miró por encima de su pipa con ojos maliciosos.

—¿Tiene frío? — le dijo.

Ella lo miró y, por un instante, el miedo que le tenía asomó a sus ojos. Levantó la mano y alisó sus obscuros cabellos con dedos nerviosos.

—No, — dijo. Levantóse, dió una vuelta por la habitación, atisbó en la obscuridad y volvió a sentarse. Al resplandor de la lámpara su rostro aparecía mortalmente pálido.

—No, — repitió, — es que estoy nerviosa. Está próxima una tormenta y yo detesto las tormentas.

Tomó su labor; sobre el tejido de seda sus dedos temblaban.

Antonio Cleaver la observó un instante; sus ojos duros se habían achicado tanto que parecían tajos, entre los párpados marchitos. Se quitó la pipa de la boca y le dijo, con voz áspera, cortante:

—No es de la tormenta que tiene miedo. Usted está pensando algo... ¿En qué?

Los dedos nerviosos se detuvieron en su trabajo y Mauricia miró al viejo. Por un instante sus ojos negros llamearon; luego un débil rubor cubrió su pálido rostro.

—No pienso en nada, — dijo un poquito anhelante. — ¿En qué voy a pensar?... Es la tormenta. Y Juan demora...

Através del especio que los separaba, ambos se miraron fijamente. Aquellos dos seres que se odiaban y sospechaban mutuamente, estaban excitados por la atmósfera irrespirable y se hallaban solos en la gran casa donde las sirvientas dormían tranquilamente en el piso alto. El viejo estiró las piernas y volvió a tomar su pipa.

—Bueno... — dijo ásperamente. — No comprendo por qué... ¿Qué diablos es eso?

Ella levantó la cabeza sobresaltada al oir sonar el timbre del teléfono, dejó caer la la-

Ella colgó el receptor, lanzó un pequeño sollozo...

por y por un momento permaneció como paralizada. El viejo la miraba.

—¿Y bien? — preguntó impaciente. — ¿Espera usted que yo conteste al teléfono?

Se levantó ella entonces, cruzó la pieza y entró al hall. El viejo, que la observaba, la vió recostarse en la pared, junto al teléfono y también que la mano temblaba al tomar el receptor.

—¡Hola!... — dijo débilmente. — Y luego con una voz que se fué afirmando. — ¡Ah eres tú, Juan! ¿Qué? ¿Qué no puedes venir a casa esta noche?... ¡Oh, Juan!... Bueno, está bien; comprendo.. Buenas noches, entonces, querido!

La dulce voz se quebró un poco al pronunciar las últimas palabras. Volvió a la habitación y sus modales eran más serenos.

—Era Juan, — dijo mirando a su suegro, — no puede venir a casa esta noche. La tormenta lo ha sorprenudido en Bradford.

De nuevo los ojos penetrantes, escudriñadores, la miraron con intensidad.

—¿Era Juan? — dijo lentamente. — ¿No puede volver a casa? — estuvo un momento silencioso, fumando su pipa. Luego se levantó, enderezando su alta y flaca figura, acercóse a la ventana, vació la pipa y la puso en la repisa. — Bueno... es inútil esperarlo, entonces.

Salió de la habitación lentamente.

Parada junto a la mesa, esbelta como un joven junco, ella escuchó los pasos del viejo recorriendo la casa, el ruido de los pasadores corridos por sus largos y nudosos dedos. De la obscuridad exterior venía un ruido sordo y prolongado; una ráfaga de aire caliente entró por la ventana abierta y le azotó el rostro. Los pasos volvieron a aproximarse a la habitación; la vieja y escuálida figura apareció en el marco de la puerta, casi espectral a la luz de la bujía que sostenía en la mano derecha.

—Todo está cerrado, — gruñó. — ¿No se acuesta? ¿O va a leer un rato ?

Ella hizo señas de que sí y tomó un libro de encima de la mesa.

—Leeré un ratito, — dijo tranquilamente. — No puedo dormir cuando hay tormenta. Prefiero quedarme aquí abajo.

Se dirigió al sillón.

El viejo la miró un momento de soslayo, con aquella mirada que indicaba tan claramente la desconfianza y el aborrecimiento. Luego enderezó sus encorvados hombros y se volvió.

—¡Qué tontería! — dijo con acento de burla desagradable. — ¡Buenas noches!

—Buenas noches... papá.

Se reclinó en el sillón y abrió el libro; pero no leía :Estaba escuchando los pasos cuyo rumor se hacía más débil a medida que el viejo subía la escalera. Aguzó sus oídos para percibir el rumor de la llave en la cerradura. Lo oyó y nuevamente volvió a reinar el silencio, mientras el trueno retumbaba a lo lejos y el aire caliente seguía entrando en la habitación.

Por un rato estuvo, con la respiración en suspenso, escuchando. Después se levantó, subió de puntillas la escalera, y deteniéndose ante la puerta del cuatr ode su suegro escuchó. No se oía nada.

—Montrose 761, — su voz temblaba. — Aun ahora su mirada se dirigía a la escalera; su pensamiento estaba en los pasos cautelosos. ¡Hola!... ¿Es usted Hal?.. Sí, Mauricia. Oiga, Hal, usted tiene algunas cartas mías... Quisiera que me las devolviera. ¿Quiere traérmelas en seguida?... ¡Por favor, Hal! Se lo explicaré cuando venga. No, por la puerta del frente no. Vaya por la del costado de la casa hasta la ventana de la biblioteca. Yo estaré allí. ¿Quiere?...

La voz del hombre sonó después de una breve pausa, un poco sorprendida.

—¡Pero sí, Mauricia!... Si usted quiere. O las quemaré...

—No, no; tráigamelas, por favor.

Hubo una breve pausa. Luego la voz de él:

—¿No es... un poco peligroso?

—No, no... Es la única posibilidad. Venga, por favor.

—Muy bien, Mauricia. Estaré ahí dentro de diez minutos.

Ella colgó el receptor, lanzó un pequeño sollozo y se cubrió el rostro con las manos. Pocos minutos después, cruzó el hall y se dirigió a la biblioteca.

Con la mano levantada hacia la llave de la luz eléctrica, se detuvo. Era mejor dejar la habitación a obscuras, o, por lo menos, alumbrada solamente por la vela que estaba encima de la repisa. Atravesó silenciosamente la habitación y encendió la vela; sus manos estaban ahora bastante firmes y un débil color animaba sus mejillas. Fué hasta la ventana y la abrió, mirando al exterior. El viento cálido llegó hasta ella, asfixiándola casi. La atmósfera seca, electrizada, parecía oler a azufre. Ella hubiera deseado que lloviera para aliviar aquella presión angustiosa. Inclinada sobre la ventana, sus ojos escudriñaron la obscuridad.

Vió una figura de hombre que atravesaba corriendo el jardín. Ella ahogó un pequeño grito y tendiéndole la mano lo ayudó a penetrar en la habitación. A la luz oscilante de la vela, ambos se miraron; los ojos del hombre, graves, interrogadores, los de la mujer un poco asustados, fijos en el paquete de cartas que él tenía en sus manos. Ella se apoderó del paquete.

—¡Oh!... Gracias por habérmelas traído. No he hecho otra cosa que pensar en ellas desde que me llamó usted esta mañana.

El hombre la miró gravemente.

—¿Pero, por qué, Mauricia? ¿Cree usted que yo?..

—¡Oh! no... no... Supongo que usted lo encontrará extraño.. Yo...

Sus manos se movían febrilmente sobre el paquete. El la observó un instante y luego sus manos se cerraron sobre las de la joven.

—Mauricia, querida mía, — le dijo dulcemente, — ¿qué pasa? Está usted asustada, nerviosa. ¿No puede contármelo a mí... a su antiguo amigo?

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Sí... Estoy asustada, Hal, — murmuró. — El padre de Juan... me aborrece.

El se estremeció.

—¿El viejo Cleaver?

—Sí... Ha hecho lo posible por separarnos a Juan y a mí. cuando usted llamó, y me acordé de esas cartas. Yo nunca pongo fecha en mis cartas. ¡Imagínese que hubieran llegado a manos de mi suegro!... Una nunca puede saber.

Los ojos del hombre se ensombrecieron y preguntó con severidad.

—¿Y Juan? ¿Dónde está?

—Ausente. Lo esperábamos esta noche; pero telefoneó que la tormenta lo había sorprendido en Brentfort. Así que pensé... que era la mejor ocasión de recobrar estas cartas

Por un instante el hombre permaneció silencioso, observándola mientras ella levantaba el candelero, lo llevaba hasta el centro de la mesa, daba un vistazo a las cartas y volvía a dejar el paquete. El hombre tuvo un gesto de renuncia.

—Tengo que irme; — murmuró; — ha sido una imprudencia que yo venga aquí, si las cosas están en ese estado. Pero me alegro haberla visto antes de partir, Mauricia. — Le tomó las manos. — ¿Es usted feliz?

—¡Oh, sí!... Muy feliz, Hal, — murmuró

El levantó las manos de la joven hasta sus labios, besándolas con el gesto de los antiguos caballeros.

—Me alegro mucho. Adiós, querida! ¡Que Dios la bendiga! Queme en seguida esas cartas.

—Sí, Hal ¡Adiós!

El le soltó las manos y se volvió alejándose.

En ese momento una luz vivísima inundó inesperadamente la habitación y el trueno dejó oir un rugido semejante a un cañonazo. Mauricia ahogó un grito y se refugió en brazos de Hal, ocultando el rostro sobre el hombro de él, temblando de pies a cabeza. El, conociendo su antiguo temor nervioso de las tormentas, la estrechó contra sí, sin otro pensamiento que protegerla.

—Ya pasó... nena, no te asustes... — eran las mismas palabras que pronunciara en otro tiempo, antes de que ella conociera a Juan.

De las profundidades del hombro de él salió la voz ahogada de Mauricia.

—¡Tengo miedo!... ¡Tengo miedo!...

Otro relámpago y otro trueno; la mujer siguió entre los brazos del hombre, temblando, mientras todo el universo se estremecía.

Las cartas estaban sobre la mesa, alumbradas por la luz vacilante de la vela en ese momento sonaron en el hall pisadas, que cubrió el ruido de trueno.

En la puerta abierta apareció la figura espectral; en un momentáneo apaciguamiento de la tormenta, una voz cortante, que sonaba con cierto acento de triunfo gritó:

—¡Ah! ¡La he pillado al fin!

El hombre soltó a Mauricia, que se volvió con las manos extendidas al paquete de cartas que estaba sobre la mesa. Pero las manos, como garras, de Antonio se extendieron también quitándole el paquete.

—¡Ah!... ¡Ah!... — repetía el viejo triunfante. — ¡La he pillado al fin! ¡Los he pillado a los dos!

Parecía un espectro parado junto a la mesa, a la luz oscilante de la vela, envuelta su huesosa figura en una bata gris, los pálidos ojos penetrantes bajo las hirsutas cejas grises. Después de un instante, miró el paquete de cartas que tenía en su mano y se echó a reir silenciosamente.

La risa era horrible, más siniestra que un estallido de cólera. El rostro de la mujer se puso lívido al oirla y el rostro del joven tomó una expresión severa.

—Señor, — dijo tranquilamente, — está usted equivocado. ¿Quiere permitir que le explique?

El viejo lo miró y hubo un instante de silencio. Luego dijo ásperamente:

—No hay nada que explicar.

—¡Pero, señor...!

Mauricia habló entonces.

—Esas cartas son mías. ¡Démelas! Le exijo que me las dé.

El se volvió y la miró.

—¡Ah!... ¿lo "exige" usted?

Conservó el paquete en su mano y pasó su dedo por el sobre de arriba.

—Tendrá usted que pedírselas a mi hijo, — dijo suavemente.

Mauricia lo miró con los ojos dilatados de horror.

—Usted no hará eso — sollozó. — ¡No puede ser tan cruel! tan cruel! ¡Yo lo amo a Juan, ¿no comprende? Uste dno tiene derecho a interponerse entre nosotros.

—Señor, protesto... — empezó Hal.

El viejo se volvió a él con furia salvaje.

—¡No tengo derecho!... — gritó. — ¡No tengo! — Se detuvo anhelante, contemplándolos a ambos. Volvió a iluminarse la habitoción y retumbó un trueno. En el hall sonó el timbre del teléfono, dos veces. Luego empezó a llamar imperativamente. El viejo pareció serenarse con un esfuerzo y dijo a Mauricia, con ocento imperioso:

—¡Vaya a acostarse!

—Pero...

—¡Vaya!... —dió un paso hacia ella, en actitud amenazadora y nuevamente el miedo físico la acometió. Lo miró un momento desesperada, la mano sobre su boca y luego, lanzando otra mirada de terror al rostro de Hal, se volvió y con un sollozo, salió de la habitación, subiendo a ciegas la escalera.

En cuclillas arrimó un fósforo al paquete de cartas...

A la luz de la vela, los dos hombres se miraron y el ceño del viejo se trocó en una satisfecha y burlona sonrisa.

—Yo estaba seguro de que la descubriría, tarde o temprano.

Hal Denison hizo un brusco movimiento.

—Señor — dijo con voz serena, — usted incurre en un terrible error. Le suplico que escuche mis explicaciones.

Los ojos del viejo se achicaron.

—¿Explicaciones? — dijo con voz ronca. — ¿Cree usted que voy a tolerar esta traición hecha a mi hijo?

—Tiene usted que...

—¿Tengo?—Los ojos furiosos llamearon. — No puede usted obligarme a nada... bribón. — El rostro de Hal Denison se puso escarlata, involuntariamente dió un paso hacia adelante, con el puño de la mano derecha cerrado y en alto. Al detenrse, con un esfuerzo, volvió a brillar un relámpago y retumbó el trueno; la campanilla del teléfono vaciló... se ensordeció y luego volvió a sonar con más insistencia que antes.

—¿No sería mejor que usted atendiera el teléfono? — dijo Hal tranquilamente. Aquel sonido, rompiendo el silencio, le había devuelto el dominio de sí mismo.

Antonio Cleaver vaciló un momento, pensando dejar que sonara la campanilla. Pero el llamado era ensordecedor.

Se dirigió al hall, jurando furioso.

—¿Quién demonios?... — Oyó Hal Denison murmurar esas palabras y luego la voz mugir como la de un toro rabioso. ¡Hola!... ¡Hola!... ¡Hola!... ¿Quién es?

La voz se elevó a un grado extraordinario y luego se oyó un curioso y ahogado grito de socorro, seguido de una caída.

Hal Denison estuvo de un salto en el hall. El viejo yacía caído en el suelo, con su largo cuerpo retorcido en una forma grotesca; la mano derecha todavía agarraba el tubo del teléfono; en la izquierda tenía el paquete de cartas.

El trueno retumbó a la distancia; un relámpago dió en la cara del hombre caído y se extinguió en seguida.

Hal Denison se levantó estremeciéndose.

—¡Muerto!

Sus pálidos labios apenas murmuraron estas palabras.

Tardó algunos minutos en quitar de la mano crispada del muerto, el paquete de cartas. Pero logró hacerlo; se levantó y dirigióse hacia la estufa, cubierta de cenizas.

En cuclillas arrimó un fósforo al paquete de cartas y observó la llama levantarse, lamerlo, destruirlo. Una vez que se hubo extinguido la llama, buscó cuidadosamente si había quedado algo sin quemar. Nada, Mauricia estaba salvada.

Se levantó y apagó la vela; permaneció un instante en la oscuridad, mirando hacia el hall, donde yacía el cuerpo retorcido del viejo; aquella vida, llena de odio, había sido destruída... ¿por qué?...

¿Coincidencia? ¿Una descarga eléctrica por el teléfono?... Algo que ocurre una vez entre millones...

—¿Y el que llamaba? El marido de Mauricia, seguramente, pensando que ella pudiera estar asustada. ¡Justicia curiosa! ¡Su propio hijo!

Gruesas gotas de lluvia empezaron a pegar en los cristales de la ventana. Aquello devolvió al hombre la serenidad. Las sirvientas, al bajar a la mañana siguiente, encontrarían... aquello.

Saltó por la ventana y la cerró tranquilamente tras sí.

Nuevamente la pregunta atravesó su imaginación. ¿Quién habrá llamado por teléfono?

Se estremeció. Levantó el cuello de su sobretodo y echó a correr por el césped, todavía seco, en dirección a la calle.

TARZAN DE LOS MONOS

La cuarta parte de esta novela de aventuras que publica "Pucky", es sencillamente admirable.

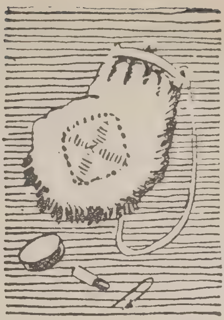
EL HIJO DE TARZAN deleita y apasiona por el creciente interés de sus emocionantes aventuras y por el brillante estilo de su autor.

Con razón la crítica ha calificado a esta obra como "LA MAS ESTUPENDA NOVELA DE SU GENERO QUE SE HA PUBLICADO HASTA NUESTROS DIAS".

Lea en todos los números de "Pucky"

TARZAN DE LOS MONOS

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. Más tarde, Markham le confía a Vance haber descubierto que la cartera y los guantes pertenecen a la señorita Muriel St. Clair y le dice a Vance que la va a arrestar. Vance sostiene que es inocente. Markham consiente en que presencie el interrogatorio que hará a la muchacha, en su oficina.

CAPITULO XIV

¿NO hay noticias del automóvil, — preguntó Markham.

—Ni una palabra, — gruñó Heath disgustado. — Y esto es raro, teniendo en cuenta la propaganda que se le ha hecho. Esos avíos de pescar es lo único que hemos encontrado. ¡Ah!... el inspector me mandó el informe médico esta mañana; pero no nos dice nada que ya no sepamos. Traducido al lenguaje humano, dice que Benson murió de un balazo en la cabeza, con todos sus órganos sanos. Es maravilloso que no hayan descubierto que fué envenenado por un frijol mejicano o mordido por una serpiente de Africa para que el caso resultara un poco más intrigante de lo que ya lo es.

—¡Anímese, sargento! — lo exhortó Markham. — Yo he tenido un poco más de suerte, Tracy encontró a la dueña de la cartera y descubrió que había comido con Benson esa noche. El y Phelps han sabido también algunos hechos suplementarios útiles. Y yo esto yesperando a la dama aquí, dentro de pocos minutos. Voy a ver que es lo que tiene que decir.

Una expresión de resentimiento apareció en los ojos de Heath, mientras hablaba el fiscal del distrito; pero se borró luego y el sargento empezó a hacer preguntas. Markham le dió todos los detalles, informándolo también acerca de Leandro Plyfe.

—Le haré saber en seguida lo que resulte de la entrevista — concluyó el fiscal.

Al cerrarse la puerta tras Heath, Vance miró a Markham con sonrisa socarrona.

—No es precisamente uno de los superhombres de Nietzche ¿eh? Temo que las sutilezas de este complejo mundo se le escapan.. ¿Sabe que es desalentador?

Yo me sentí positivamente gozoso cuando ese despierto muchacho, de los gruesos lentes, anunció su presencia. Pensé que seguramente iba a anunciarle que tenía entre rejas, por lo menos, a seis asesinos de Benson.

—Temo que sus esperanzas fueron demasiado lejos, — observó Markham.

—Y sin embargo, es el procedimiento habitual... si hemos de creer los encabezamientos de nuestros grandes diarios. Siempre creí que, desde el momento en que se cometía un crimen, la policía empezaba a arrestar gente de toda clase, para mantener la excitación. Otra ilusión perdida. Triste... muy triste... No le perdono a nuestro Hearth el haber traicionado mi fe en él.

A este punto, el secretario de Markham abrió la puerta, anunciando la llegada de la señorita St. Clair.

Creo que todos nos quedamos un poco intimidados ante el espectáculo presentado por aquella joven mujer cuando penetró lentamente en la habitación, con paso firme y gracioso, la cabeza ligeramente inclinada a un costado, en actitud de altiva interrogación.

Era pequeña y notablemente linda, aunque "linda" no es precisamente el calificativo adecuado para describirla. Poseía esa belleza, ligeramente exótica, que encontramos en los retratos de Carracci.

Sus ojos eran oscuros y grandes, la nariz delicada y recta; su frente espaciosa. Los labios, llenos y sensuales, tenían una intensa sonrisa enigmática o una sombra de sonrisa. La barbilla redonda, era un poco llena, cuando se la examinaba separadamente; pero no en conjunto.

Había equilibrio y cierta energía en su porte, pero podía descubrirse la capacidad para poderosas emociones debajo de su calma exterior. Sus ropas armonizaban con su personalidad; eran tranquilas y aparentemente, de un estilo convencional; pero un toque de color y originalidad, aquí o allá,

les comunicaba fascinadora distinción.

Markham se levantó e inclinándose con formal cortesía, indicó a la joven un cómodo sillón tapizado, frente a su escritorio.

Con una inclinación de cabeza, apenas perceptible, la jocen miró el sillón y luego se sentó en una silla de recto respaldo, que se hallaba cerca del primero.

—A usted no le importará, estoy segura — dijo, — si ocupo mi silla para el interrogatorio.

Su voz era baja y sonora, la voz de una cantante. Sonrió al hablar; pero su sonrisa no era cordial sino fría y lejana, con algo que indical , sin embargo, despreocupación.

—Señorita St. Clair — empezó Markham en tono de severidad cortés, — el asesinato de Alvin Benson la envuelve a usted con ciertos detalles íntimos. Antes de dar ningún paso definitivo la he invitado a venir aquí para hacerle algunas preguntas. Por consiguiente, le aconsejo que sea completamente franca en su mismo interés.

Se detuvo y la mujer lo miró con expresión irónica e interrogadora.

—¿Es necesario que le de las gracias por su generoso consejo.

El ceño de Markham se hizo más profundo al consultar una página escrita a máquina que se hallaba sobre su escritorio.

—Probablemente sabe usted que sus guantes y su cartera fueron encontrados en casa de Benson a la mañana siguiente del asesinato...

—Comprendo que ustedes hayan descubierto que era mía la cartera, — dijo la joven, — Pero ¿cómo sabe que lo son los guantes?

Markham la miró fijamente.

—¿Quiere usted decir que los guantes no son suyos?

—¡Oh, no! — le dirigió ella otra fría sonrisa, — solamente estaba pensando cómo supo que los guantes me pertenecían, no conociendo mi gusto en guantes ni el número que calzo.

—¿Son suyos los guantes?

—Si son de los de Treffose, número cinco y 3|4, de cabretilla blanca y largos hasta el codo, ciertamente me pertenecen. Y me gustaría que me los devolviera, si no tiene inconveniente.

—Lo siento — dijo Markham. — Pero, por el momento, tengo que guardarlos.

Ella no insistió, limitándose a encogerse ligeramente de hombros.

—Le molestará que fume? — preguntó.

Markham, instantáneamente abrió un cajón de su escritorio y sacó una caja de cigarros.

—Tengo los míos, gracias; — dijo ella. — pero le agradecería mi boquilla. La he extrañado horriblemente.

Markham vaciló. Estaba manifiestamente fastidiado por la actitud de la mujer.

—Tendré mucho gusto en prestársela, — dijo. Y buscando en otro cajón de su escritorio, puso la boquilla sobre la mesa, delante de la joven.

—Ahora, señorita St. Clair, — dijo recobrando su gravedad, — ¿quiere tener la bondad de decirme como es que estos objetos, de su propiedad personal se encontraban en el "living room" del señor Benson?

—No, señor Markham, no quiero, — contestó.

—¿Comprende usted las serias consecuencias que en las circunstancias presentes, pueden derivarse de su negativa?

—Realmente no lo he pensado mucho, — dijo la joven con acento indiferente.

—Sería bueno que lo pensara, — le aconsejó Markham. — Su situación no es envidiable. Y la presencia de esos objetos de su propiedad en la habitación del señor Benson, no es el único hecho que la relaciona a usted con el crimen.

La mujer alzó los ojos interrogadoramente y de nuevo apareció la sonrisa enigmática en sus labios.

—¿Quizá tiene usted pruebas suficientes para acusarme del asesinato?

Markham no hizo caso de la pregunta.

—Usted conocía muy bien a Benson, según creo.

—El haber encontrado mi cartera y mis guantes en su casa autoriza a creerlo, ¿verdad?

—El se interesaba mucho por usted ¿no es eso? — insistió Markham.

Ella hizo una mueca y suspiró.

—¡Ay!... Sí. Demasiado para mi tranquilidad. ¿Me han citado aquí para discutir las atenciones que me dedicaba ese caballero?

Markham pasó por alto la pregunta.

—¿Dónde estuva usted, señorita St. Clair durante el intervalo de tiempo transcurrido desde que se separó de Benson, a media noche y la hora en que llegó a su casa, después de la una, según he averiguado?

—¡Es usted sencillamente maravilloso! — exclamó ella. — Parece saberlo todo. Bueno... lo único que puedo decirle es que, durante ese tiempo, estaba en camino para mi casa.

—¿Empleó usted una hora para ir desde Fortieth Street hasta Engthy - first y Riverside Drive?

—Creo que sí, minutos más o menos.

—¿Cómo lo explica usted ?

—Markham se estaba volviendo impaciente.

—Yo no me lo explico, a no ser por el correr del tiempo. El tiempo vuela, ¿no es cierto, señor Markham?

CAPITULO XV

—Su actitud sólo conseguirá perjudicarla — le advirtió Markham, demostrando irritación. — ¿Cómo es posible que no comprenda la gravedad de su situación?

Comió usted con e señor Benson, salió del restaurant a medianoche y llegó a su departamento a la una de la madrugada. El señor Benson fué asesinado a las doce y media. Y sus enseres personales han sido encontrados en el teatro del crimen a la mañana siguiente.

—Sé que esto es terriblemete comprometedor — admitió la señorita St. Clair con extravagante seriedad. — Y puedo decirle, ade-

La mujer alzó los ojos con expresión interrogadora "¿Quizá tiene Vd. pruebas suficientes para arrestarme?".

más, esto, señor Markham: si mis pensamientos pudieran matar, el señor Benson hubiera muerto hace mucho tiempo. Sé que no debería hablar mal de un muerto, pero la verdad es que tenía razones para detestarlo con toda mi alma.

—Entonces, ¿por qué fué usted a comer con él?

—Me he hecho a mí misma idéntica pregunta una docena de veces desde entonces — confesó ella tristemente. — Nosotras, las mujeres, somos criaturas impulsivas... Hacemos siempre cosas que no debiéramos hacer. Pero sé lo que está usted pensando: si yo tenía la intención de matar a Benson, era ese un principio natural. ¿No es eso lo que se le ocurre? Supongo que todas las asesinas van a comer primero con sus víctimas.

Mientras hablaba, abrió un estuche toilette y se miró al espejo. Arregló un imaginario desórden de sus abundantes cabellos oscuros y pasó el dedo meñique suavemente por sus arqueadas cejas, como para rectificar la exquisita pincelada de la naturaleza.

Inclinó luego la cabeza y se miró apreciativamente en el espejo, volviendo a fijar sus ojos en el fiscal del distrito al terminar su discurso. Sus modales habían convencido a los oyentes de que el tema de la conversación era de importancia secundaria ante su apariencia personal. Ninguna palabra hubiera expresado claramente su indiferencia como aquella pequeña pantomima.

Markham empezaba a exasperarse. Un tipo diferente de juez hubiera sin duda, usado la presión propia de su oficio para obligarla a ser más explícita. Pero, instintivamente, las amenazas y los métodos del persecutor público común le repugnaban, sobre todo si tenía que habérselas con mujeres.

En el presente caso, sin embargo, si no hubiese sido por las observaciones hechas por Vance en el club, se hubiera mostrado más agresivo. Pero era evidente que estaba trabajando bajo el peso de la incertidumbre producida por las palabras de Vance y aumentada por la actitud de la misma mujer.

Después de unos instantes preguntó ceñudo:

—¿Usted hizo especulaciones considerables con la firma Benson y Benson, no es cierto?

Una ligera risa musical le contestó.

—Veo que el querido mayor le ha contado historias. Sí... he estado jugando de un modo extravagante. Y no tenía por qué hacerlo. Temo ser ambiciosa.

—¿Y es verdad que usted perdió sumas considerables últimamente, que el señor Alvin Benson la visitó para pedirle fondos y finalmente vendió sus valores?

Sonrió, esperando la respuesta, como si su pregunta formara parte de un juego de adivinación. Los ojos de Markham adquirieron más dureza al pronunciar fríamente las próximas palabras:

—¿No es cierto que el capitán Felipe Leacock poseía una pistola semejante a la que dió muerte a Benson, un Colt automático del ejército, calibre 45. Al oir el nombre de su novio, ella se puso perceptiblemente rígida y contuvo el aliento. La serenidad la abandonó; un débil rubor cubrió sus mejillas, extendiéndose hasta la frente. Pero casi inmediatamente volvió a adoptar su papel de juguetona indiferencia.

—Nunca me he fijado ni en la marca ni en el calibre de las armas del señor Leacock,— contestó descuidadamente.

—¿Es o no verdad, — prosiguió Markham imperturbable — que el capitán Leacock le prestó a usted su pistola cuando la visitó en su departamento la mañana que precedió al crimen ?

—Es poco cortés de su parte, señor Markham — lo amonestó evasivamente — el querer averiguar las relaciones personales de una pareja comprometida. Porque estoy comprometida con el capitán Leacock... aunque probablemente lo sabía usted ya.

Markham se puso de pie, conteniéndose con esfuerzo.

—¿Debo entender que usted rehusa contestar a todas mis preguntas o que quiere escapar con evasivas a la complicada situación en que se halla?

Ella pareció pensar.

—Sí — dijo lentamente. — No hay nada que desee decir en estos momentos.

Markham se inclinó, colocando ambas manos sobre el escritorio.

—¿Comprende usted las consecuencias posibles de su actitud? — le preguntó amenazadoramente. — Los hechos que conozco, respecto a su relación con el crimen, unido a su negativa a ofrecer la más mínima explicación, me dan más motivos de los que necesito para ordenar su arresto.

Yo la estaba observando atentamente mientras él hablaba y me pareció que sus párpados se bajaban involuntariamente de un modo casi imperceptible. Pero no dió muestras de sentirse afectada por aquella declaración y se limitó a contemplar al fiscal de distrito con desafío divertido.

Con una súbita contracción de la mandíbula Markham se volvió e iba a apretar el botón del timbre, debajo del borde de su escritorio. Pero al hacerlo, su mirada cayó sobre Vance y su acción quedó detenida. La mirada que había visto en el otro era de sorpresa y de reproche, no solamente expresaba el asombro más completo ante la aparente decisión de Markham, sino que, más elocuentemente de lo que pudieran hacerlo las palabras, le decía que estaba a punto de cometer una irremediable torpeza.

Hubo un instante de intenso silencio. Durante ellos, la señorita St. Clair abrió de nuevo el estuche y se empolvó la nariz. Cuando hubo concluído se volvió al fiscal de distrito.

—Bueno... ¿Quiere usted arrestarme ahora?

Markham la contempló un instante y pareció deliberar. En vez de contestar en seguida, fué a la ventana y estuvo contemplando el puente de los suspiros, que une el edificio de los tribunales del crimen con la cárcel. Por fin, dijo lentamente:

—No, hoy no.

Estuvo un instante más, absorto en su contemplación y luego se volvió a la mujer, como vencida su irresolución.

—No voy a arrestarla todavía a usted — dijo un poco asperamente. — Pero le ordeno que permanezca en Nueva York por ahora. Si intenta usted ausentarse, será arrestada.

Oprimió el botón y se presentó el secretario.

—Swacker, haga el favor de acompañar a abajo a la señorita y llame un taxi para ella... Luego puede usted retirarse a su casa.

Ella se levantó e hizo una pequeña inclinación a Markham.

—Ha sido usted muy amable prestándome mi boquilla, — dijo con amabilidad, dejándola sobre el escritorio.

—¿Entonces por qué fué usted a comer con él? — preguntó Markham.

Luego, sin otra palabra salió tranquilamente de la habitación.

No había hecho más que cerrarse la puerta, cuando Markham oprimió otro botón. A los pocos momentos, la puerta que daba al corredor se abrió, apareciendo un hombre de mediana edad, con el cabello blanco.

—Ben, — ordenó Markham, — haga seguir a esa mujer que acompaña Swacker. Vigílela sin perderle ojo. No podrá alejarse de la ciudad. ¿Comprende? Es la St. Clair, que Tracy descubrió.

Cuando el hombre se hubo alejado Markham se volvió y miró a Vance.

—¿Qué piensa usted de su inocente dama, ahora? — le preguntó con aire de desafío triunfante.

—¡Linda chica! — contestó suavemente. — ¡Qué extraordinario dominio de sí misma! ¿Y está por casarse con un militar? Vea, Markham, por un momento tuve miedo de que mandara buscar usted las esposas. Y si lo hubiera usted hecho, querido viejo, tendría que lamentarlo hasta el fin de su muerte.

CAPITULO XVI

Markham lo observó unos cuantos minutos. Sabía que había algo más que simple jactancia debajo de la seguridad de Vance. Y esta convicción fué la que detuvo su mano cuando estaba a punto de hacer arrestar a la mujer.

—Su actitud no induce seguramente a creerla inocente,—objetó Markham. — Convengo en que desempeñó hábilmente su papel; pero es precisamente el papel que cualquier mujer astuta, sabiéndose culpable, hubiera elegido.

—¿No se le ha ocurrido, — preguntó Vance — que no se le importaba un comino la creyera usted culpable o no?... que hasta cierto punto quedó un poquito decepcionada cuando la dejó ír?

—Yo no veo así las cosas — replicó Markham. — Culpable o inocente, ninguna persona invita, por lo general, a que la arresten.

—A propósito, — preguntó Vance, — ¿dónde estaba el afortunado novio a la hora en que Benson fué asesinado?

—¿Cree usted que no hemos averiguado ese detalle? — el acento de Markham era desdeñoso. — El capitán Leacock estuvo en su departamento aquella noche, desde las ocho en adelante.

—¿Estaba realmente? — preguntó Vance con ligereza. — ¡Qué joven modelo!

Nuevamente Markham lo miró con fijeza.

—Me gustaría saber que teoría descabellada se ha formado usted hoy sobre el asunto, — murmuró. — Ahora que contra mis deseos, lo confieso, he dejado a la dama en libertad, que es lo que usted parecía desear, ¿por qué no me dice francamente lo que tiene oculto dentro de la manga?

—¡Dentro de la manga! ¡Qué metáfora poco elegante! Cualquiera creería que yo soy prestidigitador.

Cada vez que Vance contestaba así era indicio que no deseaba dar una contestación directa. Markham no insistió.

—Sea como fuere, — dijo, — no tuvo usted el placer de presenciar mi derrota, como había profetizado.

—¿No la presencié?... — Luego añadió tristemente. — La vida, usted sabe, está llena de decepciones.

(Sábado, 15 de Junio; 4 p. m.)

Después que Markham hubo telefoneado a Heath los detalles de la entrevista, volvimos al Club Stuyvesant.

Ordinariamente la oficina del fiscal de distrito se cerraba a la 1 p. m., los sábados; pero hoy esa hora se había prolongado debido a la importancia que se concedía a la visita de la señorita St. Clair. Markham había caído en un meditabundo silencio hasta que estuvimos sentados nuevamente en la antesala del club. Entonces habló con acento de irritación.

—¡Condenada mujer! No debí dejarla ír... Todavía tengo la convicción de que es culpable.

Vance afectó un aire de extremo candor.

—¿De veras? Creo que usted es una persona dotada de grandes cualidades psíquicas. Sin duda ha sido siempre así ¿No ha tenido usted sueños que luego se realizan? Estoy cierto que muchas veces lo ha llamado telefónicamente una persona en quien estaba pensando. Un don inapreciable. ¿No lee también en la palma de la mano? ¿Por qué no le ha dicho su horóscopo a la dama?

—No tengo pruebas todavía, — replicó Markham de que su crencia en la inocencia de la mujer esté basada en algo más concreto que sus impresiones.

—¡Ah! — replicó Vance, — pero yo "se" que ella es inocente. Más aún: sé que ninguna mujer puede haber hecho el disparo.

—¿Supongo que no tendrá usted la errónea idea de que una mujer no puede manejar un Colt, calibre 45?

—¡Oh! en cuanto a eso... — Vance se encogió de hombros. — Las indicaciones materiales del crimen no entran en mis cálculo, ya sabe usted. Las dejo enteramente a sus juristas y a sus detectives. Tengo medios distintos y más seguros para llegar a mis conclusiones. Por eso le digo que, si arresta usted a cualquier mujer por el asesinato de Benson, cometerá un error vergonzoso.

Markham lanzó un gruñido de indignación.

—¡Y sin embargo, parece usted rechazar todos los procesos de deducción por los cuales podría llegarse a la verdad! ¿Ha perdido usted, por casualidad, toda fe en la inteligencia humana?

—¡Ah!... habla usted ahora por boca de Dios, — exclamó Vance. — Su mente es típica, Markham. Parte del principio de que, porque usted no sabe una cosa, no hay nada que saber, de que porque no la comprende, no hay explicación. Es un punto de vista cómodo. Alivia de todo cuidado y responsabilidad. ¿No encuentra usted que el mundo es un lugar dulce y maravilloso?

Markham adoptó una actitud de afable indulgencia.

—Habló usted a la hora del almuerzo de un método infalible para descubrir los crímenes. ¿Tendría inconveniente en revelar ese invalorable secreto a un simple fiscal de distrito?

Vance se inclinó con afectada cortesía.

—¡Encantado! — contestó. — Me refería a la ciencia del carácter individual y a la psicología de la naturaleza humana. Todos hacemos las cosas de acuerdo a cierto procedimiento individual y a nuestro temperamento. Todo acto humano, — grande o pequeño, — es una expresión directa de la personalidad

"Como una persona, en su sano juicio puede admitir esa antigua alucinación de que el crimen se descubrirá por si mismo", es algo que no comprendo. El criminal muy pocas veces se delata.

del hombre y lleva el sello indeleble de su naturaleza.

Así, un músico, mirando una página musical puede decir en seguida si fué compuesta, por ejemplo, por Beethoven, Schubert, Debussy o Chopín. Y un artista, mirando una tela, sabe inmediatamente si es un Corct, un Harpignies, un Rembrandt o un Franz Hals. Así como no hay dos rostros exactamente iguales, la combinación de ingredientes que constituye nuestra personalidad varía en cada individuo.

Por esto cuando veinte artistas se sientan, supongamos, a copiar el mismo modelo, cada uno lo concibe y ejecuta de manora distinta. En cada caso, la obra lleva el inconfundible sello del yintor que la hizo. Es muy sencillo... ¿no le parece?

—Sus teorías indudablemente serían comprensibles para un artista, — dijo Markham en tono de indulgente ironía. — Pero sus refinamientos metafóricos están, lo confieso, fuera del alcance de una persona vulgar como yo.

—La mente inclinada a lo falso rechaza lo más noble, — suspiró Vance.

—Hay, — objetó Markham, — una ligera diferencia entre el arte y el crimen.

—Psicológicamente, querido amigo, no hay ninguna, — corrigió Vance suavemente. El crimen posee todos los factores fundamentales de un trabajo artístico, aproximación, concepción, técnica, imaginación, ataque, método y organización; además los crímenes varían tanto en sus maneras, en su aspecto, en su naturaleza general, como las obras de arte.

Realmente un crimen bien preparado es expresión tan directa del individuo como un cuadro, por ejemplo. Y ahí está la gran posibilidad del descubrimiento. Así como un perito en estética puede analizar un cuadro y decir quién lo pintó, un perito psicólogo analiza el crimen y dice quién lo cometió... — esto es, si conoce al criminal, — o si no puede describir casi con seguridad matemática la naturaleza y carácter del asesino.

—Y eso, mi querido Markham es el único medio seguro e infalible de determinar la culpabilidad humana. Todos los otros son simples suposiciones anticientíficas, inciertas y.... peligrosas.

Aunque la explicación de Vance había sido hecha en tono indiferente, la serenidad y firmeza de su actitud comunicaban a sus palabras un curioso sentido de autoridad.

Markham había escuchado con atención. aunque se veía que no consideraba seriamente las teorías de Vance.

—Su sistema, — dijo Markham, — ignora también los motivos del crimen...

CAPITULO XVII

—Naturalmente, — replicó Vance, — puesto que es un factor absurdo en la mayoría de los crímenes. Todos nosotros, querido amigo, tenemos motivos tan buenos para matar, por lo menos a veinte hombres, como los que inducen al 99 por ciento de los crímenes. Y cuando alguien es asesinado, hay docenas de personas inocentes que hubieran tenido para cometer el crimen, causas tan poderosas como el asesino actual.

En realidad, usted sabe que el tener motivo para matar a una persona, no es prueba de culpabilidad. Tales motivos son demasiado universales, propios de la raza humana. Sospechar que un hombre cometió un asesinato porque tenía razones para hacerlo, es lo mismo que suponer que un individuó se escapó con la mujer de otro por que tiene dos piernas. El motivo de que unos maten y otros no, es cuestión de temperamento, de psicología individual. Otra cosa: cuando una persona posee motivo real, — algo tremendo, poderoso, — tiene buen cuidado de guardarlo para sí, de esconderlo celosamente. Hasta puede haber disimulado el motivo a través de diez años de preparación. O bien el motivo puede nacer antes de los cinco minutos del crimen, por el inesperado descubrimiento de hechos que tienen diez años de existencia.

Así, pues, la ausencia de motivos es más sospechosa que el descubrimiento de uno.

—Creo que tendrá usted alguna dificultad en eliminar el "cui bono" en la consideración de un crimen...

—Me atrevo a decir, — convino Vance, — que la idea del "cui bono" es demasiado necia para ser discutida. Muchas personas resultarían beneficiadas con la muerte de alguien. Mate a Summer y puede usted arrestar a todos los miembros de la Liga de Autores.

—La oportunidad, por lo menos, — insistió Markham, — es factor poderoso del crimen. Y por oportunidad entiendo el conjunto de circunstancias y condiciones que hacen un crimen posible, fácil y conveniente para cierta persona particular.

—Otro factor absurdo, — aseguró Vance. — Piense en la oportunidad que tenemos a diario para matar a las personas que detestamos! Solamente la otra noche yo había convidado a comer a diez majaderos en mi departamento: un deber social. Pero me contuve, — con esfuerzo considerable, lo confieso, — de echarles arsénico en el champaña. Los Borgias y yo pertenecemos sencillamente a distintas categorías psicológicas. Por otra parte, si yo hubiese estado decidido a matar, habría, — como aquellos ingeniosos patricios,—cerrado mi oportunidad... Y aquí está la falla: uno puede crear la oportunidad o disimular el haberla tenido con falsas coartadas y otros trucos. Usted recordará el caso del asesino que llamó a la policía a casa de su víctima antes de cometer el crimen, diciendo que sospechaba había ocurrido algo, y luego apuñaleó al hombre, mientras los agentes subían las escaleras.

—Bueno... ¿Y la presencia? ¿La prueba de haberse encontrado una persona en el teatro del crimen en el momento en que se cometió éste?

—Nuevamente desorientadora. La presencia de una persona inocente se emplea a menudo como escudo por el asesino real, que está ausente. Un criminal hábil puede cometer, a la distancia, el crimen por medio de una influencia presente. También puede arreglar una coartada y luego ir a la escena del crimen, disfrazado, irreconocible. Hay muchos medios de convencer que se ha estado presente, cuando se cree que uno se halla lejos y viceversa... Pero no podemos nunca separarnos de nuestras individualidades y de nuestras naturalezas. Y es por eso que todo crimen se vuelve inevitablemente a la psicología humana, como única base fija, inconfnudible, para su descubrimiento.

—Me asombra, — dijo Markham, — que, en vista de sus teorías, no aconseje usted que se despida al noventa por ciento de la policía y se instale una gruesa o dos de esas máquinas psicológicas, tan populares al editor de los suplementos del domingo.

Vance quedó unos instantes pensativo.

—He leído algo sobre ellas. Son juguetes interesantes. Sin duda pueden indicar cierto aumento emocional cuando el paciente transfiere su atención desde las vulgaridades piadosas a un problema sobre trigonometría esférica. Pero, si una persona inocente se la enjaeza con los distintos tubos, galvanó-

metros, electromagnetos, placas de vidrio y botones de cobre de estos aparatitos y luego se la interroga sobre un crimen, recién cometido, la aguja indicadora brincaría como una bailarina rusa a causa del pánico nervioso del paciente.

Markham sonrió condescendientemente.

—¿Y supongo que la aguja permanecería tranquila al contacto de una persona culpable?

—¡Oh no!.. al contrario, — el tono de Vance no indicaba enfado, — brincaría lo mismo; pero no debido a la "culpabilidad" del sujeto.

Si era estúpido, por ejemplo, la aguja saltaría porque el acusado experimentaría resentimiento ante esa moderna tortura de tercer grado. Y si era inteligente, debido a sus esfuerzos para contener la risa ante la puerilidad de la mente legal, confiada en tales necedades.

—Me conmueve usted profundamente, — dijo Markham. — Mi cabeza es un torbellino. Pero hay entre nosotros, los pobres seres vulgares, quienes creen que la criminalidad tiene por causa defectos del cerebro.

—Así es, — admitió Vance prontamente. — Pero, por desgracia, toda la raza humana posee esos defectos. Los virtuosos no tienen por decirlo así, el valor de sus defectos. Por lo tanto, si usted se refiere a un tipo de criminal no estamos ¡ay! de acuerdo.

Fué Lombroso que inventó la idea del criminal congénito. Pero los verdaderos sabios como Du Bois, Karl Pearson y Goring, han destruído sus teorías estúpidas.

—Estoy abrumado por su erudición, — declaró Markham, a la vez que pedía otro cigarro al mozo que pasaba. — Me consuela la idea de que, generalmente, el crimen se descubre a si mismo.

Vance fumó su cigarro en silencio, mirando pensativo, por la ventana, el indolente cielo de Junio.

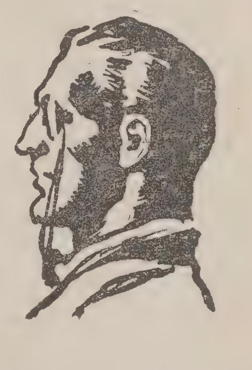
—Markham, — dijo al fin, — el número de ideas fantásticas acerca de los criminales es asombroso.

¿Cómo una persona, en su sano juicio, puede admitir esa antigua alucinación de que el "crimen se descubrirá", es algo que no comprendo. El criminal muy pocas veces se delata, a si mismo, viejo. Y si así fuera, ¿para qué sirve el departamento de policía? para que toda esa hirviente actividad en el lugar donde el cuerpo se encuentra? Lós poetas tienen parte de culpa en esta absurda creencia. Shakespeare contribuyó grandemente a ello, atribuyendo al crimen un órgano milagroso que habla en vez de la lengua.

Fué también, sin duda alguna poeta el que inventó la fantasía de que las heridas sangran ante la presencia del asesino. ¿Se atrevería usted a aconsejar a la policía que espere tranquilamente en sus oficinas, clubs —o donde se reúna, — hasta que el crimen se "descubra"? ¡Pobre de usted, si lo hiciera! Lo detendrían como cómplice del asesino o lo internarían en un manicomio.

Markham lanzó un gruñido bondadoso. Estaba ocupado cortando su cigarro y encendiéndolo.

Lea usted la continuación de esta notable novela en el próximo número de "Pucky". El misterioso asesinato de Benson, es una obra que se destaca entre todas las que se han escrito sobre asuntos policiales, no solamente por la belleza y la interesante trama de su argumente por la interesante trama de su argumento, sino por la original teoría que su autor desarrolla como la más lógica y eficaz para llegar al esclarecimiento del sensacional crimen.



VERIDICO

El director de "La Voz de Patatín" entró como un ciclón en la sala de redactores, y dirigiéndose al reporter encargado de la sección "Sociales" le gritó con voz de trueno:

—**¿Pero, qué ha hecho usted?... ¿Está loco?...** En la crónica del gran baile que se dió anoche en el club dice usted: "Entre las jóvenes más bellas y distinguidas se hallaba el coronel Fusilete..."

—Y es verdad, señor. Si usted hubiera estado en el baile habría visto que el coronel no se apartó un momento del grupo de muchachas más lindas.

NO HAY PEOR SORDO

—¡Qué casualidad! He soñado con un collar de perlas y mañana es mi cumpleaños... ¿Qué querrá decir eso?

—No sé. Te compraré el libro de los sueños.

A LA FUERZA

El esposo, para distraer un poco la adormidera de las veladas conyugales, se entretenía en leer el diario en voz alta. Aquella noche había dado la preferencia a las "Policiales", espantando a la esposa con la tortura de un crimen sensacional.

—"La víctica, — leía el marido, — era un esposo modelo. Durante los diez años de matrimonio no había salido una sola noche de su casa..."

—Aprende, aprende, — dijo la agridulce esposa. — ¡No dejó nunca sola a su mujer! ¡Qué monada de hombre! Así debías ser tú... Mírate en ese espejo, anda...

El esposo continuó la lectura:

—"El infeliz estaba paralítico".

LA MENTIRA

¿OBEDECE A CAUSAS MORALES O DEPENDE DE FACTORES FISICOS?

Véase la tesis que desarrolla W. Alexander en

LA GLANDULA DE ANANIAS

que publicará "Pucky" el próximo viernes.

EL MISIONERO

Por R. ALEXANDER

La extraña historia de un loco y sus aventuras en el salvaje archipiélago de Salomón.

—La voz de Dios resuena fuertemente en mis oídos, — dijo el Reverendo Dick con voz estridente. — Voy a conventir a los gentiles.

Nadie le hizo caso; pero él continuó con los ojos azules en llamas, como si un auditorio silencioso y atento lo escuchara.

—Vosotros, hombres que vivís en el pecado, oidme. Arrojad al Malo de vuestras casas y marchad por el camino recto, en el temor de Dios. No cedáis más a las tentaciones de la carne; sed fuertes y rectos. ¿Cómo puede el pobre salvaje, al veros, ser distinto de vosotros? ¿Cómo cumplirá la palabra de Dios si vosotros la pisoteáis? ¿Será el indígena más grande que nosotros, sus amos? ¿Seguirá el camino que nosotros no podemos seguir?

Tomó el vaso de ginebra entre sus dedos temblorosos y lo vació de un trago. En cada una de sus mejillas apareció una mancha de color y sus ojos brillaron más aún. Miró a su alrededor, la pieza obscura, llena de humo, y halló que sus ocupantes tenían gran necesidad de sus sermones. Los hombres que iban a la taberna de Manatee no eran santos, sino individuos endurecidos, que llevaban una vida dura y aceptaban el placer que se les presentara.

—¡Oh, hombres! — exclamó el Reverendo Dick ansiosamente. — ¿Qué halláis en el mal para amarlo, qué en el bien para aborrecerlo? Colocad rectos vuestros pies y el camino del bien será tan fácil de recorrer como su hermano, más ancho.

—¡Ay!... ¡Quién pudiera! — dijo una voz desde el fondo.

El reverendo Dick tendió su vaso a través del mostrador.

—Más, Manatee.

—¿No le parece que ha bebido ya bastante? — dijo Manatee. — Denos buen ejemplo, Reverendo. — Pensativo, tomó ahora su ginebra a sorbos. Manatee Smith lo observaba con ojos indiferentes. Hacía ya ocho años que, en Maloba, conocían al Reverendo Dick, el diácono renegado de una secta incierta. Durante ocho años había hablado de convertir a los gentiles; pero en Maloba se pasaba la mayor parte del tiempo en el salón de Manatee aprendiendo a beber ginebra como agua. Y Maloba lo toleraba, como toleraba otros tipos extraños. Porque... estaba loco.

El Reverendo Dick era loco. Los hombres lo descubrieron gradualmente, porque en la mayor parte del tiempo sus actos eran los de un hombre cuerdo, educado y simpático. Había leído y viajado mucho; fresco o ebrio, podía hablar interesantemente de sus aventuras; pero, después del primer año de residencia en Maloba, pocas veces se le vió fresco. La expresión de locura se reflejaba a menudo en sus ojos y las palabras fluían de sus labios como un torrente amargo. Fuera de esto, la bebida no producía efecto sobre él.

Era un hombre alto y flaco, de cuarenta años o más, de rostro fino e inquieto. Tenía cabello rubio y ojos azules y las manos delicadas de un músico. Vestido siempre de negro y cuidadosamente, ofrecía un contraste extraño entre los marineros del lugar, vestidos únicamente con sucios "dungarees" y un cinturón de cuero. Era un secreto a voces que recibía dinero de sus parientes de Boston. Dinero para tenerlo en Maloba, decían muchos. Aunque algunas veces hablaba de volver a su patria.

—Hay muchos más paganos en un Estado de mi país que en todas estas islas. Os aseguro que allá me necesitan más, — decía.

Pero no se iba. Vivía en el salón de Manatee, bebía su ginebra y predicaba a un auditorio sordo sobre la conversión de los gentiles.

Tenía sueños extraños y un mundo de ambición. Veía a los nativos convertidos bajo sus órdenes y hablaba francamente de la gratitud del Cielo por su obra.

—Yo seré como Dios en estas hermosas islas y los hombres caminarán por la senda recta, por temor a mí y para merecer mi sonrisa. Entonces todos los hombres, amarillos y blancos, serán iguales y yo guiaré sus pasos...

Así hablaba el Reverendo Dick con sus

ojos azules brillantes. Y los rudos marineros, entre quienes vivía, acabaron por aceptarlo como los hombres cuerdos aceptan a un loco.

Con Hallam las cosas pasaban de un modo distinto.

—¡Oh, hermano! — decía el Reverendo Dick. — ¡Qué bajo has caído!

—He caído tan bajo, — contestaba Hallan fastidiado, — que no quiero que me lo recuerden. Le agradecería mucho que fuera a predicar a otro.

—Es la vergüenza que te hace hablar así, — decía el Reverendo Dick ansiosamente. — En el fondo de tu corazón, te avergüenzas de verte convertido en lo que eres.

Hallan se alejaba, encogiéndose de hombros. Caminaba haciendo eses porque estaba muy borracho y la ginebra había tomado la dirección de sus piernas.

Este Hallan era un hombre alto y joven; no tendría más de treinta años. Una vez había sido capitán de una goleta que se fué a pique al chocar contra un escollo desconocido. Luego mandó un bergantín que se incendió y hundió mientras la tripulación se salvaba en los botes. Después de eso, Hallan había venido a Maloba, convertido en un despojo.

Maloba, situada a unos cuantos centenares de Millas de Port Moresby, era un refugio popular para esta clase de fracasados. Tenía una cómoda tolerancia para los hombres que deseaban ahogar sus penas en ginebra. Estaba fuera de ruta, lo que hacía más difícil encontrarse con los antiguos conocidos. Y Hallam tenía miedo de ver a los hombres que lo conocieran en mejores días, cuando su nombre era pronunciado con respeto y su palabra valía tanto como una moneda de cualquier puerto de los mares del Sur. De cuando en cuando trabajaba algo, porque era hombre hábil y nada resultaba difícil para él. Era un hombre bueno, camino del mal; pero eso no le importaba a nadie más que a él y los hombres de Maloba lo dejaban absolutamente solo. Unicamentte el Reverendo Dick tenía la temeridad de hablarle de su vergonzoso estado y Hallam le advirtió de una vez por todas:

—Ya estoy harto de sus sermones. Cierre su condenada boca sino quiere pasarlo mal.

El Reverendo Dick era prudente y refrenaba su elocuencia cuando lo veía excitado. Manatee, el dueño de la taberna, los observaba a ambos y los compadecía un poco, con lástima mezclada de desdén. Era un hombre grandote, bronceado por el sol de los trópicos. Antes de vivir en Maloba había sido marinero y tenía esposa e hija en San Diego. Pero cuando murió la mujer, unos parientes se habían hecho cargo de la chica, convirtiéndose Smith en un vagabundo. Los años pasaron más rápidamente de lo que había soñado, y de pronto se sintió viejo, antes de que la juventud hubiera transcurrido. "Estoy muy solo", se dijo, y escribió a los parientes de su esposa que le mandaran la niña. La respuesta lo dejó helado. Perla tenía diez y siete años, y no había salido aún del colegio. Saldría al año siguiente para continuar sus estudios en la Universidad. Concluían diciendo que Maloba no les parecía lugar apropiado para una señorita.

Fué la primera vez que Manatee se dio cuenta de que su hija se había transformado en un "señorita". Aquello lo dejó vagamente turbado y definitivamente furioso. El no era un caballero, en la significación que daba al término. Procedía rectamente con los hombres; pero nunca se ponía cuello. Las mujeres con quienes trataba no eran "damas". Maravillosas a su manera vivían aquí, ayudando a sus maridos, criando a sus hijos. Lo trataban como igual, cosa que una dama no haría.

Manatee mostró la carta al Reverendo Dick, el único hombre culto que conocía.

—¿Qué diablos le parece esto? — le preguntó.

El Reverendo Dick leyó la carta y movió la cabeza pensativo.

—¿Y bien? — preguntó Manatee impaciente.

—Tienen razón. La joven debe recibir buenas enseñanzas. ¿Aquí qué aprendería? Lo que dignifica el mal, que es ya bastante malo, y a tolerarlo, que es peor. Es mejor que sus ideas estén ya formadas cuando venga, y no todavía maleables, de manera que la primera mano mal inspirada pueda torcerlas.

—Creo que hay algo de verdad en eso, — dijo Manatee, empezando a pasearse pensativo por el salón. — Este lugar no es precisamente una escuela para "señoritas".

Aquello fué antes de la llegada de Hallan. Cuatro años más tarde vino éste y, en un momento de expansión, Manatee le mostró la carta. Hallam gruñó.

—Es usted un idiota.

—¿Cómo?... ¿Cómo?... — dijo Manatee a la defensiva.

Hallan pegó un puñetazo en el mostrador de la taberna.

—¿Es hija suya o de ellos? Harán de ella una remilgada, y cuando venga aquí lo despreciará a usted porque no usa monóculo y pomada en el cabello.

Manatee juró, con una luz salvaje en sus ojos.

—Si lo hace, por Dios que le daré una tunda. No soy hombre capaz de soportar eso.

—No diga estupideces. Usted tomará lo poco que ella quiera darle y le besará sus pequeños y blancos pies. Vamos... deme de beber.

El resultado de aquella conversación fué que Manatee escribió una segunda carta reclamando su hija. Y unos diez meses después, en vez de contestación, llegó la misma Perla.

—

Desembarcó de una goleta mercante y avanzó lentamente por la playa, mirando a su alrededor con los ojos azules muy abiertos. Estaba toda de blanco y era lo más esbelto y bonito que Maloba recordara haber visto. Pero había una especie de enojo en la mueca de sus rojos labios y una expresión de desaliento en sus ojos. Después de ella fué bajado su equipaje y allí quedó, bajo el implacable sol.

Era mediodía y el calor asfixiante. Maloba dormía, a la sombra, como de costumbre, y el capitán se lo había advertido a la joven, aconsejándola que esperase a bordo; pero

ella estaba impaciente. Ahora lamentaba su impaciencia. La calle estaba desierta y en las galerías, sombreadas por enredaderas, no se veía un alma.

Como si el destino lo hubiese dispuesto, vió a Mark Hallam, primero como una larga figura, extendida debajo de una gran parra. Al acercarse lo contempló con desdén, la naricilla en alto. Vestía "dungarees" azules, sujetos a la cintura por una faja de todos los colores del arco iris, pero descolorida y rota. Estaba desnudo de la cintura para arriba y su pecho y sus brazos eran una masa de músculos bronceados como su rostro. El viejo sombrero de paja había caído a un costado, por algún movimiento inquieto de la cabeza. Tenía la boca abierta y roncaba.

Suavemente al principio, la joven lo tocó con el pie. Se movió, murmurando algo, pero siguió profundamente dormido. Ella lo volvió a mover, sintió crecer su enojo. Entonces él se incorporó rápidamente y la miró con ojos que despedían fuego.

—¿Quién diablos se ha creído usted que es? — le preguntó.

Ella retrocedió un poco asustada. Hallan se puso ágilmente en pie. Parado parecía más grande que nunca, más macizo; pero no estaba ella de humor para admirar su robustez.

—Quería preguntarle por dónde se va a la cantina de Smith, — le dijo fríamente.

—¡Ah!... — exclamó Hallan; — ¿entonces es usted la hija de Manatee?

—Eso a usted no le importa, — estalló Hallan se rió.

—Le pido humildemente disculpa. Pero cuando una dama me pega un puntapié en las costillas, creo que tengo por lo menos derecho a saber quién es. Sin embargo, será para mi un honor llevarla hasta la cantina de Smith.

Ella sintió desconfianza ante su tono burlón y se resintió por él, mientras Hailan la guiaba. Comprendía él que la joven sentía desconfianza y experimentaba placer malicioso ante sus sospechas. También sentía un anticipado gozo pensando en lo que la aguardaba.

Sin embargo, su sensación más aguda era una profunda lástima por Monatee, aquel Manatee, robusto y fanfarrón, pero comer-

En ella se embarcó el reverendo Dick, acompañado por sus salvajes.

tiante honesto y buen camarada, aunque indudablemente con muy poco de caballero.

—Allí — dijo Hallam, extendinedo una mano — está la catina del señor Smith.

Ella se irguió y su boca tomó aspecto de dureza, pero no dió otras señales de lo cruelmente que se sentía herida. La taberna de Monatee no parecía más que lo era, el palacio de la ginebra. Como Manatee mismo, era sencilla, sin pretensiones, un salón esencialmente para hombres, como era esencialmente un hombre su dueño. No había dorados ni cosa alguna que atenuara su fealdad. Allí estaba, larga y chata, debajo de las palmeras, semejante á un monstruo dormido en el calor del mediodía.

—¡Muchas gracias! — dijo tranquilamente la joven.

Hallam se sorprendió. Había esperado algo distinto, alguna exclamación de protesta, seguida por lágrimas de ira y decepción. Pero ella lo tomaba con calma, endureciendo la mandíbula. Era todavía la hija de Manatee, entonces. Poseía el espíritu obstinado de su padre. Pero Hallam sentía curiosidad por ver como reaccionaria en presencia del mismo Manatee.

—¡Gracias! — repitió la joven, mirándolo sin bajar la vista.

Hallam estaba divertido. Ella había sospechado su curiosidad al parecer.

—Por aquí, — dijo guiándola en la ascensión de tres escalones bajos a través de la umbrosa galería hasta la puerta abierta del salón que quedaba detrás. Había bebida desparramada en el piso; el aire estaba pesado con su olor. Un muchacho malayo dormía en un rincón de la pieza, con la barba untada de escarlata, por el jugo de betel. Sentado junto al mostrador, con la cabeza caída sobre él y apoyada en los brazos estaba Manatee.

—Y ése, — dijo Hallam — es el señor Smith en persona.

—¡Gracias! — volvió a decir la muchacha, deseando evidentemente que se fuera.

—Quisiera darle un pequeño consejo — dijo Hallam. — Su padre es un hombre de genio pronto. De manera que es mejor que disimule su desprecio y proceda por grados.

—¿Qué quiere usted decir?

Hallam movió la mano.

—No se haga la desentendida. Naturalmente aquí somos todos unos cerdos, pero es mejor que disimule su desdén. Eso és todo.

Se dió vuelta y se alejó. Había llegado a la puerta cuando oyó la voz de trueno de Manatee y un pequeño grito de la muchacha. Después de todo, quizá tenía la niña buen fondo Si así era, llegaría el momento de demostrarlo.

Manatee llegó hasta la puerta, con su hija en brazos, el rostro inflamado.

—¡Eh muchachos! — su voz llegó lejos y aparecieron cabezas en las puertas y ventanas de la pequeña colonia. — ¡Venid a ver a mi chiquilla! Venid a beber a su salud. La casa convida, muchachos.

Acudieron como un rebaño. por la calle, blanca de sol, una multitud, pintoresca, desgreñada, de ojos duros, y mientras Hallam observaba divertido, Manatee, con obsurdo orgullo, los mostraba su hija. Ella estaba furiosa, lo conocía Hallam por el subido color de sus mejillas, por sus ojos achicados, el pie golpeaba con impaciencia. ¿Por qué toleraba aquello? — se preguntó Hallam — Por complacer a Manatee, seguramente. Si... debía ser de buena pasta.

Manatee estaba menos entusiasmada aquella noche, cuando Hallam fué a la taberna para embriagarse. Comprendió éste que había tenido alguna discusión con la joven. Un poco más tarde, Manatee mismo se lo confirmó.

—Si, piensa que no soy bastante bueno para ella, Mark, que debería avergonzarme de tener un establecimiento como éste y vivir entre hombres como usted y el resto de los muchachos. ¿No tiene en cuenta que soy su padre? Yo se lo haré comprender, si persiste en su actitud.

Hallam se rió.

—Ya se acostumbrará a esto, Manatee.

—Eso es lo que dice el Reverendo. Se acostumbrará y luego lo hallará bien. ¡Por el infierno! ¿Qué mal hay en que un hombre beba?

Hallam no contestó.

Más tarde llegó el Rerevendo Dick y empezó su eterno sermón. Atraída por su voz, la joven apareció y permaneció en el marco de la puerta, observándolo con curiosidad. Quizá fué su presencia que le hizo olvidar al Reverendo que era inútil dirigirse a Hallam.

—¡Hombre pecador! — le gritó — observa tu indigna vida y corrígete. Porque es mala y aborrecible a los ojos de Dios.

Hallam se levantó y de un puñetazo lo hizo rodar por el suelo.

—¡Paz!... ¡Paz!... — dijo Manatee, saltando de detrás del mostrador.

El Reverendo Dick se levantó, limpiándose la nariz que sangraba con una de las mangas de su chaqueta negra.

—No sabe lo que hace, — dijo.

Hallam estalló.

—Le había dicho que cerrara su condenada boca. Ahora se lo repito y creo que lo recordará mejor. Estoy harto de su cantilena.

El reverendo Dick se apoyó contra el mostrador, tratando de contener todavía la sangre de su nariz.

—¿Tiene un trapo? — le dijo a Manatee — y un vaso de agua.

Inesperadamente, la muchacha trajo agua en una palangana y una toalla. El le sonrió y su sonrisa era singularmente dulce.

—Hay hombres muy violentos, — dijo como explicando y disculpando la conducta de Hallam. Su único argumento es la fuerza.

—¡Pedazo de bruto! — murmuró la en voz baja, lanzando una mirada a Hallam que bebía ceñudo en su mesa...

El Reverendo Dick la amonestó suavemente.

—Yo tuve la culpa. No debí haberlo

amonestado con tanta severidad, conociendo su genio pronto.

—Mi padre debería echarlo de aquí — dijo la joven con calor. Y el Reverendo Dick sonrió.

—Se lo dije esta misma noche a su padre.

—¡Oyéme, tú! — le contestó Manatee — ya me estás fastidiando y no me importa que todos lo sepan. Te agradeceré que no me des consejos acerca de mi cantina.

—Hallam es un animal borracho, — dijo la joven.

—Quizá si y quizá no. Hallam no se mete con nadie, el Reverendo sí. Si Hallam fuera malo, hubiera matado al Reverendo hace mucho tiempo y nadie lo sentiría. Son los dos únicos hombres educados de Maloba y se aborrecen como diablos. Es mejor que te mantegas apartada de ambos. Son peligroso; preferiría encender un cartucho de dinamita que meterme con Hallam. En cuanto al Reverendo es peligroso porque está loco.

—¿Loco? — preguntó la joven incrédula.

—Loco como el que más. Viene aquí todas las noches, bebe tanto como Hallam y nos dice que somos pecadores, un mal ejemplo para los pobres paganos. Casi nos vuelve locos también con su charla. De manera que, si tengo que echar a alguien, será el Reverendo.

Manatee observó a su hija, mientras hacia el exterior obscuro por la ventana y se rio interiormente. Estaba contento de haberle impuesto su autoridad.

—¿De manera que el Reverendo, como lo llamáis aquí — dijo al fin la muchacha — no sabe lo que dice? ¿No obra como predica?

—¿Sobre la conversación de los paganos? —preguntó Manatee.

Ella hizos signos de que sí.

—Bueno... Hace ocho años que está aquí y no ha convertido a nadie, ni siquiera a si mismo.

—Creo que tiene la intención, de todos modos. La intención y la volnntad. Lo que necesita es quien lo impulse.

—Si sigue fastidiando a Hallam éste lo impulsará. Es mejor que te mantengas alejada de los dos.

Pero la joven había encontrado un interés para su vida.

—¿Te vuelves a la tierra por el próximo vapor? — le preguntó aquella noche Manatee, cuando se retiraba a su cuarto.

Ella movió sonriendo la cabeza.

—No; ahora que estoy aquí, me quedo.

En las noches que siguieron habló con el Reverendo Dick. No notaba en él síntomas de locura, solamente cierta vacilación para emprender su obra entre los paganos. Se lo dijo a Manatee y esto empezó a jurar sin hacer caso de sus sorprendidas protestas.

—Estás jugando con dinamita, Perla, y eres demasiado arrogante para comprenderlo. Déjalo en paz al Reverendo Dick o tendremos disgustos.

Ella se rió.

—Estoy convirtiéndolo y el convertirá a los paganos.

—¡Convierte a tu abuela! — dijo Manatee. — El oirá la voz de Dios y se irá a alguna isla donde todavía son sordos en ese sentido. ¿Y sabes lo que lo ocurrirá? Lo torturarán, lo atarán a una roca para ablandar sus coyunturas y luego se lo comerán asado. El jefe se hará una pipa con su cráneo y esa será la única manera como el Reverendo Dick convertirá a los gentiles.

Ella se estremeció un poco, pero no tomó aquellas palabras en serio.

De manera que, quince días después de la llegada de Perla, el Reverendo Dick abandonaba Maloba para dirigirse a las islas Salomón a convertir a los infieles. Tenía también otros planes, pero no se los comunicó a ella, lo que fué un bien para su tranquilidad.

Una vez que el Reverendo Dick hubo partido, la joven dirigió sus atenciones a Hallam, empeñada en reformarlo. Hallam se rió francamente de ella, desdeñosos sus ojos grises.

—Usted hace esto por divertirse, no porque le interese mi alma inmortal.

Ella tenía el rudo temperamento de su padre y dijo algo que hubiera sosprendido al Reverendo Dick.

—Es en su cuerpo mortal que estoy pensando, estúpido. Se está convirtiendo, de hombre, en un barril de ginebra. No tiene valor suficiente para empezar de nuevo

—¿Y para que? — dijo tristemente. — ¿Para qué pelear cuando no hay recompensa?

—La recompensa sería su propia dignidad — dijo la muchacha.

El se rió.

—¡Es usted un cobarde! Tiene miedo de ascender la cuesta.

—Muéstreme la recompensa y subiré a toda velocidad — dijo él ligeramente.

—¿No puedo mostrarle recompensa alguna al que es voluntariamente ciego? ¿Una vez fué usted hombre? No vale la pena serlo de nuevo.

—Enseñeme un hombre que diga que yo no lo soy, — dijo él con cierta violencia — y le romperé el cuello. En cuanto a usted, hace esto por tener otra cabellera colgada de su cinturón. Tiene la del Reverendo, pero no conseguirá la mía. Se lo digo para ahorrarle molestias. Levantó el vaso y dijo burlonamente. ¡A su sentido común!

—¡A su mejor coraje! — dijo ella mordazmente y lo dejó.

El la miró alejarse. Le gustaba la joven y le hería su desprecio. Pensó que sus ojos, su esbelta figura eran un buen premio a ganar. Al volver su vaso, la mano le temblaba, Vaciló antes de beber

* * * *

A través de las aguas azules, mientras se bajaba el bote, el Reverendo Dick, miró la isla de Kofea, una de las menores del archipiélago de Salomón.

—Dios es bueno — dijo fervorosamente.

—Esto es un suicidio premeditado y desagradable, — dijo el capitán de la goleta mercante que lo había conducido.

—Voy armado con la Palabra de Dios — dijo el Reverendo.

—Sería mejor que llevará también una pistola.

El Reverendo Dick abrió su larga chaqueta y mostró dos Colt en sus vainas de cuero.

—Puede ser que haya hombres que no quieran escuchar la Palabra, — dijo enseñando los dientes con su sonrisa, mientras la luz de la locura brillaba en sus ojos.

—Bueno... va usted a su propio entierro — dijo el capitán.

Pero se equivocó. Aquella noche el Reverendo dormía en una cabaña que le señaló el jefe. Este había sido impresionado más por el fulgor de sus ojos que por su elocuencia de la que solo entendía palabras aisladas. Fué impresionado también por los proyectos de grandeza del Reverendo Dick, que eran muchos y variados.

El Reverendo hablaba de una nueva religión. Una religión que abrasaría como fuego las Islas y cuyo cuartel general estaría en Jofea. No ocultó que él sería el gran sacerdote de aquella nueva religión, por lo que el curandero o adivino de la aldea se puso inquieto. Habló rápidamente al jefe, quien creyó conveniente modificar sus observaciones cuando fueron traducidas al Reverendo. Con todo resultaban injuriosas en extremo.

—Hombre — dijo el Reverendo Dick al adivino que lo observaba con sus inquietos ojos negros — en este valle de lágrimas, es voluntad de Dios que cada hombre viva una vida corta o larga; pero ésta termina definitivamente cuando el dedo de Dios se levanta. Creo que tú ya has vivido la tuya.

Disparó uno de sus grandes Colt y el adivino cayó muerto.

Fué un golpe audaz y a causa de su misma audacia tuvo éxito. Por un instante los sorprendidos espectadores esperaron la manifestación de alguna horrible venganza por parte del muerto, manteniéndose silenciosos. Luego el viejo jefe se echó a reir tomó rapé de una de sus esposas.

—Ese hombre era un embustero — dijo y añadió otras observaciones sobre el adivino que no se hubiera atrevido a hacer dos minutos antes.

—Su hora había llegado, — dijo el Reverando y, después de reponer la bala en su Colt se sentó de cuclillas a los pies del jefe y empezó a hablar.

A los quince días eran sus esclavos. Había logrado despertar en ellos la ambición; pero con hombres de cerebros tan poco desarrollados, aquello era un pasatiempo peligroso. El sueño de él era un reino de belleza, ellos lo transformaban en un reino de horror. Entretanto el pobre loco creía que con aquellos salvajes iba a reformar el mundo. Su acción más audaz fué quemar los ídolos de madera de la isla. Los salvajes lo observaban con la boca abierta, silenciosos de miedo. Como no ocurrió nada, la fe que sintieron en él fué infinita.

—Tengo que buscarme una compañera,— dijo un día y el viejo jefe hizo señas de que sí sin comprender. No era coincidencia que el Reverendo Dick se acordara de la muchacha que dejara en Maloba. Pensaba en ella desde su llegaba. Compartía todos su sueños, considerándola su compañera predestinada.

Había en la isla una gran canoa con lugar para ochenta remeros; en ella se embarcó el Reverendo Dick, acompañado por sus salvajes, y diciendo: "Voy a buscar a mi novia". A la tercera noche vieron las luces de Maloba y el Reverendo Dick dió gracias a Dios. Sus ochenta remeros se alegraron también, porque nunca se habían aventurado tan lejos en sus correrías. Esperaron hasta que todas las luces se fueron apagando y quedaban sólo unas pocas. Entonces el Reverendo dijo:

—¡Nada de matar!

Cuarenta salvajes quedaron en la canoa y cuarenta siguieron al Reverendo. Fuera de la taberna de Manatee se detuvieron y el Reverendo Dick entró solo.

La joven lo vió y lanzó un grito. Manatee un juramento.

El entró, sentóse a una mesa y llamó a la joven, que acudió ansiosa de saber el resultado de su misión.

—He convertido a los paganos, — dijo triunfalmente el Reverendo Dick. — Han escuchado la palabra de Dios y la han comprendido.

—¡Me alegro tanto! — murmuró en voz baja la joven, con los ojos brillantes.

—El mérito es suyo, — dijo el Reverendo Dick. — Venga ahora conmigo y juntos predicaremos a esos pobres salvajes.

Ella estaba pálida, un poco asustada.

—No puedo, — dijo gentilmente.

—Usted lo es todo para mí, dijo el Reverendo Dick anhelante. — Con usted a mi lado, ninguna tarea será dura. Venga a compartir mi reino.

—¡No!...

Levantóse ella. El la retuvo por la mano.

—¿Entonces, por qué... por qué me envió usted allá?

—Usted malograba su vida aquí, dijo Perla, procurando libertar su mano.

Si Manatee veía que rehusaba soltarla habría un disgusto.

—Por lo menos, — dijo él, — tiene usted que ver a algunos de mis convertidos. — Su voz era suplicante. Ella vaciló.

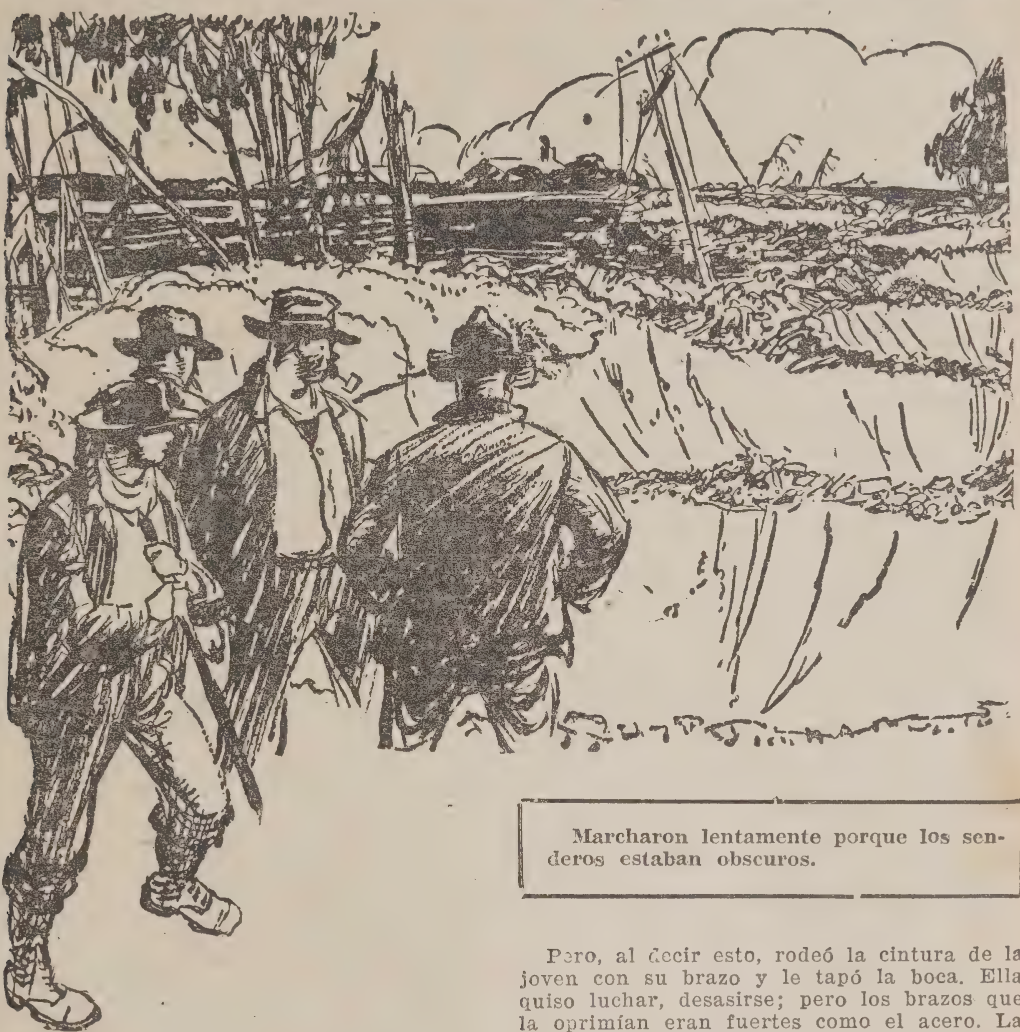
—¿Están afuera?

—En la puerta. No podría hacerlos entrar aquí.

Ella quizá presintió el peligro; pero no lo comprendió. Una mirada alrededor le mostró los hombres que ella sabía armados. Su padre la miraba desde el mostrador con una intrigada sonrisa. Escondidos, pero al alcance de su mano, había dos revólvers. No había peligro. No podía haberlo.

—Tiene que disculparme por este orgullo en mi pobre trabajo, — dijo el Reverendo Dick mientras caminaba hacia la puerta.

—Tiene derecho a estar orgulloso, ¡Ha obrado usted maravillas!



Marcharon lentamente porque los senderos estaban obscuros.

El sonrió.

—Lo que he hecho no es nada, comparado con lo que pienso hacer.

Estaban afuera de la puerta; pero en la sombra la joven vió brillar sus hachetas y retrocedió un paso.

—¿Tiene usted miedo? — dijo el reverendo Dick con suave reproche. — Venga, voy a presentárselos.

Los vió ella más claramente ahora y el número de salvajes silenciosos la asombró.

—Tengo que volverme, — dijo, tratando de libertar su mano. Sus hombres le parecían ahora muy distantes.

—¿No confía usted en mí? Le aseguro que ninguno de ellos pondrá un dedo en su vestido.

Se dijo a sí misma que obraba como una tonta, que no había peligro y, lentamente, descendió los escalones. Los salvajes la rodearon.

—No tenga miedo, — dijo el reverendo suavemente. — No le ocurrirá ningún daño.

Pero, al decir esto, rodeó la cintura de la joven con su brazo y le tapó la boca. Ella quiso luchar, desasirse; pero los brazos que la oprimían eran fuertes como el acero. La levantó fácilmente y se la llevó. Los silenciosos salvajes lo siguieron por la calle.

* * * *

Sólo un hombre los vió irse: Mark Hallam. Donde la calle torcía hacia la playa, estaba acurrucado a la sombra de un matorral. Los salvajes pasaron, poniéndose de uno en fondo donde el sendero se estrechaba. Hallam se levantó de detrás del último de ellos.

Le pasó una mano por el cuello y lo mantuvo silencioso e impotente, mientras los otros se alejaban. Le quitó el hacha. la tiró al matorral, extendió al salvaje en el suelo y se sentó sobre él.

—¿De dónde eres, compañero? — murmuró.

El hombre quiso gritar; pero la voz murió en su garganta. Hallam esperó pacientemente hasta que no se oyó más que el ruido de las pisadas de los salvajes y luego aflojó la presión.

—¿De dónde eres, compañero? — volvió a preguntar.

El salvaje murmuró una palabra. Hallam, que sabía algo de las lenguas de las islas, entendió el nombre. Hizo levantar al salvaje y lo empujó por el camino, hasta lo de Manatee.

Un coro de voces lo acogió. Un isleño de Salomón era distinto de los nativos de Maloba.

—¿Dónde encontró eso? — le preguntó Manatee.

—Afuera, — dijo Hallam. — Vinieron cincuenta o setenta con el reverendo Dick.

—¡Demonios! ¿Y para qué?

—Para llevarse a su hija.

El hombre permaneció tranquilo, pareció perder el color.

—¿Se la llevaron?

—Sí.

Mecánicamente Manatee limpió el mostrador con un paño que tenía en la mano.

—¿Qué va a hacer, hombre? — dijo Hallam impaciente.

—¿Hacer? — Parecía aturdido, atontado. — ¿Y qué puedo hacer?

—Usted haga lo que le parezca y que el diablo se lo lleve. Yo voy a buscarla.

—Y yo... y yo... — dijeron una voz tras otras.

—Entretanto yo voy a acabar con este negro, — sacó Manatee un revólver de abajo del mostrador. — ¡Apartaos, muchachos!

—No sea idiota, — dijo Hallam poniéndose delante del salvaje. — ¿Cree usted que yo no lo hubiese hecho si no creyera que puede sernos útil?

—Creo que tiene razón, — dijo Manatee sumisamente. — Lo encerraré en alguna parte y haré que dos de los muchachos lo vigilen mientras preparamos todo para la expedición.

Pronto se preparó todo. Eligióse a una docena de hombres resueltos y bien armados, llevando también, por indicación de Hallam algunos cartuchos de dinamita.

* * * *

—¿Dónde vamos? — preguntó la joven, cuando recobró el conocimiento.

—A nuetsro reino, — contestó el reverendo y sonrió. — Otros lo llaman la isla Kofea pero usted y yo sabemos mejor.

—¿Y cuando lleguemos allí?

— Nos casaremos.

Empezó a hacerle una pintura brillante del futuro en que ella figuraba. Recién comprendía la joven que el reverendo estaba loco y la piedad contuvo las palabras amargas que asomaban a sus labios. Pensó que debía ganar tiempo; esperar que alguien de su gente vendría a auxiliarla. ¡Hallam!... No sabía por qué: pero estaba segura de de que él la salvaría.

Pero cuando vió levantarse la gran masa verde de Kofea empezó a abandonarla toda esperanza de salvación.

—Ya estamos en salvo, — dijo el reverendo, como si esperara que ella compartiera su satisfacción por haber llegado.

La canoa había sido divisada y toda la playa estaba llena. Hombres y mujeres entraron en el agua y arrastraron la larga canoa a la orilla. Los nativos observaban en silencio, mientras el reverendo daba la mano a "su novia" para bajar.

La llevó ante el viejo jefe, en cuclillas, desnudo, ante su cabaña.

—N'ga, — dijo sencillamente, — aquí está mi novia.

La cara de mono rió sin comprender. El reverendo repitió sus palabras de un modo más comprensible, que felizmente la joven no entendió.

—Mañana será la ceremonia, — dijo el reverendo Dick.

—¿Mañana? — sólo por un esfuerzo logró ella contener el terror de su voz. — Es... demasiado pronto.

—¿Quiere usted retardar la ceremonia- — le dijo con acento de reproche.

Ella pensaba furiosamente. Tenía que ganar algún tiempo. Faltaban sólo pocas horas para mañana y en esas pocas horas nada podía hacer.

—No, — dijo y se echó a reir. — Pero creí que usted daría tiempo a esta gente para preparar una gran fiesta. Y si la ceremonia es mañana, no será posible.

—Es verdad — dijo él pensativo. — Se trata de un gran acontecimiento y estos pobres paganos deben entenderlo así. De este casamiento nacerá la libertad de ellos, se levantará el fenix de las cenizas de nuestro amor.

Ella lo escuchaba pacientemente, odiándole y compadeciéndole a la vez, porque su sueño era magnífico y no se vería convertido en realidad.

—

Dejaron la chalupa en una pequeña ensenada y los diez hombres desesperados, conducidos por un aterrado salvaje, se dirigieron hacia la aldea.

Era de noche y el cielo ostentaba un resplandor rojizo, como si grandes hogueras se hubieran encendido para celebrar algún acontecimiento. Marcharon lentamente porque los senderos estaban obscuros y tenían que rodear trampas escondidas. Hallam llevaba al indígena atado de las muñecas por una cuerda. La noche no estaba aun muy avanzada, cuando vieron claramente las hogueras y el círculo de bailarines. Se detuvieron porque entre ellos y a la luz se veía la silueta obscura de un centinela.

—¡Al suelo! — murmuró Hallam. Y todos se echaron al suelo, ocultos en la sombra.

Hallam pasó la cuerda que sujetaba al indígena a Manatee.

—Vigílelo. Si hace el menor movimiento, húndale el cuchillo. No podemos hacer fuego todavía.

—Tenga mucho cuidado — dijo Manatee, pero Hallam se había ido ya.

Se deslizó como una serpiente entre las sombras. Pero a Hallam le pareció que el centinela la desconfiaba algo. Se volvía, escudriñaba el sendero, observaba los bailarines y se daba vuelta de nuevo. Hallam estaba inmóvil, cuchillo en mano. Podría haber matado fácilmente al hombre, per oeso hubie-

ra sido malograr la sorpresa con que contaban para el éxito del ataque.

Nuevamente el nativo observaba los bailarines que se movían frenéticamente. Hallam avanzó unos centímetros más cerca de donde se hallaban las hogueras. Algo crujió y el salvaje se dió vuelta, rápido como un gato. En ese instante, Hallam saltó y el centinela cayó muerto sin saber siquiera qué era lo que produjo el ruido que había oído.

Hallam se agachó sobre el cuerpo, observando con ojos ardientes el espacio abierto ante él. No oyó ningún grito, prueba que la desesperación del centinela había pasado inadvertida. Esto era bueno, porque había muchos hombres acurrucados delante de sus chozas y la mitad de los bailarines eran hombres también. Volvió arrastrándose junto a Manatee.

—No veo rastros del reverendo—murmuró.

—Esperemos que no esté adentro de un largo horno, — dijo Manatee sombríamente. — Si así es, no hay esperanza para mi hija.

—No es posible. Pero los atacaremos cuando sepamos dónde ella está. Nos separaremos en dos grupos de cinco y atacaremos por este lado de la aldea. Yo me llevaré un grupo y trataré de encontrar al reverendo y a la muchacha y atacaré un poco más adelante. Cuando usted oiga el estrépito, encienda unos cuantos cartuchos de dinamita y córralos a tiros. Tenemos que separarlos en seguida; si no, estamos fritos. ¿Me ha comprendido?

Manatee hizo señas que sí.

Hallam avanzó con cuatro hombres pegados a sus talones. Encontraron otro centinela, cuyo grito ahogaron en su garganta.

Un poco más adelante vieron al reverendo Dick y a la joven sentados con N'ga, afuera de una choza, mirando a los bailarines. La joven parecía triste, con la cabeza caida sobre el pecho, pero el reverendo tenía aspecto muy interesado.

—Unas cuantas yardas más — murmuró Hallam — y cuidado con la joven. ¿Prontos?

—Sí.

—Cuidado ahora.

Tomó un cartucho de dinamita, le arrimó la punta de su cigarro encendido y con un rápido movimiento de su brazo arrojólo dentro de un grupo de hombres en cuclillas a treinta yardas de distancia. Explotó con estrépito. Los hombres se irguieron y volvieron a caer algunos gritando.

El reverendo Dick se puso de pie, empuñó sus pistolas y empezó a hacer fuego. El hombre que se hallaba detrás de Hallam cayó y quedó inmóvil. Hallam lo vió cuando corría hacia adelante.

La dinamita explotaba ahora al otro lado de la aldea, mezclando su estrépito con los tiros. El reverendo Dick había dado un salto detrás de la cabaña, arrastrando consigo a la joven. Un grupo de salvajes, desesperados como ratas acorraladas, cerró el paso a Hallam; él los dispersó con dinamita, pero entretanto el reverendo y la joven desaparecieron entre la jungla. Hallam creyó oír un grito: ¡Hallam! en medio del tumulto.

Manatee apareció, salpicado de sangre; lo agarró del brazo.

—¿Se han ido?

—Yo los seguiré. Quédese usted aquí y siembre el terror entre los negros.

—¡Al diablo! — rugió Manatee — yo también voy con usted. Rafferty puede encargarse de lo demás.

Pero Hallam había desaparecido antes de que acabara de hablar. La "Jungle" se lo tragó. Marchó hacia adelante, guiado sólo por el instinto. Todo estaba en silencio ahora; los nativos, dispersos, parecían haber cesado en su resistencia. Si no se les dejaba reunirse de nuevo, no había nada que temer. Pero... ¿dónde estaban el reverendo y la joven? Se hallaba ahora en campo abierto. Una colina se levantaba frente a él, surgiendo de la maleza. Adelante y detrás había una extensión cubierta de pasto, interrumpida aquí y allá por grupos de árboles. Del reverendo y la muchacha ni rastros.

Hallam sintió un amargo sabor en la boca. Había venido para salvar a la joven y fracasaba. Debió tomar primero todas las precauciones para impedir la fuga del reverendo y su compañera. Procedió como un tonto y toda la culpa era suya.

Empezaba a amanecer y una leve brisa se levantó. Alzó del pasto algo blanco, lo hizo revoletear y lo dejó caer otra vez. Hallam corrió hacia aquéllo y lo levantó. Era a pequeña hoja arrancada a una biblia de bolsillo. Fuera del mensaje de su presencia, no había otro. Pero ahora sabía Hallam que el reverendo y la joven habían pasado por allí. Aguzó más los ojos y vió otra hoja revoloteando cincuenta yardas más adelante. Era igual a la anterior. Corrió un poco hacia la colina y vió una tercera. Ahora no tenía dudas, la joven había ido esparciendo aquellas hojas para que sirvieran de rastro.

El rastro lo condujo por el pasto hasta la base de una pequeña colina, luego torció bruscamente a la derecha. Aquí Hallam lo perdió; durante media hora o más porque el pasto había cedido paso a la maleza. Pero lo halló de nuevo y siguiólo a trote rápido aunque ahora su respiración era entrecortada y anhelante.

—Si nos encuentra, es hombre muerto — dijo el reverendo Dick, observando la altura.

La joven no contestó. Estaba acurrucada en el fondo de la cueva, donde no alcanzaba la luz naciente del sol. Desde su llegada a la isla, casi no había dormido y estaba muerta de fatiga. Una vez, durante la marcha, tropezó y cayó. El reverendo la tomó en brazos y la llevó así largo trecho. Fué entonces que ella aprovechó para sacarle del bolsillo la pequeña biblia e ir desparramando las hojas para que pudieran servir de rastro a Hallam. Ella sabía que él las encontraría.

—Parece seguir un rastro — dijo el reverendo volviéndose a Perla y mirándola con desconfianza.

—Seguramente nota las huellas de nuestras pisadas, — murmuró la joven.

El gruñó y siguió vigilando.

Hallam parecía perdido ahora. El rastro

terminaba ahí; no veía signos de que siguiera. Caminó en anchos círculos pero con el mismo resultado.

—Ha perdido la pista — dijo el reverendo con voz burlona. — Mejor para él.

Detrás de él, la joven se alzó silenciosamente. Si pudiera pasar junto al reverendo bajar la cuesta corriendo... dió un paso hacia adelante, temblorosa. El no se movió, pero tenía el revólver entre las manos. Otro paso.... Todavía no parecía haberse dado cuenta de sus movimientos.

Ella dió nu salto en dirección a la abertura, pero con la agilidad de una serpiente, el reverendo se tiró, atravesando al suelo y la tomó por los tobillos. La joven luchó, pero él logró arrastrarla y la tiró rudamente contra el suelo.

—El menor ruido y la mato — dijo. Toda ternura se había desvanecido junto con sus sueños. Dejándola acurrucada en el suelo. volvió a la abertura de la cueva. Ella vió que no tenía la pistola. La sacó para agarrarla y había caído afuera, probablemente descendido sin duda la cuesta. El segundo revólver lo había perdido en la aldea. Notó la joven que el reverendo estaba indeciso. Si dejaba allí la pistola, Hallam la vería cuando le diera el sol por otra parte, si se aventuraba a buscarla, con seguridad lo vería a él.

El reverendo Dick se decidió a ir en busca de la pistola. Estaba como a seis pies de distancia, más o menos. Observó a Hallam, esperando una oportunidad favorable. Ahora.

Pero Hallam lo había visto. Subió corriendo la cuesta, apuntando con su revólver, sus fieros ojos grises fijo en el óvalo de sombra donde se hallaba la cueva. El reverendo Dick lo esperaba con una sonrisa siniestra.

Hallam estaba ahora muy cerca, tanto que se veían brillar sus dientes blancos en el rostro bronceado. El reverendo alzó la pistola: era un buen tirador. Pero la muchacha lo tomó por detrás de la muñeca. Disparó, pero erró el tiro. Lanzó un juramento y trató de desprenderse de la joven. Ella se aferraba con la energía de la desesperación a él. Este hacía esfuerzos frenéticos por desprenderse, pero no lo conseguía. Y a cada momento ella gritaba ¡Hallam!, y él contestaba ¡Voy!

Su sombra tapó la entrada de la cueva. Con un último esfuerzo, el reverendo Dick arrojó lejos a Perla qeu cayó en el fondo de la cueva, aturdida.

El reverendo trató de usar su revólver, pero Hallam cayendo sobre él se lo impidió. Rodaron por el suelo; el reverendo gritaba y mordía, lleno de espantosa rabia. Hallam logró ponerse de pie, lo tomó por el cuello lo alzó.

—¡No lo mate! — le gritó la joven. — ¡Por favor!

—Como usted mande,—contestó Hallam y arrojó al hombre fuera de la cueva, rodando por la cuesta.

—Estaba segura de que vendría usted — dijo la joven sollozando.

El reverendo gritó al cielo azul.

—Dios está enojado con su servidor. Bajaba vacilante la cuesta, la pistola caída y olvidada en su mano.

—¡Pobre reverendo Dick!... ¡Pobre!...

—¿Está usted herida? — preguntó Hallam alzándola.

—No; solamente magullada. ¡Pero tenía tanto miedo! ¡Sabía que vendría usted pero tardó tanto!

—Vinimos lo más rápido posible, pero el viento era contrario, — dijo Hallam torpemente. Salieron fuera a la luz del sol. Cuesta abajo, caminaba el reverndo Dick con los ojos fijos en el suelo.

—Soy una tonta, — dijo la joven, enjugándose los ojos. Creí saber más que los otros. Toda la culpa de lo ocurrido es mía.

—No se aflija — dijo Hallam consolándola. — No ha ocurrido nada grave. Y... usted hizo algún bien.

—¿Bien?

—Me ha hecho comprender que hay en la vida algo por lo que vale la pena luchar.

Ella miró a lo lejos a través del campo iluminado por el sol.

—¿No sabe lo que es?

—Creo que si — y le tocó la mano ligeramente.

—No se equivoca: es usted. Voy a trabajar para usted, para conquistarla... aunque necesito años.

—Esperaré — dijo ella dulcemente. — Y se que no tendré que esperar mucho.

El se levantó de donde estaban sentados demasiado intranquilo para permanecer quieto.

—No, no tendrá mucho que esperar. No deben haberse olvidado de quien soy. Hace sólo un año que cambió la suerte y ahora ha cambiado de nuevo.

Ella lo hizo callar levantando la mano.

—¡Mire!

Una segunda figura había aparecido abajo, en el valle. Avanzaba ahora rapidamente hacia el reverendo Dick. Este se detuvo como esperando lo que iba a suceder. Manatee corrió un trecho y luego se detuvo.

—Tiene usted una pistola en la mano ¡Usela!

El reverendo alzó su mano desarmada. Perla empezó a gritar protestando; pero Manatee estaba aun fuera de sí. Un tiro concluyó con la vida del reverendo.

—Es mejor así — dijo Hallam a la joven que sollozaba. — Tenía que ser. Ahora terminaron sus sueños.

Le rodeó el talle con su brazo y descendieron la cuesta. Un sueño loco había concluido; pero la brillante luz del sol traía cordura. Y otros sueños empezaban.

COSAS DE PIBE

Juancito mira insistentemente al señor Pomidoro, cuyo rostro no es precisamente el de un Rodolfo Valentino.

—¿Por qué me miras así, nene? — pregunta.

—Porque papá lo pone a usted como un ejemplo diciendo que se ha formado a si mismo.

—¿Y qué?

—Y... yo pensaba que bien podía haberse hecho de otra manera.

JUAN EL LOBO

Por NICOLAS MISASI

La "torre" del Tío Antonio, rico aldeano de Paterno, estaba situada al pie de la colina.

La una dió en el reloj de Malito. Un hombre salió de entre un grupo de sauces y se acercó al río para reconocer el vado. Estaba vestido con una blusa de tela gris sujeta a la cintura por una ancha tira de cuero, por entre la cual tenía pasada un hacha.

Hallado el vado, pasó el río, ocultóse bajo un sauce y mirando a una ventana de la torre dejó oír el grito del cuclillo, repitiendo la señal tres veces. Minutos más tarde la puerta de la casa giró suavemente sobre sus goznes, dando paso a una mujer.

—¿Eres tú, Juan? — preguntó la joven

—Sí, — repuso el otro. — He salido a las once y he corrido como el viento.

—Soy una loca por haber consentido en escucharte. Si mi padre nos sorprende, sería capaz de matarnos. No quiero exponerme a estos riesgos y es preciso terminar de una vez. Sé razonable, Juan. Mi padre te detesta... ¿Qué esperas?

—Soy demasiado razonable, pero llegará el día en que sabrán quien es Juan el Lobo.

—No sé lo que piensas, pero cuando estoy cerca de ti me das miedo.

—¿Miedo?... No: puedes estar tranquila.

—Siempre eres el mismo, Juan. ¿Por qué no cambias de modo de ser?

—Eso es fácil aconsejar. ¿Por qué se me arroja de todas partes como a un perro sarnoso? Porque soy pobre, porque no tengo ni padre ni madre, ni familia, ni amigos... Pero te lo repito: Ya me llegará el día. Sé que acabaré en la cárcel porque se lo juré a mi pobre madre. Al morir me dijo: "Que esté siempre afilada tu hacha, porque un día tendrás que vengar a tu padre; el que lo traicionó se nombrará a si mismo..." Y yo espero.

※ ※ ※ ※

Un mes más tarde, el Tío Antonio, el padre de Ana, estaba en la era trenzando mimbres. La joven hilaba en la galería y cerca del seto algunos aldeanos descansaban

—Ana, — gritó el Tío Antonio, — ya es hora de hacer la pasta para las lasañas.

Ana enrolló el cáñamo alrededor del huso y entró en la torre.

—¿Para cuándo es la boda, compadre Antonio? — dijo uno de los aldeanos.

—Para noviembre, después de las castañas. Espero al compadre Santo, que ha de servirnos de intermediario.

—Marcos es un buen partido. A la muerte de su padre heredó cuatrocientos ducados.

—Tampoco el que se case con mi hija hará mal negocio.

—¿Y qué dice la muchacha? Hace tiempo que Juan el Lobo anda tras ella.

—Ya lo sé y le he despachado de aquí con un par de bofetones. Ahora está con el compadre Santo, pero no le durará mucho

—Hablando del Lobo..., — interrumpió otro aldeano. — ¿No vienen allí Juan y el compadre Santo?

En efecto, a poca distancia ya venían el granjero montado en un asno y Juan el Lobo, a pie.

—¿Para qué traerá aquí a ese canalla? — murmuró el Tío Antonio.

Y haciendo portavoz de sus manos, gritó:

—¡Bienvenido, compadre Santo!

El asno atravesó el río por el vado y estuvo pronto delante de la torre. El compadre Santo, un viejo gordo, echó pie a tierra.

—Escucha, compadre, — le dijo Tío Antonio después de los primeros saludos; — tengo que echar una ojeada a las moreras. Ven conmigo y hablaremos mientras tanto de la boda.

A poco salió Juan de la caballeriza y viéndose solo, se acercó a la escalera de la torre y llamó con voz queda:

—¡Ana!... ¡Ana!

La joven acudió al llamado, pero al ver a Juan retrocedió exclamando:

—¿Tú aquí?... Vete, Juan, vete,

—¿Es verdad que vas a casarte con Marcos?

—No me preguntes nada... ¿Cómo te atreves a pensar en mí?... No posees ni un céntimo, todo el mundo te detesta...; ¡Ni siquiera se sabe de quien eres hijo!...

El aldeano dió un paso atrás, como si le hubieran dado un latigazo en la cara.

—¡Ah!... ¿Se quiere saber de quien soy hijo?... ¡Por la Madonna, lo juro que muy pronto lo sabrán!

Y bajó la escalera mordiéndose los labios

Volvían de ver las moreras los dos compadres

—¿Así que estamos de acuerdo, compadre? — preguntó Santo.

—No tengo más que una palabra: en noviembre se celebrará la boda. Y ahora vamos a comer porque me muero de hambre.

El compadre Santo, una vez que terminaron de comer, preguntó:

—Dime, compadre Antonio, ¿de dónde te viene ese fusil?

Y señalaba un soberbio fusil de dos cañones que estaba colgado de la pared.

—Es un recuerdo, y la historia es bastante larga de contar.

—No importa; no tenemos prisa.

—Bueno; la contaré, pero que esto quede entre nosotros.

—Entendido.

—Tenía yo veinte años y trabajaba en casa de Jerónimo Scalzi en la montaña. Tenía como compañero a un muchacho de Pedacce fuerte y valiente como un toro. Amaba a una mujer que venía todos los sábados a traerle las provisiones para la semana. Tenían un hijo que la madre llevaba siempre en brazos y al que el padre no se cansaba de besar. Un día la mujer llegó llorando se llevó aparte a mi compañero y le habló largo rato en voz baja. Ignoro lo que le diría, pero él se quedó sombrío y preocupado. A la mañana siguiente se fué, sin arreglar siquiera cuentas con el patrón, y dos días después descubrieron el cadáver de Jerónimo Scalzi, con la cabeza partida de un hachazo. El asesino era...

—¿Tu camarada? — interrumpió Santo.

—Lo has adivinado. Vengaba así una injuria hecha a su compañera. Luego se supo que, perseguido por los carabineros y los parientes de la víctima, se había refugiado en la montaña, convirtiéndose en un bandido.

—¿Pero qué tiene que ver tu fusil con esa historia?

—Ahora verás. El bandido, se hizo muy pronto célebre y cometió toda clase de fechorías secundado por una banda perfectamente organizada. La policía no podía capturarle. Entonces un grupo de aldeanos, valientes y bien armados, resolvieron librarse de aquellos criminales. La cosecha había sido muy mala, faltaba trabajo y me alisté con ellos. Día y noche recorríamos los campos, con viento, con sol, con lluvia. Eramos cincuenta; ellos, doce. Pronto descubrimos la guarida de aquellas fieras. Se defendieron como perros rabiosos. Uno me tiró a quemarropa; respondí y cayó. Al acercarme vi que era mi antiguo compañero. Le sujeté mientras se aproximaban mis camaradas de defensa. Y todos dieron un grito de alegría. Aquel era el famoso jefe de la banda, Pedro Grillo.

Al oír este nombre, Juan el Lobo se estremeció violentamente. Tío Antonio prosiguió:

—Poco hay que agregar. En el reparto del botín me dieron la preferencia y recibí ese fusil y esa cartuchera que habían pertenecido a Grillo.

Todas las miradas se dirigieron al arma. El granjero tomó un vaso de vino y se echó hacia atrás, satisfecho.

Ana se acercó y le dijo al oído:

—Padre, verás como esa historia nos traerá desgracia.

—¡Cállate tonta!

Y volviéndose hacia Juan, Tío Antonio preguntó en tono de burla:

—¿En qué piensas, Lobo?

—Pienso, — contestó el aldeano, — en que has olvidado alguna cosa en la historia que acabas de contar.

—¿Qué sabes tú?... ¿Acaso estabas allí?

—No; pero una gitana me aseguró que Pedro Grillo fué traicionado por uno de sus amigos.

—¡Mientes, Lobo del diablo! — gritó el granjero furioso, poniéndose en pie de un salto.

—¿Por qué te enojas así, patrón? — respondió Juan cruzándose de brazos.

—Yo... Yo... — balbuceó Tío Antonio confuso, — digo solamente que la gitana ha mentido.

—¿Y eso que te importa, compadre? — dijo tranquilamente Santo. — Anda, Juan; cuéntanos lo que sepas de la muerte de Pedro Grillo.

—Grillo tenía un amigo, — empezó diciendo Juan, — en quien había depositado una confianza absoluta. Ese hombre cambió de nombre después de la traición. Formaba parte de la banda de perseguidores del bandido y avisaba a éste de las emboscadas que le tendían. Un día, el bandido le enseñó un escondrijo en donde había guardado quinientos escudos destinados a su mujer y a su hijo. Tres días más tarde, el traidor hizo cercar el bosque y fué al encuentro de su amigo, sonriendo. Grillo, sin la menor desconfianza, se dejó guiar por él y cayó en la trampa. ¿No es verdad, Tío Antonio?

Este no respondió. Apretaba convulsivamente el mango del cuchillo y trazaba con la punta extraños dibujos sobre la mesa.

—Grillo, — continuó Juan, — luchó desesperadamente, pero fué vencido. Algunos de los suyos murieron, otros fueron detenidos. El único que logró escapar corrió a avisar a la mujer de su jefe y le contó lo ocurrido, pero sin que pudiera decirle el nombre del traidor. Luego se supo que Pedro Grillo iba a ser fusilado. Yo estaba en Cosenza con mi madre y asistí a la ejecución. Cuando después de la descarga fatal nos acercamos al cadáver, tenía en medio de la frente un agujero por el que salía la sangre a borbotones.

Y Juan, acercándose al granjero, le tocó con el dedo en la frente diciendo:

—¡Aquí!

Tío Antonio bajó la cabeza, mientras los otros aldeanos, aterrados al ver el aspecto de Juan no se atrevían a decir una palabra. Ana se interpuso entre los dos hombres y gritó angustiada:

—¡Vete!... ¡Vete!...

—¡Ah!... ¿Eres tú, Ana, la hija de ese miserable, quien me echa de aquí por segunda vez? — repuso Juan con voz amenazante. — ¡Por la Madonna!... Te juro que será la última.

Cuando Juan salió, Santo dijo a Tío Antonio:

—Es el hijo de Pedro Grillo... Me ha dado miedo cuando le tocó la frente. No lo tendré ni un día más a mi servicio.

—Esta noche he oído el grito de la lechuza, — contestó el granjero. — ¡Mal presagio!

Pasaron tres meses y nadie había visto a Juan el Lobo. Ana ya no se acordaba de él y esperaba impacientemente el día de la bo-

Apretaba convulsivamente el mango del cuchillo...

da. Esta tuvo lugar en Paterno, un hermoso domingo del mes de noviembre, después de la recolección de las castañas.

Cuando novios, parientes e invitados se alejaron en dirección a la iglesia de Paterno, dejando la torre completamente abandonada, la puerta del horno se abrió lentamente y apareció un hombre vestido con el tradicional traje de los bandidos calabreses.

Si Tío Antonio hubiera visto a Juan el Lobo en aquel momento, se habría asustado de la expresión de su fisonomía.

El hijo de Pedro Grillo hizo saltar la cerradura de la puerta, entró en la habitación y descolgó el fusil y la cartuchera.

—¡Pobre padre mío! — murmuró. — Jamás he olvidado lo que me recomendaron tus últimas miradas. Ahora que ya conozco al traidor, le heriré en medio de la frente como te hirieron a tí.

Cargó el arma y dijo:

—Una por ti, otra por mi. Perdóname, padre mío, si uno mi venganza a la tuya.

Salió y cerró la puerta, alejándose en dirección a la montaña.

Justamente venía de ella el rumor de voces, cantos y carcajadas; volvía el cortejo nupcial y las risas y la algazara probaban que el vino no había escaseado. Tío Antonio, en medio de los esposos, precedía a los invitados.

Al llegar a la capilla que había en el camino se quitó el sombrero, pero al ver a un hombre que surgía de repente de entre unas zarzas, gritó alarmado:

—¿Quién está ahí?

Oyóse una detonación y Tío Antonio, herido de un balazo en la frente, cayó en el camino.

—¡Uno! — exclamó una voz.

Un grito agudísimo rasgó el aire y Ana se arrojó sobre el cuerpo de su padre.

—¡Dos!

Sonó otra detonación, y Marcos, con una bala en pleno corazón, cayó fulminado.

Los del cortejo, enloquecidos, huyeron, mientras las mujeres gritaban pidinedo socorro.

Ana quedó sola frente a los dos cadáveres; de sus labios salía un murmullo confuso, sollozos, gemidos, a los que se mezclaban el nombre de su padre y el de su marido.

Ante la Virgen ardía temblorosa una lamparilla de aceite.

Un poco d

MALA INTERPRETACION

—Josefa, si usted no hace más ligero el trabajo, tendré que tomar otra sirvienta.

—¡Ah, señora! Muchas gracias. Con la ayuda de otra haré el trabajo más ligero y mejor.

LE CO

Ella. — Vinieron
cobrar la mensualida
que si no le pagamo
El. — Que se lo
los vende a diez me

HOMBRE DISTRAIDO

La dama. — Con seguridad tiene que recordarme usted, profesor. Hac: treinta años usted quiso casarse conmigo.

El profesor olvidadizc. — ¡Ah! ¡Sí! ¿Y me casé con usted?

L
Es un

humorismo

A MAS

casa de pianos a
veinte pesos. Dicen
evarán el piano.
Hay otra casa que
s.

NEGOCIO CONVENIENTE

La mujer del comerciante de frutas (escandalizada). — He leído en una revista que los habitantes de los mares australes venden a su mujer por cinco pesos y un poco de fruta...

El (interesado). — ¿Cuánta fruta?

NOVIO ECONOMICO

— No sé por qué le tienes tanta antipatía a Jorge, papá.

ıcho tan económico que nunca quiere que encienda la luz cuando viene de visita.

EL AMOR EN EL PARQUE

El, ella, el otro y la otra

Por DOMINGO DE FUENMAYOR

Hay en el parque, como un remanso o como un oasis en el mar de luz plena, una plazoleta íntima y recóndita, dedicada a un vate romántico que con ternura infinita cantó al amor en sus versos.

Unos bancos de mármol circundan la estatua, de mármol también, del poeta. Este poeta insigne podría ser Gustavo Adolfo Bécquer; y este parque, el sevillano de María Luisa; y la plazoleta, la que en el parque de Sevilla se consagra al autor inmortal de las "Rimas". Como en aquélla, funciona en este rinconcito sentimental una biblioteca, con los versos del vate, para que en los bancos sean leídos y distraiga el desocupado su glotonería sensual de aroma y luz.

Los bancos forman alrededor de la estatua como un anillo, sin casi solución de continuidad: tan cerca está uno de otro. Así, vistos de lejos, EL y ELLA, sentados en distintos pero inmediatos bancos, parecerá, a buen seguro, que ocupan el mismo.

Ambos leen. Pero ninguno de los dos parece que se esté enterando mucho de lo que lee. Se miran a hurtadillas, dijérase que van a hablarse, mas las palabras prenden en sonrisa, y así, en sonrisa, mueren en los labios.

EL es un caballero que muy bien ha podido cumplir ya los treinta años, y muy bien ha podido no cumplirlos aún; tal vez no tenga sino veintitantos. ELLA es una señorita que cuenta, a buen seguro, algunos menos... aunque los cuente todos.

Un rayito de sol se filtra por el encaje de las hojas de un árbol y se posa sobre el rostro de EL. EL estornuda; al hacerlo protege el rostro con un pañuelo azul, y ELLA, que había dado señales de impaciencia, comienza a hablar a media voz, sin levantar del libro los ojos, precisamente azules.

ELLA

¡Qué atrocidad!... Ha necesitado usted estornudar para sacar el pañuelo... ¡Jesús, hombre, Jesús!...

EL

(Un poquitín, un poquitín nada más, azorado). — ¡Qué cabeza la mía!... ¡Pues así que no me ha costado trabajo ni nada encontrar un pañuelo azul!.

ELLA

(Señalando unos que lleva en el pecho, prendidos). — Yo, en cambio, encontré bien pronto los claveles...

EL

La solidaridad de las flores...

ELLA

(Burlona). — ¡Vaya frase bonita!...

EL

(Va a decir algo "que tiene en la punta de la lengua", pero no lo dice).

ELLA

Iba usted a decirme que para bonita, yo.

EL

Y cualquiera diría que lo dije. ¿Es usted adivina?

ELLA

No. Ocurre que las mentiras "me dan en la nariz" en seguida. ¡Así la tengo yo de respingona!...

EL

(Cómicamente indignado). — ¡Qué malas las mentiras!...

ELLA

(Yéndose por los cerros de Ubeda). — ¿Pero es usted Carlos o no?

EL

Naturalmente. Y usted María. Ha venido cinco minutos retrasada.

ELLA

No, señor; llegué matemáticamente a las cinco en punto.

EL

Entonces será que llegué yo adelantado...

ELLA

Tampoco. Llegó usted a su hora. Un caballero galante debe llegar siempre a tiempo de esperar a su dama.

EL

Bonita teoría para que las damas den "plantones" a los caballeros.

ELLA

¿Se lo he dado a usted?

EL

De cinco minutos nada más. El que llegó ultramatemáticamente a las cinco en punto fuí yo. ¡He pensado más en usted desde esta mañana!...

ELLA

¿Desde esta mañana? ¡Desde anoche yo no he podido pensar en otra cosa!...

EL

(Extrañado). — ¿Anoche?

... pero está usted aún más bonita cuando ríe...

ELLA

(Escamada). — Anoche... Es decir, ayer tarde... ¿No fué ayer tarde cuando convinimos, por teléfono?...

(Hay una pausa. El sol se posa ahora sobre la romántica barba del poeta, y la piedra parece de un rubio de oro encendido. El galán cierra su libro y se levanta.)

EL

(Acercándose al banco donde se sienta ELLA). — ¿Me permite?

ELLA

(Sin levantar los ojos, muy empeñada en continuar leyendo). — Le permito.

EL

(Pensativo). — María: yo no sé...

ELLA

(Con trémolo en la voz). — No me llame María...

EL

(La mira; mira al cielo luego; suspira después). — ¡Bueno!... Mujer: no acierto lo que ha pasado por nosotros...

ELLA

(Cerrando a su vez su libro sobre el halda. Poniendo sobre EL, tristes, los ojos).— Ha pasado la verdad.

EL

¿La verdad?

ELLA

La verdad misteriosa. La verdad tácita, sin anunciarse, sin declararse. La verdad de que yo no soy su amiga María...

EL

Ni yo el Carlos amigo de ella. **(Sin entonación determinada.)** ¡Tiene gracia!

ELLA

(Sonriendo). — Tiene gracia oírle decir a usted que la tiene poniendo esa cara de aburrido...

EL

¿Vamos a reírnos de verdad?

ELLA

(Riéndose). — ¿Vamos?

EL

Parece mentira, pero está usted aún más bonita cuando ríe... **(En transición.)** Dígame cómo fué... Cómo fué... Cómo es que no sea usted María.

ELLA

De igual manera, seguramente, que ha ocurrido que usted no sea Carlos: María es amiga mía...

EL

Mi amigo es Carlos.

ELLA

Y me dijo María: "Me ha hecho el amor un muchacho, por teléfono"...

EL

"Por teléfono he hecho el amor a una muchacha", me dijo Carlos.

ELLA

"Hemos acordado conocernos en el parque..."

EL

"Que nos conoceremos en el parque, hemos convenido."

ELLA

"Oye, sería gracioso: ¿quieres acudir tú en mi lugar?...."

EL

"¿Y si tú me sustituyeras? No dejaría de tener gracia."

ELLA

"A mí, el chico, al fin y al cabo, no me interesa ni tanto así...."

EL

"No me ha sorbido el seso, ni mucho menos, la mocita, como comprenderás, después de todo."

ELLA

"Yo debo llevar unos claveles rojos en el pecho para que me conozca..."

EL

"Para darme a conocer, deberé llevar en la mano un pañuelo azul."

(Otra pausa. Comienza a caer la tarde. El sol ya no ilumina la barba del poeta; apenas léense las letras de su nombre en el pedestal. El guarda-bibliotecario mira impaciente a la pareja, que le ha pedido libros para no leer. El guarda es viejo y, con la impaciencia, nota también como una tierna emoción. "¿Se habrán escapado esta tarde los versos de los libros, para flotar en la luz, en las flores, en los pájaros? " se preguntaría el guarda si el guarda acertara a plasmar en una pregunta la inefable sensación que el instante le produce.)

EL

(Dando un suspiro). — ¡Qué tonto, Carlos!...

ELLA

(Suspirando.) — ¡Qué tonta, María!...

EL

Si Carlos hubiera venido, ¿qué le habría contestado María?

ELLA

(Bajando la vista; deliciosamente a media voz.) — ¿Qué le hubiera preguntado Carlos?

EL

"Tal vez" si le quería.

ELLA

(En un susurro, que no en una pregunta.) — ¿Tal vez?

EL

(Decidido). — Seguramente...., indudablemente.

... Mira impaciente a la pareja....

ELLA

Pues si tan seguro es que se lo preguntara, María, sin duda, le contestaría....

(No ha dicho ELLA lo que hubiera contestado su amiga, pero en las flores rojas que le han brotado en las mejillas se adivina. Se adivina, también en el júbilo que ha prendido como una llamita en los ojos de EL.

El guarda-bibliotecario se impacienta más aún. Y la inefable emoción que le embarga es más notable todavía. "¿Pero es que se reflejan los claveles en el rostro de esa chica? ¡Diablura más curiosa!..." se dice el guarda-bibliotecario.

Y EL y ELLA reanudan el diálogo, interrumpido en un punto.)

EL

¿Contestaría que sí?

(Pronunciando el monosílabo ahora.) — Sí.

EL

(Con efusión.) — ¡Gracias!

ELLA

(Burlona.) — A María, por Carlos, debiéraselas dar, si acaso...

EL

Muy formal.) — María... Carlos... No nos rodeemos de sombras, ya que tan pronto nos supimos librar de la sombra que nos trajo. Seamos quienes somos, y no los que fingimos ser cuando vinimos.

(ELLA calla. ELLA mira obstinadamente las puntas de sus zapatos breves. En las mejillas de ELLA se acusan más aún las flores rojas.)

EL

¿Tu nombre?...

ELLA

¿Para qué mi nombre?... ¿No será todo esto una nueva mentira, a pesar nuestro?

EL

Por mí no. ¿Tu nombre?...

Sin gastar un centavo
puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de
ORO 18 KILATES Y PLATINO CON ZAFIRO BLANCO.
Escríbanos hoy mismo pidiendo uno
COMPAÑIA INTRODUCTORA DE ALHAJAS FINAS.
VICTORIA 1373-Bs. Aires-Rep. Arg.

POR SOLO 5 centavos
sin más gastos ni molestias, acompañando este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante.
Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:
LA FOTOGRAFICA ARGENTINA
Avenida de Mayo 1370 — Bs. As. P.

ELLA

Rosa me llamo... (En un hilo de voz.) ¿Y tú?

EL

Antonio... Rosa, Rosa, ¡te quiero!

ELLA

Oh, calla. Me da miedo este amor, que es como si no nos perteneciera; como si lo hubiéramos robado a Carlos y a María, cuyas almas vagarán por la vida sin encontrarse nunca...

EL

Ellos lo han querido.

ELLA

Es verdad...

(Hablan. Siguen hablando. Pero ya sus palabras no se oyen; ya no llegan a los oídos avizores del guarda-bibliotecario, quien, tras de continuar contemplándolos silencioso largo rato, se dirige al banco donde están EL y ELLA.

EL GUARDA

Caballero... Señorita... Los libros... Háganme el favor de los libros... A las seis ¿saben? tengo que cerrar la biblioteca...

(EL y ELLA entregan lo que les pide el reclamante, sin dignarse mirarle; sin mirar tampoco, desde luego, a los libros. Se levantan después. Caminan lentamente, con las manos enlazadas.

El guarda-bibliotecario cierra con toda parsimonia las puertas de la estantería. Cuando lo ha hecho, se encara con el poeta y le guiña un ojo.)

EL GUARDA

Amigo..., amigo..., ¡me parece que estamos un poquito en ridículo los dos!...

(El poeta, desde su pedestal, dijérase que ha sonreído.)

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que entra en acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento que sólo una imaginación privilegiada y una inteligencia cultivada como la de Rice Burroughs, puede concebir y desarrollar. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

VARIAS veces intentó Goudon arrastrar al muchacho a una partida de naipes; pero su víctima no mostraba interés por el juego, y las miradas atravesadas de otros varios pasajeros decidieron al norteamericano a buscar otro medio de que el fajo de billetes del muchacho pasara a su propio bolsillo.

Al fin llegó el día en que el vapor echó anclas a sotavento de un promontorio cubierto de bosques, donde una veintena o más de tinglados de palastro formaban como un feo parche en el hermoso rostro de la naturaleza, proclamando que allí había asentado su plantá la civilización. Desperdigadas por los arrabales se veían las chozas de bálago de los indígenas, pintorescas con su primitivo salvajismo y armonizadas con el fondo de la selva tropical, al paso que acentuaban la fea vulgaridad arquitectónica de los exploradores blancos,

El muchacho apoyado en la borda del buque, miraba más allá de la ciudad construida por los hombres, hacia la selva creada por Dios. Un leve estremecimiento anticipado recorrió su espalda; y en seguida, muy contra su voluntad, se vió contemplando los amantes ojos de su madre y el enérgico rostro de su padre, que revelaba bajo su vigor masculino, un cariño no menor que el proclamado por los ojos de la dama. Entonces sintió como si se debilitará su resolución. Cerca de él uno de los oficiales estaba vociferando algunas órdenes a una flotilla de embarcaciones indígenas, que se aproximaban a recoger la parte de carga del vapor destinada a aquel insignificante puertecillo.

—¿Cuándo toca aquí el primer vapor para Inglaterra? — preguntó el muchacho.

—El Emanuel debe de llegar ya de un momento a otro — repuso el oficial. — Me figuraba que lo íbamos a encontrar ya aquí.

Y siguió gritando sus órdenes a la morena pandilla que se acercaba al costado del buque.

Fué bastante difícil la tarea de bajar por la borda a la abuela del chico hasta la canoa que los esperaba. Había insistido el [illegible] en estar siempre al lado de la anciana, y cuando por fin la vió sana y salva, acurrucada en el fondo de la embarcación que debía conducirla a tierra, se descolgó tras ella enteramente como un gato. Tanto interés tenía en verla confortablemente instalada, que no reparó en el paquetito que asomaba de su bolsillo cuando estaba ayudando a arriar por el costado del vapor la linga que contenía a la anciana; y no se fijó en el incidente siquiera cuando el paquete se le salió del todo y cayó al mar.

Apenas había empezado a alejarse hacia la orilla el bote que transportaba al muchacho y a su abuela, cuando Goudon dió voces a una canoa que se hallaba al otro lado del buque, y después de regatear con su dueño bajó su equipaje y saltó él mismo a bordo de ella. Una vez en tierra se mantuvo alejado de la infamia arquitectónica que llevaba el nombre de "hotel", para atraer a los incautos viajeros a gozar de sus múltiples incomodidades. Era ya noche cerrada cuando se aventuró a entrar y buscar acomodo.

En una habitación posterior del segundo piso, el muchacho estaba explicando a su abuela, no sin considerables dificultades, su resolución de volver a Inglaterra en el primer vapor. Trataba de hacer entender a la anciana señora que ella podía quedarse en Africa si gustaba; pero él, por su parte, sentía que la conciencia le mandaba volver con sus padres, los cuales indudablemente debían estar padeciendo horribles pesares por su ausencia; de lo que puede colegirse que los padres del mozo no tenían noticias de los planes que él y la vieja dama habían trazado para sus aventuras en las espesuras africanas.

Después de haber llegado a esta decisión, el muchacho sintió aliviada la desazón que le venía acosando durante muchas noches de insomnio. Cuando cerró los ojos el sueño fué para soñar con el felíz regreso a casa. Y mientras él soñaba, el destino, cruel e inexorable, se deslizava furtivamente por el destartalado edificio en que dormía; el destino en forma del granuja norteamericano llamado Goudon.

Cautelosamente se acercó el bribón a la puerta de la habitación del muchacho. Allí se agazapó escuchando, hasta que por la respiración regular de los de adentro se aseguró de que ambos dormían. En silencio introdujo una delgada ganzúa en la cerradura. Con diestra mano acostumbrada desde hacía mucho tiempo a la manipulación silenciosa de los barrotes y cerrojos que guardaban los bienes ajenos, Goudon dió simultáneamente vuelta la llave y el pomo de la puerta. Una presión suave la hizo girar hacia dentro sobre sus goznes. El yanqui entró en la habitación cerrando la puerta tras sí. Unos densos nubarrones ocultaban temporalmente la luna, y el interior del aposento estaba envuelto en sombras. Goudon se llegó a tientas hasta la cama. En el rincón más distante de la habitación algo se movió, con una cautela furtiva y silenciosa que llegó a burlar hasta la costumbre del ratero. Goudon no oyó nada. Su atención estaba fija en la cama en que pensaba hallar a un jovenzuelo dormido y a su inválida e indefensa abuela.

El norteamericano no buscaba más que los billetes de Banco. Si podía apoderarse de ellos sin que lo descubrieran, santo y bueno; pero si le oponían resistencia también estaba preparado para ella. Las ropas del nieto se hallaban sobre una silla al lado de la cama. Los dedos del granuja las palparon rápidamente, y notaron que los bolsillos no contenían ningún fajo de billetes nuevos y crujientes. Indudablemente los tendría debajo de la cabecera. Se acercó más al dormido y ya estaba su mano a la mitad del camino de la almohada cuando la densa nube que oscurecía la luna se corrió a un lado y la habitación se inundó de pálida luz. En el mismo instante, el dormido abrió los ojos y se encontró de hito en hito con los de Coudon. Este se dió súbita cuenta de que el mozalbete se hallaba solo en la cama, e inmediatamente echó las garras al cuello de su víctima. Y cuando ésta se incorporó para resistirle, Coudon oyó a su espalda un apagado gruñido, y en seguida, al sentir que el chico le agarraba por las muñecas, se dió cuenta de que bajo aquellos dedos afilados y blancos jugaban unos músculos de acero.

Notó, además, otras manos en la garganta, unas manos ásperas y velludas que le agarraban por detrás y por encima de los hombros. Volvió la cara despavorido y se le puso el pelo de punta ante el espectáculo que sus ojos descubrieron, porque el que le sujetaba por la espalda era un mono enorme, semejante a un hombre. Los desnudos dientes del antropoide estaban a un dedo de su cuello.

El joven le tenía agarrotadas las muñecas. Ninguno de los dos profirió un sonido. ¿Dónde estaba la abuela? Los ojos de Coudon recorrieron la habitación en una sola mirada comprensiva y abarcadora, y se desorbitaron de horror al comprender la formidable verdad que le reveló aquella mirada. ¿En poder de qué misteriosas y tremendas criaturas había caído? Frenéticamente pugnó por desembarazarse del chico, para poder volverse contra el espantoso ser que tenía a la espalda. Logró desasir una de las manos y dió un tremendo puñetazo en la cara a su adversario humano. Esta acción pareció desencadenar un millón de demonios en el interior de la peluda bestia que le agarraba por la garganta. Coudón oyó un gruñido apagado y salvaje, y fué lo último que oyó en este mundo, porque en seguida se vió arrojado de espaldas al suelo, un pesado cuerpo cayó sobre él, unos poderosos dientes se acercaron sobre su yugular y su cabeza dió vueltas en la súbita negrura que antecede a la eternidad. . Un momento más tarde el mono se levantó de su postrado cuerpo; pero Coudon no se dió cuenta de ello, porque estaba muerto.

Jack Clayton, horrorizado, saltó de la cama y se inclinó sobre el cadáver de aquel hombre. Akut había matado por defenderle, lo mismo que hizo con Miguel Sabrov pero allí, en la salvaje Africa, lejos de su hogar y de sus amigos¿ qué les podrían hacer a él y a su fiel mono? El muchacho sabía que la pena del homicidio era la muerte. Sabía también que un cómplice puede sufrir el mismo castigo que el autor del crimen. ¿Quién había allí que pudiera defenderlos? ¡Todo se pondría en contra de ellos! Aquel país era poco más que una comunidad a medio civilizar, y lo probable era que los colgaran del primer árbol. Había leído que tales cosas se hacían en América, y Africa era todavía peor y más salvaje que el inmenso Oeste que había sido la tierra natal de

su madre. ¡Sí, los ahorcarían a los dos a la mañana siguiente!

¿No había escape? — Pensó en silencio unos instantes, y de pronto, con una exclamación de consuelo, dió una palmada y se volvió a su ropa, que seguía encima de la silla. ¡Con dinero se consigue todo! ¡El dinero los salvaría a él y a Akut! Buscó los billetes en el bolsillo en que solía llevarlos. ¡Allí no estaban! Lentamente al principio y luego con verdadero frenesí metió la mano en los demás bolsillos de su traje. Después se puso a gatas y examinó el suelo. Encendió la lámpara y corrió la cama a un lado para explorar el pavimento pulgada a pulgada. Al lado del cadáver de Coudon titubeó un momento, pero al fin hizo acopio de valor para decidirse a tocarlo. Le dió la vuelta y buscó el dinero debajo de él. Tampoco estaba allí. Figurábase que Coudon había entrado en su cuarto para robarle; pero no creía que hubiese tenido tiempo de apoderarse de su caudal. Sin embargo, ya que no estaba en otra parte, debía de tenerlo encima el cadáver. Jack examinó los bolsillos del noteamericano, pero inútilmente. Una vez y otra recorrió el aposento, volviendo cada vez al lado del muerto, pero en ninguna parte pudo encontrar los billetes.

Estaba medio loco de desesperación. ¿Qué iban a hacer? Por la mañana los descubrirían y los matarían sin remedio. A pesar de su estatura y su fuerza heredadas, al fin y al cabo no era más que un niño, un chiquillo asustado y con la nostalgia de su hogar, que razonaba mal por la escasa experiencia de la niñez. Sólo podía pensar en un hecho evidentísimo: habían matado a un semejante y se hallaban entre extraños salvajes, sedientos de la sangre de la primera víctima que el destino arrojara entre sus garras. Esto era lo que había bebido en la lectura de horripilantes noveluchas de a penique.

¡Era menester hacerse con dinero!

De nuevo se acercó al cadáver, esta vez con toda resolución. El mono se mantenía en cuclillas en un rincón del cuarto, observando a su joven compañero. Jack comenzó por quitar la ropa al norteamericano, prenda por prenda, y una tras otra las fué registrando con la mayor atención. Hasta los zapatos miró con todo detenimiento; p, cuando le hubo quitado la última prenda de ropa, se volvió a dejar caer en la cama con los ojos desmesuradamente abiertos y sin ver nada... nada más que un terrible cuado de dos cuerpos que se balanceaban silenciosamente, suspendidos de la rama de un árbol.

No se dió cuenta de cuánto tiempo permaneció en aquella postura, pero finalmente le rizo volver en sí un ruido que procedía del piso de abajo. Brincando vivamente Jack, apagó la luz y cerró la puerta del aposento sin hacer ruido al echar la llave. Luego se volvió hacia el mono, ya con su resolución tomada.

La noche anterior estaba decidido a volverse a Inglaterra a la primera oportunidad, para pedir perdón a sus padres por su loca aventura. Ahora sabía que acaso no volviera nunca a verlos. Tenía las manos tintas en la sangre de un semejaante..., pues en sus sombrías reflexiones dejaba ya de atribuir a Akut la muerte de Coudon. En la insania de su terror se echaba a si propio la culpa del hecho. Con dinero podría haber comprado a la justicia... ¡Pero sin un cuarto! ¡Ah! ¿Qué esperanza podían tener en aquella tierra los desconocidos sin dinero?

¿Pero qué habría sido de éste? Trató de recordar la última vez que había tendo en la mano los billetes, mas no pudo conseguirlo, ni aun de lograrlo habría podido explicar su desaparición, porque no se había dado la menor cuenta de la caída del paquetito al mar cuando saltó por la borda del buque para descolgarse a la canoa que los esperaba para conducirlos a tierra.

De pronto se volvió hacia Akut, y en el lenguaje de los grandes monos le dijo:

—¡Ven!

Olvidándose de que no llevaba puesto más que un delgado pijama, condujo al mono hacia la ventana abierta. Se asomó y escuchó atentamente. Un solo árbol crecía al pie mismo de ella, a pocos pasos de distancia. Agilmente saltó el muchacho a su copa y se agarró a unas ramas como un gato durante un instante, antes de deslizarse en silencio al suelo. A doscientos metros de allí un espolón de la selva virgen avanzaba a poco trecho de la desparramada factoría. Hacia allá se encaminó el chico. No los vió nadie, y un momento más tarde la selva los había devorado, y Jack Clayton, el futuro lord Greystoke, desaparecía a la vista y al conocimiento de los humanos.

Ya avanzada la mañana siguiente, un criado indígena llamó a la puerta del cuarto que se había señalado a la anciana mistress Billings y a su nieto. Como no recibió respuesta, introdujo su llave en la cerradura, y vió que ya tenía otra llave puesta por la parte de dentro. Dió cuenta de este hecho a Herr Skopf, el dueño del hotel, quien subió al segundo piso, donde también llamó reciamente. Como tampoco le contestaran, se agachó hasta el ojo de la cerradura, para ver si podía echar un vistazo a la habitación. Al hacerlo, como era grueso, perdió el equilibrio y necesitó apoyar una mano en el suelo para no caerse. Y entonces sintió entre los dedos algo suave, viscoso y húmedo. Se llevó a los ojos la palma de la mano abierta, miró a la escasa luz del corredor, y tuvo un

ANALISIS

DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE, TUMORES, SECRECIONES, etc.

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

estremecimiento, porque aun en la semioscuridad se vió en la mano una oscura mancha roja. Púsose en pie de un salto y lanzó el cuerpo con violencia contra la puerta. Herr Skopf es hombre de libras, o por lo menos lo era entonces, pues yo no le he visto desde hace varios años. La puerta, poco resistente, cedió a su empuje, y Herr Skopf penetró de un tropezón en el aposento.

Dentro de él se encontró con el mayor misterio de su vida. En el suelo, a sus pies, se hallaba el cadáver de un desconocido, que tenía el cuello partido, y la yugular desgarrada como por los dientes de un animal feroz. El cadáver estaba completamente desnudo, y en torno de él se veían esparcidas sus ropas. La vieja señora y su nieto habían desaparecido. La ventana estaba abierta. Debían de haber salido por ella, ya que la puerta tenía echada la llave por dentro.

Pero ¿cómo podía aquel chico haber bajado a su inválida abuela desde la ventana de un segundo piso hasta el suelo? Esta idea era descabellada. De nuevo registró Herr Skopf el pequeño aposento. y observó que la cama estaba muy separada de la pared. ¿Por qué? Por tercera o cuarta vez miró debajo de ella. Los dos personajes habían desaparecido; y sin embargo, su razón le decía que la vieja dama no podía haber salido sin

SIMPATIA JUSTIFICADA

La cocinera charlatana:

—Usted me ha sido simpática desde el primer momento que vino a esta casa. Tiene el mismo apellido del empresario de pompas fúnebres que enterró a mi finado esposo. (De "Pucnh").

alguien que la bajara, lo mismo que la habían subido el día anterior.

Las ulteriores investigaciones aumentaron el misterio. Toda la ropa de los dos personajes estaba aún en la habitación, de suerte que si habían desaparecido lo habían hecho desnudos o con la ropa de dormir. Herr Skopf meneó la cabeza y luego se la rascó. Estaba hecho un taco. No había nunca oído hablar de Sherlock Holmes; de lo contrario, sin pérdida de momento habría solicitado la ayuda del famoso sabueso, pues allí existía un verdadero misterio. Una anciana, una inválida que hubo de ser transportada, desde el buque a su cuarto del hotel, y un muchacho guapo, su nieto, se habían instalado el día antes en una habitación del segundo piso de la hospedería. Habían pedido que les sirvieran la cena en el cuarto, y esta era la última vez que se les había visto. ¡Y a las nueve de la mañana siguiente resultaba que el único ocupante del aposento era el cadáver de un desconocido! Ni había salido del puerto ningún barco entretanto, no había ferrocarril alguno en centenares de millas; tampoco existía otra factoría de blancos a la que ambos pudieran llegar después de varios días de penosa marcha y acompañados de una "safari" bien equipada. Sencillamente se habían desvanecido en humo por el aire, porque el indígena a quien el hotelero envió a examinar el terreno debajo de la ventana acababa de volver diciendo que no se veía el menor rastro de pisadas. ¿Y qué clase de personas eran aquellas que podían arrojarse desde semejante altura sobre el blando césped sin dejar huella alguna? Herr Skopf se estremeció. Sí, allí había un misterio indescifrable... El asunto encerraba algo pavoroso... El fondista se espeluznaba al pensar en ello y temía la llegada de la noche.

Aquello era un gran enigma para Herr Skopf... e indudablemente lo sigue siendo.

V

El capitán Armando Jacoá, de la Legión Extranjera, se hallaba sentado en una manta de caballo extendida al pie de un tronco de palmera desmochado. Sus anchos hombros y su cabeza pelada al rape descansaban con sibarítica comodidad en el áspero tronco del árbol. Sus largas piernas estiradas rebasaban la estrecha manta, y sus espuelas se clavaban en el arenoso suelo del pequeño oasis del desierto. El capitán descansaba después de una jornada larguísima a caballo por las movedizas arenas.

Indolentemente chupaba un cigarrillo y observaba a su asistente, que le preparaba la cena. El capitán Armand Jacot estaba muy satisfecho de sí mismo y del mundo. Un tanto a su derecha se oía la bulliciosa actividad de su tropa de atezados veteranos, libertados temporalmente de las tediosas mallas de la disciplina, y que estiraban los fatigados músculos, riendo ,diciendo chistes y fumando, mientras ellos también se disponían a llenar la andorga después de doce horas de dieta. Entre ellos, silenciosos y taciturnos, se hallaban en cuclillas cinco árabes de blanco indumento, muy bien atados y custodiados perfectamente.

El ver a estos era lo que llenaba al capitán Armand Jacot de placentera satisfacción de un deber bien cumplido. Un mes entero, interminable, caluroso y colmado de fatigas, pasó con su tropa escudriñando la vasta amplitud del desierto en busca de una partida de merodeadores, a cuya cuenta de pecados se cargaban innumerables robos de camellos, caballos y cabras, así como asesinatos bastantes para mandar varias veces a la guillotina a toda la deliciosa cuadrilla.

Una semana antes había caído sobre ellos el capitán. En la batalla que trabaron perecieron dos de sus hombres, pero el castigo infligido a los merodeadores había sido tan severo que llegó casi al exterminio de la partida. Acaso habrían escapado como media docena; pero los demás, con excepción de los cinco prisioneros, expiaron sus delitos bajo las niqueladas balas de los legionarios. Y lo mejor de todo era que Achmet ben Houdin, el cabecilla, figuraba entre los capturados.

El capitán Jacot dejó que su mente vagara desde los prisioneros, atravesando millas de arena, hasta el pequeño puesto de guarnición, en donde, al día siguiente ,encontraría esperándole con ansiedad a su esposa y a su hijita. Los ojos del militar se dulcificaron, como siempre, al acordarse de ellas. Se le representó la belleza de la madre reflejada en los infantiles rasgos del rostro de Jeanne, y pensó que los dos semblantes le sonreirían amorosos cuando se apeara de su fatigada montura en las últimas horas de la tarde siguiente. Ya le parecía sentir una mejilla suave pegada a cada una de las suyas: terciopelo contra cuero.

Su ensueño se interrumpió al oírse la voz de un centinela que llamaba a un sargento de la partida. El capitán Jacot levantó la vista. No se había puesto el sol todavía; pero las sombras de los pocos árboles que se alzaban en torno del manantial y las de sus hombres y caballos se extendían ya mucho hacia el Este por la dorada arena. El centinela señalaba en aquella dirección, y el sargento con los párpados entornados, escrutaba la lejanía. El capitán Jacot se levantó, pues no era hombre que se diera por satisfecho con lo que los demás veían. Necesitaba ver por sí mismo. Generalmente observaba las cosas mucho antes que los otros se dieran cuenta de que había algo que observar, detalle que le había valido el apodo de "Halcón". Y a la sazón vió, más allá de las largas sombras, como una docena de manchas que subían y bajaban en la arena, desaparecían y volvían a aparecer, pero cada vez aumentando de tamaño. Jacot los conoció inmediatamente. Eran jinetes, jinetes del desierto. Ya un sargento corría hacia él, y el campamento entero forzaba la vista mirando a lo lejos. Jacot dió al sargento unas cuantas órdenes terminantes y claars, y el soldado saludó, giró sobre sus talones y se volvió con sus hombres. Entre ellos escogió una docena, que ensillaron los caballos, montaron, y partieron al encuentro de los desconocidos. Los soldados restantes se apercibieron inmediatamente a la acción. No estaba completamente fuera de lo posible que aquellos jinetes, que tan velozmente se acer-

caban al campamento fuesen amigos de los prisioneros, y se propusieran libertarlos con un ataque repentino. Pero Jacot lo dudaba, pues evidentemente, los desconocidos no tomaban medida ninguna para ocultar su presencia. Galopaban, por el contrario, rápidamente hacia el campamento, a la vista de todos. Bajo su aspecto leal podía esconderse muy bien la traición; pero nadie que conociera al Halcón podía ser tan cándido que se imaginara sorprenderlo de aquella manera.

El sargento, al frente de su pelotón de jinetes, se encontró con los árabes como a doscientos metros del campamento Jacot lo vió de conversación con un individuo alto y vestido de blanco, evidentemente el jefe de la partida. No tardaron el sargento y el árabe en aproximarse al campamento uno al lado del otro. Jacot los esperó. Ambos detuvieron las cabalgaduras y desmontaron delante de él.

—Es el jeque Amor ben Khatour, — dijo el sargento por vía de presentación.

El capitán Jacot examinó con la vista al recién llegado. Conocía a casi todos los árabes notables en varios centenares de millas a la redonda. Era un individuo sesentón, alto, de tez curtida por el tiempo y de aspecto atravesado. Tenía los ojos chicos y perversos. Al capitán Jacot no le hizo gracia.

—¿Qué ocurre? — preguntó por vía de ensayo.

El árabe se fué derecho al grano.

—Achmet ben Houdin es hijo de mi hermana, — dijo. — Si quieres entregármelo yo cuidaré de que no vuelva a infringir las leyes de los franceses.

J.cot meneó negativamente la cabeza.

—No puede ser — dijo. — Tengo que llevármelo conmigo. Un tribunal civil lo juzgará debidamente y con imparcialidad. Si es inocente quedará libre.

—¿Y si no lo es? — preguntó el árabe.

—Se le acusa de muchos crímenes, por cada uno de los cuales, si se le declara culpable tendría que morir.

El árabe tenía la mano izquierda escondida bajo su albornoz. Al oír las palabras del capitán la sacó y mostró una gruesa bolsa de piel de cabra, rebosante de monedas. Abrióla y dejó caer un puñado de su contenido en la palma de su mano izquierda: eran todas monedas de oro, de oro francés. A juzgar por el tamaño de la bolsa y por sus abultadas proporciones, el capitán Jacot calculó que debía de contener una fortunita. El jefe Amor ben Khatour volvió a echar una por una en la bolsa las monedas de la mano izquierda y apretó los cordones de aquella. Durante esta operación no pronunció una sola palabra. Jacob lo observaba atentamente. Estaban solos, pues el sargento después de presentar al desconocido, se había retirado a cierta distancia, volviéndoles la espalda. De pronto el jueque, una vez que hubo guardado todas las monedas de oro, tendió la abultada bolsa en la palma de su mano hacia el capitán Jacot.

—Achmet ben Houdin, el hijo de mi hermana, "podría" escaparse esta noche — dijo. — ¿No?

El capitán Armand Jacot se sonrojó hasta la raíz del rapado pelo. Luego se puso pálido y dió un paso hacia el árabe, con los puños crispados. Más de pronto reflexionó mejor y contuvo el impulso que sentía.

—¡Sargento! — llamó.

El interpelado corrió hacia él, saludando y haciendo chocar los tacones ante su superior.

—Llévate a este perro negro con su gente — ordenó, — y cuida de que se alejen en seguida. Y esta noche matad al primer hombre que se ponga a tiro del campamento.

El jeque Amor ben Khatour se irguió en toda su estatura, con los perversos ojos contraídos y alzó la bolsa de oro a la altura de la cabeza del oficial francés.

—Más que esto pagarás por la vida de

SENSIBILIDAD

—¿Tiene unos botines viejos que darme, señora? Los míos tienen ya la suela tan fina que cuando piso un cobre puedo decir si es "cara o seca".

* * * *

DESERCION

La escena ocurre en un cinematógafo. La sala está llena de parejas.

Un hombre entra en el vestíbulo, se precipita hacia la boletería y grita, blandiendo un revólver:

—Sé que mi novia está aquí con otro hombre. Si no la hace salir inmediatamente tiro al montón.

El administrador, con carne de gallina vieja, y temiendo todas las catástrofes, corre a la sala y anuncia:

—Señores y señoras: Hay en la boletería un tipo armado de un revólver que dice que su novia está aquí con otro hombre. Si eso es verdad, ruego a la pareja que, para evitar una desgracia, huya en seguida por alguna de las puertas laterales.

Dos minutos más tarde la sala estaba vacía.

* * * *

SEÑAL INFALIBLE

—Sí, — decía el médico al cliente que había ido a parar a su desierto consultorio por uno de esos misterios del azar; — el estudio de su cráneo resulta de los más interesantes. Esta parte, muy desarrollada, indica que es usted músico.

El hombre, que tocaba el triángulo por las calles, y vendía barquillos, asintió sin dificultad a convertirse en compañero de corcheas de Wagner y Beethoven.

—Además, — prosiguió el galeno, — tiene usted aquí una protuberancia que es signo de carácter violento.

—Sí, señor, — suspiró el del triángulo; — me la ha hecho mi mujer con el palo de la escoba.

Achmet ben Houdin, el hijo de mi hermana — dijo, — y otro tanto por el insulto que me has dirigido, y cien veces más sobre ello ha de costarte en pensar.

—¡Largo de aquí — rugió el capitán Armand Jacot, — antes que te eche a puntapiés!

Todo esto ocurría como unos tres años antes del comienzo de esta historia. El juicio de Achmet ben Houdin y sus cómplices consta en los archivos y podeis consultarlo si os interesa. El bandido recibió la muerte que merecía, y le hizo frente con todo el estoicismo de un árabe.

Un mes más tarde la niña Jeanne Jacot, de siete años, hija del capitán, desapareció misteriosamente. Ni las riquezas de su padre y de su madre ni todos los poderosos recursos de la gran república pudieron arrancar el secreto de su paradero al inescrutable desierto que la había devorado lo mismo que a su secuestrador.

Ofrecióse una recompensa tan crecida que muchos aventureros acudieron al reclamo y se dedicaron a la busca de la niña. Aquel no era caso para un policía de los modernos países civilizados; y sin embargo, algún detective se lanzó también a la aventura... Y los huesos de algunos de ellos están aun blanqueando bajo el sol africano en las silenciosas arenas del Sahara.

Dos suecos, Carl Jenssen y Sven Malbin, después de tres años de seguir pistas falsas, renunciaron a su empeño, demasiado al sur del Sahara para regresar, y dedicaron su atención al más provechoso de los negocios de robar marfil. En una comarca muy extensa eran ya conocido por su implacable crueldad y su codicia de dicho producto. Los indígenas los temían y los odiaban. Los gobiernos europeos en cuyas posesiones operaban llevaban ya bastante tiempo buscándolos; pero, avanzando lentamente desde el Norte, los dos suecos habían averiguado muchas cosas en la tierra sin dueño, que se tiende al Sur del Sahara, y que les daba inmunidad contra la captura por sus fáciles caminos de escape, que desconocían sus perseguidores. Las correrías de los dos suecos eran repentinas y veloces. Arrebataban el marfil y se retiraban a los no hollados páramos del Norte antes que los guardianes del territorio que saqueaban tuvieran la menor noticia de su presencia. Implacablemente mataban elefantes por sí mismos, al propio tiempo que robaban el marfil a los indígenas. Su séquito se componía de un centenar o más de árabes renegados y de esclavos negros que formaban una feroz cuadrilla de forajidos. Recordad bien a Carl Jenssen y Sven Malbin, gigantes suecos de rubias y largas barbas, porque tendréis ocasión de encontralos más adelante.

En el corazón de la selva virgen, acurrucada en las márgenes de un riachuelo inexplorado, tributario de un ancho río que desemboca en el Atlántico, no muy lejos del Ecuador, se extendía una aldea pequeña, provista de recia empalizada. Veinte chozas cubiertas de bálago, a manera de colmenas, cobijaban a su población negra, y como media docena de tiendas de piel de cabra en el centro del calvero daban cobija a la veintena de árabes que se albergaban allí, cuando, comerciando o robando, recogían los cargamentos que sus buques del desierto llevaban al Norte dos veces al año, para venderlos en el mercado de Timbuctú.

Jugando delante de una de las tiendas árabes se hallaba una niña de diez años, de pelo negro y ojos negros, que, unidos a su piel de color de avellana y a su gracioso porte le daban de arriba abajo el aspecto de una hija del desierto. Sus deditos se ocupaban activamente en la confección de una falda de hierba para una muñeca feísima que un bondadoso esclavo le había hecho como uno o dos años antes. La cabeza de la muñeca estaba rudamente esculpida en marfil y el cuerpo era de piel de rata llena de hierba, perforados en un extremo y cosidos al torso de piel de rata. La muñeca era horrible, mugrienta y asquerosa por todos estilos, pero a Meriem le parecía la cosa más bella y adorable del mundo, lo cual no es de extrañar, considerando que era el único objeto en quien podía depositar su confianza y su cariño.

Todos los seres con quienes Mariem estaba en contacto se mostraban, casi sin excepción, o indiferentes o crueles para ella. Ahí estaba, por ejemplo, la vieja bruja negra de la ciudad, Babunu, criatura desdentada, hedionda y de genio aspérrimo, que no perdía ocasión de sopapear a la niñita, y aun de infligirle tormentos menores ,como pellizcarla, o según lo había hecho ya dos veces, abrasarle la tierna carne con unas ascuas. Luego venía el jeque, su padre, a quien Meriem temía todavía más que a Babunu, pues a mnuedo la reñía sin causa alguna, y habitualmente terminaba sus regaños pegándole con verdadero ensañamiento, hasta dejarle el cuerpo cubierto de cardenales.

Mas cuando estaba sola, Meriem era feliz jugando con Geeka, adornándole el pelo con flores silvestres, o haciendo cuerdas de hierbas. Estaba siempre ocupada y siempre cantando, cuando la dejaban sola. No parecía haber crueldades bastantes para reprimir la innata felicidad y dulzura de su amante corazoncito.

Sólo cuando el jeque estaba cerca se mostraba callada y quieta, pues le profesaba un miedo que en ocasiones rayaba casi en terror histérico. También le daba pavor la sombría selva, la selva cruel que rodeaba la aldehuela de parleros micos y chillones pájaros de día, y de los rugidos, toses y gemidos de lor carnívoros durante la noche. Sí; a Meriem le infundía miedo la selva; pero temía al jeque tanto, que repetidas veces pasó por su infantil cabecita el pensamiento de escaparse, de adentrarse para siempre en la terrible espesura antes de afrontar permanentemente el sempiterno terror de su padre.

Cuando se hallaba delante de la tienda de piel de cabra del jeque, haciendo una falda de hierba para Geeka, el árabe apareció sú-

bitamente en las proximidades. Al instante la expresión de dicha se borró en el semblante de la niña, que se echó a un lado con el intento de apartarse del camino del viejo y curtido personaje; pero no fué lo bastante lista. De un brutal puntapié el jeque la derribó de cara, y la niña se quedó quieta, sin llorar, pero tembiando de pies a cabeza. Luego, profiriendo un juramento, el hombre penetró en la tienda. La vieja bruja negra rompió a reir moviendo todo el cuerpo y revelando un solitario diente amarillo.

Cuando tuvo la seguridad de que el jeque había desaparecido, la niña se arrastró a la parte sombreada de la tienda, donde se echó muy quietecita, oprimiendo a Geeka contra su pecho, y con el cuerpo sacudido a largos intervalos por sollozantes suspiros. No se atrevía a llorar en voz alta, porque esto habría llamado al jeque a su lado nuevamente. La angustia de su corazoncito no era sólo la del dolor físico, sino esa angustia mucho más patética, la de la falta de cariño experimentada por un corazón infantil anhelante de amor. Meriem apenas podía recordar otra existencia que la representada por la terrible crueldad del jeque y de Babunu. Confusamente, en el fondo de su memoria infantil, se dibujaba el recuerdo borroso de una madre amante y cariñosa; pero Meriem no estaba segura de que aquello fuera algo más que un cuadro soñado, fruto de su deseo de caricias nunca recibidas y siempre prodigadas por ella a la amadísima Geeka. No hubo jamás niña tan malcriada como aquella muñeca. Su madrecita, lejos de regularle su propia conducta por los ejemplos que le daban su padre y aya, llegaba a los últimos extremos del mimo.

Geeka recibía miles de besos al día. Cierto que ella se mostraba siempre adusta, pero su madrecita no la castigaba nunca. En vez de ello, la sobaba y acariciaba, influída solamente en su actitud por su patético deseo de cariño.

Con la muñeca apretada contra su corazón, los sollozos de la niña se fueron calmando gradualmente, hasta que al fin pudo refrenar la voz para verter sus desdichas en la oreja de marfil de su única confidente.

—Geeka quiere a Meriem — cuchicheaba. — ¿Por qué no me quiere también el jeque, mi padre? ¿Soy yo tan mala? Yo procuro ser buena, pero nunca sé por qué me pega, y por eso no puedo decir qué he hecho para disgustarle. Ahora mismo acaba de darme un puntapié que me ha hecho mucho daño, Geeka; y lo único que yo hacía era estar sentada delante de la tienda arreglándote una falda. Eso debe de ser una cosa muy mala, porque si no no me habría dado el puntapie. Pero ¿por qué es cosa mala, Geeka? ¡Ay! ¡Yo no lo sé, no lo sé! Quisiera morirme, Geeka. Ayer los cazadores trajeron el cuerpo de el adrea. El adrea estaba muerto. Ya no volverá a arrojarse sin hacer ruido sobre su confiada presa. Su enorme cabeza y sus melenudos brazos no volverán a llenar de terror el corazón de los animales que comen hierba y que van por la noche a beber al vado. Su rugido, que parece un trueno no volverá a hacer temblar la tierra. El adrea está muerto. Cuando lo trajeron muerto a la aldea le dieron una infinidad de palos; pero el adrea no los sintió. No le dolieron los golpes porque estaba muerto. Cuando yo me muera, Geeka, tampoco sentiré los golpes de Bamunu ni los puntapiés del jeque, mi padre. Entonces seré feliz. ¡Ah, Geeka, ojalá que me muriera!

LEA
TIT-BITS
TODOS LOS MARTES

Si Geeka meditaba responder riñendo a la niña, su propósito se vió interrumpido por el ruido de un altercado más allá de las puertas de la aldea. Meriem escuchó. Con la curiosidad de la infancia le habría gustado correr allá y enterarse de qué era lo que inducía a los hombres a hablar tan fuerte. Otros individuos de la aldea corrían ya en tropel hacia donde sonaba el ruido. Pero Meriem no se atrevió a hacer lo propio. El jeque estaría allí indudablemente, y si la veía tendría nueva ocasión de maltratarda. La niña, pues, se quedó quieta y prestando oído.

De pronto sintió que la muchedumbre se acercaba calle arriba en dirección a la tienda del jeque, y cautelosamente metió la cabecita por el borde de la tela. No podía resistir la tentación, porque la uniformidad de su vida en la aldea era altamente monótona, y la niña anhelaba algo de distracción. Lo que vió entonces fué a dos desconocidos, dos blancos. Estaban solos, pero cuando se acercaban, Meriem supo, por lo que hablaban los indígenas que lo rodeaban, que traían un numeroso séquito acampado fuera de la aldea. Llegaban a ponerse al habla con el jeque.

El viejo árabe les salió al encuentro a la entrada de su tienda, y sus ojos se entornaron perversamente una vez que hubo apreciado lo que valían los recién venidos. Estos se detuvieron delante de él, cambiando saludos. Llegaban a comerciar marfil, según dijeron. El jeque profirió un gruñido. No tenía marfil. Meriem abrió la boca con asombro. Sabía que en una choza cercana los enormes colmillos estaban casi apilados hasta el techo. Avanzó algo más la cabecita para poder ver mejor a los deconocidos. ¡Qué blancas sus pieles! ¡Qué rubias sus luengas barbas!

De pronto uno de ellos volvió los ojos adonde ella se hallaba. La niña trató de retroceder para ocultarse, porque la inspiraban miedo todos los hombres; pero aquél la vió, y Meriem observó la expresión de sorpresa que cruzó por su semblante. El jeque también la advirtió y conjeturó su causa.

—He dicho que no tengo marfil — repitió. — No quiero comerciar. Idos. ¡Vamos pronto!

Salió de su tienda y casi empujó a los ex-

tranjeros en dirección a las puertas. Como ellos se hacían los remolones, el jeque ape-

significado un suicidio; de manera que los dos hombres dieron media vuelta, salieron de la aldea, y se encaminaron inmediatamente a su propio campamento.

El jeque se volvió a su tienda; pero no entró. Lejos de ello se dirigió al sitio en que se hallaba tendida Meriem, junto a la pared de piel de cabra, y asustadísima. El jeque se agachó y la cogió del brazo. De un violento tirón la puso en pie, la arrastró a su interior. Después la volvió a agarrar, pegándole implacablemente.

—¡Quédate aquí dentro! — refunfuñó. — ¡Que no te vuelva a ver la cara ningún desconocido! ¡Otra vez que te dejes ver de alguno te mataré!

Y de un violento sopapo derribó a la niña en uno de los rincones de la tienda, donde Meriem se quedó ahogando sus gemidos, en tanto que el jeque daba paseos a un lado y otro, hablando entre dientes.

En la entrada de la tienda se hallaba Mabunu, murmurando y riéndose.

En el campamento de los extranjeros uno de ellos estaba hablando vivamente con el otro.

—No te quepa duda, Malbihu — estaba

CEREMONIAS OFICIALES A LAS QUE NUNCA HEMOS ASISTIDO

Inauguración de una nueva oficina telefónica. Momento solemne en que el intendente municipal da el primer número equivocado.

(De "Punch").

diciendo. — No puede haberla; pero lo que no concibo es cómo ese viejo canalla no se ha presentado ya a pedir la recompensa prometida.

—Para un árabe hay cosas mucho más importantes que el dinero, Jenssen — respondió el otro. — Y una de ellas es la venganza.

—De todos modos, no estará de más probar el poder del dinero — replicó Jenssen.

Maibihu se encogió de hombros.

—No lo pruebes con el jeque — dijo. — Podemos intentarlo con otro cualquiera de su gente; pero el jeque no renunciará por oro a su venganza. El ofrecérsele no conducirá más que a confirmar sus sospechas, que debemos de haber despertado cuando le hablábamos delante de su tienda. Y entonces nos podríamos dar por satisfechos si salváramos la pelleja.

—Bueno, entonces probemos el soborno — asintió Jenssen.

Mas el soborno resultó un fracaso... y de manera harto macabra. El instrumento que eligieron, después de una estancia de varios días en su campamento fuera de la aldea, era un cabecilla anciano y alto del contingente indígena del jeque, que se dejó seducir por el atractivo del brillante metal, porque había vivido en la costa y conocía el poder del oro. El indígena les prometió llevarles lo que querían, ya avanzada la noche.

Inmediatamente después de oscurecer los dos blancos comenzaron a hacer los preparativos para levantar el campo. A media noche estaba todo dispuesto. Los portadores yacían tendidos al lado de sus cargas, prontos a levantarlas en cuanto se les ordenara. Los askaris armados se hallaban entre el resto de la safari y la aldea árabe, prontos a formar la retaguardia de la retirada, que iba a comenzar en el momento en que el indígena trajese lo que estaban esperando los amos blancos.

De pronto se sintió ruido de pasos en la senda que conducía a la aldea. Inmediatamente los askaris y los blancos se pusieron en guardia. Se acercaba más de un hombre. Jenssen se adelantó y en voz muy baja dió el quién vive a los recién llegados.

—¿Quién viene? — preguntó.

—Mbeeda — le contestaron.

Mbeeda era el nombre del indígena traidor, Jenssen quedó tranquilizado, aunque preguntándose por qué Mbeeda iba acompañado. No tardó en comprender. Lo que llevaban estaba en unas parihuelas conducidas por dos hombres. Jenssen profirió una maldición entre dientes. ¿Podría ser que aquel necio los trajes un cadáver? ¡Ellos habían pagado por una presa viva!

Los portadores de las parihuelas se detuvieron delante de los blancos.

—Esto es lo que ha comprado vuestro dinero — dijo uno de ellos.

Dejaron el bulto en el suelo y desaparecieron en la oscuridad, en dirección a la aldea. Malbihn miró a Jenssen con sonrisa forzada. Lo que venía en las parihuelas estaba tapado con un pedazo de lienzo.

—Bueno — exclamó el último.— Levanta esa cubierta y vamos a ver qué es lo que has comprado. Bastante dinero vamos a ganar con un cadáver... especialmente después de los seis meses de sol abrasador que hemos de pasar para llevarlo a su destino.

—El muy imbécil debía haber comprendido que la queríamos viva — refunfuñó Malbihn, agarrando una esquina de la tela que cubría las parihuelas.

Al ver lo que había debajo los dos hombres retrocedieron, profiriendo involuntarios juramento; porque lo que tenían delante era el cadáver de Mbeeda, el indígena desleal.

Cinco minutos más tarde la safari de Jenssen y Malbihn se alejaba rápidamente hacia el oeste, y sus nerviosos askaris guardaban la retaguardia contra el ataque que esperaban de un momento a otro.

VI

Su primera noche en la selva virgen fué tal que el hijo de Tarzan la conservó toda su vida en la memoria. No le amenazaron carnívoros salvajes, ni vió la menor señal de temerosos bárbaros, o, si la hubo, el perturbado espíritu del muchacho no se percató de ella, pues tenía la conciencia atormentada por el recuerdo de lo que estaría padeciendo su madre. Los reproches que a sí mismo se dirigía lo sumían en insondables abismos de infelicidad. La muerte del norteamericano le ocasionaba poco o ningún remordimiento, pues el hombre había merecido su destino. El pesar de Jack por esta causa se debía principalmente a la influencia que la muerte de Coudon había ejercido sobre sus propios planes. Ahora ya no se podía volver en seguida con sus padres, como tenía proyectado. El temor a la ley primitiva de aquellos parajes, de que había leído cosas pintadas harto a lo vivo y con derroche de imaginación, le lanzó a la selva en calidad de fugitivo de la justicia. No osaba volver a la costa en aquel punto; en lo cual, más que el temor personal, influía el deseo de evitar a sus padres más dolores y la vergüenza de que su honrado nombre se arrastrara por la degradación repugnante de un juicio por homicidio.

Con la vuelta del día se animó Jack Clayton, y al salir el sol tornó la esperanza a su pecho. Regresaría a la civilización por otro camino. Nadie sabría que estaba relacionado con la muerte de un desconocido en la remota factoría de una playa lejana.

Agazapado cerca del enorme mono en la horquilla de un árbol, Jack se pasó temblando casi toda una noche de insomnio. Su delgado pijama le había prestado muy escaso abrigo contra la helada humedad de la selva, y sólo sentía algo parecido a la comodidad en el lado de su cuerpo que estaba apretado contra el caliente manto de su peludo compañero. Por esto acogió con alegría al sol naciente, con su promesa de calor al propio tiempo que de luz: al bendito sol, disipador de dolores morales y físicos.

Sacudió a Akut hasta despertarlo.

—Vamos, — le dijo. — Tengo frío y ham-

bre. Vamos a buscar qué comer, allí, a la luz del sol.

Y le indicó una llanura abierta, tachonada de árboles desmochados y cubierta de esquinadas rocas.

El muchacho se deslizó hasta el suelo al propio tiempo que pronunciaba las palabras transcritas; pero el mono comenzó por mirar cautelosamente en torno, olfateando el aire matutino. Por fin, persuadido de que no había ningún peligro próximo, bajó lentamente hasta el lado de Jack.

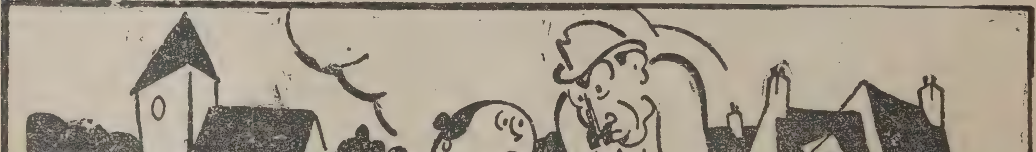
—Numa y su pareja Sabor, se refocilaban con los que primero bajan y después miran; en cambio, los que primero miran y después bajan, viven para refocilarse ellos.

De esta manera el viejo mono dió al hijo de Tarzán su primera lección en la ciencia de la selva. Como buenos camaradas atravesaron la áspera llanura, porque el chico lo primero que quería era calentarse. El mono le enseñó los mejores lugares para buscar roedores y gusanos; pero Jack sintió náuseas sólo al pensar que podía llevarse a la boca aquellos repugnantes seres. Encontraron algunos huevos, y el hijo de Tarzán los sorbió crudos, como crudos se comió los tubérculos y raíces que desenterraba Akut. Al otro extremo de la llanura, más allá de una pequeña colina cortada a pico, encontraron agua, un líquido salobre y maloliente en un charco somero, de lados y fondo hollados por las patas de muchos animales. Cuando ellos se acercaron salió huyendo una manada de cebras.

Jack se sentía ya a la sazón demasiado sediento para hacer ascos a nada que tuviera remota semejanza con el agua, de suerte que bebió hasta hartarse, en tanto que Akut se mantenía con la cabeza en alto, para percibir la menor señal de peligro. Antes de ponerse a beber el mono advirtió a Jack que vigilase; pero mientras estaba apagando la sed levantaba la cabeza de cuando en cuando para echar una rápida mirada a una mata de arbustos que se alzaba a un centenar de metros al lado de allá del charco. Una vez que terminó se puso en dos manos y habló a su amigo en la lengua que ambos tenían por herencia común, el lenguaje de los grandes antropoides.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE "PUCKY"

ALMA SENSIBLE



—Que muchachos tan crueles. No idean nada bueno.
—¿Es suyo el perro?
—No. La cacerola.

EL PASAJERO

Por F. BOUTET

El contramaestre Bird me dijo lo mismo.

IBAMOS ya a levar anclas, — contó el capitán Cazaván, — cuando llegó el pasajero en un vaporcito de la Prefectura. Sólo llevaba como equipaje una valija pequeña y ofreció pagar doble cantidad por el pasaje hasta Pernambuco, puerto de destino. Era un hombre de aspecto misterioso, pero como en los barcos de carga no nos fijamos mucho en los pasajeros, mi tío Rorel, que era entonces capitán del "Phoenix", y sólo atendía a la cuestión dinero, le aceptó sin más trámite.

En realidad, debo confesar que el pasajero no molestaba. Se le había destinado un pequeño camarote sobre cubierta y no salió de él en veinticuatro horas, diciendo al grumete que había ido a llevarle lo que necesitaba, que estaba indispuesto.

Al tercer día, mi tío me llamó aparte.

—¿No sabes? — dijo bruscamente. — ¡Buena la hemos hecho!

—¿Qué ocurre? — pregunté.

—Nuestro pasajero es un asesino

—¿Cómo?... — balbuceé estupefacto.

—Estoy segurísimo... Es un criminal a quien persigue tenazmente la justicia. Era médico y envenenó a una mujer para robarla. Se llama Leclanchy y no Morim, como nos ha dicho.

—¿Pero, cómo lo ha sabido usted?

—Por los diarios que nos trajeron a bordo antes de zarpar y que sólo he podido leer hoy. Se relata el crimen con todos sus detalles y se agrega que el asesino se ha escapado y que seguramente se embarcará en un puerto del Sudoeste. Dan la filiación exacta, que coincide punto por punto con la de nuestro pasajero... Además, le he espiado por el ventanillo del camarote y le he visto que cosía un montón de alhajas en la cintura de su pantalón... Es él, es él; no tengo la menor duda.

—Pero, tío, — observé, — por muy seguro que esté usted, le faltan las pruebas.

—¿Pruebas?.. — Las tendremos en seguida; ya verás... El mismo va a traicionarse. Y ya supondrás que no voy a hacerme cómplice de un miserable, de un asesino, permitiéndole escapar en cuanto lleguemos a puerto. Por ahora no puede irse y te juro que lo primero que haré al desembarcar será entregarlo a las autoridades.

El contramaesre Bird que se hallaba en su camarote remendándose unos pantalones, me dijo sobre poco más o menos lo mismo que mi tío: el pasajero era Leclanchy.

La reclusión voluntaria del pasajero no duró mucho. Dos días después, repuesto de su mareo, se paseaba sobre cubierta, trabando conversación, bromeando y haciéndonos saber que era corredor de alhajas y que iba a fundar una casa importante en Río de Janeiro. Durante la semana siguiente, el grumete cayó enfermo. Era la difteria, rápida, terrible y nadie a bordo era capaz de curarla. El grumete era un excelente muchacho y todos le queríamos, así que la idea de su muerte nos causaba una pena intensa. El infeliz se ahogaba y ninguno podía socorrerlo.

En aquel momento Morim se abrió paso entre nosotros y se aproximó al grumete. Llevaba una cajita llena de instrumentos relucientes. Sin mirarnos, se inclinó sobre el agonizante y con mano segura palpó y cortó. Un chorro de sangre brotó de la herida y por la garganta abierta el grumete aspiró la vida.

—Creo que salvará, — dijo el operador. —

—¿Un nuevo decreto?
—Sí. Ordeno a todos los ciudadanos, tomen el reconocido reconstituyente HIERRO QUINA BISLERI.

Y mirando a mi tío, dijo: — Soy médico.

El capitán, en impetuoso arranque, se acercó a él y le abrazó.

El grumete mejoró y Morin, diariamente, le atendía como lo hubiera hecho el médico más concienzudo. No hablaba a nadie, ni aún a los marineros que lo rodeaban con respeto y admiración.

Mi tío, en todo ese tiempo se veía presa de encontrados sentimientos. No me confiaba sus preocupaciones, pero, un día, ya vencidos sus escrúpulos, fué a ver al pasajero pidiéndome que le acompañase.

—Señor Morin, — dijo sin mirarle, — creo que no sería conveniente para usted desembarcar en Pernambuco, donde nos esperan. Voy a dar un rodeo hasta la Cuayra y de allí podrá llegar usted a Caracas, que es una ciudad muy linda y que seguramente le gustará visitar. ¿Qué le parece?

—Estoy a sus órdenes, — contestó simplemente el pasajero.

Y así fué cómo quedó impune el crimen de Leclanchy, que tanta resonancia tuviera. Una vez que el pasajero quedó en Venezuela y nosotros nos encontramos entre mar y cielo, lejos de todas las miserias terrenas, mi tío me dijo:

—Tronchó una vida humana, pero salvó otra a pesar de lo que arriesgaba... Está equilibrada la balanza.

¿LO SABRA EL ARTISTA?

El changador que vuelve al estudio del pintor ultramoderno:
—El encargado de la exposición me manda para que usted compruebe si los números de sus cuadros corresponden a los títulos del catálogo; quiere saber cuál es "Sueño de un poeta" y cuál "Naufragio de un bergantín".

(De "Punch").

EL CONCURSO DE "PUCKY"

A continuación se publican algunos chistes de los enviados por los estimados lectores de "Pucky" y que, aun cuando no han llegado dentro de las condiciones del concurso pueden ser tomados en cuenta y aspirar a premio.

EL CHISTE PREMIADO

IMPASIBLE

La mamá. — Pero ¿Como? El niño llorando en el suelo y usted leyendo tranquilamente "Pucky".
El ama. — Sí, señora. ¡Pero no me molesta, estoy acostumbrada!
Pedro Casado, Oliden 32, Liniers, F. C. O.

MEJOR SISTEMA

—¿Qué haces para librarte de un amigo importuno?
—Pedirle dinero.
—Ma lsistema; el mío es mejor.
—¿Cuál es?
—Prestárselo. No vuelve nunca.
Ana Travi. Calle Bermúde 1285. Capital.

* * * *

COMEDIDO

El padre. — No es posible que todos vayamos al Registro Civil, uno tiene que quedarse a cuidar la casa.
El novio. — Si quiere me quedaré yo.
Pedro Vulch, Godoy. F. C. C. A.

* * * *

EN LA ESCUELA

Maestro. — ¿Que hizo Colón al poner el primer pie en tierra.
Pedrito. — Colocar el otro para no caerse.
Eduardo Cazado, Clodomira. Provincia de Santiago del Estero.

* * * *

BUEN DEFENSOR

Pasaba un paisano por un bar cuando vió que un canillita estaba llorando afuera, en la vereda de ese establecimiento.
Como el paisano le preguntara al chico porque lloraba, éste le dijo que el mozo del bar le había pegado. Entonces el paisano indignado le dijo al chico: Vení conmigo, a ver si ese maula te vuelve a pegar. Ya dentro del bar llamó al mozo y le dice: ¿Ud. le pegó a este chico? El mozo le contesta afirmativamente y el paisano le dice:
—A ver si en presencia mía es capaz de pegarte otra vez. El mozo le da una furibunda "piña" en la cara al chico, y el paisano le vuelve a repetir. Vuélvale a pegar si es capaz. El mozo esta vez le da un fuerte puntapié al canillita. Entonces el paisano, insiste otra vez por lo que el mozo le da otra "piña" al diarero. Entonces el paisano muy tranquilo le dice al pibe: vete chico, sino este bruto te va a matar.
Aristóbulo E. Martínez, Imprenta "El Pueblo", Chacabuco.

* * * *

ENTRE ESTUDIANTES

Uno. — ¿Qué diablos podemos hacer esta noche?
Otro. — Pues tiraremos una moneda; si sale cara, vamos al teatro, si sale cruz, nos vamos a dormir y si queda parada de canto nos ponemos a estudiar.
Eleodoro Signori, 9 de Julio y Buenos Aires, San Francisco, Córdoba.

* * * *

¡QUE OIDO!

Una señora andando en bicicleta atropella a un hombre y le dice:
—¡Pedazo de animal! ¿No oyó usted la bocina?
—Sí señora... pero... ¡disculpe usted! ¡La había tomado por una vaca!
Jesús Amador Sora, Loria 1776. Capital

* * * *

RESERVA

—¿Dime Eloísa, es cierto que te has comprometido secretamente con Tomás?
—Sí, pero él aún no ha dicho nada.
Antonia Piori de Ce, San Jorge 541, Rosario

* * * *

TENIA RAZON

El comisario le dice a un individuo:
—Después de almorzar pásase por la comisaría.
Al no cumplir el interpelado le dijo:
—¿Por qué no se presentó?
—Pero señor, usted dijo después de almorzar y yo hace dos días que no almuerzo.
Julio Castelarini, J. B. Molina, C. C. C. O.

* * * *

TODOS ESTAN HARTOS

—Pero hombre ¿es posible que sea usted tan tacaño?

—¿Por qué me dice usted eso?
—Por que me han asegurado que, con todos sus millones, en casa de usted se pasa hambre.
—¡Hambre en mi casa! Mentira! Cien veces mentira! En mi casa todo el mundo está harto. Yo estoy harto de mi mujer; mi mujer está harta de mí; los criados están hartos de nosotros y nosotros estamos hartos de nuestros criados.
José M. Suárez, calle Saavedra 2083, Santa Fe.

* * * *

BATURRADA

Fué un aragonés de visita y la señora le ordena a la sirvienta:
—Sírvale a Miguel un pocillo de chocolate.
Miguel (creyendo que le iban a servir un pozo de chocolate le dice):
—¡Rediez! Me alcanza con un balde...
Fermina A. de Villanueva, Castelli, F. C. S.

* * * *

SORPRESAS QUE CAUSAN SORPRESA

—¡Guillermo! — gritó la madre azorada, al ver que su visitante era nada menos que su pariente más rico y distinguido, — besa a tu tío Juan y véte a lavar la cara inmediatamente.
Arcángel Prezioso, Strangforg 6184, Lugano, C. G. B. A.

* * * *

El barco en que viajan Samuel y Salomón naufraga y los dos judíos vense precisados a agarrarse de una tabla. Sabiendo Salomón que las fuerzas lo abandonan, clama lleno de desperación:
—Sálvame Dios mío, quiridos de los cielos Sálvame y te prometo rigalar a casas di beneficencia.
En esto grita Salomón alborozado:
—No ti compromitas, Samuel, veo tierra.
Manuel García, Rondea 8258, Capital.

* * * *

EN CLASE

El maestro. — ¿Por qué no viniste ayer a la escuela, Eduardo?
El alumno. — Por que me dolían las muelas.
El maestro. — ¿Y todavía te duelen?
El alumno. — No sé, por que el dentista se quedó con ellas.
Jorge Enrique Sosa, Villa Constitución, Provincia de Santa Fe, .

* * * *

PEQUEÑAS CAUSAS...

—Yo — decía un cesante, — perdí mi empleo por culpa del acento.
—¿Cómo del acento? — pregunta uno.
—Sí, señor, por culpa del acento. Era yo escribiente de un gobernador de provincia cuando murió la esposa de éste. Me encargaron que contestara las cartas de pésame y para ello me dió un modelo, que entre otras cosas decía: "La pérdida de mi esposa me tiene desesperado"; pero yo, por acabar antes, lo hice de prisa y me olvidé del acento, de suerte que, puse en las cartas: "La perdida de mi esposa me tiene desesperado"; distracción que me costó el puesto.
Rafael Contreras, Soler 459, Capital.

Los chistes deben ser enviados escritos con tinta o a máquina en tarjetas postales, que no necesitan ser ilustradas. En las oficinas de correos las venden y son baratas.

En cada tarjeta debe venir pegado el cupón que aparece en esta página. No será aceptado ningún chiste que no venga acompañado del correspondiente cupón.

El director elegirá, de los chistes que se reciban, los que sean dignos de publicación y de entre esos mismos se elegirá cada semana el o los dignos de premio. Los que hayan sido premiados recibirán $ 5. — cada uno por giro postal. Es, pues, indispensable enviar el nombre y la dirección.

La prueba de que la tarjeta postal ha sido echada al correo no es considerada demostración de que el chiste ha sido remitido.

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO CHISTE QUE SE ENVIE AL CONCURSO

PUCKY No. 272

Los premios no tienen límite: Lo mismo puede ser uno que muchos más. Se desean chistes dignos de premio. De su originalidad responden sus autores.

Todo lector que quiera tomar parte en este concurso, sólo tiene que ceñirse a las condiciones que anteriormente se expresan. No se entra en correspondencia respecto al concurso ni se dan más explicaciones de las publicadas aquí.

MANDE UN BUEN CHISTE Y GANE $ 5.-

PERIQUIN

Por JOSE ZAHONERO

Alegran mi barrio, que en medio del campo es un conjunto de casas no muy apartadas del uniforme concierto de hermosos edificios de Madrid, los gorriones y los chicuelos en los días de sol, las nevatillas y los chicuelos en los días de nieve, y en los días de viento y de lluvia, los augustiados transeuntes, en cómicas actitudes al saltar charcas y lodazales, o al defenderse del huracán, y los chicuelos siempre bulliciosos y contentos, llueva, granice o nieve, o luzca un brillante sol.

Entre aquella menuda gentecilla, prófugos de la escuela, larvas de todos los oficios, pobre esperanza de familias trabajadoras, chicuelos que desgarran la blusa del aprendiz en las aventuras de una vida revoltosa; niños que no saben si entregar su libertad a las faenas del taller o a las hazañas del servicio militar, brilla Periquín, en cuyas manos siempre se veía o un canto dispuesto contra la cabeza del primero que se ofreciese al antojo de las iras del muchacho o un mendrugo de pan, tan duro como el canto.

Los del barrio, gente laboriosa y prosaica, ignorábamos casi siempre que nuestro honor, es decir, que el honor nacional de aquella pequeña agrupación de casas, que la honra, en fin, del Cerro del Aire, se hallaba comprometida; y en tanto que desde el señor Manuel, el cerrajero mecánico, hasta tío Jindana, vendedor de periódicos, nos hallábamos ocupados los vecinos de la barriada en nuestros respectivos trabajos, atendiendo al antiguo consejo de "zapatero a tus zapatos", alguien velaba por la dignidad patriótica.

¿Para qué ha creado Dios a los héroes?

Aquel corticalzones, de zapatos agujereados, cabeza destocada y pelona, el ilustre Periquín, había descubierto los intentos maquiavélicos de la triple alianza extranjera.

—Los gomosillos del barrio de Salamanca, los coletas del barrio de la Salud y los pringaos de la Guindalera, se han crecido este año y se van a venir el mejor día por acá; ¡conde! y qué de narices vamos a romper; no tenemos dignidad si no les acogotamos; ¡conde! ¡me caso con Dios! En cuanto demos en atizar honda y arrempujarles pa allá, no paran hasta el pueblo nuevo y van a salir muchos gomosillos perdidos en el "Heraldo", pagando el hallazgo, ¡conde!

A la verdad que todos los años Periquín dejaba muy alta la honra y muy alta la fama del Cerro del Aire.

Periquín, además de guerrear, era un valeroso explorador que se llegaba hasta Chamartín de la Rosa a catar por sí mismo el jugo de las cepas de aquellos viñedos. Muchas noches dormía en los tejares por el invierno, para ayudar a recoger el hielo en las charcas contiguas y pasarle de matute; por estudiar sin duda las costumbres o hacer ejercicios de oratoria, apostrofaba a las lavanderas del arroyo, y, por último, ¿quién podría saber de qué audaces excursiones tornaría aquel gran militar, cuando su madre la señá Simona, bramando de ira y armada con el palo de la escoba, salía a recibirle, exclamando:

—¡Maldito, condenado de los demonios! ¿Dónde has estao, dónde has estao, que me pudres los hígados? Miren y cómo llega, después de tres días. Más te valiera ¡bigardo!, aprender un oficio, que entre tu padre y tú van a enterrarme. Anda, anda, entre y le verás que está con el cuerpo hecho un boto, reventado de vino.

Tras el discurso caían sobre Periquín los estacazos que le largaba la robusta matrona.

—¡Conde!... — rugía en son de protesta el chico. — ¡Que me hace usté daño!

Luego, al entrar en la casa, solía darle al padre la mona de la rigidez y la moralidad paternal; el devoto de Baco soltaba algunos soplamocos sobre el fiero Periquín, el cual con mayor ferocidad, protestaba, al modo que el Cid cuando su padre hubo de estrujar su mano entre las suyas para medir su coraje.

Más los héroes son hechos de una madera bien distinta de la que ha servido para hacer a los demás si es que las gentes estamos hechas de madera, y ni tormentos, ni castigo, ni prisión, doblegaban la salvaje voluntad del muchacho, con las rígidas y monótonas cuando serviles obligaciones de un trabajo rutinario; ni corrompían su alma dispuesta para grandes hechos, con el utilitarismo inmediato y vulgar de miserable ganancia.

Nada puede hacer perder su individualidad a estos poderosos héroes.

Un día a la puerta de la casa de la señá Simona se halla Guelito, un nuevo y asombroso personaje que no llegaba en altura a la mitad de la escoba de la referida vecina; gordiflón y colorado, parecía un canónigo en miniatura, si es que los canónigos convenimos en que puedan servir como símbolo del reposo de ánimo y la obesidad de cuerpo; sólo que Guelito tenía desnudas sus piernas y arremangadas sus faldillas de modo que no creemos que sea costumbre que arremangue su sotana o bajo sus calzones ningún reverendo; y a vueltas y revueltas que Guelito daba en el suelo solía mostrar un puntito de rosa no muy limpio y descaradamente descubierto a la luz del sol.

Guelito era goloso, no hallando nunca satisfecha su golosina; era, en fin, cínicamente perezoso como un Diógenes y sibarítico como un Epicúreo. Sus golosinas no eran difíciles de satisfacer; bastábale una patata cocida o un pedazo de pan.

En esto llegó Periquín. Aquel día el héroe se hallaba, sin saber por qué, preocupado; volvía de casa de su camarada Braguinito; Periquín le había visto en la caja, rígido, coronado de flores.

¡Qué me hace usted daño.

El señor médico salía de la casa diciendo que de todo tenían la culpa los padres de Braguillas, que dejaban a los chicos andar descalzos por el agua, el lodo y la arena, y ¿quién puede referir cuántas cosas más dijo el médico ásperamente?

Conocíasele en la cara que iba muy emocionado.

—¡Conde! ¿Qué haces tú ahí? — dijo Periquín al ver a Guelito. — ¡Anda! Madre ha salido, han cerrado la puerta y ¡t'han dejao solo! ¡También es conciencia!

—¡Arrastrao! El de la concencia eres tú. ¡Miren el maldito y con la que sale!—exclamó la señá Simona asomando la cabeza por una ventana.

Y añadió con tono imperioso:

—Maldito de cocer, estate ahí con el niño, que ya no trabajas, mejor que estar haciendo granujadas por ahí te vendrá cuidar de Miguelito, que no parece sino que el niño está abandonado.

—¡Conde, lo que son los héroes! El nuestro se resignó, gustoso, y por la primera vez en su vida se estuvo toda la mañana sentado con el chico a cuestas, apretando la rolliza carita de Guelito contra la suya de pilluelo, pálida con sus gordiflonas manecitas.

Ambos reían al sol, hasta que por último el pequeñuelo, abandonando su cabeza en los brazos de Periquín, y éste cantando el rum rum, como una niñera, le fué halagando el sueño. Bajo las faldillas del niño asomaban los piececitos robustos, sucios de polvo y de lodo. Periquín quiso, para calentarlo, apretarlos en su manos: estaban muy fríos.

A la dulce presión exclamó el niño, medio dormido:

—¡Patos!

—¡Recontra! ¡Conde! — murmuró Periquín, conmovido, gritando después. — ¡Madre! El niño tiene los pies como el hielo. ¡Patos ha dicho. ¡Me caso en diez!...

Y como inspirado con una furiosa determinación, gritó:

—Dende mañana voy a la obra y m'ajusto de peón. ¡Conde¡ Es una sinvergüencería que el chico esté sin zapatos.

Y mírese de dónde tomó pie para convertirse en uno de estos modestos pólipos que incensante y laboriosamente trabajan en la fabricación de las grandes ciudades, madreporas humanas ,y Periquín dejó la guerra y la aventura por el trabajo y el salario.

Sensible es que no ande con mucho lustre la guerrera fama del barrio, y que las vecinas naciones nos tengan en poco, pero, en fin, Guelito, tiene zapatos.

EL MISTERIO DE MADELEINE SMITH

Por X. X.

Es ésta la fascinadora relación del proceso de Madeleine Smith, acusada de envenenamiento. Ha sido uno de los crímenes más sensacionales y está narrado a continuación, de una manera magistral, por un socio del Club de los Crímenes, que se oculta con las iniciales X. X.

I

EN el año de 1837, vivía en la hermosa isla de Jersey, la familia conocida con el nombre de L'Angelier. Eran Hugonotes franceses, que se habían visto obligados a refugiarse allí huyendo de las persecuciones de que se les hacía objeto en Francia.

En ese año nació Pierre Emile L'Angelier. Poco se sabe de su infancia, exceptuando que cuando terminó sus cursos en la escuela primaria fué a Edimburgo, donde trabajó hasta 1851. Entonces se dirigió al continente a buscar fortuna, pero habiendo fracasado en sus esfuerzos, volvió desalentado a Edimburgo.

Durante algún tiempo vivió en un restaurant, haciendo la limpieza y diversos servicios; el dueño le daba comida y alojamiento. No estaba satisfecho con este trabajo y trató de encontrar otro mejor. Se dirigió a Dunde, donde lo único que logró fué ocupar una plaza de enfermero en el hospital, pero aun en esto fracasó. De manera que en el año 1863, fué a Glasgow, donde trabajó de escribiente por el miserable sueldo de diez chelines por semana y alojamiento. Allí permaneció hasta su fallecimiento, que ocurrió en Marzo de 1867.

A pesar de su humilde posición social, los demás escribientes lo respetaban, pues pronto notaron que este francés había visto mejores tiempos, y que posiblemente era pariente de alguna familia de la aristocracia de Francia.

II

Cerca de la población de Row, a orillas del río Clyde, había sido edificada una hermosa casa-quinta denominada Rowaleyn, la que era propiedad de Mr. Smith, un arquitecto de Glasgow.

Durante los veranos, Mr. Smith residía en Rowalyn, pero en cuanto los días comenzaban a acortarse y el invierno a llegar, se trasladaba con toda su familia, — constituída por la señora, tres hijas y dos hijos, — a su casa de invierno en Glasgow.

La hija mayor era Madeleine Namilton Smith, una hermosa y atractiva muchacha, de cuya belleza se hablaba mucho en Glasgow. Había nacido en el año 1836. Muy bien educada, dotada de talento y de excelentes cualidades, nada más natural es que su porvenir se presentara risueño y tranquilo. Pero la influencia fatal de un hombre destruyó todas estas esperanzas, y la mezcló en una horrible tragedia.

III

Entre los amigos de la familia, había un joven llamado Robert Laird, empleado de Banco. Laird era intimo amigo de Emile D' Angelier. Este conocía de vista a Madeleine Smith, y sabiendo que Laird era de la amistad de ella, le pidió que lo presentara, a fin de conocerla mejor. Al parecer Baird sentía celos de su amigo, pues se negó varias veces a complacerlo, pero el francés no se desanimó por ello, y encontrándola un día sola, se presentó a sí mismo. Pronto se hicieron íntimos amigos, pues D'Angelier poseía una atracción singular para las mujeres, por su distinción y noble apariencia.

Desde el primer día, Madeleine juzgó innecesario presentar su amigo a la familia, y se veían clandestinamente. Sin embargo, al llegar el tiempo en que la familia Smith se trasladaba a Rowalyn, los dos amantes se dieron cuenta de que les iba a ser muy penoso estar separados, y decidieron escribirse a intervalos regulares.

Madeleine fué la que escribió primero, firmando la carta con su apodo familiar: "Mimí". La correspondencia entre ellos no duró mucho, pues Madeleine dándose cuenta de que su padre nunca consentiría en que se casara con un hombre tan pobre, le pidió que no le escribiera más. Sin embargo, sus relaciones fueron reanudadas al volver ella a Glasgow, y en Diciembre habían llegado a tal intimidad que Madeleina escribía sus cartas comenzando: "Mi querido esposo", y

firmbaba las cartas como "Mimí L'Angelier"

Miss Perry, una amiga de Madeleine, les ayudaba a entrevistarse secretamente, sabiendo que estaban comprometidos. Deseando ayudar a los enamorados hasta que pudieran realizar un feliz matrimonio, casi todos los días servía de mensajera para entregar cartas y mensajes que se cambiaban entre ellos.

Este estado de cosas duraba aproximadamente un año, cuando Mr. Smith descubrió la correspondencia y ordenó a Madeleine cortar sus relaciones con L'Angelier y no volver a verlo más. Ella prometió obedecerle; pero su pasión era más fuerte que la promesa hecha al padre. Una de las mucamas, llamada "Christiana Haggart", le traía del correo las cartas que él le escribía a un nombre falso, y hasta le abría la puerta de servicio a L' Angelier para que se entrevistara con Madeleine. En realidad, ella no había cometido falta alguna, pero durante estas entrevistas clandestinas, él con la formal promesa de que se casaría muy pronto, engañó a Madeleine.

IV

En Noviembre de 1856, la familia Smith volvió a Glasgow y se alojó en la planta baja del No. 7, Blythswood Square. El dormitorio de Madeleine tenía una ventana que daba a la parte de atrás de la casa. Durante todo el invierno la correspondencia y las citas siguieron, y la pareja había resuelto el día en que se fugarían, a mediados de Marzo, pero antes de que llegara ese día feliz, ya Madeleine se había cansado de su amante, atrayendo su atención un rico comerciante de Glasgow llamado Mr. Munnonch. Decidió pues casarse con él y se comprometieron formalmente en Enero de 1857. Por lo demás Madeleine estaba convencida de que sus padres no le permitirían nunca casarse con L'Angelier, a causa de su pobreza.

Por consiguiente, decidió cortar sus relaciones con L'Angelier. Al efecto le escribió una carta, en la que manifestaba que "habiéndose aburrido mutuamente uno del otro, lo mejor que podían hacer era devolver sus cartas y considerarse libres nuevamente." No le dijo nada acerca del hombre con quien se había comprometido.

L'Angelier no pudo contener su ira ante el pensamiento de que se vería obligado a soportar las burlas de sus compañeros de oficina, a varios de los cuales había referido su victoria sobre Madeleine Smith. Hasta había llegado a contarle al señor Meau, agregado al consulado de Francia, que pronto se casaría con Mimí, a quien su compatriota conocía.

Lo primero que hizo al recibir la carta fué informar a Mr. Kennedy, cajero del almacén donde trabajaba, respecto a sus relaciones con Madeleine y el final que éstas habían tenido, concluyendo por pedirle su consejo.

Kennedy, naturalmente, le dijo que como un caballero que era, no podía hacer otra cosa que devolverle las cartas a Madeleine y no volver a verla más.

L'Angelier no lo entendió así. Juró que Madeleine se casaría con él. Comunicó esta decisión a la pobre muchacha, avisándole también que en caso que ella rehusara, le mandaría todas las cartas a su padre.

Se comprende fácilmente la situación de la infeliz Madeleine, quien le escribió desesperadas cartas a L'Angelier pidiéndole clemencia.

Una misiva seguía a otra, rogándole que le guardara el secreto.

"Por favor — decía Madeleine en una de ellas — guarda el secreto. Que no se entere nadie! En el nombre de Cristo, no me denuncies! No podré vivir más entre la gente. Odíame, despréciame, pero no hagas un escándalo público. Nadie me ama, todos me desprecian."

En estas líneas se puede ver que, aunque Madeleine pedía clemencia a su amante, aun no le había comunicado que se había comprometido con Mr. Minnoch.

L'Angelir contestó a estas cartas, pidiéndole una entrevista, y finalmente la pareja se reconcilió. La correspondencia y las entrevistas continuaron después de esto, pero aunque todavía se firmaba "tu querida Mimí", las cartas de Madeleine estaban escritas de una manera más reservada que las primeras.

Más o menos una semana después de la reconciliación, L'Angelier regresó una noche a su casa después de entrevistarse con ella. A la mañana siguiente, la patrona de la casa de pensión, sintió ruidos extraños y entró en la habitación de L'Angelier y lo encontró revolcándose en el suelo, presa de los más atroces dolores. Después de unos días mejoró algo, pero no se sintió en su estado normal.

V

Poco tiempo después tuvo una recaída de la misma enfermedad que le había atacado la noche de referencia. El médico fué llamado inmediatamente y prescribió lo que su ciencia le aconsejaba.

Esta recaída hizo permanecer a L'Angelier una semana en el lecho, y cuando pudo levantarse fué a ver a la fiel intermediaria de los amantes, miss Perry, y le dijo que había llegado a perder las esperanzas de salvarse de la muerte. Cuando ella le preguntó a qué atribuía su enfermedad, L'Angelier le dijo que no sabía qué causas podían haberle ocasionado estos violentos dolores y convulsiones.

Pero unos días más tarde volvió a visitar a miss Perry y le dijo que había sufrido otro ataque con síntomas idénticos después de tomar una taza de chocolate que le había dado Madeleine. También le manifestó que estaba tan enamorado de su prometida, que, aunque ella lo envenenara, la perdonaría y seguiría queriéndola.

Miss Perry se sorprendió mucho ante esta observación intempestiva.

VI

Nosotros nos damos cuenta de las razones que tenía Madelaine para intentar desembarazarse de su amante, pero miss Perry no sabía nada de la tentativa de ruptura de rela-

ciones por parte de Madeleine, ni tampoco de la reconciliación. De manera que era inexplicable para ella que su patrona intentara envenenar a su futuro esposo, a quien, aparentemente, amaba con afecto tan sincero.

Entretanto, Mr. Minnoch y la familia consiguieron que ella accediera a que el compromiso de matrimonio fuera anunciado públicamente, y así se hizo, fijándose como fecha de la ceremonia el día 15 de junio.

Antes de salir de Glasgow, Madeleine tuvo otra entrevista con L'Angelier, quien le recriminó que estaba dándole demasiada confianza a Minnoch. Unos días después, habiendo llegado a sus oídos la noticia del compromiso de matrimonio con Minnoch, le escribió exigiendo le dijera si era cierto. Madeleine contestó que Minnoch no pasaba de ser un amigo de la familia, y que su único amante era él: Emile.

A fin de mejorar su salud, L'Angelier fué al campo por una semana y no volvió a Glasgow hasta el 17 de marzo. En esta fecha estaba citado con Madeleine para entrevistarse con ella, quien faltó a la cita convenida por ambos.

Mientras la esperaba inútilmente, una carta llegó a su alojamiento, dándole una nueva cita para el día 22 y explicando por qué no había podido ir a la primera.

La patrona de la casa de pensión, notó que la salud de L'Angelier era en apariencia buena. Esa noche él le pidió prestado un cabriolet manifestándole que iba a salir a dar un paseo.

En horas de la madrugada, la patrona de la casa de pensión, fué despertada por un violento llamado de timbre, y corriendo hasta la puerta de calle, halló a su pensionista presa de fuertes dolores. Alcanzó a decirle que se encontraba muy enfermo y que iba a sufrir otro de los ataques de que había sido víctima antes. Lo ayudó a acostarse, y le aplicó los mismos remedios que había usado anteriormente. Al llegar la mañana, y como el enfermo manifestaba que se hallaba peor, el doctor Steven fué llamado.

En la primera opinión del médico, el paciente se encontraba indudablemente muy molesto, pero su enfermedad no tenía gravedad alguna.

Sin embargo, L'Angelier creía firmemente que iba a morir, por lo que rogó a la patrona que le hiciera el favor de ir a llamar a miss Perry. Así lo hizo ella, y volvió al poco rato, manifestando que la persona llamada iba a complacerlo tan pronto como se hubiera desocupado de hacer lo más imprescindible de sus tareas.

Diez minutos más tarde el médico llegó para una segunda visita, y cuando descorrió las cortinas, encontró que el paciente había fallecido. No había dado indicación alguna acerca de dónde había estado la noche anterior, ni tampoco qué alimentos había ingerido, que pudieran haber sido la causa de su muerte. Deseando asegurarse de la causa del fallecimiento, el médico Thompson hizo llamar a uno de sus colegas, el doctor Stevens y ambos celebraron una consulta, discutiendo los extraños síntomas y el fatal desenlace de la enfermedad.

Mientras discutían, un tal Stenveson, que era empleado de la misma firma que L'Angelier, encontró casualmente una carta de Madeleine, en la que ésta le daba cita para la noche anterior.

E asunto comenzó a parecer tan sospechoso que el médico preguntó a los presentes si el muerto había tenido amigos que pudieran informarle quién era la firmante de la carta, la que no tenía dirección ni apellido, pues ya hemos dicho que Madeleine firmaba sus cartas con el nombre de Mimí.

Miss Perry fué llamada y le refirió todos los detalles del compromiso, así como también las entrevistas clandestinas que efectuaban los amantes.

También mencionó que L'Angelier era amigo de monsieur Meau, agregado al consulado de Francia.

Los médicos enviaron a buscar inmediatamente a Meau, el que vino y tomó posesión de los efectos de su amigo. Pronto llegaron otros conocidos de L'Angelier, los que discutían con Meau, insistiendo que no debía tocarse nada hasta que se supieran las causas del fallecimiento de su amigo. Entretanto, Meau había podido ver varias cartas de Madeleine, y tomando una súbita decisión, fué a ver a Mr. Smith, a quien manifestó que era necesario apoderarse y destruir estas cartas para salvar la reputación de su hija.

VIII

Al principio Mr. Smith no quería creer que su hija pudiera haber escrito cartas tan poco dignas de una joven decente, pero ante la insistencia de Meau tuvo que convencerse. Pidióle a Meau que tratara de conseguir las cartas, y así lo hizo éste al día siguiente, pero le fueron rehusadas hasta que la causa del fallecimiento fuera encontrada.

El miércoles siguiente, Meau fué a la casa de Smith de nuevo, y en presencia del padre tuvo una entrevista can Madeleine.

Le dijo que era un hecho conocido — debido a las cartas enviadas por ella al francés, — que éste había tenido una entrevista con ella la noche anterior a la de su muerte.

Madeleine contestó que no lo había visto durante las tres últimas semanas. Agregó también, que era cierto que lo había citado para la noche anterior, con el objeto de recuperar sus cartas, pero él no había concurrido al punto de reunión estipulado.

Al día siguiente, Madeleine se levantó a la madrugada y cautelosamente se vistió y salió de la casa. El silencio de la noche la atemorizó momentáneamente y se refugió en el umbral de una casa vecina. Pero, después de unos instantes, recuperó su sangre fría y se dirigió al embarcadero, confiando encontrar un vapor que la condujera a Rowalyn.

Pero los vapores no salen tan temprano, y ella se vió obligada a esperar hasta las ocho de la mañana, antes de poder subir a bordo, para esperar la hora de salida.

IX

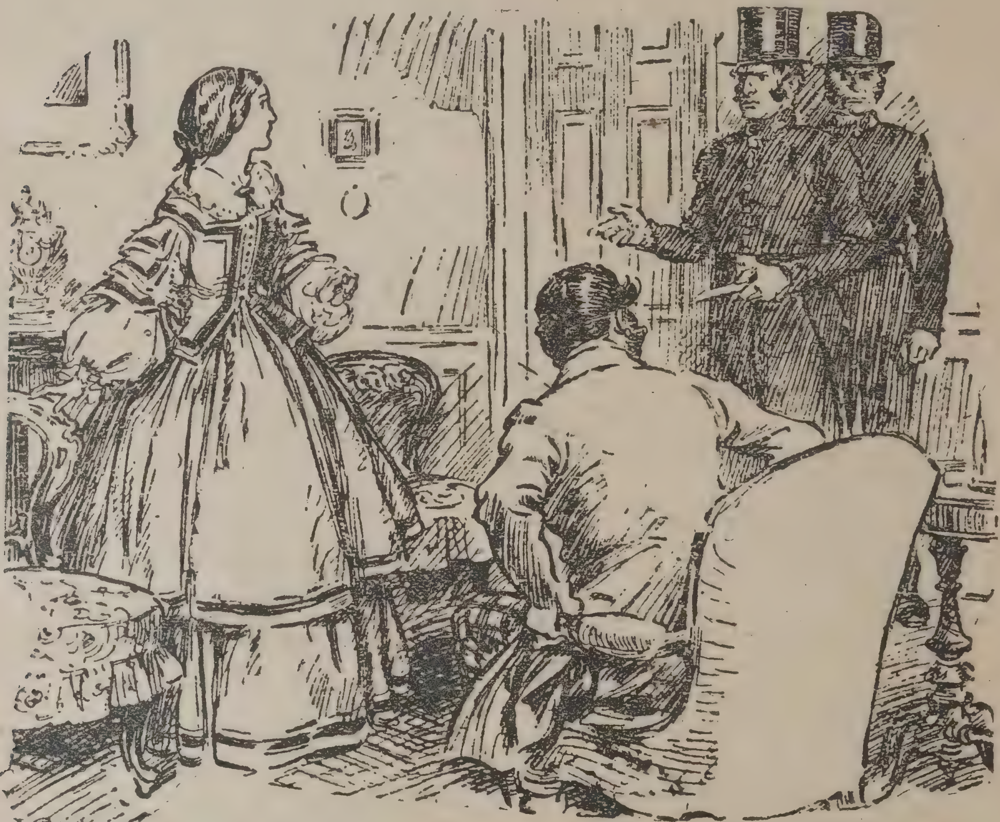
Al comprobar la desaparición de Madeleine, la familia llamó al prometido de ella, Mr. Minnoch, para que ayudara a buscarla.

El padre fué a la estación de ferrocarril y Minnoch y la familia se dirigieron al embarcadero; pronto encontraron la pista, pues había allí varias personas que la habían visto embarcarse. Resolvieron tomar el próximo tren y alcanzarla en Rowalyn. Le fué explicado a Minnoch, que su prometida había sufrido un disgusto, y él aceptó las explicaciones sin preocuparse mayormente. Está demás decir que Minnoch no sabía nada de las relaciones de Madeleine con L'Angelier. Pero, infortunadamente para ella, la justicia hizo una investigación completa referente a los hechos anteriores al fallecimiento del francés.

Los dos médicos que habían atendido al enfermo, declararon que L'Angelier había sido envenenado.

El cadáver había sido enterrado hacía dos días, de manera que fué necesario exhumar el cuerpo y sacar varias vísceras del mismo, para hacer el análisis de práctica.

Madeleine estaba conversando con Mr. Minnoch, a quien le dijo que había rumores de que L'Angelier había sido envenenado, pero ella no los creía. También le manifestó que había comprado arsénico varias veces, y que este veneno lo destinaba para hacer un cosmético que daba muy buenos resultados.



... los que comunicaron a la joven que desde ese momento quedaba arrestada bajo la acusación de haber envenenado a L'Angelier.

En ese momento, aparecieron varios agentes de policía, los que comunicaron a la joven que desde ese momento quedaba arrestada ,bajo la acusación de haber envenenado a L'Angelier.

X

Los trámites de la justicia fueron realizados rápidamente y casi antes de darse cuenta, Madeleine había sido llevada a la prisión de Glasgow, donde sería juzgada.

El último día del mes de junio se comenzó

el juicio ante la Suprema Corte de Justicia de Edimburgo.

La Corte estaba compuesta de los lords Clerk, Inory y Handyside, ayudados por un jurado de trece ciudadanos respetables.

El juzgado estaba atestado de gente, ansiosa de ver a la prisionera. La reputación de su belleza había llegado a Edimburgo, y fué muy difícil acallar los murmullos de simpatía que se sintieron cuando la acusada ocupó el asiento reservado para ella.

A pesar de que había permanecido tres meses en a prisión, estaba tan hermosa como siempre. Estaba vestida con un rico traje de seda marrón, y no penetró a la sala de justicia como una acusada vulgar.

El fiscal por la Corona investigó la intriga entre Madeleine y L'Angelier desde su principio y probó que la prisionera se encontró durante algún tiempo en la difícil posición de estar comprometida con dos hombres a la vez.

Demostró por medio de las cartas, que la pareja se vió clandestinamente muchas veces, dando en el curso de estas entrevistas, rienda suelta a sus pasiones. Trajo a colación que el extinto había dicho a miss Perry en dos ocasiones que atribuía sus dolencias al chocolate ofrecido por Madeleine.

Después de esto, discutió si los amantes se llegaron a ver en la noche anterior al día que se produjo el fallecimiento de L'Angelier. Se sabía que L'Angelier había salido de la casa de pensión un poco después de las nueve, y a las nueve y veinte fué visto cerca de la casa.

—Naturalmente, — manifestó el fiscal,— era demasiado temprano y L'Angelier conocía las costumbres de la casa y sabía que aún no era el momento oportuno para entrar a efectuar su entrevista con Madeleine. Cruzó la calle y se fué a hacer una visita a su amigo Mr. Alister. No lo encontró en la casa, pero el sirviente de Mr. Alister lo reconoció y le informó que su patrón volvería a las nueve y media. Después de esto, la justicia ha sido incapaz de averiguar en qué ocupó su tiempo L'Angelier hasta que volvió a la casa, ya presa del ataque que lo llevó a la tumba. Es mi convicción que la víctima salió de su casa con la firme intención de visitar a Madeleine, y no puedo admitir que cuando estuvo a cien metros de la casa, y sabiendo que ella lo esperaba cambiara súbitamente de idea y se dirigiera a otro lugar, que nos ha sido imposible descubrir.

Concluyó el fiscal su acusación, diciendo que no deseaba ser indebidamente severo con la infortunada prisionera, sino que simplemente había cumplido con su deber, poniendo en conocimiento del jurado los hechos, como verdaderamente habían ocurrido.

A continuación llegó el turno del defensor. En la sala reinaba un profundo silencio, cuando se puso de pie, e hizo su exposición:

"Caballeros del jurado: la acusación contra la prisionera es de asesinato, y el castigo por el mismo es la pena de muerte. Son tan complejos los hechos en este juicio que debemos ser absolutamente imparciales y no dejarnos guiar por evidencias circunstanciales, que podrían llevarnos a cometer una gravísima injusticia.

Dijo a continuación que no iba a pedir cle-

EL ORIGEN DE LA MONEDA

Según lo que nos refiere la historia, el primero que acuñó moneda fué Pheidon, rey de Argos, allá por el año 895 antes de Jesucristo, lo cual no supone que anteriormente a esta época no haya existido un equivalente a lo que en la actualidad conocemos con el nombre de dinero, pues desde muchos siglos antes de la fecha citada los egipcios empleaban el oro y la plata en la forma de anillos, estatüitas, pepitas, etc., en sus transacciones comerciales. El valor de esta moneda dependía del peso de la misma.

Los griegos mejoraron este sistema grabando sobre cada trozo de estos metales así empleados, el peso de cada uno, haciendo así innecesario el empleo de la balanza en cada caso. Luego se introdujo el sistema de hacer todos estos pedazos de metal, de la misma forma y de tamaños diversos, guardando entre sí determinada proporción. De aquí, ya no había más que un paso que recorrer para llegar a la construcción de los discos metálicos con figuras y leyendas estampadas que constituyen la moneda actual.

Algunas de las monedas primitivas eran de un tamaño enorme; esto se hacía con el fin de combatir la avaricia. Ciertas monedas de cobre de esta época tenían el tamaño de platos.

Según Aristóteles, hubo un tiempo en que en Grecia se empleó el hierro para la fabricación de moneda, y también el plomo, como en la actualidad se observa en Burma. El cobre, sin embargo, adquirió pronto la preponderancia que aún conserva.

En el siglo tercero antes de Jesucristo, la única moneda que se acuñaba en Roma, era una aleación de este metal con el estaño, la que constituye lo que se llama bronce. Esta moneda se usó hasta el año 269 (A. J.), fecha en que se acuñó en Roma la primera de plata.

Los suizos fueron los primeros en poner en las monedas la fecha de su acuñación. Esta innovación data de hace cuatro siglos y fué pronto adoptada por las demás naciones.

La moneda de menor valor que se ha acuñado es el "mite" y de ella hace referencia la Biblia al hablar de la limosna que hizo la viuda a un pobre. El valor de esta moneda era cincuenta veces menor que el del centavo.

mencia para su clienta, sino simplemente justicia, a la que tenía derecho.

El abogado defensor, examinó la conducta de L'Angelier: demostró que era un vanidoso y mujeriego, que se jactaba entre sus amigos de las conquistas que había hecho. Declaró que desde el primer momento, L'Angelier se había esforzado en seducir a Madeleine, para que después se viera obligada a casarse con él, y así elevarse en la escala social.

Aseguró que el francés había sido una persona muy excitable y que acostumbraba a manifestar su intención de suicidarse cuando sus planes no resultaban de acuerdo con sus deseos.

Examinando las fechas en que el muerto sufrió los tres ataques, llegó a la conclusión de que en el primero de ellos Madeleine no tenía arsénico en su poder; —en cuanto al segundo y tercero el fiscal nò había logrado probar que los amantes se habían entrevistado, de manera que no había prueba positiva alguna contra su defendida.

En cuanto a la fuga de la acusada, era fácil comprender las causa que la determinaron. Al darse cuenta de que su padre se enteraría de sus culpables relaciones con L'Angelier, por medio de las investigaciones que estaba haciendo la policía, decidió huir, temerosa de su justa ira.

—Caballeros, — dijo el defensor, — no huía de la justicia sino de lo que no podía aguantar: la ira de su padre y el dolor de la madre, ante la culpa de la hija, que había deshonrado el nombre de la familia.

El abogado demostró que Madeleine no tenía motivo alguno para desear la muerte de L'Angelier, pues si él vivía, Madeleine podía conseguir que le devolviera sus cartas; en cambio si lo asesinaba, podía tener la seguridad de que las cartas iban a caer en poder de otros, y su vergüenza sería conocida públicamente.

El defensor terminó su peroración pidiendo que Madeleine fuera absuelta de todas las acusaciones hechas contra ella.

Dejando la decisión en las manos del jurado, el juez les indicó que cumplieran con su deber.

Media hora después, el jurado volvió a la sala del proceso y el veredicto dado fué que la prisionera no era culpable de la primera acusación, ni tampoco de la segunda, puesto que no había sido probado el envenenamiento de L'Angelier.

Al ser esto anunciado, el público que había en la sala, aplaudió entusiastamente. Fué imposible restablecer el silencio hasta que pasaron varios minutos.

El juez entonces declaró que estando completamente de acuerdo con la decisión del jurado, declaraba a la procesada absuelta y ordenaba fuera puesta en libertad.

Al volver Madeleine a su casa, no fué admitida en ella por los padres, quienes aunque le pasaron una pensión suficiente para vivir, rehusaron admitirla en el seno del hogar.

Madeleine se casó un tiempo después con un doctor Tudor Hora, quien la llevó a Perth donde vivieron felices por el resto de sus días.

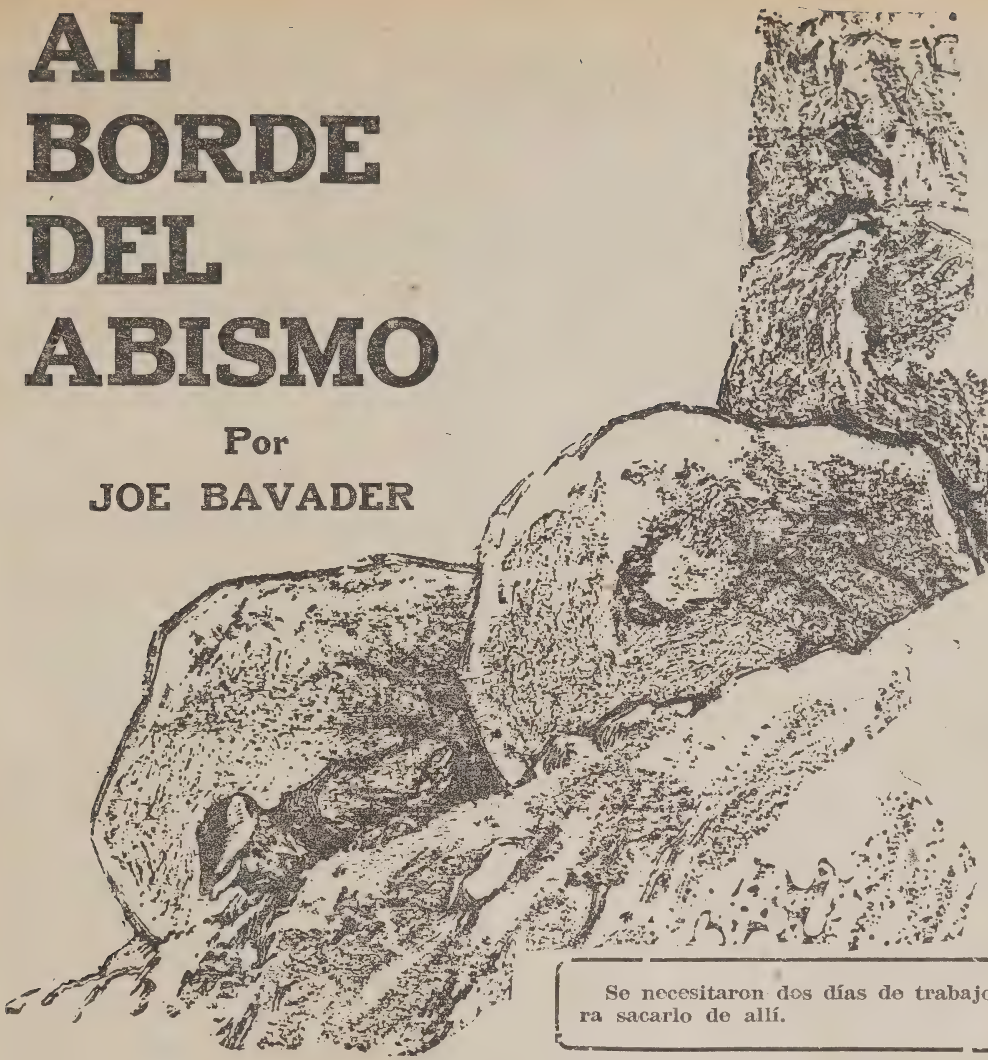
LE MOLESTABA

La señora (que está en la fila de delante): — ¿Le molesta mi sombrero, señor?
El señor: — Ya lo creo. Como que mi esposa me ha pedido uno igual en cuanto lo ha visto.

AL BORDE DEL ABISMO

Por

JOE BAVADER



Se necesitaron dos días de trabajo para sacarlo de allí.

EN fin, — dijo Toused a Mairul cuando se cerró la puerta tras el último fumador. — Nos dirás al fin ¿por qué no has hecho una sola ascensión este año?

Mairul, musculoso como un atleta tomó un sorbo de "fine champagne", encendió un cigarro y dijo:

—¿Te interesa saberlo? Pues voy a decírtelo. No he contado la historia en la mesa porque era poco digestiva... Todos los guías afirman que las montañas acaban por vengarse de los que las desafían y lo creo. Oíd la historia trágica de mi última ascensión.

Después de dar un suspiro, Mairul continuó:

Alpinista de segundo orden, siempre había tenido suerte y desde mi subida al Michabel, realizada a raiz de una apuesta, creí que todo me estaba permitido. No se en que libro de viajes había leído que era imposible escalar el Gietschen, esa punta que domina el lago de los Cuatro cantones. Una roca de doscientos metros de altura sobre el Mirothstok, que tampoco es gran cosa para un alpinista. Resolví trepar a aquella montaña. Y con ese objeto me dirigí a Lucerna y de allí a la aldea de Saint-Jacob. Para ir al Mirothstok, todos se ofrecían hasta los chicos, pero al Gietschen!

Prometí el oro y el moro y al fin una mañana el dueño del albergue en que me alojaba trajo a mi presencia un hombre joven y vigoroso, dueño de un pequeño y primitivo aserradero y que era hábil cazador de gamuzas. Conocía al Giestschen y explicó que no había subido nunca hasta la cima porque había que dar un salto peligroso, pero que yendo dos personas era fácil intentarlo.

Hablamos largamente y preparamos la partida con todos sus detalles.

Las cosas iban a maravilla como ocurre siempre que concluyen mal. La travesía del Mirothstock fué espléndida. Vencíamos los obstáculos fácilmente, y otras veces pegados a las rocas como moscas, franqueábamos un paso peligroso. Nos faltaban aun trescientos metros para llegar a la cima y empezaba lo que el guía llamaba la "chimenea". Nos izamos con gran trabajo hasta una ancha piedra en donde descansamos un rato. Abrimos el saco de las provisiones y almorzamos con buen apetito y mejor humor.

El guía, poco comunicativo, narró, sin embargo, algunas ascensiones famosas en las que había actuado como héroe principal.

Después de un bien ganado reposo emprendimos de nuevo la ascensión. Boggin juzgó oportuno atarnos a la cuerda más larga. Llegaba el momento de ayudarse; había que dar el famoso salto.

Figuraos un largo tejadillo a dos mil seiscientos metros de altura. Boggin me explicó lo que pensaba hacer. Mientras yo sostenía la cuerda él intentaría el escabroso paso, examinando los rebordes, los huecos en donde podrían apoyarse manos y pies; luego, con un impulso calculado, saltaría hacia la plataforma superior sosteniendo a su vez la cuerda para que yo subiese.

—Para subir, no me hubiera importado hacerlo solo, — agregó Boggin, — pero para bajar hay que ser dos: uno que sostiene y otro que busca.

Le ví desapareeer. Al cabo de unos minutos sentí un fuerte tirón de la cuerda y comencé a trepar a fin de llegar al punto fijado.

Tocaba ya casi el b rde de la roca, cuando noté que la cuerda cedía e iba yo resbalando hacia abajo.

—¡Demonios! — exclamó Legrand, uno de los oyentes, muy nervioso.

—Sí, — continuó Mairul.

—Aun me entra frío al recordarlo. Pero hay que creer que en esos momentos el instinto se despierta en nosotros y nos hace realizar milagros. Me sostuve pegado a la roca con los codos apoyados en dos huecos y empecé a tirar de la cuerda. Cedió ésta otro poco y luego quedó tirante, pero no mucho como si estuviera sujeta por algún peso.

Llamé:

—¡Eh!... ¡Boggin!

Nada. Esperé unos segundos y volví a llamar, pero no obtuve respuesta. Yo me hallaba en una situación de las más críticas. No podía bajar ni subir, faltándome ayuda. Eché un poco la cabeza hacia edalante para ver si advertía algo en la plataforma a que había trepado Boggi y en esto ¡paf! una gota que cae sobre mi nuca otra sobre mi cara, otra en la mano... miré y me quedé aterrado; eran gotas de sangre!

* * * *

No podría explicar a ustedes cómo desaté los nudos de la cuerda que rodeaba mi cintura, ni cómo llegué hasta la roca en donde habíamos almorzado. Creo que alguien, no sé si Dios o el diablo, me ayudó en la hazaña. Al encontrame en sitio seguro y agotado por los esfuerzos, perdí el conocimiento.

Allí me encontró la caravana de socorro. Con anteojos de larga vista habían observado la ascensión muchas personas y William Jhonson — el primero que escaló el Spamiorter y que se hallaba casualmente en Fluelen, — dirigió la expedición.

El esfuerzo que Boggin había hecho determinó una embolía. Fulminado, había caído al otro lado de la roca y su cuerpo quedó encajado entre dos aristas. Se necesitaron dos días de trabajo para sacarlo de allí.

—Y he aquí por qué, — terminó diciendo Mairul — ya no me entusiasma tanto la montaña y he renunciado para siempre a las ascensiones.

EL MAL HUMOR

es causa de graves males que afectan al sistema nervioso y perjudican el funcionamiento normal del organismo.

DISTRAIGASE

Vea lo que le sucede a

BARNIGUGLI

Todos los viernes, usted puede pasar momentos de sano esparcimiento mirando en las páginas 2 y 67 de "Pucky" la historia cómica

BARNIGUGLI Y SU PINGO TRAGAVIENTOS

¿ABIERTO O CERRADO?

POR GERMAINE BEAUMONT

Ronald padeció una congestión...

El señor John Older Montalgu movió la cabeza cuando su hijo Ronald le expresó su deseo de casarse con Julieta Capuchón.

—My dear boy — le dijo. — ¿Por qué no te casas con una inglesa? Ciertamente esa francesita es preciosa, rica y agradable, pero hay que desconfiar del carácter francés. Yo he estado en Lille dos veces cuando era joven, por eso sé que los franceses son inquietos y les gusta comer ranas. Reflexionad, Ronald.

—Ya he reflexionado, padre. Amo a Julieta y me casaré con ella.

A la misma hora, al otro lado del mar, la señora Capuchón decía a su hija:

—Julieta; no tengo nada que reprochar a Ronald Montalgu. Pero hubiera preferido que hubieses continuado jugando al tennis que no que os caséis. ¡Tú no sabes, hija mía, lo que es el carácter inglés! Yo, que estuve en 1890 tres meses interna en Ramslitte, lo conozco muy bien. A los ingleses no les gusta más que la carne cruda y las corrientes de aire. Reflexiona.

—Ya he reflexionado, mamá. Amo a Ronald, y si no m dejas casarme con él me iré a América y me haré artista de la pantalla.

El resultado de estas dos conversaciones fué que, después de varias travesías, una hermosa mañana de enero Julieta Capuchón, convertida en señora Montalgu, hizo su entrada triunfal en Venecia, primera etapa de su viaje de novios.

Julieta y Ronald hacían una buena pareja. Al llegar a la poética ciudad italiana se dirigieron al mejor hotel y tomaron una habitación muy confortable.

El primer cuidado de Ronald fué ir al balcón y abrirlo de par en par.

—¿Qué haces, querido Ronald? — preguntó timidamente Julieta. — Me parece que para tener el balcón abierto hace mucho frío...

—Es que huele a viejo, muñequita mía —replicó Ronald, — y voy a ventilar la habitación. Además, yo no puedo vivir con los balcones cerrados, sobre todo de noche.

—¿Por la noche... también los dejas abiertos?

Ronald se acordó de las palabras de su padre y aunque había advertido que a Julieta no le gustaban las ranas, sin embargo pensó que desde el principio debía modificar s ucarácter francés y educar a la inglesa a su mujer.

—Sobre todo de noche, — repitió. — ¡Una persona que duerme con los balcones cerrados no llega a vieja!

—Bien.. haremos lo que tú quieras amor mío — murmuró Julieta tiritando.

Al día siguiente Ronald se acercó a su mujer, que aun dormía y la despertó.

—¿Qué tal has descansado, darling? — le preguntó.

Julieta abrió con dificultad los ojos, y al quererle contestar, un sonido ronco salió de sus labios, quiso sonreir y no pudo. Entonces alargó su mano, que abrasaba, a Ronald.

Este la miró inquieto y notó que su mujer respiraba dificilmente. Envió inmediatamen-

te a buscar a un médico, que declaró que Julieta tenía pulmonía doble.

Efectivamente, Julieta estuvo dos meses entre la vida y la muerte. Para convalecer tuvo que volver a casa de sus padres, mientras que Ronald desesperábase por haber sido la causa de la enfermedad de su adorada mujercita.

Al fin curó y partieron de nuevo para Venecia. Mas esta vez Ronald, heróico y decido a hacer toda clase de sacrificios con tal de conservar a su frágil Julieta, cerró cuidadosamente los balcones.

Al despertar al día siguiente, Julieta fué a besar a su marido, y vió con espanto que tenía la cara amoratada.

Aterrada, llamó al doctor, que diagnosticó un amago de apoplejía.

Durante unos días estuvo Ronald a punto de volverse idiota, mas al fin curó gracias a los solícitos cuidados de su mujer.

Volvieron a viajar. Fueron a Granada, dondes Julieta tuvo un ataque de reuma por dormir con el balcón abierto, y a Dinamarca, donde Ronald padeció una congestión que por poco se muere, por dormir con el balcón cerrado.

Entonces se planteó un problema terrible para los enamorados y desventurados esposos.

Si Julieta enfermaba cuando abrían el balcón, Ronald se hallaba a dos pasos del sepulcro cuando lo cerraban.

Por otro lado, era un matrimonio que se idolatraba y que no quería separarse.

¿Entonces?...

Entonces decidieron irse a vivir a un desierto e instalarse en una tienda de campaña... ¡Como las tiendas de campaña no tienen balcones...!

Hay personas que creen que los escuerzos no mueren nunca, cosa que hasta el presente no ha podido ser comprobada. Lo que hay de cierto es que viven mucho tiempo.

※ ※ ※ ※

Tanto el águila como el cuervo viven hasta los cien años, edad que suele ser la del elefante. Este animal no termina de ordinario su desarrollo completo hasta los 25 años.

Debido a la escasez de viviendas el número de divorcios ha disminuído en París de una manera extraordinaria.

※ ※ ※ ※

En una exposición de perros que acaba de celebrarse en Londres, se ha vendido un diminuto pomeranio que cabía en la palma de la mano, por la suma de 5 mil libras esterlinas (unos 57 mil pesos de nuestra moneda.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.................................de 1928.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.— m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

....

Con letra clara

Precios de suscripcion
Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . „ 4.80
1 año . . . „ 9.—

Nombre y apellido ....

Localidad ....

....

Barrugugli y su pingo Tragavientos (CONTINUACION)

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

Macachín ha reaparecido como un espectro del pasado, y su esposa resuelve renunciar al seguro de vida que ha cobrado: pero aquél se resiste a volver al seno del hogar porque esto sería condenar a Teodorita y a su hijo Pipermit a la miseria. ¿Procede bien Macachín? ¿Es honesto lo que hace?

ORTE
AGO

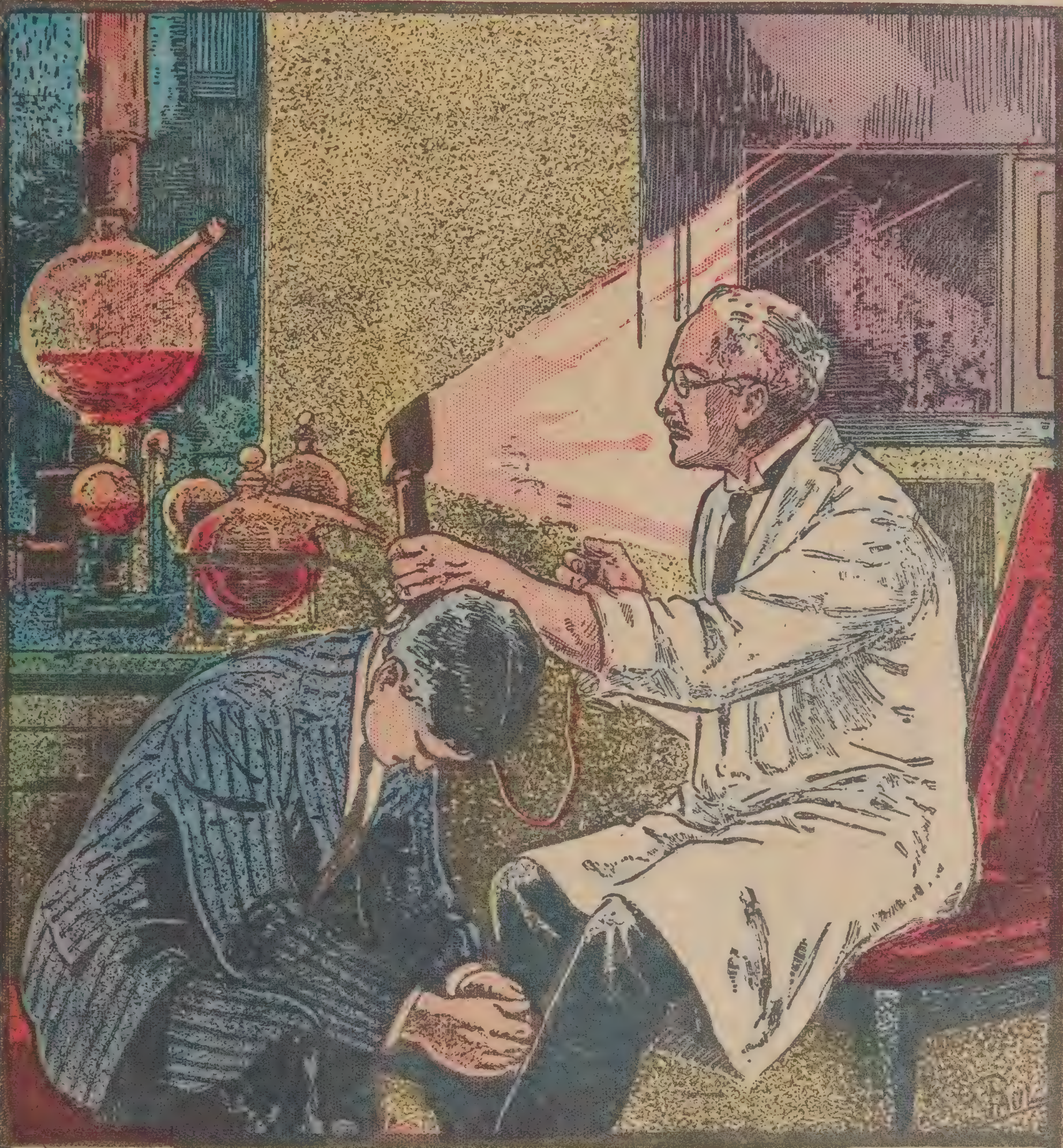
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Diciembre 21
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VII. PUBLICACION SEMANAL No. 273



LA GLANDULA DE ANANIAS

Por W. ALEXANDER

20 cts.

Este cuento revela, bajo un aspecto sorprendente, ciertas características de la constitución orgánica que influyen poderosamente en la psicología y en la moral de los seres humanos.

Barnigugli y su pingo Tragavientos

(Continúa en la página 67)

Sumario

Este número contiene, entre otros valiosos materiales, los siguientes:

LA GLANDULA DE ANANIAS
por W. ALEXANDER.

EL PULPO DE ORO
por E. FELIPE OPPENHEIM.

LA PRUEBA DE FUEGO
por RAYMOND S. SPEARS.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON
por S. S. VAN DINE.

LA RENUNCIA
por JOSE FRANCES.

LA HEREDERA
por GASTON RAGEOT.

COMO LLEGÓ UN ARTISTA A SER ARTISTA
por JAIME RIPOLL

El ASESINATO del ANDROIDE
por F. BOUTET.

TÁRZAN DE LOS MONOS
por EDGAR RICE BURROUGHS

LA CUADRILLA
por HENRY LA COSSITT

MONTAÑAS DE HIELO
Por MARIA CLARA DAVRON.

UN POCO DE HUMORISMO

GRAN CONCURSO DE "PUCKY" Vea las condiciones en la pág. 27

Siempre IMITADO
NUNCA IGUALADO

ANTIBACTER

EL DESINFECTANTE IDEAL

PARA TODOS LOS USOS Y PARA TODAS LAS PERSONAS

VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Preparado por el

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

Y HAGA USTED VERSOS PARA ESO...

El poeta enamorado: — Señorita, ¿quiere oír estos versos de amor que he compuesto para usted?

Ella. — Sí, señor; con mucho gusto. Déselos a Jorge para que él me los lea.

ES UNA MONADA EL NENE

—¡Fíjense en el encanto de mi pibe! Lo dejo solo durante cinco minutos y en tan poco tiempo no me explico cómo ha podido destrozar el aparato de radio.

LA GLANDULA DE ANANIAS

Por W. ALEXANDER

EL doctor Arturo E. Wentworth se arrellanó en su cómodo sofá delante de la chimenea de su biblioteca y mientras escuchaba el repiqueteo de la lluvia, sobre los vidrios de las ventanas pensó con satisfacción en la gran fama que había alcanzado en el ejercicio de la medicina.

Con la realización afortunada de muchas operaciones originales, en que frecuentemente trasplantaba órganos vitales de una persona a otra había adquirido una reputación internacional.

Su sirviente entró con una tarjeta en la mano.

—Lo hice esperar en el vestíbulo doctor, porque no estaba seguro si usted deseaba recibirlo.

El doctor Wentworth miró la tarjeta y leyó: — Jorge F. Ballinger —Club Universitario, y recordó haberlo conocido en forma casual en dicho club.

—Hágalo pasar, Hawkins — dijo — pero si de esta visita no resulta algo interesante voy a castigarlo a usted por haberle permitido echarme a perder la noche. Estoy pensando si ese billete que le asoma del bolsillo de chaleco tendrá algo que ver con que usted haya faltado a la consigna de que no estoy en casa excepto para los que tienen cita.

No pudo reprimir una sonrisa al ver a su fiel Hawkins salir apuradamente, estrujando entre las manos el billete delator.

Al momento entró un hombre elegante de mirada inteligente y finas facciones, quien estrechádole la mano le dijo:

—Debo pedirle disculpas doctor por venir a molestarlo a su casa particular, pero la verdod es que yo no estoy seguro si vengo a verlo en su carácter de profesional. Creo más bien que ha sido su reputación de hombre de gran corazón y experiencia, siempre dispuesto a ayudar al que se encuentra en situación difícil, lo que me ha traído hasta su casa.

—Temo que exagera usted mi reputación, señor Ballinger, — repuso el doctor. — De todos modos, entiendo por lo que acaba de decir, que le ocurre alguna dificultad. Dígame usted lo que le pasa y acaso pueda ayudarlo.

—Usted sabrá posiblemente — comenzó diciendo el señor Ballinger, — que he tenido bastante éxito en mi profesión de corredor de bolsa. Tengo ahora treinta y cinco años y desde los diez que hace que salí del colegio, he logrado reunir una fortuna considerable. Mi señora y yo tenemos entrada en la mejor sociedad de esta ciudad, ambos gozamos de buena salud, y lógicamente debiéramos ser muy felices si no fuera porque hay el infaltable pero... Y ese pero es el que casi tengo vergüenza de confesarlo. Yo, doctor, soy un embustero, — un embustero incorregible y persistente, aunque impremeditado. Digo mentiras cuando convendría mejor a mis intereses decir la verdad. No puedo referir el más vulgar acontecimiento, ni contestar a la pregunta más sencilla sin que me venga el impulso irresistible de mentir. Muchas veces este defecto le ha creado situaciones molestas a mi esposa, hasta hasta el punto que está resuelta a separarse de mí si yo no me corrijo. Pero esto no puedo conseguirlo por más empeño que ponga en hacerlo. Aún de chico, tenía la tendencia de exagerar las cosas, pero ahora se ha desarrollado a tal punto que hasta en asuntos de negocios falto a la verdad y miento continuamente a mis socios. Mis embustes no tienen sentido y no responden a ningún propósito. En muy raras ocasioes me han beneficiado financiaramente, en general me osasionan grandes pérdidas. Siempre he tenido el orgullo de ser honesto y correcto en todos mis tratos, pero de seis meses a esta parte mis mentiras impremeditadas han dado lugar a que mis asociados me consideren con sospecha y mis relaciones sociales me miren de reojo. ¿Puede usted hacer algo por mí, doctor?

—Podré contestar a su pregunta dentro de un minuto, — dijo el doctor, dirigiéndose a una vitrina y trayendo un aparato niquelado con un cordón eléctrico que parecía una linterna. Enchufó el cordón en un tomacorriente. — Este es mi aparato portatil de rayos X, y si quiere usted agachar la cabeza voy a examinar cierta glándula si-

> *En este cuento de ficción científica, su autor desarrolla un tema realmente interesante, en el que pone de manifiesto sus conocimientos de la psicología moderna y sus cualidades de fino ironista.*
>
> *¿La mentira obedece a causas morales o depende de factores físicos?*

tuada en le región posterior de la misma.

Después de hacer el examen guardó el aparato de rayos X en la vitrina y volvió a tomar asiento.

—Su estado, señor Ballinger, es exactamente lo que yo sospechaba. No siendo usted médico probablemente no esta al corriente de ciertos descubrimientos extraordinarios hechos recientemente por algunos sabios, que se aplican exactamente a su caso. Se sabe ahora que la mayor o menor observancia de la verdad depende enteramente del estado y desarrollo de una glándula aislada que se encuentra un poco debajo de la médula ubicada detrás de la cabeza. A esta glándula le han dado el nombre muy apropiado por cierto de "Glándula de Ananias", por la fama de embustero que tenía ese personaje bíblico. Mi aparato de rayos X demuestra que en usted ésta glándula está anormalmente desarrollada y el único remedio es reducirla a su tamaño normal por medio de una operación quirúrgica.

—Sus palabras doctor son para mi un inmenso alivio — dijo Ballinger con una sonrisa de felicidad, — porque me demuestra que no soy en realidad responsable de mis mentiras. He tenido últimamente el temor de que en el fondo yo sea un falsario. ¿Cuándo puede usted efectuar la operación y durante cuánto tiempo tendré que estar recluído?

—Puedo arreglar las cosas en forma de operarlo mañana mismo y tendrá que estar en el hospital durante tres días, aunque convendrá que se tome después un decanso de dos o tres semanas. Me permito aconsejarle que haga creer a sus amistades que le van a extirpar las amígdalas. Le evitará la necesidad de entrar en explicaciones que le serían embarazosas.

La operación se realizó al día siguiente y el éxito de la misma se pusó en evidencia dos días después cuando un amigo fué a verlo al hospital para saber cómo seguía.

—Y viejo, ¿te deshiciste de tus inservibles amigdalas?

—No — repuso Ballinger. Y estaba a punto de explicar que lo que le habían operado era otra cosa, cuando lo interrumpió el doctos que casualmente se hallaba en la habitación.

—Quiere decir que no sabe lo que le han hecho, — dijo el doctor riéndose, — excepto que tiene muy dolorida la garganta. Creo que le conviene no hablar durante un par de días.

Después de ser dado de alta, Ballinger fué a pasar una quincena al balneario de Palm Beach donde se divirtió en grande, nadando y jugando al golf, encontrándose muy bien cuando volvió después de ese tiempo a la oficina.

No pasó mucho tiempo sin que advirtiera que su curación de decir embustes había sido absoluta. En la misma medida que antes no podía retenerse de decir mentiras ahora le era imposible evitar de decir la cruda verdad.

Una noche que debía concurrir a una cena en compañía de su esposa ella fué a buscarlo a la sala después que su dama de compañía la hubo arreglado con todo esmero sintiéndose muy orgullosa de su elegancia y hermosura.

—¿Cómo me encuentras? ¿Qué te parece mi nuevo vestido? — le dijo coquetonamente, dando vueltas despacio a su alrededor para que la viera por todos lados, y esperando la aprobación masculina que desean todas las mujeres.

—Bien — dijo él observándola atentamente, — ese vestido con tantos volados ha sido ideado para una persona delgada pero tu eres demasiado gruesa para usar ese estilo. Tienes un poco hinchado debajo de los ojos y en mi opinión hay demasiado rouge sobre tus mejillas y labios.

—¡Ah! ¿De veras? — dijo ella ofendida y enojada. — Supongo que te avergonzarás de que te vean conmigo.

—No, no querida Nell, — dijo con vehemencia, sabiendo muy bien que había dado una respuesta inconveniente, debido a su impotencia para reprimir el impulso de decir la verdad. Sabes muy bien que te amo tal como eres y que estoy orgulloso de que me vean contigo.

Aconteció que el huésped de honor en aquella cena era un sobrino de la dueña de casa, un joven dicharachero que acababa de regresar de una expedición de cacería y exploración en el Africa Central. Durante el curso de la comida refirió una tras otra numerosas aventuras, poniendo demasiado en evidencia que era un tipo envanecido y tenía muy alta opinión de si mismo, de su habilidad y de sus hazañas.

Cuando los hombres se reunieron con las damas en el salón de recibo, el ama de casa se acercó pavoneandose a un grupo de hombres entre los que estaba el señor Ballinger y les preguntó:

—¿Qué piensan ustedes de mi sobrino? ¿Qué valiente no es verdad?

Todos pronunciaron frases convencionales de cortés asentimiento a excepción de Ballinger, quien haciendo un supremo esfuerzo se mantuvo callado. Notando su silencio, la señora le preguntó:

—¿No cree usted que es admirable?

—Creo que es un gran embustero, — dijo con cierta vehemencia, como desahogando el esfuerzo que había realizado para contenerse. — Dudo que tenga siquiera la milésima parte del valor que él se atribuye. Lo más problable es que todas las aventuras que cuenta las haya leído en algun libro.

Para mi se trata de un tipo tan vanidoso como cobarde.

—¡Qué insultante! — contestó ella mirándolo despectivamente con su impertinente. — Le ruego que en lo futuro se considere usted persona "non grata" en esta casa.

Con el transcurso del tiempo fué encontrándose cada vez más aislado pues la gente temía la inexorable veracidad. La situación en su oficina no era mejor y una mañana perdió la amistad de los tres últimos socios

que aun no se habían separado de él, debido al impulso incontenible de decir la exacta verdad.

Los cuatro estaban discutiendo un asunto antes de que llegara un capitalista llamado Andrews, a quien querían interesar en una combinación en que ellos estaban comprometidos y que amenazaba ocasionarles grandes pérdidas si no obtenían una fuerte ayuda financiera de aquél hombre.

—Bien señores — dijo uno de ellos, — cuando venga Andrews lo que nos toca hacer es convencerlo de los grandes dividendos que reparten las acciones del Truts Norteño del Acero que tenemos acaparadas. Si supiera que en este último ejercicio no han habido utilidades, y lo mucho que necesitamos su ayuda, con seguridad se negaría a entrar en nuestra combinación.

Cuando llegó el señor Andrews, todos le hablaron muy en serio de las maravillosas perspectivas de grandes utilidades que ofrecía su trust, todos menos Ballinger que haciendo un gran esfuerzo conseguía mantenerse silencioso. El capitalista escuchaba sin hacer comentarios y de pronto, volviéndose al silencioso Ballinger, le dijo:

—Usted que conoce mejor que estos señores la situación del Trut Norteño del Acero, pues tiene invertidos en él fuertes capitales desde hace muchos años, dígame si sus acciones reparten dividendos con regularidad. ¿Considera usted que esta inversión de capitales sería segura para mí?

—En el último año no han dado dividendos, — dijo ante el horror de sus amigos — y no puede llamarse un negocio seguro. Lo que sucede es que necesitamos urgentemente que usted se una a nosotros, pues si no lo hace estamos fatalmente condenados a la ruina.

—Muchísimas gracias Ballinger, — dijo Andrews, tomando el sombrero y dirigiéndose hacia la puerta, — usted es uno de los pocos corredores de bolsa que son absolutamente veraces, pero el Norteño de Aceros no es la clase de negocios que a mi me agrada.

Hubo un momento de silencio después que Andrews se fué y entonces los otros abrieron el fuego de sus imprecaciones contra el pobre Ballinger.

El solo podía replicar:

—Era la verdad, era la verdad.

A lo que uno de ellos le repuso:

—Del más grande embustero de Wall Street que era usted se ha vuelto tan veráz que yo por mi parte no quiero tener nada más que hacer con usted. Y que le sirva esto de notificación.

Unos seis meses después de la operación, pasando revista a los resultados vió que había perdido muchos miles de pesos — casi la mitad de su fortuna por decir siempre la verdad exacta en sus operaciones bursátiles. Su esposa se había separado de él y no encontraba a nadie a quien pudiera llamar amigo. Llegado a este extremo, se acordó otra vez del doctor Wentworth y fué a visitarlo.

—Doctor, — le dijo tristemente — cuando lo consulté a usted anterirmente, creía que mi condición de embustero era la más mala posible, pero reconozco que estaba equivocado, ahora estoy cien veces peor. De un gran embustero que era yo, usted me ha cambiado en el hombre más veraz de la tierra. El cambio me ha costado perder a mi esposa, la mitad de mi fortuna y todos mis amigos. Estoy convencido de que en el mundo no tiene cabida el que solo diga la verdad.

—Es lamentable eso, — dijo el doctor con gran simpatía. — Refiérame exactamente lo que le ha ocurrido.

Ballinger explicó entonces la historia de los mil y un incidentes que habían provocado su caída, explicando que en cada caso le había sido absolutamente imposible apartarse de la verdad, aunque se daba cuenta de las nefastas consecuencias que le acarrearían sus palabras.

—Debió haber venido a verme en seguida — le dijo el doctor Wentworth. — Una sencilla operación para alargarle un poco la glándula de Ananias corregirá ese inconveniente. En la anterior operación corté una proporción demasiado grande de la glándula, haciéndolo a usted excesivamente veraz, lo que como usted mismo ha comprobado no conviene. Haciendo un poco más larga dicha glándula, será usted razonablemente veraz pero podrá usar de cierta discreción y tacto. Sabe usted que en los Salmos dijo David "Todos los hombres son embusteros" y yo estoy de acuerdo con él, porque de lo contrario, la sociedad y la civilización serían pronto un caos. El hombre que no miente discretamente, para evitar de herir sentimientos ajenos, no es en mi poinión un caballero.

Seis meses después de la segunda operación, vemos a Ballinger un hombre feliz, con su amante esposa vuelta otra vez a su lado, rodeado de un círculo cada vez más amplio de amistades y en buen camino de reconquistar la parte perdida de su fortuna; pero ahora maneja la verdad con cierta economía que equivale casi a la tacañería.

—Nada es nuestro. La taba, china; el asado con cuero, inglés; el viejo Pancho, gallego. Lo único legítimo es el HIERRO QUINA BISLERI, el mejor aperitivo reconstituyente.

EL PULPO DE ORO

Por E. FELIPE OPPENHEIM

I

EL hombre que acechaba en la sombra, oculto por las pesadas cortinas de la ventana, miró por tercera vez, con impaciencia, el reloj. Le parecía imposible que el tiempo transcurriera tan lentamente. Apenas hacía cinco minutos que había entrado por la ventana, ocultándose en la casa silenciosa. ¡Cinco minutos! Una eternidad.

Juan Wilkinson no tenía la frialdad del criminal endurecido. Había llegado a los cuarenta años de edad y por vez primera se disponía a alzar la mano contra las leyes de su país. No era extraño que sus labios estuvieran secos y su respiración saliera entrecortada. No era un asunto de poca monta el que traía entre manos. Iba envuelto en él la vida de un hombre.

Gallarda y heróicamente luchó ella por salvar a su marido, un ambicioso sin escrúpulos, del hombre que se disponía a matarlo por ser el causante de su ruina.

La habitación era grande y estaba bien amueblada. A no ser por la ausencia de libros hubiera podido considerarse la típica biblioteca de una residencia inglesa suburbana. Ostentaba hermosos grabados en las paredes, estatuitas — no mal elegidas, — sobre la repisa de la estufa, una rica y gruesa alfombra y varios muebles, pesados, de cuero.

En nu rincón de la pieza había un escritorio de nogal obscuro. Encima de él papeles, dispuestos como para ser leídos, una lámpara con pantalla verde, el retrato de una hermosa mujer y un florero con rosas.

Wilkinson se sentía más determinado y más frío a medida que pasaban los momentos.

Así, pues, era frente a ese escritorio que se sentaba su enemigo. Era en esta habitación que trataba sus combinaciones. Probablemente aquí mismo se había decretado su propia ruina. Metió la mano en el bolsillo y sus dedos se cerraron sobre el revólver.

No sentía lástima del hombre a quien había venido a matar. Sólo experimentaba el deseo de terminar de una vez, de encontrarse con él cara a cara, decirle unas pocas palabras y matarlo. Otros llamarían a esto un asesinato. El sabía muy bien que sólo se trataba de un acto de justicia común.

Oyó el tic-tac del reloj; un leño ardiendo cayó en la estufa. Luego, por fin, percibió ruido detrás suyo. En alguna parte de la casa se abrió y cerró una puerta. Oyó pasos que se acercaban por el corredor. El hombre puso tenso todo su cuerpo. Salió de su escondite y esperó.

Fué una mujer quien entró, una mujer alta y hermosa, vestida para la noche, con joyas sobre el pecho y en torno de su cuello, ocultas sólo parcialmente por la salida de teatro, de encaje blanco.

Wilkinson hubiera vuelto a su escondite; pero era demasiado tarde. La mujer lo vió y se detuvo, mirándolo con sorpresa.

—¿Quién es usted? — le preguntó. — ¿Qué quiere?

—Hablar unas palabras con su marido,— contestó Wilkinson.

—¡Con mi marido! — repitió la mujer. — ¡Pero si me dijo que esta noche no esperaba a nadie, excepto a su secretario! ¿Sabe que está usted aquí?

—No, — contestó él bastante bruscamente.

Ella lo miró con más atención. Era alto y delgado y, aunque su rostro no revelaba al criminal, había algo en su expresión y en la nerviosa brusquedad de sus palabras que la alarmaron. Caminó rápidamente hacia la campanilla; pero lods dedos del hombre aferraron su brazo.

—Señora Angus, — dijo, — no tiene usted que tocar esa campanilla. Necesito hablar unas palabras con su marido. Si supiera que estoy aquí, se negaría a verme. No puedo permitir que usted intervenga.

Margarita Angus permaneció un instante observándolo y su miedo aumentó.

—¿Cómo entró usted aquí? — le preguntó.

—Por la ventana, — contestó él ceñudo.

Ella abrió sus labios; pero la mano del hombre se los cerró rápidamente.

—Mi querida señora, — dijo, — no le permitiré a usted que toque la campanilla. Si grita sabe muy bien lo que sucederá. Su marido está en la pieza contigua y será el primero en acudir. No bien aparezca en el umbral lo derribaré de un balazo en el corazón. Entienda esto: si llama usted, firma su sentencia de muerte.

La soltó. Ella lo miraba con el rostro pá-

lido y aterrado; pero las palabras del hombre produjeron su efecto. No trató más de despertar alarma.

—Siéntese en esa silla, — dijo él, — y no se mueva. Siento que haya usted venido; pero, puesto que está, no puedo dejarla ir.

Ella recobró un poco de su valor. Después de todo, el rostro del hombre no era el de un malvado.

—¿Qué quiere usted de mi marido? — le perguntó. — ¿Qué va usted a hacer?

Wilkinson dejó oír una risita seca y nerviosa.

—Un acto de justicia, — contestó. — Es una desgracia que haya entrado usted aquí, especialmente porque él es su marido. Es mejor que se asome usted a esa ventana, cuando lo oiga entrar.

Una vez más se apoderó de ella el horror. Leyó su propósito en la cara del hombre.

—¿Ha venido usted aquí para cometer un asesinato? — exclamó.

Wilkinson sonrió amargamente.

—He venido para mat r a su marido, señora, — dijo, — si eso puede considerarse asesinato.

Ella se acercó a él estremeciéndose.

—¡Usted está loco! — balbuceó. — Sabe muy bien la suerte que espera a los asesinos. Lo ahorcarán.

—Creo que no, — contestó él con indiferencia. — Tengo, abajo, amigos que esperan para ayudarme y trataré de escapar. Si no lo consigo, me suicidaré. Tanto da eso como verme convertido en un pordiosero. ¡Escuche!

Se inclinó hacia la puerta. La mujer también aguzó sus oídos. En aquel momento hubiera gritado; pero su voz parecía paralizada. El hombre no la perdía de vista. Ella abrió los labios, pero no produjeron ningún sonido.

—Una falsa alarma, — observó él fríamente. — No importa. No puede tardar mucho.

—¡Dígame por qué quiere matar a mi marido! — suplicó ella.

—Porque él es Felipe Angus, millonario y yo Juan Wilkinson, un mendigo, — contestó el hombre amargamente.

El valor de la mujer pareció retornar. Sus ojos llamearon.

—¡Cobarde! — exclamó. — ¿Por qué mi marido ha sido afortunado y usted fracasó ha entrado aquí como un ladrón y lo matará a traición? No lo hará usted. Me interpondré entre los dos. Me matará usted, si desea una víctima.

Wilkinson la oyó como quien oye a un niño.

—Si usted no aprecia su vida, señora Angus, hágalo; pero eso no salvará a su marido. Mi revólver es de seis tiros y está completamente cargado.

II

Una vez más la abandonó a ella el valor. Escuchó ansiosamente esperando oír los pasos que tan bien conocía. No podía tardar ahora más que unos pocos minutos. Parecía haber muerto todo sonido en la casa, excepto el del pequeño reloj encima de la mesa. Un pensamiento desesperado se le ocurrió.

—Usted quiere dinero, — dijo. — Naturalmente, que es dinero lo que quiere. Lo tendrá. Tome mis joyas. Son muy valiosas, valiosísimas. Lo harán rico.

Llevó las manos a su garganta; pero él la detuvo con un gesto de desdén.

—Es usted injusta, — dijo fríamente. — No es dinero ni sus joyas lo que deseo. Quiero la vida de su marido. Escuche: es terrible para mí decírselo, es vergonzoso para usted escucharlo; pero hay cientos de hombres y mujeres que cuando lean, mañana por la mañana que ha muerto Felipe Angus, respirarán con más libertad.

—¡Eso no es cierto! — murmuró ella.

El rostro de él se oscureció.

—Señora Angus, es la verdad de Dios,— dijo Wilkinson, con un repentino acento de arrogancia en su voz. — Su marido es uno de los que han hecho infame el título de "millonario". Hizo una gran fortuna. Pero ¿sabe cómo? Por medio del fraude y de la traición. No ha sido fiel ni siquiera a sus amigos. Ha llenado sus bolsillos con los ahorros de la gente trabajadora a quien arruinó.

Una sombra de indignación pasó por el rostro pálido y aterrado de la mujer a quien se dirigía.

—¡Eso no es verdad! — declaró. — ¡No es verdad!

La figura alta y flaca del hombre pareció expandirse súbitamente. Sus ojos despidieron fuego. Por un momento recordó alguno de los personajes bíblicos, un profeta cuyas palabras estaban llenas de dolor.

—Es la verdad de Dios, — exclamó suavemente. — ¿Necesita usted que le digan qué reputación tiene su marido? ¿No lee usted diarios? ¿No está en el aire, donde quiera va usted? ¿Puede usted mirarme a los ojos y afirmar que la ignora?

No hay sobre su cuerpo una joya honestamente adquirida. ¡Oh! No me atrevo a pensar en esto, si no la mataría también, por las cosas que representa.

Una vez más Margarita miró hacia la puerta. Su marido tardaba. ¿Era aquello un bien o un mal?

—¡Máteme entonces! — le dijo. — No tengo miedo.

Wilkinson movió la cabeza.

—No; — dijo, — no abrigo rencor contra usted. Es a su marido a quien voy a salvar de cometer el último pecado. Voy a matarlo antes de que pueda firmar esos papeles.

—¿Qué papeles? — preguntó ella ansiosamente.

—Nada que usted pueda comprender, — contestó él. — Simplemente representan uno más de esos maravillosos negocios que cubre su cuerpo de joyas y obligan a un hombre honrado a matar.

Dejó caer él un momento sus manos. Los ojos de ella estaban fijos con expresión hambrienta en su rostro. Buscaba un síntoma de enternecimiento.

—Se refiere usted al trust de las fábricas de Brigport? — le preguntó.

—Sí, — contestó él. — ¿Entonces usted sabe algo de sus negocios, a pesar de todo?

—Sí, sí, algo sé, — convino Margarita. — ¿Qué tiene usted que ver con las fábricas de Brigport?

El cuerpo de Wilkinson se irguió. Sus ojos relampaguearon. Habló rápida, casi orgullosamente.

—¿Qué tengo que ver con ellos? Pues... son míos. Yo soy Juan Wilkinson, que llegó a Brigport con doscientas libras economizadas de su sueldo y empezó su industria hace veinticinco años en un galpón. He ganado dinero honradamente. Di trabajo a cientos de pobres gentes, que ganaron salarios lucha su marido? He perdido una y otra cosa. Mis fábricas se cerrarán esta semana, hasta que él decida abrirlas. Hasta mi nombre será suyo para sacar dinero a los accionistas pobres, para hacer juego sucio de un negocio honrado. Tiene razón, señora Angus. Es su marido el que triunfa y yo soy un fracasado. Pero tiene que pagar su precio.

Wilkinson se detuvo sin alientos. Ella se inclinó hacia él.

—¿Y suponiendo que no firmara esos papeles? — le preguntó ansiosamente.

—¡Oh!... eso no lo hará, contestó él.

Ella escuchó otra vez, retorciéndose las manos.

—Deseo hablar unas palabras con su marido, — dijo el intruso.

con los que nunca habían soñado hasta entonces.

Brigport era una comarca pobre, cuando yo fuí. La convertí en una ciudad próspera. Mis trabajos son los mejores de la ciudad. Mis obreros los mejor pagados. Yo era rico, honrado y querido.

Luego apareció su marido. No conoce nada de la industria, nada de los medios por los cuales puede un hombre conquistar honradamente riqueza y añadir al mismo tiempo prosperidad al país.

Su marido llegó como un gran pulpo, hambriento de sangre, porque para él el oro es la sangre de todas las cosas. Compró uno por uno a mis competidores. Antes de que tuviera tiempo de darme cuenta de lo que pasaba, se había formado un gran trust contrario. Yo tenía dinero y crédito, el crédito y el dinero de un hombre honrado ¿Pero qué vale eso ante las armas con que

—¡Oh!... no puede usted hacer eso, — exclamó. — Es demasiado horrible. Además, ¿qué ganaría con ello? Muerto él, el negocio seguiría lo mismo. No habrá diferencia para usted: alguien tomará su lugar. Si él no firma estos papeles, otro lo hará. Deme unos cuantos minutos. A menudo él hace lo que yo le pido. Le suplicaré y cederá.

—Muchos han dirigido sus súplicas a Angus, — dijo. — ¿Y qué han ganado con ello?

—¡Pero yo soy su esposa! — exclamó ella. — Tengo sobre él más influencia que cualquier otra persona en el mundo. Deme diez, cinco, aunque sean tres minutos.

—¡Tres minutos! — exclamó, — para ablandar a Felipe Angus!

Margarita le oprimió el brazo.

—Recuerde qus soy su esposa,—le suplicó. — Déjeme probar. Unos cuantos minutos no son nada para usted. Si se oculta entre las cortinas, no lo verá. Está casi ciego.

Se detuvo súbitamente y volvió la cabeza hacia la puerta. Un pequeño gemido brotó de sus labios.

—¡Viene! — murmuró roncamente. — Usted me dará esos cinco minutos... tiene que concedérmelos!

Wilkinson vaciló, grave y deliberadamente. Por su aspecto podía deducirse que no era cuestión de enternecimiento, si no de cálculo. Al fin señaló hacia el reloj.

—¿Ve la hora? Cuando el reloj suene, su marido morirá. Hasta entonces escucharé lo que usted y él digan. ¡Silencio!

Se ocultó rápidamente detrás de la cortina. Los pasos se oían ahora muy próximos. La mujer se volvió hacia la puerta, conteniendo un débil sollozo.

—¡Tan pocos minutos, — murmuró para sí, — y Felipe es a veces obstinado! ¡Dios mío, dadme palabras!... ¡Enseñadme el modo de conmoverlo!

III

La puerta se abrió por fin. Un hombre alto, delgado, en traje de comida, entró, deteniéndose un momento en el umbral. Llevaba gruesos anteojos y un bastón, con el que parecía guiarse.

—Te estaba esperando, Felipe. Vine a decirte "adiós" ¡Cuánto has demorado! Déjame conducirte hasta tu silla.

El toleró que el brazo de ella se apoyara en su hombro; pero pareció disgustarse por sus palabras.

—¡Gracias! — dijo. — Pero todavía no estoy ciego del todo. ¿Estabas sola, entonces? Me pareció oir rumor de voces.

Se sentó ante el escritorio y tomó, de la pila de papeles prontos para leer, el que estaba encima. Ella se colocó a su lado.

—Completamente sola, querido, — dijo. — Estaba leyendo. He leído esos documentos.

—Prosaica tarea para tí, mi querida, — contestó Angus tranquilamente.

—He leído, — continuó ella un poco trémula, — todo lo que se refiere al "trust" de los talleres de Brigport. No estás enojado, ¿verdad?

El se encogió de hombros.

—¿Enojado? Con seguridad no. Pero ¿para qué calentar tu linda cabeza con los negocios? ¿Dónde vas esta noche?

—Pensaba ir a la Opera, al palco de la señora Purcell, — empezó ella, — pero... pero...

—¡Ah! a la Opera, — interrumpió él. — Veo que te has puesto tus joyas. Te quedan muy bien, Margarita.

—¿Te parece, Felipe?

—Nadie en el mundo, — continuó él orgullosamente, — puede ostentar piedras más hermosas que las que tienes tú en ese collar. Sin embargo, quizá dentro de pocos días, — añadió mirando fijamente el papel sobre el cual descansaba su mano, — podré hacerte un pequeño regalo de Navidad que encontrarás digno de aceptar.

—Felipe, — le dijo, — no quiero más regalos. Te dije que iba a la Opera. He cambiado de parecer; prefiero conversar contigo.

El aceptó su decisión con la ecuanimidad de un hombre de temperamento plácido, casado con una mujer caprichosa.

—¡Superior! — dijo. — Firmaré estos papeles y luego tendremos una velada de íntima charla.

Angus tomó lo pluma; pero la mano de ella, cubrió el lugar donde pensaba poner su firma.

—Felipe, es sobre estos papeles que deseo hablarte. No los firmes.

El se dió vuelta en la silla, mirándola sorprendido.

—¿Que no los firme? Pero mi querida niña ¿qué quieres decir?

Ella mantuvo su mano firmemente sobre el espacio en blanco.

—Felipe, — le dijo, — ya sabes que he leído estos papeles cuando llegaron de la oficina. He estado pensando en ellos. ¿Tú vas a comprar los talleres y máquinas por una bagatela, siete mil libras o cosa así, la suma que esa gente debe?

El hizo señas de que sí.

—¿Cuánto valen? — le preguntó ella.

—Para nosotros — contestó él, — para la sociedad, valen, como nada, arriba de ciento cincuenta mil libras.

Ella lanzó un pequeño suspiro y miró hacia atrás inquieta. ¿La figura sombría se había acercado más o era ilusión suya?

—¿Es decir, Felipe, — continuó ella febrilmente, — que tienes a esa gente, — la de las fábricas de Brigport, quiero decir, — acorraladas? ¿No pueden trabajar en competencia contigo? ¿Tienen que vender o quebrar?

El hizo señas que sí.

—Precisamente, — observó. La cosa ha sido maquinada del modo más satisfactorio. No tienen ni la menor puerta de escape.

Ella se acercó más; su brazo le rodeó el cuello.

—Pero, Felipe, — protestó — no comprendo... ¿Son hombres honrados los que intervienen en este negocio? Porque los dueños de los talleres tienen derecho a negarse a esa fusión, si los términos no les convienen.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Derecho? Claro que lo tienen. Sólo que no pueden luchar contra el más fuerte.

Ella lo miró ansiosamente.

—Díme, Felipe... ¿es honrado eso? — le preguntó con acento febril.

El ceño de Angus se profundizó.

—¿Honrado? ¿Qué quieres decir, Margarita? ¿Honrado? No admito que emplees esa palabra.

Ella tomó los papeles y los volvió a dejar.

—He pensado en la persona, cuyo nombre aparece aquí, Juan Wilkinson, — dijo. — Vas a arruinarlo para conquistar una fortuna para tí. Pienso en su esposa y en su familia, Felipe. ¿Vale la pena? Nosotros no necesitamos más dinero.

Angus la miró como quien mira a un niño.

—Mi querida Margarita, — dijo, — todo el mundo necesita más dinero. A menudo, cuanto más se tiene, más se necesita. Hablaremos de eso después. Harrison necesita los papeles para esta noche.

Giró en su silla y sumergió la pluma en el tintero. La mano de ella se cerró sobre la de su marido. Miró hacia el lugar en sombras de la habitación. Deslizándose cada vez más cerca, vió la figura de Wilkinson.

—¡Felipe no lo harás! ¡No lo harás! — exclamó. — No quiero que firmes esos papeles.

Por vez primera, Felipe Angus dió señales de fastidio.

—¿Estás loca? — exclamó brevemente. — Estos papeles tienen que ser firmados y dentro de pocos minutos.

—Felipe, no lo hagas. — suplicó. — Llámalo un capricho mío. Tenemos suficiente dinero. Manda buscar a Wilkinson y déjalo que continúe con su fábrica. O págale por ella un precio justo.

—¡Un precio justo! Angus acarició indulgentemente el cabello de su mujer. ¿Cómo podía discutir con una persona tan ignorante de las leyes de negocios?

—Mi corazón, — dijo suavemente, — esto le pasa a la mujer cuando quiere meterse en negocios. Tú no entiendes el primer axioma del intercambio comercial. Un precio justo es lo mínimo que puede pagarse al vendedor. No tiene relación con el precio de la cosa vendida. Esto es asunto aparte.

Ella miró el reloj. La inutilidad de sus palabras la enloquecía.

—Felipe, querido mío, estás equivocado. Pocas veces te he pedido algo, — continuó un poco histéricamente. — Hazme el gusto ahora. He estado pensando en las mujeres y niños de esos hombres. Las joyas que me has dado me parecerían siempre semejantes a sus lágrimas. No podré usarlas: las aborreceré. Piensa, Felipe, si tu fueras Juan Wilkinson y yo su esposa. Piensa si tuviéramos que irnos nuevamente por el mundo sin un penique.

Angus se rió secamente.

—Hija mía, me haces muy poco favor. Te aseguro que yo no me hubiera colocado nunca en su situación.

—No puedes decirlo, querido. ¿No piensas que a veces, tú y yo tomamos la vida muy ligeramente? Si muriéramos esta noche, Felipe, — miró rápidamente hacia atrás — si muriéramos, pensarías que tus manos estaban limpias después de haber firmado esos papeles?

—¿Por que no? — dijo el otro ásperamente. — Estamos aquí para sacar el mejor partido posible de las cosas.

—¿Y los demás, Felipe?

El lanzó un pequeño suspiro, como alguien que desea ser tolerante y trata de soportar lo que más pueda.

—El hombre que se dedique a los negocios con esas ideas utópicas, mi querida Margarita, pronto iría derecho a la ruina. Estás hablando de cosas que no entiendes. Los negocios son una gran batalla en que las armas son inteligencia y la oportunidad. No hay que esperar cuartel. El hombre que permite que el sentimiento entre en sus cálculos, que se debilite un momento su brazo cuando va asestar el golpe, está perdido. El más apto sobrevive; el más débil sucumbe. Yo no he hecho estas reglas; pero existen. Si se entra en el juego, hay que aceptarlas.

Una vez más tomó la pluma. La desesperación la dejó inerte por un instante. El reloj había empezado a sonar. No se atrevía a mirar a su alrededor; le parecía oír pasos firmes. Movió frenéticamente la mano hacia el intruso invisible. Luego volvió a rodear el cuello de su marido y por un momento respiró más libremente.

—Felipe, — exclamó — óyeme. Siempre he sido para tí una buena esposa y nunca te he pedido algo como te lo pido ahora. No entiendo nada de negocios; pero a veces las mujeres vemos la verdad, aunque esté oculta en el rincón más oscuro. Yo la veo ahora, Felipe. ¿De qué vale todo joyas, oro, el orgullo del poder y de las posesiones? Aunque tengas hoy una de las palancas que mueven el mundo, la muerte puede acecharnos en este momento a tí... a mí... a ambos. ¿Qué quedará de tus reglas entonces? ¿Qué ventajas tiene el hombre fuerte sobre el débil? Soy ignorante; pero veo la verdad. Rompe esos papeles, querido. ¡Por el amor de Dios, rómpelos!

Concluyamos con esta maldita acumulación de dinero, con los negocios que dejan tras sí lágrimas y corazones destrozados. ¡Dámelos, Felipe! Hace una hora me preguntaste que quería como regalo de Navidad. Quiero esos papeles. Quiero que me prometas que ese hombre, Juan Wilkinson, entrará en el "trust" en condiciones equitativas O le dejarás manejar sólo sus talleres en su país a su modo en su propio provecho.

Angus vaciló. Para ella fué un momento de agonía. Ya en su imaginación veía el caño levantado del revólver. El firmaba su sentencia de muerte. ¡Si hubiera podido ella advertírselo! Los segundos pasaron. Con un pequeño encogimiento de hombros, Angus tomó los papeles.

—Me exiges una dura prueba, Margarita — dijo.

—¿Consientes? — exclamó ella.

Angus sonrió.

—Tú has elegido tu regalo de Navidad, — dijo. — No puedo faltar a mi palabra.

Los papeles rotos revolotearon sobre la alfombra. Ella cayó de rodillas, con un sollozo de alivio. El se agachó y la besó en la boca.

—Pienso si te haces una idea de cuanto me cuesta tu regalo de Navidad, — dijo.

Ella movió la cabeza. Y sus oídos, aguzados por la tensión nerviosa, habían oído cerrarse suavemente la ventana.

—Hay otro precio, — murmuró. — **¡Gracias a Dios!**

LA PRUEBA DE FUEGO

Por RAYMOND S. SPEARS

No tenía más credenciales que las de maestro de escuela

El capitán Sam Buntin pertenecía desde hacía muchos años a los Rangers de Texas Había sentido la más acendrada gratitud en su corazón, cuando fué nombrado jefe de su compañía. Durante treinta años perteneció a la policía rural, batallando incesantemente desde las aguas del Pine Belt en la parte Oeste de Texas, hasta las áridas llanuras en la otra parte del estado.

En aquellos tiempos, el capitán de cada compañía elegía sus propios soldados, y también los despedía si no le daban un resultado satisfactorio.

De manera que ahora, el capitán Sam leyó con disgusto lo siguiente:

"Esta carta certifica que el portador, Robert Reed, es un soldado de la Compañía Panhandle, Estado de Texas, y este es su comprobante de autoridad como Ranger.

Este poder de autoridad está firmado por el brigadier general con sello de oficio y actuando como testigo el comandante de la compañía.

Nombre: Robert Reed. Grado: Soldado. Edad: 36 años.

Nació en: Lincoln, Nebraska. Cabello: Negro. Ojos: Castaños. Ocupación: Maestro de escuela.

Este Poder de Autoridad es válido por dos años.

Dado de mi puño y letra, el 7 de Enero, año 88 de la Fuerza. Judson Dolliever, Brigadier General".

Inmediatamente los ojos del capitán Sam examinaron al recién llegado de Austin, o sea Robert Reed, maestro de escuela; "maestro de escuela!".

El capitán Sam había aprendido a montar en una ternera, cuando tenía dos años de edad. Su esposa le había enseñado a leer y escribir cuando contaba veintiun años. A esta edad fué nombrado soldado Ranger, y recién entonces recibió su educación, es decir cuentas, nociones de historia, etc.

Sólo había tenido un cuello almidonado, para cuando asistía a los bailes, y un buen día se le prendió fuego a este en un incendio de la casa donde habitaba, y desde entonces nunca había usado cuello.

Y ahora, delante de él estaba un maestro de escuela, con cuello almidonado, pantalones cuidadosamente planchados, chaleco que hacía juego con los pantalones y saco, y además una camisa de seda con rayas rojas. Usaba medias de seda, y zapatos bajos de color amarillo, los que se llenarían en seguida de arena y espinas de cactus.

Sam devolvió el Poder de Autoridad al soldado Robert Reed, sin firmarlo sobre la línea en blanco dejada para el capitán de la compañía. El soldado así insultado palideció, y sus labios se comprimieron.

—¿Tiene usted un arma? — le preguntó el capitán Sam.

—Sí, señor.

—Probablemente una de esas automáticas.

—Sí, señor.

—Ya me parecía, — murmuró su superior despectivamente.

El local en donde los Rangers se habían instalado en Brager, había sido un café. El propietario había sido asesinado por dos bandidos, los que también robaron unos 450 pesos, y después se fueron tranquilamente. A la llegada del capitán Sam Buntin con dos soldados, se pudo comprobar que este café era el único sitio vacío en Brager, donde unas treinta mil personas vivían en casas a duras penas suficientes para cinco mil. De manera que los Rangers fueron muy afortunados al encontrar donde alojarse.

Este pueblo fué edificado al lado de unos nuevos yacimientos de petróleo.

El aumento de población había hecho que el comisario del Condado de Keepawa, fuera insuficiente para preservar el orden. En Brager había toda clase de desórdenes: casas de juego, salones de baile, ladrones que asaltaban a los transeuntes, y los despojaban hasta de su calzado, después de propinarles varios cachiporrazos en la cabeza.

Las peleas en pleno centro del pueblo, eran frecuentes y los combatientes descargaban sus revólveres en dirección a sus respectivos enemigos. Comúnmente las balas hacían blanco en pacíficos transeuntes, o en las vidrieras de almacenes o tiendas, cuyos propietarios nunca habían presenciado escenas de violencia, parecidas a estas.

En fin, era una pacífica población de mil seiscientos habitantes, la que se había visto invadida por tres mil quinientos buscadores de petróleo y aventureros.

El capitán Sam había llegado con sus dos soldados, los tres montados a caballo. Dió

vuelta a la ciudad y llegó al café antes nombrado. Al llegar allí notó que el propietario de un negocio cercano, se había posesionado del local, lo que trató de justificar con varias explicaciones muy ingeniosas. Pero como no tenía documento alguno que probara sus derechos, los recién llegados se posesionaron de la casa la que usaron en lo sucesivo como cuartel general y alojamiento.

El capitán Sam necesitaba otro hombre, y éste había llegado: ¡un maestro de escuela! Además, Robert Reed usaba un auto nuevo, de lujosa apariencia, y pintado de un color negro brillante. Este nuevo recluta también usaba un sombrero de castor finísimo, guantes de cabritilla, y se limpió el polvo de una manga con un cepillito que traía en el bolsillo, para ese uso.

Y Austín había mandado a este hombre para ayudar al capitán Sam, cuyo record era de eficiencia y corrección en todo Texas.

Hay una manera de desembarazarse de un ranger que no resulta útil: se le puede encargar una misión peligrosa, y si resulta muerto en el desempeño de la misma, se le anota honrosamente en los archivos de la Fuerza.

—Muy bien, Reed, — Dijo el capitán Sam. — Al noroeste de la ciudad hay una casa de madera en la que sospecho no se cumple con las leyes vigentes. Es el último edificio de la ciudad; lo reconocerá por la cantidad de gente que entra y sale. Deseo que vaya allí, e investigue, dándome después un informe detallado de todo lo que vea.

—Sí, señor, — contestó el soldado Reed y dirigiéndose a su auto, se encaminó en la dirección indicada con tal rapidez que dejó absorto a su jefe. Cuando un recluta nuevo no pide detalles o sugiere algún plan de acción, se puede tener esperanza en que llegue a ser útil.

El capitán Sam no sabía nada sospechoso acerca de la casa indicada, la que se denominaba "Sod House". No había llegado hasta ese extremo del pueblo todavía. Había comenzado por cerrar una casa de juego, que funcionaba al lado de su nuevo cuartel general. Después cruzó la calle y detuvo a unos estafadores que ya iban a despojar de sus ahorros a la víctima elegida. A continuación visitó una casa de banca e inversiones de dinero, la que, de acuerdo con los prospectos impresos, repartidos por el banquero, era más que seguro centuplicar el dinero invertido en unos pocos días.

El presidente de este banco, fué visto dos años antes por el capitán Sam, cuando dicho personaje salía de la penitenciaría después de haber cumplido una condena de dos años.

Al registrar al ex presidiario se le encontraron 19.783.40 pesos; los que fueron devueltos a sus legítimos dueños.

La floreciente ciudad daba mucho trabajo a los policías, recién llegados. De vez en cuando encontraban sujetos que eran buscados por la policía de otras provincias. Durante la primera semana de su estada ganaron tres mil cuatrocientos dólares en recompensas ofrecidas por la entrega de criminales.

Llenaron una habitación del café donde se alojaban, con ruletas y otros aparatos de juego prohibidos por la ley.

El capitán Sam se olvidó por completo que había enviado al soldado Robert Reed a efectuar una investigación en la Sod House.

Entretanto Reed se acercaba a ésta. Llegó hasta el punto designado dirigiendo su automóvil por calles tortuosas y deteniéndose ante la puerta del frente, se bajó del vehículo y entró en la casa.

A la izquierda había un mostrador, donde se les estaba sirviendo comida y licores a varios clientes. Al frente había una división de madera, de unos siete pies de altura. En ésta, había una pequeña puerta, la que estaba abierta. Apoyado en élla, estaba un hombre de pie, el que evidentemente servía de portero y prohibía la entrada a los clientes no deseables. A pesar de su momentáneo oficio, estaba vestido de una manera exquisita: una levita negra, chaleco de fantasía, sombrero de nutria y botines de potro. Su manera era arrogante, y fumaba un largo cigarro.

A través de la puerta entreabierta, el recién llegado vió muchas mesas pequeñas cubiertas por un paño verde, sobre las cuales se jugaba a los dados. También había toda clase de juegos de azar: ruleta, monte, poker, faro, etc.

Probablemente nunca había un ranger entrado en una casa de juego, donde se violaran las leyes tan descaradamente.

Sin demostrar emoción alguna, el soldado Reed se acercó a la puerta del salón de juego. El guardián de la puerta se dió cuenta de la presencia del visitante, y examinándole atentamente, le dijo:

—¿Quién es usted

—Bod Reed, — fué la contestación. — ¿Y usted...?

—Dan'l Longmant.

—¿Sí? ¿Snowstorm Dan?

—Así me llaman.

—¿Y esta es su propiedad? — preguntó señalando el salón de juego.

—Sí. ¿Pero a usted que le importa todo eso?

—Soy el soldado Bob Reed, de los Texas Rangers, — fué la respuesta, — "y en nombre de la ley lo arresto, acusado de organizar juegos prohibidos, y..."

Lo que ocurrió en este momento es algo confuso, aún para los observadores imparciales.

El repórter Jerry Hazlett del "Brager Starlight", que había llegado dos minutos antes que el policía, vió que Snowstorm Dan intentó sacar su revólver. El arma era de calibre 45, con un caño de 7 pulgadas y medio de largo. En el momento que el revólver **había sido sacado de su funda, y**

estaba en posición de disparar, se sintió la explosión de una pistola calibre 45, y Snowstorm Dan se desplomó al suelo.

Dos mozos que estaban detrás del mostrador sirviendo bebidas, vieron el principio del combate, y según era costumbre en ellos decidieron tomar parte en el mismo.

Pete Curring se armó con una pesada escopeta de caza, cargada con perdigones y Jack Halfhead le arrojó un vaso de cerveza a la cabeza del policía. Este agachó la cabeza, y el vaso pasó sobre élla inofensivamente. En ese momento Curring hizo fuego con la escopeta, y el mismo movimiento de cabeza que le había librado del primer proyectil, le salvó de los balines de caza. Estos pasaron a unas dos pulgadas de la cabeza de la presunta víctima, y fueron a herir al ya vacilante Snowstorm Dan, entrándole por los labios y la mandíbula. El resto de los perdigones fueron a romper un gran espejo, usado por los jugadores tramposos de la casa para enterarse de las cartas que les habían tocado a sus contrarios, pues estas se reflejaban en él.

La rotura de un espejo significa mala suerte para los supersticiosos, de manera que todos los jugadores trataron de ponerse a cubierto de las balas.

Algunos sacaron sus revólveres, y se produjo un reñido tiroteo: los concurrentes al palacio del azar huyeron precipitadamente por puertas o ventanas, y algunos fueron heridos, quedando tendidos en el suelo.

El soldado Bob Reed hizo funcionar su automática en un movimiento circular rapidísimo e hirió a Pete Curring.

Después de esto, el policía comenzó a demostrar gran actividad: se apoderó rápidamente del revólver de Snowstorm Dan, el que aún trataba de matar a su enemigo, a pesar de haber sido herido, y entró en un saloncito de juego más pequeño, que estaba situado en la parte trasera de la "Sod House". Aquí se habían reunido peligrosos criminales que no se atrevían a llegar al centro del pueblo — eran todo hombres buscados por las autoridades para que cumplieran diversas sentencias — cuatreros, asaltantes, asesinos a sueldo: todos se habían dado cita allí, pues se susurraba que la "Sod House" era inmune por influencia política y soborno, a las incursiones de la policía.

Después del primer momento de estupor, los habitués recuperaron su aplomo: el recién llegado no tenía la apariencia de los demás Texas Rangers que ellos habían visto en acción. En vez de vestir la típica indumentaria de los vaqueros, este hombre estaba vestido a la usanza de las ciudades del Este, ¡y hasta usaba cuello almidonado!

... y en nombre de la ley lo arresto...

Supusieron que el tal Ranger era un impostor, que probablemente trataba de despojarles de su dinero. De manera que alegremente se dispusieron a hacerle pagar cara su osadía.

He aquí lo que ocurrió en el salón de juego interior de la "Sod House": incontables revólveres vomitaron plomo, llenando el local con el acre humo producido por la explosión de la pólvora. Las mesas fueron derribadas. Todos los hombres presentes se escurrían de un lado para otro, tratando de ofrecer el menor blanco posible — especialmente el visitante se movía con la agilidad de una pantera. — La mayor parte de los tiros fueron disparados sin dirección determinada, y muchos se incrustaron en el techo.

En todas direcciones los concurrentes huían de la "Sod House" — a pie, en automóvil y a caballo. El camino del Norte, que llevaba hacia el territorio neutral de los

indios, era el favorito de los que huían. Se notaba que los fugitivos deseaban alejarse de la ciudad, con la mayor rapidez posible. Tan grande era su apuro, que varios automóviles chocaron entre sí, y uno de ellos se incendió.

El ruido de los choques, combinados con el tiroteo, hizo que todos los habitantes del pueblo se dirigieran a la carrera hacia allí.

Varios rumores fantásticos circularon por el pueblo: se dijo en primer lugar que dos bandas de criminales se habían peleado en la "Sod House", y el excitado comisario fué a ver al capitán Sam Buntín y le refirió que había once muertos y treinta heridos en la "Sod House". Buntin se había convertido en un experto de alarmas falsas, y le hizo confesar al comisario que no sabía nada positivo, sino que simplemente había sentido disparos.

Así y todo, el jefe de los Rangers pudo notar a lo lejos las nubecillas de polvo que levantaban los fugitivos al huir a caballo y en automóvil. Por lo menos diez automóviles se distinguían en el camino a Oklahoma, y otros tres se dirigían a Greer County.

No había duda de que todo este movimiento, indicaba que importante acontecimientos se habían desarrollado en la "Sod House".

El capitán Sam observó los acontecimientos durante unos cuarenta segundos, y después montó a caballo con la agilidad propia de un jinete experto, y se dirigió al sitio donde habían ocurrido los hechos relatados.

—Seguramente tiene la culpa de todo esto el profesor de escuela; ¿pero qué podía hacer un hombre que usa cuello planchado y todos los demás adminúculos de un dandy de la ciudad? Realmente culpable era Austin, nombrando Ranger a un maestro... Así pensaba el capitán Sam al dirigirse a la "Sod House".

Al llegar allí, sintió el ruido de vidrios que se rompían dentro de la casa. Sacó su revólver y entró por la puerta del frente.

Espeso humo llenaba la habitación en que entró: agachándose, el capitán inspeccionó la escena. Precisamente delante de él había un hombre tendido en el suelo. Usaba cuello blanco, pero no era el maestro de escuela; no, nada de eso.

Caído sobre el mostrador del bar, había otro hombre, vestido con un saco blanco, en el que se le notaba una gran mancha de sangre, a la altura del corazón.

Un poco más allá, estaba el maestro-policía, quien había colocado su saco en el respaldo de una silla, y se hallaba en mangas de camisa, prestando los primeros auxilios a varios heridos, que los precisaben urgentemente.

El soldado Reed estaba tratando de salvar la vida a Snwstorm Dan, quien tenía una herida muy dolorosa en el hombre, y además siete perdigonazos en el rostro.

El capitán se dió una vuelta por la otra habitación y vió abundante evidencia de los juegos prohibidos que habían estado instalados allí. Notó también que había allí varios hombres con esposas ligados a una cadena, la que a su vez estaba sujeta a una pesada mesa de billar. Había también tres sujetos exánimes en el suelo, los que no necesitaban esposas para permanecer quietos.

Ocupándose en atender al herido, Robert Reed ni miró al capitán cuando éste entró y se puso a examinar la escena, con el aspecto de pesar que tiene siempre un Ranger cuando ha perdido la oportunidad de tomar parte en una buena pelea.

Un poco más tarde llegaron dos agentes de policía, seguidos de dos médicos e infinidad de curiosos.

El capitán Sam Butin no hizo preguntas: simplemente se ocupó de su obligación, enviando a los prisioneros a la cárcel local. Destacó también a dos hombres de confianza para que recogieran el dinero que estaba desparramado por el suelo.

Hizo también trasladar las ruletas, barajas y diversos útiles de juego a su cuartel general, donde quedarían almacenados hasta el día en que se efectuara el juicio a los dueños de la casa de juego. No resultó nadie muerto en la pelea antes relatada. Cinco heridos fueron enviados a los hospitales de la ciudad. Uno de los médicos vendó una rozadura de bala que había sufrido Robert Ree en un muslo.

Después de esto el nuevo Ranger se dirigió al cuartel general de la Fuerza, donde escribió a máquina una relación concisa de los hechos ocurridos, para ser entregada al capitán.

Este archivó el informe, envió el duplicado a Austin y se dirigió a cenar al restaurant "Oil y Alkali".

Al volver a su alojamiento, encontró al soldado Robert Reed sentado, limpiándose las uñas cuidadosamente. A su lado en una silla, había una valija abierta, la que contenía diversos cosméticos, peines, lociones, etc., como el capitán había visto en una peluquería de lujo en El Paso.

Entreabrió los labios para hacerle una observación burlona, pero lo pensó mejor y permaneció silencioso.

Había ya leído en una edición especial del diario de Brager, los detalles de lo que había ocurrido en la casa de juego. El repórter que había estado presente, había descrito fielmente el asalto instantáneo del Ranger a sus atacantes, la derrota de Snowstorm Dan, quien era uno de los pistoleros más famosos del país — la entrada a la habitación interior, donde las explosiones de la pistola automática se confundieron con los disparos de revólver, y por fin la escena de Robert Reed encadenando a sus prisioneros y prestando los primeros auxilios a los heridos.

—Oiga, Reed, — le dijo el capitán Sam, — déme de nuevo su Poder de Autoridad.

—Sí, señor, — contestó el flamante policía rural, extendiéndole el documento pedido.

Este era todo lo que el estado daba a los Rangers — si precisaban armas, ropas o cualquier otra cosa, debían comprárselas ellos mismos.

El capitán Sam abrió el grueso papel, que estaba cuidadosamente doblado y lo volvió a leer, palabra por palabra, como si no conociera su contenido.

Después sacó su lápiz de tinta, y laboriosamente firmó su nombre: "Samuel Buntin", en la línea de puntos. En ese momento estaba pensando en la ocupación anterior del nuevo recluta, y se maravillaba de que un maestro de escuela hubiera demostrado la valentía de este hombre.

Al devolverle el Poder de Autoridad a Reed, el capitán notó que la mano del soldado temblaba y también que éste se pasó el pañuelo disimuladamente por los ojos. Ocurre muchas veces que un valiente que no vacila ante la muerte, exterioriza así sus emociones cuando su oficial superior firma por él, demostrando así la confianza que le inspira su subalterno. El capitán Sam Buntin no hubiera firmado por recomendaciones ni por influencia política, pero lo hizo porque Reed había cumplido con su deber, de una manera que honraba al Cuerpo de Rangers.

Después de un momento de silencio, le preguntó de improviso a Reed, sintiéndose incapaz de contener su curiosidad por más tiempo:

—Dígame, Bob: aunque no es cosa de mi incumbencia, cómo llegó a ser un maestro de escuela?

—Pues... fuí a la escuela normal de Nebraska. El profesor Farnham era muy amigo de mi padre, y se empeñó en darme una buena educación.

—Muy bien.— ¿Pero es posible que usted haya ejercido la profesión de maestro de escuela?

—Oh, sí.

—¿Pero durante cuánto tiempo?

—Alrededor de diez años.

—¡Diez años! Ciertamente no lo aparenta usted.

—Probablemente no.

—¿Y en qué regiones enseñó usted?

—En New York, Texas, Colorado y California.

—Supongo que serían escuelas para niñas de la sociedad y les enseñaría modales finos — y al decir esto el capitán Sam no pudo reprimir un gesto de incredulidad.

—Más o menos esa clase de escuela... — contestó Robert Reed sin sonreir siquiera. — Escuelas Correccionales las titulaban.

—Bien ya me sospechaba algo de eso, — contestó el capitán Sam, — aunque confieso que usted me tuvo preocupado durante algún tiempo... Hasta que comprobé que usted era un valiente.

Los HOMBRES de GANYMEDE

UNA NOVELA DE FICCION CIENTIFICA

Aventuras estupendas en que la fantasía y la ciencia se unen para satisfacer ansias nobles y elevadas de sueños que los seres humanos aspiran a ver realizados.

Un viaje en el misterio de los espacios interplanetarios en el que suceden acontecimientos realmente extraordinarios y dramáticos, tal es en síntesis el emocionante argumento de LOS HOMBRES DE GANYMEDE que publicará proximamente Pucky.

EL VIUDO ALEGRE

—¡Ah! viejo suertudo... tú no merecías perder a tu mujer.

EN CASA DEL DENTISTA

—Es la muela del medio, la que me duele.
—¿La muela del medio?
—Sí; yo no tengo más que tres.

HOMBRE SERVICIAL

—Y dígame, Héctor, ¿no tiene usted nada donde poner mi ceniza?
—No; pero hablaré por teléfono a la empresa de pompas fúnebres para que se encargue de eso...

LA RENUNCIA

Por JOSE FRANCES

Antes de que su criado le desperatara le despertó a Felipe Manzanares el sol, agrietando de luz las maderas del balcón.

Saltó de la cama al suelo y abrió las maderas, recibiendo en pleno rostro la bofetada luminosa que le hizo retroceder a tientas hasta el lecho.

Ya entre sábanas Felipe Manzanares sonrió al nuevo día.

Entraba con el sol la clara mañana de abril. Detrás de los cristales se dibujaba, como en ciertas estampas japonesas, la movible silueta de una rama florida de blanco. El cielo, limpio, azul, parecía esmaltado. Se presentían vuelos de golondrinas y el gozo de pasear lentamente, a lo largo de avenidas de crujiente arena, sombreadas por las ramas nuevas de los árboles.

Recordó otras mañanas de Abril lejanas, ya hundidas en el tiempo, siempre prefumadas por un nombre de mujer... que nunca era el mismo. A su alma, como a un nido, venían versos de un poeta contemporáneo.

"Abril florecía
frente a mi ventana,
entre los jazmines
y las rosas blancas"

Se rió de sí mismo viéndose tan remozado y como si al espíritu le brotasen renuevos que luego serían flores. Nunca despertó con semejante optimismo, con tan amplio amor a la vida, que abría para él un cauce a la felicidad.

Acaso la solemnidad del día, lo que le aguardaba aquella tarde en casa de la novia, ingenua y llena de confianza en él como en un padre.

Repentinamente se puso serio. "¡Como en un padre!" ¡Qué tontería!

Entraba erguido y fuerte bajo el dintel de su tercera juventud. Iba a cumplir cincuenta años; pero llegaba a ellos como un triunfador Nunca se dejó vencer por la molicie y el bienestar. Alternaba sabiamente los placeres y el culto a la energía. Tenía el orgullo de sus músculos, y en todas las sociedades deportivas figuraba su nombre entre los jovenzuelos entecos y febles, que le admiraban, sintiendo inconsciente envidia de su porte altivo y sano.

Dieron dos golpes discretos en la puerta.

—Adelante, Juan.

El criado entró sorprendido.

—Hoy se ha despertado el señor muy pronto.

—El sol ha tenido la culpa, Juan. Buen día ¿eh?

—¡Espléndido, señor!

—¿Preparaste el baño?

—Iba ahora, cuando al pasar vi luz en el cuarto y llamé.

—Prepáralo en seguida... Anda.

Mientras Juan le preparaba el baño, Felipe Manzanares volvió al claro optimismo de antes.

En la habitación contigua sonaba el cepillo contra el mármol de la pila. Después, el agua de los grifos.

Felipe Manzanares pensaba en su novia. Para encontrarla hubo de volver la vista hacia el camino recorrido treinta años antes. Ninita Mendoza tenía veinte. En plena edad de ilusión y de confianza había conocido a Felipe Manzanares, y consultándole acerca del amor, acabó enamorándole.

Pero un amor decisivo, influyente, de los que hincaban en el corazón como puñal lanzado desde lo alto sobre una tierra demasiado blanda. Los padres de Ninita Mendoza asintieron complacidos, pensando antes en la fortuna de Felipe Manzanares que en la diferencia de edad tan enorme. Ninita Mendoza se encogió de hombros.

La vida frívola de las señoritas madrileñas le había puesto un pájaro loco en el corazón y le parecía más joven que los danzarines del Recreo y los jovenzuelos que recorrían el teatro de la Princesa las noches de moda con la cabeza descubierta y el smoking impecable. Era, además, un hombre respetuoso y agradable. Su conversación tenía a veces la plasticidad de un cuadro y en ocasiones distraía como una novela leída a saltos de página, y como en el fondo Ninita Mendoza era, sin saberlo, propicia a dejarse emocionar por el breve encanto de un cuadro o de un libro, accedió, encogiéndose de hombros, al amor de Felipe Manzanares.

II

Mientras se desayunaba, después del baño, Felipe Manzanares charlaba con Juan. Su optimismo le había impulsado a cierta pasajera intimidad con el criado. Al alcance de la mano esperaban los periódicos de la mañana, donde tal vez se anunciara ya en los "Ecos de Sociedad" su próxima boda con Ninita Mendoza.

Pero Manzanares no tenía ganas de leer.

Entraba el sol, por la puerta abierta sobre el jardín, a reflejarse en los cristales del vaso, de la jarra de agua, de la mantequera con cerco de plata, del búcaro con rosas recién cortadas.

—Está una mañana admirable, ¿verdad,

—Es decir, viejo, muy viejo, no lo es.

Juan? Como para enamorarse así, de repente
Juan asintió sonriendo. Era un mozo alto y fuerte. Había nacido veinticinco años antes en un pueblo de nombre áspero y complicado de las provincias vascongadas.

—Contesta, hombre. ¿Verdad que dan ganas de enamorarse?

Volvió a sonreír Juan.

—Como ganas sí deben darlas, pero a mí ya me importa bien poco.

—No te entiendo.

—¡A ver! Yo ya encontré moza...

—¿Para casarte?

—Eso quiero yo... Ahora que...

Repentinamente se puso serio el criado.

—¿Qué?... ¿No te quiere ella?...

—Ella, sí... La madre. Como yo falto del pueblo ya va para tres años, me ha perdido el miedo, y quiere casarla con un viejo... Es decir, viejo, muy viejo, no lo es. Así como el señor, de cuarenta a cincuenta. Es uno de los ricos del pueblo, y sería lo primero que propusiera que no lo consiguiese; lo ha sido todo hasta alcalde. Ella, ¡fígúrese!, acabará por ceder. Es una chiquilla. Aún no cumplió los veinte años. Le gustarán los trajes guapos, las onzas que debe tener el viejo... Pero es que yo la decía ayer en una carta, "¿cuándo has visto tú que salga bien una boda de moza con viejo?... Cada cosa en su tiempo, y no está bien meter las rosas frescas en invernadero."

—Sí... sí... Anda, llévate esto...

—¿No come más?

—No... Llévatelo.

Lentamente, tristemente, salió del comedor y entrando en su cuarto se quitó el pijama y empezó a vestirse la ropa que ya Juan le dejara preparada.

III

En el Casino escribió la carta, después de un paseo cobarde a través de las calles soleadas y céntricas. La voz de Juan sonaba en sus oídos: "¿Cuándo has visto tú que salga bien la boda de moza con viejo? No está bien meter las rosas frescas en invernadero". Y aunque él compare su porte viril y fuerte con la blandenguería de los mozalbetes elegantes, y aunque ninguno de sus compañeros de generación tenía aquella arrogancia suya que desafiaba al porvenir. Se cruzaban con él esas parejas mañaneras de novios aristocráticos; repintadas y artificiales las muchachas, enclenques los galanes, seguidas muy lejos por la trotona alemana o inglesa, y Felipe Manzanares veía en las pupilas de las jovencitas una mirada bien distinta de la que buscó, sin hallarla nunca, en los ojos de Ninita Mendoza.

Sufrió la vergüenza de su vejez oculta, pero sin duda se arrepintió amargamente del ensueño, y refugiándose en el Casino, cerca de una de las anchas ventanas por donde entraba la luz y los rumores de la calle, escribió a Ninita Mendoza una carta que no quería ser de amor y que toda ella palpitaba de la amargura del amor.

"Buenas tardes, muñeca...

¿No sabes que te quedas sin novio? El novio se ha marchado lejos, muy lejos, a ese país bonito donde se cumplen los cambios maravillosos de un dragón en un príncipe, y de una vieja leñadora en una reina vestida de blanco y con corona de perlas y rubíes. Ahora sólo queda el antiguo amigo de casa, el que te compró sonajeros y muñecas y cometió, finalmente, la perdonable locura de decirte que eras bonita cuando tú sólo podías oírlo, en vez de decirlo como antes, delante de todo el mundo.

El novio volverá transformado, si no en príncipe, por lo menos en un mozo de tus mismos años y algo es algo. El amigo viejo también se marcha para volver cuando sea tiempo oportuno para tus ojos y para su corazón.

Acaso no me comprendas bien todavía; pero ya me comprenderás cuando la vida te enseñe que detrás de todo cuento alegre hay siempre unas pupilas que lloran. Las del poeta que lo compuso o las de la mujer que, al oírlo, recuerda un episodio semejante.

Aquí, en este cuento nuestro, no hay poeta ni mujer que recuerde. Yo no sé hacer versos, y tu pasado está blanco y silencioso; pero, en cambio, hemos soñado por un instante en que el bonito cuento podía ser realidad.

Si no lo ha sido, ¡paciencia Ni tú ni yo tenemos la culpa.

Buenas tardes, muñeca. Te besa respetuosamente la punta de los dedos tu viejo amigo, Felipe Manzanares."

Cerró el sobre, y antes que pudiera arrepentirse, mandó la carta a su destino.

IV

Cuando salió del Casino, al atravesar una de las salas, se vió en un espejo y le temblaron las piernas.

Bruscamente desapareció la tersura de su piel, la brillantez de sus pupilas. No era el Felipe Manzanares gallardo y altivo de horas antes el que reflejaba el espejo.

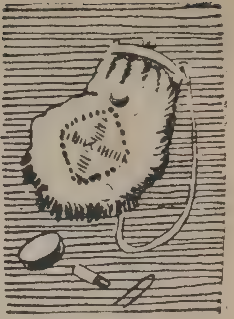
Y al verse tan lamentable, obligado a renunciar para siempre al amor y a la felicidad, comprendió que al poner el pie en el umbral de la tercera juventud, había dado un paso decisivo e irremediable hacia la vejez.

JOSE FRANCES.

MACACHIN TEODORITA Y PIPERMIT

Vea esta interesante historieta cómica en colores, que publica "Pucky" en todos los números.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. Más tarde Markham le confía a Vance haber descubierto que la cartera y los guantes pertenecen a la señorita Muriel St. Clair y le dice a Vance que la va a arrestar. Vance sostiene que es inocente. Markham consiente en que presencie el interrogatorio que hará a la muchacha, en su oficina. Ella contesta de un modo impertinente a sus preguntas; pero demuestra inquietud cuando Markham le pregunta si Leacock no poseía un Colt, calibre 45, el mismo tipo de arma con que Benson fué asesinado. Vance dice a Markham que está seguro de la inocencia de la muchacha y expone teorías sobre el único modo seguro de descubrir a un criminal. Continúa:

CAPITULO XVIII

—Creo que vosotros, compañeros, teneis otras supersticiones acerca del asesinato — continuó Vance, — especialmente que el criminal vuelve siempre al teatro del crimen. Hasta se explica esta creencia fantástica por cierta recóndita y nebulosa psicología.

Pero yo le aseguro que la psicología no enseña doctrina tan descabellada. Si el asesino volviera junto al cuerpo de su víctima por cualquier otra razón que rectificar alguna torpeza cometida, sería merecedor de que lo recluyeran en un manicomio. ¡Qué fáciles resultarían las cosas para la policía si esta idea fantástica tuviera algo de verdadera! No tendría más que sentarse en el teatro del crimen y ponerse a jugar a los naipes o al "mah jongg" hasta que el asesino volviera y luego escoltarlo hasta la cárcel ¿no le parece?

El verdadero instinto psicológico, en cualquiera que ha cometido un delito, lo impulsa a alejarse de la escena de él, tanto como el límite del mundo lo permita.

—Sea como fuere — le recordó Markham — en este caso no estamos esperando inactivos, que el crimen se descubra solo, ni nos hallamos sentados en el "living room" de Benson, confiados en la vuelta del criminal.

—Cualquiera de los dos procedimientos alcanzaría tanto éxito como el que seguís ahora, — dijo Vance.

—No poseyendo su singular intuición, — contestó Markham, — sólo puede seguirse el proceso inadecuado del razonamiento humano.

—Sin duda — convino Vance con acento de conmiseración. — Y el resultado de sus actividades me obliga a llegar a la conclusión de que un hombre, provisto de abundante lógica legal, puede intentar con éxito los asaltos más obstinados y heroicos contra el sentido común.

Markham se sintió picado.

—¿Todavía insistiendo en la inocencia de la St. Clair? Sin embargo, en vista de que ningún otro indicio palpable señala en distinta dirección, admitirá usted que no puedo elegir rumbos.

—No admito nada semejante, — dijo Vance, — porque le aseguro que hay infinidad de indicios que señalan en otra dirección. Sólo que usted no los ve.

—¿Usted lo cree así? — la descuidada arrogancia de Vance, por último, había concluído con la paciencia de Markham. — Muy bien, viejo. Yo niego terminantemente todas sus hermosas teorías, desafiándolo a que me presente un sólo hilo de esos indicios que dice existen.

Pronunció estas palabras con aspereza e hizo un gesto breve y agresivo, con los dedos extendidos para indicar que, por lo que a él se refería, el asunto estaba terminado.

Creo que Vance estaba también un poco picado.

—Usted sabe, Markham, querido viejo, que no soy un vengador de la sociedad. El papel me aburriría sobremanera.

Markham sonrió altivamente; pero no contestó.

Vance fumó un rato pensativo. Luego, con gran sorpresa mía se volvió tranquila y deliberadamente a Markham, y dijo en voz calmosa:

—Primero, — anunció Vance, — determinaré la altura exacta de la persona culpable. Esta circunstancia entra en la categoría de pruebas, ¿no le parece?

—Voy a aceptar su desafío. Es un poco ajeno a mis gustos, pero el problema me interesa bastante. Presenta las misma dificultades que el asunto del "Concert Champestre", una disputa de autores ¿no es así?

Markham supendió bruscamente el movimiento de llevar el cigarro a los labios. Había lanzado un desafío por espíritu de arrogancia, no más. Examinó a Vance un poco dudoso. Poco se imaginaba que la acep-

tación del otro de su desafío, hecho semiseriamente, iba a alterar toda la historia criminal de Nueva York.

—¿Cuándo y cómo va usted a proceder? — le preguntó.

Vance agitó su mano negligentemente.

—Como Napoleón, "je m'engage et puis je vois". Sin embargo, tiene usted que darme su palabra de que me prestará toda la ayuda posible y se abstendrá de cualquier objección legal.

Markham frunció los labios. Estaba francamente perplejo por el modo inesperado con que Vance había aceptado su desafío. Pero inmediatamente soltó una carcajada bonachona, como si después de todo, el asunto no fuera de consecuencias serias.

—Muy bien, — asintió. — Tiene usted mi palabra... ¿Y ahora?

Después de un momento, Vance encendió otro cigarrillo y se levantó lánguidamente.

—En primer lugar — anunció — determinaré la altura exacta de la persona culpable. Este hecho entra indudablemente en la categoría de prueba ¿no?

Markham lo miró incrédulo.

—¿Y cómo, en nombre del cielo, va usted a averiguarlo?

—Por esos métodos de deducción primitiva en los cuales confiáis vosotros tan conmovedoramente, — contestó con ligereza. — Pero venga; vamos a la casa del crimen.

Se levantó dirigiéndose hacia la puerta. Markham lo siguió de mala gana, en un estado de perpleja irritación.

—Pero usted sabe que el cuerpo ha sido retirado — protestó Markham. — Y el lugar debe haber sido puesto en orden a la fecha.

—Gracias al cielo por ello, — murmuró Vance. — No soy aficionado a la contemplación de cadáveres y el desorden, ya sabe usted, me fastidia terriblemente.

Al llegar a Madison Avenue, llamó un taxi y sin pronunciar palabra subimos en él.

—Todo esto es una tontería, — declaró Markham de mal humor, mientras íbamos en camino. — ¿Cómo espera encontrar indicios ahora? Para esta fecha todo está destruído.

—¡Ay, mi querido Markham, — se lamentó Vance en un tono de burlona solicitud, — ¡qué deficiente es usted en teoría filosófica. Si algo, por infinitesimal que sea, pudiera ser destruído, el universo cesaría de existir, el problema cósmico sería resuelto y el Creador escribiría: Q. E. D., sobre un firmamento vacío.

¿Nunca trató usted, cuando niño, de obtener una división exacta e hizo operaciones y más operaciones sobre un papel, sobrándole siempre un tercio? Si usted hubiera podido borrar ese pequeño tercio, la operación estaba terminada. Pero... así hubiera usted hecho divisiones hasta caer rendido, no lo conseguiría.

Así es la vida, querido amigo. Solamente porque nada podemos borrar, es que continuamos existiendo.

Vance hizo un movimiento con su dedo, agregando una especie de período palpable a sus observaciones y luego miró soñadoramente por la ventanilla la altiva bóveda del cielo.

Markham se había recostado en su rincón y estaba masticando, con aire preocupado su cigarro.

Yo notaba que hervía de rabia por haberse dejado llevar por su impulso, aceptando el desafío. No era posible retroceder ahora.

Como me lo contó después, estaba plenamente convencido de que lo habían arrancado a su cómodo sillón para hacerle participar en la correría de un loco.

CAPITULO XIX

(Sábado 15 de Junio, 5 p. m.)

Cuando llegamos a la casa de Benson, un vigilante que estaba recostado en actitud soñolienta contra el pilar de hierro del corredor, se cuadró y saludó.Nos miró esperanzado a Vance y a mí, juzgándonos sin duda dos sospechosos que eran conducidos al lugar del crimen para ser interrogados por el fiscal del distrito. Fuimos introducidos por uno de los hombres de la oficina de homicidio, que había estado en la casa desde la mañana de la investigación.

Markham lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¿Marcha todo bien?

—Seguramente, señor, — replicó el hombre de buen humor, — la vieja es mansa como una gata y... muy buena cocinera.

—Queremos estar un rato solos, Sniffin — dijo Markham cuando entramos en el "living room".

—El nombre del gastrónomo es Snitkin, no Sniffin, — corrigió Vance, cuando la puerta se hubo cerrado tras de nosotros.

—¡Maravillosa memoria! — dijo Markham, rudamente.

—Un defecto mío, — dijo Vance. — Apuesto que usted es una de esas raras personas que nunca olvidan una fisonomía; pero que no pueden recordar los nombres, ¿verdad?

Markham no estaba de humor para bromas.

—Bueno... ahora que me ha arrastrado aquí ¿qué es lo que va a hacer? — agitó su mano con ademán suplicante y se dejó caer en una silla con aire de completa abdicación.

El "living room" tenía el mismo aspecto que cuando lo vimos por primera vez, salvo que todo estaba en orden. Las cortinas se hallaban descorridas y la luz de la tarde entraba profusamente. Los adornos de los muebles parecían intensificados por el resplandor.

Vance miró a su alrededor y se extremeció.

—Estoy casi por volverme, — murmuró. — Este es un caso claro de homicidio justificado, por un decorador de interiores, lleno de indignación.

—Mi querido esteta, — dijo Markham impacientemente, — tenga la bondad de se-

Inclinado sobre la alfombra, Vance colocó el sillón en la posición exacta que ocupaba cuando Benson fué asesinado.

pultar sus prejuicios artísticos y ocuparse de la solución del problema. Naturalmente — añadió con sonrisa maliciosa, — que si usted teme los resultados, puede todavía retroceder, conservando así sus encantadoras teorías en su actual estado virgen.

—¿Y permitir que usted envíe a una inocente doncella a la silla eléctrica? — exclamó Vance con burlona indignación. — ¡Nunca! La galantería solamente me prohibe retroceder.

Markham endureció la mandíbula y lanzó a Vance una mirada feroz.

—Empiezo a creer que hay algo de verdad en su teoría de que todo hombre tiene motivo para matar a otro.

—Bueno... — dijo Vance, alegremente, — ahora que empieza usted a pensar como yo ¿tenddrá inconveniente en que le pida a Shitkin que me haga un mandado?

Markham suspiró ruidosamente y se encogió de hombros.

—Fumaré durante la representación de la opereta, si esto no la interrumpe.

Vance fué hasta la puerta y llamó a Snitkin.

—¿Quiere usted hacer el favor de pedirle a la señora Platz que me preste una cinta larga, de medir, y un ovillo de piolín-... El fiscal de distrito los necesita, — añadió haciendo una aduladora cortesía a Markham.

—No me atrevo a esperar que quiera usted ahorcarse, — dijo Markham.

Vance le dirigió una mirada de reproche.

—Permítame, — le dijo dulcemente, — que le recite estas frases de "Otelo":

"¡Cuán pobres son los que no tienen paciencia! ¿Qué herida curará si no por grados?"

O' descendiendo de la poesía a la chatura de la prosa, citarle este pensamiento de Longfellow: "Todo llega para el que sabe esperar". Incierto, naturalmente, pero consolador. Cervantes lo dijo mejor: "Paciencia y barajad los naipes".

Prudente consejo, Markham, y expresado cínicamente, como deben serlo todos los buenos consejos. Puede estar seguro de que la paciencia es una especie de último recurso, un sistema a adoptar cuando no puede hacerse otra cosa. Rosseau escribió: "Le patiente es amere; mais son fruit est doux". Pero quizá su gusto iegal se inclina al latín: "Superanda omnis fortuna ferendo est", dijo Virgilio, y Horacio habló también del...

—¿Por qué diablos no regresa Snitkin? — gruñó Markham.

No había acabado de hablar, cuando se abrió la puerta y el detective le entregó a Vance la cinta de medir y el piolín.

—Y ahora, Markham, viene su recompensa.

Inclinado sobre la alfombra, Vance colocó el gran sillón de mimbre en la posición exacta que tenía cuando fué asesinado Benson. La posición fué determinada fácilmente por las impresiones de las ruedas del sillón en la alfombra, claramente visibles.

Luego pasó el piolín por el agujero hecho por la bala en el respaldo del sillón y me indicó que sostuviera un extremo contra el sitio donde la bala había pegado, en el friso de la madera.

Tomó la cinta de medir, y, extendiendo el piolín por entre el agujero midió una distancia de 1m60, a lo largo de él, empezando por el punto que correspondía al lugar ocupado por la frente de Benson, cuando estaba sentado en el sillón. Atando un nudo en el piolín, indicó la medida. Puso el piolín tirante, de manera que estuviera extendido en linea recta, desde la señal del friso, por entre el agujero del respaldo del sillón, hasta un punto: 1m60 de distancia frente adonde había descansado la cabeza de Benson.

(Continúa en el próximo número).

Corte por aquí este cupón y envíelo a esta dirección: CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 273 Concurso Benson

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?
¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino.
¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número. **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" lo publicado hasta hoy de la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página anterior.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

ESTE CONCURSO QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

NOTA: — No se mantiene correspondencia sobre el concurso.

LA HEREDERA

Por

GASTON RAGEOT

—Tome, señorita; entérese de esta carta...

¡HABIA empezado aquello de tan extraña manera...! Al día siguiente de su casi inadvertido debut en la Comedia Francesa, Eva Landéve recibió en su casita, todavía honrada y familiar, algunos periódicos que omitían su nombre, o lo citaban negligentemente, y un magnífico ramo de sentimentales pensamientos, con sus tonos profundos y meláncolicos.

La ofrenda era anónima: ninguna carta, ningún nombre, ninguna indicación sobre el galante y grave admirador.

Tenía Eva veintidós años, una belleza inquietante y unos ojos soñadores. Los amoríos del Conservatorio, la lentitud de su carrera y la estrechez en que vivía no pudieron marchitar la frescura de su sensibilidad y de su imaginación. En su corazón florecían aún las doradas ilusiones de la adolescencia, y entregábase ingenuamente a su incierto destino.

Ahora, cuando ya iba reponiéndose lentamente de la decepción de su debut, de aquel debut que ella había soñado brillante y sensacional, la llegada de las flores misteriosas y tristes habíala emocionado profundamente.

Este regalo, en el que ella encontraba el encanto de lo desconocido, tanto padía significar nu rendido homenaje a su talento, del cual dudaba un poco, como una galante ofrenda a su belleza, de la que estaba demasiado segura.

¡Y hacía seis meses que duraba aquello!...

Con las mismas precauciones para rodear de misterio su presente, el fiel desconocido renovaba sin cesar las hermosas flores.

Toda la casita de Eva estaba adornada con ellas. Adquirió algunos búcaros de fino cristal que los distribuyó en pequeños ramitos por todas las habitaciones. Teníalas en el salón, en su alcoba, en su gabinete... Las llevaba también a su camerino del teatro, y se las ponía además en el pecho.

Nunca se la vió ya sin pensamientos. Los amaba, tenía necesidad de ellos para ser feliz.

Poco a poco llegó a adquirir cierta semejanza con aquellas flores. En sus ojos soñadores había reflejos violados, una sombra de dulce melancolía velaba su sonrisa.

En la espera, un poco desalentadora, del "papel" que había de revelar su genio escénico, ella debía a sus flores una delicada particularidad que la hacía resaltar entre todos sus camaradas, y se complacía en la originalidad de su idilio con tan misterioso amante.

A veces, con uno de los pensamientos entre sus dedos, trataba Eva de imaginarse al tierno anónimo:

—Será joven, seguramente; buen mozo y guapo, sin duda alguna; rico y de alma delicada. Pero, ¡Dios mío!, ¿por qué será tan tímido, tan misterioso?... ¿Sufrirá tal vez el desengaño de su primer amor, o por el contrario, tendrá el corazón tan tímido y apasionado que le cause temor una mujer?...

Y así, en sus ratos de ensueño, perdida la mirada entre las flores desmayadas de sus búcaros y dejando vagar a su gusto la fantasía, se figuraba Eva a su incógnito adorador.

No todos los días le veía de igual modo, pero tanto si era rubio como moreno, siempre se le aparecía seductor, extremadamente distinguido, muy noble, muy delicado y un poco poeta. Y en compañía de este amante imaginario, una íntima delicia, una vaga languidez la invadía.

—Cualquier día, — pensaba ella, — el azar o un encuentro preparado por esa fatalidad que reune desde tan lejos a los seres predestinados a amarse descubrirá a su excesivamente discreto cortejador. ¡Oh, entonces!

Y, sin saber qué, Eva esperaba un poco más cada día.

Mas he aquí que, de repente, no recibió ya más pensamientos. Pasaron algunos días, y cuando las últimas flores acababan de secarse definitivamente, se presentó en casa de Eva un señor vestido de negro, con una carpeta de cuero bajo el brazo.

—Señorita, yo soy el notario del señor barón de Boisdeuil, a quien ya sé que usted no conoce...

—En efecto, señor, no he oído ese nombre en mi vida...

—El señor barón de Boisdeuil, señorita, acaba de morir a los sesenta y dos años de edad, y yo vengo a comunicarle que en su testamento la constituye a usted su heredera universal... Su fortuna se eleva a cerca de dos millones...

—¿Quiere explicarme este misterio, señor?

—Tome, señorita; entérese de esta carta...

Y el notario entregó a Eva un gran sobre cerrado. La joven halló en él un papel con las siguientes líneas, escritas por mano temblorosa y vacilante:

"Señorita: Yo tenía una hija que era la única pasión de mi vida; murió a los veinte años... Hace de esto mucho tiempo. Al día siguiente de debutar usted en el teatro vi en los periódicos su retrato y creí que era el de mi hija. He asistido siempre a las funciones en que usted representaba algún papel, y mirándola y escuchándola, sobre todo escuchándola, me parecía verla vivir aun... ¡Eran sus ojos, sus gestos, su figura, su voz, toda su voz!...

Desde entonces empecé a enviarle a usted las mismas flores que yo colocaba todos los días sobre su tumba... ¿Lo habrá advertido usted?... Hoy desaparezco, a mi vez, en la mayor soledad, sin más compañía que la imagen de usted grabada en mi viejo corazón. En pago de esta felicidad y de la suprema ilusión que usted me ha proporcionado, ¿quiere permitirme, señorita, que la nombre mi heredera?... Me consideraré todavía su deudor...
— Barón Boisdeuil."

Con la fúnebre carta entre los dedos permaneció Eva largo rato indecisa, desconcertada. La volvió a leer sin entenderla apenas, sin llegar a desentrañar el sentimiento de aquellas extrañas palabras que un desconocido anciano le enviaba desde el borde del sepulcro...

Lentamente, a pesar suyo, envolvió en una dolorosa mirada los búcaros vacíos, sin vida, como un corazón sin amor.

Las horas siguientes transcurrieron para la joven desoladoras y tristes. En algunos instantes tornaba a revivir en su imagen la figura del misterioso amante que fué durante seis meses el familiar de su vida.

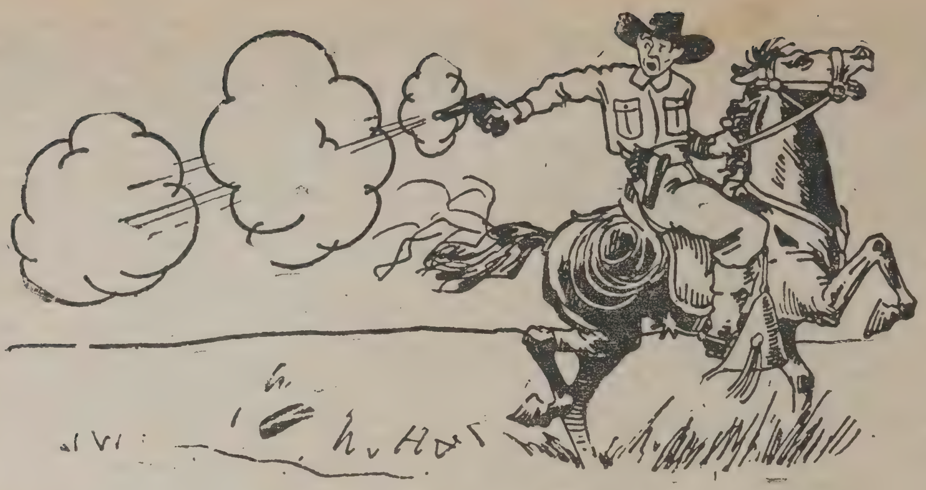
Poco a poco vió en sí misma disiparse, borrarse, morir la inefable y amada imagen. La invadió una mortal amargura, una secreta y profunda angustia, como si hubiera sido abandonada y se quedase sola en el mundo....

En esta lamentable disposición de espíritu le sorprendió la vuelta del notario.

—¿Está usted dispuesta, señorita — preguntó éste, a aceptar el legado del barón de Boisdeuil?

—Sí... Bueno... — balbució ella.

Y estalló en sollozos.



COMO LLEGO UN ARTISTA A SER ARTISTA

Por JAIME RIPOLL

CHARLES FLIX llegó a ser lo que se ha dado en llamar un "as" de la pantalla.

La manera de manifestarse sus extraordinarias aptitudes para ello fué bastante extraña, bastante dramática y bastante misteriosa en alguno de sus detalles.

Andanzas de su vida aventurera, y de la mía, no muy sedentaria, nos unieron en Los Angeles, formando parte de la comparsería contratada por una importante empresa para impresionar unas cintas en las inmediaciones de Lincoln, junto al río Nebraska.

Yo había sido de todo un poco y había recorrido gran parte de este pícaro mundo, ocupado en las más heterogéneas profesiones, en lucha con la necesidad de vivir. pero me faltaba ser actor cinematográfico. No estaba muy seguro de que mi actuación en ese arte resultase brillante, sobre todo al empezar...

El tiempo ha venido a demostrarme que ni al empezar ni nunca habría de llegar a ser más que una medianía, aceptable solamente para conjuntos. Es buena cosa la modestia cuando hay que ser modesto por fuerza.

En cambio, Charles Flix, evidenció una vez más que el verdadero mérito y el genio surgen cuando menos se espera. Los dos debutamos en igualdad de condiciones. El llegó a "estrella" y yo no pasé de mísero gusano, ni siquiera de luz.

Bien sabe Dios que nunca le envidié con la envidia rencorosa y lívida del inepto pretencioso. Envidié, sí, su genio, pero no su merecida elevación, y como fuí un amigo leal y bueno, él me ayudó siempre. Dios se lo pague, puesto que mi medianía, sin su protección, me habría colocado en situaciones demasiado apuradas.

Nos conocimos al ingresar en la compañía aquella y simpatizamos. La igualdad de nuestras edades y de nuestros caracteres nos hizo llegar pronto a una camaradería locuaz, y durante el viaje de Los Angeles a Lincoln nos referimos algunos episodios de nuestras vidas, igualmente pintorescas y accidentadas.

Flix era un muchacho que hacía honor a sus veinticinco años. Guapo, con guapura de hombre joven y vigoroso, y lo bastante buen mozo para justificar algunas aventurillas que nunca me contó, pero que yo fuí conociendo, aunque sólo fuese de la manera incompleta que resultaba de su caballerosidad y de mi discreción.

A veces caía en un mutismo pensativo del que me costaba algún trabajo sacarle. Otras veces parecía buscar a alguien entre la gente que nos rodeaba, y entonces sus ojos tenían una dureza perforante que me hacía pensar: "No tiene más remedio que encontrar lo que busca".

Estas actitudes de Flix, que surgían inesperadamente, eran a mi, juicio — y al de cualquier mediano observador, — reflejos de algo intenso en su vida, que, naturalmente, ocultaba en sus confidencias joviales.

* * * *

Antes de empezar la impresión de escenas fué preciso instalar un verdadero campamento.

El trabajo en aquel sitio había de durar varios días, y los distintos episodios nos tenían en constante movimiento, obligán-

donos a ir y venir de unos lugares a otros, tan pronto en llanura como en montaña; hoy junto al río, mañana en un bosque, y todo ello bastante alejado de Lincoln.

Nuestra empresa tuvo el buen acuerdo de proveernos de tiendas de campaña, automóviles, caballos, armas y demás elementos necesarios al trabajo y a la vida de todos, en los días que habían de durar nuestras danzas y correrías. Con todo ello se instaló el campamento en sitio estratégico, desde el cual se podía acudir donde fuera necesario para la toma de escenas.

Como se hacían simultáneamente varias películas en aquellos días varié de personalidad con una frecuencia a la que no estaba acostumbrado, no obstante los muchos cambios que había en mi vida real.

Míster Picton miró a Flix...

Los comparsas éramos traídos y llevados sin que supiéramos de antemano lo que íbamos a hacer ni a qué película pertenecía cada escena. Así fuimos cow-boys, mineros, cazadores, soldados, bandidos y — justa compensación — monjes de un monasterio.

En uno de los asuntos, el de más importancia al parecer, Flix y yo formábamos parte de una cuadrilla de bandoleros a quienes dirigía un hombre audaz, enmascarado y barbudo.

Por cierto que aquel actor, nuevo en el arte mudo, era un hombre tan extraordinario como el personaje que representaba. Ninguno de los compañeros sabía su nombre ni consiguió trabar conversación con él. No recuerdo haber conocido un sujeto más huraño que aquél en cuanto dejaba de trabajar. A mí me parecía un excelente actor, pero muy antipático. Tal vez por esta razón juzgaba yo perfecta la encarnación de su papel de bandido.

Casi estaba por jurar que las barbas eran postizas, y como su desdeñosa actitud nos tenía exasperados, excuso decir los comentarios y suposiciones que haríamos. Lo menos que atribuímos al misterioso artista era la herencia de un trono europeo o... la fuga de un presidio.

Bastante adelantada debía de ir aquella película, pues ya habíamos realizado una porción de fechorías capitaneados por nuestro incógnito jefe: el incendió de una casa; el rapto de una joven (intrépida y bellísima actriz); la persecución, a caballo, de no sé quién, pues sólo se tomaron las escenas en que aparecíamos por varios parajes galopando como demonios; el descarrilamiento de un tren y un nutrido fuego de revólver contra un auto que cruzó, veloz, frente al sitio en que nos habíamos emboscado.

Tales y tantas hazañas nos habían cargado en nuestra cuenta artística, que a ser cierta nua mínima parte de ellas, tendríamos más que bien ganada la enemistad de las personas honradas.

Un día notamos algo extraordinario. Era el último de nuestra estancia en el campamento instalado junto al Nebraska. Idas y venidas del "meteur" y el gerente de nuestra empresa, cabildeos, malas caras y paralización de los trabajos.

William Shpey — el célebre actor encargado del papel de perseguido, que, por fin, debía caer en nuestro poder aquel día para cometer con él no sé qué atrocidades — no aparecía por ninguna parte, a pesar de haber anunciado su llegada para el día anterior.

Tamaña falta de formalidad no la toleraba fácilmente nuestra empresa, que, desde luego, daba por rescindido su contrato con el informal, pese a su condición de astro de primera magnitud.

¡Contento estaba míster Picton, nuestro activo y autoritario "meteur!"... Tenía tensos, a punto de estallar, todos sus nervios y los que pedía prestados (según el gracioso de la cuadrilla) para ocasiones como aquella.

Yo ví a Charles Flix pensativo, como quien lucha con una idea fija, pero no se me ocurrió pensar que intentase substituir a Shepley. Y sin embargo, así era. Tomó su resolución bruscamente, y presentándose a mister Picton en uno de sus más malhumorados momentos, le propuso encargarse él del papel.

Míster Picton miró a Flix como deben mirar los colosos a los pigmeos, y contestó con una agria y rotunda negativa. Charles Flix no se desanimó.

—Míster Picton — dijo: — mientras se encuentra quien substituya a Shepley, tendremos que regresar todos a Los Angeles, levantar el campamento para volver cuando haya nuevo actor o esperarle aquí, perdiendo tiempo. Cualquier solución supone perjuicios mayores que la pérdida de unos metros de cinta la que yo inutilice si no represento bien mi papel... Yo me llamo Charles Flix; ofrezco una solución y mi buena voluntad.

Míster Picton volvió a mirar a Flix fija-

mente, pero con más buena cara, y después dió unas órdenes.

Trajeron un caballo sin silla ni aparejos de ninguna clase. Un hermoso animal, inquieto y de aspecto salvaje.

El "meteur" habló algo a Flix, le señaló un matorral, no muy distante y luego el río que corría, bastante impetuoso, indicándole un lugar en la orilla opuesta.

Flix afirmó. Le brillaban los ojos de entusiasmo mientras desaparecía ocultándose en el matorral. El caballo había sido llevado lejos de allí, y el operador, preparado en el sitio que le designó míster Picton, hizo funcionar su aparato.

—¡Ahora! — gritó míster Picton.

Flix salió del matorral, presuroso, como perseguido de cerca. Al mismo tiempo, un fustazo en las ancas del caballo le hizo arrancar en galope furioso hacia el sitio en que estaba el operador "tomando" la salida de Flix.

Fué rápido y hermoso aquello. Flix corrió al encuentro del caballo esquivó de un salto inverosímil su carrera ciega y cayó montado sobre el animal, que se revolvió en saltos, corbetas y cuantos recursos busca un caballo para deshacerse de un jinete molesto.

Flix resistió. Agarrado a las crines, incrustando los talones en el vientre del bruto, le dominó, y en nuevo galope se zambulleron en las aguas, para llegar a nado a la otra orilla y desaparecer, velozmente entre unos árboles.

Todos prorrumpieron en aplausos y hurras, y míster Picton cargó y encendió su pipa interrogando con la mirada al operador.

Aquella primera prueba debió dejar satisfecho a mister Picton, pero no bastaba. Flix había demostrado sus extraordinarias dotes de caballista osado y de agilidad. Por ese lado no salía perdiendo la empresa con la substitución; pero ¿triunfaría igualmente en las escenas en que intervenía el gesto, el ademán, la actitud?...

Yo, que había hecho amistad bastante íntima con Flix, lo deseaba sinceramente.

—

Prevenidos todos los que debíamos tomar parte en las escenas restantes, que mister Picton decidió ya impresionar, montamos a caballo los "bandidos" y, con nuestro enmascarado a la cabeza, nos dirigimos al sitio designado por el director.

Me extrañó la insistencia con que el de la máscara miraba a Flix. Sus ojos parecían ascuas y sus manos crispadas denotaban un estado de rabia contenida, que no tenía justificación no impresionado. ¿Celos?

Flix, con míster Picton, algo alejados delante del grupo general, escuchaba atento al "meteur", que le iba explicando lo que se había de representar ante el objetivo.

Ello fué una escena en la que Flix, a todo galope de su caballo salvaje huye de nuestro grupo, que le va a los alcances. Un cable casi impercetible, oculto por las matas ha de hacer tropezar el caballo de Flix. El momento es de emoción y peligro, para el muchacho que, aunque prevenido, puede estrellarse en la caída.

—¡Atención! — grita mister Picton con su bocina.

Nos enardece la escena, que tiene la emoción de la real. Nuestro jefe, sobre todo, parece olvidar que repreesntaba un papel. Tal ardimiento pone en la caza del hombre.

No puede reprimir un grito al vez caer, en revuelto amasijo, al caballo y a Flix. Este permanece inmóvil en el suelo, mientras el caballo patalea furioso hasta que se levanta y casi atropella a Flix en su huída alocada.

Llegamos los perseguidores y rodeamos al caído, que no hace el menor movimiento ¿Representa su papel o es real su inmovilidad?

Flix, atado fuertemente a un árbol..

¡Ah, bravo Flix! Le llamo al acercarme, y con un guiño sonriente me tranquiliza. Todo va bien y míster Picton parece satisfecho.

Pero donde culminó la admiración fué en las escenas que siguieron, de un dramatismo vulgar al que supieron dar los dos actores, Flix y el enmascarado, una realidad nunca vista.

Flix, atado fuertemente a un árbol. El del antifaz se aproxima al vencido indefenso. Este mira altanero a su enemigo. Algo le dice el otro con palabras que nadie oímos, y el rostro de Flix revela un asombro temeroso tan bien marcado, que todos le aplaudimos como a consumado artista.

De pronto se arranza el enmascarado el antifaz y las barbas, y cruzándose de brazos ante Flix le mira fijamente, con una expresión de triunfo satánico. No es posible mayor verismo en las dos caras. Rencor triunfante en una. Estupor y rabia de im-

potencia en la del otro, atado al árbol. Tenía tal intensidad de emoción la escena, que el director dejó a la iniciativa de los actores su desarrollo.

Flix forcejeaba para desatar sus ligaduras cuando el otro le cruzó la cara con el látigo... ¡Ah! ¡Qué alarido de rabia el de Flix...! ¡Lástima que no se impresionaba la voz como el gesto!...

—¡No; eso no! — gritaba mister Picton. — ¿Qué brutalidad es esa entre compañeros?...

Al revuelo que se produjo suspendió el operador sus manipulaciones breves instantes, unos segundos porque en seguida reanudó su trabajo, sugestionado, a su pesar, por lo que siguió.

Flix, rugiendo de ira, se vió suelto. ¿Quién le desató?... La confusión del recuerdo me impide asegurar que fuera yo...

Se lanzó sobre el otro... ¡Qué lucha! A nadie cabía dudar que algo extraordinario pasaba, ajeno al asunto de la película. Yo traté de intervenir y conmigo algunos compañeros. Lo impidió, enérgico el director, que ordenó al operador tomar la escena.

Forcejeando, rodando en confuso montón ciegos en su entusiasmo... o en su furor, no vieron el borde escarpado del terreno. Siempre abrazados, cayeron al río, cuyas aguas se agitaron como si en ellas luchasen dos monstruos antidiluvianos.

Del agua no salió más que Flix. Había un brillo extraño en su mirada. Temblaba su cuerpo, apoyado en mi brazo. Temblaba su voz cuando murmuró a mi oído:

—¡Era Widmann!... ¡Era Widmann!...

—

No hizo falta que los compañeros nos pusiéramos de acuerdo. Un accidente. Uno de tantos accidentes en la impresión de películas había costado la vida a un actor de la compañía, "a pesar de los esfuerzos de Charles Flix por salvarle".

El director, de acuerdo con la empresa, tuvo que modificar el argumento, puesto que ya no había que contar con el barbudo personaje ni se podían utilizar los "interiores" impresionados con Shepley.

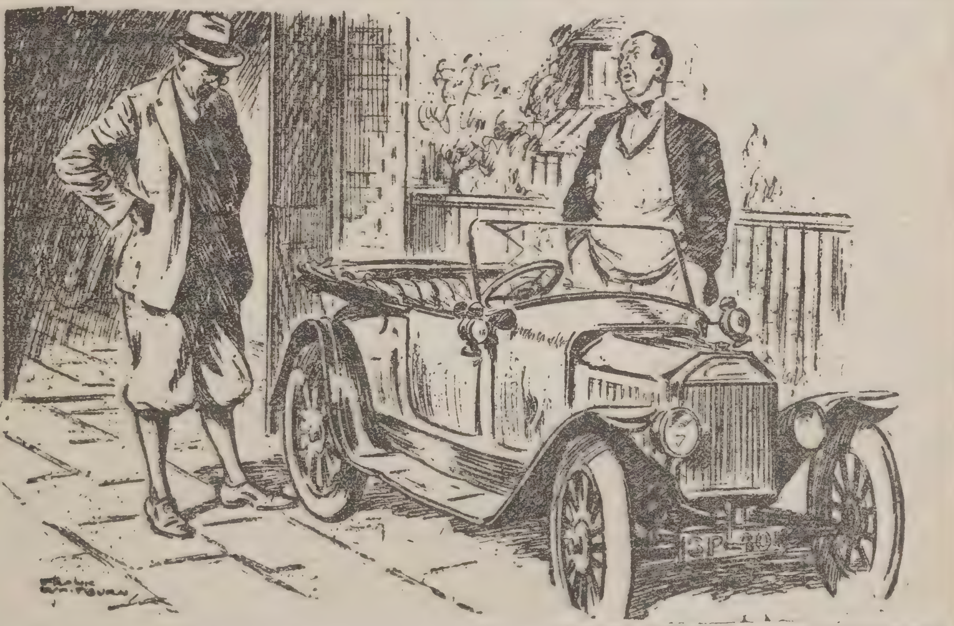
—

En nuestra intimidad posterior nunca tuvimos la menor alusión para aquel suceso; pero ahora que ha muerto Flix puedo decir lo que después supe.

Flix y Widmann se odiaban. Eran enemigos encarnizados y habían jurado exterminarse donde se encontraran.

¿Por qué?... Eso no pude saberlo nunca; que él era caballero y yo discreto.

DE SEGUNDA MANO



El vendedor ,haciendo el artículo:

—No hay barranca que este auto no pueda subir, pantano que no atraviese ni camino en mal estado que no pueda pasar. Lo tengo bien probado. Este coche ha ido a todas partes.

(De "Humorist")

Un poco

ESPECULADORA

—Papá: ¿me regalarás algo para mi cumpleaños?
—Sí, hijita, si te portas bien.
—¿Y qué vas a regalarme?
—Ya lo sabrás.
—No, no, dímelo ahora a ver si vale la pena de portarme bien.

EC

—¡Ah, Roberto! Eres injusto al re
horas que estoy tocando discos y en

SE REVELO EL HOMBRE

—Sabía que Héctor era un infeliz, pero nunca supuse que fuera tan zonzo. ¡Qué pálpito tuve cuando le negué la mano de mi hija!
—¿Qué ha hecho?
—Pues figúrate: ¡se ha escapado con mi señora!

INTER

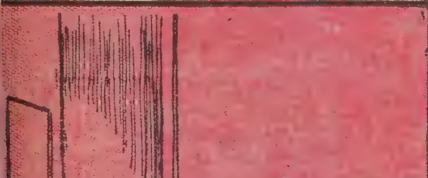
La portera interrumpiendo una imp
—Disculpen, señores; pero con el
sobre el radiador para que se seque.
Nota: Se ruega no oír lo que dicen

...humorismo

...me que no soy económica. Hace dos
...npo no he usado más que una púa.

DE LA VIDA CONYUGAL

—Escúchame, Leonor: Es necesario que te convenzas que no podemos seguir gastando más de lo que tenemos para hacer rabiar a los de Paradita, porque a ellos se les antoje vivir con más lujo de lo que pueden, para hacernos rabiar a nosotros.



...N

...reunión de directorio:
...de ustedes, voy a tender esta toalla

...e directorio.

CONFUSION

—¡Oh, señora! ¡Yo no sé que sucede! Seguro que he confundido los enchufes, porque el alto parlante echa chispas de caliente que se ha puesto y la plancha eléctrica está tocando un tango.

EL ASESINATO DEL ANDROIDE

Por Federico Boutet

EL asunto comenzó el 12 de noviembre, por una noticia sensacional que publicaron los diarios:

"**Drama misterioso.** — Ayer sábado, poco después de amanecer, los raros transeuntes que pasaban frente al hotel Cosmopolita, en la Gran Avenida, vieron caer desde una de las ventanas a la calle, el cuerpo de un hombre que se estrelló contra el borde de la vereda.

Cuando acudieron en su socorro, la víctima, con la cabeza destrozada, había dejado de existir.

Los empleados del hotel reconocieron el cadáver como el de un norteamericano, Josué Wilson, que vivía en una de las habitaciones del quinto piso con su primo Thomas Wilson.

Varios agentes subieron inmediatamente para iniciar las averiguaciones, y encontraron a Thomas a medio vestir, muy excitado y con varias heridas en la cabeza que estaba curándose cuando entró la policía. Rehusó tenazmente dar la menor explicación sobre el drama que acababa de ocurrir y se declaró inocente de "todo homicidio". A pesar de sus protestas, fué arrestado.

De las investigaciones practicadas resulta que los dos norteamericanos vivían en el hotel Cosmopolita desde hace dos meses. Thomas Wilson es un hombre de unos cuarenta años, que parece estar en buena posición. Su primo, la desgraciada víctima, era siete u ocho años más joven y desempeñaba las funciones de secretario particular de Thomas Wilson. Abría y se informaba de su correspondencia privada. No hablaba más que inglés, era muy sordo y de carácter extremadamente hosco. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación, fumando, leyendo o mirando melancólicamente por la ventana. Una sola persona parecía haber logrado penetrar un poco en su intimidad: la joven sirvienta inglesa, Ethel Campbell, encargada de la ropa blanca del hotel. Josué, tal vez demostraba algún afecto a Ethel y es probable que una vaga novela de amor se haya esbozado entre ellos, porque la joven al saber la muerte horrible del norteamericano, fué presa de una violenta crisis nerviosa. Hubo que transportarla a su cuarto y llamar a un médico.

El comisario, Eglantine, ha registrado la habitación y descubierto en un armario cerrado con llave, varias pilas y acumuladores eléctricos, así como un aparato que presenta cierta analogía con los que se utilizan para la telegrafía sin hilos.

El juez, Angles, se ha hecho cargo de esta causa bastante enigmática.

Thomas Wilson ha sido conducido al departamento; sus heridas no son de gravedad. Ha elegido como defensor al ilustre abogado Cabrolle. El cuerpo de la víctima ha sido transportado a la Morgue para que se le haga la autopsia.

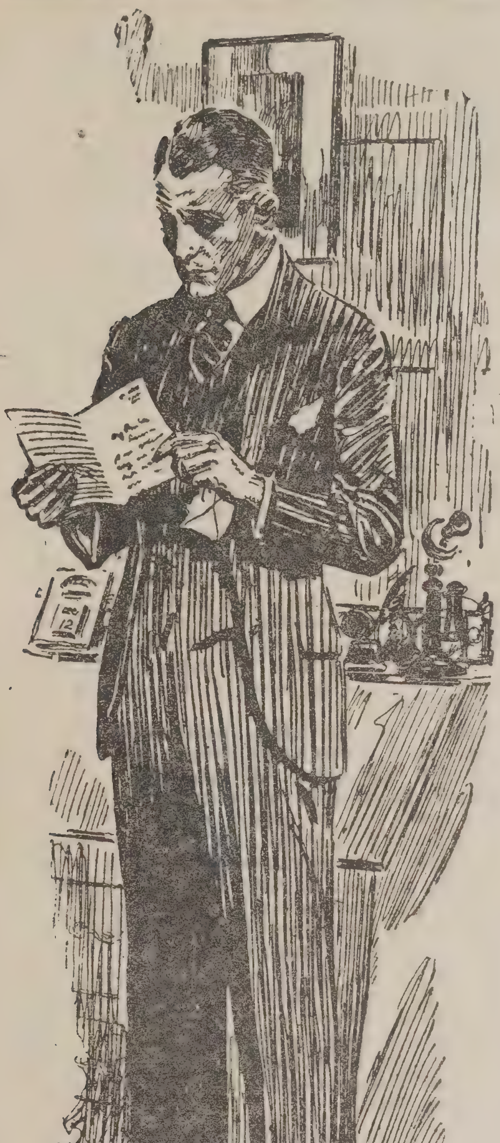
Ultima hora. — Según una información que publicamos, con las reservas del caso, el norteamericano a quien se acusa como autor del homicidio, el pseudo Thomas Wilson, no es otro que un célebre doctor que ha adquirido gran renombre en Europa y América, por sus sensacionales descubrimientos.

Nos abstenemos de publicar su nombre hasta tener la certeza de estos datos, en cuyo caso el asunto tendría inmensa repercusión".

* * * *

La noticia, presentada en esa forma, interesó vivamente al público, tanto más cuanto que la última información se confirmó plenamente. Los diarios de la tarde dieron el nombre verdadero del fingido Thomas Wilson, que no era otro sino el doctor Jeffries, de Nueva York. Se publicaron retratos, biografías y la historia de sus descubrimientos. En cuanto a Josué, nadie sabía nada sobre él ni sobre las causas del drama.

Como era domingo, las investigaciones no fueron más allá. Ethel Campbell estaba mejor, se levantó y volvió a sus ocupaciones, pero parecía profundamente trastornada y



Abría la correspondencia y se informaba del contenido de ella.

opuso un terco silencio a todas las preguntas que se le hicieron sobre el muerto.

El lunes, el doctor Gaspard, médico de policía, se presentó en la Morgue para hacer la autopsia, y a la misma hora el acusado fué llevado a presencia del juez para el interrogatorio.

En el momento en que el juez, Angles, iba a tomar la palabra, el doctor Jeffries dijo:

—Señor juez, no quiero dejar a la justicia extrañarse por más tiempo en un camino erróneo. En presencia de mi abogado Cabrolle, que ha consentido en prestarme su inestimable concurso, debo advertirle lealmente que soy inocente.

—Estoy dispuesto a creerlo, — repuso el juez con perfecta cortesía. — Pero todas las apariencias le condenan a usted como homicida.

—Es que no ha habido homicidio, — dijo el doctor.

—Sí, ya sé: un suicidio. Esa es su defensa. Pero los golpes que ha recibido usted y el hallarse solo en la habitación con la víctima...

—No hay víctima, — interrumpió con impresionante acento de veracidad el sabio norteamericano. — El cuerpo que han recogido en la Gran Avenida, frente a las ventanas del hotel Cosmopolita (por una de las cuales le había arrojado yo, lo confieso), no era el cuerpo de un hombre... No crea usted que estoy loco: digo la pura y simple verdad, fácil de comprobar. Lo que tiré por la ventana, era un autómata, una máquina, con figura humana, un androide que construí el año pasado.

Hubo un momento de silencioso estupor.

—Veamos, veamos, — dijo el juez: — eso es una locura... ¡Imposible!... Se habrían dado cuenta...

—Señor juez, — dijo Jeffries, riéndose, —no insista. Nadie advirtió la superchería, con gran asombro mío, pues jamás creí que mi obra fuese tan perfecta. ¿Ha leído usted "La Eva Futura"?...

En aquel momento se oyó ruido de voces en la antesala y el doctor Gaspard, sin pedir permiso, entró en la habitación.

—¡Es inverosímil! — gritó. — ¿Sabe usted lo que me han dado para que le hiciese la autopsia?... Una especie de muñeco eléctrico! Mis ayudantes de laboratorio están espantados... Cuando se enfrió el cuerpo, notaron algo raro en él, pero no se atrevieron a decírmelo... ¡Es maravilloso!... No falta nada... ¡El corazón, el cerebro, los pulmones, la sangre en las arterias. Hay puestos receptores para impresionarle a distancia sin duda... ¡Es asombroso!

—Querido compañero, — interrumpió Jeffries, — su admiración me conmueve hondamente.

—¡Ah, mi ilustre amigo!... ¡Es usted el sabio de los sabios! — exclamó el doctor Gaspard, que no podía contener su entusiasmo.

—Disculpará usted el que le haya molestado, — dijo amablemente el norteamericano al juez, — pero ya ve usted como yo tenía razón y era inocente. Por lo demás, me gusta que hayan pasado así las cosas. Necesitaba algo sensacional para lanzar mi in-

EL ASESINATO DEL ANDROIDE

Por Federico Boutet

EL asunto comenzó el 12 de noviembre, por una noticia sensacional que publicaron los diarios:

"Drama misterioso. — Ayer sábado, poco después de amanecer, los raros transeuntes que pasaban frente al hotel Cosmopolita, en la Gran Avenida, vieron caer desde una de las ventanas a la calle, el cuerpo de un hombre que se estrelló contra el borde de la vereda.

Cuando acudieron en su socorro, la víctima, con la cabeza destrozada, había dejado de existir.

Los empleados del hotel reconocieron el cadáver como el de un norteamericano, Josué Wilson, que vivía en una de las habitaciones del quinto piso con su primo Thomas Wilson.

Varios agentes subieron inmediatamente para iniciar las averiguaciones, y encontraron a Thomas a medio vestir, muy excitado y con varias heridas en la cabeza que estaba curándose cuando entró la policía. Rehusó tenazmente dar la menor explicación sobre el drama que acababa de ocurrir y se declaró inocente de "todo homicidio". A pesar de sus protestas, fué arrestado.

De las investigaciones practicadas resulta que los dos norteamericanos vivían en el hotel Cosmopolita desde hace dos meses. Thomas Wilson es un hombre de unos cuarenta años, que parece estar en buena posición. Su primo, la desgraciada víctima, era siete u ocho años más joven y desempeñaba las funciones de secretario particular de Thomas Wilson. Abría y se informaba de su correspondencia privada. No hablaba más que inglés, era muy sordo y de carácter extremadamente hosco. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación, fumando, leyendo o mirando melancólicamente por la ventana. Una sola persona parecía haber logrado penetrar un poco en su intimidad: la joven sirvienta inglesa, Ethel Campbell, encargada de la ropa blanca del hotel. Josué, tal vez demostraba algún afecto a Ethel y es probable que una vaga novela de amor se haya esbozado entre ellos, porque la joven al saber la muerte horrible del norteamericano, fué presa de una violenta crisis nerviosa. Hubo que transportarla a su cuarto y llamar a un médico.

El comisario, Eglantine, ha registrado la habitación y descubierto en un armario cerrado con llave, varias pilas y acumuladores eléctricos, así como un aparato que presenta cierta analogía con los que se utilizan para la telegrafía sin hilos.

El juez, Angles, se ha hecho cargo de esta causa bastante enigmática.

Thomas Wilson ha sido conducido al departamento; sus heridas no son de gravedad. Ha elegido como defensor al ilustre abogado Cabrolle. El cuerpo de la víctima ha sido transportado a la Morgue para que se le haga la autopsia.

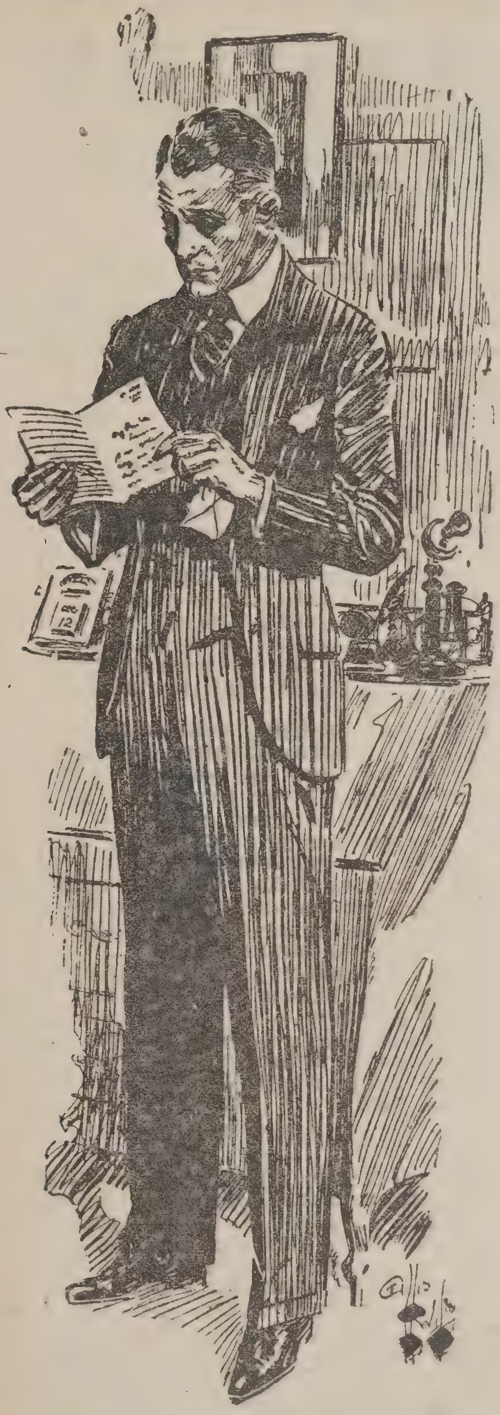
Ultima hora. — Según una información que publicamos, con las reservas del caso, el norteamericano a quien se acusa como autor del homicidio, el pseudo Thomas Wilson, no es otro que un célebre doctor que ha adquirido gran renombre en Europa y América, por sus sensacionales descubrimientos.

Nos abstenemos de publicar su nombre hasta tener la certeza de estos datos, en cuyo caso el asunto tendría inmensa repercusión".

* * * *

La noticia, presentada en esa forma, interesó vivamente al público, tanto más cuanto que la última información se confirmó plenamente. Los diarios de la tarde dieron el nombre verdadero del fingido Thomas Wilson, que no era otro sino el doctor Jeffries, de Nueva York. Se publicaron retratos, biografías y la historia de sus descubrimientos. En cuanto a Josué, nadie sabía nada sobre él ni sobre las causas del drama.

Como era domingo, las investigaciones no fueron más allá. Ethel Campbell estaba mejor, se levantó y volvió a sus ocupaciones, pero parecía profundamente trastornada y



Abría la correspondencia y se informaba del contenido de ella.

opuso un terco silencio a todas las preguntas que se le hicieron sobre el muerto.

El lunes, el doctor Gaspard, médico de policía, se presentó en la Morgue para hacer la autopsia, y a la misma hora el acusado fué llevado a presencia del juez para el interrogatorio.

En el momento en que el juez, Angles, iba a tomar la palabra, el doctor Jeffries dijo:

—Señor juez, no quiero dejar a la justicia extrañarse por más tiempo en un camino erróneo. En presencia de mi abogado Cabrolle, que ha consentido en prestarme su inestimable concurso, debo advertirle lealmente que soy inocente.

—Estoy dispuesto a creerlo, — repuso el juez con perfecta cortesía. — Pero todas las apariencias le condenan a usted como homicida.

—Es que no ha habido homicidio, — dijo el doctor.

—Sí, ya sé: un suicidio. Esa es su defensa. Pero los golpes que ha recibido usted y el hallarse solo en la habitación con la víctima...

—No hay víctima, — interrumpió con impresionante acento de veracidad el sabio norteamericano. — El cuerpo que han recogido en la Gran Avenida, frente a las ventanas del hotel Cosmopolita (por una de las cuales le había arrojado yo, lo confieso), no era el cuerpo de un hombre... No crea usted que estoy loco: digo la pura y simple verdad, fácil de comprobar. Lo que tiré por la ventana era un autómata, una máquina, con figura humana, un androide que construí el año pasado.

Hubo un momento de silencioso estupor.

—Veamos, veamos, — dijo el juez: — eso es una locura... ¡Imposible!... Se habrían dado cuenta...

—Señor juez, — dijo Jeffries, riéndose, —no insista. Nadie advirtió la supercheria, con gran asombro mío, pues jamás creí que mi obra fuese tan perfecta. ¿Ha leído usted "La Eva Futura"?...

En aquel momento se oyó ruido de voces en la antesala y el doctor Gaspard, sin pedir permiso, entró en la habitación.

—¡Es inverosímil! — gritó. — ¿Sabe usted lo que me han dado para que le hiciese la autopsia?... Una especie de muñeco eléctrico! Mis ayudantes de laboratorio están espantados... Cuando se enfrió el cuerpo, notaron algo raro en él, pero no se atrevieron a decírmelo... ¡Es maravilloso!... No falta nada... ¡El corazón, el cerebro, los pulmones, la sangre en las arterias. Hay puestos receptores para impresionarle a distancia sin duda... ¡Es asombroso!

—Querido compañero, — interrumpió Jeffries, — su admiración me conmueve hondamente.

—¡Ah, mi ilustre amigo!... ¡Es usted el sabio de los sabios! — exclamó el doctor Gaspard, que no podía contener su entusiasmo.

—Disculpará usted el que le haya molestado, — dijo amablemente el norteamericano al juez, — pero ya ve usted como yo tenía razón y era inocente. Por lo demás, me gusta que hayan pasado así las cosas. Necesitaba algo sensacional para lanzar mi in-

vento... En mi país me conocen demasiado y hubieran sospechado en seguida algo, pero aquí, el crimen sensacional, el arresto, los artículos de los diarios, y luego la verdad, estallando como una bomba... ¡era una "réclame" magnífica! Pensad que trabajo en la perfección de autómatas desde hace veinte años y que he destruído cinco antes del éxito de Josué... Cuando había resuelto cien problemas, se me presentaban otros cien, más complicados... Los acumuladores me han dado muchísimo trabajo... ¡Somos tan ignorantes en electricidad!... Pero daré todos los detalles; pronto presentaré una comunicación a todas las academias científicas del mundo y expondré el cuerpo.

—Pero, disculpe, doctor Jeffries, — dijo el juez: — y esas heridas que tiene usted en la cabeza, ¿de dónde provienen?

—¿Mis heridas?... Me las hizo "él". Estaba decidido, os lo he dicho, a hacer creer en un asesinato, a suscitar un "affaire" sensacional para revelar mi creación. Pero esperaba; me daba no se qué destruir aquello que me había costado tantos años de trabajo y que tenía un aspecto tan humano. Cuando Josué me miraba con sus ojos claros, sentía una extraña impresión... En fin, el día del asesinato, mejor dicho, de la aventura, tomé unos cuantos vasos de whisky para cobrar ánimos y volví al hotel muy tarde; muy sobreexcitado y completamente decidido... No sabría decir bien lo que ocurrió; el whisky me hizo perder la memoria... Pero es casi seguro que al querer precipitar la máquina por la ventana me olvidé de apretar algunos tornillos para anular la resistencia... ¡Y el hombre se defendió!... bastante bien ¿eh?... Van a quedar las señales para toda la vida.

—¿Se defendió? — dijo el juez absorto.

—Es decir, funcionó mal la máquina, — contestó Jeffries. — Vamos a verlo a la Morgue.

—¿Y la sirvienta? — preguntó el doctor Gaspard, muy interesado.

—¡Ah, ah!... Ese es otro experimento. Quería darme cuenta de si mi autómata respondía perfectamente. Podía hacerle caminar por medio de ondas eléctricas y entonces ordenarle lo que quisiera. Lo dejé solo con Ethel tres o cuatro veces mientras yo me encerraba en la habitación contigua con pretexto de trabajar. Y no podía menos de reirme al ver las miradas de ternura que la sirvienta dirigía a aquella máquina, con la que creo se había comprometido.

—Reclamo la inmediata libertad de mi cliente, — dijo el abogado.

Y esta frase fué la única que pronunció Cabrolle en el transcurso de aquel asombroso asunto, pero bastó para afirmar su autoridad.

* * * *

La gloria del doctor Jeffries estalló como unos fuegos artificiales. De la noche a la mañana, él y su androide fueron famosos en el mundo entero. Los diarios se llenaron de detalles impresionantes sobre la máquina humana. Se pasaron en revista todos los autómatas históricos, evocando a Alberto el Grande, Vaucanson, Maelzel, Hoffmann y Vililers de L'Ise-Adam. Los sabios dieron su opinión en pro o en contra. Grandes financistas ofrecieron sumas enormes y los principales espectadores propusieron la creación de sociedades para la fabricación de sirvientes artificiales y estatuitas animadas. El doctor Jeffries fué nombrado miembro honorario de todas las sociedades científicas de ambos hemisferios, recibió toda clase de condecoraciones, y su retrato, de frente y de perfil adornó los cientos de miles de tarjetas postales al lado de la efigie del infortunado Josué Wilson.

Este último se había estropeado mucho en la caída. Además el doctor Gaspard, en su primer momento de asombro, le había mutilado para tratar de comprender el misterio. Pero aun en aquel estado, el "cadáver", después de ir de anfiteatro en anfiteatro, había sido expuesto al público y una multitud enorme desfiló ante la máquina maravillosa, contemplando con admiración aquel simulacro de ser humano, triunfo del genio creador del hombre.

Entre los visitantes se hallaba una joven rubia y pálida. Parecía — después lo declararon los guardias, — en un estado de excitación concentrada e intensa. Durante largo rato permaneció muda e inmóvil mirando el androide. Luego estalló en una risa histérica y se fué.

* * * *

Aquel mismo día, a eso de la media noche, el doctor Jeffries acababa de entrar en el suntuoso departamento que ocupaba ya en el hotel. Preparábase, en unión de Josué, a realizar una serie de conferencias en los principales países de Europa y tenía en proyecto la construcción de otro androide, aun más perfeccionado.

Dejaba sobre la mesa el sombrero y los guantes, cuando oyó abrir la puerta y una sombra con delantal blanco se adelantó en la semiobscuridad del salón. Jeffries reconoció a Ethel y quiso hablar, defenderse, pero no tuvo tiempo.

—¡Mentiroso!... ¡Engañador!... ¡Asesino!... — dijo Ethel a media voz.

Alzó la mano, sonaron tres detonaciones, y el doctor Jeffries cayó hacia atrás, muerto.

FEDERICO BOUTET.

ANALISIS

DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE, TUMORES, SECRECIONES, etc.

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que desarrolla su acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento que sólo una imaginación privilegiada y una inteligencia cultivada como la de Rice Burroughs, puede concebir y desarrollar. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

¿NO hay peligro próximo? — le preguntó.

—Ninguno, — replicó el hijo de Tarzán. — No he visto moverse nada mientras tú bebías.

—De poco te servirán los ojos en la selva, — le advirtió el mono. — Aquí, si quieres vivir, has de fiarte de los oídos y de la nariz, pero sobre todo de la nariz. Cuando nos hemos acercado a beber y he visto huir a las cebras al llegarles nuestro olor, he comprendido que no nos amenazaba ningún peligro a este lado del charco, porque de lo contrario las cebras lo habrían descubierto y habrían huído antes de llegar nosotros; pero en el otro lado, hacia donde sopla el viento, puede haber peligro oculto. No podríamos olerlo, porque su olor se lo lleva el viento en dirección contraria, y por eso he tenido las orejas y los ojos vueltos viento abajo, adonde no puede llegar mi hocico.

—¿Y has notado algo? — pregun[illegible] lanzando una carcajada.

—He notado a Numa agazapado en aquel grupo de arbustos, donde crecen las hierbas altas, — contestó Akut señalando.

—¿Un león? — exclamó el muchacho. — ¿Cómo lo sabes? Yo no veo nada.

—Aunque no lo veas, Numa está allí, — repuso el enorme Akut. — Primero le he oído suspirar. A ti el suspiro de Numa podrá no parecerte distinto de los demás ruidos que mueve el viento entre las hierbas y los árboles; pero más adelante tendrás que aprender a conocerlo. Luego he estado observando, y por fin he visto que las altas hierbas se movían en un punto con fuerza distinta al soplo del viento. Mira, están allí ensanchadas, a cada lado del corpachón de Numa, y cuando respira... ¿Ves? ¿No observas un movimiento a cada lado, que no se debe al viento? ¿Un movimiento que no tienen las demás hierbas?

Jack puso en tensión los ojos, unos ojos más perspicaces que los que suele heredar un muchacho ordinario, y al fin profirió una leve exclamación de haber descubierto.

—Sí, — dijo. — Ya lo veo. Está allí, — agregó señalando. — Tiene la cabeza vuelta hacia nosotros. ¿Es que nos está acechando?

—Nos está acechando, sí, — replicó Akut — pero corremos poco peligro, salvo que nos acerquemos demasiado, porque está agazapado sobre una presa muerta. Debe de tener la tripa casi llena, pues de lo contrario le oiríamos triturar los huesos con los dientes. Nos está atisbando en silencio y por mera curiosidad. No tardará en comer otra vez, si es que no se levanta y baja a beber al charco. Como no nos desea ni nos teme, no tratará de ocultarnos su presencia; pero ahora es una ocasión excelente para aprender a conocer a Numa, cosa indispensable para ti si quieres vivir mucho tiempo en la selva. Cuando los monos grandes están reunidos en gran número, Numa los deja en paz, pues nuestros dientes son largos y

fuertes y sabemos luchar; pero cuando somos pocos y él tiene hambre, no le podemos hacer cara. Vamos; le daremos la vuelta y lo olfatearemos bien. Cuanto más pronto aprendas a conocerlo, tanto mejor; pero manténte cerca de los árboles mientras vayamos dando el rodeo, porque Numa hace siempre lo que menos se espera de él. Y mantén abiertos los ojos, los oídos y la nariz. Recuerda siempre que puede haber un enemigo detrás de cada matorral, en cada árbol y entre cada grupo de hierba de la selva. Y cuida, mientras estés esquivando a Numa, de no caer en las garras de Sabor, su compañera. Sígueme.

Y Akut echó a andar describiendo un ancho semicírculo alrededor del abrevadero y del agachado león.

El hijo de Tarzán le seguía de cerca con todos los sentidos avizor, y los nervios tensos hasta el más alto grado de excitación. ¡Aquello era vida! En tal momento olvidó la resolución, persistente pocos minutos antes, de apresurarse a llegar a la costa en cualquier otro punto que el de su desembarque, para encaminarse inmediatamente a Londres. Ahora sólo pensaba en la salvaje alegría de vivir, de azuzar su valor y su ingenio para hacer frente a la astucia y al poder de los feroces animales de la selva, que recorrían merodeando las anchas llanuras y las sombrías naves de árboles del inmenso e indómito continente africano. No sabía Jack lo que era el miedo. Su padre no se lo había transmitido; pero tenía honor y conciencia y éstos habían de turbarle muchas veces al luchar por la posesión del alma contra su innato amor a la libertad.

Habían pasado a escasa distancia detrás de Numa cuando el muchacho percibió el desagradable olor del carnívoro, y su semblante se iluminó con una sonrisa. Algo le decía que habría conocido aquel olor entre otros miles, aunque Akut no le hubiera dicho que tenían un león cerca. Ofrecíale una extraña familiaridad, una familiaridad incomprensible que le ponía de punta los pelillos de la nuca y contraía su labio superior en una mueca involuntaria que dejaba al descubierto sus blancos dientes. Sentía tirantez en la piel cerca de las orejas, enteramente como si estos órganos se apretaran hacia atrás contra el cráneo en preparación para un combate de muerte. La piel le hormigueaba. Todo él ardía en una placentera sensación jamás conocida hasta entonces. Se convirtió, en aquel instante, en otro ser distinto, cauteloso, avizor, apercibido. Así el olor de Numa, el león, transformó al muchacho en una especie de fiera.

No había visto un león nunca, pues su madre se había tomado grandes trabajos por impedirlo. Pero había devorado con los ojos innumerables representaciones gráficas de él, y ahora sentía verdadera hambre de ver de cerca al rey de los animales, en carne y hueso. Mientras seguía a Akut mantenía uno de los ojos vuelto hacia atrás, por cima del hombro, con la esperanza de que Numa se levantara de junto a su presa y mostrara su presencia. Y así ocurrió que se quedó un tanto rezagado del mono, y de pronto lo llamó con un estridente grito de aviso de éste. Volviendo los ojos rápidamente en dirección a su compañero, vió Jack en el mismo sendero que seguían, delante de él, una cosa que transmitió temblores de excitación al último nervio de su cuerpo. Con la cabeza medio asomando de un grupo de arbustos en que debía de haber estado escondida, se hallaba una hermosa y flexible leona, cuyos ojos amarilloverdosos, muy abiertos y redondos, se clavaban de lleno en los suyos. No le separaban de la fiera ni diez pasos. Y veinte más allá estaba el mono, dando instrucciones a Jack y profiriendo pullas contra la leona, en evidente esfuerzo por apartar su atención del chico, en tanto que él buscaba el refugio de un árbol próximo.

Pero Sabor no se dejaba distraer. Tenía la vista fija en el muchacho. Este se hallaba entre ella y su compañero, entre ella y la víctima de Numa. Esto era sospechoso. Probablemente tendría aquel ser desconocido ulteriores designios contra su señor y dueño, o contra los frutos de su caza. La leona es animal de poca paciencia, y los gritos de Akut la molestaban. Profirió un leve rugido y dió un paso hacia el hijo de Tarzán.

—¡Al árbol! — le gritó Akut.

Jack dió media vuelta y huyó, en el mismo instante en que Sabor se abalanzaba sobre él. El árbol se erguía a pocos pasos de distancia. Una de sus ramas pendía como a diez pies sobre el suelo, y en el mismo instante de dar Jack el salto para asirse a ella la leona saltó hacia él. Como un mico subió el muchacho hacia arriba y hacia un lado. Una enorme garra le dió un formidable golpe en las caderas, sin hacerle más que un rasguño, y una de las curvas uñas se enganchó en el cinturón de los pantalones de su pijama, arrancándoselos cuando la fiera cayó de nuevo al suelo. Medio desnudo, Jack subió hasta un lugar seguro en tanto que Sabor volvió y se lanzaba otra vez contra él.

Akut, desde un árbol cercano, no cesaba de charlotear y de reñir, llamando a la leona todas las cosas insultantes que se le ocurrían. Jack, ajustando su conducta a la de su maestro, destapó el frasco de su inventiva sobre la cabeza de su enemiga, hasta que, al darse cuenta de la inutilidad de sus palabras como armas, pensó en encontrar algo más eficaz que asestarle. No tenía a mano más que ramas y ramillas secas, pero se las arrojó contra la erguida y rugiente cabeza de Sabor, enteramente lo mismo que había hecho su padre veinte años antes, cuando, también de muchacho, molestaba y hacía rabiar a los grandes felinos de la selva.

La leona estuvo breve rato junto al tronco del árbol; mas finalmente, sea que comprendiese la tontería de su espera, sea que la acuciaran los aguijones del hambre, se alejó con majestuoso andar y desapareció en la maleza que ocultaba a su señor y dueño, el cual no se había dejado ver siquiera durante el altercado.

Libertados por la retirada de las fieras, Akut y Jack bajaron al suelo para reanudar su interrumpido viaje. El viejo mono riñó a su amigo por su atolondramiento.

—Si no hubieras estado tan fijo en el león que tenías detrás, habrías descubierto mucho antes a la leona que tenías delante, — le dijo.

—Pues tú bien has pasado casi a su lado sin verla. — le replicó el chico.

Akut se sentía apenado.

—Así, — dijo, — es como mueren los habitantes de la selva. Somos cautelosos toda la vida, y luego viene un momento en que nos distraemos y. . . — Al decir esto rechinó los dientes como imitando el movimiento de unas mandíbulas sobre la carne. — Es una lección, — continuó. — Ya has aprendido que no debes tener mucho tiempo fijos en la misma dirección los ojos, los oídos ni la nariz.

Aquella noche el hijo de Tarzán sintió más frío que en toda su vida pasada. Los pantalones del pijama no eran de abrigo, pero significaban algo más que nada. Y al día siguiente se tostó al ardiente sol, porque su camino los llevó también por anchas y desarboladas llanuras.

Jack seguía aún con la idea de encaminarse hacia el sur, y describir un círculo para llegar a la costa en busca de otra avanzada de la civilización. No había revelado a Akut nada de su plan, porque imaginaba que el viejo mono vería con disgusto cualquier indicación que anunciara una separación próxima.

Durante un mes estuvieron los dos viajando; el hijo de Tarzán fué aprendiendo rápidamente las leyes de la selva, y sus músculos se fueron adaptando al nuevo género de vida a que se veían condenados. La fortaleza del padre se había transmitido a Jack sólo que necesitaba el endurecimiento del ejercicio para desarrollarla. El muchacho se dió cuenta de que le resultaba una cosa muy natural saltar de rama en rama por entre los árboles. Ni aun en las mayores alturas tenía nada que se pareciera al vértigo, y cuando hubo adquirido el arte de balancearse y soltarse, se lanzaba al espacio de una rama a otra aun con mayor agilidad que el pesado Akut.

Y con la intemperie adquirió endurecimiento y flexibilidad su lisa y blanca piel. que ya estaba morena por la exposición al sol y al viento. Se quitó un día la chaqueta del pijama para bañarse en un arroyuelo demasiado chico para morada de cocodrilos y mientras él y Akut estaban jugueteando en las frescas aguas, un mico se descolgó de un árbol, arrebató la única prenda de vestir civilizada del muchacho y se alejó con ella.

Jack estuvo enfadado un momento; pero cuando llevó un rato sin la chaqueta se dió a pensar que el andar medio vestido es infinitamente más incómodo que ir completamente en cueros. Muy pronto dejó de acordarse de su ropa, y sintió más el goce de la libertad de su estado, libre de toda clase de ceremonias; en ocasiones vagaba una sonrisa por su semblante cuando trataba de representarse la sorpresa de sus compañeros de colegio si le vieran de aquella guisa.

Con seguridad que le envidiarían. ¡Oh, sí, le envidiarían a no dudarlo! En tales ocasiones sus compañeros le daban pena; y sin embargo, otras veces, al imaginárselos en medio de los lujos y comodidades de sus hogares ingleses dichosos al lado de sus padres, un nudo bastante molesto se formaba en la garganta de Jack, que tenía una visión de su madre al través de un velo de niebla, que sin ser llamado acudía a sus ojos. Entonces era cuando apremiaba a Akut a seguir avanzando, porque ya se encaminaban a poniente, hacia la costa. El viejo mono se figuraba que iban en busca de una tribu de su propia raza, y Jack no quiso quitarle de la cabeza esta idea. Tiempo habría de confiar a Akut sus verdaderos planes cuando se aproximaran a la vista de la civilización.

Un día, mientras avanzaban despacio al lado de un río, toparon inesperadamente con una aldea indígena. Algunos niños jugaban al lado del agua. El corazón de Jack saltó dentro del pecho al verlos pues hacía más de un mes que no contemplaba un ser humano. ¿Qué importaba que aquellos fueran salvajes? ¿Qué tuvieran la piel negra? ¿No eran seres creados a imagen y semejanza de su Creador, como él mismo? ¡Eran sus hermanos y sus hermanas! Jack se dirigió hacia ellos.

Dándole un aviso en voz baja, Akut le puso una mano en el brazo para contenerle; pero el hijo de Tarzán se desasió de un tirón, y lanzando un grito de saludo se precipitó hacia aquellos juguetones muñecos de ébano.

El sonido de su voz hizo que se levantaran todas las cabezas. Muchos ojos llenos de asombro le contemplaron un instante, y luego, entre chillidos de terror, los niños dieron media vuelta y huyeron hacia las chozas. Detrás de ellos corrieron sus madres, y por la puerta de la aldea, en respuesta a la alarma salieron como hasta veinte guerreros, blandiendo lanzas y escudos empuñados a toda prisa.

Al ver la consternación que había producido, Jack se detuvo, y la sonrisa de júbilo desapareció de su semblante cuando observó que los guerreros corrían hacia él lanzando terribles gritos y haciendo ademanes amenazadores. Akut, detrás de él le daba voces de que huyera, diciéndole que los negros le matarían. Un momento estuvo Jack viéndolos acercarse, y luego levantó la mano, con la palma hacia ellos, para que se detuvieran, gritando al mismo tiempo que llegaba en son de amigo, y que sólo quería jugar con sus niños. Claro es que los salvajes no entendieron una sola palabra de lo que les decía, y su respuesta fué la única que podía esperar cualquier criatura desnuda que se hubiera precipitado súbitamente desde la selva sobre sus mujeres y niños; esto es, una lluvia de venablos. Los proyectiles fueron a hincarse en el suelo en torno del chico, sin que le tocara uno solo de ellos. De nuevo sintió Jack frío en la espalda y se le erizaron los pelillos del cogote hasta la coronilla. Sus ojos se estrecharon y un odio repentino relució en ellos ahogando la expresión de jubilosa amistad

que un momento antes los iluminaba. Profiriendo un apagado rugido, muy parecido al de una fiera chasqueada, dió media vuelta y corrió al bosque. Allí, en un árbol, estaba Akut esperándole. El mono le instó para que emprendiera una fuga apresurada porque el prudente viejo antropoide sabía que los dos, desnudos e inermes, no podían arrostrar a los nervudos guerreros negros, que indudablemente se dedicarían a buscarlos por la selva.

Pero un nuevo impulso movía al hijo de Tarzán. Había llegado, con el corazón alegre y franco de un muchacho a ofrecer su amistad a aquella gente, que eran seres humanos lo mismo que él, y le recibían con suspicacia y con venablos. Ni siquiera le habían escuchado. Jack se veía consumido por la rabia y por el odio. Cuando Akut le apremió a que fuera de prisa, él se mantuvo detrás. Quería luchar, pero su razón le hacía ver con toda evidencia que sería un necio sacrificio de su vida el esperar a aquellos hombres armados para hacerles cara con las manos desnudas y con los dientes; pues el muchacho ya pensaba en sus dientes cuando entreveía la posibilidad de un combate.

Avanzando lentamente por entre los árboles no dejaba de mirar atrás, aunque ya no echaba en saco roto la posibilidad de otros peligros que podían acecharle por los costados o por delante, pues su aventura con la leona no necesitaba repetición para asegurar la permanencia de la lección que le había dado. Detrás de sí oyó avanzar a los salvajes entre aullidos y vociferaciones y se quedó más rezagado hasta que los perseguidores llegaron a la vista. Ellos no le vieron, porque no buscaban una presa humana entre las ramas de los árboles. Jack se mantuvo delante de ellos y a poca distancia. Por espacio de una milla o cosa así continuaron los indígenas la busca, y al fin se volvieron a su aldea. Aquella era la ocasión que el hijo de Tarzán estaba esperando, en tanto que la sangre ardiente de la venganza fluía por sus venas hasta hacerle ver a sus perseguidores al través de un velo rojo.

Cuando los vió volverse, hizo él lo propio y los siguió. Akut no se hallaba ya a la vista, pues pensando que Jack le seguía, había continuado avanzando. No tenía el mono ningún deseo de tentar al destino poniéndose al alcance de aquellos mortíferos venablos. Lanzándose en silencio de árbol en árbol, Jack siguió los pasos de los guerreros en retirada. Por fin uno se quedó detrás de sus compañeros, que seguían un angosto sendero en dirección a la aldea. Una sonrisa ceñuda iluminó el semblante del chico. Sin hacer ruido corrió hacia adelante, hasta llegar casi encima del indígena acechándole, como acechaba a su presa Sheeta la pantera según le había visto ya hacer en muchas ocasiones.

Súbita y silenciosamente fué saltando Jack hacia adelante y hacia abajo, hasta descolgarse sobre los anchos hombros de su presa. En el mismo instante de caer sobre el negro, sus manos le buscaron y encontraron la garganta. El peso de su cuerpo lo derribó pesadamente al suelo y las rodillas de Jack le quitaron el aliento al recibir el golpe. Después una dentadura fuerte y blanca se clavó en su cuello, y unos dedos acerados se apretaron sobre su gaznate. Un momento estuvo el guerrero luchando con verdadero frenesí, dando vueltas en su esfuerzo por librarse de su antagonista; pero cada vez se iba debilitando más, y en tanto aquel callado y misterioso que no le era posible ver se agarraba tenazmente a él, y le arrastraba poco a poco hacia la maleza, a un lado del sendero.

VII

Akut viendo que Jack no estaba detrás de él, retrocedió para buscarle. Apenas había recorrido breve trecho cuando se detuvo sobresaltado al divisar una figura extraña que se movía por entre los árboles en dirección a él. Parecía su amigo: ¿sería posible? En la mano traía un largo venablo, y de su espalda colgaba un escudo alargado como los que usaban los guerreros negros que los acababan de atacar; en los tobillos y brazos lucía unas ajorcas de hierro y de latón, y un taparrabo se arrollaba en torno de su cintura. De sus pliegues colgaba también un cuchillo. Cuando Jack vió al mono corrió hacia él para exhibirle su botín, y orgullosamente le fué mostrando cada uno de los trofeos recién adquiridos. Con fanfarronería le refirió los detalles de su hazaña.

—Le he matado sin más que las manos y los dientes — dijo. — Yo habría querido hacerme amigo de ellos, pero ellos han preferido ser mis enemigos. Y ahora que ya tengo un venablo le enseñaré también a Numa el león, lo que significa tenerme a mí por adversario. Sólo los hombres blancos y los grandes monos son nuestros amigos, Akut. A ellos los buscaremos, y a todos los demás los esquivaremos o les daremos muerte. Eso es lo que he aprendido ya en la selva.

Dieron un rodeo en torno de la aldea hostil, y reanudaron su viaje hacia la costa. Jack se sentía ufano con sus nuevas armas y adornos. Continuamente hacía ejercicios de venablo, arrojándolo hora tras hora contra cualquier objeto mientras proseguían su despacioso viaje, hasta que llegó a adquirir esa destreza que sólo los músculos juveniles pueden alcanzar rápidamente. Y entre tanto continuaba su adiestramiento bajo la dirección de Akut. Ya no había paraje de la selva que no fuera como un libro abierto para los agudos sentidos del muchacho, y todos esos rastros indefinibles que chasquean al hombre civilizado, y sólo parcialmente son apreciables para los monos, llegaron a ser amigos familiares del afanoso Jack. Ya sabía éste diferenciar por el olfato las innumerables especies de herbívoros, y conocía además si un animal se alejaba o aproximaba sólo por la mayor o menor fuerza de sus efluvios. Tampoco necesitaba el testimonio de los ojos para que le dijeran si eran dos o cuatro los

leones que había a barlovento, ya estuvieran a un centenar de metros de distancia, a media milla.

Parte de esto se lo había enseñado Akut, pero mucho más procedía de un conocimiento instintivo, una especie de intuición extraña heredada de su padre. Había llegado a encariñarse con la vida de la selva. La constante lucha de sus sentidos y de su ingenio contra los muchos enemigos mortales que acechaban noche y día en el camino de los cautos y los incautos, excitaba su espíritu aventurero. Y sin embargo, aunque adoraba aquella existencia, no había permitido que sus deseos de egoísta pesaran más que el sentimiento del deber, que le representaba el daño moral que significaba la descabellada escapatoria que lo había llevado a Africa. El cariño a sus padres latía muy fuerte en su alma; demasiado fuerte para permitirle gozar de una dicha sin mezcla que a ellos les ocasionanaba días de pesadumbre. Y así se mantenía firme en su determinación de encontrar un puerto en la costa, desde el cual pudiera comunicarse con ellos y recibir dinero para su regreso a Londres. Allí estaba seguro de que lograría convencer a sus padres para que le dejaran pasar, por lo menos, parte del tiempo en aquellas posesiones africanas que, según descuidadas observaciones que había oído en su casa, poseía lord Greystoke. Esto ya sería algo; por lo menos sería mejor que una vida entera sometida a las violentas y tediosas restricciones de la civilización.

Y así estaba más contento que otra cosa cuando se encaminaban hacia la costa, porque, al paso que gozaba de la libertad y los salvajes placeres de la selva, su conciencia se mostraba muy tranquila en su interior, pues estaba haciendo cuanto se hallaba en su mano por volver al lado de sus padres. También esperaba con cierta ansiedad encontrarse de nuevo con hombres blancos, criaturas de su propia raza, pues eran muchas las ocasiones en que anhelaba otra compañía que la del viejo mono. El incidente de los negros seguía aún vivo en su imaginación. Se había llegado a ellos con tan inocente compañerismo y con tn infantil seguridad de que habían de acogerle hospitalariamente, que la recepción de que fué objeto asestó un terrible golpe a sus pueriles ideales. Ya no consideraba al negro como hermano suyo, sino más bien como otro de los innumerables enemigos de aquella selva sedienta de sangre; el negro era una especie de animal de presa que andaba en dos pies en vez de cuatro.

Y así pasaron los días y a fuerza de andar, de cazar y de trepar a los árboles, los músculos de Jack se desarrollaron, y creció su agilidad hasta el punto que aun el flemático Akut se maravillaba de las proezas de su discípulo. Y el niño, dándose cuenta de su extraordinária fuerza y gozándose de ella, se iba volviendo descuidado. Recorría la selva, erguida la orgullosa cabeza, desafiando el peligro. Cuando Akut se lanzaba a los árboles al percibir el primer efluvio de Numa, Jack se reía ante el rey de los animales y audazmente pasaba por su lado. La fortuna le acompañó durante largo tiempo. Los leones que se encontraban estaban bien nutridos, tal vez, o la misma osadía de aquel extraño ser que invadía sus dominios les causaba tal sorpresa que se borraba de su cerebro todo pensamiento de ataque, y quedaban con los ojos muy abiertos, contemplando su proximidad y su partida. Cualquiera que sea la causa, es lo cierto que en muchas ocasiones Jack pasó a pequeñísima distancia de algún león, sin despertar en él más que un gruñido de amenaza.

Pero no todos los leones son necesariamente iguales de genio ni de temperamento, pues difieren entre sí tanto como los individuos de la raza humana. El que diez leones se conduzcan de manera análoga en condiciones similares ,no quiere decir que el undécimo haya de hacer lo mismo, pues lo más probable es que no lo haga. El león es un animal de sistema nervioso muy desarrollado. Y teniendo sistema nervioso y cerebro, tiene también temperamento, que se afecta de diversos modos por causas extrañas. Cierto día se encontró Jack con el undécimo felino, en ocasión de cruzar una reducida llanura en que crecían grupitos de arbustos. Akut se hallaba a pocos pasos a la izquierda de Jack, que fué el primero en descubrir la presencia de Numa.

—¡Corre Akut! — exclamó riendo. — Numa está escondido entre las matas, a mi derecha. ¡Súbete a los árboles, Akut! ¡Yo, el hijo de Tarzán, te defiendo!

Y Jack, sin dejar de reir, continuó su camino, que pasaba junto a la maleza en que se hallaba escondido Numa.

Gritóle el mono que se apartara, pero Jack se limitó a blandir el venablo y a ejecutar una improvisada danza guerrera, para mostrar su desprecio al rey de los animales. Cada vez se fué acercando más al mortífero destructor, hasta que al fin, profiriendo un súbito gruñido de cólera, el león se levantó a menos de diez pasos. Era un ejemplar enorme aquel señor de las selvas y del desierto. Terribles colmillos armaban sus feroces mandíbulas, y revuelta melena cubría sus paletillas como un manto. Sus ojos, de color amarilloverdoso, relucían de odio y de reto.

El muchacho, con su triste venablo preparado, comprendió al punto que aquel león era diferente de los demás que había encontrado; pero ya había avanzado tanto que no podía retroceder. El árbol más próximo se alzaba a varios metros a su izquierda, y el león podía caer sobre él antes que hubiera recorrido la mitad de la distancia; y bastaba mirarle para ver que la fiera se disponía al ataque. Detrás del león, a muy pocos pasos, había un árbol espinoso, que representaba el asilo más próximo; pero Numa se interponía entre Jack y su acogeta.

Al sentir el largo mástil del venablo en la mano y al ver el árbol más allá del león, Jack tuvo una idea: una idea ridícula, descabellada, sin esperanza; pero no quedaba tiempo de pensar sus probabilidades, pues no había más que una salvación, representada por aquel árbol erizado de púas. Si el felino le atacaba sería demasiado tarde. El tenía que adelantarse; y con gran asombro de Akut y no menor de Numa, dió un ágil

brinco hacia la fiera. Un segundo tan sólo permaneció el león inmóvil de sorpresa; y en aquel segundo, Jack Clayton puso a prueba, a la desesperada, una triquiñuela que había practicado en el colegio.

Corrió en derechura al feroz animal, llevando terciado el venablo delante del cuerpo. Akut profirió un chillido de terror y de pasmo. El león se quedó con los ojos muy abiertos esperando el ataque, dispuesto a levantarse sobre las patas traseras y a recibir a aquella audaz criatura con golpes capaces de aplastar el testuz de un búfalo.

Al llegar delante del león el muchacho hincó en el suelo el extremo del venablo, pegó un poderoso brinco, y antes que la asombrada fiera pudiese conjeturar la jugarreta que le hacían, Jack se elevó sobre la cabeza del león y cayó en el desgarrador abrazo del árbol; vivo ,sí, pero lacerado por las púas.

Akut que no había visto nunca un salto de garrocha, empezó de pronto a dar brincos de arriba abajo en el seguro de su árbol, sin dejar de proferir denuestos y bravatas contra el chasqueado Numa, en tanto que Jack, arañado y cubierto de sangre, buscaba en su punzante refugio una postura en que experimentar menos dolores. Había salvado la vida; pero a costa de considerable sufrimiento. Parecíale que el león no se iría nunca de allí, y pasó una hora larga antes que el irritado bruto renunciara a su espera y se alejara con regio talante por la llanura. Cuando estuvo a prudente distancia, Jack se libró a duras penas de su árbol, pero no sin ocasionarse nuevas heridas en la carne ya bastante torturada.

Pasaron muchos días antes que desaparecieran las huellas exteriores de la lección que había aprendido; pero la impresión que produjo en su espíritu no había de desaparecer de él en toda su vida. En lo sucesivo, no volvió a tentar el destino inútilmente.

Grandes riesgos corrió en su vida posterior; pero sólo cuando el correrlos podía favorecer la consecución de algún fin muy apetecido.... Y en adelante, no dejó de practicar el salto de la garrocha.

Durante varios días el muchacho y el mono permanecieron inactivos, en tanto que el primero se reponía de las dolorosas heridas que le habían causado las púas. El gran mono lamía las llagas de su humano amigo, que, aparte de eso, no contó con otro tratamiento; pero en breve vino a curarse, porque la carne sana reencarna pronto.

Cuando Jack se volvió a sentir en buena disposición, los dos continuaron su viaje hacia la costa, y una vez más el alma del muchacho se sintió acariciada por la satisfacción que aguardaba.

Y al fin llegó el tan temido momento. Pasaban por una enmarañada selva, donde los linces ojos del hijo de Tarzán descubrieron, desde las ramas bajas que recorría, un rastro viejo pero bien marcado; un rastro que le hizo sentir brincos en el corazón. el rastro del hombre, de hombres blancos, porque entre las huellas de los pies desnudos se veían las bien definidas marcas de botas fabricadas a la europea. El rastro, que señalaba el paso de una comitiva bastante numerosa, se dirigía al Norte en ángulo recto con el camino de la costa que llevaban el chico y el mono.

Indudablemente aquellos blancos conocían la factoría costera más próxima. Hasta era posible que hacia ella se encaminaran. De todos modos, valdría la pena alcanzarlos, aunque no fuera más que por el gusto de ver otra vez seres de su propia especie. Jack estaba en extremo nervioso y ardía en deseos de seguir a aquellos hombres; pero Akut se hacía el remolón, pues no quería nada con el género humano. Para él Jack era un mono semejante suyo, porque era el hijo del rey de los monos. Trató de disuadir a Jack, diciéndole que pronto darían con una tribu de su propia raza, en la que un día, cuando fuera mayor, el niño llegaría a ser rey como antes lo había sido su padre. Pero Jack se mostró testarudo, e insistió en que quería volver a ver hombres blancos. Deseaba enviar una carta a sus padres. Akut le escuchó, y mientras tanto su intuición de bestia le sugirió la verdad: Jack estaba proyectando volverse con su familia...

Esta idea llenó de pesar el corazón del viejo mono. Quería al hijo de Tarzán como había querido al padre, con la lealtad y fidelidad de un perro hacia su amo. En su cerebro y en su corazón de antropoide alimentaba la esperanza de que el muchacho y él no volverían a separarse. Vió entonces que se desvanecían sus acariciados proyectos, y sin embargo siguió siendo leal al niño y a sus deseos. Aunque desconsolado, cedió a la resolución de Jack de seguir a la "safari" de los hombres blancos, acompañándolo en lo que se figuraba que había de ser el último viaje que hicieran en compañía.

El rastro tenía sólo un par de días cuando los dos lo descubrieron, lo cual significaba que la lenta caravana estaba sólo a pocas horas de distancia de aquellos dos seres que con adiestrados y ágiles músculos podían viajar rápidamente por medio de las ramas y encima de las enmarañadas malezas que dificultaban el avance a los cargados portadores de los blancos.

NO ERA EL BIGOTE

Un paisano que se había quebrado una pierna fué revisado por un cirujano, quien le dijo que tendría que amputársela. El hombre no se inmutó por eso. Por la mañana del día en que debía efectuársele la operación mandaron a un peluquero para que lo afeitara. Mientras asentaba la navaja, el peluquero le preguntó:

—¿Le corto el bigote?

—No, — replicó el paciente; — lo que tiene que cortarme es la pierna.

CONTINUARA EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY"

EL CONCURSO DE "PUCKY"

A continuación se publican algunos chistes de los enviados por los estimados lectores de "Pucky" y que, aun cuando no han llegado dentro de las condiciones del concurso pueden ser tomados en cuenta y aspirar a premio.

EL CHISTE PREMIADO

PEQUEÑAS CAUSAS...

—Yo, — decía un cesante, — perdí mi empleo por culpa del acento.

—¿Cómo del acento? — pregunta uno.

—Sí, señor, por culpa del acento. Era yo escribiente de un gobernador de provincia cuando murió la esposa de éste. Me encargaron que contestara las cartas de pésame y para ello me dió un modelo, que entre otras cosas decía: "La pérdida de mi esposa me tiene desesperado"; pero yo,, por acabar antes, lo hice de prisa y me olvidé del acento, de suerte que, puse en las cartas: "La perdida de mi esposa me tiene desesperado"; distracción qu me costó el puesto.

Rafael Contreras, Soler 459, Capital.

EN LA FONDA

—Vea, agente, la cosa fué así. Yo tenía apetito y entré a esta fonda, le pedí fiambre y como no me gustó el color se lo cambié por un plato de sopa, pero como la sopa estaba caliente se la cambié por un chorizo, pero ese chorizo tenía feo olor y se lo cambié por un pollo y como me gustó el pollo, me lo comí...

El agente: — Entonces páguele el pollo.

—Pero señor, si se lo cambié por el chorizo.

—Entonces, pague el chorizo.

—Pero, ¿no se acuerda que se lo cambié por la sopa?

—Páguele la sopa.

—Si se la cambié por el fiambre.

—Páguele el fiambre.

—¡Qué rico tipo! ¿Y el fiambre no lo tiene en su casa?

Juan Sánchez, Domselaar, F. C. S.

* * * *

BUENA IDEA

La señora, dirigiéndose al niño: — ¿Porqué te pega siempre papá?

El chico. — Por nada, señora, es que está empeñado en que salga boxeador.

Antonio Rodríguez, Portela 9111, Buenos Aires.

* * * *

BUENA IGUALDAD

El maestro dirigiéndose a un alumno:

—Juancito, cíteme un animal feroz.

El niño:

—Cómo no, señor maestro, mi papá cuando está enojado.

Antonio Rodríguez, Portela 9111, Buenos Aires.

* * * *

AVARICIA

A propósito de la avaricia que se atribuye á los judíos.

Un judío viajando en segunda clase saca un cigarro y pide al compañero de viaje un fósforo. Pero éste después de haber buscado en todos los bolsillos, dice que los ha olvidado. El judío repite el pedido a los otros viajeros con igual resultado.

—No importa, — dice calmosamente el judío, — usaré uno de los míos. Y sacando del bolsillo una caja, enciende imperturbablemente el cigarro.

Horacio Aón, Esteban Echeverría, F. C. S.

* * * *

¿.....?

Cierto individuo que se paseaba por un parque vió que sobre un árbol estaba un amigo suyo atando una soga a una de las ramas y acercándose a él le pregunta:

—¿Para qué atas la soga a este árbol?

A lo que el amigo le contestó:

—Es que estoy cansado de la vida y ha decidido ahorcarme.

—¿Y por qué no te la atas al cuello?

—¡Estás loco! Si me ato la soga al cuello no voy a poder respirar.

Hirch Katerter, Pellegrini y Balcarce, Bragado.

* * * *

FRESQUITO

La señora. — ¿Es fresco ese pescado?

El vendedor. — No se señora, solo hace ocho días que estoy en este puesto.

Pedro Casado, Oliden 632, Liniers. F. C. O.

* * * *

UNA GRAN MANIFESTACION POLITICA

Se dan gritos y hurras al partido simpatizante y uno de los manifestantes es el que se destaca por su entusiasmo vivando desaforadamente.

Al lado de él una persona da un fuerte grito de: ¡Viva la igualdad!

Pero él no acompaña a los demás mostrándose callado.

—¿Por qué no grita eso? — le interpela rabiosamente uno.

—Imposible, no ve que el que gritó es tuerto y jorobado.

Antonio S. Gioria, Luis M. Campos 2545, Sarandí. F. C. S.

Hagenbeck, el famoso director del Jardín Zoológico de Hamburgo, encontrábase veraneando cuando un día recibió el siguiente telegrama de su secretario:
"El chimpancé Bob está melancólico y parece que quisiera un compañero. ¿Qué hacemos hasta que usted venga?"
Misael C. Ríos, Pintos 440, Pergamino.

* * * *

HIGIENE

Jacobo se sintió enfermo y el médico le recetó como medida de urgencia que se bañara.
Jacobo no tiene cuarto de baño en su casa y fué entonces a una casa de baños.
Cuando volvió, contó a su mujer muy afligido:
—Sabes Clara, me olvidé la camiseta...
Pasaron tres años. El extravío de la camiseta era ya un suceso olvidado cuando nuevamente por receta médica, Jacobo volvió a la casa de baños para bañarse.
Esta vez regresó a su casa muy alegre. Lo denotaba su rostro y los gritos con que llamó a su mujer:
—¡Clara! ¡Clara! encontré la camiseta...
—¿Cómo?... ¿Es posible? ¿Después de tanto tiempo?
—¡Sí!...
—¿Dónde estaba?...
—¡Debajo de la camisa!...
Lidia F. Bordenave, Godoy Cruz 1874, Buenos Aires.

* * * *

RESPUESTA ACERTADA

El maestro. — Si divido un kilo de carne en ocho partes, ¿cuánto tendrá cada una?
El alumno. — Un octavo de kilo.
El maestro. — ¿Y si lo divido en 200 partes?
El alumno. — Tendremos picadillo.
Roberto Garavaglia, Adolfo Berro 3753, Capital federal.

* * * *

EL SALTO MAS GRANDE

Decía un andaluz:
—Yo dí un salto tan grande, que pasaba un tren de carga al dar el salto y vine a caer cuando pasaba el último vagón.
—Eso no es nada —dijo otro. — Sin ser saltarina mi hija dió un salto por la ventana hace tres años y hasta el día de hoy no ha vuelto a caer.
Elma Angélica Barquín, Belgrano 447, Saladillo.

* * * *

ENTRE DOS AMIGOS

1er. amigo: — He reñido al hotelero.
2do. amigo: — ¿Por qué?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿cómo?
1er. amigo. — Porque cuando donde como me sirven mal me desespero.
Irma Sturla, Córdoba 3184, Capital.

* * * *

NOTICIAS DE UN DIARIO

"Con referencia al muchacho que fué recientemente golpeado en la cara con unos tomates, debemos manifestar que la herida es mucho más grave de lo informado anteayer porque resulta que dichos tomates estaban dentro de un frasco".
Horacio Aón, Esteban Echeverría, F. C. S.

Los chistes deben ser enviados escritos con tinta o a máquina en tarjetas postales, que no necesitan ser ilustradas. En las oficinas de correos las venden y son baratas.

En cada tarjeta debe venir pegado el cupón que aparece en esta página. No será aceptado ningún chiste que no venga acompañado del correspondiente cupón.

El director elegirá, de los chistes que se reciban, los que sean dignos de publicación y de entre esos mismos se elegirá cada semana el o los dignos de premio. Los que hayan sido premiados recibirán $ 5. — cada uno por giro postal. Es, pues, indispensable enviar el nombre y la dirección.

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO CHISTE QUE SE ENVIE AL CONCURSO

PUCKY No. 273

La prueba de que la tarjeta postal ha sido echada al correo no es considerada demostración de que el chiste ha sido remitido.

Los premios no tienen límite: Lo mismo puede ser uno que muchos más. Se desean chistes dignos de premio. De su originalidad responden sus autores.

Todo lector que quiera tomar parte en este concurso, sólo tiene que ceñirse a las condiciones que anteriormente se expresan. No se entra en correspondencia respecto al concurso ni se dan más explicaciones de las publicadas aquí.

MANDE UN BUEN CHISTE Y GANE $ 5.-

La cuadrilla

Por HENRY LA COSSITT

Un relato de las bandas de criminales que merodean en las grandes ciudades.

I

Había neblina y estaba lloviznando continuamente. Un automóvil salió rápidamente de entre las sombras producidas por las casas en el boulevard, y se dirigió al puente sobre el río. Subió por la pendiente que conducía al mismo con la rapidez de un meteoro; se dirigía a la ciudad.

En el auto había cuatro hombres: tres en el asiento delantero, y uno atrás. El que lo dirigía era un hombre corpulento, que usaba un sombrero de fieltro calado hasta los ojos, y estaba fumando un grueso cigarro. En este momento, sonreía con satisfacción. A su lado estaba otro hombre, con la cabeza caída sobre el pecho. También fumaba un cigarro, y sus revueltos cabellos se escapaban del sombrero. Su cabeza se movía al unísono con los movimientos del auto, y parecía experimentar el sueño que ocasiona la borrachera. Para evitar que perdiera el equilibrio, un brazo lo sostenía a la altura de los hombros.

Este brazo pertenecía al tercer hombre que iba en el asiento delantero. Era joven y tenía la misma expresión que el chauffeur. Pero no era su sonrisa una señal de alegría, ni mucho menos. Llevaba en la mano una botella de licor, de la que tomaba un trago de cuando en cuando, pasándosela también al cuarto ocupante del coche.

Este era también un joven, pero no sonreía; su rostro demostraba gran excitación, — los dientes estaban apretados. El rostro de este hombre demostraba inteligencia, y formaba un marcado contraste al compararlo con el de sus compañeros. Tenía cabello negro, ojos azules, y estaba muy pálido.

Debajo del puente, podían verse las negras aguas del río, en las que se reflejaban las incontables luces de la ciudad. El hombre del asiento trasero, exclamó:

—¡Chees!—cerrando la boca después rápidamente, para impedir que sus dientes casteñetearan por el miedo.

El más joven de los que se sentaban adelante, tomó un trago de su botella, y mirando hacia atrás, le contestó:

—Bébase un poco de coraje,—y le pasó la botella, la que el otro llevó a sus labios rápidamente. Después de esto, se estremeció nuevamente.

—¡Chees!

—Ya te he dicho que te hagas de coraje! — contestó el interpelado, bruscamente.

—¡Déjalo tranquilo, Jules! — dijo el chaufeur; — volvió la cabeza y sonrió al hombre que se dejaba dominar por sus nervios. Este bajó sus ojos rápidamente y tomó otro trago de licor.

Llegaron a la mitad del puente; allí el que dirigía el auto lo detuvo y dijo:

—Aquí es.

—¿Aquí? — preguntó el joven del asiento trasero:

—Sí, — contestó el chauffeur, volviéndose hacia él con un gesto de impaciencia.

A continuación, el hombre que había hablado primero, miró a la figura del hombre con la cabeza caída sobre el pecho, y después de sonreirse, le dijo al joven del asiento trasero:

—Joe, baja del auto y ayúdame. Jules, tómalo tú de los hombros.

Así lo hicieron ambos, y entre los tres llevaron al hombre inerte hasta la barandilla del puente.

El chauffeur le encasquetó el sombrero hasta los ojos, — en sus bolsillos y camisa se notaba que habían sido colocados pesos para que el cuerpo se hundiera rápidamente. El joven que lo había sostenido por los hombros durante el viaje, le puso una mano bajo la barbilla, y le sacó el cigarro de la boca, de la que inmediatamente comenzó a manar sangre. Al ver esto, le dijo:

—Buck, ¿cómo te sientes?

Otra exclamación se sintió en ese momomento.

—¡Chees!

—¿Qué es lo que tienen ustedes ahí? ¿Un borracho?

La nueva voz vino de entre la niebla. El joven que había viajado en el asiento trasero, se puso rígido. El que había venido en el asiento delantero, retrocedió y se ocultó detrás del auto. El chauffeur sonrió.

—Sí, — dijo, — es un borracho.

Una figura apareció de entre la niebla, y se acercó. Su uniforme azul se distinguía vagamente al reflejo de las luces del puente: era un vigilante.

De improviso un rayo de luz surgió del lugar donde se hallaba el representante de la autoridad, con la que iluminó el cuerpo inerte sostenido por los dos hombres, así como también los rostros de éstos.

—Bueno, llévenlo a casa, — dijo el vigilante.—En ese momento la luz de la linterna se concentró en el rostro del sonriente chauffeur.

—No podemos... ¿Qué es esto? ¡Dick el Grande!

De entre las sombras detrás del auto apareció una figura que dió un salto y atacó al vigilante. Se sintió un fuerte golpe, y este último cayó.

—Buck, — dijo Dick, — necesitas un baño, y allá vas!

Dijo estas palabras y luego, con la ayuda de sus compañeros, arrojó el cuerpo sin vida por sobre la baranda del puente. Hubo un momento de silencio, que parecía interminable, — después se sintió la caída del cuerpo en el agua del río.

La cuadrilla había tomado su venganza.

—Jules, arrastra al vigilante fuera del camino, — dijo Dick.

—¡Chees! — dijo nuevamente el joven que había venido en el asiento trasero.

—En el nombre de Cristo, concluye de temblar! — dijo Jules, — o sino te enviaré a hacer compañía al otro!

—No me parece, — dijo Dick, — si le haces algo a Joe, tomarás tú también un baño! Vuélvete al asiento trasero, Joe, — agregó.

Joe así lo hizo. Dick el Grande, y Jules ocuparon el asiento delantero. El vigilante quedó tendido, exámine, en la vereda al lado de la baranda, herido en la cabeza por el golpe recibido.

El auto cruzó lo que faltaba del puente, y entró en la ciudad, marchando por calles desiertas. En el reloj de un rascacielos vecino, dieron las cuatro. Joe, sentado atrás, se mordía los labios, pero no volvió a hablar.

II

El joven Buck Clancy había venido del campo, y Joe Riley de Mill Crek. Habían aparecido simultáneamente en el salón de billares de Pete, en la esquina de las calles Grand y Olive. Ambos estaban ansiosos por ganar dinero. Dick el Grande los vió. Este era el segundo jefe de la cuadrilla de Hugo Y ambos se incorporaron a la banda.

Con los consejos de Dick el Grande aprendió Joe, y se convirtió en Joe el Chico. Buck era más independiente: trabajaba como un veterano. Se unió a Jules, conocido por el Zorro. Mató a un vigilante y a un cajero. Y eso era exagerar las cosas, —se puede llegar demasiado lejos, aun para una banda como esta. Todos los componentes de la misma sentían la influencia de estos hechos, y no les agradaba que la policía les presionara demasiado. Todos ellos eran hombres resueltos, y sentían envidia al mismo tiempo que inquietud.

De manera que Dick el Grande, quien tenía siempre el semblante hosco, sonrió a Buck. Y entonces, la boca de Hugo pronunció una palabra, y la sonrisa de Dick se hizo aún más pronunciada.

—Llévenlo a Joe, — dijo Hugo, — y también a Jules; les pueden hacer falta.

—¡Buck! — dijo Dick el Grande esa misma noche. — Ven conmigo. Y ustedes también, Joe y Jules. Vamos a Madison; hemos recibido informaciones de que podemos dar allí un buen golpe.

Joe y Jules sabían lo que iban a hacer; los demás de la cuadrilla también lo sabían, y Joe se puso pálido. Pero Buck no estaba enterado. Subió al asiento delantero, al lado de Dick el Grande, y se sintió satisfecho al notar que su jefe aún sonreía. Jules y Joe subieron al asiento trasero. El último de los nombrados se sentía orgulloso, pues este auto que iban a usar, lo había robado él para la cuadrilla.

Salieron de la ciudad, cruzando el puente, y llegaron a Madison, al salón de Billy.

—Tomaremos unas copas, primero, — dijo Dick el Grande.

Bajaron del auto y entraron al salón. Llegaron a la habitación trasera y una vez allí bajaron al sótano. Se sentaron, y Billy trajo botellas y vasos.

Estaban en el bar particular de Billy. Este también pertenecía a la cuadrilla, y sabía lo que iban a hacer allí.

Después de beber, Dick el Grande dijo:

—¿Buck, tienes una pistola?

—Sí.

—Déjamela ver, — le contestó Dick con su sonrisa más bonachona.

Buck sacó una automática calibre cuarenta y cinco del bolsillo trasero, y se la entregó a Dick.

Este la tomó y dijo riendo:

—Es una buena pistola, ¿no es cierto, Buck? Y supongo que funciona bien.

Y al decir estas palabras, la descargó en el corazón de Buck. Jules lo sostuvo en el momento en que iba a caer al suelo.

—Joe, — dijo Dick, — y su sonrisa había desaparecido ahora, — no te hagas nunca el vivo ni demasiado listo, como Buck.

Y después de esto, le dieron su baño a Buck.

III

La banda se reunía en un café al lado de la carretera en las afueras de la ciudad. Estaba alejada de la ciudad por razones bien explicables. Pertenecía a Hugo, y en él se vendían bebidas alcohólicas, y se bailaba en un pequeño salón, al lado del bar.
También iban de vez en cuando algunos periodistas. Y fué a este restaurant, llamado "Club Exclusivos", donde Joe Riley "El chico", se dirigió la tarde siguiente al acontecimiento que hemos relatado. (La banda circulada libremente por la ciudad sin ser molestados por la policía, pues tenían influencia política). El pánico que Joe había sentido la noche anterior, ya se había disipado, y ahora se sentía orgulloso de sí mismo.

Al andar por la calle, miraba a los transeuntes arrogantemente, sintiéndose superior a ellos. Subió a un tranvía y viajó en él hasta el fin de la línea. No compró ningún diario. Quería verlo en el club, examinándolo con indiferencia, delante de los demás compañeros de la banda.

Sabía que el vigilante de la noche anterior lo había reconocido, lo mismo que a Dick el Grande. Los nombres de ambos, habían aparecido varias veces en los diarios, como autores de hechos criminales. Dick el Grande y Joe el Chico! Era una buena com-

binación de palabras, y los diarios se aprovechaban de ella. En el caso presente los dos adjetivos eran exactos.

Cuando descendió del tranvía, Joe tomó un taxi, en el que llegó al club. Entró y en el bar encontró a los de la banda. Estaban bebiendo, fumando y charlando. Todos los ojos se concentraron en él cuando entró. Dick el Grande y Jules también estaban allí, y delante de ellos tenían un diario abierto. Joe, aparentando no verlos, tomó asiento y pidió al mozo cerveza. La bebió lentamente, hasta que Dick el Grande miró a su alrededor, y se apercibió de la presencia de Joe.

—¡Joe — le dijo, — ven acá; has salido en los diarios.

Al acercarse, vió que el diario era uno de los que informan en gruesos títulos los acontecimientos más importantes ocurridos en el día. En el encabezamiento no había nombres. — Joe leyó rápidamente lo siguiente:

"El vigilante Marin Gaselli fué atacado esta mañana por dos o tres forajidos y dejado inconsciente en el Puente Libre, cuando trataba de investigar lo que se supone es el último asesinato cometido por la cuadrilla de Hugo. Sus atacantes huyeron en un automóvil.

Gaselli estaba recorriendo el distrito que tiene asignado desde la calle Ocho a la Diez y Seis a lo largo de Front, cuando notó un auto que venía de Illois, entrar en el puente y detenerse. Sospechando un crimen corrió hacia donde el vehículo se había detenido, y allí vió un grupo de hombres al lado de la baranda.

Como uno de ellos parecía borracho, los interpeló preguntándoles que ocurría. Le contestaron que efectivamente, su compañero había bebido demasiado. Gaselli entonces iluminó a todos con su linterna eléctrica, a fin de identificarlos. Dice que está seguro de haber reconocido a Dick Gibson "El Grande" y Joe Riley "El Chico", miembros de la banda de Hugo. También cree que el tercero era Buck Clans, compañero de los mismos y que había sido asesinado".

Había más detalles, en los que se explicaba como el vigilante fué desmayado por un golpe, y suposiciones sobre quien sería el cuarto ocupante del automóvil, quien había atacado al policía por la espaldda. Pero Joe no estaba interesado en esto. Su nombre ya había aparecido ocho veces en los diarios junto con el de Dick "El Grande".

Miró a éste y a Jules, y corrió. Ambos lo examinaron fijamente, y Jules exclamó:

—No haces nada, pero siempre sales en los diarios.

—Eso significa que trabajo con mi cabeza como hace toda persona que vale algo, — contestó Joe arrogantemente.

Jules exclamó amenazadoramente:

—¡Escucha! No te hagas el vivo conmigo, o te voy a...

—¡Basta de discusiones, Jules! — ordenó Dick "El Grande" sin mirar a ninguno de los dos interlocutores.

—Ese tipo no ha hecho nada y no tiene más que pretensiones! — contestó Jules, — Va a concluír por...

Joe le interrumpió:

—Concluya de una vez, y no vuelva a repetir que soy cobarde, pues no quiero verme obligado a probarle que es usted un miserable mentiroso.

Jules se dirigió a Joe, dispustoa concluir la conversación violentamente.

—¡Jules! — era la voz de Dick "El Grande', el que sonreía al mismo tiempo.

Después de un momento de indecisión, y murmurando juramentos, Jules dió media vuelta y se dirigió a la habitación vecina, donde se jugaba a los dados.

—Joe, — dijo Dick "El Grande". — Le eres antipático a ese sujeto, y el tampoco

De improviso un rayo de luz surgió del lugar donde se hallaba el vigilante.

me agrada a mí. Por eso siempre te defiendo. Ven y vamos a tomar una copa.

IV

La tarde pasó lentamente. La banda salió y vino de vuelta por la noche. También llegó Hugo y la cuadrilla efectuó una conferencia alrededor de la media noche. Hugo tenía una lista en la que se detallaban los automóviles robados, números de las licencias y descripción general de los mismos. Todos los componenetes de la cuadrilla le informaron de sus actividades durante las horas anteriores, y Hugo ponía una marca al lado de los autos que habían sido robados por sus subordinados. Los vehículos habían sido ya transportados al otro lado del río, para ser pintados y reformados, de tal manera que no pudieran ser identificados.

Estaban ocupados en este trabajo, cuando Hoppy que había quedado de guardia, entró de improviso y exclamó:

—¡La policía está afuera!

Hugo ordenó:

—¡Dick, usted, Joe y Jules, huyan en seguida. Escóndanse hasta que se olvide lo de anoche.

Rápidamente y sin producir ruido sospechoso alguno, la cuadrilla se distribuyó por las mesas del salón. Joe, Dick y Jules fueron detrás del bar; allí había, hábilmente disimulada una escalera que llevaba a un pasaje subterráneo. Al fin de este había otra escalera, por la que ascendieron. Cautelosamente, Dick "El Grande" levantó una trampa, cubierta de hierba y cesped. Los tres salieron a un lugar lleno de árboles.

—¡Cada uno por su lado! — ordenó Dick. Podemos tomar un automóvil al salir al camino un poco más allá.

Y después de decir esto, desapareció rápidamente.

Joe avanzó hasta el borde de la carretera, y vió que frente al club había varios vigilantes. Ya iba a retirarse, cuando un empujón dado desde atrás lo hizo caer en la mitad del camino. Detrás de él, Jules velozmente volvió a abrir la trampa y desapareció: le había traicionado.

Los policías vieron a Joe y corrieron hacia él llamándose mutuamente. El perseguido se levantó instantaneamente, y corrió entre los árboles. Los vigilantes lo siguieron haciéndole fuego con sus revólvers. Joe también disparó hacia atrás, pero como todos ellos estaban corriendo, ninguno de los tiros dió en el blanco.

Salió del bosque y después de cruzar un pequeño campo llegó hasta un cerco de piedra. Este marcaba los límites de una hermosa casa de campo. Joe lo saltó y corrió hacia la casa, corriendo en ziz-zag entre los árboles. Llegó hasta la casa, y mirando hacia atrás vió que el primero de sus perseguidores ya había saltado del cerco.

Abrió la puerta, entró y la cerró, quedándose allí inmóvil, escuchando. Permaneció así por un tiempo — sintió que los vigilantes corrían alrededor de la casa y en ese momento sintió unos pasos y vió que la luz se encendía. Dándose vuelta con la rápidez de un gato montés, vió que estaba en la cocina de la casa, y que delante había una muchacha. Joe sintió una vaga desilusión al notar que ella no parecía estar atemorizada.

La miró por un momento: era sin duda alguna, la mucama de la casa y tenía pequeños ojos azules, una pequeña nariz y melena cortada a la última moda. En conjunto era una muchacha bonita. En este momento, en vez de demostrar terror, parecía que le desafiaba con los ojos.

Joe, sin embargo, pronto recobró la serenidad; se dió cuenta de que todavía tenía su pistola en la mano — volvió a cargar las balas que había disparado, y se la guardó en el bolsillo.

Después encendió un cigarrillo, y se cruzó de brazos, mirándola fijamente. La muchacha demostró ser indiferente a estas tácticas para impresionarla, y le dijo:

—¿Qué desea usted.

Joe se sonrió y echó las cenizas de su cigarrillo sobre el linoleum.

—¿Le interesa mucho? — le preguntó.

—Escuche amigo, — exclamó la muchacha. — Usted me parece un buen muchacho, y a mi no me interesa si anda robando, pero no trate de hacerse el listo, porque me obligará a arrojarlo fuera de la casa.

—¿Pero usted sabe quien soy yo?

—Naturalmente que si. Lindbergh, después de haberse hecho aplicar un tratamiento de belleza al rostro.

Ante esta burla, Joe decidió hacerle entender que el era el amo, por lo menos momentáneamente.

—Yo soy un hombre bien conocido, y seguramente usted ha oído hablar de mí. Soy Joe Riley "El Chico".

—¿Sí? ¿Qué clase de Joe Riley?

—"El Chico".

—Bueno, ya estoy bien enterada, qué hago ahora, ¿aplaudir? ¿Quién es Joe Riley "El Chico".

Las rodillas de Joe casi se doblaron ante tan monumental ignorancia: se le cayó el cigarro de la boca, y le preguntó lleno de asombro:

—Pero, hermana, ¿es posible que usted no lea los diarios?

—Sí, los leo, — pero no los semanarios cómicos. ¿Qué hizo usted? ¿Ganar algún concurso de chistes o resolvió alguna cruzada?

Su interlocutor se enojó seriamente al sentir esto.

—Hermana, no trates de burlarte de mi ¡Soy Joe "El Chico", de la cuadrilla de Hugo! Ese soy yo.

—¿Quién es Hugo?

—¡Dios mío!

Joe tomó asiento y la miró furiosamente. Le replicó:

—Hugo es el jefe de la banda de asaltantes, más grande de esta ciudad. Y yo soy uno de ellos...

La muchacha lo interrumpió riendo burlonamente:

—¿Usted un asaltante? ¡Esa sí que es una buena! ¿Con esa cara y esos ojos?

Continuó riéndose hasta que sus ojos se humedecieron.

Joe estaba furioso ante esta falta de respeto; tuvo muchos pensamientos para hacerla callar, desde los insultos hasta la violencia de hecho. También estuvo tentado de irse, pero le contuvo el pensamiento de los vigilantes que lo buscaban afuera.

Por fin su resentimiento pasó. La muchacha era muy bonita cuando reía, y Joe que era irlandés, concluyó por reirse con ella.

—¡Usted un asaltante! — dijo ella después de un intervalo. — Escucha, irlandés, no seas tonto, pues eres demasiado buen mozo para que me ría de tí.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó Joe.

—Millie O'Dowd.

—¿Eres de la familia de Jimmy O'Dowd, instructor del Club Atlético de la Avenida Cass?

—Sí, él es mi tío.

—Bueno; yo soy muy amigo de él: me enseñó a boxear.

—¿Sí? Le diré que lo he visto a usted.

—No, — contestó Joe. — No le digas nada.

Millie lo miró fijamente.

—¡Dígame! ¿Por qué ha entrado aquí? En el primer momento pensé llamar al patrón y al mayordomo, pero después de verle la cara, me dija a mi misma: "Este muchacho no parece ser un ladrón" Si no hubiera sido por eso, ya estaría preso en estos momentos|

—Ya se lo he dicho antes: soy un miembro de la peor banda de criminales de la ciudad. ¿Quiere que me vaya?

—¿Sí? — contestó Millie, — nadie lo hubiera creído.

Después de esto, conversaron durante largo rato. Millie le trajo a Joe un sandwich y una taza de café. El en cambio, le refirió sus hazañas, las que ella escuchó muy interesada. Cuando se levantó para irse, era ya casi de día.

—Vuelva por aquí algún día, Joe, — le dijo Millie cuando se despidieron. — Iremos a bailar juntos; me parece que vamos a llegar a ser buenos amigos, aunque usted sea un criminal.

—Así lo espero yo también — contestó Joe, — volveró pronto por aquí.

V

La banda, como todas las cuadrillas modernas, tenía infinidad de cohartadas preparadas, y tres días después de lo relatado, Dick "El Grande", Joe y Jules, ya no tenían nada que temer de la policía. Esta comprobó que cuando el vigilante Marin Gaselli fué atacado por estos tres hombres estaban a muchas millas de distancia, acompañados por numerosos testigos, los que juraron que los inculpados no se habían separado de ellos durante toda la noche.

El cuerpo de Buck Chancy apareció flotando en el río, y la cuadrilla le pagó un lujoso funeral

En cuanto Joe estuvo libre de sospechas, inmediatamente visitó a Millie. Se encontraron en la esquina de Delmar y Taylor.

—¿Adónde vamos, Millie? — le preguntó Joe.

—A cualquier lado, — contestó Millie.

—Bien, entonces vamos a lo de Tony.

Fueron al restaurant de Tony para cenar y bailar. La comida estaba bien cocinada y la orquesta era magnífica.

—"Chico" — le dijo ella. — Bailas tan bien como Ted Shawn.

—¿Sí? Usted no lo hace muy mal tampoco.

—Ya lo sé, pero para bailar bien necesito un buen compañero.

A Joe le agradó esta observación. Volvieron a su mesa.

—Joe ¿qué tal es la cuadrilla?

—Buena, en ella se pasa la gran vida. Hay dinero abundante y muy poco trabajo.

—Pero ¿la policía no detiene a alguno de ustedes de cuando en cuando?

—Sí, pero nos sueltan en seguida; así está arreglado.

—¿Y suponiendo que alguna vez falle?

—No se, pero estoy seguro de que me soltarán en seguida si me llegan a arrestar. ¿Vamos a bailar?

Así lo hicieron, era un vals y ambos bailaban admirablemente. De pronto ella le dijo:

—Joe, no tienes la apariencia de un criminal.

La cuadrilla desplegó poco actividad por un tiempo, y Joe vió a Millie con frecuencia. Varias noches volvieron al restaurant de Tony.

Una vez ella le dijo:

—Joe, mi tío Jimmy ha ido a California a cosechar manzanas. Es una gran país; clima cálido todo el año...

—Sí — contestó Joe mirando a una palmera artificial que había al aldo de su mesa. — Millie, eres una muchacha adorable.

—Y tú, Joe, eres un tonto.

Y después de estas palabras se separaron.

VI

Un día, Joe entró al Club Exclusivo. No iba allí con tanta frecuencia como antes de conocer a Millie. Dick "El Grande" y Jules estaban allí. Desde la noche de la visita de los policías, la enemistad entre Jules y Joe se había acentuado. Joe había referido a Dick "El Grande" como Jules le había empujado para que le vieran los vigilantes. Jules en cambio, refirió que había resbalado accidentalmente y al mismo tiempo empujó a Joe involuntariamente.

Hugo y la cuadrilla aceptaron esta explicación, pero la sonrisa de Dick "El Grande" era más pronunciada que nunca, cuando miraba a Jules. Además, éste, se estaba sobrepasando. Hasta había una vez desafiado a Hugo, desobedeciendo sus órdenes, y los demás compañeros de la cuadrilla murmuraban. Pero Jules era un pistolero muy útil, y por lo tanto no les convenía suprimirlo.

Al llegar Joe, Jules le recibió con estas palabras:

—Hola, chico; ¿cómo está tu muchacha?

—Bien.

—Presentámela uno de estos días. Me parece que podría convencerla de que me acompañe a algún lugar de diversión.

Joe lo miró fijamente.

—Mejor será que andes con cuidado; la muchacha me gusta y no voy a tolerar que la insultes.

—Ya veo que los sesos se están reblandeciendo cada vez más.

—¿Y qué te importa eso a tí?

—Nada, porque si ella me interesara algo, te empujaría a un lado y me la llevaría. Pero no vale la pena: es una de las tantas...

Al decir Jules esto, Joe le aplicó un soberbio puñetazo entre los ojos, y Jules cayó contra la pared. Se rehizo instantáneamente pero no intentó pelear con los puños. Sacó su automática e hizo fuego sobre Joe, pero Dick "El Grande" le apretó fuertemente la muñeca, y la bala fué a hudirse en el suelo.

—Jules, — dijo Dick "El Grande", — si hubieras matado a este muchacho...

El interpelado dió media vuelta y salió del club.

—Joe, — le dijo Dick "El Grande". — Cuánto más te odia ese sujeto, más te aprecio yo. Tomemos un trago juntos.

Joe salió un poco más tarde, pues tenía una cita con Millie. La llevó a los jardines de Cafarelli para cenar, y después fueron al Arcadia, que es un enorme salón de baile. El espacio para bailar tiene una extensión de media cuadra y está rodeado de mesas. El precio de la entrada para parejas es un dólar y para un hombre solo, un dólar también; allí no se permite la entrada de muchachas sin acompañante.

La banda de jazz era dirigida por un hombre de mirada cansada. Trabajaba seis horas seguidas cada noche, y el desgaste nervioso era tremendo.

Cuando Joe y Millie llegaron, el salón estaba repleto de gente. Eran las nueve de la noche. La cadencia de la música era lenta, y en conjunto Joe y Millie esperaban pasar una noche entretenida.

Comenzaron a bailar, y después de un tiempo, Millie le dijo a su compañero:

—Joe, ¿por qué no te retiras de la cuadrilla?

—No puedo, Millie, ahora que sé todos sus secretos, me matarían.

Ella permaneció silenciosa unos momentos, y después le dijo:

—Escucha, Joe: le he escrito a mi tío y él dice que eres un tonto, pero al mismo tiempo un buen muchacho. El te daría trabajo si fueras a su quinta en California. Yo creo que eso es lo que debías hacer, pues no eres un criminal, si no un buen muchacho.

—Lo haría, — contestó él, — pero no podría hacerlo si eso significara no volver a verte.

—¿No? — le preguntó Millie.

—No, — respondió él, — y la razón es que estoy loco por ti.

—Caramba, Joe, grandísimo tonto, ¿por qué no me lo has dicho antes? Ya te dije que me agradabas, la noche en que nos encontramos.

Los ojos de ella brillaban. Joe le dijo:

—Si yo me fuera a California, ¿te vendrías conmigo?

—Sí.

En ese momento una mano oprimió el hombro de Joe; éste se volvió y vió a Dick El Grande.

—Joe, — le dijo, — ven aquí a un lado por un momento.

Joe lo siguió unos pasos y entonces Dick le dijo:

—Joe, ven al club a la una. Hugo ha decidido suprimir a Jules.

Después de esto dió media vuelta y se fué. Joe volvió a bailar con Millie, pero lo hacía mecánicamente. Su mente estaba ocupada en el problema que se le presentaba ahora.

—¿Qué te pasa, querido? — le preguntó Millie.

—Nada importante; pero tengo que irme cuando concluya esta pieza.

—Pero qué...

—¡Tengo que hacerlo! — la interrumpió Joe fieramente.

Permanecieron silenciosos después de esto. Al terminar la música se dirigieron a la salida. Joe se volvió antes de salir y notó que Jules estaba allí, bailando con una mujer rubia. Sonreía como si se estuviera divirtiendo mucho, y evidentemente no sospechaba la suerte que le esperaba.

VII

En el salón del Club Exclusivo, hacía un calor sofocante; el humo de los fumadores subía en blancas espirales hasta el techo. Toda la cuadrilla estaba allí, exceptuando a Dick El Grande y Jules. Todas las mesas estaban arregladas formando un semicírculo frente al bar, y cada una de ellas estaba ocupada por dos o tres componentes de la banda.

Hugo estaba recostado sobre el mostrador. Nadie hablaba, y el silencio sólo era interrumpido de cuando en cuando por el ruido de los vasos, al ser colocados de vuelta sobre las mesas. El reloj marcaba la una menos cuarto.

Joe estaba allí. Se había sentado frente a la parte media del bar, y a su lado había otros dos hombres.

Sus rostros estaban sudorosos de excitación y los ojos les brillaban.

Poco a poco el reloj iba marcando los minutos, hasta llegar a la una menos cinco.

En ese momento el ruido de un auto al detenerse frente al club, se sintió claramente. Se abrieron las puertas de acero y se pudo sentir voces de los hombres que se acercaban. La tensión de todos los presentes aumentó.

La puerta que daba al bar se abrió y Dick El Grande y Jules entraron al mismo. Los dos estaban sonriendo.

—Hola, — dijo Hugo.

—Hola, — contestaron Dick y Jules.

Toda la cuadrilla saludó de la misma manera a los recién llegados, exceptuando Joe, cuya garganta estaba seca y era incapaz de pronunciar ni una palabra.

—Jules... — dijo Dick El Grande.

Jules se dió vuelta y tan pronto como le dió la espalda, Hugo sacó su pistola y retrocedió hasta colocarse en un extremo del semicírculo. Todos los demás miembros de la banda, también sacaron sus armas.

—Jules, — dijo Dick El Grande, con una sonrisa cruel, — lo que te iba a decir es: mira a tu alrededor.

La presunta víctima así lo hizo, y en ese momento Dick también sacó su revólver, retirándose al otro extremo del siniestro semicírculo.

Jules continuó mirándolos estúpidamente. Tenía los brazos apoyados en el mostrador y extendidos en forma de cruz. Parecía que estaba crucificado.

Miró a todos los rostros, uno por uno. También a las pistolas que lo amenazaban de muerte. Notó la sonrisa de Dick, y de pronto se dió cuenta y exclamó:

—¡Dios mío!...

Lenguas de fuego salieron del semicírculo de acero, hasta que las automáticas quedaron vacías. Jules cayó al suelo con el cuerpo acribillado por las balas. El humo llenaba todo el salón. Varios hombres tosieron. Joe puso su automática cargada en el bolsillo: él no había hecho fuego.

—Abran las ventanas, — dijo Hugo.

Las ventanas fueron abiertas y todos los presentes pasaron al bar para apagar su sed. El fonógrafo comenzó a tocar. De pronto Dick El Grande le dijo a Joe:

—Joe, ven a tomar una copa.

Caminaron hasta el bar, y una vez allí Dick le dijo a su compañero:

—Joe, — ese sujeto te odiaba, — pero ahora que ha muerto ya puedes estar tranquilo. Y otra cosa, no te entusiasmes demasiado con la muchacha; las mujeres son capaces de echar a perder al mejor de nosotros...

Joe le agradeció sus buenos consejos y se dirigió al salón, donde se jugaba a los dados. Pero no se detuvo allí, sino que salió a la calle apresuradamente.

De nuevo corrió por entre los árboles como si estuvieran persiguiéndolo los policías. Nuevamente saltó el cerco de piedra y al llegar a la puerta, llamó impacientemente. Un criado soñoliento salió a abrir la puerta.

—Millie, — dijo Joe, — quiero verla en seguida.

El criado fué a llamar a Millie. Esta vino a la puerta vestida solamente con su kimono.

—¡Millie! — le dijo Joe, — ¿quieres acompañarme a California? Nos iremos ahora mismo.

Millie abrazó a Joe y lo besó largamente. Después le contestó:

—Tan pronto como esté vestida.

Media hora más tarde despertaron a un pastor protestante, que los casó a regañadientes y poco después una pareja de enamorados se dirigía a California, la nueva tierra de promisión.

ES FACIL ADIVINAR

cuando se ve a una persona con expresión de verdadera alegría, cual es la causa de su satisfacción.

Se trata sencillamente de la influencia benéfica que ejerce el sano humorismo de la historieta cómica

BARNIGUGLI Y SU PINGO TRAGAVIENTOS

MONTAÑAS DE HIELO

Por MARIA CLARA DAVRON

A la hora del correo en el Imperial, el vestíbulo era todo un zumbido. Hoskins, el empleado de la entrada — un hombre de mediana edad, solemne, relleno de la enorme importancia que se daba — repartía las cartas.

—¡Miss Cherry Mercer! — llamó.

Una muchacha de cara menuda, en forma de corazón, y de cutis como los pétalos de la magnolia, avanzó y tomó el pliego, que se guardó en la mano. Y sin mirar a nadie salió apaciblemente al pórtico, apresurando el paso entre las largas hileras de mecedoras, ocupadas por imponentes damas que preparaban sus labores o arreglaban partidas de juego para pasar la mañana.

Bajó la escaler y salió a la avenida que llevaba a la carretera. A corta distancia fué a sentarse, — con extremado cuidado, — para no ajar los volantes rizados de su falda blanca, — en una peña, a la sombra de un árbol.

Abrió entonces la carta, que era de su madre. Venía a decir, como las anteriores, que la niña debía de estar contentísima de tan magníficas vacaciones, que se lo tenía bien ganado y que el mayor deseo de su madre era el de poderlas alargar de dos semanas a todo el verano.

Estremecióse Cherry ante la interminable perspectiva. ¡Si su madre supiera!...

Metió la carta en el bolso y se empolvó la cara cuidadosamente. Era un martes ¡Qué bien se habría encontrado de nuevo en casa otra vez trabajando en el bufete del señor Price!... Y su madre sin sospechar nada de lo que le sucedía.

Cerró de golpe el bolso, descendió con precaución de la peña y echó a andar, ágil y resuelta, carretera adelante.

Era la caminata que se había decidido a emprender, sola, todas las mañanas.

Alejóse aquel día más de lo acostumbrado, por un camino desconocido que le pareció muy bonito. Pero llegó a un punto en que pensó que debía retroceder para estar de vuelta en el hotel al servirse el almuerzo. Y en aquel preciso momento se detuvo de golpe, alarmada por una voz humana que salía de un pequeño campo, junto a una inmediata revuelta del camino.

Eran quejidos sofocados entre el afanoso respirar, y algún terno seco intercalado.

—¡Maldito sea! — decía la voz, comprimida y explosiva a un tiempo.

Choques metálicos, una dolorida y larga aspiración acababa en un profundo suspiro como final de una durísima lucha, y luego. nada: silencio....

Cherry siguió a la carrera el recodo del camino y advirtió en seguida una brecha reciente, bien recortada en el seto vivo que cerraba el campo.

Allí, encogido contra una roca, hecho jirones y ensangrentado, con un ojo dolorido y brillante fijo en ella, y con el otro acabándose de cerrar debajo de una hinchazón negra que subía por momentos, yacía un lastimoso ejemplar del género humano. Una motocicleta, torcida y rota, estaba tirada, cubriéndola en parte el cuerpo.

—¿No puede levantarse? — le gritó Cherry corriendo a su encuentro.

—Claro que sí... Naturalmente..., — respondió él con acento sarcástico.

Y con un esfuerzo ladeó la cabeza para mirarla de hito en hito con el ojo ileso.

—¡Claro! Aquí me estoy acostado. ¡Cosa de broma!

La hinchazón tremenda de un ojo y la sangre que goteaba de los arañazos que le rasgaban el rostro, con aquella postura torturada en tierra, le daban un aspecto nada tranquilizador. Además, su actitud para con Cherry era declaradamente agresiva.

Pero era una criatura humana, imposibilitada de hacer daño: condiciones ambas las más importantes para Cherry en aquel instante. Por esto le habló con afectuosa compasión, y le oprimió la mejilla suavemente, restañándole un hililo rojo que salía de un corte.

—¡No se preocupe de mi cara! — exclamó él con acritud. — ¿No me ve clavado en el suelo? A ver si puede quitarme ese revoltillo de desperdicios de encima de la pierna.

Con la mayor premura hizo Cherry lo que se le pedía; y sacando todas sus fuerzas, de un tirón apartó la destrozada motocicleta. El joven respiró más libremente, intentó mover la pierna lastimada y gimiendo se dejó caer, inmóvil, boca abajo.

—¡No puedo moverla! ¡Nada! ¡Ni un centímetro! — dijo en seguida. — Ayúdeme, si puede, a sentarme.

Sumisa le prestó el requerido auxilio, y mediante los esfuerzos combinados de entreambos pudo quedarse reclinado. Y como le viera sangrar la herida de la mejilla, Cherry la secó otra vez con el pañuelo.

—¡Déjeme ya la cara! — replicó el lesionado con plañidero acento. — En el tobillo debo tener algo. ¿No podría mirar por ahí?...

La muchacha, muy seria, aceptó la responsabilidad de la primera cura, diciendo:

—Bueno: voy a descalzarlo. Me parece que habrá dislocación. Y añadió:

—Luego voy a sacar a usted de aquí. Así que tenga bien vendado el tobillo. le lavaré a

—¡Santo Dios! — exclamó al verse...

usted la cara... ¡Sí, señor! Tal como suena: le lavaré la cara. Entonces me vuelvo al hotel, y mando un auto para que se lo lleve... ¿Cómo fué que le saltó la motocicleta fuera del camino? ¿Y usted a dónde iba?

—¿Dónde estamos? — preguntó él a su vez parpadeando un poco mientras la enfermera apretaba el vendaje.

Nombróle ella la población y él prosiguió:

—Pues acá precisamente vengo... Lo que ocurrió, — y señaló con la mano la desconcertada máquina, — fué que cuando iba yo a tomar esta revuelta se me puso delante una jaca enganchada a un carrito en que iban tres chiquillos con una niñera. Venía al trote largo, y no había más que dos soluciones: o echarles encima la moto o echarla fuera del camino, a través del seto, contra estas piedras.

—¡Una noble acción! ¡Pensar eso tan prontamente y ejecutarlo...!

—¡No hay tal cosa! — exclamó él, incomodado. — Lo que yo creo es que me habría convenido mucho más quitarlos a todos de en medio. Pero hay el inconveniente del proceso por homicidio. Y el inconveniente, tan molesto, me hizo torcer el rumbo.

Pasando suavemente un dedo explorador por encima del ojo hinchado, agregó:

—A bien que con lo que me ha ocurrido, basta. Segurísimo estoy de que me habría echado encima de ellos sin miramientos, de prever lo que me esperaba tras de este seto.

Cherry, disgustada, le lanzó al sesgo una mirada rápida, conceptuándolo el hombre de genio más endiablado que en su vida conociera. Y prosiguió la tarea de envolver el tobillo, con el feliz resultado de reducir a su mínima expresión las quejas del herido; lo cual se explica porque sabía muy bien lo que se hacía, aprendido en un cursillo de primeros auxilios a los accidentados y también sugerido por su vocación de enfermera. Al dar por terminada la cura, colocó en tierra y bien estirada hacia adelante la pierna.

Y sin darse cuenta de que era innecesario, advirtió:

—¡Ahora, ponga cuidado!... No la mueva nada, nada.

—¡Ah, eso no! — replicó él con acento burlón y mordaz. — ¡Yo qué he de poner cuidado! Lo más probable es que dentro de cinco minutos me levante solito, y solito baile un vals desenfrenado. Sinceramente he de decirle que en la especialidad de dar consejos oportunísimos no habrá en todo el mundo quien la gane.

Cherry hizo como que no había oído nada.

El coloquio iba por muy mal camino, y una vez abierto el grifo del sarcasmo, sabe Dios dónde se habría llegado.

—¿Habrá un vaso o un cacharro que se pueda llenar de agua dentro de ese montón de cosas rotas? — preguntó prontamente, señalando la moto desvencijada.

—Pruebe, no sé; quizás en la caja de herramientas, — respondió él.

Y el rostro inmovilizado, como la de ave nocturna, la estuvo vigilando — un ojo azul excesivamente abierto y el otro ya cerrado del todo, — mientras ella, después de tímidos e infructuosos preliminares, seguía a tientas la exploración entre los alambres cortados, jirones de cuero y aceros retorcidos.

—¡Claro! Es muy difícil encontrarlo por

POR SOLO 5 centavos
sin más gastos ni molestias acompañando este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante. Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:
La Fotográfica Argentina
Av. de MAYO 1370—Bs. As. - T. B.

donde lo busca, — replicó él como quien da una lección.

Y prosiguió, con afectada y mortificante lentitud:

—Yo, sólo con un ojo, distingo claramente sus profundos conocimientos en maquinaria. La caja de herramientas va sujeta a la barra de acero que salió volando hasta ahí.

Y "ahí" la tenía, en efecto. ¡Si saltaba a la vista! ¡Qué torpe, pero qué torpe debía de parecerle!

En la carretera, a corta distancia, había pasado junto a una fuente. Apresurada, fuese en busca de agua y al poco rato volvía con el vaso lleno.

—Beba unos sorbos, — dijo la joven con acento autoritario. — Con la que quede voy a lavarle la cara.

Bebió él, y luego, obediente, ofreció la cara para el lavatorio. Cherry humedeció y frotó suavemente las contusiones y encontró dos cortes que cubrió con porciones de tafetán sacado de la caja.

Para terminar la operación se acordó del pañuelito fino, el segundo que llevaba siempre a prevención en el bolso, conforme a las instrucciones maternales, muy a propósito para secar el delicado y dolorido cutis.

Dió un paso en busca del bolso, cuando un alarido de horror la dejó parada en seco.

—¿Qué?... ¿Qué pasa? — exclamó, suspensa y desconcertada.

El joven, señalando el bolso, preguntó con extremada inquietud:

—¿Qué va a hacer con eso?

—Pues coger un pañuelo con que secarle la cara.

Pareció él tranquilizarse con la explicación y lanzó un gran suspiro.

—¡Ah!.., Creí que quería darme una mano de colorete y de polvos — dijo, haciéndose el vergonzoso. — O acaso perfeccionarme la línea de las cejas.

—Nunca habría sospechado que fuera usted tan tonto, — replicó Cherry vivamente.

—A merced de usted estoy; pero he de advertirle que por hoy son más que suficientes las novedades introducidas en mi semblante.

Y acompañando la petición con una mueca maliciosa, prosiguió:

—Si no cree que puede impresionar demasiado a un hombre en mi estado de grave postración, me gustaría echar una ojeada a ese espejillo de la bolsa.

Cherry le entregó el espejo.

—¡Santo Dios! — exclamó él al verse, con acento sentidamente sobresaltado.

Cherry no pudo contener una sonora carcajada. Devolvióle él el espejo y dijo seriamente:

—Señorita, algún día me dará usted cuenta de esta risa.

Y por vez primera sonrió, con gran maravilla de Cherry ante el profundísimo cambio que una sonrisa puede infundir en un semblante, y especialmente en el que tenía delante, que recordaba sangrientos episodios de una reciente batalla. ¡Y aquella risa fué la que decidió su porvenir!

* * * *

Aquella risa sugirió a Cherry una idea, y con la idea nació una descabellada esperanza, y la esperanza le dictó un atrevido plan.

—No se encontrará usted completamente restablecido — dijo con la seriedad reflexiva de quien emite un dictamen, contemplando el tobillo hinchado — antes de acabar la semana. Hasta el sábado o el domingo lo más pronto.

—¡Oh, profetisa de bienandanzas! — refunfuñó él, displicente.

Y sin más, se puso poco a poco de pie sobre la pierna ilesa, con el auxilio de la enfermera, y apoyándose pesadamente en ella, fué cojeando hacia la carretera.

La suerte les favorecía. Apenas asomaron vieron venir uno de los furgones que transportaban equipajes entre la estación y los hoteles. A una señal de Cherry el conductor paró junto a la pareja.

—¿Haría el favor de llevarnos al Imperial? — pidió Cherry.

—¿Están ustedes en el Imperial? — inquirió el conductor, mirando fijamente al lesionado, nada favorecido en aquel momento por el traje y los emplastos.

—No sé, — respondió el joven, aguantándose la pierna vendada. — Ligero de pies y libre de preocupaciones, lo natural es que me dedique a recorrer hoteles hasta dar con el que más me acomode. Lo natural...

—Va a hospedarse en el Imperial — interrumpió Cherry.

Convencido el conductor, los hizo subir a la zaga, haciendo sitio en medio de mundos y cajas para que Cherry pudiera sentarse al lado de su molido compañero.

—Ahora — dijo Cherry con autoritaria decisión, mirándole de hito en hito — creo que lo mejor será poner las cosas en su punto. Bueno: pues sepa usted que lo tengo secuestrado.

Detúvose en esta declaración, a ver el efecto que producía y que fué, al parecer, completamente nulo.

—Y como no puede volverse, — agregó, — está a mi disposición, y al Imperial lo llevo. Allí deberá usted pasar toda la semana.

—Con un par de días hay bastante para tener bien curada la pierna.

—No importa. Debe usted pasar toda la semana en el hotel.

—¡Toda la semana! ¡Toda la semana!... ¿Y por qué toda la semana ?

—Pues por una razón importantísima — respondió Cherry enfáticamente. — Porque a fin de semana me marcho yo. Entonces será usted dueño de hacer lo que le plazca.

Contóle en seguida, con la emoción que la gravedad el caso requería y que llegó a impresionar a su oyente, cómo se había trastornado el plan de sus vacaciones. Ella había de encontrarse con las Landays, dos señoras ancianas, amigas de su madre, que vivían en Nueva York y veraneaban en el Imperial, y que habían contestado a la carta de su madre, prometiéndole tener cuidado de Cherry durante la temporada que pasara en el hotel.

Pero en el último instante, cuando Cherry iba a subir al tren, mandan un telegrama diciendo que doña Angeles está enferma y que se aplaza el viaje para más tarde. Con mucho gusto tendrán entonces a Cherry con ellas.

¡Entonces! ¡Como si las señoritas que trabajan en despachos de letrados pudieran cambiar el plan de unas vacaciones instantáneas por una contraorden telegráfica!

La madre no se enteró del telegrama. Cherry lo guardó hecho una bola en el puño. Era tardío el aviso para disuadirla del viaje. No podía, no debía darle a su madre aquel disgusto. Salían demasiado caros aquellos lindos vestidos de verano, cortados y cosidos con tanto cariño por manos laboriosas en largas horas de vela. Y aquel temerario proyecto de veraneo había costado sobrados apuros y extremados ahorros. Su madre lo había pagado con tantas angustias, hasta ajustarlo a la modestia de los recursos, que no había manera de darle el amargo trago del fracaso. Y he aquí por qué se marchó sola.

Pero prescindió de revelar a su compañero de camino otro desengaño que habría de sufrir la madre confiada.

Cuando la muchacha protestaba con mayor vehemencia contra el despilfarro que significaba aquella locura del veraneo a la moda, la buena señora le amonestó muy seria al cumplimiento de la obligación, que tal es para todas las doncellas de cierta edad, la de crearse un porvenir; con lo cual quería decirle, evidentemente, que había de procurar casarse.

Así Cherry se dió cuenta del motivo fundamental de la temporadita en una carísima residencia veraniega, sin el cual habría sido una decisión insensata.

Su madre había conocido a una muchacha que de un veraneo volvió prometida, y el caso era ejemplar. Varias veces se rió Cherry al pensar en el caso ejemplar, como consecuencia posible de lo que le estaba pasando en el Imperial.

Su compañero escuchó el relato con la mayor seriedad. Pero así que hubo terminado, una expresión de burlesco sobresalto invadió los segmentos visibles de su semblante.

—¿Cuáles serán los deberes que se me atribuyen en la representación de mi nuevo papel? — preguntó. — Presumo que algo tendré que hacer, pues no sirvo para estarme sentado en un corro y contentarme con lucir la cara bonita.

Ella respondió puntualizando las obligaciones del cargo.

—Pues conversará usted conmigo. Me hará compañía en el pórtico. Y como no está en disposición de bailar, nos sentaremos a la parte de fuera de las ventanas y oiremos la música. Juntos seremos flores de arriate arrimadas a la pared. Y yo le leeré lo que guste mientras no se le cure el ojo, y le ayudaré a caminar mientras necesite quien le ayude; lo que no será largo, pues lo del pie no trae malicia, por lo que veo. ¡Pero en modo alguno podrá usted marcharse y dejarme otra vez sola en medio de esa desagradable multitud de gente extraña!

—¡Hola, hola!... Pues no se presenta tan mal... — advirtió él con sorprendente dulzura.

—¡Oh, sí! Sí se presenta mal, créalo. Claro que nadie más que yo tiene la culpa de haber venido sola. Pero sabe Dios que no ha sido por voluntad mía.

Luego le contó que todavía no había desenfundado la raqueta de tennis, y que no había bailado ni una vez...; una vez sí estuvo a punto de bailar.

Y refirió el incidente así:

—Fué con un tal Twiny. La señora que dirige la vida social del hotel me lo presentó, precisamente al empezar un vals. Parecía que iba a pedirme que lo bailara con él, pero en aquel mismo instante se nos acercó un grupo de chicas y una de ellas lo llamó a voces: "¡Oh Twiny", y con ella se fué. Esa chica llegó con su madre el mismo día que yo. También aquella señora nos presentó. Son una señora y una señorita Jardine.

Y Cherry le pintó a lo vivo la presentación: la una la recibió con una fría inclinación de cabeza; la otra, con una altanera mirada. Y sin más, se alejaron las dos precipitadamente.

—Esta es toda la historia, — dijo Cherry en conclusión. — Ni he vuelto al salón de baile ni he conocido a otras personas.

—¿Y eso que espera de mi no será como servirse de una casa rota?

—¡No, no! — contestó ella moviendo la cabeza. — Así tendré con quien hablar.

—Pero, ¿cómo ha aguantado esto tanto tiempo? ¿Cómo no se ha vuelto a casita para decirle a su mamá...?

—¡Eso es lo que yo no haré de ninguna manera! — declaró ella con energía. — No voy a destrozar el corazón de mi madre. Con tan risueñas esperanzas, tan grandes ilusiones como ha puesto en este veraneo mío! ¡No, no! Antes morirme que volver a casa antes de tiempo.

* * * *

En esto, el camión había entrado en la avenida del Imperial y se paraba delante del pórtico. El conductor y Cherry ayudaron a bajar al lesionado, el cual, con una pierna rígida en el aire y asistido solamente por su enfermera, inclinado pesadamente el cuerpo

sobre el costado de ella, subió los peldaños de la entrada.

Poco a poco se dirigió la pareja al escritorio, seguida por una batería de "impertinentes" que no la perdían de vista.

Con sorpresa de Cherry su compañero andaba entre la gente sin sombra de turbación como si no reparase en el examen descarado a que estaban sometidos.

Apoyado en Cherry, se acercó el joven al escritorio y pidió una habitación.

—No nos queda absolutamente nada disponible, — contestó el empleado, con la obsequiosa indiferencia profesional, mientras su mirada asombrada se posaba alternativamente en Cherry y en su desastrado compañero.

—¿No me va a hacer el favor de encontrarle un cuartito, sea el que fuere? — impetró ella. — Si está que no puede dar un paso, ¿cómo va a correr por ahí buscando un hotel donde lo acojan? Vea de alojarlo de cualquier modo hasta fin de semana. Son cinco días; cinco días nada más. ¿Verdad, que me hará este gran favor, señor Hoskins?

El terrible miedo de tener que renunciar a lo único que habría hecho tolerable el resto de su estancia en el hotel, infundía acentos elocuentísimos a Cherry. Con toda su solemnidad, Hoskins no era invulnerable a la compasión; y los ojos de la muchacha, levantados para acabar de convencerle con una mirada de tierna súplica, eran verdaderamente para halagar a un hombre.

—¡Me he encontrado aquí tan sola...! — añadió ella. — Ya usted ve: las Landays sin venir...

¡Magnífico nombre el de aquellas damas! El resultado no se hizo esperar.

—¡Un cuarto hay! — empezó afirmando con fuerza dominadora. — Arriba, cerca de los dormitorios de la servidumbre. Suele servir de ropero. Pero de vez en cuando, con la casa atestada, nos hemos salido de un compromiso armando allí un catre. Si su amigo...

—¡Magnífico!... ¡Me conviene, me conviene! — exclamó interrumpiendo el joven. — ¿Cómo se sube allí? ¿Cuándo he de bajar a comer?

—Espere un momento, — ordenó Hoskins. — ¿Su equipaje?

—No tengo. Se ve que... no lo han traído todavía.

La incredulidad asomó sin el menor disimulo a los ojos de Hoskins. Pero los de Cherry, implorantes, persistían fijos en él.

—Así tengo que pedirle alguna... garantía. Comprenderá que sin nada de equipaje...

—¡Claro, claro!...

Y el joven metió la mano en el bolsillo del pantalón, le dió unas vueltas y la sacó, empezando una confusa explicación.

—¡Lo siento! — dijo. — Me parece que no...

Y en esto algo blando, arrollado, le fué puesto en la mano por la parte en que estaba Cherry. Dejó de hablar al momento y tendió al empleado el rollito de billetes?

POR SOLO 5 centavos
sin más gastos ni molestias, acompañando este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante.
Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:
LA FOTOGRAFICA ARGENTINA
Avenida de Mayo 1370 — Bs. As. P.

—¿Servirá esto? — preguntó entonces.

—¿Cuánto hay?

—Confieso que no tengo la más remota idea de la cantidad, — contestó con displicente indiferencia.

Hoskins le lanzó una mirada perpleja y escrutadora; pero Cherry se percató en seguida de la brecha que se abría y acudió diligente a taparla.

—No hay que hacer mucho caso de eso — dijo. — Es que no se encuentra bien. El es muy distinto, pero mucho de lo que hoy aparenta. ¡Cómo está tan trastornado por la caída!...

Y agregó precipitadamente:

—Mañana volverá a ser el de siempre. No le falta sino pasar esta noche descansando y tomar algún alimento.

Acercábase el portero para guiar y ayudar al nuevo huésped hasta su habitación, cuando Hoskins advirtió que no se había hecho la inscripción en el registro del hotel.

—Pues es verdad — respondió el joven. —Puede que la señorita... que esta señorita quiera hacerlo por mí. Hoy ha prodigado maravillas de gracia y de maña en mi ayuda y auxilio.

No era Hoskins hombre capaz de soportar con mansedumbre ciertas libertades de caracter burlesco por parte de un desconocido más pobre que una rata; pero también Cherry percibió a tiempo el peligro, y repuso:

—Al caer se magulló las manos, y presumo que no podrá coger la pluma.

Cogióla ella, y se quedó de repente parada. ¿Cómo se llamaría? Pero la mirada de Hoskins no la dejaba, y sin vacilar un segundo más, escribió el primer nombre que se le ocurrió, el del héroe de la novela que estaba leyendo:

Juan Carstairs. — Nueva York

Algo semejante a una mueca rudimentaria apareció en el contrahecho semblante, con la consiguiente alarma de la muchacha, temerosa de una nueva gracia, que seguramente Hoskins no habría tolerado.

Pero el temor era infundado, pues el insigne empleado había comenzado una arenga con sonora voz, que repercutía por los ámbitos del vestíbulo, dedicada especialmente a un grupo de aspecto imponente, que acababa de entrar.

—Siento vivamente — decía — no disponer de una habitación mejor para su amigo, señorita Mercer. Pero es que no nos han dejado absolutamente nada. Las últimas que

nos quedaban las ha tomado hoy — aquí una pausa para preparar el efecto, y después un nombre como paladeado, como ondulado sobre la lengua, — el señor J. Wellington Crabtree de... del Oeste

* * * *

Juan Carstairs no bajó aquella noche. Estaba Cherry comiendo, sentada a la mesa que compartía con una señora de seno exorbitante y resplandeciente, cuando le llevaron este billetito.

"Estimada señorita Mercer:

"Un detenido estudio frente al espejo me ha impuesto la resolución de diferir hasta mañana la primera representación pública de mi papel de secuestrado: lo creo más conveniente para usted. Ahora llevo una excelente compresa sobre el ojo. La pierna mala la tengo cuidadosamente tendida hacia adelante. Y me han traído la comida.

"Y la pastorcilla sonrió. Y bien está Dios en el reino de los Cielos. Todo marcha a maravilla en el cuarto ropero.

"Suyo sinceramente. — Juan Carstairs, Nueva York".

"P. D. Cuando nos veamos mañana me parece muy conveniente que me llame usted Juanito. Sospecho que el magnífico don Nadie del mostrador anda escamado. ¿Cuál es su primer nombre? ¿Cuánto dinero sumaba el rollito? Es usted una compañera modelo".

En el respaldo escribió Cherry:

"Estoy contenta de que le vaya bien. Sea más respetuoso con Hoskins. Me llamo Cherry.

"El rollito sumaba veinticinco dólares; el dinero destinado a mis pequeños gastos de veraneo. La primera cosa en que lo he empleado ha sido en usted.

"Es usted horriblemente sarcástico, impertinente y provocativo como el que más pero nadie le negará las cualidades de un compañero muy divertido".

Los dos días siguientes fueron los primeros que Cherry pasó despreocupada y animada en el Imperial. El amigo Juan era alegre y decidor, y la hacía reir a cada instante.

Pero ya mediado el jueves invadió su ánimo un sentimiento indeciso de creciente ansiedad ante la increíble actitud de aquel joven, que parecía ignorar la responsabilidad

—Siento, no disponer de una habitación...

de dejar transcurrir el tiempo sin dinero y sin equipaje despues de haberlo unido ella a su vida y haber aparecido junto a ella en el Imperial.

Después de comer salieron a dar un paseíto hacia el campo de "golf". Andando, no pudo Cherry substraerse al influjo de la incertidumbre que la atormentaba, y hubo de preguntar a su compañero:

—Pero usted Juan, ¿en qué se gana la vida?

—¡Oh! En un poco de todo. Soy hombre, como suele decirse, de muchos oficios.

—¿Y no ha pensado todavía que debe tomarse algo en serio, y muy especialmente el trabajo?

—¡Vamos, niña! Si justamente el trabajo es lo único que me he tomado en serio.

—¿En serio y aun no sabe por cuál decidirse?

—Sí lo sé — respondió el joven.

Hubo un momento de pausa, que fué perfectamente percibida por Cherry, y agregó él:

—Soy mecánico, Cherry; y de primera, si me permite la inmodestia.

¡Mecánico! El pensamiento de Cherry voló incontinenti a recordar los planes de su madre para casarla. "Querida madre: soy la prometida de un mecánico". ¿Cómo recibiría su madre una carta así? ¿Encontraría en ella la realización del objetivo a que tendía el plan de veraneo? No; Cherry creía que no.

—¿Cómo fué que se dedicó a ese oficio? — preguntó por decir algo.

—¡Oh! Viene de lejos. Como que debí nacer con esa afición. Pero el aprendizaje, la práctica la hice principalmente en el ejército.

—Y usted en el ejército ¿qué era?

—Mecánico, — respondió él lacónicamente.

* * * *

El viernes por la mañana la sacó Juan a paseo. En el pueblo vecino había visto una moto con "sidecar" de alquiler.

—Porque mi pierna no me permita andar mucho, no es justo que usted deje de salir a tomar aire — le dijo.

Y la dejó en el pórtico mientras él iba en el ómnibus a buscar la moto.

Aguardándole permanecía ella sentada, cuando oyó una conversación detrás de ella. La señora Orr directora de la vida social en el hotel, hablaba en un corro en que estaban las Jardine y Twining, el galán con quien Cherry estuvo a punto de bailar.

—Ningún año he visto tan pocos hombres — observaba la señora Jardine.

—Es la calidad lo que vale, no la cantidad, — agregó Twining.

—¡Claro que sí! — confirmó la señorita Jardine.

E hizo la afirmación dirigiéndole una sonrisa tan expresiva como si hubiera proferido un genial rasgo de ingenio.

"Probablemente en la ciudad le negarían el saludo — pensó Cherry, — pero aquí un hombre... es un hombre".

—Mañana habrá un cambio grande — dijo la voz de la señora Orr. — En cantidad, a lo menos dos o tres caballeros vienen en el grupo. Y en calidad, la ganancia es superior a toda ponderación: nada menos que el señor Crabtree, reputado como el soltero más acaudalado de todos los Estados del Oeste.

—Por supuesto que ninguno de nosotros puede competir con un Crabtree, — reconoció Twinig.

La señorita Jardine lo premió con una nueva sonrisa.

—El gran baile de mañana por la noche lo disponemos en honor del ilustre huésped, — dijo la señora Orr. — Será propiamente una fiesta de aviación. Porque se trata de un "as" americano. No hay quien no conozca su "record". No, no es el tipo del hijo del millonario.

—¡Como si necesitara ser algo con tanto dinero! — observó la señora Jardine.

Y a Cherry le pareció más antipática que nunca.

Dieron luego tema de conversación al corro de las Jardine las salidas de automóviles con bulliciosas partidas de campo.

El primero era un coche magnífico, y se ponderó debidamente la elegante carrocería y el prestigio de la marca. Otros dos siguieron, acompañados igualmente con vivos elogios y apreciaciones favorables en tanto se alejaban en rauda carrera por la avenida.

Y un momento después como un postrero incidente del brillante desfile y con estruendo formidable, que superaba al de todas las motocicletas que habían atronado los oídos de Cherry, se presentó Juan Carstairs en el sidecar.

Examinado con la mayor indulgencia, podía llegar a concederse que no era de muy buen aspecto y que tenía marcadas señales de haber servido largo tiempo. Las miradas del pórtico en masa, concurridísimo a tal hora, caían sobre aquella máquina que cortaba el desfile de los hermosos coches.

Cherry sintió que le salían los colores a la cara. El contraste entre el carruaje de Juan y los otros era realmente cómico y patente. Y al bajar, con desenvoltura afectada, los escalones del pórtico, tenía la seguridad de que la cuadrilla de las Jardine no la perdía de vista y se divertía de lo lindo, según le demostró el final de una frase que oyó claramente:

—...parece que viene de recorrer las fincas de ella...

—¡Madame, el Rolls! — anunció Juan con una profunda reverencia y un primoroso saludo.

—Pensé que no podría traerlo, — agregó en voz tan alta que le oyeron los espectadores, en extremo interesados. — Un par de mocetones quería llevárselo. Pero me agarré a la manija, y les dió vergüenza pegar a un baldado.

Y sonrió entre las tiras de tafetán inglés.

* * * *

Aquella tarde había espectáculo de aviación en un campo cercano. El aviador pro-

metía maravillas de pericia y arrojo. La colonia entera del hotel fué a la función. No faltaron Cherry y Carstairs; pero salieron con retraso cuando ya debían de haber empezado los vuelos.

Por el camino se cruzaron con un hombre que llevaba mucha prisa parecía soliviantado por algún grave contratiempo.

—¿No ha volado aún Mac Walters? — le preguntó Juan.

—No puede elevarse, — contestó el hombre. — Su avión ha sufrido una avería. Voy corriendo al pueblo a buscar ayuda.

Súbitamente se avivó la mirada de Carstairs, y su actitud poco menos que apática desapareció rápidamente.

—Pues echaré un vistazo. He tenido que intervenir muchas veces en casos parecidos...

—Lo que nos hace falta es el técnico más técnico que haya y lo más pronto que se pueda — explicó el mensajero con aire de fiar poco en la oferta. — Pero no le hace; vaya usted si cree que puede ser útil.

Y sin más saltó a una "voiturette" y tomó la dirección del pueblo.

Entró la pareja en el cercado, y después de dejar a Cherry sentada en primera fila, junto a la valla, saltó Juan al campo. Desde su asiento vió la muchacha cómo corría su amigo, cojeando algo; cómo Mac Walters se volvía, cómo echaba a andar, sorprendido, y cómo su mano cogía la le Juan en un cordial apretón.

Veinte minutos de trabajo, y en medio de estentóreo clamoreo Mac Walters hizo una magnífica ascensión. La fiesta podía celebrarse.

Cherry sintióse molestada por la iniquidad que significaba la ovación al "as", sin acordarse del hombre inteligente que había hecho posible el vuelo.

Tiznado y grasiento, atravesó Juan el campo, mientras los mecánicos lo miraban con respetuosa simpatía.

—Vamos a ver las habilidades de Mac Walters — dijo a su compañera. — Vale, vale. Yo fuí mecánico suyo al empezar el servicio.

De regreso al hotel, no habló Juan por el camino más que de máquinas y motores. Cherry entendía apenas la mitad de las palabras, pero esa incompresión de la oyente no parecía molestar en lo más mínimo al maestro.

Así se adelantaron a la señora Jardine con su hija, que iba al lado de Twing; sombras inexistentes en cuanto a la facultad perceptiva de Carstairs. Y al dar el rodeo por la calzada, decía a voces Juan a Cherry:

—¿No le decía yo que soy un mecánico de los más tremendos? ¿No se lo decía, Cherry?

Su rostro echaba lumbre y en la mirada brillaba el orgullo triunfante.

La señorita Jardine le oyó y, reconociendo al mecánico célebre de aquella jornada, comprendió que no era de su clase, no era de la sociedad con que ella se trataba, y se acercó a Twiny, que parecía aburridísimo.

A primera noche salieron, como solían, hasta el banco favorito, al lado de la salida del "golf", y a la vuelta tuvieron que apartarse del camino que estaba ocupado, a la entrada del hotel, por una pequeña pirámide de mundos.

Acababa de descargarlos del camión el mismo conductor que había llevado a Juan y los mozos los transportaban al interior.

—J. Wellington Crabtree — leyó Cherry en alta voz. — ¡Vaya un nombre para llenar la boca!

—¡Pobrecillo! — agregó Juan

—La fiesta de mañana por la noche será en honor suyo.

Y repitió lo que por la mañana había oído:

—No es sólo un "as" famoso, sino un solterito de los que una muchacha casadera puede mejor ambicionar, según opinaba la señora Orr. Esas prendas explican por qué se le ofrece un gran baile mañana por la noche.

—¿Por ser un soltero famoso o por ser un famoso "as"?

—Yo presumo, Juan, —y en este punto se hizo solemne la faz de Cherry, que se quedó parada y recalcó su presunción con leves movimientos de cabeza, — presumo que por rico, porque es enormemente rico.

—Vamos vamos, no la tome con Crabtree por lo que diga esa gente. Debe de ser el Crabtree que conocí en el ejército. No era mal sujeto. Sino que nosotros lo conocíamos por Juanito Crabtree; nada de J. Wellington. Estas son cosas de su familia. Y a propósito de riquezas, Cherry, — agregó rápidamente; — ahora me acuerdo de que he telegrafiado para que me giren algún dinero. No deje que me olvide mañana de pagarle la deuda.

—No hace falta. He tomado ya el billete de vuelta.

* * * *

Sonrió él; un día más y nunca la volvería a ver.

—¡Usted ha sido tan excesivamente bueno conmigo! — agregó balbuciente. — No sé, no sé cómo habría llegado al final de estas vacaciones sin usted. Yo... yo lo recordaré siempre.

Caminaban de vuelta al hotel, sumergidos en el hechizo de la claridad lunar y del aire embalsamado. Pasaban parejas que, como ellos, gozaban de la noche suave, de bracero. Del hotel surguían las notas de un vals. Y todo ello infundía a Cherry una intensa alegría.

De pronto, cuando subían los escalones de la entrada, el romántico ensueño voló de su ánimo y entró la realidad dando un portazo.

—Mañana no podrá bailar — avisó Cherry muy quedo, — porque no tiene traje de etiqueta.

Hizo reír a Juan la inquietud de su amiga, a la que tranquilizó diciendo:

—No se preocupe por eso. Haré que me lo presten los camareros. Uno de ellos es

Abriéronse los grupos apartándose caballeros y señoras para dejarlo pasar, y

muy decente; de los que ganan el jornal para seguir sus estudios. Estoy seguro de que me deja el suyo si se lo pido.

El sábado se pasó la mañana de vigilancia ante la pierna lesionada, conservándola inmóvil cuidadosamente para lucirla por la noche. A su alrededor hubo todo el día gran ajetreo por los preparativos del baile, que debía ser la fiesta de gala de la temporada.

—Podemos dar las gracias a J. Wellington Crobtree por esta noche, — dijo Cherry para expresar su contento, sentada con Juan en el vestíbulo después de almorzar.

—Eso. Le daremos un voto de gracias y el título de "scout" de primera clase, — corroboró Carstairs.

—Me parece que todavía no habrá llegado. Por lo menos no veo a nadie que pueda ser él.

—¡Oh! No es de porte tan distinguido como quizá usted se figura... — repuso Juan en cierto tono que motivó una mirada escrutadora de Cherry.

¿Por ventura Juan estaría celoso del protagonista de la fiesta? Por si algo había de ello, apresuróse a tranquilizarlo.

—Lo que es a mí me tiene muy sin cuidado que venga o que deje de venir. Pero no me habría sido posible estar aquí hoy sin usted Carstairs.

—Pues también estaría sin mí aguardando la noche de hoy.

—Sí; aguardaría que nadie me sacara a bailar, que me quedara sentada sola, contemplando la fiesta con pinchazos en los pies, que se van tras la música, con pinchazos de soledad en el corazón.

Juan sonrió, y la sonrisa fué el más pe-

Cherry lo vió... vió a J. Wellington Crabtree...

netrante de los pinchazos en el corazón de Cherry.

—Y mañana, cuando me marche, ¿qué hará usted? — preguntó ella pensativa.

—¿Lo que mañana haré?... ¡Oh! Mañana será otro día... Me parece que mañana veré a mi novia.

¡Su novia! Instantáneamente Cherry se encontró sumida en las tinieblas. ¡Su novia!... ¡No más alegría!... ¡Desvaneciéronse los ensueños!

Esforzóse en decir algo pero no pudo articular una palabra. Y sentada se quedó, mirando a Juan de hito en hito.

—Todo se lo explicaré esta noche, — dijo él sin advertir la desilusión que había producido.

—Como quiera... — respondió ella con una voz que había adquirido aquella frialdad de hielo propia de las damas del Imperial.

Al poco rato pedía permiso para retirarse porque necesitaba descansar un poco.

Juan se levantó, diciendo:

—Y ahora me acuerdo yo de que tengo que subir a mi ropero para arreglar el equipaje.

—¡El equipaje!... — exclamó Cherry.

Y muy a pesar suyo se echó a reír. Porque el equipaje no existía.

Cuando estaban cerca del escritorio vieron a un joven alto, de buena presencia, que se hacía inscribir en el registro. Le acompañaba otro joven, al parecer un criado. Le rodeaban, obsequiosos, varios mandaderos cargados de maletas sacos de mano. La cara de Hoskins era todo un poema de extática sumisión.

Cuando presentó la pluma al forastero su ademán era digno de una corte imperial.

"J. Wellington Crabtree", pensó Cherry

volviendo la cabeza para decírselo a Carstairs.

Pero su amigo había desaparecido. Aguardó, indecisa... Nada: ni rastro.

* * * *

—Empezaba a tocar la orquesta cuando bajó Cherry de su habitación. En todos los semblantes se adivinaba una excitación comprimida que había contagiado hasta las Jardine. A la hija no le sentaba mal aquella lumbre interior que avivaba sus facciones, y la madre había ganado también algo al parecer pensativa y preocupada.

A Cherry le parecía que habían pasado años desde que fué presentada a las dos señoras.

La señora Orr, al pasar, saludó a la señorita Jardine bajando la cabeza y le dijo en seguida:

—Espero que conseguirá el primer baile con él.

En el centro del salón estaba puesta ostensiblemente una mesa con dos cubiertos. Más de la mitad de la comida estaba servida pero la mesa central permanecía desocupada. Ojos tiernos, miradas agudas y febriles, y también calculadoras se concentraban en aquel blanco mantel.

Y súbitamente apareció... el joven a quien Cherry había visto en el vestíbulo.

—Bien parece que no le alcanzan las tribulaciones, — pensó Cherry. — Ese goza de la vida aún en estas soledades, rodeado de montañas de hielo.

—Primo de Crabtree.. Secretario o algo así... Siempre viajan juntos... — palabras de un caballero sentado a una mesa, detrás de Cherry.

—¿Pero Crabtree dónde está? — preguntó otro.

—Me han dicho que llegó tarde y se ha quedado a comer en su habitación.

Y de Carstairs, nada; nada de lo que Cherry esperaba. Lo que la tenía algo intranquila es que con el retraso se iba a encontrar sin comida. Y no comprendía por qué los camareros necesitaban tanto tiempo para acabar el servicio y quitarse el frac.

Una puerta balcón del salón de baile se abría ahcia el rincón más apartado del vestíbulo. Allí Crerry había prometido aguardar a Carstairs por indicación de ella misma.

—He de ver primero cómo le siente el traje. — No quiero que sea el hazmerreír de esa gente.

Los músicos afinaban sus instrumentos. Alegres voces volaban por las ventanas al exterior y raros perfumes se mezclaban con los aromas naturales de la noche.

Sonaron los primeros acordes de la orquesta. Cherry sintió un dulce arrollo que le brotaba del corazón. Y hubiera querido dar prisa a Juan para que corriese a encontrarla.

Y de pronto le vió a su lado. El camarero — notó ella en seguida, — fuera quien fuese se salía del vulgo, porque el traje de etiqueta era perfecto. El tafetán inglés había desaparecido de la cara y los rasguños se reducían a unas rayitas finísimas. Nunca había pensado ella que fuera un hombre tan guapo.

Y a todo esto se le representaba una miserable mujer a su lado: ¡la novia!

Púsose Cherry de pie, deseosa de entrar al momento; pero Juan la detuvo, poniéndole una mano sobre el brazo y la atrajo hacia la oscuridad.

Pensativo la contempló un instante, con una singular mirada, y en seguida procedió a un original interrogatorio.

—Dígame Cherry ¿me he portado bien? ¿Cómo le parece que he representado mi papel?

—¿Su papel?... ¿Qué papel?

—El de secuestrado; el que se me encargó.

Sonrió ella tristemente y sentenció:

—Una maravilla, Juan. ¡Siempre tan bueno y tan amable!

La voz en este punto se apagó, ahogada por la emoción. Y añadió:

—¡Sin usted yo me muero aquí!

—De manera que, puestas las cosas como antes, ¿usted volvería a empezar, Cherry? ¿El rapto, la cura, todo se repetiría?

Bajó ella la cabeza para dar una respuesta afirmativa bien categórica, con el más ferviente deseo de que no la hiciera hablar en aquel trance.

—Porque si usted dice que sí, voy a convertir en realidad todo eso que ha pasado como una comedia. Pero hemos de repartir los papeles en dos parte que se completen... ¿Sí, querida Cherry?

—Pero, no entiendo...

—Yo la tendré secuestrada. Y usted me cuidará "nos" cuidará. Y ha de ser para siempre, — declaró él. — ¿Le interesará, Cherry, esa misión para toda la vida?

No había la más leve sombra de burla en la mirada que reforzaba la insistencia de esas preguntas con una intensa, ferviente seriedad. Pero en el ánimo de Cherry surguía irrefrenable el ansia de acabar de una vez con todas las dudas.

—¿Qué quiere decir?

—Que la amo a usted. Que la necesito para que mitigue mis dolores y mis tribulaciones... siempre. Dígame si es un trabajo demasiado penoso para usted. Dígame que lo acepta, amada mía.

Y alargó las manos fuertes y firmes para coger las de ella. Pero apenas las hubo tocado se le escaparon veloces.

—Y de la chica esa ¿qué me dice? — preguntó ella con acento receloso y huraño.

—¿De la chica? ¿Qué chica? — preguntó él a su vez, perplejo.

—La novia, con la que estaba citado para mañana.

—¡O...o...oh! — exclamó.

Y brotó de sus labios la sonrisa irresistible, añadiendo:

—Quizá fué el anuncio un poquito prematuro, pero algo me había usted dicho que me daba motivos para presumir que mañana tendría novia. ¿La tendré, Cherry?

—Sí — dijo Cherry. — Lo que... es...

que no sé... siquiera como se llama... No sé nada de usted...

—Se lo voy a decir, — respondió él.

Y quiso atraer la preciosa cabecita para apoyarla en su hombro.

—¡No, no !— protestó ella, rechazándolo. —Yo... no sé quién es usted...

Y con voz trémula agregó:

—Ni me importa.

Terminaba un baile. Cherry, con el corazón palpitando frenético, permaneció de pie al lado de Juan junto a la puerta vidriera. Vagamente sospechó que veía pasar a la señorita Jardine del brazo de Twiny y no vió nada más.

—El baile que ahora viene será para nosotros, — dijo Juan, — pero antes tengo que dejarla unos minutos.

Le colocó una silla arrimada a la misma puerta y desapareció después de volver la cabeza para saludarla con la mirda.

Quedóse ella esperando buen rato. La espera se prolongaba excesivamente y comenzaba a hacerse molesta. Los minutos de Juan iban alargándose. Para distraerse echó una ojeada al salón, a través de los cristales.

La concurrencia se agolpaba en torno de alguien, formando grupos de personas que mostraban cierto interés con ademanes mesurados y corteses.

—Ahí está Crabtree, — dijo una voz por la parte interior de la puerta.

Era la voz del mismo joven que comió en la mesa vecina a la de Cherry. Hablaba con una muchacha.

—Se lo presentaré, así que podamos capturarlo. No es fácil, porque todo el mundo quiere conocerlo.

* * * *

No pudo menos Cherrry que comparar la recepción dispensaba a J. Wellington Crabtree con la que ella tuvo o con la que se hubo de ganar como de limosna Juan Carstairs. ¡Pobre Juan! Todos los espectadores le avaloraban con una mirada desdeñosa, lo mismo que habían hecho con ella.

En medio de la afluencia se pavoneaban la señora Jardine y su hija, acompañadas del aburrido Twiny.

"Prepárate, Twiny, a verte abandonado, que ésa se va con Crabtree si tiene la suerte de echarle el anzuelo. La niña no piensa más que en bailar la primera con el magnate", — dijo Cherry para sí.

Pasaba el tiempo y Juan no aparecía. Poseída de agudísima impaciencia dió ella, finalmente los primeros acordes de la orquesta, que se había retrasado por orden superior a fin de permitir las innumerables presentaciones solicitadas.

Inicióse una expansión en las apreturas del grupo central, que comenzó a desintegrarse en parejas.

—¿Dónde estaría Juan? Le había prometido todos los bailes y ya no podía faltar. En aquel preciso instante se apartó la gente que quedaba rodeando al héroe de la fiesta, en los semblantes de las muchachas casaderas se dibujó una inconfundible decepción. ¿Qué ocurría?

Cherry pasó el umbral y se deslizó en el salón para ver al señor Crabtree.

Abriéronse los grupos apartándose caballeros y señoras para deparle pasar, y Cherry lo vió..., vió a J. Wellington Crabtree, es decir, vió... a Juan Carstairs.

El corazón se le quedó parado.

El joven se fué derecho a encontrarla, dejando atrás a toda aquella gente que se había agolpado para conocerlo. Sorteando las parejas que bailaban, atravesando el fuego graneado de docenas de ojos ansiosos de detenerle, dirigióse, ágil rápido, al sitio en que ella permanecía inmóvil alzó los brazos y cumplió lo prometido. El primer baile de Juan fué paraCherry.

Acabado el baile, se les acercó el primo de Crabtree, que se hizo presentar, afable y sonriente, a la muchacha.

—Juanito me dice — le contó luego — que ha sido usted para él una buena Samaritana, señorita Mercer. No se merecía tanto, después de escapar, como siempre, sin ropa y dinero. La única noticia que tuvimos de él fué un telegrama citándonos para hoy...

—Querido Stoddard, — replicó Juan, hablando de todo un poco, como abstraído en dulces recuerdos, — si alguna vez te hubieses vistos secuestrado te harías cargo...

Y no dijo más porque fueron acometidos por una verdadera muchedumbre.

—¡Oh, señor Crabtree! ¡Pasar aquí una semana entera y no enterarse absolutamente nadie!

—Se equivoca usted — replicó Juan.

Cherry no oyó lo que seguía a esta réplica porque otra voz cercana empezó a zumbarle en los oídos.

—Señorita Mercer, fué usted poco amable con nosotras no diciéndonos nada de lo que sabía.

Volvió la cabeza Cherry y se encontró ante la señora Jardine.

—Mamá tiene razón, — corroboró la señorita Jardine con su eterna, insignificante sonrisa. — Juntos habríamos hecho algunas partidas de campo deliciosas.

Cherry, saturada de felicidad, permanecía muda e inmóvil. Un maravilloso panorama le mostraba las enormes montañas de hielo que en el mar se disuelven. También se disolvían entonces las montañas de hielo que la habían rodeado.

Algo irresistiblemente atractivo llevó su mirada hacia la puerta. De puntillas, en observación por encima de las cabezas, estaba Hoskins. Su semblante contraído declaraba la incompresión acumulada por la humanidad frente a los enigmas de todas las épocas de la historia.

Cherry sonrió. Oía otra vez aquella interrogación. "¿Sola?", que a ella se dirigió en el como de la sorpresa al llegar al Imperial. Y veía luego congelarse la cara del solemne empleado, y revestirse de soberbia

la mirada ofendido por las divertidas chanzas de Juan. Y lo oía de nuevo anunciar con énfasis que no había mejor habitación para Juan, porque todas las disponibles estaban reservadas para el señor J. Wellington Crabtree.

¡Pobre Hoskins! ¡Qué ridícula parecía ahora su cara! ¡Y cómo se reía Juan de ella cuando veía como atemorizado a aquel tirano de mentirijillas!

* * * *

Juan estaba hablando en voz alta, sonriendo a la gente que le rodeaba, dominando todo el mundo con su maravillosa e irresistible sonrisa.

"No habría nadie superior a él, aunque no hubiera pasado de mecánico", — pensó Cherry instantáneamente.

—Realmente han sido ustedes amabilísimos. Me siento incapaz de expresar en cuánto estimo el honor que me conceden. Pero me es imposible aceptar invitación alguna. Y ustedes lo comprenderán porque me voy a casar, quizá mañana mismo, y...

Blandas, dulces, tiernas las cadencias del vals ondulado, ora tenues, ora apasionadas. Los brazos de Juan estrecharon la cintura de Cherry. Una tras otra, las luces del salón se apagaron, dejando una tenue claridad rosada. Como fantasmas los bailadores resbalaban, daban vueltas o se inclinaban lentamente.

Durante los últimos compases no quedó ninguna luz encendida. El salón se hundió en una penumbra crepuscular.

—¡Dame un beso, Cherry! — dijo J. Wellington Crabtree.

Y Cherry, para demostrar que amaba y honraba a quien debía, obedeció.

MARIA CLARA DAVRON.

REGENERADO

—Siento mucho, — dice el director de la cárcel, — haberlo tenido preso una semana más de lo que ordenaba su sentencia.

—No es nada, señor; para la próxima vez me la descuenta.

PSICOLOGO

—Estoy enojada con Alberto; ayer le pregunté que elegiría entre mi y un millón de pesos y me dijo que preferiría el millón.

—Dijo bien. El sabe que siendo dueño del millón, le sería fácil tenerte después a tí.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . „ „ 12.00 „

Barnigugli y su pingo Tragavientos (CONTINUACION)

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
Disgustado Pipermit por la indecisión de su padre respecto a lo que debía hacer con el dinero del seguro de vida cobrado por Teodorita, el pibe le aconsejó al autor de sus días que se resolviera de una vez y desapareciera para siempre de este valle de lágrimas. El viejo así lo hizo, arrojándose a las profundas aguas del río. Ahora la madre y el hijo han quedado libres para disfrutar el dinero ilegalmente obtenido.
1
—¡Qué desengaño más atroz! ¡Cuando pienso que mi hijo es tan egoísta y tan cruel, me dan ganas de ahogarme! ¡Pero, no! No les daré ese gusto. Nadaré hacia las playas del olvido...
2
—No te aflijas, mamá. Es mejor que papá se haya ido. Al fin y al cabo, es preferible la menega del seguro que la vida de miseria que teníamos que pasar con él.
—¡Es que yo lo quería a Macachin más que a un extraño!
3
—¡Mamita! Alguno está golpeando a la puerta.
—Debe ser tu papá. Es él que vuelve. Me lo dice el corazón.
4
—Señora: soy el representante de la compañía de seguros que vengo a reclamar la devolución del importe del seguro de vida de su esposo. Hemos sabido que el señor Macachín no ha muerto. Queda usted notificada.
—¡Qué desgracia!
5
EL BUFON DEL DESTINO
¡Tontos! Pensaban burlarse de mí!... ¡Ja! ¡Ja!
—Parece que las cosas se ponen feas.
—Todo está perdido. ¡Todo!

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Diciembre 28
de 1923

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VII. PUBLICACION SEMANAL No. 274

LA ELECCION DEL CAPITAN ARENDT

Por RALPH D. PAINE

Emocionante cuento en el que su autor, por medios tan sencillos y conmovedores como la vida misma, relata las escenas de tragedia y de heroismo que se desarrollan durante un naufragio.

20 cts.

Barnigugli y su pingo Tragavientos

(Continúa en la pagina 67)

Sumario

Este número contiene, entre otros valiosos materiales, los siguientes:

LA ELECCION DEL CAPITAN ARENDT
por RALPH D. PAINE.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON
por S. S. VAN DINE.

TARZAN DE LOS MONOS
por EDGAR RICE BURROUGHS.

EL MISTERIO DE LA ARMÓNICA
por P. G. WODEHOUSE.

EL PUESTO MALDITO
por WARREN HASTINGS MILLER.

EL CASO DE HOTEL ABANDONADO
por BERTRAM ATKEY.

EL CASTIGO DE UN HARAGAN
por RAYMOND S. SPEARS.

UN POCO DE HUMORISMO

ANECDOTARIO de "PUCKY"

Vea en las pág. 18 y 19 de este número las condiciones del Gran Concurso de "PUCKY"

Siempre IMITADO
NUNCA IGUALADO

ANTIBACTER

EL DESINFECTANTE IDEAL

PARA TODOS LOS USOS Y PARA TODAS LAS PERSONAS

VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Preparado por el

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

PREVISION

—Papá: ¿quieres guardar al minino en la caja de hierro? La cocinera dice que andan por ahí muchos ladrones de gatos.

¡QUE ARGUMENTO!

—¡No le tenga miedo! Me parece que no les ha de hacer nada después de tantas veces que lo hemos encerrado por morder a las personas.

LA ELECCION DEL CAPITAN ARENDT

Por RALPH D. PAINE

El novelista Ralph D. Paine, por medios tan sencillos y conmovedores como la vida misma, nos pone en presencia de uno de esos dramas que trastornan toda una existencia. El capitán Arendt, con su barco herido de muerte, ¿salvará la vida de sus pasajeros o la fortuna por la que tanto ha trabajado y que va a perderse en el abismo? El relato del naufragio, ocurrido en época anterior a las maravillas de la radiotelegrafía, lo hace aun más emocionante.

MI flor marchita, — pensaba el capitán contemplando a hurtadillas a su esposa, postrada en cama desde hacía veinte años. Mi flor marchita. Así le gustaba llamarla en sus plegarias cuando el océano lo llevaba lejos de ella y su corazón ascendía hacia aquel que permitía que el dolor agobiara el querido cuerpo y santificara su alma.

La desgraciada se incorporó a medias. Ella sabía mostrarse valiente ante el capitán y ocultar sus penas. Pero el capitán sabía leer en sus ojos fatigados y se sintió aún más apenado por aquel dolor oculto que él mismo le causaba.

Entre aquellos dos seres, cuyos espíritus estaban tan unidos, el contraste era completo. Por un lado, una mujercita pálida, de voz apagada, por el otro, un hombre grandote, de barba rojiza, cuyo acento, a pesar de los esfuerzos laudables que hacía para suavizarlo, hacía temblar los vidrios y cuyo movimiento más calculado, desescadenaba en torno suyo pequeños terremotos. Los dos reflexionaban muy seriamente.

—¡La idea de cambiar de casa, de país, me sorprende tanto! — dijo ella. — Creen realmente los médicos que yo me pondría más fuerte si viviéramos en Nueva York Puedo abrigar la esperanza de que recobraré algún día la salud? Arriesgamos todo lo que hemos ahorrado en veinticinco años y.... ¿para qué?

El capitán renunció a seguirse conteniendo y no obstante su esfuerzo para hacer tranquilizadora su voz, ésta tronó en la casita.

—¿Para qué?... ¡Ah, querida! ¡Si vieras qué monada de casita he encontrado en mi último viaje. En las colinas, con sombra y sol, en las cercanías de Nueva York. Hay vida en el aire; cada día darás un paso hacia la curación. Y luego, piénsalo un poco lo que significa para ti y para mí, yo estaré a tu lado casi toda una semana por mes, en cada viaje. ¡Qué diferencia con este pobre día que te consagro aquí, en Anvers! A veces hasta tengo que irme sin verte, cuando llego con retardo a Liverpool, a causa de alguna tempestad, de la niebla o de que el buque correo del Mar del Norte no puede, en invierno, seguir horario,

Los médicos dicen que no puedes vivir en esta húmeda Inglaterra. Allá te repondrás podremos vivir juntos tanto tiempo como cuando yo era segundo en el viejo "Deepdale", que partía de Anvers. El contrato de venta de la casa está pronto para ser firmado. En este viaje, no bien llegue a Nueva York, pagaré los cincuenta mil francos. En el próximo, podrás venir conmigo. La compañía prohibe que las esposas de los marinos viajen con ellos. Pero, seguramente, harán una excepción en favor nuestro.

Ella sonrió, pensativos los bellos ojos, como llevada por un hermoso sueño: ver tan a menudo a su marido, sería más hermoso de lo que nunca se atrevió a esperar. El recobrar la salud era, naturalmente, mucho, pero la otra felicidad ocuparía siempre el primer lugar. Tenía todavía algo que decir. Insistió temblorosa:

—El Banco enviará sin riesgos el dinero. Es todo lo que tenemos en el mundo, mi querido Max. Acuérdate cómo empezamos nuestro pequeño fondo, hace mucho tiempo, cuando esperábamos todavía tener hijos. Debía ser el principio de la pequeña fortuna que les dejaríamos. ¿Por qué llevar contigo el dinero en tu buque?

—¡Por Dios, queridita! El buen "Wasdale" es tan seguro como la tierra firme; más sólido que los mejores Bancos que, como se dice en Nueva York, hacen de tiempo en tiempo, a la manera de los cometas, agujeros en la luna. Supongamos que me dan un papelucho que, aquí, en Anvers vale cin-

cuenta mil francos y que, al llegar a Nueva York, me entero de que el Banco ha quebrado mientras yo me paseaba por el océano. Mi papel no valdría cuatro sueldos. Sería la ruina, la estúpida ruina que no se puede exitar. A bordo del "Wardale", en mi camarote, en el fondo de la caja de seguridad, el dinero continúa siendo mío.

Nunca he perdido una vida, no voy a divertirme perdiendo cincuenta mil francos. Tú no sientes inquietud cuando yo estoy en el mar: ¿valgo yo menos que nuestra media de lana, mi flor?

El no sabía cuántas noches pasaba ella en vela, qué temblores agitaban su pobre cuerpo, cuando las tempestades del Mar del Norte aullaban en torno de su techo.

¡Ah!, si hubiese visto sus ojos dilatados en la sombra, tratando de ver al "Wasdale" a la distancia, no hubiese hablado así. Pero recordando tantos viajes felices, y en vista de la seguridad de su marido, podía dudar del "Wasdale"?

Había que ceder y fué lo que hizo, con tanta mejor voluntad, puesto que estaban en el momento de la separación, y todas sus fuerzas se concentraban en ella.

Porque, cuando él la levantaba para el último beso, cuando se detenía indeciso en el umbral, era siempre tal como lo había visto en los días radiantes de la juventud: el jefe de cabellos rojos, nacido para mandar al vapor y al acero, como sus antepasados habían mando, en la antigüedad, las galeras.

Aquella tarde, antes de desaparecer, él se golpeó el pecho, haciéndolo sonar y dijo a manera de adiós consolador:

—Aquí está, en mi vieja cartera, junto a mi corazón donde tu reinas, mi flor. Nuestra fortuna estará pronto conmigo sobre el valiente "Wasdale"! ¡Dios te guarde!

La brisa áspera de Marzo azotaba al capitán mientras subía a bordo del gran transatlántico, anclado en plena corriente del Mersel. Sujetando con una mano el extraño sombrero, los pantalones pegados a las pantorillas, los faldones de la chaqueta llevados por el viento y dificultándole la marcha, era una figura ridícula la que apareció sobre el puente y se dirigió hacia adelante. De pronto el sombrero voló alegremente lejos de la cabina del puente, exponiendo la cabeza roja y despeinada. Cerca del portalón, un contramaestre esbozó la mueca de una risa burlona, pero una simple mirada de rabo de ojo del capitán Arendt, heló la risa y puso en el rostro, color caoba, del culpable, una máscara de obediencia respetuosa. Ya el jefe reaparecía bajo las ropas del civil. Después de una desaparición de algunos minutos, surgió transformado. Con el uniforme azul, bien cortado, la gorrilla plana, encasquetada, volvía a ser el mismo y no se pensaba ya en su disfraz anterior.

Un grumete se aplanó contra los aparejos y le hizo un solemne saludo. El capitán extendió su gruesa mano yelluda y le pellizcó riendo, debajo de la barba.

—¡Ah!... héte aquí. ¿Cómo te llamas después de nuestro último viaje, Moisés, José? Por San Schmokes, si no cuidas mejor mi camarote que en los viajes anteriores, te comeré la cabeza, a ras del cuello. ¿Has entendido? Vamos... ¡Largo de aquí!

José (a) Moisés, desapareció y el capitán Arendt pensó vivamente que, en lugar de guardar la preciosa cartera en la caja de seguridad, la había cambiado simplemente de bolsillo, poniéndola en su blusa. Llevó la mano a su pecho y cuando la palpó, lanzó un ruidoso suspiro de alivio.

En ese momento, como un diablo que sale de su caja de resorte, apareció el jefe de mecánicos y le gritó sin alientos.

—Le pido me disculpe por molestarlo, señor; pero tengo un fogonero de Liverpool, un perro vagabundo de los docks, que rehusa tomar su turno. Como argumento ha esgrimido un hurgón. Me ha lastimado ya dos engrasadores y un marinero. Necesito ayuda para ponerle los grillos. Está armando un alboroto de mil diablos.

No había acababa de hablar el jefe, cuando el capitán estaba ya a mitad de la escala y, a pesar de su corpulencia, se dirigió hacia la cámara de fogoneros, listo como una ardilla.

El revoltoso, sudando bebida por todos los poros, arrinconado, hacía describir grandes círculos al hierro, por encima de su cabeza, en lucha encarnizada contra las sombras que bailaban delante del fogón. Su vista extraviada no tuvo tiempo de tomarle la puntería al hombre enorme, de rostro colorado y ojos azules implacables, que agachándose debajo del arma mortífera, le dió un formidable puñetazo en el rostro y con la otra mano lo tomó por el cuello, arrojándolo contra la puerta de un pañol, con violencia tal, que el miserable quedó allí, como había caído en un montón sucio y confuso.

—Llevadlo sobre cubierta, lavadlo y conducidlo a la enfermería. — dijo el capitán. — No es mal muchacho cuando está fresco. Ya estuvo conmigo en otro vapor, hace tiempo. Lo conozco, pero creo que tiene las costillas hundidas.

Cuando las cinco mil teneladas del "Wasdale" empezaron a descender lentamente el Mersey, un centenar de emigrantes, se apretujaban por grupos contra las jarcias y charlaban estremeciéndose.

Algunas docenas de pasajeros de primera clase, paseaban sobre cubierta y miraban los grandes muelles grises alejarse poco a poco. El crespúsculo comunica poesía al Mar de Irlanda y la costa del país de Gales dibujaba paisajes indecisos cuando la comida los invitó a conocerse más ampliamente. Pero el buen humor, un poco tosco del capitán, faltaba. Comía solo en su cabina y tomaba bocados dobles, porque prefería mantenerse en las proximidades de la pasarela en aquellas aguas agitadas por el pasaje de buques de toda clase. El viento había cesado casi por completo y la noche era tan límpida que los faroles gemelos del buque — faro de Carnaven - Bay, — resplandecían como joyas en un estuche de terciopelo negro. El capitán Arendt se apoyaba sobre la baranda al borde

El comandante lanzó al puente una mirada hambrienta y vió la proa desaparecer en un torbellino de espuma. Saltando a su vez, sintió debajo suyo el estremecimiento del barco.

de la pasarela y olfateaba el aire, que se cargaba de rocío a medida que la noche avanzaba.

—Se diría que tenemos buen tiempo — murmuró, — pero yo siento la niebla; sí, la siento y hasta la toco, —añadió pasando su mano por la baranda húmeda. — Tendremos cerrazón antes de la mañana.

Se frotó uno de sus anchos hombros y le dijo a su segundo.

—Y mi reumatismo me indica que tendremos niebla húmeda; ya me está penetrando. Voy a cambiar de traje. Quizá soy un viejo loco, pero, diga en el compartimiento de máquinas, que estén preparados para la cerrazón, no para la mañana, si no antes de media noche. Por el diablo que la siento venir y nunca me he equivocado.

José (a) Moisés, fué pescado en flagrante delito de concienzudo arreglo en las prendas civiles del capitán.

—Menos prolijidad y más rapidez, — ordenó el capitán. — ¡Vamos, termina!

De un salto, el muchacho estuvo cerca de la puerta.

—¡Espera! — el chico se quedó como clavado en su sitio. — ¿Cómo está tu madre, hijito? En el último viaje me dijistes que estaba muy enferma. ¿Mejor? Me alegro. Cuando lleguemos a Liverpool, si te has portado bien, hijo mío, podrás quedarte un viaje en tierra y recibirás sueldo lo mismo. Eso la ayudará a mejorarse. Entretanto, prefiero no sentirte a mi alrededor. Eres molesto e inquieto, a pesar de tu talla de tres pulgadas.

José Moisés se deshizo en saludos y en agradecimientos; el capitán lo empujó fuera, cerró la puerta con llave tras él y se sentó ante su escritorio con la vieja cartera de cuero marrón ante él.

—Voy a contar una vez más el dinero — le confió a su barómetro, que lo miraba — no sea que se haya evaporado mientras lo olvidé. — Sonrió al retrato de su mujer, que estaba en un marco de plata, colgado en la pared, y empezó a hablarle en voz alta, como había hecho tantas veces en su soledad y en su hastío.

—¡Dos mil francos!... Costó mucho reunirir los primeros dos mil francos, mi Flora. Tardamos diez años en economizarlo, mientras yo era cuarto, después tercer oficial de la compañía. ¡Cinco mil! —Qué fiesta cuando llegamos a esta cifra! ¿Eh? Seis mil quinientos... Diez mil... Es una bonita fortuna; pero seríamos ricos sin nada, estoy seguro.

El rostro, de rasgos duros, se suavizó, y los ojos azules del color del silex roto, se nublaron mientras el capitán empaquetaba los billetes y se agachaba para abir su pequeña caja de seguridad, debajo del escritorio. La combinación, que lo embarazaba siempre un poco, era complicada y, mientras luchaba con los botones, el tubo acústico silbó cerca de sus oídos.

—Hay una espesa niebla ante nosotros, señor. Entraremos en ella dentro de poco, — gruñó desde la pasarela, la voz del segundo.

El capitán metió vivamente la cartera dentro de un cajón de su escritorio, se puso un pesado capote y subió al puente. Una niebla espesa y profunda flotaba sobre al agua, a proa del vapor, y ocultaba las estrellas del horizonte. De pronto, aquella barrera que obstruía de un modo tan extraño el puro cielo, se trocó en nubes de un gris sucio, luego en niebla blanquecina, tan espesa como algodón, que rodeó por todas partes al buque.

En seguida las lamentaciones de la sirena del "Wasdale" empezaron a protestar de ese juego al escondite. El cuadrante del puente dió la señal de velocidad media y el barco se deslizó con temor nervioso, como un caballo ciego entre obstáculos.

Buscaba su camino a tientas, con paradas frecuentes, mientras que los hombres de guardia, desde el puente de vigilancia, escuchaban....

Sus ojos eran inútiles; pero los oídos se torturaban en el temor de oír una respuesta demasiado próxima a la sirena que aullaba y volvía a aullar en aquel caos gris.

Las respuestas a sus anuncios eran tan débiles que no había por qué temer.

Era cerca de media noche. En sus camarotes, los pasajeros de primera clase, se levantaban para lanzar una maldición soñolienta a la sirena de la niebla y volvían a dormirse bien abrigados ,bien en seco, creyéndose tan seguros como en sus propias casas.

Sobre el puente, un espectro extraño, chorreando bajo su capote encerado, enderezó de pronto la cabeza y volvió el rostro a estribor, como si hubiera sentido la mordedura de una bala.

Un momento de espera y la sirena del "Wasdale" rugió de nuevo y de la blancura algodonosa circunadnte, vino como una respuesta, más próxima, sin embargo, que la oída por primera vez, más distinta aun que cuando había hecho sobresaltar al capitán. Había otro vapor allí, muy cerca, desconocido, invisible, al que era preciso evitar. El también andaba a tientas, buscando un camino libre, a la ventura, en aquellas aguas, lanzando clamores cada vez más fuertes. El segundo, después de una mirada al cuadrante, dijo:

—En estos momentos, señor, vamos apenas con la velocidad necesaria para gobernar.

—Continuemos un poco así todavía, — respondió el capitán; — el otro parece que remonta hacia el río, ¿qué es lo que hace venir a nuestro encuentro a esa endemoniada velocidad?

Aunque algo sordo, el ruido de la sirena demostraba que el desconocido se aproximaba cada vez más. Los ojos aguzados, en el puente del "Wasdale", no veían a mayor distancia que el largo de dos barcos.

—Es como el juego a que se entregan en la cabina de los emigrantes — comentó en voz baja el capitán — dos individuos tienen los ojos vendados y los otros se hacen perseguir alrededor del puente.

Los anuncios del otro barco habían tomado una dirección definida, como si el desconocido estuviera guiado por un instinto bárbaro,

superior a la ciencia de sus propios oficiales. La sirena del "Wasdale" desgarraba el aire con sus exhortaciones: ¡Tened cuidado! ¡Tened cuidado!

De pronto el capitán agarró el pasamanos del puente y se levantó sobre la punta de los pies con un juramento ahogado, venido desde las profundidades de su ancho pecho. Dos luces, rojas y verdes, brillaban casi perpendicularmente a la marcha del "Wasdale", y entre ellas una masa enorme que se destacaba en negro sobre la niebla; se oían voces aterrorizadas que murmuraban una sarta de órdenes, mientras los mugidos de las dos sirenas se ponían al unísono en un dúo tardío y aterrador.

De un salto, el capitán Arendt fué a su cuadrante y con un movimiento como para dislocar la palanca, envió la orden: "máquinas atrás", mientras que el segundo aullaba por el tubo el mismo mensaje. El tercer oficial bailaba en su sitio, una especie de paso de jiga silencioso, en frenética impaciencia por ver ejecutar la orden, sin más retardo. El "Wasdale" rezongó y tembló bajo la reacción furiosa de su hélice, por la agresión salvaje del otro vapor que, estúpidamente, había querido pasar por detrás. El choque se produjo un poco atrás del puente. El estrépito fué formidable, producido por el desgarramiento de las planchas del casco, seguido por un momento de silencio trágico; el "Wasdale" procuraba enderezarse bajo el choque. Luego se oyó el ruido estúpido de cristalería rota.

—Ha entrado de lleno en nuestra cámara, — se dijo el tercer oficial.

El capitán Arendt, levantándose rápidamente de la caída que le ocasionara el choque, midió con una mirada el desastre. Vió la estrave rota, del otro vapor entrada como veinte pies en su propio puente de paseo y, formando portavoz con las manos, gritó hacia la otra pasarela, en la cual se movían pequeñas manchas negras que eran hombres:

—¡Nos habéis cortado en dos! Continuad avanzando, avanzando sobre todo. Tapad el rumbo hasta que yo haya transbordado a mi gente.

El otro barco parecía suspendido, entrado como una cuña en la herida que había hecho. Pero antes de que los oficiales del "Wasdale" tuvieran tiempo de llegar al puente de paseo, el horribe ruido de desgarramiento empezó. La proa negra del desconocido se desenredó por un sacudimiento, retrocedió y con un sollozo, precedinedo al rugido, el mar se precipitó en la herida con un ruido de catarata, en un desagüe de molino. La masa que se apartaba crujió, borda contra borda, aplastó los maderos como si fueran fósforos y empezó a fundirse suavemente en la niebla.

El capitn Arendt volvió a trepar sobre su pasarela, aullando, mientras corría.

—Eh, del barco!... ¡Nos habéis echado a pique! ¡Deteneos para el salvamento! ¡Lanzad los botes! ¡Vuestra sirena!... Pedazos de...!

Sin dignarse contestar, el buque asesino se alejó como un fantasma y desapareció.

POR SOLO 5 centavos
sin más gastos ni molestias, acompañando este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante.
Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:
LA FOTOGRAFICA ARGENTINA
Avenida de Mayo 1370 — Bs. As. P.

De abajo, entre los puentes, llegaba un ruido que hizo estremecer de alegría al capitán. La disciplina había logrado resisti el primer ataque del miedo. En efecto, las puertas de seguridad de los tabiques, que se cerraban por todas partes con el ruido de una tormenta lejana.

Las luces eléctricas sobre el puente y en los salones se había apagado de pronto. El barco estaba, casi por todas partes, sumido en a obscuridad. De los camarotes llegaban gritos de mujeres y llantos de niños. Los camareros de guardia fueron los primeros en unirse a los marineros del puente y a los que habían sido arrojados de sus literas por la violencia del choque. La escala de la máquina fué invadida por un grupo de fogoneros y de pañoleros, arrojados de sus compartimientos por el flujo de la inundación. Tres minutos después del choque, un torrente de hombres se precipitaba con remos hacia los botes.

El capitán llamó para tener luz y cuatro marineros trajeron faroles, arrancados a la cabina de los emigrantes y a la timonera. Alzó uno de aquellos faroles sobre el flanco herido del vapor y no tuvo necesidad de esperar el informe de los que había enviado para examinar la avería. Los tabiques no podían salvar el barco; éste se hundiría rápidamente.

—El viepo "Wasdale" no estaba construído para esto — dijo al segundo. — Va a hundirse dentro de media hora, a lo más. Hay que salvar las vidas. Los hombres a sus puestos, como en los ejercicios de salvamento que hacemos en cada viaje, si no voy emplear el revólver; pero irán, lo sé. Un oficial y algunos hombres seguros al compartimento de inmigrantes.

El capitán pasó por la puerta de su camarote tres veces en los minutos que siguieron. No era más que un paso, un instante tomado a aquella fuga del tiempo y la cartera que se hallaba en el cajón del escritorio se salvaría. Cada vez que pasaba delante de la puerta, el deseo lo aguijoneaba, como si manos poderosas lo empujaran por los hombros. Sin embargo, pasaba sin entrar.

—Mi deber es salvar las vidas, mi Flora, mientras estemos a flote.

El "Waslade" flotaba todavía, como si el viejo barco prolongara su resistencia para que su amo, que lo quería tanto, pudiera salvar la fortuna que tantas cosas significaban para él. El capitán recogió un salvavidas

Sin gastar un centavo
puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de
ORO 18 KILATES Y PLATINO CON ZAFIRO BLANCO.
Escríbanos hoy mismo pidiendo uno
COMPAÑIA INTRODUCTORA DE ALHAJAS FINAS.
VICTORIA 1373-Bs. Aires-Rep. Arg.

que estaba sobre el puente y miró a su alrededor resuelto ahora a llegar al camarote aunque se hundiera con el barco. Seguramente no quedaba ya nadie a bordo.

De pronto, un rayo de luz brilló a lo lejos, delante del puente. Era un farol de tormenta, como los que habían empleado los marinos. Lo vió y tuvo que apoyarse sobre un soporte. Reflexionó rápidamente, no podía ser más que un marinero que se mantenía fielmente en su puesto, ante de aprovechar del último bote. Si y él Arendet podría ocuparse de sí mismo. ¿No era acaso bastante haber hecho todo lo que había podido esperarse de un hombre, más que ningun otro comandante hizo quizá nunca, para salvar a sus pasajeros, su tripulación, en un buque abordado y hundido en menos de media hora? ¿No estaba justificado ante Dios y los hombres salvando su fortuna no por él sino por su esposa enferma, imposibilitada, allá en su casa? Era todo lo que tenía y en aquel dinero cifraba sus esperanzas.

Sus pasos vacilantes se dirigían hacia un lado, luego al otro, mientras que aquellas razones le empujaban en sentido contrario.

—¡Oh, esposa mía! — dijo dando un profundo suspiro, — debo ser el último en abandonar el vapor o hundirme con él. No puedo. No, Dios mío. No puedo ir hasta mi camarote.

Corrió hacia un lado como si acabara de escapar a un lazo tendido a su alma por el demonio.

Delante de la cabina de los emigrantes el farol bailaba en círculos locos. Dos fogoneros luchaban contra un grupo de emigrantes que rehusaban hacer lo necesario por sí mismos. Uno de los salvadores cuya cabeza estaba rodeada de vendas, habló, al acercarse el capitán:

—No, no me pegue señor. He recibido mi parte y tengo las costillas hundidas. Por eso no puedo hacer marchar a estos salvajes como quisiera. Se les había colocado a todos en los botes, señor y sin ser vistos se han vuelto, como un grupo de animales dañinos para buscar sus paquetes de pilchas mugrientas.

En efecto, era difícil despojar a los imigrantes de sus enormes atados de ropaje; el fogonero no servía de mucho y su camarada no lograba desembarazarse de aquellos hombres enloquecidos que quería salvar. El capitán logró imponerse y luego dijo a los tripulantes:

—Saltad vosotros.

Mientras ellos saltaban, la popa del Wasdale retrocedió y pareció querer trepar al cielo. Su capitán lanzó al puente una hambrienta mirada. Vió la proa desaparecer en un remolino de espuma. Al saltar a su vez, sintió debajo de los pies como si todas las planchas del casco hicieran estallar sus remaches. Cuando su cabeza reapareció sobre la cresta de una ola, un bichero lo agarró por la camisa y fué izado a bordo por media docena de manos, mientras que los marineros remaban enérgicamente. Era cuestión de vida o muerte, porque había que alejarse del terrible remolino que no iba a tardar en producirse.

El bote no estaba a un centenar de metros cuando el "Wasdale" se encabritó, dió nua vuelta y desapareció de la superficie.

La niebla asesina empezaba a disiparse, como sino hubiera esperado más que equél sacrificio. Las luces diseminadas en los ocho botes le permitieron acercarse los unos a los otros y esperar el día. El capitán no sabía si había quedado gente a bordo y lleno de impaciencia esperaba la luz que le permitiera contar los náufragos.

—Mal trabajo el de esta noche — dijo al jefe de tripulantes en el timón. — He perdido mi barco quizá no tendré nunca otro He perdido todo mi dinero y no volveré a conseguirlo, porque soy ya demasiado viejo. Pero cuento que se habrá salvado toda mi gente y, si es así, doy gracias a Dios.

Antes de amanecer sus cohetes fueron vistos y un gran trasantlántico se acercó perezosamente hacia el grupo de botes. Cuando viró, vióse que tenía la estrava rota y hundida hasta los tabiques de proa. Parecía flotar todavía por milagro.

—Es ese puerco que nos hundió, escapándose después — dijo el capitán. — Quisiera decirle dos palabras a su comandante.

Cuando la tripulación del "Wasdale", trepando por las escalas, hubo izado a los pasajeros lastimados y entumecidos por el frío, el barco inválido continuó su ruta hacia Liverpool.

El capitán Arendt se dirigió en seguida a proa y encontró a su gente, buscando en vano el abrigo contra el frío.

Algo más tarde la tripulación del "Wasdale" era reunida para pasar revista. Cada servicio se unió a su jefe. Todo a lo largo de la fila de hombres se oía "Presente", sin faltar nadie. Entonces el capitán tuvo necesidad de enjugar sus lágrimas porque el comisario de abordo hacía el censo de los pasajeros y todos estaban presentes, hasta la forma inerte, bajo una lona, de un hombre que se había suicidado.

La tripulación lanzó alegres "hurras" y el jefe de mecánicos dio un paso al frente.

—Perdón, capitán; pero cuando recordamos los naufragios del "Elba" y el "Borgoña", tenemos derecho de pensar que nuestro . .

El capitán le impuso silencio con un gesto y los dejó.

No se tranquilizó hasta que el barco, medio desmantelado, entró en el Mersey. De allí envió un remolcador a tierra, con la noticia para su compañía, pidiendo una vinie-

ran a auxiliar a su gente que carecía de todo.

La melancólica procesión había desfilado en tierra, antes de que el capitán hubiera tomado una resolución. Sin chaqueta, con la camisa en girones, fué a buscar a su director para contarle lo ocurrido. La entrevista fué breve, porque para la investigación formal había que esperar el informe escrito del capitán.

El director de la compañía era también un hombre excepcional. Contempló la silueta abatida del capitán Arendt. Sentado, con la cabeza desgreñada entre las manos, el capitán pensaba en el telegrama que debía precederlo a Anvers. Algunas palabras sueltas le habían explicado al director de la compañía lo referente a la esposa y a la vieja cartera marrón.

Finalmente, el capitán escribió este telegrama:

"He perdido mi barco y nuestro dinero; pero salvé a todos los pasajeros, y la tripulación". Pasó el papel al director y le dijo en voz baja:

—¿Quiere tener la bondad de enviar ésto?

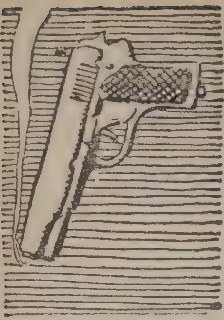
El director lo detuvo y tomando la mano lastimada, que pendía, llena de desaliento, le dijo:

—Tiene usted muchas razones para vivir, capitán Arendt y aun más razones para sentirse orgulloso. No crea ,ni por un sólo instante, que la compañía olvidará a un hombre capaz de realizar un trabajo como el que usted hizo. Crea en mi palabra extraoficial: hay una nube en el horizonte y ostenta una franja de plata.

Aquella misma tarde, un poco antes de tomar el tren para el barco de Harwich, que lo conduciría a Anvers, trajeron al capitán Arendt un telegrama. Lo leyó y su semblante se iluminó con una sonrisa que lo embelleció. El decía:

"¿Tu honor y tu vida están en salvo ¡Qué importa lo demás! Ven. — Flora."

El profesor: — ¿Por qué no me deja huir antes de que abran la caja? En ella guardo mi más terrible explosivo...



EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON

Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. Más tarde, Markham le confía a Vance haber descubierto que la cartera y los guantes pertenecen a la señorita Muriel St. Clair y le dice a Vance que la va a arrestar. Vance sostiene que es inocente. Markham consiente en que presencie el interrogatorio que hará a la muchacha, en su oficina. Ella contesta de un modo impertinente a sus preguntas; pero demuestra inquietud cuando Markham le pregunta si Leacock no poseía un Colt, calibre 45, el mismo tipo de arma con que fué cometido el asesinato. Vance asegura que está convencido de la inocencia de la joven. Acepta el desafío de Markham para que pruebe la verdad de sus teorías. Continúa:

—Este nudo del piolín, — explicó, — representa ahora la colocación exacta de la boca del revólver que terminó la carrera de Benson. Usted comprende el razonamiento ¿no? Habiendo dos puntos en el trayecto de la bala, a saber, el agujero de la silla y la marca en el friso y sabiendo también la línea vertical aproximada de la explosión, que fué entre un metro cincuenta y un metro ochenta, desde el cráneo del caballero, era simplemente necesario extender la línea recta del trayecto de la bala hasta la línea vertical de la explosión para determinar el punto exacto desde donde fué hecho el disparo.

—Teóricamente es muy bonito, — contestó Markham, — aunque por qué se toma tanto trabajo para determinar ese punto en el espacio, no lo adivino. Además, usted parece descuidar la posibilidad de desviación en la bala.

—Perdone que lo contradiga; — sonrió Vance, — pero, ayer por la mañana interrogué al capitán Hagedorn y supe que no había existido desviación de la bala. Hagedorn había examinado la herida antes de nuestra llegada y estaba muy seguro sobre ese punto. En primer lugar, la bala pegó en el hueso frontal, a un ángulo tal como para hacer la desviación imposible, aún para un arma de calibre menor. En segundo lugar, la pistola con que fué asesinado Benson era de gran poder, calibre 45, y la velocidad de la boca tan grande que la bala hubiese seguido camino recto, aun disparada a mayor distancia de la frente del caballero.

—¿Y cómo, — preguntó Markham — supo Hagedorn cuál era la velocidad de la boca?

—Yo insistí bastante sobre este punto,— contestó Vance. — Me explicó que el tamaño y el tipo de la bala, así como la cápsula se lo revelaron. Fué así como supo que se trataba de un Colt automático, calibre 45 del ejército y no de un Colt automático ordinario. El peso de las balas de estas dos pistolas es ligeramente distinto: la bala del Colt ordinario pesa 1 gramo 20 c., y la del ejército 1 gramo 80 c.

Hagedorn, que posee un tacto hipersensible, presumo que distinguió la diferencia en seguida. Pudo decir así que el revólver era un Colt 45 del ejército; y sabiendo esto supo la velocidad de la boca y la energía, que da una penetración de 15 centímetros en pino blanco, a distancia de 23 metros.

¡Sorprendente criatura este Hagedorn! ¡Imagínese una cabeza llena de tan fascinadoras informaciones! El viejo misterio de donde se van todos los alfileres y por qué se dedica un hombre a tocar el violín para ganarse la vida, son niños de pecho comparado con el de por qué se dedica un ser humano a estudiar la idiosincrasia de las balas.

CAPITULO XX

—El tema no es precisamente subyugador, — dijo Markham con acento aburrido. — Supongamos que usted ha hallado el sitio preciso de la explosión del revólver ¿qué adelantamos con ello?

—Mientras yo sostengo el piolín en línea recta, — indicó Vance, — tenga la bondad de medir la distancia exacta del piso al nudo. Entonces conocerá mi secreto.

—Este juego no me seduce tampoco

protestó Markham. — Preferiría "El Puente de Londres".

Con todo midió.

—Un metro cuarenta, — anunció con indiferencia.

Vance colocó un cigarrillo en la alfombra directamente debajo del nudo.

—Sabemos ahora exactamente la altura a que se mantuvo la pistola, cuando fué disparado el tiro. Creo que usted entiende bien el procedimiento por el cual hemos llegado a esta conclusión.

—Es bastante claro, — contestó Markham.

Vance fué otra vez hacia la puerta y llamó a Snitkin.

—El fiscal del distrito desea que le preste un momento su pistola, — dijo. — Desea hacer una prueba.

Snitkin se aproximó a Markham y le tendió el arma, con aire intrigado.

—El seguro está puesto, señor. ¿Lo quito?

Markham estaba a punto de rehusar el arma, cuando Vance intervino:

—No tiene importancia. El señor Markham no piensa disparar la pistola, espere.

Cuando el hombre se hubo alejado, Vance se sentó en el sillón de mimbre y colocó la cabeza en yuxtaposición con el agujero de la bala.

—Ahora, Markham, — pidió, — hágame el favor de pararse en el sitio donde estuvo parado el asesino manteniendo la pistola directamente sobre el cigarrillo del suelo, y apunte cuidadosamente a mi sien. Tenga cuidado, — añadió con simpática sonrisa, — de no apretar el gatillo.. Si no, ignorará usted siempre quien mató a Benson.

De mala gala, Markham obedeció. Mientras apuntaba, Vance me pidió que midiera la distancia de la boca del revólver al piso. Era de 1 metro 40.

—Muy bien, — dijo Vance levantándose. —Usted Markham mide 1 metro 80; por consiguiente la persona que mató a Benson era aproximadamente de su altura, con seguridad no bajaba de 1 meort 80. Esto es también bastante evidente ¿no

Su demostración había sido sencilla y clara. Markham estaba francamente impresionado. Miró un momento a Vance, pensativo, con el ceño fruncido. Luego dijo:

—Todo eso está muy bien; pero la persona que disparó el balazo puede haber sostenido el arma, relativamente, a mayor altura que yo.

—No es probable, — replicó Vance. — He practicado mucho el tiro yo mismo para no saber que, un buen tirador, cuando toma puntería, deliberadamente, en un blanco pequeño, lo hace con el brazo rígido, el hombro ligeramente levantado, de manera que haya una línea recta entre sus ojos y el objeto a donde apunta. La altura a que uno sostiene el revólver, en tales condiciones, determina con bastante seguridad la propia altura.

—Su argumento se basa en la suposición de que la persona que mató a Benson era un tirador experimentado, que apuntó deliberadamente a un blanco pequeño?

—No es suposición, si no certidumbre, — declaró Vance. — Considere: una persona inexperta no hubiera elegido, la distancia de un metro cincuenta o un metro ochenta, la frente para disparar. Preferiría un blanco más grande, el pecho, por ejemplo. Habiendo elegido la frente es porque tomó con cuidado su puntería ¿no le parece?

Además, si se tratara de persona inexperta en el manejo de armas y hubiera apuntado sin mayor deliberación, al pecho, casi con todá seguridad hubiese disparado más de un tiro.

Markham meditó.

—Su teoría me parece admisible, — concedió al fin. — Por otra parte, el culpable puede haber sido de una altura mayor que la mía; ciertamente un hombre, puede agacharse cuánto quiera y apuntar todavía cuidadosamente.

—Cierto, contestó Vance, — pero no olvide que la posición del asesino, en estas circunstancias, era perfectamente natural. De otro modo hubiera llamado la atención de Benson y no lo hubiese tomado desprevenido.

De que fué muerto desprevenido, nos habla su actitud. Naturalmente, el asesino podría haberse agachado un poco sin llamar la atención de Benson. Pongamos por lo tanto que la altura de esa persona está entre 1 metro 70 y 1 metro 85. ¿Le conviene?

Markham quedó silencioso.

—¿Cree usted que la deliciosa señorita St. Clair — dijo Vance con burlona sonrisa — tendrá esa altura?

Markham dejó escapar un gruñido y siguió absorto.

—¿El capitán Leacock mide más de un metro 85, no?

Markham abrió los ojos.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Acaba usted de decírmelo.

—¡Que yo se lo dije!

—No con estas palabras,.— indicó Vance — Pero después que le hube demostrado a usted la altura aproximada del asesino y ésta no correspondía en modo alguno a la de su joven dama, comprendí que su mente activa trabajaba buscando otra posibilidad. Y el "inamorato" de la dama era la única que se presentaba en su horizonte. Concluyo que sus pensamientos se dirigen ahora al capitán Leacock.

Si hubiera este sido de la altura estipulada, no hubiese usted dicho nada; pero cuando argumentó que el asesino podía haberse agachado al disparar, decidí que el capitán era una especie de gigante.... Así, pues, en este embarazoso silencio que emanaba de usted su espíritu mantenía dulce comunión con el mío y me dijo que el caballero, objeto de sus sospechas, tenía más de 1 metro 80 de altura.

—Veo que cuenta usted entre sus dones el de leer el pensamiento, — dijo Markham. — Espero ahora una exhibición de escritura en pizarra.

Su tono era irritado; pero la irritación denunciaba al hombre que se resigna de mala gana a admitir una alteración en sus pensamientos. Sentía la rienda de Vance que lo guiaba; pero, obstinadamente, se empeñaba en seguir por su camino.

—Seguramente no tendrá usted nada que objetar a mi demostración sobre la altura de la persona culpable ¿no? — preguntó Vance con voz meliflua.

—No... me parece bastante clara. Pero pienso por qué no lo ha descubierto Hagedorn, siendo algo tan sencillo...

—Anaxágoras dijo que aquellos que poseen una lámpara deben llenarla de aceite. Una observación profunda, Markham, de esas que, aparentemente sencillas, encierran una gran verdad. Usted sabe que una lámpara sin aceite es inútil. La policía siempre tiene lámparas en abundancia, — de todas clases, — pero aceite no. Es por eso que no descubre nada, a no ser a la luz del día.

La mente de Markham trabajaba en otra dirección. Se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

—Hasta ahora no había pensado en el capitán Leacok, como presunto autor del crimen, — dijo.

—¿Por qué no pensó? Por que uno de sus sabuesos le dijo que el hombre había permanecido aquella noche, como un muchacho juicioso, en su casa?

—Creo que sí, — Markham continuaba paseándose pensativo. — Luego, de pronto, se dió vuelta:

—No, no fué por eso. Era por ese montón de endiabladas pruebas circunstanciales en contra de la señorita St. Clair... Y, Vance a despecho de su demostración, usted no ha destruído las pruebas que hay contra ella. ¿Dónde estuvo entre las doce y una? ¿Por qué fué a comer con Benson? ¿Cómo se encontraron aquí su cartera y sus guantes? ¿Y esas colillas de cigarros? No puedo admitir su demostración, como totalmente exacta, a despecho de que así lo parece, mientras tenga la prueba de esos cigarrillos, convincente también.

—Palabra — suspiró Vance, — que está usted en una situación lamentable! Sin embargo, quizá pueda aclararle lo de las colillas de cigarro.

CAPITULO XXI

Una vez más, Vance fué hasta la puerta y llamó a Smith, devolviéndole el revólver.

—El fiscal de distrito le da las gracias — dijo.—¿Quiere usted ahora tener la bondad de decirle a la señora Platz que venga? Queremos conversar con ella.

Volviendo a la habitación, sonrió amablemente a Markham.

—Quiero interrogar yo solo a la señora, esta vez, si no tiene usted inconveniente. Hay en la señora Platz, posibilidades en las que usted no se ha fijado cuando la interrogó.

Markham se sentía interesado aunque escéptico.

—Tiene usted el campo libre, — le contestó.

(Sábado 15 de Junio, 5.30 p. m.)

Cuando entró el ama de llaves parecía aun más serena que cuando Markham la interrogara por primera vez. Había algo a la vez de

ES COMO UNA ESCOBA

que barre el mal humor y los pensamientos sombríos, dejando limpia la mente y alegre el corazón.

Tal es la sensación de sana alegría que produce la interesante historieta cómica

BARNIGUGLI Y SU PINGO TRAGAVIENTOS

que aparece los viernes en "Pucky".

talmado y enérgico en sus modales. Hasta me pareció que tenía una ligera expresión de desafío. Markham se limitó a hacerle una ligera inclinación de cabeza, pero Vance se levantó, indicándole un sillón, bajo y tapizado, cerca de la estufa, mirando a las ventanas. Ella se sentó en la orilla, descansando los codos en sus amplios brazos.

—Tengo que hacerle algunas preguntas, señora Platz — empezó Vance, mirándola aguda y fijamente. — Será mejor para todos, que diga usted la verdad. Me comprende, ¿no es cierto?

El modo negligente, semicaprichoso, que usaba con Markham había desaparecido. Estaba ante la mujer, severo e implacable.

Al oir sus palabras, levantó ella la cabeza. Su rostro estaba pálido, pero tenía la boca obstinamente apretada y cierta expresión de sus ojos indicaba ansiedad.

—Por Dios, le juro que no estuvo nadie— la voz ligeramente enronquecida, demostraba su emoción.

—No invoquemos a la divinidad — sugirió Vance negligentemente. — ¿A qué hora estuvo?

Ella apretó los labios obstinamente, y por un momento reinó el silencio en la habitación. Vance fumaba tranquilamente, pero Markham tenía el cigarro, inmóvil, entre el índice y el pulgar, en actitud de espera.

Nuevamente, la voz impasible de Vance preguntó:

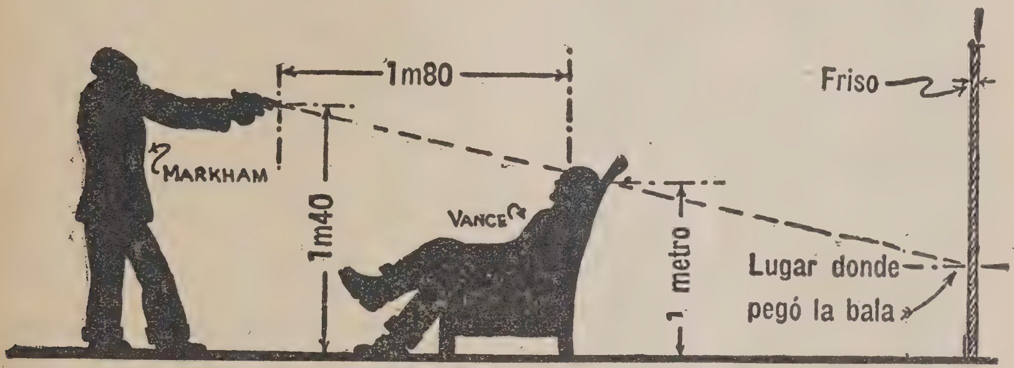
—¿A qué hora estuvo ella aquí?

La mujer apretó sus manos con un gesto espasmódico y echó la cabeza hacia atrás.

—Le digo... le juro...

Vance hizo un perentorio movimiento con la mano y sufrió fríamente.

—Es inútil, — le dijo. — Está usted pro-



Demostración gráfica de la forma en que Vance comprobó la altura del criminal.
formado a usted de que esperaba una visita.

Vance esperó un momento y luego dijo, pronunciando cada palabra con firme claridad:

—¿A qué hora del día en que fué asesinado Benson estuvo aquí la dama?

La mujer no bajó los ojos, pero sus pupilas se dilataron.

—Aquí no estuvo nadie.

—¡Oh, sí, señora Platz, estuvo! ¿A qué hora vino ella?

—Nadie estuvo aquí, le digo — insistió la mujer.

Vance encendió un cigarrillo con interminable calma, manteniendo sus ojos serenamente fijos en los de la mujer. Fumó plácidamente hasta que ella bajó la vista. Luego dió un paso hacia la señora Platz y le dijo con firmeza:

—Si usted me dice la verdad, no le ocurrirá daño alguno. Pero, si rehusa dar informes, se verá usted en apuros. El negar un testimonio, es falta grave, como usted sabe, y la ley será implacable.

Hizo una mueca disimulada a Markham, que observaba el procedimiento con interés. La mujer empezó ahora a dar señales de agitación. Se incorporó sobre los codos; su respiración se aceleró.

cediendo con toda estupidez. Estamos aquí para saber la verdad y va usted a decirla...

—Le he dicho a usted la verdad.

—¿Será necesario que el fiscal de distrito, aquí presente, la haga arrestar?

—Le he dicho la verdad — repitió ella.

Vance trituró decididamente su cigarrillo en el cenicero que había encima de la mesa.

—Muy bien, señora Platz. Puesto que usted rehusa decirme la verdad, acerca de la joven que estuvo aquí aquella tarle, yo voy a hablarle de ella.

Sus modales eran negligentes y cínicos; la mujer lo observaba desconfiada.

—Ya avanzada la tarde del día en que su patrón fué asesinado, sonó el timbre de entrada. Quizá el señor Benson, la había informado a usted de que esperaba una visita. Sea como fuere, usted fué a abrir la puerta e hizo entrar a una joven y encantadora señorita. La condujo usted a esta habitación y... mire, querida señora, se sentó en ese mismo sillón, donde usted descansa tan incómodamente.

Se detuvo y sonrió de un modo atormentador.

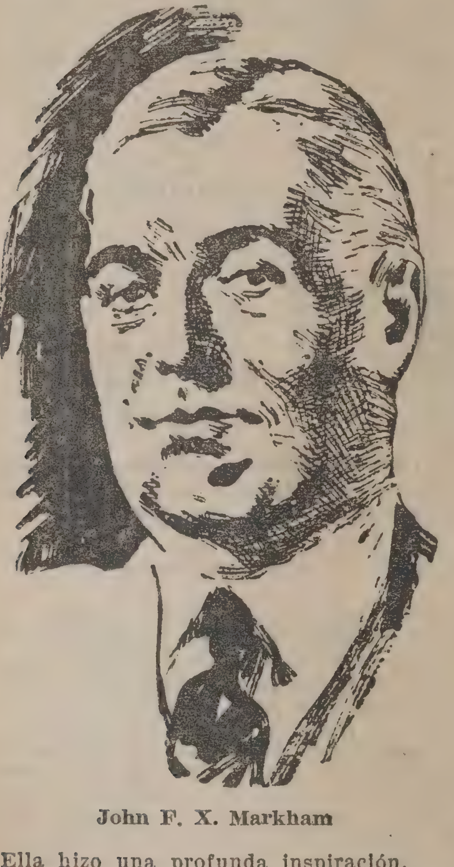
—Entonces — continuó — usted sirvió el té a la señorita y al señor Benson. Después de un rato, ella partió y el señor Benson subió a su dormitorio para vestirse. Como se ve, señora Platz estoy enterado...

Encendió otro cigarrillo.

—¿Se fijó usted particularmente en la joven? Si no, yo se la describiré; es baja, casi diría "petite"; de cabellos y ojos obscuros. Vestía muy discretamente...

En la mujer se había verificado un cambio; sus mejillas estaban ahora del color de la ceniza; su respiración era jadeante.

—Ahora, señora Platz, — preguntó Vance ásperamente, — ¿qué tiene usted que decir?



John F. X. Markham

Ella hizo una profunda inspiración.

—Aquí no estuvo nadie, — repitió obstinada. Había algo casi admirable en su negativa. Vance pensó un momento. Markham estaba a punto de hablar; pero, evidentemente, lo pensó mejor y permaneció sentado, observando fijamente a la mujer.

—Su actitud es comprensible, — observó Vance finalmente. — Usted conoce mucho a esa joven dama y tiene razones personas para no desear que se sepa que estuvo aquí.

Al oir aquellas palabras, la mujer se irguió en su asiento, reflejándose en sus ojos una mirada de terror.

—¡Nunca la había visto antes! — exclamó y luego se detuvo bruscamente.

—¡Ah!—exclamó dirigiéndole de soslayo, una mirada divertida. — ¿Con que usted no la ha visto nunca antes, ¿eh?... Es posible; pero eso no tiene importancia. Ella es, estoy seguro, una muchacha honesta, aunque haya tomado el té con su patrón, solos, en la casa de éste.

—¿Le dijo ella que estuvo aquí?—la voz de la mujer, era indiferente. La reacción, después de sus esfuerzos por negar, la había dejado apática.

—No, precisamente; — dijo Vance. — Pero esto no ha sido necesario: yo lo sabía sin necesidad de que me lo dijera. ¿A qué hora llegó, señora Platz?

—Media hora después de haber llegado el señor Benson de su oficina.

Había renunciado por fin al sistema de negativas y evasivas.

— Pero, — continuó él, — no la esperaba. A lo menos, no me dijo a mí que ella vendría. Y no pidió el té hasta después de haberse ella ido.

Markham se inclinó hacia adelante.

La mujer paseó una mirad inquieta por la habitación.

—Yo creo, — intervino amablemente Vance, — que la señora Platz temía que sospechara usted injustamente de la joven.

Ella se garró ansiosamente a sus palabras.

—Sí, señor... fué por eso. Tenía miedo que creyera usted que ella... lo había hecho. ¡Y era una joven tan dulce, tan modesta!... Esa fué mi única razón, señor.

—Comprendo, — convino Vance. — Pero, dígame, ¿no le extrañó a usted que una joven, de aspecto tan dulce y modesto, fumara?

Sus aprensiones se cambiaron en sorpresa.

—Pues... sí, señor.. me extrañó. Pero ella no es una mala muchacha... puedo asegurárselo. La mayor parte de las jóvenes fuman en nuestros días. Ya no se juzga eso como en otros tiempos.

—Tiene usted mucha razón, — le aseguró Vance. — Sin embargo, las jóvenes no arrojan las colillas de sus cigarros en las estufas, ¿no le parece?

—¿Ella hizo eso? — se inclinó y miró dentro de la estufa. — Yo no vi ningún cigarrillo esta mañana.

—No podía usted verlos, — la informó Vance. — Uno de los sabuesos del fiscal de distrito le ahorró el trabajo de limpiar la estufa, ayer.

CAPITULO XXII

Ella lanzó a Markham una mirada interrogadora. No estaba segura de si la observación de Vance debía ser tomada en serio, pero sus modales despreocupados y su voz agradable tendían a tranyquilizarla.

—Ahora que nos hemos comprendido mutuamente, señora Platz, — continuó. Vance, — ¿hubo algo que usted notara particularmente, mientras estuvo aquí la joven? Le hará usted un gran servicio diciéndolo, porque tanto yo como el fiscal de distrito, sabemos que es inocente.

Ella dirigió una mirada larga y escudriñadora a Vance, como si tratara de descubrir su grado de sinceridad. Evidentemente, el resultado de su examen fué favorable porque

la respuesta que producía sensación de ser absolutamente franca.

—No sé si la ayudaré al decirlo, pero cuando entré, el señor Benson parecía discutir con ella. Esta estaba preocupada por algo que iba a suceder y le pidió que la dispensara de una promesa que le había hecho. Yo estuve solamente un minuto en la habitación y no oí mucho pero cuando salía oí reir a Benson y decirle que eso era sólo una baladronada y que nada sucedería.

Se detuvo y esperó ansiosamente. Parecía tener que sus revelaciones pudieran, a pesar de todo, ser más perjudiciales que favorables a la joven.

—¿Eso fué todo? — el tono de Vance indicaba que la cosa no tenía importancia.

La mujer vaciló.

—Eso fué todo lo que oí; pero... había un pequeño estuche azul, de joyas, sobre la mesa.

—De veras... un estuche de joyas... ¿Sabe usted de quién era?

—No, señor, no sé. La dama no lo trajo y yo nunca lo había visto antes en la casa.

—¿Como sabe usted que eran joyas?

—Cuando el señor Benson subió para vestirse, yo vine a retirar las cosas del té y el estuche estaba todavía sobre la msea...

Vance sonrió.

—Y usted hizo el papel de Pandora, dándo un vistazo, ¿no? Es muy natural. Yo hubiese hecho otro tanto.

Dió un paso atrás y se inclinó cortésmeute.

—Eso es tod, señora Platz. No se preocupe por la joven. Nada le ocurrirá.

Cuando ella hubo salido, Markham se inclinó y encendió su cigarrillo en el de Vance.

¿Por qué no me dijo usted que tenía informes particulares, que yo ignoraba, sobre el caso?

—¡Mi querido amigo !— alzó Vance sus cejas en señal de protesta. — ¿A qué se refiere usted, especialmente?

—¿Cómo supo usted que la señorita St. Clair estuvo aquí por la tarde?

—No lo sabía, pero me lo imaginé. Había colillas de cigarros, que le pertenecían, en la estufa, y puesto que no había estado por la noche, era más probable que su visita se hubiera realizado a una hora más temprana. Ahora bien: Benson no llegó a su oficina hasta las 4; me dije que la joven debía haberlo visitado entre esa hora y la que el subió a vestirse, para la comida. Un silogismo elemental, ¿no le parece?

—¿Y cómo supo usted que ella no había estado aquí por la noche

—El aspecto psicológico del crimen no me permitió dudar. Como se lo dije, ninguna mujer lo había cometido — nuevamente mi hipótesis metafísica, pero no importa. — Además, ayer por la mañana, estuve parado en el sitio desde donde hizo fuego el asesino. Seguí solamente con la vista la línea de fuego, usando la cabeza de Bsnson y la marca en el friso, como mis puntos de coincidencia. Para mí fué, entonces, evidente, que el asesino era una persona de estatura bastante elevada.

—Muy bien... ¿Pero cómo supo usted que ella salió de aquí esa tarde, antes de que Benson lo hiciera?

—¿Y cómo iba a cambiarse de traje entonces, para asistir a la comida? Las damas no andan descolletées por la tarde.

—¿Quiere usted decir, entonces, que Benson se trajo los guantes y la cartera de la dama esa noche?

—Alguien lo hizo y..., seguramente, no fué la señorita St. Clair.

—Muy bien — concedió Markham. — ¿Y este sillón? ¿Cómo sabe usted que se sentó en él?

Leandro Plyfe

—¿Y en qué otro podía haberse sentado y arrojar los cigarrillos dentro de la estufa? Las mujeres tienen, en general, mala puntería.

—Esa deducción es bastante sencilla — admitió Markham. — Pero, dígame ahora cómo pudo haber sabido que ella tomó el té aquí, a no ser que bubiese recibido informes secretos.

—Me da positivamente vergüenza explicarlo. Pero la humillante verdad es que deduje el hecho de las condiciones de Samovar. Noté ayer que había sido usado y no se vació ni limpio.

Markham dijo con triunfante desdén:

—Parece haber descendido usted al despreciable nivel de las pruebas materiales.

—Por eso me he puesto furiosamente colorado. Con todo, las deduccions psicológicas solas, no determinan los hechos "in esse" si no solamente "in posse".

Naturalmente, hay que tener en cuenta

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1º. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2º. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino.

¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" lo publicado hasta hoy de la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página siguiente.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones qué desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

otras consideraciones. En el caso actual, las indicaciones del samovar han servido solamente de base para una suposición que haría hablar al ama de llves.

—Bien: no niego que usted ha tenido éxito, — dijo Markham. — Me gustaría saber además que pensaba usted cuando acusó a la mujer de sentir personal interés por la muchacha. Esta observación indica ciertamente algún preconocimiento del asunto.

El rostro de Vance se puso serio.

—Markham, le doy mi palabra que no pensaba nada, — dijo ansiosamente. — Hice la acusación pensando que era falsa, sólo para tender un lazo a la mujer, haciéndola negar mi afirmación. Y cayó en él. Pero, ¡que el diablo me lleve, si no parece que dí en el clavo! ¿No es cierto? No tengo la menor idea de que por qué se asustó tanto; pero realmente, esto no tiene importancia.

—Quizá no, — convino Markham; — pero su tono era de duda. — ¿Y qué piensa usted del estuche de joyas y de la discusión entre Benson y la joven.

—Nada todavía; parecen no tener relación entre sí ¿verdad?

Estuvo un momento silencioso. Luego habló con seriedad desacostumbrada:

—Markham, siga mi consejo y abandone esa pista. Le digo que la joven no tiene nada que ver con el crimen: será usted más feliz en su ancianidad si lo hace así.

Markham se sentó refunfuñando, los ojos fijos en el vacío.

—Estoy convencido de que usted creee saber algo.

—Usted sabe, — murmuró Vance, — que la filosofía naturalista de Descartes siempre me ha atraído. Partió de la duda universal en busca de conocimientos positivos. Spinoza, en su panteísmo, y Bekerley, en su idealismo, han interpretodo de un modo completamente erróneo el signilcado del sistema favorito de su precursor.

Hasta los errores de Descartes fueron brillantes. Su método de razonamiento, con todas sus inexactitudes científicas, dió una significación nueva a los símbolos del analista. Después de todo, si la mente ha de funcionar de un modo eficaz, tiene que combinar la precisión matemática de una ciencia natural con otra puramente teórica como la de la astronomía. Por ejemplo, la "Teoría de los torbellinos", de Descartes...

—¡Oh!... por favor! — gruñó Markham. — No estoy insistiendo en que me revele usted sus preciosos informes. ¿Por qué pues, me obsequia con una disertación sobre la filosofía del siglo XVII?

—Bueno ,sea como fuere, usted admitirá, ¿no es cierto? que eliminando esas perturbadoras colillas de cigarro, he eliminado también, por decirlo así, a la señorita St. Clair como sospechosa.

Markham no contestó en seguida. Sin ningún género de duda, los acontecimientos de la hora anterior lo habían impresionado profundamente.

No dejaba de admirar a Vance, no obstante su persistente contradicción a cuanto el otro afirmaba. Y sabía que, con toda su impertinencia, el joven era fundamentalmente serio.

Además, Markham tenía muy desarollado el sentido de la justicia. No era mezquino, aunque a veces resultara obstinado y nunca vi que su mente se cerrara a la verdad, aunque ésta fuese contraria a sus intereses.

(Continúa en el próximo número).

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 274 Concurso Benson

EL PUESTO MALDITO

Por WARREN HASTINGS MILLER

El sargento Ike Smith, yanqui originario de Tejas e incorporado desde bastante tiempo atrás en la Legión Extranjera, estaba sentado hacía rato bajo la luz débil de las estrellas del Sahara que se extendía amenazador hacia donde dirigiera la mirada; pero había cuidado, eso sí, de acomodarse sobre la arena en forma de que sus orejas quedaran dirigidas a la tienda de campaña que oficiaba de cuartel general y en la que habitaba el comandante Knetch, jefe del segundo regimiento pertenecinte a la Legión Extranjera. Venía de allí un rumor de voces en las que predominaba el árabe, idioma en el cual se proferían por momento palabras de desaliento o de cólera mal contenida. Hasta llegaron a oírse algunos amargos reproches, por sobre los cuales la vozarrona del comandante se destacaba neta y cortante, aunque suave a veces, pero firme siempre.

Ike se levantó. Aquel rumor le resultaba por demás interesante y no estaba dispuesto a perder detalle de la escena que se desarrollaba en el interior de la tienda. Su rostro, curtido por el sol africano y sus largos mostachos de guerrillero apartado desde mucho tiempo de los centros civilizados, le daban un aspecto realmente feroz. De pronto llevó instintivamente la mano a su pistolera. Aquella conferencia con los sheiks adictos más se parecía a una discusión que a una conversación entre amigos; indudablemente, la diversidad de dialectos empleados contribuía a aumentar la confusión. Ike sabía perfectamente, por otra parte, cuán rápido anda el puñal árabe cuando es menester. Por eso no quería que tomaran de sorpresa a su comandante, por más amigos que se dijeran los jefes nativos. Por fortuna, la cosa no pasó de una discusión más o menos ágria. Al final se percibió claramente la frase del comandante Knetch, quien puso en esa forma, término a la conferencia:

—Ustedes deben arreglárselas lo mejor que puedan. Nosotros nos marchamos mañana. Ordenes de Argel.

Los grupos de los flotantes albornoces y turbantes multicolores comenzaron entonces a desfilar por la puerta de la carpa del comandante. Los caudillos de la región fueron pasando uno a uno frente a Ike, quien procuraba en vano comprender las palabras pronunciadas por los árabes. Algunos protestaban, otros estallaban en interjecciones contra el abandono de que eran objeto por parte del gobierno de Argel, oyéndose también algunos gemidos de desaliento.

Ike permanecía impasible ante el original desfile. Por todo comentario se limitó a meterse bajo su kepí, un mechón de cabellos que se empeñaba en salírsele de debajo de la visera. Al fin pensó una disculpa de circunstancias y se introdujo decididamente

en la tienda. Knetch estaba sentado a medias sobre una mesita plegadiza, con la cara hundida entre los brazos, en un ademán de enorme desesperación. Cuando vió entrar a su sargento, arrojó su kepí al suelo, y, en un arrebato de furia, lo envió de un puntapié a un rincón.

Sobre la mesita se veía una orden del Cuartel General del Noveno Cuerpo de Ejército, destacado en Africa. Bien se veía que el papel había sido estrujado con rabia por el que lo recibiera, al enterarse de su contenido. Ike lo miró curioso, pero nada pudo comprender. La orden estaba redactada en francés, idioma que él no conocía.

—Criswell y los muchachos quieren ir a explorar los valles del Sur, mi comandante, — dijo, anunciándose.

El jefe descargó un puñetazo formidable sobre la mesilla, dando rienda suelta a su contrariedad.

—¡Animales! — vociferó. — "¡Bougres imbéciles!... Mire, sargento Ike, ¿no es esto algo capaz de sacar de sus casillas al mismísimo San Francisco de Asís?... ¡Imagínese que esos idiotas nos ordenan que partamos mañana para el Riff!...

Sin esperar respuesta de su subalterno, estrujó de nuevo la orden entre sus dedos. Ike se limitó a seguir mascando respetuosamente su tabaco. Después de todo, no comprendía el enojo del comandante. El Riff era una de las regiones que más debiera agradarle, porque en ninguna parte se peleaba tanto como allá. ¡Qué manera de combatir! ¡Aquello sí que valía la pena!... De ser él el comandante, no hubiera vacilado un segundo en salir para el Riff!

—Hemos estado rompiéndonos el alma aquí, ¿para qué? ¡Veamos! ¿Para qué? — preguntaba Knetch en el colmo de la exasperación y encarándose con su sargento, como si él fuera realmente el responsable de que la orden hubiera sido dada desde el Cuartel General. — Mis cuatrocientos valientes muchachos que quedaron sepultados bajo las palmeras, ¿para qué se hicieron sacrificar? ¿Para que luego se nos diera orden de retirada?... ¿Qué quedará ahora de nuestros sueños de pacificación del distrito?... ¡En la nada! ¡Peor que antes todavía!....

Al decir esto, apretaba colérico los puños abandonándose finalmente a un profundo desaliento, al que asistió impasible el sargento.

—Lo que más me duele es que debemos abandonar aquí a nuestros aliados árabes. Tengo la seguridad de que serán masacrados hasta el último hombre tan pronto como nos vayamos. ¡Eso es lo que me aflige!... ¡No otra cosa! Ike no hizo tampoco ningún gesto al oir esto.

—Y bueno, ¡déjelos! — dijo. — ¡Permitámosle que se pelean a gusto entre ellos! Ya lo hacían antes que nosotros llegáramos al país... Y seguirán combatiéndose entre sí una vez que volvamos a marcharnos. Para ellos la guerra es una diversión. De manera que, a mi criterio, lo mejor que puede hacerse es irnos al Riff y darles por algún tiempo el gusto de pelarse... ¡Ya verá cómo nos divertimos allá! El comandante Knetch miró gravemente a su subordinado.

—La situación no está para chistes, sargento Ike. — Aunque nos pese, confesemos que la guerra es dura allá en el Riff. Si este cede, todo el Norte de Africa se sublevará inmediatamente. Y no crea, mi amigo, que allá se encontrará con árabes armados de fusiles del siglo pasado, lanzas y yataganes. Nada de eso. Los nativos disponen ahora de los elementos más modernos de guerra. No sabemos de dónde lo sacan, pero el caso es que los tienen. Ya antes de la guerra poseían armamentos iguales a los de los ejércitos europeos...

—¡Los alemanas, mi comandante! Ellos eran los que proveían de armas a los árabes.

—No sé si ellos eran, pero lo cierto es que estos guerreros que tenemos a nuesto frente valen como los que más.

—Pero, permítame una pregunta, mi comandante: ¿Por qué, entonces, estaremos nosotros luchando aquí contra los árabes, en Tifalet, mientras ellos avanzan victoriosamente en la región del Riff? Me parece, yo no sé, pero que los de aquí pueden esperar... Por mí, les diría a los muchachos: "¡Riff! Allá es donde está lo lindo!" ¡Verá cómo se ponen!...

El comandante Knetch fué recobrando su serenidad al oir los argumentos del sargento. A la verdad que no carecía de sentido común el muchacho, como lo demostraba el hecho de que se planteara la cuestión en sus verdaderos términos. Cierto era que había necesitado años y años para pacificar esa región en donde merodeaban cien mil árabes hostiles. Salvaron además al 32o. de Tiradores, sitiados en Tinghar. Pero llegaba ahora una orden de evacuar la región y trasladarse inmediatamente a las montañas del Riff; y no había más remedio qeu obedecer.

—¡Y bien! — exclamó Knetch, convencido y ya serenado del todo. — ¡Adelante!... ¡Al Riff los soldados de la Legión!... Llegaremos a marchas forzadas a Bou Denib. Dejaremos luego nuestros caballos en Colomb Beschar y la Legión seguirá de allí a pie. Tomaremos más tarde el tren que nos conduzca a Fez y después al Corredor de Taza. Allá nos uniremos al primer regimiento... ¡La Legión tornará así, a ser la primera en el avance y la última en la retirada!... ¡Sea como el comando quiera!

Ike dejaba hablar al comandante. Sabía que solamente en esa forma se calmaría del todo Al final, comprendiendo que el jefe francés había terminado, le dijo:

—¿Quiere que vaya a avisar ahora mismo a los muchachos?

—¡Vaya! — asintió el comandante. — Que todo quede listo para la marcha, sargento. A la entrada de la noche se dará orden de partida. Diga a los tenientes Rossol y Hortet, que vengan a recibir órdenes.

—

El pequeño ejército comandado por los coroneles Knetch, Courtois y Lamy, se retiraron de Tinghar rumbo a Bou Denib, adonde llegaron a marchas forzadas. En Co-

lomb Beschar, dieron el adiós a sus caballos. Allí se les reunieron algunos oficiales con la noticia de que hasta la misma ciudad de Fez estaba amenazada por las fuerzas de Abd-el-Krain.

—Los árabes han avanzado veinte millas en un frente de cien, — dijeron los mensajeros. — Hay ya más de setenta fuertes situados dentro de sus líneas.

—¡Estúpidos! — murmuró Ike. — ¡Mire que desafiar el poderío de Francia! Para convencerse por adelantado de que no pasarán, debería Abd-el-Krain, haber ido un sólo día al frente occidental de la gran guerra...

—¡Desgraciadamente ha estado allá! — exclamó el comandante Knetch. — Su hermano ha peleado también en la guerra. Además, muchos de sus oficiales son alemanes. ¡Han aprendido mucho, mi amigo!... Por eso es que le decía que esta guerra es de las más serias. Además, está la enorme superioridad numérica de sus fuerzas. Contra los cuarenta mil hombres escasos del noveno cuerpo, diseminados por todo el Norte de Africa ,oponen fuerzas diez veces más numerosas. Cierto es que su disciplina es, con todo, inferior a la nuestra, pero, en cambio, poseen una buena artillería y muchas ametralladoras. Si Abd-el-Krain llega a apoderarse de Fez, se proclamará, seguramente, sultán de Marruecos, y todos los árabes estarán con él, según ha sucedido ya infinidad de veces. Argelia no tardaría en seguir el ejemplo de los otros moros en caso de producirse lo que le digo, lo mismo que Túnez. ¡Parbleu!... En ese supuesto, se necesitarán, por lo menos, cuatrocientos mil hombres bien pertrechados, para volverlos a reducir....

Los soldados de la Legión avanzaban lentamente por el camino sinuoso que atravesaba el suelo ondulado y árido. Grandes camiones con sus consabidos letreros.—Hombres, 40, caballos, 8. — Formaban nua hilera que simulaba sobre el terreno, un inmenso gusano que se arrastra hacia el Norte.

El sargento Ike se había acomodado lo mejor que pudo en uno de los camiones. Sentado sobre su pesada mochila, mascaba tabaco tranquilamente. Nadie hubiera supuesto, viéndolo, que iba nada menos que a pelear contra los moros en el Riff.

—Lo que no comprendo, Criswell — decía a un cabo canadiense, — es que tengan tantas armas y municiones. Dicen que se las venden los alemanes, pero asimismo no me explico cómo tienen para sostener una campaña como ésta durante meses y años... Vez pasada, cuando rindieron un convoy, se apoderaron de montañas de municiones, fusiles de los mejores, y ametralladoras... Sin embargo...

—¿No tomaron, acaso, hace algún tiempo, una división íntegra española? — repuso el canadiense mirando distraído al suelo que iba pasando por debajo de las ruedas del camión, como una cinta sin fin.

—Tampoco, hombre. Eso no hubiera alcanzado ni para un día. Debe haber algún secreto en todo esto... En fin, lo que menos nos importa a nosotros, son esas cosas. El asunto es pelear; lo demás, que lo arreglen los jefes. Y, realmente, tenemos para rato, hasta que los árabes gasten todas esas armas que poseen...

Quedaron pensativos. ¡Si se peleara como antes, contra aquellas hordas de valientes, pero prácticamente desarmados!... Ike recordaba entonces sus buenos tiempos, cuando se inició en la Legión. Entonces se atacaba a galope tendido, después de la primera carga y antes de que los árabes tuvieran tiempo para cargar de nuevo sus fusiles antiguos. ¡Pero ahora!... Prefería no pensarlo. Al final de cuentas, ¿qué ganaría con ello? En efecto, al poco rato sargento y cabo quedaron adormecidos por el movimiento del camión, mientras la columna seguía avanzando entre las colinas pétreas.

En Sidi-Bel-Abbes, se les unió un convoy de camiones de carga. Allí venían los capotes gris acero de la Legión. Adiós la ligera vestimenta kaki del desierto! ¡No había otro recurso que abandonarla por otra que abrigara más, porque hacía bastante frío en el punto adonde iban, de noche sobre todo.

Tomaron el tren que debía conducirlos a Fez. Ahora cruzaban verdes olivares y hermosos viñedos. Estaban en la región del Atlas menor. Y después las vastas extensiones cubiertas exclusivamente de rosales que convertían la campiña entera en un enorme jardín, interrumpido a trechos, por las modernas ciudades francesas o por las viejas villas indígenas.

De Orán el tren dobló para Fez. Entonces fué cuando comenzaron a asistir realmente al espectáculo de la antesala de la guerra. Era como si todo el país se hubiera puesto en marcha hacia el teatro de las operaciones. Largas columnas de shafis marchaban por las carreteras, seguidas por nutridas divisiones de tropas senegalesas. Espesas nubes de polvo se elevaban en el aire levantadas por las ruedas de los camiones, por los automóviles y los caballos. El corredor de Taza era un verdadero río de fuerzas armadas que se acercaban lentamente a Fez. Bien se veía que el gobierno de Argel ponía en pie de guerra a todas las fuerzas disponibles.

Algunas millas antes de llegar a Fez, el segundo regimiento entero fué desembarcado y hubo de continuar a pie por la carretera del Norte. Ya se podía oír perfectamente el trueno lejano de la artillería de Abd-el-Krain, a la cual respondía enérgicamente la artillería argelina. Luego, a medida que se acercaban a la línea de fuego, percibían el golpe seco de la fusilería del primer regimiento ayudados por los suavos y los franco tiradores.

Estaban ahora en una región escabrosísima. Altas montañas los rodeaban por todos los lados. En las cimas de las elevaciones se distinguía la masa grisásea de los fuertes que se extendían en una cadena contínua hasta perderse de vista. El suelo blanquecino y reseco, apenas permitía el crecimiento de una pobre vegetación, utilizable

sólo por las cabras que pacían en esos lugares antes de que se rompieran las hostilidades.

La columna avanzaba hacia los fuertes, sitiados, que en rigor de verdad, más que fuertes eran simples puestos fortificados. Delante de la larga fila, la banda tocaba la marcha de la Legión. Precediéndola iba un regimiento de tiradores argelinos, descalzos todos ellos, y más adelante un regimiento de marroquíes.

Los caudillos de la región fueron desfilando uno a uno frente a Ike.

En eso se oyó detrás de ellos un rumor característico. Se volvieron maquinalmente. Por el camin oque habían recorrido avanzaba un largo convoy de camiones exactamente iguales a los que se habían utilizado en el frente francés durante la guerra europea. La cola no se alcanzaba a divisar, tan larga era la fila de los vagones de automóviles, los cuales parecían surgir desde el fondo de una hondonada.

—¡Atención! — se oyó a lo largo de la columna. — Al borde del camino.

Ike no quería creer.

—Si estaremos otra vez en Francia — se decía sonriendo mientras miraba a los chauffeurs senegaleses que conducían los vehículos, que se detuvieron recién en la cabeza de la columna.

—¡Arriba! ¡Arriba! — ordenaron, y los pesados camiones se llenaron de soldados en un abrir y cerrar de ojos.

¿Qué pasaba? La pregunta estaba en todos los labios, pero nadie hubiera sabido contestarla a ciencia cierta.

Marcharon toda la mañana bajo un sol de fuego. Los soldados, con la cabeza baja y el andar pesado maldecían por lo bajo el peso de la mochila y de toda la sabandija que según ellos acompañaba a Abd-el-Krain; esto mientras el cañoneo se hacía más intenso, repetido por los innumerables ecos de los valles y peladas colinas. Se acercaban rápidamente al frente, no había duda, porque las fuerzas del caudillo moro se dirigían también al mismo sitio en su constante avance. Veinte millas solamente faltaban para que llegaran a Fez y entonces...

Ordenaron un alto y un "¿qué pasa"? ¿qué pasa?" recorrió las columnas. Pero no hubo tiempo para descansar ni menos para comer. El teniente Hortet había llegado en ese momento a la cabeza de la columna con la noticia de que el catorce de marroquíes se había pasado al enemigo en su gran mayoría y que el frente estaba en consecuencia vacilante en esa parte.

—Recibiremos allá más balas de nuestros ex compañeros que de los verdaderos soldados de Abd-el-Krain, — terminó diciendo.

Se comprendía desde el primer momento que aquella traición era obra de los oficiales nativos, quienes habían inducido seguramente a los soldados a desertar.

El camino hacía un codo al frente de la columna. Se ordenó entonces que los marroquíes avanzaran. Detrás de ellos siguieron los argelinos. La Legión quedó en consecuencia sola en medio del camino.

Los vehículos partieron a toda velocidad dando tumbos. Los oficiales explicaron: las endebles líneas formadas por los nativos habían cedido bajo la presión de las fuerzas de Abd-el-Krain y la Legión debía correr a contener el avance de los invasores. Pronto dejaron atrás a las tropas africanas que hasta ese instante los habían precedido. Los compañeros de color, al verlos partir en dirección al frente, los saludaron cordialmente a su paso deseándoles a gritos buena suerte.

Así fueron quedando atrás batallones de sfahis, de marroquíes, de suavos, y muchos franco tiradores blancos. Y de tanto en tanto los regimientos de artillería, todos en marcha hacia el infierno de la línea de fuego...

En una hora los camiones llegaron a menos de una milla de la línea de combate,

en medio de una zona estratégica denominada Fes-el-Bali, que el caudillo moro estaba a punto de tomar. La Legión entera, a una voz de los oficiales, se descolgó apresuradamente de los vehículos que la habían traído, formaron columna de a dos y comenzaron el avance.

¡Región hostil como pocas al hombre, la que atravesaban! Como si fueran pocos los males que la naturaleza parecía complacerse en volcar sobre la tierra en esa zona del Norte de Africa, el intenso cañoneo había desmoronado grandes trozos de montaña, los que desmenuzados en piedra, habían rodado hacia las laderas y los valles. En otras parte, formadas de roca viva los proyectiles apenas habían podido abrir ligeras heridas que más que tales se dirían meros rasguños hechos en las moles de piedra blanquecina, por algún cíclope dominado de imperial furia.

Por el momento, al doblar alguna colina, o al escalar una cuesta, se asistía a un espectáculo impresionante. Las cimas principales de las montañas circundantes se veían eri.. das de cañones que vomitaban constantemente una lluvia de acero sobre el círculo, también humeante, de las trincheras árabes que aislaban los puestos franceses de la civilización.

Era como si la guerra se hubiera reducido a una serie de pequeños sitios. Pero no por ello se rendían los soldados de Francia, sometidos desde hacía varios días a un asedio implacable por parte de los moros, que parapetados alrededor de los puestos fortificados parecían despuestos a no cejar en su empeño hasta que lograran apoderarse una a una de las diminutas fortalezas que quedaran encerradas dentro de sus líneas siempre en progreso.

Pero si la artillería francesa tronaba incesantemente, la de los árabes no respondía con menos energía al fuego de que era objeto. Cierto es que los europeos llevaban no poca ventaja estando situados en lo alto, mientras sus enemigos se encontraban en el valle; pero, precisamente por eso, trataban los moros de equilibrar la lucha con la cantidad del fuego. Sus cañones no se daban un instante de tregua.

Ike pudo ver ya algunas largas filas de blancos albornoces arrastrándose entre los desfiladeros próximos a los puestos apareciendo de tanto en tanto por sobre el borde de los collados. Evidentemente, los moros habían aprendido a pelear y no se exponían inútilmente. Procuraban en cambio acercarse a gatas y aprovechando las escabrosidades del terreno.

—¡Línea de batalla!... ¡Paso rápido! — oyó Ike que ordenaba el teniente Hortet, trasmitiendo a su vez una orden dada por el comandante Knetch.

Las compañías se alinearon entonces en un vasto semicírculo y comenzaron a deslizarse hacia las líneas de Abd-el-Krain. Avanzaban por una plataforma pétrea que bien examinada venía a ser la simple ladera de una inmensa montaña. En eso se oyó el silbido característico de una granada de grueso calibre, silbido que Ike no oía desde los días ya lejanos de la gran guerra. El proyectil fué a estallar lejos, pero detrás de él vinieron otros, esta vez más certeros. Una de las granadas estalló en medio de las columnas de marroquíes abriendo una extensa brecha.

Inmediatamente el enemigo, que seguía, desde el otro lado de una garganta, el avance de la Legión, abrió un endiablado fuego de ametralladoras. Pero los legionarios siguieron impertérritos su progreso, oyendo pasar por sobre sus cabezas una granizada de plomo y acero. Llegaron así a lo alto de la cresta que los protegía de las descargas cerradas de los árabes, quedando frente a frente con éstos. El combate entraba así en su faz decisiva.

Los soldados del Riff avanzaban por todas partes. Los legionarios podían distinguir ahora perfectamente los pliegues de los albornoces, las bandas multicolores de los turbantes. No formaban filas a la usanza europea, sino que se arrastraban escondiéndose entre las peñas, sacando partido de todos los declives y escabrisidades. Eran meros puntos blancos que se acercaban diseminados y cautelosos. De que eran eximios tiradores, lo comprobaron inmediatamente los de la Legión, cuyos soldados comenzaron a caer heridos de gravedad la mayoría.

—¡Adelante, la Legión! — gritaban las clases procurando animar a sus soldados para resistir el primer choque.

Casi en seguida se oyó otra orden:

—¡Calar las bayonetas!

Y por último:

—¡Fuego a voluntad!

No hubo tiempo para nada, ni siquiera para cavar algunos refugios. Las hordas de rifeños desembocaban en un vallecito, envueltas por el humo de sus fusiles y ametralladores. Destacándose del infierno de los disparos, se podía percibir claramente el griterío de los árabes que se aprestaban al ataque final.

La Legión hacía un fuego espantoso, pero no conseguía hacer retroceder a los árabes. Muchos de éstos rodaban muertos o heridos, más su número era reducido en comparación con los que avanzaban, que sumaban muchos miles.

—¡Es inútil tirarles! — observó Ike disparando sin darse tregua. — ¡Son tres veces más de los que podríamos matar todos nosotros juntos!... ¡Dé la señal de lanzar granadas de manos, cabo Criswell!... Sé que el comandante Knetch ordenará dentro de algunos minutos la carga a la bayoneta. ¡Vamos!...

Criswell tocó con el pie el de Anzac Bill, su compañero más próximo, éste repitió la señal al camarada siguiente, y así hasta que la orden recorrió toda la línea. La horda de rifeños estaba ahora sobre ellos, aullando y al parecer irresistible. Los puntitos blancos se extendían sobre la montaña en una extensión ilimitada, ya que no se alcanzaba a ver los últimos. Si algunos quedaban inmovilizados entre las piedras, otros y otros

los substituían. Las granadas de mano comenzaron a partir de los soldados de l.. Legión, estallando a corta distancia de ellos, en medio de las tupidas masas de albornoces. Muchos de éstos volaron en fragmentos por los aires. Pero tampoco eso bastó para detener la marcha victoriosa de los rifeños. Al final no quedó entre ellos y los soldados de Francia más que la hojas filosas y brillantes de las bayonetas. ¡Estas constituían el último reducto capaz de impedir que bardados por el mortífero fuego adversario Pero en ese preciso instante en que la disciplina europea iba a mezclarse con los naturales en el más terrible de los cuerpo a cuerpo, donde cada hombre debe elegir su hombre y vence el que más suerte o habilidad tenga, fué cuando comenzaron a llegar los primeros refuerzos. Eran los tres escuadrode sfahis enviados apresuradamente por el comandante Knetch. Avanzaban por el vallecito al trote largo de sus pequeños caba-

... Sobre los alambrados se podía distinguir de trecho en trecho la forma espantosa de algún cuerpo sin vida, colgado de las púas.

Abd-el-Krain lograra entrar en Fes-el-Bali.

Una sola manera había de emplear las aceradas puntas: correr al encuentro del enemigo. Quedar parados esperando el choque, significaba ser fusilados a masalva, por lo cual los legionarios se precipitaron a voluntad en medio de la turba de rifeños.

Fué como si una ola de bayonetas se hubiera lanzado sobre las fuerzas del caudillo moro. Pero, así mismo, la ola era de escaso espesor para aquella muchedumbre de albornoces; en muchas partes se abrieron brechas que no siempre se cerraron. No pocos de los legionarios volvieron la espalda, acosados por el mortífero... llos, sableando y disparando a voluntad sus carabinas sobre los rifeños aislados que encontraban a su paso y que procuraban ponerse rápidamente en salvo. Cualquiera pensaría que entre sfahis, los árabes y los bereberes, por razones de afinidad de raza, existe cierta simpatía. Nada de eso ocurre, empero; existe entre elos el más cordial de los odios, como se pudo comprobar una vez más en aquella oportunidad. No había perdón, y el herido era masacrado sin piedad.

Ike notó que los árabes disminuían la intensindad de su ofensiva antes de que la caballería llegara. La carga de los valientes

sfahis comenzaba a surtir sus efectos. Era un torbellino de caballos y jinetes que todo lo arrasaba bajo el trope infernal.

Los rifeños no tenían flanco, militarmente hablando, ya que carecían de línea de batalla al estilo europeo. Formaban simplemente una densa turba. De ahí que fueron muy vulnerables al fuego convergente. Así lo comprendieron los legionarios, quienes repuesto ya un tanto del primer encontrón, iniciaron un intenso fuego de atajo. El resultado se pudo ver casi de inmediato. Grandes claros se abrieron en las filas enemigas, claros que no volvían a cerrarse. Los moros, que ya habían vacilado un instante al ver aproximarse a los sfahis, retrocedieron francamente un trecho, para intentar casi de inmediato una nueva carga, que sólo les reportó nuevas bajas. Fué entonces cuando iniciaron una rápida retirada a fin de rehacerse.

—¡Abrir trincheras! — ordenó el teniente Hortet.

Los legionarios siguieron disparando a discreción sobre los rifeños en retirada, hasta que los sfahis cruzaron delante de ellos. Entonces cesó por completo el fuego. Mientras la caballería indígena llevaba a los moros más allá del vallecito que habían cruzado momentos antes confiados en la victoria, los soldados de la Legión se entregaron de lleno a la tarea de abrir trincheras con picos y palas.

Estaban en buena posición para resistir un segundo ataque. Las trincheras se abrieron en medio del declive de la colina, con la ventaja de que en la cima de aquélla se podía apostar otras fuerzas de apoyo.

Ike, ocupado como sus compañeros en cavar y hacer cavar refugios levantó un instante la cabeza; comprobó así que los regimientos de suavos y tiradores estaban entregados al mismo trabajo que ellos.

Cuando llegaron las fuerzas restantes, que constituían realmente el grueso de la columna, se encontraron con que se había cavado más de tres millas de trincheras, cuya cinta gris se extendía sobre la ladera de las montañas como una inmensa serpiente.

Ike, satisfecho de la labor realizada, se volvió a su teniente para preguntarle, al tiempo que le indicaba con un zurdo ademán el áspero paisaje del Riff:

—Y de aquellos puestos, ¿qué haremos mi teniente?

El teniente Hortet no contestó. Tampoco él sabía lo que podía hacerse para socorrer los puestos encerrados en las líneas enemigas y que seguían vomitando fuego, cual si quisieran demostrar de ese modo a los compañeros lejanos que todavía no se habían rendido los árabes.

—¿Qué haremos, mi teniente? — tornó a preguntar el yanqui, preocupado.

El problema era de los que no ofrecen solución al primer intento que se haga para hallarla. Pero mientras los jefes se desvanaban los sesos tratando de encontrar la manera de salvar a los sitiados, los puestos, destacando su blancura sobre el fondo grisáceo de las montañas, estaban allá, luchando denodadamente contra las fuerzas del moro. Resistían, era cierto ¿pero hasta cuándo? En tiempo de paz constituían los puestos una cadena de puntos fortificados que bastaban para proteger las pacíficas tribus de la región contra las incursiones de las más belicosas del Riff. Mas contra un ataque general y bien llevado, como el de esa vez, resultaban a todas luces insuficientes. Nutridas columnas de guerreros se filtraban impunemente a través de los fuertes, que nada podían hacer para impedirlo, siguiendo su avance en el interior del país como si no hubieran encontrado ninguna defensa a su paso. Por el contrario, los puestos debían resignarse no a defender el país sometido, sino a defenderse a sí mismo. ¡Y muy satisfechos si lo lograban! Lo que más podían hacer ante una ofensiva enérgica que se les llevara era avisar por medio de sus cañones, a las fuerzas del valle, la cercanía del peligro, nada más. Hecho esto quedaban encerrados en medio del enemigo.

Pero ahora que sus soldados habían avanzado sobre un frente de más de cien millas, dejando dentro de sus líneas a los fuertes, Abd-el-Krain estaba dispuesto a sostenerse en las posiciones ya conquistadas, asegurarlas apoderándose de algunos puntos estratégicos, y ocuparse entre tanto en demoler uno a uno los puestos que coronaban las colinas. Era precisamente lo que estaba haciendo por entonces su artillería.

Hortet, comentando el punto, aseguraba en ese tono dogmático propio de los militares, que la táctica de Abd-el-Krain constituía desde el punto de vista militar un disparate mayúsculo, ya que esos mismos cañones, o la mitad de ellos solamente, emplazados en el preciso sitio donde la Legión se había atrincherado, bastaría para abrir a los moros el camino de Fez.

—¡Cosa de los rifeños! — exclamó Ike mascando lentamente su tabaco. — A veces parecen tener un maravilloso golpe de vista; otras, en cambio, se diría que no ven cosas que se les ponen delante de las mismas narices... Pero, a propósito, mi teniente... ¡Mire allá!... Desde ese punto un setenta y cinco bastaría para no dejar un solo hombre vivo en esta trinchera que acabamos de abrir!....

Y señalaba un punto situado en una colina, del otro lado de la hondonada que se tendía a sus pies.

—No se aflija, sargento, — se limitó a decir Hortet sonriendo. — Los rifeños nunca apoyan sus avances con la artillería... Por ahora parecen sólo ocupados en abrir una brecha en el puesto del otro lado del valle. Le llaman el puesto Biban. ¿Lo conoce usted, sargento?... Lo defiende un destacamento de senegaleses; cincuenta hombres con un sargento a la cabeza. Están condenados a morir irremisiblemente, por cuanto es de todo punto de vista imposible prestarles ayuda. ¡Qué lástima!

—¡Hum! — exclamó Ike por toda respuesta y mirando el puesto maldito.

A fuer de buen tejano que era, sus simpatías hacia los negros eran menos que escasas. Para él, los hombres de color eran cosa inferior. En su estrecha mentalidad solo veía el negro norteamericano "defendido durante dos siglos por los blancos, sin que él hiciera nada en favor de su vida al contrario". Olvidaba que los bravos guerreros senegaleses habían luchado muchas veces por Francia y que si algo valían, lo habían logrado peleando siempre y sin ayuda extraña. Por eso, para Hortet, los defensores del fuerte Biban eran tan dignos de simpatías como los más valientes soldados blancos; sabían además qeu infinidad de senegaleses habían muerto como héroes en la gran guerra. La prueba de su coraje la estaban dando, por otra parte, al defender encarnizadamente una posición que sab'an debía caer a la larga en poder de las fuerzas de Abd-el-Krain. Además recordaba los tiempos en que los tuviera bajo sus órdenes, tiempo en que realmente se le dió oportunidad de comprobar personalmente lo mucho que valían como soldados los senegaleses.

El drama que se desarrollaba en las montañas bajo las miradas de los compañeros apostados en las trincheras recientemente abiertas, había comenzado a ser objeto de toda clase de comentarios. ¡Aquellos héroes no podían ser dejados a merced de los rifeños! ¡Había que intentar algo para salvarlos! Entretanto, el fuerte condenado a ser destruído por la artillería árabe respondía siempre al fuego y una nubecita blanca lo envolvía. Visto de lejos se lo hubiera tomado por un volcán — estaba como los demás pues'os en la cumbre de una colina — en plena erupción.

Los rifeños habían emplazado un setenta y cinco a cierta distancia del fuerte y disparaban regularmente, desde hacía rato. Se distinguía a simple vista los boquetes que los proyectiles iban abriendo en las casamatas del puesto. Había una brecha, junto a la entrada, que iba creciendo de dimensiones bajo los ojos de la Legión. Alrededor del puesto divisábanse claramente los puntos blancos de los albornoces que lo rodeaban por todas partes e iban estrechando paulatinamente el círculo. Una nube tenue pero siempre renovada, se levantaba de las trincheras que los rifeños habían cavado alrededor del fuerte; la misma columna surgía pero más espesa, de los parapetos del fuerte, donde estaban apo tado los valientes senegaleses.

Arrojadas las últimas granadas, quemados los últimos cartuchos, los hombres, ciegos de coraje, iniciaron un feroz combate a arma blanca.

En el momento que los cañones, y en especial el que se alcanzaba a divisar, hubieran abierto un boquete practicable, centenares de rifeños se lanzarían al asalto del puesto, ayudados en el ataque por sus ametralladores.

—¡Ah, ah! — exclamó el teniente Hortet siguiendo con la vista el cuadro que se desarrollaba en la lejanía. — Dígame, sargento Ike, ¿quiénes fueron los que lo salvaron en el oasis de Ksar-el-Menki, cuando los árabes lo atacaron?... Una compañía del 12o. de senegaleses ¿verdad?...

Como Ike lo miraba asintiendo, el teniente prosiguió:

—Eh bien, alors!... ¡Se animaría usted

a permitir que los manten ahora como a ratas?

Ike cabeceó con evidente impaciencia.

—Me parece que sería una locura arriesgarnos... — murmuró sin levantar la vista, aparentemente pensativo o avergonzado. — Hay tres millas entre aquí y aquel puesto, y Dios sabe el número de los rifeños que nos separan de los senegaleses... Comprendo muy bien que algo debiéramos hacer por ellos, pero...

No insistió más en el tema, ya que su natural sentido común le advertía que toda tentativa que se hiciera en aquella parte equivaldría seguramente a una masacre para los legionarios. A menos que el raid se llevara a cabo con la dirección de un hombre del temple excepcional del teniente Hortet, tomando muchas precauciones, la empresa tendría algunas probabilidades de éxito. De lo contrario, iría a un fracaso tan cierto como sangriento.

Entretanto, el teniente Hortet no decía nada. Estaba preocupado. Fué en ese preciso instante cuando la voz imperante del comandante Knetch hendió los aires, impartiendo algunas órdenes. El jefe recorría en ese instante su línea a fin de cerciorarse de que no había en ella ningún punto débil.

—¡Ouff! — oyeron que decía en su habitual tono de hombre eternamente de mal humor. — Han tenido pelea de veras ¿no es verdad, muchachos?...

Y cuando estuvo cerca de Ike:

—¡Hola! ¿Qué tal mi cowboy?

—Perefectamente, mi comandante. Los árabes han combatido como ya sabemos que saben hacerlo...

En eso intervino el teniente Hortet, para preguntar ansioso:

—¿Y no hacemos nada por aquellos muchachos del fuerte, mi comandante?

Knetch miró furioso a su teniente.

—¿Ha perdido la razón, muchacho? ¿O es que quiere meterse en otro lío como el de la vez pasada, del que escapó por milagro?... No, mi amigo. Nada de locuras. Sería un desastre. Más vale que permanezcamos quietos y a la expectativa.

—¡Hum! — hizo el teniente mirando de reojo los desfiladeros que se extendían a lo lejos.— A propósito, mire aquel desfiladero. Conduce exactamente detrás de la montaña del puesto... ¡Si los pobres senegaleses pudieran resistir hasta la caída de la tarde! ¡Deme cuarenta hombres elegidos, mi comandante, nada más!... Aprovechando la noche...

—¡Los sacrificaría inútilmente a todos! — repuso el comandante indignado. — ¡Demonios!... ¡La verdad es que no adelantaría una milla con esos hombres!...

—¡Pero no, mi comandante! — arriesgó el teniente Hortet. — Ya le he dicho que aquel desfiladero nos aseguraría un camino más o menos seguro. Ellos, los muy tontos, están ahora reunidos en aquella parte, frente a la entrada del puesto. Es de ese lado donde caen las granadas del cañón que bombardea el fuerte desde hace rato... Deseosos de atacar cuanto antes a los senegaleses los moros han descuidado por completo aquella parte. Yo llegaría por retaguardia con mis cuarenta hombres... Los senegaleses salen entonces del fuerte por atrás y nos abrimos paso todos juntos hasta nuestras líneas...

"Voilá"... La cosa no me parece muy difícil que digamos.

—Con cuarenta hombres contra miles de rifeños?... "Tiens"!... ¡El puesto hace ahora señales!

Todas las miradas se volvieron al puesto "maldito", como ya le llamaban. En efecto, desde allá estaban haciendo señales en ese momento. Con la respiración contenida, la Legión entera leyó el mensaje de los valientes del puesto:

"Nos quedan veinte hombres. Hemos minado el fuerte. Lo haremos volar cuando ellos forcen la brecha. — Sargento Videt".

Curioso fué el efecto que produjo en los tres jefes el mensaje.

Se levantaron a una de los asientos de piedra en que estaban, conmovidos por la noticia del sacrificio que se preparaban a sí mismo los senegaleses.

La perspectiva de que el fuerte entero volara con atacantes y atacados hizo que las precauciones fueran olvidadas y que sólo se pensara en salvar a los bravos defensores del puesto.

El comandante Knetch fué el primero en romper el silencio.

—Bueno, queda autorizado para hacer ese raid, hijo mío, — dijo al teniente Hortet. — Puede elegir cuarenta hombres y veremos si consigue llevarlos a su objetivo, usted que parece ser respetado como nadie por la muerte. Le doy una hora para llegar a la retaguardia del puesto después que haya oscurecido. Entonces haré avanzar a toda mi brigada. Pero; ¿conviene ahora dejar solos aquellos hombres en el fuerte?

—Podríamos entre tanto ocuparnos de tomar aquel condenado cañón, — sugirió Ike. — Que vaya ese pelotón ¿no le parece, teniente Hortet?

El democrático consejo de guerra siguió planeando las operaciones de este modo. Allí no había casi diferencia de grados y todos podían emitir sus ideas sobre el asunto de que se trataba. Este era precisamente una de las características principales de la Legión. Tal vez extrañe a los profesionales de las armas el que un simple sargento propusiera planes a un comandante, pero el caso es que este detalle de democracia militar era frecuente entre los legionarios. Antes de iniciar un ataque, siempre se daba participación en el consejo a todos los oficiales, suboficiales y hasta soldados rasos, pero veteranos y capacitados, a fin de que estuvieran por igual al tanto de lo que se iba a hacer, cosa que no dejaba de tener su ventaja, porque si caía un jefe en medio del combate, nunca faltaría otro que se hiciera cargo del mando de los soldados, prosiguiendo sin interrupción de ninguna especie las

operaciones, las cuales eran de esta manera encaminadas sin vacilaciones hacia un objetivo determinado.

—Le haremos señales para avisarles que procuren resistir a toda costa hasta el anochecer — dijo finalmente el comandante. — Posiblemente los rifeños han leído como nosotros el mensaje pues tienen oficiales extranjeros capaces de comprender las señales, lo cual tal vez nos convenga a la postre, ya que sabiendo que el fuerte está minado obrarán seguramente con mayor cautela.

Una densa niebla envolvía el desfiladero señalado por el teniente Hortet cuando éste e Ike, su sargento de sección, se preparaban en las líneas francesas para el raid que iban a efectuar. En ese momento estaban haciendo la distribución de las granadas de mano a los soldados que participarían de la expedición.

Al atardecer habían asistido a un ataque furibundo al fuerte Bibant. El cañón empiazado en una colina opuesta a la ocupada por el puesto francés había logrado al fin abrir un boquete en las murallas de la diminuta fortaleza. Inmediatamente se lanzaron los rifeños fuera de sus trincheras, en columnas cerradas, seguros de que el enemigo no podría resistir largo tiempo la ofensiva. Pero se equivocaron de medio a medio, porque tan pronto como los soldados de albornoce blancos se adelantaron en dirección al puesto, los cañones de setenta y cinco y las ametralladoras de aquél abrieron un terrible fuego sobre los asaltantes. Estos prosiguieron al principio su avance, pero luego, viendo diezmadas espantosamente sus filas, se arremolinaron primero y retrocedieron luego, deshechos.

Un hurra de entusiasmo se levantó entonces de la línea francesa. Los árabes volvieron a refugiarse en sus trincheras y todo quedó en silencio al poco rato, presagio seguramente de una tormenta más terrible aún. ¡Pero la bandera tricolor flameaba todavía en el pequeño mástil del puesto!

Las sombras de la noche unidas a la niebla reinante, hacían factible la arriesgada empresa cuando el teniente Hortet y sus compañeros se despidieron de sus líneas, rumbo al fuerte sitiado. Las tinieblas disimularon muy bien a los cuarenta soldados de élite seleccionados por Hortet para compañeros de aventuras. No había modo de perderse; el desfiladero llevaba al puesto "maldito" y no había más que seguirlo hasta el final. Algunos caminos transversales de cabras llevaban a las colinas laterales. En el medio la profunda hondonada abría su antro sinuoso de sombras.

Se dividieron en dos grupos los raidistas: uno iba al mando inmediato de Hortet y el otro al de Ike. Los rifeños no habían destacado ningún centinela en aquella parte. Probablemente no creían posible un ataque por allí. En efecto, no se lo hubiera podido llevar por ese lado... siempre que en el enemigo no hubiera un teniente Hortet... Por lo demás los rifeños confiaban en las guerrillas diseminadas por las montañas para precaverse contra cualquier ofensiva que viniera del lado de Fes-el-Bali.

Pasó poco más de media hora antes de que Hortet y los suyos llegaran a las proximidades del puesto. Una orden trasmitida soldado por soldado, en voz baja, y Ike cruzó la profundidad del desfiladero. Debió abrirse paso a través de los arbustos y malezas, para ascender por la ladera de la colina. No se habían equivocado: estaban ya en la zona realmente peligrosa.

Se dió orden de avanzar con toda clase de precauciones, y los cuarenta legionarios comenzaron el penoso ascenso en medio de la espesa niebla, la cual se iba disipando visiblemente a medida que subían por la ladera de la montaña. Llegó un momento en que pudieron ver sobre sus cabezas las estrellas y en el horizonte la línea quebrada de las colinas vecinas.

Ike miró su reloj. Habían pasado cuarenta minutos desde su salida de las trincheras. Veinte miutos más, y el comandante Knetch ordenaría el ataque general. Sabrían cuando éste se hubiera iniciado y cuándo los soldados franceses cruzaban el valle, porque las tropas del Riff, iniciarían el fuego mortífero de costumbre para repeler el ataque. Seguramente bajarían al valle en masa a fin de buscar el choque decisivo, confiados como estaban en su superioridad numérica, evitando al mismo tiempo encontrarse entre dos fuegos. Ese sería precisamente el momento que Hortet aprovecharía para entrar al fuerte por la parte trasera.

* * * *

Hortet surgió de pronto de la sombras y se acercó a su teniente. Reinaba un silencio impresionante en esas alturas, silencio que mantenía a toda la tropa en una tensión nerviosa muy explicable. El peligro se escondía detrás de cada roca, de cada arbusto o matorral, listo para caer sobre los legionarios. Pues los rifeños no podían andar muy lejos y bastaría que uno diera la voz de alarma para que las guerrillas surgieran seguramente de todas partes y rodearan al pelotón francés perdido en medio de las sombras y de las montañas.

Sólo se oía el crujido atenuado de las hojas secas del suelo al ser pisadas, o el ruido característico de algún terrón o guijarro que se desmoronara. De la lejanía no llegaba el más leve rumor. Seguramente los árabes estaban preparándose para un ataque nocturno al puesto.

Hortet, con esa clarividencia que le había distinguido siempre en su vida de militar, pensó de improviso mientras seguían avanzando:

—¡Morbleu! ¿Y si a los rifeños se les ocurriera llegar también al fuerte por retaguardia?

Al sólo pensamiento de esta posibilidad, sintió que un escalofrío le corría por la médula. Por sí mismo no temía nada, pero sí por sus soldados. En el caso de que los rifeños hicieran lo que se le había ocurrido, l

CUIDADO CON EQUIVOCARSE

Si sale de compras

con su esposo

en estos días de fiesta

conviene recordar que otras muchas señoras harán lo mismo.

Tenga, pues, en cuenta

que nada sería

tan desagradable

como llegar a casa

y encontrarse con que

se había equivocado de marido.

(De "Punch").

mortandad de soldados franceses sería espantosa. Posiblemente no saliera uno con vida de la aventura, pues era lo mismo que poner a cuarenta hombres en medio del grueso de las tropas de Abd-el-Krain para que los fusilaran a voluntad. Como se ve, la cosa no estaba ciertamente para bromas.

Contra el fondo más claro del cielo surgieron de improviso las líneas sinuosas y enmarañadas de unos alambrados de púas. Estaban a corta distancia de las últimas trincheras árabes. Había una doble línea; se las distinguía perfectamente. Una era para proteger a los soldados que atacaban el puesto y otra para impedir que se ayudara a los sitiados mediante un ataque exterior contra los sitiadores. Sobre los alambrados, se podía distinguir de trecho en trecho la forma espantosa de algún cuerpo sin vida colgado de las púas. Hortet y Ike quedaron unos instantes contemplando el ingrato espectáculo de aquellos cadáveres abandonados. Por un momento pasó por la memoria de ambos el recuerdo de las mismas escenas vistas en el frente occidental de la gran guerra. Se dió orden de alto, destacándose de inmediato algunas patrullas para cortar las alambradas.

A todo esto había pasado ya la hora de plazo. ¿Y el ataque del comandante Knetch? No tuvieron tiempo para precocuparse mucho tiempo por esa parte del plan, porque casi inmediatamente se oyeron disparos lejanos, alaridos, tropel de mulas. Knetch cumplía con su misión en el plan general.

—¡Esto marcha! — exclamó Hortet satisfecho. — Ahora no hay más qeu esperar...

Al mismo tiempo, en la colina más próxima se oyó el martilleo seco de una ametradora en pleno funcionamiento. Y de tanto en tanto el tronar del setenta y cinco de la tarde, que parecía despertar malhumorado de un sueño que se justificaba ampliamente con la ardua tarea de horas antes... "He abierto la brecha al fuerte; ¿ahora qué quieren de mi?" — parecía preguntar la bocaza del cañón a cada fogonazo. Pero llamaban al trabajo y no había más recurso que obedecer. Al fin, completamente despierto, el cañón comenzó a disparar tan rápidamente como podía ser servido por sus hombres.

Ike se rascaba la barbilla, sordo aparentemente al cañoneo.

—¡Y vuelve a hacer de las suyas el bendito cañón! Ahora trata de abrir un boquete en la parte trasera del puesto para meter por allí los moros...

Hortet dió un puntapié de impaciencia contra el suelo.

—¡Se acabó, "mon vieux"!... ¡No hay más remedio!

—¿De qué? — preguntó Ike.

—¡Hay que apoderarse de ese cañón!... Usted ocúpese de la ametralladora... Yo me dedicaré al cañón.

Volvió entonces la cabeza a sus hombres y ordenó con voz baja y metálica:

—¡Adelante!... ¡Orden abierto!...

* * * *

Los cuarenta hombres se incorporaron sin ruido y se adelantaron con las bayonetas caladas. Franquearon las alambradas por los huecos abiertos por las patrullas. En un abrir y cerrar de ojos estuvieron sobre las trincheras rifeñas acuchillando a sus defensores. Pronto fué tomada la primera líena. Sin darse tregua llegaron a la segunda línea, la ocupada por los sitiadores propiamente dichos del fuerte.

Criswell se hizo cargo al instante de la ametralladora y el repiqueteo de ésta comenzó a destacarse del fuego a discreción que hacía la infantería. El setenta y cinco disparaba furiosamente hacia la izquierda, en tanto que la ametralladora barría el flanco derecho.

Pero no por ello se arredraron los soldados de Abd-elKrain. Estaban hechos a esos encuentros, y si en el instante inicial vacilaron por efectos de la sorpresa, pronto rehicieron sus líneas y se lanzaron resueltos al ataque. Eran nubes de albornoces las que avanzaban sobre los legionarios, apoyados ahora por el cañón y la ametralladora tomada al enemigo. Se entabló un furioso combate cuerpo a cuerpo en torno al reducido escuadrón de legionarios. Arrojadas las últimas granadas, quemados los últimos cartuchos, los hombres, ciegos de coraje, iniciaron un feroz combate a arma blanca. Los cuarenta legionarios — cuarenta al comienzo, porque ya habían caído varios — parecían irremisiblemente perdidos en medio de aquella turba de rifeños.

Ike y Criewell hacían vomitar sin descanso una lluvia de fuego de la ametralladora, mientras sus compañeros se protegían a espalda con sus bayonetas. En eso se oyó el salvaje grito guerrero de los senegaleses, que al fin consiguieron abrirse paso entre los árabes a bayonetazo limpio. Los rifeños, atacados por retaguardia, cedieron un tanto en ese momento ante la mortífera ametralladora, cosa que Ike aprovechó para correr, conjuntamente con sus compañeros a reunirse con el teniente Hortet, a objeto de esperar juntos el segundo ataque.

El sargento de los senegaleses se adelantó hacia sus salvadores.

—¡Atrás! ¡Atrás!... — gritaba. — ¡Va a volar dentro de cinco minutos!... ¡Rápido, atrás...

—Mom d'un chiem — exclamó Hortet al oir la noticia. Y añadió, notando que Videt se excitaba de más en más: — ¡Cálmese, sargento!...

—Pero, mi teniente... ¡Es que todo el fuerte va a volar por los aires!... ¡Si seguimos aquí, moriremos por los restos que arroje la explosión!...

Y al decir esto, hacía un gesto como queriendo convencer así al teniente del peligro inminente que los amenazaba.

—No creo que nos alcance, después de todo — replicó el teniente, sereno. — Pero antes hay que hacer algo a la salud de esos rifeños... Veamos, ¿dice usted que el fuerte volará dentro de cinco miutos... Perfectamente, llevaremos el cañón hasta la entrada del puesto.. ¡Adelante, muchachos!.... ¡Un poco de fuerza!.. De todos modos, no tiene ya cartuchos.. Los hemos disparado todos.

—¡Caerán, mi teniente!... ¡Caerán! — observó Ike adivinando las intenciones de su

jefe, mientras ayudaba a sus compañeros a llevar el cañón al punto ordenado. Criswell mantenía, entretanto, a raya a los rifeños, merced al fuego nutrido de su ametralladora.

Los moros interpretaron la maniobra como una tentativa de entrar en el fuerte y resistir desde allí; en consecuencia se alistaron por todas partes para el ataque general. Aullando y en tropel, pero bravos como siempre, iniciaron el avance. Criswell hizo cuanto pudo con la ametralladora, mas los cartuchos de ésta también se agotaron. Afortunadamente, sus compañeros, capitaneados por Ike, volvían ya de emplazar el cañón a la entrada del fuerte. Lo hicieron a tiempo. Los árabes estaban de nuevo encima. En un instante rodearon el cañón y se dispusieron a emplazarlo convenientemente, hasta que les trajeran proyectiles. Los demás se internaron en el fuerte, ebrios de entusiasmo por la caída del fuerte que tanto les había resistido. ¡Al fin había podido ser tomado!

—¡Ahora podemos retirarnos! — dijo Hortet, sonriendo. — La cosa no será muy fácil que digamos..., pero, en fin, la intentaremos...

—¡Diablos! — exclamó Ike.—No tenemos por qué retroceder por el desfiladero que hemos utilizado para llegar aquí... ¿Oye?... ¡Es el comandante Knetch que se acerca!... No debe estar ya muy lejos...

Al decir esto, señalaba las masas de rifeños que cubrían las crestas de las montañas. Muchos de los regimientos de blancos albornoces, habían iniciado ya una lenta retirada.

Se oía perfectamente el tiroteo producido por todo el regimiento, que avanzaba a sangre y fuego por el vallecito. El combate no se desarrollaba a gran distancia, pero se interponían varias colinas y numerosas tropas del Riff, razón por la cual los compañeros parecían encontrarse mucho más lejos de lo que, en realidad, se hallaban.

Los árabes se habían hecho fuertes en los restos de un reducto francés, tomado días antes, pero bien se advertía que la resistencia no podría prolongarse mucho tiempo. Además estaba lo de la fortaleza, próxima a estallar.

—Cuando eso vuele, nos abriremos paso hacia el comandante — observó Ike mirando los fogonazos que se sucedían en el sitio donde se peleaba. — Al producirse el primer desbande de moros, sobrevendrá, seguramente, en sus filas, alguna confusión que nosotros aprovecharemos.

Hortet asintió con un leve movimiento de cabeza. Los demás, se limitaron a esperar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos.

* * * *

Espantosa fué, realmente, la explosión. Tiban, entero, fué arrojado en pedazos por los aires. La noche, oscura y caliginosa, fué iluminada un instante por el terrible resplandor. Fragmentos de piedras, de casamatas, mezclados con cuerpos humanos despedazados, volaron ante las miradas absortas de los legionarios, que, a pesar de su probado valor, no pudieron substraerse a cierta emoción cuando vieron cómo un fuerte y varios centenares de hombres eran reducidos a polvo por la fuerza del formidable estallido simultáneo de las minas. El trueno producido por la explosión, hizo estremecer la tierra, yendo a perderse por los valles y montañas, siendo al fin devuelto lúgubremente por los ecos. Nada quedaba ahora del puesto defendido momentos antes por los senegaleses, con ardor y en el deseo de vender caras sus vidas.

—¡Adelante! — gritó Ike, medio cegado todavía por el polvo que arrojara la explosión. — ¡Que nadie se detenga hasta el regimiento!...

Blancos y negros, confundidos en el mismo ardor y en el deseo de vender caras sus vidas, se lanzaron en un solo bloque en medio de los compactos batallones rifeños, azorados y diezmados por el fuego anterior del regimiento de Knetch, no atinaron a oponer una seria resistencia a las fuerzas enemigas que surgían de su misma retaguardia. Aquella era en verdad la única esperanza de salvación para los legionarios y senegaleses perdidos en medio de las tropas moras. Si no aprovechaban la confusión provocada por el estallido, luego sería imposible romper el círculo de hierro de las bayonetas árabes.

Con Ike en los primeros puestos, los soldados de Francia allanaron todos los obstáculos, penetrando como una cuña en las nutridas filas de rifeños, las cuales se separaron en dos ante el ataque arrollador.

Al fin no tuvieron delante de sí más que las líneas obscuras formadas por sus compañeros.

—¡Cuerpo a tierra! — ordenó el teniente Hortet, temeroso de que sus hombres fueran confundidos y masacrados sin piedad por sus propios camaradas. Inmediatamente se lanzaron los cohetes de señal amistosa. El efecto fué impresionante .Del nutrido fuego de ametralladoras y fusilería que se hacía momentos antes, no quedó nada, excepto los disparos rifeños que continuaron con igual intensidad.

Knetch en persona se adelantó a recibir a los raidistas victoriosos. Una treintena de hombres eran los que quedaban de los legionarios y senegaleses, — los saludó con un estruendoso hurra. En medio de ellos, un hombre danzaba como un loco, palmeando a sus subordinados, abrazando a otros al comprobar que no había caído en la refriega: era el teniente Hortet, que así festejaba el triunfo, conjuntamente con su sargento, Ike Smith.

Pero no hubo mucho tiempo disponible para entregarse a estas manifestaciones de júbilo porque los rifeños, repuestos ya de su sorpresa y seguros de imponerse a la larga por el número, se aprestaban a un nuevo ataque, que se llevaría a cabo seguramente al amanecer. Era necsario en consecuencia, prepararse para resistir el choque. A la verdad, que la trinchera estaba lista para recibir dignamente al enemigo.

ANECDOTARIO DE PUCKY

UNA FRASE DE LINCOLN

Durante los famosos debates públicos que el año 1858 sostuvo Lincoln con Esteban H. Douglas en Illinois, dijo éste en una reunión celebrada en Freeport: "A mí me tiene sin cuidado que se llegue a abolir o no la esclavitud en el territorio de la Unión". Lincoln, llevado de su magnanimidad, replicó con toda la plenitud de su regio corazón: "Me contrista que mi amigo Douglas esté constituído de tal modo que no sienta el latigazo descargado en las espaldas del prójimo". Nunca, ni por un momento, pensó en sí mismo. Siempre pensó en los demás. Vió en los cuatro millones de negros esclavos otros tantos hombres a quienes podía servir.

Todavía mozó y en muy modesta posición social comprendió, consciente o inconscientemente, esta gran verdad, y por establecer como fundamental principio de su vida el servir y ayudar a los hombres, llegó a conquistar honroso puesto entre los excelsos hijos de los hombres y a ser nuestro magnánimo hermano mayor. Jamás desperdició el tiempo en preguntar cómo alcanzaría grandeza, popularidad, poderío y fama. Tan sólo preguntaba cómo ayudar y servir al prójimo, e incesantemente le ayudó y sirvió.

* * * *

ALMIRANTE SILENCIOSO

Una vez estaba el rey Felipe IV en el estudio de Velázquez, cuando le pareció ver sentado a uno de sus almirantes a quien varios días atrás había ordenado partir, para tomar el mando de su escuadra. Sorprendido el monarca por lo que a sus ojos aparecía como una falta de obediencia y disciplina, se dirigió indignado hacia lo que él creyó ser el almirante, y le dijo:

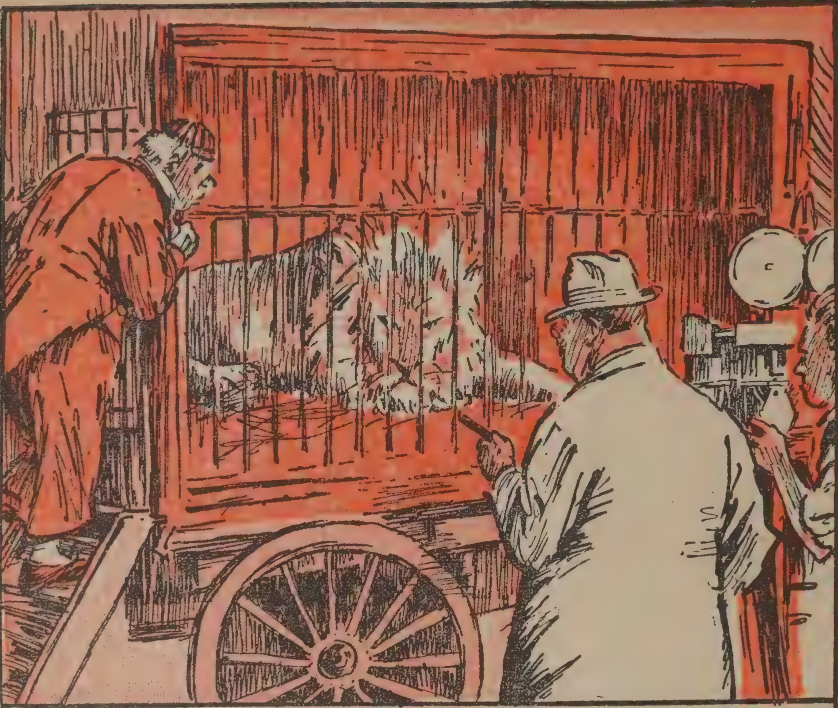
—¿Qué excusa tiene usted para permanecer en Madrid todavía? ¿Por qué no obedeció usted mis órdenes?

Pero el almirante no respondió. El monarca había dirigido sus preguntas a un retrato.

EN CASA DEL NUEVO RICO

—¿Ha roto el paño? Eso no es nada. ¡José! Vaya al sótano y traiga otra mesa de billar.

Un poco d



ASUNTO ARREGLADO

El actor de cine entrando a la jaula:
—¿Y qué haremos si la fiera se enfurece?
—No se apure por eso; si el león lo ataca, cambiaremos el argumento.

COSAS DE PIBE

—Papito, ¡por favor! ¿Quieres hacerme esta suma?
—No, hijito; no estaría bien.
—¡Sí, papá! Hacé la prueba: puede ser que te resulte bien.

DESEO IR

—¡Suélteme las p
sopapo en la ñata.

morismo

LE

e encajo un

DUDA JUSTIFICADA

El orador maloliente. — ¿Alguno tiene algo que preguntar?
Uno: — Sí, señor: ¿Quiere decirme en qué ha empleado usted el jabón?

INOPORTUNA LA VIEJA...

La esposa: — Espera Juan: aquí traigo las balas que te olvidaste de poner en el revólver.

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que desarrolla su acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento que sólo una imaginación privilegiada y una inteligencia cultivada como la de Rice Burroughs, puede concebir y desarrollar. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

Jack iba delante de Akut; la excitación y la alegría anticipada le hacían tomar la delantera a su compañero, para quien la consecución de su fin sólo significaría dolor. Y fué el niño el primero que vió la retaguardia y a los hombres blancos a quienes tanto anhelaba alcanzar.

Tropezando por el embrollado sendero que abrían los de delante, una docena de negros cargadísimos, que, por fatiga o enfermedad se habían quedado atrás, eran hostigados por los soldados indígenas de la retaguardia, recibiendo puntapiés cuando caían y viéndose levantados violentamente y empujados hacia adelante. A los lados iban andando dos blancos gigantescos, ambos con largas barbas rubias que casi les borraban las facciones. Los labios del niño formaron un alegre grito de saludo cuando sus ojos descubrieron una cosa que convirtió su alegría en ira. Vió que los dos blancos blandían recios látigos, con los que azotaban brutalmente las desnudas espaldas de los pobres diablos, vacilantes bajo una carga que habría puesto a prueba la fuerza y resistencia de hombres fuertes al comenzar el nuevo día.

De cuando en cuando la retaguardia y los blancos lanzaban miradas de temor hacia atrás, como si esperaran de un momento a otro la materialización de algún peligro que llevaban esperando mucho tiempo. El niño, que se había detenido después de ver por primera vez la caravana, seguía lentamente detrás de aquel triste y brutal espectáculo. De pronto Akut llegó a su alcance. Para el mono aquello encerraba mucho menos horror que para Jack y sin embargo, también le rechinaban los dientes al ver que sin necesidad se hacía víctima de la tortura a los desvalidos esclavos. El mono miró al hijo de Tarzán. Ahora que se había tropezado con seres de su propia especie ¿cómo no se precipitaba hacia ellos para saludarlos?

Esta pregunta hizo a su compañero.

—Son demonios — musitó el muchacho. — No quiero viajar con gente como esa, pues si lo hiciera caería sobre ellos y los mataría la primera vez que los viera maltratar a sus esclavos como lo están haciendo ahora; — pero—añadió después de reflexionar un instante, — puedo preguntarles la situación del puerto más próximo, y entonces, Akut, podremos dejarlos.

No replicó el antropoide, y el muchacho se lanzó al suelo y partió con rápido paso hacia la "safari". Se hallaba como a un centenar de varas de distancia cuando uno de los blancos reparó en él. El hombre profirió en un grito de alarma, y al instante apuntó con su rifle y disparó. La bala cayó delante del muchacho, levantando césped y hojas caídas, que arrojó contra las piernas de Jack. Un segundo más tarde otro blanco y los soldados negros de la retaguardia comenzaron a disparar también enloquecidos.

Jack dió un salto hasta detrás de un ár-

bol, sin que le hubiera alcanzado ninguna bala. Unos cuantos días de temerosa fuga por la selva virgen habían puesto de punta los nervios de Carl Jenssen y de Sven Malbihn, así como de sus criados negros, que se hallaban dominados por un terror irracional. Todo nuevo sonido que oyeran por su espalda les parecía producido por el jeque y su sanguinario séquito. Estaban dominados por el pánico, y a la vista de aquel guerrero blanco desnudo, que salía silenciosamente de la selva que acababan de cruzar, había sido suficiente para estimular a la acción los nervios de Malbihn que había sido el primero en contemplar la extraña aparición. Y el grito y el disparo de Malbihn habían provocado la imitación ds sus acompañantes.

Una vez que hubo consumido su energía nerviosa y empezaron a preguntarse contra quién luchaban, resultó que sólo Malbihn había observado algo concreto. Algunos de sus negros confirmaron que ellos tambien habían visto al ser blanco, pero sus descripciones de él variaban de tal manera que Jenssen, no habiendo visto nada personalmente se sintió inclinado a cierto escepticismo. Uno de los indígenas insistió en que aquel ser tenía once pies de altura, cuerpo de hombre y cabeza de elefante. Otro había columbrado a tres árabes enormes, de grandes barbas negras; mas cuando, dominados los nervios, la retaguardia avanzó hasta las posiciones del enemigo para investigar quién era, no encontraron nada en absoluto, porque Akut y Jack se habín retirado fuera del alcance de aquellas mortíferas armas de fuego.

Jack estaba descorazonado y triste. No se había repuesto aún de la depresión que le reprodujo la recepción hostil de los negros, cuando venía a tropezarse con otra peor todavía, y ésta por parte de hombres de su propio color y raza.

—Los animales pequeños salen huyendo de mí llenos de terror, — murmuraba casi para sí, — y los animales mayores están dispuestos a hacerme pedazos. Los negros querían matarme con sus venablos o sus flechas. Y ahora los blancos, hombres de mi misma raza, han disparado contra mí y me han obligado a alejarme. ¿Es que todos los seres del mundo son mis enemigos? ¿Es que el hijo de Tarzán no tiene más amigos que Akut?

El viejo antropoide se acercó más a él.

—Acuérdate de los grandes monos, — le dijo, — que serán los únicos amigos del amigo de Akut. Sólo los grandes monos acogerán bien al hijo de Tarzán. Ya has visto que los hombres no quieren nada contigo. Vámanos ya y reanudaremos nuestra busca de los grandes monos, de nuestro pueblo.

El lenguaje de los grandes monos es una combinación de sonidos guturales monosílábicos, ampliado con ademanes y señas. Claro es que no se puede traducir literalmente al lenguaje humano; pero lo transcripto, poco más o menos, es lo que Akut dijo a su amigo y compañero.

Los dos avanzaron en silencio durante algún rato después de estas palabras de Akut Jack iba enfrascado en hondos pensamientos, reflexiones amargas en que predominaban ideas de odio y venganza. Finalmente dijo:

—Está bien, Akut. Vamos a buscar a nuestros amigos, los grandes monos.

VIII

Un año había pasado desde que los dos suecos se vieron expulsados por el terror del salvaje país en que dominaba el jeque.

La niña Meriem jugaba todavía con Geeka, prodigando todo su amor infantil a aquella irremediable ruina que nunca, ni aun en sus más florecientes días, poseyó el más mínimo grado de belleza. En los sordos oídos de la machucada cabeza de marfil vertía todas sus penas, todas sus esperanzas, todas sus ambiciones; porque aun enfrente de la desesperación, en las garras de la temible autoridad de que no podía escaparse, la niña seguía acariciando esperanzas y ambiciones. Es verdad que estas ambiciones revestían una forma harto nebulosa, consistente sobre todo en el deseo de escapar con Geeka a algún paraje remoto y desconocido donde no hubiera jeques ni Mabunus donde no tuviera entrada "el adrea" y donde pudiera jugar todo el día rodeada de flores y pájaros y de los inofensivos micos que traveseaban en las copas de los árboles.

Un día se hallaba Meriem sentada al pie de un árbol muy grande que crecía dentro de la empalizada, junto al borde de la aldea. Estaba haciendo una tienda de hojas para Geeka.

Delante de la tienda tenía algunos pedazos de madera, hojitas pequeñas y unas cuantas piedras, que representaban los utensilios domésticos. Geeka estaba haciendo la comida. Mientras jugaba, la niña no cesaba de hablar a su compañera, a la que tenía sentada gracias al arrimo de un par de ramillas. Estaba Meriem tan absorta en las faenas domésticas de Geeka, que no reparó en el suave movimiento de las ramas del árbol que se alzaba a su lado, cuando se inclinaron para dar paso al cuerpo del ser que furtivamente había entrado en ellas desde la espesura de la selva.

En dichosa ignorancia siguió jugando la niña, en tanto que desde arriba dos ojos fijos la contemplaban sin pestañear ni apartarse un momento. No había nadie más que Meriem en aquel rincón de la aldea, casi abandonada desde que muchos meses antes partió el jeque en viaje hacia el norte.

Y en la selva, a una hora de distancia, el jeque conducía hacia él a su caravana ya de regreso.

Un año había pasado desde que los blancos dispararon contra Jack y le hicieron retroceder a la selva, para reanudar su busca de los únicos seres en quienes esperaba aún hallar compañía, los grandes monos. Durante meses Akut y él habían avanzado hacia oriente, enfrascándose cada vez más en la

espesura. El año transcurrido había beneficiado a Jack, convirtiendo sus ya poderosos músculos en resortes de acero, desarrollando su conocimiento de la selva hasta el punto de que ya rayaba en lo inverosímil, perfeccionando sus instintos arbóreos y adiestrándole en el uso de armas tanto naturales como artificiales.

El hijo de Tarzán se había convertido en un ser de facultades físicas maravillosas y de agudeza mental no menos sorprendente. No era todavía más que un mozuelo, pero tan grande era su fuerza que el robusto antropoide, con quien más de una vez trababa combates simulados, no podía ya resistirle.

Akut le había enseñado a luchar como luchan los monos machos; y jamás hubo maestro mejor dotado para transmitir la belicosidad del hombre salvaje, ni discípulo más dispuesto a aprovechar las lecciones de su profesor.

Mientras los dos buscaban la especie de monos poco menos que extinguida a que pertenecía Akut, vivían de lo mejor que la selva podía procurarles. Antílopes y cebras caían a los golpes del venablo del mozo, o eran derribados por los dos terribles animales de presa, que caían sobre ellos desde cualquier árbol o los aguardaban emboscados en la maleza junto al sendero que conducía al abrevadero o al vado.

La piel de un leopardo cubría la desnudez de Jack; pero hay que confesar que no fué el pudor lo que le aconsejó ponérsela. Al sentir los tiros de rifle de los blancos que le atacaban, Jack había vuelto al salvaje modo de ser de una fiera, que ardía con más fuerza en aquel muchacho cuyo padre se había criado como animal de rapiña.

Jack se puso la piel del leopardo, en primer lugar como respuesta a su deseo de ostentar un trofeo de su hazaña, porque él mismo había matado al animal con su cuchillo en un combate cuerpo a cuerpo. Vió que la piel era magnífica, y esto despertó su bárbaro sentido de la ornamentación; y cuando se puso rígida y más tarde empezó a descomponerse, porque Jack no sabía la manera de adobarla o curtirla, el joven se desprendió de ella con pena y sentimiento. Más tarde, cuando se encontró con un solitario guerrero negro que llevaba otra igual a aquélla, pero suave, bien amoldada y hermosa gracias al conveniente curtido, fué obra de un instante descolgarse desde lo alto sobre los hombros del confiado guerrero, hundirle una aguda hoja en el corazón, y despojarle de la bien conservada prenda.

Jack no experimentó al parecer remordimientos de conciencia, pues estaba firmemente persuadido de que el negro le habría matado a él si se le hubiera presentado ocasión de hacerlo. Así es que sonrió al ver lo bien que le había resultado su hazaña, se puso el soberbio adorno del vencido, y siguió su camino en compañía de Akut, buscando; siempre a los escurridizos monos que habían de recibirlos con los brazos abiertos. Y por fin los encontraron. En lo más hondo de la selva, muy escondidos e la vista de los hombres llegaron los dos a otro pequeño circo natural como aquel que había presenciado la salvaje ceremonia del dum-dum en que el padre de Jack había tomado parte muchos años atrás.

Primero, muy a lo lejos, sintieron el golpear del tambor de los grandes monos. Estaban ambos durmiendo en el seguro de un gigante árbol cuando llegó a herir sus oídos el rosante son. Ambos se despertaron al instante, y Akut fué el primero en interpretar el significado de aquella extraña cadencia.

—¡Los grandes monos! — gruñó. — Están bailando el dum-dum. Ven Korak, hijo de Tarzán, vamos a reunirnos con nuestro pueblo.

Meses atrás Akut había dado al muchacho un nombre elegido por él, ya que no le era posible articular el de Jack que le habían puesto los hombres.

Korak es lo más aproximado que puede pronunciarse en el lenguaje humano. En la lengua de los monos esta palabra significa Matador.

Al oír a Akut, el Matador se puso en pie sobre la rama del árbol en que estaba durmiendo, con la espalda apoyada en el grueso tronco. Estiró los flexibles miembros juveniles, y la luna que filtraba sus rayos por entre el follaje moteó su parda piel de menudas manchas de luz.

El mono también se había puesto en dos manos, pues se hallaba medio en cuclillas, a la manera de sus semejantes.

Ahogados gruñidos brotaban del fondo de su pecho; eran manifestaciones de anticipado deleite. El muchacho gruñó también de la misma manera que gruñe el antropoide.

Luego éste se dejó caer suavemente al suelo. Muy cerca de allí, en la dirección del sonoro dum-dum, había un calvero que era menester cruzar, inundado a la sazón por la plata de la luna. Medio erguido, el gran antropoide se lanzó al pleno resplandor del luminar de la noche. A su lado, y avanzando graciosamente en marcado contraste con la torpeza de movimientos de su compañero, iba Korak, el hijo de Tarzán, y el negro e hirsuto pelaje del uno rozaba con la lisa y suave piel del otro. Korak iba canturreando una cancioncilla de café cantante que se había abierto camino hasta los bancos del gran colegio inglés que no había de ver ya más. El muchacho se sentía dichoso y lleno de expectación. Había llegado el instante que venía esperando tanto tiempo. Iba a reunirse con los monos.

Iba a llegar como quien dice a su casa. A medida que habían ido transcurriendo los meses, retardados o apresurados según que predominaran las privaciones o las aventuras, los recuerdos del hogar, aunque volvían a su mente, eran cada vez menos vivos. La vida antigua había llegado a parecerle más fantasía que realidad, y los obstáculos que constantemente le impidieron realizar su resolución de llegar a la costa y volver a Londres habían pospuesto la esperanza del regreso hasta una fecha futura tan remota, que ahora ya le parecía poco más que un sue-

ño, agradable, sí, pero de realización imposible.

Todos los recuerdos de Londres y de la civilización estaban tan apiñados en el fondo de su cerebro, que enteramente parecía que no tuvieran existencia. Salvo la forma y el desarrollo intelectual, Korak parecía tan mono como el enorme y feroz antropoide que llevaba al lado.

El hijo de Tarzan entre los grandes aitropoides.

En la exuberancia de su alegría, el Matador pegó fuerte a su compañero a un lado de la cabeza. Medio enfadado y medio jugando, Akut se volvió contra él, con los colmillos al aire.

Unos largos y peludos brazos se extendieron inmediatamente para agarrarle, y, como habían hecho ya millares de veces, los dos se abrazaron en lucha simulada, rodando por la hierba, pegando, gruñendo y mordiendo, aunque sus dientes no se cerraban nunca más que en broma. Esto era un maravilloso ejercicio para ambos. Jack ponía en juego artimañas de lucha que había aprendido en el colegio, y Akut se acostumbró a valerse de muchas de ellas y a chasquearlas.

Mas había un arte que a Akut no le era posible dominar, aunque llegó a adquirir bastante práctica en él para un mono: el boxeo.

Siempre le producía gran sorpresa ver que sus ataques más terribles se veían contenidos y parados por un puñetazo súbitamente plantado en su mismo hocico, o por un doloroso golpe en las falsas costillas. Esto le llenaba de cólera, y en tales ocasiones sus fuertes quijadas estaban a dos dedos de cerrarse con fuerza sobre la suave carne de su amigo; porque al fin y al cabo seguía siendo un mono, con los instintos brutales y el gente irascible de sus congéneres; mas lo difícil para él era llegar a asir a su atormentador mientras le duraba la cólera, porque cuando perdía la cabeza y se precipitaba enloquecido al cuerpo a cuerpo con Jack, descubría que la terrible granizada de golpes que caía sobre él siempre encontraba el blanco y lo contenía eficazmente y con verdadero dolor por su parte.

Entonces se retiraba, gruñendo con extremada perversidad, y se mantenía alejado y con los dientes al aire durante una hora o cosa así, en que no pronunciaba una palabra.

Aquella noche no boxearon. Estuvieron uno o dos minutos luchando de burlas, hasta que el olor de Sheeta, la pantera, les hizo ponerse en pie, apercibidos y cautelosos. El enorme felino pasaba por la selva de-

lante de ellos. Un momento se detuvo prestando el oído. Jack y el mono gruñeron a una en tono amenazador, y el terrible carnívoro siguió su camino.

Luego se encaminaron los dos hacia el sitio donde sonaba el dumdum. El golpear del tambor se percibía cada vez más fuerte. Por fin oyeron los gruñidos de los monos que danzaban, y a su olfato llegó el enérgico olor de su tribu.

Jack temblaba de excitación. El pelo de la espalda de Akut se puso tieso... pues los síntomas de la dicha y de la cólera suelen a menudo ser análogos.

Silenciosamente se deslizaron por la selva acercándose al punto de cita de los monos. Se hallaban a la sazón en los árboles, abriéndose paso hacia adelante, y a la mira de los posibles centinelas. De pronto, por un claro del follaje, la escena se apareció a los ávidos ojos del niño. Para Akut era cosa familiar, mas para Jack era completamente nueva.

Sus nervios se estremecieron ante aquel salvaje espectáculo. Los enormes machos estaban bailando grotescamente a la luz de la luna, dando saltos en círculo irregular en torno del tambor de tierra, punto al cual tres hembras viejas, en cuclillas, golpeaban su resonante y chata parte superior con palos ya muy deteriorados por largos años de uso.

Akut, conocedor del modo de ser y de las costumbres de su raza, era demasiado prudente para revelar su presencia mientras no hubiera pasado el frenesí de la danza. Una vez que el tambor enmudeciera y que la tripa de sus semejantes estuviera colmada, iría a saludarlos. Entonces se celebraría una conferencia, después de la cual él y Korak serían admitidos en la comunidad. Quizá habría alguno que pusiera inconvenientes; pero al tal se le dominaría por la fuerza bruta, de la cual tanto él como Korak tenían abundante provisión. Durante semanas, meses quizá, su presencia podría despertar sospechas, cada vez menguantes, en otros individuos de la tribu; pero acabarían por ser como hermanos de nacimiento de aquellos monos extraños para ellos.

Esperaba Akut que hubiera en la tribu algunos que hubieran conocido a Tarzán, porque esto ayudaría a la presentación del muchacho y a que se realizara el más grato deseo de Akut esto es, que Korak llegara a ser rey de los monos.

Por tanto, al astuto mono le costó gran trabajo impedir que su amigo se lanzara al centro de los bailarines antropoides; acto que habría significado la inmediata aniquilación de uno y de otro, ya que el histérico frenesí a que los grandes monos se hostigan a sí mismo durante la celebración de sus extraños ritos, es de tal naturaleza que hasta los más feroces de los carnívoros les dejan el campo despejado en tales ocasiones.

Conforme la luna descendía lentamente hacia el frondoso horizonte del anfiteatro, el ruido del tambor fué decreciendo, y se aminoraron los esfuerzos de los bailarines, hasta que al fin sonó la última nota y los enormes animales volvieron a abalanzarse sobre el festín que habían arrastrado allí para su orgía.

Por lo que había visto y oído, Akut pudo explicar a Korak que los ritos aquellos proclamaban la elección de un nuevo rey, y señaló al muchacho la recia figura del peludo monarca, que acababa de subir al trono, indudablemente como lo hicieron en otros tiempos muchos reyes humanos: esto es, por el asesinato de su predecesor.

Cuando los monos tuvieron repleta la tripa y muchos de ellos hubieron buscado las bases de los árboles para hacerse un ovillo y entregarse al sueño, Akut tomó a Korak del brazo.

—Ven — le dijo. — Sígueme despacio. Sígueme, y haz lo que haga Akut.

Se adelantaron lentamente por entre los árboles hasta situarse el mono en una rama que dominaba uno de los lados del anfiteatro.

Allí el viejo Akut permaneció silencioso un momento, y al fin exhaló un apagado gruñido. Instantáneamente como unos veinte monos se pusieron en pie, y sus salvajes ojillos recorrieron vivamente el perímetro del calvero.

El mono rey fué el primero en ver dos figuras en aquella rama, y al divisarlas profirió un siniestro gruñido. En seguida dió unos cuantos pasos torpes en dirección a los intrusos. Tenía el pelaje de punta. Sus patas traseras, rígidas, daban a sus andares un movimiento como de cojera y sacudida. Detrás de él se hacinaban unos cuantos machos.

Se detuvo un momento antes de llegar debajo de los dos y lo bastante lejos para no estar al alcance de su salto. ¡Cauto rey en verdad! Allí se quedó oscilando de un lado a otro sobre las cortas patas, mostrando los dientes en pavorosas muecas y soltando gruñidos cada vez más fuertes y continuos, que lenta, pero constantemente, crecían hasta adquirir las proporciones de rugidos. Akut sabía que aquello significaba que el rey se estaba incitando a sí mismo hasta un grado de furor que le permitiera atacarlos.

El viejo mono no tenía gana de luchas, pues había llegado con el muchacho para unir la suerte de ambos a la de la tribu.

—Yo soy Akut — dijo, — y éste que viene conmigo es Korak. Korak es hijo de Tarzán, que fué rey de los monos. Yo también fuí rey de los monos que habitaban en medio de las grandes aguas. Hemos venido a cazar con vosotros y a pelear a vuestro lado. Nosotros somos grandes cazadores. Somos luchadores poderosos. Recibidnos en paz.

El rey cesó de balancearse, y miró a aquella pareja enarcando el peludo ceño. A sus sanguinolentos ojos asomaban el salvajismo y la astucia. Su reino era reciente, y estaba muy celoso de su nueva dignidad. Temía la intervención de aquellos dos monos extraños. Aquel cuerpo liso, moreno y lampiño denotaba al "hombre", y el rey temía y odiaba a los hombres.

—¡Idos...! — gruñó. — ¡Idos si no queréis que os mate...!

El inquieto muchacho, situado al lado del enorme Akut, estaba temblando de gusto y de felicidad. Tenía deseos de saltar abajo para meterse entre aquellos peludos monstruos y demostrarles que era su amigo, que era uno de ellos.

Korak había esperado que lo recibirían con los brazos abiertos, y ahora las palabras del mono rey le llenaban de indignación y de pena. Los negros le habían atacado obligándole a huir. Luego se dirigió a los blancos, a los de su propia raza, sólo para oir el silbido de las balas cuando esperaba palabras de cordial bienvenida. Los monos eran su última esperanza, y en su busca había ido en demanda del compañerismo que los hombres le negaban.

De pronto se sintió dominado por la ira. El mono rey estaba casi inmediatamente debajo de él. Los otros formaban un semicírculo a varios metros de distancia del monarca y con el mayor interés observaban los acontecimientos.

Antes que Akut pudiera prever la intención de Jack Clayton, o impedirla, el niño saltó al suelo en el mismo camino del rey, que ya había conseguido estimular hasta el frenesí su propia furia.

—¡Yo soy Korak! — exclamó a gritos el muchacho. —¡Yo soy el Matador! He venido a vivir entre vosotros como un amigo. ¿Ahora queréis arrojarme de aquí? Pues bien me iré, sí; pero antes de alejarme os enseñaré que el hijo de Tarzán es vuestro señor, como antes lo fué su padre. Os enseñaré que no tiene miedo ni a vuestro rey ni a ninguno de vosotros.

Un instante permaneció el rey de los monos atónito e inmóvil por la sorpresa. No esperaba un acto tan precipitado de ninguno de los dos intrusos. Igualmente sorprendido estaba Akut, que con la mayor excitación empezó a gritar a Korak que volviera a su lado, porque sabía que en aquel sagrado circo debía esperarse que otros monos machos llegaran en auxilio de su rey en contra de un extraño, aunque era muy poco probable que el rey hubiera de necesitar ayuda. Una vez que aquellas poderosas mandíbulas se apretaran sobre la carne suave de la garganta del Matador, el final sería harto rápido. El saltar en su socorro significaría también la muerte de Akut; pero el valiente y viejo mono no titubeó un instante. Erizado y gruñendo, se dejó caer al suelo en el mismo momento en que el rey se lanzaba al ataque.

Las manos de la fiera se extendieron para agarrar su presa en el mismo momento de abalanzarse sobre el muchacho. Las feroces mandíbulas estaban abiertas de par en par para enterrar los amarillos dientes en la parda piel de su antagonista. Korak también dió un salto hacia adelante para recibir la embestida; pero lo dió agachado, para quedar debajo de los extendidos brazos del mono. En el momento de ponerse en contacto, Korak giró sobre un pies, y con todo el peso de su cuerpo y con toda la fuerza de sus adiestrados músculos plantó el puño cerrado en el estómago del rey de los monos. Este, profiriendo un grito de dolor, cayó al suelo, tratando en vano de agarrar a la ágil y desnuda criatura, que mañosamente supo esquivar su acometida.

Aullidos de rabia y desaliento brotaron de la garganta de los monos machos que

LEA EN ESTE NUMERO:

EL PUESTO MALDITO

Por la belleza de su forma y por la intensidad de su acción este cuento puede considerarse como uno de los más notables del gran escritor Warren Hastings Miller. En él se describe magistralmente escenas dramáticas en las que la abnegación y el heroismo atenúan el horroroso cuadro de sangre y desolación que es la guerra.

se hallaban a espaldas de su rey, tanto que con propósitos de matanza se precipitaban sobre Korak y Akut; pero el viejo mono era demasiado prudente para esperar a pie firme un combate tan desigual. Aconsejar a Korak que se retirara habría sido inútil, y Akut lo sabía muy bien. Detenerse siquiera un segundo en discusiones habría puesto el sello a la sentencia de muerte de amoos. No había más que una sola esperanza, y el viejo mono se agarró a ella. Asió al muchacho por la cintura, lo levantó en vilo del suelo y dando media vuelta apretó a correr con toda ligereza hacia otro árbol que proyectaba sobre el circo sus ramas bajas.

Siguiendolos de cerca se precipitó la terrible ralea; pero Akut, a pesar de ser viejo y de ir cargado con el peso de Korak, que no cesaba de resistirse, era aún más ágil que sus perseguidores.

De un salto se agarró a una rama baja, y con la soltura de un mico joven se izó con su amigo a un lugar de seguridad relativa y transitoria. Mas al verse en aquel sitio no se detuvo un instante, sino que se alejó por entre la negrusa de la selva, hasta que tuvo a Korak en lugar seguro Los monos machos los persiguieron un trecho; mas pronto, al ver los más ligeros que se adelantaban a los demás y se encontraban separados de ellos, renunciaron a la caza, y permanecieron rugiendo y aullando hasta estremecer toda la selva con sus terrible gritos. Luego dieron media vuelta y emprendieron la retirada hacia el anfiteatro.

IX

Desdichado en extremo se sentía Korak mientras sin objeto vagaba por la espesura al día siguiente de su inhospitalaria recepción por los grandes monos. Su corazón estaba afligido por el desencanto, y en su pecho ardía la venganza no satisfecha. Miraba lleno de odio a los habitantes del mundo de la selva, y enseñaba los dientes y exhalaba gruñidos sordos contra los que llegaban a ponerse al alcance de sus sentidos. La huella de la vida primitiva de su padre, firmemente grabada en él, se había aumentado por los muchos meses de trato con animales, trato del cual había adquirido, con la facultad imitativa de la juventud, un número infinito de cualidades propias de las fieras depredadoras de la espesura.

Avanzaban a favor del viento lentamente y con la mayor cautela, porque la ventaja era de cualquier alimaña que estuviese de caza delante de ellos, ya que la suave brisa podía llevarle su olor. De pronto los dos se detuvieron simultáneamente. Sus cabezas se quedaron atentas y caídas hacia un lado. Como figuras talladas en piedra permanecieron inmóviles prestando el oído, sin que se estremeciera un solo músculo de su cuerpo. Así estuvieron unos segundos, y al fin Korak avanzó con cautela unos cuantos pasos y se lanzó ágilmente a lo alto de un árbol, Akut le siguió de cerca. Ninguno de los dos hizo el menor ruido que hubiera podido apreciar un oído humano a la distancia de doce varas.

Deteniéndose a menudo a escuchar, fueron adelantando sigilosamente por entre los árboles. Era evidente que ambos se hallaban en el colmo de la perplegidad, a juzgar por las mútuas miradas interrogadoras que de cuando en cuando se lanzaban. Finalmente el mozo divisó una empalizada a un centenar de metros de distancia, y más allá las cimas de algunas tiendas de pieles de cabra y unas cuantas chozas cubiertas de paja. El labio superior de Korak se frunció en un salvaje gruñido. ¡Negros! ¡Cuántos los odiaba! Hizo seña a Akut de que le esperara mientras él se adenlataba a hacer un reconocimiento.

¡Desdichado el mísero indígena sobre quien fué a caer Korak! Escurriéndose por las ramas más bajas de los árboles, saltando ligeramente de un gigante de la selva a su vecino cuando la distançia entre ambos no era demasiado grande, o balanceándose desde un agarradero a otro, Korak avanzó silenciosamente hacia el pueblo. Había oído una voz detrás de la empalizada y hacia ella se dirigió.

Un árbol enorme dominaba la cerca en el mismo punto de donde procedía la voz y en él se introdujo cautelosamente Korak, con el venablo apercibido en la diestra. Sus oídos le habían advertido la proximidad de un ser humano, Lo único que sus ojos necesitaban era una mirada que le pusiera de manifiesto su blanco. Entonces como un rayo, el arma arrojadiza volaría hacia su meta, Con el venablo levantado se escurrió por entre las ramas del árbol. mirando atentamente hacia abajo buscando al dueño de la voz que había llegado a sus oídos,

Por fin vió la espalda de un ser humano, El brazo que empuñaba el venablo se echó hacia atrás hasta el límite de la posición de tiro, para acopiar la fuerza que debía de enviar al proyectil al través del cuerpo de su confiada víctima. Y entonces Korak se detuvo, Se inclinó hacia delante para ver mejor su blanco, ¿Era para asegurar la perfección de la puntería, o era que en las graciosas líneas y las graciosas curvas del cuerpecito de abajo había algo que ponía freno en el espíritu homicida sublevado en sus venas?

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE "PUCKY"

EL MISTERIO DE LA ARMONICA

Por P. G. WODEHOUSE

La habitación era el típico dormitorio de una casa de pensión de la mejor clase, amueblado con severa sencillez. Contenía dos camas, una cómoda de pino, una tira de alfombra descolorida y un lavatorio de agua corriente.

Todas estas cosas podían haberse adivinado a través de la puerta cerrada, pero había en el piso algo que diferenciaba aquél cuarto de otros mil de la misma clase.

Tendido de espaldas, una pierna extrañamente doblada sobre la otra, las manos crispadas, los dientes, blancos y brillantes entre la barba negra, puestos al descubierto por una mueca horrible, el capitán Juan Gunner miraba al techo con ojos que nada veían ya.

Hasta un momento antes se hallaba solo en la pequeña habitación, pero ahora dos personas estaban junto a él, contemplándolo.

Uno era un policía grandote, que retorcía nerviosamente su gorra entre las manos. La otra una mujer, alta y flaca, anciana ya, vestida con un traje negro arratonado. Contemplaba con sus pálidos ojos al hombre muerto.

La mujer era la señora Pickett, propietaria de la Pensión Excelsior. El policía se llamaba Gorgan. Era un gigante afable, terror de todo el elemento maleante de Long Island, pero evidentemente poco a sus anchas en presencia de la muerte.

Su respiración salió con una especie de extraño silbido, se enjugó la frente y murmuró:

—¿Se ha fijado usted en sus ojos, señora?

La señora Pickett no contestó. No había hablado desde que el agente de policía entrara en la habitación.

El agente la miró de rabo de ojo. Le tenía miedo a la señora Pickett, como le pasaba a todo el mundo en la costa de Long Island.

Su silencio, sus pálidos ojos, la formidable tranquilidad de su persona, dominaban hasta los viejos lobos de mar que se alojaban en la Pensión Excelsior. Era una especie de reina en aquella pequeña comunidad de marinos.

—¿Ha telefoneado usted al médico, señora?

La señora hizo señas que sí.

La brisa entrando por la ventana abierta, trajo el sonido de risas bulliciosas. Una voz alegre entonó una canción popular.

—Así lo encontré — dijo la señora Pickett. No hablaba en voz alta; pero su acento hizo estremecer al agente. Se enjugó la frente de nuevo.

—Puede ser que se trate de una apoplegía, acentuó Grogan.

La señora Pickett no contestó.

—Algunas personas se mueren de un ataque al corazón. No hay rastro de herida.

La anciana tampoco contestó.

Se oyó afuera ruido de pasos. Entró un hombre joven trayendo consigo una cartera negra.

—Buenos días, señora Pickett — ¿qué es lo que...? ¡Dios santo!

Se arrodilló junto al cuerpo y le levantó uno de los brazos. Volvió a bajarlo suavemente y movió la cabeza.

—Hace varias horas que está muerto. ¿Cuándo lo encontró?

—Hace veinte minutos — dijo la anciana. — Creo que ha muerto anoche. Nunca quería que lo despertaran por la mañana. Decía que le gustaba dormir. Bueno... ahora está a su gusto.

—¿De qué murió, doctor? — preguntó el policía.

—Es imposible decirlo sin un detenido exámen. Puede ser que haya sido un ataque al corazón; pero yo conocía al pobre hombre y se que su corazón estaba sano. Fué a verme hace apenas una semana y lo examiné detenidamente. ¡Dios sabe de que se trata!

El médico de policía nos lo dirá.

Miró el cuerpo casi con resentimiento.

—Me desconsuela — dijo. — El hombre no tiene derecho a caer muerto así. Era un viejo endurecido marino, que podía haber vivido veinte añas más. Aunque no es posible saberlo antes de la autopsia, yo diría que se trata de un envenenamiento.

—¡Por amor de Dios! — exclamó el agente Grogan.

—¿Y cómo puede haberse envenenado? — preguntó la señora Pickett.

—Eso es más de lo que puedo decir. No hay vaso del que haya podido beber. Podría haber tomado el veneno en forma de cápsu-

la. Pero ¿por qué se iba a envenenar? Era un anciano bastante alegre, ¿no es cierto?

—Seguro — dijo el agente Grogan. — Tenía fama de ser campeón de bromas en este barrio. Han venido algunos a quejarse a mi por ellas. Era así por naturaleza. Siempre sarcástico, aunque nunca ensayó sus chistes conmigo.

—Este hombre debe haber muerto a hora temprano anoche, — dijo el médico —¿Dónde está el capitán Muller? Si compartía la habitación con él debe estar en condiciones de decirnos algo.

—El capitán Muller pasó la noche con algunos amigos en Broocklin, — dijo la señora Pickett. — se fué después de comer.

El médico dirigió una mirada a su alrededor y frunció el ceño.

—No me gusta esto. No lo comprendo. Si hubiera ocurrido en la India, yo diría que ha sido mordido por una serpiente. Estuve allá dos años y vi cientos de casos como éste. Todos presentaban el mismo aspecto. La cosa parece ridícula. ¿Cómo puede un hombre ser mordido por una serpiente en una casa de pensión, a orillas del agua? Es cosa de volverse loco. Estaba la puerta cerrada con llave cuando usted lo encontró, señora Pickett?

La anciana hizo señas que si.

—Yo abrí con mi llave. Lo estuve llamando y no contestó, de manera que sospeché que algo había ocurrido.

El agente habló.

—¿No ha tocado usted nada, señora? Siempre la investigación se muestra muy exigente en este punto. Si el doctor no se equivoca y hay algo de misterioso en esta muerte será lo primero que los detectives preguntarán.

—Todo está como lo encontré.

—¡Qué es eso que está en el suelo, delante de él?

—Su armónica. Le gustaba tocarla por la noche en su habitación. He recibido algunas quejas por ello; pero yo no veía inconveniente, puesto que nunca tocaba hasta muy tarde.

—Parece que hubiera estado tocando cuando... la cosa ocurrió. — dijo Grogan. — Esto no tiene mucho aspecto de suicidio, doctor.

—Yo no he dicho que fuera un suicidio.

El agente Grogan resopló.

—¿No cree usted...?

—Yo no creeré nada hasta después de la autopsia. Lo único que digo es que se trata de un caso raro.

Otro aspecto del asunto atrajo la atención del agente Grogan.

—Creo que esto va a perjudicar algo a su casa de pensión, señora Pickett.

—Creo que es mejor que llame al médico de policía, — dijo el doctor.

Salió y después de un momento el policía lo siguió.

El agente Grogan no era nervioso, pero experimentaba un gran deseo de encontrarse en alguna parte donde no pudiera ver los ojos, abiertos y fijos del muerto.

La señora Pickett permaneció donde estaba contemplando a su infortunado pensionista. Su rostro seguía sin expresión, pero interiormente ardía. Era la primera vez que una cosa así ocurría en la pensión Excelsior y, como había sugerido el agente Grogan, aquello iba a desacreditarla.

Por bien sentada que esté la reputación de una casa de pensión, por excelentes que sea su cocina y sus comodidades, cuando ocurre una tragedía la gente parece, por un tiempo al menos, deseosa de huir de ella.

No era la posible pérdida pecuniaria que preocupaba a la señora Pickett. En lo que a dinero se refiere, podría haberse retirado de los negocios algunos años antes y vivir tranquilamente de sus ahorros. Era más rica de lo que suponían sus conocidos.

Era el borrón en el escudo de la Pensión Excelsior, la mancha de su fama, lo que la atormentaba.

La Excelsior era su vida. Muchos años atrás, (el pensionista más antiguo no recordaba la fecha) había fundado ella aquel establecimiento modelo, cuya fama había llegado a los rincones más lejanos del mundo.

En las cantinas y lugares donde se reunían marinos, la fama de la señorita Pickett era tan pura como el oro. Los hombres hablaban de su casa como de un lugar donde se comía bien, se estaba cómodamente alojado y no se conocían los robos mezquinos.

Era tal el coro de alabanzas de la Pensión Excelsior, de un extremo a otro del mundo, que no es posible sufriera la casa mucho detrimento por una única misteriosa muerte. pero la señora Pickett no se conformaba con aquellas reflexiones. Estaba herida. Su casa era una página blanca. Ahora, no. Sus pensamientos giraban siempre sobre el mismo tema.

Miró al muerto con sombría expresión en sus pálidos ojos. Del corredor llegó la voz del médico que hablaba por teléfono.

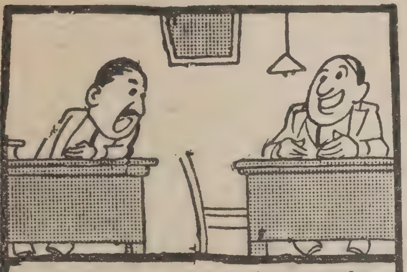
II

Las oficinas de la Agencia de Detectives de Paul J. Synder, instalada hacía doce años en una pieza, habían progresado tanto, que se hallaban ahora en un edificio que era un verdadero palacio, con pisos encerados, máquinas de escribir y otras pruebas evidentes de prosperidad. Paul Synder, que en otro tiempo atendía personalmente a los pocos clientes que se presentaban, tenía ahora su escritorio particular y un buen número de empleados.

Ya no permanecía gorra en mano, ni tenía su tiempo a disposición de cualquiera que quisiera pagarle una modesta prima. Era ahora un autócrata que aceptaba o rehusaba casos a voluntad.

Acababa de aceptar un caso. Le pareció que podía tratarse de algo de ninguna importancia o excesivamente grande. En la última probabilidad había jugado.

La prima ofrecida era, según los principios de prosperidad actual, pequeña; pero los hechos extraños, añadidos a la personalidad de su cliente, lo habían decidido. Tocó, pues, un timbre, y pidió que le enviaran al joven Oakes.



—¿Qué te parece el nuevo horario de ocho horas?
—Me importa un comino. To tomando HIERRO QUINA BISLERI me siento fuerte y puedo trabajar lo que quiero.

Elliott Oakes era un joven que divertía e interesaba a Synder. Tenía una confianza presuntuosa en sí mismo. Se había incorporado recientemente a la agencia y no ocultaba su intención de reformarla e intensificar su acción por medio de procedimientos nuevos.

Snyder, lo mismo que la mayoría de sus subalternos, confiaba sus resultados al trabajo intenso y al derroche de sentido común. Nunca había sido un detective del tipo llamativo. Los resultados justificaron sus procedimientos; pero estaba perfectamente seguro de que el joven Oakes lo consideraba un viejo retrógrado, milagrosamentte favorecido por la suerte.

Synder había elegido a Oakes para el caso actual, especialmente porque se trataba de algo donde su inexperiencia no podría resultar perjudicial y donde el trabajo que él llamaba método inductivo podría obtener un éxito brillante e inesperado. Era uno de esos casos extraños que exigen más bien la temeridad del aficionado que las reglas del profesional.

Había, además, otro motivo en la elección del señor Synder: sospechaba que la conducta de Oakes, en este caso, tendría por resultado bajarle los humos.

Si fracasaba, aunque el resultado no favorecería a la agencia, tampoco la perjudicaría gran cosa.

Se abrió la puerta y entró Oakes ansioso. Todo lo hacía ansiosamente, en parte por natural energía nerviosa, en parte por "pose'. Era un joven delgado, de ojos obscuros y labios finos, el típico detective de novela, así como Synder parecía un cambista próspero.

El señor Synder nunca se había preocupado por el aspecto profesional exterior. Uno podía imaginarse a Synder, en sus momentos de ocio, contemplando un partido de pelota o de bolos. Oakes daba la impresión de que no tenía momentos de ocio.

—Siéntese, Oakes, — le dijo Synder. — Tengo tarea para usted.

Oakes se sentó en una silla en la actitud del leopardo en acecho y juntó las yemas de sus dedos. Hizo una breve señal afirmativa. Era parte de su "pose" mostrarse silencioso y alerta.

—Tome esta dirección, — prosiguió Synder, dándole un sobre, — y vaya a ver de qué se trata. Si descubriera usted algo o hay algo que descubrir es más de lo que puedo decirle. Cuando la anciana me contó la historia, me sentí convencido. Ella opina que se trata de un asesinato. Ahora no sé qué pensar.

—¿Los hechos? — preguntó Oakes brevemente.

—La dirección de ese sobre pertenec a una casa de pensión, en la costa de Long Island. Ya conoce utsed el sitio; albergue de marinos retirados y gente por el estilo. Toda, clientela respetable. No crea que le mando a un infierno donde los hombres se emborrachan y pelean desde el día de su llegada. Bueno... Un hombre ha sido asesinado allí.

—¿Asesinado?

—Es decir... no sé. Es lo que usted debe descubrir. Ni el médico de policía lo sabe. No comprendo cómo puede haberse cometido un crimen. La puerta estaba cerrada con llave; nadie ha podido entrar.

—¿Y la ventana?

—Estaba abierta; pero la habitación está en el primer piso y, además, debe recordar que la anciana dice que está provista de rejas y nadie puede entrar por ella.

Los ojos de Oakes brillaron. Estaba interesado.

—¿Cuál fué la causa de la muerte?

Synder tosió.

—La mordedura de una serpiente, — dijo.

La tranquilidad de Oakes lo abandonó.

—¡Cómo!

—Es la verdad. La autopsia ha demostrado que la muerte fué causada por el veneno de una serpiente. Para ser más exactos, por el veneno de una pequeña serpiente, que en la India es conocida con el nombre de "krait". Para complicar la cosa, no se ha encontrado serpiente alguna. No pudo entrar por la chimenea, porque no la hay; tampoco por la ventana, porque ésta es muy alta y las serpientes no saltan. Conque... es el momento de aplicar sus métodos.

Oakes se levantó. Su rostro indicaba resolución.

—Es mejor que empiece en seguida, — dijo. — Le enviaré informes de tiempo en tiempo.

—Los leeré con sumo interés, — dijo Synder bondadosamente. — Sea atento con la señor Pickett; es persona que lo merece. Lo ayudará.

III

Un día después, Synder estaba sentado en su despacho, leyendo un informe escrito a máquina. Parecía tratarse de algo muy chistoso, porque al leerlo dejó oir algunas exclamaciones risueñas; cuando concluyó la última página, se recostó en la silla y rió con todas sus ganas. Sin embargo, el autor no había pretendido obtener de su escrito resultado semejante. Era el primer informe enviado por Elliott Oakes y decía lo siguiente:

"Siento no poder señarle ningún progreso real. Tengo varias teorías; pero hasta ahora no puedo decir que sean verdaderas.

"No bien llegué, le dije a la señora Pickett quién era, y le pedí me suministrara todos los datos posibles. Es una mujer extraña y

silenciosa, que me parece dotada de escasa inteligencia. Dirige muy bien su casa; pero su labor es puramente mecánica. Nunca habla, a no ser que se le pregunte, y aun así sus respuestas son breves, hasta el punto de resultar incomprensibles. Sin embargo, logré obtener de ella bastantes informes, que podrán ser o no útiles.

"Por el momento el asunto parece inexplicable. Suponiendo que el capitán Gunner haya sido asesinado, parece que no ha existido motivo para este crimen.

"He averiguado cuidadosamente todo lo que a su persona se refiere, y sé que tenía cincuenta y cinco años, habiendo pasado casi cuarenta en el mar; los últimos doce, a cargo de su propio buque. Parece que era de carácter un poco tiránico; pero a la vez dotado de un humorismo rudo. Era pensionista de la señora Pickett desde hacía diez meses.

"Haciéndome pasar por James Burton, abastecedor de buques, me he mezclado con los otros pensionistas, oyendo todo lo que tienen que decir sobre el asunto.

"Me parece que el muerto no era muy querido. Tenía una lengua mordaz y no era parco en usarla. No he encontrado un hombre que sienta de veras su muerte.

"Por otra parte, tampoco he oído nada de lo que pueda deducirse que tuviera algún enemigo. Era poco popular: eso es todo.

"He visto bastante al hombre que compartía su habitación. Es también un capitán retirado llamado Muller. Un alemán grandote y silencioso, de quien no es fácil conseguir que hable sobre tema alguno. Todo lo que he obtenido del capitán Muller, son informes que llevan en cualquier dirección. El muerto sólo bebía por la noche, un poco de whisky. Parece que no tenía cabeza fuerte y la menor cantidad de licor le producía una semiembriaguez, volviéndolo pesado y hasta ofensivo. Me parece que Muller lo consideraba un compañero de cuarto difícil; pero él es un alemán plácido, capaz de llevarse bien con cualquiera. El y Gunner tenían por costumbre jugar a las damas todas las noches. Gunner tenía una armónica y tocaba en ella frecuentemente.

"Aparentemente estaba tocando su instrumento favorito cuando murió; lo que indica que no se hallaba en humor de suicidarse; pero si no se mató ¿quién por qué o cómo cometió el crimen?

"Como lo digo, tengo una o dos teorías. La más plausible es que en una de sus visitas a la India el capitán Gunner haya ofendido a algún nativo.

El cuento de Kipling "The of the Boast" es sugestivo. ¿No es posible que el capitán Gunner, que se embriagaba con facilidad, haya insultado a algún dios hindú?

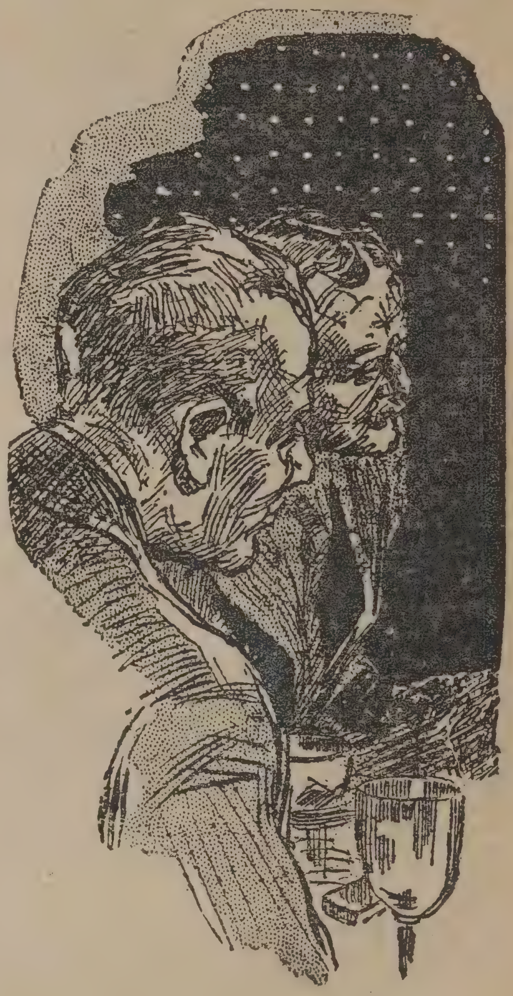
"El hecho de que haya muerto debido al veneno de una serpiente india parece favorecer esta opinión.

Mi otra teoría es: ¿sabe la señora Pickett de este asunto más de lo que dice?

Quizá esté equivocado al juzgar sus cualidades mentales. Su estupidez aparente puede ser astucia.

"Pero nuevamente aquí falta el motivo. Tengo que confesar que hasta ahora no veo mi camino muy claro; sin embargo, pronto volveré a escribirle nuevamente".

Synder se divirtió mucho con el informe. Le gustaba el asunto y el estilo literario



de Oakes. Además veía que Oakes estaba desorientado y aquello lo regocijaba por tratarse de joven tan presuntuoso.

IV

Pero el joven Oakes no se divertía tanto como su patrón. Por primera vez en su vida se daba cuenta de que tenía nervios. Al principio se había sentido estimulado. Estaba harto de casos que no ofrecían campo para el genio inductivo de que se consideraba poseedor. Se había dicho a sí mismo que ahora le mostraría a Synder la diferencia entre los métodos modernos y las estúpidas reglas de la agencia. Este humor duró algunas horas; luego empezaron a deslizarse las dudas. El problema llegó a presentársele como insoluble. Cierto que recién empezaba; pero algo le decía que se

hallaría en las mismas condiciones dentro de un mes.

Además cuanto más tiempo pasaba en la Pensión Excelsior más claro le resultaba que aquella vieja infernal, de los ojos pálidos, lo consideraba un verdadero idiota. Fué aquello lo que le atacó los nervios; nada lo turbaba más que el tranquilo desdén de la señora Pickett.

Le parecía ahora que se había él mostrado demasiado presuntuoso y brusco en su primera entrevista. La había interrogado sobre hechos que necesitaba para completar los informes del señor Synder con una petulancia que ahora lamentaba.

Los pálidos ojos de la señora Pickett le decían claramente que era demasiado joven para ese oficio.

Oakes pertenecío a la escuela de la lupa. Lo primero que hizo al entrar fué examinar cuidadosamente el piso, las paredes, los muebles y el antepecho de la ventana. Hubiera negado acaloradamente si alguien le dijera que hacía aquello por "pose" profesional; pero sin poder dar otra razón de su exámen. Descubrió lo que probablemente en el fondo de su corazón esperaba desubrir, nada.

Se enderezó un poco colorado y abandonando la lupa, dirigió una mirada investigadora por la habitación colocándose cerca de la puerta. Si algo descubrió fué enteramente negativo; como decía Synder, no había chimenea y nadie podía haber entrado por la ventana ni por la puerta cerrada. Después de un cuarto de hora abandonó la habitación, cerrando tras si la puerta.

... y de las manos temblorosas del capitán Muller cayó sobre la mesa una pequeña armónica.

V

Dos días después, Synder recibía un telegrama así concebido:

"Misterio Gunner aclarado. Regreso.

Oakes".

Synder dió orden de que hicieran pasar a Oakes no bien llegara y cuando el joven detective estuvo en su presencia le dijo:

—He recibido su telegrama.

—¿Lo ha sorprendido, no?

Su tono arrogante ofendió a Synder, pero estaba resignado a soportarlo. Una de las principales virtudes del viejo detective era su serenidad y su sentido humorístico, que

lo había salvado en muchas ocasiones y lo salvaría ahora.

—Sí, — contestó — confieso que me ha sorprendido. De su informe no deduje que hubiera usted hallado una pista. ¿Fué su teoría del hindú que triunfó o logró usted hacer "cantar" a la señora Pickett.

Oakes se rió tolerantemente.

—O... todo eso fué humo de paja. Realmente nunca creí en esas teorías. Hice lo posible, sí, por encontrar una pista que me condujera al descubrimiento del crimen, pero en vista de que ésta no existía y de que ni los otros pensionistas ni la señora Pickett eran capaces de ayudarme en nada, decidí renunciar a la ayuda exterior y confiar en mi propia inteligencia.

Sonrió complacido.

—Yo profeso la teoría, señor Snyder, de que, de diez casos en nueve, no ocurren cosas extraordinarias.

—No entiendo que quiere usted decir.

—Lo que digo. Le daré otra explicación más sencilla, si gusta. Lo que quiere significar es que, casi siempre, la explicación más sencilla es la verdadera. Procuraré convencerme de que nada extraño había ocurrido y... gané.

Synder suspiró. Oakes tenía cierto derecho a mostrarse arrogante; pero no había duda, de que su modo de contar el caso sacaba de paciencia. El otro prosiguió:

—Creo en la sucesión lógica de los acontecimientos. Rehuso aceptar causas a menos de que haya efectos. En otras palabras, señor Synder, con mis debidos respetos, le diré que me niego a creer en un crimen, a menos que haya causas para él. Lo primero que hice fué investigar si había motivos para el asesinato del capitán Gunner, decidí que no; por lo tanto no había asesinato.

Synder abrió la boca para hablar; pero cambió de idea y Oakes continuó.

—Luego ensayé la teoría del suicidio. No había motivos, por lo tanto no existía el suicidio.

Esta vez Snyder habló.

—Diga, hijo mío, ¿no habrá estado trabajando en una casa equivocada? Supongo que no me irá usted a decir que no había allí un muerto...

Oakes sonrió.

—Nada de eso. El capitán Gunner estaba tan muerto como el que más y la autopsia probó que su fallecimiento había sido causado por la mordedura de una serpiente.

Synder se encogió de hombros.

—Continúe; es su historia lo que estoy oyendo.

—No lo tendré mucho tiempo sobre ascuas. El capitán Gunner murió a consecuencias de la mordedura de una serpiente por la muy excelente razón de que fué mordido por ella.

—¿Mordido por una serpiente?

—Sí, una 'krait", procedente de Java.

—Cómo lo sabe? ¿La vió usted?

—No...

—Entonces..

—Tengo suficientes pruebas para hacer condenar a la señora serpiente por cualquier jurado.

—¿Y cómo salió la serpiente de la habitación?

—Por la ventana.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿No me dijo usted mismo que era muy alta

—Con todo, salió por la ventana. Es la consecuencia lógica de los acontecimientos Hay pruebas de que estuvo en la habitación. Mató allí al capitán Gunner y hay pruebas de que salió de ella. Habrá trepado o saltado, pero por la ventana salió .

—¿Qué quiere usted decir con "pruebas de su presencia afuera"?

—Mató un perro.

—¡Hola! Esto es nuevo. ¿Cómo sabe que lo mató?

—Porque el análisis lo probó así.

—¿Dónde estaba?

—En un patio del fondo de la casa. La ventana del capitán Gunner da a él. Hay en el patio bastante cajas y cachivaches, además de algunos arbustos que ocultaron el cuerpo del perro. Este era un perro vagabundo y no fué encontrado hasta la mañana siguiente de enviarle mi informe, por Katie la sirvienta para todo servicio.

Se me ocurrió ordenar un análisis y quedó demostrado que había muerto también por la mordedura de una serpiente.

—¿Pero no ha sido encontrada ésta?... ¡Dios mío! ¡Pensar que ande suelta por la costa de Long Island!

—Esperemos que haya muerto, porque hace dos días que escapó y no se han hallado más rastros de ella. Las noches son ahora muy frías y probablemente ha muerto de frío, después de salir del patio por la puerta abierta.

—Pero... ¡Por todos los santos! ¿Cómo llegó la serpiente al cuarto del capitán?

—El capitán Muller me lo explicó. No directamente, es claro; pero yo lo deduje de sus palabras. El capitán Gunner tenía un amigo que vivía en Java. Este le mandó una partida de bananas... dentro vino, sin saberlo el amigo, naturalmente, la "krait". Esto es muy común.

Snyder estaba convencido. Era bastante generoso para reconocer el triunfo de su empleado, y así lo hizo.

—Lo felicito, hijo mío. Le confesaré que el caso me parecía sin solución. Es usted una maravilla.

—Nada de eso. He empleado los dones que Dios me dió sin dejarme extraviar por senderos equivocados. Y conste, señor Synder, que he triunfado sin el concurso de la señora Pickett, a quien tanto me recomendó usted.

Synder pareció confuso.

—Era una broma. ¿Cómo quedó la anciana? Supongo que estará contenta.

—No lo demostró. Esa mujer parece una momia. Nada la conmueve. Pero me ha invitado a comer esta noche, en su comedor privado, lo que supongo es un honor. Será una comida muy aburrida: pero no he podido negarme, porque insistió mucho en ello.

VI

No hacía mucho tiempo que había salido Oakes, cuando le anunciaron a Snyder que la señora Pickett deseaba verlo, cosa que le agradó porque le interesaba mucho la personalidad de la dueña de la pensión. La hizo pasar en seguida.

—Siéntese, señora Pickett. Me alegro que haya usted venido. Oakes acaba de salir de aquí y me lo ha contado todo.

—A mí también,— dijo la señora secamente.

Synder la miró con aire interrogador. Sus modales eran más sugestivos que sus palabras.

—Es un joven tonto, presuntuoso y obstinado, — dijo la señora Pickett.

Esta descripción de su empleado, no era nueva para Synder; así lo había juzgado él en otro tiempo. Poco después de su triunfo, le pareció que no merecía las palabras de la señora.

—¿No está usted conforme con la solución dada al misterio por el señor Oakes, señora Pickett.

—No.

—¿Tiene usted alguna otra idea?

—Sí.

—Me gustaría saberla.

—A su debido tiempo la sabrá usted.

—¿Qué es lo que le hace estar tan segura de que Oakes se ha equivocado?

—Ha partido de una suposición imposible y basó en ella toda su teoría. No pudo haber una serpiente en la habitación sin que la halláramos, porque era imposible que saliera de ella. La ventana era demasiado alta.

—¿Pero y el perro muerto?

La señora Pickett lo miró como si la hubiese decepcionado.

—Siempre he oído decir, señor Synder, que era usted una persona dotada de sentido común. ¿Por qué trata ahora de creer que ha ocurrido una cosa imposible, sólo porque coincide con algo que no es fácil explicar?

—¿Quiere usted decir que hay otra explicación para la muerte del perró?

—No, no hay otra; pero si la hay para la muerte del señor Gunner y el joven Oakes la hubiese encontrado, sino fuera tan cabeza dura y presuntuoso.

—Habla usted como si la hubiese encontrado.

—La encontré.

Synder dió un salto en su silla.

—¿Usted?

—Yo.

—¿Y cuál es?

—Lo sabrá esta noche si quiere acompañarme a comer. Lleve consigo una orden de arresto. ¿Puede conseguirla?

—Sí... pero ¡sin saber de quién se trata! ¿No estará usted equivocada? No desearía ayudar al arresto de una persona inocente. Dígame quién es el presunto asesino, según usted.

—Si se lo dijera, creería que estoy loca. Oiga, señor Synder; usted conseguirá la orden de arresto y la traerá consigo esta noche a la comida que ofrezco a un grupo de personas, en mi comedor particular. Si no está convencido de la culpabilidad del hombre a quien yo acuso, queda usted en libertad de no usarla.

Synder aceptó.

VII

Cuando Synder llegó a la pensión Excelsior, encontró ya a Oakes, quien pareció sorprendido.

—¿Así que también está usted invitado? Veo que la señora Pickett quiere celebrar mi triunfo en regla.

Synder no contestó. Oakes notó que su patrón estaba nervioso y preocupado. Lo hubiese interrogado, pero en ese momento, el tercer invitado, el capitán Muller, entró en la habitación.

Para un hombre observador como Synder, no escapó el aspecto sombrío y huraño del capitán, pero se reprochó al dejarse llevar por la imaginación, decidido a observar los acontecimientos.

En ese momento, Oakes dió pruebas de haber notado también el aspecto de nerviosidad del capitán Muller.

—Tiene usted aspecto de no encontrarse bien, capitán.

Muller levantó sus ojos huraños.

—He dormido mal anoche.

TARZAN DE LOS MONOS

La cuarta parte de esta novela de aventuras que publica "Pucky", es sencillamente admirable.

EL HIJO DE TARZAN deleita y apasiona por el creciente interés de sus emocionantes aventuras y por el brillante estilo de su autor.

Con razón la crítica ha calificado a esta obra como "LA MAS ESTUPENDA NOVELA DE SU GENERO QUE SE HA PUBLICADO HASTA NUESTROS DIAS".

Lea en todos los números de "Pucky"

TARZAN DE LOS MONOS

La puerta se abrió y entra la señora Pickett.

Para Synder, uno de los detalles más notables de aquella comida, fué la transformación de la señora Pickett, a quien había conocido siempre silenciosa, en una amable y atrayente dueña de casa. Delante de cada uno de los invitados, había un pequeño paquete, prolijamente envuelto en papel. Oakes tomó el suyo.

—¡Pero, señora, esto es principesco! ¿Recuerdos? Es usted muy amable.

—Sí, es un recuerdo, señor Oakes, y espero que le gustará.

—¿Gustarme? Estoy sorprendido y encantado.

—No tiene usted que considerarme simplemente una dueña de casa de pensión, señor Oakes; hoy soy ama de casa. Pocas veces doy comidas, pero, si lo hago, me gusta que tengan éxito. Quiero que cada uno de ustedes recuerde ésta.

—Estoy seguro de que la recordaré.

La señora Pickett sonrió.

—Creo que todos la recordaréis; usted, señor Synder, y usted también, capitán Muller.

Synder notó cierta expresión en sus palabras, admirándose de que no sirvieran de advertencia al capitán, pero éste había empezado a beber fuerte y cuando la señora Pickett se dirigió a él murmuró algo que podría tomarse por un gruñido de cortés complacencia.

Oakes tocó su paquete con la impaciencia de un niño.

—¿Podemos abrirlos, señora ?

—No, todavía no, señor Oakes.

—Es que estoy impaciente por saber lo qué es.

—Espero que no lo decepcionará, señor Oakes.

Los temores de que aquello resultara una comida aburrida, se habían disipado para el joven detective. Pero, en verdad, él sólo hacía el gasto de la conversación. El capitán Muller no hacía más que vaciar y volver a llenar su vaso; Synder estaba silencioso. La señora Pickett hablaba sólo lo necesario.

Oakes volvió a tomar su paquete.

—¿Y ahora, puedo abrirlo

—Yo desceaba que no se abrieran los paquetes hasta después de la comida, pero... como guste.

—Mil gracias, señora. Es algo que siempre había deseado.

El paquete del señor Synder contenía un reloj de bolsillo, en forma de linterna.

—Esto, — dijo la señora Snyder, es un símbolo de su profesión, — se inclinó hacia Muller, — El señor Synder es detective.

Le pareció a Synder ver algo como una expresión de miedo en los ojos del capitán; pero desapareció tan pronto que no pudo saber si era ilusión.

—¿Ah, sí? — dijo Muller y siguió bebiendo.

—Abra su paquete, capitán, — dijo Oakes — Debe contenr algo especial. Es dos veces del tamaño del mío.

Había algo en la expresión de la anciana, mientras que desenvolvía Muller el paquete que hizo estremecer a Synder. Algo le anunciaba la proximidad del momento psicológico. Se inclinó ansiosamente...

Oyó como un gemido ahogado y de las manos temblorosas del capitán Muller cayó sobre la mesa una pequeña armónica. En el silencio que siguió, las sospechas que Synder había tratado de alejarse se robustecieron. El aspecto del capitán era ahora elocuente. Sus mejillas parecían de cera y sus ojos reflejaban una expresión de terror que no podía reprimir. Los vasos cayeron, al agarrarse Muller con mano crispada del mantel.

La señora Pickett habló.

—¿Por qué se ha puesto así, capitán? Creí que, siendo el mejor amigo del capitán Gunner, apreciaría usted un recuerdo suyo. ¡Cuánto debe usted haberlo querido para que la vista de su armónica lo trastorne así!

Muller no habló; seguía mirando, como fascinado, el pequeño instrumento musical que estaba sobre la mesa. La señora Pickett se volvió a Snyder. Sus ojos, al fijarse en los del detective, tenían expresión fanática.

—Señor Snyder, como detective, le interesará a usted un curioso suceso ocurrido en mi casa. Uno de mis pensionistas, el capitán Gunner, fué encontrado muerto en su habitación, que compartía con el capitán Muller.

Soy muy celosa de la reputación de mi casa y aquello fué para mí un rudo golpe. Pedí a cierta agencia un detective y me mandaron un muchacho tonto, sin otro mérito que su creencia en sí mismo. Dijo que el capitán Gunner había muerto mordido por una serpiente, que vino de Java en un cacho de bananas. Yo tenía otra convicción: la de que el capitán Gunner había sido asesinado. ¿Oye, capitán Muller?. Como amigo del muerto esto debe interesarle.

El hombre no contestó; miraba fijo delante de sí, como si viera algo invisible a los demás ojos.

—Ayer encontramos el cuerpo de un perro. Había muerto, como el capitán, por el veneno de una serpiente. El muchacho de la agencia de detectives dijo que aquello era definitivo. La serpiente que había mordido al capitán mordió también al perro.

Yo sabía que aquello era imposible. Si había una serpiente en aquella habitación, no podía haber salido.

No fué una serpiente quien mató al capitán Gunner, si no un gato.

El capitán tenía un amigo; pero éste lo odiaba. Un día al abrir un cacho de bana-

ANALISIS

DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE, TUMORES, SECRECIONES, etc.

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

nas, el amigo encontró una "krait" y la mató. Extrajo el veneno.

Conocía las costumbres del capitán. Sabía que éste tocaba la armónica. Este hombre tenía un gato; sabía que, extrañamente los gatos aborrecen el sonido de la armónica. Había visto a menudo a la gata correr hacia el capitán y arañarle cuando tocaba.

Tomó al gato y le untó las garras con el veneno. Y lo dejó en la habitación con el capitán Gunner. Sabía lo que iba a ocurrir.

Oakes y Snyder se habían levantado; el capitán no se movía. Sus dedos continuaban aferrando el mantel.

La señora Pickett se levantó y fué hasta un "closet", cerrado con llave. Lo abrió.

—¡Kitty, Kitty! — llamó.

Una gata negra salió rápidamente del armario.

Con estrépito de vajilla rota la mesa se inclinó y concluyó por darse vuelta al levantarse vacilante el capitán Muller.

Extendió los brazos como para rechazar algo y un grito ahogado salió de sus labios. La voz de la señora Pickett sonó en la habitación, fría, cortante:

—¡Capitán Muller, usted asesinó a Gunner!

El hombre se estremeció y mecánicamente contestó:

—Sí... me había ofendido. Lo odiaba y lo maté.

—Ya lo ha oído usted, señor Snyder. Ha confesado. Llévelo.

El capitán se encaminó hacia la puerta; su brazo, aferrado por la mano de Snyder, colgaba como muerto.

La señora Pickette se agachó y alzó algo de entre los despojos que cubrían el suelo. Se incorporó teniendo en sus manos la armónica.

—Se olvida usted su recuerdo, capitán Muller, — dijo.

NO HAY QUE JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

Sería un error, deducir por la estatura de estos caballeros...

... el tamaño de sus respectivos coches.

(De "Punch").

BUEN SINTOMA

—Querido: mi madre está con nosotros. Ayer me dijo que no es posible que seas tan imbécil como pareces.

LO TENIA HARTO

La vieja después de su vigésimatercera pregunta:

—Diga, ¿por qué echa tanto humo esa máquina?

—¡Para... ahuyentar los mosquitos al maquinista!

El patrón. — Es raro que su abuelito se enferme de tanta gravedad cada vez que se juega un partido de football, como para que usted tenga que faltar a la oficina. ¿No le parece?

El pibe. — Sí, señor; y a veces me pre gunto si no serán disculpas.

EL CONCURSO DE "PUCKY"

A continuación se publican algunos chistes de los enviados por los estimados lectores de "Pucky" y que, aun cuando no han llegado dentro de las condiciones del concurso pueden ser tomados en cuenta y aspirar a premio.

EL CHISTE PREMIADO

HIGIENE

Jacobo se sintió enfermo y el médico le recetó como medida de urgencia que se bañara.

Jacobo no tiene cuarto de baño en su casa y fué entonces a una casa de baños.

Cuando volvió, contó a su mujer, muy afligido:

—Sabes Clara, me olvidé la camiseta...

—Pasaron tres años. El extravío de la camiseta era ya un suceso olvidado cuando nuevamente por receta médica, Jacobo volvió a la casa de baños para bañarse.

Esta vez regresó a su casa muy alegre. Lo denotaba su rostro y los gritos ocn que llamó a su mujer:

—¡Clara! ¡Clara! encontré la camiseta...

—¿Cómo?... ¿Es posible? ¿Después de tanto tiempo?

—¡Sí!...

—¿Dónde estaba?...

—¡Debajo de la camisa!...

Lidia F. Bordenave, Godoy Cruz 1874, Buenos Aires.

LA RAZON DE LA PREGUNTA

—¿Sabe usted dónde está la Municipalidad? — le preguntan a uno en la Avenida de Mayo.

—Eso cualquier burro lo sabe.

—Precisamente por eso se lo pregunto a usted.

Mario F Jornet, Mendoza 124, San Juan

* * * *

NO ERA PARA MENOS

Un peón de granja busca nueva colocación. La persona a quien se ofrece le pregunta dónde ha servido antes.

—En casa del señor Angurria.

—¿Por qué se fué? ¿Lo han despedido?

—Nada de eso, señor. Se lo diré con franqueza; me fuí a causa de la comida.

—Sin embargo, no parece que en esa casa se esté mal...

— Según, señor, según. La primera semana que estuve allí se murió una vaca y nos la hicieron comer. En la segunda semana se murió un caballo, y nos lo hicieron comer. Ahora acaba de morir la suegra del señor Angurria y... y usted comprende... yo me escapé.

Julio Cantaro, Cevallos 1028, Buenos Aires.

ESTUVO MALICA

Un señor encuentra en la calle a una niña y le pregunta:

—¿No eras tú Juanica, la que te moristes en Agosto?

Y la contesta la niña:

—Yo no fuí, fué mi hermanica pero la que estuvo más malica fuí yo.

Andrés Marsan, Trenel F. C. O., Pampa Central.

* * * *

ERA SUYO...

Pasa un caballero y una señora del brazo. Celanito está sentado ante una mesita de un café.

—¡Adiós, mi prenda! — le dice éste.

—Caballero, ¿lo dice usted por mí? — pregunta la dama.

—No, señora, — contesta Celanito, — lo digo por mi sobretodo, que lo lleva su marido puesto.

Ramón Martínez, casa Barthe, Posadas.

* * * *

APRECIACION FELIZ

El maestro entrando al aula pregunta:

—Cuántos alumnos hay en la clase?

Un niño contesta:

—Veintisiete, señor.

—¿¿Y cuántos son todos?

El mismo niño:

—Veintiocho.

Héctor M. Moyano, César Díaz 125, Capital.

* * * *

UN AVISO

"Ocasión: medias de seda última moda a $ 1 el par, fuertes y resistentes sólo por pocos días".

El tendero se pregunta todavía por qué causa nadie fué a comprar siquiera un par.

Horacio Aón, Esteban Echeverría, F. C. S.

* * * *

¡POBRE COMILON!

Un veterinario entra una mañana en su oficina y ve sobre su escritorio un enorme pavo.

Llama a la cocinera y le pregunta:

—María ¿y ésto?

Llegó esta mañana por correo, señor.

Y creyendo que era un regalo de algún amigo, se lo come lo más tranquilo.

A la tarde, al revisar su correspondencia encuentra una carta que dice: "Querido amigo: te mando el más grande de mis pavos, que se

murió ayer ,para que me digas de qué peste fué víctima.

Paulina Goldenberg. B. Villegas. (Trenque Lauquen), F. C. O.

* * * *

¿TIO O TIA?

Se encuentran Juan y José, y aquél le dice:

—¿No sabes una cosa, José?

—No, — responde éste.

—Pues mi hermana tuvo familia.

—¿Pibe o piba, che?

—Pues no lo se, así que figúrate mi apuro; no se si soy tío o tía.

Dante F. Molle, Frías 1173, Buenos Aires.

* * * *

TODOS CALLARON

—¿Vió usted jamás un prupo de mujeres que permanecieran calladas dos segundos?

—Sí, señor.

—¿Lo dice de veras?

—Sí. Uno preguntó cual era la más vieja... y todas callaron.

Acángel Prezioso, Strangforg 6184, Lugano, C. G. B. A.

* * * *

TODO JUNTO

Un inglés toma a su servicio a un criado andaluz y le dice:

—Yo soy poco amigo de perder el tiempo en conversaciones. Es necesario que sepas aprender mi lenguaje lacónico. Así si por ejemplo te pido "barba" ya sabes que me has de traer la navaja, el jabón, la brocha, etc. Si te digo "higiene" me preparas el baño, etc. ¿Entiendes?

—Sí, señó.

Unos días después cuando le sirvió en la cama el desayuno dijo el inglés rechazándolo:

—No me encuentro bien...

Y a la media hora se presentó el criado andaluz diciendo:

—Zeñó, detrás de mí, zuben er médico, er confesor, er funebrero, er der cementerio y er der diario para el avizo fúnebre.

José Grozo, Almirante Solier 5150, Villa Domínico, F. C. S.

* * * *

Una vez preguntan a un baturro muy cabeza dura si conocía las cuatro operaciones de la aritmética, a lo que responde que sí.

—Entnoces, — le dicen, — si tienes setenta céntimos en un bolsillo y se te pierden qué te queda?

A lo que él contestó:

—Mira, no me queda más que el agujero por donde se han perdido.

Carlos Gálvez, España 144, Río Gallegos.

* * * *

EN LA COMISARIA

Dos golfos son conducidos a la comisaría por escándalo.

Un inspector pregunta a uno de ellos.

—¿En dónde tiene usted su domicilio?

—Yo no tengo domicilio, — respondió éste.

—¿Y usted? — pregunta el inspector al segundo.

—Vivo enfrente de mi amigo.

Hirsch Katester, Pellegrini y Balcarce, F. C. Oeste.

Los chistes deben ser enviados escritos con tinta o a máquina en tarjetas postales, que no necesitan ser ilustradas: En las oficinas de correos las venden y son baratas.

En cada tarjeta debe venir pegado el cupón que aparece en esta página No será aceptado ningún chiste que no venga acompañado del correspondiente cupón.

El director elegirá, de los chistes que se reciban, los que sean dignos de publicación y de entre esos mismos se elegirá cada semana el o los dignos de premio. Los que hayan sido premiados recibirán $ 5. — cada uno por giro postal. Es, pues, indispensable enviar el nombre y la dirección.

La prueba de que la tarjeta postal ha sido echada al correo no es considerada demostración de que el chiste ha sido remitido.

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO CHISTE QUE SE ENVIE AL CONCURSO

PUCKY No. 274

Los premios no tienen límite: Lo mismo puede ser uno que muchos más. Se desean chistes dignos de premio. De su originalidad responden sus autores.

Todo lector que quiera tomar parte en este concurso, sólo tiene que ceñirse a las condiciones que anteriormente se expresan. No se entra en correspondencia respecto al concurso ni se dan más explicaciones de las publicadas aquí.

MANDE UN BUEN CHISTE Y GANE $ 5.-

EL CASTIGO DE UN HARAGAN

Por RAYMOND S. SPEARS

Historia de un envenenador de lobos

I

PILLS JOE LEVINE era un buen cazador, pero muy indolente. Acostumbraba a cazar zorros y lobos con trampas de acero, hasta el día en que se dió cuenta de que el uso de la estricnina era más práctico y menos trabajoso.

Joe se llevó a casa un buen pedazo de grasa de vaca, y allí la calentó hasta que se deshizo. Entonces la fué echando en pequeños cubos que hacían de moldes. A continuación le hizo un agujero en el medio a cada uno de los trozos de grasa, en el que puso dos cristalinos granitos de estricnina. Tapó el agujero con grasa caliente, y de esa manera quedó prepara la dosis mortal para los animales que la comieran. Denominaba "Píldoras" a los cubos de grasa así preparados.

Puso estas píldoras en un frasco de vidrio con tapón también de vidrio y las llevaba en su mochila, listas para usarlas en cualquier momento. Mientras estaba ocupado en este trabajo, hablaba nerviosamente consigo mismo, pues aunque no quería confesarlo que era mucho más fácil usar el veneno que preparar las trampas que tanto trabajo le habían ocasionado en el pasado, o cazarlos con su rifle.

Su argumento favorito para disculparse de ser un envenenador, era que había conocido a varios lobos tan astutos, que mataban a los animales domésticos y no se dejaban engañar por las trampas. De manera que cualquier hombre estaba perfectamente justificado en ingeniarse para acabar con estas molestas alimañas.

Los demás cazadores le tenían envidia por que las pieles que el traía a los puesto de intercambio eran invariablemente las mejores. Muchos de ellos le pedían consejos y aprendían la manera correcta para colocar las trampas a fin de que los animales no se apercibieran de ellas. Refería las precauciones con que debían colocar las trampas para que las zorras no se apercibieran del peligro.

Sin embargo, cuando se hablaba del uso del veneno era extrañamente reservado. Había usado la estricnina durante varios años, antes de que los demás se apercibieran de ello. Siempre que encontraba animales envenenados tenía la precaución de colocarles una pata agarrada por la trampa, de manera calculada, para dar la impresión de que el animal había sido cazado en la forma más o menos leal, usada por todos los cazadores.

II

Por regla general, Joe obtenía gran éxito cuando había sequías y los animales estaban hambrientos. Cuando llegaban los vientos helados y las nieves, las bestias se veían obligadas a abandonar sus refugios en las rocas, para buscar alimentos. Estaban hambrientas, y si anteriormente habían desdeñado diversos alimentos para elegir sus pitanzas favoritas, ahora devoraban cualquier cosa que hallaban.

De manera que Joe encontraba sumamente cómodo emplear este método pero nunca hablaba de el; al contrario, comentaba la mejor manera de armar las trampas. De cuando en cuando los cazadores que visitaban la región, encontraban los cadáveres de lobos, que al parecer habían fallecido a con-

secuencia de alguna enfermedad misteriosa.

Nadie había jamás usado veneno. Pero Harkey Watson vió un dia a Joe arrojando pequeños cubos de grasa y recogió uno de ellos. De aquí nació el sombrenombre de "Pills", el que no le agradaba a Joe, especialmente cuando se había excedido en la bebida.

Haciendo un esfuerzo mental, proseguía hablando elocuentemente de las ventajas de usar trampas, y trataba de hacer creer a sus oyentes que solo usaba venenno en casos de emergencia, cuando las alimañas dañinas rehusaban dejarse engañar por las trampas. Pero cada vez descuidaba a estas más, y usaba estricnina todos los días que salía de caza.

Nunca preparaba las píldoras mortales sin sentir aprensión y alarma. La estricnina se vende en frascos que contienen una oza cada uno. Era necesario ser conocido del dueño de la farmacia, explicarle el uso a que iba a destinar el veneno, y firmar en un registro especial.

III

Joe recorría los sitios por donde había dejado sus píldoras, y recogía cuidadosamente las que no habían sido devoradas. Tropillas de carneros pastaban algunas veces por allí, y cada uno de los pastores tenía uno o dos perros. Estos eran animales indispensables y se les tenía en tanta estima que sus dueños no los hubieran vendido por quinientos dólares.

De vez en cuando los pastores manifestaban apenados, que uno de sus perros se había enfermado misteriosamente, y había concluído por morir en medio de horribles convulsiones. Y a Joe le desagradaba sentir las relaciones de las muertes de los fieles guardianes del rebaño. Se juraba a sí mismo que él no había sido descuidado.

Muchas veces soñaba que abría su caja de píldoras, y se comía varias de las mismas. Otro de sus temores era que sufriera un ataque de sonambulismo, y comiera su propio veneno, creyendo que era algún alimento. Por esa razón, dejaba la estricnina fuera de la habitación donde pasaba las noches cuando se retiraba a descansar.

La única desventaja que encontraba en la estricnina, era que el efecto no era instantáneo, y que las convulsiones que sufría el animal, hacían depreciar el valor de la piel.

Otras veces, el zorro o lobo envenenado huía entre los matorrales, tratando de escapar a los agudos dolores que sentía en sus entrañas, e iba a morir en las malezas donde era imposible encontrarlo.

Cuando por fin admitió que usaba píldoras envenenadas, solía decir que desearía hallar un veneno que matara instantáneamente, lo mismo que un tiro.

IV

El encontrar un veneno de efectos instantáneos, se convirtió en la obsesión de Joe. Comenzó por leer libros que detallaban los efectos de los tóxicos. Después hizo experimentos con arsénico; pero sin éxito, pues no mató ningún animal — por el contrario parecía ser un poderoso estimulante para ellos.

Por fin una vez se enteró de que dos onzas de ácido prúsico puestas en la punta de un arpón, mataban a una ballena de noventa pies de largo, en dos minutos. También oyó decir que una gota del mismo, aplicada a la lengua de un perro, lo mataba instantáneamente.

Joé pensó que esto era lo que había estado buscando. Le pidió al farmacéutico que le vendiera ácido prúsico a fin de destruir lobos, que eran animales dañinos. De esa manera la comunidad sería beneficiada.

—Le aconsejo que tenga mucho cuidado con ese veneno, — le manifestó el farmacéutico. — Si no tiene experiencia en manejarlo, lo mejor que puede hacer es no usarlo. En cuanto usted se descuide...

—¡He manejado toda clase de venenos! — le interrumpió Joe arrogantemente. — Soy el campeón envenenador de alimañas en toda esta región.

—¡Oh! Muy bien entonces. Si usted lo conoce tanto, — se apresuró a decir su interlocutor, — ¿qué cantidad desea?

—Deme media libra para probarlo.

De manera que Pills Joe se dirigió a su hogar muy satisfecho de si mismo. Poseía ahora el verdadero veneno, que era de efecto instantáneo y carecía de los inconvenientes de la estricnina. Otro atractivo de su nueva adquisición, era que no dejaba rastro alguno.

Joe se detuvo al pasar por el pueblo de Moonlight, y comenzó a alabar el ácido que llevaba.

—¡Los voy a sorprender a todos ustedes! — les dijo a los hombres que charlaban en el almacén. — ¡Pronto verán la cantidad de lobos que voy a cazar ahora!

—¿Está usted seguro de que tiene el medio de matarlos instantáneamente, — le preguntó Weyes, el encargado de la oficina de correos.

—¡Ya lo creo! — contestó Joe. — ¡Mata como un rayo!

Después de este diálogo, se alejó hacia el Sud, llevando su carga de muerte, mientras los espectadores lo contemplaban curiosamente. Era inexplicable para ellas, que un hombre pudiera enorgullecerse en hacer una cobardía tan notoria como envenenar animales. Sabían que Joe los iba a sorprender, y cumplió su palabra.

V

Unos días más tarde Hi Leeds y Pete Dustin andaban buscando unas vacas que se les habían extraviado. La cabaña de Joe tenía muy pocos visitantes. El sitio donde vive un envenenador no es agradable para ir a comer. Se contaba que una vez Joe había tenido que salir, y entretanto su huésped había quedade encargado de hacer la comida. Cuando el primero de ellos regresó,

encontró que su amigo había mezclado equivocadamente arsénico con la harina, y que se hallaba gravemente enfermo.

Después que esta historia fué referida en los pueblos circundantes, los viajeros preferían aguantar el hambre hasta que llegaran a otra vivienda, antes que arriesgarse a ir a la casa del envenenador.

Dustin y Leeds no tenían la intención de quedarse a cenar, pero al mismo tiempo, deseaban averiguar si le había ocurrido algo, pues hacía más de una semana que no iba por el pueblo. Por consiguiente, se acercaron a la casa.

Todo estaba silencioso, — no salía humo de la chimenea. Cuando los visitantes llegaron al frente de la cabaña, encontraron la puerta entreabierta, y vieron en el suelo el cuerpo inanimado de un hombre. Era Joe, que estaba muerto.

Sobre la mesa había una taza de porcelana y a su lado unas cien pequeñas cápsulas de grasa y un cortaplumas.

Pete hubiera entrado a la habitación, pero Hi lo detuvo.

—¡No entres, Pete! — le advirtió. — ¿Sientes ese olor? ¡Es el ácido prúsico! Joe decía que era un veneno de efectos instantáneos, y, efectivamente, lo sorprendió a él mismo!

A continuación ambos se dirigieron al pueblo, donde informaron al comisario de lo que habían encontrado. Era evidente que Pills Joe había tratado de usar el ácido prúsico en la misma forma que la estricnina, y esto había sido su perdición: los vapores tóxicos del ácido lo habían matado.

De manera que el médico forense, con un jurado de seis vecinos, efectuó las formalidades legales, y expidió el siguiente veredicto:

"Nosotros los abajo nombrados, declaramos por la presente que Pills Joe Levine falleció envenenado, debido a su ignorancia, al manejar ácido prúsico en una habitación cerrada, determinando que los vapores del mismo ocasionaran su muerte, de la que nadie más que él mismo ha sido responsable".

¡QUE DISCULPA!

La señora: — ¡María! He encontrado un vigilante escondido en el armario de la cocina.

María: — Yo no sé nada, señora. Se lo dejaría olvidado la sirvienta que se fué.

EL CASO DEL HOTEL ABANDONADO

POR
BERTRAM ATKEY

Mr. FIN McBATT estaba evidentemente de mal humor. ¿La causa? Todo el mundo, y en particular su amo y el perro perteneciente a éste, Molouus, una pareja que bien podía compararse con la que formaban Plutón, rey de los infiernos y su Cancerbero. Por una u otro causa, el caso es que las esperanzas de McBatt estaban condenadas a no cumplirse. Basado en que él ayuda de cámara de Mr. Merlin O'Moore, vivía de ordinario en uno de los más famosos hoteles londinenses, el Astoritz, se le hubiera creído contento de que la voz del deber le obligara a seguir a su patrón siquiera fuera por algunos días al campo. Habría debido alegrarse aunque fuese solamente por la perspectiva del cambio. Pero no era así. El testarudo McBatt detestaba el campo, sus vacas, sus insectos y sus sabandijas de toda especie. Tampoco lo entusiasmaba en lo más mínimo el mar y las playas de moda. Por eso cuando Merlin eligió un lugar como Cromingham, un pueblecito que tenía las dos cosas, — campo y mar — para pasar varios días, el muy londinense de McBatt no había podido contener una mueca de contrariedad. Y ahora que el momento decisivo de la partida se acercaba, iba de un lado para otro mordiéndose los labios y murmurando interjecciones que no son para repetirlas.

No era porque ese momentáneo alejamiento de las actividades urbanas significara para el irlandés un recargo de trabajo, ya que Merlin, aficionadísimo al golf se lo pasaba la mayor parte del día afuera en compañía de su gran amiga, y ahora huésped, Miss Blackberry Brown, una actriz retirada hacía algún tiempo de las tablas, sino por el aire de la campaña, por el calor insoportable que a veces se sentía allá, y otras molestías por el estilo. Le disgustaba el campo lisa y llanamente, y era inútil buscar justificativo a su aversión por todo lo rural. Habíase criado por así decirlo en Londres, y la ciudad se había hecho carne de su espíritu. Amaba las calles iluminadas por los focos de los escaparates, las veredas llenas de transeuntes afanados eternamente, el rumor formidable y siempre renovado del tráfico, el grito de los vendedores de diarios, el taconeo nervioso de las muchachas de ordinario bien vestidas, como si la tan famosa pobreza londinense hubiese pasado a la categoría de un mal recuerdo, y el alegre rumor sobre todo de las orquestas de los restaurants. Estaba acostumbrado a ese mundo de fiebre y le parecía que saliendo algunas horas de él, lo perdería irremisiblemente. No era de extrañarse entonces la mala voluntad — disimulada a duras penas — con que acogió la decisión de su amo de abandonar por algunas días la capital inglesa.

¡Qué encanto podía encerrar para él la brisa marina, o el espectáculo de un paisaje campesino plateado por la luna, o el de una playa esplendorosa de sol? El no había nacido para esas cosas, que de buena gana reservaba para las chicas románticas o los muchachos sin ocupación. A él que le dieran ciudad solamente, y le tendrían contento.

* * * *

Pero no hubo más remedio que someterse. Tan es así que poco después hubiéramos podido encontrar al mismo criado, Fin McBatt caminando en compañía de uno de los mejores cigarros del patrón por la ancha calle que conduce de Cromingham a East Sherington. Marchaba nuestro hombre a buen paso y poco se le importaba la hermosa tar-

de de fines de octubre que marcaba su iniciación en el campo.

El objeto de aquella caminata no era otro que "llevar" un mensaje privado a una casa situada cerca de la mitad del trayecto recorrido por la carretera. Había descubierto ya allí una linda mucama, que desde su llegada al pueblo, lo tenía a mal traer con su gracia picante y sus sonrisas alentadoras, las que le indemnizaban en cierto modo de la forzosa vacación que le había impuesto su amo.

Cuando más distraído iba en su paseo, una forma asquerosa de harapos surgió de pronto de unos arbustos próximo al camino y vino a caer junto mismo a nuestro muy céltico Don Juan, quien no pudo impedir, al verla un movimiento de repulsión, acentuada más aún cuando oyó de los labios del vagabundo lo siguiente dicho con voz que el miedo entrecortaba:

—¡Señor, señor!... ¡Algo horrible!... ¡Lo levantó por sobre la baranda, con una soga al cuello, como si hubiera sido su propio verdugo!... ¡A colgarlo!... ¿Sabe usted?... ¡A colgarlo!... ¡Se lo juro!...

* * * *

McBatt, respuesto de la sorpresa del primer instante, experimentó no poca contrariedad al verse interrumpido por aquella piltrafa humana en sus risueños pensamientos, pero el pobre vagabundo estaba tan asustado por lo que decía haber visto, que lo levantó del suelo sacudiéndolo fuertemente de los hombros, para hacerlo reaccionar y lograr así que concretara lo dicho anteriormente en forma tan brusca.

A pesar de que el mendigo apenas podía hablar, sea por haber bebido en exceso, o por hambre, McBatt logró sacar en limpio más o menos lo que sigue: Diez minutos antes, cuando el desgraciado se acercaba tranquilamente al gran hotel, cerrado momentánemente hasta la temporada de primavera, y que levantaba su mole sobre los mismos acantilados, a un cuarto de milla a la derecha de la carretera, lo hacía con el preconcebido propósito de penetrar en la casa, en la esperanza de encontrar allí por lo menos un lecho donde descansar y quizás algo de comer, ya que suponía el hotel completamente abandonado, es decir, sin más habitantes que un viejo sereno encargado de cuidar los muebles e instalaciones. Pero, con gran asombro suyo, había descubierto, al dar una vuelta de exploración a la casa, que en realidad había gente en el hotel. Movido por la curiosidad, había trepado punto seguido a un balcón del primer piso y espiado a través de los critales al interior de la habitación. Desde ese improvisado observatorio había descubierto, gracias a una pequeñísima rajadura del postigo, un hombre que paseaba nerviosamente por un corredor que daba a un gran hall. Así lo juraba el mendigo, al menos. El desconocido había tomado luego el extremo de una soga que colgaba del techo, atando otra forma, humana según todas las apariencias; hecho esto, levantó con no poca dificultad el peso por sobre la baranda, dejándolo caer después al vacío, es decir al hall. Pero como la cuerda no era lo suficientemente resistente, había cedido al peso del bulto, con el resultado de que éste se precipitó al suelo produciendo al chocar con él un ruido seco, horrible. Lo único que recodaba después el vagabundo es que se había bajado apresuradamente del balcón, horrorizado, huyendo del misterioso hotel tan rápidamente como se lo permitieron sus endebles piernas. Habiendo visto a McBatt avanzar por el camino, corrió a él para contarle lo que había visto. Terminó su curioso relato agregando que él nada tenía que ver con todo lo sucedido.

McBatt lo miró unos instantes con extrañeza e incredulidad; luego, por la mirada débil pero franca del mendigo, cuyo temblor de espanto no había desaparecido aún, pensó que el caso era más serio de lo que creyera en el primer momento. Subió entonces al borde del camino, trepó sobre unas empalizadas y echó una mirada al hotel de los acantilados. Estaba evidentemente abandonado.

"Esto es algo que bien puede interesar al patrón y a su maldito perro" — pensó Mc Batt para su fuero interno. Y no hablemos de la pequeña Blackberry Brown y de la Fitz-Percy... A ellos más que a nadie tentará la aventura...

* * * *

Necesario es explicar al lector que entre los convidados de Merlin O'Moore se encontraba Mr. Fitz Percy, un antiguo actor y muy amigo de comer, beber y divertirse a costa ajena, y Mr. Tudor de Roche — así se hacía llamar al menos, — una tía de Miss Brown, también actriz en sus buenos tiempos, que no fueron muchos ciertamente.

—¡Luna llena tenemos !— volvió a decirse a sí mismo McBatt levantando sus ojos un poco por encima del horizonte, donde el disco pálido asomaba iluminando débilmente las cosas. Sería realmente una maldad no dar cuenta de esto al patrón, a él que le gustan tanto estos asuntos de enredo... En fin — añadió después de vacilar un instante, — volveré al pueblo y le contaré todo. Así no tendrá motivos para quejarse de mí si llega a enterarse de esto por otro conducto. De todos modos, no creo que mi Dulcinea se disguste porque falte una vez, la primera, a la cita...

Tornó al sitio donde dejara al vagabundo para decirle que desde ese mismo instante el asunto pasaba a mejores manos... pero el mendigo había desaparecido del sitio en donde quedara.

Había avanzado apenas una cincuentena de metros cuando unos ladridos cercanos advirtieron al mucamo que Molossus y seguramente su patrón no andaban lejos. Echó a caminar hacia el sitio desde donde venían los ladridos y, en efecto, encontró a la vuelta de un sendero con Merlin y Miss Blackeberry Brown, quienes habiendo pasado la tarde entera en los links, regresaban al hotel acompañados del "gorrista"... es decir, de

... sacudiéndolo fuertemente de los hombros...

Mr. Fitz-Percy y de la un tanto pasada de moda pero siempre inquieta tía, Mrs. Roche.

* * * *

Mr. Fitz-Percy fué el primero en ver a McBatt — ¿cuándo no? — y en sonreirle— ¿cuándo no, también? — diciendo a sus compañeros:

—Miren quién viene aquí. Nada menos que Mr. McBatt... ¡Hola! Buenas tardes, amigo McBatt. Por lo visto anda usted tomando su ración de aire marino...

—Así es, señor, — contestó el criado con media sonrisa y mirando alternativamente al viejo "gorrista", — así le llamaba para sus adentros McBatt a Fitz-Percy, — y a Merlin O'Moore. Pero lo que temía se produjo lo mismo, en la forma de una pregunta del amo:

—¿Qué significa todo esto, Fin? ¿Cómo usted por acá y a esta hora?

McBatt se apresuró a explicarse. Lo hizo con tal convicción que su patrón comenzó a convencerse e interesarse de veras. En pocas palabras, repitió lo que el mendigo le dijera momentos antes.

Terminado que hubo el relato, Merlin y Miss Blackeberry Brown se miraron significativamente. La cosa no podía venir más a propósito: una eventura en perspectiva y con la hermosa luna que asomaba entre los árboles.

—¿Dice usted que el desconocido ese ahorcó al otro individuo? — preguntó Merlin pensativo.

—No, señor: la cuerda se rompió, — recordó suavemente McBatt.

Merlin hizo un movimiento de cabeza significando haber recordado efectivamente ese detalle.

—Y bien, — agregó después de un prolongado intervalo de silencio; — lo mejor es que vayamos allá y veamos qué hay de cierto en la narración del mendigo.

—Naturalmente, mi querido amigo, — asintió Mr Fitz-Parcy, sin darse por enterado de la mirada que le lanzó McBatt.

—Molossus vendrá también con nosotros.

Blackeberry Brown, que había permane-

cido callada hasta entonces, estalló de pronto:

—¡Y yo también iré!

Sonrió a su tía, añadiendo:

—Y usted, tía, ¿vendrá con nosotros?

Pero la tía parecía poco dispuesta a acompañarlos en la empresa.

De manera que optó por seguir al hotel.

Se convino, en consecuencia, que la tía Tudor de Roche seguiría hasta el hotel acompañada de McBatt, en tanto que la pareja de enamorados, conjuntamente con Fitz Percy, irían al hotel del acantilado a ver lo que hubiera que ver.

* * * *

—Y usted, McBatt, — dijo Mr. Fitz Percy antes de separarse, — puede ir preparando algunos fiambres para cuando volvamos...

—Perfectamente, señor, — contestó McBatt de la manera más diplomática posible, comprendiendo que la orden del "gorrista" le hacía perder toda esperanza de ver todavía a su simpática mucamita. Se alejó deseándole toda suerte de calamidades en el hotel "vacío".

Cuando el cuarteto de aventureros, — Melin O'Moore, Miss Blackeberry Brown, Fitz-Percy y Molossus, — llegaron al caserón abandonado, los resplandores del crepúsculo habían cedido completamente a la luz argentada de la luna. Se acercaron cautelosamente al edificio, aprovechando los muchos arbustos del jardín. Procuraron individualizar el balcón al cual se refiriera el vagabundo, conviniendo que debía ser seguramente el más próximo a la entrada principal.

Reinaba absoluto silencio y en todo el caserón no se advertía la menor señal de vida. Los postigos estaban cerrados y no se veía luz en ninguna habitación. El hotel parecía completamente vacío, contra lo dicho por el mendigo.

Era fama que el establecimiento nunca había tenido vida próspera desde que se lo inaugurara. Cuatro empresarios habían intentado en vano acreditarlo. Por primera vez se lo cerraba durante la temporada de invierno. A la verdad que los actuales administradores debían estar en estricto tren de economía, por cuanto ni siquiera parecían haber pagado a un sereno.

Todas estas cosas las iba diciendo Fitz-Percy a Merlin y Blackeberry mientras rondaban por el jardín procurando ver algo. Pero de improviso, lo detuvo con un gesto.

—¡Hay luz en la pieza que da a ese balcón! — dijo tranquilamente. — ¿La alcanza a ver usted?... Es apenas un hilo...

Se acercaron aún más.

—¿No ve nada todavía? — preguntó de nuevo Merlin a su acompañante más próximo.

Pero se detuvieron a observar más sorprendidos. Por entre las tupidas matas de siempreverdes, se veía también una fina banda de luz.

—Debe ser alguien que anda con una linterna por el jardín... — arriesgó Miss Blackeberry Brown.

—No, mi hija; la luz no se mueve... — dijo Fitz-Percy suavemente.

—Me parece que la luz proviene de dos reflectores de automóvil que estuviera detenido en la calle... — observó Merlin.

—De cualquier modo, el mendigo parece haber dicho algo cierto. Este hotel no se encuentra tan abandonado como se creería, juzgando por las apariencias... — añadió después de unos instantes de permanecer pensativo.

Fitz-Percy se limitó a asentir con la cabeza.

—Haremos un reconocimiento en forma, — dijo finalmente. — ¿No le parece?

—Sí, — contestó Merlin. — Vaya y vea si ese coche está solo. Caso de que así fuera, desínflele las dos ruedas traseras y escóndase en las cercanías, en forma de no perder de vista el coche, pero sin correr el riesgo de que le vea alguien. Caso de que llegara alguno, corra a "ese" balcón a avisarme. Iré allí, al balcón, a fin de ver quién hay dentro y qué sucede. Miss Blackeberry Brown y Molossus cuidarán la entrada principal si les parece...

Vaciló un segundo y prosiguió:

—Si hay varios hombres en el interior y si realmente han asesinado a alguien, la cosa será en verdad peligrosa. ¡Qué lástima que no haya venido McBatt con nosotros!... Después de todo, aunque sea medio rezongón, para estos casos es muy útil... Pero, ¿qué te pasa, Molossus, viejo amigo?...

El poderoso perro de los Pirineos se había puesto insoportable de improviso. Miraba a un punto fijo del jardín, como si viera realmente algo, y hacía grandes esfuerzos para libertarse de su amo, que lo tenía sujeto del cuello.

La explicación de la inusitada inquietud vino en forma de la sombra alta, pero reveladora de la fuerza poco común de Fin McBatt.

—Pero, ¿qué está haciendo aquí otra vez? — preguntó Melin Fitz-Percy con mayor sorpresa todavía que cuando lo encontrara impensadamente en la carretera, aunque en el fondo se alegrara ahora de que su criado hubiera tenido la feliz idea de no quedarse en el hotel del pueblo.

—Disculpe, señor, — murmuró Mc-Batt en un tono por demás humilde para ser sincero. — Mrs. de Roche me manifestó que no deseaba cenar todavía. Parecía inquieta... Sí, inquieta...(La sangrienta pintura que le había hecho a la pobre ex bailarina del resultado que tendría aquella malhadada expedición, hubiera bastado para poner inquieto hasta a un rinoceronte). — Por ella vine.

—Bueno, bueno... ¡Magnífica idea la de venir!... Ha llegado muy oportunamente.

En lo íntimo se alegraba también Merlin de que su linda amiga no estuviera sola en la entrada principal. McBatt la acompaña-

... a tiempo que el martillo de McBatt le golpeaba con fuerza en la frente.

—Ya que ha venido, vaya con Miss Brown al portón de calle. Estará allí bajo sus directas órdenes. Haga lo que ella le diga.

—Llévese usted, Fitz-Percy, a Molossus. Tal vez lo necesite más que nadie. Es, por lo demás, el único hombre que además de mi sabe la manera de manejarlo. Si se muestra muy belicoso, atúrdalo sin miramientos con mi putter. Este bastón de golf es el único lenguaje que entiende Molossus a veces...

* * * *

Cada uno fué a ocupar su puesto de combate. Desde el momento que nada de extraordinario sucedió a los otros, sigamos a Mr. O'Moore en su expedición.

Como se había propuesto, subió, aprovechando las desigualdades de la pared y apoyándose a veces en las enredaderas que ocultaban buena parte del muro, hasta el balcón en donde había visto filtrarse el haz de luz.

Con gran alegría descubrió que a través de una hendija abierta entre el postigo y el marco, podría seguir los movimientos del hombre que — la primera mirada le reveló su presencia, — se encontraba en la baranda que el tembloroso mendigo había mencionado.

La ventana a través de la cual estaba espiando, daba no a una pieza, como lo había supuesto, sino a una baranda que parecía rodear por la parte superior un gran hall, posiblemente de fumar. Era en el extremo más lejano donde se hallaba el desconocido. Todavía estaba ocupado en su espantoso empeño de atar del techo una cuerda de cuyo extremo pendía un nudo corredizo.

Merlin reconoció inmediatamente en él el hombre que durante dos años se había dicho dueño del hotel.

Sobre su cabeza, asegurado en una viga del techo, se veía un gancho bastante grande. El nudo pasaba alrededor de algo que a Merlin le pareció — ¡espantosa visión! — el cuello de una persona que estuviera sentada sobre el borde de la baranda. Pero un

examen más atento le reveló que lo que había imaginado un hombre, era en realidad una especie de maniquí sin brazos ni piernas. De buena gana hubiera asegurado que se trataba de una bolsa de arena cubierta por un saco de hombre. Solamente que el misterioso personaje se había tomado el trabajo de formar en un extremo una prominencia separada del resto de la bolsa por un estrechamiento que de lejos simulaba un cuello. Si "hombre", como decimos, había sido colocado en el borde de la baranda, en tal forma que el más leve empujón lo precipitaría al vacío, o, mejor, al fondo del hall.

Mientras Merlin observaba el extraordinario cuadro que se desarrollaba en el interior de la casa, él completó sus extraños preparativos. Al ver terminada su obra, dió un paso atrás y la contempló no sin cierto orgullo. Volvió entonces la cabeza para mirar un pequeño hueco que se abría en el muro, detrás de él. Sus labios se movieron rápidamente, pero Merlin no pudo oír lo que decía ni tompoco ver la persona a quien se dirigía. Pero en cambio se apercibió de que el hombre de la soga contraía el rostro en una extraña mueca, mientras los ojos despedían inusitados fulgores. Finalmente, obrando a impulso de un deseo improvisado, empujó el bulto hasta que éste se desplomó por su propio peso. La soga se fué estirando rápidamente, adquiriendo de pronto una tensión enorme por efectos de la caída del peso en el aire. El choque que produjo la cuerda al estirarse por completo fué tan violento que el hotel entero pareció vibrar. Merlin pudo percibir perfectamente la trepidación en el balcón en donde se encontraba. Pero la soga no se cortó.

El dueño del hotel lanzó en el mismo instante una estridente carcajada de triunfo y volvió la mirada al hueco del muro. Desató luego la soga la cual cayó al hall conjuntamente con el saco, que chocó con ruido seco contra el piso.

—Muy bien, — dijo en voz alta. — Ahora le toca su turno a usted...

Y corrió alrededor de la baranda, saliendo del área de visión de Merlin. No había duda que había bajado al hall para recoger de nuevo la cuerda que se había desprendido con la bolsa.

Merlin retrocedió un paso en el balcón, sacó su cabeza de éste y silbó en forma apenas perceptible. Ya sabía la clase de persona con quien tenía que habérsela. Si la mirada de loco del personaje no le engañaba, sus planes estaban hechos. Lo principal era no correr innecesario riesgo con aquella especie de verdugo aficionado.

La cabeza de McBatt apareció por sobre el antepecho del balcón. Al oír el silbido, había corrido al lugar desde donde su patrón comenzara a trepar, haciendo él lo propio.

—Vaya y dígale a Miss Brown que se una a Mr. Fitz-Percy y Molossus y no se separe para nada de ellos. Después, si quiere sostener una pelea de las que le gustan a usted, véngase por aquí otra vez... ¡Pero rápido, eh!...

—Muy bien — alcanzó a decir McBatt, y desapareció de nuevo en las sombras.

Merlín volvió otra vez a su atisbadero de la ventana.

El excéntrico verdugo de maniquíes no había reaparecido aún. Merlín aprovechó esos instantes para apoyarse suave pero fuertemente sobre la ventana, por si cedía. Notó que en efecto retrocedía un tanto, aunque no ejerciera mayor presión sobre ella. En consecuencia podría hacer saltar los cerrojos en el momento que quisiera hacerlo. Como la mayoría de las ventanas de su clase, ésta se encontraba en las peores condiciones de conservación.

Segundos después el maniático, — no podía llamársele de otra manera habiéndolo visto obrar como había obrado — volvía con la soga.

Tornó a atarla del gancho del techo y rehizo de nuevo el nudo, sin dejar de mirar el hueco de la pared. Algo debió llamarle la ateción, empero porque interrumpió en cierto momento su labor para mirar hacia abajo. Posiblemente había oído algún ruido en el hall. Instintivamente se apoderó de su revólver y esperó resuelto el supuesto peligro.

Merlin comprendió entonces que no sería posible llegar a un hombre semejante sin antes darle tiempo para disparar por lo menos varios tiros. Y si el individuo tenía tan buena puntería como rápidez para sacar a relucir el arma, nada difícil era que uno de los proyectiles fuera a sepultarse en la cabeza de los osados que pretendieran invadir sus dominios.

En eso se oyó los zapatos de McBatt apoyarse en el antepecho del balcón. El mensajero volvía ya de su misión.

Pero Merlin no se volvió hacia su criado, pues el hombre de la cuerda había tornado a depositar el revólver en el sitio de antes — una esquina de la baranda — y de nuevo había puesto manos a la obra, convencido sin duda de que todo no había pasado de una falsa alarma. Sin perder de vista los movimientos del individuo, Merlin hizo señas a McBatt que se acercara.

—Dentro hay un loco armado de un revólver que usará sin ninguna vacilación— le dijo. — Puedo entrar por esta ventana, pero primero es necesario que lo atraigamos cerca de ella por algún medio. Una ver que se asome, empuje con fuerza y decididamente. No antes. ¿Se ha traído algún club de golf?

—No, pero en cambio, he traído un martillo. Aunque será mejor que nos precipitemás sobre él, simultáneamente... Así no tendrá tiempo para nada.

Y, al decir esto, esgrimía con una fiera mueca de coraje, el pequeño martillo que se había puesto en el bolsillo, antes de salir del hotel.

Merlín, que en ningún momento había abandonado su observatorio, había notado que el verdugo sacaba algo del hueco de la pared. Bien se veía que el bulto pesaba bastante, porque a duras penas pudo arrastrarlo hasta la proximidad de la baranda. ¡Esta

vez no era un muñeco de bolsa, sino un hombre real, maniatado y amordazado brutalmente! El supuesto dueño del hotel se inclinó entonces sobre su víctima, hablándole desde cerca y amenazándolo con los puños. |Satisfecho tal vez su encono, estiró la mano y cogió el nudo corredizo de la soga que pendía del techo.

—¿Listo, Fin¿ — preguntó Merlín no sin cierta nerviosidad.

—Sí, señor.

—Entonces manos a la obra.

Merlín se apoyó con más fuerza contra la ventana y ésta crujió levemente. Como lo había esperado el muchacho, el hombre que estaba en el interior de la casa levantó la vista maquinalmente para inquirir la causa del inesperado ruido. Lo mismo que momentos antes, empuñó el revólver y miró resuelto en dirección a la ventana, dispuesto, evidentemente, a todo, Merlín, con un ojo pegado a la rendija, no se movió de su puesto.

Por espacio de varios segundos el verdugo — ni Merlín ni su criado, le conocían ya por otro nombre — miró con desconfianza en dirección a la ventana, como una fiera que fuera interrumpida en plena orgía de sangre por un rumor sospechoso llegado del corazón de la selva. Pero viendo q e ninguna novedad se producía, tornó a depositar el arma en su primitivo sitio.

Merlín humedeció entonces, el índice de la mano derecha en la boca y lo pasó por sobre el vidrio, produciendo un ruído que, para el Verdugo debió resultar de lo más misterioso. Se incorporó bruscamente, en efecto, y miró de nuevo la ventana. Sus ojos tenían un brillo siniestro y la boca se contraía en una mueca horrible. Quedó inmóvil: escuchaba. Merlín, entretanto, no perdió el menor de sus movimientos.

Se le vió, asimismo, proferir Dios sabe qué interjección, aunque no se oyó palabra, dada la distancia y el haberla dicho entre dientes. Pero, en cambio, Merlín observó al instante que el otro levantaba en alto su revólver y apuntaba en dirección a la ventana. Pero casi inmediatamente bajó el arma y echó a caminar hacia el balcón, donde estaban Merlín y McBatt. La resolución con que avanzaba, decía bien a las claras cuál sería su actitud en caso de encontrar allí a alguien.

Era, precisamente, lo que se había propuesto Merlín; que el otro se aproximara al balcón a investigar el motivo de los repetidos golpecitos y ruídos que se habían producido en la ventana.

—¡Atención, Fin!... — dijo entonces el muchacho, conteniendo el aliento. — ¡Viene para aquí!... Ya sabes un fuerte empujón en el preciso instante que la hoja de la ventana se mueva. Yo haré lo mismo... ¡Luego, adelante resueltamente!...

La silueta del hombre se dibujó perfectamente en los cristales, ya que la luz venía de adentro. Merlín y McBatt se tocaron recíprocamente con el codo, cuando los postigos se movieron. Un segundo después, la hoja de la ventana hacía lo propio. No esperaron más. El repentino empujón de los dos hombres y el crujido de las viejas maderas de la ventana al ser abierta ésta violentamente, unidos al disparo simultáneo del revólver del "dueño" del hotel, produjeron un estrépito formidable, que resonó lúgubremente en la noche.

El hombre del revólver retrocedió un paso, sorprendido, lanzando una imprecación y luego se desplomó al sentir el golpe del doméstico de Merlín que le había alcanzado en pleno cuello, a tiempo que el martillo de McBatt le golpeaba con fuerza en la frente. Casi simultáneamente, diversos chorros de sangre le manaron de diferentes heridas abiertas en el rostro por los pedazos de los vidrios de la ventana, que saltaron por el aire.

Tomado completamente desprevenido y ya golpeado y herido el hombre hizo sobrehumanos esfuerzos para mantener el equilibrio pero ni Merlín ni McBatt le dieron tiempo para reaccionar, pues, abierta la ventana, hicieran irrupción en el pasillo. El hombre, al verse así atacado, retrocedió hasta la baranda y ya había pasado la mitad del cuerpo por sobre ella, seguramente para precipitarse al hall de cabeza, pero Merlín corrió y alcanzó a asirlo de las piernas, salvándolo así de una muerte segura.

En eso oyó, afuera, el inconfundible ladrar desesperado de Molossus y los gritos de Fitz Percy.

—¡Vaya y mire qué pasa! — ordenó inquieto Merlín.

Los ladridos y los gritos no obedecían a otra causa que a la natural inquietud producida en Fitz Percy, miss Blackberry Brown y la fiel bestia por el estrépito inquietante que marcó la entrada de Merlín y su compañero en el hotel. Tanto el ex actor como la muchacha, miraban ansiosos hacia el balcón, pálidos el rostro y con la ansiedad pintada en la mirada. ¿El disparo habría herido a alguien?

—¡Oigan! — decía el viejo Fitz Percy. — ¿Les ha pasado algo? Pronto subiremos nosotros, también al balcón a ayudarles....

Y sin esperar respuesta de los que estaban arriba, comenzaron a trepar por el pilar del balcón, cuyos ángulos y relieves hacía perfectamente posible el ascenso.

En el interín, Merlín, al ver que el hombre de la soga había quedado tendido en el suelo, por efecto de los golpes recibidos y quizá por la misma sorpresa, corrió hacia su víctima. Le arrancó la mordaza rápidamente. Estaba ceñida con tal fuerza, que era, en verdad, un milagro que el pobre individuo no hubiera muerto de asfixia. Conservaba, sin embargo, el dominio de sus facultades y no le fué difícil a Merlín hacerlo reaccionar. Movía débilmente los labios, sangrantes a causa de la violencia con que había sido amordazado, cual si quisiese decir algo. Pero estaba demasiado molido para hacerlo todavía.

Se trataba de un hombre joven, en cuyo rostro y vestimenta se descubría, desde el primer momento, un comerciante londinense. Entraban miss Brown, Fitz Percy y Molossus, cuando el desconocido consiguió explicarse.

—Me ha salvado la vida, señor, — dijo a Merlín, haciendo esfuerzs por sonreír. Cinco minutos más, y ese tipo me hubiera ahorcado despiadadamente...

Al pronunciar la palabra ahorcado, no pudo dominar un estremecimiento de horror.

—Está loco, loco de remate, — añadió. — Pero... ¡si pudiera beber un trago de alguna cosa!..! En mi coche hay un frasco de whisky, en el bolsillo de la portezuela izquierda...

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando se puso tan pálido, que todos temieron fuera a desmayarse.

—Un momento, amigo mío, — dijo Fitz Percy. — ¡Voy a escape a buscarlo!

Y salió corriendo por la misma ventana que le había servido de puerta de entrada a todos .

Miss Brown se encargó de cuidar del muchacho; de su parte, Merlín fué a ver cómo se portaba McBatt con su prisionero.

—No puede hacer nada, señor, — observó el criado. — Los golpes y las cortaduras de los vidrios lo han dejado inútil.

Merlín comenzó a registrar al caído, por si tenía armas, además del revólver que había caído al suelo a poco de producirse el ataque. En efecto, en uno de los bolsillos encontró un filoso cuchillo.

Convencido de que el supuesto loco estaba en buenas manos, Merlín volvió al lado de la víctima, quien, habiendo reaccionado algo de su honato de desmayo, revelaba nuevos detalles del drama a la encantadora miss Brown.

—Caí en una celada... — explicaba el muchacho, luego de beber otro trago del frasco que había traído Fitz Percy. — Mi nombre es Cornell, y soy dueño de esta casa. La heredé de mi padre, hace algunos meses. Ese bruto, Ewell, era administrador general de mi difunto padre. No se había caracterizado nunca por su corrección en el manejo de los negocios, portándose, siempre, como un vulgar ladrón y borracho. Es natural que, con semejante dirección, los huéspedes no duraran mucho aquí. Mi padre le aguantó todo, no sé por qué secreto que yo ignoraba, e ignoro, y que Dios sabe de qué naturaleza es... Pero al día siguiente de la muerte de mi padre, me desembaracé de este bribón... ¡Era una satisfacción que me había prometido desde largo tiempo atrás!...

Pero esta mañana recibí una carta de él solicitándome una entrevista aquí. Me revelaría, decíame, la clase de asunto en virtud del cual había tenido siempre un indudable ascendiente sobre mi padre. Fuí un estúpido en prestar atención a una invitación de semejante naturaleza. Aunque reconozco que vine también para cerciorarme si este repugnante chantagista podía ser realmente de peligro o no... Caso de que fuera esto último, no volvería a tenerlo en cuenta para nada, dándole por desaparecido definitivamente de mi vida... Y bien, lo cierto es que vine.

"El muy bruto pareció mostrase afable al

EL MAL HUMOR

es causa de graves males que afectan al sistema nervioso y perjudican el funcionamiento normal del organismo.

DISTRAIGASE

Vea lo que le sucede a

BARNIGUGLI

Todos los viernes, usted puede pasar momentos de sano esparcimiento mirando en las páginas 2 y 67 de "Pucky" la historia cómica

BARNIGUGLI Y SU PINGO TRAGAVIENTOS

principio, declarándose dispuesto a razonar como persona inteligente. Hasta se hizo disculpar casi ante mis ojos su turbio pasado. Pero, ahora que ha pasado todo esto, comprendo que hice muy mal mal en dejarme engatusar por aquellas apariencias. Acabó sacando una carta, que puso sobre la mesa e invitándome a leerla, porque se refería a mi padre...

"Me incliné — ingenuo de mí — a leerla, circunstancia que él aprovechó para descargar sobre mi cabeza un fuerte golpe con la culata de su revólver... Fué una conmoción espantosa la que experimenté... Cuando recobré el sentido, me encontré maniatado y amordazado en un hueco de la pared, en ése del cual vieron ustedes que me sacaba... Entre tanto, él estaba muy ocupado en preparar una horca... Está loco, enteramente loco... Yo no sé si será por efecto de la bebida, los alcaloides o lo que sea... Mas lo cierto, lo repito, es que no obra como persona cuerda... Se limitó a decirme con la mayor tranquilidad, que se disponía a ahorcarme. Lo haría, eso sí, cuando se convenciera de que la cuerda estaba en condiciones... Por eso probó varias veces su resistencia con una bolsa.

Cornell se interrumpió de nuevo para tomar aliento.

—¡En condiciones! — volvió a repetir recordando su angustia de momentos antes. — Estaba haciendo sus preparativos, ensayándose con el saco, cuando llegaron, afortunadamente, ustedes.... ¿Cómo podría agradecerles este inmenso favor que me han hecho?.. Es una deuda eterna la que he contraído con ustedes.

Miss Blackberry Brown lo palmeó amistosamente en el hombro.

—¡Oh, no piense en esas cosas!...

Luego, viendo que el desmayado Ewell comenzaba a dar señales de vida, díjole a Merlín:

—Y de ese, ¿qué hacemos ahora?

Más oportuna no pudo haber sido la pregunta, porque en ese preciso instante apareció en la ventana abierta, el policía local seguido de dos corpulentos amigos.

—Habíamos oído un ruido sospechoso y un disparo... — dijeron. — Y como vimos también que había luz en este balcón, subimos, sin llamar, seguros de encontrar algo aquí adentro...

—Hicieron muy bien — interrumpió Merlín. — Aquí está el hombre que les interesa. Si les parece bien, llévenlo al puesto de policía, enciérrenlo dentro de un calabozo y manden luego un oficial al hotel del pueblo. Allí tendremos el gusto de contarle todo lo que ha ocurrido aquí.

—Muchas gracias, señor,—dijo el agente, quien conocía a Merlín. — Haremos lo que usted dice... Ahora, mi amigo, — añadió dirigiéndose a Ewell, que en ese momento se incorporaba y miraba con máxima sorpresa a su alrededor, — venga con nosotros, y ¡mucho cuidado con cometer tonterías!

Al tiempo que le ayudaba a levantarse, le colocó las esposas.

El hombre no hizo el menor ademán de resistirse. Vió que estaba en minoría y dando pruebas de una cordura que no se hubiese sospechado en él, se sometió a su suerte. Se dejó conducir dócilmente, rumbo, no a la cárcel, sino a una casa de salud, que era lo que se merecía, en realidad.

Los demás abandonaron también el hotel. McBatt prefirió llegar al hotel en el automócil que brindó a todos Cornell. Miss Brown Merlín, Fitz Percy y Molossus, decidieron, en cambio, ir al pueblo caminando. Disfrutarían así, del hermoso espectáculo que le brindaba el plenilunio.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . „ „	12.00 „

Barnigugli y su pingo Tragavientos (CONTINUACION)

PUCKY MAGAZINE
MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
—¡Oh, señor! ¡No nos prive usted del dinero del seguro! Esta vez mi esposo ha muerto ahogado de veras. Lo he visto con mis propios ojos cuando se arrojó al agua
—Señora: no hay nada que hacer. La compañía exige la devolución íntegra del dinero del seguro
Días malos han llegado para Teodorita y el pequeño Pipermit. Ayer gozaban de todos los beneficios de la fortuna y hoy se ven frente a la más absoluta miseria. Y lo peor del caso es que ahora que Teodorita ha visto desaparecer a su esposo entre las aguas del río, no puede convencer al representante de la compañía de seguros, de la muerte real de aquél.
—¡Infames! ¡Me dejan en la calle!
—Saquen todo lo que encuentren, changadores. Y vos, pibe, no trates de calotear este juguete
—Rajen de aquí. ¡Rápido! ¡Atorrantes!
—¡Ji! ¡Ji!. . .
¡Qué tipo, ese botón!
—¡Oh, mamá! Allí está el más canalla de todos los vagos: se llama Fajin
—¡Hola! Aquél es Pipermit. ¡Qué bien me viene encontrarlo!
DEBECK

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

PUBLICACION SEMANAL

Viernes 4 de Enero de 1929
Bs. Aires, Av. de Mayo 662

AÑO VII.

No. 275

Los hombres de Ganymede

Por FRANK BRUECKEL

Es una novela de ficción científica en la que se desarrollan aventuras extraordinarias que mantienen vivo el interés del lector desde el principio hasta el fin.

Los cuentos de ficción científica son exclusivamente traducidos para "Pucky".

20 cts.

Barnigugli y su pingo Tragavientos

(Continúa en la página 67)

Sumario

Este número contiene, entre otros valiosos materiales, los siguientes:

LOS HOMBRES DE GANYMEDE
por FRANK BRUEKEL.

LA SANTA
por EDWARD WALLACE.

LA CHISPA
por JUAN DE KERLECQ

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON
por S. S. VAN DINE.

UN SUSTO
por MIGUEL CORDAY.

UN POCO DE HUMORISMO

LO QUE PUDO EL VALOR DE UNA JOVEN AVIADORA
por GASTON RICHARD.

TARZAN DE LOS MONOS
por EDGAR RICE BORROUGHS.

CONCURSO de "PUCKY"

BRUNN, EL MINERO
por DEX VOLNEY.

ES FACIL ADIVINAR

cuando se ve a una persona con expresión de verdadera alegría, cual es la causa de su satisfacción.

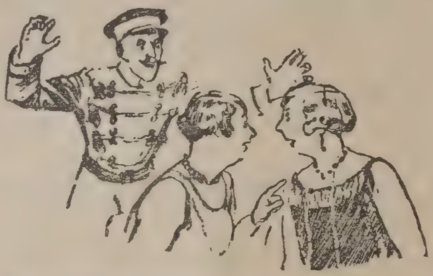
Se trata sencillamente de la influencia benéfica que ejerce el sano humorismo de la historieta cómica

BARNIGUGLI Y SU PINGO TRAGAVIENTOS

MOLESTIAS DEL TEATRO

Si a los que llegan tarde al teatro...

los echaran de la sala...



y se hiciera lo mismo con las personas que hablan en voz alta durante la función...

y con los que sin ningún cuidado hacen ruidos al desenvolver las cajas de bombones

y con los que tosen...

o con los que se entretienen en el bar...

entonces, — y solamente así, — se conseguiría una concurrencia ideal.

(De "Punch")

LOS HOMBRES DE GANYMEDE

Por FRANK BRUEKEL

El señor Bachus me fué presentado por un amigo de ambos, en cuya quinta estábamos pasando las vacaciones. Desde un principio, me hizo la impresión de ser un tipo extraño. Conversando con él supe que había viajado mucho.

Ante mi insistencia por conocer detalles respecto a su último viaje, me invitó a que lo acompañara a su habitación y allí me mostró un manuscrito que me dijo contenía un relato completo de sus últimas aventuras. Me dió permiso para leerlo, y así lo hice aquella misma noche. Lo que allí decía resultaba tan absurdo que a la mañana siguiente no pudo por menos que decirle que me había dado una broma al pretender hacer creer aquel cuento a una persona de sano juicio.

Aunque inverosímil, me resultó tan interesante, que no resisto a la tentación de transcribirlo. Dice así:

Un viaje fantástico en el que suceden acontecimientos realmente extraordinarios y dramáticos, tal es en síntesis el emocionante argumento de este cuento de ficción científica.

CAPITULO I

HACIA LO INFINITO

Mi nombre es Clyde Bachus. Cuento 34 años de edad y soy oriundo de Montana. Mi padre era astrónomo aficionado y como poseía una regular fortuna heredada, instaló un buen observatorio, en el que se dedicó por completo al estudio de la Luna y de los planetas Venus, Marte y Júpiter.

Tenía por compañero inseparable a su amigo Lloyd, con quien trató de resolver el misterio de los canales de Marte, ensayando docenas de cristales distintos en diversas combinaciones, con la esperanza de obtener un aumento tal que demostrara en forma irrefutable la existencia y origen de los mismos, pero nunca alcanzó el ansiado resultado.

Lloyd se propuso realizar lo que habían intentado en vano tantos otros antes que él: la construcción de un aparato volador que le permitiera cruzar los espacios interplanetarios. Durante cinco años estudió, experimentó y trabajó día y noche en su proyecto.

—No sabemos lo qué es la fuerza de gravedad, — me dijo un día, — pero mi opinión es que consiste en un movimiento ondulatorio que emana de toda la materia concentrada. Usted sabe sin duda que si se hace girar rápidamente al agua en un tanque u otro recipiente, cualquier objeto flotante será arrastrado en círculos, atraído gradualmente hacia el centro del torbellino, y arrastrado finalmente hacia el interior del agua. En la misma forma considero que el movimiento giratorio de los electrones crea una fuerza de succión en el éter, atrayendo de esa manera hacia sí mismo los demás átomos de materia. Mientras mayor sea el número de átomos y por consiguiente mayor la masa del objeto material, más grande es esa fuerza de succión. Si mi teoría es exacta, — es decir, si la gravedad es el resultado del movimiento vibratorio, — entonces creo que dentro de poco tiempo tendremos un proyectil del espacio. Tengo una idea, — exclamó entusiasmado, pero se interrumpió y fué corriendo al laboratorio, como si no quisiera perder un instante para ponerla en ejecución.

Un día vino saltando las escaleras del hall como un loco, agitando encima de su cabeza una pequeña lámina de material opaco.

—¡Eureka! ¡Eureka! ¡Ya lo tengo! ¡Lo he conseguido!

Mi padre y yo nos levantamos de nuestras sillas.

—¿Qué es lo que ha conseguido? — le preguntamos, sorprendidos por sus ademanes exaltados.

Agitando todavía la lámina, Lloyd explicó que por fin había logrado combinar varios elementos metálicos en tal forma que haciendo pasar una corriente eléctrica poderosa por dicha aleación tenía no sólo la propiedad de anular la fuerza de gravedad, sino la de reflejar ese movimiento ondulatorio sobre su fuente de origen, transformándolo así en una fuerza de repulsión.

Después de ese descubrimiento, las cosas se sucedieron rápidamente. En poco tiempo un cohete experimental cargado con un poderoso explosivo fué enviado hasta la luna por medio de la fuerza de repulsión generada por una pequeña lámina de aleación antigravitacional colocada en su base. Cayó sobre la parte oscura de la luna que a la sazón estaba en cuarto naciente, y pudimos así

comprobar su llegada por la luz de la explosión. Le tomó treinta minutos al cohete alcanzar la meta, pero Lloyd nos aseguró que un dirigible construído sobre el mismo principio podría ir más ligero aún.

Inmediatamente después del éxito obtenido en este experimento, hicimos los planes para que un reducido número emprendiera una excursión por los espacios cósmicos, visitando la Luna en primer lugar y después a Venus o Marte. Pero mi padre nunca llegó a ver colmados sus deseos, pues, teniendo ya sesenta y nueve años no pudo sobrevivir a la tensión nerviosa de tal expectativa.

Esto sucedía hace dos años.

Cuando estuvo listo, Lloyd y yo entramos en el volador del espacio, al que bautizamos con el nombre de Lamina Espacial. Era un dirigible que se parecía bastante a una bala de cañón, de unos quince metros de largo por cuatro de diámetro, cubierto por una especie de cúpula. Entre la coraza exterior y el revestimiento interior había un espacio en que estaba formado el vacío para preservar a los viajeros del intenso frío del espacio interplanetario, pareciéndose por este detalle a una gigantesca botella termo.

El proyectil estaba dividido en varios compartimentos — el observatorio en el extremo delantero, con su correspondiente telescopio y espectroscopio; inmediatamente abajo el cuarto de derrota y de instrumentos, después el dormitorio y finalmente, abajo de todo, el cuarto de máquinas y depósito de provisiones. Cada compartimento tenía dos ventanas circulares, en oposición una a la otra, y en la cúpula había una ranura cubierta de vidrio que era giratoria.

—Ya está todo listo, muchacho, — dijo Lloyd. Después de haberme mostrado los lugares reservados para depósito atestados de provisiones, las camillas tendidas, el observatorio y cuarto de instrumentos bien provistos, el arsenal repleto de rifles sables, cuchillos y municiones, y los estantes llenos de libros con todos los cuentos interplanetarios escritos hasta la fecha y varios romances científicos.

—¿A qué hora partimos? — le pregunté.

—Mañana a las veinte horas.

El día siguiente, no se por qué razón, me pareció interminable. Lloyd estuvo ocupadísimo arreglando sus asuntos, entre ellos su testamento, que creyó prudente hacer antes de iniciar tan arriesgado viaje.

Además de Lloyd y yo, formaban la partida otros tres hombres, dos de los cuales, Rosonoff el ruso y Lenhardt, un alemán, eran íntimos amigos de mi padre. El tercero Robinson era un mecánico norteamericano, que había construído la mayor parte de nuestro aparato, aunque posiblemente no sabía para qué era. Decidimos llevarlo con nosotros para el caso que se descompusiera la maquinaria.

Por fin llegaron las horas del atardecer. Apuramos nuestra cena en medio del mayor silencio, sobrecogidos nuestros espíritus por una tensión expectante. Era nuestra última cena sobre la tierra al menos por mucho tiempo... tal vez por la eternidad. Cuando terminamos, nos dirigimos directamente al cobertizo de nuestro proyectil del espacio.

Rosonoff quería emprender la marcha inmediatamente, pero Lloyd estaba resuelto a partir a las veinte horas en punto. Aprovechó el tiempo que quedaba en recorrer el aparato inspeccionando cuidadosamente todos los detalles, en cuya tarea lo acompañó Robinson. Rosonoff, Lenhart y yo matamos el tiempo balconeando frente a las ventanas y de vez en cuando dábamos un vistazo al reloj colgado sobre la pared del cuarto de derrota. El tic-tac monótono del reloj, despertó en mí un odio sin sentido contra él, un odio que había de hacerse más intenso dentro de poco tiempo. La esfera, con sus manos aparentemente inmóviles parecían burlarse socarronamente de la impaciencia que me dominaba.

Por fin las agujas en su lento arrastre llegaron a la posición que indicaba que faltaban diez minutos para las veinte horas. Lloyd nos llamó afuera del proyectil para que le ayudáramos a abrir las puertas del techo por donde debía este pasar. Esto nos ocupó solo pocos minutos; después de lo cual descendimos a tierra y volvimos a entrar en el aparato.

—¿Alguno quiere quedarse en tierra? Si es así que lo diga ahora, porque pondré en marcha los motores antes de las veinte, — dijo Lloyd.

Nadie dijo nada, y se cerró la puerta.

Por unos momentos quedamos todos en silencio, elevando nuestras preces a la Sabiduría Infinita; vimos a Lloyd mirar el reloj y mover una de las palancas.

Un murmullo grave rompió el silencio sepulcral que reinaba y en seguida oímos el rumor de uno de los motores. Momentos después todo el mecanismo estaba en acción. Lloyd movió varias palancas y finalmente puso su mano sobre la que controlaba la intensidad de la corriente que pasaba por las láminas de gravedad. Lentamente la corrió hacia abajo y en el preciso momento en que las manos del reloj marcaban las veinte oímos un ruido como algo que raspa y suavemente ascendimos en el aire. Lloyd seguía moviendo lenta pero firmemente la palanca y el indicador de velocidad marcaba una aceleración constante. A las veinte y diez minutos, Lloyd miró el indicador de recorrido el que registrada 10 millas; movió más rápidamente la palanca y a las veinte y quince, cuando la esfera indicaba una distancia de 400 millas, hizo desarrollar la velocidad máxima.

Miré al indicador de velocidad y quedé asombrado. El instrumento marcaba 1000 millas por segundo!

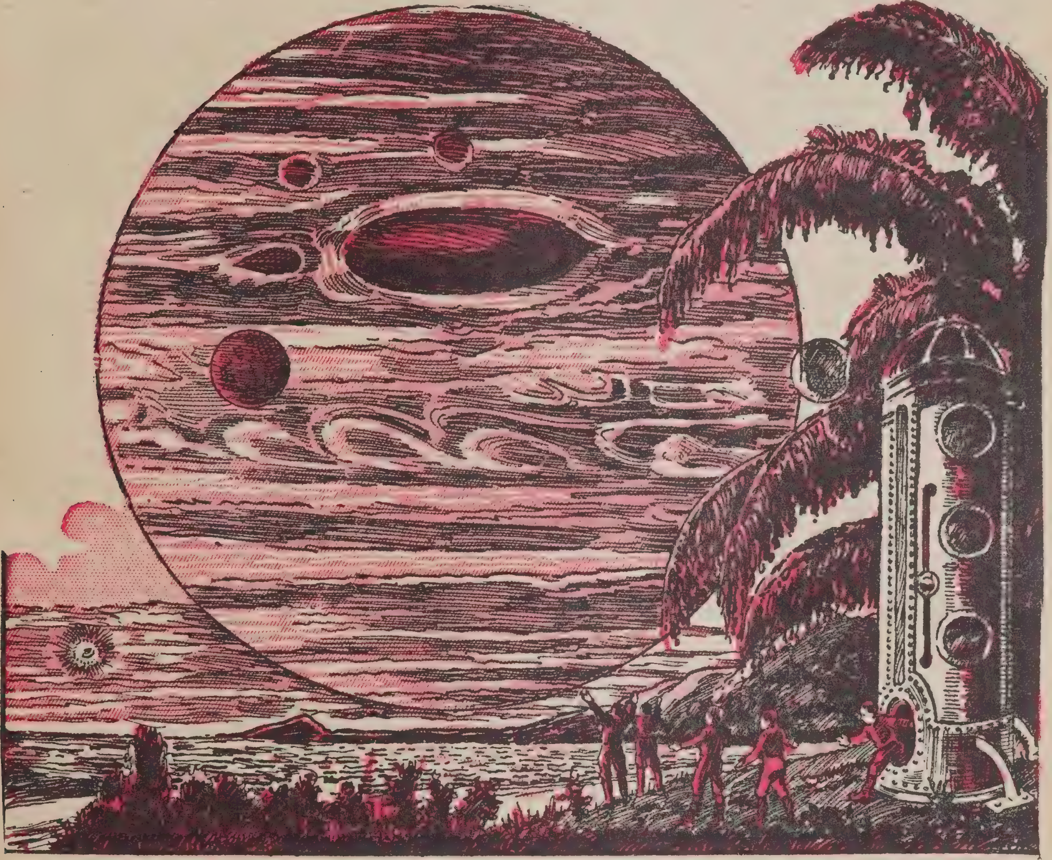
Todos observamos admirados, a través de las ventanas el maravilloso panorama que se presentaba a nuestra vista. Todo nuestro campo visual estaba cubierto de planetas refulgentes de luz de un brillo enceguecedor. Y no eran los relativamente pocos puntos luminosos que se ven desde la tierra. Millones de soles tachonaban los espacios siderales.

Tan compactos estaban que parecía no haber espacio entre uno y otro. Por unos momentos nos cegó esa luz intensa y entonces Lloyd corrió unas delgadas láminas de plomo que servían de cortina.

—No se me ocurrió antes, — dijo Lenhardt parpadeando. — ¿Pero no le parece que podríamos sufrir los efectos del rayo cósmico descubierto hace algún tiempo por el doctor Millikan, y que se supone proviene de las estrellas?

para hacerla girar a la derecha; se produjo entonces otro crack y quedó trabada. Rosonoff, Lenhardt y yo procuramos con todas nuestras fuerzas volver las láminas de gravedad al punto que nos conducía hacia la luna, pero nuestros esfuerzos fueron vanos. El mecánico Robinson trató de ayudarnos a enderezar la rueda, pero era lo mismo que si intentáramos mover un rascacielos.

—Robinson, tiene usted que arreglar lo que se haya descompuesto, — dijo Lloyd,



Haia nuestra derecha un enorme disco estriado con anchas franjas rojas y amarillentas cubría una cuarta parte del cielo.

—Afortunadamente he previsto eso y me he preparado para evitarlo. Las ventanas están hechas con ciertos cristales fundidos a una altísima temperatura y mezclados con ciertos óxidos metálicos, combinación que es tan eficaz contra el rayo Millikan, como mis espejos de gravedad lo son contra la atracción gravitacional.

Un crack repentino y una desviación brusca del aparato nos hizo mirar ansiosamente a nuestro alrededor. Lloyd miró al compás espacial uno de sus últimos inventos.

Dió un salto ahsta la rueda de dirección, mientras observaba los instrumentos y los mapas estelares. — Estamos ahora avanzando en dirección a Júpiter, — continuó diciendo un momento después.

Robinson entró en el departamento de máquinas, y estuvo allí una hora. Cuando salió la desesperación estaba pintada en sus facciones.

—Todo el mecanismo propulsor está descompuesto, — exclamó. — No puedo arreglar nada mientras esté en movimiento.

Lloyd levantó lentamente la palanca de aceleración pero el intrumento indicador no

señaló ningúna reducción de velocidad.

Pálido y nervioso levantó la palanca de arranque, lo cual debía interrumpir la corriente que pasaba por los reflectores de la gravedad, haciendo cesar su fuerza de repulsión pero a pesar de esta maniobra seguíamos oyendo el zumbido de los cables eléctricos a nuestros pies.

Con un último esfuerzo desesperado corrió para abajo la palanca que controlaba las pantallas antigravitacionales de adelante, esperando que su acción frenaría nuestra terrible velocidad. Pero no oímos el zumbido más agudo que debía indicarnos el paso de la corriente eléctrica a través de ellas.

Desfalleciente, Lloyd se dejó caer sobre su silla. Lenvantó los ojos hacia mí.

—Le dije que hiciera usted su testamento y no quiso hacerme caso. ¿Por qué no lo hizo? Podía haberse imaginado que nos ocurriría esto.

—Usted también pudo haber previsto este percance y advertirme para quedarme en tierra, — le dije.

Mi contestación pareció recordarle que también estaba en peligro las vidas de nuestros demás compañeros de viaje, pues dirigiéndose a ellos les dijo:

—Señores, lamento muchísimo haberlos inducido a que me acompañen en este viaje, cuando debía haber supuesto que la Lámina Espacial sería incapaz de cumplir las grandes hazañas que con tanta ligereza imaginé que podría realizar fácilmente.

—No supondrá usted que es culpa de la máquina, ¿verdad? — dijo Rosonoff. — Tal vez, señor Lloyd, haya algún traidor a bordo.

Todos dieron un brinco, como fustigados por un latigazo.

—¿Un traidor? — dijo Lloyd. — ¿Quién intentaría destruir la Lámina Espacial o desearnos daño?

—Retiro lo de que haya un traidor a bordo, pero alguien antes de partir debe haber descompuesto la maquinaria de manera tan ingeniosa que usted no ha podido advertirlo cuando la examinó la última vez.

—Tengo la seguridad de que todos los que están a bordo son inocentes. Cada uno de ellos ha dado siempre pruebas de honestidad y de ser digno de confianza.

Quedamos todos silenciosos. Rosonoff miró al reloj, sacó del bolsillo lápiz y papel, hizo algunas anotaciones y dijo:

—Hace hora y media que estamos viajando a toda velocidad y durante ese tiempo hemos recorrido 5.400.000 millas.

—Uff. No me marée con semejantes números. Ya estoy bastante aturdido. Me voy a acostar, — dijo Lenhardt.

Con eso decidimos los demás hacer lo mismo, — nada ganaríamos con estarnos allí sentados, martirizando nuestros cerebros con preocupaciones, y así fué que cinco átomos humanos dentro del gran universo, se acostaron en sus respectivas camas, mientras el aparato donde viajaban los llevaba cada vez más lejos en el espacio infinito, tal vez hasta la eternidad.

CAPITULO II

EN OTRO MUNDO

Después de un período de insomnio que me pareció muy largo conseguí dormirme, pero el reposo era irregular y agitado; me perseguían inquietantes sueños sobre la Lámina Espacial, la luna, Lloyd y mi testamento, todo lo cual me sobresaltaba, haciendo imposible mi descanso.

Finalmente me decidí a encender la luz Eran las 8.15 de la mañana — doce horas desde que alcanzamos nuestra terrible velocidad. Mientras me vestía pesadamente tomé un lápiz y un papel y calculé que habíamos recorrido la espantosa distancia de 43 millones de millas.

Cuando me estaba lavando, se unieron a mí Lloyd y Rosonoff y les informé del trayecto que habíamos recorrido durante la noche — y digo noche simplemente — por comodidad de expresión, pues independizados como estábamos de la rotación diurna de la tierra no había para nosotros noche ni día. Encerrados dentro de nuestro proyectil era siempre de noche lo que nos obligaba a tener encendidas permanentemente las luces. Solo por medio de nuestros relojes podíamos saber la hora, siendo inútiles para tal fin las observaciones astronómicas.

—Estamos ahora en la órbita de Marte. Ustedes saben que su trayecto elíptico lo mantiene a una distancia de nuestra tierra que varía entre 35 millones y 60 millones de millas. Dicho planeta está ahora del otro lado del sol.

Entretanto Robinson nos estaba sirviendo el desayuno que había preparado con el calentador eléctrico. Pero comimos muy poco. Las perspectivas de morir dentro del volador espacial a muchos millones de millas de distancia de nuestra madre tierra no eran como para abrirle a uno el apetito.

Todo el día estuvo Lloyd examinando sus mapas del espacio, los instrumentos y las palancas de control, y Robinson lo pasó continuamente en el cuarto de máquinas, pero no consiguieron ellos modificar en nada nuestra situación, seguíamos avanzando constantemente a la misma increíble velocidad. A las 20.15, o sea 24 horas después de nuestra partida nos habíamos internado en el espacio una distancia de 86 millones 400 mil millas.

Así pasaron aburridamente tres días pesados, interminables. Nuestro alejamiento de la tierra seguía aumentando constantemente — 172 millones 800 mil millas, 259 millones, 200 mil millas, 345 milones 600 mil millas; inútilmente esperábamos alguna noticia alentadora del mecánico y Lloyd sólo podía asegurarnos que nos precipitábamos a una muerte segura sobre la superficie congelada — o acaso fundida, del gigantesco Júpiter.

De pronto Lloyd se adelantó hacia el tablero de los instrumentos y lo ví manipular las válvulas que controlaban el abastecimiento de oxígeno. Al micmo tiempo me di cuenta

que tenía un dolor sordo en los pulmones y que mis compañeros respiraban boqueando.

—Si usamos la reserva de aire con parquedad, tenemos suficiente para mantenernos vivos durante 15 horas, y después... Por un rato quedó pensativo delante de los instrumentos. — Estamos acercándonos a Júpiter Nos encontramos a sólo 55 millones 500 mil millas de su superficie. Estoy pensando si estará congelada o derretida.

Adelante, siempre adelante seguía avanzando a velocidad fantástica nuestra lamina especial; una tras otra se arrastraban lentamente las horas, pareciendo cada minuto una eternidad y todos teníamos que esforzarnos irremediablemente para no perder nuestro equilibrio mental.

—Dios santo, — dijo Lenhardt, — esta inactividad me va a volver loco.

—Estoy de acuerdo con usted. Esto es enloquecedor, — dijo Rosonoff en un susurro.

Miró a Lloyd. Su cara estaba pálida, respirada pesadamente y sus ojeras estaban abultadas y oscuras.

Mientras estoy escribiendo, me doy cuenta cuán lastimosamente inadecuado son mi vocabulario y dicción para tratar de expresar sobre el papel insensible, nuestra angustiosa situación. Por más vivaz que sea su imaginación, querido lector, nunca podrá visualizar la escena en aquel vehículo especial, — inclinándose de un lado para otro al apartarse de su camino cuando se aproximaba a meteoros y asteroides que lo desviaban, pues Lloyd había ideado una máquina que irradiaba rayos radioactivos en derredor del vehículo que lo alejaban de cualquier objeto que viniera hacia él y lo volvían a su curso cuando había pasado el obstáculo — los pasajeros sentados inmóviles en nuestras sillas — a nuestros pies el zumbido monótono enloquecedor de los cables eléctricos, Robinson urgando entre las máquinas, Lloyd mirando fijamente los mapas como un hipnotizado y el reloj infernal colgado en la pared, marcando sin misericordia, con su tic-tac implacable, los últimos instantes de nuestra existencia.

Así se arrastraron once horas, doce, trece, catorce. Otra vez se hacía difícil la respiración. Lloyd seguía absorto mirando los planos y haciendo cálculos sobre su escritorio. Robinson continuaba en el cuarto de las máquinas. Rosonoff y Lenhardt jugaban al ajedrez para no perder su equilibrio mental, y yo los observaba. No lo noté entonces, pero ahora que recuerdo la escena me doy cuenta que no hacían más que chambonadas, doce veces cada uno de ellos colocó sus piezas de manera que con una sola jugada podían darle jaque mate y otras tantas el contrario no se apercibía de ello y hacía movidas indecisas y sin sentido.

Transcurrió media hora más. Rosonoff y Lenhardt estaban entonces caídos sobre el tablero, inconscientes. Robinson vino del cuarto de máquinas, y dijo:

—Tengo ya arreglado el control de la velocidad y las pantallas delanteras de gravedad, pero no puedo desviar la dirección del aparato. Se dejó caer sobre una cama y quedó profundamente dormido, probablemente para no despertar jamás.

Lloyd se levantó y con pasos vacilantes se dirigió al observatorio.

—Daré un último vistazo a Júpiter, desde cerca, antes de morir, — dijo, y yo lo seguí.

Levantó la cortina de plomo de la ventana circular que estaba en el centro de la cúpula y juntos contemplamos la escena más maravillosa que jamás habían visto nuestros ojos. Todo el campo visual de la ventana estaba cubierto por el disco gigantesco de aquel planeta, cruzado por franjas verticales alternativamente claras y obscuras.

—Creí que las franjas de Júpiter eran horizontales, — dije, dándome vuelta hacia Lloyd. — Estas que vemos son verticales.

—Eso es debido a nuestra posición con relación a Júpiter. Relativamente a él y a nuestra tierra nosotros estamos de costado. Aquí dentro de la Lámina Espacial nos parece estar de pie porque nos hallamos aislados de toda fuerza de gravedad de cualquier otro cuerpo del espacio, y porque el centro de gravedad de nuestro vehículo está debajo de nosotros. Usted sabe que llevamos un lastre de metales pesados con el objeto de poder mantener el equilibrio. Dentro de un momento le va a parecer que está cayendo hacia Júpiter, mientras que ahora parece que nos acercamos horizontalmente. ¿Entiende usted lo que le quiero decir?

—Creo que sí, — le contesté, y miré nuevamente por la ventana. — Ciertamente Júpiter ofrece un espectáculo impresionante desde la distancia de un millón y medio de millas.

Un momento después advertí que el vehículo girando lentamente y cuando estábamos a un millón de millas de la superficie de Júpiter las franjas se veían horizontales y yo tenía entonces la impresión que descendíamos sobre el planeta.

Directamente enfrente de nuestro paso había una mancha de colores azul, verde y blanco que al principio me pareció ser una parte de la superficie del planeta, pero que ahora veía que tenía un contorno nítido circular.

Me di vuelta hacia Lloyd para interrogarlo y quedé horrorizado al verlo caído a mis pies, con los ojos cerrados. Creí por un momento que estaría muerto, pero luego ví que su pecho se movía, estaba desmayado. Bajé de un salto al dormitorio y volví con un vaso de agua que logré introducir entre sus

POR SOLO 5 centavos
sin más gastos ni molestias, acompañando este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante.
Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:
LA FOTOGRAFICA ARGENTINA
Avenida de Mayo 1370 — Bs. As. P.

labios. Un momento después abrió los ojos.

De pronto miró fijamente y con expresión azorada en dirección a la ventana. Seguí la dirección de su vista y también miré hacia afuera. Simultáneamente partió de nuestros labios una exclamación de asombro. Delante de nosotros, cubriendo toda la visual de la ventana se extendía un enorme paisaje, elevadas montañas, verde follaje, nieve blanca, lagos azules y desiertos de color ocre.

Lloyd se levantó penosamente y se dirigió tambaleando hacia el cuarto de derrota. Empujó la palanca de velocidad y con la disminución repentina de la marcha fuimos precipitados contra la pared del vehículo. Un momento después cortó la corriente que pasaba por las pantallas traseras de gravedad y conectó la corriente más débil de las pantallas delanteras; este sistema de paragolpe demostró su eficacia en seguida; la velocidad del vehículo disminuyó progresivamente, hubo finalmente una pequeña sacudida y la corriente se interrumpió.

Lloyd y yo nos miramos mutuamente.

—¿Estamos sobre Júpiter? — le pregunté

—No sé, — me dijo, — pero apurémosnos en averiguar si esta tierra, cualquiera que sea, tiene una atmósfera respirable. Ayudeme usted a cerrar estas válvulas. Hicimos girar unas ruedas que estaban sobre los tanques de oxígeno.

—Ahora abramos esta otra, — dijo indicando el tubo de entrada cuyo objeto era ensayar la atmósfera de los planetas.

Acercó la nariz a este tubo. Yo también hice lo mismo y llegó a mis pulmones una ráfaga de aire fresco.

Entonces perdimos el sentido y los dos caímos insconscientes al suelo.

Debo haber dorminado muchas horas — aunque no tengo idea de cuánto tiempo, — dijo al despertar.—Vi a Lloyd mover un brazo y a Robinson levantarse de la cama. Aquél abrió los ojos y me miró. Entonces, lentamente nos pusimos de pie.

El aire puro que seguía entrando por el tubo de admisión pronto hizo revivir también a Lenhardt y Rosonoff. Cuando todos estábamos bien despiertos Lloyd les describió el paisaje que habíamos visto y el ensayo que hicimos de la atmósfera.

Esto nos reanimó a todos; nos acercamos junto a la puerta de salida, ansiosos de ver el mundo sobre el cual el destino nos había lanzado.

Lloyd dudó un instante y después abrió la puerta. Afanosamente miramos hacia fuera. Delante de nosotros había una gran extensión de agua que llegaba hasta un horizonte que parecía relativamente cercano. Entre el mar y nuestra Lámina Espacial una franja de tierra de cien metros llegaba con inclinación pareja hasta la costa.

Salimos sobre este paisaje tan similar al terrenal y al mirar en derredor nos encontramos con nua sorpresa. Hacia nuestra derecha un enorme disco estriado con anchas franjas rojas y amarillentas cubría una cuarta parte del cielo, y a la izquierda brillaba una hermosa estrella, — el sol, — con un diámetro aparente cinco veces menor de lo que se ve desde la tierra. El cielo del lado de esa estrella era celeste claro y se obscurecía gradualmente hasta llegar a un azul negro profundo al llegar al disco gigantesco.

Detrás de nosotros se elevaba un bosque de árboles enormes semejantes a helechos, — productos de una flora similar a la que debe haber existido en nuestro propio mundo en el período carbonífero. Los tallos se elevaban más de cuarenta metros en el aire y se balanceaban graciosamente al impulso de la brisa, dando a toda la escena el aspecto de un sueño exótico.

—¿Dónde estamos? — le pregunté a Lloyd

El miraba a su alrededor con la expresión del que está afianzado a una convicción.

—Estamos en Ganymede, la mayor de las nueve lunas de Júpiter, — contestó, — y tanto Lenhardt como Rosonoff asintieron con un movimiento de cabeza.

Ganymede es el tercer satélite de Júpiter, mide 3.550 millas de diámetro, gira alrededor de este en siete días, tres horas y 42 segundos, a una distancia de 664.000 millas de él.

Durante varios segundos seguimos contemplando a nuestro alrededor cuando oimos un grito de sorpresa de Lenhardt. Siguiendo con la vista la dirección que indicaba con el índice vimos con asombro moverse entre las gruesas cañas de la costa a cien metros apenas de distancia un animal grotesco y gigantesco, que parecía un verdadero dragón sacado de algún antiguo cuento de hadas.

El monstruo medía unos treinta metros de largo y la parte más alta de su lomo llegaba a nueve metros del suelo. Era de color azul pizarra y estaba acorazado con grandes y gruesas escamas. Sobre el lomo se extendía una fila de cuernos que disminuían progresivamente de tamaño a lo largo de la gruesa cola. La cabeza tenía sesenta centímetros de largo y treinta de ancho y era de una forma horrible. Además de tener un poderoso pico, la cabeza estaba dotada de seis cuernos, tres de cada lado y dos largos y afilados colmillos sobresalían del maxilar superior. Uno de éstos observé que estaba roto, sin duda a causa de alguna furiosa pelea.

La bestia diabólica nos miró unos instantes y empezó a avanzar hacia nosotros, produciendo sus enormes patas un ruido sordo y acompasado al golpear contra la tierra.

—¡Pronto, entremos en la Lámina Espacial! Ese monstruo nos matará, — exclamó Lloyd.

No tuvo que repetir su invitación, pues no había terminado de hablar cuando ya nos habíamos metido en el aparato, cuya puerta cerramos cuidadosamente.

—¿Qué es eso? — preguntó Rosonoff.

—Una especie de dinosaurio carnívoro desconocido en nuestro planeta. Es todo lo que puedo decir por ahora, — contestó Lenhardt.

—De todas maneras, — manifestó Lloyd, — parece que tendremos muchas más aventuras en esta luna de Júpiter de las que hubiéramos encontrado en nuestro propio satélite.

A través de las ventanas de cuarzo observamos a la bestia que Rosonoff bautizó con el nombre de Cerattaurus Ganymedeur Lenhardtus. Sus movimientos eran lentos, pero

el largo de sus pasos le permitía avanzar con relativa rapidez.

Se acercó hasta pocos metros de nuestro aparato volador, mirándonos con una actitud decididamente beligerante, azotando la cola y moviendo de un lado para otro su horrible cabeza, como si quisiera desafiarlo a pelear. Viendo que la Lámina Espacial no retribuía sus intenciones guerreras, el Cerataurus Ganymedus supuso probablemente que nuestro belicoso vehículo era alguna roca y momentos después se dirigió a la costa, entró en el agua y nadó hacia un parche de algas marinas.

—Es omnívoro,— dijo Lenhardt cuando lo vió arrancar un bocado de yuyos. Había supuesto erroneamente que sería puramente carnívoro.

CAPITULO III

CAUTIVOS

El animal se alejó hasta perderse de vista y resolvimos salir nuevamente de nuestro encierro, pero esta vez armados cada uno con un rifle, un revólver, un cuchillo de caza y un cinto de cartuchos. Observamos cuidadosamente a nuestro alrededor por si reapareciera cerca de nosotros el Cerataurus Ganymedeur o algún otro monstruo por el estilo, pero como nada se movía, resolvimos ponernos en marcha siguiendo la dirección de la aguja de una brújula que Lloyd había tenido la precaución de traer consigo. N. recordó que de acuerdo a lo convenido en la tierra antes de partir, él sería el jefe de la expedición y dispuso que Rosonoff fuera segundo y yo cerrara la marcha en retaguardia.

Hasta entonces no habíamos dado sino unos pasos vacilantes y precavidos, pero ahora al intentar Lloyd dar resueltamente un paso hacia adelante, Rosonoff y yo volvimos y lo vimos con sorpresa elevarse en el aire a una altura de sesenta centímetros y caer de bruces a un metro de distancia. Lloy se incorporó mirándonos con expresión de asombro. Se desvaneció su extrañeza al dar lugar a una sonrisa.

—¡Qué tonto de no haberlo pensado antes! Compañeros les aconsejo que caminen arrastrando los pies, porque si no la fuerza de gravedad de esta luna, por ser menos intensa que la de la tierra a que estamos acostumbrados, nos hará hacer extravagantes piruetas, — dijo al ponerse de pie.

Seguimos su consejo con muy buen resultado, pues así podíamos caminar como si estuviéramos en las condiciones normales de nuestra querida madre tierra.

Pronto llegamos a un pequeño manantial de agua cristalina y fresca. Me eché a tierra para tomar, pero Lloyd me retuvo poniéndome una mano sobre el hombro.

—Mejor es que no lo hagas, muchacho. Puede ser venenosa. Llevaré una muestra para examinarla, — dijo. Sumergió en el agua su cantimplora vacía y volvimos a la Lámina Espacial, donde se ocupó inmediatamente de ensayar el agua, mientras nosotros nos entreteníamos en observar por la ventana el mar azul y el gigantesco disco de Júpiter. En el corto espacio de una hora transcurrido desde que lo vimos primero, las tres anchas franjas color rojo se habían cambiado en cinco más angostas y de color cobrizo, pero las bandas amarillentas conservaban aun su misma forma y color.

—El líquido es agua pura, — anunció Lloyd después de un rato, — de la misma composición química que el agua de la tierra. Creo que encontraremos una fauna y una flora similar a la de nuestro planeta por la sencilla razón de que las condiciones atmosféricas y geológicas son también parecidas. Nuestro deber para con la ciencia y el mundo es explorar lo más que podamos a esta luna. Propongo que dos de nosotros salgan en busca de provisiones para reabastecer nuestro vehículo y los demás se queden para arreglar las máquinas. Usted, señor Clyde, y el señor Rosonoff, irán primero. Mientras estén ausentes, Lenhardt se ocupará de renovar el aire de los tanques y Robinson y yo arreglaremos las máquinas, si es posible.

Armados hasta los dientes como antes, salimos nuevamente Rosonoff y yo, llevando él la brújula de Lloyd.

Seguimos a lo largo de la costa, en dirección Oeste, de frente al enorme disco Joviano. Por espacio de una milla no encontramos ninguna forma viviente, ni variación en los alrededores, hasta que de pronto llegamos a un espacio deprimido, arenoso, de forma irregular y de un cuarto de milla cuadrado.

EL MISTERIO DE VENUS

En la parte oscura del planeta Venus han notado los astrónomos durante determinadas épocas del año ciertos curiosos resplandores, cuyo origen no han acertado a explicar de una manera satisfactoria.

Muchas son las hipótesis que se han excogitado con este fin, y en ellas la fantasía de los sabios se ha desbordado en el campo de las explicaciones más quiméricas. Una de las más extrañas, es la ideada por un famoso astrónomo, que por espacio de muchos años estuvo al frente de un observatorio norteamericano.

Según él, tales resplandores son debidos a grandes hogueras con que los habitantes de Venus celebran ciertas festividades patrias o de otro género.

Naturalmente, tales hogueras son de colosales dimensiones y exigen enormes cantidades de combustible. Pero un astrónomo de ley no repara en estas pequeñeces y según el autor de la original hipótesis los bosques de Venus son tan abundantes y es de una exuberancia tal su vegetación, que nuestras selvas del Chaco quedan en su comparación a la altura de un diminuto poroto.

La hipótesis, si bien no tiene mucho de científica, es por lo menos muy original, y esto ya vale algo.

Por un momento cambiamos impresiones sobre la conveniencia de cruzar este espacio y como nada se movía decidimos seguir.

Entramos en este valle, bañado por los tibios rayos del sol y a medio camino encontramos un peñasco redondeado. Estábamos pasando por uno de sus lados cuando nos detuvimos en seco. Delante de nosotros estaban siete nuevas monstruosidades, que medían dos metros y diez centímetros desde sus pequeños y aristocráticos pies, excesivamente arqueados hasta el tope de sus grandes cabezas globulares. Estos extraños seres sujetaban en su diestra un tubo de vidrio como de sesenta centímetros de largo. Por un minuto largo esos seres de Ganymede y nosotros hombres de la Tierra nos miramos frente a frente. Durante este tiempo pude observarlos más cuidadosamente. Sus cabezas eran casi perfectamente redondas, de sesenta centímetros de diámetro y enteramente calvas. Sus facciones eran humanas. Tenían dos grandes ojos redondos, todo blanco excepto las pequeñas pupilas, los párpados delgados y delicados, sin cejas ni pestañas. Las narices eran largas y delgadas. Las bocas pequeñas pero con labios carnosos y muy rojos. Las barbas, largas y puntiagudas y sus piernas largas y raquíticas. Su conjunto daba la impresión de que eran otros tantos trompos sostenidos de punta. El color de su piel era habano claro. Mientras los contemplaba se me ocurrió pensar cómo esas piernas tan largas y frágiles podían sostener el peso de tan tremendas cabezas que debían pesar por si solas tanto como todo el resto del cuerpo. Su vestimenta era sencilla. Una especie de taparrabos de cuero suave con un bolsillo al frente, nua vaina a la derecha en donde había un cuchillo de cristal, y otra a la izquierda que evidentemente era para el tubo de vidrio que sostenían en la diestra. Estos medían alrededor de sesenta centímetros de largo y dos y medio de diámetro y su extremo delantero estaba cuidadosamente rodendeado. En el centro cada tubo tenía como una ampolla dentro de la cual había dos discos metálicos brillantes unidos entre sí por delgados alambres. Parecían tubos de Rayos X.

Pasados los primeros instantes de sorpresa habló uno de estos hombres extraños. Debía ser el jefe porque era el único que llevaba pendiente del cuello una especie de emblema, una medalla que parecía de oro, como de cuatro centímetros de diámetro con una piedra granate incrustada en el centro.

Naturalmente Rosonoff y yo no teníamos la menor idea de lo que ese ser nos dijo, pero conjeturamos por su tono que nos preguntaba que hacíamos allí.

Después de un momento de penoso silencio y deliberación, Rosonoff intentó una respuesta.

—Nosotros, es decir... usted, no podemos entender, — terminó por decir confusamente.

—¿Qué no pueden? — preguntó aquel extraño ser, aparentemente sorprendido.

Casi me caigo de espaldas.

—¿Pero es que usted habla el inglés? Como conoce nuestro idioma.

Sus gruesos labios se retorcieron con un gesto de desprecio.

—Como puede usted, — empezó diciendo, pero indudablemente le falló su conocimiento del inglés porque siguió hablando impetuosamente en su propio idioma, y pude advertir que en sus palabras había enojo e indignación. Entonces dió una orden breve a sus hombres y avanzaron amenazantes hacia nosotros.

Yo levanté mi rifle.

—Vean lo que piensan hacer, — les grité. — Si lo que intentan es apresarnos, otra cosa es lo que les espera. Estamos dispuestos a no molestarlos pero no vamos a tolerarles ninguna impertinencia. ¿Entienden eso?

El oficial estaba demasiado enojado para contestar. Sus soldados seguían avanzando con gesto guerrero.

Rápidamente eché el rifle al hombro e hice fuego sobre el que estaba más cerca. No me detuve en tomar puntería, pero al sonar el disparo abrió más los grands ojos, levantó los brazos, giró media vuelta y cayó de cara al suelo, muerto.

La audacia de mi proceder hizo detener a los otros, con el asombro y la incredulidad pintados en el rostro. Entonces, con salvajes gritos de ira se avalanzaron hacia adelante.

Dejé el rifle y apelé a mi revólver, con el que hice dos disparos en rápida sucesión. El rifle de Rosonoff, detrás de mí, también se dejó oír.

El jefe levantó su tubo de vidrio que despidió unos destellos y en seguida sentí que todo daba vueltas a mi alrededor. Por unos instantes vi las cosas borrosas y ondulantes delante de mi vista, después todo se desvaneció y perdí el sentido.

* * * *

Cuando recobré la conciencia no pude darme cuenta de lo que había ocurrido.

Me encontraba acostado sobre una rustica camilla de ramas entretejidas, que cuatro hombres llevaban sobre sus hombros, pero no eran los mismos que nos habían atacado y vencido en forma tan extraña, sino seres humanos como nosotros.

El jefe de los hombres de color habano apareció a mi lado y no pude cerrar los ojos bastante pronto para hacerle creer que seguía desvanecido, así que hizo detener a los hombres que me llevaban y me indicó que bajara de la camilla.

Al ponerme de pie vi que había unos cincuenta hombres blancos de nuestra misma constitución física, ligados unos a otros por la cintura con gruesas cadenas. Eran evidentemente esclavos de los otros. Rosonoff estaba también de pie y encadenado a los demás. Varios de los esclavos llevaban camillas como aquella en que yo había estado en los que vi los cuerpos de tres hombres, de color habano. "Así que logramos voltear a tres de ellos" — pensé — y a

pesar de la gravedad de nuestra situación no pude reprimir una sonrisa.

Mientras me ataban a la hilera de encadenados observé que varios de los esclavos me miraban con asombro y temor.

Noté que los hombres eran buenos mozos de facciones simétricas bien formados, ojos grises y cabello negro. Estaban vestidos con túnicas multicolores que les llegaban a las rodillas y dejaban descubiertos sus brazos. No llevaban armas, pero las vainas de sus cinturones indicaban que las habían tenido. No fué necesario mirarme el cinto para saber que el revólver había desaparecido.

Nuevamente se inició la marcha; pero, ¿hacia donde íbamos? Pensé orientarme observando la posición de las estrellas y levanté la vista para buscar el amplio disco de Júpiter. Estaba detrás de mí y marchabámos en dirección contraria a él. Me pregunté cuanto tiempo habríamos estado inconscientes Rosonoff y yo y al llevar la mano al bolsillo para consultar el reloj advertí que también me lo habían quitado.

Durante un día mi compañero y yo no intentamos hablar a estos hombres, y por su parte tampoco nos dirigieron la palabra, conversando únicamente entre ellos. Algunas veces se dirigían a los hombres de cabeza grande y cada vez estos les contestaban; pero era fácil advertir que consideraban a los del Genus Homo como seres inferiores y que respondían a sus preguntas solamente por condescendencia.

—Tienen un mismo idioma — susurró Rosonoff, que estaba encadenado detrás de mí. — Tendremos que aprenderlo.

—No veo para qué, — le contesté yo. — Esos hombres con cabeza de pera pueden hablar el inglés y no hay necesidad de calentarnos los sesos aprendiendo un nuevo idioma si podemos entendernos con el nuestro.

Rosonoff meneó la cabeza.

—No concibo como pueden haberlo aprendido, a menos que hayan podido captar las ondas de radio con receptores ultrasensibles. Es evidente que el inglés no es su idioma habitual, ni tampoco el de estos otros cautivos.

Nos internamos en un espeso bosque primitivo y anduvimos un largo tiempo cuando empezó a obscurecer y sobrevino la noche. Ganymediense. Los hombres trompo nos arrearon haciéndonos formar un círculo al pié de un altísimo peñasco de paredes perpendiculares. Nos dieron de comer una especie de carne asada y después seis de nuestros apresadores se echaron a dormir, quedando otros dos de guardia. Los tres muertos quedaron en sus camillas.

Por la mañana, después de la larga y fría noche Ganymediense reasumimos la marcha. Rosonoff y yo nos aventuramos a hablar a nuestros compañeros de cautiverio, pero naturalmente no podíamos entendernos.

Sin embargo, dos jovenes de muy buena presencia se tomaron el encargo de ser nuestros tutores y estando nosotros ansiosos de aprender, pronto pudimos empezar a cambiar ideas. Al principio nos entendíamos solamente por gestos y señales pero para cuando llegamos a la capital de los Ja-vas, como se llamaban nuestros apresadores, podíamos ya hablar bastante bien el idioma de nuestros recientes amigos y de nuestros enemigos.

Le dije a Thoom, uno de nuestros instructores con quien simpatice mucho, que no perteneciamos a su mundo, sino que habíamos venido del planeta Tierra, y traté de explicarle algunas de las nociones elementales de astronomía, pues aunque muchas veces había visto el las estrellas, su conocimiento de ellas no eran mayores que los que en su tiempo habían tenido los estudiantes griegos y romanos de nuestros mundo.

—Puede ser — me dijo con una sonrisa intencionada pero temo que me dice usted estas cosas cuando ya no me servirán de nada.

—Que quiere usted decir — le pregunté un poco alarmado.

—Los Ja-vas, — contestó Thoom, encojiéndose de hombros.

—Quiere usted decir que nos matarán — le pregunté nuevamente, mientras un escalofrío me recorría las espina dorsal.

Nuevamente se encogió de hombros.

—No lo sé. Todo lo q e pued decirle es que quien cae en sus manos, jamás vuelve a reunirse con los suyos.

—Buena perspectiva, pensé para mis adentros pero al mismo tiempo decidí hacer lo posible para no ser de esos que no vuelven.

Por fin, nueve días después de nuestro apresamiento y de penosa marcha, llegamos a la capital de los Ja-vas.

CAPITULO IV

LA CIUDAD DE CRISTAL

Habíamos desembocado desde las sombras del bosque, sobre una planicie cubierta de pasto, cuando ví por primera vez las brillantes cúpulas y relucientes espiras de Nukar, ciudada principal de los Ja-vas. Donde terminaba el bosque comenzaban los campos y chacras que aprovisionaban de alimentos a la ciudad. Los lotes de sembrado, dispuestos en forma regulares, de círculos, triángulos y cuadrados, testimoniaban que habían sido cuidadosamente medidos. Entre uno y otro corrían relucientes caminos de piedra blanca, por uno de los cuales fuímos conducidos a la gran ciudad, cercada por un extenso muro. Caminamos a lo largo de este hasta un gran portón. El jefe de nuestra guardia habló a los centinelas, quienes franquearon el portón haciéndolo silenciosamente sobre sus goznes.

Delante de nosotros se extendían amplias avenidas de piedra blanca, y en medio de grandes cuadros de verde cesped, se elevaban altísimos y enormes edificios de cristal pulido, cuyas piezas ornamentales dispersaban la luz solar en los múltiples colores del arco iris. Como abundaban los ángulos y los prismas en las salientes y ornamentos de los edificios, toda la ciudad pa-

recía envuelta en un espléndido manto de irradiantes colores.

En las calles encontraron varios grupos de curtidos Ja-vas, que tenían a sus órdenes largas hileras de esclavos blancos vestidos con verdes túnica.

Nos hicieron caminar hacia un patio rodeado de una pared baja, de donde pasamos a un camino subterráneo que bajaba al principio a una profundidad de veinte metros siguiendo después horizontalmente una distancia de tres millas.

Este subterráneo estaba lleno de Ja-vas que caminaban apuradamente de un lado para otro y en el centro a un nivel un poco más bajo se deslizaban rápida y silenciosamente sobre rieles de acero pulido unos vehículos metálicos con forma de cigarro.

De uno y otro lado las paredes de vidrio interrumpidas de trecho en trecho por puertas y aberturas, se elevaban hasta el techo abovedado, en cuya línea céntrica había una serie de boquetes circulares de un metro de diámetro distantes uno de otro veinte metros. Algunos de estos estaban abiertos y dejaban pasar aire y luz y otros cerrados servían de lámparas pues sus puertas estaban iluminadas artificialmente, y otros más estaban cerrados y obscuros.

Al final de las tres millas ascendimos otra vez a la superficie de la tierra, donde desembocamos a una pequeña habitación que daba frente a una bellísima pradera. A doscientos pasos de distancia, obscurecida en parte por altísimos y bien podados árboles se elevaba un magnífico edificio con una cúpula como la de San Pedro en Roma.

Fuímos conducidos allí. Un oficial Ja-vas acompañó a nuestros primeros ocho guardianes. Los tres Ja-vas muertos fueron dejados en el subsuelo en el cuarto de la guardia Supuse que los habrían embalsamado pues de otro modo no me explicaba como no se descompusieron durante nuestro largo viaje a Nukar, teniendo en cuenta que cada día en Ganymede equivale a más de siete de nuestro mundo.

Después de ascender una ancha escalinata y pasar por un alto portal arqueado, entramos en un hermosísimo y largo hall. A mitad de camino dimos vuelta hacia un amplio salón donde cincuenta Ja-vas estaban ocupados poniendo etiquetas sobre varios centenares de esclavos encadenados en hilera como nosotros.

Después de veinte minutos la hilera de que yo formaba parte fué llevada frente a un escritorio de mármol y el Ja-vas bajo cuya custodia estábamos dió cuenta detallada de sus prisioneros, los sitios en que los había encontrado, la conducta que habían observado, etc., mientras el oficial sentado en un sillón que parecía un trono iba anotando los datos de cada uno en un gran libro. Al mismo tiempo tomaba la etiqueta de metal, anotaba en el acto correspondiente el jeroglífico que estaba impreso de relieve en ellas y la aseguraba una a cada individuo.

Llegó mi turno.

—¿Su nombre? — preguntó el hombre del sillón.

—Clyde Bachus.

Trazó un signo curvo en la hoja de papel y lo cruzó con dos lineas horizontales. Entonces me miró.

—Un nombre poco usual, — dijo.

—Efectivamente, — le contesté, aunque sin pensar en la nomenclatura Ganymediense sino la terrenal. Muchas veces antes me había preguntado porque mis padres no me bautizarían con un nombre más corriente, como Juan, Pedro o Tomás.

El Ja-vas me miró largo rato en silencio.

— Qué dad tiene usted? — preguntó.

—Treinta y dos años.

—¿Qué dice? — preguntó, haciendo con la cabeza una sacudida tan violenta que me pareció que se quebraría el cuello.

—Treinta y dos años, — le dije de nuevo, mirándolo ligeramente sorprendido.

El oficial se puso blanco de ira, a través de su piel color habano.

—Le advierto que no le permitiré que se burle de mí — me gritó enojado. — No me conteste disparates.

—Pero... pero, tartamudeé, — le estoy diciendo la verdad. Tengo treinta y dos años de edad, se lo juro por Dios.

El Ja-vas me miró como dudando entre romperme la cabeza o creerme. Me miró largamente a la cara y después recorrió todo mi cuerpo con la vista. Al rato se apaciguó un poco.

—Usa usted ropas muy raras, — me dijo.

—Supongo que lo serán para usted, — le repliqué yo.

Estuvo un rato silencioso, después llamó al oficial que nos había conducido y los dos hablaron en voz baja. Finalmente este se acercó y nos soltó de las cadenas a Rosonoff y a mí, y nos indicó que nos hiciéramos a un lado. Esperó a que los demás fueran anotados y etiquetados y mientras algunos oficiales los conducían a otra parte a nosotros nos llevaron al aire libre y desde allí a otro edificio bajo. Nos hicieron descender una escalera y entrar en una pequeña celda cuya única abertura era la puerta por donde penetramos y nos dejaron encerrados.

CAPITULO V

LAS CHICAS DE GANYMEWE

—Estamos arreglados, — le dije a Rosonoff.

Suspiró y meneó la cabeza.

—No se que harán de nosotros, — dijo resignadamente.

En esta celda esperamos un tiempo que nos pareció larguísimo, aunque no teníamos la menor idea de cuanto podía ser, pùes como dije anteriormente nos habían quitado los relojes y nuestra prisión estaba bajo tierra, iluminada artificialmente así que no teníamos ningún medio para llevar cuenta del transcurso del tiempo. Por fin dos Ja-vas abrieron la puerta y nos indicaron que los siguiéramos.

(Concluye en el número próximo)

LA SANTA

Por

EDWARD WALLACE

Terribles aventuras de una dama de sociedad, quien creyó que la conversión de los salvajes era un deporte inofensivo y entretenido, equivocándose lamentablemente.

DE tiempo en tiempo pasaban por el cuartel general de Sanders hombres y mujeres que consagraban su vida al bienestar de los nativos. Sanders no compartía el prejuicio de los círculos del gobierno contra los misioneros; aunque, por otra parte, no los ayudaba, porque establecían, incoscientemente, una nueva autoridad.

—Señor, — le dijo una vez un neófito, — hay aquí un nuevo amo que se llama Jesucristo. Y si hacemos lo que él manda, no tenemos por qué obedecer a su señoría.

—Oye, hombre, — le contestó Sanders, — si tú no me complaces a mí, no lo complacerás a El; yo acudiré con mis soldados y te arrepentirás. Porque El es mi Dios y yo lo conozco hace mucho más tiempo que tú.

Ciertamente no era éste un modo muy conveniente de explicar la religión ni la moral; pero en las tierras de negros, donde gobernaba Sanders, ochocientas palabras constituyen un vocabulario extenso y no hay campo para definiciones más floridas. La señora de Albert llegó una mañana y no inesperadamente. Los cuarteles habían recibido ya una nutrida información respecto a la dama. Era hija de un par del reino, aquella honorable Cynthia Perthwell Albert... y tenía historia.

Cynthia había sido actriz, se había casado y divorciado. Había escrito un delgado volumen de escandalosas memorias y últimamente se anunció que pensaba tomar el velo en un convento. Desgraciadamente, en aquella época, otra figura del mundo social femenino decidió hacerse monja, y entonces Cynthia contradijo los rumores que corrían respecto a ella y decidió incorporarse a la Sociedad de Misioneros de Lejanas Tierras, dedicando su vida a convertir los negros paganos.

—Sí, señor, — dijo Bones, el joven ayudante de Sanders, — conozco a esa querida y vieja señora. Tiene una gran fortuna. ¡Qué tonta debe ser para convertirse en misionera!

No comprendía que en el corazón de Cynthia había nacido un gran deseo de santidad. Naturalmente que emoción tan pura no puede mantenerse siempre en el mismo nivel; pero en ciertos momentos, Cynthia se veía a si misma perseguida por una multitud de nativos; imaginaba peregrinaciones a su santuario (que ella situaba en la Abadía de Westminster). Quizá hasta llegaría ser canonizada: Santa Cynthia.

Llegó al cuartel general con ocho baúles, cuatro valijas grandes y una de mano, de marroquí. Llevaba el hermoso vestido blanco y el casco con que había sido retratada antes de dejar su palacio en Sunningdale. Pero la expresión de santidad y premartirio desapareció cuando el joven Jones, que entró galantemente en el agua para transportarla desde su bote a tierra, tropezó y la dejó caer.

—¡Qué estúpido es usted! Ha arruinado mi vestido. El botero me hubiera llevado a tierra sin dificultad. ¿Por qué se metió?

—¡Cálmese, querida y vieja misionera! — murmuró el sorprendido Bones. — Hay niños presentes, querida y vieja Juana de Arco!

No había ningún niño, excepto Bones; pe-

ro, como explicaba él después, podría haberlos habido.

—Diga ¿por qué no tiene más cuidado?

La honorable Cynthia comprendió que no estaba en su carácter y adoptó un tono más suave. Estaba en la playa, sacudiendo su vestido empapado y su figura no tenía el menor aspecto de santidad. Menos aún cuando al llegar a la Residencia, le dijo a Sanders:

—Creí que tendría usted un auto o algo por el estilo para conducirme desde la playa. Ha sido algo terrible caminar sobre la arena; ese condenado muchacho con su "querida y vieja misionera" o "querida y vieja misionera", me resulta insoportable! Sanders la contempló con paciente interés. Era bastante linda, rebocada con polvos y lápiz. Tenía buenas facciones y ojos muy bellos. Exhalaba un perfume delicado.

—¿Cuáles son sus proyectos, señora Albert? — le preguntó. — Tengo entendido que va usted a internarse en el país, haciéndose cargo del trabajo de la señora Klein.

—No voy a hacerme cargo de su trabajo. Voy a unirme con ella, — dijo Cynthia.

—Entonces temo que tendrá usted que seguir viaje hasta el cielo, — dijo Sanders con tono burlón. — La señora Klein murió hace tres meses. Este... sufrió un accidente.

Cynthia se puso pálida.

—No me lo habían dicho... — dijo anhelante. — ¿Un... accidente?

—Para hablar con exactitud, le diré que fué asesinada, — contestó Sanders con serenidad, — y la perfumada dama se agarró a la mesa.

—¡Asesinada! — dijo con voz cavernosa.

Sanders hizo una señal de asentimiento.

—Los nativos de ese lugar son gente muy sencilla. La querían tanto que al primer rumor de que pensaba abandonarlos, la mataron, según dijeron, porque deseaban tener siempre con ellos su santo cuerpo.

—Me dijeron que... no había peligro, — dijo Cynthia por fin. — Si no, no hubiera pensado en ir a ese horrible lugar,

—Creo que hará usted bien en regresar a Inglaterra, — dijo torpemente Sanders.

—¡Eso no! — contestó la honorable Cynthi.

—¡Volver a Inglaterra! ¡Convertirme en el hazmereir de mujeres como Julia Hawthill, que se había hecho retratar con el hermoso hábito de novicia y probablemnte estaría aún en el convento del "Sacre Coeur! Se había arreglado para permanecer por lo menos tres meses). ¡Desafiar a los fotógrafos y periodistas que la encontrarían en Ascot y le dirían: "¡Hola, Cynthia! Creíamos que la habían comido los caníbales! ¡Eso era imposible.

—Debe haber algún sitio conveniente donde pueda alojarme y hacer mi obra. El señor Billberry me dijo que la misión tenía un establecimiento en... ?cómo se llama? Empieza con I...

—¿Isisi? — sugirió Sanders. — Sí, creo que su gente tiene ahí una subestación. Trataré de que pueda usted establecerse allí.

En aqulla época los habitantes de Isisi eran personas de buena conducta, si se exceptuaba a los Espectros Amarillos. Y en cuanto a éstos, Sanders no los tomaba mucho en serio. Envió a Bones río arriba en el "Wiggle", y el informe que trajo era tranquilizador.

El misionero estaba próximo a emprender una de sus largas jiras por la selva y estaría ausente, con su esposa, durante tres meses. Ponía su agradable casita a disposición de Cynthia, junto con sus criados e intérpretes. Le mandó una larga carta a Cynthia llena de palabras escritas con mayúscula, tales como Fe, Sacrificio, Gracia y Gloria. Cynthia leyó dos veces la carta para saber si había en la casa cuarto de baño.

* * * *

Bones la llevó a la Tierra de sus Trabajos.

—Lo que tiene que hacer, querida y vieja señorita, — le dijo, — es evitar que los mosquitos le piquen sus bonitas piernas; tome un poco de whisky todas las tardes, a la entrada del sol y tenga siempre pronto el revólver.

—Desearía que suprimiera su "querida y vieja y señorita, cuando se dirige a mí, —le dijo Cynthia. — Es muy impertinente.

—Disculpe, querida y vieja misionera, — contestó Bones prudentemente.

A Cynthia no le agradó su nueva casa, aunque los alrededores eran deliciosos. Se pasó dos días sacando fotografías de la aldea y se hizo retratar por un nativo predicador, rodeado de niños desnudos que exhalaban un olor extraño.

Lo peor eran las noches. Durante el día se entretenía con la máquina fotográfica y enseñando en la iglesia, con techo de hojas; pero las noches eran terriblemente obscuras y solitarias. La muchacha cristiana, que dormía en el cuarto contiguo, roncaba estrepitosamente, hablando en sueños con su novio, un pescador de Akasava.

Felizmente Cynthia no entendía el bomongo y nunca supo que los escándalos de Mayfair tenían fuerte semejanza con los escándalos de Río Isisi. Porque el novio de la muchacha era casado...

Luego, cuando empezaba a aburrirse, halló un nuevo interés para su vida. Cynthia consiguió un neófito notable, Osaku, hijo del gran adivino y curandero, versado él mismo en las artes de la magia y de la nigromancia. Era un hombre alto. "Un salvaje de noble aspecto", según lo describió Cynthia en la primera carta que envió a Inglaterra". ¡Y tan simpático! Le regaló un pan de jabón, uno de los que compró en lo de Pinieres, en París, y ahora no se aparta de los alrededores de la misión. Parece que este Sanders lo ha tratado de un modo abominable; lo amenazó con ahorcarlo y mató al padre de Osaku. Querida, estos sencillos salvajes me adoran. Me llaman "mamá" y yo me siento conmovida. En este condenado rincón, el cuarto de baño es espantoso; pero la cama es cómoda. Regresaré a la patria, con licencia, dentro de tres meses..."

Era cierto que Sanders lo había amenazado a Osakú con colgarlo; también había tratado mal a su padre, famoso brujo en su época. Le

posición de curandero y brujo en los territorios del Río X, no es siempre una ganga. En los primeros tiempos del gobiernos de Sanders hubo una especie de convención entre aquellos hechiceros. Se runieron, a la luz de la luna nueva en la isla de las Calaveras, que está cerca del estanque del Agua Negra, y mandaron un mensaje a Sanders, pidiéndole un tributo. Porque, en aquellos tiempos, los hechiceros eran hombres poderosos y tenían a los jefes y reyezuelos en el hueco de su mano.

Sanders envió el tributo... una larga cuerda, con el lazo corredizo que pasaba por una presilla de cuero. E, indicó, por medio de su mensajero, que la cuerda sería colgada de un árbol y ofrecida como el tributo pedido, en espera de su llegada esa noche, a primera hora. Cuando llegó, el lugar estaba desierto y la cuerda se balanceaba, movida por el viento de la noche, sobre las cenizas de los fuegos apagados.

Entre los salvajes, los hechiceros y médicos a la vez, suelen serlo por derecho hereditario; otras veces se trata sólo de pobres locos que oyen extrañas voces. No faltan los que llegan a ese estado por la astucia. Chakú, el hechicero de Isisi, padre de Osakú, era uno de éstos.

Practicaba ritos secretos en el bosque, alistando de este modo, reclutas para la secta de los Leopardos, una de las más peligrosas de todas las sociedades secretas, y cuando fué dispersada, se convirtió en agente de los Espectros Amarillos, una sociedad que tenía su origen en Nigricia, y se diferenciaba de los Leopardos en el modo de matar.

Bosambo, jefe de los Ochori, que había ofendido a los Espectros por su brutal intromisión en una de sus sesiones, fué condenado a muerte. En mitad de la noche, mientras dormía, dos hombres de Isisi llegaron por el río trayendo un gran pedazo de arcilla, amasada hasta quedar convertida en algo muy plástico. Se deslizaron como sombras, dentro de su cabaña y mientras el más fuerte le cubría el rostro con la máscara de arcilla, el otro descansaba pesadamente sobre sus piernas. Bosambo, debería haber muerto a los diez minutos; pero... tenía la fuerza de diez hombres. A la luz de una fogata, el jefe de los Ochori juzgó a los asesinos.

—Enviadlos a su tierra — dijo. Y cuatro de sus guardias llevaron a los prisioneros a sus canoas y remaron hasta un sitio profundo del río. Allí les ataron piedras pesadas en los tobillos y los lanzaron al agua. Y desde aquella noche, hubo dos sombras más en la Montaña de los Espectros, donde los espíritus de los muertos vagan eternamente.

Algunas de estas noticias llegaron hasta Sanders. Marchó al Norte, viajando noche y día. Su entrevista con Bosambo fué breve; su permanencia en la aldea de Chekú se prolongó desagradablemente. Día tras día permaneció en la casa del consejo, oliendo a espectros; noche tras noche, las tres hogueras del consejo ardieron hasta el amanecer, al pie de la pequeña loma donde estaba situada la casa. Al fin, Sanders se apoderó de Chacú, el hechicero, y éste pagó con la vida, sus fechorías. A Osakú, su hijo y sucesor, Sandi, como le llamaban los indígenas, le habló así:

Vea en las páginas 2 y 67 la historieta cómica:

BARNIGUGLI Y SU PINGO TRAGAVIENTOS

—Vuelvo a mi hermosa casa y te perdono la vida. Pero ten cuidado con lo que haces, si no quieres seguir el mismo camino que tu padre.

Durante un año, Osakú no dió motivos de queja. Profetizaba peno no había daño en ello Sanders supo de milagros prometidos y realizados, de hijos anunciados y nacidos, de tormentas predichas y estallaron a su debido tiempo. Sólo cuando Osakú anunció la muerte y ésta llegó, intervino Sanders.

Hizo llamar a Osakú y cuando el joven un negro alto y hermoso, estuvo en su presencia, le dijo:

—¡Oh, profeta! Permite que Sandi, que es tu padre y tu madre, lea el futuro a su vez. Veo esto, Osakú: Un día profetizarás la muerte de tu enemigo y por la mañana habrá muerto. Pero antes de que la noche caiga, llegará Bones con soldados, tomará prisionero a Osakú, lo llevará a los bosques, donde sólo viven monos, y lo colgará, como colgó a su padre. ¿Profetizo bien? Ahora te concedo dos días para dar descanso a tus remeros; vuelve a tu aldea y no olvides lo que te he dicho.

Osakú permaneció los dos días señalados, en River End, lleno de odio por el hombre de los ojos azules y pensando en la venganza. Esto ocurría dos días antes de la llegada de Cynthia . A Osakú le interesaba mucho la conducta del subteniente de caballería, Bones, de quien se decía que era hijo de Sandi.

Todas las mañanas, después del baño, el joven, que era muy alto y llevaba un vidrio brillante en un ojo, se dirigía a la playa. Allí contemplaba un huevo, grande y de forma extraña, sobre la arena caliente. Una mañana el huevo se rompió, apareciendo un hocico delgado y amarillo. Fascinado, Bones observó cómo el pequeño lagarto salía y palpitaba a los rayos del sol de la mañana. Cuidadosamente metió a la bestezuela en su pañuelo, llevando en triunfo a su hijo adoptivo a la residencia. Lo puso sobre la mesa, ante su superior.

—¡Ha nacido! — dijo. — Es un machito. Le pondré Basilio.

El capitán Hámilton lo miró, extremeciéndose.

—Saque esa porquería de encima de la mesa. ¡Dios santo! Cocodrilos para desayuno.

—Pero, mi querido y viejo Ham, — dijo

Bones; — no desprecie al humilde y necesario cocodrilo. Basilio probará que con ternura y buena educación, hasta un reptil toma cariño a su dueño. Basilio me seguirá por todas partes y dormirá fuera de mi puerta por la noche, Ham. ¡Eh, nenito! ¡Despiértate!

El pequeño reptil permanecía inmóvil y pálido; la palpitación de sus costados, casi transparentes, era imperceptible.

—¿Tiene un poco de brandy, querido y viejo señor? — preguntó Bones alarmado.

—Mátelo — dijo el implacable Hámilton. — O, si quiere que reviva, cántele el arrorró de los cocodrilos.

Bones tomó la jarra de la leche y vertió su contenido en un platillo. Luego sumergió el hocico del cocodrilo moribundo en el blanco líquido. El cocodrilo se agitó convulsivamente, chilló y de pronto tomó el dedo de Bones entre dos hileras de dientes que parecían agujas.

—¡Ay!... — gritó Bones. — ¡Pequeño desagradecido! ¡Víbora! — Logró libertar su dedo y el animalito cayó sobre la mesa, con la boca abierta, agitándose convulsivamente. — ¿Ha visto, querido y viejo Ham? ¡Morder la mano que lo alimenta! ¡Insecto miserable! ¡Irás derecho al río.

Bones, revólver en mano, saltó a tierra...

—Otra vez que quiera dedicarse a educar cocodrilos, no olvide tomarlos con pinzas, — le dijo Hámilton, cuando regresó de su comi-

sión, después de haber arrojado al río al animal que pensaba adoptar.

—¡Mala sangre! — temblaba Bones de indignación. — ¡Después de lo que hice por él!

Cynthia estaba parada sola, rígida...

—¿Se ahogó — preguntóle Hámilton, los ojos fijos en el diario viejo que estaba leyendo.

—No señor, — el condenado nadaba como una rana. — Pero ya se ha de ahogar.

Osaku había visto arrojar al agua el pequeño cocodrilo, mientras se alejaba en la canoa con sus remeros. Una idea empezó a germinar en su mente. ¿Profecía o inspiración?

Mucho tiempo después de la partida de Osakú llegaron inquietantes noticias. Osakú profetizaba calamidades y los Espectros Amarillos habían aparecido en Isisi.

Osakú predijo primero que llovería torrencialmente durante tres días. Que luego se produciría una gran inundación; la tierra se cubriría de agua y de ella saldría una multitud de cocodrilos, tantos que ni los monos en los árboles podrían librarse de ellos. Y todo esto iba a ocurrir porque Sanders aborrecía al pueblo y había llenado el río con esas espantosas bestias amarillas.

Sanders oyó la historia; hizo cargar leña en el "Zaire" y lo mantuvo siempre pronto para cuando llegara el momento de zarpar.

—Todo esto, — dijo Hámilton amargamente a Bones, — es consecuencia de su infernal idea de incubar huevos de cocodrilo.

Bones cerró pacientemente los ojos.

—Sea justo, querido y viejo, Ham. ¿Incubo yo la lluvia Sea justo, Ham y no le cargue toda la culpa a Bones. Basilio fué una decepción. Esto ocurre en todas las familias, querido y viejo capitán.

—No me sorprendería, — dijo Sanders pensativo, — que ese maldito cocodrilo suyo sea la causa de todas estas cosas. Bones. Lo único que podemos hacer es esperar sentados que el milagro no se realice o, si se realiza, que no se extienda. Entretanto hay que apresurarse a retirar a esa condenada señora Albert de Isisi.

—¿Qué milagro espera usted, señor? — le preguntó Hámilton sorprendido.

—Los cocodrilos, — contestó Sanders lacónicamente. — Es una coincidencia; pero Bosambo me ha comunicado esta mañana que todas las grietas del Ochori parecen llenas de ellos.

Hamilton se dejó caer en una silla.

—¡No puede ser, Basilio! — murmuró.— No ha tenido tiempo de formar una familia.

—Ya ha ocurrido esto antes, hace como doce añoes, esgún los informes. La oficina Zoológica Colonial afirma que hay una especie de cocodrilo que vive sepultado en el barro y sólo aparece de tiempo en tiempo. Yo mismo he encontrado a esos animales, bajo una capa de barro de doce pies de espesor, y parecieron muy molestos porque se interrumpía su sueño.

* * * *

Aquella noche el temido fenómeno se produjo en las puertas mismas de la residencia. Eran las dos de la mañana y la luna brillaba en su plenitud, cuando Ablulla, el centinela, que estaba ante su caseta, vió algo que se movía cautelosamente a través del campo de desfile y dió la voz de alto.

Al oír su voz, la criatura, fuere lo que fuere, permaneció inmóvil, largo tiempo, tan to que el centinela creyó haberse equivocado y que sólo se trataba de una sombra. Pero luego vió que se movía de nuevo y a su olfato ejercitado llegó el olor de **almizcle.** Levantó su fusil e hizo fuego.

Sanders oyó la detonación y salió en seguida, revólver en mano.

—¿Qué pasa señor?

Hámilton estaba al lado de Sanders, con u fusil debajo del brazo.

—Me pareció oír un tiro. Algo pasa. ¿No oyó, Bones?

En ese momento Bones lanzó un grito ron, o, de miedo. Luego, de su cabaña, llegó el uido de varias detonaciones.

—¡Dios santo! ¡Mire! — murmuró Sanders.

Las nubes se abrieron y la luz de la luna iluminó el campo de desfile. Contó tres, cuatro, cinco, como enormes lagartos, que corrían hacia el río. Hamilton hizo fuego y uno de los reptiles, se agitó convulsivamente lanzó un chillido de dolor y quedó inmóvil. Al ver esto, el más grande de los fugitivos se dió vuelta y dirigióse a toda velocidad hacia la residencia.

Hamilton y Sanders hicieron fuego simultáneamente, al parecer sin resultado. Sólo cuando la gran cabeza se alzó, dieron en el blanco.

En todas las cabañas se habían encendido luces; los guardas tiraban a ciegas y volvían a cargar los rifles. Hamilton corrió hacia la cabaña de Bones.

Encontró al joven tendido en el suelo, al principio creyó que estaba muerto y luego que tenía una pierna rota. Dos soldados lo alzaron, lo llevaron a la residencia y lo dejaron en el suelo.

—El demonio debe haberle pegado con la cola, — dijo Hamilton mientras introducía brandy entre los dientes apretados del muchacho.

—¡No ha sido Basili ! — murmuró Bones abriendo los ojos. — ¡Poblecito Basilio!...

—Despiértate, criador de alimañas, — aulló Hamilton. — Bones se sentó, frotándose la pierna.

—No era Basilio, — dijo solemnemente. — Quiero declarar antes de morir que Basilio no es culpable.

Pasó un cuarto de hora antes de que recobrara completamente sus sentidos. Poco de utilidad tenía que contar. Oyó el tiro, salió de la cabaña, vió dos horribles ojos, brillar en la oscuridad e hizo fuego. No recordaba nada más.

Cuando amaneció llegaron tres canoas llenas de aldeanos de las cercanías, con relatos de desastres y muertes. Las chozas habían sido derribadas e invadidas. Mujeres, niños y ancianos habían desaparecido.

—Si esto pasa aquí, — murmuró Sanders — qué no ocurrirá en Upper River?

Estaba parado en la cubierta del "Zaire", mirando las aguas, negras e hinchadas. El río hervía de cocodrilos. Sus hocicos asomaban a cada momento. Sanders había reunido las familias en el espeso bosque, que quedaba al extremo de la pequeña península donde estaba situada la residencia.

—Mantened encendidas hogueras en el campo de desfile esta noche, — ordenó. — Es mejor que usted se quede aquí, Hamilton. Yo llevaré a Bones a Upper River.

A las once de la mañana el "Zaire" levó anclas. El río estaba desierto, lo que no era de extrañar porque las aguas corrían a una velocidad entre ocho y nueve nudos. Avanzaban con trabajo.

Navegaron toda la noche, deteniéndose sólo en la aldea de gebi para cargar combustible. Allí pudieron apreciar la extensión del desastre. La aldea era una ruina. Apenas quedaban cabañas en pie. El jefe tembloroso le informó que "la noche antes todos los cocodrilos del mundo habían salido de las aguas". No sabía que daño había causado porque todo su pueblo, con excepción de él y de su hijo, había huído a los bosques.

Sanders después de cargar el combustible, siguió viaje. Durante el camino, seis tiradores apostados a proa, mataban los cocodrilos que veían.

Ancló en la aldea de Isisi y la encontró desierta. En las calles había señales de la siniestra invasión de la noche anterior.

—Señor, la Mamá ha desaparecido, — dijo un hombre. — Fuí por el sendero del bosque hasta su cabaña y no encontré a nadie más que una mujer muerta de un lanzazo.

—¿De un lanzazo? — aulló Sanders.

—Alguien la mató, — dijo el hombre tembloroso. — ¿Quién sabe qué demonios han andado sueltos anoche?

La cabaña del misionero estaba a una milla de la población. Y cuando Sanders llegó a ella no encontró más que una muchacha muerta en la puerta del cuarto de Cynthia. Un demonio, más poderoso que los cocodrilos, había pasado la noche antes por allí.

Cuando la lluvia continuó cayendo, Osakú, asustado, reunió a sus cuatro discípulos.

—Este es el fin del mundo, — les dijo, — porque Sandi sabe que yo he traído la lluvia y si siguen los cocodrilos, me echará la culpa por habér usado de mi poder mágico. Es mejor el huir. Llevemos a la Mamá a cierta isla del lago, donde Sandi nunca va y no se le ocurrirá buscarla. Porque esta mujer me quiere y me ha regalado muchas cosas lindas; sólo que le tiene miedo a Sandi. Vosotros llevaos a la muchacha que más os guste. Viviremos felices allí y nos enseñaremos los unos a los otros la magia.

Sus adeptos, asustados también por la lluvia, lo siguieron.

Cynthia estaba acostada en la cabaña, escuchando el rumor incesante de la lluvia, pensando cuanto tiempo transcurriría antes de que Sanders enviara un barco a buscarla, cuando oyó voces en el cuarto del frente, y un agudo chillido. Se levantó precipitadamente a tiempo de que alguien levantaba la cortina de pasto que hacía las veces de puerta. Osakú dijo algo en una lengua que ella no entendió; pero su mano que le hacía señas imperiosas para que lo siguiera, era más elocuente que todas las palabras.

Pasó temblando al cuarto del frente, tropezó con algo blando, en que se hundieron sus pies. L alanza de Osakú estaba tinta en sangre porque la muchacha, que roncaba al soñar con su novio, el pescador, había dejado de roncar para siempre.

Salieron afuera, bajo la lluvia incesante,

La mano de Osaku le oprimía el brazo. Fué conducida hasta una canoa que se balanceaba horriblemente. Los remeros la condujeron a lo largo de la orilla y luego se dirigieron por el estrecho canal que desembocaba en el lago.

Al amanecer llegaron a una pequeña isla. No era la que Osakú pensaba elegir como residencia; pero la canoa estaba llena de agua de la lluvia y aunque dos hombres achicaban continuamente el agua, eran impotentes ante la lluvia.

—Nos detendremos aquí, "Mamá", — dijo Osakú, arrastrando a la pobre muchacha medio muerta a tierra. Esta rígida, entumecida, helada de frío y de miedo.

Debajo de los árboles, que chorreaban agua, le improvisaron un tosco refugio de pasto y allí pasó, amodorrada y desvanecida, el último día de lluvia. El lago estaba crecido y había ciertas señales que preocupaban a Osaku, porque la superficie de las aguas presentaba algunas ondulaciones significativas y una o dos veces vió dos enormes cocodrilos salir del lago y tenderse en la orilla.

Ahora bien, un cocodrilo, cuando sube a tierra, tiene siempre el hocico en dirección al agua, pronto para zambullirse a la menor alarma; pero aquellos grandes reptiles señalaban con sus siniestros hocicos hacia tierra, Osakú tuvo una idea.

—Parece, — dijo, — que la "Mamá" tiene un poder mágico más grande que el nuestro. He oído contar estas cosas y ahora sé que son ciertas. ¿Acaso no lo ví a Bones agarrar un cocodrilo con la mano? Los amarillos son sus diablos. Si ofendemos a esta "Mamá" nos atacarán. Mejor es que nos vayamos a la isla grande, donde no pueden alcanzarnos dejándola a ella aquí. Luego haremos allá lo que nos plazca.

Había ocho personas en la isleta, que se iba achicando a medida que crecían las aguas. Cada uno de los cuatro hechiceros se había traído su compañera y sólo una había venido voluntariamente. Entre su semidelirio. Cynthia oyó estremeciéndose los gritos y lamentos de los demás.

Durante la noche fué despertada por un ruido horrible. La aurora estaba próxima, el creciente de la luna brillaba muy bajo.

Oíanse chilllidos, gruñidos sordos; el rumor de los pastos y arbustos azotados por colas poderosas...

* * * *

Sanders siguió el rastro que le indicara un pescador medio enloquecido y el "Zaire" llegó a la isla, con los primeros rayos del sol. Bones, revólver en mano, saltó a tierra. No había señales de horror, con excepción de las ramas tronchadas y el pasto pisoteado, con un rastro de sangre aquí y allá.

Cynthia estaba parada sola, rígida su frágil figura, una tranquila sonrisa en su rostro.

—No me tocaron porque soy santa. Usted comprende esto ¿verdad, señor Bones? Fué bastante horrible verlos dirigirse al agua; pero los malditos no me tocaron. Quisiera que mandara usted la noticia al "Morning Post"... ¡Santa Cynthia!

Sonrió débilmente temblorosos los labios, los ojos perdidos en el espacio.

—Los nativos me adoran... No olvide eso, por favor. Y dígale a mi chauffeur que estoy pronta a volver a casa.

Luego cayó en brazos de Bones y él la llevó al "Zaire".

Mucha gente cree que la honorable Cynthia está todavía en la Tierra Obscura. Y hasta cierto punto no se equivocan. Pero es en la tierra obscura" de un manicomio, al Norte de Londres. Cynthia conserva su tranquila sonrisa, sus ojos vagos; y habla familiarmente de santas, negros y cocodrilos.

Un célebre médico ha dicho:

"La mala digestión es la causa de casi todas las enfermedades. Si quieren evitar sufrimientos, sazonen las comidas con la mejor salsa: LA ALEGRIA".

Alegría, verdadero humorismo, es lo que ofrece todos los viernes Barnigugli y su pingo Tragavientos.

LA CHISPA

Por JUAN DE KERLECQ

ARRASTRANDO la pierna, cubierto de sangre y lodo, Damilo Kossiwitz subía la escarpada pendiente del Monte Oplenatz. Su regimiento acampaba en el valle. Encargado de un reconocimiento, iba a poder ver al fin a su familia y a su aldea, abandonadas diez meses atrás.

Damilo, cambiando el arado por el fusil, había tomado parte en las luchas sangrientas contra los turcos opresores.

Herido en Monastir, en Uskub, partió para Andrianópolis apenas curado. Allí participó en el asalto final, ganando sus galones de sargento con la punta de la bayoneta.

La guerra fratricida que su país debió sostener contra los búlgaros le había encontrado triste y desganado. Herido por quinta vez en Macedonia, aspiraba al reposo, cuando la provocación austriaca obligó a los serbios a tomar las armas.

¿Cuándo acabaría todo aquello sin embargo? Damilo Kossielitz no protestó, tenía mujer, hijos, un hogar; había que defender todo aquello.

Cuando el descorazonamiento se apoderaba de él, Damilo evocaba los seres queridos, el campo ancestral hasta entonces inolvidable, la casa virgen de toda huella extranjera; eso era lo bastante para afirmar su voluntad y su brazo. ¡No!... Mientras le quedase un soplo de vida, lucharía para evitar a los suyos la humillación de la servidumbre.

¡Cuánto había sufrido la primera vez que se separó de los seres queridos!

—Marfa, — había dicho a su mujer, — no llores: hay que ser fuerte por los niños.

Y ella había tenido fortaleza y cuando Damilo había vuelto encontró la tierra labrada, el granero lleno, la casa en plena prosperidad, los hijos sanos y alegres y el amor brillando en los ojos de Marfa.

Y entonces, humildemente, había dado gracias a Dios.

Después de la segunda guerra balcánica, Damilo se había puesto a trabajar con nuevo ardor. Al fin concluía el mal sueño. El soldado de ayer, convertido nuevamente en aldeano, iba a poder mirar tranquilamente las risueñas perspectivas del porvenir. No conocería ya la aspereza de las luchas sin merced, las angustias del hambre, la amargura de la derrota.

Marfa y Damilo habían visto florecer en el jardín las primeras rosas de la paz y bajo la quietud de la hora presente habían sepultado el mal sueño.

Pero su dicha debía ser de corta duración; el odio de los pueblos no dormía; el orgullo humano levanta la cabeza y el monstruo recobraba alientos. Apenas había llegado a su casa Damilo, recibió la orden de volver al ejército.

—No te aflijas, Marfa, — dijo. — Volveré antes del invierno, ya verás. No todos encuentran la muerte en la guerra, he vuelto ya dos veces y es buena señal. Sé valerosa. ¿Qué dirían los niños si te viesen llorar?

Cuando Damilo franqueó el Outrebatz abrazó de una mirada circular el horizonte y experimentó de golpe una impresión singular. La aldea que saludara antaño con familiar gesto parecía haber desaparecido por obra de encantamiento. La torre cuadrada de la iglesia secular no estaba ya allí.

Creyó equivocarse de camino y miró hacia atrás para cerciorarse. Había seguido el mismo de siempre; el Arbo, las Siete Piedras Milagrosas, de las que cada una llevaba un nombre de santo; el ciprés, los cedros de la izquierda... Inmutable, la naturaleza sonreía al viajero; sólo faltaba la aldea.

Con el corazón oprimido por tristes presentimientos, Damilo echó a correr, como si alguien le persiguiera y llegó en pocos minutos al lugar en donde se hallaba la aldea... ¡No vió más que ruinas humeantes! ¿Era posible?

Dió algunos pasos y llamó:

—¡Barlobatz!

—¡...batz! — repetía el eco fielmente.

—¡Soy yo, Damilo!... ¡Marfa!... ¡Marfa!... Querida mía!

Saltando de piedra en piedra, evitando los escombros humeantes prosiguió la busqueda.

Un perro aulló a lo lejos siniestramente.

De pronto oyó una carcajada y se volvió: una mujer con un niño muerto en brazos y con el traje manchado en sangre le gritó:

—¡Mira!... Mira!

Y levantó hacia el cielo el fardo macabro.

Damilo reconoció a Dragoma Wilovina, pariente de su esposa.

—Prima, — dijo, — ¿me reconoces?... Soy yo, Damilo, el hijo de Basilio. ¿Sabes dónde está Marfa?

La mujer contestó con una carcajada estridente..

—Está loca, — pensó Damilo con descorazonamiento.

Y se dejó caer sobre unas piedras, sin saber que hacer. De su cabaña no quedaba

nada, absolutamente nada. El arado estaba destrozado, los bueyes habían desaparecido, su hogar no era más que ruinas...

¿Y para eso había luchado durante cuatro años, sufriendo todas las torturas del cuerpo y del alma?

—¡María!... ¡Hijos míos!... — repetía Damilo.

Y poniéndose en pie caminó sin rumbo cierto. Entre las vigas calcinadas de un establo vió a un viejo aldeano a quien reconoció enseguida.

—¡Trandjai!

Al oír su nombre el viejo se incorporó.

—¡Ah!... ¿Eres tú, Kossiewitz? ¿Has venido para mirar la desgracia de frente?

—Para saber donde están los míos, — repuso Damilo.

—¡Los tuyos!

El hombre hizo un gesto desesperado.

—¡Habla! — suplicó Damilo. — ¿En dónde están?... ¿No ves que me muero de angustia

—¡Felices los muertos! — exclamó Trandjai. — Su martirio ha concluído; pero el nuestro continuará. Mi yerno ha muerto, mi hija ha muerto... Tu mujer, tus hijos han muerto... ¡Todos!... ¿Por qué me habré quedado yo.

—¿Cómo?... ¿Han sacrificado a víctimas inocentes?

Hosco, abrumado de pena, Kossiewitz se alejó para reunirse a sus hermanos de armas.

Al día siguiente las tropas serbias, que se habían replegado ante fuerzas infinitamente superiores, recibieron la orden de atacar el ala izquierda del enemigo que amenazaba a Ohmovatz. Allí debía jugarse la suprema partida.

Kossiewitz sintió renacer su repugnancia Una amarga ola de rebelión contra los hombres, contra el destino, contra los que tienen en sus manos la suerte de los pueblos, envenenaba su alma.

Por la voluntad de uno solo, miles de seres iban al sacrificio. ¿Qué tenían que reprochar a los reyes salvajes? Nunca sus ofrendas humanas llegarían al nivel de horror de aquella época...

En aquel momento un grupo de jinetes desembocó en la llanura. A la cabeza iba un viejo, alto, delgado, de rostro minado por el sufrimiento. Bajo su manto beige parecía el espectro mismo de los combates, dirigiendo la cabalgata de la muerte hasta las orillas de la Estigia.

Saludó con la espada a lo que quedaba del gran ejército y con voz que la fatiga y emoción hacía temblar gritó:

—¡Soldados!... ¡Héroes!... Vuestro viejo rey ha venido a morir con vosotros. A la hora en que va a decidirse la suerte de la patria, ni uno solo de sus hijos debe rehusar el sacrificio. Que los que no quieran convertirse en la presa de un enemigo sin honor me sigan... ¡Libertad o muerte!

Damilo levantó la cabeza. Vió al rey que hacía brillar su valiente espada de los Karageorgevitch; vió correr las lágrimas por el rostro del compañero que tenía al lado y cuyos sufrimientos no habían sido menos que los suyos...

Aquello fué la chispa que volvió a encender el fuego sagrado. Comprendió que hay algo más precioso y mejor que la vida, que ésta no era nada sin la independencia y que sólo el aire de la libertad podía ser respirado por los hombres.

—¡Viva el rey! — gritó Damilo. — Todos electrizados, repitieron:

—¡Viva el rey!

Y el soberano, mostrando con amplio gesto la llanura exclamó:

—¡Adelante, hijos míos!

Y a un sólo impulso todos los hombres marcharon hacia la victoria o hacia la muerte.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

SON los personajes entretenidos de la historieta en colores que publica PUCKY en todos sus números.

Si desea pasar un rato entretenido, y quiere olvidarse, aunque sea por un momento, de las preocupaciones diarias, observe con detención esa página de sano humorismo y de sencillo y eficaz esparcimiento.

Sobre todo fíjese bien en la cara de Pipermit

¡ES NOTABLE EL PIBE!

ADVERTENCIA INUTIL

Gurrumina: — ¡Tenga mucho cuidado conmigo! Le advierto que todavía no he tenido ocasión de probar mis fuerzas.

FRANQUEZA

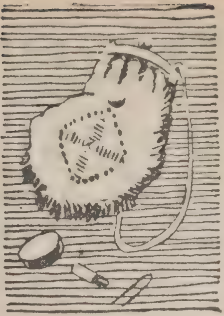
La sirvienta: — ¡Qué suerte que no me sucedió esto en la casa donde trabajé últimamente! ¡Tenían un juego de mesa mucho más fino que este..!

PAJUERANO PREVENIDO

—Yo no voy a pagar cinco pesos por una habitación tan chica. ¡Qué se han creído! ¿Que van a tomarme por zonzo?

El botones: — Pase, señor; lo coy a llevar hasta su pieza. Este es el ascensor.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. Más tarde, Markham le confía a Vance haber descubierto que la cartera y los guantes pertenecen a la señorita Muriel St. Clair y se hace sospechosa por haber sido hallados sus guantes y su cartera en la habitación donde fué muerto Alvin Benson. Vance le dice a Markham que la joven es inocente y, por medio de medidas, le demuestra que el asesino tiene, más o menos, 1 metro 80 de alto. Con autorización de Markham, interroga a la señora Platz, quien, después de repetidas negativas, concluye por confesar que la tarde del crimen estuvo nua mujer a visitar a su patrón. Continúa:

Por consiguiente, no me sorprendió lo más mínimo cuando alzó por fin la vista y se rindió con graciosa sonrisa.

—Ha ganado usted, — le dijo. — Y lo reconozco con la debida humildad. Casi le estoy agradecido.

CAPITULO XXIII

Vance caminó indiferentemente hacia la ventana y se puso a mirar al exterior.

—Me alegro saber que es usted capaz de aceptar evidencias que la mente humana no puede negar.

Yo siempre había notado, en las relaciones de estos dos hombres que, si uno hacía una observación generosa, el otro procuraba contestar de modo que terminara toda exteriorización de sentimientos. Era como si ambos desearan ocultar al mundo aquella consideración mutua que se profesaban.

Por lo tanto, Markham hizo como si no notara el alfilerazo de Vance.

—¿Tiene usted quizás algunas otras sugestiones luminosas sobre el asunto, fuera de las negativas? — le preguntó.

—¡Bastantes! Un sin fin de sugestiones.

—¿Sería usted tan bondadoso que me indicara una buena? — dijo Markham imitando el tono juguetón del otro.

Vance pareció reflexionar.

—Bueno... Por lo pronto, le aconsejo que busque usted a un hombre bastante alto, frío, familiar con las armas de fuego, buen tirador y bastante conocido del difunto, tanto como para saber que Benson iba a comer con la señorita St. Clair o con buenas razones para suponerlo.

Markham contempló atentamente a Vance por unos instantes.

—Creo comprender... No es mala teoría. ¿Sabe que voy a pedirle al sargento Heath que averigüe mejor las actividades del capitán Leacock la noche del asesinato?

—Procure usted averiguarlas por todos los medios posibles, — dijo Vance con indiferencia, dirigiéndose hacia el piano.

Markham lo examinó con expresión intrigada. Estaba a punto de hablar, cuando Vance empezó a tocar una canción francesa, popular en los cafés, y que empieza si mal no recuerdo, así:

"Ils son dans les vignes les moineaux".

(Domingo 16 de junio, por la tarde)

Al día siguiente, que fué domingo, almorzamos con Markham en el Club Stuyvesant. Vance había sugerido la cita la noche anterior, porque, como me explicó, deseaba estar presente en caso de que Leandro Plyfe llegara de Long Island.

—Me divierte enormemente — dijo — el modo omo los seres humanos complican las cosas más sencillas. Tienen horror a todo lo que es simple y directo.

Todo el sistema comercial no es otra cosa que un enorme mecanismo para hacer las cosas del modo más lleno de vueltas y revueltas. Si uno hace una pequeña compra en el departamento de una gran tienda, en nuestros días, se escribe por triplicado una historieta completa de la transacción, revisada por una docena de empleados, firmada y vuelta a firmar, con innumerables sellos en tintas diferentes; luego se guarda en cajas de seguridad. Y no contentos con toda esa superfla "chinoiserie", nuestros hombre de negocios han creado un costoso ejército de técnicos cuya sola ocupación es complicar y embarullar más el sistema. Lo

mismo ocurre en los demás renglones de la vida moderna. Mire esa insuperable manía, llamada golf. Todo consiste en hacer entrar la pelota en un agujero, pegándole con un palo. Pero los aficionados a este pasatiempo han adoptado un método único y uniforme para hacerlo. Estudian durante veinte años el ángulo correcto a que deben colocar sus pies y el método de entrelazar sus dedos sobre el palo.

Además, para discutir las seudo dificultades de este estúpido deporte, han inventado un vocabulario ininteligible hasta para un sabio francés.

Señaló con aire de disgusto una pila de diarios del domingo.

—Ved lo que ocurre con este asesinato de Benson, una cosa sencilla y sin importancia Sin embargo toda la maquinaria de la ley ha sido puesta en movimiento a alta presión; arroja a chorros vapor sobre la sociedad, cuando el asunto podría ser resuelto en pocos minutos pensando un poco inteligentemente.

En el almuerzo, sin embargo, no habló del crimen. Y, como por tácito convenio, el tema fué también evitado por Markham. Sólo nos mencionó casualmente a Vance y a mí cuando nos dirigimos al comedor, que esperaba un poco más tarde al sargento Heath.

El sargento nos esperaba cuando pasamos al recibimiento a fumar y por su expresión se notaba que estaba lejos de hallarse satisfecho por el giro que habían tomado las cosas.

—Le advertí a usted , señor Markham — dijo cuando nos hubimos sentado — que el caso iba a ser endemoniado... ¡Logró usted obtener algún indicio de la St. Clair?

Markham movió la cabeza.

—Queda descartada.

Y le refirió brevemente lo ocurrido en la casa de Benson la tarde anterior.

—Bueno... si está usted satisfecho... — fué el comentario algo dubitativo de Heath — nada tengo que objetar. Pero ¿y el capitán Leacock?

—De él quiero hablarle — le dijo Markham. — No hay pruebas directas contra él; pero ciertas circunstancias sospechosas tienden a relacionarlo con el crimen. Parece llenar las condiciones de altura y no debemos olvidar, además, que Benson fué asesinado con un arma semejante a la que Leacock probablemente posee. Está comprometido con la muchacha y podría encontrarse un motivo en las atenciones de Benson para con ella.

—Sin contar, — completó Heath — que estos muchachos del ejército no tienen mucho escrúpulo para matar gente; están acostumbrados a la vista de la sangre.

—El único argumento en contra — resumió Markham, — es que Phelps, a quien di la comisión de averiguar los movimientos del capitán me informó que éste se hallaba en su casa desde las 8 p. m. la noche del crimen. Naturalmente, puede haber un hilo suelto en alguna parte e iba a pedirle que sus hombres se encarguen de investigar mejor el asunto.

Phelps obtuvo su informe de un portero y sería fácil hallar nuevamente al portero y someterlo a un interrogatorio apremiante. Si se descubre que el capitán no estaba en su casa a media noche, cuando se cometió el crimen, habremos encontrado la pista que buscamos.

——Me ocuparé yo mismo de esa comisión — dijo Heath. — Iré allá esta noche y si el mozo sabe algo lo dirá antes de que lo deje ir.

Hablamos unos minutos más y luego un camarero uniformado se inclinó deferentemente ante el fiscal del distrito y le anunción que el señor Plyfe lo buscaba.

Markham pidió que su visitante fuera introducido al recibimiento y le dijo a Heath:

—Es mejor que se quede y oiga lo que el hombre dice.

Leandro Plyfe era un personaje inmaculado, exquisito. Se aproximó con un paso de persona satisfecha de sí misma.. Sus piernas que eran muy largas y delgadas, con rodillas que parecían doblarse ligeramente hacia adentro, sostenían un torso corto y abultado. El pecho se curvaba generosamente hacia afuera como el de un palomo. Su rostro era redondo; llevaba el escaso cabello rubio cuidadosamente cepillado hacia atrás y las puntas de su angosto y sedoso bigote estaban engominadas, terminando en forma de alambres curvos.

Estaba vestido con un traje de franela de color gris, camisa de seda, azul turquesa, una corbata de "foulard", de colores vivos y zapatos de gamuza gris.

El pañuelo de batista, que asomaba cuidadosamente del bolsillo del saco, exhalaba un fuerte perfume oriental.

Saludó a Markham con pegajosa cortesía y cuando le fuimos presentados se inclinó con aire de superioridad. Después que el camarero le hubo traído una silla, empezó a limpiar su monóculo, con borde de oro, que llevaba colgado de una [illegible] Markham una mirada melancólica.

—¡Triste deber este para mí! — dijo.

—Sabiendo su amistad con el señor Benson, — dijo Markham, — deploro la necesidad en que me veo de acudir a usted. Ha sido usted muy amable viniendo hoy a la ciudad.

CAPITULO XXIV

Plyfe hizo un ademán con sus dedos, cuidadosamente manicurados. Explicó con inefable acento de satisfacción, que se alegraba mucho de poder ser útil a la justicia. Una triste necesidad, seguramente; pero sus modales indicaban, de un modo inconfundible, que reconocía los deberes inherentes al lema: "Noblesse obligue" y estaba dispuesto a cumplirlos.

Miré a Markham con aire de complacencia y sus cejas preguntaron:

—¿Qué más puedo hacer por usted? — aunque sus labios no se movieron.

—Sé, por el mayor Antonio Benson, —

dijo Markham — que era usted amigo íntimo del difunto y por lo tanto, podría decirnos algo de sus asuntos personales o de las relaciones privadas sociales que acaso, servirán de base para la investigación.

Plyfe miró tristemente al suelo.

—¡Ah! Sí... Alvin y yo éramos muy amigos... amigos íntimos. No puede usted imaginarse el dolor que sentí al enterarme de su fin trágico. Sentí mucho no poder venir en seguida a Nueva York para ponerme al servicio de los que me necesitaban.

—Seguramente hubiera esto sido un consuelo para sus otros amigos — observó Vance con frialdad. — Pero, dadas las circunstancias, le habrán disculpado a usted.

Mayor Antonio Benson

Plyfe entrecerró los ojos melancólicamente.

—¡Ah!... pero yo nunca me lo perdonaré aunque no crea merecer reproches. Precisamente, el día anterior a la tragedia, yo partí para una excursión hasta las Catskills. Le pedí a Alvin que me acompañara; pero tenía mucho que hacer.

Plyfe movió la cabeza lamentando la incomprensible ironía de la vida.

—Cuánto mejor hubiera sido si....

—Su excursión fué muy rápida — comentó Markham interrumpiendo lo que prometía ser un discurso sobre las jugarretas del destino.

—Es cierto — contestó Plyfe indulgentemente. — Mi auto se descompuso y tuve que regresar.

—¿Qué camino tomó? — preguntó Heath.

Plyfe se ajustó delicadamente el monóculo y miró al sargento con ligero fastidio.

—Mi consejo es.... señor.., ¡Ah! señor Sneed...

—Heath — corrigió el otro ásperamente.

—Ah sí... Heath. Mi consejo, señor Heath, es que si desea usted emprender un viaje en auto hasta las Castkills, se dirija al Automóvil Club de América pidiéndole un plano. Mi elección de itinerario tal vez no le conviniera.

Se volvió hacia el fiscal de distrito con aire que indicaba prefería conversar con alguien igual a él.

—¿Dígame, señor Plyfe,— preguntó Markham — sabe usted si el señor Benson tenía enemigos?

El otro pareció reflexionar.

—No... Casi podría asegurar que nadie lo ha asesinado por odio.

—Sin embargo, parece usted admitir que tenía enemigos. ¿No podría usted decirnos algo más?

Plyfe acarició graciosamente las guías de su dorado bigote, luego apoyó en actitud meditativa, el índice en su mejilla.

—Sn pregunta, señor Markham- — hablaba con esfuerzo penoso — toca un tema que hubiera deseado no discutir. Pero quizá es mejor que me confíe con usted, de caballero a caballero. Alvin, como muchos otros hombres admirables, tenía... ¿cómo diré?.... una debilidad... sí, eso es... por el bello sexo.

Miró a Markham como buscando aprobación por su extremo tacto al tratar cuestión tan delicada.

—Como usted sabe,—contest óen respuesta a la inclinación aprobadora del otro — Alvin no era un hombre dotado de esas características personales que atraen a las mujeres — algo me dió la impresión de que él se consideraba muy distinto a Benson en ese sentido.

—Alvin se daba cuenta de su desventaja física y el resultado fué... — espero que usted comprenderá mi vacilación al hablar de este hecho lamentable — que Alvin usaba... ciertos... ¡ah!... procedimientos en sus tratos con las mujeres, que usted y yo nunca adoptaríamos. Verdaderamente, aunque me apene decirlo, a menudo se aprovechó de ventajas injustas con las mujeres. Empleaba... procedimientos tortuosos.

Se detuvo aparentemente afligido por aquella atroz inperfección de Benson y por la necesidad de su desleal confidencia.

—¿Es en una de esas mujeres con las que Benson procedió deslealmente, que piensa usted? — preguntó Markham.

—No.. precisamente en la mujer, no — contestó Plyfe. Pero sí en el hombre que se interesaba por ella. En realidad, este hombre amenazó la vida de Alvin. Usted comprenderá cuánto me cuesta decir esto; pero mi disculpa es que la amenaza fué hecha públicamente. Hubo muchos otros que también la oyeron.

—Esto, naturalmente, lo absuelve del pecado de indiscreción — comentó Markham.

El otro agradeció inclinándose ligeramente.

—Ocurrió en una pequeña comida de la cual fuí el infortunado anfitrión — confesó modestamente.

—¿Quién era el hombre? — el acento de Markham era cortés, pero firme.

—Usted comprenderá mis reticencias... — empezó Plyfe. — Luego, con aire de recta franqueza, se inclinó hacia adelante. — Quizá perjudique a Alvin revelar el nombre de ese caballero... Pero... fué el capitán Leacock.

Lanzó un pequeño suspiró de emoción.

—Espero que no me pregunte usted el nombre de la dama.

—No será necesario — le aseguró Markham. — Pero le agradecería que me contara algo más de ese episodio.

—Alvin estaba muy encaprichado con la dama en cuestión, dedicándole numerosas atenciones que me veo forzado a admitir eran mal recibidas. Al capitán Leacock le desagradaron esas atenciones. En una pequeña reunión, a la que había invitado a él y Alvin, se cruzaron entre ambos palabras desagradables.

Temo que el vino corriera con demasiada abundancia, porque Alvin era siempre circunspecto, un hombre versado en las prácticas sociales. El capitán, en un arrebato de ira, le dijo que, si no dejaba en paz a la dama, lo pagaría con su vida. Llegó hasta a sacar a medias su revólver del bolsillo.

—¿Era un revólver o una pistola automática? — preguntó Heath.

Plyfe dirigió al fiscal de distrito una mirada de fastidio.

—Me he expresado mal; disculpe. Era... creo..., una pistola automática, del ejército..., aunque, como usted comprenderá, yo no la ví del todo.

—¿Dice usted que otros testigos presenciaron la discusión?

—Varios de mis invitados estaban alrededor de ellos, — explicó Plyfe. — Pero, palabra que no puedo nombrarlos. En verdad, yo dí poca importancia a la amenaza... hasta me había olvidado de ella hasta que leí el relato de la trágica muerte de Benson. Entonces pensé en seguida en aquel desdichado incidente y me dije "¿Por qué no contárselo al fiscal de distrito?"

—Pensamientos que toman formas y palabras que queman — murmuró Vance que había escuchado desde su sillón con aire de ofensivo aburrimiento.

Plyfe ajustó una vez más su monóculo y lanzó a Vance una mirada interrogadora.

—¿Qué dice, señor

Vance sonrió amablemente.

LEA

Pucky

TODOS LOS VIERNES

—Nada ¡es una simple cita de Gay. La poesía es mi flaco, ya sabe... ¿No ha conocido usted por casualidad al coronel Ostrander?

CAPITULO XXV

Plyfe lo miró fríamente; pero su mirada fué recibida con aire de fatuidad.

—Conozco a ese caballero, — contestó arrogante.

—¿Estaba el coronel Ostrander presente en esa deliciosa reunión social que usted ofreció? — el tono de Vance era naturalmente, cándido.

—Ahora que usted lo menciona, creo que sí — admitió Plyfe y alzó sus cejas, en actitud interrogadora.

Pero Vance miraba de nuevo por la ventana, con aire indiferente.

Markham, fastidiado por la interrupción, trató de llevar de nuevo la conversación a términos más amistosos y prácticos. Pero Plyfe, aunque locuaz, dió pocos informes nuevos. Insistió, constantemente, en hablar del capitán Leacock y, a despecho de sus elocuentes protestas, era evidente que atribuía a la amenaza más importancia de lo que decía.

Markham le interrogó durante una hora, pero nada más que tuviera importancia pudo saber.

Cuando Plyfe se levantó para irse, Vance abandonó su contemplación en la ventana, e, inclinándose afablemente, posó sus ojos en el otro con expresión candorosa.

—Ahora que está usted en Nueva York, señor Plyfe, y tuvo la desgracia de llegar tarde, supongo que se quedará hasta que terminen las investigaciones.

—No había pensado hacerlo.

—Sería mejor, si usted puede — le recomendó Markham, aunque no hubiera pensado pedírselo, sin la sugestión de Vance.

Plyfe vaciló y luego hizo un gesto de resignación elegante.

—Ciertamente, que me quedaré. Cuando tenga usted necesidad de mis servicios, me encontrará en el Ansonia.

Habló con exaltada condescendencia y magnánimamente dirigió a Markham una sonrisa de despedida. Pero la sonrisa era forzada. Parecía colocada en su semblante por las manos invisibles de un escultor y sólo afectaba los músculos de alrededor de la boca.

Cuando hubo partido, Vance miró a Markham, conteniendo la risa.

—Elegancia, facilidad y dorada cadencia. Pero no se fíe de la poesía, viejo. Nuestro elocuente amigo, es un creador de decepciones.

—Si quiere usted decir con eso que es un embustero, — observó Markham, — no estoy de acuerdo. Creo que la historia de la amenaza del capitán, es cierta.

—¡Oh, eso, claro que es cierto! Y vea, Markham, el caballeresco señor Plyfe quedó terriblemente decepcionado cuando usted no insistió para que nombrara a la dama. Me

—Ha ganado usted, — dijo Markham. — Y lo reconozco con la debida humildad.

parece que este Leandro no cruzaría el Helesponto a nado por una mujer.

—Bueno, nadador o no, nos ha dado una buena pista para seguir, — dijo Heath impaciente.

Markham convino en que el relato de Plyfe agregaba pruebas materiales contra Leacock.

—Creo que haré concurrir al capitán a mi oficina mañana — dijo.

Un rato después entró el mayor Benson y Markham lo invitó a reunirse con nosotros.

—Acabo de ver a Plyfe irse en un taxi — dijo cuando se hubo sentado. — Supongo que lo habrá usted estado interrogando sobre los asuntos de Alvin. ¿Le dió algún informe útil?

—Espero, en bien de todos, que sí, — contestó amablemente Markham. — A propósito, mayor, ¿qué sabe usted del capitán Leacock

El mayor Benson alzó los ojos y lo miró con sorpresa.

—Pero... ¿usted lo ignora? Leacock fué uno de los capitanes de mi regimiento; un hombre honrado y pundonoroso. ¿Supongo que no lo relacionará usted con este asunto?

Markham no contestó a la pregunta.

—¿Asistió usted, por casualidad, a la comida de Plyfe la noche que el capitán amenazó a su hermano?

—Recuerdo haber asistido a una o dos comidas en casa de Plyfe. No me gustan, por lo general esas reuniones, pero Alvin me convenció de que los negocios lo exigían.

Levantó la cabeza y frunció el ceño, procurando avivar su memoria.

—Sinembargo... no recuerdo... ¡Ah!... sí. Pero si usted da importancia al asunto, está equivocado. Esa noche estábamos todos un poco bebidos.

—¿Sacó una pistola el capitán Leacock — preguntó Heath.

El mayor frunció los labios.

—Ahora que usted lo menciona, me parece que hizo un movimiento por el estilo.

—¿Vió usted la pistola? — prosiguió Heath.

—No... no puedo decir que la haya visto.

Markham hizo la pregunta siguiente:

—¿Cree usted que el capitán Leacock es capaz de cometer un asesinato?

—No lo creo, — contestó con énfasis el mayor Benson. — Leacock no es hombre de sangre fría. La mujer por quien se produjo la disputa, sería más capaz de un acto semejante, que él.

Siguió un corto silencio que interrumpió Vance.

—¿Qué le parece a usted, mayor, ese espejo de la moda y de las formas, Plyfe? Parece un pájaro bastante raro. ¿Tiene historia o su presencia es el certificado de su vida?

—Leandro Plyfe — dijo el mayor — es representante típico del joven moderno y ocioso. Digo "joven", aunque imagino que debe tener cerca de cuarenta años. Ha sido mal educado, en la satisfacción de todos sus deseos. Pero al fin la inquietud lo dominó, haciéndolo dedicarse a varios pasatiempos, hasta que se cansó de ellos. Estuvo dos años en Sud Africa, dedicado a la caza mayor, y creo que escribió un libro relatando sus aventuras. Desde entonces no ha hecho nada, que yo sepa. Se casó con una arpía rica, por su dinero, creo. Pero el suegro tiene los cordones de la bolsa y debe conformarse con una pensión. Plyfe es un inútil y un holgazán, pero Alvin lo encontraba simpático.

Las palabras del mayor habían sido indiferentes, como las de quien discute un asunto neutral, pero todos nosotros sentimos la impresión de que no simpatizaba con Plyfe.

(Continúa en el próximo número).

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.

Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 275 Concurso Benson

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1º. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2º. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino.
¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página anterior.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

UN SUSTO

Por MIGUEL CORDAY

COMO de costumbre, los esposos Bernard se durmieron agarrados de la mano, cubiertos con el gran acolchado y puesto el porrón de agua caliente a los pies.

Treinta años hacía, desde que él era un muchacho rubio y esbelto y ella una joven morocha y delgadita, que se dormían así.

Ahora, estaban ya muy gordos; las piernas se les habían hinchado y las venas, siempre en peligro de romperse, se dibujaban hinchadas y azuladas bajo la piel lustrosa. En sus ratos de angustia, los dos viejos se espantaban ante la idea de ver abrirse los vasos dilatados por los que se escaparía la vida.

A no ser por ésto, no se hubieran dado cuenta de que pasaba el tiempo. Bernard seguía haciendo sus dibujos para la fábrica de Grive, y su esposa, atendiendo a las ocupaciones domésticas.

De pronto, una sensación extraña hizo despertar al anciano. Un líquido algo más que tibio, empapaba las sábanas y mojaba sus piernas.

En la densa oscuridad que le envolvía, era imposible ver nada y en seguida se imaginó que era sangre.... Pero, ¿quién se moría?... ¿Su mujer o él?

El miedo a precipitar el derrame con algún movimiento brusco, le hizo permanecer inmóvil, en la humedad tibia del lecho, con los ojos abiertos de par en par. En su cerebro sólo había una idea. ¿Es ella o soy yo?

En su aprensión, creyó que la sangre corría cerca de uno de sus tobillos. Brotaba de allí; de alguna desgarradura tal vez. Cada pulsación activaba más el escape, y por cruel ironía del ritmo mismo de la vida, apresuraba la muerte.

Moríase a los sesenta años, sin haber visto nada, sin haber conocido nada de lo que hermosea la existencia. En treinta años, ni un viaje, ni una pequeña aventura, nada imprevisto....

Y en aquellos instantes, al recorrer con el pensamiento el estrecho y trillado sendero descubría muchas cosas ante las cuales había pasado sin mirar, sin detenerse.

¡Si la muerte le diese algún plazo, cómo lo aprovecharía, dentro de sus fuerzas, para reparar los errores cometidos!

Luego, una gran esperanza alivió su quebranto.

¿Y si no era él el que se moría? No sentía aumentar su debilidad; el corazón se-

---

UN CONFERENCIANTE

Señores: Quisiera tener la elocuencia de Cicerón o de Demóstenes para tratar el tema de mi conferencia: "Dumas, su obra y su personalidad", estudio al que he consagrado mi vida...

...Dumas. ¿Quién duda que Dumas es un escritor mediocre y el más falto de personalidad del siglo pasado? Hasta parece mentira que sea el brillante autor de "Los miserables".

guía con sus latidos regulares. El frío que invadía sus piernas, no subía. Quiso incorporarse, prender la luz para convencerse de que... Pero, antes de moverse, otra idea le anonadó de nuevo ¡Es ella!... La fiel compañera de tantos años, que pasa sin sentir del sueño a la muerte.

Y, estremeciéndose aun por el horror sufrido, Bernard se afligió por la suerte de la que pronto abandonaría este mundo.

Lloró, con lágrimas ardientes, la muda abnegación de su esposa, su valor ante las arbitrariedades y penas de la vida, su tierna fidelidad.

¡Cuántos recuerdos, cuántas pequeñas cosas había en aquellos años de unión que sólo ellos podían evocar!

Faltando ella, la existencia del anciano quedaría privada de todo ese pasado, que a nadie le era dado recordar.

Pero a pesar de su hondo dolor, Bernard sentía al mismo tiempo una alegría feroz. Obligado a encarar su propia muerte y la de su esposa, tenía que convenir en que para él era más sensible lo primero.

Sin embargo, en su mezcla de gozo y pesar, Bernard se vió nuevamente asaltado por la duda; quiso saber, fuese como fuese, a quién pertenecía la sangre que inundaba el lecho; averiguar la verdad, por horrible que fuera.

Al incorporarse, con cuidado, sintió que una mano buscaba la suya.

—¿Qué tienes?

—¿No dormías?

—No. ¿Has sentido tú también?

—Sí... Pronto, la luz.

Mientras buscaba la lámpara y los fósforos con mano trémula y torpe, Bernard pensaba en que su mujer había estado despierta como él y no se había movido, ni hablaba, temiendo de descubrir la verdad. Como él, había también meditado en su propia muerte y en la de su marido, deseando salvarse. Ambos, despiertos e inmóviles, habían tenido los mismos pensamientos angustiosos, tiernos y egoístas...

Al fin brilló la luz de la lámpara. Los dos viejos, bruscamente, levantaron las mantas y el acolchado.

Pero ninguna mancha de sangre se veía en las sábanas.

Por un instante se quedaron aturdidos, pues estaban seguros de haber sentido el contacto del lienzo mojado y no podían creer en un milagro.

Bernard fué el primero que exclamó con voz en la que se adivinaba una alegría inmensa:

—Es el agua... el agua caliente....; el porrón se ha destapado.

Sólo entonces se atrevieron a mirarse; sus caras estaban lívidas; pero los ojos brillaban en el gozo de la resurrección.

Pensamientos de ternura y remordimiento cruzaron por su espíritu y demasiado impresionados para hablar se dieron un fuerte abrazo

COMO HAY MUCHOS

Un oyente: — Perdone; ¡pero "Los miserables" son de Víctor Hugo.

—¿Lo ven ustedes? ¡Ni esto supo hacer!

Un poco d

La esposa: — Toma la cucharada de remedio que debo darte cada dos horas. Yo voy a conversar cinco minutos con la señora de Cantamusas y vuelvo en seguida.

El inválido: — Cinco minutos... ¿Y entonces quien me va a dar la próxima cucharada...?

AGUINALDO

La esposa del dentista: — Oye, Carlos: la sirvienta hace ya un año que está en casa. ¿No te parece que debiéramos darle un aguinaldo?

El dentista: — Me parece muy bien; dile que le sacaré gratis todas las muelas que quiera.

El patrón:
más cortos. ..
El jardinero

morismo

El recién casado: — ¡Pero María Ester! ¿Por qué has hecho tanta cantidad de asado?

La esposa: — ¡Ah, queridito! Hice mucho para que así queden sobras a fin de aprovecharlas.

PREOCUPACION

no se ha pasado el último año! Pareciera que ahora los años se van haciendo cada vez

sí parece, señor; pero supongo que no por eso usted pensará en rebajarme el sueldo.

LO QUE PUDO EL VALOR DE UNA JOVEN AVIADORA

Por GASTON RICHAROL

"MI Juanita... mi pobre pajarito..."

—Vamos... abuela... te suplico... abuela... no llores... ten valor.

En la sombra crepuscular de la vieja casa las palabras tristes de la nieta y de la abuela se enlazaban en un tono lastimero.

—Mi pobre pajarito... — murmuraba la viejita con su voz débil y quebrada. — No verte más... saber que en París... en la gran ciudad, sola entre las tentaciones, viviendo en una atmósfera de enervamiento y de engaños...

—Pero no puedo rehusar, abuela... Piensa que allá seré la secretaría titular de un gran industrial. Voy a reemplazar a la señora Letelier... Y dentro de tres meses irás a unirte conmigo... Viviremos, entonces, mucho mejor que en esta vieja casa, donde hemos conocido horas de tanta pobreza...

La voz de la nieta se elevaba, temblorosa, en la penumbra azulada.

—No hables mal de esta casa... querido pajarito... La jaula, indudablemente, no es bella para tí, mi adoraba palomita. Sin embargo, te proporcionó un nido.. embalsamado de ternura por mi viejo corazón y mis viejas manos...

La voz de la abuela parecía implorar.

—Abeulita querida... lo sé... Pero yo quisiera darte otro nido... digno de tí, digno de tu nombre, de nosotros... La biznieta de Juan Carlos Colombel, el valiente corsario ennoblecido por Francisco 1o., la hija de Juan Francisco Colombel, el héroe de los combates de Mekong, viviendo en esta miserable habitación... Y yo, después que murió mi padre en el Marne... y que mi mamá murió de pena... sin recursos... a los diez y seis años...

Ardientes lágrimas estremecían sus ojos.

—Si... querida.... Mas hemos permanecido fieles a la divisa de nuestro antepasado:" En fondo azul, siempre mi ala blanca". Hemos ganado nuestro pan... Hemos vivido... humildes y puros... sin pedir jamás a nadie... ni al gobierno de nuestro país.

—Y pronto, — dijo Juanita Francisca Colombel, — vendrá la comodidad... una linda morada parisiense, que abrigará tu querida cabeza blanca... ¡Abuela Ana María!

—Pero, ahora, en seguida, partirás... levantará el vuelo, mi dulce pajarito... La vieja jaula quedará vacía... lejos ya tu juventud y alegría... Mi nietita... falta una hora no más.

—Vamos a la mesa, abuela... He traído algunas cosas que te gustan del mercadito "San Juan Bautista".

Una vez encendida la lámpara proyectó su círculo de oro sobre la mesa.

En un instante estuvo lista la comida de las dos mujeres, y tomaron asiento frente a frente... la una era toda blanca, la otra toda rubia. Rosada y blonda, en su esbeltez ágil y musculosa, la nieta. La abuela, mostrando su rostro demacrado, cruzado de arrugas, ennoblecido de dolor; solamente sus ojos obscuros, brillantes y espléndidos reflejaban la ternura y el vigor del alma.

* * * *

Al otro día, después de quince horas de ferrocarril, Juanita Francisca Colombel se presentaba en la oficina de Mauricio Dulong.

El gran industrial la recibió al instante. Ella no lo había visto nunca, sino en las fotografías de los periódicos de sport. Conocía por eso su fisonomía imperiosa y dura de hombre de negocios. su alto cuerpo rígido, su elegancia un poco estirada de antiguo militar. No se hubiera imaginado que en esa gran cara larga, señalada profundamente por un golpe de hélice como un sablazo, pudiese florecer tal sonrisa.

—¿Señorita Colombel? Encantado de verla, señorita. ¿Viene a ocupar su puesto aquí? Tome asiento, podremos conversar un momento.

Se observaron atentamente los dos.

El admiraba a la bella joven, seria y un poco intimidada, que tenía delante. Le gustaba, pues; ya lo había conquistado por su porte sencillo, su gracia sin afectación, la franqueza de la mirada, su adorado y sano espiendor.

Ella admiraba al hombre de energía combativa que había alcanzado el dominio de los aires, pagando esa noble ambición con su sangre, sus fuerzas y su fortuna. Se sentía atraída por este hombre, cuya edad frisaba en los cincuenta años, de rostro surcado por una profunda cicatriz, que partien-

do de la punta de la nariz le llegaba a la oreja. La inflexión de su voz era cálida, generosa, de acento firme, autoritario.

Ella estaba sentada en un sillón inglés, alto y cuadrado. Se mantenía derecha, atenta, un poco inquieta. El se puso a leer, de pie, detrás de su escritorio, en plena luz, una ficha encabezada por este nombre escrito en gruesas letras de tinta roja:

Juanita Francisca Colombel

Y estas líneas, luego:

23 de agosto de 1902. Ingresó el 1o. de octubre de 1921.

Dactilógrafa y estenógrafa modelo, excelente corresponsal en inglés, alemán e italiano. Tiene la voluntad, la seriedad, la energía de una empleada de porvenir. Es exacta, trabajadora e inteligente.

—Ausencias: Nueve, en treinta y seis meses, Salud muy buena.

Moralidad: De todo punto perfecta.

Situación personal: Vive con su abuela en el más respetable retiro.

Observación: La señorita de Colombel puede y debe rendir grandes servicios a la casa, no está en su sitio en Nantes. Ha asimilado muy fácilmente el conocimiento de los motores y de los aparatos. Tiene vivos deseos de aprender a manejar. Enérgica y llena de sangre fría, puede convertirse en un notable piloto.

Ficha comunicada a la dirección el 9 de marzo de 1924.

Al terminar de leer, el señor Dulong apoyó el dedo sobre el botón de un timbre eléctrico.

—Su ficha, señorita, en su laconismo tan comercial, traza de usted, de su carácter, el retrato más halagador, — le dijo el gran industrial. En fin. ¿le interesa a usted la aviación?

—Sí, señor. Soy hija, nieta y bisnieta de marinos. Me hubiera gustado servir en el mar, pero todavía no se confía la dirección de buques a las mujeres, — contestó Juanita con dulce voz.

—Lo sé muy bien. Juan Carlos Colombel y su nieto Francisco tienen su estatua en Nantes y en su Vannes. Usted no puede ser marinero... Pero podrá ser marino del azul. Es un océano el cielo, con sus remolinos, sus olas, sus tempestades y bonanzas, y también sus naufragios, aunque es un océano sin islas, donde impera la muerte, invisible y presente.

—Es verdad, señor, — dijo Juanita.

—¿Eso no la intimida?—preguntó el industrial, sorprendido.

—Mentiría si le dijera lo contrario... Pero sabré dominar el miedo, señor... Me hará falta, — agregó con tono firme.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer mi vida — repuso. — Estoy sola en el mundo, porque mi abuela septuagenaria ya no es más que una niña, una querida niñita vieja cuyo fin yo debo dulcificar.

Una breve emoción, que duró diez segundos, veló la clara y firme mirada del hombre... Mas supo dominarla.

Un joven alto hizo su entrada en la pieza asoleada, de muebles estrictos. De ojos azules, tez muy blanca, afeitado, delgado, vestido de gris claro, poseía esa elegancia varonil y sobria de los hombres de acción. Su profunda mirada se cruzó con la de la joven empleada, como hojas de espada que se prueban en un asalto caballeresco.

—Mi sobrino, Pedro Dulong... La señorita de Colombel... tu futura alumna, Pedro, — dijo Mauricio Dulong.

—Mucho placer, señorita, — contestó inclinándose, sonriente.

—Señorita, — siéntate tú, Pedro, — vamos a distribuir el empleo del tiempo. Por la mañana, usted trabajará conmig-, de nueve a once. Leerá las revistas especiales, las obras inglesas, alemanas e italianas, puesto que conoce los tres idiomas. Me señalará los artículos interesantes, y trabajará en mi correspondencia. Si es necesario, traducirá textos que yo le daré, por cuya técnica usted no habrá de asustarse desde que ya ha trabado buen conocimiento con los motores y los aparatos. Cuando sepa manejar pefectamente, le otorgaremos el brevet de piloto. Y, luego, le diremos lo que pensamos hacer de usted. Todo dependerá, naturalmente, de sus aptitudes. Bien entendido que su equipo correrá por nuestra cuenta. Vaya hoy mismo con Pedro a la casa -rohl, a fin de proveerse de casco, combinaciones, calzado, etc.

—Ahora, vamos a almorzar.

* * * *

Un mes más tarde.

—Díme.., Pedro.

—Oigo, tío.

—¿Qué hace tu discípula? ¿Cómo va?

—Prodigiosamente. Tiene reflejos de una prontitud y seguridad increíbles. En los aparatos de doble comando de la escuela, yo no tengo otra cosa que hacer que ponerme las manos en los bolsillos. Ni una falta, ni una distracción. Es un pájaro, por naturaleza. ¡Y qué "chic" es esta chica. Con decirte que hasta los mécanicos chasquean la lengua cuando ella aparece... se reían un poco cuando Juanita empezó... Pero no se burlaron mucho tiempo. Ahora la admiran, y el mismo Dick, el más pillo, no suelta ni una palabra en broma delante de ella. Impone el silencio, el respeto, la estimación. Sin embargo, es muy sencilla. No sé cómo han sabido que ella es de noble cuna y que su divisa decía esto en sus armas: "En fondo azul siempre mi ala blanca". Y le llaman gentilmente "la señorita Alablanca". El pintor de la escuela, Foster, ha inscripto su divisa, en un círculo alado, en la puerta de su cabina. Se la quiere en todas partes... especialmente desde que prodigó sus cuidados a Fernando Clouet, después de su caída. Se portó como una hermana de cari-

*ad. Hasta había ofrecido su sangre al médico para salvarlo. Es una mujer de cerebro y de corazón...

Mauricio Dulong sonrió imperceptiblemente.

—¿Lo crees, en verdad, Pedro?

—¡Sí, lo creo, tío! — respondió el joven.

—Tu lenguaje tan ferviente, tan caluroso, me asombra. Hasta hace poco sólo considerabas a la mujer como a una critura enferma.

—Hay excepciones, tío. Juanita es una de ellas... Se trata de una de esas naturalezas privilegiadas que el buen Dios hace nacer a veces sobre la tierra.

—¿La admiras, en realidad?

—Y la amo, tío; pero no se lo diré jamás.

—¡Bah! ¿Por qué no?

—Porque ella ama, según me parece, a Fernando Clouet... Sería muy natural... Ella lo ha salvado... Y además Clouet es descendiente del gran pintor antiguo. Entre ambos existen puntos de contacto como nunca los habrá entre ella y yo. El arte... la historia... una sensibilidad igualmente vibrante.

—Veo que sufres, mi pobre muchacho. ¡Cuánto deploro el haberte acercado a ella!

—Sí, sufro... pero no es para tanto...

—Si Clouet no se le hubiera declarado... ¿Crees que lo haya hecho ya?

—Me parece que no... tío... que todavía no...

Mauricio Dulong se levantó del sillón; se puso a caminar pensativo, y luego dijo:

—Prueba la suerte. Sino te atreves a hablarla... escríbele... con sinceridad, sin frases... Confíale la fe que tienes en ella. Yo la he juzgado igualmente que tú... Sí, se trata de una mujer de cabeza y corazón... Clouet es un muchacho muy gentil, un buen piloto, todo un hombre; pero tú vales tanto como él... Decláratele... Eres rico, pues todo lo mío te pertenece... Atrévete, muchacho...

* * * *

Al otro día, en su cabina de la escuela de aviación, Juanita encontró dos cartas... Pedro Dulong y Fernando Clouet le pedían su mano... con apasionado acento.

Salió un poco aturdida... linda siempre en su traje de aviadora... Los dos pretendientes, en su traje de tela color habano, la esperaban. A su rededor el aire zumbaba en el vertiginoso torbellino de las hélices. Juntos, un poco pálidos, dieron algunos pasos en dirección a ella... Luego se miraron a los ojos dolorosamente, casi con hostilidad.

—Pedro, — dijo Fernando Clouet; — deseo hablar a solas con la señorita Colombel. ¿Quieres hacer el favor de dejarnos?

—Iba a decirte la misma cosa, — respondió Pedro. — Tú le has escrito... lo sé... Te ví un momento entrar en su cabina, con una carta en la mano... Y ya no la tenías cuando saliste... En ella le dices que la amas, ¿no es cierto? — agregó en voz más baja.

—Sí, — respondió Fernando. — ¿Acaso no tengo derecho?

—Y a mí también, ¿no me asiste un legítimo derecho? — preguntó Pedro.

—¿Tú la quieres? ¿Tú, Pedro?...

Una expresión de sufrimiento crispaba el rostro de los dos rivales. Hasta entonces se habían estimado fraternalmente... Y, ahora, estaban uno frente al otro, clavándose miradas de acero... los puños cerrados.

—Ella me ha salvado... Ha ofrecido su sangre para asegurarme la vida. Bien lo sabes, y sabes también con qué dulzura me suele mirar... ¿Por qué no me has dejado la plaza libre, como el honor, la amistad, la rectitud te lo aconsejaban? — dijo ásperamente Fernando Clouet.

—¡Porque la amo!... ¡Yo la amo! — exclamó Pedro.

—¡Yo también la amo! — repuso Fernando.

—Que ella elija, entonces, entre los dos...

En ese momento, Juanita llegaba, muy pálida... Les entregó las cartas con nervioso ademán. Y les dirigió estas breves palabras:

—Tomen esto... No deseo casarme... No me casaré nunca... No quiero ser motivo de rivalidad entre ustedes... Los dos cuentan con mi amistad... No me pidan más... Estréchense la mano... yo lo ordeno...

—Dénosla usted... usted misma, Juanita, — dijeron ambos a una sola voz.

Ella tomó sus manos extendidas, las oprimió... luego las unió, y dejando a los dos hombres mudos frente a frente, sepultados en un mismo pesar, corrió hacia su aparato, que cinco minutos más tarde volaba en pleno cielo...

* * * *

Volvieron, sin embargo a la carga, ambos enamorados.

Y poco a poco ella sintió flaquear su primitiva resolución... Fernando Clouet tenía más atracción, un aspecto más ágil, quizá... Pero los ojos de Pedro reflejaban una profundidad más grande y la súplica desesperada de sus miradas hablaba de una pena tan dolorosa...

—¡Escuche! — le dijo una tarde Juanita. Usted y Clouet me quieren, y yo no sé todavía si quiero a alguno de los dos... Dentro de un mes se va a correr el circuito de las capitales... Estoy informada de que ambos participarán en la prueba. Tanto el uno como el otro tienen grandes probabilidades de triunfar... Pues bien, luchen lealmente. ¡Yo seré la mujer del vencedor!

Fernando Clouet y Pedro Dulong aceptaron de inmediato la proposición.

—Como las damas antiguas de alto linaje, usted coronará al vencedor del torneo aéreo, — dijo apasionadamente Clouet.

—Estoy de acuerdo, — fué la contestación de Pedro. — Pero, Juanita, no es así como yo hubiera preferido conquistarla...

Juanita tuvo una larga mirada para Pedro y una sonrisa para Fernando.

La antevíspera de la partida para el circuito, Pedro realizó un vuelo de ensayo sobre su avión bimotor de trescientos caballos. El aparato se equilibraba bien... los motores marchaban maravillosamente... Al efectuar el aterrizaje, estalló el neumático de una de las ruedas, el aparato giró sobre sí

Yo tomaré su lugar, Pedro...

mismo, y Pedro, que había tenido tiempo de detener el motor, fué proyectado al suelo, donde quedó desvanecido, con el brazo derecho quebrado, la frente herida...

Cuando abrió los ojos, en un círculo ansioso de cabezas inclinadas, Juanita estaba cerca suyo... Y Fernando Clouet lo miraba con una piedad que el egoísmo del amor volvía triunfante.

—He sido vencido sin combate, — murmuró Pedro doliente. — ¿Pero no me he muerto?

—¡No! — dijo Juanita. — Usted no ha sido "aún" vencido, Pedro.

—¿Cómo no? — preguntó Fernando, estremecido.

—Porque yo misma defenderé su chance, Pedro, — dijo la joven aviadora. — En los torneos antiguos, el gentilhombre enfermo o herido, se podía hacer reemplazar por uno de sus fieles... para honrar sus armas... Yo tomaré su lugar, Pedro, si su tío me autoriza a ello y si me juzga digna.

Obtuvo la anhelada autorización esa noche misma... Y todos los diarios, al otro día, publicaron la siguiente noticia:

EL CIRCUITO DE LAS CAPITALES EUROPEAS

No pudiendo participar de esta gran competición aérea el aviador Pedro Dulong, las probabilidades de su casa se hallan singularmente aminoradas. Mauricio Dulong sólo presentará un avión en la línea de partida. En efecto, varios pilotos de la conocida firma, retenidos por compromisos ineludibles, se verán imposibilitados de intervenir en la prueba. Pero, el trescientos bimotor, a pesar del accidentado aterrizaje reciente, se incorporará al conjunto de competidores. La discípula predilecta de Pedro Dulong, la señorita Alablanca, dirigirá la formidable máquina. Ha elegido como mecánico a Dick, el más ducho de la escuela. Y ayer ha pintado en la carlinga del bimotor, mejor dicho, colocado, el fetiche de la joven y valiente aviadora: un círculo alado, que tiene esta divisa:

"En fondo azul, siempre mi ala blanca".

¡El azul, que es el color del cielo, siempre ayuda! ¡Deseamos que el "ala blanca" de la joven que toma con tanto valor el puesto de su maestro, herido, vuele hacia la victoria! Se lo deseamos de todo corazón".

Los diarios propagaron la noticia, y en seguida llegó a Nantes...

Ese nombre, esa divisa... tan obscuros para algunos, ¡qué transparencia tenía para la pobre abuela!... ¡Para Ana María Colombel!...

—¡Es ella! — se decía presa de un sentimiento medroso. — Mi Juanita... mi pajarito... ¡Ella aviadora! ¡Dios! ¡Mi Dios!

Y todos los días la viejecita, en la catedral sonora y sombría, rezaba con las manos juntas bajo las altas bóvedas.

—¡Santa Ana... Santa Juana... Santa Francisca!... Protégela... Cuídala... Salva a mi chiquita de las alas blancas!

* * * *

El circuito desenvolvía sus cintas bajo el cielo cerúleo.

La lucha prometía ser severa entre Fernando Clouet y Juanita Colombel... Habían llegado juntos a Madrid... de Madrid a Roma, Juanita había perdido dos horas... Perdió otra de Roma a Budapest... Recuperó el espacio perdido, mediante áspera lucha, sobre el recorrido Budapest-Moscú... Volvió a perder una hora en el trayecto Moscú-Copenhague... Otra también desde esta última capital a Berlín... Una tercera de Berlín a Bruselas, pero una falsa maniobra de Fernando restableció por segunda vez el cómputo de probabilidades... Llegaron juntos a Londres... al aeródromo de Croydon!

Entretanto, dos almas ardían de fiebre... Ana María Colombel y Pedro Dulong interrogaban sin cesar los despachos telegráficos... Ella, en su lejana provincia; él, en su residencia de Passy. Los dos principales competidores habían dejado muy distantes a los otros rivales.

La víspera de la llegada, que debió efectuarse en el aeródromo de Buc, Ana María Colombel se trasladó a París y se hizo conducir a casa de Mauricio Dulong, cuyos ojos brillaron de alegría cuando se encontró frente a la viejita.

—Su nieta vencerá mañana, señora. Usted lo verá. Es digna de su nombre, de su raza. ¡Ah, qué valiente! Es la mujer fuerte de la Escritura...

—Una chica tan buena, tan cariñosa, tan sensible... Un corazón de oro, señor, — murmuró la abuela, sin poder contener su emoción.

—¡Un corazón de oro! ¡Una voluntad de diamante! — exclamó el industrial. ¡Qué triunfo para ella! ¡Qué triunfo para usted! Usted verá eso... mañana la llevaré conmigo.

* * * *

Si impresionante era para el público el desarrollo de la carrera, la emoción a bordo de los dos aviones que llevaban la delantera, superaba toda idea. Hagamos un relato circunstanciado de la salida de Londres:

En un inmenso zumbido, se elevó el avión de la joven piloto... Y nueve minutos después, exactamente, Fernando Clouet subía a su vez lanzándose en seguida a fondo y produciendo el efecto en los espectadores de que ganaría a su rival en velocidad.

Juanita recibió, bien pronto, una advertencia de parte de su mecánico:

—Apure, apure, señorita... El otro corre mucho... Ya se le oye... Se le ve... Apure... y no tenga miedo...

Las dos poderosas hélices giraban, dando su total rendimiento. El avión empezó a escalar las nubes, hacia el profundo azul del cielo. Juanita empujaba cuanto podía, observando el barógrafo, el altímetro, el mapa. Corría a una vertiginosa velocidad de huracán... bien pronto, la bruma envolvió el aparato en sus traidoras mallas... Y el monstruo rugiente, tomando más altura, desembocó por encima del lecho de nubes...

—¡Ah! — exclamó Juanita.

—¡Cristo! Nos ha quitado los nueve minutos.. A este tren, se encontrará en París dentro de tres cuartos de hora, — dijo Dick.

El avión gigantesco de Fernando Clouet ganaba, ganaba espacio a su izquierda... En ese momento volaban uno al lado del otro, separados por una profundida de cinco mil metros y una anchura de doscientos metros apenas. Sus sombras, veloces, se deslizaban sobre la pantalla blanca de las nubes...

El rival avanzada cada vez más...

—¡Empuje... que nos gana!... ¡Qué carburación será la que lleva! — gritó el mecánico. ¡Audacia! ¡Corazón, señorita! ¡Apure! ¡Apure!

Con los dientes apretados, los ojos fijos, crispada salvajamente a su palancas, Juanito dominaba al hipógrifo, distendida su voluntad hasta el límite... lo domaba, lo fustigaba, resonante y loco a los rayos del sol... lo levantaba, lo empujaba hacia adelante... Más rápido... más veloz.

El mecánico seguía estimulando a la piloto con exclamaciones y alaridos en medio del zumbido ensordecedor de los motores desencadenados... Transcurrían los minutos... Metro a metro, el avión de Juanita se distanciaba del temible competidor... dejándolo, luego, atrás en un ímpetu de centella.

—¡Media hora á este tren, y estamos sobre la meta! Por el amor de Dios, apure, señorita!

Clouet, loco de ira, advirtió cierta avería en uno de sus motores... Maingot, su mecánico, ágil como un mono, reparó el desperfecto en plena carrera... Y con formidable salto, el avión se lanzó de nuevo... Pero Juanita ya había recuperado sus nueve minutos de ventaja... Volaban sobre Bouogne...

Desorrollando toda la fuerza de sus motores, Fernando daba cuanto podía en una total entrega de energía. Trabajo inútil... Juanita mantenía su distancia... La aumentaba... él se sentía ya sin fuerzas para proseguir en ese desgaste nervioso, cuando un grito de Maingot lo hizo sobresaltar...

—¡Los vamos a alcanzar! ¡Cuidado con los remolinos! ¡Cobre elevación!

—Allá, abajo, sobre el horizonte, el aparto de Juanita se cabreaba, bailando como ebrio... Arriba de ella rugía un viento huracanado.

La encarnizada lucha se tornó salvaje, inhumana...

Juanita, tendida, exacerbada, vibraba al unísono con su aparato, con su motor... Su corazón latía dolorosamente a un ritmo infernal... Y corría siempre a fondo, sin pensar.. ebria, loca, ciega, en un abismo insondable deslumbrante.

* * * *

Un ¡hurra! inmenso la sacudió toda entera. Había llegado al aeródromo de Bue, la ansiada meta.

El gran pájaro, gris y negro, manchado de aceite y tierra, descendió, y conducido por cien manos fantásticas fué a detenerse ante su hangar. La banda de música tocó una marcha triunfal... Hombres y mujeres, de pie, gritaban, agitando pañuelos, arrojando flores... En la tribuna oficial, el presidente de la República y los ministros aplaudían... felicitaban a Dulong.

Y Pedro, muy pálido, con el brazo aún en cabestrillo, lloraba junto a la buena señora Ana María Colombel, que muda, transfigurada, escuchaba las aclamaciones de la muchedumbre entusiasmada... pensando que todo ese tumulto era en honor de su palomita adorada.

Transcurrieron nueve minutos... A los diez y seis recién aterrizó Fernando Clouet... Los otros competidores se hallaban lejos todavía.

—¡Tú, mi pajarito! ¡Tú has hecho esto! — decía Ana María en el salón, donde por fín lograron refugiarse.

—Pero sí, abuelita. Bien sabes que los pajaritos vuelan, — contestó la nieta, radiante de alegría, sintiéndose feliz por el triunfo, aunque profundamente quebrantada en su vigor físico.

—Juanita... mi amor... mi vida — dijo Pedro, — ¿usted no quiere, entonces?...

Divinamente fatigada, ella sonrió y le habló con dulzura:

—Si, Pedro... Lo comprendí por el desgarramiento de mi corazón, cuando lo ví caer a usted hace un mes... Me convencí de que, silenciosamente, mi alma lo había elegido... Pero se hallaba comprometida mi palabra... He defendido con desesperación mi amor y mi dicha... He vencido por usted por mí, por nosotros... ¿Está contento ahora "mi" Pedro... mi pobre pájaro del ala herida?

—Juanita, nunca la amaré bastante, — respondió él, blanco de emoción, temblándole los labios.

—Sí, mi Pedro... ¡si usted me ama siempre!...

—Pero.. ¿Cómo?... ¿Ustedes están comprometidos? — preguntó la abuela sorprendida, — ¿Y es por tu novio que has hecho esto? ¡Oh, querida!...

Y la viejita unía sus manos en actitud de plegaria.

—¿Qué piensan hacer ahora? — volvió a preguntar, suplicante.

—Nuestro nido, — contestó Juanita ruborizándose intensamente.

¡QUE HONOR!

Estrilento se lamenta con un amigo de la mala conducta de su hijo.

—Estoy ya cansado de corregirlo, — dice, — pero todas mis advertencias caen en el vacío; sólo escucha los consejos de una patota de cretinos que lo rodean... ¿Quieres hablarle tú a ver si te hace caso?

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que desarrolla su acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento que sólo una imaginación privilegiada y una inteligencia cultivada como la de Rice Burrougl.s, puede concebir y desarrollar. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

Bajó cautelosamente el venablo, para que no hiciera ruido al rozar con el follaje. Tranquilamente se agachó hasta tomar una postura cómoda a lo largo de una rama muy larga, y allí se quedó mirando con ojos muy abiertos de asombro al ser que se proponía matar... Lo que veía era una niña, una doncellita con cuerpo color de ovellana... La mueca de desdén había desaparecido de sus labios. Su única expresión era ya la de una atención muy interesadísima. pues estaba tratando de descubrir qué hacía la niña aquella, De pronto una sonrisa cubrió su semblante. pues al volverse Meriem había dejado al descubierto a Geeka, la muñeca de cabeza de marfil y cuerpo de piel de rata; Geeka, la de extremidades de astillas y cuerpo de triste aspecto, Meriem levantaba el feísimo rostro hasta el suyo. y meciéndole de atrás adelante canturreaba una quejumbrosa canción árabe como para dormir a la muñeca. Una luz suavísima asomó a los ojos del matador, Durante una hora larga que pasó muy bremente para él. Korak permaneció con la mirada fija en la niña, Ni una solo vez había visto el semblante de lleno de aquella criatura. Lo que principalmente veía era una mata de pelo negro y ondulado, un hombro moreno descubierto en el lado en que su única prenda de ropa estaba sujeta bajo el brazo. y una linda rodilla que asomaba debajo de dicha prenda ,pues Meriem estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Un movimiento de cabeza. cuando quería recalcar alguna advertencia maternal a la pasiva Geeka, revelaba de cuando en cuando una mejilla redondeada o una barbilla picaresca. De pronto la vió Korak mover un dedo amenazador a Geeka. como si la riñera. y de nuevo se llevó Meriem al corazón el único objeto a quien podía prodigar la inefable riqueza de sus afectos infantiles.

Korak olvidado momentáneamente de su sanguinaria misión. dejó que sus dedos se aflojaran un poco del ástil de su formidable arma. Esta se escurrió, y casi llegó a caerse; pero este detalle sirvió para hacer volver en sí al matador, recordándole su intento de escurrirse furtivamente hasta el dueño de la voz que había atraído su vengativa atención. Miró el venablo, observando su empuñadura y su aguda punat de hierro y en seguida volvieron sus ojos a posarse en la delicada criatura que tenía a los pies. Con la imaginación vió como su pesada arma volaba hacia abajo; la vió perforar la tierna carne y hundirse en el blanco cuerpo, Vió cómo la ridícula muñeca se caía de los brazos de su dueña para quedar despatarrada al lado del palpitante cuerpo de la niña. El matador se estremeció y miró con ceño el inanimado hierro del venablo. como si éste fuera un ser consciente dotado de un espíritu perverso,

Korak se preguntó qué haría la niña si él se dejara caer desde el árbol a su lado, Probablemente gritar y apretar a correr. Luego llegarían los hombres de la aldea con

lanzas y escopetas y le atacarían. con lo cual o le matarían o le harían alejarse de allí. El matador sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Tenía verdadera ansia de encontrar compañía de su propia raza, aunque apenas es daba cuenta de la magnitud de su afán. Habría querido deslizarse hasta el lado de la niña y conversar con ella, aunque sabía, por las palabras que habían llegado a sus oídos, que usaba un lenguaje para él desconocido. Habrían podido hablar por señas un poco, lo cual siempre sería mejor que nada. Además. le gustaría mucho verle la cara, Lo que logró atisbar le aseguró que la niña era bonita; pero lo que más deseos le inspiraba de conocerla era el temperamento cariñoso que se había revelado en sus dulces caricias a la grotesca muñeca,

Por fin se le ocurrió un plan. Llamaría la atención de la niña, y con un saludo sonriente la tranquilizaría desde bastante lejos. Silenciosamente retrocedió en el mismo árbol. Era su intento darle una voz desde el otro lado de la empalizada, para que la niña tuviera el sentimiento de seguridad que, según se imaginaba, podía ofrecer la fuerte barricada.

Apenas había dejado la posición que ocupaba en el árbol, cuando le llamó la atención un ruído considerable en el lado opuesto de la aldea. Moviéndose un poco logró ver la puerta del extremo de la calle principal. Un tropel de hombres, mujeres y niños corrían en dirección a ella. La puerta se abrió, y dejó ver la cabeza de una caravana al otro lado. En el pueblo penetró la abigarrada mezcolanza de esclavos negros y morenos árabes de los desiertos septentrionales; maldicientes camelleros que apremiaban a los rebeldes animales; asnos cargadísimos, que agitaban tristemente las colgantes orejas mientras sufrían con estoica paciencia las brutalidades de sus amos; cabras, ovejas y caballos. Todos penetraron en la aldea en pos de un hombre alto, viejo y mal carado, que, sin saludar, se dirigió, dispuesto a atropellar a los que no le abrieran paso hacia una gran tienda de pieles de cabra plantada en el centro de la aldea. Allí interpeló a una arrugada bruja.

Korak, desde su ventajoso observatorio, lo observó todo claramente. Vió que el viejo dirigía preguntas a la negra, y que ésta señalaba hacia un apartado rincón de la aldea, oculto a los de la calle principal por las tiendas de los árabes y las chozas de los indígenas, en dirección al árbol bajo el cual estaba jugando la niña. Aquel era indudablemente su padre — pensó Korak, — que había estado fuera, y cuyo primer pensamiento al volver, era su hijita. ¡Cuánto se alegría ésta de verle! ¡Cómo correría a echarle los brazos al cuello, para verse estrechada contra el corazón del anciano y cubierta de besos! Korak suspiró y se acordó de sus padres que tan lejos estaban... ¡En Londres!

Volvió a su observatorio en el árbol encima de la niña. Ya que él no pudiera gozar de una felicidad como aquélla, quería disfrutar con la dicha de los otros. Acaso si se diera a conocer al anciano, éste le permitiría que de cuando en cuando se llegara a la aldea como un amigo. Valdría la pena de probarlo. Esperaría a que el viejo árabe hubiera saludado a su hija, y luego daría a conocer su presencia con signos de paz.

El árabe se acercaba despacito a la niña. Dentro de un segundo estaría a su lado, y entonces ¡cuán sorprendida y contenta se pondría ella! Los ojos de Korak relucían de júbilo... Ya el anciano estaba al lado de su hija y su severo rostro no se ablandaba aun. La chiquilla no se había percatado todavía de su presencia, y seguía charlando con su muda Geeka. Entonces el anciano tosió, y dando un respingo la niña miró vivamente por encima de su hombre. Korak le vió de lleno la cara, que era muy hermosa en su dulce e inocente juventud, toda ella compuesta de suaves y amables curvas. También vió Korak sus grandes ojos oscuros. Buscó en ellos la dichosa luz del cariño que había de seguir a la vista de su padre, pero no la vió asomar. En vez de ella, en los ojos de Merien se reflejó el terror, un terror vivísimo y paralizante, que buscaba también expresión en el fruncimiento de su boca y en la actitud rígida y acobardada de su cuerpo. Una sonrisa cruel contrajo los delgados y feroces labios del viejo árabe. La niña trató de alejarse más antes que pudiera ponerse fuera del alcance del jeque, éste le dió un brutal puntapié, que la hizo caer de boca sobre la hierba. Luego la siguió para agarrarla y pegarle, como tenía por costumbre.

Encima de ellos, en el árbol, se hallaba una fiera agazapada en el mismo sitio en que antes había estado un chiquillo... Una fiera de dilatada nariz y desnudos dientes. Una fiera que temblaba de rabia...

El que se inclinaba para agarrar a la niña, cuando el Matador se descolgó al suelo a su mismo lado. Tenía aun el venablo en la mano izquierda, pero se había olvidado de él. En cambio, su puño derecho estaba cerrado, y cuando el jeque dió un paso atrás, asombrado por lo súbito de aquella aparición extraña, materializado al parecer de aire puro, el recio puño cayó sobre su boca, ayudado por todo el peso del joven gigante y por el formidable poder de sus músculos más que humanos.

Manando sangre y desmayado se desplomó el jeque al suelo. Korak se volvió hacia la niña, la cual se había puesto ya en pie, con los ojos muy abiertos y asustados, y miraba primero a Korak y después, horrorizada, al derribado cuerpo del jeque. Con un involuntario ademán de protección, el Matador echó un brazo sobre los hombres de la niña y se quedó esperando a que el árabe recobrara el conocimiento. Un momento permanecieron en aquella forma, hasta que al fin Meriem rompió el silencio.

—Cuando vuelva en sí me matará, — dijo en árabe.

Korak no la entendía. Movió la cabeza y le habló primero en inglés y luego en el lenguaje de los grandes monos, pero ni uno ni otro idioma eran inteligibles para la niña. Esta se inclinó hacia adelante y tocó el pomo del largo puñal que llevaba el árabe;

... él se había fijado con singular atención al verla entre los monos del anfiteatro la noche anterior.

luego levantó el puño cerrado sobre su propia cabeza y se hincó una hoja imaginaria en el pecho, encima del corazón. Korak comprendió. El viejo la mataría. La niña se volvió a acercar a su lado y permaneció quieta y temblorosa. No le daba miedo aquel ser desconocido. ¿Por qué había de temerle? La acababa de salvar de una terrible paliza del jeque, y, que ella recordara, jamás la había protegido nadie de aquella suerte. Miró después de lleno a la cara de Korak. Era una cara amuchachada y hermosa, del mismo color moreno que la suya. Admiró la niña la moteada piel de leopardo que cubría el flexible cuerpo de Korak desde el hombro a las rodillas. Las ajorcas y brazaletes de metal que le adornaban despertaron su envidia. Siempre había codiciado algo por el estilo; más nunca le había permitido el jeque llevar más que la única prenda de algodón, que apenas bastaba para cubrir su desnudez. Ni pieles, ni sedas ni joyas habían existido nunca para Meriem.

Y Korak miraba también a la niña. Siempre había profesado al otro sexo una especie de desdén. Los muchachos que se trataban con niñas eran, en su opinión, unos alfeñiques. Preguntóse qué debía hacer. ¿Podía dejar allí a la chiquilla para que la maltratara, y acaso la matara el villano del árabe? ¡No, de ningún modo! Y por otra parte ¿podría llevársela consigo a la selva!

¿Qué hazañas iba a realizar cargado con una chiquilla débil y atemori- ada? No haría más que chillar, asustándose de su propia sombra, no bien saliera la luna al cerrar la noche y las grandes fieras empezaran a vagar, gimiendo y rugiendo por la oscuridad.

Pasó varios minutos absorto en sus pensamientos. Meriem contemplaba sus facciones, preguntándose qué pasaría por su mente. Ella también estaba pensando en lo porvenir. Temía quedarse allí y sufrir las venganza del jeque. No había en el mundo nadie a quien pudiera dirigirse, como no fuera aquel desconocido medio desnudo que había caído milagrosamente de las nubes para salvarla de una de las acostumbradas palizas del árabe. ¿Iría a dejarla ahora su nuevo amigo? Melancólicamente miró a la cara de Korak; se acercó un poco más a él, y le puso una mano delgada y morena sobre el brazo. El contacto despertó de su absorción al Matador, que la miró a su vez y luego le volvió a echar un brazo sobre el hombro, porque había visto lágrimas en sus pestañas.

—Ven — le dijo. — La selva virgen es más bondadosa que el hombre. Vivirás en la selva, y Korak y Akut te defenderán.

No entendió la niña sus palabras, pero la presión del brazo del muchacho al arrastrarla lejos del derribado árabe y de las tiendas era por demás inteligible. Pasó Meriem el bracito por la cintura de su salvador, y los dos se alejaron hacia la empalizada. Debajo del árbol que le había albergado mientras la estaba viendo jugar, Korak levantó a Meriem en volandas, y echándosela con toda soltura al hombro se lanzó de un salto a las ramas más bajas. La niña le había pasado los brazos en torno del cuello, y de una de sus manecita pendía Geeka, junto al juvenil torso de Korak.

Los dos habían recorrido ya corto trecho alejándose de la aldea cuando Meriem vió las enormes proporciones de Akut. Ahogando un grito se agarró con más fuerza a Korak, y señaló temerosamente hacia el antropoide.

Akut, pensado que el Matador volvía con un prisionero, se acercó gruñendo a ambos, pues una niña no despertaba en el corazón del animal más compasión que si se hubiera tratado de un mono macho adulto. Era una extraña y por consiguiente había que matarla. Dejó ver los amarillos dientes al acercarse y con sorpresa vió que el Matador los exhibía también; pero se los exhibía a Akut, al propio tiempo que gruñía amenazadoramente.

—¡Ah! — pensó. — El Matador ha tomado compañera.

Y así, obediente a las leyes de su tribu los dejó solos, y se quedó súbitamente absorto en la contemplación de una movible oruga cuyo aspecto era altamente suculento. Una vez que se hubo desembarazado de ella, miró a Korak con el rabillo del ojo, y vió que el mozo había depositado su carga en una ancha rama, donde Meriem se agarraba deseperadamente para no caerse.

—Nos acompañará — dijo Korak a Akut señalando a la niña con el pulgar. — No le vayas a hacer daño. Entre los dos la protegeremos.

Akut se encogió de hombros. No le hacía maldita la gracia cargar con restos humanos. A juzgar por su evidente espanto en la posición que ocupaba en las ramas y las miradas de terror que le echaba a él, era evidente que aquella hembra no serviría para nada. Dadas las ideas éticas de la educación y de la herencia de Akut, los ineptos debían ser eliminados; pero si el Matador quería conservar aquella hermbra, no había que hacer otra cosa que tolerarla. Akut ciertamente no la quería para sí: de eso estaba segurísimo. Su piel era demasiado lisa y sin pelo. Parecía enteramente una culebra. Y su cara era bien poco atractiva. No se asemejaba ni poco ni mucho a cierta encantadora hembra en que él se había fijado con singular atención al verla entre los monos del anfiteatro la noche anterior. ¡Oh! ¡Aquella sí que era una belleza femenina, y de cuerpo entero! Boca grande y generosa, hermosos dientes amarillos, y las más lindas y suaves patillas que jamas se vieron! Akut suspiró. Después se puso en dos manos, ensanchó el enorme pecho y dió unos pasos de un lado a otro sobre una recia rama, con objeto de que aquella despreciable hembra de Korak pudiera admirar su fino pelaje y su graciosa apostura.

Pero la pobrecita Meriem no hizo otra cosa que arrimarse más aún a Korak y casi sintió deseos de volver a verse en la aldea del jeque, donde los terrores de la existencia reconocían un origen humano, y por tanto eran más o menos familiares. El terrible mono la asustaba. ¡Era su aspecto tan grande y feroz! No podía interpretar sus acciones más que como una amenaza, porque ¿cómo iba a conjeturar que el antropoide se estaba pavoneando para excitar su admiración? Ni ¿cómo podía conocer el vínculo de compañerismo que existía entre aquel desafiado bruto y el mozo de gallardísimo aspecto que la había rescatado del poder del jeque?

Meriem pasó una tarde y una noche de terrores que no podían verse mitigados. Korak y Akut la llevaban por senderos vertiginosos mientras buscaban alimento. Una vez la ocultaron en las ramas de un árbol mientras ellos atacaban a un ciervo próximo. Hasta su natural terror a quedarse sola en la terrible selva desapareció ante la pavura más grande que le inspiró el ver que el hombre y el animal saltaban simultáneamente sobre su presa y la derribaban; el observar que el hermoso rostro de su salvador se contraía en una mueca brutal; y el presenciar que sus fuertes y blancos dientes se enterraban en la blanda carne de su víctima.

Cuando Korak volvió a su lado llevaba manchados de sangre la cara, las manos y el pecho, y Meriem se apartó de él cuando le ofreció una enorme tajada de carne cruda y caliente. Korak se sintió indudable-

mente muy contrariado por su negativa a comer; y cuando un momento después desapareció en la selva y volvió cargado de fruta para ella, la niña se vió obligada a alterar de nuevo la estimación en que le tenía. Esta vez no se sobresaltó ni se apartó de Korak, sino que le agradeció su regalo con una sonrisa que, aunque ella n lo sabía, fué recompensa más que suficiente para aquel muchacho sediento de afectos.

El problema del dormir preocupaba a Korak, porque sabía que la niña no podría sostenerse sin peligro en la horquilla de un árbol mientras estuviera durmiendo, ni sería prudente dejar que durmiera en el suelo, expuesta a los ataques de las fieras merodeadoras. No había más que una solución posible. El la tendría en brazos. Y así lo hizo, y Akut se pasó toda la noche protetgiéndola por un lado y él por el otro, de suerte que la niña recibía el calos de los cuerpos de ambos.

Pero durmió Meriem hasta que la noche estuvo más que mediada; pero al fin la naturaleza pudo más que los terrores representados por el negro abismo de abajo y por el peludo cuerpo del feroz animal que tenía al lado, y la niña cayó en un profundo sueño que sobrevivió a la oscuridad. Cuando abrió los ojos estaba ya el sol bastante alto. Al principio no podía creer Meriem en la realidad de su posición. Su cabeza se había apartado del hombro de Korak, de suerte que sus ojos estaban vueltos a la espalda del mono. Al ver a éste se encogió retrocediendo. En seguida comprendió que alguien la sostenía y volviendo la cabeza contempló los sonrientes ojos del mozo que la miraban. Cuando Korak sonreía, la niña no podía sentir ningún temor hacia él. Ahora se arrimó más a su cuerpo, con la natural repulsión que le inspiraba el áspero pelaje de la fiera que tenía al otro lado.

Korak le habló en el lenguaje de los monos; pero ella movió la cabeza y le dijo unas palabras en lengua árabe, para Korak tan poco inteligible como para ella el idioma de los antropoides. Akut estaba sentado y contemplándolos. Entendía lo que decía Korak, pero la hembra aquella no hacía más que unos ruidos estúpidos, completamente ininteligibles y ridículos. Akut no podía comprender qué veía Korak en ella que le llamara la atención. El mono estuvo mirando a Meriem larga y fijamente, y procurando apreciar en detalle sus facciones; después de lo cual se rascó la cabeza, se levantó y se sacudió como un perro.

Su acción ocasionó un ligero sobresalto a la niña, que había olvidado momentáneamente la presencia del antropoide. De nuevo se apartó de él. Akut, al percatarse de que ella le temía, sintió júbilo de los animales ante el terror que su brutalidad inspiraba. Agachóse y extendió la manaza furtivamente hacia Meriem, como para agarrarla. Ella se apartó más todavía. Como os ojos del mono estaban ocupados en observar la gracia de la situación, no vió que los de Korak se contraían al fijarse en él, ni reparó en que el cuello de su amigo se acortaba al levantarse los hombros en la postura característica de preparación de un ataque. Cuando los dedos del mono iban a cerrarse sobre el brazo de la niña, el Matador se levantó súbitamente, profiriendo un breve y siniestro gruñido. Su puño cerrado pasó volando ante los ojos de Meriem y fué a caer de lleno en el hocico del asombrado Akut. Exhalando un resoplido explosivo, el mono vaciló hacia atrás y cayó del árbol.

Korak estaba contemplándole desde arriba, cuando de pronto llamó su atención un movimiento repentino en los arbustos próximos. La niña también miraba hacia abajo; pero lo único que veía era el enfurecido mono que luchaba por ponerse de pie. Entonces, como un golpe de catapulta, una masa de piel amarilla y con manchas negras apareció a la vista, abalanzándose sobre la espalda del antropoide. Era Sheeta la pantera.

X

Cuando el felino se abalanzó sobre el enorme antropoide, Meriem se quedó con la boca abierta de sorpresa y terror; no por el destino que amenazaba a Akut, sino por lo que hizo el muchacho que un momento antes había pegado con tanta cólera a su extraño compañero; porque apenas apareció a la vista el carnívoro, Korak, con el cuchillo desenvainado, se descolgó del árbol encima de él; de suerte que cuando Sheeta se disponía a hincar los colmillos y las garras en la ancha espalda de Akut, el Matador cayó de lleno sobre el lomo del felino.

Este se detuvo poco menos que en el aire, faltándole apenas el grueso de un cabello para alcanzar al mono, y lanzando terribles rugidos rodó panza arriba, pateando en su esfuerzo por alcanzar y echar de sí al antagonista que le mordía el cuello y le daba puñalañas en el costado.

Akut, estremecido y sobresaltado por la súbita acometida que había sentido a su espalda, siguió su instinto y se halló en el árbol al lado de la niña con una agilidad punto menos que maravillosa en un animal tan pesado. Pero en el momento en que se volvió a mirar lo que abajo ocurría, le faltó tiempo para descolgarse otra vez con igual celeridad. Los piques individuales se olvidaron prontamente ante el peligro que amenazaba a su humano compañero; y el mono acudió a arriesgar su propia vida al servicio de su amigo con no menor afán que Korak cuando se lanzó a socorrer a él un momento antes.

El resultado fué que Sheeta se encontró de pronto con dos feroces criaturas que la desgarraban a tiras. Gritando, rugiendo y gruñendo, los tres rodaron acá y acullá por entre la maleza, en tanto que, con los ojos desorbitados la única testigo de aquella terrible batalla se mantenía temblorosa y agazapada en el árbol encima de ellos, estrechando frenéticamente a Geeka contra su corazón.

Fué el cuchillo de Korak el que decidió el combate; y cuando el terrible felino se estremeció convulsivamnte y cayó rodando de costado, el mozo y el antropide se levantaron uno frente a otro y se quedaron mi-

rándose sobre el cuerpo muerto de Sheeta. Korak volvió la cabeza en dirección a la niña que se hallaba en el árbol.

—¡Déjala en paz! — exclamó. — Es mía!

Akut gruñó, guiñó los ojos inyectados en sangre, y se volvió hacia el cuerpo de Sheeta. Plantándose sobre él muy erguido, alzó la cabeza al cielo y profirió un grito tan estridente, y espantoso, que la niña del árbol volvió a sentir un estremecimiento. Era el grito de victoria del mono macho que le mimatado a su rival. Korak le miró sólo un ró sólo un momento en silencio, y en seguida trepó al árbol al lado de Meriem. No tardó Akut en reunirse a ellos. Unos minutos estuvo lamiéndose sus heridas; más al fin se alejó para ir en busca del desayuno.

Durante muchos meses la vida de los tres continuó sin ningún acontecimiento notable, o por lo menos, sin acontecimientos que parecieran insólitos a Korak y al antropiode; pero para la niña fué una constante pesadilla de horrores noche y día, hasta que al fin ella también empezó a acostumbrarse a contemplar las vacías órbitas de la muerte y a sentir el aire glacial que levantaba el sudario que la cubría. Lentamente aprendió pensamiento que sus compañeros poseían, esto es, el lenguaje de los grandes monos. Con más rapidez se perfecionó en la ciencia de la selva, tanto que llegó día en que Meriem vino a ser también un factor importante en la caza, pues vigilaba mientras los otros dormían, o los ayudaba a seguir el rastro de cualquier presa que fueran persiguiendo. Akut la admitía en un pie rayano en la igualdad cuando era necesario que se pusiese en contacto; pero la mayor parte del tiempo procuraba esquivarla. El mozo se le mostraba siempre bondadoso, y en algunas ocasiones en que sentía pesar sobre él la carga de su presencia, procuraba ocultárselo. haciéndose cargo de la humedad y el frío de la noche que ocasionaban incomidodades a la niña, Korak construyó a mucha altura un pequeño refugio bien cerrado entre las oscilantes ramas de un gigante de la selva. Allí Meriem dormía con relativo calor y seguridad, en tanto que el Matador y el mono pasaban la noche en una rama cualquiera de

Lo que nunca se oirá

El chauffeur: — Disculpe, señora; no puedo permitir que me pague más de lo que marca el taxímetro. Sería un abuso. Tenga la bondad de recibir el vuelto.

(De "Punch").

las proximidades, el primero siempre delante de la entrada de aquel ingente domicilio, desde donde podía guardar mejor a su moradora contra los peligros de los enemigos arbóreos. Estaban demasiado altos para que les inspirara temores Sheeta; pero siempre había que recelar de Histah, la serpiente, que infundía temor en el alma y de los grandes babuinos que vivían cerca y que, si bien nunca atacaban, no dejaban de enseñar los colmillos y de refunfuñar a cualquiera de los tres que pasara próximo a ellos.

Después de la construcción de aquel refugio, la actividad de los tres vino a localizarse. Sus correrías tenían menor radio, porque habían de supeditarse a la necesidad de volver al árbol a la caída de la noche. Un río fluía por allí cerca. Tenían caza y frutos en abundancia, lo mismo que peces. La existencia se había acomodado a la diaria rutina de la selva, consistente en buscar alimento y en dormir una vez lleno el estómago. No miraban más allá del día presente. Si Korak pensaba en lo pasado y en los que suspiraban por él en la lejana metrópoli, era muy de tarde en tarde y como por modo impersonal, es decir, como si aquella otra vida hubiera sido la de un ser diferente. Tenía abandonada ya toda esperanza de volver a la civilización, porque desde los diversos sofiones recibidos de aquellos cuya amistad había buscado, se había metido tan tierra adentro que se consideraba completamente perdido en los laberintos de la selva.

Además, desde que se encontró con Meriem halló en ella la cosa que principalmente añoraba antes en su salvaje vida: la compañía humana. En su amistad con la niña no se podía advertir ni el menor rastro de influencia sexual, de que Korak se diera cuenta. Eran amigos y compañeros... y nada más. Podía haberse tratado de dos muchachos, como no fuera por las semitiernas y siempre autoritarias manifestaciones del instinto de protección que se transparentaban claramente en la aciitud de Korak.

La niña lo idolatraba, como habría podido idolatrar a un hermano indulgente si lo hubiera tenido. El amor era cosa desconocida para ambos; más a medida que el mozo se acercaba a la virilidad, era inevitable que la pasión hiciese su aparición en su alma, como en todos los demás machos salvajes de la selva virgen.

En el terreno que recorrían eran los tres figuras familiares. Los micos los conocían muy bien, y a menudo se aproximaban a parlotear y retozar delante de ellos. Cuando Akut se hallaba presente, los animalejos se mantenían a prudente distancia; mas con Korak se mostraban menos temerosos, y cuando los dos machos se habían alejado, los micos se acercaban a Meriem y le tiraban de la ropa o jugaban con Geeka, que era para ellos un manantial de diversión inagotable. La niña jugaba también con los micos y les daba de comer, y cuando estaba sola ellos la ayudaban a pasar las largas horas hasta el regreso de Korak.

Geeka había experimentado una transformación desde que su madrecita salió para siempre de la aldea del jeque, pues sus vestiduras recejaban ahora en miniatura las de Meriem. Un pedacito de piel de pantera cubría su torso de rata desde los hombros hasta las rodillas de madera. Una cinta de hierbas entretejidas en torno de su frente, sostenía unas cuantas plumas vistosas de un periquito, y otros pedazos de hierba estaban cortados a imitación de los adornos metálicos de brazos y piernas. Geeka era materialmente una niña salvaje; pero su corazón no había cambiado, pues seguía siendo la omnívora auditora de otro tiempo. Un rasgo excelente del carácter de Geeka era que nunca interrumpía para hablar de sí misma. Y aquel día no fué excepción de la regla. Llevaba más de una hora escuchando con la mayor atención a Meriem, reclinada en el tronco de un árbol, en tanto que su joven ama se estiraba felina y sibaríticamente en una oscilante rama delante de la muñeca.

—Geeka mía — le decía Meriem, — hoy nuestro Korak lleva ya mucho tiempo sin venir. Nos hace mucha falta, ¿verdad, Geeka La selva está muy triste y muy solitaria cuando nuestro Korak está lejos. ¿Qué nos traerá hoy? ¿Tú lo sabes? ¿Otra brillante ajorca para el tobillo de Meriem? ¿O un taparrabo de suave piel de gamo procedente de alguna negra Me dice que es más difícil apoderarse de las cosas de las hembras, porque no quiere matarlas como a los machos, y porque luchan a la desesperada cuando cae sobre ellas para quitarles los adornos. Entonces llegan los hombres con venablos y con flechas, y Korak se lanza a los árboles. Algunas veces se lleva consigo a la hembra, y en lo alto de las ramas la despoja de las cosas que quiere traerle a Meriem. Dice que ahora los negros le tienen miedo, y que en cuanto lo ven las mujeres y los niños se alejan corriendo hacia sus chozas; pero él los sigue dentro de ellas, y a menudo vuelve con flechas para él y con regalos para Meriem. Korak es muy poderoso entre la gente de la selva... Nuestro Korak, Geeka... No, no, "mi" Korak.

La conversación de Meriem se vió interrumpida por la súbita aparición de un excitado mico que cayó sobre los hombros de la niña dando un salto desde un árbol próximo.

—¡Trepa! — gritó. — ¡trepa que vienen los Manganis!

Meriem miró hacia atrás perezosamente para ver al excitado perturbador de su sosiego.

—Trepa tú, pequeño Manu, — le dijo.

Pero el mico no hizo sino repetir la advertencia con más energía, mientras se encaramaba al seguro de las más altas ramas, adonde Mangani, el mono grande, no podía seguirle. No tardó Meriem, en oir el ruido de unos cuerpos que se acercaban por entre los árboles. Escuchó atentamente. Eran dos y eran monos grandes. Korak y Akut, para ella Korak era un mono, un Mangani, porque como tales se describían siempre los tres a sí mismos. El hombre era un enemigo y por esta razón no pensaban que ellos pertenecían al mismo género. Tarmangani, o gran mono al hombre blanco, no era animal que corres-

pondiese a los tres. Gomangani — el gran mono negro — no se acomodaba a ninguno de ellos; de manera que los tres se llamaban a sí mismos Manganis a secas.

Pensó Meriem fingir que estaba durmiendo para dar una broma a Korak. Quedóse, pues, muy quieta y con los ojos muy apretados. Oyó que los dos se acercaban cada vez más. Ya se hallaban en el árbol contiguo y debían de haberla descubierto, porque acababan de detenerse. ¿Por qué no la llamaba Korak con su acostumbrado saludo? Aquel silencio era de mal agüero. Pronto le siguió un ruido muy cauteloso. Uno de los dos se acercaba a ella. ¿Era que Korak quería gastarle una broma? Si era así, ella sabría chasquearle. Cautelosamente abrió los ojos una rendijilla, y al hacerlo su corazón quedo paralizado. Escurriéndose en silencio hasta ella vió un enorme mono macho a quien no conocía. Y detrás de él llegaba otro semejante.

Con la agilidad de una ardilla, Meriem se puso en pie, y en el mismo instante el terrible animal se abalanzó hacia ella. Saltando de rama en rama, la niña huyó por la selva, mientras la perseguían muy de cerca los dos antropoides. Encima de ellos corría una manada de micos que no paraban de dar chillidos, de vomitar denuestos e insultos contra los Manganis, y de dar aliento y consejos a la niña. De árbol en árbol se lanzó Meriem, subiendo hacia las ramas más pequeñas, que no habían de poder soportar el peso de sus perseguidores. Y cada vez más de prisa iban los dos monos detrás de ella. Los agarrotados dedos del primero estaban a cada momento a pique de asirla, pero Meriem los eludía con repentinos ímpetus de velocidad y con terribles y atolondrados riesgos al lanzarse al través de vertiginosos espacios.

Lentamente iba ganando la niña el camino de las mayores alturas, cuando, después de un salto de particular audacia, la oscilante rama a que se había agarrado se dobló bajo su peso y no volvió a partir hacia arriba como debiera haber hecho. Aun antes del crujido que siguió a esto, comprendió Meriem que había calculado mal la fuerza de la rama. Esta cedió lentamente al principio, y luego se sintió otro crujido más fuerte cuando se separó el tronco. Soltándola se dejó caer Meriem al follaje inferior, para agarrarse a un nuevo sostén, que vino a hallar a doce pies por debajo de la rama rota. Así se había caído otras muchas veces, y una caída no encerraba para ella especial terror; lo que la asustaba más que nada era la pérdida de tiempo; y con razón, porque apenas se había encaramado a un lugar seguro cuando el cuerpo del enorme mono cayó a su lado y un brazo largo y peludo le rodeó la cintura.

Casi en el mismo instante llegó el otro antropoide al lado de su compañero. El recién llegado se abalanzó también a Meriem; pero el priemro la apartó a un lado, mostró los formidables colmillos y gruñó de un modo siniestro y amenazador. Meriem luchó por escaparse. Apuñeó al peludo pecho y la barbuda cara del antropoide, y hundió los fuertes y blancos dientes en el hirsuto brazo. El mono le golpeó brutalmente la cara, pero en seguida tuvo que dedicar su atención a su semejante, quien evidentemente deseaba la presa para sí mismo.

El captor no podía luchar con ventaja en la oscilante rama, y menos con la carga de su flexible cautiva, que no paraba de resistirse; así es que se dejó caer rápidamente al suelo. Siguióle el otro, y entablaron la lucha, que abandonaban de vez en cuando para perseguir y volver a capturar a la niña, la cual aprovechaba la preocupación del combate que se había adueñado de ambos antropoides par desasirse, intentando escaparse; más ellos la lcanzaban siempre, y primero uno y luego otro la retenían mientras combatían animados del deseo de hacerse pedazos para quedar únicos poseedores de la presa.

Más de una vez recibió la niña los golpes destinados al peludo enemigo, y al fin cayó al suelo, y quedó desmayada, mientras los monos, libres de la preocupación de sujetarla a viva fuerza se desgarraban mutuamente en feroz y encarnizado combate.

Encima de ellos chillaban los micos, que corrían de acá para allá en el frenesí de su incomporable excitación. Por cima del campo de batalla volaban de un lado a otro innumerables pájaros de vistosos plumajes, graznando ásperamente de rabia y de desafío. A lo lejos rugía un león.

El mono más grande estaba desgarrando lentamente a su antagonista hasta hacerlo pedazos. Por el suelo rodaban ambos mordiéndose y pegándose. Luego, otra vez en dos manos, se acometían y empujaban, enteramente como luchadores humanos, pero siempre los colmillos gigantescos representaban su sangriento papel, hasta que los dos combatientes y el terreno que los rodeaba quedaron rojos de sangre.

Meriem entretanto yacía inmóvil y desmayada en el suelo. Por fin uno de los monos pudo echar los dientes a la yugular del otro, y así cayeron ambos por última vez. Durante varios minutos estuvieron tendidos casi sin moverse. Fué el mono más grande el que se levantó solo del último cuerpo a cuerpo. Se sacudió, y de su peluda garganta brotó un ronco gruñido. Se puso a rondar de un lado a otro entre el cuerpo de la niña y el de su vencido antagonista. Luego se plantó sobre este último y lanzó a los vientos su tremebundo desafío. Ios micos se dispersaron gritando en todas direcciones, cuando el estridente grito llegó a sus oídos. Los vistosos pájaros se alejaron también al vuelo. Una vez más rugió el león, ahora a distancia más grande.

El enorme antropoide se acercó de nuevo al lado de la niña: la volvió boca arriba y se agachó para ponerse a olfatear y escuchar por su cara y su pecho. Estaba viva. Los micos volvían. Llegaban en enjambres, y desde lo alto vomitaban denuestos sobre el vencedor.

El mono les mostró su desagrado enseñando los dientes y gruñéndoles. Luego se inclinó, se echó al hombro a Meriem y descolerizada chusma de los micos.
apareció por la selva. Detrás de él iba la en-

VEA EN LAS PAGINAS 30 Y 31 DE ESTE NUMERO LAS CONDICIONES DEL GRAN CONCURSO DE "PUCKY".

XI

Korak, al volver de la caza, oyó la jerigonza de los excitados micos, y se dijo que debía de haber ocurrido algo grave. Sin duda Histah, la serpiente, había enroscado sus terribles anillos en torno de algún descuidado Manu. El mozo se apresuró a avanzar. Los micos eran amigos de Meriem, y si le era posible acudiría a auxiliarlos. Recorrió rápidamente las ramas medias de la selva, y al llegar al árbol donde se hallaba el refugio de Meriem, depositó sus trofeos de la caza y la llamó en voz fuerte. No recibió respuesta, y se descolgó rápidamente a un nivel más bajo. Acaso estuviera escondida allí para darle una broma.

En una rama muy gruesa en que Meriem solía a menudo columpiarse, vió Korak a Geeka arrimada al grueso tronco del árbol. ¿Qué podía significar aquello? Nunca había dejado Meriem sola a su muñeca. Korak recogió a Geeka y se la colgó del cinturón. Volvió a llamar en voz más alta, pero Meriem no respondió a su llamamiento. A lo lejos la alagarabía de los excitados Manues sonaba menos distinta.

¿Podía la excitación de los micos estar relacionada con la desaparición de Meriem? El pensamiento solo bastaba. Sin esperar a Akut, que llegaba lentamente detrás de él, a alguna distancia, Korak trepó con gran agilidad en dirección a la alborotada ralea. No necesitó más que unos cuantos minutos para alcanzar al más rezagado. Al ver al Matador, todos los micos se pusieron a gritar y a señalar hacia adelante y hacia abajo, y un momento más tarde llegó el muchacho a ver la causa de su excitación.

Su corazón se quedó paralizado de terror cuando vió el desmayado cuerpo de la niña sobre los peludos hombros del gran antropoide. No dudó que estaría muerta, y en el mismo instante surgió en su interior una cosa que no trató de definir, ni habría podido hacerlo aunque lo intentara; mas de repente todo el mundo pareció concentrado para él en aquel tierno y grácil cuerpecito, en aquel frágil ser que tan lastimosamente inerte y desvalido pendía de los enormes hombros de la fiera. Entonces se dió cuenta de que Meriem era todo su mundo, su sol, su luna y sus estrellas; de que con su marcha había desaparecido toda luz, todo calor y toda felicidad. Brotó un gemido de sus labios, y después una serie de terribles rugidos, más brutales que los de las fieras, cuando como una plomada se dejó caer en enloquecido descenso hacia el perpetrador del repugnante crimen.

ENTENDIDOS

—A mí me gusta la gente de pocas palabras, — dice Paradita a la nueva sirvienta; — cuando yo le haga esta señal con la cabeza, es que quiero decirle que venga ¿comprende?

—Sí, señor, — contesta la fámula, — y si yo le hago a usted esta otra, quiero decir que no me da la gana ¿estamos?

El antropoide se volvió al oir la primera nota de aquella voz nueva y amenazadora; y al verla se añadió una nueva llama al volcán de ira y de odio del Matador, porque vió que el animal que tenía delante no era otro que el rey que le hizo alejarse de los grandes monos cuya amistad y compañía había buscado.

Dejando en el suelo el cuerpo de la niña, el mono se volvió para combatir de nuevo por la posesión de su precioso botín; pero esta vez la victoria se le aparecía fácil. El también había conocido a Korak. ¿No le había expulsado del anfiteatro sin haber tenido que ponerle enciba una mano ni haberle clavado un diente? Bajando la cabeza y alzando los hombros se precipitó ciegamente contra aquel animal de piel lisa, que se atrevía a poner en tela de juicio su derecho a la presa. Se encontraron cabeza con cabeza, como dos monos que se acometen para caer juntos desgarrando y dando golpes. Korak se olvidó de su cuchillo. Su rabia y su sed de sangre sólo podían satisfacer al tener la carne palpitante entre sus desgarradoras fauces, al sentir en su piel desnuda la caliente humedad de la sangre vital; porque, aunque no se daba cuenta de ello, Korak, el Matador, luchaba por algo más apremiante que el odio o la venganza. Era un macho que luchaba contra otro por la posesión de una hembra de su propia especie. Tan impetuoso fué el ataque de Korak, que hizo presa antes que el antropoide pudiera impedirlo; una presa salvaje, con los fuertes dientes apretados sobre una yugular, y a ella se aferró, con los ojos cerrados, en tanto que sus dedos buscaban otra en el peludo cuello de su antagonista. Fué entonces cuando Meriem abrió los ojos, que quisieron salírsele de terror ante el espectáculo que tenía a la vista.

—¡Korak! — gritó. — ¡Korak, mi Korak! ¡Ya sabía que vendrías! ¡Mátalo, Korak! ¡Mátalo!

CONTINUARA EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY"

EL CONCURSO DE "PUCKY"

A continuación se publican algunos chistes de los enviados por los estimados lectores de "Pucky" y que, aun cuando no han llegado dentro de las condiciones del concurso pueden ser tomados en cuenta y aspirar a premio.

EL CHISTE PREMIADO

NO ERA PARA MENOS

Un peón de granja busca colocación. La persona a quien se ofrece le pregunta dónde ha servido antes.

—En casa del señor Angurria.

—¿Por qué se fué? ¿Lo han despedido?

—Nada de eso, señor. Se lo diré con franqueza; me fuí a causa de la comida.

—Sin embargo, no parece que en esa casa se esté mal...

—Según, señor, según. La primera semana que estuve allí se murió una vaca y nos la hicieron comer. En la segunda semana se murió un caballo, y nos lo hicieron comer. Ahora acaba de morir la suegra del señor Angurria y... usted comprende... yo me escapé.

Julio Gantaro. Cevallos 1028, Bs. Aires

GRATUITO

—Oiga, — dice el patrón al chico, — yo no le pago el sueldo para que silbe.

—¡No importa! — dice el chico. — Yo le silbo gratis no más.

Mario F. Fornet, calle Mendoza 124, San Juan.

* * * *

EN UNA EXPOSICION DE PINTURAS

—Mira, Luis, ese cuadro que ves, le ha costado a su autor 10 años de trabajo.

—¡Cómo! ¡Es imposible!

—Claro; seis meses para pintarlo y nueve años y medio para venderlo.

Vicente Cancelo, Darwin 116, Bahía Blanca, F. C. S.

* * * *

EL TIRO POR LA CULATA

Una señora tiene dos convidados en su casa. Uno de ellos que se las da de chistoso, le dice:

—¿Y su marido?

—Aún no ha venido. Tendremos que esperarle un ratito.

—Pues vamos a darle una sorpresa. Nosotros nos escondemos en la habitación inmediata y usted, cuando él viene, le dice que no hemos podido venir.

Lo hacen así y al cabo de un momento llega el marido.

—¿Y los convidados? — pregunta a su mujer.

—No vienen: los dos me han escrito excusándose.

—¡Cuánto me alegro! ¡Vaya un par de latosos.

Horacio Aon, Esteban Echeverría, F. C. S.

* * * *

FILOSOFIA JUDIA

Don Simón conversa con varios compatriotas sobre el cine y al preguntarle Isaac el por qué nunca fué al cine, replicó:

—¿Para qué ir a gastar dinero en un cine si luego de ver la película no se puede llevar en el bolsillo nada de lo que se ha visto...

A. Traverso, calle Las Heras, Coronel Suárez, F. C. Sud.

* * * *

..VARIOS AMIGOS ESTAN CONVERSANDO

Varios amigos están conversando y uno de ellos dice:

—¿En qué se parecen los postes telefónicos a los juguetes?

—¿.....?

—En que los postes telefónicos son palos grandes y los juguetes "pa... los chicos".

Irma Pleimbing, La Dulce, F. C. S.

* * * *

ERA IGUAL

Patron. — ¿Por qué le ha dicho a ese cliente que no había lo que deseaba?

—Porque no queda más, señor.

Patrón. — No importa, se le ofrece algo parecido, cosa que no se vaya el cliente sin comprar.

Al otro día llega un cliente.

Cliente. — ¿Quiere darme un queso fresco de 5 kilogramos?

Dependiente (vacilando un momento). — No queda más por el momento, señor; pero tenemos piedras de afilar muy parecidas.

José Baigorri, San Martín 51, Villa Ballester.

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO CHISTE QUE SE ENVIE AL CONCURSO

PUCKY No. 275

BRUNN, EL MINERO

Por

DEX VOLNEY

I

Una vela iluminaba las paredes verdes y violetas del túnel número 13 de la mina Apollo. Con esta luz trabajaba un joven pálido y alto, de ojos grises y cabello negro, que se ocupaba en hacer un agujero con su taladro en la pared. Estaba compuesta de cuarzo verdoso, en la que se notaban vetas de oro virgen.

El minero estaba vestido con pantalones kaki, saco del mismo color y gruesas botas de cuero amarillo. Su semblante denotaba cansancio y amargura. Detrás de él, dos hombres de robusta apariencia física, estaban cargando una vagoneta de hierro con pedazos de cuarzo. Cuando el vehículo estuvo lleno, lo empujaron por la pendiente hasta que adquirió el empuje suficiente para rodar por sí solo.

Charlie Brunn, dejando su pico, se dió vuelta y miró la vagoneta hasta que desapareció. A lo largo de las otras galerías se sentían otros vehículos similares dirigirse hacia afuera con su preciosa carga. Charlie murmuró con voz ronca:

—Todo ese mineral va para afuera... Su valor es de muchos miles de dólares. Y es todo mío..., mío...

El joven minero abrió un cajón que estaba cerca de sus pies y sacó de él media docena de cartuchos de dinamita, los que colocó en los agujeros que había hecho en la pared. Después le colocó la mecha a cada uno de ellos. Sacando su reloj de níquel, vió que eran las cinco menos diez. Se recostó, cansado, sobre un montón de mechas, las que parecían, a primera vista, serpientes inmóviles.

Su mano se apoyó en un trozo de cuarzo brillante por las ricas vetas de oro que había en él. Pero Brunn no lo había notado: delante de él se imaginaba ver un hermoso rostro, con un par de apasionados ojos negros. Este semblante estaba encuadrado en masas de cabello negro, en el que brillaba una peineta de ambar.

—¡Oh! ¡Mujer! — exclamó amargamente, saliendo de su abstracción; volvió a mirar su reloj, y notó que eran las cinco menos tres minutos.

Los dos peones volvieron con la vagoneta vacía, y Brunn les ayudó a cargar en la misma, un grueso taladro. Así efectuó este vehículo el último viaje del día. Tomando la vela, el joven minero aplicó la llama al extremo de una de las mechas; por un segundo o dos ésta chisporroteó, pero después comenzó a quemarse, lenta pero seguramente, acercándose al poderoso explosivo que iba a hacer estallar.

Instantáneamente, salió de detrás del cajón de dinamita, un pequeño perro de pelo color cobre - rojizo, el que huyó a toda velocidad a lo largo del túnel, hacia la salida, pero de pronto se detuvo, y dándose vuelta miró al minero de una manera suplicante.

—No te alarmes, Dinamita — le dijo Charlie tranquilamente, mientras encendía otra mecha. En respuesta a las palabras de su dueño, Dinamita corrió hacia él y prendiéndose fuertemente de sus pantalones, arriba de las botas, trató de arrastralo lejos de las cargas de dinamita.

Brunn extendió una mano y acarició a su fiel amigo, repitiéndole que no se alarmase. Muy pronto las siete mechas estaban ardiendo, y de ellas brotaban chispas. Se percibía el fuerte olor de la pólvora que se quemaba y la luz de la vela estaba oscurecida por momento por el humo azulado que salía a consecuencia de la combustión de la misma.

Charlie Brunn vaciló, mirando la dinamita por estallar como si quisiera sentarse sobre ella a meditar. Fué maravilloso el efecto que este movimiento produjo en el perro; éste, que había estado temblando presintiendo el peligro, se abalanzó sobre las piernas de su patrón y trató de obligarle a salir de allí.

Sonriente, ante esta prueba de cariño de su perro, Charlie se dirigió a la salida de la galería, caminando lentamente. Delante de él, iba Dinamita, quien de cuando en cuando se detenía y ladraba al hombre, tratando de hacer que se apresurara a huir del peligro.

A la salida del túnel, el minero se reunió a otros hombres, que, como él, salían de diversas galerías, cada uno con su vela en la mano, y que acababan de efectuar el mismo trabajo que él, para hacer estallar muchas cargas de dinamita que habían sido colocadas en diversos sitios de la mina.

Los otros hombres hablaban entre sí, pero nadie dirigió la palabra al solitario joven. A la salida del túnel, se podía divisar, a unas tres millas de distancia, una pequeña bahía. Allí, al lado del océano Pacífico, había una agrupación de casas de paredes blancas y techos rojos. Era la ciudad de Unga, en Alaska.

Una serie de fuertes estampidos se sintieron como truenos lejanos, saliendo de las negras boca de los túneles.

—Más cuarzo para desmenuzar mañana— murmuró nuestro héroe con amargura. — Hay millones allí... y todo es mío... — El pequeño perro miró a su patrón, y le lamió afectuosamente las botas.

Fué a fines del siglo pasado, cuando Brunn, que acababa de llegar de Inglaterra, había trepado a la cúspide de la montaña de Unga, y descubrió allí un yacimiento de cuarzo, que daba un rendimiento de sesenta y cinco dólares por tonelada.

El joven inglés, en compañía de su perro, había escalado el pico y cavado, a pesar de las burlas de la multitud. La cima de la montaña se había convertido en la famosa mina Apollo, con cuarenta máquinas desmenuzadoras de cuarzo, y un rendimiento de cinco mil dólares por tonelada. Aunque la muchedumbre tuvo que confesar que Charlie Brunn había hecho un descubrimiento, nadie se imaginaba que había tanto oro escondido allí. Nadie, a excepción de un noruego de ojos azules, que había llegado a Unga sin que se llegara a saber su procedencia.

Este noruego había visto la cantidad suficiente de minas de oro y de mineros, para llegar a convencerse de que cincuenta y dos cartas para jugar al pocker, conseguían más oro que el pico del mejor buscador de oro del mundo. Notó que las muestras del mineral encontrado por Charlie Brunn, indicaban una mina muy valiosa, y se fijó en otros varios detalles.

Después mantuvo una conversación en voz baja con Pallocki Iuzumov, la más hermosa de las mariposas en el salón de baile Golden Palace, y le entregó cuatro monedas de oro, de veinte dólares cada una.

También le enseñó diez más de estas monedas, ante la vista de las cuales los negros ojos de ella brillaron ávidamente. Cuando el trabajo que ella debía hacer, le fué explicado, sonrió cruelmente y dijo:

—Será muy fácil, pues está enamorado de mí.

Entre tanto, un joven mestizo miraba a los interlocutores de esta conversación, con el odio de un enamorado que había sido desdeñado.

Charlie Brunn no recordaba después nada de lo que le había ocurrido, excepto los apasionados ojos negros de la muchacha, y la peineta de ámbar brillando en un mar de lustroso cabello negro. Aquellos ojos traicioneros, ayudados por la seductora voz de sirena, le habían inducido a beber, y después a jugar al pocker con el hábil noruego.

Este vendió la mina durante la primavera siguiente, por una cantidad elevada de dinero suficiente para comprar el mejor café nocturno de San Francisco, del que todavía es dueño y que le ha producido mejores resultados que una baraja manejada hábilmente.

Pallocki Razumov fué encontrada muerta al día siguiente en su habitación del hotel, muerta de un balazo en la sien, y apretada entre sus hermosos dientes, había una pequeña cartera conteniendo catorce monedas de oro. Sus negros ojos estaban desmesuradamente abiertos, y una sonrisa de burla parecía estar fijada en ellos. La hermosa peineta de ámbar, aun brillaba entre su cabello enrojecido por la sangre.

Nadie había sentido el disparo que la había matado. Charlie Brunn había dormido la borrachera toda la noche, en el piso de la cantina del Golden Palace, pero nadie sugirió que su revólver fuera examinado para saber si lo había disparado recientemente. En aquellos días turbulentos, era muy imprudente hacer esta clase de preguntas en Unga.

Black Alf, el amante mestizo de Pallocki, se había embarcado durante la noche para el continente y nunca más volvió a las islas. De manera que la opinión pública lo sindicó como el asesino de la hermosa bailarina. Años más tarde, se dijo que el mestizo al morir había confesado ser el asesino.

La mujer fué enterrada en una tumba en la roca, a seis pies de profundidad. Después de esto, cada vez que Charlie miraba a una mujer, le parecía que un afilado puñal le atravesaba el corazón. De manera que las mujeres dijeron que... Pero los perros de la ciudad le lamían las manos. Esta es una señal positiva del noble carácter de un hombre, pues los seres irracionales poseen un misterioso instinto, que les hace adivinar los verdaderos sentimientos de una persona, aunque ésta los disimule exteriormente.

II

Brunn trabajaba para el sindicato que explotaba la mina, haciendo túneles horizontales en la montaña. Este había instalado las cuarenta máquinas desmenuzadoras de cuarzo, extrayendo oro por valor de diez millones, durante los veinte y cinco años que habían transcurrido desde que compraron el yacimiento al noruego.

El pobre minero vió los diez millones pasar delante de él, en las vagonetas, y cada trozo de mineral que veía era como un golpe asestado a su corazón.

—¡Es mío! ¡Todo mío! — solía murmurar para sí mismo, muchas veces.

El sindicato de San Francisco terminó por extraer todo el oro del Apollo, exceptuando una veta de cuarzo en el corazón de la montaña, que parecía inextinguible. El valor de este cuarzo aumentó lentamente de seis a noventa dólares, por tonelada. Y día a día se hacía más rica, hasta que fué titulada por los mineros, la veta Santa Claus. A veces los trbajadores encontraban pedazos de oro puro virgen, que llegaban a pesar hasta media libra cada uno.

Una noche, los encargados de colocar los cartuchos de dinamita, los colocaron como de costumbre, prendieron las mechas, y dieron por terminado su trabajo. Unos momentos después, las explosiones se sintieron como truenos lejanos. A la mañana siguiente, los peones llegaron con sus picos y vagonetas, y encontraron que la veta del tesoro, había desaparecido completamente.

Las explosiones de la noche anterior habían convertido la pared del túnel en una masa de granito desnudo, sin el menor vestigio de mineral. La veta de cuarzo había

desaparecido completamente, volatilizada por una de las explosiones. La mala noticia fué comunicada inmediatamente a Brunn, que se hallaba en su oficina de la Superintendencia.

Charlie Brunn era ahora un hombre alto, casi tan delgado como un esqueleto, y tenía casi cincuenta años. Su cabello comenzaba a blanquear, pero todavía los ojos brillaban con el mismo resplandor de acero que los taladros que en otro tiempo había manejado.

Cuando le fueron avisadas las infaustas nuevas, estaba sentado junto a una pequeña mesa, desayunándose. Una mujer mestiza le había servido la mesa y a sus pies estaba acurrucado un pequeño perro blanco, royendo un hueso. Naturalmente, Dinamita había ido a reunirse con sus antepasados hacía varios años.

—La veta Santa Claus en el túnel 77, ha desaparecido, Mr. Brunn, — le dijo Peter Hake, su asistente, hombre de pequeña estatura pero que hacía su trabajo a conciencia.

Charlie dejó de comer, y contemplaba el espacio como absorto en sus pensamientos. Las vetas muchas veces desaparecían, pero siempre habían sido encontradas de nuevo. Per oesta vez era diferente: nunca había fallado antes, y eso le inspiró desconfianza en esta oportunidad.

Peter Hake parecía más y más preocupado por momentos, como si adivinara los pensamientos de su jefe.

—La veta se ha esfumado por completo, Mr. Brunn, — le dijo, eligiendo cuidadosamente sus palabras. — Hemos tratado de encontrarla de nuevo, pero sin éxito. Llegamos a una pared de granito absolutamente desnuda de cuarzo.

Brunn miró el reloj de la pared: sus manecillas marcaban las ocho y media.

—Espéreme en la oficina, Peter, — le dijo a su subordinado. — El capataz salió sin decir una palabra. Charlie se levantó y llegó hasta una larga habitación que había a continuación del comedor. Este cuarto estaba desnudo de todo mueble o adorno, exceptuando un magnífico piano de cola. A él se sentó, y sus blancos dedos tocaron las teclas.

Una canción rusa fué ejecutada de manera magistral por este hombre extraño: era un canto triste, que terminó con una nota estridente.

—¡Seis millones!! — murmuró Charlie con fiera intensidad. — ¡Seis millones de ganancia neta, después de descontar todos los gastos! — Pinturas, música, luces brillantes, gente... todo eso representaría para mí el tener ese dinero que legítimamente me debía pertenecer.

Dándose vuelta hacia la puerta, los penetrantes ojos del minero se detuvieron un momento en las estólidas facciones de la sirviente mestiza. Ella lo miraba con ojos aterrorizados. Temblando, tomó los platos sucios de la mesa y se dirigió a la cocina. El pequeño perro blanco lamió una de las manos de Brunn, sentado en el taburete del piano, como abstraído por los recuerdos.

Al dar las nueve, Charlie entró en la oficina de la mina, que estaba instalada cerca de los túneles que penetraban en la montaña.

Peter Hake lo estaba esperando allí. El superintendente pasó al cuarto de al lado, que se usaba para determinar el porcentaje de oro que había en el cuarzo. Varias botellas de productos químicos y ácidos estaban colocadas en un estante. También había una mesa de madera, quemada por los ácidos en varias partes. Delante de esta mesa, había una estufa encendida, la que se avivaba por medio de aire comprimido. Sobre ella había un recipiente, el que estaba lleno hasta la mitad, de cuarzo pulverizado.

Entre estas retortas químicas se movía un hombre de pequeña estatura, y brazos y piernas de apariencia frágil. Su barbilla estaba oculta por una espesa barba negra. Tenía ojos pequeños, de color azul, y se les veía moverse incesantemente de un objeto a otro. Usaba un saco de sarga, ya deshilachado por el mucho uso, y unos pantalones ajustados que le quedaban muy chicos. Como un contraste, el saco parecía haber sido hecho para un hombre mucho mayor que él.

Había algo en él, que le hacía parecerse a un enorme murciélago, ya fuera por sus mal ajustadas ropas, o por las enormes orejas, que algunas veces parecían temblar como las de un animal.

—Horsville, ¿tiene usted listos los resultados del análisis del mineral de ayer? — le preguntó Charlie con su característica voz metálica.

El pqeueño químico colocó sobre la mesa un pequeño frasco de vidrio que contenía ácido, el que había estado derramando gota por gota en el recipiente que estaba al calor del fuego. Tomó un libro de anotaciones muy usado, lo ojeó y contestó:

—Vagonetas de la mañana, noventa y cuatro dólares. No he terminado aún el análisis de las de ayer tarde, pero por los resultados obtenidos hasta ahora, calculo que van a pasar de doscientos dólares por tonelada.

Hablaba con una voz ronca e interrumpida por sonidos parecidos a los que hace un pez cuando lo sacan del agua.

Peter Hake, que se había aproximado a la puerta del cuarto de análisis, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Doscientos dólares por tonelada! — ¡y después desaparecer así!

La alta figura de Charlie Brunn pareció ponerse rígida de improviso: sin decir una palabra salió de la habitación. La mirada de un par de ojos azules le siguió sin pestañear.

El superintendente de la mina Apollo y su ayudante viajaban por el túnel central de la mina, en un vagón movido por su motor de aire comprimido. Este túnel era ancho al principio donde sus paredes eran de tierra y apuntaladas por maderos, pero un poco más allá se estrechaba al penetrar en la roca sólida. Cuando habían viajado así recorriendo un tercio de milla, ambos hombres descendieron de la vagoneta, y continuaron su camino a pie. Cada uno de ellos llevaba una larga vela, cuya luz iluminaba

caprichosamente las paredes color negro y violeta.

Brunn tenía que agacharse para poder avanzar por estas galerías de techo bajo, y el encorvarse le daba un aspecto de extraña decrepitud y cansancio, a la temblorosa luz de la vela.

Los dos hombres llegaron a un túnel, de donde se desprendía el penetrante olor de la dinamita que había estallado hacía pocas horas. En una tabla en la pared, estaba escrito a mano el número setenta y siete.

Esta famosa galería había sido excavada con el techo más alto que las otras, a causa del asombrado gruesos de la veta Santa Claus, y Charlie pudo de nuevo andar erguido. La apariencia de vejez había desaparecido de él, y caminaba como un autómata de hierro, con su diminuto ayudante al lado. Los mineros se hicieron a un lado para dejar pasar una vagoneta cargada de mineral y después continuaron avanzando, buscando el sitio donde había estado la famosa veta desaparecida.

Una gran cantidad de cuarzo incrustado de oro, casi obstruía el paso por la galería: era el que había sido arrancado de las paredes por las explosiones de la noche anterior, en el sitio donde había estado la rica veta, se veía ahora una inexpugnable pared de granito, la que parecía haber sido incrustada allí por un Titán de la montaña. Aquí había varios hombres trabajando con sus picos en el mineral esparcido por el suelo, y lo iban cargando en vagonetas y enviándolas afuera.

Pasando por arriba del cuarzo de color esmeralda amontonado en el piso, Charlie apoyó sus dedos en la obstrucción de granito que cerraba el túnel. Fué éste un gesto cauteloso, y como esperando que ocurriera algo, cuando tocara la dura roca. Lentamente, se volvió hacia su ayudante.

—Peter: ¿ha visto usted roca como ésta, en otra parte de la mina?

Su interlocutor se pasó los dedos por el cabello, y después sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, señor; este es el misterio que hay aquí; nada nos indica donde buscar la veta perdida. Es justamente como si Dios mismo hubiera partido la mitad de la montaña y se la hubiera llevado incluyendo la veta Santa Claus, y hubiera puesto en su lugar un pedazo de otra montaña, hecha de esta roca gris.

Brunn descubrió allí un yacimiento de cuarzo...

Charlie Brunn que estaba tocando el granito con sus afilados dedos, dejó caer bruscamente el brazo al costado de su cuerpo, y mirándolo fijamente, le dijo:

—Peter, ¿qué sabe usted de Dios?

El interrogado, se estremeció de sorpresa, tanto por la extraña pregunta como por el tono en que había sido hecha.

—Pues... no mucho, — le contestó confuso.

—Yo no creo en su existencia; es decir,

no creo en un Dios consciente en ninguna de las tres dimensiones.

—Yo no tengo la menor idea de que Dios tenga dimensiones, — le replicó Peter Hake.

—Usted habla de que la montaña ha sido partida en dos mitades, — le dijo el superintendente friamente. — Este granito gris forma parte de la montaña Unga. Las montañas se elevan sobre la superficie de la tierra, por la contracción que experimenta el globo cuando el fuego interior se va apagando. Esta roca al levantarse se partió en dos mitades, y una de estas se ha escurrido un largo trecho alejándose de la otra. Es una equivocación de la naturaleza, y no tiene usted motivo para volver a mencionar a Dios.

—No volveré a hacerlo, — contestó Hake, estremeciéndose a pesar suyo, ante el tono frío y severo de la voz de su superior.

Charlie permaneció de pie, inmóvil, contemplando la obstrucción de granito, con ojos que brillaban intensamente, pareciendo que iban a penetrar en la piedra como los taladros que habían sido manejados por el, en este mismo sitio.

Hake hubiera experimentado una gran sorpresa si hubiera sabido que el superintendente estaba imaginándose ver a un par de apasionados ojos negros, en un rostro oval circundado por masas de brillante cabello negro.

—¡Seis millones que debían haber sido míos! ¡Oh, diabólica mujer! — murmuró roncamente.

Se volvió hacia su ayudante y le dijo:

—Peter, haga pasar todo el cuarzo por las máquinas desmenuzadoras después cierre la fábrica y despache a los hombres, entregándoles el dinero para el pasaje de vuelta a la tierra firme. Pero no despache a los mineros, no deje irse al cocinero y déles ocupación a una docena de ellos. Que revisen minuciosamente todas las máquinas de la mina. Yo voy a San Francisco.

Brunn volvió a su casa.

III

Charlie se fué a San Francisco. Su entrada en el hotel Olimpia, el más nuevo y lujoso de su clase en la ciudad, excitó un murmullo de interés entre las numerosas personas que estaban sentadas conversando allí. Este hombre alto y delgado, vestido en un traje color kaki y con polainas, presentaba un aspecto extraño y fuera de lugar en el lujoso hotel. Parecía ser un aristócrata europeo disfrazado.

Más tarde, cuando había cambiado de traje y estaba vestido de negro, el recién llegado fué objeto de innumerables miradas curiosas e interrogantes. Charlie se hizo servir la comida en el salón Marina que era uno de los magníficos comedores del hotel.

Charlie miraba con amargura a los lujosamente vestidos comensales. Una joven que usaba un saco de piel de leopardo y que cruzaba el comedor acompañada por un joven vestido de etiqueta, cruzó miradas con él, e instantáneamente vaciló y se llevó la mano al cuello, exclamando:

—Las miradas de ese hombre parecen penetrar como puñales.

Al siguiente día de su llegada en el vapor ballenero "Mawema", Charlie se dirigió a la oficina particular de Louis Grenwood, el hombre que había ganado los seis millones extraídos de la mina Apollo. Su escritorio estaba situado en el piso veinte, de un nuevo rascacielo. Desde la ventana se divisaba la bahía de San Francisco, cuyas aguas brillaban al sol como un espejo colosal. La oficina estaba amueblada con un enorme escritorio de caoba, y una riquísima alfombra turca, de color rojo.

El rostro de Charlie Brunn tenía un aspecto de tensión impaciente, como si este hombre fuera a pelear con un enemigo mortal, cuando caminaba sobre la lujosa alfombra. Se sentó frente al escritorio, encarándose con un hombre de baja estatura, que se acercaba a la obesidad y cuyo cabello tenía el color de la nieve.

—De manera que el No. 77 ha desaparecido, — dijo Louis Greenwood, en una fuerte y ronca voz, que no parecía pertenecer a un hombre tan viejo.

—Así es — contestó Charlie Brunn, secamente, y sin exteriorizar emoción alguna.

—¿Es posible encontrar la veta de nuevo? — preguntó de improviso su interlocutor.

Charlie Brunn tocó con sus dedos el borde del escritorio del dueño de la mina, y el que era tan duro al tacto como la obstrucción de granito en la montaña Unga.

—Es posible — contestó.

Greenwood se pasó la mano por los labios, pudiendo observarse que usaba un grueso diamante en uno de sus dedos.

Después, mirando fijamente a Charlie, le interrogó:

—¿Cuánto tiempo será necesario para encontrarla, y cuanto costará?

Sus palabras parecían haber salido del diamante, tan faltas de emoción eran ellas.

—No se... Tal vez sea necesario veinte y seis años de trabajo, y un gasto de seis millones de dólares.

—¿Cre usted que valdría la pena hacer este gasto?

La pregunta le pareció tan extraña a Charlie, que le pareció haberlo entendido mal, y le dijo:

—¿Que es lo que me ha dicho?

—Si cree usted sinceramente que compensaría el tiempo perdido y los gastos, si empleáramos veinte y seis años y seis millones de dólares en encontrar de nuevo la veta perdida?

—Sí! —exclamó Charlie en tono de convicción.

Creewood no hizo ningún movimiento de sorpresa, pero se pudo notar una expresión de disgusto en sus labios:

—Charlie Brunn, usted demuestra ser un pésimo hombre de negocios?

Los ojos de este parecian mirar a los trasatlánticos en la bahía que se veía desde la ventana, pero en realidad se imaginaba ver de nuevo el rostro de la mujer que lo

Sin gastar un centavo
puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de
ORO 18 KILATES Y PLATINO CON ZAFIRO BLANCO
Escríbanos hoy mismo pidiendo uno
COMPAÑIA INTRODUCTORA DE ALHAJAS FINAS
VICTORIA 1373 - Bs. Aires - Rep. Arg.

había traicionado. Hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza, como si estuviera de acuerdo con lo que Greenwood había dicho.

El dueño de la mina Apollo reflexionó un momento y llegó después a una decisión súbita:

—Buscaremos la veta, — le dijo al superintendente.

Los dedos del minero se pusieron rígidos, y oprimieron fuertemente la mesa.

—¿Durante cuanto tiempo la buscaremos?

—Hasta que yo diga basta — puede comenzar inmediatamente.

IV

Brunn volvió a Unga. Con la ayuda de la cantidad usual de mineros que empleaba abrió dos túneles — hacia el Este y Oeste de unos mil pies cada uno, a lo largo de la masa de granito que había ocultado la veta Santa Claus. Al mismo tiempo hizo un orificio vertical en el mismo punto en que el cuarzo había desaparecido. Continuó hacia abajo hasta que fué imposible proseguir la tarea, por haberse inundado el fondo de agua salada — ya habían pasado el nivel del mar. La dura superfície de granito continuó encontrándose hasta el fín de esta excavación. Los trabajos continuaron por varios meses, sin resultado positivo.

Doce meses después de la vuelta de Charlie a Alaska, Louis Creenwood canceló otdos sus compromisos de negocios en San Francisco y acompañado de dos expertos en minas, vino a Unga en un barco ballenero.

Brunn llevó a sus visitantes hasta el corazón de la montaña, y allí les enseñó los tres túneles que había abierto desde el sitio en que la veta había desaparecido.

—¿Para que ha hecho esto, Brunn? — le preguntó ásperamente Greenwood. Este estaba de pie en el sitio de donde salían las tres galerias, y los dos expertos en minas permanecian detras de su espalda, como dos fieles guardianes.

—Estoy buscando la veta! le contestó Brunn.

El Superintendente llevó a los dos acompañantes del dueño de la mina, por todos los túneles y galerías de la mina Apollo.

Durante tres horas caminaron de un lado para otro, y concluyó por guiarlos a la casa ocupada por él, donde los estaba esperando Greenwood.

Un pequeño perro blanco ladraga furiosamente a los tres desconocidos: parecía adivinar que eran enemigos peligrosos.

Greenwood miró a los dos expertos fijamente, y les dijo:

—Bien, señores King y Simpson; están ustedes todavía de acuerdo con nuestro arreglo de que trabajarían esta mina a cambio de un veinte por ciento neto del rendimiento que se obtenga de ella? ¿Confían ustedes encontrar la veta perdida?

Los dos hombres permanecieron en silencio por un momento. Después uno de ellos contestó cautelosamente, como si estuviera buscando la salida en uno de los túneles del Apollo sin tener luz:

—La veta parece haberse perdido para siempre.

Miró a su compañero para que éste confirmara sus palabras, pero el otro no habló considerando sin duda que eran inútiles las palabras para resolver el misterio de la riqueza perdida.

El primer experto continuó diciendo:

—Nunca había visto una mina parecida a ésta: casi todo el mineral está desmenuzado, y la roca es diferente a todas las que yo he visto hasta ahora. Si usted está dispuesto a adelantarnos...

Greenwood se pasó la mano por los labios como limpiándose después de haber probado algo muy amargo.

—Deseo saber si van ustedes a proceder de acuerdo a nuestro arreglo verbal.

El experto que había hablado primero, miró a su taciturno colega; este se puso las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—No, — contestó de pronto, volviéndose a Greenwood.

—La veta que se supone perdida, puede no existir ya, — le dijo también su compañero, — y si existe...

—Char'ie Brunn es el único hombre que la puede encontrar ¿eh? — dijo asperamente el dueño de la mina, terminando la frase por él.

Los dos expertos permanecieron silenciosos. Uno de ellos miró su reloj como si estuviera impaciente por irse de allí.

El viejo especulador se levantó de la silla donde había estado sentado, y exclamó:

—¡Naturalmente! — dijo con aspereza.— El la encontró y la perdió en un salón de baile, — una mujer... — El vió todo el cuarzo que salió de la mina y probablemente verá todo lo que se encuentre en ella en el futuro.

El pequeño perro que estaba bajo el piano, gruñó amenazadoramente.

Greenw od caminó con pasos cortos y rápidos hasta el piano y una vez allí, examinó las piezas de música atentamente. Sus ojos se iluminaron al darse cuenta del significado de las mismas.

Después extendió su dedo pulgar y tocó una de las teclas del piano; un sonido vibrante salió de la misma, como si hubiera sido un magnífico gong oriental.

Como en respuesta a una llamada imperativa, Char's Brunn apareció allí viniendo de la oficina de la mina. Encontró al viejo especulador sentado al piano, y le dió la

impresión do un bull-dog agarrándose a un hueso.

Permaneció frente a Greenwood, en su gastado traje color kaki, derecho y delgado como una barra de acero. Sus ojos despedían un brillo parecido al del diamante en la mano del dueño de la Apollo.

—Brunn ¿está esa veta muy honda o cerca? — le preguntó Greenwood con voz resonante.

El minero le contestó, después de un instante:

—Aunque usted tuviera el poder para torturarme como los tiranos de la Edad Media, no se lo diría Greenwood.

El dueño de la mina bajó la cabeza, y después de reflexionar, le manifestó:

—Brunn, por un dólar te daré una opción en la mina Apollo por cinco años, y te corresponderá diez por ciento del mineral que extraigas de la misma.

El pequeño perro blanco gruñó, como indignado; evidentemente odiaba el sonido de la voz de este hombre.

El minero frente a él, se rió de una manera siniestra; parecía el sonido de una sierra cortando hierro.

—Antes de hacer eso, iremos los dos al infierno, — le contestó.

Greenwood permaneció impasible y le respondió:

—No me importa, puedo cerrar la mina, pues ya he sacado de ella bastante...

—Usted no tiene bastante, — le dijo Charlie friamente al dueño de la mina, — ha sacado seis millones de ella, pero todavía hay veinte o treinta millones más en la montaña.

—¿Qué es lo que usted quiere, Charlie Brunn? — le preguntó Greenwood en voz baja.

El superintendente se inclinó sobre él y exclamó:

—Le voy a decir lo que quiero. Deseo sacarle a la mina una parte de lo que debía haber sido mía. Yo descubrí el Apollo, lo he trabajado durante veinte y seis años y todo lo que tengo son unos miles de dólares. He gastado dinero en libros que describían la vida de los aristócratas millonarios, y estas lecturas me torturaban tanto que tiré los libros al fuego. Y ahora tengo mi piano y tres mil dólares que parecen una parte de mi mismo.

He sufrido como un condenado, deseando las cosas que harían la vida agradable para mí: casas espléndidas, lujosas alfombras, cuadros, viajes en yates de placer, sentir las óperas, ver las brillantes luces de los bulevares conocer toda clase de gente. Y en vez de eso, he trabajado durante toda mi juventud en el corazón de una montaña, alumbrado por una vela y he llegado a la vejez viviendo en esta casa sombria. Sin haber llegado a tocar un pico o un trozo de mineral, usted ha sacado millones del Apollo. Nunca lo he maldecido por eso, pues lo he tenido yo en mis manos, y lo dejé escapar mirando a dos fascinadores ojos negros. Fué la suerte suya, y mi desgracia. Esas cosas ocurren siempre a los jóvenes inexpertos, pero yo he sufrido más que nadie. He esperado veinte y seis años esta oportunidad, y la aguardaba exactamente en la forma que ha venido. Unicamente que es demasiado tarde. Deseo tener ocho o diez millones y vivir en Nueva York o París, como siempre lo he deseado. Quiero arruinar las vidas de unas cuantas mujeres hermosas con ojos traicioneros...

Brunn cesó de hablar y permaneció temblando como una hoja agitada por el viento.

Greenwood le dijo:

—Usted no lo puede hacer a menos que acepte mis condiciones. Si no me place a mí, usted llegará al día de su muerte sin haber realizado las ilusiones con que sueña.

El minero sonrió y apuntándole con un dedo le respondió:

—Creenwood, tomaré un sesenta por ciento del mineral que se encuentre en la mina, y quiero una opción por veinte años.

Greenwood contestó:

—¡Nunca, Brunn! ¡Nunca! ¡Es ridículo!

—Entonces, escuche — le dijo Charlie con voz clara y acerada. — Usted puede privarme del oro, pero no puede dictarme la manera como voy a morir. ¡Aléjese de ese piano!

De abajo de su viejo saco, el minero sacó un revólver de seis tiros, con caño largo, a la usanza antigua. El viejo especulador se levantó de su asiento y permaneció de pie.

—No pruebes con la violencia, Brunn, — le advirtió levantando la mano.

—Usted vaya allí, — respondió éste instantáneamente, señalando un punto vació en la habitación, detrás del piano.

Greenwood miró fijamente al amotinado superintendente. Sus miradas se cruzaron con las del minero. Los ojos de ambos parecían despedir fuego. Fueron los del dueño de la mina, los que se bajaron primero. Cumpliendo la orden que le había dado Brunn, se apartó del piano.

El minero indicó a los dos expertos mineros, sin hablar, que se reunieran con él, lo que se apresuraron a hacer.

Brunn se sentó al piano y puso el pesado revólver a su lado, listo para hacer fuego. Dándose vuelta, miró al reloj que había en la pared y después dirigiéndose a Greenwood, le dijo:

—Usted tiene cinco minutos justos para decidirse si acepta mi proposición. Si rechaza mi oferta, me voy a volar la tapa de los sesos aquí mismo y entonces, medio millón de toneladas de cuarzo quedará en el corazón de la montaña Unga hasta el fin del mundo.

Sus dedos descendieron acariciadores sobre las teclas del piano. Un aria soñadora pareció llenar la sombría habitación. Flotaba en el aire como una melodía destinada a adormecer a una criatura. Las delicadas notas aumentaron en fuerza, y por fin disminuyeron hasta concluise del todo.

El dueño de la mina miraba al reloj y parecía una estatua, hasta el momento en que la mano de Brunn se apoderó del revólver cargado. Entonces se adelantó velozmente,

y con las manos involuntariamente apretadas, le dijo:

—¡Cincuenta por ciento, Charlie! Hagamos el arreglo por cincuenta por ciento, y le doy una opción sobre la mina por toda la vida!

Brunn permaneció inmóvil y murmuró amargamente para sí mismo:

—¡Por fin, mujer infernal!.

Y agregó en alta voz:

—Conforme.

V

Ese mismo día, en la oficina de Dopey Driffin, y con el testimonio del juez, dentista, fotógrafo y comisionado del gobierno de la ciudad de Unga, Louis Greenwood firmó la opción de la mina Apollo, al hombre que la había descubierto. Se guardó el dólar que le entregó éste a cambio de la opción, y entonces mirando a Brunn, le dijo:

—¿Habría usted disparado?

—Sí, pero un tiro a usted primero — le contestó Brunn en una voz cortante como un látigo.

—Eso es lo que me figuré — murmuró Greenwood, pasánse la mano por los labios, como si de nuevo hubiera probado algo que tuviera mal gusto.

Aquella misma tarde, Charlie Brunn fué visto por varios habitantes de Unga, permanecer de pie inmóvil frente al cementerio. Estaba mirando una tumba marcada con una cruz negra.

Algunos de los chicos que lo miraban curiosamente, refirieron más tarde que el minero había dado un puntapié a las piedras que cubrían la tumba, maldiciendo después a la muerta, hasta que obligó a huir a las criaturas aterrorizadas.

Poco después de anochecer, Charlie entró en el almacén de Soapy Komedal, un noruego rubio que era casado y con once hijos. Charlie recordaba claramente cuando había dejado su trabajo de peón en la mina, y se dedicó a vender géneros, toallas y otras cosas por el estilo, a los habitantes de la ciudad. Ahora Soapy era el dueño de un gran almacén, salón de baile, billares, y varios botes a gasolina. Hablaba siempre de comprar un campo en los Estados Unidos y retirarse a descansar. Sin embargo, durante cinco años, había suministrado alimentos en conserva, por contrato, a la cocina de la mina de Apollo.

—Su contrato con el Apollo queda cancelado, Soapy — le dijo Charlie Brunn. Haga un resúmen de cuenta por el mes, incluyendo el día de hoy y envíelo en seguida a la oficina de la mina. Voy a cerrar la cocina esta noche, y despedir a todos, exceptuando a un hombre. Si alguno de los mineros le debe algo de dinero, le aconsejo que se lo cobre antes de que se vayan. Ya le he advertido, de manera que no deseo me venga después con quejas.

—Pierda cuidado, no se me va a escapar ninguno. Tienen que irse en mis botes — replicó Soapy frotándose las manos. — De manera que el Tiburón Louis cierra el Apollo, ¿eh, Mr. Brunn?

—Louis Greenwood no es ya el que manda en la mina, — contestó secamente Brunn.

En ese momento, un gran perro, de ojos verde-amarillos, entró en el almacén. Este animal, de aspecto salvaje inmediatamente se dirigió a Charlie moviendo la cola alegremente, y le lamió las manos.

Soapy miró al perro irritado, al notar estas muestras de afecto, y de pronto le preguntó al ex superintendente de la mina, como si se le hubiera ocurrido por primera vez.

—Confío en que usted no habrá tomado la responsabilidad de explotar la mina por su cuenta, Mr. Brunn.

Charlie estaba acariciando al perro y le contestó:

—Usted verá que la Apollo llegará a ser mayor y dará más rendimiento que en cualquier época, desde que la descubrí. — Al decir estas palabras, sus ojos brillaron con un resplandor de fanático que tiene fe en su ideal.

—Voy a continuar necesitando algo de carne conservada y otras cosas, Soapy — le informó al comerciante, — pero eso debe ser a cargo de mi cuenta personal.

Soapy se frotó las manos de una manera indecisa, y después dijo:

—No tengo interés en continuar aprovisionando a la Apollo Mr. Brunn, — le dijo lentamente. — Ha sido el contrato más grande que he cumplido, pero como usted sabe, pienso comprar un campo en Estados Unidos, y retirarme de este negocio...

—No me diga eso a mí, Soapy — le interrumpió Charlie bruscamente, — le aseguro que usted no perderá ni un centavo.

Las manos del minero dejaron de acariciar al perro, y sacaron una bolsita de oro la que tiró sobre la mesa, produciendo un ruido metálico.

—¡Ahí tiene quinientos dólares! Cuando la cuenta pase de esa cantidad, avíseme por teléfono y le enviaré más. Asegúrese de que

---

RESOLVIO EL PROBLEMA

—El carbón expuesto a la intemperie pierde el 10 por ciento de su peso y poder calorífico, — decía el profesor de química. — Esto es debido a los compuestos alcalinos de...

—Pero si un perro está atado cerca del carbón, no pasa eso, — interrumpió uno de los estudiantes que lo escuchaban.

—Déjese de pavadas, ¿quiere? Estoy hablando en serio.

—Lo mismo creía mi padre cuando perdió el 72 por ciento de una partida de carbón que tuvo durante tres días al aire libre. En vista de semejante pérdida me preguntó qué podría hacer para evitarla, y yo le dije que se consiguiera un buen perro. Se compró uno bastante bravo y ahora no perdemos ni medio. ¡Esto sí que es química práctica!

están los quinientos dólares antes de que yo me vaya.

Soapy miró el talego con ojos calculadores, y contestó:

—Está bien, — confío en su palabra y no necesito contarlos, Mr. Brunn.

Dando media vuelta, Charlie se dirigió a la puerta y vió que el perro permanecía cerca del mostrador mirándolo a él. Se detuvo un momento, y le dijo al almacenero:

—¿Es de usted ese perro, Soapy?

—No, pertenece a Black Alf, — le replicó Komedal. — Después viendo que Brunn lo miraba de una manera extraña, agregó:

—No es de la familia del Black Alf que mató a Pallocki Razumov. Sin embargo, es también un mestizo. Es un hombre de mala reputación, y el perro no es mejor que su dueño. El perro viene todas las noches para que le entregue un paquete de tabaco que fuma el mestizo, y aunque hace tiempo que no me lo paga, le continuó dando crédito, para evitar que trate de matarme. Ambos son un par de bestias peligrosas.

Los ojos del perro-lobo estaban fijos sin pestañar en el rostro del almacenero; parecía entender lo que este decía:

—Es un buen perro, — dijo Charlie y salió del almacén.

El animal y Soapy quedaron solos en el almacén. La bestia que era casi tan alta como el mostrador, replegó sus labios y enseñó dos hileras de poderosos dientes blancos. Un momento más tarde emitió un salvaje gruñido, lleno de amenaza.

El comerciante oprimiendo fuertemente la bolsita de oro en su mano, miraba al perro, con odio.

—Si no fuera que estoy comerciando en este país olvidado de Dios, te mataría de un tiro ahora mismo, — le dijo al animal, lo mismo que si fuera una persona. Y agregó mirando al oro en su mano. — Cuando haya reunido algo más de dinero me iré de aquí para siempre.

El perro paró las orejas un poco; evidentemente había sentido hablar de dinero muchas veces.

Soapy con la mano izquierda tomó un paquete de tabaco y se lo arrojó al perro-lobo, el que lo agarró entre sus poderosos dientes, en el aire. Después de continuar mirando a Soapy por un momento, salió almacén, sin hacer ruido alguno.

Un instante después el almacenero abrió la bolsita de oro y comenzó a contardo ávidamente.

Brunn caminó de vuelta hasta la mina Apollo, en la obscuridad de la noche. Siguió un camino que iba a lo largo de la playa, y a dos millas de la ciudad llegó al comienzo de la montaña Unga.

Aquí había un viejo embarcadero, al que había atados dos o tres de los botes de la mina. A este embarcadero, llegaban los rieles de las vagonetas a motor que iban a la mina, que ahora permanecía silenciosa e invisible.

Brunn caminó una corta distancia por los rieles hasta encontrar una vía que iba hacia un lado. Siguió esta por unas cien yardas hasta que terminó en una caverna, cerrada por una gruesa puerta de madera con un candado.

Charlie encendió una lámpara de seguridad que había en el suelo al lado de la puerta, y abrió esta con una llave que sacó del bolsillo. Los rayos de la lámpara iluminaron un corredor, con paredes de roca. A ambos lados del camino, había pilas de pequeños cajones de madera.

—Dinamita, el explosivo más fuerte que se conoce, — murmuró Charlie. — Significa para mí mucho más que el pan que como cada día. Pasó sus flacos dedos acariciadoramente sobre las pilas de cajones, que llegaban hasta una altura superior a sus hombros. Había allí explosivo suficiente para hacer volar la ciudad de Unga, y convertirla en polvo.

Brunn había conservado su almacén de explosivos repleto durante todo estos años, y hasta fué necesario colocar dinamita en varias cabañas de madera que había allí cerca.

Era una peculiaridad que siempre había irritado a los mineros, quienes habían aprendido por propia experiencia a ser prudentes. En ese día, cuando había despojado a Grenwood de la mitad de su poderío sobre la montaña, poseía setenta toneladas de dinamita, las que no figuraban en los libros de la mina, que ya estaban cerrados.

—Mejor que pan para mí, — murmuró de nuevo. — Pero me hará falta pan también, y todo cuesta carísimo en este país.

Caminó hasta el último extremo de la caverna, donde se veía la roca de que estaba compuesta, y sacando su revólver golpeó un trozo de piedra hasta que este se aflojó. Lo sacó y después de este otro, exponiendo a la vista una pequeña y vieja caja de dinamita. Esta caja estaba llena hasta la mitad de monedas de oro de veinte dólares cada una. Brillaban a la luz de la linterna de seguridad. Hacía muchos años, el superintendente había elegido este escondite para su pequeña fortuna, despues de que un minero había llegado muy cerca del éxito en su tentativa de volar las cajas fuertes de la mina, con dinamita. Los bancos más cercanos estaban en Valdéz a una distancia de mil millas.

—Veinte y seis años de trabajo en el negro corazón de una montaña, — se dijo Charlie amargamente. — Una fortuna para un hombre ordinario... pero ni siquiera alcanzaría para comprar los candados que hay en la casa de Louis Greenwood! ¡Treinta mil dólares!

Extendiendo su blanca mano derecha, Charlie contó cien de las monedas de oro y se las guardó en el bolsillo. El tendría que pagar ahora los gastos en la Apollo.

A la mañana siguiente, Charlie se preparó él mismo su desayuno, había despedido a la mujer mestiza, la que una vez tomado el dinero de su salario, se había marchado apresuradamente, satisfecha de irse lejos de aquel hombre extraño.

Dejando los platos en la mesa sin lavar,

Brunn fué a sentarse al piano. Apenas había tocado las teclas, cuando sintió que llamaban a la puerta. El pequeño perro blanco del minero salió de un rincón y comenzó a ladrar.

En respuesta al llamamiento, Brunn dió su asentimiento para que la persona que golpeaba entrara, y Hersville, el analizador de cuarzo penetró en la habitación. Con un ladrido salvaje, el perro corrió hacia él y trató de morderlo repetidas veces en las pantorrillas, hasta que una orden imperiosa de su dueño lo hizo acurrucarse en un rincón.

Después que la veta más rica del Apollo desapareció, Brunn había despedido al tenedor de libros de la mina, reemplazándolo con Horsville. Este nuevo trabajo no era evidentemente el más apropiado para el pequeño químico: sus ojos parecían muy irritados, y le lloraban todo el tiempo.

—Pagué a los mineros anoche, e hice el balance en los libros, Brunn, — le dijo. — Todos los hombres se han ido a la ciudad con lo que les pertenece.

—Está bien, — contestó Brunn.

—Peter Hake, su ayudante estaba muy resentido al ver que era despachado con todos los demás, — continuó Horsville.

El minero, sentado al piano contestó:

—No tengo necesidad de un asistente ni tengo con que pagarlo, hasta que encuentre la veta perdida.

Horsville se estremeció y dijo:

—Entonces, supongo que no me necesitará más, Mr. Brunn.

Charlie lo miró friamente, sin contestar y Horsville prosiguió:

—No habrá nada que hacer aquí para un tenedor de libros o químico hasta que el mineral sea encontrado.

—Brunn, he ahorrado unos dólares trabajando aquí, lo suficiente para instalar una pequeña farmacia.

El minero continuó mirándolo, impasible y silencioso.

Hersville continuó diciendo:

—Yo podría hacerle análisis, si usted llegara a encontrar cuarzo, eso le sería más barato...

Charlie Brunn había permanecido inmóvil como un ídolo asiático. pero ahora dijo:

—¿De manera que usted desea volver a ser farmacéutico? ¿Pero cómo podrá hacerlo con su licencia cancelada, y además el gobierno canadiense buscándole para que cumpla una sentencia de veinte años de prisión? Eso es lo que ví en una de las circulares del Servicio Secreto que venían a la mina de tiempo en tiempo. Había también en ella una buena fotografía suya, con un traje a rayas, Millit, alias Horsville.

—Supongo que usted podría conseguir una licencia de farmacéutico en Valdez para Alaska, usando su nuevo nombre, pero a mi no me engaña.

Las palabras habían salido de la boca de Brunn, como golpes dados por un látigo, y el presidiario escapado se había cubierto el rostro con las manos.

—No lo he entregado, porque sabía que llegaría el tiempo en que podría sacar algún provecho de usted, — prosiguió Charlie, — y ese momento ha llegado.

El químico se tambaleó un momento, y tomó al piano como punto de apoyo. El minero le aplicó un golpe a la mano con el largo caño del revólver, que había desenfundado instantáneamente. El hombre delante de él, retiró la mano con una exclamación de dolor.

—Horsville, ¿tiene usted alguna idea acerca de dónde está ahora la veta Santa Claus? — le interrogó.

—No, — contestóle su interlocutor, frotándose la mano lastimada.

—Naturalmente que no, — prosiguió Charlie, — todo lo que el mundo sabe es que la obstrucción en el túnel 77 ha dividido la montaña en dos partes y nadie sabe el espesor que tiene el granito. Puede ser media milla. Es necesario hacer un túnel a través del mismo para tratar de encontrar la veta perdida. He hecho tres galerías en el granito, usando el dinero de Greenwood, y en vista de que ha sido un trabajo inútil, echaremos las piedras que hemos sacado, en los mismos tuneles para evitarnos el trabajo de llevarla afuera o a otras galerías. Horsville, sabe usted lo que costaría hacer un tunel a través de la montaña pagando a peones y mineros?

Su interlocutor no contestó.

—Alrededor de cuarenta y cinco mil dólares, — resumió Brunn, — y yo no tengo ese dinero, de manera que entre nosotros dos vamos a encontrar la veta Santa Claus. Haremos túneles hasta que la encontremos; o hasta morir. Pero yo sé que la hallaremos; está aquí. Entonces, del primer mineral que logremos extraer, le pagaré cincuenta dólares por cada día que haya trabajado aquí. Tendrá suficiente dinero para comprar una buena farmacia en Nueva York, o más bien en París, pues la policía, no lo arrestaría en París. Cincuenta dólares por día, Horsville!

El rostro del químico se había vuelto muy pálido, como si estuviera oyendo su sentencia de muerte de labios del juez: le contestó:

—Brunn, estoy enfermo y demasiado débil para acarrear rocas, es posible que tendríamos que trabajar varios años y aun así no hay seguridad alguna de encontrar el oro.

Brunn cerró el piano y se levantó con el rostro pálido.

—¡Está allí! Cavaremos y usaremos dinamita hasta qeu la encontremos! — repitió ásperamente.

VI

Durante el primer año, los dos hombres hicieron un tunel horizontal de unos setecientos pies en la obstrucción de granito en el tunel No. 77. Era la clase de trabajo más penoso en la mina.

El aire comprimido para los taladros, venía de una turbina de agua que trabajaba incesantemente, en la orilla del río.

Los taladros hacían un ruido como ame-

tralladoras Maxim, y una noche sí y otra no, el minero y su compañero hacían estallar una docena de cartuchos de dinamita. En el tiempo entre cada serie de explosiones, llevaban hasta otras galerías las rocas despedazadas por las explosiones. Primeramente llenaron el túnel hacia abajo, de mil pies de largo que Brunn había hecho abrir con ese propósito, usando para los gastos el dinero de Greenwood.

La nueva galería que habían hecho en el granito era muy baja para ahorrar trabajo, — unos cuatro pies de altura, — y Charlie se veía obligado a encorvarse para andar. Después del primer año, comenzó a acostumbrarse y andar siempre con los hombros inclinados.

Horsville tenía ahora más que nunca la apariencia de un murciélago, y parecía medio humano y medio animal.

Como sus predecesores habían hecho antes que él, el perro blanco acompañaba a Brunn por las galerías de la mina. Siempre tenía los ojos fijos en los dos hombres, y cuando veía las mechas ardiendo, permanecía gruñendo y como rogando a Brunn que se alejara del peligro.

Los dos hombres cocinaban y dormían en la antigua casa del superintendente. Charlie Brunn siempre tomaba la precaución de cerrar la puerta de su dormitorio con llave, y de dormir con el revólver bajo la almohada. No le dijo a su compañero que le sería inútil cometer un asesinato, pues no podría huir de la isla sin que lo apresaran.

Posiblemente Horsville se daba cuenta de esto, pues ya Alaska no era el país salvaje de los días en que Charlie era joven. El químico levantó un día su pico, mientras trabajaba en la galería, como si quisiera hendir su punta en la cabeza de Brunn, pero después lo dejó caer con desaliento a sus pies.

El perro le advirtió el peligro a Brunn con sus desesperados ladridos pero el hombre se limitó a mirar fijamente a su enemigo, volviendo a continuar su trabajo.

Durante el segundo año de terrible labor en la mina, Brunn comenzó a afligirse por una aterradora enfermedad. Tomaba primeramente el aspecto de sueños, asombrosamente reales, en los cuales el minero se encontraba caminando en cavernas llevando una gigantesca vela en la mano, la que despedía brillantes rayos de luz e iluminaba las paredes de riquísimo cuarzo, profusamente lleno de trozos de oro virgen. No podía nunca encontrar la salida de estas fabulosas cavernas: era un prisionero de ellas.

Estos sueños, pronto tomaron un aspecto siniestro: se veía llevando un taladro gigantesco, con el que hacía tuneles através de innumerables millas de granito, en medio de una obscuridad sofocante. Invariablemente la piedra se hacía más y más impregnable, hasta que le era imposible avanzar ni un paso más, y permanecía allí imposibilitado de moverse, apretado de todos lados por la montaña. El granito le oprimía al parecer con un peso de miles de toneladas, torturándolo horriblemente.

—Por lo visto, doctor, usted no descansa ni los domingos.
Lo que me sobran son fuerzas, no en balde tomo del famoso reconfortante "Hierro Quina Bisleri".

En este momento se arrancaba a la pesadilla, levantándose de la almohada bañado en sudor. Cuando despertaba en esta condición, siempre encontraba al perro, lamentándoso y lamiéndole la cara. Después de estas noches el perro manifestaba un odio terrible hacia el pequeño farmacéutico, el que expresaba en gruñidos llenos de odio salvaje.

El delgado rostro del minero comenzó a tomar un color mortalmente azulado. Por las mañanas, sentía parálisis y falta de sensibilidad en las manos y los pies, la que iba trepando por sus extremidades, acercándose al cuerpo. Llegó a serle imposible preparar el desayuno, lo que se veía forzado a dejar que Horsville hiciera. Al comenzar el trabajo en la mina, Brunn no podía al principio sostener su taladro.

Después de un rato, esta horrible insensibilidad comenzaba a pasar por el día, pero entonces sentía agudísimos dolores en todo el cuerpo.

Con la ciega preocupación de un hombre que solo piensa en una cosa, Brunn rehusaba admitir a sí mismo que estaba enfermo. La mina Apollo se había convertido en un lugar del que huían todos los habitantes de la isla Unga.

En efecto, el aspecto de Brunn y su horrible cara azulada era lo suficiente para sobresaltar aun a un demonio.

Además una aterradora historia comenzó a circular acerca de la mina Apollo. Una noche después de una pelea a tiros que concluyó con una muerte, en uno de los salones de bailes de Unga, el victorioso que era un mestizo huyó de la policía y fué a esconderse en una de las galerías de la mina.

Después de estar allí un rato, fué sobresaltado por el ruido de un hombre trabajando con un pico. Esto ocurría alrededor de la media noche. Un poco más tarde, un punto luminoso apareció en la infernal obscuridad del túnel. Pronto vino hacia el aterrorizado mestizo, y éste pudo ver que era la temblorosa luz de una vela. Era sostenida por el pequeño químico que llevaba en la otra mano una bolsa que al parecer contenía algo pesado.

Su saco, sucio y demasiado grande para

él, colgaba sobre su delgado cuerpo. Parecía un demonio violador de tumbas, deslizándose por una cripta subterránea, después de haberse apoderado de un botín.

En dos negros agujeros de su rostro, los ojos le brillaban ferozmente con un color verdoso parecidos a los de un gato salvaje, y de su boca salía un torrente de horrible maldiciones.

Al acercarse esta aterradora aparición, el indio loco de terror huyó tan rápidamente de la galería como si poseyera los pies alados de Mercurio. El mestizo refirió su experiencia al comisario y sus cuatro vigilantes, cuando fué capturado al día siguiente, en una choza abandonada en las afueras de la población. Esta historia fué comentada en el almacén de Soapy Komendal.

—No podía ser oro lo que llevaba en la bolsa, — afirmó el almacenero, frotándose las manos inquietamente. — Si hubiera mineral valioso en esas galerías Brunn lo sabría.

—No queda nada en esa mina, sino un poco de zinc y plomo, — declaró uno de los policías, que había trabajado durante un tiempo en la mina.

—Ese químico no lo abandona por nada a Brunn, — dijo otro, — trabaja diez y seis horas por día en la roca, y después se pasea por las galerías durante la noche. Se ha quedado más flaco que un murciélago. Yo no lo haría ni por cincuenta dólares al día.

Después de ocurrir esto ,nadie en la población se acercaba a la mina, especialmente después del anochecer, cuando la montaña Unga se destacaba entre el paisaje obscuro y siniestro. Soapy Kemedal se veía obligado a dar generosas propinas a los muchachos para que consintieran en llevar provisiones a la mina. Al llegar allí, dejaban caer los paquetes sobre el suelo de la cocina, y huían como para salvar sus vidas.

Brunn telefoneaba al almacén, pidiendo lo que necesitaba.

Despertando en la mitad de la noche, después de un sueño especialmente angustioso en que se figuró estar enterrado bajo la montaña, Brunn se levantó de su cama sudoroso, temblando y con una sed abrasadora.

Se tambaleaba al andar y llegó hasta una canilla en la cocina, en donde tragó nua gran cantidad del agua helada que bajaba de la montaña. Por fin se dió cuenta de que estaba seriamente enfermo. Pero no sabía qué hacer, pues en Unga no había médico.

Brunn permaneció allí varios minutos contemplando el paisaje bañado por la luz de la luna, y sintiendo los agudos dolores que sufría después de cada una de sus pesadillas.

De pronto se estremeció al ver un objeto negro que se movía cautelosamente desde la negra boca de uno de los túneles de la mina hacia el cuarto que había sido usado para analizar el cuarzo, antes de que la veta principal desapareciera.

Por un momento, Brunn creyó que era un animal, posiblemente un perro grande. Pero a medida que el cuerpo se movía, el minero se dió cuenta de que era un hombre. El merodeador nocturno parecía llevar una pesada carga, en una bolsa. Le parecía reconocer algo familiar en sus movimientos.

Charlie se volvió y caminó rápidamente hasta la habitación que ocupaba Horsville La puerta estaba cerrada: golpeó pero sin obtener contestación. Entonces, apoderándose de un hacha del cajón de la leña, rompió la puerta y entró.

La mal oliente pieza estaba brillantemente iluminada por la luz de la luna. No había en ella otro mueble que la cama, pero el químico no estaba allí.

—¡Miserable! — exclamó Brunnn con voz terrible.

Volvió apresuradamente a su dormitorio, donde olvidando los dolores que aun sentía fuertemente, se vistió sus viejas ropas color kaki, y también tomó su revólver de debajo de la almohada, guardándolo en su cinturón. En la mano derecha llevaba la pesada hacha que había usado para romper la puerta del dormitorio de Horsville.

Salió de la casa cautelosamente por una puerta lateral. Su perro, que estaba bien despierto e intensamente excitado, trató de seguirlo ,pero él lo empujó de vuelta hacia la casa y lo encerró adentro ,diciéndole:

—¡Tómalo con calma, Mechas!

Brunn avanzó cautelosamente hacia la oficina de la mina, y desde allí pudo ver un rayo de luz que salía del cuarto usado para hacer análisis. Llegó silenciosamente hasta la ventana para atisbar lo que había adentro, pero descubrió que una gruesa manta había sido colocada en la parte interior junto al cristal para evitar miradas indiscretas. Sin embargo, sintió claramente el rui-

---

EL ASESINO DE LINCOLN

Acababa de prenderse a Booth, el asesino de Lincoln, presidente de los Estados Unidos.

Un extranjero se dirigió al café que estaba frente al teatro y del que salió Booth para cometer el crimen después de beberse algunos vasos de "brandy".

He aquí el diálogo que se entabló entre el extranjero, y el amo del café:

—¿Conserva usted todavía la botella de que bebió Booth la noche del asesinato?

—Sí, señor.

—¿Y el mismo aguardiente?

—Sí, señor.

—¿Podré yo beber del mismo líquido y de la misma botella"

—Sí, señor.

—Pues venga.

El extranjero bebió del mismo "brandy" y después de gesticular, exclamó:

—¿Es el mismo aguardiente que bebió Booth?

—Sí, señor; yo se lo garantizo.

—Pues, mire usted, no me extraña que Booth haya asesinado al presidente Lincoln porque no he hecho más que probarlo, y me atrevo a asesinar a mi abuela.

do del horno encendio, que era avivado por medio de aire comprimido.

El minero retrocedió un paso y levantó el hacha que llevaba en la mano como si intentara asestar un golpe a la ventana. Durante varios segundos permaneció así, pero después dejó caer el brazo murmurando:

—Debo tener calma.

Inclinándose, se desabrochó las botas y se las sacó sin hacer ruido alguno. Después fué silenciosamente hasta la oficina, la abrió y entró. Esta habitación estaba separada del cuarto de análisis solamente por unas tablas colocadas verticalmente. Entre ellas había aberturas por las que se escapaban rayos de luz.

Brunn se acercó a la mayor de estas rendijas, y miró. El espectáculo que vió desde allí, le hizo apretar sus dientes fuertemente.

Una vela ardía en el banco de los análisis. Horsville, estaba inclinado silenciosamente sobre el horno. Sobre éste había un recipiente que contenía un gran pedazo de cuarzo color plata. Algunas partes de su superficie brillaban como espejos, a la luz vacilante de la vela.

Charlie instantáneamente reconoció el mineral como cuarzo conteniendo plomo, que se encontraba en las galerías superiores de la mina. Al lado del horno había una bandeja cuadrada en la que había una pequeña pila de un producto químico color plata y muy brillante. El farmacéutico estaba echando parte del mismo con una cuchara, a un recipiente de cristal que contenía un líquido casi incoloro.

Comenzó a salir un espeso humo blanco del cuarzo que estaba sobre el horno. Este humo subía en espesas nubes que hacían moverse ligeramente a las telarañas que había en el techo del cuarto de análisis. La apariencia de Horsville era la de uno de los alquimistas de la edad media, inclinándose sobre sus siniestras retortas. Dos pequeños ríos de líquido corrían desde sus ojos hacia la barbilla probablemente a causa de la irritación causada a los ojos por el humo. Sus labios se movían incesantemente, como pronunciando palabras de ateos sortilegios. Pero solamente estaba murmurando horribles maldiciones, y de cuando en cuando el humo blanco lo hacía toser.

Brunn miró intensamente al plateado producto químico en la bandeja, el que estaba haciendo opaco el líquido en que el químico lo iba echando por cucharadas. Era como un diabólico mineral compuesto de plomo. De improviso sintió el olor del mismo, fuerte y metálico, el que al parecer le llenó la boca. Sintió fuertes náuseas.

Era que el químico lo había estado envenenando con plomo; Brunn había leído hacía tiempo en un libro de química, que este envenenamiento provocaba horribles pesadillas, y concluía por paralizar al hombre completamente, convirtiéndolo en una estatua muda e inmóvil, de carne y hueso.

El minero pensó que por lo menos se había dado cuenta de esto a tiempo; comprendió que estaba muy cerca del momento en que la parálisis lo habría inmovilizado. De pronto su vista se volvió clara.

Tomó su revólver y la levantó, apuntándolo al cuerpo del envenenador a través de la rendija por la que había estado mirándolo. El gatillo del revólver comenzó a moverse, e iba a disparar, pero Brunn aflojó la presión del dedo y el arma no hizo fuego.

—Es necesario tomar esto con calma, —murmuró; — él debe cavar...

De improviso rectificó su puntería, apuntando al recipiente de vidrio que el envenenador tenía en sus manos, e hizo fuego. Una lengua de fuego penetró en el casi obscuro cuarto de análisis, y una ensordecedora explosión se sintió, pues el sonido repercute mucho en un lugar cerrado. El frasco que Hersville tenía en las manos, voló en pedazos desparramando vidrio y un líquido amarillento a su alrededor.

El farmacéutico lanzó un grito de terror; poniendo una de sus manos sobre el ojo derecho, se dobló en dos y se dejó caer al lado del ardiente horno. El sucio saco azul que usaba, flotó alrededor de su cuerpo como unas alas medio dobladas.

Empujando la puerta violentamente y dando vuelta al picaporte, Brunn trató de entrar en la habitación, pero la puerta estaba bien cerrada y no cedió. Entonces, tomando una gruesa barra de hierro que estaba apoyada en la pared de la oficina, le asestó varios golpes hasta que rota en varias partes, se abrió.

Al entrar en el cuarto de análisis, vió que un líquido plateado y en forma de serpiente volaba hacia él. El químico tenía del asa el recipiente que había estado al horno, y le había arrojado el plomo derretido. El minero esquivó el mortal líquido, pero así y todo una parte del mismo le tocó en el costado, incendiándole el saco instantáneamente. Sintió una quemadura y lanándose hacia adelante le aplicó un formidable golpe en la boca al farmacéutico, derribándolo medio aturdido.

Tomó un balde de agua que había en el suelo, y volçó su contenido sobre sus humeantes ropas. Horsville se incorporó tambaleándose, con la vasija del plomo aun en la mano. Su ojo derecho sangraba profusamente, y dentro del mismo se podía ver un pequeño pedazo de vidrio roto. Le había saltado allí cuando Brunn rompió el frasco de veneno de un tiro.

—Lo voy a matar! ¡Lo voy a matar! —dijo roncamente.

Levantó el brazo y describiendo un arco rapidísimo, en el aire, dió un golpe con la vasija a Brunn en la sien. Fué lo suficiente para derribar al minero al suelo, dejándole una marca roja en la cara.

Volviendo a levantar el recipiente, Horsville trató de volver a golpear a su adversario, dirigiéndole un golpe que le hubiera partido la cabeza en caso de alcanzarle. Pero Brunn apartó la cabeza rápidamente, y la vasija se estrelló contra el suelo, con un ruido sordo. El recipiente tenía dos asas, y Brunn logró agarrar una de su lado, mientras su enemigo tiraba con todas sus fuerzas de la otra.

Vapor blanco salía de la mano del minero, al contacto de su mano con la ardiente manija, pero no por eso la soltaba.

—¡Lo voy a matar! ¡Lo voy a matar! — volvió a repetir Horsville convulsivamente.

Dejando de improviso la manija libre, se arrojó sobre Brunn como un ave de presa, y al momento siguiente el minero sintió los dientes del enemigo en su garganta. Sangre del ojo herido de Horsville le caía en gotas calientes sobre la cara.

Brunn agarró a su atacante por los hombros con fuerza y presionó la base del cuello de Horsville hasta que éste levantó la cabeza retorciéndose en agonía.

Poniéndose de pie, el minero levantó a su envenenador, y lo arrojó violentamente al endurecido suelo. La cabeza del vencido chocó fuertemente con una pata de la mesa, y quedó medio desvanecido. Su rostro era un desagradable espectáculo, con la sangre que salía de un ojo y manchaba toda la cara.

Brunn vaciló sobre sus pies, sintiendo una sed abrasadora de nuevo y el horrible sentimiento de náusea lo atacaba otra vez, haciéndole olvidar el dolor de sus quemaduras.

Poco a poco la indisposición le fué pasando, dejándolo frío como el hielo, y medio insensible en todo el cuerpo. De nuevo comenzó a sentir el dolor de las quemaduras y de la herida de la cabeza.

El farmacéutico se retorció en el suelo y murmuró terribles maldiciones. Brunn le miró, diciéndole:

—Horsville, si no fuera porque tienes que excavar en la mina, te desharía la cabeza con la misma vasija con que tratastes de matarme. ¡Pero vas a cavar!

—Sí, hasta que lo mate a usted, Brunn! — le replicó Horsville.

Estaba todavía en el suelo, y casi sobre él permanecía de pie su adversario con la vasija en la mano. En las sombras que ambos proyectaban en la pared, parecía un gigante disponiéndose a ultimar a un enano en el suelo.

VII

Durante un mes después de estos acontecimientos, Horsville permaneció enfermo y prisionero en una de las habitaciones en la antigua casa del superintendente. Se llegó a saber en Unga, por intermedio de los muchachos que llevaban provisiones a la mina, que el químico había perdido uno de sus ojos y Brunn había sufrido quemaduras, a consecuencia de una misteriosa explosión ocurrida en la mina.

La ciudad también fué enterada por Soapy Komedal, de una noticia extraña: Brunn había estado comprando grandes cantidades del mejor jabón que el comerciante tenía en su almacén—era de glicerina blanca pura.— La noticia de la explosión y que Horsville había perdido un ojo, pronto pasó a la historia, sin excitar mayores comentarios, pero lo del jabón pasó a ser un escándalo público. Y había una razón adecuada para ello.

—Brunn está comiéndose el jabón! — **había exclamado Komedal** un día en tono de asombro, dirigiéndose a un grupo de pescadores y mineros que se habían reunido allí mientras envolvía unas docenas de panes de jabón destinados a la mina. Tantos pedidos había recibido últimamente de este jabón, que tenía su stock en el mostrador, entre las provisiones. Soapy prosiguió:

—El otro día, Brunn me envió de vuelta un cajón de jabón para baño que le había remitido, y me dijo por teléfono que tenía un gusto muy amargo. Entonces se detuvo, como si se le hubiera escapado algo que no quería decir, y prosiguió diciéndome que le enviara dos cajones de jabón de glicerina pura por el primer vapor, sin falta. Yo creo que está comiendo el jabón, para curarse de alguna enfermedad que lo aqueja.

A estas palabras siguió un asombrado silencio entre los oyentes.

—Posiblemente tiene lombrices — manifestó uno de los mineros llamado Panicky Smith, con un estremecimiento.

Soapy continuó diciendo:

—Hizo que dos peones le dieran una frotación por todo el cuerpo, mientras su compañero estaba herido en el ojo. También se dice que algunas veces se arrodilla y vomita espuma por la boca. Después se levanta y vuelve al trabajo, como si nada hubiera pasado. Está tan delgado que parece una figura compuesta de barras de hierro envueltas en sucias ropas color kaki. Y tiene el rostro y las manos de color azul.

Luego, el chismoso almacenero sacó una libreta de apuntes muy usada, y la inspeccionó atentamente:

—Tiene bastante dinero todavía a su crédito — dijo en voz baja. Después, viendo que varios mineros le miraban con aire interrogador, les manifestó: —Nunca encontrará oro.

—Esa veta era, en verdad, riquísima, — murmuró Panicky Smith con tanta pesadumbre como si hubiera sido él quien había estado buscándola durante muchos meses inútilmente. — Yo creo que se ha perdido para siempre. ¿Qué le parece a usted?

—¡Brunn teme que alguien le ataque! — prosiguió Soapy, dirigiéndose a sus oyentes en voz baja, como para comunicarles un secreto. — Los muchachos que van a llevar las provisiones, dicen que está poniendo barrotes de hierro en las ventanas de la casa, lo que la hace parecerse a una cárcel. También está preparado para atrancarse dentro del dormitorio con una gruesa barra de acero.

—Otro sitio en el que han puesto barras de hierro, es en la ventana de la oficina de la mina, y el químico que merodea por las noches, está ahora viviendo allí. Supongo que no puede aguantar sentir el piano todo el tiempo. No hay duda que le ha tomado gran cariño a Brunn, pues no lo abandona ni por un día. Lo único que no entiendo es por qué razón se habrá encerrado allí con rejas en las ventanas.

—Yo creo que los dos se están volviendo locos, — dijo Panicky Smith.

Otro de los mineros expresó su opinión, manifestando que, posiblemente, los dos

hombres habían encontrado oro, y ocultaban su descubrimiento para despojar de su parte al viejo tiburón Louis Greenwood.

—Desearía saber con seguridad, si esa mina va realmente a producir mineral como en sus buenos tiempos — murmuró Soapy Komedal. — Uno de estos días voy a vender el almacén, y retirarme a descansar al campo, pero antes me gustaría ganar algo de dinero.

Después de un par de semanas, Brunn despidió a los dos peones mestizos que había tomado, y llevó a Horsville a la mina con el. Era cierto que había puesto rejas en las ventanas de la casa del superintendente, y al salir de la mina encerraba al químico en la oficina de la mina, cuyas ventanas también tenían rejas de acero. Le suministraba alimentos a su prisionero, el que se preparaba las comidas en el mismo horno que había usado para analizar el cuarzo de la mina.

Brunn ya se había respuesto casi totalmente de los efectos del lento y diabólico veneno que le había administrado el traicionero farmacéutico. El siniestro color azul había desaparecido de su cara. Cesó de comer jabón de glicerina, que usaba como antídoto contra el veneno. Soapy Komedal se encontró de pronto, con doscientas barras de este jabón en su almacén, y sin saber a quién vendérselas. Como era un artículo de lujo y caro, sufrió un profundo disgusto y vendió su almacén a un desconocido que ofreció comprárselo. El comprador resultó ser el agende una compañía de pesca, y Soapy abandonó la isla de Unga para siempre .

Después de diez y ocho meses de duro trabajo, volando pedazos de roca y llevándola afuera, Brunn y su prisionero pasaron a través de la obstrucción de granito que había caído frente a la veta Santa Claus. Habían avanzado más de mil cien pies en la dura roca, y llegando al otro lado comenzaron a hacer una galería que haría que el túnel original tuviera la forma de una cruz.

Como ya habían llenado completamente el orificio hacia abajo que habían hecho en el túnel número 77, ahora se veían obligados a llevar las rocas en vagonetas hasta afuera. Las vagonetas rodaban por rieles que los dos mineros habían colocado apresuradamente, sin asentarlas.

Después de haberse repuesto de los resultados de la pelea en el cuarto de análisis, Horsville se portó dócilmente.

Trabajaba bajo la mirada vigilante de su carcelero y al parecer había aprendido su lección. Pero Brunn sabía que esta pacífica actitud era fingida. El químico solamente estaba esperando que se presentara su oportunidad de vengarse.

Los dos hombres trabajaban en silencio; nunca se hablaban; nada interrumpía el ruido del taladro y de las vagonetas al ser cargadas. Cuando Brunn estaba dado vuelta el farmacéutico lo miraba de nua manera siniestra con el único ojo que le quedaba. Aquel ojo del color de agua sucia azulada, era algo terrible para ver. La boca temblaba violentamente, y el sucio saco que usaba se agitaba alrededor de su cuerpo con el riudo de alas de murciélago.

Continuará en el próximo número.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $ 9.00 c/l.
Demás países " " 12.00 "

Barnigugli y su pingo Tragavientos (CONTINUACION)
Es raro que no haya nadie en esta habitación. Oigan. Ahí dentro hay algún tipo que gruñe como un oso. ¿Quiere pasar usted, que es más gordo?
¿Quien será? A mi también me ha llamado
¿No sera un criminal? A lo mejor están asesinando a alguno. Llamen a un detective
7
¡Apúrese, detective! ¡En la habitación número 601 un indio salvaje está asesinando a un blanco! ¡Corra! Tal vez llegue a tiempo...
¿Ah, sí? ¿Un indio? ¿Un crimen? ¿Dónde están mi pipa y mi lupa?
8
¡Uf!
Cállate. Creo que he apretado los botones con mucha fuerza. Por las dudas no abriremos la puerta. Nos cobrarían por haber llamado
¡¡Pum!! ¡¡Pum!!
9
¡¡Zas!! ¡¡Crac!!
¿No te dije que esta gente es una manga de aprovechadores?
11
12
DE BECK

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

Obligada a devolver el dinero del seguro de vida de su esposo, Teodorita y su hijo Pipermit, fueron cruelmente arrojados a la calle sin un centavo. Mientras vagaban por los suburbios de la ciudad, se encontraron con un atorrante llamado Fajin, viejo conocido de Pipermit. Este, que sabe que Fajin es un malvado, quiere librar a Teodorita de las garras del bandido. ¿Lo conseguirá?

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Enero 11
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VIII **PUBLICACION SEMANAL** **No. 276**

LA ARAÑA ESCARLATA

Por ERIC NORGROVE

Aventuras dramáticas en la China, tierra de misterio y de leyenda.

20 cts.

Barnigugli y su
—¿SABES BARNIGUGLI, QUE ESTAS HACIENDO UNA MACANA EN VIVIR CON ESE SALVAJE?
—SI, SEÑOR; EL MEJOR DIA TE DEGÜELLA.
—BUENO, MUCHACHOS; TENGO QUE IRME PARA CASA. EL POBRE VENTEVEO ESTARA ABURRIDO DE ESPERARME.
1
—ESOS AMIGOS DICEN LO QUE DICEN PORQUE NO CONOCEN A VENTEVEO. ¡ES UN BENDITO DE DIOS!
2
—¿QUE SUCEDE? PARECE QUE ESTAN FUMIGANDO RATAS.
3
¡¡SAN BOROMBON!!
6
PLAF
7
—¡CORRAN! TAL VEZ LLEGUEMOS A TIEMPO PARA SALVARLO.
10
—LO MEJOR ES QUE ENVUELVA MIS PILCHAS Y ME GÜELVA A MIS PAGOS.
11

pingo Tragavientos
—¡ESTO ES INSUFRIBLE! ¿SE ESTARA QUEMANDO ALGUN DEPOSITO DE LANA? ¡FALTA AIRE!
4
¡YO ME AHOGO! S EGURO QUE SE ESTA INCENDIANDO UNA FABRICA DE COLA. ¿DONDE ESTARA VENTEVEO? A LO MEJOR ESTA ASFIXIADO. VOY A LLAMAR A LOS BOMBEROS.
5
—ALLI VIENE EL INDIO QUE VIVE CON BARNIGUGLI. PARECE QUE LE SUCEDE ALGO.
-¡MIREN LA FACHA DE ESE SALVAJE. YO NO SE COMO BARNIGUGLI TIENE CORAJE DE TENERLO EN SU CASA.
—¡UF!
8
—¡OIGA OSTE! YO CREO QUE BARNIGUGLI C A N T O PAL CARNERO.
—¿VE COMO YO TENIA RAZON? HAY QUE LLAMAR A UN VIGILANTE. NO. MEJOR SERA QUE LLAMEMOS A DOS.
9
¡ATCHIST!
—ABRAN .. LA VENTANA .. PRONTO .. POR FAVOR.. ¡ME AHOGO!
?
PFFT
12
-¡EH! ¡MUCHACHOS! ¡VUELVAN Y PIDAN DISCULPAS POR HABERME MACHACADO LA CABEZA A PISOTONES! ¡DESGRACIADOS!
13

PUCKY Magazine Nº. 276

Buenos Aires, Enero 11 de 1929

SUMARIO

Este número contiene:

Pág.

LA ARAÑA ESCARLATA, por Eric Norgrove 5

DESENGAÑO, por E. M. Lauman 12

AL VOLVER LA PAGINA, por Olivo Wadsley 13

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON (Conclusión), por S. S. Van Dine 60

LOS HOMBRES DE GANYMEDE (Conclusión), por Frank Bruc kel 25

UN POCO DE HUMORISMO 34

EL SARCOFAGO DE CHANG LING, por Charlotte Dockstader . 36

TARZAN DE LOS MONOS, por Edgar Rice Burroughs 52

CONCURSO DE CHISTES 59

BRUNN, EL MINERO (Conclusión), por Dex Volney 60

ANECDOTARIO DE "PUCKY" 67

VEA EN LAS PAGINAS 22 Y 23 LAS CONDICIONES DEL GRAN CONCURSO DE PUCKY

LA ARAÑA ESCARLATA

AVENTURAS DRAMATICAS EN LA CHINA, TIERRA DE MISTERIO Y DE LEYENDA

Por Eric Norgrove

LA SOMBRA SINIESTRA

GERRY DANE parecía, por lo general, demasiado joven para ser médico. Pero aquella noche, destinada a ser el principio de muchas aventuras extrañas, había en sus ojos grises cierta expresión resuelta; sus labios apretados le hacían aparentar más de los veinte años que en realidad tenía.

Hacía seis meses que había llegado a la China para formarse una posición en la gran ciudad provincial de Sen Kin; era en esa época el joven más alegre y despreocupado que desembarcara jamás en los muelles de la China.

Pero hacía unas cuantas semanas que cambiara completamente y coincidía este cambio con la llegada de Sibila Grey.

Todo el mundo en Sen-Kin, — es decir, todo el mundo en la colonia británica, — sabía que Gerry estaba loco por la bella y vivaz Sibila. Y todo el mundo se preguntaba qué resultaría de aquello.

Una sonrisa forzada curvaba los labios del joven médico, mientras iba por las calles de la concesión británica, en dirección al club.

—Pronto lo sabrán, — murmuró, — si tengo oportunidad esta noche.

A pesar de sus preocupaciones personales, mientras Gerry Dane marchaba por las calles notó como una sensación de misterio que pesaba sobre la ciudad, en aquella tranquila noche de Octubre. Los grupos de chinos tenían aire furtivo, aire extraño, interrogador, asustado.

—Me parece que vamos a tener disturbios, — murmuró, — pensando qué podría ser.

Al entrar al bar del Club Inglés, siguiendo su costumbre de ir derecho al grano, hizo directamente la pregunta al viejo Andrés Masón, el comerciante en sedas más rico del Norte de la China.

Al oir la pregunta, el anciano, se echó hacia atrás y dirigió una mirada recelosa por encima del hombro para ver si el 'boy'' chino había oído.

Andrés Masón bajó la voz al decir:

—¿Por qué lo pregunta? ¿Ha oído usted algo?

Gerry movió la cabeza.

—No; — dijo, — pero al venir me pareció notar... — se detuvo; pero Mason había comprendido.

—Parece que fuera á ocurrir algo, — dijo Mason. — Naturalmente no sería extraño que el viejo mariscal Chan Feng saliera de su retiro en las montañas para hacer una excursión por Pekin, mientras los norteños y meridionales están ocupados arañándose mutuamente. Usted no recuerda a Chan Feng, hijo mío; pero yo sí, y puedo decirle que es el hombre más hábil de la China... y el más cruel

—Es bastante, — dijo Gerry.

—¡Ya lo creo! — agregó Mason sombríamente.

—Pero.. ¿por qué ese aire de temor, precisamente esta noche? — insistió Gerry. — No comprendo; pero lo siento en mi carne, — concluyó, disculpándose con una sonrisa.

Nuevamente Andrés Mason miró intranquilo a su alrededor.

—Dicen, — murmuró por fin, — que los secuaces de Chan Feng han recibido aviso de que la Araña Escarlata vigila.

—¿La qué...?

Gerry estaba francamente intrigado, a despecho de las muchas cosas extrañas que había oído desde que estaba en la China.

—La Araña Escarlata, — repitió Mason. — Personalmente creo, o me digo a mí mismo que creo, a la Araña Escarlata una figura puramente legendaria; pero los chinos la consideran una mujer siniestra y dicen que, donde ella interviene sus planes fracasan.

Gerry levantó su vaso.

—Bueno... — dijo — he tropezado con muchas cosas raras en el corto tiempo que hace que habito esta tierra; pero el misterio de la Araña Escarlata no me quitará el apetito.

Mason se rió dudoso y pareció contento de cambiar de asunto. Mientras hablaba sobre temas diferentes, tocó el brazo al joven.

—Mire, — le dijo. — Tengo edad bastante para ser su padre y he pasado en la China toda mi vida. De manera que, si le advierto una o dos cosas, no las eche en saco roto.

—Diga, no más.

—He visto, en mi tiempo, muchas carreras malogradas por un amor imprudente...

Los ojos azules de Gerry llamearon.

—Yo no sirvo para mentir, — dijo, — de manera que no fingiré que no lo he entendido. Al mismo tiempo, este tema es algo que no quiero discutir con usted... ni con nadie.

Andrés Mason suspiró. Hubiera deseado decir mucho respecto a la fascinadora ex-

tranjera; pero reconoció la inutilidad de su intención y guardó silencio.

Hubo una pausa embarazosa; luego Gerry lo saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió a su departamento de soltero.

Dos horas más tarde entraba en la villa, brillantemente iluminada, que los Frazer ocupaban en los suburbios del barrio británico. Había allí mucha gente porque las reuniones de la señora Frazer eran siempre muy concurridas; pero Gerry iba sólo por una persona: Sibila Grey.

Esbelta, de cabello negro y lacio, grandes y dormidos ojos obscuros, boca pequeña y roja, había ciertamente en ella un indefinible encanto. A despecho de algunos accesos de alegría contagiosa, ella parecía una pepequeña cosa frágil, sola en el mundo, por lo menos, sola en China.

Hacía sólo seis semanas, — a Gerry le parecía una eternidad, — que ella llegara a Sen King, con cartas de recomendación de personas inglesas de Pekin, explicando que hacía una jira por el país, buscando material como escritora de libros de viajes.

Los ingleses residentes en Sen Kin constituían un grupo conservador. Condenaban unánimemente a una mujer que 'vagabundeaba por el mundo sola". No hubieran recibido a Sibila Grey si no fuera por el extraño hechizo de su personalidad. Pero, los hombres sobre todo, parece que no podían resistirla. La señora de Frazer dijo al respecto.

—Es mejor no hacer una mártir de esa joven, despreciándola. Afortunadamente, pronto se cansará de Sen King.

Sin embargo, Sibila Grey no demostraba sentir deseos de irse. En pocas semanas se había convertido en el verdadero centro de la vida social del lugar. Ninguna fiesta estaba completa sin ella. Realmente nadie pensaba en ofrecer una reunión sin asegurarse primeramente que Sibila asistiría.

Pasó algún tiempo, aquella noche antes de que Gerry Dane pudiera conseguir a Sibila para sí. Por fin lo logró, a fuerza de obstinación, y le sugirió que abandonaran los salones llenos de gente para buscar la frescura del perfumado jardín. Sibila estuvo allí un momento absorta en la belleza del sitio, extrañamente iluminado por la luz de la luna; pero, de pronto, se estremeció

—La China, — dijo, — es un lugar verdaderamente terrible. Aquí, belleza y tranquilidad; pero... a pocos metros de nostros ¿quién sabe los horrores y barbaridades que se cometen!

—¿Usted también está preocupada con esa historia de la Araña Escarlata? — preguntó Gerry sonriendo.

La joven le dirigió una mirada rápida

—¿Usted no cree en la existencia de la Araña Escarlata? — le preguntó.

—No. — el acento de Gerry era decisivo.

—No... es claro... Usted no puede creer

Gerry no entendió bien lo que quería decir con aquello; pero tenía otros asuntos en que pensar.

—No la he traído aquí para discutir los misterios de la China. — dijo. — Lo que quería decirle, Sibila, es que... la amo y le suplico que se case conmigo. Perdone que se lo digo bruscamente; pero no tengo facilidad para los discursos bonitos. Sólo puedo decirle que la quiero como un loco y...

—Usted no sabe nada de mí, — interrumpió ella rápidamente, — y un médico debe ser cuidadoso en la elección de mujer.

—Eso, — dijo Gerry, — es muy cierto; pero... la amo.

Sibila lo miró a la cara, con sus ojos profundos y dormidos.

—¡Dios mío! — dijo al fin. — Creo que habla usted en serio. — Luego se rió una risita ligera, sin alegría. — Gerry, no sea tonto. — ¿Por qué quiere usted echar a perder un "flirt" perfecto?

—¡Flirt! — repitió Gerry, el rostro súbitamente pálido y duro. — ¿Eso es lo que significa todo esto para usted? ¿No cree en el amor?

—No creo, — contestó Sibila prontamente. — Al menos en ese "y fueron siempre felices", de los cuentos de hadas.

Se volvió a reir.

—Usted, muchacho tonto, me habrá olvidado dentro de pocas semanas y se felicitará de verse libre.

El cinismo de aquellas palabras lastimó a Gerry.

—No me gusta oirla hablar así y no creo lo que usted dice — insistió.

Fríamente, la joven sacó un cigarrillo de su cigarrera de esmalte.

—Con todo, temo que no tendrá usted más remedio que aceptarlo como un hecho consumado — le contestó, como fastidiada por su insistencia. — No tengo la menor intención de establecerme en Sen Kin. Me moriría de 'ennue" al cabo de seis meses, querido. Yo deseo placeres, dinero...

—¡Dinero! — contestó Gerry ásperamente.

—Sí.

Sibila lanzó la palabra como un desafío.

—¿Pensaría usted de otro modo, si yo estuviera en mejor posición?

—Sí, — dijo lentamente; — creo que pensaría de otro modo.

Hubo un largo silencio.

—Supongo que usted hallara esto muy chocante — dijo Sibila al fin bruscamente y de nuevo dejó oir aquella risa ligera y que sonaba a falso.

Pero Gerry movió la cabeza.

—Siento, naturalmente, — dijo — que usted piense así. Pero... la sigo amando lo mismo.

—Entonces es usted un sentimental a la antigua — fué la rápida respuesta. — Bueno, ahora lléveme adentro. La gente hablará. No voy a perder el tiempo en las convencionales frases de pesar. Me voy dentro de pocos días y estoy segura de que usted olvidará esta pequeña novela.

—¡Se va!

Gerry trató de detenerla, pero ella se encaminaba ya resueltamente hacia el salón iluminado y él no tuvo más remedio que seguirla.

Poco después, Gerry se despedía, disculpándose de la dueña de casa.

—Esté alerta, — le dijo Andrés Mason al despedirse. — No me gusta el aspecto de las

cosas en la ciudad. Seguramente se prepara algo.

Gerry contestó con una distraída inclinación de cabeza, mientras se ponía el ligero sobretodo sobre su traje de etiqueta. Un momento después marchaba, por calles estrechas y tortuosas, en dirección a su domilio.

Era inútil negar que se sentía herido por la cínica filosofía de Sibila. Lo había quitado toda esperanza y sin embargo seguía él amándola. ¡Gran Dios! ¡Cuánto la amaba!

Apenas distinguía un vago contorno, más borroso todavía por el largo abrigo que la envolvía de la cabeza a los pies, pero Gerry sabía que no estaba equivocado. ¿Qué andaba haciendo sola a esa hora de la noche? En un lugar como Sen Kin, hay siempre peligro. Apresuró el paso y a tiempo que lo hacía, una figura alta salió de las sombras. Un pesado garrote se alzó en el aire, y, aun antes de que Gerry tuviera tiempo de gritar cayó con fuerza sobre la descuidada joven.

Gerry se preguntó que podría andar haciendo sola, a esa hora de la noche y en aquel lugar.

Procuró poner orden en sus caóticos pensamientos. ¿Qué misterio ocultaba la vida de la joven No sabía de dónde era ni adónde iba, excepto algunas vagas indicaciones de que pensaba escribir un libro; ignoraba todo lo demás respecto a ella. Los ociosos de Sen Kin no habían podido averiguar más tampoco. Era evidente que el misterio existía, pero aquello no le importaba a Gerry, él la amaba. Bruscamente se dió cuenta de que marchaba delante de él una pequeña figura de mujer ocultándose siempre en la sombra. Instintivamente comprendió que era Sibila.

Con un grito de rabia, Gerry dió un salto hacia adelante. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que no se dió cuenta de que a él también lo vigilaban. Cuando él saltó, otro siniestro rostro amarillo apareció, como por obra de magia, en la angosta callejuela.

Eran hombres que conocían su oficio y no perdían tiempo. Otro golpe certero del palo con carga de plomo, y Gerry cayó a pocos pasos de la desmayada Sibila.

LA PRISION ACUATICA

Cuando Gerry recobró lentamente el conocimiento, sólo se dió cuenta al principio, de un dolor insoportable en las sienes, pero cuando las nieblas se aclararon más completamente, recordó la escena de la tortuosa callejuela y trató de levantarse. Las esposas

que sujetaban sus tobillos se lo impidieron y entonces se dió cuenta de la desagradable verdad: estaba prisionero.

Durante largo tiempo, la obscuridad que lo rodeaba fué tan intensa, que no pudo distinguir nada. Sin embargo, poco a poco fué descubriendo los confines de su prisión. Era un lugar pequeño, sin aire, sucio, desprovisto, aparentemente, de ventana o cualquier otro medio de ventilación; apenas había hecho este descubrimiento, notó otra cosa. No se hallaba en tierra firme, sino en la bodega de algún lanchón o junco que se movía lentamente por el río.

Gerry se apretó la cabeza con las manos, con la vana esperanza de contener el salvaje latido de sus sienes y trató de poner orden en sus confusos pensamientos. ¿En qué manos había caído? ¿Dónde lo llevaban? ¿Qué destino lo esperaba? Y, sobre todo, ¿qué había sido de Sibila? ¿Estaba también ella en aquella prisión acuática?

Estas y mil otras preguntas cruzaron su atormentado cerebro, sin que pudiera encontrarle respuesta a ninguna.

Luego, sin previo aviso, una reja que había en la parte superior de la cabina fué corrida hacia un lado y Gerry pudo ver en la abertura dos rostros amarillos. Silenciosamente balancearon un farol sobre la abertura y lo bajaron junto con una canasta. Rudamente recibió Gerry orden de desatar las cuerdas y éstas fueron retiradas con rapidez.

—Y ahora... — empezó Gerry, pero la reja ya había sido vuelta a colocar en su sitio.

Furioso, Gerry gritó a los hombres que se detuvieran y apareció un rostro amarillo.

—¡Quédese quieto! — la orden fué dada en chino — o será peor para usted!

—Quiero saber qué significa ésto, — respondió Gerry.

—Ya lo sabrá a su tiempo — contestó el hombre amarillo. — Mi obligación no es gastar palabras con usted. Entretanto, si aprecia su pellejo, quédese tranquilo.

Y sin más, Gerry fué abandonado a sus propias reflexiones. Escapar, era, evidentemente, imposible. urque no estuviera sujeto con las esposas, no veía medio de llegar a cubierta para escapar de esa prisión acuática. El hambre lo indujo a examinar el canasto. Contenía arroz, cierto pescado de río a medio cocer y una buena rebanada de pesado pan chino. Bueno..., aparentemente, no deseaban que muriera de hambre.

Satisfecho el apetito, Gerry empezó a arrastrarse lo mejor que pudo alrededor de las inmundas paredes de su prisión, pero le ofrecieron pocos informes hasta que... ¿Era un pequeño gemido o lo engañaban sus sentidos?

Escuchó Gerry ansiosamente, pero no percibió ningún sonido. Resuelto, sinembargo, a no dejar nada por intentar, golpeó fuertemente la pared. Un completo silencio fué la respuesta. Después de esperar un rato, volvió a golpear y entonces, aunque apagada, oyó la voz de Sibila Grey.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es? — preguntó la voz de la joven, temblorosa de miedo.

—Yo... Gerry. Estoy prisionero también.

Sólo débilmente un ahogado ¡oh! de alivio. Ansiosamente, Gerry examinó a la débil luz del farol las paredes de madera de su prisión, hasta que con un estremecimiento de alegría descubrió un sitio donde la madera estaba podrida por los años y el descuido. Apoyar su hombre en el punto débil fué cosa de un momento. Le pareció, al principio, que la madera iba a resistir sus esfuerzos; sin embargo, al fin cedió, con gran crujido y desprendimiento de astillas. Un momento después, Gerry pasaba, arrastrándose entre os despojos a otra celda semejante a la suya.

—¡Sibila! — murmuró tomando entre sus brazos a la joven. Ella no le resistió. Hasta pareció que iba a ofrecerle sus labios. Pero de pronto retrocedió.

—¡Esto es una locura! — murmuró. — ¿Cómo ha entrado usted aquí? ¿Por qué lo han agarrado?

Gerry se lo explicó brevemente.

—¡De manera que usted me iba siguiendo! — dijo Sibila enojada.

—No, aunque, naturalmente, lo hubiera hecho de saber que usted corría peligro. Apenas acababa de verla, cuando usted fué atacada. ¡Y yo fuí lo bastante tonto para dejarme sorprender! — concluyó amargamente.

—Es una gran lástima que me haya usted conocido, — dijo la joven tranquilamente.

—Nada de eso — replicó él. — Pero, no perdamos tiempo. Debo volver a mi celda, no sea que los guardianes descubran que estoy aquí y me transladen a otro sitio. Tengo que permanecer cerca suyo hasta que descubra un medio de escapar.

La joven sonrió débilmente.

—Nadie escapa de las garras de Chang Feng, — dijo.

—¡Chan Feng! — repitió Gerry. — ¿Cree usted que es él quien nos ha raptado? ¿Pretenderá rescate?

—Por usted... — quizá, — contestó la joven.

—¿Y por qué no por usted? — preguntó con acento oprimido, como si instintivamente supiera lo que iba a seguir.

Hubo un largo y penoso silencio. Luego dijo Sibila con tranquilo acento:

—La muerte sería para mí la mejor manera de escapar. — Dicen... — a despecho de su energía Sibila se estremeció, — que seré la mujer de Chan Feng hasta que él se aburra de mí y entonces... — se interrumpió, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Nunca! — había en la voz del hombre un fiero acento de resolución.

Sibila buscó su mano y se la apretó.

—Es usted muy bueno, amigo mío; pero no conoce la China. He jugado fuerte y... he perdido, — inclinó hacia adelante la cabeza y pareció sumirse en sus pensamientos.

—¿No quiere contarme su historia? — le dijo Gerry dulcemeute. — ¡Le amo tanto! Nada podrá disminuir mi amor hacia usted.

Una risa amarga se escapó de los labios de la muchacha.

—Dudo que usted comprenda, — le dijo. — ¡Es tan difícil para quellos que han llevado siempre una vida cómoda!...

Gerry aumentó la presión de su mano.

—Cuénteme, — insistió.

—Bueno... Sepa usted que he pasado en la China, — o por lo menos en Oriente, — la mayor parte de mi vida. No conocí a mi madre, quien murió al nacer yo. Mi padre... — me cuesta decirlo, — era un hombre de mal vivir. Cuando lo descubrí, — en aquel tiempo era una niña llena de ilusiones, — lo abandone, determinada a ganarme honestamente la existencia. Nuevamente oyó Gerry la risa amarga que lo hacía sufrir. Pero... el mundo pensaba de un modo distinto. Parece que todos conspiraban contra mis esfuerzos. No puedo decirle cuánto sufrí en los distintos oficios y ocupaciones a que me entregué; siempre mi pasado estaba en contra mía. Hasta que al fin me curé de mis infantiles ideas sobre el bien y el mal; aprendí que sólo había en la vida una cosa de valor: el dinero. —

Se detuvo y Gerry lanzó un profundo suspiro. — Continúe, — le dijo.

—Bien. Trabajaba como bailarina en un café de Pekín, cuando la casualidad me ofreció el medio de ganar una buena suma de dinero. Había oído algunos planes de los bolsheviques y vendí mi secreto.

—¡Usted, — dijo Gerry, — es la Araña Escarlata!

Sibila hizo señas que sí.

—Desde entonces he sido espía y me han pagado bien. Si hubiera logrado salir airosa en el último golpe, habría podido retirarme y vivir cómoda y tranquilamente el resto de mi vida; pero... el mariscal Chan Feng ha ganado. — La joven sepultó su cabeza entre las manos. — Si sólo se tratara de morir... — murmuró.

EL CONVENIO.

Inquieto pálido y desencajado su rostro juvenil, Gerry Dane se paseaba por el calabozo donde lo había alojado Chan Feng.

Según sus cálculos, habían pasado dos días y dos noches en el junco. Después, sin previo aviso, dos chinos forzudos habían bajado por cuerdas a la fétida cabina y añadido esposas a sus manos, además de las que sujetaban sus tobillos. Luego, en medio de la obscuridad de la noche, lo habían conducido a tierra, arrojándolo en aquel maldito calabozo subterráneo.

Dos días más habían pasado y aunque se le había traído alimentos con regularidad, ni una palabra pudo saber respecto a la suerte de Sibila. Nada había logrado conmover el oriental estoicismo de sus carceleros y aquella incertidumbre era intolerable. Por lo que Sibila le había dicho quizá a esas horas...

Se estremeció a este pensamiento y prosiguió su paseo, buscando alivio a la tortura moral en el cansancio físico.

Luego, cuando parecía que su resistencia física y moral estaban agotadas, se abrió la puerta del calabozo y aparecieron tres chinos gordos.

—¡Venga! — el que parecía jefe dió esta breve orden y Gerry obedeció. Cualquier cosa era preferible a aquella inacción.

Los tres hombres lo rodearon, conduciéndolo a través de interminables pasajes hasta que entraron a una gran habitación que contenía una extraña mezcla de lacas chinas, sillas francesas doradas, un escritorio, innumerables gramófonos baratos y relojes alemanes ordinarios; todo desparramado sobre alfombras orientales de rara y rica belleza.

Sin embargo, la habitación era menos extraña que la figura sentada en una especie de trono de oro esculpido, bajo rico dosel de seda. Era un hombrecillo de facciones marchitas, con ojos como taladros, vestido el enjuto cuerpo con una parodia de uniforme europeo. Gerry se sintió al principio demasiado sorprendido para decir nada; pero no tardó en reponerse y comprendió que por fin estaba en presencia del "mariscal" Chan Feng.

—Quiero saber por qué he sido atacado y hecho prisionero. — Gerry fué el primero en romper el silencio y habló atrevidamente. ¿No sabe usted que el brazo de Inglaterra es largo y alcanza a todas partes

—Usted se metió en nuestros asuntos, interviniendo en lo que mis hombres hacían por orden mía. Tiene que sufrir las consecuencias, — contestó el mariscal Chan Feng sin inmutarse.

—Usted pagará caro esto, — estalló Gerry; — pero el viejo lo hizo callar con un ademán de su mano.

—No lo he traído aquí para perder el tiempo con argumentos fútiles, — declaró resueltamente. — Sus compatriotas no pueden llegar hasta mí... aunque supieran su presencia. La rivalidad de otras naciones blancas se interpodría en su camino. Además, nada saben de su paradero, ni lo sabrán

El mariscal se abanicó indolentemente. La despreocupación de sus palabras hizo correr un estremecimiento de miedo por las venas del joven inglés.

—Su destino, — continuó el mariscal, — está en mis manos. Puedo hacer que su cuerpo sea pasto de los buitres o venderlo, como esclavo, en Mongolia. Estas cosas han ocurido antes amigo mío, y ocurirán de nuevo

—Poco importa lo que usted haga de mí. Lo que deseo saber es lo que ha sido de Sibila Grey— interrumpió Gerry. — Le prevengo que...

—¡Silencio! Usted ha visto por última vez a la Araña Escarlata. Su destino está resuelto. — No había ni un átomo de emoción en la voz del hombrecillo; sólo resolución tanquila para evitar cualquier estallido. — Ocúpese usted de si mismo y no de quien ha merecido todo lo que se le prepara. Pero, si quiere salvar su pellejo, escuche atentamente lo que quiero decirle. Usted es lo que los occidentales llaman un 'médico" y es práctico en magia occidental, ¿no?

—Soy médico, — convino Gerry.

—Es una suerte para usted, — continuó el hombrecillo tranquilamente. — Tengo un hijo que está gravemente enfermo, en peligro de muerte. Quiero que viva. Cúrelo de su enfermedad y quedará libre. Si fracasa, morirá.

—Ciertamente cumpliré del mejor modo posible mi deber de médico; pero primero tengo que saber lo que ha hecho usted con...

Un negligente movimiento de mano del hombrecillo interrumpió a Gerry. Fué rápi-

damente rodeado por sus carceleros y sacado de allí. La exactitud de sus movimientos ayudó a Gerry a conocer lo desamparado de su posición.

Su intención había sido negociar con Chan Feng la libertad de Sibila por la vida del niño; pero hasta esa probalidad le era negada. Sin embargo, si salvaba al niño, quizá pudiera luego salvar a Sibila.

Gerry no encontró su tarea difícil. Para un médico occidental, la enfermedad del niño no era grave. A la mañana siguiente era claro hasta para los chinos, que el chico estaba mejor. La gratitud de la madre, una china linda y pequeñita llamada Yo sing, fué conmovedora; el fervor de sus 'gracias" embarazoso.

En la tarde del mismo día Gerry fué conducido ante Chan Feng.

—He cumplido sus órdenes, — dijo Gerry, tranquilo y severo. — Ningún médico inglés podría haber procedido de otro modo. Y ahora reclamo mi recompensa.

El hombrecillo hizo un ademán de asentimiento.

—Se ha portado usted bien. Su libertad le será devuelta. Esta noche podrá emprender viaje de regreso.

—No es esa la recompensa que pido — contestó Gerry. — Prefiero que devuelva usted su libertad a Sibila Grey. Haga eso y después disponga de mí como le parezca.

El chino lo miró con curiosidad.

—Usted no sabe lo que ofrece — le dijo. — Y, de cualquier modo, es imposible.

El rostro del inglés palideció.

—No es posible, — insistió. — Le suplico...

El mariscal cortó bruscamente la discusión.

—¡Silencio! — ordenó. — Mi decisión está tomada. La Araña Escarlata merece el destino que la espera. No una, si no dos veces, por lo menos, ha desbaratado los planes de los salvadores de la China. Su audacia la había salvado; pero ahora... — El mariscal se recostó en su silla y sonrió siniestramente.

Gerry había estado tratando de contener los instintos primitivos que germinaban en su interior; pero aquella sonrisa malvada concluyó con su paciencia. Con rápido movimiento y un grito de furia se desprendió de sus guardianes y se precipitó sobre el hombrecillo.

Pero ¿qué podía hacer contra tantos? Un instante después los mismos tres guardianes de músculos de acero lo tenían sujeto.

El aspecto de Chan Feng era ahora espantoso. Sus facciones estaban descompuestas por la ira y sus ojillos brillaban con malvado resplandor.

—Me pagará usted esto, — dijo, — ¡Me lo pagará! — y pareció meditar un instante. Luego una sonrisa terrible curvó su boca marchita. — Con que ama usted a la pequeña Araña Escarlata ¿no? Bueno... se despedirá usted de ella aquí, en mi presencia eso me divertirá. Luego, esta noche, usted será conducido por el río. Y la Araña Escarlata se quedará aquí, conmigo.

Se volvió y dió una orden a algunos de sus secuaces.

—Traed a la inglesa.

Gerry, bien sujeto, los brazos atados ahora a la espalda, no podía hacer otra cosa que esperar; un sudor frío empapaba su piel y el terror lo tenía como paralizado.

Cada minuto que pasó le pareció una hora; hasta que por fin Chang Fang, envió otros criados para ordenar que su víctima compareciera de inmediato.

Ella apareció al fin.

Sibila, con su linda cabeza echada hacia atrás, con ademán de desafío, los labios apretados hasta formar una delgada línea, marchaba, con maravillosa tranquilidad entre sus guardianes. Detrás de ellos venía con su andar de pájaro, la madre del niño salvado por Gerry, Yo Sing.

Chan Feng se dirigió a Sibila con sonrisa cruel.

—La he mandado venir, — díjole suavemente — para que se despida de su amante. Se va esta noche. Le devuelvo su libertad. Usted se quedará... conmigo. No dudo que este joven tonto imagina que podrá salvarla después, pero, usted al menos, conoce mejor la China para saber a qué atenerse.

Y se rió alegremente.

Durante un largo minuto, Sibila no se movió. Sus ojos estaban fijos en el suelo.

—Sibila, ¿no hay nada que pueda hacer para interrumpir esta pesadilla espantosa?— gritó Gerry con angustia. —Dios es testigo que no deseo que me aparten de usted Seguramente usted lo sabe ¿no es verdad? He ofrecido mi libertad por la suya. No es que quiera jactarme... Es lo menos que podía hacer. Yo...

Sibila lo miró con una luz maravillosa en sus ojos.

—No se puede hacer nada, — dijo. — No tiene usted nada que reprocharse. Yo sola tengo la culpa. ¡Adiós, Gerry! Y ahora... sepa que lo amo.

Las última palabras fueron pronunciadas en voz baja; los ojos de Sibila volvieron a fijarse en el suelo.

—¡Basta ya! — la voz cascada de Chang Feng interrumpió el coloquio. — Llevaos al inglés.

Pero mientras hablaba, Sibila vaciló; una palidez mortal cubrió su semblante, de pronto, cayó inanimada a los pies de Chan Feng.

—¡Está muerta!

Fué la pequeña Yo Sing que interrumpió el espantoso silencio.

—Y yo digo que no tiene que morir; esto me robaría mi justa y dulce venganza, — gritó colérico Chan Feng.

—Así debe ser — contestó humildemente Yo Sin. — Mi señor, permite que la mujer blanca sea llevada de nuevo a mi despartamento y haz que el hombre blanco la atienda.

Chan Feng dejó oir una malvada risita.

—Muy bien dicho, Yo Sing. — Volvióse a sus criados. — Haced lo que Yo Sing ha pedido. Cuanto más demore mi venganza, más agradable será.

* * * *

—Escuche ahora y esté preparado para obrar rápidamente...

Habían pasado dos horas y Gerry continuaba todavía inclinado sobre el cuerpo inerte de su amada, luchando entre mil entrecortadas emociones, cuando Yo Sing le murmuró rápidamente al oído:

—Su amada ha tomado un narcótico. Yo se lo dí.

Gerry hizo un ademán de asentimiento.

—Lo se, — dijo hablando más para sí que para la otra mujer. — No puedo hacerla volver en sí y... no se si deseo hacerlo.

—Oiga usted, señor,—dijo Yo Sing.—Hace mucho tiempo que tengo pensado huir de aquí y volver a la casa de mi padre, de donde fuí robada. Ahora mis planes están completos. Ayudada por servidores de mi padre, mi hijo y yo nos iremos esta noche. Y como usted ha salvado a mi niño, yo lo llevaré hacia la libertad junto con la inglesa.

La calma oriental de la pequeña Yo Sing era tan completa que, por un instante Gerry apenas entendió el significado de sus palabras.

—Esté preparado — continuó Yo Sing — para obrar como le digo. Y recuerde que el menor descuido significará algo peor que la muerte para todos nosotros. Deje que la inglesa permanezca por ahora bajo la influencia de la droga.

* * * *

En la noche del tercer día Gerry llamó suavemente a la puerta de la única cabina que poseía el junco Pa-yan.

—Yo Sing considera que estamos ahora fuera de peligro, — dijo, introduciéndo la cabeza por entre la rendija de la puerta.

Sibila sonrió debilmente, desde la litera donde estaba acostada.

—Pienso, — dijo, — si me volveré a sentir joven de nuevo.

—Así será cuando se haya usted casado conmigo.

Un suave color se extendió por las mejillas de la muchacha.

—Gerry soy poco menos que una aventurera y un hombre de su posición...

El hombre la estrechó en sus brazos.

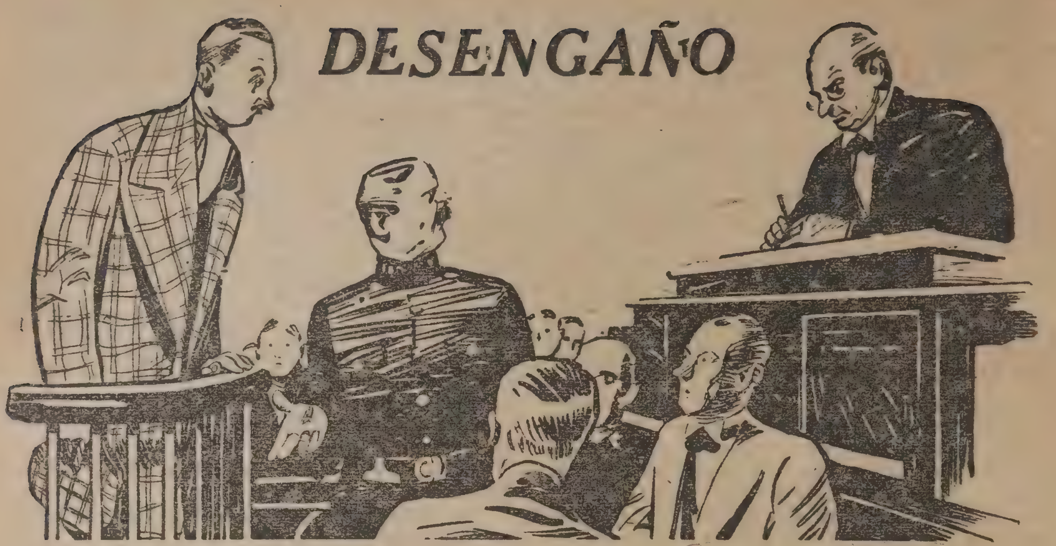
—Mi querida, — dijo, — no discuta. No tiene usted más remedio que casarse conmigo.

Y por lo menos en aquella ocasión, la joven no discutió

COSAS QUE NO SE OYEN

El: — ¿Quiere Acompañarme al teatro esta noche.
Ella: — Le pediré permiso a mamá. Pero le advierto que en todo caso debo estar en casa antes de las veintitrés

DESENGAÑO



Por E. M. LAUMAN

El abogado se levantó de su asiento y dijo al oído del acusado:

—Si continúa usted de este modo, le van a condenar a muerte.

La sesión había sido dura, el presidente ya no podía más; los jueces lo mismo, y estas circunstancias perjudicaban al reo.

Al oír las palabras de su abogado, sus ojos brillaron; se puso de pie y dirigiéndose a los jurados, dijo:

—Ya he declarado todo; mi crimen es espantoso y estoy pronto a sufrir el castigo, pero debo agregar, para aliviar mi conciencia, que no maté para robar, sino por celos.

El presidente, que vió que el acusado iba a entrar en un sistema de defensa que podía llevarle lejos, le interrumpió:

—¡Vamos!... Su víctima, la viuda Tampys, tenía cincuenta y ocho años.

—El amor no tiene edad — observó severamente el defensor.

—Aquella mujer — continuó el acusado, — que tanto cariño me demostrara, cambió de golpe de la noche a la mañana. Se hizo mala, indiferente, irónica, y por ello sufrí mucho. Me había acostumbrado a la certidumbre de su fidelidad, y cuando me convencí de que me engañaba, mi dolor fué muy grande. La noche en que ocurrió el drama que me ha traído hasta aquí, me trató del modo más despreciativo e hiriente, diciéndome que ya no me quería. Nos enredamos en palabras, una nube oscureció mis ojos y cuando volví en mí, ella estaba a mis pies muerta, y yo era un asesino... Asésino, sí, no lo niego, señores jurados, pero no ladrón... Ha sido un crimen pasional y esto lo sostendré hasta el pie del cadalso.

Después de una rápida defensa que fué acogida con simpatía y satisfacción, el jurado se retiró a la sala de deliberaciones para volver al poco rato con la sentencia definitiva.

Se condenaba al reo a veinte años de trabajos forzados.

Veinte años cuando se tienen veinticuatro, no parecen tan largos y el asesino se regocijaba al pensar que tal vez con habilidad y paciencia, podría acortarlos y disfrutar de la importante suma que había robado a la víctima y que confiara a la discreción de una caja enterrada en un terreno baldío, rodeado, a su vez de otros baldíos, en un lugar extraviado y solitario.

Su conducta en la prisión fué tan óptima, que bien pronto lo emplearon en la administración. Aquello favorecía las idas y venidas y una noche, favorecido por una buena barca, mejor viento y la complicidad de un guardián, huyó a la Guayana Holandesa, que no hizo más que atravesar para embarcarse luego rumbo a su país.

La llegada a la ciudad que le había visto partir como condenado, le produjo una satisfacción relativa; sólo iba a ella a buscar aquel tesoro que le permitiera realizar su ensueño tanto tiempo acariciado: una casita en el campo, con un jardín y persianas verdes.

Sin perder tiempo se dirigió al terreno baldío donde dejara escondido el dinero. Conforme iba acercándose, notaba un gran cambio. Allí, donde antaño sólo había una especie de desierto, estaban trazadas calles jaloneadas ya por faroles de gas.

El hombre conocía demasiado los lugares para extraviarse, pero al ver aquello vaciló un segundo. Volvió a ponerse en marcha, seguro de donde se hallaba. Unos metros más. Una vuelta a la izquierda y llegaría al fin:

Pero al doblar se le escapó un grito:

—¡Dios mío!

Y se quedó inmóvil, sin creer lo que veían sus ojos.

En el mismo sitio en que cavara la fosa se alzaba ahora un edificio enorme, de sólida construcción, en cuyo frente se leía en un cartel:

"SE ALQUILAN DEPARTAMENTOS"

Entonces, sea que recordase con sentimiento a su víctima, sea que el remordimiento le oprimiese el corazón, el hombre se dejó caer al borde de la acera y se puso a llorar como un niño.

E. M. Lauman.

AL VOLVER LA PAGINA

UN HOMBRE CAUSO LA DESGRACIA DE DOS MUJERES; PERO SU GESTO FINAL BORRO, EN PARTE, LAS CULPAS DE SU VIDA

Por OLIVE WADSLEY

LA señora Kildare tenía una casita situada en la terminación de Bruton Street. El barrio era distinguido y la casa armonizaba con su dueña. Estaba pintada de color crema, tenía puerta ventanas, visillos y cortinas frescas y de excelente gusto. El auto de la señora Kildare era inmaculado y sus sirvientes tenían aire de ser perfectos, cosa rara y agradable.

Finalmente las crónicas sociales describían invariablemente a la señora como "La bella señora Kildare". Y por esta vez podían decir que el sobado adjetivo era empleado con toda justicia

La señora Kildare cazaba, jugaba al golf, bailaba y cumplía otros ritos deportivos y sociales; los periodistas no dejaban de ocuparse de ellos. Pero un detalle de la vida de la dama era desconocido: su costumbre de pasar muchas horas sentada sola, en su hogar. Permanecía mucho rato sentada leyendo o cosiendo, en su delicioso "living room". O bien sin hacer absolutamente nada.

Una vez estaba tendida en su "chaise longue", las manos detrás de la cabeza, contemplando la suave y luminosa noche de junio, escuchando a la distancia los rumores de Piccadilly y pensando cosas que hacían fruncir sus finas y hermosas cejas sobre la casi recta nariz, cuando Toby atropelló la balaustrada del frente de su casa, rozó la ventana del recibimiento de los sirvientes y causó un destrozo general en la parte baja del edificio. El desastre alcanzó también al radiador y a la mayor parte de lo que los agentes de automóviles hubieran llamado 'el último y más perfecto modelo de chassis". Los agentes, en este caso, no hubieran exagerado porque el auto de Toby era un sueño de suavidad y comodidades... Hasta que su dueño, por no atropellar a un cachorro alsaciano, hizo un viraje que lo llevó sobre la casa de la señora Kildare; la cabeza de Toby, después de pasar por entre el parabrisas, fué a chocar contra la indefensa pared de ladrillos.

La señora Kildare se levantó precipitadamente del diván y asomóse al pequeño balcón. Inclinándose, vió el desastre, distinguió la cara cubierta de sangre de Toby, lo que probaba su excelente vista, puesto que un grupo numeroso de personas que parecía haber brotado del pavimento y de los faroles del alumbrado, hacía todo lo posible por quitarle el aire al herido.

La señora Kildare se ajustó su bata de "chiffon", descendió corriendo las escaleras y se abrió paso hasta el herido. El mayordomo, reuniendo su valor la había seguido.

—Tómelo por los pies, Price, — le dijo. —Y ella colocó sus manos, esbeltas y fuertes, debajo de los hombros, cubiertos de sangre de Toby. Ella era esbelta; pero tenía fuerzas, valor y voluntad. No aflojó hasta que Toby estuvo colocado, con grandes precauciones, en el sofá donde ella había estado acostada, cuando él hizo tan desastrosamente irrupción en sus dominios y en su vida.

La mucama había traído agua caliente, toallas y algodón, mientras Price llamaba por teléfono al doctor Stanton, que vivía en Brook Street y era amigo de la señora Kildare. Todo se hizo en menos de tres minutos. Mientras llegaba el médico, la señora Kildare procedió a lavar la pobre cabeza y la cara de Toby, experimentando un profundo pesar ante aquella desgracia. El médico llegó a los pocos instantes. Era un joven de ojos claros, cabello color ladrillo y voz simpática. Después de un detenido examen se incorporó y dijo:

—Creo que no hay nada que hacer, Kitty.

—¡No diga eso! — respondió prontamente la señora Kildare. — Vamos, Torence: haga algo.

—Mire su cabeza, — contestó Stanton.— Además hay hemorragia interna... lo apostaría.

—Bueno... deténgala, — dijo la señora nerviosamente

—Voy a llmar a Ward Fisher, — anunció Stanton. Y al cabo de una hora llegaba el gran cirujano. Trabajaron con Toby hasta media noche y aun entonces rehusaron considerarlo fuera de peligro. Entretanto había llegado una amable enfermera. Ella y la señora Kildare tomaron café con sandwiches.

—Creo que está mejor, — dijo con acento alentador la enfermera Palmer. — He visto que Ward Fisher movía la cabeza de un modo que indica en él satisfacción.

Fué a alcanzar algo y Toby lanzó un fuer-

te gemido; no uno de esos gemidos débiles de moribundo, sino un suspiro poderoso. Luego con voz ahogada porque se había cortado los labios y los tenía hinchados, murmuró:

—¡Condenado auto!

—Creo que el hombre se mejorará, — decidió la señora Kildare y se fué a acostar, conmovida y llena de esperanza.

AMOR A PRIMERA VISTA

Por la mañana personas comedidas, la informaron de que los nombres de Toby eran Warrington Maynard Fitzalan Seton; más tarde apareció su padre. No se parecía a Toby, decidió en seguida la señora Kildare, que no simpatizó con el anciano. Este era alto, delgado, con duros y brillantes ojos, incapacitado, al parecer, para la sonrisa.

—¿La... señora Kildare, creo? — dijo y le dió arrogantemente las gracias, expresando que esperaba poder librarla pronto de "los trastornos y molestias que le ocasionaba su hijo".

El doctor Ward Fisher, que entraba en ese momento, estrechó las manos del caballero y le dijo gravemente:

—Por lo menos transcurrirá un mes antes de que sea posible mover a su hijo.

El señor de Seton demostró desagrado ante aquella afirmación y se fué.

Después que hubo partido sir Héctor Ward Fisher se sentó y dijo sonriendo a la señora Kildare:

—Es rico como un Creso y avaro como suelen serlo los ricos. No me extraña que el joven Toby ande siempre lleno de deudas.

—¿Todo el mundo lo llama Toby? — preguntó la señora Kildare.

—Todos aquellos que simpatizan con él. Y resulta simpático a todo el mundo, — dijo sir Héctor riendo. — ¿Es posible que usted no lo conozca, querida señora Creí que todo Londres lo conocía.

—Yo no, — contestó la señora Kildare tímidamente.

—¡Lástima grande para él! — declaró sir Héctor. — Estoy seguro que Toby será el primero en reconocerlo.

Fué aquello una profecía; pero antes de que se realizara, el doctor Terence Stanton, dió informes a la señora Kildare sobre Warrington Maynard Fitzalan Seton, por sobrenombre "Toby".

—Es un famoso deportista, — dijo Terence con acento de admiración. — Ganó el campeonato nacional de box, por el ejército, después de la guerra. Debe tener treinta años. Es capaz de darle su sobretodo a un mendigo y siempre anda escaso de dinero. Los compañeros del club lo consideran un hombre decente. Lo llaman Toby porque nunca usa cosas superfluas.

Parecía un excelente muchacho aquel sencillote Toby y no bien le quitaron la venda miró a la señora Kildare.

—Usted debe ser Ketty, — dijo riéndose encantado, a despecho del dolor que sentía al reirse, cuando ella estuvo a su lado. — Nadie más que usted puede llevar este nombre. Yo me llamo Toby, Kitty...

—Muy bien, Toby, — dijo la señora Kildare.

Toby interrogó a la enfermera para obtener más detalles.

—Amable enfermera... ¿dónde está el marido de la señora Kildare?

—Creo que ha muerto, — contestó la bondadosa enfermera.

—¡Ojalá! — murmuró Toby fervorosamente.

—Si no ha muerto ¿dónde está? — observó razonablemente la enfermera.

—Averígüelo, ángel de bondad, — le suplicó Toby.

La "nurse" volvió con noticias satisfactorias; había sabido por Price que la señora Kildare había perdido a su esposo en la guerra.

Toby empezó a cantar al oir esto y le dió a la enfermera instrucciones para que llamara por teléfono a lo de Salomón y encargara una caja de rosas para la señora Kildare. "Dígales que en este momento no puedo pagarles; pero que algún día lo haré" — añadió alegremente.

Más tarde le preguntó a la señora Kildare compasivamente.

—Dígame... ¿en qué cuerpo sirvió su marido? — y en contestación a su rápida mirada de sorpresa, añadió. — Yo estaba en el resguardo.

—¡Ah!...— suspiró la señora Kildare y luego añadió prontamente. — El en... en los Territoriales.

—¡Qué mala suerte! — dijo Toby sin mucha convicción. — En cambio yo no recibí más que una herida.

AMOR PROHIBIDO

No se declaró hasta que pudo levantarse; para hacerle justicia, diremos que lo hizo no bien se encontró de pie, aunque tenía que apoyarse en la estufa, para no caerse. Era un día de Julio, lleno de sol; las cortinas estaban bajas en la salita y la brisa agitaba las flores de geranio y de rosedá.

—¡Oh, que perfume delicado! — dijo Toby. — Me hace pensar en jardines y campos hollados por sus pies. Oiga Kitty... míreme... La amo como un loco... ¿No podría usted corresponderme?

Estaba visiblemente emocionado y por esa vez tenía una expresión de gravedad en sus alegres ojos azules. Se pasó la mano por el lacio y espeso cabello, alborotándolo locamente y repitió:

—¿No puede?.. ¿No puede?... Tiene que contestarme.

Kitty estaba sentada. Se levantó y acercóse a él. Toby vió que su garganta se contraía, que su respiración era anhelante. Su agitación hizo daño al enamorado.

—¿Qué le pasa? — dijo extendiendo su mano libre y apoyándola suavemente en la garganta de ella. — ¡Querida mía!... ¡Mi amor! Dígame lo que le pasa.

Kitty levantó sus ojos hasta fijarlos en los de Toby y le dijo con voz ahogada:

—He obrado mal, Toby. Le he dejado

creer que era libre... viuda... No lo soy... Mi marido es... Howard Hilson.

Toby no retiró su mano. Esperó un momento y luego preguntóle tiernamente:

—Oiga... ¿Me ama?

Kitty hizo una señal de asentimiento; pero no contestó en seguida. Cuando pudo hablar, dijo sencillamente:

—Sí, lo amo con toda mi alma. Tenía sólo diez y nueve años cuando me casé con Howard Hilson, en París. Me dejó después de tres meses de matrimonio, hace de esto siete años, y desde entonces no lo he visto más que una vez o dos. Se casó conmigo con nombre supuesto. La gente de Londres no lo sabe... creo que nadie lo recuerda ahora. El puso su fortuna a mi nombre, cuando nos casamos, y yo le he mandado todos los meses una buena suma desde que... desde que salió de la cárcel.

—¿Dónde está ahora? — preguntó Toby.

—En el Africa Occidental. Se hace llamar allí Keene. Cree que puede dar allá un gran golpe...

—Usted y yo iremos a Africa, mi chiquita — dijo Toby. — Yo no creo que cometeríamos un pecado mortal si nos besáramos. Nuestros corazones están "comprometidos". ¿No es cierto?

Toby estaba también anhelante ahora; pero se repuso y dijo con más firmeza:

—Kitty, por amor de Dios, deme un beso. He deseado ese beso desde que recobró el conocimiento.

Trató ella de resistir; movió la cabeza, en sentido negativo y extendió la mano como para rechazarlo instintivamente; pero él se apoderó de aquella mano, la apretó contra su corazón y ella sintió su furioso latir.

Las palabras no tenían ya importancia. Kitty vió solamente los ojos suplicantes de Toby; él notó que sonreía a través de sus lagrimas y la atrajo cada vez con más fuerza hasta que el brillante cabello de la joven tocó su mejilla y los labios de ambos se unieron en un beso inolvidable.

Después de eso permanecieron silenciosamente, la mejilla de Kitty apoyada en la de Toby, las manos unidas.

Por fin Toby dijo con voz tranquila y segura.

—Todo está, pues, arreglado.

Añadió:

—Iremos al Africa, querida y, naturalmente, Keene no rehusará devolverle su libertad. Las negociaciones no durarán mucho tiempo y nos casaremos no bien sea usted libre. Luego besó a Kitty en los cabellos y en los ojos, que tenían expresión sombría interrogadora. Todo parecía muy fácil, cuando Toby hablaba; pero Kitty comprendía tristemente que el lema de Toby era "Haz por otro lo que quisieras que hicieran por tí", y el de Keen: "haz a otro lo que no quisieras que a tí te hicieran".

Había pedido antes su libertad a Howard, no porque estuviera enamorada si no porque deseaba no tener nada que ocultar. Todos aquellos años había vivido consciente de la incertidumbre de su posición. Sabía muy bien por qué los hombres eran tan amables con ella y sus esposas pocas veces la visitaban. El misterio que los hombres encontraban atrayente, alejaba a las mujeres. Ella tenía que soportar sus sospechas y su alma no encontraba paz. Hacía tiempo que perdiera la esperanza de hallar un hombre que la amara sincera, abierta, respetuosamente.

Ahora Toby le rendía homenaje con su amor, a pesar de saberlo todo.

Ella se abrazó a él con repentina desesperación.

—¡Oh, Toby!... ¡Toby!... ¿Será cierto eso?

—¿Que nos queremos? — le levantó la cara y la miró a los ojos. — Nada es más cierto.

LUCHA

—Kitty Kildare se ha "pescado" a Toby — dijo Fanshawe con burlona sonrisa — ¡Fíese uno de las mosquitas muertas!

Toby estaba fumando un cigarro del otro lado de la puerta. Atravesó el salón de juego, como un rayo, a despecho de su pierna impedida. Se detuvo frente a Danshawe. Y el rostro despreocupado de éste se alteró un poco.

—Creo haber oído pronunciar mi nombre en vano, — dijo Toby muy pausadamente

Sus palabras borraron del todo la sonrisa burlona de Danshawe; abrió la boca para hablar, pero Toby le descargó un fuerte puñetazo en élla y mientras Danshawe sacaba su pañuelo para limpiarse la sangre que brotaba de su labio herido, Toby añadió:

—No consentiré que nombre usted a ninguna de... las personas de mi amistad.

Si todos le reprochaban a Toby su compromiso, simpatizaban también con él por su valor, con excepción de su padre. Este llamó a Toby para advertirlo que si no rompía su compromiso con... aquella... "dama", llamada señora Kildare, no contara más con la pensión que le pasaba. Que tuviera además en cuenta que al heredar, sólo conseguiría su título, lo más desnudo posible.

—Muy bien, señor, — dijo Toby cuyos ojos grises parecían negros. — ¡Buenas tardes!

Luego Toby tomó un camarote de segunda clase en el vapor "Orione" que partía para Africa Occidental y cuando Kitty lo descubrió, empezó a aborrecer los salones de primera y vivía en la cubierta de segunda clase, lo que era imprudente, sentimental y dulce para ella y para Toby.

Supo, durante las tres semanas de viaje, que Toby no era más militar, imaginó por qué y se alegró de tener un camarote particular aquella noche porque cuando se desea llorar es más fácil hacerlo a solas.

Nunca había creído ser amada de ese modo. Aquel hombre, que afrontaba las dificultades como si fueran placeres, era también nuevo para ella.

—Lo tengo todo planeado, — díjole Toby, fumando innumerables cigarrillos, entre,

rus pipas. — Conseguiré cualquier trabajo allá... aunque sea de cargador. Ya verás que lo encontraré desde el primer día. Iremos directamente a Moruba. Keene debe haber recibido ya nuestras cartas. Podemos empezar a mover los títeres en seguida. Te llevaré a casa del viejo Manners y su señora, hasta que todo esté terminado. Luego nos casaremos y volveremos en seguida a Inglaterra. Me han prometido un empleo en lo de Spalding. Creo que triunfaré como agente, querida. Conozco a los viejos campesinos, entiendo mucho de tierras y desagües. Tendremos una linda casita gris, en el oeste, rosas en el jardín y amigos que nos visitarán. ¡Qué curioso! El hombre suspira por su hogar no bien encuentra a la mujer que desea ver en él.

Kitty al oírlo pensaba en los sacrificios que por ella hacía: su carrera, las molestias que tendría que sufrir hasta que ella fuera libre.

"El es quien lo da todo", pensó para sí.

PROYECTOS DE DIVORCIO

El marido de Kitty los esparaba en el hotel Taporleys, en Moruba. Se adelantó con una débil sonrisa y saludó a Kitty con un impertinente: "¡Hola querida!".

Ella se puso pálida y Toby colorado. El dijo en seguida.

—Nos agradaría terminar pronto este asunto. Busque un sitio donde podamos hablar.

Fueron al recibimiento de Keene y éste ofreció de beber.

—No, gracias, — dijo Toby. — Vamos derecho al asunto. Usted ha recibido nuestras cartas. El dinero está pronto para ser transferido a usted ¿Cuánto tiempo tardará en conseguirse el divorcio y qué planes tiene usted?

Keene se estaba sirviendo un buen vaso. Levantó de pronto la cabeza y dijo suavemente:

—Ninguno, capitán Seton.

—Es mejor que se apresure entonces, — dijo Toby bruscamente.

—¿Por qué? — murmuró Keene. Sus ojos iban desde Toby, con expresión divertida a Kitty, con expresión distinta.

Añadió con el mismo tono suave:

—No tengo interés en divorciarme. Lo he pasado muy bien estos cinco años, después que terminé mi... llamémosla mi "cura de reposo". Y estoy seguro de que Kitty lo ha pasado también muy confortablemente. Se ha puesto muy buena moza. Recuerdo que era bastante tímida y ni la mitad de "chic".

Toby se puso de pie y se aproximó a él. Keene bebió un largo trago con toda tranquilidad.

—Kitty presentará hoy mismo su demanda de divorcio, si no es demasiado tarde — dijo Toby amenazadoramente. — ¿Entiende? El abogado le devolverá a usted todo su dinero..., hasta el último penique.

Keeen se puso de pie repentinamente. El también era muy alto y sus ojos suaves y burlones quedaron a nivel de los furiosos de Toby.

—No me conviene la publicidad por el momento; — dijo siempre con suavidad. — Antes de recibir vuestras cartas, sólo una semana antes, me... me casé con la hija del reverendo, en Fano. Y él...

Toby exclamó salvajemente:

—¡Dios santo! ¡Bígamo! ¿Y todavía pretende usted oponerse al divorcio?... Bueno, esto nos favorece.

Keene dijo amablemente.

—Es inútil. Puede usted meterme en la cárcel, cosa que no me agradaría; pero aún así no es seguro de que Kitty, diga lo que diga, obtenga su libertad. ¿No ha oído usted hablar de solución Y cree usted que Kitty puede negar que conocía mi modo de vivir, puesto que me enviaba dinero todos los meses? Es inútil, mi querido Seton. ¡Inútil!

Se rió ligeramente y empezó a prepararse un segundo whisky.

Toby permaneció inmóvil, las manos crispadas en su bolsillo, tan rígidos los brazos que la sarga de su saco parecía próxima a estallar en los hombros.

De pronto dijo con calma mortal.

—¿Qué se propone usted?

Keene sonrió. Volvió a sentarse, recostándose en el sillón.

—¡Ah!... Ahora nos entenderemos. Seton, yo no necesito dinero y no quiero interponerme entre Kitty y usted. No deseo la renta. Prefiero que Kitty la guarde y guarde silencio acerca de mi persona; lo mismo usted. Alzó un momento sus ojos azules y vió Toby que estaban inyectados de sangre. — Al fin y al cabo... no sois vosotros los dos únicos amantes de la tierra... creo.

—¡Lo mataría! — murmuró Toby, inclinándose sobre él; luego se enderezó, retrocedió y, tomando a Kitty de la mano le dijo:

—¡Vamos, chiquita!

DESPEDIDA

—Tengo algunos fondos que gané al poker, — dijo Toby. — Te quedarás aquí, en el hotel hasta que yo haya visto al viejo Manners, querida. Partiré esta noche a fin de estar de regreso lo antes posible.

Habían hablado hasta el cansancio y no veían salida a menos que Keene fuera obligado a portarse decentemente.

—Hay más probabilidades de que una bola de nieve permaneciera intacta en el infierno que de obtener nada de ese miserable, — dijo Toby amargamente.

Kitty, al ver los ojos sombríos de Toby, sólo pudo pensar: "Yo tengo la culpa de que él pase por todo esto".

Tampoco ella veía escapatoria. Estaban en una trampa cruel de la que sólo Keene podía libertarlos.

Toby la tomó en sus brazos y le apoyó la cabeza en su hombro.

—Nunca he sido vencido por los obstáculos, querida, — le dijo suavemente. — Triunfaré también ahora. Cuídate por mí y haz·

me un telegrama a Assisko si te ocurre algo. Buscaré allá un trabajo para que tú puedas ir a vivir a lo de Bill. Bill es una persona decente. Le contaré nuestra historia. Parece lento en su raciocinio; pero es seguro. Quizá él encuentre medios de solucionar nuestro problema.

Se besaron y Kitty escuchó los pasos de Toby hasta que se perdieron. Luego contempló la habitación, escasamente amueblada y fea; simbolizaba su vida en aquellos momentos, una vida de la cual no veía medio de salir.

SOSPECHAS

Digamos en seguida que Margarita, la muchacha que se creía esposa de Keene era honesta y linda, tenía sangre española. había sido muy consentida y poseía un temperamento impetuoso.

Warren Blade, su padrastro, había amado a la madre de Margarita y después de la muerte de aquella dejó que la joven hiciera su gusto en todo, en parte por el recuerdo de su madre y en parte porque viajaba mucho y la veía poco cuando estaba en su casa.

Keene era el hombre destinado a despertar el amor de Margarita. Su aburrimiento de la vida, su fama de peligroso, lo hicieron atrayente a los ojos de la joven. Al mirarla, Keene se sintió también conmovido. Margarita vió aquella mirada y se enamoró de él. Puede decirse que lo mejor que había en el alma de Keene, todo lo que poseía de capacidad para amar, fué despertado por la presencia de Margarita.

La noche después de haberse encontrado Keene con Kitty, insistió en salir a caminar con ella y Margarita los vió, por casualidad. Ella iba en auto con una amiga y precisamente en el instante en que Keene tomaba la mano de Kitty para procurar dominarla y hacerla aceptar sus proyectos, Margarita lo vió.

Comprendió en seguida dos cosas: que la mujer que estaba con Keene era joven y hermosa y que él parecía conocerla muy bien.

Cuando aquella noche le preguntó a Keene donde había estado todo el día y él le dijo que "en el club y en la fábrica", decidió vigilarlo.

Al final de aquella semana, sabía que Keene había visto diariamente a la señora Kildare y que cada día le había mentido a ella.

Hacía dos meses que se habían casado.

Fué por aquella época que Bills Manners informó a Toby que había arreglado las cosas de manera que él pudiera tomarse una pequeña licencia y le dijo más tarde que podían partir esa misma noche.

—La señora Kildare debe sentirse muy sola en Moruba — le dijo gravemente.

—Le he escrito a Kitty y recibido cartas de ella todos los días, — contestó Toby. — No hay novedades. El miserable no cede una pulgada.

—Veremos si yo consigo algo, — dijo Bill con acento alentador. — Conozco desde hace varios años a Keene y creo tener alguna influencia sobre él.

El automóvil se descompuso por el camino; una creciente inesperada del río los detuvo y eran ya cerca de las diez de la noche cuando llegaron a Moruba.

—¿Tomaremos un trago en el club y luego nos dirigiremos al hotel? — propuso Manners.

Keene estaba en su auto, en la puerta del club. Vió a Toby y a Manners; pero ellos no le vieron. No se imaginaba que Toby volvería tan pronto a Moruba. Comprendió que tenía que verla a Kitty antes de que el otro llegara.

Trataba de pensar como se lo diría a Kitty; pero esa noche parecía que su ingenio lo había abandonado Estaba poseído todavía por la extraña emoción que le produjera lo que el viejo doctor Barton le había dicho hacía media hora.

Hasta aquella noche, Keene se había burlado siempre del viejo médico por su flacura y su fealdad. Pero poco rato antes, el doctor se había dirigido a él diciéndole:

"Tengo que hablar una palabra con usted, Keene". Luego, sencilla y bondadosamente, le había revelado que Margarita iba a ser madre, "necesita muchos cuidados, Keene. La conozco desde que era niña y ya sabe usted que es muy nerviosa y sensible".

Le había parecido un deber advertir a Keene, aunque Margarita le prohibió decirle una sola palabra sobre el asunto a su marido. El modo como había recibido Keene la revelación justificó su creencia en el valor de la noticia.

El le dió las gracias con voz curiosamente conmovida, y le dijo:

—Tendré los mayores cuidados con ella, doctor. ¡Dios mío! Me parece demasiado maravilloso para ser cierto.

Había sido sincero por esta vez y el médico lo comprendió.

El único pensamiento de Keene era ahora ver a Kitty y pedirle un plazo (ella lo había amenazado con una visita a Margarita). Si ella consentía en esperar hasta que el niño naciera, luego él removería cielos y tierra para que pudieran divorciarse en París, lo más secretamente posible. Con un poco de suerte, todo quedaría en secreto.

No bien bajó del auto y entró al hotel, el chaufeur fué a avisarle a su señora donde había ido.

LA PUERTA DE ESCAPE

—No lo merezco; pero dame esta oportunidad, por amor de Dios, Kitty — suplicó Keene. Y en ese mismo instante, Margarita descorrió las cortinas de la alta ventana.

Kitty vió una cabeza de muchacha, casi infantil, unos ojos magníficos, llenos de lágrimas y una mano extendida donde brillaba un revólver.

Por cobarde y miserable que hubiera sido Keene, en aquel instante expió sus errores. Dió un salto hacia Margarita, con los

brazos abiertos y recibió el tiro en el corazón. Aún así, hizo un esfuerzo para vivir una vida mejor. Se agarró de Margarita al caer y trató de estrecharla entre sus brazos.

—¡Te amo! — le dijo distintamente. — Nunca he amado más que a tí... Puedes creer esto.

Kitty vió una cabeza de muchacha, casi infantil, unos ojos magníficos...

Esperaron en silencio a Warren Blade. Keene había sido transportado a una habitación interior. El doctor Barton dió a Margarita una inyección calmante. Dormía ahora, con una mano debajo de su mejilla.

Blade entró tranquilamente. Era un hombre alto, de cansada boca, ojos inteligentes

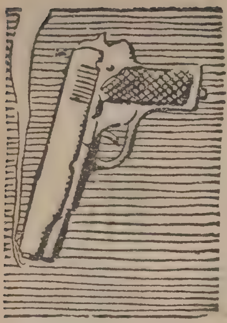
y boca fuerte. Kitty le contó toda la verdad. El escuchó moviendo la cabeza.

Cuando la señora terminó Warren dijo mirando a Margarita.

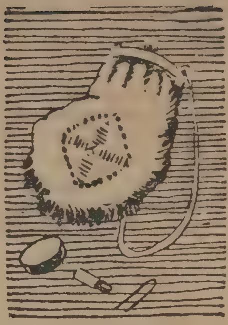
—No habrá juicio. Se hará una investigación, dirigida por Barton. Keene murió por su propia mano, accidentalmente, — se detuvo y dijo con un suspiro. — La parte peor es tener que despertar a Margarita. Creo que es mejor que me dejen solo con ella. Ya está acostumbrada a mí.

En la obscuridad exterior, mientras esperaban que Warren se llevara a Margarita. Toby y Kitty permanecieron el uno junto al otro. No era momento propicio para manifestaciones de ternura; se conformaban con tener sus manos unidas. Toby fué el primero en decir:

—¡Eres libre! Mañana nos casaremos. — Luego añadió un poco conmovido. — Fué un mentiroso y un cobarde: pero se portó gallardamente al final.



EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. Más tarde, Markham le confía a Vance haber descubierto que la cartera y los guantes pertenecen a la señorita Muriel St. Clair y se hace sospechosa por haber sido hallados sus guantes y su cartera en la habitación donde Benson fué asesinado de un tiro. Vance demuestra, por medio de medidas, que el asesino es de elevada estatura. La señora Platz cuenta que una mujer visitó a Benson la tarde que precedió a la noche del crimen; Markham cita a Plyfe, amigo del muerto para interrogarlo. Continúa:

—SIN embargo, — observó Heath,— un hombre tiene que ser sereno para dedicarse a caza mayor. A propósito de serenidad, he estado pensando que el tipo que mató a su hermano, mayor, debe haber sido un individuo de mucha sangre fría. Le tiró de frente, cuando su víctima estaba bien despierta y habiendo una criada arriba. Se precisa tener nervios firmes.

—¡Sargento, es usted positivamente brillante! — exclamó Vance.

(Lunes 17 de Junio, por la mañana)

Aunque Vance y yo llegamos a la oficina del fiscal de distrito, a la siguiente mañana, un poco después de las nueve, ya hacía veinte minutos que esperaba el capitán. Markham indicóle a Swacker que lo hiciera pasar en seguida.

El capitán Felipe Leacock era un representante típico del ejército; muy alto, completamente afeitado, derecho y esbelto. Su rostro era grave y poco movible. Se paró delante del fiscal de distrito, en la actitud erguida y atenta de un soldado que espera órdenes de su superior.

CAPITULO XXVI

—Siéntese capitán, — dijo Markham con una grave inclinación. — Le he pedido que venga para hacerle unas cuantas preguntas referentes a Alvin Benson. Hay varios puntos. relacionados con usted, en este asunto que deseo me explique.

—¿Me sospechan de complicidad en el crimen — habló Leacock, con ligero acento meridional.

—Eso es lo que vamos a ver, — dijo Markham fríamente. — Para determinar este punto es que deseo interrogarlo.

El otro se sentó rígido en la silla y esperó.

Markham lo miraba directamente, con fijeza.

—Usted amenazó hace mucho tiempo de muerte a Benson, según creo...

Leacock se sobresaltó y sus dedos se apretaron sobre las rodillas. Pero antes de que pudiera contestar, Markham continuó:

—Le diré en que ocasión fué hecha la amenaza: en una comida en casa del señor Leandro Plyfe.

Leacock vaciló; luego dijo:

—Muy bien, señor; reconozco haber hecho esa amenaza. Benson era un grosero y merecía un balazo. Aquella noche estuvo más odioso que de costumbre. Había bebido demasiado y... yo también creo.

Sonrió forzadamente y, nervioso, apartó sus ojos del fiscal de distrito para mirar hacia el exterior, por la ventana. Luego continuó:

—Pero yo no lo maté, señor. Ni siquiera supe que lo habían asesinado hasta que lo leí al día siguiente en los diarios.

—Fué asesinado con una pistola Colt del ejército... era un arma semejante a la que vosotros, muchachos, usásteis durante la guerra.

—Ya lo sé, — contestó Leacock. — Los diarios lo han dicho.

—Usted tiene una pistola así, ¿no?

Nuevamente vaciló el otro.

—No, señor, — su voz era apenas perceptible.

—¿Qué la hizo?

El hombre miró a Markham y luego, rápidamente, desvió los ojos.

—La... la perdí en Francia.

Markham sonrió ligeramente.

—¿Entonces cómo explica usted que el señor Plyfe viera el arma la noche que usted hizo la amenaza?

—¿Vió la pistola? — miró vagamente al fiscal de distrito.

—Sí, la vió, reconociéndola como un arma del ejército. — insistió Markham con voz tranquila. — También el mayor Benson le vió hacer a usted un movimiento de sacar armas.

Leacock hizo una profunda inspiración y endureció obstinadamente la boca.

—Le digo, señor, que no tengo esa arma... La perdí en Francia.

—Quizá no la haya usted perdido, capitán. Más bien la habrá prestado a alguien.

—No la presté, señor, — las palabras brotaron vivamente de sus labios.

—Piense un momento, capitán... ¿La prestó a alguien?

—No..., no la presté.

—Usted hizo ayer una visita; fué a Riverside Drive... Quizá la haya llevado consigo.

Vance había estado escuchando atentamente.

—¡Oh... diabólicamente hábil! — murmuró en mi oído.

El capitán Leacock se movió inquieto. Su rostro, aun debajo del color tostado, pareció palidecer y pensó evitar la mirada implacable del fiscal, fijándola en un objeto cualquiera de la mesa. Cuando habló, su voz, antes sombría, era ansiosa.

—No la tengo... Y no la he prestado a nadie.

Markham estaba sentado, inclinado hacia adelante, el codo sobre el escritorio y la mejilla en la palma de su mano, semejante a una imagen esculpida y amenazadora.

—Quizá la prestó usted a alguien antes de aquella mañana.

—¿Antes de?... — Leacock alzó la vista rápidamente y se detuvo, como si analizara la observación del otro. Markham sacó ventaja de su perplejidad.

—¿Ha prestado usted a alguien su pistola desde que volvió de Francia?

—No, no la he prestado nunca... — empezó; pero repentinamente se detuvo y sus mejillas se colorearon. Luego añadió apresuradamente: — ¿Cómo podía prestarla? Le acabo de decir. señor...

—No importa eso, — le interrumpió Markham. — De manera que usted tenía una pistola Colt, capitán. ¿La tiene todavía?

Leacock abrió sus labios para hablar; pero los cerró de nuevo firmemente.

Markham descansó, reclinándose en su silla.

—Naturalmente que usted se había dado cuenta de que el señor Benson molestaba a la señorita Muriel St. Clair con sus atenciones.

Al oír mencionar el nombre de la muchacha, el cuerpo del capitán se puso rígido, su rostro adquirió un rojo subido y miró amenazadoramente al fiscal de distrito.

—Si le parece, dejaremos a la señorita St. Clair fuera le la cuestión, — parecía que deseaba fulminar a Markham.

—Desgraciadamente no es posible, — el tono de Markham era afable, pero firme. — Hay demasiados hechos que la relacionan con el caso. Su cartera y sus guantes fueron encontrados en el living room de Benson la mañana después del asesinato.

—¡Eso es mentira, señor!

Markham no hizo caso del insulto.

—La señorita St. Clair misma ha reconocido esta circunstancia.

Levantó la mano cuando el otro estaba a punto de contestar.

—No interprete mal mis palabras. No acuso a la señorita St. Clair de tener participación en el crimen. Simplemente procuro obtener alguna luz sobre sus propias relaciones con el asunto.

El capitán estudiaba a Markham con expresión indicadora de que dudaba de aquellas seguridades. Finalmente volvió a endurecer la boca y dijo con determinación:

—No tengo nada más que decir sobre el particular, señor.

—Usted sabía, ¿no es cierto? que la señorita St. Clair y el señor Benson comerían juntos aquella noche?

—¿Y qué hay con eso?

—Y sabía ¿no es verdad? que salieron del restaurant a media noche y que la señorita St. Clair no llegó a su casa hasta después de la una.

Los ojos del hombre adquirieron una mirada extraña; los tendones de su cuello se estiraron; pero no miró al fiscal de distrito ni habló.

—Usted sabe¿ verdad? — prosiguió la voz monótona de Markham, — que el señor Benson fué asesinado a las doce y media de la noche.

Esperó y durante un minuto entero reinó silencio en la habitación.

—¿No tiene nada más que decirme, capitán? — preguntó al fin Markham, — ninguna explicación que dar.

Leacock no contestó. Estaba sentado, mirando imperturbable, delante de sí. Era evidente que no diría una palabra más.

—En ese caso, demos por terminada la entrevista.

No bien hubo salido el capitán, Markham llamó a uno de sus empleados.

—Dígale a Ben que haga seguir a ese hombre. Que descubra donde va y lo que hace. Quiero que se me lleve un informe al Club Styvesant esta noche.

Cuando estuvimos solos, Vance dirigió a Markham una mirada de semiburlona admiración.

—Muy ingenioso... por no decir artero. Pero mire: sus preguntas sobre la dama estuvieron mal hechas.

—No lo dudo, — convino Markham, — pero parece que ahora seguimos la buena pista. Leacock no da impresión de absoluta inocencia.

—¿No? — preguntó Vance. — ¿Y dónde están los síntomas de su culpabilidad?

—Usted vió como palideció al preguntar-

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino.
¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página 23.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

le yo por el arma. Sus nervios estaban de punta. Se hallaba positivamente asustado.

Vance suspiró.

CAPTULO XXVII

—¡Qué perfecta colección de ideas comunes y ya prontas posee usted, Markham! No sabe que un hombre inocente tiene más probabilidades de ponerse nervioso que el culpable, quien, para empezar tuvo nervios suficientemente firmes para cometer el crimen y además comprende que cualquier demostración de nerviosidad es considerada como prueba de culpa por vosotros, los jueces?

"Mi fuerza es la fuerza de diez porque tengo un corazón puro" es una simple chanza de la escuela dominical. Toque a cualquier inocente en el hombro y dígale "Queda usted arrestado", sus pupilas se dilatarán, la frente se le humedecerá con un sudor frío y la sangre desaparecerá de su rostro; tendrá temblores y disnea si es "histérico" o neurocardíaco es probable que se desmaye. Es la persona culpable, quien, al ser abordada así, levanta las cejas con fastidiada sorpresa dice: "¡Déjese de bromas! ¿Quiere un cigarro?".

—El criminal endurecido puede obrar como usted dice, — concedió Markham — pero un hombre honrado, que es inocente, no se turba hasta ese extremo cuando se le acusa.

Vance movió la cabeza con aire desolado.

—Mi querido amigo, Criley Voronoff habrán vivido en vano para todos vosotros. Las manifestaciones de miedo son el resultado de las secreciones glandulares... nada más. Todo lo que prueba es que la tiroides de la persona está mal desarrollada o que sus canales excretores no funcionan normalmente.

Un hombre a quien se acusa de un crimen o a quien se le muestra el arma, manchada de sangre, con la que aquél se cometió, sonreirá serenamente o gritará o tendrá un ataque de nervios o un desmayo o la mirará con indiferencia según su temperamento, independientemente de su grado de culpabilidad. Su teoría sería buena si cada uno tuviera la misma cantidad de las distintas secreciones internas; pero no la tiene. Realmente no creo que usted enviaría a un hombre a la silla eléctrica porque sus glándulas funcionen mal o su cuerpo no elimina bien los venenos...

Antes de que Markham pudiera contestar, Swacker apareció en la puerta y dijo que Heath había llegado.

El sargento, resplandeciente de satisfacción entró como una tromba en la pieza. Por esa vez se olvidó de dar la mano.

—Bueno... me parece que hemos conseguido algo palpable. Estuve en la casa de departamentos del capitán Leacock, y he aquí lo que he sabido: Es verdad que el capitán estuvo en su casa la noche del trece; pero salió poco después de las doce, y no regresó hasta eso de la una y cuarto.

—¿Y esa historia del portero?

—Eso es lo mejor del asunto. Leacock ha

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 276 Concurso Benson

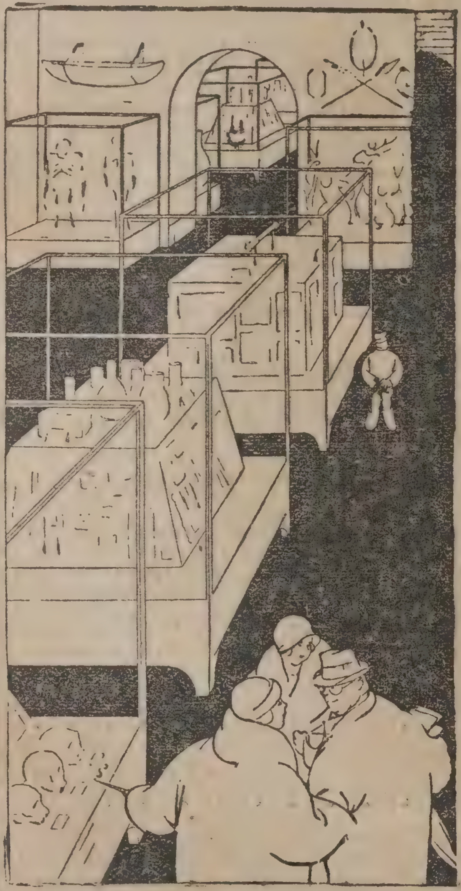
bía comprado al muchacho. Le dió dinero para que no dijera que había salido de su casa aquella noche. ¿Qué le parece, señor Markham? El muchacho largó el rollo cuando le dije que estaba pensando en mandarlo a la cárcel por complicidad con un crimen.

Markham movió lentamente la cabeza.

—Lo que usted dice, sargento, corrobora ciertas conclusiones a que yo he llegado después de hablar, esta mañana, con el capitán Leacock. Ben lo hizo seguir por un hombre, cuando salió de aquí, y esta noche me traerá su informe. Mañana quizá habremos desenredado la madeja. Me comunicaré con usted por la mañana, y si hay algo que hacer usted se encargará de ello, se entiende.

Cuando Heath nos dejó, Markham colocó sus manos en la nuca y se reclinó en la silla contento.

En el museo de Historia Natural



—¿Quiere tener la bondad, señor profesor, de decirnos qué idioma hablaban estos hombres prehistóricos?

El profesor: — Siento no poder complacerlas, pero lo ignoro.

—No es nada. Ahora se lo preguntaremos al ordenanza que está allí.

—Creo que ya tengo la solución del misterio, — dijo. — La muchacha comió con Benson y volvió después con él a su casa. El capitán, sospechando el hecho, fué, la encontró allí y mató a Benson.

Esto explicaría, no solamente el hallazgo de los guantes y de la cartera, si no la hora que empleó en ir del Marsellés a su casa. Explicaría también la actitud del sábado y la mentira del capitán acerca del arma. Creo que no hay nada más sencillo. Destruída la coartada del capitán Leacock, todo se explica.

—¡Oh!... completamente, — dijo Vance con ligereza. — La esperanza vuela alborozada sobre el ala triunfante.

Markham lo miró un momento.

—¿Ha prescindido usted enteramente de las razones humanas para llegar a una decisión? Aquí tenemos una amenaza reconocida, el motivo, la hora, el lugar, la oportunidad, la conducta y el instrumento del crimen.

—Esas palabras me parecen extrañamente familiares, — sonrió Vance. — ¿No convienen también a la damita en su mayor parte? Y usted no tiene, en realidad el instrumento del crimen. Indudablemente está por ahí, en alguna parte de la ciudad... Un simple detalle sin embargo...

—Quizá no lo tengo en mis manos — replicó Markham — pero con un hombre sagaz que lo vigile incesantemente, el capitán Leacock no encontrará muchas oportunidades para deshacerse del arma.

Vance se encogió de hombros con indiferencia.

—Sea como fuere, esto es cómodo, — amonestó. — Mi humilde parecer es que usted ha descubierto sencillamente una conspiración.

—¿Conspiración? ¡Buen Dios! ¿Y de qué clase?

—Una conspiración de... circunstancias.

—Me alegro, de todos modos, que no tenga nada que ver con la política internacional, — contestó Markham de buen humor.

Miró el reloj.

—¿Me disculpará usted si me pongo a trabajar? Tengo una docena de asuntos que esperan despacho y un par de delegaciones que ver? ¿Por qué no se va al hall y charla un rato con Ben Halon y vuelve aquí a las 12 y media? Almorzaremos juntos en el Bankers Club.

Ben es nuestro mejor perito en extradiciones y se ha pasado la mayor parte de su vida persiguiendo por el mundo a los fugitivos de la justicia. Le contará a usted algunos cuentos increíbles.

—¡Fascinador! — exclamó Vance con un bostezo; pero en vez de aceptar la sugestión, encaminóse hacia la ventana y encendió unas vueltas al cigarrillo entre sus dedos dió una vueltas al cigarrillo entre sus dedos y lo observó con mirada crítica.

(Continúa en el próximo número).

LOS HOMBRES DE GANYMEDE

Por FRANK BRUEKEL

Otra vez fuimos conducidos a un edificio magnífico y pasando por un hall maravillosamente decorado, llegamos a un vasto recinto situado en el centro de aquella construcción monumental. Era de forma circular y medía ciento veinte metros de diámetro, distando el centro de su techo abovedado cien metros del suelo. En el extremo opuesto de este recinto había un estrado sobre el cual, sentado en un trono, estaba un Ja-vas con una cabeza de un metro de diámetro. Los escasos galones que lo adornaban eran de flexible tejido metálico que pareció ser platino, y estaban incrustados con destellantes piederas preciosas.

Cuando Rosonoff y yo llegamos al pie de su trono nos ordenaron que nos postráramos hasta tocar el suelo con la cara, pero no nos movimos.

—¿Quiénes son estos seres que no obedecen las órdenes de los Ja-vas y no rinden el culto debido al Elegido del Espíritu Vital? — preguntó el que estaba sentado en el trono dirigiéndose al oficial que nos acompañaba.

El hombre de color habano se inclinó muy bajo y contestó:

—Oh, grande entre los grandes, no

da de estos seres extraños, ascetas que han cometido crímenes contra nuestra raza sagrada y son terribles en alto grado. Cuando yo, vuestro servidor y diez soldados los encontramos y les intimamos su rendición, contestaron en un idioma que nunca antes habíamos oído, pero que naturalmente pudimos comprender con facilidad. Cuando les contesté en su propio idioma el más joven de ellos tuvo la osadía de preguntarme cómo lo pude comprender.

—Viendo que no estaban dispuestos a rendirse, ordené a mis soldados que los tomaran por la fuerza. Pero en cuento ellos avanzaron, este — dijo señalándome a mí, — utilizó un arma rara, que funcionaba por el antiguo sistema de emplear gases comprimidos, para lanzar balines de plomo sobre mis guerreros. Ambos dispararon sus armas cuatro veces y tres de la Raza Sagrada cayeron víctimas antes de que yo tuviera tiempo de dirigir sobre ellos los rayos de mi tubo. Eso fué, oh, Elegido de al Esencia, lo que hicieron al ser capturados.

El Ja-vas se retiró con un profundo saludo, y otro se adelantó. Era el del Registro, que conocimos antes.

—Oh, Poderoso, Voz del Espíritu Vital! Yo también debo deciros algo sobre la extraña conducto de estos seres. Cuando los trajeron al registro, le pregunté a este joven como se llamaba y me contestó Clyde Bachus. Después le pregunté su edad y tuvo la temeridad de tratar de burlarse diciendo que tenía treinta y dos años de edad! Y ni siquiera demostró el respeto debido a un Ja-vas pues permaneció impasible al decir esto y aun apeló a la Esencia a la que el llama Dios, para que atestiguara esta absurda imposibilidad. Su audacia frente a la Raza Sagrada demostraría que proviene de alguna parte inexplorada de Nomak donde no ha penetrado la Gente Elegida.

Después que se retiró el del Registro, el Elegido miró intensa y largamente a Rosonoff y a mí, pero su cara no trasutnaba lo que pasaba en su voluminoso cerebro.

Finalmente habló, dirigiéndose a mí, puesto que era el más acusado.

—Se que mis súbditos me han dicho la verdad. ¿Tiene usted algo que decir para explicar su actitud altamente incorrecta, hacia los Sagrados Ja-vas?

—Sí, tengo. Justifico mi actitud hostil por el hecho de que los Ja-vas se entrometieron y amenazaron mi ilbertad de acción, intentando apresarme. Cuando los peleé, fué en defensa de mis derechos. En cuanto al asunto de mi edad no veo que sea motivo para que asuman una actitud beligerante. Tengo treinta y dos años de edad y en mi país todos los hombres alcanzan esta edad y más también, a menos que mueran por accidente o enfermedad.

El Ja-vas me miró un rato más.

—¿Y cuál es su país? — me preguntó en seguida.

—Soy un ciudadano de los Estados Unidos de América en el planeta Tierra — le contesté. Es un país muy distante de aquí. No está siquiera sobre Nomak.

Debo aclarar que Nomak es como los Ganymedienses llaman a su mundo.

—Ya comprendo. Entonces es usted de alguna de las otras lunas que giran alrededor del gigantesco hogar del Espíritu Vital.

—Sí, — interpuso Rosonoff, y me pareció notar en su voz un acento de inquietud.

El Elegido fulminó al ruso de una mirada iracunda.

—Nadie le ha dado permiso para intervenir,—dijo con voz cortante y amenazadora. Se dirigió a mí y me preguntó si mi compañero había dicho la verdad, a lo que respondí que sí, dándome cuenta que por algún motivo Rosonoff deseaba que confirmase su afirmación.

Por un largo rato el Ja-vas del trono me observó en silencio.

—No creo la mayor parte de lo que me ha dicho. Usted ha venido de alguna parte de este planeta y más adelante averiguaré que parte es. El reinado de los Ja-vas debe ser extendido hasta allí. Entretanto serán tratados como los demás esclavos y trabajaron con ellos. Dejo que el Jefe de Industriales les asigne su labor hasta que tenga que hablarles nuevamente. Los llamaré cuando los neecsite. Vayánse, — dijo y señaló hacia la puerta. El Ja-vas que nos acompañaba saludó reverentemente, y nos condujo al edificio de cristal en que estuvimos la primera vez. Allí nos ataron una etiqueta, nos anotaron en el registro, después nos condujeron por una ancha escalera hasta un subterráneo donde había varias filas de esclavos, que evidentemente esperaban órdenes. Nos colocaron entre una de estas filas pero sin encadenarnos.

Momentos después dieron la orden de marcha. Avanzamos por el túnel de la derecho, una distancia aproximada de cinco millas y descendimos después por un vioducto de forma espiral. Calculé que bajamos una distancia de 100 metros y como la espiral tenía un cuarto de milla de diámetro y cada vuelta bajaba unos quince metros, habríamos andado en total cinco millas más.

Desembocamos sobre una enorme caverna de un color granate obscuro. Inmediatamente advertí que no estaba iluminada artificialmente sino que la hermosa roca que circundaba la caverna desprendía una luminosidad atenuada que hacía las veces de una linterna natural.

Mientras marchábamos a lo largo de los costados advertí que este era liso y supuse acertadamente que había sido cortado así por los esclavos que en ese momento empezaban a trabajar.

Una hilera de esclavos compuesta de cien hombres nos pasó de largo en dirección a la salida bajo la vigilancia de cuatro Ja-vas. Transportaban bloques de piedra granate sobre vagonetas bajas a las cuales la piedra estaba cuidadosamente asegurada con correas. Cuatro esclavos empujaban cada una de las 25 vagonetas que pasaron.

Al momento se acercó un oficial Ja-vas y habló al que mandaba nuestra partida.

—Este estav los transportará — le oí decir. — Use las vagonetas numeradas siete. Irá usted a la sección siete y trabajará dos jens, (1) después de lo cual serán relevados por otra cuadrilla. Al principio del séptimo jens empezará nuevamente el trabajo.

Nuestro capitán asintió con la cabeza y nos llevó al otro extremo de la caverna, distante unos trescientos cincuenta metros de la entrada, donde aguardaban 25 vagonetas vacías, frente a la roja pared donde un centenar de hombres subidos sobre andamios cortaban grandes bloques de la pared y los bajaban suavemente sobre gruesos fieltros. El gran cuidado con que manipulaban esta piedra indicaba que era para ellos muy preciosa.

Esperamos a que estuvieran cortados treinta bloques y cargamos veinte y cinco de ellos sobre las vagonetas. Mientras hacíamos esto note que eran transparentes como cristal.

Cuando terminamos de cargar las vagonetas las empujamos a través de la enorme caverna hasta la salida y ascendimos el viaducto espiral. A la terminación de este penetramos en la galería subterránea principal que iba en dirección al Palacio Real y allí encontramos a numerosos vagones de forma de cigarro estacionados sobre las vías. Estaban acoplados en tres hileras de cuatro vagones cada una colocados todos en dirección a la ciudad. Cuando terminamos de trasbordar sobre estos la cristalina roca los tres Ja-vas sentados uno en la proa de cada tren, los pusieron en marcha. Arrancaron con lentitud, pero aceleraron después rápidamente, alcanzando una velocidad vertiginosa. Nos mandaron de vuelta a la caverna, donde cargamos nuevamente las vagonetas y cuando llegamos con ellas al subterráneo encontramos ya de vuelta los vehículos de forma de cigarro. Hicimos aun otro viaje más y fuimos después relevados por otra cuadrilla de esclavos.

Desde allí marchamos por un túnel que conducía a los jardines reales. Como a una milla de distancia dimos vuelta a la derecha donde pasando un amplio portal había una escalinata ancha por la que descendimos. A los veinte metros de profundidad había un corredor pero a un costado del mismo la escalera seguía bajando. En la misma forma había otros tramos de escalera y al llegar al quinto caminamos una pequeña distancia por el corredor hasta llegar a un recinto que medía más de cien metros por lado, sobre cuyo piso de piedra estaban tendidas en hileras numerosas cobijas y bloques de madera que hacían las veces de almohada. A cada uno le fué asignada una de de estas singulares camas y se nos dijo que debíamos aguardar nuestra ración de alimentos. Un momento después llegaron cien esclavos empujando sobre grandes mesas de las cuales alcanzaban a cada uno una bandeja de forma oval llenas de comida, la que por cierto resultó ser bastante apetitosa.

Dspués de comer sentí sueño y notó que todos los demás se estaban durmiendo. Supuse que habrian mezclado algún narcótico en la comida.

—Las cosas, por lo visto, no marchan tan mal, — le observé a Rosonoff. — El inconveniente es que no podemos hacer lo que queremos.

Me tendí sobre la cama y quedé dormido. Diez y seis horas después, desperté al toque

(1) Un jen equivale a 4 horas y 11 minutos de nuestro tiempo.

de una corneta cuyo sonido penetrante parecía vibrar dentro del cerebro, despertándolo a uno con toda seguridad, pero sin producir sobresalto. Me sentí bien descansado y vigoroso. Nos levantamos y nos sirvieron una ración igual a la anterior. Después nos hicieron formar en fila y marchar por el túnel hasta la caverna, donde relevamos a otra cuadrilla de esclavos.

Cuando éstos nos pasaban de largo en dirección al recinto de descanso, alguien me tocó el brazo y al darme vuelta me encontré con Thoom. Nos saludamos con la mirada y él siguió su camino.

Durante varios días seguidos Rosonoff y yo hicimos el mismo trabajo de transportar piedra. Después nos dieron una ocupación distinta uno de otro. Al terminar uno de nuestros turnos de trabajo, nuestro capitán, que había estado conversando muy seriamente con otro de su misma raza, tocó a Rosonoff en el hombro y le hizo señas que siguiera el desconocido Ja-vas. Después de esto no lo volví a ver por allí.

Dos turnos después me pusieron entre los esclavos que llevaban la comida a los demás y fué así que tuve acceso a las grandes cocinas de los esclavos, donde los alimentos eran preparados por mujeres y allí conocí a las muchachas de Ganymede.

Era una de las cocineras que cuidaban los grandes hornos. Me llamó la atención desde el primer momento que la ví, por la belleza de sus facciones. Sería poco decir que era bonita, o aún hermosa. Mucho más que ésto: era sencillamente divina. Había visto y admirado muchas mujeres bonitas en el planeta Tierra, pero ésta me hizo silbar por lo bajo y decir entre dientes: — ¡Qué hermosa!

Ella me miró en ese momento y yo bajé la vista, sintiéndome profundamente turbado por haber sido sorprendido contemplándola. Pero en esa fracción de segundo alcancé a verle los ojos y contuve el aliento. Era mucho más hermosa de lo que la imaginé al principio, superlativamente exquisita, espiritual, desconcertante.

Por un momento dí las gracias a mi buena suerte por haber caído en manos de los ja-vas, pero en seguida me apercibí de que ella era también esclava de esos superhombres. Entonces maldije a los ja-vas, a la superiodidad que tenían sobre los demás seres de Ganymede, y al destino que había hecho caer en su poder a tan hermosa criatura.

Durante varios días no nos hablamos. Aunque a menudo había admirado en secreto a las mujeres bellas de la tierra, me sentía cohibido y vergonzoso al encontrarme cerca de ellas, y mientras más hermosas, más cohibido. Pero eventualmente me animé a insinuar una sonrisa y un breve saludo de cabeza cuando iba a cargar las bandejas de comida sobre las mesas rodantes, y ella me retribuía una sonrisa amistosa que me hacía tomar aliento y exacerbaba mi creciente admiración.

Con el transcurso de los días empecé a hablarle, aunque con suma esquivez al principio. Ella debió darse cuenta de mi poca habilidad para hablar con soltura a las mujeres, porque me alentaba, tomando casi siempre la iniciativa en nuestras primeras conversaciones. Supe así que su nombre era Navara y que pertenecía a la tribu de Itark. Una vez me dijo que su edad era mil doscientos.

—¿Cómo? — le pregunté yo cuando hizo esta afirmación.

Ella me miró extrañada.

—¿Que... qué edad dice usted que tiene?

—Mil doscientos días.

La miré azorado. Desde un extremo (porque la primera vez supuse que quiso decir años) se había ido a otro igualmente absurdo. Tuve impulsos de decirle que estaba loca, pero me contuve. Y sin embargo, ¿pretendía ella hacerme creer que tenía menos de cuatro años de edad?

Ella notó mi extrañeza, y me miró interrogativamente.

—No tengo todavía dos años de edad, — me dijo con llaneza.

—Ahora sí que estás loca, — pensé para mis adentros, y lanzando una última mirada a su bellísimo rostro, que tan serenamente me contemplaba, murmuré:

—Qué lástima. Es una pena,—y me alejé entristecido.

Mientras servía la comida a los esclavos seguía pensando en aquella conversación y torturaba mi cerebro tratando de hallar una explicación. Navara no parecía por lo demás que padeciera de ningún desequilibrio mental, pero me era imposible comprender el significado de sus aseveraciones. De pronto la explicación me vino como un rayo, y no pude contener una exclamación de sorpresa por la sencillez del asunto. Era claro. El día de Ganymede es siete veces y pico más largo que el de la tierra, así que Navara tenía en realidad 8400 días de nuestra tierra. Calculé entonces que la edad terrenal de Navara era 23 años y 5 meses. Y esto confirmaba su aseveración de que tenía casi dos años, pues el año de Júpiter es doce veces más largo que el nuestro.

Comprendí también por qué los ja-vas se sorprendían tanto cuando les decía que tenía 32 años. Yo estaba pensando en términos terrenales y ellos entendían de acuerdo a la medida ganymediense del tiempo. 32 años de Júpiter equivalen a 380 de los nuestros. La duración promedia de la vida de los ganymedienses es de seis años, y a los tres años están en la flor de la edad.

Me eché a dormir, sabiendo ahora que debía una explicación a la chica de Ganymede por la manera extraña y quizás grosera con que la miré cuando hablamos de este asunto de la edad.

Cuando la ví al día siguiente, me excusé por mi actitud inconveniente, y le expliqué que en mi país teníamos una manera distinta de calcular el tiempo y los dos nos reímos de buen grado por nuestro momentáneo malentendido. Quiso saber entonces dónde estaba mi país, pero temiendo que me creyera de veras loco si le decía la verdad, le contesté que era oriundo de la región del polo norte de Ganymede. Ella aparentemente lo creyó, pero yo me sentía tan culpable como si

hubiera cometido un crimen, por mentirle a Navara de esa manera.

Así pasaron los largos días de Ganymede, haciéndose cada vez más estrecha la amistad entre Navara y yo. Desde que fuí separado de mis viejos amigos, ella era la única compañía que tenía, y yo la amaba más de lo que nunca había amado a persona alguna, aunque entonces no me daba bien cuenta de ello.

Una vez me decidí a contarle la verdad sobre mí mismo, el maravilloso mundo del cual había venido, la Lamina Espacial y su peligroso viaje y mis aventuras sobre Nomak.

Le dije también que algún día me fugaría de los ja-vas y que la libertaría a ella para devolverla a los suyos.

Y mientras le decía estas cosas aquel día, —mi sueño había empezado a realizarse, —había ya tomado forma, en efecto, aunque Navara y yo no lo sospechábamos.

CAPITULO VI
LA FUGA

Por mucho tiempo había estado acechando la ocasión de escapar, pero la severa vigilancia de mis guardianes desalentaba mi vacilante propósito de procurarme armas para atacar a mis opresores. Un día, cuando menos lo esperaba, se presentó la ansiada oportunidad. Había vuelto de la cocina, donde Navara acababa de darme de comer, y estaba por echarme sobre el lecho, cuando vi con la sorpresa y emoción que es de imaginar a mi amigo Alexander Rosonoff parado afuera en el corredor. Cuando advirtió que lo había reconocido, me hizo señas para que no hablara y me quedara quieto. Me acosté, simulando dormir, pero sin perder de vista al ruso.

Lo vi mirar rápidamente de un extremo al otro del corredor y entrar después resueltamente en nuestro salón dormitorio al tiempo que de entre sus ropas sacaba algo reluciente. Los dos guardias ja-vas estaban vueltos de espaldas hacia él y no lo vieron cuando apuntó hacia ellos su arma que no era otra que el tubo al vacío usado por la Raza Sagrada. Un breve resplandor iluminó los discos metálicos del aparato y los dos guardias se desplomaron, muertos, al suelo.

Obedeciendo a una señal de Rosonoff me dirigí hacia él, usando por primera vez mi habilidad terrenal, pues traspuse de un solo salto la distancia de treinta metros que nos separaba.

—Toma ésto, — susurró el ruso, poniendo en mis manos uno de los tubos que quitó a uno de los guardianes muertos. Me enseñó cómo regular el indicador que había sobre el mango para que el aparato matara, paralizara a simplemente aturdiera a una persona, a voluntad.

El ruido producido por las armas de los javas al desplomarse ellos despertó a los esclavos, que pronto se agruparon a nuestro alrededor, con la sorpresa y el terror dibujados en sus rostros.

Rosonoff se dirigió a ellos.

—Esclavos, — gritó; — aquí tenéis la ocasión para reconquistar vuestra libertad. Muchos de vosotros habéis sido esclavos de esta ciudad durante mucho tiempo. Tenéis familia y seres queridos entre vuestras tribus y seguramente deseáis retornar a ellos. Venid y pelead con nosotros; afrontad este riesgo para escapar del cautiverio. ¿Qué resolvéis?

Hubo un rato de silencio y entonces se adelantó un joven que había sido recientemente capturado.

—Estoy con usted. Si tenemos éxito, bien; y si fracasamos, no pueden hacer más que seguir teniéndonos esclavizados. Si de todas maneras debía permanecer aquí, ¿qué diferencia habría para mi entre la esclavitud y la muerte?

Rosonoff le dió el tubo del segundo ja-vas muerto, le explicó cómo utilizarlo y se dirigió a los demás esclavos.

—Nosotros nos vamos, les anunció. —¿Qué decís vosotros?

Decidieron acompañarnos en la aventura y todos nos internamos en la caverna de piedra roja, en donde Rosonoff tenía la intención de libertar a Thoom y a los demás prisioneros.

Cuando llegamos al pasillo lateral que conducía a la cocina me separé de la partida, diciéndole a mi amigo ruso que quería ver a un amigo.

Llegué allí sin contratiempo. Las esclavas habían terminado recién su labor y estaban formando filas para ir a sus dormitorios, mientras otra cuadrilla se preparaba a reasumir las tareas. Vi a Navara al frente de una de estas filas y decidí esperar a que saliera del cuarto antes de proceder, así que me oculté contra la pared del corredor y esperé.

Instantes después un guardia ja-vas traspuso el portal. Levanté mi tubo de vidrio hacia él y oprimí el botón. Su cuerpo se desplomó silenciosamente sin vida sobre el pavimento. Me lancé sobre él para apoderarme de su arma, que puse en manos de Navara, diciéndole que no hablara y me siguiera. Levanté el cadáver del ja-vas, liviano como una pluma, y salimos al pasaje subterráneo principal. A poco andar vi un nicho en la pared y deposité allí el cuerpo inanimado. Mientras nos dirigíamos por el túnel para reunirnos con Rosonoff, le expliqué a Navara el intento de evasión que estábamos llevando a cabo y el modo de hacer funcionar el tubo de vidrio. En el camino encontramos muchos ja-vas muertos y desprovistos de sus armas.

Al llegar a la terminación del viaducto espiral, donde debía encontrarme con Rosonoff, vimos un grupo numeroso de esclavos, veinte de ellos provistos de las armas que habían quitado a los ja-vas muertos a su paso. Sobre el piso estaban tirados muchos bloques de piedra granate y en los rieles treinta vehículos de forma torpedo, vacíos, se hallaban listos para transportarnos.

Los primeros en saludarnos fueron Rosonoff y Thoom. Cuando éste se adelantó hacia nosotros, Navara lanzó un grito de alegría y se echó en sus brazos. Yo los miré

azorado, boquiabierto, mientras él la besaba mil veces, y confieso que me sentí terriblemente celoso. Por unos instantes ardió en mi pecho un odio loco hacia Thoom, pero apelé en seguida a mi buen sentido. Debí haber supuesto que podía tener un novio o ser casada. Era muy natural que hubiera tenido pretendientes por docenas.

Traté de convencerme que me alegraba que Thoom, antes que cualquier otro hubiera conquistado su amor, porque era un tipo espléndido de hombre. Pero íntimamente no estaba contento, sino que me sentía terriblemente desdichado. Recién entonces me di cuenta de todo lo que ella significaba para mí.

Me aparté entristecido, — quería echarme sobre el suelo, quedarme solo con mi dolor y morir, — pero Navara de pronto me llamó. Caminé lenta y silenciosaente hacia donde estaba ella, parada al lado de Thoom.

—Clyde, — dijo ella alegremente, — este es mi...

—Ya nos conocemos, querida. Clyde Bacchus y yo formabamos en la misma fila de esclavos cuando llegamos a Nukar, — intepuso él tomándome amistosamente de un hombro.

—Ven, — grito Rosonoff, — ustedes tres entren conmigo en este coche, — y señaló hacia los vehículos de forma torpedo.

Subimos al que estaba delante donde ya se habían acomodado otros seis Ganymedienses, y Rosonoff se sentó frente al tablero de control.

Esperó a que los demás coches estuvieran totalmente ocupados, puso en marcha los silenciosos motores y empezamos a deslizarnos suavemente sobre las vías.

—Dónde aprendió usted a manejar estos aparatos, — le pregunté yo admirado de sus conocimientos sobre las invenciones de los Ganymedienses.

—¿Recuerda usted cuando me sacaron de la cantera?

Yo asentí con un movimiento de cabeza.

—Bien. Aquel Ja-vas necesitaba un conductor para su coche particular y me confiaron a mi ese trabajo. Me enseñaron a manejar esta clase de vehículos y aprendí todo el sistema de comunicaciones y túneles subterráneos, hablando con los conductores Ja-vas de los otros coches. Hay muchas otras cosas que aprendí también, como podra ver dentro de poco.

Habíamos alcanzado una velocidad considerable, que iba en aumento hasta que llegamos a marcar varios centenares de millas por hora.

—Diga, no nos vamos a estrellar si seguimos a este paso? — le pregunté al ruso.

El estaba ocupado apretando unos botones y pasó un minuto antes de que me contestara.

—Estoy enviando mensajes a los señaleros para que dejen vía libre para un tren expreso. Naturalmente que no podríamos dar vuelta en una curva cerrada a esta velocidad pero hay una curva abierta formando un cuarto de círculo que nos desviará a la derecha, después ascendemos y seguimos a flor de tierra una distancia de dos millas.

Pronto pasamos aquella curva y llegamos al aire libre. Rosonoff tocó un botón y movió algunas palancas.

Gradualmente el agudo zumbido producido por la alta velocidad fué haciéndose más bajo y veinte minutos había cesado casi del todo. Rosonoff tocó otro botón y aplicó los frenos. En diez minutos más se detuvo totalmente la marcha.

Todos saltamos a tierra y miramos a nuestros rededor. Nos encontramos en una pequeña alameda y Rosonoff ordenó que permanecieran en ella mientras él, Thoom y yo hacíamos una deligencia.

Los tres salimos de la arboleda y nos dirigimos hacia una construcción baja y extensa que había en medio de una verde pradera. Escondimos los tubos de vidrio entre nuestras túnicas y entramos en aquel recinto.

Un centinela Ja-vas que vino a nuestro encuentro fué muerto silenciosamente con los rayos que Rosonoff le dirigió desde los pliegues de sus ropas. Estando adentro, ví que aquel edificio era un enorme hangar lleno de dirigibles de todos los tamaños — Algunos de solo tres metros de largo y noventa centímetros de diámetro y otros de treinta de largo y nueve de diámetro. En el recinto había una docena de Ja-vas, ocupados en diversas quehaceres pero ninguno de ellos hizo caso de nuestra presencia allí.

A una señal de Rosonoff barrimos el espacio con los rayos invisibles de los tubos y todos los Ja-vas se desplomaron sin vida. Corrimos hacia ellos y nos apoderamos de sus tubos.

—Por cierto señor Rosonoff, sabe usted que clase de rayos utilizan en estos tubos? — le pregunté.

Sí. Son tubos de rayos catódicos, altamente perfeccionados, similares a los que inventó el doctor Coolidge en nuestro planeta hace algún tiempo, pero evidentemente los Ja-vas han descubierto alguna manera de afinarlos para hacerlos fatales para la vida animal. Usted habrá notado que nosotros estamos adelantados unos dos mil años en la escala de la civilización con respecto a Thoom y los Ja-vas lo están varios miles con respecto a nosotros.

Rosonoff y Thoom se encaminaron hacia los dirigibles mientras yo fuí en busca de los otros Ganymedienses.

Al llegar de vuelta al hangar encontré que habían sacado afuera uno de los aparatos más grandes.

—Quienes de ustedes pertenecen a la tribu de los Karnek, — preguntó Rosonoff dirigiéndose a los esclavos.

En respuesta, doscientos de ellos dieron unos pasos hacia adelante.

—¿Quiénes son de la tribu de Sira?

Todos los que quedaban, con excepción de tres, se echaron a un lado, formando un gru-

yo aparte. Aquellos tres eran Thoom, Navara y un viejo.

—¿Alguno de ustedes sabe manejar este aparato? — preguntó después Rosonoff, señalando al dirigible grande.

Dos de ellos respondieron. Uno era el viejo que había quedado con Thoom y Navara, y el otro uno de la tribu de Karnek.

Rosonoff llevó a estos dos al hangar y pronto vimos salir flotando a varios metros de distancia, un gigantesco cigarro y posarse en tierra a cincuenta metros del portal. Detrás de éste salió otro más chico que fué a posarse cerca de donde estaban Thoom y Navara.

Rosonoff bajó del más grande y me dijo:

—Clyde, usted irá a Itark en el dirigible chico con Thoom y su... — Miró interrogativamente a Thoom.

—Hermana, — dijo Thoom completando la frase.

—¡Hermana! — exclamé yo al mismo tiempo que mi corazón daba tal brinco de alegría, que me pareció se saldría del pecho. — ¡Creí... creí que eran novios!

—¡Oh, no! — dijo Navara sonriendo, y Thoom me miró con una sonrisa picaresca.

—Debemos proceder con rapidez, — interrumpió Rosonoff. — Clyde, suba pronto al dirigible con sus compañeros. Los veré luego en Itark. Usted, — dijo señalando al de Karnek que sabía manejar el aparato grande, — llevará a su gente a su país natal. Yo partiré en breve en el tercer aparato.

Entró después en el hangar, mientras los demás subíamos a nuestros respectivos dirigibles.

En el nuestro, el viejo, llamado Goor, tomó asiento frente al tablero de control, movió algunas palancas, puso en marcha el silencioso motor, y ascendimos suavemente en el aire de Ganymede. A través de la ventana de vidrio, ví el dirigible grande en que iban los de Karnek elevarse majestuosamente y virar hacia la derecha. Un momento después ví a Rosonoff salir apresuradamente del hangar, saltar a su aparato y elevarse rápidamente girando hacia la izquierda.

El nuestro había ya adquirido gran velocidad y me felicité de que así fuera, pues debajo de nosotros vi aparecer una hilera de vehículos terrestres que se detuvo en el sitio donde habíamos estado y de los cuales saltaron a tierra un centenar de javas que venían en nuestra persecución.

Llegó a mis oídos un lejano grito de rabia proferido por ellos sin duda al ver que ya habíamos emprendido el vuelo, y se internaron corriendo en el hangar.

Había recién entrado el último de ellos, cuando una gran columna de humo, fuego, piedras y hierros se elevó por los aires y el resto del edificio se desmoronó totalmente.

Sonreí al darme cuenta de que cuando Rosonoff entró por última vez en el hangar, fué para colocar en él una poderosa bomba explosiva. Estábamos, pues, a cubierto de todo peligro, por lo menos en cuanto a la persecución de los ja-vas.

Velozmente nos dirigíamos ahora hacia el Oeste y hacia nuestra seguridad.

CAPITULO VII

MIS ULTIMOS DIAS EN GANYMEDE

El regreso a tierra

Habíamos recorrido unas ochocientas millas cuando empezaron a notarse algunas fallas en el motor, que siguieron agravándose constantemente hasta que resolvimos aterrizar, para continuar nuestro viaje a pié. Goor sabía manejar los dirigles de los Ja-vas, pero ignoraba por completo la construcción y funcionamiento de los motores, y los demás, naturalmente en nada podíamos ayudarlo.

Hizo descender el aparato en un campo abierto y salimos de él para cubrir caminando las doscientas millas que nos faltaban para llegar a Itark.

Después de orientarnos, cruzamos el campo y nos internamos en un tupido bosque primitivo. Un minuto después de entrar en él nos ocurrió la primera catástrofe. Goor que iba adelante lanzó de pronto un grito de alarma y dió un salto atrás, golpeando furiosamente contra algo con el tubo de vidrio que usaba a la manera de garrote. Ocultando a Navara entre la espesura de arbustos Thoom y yo saltamos hacia adelante y vimos a Goor caído de bruces sin vida y una gran serpiente negra que se desenvolvía de su cuerpo. Thoom dirigió sobre esta sus rayos catódicos y quedó distendida, inerte, sobre el pecho de su víctima. En uno de los carrillos de Goor tenía dos largas heridas donde la serpiente le introdujo en la cara sus venenosas aspas.

Después de darle sepultura debajo de una piedra que removimos con bastante dificultad, llamamos a Navara y proseguimos nuestro camino, nerviosos y apesadumbrados por lo que había ocurrido.

Durante tres largos días Ganymedienses seguimos caminando hasta que nos sobrevino una segunda calamidad. Thoom y yo acostumbramos alternarnos en la tarea de procurar alimentos para la pequeña expedición y en este cuarto día le tocaba el turno a él.

Thoom tomó su tubo catódico y después de saludarnos con un movimiento de cabeza desapareció en la espesura del bosque.

Pasó media hora, después una, sin que volviéramos a verlo. Navara y yo empezamos a inquietarnos.

—Voy a buscarlo, — le dije, tomanod mi tubo de vidrio, y me interné en el enjambre de tallos y hojas. Por algunos minutos pude seguir sus pisadas y me encontré desorientado. Yo me enorgullecía en mi tierra natal de ser un hábil rastreador, pero en este bosque con árboles caídos, extensiones de piedra y laberintos de tupida vegetación, era como tratar de seguir los pasos de un fantasma.

Llegó la noche y continué aun buscando por algún tiempo y después a duras penas conseguí volver a nuestro campamento.

Thoom no había vuelto y aunque nos detuvimos allí durante cinco días, dedicando todo nuestro tiempo a buscarlo, no lo volvimos a ver.

Navara y yo seguimos solos y tristes, nuestro camino. Pasaron tres días sin novedad y esperabamos llegar al día siguiente a la capital de la tribu de Itark.

Al amanecer del cuarto día nos pusimos en marcha y todo fué bien durante la primera hora. De pronto, cuando estábamos atravesando un claro en el bosque, un fuerte silbido nos hizo dar vuelta y vimos con espanto, que se nos venía encima un gigantesco saurio. Era un Cerataurus-Ganymedeus o un Thordok, como lo llaman los ganymedienses.

Echamos a correr, pero no habíamos salvado la mitad de la distancia que nos separaba de los árboles más cercanos, cuando ya la bestia estaba casi a nuestro lado. El tacto del tubo de vidrio que tenía en la mano me hizo reaccionar. Me di vuelta rápidamente y apreté el botón. Me quedé frío de terror al ver que el aparato no emitía rayos y la bestia seguía avanzando.

—Navara, utilice su tubo, — le grité desesperadamente.

—No sirve. Se descompuso y no funciona desde ayer, — me dijo, mirándome con una expresión de desamparo.

—Entonces, corra hacia su izquierda lo más ligero que pueda, — le dije y me di vuelta para hacer frente al thordok, que estaba ahora a sólo tres metros de distancia. Le grité, salté y gesticulé para atraer su atención sobre mí y alejarle de la chica de Ganymede. Conseguí mi objeto, pues el largo cuello de aquel monstruo se extendió hacia mí y a no ser por un oportuno salto hacia atrás, me habría deshecho. Así y todo, el extremo de su largo pico me rozó el pecho causándome una larga herida desgarrada y me hizo rodar por tierra. Nuevamente su cabeza infernal se lanzó hacia mí y otra vez me salvó mi agilidad terrenal, pues de un salto escapé al embate de sus largas fauces que se hundieron en la blanda tierra, en el sitio donde un instante antes yo había estado parado.

Apenas había conseguido incorporarme nuevamente, cuando oí un grito horrorizado de Navara y la ví correr hacia el dinosauro. Se prendió de la gran cola dentada, como si pretendiera alejar de mí a viva fuerza, esas veinte toneladas de endemoniada furia. Esto pareció irritar a la bestia.

La cola se blandió a un lado arrastrando consigo el frágil cuerpo de la joven y después se extendió como un latigazo, lanzando a gran altura el divino cuerpo de Navara, que fué a caer al borde del claro, treinta metros más allá de donde yo estaba.

—Navara — grité, saltando al mismo tiempo hacia el macizo de gigantescos helechos detrás de los cuales había caído. De un solo embión, llegué hasta allí y me detuve horrorizado. Estaba al borde de un peñasco cuya abrupta ladera descendía una distancia de doscientos metros hacia un llano cubierto de rocas sueltas, que cien metros más lejos se perdían entre las aguas de un mar azul. Y dando vueltas en el aire cayó hacia la planicie el cuerpo de una mujer, cubierto con la verde túnica de los esclavos de los Javas: ¡era Navara!

Un débil grito de horror llegó a mis oidos. Lanzé un gemido de desesperación y caí desmayado.

No sé cuánto tiempo estuve así antes de recobrar mis sentidos. Probablemente habrá sido un día entero de Ganymede, pues el sol y el gigantesco disco de Júpiter estaban en el mismo sitio. Por algún tiempo traté de recordar lo que había ocurrido. Con algún esfuerzo se despejó mi memoria me vino el recuerdo del dinosaurio, el cuerpo de Navara lanzado hacia el borde del abismo, su caída...

Tuve un escalofrío, me incliné sobre el borde y retrocedí horrorizado.

Allí abajo yacía el bello cuerpo inanimado de Navara. Aquello no había sido una pesadilla.

Durante un tiempo que me pareció muy largo, quedé allí sentado sobre el borde del abismo, sumido en mi desconsuelo y mi tristeza recorriendo mi vista distraída aquel paisaje que me parecía extrañamente familiar. De pronto, algo que brillaba allá en el llano, a una milla de distancia, llamó mi atención. Se asemejaba a un casco de granada en medio de una angosta faja de verde césped, junto al mar. Miré con más atención y entonces la verdad se reveló a mi conciencia. ¡Aquello era la Lámina Espacial!

De un salto me puse de pie. Al menos estarían allí, Lloyd, mi querido amigo Lloyd, y Lenhardt y Robinson, para recibirme y confortarme. Caminé por el borde del peñasco y no tardé en encontrar un sitio por el cual podía bajar al llano. Desde allí no tuve gran dificultad para llegar al aparato.

Cuando me acerqué al dirigible, todo me pareció extrañamente desierto, y aun antes de abrir la puerta, sabía que no estaban en él mis amigos.

Desencantado, entré para inspeccionar el obscuro y lúgubre interior. Encima de un montón de papeles extendidos sobre la mesa, había uno que decía así: "A Clyde Bachus o Alexandre Rosonoff.

"Queridos amigos: Nosotros, Erich Ludwig Lenhardt y Henry Lloyd, hemos salido en este día, 23 de Junio, para tratar de encontrarlos, si ello es humanamente posible. Hact tres meses que ustedes se ausentaron y hemos recorrido palmo a palmo toda la comarca, en un esfuerzo infructuoso para hallarlos. Volveremos dentro de un mes, si no tropezamos con inconvenientes imprevistos. — Henry Lloyd".

Debajo de éste, había un cuadernillo de papel de oficio en que estaban anotados los principales acontecimientos ocurridos desde nuestra partida

En el segundo día de Abril, nuestros colegas, M. Alexandre Rosonoff, oriundo de París y el señor Clyde Buchus, de Haveril, Estado de Montana, se alejaron de nosotros en busca de alimentos para nuestra expedición, y no han vuelto.

Sabemos ahora a quién agradecer o maldecir, por nuestra presencia sobre este planeta. El señor Rosonoff estuvo en lo cierto cuando dijo que a bordo de la Lámina Espacial había un traidor y ese traidor era el

mecánico Robinson. Tres días después de la desaparición de nuestros colegas, yo, Henry Lloyd, estaba cazando, cuando alguien me disparó un tiro, pero afortunadamente erró la puntería. Al volver al aparato no encontré allí ni a Lenhardt ni a Robinson. Sabía que, quien fuere el presunto asesino, debía ser uno de nuestra expedición, pues sólo nosotros poseíamos armas de fuego y no habíamos hallado otras formas de vida que las inferiores a la creación. De pronto Robinson apareció de entre el ramaje y se aproximó a mí.

—¿Consiguió algo, señor Lloyd? — me preguntó.

—No, pero casi recibo una bala — le contesté observándolo cara a cara.

—¿Qué? ¿Es que alguno ha hecho fuego contra usted? — preguntó simulando sorpresa.

—Sí, — le repuse, — y no me es difícil adivinar quién fué.

Naturalmente, no podía estar absolutamente seguro de que fuera él quien intentó matarme, pero había conocido a Lenhardt bastante tiempo, como para estar seguro de que estaba por encima de tan infamante sospecha, así que sólo podía ser Robinson, aunque siempre había parecido honesto y digno de confianza.

Sus ojos se achicaron, saltando de ellos una explosión de odio.

—¿Con qué sabe que fuí yo? — me preguntó. — Bien, yo también soy el que los hice venir hasta aquí. Usted me hizo condenar por asesinato cuanto oficiaba de abogado en Wisconssin, alla por el año 1898. Logré fugar de presidio y esperé mucho tiempo la oportunidad de liquidarlo para vengarme. Pensé que acabaría con toda la partida descomponiendo las máquinas, mas no resultó lo que esperaba. Pero ahora voy a arreglar esa cuenta.

Echó mano al revólver pero en ese instante sonó un tiro y él rodó sin vida por el suelo. El señor Lenhardt estaba parado a la puerta con un rifle aun humeante en la mano.

—Le ha andado raspando a la muerte, señor Lloyd, — dijo por todo comentario.

Enterramos a Robinson en el bosque, volvimos el aparato y conseguimos componer su mecanismo.

Hemos esperado tres meses el retorno de los señores Rosonoff y Bachus pero aun no han vuelto. Mañana salimos a buscarlos y rogamos a Dios que nos ayude en nuestra empresa.

Henry Lloyd. Haverill — Montana."

Por un largo tiempo permanecí en el dirigible, con la esperanza de que el nuevo día me trajera noticias de mis amigos, pero como no aparecieron me eché un rifle al hombro y salí a buscarlos.

Durante tres largos días Ganymedienses recorrí en vano, cuando al atardecer del último día encontró un indicio. Estaba parado en el borde de un peñasco, examinando los alrededores en busca de alguna señal de vida, cuando un punto luminoso hirió mi vista. Este punto resplandeciente venía del tope de un árbol solitario que se elevaba en el centro de un amplio claro en el bosque.

Experimentó un sobresalto de alegría. Debía ser aquello algún reflector artificial y sólo un ser humano podría haberlo colocado allí sobre el tope de aquel árbol.

Tan ligero como me fué posible atravesé el espeso ramaje del bosque, para llegar al claro donde se elevaba el árbol solitario. Rápidamente trepé hasta las ramas más altas que pudieran soportar mi peso, y encontré un pequeño espejo, — uno de los espejos de la Lámina Espacial, — suspendido de una de las ramas, con un cinto de cuero. Un carnet con las iniciales de Erich Lenhardt estaba atado detrás del espejo. Lo abrí y saqué de adentro un papel sobre el que estaba escrito con evidente apresuramiento, lo siguiente:

"Ya se acercan. Lloyd y yo los hemos buscado a ustedes. Clyde y Rosonoff, durante un mes, y en nuestro camino de vuelta nos vemos atacados por una tribu de salvajes. Es muy difícil que nos dejen con vida. — E. Lenhardt."

Lancé nu gemido de angustia. Parecía que una implacable desventura me perseguía desde mi arribo a este extraño e inhospitalario mundo.

Como resultado de mi búsqueda por los alrededores, sól odescubrí un rifle roto y oxidado, con manchas obscuras en la culata, y cerca de éste algunos machetes cortos de bronce. Había muy pocas esperanzas de que mis amigos estuvieran vivos y me volví descorazonado a la Lámina Espacial, a la que llegué dos días más tarde, y por muchos días más esperé por si regresaba Rosonoff. Pero no llegó y me decidí a tratar de volver solo a la tierra.

Al día siguiente revisé las máquinas, llené los tanques de oxígeno, estudié el manejo de las palancas de control y cuando me sentí seguro de conocer su funcionamiento, resolví partir al día siguiente.

Y así, cuando despuntaba la aurora del nuevo día, moví la palanca de arranque, y por segunda vez me elevé sobre los aires en aquel aparato volador. A una altura de 100 millas sobre la superficie de esa luna, hice aumentar progresivamente la velocidad y cuando estaba a 600 millas, le imprimí la velociad de 1000 millas por segundo.

Había viajado así tres días insoportablemente aburridos, cuando me asalto una terrible duda. Durante mi cautiverio entre los Ja-vas había perdido toda noción del tiempo. ¿no sctaría ahora la tierra del otro lado del sol?

Afortunadamente, no era así. Al hacer algunas observaciones con el telescopio, descubrí delante de mí un hermoso cuarto creciente de color esmeralda y a un lado, otro cuarto creciente más pequeño de color anaranjado. ¡Eran el planeta tierra y su pálida luna!

A la noche siguiente penetré en la atmósfera terrestre y me detuve a una distancia de treinta metros, sobre un océano iluminado por la plateada luz de nuestra luna. Me mantuve a esta altura moviéndome horizontalmente hacia el Este, y poco tiempo después tuve la dicha de ver que pasaba

por encima de un continente en el que pronto reconocí a mi querida América. Me elevé entonces a una altura de diez millas para orientarme y conseguí localizar el campo de donde habíamos partido, en Haveril, Montana. Hice descender el aparato, pero debido a mi inexperiencia destrocé un costado del galpón que antes lo había cobijado. El r despertó a los moradores, quienes miraron azorados el gigantesco aparato, como si fuera un monstruo infernal. Abrí la puerta y salí, saludándolos tranquilamente con un ¡Hola, muchachos!

Es innecesario describir las escenas que sucedieron a mi llegada. Todos me asediaban para obsequiarme y casi me dislocan un brazo con sus efusivas sacudidas de mano. Estaban impacientes por saber cómo eran los hombres de la luna.

Pronto se enteraron de que los demás no venían conmigo, e insistieron en saber dónde habían quedado.

Cuando les dije que habían muerto, quedaron tristes. Me llevaron después a la casa y me metieron en cama como si fuera una criatura. Me hacía falta en realidad un buen descanso y me entregué a un sueño reparador. Durante los días siguientes les referí a todos las aventuras que quedan relatadas. Ellos me informaron que habían transcurrido dos años desde nuestra partida. A mí me parecía una eternidad. Me doy perfecta cuenta de que esta narración no será aceptada como verídica, por lo que la presento al público como un cuento.

Pero aquí, en la tierra, la vida ha perdido sus atractivos para mí,—mis íntimos amigos han desaparecido y el dulce rostro de Navara persigue mis sueños desde aquel día de desolación en Ganymede. Algunas veces me pregunto si no hice mal en dejarla allá sin tener una prueba absoluta de que estaba muerta, pero no; era imposible que sobreviviera a su trágica caída en el precipicio. Ella está muerta, pero mi mente no quiere admitirlo, no quiere pensar que ese rostro espiritual ha vuelto al polvo de donde surgió.

Aun queda Rosonoff, — no tengo pruebas de su muerte y algún día debo ir e iré a rescatarlo o dejar mis huesos en la tierra donde yacen mis compañeros.

Tres años después de mi partida, en caso de que no hubiera vuelto, el mundo podrá leer esta narración. Dudo mucho de que vuelva, porque quiero morir en la tierra que creó el angelical rostro de Navara!

* * * *

—Muy bien, señor Bachus, — le dije a la mañana siguiente, cuando le devolví el manuscrito. — ¿Cuánto tiempo hace que usted se dedica a escribir cuentos?

Primero me miró sorprendido y después se dibujó una breve sonrisa en sus labios.

—Pensé que usted lo creería. pero en realidad, no lo culpo de que lo considere una ficción. Parece en realidad bastante inverosímil. Pero, sin embargo, es cierto.

Traté de llevarle la corriente y le dijo que la aventura no era imposible. Comprendió mi intención y me invitó a que lo visitara alguna vez, para convencerme por mí mismo.

Y así, un año después, encontrándome accidentalmente cerca de su pueblo, fuí a verlo, y me mostró la Lámina Especial. A pesar de todo no pudo convencerme hasta el día que presencié su partida.

La última vez que lo ví, el volador metálico se elevó verticalmente, saliendo del galpón por las dos grandes puertas del techo, descriptas antes en el manuscrito. y después asumió gradualmente una posición horizontal, alejándose constantemente hasta que se perdió en la penumbra del atardecer.

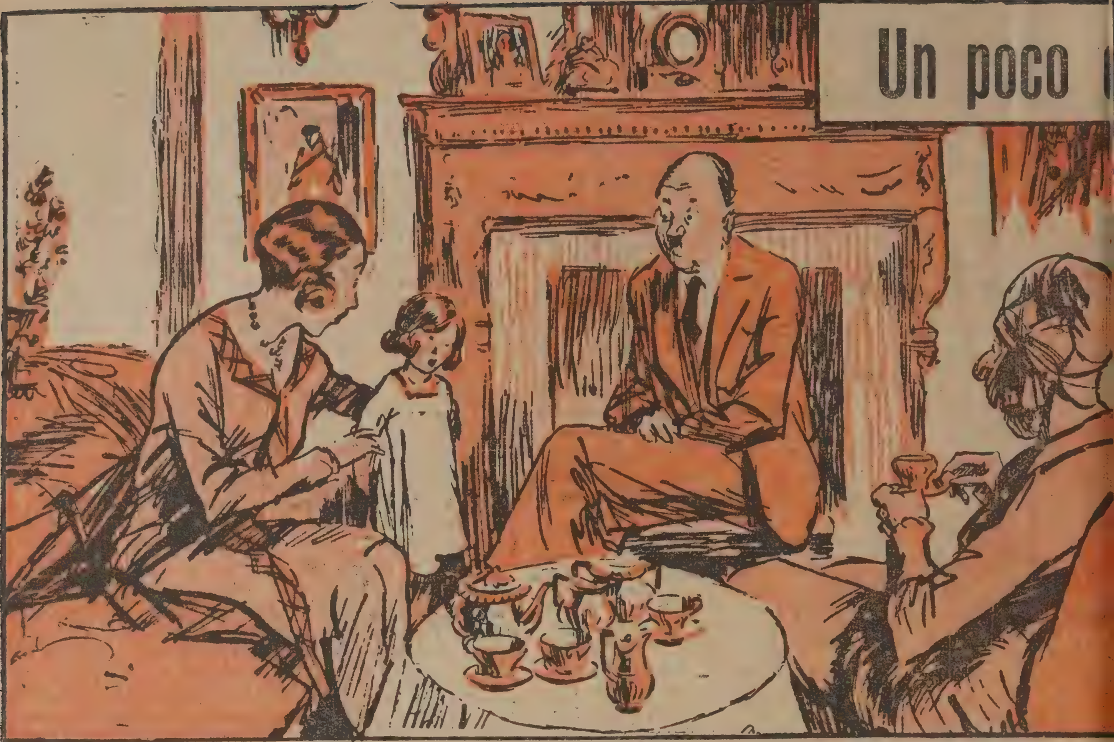
Esto aconteció hace tres años, y no ha vuelto, así que doy a la publicidad el manuscrito para que los lectores puedan juzgar sobre el grado de veracidad que pueda contener.

Un célebre médico ha dicho:

"La mala digestión es la causa de casi todas las enfermedades. Si quieren evitar los sufrimientos, sazonen las comidas con la mejor salsa: LA ALEGRIA".

Alegría, verdadero humorismo, es lo que ofrece todos los viernes Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Un poco



RATIFICACION

La madre: — ¡Pero nena! ¿Cómo te has atrevido a faltarle al respeto a tu tía diciéndole que tiene cara de camello? ¡Pídele disculpa! Dile que lo lamentas.

La chica obediente: — Tía: lamento mucho que usted tenga cara de camello.

EN EL ZOO

—¡Pero no seas miedoso, Totó! Ese an imal no te hará mal si tú no lo lastimas a él.

morismo

CREYO OTRA COSA

El padre con tono grave y solemne: — Luisa; acabo de recibir una cartita de tu profesora de música, y...

La chica interrumpiéndolo: — Te feli cito, viejo. Yo no le diré nada a mamita.

A la última sirvienta la despedí porque usaba mis vestidos. Supongo que usted no hará eso, ¿verdad?

La sirvienta: — Antes de contestarle... quisiera ver sus vestidos.

EL SARCOFAGO DE CHANG LING

Por CHARLOTTE DOCKSTADER

DESGANADAMENTE y con los grandes ojos azules sombreados por una expresión de honda preocupación, Bert McKenna dobló la esquina de Bowery y se internó despacio por la estrecha cortada de Peil Street. Fueron desfilando así bajo sus ojos abstraídos las sucias entradas de los inquilinatos chinos llenos de chiquillos mugrientos y bulliciosos, los escaparates miserrísimos de los varios negocios que malvivían en el lugar, los puestos de verdura y fruta y las librerías donde se vendían libros y revistas de todas las partes del mundo, y no siempre de la mejor moralidad. Pero Bert no hacía caso del pequeño mundo de Peil Street, sólo le interesaba por el momento el reducido almacén de curiosidades perteneciente a Chang Ling. Por eso no se detuvo en ninguna parte y fué derecho al término de su desusada visita al barrio chino.

La tiendita de Chang Ling, era algo así como un lirio en medio del lodazal de las inmundas viviendas circundantes. Una cortina de bambú colgaba de la puerta principal abierta y se mecía suavemente a impulsos de la brisa vespertina.

La vidriera exhibía una limpieza resplandeciente, dejando ver el paisaje nórdico — pinos y montañas nevadas — que unas manos hábiles habían dispuesto detrás de él.

Del mimo modo que un actor ensaya a último momento el nuevo papel que va a representar, Bert McKenna, se detuvo un instante afuera para recordar punto por punto lo que debía hacer. Trató de representarse mentalmente el interior del negocio, la silueta del viejo Chang Ling y la de su nieta, Moya Ling. Pero, caprichosamente, en vez de llevar adelante sus propósitos, su mente retrocedió al día que tuvo la noticia que le decidiera a encaminar sus pasos a Peil Street. Se acordó también del hombre que se la diera. Asaltado por estos pensamientos, se detuvo.

Recordaba ahora una celda estrecha la que había abandonado días antes. La veía danzar ante sus pupilas, a pesar de que éstas estuvieran dirigidas hacia el llamativo cuadro situado detrás de la vidriera, con sus casitas de papel, sus montañas de cartón y sus árboles liliputienses, todo cubierto por un cielo demasiado azul y hermoso para ser verdadero. Se veía tendido sobre su tarima, con la cabeza apoyada en las manos unidas; a su lado estaba el viejo Charlie Shank, el hombre que compartía con él el limitado espacio de la celda. Esto, mientras el carcelero se paseaba incesantemente y por el pasillo, atento a los menores ruidos. Con matemática regularidad aparecía por el hueco izquierdo de la puerta, cruzaba lentamente hacia la derecha y desaparecía. Al poco rato volvía por ese lado y se repetía la escena, pero al revés.

Era un domingo de mañana, hacia casi un mes. El tañido de las campanas de las iglesias de la pequeña lejana ciudada situada en lo alto de una colina y a veces el rumor de la música lejana de los botes que pasaban por el río, llenaban de vida el ambiente aletargado de la prisión. Por momento cesaba todo ruido o sonido del mundo exterior y sólo se oía el paso monótono del guardia. Bert creía percibir todavía la voz contenida de su compañero de cárcel. Hablaban del porvenir que le esperaba una vez que la condena se cumpliera. Dos semanas más y sería libre. En cambio tres años largos de encierro esperaban todavía al pobre Charlie...

—No es por mí que me preocupa esto — decía Charlie suspirando y pasándose sus manos callosas por la frente, cual si de este modo quisiera disipar un mal pensamiento. — Lo que me aflije es la buena muchacha que me espera afuera, sin tener un centavo que le pueda hacer llevadera la vida. Si en cambio yo estuviera en libertad, todas nuestras desazones desaparecerían al momento. Se dónde se encuentra un montón de plata, esperando solamente que un tipo hábil y decidido vaya a buscarlo...

Bert no había contenido un movimiento de interés al oír aquello. Como el perro de caza aguza el olfato cuando presiente el olor orientador, así McKenna contuvo la respiración un segundo al oír las palabras de Charlie. Desde el momento que dentro de poco tiempo sería libre aquel asunto debía llamarle necesariamente la atención. Pues era indispensablemente que contara para entonces con algunos dólares. Le serían seguramente más útiles que a la mujer de Charlie.

Pero el movimiento hecho por Bert, involuntariamente, había tenido también la virtud de poner en guardia a Charlie, quien observó a su compañero con no disimulada desconfianza. Las miradas de ambos se en-

contraron varias veces. Al fin, no queriendo ser ninguno de ellos el primero en hablar, guardaron silencio, en tanto que el carcelero seguía paseándose por el pasillo.

Pasó así bastante tiempo. Infinidad de veces la sombra del guardia se deslizó por el claro de la puerta, antes de que ninguno se decidiera a pronunciar palabra. Al fin, Charlie, no pudiendo resistir por más tiempo al deseo muy natural de revelar un secreto guardado durante mucho tiempo, se levantó de su asiento y se acercó a la cabecera de McKenna. Así, mientras éste aparentaba una indiferencia que estaba lejos de sentir Charlie le contó todo lo que sabía acerca de un tal Chang Ling, que no era poco ciertamente. Supo así que el viejo poseía un negocio de curiosidades en la barriada china en Pell Street, oficiando además de banquero de sus vecinos, quienes le entregaban sin la menor desconfianza, porque le conocían honrado, todos sus pequeños ahorros.

El chino debía tener escondidos verdaderos montones de oro.

—Como ves, Bert, sólo falta que un hombre vaya y tenga la suficiente inteligencia para saber dónde se encuentra escondido el tesoro de esos amarillos Pero, eso sí, debes recordar que los tales individuos saben guardar muy bien sus secretos y que no siempre es fácil descubrirles el nido. Por sus conversaciones no podrás sacarle nunca nada en limpio. Además, por la cantidad de cachivaches, que hay en esa casa, me temo que sea más fácil encontrar una aguja en el mar que descubrir allí el depósito del dinero. Mas lo cierto es que éste existe y que se encuentra dentro de la casa. Me consta.

—¿Sí? — preguntó McKenna sin volverse. — ¿Quién te dice que el viejo no va depositando el dinero en el Banco Nacional a medida que lo recibe?

—No, no, — insistió Charlie. — ¡Te digo que está allí!

—Entonces habrá que emplearse como mucamo o cosa parecida, y tratar de descubrir luego entre los Budas de bronce la ubicación del tesoro de que hablas...

Había dicho esto sin el menor asomo de interés, Charlie, que estaba indudablemente en tren de confidencias, asintió:

—Precisamente, Bert. Ese era también mi proyecto.

Sus ojos astutos se obscurecieron un segundo.

—Hay otra cosa, Bert — añadió. — En la casa existe un sarcófago que el chino destina asimismo para su último lecho. Es en ellos una costumbre comprarse por adelantado el cajón que ha de guardar sus huesos. Pero imagínate ahora que el viejo destinara el sarcófago para otro uso... por ejemplo, para esconder en él su dinero... Es claro que no hace mucha gracia eso de andar desvalijando un cajón de muerto.... De mi parte, confieso que antes de meterme en esos líos, lo pensaría un poquito...

A esta altura, McKenna se había incorporado bruscamente sobre la tarima. En sus labios asomaba una mueca que se hubiese podido tomar por expresión de horror, de incredulidad o simplemente de máxima curiosidad.

—¡Un sarcófago! — exclamó mirando fijamente a Charlie. Y agregó: — de cualquier modo, todos los cajones del mundo no me harían retroceder. Dime dónde vive ese chino Chang Ling y ya verás cómo me las arreglo para hacer una tentativa... ¿Está solo en la casa, el viejo?

—No, vive con él su nieta, Moya Ling. Es encantadora, según tengo entendido. Ayuda al viejo en las tareas propias del comercio. Creo que tiene también una dote bastante apetitosa. Chang Ling le guarda por lo menos diez dólares por cada cien de ganancia. ¡Podrás imaginar lo mucho que ya tendrá reunido!... Será la fácil presa de algún pretendiente amarillo, a menos que tú...

McKenna ya se había sentado al borde de su tarima. Miraba con indefinible expresión a Charlie. ¿Uno mujer?... Era su fuerte. La perspectiva de conquistar a una linda y rica chinita, no dejaba de seducirle. A este solo pensamiento se disipó como por encanto el ceño que hasta entonces había ensombrecido su frente. Sus ojos azules tenían una virtud que sin falsa modestia se reconocía bastaba que los clavara en los de las muchachas, para que éstas sintieran un estremeciento promisor. Ese era el comienzo. Lo demás venia solo.

Aquí Charlie tornó a ponerse serio.

—¡Vamos! — dijo malhumorado. — Haz lo que se te antoje con lo demás, pero deja tranquila a la muchacha. Ya sabes que la mujer es más peligrosa todavía que los sarcófagos. No te mezcles ni con la uno ni con los otros, si es que quieres vivir tranquilo...

Y agregó en tono misterioso:

—Recuerda siempre que esos chinos son peligrosos, muy peligrosos...¡ Anda con mucha cautela cuando los trates!...

Bert sonrió a la advertencia. Por lo demás no la necesitaba. El sabría como tratar a los desconfiados habitantes del barrio chino.

Todo el resto de la tarde se lo pasaron charlando del cajón y de Chang Ling. Charlie no se cansaba de aconsejarle que fuera prudente con los "diablos mongólicos", como les llamaba pintorescamente, pero el muchacho, con la fanfarrona seguridad que da la juventud, se limitaba siempre a reír.

Llegó por fin el día de la liberación. Estrechó Bert la mano de su compañero de celda y se despidio de él con un "hasta luego" y una serie de promesas que olvidó antes de franquear la puerta de la cárcel. Su intención era ponerse inmediatamente en campaña y averiguar el paradero exacto de Chang Ling. En cuanto a la mujer de Charlie, era cosa que ya no le interesaba, a pesar de que el recluso le había comunicado su secreto solamente por ella y en la esperanza de que aliviara su difícil situación.

Tomó el primer tren para Nueva York. Llegado que hubo a ésta, sacó de un banquillo del bajo fondo el dinero que había depositado antes de caer en las garras de la policía. Con eso tendría para vivir hasta que lograra apoderarse del tesoro de Chang

Ling. Entonces resolvería quizá el problema siempre angustioso de su porvenir. Se desquitaría con creces de la forzada vida monacal que la ley le había impuesto durante varios meses. Lo que sí, se marcharía al exterior tan pronto como diera el golpe...

Es así como una tarde del verano recién iniciado, llegó a Pell Street. No se inquietaba mayormente por el resultado de la aventura, como jamás se había inquietado cuando una mujer tenía la clave del asunto. La única que le interesaba era la muchacha con quien tendría que habérselas. ¿Qué clase de mujer sería? ¿Cuáles serían sus gustos, sus debilidades? A exacta semejanza del general que desea cerciorarse de las condiciones en que se encuentra la tropa con la cual deberá operar, así quería informarse acerca de la persona de la rica nieta y heredera de Chang Ling. ¿Se resistiría tenazmente al asedio o cedería pronto a la seducción de sus ojos azules? Mientras aparentaba mirar el escaparate de la tienda, no dejaba de pensar en Moya Ling. Sin embargo, acudió de nuevo a su memoria el recuerdo de Charlie Shank y sus advertencias acerca de las mujeres y los sarcófagos. Irritado por las inoportunas ideas, las apartó de sí bruscamente — al menos tal fué su intento y miró decididamente a través de los cristales de la puerta. Pero a pesar de los esfuerzos que hizo para distinguir lo que había dentro, una espesa niebla parecía envolverlo todo en el interior de la tienda. Estaba tan acostumbrado al recuadro de luz que dejaba la puerta de la celda, que por un momento creyó oír de nuevo el andar acompasado del guardia. La escena era en cambio de las más tranquilas. Miró más atentamente y un escalofrío le recorrió la médula. Del fondo oscuro, colgaba un sarcófago, un verdadero sarcófago. Impaciente consigo mismo, se restregó los ojos y volvió a mirar. La macabra visión había desaparecido. Todo no pasó seguramente de una alucinación. Por más que se fijó, sólo alcanzó a distinguir los consabidos objetos de la industria china; jarrones, biombos de papel, budas de bronce y porcelana, pocillos y mil chucherías más.

Avergonzado, hizo un esfuerzo para sonreír. Decididamente la prisión le había dejado algo débil. De haber sido Charlie Shank, seguramente habría tomado el fantasma de sus sentidos como una siniestra amenaza del destino, pero por fortuna se llamaba Bert McKenna y no era hombre de asustarse por esas tonterías. La cosa no pasaba de una mala broma de su imaginación excitada, pensó.

Dió unos pasos hacia la puerta de entrada, pero se detuvo bruscamente al notar un movimiento inusitado del lado del escaparate. Nuevamente volvió a equivocarse porque el movimiento venía de la ventana que daba a la calle. La celosía se abrió de par en par y en su marco apareció el rostro y parte de los hombros de una muchacha.

Bert volvió rápidamente la cabeza. Un silbido casi imperceptible de admiración se escapó de sus labios. La chica era realmente encantadora. Tenía los rasgos propios de los de la raza amarilla, pero en toda su persona se advertía un sello de distinción natural que en verdad asombraba. Sus mejillas rosadas y frescas se destacaban graciosamente del vestido verde, cuyo escote dejaba ver una carne sana y fuerte de adolescente.

Bert siguió con la mirada sus movimientos llenos de gracia y nobleza, hasta que los ojos renegridos de ella se fijaron en los suyos. Fué un instante de suprema comprensión. Al cruzarse sus miradas, Moya Ling hizo un instintivo movimiento hacia atrás. Sus mejillas se colorearon aún más de púdico rubor. Toda confusa, desapareció de pronto en el interior de la casa.

—¡Caramba, había sido más fácil de lo que imaginaba, — exclamó Bert sonriendo para sus adentros y no dudando más del éxito de sus planes.

No esperó más. Dejando a sus espaldas el calor, el polvo y ruido de Pell Street, franqueó decidido la cortina de bambú, y se vió de pronto en el fresco y limpio recinto de la tienda de Chang Ling.

Estaba en el templo donde Moya Ling oficiaba de máxima sacerdotisa. Afuera rumoreaba la populosa barriada neoyorquino mongólica.

La mirada avizora de McKenna recorrió de extremo a extremo el almacén de curiosidades. Las chinerías se apilaban sin orden aparente en los rincones, sobre mesillas exóticas, en los anaqueles. La luz mortecina de la tarde se colaba por la cortina de bambú dorando algunos bronces. Una nubecilla tenue de incienso flotaba en el aire, saturándolo de su característico perfume.

Desde la caja, situada junto a la ventana que se abriera momentos antes para no volverse a cerrar, estaba la linda Moya Ling. Miraba tímidamente al recién llegado. Bert no pestañeó ante el examen de que era objeto. Había resistido otras miradas más temibles que la pudorosa doncella china para turbarse. Además, nada había en su persona que pudiera revelar el capítulo de vida que acababa de dejar atrás. Eso de las huellas de la cárcel, es pura literatura. En su rostro no asomaba la consabida palidez, ni en su mirada se delataba la inquietud. Por el contrario, sus músculos se habían endurecido en la cotidiana tarea de carcelaria y tenía la piel bronceada por el aire marino y de las montañas. También sus ojos mostraban un brillo de salud gracias al sueño suficiente y al alimento sano. Por lo demás, su traje de brin y su inmaculado panamá podían merecer muy bien el respeto de un barrio de calles

---

DESCONFIANZA.

—¿Quiere decirnos cómo hizo para abrir la caja de hierro?

—Señor juez, se trata de un procedimiento del que tengo la exclusiva. Si estuviera a solas con usía, no tendría inconveniente, pero delante de los señores letrados...

Chang Ling miraba la escena con expresión enigmática.

más aristocráticas ciertamente que las del barrio chino.

Convencido de que la muchacha estaba ya bien dispuesta a su favor, entabló con ella una amistosa conversación a propósito de una estatuita de madera. De pasada hízola notar que era un forastero rico llegado hacía poco a Nueva York, ciudad donde no conocía a nadie. No era extraño, entonces, que se sintiera solo en la gran metrópoli americana. Moya Ling contestaba con ingenua viveza a sus preguntas. Bien se veía que en su corazón no se escondía ya la desconfianza.

Pasaron así dos horas largas. Bert, con el pretexto de examinar las curiosidades que se exhibían en el negocio, prolongaba la charla, con gran contento de la hermosa oriental, quien no tenía inconveniente en mostrarle las novedades últimamente llegadas a la casa. Ella misma le enseñó el funcionamiento de

algnuas cajas de sorpresa. Las manos llegaron a tocarse varias veces. Cuando eso sucedió, las mejillas de Moya enrojecieron visiblemente, pero la mirada de los ojos muy azules de Bert, bastaban con su dulzura para tranquilizarla. De lo que no se apercibió, ciertamente, es que esos mismos ojos, cuando no eran observados, se paseaban ansiosamente por los estantes y estatuas del almacén, como si buscaran algo... ¡Charlie había tenido razón! ¡Era más fácil encontrar una aguja en el mar que allí el tesoro de Chang Ling!

A todo esto, los parroquianos entraban y salían continuamente. Eran en su mayoría, turistas que a veces regateaban por sistema y otras se llevaban las cosas sin hacer la menor objeción a los precios que se les decía. Moya iba y venía atendiendo a todo el mundo. Bert, a pesar de que simulaba observar interesado un vaso de porcelana o cualquier otra baratija, no dejaba de notar las furtivas miradas que le dirigía la muchacha cuando creía no ser vista. Evidentemente, el negocio marchaba. En eso entró un chino mugriento en el almacén. Al ver a Moya le dirigió una mirada muy amistosa. Cambiaron algunas palabras en el idioma patrio. La muchacha le acompañó un trecho y luego, al acercarse a la caja, tocó algo que debió ser un botón. Una puerta se abrió, dando paso a una serie de tres o cuatro escalones. El hombre se aproximó a ellos con evidente seguridad. Del hueco surgió un anciano. Parecía aun más pequeño dentro del amplio traje que vestía. Los años le habían encorvado, arrugando su piel cetrina y dando inseguridad a su paso; solamente sus ojillos brillantes, como de águila denunciaban al hombre de tiempos mejores. Al verse frente a Bert lo saludó como a un cliente, nada más, y desapareció en el fondo, después de haber dicho algo en chino a Moya. La puerta volvió a cerrarse detrás de los hombres.

—Es mi abuelo, Ching Ling — explicó la muchacha. — El otro es Tom Chau, que cocina en el restaurant de enfrente. Es un muchacho muy trabajador y bueno. Está ahorrando para pagarse algún día sus estudios...

Pero se detuvo de pronto. Advirtió, seguramente, que estaba hablando demasiado a un hombre que, al final de cuentas, era un simple desconocido. Se puso a trabajar afanosamente en la caja.

Bert comprendió, entonces, que había llegado el momento de retirarse. Por ese día había hecho bastante. Tomó la primera estatuita que tuvo a manos y la entregó a Moya para que la envolviera. Estaba ella vuelta de espalda, cuando vió que se abría otra vez la puerta del fondo, dando paso a los dos chinos. Notó asimismo, que el más joven, Tom Chu, entregaba al viejo algo que no alcanzó a ver, seguramente dinero. Furioso, porque debía retirarse, precisamente en ese instante, dominó, sin embargo, el deseo de volver la cabeza para ver lo que sucedía en el fondo de la tienda.

Caminó unos pasos al azar en la calle, pero luego se encaminó derechamente a su casa. A la estatuita le regaló unas cuadras más allá a un chicuelo que jugaba al borde de la calzada. Alcanzó a ver, no obstante, que Tom Chu se alejaba a toda prisa de la casa de Chang Ling, quien seguramente, caminaba en ese instante al sitio donde tenía escondido su tesoro. Esta idea le impacientó. ¡Retirarse cuando podía muy bien espiar al viejo!... Murmurando algunas interjecciones de contrariedad, se alejó a pesar de todo. No había que arriesgar mucho la primera vez. Tampoco no tenía razones para apurar la marcha del asunto. Le bastaba con que el dato de Charlie Shank se confirmara completamente en lo que se refiere al chino banquero, su sarcófago y sobre todo, su tesoro. Porque éste debía existir indudablemente, ya que con sus propios ojos había visto llegar un depositante. Por último, estaba una muchacha que bajaba los ojos y se ruborizaba cuando fijaba en ellos su mirada azul... La ingenua adolescente le había ayudado involuntariamente en la primera escena de la comedia y le ayudaría seguramente, en la última.

Cuando más risueños eran sus pensamientos, una sombra alucinante vino a interponerse para disiparlos. El sarcófago había vuelto a danzar ante sus pupilas azoradas. Un estremecimiento de invencible terror le invadió su cuerpo. Se acordó nuevamente de Charlie. Sacó con dedos nerviosos, un cigarrillo y se lo puso en los labios, que temblaban como los de un niño asustado por la aparición de un espantoso fantasma. Una sonrisa demasiado amplia, para ser sincera, se advirtió luego en su boca. ¿Cómo era posible que él, todo un Bert McKenna, estuviera temblando como un chiquillo? Había dado tanta importancia a la supersticiosa advertencia de Charlie, que había terminado también, por ser un inconsciente víctima de ella.

En consecuencia, se resolvió a no acordarse más de ella en lo sucesivo. Sólo así no volvería a perseguirlo el fantasma del sarcófago de Chang Ling. Procuraría ver en aquel, cuando volviera a aparecérsele, no como una llamada de lo desconocido, sino como el premio final de sus desvelos. Lejos de simbolizar la muerte, el cajón de Chang Ling encerraba su porvenir en la forma de las relucientes monedas ahorradas una detrás de otras por los chinos. Sólo necesitaba tiempo y la ayuda de una mujer para apoderarse de la fortuna que le esperaba.

Dejó pasar prudentemente un día antes de emprender otra vez el camino de Pell Stret. Al verlo entrar en el almacén, Moya Ling, le saludó cordialmente, pero se mantuvo alejada de él. Trabajaba en la caja, preocupada solamente por sus facturas y recibos. Varios días pasó en este relativo retraimiento, mientras él se paseaba por la tienda para terminar siempre comprando alguna baratija que luego regalaba apenas salía de nuevo a la calle.

Bert puso entonces en juego todos los recursos de su galantería para atraerla. Cuando ella le ofrecía una oportunidad de charlar con relativa detención, le hablaba de su vida de hombre adinerado, de los viajes por el mundo que había efectuado hasta entonces y de los que todavía pensaba realizar y de las comodidades y el lujo principescos con que sabría rodear a la mujer que supie-

ra conquistar su corazón. La muchacha, que después del primer día se había mostrado bastante esquiva, comenzaba a esucharlo de más en más, con evidente placer. Poco a poco comenzó a perder la instintiva desconfianza que había demostrado hacia su galán caucásico, cambiando muy luego lo que había comenzando siendo un sentimiento de amistad por otro bien distinto, que Bert se empeñó muy bien en cultivar. Es claro que el muchacho ardía también por entonces en deseos de penetrar en las habitaciones interiores y ver el contenido del sarcófago, de cuya existencia ya no dudaba, a pesar de que no lo hubiera visto nunca todavía.

Al fin llegó la ocasión. Fué el día feliz en que pudo estrechar entre sus brazos el cuerpo núbil de la linda Moya Ling. Sus labios se unieron con unción y Bert no pudo menos que decir algunas ternezas a su 'prometida". Pero lo que no advirtieron los dos enamorados es que la puerta del fondo se había abierto sin ruido, apareciendo en ella la figura escuálida del viejo Chang Ling, quien miraba la escena con la expresión enigmática que daban a su rostro sus ojillos oblicuos. Pero no dijo una palabra de reproche a su nieta. Sin embargo, en ese instante que la puerta estuviera abierta de par, Bert, fingiéndose avergonzado por haber sido sorprendido besando a una muchacha, hizo un instintivo movimiento de horror al ver en el fondo de la habitación un sarcófago, el mismo que le había preocupado tanto en los últimos tiempos! El cajón descansaba sobre una especie de tarima, contra la pared opuesta de la habitación. Moya, creyendo comprender lo que pasaba en el espíritu de su amado, lo detuvo apretando sus frías manecitas sobre las mejillas de él.

—No temas, mi bien, — se apresuró a decir. — Los de mi raza pueden amar lo mismo que odiar. Dile que estás aquí para casarte con su Moya Ling.

¡La chica había interpretado su movimiento de temor como si fuera producido por la presencia del viejo, y no del sarcófago! Bert, haciendo un esfuerzo, no tuvo más remedio que llevar adelante la comedia. ¡Casarse con una mujer amarilla, él, un rubio descendiente de anglosajones! Dominando una instintiva aversión por semejante desposorio, recordó, pasado el primer instante de duda, que la promesa de casamiento a Moya entraba también en sus planes. Una promesa se hace a cualquiera. El problema es cumplirla después. Por consiguiente, inclinó la cabeza en señal de asentimiento, echando de pasada otro vistazo al sarcófago. ¡Ah, ya no le temería, ciertamente! En vez de constituir para él un motivo de temores, sería el agente de su riqueza futura. ¿Retrocedería acaso, ahora que estaba tan cerca de alcanzar su objetivo?

Su mirada respetuosa desarmó por completo al viejo, que había permanecido hasta ees instante inmóvil, adusto, como un padre vengador, listo para caer sobre el hombre que se atreviera a mancillar el honor de su hija única. Bert habló luego con voz clara y varonil: deseaba simplemente que se le concediera la mano de Moya Ling. Esta, mientras él hablaba, se apretaba más contra su pecho. El anciano sonreía en tanto, casi estúpidamente, cual si no quisiera dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos y oyendo sus oídos. Escuchó, empero, hasta el final. Cuando Bert hubo terminado de hablar, condujo a la pareja al interior de la habitación. Bebieron allí una copa de buen vino, sellándose así el compromiso. El sol de la tarde se colaba por la ventana y la brisa fresca traía el perfume del jardín. Este era como un oasis en medio de la pobreza y suciedad del barrio. Apenas había allí sitio para las casuchas de madera y era poco menos que inconcebible que en medio de ellas crecieran hermosas acacias, pinos y ligustros, y hubiera flores de las más variadas en los artísticos macizos. Las enredaderas subían por las paredes hasta cubrir parte del techo de las casas vecinas.

Moya Ling, rebosante de felicidad, no se despegaba un segundo de su hombre de ojos azules. Entretanto, el anciano Chang Ling no dejaba de observar discretamente al pretendiente de su hija. En su natural buen sentido no cabía la idea de que en un hombre extranjero como aquel hubiera hecho carne el deseo de buscar su esposa en una mujer de una raza considerada inferior. Pero Bert, consciente del estudio de que era objeto, supo eliminar también la desconfianza del abuelo con las mismas razones de que se había valido para conquistar el amor ue la muchacha. Por toda contestación, Chang Ling, convencido o no por las palabras por el futuro esposo de su nieta, contestó con la dignidad que no le había abandonado en ningún momento:

—Hubiera deseado que Moya Ling consagrara su vida a uno de los de su raza, pero ya que su corazón ha elegido a un hombre blanco, no seré yo quien se oponga a este amor. Pero antes quiero, para dar mi consentimiento, que esperen hasta saber si realmente es amor lo que ahora arde en el espíritu de los dos. Por lo demás, ella no irá pobre a poder de usted. Cuando yo haya muerto, todo esto será de ella. Y posiblemente no tengan que esperar mucho...

Involuntariamente, la mirada de Mckenna se posó sobre el sarcófago. Tampoco esta vez no pudo dominar un estremecimiento de horror. Moya, que tenía las manos de su prometido entre las suyas, percibió el ligero temblor. Ahora comprendió perfectamente el motivo de su desazón.

—¿Es el cajón el que te inquieta? — dijo. — Es claro. No estás acostumbrado a ver uno cerca tuyo. Es una antigua costumbre de nuestro pueblo: elegir por adelantado el último lecho... Nadie debe temer esa caja, puesto que es un simple cofre o una cama...

Se levantó y se acercó tranquilamente al sarcófago. Dió vuelta la llave y levantó la tapa. Ahora que había llegado el tan ansiado momento, Bert sintió en sí una inexplicable falta de interés por lo que iba a mostrarle Moya. Se levantó desganadamente de su asiento y se acercó al cajón, decorado con dragones dorados y lenguas de fuego. No es para describirse su desilución. ¡El sarcófago estaba completamente vacío! En cuanto a las maderas, eran demasiado delgadas para contener un tesoro. Allí no era posible ocultar nada. ¡Qué depósito de dinero,

ni qué tontería! Aquello era el cajón destinado a Chang Ling, ¡nada más!

Un observador en antecedentes hubiera notado la expresión de cólera que transformó por una fracción de segundo el rostro de Bert Mckenna. Pero al instante reaccionó.

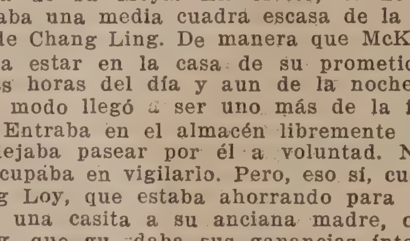
En nada quedaban sus conjeturas y las de Charlie Shank, pero siendo el prometido oficial de Moya Ling tendría libre entrada en la casa y podría tomarse el tiempo necesario para tratar de descubrir el sitio donde se guardaba el tesoro del viejo chino. Hizo algunas observaciones estúpidas sobre los dibujos que adornaban el cajón y Moya bajó de nuevo la tapa. Bert observaba ahora el cuarto, distraídamente. Era de una sencillez extrema y en los muebles no se hubiera podido esconder un simple vaso. Se veía en el fondo la cocina y el pequeño dormitorio del abuelo de la nieta. ¡Sería el teatro de sus investigaciones!", — pensó Bert para su fuero interno.

Al día siguiente alquiló una habitación en un pequeño hotel vecino, situado en la calle Mott. Era ése un hospedaje que no convenía seguramente a la categoría que se decía poseer, pero Bert explicó que se reducía a vivir en aquella estrechez con tal de estar cerca de su Moya. En efecto, el hotelito distaba una media cuadra escasa de la tienda de Chang Ling. De manera que McKenna podía estar en la casa de su prometida a todas horas del día y aun de la noche. De este modo llegó a ser uno más de la familia. Entraba en el almacén libremente y se le dejaba pasear por él a voluntad. Nadie se ocupaba en vigilarlo. Pero, eso sí, cuando Lung Loy, que estaba ahorrando para comprar una casita a su anciana madre, o Ah Wing, que guardaba sus ganancias íntegras para traer de la China a su prometida, o Willie Wang que ahorraba a fin de comprarse un negocio y una docena más de chinos entraban en la tienda y Mcya Ling llamaba a su abuelo con el timbre de costumbre, Bert se transformaba automáticamente en un extraño y no tenía ninguna participación en aquellos manejos. Hablaban siempre en chino y el viejo Chang Ling no salía de su escondrijo hasta que McKenna no se hubiera retirado. La confianza terminaba donde el dinero comenzaba su reinado.

Bert llegó a contemplar la posibilidad de presentarse una buena noche enmascarado y de exigir bajo la amenaza de un revólver que se le llevara al sitio donde se ocultaba el tesoro, cuya existencia daba ya por cierta. En efecto, ¿a qué venían tantas precauciones, si no había ningún secreto? Pero luego se convencía de que era a todas luces una estupidez poner en práctica un plan semejante. ¿Para qué intentar nada por la violencia, si estaba Moya, con la ayuda de quien se podían allanar todas las dificultades? Lo que le inquietaba de verdad era la posibilidad de que la chica ignorara realmente el escondrijo. Todas sus insinuaciones al respecto habían caído unas tras otras en el vacío. No era posible sacarle nada.

Con perseverancia digna de mejor fin, Bert McKenna recorrió todas las habitaciones, movido siempre por el mismo empeño. Pero pasaban los días y el asunto no progresaba. Esto lo tenía del peor humor imaginable, pese a sus esfuerzos por disimularlo. Entre tanto tenía que escuchar sin pestañear los mismos relatos del viejo y sus consejos acerca de los cuidados que debería tener con su preciosa Moya, una vez que estuviesen casados; además debía pasarse largas horas sentado en el jardín con la muchacha, murmurando a sus oídos falsas palabras de amor. Llegó a odiar al viejo y a experimentar una antipatía cierta por la muchacha, que ingenua y enamorada se entregaba dócil a sus caricias.

Sin embargo, cuando menos lo hubiera imaginado — ya comenzaba a desesperar del éxito — hizo un descubrimiento sensacional. Sobre el escritorio de Moya, constituído por una mesa colocada en un rincón detrás de la caja de negocio, había una máquina de escribir de modelo muy antiguo. A nadie se le hubiera ocurrido escribir con semejante reliquia de la industria dactilográfica. Y bien, una tarde, mientras se encontraba solo en el almacén, Moya había salido en una comisión urgente y el viejo Chang Ling dormitaba en su cuarto, acertó a apretar uno de los pequeños botones laterales de la máquina. Un ruido seco y metálico respondió a su presión. Sorprendido, examinó detenidamente la máquina de escribir. No encontrando nada de anormal, levantó la vista a la pared, luego la bajó al piso. Un grito de triunfo se escapó de la garganta de McKenna. ¡De allí era donde venía el ruido! Un pequeño recuadro del piso se había levantado dejando al descubierto un hueco rectangular. Mejor no hubieran podido disimularla las bisagras. Se arrodilló con la premura y la ansiedad que son de imaginarse, metiendo el brazo en el hueco. Tan profundo era éste que casi debió acostarse sobre el piso para alcanzar el fondo. Al fin lo consiguió, palpando un voluminoso cofre, tan pesado que a pesar de la fuerza de sus dedos no logró moverlo siquiera de su sitio. Tanteó cuidadosamente, en previsión de alguna sorpresa desagradable — una trampa por ejemplo — hasta que tocó un relieve, el borde de la tapa. La levantó y sus dedos se hundieron en una cantidad



—Señora: el mejor obsequio que pueden hacer los Reyes a sus hijos, es el famoso reconfortante "Hierro Quina Bisleri". Se criarán fuertes y sanos.

de monedas que resonaron en el interior del hueco en forma que no dejaba lugar a dudas respecto de la bondad del metal. Bert sintió deseos de lanzar un grito de victoria. ¡Al fin había encontrado lo que le quitara el sueño en las últimas semanas!

El hallazgo no pudo hacerse de manera más casual. Si había urgado vanamente en cuanto Buda había en la tienda, en cuanta caja de sorpresa encontrara a manos, siempre con el mismo resultado negativo. Al fin cuando menos se lo imaginaba, el tesoro aparecía no escondido en el interior de un dios terrible ,sino en un simple hueco del suelo cuya llave había que buscarla en una vulgar máquina de escribir!

Emocionado por el descubrimiento y como si tomara aliento para reponerse del primer sentimiento de alegría, permaneció algunos segundos inmóvil, al borde del hueco.

De pronto se incorporó. Comprendió que no estaba solo en la tienda. Chang Ling, con su flotante vestidura de dormir, había aparecido en el marco de la puerta del fondo, apoyándose siempre en su delgado bastón de costumbre. Tan pálido tenía el rostro, que de no mediar el brillo inusitado de sus ojos de almendra, se lo hubiera tomado por una de las tantas figuras de cera que había en el almacén. Al ver a Bert junto a su tesoro, vaciló un segundo, sorprendido. Pero muy luego estalló:

—¡Es usted un canalla, un ladrón! — barbotó apretando los dientes de rabia pero en voz baja. — ¡Ladrón del dinero de una pobre gente y ladrón del amor de una buena muchacha!... ¿Con que creía estar sólo aquí?... Pues se ha equivocado: el timbre que hay en mi pieza, en relación con la máquina, me ha puesto sobre aviso.

Comenzó a descender valientemente por los escalones. Y decimos valientemente, porque el anciano apenas podía mantenerse en pie. De manera que mal podía acercarse en la actitud agresiva que lo hacía. Tembloroso, encorvado por los años, únicamente sus ojillos dennnciaban su indomable coraje. Parecían echar chispas. Bert se puso de pie inmediatamente. No porque temiera al viejo, sino por la forma en que avanzaba éste. Debía tratar de escapar antes de que fuera tarde para hacerlo. Giró en un sentido, luego en otro, sin saber qué dirección tomar. Si escapaba, dejaría atrás, perdida irremisiblemente, la fortuna que le había costado varios meses descubrir. ¿Además no era un cobardía huir de un anciano inofensivo, cuya cólera o cuyos insultos podía acallar en el momento que se decidiera hacerlo? Sin embargo, avanzó como hipnotizado hacia Chang Ling. La mirada del viejo lo enloquecía. Su figura endeble pero amenazadora le ponía frío de muerte en las venas. ¿Qué sugestión extraña tenía aquella piltrafa de amarillo? Intentó seguir avanzando, pero sus piernas se negaron a obedecer el mandato de su voluntad. ¡Y Chang Ling que avanzaba siempre con sus ojillos fijos en él!

Bert vióse perdido si no intentaba algo. Un gran vaso de cobre estaba al alcance de sus manos. No vaciló más. Tomólo entre sus manos febriles y levantólo en alto, resuelto a descargarlo con todas sus fuerzas sobre la cabeza del anciano. No hubo necesidad de ello, empero. El viejo vaciló un segundo sobre sus piernas temblorosas; sus pupilas se dilataron extrañamente, contrayéndose sus facciones en una mueca horrible. Retrocedió un paso y cayó pesadamente sobre el piso. El vaso que Bert esgrimía pasó como una maza por el preciso sitio donde segundos antes había estado la cabeza de Chang.

Bert quedó paralizado por la sorpresa, mirando largamente al caído. Por un momento temió acercarse, creyendo quizá en una treta del viejo para sorprenderlo. Pero los segundos pasaban y Chang Ling no reaccionaba. Sólo entonces se decidió Bert a aproximarse. Viendo que tampoco así el anciano se movía, se inclinó lentamente sobre él y le puso una mano sobre el corazón.

No había ficción alguna, ni menos intención de sorprender: el homrbe estaba muerto, bien muerto.

La cólera había conmovido todo su ser, el odio, la indignación ante el acto del que había tenido hasta entonces por pretendiente de su amada nieta, quizá el mismo temor, habían bastado para cortar el endeble hilo de su existencia. De manera que el vaso de cobre había sido perfectamente inútil. La muerte del anciano se había producido sin que mediara golpe alguno.

Se presentaba entonces el problema de determinar lo que debía hacerse con el cadáver. Bert así lo comprendió. Era menester salvar las apariencias y con ellas las responsabilidades. Tomó en sus brazos el cuerpo inerte de Chang Ling y cargó con él como lo hubiera hecho con el de un niño dormido. Atravesó rápidamente la salita donde se guardaba el sarcófago y se detuvo recién en el pequeño dormitorio en el cual el anciano había estado durmiendo hasta entonces. Lo acostó en el lecho, arreglándole la ropa y el cuerpo todo, a fin de que pareciera dormido. La muerte le había sorprendido con los ojos abiertos. Se los cerró. Cualquiera, viéndole, hubiera creído dándose el descanso que acostumbraba a darse todas las tarde.

Hecho esto, Bert corrió al negocio, tomando de paso una escalerilla de las varias que había en el almacén. A toda prisa subió hasta unos altos estantes en donde estaban depositados varios vasos de cobre de gran tamaño. Como se encontraban en un rincón y estaban a tan considerable altura, relativamente, nunca se tocaban. Eran de la misma forma del que había utilizado para golpear a Chang Ling, aunque sin resultado, como se sabe. Luego, atento a los menores ruidos, fué al hueco que había debajo del escritorio de Moya y comenzó a colocar todo el oro del cofre en los vasos. Sus manos se hundían con inenarrable placer en aquel montón de riquezas. Los vasos se llenaron rápidamente hasta el cuello. A costa de un gran esfuerzo consiguió levantarlos uno a uno, lleno como estaban de oro hasta los estantes en que se hallaban hasta ese día. Nadie podría imaginar el valor de su contenido por lo cual estarían bien seguros hasta que

pudiera sacarlos libremente de la casa. Para convencerse de que el cofre quedaba totalmente vacío, volvió a meter el brazo en el hueco y tanteó con los dedos por los cuatro rincones. Una sola moneda premió su última búsqueda.

—La moneda de la suerte! — pensó Betr para su coleto.

Y se la guardó rápidamente en el bolsillo del pantalón, después de lo cual tornó a cerrar la trampa.

Era imposible huir por el momento. ¿Cómo podría andar por la calle con los jarrones llenos de monedas de oro? De haberlo hecho, pronto tendría detrás de sí una docena de demonios amarillos y probablemente la policía. Lo más prudente era permanecer en la tienda, a la espera de que llegara la oportunidad de escapar. Entre tanto haría frente de la mejor manera posible a los acontecimientos. Cuando descubrieran que el dinero había desaparecido seguramente sospecharían de él, pero nada podrían probarle. Su misma presencia en la casa constituiría el mejor argumento a favor de su inocencia. Moya Ling sería su más segura defensora hasta el momento propicio para huir.

Estaba colocando la escalerilla en otro lugar, cuando advirtió que su "prometida" se acercaba por la calle. Tomó apresuradamente un libro, de modo que la muchacha le encontrase muy absorto en su lectura cuando entró en la tienda. Al verla pasar frente a él, Bert extendió su brazo en un amorosa ademán. Ella le contestó pasando suavemente sus dedos finos y fríos sobre sus ojos.

—Para mí es un sueño delicioso el que tú hayas venido a mí, Bert adorado, — le dijo Moya con indecible ternura, deteniéndose junto a él. — Por eso temo despertar alguna vez y no verte más a mi lado.

Por toda respuesta, Bert la estrechó fuertemente en sus brazos. Ella, con un mohín gracioso escapó, empero de las caricias de él. Corrió hacia la puerta, riendo. Allí se detuvo un segundo para gozarse de la mueca de disgusto que creyó ver en su prometido al verse rechazado así. Riendo siempre y luego de tirarle algunos besos con la mano, desapareció detrás de la puerta.

Bert creyó pasar un siglo entero leyendo el mismo renglón del ilbro, a la espera de que se oyera el grito de Moya en el interior de la casa. Al fin se produjo lo previsto. Un alarido de horror y pasos precipitados que se acercaban...

—¡Ven! — llamaba la muchacha desde el umbral de la puerta. — ¡Mi pobre abuelo! ¡Está inmóvil y no contesta cuando le hablo!...

Para la tensión nerviosa de Bert fué casi un alivio tener algo que hacer. ¡Era la última escena de la comedia! Representada esa, quedaría libre y en poder de una fortuna... Se levantó bruscamente, fingiendo gran sorpresa. Llegaron al dormitorio. Chang Ling estaba en el sitio donde lo dejara, pero mucho más pálido, Además, los ojos que Bert cerrara, se habían vuelto a abrir. Una onda de horror corrió por los nervios del mismo que se jactara infinidad de veces que estaban hechos de acero. Era como si Chang Ling hubiese querido presenciar hasta el final el drama del que había comenzado siendo parte. Con un temblor que apenas lograba disimular, Bert le tomó el pulso y puso luego su mano sobre el corazón. Moya, deshecha en lágrimas, tampoco hubiera podido notar la turbación de su novio. Este no necesitó llevar muy lejos la ficción. Bien se veía que el anciano estaba muerto.

Balbuceando palabras de consuelo, sacó a Moya de la habitación y la condujo a las más exteriores. Le indicó que se sentara mientras él se encargaba de hacer lo que el caso requería, pero no lo consiguió. Tímidamente lo siguió ella al teléfono, adonde Bert fuera para llamar al médico que atendía desde tiempo atrás a Chang Ling y conocía los achaques de éste. Hecho esto, el muchacho cerró la puerta de calle para impedir que continuaran entrando clientes, después de lo cual se volvió a la salita donde estaba depositado el sarcófago. La puerta entreabierta de la habitación del abuelo estaba abierta de par en par y podían ver perfectamente el cadáver extendido sobre el lecho.

Bert se dispuso a esperar que llegara el doctor. Aparentemente pensativo por la desgracia que acababa de sufrir el anciano, quedó unos instantes inmóvil con la cabeza gacha. En eso levantó automáticamente los ojos hacia Chang Ling, abiertos como siempre y perdidos en la lejanía. Es claro que no podían moverse. Por eso sólo debió ser una ilusión de sus sentidos o una broma de la luz, — tal pensó al menos Bert, — cuando las pupilas del chino parecieron desviarse, dirigiéndose alternativamente a su sarcófago y al hombre que estaba junto a él, McKenna. Este para tranquilizarse seguramente, se dijo que a él no lo asustaba un vivo y menos un muerto, pero su inquietud persistió. Un escalofrío espantoso le hacía vibrar entero cada vez que levantaba la vista al cadáver de Chang Ling.

—Es una prueba demasiado dura para tí, querido, — murmuró Moya apretándose más a su prometido. — Una desgracia que viene a ensombrecer nuestra dicha cuando precisamente parecía ser más completa... El siempre me decía que la muerte no le importaba si se llevaba consigo a la tumba todo lo que pudiera amenazarme a mí en el mundo. Pero aseguraba eso cuando tú no habías llegado todavía a mí y creía que yo quedaría completamente sola...

Bert no se sintió con ánimos para mirarla de frente esta vez. Intentó, sin embargo, pensar en cosas alegres, creyendo ingenuamente que de esta manera alejaría el miedo terrible que se iba apoderando de él. Por eso sintió deseos de gritar su alivio cuando oyó unos golpecitos secos dados en la puerta de calle.

Era el médico que ya llegaba. Venía acompañado de un ayudante. Así que Bert abrió la puerta para que entraran, una cantidad de vecinos de Chang Ling se colaron en la casa conjuntamente con el doctor y su acompañante. Adivinando que algo anormal pasaba en la casa del anciano chino, habían abandonado sus pequeños negocios y ocupaciones di-

versas, para venir a ver lo que ocurría. Algunos es quedaron en la calle espiando al interior de la casa. De buena gana Bert los hubiera echado a todos, pero intervino Moya para decirle que los dejara en donde estaban. Eran amigos y vecinos de Chang Ling y no podían hacer mal a nadie.

No hubo ninguna dificultad para la extensión del certificado de defunción. Chang Ling era ya viejo y no tenía nada de extraño que hubiera muerto, vencido al fin por el peso de los años. El médico, un hombre de cabellos ya blancos, norteamericano, que había asistido durante muchos años a Chang Ling, se acercó a Moya y la palmeó suavemente en el hombro.

—Créame que esperaba viviera todavía unos diez años mas, — díjole con simpatía, —siempre que no tuviera emociones fuertes. También un ataque repentino podía abatirlo. El shock debe haberse producido mientras dormía...

—¡Mientras dormía! — repitió Tom Chu para sus adentros.

Tom Chu había sido uno de los primeros en entrar en la casa, habiéndose adelantado hasta el lugar donde estaba el doctor, Moya y Bert. Per ativo su presencia hubiera pasado por entero inadvertida, de no ser tan conocido en la casa y en todo el vecindario. Pero si nadie había reparado en él, Ber Mc Kenna lo hubiera hecho por varias razones. Uno porque Tom Chu había demostrado hasta ese momento el mayor interés por lo que dijera el médico y otro porque un fruncimiento de cejas hablaba muy elocuentemente de los motivos que podían preocuparle.

Bert no lo perdía de vista, aun después de que el galeno se marchó. Pero su turbación fué máxima cuando notó que Tom Chu había visto de pronto el delgado bastón sin el cual Chang Ling no podía dar un paso y que se había caído al suelo cuando sufrió el síncope!

—Lo estaba limpiando, — mintió Bert estúpidamente, adivinando las sospechas del otro.

Se adelantó confundido, apartando bruscamente a Tom, con el propósito de levantar el bastón del suelo. Pero otro objeto caído cerca del último escalón llamó su atención, del mismo modo que la del chino: una zapatilla. ¡Una zapatilla!, la de Chang Ling.

Bert maldijo de sí mismo por aquel descuido que bien podía costarle el éxito de toda su empresa; pero muy luego se acordó que no hubiera tenido tampoco tiempo para hacer desaparecer todas las huellas de lo que acababa de ocurrir en la casa, ya que Moya Ling había regresado precisamente cuando él estaba ocupado en eso.

Estaba ya por apartar la zapatilla hasta donde nadie la viera. Después, así que se presentara una ocasión, la llevaría a su correspondiente sitio; pero cuando levantó la cabeza, se encontró con la mirada enigmática de Tom Chu quien no había perdido uno solo de sus movimientos.

—¿Y eso? — preguntó con interés.

Y antes de que Bert pudiera evitarlo, se adelantó y levantó del suelo la zapatilla y la observó cuidadosamente.

—Estaba tàmbien limpiando esto? — añadió con una sonrisita.

Bert no atinó a dar en ese momento una respuesta más o menos razonable. Estaba furioso consigo mismo. Pero se recobró rápidamente. Habría desde luego un entredicho, quizá algo más, pero al fin y al cabo ¿qué podrían probarle? De nada habrían de acusarle en concreto. De manera que era menester aprestarse solamente a arrostrar con serenidad los acontecimientos que sobrevendrían. Además el viejo no presentaba ninguna lesión. Había muerto de la emoción y no de un golpe, que tampoco le había asestado. Soportó entonces desdeñosamente la escrutadora mirada de Tom Chu.

Poco después llegaban los empleados de la empresa de pompas fúnebres llamados momentos antes. Moya Ling fué al lado de Bert. Una cantidad de chinos iban de un lado para otro de la casa, hablando en voz baja y misteriosa. Todos se apresuraban a testimoniar sus simpatías a Moya Ling, más no así al hombre de otra raza que ésta había elegido para futuro esposo. Guardaban con él un respeto frío y a todas luces hostil, girando incesantemente a su alrededor como oficiosos centinelas. Bert, advertido de esta estrecha y silenciosa vigilancia, aparentaba no notarla y procuraba no apartarse de Moya Ling. Un secreto instinto le decía que allí estaba su salvación.

Pasó así la tarde y llegó por fin la noche. ¡Y los chinos que no se marchaban! Estaban allí, como canes alrededor de un hueso que todavía no se puede roer. Por último, estando todos ellos reunidos en la tienda, el hielo se rompió por obra de Tom Chu.

—Es doloroso tener que hablar de estas cosas en momentos como los presentes, — dijo a Moya, — pero la vida es la vida y la muerte es la muerte. La una no debe vulnerar los derechos de la otra...

Bert no sabía adonde iría a terminar con aquel exordio.

El chino continuó en el mismo tono solemne:

—Lo que nos ha preocupado hasta este momento además de su dolor, es nuestro dinero... Lun Toy, Willie Wang, Ah Wing, así me lo han manifestado también... Queremos saber algo acerca del paradero del oro que hasta ahora nos ha estado guardando su digno abuelo.

De todos los nombrados, ninguno había mirado a Bert, pero éste observó en sus rostros los signos inconfundibles de quienes sospechan y amenazan al mismo tiempo.

Sorprendida y mortificada por las palabras de Tom Chu, Moya Ling se secó los ojos y fulminó a sus compatriotas con una mirada de desprecio:

—El dinero está en lugar seguro — les dijo secamente, — en lugar tan seguro como lo está ahora el alma de mi querido abuelo. Yo misma puedo guiarlos hasta el sitio donde está escondido todo lo que ustedes depositaron. Pero, ¿es perdonable que se hable de

dinero estando Chang Ling todavía caliente y a nuestro lado?

—Estoy cierto de que a él no se le hubiera importado. Habría sabido comprendernos — replicó Tom Chu. — Tenemos nuestras razones para obrar de esta manera. Usted no debe pensar mal de nosotros por esto. Tranquilícese, que siempre estaremos con usted... Pero antes vaya y vea. Así nos tranquilizaremos nosotros también.

Moya movió la cabeza como quien se dispone a satisfacer las exigencias de quien no quiere convencerse de algo que salta a la vista.

lidas aún que la cortina que colgaba de un estante del fondo, y sus labios sin color temblaban. No convencida todavía, volvió a buscar en el fondo del hueco. Pero no había más recurso que convencerse ante la evidencia: el dinero había desaparecido.

—¡El cofre está vacío! — exclamó al fin. — ¡No hay ninguna de las monedas que Chang Ling guardara aquí!...

Un murmullo de desesperación se levantó entre los chinos, cuyos temores se habían confirmado ampliamente. Bert sintió que lo empujaban sin miramiento de ninguna especie. Todos querían ver por sus propios ojos

Por toda respuesta, Bert la estrechó fuertemente en sus brazos.

—Bueno, ya que lo exigen... — y cruzando el almacén y yendo a su escritorio, detrás de la caja.

Ah Wing tamborileaba con los dedos sobre una mesa; Lun Toy miraba la máquina de escribir; Willie Wang observaba en cambio el suelo. Pero ninguno se movió de su sitio, a la espera de que la muchacha volviera del escritorio.

—Un momento más y habremos sabido qué ha sido de nuestros ahorros — decía en voz baja Tom Chu.

El click apenas perceptible de la máquina y Moya que se inclinaba rápidamente sobre el hueco del piso. Casi simultáneamente un grito agudo rasgó el silencio de la tienda. Moya Ling se incorporó ante el estupor de sus compatriotas; sus mejillas estaban más pá-

que el cofre estaba realmente vacío.

Sintió un loco deseo de huir, de desaparecer para siempre, pero se contuvo. Tampoco hubiera podido escapar, de habérselo propuesto: los chinos lo rodeaban por todos lados. Además la puerta de calle estaba cerrada. De aquí a que la abriera, los otros llegarían y lo harían trizas. Tom Chu fué el primero en inclinarse sobre el hueco y en meter la mano dentro de él. Convencido de que la muchacha no los engañaba, tornó a sacarla lentamente y se puso de pie.

—Han sido robados, — dijo sencillamente. — ¡Se han llevado el dinero que tanto nos ha costado reunir para hacernos de un porvenir mejor!...

Cuatro chinos rodeaban ya a Bert, inmóviles, como otras tantas estatuas de bronce. No

había modo de engañarse respecto de sus intenciones. Pero intervino Moya, rompiendo con su actitud y sus palabras el terrible silencio.

—¿Quieren decir que lo toman por un ladrón? — exclamó en el colmo de la indignación y corriendo a ponerse al lado de Bert, a quien tomó cariñosamente de las manos. — Mírenle los ojos para convencerse de que es enteramente inocente. ¡Vergüenza debieran tener de abrigar semejante sospecha!

Tom Chu, sereno y terrible, como hablando en general y sin mirar directamente a la muchacha, dijo sin inmutarse:

—Chang Ling murió en su lecho mientras usted estaba afuera ¿no es así?

Moya asintió con la cabeza.

—Murió en su lecho... — prosiguió impasible Tom Chu — pero el caso es que su bastón, que jamás abandonaba nuestro amado Chang Ling, se encontró a varios metros de la cama, caído en el suelo, y una zapatilla suya estaba junto al último peldaño que da a la tienda...

Una nube de duda pasó por las facciones inmóviles de Moya, pero apretó con mayor fuerza las manos de su prometido.

—He dicho que estaba limpiando el bastón, —explicó Bert con un ligero temblor. — En cuanto a la zapatilla...

Habíase ya encogido de hombros, sin saber que decir, cuando una idea salvadora surgió de pronto en su mente:

—¿Acaso no pudieron enviarla ustedes hasta el sitio, cuando entraron precipitadamente en la habitación?

El rostro de Moya recobró sus líneas habituales.

—Es cierto, — dijo. — Uno de ustedes puede haberla empujado sin querer con el pie... ¡No, no puede ser un ladrón mi prometido!

Con sincera gratitud, los ojos de Bert bajaron amorosamente hasta los de ella. Ya más seguro de sí mismo, añadió audazmente:

—Después de todo, no sé de qué dinero hablan ustedes. ¿Había acaso algún dinero de Chang Ling escondido allí?

—¡Y mío también! — agregó Moya. — Lo demás pertenecía a estos señores. Pero ¿qué puedes tú saber de todo esto, amor mío?... Ellos sospechan de tí desesperados al ver perdido lo que tantos sacrificios les había costado reunir como dijo Tom Chu, nada más. Las monedas han desaparecido, pero nadie sabe quién puede habérselas llevado... ¿Por qué razones dirían mis amigos que eres tú el ladrón?...

Luego, con honda desesperación:

—Era un asunto de pura confianza... esos ahorros... ¿Cómo podrá descansar en el otro mundo el alma de Chang Ling con lo que ha pasado?... ¡Habría faltado a la buena fe!...

—¿Cómo sabes tú que ha sucedido eso? — arriesgó Bert. — ¿Quién no les dice que el abuelo no colocó el dinero en otra parte o lo depositó en un banco, por ejemplo?... ¿Por que no esperan que se haya realizado el entierro para arreglar todo este asunto y hacer las averiguaciones pertinentes? Tal vez revisando los papeles dejados por Chang Ling, se aclare todo... De mi parte, te prometo no escaparme...

A estas últimas palabras las pronunció mirando a Moya.

Ella lo miró con una sonrisa triste, apretándole de nuevo las manos.

—Bert tiene probablemente razón, — dijo a sus compatriotas. — Chang Ling debe haber trasladado el dinero a otra parte. Este muchacho es inocente. Mi corazón me lo hubiera anunciado si así no fuera. El quedará entre nosotros hasta que ustedes tengan la satisfacción necesaria.

Los amarillos se miraron entre sí, consultándose. Por último Tom Chu sonrió a Moya.

—Es cierto, — dijo tranquilamente. — No se escapará.

Bert comprendió la intención de aquellas palabras y se mordió los labios. Pero se limitó a mirar tiernamente a Moya. Permaneció a su lado hasta mucho después de que los otros se hubieran marchado. Sobre el banco de costumbre estaba el sarcófago y en el lecho el cuerpo exánime de Chang Ling.

Más tarde, cuando se retiró de la casa, rendido por el cansancio y las emociones, dejando a Moya al cuidado de las vecinas que habían acudido, notó que detrás suyo sombras siniestras se deslizaban cautelosamente. Volvió dos o tres veces la cabeza, adivinando el paso furtivo de algún chino; siempre se encontró con alguien que le cruzaba en el camino. Así llegó al hotelito. Posiblemente siguieran espiándolo hasta que encontraran el dinero. No se había equivocado Charlie Shank: no era posible engañar así como así a los diablos "amarillos". Bert sonrió sin embargo. Podían seguirlo hasta que lo desearan y vigilarlo, que todas sus sospechas se irían a estrellar invariablemente contra una muralla inconmovible: el amor de Moya Ling...

* * * *

Cuando introdujo la llave en la cerradura de su pieza, un secreto instinto le advirtió que alguien había estado en ella. Escuchó apretando los oídos contra la puerta, en previsión de una sorpresa desagradable. No se oía absolutamente nada, pero sus inquietudes no le abandonaron ni aun cuando estuvo dentro. Encendió la luz y miró debajo de la cama. No viendo el huésped que había imaginado, corrió al toilet. Tampoco allí encontró a nadie. Volvió a su habitación. Sin embargo, bien se veía que había estado alguien en el cuarto.

Su valija había sido cambiada de su sitio — el rincón de la izquierda, lo recordaba perfectamente, — y el contenido de los cajones de su escritorio había sido revuelto apresuradamente, según pudo comprobarlo cuando los abrió.

Cuidó de cerrar la ventana que daba a la escalera de auxilio para caso de incendio y durmió con luz, entornando primero los postigos. A pesar de todas estas precauciones, en los momentos que pudo conciliar el sueño, desfilaron por su imaginación excitada las visiones más extravagantes. A veces eran horribles rostros de mongoles que se inclinaban amenazadores sobre su lecho; otras lo perseguía la

obsesionante figura del sarcófago decorado de dragones y dioses espantosos, que sólo la imaginación de los artistas chinos puede concebir.

Inquietado por estas visiones de pesadilla, se daba vuelta en el lecho de un lado para otro, cual si de ese modo pudieda evitarlas. Despertó mareado todavía por sus siniestros presentimientos. Experimentaba un profundo malestar provocado en parte por las varias horas de sueño febril, en parte por los temores que se iban haciendo carne en él. Por instante sintió tentaciones de abandonar todo, como Charlie lo hubiera hecho, puesto en trance semejante, poniendo entre él y los chinos en acecho miles de leguas de distancia y abandonando para siempre sus esperanzas de retirar la fortuna que se escondía en los vasos disimulados en el almacén de Chang Ling. Pero muy luego reaccionó ante el cobarde impulso, que la ansiedad solamente explicaba. Después de todo, no tenía por qué inquietarse, desde que estaba de por medio una mujer detrás de la cual podría ponerse a cubierto de los terribles ataques de los mongoles. Entre tanto podría esperar relativamente tranquilo el momento propicio para huir con las monedas, antes de que la revisión de los papeles dejados por Chang Ling confirmaran las sospechas de los depositantes.

Era ya bastante tarde cuando tomó el desayuno en el Royal Dragón, un restaurant cuyos balcones azules daban a la calle Mott, una media cuadra antes de Pell Street.

Ya más tranquilo fué a caso de Moya. Tendría que resignarse todavía por algunas horas y quizás días, a sus miradas de doncella enamorada y sus tiernas caricias; pero estaba dispuesto a todo con tal de poder retirar el premio de sus pacientes esfuerzos. Lo haría en la primera oportunidad.

Chang Ling estaba ya en su sarcófago, vestido con una mortaja dorada, sobre almohadones de seda. Su cuerpo pequeñín desaparecía casi en la enormidad del cajón.

Un largo cirio ardía en su cabecera, lo mismo que a sus pies. El perfume de las flores y el aire enrarecido hacía por demás molesta la permanencia en la cámara mortuoria. Bert se acordó entonces de que debía haber traído él también un ramo. Renegando de sí mismo por haber olvidado este importante detalle, salió de nuevo a la calle y fué a toda prisa hasta un puesto de flores de Bowery. Compró un ramo de rosas y regresó a la casa. Entregó las flores a Moya al tiempo que le decía algunas frases de circunstancias. Era la primera vez que se hablaban desde la víspera. Tampoco le había visto la muchacha cuando él se asomó a la cámara mortuoria.

Toda la tarde lo pasó al lado de Moya, saliendo de vez en cuando al jardincito.

Allí por lo menos se libraba de la fastidiosa compañía de los chinos, quienes se paseaban libremente por las habitaciones de la casa. Hablaban en voz baja en el idioma de su país.

Bert adivinaba en sus miradas oblicuas un respeto que únicamente sus relaciones con Moya Ling hacía posible; por lo demás no dejó de notar que todos y cada uno de los amarillos vigilaba sus menores acciones. Era aquélla una vigilancia severísima y que por lo mismo le obligaba a cuidar de los más mínimos detalles.

Ah Wing, Lung Toy y Willie Wang, aunque simulaban pasear apesadumbrados por la desgracia que afligía a Moya, no le perdían pisada. Si no era uno, era el otro el que le seguía adonde fuera o le observaba, si se hubiese detenido en algún sitio. Bert sentía aumentar en sí mismo la nerviosidad. No era para menos. Si los chinos lo hubieran dejado tranquilo siquiera fuera algunos minutos, se hubiese dado por muy satisfecho. En cambio aquellas constantes miradas inquisidoras amenazaban sacarlo de sus casillas en cualquier instante. Sin embargo se contenía siempre. Hasta procuraba sonreir.

Al anochecer, cuando se ralearon bastante las visitas, quedando únicamente en la casa Moya Ling y Tom Chu, éste le invitó a comer un bocado y a beber un vaso de vino. No era posible pasar la noche en pie sin haber tomado algún alimento. Bert se apresuró a aceptar la invitación. Si los otros no vacilaban en seguirlo a todas partes, no tenía nada de raro que él, el perseguido consintiera en reunirse abiertamente a ellos. Al final de cuentas, sería lo mismo. Por lo menos así se libraría de la despiada persecución de que era objeto.

Se dirigieron al Dragón Hotel. El mismo Tom Chu parecía más tranquilo al comprobar que su perseguido no escaparía por algunas horas, estando como estaba a su lado. Al mismo tiempo se evitaba el trabajo de vigilancia.

Se sentaron en una mesa próxima al balcón de barandas azules. Comieron como lo hubieran hecho dos buenos amigos y bebieron un vinillo por demás agradable. Bert notaba que el alcohol había tenido la virtud de levantar considerablemente sus caídos ánimos. Ahora se notaba con mayores bríos y con una enorme confianza en sí mismo.

Cuando el mozo trajo la adición, tanto él como Tom Chu se adelantaron para pagarla.

—Permítame, — dijo Bert. — La pagaré yo.

—No, no; de ningún modo.... He sido yo el invitante.

Después de un prolongado tira y afloja, Bert dijo sonriendo:

—Pues en esa caso tiraremos una moneda al aire para saber quién paga.

Tom Chu aceptó encantado. Llevó rápidamente la mano al bolsillo del pantalón en procura de la moneda. Bert hizo lo propio y no con menos presteza.

POR SOLO 5 centavos

sin más gastos ni molestias, acompañando este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante. Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:

LA FOTOGRAFICA ARGENTINA

Avenida de Mayo 1370 — Bs. As. P.

—¡Cara! — exclamó el blanco sacando su moneda.

—¡Cruz! — replicó Tom, sacando también la suya.

Las manos de ambos cayeron sobre la mesa simultáneamente y se levantaron del mismo modo. Uno moneda de níquel estaba en el mismo sitio donde estuviera aplicada la mano de Tom Chu; en cambio del lado de Bert había una reluciente moneda de oro.

Al verla, Tom se incorporó como tocado de pronto por una corriente eléctrica.

Bert, sorprendido por el brusco movimiento del otro, no atinó a moverse siquiera. Tampoco se le ocurrió cuál podía ser la causa del inesperado cambio operado en Tom Chu. Pero de pronto recordó, y una interjección de rabia estuvo a punto de brotar de sus labios: la moneda de oro no era otra que la que había guardado en el bolsillo del pantalón cuando revisó por última vez el cofre escondido debajo del escritorio de Moya Ling! Pero si en el primer momento esta constatación le confundió un tanto, reaccionó rápidamente, comprendiendo que era necesario jugarse el todo por el todo.

—¡Caramba! — exclamó afectando sorpresa. — Es una moneda de oro como cualquier otra... No comprendo por qué debe sorprenderle tanto...

Con rápido movimiento la quitó debajo las narices de Tom Chu, quien se había inclinado sobre la moneda para verla bien de cerca.

Tom soltó entonces una carcajada. Dióse vuelta hacia el interior del comedor y no menos de una docena de comensales chinos se levantaron rápidamente de sus asientos y se acercaron al balcón. Bert, recién entonces, se convenció de que tampoco habían dejado de vigilarlo en esos momentos de imaginaria libertad. Una doble hilera de mongoles se dispuso desde el sitio donde estaba Bert hasta la puerta de calle. Otros chinos prefirieron acercarse.

El muchacho se sintió completamente perdido, en medio de aquellos rotros amenazantes. Tom Chu reía todavía, ahora muy cerca del blanco. Sus miradas eran de fuego. McKenna creyó un momento hallarse ante los ojos vengadores de Chang Ling. La sangre lo golpeaba en las sienes. Se olvidó por completo de la mentira que ya había preparado para explicar la procedencia de aquella moneda, la misma que en un momento de optimismo había denominado "de su suerte"... Era un animal acorralado por la jauría sedienta de vengaza y nada podía hacer para defenderse, como no fuera de alguna tentativa desesperada. Fué así. Se decidió a todo. El asunto era salvar el pellejo. Retrocedió lentamente ante el avance lento de los chinos, con las manos hacia atrás. Cuando sus dedos tocaron el hierro del balcón, buscó el antepecho y, sin dar tiempo a los otros para impedir la maniobra saltó por sobre el balcón y se dejó caer a la calle, situada a varios metros debajo.

Cayó sobre la verede perdiendo el equilibrio; pero se puso inmediatamente de pie y emprendió una precipitada fuga.

Pronto oyó a sus espaldas el griterío de los chinos, que, repuestos de la sorpresa, habían bajado también a la calle, lanzándose en persecusión del fugitivo. Notó asimismo que otros amarillos, salidos recién de las casas, atraídos por el bullicio, se unían a lo primeros perseguidores. Era un blanco el que huía y no podían dejarlo escapar. Bert vió entonces que un grupo le cerraba el camino e intentó retroceder pero otros chinos venían por ese lado. Estaba únicamente la salvación de Pell Street y de la casa de Moya Ling.

Allá se dirigió. Dobló la esquina como una exhalación y penetró en el almacén del difunto Chang Ling, cerrando la puerta con llave y cerrojo. La corriente de aire y sobre todo el ruido que produjo a consecuencia de la apertura de la puerta de calle, hizo que Moya se asomara alarmada a la puerta de la salita. Bert salvó de un salto los varios escalones que separaban esa habitación del negocio y, ante el asombro consiguiente de Moya, cerró también la puerta.

—¡Me persiguen!—exclamó con voz temblorosa. — Los chinos, es decir, sus compatriotas... Tom Chu y sus cómplices son los principales. ¡Escóndeme hasta que pueda huir de ellos!

Ella hizo un gesto de deseperación

—¡No hay un solo escondite en toda la casa que ellos no conozcan! — dijo apretando los labios. — Además la tapia del jardín es demasiado alta para ser escalada. ¡Oh! querido, ¿qué puedo hacer por tí?

—¿Moya, tú me amas? — clamó él. — ¡Sálvame entonces! ¿Cómo no va a existir un lugar donde esconderme?

La cabecita de ella se movió negativamente.

—¡No hay, mi bien! — dijo. — Pero — añadió en un rapto de explicable aflicción — haré lo que pueda.

—¡Pero pronto, que no han de tardar en llegar! — rogó Bert sin ocultar ya sus temores.

—¡No, no te escucharán, Moya! — gimió me escucharán cuando les hable.

En eso se oyeron fuertes golpes contra la puerta de calle, acompañados de las multitudes de chinos reunidos allí.

—¡No, no le escucharán, Moya! — gimió Bert. — ¡Están convertidos en fieras prontas a despedazarme!

Ella se limitó a mirarle pensativa. Se había puesto seria repentinamente.

—Pero Tom Chu no estaba convertido en una fiera, según tú dices, cuando salieron juntos de aquí... ¿Qué sucedió afuera?... Yo te salvaré, más es necesario que me lo expliques todo antes de que ellos se introduzcan en la casa y procedan violentamente y sin escucharme. En la confusión no será posible entendernos...

—¿Lo que sucedió? Pues bien, una tontería... Creo que todo se debe a una antigua moneda de oro que Tom Chu me vió. Se trata de una moneda que he llevado durante años como amuleto...

Una sombra pasó por el rostro grave de Moya.

—¿Una moneda de oro, dices? — preguntó con una gravedad que Bert no pudo apreciar debidamente dado su excitación. — ¿Y te la quitaron esos... hombres que te persiguen?

Bert movió negativamente la cabeza. Mientras los otros seguían golpeando furiosamente la puerta, Moya, que se decía dispuesta a salvarlo, perdía un tiempro precioso en hacer preguntas qeu él juzgaba de perfectamente inútiles! Esto lo puso furioso.

—¿Tienes la moneda en tu poder? — volvió a preguntar la muchacha.

Bert repuso impaciente que sí.

—¿En ese caso me la darás por un momento?... ¿Dices que es tu amuleto?

Con tal de que se apurara, Bert le entregó la moneda. Ella se acercó entonces al cirio de cabecera de Chang Ling y observó de cerca la moneda. Cuando levantó el rostro para mirar a Bert, su rostro estaba todavía más pálido que el del cadáver.

—Es una moneda con dos iniciales, — dijo con aparente tranquilidad, pero también con una frialdad glacial. — Todas las monedas que mi buen abuelo guardaba para mí llevaba estas letras: M. L. Era un capricho de Chang Ling, como muchos otros que solía tener. Tom Chu sabía esto y es por eso que te persigue conjuntamente con sus compañeros, que también lo son míos.

La actitud de Moya se había transformado por completo: de apacible que era antes, al presente la muchacha se erguía con serena altivez. Si Bert hubiera estado más tranquilo, habría notado seguramente el cambio; pero los golpes y la bulla que hacían afuera los chinos lo ponían en esos instantes de terrible angustia, completamente a merced de lo que decidiera la muchacha.

—¡Te amo, Moya! — mintió procurando dar a su voz un acento emocionado. — Solamente por eso he venido a refugiarme a tu lado. Si ellos llegan a entrar, no sé que harán de mí... Tal vez me torturarán...

—Posiblemente no lleguen a tanto. Nada difícil sería que se limitaran a entregarlo a la policía...

Bert sintió que perdía el último apoyo, el único que podía todavía salvarlo. ¡Moya ya le trataba de usted, como a un desconocido!

—¡No, la policía no! — suplicó estúpidamente.

El terror le hacía perder ya todos los escrúpulos. Recordó entonces que Moya era mujer después de todo, por lo cual decidió apelar a sus sentimientos de piedad.

—¡Tengo un proceso! — rogó. — Si me arrancan una confesión, me esperan cinco, quizás diez años en la cárcel!... ¡Estaré lejos de ti ese tiempo!...

El alboroto en la calle iba en aumento. Los gritos se hacían cada vez más amenazadores a causa de que la puerta no cedía y el cuerpo de Bert temblaba como el de un niño.

—¡Te amo, Moya! ¡Sálvame! — repetía. — ¡Escóndeme hasta que se apacigüen tanto los ánimos de esos hombres!... ¡Un escondrijo, por favor!

—Le he dicho que conocen la casa y que lo descubrirían inmediatamente, sea cual fuere el rincón o agujero que eligiera para esconderse.

Detúvose un instante. Vacilaba. Luego, como iluminada por súbita idea, dijo con voz ronca:

—¡Ah! Si me animara... ¡Está el sarcófago!...

Al pronunciar estas palabras sus labios se pusieron palidísimos y sus ojos adquirieron una indefinible expresión. Es claro que Bert no notó ni lo uno, ni lo otro, aterrorizado como estaba.

Un acceso de náuseas le invadió, sin embargo. ¡Un sarcófago! ¡El que le había obsesionado en los últimos tiempos!... ¡Y después el asqueroso contacto con el cuerpo rígido de Chang Ling! Era realmente para enloquecer.

El instinto de conservación venció, empero. Después de todo, era aquél el único medio para escapar de las furias de la multitud. Por lo demás, Moya haría de modo que los cuerpos no se tocaran. Había sitio para ello, ya que el cajón era espacioso. Una vez que los chinos se hubieran convencido de que en la casa no había nadie se marcharían seguramente, y él podría abandonar su horrible escondrijo y ver de nuevo la luz del sol, esta vez teniendo la seguridad de apoderarse del dinero! Ya habría modo de olvidar en los dancings de Europa el mal momento pasado junto al cadáver.

—Esto no disgustará a Chang Ling,—añadió Moya Ling mirando con tristeza el rostro de cera de su abuelo. — Usted podrá colocarse por el fondo y yo lo cubriré con los almohadones y flores. Encima pondremos el cuerpo de nuestro querido muerto y los otros no se darán cuenta del engaño.

Interpretando el silencio del hombre como una aceptación, acercó un canapé de mimbre al sarcófago y trajo luego, de una cómoda vecina, una banda de trapo rojo. La grita se hacía, por entonces, insoportable. Los chinos desesperados, porque no podían derribar la puerta, lanzaban al aire alaridos salvajes reclamando la muerte del ladrón. Oyóse en eso los golpes característicos de bastón contra la puerta. ¡Vaya si conocía Bert aquellos golpes!... No vaciló más; haciendo un esfuerzo, se acostó rápidamente en el interior del sarcófago vacío, pues Moya Ling había colocado momentos antes el cuerpo inaminado de Chang Ling cobre el canapé. Para realizar el traslado no requirió la ayuda de nadie, tan pequeño y liviano era el cadáver del abuelo.

Una vez que Bert se acomodó dentro del sarcófago, lo cubrió con la banda de trapo rojo que sacara de la cómoda, hecho lo cual volvió a levantar el cuerpo del anciano y lo colocó dentro del cajón.

—Tendrá mucho calor — oyó Bert que decía Moya Ling mientras terminaba de colocar el cuerpo. — Además, el perfume de las flores, lo mareará. Pero no es nada: dentro de algunos minutos habrá terminado todo...

Mientras hablaba, seguía arreglando las flores y la túnica que cubría el cuerpo de Chang Ling, a fin de que cuando entraran los otros, no notaran nada de anormal. Quedaron algunos almohadones sobrantes y corrió a dejarlos en la habitación contigua. Finalmente, tras de echar un vistazo para convencerse de que todo estaba en orden, se aproximó a la puerta que daba al negocio. Todavía estuvo unos segundos inmóvil, pasándose la mano derecha sobre la frente pálida y sudorosa, como si así quisiera apartar alguna idea inquietante. Por último, luego de arreglarse una vez más el cabello, abrió la primera puerta y luego hizo lo propio con la de la calle. Una avalancha incontenible de gente se precipitó en el interior de la casa; todos los rincones de la tienda y las bocas se contraían en un gesto de fiereza. No era posible dudar de la suerte que corría el perseguido, caso de ser descubierto.

—¡Vamos buscando un ladrón! — explicó uno de los presentes amenazador. — ¡Se metió aquí para escapar de nuestra persecusión!

Moya se volvió hacia el que hablaba. Era Tom Chu.

—¡Un ladrón! — repitió simulando sorpresa.

Como Tom asintiera con la cabeza, añadió:

—¿Mi amigo quiere usted decir?... No es posible que haya entrado aquí, pues la puerta estaba cerrada con llave, como todos ustedes lo habrán comprobado... Pero si dudan, quedán autorizados para buscar en toda la casa. No seré yo quien me niegue.

Los otros no se hicieron rogar para iniciar la búsqueda. Unos se internaron en las habitaciones, otros quedaron en la tienda, sin dejar rincón sin ver; finalmente, algunos fueron al patio y al jardincito, en la esperanza de encontrar allí al fugitivo. Revisaron debajo de todas las camas, abrieron todos los roperos; solamente el sarcófago de Chang Ling se salvó de la investigación. El cirio de cabecera y el de los pies eran sagrados para los chinos, quienes no se hubieran atrevido a profanar por nada el último sueño de un amigo Desilusionados se marcharon, mientras el policía balbuceaba toda suerte de disculpas a Moya Ling, que seria y digna, las escuchó sin decir palabra. Los chinos no acertaban a darse la explicación del aparente milagro. ¿Dónde podía haberse escondido el ladrón blanco, ya que estaban ciertisimos de que realmente se había refugiado en la casa de Moya?

—Debe haberse metido en otra puerta,— sugirió la muchacha cuando el último de los perseguidores estuvo en la calle.— Tal vez haya escapado por la casa vecina, que tiene unas tapias bajas por el fondo.

Mientras los otros se alejaban hacia la puerta vecina, ella volvió a cerrar con llave la puerta. Hecho esto, apagó las luces de la tienda. Se acercó luego, a tientas, a su escritorio y tomó de una alacena un frasco cuya contenido solía usar para hacer desaparecer las manchas de grasa de los trajes de seda manipulados por las manos poco limpias de alguna cliente. Llevando el frasco en una mano, subió la escalerilla que conducía a la sala mortuoria y se acercó al sarcófago. Sin perder un instante vació el contenido íntegro del frasco sobre las rosas que cubrían el cadáver de Chang Ling. Luego bajó rápidamente la tapa y la cerró con llave.

Sin echar una mirada atrás, tranquilamente, fué al jardín, detrás de cuyas altas tapias se oían las voces de las casas vecinas. La luna asomaba entre los árboles y la claridad era casi completa. Allí pasó toda la noche, sentada en un banco. Con las primeras luces del alba, volvió a la cámara mortuoria. El cajón estaba en su sitio, como es de suponerse, puesto que nadie había entrado en la casa durante toda la noche. Levantó de nuevo la tapa y colocó flores frescas sobre las ya marchitas de la víspera. El éter había precipitado, seguramente, su decadencia... Una sonrisa enigmática se dibujaba en los labios carnosos de Moya Ling. Parecía haber recobrado por entero la calma después de la noche pasada en el jardín.

Todo quedó listo para cuando llegaran los amigos. Moya fué entonces a entreabrir la puerta de calle.

Efectivamente, al poco rato comenzaron a llegar algunos vecinos y vecinas. Poco después venía el empleado de la empresa do pompas fúnebres. Cuando el cortejo pasó, silencioso, por la tienda, a nadie se le ocurría pensar que sobre uno de os anaqueles más altos estaba el dinero que tantos esfuerzos había costado reunir a los modestos obreros que lo depositaran en manos de Chang Ling.

Tom Chu, acercándose a Moya disimuladamente, le hizo notar que el sarcófago pesaba demasiado, teniendo en cuenta, sobre todo, el escaso peso del anciano.

—Es el sarcófago — explicó Moya tristemente.

Pero, si su tono era humilde, la mirada cruel y fría de sus ojos renegridos, no hubiera pasado desapercibida de un observador sagaz.

* * * *

Mucho se habló en Pell Street de la extraña desaparición de Bert McKenna. Todos lo habían visto correr de Mott Street, internarse en la cortada donde estaba situado el negocio del difunto Chang Ling, y muchos eran los que hubieran jurado que el fugitivo se había metido en la casa, a pesar de que luego no lo encontraron en ella. ¿Pero dónde podía haber escapado?

Cuando se encontró el dinero dentro de los vasos, hubo fiesta en el barrio.

Tom Chu, que nunca había abandonado a Moya en los momentos de prueba, se había convertido en su mejor amigo. Trataba de distraerla de sus lúgubres pensamientos, de hacerle olvidar la reciente desgracia. Cuando se acordaba del hombre blanco que la hiciera su novia, solía decirle:

—No desespere, Moya; si yo me equivocaba y él la amaba de verdad, volverá a su lado algún día...

Pero Moya Ling se limitaba a sacudir tristemente su linda cabecita. Estaba segura de que su amado de un día, no podría volver más.

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que desarrolla su acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento que sólo una imaginación privilegiada y una inteligencia cultivada como la de Rice Burroughs, puede concebir y desarrollar. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

Y con los ojos centelleantes y resollante el seno, la niña, después de ponerse en pie, se acercó al lado de Korak para animarle. Cerca de ella estaba el venablo del Matador, que lo había arrojado en el momento de atacar al antropoide. Meriem lo vió y se bajó a agarrarlo. No la asaltó la menor debilidad ante aquella batalla primitiva de la selva. No sintió ninguna reacción histórica de la tensión nerviosa que le produjo su personal encuentro con el mono. Sentíase excitada, pero serena e impertérrita. Su Korak estaba combatiendo con otro Mangani que habría querido robarla; pero entonces no buscó ella el refugio de una rama baja, para contemplar la batalla desde lejos, como lo haría un Mangani hembra. En vez de ello dirigió la punta del venablo de Korak al costado del mono e hincó el agudo hierro en el salvaje corazón. Korak no necesitaba su ayuda, porque el enorme antropoide estaba ya medio muerto, y la sangre se escapaba a chorros de su desgarrada yugular; pero se levantó sonriendo con una palabra de aprobación a su colaboradora. ¡Qué alta y qué hermosa era! ¿Había cambiado súbitambente durante las pocas horas de su ausencia, o era que su combate con el mono le había modificado a él la visión? Enteramente parecía que estaba contemplando a Meriem con ojos distintos, a juzgar por las muchas emociones de pasmo y maravilla que su mirada revelaba. ¿Cuánto tiempo hacía que se la había encontrado en la aldea de su padre, cuando no era más que una niña árabe? No lo sabía Korak, porque el tiempo no tiene significación ninguna en la selva. Y él no se había dado cuenta de los días pasados. Pero comprendía, al mirar ahora a Meriem, que ya no era una chiquilla como la que había visto por primera vez jugando con Geeka, debajo del árbol que se alzaba junto a la empalizada. El cambio debía de haber sido muy gradual cuando se le había escapado hasta entonces. ¿Y qué era lo que le había hecho advertirlo tan súbitamente? Su mirada se alejó de la niña para fijarse en el cadáver del mono, y por primera vez alboreó en su inteligencia como un relámpago la explicación de la causa que había tenido el intentado rapto de la muchacha. Los ojos de Korak se abrieron enormemente y luego se cerraron a medias con expresión de rabia, mientras contemplaba el cuerpo del antropoide que tenía a los pies. Cuando de nuevo alzó la vista al semblante de Meriem sintió que un suave rubor teñía el suyo propio. Ahora, en verdad, la estaba contemplando con ojos distintos, los ojos de un hombre que mira a una doncella.

Akut se había presentado en el preciso momento en que Meriem hundía el venablo en el corazón del antagonista de Korak, y el entusiasmo del viejo mono rayó en lo inconcebible. Truculento y con las piernas muy rígidas, se puso a pavonearse en torno del cadáver del derribado enemigo, sin dejar de gruñir ni de fruncir el largo y flexible labio. Tenía erizado el pelo y no prestaba la

menor atención a Meriem ni a Korak. En el fondo más íntimo de su diminuto cerebro se agitaba algo, algo evocado por la vista de aquel enemigo y el olor de su sangre. La manifestación exterior de la idea que germinaba revistió el aspecto de una rabia brutal; pero las sensaciones interiores de Akut eran placenteras en extremo. El olor del enorme antropoide y la contemplación de su peludo cuerpo habían despertado en el corazón de Akut el deseo de compañía de su propia raza. Así es que no era Korak el único que estaba experimentando un cambio. Meriem fué la única que no sintió cambio alguno. Era aún felix en la compañía de Korak. Le quería todavía como una hermana quiere a un hermano cariñoso e indulgente, y se sentía muy orgullosa, orgullosísima de él. En toda la selva no había otro ser tan fuerte, tan gallardo y tan valeroso.

Korak se acercó a ella. En sus ojos centelleaba una nueva luz cuando la niña los contempló; pero no supo entenderla. No comprendió cuán cerca estaban de la flor de la vida, ni se hizo cargo de la diferencia que en su existencia podía significar la mirada de los ojos de Korak.

—¡Meriem! — cuchicheó el mozo, con voz sombría en el momento de poner una mano atezada en el desnudo hombro de la doncella. — ¡Meriem!

Levantó ella la vista para mirarle al rostro, riendo, y entonces Korak se inclinó y la besó en la boca. Aun entonces Meriem no comprendió. No recordaba que nadie la hubiera besado hasta entonces. Y aquello era muy agradable. A Meriem le gustaba. Se figuró que era la manera que tenía Korak de demostrale cuánta era su alegría porque el feroz antropoide no hubiera conseguido raptarla. Ella estaba también muy contenta, de suerte que echó los brazos al cuello del Matador y lo besó repetidas veces. Luego, al ver su muñeca en el cinturón de Korak se apoderó de ella, y la besó lo mismo que había besado al muchacho.

Korak necesitaba decir algo. Quería decirle cuánto la adoraba; pero le ahogaba la emoción y además el vocabulario de los Manganis era limitadísimo.

Sobrevino una interrupción repentina. Era debida a Akut, y se manifestó en un gruñido sordo, no más fuerte que los que profería mientras estaba bailando en torno del mono muerto; era, de hecho, mucho más apagado, pero tenía un timbre que penetró derechamente en las facultades de percepción de la fiera de la selva que latía en el fondo de Korak. Era una advertencia. Korak apartó prontamente la vista de la deliciosa contemplación del lindo semblante de la niña. Ahora despertaban sus restantes facultades. Sus oídos y su olfato estaban alerta. ¡Algo se acercaba!

El Matador se trasladó al lado de Akut. Meriem se hallaba detrás de ellos. Los tres se quedaron como estatuas de piedra mirando hacia el laberinto de hojas de la selva. Aumentó el ruido que le había llamado la atención, y de pronto otro mono enorme salió por la maleza a pocos pasos de donde ellos se hallaban. El animal se detuvo al verlos. Profirió un gruñido de aviso hacia su espalda, y un momento más tarde apareció otro mono avanzando cautelosamente. Seguíanle otro más, machos y hembras con hijos, hasta que unos cuarenta de aquellos peludos monstruos se plantaron mirándolos a los tres. Era la tribu del rey muerto. Akut fué el primero en hablar, y comenzó señalando el cadáver del antropoide.

—Korak, el poderoso luchador, ha matado a vuestro rey, — gruñó. — No hay en toda la selva nadie más grande que Korak el hijo de Tarzán de los Monos. Ahora Korak es el rey. ¿Qué macho de entre vosotros es más grande que Korak?

Este era un reto dirigido a cualquier mono que se atreviera a poner en tela de juicio el derecho de Korak a la realeza. Los antropoides empezaron a gruñir y a charlotear entre ellos, lo cual prolongaron bastante rato. Por fin un macho joven se adelantó a los demás, balanceándose sobre las cortas piernas, erizado, gruñendo, terrible.

El animal era enorme y se hallaba en toda la plenitud de su vida y de su fuerza. Pertenecía a esa especie casi extinguida que los blancos han buscado mucho tiempo, siguiendo los informes dados por los indígenas de las más inaccesibles selvas. Ni aun los mismos negros ven con frecuencia a esos antropoides primitivos, enormes y peludos.

Korak se adelantó para hacer frente al monstruo. El también gruñía. En su cerebro se iba formando un plan. El pelearse con aquella fiera poderosa y fresca, después de haber sostenido una batalla tan terrible con otro individuo de su especie, habría sido exponerse a la derrota. Necesitaba hallar un medio fácil de conseguir el triunfo. Agachándose, se apercibió a recibir el choque que había de venir de un momento a otro; y no tuvo que esperar en efecto. Su antagonista sólo se detuvo lo suficiente para hacer, con la mirada de edificar a su auditorio y de confundir a Korak, un resumen de sus anteriores victorias, de sus proezas y de lo que se disponía a realizar con aquel despreciable Tarmangani. En seguida se lanzó al ataque.

Con los dedos crispados y las quijadas abiertas se precipitó sobre el prevenido Korak con la velocidad de un tren expreso. Korak no se movió hasta que los enormes brazos del antropoide se adelantaron para agarrarle por el cuerpo. Entonces se deslizó por debajo de ellos, atizó un golpe tremendo en la mandíbula del mono en el momento de soslayar el ímpetu de su embestida, y volviéndose rápidamente se quedó preparado junto al derribado animal, que había besado el polvo.

El sorprendido antropoide pugnó por ponerse en dos manos. Brotaba espuma de sus repugnantes labios, y sus ojillos estaban inyectados en sangre. De lo más hondo de su pecho brotaban rugidos que infundían espanto. Pero no llegó a levantarse, porque el Matador estaba esperando a su lado, y en el momento en que la peluda barba de su adversario se le puso a tiro, otro puñetazo

que habría derribado a un buey le hizo caer otra vez de espaldas.

Una vez y otra luchó el antropoide por levantarse, pero siempre el poderoso Tarmangani estaba esperándole con el puño preparado para darle un nuevo golpe, como si fuera su brazo un martillo-pilón. Los esfuerzos del mono eran cada vez más débiles La sangre cubría su cara y su pecho y de su nariz y su boca chorreaba un hililllo rojo. La muchedumbre de monos que al pronto le había saludado con salvajes aullidos ahora se burlaba de él, y reservaba sus gritos de aprobación para el Tarmangani.

—¿Ka-goda? — preguntó Korak al derribar una vez más a su antagonista.

De nuevo trató el testarudo mono de ponerse en pie, y otra vez le asestó el Matador un golpe terrorífico. Volvió a preguntarle: "¿Ka-goda?", es decir, "¿tienes ya bastante?".

Un momento permaneció inmóvil la fiera: Al fin, de sus aporreados labios brotó esta sola palabra: "Ka-goda".

—Entonces levántate y vete con los tuyos, — le dijo Korak. — Yo no quiero ser rey de una gente que una vez me echó de su lado. Seguid vuestro camino, y nosotros seguiremos el nuestro. Cuando nos encontremos, podremos ser amigos, pero no viviremos juntos.

Un mono viejo se acercó a Korak y le dijo:

—Has matado a nuestro rey. Has derrotado al que habría sido rey nuestro. Podías haberle matado si se te hubiera ocurrido. ¿A quien nombraremos rey ahora?

Korak se volvió hacia Akut.

—Ahí teneis a vuestro rey, — dijo.

Pero Akut no quería separarse de Korak aunque sentía gran ansiedad por quedarse con su propia tribu. Quería que Korak se quedara también. Y así lo dijo.

El joven estaba pensando en Meriem, en lo que sería para ella mejor y más seguro, Si Akut se iba con los monos, no quedaría más que un solo ser que velara por ella y la protegiese. Por otra parte, si se unían a la tribu, nunca se sentiría tranquilo al dejar sola a la niña cuando él se fuera de caza, porque las pasiones de los monos no siempre son fáciles de reprimir. Hasta una hembra podría concebir un odio loco por aquella linda niña blanca y matarla durante la ausencia de Korak.

—Viviremos cerca de vosotros, — dijo al fin el Matador. — Cuando cambieis de cazadero, nosotros cambiaremos también, y así Meriem y yo estaremos cerca de vuestra tribu; pero no viviremos en vuestra compañía.

Akut suscitó algunas objeciones a este plan, porque no quería separarse de Korak Al pronto se negó a abandonar a su humano amigo por la compañía de sus propios semejantes; más cuando vió que los últimos de la tribu se alejaban otra vez hacia la espesura, y su mirada se fijó en la esbeltez de la joven compañera del rey muerto, que lanzaba miradas de admiración al sucesor de su dueño, no le fué posible desoír la voz de la sangre. Con una palabra de despedida a su amado Korak, Akut dió media vuelta y siguió a la mona a la laberinta maraña de la selva.

Cuando Korak hubo dejado la aldea de los negros después de su última expedición depredatoria, los gritos de su víctima y los de otras mujeres y niños habían atraído a los guerreros desde el bosque y el río. Grande fué la excitación y terrible la rabia de los hombres cuando se enteraron de que el diablo blanco había vuelto a penetrar en sus hogares, espantando a sus mujeres y robándoles flechas, adornos y alimento.

Hasta su temor supersticioso a aquella misteriosa criatura, que iba de caza con un enorme mono macho, quedó vencido por el deseo de vengarse de él y de desembarazarse de una vez para siempre de la amenaza que suponía su presencia en la selva.

Y así fué que una veintena de los guerreros más ágiles y curtidos de la tribu partieron en persecución de Korak y de Akut, unos minutos después de haber dejado éstos el teatro de las muchas depredaciones del Matador.

Este y el mono habían andado lentamente sin tomar precauciones contra la persecución posible. Y no era de extrañar esta actitud de indolente indiferencia por lo que se refería a los negros. Habían hecho Korak y Akut tantas correrías análogas sin que los castigaran, que ambos habían llegado a considerar a los negros con el mayor desprecio. El viaje de regreso los había llevado contra el viento. El resultado de esto fué que el olor de sus perseguidores se fué en dirección contraria a la de ellos, de suerte que prosiguieron su camino en absoluta ignorancia de que los indígenas no cansados, pero poco menos expertos que ellos en los misterios de la selva, seguían su rastro con salvaje insistencia.

La pequeña partida de guerreros tenía por jefe a Kovudoo, salvaje de mediana edad y de excepcional astucia y valor. El era el primero que llegó a divisar la presa que seguían desde hacía unas horas, por los misteriosos procedimientos de sus casi inconcebibles facultades de observación, de intuición y aun de olfato.

Kovudoo y sus hombres llegaron sobre Korak, Akut y Meriem después de la muerte del rey de los monos, pues el ruido de la batalla por fin los condujo en derechura hacia la presa buscada. El ver a la esbelta niña blanca asombró al salvaje caudillo y le retuvo contemplando a los tres un instante, antes de ordenar a sus guerreros que se precipitaran sobre ellos. En aquel momento fué cuando se presentaron los grandes monos, y de nuevo se quedaron paralizados de terror y fueron testigos de la conferencia y de la batalla entre Korak y el joven mono.

Más una vez que los negros se marcharon, el mozo blanco y la doncellita quedaron solos en la selva. Uno de los hombres de Kovudoo se acercó al oído de su jefe.

—¡Mira! — cuchicheó señalando a algo

que colgaba al costado de la niña. — Cuando mi hermano y yo éramos esclavos en la aldea del jeque, mi hermano hizo esa muñeca para su hijita... La niña jugaba siempre con ella, y la llamaba lo mismo que a mi hermano, cuyo nombre es Geeka. Poco antes de escaparnos nosotros llegó uno y derribó al jeque, y se llevó a su hija. Si es

tador y Meriem, su pareja. De nuevo la acercó a su pecho abrazándola tiernamente. Y entonces, por detrás de él se sintió una terrible algarabía de salvajes gritos de guerra y sobre ellos cayeron hasta veinte guerreros negros, sin cesar de lanzar aullidos.

Korak se volvió para presentar batalla, y Meriem, empuñando el venablo del mozo,

... Se fijó en la esbeltez de la joven compañera del rey muerto...

esa de ahí, el jeque pagará bien su rescate.

El brazo de Korak había vuelto a rodear los hombros de Meriem. En sus venas juveniles ardía el amor. La civilización no era más que un estado recordado a medias, y Londres estaba para él tan distante como la antigua Roma. En el mundo entero no había nadie más que ellos dos: Korak el Ma-

se quedó a su lado. Voló en torno de ellos una infinidad de barbados proyectiles. Uno atravesó el hombro de Korak y otro su pierna, y el Matador cayó derribado al suelo.

Meriem estaba ilesa, porque los negros la habían perdonado de intento. Al ver caer a Korak, se precipitaron hacia él para rematarlo y realizar la captura de la niña;

más cuando se acercaban asomó también por otro lugar de la selva el terrible Akut, seguido de los enormes machos de su nuevo reino.

Gruñendo y rugiendo se precipitaron sobre los guerreros no bien observaron lo que acababan de hacer. Kovudoo, comprendiendo el peligro de trabar batalla de cerca con aquellos poderosos hombres arbóreos, agarró a Meriem y gritó a sus guerreros que se retirasen. Los antropoides de Akut los siguieron cierto trecho y varios de los negros quedaron mal heridos y uno de ellos muerto, antes que consiguieran escaparse. Y no les habría ido tan bien en la fuga si Akut no hubiera estado más preocupado con el estado del herido Korak que con el destino de la niña, a quien siempre había considedo una carga insoportable.

Korak yacía ensangrentado y sin sentido cuando llegó a su lado Akut. El mono arrancó de su carne los pesados venablos, le lamió las heridas, y luego llevó a su amigo al elevado refugio que Korak había construído para Meriem. Más que esto, no podía ni sabía hacer la fiera. La naturaleza debía realizar por sí sola lo restante, o Korak tendría que morir.

Pero no murió Korak. Durante muchos días estuvo postrado por la calentura, en tanto que Akut y los monos cazaban cerca de su refugio para protegerle contra las aves y fieras que pudieran llegar a su ingente morada. A veces Akut le llevaba jugosos frutos que contribuían a apagar su sed y a mitigar su fiebre, y poco a poco la robustísima naturaleza del muchacho pudo vencer los efectos de las heridas. Y al propio tiempo que curaban éstas, volvían las fuerzas. En todos sus momentos de lucidez mientras se hallaba tendido en las suaves pieles que forraban el nido de Meriem, había sufrido más intensamente por los temores que le inspiraba la suerte de ésta, que por el dolor de sus propias heridas. Para ella tenía que vivir. Por ella necesitaba recobrar fuerzas, hasta poder partir en busca de su amada... ¿Qué le habrían hecho los negros? ¿Vivía aun Meriem o la habrían sacrificado a su sed de tortura y de sangre humana? Korak casi temblaba de miedo cuando las más terribles posibilidades destino de la niña se presentaban a su mente, sugeridas por lo que sabía acerca de las costumbres de la tribu de Kavudoo.

Iban pasado los días, al parecer interminables; y al fin Korak tuvo suficientemente recobrado el vigor para arrastrarse fuera del refugio y descolgarse al suelo sin que le ayudaran. Ahora vivía más de carne cruda, para lo cual tenía que contar exclusivamente con la maña y la generosidad de Akut Con esta alimentación su cuerpo se repuso rápidamente, y por fin Korak se dijo que ya estaba en disposición de emprender el viaje hasta la aldea de los negros.

XII

Dos blancos altos y barbudos avanzaban cautelosamente por la selva, procedentes de su campamento al lado de un ancho río Eran Carl Jenssen y Sven Malbin, cuyo aspecto había variado muy poco desde el día años atrás, en que a ellos y a su "safari" le dieron tan soberano susto Korak y Akut, cuando el primero buscaba refugio entre ellos.

Desde entonces cada año se habían enfrascado en la selva para comerciar con los indígenas o para robarles algo; para cazar y engañar, o para guiar a otros blancos por el país que tan bien conocían. Siempre, desde su aventura con el jeque, realizaban sus fechorías a prudente distancia de su territorio.

Ahora se hallaban más cerca de la aldea del jefe indígena que en muchos años atrás, pero estaban bastante seguros de no ser descubiertos gracias a lo deshabitado de la selva que se interponía y al temor y enemistad que el pueblo de Kovudoo tenía al jeque, que en otros tiempos había saqueado la tribu, llegando poco menos que a exterminarla.

Aquel año iban los suecos a cazar ejemplares para un jardín zoológico de Europa; y cuando los volvemos a ver a acercarse a una trampa que habían colocado con la esperanza de capturar un ejemplar de los grandes babuinos que frecuentaban las inmediaciones. Cuando se acercaban a la trampa se dieron cuenta, por los ruidos procedentes de sus alrededores, de que sus esfuerzos se veían recompensados Los ladridos y gritos de centenares de babuinos sólo significaban que uno de ellos había caído, víctima del incentivo del cebo.

Cuando se acercaron a la vista de aquel paraje se encontraron precisamente con lo que esperaban. Un macho enorme estaba luchando desesperadamente con los barrotes de acero de la jaula que lo tenía cautivo. En la parte de fuera otros centenares de babuinos desgarraban y mordían, tratando de auxiliarle, y todos rugían y aullaban con toda la fuerza de sus pulmones.

Mas lo que no veían ni los suecos ni los babuinos era la figura medio desnuda de un muchacho oculto en el follaje de un árbol cercano. El mozo había llegado allí casi al mismo tiempo que Jenssen y Milbihn, y estaba observando con las mayores muestras de interés lo que hacían los babuinos.

Las relaciones de Korak con éstos no fueron nunca muy cordiales y sus ocasionales encuentros se distinguían por una especie de tolerancia armada. Los babuinos y Akut se cruzaban muy tiesos y gruñendo, en tanto que Korak mantenía una neutralidad de dientes al aire. De suerte que el Matador no se preocupaba gran cosa por el predicamento en que se hallaba el rey. La curiosidad le impulsó a detenerse un momento, y éste basto a sus vivos ojos para divisar la extraña coloración de la ropa de los dos suecos detrás de un arbusto no muy distante de su observatorio. Korak fué todo atención

en seguida. ¿Quienes eran aquellos intrusos? ¿Qué tenían que hacer en la selva de los Manganis? Korak se deslizó en silencio alrededor de ellos, hasta un punnto donde pudiera percibir su olor y verlos más a sus anchas; y apenas lo había hecho cuando reconoció a los dos sujetos que habían disparado contra él años antes. Los ojos le echaron chispas, sintió que los pelos se le ponían de punta, y se quedó allí observándolos con la atención de una pantera que se apercibe a saltar sobre su presa.

Los vió levantarse, y tratar de ahuyentar a gritos a los babuinos mientras se acercaban a la jaula. De pronto uno de ellos se encaró el rifle y disparó al centro del sorprendido y colérico rebaño. Un instante después se figuró Korak que los babuinos cargarían sobre ellos; pero otros dos tiros de los blancos los mandaron a los árboles en desbandada. Luego los europeos se acercaron a la jaula, y Korak se figuró que iban a matar al rey. Y aunque éste le tenía sin cuidado, menos le importaban aun los dos suecos. El rey de los babuinos no había tratado nunca de matarle a él, y los dos blancos sí. El rey era un ciudadano de su amada selva, y los otros eran extraños. Su lealtad, por lo tanto, le impulsaba al lado del enjaulado monarca y en contra de los dos hombres. Además, él hablaba la lengua de los babuinos, que era igual a la de los grandes monos. Al través del calvero vió que la horda de aquéllos estaba vigilando.

Alzando la voz los llamó. Los blancos se volvieron al oír los sonidos que profería detrás de ellos aquel ser desconocido, y pensaron que era otro babuino que los había rodeado; más aunque escrutaron los árboles con los ojos no llegaron a columbrar la ya silenciosa figura escondida entre el follaje. Korak gritó de nuevo:

—¡Yo soy el Matador! — exclamó. — Esos hombres son mis enemigos y los vuestros. Yo os ayudaré a libertar a vuestro rey. Corred sobre esos desconocidos en cuanto me veais a mí hacerlo, y entre todos los echaremos y dejaremos a vuestro rey libre.

Y los babuinos contestaron en un robusto coro:

—¡Haremos lo que tú digas, Korak!

El Matador se descolgó de su árbol, y corrió hacia los dos suecos, en tanto que en el mismo instante tres centenares de babuinos seguían su ejemplo. Al ver la extraña aparición del guerrero blanco medio desnudo que se precipitaba sobre ellos con el venablo levantado, Jenssen y Malbihn levantaron sus rifles y dispararon contra Korak; pero la excitación les hizo errar el tiro a ambos, y un momento más tarde los babuinos cayeron sobre ellos. Su única esperanza de salvación estaba ya en la fuga, por lo cual, regateando acá y acullá y sacudiéndose a los enormes animales que se les echaban encima, corrieron hacia el interior de la selva. Y aun entonces habrían perecido, de no ser por la llegada de sus hombres, a los cuales encontraron como a doscientos metros de la jaula.

Una vez que los europeos volvieron la espalda en su fuga, Korak no les prestó más atención, sino que se volvió al instante al prisionero monarca. Los cierres de la puerta que habían chasqueado la facultad mental de los babuinos entregaron inmediatamente su secreto a la humana inteligencia del Matador, y un momento más tarde el rey salió libre al calvero. No perdió el tiempo en dar las gracias a Korak, ni éste esperaba que se las diera. Sabía que ninguno de los babuinos olvidaría nunca aquel servicio, aunque en rigor no le importaba nada que lo olvidaran. Había intervenido para libertar al rey, impulsado por el deseo de vengarse de los dos blancos. Los babuinos no le podrían nunca ser útiles. Ahora estaban ya corriendo en dirección al lugar del combate que se desarrollaba entre sus compañeros y los secuaces de los dos suecos; y cuando el fragor de la batalla se fué perdiendo a lo lejos, Korak dió media vuelta y reanudó su viaje hacia la aldea de Kovudoo.

Por el camino se encontró con una manada de elefantes que pacían en un calvero de la selva, donde unos árboles estaban demasiado separados para que Korak pudiera viajar por entre sus ramas, camino que habitualmente prefería, no sólo porque estaba despejado de la densa maleza de abajo y le permitía abarcar más terreno con la vista, sino por el orgullo que le inspiraba su habilidad arbórea. Era delicioso lanzarse de rama en rama, probar el vigor de su poderosa musculatura, y cosechar los agradables frutos de su agilidad, que tanto le había costado adquirir. Korak se deleitaba en el peligro de lanzarse por las ramas más altas de la inmensa selva, donde, sin que nadie le molestara ni le pusiera obstáculos, podía reírse de los enormes brutos, condenados a vivir siempre en la oscuridad del enmohecido suelo.

Pero allí, en aquel calvero abierto, donde Tantor movía las gigantescas orejas y balanceaba la trompa de un lado a otro, el muchacho tenía que pasar por la superficie del suelo, como un pigmeo entre gigantes. Un macho enorme levantó la trompa para dar la voz de alarma en cuanto sintió la proximidad del intruso. Sus menudos ojos vagaron de acá para allá, pero fueron su penetrante olfato y su agudo oído los que primero descubrieron a Korak. El rebaño se movió con inquietud, dispuesto a la fuga, porque el viejo macho había percibido el olor del hombre.

—¡Silencio, Tantor! — exclamó Korak. — ¡Soy yo, Korak, Tarmangani!

El elefante bajó la trompa y el rebaño continuó su meditación interrumpida. Korak pasó como a medio metro del formidable macho. Una sinuosa trompa onduló hacia él, rozándole la parda piel a manera de caricia. Korak, al pasar, le tocó cariñosamente una paletilla. Llevaba muchos años en buenas relaciones con Tantor y su gente. De todos los habitantes de la selva, a quien más quería era al poderoso paquidermo, el más pacífico y al propio tiempo el más terrible de todos los animales. La gentil gacela no le temía, y en cambio Numa, el señor de la selva, procura-

ba evitarle de lejos. Korak se abrió paso entre los machos jóvenes, las hembras y los hijos de éstas. De cuando en cuando otra trompa partía hacia él, y una vez una elefantilla juguetona le agarró las piernas y lo tiró

Había cerrado ya la noche cuando llegó Korak a la aldea de Kovudoo.

Manteniéndose bien oculto en las sombras de las chozas comenzó un registro sistemático de la aldea, con los ojos, los oídos y el olfato constantemente alerta para percibir la menor indicación de la próxima presencia de Meriem. Su avance tenía que ser necesariamente lento, para que ni siquiera los perros de los salvajes, que se distinguían por su finura de oído, sospecharan la presencia de un extraño dentro de la empalizada. Por el inquieto gruñir de algunos de ellos se dió varias veces cuenta el Matador de cuán cerca había estado de ser descubierto.

Hasta que llegó a espaldas de una choza en el otro extremo de la ancha calle de la aldea, no percibió Korak claramente el olor de Meriem. Con la nariz pegada a la pared de paja, Korak olfateó ansiosamente toda la cabaña, en tensión y palpitante como un perro de caza. Hacia la parte delantera y la puerta se encaminó, no bien su olfato le hubo asegurado que Meriem estaba allí dentro; mas cuando dobló la esquina de la choza y llegó a ver la entrada, observó a un fornido negro armado con un largo venablo y en cuclillas ante la entrada de la prisión de la niña. El salvaje estaba vuelto de espaldas a él, y su figura se destacaba sobre el fulgor de unas fogatas de guisar encendidas mucho más allá de la calle. Estaba solo. Los más próximos de sus compañeros se hallaban al lado de una hoguera a sesenta o setenta pasos de distancia. Para entrar en la choza Korak tenía que hacer callar al centinela o pasar por su lado sin ser visto. El peligro de lo primero estaba en la seguridad de alarmar a los guerreros próximos, haciendo que ellos y los demás cayeran inmediatamente sobre él. Y la realización del otro término del dilema era, al parecer, prácticamente imposible. Para tí o para mí, lector, habría sido imposible en absoluto, pero Korak el Matador no era como nosotros.

Quedaba un espacio de más de doce pulgadas entre la ancha espalda del negro y el marco de la puerta. ¿Podría Korak pasar por detrás del guerrero sin que éste le descubriese La luz que caía sobre el reluciente ébano del dorso del centinela iluminaba también la clara piel de Korak. Si cualquiera de los que se hallaban en la calle, a lo lejos, miraba por casualidad hacia él, seguramente tendría que reparar en aquella figura alta, clara y movible; pero Korak contaba con que el interés de la conversación que sostenían, retendría encadenada su atención, y contaba también con el fuego que tenían cerca para que les impidiese ver claramente lo que ocurría en la oscuridad que rodeaba el extremo de la aldea donde él se hallaba.

Aplastado contra la pared de la choza, pero sin arrancar ni un susurro de roce a la seca paja que la formaba, el Matador se acercó más y más al centinela. Ya estaba junto a su hombro: ya se había abierto paso sinuosamente por detrás de él. Ya notaba el calor del desnudo cuerpo en las rodillas. Ya sentía respirar al negro... Maravillábale que aquel estúpido ser no se hubiera asustado mucho antes; pero el indígena estaba allí tan ignorante de la presencia de otro hombre como si éste no hubiera existido.

Korak apenas se movía más que una pulgada a cada paso, y luego permanecía quieto un momento. Así se estaba abriendo camino por detrás del centinela cuando éste se enderezó, abrió la cavernosa boca en un pavoroso bostezo, y estiró los brazos sobre su cabeza. Korak se quedó rígido como una piedra. Un paso más y estaría dentro de la choza. El negro bajó los brazos y aflojó el cuerpo. Detrás tenía el marco de la puerta. Muchas veces había apoyado en él su soñolienta cabezota; y ahora se echó atrás para disfrutar del prohibido placer de una cabezada.

Pero en lugar del marco de la puerta, su cabeza y sus hombros vinieron a ponerse en contacto con la caliente sangre de dos piernas vivas. La exclamación de sorpresa que casi brotó de sus labios se ahogó en la garganta gracias a unos dedos de acero que le apretaron el gaznate con la rapidez del pensamiento. El negro pugnó por levantarse, por volverse contra aquel ser que le atacaba y por desasirse de su presa; pero todo fué en vano. Le era imposible moverse, enteramente como si estuviera sujeto por un terrible tornillo de hierro. Tampoco podía gritar, porque los vigorosos dedos le apretaban cada vez más la garganta. Se le salieron de las órbitas los ojos, y el semblante se le puso de azulado color de ceniza. De pronto aflojó el cuerpo una vez más, pero ya con la relajación final de que no hay manera de volver. Korak empujó el cadáver contra el marco de la puerta, donde quedó sentado, en la oscuridad, materialmente como si viviera todavía. Entonces Korak dió media vuelta y penetró en la densa negrura del interior de la choza.

—¡Meriem! — cuchicheó.

—¡Korak! ¡Korak mío! — exclamó la niña en respuesta, con un grito ahogado por el temor de alarmar a sus raptores, y al propio tiempo por el sollozo que le arrancó la alegría de ver allí a su amigo.

Este se arrodilló y cortó las ligaduras que sujetaban a la niña por las muñecas y los tobillos. Un momento más tarde la había puesto en pie, y tomándola de la mano la condujo hacia la puerta. Fuera de ésta el centinela muerto continuaba su macabra guardia. A sus pies olfateaba y gemía un perro indígena lleno de sarna. Al ver que los dos salían de la choza, el animal exhaló un siniestro gruñido, y un momento más tarde, como si hubiera percibido el olor del extraño hombre blanco, rompió en una serie de excitados ladridos. Estos llamaron instantáneamente la atención de los guerreros sentados junto a la hoguera, haciéndoles volver la cabeza en la dirección en que sonaba el ruido. Era imposible que dejaran de ver las blancas pieles de los fugitivos.

Continuará en el próximo número.

EL CONCURSO DE "PUCKY"

A continuación se publican algunos chistes de los enviados por los estimados lectores de "Pucky" y que, aun cuando no han llegado dentro de las condiciones del concurso pueden ser tomados en cuenta y aspirar a premio.

EL CHISTE PREMIADO

ERA IGUAL

Patrón. — ¿Por qué le ha dicho a ese cliente que no había lo que deseaba?

—Porque no queda más, señor.

Patrón. — No importa; se le ofrece algo parecido, cosa que no se vaya sin comprar.

Al otro día llega un cliente.

Cliente. — ¿Quiere darme un quesc fresco de 5 kilogramos?

Dependiente (vacilando un momento). — No queda más por el momento, señor, pero tenemos piedras de afilar muy parecidas.

José Baigorri, San Martín 51, Villa Ballester.

QUERIA SABER MAS

Hallando el doctor X a un cataléptico que ...acia cinco días dormía, dispuso que lo enterrasen.

Al llegar cerca del lugar de la sepultura, ncorporóse y dijo:

—¿Adónde me llevais pedazos de brutos? No veis que estoy vivo?

Oyéndolo el médico de cabecera que a muy ...orta distancia se halla le repuso:

—¿Querrás saber más tú que los médicos?

María Grabulosa, Bolívar 217, Posadas.

* * * *

ENTRE JUDIOS

Blumd encuentra a Levy.

—Parece que estás contento esta mañana, ...vy, ¿qué sucede?

Levy se frota las manos.

—Sí, estoy satisfecho. Fíjate; me acabo de ...segurar la cosecha contra incendio y contra granizo.

Blumd reflexiona un instante.

—El incendio, lo comprendo... pero el granizo, ¿cómo te vas a arreglar para hacerlo ...er?

José Graciano, Baradero, F. C. C. A.

* * * *

EN LA ESCUEL...

El maestro al interrogar a un alumno so... los cuatro puntos cardinales dice: Todos ...ien que al frente tenemos el Norte, a la ...recha el Este, a la izquierda el Oeste ¿qué ...es atrás?

A lo qeu el alumno responde:

—Toda la clase puede ver que tengo un remiendo en los pantalones.

Carlos Gálvez, España 144, R. Gallegos.

* * * *

ENTRE PRESIDIARIOS

Presidiario I. — ¿Por cuánto tiempo te condenaron?

Presidiario II. — Por dos semanas.

Presidiario I. — ¡Cómo! ¿Dos semanas y has matado a tu mujer?

Presidiario II. — Claro, despuéc me ahorcan.

Vicente Cancelo, Darwin 116, Bahía Blanca, F. C. S.

* * * *

...ENIA RAZON

Paseaba un cura por la plaza de su pueblo cuando sintió que lo llamaban.

—¡Por favor, señor cura! — le dicen, — venga a mi chacra y verá algo terrible.

—¿Pero que le pasa buen hombre? — dice el cura.

—Pues, señor; he plantado patatas hace unos días y no han salido patatas.

—¡Pero hombre! ¿Y qué han salido entonces?

—Pues verá usted, señor cura; han salido unos cerdos y se las han comido.

Armando Petracini, España No. 580, Junín, Buenos Aires.

* * * *

TACAÑERIA

—Yo conocí un escocés tan tacaño que utilizaba una verruga que tenía en el cuello para abrocharse la camisa.

—Pues, yo conocí otro escocés tan tacaño que nació en América para ahorrarse los gastos de viaje.

Vicente Platas, Villa 9 de Julio, Tucumán.

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO CHISTE QUE SE ENVIE AL CONCURSO

PUCKY No. 276

BRUNN, EL MINERO

Por

DEX VOLNEY

Al notar estas siniestras manifestaciones de odio, el pequeño perro blanco que siempre estaba cerca de Brunn, gruñía sordamente. Si el taladro estaba funcionando, con su ruido ensordecedor habitual, el perro corría rápidamente hacia su dueño, y parecía que trataba de advertirle del peligro. Los ojos del can estaban siempre fijos en el químico, y por esta razón Horsville no podía acercarse a Brunn sin que éste se apercibiera.

Durante una noche en la mitad del segundo invierno que Brunn pasaba buscando la veta perdida, el minero se imaginó ver en la obscuridad de su dormitorio nua misteriosa claridad ,parecida a la de la aurora. Mientras Charlie permanecía inmóvil, distinguió que una de las tablas del techo era apartada sin ruido, dejando una abertura vertical. Por ella entró un delgado brazo armado de una barra de acero. El brazo se levantaba cautelosamente como para asestar un golpe mortal a la cabeza de Brunn.

Haciendo un violento esfuerzo, el minero trató de saltar de la cama, pero se encontró incapaz de mover un dedo. Se le ocurrió de pronto que todo era una pesadilla, pero en ese momento la mano armada de la barra vino hacia abajo.

Haciendo un terrible esfuerzo con todo el cuerpo, movió la cabeza hacia un lado. Le pareció sentir una corriente de aire helado pasar a su lado, y el acero golpear la almohada. Un instante después, Brunn se sentó en la cama, bien despierto tratando de ver en la obscuridad del dormitorio. Los elásticos de la cama todavía vibraban a consecuencia del convulsivo movimiento que había hecho. Involuntariamente, tocó la almoda para ver si encontraba la barra de hierro, pero no había nada. No encontró más que la depresión hecha por su cabeza. Había sido una falsa alarma.

El pequeño perro, que dormía en un montón de harapos bajo la cama, estaba corriendo por el piso, gruñendo de miedo. Estaba haciendo exactamente lo mismo que si estuviera entre las cargas de dinamita, con las mechas ardiendo. El minero trató de tranquilizarlo, pero el clamor de la bestia aumentaba. Parecía loco de terror.

Sintiendo que la consternación lo embargaba, Brunn sacó su revólver de abajo de la almohada, y lo preparó para disparar rápidamente, prendiendo un fósforo que sacó de sus pantalones. La amarilla luz de la cerilla no iluminó nada más que el perrito blanco, que saltaba desesperadamente por el suelo. El animal de improviso tomó el pantalón del minero entre sus dientes y se lo llevó hasta la cama. Una vez que llegó allí, se quedó mirando a su dueño y temblando en todo el cuerpo, hasta que la luz del fósforo se extinguió.

La obscuridad invadió de nuevo la habitación. Era tan intensa que parecía caer sobre la cama como un cuerpo sólido. El minero prendió otro fósforo y lo aplicó a una vela que había colocada en una silla. Temblando a causa del intenso frío, extendió la mano para tomar los pantalones.

De improviso Brunn y el perro cesaron en sus movimientos; del otro lado de la puerta percibieron un movimiento en las tablas del piso, como si alguien estuviera caminando cautelosamente. El perro comenzó de nuevo a gruñir, lleno de terror.

El minero saltó hacia la puerta. Sacando la barra de hierro que aseguraba la puerta dió vuelta al picaporte, pero no podía abrir la puerta. Retrocediendo un paso, miró a su perro que estaba rígido a sus pies. De la boca del animal salió un gruñido sordo, mientras miraba a una de las ventanas. Brunn vió vagamente la silueta del químico, que lo miraba fijamente, con el rostro pegado al vidrio.

Con un movimiento rápido como el rayo Brun tomó su revólver e hizo fuego sobre el diabólico y espectral rostro del hombre que lo estaba contemplando con su sólo ojo. La detonación resonó en la habitación como un cañonazo.

El vidrio de la ventana voló, hecho pedazos, por la bala. Brunn sabía que la cara de su enemigo había desaparecido de la ventana un segundo antes de que disparara. Una helada ráfaga de viento entró por la ventana, llegando casi a apagar la vela.

En el silencio que siguió a la detonación Brunn sintió claramente el ruido que había notado antes, en el otro extremo del dormitorio. Levantando el colchón y las mantas de la cama, Brunn arrancó una de las barras de acero de la misma, y armado con ella arremetió contra la puerta. Descargó sobre ella un golpe terrible, rajando las tablas y abriendo una abertura.

El olor de pólvora quemándose penetró en la habitación. Acercando su rostro a la hendija en la puerta, el minero vió muchas chispas rojas escaparse de un punto en el suelo, directamente frente a la puerta.

Brunn extendió uno de sus largos brazos

por el orificio en la puerta, y buscó la manija de la parte exterior. Con un gran esfuerzo logró abrirla, y saliendo afuera casi tropezó con lo que parecía un paquete de velas atadas. Era una enorme bomba, compuesta por lo menos de treinta cartuchos de dinamita. De ella salía una negra mecha, chisporroteando.

El perro gruñó y le ladró a su dueño como pidiéndole que huyera. Inclinándose, Brunn trató de arrancar la mecha de la bomba, pero estaba tan apretada que no podía sacarla. Tampoco podía romperla con las manos, de manera que bajando la cabeza hasta el suelo, comenzó a morderla justamente un poco más arriba del lugar donde entraba en el explosivo.

Ya había cortado con sus dientes varios de los hilos, cuando sintió que las chispas le quemaban la boca. La mecha estaba ya ardiendo muy cerca de la dinemita. No teniendo otro remedic, tomó la gigantesca bomba con sus manos y la arrojó hacia afuera, en medio de la obscuridad. Explotó en el aire, con un formidable estampido y haciendo como un relámpago.

Toda la casa fué sacudida, hasta los cimientos, y los vidrios se hicieron añicos, sin salvarse ni uno. Brunn fué empujado violentamente hacia atrás, como por una fuerza irresistible, y derribado de espaldas en medio de la cocina. Quedó aturdido, pero sin llegar a desmayarse. Sentía en sus oídos un ruido como el producido por un timbre gigantesco, el que le producía un intenso dolor.

El perro corrió hacia él, y trató de revivirlo, lamiéndolo ansiosamente. Charlie sentía sus quejumbrosos ladridos, como si el animal estuviera muy lejos de él, y llegó a pensar con desaliento, que los tímpanos de sus oídos habían resultado rotos por la explosión.

El día amaneció con el cielo claro, y una calma glacial. Eran casi las nueve cuando el sol se levantó del Océano Pacífico, más allá de la isla de Nagai. Los brillantes rayos del sol iluminaron los edificios cubiertos de nieve de la mina Apollo, y penetraron en las desarregladas habitaciones de la casa del superintendente.

Charlie Brunn, con su cuerpo inmóvil y rígido, estaba sentado al piano tocando una por una todas las teclas del instrumento, y escuchando con atención. En su rostro se dibujaba una grotesca expresión. Las notas más altas de la música llegaban a sus oídos como después de haber recorrido una distancia enorme. Los sonidos más bajos sólo los percibía como un trueno lejano, y durante todo esto sentía un ruido persistente en su cabeza, como de timbres gigantescos, y le dolía tanto, que le parecía por momentos que iba a perder el sentido.

—Esto es solamente temporal, y se pasará. Sólo, — murmuró Brunn, aunque en su tono se podía percibir el terror que sentía ante el peligro de que la sordera fuera permanente. — Por fin cerró el piano, y fué hasta la puerta, por la que Horsville había penetrado en la casa. Cortando una serie circular de pequeños agujeros, había concluído por hacer un orificio circular, lo suficientemente grande para pasar el brazo por él, y descorrer las barras de hierro que aseguraban la puerta.

Poniéndose sus botas y un saco de pieles, Brunn fué hasta la oficina de la mina, donde había tenido a Horsville prisionero durante las noches. Una vez allí, descubrió que el químico había huído de allí usando el mismo procedimiento que para entrar a la casa: cortó en la madera alrededor de la cerradura, hasta que la sacó y se encontró libre.

Brunn llegó a la conclusión de que la dinamita la había robado cartucho por cartucho, habiendo usado para abrir agujeros alguna de las herramientas que se usaban para aguzar los taladros. También observó que las ropas del prisionero faltaban de su sitio acostumbrado. El minero pensó que no era posible que el prisionero hubiera ido a entregarse a las autoridades, prefiriendo cumplir su sentencia de veinte años en la cárcel, antes que continuar el agotador trabajo de la mina.

—Es posible... pero lo dudo, — se dijo a sí mismo.

Después de una búsqueda de veinte minutos, el minero encontró las huellas de las pisadas de Horsville, en la nieve. Las siguió rápidamente y vió que iban en línea recta hacia la ciudad de Unga. Comenzó a dudar acerca de lo que haría si el ex prisionero se había entregado a la justicia.

Al llegar a una media milla de Unga, Brunn llegó hasta un sitio desde donde presenció un inesperado y sorprendente espectáculo:

Arriba de una peña, del tamaño de una cabaña, Horville estaba acurrucado, inmóvil. Estaba con la cabeza descubierta y sus ropas estaban hechas girones. Con los harapos flotando, se parecía más que nunca a un ave detenida sobre un pico nevado.

Acercándose a la peña, Brunn vió que un enorme perro-lobo se paseaba incesantemente alrededor de la base de la roca, enseñando de cuando en cuando al fugitivo sus enormes dientes, blancos, amenazadoramente. Apoyándose en las patas traseras, y apoyando las delanteras en la roca, se levantaba y llegaba con la cabeza a una yarda de distancia del acobardado Horsville. Cada vez que el animal trataba de alcanzar a su víctima, con la pata, el pequeño químico le aplicaba furiosos puntapiés hasta que la bestia regresaba de nuevo abajo y volvía a comenzar sus paseos alrededor de la roca.

Cuando Brunn llegó cerca, el animal se volvió y lo miró curiosamente. Después, moviendo la cabeza como señal de sumisión, y sacando su enorme lengua roja, le lamió la mano. Brunn le acarició la cabezo al animal, y le dijo:

—No te excites, amigo.

Y dirigiéndose al farmacéutico que continuaba acurrucado en la misma posición, le ordenó:

—¡Baja, Horsville!

El azorado químico, le contestó sin moverse.

—Mate primero a ese perro vagabundo.

La voz llegaba hasta los oídos de Brunn como si su enemigo estuviera muy lejos. Al

Horville levantó el pico y fué a descargarlo sobre la cabeza de Brunn.

sentir la voz, el perro volvió a mostrar los dientes salvajemente, como si hubiera comprendido lo que había dicho.

—!Quieto! ¡Acuéstate ahí, amigo! — le dijo Brunn. — El perro se volvió hacia el minero, y cumplió lo que éste le había ordenado.

—¡No lo va a lastimar, Horsville! — manifestó al químico. — ¡Baje de ahí! — Pero el fugitivo rehusó moverse.

Brunn se adelantó rápidamente y extendiendo un brazo, aprisionó a Horsville por las pantorrillas y lo derribó hasta el suelo.

—¿De manera que usted iba a entregarse a la justicia?

Horsville se limpió los ojos, y contestóle, pero Brunn sólo logró entender lo siguiente: ...llegué hasta la puerta del comisario..., pero no pude decidirme a entrar. Sabía que no lo había matado a usted, pero no pude decidirme a ir a la cárcel por... entonces este animal me atacó y salté a esta roca..."

Brunn miró a la roca, cuyo pico estaba a dos o tres pies más alto que la cabeza del químico. Aquel debía haber sido un salto

desesperado, para él. El minero se imaginó ver a su enemigo saltando hacia la roca, como si fuera un gigantesco murciélago, para escapar del perro-lobo, que había lacerado una de sus piernas.

—De manera que usted se acobardó al llegar a la puerta del comisario, — obsérvóle Brunn, ásperamente. — Veinte años vestido de rayas. ¡No los viviría!

—Sí es verdad — contestóle Horsville, — moriría antes de cumplir la sentencia. Pero cuando lo haya matado a usted, es muy posible que pueda escaparme. Voy a seguir probando.

Brunn no sentía estas palabras, pronunciadas en voz baja, pero se daba cuenta perfectamente de su significado. Con el brazo le señaló el camino que llevaba de vuelta a la mina Apollo.

Horsville comenzó a caminar hacia la mina, cojeando dolorosamente. Brunn lo siguió a corta distancia. Mirando a sus pies, vió que el perro-lobo lo acompañaba silenciosamente. Agachándose le acarició la cabeza, murmurando:

—Muy buen perro.

Unos minutos después, los ojos de Brunn brillaron con resplandor acerado, e inclinándose sobre el perro le señaló a Horsville, diciéndole al mismo tiempo:

—Vigílalo bien. No te descuides por un momento.

La bestia miró a la tambaleante figura que avanzaba delante de ellos y volviendo a enseñar los dientes amenazadoramente, gruñó como si hubiera comprendido aquellas palabras.

Al llegar de vuelta a la mina, Brunn ordenó a Horsville que caminara hasta la casa del superintendente.

La silenciosa vivienda estaba invadida por las ráfagas del helado viento, que entraba por los vidrios rotos. El minero abrió la puerta del dormitorio adyacente a la habitación donde estaba el piano. Era la misma habitación que el químico había ocupado antes de que Brunn lo encerrara en la oficina de la mina.

—Desde ahora, Horsville, dormirá usted aquí y no pondré candados ni barras de hierro.

Diciendo esto, la mano del minero acarició la achatada cabeza del perro-lobo.

El farmacéutico entró rengueando y se dejó caer sobre la cama, al parecer exhausto.

—No habrá más cerraduras, — volvió a decir Brunn. Miró al perro y le dijo. — Siéntate, y vigílalo bien, — yo me voy a la ciudad.

El perro-lobo meneó la cola en señal de asentimiento; inmediatamente se tendió en el suelo y fijó sus ojos verdosos sobre la figura inmóvil en la cama.

Horsville se incorporó a medias en la cama y miró al perro, lleno de terror diciendo:

—No me deje solo con esa bestia.

Brunn, dirigiéndose al perro le dijo:

—Hazlo quedarse en esa cama, si se mueve, ábrele el cuello.

Esa tarde, la ciudad de Unga fué sorprendia por la visita de Brunn. Era la primera vez que venía desde que se había encargado de la mina Apollo.

Llegó hasta el salón de billares mayor de la ciudad, y entró. Estaba lleno de hombres.

—¿Está aquí Black Alf? — preguntó el minero con voz resonante que silenció todas las conversaciones. Todos los hombres se volvieron rápidamente, a esperar los acontecimientos.

Un mestizo se levantó, expresando asombro en su estólido rostro.

—¿Qué quiere usted? — le preguntó con acento de desafío.

—He venido a comprarle su perro. ¿Cuánto quiere por él?

Todas las partidas en el salón habían sido detenidas, y los presentes miraban a los dos interlocutores.

El mestizo vaciló un momento: de buena gana le habría regalado el perro, pues esperaba encontrarlo muerto a tiros cualquier día, por haber mordido a alguien, pero viendo la oportunidad que se le presentaba de ganar direno le contestó:

—Cien dólares.

Todos los presentes quedaron asombrados ante tal cinismo.

—Ahí tiene cincuenta — le manifestó el minero, entregandole tres monedas de oro. El mestizo se apoderó de las monedas ávidamente, y le advirtió:

—Es imposible obligarlo a tirar de un trineo y es capaz de matarlo si le pega.

Brunn manifestó a los presentes:

—No lo he comprado para que tire de un trineo. Le voy a enseñar a que vigile la mina y a que salte sobre cualquier merodeador que se acerque allí.

VIII

Desde aquel día, Horsville vivió bajo el ojo vigilante del perro, cuyo nombre era Kill-Man. La enorme bestia dormía todas las noches en el umbral de la habitación del químico. Al menor movimiento del hombre en la cama, el perro se despertaba instantáneamente e indicaba su presencia por medio de sordos gruñidos, los que aterrorizaban al prisionero.

Durante las comidas, Kill-Man se sentaba detrás del químico, vigilando todos los movimientos que hacía.

Cada vez que Horsville tomaba un cuchillo para cortar el pan, la mirada del animal se hacía alerta y amenazadora.

La tensión de tener los salvajes ojos siempre fijos en él comenzó a producir sus efectos en los nervios de Horsville.

Se parecía cada vez más a un vampiro que espera la oportunidad para chupar la sangre a su víctima.

Brunn estaba sentado al piano, tocando con fuerza todas las notas. Había hecho esto desde la noche en que sus tímpanos habían sufrido a causa de la explosión de la bomba. Comenzaba con las notas más altas e iba disminuyendo en fuerza lentamente. Cuando había tocado unas dos terceras partes del

teclado, se detuvo. Era el sitio de siempre, pues pasando de allí no sentía nada.

Como en otros tiempos, se presentaba a su imaginación el rostro de la sirena que lo había hechizado.

Después cerró el instrumento y se dirigió a la cocina.

Vió allí la figura de Horsville, que estaba con la cabeza entre las manos y le ordenó al perro que lo vigilara cuidadosamente. Le golpeó al prisionero en el hombro, diciéndole:

—¡Vamos, Horsville! Ya es hora de ir a trabajar!

El perro-lobo al contrario de otros, nunca seguía a Brunn dentro de la mina. Esperaba a los dos hombres a una distancia de uno cien pies de la entrada de las galerías.

IX

Al comenzar el cuarto año de trabajo, Brunn abandonó la galería que él y su prisionero habían abierto en el granito. Comenzó a construír un túnel en la dirección opuesta. La tarea era cada vez más peligrosa: en la galería 7 el techo se había aflojado, y solamente se libraron de un peligroso derrumbamiento, debido a las precauciones adoptadas apuntalándolo con tablas. Muchas de las viejas galerías de la mina se habían derrumbado.

Al quinto año de trabajo, Brunn abandonó la nueva galería después de haber avanzado mil doscientos pies. De nuevo comenzó a cavar hacia el Este, haciendo un túnel a unos treinta pies más abajo del otro. Antes de desengañarse de que no encontraría la veta por ese lado, pasaron tres años más.

Era extraño que Horsville no hubiera muerto durante estos ocho años de horrible trabajo.

En todo ese tiempo no había hallado la oportunidad de matar a Brunn. Siempre estaba el perrolobo de guardia...

El pequeño perro blanco tampoco había muerto; sin embargo, estaba tan envejecido que no podía caminar y Brunn lo llevaba en brazos cuando entraba y salía a la mina. Fué debido a esta circunstancia, que la oportunidad de Horsville llegó, aunque la excavación hubiera tenido que suspenderse pronto, pues el stock de dinamita se iba concluyendo rápidamente. También había gastado su pequeña fortuna, pues los explosivos eran carísimos.

Brunn y su cautivo estaban convertidos en espectros descarnados; uno parecía un alto esqueleto con los hombros encorvados, y el otro se asemejaba a un vampiro con un solo ojo. La piel de sus rostros era como pergamino arrugado, y las manos daban la impresión de garras.

Una tarde, cuando Brunn estaba trabajando con su taladro, Horsville observó que el perrito blanco daba señales de estar soñoliento. Vió que la cabeza se le caía, y unos momentos después se había dormido profundamente. En ese momento Brunn le daba la espalda. Horsville levantó el pico, y fué a descargarlo sobre la cabeza del indefenso minero.

Dándose vuelta, como llamado por un instinto misterioso, Brunn vió la punta del instrumento venir hacia él, descargado con toda la fuerza de su enemigo. El minero se echó a un lado instintivamente, y el pico le hirió en el brazo derecho, cerca del hombro; el químico arrancó el instrumento de la herida, y a Brunn le pareció que le despedazaban la mitad del brazo. Una exclamación de dolor se le escapó de los labios.

El perro blanco se despertó y trataba inútilmente de morder a Horsville. Al sacar Horsville el pico, Brunn lo agarró desesperadamente con la mano izquierda, levantando al mismo tiempo el pie derecho para aplicar un puntapié a su atacante.

Horsville soltó el pico de improviso, haciendo que la herramienta diera contra el pecho del minero. Entretanto, Horsville tomó una piedra del suelo y le aplicó un formidable golpe a su antagonista en el pecho. Brunn vaciló, y después se desplomó de espaldas, casi inconsciente.

El farmacéutico aplicó un puntapie al perro en la cabeza, arrojándolo contra la rocosa pared de la galería. Tomando de nuevo el ensangrentado pico, lo alzó de nuevo sobre Brunn. La sangre salía del hombro herido del minero, y permanecía inmóvil, respirando con dificultad.

Observando que su enemigo estaba postrado y no podía defenderse, Horsville bajó el pico y exclamó:

—¡Ahora soy yo el que mando, Brunn!

El minero no contestó; todo el costado derecho estaba empapado por la sangre que le salía del brazo. Inclinándose sobre él, su atacante le examinó la herida, y dijo:

La arteria no está cortada, de manera que la herida no es grave.

Enderezándose, se sacó el saco y la camisa, partiendo ésta en tiras.

—Usted va a desmayarse ahora debido a la pérdida de sangre, — le informó a su víctima, que permanecía inmóvil.

—Le voy a vendar el brazo para evitar que se desangre hasta morir.

El farmacéutico pronto logró detener la sangre, vendándole el brazo. Arrodillándose, acercó sus labios a los oídos del minero para que éste pudiera oirlo, y le dijo:

—Mis pensamientos eran que cuando mi oportunidad llegara, lo ataría de pies y manos, y le arrancaría las uñas con unas tenazas. Después le cortaría los dedos uno por nuo, y concluiría por cercenarle las manos. A continuación, le abrasaría un ojo con un hierro candente, y concluiría por arrancarle el otro con mis dedos.

Después de eso, iba a ponerle uno de sus taladros sobre el estómago para hacerle un orificio lentamente, a razón de un centímetro por hora.

Brunn se movió un poco, y respiraba ahora más libremente. Observando esto, Horsville se apartó rápidamente y tomó de nuevo el ensangrentado pico, diciéndole a su víctima:

—¡No se mueva, Brunn, o sino lo mataré como un perro!

Después de unos momentos de reflexión, se volvió a inclinar sobre él, y le dijo al oído:

—Eso no sería nada... sufriría usted por unas horas, y después moriría. Usted me ha tenido encerrado en esta maldecida montaña durante ocho años. ¡Ocho años de trabajo terrible! Yo nunca podría llegar a vengarme por todo lo que me ha hecho sufrir, Brunn, — prosiguió Horsville.

Diciendo esto se levantó y se dirigió a un cajón de dinamita que había allí; de él iban a sacar esa tarde diez cartuchos para los agujeros hechos en la pared.

Tomando todos los cartuchos, los ató juntos y le puso una mecha. Había fabricado así, una poderosa bomba. Colocandola en el suelo, le dijo al minero:

—Brunn, usted ha abierto túneles en esta montaña de un largo de diez mil pies. ¡Casi dos millas! Lo he ayudado a usted a sacar miles de toneladas de piedra en ocho años, Brunn! ¡Tres mil días, a cincuenta dólares cada uno, y por consiguiente usted me debe unos ciento cincuenta mil dólares!

Dejando el pico en el suelo, y tomando una vela encendida le prendió fuego a la mecha, y le dijo a Brunn:

—Adiós, Charlie Brunn; cuando se sienta mejor, abra unos agujeros más en la roca, pues nunca saldrá de ahí con vida.

Se dió vuelta y se alejó lentamente hasta que la llama de la vela desapareció en la obscuridad.

Brunn no había pronunciado ni una palabra.

Al rato de haber salido, Horsville oyó un formidable estampido. Toda la montaña pareció temblar. El químico había colocado la poderosa bomba de manera que Brunn quedara enterrado vivo en la mina, pues la explosión haría derribarse las paredes del túnel número 77, a unos trescientos pies de donde había quedado el minero.

—Cuando se sienta mejor puede pasearse por los túneles hasta que se le concluyan las velas y el agua. Después morirá de hambre y sed, sepultado en la obscuridad!

Horsville salió al aire libre, y lo aspiró con fruición, diciéndose:

—Que se arrastre en la obscuridad; está enterrado bajo millones de toneladas de granito.

A unos mil pies debajo de él, Man-kill se movía inquieto; había sentido la explosión y llegaba hasta el comienzo de la mina sin atreverse a entrar. Fué en este momento cuando vió una figura familar: era la del químico que se alejaba apresuradamente de la mina.

El animal se dirigió rápidamente hacia él, sin hacer el menor ruido; su víctima no lo sintió hasta que el animal se abalanzó sobre él. Con un grito de terror, Horsville trató de huir, pero el perro saltó sobre su espalda y lo tiró al suelo.

Las quijadas del poderoso perrolobo se cerraron sobre el cuello del farmacéutico, pudo sentirse el ruido de huesos que se rompen. Horsville había muerto.

X

Una vela encendida iluminaba a Brunn, con su brazo vendado. Estaba sentado en una roca, y las palmas de sus manos estaban como salpicadas de oro. También un taladro que había a sus pies tenía vestigios amarillentos. Este taladro había sido usado por Brunn para hacer uno de los agujeros en la pared aquel día, y el minero había notado allí una veta de oro.

Era la primera vez que Brunn veía oro en la mina, durante ocho años. Y ahora estaba solo, enterrado en el corazón de la montaña Unga. El no se había tomado el trabajo de ir a comprobar esto: lo había adivinado por la presión del aire.

Volver a abrir la galería hasta afuera, sería trabajo que ocuparía durante varios meses a toda una cuadrilla de mineros. Pero el prisionero no estaba solo; a sus pies yacía el perro blanco, mirándolo quejumbrosamente y gruñendo de cuando en cuando, como quejándose de que no lo hubiera defendido cuando Horsville lo atacó.

Quedaban en el cajón de dinamita siete cartuchos. Brunn les prendió fuego a los siete, y pronto el humo azulado de las mechas invadió el aire. El perro ladraba quejumbrosamente, como tratando de advertir a su dueño del peligro.

—¡Tómalo con calma, Mechas! — le dijo Brunn con voz tranquila. El pobre perro lamió los dedos del minero, y después acercándose a él, permaneció inmóvil.

Brunn estaba sentado con la vela en la mano, como si quisiera alumbrar el camino a la eternidad con ella. A sus pies estaba el taladro, con salpicaduras del oro virgen que había encontrado ese día.

Y nuevamente se le presentó la visión de la traicionera cara de la sirena, con sus lustrosos ojos negros.

—Vamos a volar ahora mismo, tú y yo, — dijo lentamente.

Y un momento después una explosión formidable confirmaba las palabras de Brunn el minero.

Sin gastar un centavo
puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de
ORO 18 KILATES Y PLATINO CON ZAFIRO BLANCO
Escríbanos hoy mismo pidiendo uno
COMPAÑIA INTRODUCTORA DE ALHAJAS FINAS
VICTORIA 1373 - Bs. Aires - Rep. Arg.

PIEDRA DE TOQUE

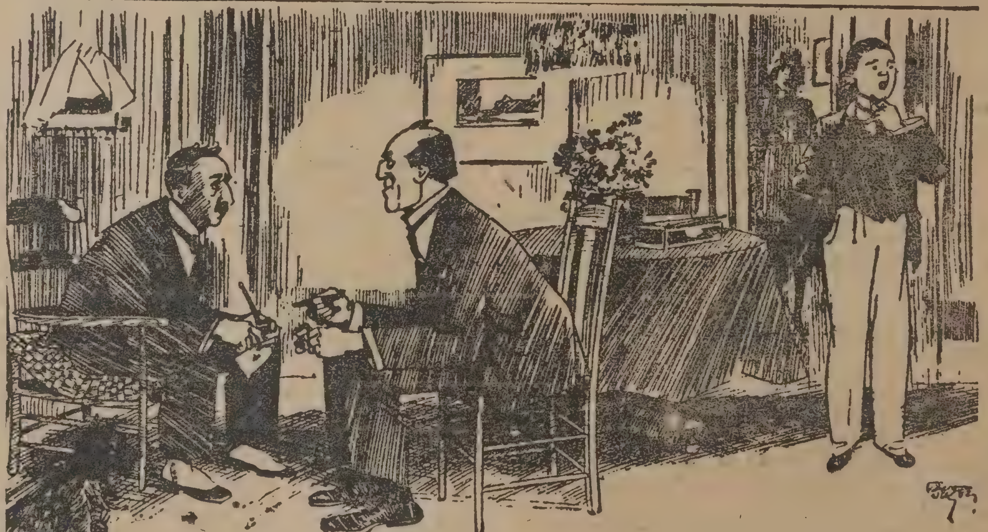
—¿Has roto tu compromiso con Roberto?

—Sí; comprobé que su cariño no era bastante intenso como para sobreponerse a las pequeñas dificultades de la vida diaria.

—¿Y en qué te fundas para pensar así?

—En que cuando Fifí le muerde las piernas se enoja.

VENTAJA NATURAL



El político influyente: — Francamente no sé que puesto darle a su hijo. Tartamudea que es un horror.

El padre: — Precisamente estaría muy bien en la sección reclamos de cualquier oficina recaudadora de impuestos.

ANECDOTARIO DE PUCKY

EL ORDEN DE FACTORES

Uno de los infinitos aspirantes a gobernadores se quejaba ante un amigo suyo, modesto empleado del Estado, de las cosas que tenía que hacer para ser grato a su jefe político y obtener medros en la carrera.

El burócrata le contestó:

—Sí, como yo, supieras contentarte con un modesto empleo del Estado, no tendrías que adular a ningún jefe político.

El aspirante a Poncio le replicó:

—Es que si tú supieras adular a un jefe político, no tendrías que contentarte con un modesto destino de trescientos pesos con descuento...

* * * *

CUESTION DE UN CUARTO DE HORA

Un gran señor de la corte de Francisco I había amenazado a Triboulet, el famoso bufón del rey, con matarlo a bastonazos, porque se había permitido burlarse de él ante toda la corte, que durante varios días le había hecho, a causa de ello, objeto de sus chacotas.

Triboulet, que comprendió que la amenaza había sido formulada muy seriamente, acudió al Soberano reclamando su ayuda para librarse de la amenaza. El rey le contestó:

—Si alguien tuviera la osadía de matarte, un cuarto de hora después sería inexorablemente ahorcado.

—¡Ah, señor! — repuso melancólicamente Triboulet. — ¡Si Vuestra Majestad tuviese la bondad de ahorcarlo un cuarto de hora antes!...

* * * *

Y LOS HEMOS MATADO A TODOS

El Colobus Kuk, curiosa especie de monos, en el año 1886 había ya desaparecido casi por completo de la isla de Zanzibar, cuando se difundió la noticia de que aun se hallaban varios ejemplares en una selva que los cazadores no habían visitado hasta entonces.

El Gobierno envió una misión de sabios para que comprobara el hecho. Los sabios enviaron a los cazadores indígenas para que entraran en el bosque y vieran si en efecto había alguno de dichos monos. Los cazadores regresaron al cabo de una semana, radiantes de satisfacción.

—¿Habéis encontrado los monos? — les preguntaron ansiosamente los sabios.

—Sí — respondieron triunfalmente. — ¡Y los hemos matado a todos!

Al mismo tiempo arrojaron una docena de pieles de los famosos animales.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)........	" 2.50
" " 6 " (26 ")........	" 4.80
" " 1 año (52 ")........	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países .... " "	12.00 "

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

A PESAR DE LAS ADVERTENCIAS DE SU HIJO, TEODORITA ACEPTO LA HOSPITALIDAD QUE LE OFRECIO EL ATORRANTE Y PERVERSO FAGIN. ELLA NO PODIA CREER QUE UN HOMBRE TAN AMABLE Y BONDADOSO FUERA UN MALVADO, COMO PIPERMIT DECIA. PRONTO COMPRENDIO SU ERROR. FAGIN LE PROPINO UNA PALIZA TAN BRUTAL QUE LA POBRE TEODORITA NO TUVO MAS REMEDIO QUE RECONOCER QUE LA AMABILIDAD DE AQUEL ERA FALSA.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Enero 18
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VIII PUBLICACION SEMANAL No. 277

EL CABALLERO MISTERIOSO

Por JUAN CHANCELLOR

Una herencia inesperada hace soñar a la bella y modesta dactilógrafa con todas las delicias de la vida; pero no imagina que su muerte ha sido decretada por un ambicioso, que quiere apoderarse de la fortuna.

20 cts.

Barnigugli y su
—SI ALGUNO DE DE ESTOS CABALLEROS QUE ME DEBEN DINERO PRESTADO ME DEVOLVIERA ALGO... NO ANDARIA TAN PATO. AQUI ESTA LA NOTA DE ESE APROVECHADOR DE BUTIFARRA. LE PRESTE 100 PESOS HACE SEIS MESES, Y HASTA AHORA... NI MEDIO.
1
—¡HOLA, BUTIFARRA! ¿COMO LE VA? ¿PUEDE DEVOLVERME LOS 100 PESOS QUE LE PRESTE?
—NO, AHORA NO PUEDO. NO TENGO NI UNA ESTAMPILLA DE MEDIO CENTAVO. SI GANO LA GRANDE TE DARE CINCO PESOS A CUENTA.
2
—SSSS ¡TAXI!
—¿AH, SI?
5
—¿CON QUE NO TIENE UN CENTAVO, EH? ¡AHORA VERA LO QUE ES BUENO!
6
9
—¡SISSS!
¡RASSSS!
10

pingo Tragavientos

PUCKY Magazine Nº. 277

Buenos Aires, Enero 18 de 1929

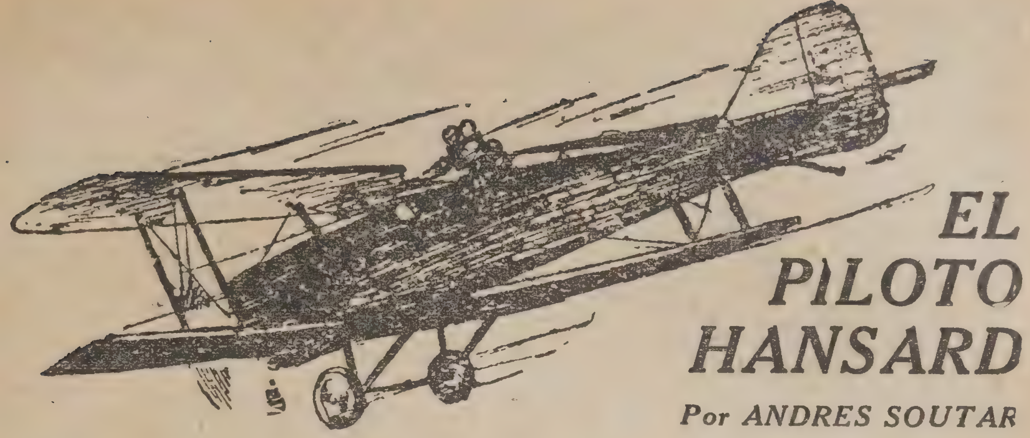
SUMARIO

Este número contiene:

	Pág.
EL PILOTO HANSARD, por Andrés Soutar	5
LA RUINA DE LOS BOSCAN, por Sara Insúa.	11
EL CABALLERO MISTERIOSO, por Juan Chancellor	14
EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON, por S. S. Van Dine	21
LA CASA DE LAS LUISAS, por Roberto Molina.	26
LA ESPIA QUE BAILO ANTE LA MUERTE, por José Gollomb	28
UN POCO DE BUEN HUMOR.	34
LA POSADA DE LOS MURMULLOS, por G. Pitkin.	36
EL REVOLVER MARCADO, por Walt Coburn.	42
TARZAN DE LOS MONOS, por Edgar Rice Burroughs. . . .	47
ANECDATARIO DE "PUCKY".	67

En el próximo número publicaremos entre otros interesantes materiales de lectura, EL CAPITAN, por Frank Shaw; EL MISTERIO DE LA FRONTERA, por Thomson Burtis y EL ESPIA DE NAPOLEON por José Gollomb.

VEA EN LAS PAGINAS 22 Y 23 LAS CONDICIONES DEL GRAN CONCURSO DE PUCKY



EL PILOTO HANSARD

Por ANDRES SOUTAR

Los días de la guerra mundial fueron pródigos en extraordinarias aventuras y extraños amores. Se narra aquí un episodio conmovedor e interesante de la lucha aérea, en el que, según la creencia del aviador, la imágen de la mujer amada lo guió a través de las nubes

A menudo he sentido la tentación de escribir la historia amorosa de mi antiguo compañero de armas, Benjamín Hansard, pero tras el impulso venía el inexplicable presentimiento de que el desenlace no había llegado aun, de que, en alguna parte del cielo, donde él conquistó gloria efímera, una forma gris tomaría cuerpo y completaría el romance. Y así fué.

Estábamos destacados, no en Francia, sino a veinte millas de Londres y nuestro escuadrón compartía con los cañones de tierra y los globos delantales la tarea de defender la metrópoli contra los ataques aéreos. Los globos delantales eran un ensayo de la última época del conflicto. Mantenidos ocultos, costando millones de libras esterlinas, debido a la intrepidez de pilotos como Hansard, podían resultar tan peligrosos para los amigos como para los enemigos.

Hansard nos llegó de Francia para alistarse en la patrulla de observación, desde la costa Este hasta Londres y viceversa. Vino sin que sonaran para él las trompetas de la fama, porque no tenía esposa, ni tía, ni novia, ni hubiera admitido su influencia, en caso de tenerlas. No trajo ninguna condecoración, aunque yo sabía algo de su maravilloso record en Francia. Pero en aquellos días habíamos empezado a pensar con más altura respecto a la efímera gloria que podría proporcionar un ascenso o una pequeña cinta. El alma experimentaba más satisfacción ante un ¡bravo, viejo! de un compañero, que ante el sobado discurso del coronel, que empezaba, invariablemente, así:

"Cumplo con el grato deber de anunciarle que como consecuencia de mi informe al Estado Mayor, ha sido usted recomendado para..."

Benjamín Hansard era distinto de todos los otros pilotos con quienes me solazaba cuando "Jerry de Berlín" — llamábamos así a los zeppelines y aeroplanos enemigos, — resolvía dejarnos en paz unos días. Su aspecto era el reverso del hombre de guerra. Extraordinariamente alto, esbelto, grave, aunque de expresión bondadosa, su voz sonora y musical denunciaba al actor dramático en los días anteriores a la guerra.

El cabello plateado en las sienes, lo hacía aparecer más viejo de lo que era. En realidad, aquella prematura decoloración se debía a una caída, cerca de Baupame, de la que había salvado por uno de esos milagros que siempre deberían producirse en favor de los aviadores. Los registros le asignaban treinta y dos años, pero yo creo que era esa una de las pocas mentiras que había dicho.

Hansard debería andar cerca de los cuarenta años cuando se unió a nosotros, y, aunque la juventud era cosa muy necesaria en aquellos días, no había en el escuadrón quien igualara a Hansard en valor cuando navegaba cerca de los astros. Fué él quien ensayó el nuevo paracaídas y una teoría concebida por el coronel, sobre los vuelos nocturnos. Hansard pidió cortésmente el privilegio de ensayarla, mientras miraba a los jóvenes, como diciéndoles: Ellos no han vivido bastante todwavía. A mí me importa un bledo lo que pueda pasarme". Era reservado, sin mostrarse taciturno o insociable. Nunca hablaba de mujeres, como hacían los jóvenes. Nunca recuerdo haberle visto escribir una carta ni acercarse a buscarla, cuando el cabo repartía la correspondencia. Nunca pidió licencia, y, si le decía que era el próximo en la lista y tenía que ir, él siempre recordaba a otro que tenía más urgencia que él y ocupaba su puesto. Cuando se organizaba un baile, Hansard trabajaba con entusiasmo para arreglarlo todo, pero no bien la orquesta empezaba a tocar y hasta el momento en que enfundaba sus instrumentos, Hansard desaparecía. En cierto modo, no podíamos imaginarlo haciendo el amor, a despecho de su hermoso perfil y del encanto de su personalidad. Para nosotros era el tipo de hombre que compadece y aun desdeña el sentimiento que hace tomar la mano de una mujer y murmurarle ternezas al oído.

Luego llegó una noche en que me sorprendió con una confidencia. Estábamos preparados, porque había anuncio de "raid". El mensaje decía: "Cinco rojos y uno verde". Aquello significaba: cinco aeroplanos y un zeppelín. Hacíamos divertidos comentarios al pensar que uno de nuestros espías en el aeródromo de Leebrugge, no solamente lograba hacernos saber la proximidad del "raid", sino el número de máquinas y la hora en que llegarían. Decíamos, en broma, que, en nuestro escuadrón debería de haber un amigo de ellos para corresponder a aquella gentileza.

Hansard estaba en la segunda patrulla, que llegaría hasta los tres mil pies de altura y empujaría al enemigo hacia la primera, que guardaba una altura de diez mil y estaba formada por algunos de nuestros mejores pilotos. Aquellas patrullas volarían hacia atrás y hacia adelante, conservando su altura sin apartarse de la ruta. Abajo, los cañones de tierra formaban un arco y, más cerca de Londres, colgaban los globos delantales. Para escapar al fuego de los cañones de tierra, el enemigo entraría entre la primera y segunda patrulla de aeroplanos; al obligársele a ascender tendrían que pelear y luego deberían recordar que en alguna parte, allí mismo, estaban los temibles delantales, que era necesario evitar.

Un joven llamado Simpkins, de la primera patrulla, sufrió un desperfecto en su máquina y precipitóse con ella en medio del aeródromo. Aquel accidente no era muy a propósito para animar a los que lo habían presenciado; el coronel gruñía y se agitaba como una vieja, mirando nerviosamente a los pilotos que esperaban sus órdenes. Era uno de esos momentos en que los nervios pueden aflojarse si no reciben un estimulante. Hansard dió un paso adelante y habló al coronel.

—Me gustaría ensayar mi máquina antes de que "ellos" lleguen. Y el coronel comprendió.

* * * *

Los mecánicos aéreos y hombres de carga se llevaban los despojos del aeroplano caído, cuando Hansard subió al suyo. Ascendió solamente unos mil pies y luego empezó las maniobras más atrevidas, haciendo el looping a una altura ridícula, volando sobre un ala, etc. Estaba oscuro, pero nos era fácil seguir sus movimientos. Cuando bajó, la atmósfera en el aeródromo era distinta. El accidente había sido olvidado. Todos estaban prontos para subir.

—¿Era casado ese muchacho, Simpkins? — me preguntó Hansard, al salir de la cabina.

—No; pero tenía novia y estaba muy enamorado, — contesté.

—¡Pobre muchacha! — dijo suavemente. — Y quizá ella nunca mirará a otro, nunca pensará en otro. A veces pienso si hay algo después de esta vida, si tendremos la suerte de encontrar a aquellos a quienes amamos en la tierra.

Como digo, aquellas palabras me sorprendieron. No era conversación para tiempo de guerra. Yo juraría que su voz tembló al continuar:

—Yo quise a una mujer. La quiero todavía. Pero he perdido toda esperanza de volver a verla. Y, sin embargo, nunca le he hablado.

Ahora bien: nosotros habíamos oído decir que en Francia consideraban a Hansard algo afectado del cerebro por su caída, pero sus acciones, mientras estuvo con nosotros, no dieron motivo para creerlo así. Los síntomas decían, era un pensamiento fijo, es decir, que concentraba sus ideas en una cosa y nada podía desviarlo de ella.

—La conocí mientras estaba en el teatro — agregó y a mí me agradó ver confirmada mi suposición de que Hansard había sido actor teatral. — Fué a ver a un empresario mientras yo estaba esperando afuera. Una hermosa mujer, llena de juventud y de ambición gloriosas. La ví sólo un instante, pero nos miramos y creo, — sí, me he esforzado en creer — que sus pensamientos fueron idénticos a los míos.

—¿Usted no le habló? — le pregunté.

—No. Y el empresario no supo decirme su nombre. Desde ese día la he buscado; era una joven de veintidós años, con ojos grandes y brillantes y el más lindo lunar natural en la parte superior de la mejilla izquierda, — se detuvo y miró a través del aeródromo.— ¿A qué altura están esta noche los delantales?

—Los han puesto a ocho mil pies. Manténgase bien alejado de ellos. Es preferible que cacen a Jerry y no a uno de los nuestros.

—Están fuera de límite, de todos modos —dijo él y se rió de lo que, para la mente lega, podía ser considerado como un absurdo: nuestros pilotos eran amenazados con el consejo de guerra si seguían al enemigo a través de la red. Su obligación era mantenerse afuera y atacar al enemigo si lograba zafarse de su trampa. — Pero no tiene que preocuparse — concluyó. — "Ella" ha velado por mí, desde el día en que me alisté.

Por vez primera sospeché de su buen juicio y mis sospechas aumentaron cuando agregó:

—Me he tomado tan poco interés por esos globos delantales, que tengo apenas una idea vaga de sus funciones. Comprendo que debería estar bien enterado, pero lo que le digo es la pura verdad.

Le contesté en broma, como lo hubiera hecho a un hombre semiebrio. Tres globos, en forma de salchicha, capaz cada uno de ellos de contener cuarenta mil pies cúbicos de gas, estaban sujetos a respectivos tornos, en el suelo. Estos globos se hallaban unidos entre sí por un cable de acero, separados por una distancia de quinientos pies. Del cable pendían alambres semejantes a las cuerdas de un piano, de doscientos pies de largo, y en el extremo de cada alambre había una pequeña bolsa de arena, destinada a mantener los alambres suficientemente tensos; sólo suficientemente.

Cuando los globos se elevaban, levantaban también los delantales de alambres que oscilaban perezosamente a un lado y a otro. El

Disparó solamente cinco balas Pomeroy y una de ellas pegó en el tanque de la nafta . . .

que tocara uno de esos alambres con la punta del ala de su aeroplano, podía considerarse perdido, porque el hilo de alambre suelto la cortaría con la misma facilidad que a un queso. Había seis de esos globos alrededor de Londres y no estaban colocados en círculo, si no en forma de laberinto; parece que se había aprovechado la idea de ese juego que consiste en hacer entrar una bolita en un círculo interior, moviendo la caja.

Naturalmente, el enemigo conocía la existencia de aquellas trampas aéreas — es parte de la táctica militar hacerle saber estas cosas, a fin de que sus nervios se encuentren alterados. — Cuando los invasores venían por el mar del Norte, rumbo a la metrópolis, su intención era volar debajo de los alambres o encima de ellos. Pero, si bajaban mucho se ponían a tiro de los cañones de tierra, y si lo hacían muy alto, se veían obligados a afrontar la primera patrulla de aviadores. Podían pasar entre la red, pero se necesitaba un ojo de águila y frialdad polar para salir de ella sin haber sido tocado por los alambres. Las instrucciones oficiales prohibían a los pilotos intervenir, si notaba que los aviones enemigos iban a meterse dentro de la red. Dí todos estos detalles a Hansard, como si se tratara de un recluta que recién se hubiese incorporado a nuestro escuadrón. Se reía tranquilamente durante mi explicación y había en sus ojos una expresión lejana.

—Yo no vacilaría en meterme dentro de la red, viejo, — dijo. — He afrontado peligros mayores, y "ella" ha estado siempre allí semejante a un fantasma, volando junto a mi aeroplano. — Nuevamente se detuvo y sonrió. — Usted creerá que estoy loco, pero lo digo la verdad. Nada puede ocurrirme hasta que yo la haya vuelto a encontrar. Queremos reunirnos, hablar. Yo le diré: "¿Es usted la señorita Orchard?"

—Usted me dijo que el empresario ignoraba su nombre — le recordé.

Su respuesta me hizo pensar si no debaría hablarle al comandante de aviadores. Quizá la caída de Simpkins, había afectado del todo su cerebro.

—Nunca oí mencionar su nombre, — dijo. — Pero estoy seguro de no equivocarme. Lo he visto escrito en el cielo, cuando andaba explorando y me sentía desalentado.

Tuve tiempo para hacerle una pregunta más:

—¿Cuánto tiempo hace que no la ve?

—Ya le he dicho que sólo la ví una vez y fué algunos años antes de declararse la guerra.

Aquelló confirmó mis ideas sobre el estado de su mente, pero, antes de que pudiera hacer cosa alguna, los cañones a cada lado del Támesis empezaron a tronar. El enemigo se acercaba. Los reflectores iluminaban el cielo, esperando descubrir aquella pequeña mancha negra que señalaría su blanco a los cañones. De considerable altura, llegó el sonido bajo y musical, de los muchachos de la primera patrulla. Allá, entre los astros, los pilotos vigilaban esperando la acción de sus hermanos de abajo, que les enviaría a ellos el enemigo. La obscuridad tendía como un manto sobre Londres, interrumpida solamente cuando los movibles reflectores trazaban una cota de luz en el cielo. La voz del cañonazo no cesaba ni un momento. Las granadas estallaban en el centro del arco, formado por la trayección de los cañones ,a cada lado del río. Fragmentos de metralla caían en las calles de Londres y en el campo. La gente estaba refugiada en los sótanos, dejando su destinos en manos de los hombres que corrían la ventura más arriesgada de sus vidas.

* * * *

En el anillo exterior de Londres, los ojos experimentados podían distinguir los globos inflados de gas, que sostenían los siniestros delantales. La vista de un piloto aviador, los percibía desde increíble distancia.

Se dió orden a la segunda patrulla de elevarse. Hansard subió a su aeroplano en el mismo instante en que su mecánico llegaba corriendo a través del aeródromo.

—Todo funciona perfectamente, Hansard.

—Muy bien, — contestó éste.

—¡Cuidado con los delantales! — le gritó mientras el mecánico ponía las hélices en movimiento. — Están a ocho mil pies de altura.

—¡Al diablo sus delantales — me contestó Hansard alegremente. — Le voy a traer un globo de regalo.

Los mecánicos, colgados de las alas, recibieron orden de soltar, cuando Hansard estuvo satisfecho de su máquina; el aeroplano se movió a través de la pista y se elevó en la oscuridad, con un rumor que era casi humano. Otros lo siguieron. El escuadrón era una colmena de abejas humanas. Después llegaron los avisos oficiales de los buques del mar del Norte, señalando la hora de cruzada del enemigo. No habría llegado éste a la costa, cuando Hansard se elevó con la segunda patrulla. En los diez o veinte minutos que siguieron, el aire vibró con el zumbido de nuestros aviones. Conocíamos tan bien su música, como un cordero los balidos de su madre. La oscuridad se había intensificado pero frecuentemente veíamos a la patrulla cuando era iluminada por los rayos de un reflector. Y yo, que era más amigo de Hansard que otro cualquiera en el escuadrón, lo distinguía por una señal que su mecánico me hacía con la antorcha cada vez que pasaban sobre el aeródromo. Era un arregló mutuo. El me observaba a mí cuando yo estaba en servicio.

* * * *

La intensificación del cañoneo de tierra y el aumento de ruido en el aire, hasta que semejó el estrépito de un torrente que se precipita a través de un dique roto, nos anunció la llegada de los 'raiders". Estaban ahí, encima de nuestras cabezas y empezó el fuego cuando los pilotos se encontraron a tiro. Los reflectores se movían furiosamente de un punto a otro, pero no bien enfocaban un aeroplano, éste volvía a sumergirse en el refugio de la oscuridad. No se encontraba el zeppelin. (Luego supimos que había sufrido un desperfecto en la costa y emprendió la vuelta.)

Ya estaban sobre Londres y... cerca de ¡los delantales!

El enemigo volaba bajo, como si temiera más la patrulla de aviadores, encima de ellos que los cañones de tierra. El estrépito era

aterrador para oídos no acostumbrados, pero a nosotros nos resultaba una música. Un mecánico se inclinó hacia mí, en la oscuridad, fija la vista en el cielo, y me dijo:

—Allí está, señor, — y añadió, disculpándose: — Es el capitán Hansard, señor.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco su reflector, señor y... mire, mire lo que hace.

* * * *

Hansard estaba cerca de la cola de un aeroplano enemigo. Mientras observábamos el cañoneo de tierra había cesado. El les había hecho la señal: "Dejadlo por mi cuenta", y suspendían el fuego por miedo de tocarlo. ¡Oh! Era una gloriosa lucha y admiraba tanto al perseguido como al perseguidor. El aeroplano enemigo se había cortado del grupo principal (estos tomaban rumbo al Norte) y estaba determinado a hacer él solo un raid sobre la ciudad, que estaba debajo. Debía haber comprendido que su fin estaba próximo, pero con el valor del soldado, se proponía hacer todo el daño posible antes de morir.

Y Hansard le pisaba los talones. No había otro piloto en el mundo que empleara su táctica. Ahora volaba alto, encima de su hombre, semejante al halcon, que se cierne sobre una paloma. No gastaría un tiro hasta que estuviera bien seguro de que daría en el blanco. El mecánico de Hansard estaba parado, como si pensara saltar de la máquina. El avión enemigo enviaba una lluvia de balas.

Nuevamente el mecánico que estaba a mi lado, interrumpió mis pensamientos:

—Ahí está el primer globo, señor — dijo anhelante. — Estarán junto a él dentro de un segundo. El capitán no puede seguirlo.

—Lo seguirá, — le dije.

—Se vendrá al suelo, señor. ¡Mire!

Los reflectores iluminaban los tres globos que formaban el delantal y dentro de su luz argentada, los dos aeroplanos maniobraron para tomar posición. Y entonces ocurrió el hecho milagroso, milagroso para mí, aunque estoy pronto a admitir que la sugestión tiene un gran poder en la vida y que la historia de Hansard estaba fresca en mi memoria.

El aeroplano enemigo salió de la luz implacable del reflector; pareció subir sobre el delantal y desaparecer detrás de la red, del otro lado. Lleno de espanto vi al aeroplano de Hansard bajar. Bajar para pasar por debajo o entre los alambres de la red que no veíamos, pero que estaba allí.

—¡Está perdido! — gimió el mecánico.

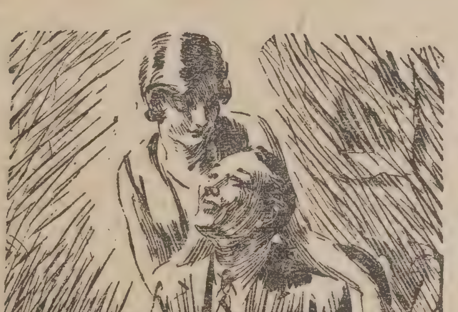
Los reflectores cambiaron un instante de dirección; en el sitio donde antes estuviera Hansard, quedaba una mancha negra y entonces... entonces ví la forma gris, fantasmal de "algo". Volaba fuera del delantal y tenía un brazo extendido como si indicara a alguien que lo siguiera.

La ilusión, o como queráis llamarle, duró sólo un instante. Luego los reflectores enfocaron de nuevo los dos aeroplanos. El enemigo peleaba desesperadamente, gritando de un modo salvaje, a la máquina perseguidora. Hansard estaba ahora debajo de su hombre, mismo debajo de la cola del aeroplano, en posición correcta para disparar el tiro de gracia. Disparó solamente cinco tiros — cinco balas Pomeroy — y una de ellas pegó en el tanque de gasolina del enemigo. Una llama se elevó en los aires; el aeroplano pareció hacer el looping por cuenta propia, porque, según supe después, el piloto y el mecánico, habían dado el salto mortal, no bien fueron alcanzados. Como un meteoro, el aeroplano atravesó el espacio, cabeza abajo, y se hundió en la tierra. Hansard había ganado. Su mecánico lo ignoraba. Estaba inconsciente.

Las circunstancias me impidieron ver a mi viejo camarada, hasta que salió de la pieza donde estaba reunido el tribinal. Había realizado un acto heroico, pero la disciplina es disciplina y no hay flores para el hombre que deliberadamente quebranta los reglamentos, aunque derribe un aeroplano enemigo con riesgo de su propia vida. Hansard fué obli-

Lea "TIT-BITS" todos los martes

LAS BUENAS MANERAS



La esposa: — Me parece que le he echado mucha sal a la sopa. ¿No es verdad, queridito?

El esposo: — No, vidita; lo que sucede es que hay poca sopa para tanta sal como le has puesto.

gado a comparecer ante el consejo de guerra, por aventurarse dentro de la red; salió de allí con una severa reprimenda y muy cortésmente reconoció la benignidad del castigo. Lo primero que me dijo al salir fué:

—Consígame permiso del oficial de equipo para ir a realizar un reconocimiento, viejo. Deseo atravesar el escuadrón número 2 de globos.

El oficial rehusó.

—¿Para qué quiere ir — le preguntó.

—Deseo saber qué daño le causé al delantal.

—Ninguno — dijo el oficial. — He telefoneado a su cuartel.

—¿No se rompió ningún hilo?

—Ninguno. ¿Cree usted que pasó por entre ellos?

—Yo estoy seguro de que pasé — contestó Hansard tranquilamente y se dió vuelta. Cuando no podíamos ser oídos, me dijo:

—Muchacho, "ella" estaba allí otra vez. Mantuvo apartados aquellos hilos para que yo pudiera pasar entre ellos. La vi distintamente, como lo veo a usted ahora. Jerry me embromó. Me hizo meter en la trampa y no tenía medios de hacer el loop o pasar por el costado. Tenía que atravesar la red y... la atravesé.

* * * *

Tres o cuatro años después del armisticio — yo había pasado todo ese tiempo en el extranjero — volví a encontrarme con Hansard. Con agradable sorpresa lo encontré en situación próspero. Había vuelto al teatro, pero no como actor, sino como empresario. Había tenido suerte y estaba convertido en un personaje tan importante que temía me fuera dìficil hablarle. Pero se puso contentísimo al verme.

—¡La encontré, muchacho!

Había algo en sus ojos que trajo un sollozo a mi garganta.

—Vendrá aquí esta tarde, — dijo empujándome a un sillón y obligándome a aceptar un cigarro. — ¡Imagínate! Vino a verme para solicitar que le diera una parte en la nueva obra que estamos ensayando. Todo ha ocurrido como yo te lo anuncié. ¿Te acuerdas de la historia que te conté la noche que estábamos esperando a "Jerry de Berlín". Cuando entré por esta puerta, yo le tendí la mano y le dije: "La señorita Orchard, ¿no?" "Sí", contestó ella y me sonrió como sihiciera años que nos conocíamos.

Deseaba gritarle:

—Pero... ¿y los años, viejo? Piensa en los años que han pasado. Ella era ya una mujer cuando tú la conociste.

—Le he pedido que se case conmigo, — continuó. — Y ella ha aceptado. ¿Qué te parece

Moví la cabeza. No sabía qué decir.

—La haré mi primera actriz, muchacho. Tiene un maravilloso talento. ¡Maravilloso!

Y mientras el asombro me tenía todavía mudo, un empleado la anunció. Hansard saltó de la silla, se pasó los largos dedos por la cabellera gris y corrió a su encuentro.

Era hermosa, tal como él lo había dicho: hermosa y joven. Al recordarla, pienso en un majestuoso lirio púrpura, doblegando su cabeza y las caricias del viento.

En sus magníficos ojos había una sombra de tristeza y también la luz de la ambición, que la llevaría a la cumbre de la fama.

No puedo recordar lo que dijo, porque mi mente era un caos. ¿Cómo podía Hansard viejo ya, inspirar amor a aquella espléndida muchacha? ¿Y, por qué milagro se habla conservado ella joven a pesar del tiempo transcurrido? Lo único que sé es que, dejándolos solos, me encaminé a mi club de Piccadilly.

Al día siguiente, Hansard me llamó por teléfono, pidiéndome que fuera a su oficina. Lo encontré mirando distraídamente una hoja de papel.

—Cuando hayas leído esto — me dijo — desearía que fueras a la dirección que ahí indica.

Me sorprendió el cambio de su voz; había perdido su inflexión soñadora, mística, de los pasados días: era razonable.

Leí sólo unas cuantas líneas de la carta. Era un digno llamado a la caballerosidad de Hansard.

"Mi hija me lo ha contado todo. Ella ha consentido en casarse con usted, pero estoy segura de que, cuando se entere de los hechos, no aceptará su inmolación. Es, para ayudarme en mi pobreza, que está pronta a ser su esposa aunque su joven corazón pertenece al novio de la infancia, que lucha para abrirse camino en la vida...

* * * *

Fuí con Hansard a una casa de departamentos cerca del Museo Británico. Allí nos encontramos con la "señora" Orchard. Vino hacia nosotros, con la majestad de una reina, y su voz tenía modulaciones tan bellas como las de su hija, la tarde anterior. Mi situación era incómoda, pero, cuando sentí que los dedos de Hansard se aferraban a mi brazo, buscando apoyo, me alegré de haberlo acompañado. Lo sentí temblar; durante buen rato me faltó valor para mirar su rostro pálido y contraído. ¡Madre e hija! Quitadas las pocas arrugas de su frente y las hebras grises, que empezaban a matizar sus cabellos, ambas mujeres podrían haberse tomado por gemelas.

Ahora lo comprendía yo todo. Pero... ¿y Hansard? Soltó mi brazo. Miré su rostro y me emocionó la nueva luz que brillaba en sus ojos. Habló y había un acento caballeresco en su voz.

—Yo la conocí a usted hace años, — dijo. — La he buscado siempre. Permítame decirle...

Los dejé. Salí silenciosamente de la habitación y de la casa. Me volví, desde la calle, antes de alejarme. Estaban parados, en el hueco de la ventana, el uno junto al otro, y él le señalaba a ella las nubes, besadas por el sol, donde los sueños más hermosos que puedan concebir los mortales se realizan...

LA RUINA DE LOS BOSCAN

Por SARA INSUA

VAMOS a acercarnos al ventanal de un entresuelo en una casa lujosa, y por el resquicio de los cristales entreabiertos vamos a ver, vamos a oír.

Es un salón sui géneris. Las paredes y las puertas, ocultas por un damasco color vino, muy plegado, le dan un aspecto de guardajoyas. En un ángulo, un diván cubierto de pieles de bisonte y almohadones de tisú.

Aquí y allá mesas de diferente estilo, sosteniendo una colección de cristales, porcelanas y bronces de gusto exquisito. Amplios butacones, gráciles taburetes, luces discretas bajo caprichosas pantallas; un bargueño de concha, y ocupando otro de los ángulos, una librería baja a manera de zócalo, cuyos estrechos alzapaños contienen libros lujosamente encuadernados en gamuza, Rusia y pergamino.

En uno de los testeros desocupados oscila suavemente el damasco color vino; por una puerta que no habíamos notado aparece una mano varonil, musculosa, pero blanquísima, aristocrática y sucesivamente un brazo y su dueño, que es un hombre joven, alto, delgado, vestido con una elegancia irreprochable, sin afectación.

¿Guapo? Tiene un perfil correcto y unos ojos muy azules; pero hay dureza en su mirada clara, preocupación en su frente amplia, dolor o rabia en su boca de labios finos.

Deja caer el pieles y el flexible sobre una butaca y pasa una mano por su cabeza como queriendo alisar las ideas. Toma un cigarrillo de una caja de cristal de Bohemia, lo encienda y fuma, paseando por el saloncito con la mano derecha en el bolsillo del pantalón.

Acaba el cigarrillo, oprime un timbre y espera. Vuelve a agitarse el damasco en otro de los testeros, descubriendo la figura de una doncella.

—¿Llamaba el señor?

—Sí; ¿está en casa la señora?

—Sí, señor.

—Bien, dígale que la espero.

El tiene la voz un poco dura, como la mirada, voz acostumbrada a mandar y a no admitir disculpas ni espera en sus órdenes.

Por tercera vez se entreabre el damasco, y entra una mujer de proporcionada estatura, esbelta y majestuosa, con su vestido de terciopelo negro.

No es una belleza; pero hay más que belleza en sus ojos castaños, en sus labios carnosos y rojos, en su piel suavemente bronceada, en sus movimientos seguros y rítmicos.

—¿Me llamabas, Fernando?

Tiene una voz de cristal, armoniosa y dulce como toda ella.

—Sí — respondió él sin mirarla — ¿puedes dedicarme unos minutos?

—Todos los que quieras, — dice ella, sentándose en el diván y sonriendo tristemente.

El, siempre sin mirarla, da unos pasos por el salón, se detiene al fin con los ojos fijos sobre un dibujo del tapiz.

Verás... Se trata de... Bueno; te lo diré de una vez. Prepárate, porque es una noticia un poco desagradable... Estamos arruinados.

Ella, algo intranquila cuando su marido empezó a hablar, respira como libre de una angustia, y trata de esconder una sonrisa.

—Sí, hija mía, — prosigue él, sentándose en una butaca, pero sin separar la mirada del arabesco de la alfombra. — Mi administrador me lo venía advirtiendo, y yo no quería darme cuenta... Pero han llegado las cosas a un extremo... ¿Sabes a cuánto asciende actualmente nuestro capital, contando los muebles de esta casa?... No llega a doscientas mil pesetas. Conque tú verás... Hay que vender todo esto y salir de España sin que nuestro mundo adivine la causa. Un Boscán no puede vivir arruinado en Madrid.

Deja la butaca y vuelve a medir a largos pasos el piso del salón.

—Yo sabía que esto tenía que llegar — dice ella lentamente.

—¡Ah! — exclama él, deteniéndose frente a ella y mirándola por primera vez — ¿Lo sabías? Pues no por eso dejabas de gastar... La tercera parte de mi fortuna me has ayudado a tirarla tú...

Ella vuelve a sonreír.

—¿Me dejas hablar un poco sin interrumpirme?

—Dí lo que quieras.

—Tú, Fernando Boscán, te encontraste a los veinticuatro años huérfano y dueño de una linda fortuna, unos cinco millones de

Llevamos siete años de matrimonio. En seis, has regalado un milón de pesos; como yo soy tu esposa, era natural que llevase una buena parte...

pesetas, según creo. Habiendo tenido una adolescencia de extrema sujeción, a causa de las ideas de tus padres, cuando te asomaste al mundo estabas hambriento de vida. Todo resultó para tí risueño y fácil; todo lo tuviste, y llegaste a creer que todo, absolutamente todo lo que da la vida de hermoso, era para proporcionarte a tí placer. Me conociste a mí, te gusté. Tú estabas acostumbrado a querer y tomar; pero yo costaba algo más que un collar de perlas; costaba un contrato de matrimonio, y tú, encaprichado, no reparaste en gastos.

El hace un movimiento de sorpresa.

—Cálla, déjame seguir. Ya sé que no te has arrepentido nunca. Yo te adoraba; tú a mí, no sé, pues al año de casados volviste a hacer tu vida que esta vez te resultaba más cara que antes, — baja un poco la voz. — Yo, sin que tú lo notaras, sufrí mucho, lloré mucho...

El la mira cada vez más interesado, y lentamente va desapareciendo la expresión dura de sus ojos y de su boca.

—Pero yo — prosigue ella, — me di cuenta en seguida de que no era para tí tu mujer, sino "una mujer", porque, a pesar de mis esfuerzos, no conseguía llegar a tu alma; tu alma, que sólo veía en la mujer el juguete frágil y costoso... ¿Qué podía hacer yo? ¿Una escena diaria? ¿Lágrimas? ¿Lamentaciones? Habría sido lo bastante para que tú dejaras de estimarme... Entonces acepté la joya que me regalabas siempre que regalabas otra por el estilo a... alguién; gasté sin tasa; yo pedía, tu no me negabas nada, porque no sabías negarle nada a una mujer...

El hace un gesto que equivale a un "Ya ves..."

Ella siempre sonriendo, continúa:

—Llevamos siete años de matrimonio. En seis, has regalado un millón de pesos; como yo soy tu esposa, era natural que llevase una buena parte... Sólo que... mis trajes, que tú creías de París, me los hacía la misma modista que me cosía de soltera, y ninguno pasó nunca de doscientas pesetas; los sombreros, igual, muchos los hacía yo misma. ¿Las joyas? Fuí sustituyéndolas por otras falsas...

El la mira sin acabar de comprender. Ella prosigue:

—Y en este momento tenemos en la cuenta corriente del Banco de España un millón trescientas mil pesetas.

Fernando Boscán mira a su mujer con admiración, con asombro; le toma las manos y, en una voz velada de emoción, le dice:

—¿Es posible, Lucía? ¿Has podido hacer eso? ¿Contenerte, calcular, disponiendo de tanto dinero?

Lucía sonríe feliz.

—Sí, Fernando; yo hice eso, y hasta tomaba todas las noches la cuenta a la cocinera, no dejándome distraer ni diez céntimos. Sabía los precios de todo...

—Y yo sin saberlo, sin comprenderte, — dice él con pesar.

—No lo sientas. Créeme: éste era el único camino que tenía yo para llegar a tu alma. Por eso puse tanto de mi parte para que te arruinases pronto. Ahora, con cariño de verdad y millón y medio de pesetas, es cuando vamos a ser verdaderamente felices. No tenemos que salir de España, no tenemos que vender nuestros muebles; solamente tenemos que unirnos, que ser uno solo para sostener y aumentar nuestra fortuna.

—Eres extraordinaria, Lucía, — dice el esposo conmovido. — Es verdad. Yo nunca creí que un cerebro de mujer pudiese tener ideas que no fuesen frívolas, y que un corazón de mujer fuese capaz de querer a un hombre más que a sus pieles o a sus joyas... Y hay una mujer, una santa, que ha correspondido a mi indiferencia, a mi proceder injusto, sacrificándose para salvarme. ¡Qué lección y qué milagro!

Boscán quiere arrodillarse ante Lucía. Ella se lo impide con un gracioso ademán. Y concluye:

—¡Qué idea más falsa tienes de las mujeres!... Desde que el mundo es mundo, somos nosotras las encargadas de arruinar a los hombres. Yo contribuí a la ruina del que no me quería para conquistar al que ya me quiere. He hecho un buen negocio; no un milagro, como tú dices...

Sonríe él... Sonríe ella... Ríen al fin los dos, encantados del epílogo color de rosa de su tragedia.

Y como van a besarse, aunque tengan muy bien ganado este beso, nosotros nos retiramos, complacidos y discretos, de los cristales del ventanal.

EN EL CAMPO DEL HONOR

Los duelos cuando no terminan trágicamente, suelen proporcionar unos ridículos espantosos. Algunas veces basta contemplar a los duelistas, uno frente a otro, para que, notándoseles en la cara retratado el miedo tengan que hacer esfuerzos los testigos para acallar la risa.

El actor Desessart que era extraordinariamente grueso, concertó un duelo con Dugazón.

Este último, cuando ya estaba en el terreno, quiso igualar las probabilidades de herir, y con un trozo de tiza, y acercándose a su adversario, trazó un círculo en su vientre diciendo:

—Bueno, Desessart. Es preciso que igualemos las suertes. Lo que "cae" fuera del círculo, "no cuenta".

Desessart rompió a reír. Rieron los adversarios y todo terminó en un alegre restaurante.

* * * *

¡COMO SERIA ELLA!

—Carlos, esta tarde iré a ver al especialista en belleza. Dame cien pesos.

—¡Cien pesos! ¿Y crees que será bastante?

El Caballero Misterioso

Por Juan Chancellor

Una herencia inesperada hace soñar a la bella y modesta dactilógrafa con todas las delicias de la vida; pero no imagina que su muerte ha sido decretada por un ambicioso, a fin de apoderarse del legado. La angustia del peligro que se ignora y presieute hacen emocionante este relato

EL principio del asunto fué un aviso aparecido en cierto diario.

"Si Margarita Boundy, hija de Carlos y Edith Boundy, fallecidos, quiere escribir a casilla número 13751 de este diario, se enterará de algo que le interesa".

Como resultado del aviso, Margarita, joven de veintidós años, soltera, dactilógrafa en la ciudad de Londres, envió una carta a casilla 13751 y, a su debido tiempo, recibió la contestación.

La respuesta provino de Gordon Tidmarsh, procurador de Clements Inn, quien le pedía una entrevista. De manera que ella se dirigió una tarde a verle.

La oficina de Gordon Tidmarsh era pequeña, obscura, mal ventilada; la muchacha fué hecha pasar por un empleado, bastante buen mozo, que le pidió esperara hasta que el señor Tidmarsh estuviera desocupado para recibirla; al entrar pareció llevar a aquel sitio un rayo de luz. Si alguien miraba alrededor de la habitación, ignorando que ella se hallaba allí y la veía de pronto, era como si los ojos encontraran de pronto una piedra preciosa en un cuarto de cachivaches.

Algunas personas, particularmente algunas mujeres, tienen esa virtud. Su presencia parece comunicar vida a un ambiente muerto, brillar en medio de la obscuridad.

Margarita era una muchacha esbelta, de cabellos renegridos y ese cutis ligeramente aceitunado que suele acompañarlos. Sabía, sin ser vanidosa, que era bonita y se vestía lo mejor que le permitían sus escasos recursos.

Algunas mujeres gastan diez chelines en un vestido y parecen reinas. Otras resultan cursis con trajes de cincuenta guineas. Margarita pertenecía a las primeras. Esperaba, escuchando los latidos de su corazón, el vago rumor del tráfico en la calle, el rasguear de la pluma del empleado en el libro mayor. Era buen mozo el joven empleado; alto, robusto, rubio, perfectamente afeitado, vestido con elegancia y prolijidad. ¡Qué horrible estar encadenado en aquella obscura oficina! La mismo que ella. Pero quizá ahora aquello terminaría. Quizá, desde aquel día, Margarita sería libre.

Se permitió el placer de contemplar y admirar al joven empleado, hasta que se dió cuenta de que, disimuladamente, él también la observaba. Entonces se ruborizó y desvió la mirada.

Bruscamente sonó un timbre, como una avispa enojada. Los nervios de Margarita estaban tan tensos, que se sobresaltó violentamente y su corazón pasó de un ligero latir a una palpitación tumultuosa.

—Me parece que es para Vd. señorita Boundy, — dijo el joven empleado, descendiendo de su alto taburete.

Fué hasta la puerta y desapareció en un despacho interior. Ella se levantó de su silla. ¿Qué iba a saber en aquella habitación ¿Señalaría aquel día el fin de su esclavitud?

En aquel momento volvió el empleado.

—Sírvase pasar, señorita.

Entonces ocurrió algo curioso. Mientras abría la puerta para que Margarita pasara, desde la obscura oficina al despacho, más iluminado, más cómodo del señor Gordon Tidmarsh, el joven la miró. No era una mirada común, si no intensa, elocuente; por un instante le pareció a ella ver brillar el alma del joven en sus ojos. Quedó fascinada. En aquel mismo fugaz momento Margarita se dió cuenta de que también ella lo miraba con la misma intensidad.

Luego, ella pasó y todo quedó terminado. Pero algo había ocurrido entre aquellos dos extraños, no expresado por palabras ni por actos; pero que a ambos los afectaba profundamente.

El señor Gordon Tidmarsh era alto, ancho y fuerte; tendría poco más de cuarenta años y empezaba a encanecer. Cuando hubieron terminado los saludos de práctica, ella sentóse frente a él, separdos por el escritorio; Tidmarsh empezó a revolver con manos largas, blancas, desagradables, una pila de documentos.

Habló con voz profunda y untuosa:

—... Así, pues, como ya se lo he dicho, señorita Boundy, no bien me fué comunicado el asunto por mis agentes de Montreal, le avisé a usted, con el feliz resultado que conoce. El testador, un tal Francisco Boundy...

—¡Mi tío! — exclamó ella. — Dejé de verlo hace muchos años..

Se había inclinado ansiosamente hacia adelante. Era toda oídos. Había olvidado al joven escribiente... ¡De manera que el tío Francisco había muerto!... Aquello le pro-

dujo muy ligero pesar. Después de todo, apenas lo había conocido.

—Exactamente, — dijo el señor Gordon Tidmarsh, desenterrando un documento de la pila que tenía delante de sí. — La herencia es bastante considerable, cerca de cincuenta mil libras.

—¡Cincuenta mil libras!

El corazón de Margarita casi cesó de latir.

—Una fortuna, mi querida señorita, — dijo Tidmarsh, con extraña sonrisa en su rostro ancho y rubicundo y extraña y calculadora mirada en sus duros ojos grises. — Podrá dejar usted para siempre la máquina de escribir.

—¡Sí! — Estaba anhelante; apenas podía creerlo. Su cerebro era un torbellino. Fué casi inconscientemente que preguntó:

—Pero... ¿cómo sabe usted que yo soy dactilógrafa? Yo no se lo he dicho.

Le pareció que el señor Tidmarsh se sobresaltaba ligeramente, como si hubiera sido tomado desprevenido. Sin embargo se repuso en seguida. Pero la dura experiencia le había enseñado a Margarita que no es posible confiar, de buenas a primeras, en nadie. Por un momento dejó de concentrar su pensamiento en la extraordinaria noticia que acababa de recibir para fijar su atención en el hombre que estaba frente o ella.

—¿Cómo lo supe? — pregutnó él con tranquilidad. — Bueno.. tengo que confesarle que he tomado mis informes, señorita Bounry. Usted quedaría sorprendida si supiera cuantas personas sin escrúpulos contestan a los avisos semejantes al que usted leyó y se hacen pasar por herederas. No bien recibí su carta, tomé medidas para convencerme de su "bona fides", — se rió y encogióse de hombros, como disculpándose. — Quizá lo juzgará usted atrevimiento de mi parte; tengo que solicitar su perdón. Pero los procuradores tienen que tomarse estas libertades; puesto que he descubierto que es en realidad Margarita Boundy, heredera de la fortuna, na hay ningún daño en ello.

—No, no; claro que no, — contestó la joven.

El estudio del señor Tidmarsh no le decía nada. No le era simpático; pero Margarita poseía suficiente buen sentido para saber que el no simpatizar con una persona no es motivo para que se desconfíe de ella. El parecía amable e interesado en servirla. Prosiguió:

—Creo que usted ha tenido que luchar rudamente con la vida, señorita Boundy, que ha pasado una existencia solitaria. He descubierto esto en mis breves investigaciones. Me atrevería a apostar que a nadie le ha hablado usted de este aviso.

Ella suspiró primero y sonrió después.

—A nadie, señor Tidmarsh. Como usted sabe, mis padres han muerto y no tengo amigos verdaderos.

El señor Tidmarsh unió las puntas de sus dedos y dijo con seriedad:

—Mejor así. En estas circunstancias, nada más conveniente. Quiero que no hable usted a nadie de este legado, señorita Boundy, que no cuente a nadie que me ha visto. Es posible que haya pleito y tenemos que andar con cuidado hasta que la validez del testamento sea reconocida.

—No comprendo, — dijo ella, con voz afligida. ¿Perdería aquel legado?

—Hay otros parientes del difunto Francisco Boundy que pueden impugnar el testamento, — dijo el señor Tidmarsh con acento de mal agüero. — No puedo decir con seguridad que lo harán, pero... el silencio es oro. Y ahora, señorita Boundy, quiero proponerle una cosa. El asunto del testamento es bastante complicado y para explicárselo a usted necesitaré varias horas. Como los tribunales acaban de abrirse, estoy abrumado de trabajo. Le agradecería que aceptara mi hospitalidad por el próximo "week end". Tenemos una encantadora casita cerca de Guilford. Si va usted el sábado por la noche, podremos hablar tranquila y detenidamente sobre el asunto.

—Pero... Pero...

Cordon Tidmarsh se rió ruidosamente.

—No vea en mi proposición nada de extraño, señorita Boundy. Me agrada hacer mi trabajo en el ambiente más agradable posible. Puedo asegurarle que mi esposa recibe siempre a uno de mis clientes todos los "fin de semana". Vaya, vaya, mi querida señorita. Estoy seguro de que un par de días en el campo le harán bien. Si no acepta usted mi invitación, temo tener que diferir el asunto del testamento, lo menos por una semana.

La frase final la decidió.

—Muy bien, — dijo riendo. — Es usted asombrosamente amable. Me gustará pasar dos días en el campo, y, naturalmente, ardo en deseos de conocer el testamento. No podré esperar una semana. Hoy es viernes.. ¿Me esperará usted mañana por la noche?

—¡Encantado! — dijo calurosamente y le dió una tarjeta de visita privada. — Hasta mañana por la noche. Tome el tren de las diez y ocho y diez, de Waterloo; yo mandaré mi auto a buscarla a la estación. Y... no hable a nadie del asunto. Ni una palabra.

Se levantaron.

—Se lo prometo, — dijo Margarita, estrechando la mano que él le tendía.

II

Un minuto después se hallaba en la oficina exterior y no bien sus ojos se fijaron en el escribiente, todo lo que había ocurrido en el despacho del señor Tidmarsh se borró de su imaginación. Nuevamente se miraron con intensidad por un instante. No se dijeron otra cosa que "Buenas noches"; pero cuando descendió Margarita las escaleras y cuando iba por la calle, diez minutos después, pensaba en el empleado del señor Tidmarsh y no en la herencia.

Quería verlo de nuevo. Sentía ansias de volverse y hablarle otra vez. Y nunca había experimentado aquellos sentimientos por hombre alguno.

El auto del señor Tidmarsh la esperaba en la estación a la noche siguiente y la condujo a una casa aislada, grande y antigua, rodeada por un extenso parque privado, en los suburbios de la pequeña población.

Vista en la obscuridad, la casa tenía as-

pecto ligeramente siniestro; sólo dos o tres luces de las ventanas estaban encendidas para aliviar la tristeza de su frente cuadrado. Cuando el auto marchaba por el largo camino que conducía desde el portón de entrada al edificio, la inquietud que había asaltado a Margarita la noche anterior, impidiéndola dormir, se apoderó de ella de nuevo.

¿No eran algo fuera de lo común los procedimientos profesionales del señor Tidmarsh? ¿Invitaba a menudo a clientes desconocidos a pasar el fin de semana en su casa? ¿Y por queé no le había dicho algo, respecto al legado? La había hecho salir de la oficina con el cebo de otra entrevista, no bien ella empezó a hacerle preguntas. ¿Y por qué no quería que hablara del asunto? ¿Qué daño podría resultar si ella lo contaba a unos pocos amigos personales... si es que tenía algunos?

Pero el señor Tidmarsh, que la esperaba en el gran hall, con paneles de roble, de la vieja casa, la recibió tan amable y afectuosamente que sus sospechas se adormecieron de nuevo. Sólo cuando hacía un rato que estaban sentados en la sala volvieron nuevamente y su corazón empezó otra vez el furioso latir.

—Tengo que disculpar a mi esposa por su ausencia, — dijo Tidmarsh. — Es una desgracia; pero tiene una salud delicada y se vió obligada a meterse en cama esta tarde. No es nada serio, felizmente. Pero tendrá usted que disculpar la ausencia de la dueña de casa.

Margarita lo miró sin hablar. Estaban sentados en sillones, uno a cada lado de la estufa y ella oía los saltos de su corazón. ¿Le había tendido Tidmarsh un lazo, haciéndola ir a aquella casa? ¿Era cierto lo que decía de su mujer? ¿Tenía siquiera esposa?

—Quizá... — dijo ella y se puso de pie. — Si... puesto que tiene usted enfermos en casa, será mejor que me vaya.

El también se levantó vivamente, lleno de protestas.

—Querida señorita Boundy, le aseguro que no es nada grave. Espero que mi esposa se sentirá bastante fuerte para tomar con nosotros el café, después de la comida. No se preocupe por ella ni crea que su presencia es molesta. Sólo se encuentra un poco débil, como consecuencia de una larga enfermedad... Venga, siéntese nuevamente y aprovecharemos la media hora, antes de la comida, entendiéndonos de los preliminares del testamento. Lo tengo aquí.

Se volvió y atravesó la larga y mal iluminada sala, en dirección a un alto gabinete de caoba que se hallaba contra la pared del otro lado. Ella contempló su poderosa figura y la cuadrada cabeza gris con una especie de horror. Luego, muy cerca suyo, oyó ligero rumor, algo como el arañar de un ratón. Con los nervios de punta, miró rápidamente detrás de sí. Había allí una alcoba, con pesadas colgaduras y al mirarlo, sabiendo que de allí provenía el ruido, quedó horrorizada viendo que asomaba una mano de hombre que sostenía una hoja de papel.

Casi gritó; pero el terror la tenía como fascinada y el leve sonido que escapó de sus labios fué providencialmente ahogado por el ruido que produjo la cerradura del gabinete que Tidmarsh, vuelto de espaldas hacia la joven, estaba abriendo.

Obrando como una sonámbula, Margarita extendió la mano y tomó el papel que aquella mano desconocida le tendía. Inmediatamente la mano desapareció detrás de la cortina otra vez.

—¡Ah... aquí está, — dijo Tidmarsh desde el otro extremo de la habitación y oyó ella el rumor de papeles. — Soy un poco desordenado, para hombre de leyes, señorita Boundy; mi esposa siempre me reprende por ello. Pero he tenido cuidado de no confundir los documentos que necesitamos esta noche.

Ella dejó oir una risa forzada y dándole la espalda, caminó hasta el extremo opuesto de la habitación, donde fingió interesarse en los cuadros y objetos de arte que había por todas partes, mientras tenía el papel apretado contra sí y disimulado por su mano. Por fin se inclinó sobre un gran ramo de rosas, puso el papel delante de sus ojos y leyó lo que en él había escrito:

"Corre usted peligro en esta casa. No bien termine la comida, pretexte que está cansada y retírese a su cuarto. Deje la puerta abierta y no se desvista. Me reuniré con usted lo más pronto que pueda y se lo explicaré todo. No pierda la serenidad, si aprecia su vida. Haga lo que le digo".

—¡Qué lindas rosas! ¿verdad — dijo Tidmarsh y oyó ella sus pasos, que atravesaban el salón. Ocultando rápidamente en el seno el papel, Margarita se volvió a él.

—¡Divinas! — exclamó volviendo a Tidmarsh, su rostro risueño, aunque el corazón le latía hasta ahogarla. — Me sentía un poco mareada; creo que debe ser el calor de esta habitación, pero, no bien aspiré el fresco perfume de estas flores me repuse.

—¿Se siente mareada? — le preguntó, teniendo en su mano los documentos y mirándola con fijeza.

Ella aprovechó la oportunidad.

—Debe ser la excitación de todo esto. Anoche no dormí en toda la noche. Le pido permiso para retirarme temprano. Estoy segura, también, de que usted deseará estar junto a su esposa.

Ella lo miraba fijamente a los ojos, pero Tidmarsh desvió la mirada. Evidentemente, su historia de la esposa enferma era mentira.

—Si está usted cansada, no la desatenderé — le dijo. — Aunque lamento privarme de su grata compañía. Quizá se sienta usted mejor después de la comida.

Se sentaron de nuevo frente al fuego y Tidmarsh extendió los documentos sobre una mesita de tomar el café, entre ellos. Ella lo miró — cuando él bajó su cabeza gris — con una especie de fascinación y horror. Y todo el tiempo tuvo la sensación de que el desconocido estaba oculto por las cortinas, detrás de su sillón. ¿Quién era? ¿Cómo había llegado allí? ¿Qué tenía ella que temer en aquella casa? Recordaba ahora que sólo había visto un criado, el viejo mayordomo, tan sordo que, cuando Tidmarsh lo llamó en el hall, no entendió una palabra y movió la cabeza con aire de disculpa sonriente.

III

Eran las veintitrés y media. En la oscuridad de la gran habitación que le habían destinado, Margarita esperaba, fijos los ojos en la puerta, los oídos atentos para percibir el menor rumor.

Y todo era rumores en la vieja casa. El crujir de los macizos muebles, el roer de los ratones detrás del maderamen, los leves murmullos de las hojas movidas por el viento y de las ramas que rozaban las paredes.

Había comido sola con Tidmarsh, servidos por el viejo y sordo mayordomo. No había visto a nadie más en la casa. Ella estaba ahora segura de que eran cuatro: Tidmarsh, ella, el mayordomo y el desconocido oculto detrás de las cortinas.

Se había apoderado de ella un gran terror. Aquella espera de algo que iba a suceder,— no sabía qué era más de lo que los nervios humanos pueden soportar... Pero Tidmarsh no había hecho ni dicho nada sospechoso. Le había hablado sobre la herencia, — la mitad de lo que le dijo no lo entendió ella, — y después de la comida, le dió las buenas noches y la dejó que se fuera a su cuarto.

Había transcurrido mucho rato desde entonces. Y ella se pasó todo ese tiempo escuchando, esperando. Oyó subir a Tidmarsh y cuando pasó por delante de su puerta, el corazón de Margarita casi cesó de latir. Pero siguió de largo, dirigiéndose a su cuarto. Luego el viejo mayordomo se había ido a acostar. Desde hacía por lo menos media hora, todo ruido había cesado, a no ser los rumores siniestros, el crujir y el arañar de la vieja casa. De pronto oyó golpear ligeramente a su puerta. Lanzó una ahogada exclamación, apretó los puños y su respiración quedó en suspenso.

—¿Quién está ahí? — logró murmurar.

La puerta se abrió entonces silenciosa y rápidamente y por un instante descubrió una silueta elevada... una figura que no era la de Tidmarsh en la oscuridad menor de la puerta abierta. Luego alguien se fué acercando cautelosamente a ella.

—Todo marcha bien — murmuró una voz que ella conocía: — la voz del empleado de la oficina de Tidmarsh. — ¡No tema!

Estaba frente a ella y le colocó sus manos sobre los temblorosos hombros. Ella no había corrido las cortinas de la ventana y el cuarto estaba débilmente iluminado, lo bastante para que pudiera distinguir el rostro juvenil que se inclinaba sobre el suyo.

—¿Era usted... era usted el que estaba detrás de la cortina? — preguntó ella, hablando con esfuerzo.

—Sí. Ahora, conteste rápidamente a mis preguntas, porque creo que ocurrirán cosas terribles antes de mucho. Le explicaré después lo que pueda. Ahora contésteme tranquilamente. ¿Firmó usted algo por indicación de Tidmarsh?

—Nada, — después de un último estremecimiento, logró afirmar su voz. — Absolutamente nada.

—Esto es una prueba — dijo el joven. — He visto en la oficina documentos con su firma o con una falsificación de su firma.

—¿Pero qué significa esto? ¿Qué pretende hacer Tidmarsh?

—Poner a otra en su lugar. Ya había encontrado él la muchacha que necesita. Fué una de las primeras cosas que me hizo sospechar. La he visto, y, cuando fué a la oficina, creí a primera vista, que era usted.

Cesó en su rápido murmullo. Durante un momento reinó entre ellos un silencio opresor, mientras, a través de la oscuridad, se miraban a los ojos.

—Tengo que decírselo—continuó el joven — aunque no es el momento indicado, pero, desde el primer momento que la ví, me enamoré locamente de usted. Fué ayer. ¿Puede la gente enamorarse en un día? No sé, pero yo la amo. Si esto no es amor... ¿Qué puede ser?

Habló con voz firme, pero que denotaba contenida emoción. Luego, de pronto la tomó en sus brazos y la besó en los labios, soltándola luego rápidamente.

—Más tarde le preguntaré si usted también me ama — dijo. — Yo la adoro, por eso es que estoy aquí. Ahora tenemos que salir de este lugar.

La cabeza de Margarita era un torbellino.

—Pero... no comprendo. Usted no me ha explicado casi nada.

—Temo que él piense en... — empezó y luego se detuvo.

—¿En matarme?

—Sí. ¿Por qué si no, le ha pedido a usted que no hable de la herencia? ¿Por qué la hizo venir aquí? ¿Por qué falsificó su firma? ¿Por qué emplea una mujer que es casi una imagen repetida de usted? Recién esta tarde supe que usted vendría aquí. Pensé avisar a la policía, pero hubiera sido inútil. Tidmarsh es un hombre importante. No se atreverán a proceder contra él sin pruebas. Por eso vine y me introduje en la casa. Ya sabe el resto.

Su murmullo, bajo y rápido, terminó; la presión de sus manos en los hombros de la joven se aumentó de pronto. Un pequeño gemido se escapó del pecho de Margarita que se apretó contra el pecho de su misterioso caballero como un niño asustado.

Escucharon, con la respiración en suspenso, los corazones latiendo furiosamente.

Afuera de la casa, en la obscuridad, alguien silbaba. Un silbido largo y suave: evidentemente una señal.

—Esa es la mujer, — murmuró el escribiente, — la mujer. El bajará para hacerla entrar... de manera que el mayordomo la

POR SOLO 5 centavos

sin más gastos ni molestias, este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante.

Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:

LA FOTOGRAFICA ARGENTINA

Avenida de Mayo 1370 — Bs. As., (P.)

encuentre aquí, mañana por la mañana.

—¿Mientras yo?... — dijo ella llena de susto.

—Mientras usted y yo estamos a muchas millas de distancia, — le dijo confiadamente: — ¡Escuche!

Afuera, en el corredor, se oyó el crujir de una puerta que se abría con precaución. Luego pasos cautelosos que bajaban las escaleras.

—Ese es Tidmarsh que va a introducirla en la casa, — dijo el escribiente. — Venga. Salgamos ahora. Seguramente se pondrán a conversar en alguna de las habitaciones del piso bajo. Nosotros bajaremos mientras ellos están fuera de vista.

Dejándola, fué de puntillas hasta la puerta la abrió con infinita cautela, miró el obscu-

Margarita lanzó un grito. Por la escalera

subía una mujer idéntica a ella.

ro corredor y desapareció. A Margarita parecióle que tardaba años en volver.

—Fuí hasta el principio de la escalera, — le dijo. — Hay luz en el hall y ellos están en uno de los cuartos hablando. ¡Venga!

La tomó de la mano. Como niños, se deslizaron por el corredor.

—Entraremos en uno de los cuartos del piso, — le susurró al oído, — y saldremos por la ventana. Creo que ha de haber cerrado la puerta de nuevo y podríamos ser vistos, mientras tratamos de abrirla.

Llegaron a lo alto de la escalera y Margarita hubiera lanzado un grito, si la mano que presionaba fuertemente su muñeca no la hubiera detenido.

¡Subiendo la escalera, confusamente iluminada, venía ella misma! Era como si cami-

nara hacia un gran espejo, mirando su imagen que avanzaba hacia ella.

Margarita no hubiera podido moverse, si su protector no la hubiera arrastrado, rápida y silenciosamente hacia la sombra del corredor. Aquel movimiento hizo que la mente de Margarita se sintiera clara y activa. La mujer estaría cerca de ellos un instante después y tendría que ser ciega si no los veía.

Los vió. Se detuvo en lo alto de la escalera y abrió la boca para lanzar un grito de alarma. Pero antes de que pudiera emitir un sonido, el escribiento le había tapado la boca con su mano, sujetándola con las otra.

La levantó en alto, llevándola de la escalera al corredor.

—Tengo un revólver en el bolsillo — le dijo con tono amenazador. — Si se resiste la mato.

Pero las amenazas eran innecesarias. La mujer estaba muda y como paralizada de miedo. Sin dificultad, excepto la dificultad de moverse en silencio, el escribiente, medio arrastró, medio cargó a la mujer por el corredor, llevándola hasta el dormitorio que había ocupado Margarita.

—Saque las fundas de las almohadas, — le dijo anhelante el joven a Margarita. — Nos servirán para atarla.

Todo se hacía por medio de murmullos y en puntas de pie; ambos tenían el oído alerta, para percibir cualquier sonido que viniera de abajo.

Por último la mujer, que había venido para sustituir a Margarita, quedó atada en la cama, con una mordaza, pero sin que se le causara daño.

Anhelantes el joven y Margarita se miraron

—¡Ahora... a escapar! — dijo él.

Por segunda vez salieron del dormitorio, deslizándose por el pasillo hasta la escalera. Podían distinguir el hall, débilmente iluminado por una lámpara. Estaba vacío.

—¡Venga! — murmuró el joven.

Bajaron la escalera, sintiendo temerosos que los escalones crujían bajo sus pies, y llegaron al hall. No había nadie allí. A un lado de ellos veíase la puerta abierta de la sala. Tidmarsh estaba dentro.

—Por aquí — murmuró el joven escribiente y tomándola por la mano, caminó en punta de pie por el piso lustrado del amplio hall hacia la otra puerta que estaba abierta mostrando una habitación a obscuras.

Acababan de llegar a esta pieza, cuando Tidmarsh salió de la sala. No vió al joven, cuyo traje obscuro lo disimulaba en la oscuridad del marco de la puerta; pero sí a Margarita que, al oír el ruido de pasos, se había dado vuelta asustada.

Se quedó helada de horror mirando a Tidmarsh.

—Creí que había ido usted arriba, — le dijo.

¡En la semiobscuridad la había confundido con la otra mujer!

No atreviéndose a confiar en su voz, movió la joven la cabeza y sonrió. Su compañero permanecía detrás, inmóvil, en la oscuridad.

Tidmarsh atravesó lentamente el hall, en dirección a Margarita. Su rostro estaba pálido y se hallaba evidentemente bajo el imperio de una violenta emoción. Bajo sus cejas, los ojos ardían febriles; cerraba y abría los puños.

Al pie de la escalera se detuvo.

—Voy arriba ahora, — dijo con ronco murmullo. — Usted... usted... es mejor que se quede aquí hasta... hasta que yo regrese.

Luego, como si temiera que si se detenía a pensar le faltarían las fuerzas para llevar a cabo su espantosa resolución, empezó a subir rápida y silenciosamente la escalera, casi doblado el pecho, como un animal perseguido.

Margarita cayó en brazos de su protector.

—Ha ido arriba para...

—Sí... cree que la que está arriba es usted. Salimos a tiempo. Hemos tenido suerte. Pero tenemos que apurarnos... ¡Venga Dentro de un instante descubrirá que ha sido chasqueado.

Salieron al hall otra vez y, sin importarle ya el ruido que hacían, corrieron hacia la puerta del frente. El joven luchó con pasadores y cerrojos hasta que abrió la puerta. Una ráfaga de aire frío tocó los rostros de ambos, semejante a un beso puro.

Arriba se oyó un grito de sorpresa y alarma.

—¡Corra! — gritó el joven y mientras ambos emprendían rápida carrera por el sendero que conducía al frente de la quinta, el joven añadió. — Por lo menos tiene que agradecernos que le hayamos evitado de cometer un crimen.

Saltar la verja fué cosa de un momento y pronto estuvieron en el camino exterior, con las luces de la ciudad frente a ellos. Entonces dejaron de correr y, jadeantes caminaron uno junto al otro, en silencio. A cada momento el joven se volvía y escuchaba para ver si eran seguidos; pero Tidmarsh, ahora que sus planes habían fracasado, no tuvo valor para perseguirlos.

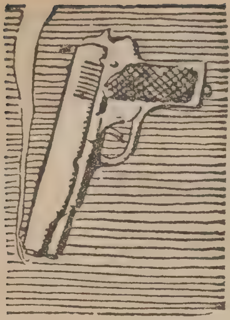
Ahora todo lo sucedido le parecía increíble a Margarita. Ni siquiera pudo creerlo cuando llegaron al puesto de policía local y contaron lo ocurrido. Cuando salieron, ella estaba todavía aturdida.

—Pienso si Tidmarsh esperará la llegada de la policía, — dijo el joven escribiente. — Bueno, ahora lo primero es encontrar un hotel para usted. No podemos caminar así toda la noche.

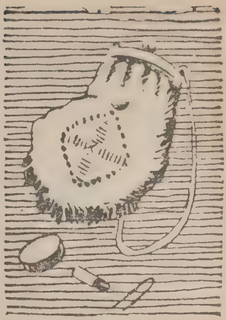
—¿Sabe? — le dijo ella tímidamente, — que ni siquiera se su nombre, caballero misterioso?

—Me llamo Jimmy Freeman, — contestó él. — Recuérdelo por que, si sigo amándola como en este momento, pienso ofrecérselo.

—Y si yo sigo amándolo, como lo amo en este momento, — contestó ella, — pienso aceptarlo.



EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fue asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. Más tarde, Markham le confía a Vance haber descubierto que la cartera y los guantes pertenecen a la señorita St. Clair. Vance desvanece las sospechas recaídas sobre la señorita Muriel St. Clair, con motivo del asesinato de Alvin Benson, demostrando por medio de medidas que el asesino es una persona de estatura elevada. Plyfe le dice a Markham que el capitán Leacock, novio de la joven, amenazó de muerte a Markham. Leacock niega poseer una pistola Colt calibre 45, y se irrita por las preguntas de Markham sobre la señorita St. Clair. Markham empieza a creer en la culpabilidad de Leacock. Continúa:

—¿Sabe, Markham, que todo degenera en nuestros días? Es culpa de esta idiota democracia. Hasta la nobleza ha decaído. Estos cigarrillos Regie no son, ni aproximadamente, los mismos. Hubo un tiempo en que cualquier potentado que se respetara hubiera rehusado fumar tabaco inferior.

Markham sonrió.

—¿Qué favor quiere usted pedirme?

—¿Favor?... ¿Qué tiene esto que ver con la decadencia de la aristocracia europea?

—He notado que siempre que usted desea un favor, que considera incompatible con las reglas de la etiqueta, empieza por denunciar, como transgresora de ellas, a la realeza.

—Es observador, compañero, — comentó Vance secamente. Luego él también sonrió. —¿Tendría usted inconveniente en que invite al coronel Ostrander a almorzar con nosotros?

Markham le dirigió una aguda mirada.

—¿A Bigsby Ostrander se refiere usted? ¿Es el misterioso coronel por quien ha estado preguntando a todo el mundo desde hace dos días?

—Ese es el sujeto. Un borrico presuntuoso y todo lo que de esto se deriva. Pero quizá pueda ilustrarnos un poco. Es el "papá" del círculo en que actuaba Benson, por decirlo así. Asistía a todas sus partidas. Un viejo bastante calavera, en resumen...

—Invítelo, de todos modos, — accedió Markham.

Luego tomó el receptor del teléfono.

—Ahora voy a decirle a Ben que usted se dirige a donde él está por una hora o cosa así.

(Lunes, 17 de junio; 12 y 30 p. m.)

Cuando a las doce y media, Vance y yo franqueamos la verja del Banker's Club, el coronel Ostrander ya estaba en el bar. Vance lo telefoneó inmediatamente después de haber dejado al fiscal de distrito, pidiénole que se reuniera con nosotros en el club. El coronel pareció muy satisfecho con la invitación.

CAPITULO XXVIII

—He aquí el zorro viejo más alegre de Nueva York, — dijo Vance presentándolo a Markham (yo ya lo conocía). — Un sibarita y un holgazanote. Duerme hasta medio día y no acepta citas hasta la hora del té. Tuve que sacudirlo y amenazarlo con su ira oficial para conseguir que viniera al centro a esta hora temprana.

—Encantado de poder serle útil, — dijo el coronel con grandes ademanes. — ¡Qué cosa horrible! No podía creerla cuando me enteré por los diarios. El caso es que, — no me importa decirlo, — tengo una o dos ideas sobre el asunto. Estuve por ir yo mismo a verlo, señor.

Nos habíamos sentado a la mesa y Vance empezó el interrogatorio sin preliminares.

—Usted conocía a todos los de la camarilla de Benson coronel. Díganos algo sobre el capitán Leacock. ¿Qué clase de hombre es?

—¡Ajajá!... ¿Con que habéis puesto los ojos en el gallardo capitán?

El coronel Ostrander se tiró con aire de importancia el blanco bigote. Tenía un rostro ancho y sonrosado, con pestañas frondosas y pequeños ojos azules. Sus modales y su porte eran los de un general de opereta.

—No es mala idea. Puede haberlo hecho. Es un muchacho que se acalora fácilmente. Está loco por la St. Clair. ¡Linda chica esa Muriel! Benson también estaba loco por ella,

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1º. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2º. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino.
¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página 23.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

Y yo mismo... si tuviera veinte años menos...

—Asimismo es usted bastante afortunado con las damas, coronel, — interrumpió Vance. — Pero hablemos de Leacock.

—¡Ah, sí! Es originario de Georgia. Sirvió en la guerra. Creo que ganó alguna condecoración. No simpatizaba con Benson; lo aborrecía, más bien dicho. Genio pronto. Celoso. Pone a las mujeres sobre un pedestal. No es que ellas no lo merezcan. ¡Dios las bendiga! Pero él iría a la cárcel por el honor de una dama. Un defensor de la mujer. Sentimental, caballeresco ;precisamente el tipo capaz de hacer volar la tapa de los sesos a un rival. Peligroso para jugar con él. Benson se portó como un idiota al molestar a la niña, sabiendo que estaba comprometida con Leacock. Jugó con fuego.

No me importa declarar que estuve por advertírselo; pero no era asunto mío. No me gusta meterme en las cosas ajenas. Es de mal gusto.

—¿Qué clase de relación había entre Leacok y Benson? — preguntó Vance. — Quiero decir, si eran amigos íntimos.

—Nada de eso, — contestó el coronel. Hizo un gran gesto de negación y continuó. — Se veían frecuentemente aquí y allá. Se conocían bastante, eso sí. A menudo yo los había invitado a pequeñas reuniones en mi cueva.

—¿Era un buen jugador Leacock ,de cabeza serena y con todas las cualidades que se necesitan para ganar?

—¡Buen jugador! — el acento del coronel era desdeñoso. Demasiado nervioso. Incapaz de contenerse, muy impulsivo.

Luego, después de una breve pausa:

—Bueno... veo que sospecha usted de él. Y no le falta razón .Son esos cachorros arrebatados, como él, los que andan a tiros con las personas que les desagradan.

—El capitán es muy distinto, en ese sentido, de su amigo Leandro Plyfe, — observó Vance.

El coronel pareció reflexionar.

—Sí y no, — decidió; — Plyfe es un jugador frío... eso puedo asegurarlo. Una vez tuvo una casa de juego de su propiedad en Long Island, con ruleta, baccarat, monte, etcétera. Y cazó tigres y jabalíes en Africa. durante una temporada. Pero Plyfe tiene también su lado sentimental. Quizá es capaz de matar a un hombre y olvidar el hecho a los cinco minutos; pero... necesitaría mucha provocación. Puede haberlo hecho... Nadie sabe...

—Plyfe y Benson eran amigos íntimos, ¿verdad?

—Muy íntimos. Siempre andaban juntos, cuando Plyfe se hallaba en Nueva York. Se conocían desde hace muchos años. Hasta vivían juntos, antes de casarse Plyfe. Una mujer tiránica la de Plyfe. Lo lleva por la nariz. Pero tiene mucho dinero.

—Hablando de damas, — dijo Vance. — ¿Qué cree usted que había entre Benson y la señorita St. Clair?

—¿Quién puede saberlo? — dijo el coronel sentenciosamente. — Muriel no amaba a Benson, de eso estoy casi seguro. Y, sin embargo... ¡las mujeres son tan raras!...

—¡Oh, rarísimas! — dijo Vance un poco fastidiado. — Pero, realmente, no quería referirme a las relaciones personales de la

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 277 Concurso Benson

dama con el difunto. Pensé que quizá usted pudiera saber si tenía motivos de queja contra él...

—¡Ah!... comprendo. ¿Si, en una palabra, podría haberse visto obligada a tomar medidas severas contra él? ¡Diablos! Es una idea.

El coronel meditó el punto.

—Muriel es una chica enérgica. Trabaja rudamente para hacerse una carrera. Es cantante y muy notable. Independiente, capaz de correr un riesgo. Yo no hubiera querido interponerme en su camino si ella deseaba que me apartara de él.

Movió la cabeza prudentemente.

—Las mujeres son sorprendentes. La más tranquila, es capaz de matar a un hombre, a sangre fría, sin previo aviso.

Se irguió en la silla y sus ojillos azules brillaron como porcelana.

—¡Demonios! — Lanzó como una bomba su exclamación. — Muriel comió sola con Benson, la noche que éste fué asesinado. Yo mismo los ví en el Marsellés.

—¡No diga! — murmuró Vance sin interés. — Pero... supongo que todos tenemos que comer. A propósito, ¿cuánto tiempo hacía que usted conocía a Benson?

El coronel pareció sobresaltarse; pero la expresión inofensiva de Vance lo tranquilizó.

—¿Yo?... ¡Pero, querido amigo! Hace quince años por lo menos, más quizá! ¡Qué tiempos aquellos! Nunca nos retirábamos hasta la hora del desayuno...

Vance interrumpió sus recuerdos.

—¿Qué grado de intimidad tiene usted con el mayor Benson?

—¿El mayor?... Eso es harina de otro costal. El y yo pertenecemos a escuelas distintas y poseemos gustos diferentes también. Pero nunca chocamos. Nos vemos rara vez. Pensó sin duda que necesitaba añadir alguna explicación porque, antes de que Vance pudiera hablar de nuevo, añadió:

—El mayor, ¿sabe usted? no es de los "muchachos", como decimos nosotros. No se mezclaba en nuestro pequeño mundo. Nos consideraba a Alvin y a mí demasiado frívolos. Es un tipo serio.

Vance comió un rato en silencio; luego preguntó, como al descuido.

—¿Especulaba usted mucho con la firma Benson y Benson?

Por vez primera el coronel pareció vacilar. Se limpió ostentosamente la boca con la servilleta.

—¡Oh!... muy poco, — dijo al fin, — Y no con mucha suerte. Pero todos nosotros "flirteábamos" de tiempo en tiempo contra la diosa Fortuna, en casa de Benson.

Durante todo el almuerzo Vance estuvo haciendo al coronel preguntas por el estilo; pero al final de él, no parecía haber adelantado más que al principio, en el sentido de obtener un informe útil.

El coronel Ostrander era locuaz; pero sus discursos resultaban vagos y desordenados. Hablaba abreviando e insistía en acompañar sus respuesta con opiniones propias, de modo que era casi imposible sacar más que muy pequeñas informaciones de sus palabras.

CAPITULO XXIX

Sin embargo, Vance no parecía desalentado. Insistió sobre el carácter del capitán Leacock y pareció interesarle muy particularmente su relación personal con el muerto. La condición del jugador Plyfe también pareció llamar su atención y dejó que Ostrander se despachara a gusto sobre la casa de juego que aquel había tenido en Long Island y sobre sus hazañas cinegéticas en Africa. Le hizo numerosas preguntas acerca de otros amigos de Benson; pero pareció prestar escasa atención a sus respuestas.

La entrevista me pareció a mi sin objeto. No pude sospechar que es lo que Vance deseaba saber.

Markham era, al parecer, de mi misma opinión. Fingía cortésmente interés y hacía signos de asentimiento durante los largos discursos del coronel; pero sus ojos vagaban distraídos y una o dos veces noté que dirigía a Vance una mirada de interrogador reproche. No había duda, sin embargo que el coronel Ostrander conocía a su gente. Cuando estuvimos de vuelta en el despacho del fiscal de distrito, después de dejar a nuestro gárrulo invitado en la entrada del subterráneo, Vance se dejó caer en uno de los amplios sillones con aire de satisfacción.

—De lo más interesante ¿no le parece? Como eliminador de sospechosos, el coronel Ostrander tiene sus puntos buenos.

—¡Eliminador!... — replicó Markham. — Es una suerte que no esté relacionado con la policía; haría encarcelar a la mitad de la sociedad por el asesinato de Benson.

—Está un poco sediento de sangre, — convino Vance. — Determinado a hacer condenar a alguien por el asesinato de su amigo.

—Según ese viejo guerrero, la pandilla de Benson era una camorra de pistoleros, sin olvidar a las mujeres. Mientras hablaba, no pude menos de pensar que Benson tuvo bastante suerte de no ser asesinado mucho antes.

—Es evidente, — comentó Vance, — que usted no ha visto los relámpagos entre el incensante tronar de Ostrander.

—¿Dónde estaban? — preguntó Markham. — No puedo decir que me hayan cegado con su brillo.

—¿Y no encontró usted alivio en sus palabras?

—Sólo en las que me dirigió para despedirse. No puedo decir que su despedida me haya desgarrado el corazón. Lo que el viejo calavera dijo de Leacock ha confirmado mi opinión. Robustece las presunciones, si esto es necesario, que existen contra el capitán.

Vance sonrió cínicamente.

—¡Oh!... con seguridad. ¿Y lo que dijo de la señorita St. Clair no hubiera continuado sus sospechas contra ella el sábado pasado? También lo que dijo de Plyfe podría indicar como culpable a ese Beau Sabreur, si usted hubiese sospechado de él. ¿No le parece?

(Continúa en el próximo número).

FICCION Y REALIDAD

La gentil Graciela, había admirado en el cine y en las revistas, escenas emocionantes y llenas de poesía que se desarrollaban en las playas de moda...

en las que jóvenes apuestos...

sonrientes y atléticos...

realizaban galantes salvamentos.

Pero, ¡oh, desilusión! Un día que a la gentil Graciela se le ocurrió pedir socorro, comprobó cuan distinta es la realidad de la ficción.

LA CASA DE LAS LUISAS

Por ROBERTO MOLINA

En la villa y corte aquel año adelantábase el estío. Bajo el sol caliente de Junio, que caía como una llama sobre aquella minúscula buhardilla, Adora trajinaba en la cocina preparando la sopa.

Damián, su Damián, estaba para llegar y era necesario tenerle preparada la comida.

Adora, avivando el fuego, se recogía los rizos pegados a la frente. Estaba de trapillo, con una falda lisa y antigua, que era recuerdo y pena de los ya lejanos meses primeros de su boda.

Damián llegó a la hora de costumbre y dijo a su chulilla graciosa, que entre sofocada y risueña le abrazaba:

—Esta tarde te la dedico a tí, prenda.

—¿No trabajas? — preguntó ella, puesta en jarras, mirando a su marido con la severidad posible de aquellos ojos negros, burlones y traviesos.

—Se ha concluído la obra, — contestó Damián. — Mañana, sí, como siempre.

—¿Y a dónde me va a llevar mi príncipe de las Indias

—A donde tú mandes, zalamera, — dijo él, alargando el brazo para acariciarla, mientras ella hurtaba el cuerpo con deliciosa agilidad y daba fin a la breve tarea de poner la mesa. — A ver a mis tíos... o, si no te parece, adonde tú dispongas.

—Iremos a casa de las Luisas.

—Tú mandas, — contestó Damián, — aunque si te he de ser franco, no me hacen gracia esas chicas.

—Es que quiero que rabien. Cada vez que me ven contigo, ellas, que no van por el camino de casarse, les da alferecía.

—Pero ¿cómo se van a casar esas "películas"?

"Las Luisas" eran unas amigas de Adora, todas modistas y solteras que, aunque plantadas en los veinticinco años, habían salvado ya esa triste cumbre de los treinta. Las llamaban 'las Luisas" porque éste era el nombre de la mayor y también el de una prima de aquellas cuatro hermanas que vivían juntas.

Acabado el modesto yantar, Adora se vistió con su trajecito claro de lanilla y Damián se puso su americana nueva, el pañuelo blanco de seda, que para lucirlo en las festividades le había comprado ella, y su amplia gorra gris, que tapaba los largos mechones que hasta las cejas le caían.

Iban por la calle taconeando ella, él jactancioso y grave, y conforme pasaban, las curiosas vecinas del barrio asomábanse para ver una vez más a los jóvenes esposos.

Adora, pensando en la triste soltería de sus amigas, no cabía en sí de satisfacción por haber alcanzado aquel marido guapo, trabajador y bueno que ella iba luciendo como un gran triunfo. Pensaba en los años tristes del obrador, huérfana y sin amparo de nadie; recordaba las picantes burlas de sus amigas cuando era novia, porque no creían en la posibilidad de aquel enlace, y el solo pensamiento de que se realizara las enfurecía.

Era un furor sin nombre, hijo de una envidia cruel muy femenina, aunque disfrazada con cierta hipocresía, vestida de risa y de cariño, con severos y prudentes consejos.

—Eres muy joven, para tener novio, chica.

—No te fíes de ese hombre, Adora.

—¿Piensas que te quiere? ¡Qué simple!

—¡Los hombres, los hombres! ¡Fíate de los hombres!... ¿No ves lo que hago yo? Y tan ricamente, chica, tan ricamente.

* * * *

No salió Adora de casa de "las Luisas" tan risueña como había entrado. Fué el saludo una explosión de besos y alegres frases amables. ¡Cuánto tiempo sin verles!... ¡Malos amigos, que no iban nunca por allí!

Ellas, las cuatro hermanas y la prima, se deshacían en cumplidos, simulando un interés casi maternal por aquella chiquilla tan afortunada.

—Estás más joven, hija... ¡Si parece mentira que te hayas casado!

Les obsequiaron con pastas y café, y luego, después de mucho hablar y de las consabidas peligrosas preguntas a ella en voz baja, dieron comienzo las exhibiciones de trapitos nuevos recién comprados, alhajas y otros adornos femeninos: peinetas, collares, sortijas, pendientes, vestidos... Todo un pequeño bazar que salía de los ahorros penosos de la aguja y que ellas iban adquiriendo con animosa constancia para halago de su vanidad y suplir así la mentida belleza adornando con postizas flores de pedrería falsa y sedas aquel otoño de sus vidas opacas, sin esperanza de que el amor, como en un puerto de refugio hiciese escala en ellas.

Damián y Adora, después de la visita, como todavía era temprano, decidieron dar un paseo. Por las calles céntricas, — donde los escaparates de lujo y las tiendas de ropas avivan la codicia de las mujeres, — quería pasear Adora, y así Damián, de parecer contrario, hubo de resignarse para dar gusto a su exigente y dulce tirana.

... y cuanto más miraba más se en tristecía.

Miraba ésta con embeleso ardiente las joyerías de la Carrera y de Alcalá, y cuanto más miraba más se entristecía, comparando su pobre ajuar con los muebles nuevos de "las Luisas" aquel armario de amplia luna biselada y el cuadro colorista de tanta preciosa inutilidad que en casa de sus amigas había visto.

Los collares de blancas perlas para su blanco cuello... ¡Cómo sabría lucir ella los costosos pendientes, las vaporosas gasas, los zapatitos charolados!... Y las otras, las feas, lo poseían todo...

Culpaba a Damián por no llevar a término el cumplimiento de tanto regalo mil veces prometido, y Damián, entre amoroso y ceñudo, la miraba de soslayo, pensando si se habría vuelto loca.

—No eres nadie, chiquilla. Tú pides la luna. ¿No sabes que no puede ser?

—Sí, ya ves "Las Luisas" — replicaba ella con mirada triste y mimosa. — Ellas tienen de todo; se compran lo que les da la gana; pero yo, desde que me he "casao" contigo...

Damián no contestó. ¡Malhaya las mujeres! El también, por casarse con ella, había sacrificado su hermosa libertad, y asimismo, para que ella no careciese de lo más necesario, se dejó de juergas, de amigos y de toros, su gran pasión, que siempre le había tiranizado. Y eso no lo pensaba la vanidosa chulilla.

Cansados de pasear inútilmente, decidieron tornar a casa. Era casi de noche; habían encendido las luces, y la ciudad, con sus iluminadas tiendas, los amplios bazares deslumbrantes y el torrente bullicioso de sus calles, tenía entonces una animación como de gran fiesta nocturna que comenzara en el crepúsculo.

Llegaron a la alta buhardilla, y aun conservaba la caliente flama, como de horno recién apagado. Adora abrió la ventana para que entrase el fresco, y se dejó caer sobre una silla, rendida.

Desde la ventana se veía una cinta color de sangre allá lejos, en el punto en que la tierra y el cielo se tocaban. Y la chulilla, con su aire de pena y de fatiga, a la tenue claridad vesperal estaba hermosa, con una hermosura de niña ofendida, niña delicada y débil que llora la gran desgracia de la primera contrariedad insignificante.

Damián, de pie junto a ella, la miraba con una gran ternura paternal, íntima y firme. Aquella mujer era la suya. Por ella había dejado él la mala vida y los gastos estúpidos e innecesarios. Y entonces tuvo una idea feliz y dijo a su compañera:

—¿Sabes lo que pienso, alma?

—¿Qué piensas?

—Que eres la mujer más bonita que hay en las cuarenta y nueve provincias...

—¡Algo menos será!...

—...en las cuarenta y nueve provincias y sus posesiones de Africa.

—¡Embustero!...

—Está dicho y no rebajo tanto así...

—Que me lo voy a creer...

—Pero óyeme, gloria: te quejas de vicio. ¿Que "las Luisas" tienen cuatro chucherías que no valen dos cuartos?... ¡Y qué!... ¡Si tú tienes más que ellas! ¡Si tienes lo que no tendrán nunca ellas! ¿No lo adivinas? ¿Qué alhajas ni qué traje de seda no darían "las Luisas" a cambio de tus años y de tu cara? Y además, desagradecida, ¿no me tienes a mí ¿No soy yo también una alhaja, tu mejor alhaja?

Rió Adora y se levantó, poniendo sobre los hombros de Damián sus manos finas.

—¡Pues es verdad, Damián! Te juro que no había caído en ello. Y es que una lo quiere todo y nunca se satisface. Yo tengo esta casa mía y este hombre mío. ¿Quién podrá decir otro tanto?

Damián, de medio lado sobre la ventana, oía a su mujer y aspiraba la fresca brisa de la noche. Adora, recostada sobre el hombro de su marido, sonreía a las estrellas, que iban apareciendo a medida que se extinguía en Occidente la lejana cinta sangrienta de aquel bello crepúsculo de junio.

LA ESPIA QUE BAILÓ ANTE LA MUERTE

Por JOSE GOLLOM

Historia de la Mata Hari, llamativa y siniestra figura de la guerra mundial, que estuvo a punto de desbaratar la campaña de los aliados en 1917, y que hizo con la mano un alegre ademán de despedida al hallarse frente a la muerte.

AL contar la historia de la Mata Hasi se siente la tentación de repetir la leyenda aceptada. Era una bailarina oriental y diabólica, se ha dicho; en los templos secretos de la India, aquella vampiresa de nacimiento, estudió el arte de seducir a los hombres; luego su embrujadora belleza y su siniestro poder causó la ruina de muchos y envió ejércitos enteros a la tumba.

La destrucción de los ejércitos es cierta. El resto está tomado de la gran ópera y de melodramas del pasado. La Mata Hari no fué una maravilla; en realidad era una mujer común, sin más dones que un cuerpo y rostro seductores. Pero formaba parte de una gran organización de espionaje que desafiaba a otra, en la guerra mundial.

La misma Mata Hari ha escrito la historia de su vida. Según ella, había nacido en Java, siendo su padre un rico banquero holandés y su madre una famosa belleza nativa. La hija, dice la leyenda, fué conducida a la edad de catorce años a un templo místico de la India para ser convertida en sacerdotisa-bailarina y dedicar su vida a la castidad. Por su belleza los sacerdotes la llamaron "Hota Hari", es decir, "Ojo de la mañana". A la edad de diez y seis años, un noble escocés, sir Campbell McLeod, que tenía un alto grado en el ejército de la India, la vió bailar, se enamoró de ella y la robó del templo.

Vivieron lujosamente en la India, donde ella tuvo un hijo y una hija. Un jardinero nativo envenenó a su hijo y Mata Hari lo mató con el revólver del padre. Ella, su madre y la pequeña hija tuvieron que huir a Europa.

Aquí terminó su romance marital. La niña fué puesta en un convento. Mata Hari se divorció y buscó una carrera. "Finalmente decidí, — dice, — interpretar con el alma de Oriente ante el resto del mundo."

Luego, un día, en Berlín, un alto personaje del imperio alemán, le pidió que entretuviera, a la vez como bailarina y como dueña de casa, a un embajador ruso que se hallaba de paso por Berlín. Se puso a su disposición una lujosa casa en Dorothen Strass. Debía llamarse condesa von Linden y usar la mansión como su propia casa. Fué así que según ella, se encontró incorporada, casi sin querer, al Servicio Secreto del imperio alemán.

Mata Hari escribió este diario la víspera

de su ejecución, cuando era dado esperar la verdad. Pero ella había nacido espía asalariada y esa clase de espía miente siempre por las circunstancias, costumbre y elección. El diario de Mata Hari no es más que una invención romántica; pero sirvió de base para su leyenda.

Acerca de su belleza no hay, naturalmente, ficción. La poseía. Su cuerpo tenía el hechizo de una occidental en una sirena de Oriente. Poseía grandes ojos castaños, lánguidos y luminosos; la sonrisa de sus carnosos labios era ambigua; podía significar amor, crueldad o ambas cosas.

En realidad no significaba nada. Ella no tenía corazón; pero tampoco era cruel. Su carácter era tan vulgar como su inteligencia. Mata Hari sólo sabía una cosa: dominar a los hombres por los sentidos. Pero detrás de la vulgar Mata Hari se ocultaba su director, el Servicio Secreto Alemán, cuya inteligencia no tenía nada de vulgar.

La verdad es que nació no en Java, sino en Holanda. Sus padres holandeses eran pequeños tenderos. Su nombre: Margarita Zelle. No se educó en un templo de la India, sino en un pequeño convento, cerca de La Haya. El hombre con quien se casó no era noble. Lo que atrajo a la muchacha, salida del convento, fué el uniforme de un capitán del ejército británico.

La llevó a la India y el clima contribuyó a empeorar su ya degenerado carácter del hombre. La bebida, el derroche y la crueldad pusieron fin al romance. McLeod llegó hasta enviar a su esposa para que pidiera dinero prestado a sus amigos oficiales. Y la esposa aprendió a ejecutar aquellas comisiones sin mucha repugnancia.

En la India aprendió a bailar, no para dedicarse al culto religioso, sino como una probabilidad de ganar dinero en Europa. El nombre de Mata Hari se lo puso ella misma.

Los McLeod volvieron a Europa con una pequeña hijita. La niña fué colocada en un convento holandés. Luego sus padres se divorciaron.

Mata Hari recorrió la Europa bailando. Sus bailes llamaban la atención sólo por la desnudez de la bailarina. Pero la mujer adquirió clientela distinguida. En Holanda, su patria, el jefe del gabinete; en Berlín, el príncipe heredero; en Francia, un ministro de la Guerra; en otras partes de Europa, admiradores de no menor rango. Más tarde, no conforme con el dinero que ganaba de ese modo, se hizo espía.

Un día, ya en el servicio Secreto de Alemania, fué llamada al No. 70 de Koenigsgraetzer Strasse. "Irá usted a París", le dijo el jefe. — Allí dedicará todas sus energías y usará todos los recursos para ganar la confianza de un miembro del gabinete francés. Aquí tiene un informe sobre su carácter y los medios de aproximarse a él. Al mismo tiempo procure ejercitar su influencia sobre todos los hombres que pueda. Tienen que ser militares de alta graduación, marinos de guerra y mercantes. Obtenga de ellos todas las informaciones que puedan sernos útiles. Sólo hará usted una excepción. Por ningún motivo pregunte nada de la guerra al ministro. ¿Ha comprendido?" La orden era clara, aunque no tan claros los motivos que la inspiraban.

Mata Hari había conservado su ciudadanía holandesa. No encontró dificultades para entrar en París. No era desconocida en la ciudad y muchos hombres influyentes en política la esperaban con impaciencia. Se encontró con un departamento pronto en Neuilly y pronto empezó a formarse a su alrededor una corte de hombres que se disputaban sus favores.

Fué un miembro del gabinete francés quien se convirtió en favorito de Mata Hari, aunque nadie dió importancia a la cosa.

Siguiendo las instrucciones de sus jefes, — que todavía no comprendía, — no le preguntó a su distinguido favorito nada sobre la guerra.

Pero lo hizo con sus otros adoradores Ella favorecía a los ejércitos aliados, "por que su marido había sido oficial británico", — dijo. Por lo tanto, a nadie extrañó que se tomara interés en los asuntos militares y navales. Las preguntas las hacía con una habilidad enseñada en la mejor escuela de espías del mundo. Hablaban con ella como lo hacen a menudo los hombres, hastiados de la guerra, en sus momentos de licencia, a una mujer seductora.

El problema de comunicar los informes que recibía, no tenía que solucionarlo ella. Por ejemplo, una noche estaba comiendo en el Marguery, con un oficial de la marina mercante. Iban a ir más tarde a una función de beneficencia y Mata Hari estaba en gran "decollete". Jugaba lánguidamente con su abanico de plumas de avestruz. Su compañero la encontró aquella noche muy difícil de contentar. Luego un capricho pareció cambiar su humor y le pidió un pequeño regalo que podía conseguirse en España, pero que era difícil encontrar en París, por aquella época. El quedó encantado.

—Es muy fácil. Haré un telegrama a mis agentes de Barcelona para que manden la mantilla por el próximo vapor, — le prometió.

—¿Cuando llegará? — preguntó ella, casi con indiferencia.

—Déjeme pensar. ¿Qué día es hoy? ¿Martes?.. Entonces el Corona saldrá el miércoles a media noche.

—¿Y recibiré la mantilla?...

—El Corona llegará a San Nazaire, pongamos el jueves. Y, para el sábado espero tener el gusto de colocar mi pequeño regalo alrededor de sus hombros.

Ella abrió, en sus tres cuartas partes, el abanico y se abanicó lánguidamente con él varias veces.

—Es usted demasiado amable, — murmuró. — No lo merezco.

—¡Imposible! — dijo él entusiasmado.

En la mesa vecina un hombre los contemplaba perezosamente, a través del humo azul de su cigarro. Observó el grado a que había abierto Mata Hari, el número de veces que se abanicaba, la dirección hacia que el abanico señalaba, cuando lo dejó para seguir comiendo.

¡Mata Hari no recibió la mantilla por que el vapor francés fué hundido por un submarino alemán!

Como si hubiera sido la ndicación que su observador esperaba, extendió la mano para apagar las llamas

En el siniestro kaleidoscopio de la gran guerra no hubo quizá conjunto de actividades más llenas de colorido que las de Mata Hari. Estaba en París; era una holandesa de cutis moreno, como el de una oriental, vestía lujosas ropas de la Rue de la Paix, daba comidas y bailaba. Una vez pidió vino de cierta cosecha, en un restaurant, a donde había indicado a su escolta que la acompañara, repitió la fecha de la cosecha al mozo en voz alta y enfática y cinco días después, un pequeño vapor francés con tropas fracesas, coloniales de color, que había partido de las costas de Africa, era hundido por un submarino.

Y no solamente uno; por lo menos diez y ocho barcos cargados de tropas, que emprendieron viaje entre Africa del Norte y Marsella, tienen que culpar a Mata Hari por la catástrofe que los sorprendió en el Mediterráneo, ella guiaba a los submarinos desde la capital de Francia.

Mata Hari se encaprichó, sin embargo, con un ruso que servía en la Legión Extranjera de Francia y había quedado ciego al principio de la guerra. Aunque parezca extraño, la Mata Hari experimentó una ternura real por él. Pero, cuando lo siguió a Vitel, donde lo habían mandado a un hospital, su acto se debió menos al amor que al hecho de haber establecido en en ese lugar una importante base de aviación.

Uno de los modos de hacer entrar un espía en territorio hostil es mandarlo por la noche, en aeroplano, y hacerlo descender, por medio de un paracaídas, detrás de las líneas enemigas. En los apuros de aquellos días, los aliados recurrieron muchas veces a este medio.

La Mata Hari estaba dedicada a su ciego; pero no le faltó tiempo para trabar relaciones con los aviadores. Y pronto la fatalidad persiguió, más que antes, a los espías y aviadores que salían de Vitel para Alemania. Fuera donde fuere que aterrizaran, encontraban alemanes esperándoles.

Luego, aparentemente cansada de su amante ciego, Mata Hari regresó a París.

Su automóvil, con su propio "chauffeur" la esperaba en la estación. Entró en el auto cerrado; pero recibió gran sorpresa cuando de pronto, notó que, en vez de dirigirse a su departamento de Neuilly, el auto se detenía en una parte de la ciudad desconocida para ella. La puerta fué abierta desde afuera y se encontró ante varios hombres, que se mostraron con ella corteses; pero no amables.

—Sírvase acompañarnos, señora, — dijo el intérprete. Ella, aunque inquieta, no se traicionó. Protestó con modales de favorita de corte, hasta que finalmente fué llevada

a un despacho privado donde un hombre, de ojos fríos y azules, empezó a interrogarla. Estaba vestido con ropas civiles; pero su porte denunciaba al militar. Sus preguntas fueron seguidas por un fajo de informes que tenía sobre su escritorio. Luego la acusó de frecuentes entrevistas con los hombres del Servicio Secreto Alemán. Y aunque estaba preparada para tal emergencia, se encontró por decirlo así, contra una pared de piedra.

—Usted ha estado reuniendo informaciones sobre los movimientos navales y militares, — resumió el oficial.

Ella tenía para jugar solamente una última carta.

—Le aseguro que ha sido sólo para servir a los aliados. Admito estar asociada con el Servicio Secreto Alemán; pero mi marido fué oficial británico y muchos de mis amigos más queridos son jefes de los aliados. Aunque soy holandesa, mi corazón pertenece a los aliados. Estoy dispuesta a probarlo. Los alemanes me creen amiga de ellos; se lo he hecho entender así. Como admiradores míos, me confían importantes secretos. Alísteme en su servicio de espionaje y pondré esos secretos a su disposición.

Un lector ingenuo vería ya el fin de Mata Hari, pero en la Segunda División del Servicio Secreto Francés no eran ingenuos. Sabían los amigos poderosos que Mata Hari tenía en Francia. Era necesario obtener pruebas palpables para condenarla. Los jefes de la Segunda División se consultaron en voz baja, mientras Mata Hari los observaba con sus brillantes ojos. Luego el intérprete se volvió a ella.

—Señora, — le dijo, — pesan sobre usted graves sospechas; pero le daremos una oportunidad de justificarse. Aceptamos su oferta de trabajar con nosotros. Necesitamos sus servicio en la ocupada Bélgica. Le daremos una lista de los treinta agentes que tenemos allí. Recientemente hemos tropezado con dificultades para obtener sus informes. Usted recogerá esos informes y los traerá a París.

Mata Hari lanzó un suspiro de alivio.

—Con el mayor gusto, — dijo.

Se le dieron facilidades para salir de Francia y cruzar el canal. Se suponía que, desde allí, podría trasladarse a Bélgica. Pero las autoridades británicas desconfiaron de Mata Hari y de sus protestas de que necesitaba ir a Holanda para ver a su hijita. En vez de permitirle partir para su tierra natal, la deportaron a España.

Pero la lista de nombres, que le había sido dada por la Segunda División Francesa, llegó lo mismo a Bélgica. De esta lista, los alemanas pudieron sólo encontrar a un hombre, por la sencilla razón de que los otros no existían. El único nombre verdadero era el de un hombre espia, conocido como "doble". A los aliados les hacía creer que trabajaba en contra de los alemanes y viceversa. Quizá era cierto, porque engañaba a unos y otros obteniendo buenas sumas por su doble servicio. Los franceses fueron los primeros en descubrirlo; el único modo de terminar con él era poner su nombre en la lista, el espía en cuestión fué fusilado. Dos días después la Segunda División recibía la noticia.

* * * *

Por esa época, Mata Hari vivía lujosamente en el Gran Hotel de Madrid. Allí conoció a un joven oficial recientemente llegado de Inglaterra. Estaba con licencia y aunque su uniforme era de capitán de infantería, Mata Hari estaba mejor enterada. Porque no bien llegó a Madrid, fué citada por el representante de sus amos.

Le hablaron de un misterioso parque, cerrado por altas paredes, en cierta parte del centro de Inglaterra. Se tomaban extraordinarias medidas para ocultar allí lo que se hacía. Todo lo que habían podido saber es que se había construído una sección de trincheras típicas, alambres de púa, agujeros y todos los otros detalles que presenta un campo de batalla. Del interior llegaban poderosos sonidos de motores. Corrían rumores de que se ensayaba allí un vehículo armado para el transporte de aguas y otras necesidades de las trincheras. Este vehículo experimental érase llamado tanque por los pocos que conocían su existencia, aunque ignoraban como era. Entre estos pocos estaba el oficial británico, vecino de cuarto de Mata Hari. Se le aconsejó el procedimiento de costumbre y a los pocos días obtuvo el éxito de siempre.

Pero había otros servicios secretos en Madrid, además del alemán, y el joven oficial británico recibió orden de dirigirse a París. Se le indicó a Mata Hari que lo siguiera y por vez primera ella protestó. Su última visita a París había tenido consecuencias desagradables y no quería meterse de nuevo en la jaula del león.

Pero ella no ignoraba que los espías rebeldes solían tener un fin misterioso donde quiera que se hallaran, de manera que se encontró, como se dice vulgarmente, entre la espada y la pared. Pero al fin se persuadió, más que por miedo a sus amos por la súplica de amigos poderosos que había dejado en Francia. A éstos les había ella contado el incidente enojoso con la segunda divisin y las "injustas" sospechas que sobre ella pesaban. Recibió noticias asegurándole que no corr.a ningún peligro y que no se ver.a expuesta a tales ultrajes.

Al volver a París fué recibida en la estacin por el oficial británico. Ella siguió sus trabajos en los pocos días que el oficial pasó en París; luego, repentinamente, fué llamado a otra parte.

Su éxito en esta misión fué escaso; pero la culpa no era de Mata Hari. El secreto de la construcción del tanque fué guardado celosamente.

* * * *

Luego, en la primavera de 1917, Mata Hari recibió un mensaje secreto de Berlín: "Revocamos nuestra orden respecto a que se abstenga usted de interrogar a su amigo del ministerio. Hemos recibido informes de que Francia prepara nua gran ofensiva. A cual-

quier costo, averigüe la fecha de ella".

Aquel "a cualquier costo" hizo pensar a la Mata Hari. Por vez primera comprendió por qué sus superiores le habían prohibido interrogar hasta entonces a su poderoso amigo francés. No la creían suficientemente hábil para engañarlo. Preferían que aquella amistad protegiera la permanencia de la espía en Francia. Ahora, aquella orden de averigüar la fecha de la ofensiva francesa, quitaba a Mata Hari toda esperanza de protección. Si obedecía la orden no podría ya decir:

—Uno de vuestros jefes era amigo mío. ¿Le he dirigido alguna vez preguntas sobre la guerra?

Mata Hari no se atrevió a desobedecer por la sencilla razón de que, si lo hacía, los alemanes la entregarían a los franceses. Si obedecía, el peligro no era quizá menor.

Obedeció, preguntando a todo el mundo, excepto a su poderoso amigo. Y tantos datos obtuvo que Berlín casi se dió por satisfecho con los informes que consiguiera en esta "pesca" excepcional.

Porque en Abril de 1917, cuando el general Nivelle emprendió al fin su campaña ofensiva contra los alemanes en Champagne, fué recibido con un refuerzo aplastador del enemigo que casi le cuesta a los aliados la guerra.

Mata Hari tomaba baños de sol en su dormitorio, cuando sin previo aviso, la puerta fué abierta y entraron tres hombres.

—¡H. 21, vístase y acompáñenos!

Mata Hari no se movió. Miró al intérprete y le dijo:

—¿Será inútil que suplique me dejen un momento sola para vestirme? — Necesitaba tiempo para pensar. El haberse dirigido a ella, llamándola por su número de identificación en el Servicio Secreto, prometía malos resultados de aquella visita. — Por lo menos, señor, sea lo suficientemente galante para alcanzarme mi bata.

En vez de eso, él le alcanzó sus ropas de calle. Luego hizo señas a sus colegas para que registraran la habitación, mientras él vigilaba todos los movimientos de la espía. Con el corazón oprimido vió ella que a sus ojos no era una mujer hermosa si no una enemiga. Los otros le daban vuelta a todo, en busca de papeles. Mientras se vestía ella adoptó una actitud hostil.

—Mi olfato es muy sensible, — dijo.

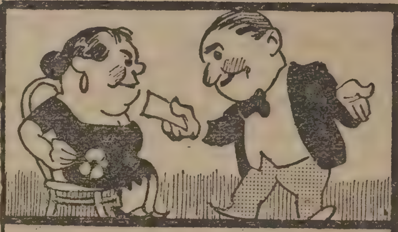
Y, encendiendo un fósforo, lo arrojó en un gran sahumador indio, de bronce verde, cubierto con rejilla dorada. "Un poco de benjuí mientras me visto", suplicó.

Como si hubiera sido la indicación que su observador esperaba, dió un salto y quitándole la cubierta al sahumador, apagó la llama, antes de que pudiera destruir algunas cartas que allí había.

Les dió un vistazo y miró la inicial de la firma.

Eran cartas amorosas de un viejo enamorado, político poderoso, pero esclavo de la bailarina por su senil pasión.

Mata Hari extendió sus manos suplicantes.



—Esta cuenta del almacén me parece exagerada.
—No te olvides, querido, que desde que tomamos el reconfortable "Hierro Quina Bisleri", comemos el doble.

—¡Ah, señor! Le suplico que no lea esas cartas, — le dijo.

El había concluido de leer.

—¿De quién son? — le pregnutó.

Lo sabía, como lo sabía toda la segunda división. Pero debido al relativo misterio de la firma, el hombre del servicio secreto trató de que ella lo identificara.

—Eso, señor, — contestó Mata Hari tranquilamente, — nunca lo revelaré.

Hay que anotar ese único rasgo noble en la carrera de Mata Hari. Había guardado siempre esas cartas, como un recurso supremo para salvar su vida. Sin embargo, aunque había llegado el momento, trató de quemarlas. Con la maravillosa inconsciencia del corazón humano, la situación había tocado el único sentido de "noblesse oblige" de que era capaz. Ella que había vendido su alma y su cuerpo mil veces, que profesionalmente traicionó a tantos hombres y los mandó a la muerte, rehusó traicionar al autor de aquellas cartas.

* * * *

Su comparición ante el Consejo de Guerra despertó inmenso interés en la prensa y en el mundo. Pero las declaraciones fueron secretas. Sólo lo que la segunda división consideró conveniente traspasó las puertas cerradas.

La única defensa de Mata Hari contra las acusaciones fué:

—Cortesana, sí; espía, no.

Pero el Consejo de Guerra la encontró culpable y la condenó a muerte.

Entonces empezó una campaña impresionante para salvarle la vida. Hombres de alta posición solicitaron su gracia. Para demostrar cuan poderosa fué la influencia de esa mujer, recordaremos que llegaron a manos del presidente de Francia, entre muchas dos cartas: una del rey de un país neutral y otra de un monarca cuyos soldados peleaban junto a los aliados.

Pero Mata Hari estaba bien asegurada detrás de las rejas de la prisión de San Lázaro. Su único medio de olvidar la realidad era

escribir su autobiografía que, como he dicho, es más ficción que realidad.

Dos hermanas de la Merced fueron las encargadas de preparar a Mata Hari para la ejecución. Pero Mata Hari no quería saber nada con ellas. Particularmente le era antipática la hermana María, una monja pequeñita; pero ella insistió en ganar su corazón.

Hasta la víspera de la ejecución, la espía conservó su buen ánimo; pero luego éste decayó.

Para animarla, la hermana María le dijo:

—Usted bailaba para el público. ¿Por qué no baila para usted sola?

Por vez primera la bailarina contempló con simpatía a la hermana.

—¿Por qué no? — dijo en voz alta.

Y teniendo por público a las dos hermanas, con sus hábitos negros, Mata Hari bailó por última vez y pareció recobrar su valor.

Al amanecer se oyeron pasos pesados aproximarse a la celda. Caminaban fuerte en esas ocasiones, a fin de que los prisioneros no se despertaran demasiado sobresaltados. Con los guardianes entró el defensor de Mata Hari

Mata Hari se vistió. Se vistió como para una fiesta. Usó todos los recursos de la toilette, se puso su mejor vestido. Los que la observaban se miraron. ¿Sabía aquella mujer que iba a morir.

Fué una pregunta que muchos se hicieron todavía después de su ejecución. Porque cuando afrontó el pelotón de tiradores, delante de los fosos de Vincennes, el alegre ademán de despedida que hizo con la mano, hizo luego correr un sensacional rumor.

La habían engañado, decía el rumor, por maldad o por misericordia. Se le había hecho creer que se le tiraría con pólvora, en vez de balas, y que más tarde su "cadáver" sería llevado fuera del país.

Por eso fué que afrontó tan alegremente aquellos fusiles alzados contra ella.

Los nombres de muchos de sus adoradores figuraron en el plan para salvar a Mata Hari. Pero, cuando yacía inerte, ante el foso, a la pregunta oficial: "¿No hay quien reclame este cuerpo?" nadie contestó.

AUTO ACORDEON

El miope que llega después del accidente: — ¡Qué lindo! Diga, señor: ¿este es uno de esos coches plegadizos que he visto anunciado?

Un poco de

El cobrador: — Ya estoy perdiendo la paciencia. ¿Cuándo me va a pagar los 20 pesos que me debe?

El pugilista profesional: — No puedo pagarle ahora en efectivo; pero si tiene mucho apuro de "cobrar" le daré unas lecciones de boxeo, hasta saldar la cuenta.

EN LA LIBRERIA

El librero: — ¿Qué autor prefiere usted?

La chica: — No tengo preferencias... Vea deme cualquier obra que haya sido prohibida.

(De "Passing Schow" y "London Opinion").

umorismo

EXAMEN DE HISTORIA
El profesor: — ¿En qué batalla fué muerto Alejandro el Grande?
El alumno: — Fué... la última en que tomó parte.

El grafólogo: — Esta caligrafía indica debilidad de carácter, paciencia y bondad.
El cliente: — ¡Cuánto me alegro!
El grafólogo: — ¿Es la letra de su novia?
El cliente: — No, señor; es del sastre a quien encargué mis trajes para el verano.

LA POSADA DE LOS MURMULLOS

Por G. PITKIN

¿Vuelven los muertos al lugar donde amaron y sufrieron? El apasionante misterio no ha sido solucionado aún. De él trata este relato

AQUELLA escapatoria no me había inspirado entusiasmo. La idea fué de Teresa; deseaba pasar la noche de Navidad en el campo, dirigirse hacia alguna vieja aldea para quedarnos allí los días de nuestras vacaciones. Ciertamente me hubiera opuesto a aquella sugestión, pero la Navidad era, además, el primer aniversario de nuestro casamiento, de manera que me era imposible negarle nada o señalarle las muchas molestias a que podíamos exponernos.

Teresa era para mí mucho más que una esposa: la niña para quien el mundo representaba un lugar extraño, bastante importante, puesto que casi toda su vida la había pasado recluída en un convento de Sussex. Siendo muy pequeñita había sido allí llevada por un labrador en circunstancias misteriosas y nadie fué nunca a reclamarla. Por consiguiente no había sido posible encontrar el menor indicio de quienes pudieran ser sus padres y ni aún saber su nombre.

Con todo, había sido feliz dentro de aquellos muros. El mundo exterior era para ella un misterio profundo, puesto que nunca salía del convento, a no ser para visitar a una tía mía, cuya generosidad aliviaba mucho la pobreza de la Orden. Fué durante una de esas visitas que nos conocimos. Ella era una niña de diez y ocho años, con ojos grandes y serios y maravilloso cutis. Su negro cabello estaba partido sencillamente al medio y estirado como el de una madona. Todos los artificios y ondulaciones actuales no hubieran podido competir con aquella sencillez. ¡Teresa!

Era la madre superiora quien le había puesto ese nombre, por la santa de su devoción. Era una niña de inocentes ojos y maravilosos sueños. ¿Hija... de quién? Auyenté mis pensamientos. No quería pensar en un tema que esta vedado entre nosotros. Yo estaba muy contento de amarla por ella misma. ¿Qué era un nombre, comparado con su devoción y su lealtad?

Teresa entró y paróse a mi lado, envuelta en su suave abrigo de chinchilla.

—Estoy pronta, Adrián, — me dijo con la delicia de una niña que va a su primera reunión.

Yo miré las ventanas, que el viento sacudía.

—¿Estás segura de que deseas ir, adorada?

—No te vuelvas atrás, — sus grandes ojos azules, que parecían negros, adquirieron una expresión suplicante. — ¡Si supieras cuanto he pensado en esta noche de Navidad! Quiero parar en la posada más antigua que encontremos. No puedo decirte por qué, pero deseo ardientemente ir.

Me incliné para besarla y me puse el sobretodo.

El equipaje estaba ya en el auto y le dije a Marcos, nuestro chauffeur.

—Tome hacia el Sur hasta que yo le indique que pare.

Era una tarde nublada y fría; pero había aventura en el ambiente, cuando salimos de Londres y tomamos por el camino abierto.

El viento silbaba al barrer los páramos A la distancia, el tono púrpura de las lomas se interrumpía bruscamente contra el cielo gris. Aquí y allá, los árboles rígidos parecían esculpidos por una mano maestra. Ante nosotros, la carretera semejante a una línea azul-pizarra, se extendía tortuosa sin fin. ¡El campo!

Su soledad, su pensativo silencio, estaba cargado de un misterio que al hombre insignificante no le era dado penetrar. Una ligera niebla azulada empezaba a levantarse como para suavizar las duras e implacables curvas de aquellas lomas gigantescas y a cubrir la desnudez de los años y de los árboles, que parecían temblar azotados furiosamente por el viento.

Al fin llegamos a una aldea, acurrucada al pie de la colina. Se había encendido temprano el gas y resplandecía con su decoración festiva de latón y nieve imitada.

Caritas ansiosas se apiñaban en las ventanas [illegible] la expresión de que estaban poseídos los niños, mientras apretaban en sus manos los peniques, pensando que podrían comprar con ellos. ¿Aquella media o un ratón de azucar? Para ellos, la nieve de algodón, el latón oxidado y roto, no eran tal cosa. Se hallaban en pleno país de las hadas. Pronto aquellos ojitos pensativos resplandecerían de contento, mientras los pe-

queños cantaban villancicos ante la casa del vicario o del "Squire". No sentirían la mordedura del viento o la molestia.

Teresa indicó a Marcos que parara. Luego vació todas las monedas de su cartera en las manitas regordetas y sucias.

—¿No es maravilloso todo esto, Adrián? — dijo cuando nos poníamos en marcha de nuevo. — ¿No es gloriosa esta Noche Buena?

Se envolvió en su manta, su mano se deslizó en la mía.

II

¡Otras veinte millas!

Era ahora casi noche. El auto desvió hacia un camino lateral. A la distancia se veía otra aldea; las ventanas iluminadas parecían darnos la bienvenida. Hacia el cielo, obscuro y amenazador, las llamas y chipas de la herrería del pueblo, se alzaban en maravillosa procesión. Se oía el sonido metálico al subir y bajar el martillo sobre el yunque. De una granja vecina venía el olor acre del fuego de gramas, portados de todo el romance de la campaña.

Teresa se inclinó hacia adelante.

—Aquí es donde quiero parar, Adrián, — dijo con excitación.

La posada de la aldea construída probablemente en siglo XVI o XVII, estaba situada en la calle principal y se llegaba a ella por un patio de guijarros, de forma triangular. Sus viejas paredes Tudor habían sido conservadas con el mismo celo que emplearía una madre para cuidad a su hijo delicado. Al fondo se había añadido un ala nueva, de modo que las comodidas modernas pudieran sumarse al encanto pintoresco del pasado.

Nuestro poderoso auto pareció ridículo al detenerse ante la entrada; las vigas, gastadas por el tiempo, parecieron estremecerse ante la innovación.

Teresa se colgó de mi brazo.

—Adrián, — dijo anhelante, — mira el letrero que hay encima de la puerta.

Yo miré y leí "Posada de los Murmullos".

—¡Qué nombre raro! — contesté.

—Misterioso, — dijo ella y entramos.

Un gran salón, con su maciza chimenea en un ángulo, donde ardía un gran fuego de leña nos acogió. Las llamas dibujaban formas fantásticas sobre las paredes, con pesados paneles de roble y el cielorraso de vigas. Había allí una atmósfera de misterio que me hizo dirigir a Teresa una mirada inquieta.

El posadero, muy gordo, con un delantal de cuero, sobre el abdomen de amplias dimensiones, vino a nuestro encuentro. Su rostro estaba enrojecido y respiraba alegría. Parecía recortado en una novela de Dickens.

Teresa hizo una observación entusiasta sobre la antigüedad de la habitación.

El posadero miró a su alrededor pesando sus encantos, y dijo complacido:

—Viene gente desde muy lejos para verla, — se detuvo y dirigió a Teresa una mirada curiosa. — ¿Quiere usted pasar aquí la noche? — añadió.

Le dijimos que pensábamos quedarnos todas las vacaciones y que deseábamos una habitación para matrimonio. Teresa me interrumpió diciendo que debía estar situada en la parte antigua de la posada.

—No queda ninguna habitación en esta ala, — o al menos, sólo queda una que no ha sido usada desde hace muchos años.

—¿Está amueblada ?— preguntó Teresa.

—Sí, está; — dijo el posadero prudentemente, — pero le aconsejo que la tome. A la gente no le agradan esas habitaciones, en nuestra época. La conservo sólo para mostrarla.

Teresa se empeñó en que la tomáramos y después de un momento de vacilación, el viejo posadero se dejó persuadir. Evidentemente, el lugar estaba completamente lleno.

Nos invitó a visitarla. Lo seguimos por una angosta escalera hasta que llegamos a un pasillo que evidentemente habría sido, en otra época, parte de una galería de trovadores.

Lenta y deliberadamente el viejo abrió la puerta del dormitorio, nos precedió y encendió las velas. Era un cuarto grande, con piso de roble, desigual, cubierto aquí y allá con alfombras. En el centro había una gran cama de cuatro postes, maciza, con pesadas molduras y ricas cortinas de damasco. Los muebles eran todos de la época Tudor. Las velas ardían sobre una cómoda de roble, en un ángulo de la habitación y contribuían a darle aspecto más imponente; parecía haber sombras ocultas detrás de las pesadas colgaduras; la atmósfera respiraba un indefinible misterio.

—¿Y bien? — dijo el posadero alegremente; y esperó.

—Claro que la tomaremos. — Teresa estaba encantada. — Es sencilamente perfecta.

El hombre me miró para que manifestara mi aprobación.

—Está bien, patrón, — le dije. — El cuarto nos conviene. La señora está cansada. ¿Quiere hacer el favor de pedir que nos preparen el té en seguida?

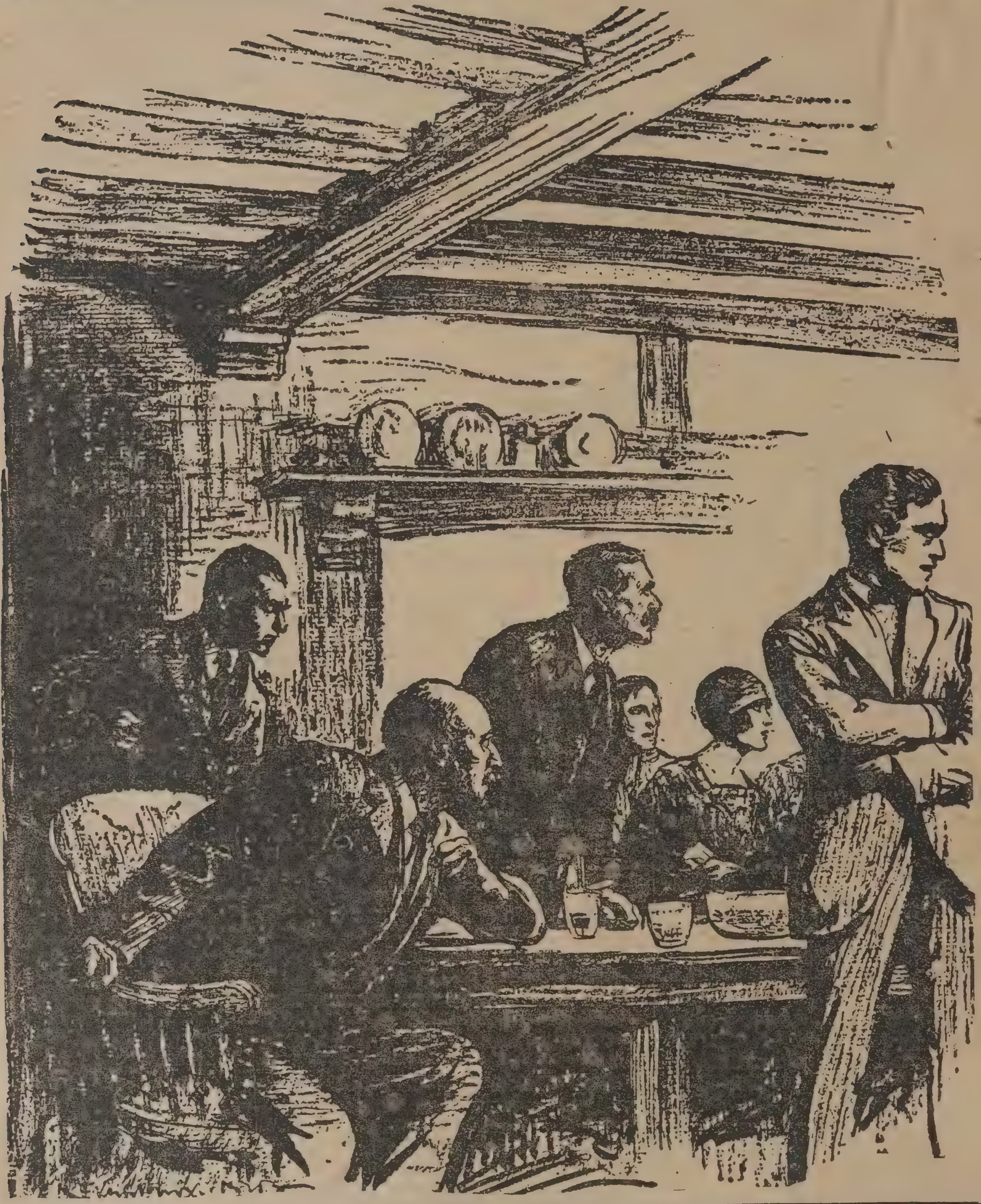
Después que se hubo retirado, Teresa fué hasta las pequeñas ventanas, con vidrios romboidales, y corrió las cortinas.

—Adrián, está nevando, — dijo ansiosamente. — ¡Mira!

Miré por encima de su hombro. El patio de guijarros estaba casi cubierto. Sólo se distinguían las luces del pueblo, a través de la obscuridad; pero aquí y allá, los techos rústicos de las cabañas, con su ligera capa de nieve, se destacaban contra el cielo nocturno, como las pinturas de una caja de bombones.

Al fondo estaban las colinas. Uno sentía su presencia sin verlas. Parecían sugerir animales primitivos en acecho. El silencio era ese silencio que sólo la nieve es capaz de producir. Apenas lo interrumpía de cuando en cuando el ladrar de un perro o el sonido metálico procednte de la fragua.

Volvía al centro de la habitación. De pronto se apoderó de mí una sensación de irrelidad. ¿Por qué habíamos venido a este lugar desconocido? ¿Por qué había dejado que el sentimentalismo venciera a mi buen juicio? Aquella habitación con su techo bajo



Nadie murmuró una palabra. Estábamos petrificados. Apenas nos atrevíamos a respirar... a mirar.

y opresivo y sus pesados muebles de roble, me estaba atacando los nervios. Era misteriosa casi aterradora.

¡La Posada de los Murmullos! El nombre estaba bien aplicado. Uno comprendía que sólo podían permitirse murmullos en aquel ambiente, como si... — traté de serenarme. Las velas, iluminando mal las obscuras paredes, parecían dibujar sombras definidas, espectrales. Me volví rápidamente a Teresa.

—Volvamos a casa, — le dije. — No podemos quedarnos acá.

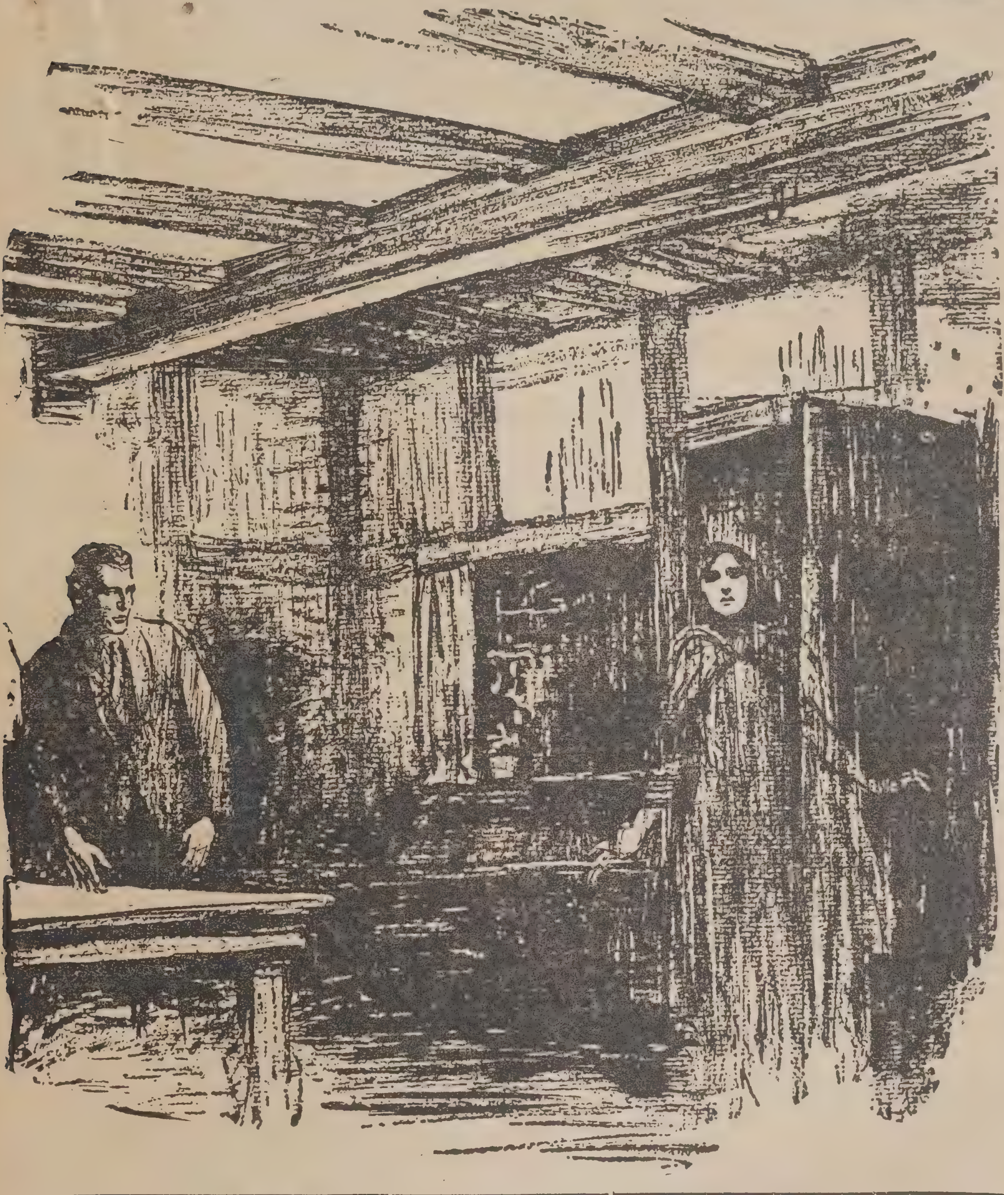
La decepción de sus ojos me hizo aborrecible mi debilidad.

—Disculpa, querida, — añadí prontamente. — Pero, ¿estás segura de que te sientes a gusto aquí?

Se rió y su risa repercutió en el profundo silencio de la habitación.

—Esta es mi primera aventura, querido, — Haz el favor de no malogrármela hablando así.

Enlacé su brazo con el mío y bajamos por la escalera, en zig-zag, hasta el viejo salón,



A mitad de camino se detuvo, mirando a su alrededor, con gesto fatigado.

donde el té nos esperaba.

Después del té, fuímos a recorrer todo el edificio. El ala moderna estaba dotada de muchas comodidades. La evidente prosperidad del lugar me sorprendió.

En ese momento el posadero me hizo señas de que me acercara. Dejando a Teresa, con una excusa, me acerqué a donde estaba él parado.

—¿Puede usted concederme unos minutos para hablar a solas más tarde, señor?

Lo miré intrigado. ¿Qué diablos se proponía?

Dije con bastante mal modo:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Nada, señor; pero...

—Bueno, — concedí. — Trataré de hacerlo.

III

Sin embargo sólo después de las diez pude dejar a Teresa sin que sus sospechas se despertaran. Estábamos cansados y ella sugirió que nos fuéramos a acostar temprano. Accedí, y nos dirigimos al dormitorio alumbrado con velas.

—Yo voy a leer, — dijo ella. — Nunca he leído a la luz de una vela.

Yo anduve dando vueltas por la habitación, de manera que estaba todavía vestido cuando ella se metió entre las sábanas. Parecía una chiquilla encantada cuando se sentó en la cama. Su cabello le caía en dos largas trenzas; el delicado camisón revelaba la belleza de su blanco cuello y pecho.

Me senté a su lado.

—¿Tendrás inconveniente en que baje a fumar? — le pregunté.

—¿Inconveniente? — se rió. — Claro que no.

—¿No... no tendrás miedo?

Miró a su alrededor con ojos soñadores.

—¿Miedo? — su rostro tomó una expresión pensativa. — Hay algo en este gran silencio que me agrada, Adrián. Casi me parece que estoy otra vez en el viejo y querido convento; me siento protegida. Puedes bajar y fumar tu pipa; pero no te resientas si estoy dormida cuando vuelvas.

Fuí.

El posadero se paseaba agitadamente por el salón.

—Ahora, — le dije, — ¿qué quería usted decirme?

—¿Está... acostada su esposa, señor?

—¿Qué le importa a usted eso? — le dije bruscamente.

—Nada, señor; pero... es por el cuarto. No me atreví a decírselo delante de ella.

—¡El cuarto! Vamos, hombre, ¿qué quiere usted decir?

—Este... oiga, señor: dicen que hay apariciones en él.

Me eché a reir.

—Usted ha estado leyendo cuentos de Navidad, que hablan de fantasmas, me parece.

Algo, en el rostro del hombre, llamó mi atención.

—Toda esta ala está visitada por fantasmas. Debería haberlo dicho; pero no quería asustar a su joven esposa. Me pareció que ella no venía en busca de... sensaciones como otras. Tenía aire feliz, como si se tratara de una aventura. Creo que usted me entiende, señor. La sinceridad del hombre era evidente. Continuó:

—Supongo que usted se habrá sorprendido al ver mi posada, señor. No es común que un establecimiento de esta clase goce de tanta prosperidad. La gente acude de todas partes a causa... del fantasma. Vea...

El reloj de la pared más lejana, un viejo reloj que contaría muchos cientos de años, dió la media hora.

—A las once, aparece en esta misma habitación. Puede usted verlo, si lo desea. Y en cuanto a aquel dormitorio...

—Mi esposa estará probablemente dormida ya. De todos modos, no quiero alterar sus nervios con estos cuentos. Ha sido educada con tanta sencillez que hay cosas que no las entendería.

—¡Ah!... comprendo, señor. Me tomaré la libertad de decirle que su rostro me ha parecido familiar, como si... Disculpe, señor, ve uno tantas caras. Quizá quiere usted reunirse con la gente; todos se sientan alrededor del fuego antes de las once.

—Probablemente yo también bajaré. — dije. Y lo dejé.

Teresa estaba dormida cuando entré en su habitación. Cinco minutos la observé para convencerme de que no se despertaría; el insomnio le era desconocido y, una vez que sus ojos se cerraban, no volvían a abrirse hasta la mañana. La besé suavemente, apagué la vela que estaba junto a su lecho, encendí otra sobre la vieja cómoda y volví a descender la eccalera.

Cuando vi la alegre reunión abajo, mi primer impulso fué volver a nuestro cuarto y decirle a Teresa que viniera conmigo. Pero comprendí que sería una locura. Teresa no tenía nada de común con aquella gente. Nunca hubiera comprendido sus ansias de sensación. Era mejor dejarla entregada a sus sueños.

Había como veinte personas reunidas alrededor de la estufa, riendo, ridiculizando, algunos tan escépticos que estaban prontos a exigir al posadero que les devolviera su plata porque no les había ofrecido la sensación que esperaban. Un hombre se apartó del grupo y vino hacia mí.

—¿No es mala idea, para hacerse de dinero, verdad?

—¡Es extraño como las sensaciones mórbidas atraen a la gente! — contesté complacido por la franqueza de aquel hombre.

—Empezando por nosotros, — me recordó.

—Naturalmente. Siempre estamos prontos a excluirnos. Personalmente creo que todo esto es una farsa. El fantasma que veremos esta noche será algún pariente de nuestro gordo patrón, convenientemente disfrazado para representar el papel.

—Es una idea, — contestó el hombre. — ¿Qué le parece si lo desenmascaramos?

—Muy bien, — dije, divertido ante tal perspectiva. — Le diremos una o dos palabras al "fantasma". Eso desinflará las velas de nuestro pícaro posadero.

En aquel momento entró el patrón, trayendo una ponchera, llena de ponche hirviendo, que colocó sobre la gran mesa.

—A vuestra salud, señoras y caballeros,— dijo repartiendo vasos.

Nos acomodamos alrededor de la estufa, hasta que quedamos colocados en una especie de semicírculo. El viejo reloj empezó a sonar, lenta, casi amenazadoramente.

El patrón apagó las lámparas.

Hubo un anheloso silencio. De pronto el aire pareció cargarse de electricidad. Los leños chisporrotearon y ardieron con renovado vigor; sus llamas se elevaban violentamente hacia el techo y alumbraban la habitación con sus reflejos.

Pasaron minutos interminables. Mi amigo me tocó el codo.

—Me parece que el fantasma se retrasa, — dijo.

De pronto una mujer gritó.

En el extremo más lejano de la habitación empezó a abrirse lentamente una puerta; en

el silencio se oyeron lamentos angustiosos de mujer, que hicieron extremecer a los presentes.

—¡Diablos! Está bastante bien hecho — dijo mi vecino. — Ahora esperemos al lindo fantasma.... Le.... ¡Dios mío! ¡ire!

Por la puerta abierta se deslizaba una mística figura de mujer. Tan sin esfuerzo eran sus movimientos, que parecía arrastrada por una nube. Sobre sus hombros llevaba una capa gris de viaje, cuya capucha echada hacia atrás, dejaba ver una masa de cabellos negros. Sus blancas manos estaban extendidas, en ademán de súplica. Nadie se movió ni pronunció una palabra. Estábamos como petrificados; apenas nos atrevíamos a respirar, a mirar...

Se deslizó, más cerca cada vez. Ahora podíamos distinguir sus facciones. Mis rodillas repentinamente se aflojaron. Tuve un momento en que me agarré de la mesa para sostenerme. Aquellos ojos..., aquellos ojos obsesionantes... me parecía conocerlos.

A mitad de camino la figura espectral se detuvo; miró a su alrededor con gesto cansado, infinitamente conmovedor. Luego, de pronto, volvióse rápidamente hacia la escalera y desapareció. Alguien corrió frenéticamente hacia la abertura y llamó. No hubo respuesta, pero la puerta del extremo de la habitación se cerró violentamente. Me volví al posadero. Mis nervios estaban a punto de estallar.

—Por favor, cuéntenos la historia — le dijo. Los otros unieron su pedido al mío.

El escepticismo era imposible. Toda idea de subterfugio o mascarada había desaparecido; sabíamos que lo qué vimos no era un cuerpo mortal. Mi vecino se dejó caer en la silla más próxima. ¡Dios mío! — repitió de nuevo.

El patrón encendió de nuevo las luces.

—No sé mucho de la historia, — dijo meditabundo. — Yo no soy de este lugar. Pero he oído hablar del fantasma desde hace muchos años. Dicen que debe ser la hija del difunto squire Princhard, de Molney — todos vosotros conocéis la aldea, a unas diez millas de aquí, ¿verdad? — Ahora bien, este squire era un viejo excéntrico, gobernaba con mano de hierro y era odiado en estos parajes. Se decía que su hija se había escapado con un pelafustán, que luego la abandonó. Alguien os dirá que pasaron en esta posada su noche de bodas, que durmieron en esa habitación — miró el posadero en dirección mía. — la única que queda en el ala vieja del edificio. Eso sucedió hace veinticinco años, esta misma noche, si lo que se cuenta es cierto. El viejo squire murió hace poco tiempo, después del casamiento de su hija y nunca se reconciliaron. Creo que algún pariente lejano heredó su fortuna. No sé quién. Sólo puedo contar los hechos tal cómo me fueron referidos cuando me establecí en este lugar. Nadie sabe tampoco quién era el marido. Cuando pararon aquí no dejaron nombre, pero pagaron bien. Esto lo supe por el hombre que atendía la posada en aquel tiempo. Charlaría una semana, si lo dejaran. Mucha gente cree que, después que el marido la abandonó, ella casi perdió la razón. Sea como fuere, parece que huyó con otro. Pensaban dirigirse a Francia, pero nunca llegaron allí. Murieron antes en un choque de trenes o cosa así. Naturalmente, que no creo mucho de esto, pero, señoras y caballeros, os lo cuento como me lo contaron.

—Pero — mi voz me pareció hasta a mí mismo irreal, — todo eso no nos dice por qué vuelve a este sitio.

—¡Ah! Esa es la parte más interesante de la historia — dijo el viejo, cómo un niño que hubiera guardado lo más interesante para el final. — Dicen que vuelve a buscar a su hija.

—¿Su hija?

—Sí. Parece que la dejó abandonada en esta taberna, la noche misma de su muerte. Pero nadie sabe qué fué de ella.

V

Yo me separé de la reunión y volví al dormitorio donde había dejado dormida a Teresa.

—¿Eres tú, Adrián? — me dijo con voz soñolienta.

Corrí rápidamente a su lado, presa de un gran temor. Ella extendió su mano para tomar la mía y dijo lentamente:

—¡Adrián, acabo de ver a mi madre!

—¿Tu... tu madre? — Mis labios estaban secos; el presentimiento que se había apoderado de mí al ver el fantasma volvió intensificado.

—Sí... creo que debo haber soñado. Y, sin embargo... ¡era tan real! Estaba a mi lado, donde estás tú ahora. Parecía afligida por algo, como si quisiera pedirme perdón. Me llamó... murmuró mi nombre...

—¿Tu nombre, Teresa? ¿Estás segura?

—Completamente segura, Adrián,—su voz era serena, firme en su creencia. Dijo: — Telma y yo le supliqué que me dijera algo más. Entonces murmuró Rutland. Se inclinó sobre mí, me besó. Parecía tan feliz de haberme encontrado! Entonces debo haberme despertado, porque instantáneamente desapareció.

Encontramos a los antepasados de Telma Rutland en Sommerset House. Su madre era la hija del squire de Molney. Su padre Barrington Rutland, descendiente de una antigua familia.

Enterados de estos hechos y debido a la asombrosa semejanza de Teresa con su madre, nos fué fácil hallar a los parientes vivos. Todos, especialmente los de la rama de su padre, la recibieron con el mayor afecto; era como si quisieran compensarla por el daño que Barrington Rutland había ocasionado a su madre.

El otro día visitamos la vieja posada de los murmullos. El patrón estaba preocupado, lleno de desaliento.

Desde aquella Nochebuena que nosotros pasamos en su posada, el fantasma no había vuelto a aparecer. Era un misterio que parecía insoluble.

Se me ocurrió que no era solamente Teresa quien había hallado paz y felicidad en aquella Nochebuena.

EL REVOLVER MARCADO

Por WALT COBURN

Una dramática historia que nos lleva desde el Oeste norteamericano hasta los campos de batalla de Francia

I

SAM GRAYBULL era un asesino. Lo probó mientras se retiraba lentamente del Valley Bank con su Colt en una mano, y un envoltorio lleno de billetes de banco en la otra. El cajero hizo un movimiento para apoderarse de la automática que guardaba debajo del mostrador, y la bala del revólver de Sam penetró entre los ojos de la infortunada víctima.

El ayudante del cajero, aterrorizado por esta escena, trató de escapar por la puerta trasera y recibió un balazo en la espalda. "¡Usted será la próxima!" — le dijo a la joven estenógrafa, — "si llega a dar un solo grito de alarma!"

La tormenta de nieve afuera, impidió que se sintieran los tiros. No había nadie afuera en la pequeña ciudad ganadera, que impidiera la huída del asaltante. En cinco minutos había desaparecido, confundiéndose con las primeras sombras de la noche y al abrigo de la tormenta.

No dejó rastro alguno, y como conocía el país tan bien como la palma de su mano, no experimentaba temor alguno de ser capturado. Había atado el paquete de dinero a la montura, y con dedos que no temblaban, lió un cigarrillo.

—No hay duda que el cajero hizo una mueca cómica al caer, — se dijo Graybull riendo.

El asesino se alejaba sin mucha precipitación, seguro de que no lo perseguirían en seguida. Sabía al dedillo la manera de proceder de los comisarios en estos pueblos rurales. Usualmente cuando había una tormenta, se refugiaban en la primer estancia que encontraban y esperaban a que el tiempo mejorara. Esta fué la razón por la cual había esperado a que se desencadenara la tempestad, antes de entrar en la ciudad y asaltar el banco.

Un asalto realizado por él solo; cuidadosamente planeado y fríamente ejecutado. Las vidas que había segado, no representaban para él más que otras tantas marcas en la culata de su revólver. Se jactaría de ellas cuando estuviera borracho, y adquiriría así, renombre de maleante peligroso.

—El otro cayó como una vaca ultimada por el matarife.

Estas fueron las oraciones fúnebres que dedicó el bandolero a los dos hombres asesinados.

La tormenta arreciaba con fuerza, y el viento gemía lúgubremente. El caballo andaba en la misma dirección que el viento, hacia el Sud, dirigiéndose a la región montañosa conocida por el sugestivo nombre de Malas Tierras. Era ésta un refugio de los peores criminnales, que escondidos en cuevas y grutas, desafiaban la persecución de la justicia.

El bandolero pensaba que allí podría alojarse en su escondida cabaña, y emborracharse a su gusto. Tenía provisiones y combustible suficientes para un mes. También se había cuidado de traer unos días antes, una damajuana de whisky destilado ilícitamente en la montaña, el que se decía era tan bueno como el mejor importado de Escocia, antes de que fueran prohibidas las bebidas alcohólicas en el país.

Cuando se sintiera muy sólo y deseara la compañía de sus semejantes, no tendría más que cruzar el río e ir a visitar a Pete Peralta y su esposa, que vivían allí cerca. Pete era un buen muchacho, y su mejor habilidad era saber callarse la boca. Al parecer no tenía coraje suficiente para arriesgarse y ganar mucho dinero ejerciendo la peligrosa profesión de Sam.

Posiblemente esto era a causa de la mujer, pues no deseaba darle disgustos y preocupaciones, pensando que su marido era un perseguido por la ley. La esposa de Pete era una mujer joven, y bastante atractiva. De carácter tranquilo, se asustaba fácilmente. Esto era debido a que no estaba acostumbrada a la compañía de hombres que no vacilaban en asaltar bancos para hacerse de dinero.

Pero era inteligente, y sabía callarse cuando lo creía necesario. Ningún comisario averiguaría por intermedio de Rose Peralta, el paradero del fugitivo que hubiera pasado por allí.

Había anochecido completamente y estaba obscuro como boca de lobo. Sam Graybull abotonó hasta las orejas su sobretodo de piel de búfalo y dejó que el caballo siguiera por sí solo, confiando en que el instinto lo llevaría a la cabaña, que representaba alimento y descanso para ambos.

Montaba un buen caballo, lo que era ha-

bitual en él, pues siempre elegía bien su cabalgadura antes de robarla. Había cerca de cien millas desde el pueblo donde había asaltado el banco, hasta su cabaña. Y cabalgar toda la noche en medio de una tormenta de nieve, no era más que parte del trabajo de todos los días. Lo mismo que matar a los dos empleados del banco. A la tarde del día siguiente llegaría a su cabaña de Malas Tierras.

—La damajuana me vendrá de perillas,— se dijo Sam. Le gustaba mucho el whisky. Era su pasión sentir el ruido que hacía al echarlo de la damajuana al vaso, y ver su cristalino color al trasluz.

—¡Hablen de música! ¿Qué mejor música que aquella, combinada con la agradable impresión que percibía cuando el abrasador líquido pasaba por su garganta? ¡Oh!, ¡qué habría dado él ahora por un trago para calentar sus ateridas carnes!

Pero Sam no se atrevía a beber hasta llegar a su cabaña; recordaba una vez haberlo hecho, y el resultado fué caerse de su caballo y quedarse dormido sobre la nieve, donde se congeló los dos pies. Pete Peralta andaba por allí cazando, y lo encontró sin poder moverse. Entre él y su esposa le prodigaron soiícltos cuidados hasta que se repuso, pero él no olvidaba el peligro a que había estado expuesto. Pete no era un bebedor resistente: en cuanto tomaba unos pocos vasos, ya comenzaba a canturrear con pésima voz, y le daba por acompañarse a si mismo con su violín.

Sam no había visto a Pete y su esposa desde la primavera anterior, y eran los únicos amigos que tenía. Un hombre que huye de la justicia no puede tener muchos amigos. especialmente cuando ofrecen una recompensa por su cabeza. Esa es la manera como la mayoría de los muchachos son delatados; confían demasiado en los amigos, y éstos los traicionan a la primera oportunidad.

El comisario y los vigilantes nunca encontraban a los fugitivos, a menos que el paradero de éstos fuera denunciado por falsos amigos. Y cuando seguían a Sam Greybull no se separaban, lo que denotaba en ellos deseos de continuar viviendo y no morir con las botas puestas.

Nuestro héroe había estado en Wyoming durante todo el verano. Pasaba el tiempo muy bien, entreteniéndose y tomando borracheras a intervalos regulares. Se había mezclado con los pastores, pues razonaba muy acertadamente que nadie iba a buscar un vaquero entre los pastores.

Después había matado a un mejicano y volvió a Montana. Demasiado nervioso con el gatillo, lo mató cuando su intención era amedrentarlo solamente.

La resonante risa de Sam se sintió de nuevo; sacando su Colt del cinto, le hizo dos marcas en la culata, limándola con el revés del cortaplumas. Esto demostraba la sangre india que corría por sus venas. Sam era mestizo, y una cuarta parte de él era indio sioux. Estaba orgulloso de estas marcas en su arma, cada una de las cuales representaba una muerte. Ahora las contó con satisfacción: eran seis, incluyendo los dos empleados del banco. No estaba del todo mal para un hombre de treinta y un años, y se lo diría a Pete y su mujer para que lo admiraran.

Sin embargo, recordaba que en otras oportunidades similares a ésta, Pete había hecho un gesto de disgusto y Rose temblaba como si sintiera un escalofrío.

—¡Bah! — asustados de un hombre valiente y que era rápido para hacer funcionar el gatillo.

Ahora caminaba por negros cañadones y desfiladeros entro las montañas. La nieve se apilaba sobre él, hasta que sentía que el peso de la misma le oprimía. Obscuridad y frío intenso por todos lados. Daría un dólar, no, cinco, diez dólares por un vaso de licor que ahuyentara el frío que sentía. Había dinero abundante en aquel paquete, y todo lo iba a gastar en whisky.

Subiendo una escarpada colina notó que estaba amaneciendo. El viento le helaba hasta las entrañas. Pero no se atrevía a detenerse en una estancia o un campamento de partores, por temor de que la policía encontrara la pista de esta manera.

El único que sabía donde estaba situada su cabaña, era Pete. Escondida en un rincón ignorado de Malas Tierras, y el camino tapado por piedras, hierbas y arbustos, era casi imposible de encontrarla a menos que se estuviera en el secreto.

Ahora sólo le faltaba la mitad del camino al hogar, y eso significaba whisky en abundancia. ¿Qué era pasar dos días sin comer? Nada, pues le daba más apetito para más tarde.

El caballo comenzaba a cansarse; había caminado durante todo el día, y por caminos dificultosos, pues su jinete lo había obligado a ir por desfiladeros poco frecuentados, a fin de que su figura se destacara en el horizonte. El viento helado parecía aterir hasta el corazón del bandolero. Pero éste se reconfortaba pensando que muy pronto la abundante bebida que pensaba tomar le resarciría de las penas sufridas. También iría a ver a Pete Peralta y le pediría que tocara su violín.

Llegó por la tarde al desfiladero que conducía a su cabaña. Sam estaba cubierto de nieve y sus ojos rojos por el viento y el no haber dormido la noche anterior.

Había pasto en el establo para su caballo, y al lado de la cabaña tenía un manantial, del que brotaba agua casi caliente, en el invierno: nunca se congelaba.

Graybull dió agua y alimentó a su caballo. Auqnue no cumplía con ninguna de las leyes divinas o humanas, el bandido nunca violaba la costumbre de la campaña, que ordena que los primeros cuidados después de un fatigoso viaje deben ser prodigados al caballo.

Sam encontró la damajuana de whisky escondida entre el heno, en el sitio donde la había dejado. Tomó asiento al lado de ella y comenzó a beber como si fuera agua. Permaneció allí durante más de media hora. Bebió hasta que el dolor que sentía en sus huesos, había desaparecido. De cuando en

beber. No voy a cocinar, pues la esposa de mi amigo me preparará algo de comer en un momento. Se sonrió al ver que salía humo de la chimenea de la cabaña que iba a visitar.

Tomó su carabina, whisky y cartuchos. Entonces recordó el paquete de dinero, y se dió cuenta de que el licor que había tomado comenzaba a producir sus efectos. Escondió los billetes entre la paja y cruzó el río, dirigiéndose a la casa de Peralta.

El ayudante del cajero aterrorizado por esta escena, trató de escapar...

cuando se reía de una manera siniestra. El caballo se daba vuelta y lo miraba, pues aquella risa, no era la que él había sentido a otros hombres; parecía más bien un sonido de muerte.

Sin embargo, no vacilaba en sus pies cuando se levantó y fué a la cabaña. Voy a ir a visitar a Pete. llevando conmigo algo para

II

Aun antes de llamar a la puerta, Sam se dió cuenta de que había ocurrido algo anormal en el hogar de Peralta. Todos los animales estaban encerrados, sin muestras de haber sido sacados de los establos durante algún tiempo. Así y todo, había una luz

adentro de la casa, y el humo salía de la chimenea.

—¡Pase adelante! — dijo la voz de Peralta. Cautelosamente Graybull abrió la puerta y dejando a un lado la carabina y el whisky, entró con su revólver en la mano, el gatillo levantado y listo para disparar.

Durante un momento, el bandido permaneció allí inclinado, creyendo encontrar algún peligro. Después se enderezó y puso el arma de nuevo en su cinturón.

Pete estaba recostado en una cama, al lado de la estufa. Una de sus piernas estaba entablillada, y su rostro presentaba señales de pasados sufrimientos.

—¡Sam! ¡Sam Graybull! — fué lo que dijo en voz débil, y que expresaba la bienvenida al asesino.

Se sintió un sollozo que salía del dormitorio; era un quejido de mujer, delirante por el dolor.

—Hace una semana el caballo metió la pata en un agujero y cayó, rompiéndome una pierna. Rose me cuidó hasta que tuvo que ir ella a la cama. Va a nacer una criatura y no hay un médico en cien millas a la redonda. Supongo que morirá.

Sam tuvo que pensar varios segundos para entender lo que había ocurrido. Una pinta de whisky puro en un estómago vacío, no ayuda a pensar claramente.

—¿Doctor, eh? — dijo a Pete, — y usted también lo necesita, ¿eh?

—Yo no tanto, Sam, — pero ella está delirando y morirá si no tiene un médico para atenderla en el momento del alumbramiento.

Sam se pasó una mano por la cabeza, indeciso. No sabía nada de nacimientos. Nunca había tenido simpatía en su corazón por las criaturas. La pérdida de una vida humana significaba muy poco para él.

Estuvo indeciso durante un momento, y después llenó tres tazas de whisky.

—Nos va a hacer bien, Pete, ayudándonos a resolver este problema. Tomando una de las tazas fué a la habitación contigua.

—¿Qué tal, Rose? Bébase esto. No hay nada mejor para matar el dolor.

Vió el pálido rostro de la mujer entre las almohadas. Se la levantó y le llevó la taza a los labios, que aparecían desprovistos de sangre.

—El dolor, el dolor...

—¿Es malo, verdad? Pero esta bebida le hará bien.

Fué al otro cuarto, y le entregó su taza a Pete.

Sam bebió también, y el potente líquido pareció aclarar sus pensamientos.

—¿Dónde guarda usted lápiz y papel, Pete?

——Allí, en aquel estante. Por Dios, Sam si pudiéramos hacer algo para ayudarla...

Sam entregó el lápiz y papel, se lo entregó a Pete, diciéndole:

—Escríbele una carta al médico, Pete. — Sam se puso de nuevo su gorra de pieles. — Yo voy a estar listo para cuando la termines.

—¿Adónde vas, Sam?

—A ensillar el mejor caballo que tengas, Pete. Buscaré a un médico, y enviaré a alguien para que te cuide, desde la primera estancia que encuentre.

Sam ensilló uno de los caballos de Pete, y volvió a la cabaña.

—¿Has terminado la carta?

—Sí, pero tú no la puedes llevar a la ciudad, Sam.

—¡Ya lo creo que puedo! La tormenta ha terminado, conozco el camino y no estoy tan borracho que me impida montar a caballo. — Dame el lápiz.

Escribió algo al fin de la carta. Después dobló el papel y lo guardó en su bolsillo.

—Ten paciencia hasta que el médico llegue, Pete. — Llenó una pequeña botella con whisky, y se la guardó en el bolsillo. Volvió a llenar dos tazas y entregándole una a Pete, le dijo:

—Brindemos a la salud del que va a nacer, Pete, y lo compadezco si su cara resulta parecida a la tuya.

Sam bebió y se fué antes de que Peralta pudiera decir una palabra.

III

La forma en que los acontecimientos habían resultado demostraban que tenía muy mala suerte. Cuando el único amigo de un hombre está en cama, con la mujer también enferma, no es posible sentarse a beber a su lado, y referirle el aspecto cómico que presentaba el cajero al caer muerto. No había comido tampoco, y lo único que llevaba para reconfortarlo era aquel frasco de licor.

Cabalgó hacia la estancia Long X, y dirigiéndose a los dos vaqueros que estaban más próximos, les dijo:

—Pete Peralta está enfermo con una pierna rota y su mujer está muriendo. Yo voy a buscar a un médico, vaya uno de ustedes a lo de Peralta y cuídelo lo mejor que pueda.

Les dió a cada uno de ellos un trago de whisky, y mientras uno de los vaqueros se aprestaba a hacer el viaje, Sam subió a su cabalgadura y se alejó.

El tiempo estaba sereno y las estrellas brillaban en el cielo. La luna subió al firmamento sobre los escarpados picos e iluminaba el paisaje con su blanca claridad. Sam Graybull se tambaleaba en la silla al cabalgar, medio dormido.

Tomó un puñado de tabaco y se lo frotó sobre los ojos, para obligarlos a permanecer abiertos. De cuando en cuando tomaba un trago de licor pero no lo suficiente grande como lo hubiera deseado, sino simplemente lo suficiente para que el frío no le congelara las carnes. Pero todo lo que había bebido le había dado un sueño terrible. Era lástima que no pudiera bajar del caballo y dormir durante cinco minutos. Se quedaría congelado en un momento. ¿Pero acaso no tenía ya sus pies congelados?

El hubiera muerto hacía tiempo, sino hu-

biera sido porque Pete llegó a tiempo para salvarlo, de manera que ahora no estaba más que pagando su deuda. Pero era preciso coraje para hacer esto. Pete nunca lo hubiera hecho, pues era un cobarde que no se atrevería a arriesgarse. Nunca progresaría en el mundo con su corazón tímido, la mujer y el viejo violín.

Era lo mismo que un toro encerrado en un terreno, pastando. Pues bien, nadie había logrado hasta ahora sujetar a San Graybull: ni barreras, alambrados o cárceles. Nunca había sido capturado, aunque muchos trataron de hacerlo. Se tomaría ahora un trago: el corcho estaba difícil de sacar.

La risa de Sam se sintió resonar en medio de la noche; ocurriría una pelea de veras si tropezaba ahora con el comisario y sus hombres. Tomó una bolsita de cuero del bolsillo, colocó dentro de ella la carta para el médico, y se la sujetó al cuello con un cordel por la parte de afuera del saco. Todos sus movimientos eran ahora lentos, sin precisión, parecía una máquina a la que faltaba aceite. Perdió, uno de sus gruesos guantes de piel, y la mano derecha quedó desnuda. Se puso el guante izquierdo en la mano derecha, pues esta era la que usaba para hacer fuego con su revólver.

Entre tanto, había salido del terreno quebrado y montañoso, dirigiédose a la ciudad por el camino principal. Amanecía y Sam estaba cansado y soñoliento. Cabalgando aun para pagar la deuda de agradecimiento que tenía contraída con su único amigo.

Más allá estaba Beaver Crick. Un lobo color gris se dirigía a las sierras. Con su cuerpo lleno de carne fresca, se dirigía a algún sitio seguro a hacèr la digestión. Sam nunca había matado un lobo, pues el mismo se asemejaba a dicho animal. Y era como un verdadero animal de presa, diferenciándose de Peralta, que parecía un asustadizo conejo.

Pete que estaba en cama y quejándose por que tenía una pierna rota ¿qué hubiera hecho si tuviera dentro del cuerpo una bala de rifle 30-40 y le hubiera sido forzoso sacarla de la herida con un cortaplumas. El lo había hecho.

¿Pero quiénes venían por allí? Una docena o más de hombres a caballo: el comisario y sus hombres. Ahora era el momento de tomar un buen trago, podía ser el último.

—Aquí los está alguien mirando, muchachos, — dijo la ronca voz de Sam, mientras los apuntaba con su rifle.

Una bala pasó silbando al lado de su cabeza. Con un grito de desprecio por la mala puntería del tirador, Graybull cargó sobre ellos. Una lluvia de balas lo recibió. Su caballo cayó, con una bala entre los ojos. Sam trató de desmontar antes de que el caballo lo aplastara bajo su peso, pero no lo había pensado a tiempo. El caballo y el hombre fueron juntos a tierra, y Sam sintió un agudísimo dolor en una pierna. Había quedado aprisionado bajo el peso del caballo muerto.

Las balas silbaban y se aplastaban contra las piedras, a su alrededor. Sam vació su carabina y dos de sus enemigos sintieron el efecto de las balas del desesperado. Sam empuñó ahora su revólver de seis tiros: el revólver marcado, con que había suprimido varias vidas humanas. Su dedo movió el gatillo vertiginosamente.

—¡Vengan para aquí y les daré su merecido!

Sus labios estaban ennegrecidos por el frío y los ojos cerrados. Era necesario tener coraje para pelear así.

Algo que parecía un hierro hirviente le hirió en el pecho, pera a duras penas le sintió. La risa de Sam resonaba sobre el estruendo de los rifles. Una risa que parecía un sonido de muerte y desolación. Ahora el bandolero oprimía inútilmente el gatillo de su revólver, ya descargado. Y después se desplomó sobre la nieve. Sam Graybull, el asesino, estaba muerto.

—Supongo que se emborrachó y así perdió el camino, — exclamó el comisario, examinando el cuerpo del muerto. Después abrió la bolsita de cuero, y encontró la carta.

Mientras la leía, en el amanecer de aquel día de invierno, la excitación de la victoria se le enfrió. Volviéndose a un hombre que llevaba una valija de cuero negro y que iba desarmado, le dijo:

—Esto es para usted, doctor, — lo necesitan al otro lado del río, — y entregándole la carta, se volvió a sus ayudantes, diciéndoles:

—Lleven a Sam con respeto, muchachos. Volvió por aquí para hacer el único acto decente de toda su vida. La esposa de Pete Peralta va a tener una criatura, y Sam vino a buscar al médico.

El comisario y el facultativo cabalgaron juntos por el camino hacia la casa de Peralta. El último de ellos leyó en alta voz la postdata de la carta. Decía:

"El dinero del banco está en un paquete escondido entre la paja, en mi cabaña. La recompensa que sea pagada por mi, deseo le sea entregada a Pete Peralta. Si es un chico el que nace, nómbrenlo Graybull y usen el dinero de la recompensa para educarlo bien. Hasta la vista. — **Sam Graybull.**"

Y fué así que el doctor Steele trajo al mundo un chico, que fué más tarde llamado Graybull Peralta. Algunos de los soldados que componían el ejército americano en Francia lo recuerdan como el capitán Graybull Peralta. Fué muerto en la batalla del Argonne. En el bolsillo de su blusa había una Biblia, manchada de sangre y atravesada por las balas. En su mano aun sostenía un revólver de seis tiros con seis marcas en la culata.

El mayor Steele, que fué el que lo encontró, desprendió el revólver descargado de la mano del capitán muerto.

—Llévenlo con respeto, muchachos, — les dijo a los camilleros, — lo mismo que llevamos a su padre adoptivo hace veinte años. Ojalá se encuentren ambos en el Valle de las Sombras.

Los camilleros estaban demasiado atareados para extrañarse de las raras palabras del médico de cabellos blancos.

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que desarrolla su acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento que sólo una imaginación privilegiada y una inteligencia cultivada como la de Rice Burroughs, puede concebir y desarrollar. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

Korak se deslizó prontamente a la sombra del lado de la choza, arrastrando a Meriem consigo; pero era demasiado tarde. Los negros habían visto lo bastante para despertar sus sospechas, y una docena de ellos se lanzaban ya a investigar lo que ocurría. El perro seguía aullando junto a los talones de Korak, con lo cual mostraba inequívocamente a los perseguidores el camino de los fugitivos. El Matador le dió un terrible golpe con el venablo, pero, acostumbrado toda su vida a esquivar los golpes, el perro constituía un blanco de lo más inseguro.

Otros negros es habían alarmado por las carreras y los gritos de sus compañeros, y ya toda la población de la aldea se apiñaba en la calle para ayudarlos en sus pesquisas. Lo primero que descubrieron fué el cadáver del centinela, y un momento después uno de los más valientes de la cuadrilla entraba en la choza, y reparaba en la ausencia de la cautiva. Estos dos inconcebibles hechos provocaron en los negros un sentimiento que tenía tanta parte de terror como de rabia; mas al no hallar ningún enemigo a la vista, la rabia consiguió dominar al terror, y los guías, impulsados por los que iban pisándoles los talones, dieron rápidamente la vuelta a la choza en dirección al sitio donde seguían sonando los ladridos del perro. Allí encontraron a un solo guerrero blanco que se alejaba con su cautiva, y reconociendo en él al autor de tantos saqueos e indignidades cometidos con ellos, y creyendo tenerlo acorralado y en posición desventajosa, se lanzaron enloquecidos al ataque.

Korak, al ver que los habían descubierto, se echó a Meriem al hombro y corrió hacia el árbol que les había de dar salida de la aldea. Pero en su fuga le estorbaba el peso de la niña, cuyas piernas casi no podían sostenerla, y menos aún ayudarla a mantener la huída rápida, porque las apretadas ligaduras que le ciñeron tanto tiempo los tobillos habían detenido la circulación de la sangre y paralizado en parte las extremidades.

De no ser por esto, poca hazaña, en realidad, habría significado la fuga de ambos, ya que Meriem era poco menos ágil que Korak, y en los árboles se sentía tan a sus anchas como éste. Pero con la niña al hombro, Korak no podía al propio tiempo correr y luchar en buenas condiciones. El resultado de ello fué que antes de haber transpuesto la mitad de la distancia que los separaba del árbol, una docena de perros indígenas, atraídos por los ladridos de su compañero y por los gritos y alaridos de sus amos, habían cerrado contra el fugitivo, agarrándole de las piernas y consiguiendo por fin derribarle al suelo. Cuando cayó Korak, aquellos animales, feroces como hienas, se lanzaron sobre él, mientras pugnaba por levantarse llegaron los negros.

Un par de ellos agarraron a Meriem, que mordía y arañaba, y lograron dominarla, para lo cual les bastó un golpe en la cabeza. Para Korak pronto se convencieron de

que necesitaban medidas más enérgicas. Aun acosado como estaba por los perros y por los guerreros, todavía logró ponerse en pie. A diestro y siniestro empezó a repartir pavorosos golpes a sus antagonistas, sin prestar a los perros más atención que el agarrar a los más pertinaces y retorcerles el cuello con un solo movimiento de la muñeca.

Un hércules de color de ébano quiso pegarle con una estaca; pero el Matador lo tomó y se la arrancó a su antagonista; y entonces los negros experimentaron hasta la saciedad las posibilidades de castigos que encerraban aquellos flexibles músculos bajo la aterciopelada y morena piel del extraño gigante blanco. Este se precipitó por entre ellos con toda la fuerza y ferocidad de un elefante que se ha vuelto loco. Acá y acullá acudía, derribando a los pocos que tenían la osadía de acercársele, y era evidente que, a menos que un lanzazo casual de uno de ellos lo derribara, acabaría por derrotar al pueblo entero y volvería a recobrar su presa. Pero al viejo Kovudoo no se le robaba tan fácilmente el rescate que la niña representaba, y al ver que la debilidad de sus guerreros estribaba en la falta de disciplina de su ataque, que hasta entonces se había reducido a una serie de combates individuales con el guerrero blanco, llamó a los hombres de su tribu, y formándolos en compacto cuadro en torno de Meriem y de los dos que estaban vigilándola, les ordenó que se limitaran a rechazar los asaltos de Korak.

Una y otra vez cargó éste contra aquella barricada humana erizada de venablos de punta. Una y otra vez se vió rechazado, muchas de ellas con graves lesiones que le pusieron en guardia contra ulteriores acometidas. De pies a cabeza le bañaba su propia sangre, y por fin, debilitado por la hemorragia, llegó a la amarga convicción de que no podía hacer nada más para socorrer a su Meriem por sí solo.

En aquel instante una idea relampagueó en su cerebro. Llamó en voz fuerte a la muchacha, que ya había recobrado el sentido y le contestó.

—¡Korak se va! — le gritó. — Pero volverá y te sacará del poder de los Gomanganis. ¡Adiós, Meriem! Korak volverá pronto por tí.

—¡Adiós! — contestó la niña. — Meriem te esperará hasta que vuelvas.

Como un rayo, antes que los negros pudieran comprender su intento y menos impedirlo, Korak dió media vuelta, corrió al través del pueblo, y de un solo salto desapareció en el follaje del árbol que era su camino real para la aldea de Kovudoo. Siguióle una granizada de venablos, pero lo único que consiguieron fué una carcajada de burla que llegó hasta ellos desde la negrura de la selva.

XIII

Meriem, atada de nuevo y sometida a estrecha vigilancia en la propia choza de Kovudoo, vió pasar la noche y llegar el nuevo día sin que trajera consigo el regreso de Korak, que esperaba de un momento a otro. No dudaba la niña que el hijo de Tarzán volvería, y menos aún que la libertaría de su cautiverio. Para ella Korak era punto menos que omnipotente. El mozo representaba a sus ojos lo mejor, lo más fuerte y más gallardo de su salvaje mundo. Se vanagloriaba de sus proezas y le adoraba por la tierna solicitud que siempre había distinguido su comportamiento para con ella.

Y así, mientras se hallaba allí esperando, soñaba Meriem con Korak y con todo lo que éste significaba para ella. Lo comparaba con el jeque, su padre, y al pensar en el severo arrugado árabe se estremecía. Aun los mismos negros salvajes habían sido con ella menos crueles que el jeque. Como no entendía su lengua, no podía conjeturar qué idea se llevaban al guardarla prisionera. Sabía que había hombres que devoraban a sus semejantes, y esperaba que se la comieran de un momento a otro; pero ya llevaba con ellos algún tiempo, y hasta entonces no le habían hecho daño ninguno. Ignoraba Meriem que habían despachado a un negro para la distante aldea del jeque, con objeto de tratar con él del rescate. No sabía tampoco — y en esto estaba igual que Kocudoo — que el embajador no logró llegar a su destino, sino que había caído en manos de Jenssen y Malbihn, y, con la locuacidad de un indígena con sus compañeros, había revelado a los criados negros de los dos suecos la misión que llevaba. Los criados no habían tardado en contar el hecho a sus amos, y el resultado de ello fué que cuando el emisario salió de su campamento para continuar su viaje, apenas se había alojado breve espacio cuando se sintió la detonación de un rifle, y el indígena cayó sin vida en la maleza, con un balazo en la espalda.

Pocos momentos más tarde Malbihn volvió a presentarse en el campamento, donde le costó cierto trabajo explicar y divulgar que había disparado contra un hermoso ciervo y que había errado el tiro. Los suecos sabían que sus hombres los odiaban, y que un ataque manifiesto contra Kovudoo llegar;a a la primera ocasión a conocimiento del cabecilla. Tampoco eran lo bastante fuertes, ni por las armas ni por la lealtad de sus servidores, para correr el riespo de ponerse frente a frente del astuto Kovudoo.

Después de este episodio vino para ellos el encuentro con los babuinos y con el extraño salvaje blanco que se había aliado con aquellos animales contra los humanos. Sólo a fuerza de hábiles maniobras y de gastar mucha pólvora, habían conseguido los europeos rechazar a los enfurecidos monos, y aun durante muchas horas después del combate, el campamento se vió constantemente sitiado de demonios cuadrumanos, que no cesaban de proferir gritos y rugidos.

Los suecos, rifle en mano, habían repelido un sinnúmero de salvajes agresiones, que sólo necesitaban una jefatura eficaz e inteligente para que sus resultados hubieran sido tan positivos como aterrador era su cariz. Una y otra vez pensaron los europeos que

veían la lisa y blanca piel del terrible Korak moviéndose entre los babuinos en el bosque, y el pensamiento de que aquel salvaje podía atacarlos cuando menos lo pensaran no tenía nada de tranquilizador. Habrían dado cualquier cosa por saber asestarle un tiro bien dirigido, porque a él le achacaban la pérdida del ejemplar capturado y la poca conciliadora actitud de los babuinos con respecto a ellos.

—Ese tipo debe ser el mismo contra quien disparamos hace años — dijo Malbihn. — Entonces iba acompañado por un gorila. ¿Te fijaste bien en él, Carl?

—Sí — replicó Jenssen. — Cuando le tiré lo tenía a menos de cinco pasos de distancia. Parece ser un europeo de cara inteligente, y poco más que un chiquillo. En sus facciones y en su expresión no se advierte nada del imbécil ni del degenerado, como es lo corriente cuando algún loco se escapa y se mete en los bosques, y viviendo entre porquería y desnudo se gana el título de salvaje entre los aldeanos del vecindario. No; se individuo es de casta diferente... y por tanto mucho más temible. Por muchas ganas que tenga de quitármelo de delante de un tiro, casi prefiero que se mantenga lejos de nosotros porque si alguna vez dirige de intento un ataque contra nuestro campamento, no doy un rábano por nuestra pelleja, si no conseguimos derribarlo a la primera embestida.

Pero el gigante blanco no se volvió a presentar para dirigir a los babuinos contra ellos y al fin los airados animales se desparamaron espontáneamente por la selva, dejando en paz a los asustados safaris.

Al día siguiente partieron los suecos hacia la aldea de Kovudoo, con el intento de apoderarse de la niña blanca que, según les había dicho el mensajero de Kovudoo, se hallaba prisionera en la aldea del jefe indígena.

Sus planes estaban bien trazados. No hicieron ninguna referéncia a la cautiva blanca, pues decidieron fingir que no tenían la menor noticia de que Kovudoo poseyera semejante presa. Cambiaron dones con el viejo caudillo, y regatearon con sus plenipotenciarios sobre el valor de lo que tenían que recibir a cambio de lo que daban, como de costumbre y conveniente cuando no se tienen móviles ulteriores. Una generosidad inexplicable no habría conducido más que a infundir sospechas.

Durante la conferencia que siguió, detallaron las murmuraciones de las aldeas que habían atravesado, y supieron en cambio las noticias que tenía Kovudoo. La sesión fué larga y fatigosa, como son siempre para los europeos tales ceremonias indígenas. Kovudoo no hizo la menor alusión a su prisionera, y a juzgar por sus generosas ofertas de guías y regalos parecía ansioso de asegurarse de la pronta partida de sus huéspedes. Fué Malbihn el que, por pura casualidad al parecer, y ya hacia el final de la conferencia, mencionó el hecho de la muerte del jeque. Kovudoo reveló al propio tiempo interés y sorpresa.

—¿No lo sabía? — preguntó Malbihn. — Es raro. Ha sido en la última luna. Se cayó del caballo al tropezar el animal en un hoyo del suelo y el caballo lo cogió debajo. Cuando llegaron sus hombres, se encontraron al jeque más muerto que mi abuelo.

Kovudoo se rascó la cabeza. Sentía una gran decepción. La muerte del jeque significaba que no obtendría rescate por la niña blanca. Ahora ya ésta no valía nada para él, salvo que la utilizara como plato de festín... o como compañera. Este último pensamiento le despertó. Después de escupir en un pequeño coleóptero que se arrastraba delante de él por el polvo, miró detenidamente a Malbihn. Aquellos blancos eran hombres muy singulares. Viajaban muy lejos de sus aldeas, sin mujeres. Y sin embargo, Kovudoo sabía que las mujeres les gustaban. Pero ¿hasta qué punto les gustaban? Esta era la pregunta que tenía perplejo a Kovudoo.

—Yo sé dónde hay una doncella blanca — dijo de buenas a primeras. — Si me la queréis comprar, os la daré barata.

Malbihn se encogió de hombros y contestó:

—Bastantes preocupaciones tenemos ya, Kovudoo, para que nos vayamos a echar encima la carga de una vieja hiena. Y en cuanto a pagarla...

Terminó Malbihn la frase castañeteando los dedos con desprecio.

—Es joven — dijo Kovudoo, — y bien parecida.

Los suecos rompieron a reir.

—No hay mujeres blancas bien parecidas en la selva, Kovudoo — dijo Jenssen. — ¿No te da vergüenza burlarte de viejos amigos?

Kovudoo se puso en pie de un salto.

—Venid conmigo — les dijo, — y os demostraré que es como os la pinto.

Malbihn y Jenssen se levantaron para seguirle, y al hacerlo se encontraron sus miradas, y Malbihn guiñó levemente un ojo a su compañero. Juntos siguieron al jefe indígena hasta su choza, y en el sombrío interior de ésta divisaron la figura de una mujer que yacía atada a un camastro.

Mabihm le echó una sola mirada y dió media vuelta.

—Debe de tener más de cien años, Kovudoo — dijo, en el momento de salir de la cabaña.

—Es joven — gritó el salvaje. — Es que ahí está muy oscuro y no la podéis ver. Esperad, y haré que la saquen aquí, a la luz del sol.

Y ordenó a los dos guerreros que vigilaban a la niña que cortaran las ligaduras de

GRATIS

sin gastar un sólo centavo, puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de

ORO 18 KILATES Y PLATINO CON ZAFIRO BLANCO

Escríbanos hoy mismo pidiendo uno

COMPAÑIA INTRODUCTORA DE ALHAJAS FINAS

VICTORIA 1373 - Bs. Aires - Rep. Arg.

sus tobillos y la sacaran para que la viesen los blancos.

Malbihn y Jenssen no demostraban afán ninguno por verla, aunque los dos reventaban de deseos de conseguirla; es decir, no de verla, sino de apoderarse de su persona. Poco les importaba que tuviera cara de marmota o la figura del rechoncho Kovudoo. Lo único que deseaban saber era que se trataba efectivamente de la muchacha robada años atrás por el jeque. Pensaban que la reconocerían como tal si era en efecto la misma; pero aun así les bastaba el testimonio del mensajero que Kovudoo había enviado al jeque para persuadirlos de que la niña era la que ellos mismos habían tratado ya de raptar una vez antes.

Cuando sacaron a Meriem de la oscuridad que reinaba en el interior de la choza, los dos suecos se volvieron a mirarla fingiendo el desinterés más completo. Cierto trabajo le costó a Malbihn reprimir una exclamación de asombro. La belleza de la niña estuvo a dos dedos de dejarlo sin aliento; pero instantáneamente recobró el aplomo y se volvió a Kovudoo.

—Bueno, ¿y qué? — preguntó el astuto jefe.

—¿No es joven y bien parecida, como os decía? — preguntó Kovudoo.

—Vieja no es — replicó Malbihn; — pero sería para nosotros una carga. No hemos venido del norte en busca de mujeres; allí tenemos ya más de las que queremos.

Meriem estaba mirando de hito en hito a los dos blancos. No esperaba nada de ellos, pues eran tan enemigos como los negros. A todos los odiaba y los temía. Malbihn le habló en árabe.

—Somos amigos, — le dijo. — ¿Te gustaría que te sacáramos de aquí?

Lenta y confusamente, como si procediera de la lejanía, volvió a Meriem el recuerdo de aquella lengua, familiar en otro tiempo.

—Me gustaría quedar libre — contestó, — y volverme con Korak.

—¿Te gustaría venir con nosotros? — insistió Malbihn.

—No, — contestó Merien.

Malbihn se volvió a Kavudoo.

—No quiere venir, ya lo ves, — le dijo.

—Sois hombres, — repuso el negro. — ¿No os la podéis llevar a viva fuerza?

—Eso no haría más que aumentar nuestras molestias — dijo el sueco. — No Kovudoo, no la queremos; aunque, si tú tienes empeño en desembarazarte de ella, nos la llevaremos por la amistad que nos une.

Ahora se dió cuenta el salvaje de que había hecho el negocio. Los blancos la querían. Empezó, pues, a regatear, y finalmente la persona de Merien pasó del poder del cabecilla negro al de los dos suecos, a cambio de unas cuantas varas de tela, tres casquillos de balines de latón, y una navajilla nueva y brillante de Nueva Jersey. Y todos menos Merien quedaron más que satisfechos con el trato.

Kavudoo puso una sola condición, y fué que los europeos salieran de su aldea llevándose a la niña lo más temprano que les fuera posible, a la madrugada siguente. Una vez consumada la venta no titubeó en explicar las razones de su petición. Les contó la viril tentativa que el salvaje compañero de Merien había hecho por rescatarla, y les indicó que cuanto antes se la llevaran de aquellos parajes, tanto más fácil les sería retenerla en su posesión.

Merien se vió de nuevo atada y puesta bajo custodia, pero esta vez en la tienda de los suecos. Malbihn le habló, tratando de persuadirla a que los acompañara voluntariamente. Le dijo que la devolverían a su propia aldea; pero cuando se dió cuenta de que la niña prefería morir a volver a caer en manos del jeque, le aseguró que no la llevarían allí, pues en realidad no tenían intención de hacerlo. Y mientras hablaba con Merien, el sueco solazaba sus ojos en la contemplación de las bellas líneas de su cara y de su cuerpo. Merien había crecido mucho desde que la viera tanto tiempo atrás en la aldea del jeque, y la nubilidad le había dado una esbeltez deliciosa. Durante años había representado para el blanco una recompensa cierta y fabulosa. En sus pensamientos Meriem fué solamente la personificación de los placeres y lujos que podría comprar con muchísimos francos. Mas ahora, al verla delante de él, rebosante de vida y de hermosura, pensó en otras posibilidades halagüeñas y seductoras por extremo. Se acercó a la niña y le puso encima una mano. Merien se apartó de él estremecida. Malbihn trató de besarla y la muchacha le dió u nfuerte golpe en la boca. En aquel momento entró Jenssen en la tienda.

—¡Malbihn! — gritó. — ¡Imbécil de los demonios!

Sven Malbihn soltó a Merien y se volvió a su compañero con el rostro sonrojado de vergüenza.

—¿Qué diablos intentabas — gruñó Jenssen. — ¿Es que vas a jugarte toda esperanza de recompensa? Si la maltratamos no nos darán ni un céntimo, y en vez de ello nos meterán en la cárcel como premio de nuestras fatigas. Te creía con más sentido común, Sven.

—No es uno de piedra — refunfuñó Malbihn.

—Pues procura serlo — replicó Jenssen, — por lo menos hasta que la hayamos entregado sana y salva y cobremos lo que esperamos.

—¡Qué diablos! — exclamó Malbihn. — ¿Para qué? Al fin y al cabo se darán por muy contentos con recobrarla, y para cuando lleguemos a entregarla, ella estará también demasiado satisfecha para abrir el pico. ¿Por qué no?

—¡Porque yo lo digo! — gruñó Jenssen. — Siempre te he dejado mandar, Sven; pero éste es un caso en que se hará lo que yo ordene, porque yo tengo razón y tú no la tienes, y los dos lo sabemos muy bien.

—Te estás volviendo muy virtuoso de repente — refunfuñó Malbihn. — ¿Te figuras

que se me ha olvidado lo de la hija del posadero, lo de Celella, lo de la negra de...?

—¡Cállate! — vociferó Jenssen. — Aquí no se trata de virtudes, y tú lo sabes tan bien como yo. No quiero pelearme contigo; pero, así Dios me salve, te aseguro que no harás ningún daño a esa chiquilla, aunque tenga que matarte para impedirlo. He padecido, he trabajado como un negro, he estado cuarenta veces expuesto a que me mataran durante los nueve o diez años pasados, tratando de conseguir lo que al fin la suerte nos ha deparado en la mano; y ahora no estoy dispuesto a verme privado de los frutos de mi labor, sólo porque a ti se te ocurra ser más bestia que hombre. Te lo prevengo de nuevo, Sven...

Y terminó dando un golpe en el revólver que pendía de su cadera.

Malbihn dirigió a su amigo una mirada aviesa, se encogió de hombros y salió de la tienda. Jenssen se volvió a Meriem.

—Si te vuelve a molestar, llámame — le dijo. — Yo estaré siempre cerca de tí.

La niña no había entendido la conversación sostenida por sus dos dueños, porque éstos habían hablado en sueco; pero sí comprendió lo que Jenssen acababa de decirle en árabe, y por ello coligió bastante bien lo que había pasado entre los dos. La expresión de las caras de ambos, sus ademanes, y finalmente los golpecitos de Jenssen en el revólver antes de salir Maibihn de la tienda, eran testimonios elocuentes de la gravedad de su altercado. Meriem miró a Jenssen en busca de amistad, y con la inocencia de la juventud se puso a su merced, rogándole que la dejara libre para poder volverse con Korak a la vida de la selva; pero estaba destinada a padecer otra desilusión, porque el hombre se limitó a reirse brutalmente de ella, y le dijo que si trataba de escaparse se vería castigada con lo mismo de que él acababa de salvarla.

Toda aquella noche se la pasó Meriem esperando alguna seña de Korak. En torno se agitaba en la oscuridad la vida de la selva. A los finos oídos de la niña llegaban sones que los demás del campamento no podían oir, y que ella interpretaba como podríamos interpretar nosotros las palabras de un amigo; pero ni una vez oyó el menor rumor que denotara la presencia de Korak. Sólo la muerte podría impedir que Korak volviera a su lado. Y no siendo así, ¿qué lo detenía?

Cuando llegó otra vez la mañana sin que la noche hubiera traído el socorro del Matador, Meriem sentía aún inconmovibles su fe y su esperanza, aunque empezaban a asaltarla recelos en cuanto a la seguridad de su amigo. Parecía increíble que hubiera podido ocurrir una desgracia a su maravilloso Korak, que a diario salía incólumne de todos los peligros de la selva. Y sin embargo, llegó la mañana, despacharon el desayuno, se levantó el campo, y la repugnante safari de los suecos se puso en movimiento hacia el norte, sin que hubiera la menor seal de auxilio que Meriem esperaba de un momento a otro.

Todo aquel día estuvieron andando, lo mismo que al siguiente y al otro, y Korak no se presentó siquiera a dejarse ver de la paciente niña, que, firme, y silenciosamente, caminaba al lado de sus duros captores.

Malbihn seguía con el ceño enarcado y colérico, sin replicar más que con monosílabos a las amistosas frases de Jenssen. A Meriem no le dirigió la palabra, pero en varias ocasiones lo descubrió la niña cuando la miraba con los párpados entornados, y con expresión de codicia. Aquellas miradas le ocasionaban estremecimientos. Apretó Meriem a Geeka contra su pecho, y volvió a lamentar más que nunca la falta del cuchillo que le habían quitado cuando la capturó la tribu de Kovudoo.

El cuarto día de marcha fué cuando Meriem comenzó a renunciar definitivamente a toda esperanza. Algo le había ocurrido a Korak. No cabía la menor duda. Ya no aparecería su amigo, y aquellos hombres se la llevarían sabía Dios a dónde. Acaso no tardarían en matarla. No volvería a ver a su Korak.

Aquél día los suecos descansaron, porque habían hecho largos jornadas y sus hombres estaban cansadísimos. Malbihn y Jenssen se alejaron del campamento para cazar, tomando diferentes direccions. Cosa de una hora había pasado desde su partida, cuando se levantó la cortina que formaba la puerta de la tienda de Meriem y penetró Maibihn En el semblante del sueco se veía una expresión de fiera

XIV

Con los ojos demesuradamente abiertos y clavados en él, como un animalillo cogido en la trampa y aterrado por la mirada magnética de una serpiente, la niña observaba la proximidad del sueco. Tenía las manos libres, pues sus captores la habían atado con un trozo de vieja cadena de esclavos sujeta por un extremo a un anillo de hierro cerrado con candado en torno de su cuello, y por el otro a una estaca bien hincada en tierra.

Lentamente se retiró Meriem paso a paso hasta el extremo opuesto de la tienda. Malbihn la siguió, con las manos extendidas y los dedos crispados a manera de garras, para asirla. Tenía los labios entreabiertos y su respiración era rápida y jadeante.

La niña recordó las instrucciones de Jenssen de que le llamara en caso de que la molestara Malbihn; pero Jenssen se había ido a cazar a la selva. Su compañero escogía bien el momento. Meriem chilló a voz en cuello, una vez, dos veces, tres veces, antes que Malbihn se plantara de un brinco a su lado y pudiera ahogar con los brutales dedos sus estridentes gritos de alarma. Luego Meriem luchó con él con las uñas y los dientes, como podía luchar cualquier hembra de la selva. Balbihn vió que no era presa fácil. En aquel esbelto cuerpo juvenil, bajo las redondeadas curvas y la fina y suave piel, se escondían los músculos de una leona joven. Pero Malbihn no era un alfeñique. Brutal de carácter y de aspecto, éstos no desmentían sus fuerzas. Era de gigantesca estatura y de puños vigo-

rosísimos. Lentamente tumbó a Meriem de espaldas en el suelo y le golpeó la cara cada vez que ella le hacía daño con las uñas o los dientes. Meriem se defendía con toda su alma, pero sin cesar se iba sintiendo más débil por la presión de los dedos que le atenaceaban la garganta.

En la selva, Jenssen había derribado dos gamos a tiros. Su caza no le había llevado muy lejos, ni él estaba dispuesto a alejarse mucho, pues sentía sospechas de Malbihn. El mero hecho de que su compañero se hubiese negado a acompañarle, prefiriendo cazar solo en dirección contraria, no le había parecido, en circunstancias ordinarias, indicador de nada siniestro; pero Jenssen conocía bien a Malbihn; y por esta razón, después de haber asegurado la provisión de carne, se volvió inmediatamente al campamento, dejando que sus compañeros transportaran los animales muertos.

Antes de que pudieran ajustar de nuevo las flechas a los arcos...

Apenas había recorrido la mitad de la distancia en su regreso, cuando llegó débilmente a sus oídos un grito procedente del campamento. Jenssen se detuvo a escuchar. El grito se repitió dos veces. Luego silencio. Ahogando un terno, Jenssen se lanzó a la carrera, preguntándose si llegaría demasiado tarde. ¡Qué necio era Malbihn al poner en riesgo de aquel modo la posesión de una fortuna!

Bastante más lejos que Jenssen del campamento, y en dirección opuesta, otra persona había oído los gritos de Meriem. Era un desconocido que ni siquiera tenía noticias de la proximidad de otros hombres blancos como él: un cazador con un puñado de ágiles guerreros negros. El también estuvo un instante escuchando con atención. No le cabía duda de que la voz era la de una mujer en peligro, y por esta razón apretó a correr hacía donde había oído los asustados gritos; pero como estaba bastante más lejos que Jenssen, fué éste el que llegó primero a la tienda. Lo que allí vió el sueco no despertó lástima en su encallecido corazón, sino únicamente cólera contra su compañero de fechorías. Meriem estaba aún defendiéndose de su agresor, y Malbihn seguía cubriéndola de golpes. Jenssen, vomitando furiosas maldiciones contra su amigo de antes, penetró como un rayo en la tienda. Malbihn, al verse interrumpido, dejó a su víctima, se volvió para hacer frente al enfurecido ataque de Jenssen, y echó mano al revólver que llevaba pendiente de la cadera. Jenssen, previendo el rápido movimiento de la mano del otro, tiró también del revólver simultáneamente, y ambos dispararon a la vez. Jenssen estaba aún avanzando hacia Malbihn, pero al sonar el dispado de éste se detuvo. El revólver se le cayó de los inertes dedos. Un instante vaciló como ebrio, y entonces Malbihn tiró dos veces más contra el cuerpo de su amigo, casi a quemarropa. Aun en medio de su excitación y de su terror, Meriem se maravilló de la tenacidad vital del herido. Los ojos de éste se cerraron, se le cayó la cabeza sobre el pecho y las manos colgaron inertes a sus costados. Sin embargo, aún estaba en pie, aunque vacilando espantosamente. Sólo cuando la tercera bala penetró en su cuerpo fué cuando cayó de boca cuan largo era. Malbihn se le acercó, y refunfuñando una blasfemia le dió furiosomente con el pie. Luego se volvió una vez más a Meriem. La agarró de nuevo, y en el mismo instante la cortina que formaba la puerta de la tienda se apartó en silencio, y en su hueco apareció un hombre blanco muy alto. Ni Meriem ni Malbihn vieron al recién llegado. El sueco estaba de espaldas a él, y su cuerpo ocultaba al desconocido a la vista de la doncella.

Cruzó el blanco la tienda rápidamente, pasando por cima del cadáver de Jenssen. La primera noticia que Malbihn tuvo de que no iba a poder realizar su intento sin otras interrupciones, fué cuando sintió una pesada mano en el hombro. Dió media vuelta y se encontró cara a cara con un desconocido, un personaje alto, de pelo negro y ojos pardos, vestido de kaki, y cubierto con un salacot. Malbin echó de nuevo mano al revólver, pero otro brazo que había sido más ligero que el suyo, y el sueco vió su arma arrojada al suelo, fuera de su alcance.

—¿Qué significa esto?

El desconocido dirigió esta pregunta en una lengua que la doncella no entendía. Me-

riem meneó la cabeza y le habló en árabe. Instantáneamente el recién llegado repitió su interrogación en esta lengua.

—Estos hombres me han separado de Korak — explicó la niña. — Y éste quería hacerme daño. El otro, a quien éste acaba de matar, ha querido evitarlo. Los dos eran malos, pero éste es el peor de los dos. Si mi Korak estuviera aquí le mataría. Supongo que tú serás como ellos y que no le matarás.

El desconocido sonrió y dijo:

—Merece la muerte, de eso no cabe duda. En otro tiempo le habría matado, pero ahora no. Sin embargo, yo cuidaré de que no te vuelva a molestar. Basta de locuras — prosiguió dirigiéndose a Malbihn. — Mereces la muerte, pero yo no soy la ley. Me consta perfectamente quién eres, pues ya tenía noticias tuyas. Tanto tú como ese amigote tuyo gozais de reputación detestable. No os queremos en nuestro país. Esta vez te voy a dejar marchar; pero como vueltas por aquí me tomaré yo mismo la justicia por mi mano. ¿Has comprendido?

Malbihn se puso a soltar a boca llena amenazas y denuestos, y acabó por llamar a su interlocutor un epíteto muy poco lisonjero. A cambio de él se vió víctima de una sacudida que le hizo castañear los dientes. Los que lo han probado sabe que el más penoso castigo que se puede infligir a un varón adulto, sin llegar a hacerle daño, es un buen zarandeo a la antigua usanza. Y esto fué lo que experimento el sueco.

—¡Ahora, largo de aquí! — ordenó el desconocido. — Y la próxima vez que me veas recuerda quién soy.

Y a continuación pronunció al oído del sueco un nombre: un nombre que dominó al bribón con harta más eficacia que muchas palizas. Luego el desconocido le dió un empellón que lo mandó derecho al través de la puerta de la tienda, para caer de boca en la hierba exterior.

—Ahora — dijo el salvador volviéndose a Meriem, — dime quién tiene la llave de ese candado de tu cuello.

La doncella señaló el cuerpo de Jenssen.

—Siempre la llevaba encima, — dijo.

El desconocido registró la ropa del cadáver hasta que dió con el objeto que buscaba, y un instante después Meriem quedaba libre.

—¿Me dejarás que me vuelva con mi Korak? — preguntó.

—Cuidaré de que vuelvas con tu gente, — contestó él. — ¿Quién es tu gente y dónde está tu aldea?

Mientras decía estas palabras había estado observando el extraño y bárbaro atavío de la joven. A juzgar por su habla, era evidentemente una muchacha árabe; pero no había visto jamás a ninguna vestida de aquella guisa.

—¿Quién es tu gente? ¿Quién es Korak? — preguntó de nuevo.

—¿Korak? Korak es un mono. Yo no tengo otra gente. Korak y yo hemos vivido solos en la selva desde que A'ht se fué a ser rey de los monos. — Siempre pronunciaba de esta manera el nombre de Akut, pues así le sonó la primera vez que se encontró con Korak y con el antropoide. — Korak habría podido ser rey, pero no quiso.

Una interrogadora expresión asomó a los ojos del desconocido que miró atentamente a la niña.

—¿De modo que Korak es un mono? — dijo. — Entonces ¿tú que eres?

—Yo soy Merien. Yo también soy una mona.

—¡Hum!

Este fué el único comentario oral que puso el salvador a aquella declaración tan pe-

Se descolgó Korak desde las ramas de un árbol.

regrina; pero sus pensamientos podían haberse interpretado en parte al observar la luz lastimera que brilló en sus ojos. Se acercó a la niña y trató de ponerla la mano en la frente. Pero Meriem retrocedió exhalando un gruñido leve. Entonces frunció una sonrisa los labios del desconocido.

—No me tengas miedo, — le dijo, — que no te haré daño alguno. Lo único que quiero es ver si tienes calenturas, si está completamente bien. Si lo estás partiremos en busca de Korak. — Meriem miró de lleno a los pardos y penetrantes ojos del desconocido. Debió de ver en ellos una seguridad indiscutible de la honorabilidad de su poseedor, porque le permitió que le pusiera la palma

de la mano en la frente y que le tomara el pulso. Al parecer Meriem no tenía fiebre.

— ¿Cuánto tiempo hace que eres una mona? — preguntó el hombre.

—Desde que era muy niña, hace muchos muchísimos años. Y Korak se presentó y me arrancó de manos de mi padre, que me pegaba. Desde entonces he vivido en los árboles con Korak y A'ht.

—¿En qué lugar de la selva vive Korak?

Meriem señaló con un movimiento de la mano, que abarcó generosamente la mitad del continente de Africa.

—¿Serías capaz de encontra el camino para volver a él?

—No lo sé, — replicó la niña. — Pero él lo encontrará para venir a mí.

—Entonces, tengo un plan, — dijo el salvador de Meriem. — Yo vivo a pocas jornadas de este sitio. Te llevaré a mi casa, donde mi mujer cuidará de tí y te atenderá hasta que demos con Korak o Korak dé con nosotros. Si es capaz de encontrarte aquí te encontrará también en mi aldea. ¿No es cierto?

El desconocido se quedó con la niña hasta que Malbihn y su "safari" hubieron desaparecido en la espesura con dirección al Norte. Meriem, confiada ya, permanecía a su lado, sin dejar de tener a Geeka bien agarrada en la linda y morena manita. No paraba de hablar, maravillándose el hombre del balbuciente árabe de la muchacha, pero acabó por atribuirlo a su defectuosa mentalidad. Si él hubiera sabido que habían pasado años des... que se valió de esta lengua hasta que la capturaron los suecos, no le habría pasmado que la tuviese olvidada. Había además otra razón de que se le hubiera borrado tan pronto de la memoria el idioma del jeque; pero de esta razón ni Meriem siquiera podía conjeturar la verdad, cuanto menos el desconocido.

Este trató de persuadirla a que volviese con él a su "aldea", como él la llamaba, o "aduar" en árabe; pero la niña insistió en que inmediatamente buscara a Korak. En último término, su salvador resolvió llevársela por fuerza antes que sacrificar su vida a la insana alucinación que acosaba su mente; pero, como hombre sensato, determinó seguirle primero el humor y luego tratar de conducirla adonde se proponía. Así, pues, cuando emprendieron la marcha lo hicieron hacia el Sur, aunque la morada del desconocido estaba casi al Este.

Poco a poco fué torciendo la dirección de su camino más y más a oriente, y se sintió muy satisfecho al ver que la muchacha no descubría el cambio. Paulatinamente Meriem se iba sintiendo más confiada. Al pronto no había tenido más que la intuición para guiarla en su creencia de que aquel gigantesco Tarmangani no se proponía hacerle daño; mas a medida que pasaban los días y veía Meriem que la bondad y consideración del desconocido no desaparecían un momento, comenzó a compararlo con Korak, y a sentir hacia él gran afecto; sin que esto significara ni por soñación que vacilase su lealtad al hombre-mono.

Al quinto día llegaron súbitamente a una gran llanura, y desde el lindero del bosque la doncella vió a lo lejos campos, vallados y muchos edificios. Al observar aquello retrocedió llena de asombro.

—¿Dónde estamos? — preguntó señalando.

—No hemos podido encontrar a Korak — le contestó el hombre, — y como nuestro camino conducía a mi aduar, te he traído aquí para que descanses y esperes al lado de mi mujer, hasta que mis hombres encuentren a tu mono, o él nos encuentre a nosotros. Así es mejor, chiquilla. Con nosotros estarás más segura y serás más feliz.

—Tengo miedo, Bwana — dijo la niña. — En tu aduar me pegarán como me pegaba el jeque mi padre. Déjame volver a la selva, pues en ella Korak me encontrará. No se le ocurrirá nunca buscarme en el aduar de un hombre blanco.

—Nadie te pegará, chiquilla, — replicó el desconocido.—¿Te he pegado yo alguna vez? Mira, todo esto me pertenece a mí. Aquí te tratarán bien todos. En mi casa no se pega a nadie. Mi mujer será muy buena para ti, y por fin llegará Korak, porque yo enviaré a mis hombres en su busca.

La niña movió la cabeza.

—No podrán traerlo, porque él los matará. ¿No ves que todos los hombres han tratado de matarle a él? ¡Tengo miedo! ¡Déjame marchar, Bwana!

—No sabes el camino de tu tierra, niña, y te perderías. Los leopardos o los leones se apoderarían de ti la primera noche, y al fin y al cabo no encontrarías a tu Korak. Es mejor que te quedes con nosotros. ¿No te libré yo de aquel mal hombre? ¿No me debes algo por haberte salvado? Pues si es así, quédate con nosotros una semana siquiera, hasta que resolvamos lo que te estará mejor. Tú eres una chiquilla al fin y al cabo, y sería una crueldad dejar que te fueras sola a la selva.

Meriem rompió a reír.

—La selva — dijo, — es mi padre y mi madre. Ella ha sido para mí mejor que los hombres. A mí no me da miedo la selva; ni me dan miedo el leopardo ni el león. Cuando me llegue la hora me moriré. Es posible que un leopardo o un león me maten, como también es posible que me mate un bichito menudo, más pequeño que la yema de mi meñique. Cuando el león se eche sobre mí, o cuando me pique ese bichito me dará miedo, un miedo terrible, la confieso; pero la vida sería muy desdichada si tuviera que pasarla siempre con el terror de lo que todavía no ha ocurrido. Si es león, mi miedo será corto antes de morirme; pero si es bichito, es posible que me haga sufrir muchos días antes de la muerte. Por eso al que menos temo es al león, porque es grande y hace mucho ruido. A él le puedo ver, u oler, a tiempo de poder librarme de su ataque; pero en cualquier momento puedo plantar la mano o el pie en el bichito, sin saber que existe hasta que haya sentido su picadura de muerte. No, no me da miedo la selva. La quiero mucho y preferiría morir antes que dejarla para siempre. Pero tu aduar está cerca de

ella. Tú has sido bueno para mí. Haré lo que deseas y me quedaré con vosotros algún tiempo, a esperar la llegada de mi Korak.

—Bien está — dijo el desconocido, y la guió hacia el "bungalow" cubierto de flores tras el cual se alzaban los graneros y dependencias de una bien ordenada granja africana.

Agarrada con los deditos a los collares de sendos perros lobos que marchaban a su lado, Meriem se fué acercando al "bungalow", en cuyo pórtico una señora vestida de blanco agitaba un pañuelo para dar la bienvenida a su marido que regresaba. A los ojos de la niña asomó entonces un miedo más grande que el que sintiera en presencia de hombres extraños o de animales salvajes. Titubeó un momento, y dirigió a su salvador una mirada de súplica.

—Es mi mujer — le dijo el desconocido, — que tendrá mucho gusto en recibirte.

La señora se adelantó por el sendero para salirles al encuentro. El marido le dió un beso, y volviéndose a Meriem, la presentó hablando en la lengua árabe que la muchacha entendía.

—Aquí la tienes a Meriem, cariño — dijo; y a continuación refirió la historia de la niña de la selva, hasta donde le era conocida.

Meriem vió que aquella señora era hermosa, y observó que la dulzura y la bondad estaban marcadas en su semblante con indeleble sello. Yá no sentía temor ninguno hacia ella, y cuando su breve historia quedó referida y la dama se acercó, le echó las brazos al cuello y la besó, llamándola "pobrecita mía", algo saltó en el corazoncito de Meriem, impulsándola a esconder la cara en el seno de aquella nueva amiga, en cuya voz sonaba el acento maternal; un acento que Meriem no había oído en tantísimos años que se le había olvidado hasta su existencia. Enterró la cara en el bondadoso pecho y lloró como no había llorado en su vida: lágrimas de consuelo y de alegría que ella misma no podía comprender.

Y de esta suerte Meriem, la salvaje Mangani, salió de su adorada selva para verse en medio de un hogar de cultura y refinamientos. Ya Bwana y Cariño, como los oyó llamar por primera vez y como continuaba llamándolos, eran para ella como padre y madre. Y no bien se disiparon sus salvajes temores, cayó en el extremo opuesto de confianza y de amor. Ahora estaba ya dispuesta a esperar allí hasta que encontrasen a Korak o Korak los encontrase a ellos. Pero no renunciaba a este pensamiento. Korak, su Korak, figuraba siempre en primer término.

XV

Entre tanto, en el interior de la selva, y muy lejos, Korak, cubierto de heridas y de sangre coagulada que entorpecía sus movimientos, ardiendo de ira y de pena, se volvía por el sendero de los grandes babuinos. No los encontró en el sitio en que los vió la última vez, ni en ninguna de sus guaridas habituales; pero los fué buscando por el bien señalado rastro que habían dejado, y por fin llegó a alcanzarlos. Cuando los divisó, los monos se dirigían lenta, pero constantemente hacia el Sud, en una de esas emigraciones periódicas cuyas causas podría explicar el babuino mejor que nadie. A la vista del guerrero blanco que llegaba sobre ellos en la dirección del viento, la manada se detuvo en respuesta al grito de aviso del centinela que le había descubierto. Hubo entre los monos muchos gruñidos y parloteos, y mucho dar vueltas con las piernas muy rígidas. Las madres, con sinfin de gritos nerviosos y estridentes, llamaron a sus hijos a su lado, y con ellos se situaron en lugar seguro detrás de sus dueños y señores.

Korak llamó en voz recia al rey, quien, al sentir el conocido acento, se adelantó despacio, cauteloso y con las piernas todavía envaradas. Necesitaba la prueba confirmativa del olfato antes de arriesgarse a confiar demasiado implícitamente en el testimonio de sus ojos y sus oídos. Korak se mantuvo completamente inmóvil. El adelantarse entonces podía precipitar un ataque inmediato, o con igual facilidad un pánico de fuga. Los animales salvajes son seres muy nerviosos. Es relativamente fácil sumirlos en una especie de histerismo que puede provocar o la manía de la matanza, o síntomas de una cobardía abyecta; aunque lo primero que habría que decidir es si alguna vez un animal salvaje es manifiestamente cobarde.

El rey de los babuinos se acercó a Korak y dió unas vueltas alrededor de él en círculo cada vez más estrecho, sin dejar de gruñir y de olfatear. Korak fué el primero que habló, diciendo.

—Yo soy Korak. Yo abrí la jaula que te tenía encerrado. Yo te salvé de los Tarmanganis. Yo soy Korak, el Matador. Soy tu amigo.

—¡Huh! — gruñó el rey. — Sí, tú eres Korak. Mis oídos me han dicho que eres Korak. Mis ojos me han dicho que eres Korak. Ahora mi nariz me dice que eres Korak. Y mi nariz no se equivoca nunca. Soy tu amigo. Ven y cazaremos juntos.

—Korak no puede cazar ahora — replicó. — Los Gomanganis me han robado a Meriem, a quien tienen atada en su aldea, y no la quieren soltar. Korak, solo, no ha podido libertarla. Korak te libertó a ti. ¿Quires ahora traer a tu pueblo conmigo y libertaremos juntos a Meriem?

—Los gomanganis tienen unos palos muy agudos que arrojan,y atraviesan con ellos el cuerpo de mi gente. Nos matan siempre que pueden. Los gomanganis son mala gente, y nos matarán si entramos en su aldea.

—Los tarmanganis poseen otros palos que hacen mucho ruido y matan a gran distancia, — replicó Korak — y esos llevaban cuando te liberté de su trampa. Si me hubiera asustado de esos palos, a estas horas serías prisionero de los Tarmanganis.

El babuino se rascó la cabeza. Formando círculo en torno de él y de Korak estaban en cuclillas los machos de la manada, que entornaban los ojuelos y se daban con el hombro para buscar una posición más ventajosa, escarbaban en la podrida vegetación con

la esperanza de desenterrar un sabroso gusano, o estaban inmóviles contemplando a su rey o al extraño Mangani, que así se llamaba él mismo, pero que más se parecía a los odiados Tarmanganis. El rey miró a algunos de sus más viejos súbditos como incitándolos a manifestar lo que pensaban.

—Somos muy pocos — refunfuñó uno de ellos.

—Podemos contar con los babuinos del país de las montañas, — indicó otro, — que son tantos como las hojas del bosque. Ellos también odian a los Comanganis, y además les gusta pelear. Son muy salvajes. Vamos a pedirles que nos acompañen. Con ellos podremos matar a todos los Comanganis de la selva.

Dichas estas palabras se levantó y lanzó un gruñido terrible, al propio tiempo que se erizaba su pelaje.

Korak no logró persuadirlos. Estaban dispuestos a ayudarle de buena gana, pero debían de hacerlo a su manera, y se empañaron en reclutar los servicios de sus semejantes y de parientes de las montañas. Así fué que Korak se vió obligado a ceder. Lo único que podía hacer era apremiarlos a que se apresuraran, y por su indicación el rey de los babuinos y una docena de machos de los más fuertes convinieron en ir al país de las montañas con Korak, dejando atrás al resto de la tribu.

Una vez lanzados a la ventura, los babuinos se mostraron entusiasmadísimos con ella La delegación partió inmediatamente. Viajaban con rapidez pero a Korak no le costaba ningun trabajo seguirlos. Armaban una algarabía terrible al pasar por los árboles, con el intento de hacer creer a los enemigos que hubiera por delante que se acercaba una tribu muy numerosa, porque cuando los babuinos viajan en gran número no hay animal en la selva que se atreva a molestarlos. Cuando la naturaleza del suelo les exigía que anduvieran por el suelo, y la distancia entre los árboles era grande, avanzaban aunque el león y el leopardo no se dejarían engañar cuando vieran claramente por sí mismos que no formaban más que un puñado de babuinos.

Durante dos días recorrió la partida un país salvaje, pasando de la densa selva a una llanura cubierta, y desde estas a unas vertientes montañosas cubiertas de bosque.Alli Korak no había estado nunca. Era una región nueva para él, y el cambio de la monotonía que representaba el limitado horizonte de la selva era muy agradable. Pero poco deseo tenía él de gozar de las bellezas naturales en aquella ocasión. Meriem, su Meriem estaba en peligro. Mientras no la viera libre otra vez a su lado, no tenía pensamiento para otra cosa.

Una vez en el bosque que revestía las vertientes de las montañas, los babuinos avanzaron más lentamente, y lanzando sin cesar al viento una plañidera nota de llamada. Luego guardaban silencio mientras escuchaban. Por fin, débilmente y a lo lejos, se percibió una respuesta.

Los babuinos continuaron avanzando en dirección a las voces que en los intervalos de silencio llegaban a sus oídos a través del bosque. Así llamando y escuchando, fueron acercándose a sus parientes, los cuales, como pensó Korak, acudirían a recibirlos en gran número; más cuando al fin los antropoides del país de las montañas se presentaron a su vista, el hombre-mono se asombró ante la realidad que tenía adelante

Lo que parecía ser una firme pared de grandes babuinos se alzó del suelo, por entre las ramas de los árboles, hasta la mayor altura a que se atrevían a confiar su peso. Lentamente se fueron acercando, sin cesar de proferir su extraño y quejumbroso llamamiento, y detrás de ellos, en cuanto alcanzaban los ojos de Korak al través del follaje, se veían recias paredes de semejantes suyos que seguían de cerca a los primeros. Los babuinos sumaban muchos miles. Korak no podía menos de pensar en el destino de su pequeña partida en caso de que cualquier accidente imprevisto despertara, aunque sólo fuese momentáneamente, la rabia o el temor de uno cualquiera de los individuos de aquel ejército.

Pero no ocurrió nada de esto. Los dos reyes se acercaron uno a otro, como era su costumbre, con mucho olfatear y erizar de pelo. No tardaron en convencerse de sus respectivas personalidades y entonces se rascaron mutuamente la espalda. Después de un momento conferenciaron animadamente. El amigo de Korak explicó el objeto de su visita y entonces Korak se exhibió por vez primera, pues se había mantenido oculto detrás de unas malezas. Al verle fué inmensa la excitación de los babuinos de las montañas, y un instante temió Korak que lo hicieran pedazos; aunque, a decir verdad, su temor era por Meriem, porque si él moría no habría nadie que la socorriese.

Los dos reyes, no obstante, consiguieron tranquilizar a la multitud, y Korak obtuvo permiso para acercarse. Lentamente los babuinos de las montañas se fueron aproximando a él, olfateándole por todas partes. Cuando el joven les habló en su propia lengua, se sintieron llenos de pasmo y de júbilo. Todos querían decirle algo y escuchaban cuando era él quien les dirigía la palabra. Korak les habló de Meriem y de su vida en la selva, donde eran amigos de todos los monos, desde el pequeño Manu hasta Mangani, el gran antropoide.

—Los gomanganis, que son los que tienen cautiva a Meriem, no son amigos vuestros — les explicó, — y os matan siempre que pueden. Los babuinos de la tierra baja son muy pocos para ir contra ellos. Me dicen que vosotros sois muchos y muy valientes; que vuestro número es como el número de los tallos de hierba en la llanura o el de las hojas en el bosque, y que hasta Tantor, el elefante, os tiene miedo: ¡tan valientes sois! También me dicen que tendríais gusto en acompañarnos a la aldea de los gomanganis para casti-

gar a esa mala gente, mientras yo, Korak, el Matador, me llevo a mi Meriem.

El rey de los monos bombeó el pecho y se pavoneó en torno con las piernas envaradas hasta no más. Lo propio hicieron otros varios de los machos de su tribu. Sentíanse halagados y lisonjeados por los palabras de aquel extraño tarmanganis, que se llamaba a sí mismo mangani y hablaba su propia lenguaje.

—Sí — dijo uno de ellos, — nosotros, los del país de las montañas, somos potentes luchadores. Tantor nos tiene miedo. Numa nos tiene miedo. Sheeta nos tiene miedo. Los gomanganis del país de las montañas tienen buen cuidado de dejarnos en paz. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a ir contigo a la aldea de los gomanganis de las tierras bajas. Soy el primogénito del rey, y yo solo soy capaz de matar a todos los gomanganis de las tierras bajas.

Y al decir esto hinchó el pecho se pavoneo orgullosamente de atrás adelante, hasta que un camarada, al rascarle la espalda, le llamó la atención.

—Yo soy Goob — exclamó otro. — Mis terribles colmillos son largos, son agudos y son fuertes. Yo los he enterrado en la suave carne de más de un gomangani.

Yo solo maté a la hermana de Sheeta, Goob irá a las tierras bajas contigo, y matará tantos Gomanganis que no quedará ninguno para contar los muertos.

Y también se puso a pavonearse y a saltar ante los admiradores ojos de las hembras y de los jóvenes.

Korak miró al rey interrogativamente.

RECORDO AL VIEJO

Una de las chicas. — A propósito: Ahora recuerdo que tenemos que llevarle un regalo a papá...

—Tus machos son muy valerosos, — dijo, — pero más valeroso que ninguno de ellos es el rey.

Al verse interpelado de esta suerte, el peludo antropoide, que aún estaba en la flor de la vida (pues de lo contrario no sería todavía rey), exhaló un feroz gruñido. El bosque resonó con sus terribles acentos de desafío. Las babuinos pequeños se agarraron atemorizados a los peludos cuellos de sus madres. Los machos, electrizados, dieron grandes brincos en el aire y repitieron el ruidoso reto de su monarca. El estruendo era aterrador.

Korak se acercó al rey y le gritó en el oído:

—¡Ven!

Y echó a andar por medio del bosque hacia la llanura que habían de cruzar en su largo viaje hasta la aldea de Kovudoo, el Gomangani. El rey, rugiendo y chillando todavía, dió media vuelta y siguió al hombre-mono. En pos de ambos iban el puñado de babuinos de las tierras bajas y los millares de la tribu montañosa... Todos criaturas salvajes, fuertes, sedientas de sangre.

Y así, a la segunda jornada, llegaron a la aldea de Kovudoo, a la hora de la comida del mediodía. La encontraron sumída en la calma de su bochornoso ecuatorial. El poderoso ejército de monos avanzaba lentamente. Bajo los millares de acolchadas manos el bosque no producía más rumor que el que habría podido determinar el susurro de una brisa más fuerte entre las pobladas ramas de los árboles.

Korak y los dos reyes llevaban la delantera. Cerca de la aldea se detuvieron hasta que se les juntaran los más rezagados. Reinaba a la sazón un silencio de muerte. Korak, deslizándose furtivamente, se lanzó al árbol que dominaba la empalizada. Miró hacia atrás, y vió que su ejército lo seguía de cerca. Había llegado el momento. Repetidas veces durante el viaje había advertido que no se debía hacer daño alguno a la hembra blanca que estaba prisionera en la aldea. Todos los demás eran legítima presa de los babuinos. De pronto, alzando el semblante al cielo, profirió un solo grito. Era la señal.

En respuesta, tres mil peludos machos asaltaron chillando y ladrando la aldea de los aterrados negros. Salieron guerreros de todas las chozas. Las madres cogieron en brazos a los niños y huyeron hacia la calle del pueblo. Kovudoo se puso al frente de sus guerreros, y saltando y aullando para hostigar su valor, ofrecieron todos un frente erizado de venablos a la horda que los atacaba.

Korak, lo mismo que había dirigido la marcha, digió el ataque. Los negros se sintieron sobrecogidos de horror y desaliento cuando vieron a aquel mozalbete de piel blanca a la cabeza de un ejército de formidables babuinos. Un instante se mantuvieron firmes en su puesto, y hasta lanzaron sus venablos contra los agresores; mas antes que pudieran ajustar las flechas a los arcos, vacilaron cedieron y dieron media vuelta en aterrada derrota. Entre sus filas, sobre sus espaldas, clavándoles los fuertes colmillos en los músculos del cuello, saltaban los bobunios, y el primero de ellos, el más feroz, el más sanguinario, el más terrible, era Korak, el Matador.

En la puerta de la aldea, a la cual se precipitaban los indígenas llenos de pánico, los dejó Korak a merced de sus aliados, y él se volvió afanoso hacia la choza en que Merien estuvo prisionera. La encontró vacía. Una tras otra las hediondas habitaciones revelaron la misma verdad desalentadora. Meriem no estaba en ninguna de ellas. Korak sabía muy bien que los negros no se la habían llevado en su fuga, porque había observado cuidadosamente por si se hallaba la doncella entre los fugitivos.

Para el muchacho, que conocía bien las aficiones de los salvajes, la ausencia de su amada no tenía más que una explicación posible. A Meriem la habían matado y se la habían comido. Ante la convicción de que había muerto, brotó en el cerebro de Korak una oleada de ira sanguinaria contra los que creía sus asesinos. A lo lejos oía los rugidos de los monos mezclados con los gritos de sus víctimas, y hacia allá dirigó sus pasos. Cuando llegó a ellos, los babuinos empezaban a cansarse de la diversión del combate, y los negros, en pequeño grupo, se habían detenido, valiéndose de sus mazas con gran eficacia contra los pocos monos que aún persistían en atacarlos.

Entre ellos se descolgó Korak desde las ramas de un árbol. Rápido, implacable, espantoso, se lanzó contra los salvajes guerreros de Kovudoo. Sentíase dominado por ciega furia, la cual sirvió para protegerle por su misma ferocidad. Iba como una leona herida aquí, allí, a todas partes, repartiendo formidables golpes de puños solamente, con toda la presición y oportunidad de un boxeador experto. Una y otra vez hundió los dientes en la carne de un adversario. Caía sogre uno y se apartaba de él para abalaizarse sobre otro antes que pudieran darle un golpe decisivo. Y aunque mucho podían sus proezas para determinar el resultado del combate, mucha más logró el terror que su presencia inspiraba al simple y supersticioso espíritu de sus adversarios. Para ellos aquel guerrero blanco que se unía con los grandes monos y los feroces babuinos, que gruñía, rugía y aporreaba como una fiera, no era un ser humano. Era un demonio de la selva, un tremendo dios del mal a quien habían ofendido, y que salía de su caverna del bosque para castigarlos. Y debido a esta opinión, fueron muchos los que apenas opusieron resitencia, pues comprendían la inutilidad de arrostrar con sus fuerzas puramente humanas las acometidas de una deidad.

Los que pudieron emprendieron la fuga, hasta que al fin no quedó ninguno que pagara un hecho del cual, aunque no era ajeno a sus costumbres, no tenían culpa. Jadeante y ensangrentado, Korak se detuvo por falta de más víctimas. Los babuinos se apiñaron en torno de él, saciados de sangre y de pelea. Cansadísimos, se tiraron al suelo.

A lo lejos Kovudoo estaba reuniendo a sus desperdigados guerreros, y enterándose de los heridos y de los muertos. Su tribu se hallaba sobrecogida de pánico, y nada era parte a convencer a los indígenas para que permanecieran más tiempo en aquel país. Ni siquiera quisieron volver a la aldea a recoger sus bártulos. Lejos de ella, insistieron en continuar la fuga hasta poner muchas millas entre ellos y la región del demonio que tan ferozmente los había atacado. Y así fué que Korak expulsó de sus hogares al único pueblo que podía haberle ayudado a buscar a Meriem, y cortó el solo eslabón que lo unía a la doncella, para cualquiera que pudiese llegar en busca de él desde el aduar del bondadoso Bwana que había protegido a su adorada de la selva.

Y entre tanto Meriem se hallaba a cien millas escasas de distancia.

XVI

Para Meriem, en su nueva morada, pasaban los días rápidamente. Al principio la consumía la ansiedad de lanzarse a la selva en busca de Korak. Bwana, como se empeñaba la niña en llamar a su bienhechor, la disuadió de intentarlo inmediatamente, despachando a un mensajero con una partida de indígenas a la aldea de Kovudoo, con instrucciones de enterarse por el viejo salvaje de cómo había llegado a apoderarse de la niña blanca, y de todos los antecedentes que el cabecilla negro pudiera procurar. Bwana encargó principalmente a su emisario que interrogara a Kovudoo acerca del extraño y misterioso personaje a quien la niña llamaba Korak, y que lo buscara si hallaba el menor indicio que le permitiera albergar la creencia de que aquel ser tenía existencia real. Bwana estaba más que convencido de que Korak era un mito nacido en la desordenada imaginación de la niña. Creía que el terror y las durezas que había soportado durante su cautiverio en poder de los negros, y su espantosa aventura con los dos suecos, habían trastornado la mente de Meriem, más a medida que pasaron los días y fué conociendo mejor a la niña, y pudo observarla en las condiciones ordinarias de su tranquilo hogar africano, se vió obligado a admitir para sus adentros que el extraño relato de Meriem le tenía no poco perplejo, pues no había ningún otro síntoma de que Meriem no se hallara en plena posesión de sus facultades mentales.

La esposa del hombre blanco a quien Meriem había bautizado con el nombre de "Cariño" porque así la oyó llamar por primera vez a Bwana, no sólo se tomó por la pobrecita huérfana de la selva un vivo interés, inspirado por su abandonada condición y su desamparo, sino que comenzó igualmente a quererla por su alegre temperamento y por sus naturales encantos. Y Meriem, impresionada de análogo modo por prendas semejantes de la gentil y refinada señora, correspondió muy pronto al afecto y a las consideraciones de ésta.

Pasó un mes antes del regreso del mensajero, un mes que transformó a la salvaje y medio desnuda Tarmangani en una niña lindamente vestida y civilizada, siquiera al exterior. Meriem había progresado rápidamente en el conocimiento del intrincado idioma inglés, porque Bwana y Cariño se negaron resueltamente a hablarle en árabe desde que acordaron que Meriem aprendiera su lengua, lo cual había sido uno o dos días después de llevársela a su casa.

Las noticias que trajo el emisario de Bwana sumieron a Meriem en un período de desesperación, porque, según dijo el hombre, se había encontrado la aldea de Kovudoo abandonada, y por más pesquisas que hizo, no le fué posible descubrir un solo indígena en sus inmediaciones. Algún tiempo había permanecido acampado cerca de la aldea, dedicando los días a un reconocimiento de los alrededores, en busca de huellas del Korak de Meriem; pero también en esta empresa había fracasado, pues no vió ni monos ni el misterioso personaje que buscaba, Meriem al principio insistió en partir en busca de Korak, pero Bwana logró persuadirla a que esperara.

Le aseguró que iría él mismo, en cuanto le sobrara tiempo, y por fin Meriem se allanó a sus deseos; mas pasaron meses antes que cesara de lamentarse a cada momento por la pérdida de su Korak.

Tenía ya a la sazón dieciséis años, aunque bien podría haber pasado por mujer de dieciocho; y era linda de ver, con su negro pelo, su piel curtida y toda la frescura y pureza de la salud y la inocencia. Y sin embargo, seguía alimentando su pena secreta, aunque ya no se lo decía a Cariño. Apenas pasaba hora que no le trajera recuerdos de Korak, y el punzante anhelo de volver a verlo.

Meriem hablaba ya inglés de corrido, y lo leía y escribía con igual soltura. Un día Cariño, por chanza, le habló en francés, y con gran sorpresa observó que Meriem le contestaba en la misma lengua, lentamente, en verdad, y titubeando, mas en un francés excelente, si bien del que podría usar una niña. Desde entonces cada día hablaron un poquito en francés, y Cariño a veces se maravillaba de que Meriem aprendiera esta lengua con una facilidad que en ocasiones parecía misteriosa. Al principio había enarcado las lindas cejas, como si tratara de forzarse a recordar algo casi olvidado que le sugerían las nuevas palabras; y luego, con gran admiración, no menos suya que de su profesora, empezó a valerse de vocablos franceses distintos de los que figuraban en las lecciones, y los usaba correctamente y con una pronunciación que, bien lo conocía la dama inglesa, era más perfecta que la suya. Mas no sabía Meriem leer ni escribir lo que tan bien hablaba, y como Cariño consideraba de importancia capital el conocimiento del inglés correcto, todo lo que no fuera el francés de la conversación se vino a aplazar para fecha ulterior.

—Indudablemente oíste hablar francés muchas veces en el aduar de tu padre — le dijo un día Cariño, como la explicación más razonable.

Meriem movió negativamente la cabeza.

—Es posible, — dijo, — pero no recuerdo ni siquiera haber visto a un francés en su compañía. El jeque los odiaba tanto, que no quería trato ninguno con ellos; y estoy segura de no haber oído antes ninguna de estas palabras, a pesar de lo cual me parecen todas familiares. No lo comprendo.

—Ni yo tampoco, — confesó Cariño.

Fué por este tiempo cuanto un mensajero trajo una carta que, al enterarse de su contenido, llenó de excitación a Meriem. ¡Iban a llegar unos visitantes! Unos cuantos caballeros y damas inglesas habían aceptado la invitación de Cariño para que pasaran un mes cazando y explorando con ellos. Meriem era toda expectación. ¿Cómo serían aquellos forasteros? ¿Serían para ella tan buenos como Bwana y Cariño, o se parecerían a los demás blancos que había conocido, y serían crueles e implacables? Cariño le aseguró que eran todos personas exquisitas, y que los encontraría bondadosos, considerados y honorables.

Con sorpresa de Cariño, no observó ésta la timidez que se había figurado hallar en Meriem ante el anuncio de la visita de los forasteros.

Esperaba la doncella su llegada con curiosidad y con cierto placer anticipado, desde que le aseguraron que no la morderían. En rigor, no se mostraba distinta de cualquier linda damisela que se hubiera enterado de la próxima llegada de una visita.

Por fin se presentaron los forasteros, que eran tres hombres y dos mujeres, éstas esposas de los dos caballeros de más edad. El individuo más joven de la partida era el honorable Morison Baynes, joven de considerable fortuna, que, después de agotar todas las diversiones posibles en las capitales de Europa, había aprovechado gustoso aquella ocasión de visitar otro continente en busca de emociones y aventuras.

Consideraba aquel joven todas las cosas no europeas como punto menos que imposibles; y sin embargo, no se mostraba reacio a gozar de la novedad de lugares no acostumbrados, ni a trabar conocimiento con indígenas del continente africano, por muy extravagante que le hubiera parecido todo ello en su patria. Era suave y cortés en sus modales con todo el mundo, y acaso un tanto más amable con los que consideraba de barro inferior al suyo que con los pocos a quienes mentalmente diputaba sus iguales.

La naturaleza le había dotado de gallarda figura y guapo rostro, amén del suficiente buen sentido para comprender que, si bien él podía gozar pensando en su superioridad sobre la masa de los mortales, era poco probable que la masa de los mortales se entusiasmara por la misma causa. Con lo cual fácilmente mantenía su reputación de persona altamente democrática y afable, y afable era en verdad. En ocasiones se traslucía cierta sombra de egotismo, pero nunca lo suficiente para molestar a sus relaciones. Tal era, en pocas palabras, aquel honorable Morison Baynes, producto de la lujosa civilización europea. Mas era difícil conjeturar lo que sería el honorable Morison Baynes en el Africa central.

Meriem, al principio se mostró tímida y reservada en presencia de los forasteros. Sus bienhechores, que habían creído conveniente no mencionar nada de su extraño pasado, la presentaron como pupila suya; y como ellos no quisieron dar más detalles, no permitía la discreción que nadie los preguntara. Los huéspedes vieron que se trataba de una muchacha dulce, sin pretensiones, risueña, vivaracha, y que poseía un almacén inagotable de interesantes y peregrinos conocimientos de la selva.

Había montado mucho a caballo durante el año que pasó con Bwana y Cariño. Conocía los mejores grupos de juncos en las márgenes del río adonde acudían con más asiduidad los búfalos. Sabía una docena de sitios en que tenían los leones sus cubiles, y todos los abrevaderos del país seco que se extendía a veinte millas del río. Con precisión inequívoca, que resultaba altamente misteriosa, era capaz de seguir las huellas de los animales grandes y chicos hasta su misma madriguera. Pero lo que más los tenía a todos perplejos era su instantánea percepción de la presencia de carnívoros, a quienes los demás, a pesar de poner en tensión todas sus facultades, no lograban ver ni oír.

El honorable Morison Baynes halló en Meriem una compañera deliciosa y encantadora. Desde el primer momento se mostró hechizado con ella. Es posible que esto obedeciera, en primer término, a que no esperó encontrar semejante compañía en la finca africana de sus amigos de Londres. Los dos pasaban juntos muchos ratos, porque eran la única pareja de solteros de la reunión. Meriem, para la compañía de Baynes era cosa absolutamente insólita, se sentía fascinada por él. Los relatos de las grandes y alegres ciudades que tan bien conocía el joven la llenaban de admiración y pasmo. Si el honorable Morison Baynes siempre brillaba ventajosamente en aquellas narraciones. Meriem consideraba que esto era una consecuencia natural de su presencia en el teatro de ellas. Dondequiera que se hallase Morison tenía que ser un héroe. Así pensaba la muchacha.

La presencia y la compañía efectiva del joven inglés determinaron que la imagen de Korak tomara un tinte menos real. Así como antes para ella una cosa siempre presente, ahora Meriem se daba cuenta de que Korak no era más que un recuerdo. A este recuerdo seguía siendo fiel; pero ¿qué peso tiene un recuerdo comparado con una fascinadora realidad viva?

Meriem no había acompañado nunca a los hombres a una cacería desde la llegada de los forasteros. No le hacía mucha gracia aquella diversión de matar por matar. Le gustaba seguir el rastro; pero no podía divertirse viendo matar por capricho, a pesar de haber sido una chiquilla salvaje y de seguir siéndolo aún en cierto modo. Cuando Bwana salía a cazar en busca de carne, Meriem era siempre su entusiasta compañera; pero con la llegada de los huéspedes de Londres, la caza se había convertido en mera carnicería. Bwana no permitía la matanza; pero el propósito de las cacerías era coger cabezas y pieles más bien que carne. Así es que Meriem se solía quedar

en casa, y pasaba los días, o bien con Cariño en la terraza cubierta del "bungalow", o bien montando en su potro favorito por las llanuras o por los linderos del bosque. Allí solía dejarlo sin atar, mientras ella se lanzaba a los árboles con el puro placer de volver a la salvaje y libre existencia de su temprana infancia.

Entonces volvía a tener visiones de Korak, y cansada al fin de saltar y de balancearse entre los árboles, se extendía confortablemente sobre una rama y soñaba. Y pronto, como le ocurrió el día a que nos referimos, vió que las facciones de Korak se esfumaban poco a poco y se convertían gradualmente en las de otro hombre, al propio tiempo que la figura atezada Tarmangani medio desnudo se transformaba en la de un caballero inglés vestido de kaki y a horcajadas en un caballo de caza. Y mientras se hallaba soñando, llegó a sus oídos, a lo lejos y débilmente, el balido de terror de un cabritillo. Meriem se puso alerta al instante. Tú y yo, lector, aunque hubiéramos podido oir el lastimero gemido a tan gran distancia, no habríamos podido interpretarlo; mas para Meriem revelaba el terror especial que ataca a los rumiantes cuando está cerca un carnívoro y es imposible la fuga.

Para Korak constituía al propio tiempo placer y diversión el robar a Numa su presa, siempre que le era posible, y Meriem muchas veces se había entusiasmado también al arrebatar algún bocado exquisito casi de las mismas quijadas del rey de los animales. Ahora, al sentir el balido del cabrito, volvieron a su mente los bien recordados estremecimientos, y al instante despertó Meriem, llena de emoción ante la idea de volver a jugar al escondite con la muerte.

Vívamente se soltó la falda y la tiró a un lado, pues era un gran estorbo para andar bien por entre los árboles. Las botas y las medias siguieron a la falda, porque la planta desnuda del pie humano no resbala sobre la corteza, húmeda o seca, como el duro cuero de un zapato. También le habría gustado quitarse los calzones de montar, pero las maternales advertencias de Cariño habían convencido a Meriem de que no estaba bien ir desnuda por el mundo.

De su cadera pendía un cuchillo de caza, pero su rifle estaba aún en el arzón del potro. No había llevado revólver aquel día.

El cabritillo continuaba balando cuando Meriem se lanzó rápidamente en la dirección en que sonaba el lamento, o sea al lado de allá de cierto abrevadero, famoso en otro tiempo como el lugar de cita de los leones. Ultimamente no se habían visto rastros de carnívoros en las inmediaciones de aquel paraje; pero Meriem estaba segura de que el balar del cabritillo se debía a la presencia de un león o de una pantera.

Pronto iba a averiguarlo, porque se acercaba rápidamente al aterrado animalito. Al avanzar se maravillaba de que los sones siguieran procediendo del mismo sitio. ¿Por qué no se escapaba el cabrito? Y de pronto llegó a ver al animal y lo comprendió. Estaba atado a una estaca, al lado del abrevadero.

Meriem se detuvo en las ramas de un árbol y escrutó el calvero que la rodeaba, con vivos y penetrantes ojos. ¿Dónde estaba el cazador? Bwana y su gente no cazaban de aquella manera. ¿Quién podía haber atado a aquel pobre animalillo como un señuelo para atraer a Numa? Bwana no permitía nunca aquellos actos en sus posesiones, y su palabra era ley entre los que cazaban en muchas millas a la redonda.

Algunos salvajes nómadas, indudablemente, pensó Meriem. Pero, ¿dónde andaban? Ni siquiera sus perspicaces ojos lograron descubrirlos. ¿Y dónde estaba Numa? ¿Cómo era que no había saltado hacía rato sobre aquel delicioso e indefenso bocado? Atestiguaba su proximidad el lastimero balar del cabrito. ¡Ah! ¡Ya lo veía! El león estaba echado en un grupo de matojos, a pocas varas de distancia, a su derecha. El cabrito estaba a sotavento de él, y así recibía todo su olor, que a Meriem no llegaba.

El dar la vuelta hasta el lado opuesto del calvero, donde los árboles se acercaban más al atado animal; el saltar rápidamente al lado de éste y cortar la cuerda que lo sujetaba, no serían obra más que de un instante. Pero en este instante podía Numa saltar, y entonces apenas habría tiempo de ganar de nuevo el seguro de los árboles; sin embargo, podía hacerse. Meriem había escapado ya muchas veces de más graves peligros.

La duda que la obligó a detenerse momentáneamente era debida a su temor de los invisibles cazadores más que al de Numa. Si eran negros desconocidos, los venablos que tuvieran preparados para el rey de los animales, podían dispararse contra cualquiera que osara dejar en libertad el cebo, con igual facilidad que contra la presa que de aquel modo querían coger. De nuevo el cabrito luchó por desasirse, y su lastimero lamento volvió a conmover las cuerdas más sensibles del corazón de la doncella. Prescindiendo de toda prudencia, comenzó a dar vuelta al calvero. Sólo trataba de ocultar su presencia a Numa. Por fin llegó a los árboles del extremo opuesto. Detúvose un segundo para mirar al gran león, y en el mismo instante observó que éste se levantaba despacio. Un apagado rugido demostró que estaba dispuesto al ataque. Meriem empuñó su cuchillo y saltó al suelo. De un brinco agilísimo llegó al lado del cabrito. Numa la vió, y se azotó con la cola los costados, lanzando un terrible rugido; pero un momento se quedó donde estaba, inacción debida sin duda a la sorpresa que le ocasionaba la extraña aparición que tan inesperadamente había brotado de la selva.

Otros ojos se habían clavado también en Meriem; ojos que no denotaban menos sorpresa que la reflejada en las órbitas amarillo-verdosas del carnívoro. Un blanco, que se escondía en una "boma" de espinos, se levantó a medias cuando la muchacha saltó al calvero y se precipitó hacia el cabrito. Vió que Numa vacilaba, levantó el rifle y apuntó al pecho de la fiera. La doncella llegó al lado del animalillo, dió un solo tajo con su cuchillo de monte, y el preso, libre ya, lanzando un postrer balido, corrió al interior de la selva. Y entonces Meriem se volvió para retirarse al seguro del árbol de que se había descolgado tan súbita e inesperadamente ante los sorprendidos ojos del león ,el cabrito y el hombre.

Al volverse, la cara de la muchacha quedó vuelta hacia el cazador, y los ojos de éste se

abrieron desmesuradamente al reparar en sus facciones. Dió un leve respingo de sorpresa; pero el gran felino requería toda su atención, porque, chasqueado y furioso, se lanzaba ya a la carga. El inmóvil rifle seguía apuntándole al pecho. El hombre habría podido disparar y contener a la fiera, pero por cierta razón vacilaba desde que había visto la cara de Meriem. ¿Podía ser que no quisiera salvarla? ¿O prefería, si era posible, permanecer oculto para ella? Debió de ser esta última causa la que impidió que el índice de la firme maño hiciera la ligera presión en el gatillo que habría dejado al león en quietud temporal por lo menos.

Como un águila presenció el blanco la carrera desesperada que daba la doncellita. Uno o dos segundos, midieron el tiempo que duró todo el incidente, desde el momento en que el león se abalanzó contra Meriem. Ni un solo instante dejó el rifle de apuntar al ancho pecho de la fiera, ni aun cuando la carrera de ésta la condujo un poco a la izquierda del hombre. Una vez, en el último momento, cuando ya la fuga parecía imposible, el índice del cazador apretó ligerísimamente el gatillo; pero casi simultáneamente la muchacha dió un brinco y se agarró a una rama del árbol.Numa saltó también; pero la ágil Meriem se había puesto fuera de su alcance sin haber perdido un segundo ni una pulgada de espacio.

El hombre exhaló un suspiro de alivio al bajar el rifle. Vió que la muchacha hacía una mueca de burla al enfurecido y rugiente animal que quedaba debajo, y luego, rompiendo a reir, desaparecía bosque adentro. Una hora permaneció el león junto a su abrevadero. Un centener de veces habría podido matarlo el cazador. ¿Por qué no lo hacía? ¿Temía acaso que el tiro atrajera a la muchacha y la hiciese volver?

Por fin Numa, rugiendo aún coléricamente, se alejó con majestuoso andar hacia el interior de la selva. El cazador se arrastró fuera de su "boma", y media hora más tarde entraba en un campamento muy bien escondido en el bosque. Un puñado de secuaces negros acogieron su regreso con sombría indiferencia. Era hombre de gran estatura, un gigante de barba rubia, cuando entró en la tienda. Media hora más tarde volvió a salir de ella, completamente afeitado.

Sus negros lo miraron con asombro.

—¿Me conoceríais? — preguntó el gigante.

—La hiena que te parió no sería capaz de conocerte, Bwana, — dijo uno de ellos.

El blanco asestó un terrible puñetazo a la cara del negro, pero una larga experiencia en el arte de esquivar golpes similares logró salvar al que había tenido tanta osadía.

XVII

Volvióse Meriem hacia el árbol en que había dejado la falda, los zapatos y las medias. Iba cantando alegremente: pero su canción se vió de pronto interrumpida cuando llegó a la vista de aquél; porque allí, divirtiéndose de lo lindo, tirando de su ropa y manoseándola, se hallaban unos cuantos babuinos. Cuando la vieron, en vez de denotar el menor miedo, le gruñeron, enseñándole los dientes. ¿Qué tenían que temer de una sola Tarmanganí hembra? Nada, absolutamente, nada.

Por la llanura abierta, más allá de los bosques, volvían los cazadores de su ejercicio del día. Iban muy separados unos de otros, con la esperanza de cercar a un león errante en su viaje de regreso por el llano. El honorable Morison cabalgaba más cerca del bosque que los demás. Y sus ojos, que recorrían de un lado a otro el ondulado terreno, sembrado de matorrales, se vinieron a posar en la forma de un animal que se hallaba al mismo borde de la espesa selva, donde terminaba súbitamente la llanura.

Guió a su cabalgadura en dirección al sitio de su descubrimiento. Estaba aún demasiado lejos para que sus poco adiestrados ojos lo reconocieran; mas al aproximarse, vió que era un caballo. Y ya se disponía a volver a su camino anterior, cuando creyó divisar una silla en el lomo del animal. Se acercó un poco más, y vió que el caballo estaba ensillado. El honorable Baynes llegó todavía más cerca, y al hacerlo se transparentó en sus ojos un agradable sentimiento, porque había conocido que aquel potro era el favorito de Meriem.

Galopó hasta el lado del animal, pensando que la señorita se hallaría en el interior del bosque, y se estremeció levemente al pensar en la indefensa doncella, en aquella selva que todavía era para él un temeroso lugar de pavura y de furtivas asechanzas de la muerte. Desmontó, dejó su caballo al lado del de Meriem, y a pie penetró en la espesura. Creía que la niña estaría probablemente sana y salva, y deseaba sorprenderla presentándose a ella de repente.

Apenas había recorrido breve trecho en el bosque cuando llegó a sus oídos gran algarabía en un árbol cercano. Al acercarse más, vió una partida de babuinos que gruñían contra alguien. Mirando atentamente, vió que uno de ellos sostenía unas faldas de mujer, y que los otros jugaban con botas y medias. Su corazón casi cesó de latir, porque instintivamente dió a aquella escena la explicación más espeluznante. Los babuinos habían matado a Meriem y le habían arrancado la ropa del cuerpo. Morison se estremeció.

Iba a dar voces, con la esperanza de que la señorita viviese todavía, cuando la vió en un árbol, al lado del que los babuinos ocupaban, y entonces se dió cuenta de que era a ella a quien gruñían los antropoides. Con gran asombro vió que Meriem se trasladaba, enteramente como una mona, hasta el árbol de los babuinos, por debajo de ellos. La vió detenerse un instante sobre una rama, a pocos pies de distancia del animal más próximo. Y ya se disponía a encararse el rifle para meter un balazo en el cuerpo al horrible animal que parecía pronto a saltar sobre ella, cuando oyó hablar a Meriem. Y casi se le cayó el rifle de la sorpresa cuando llegó a sus oídos una extraña jerigonza, idéntica a la de los monos, y que brotaba de labios de la doncella.

Los babuinos cesaron de rugir y escucharon. Era evidente que se sentían tan sorprendidos como el honorable Morison Baynes. Lentamente y uno a uno se acercaron a Meriem, la cual no dió la menor muestra

de que los temiese. Ya la habían rodeado por completo, de tal suerte que Baynes no podría haber disparado sin peligro para la vida de la mucacha, mas ya no tenía, por otra parte, ningún deseo de disparar. Estaba ardiendo de curiosidad.

Varios minutos sostuvo la joven lo que parecía enteramente una conversación tirada con los babuinos, y luego, con aparenté alegría, éstos le devolvieron todas las prendas de vestir de que se habían apoderado, y siguieron apiñados en torno de ella mientras se las vestía; y a todo esto sin cesar de hablarle y de recibir las respuestas de Meriem. El honorable Morison Baynes se sentó al pie de un árbol y se secó el sudor de la frente. Luego se levantó y se dirigó a su cabalgadura.

Cuando Meriem salió del bosque unos minutos más tarde se lo encontró allí, y el honorable Baynes la contempló con los ojos muy abiertos, en los que se vislumbraba su pasmo y una especie de terror.

—He visto aquí su caballo — le explicó, — y he pensado esperar y volver a casa con usted. ¿No tiene usted inconveniente?

—Claro que no — respondió ella. — Con mucho gusto.

Mientras recorrían el camino por la llanura, estribo con estribo, el honorable Morison se sorprendió muchas veces observando el perfil regular de la joven y preguntándose si le habían engañado los ojos, o si, en realidad, había visto a aquella deliciosa criatura mano a mano con grotestos babuinos, y conversando con ellos tan de corrido como hablaba con él. ¡Aquello era misterioso, imposible! Y sin embargo, con sus propios ojos la había visto.

Y mientras la observaba, otro pensamiento persistía en enseñorearse de su mente. Meriem era hermosísima y muy apetecible. Pero ¿qué sabía él de ella? ¿No sería obsolutaménte imposible para él? ¿No era la escena que acababa de presenciar suficiente prueba de que lo era en efecto? ¡Una mujer que se encaramaba a los árboles y que diologaba con los babuinos de la selva! ¡Era horrible!

De nuevo el honorable Morison se secó la frente. Meriem le dirigó la vista.

—Tiene usted calor — le dijo. — En cambio yo, ahora que se pone el sol, noto bastante frío. ¿Por qué suda usted?

No pensaba el honorable Baynes decirle que la había visto con los babuinos, mas de repente, antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo, todo se lo espetó.

—Sudo de emoción — dijo. — He entrado en la selva al ver el potro de usted, porque me proponía sorprenderla; pero el sorprendido he sido yo. La he visto a usted en un árbol con unos babuinos.

—¿Sí? — preguntó Meriem sin emoción alguna, como si fuera cosa de poco momento que una muchacha estuviera en íntimas relaciones con animales salvajes de la selva virgen.

—¡Era horrible! — exclamó el honorable Morison.

—¿Horrible? — preguntó Meriem enarcando las cegas con asombro. — ¿Qué tiene de horrible? Son mis amigos. ¿Es horrible hablar con los amigos?

—Entonces ¿estaba usted hablando con ellos? — exclamó el honorable Morison. — ¿Usted los entendía y ellos la entendían a usted?

—Naturalmente.

—¡Pero esos son unos seres repugnantes... animales degradados del orden más inferior! ¿Cómo puede usted hablar el lenguaje de esos bichos?

—No son repugnantes ni degradados, — replicó Meriem. — Los amigos no son nunca esas cosas. Yo he vivido entre ellos muchos años, antes que Bwana me hallara y me trajera aquí. Apenas sabía otra lengua que la de los Manganis. ¿Me iba a negar a conocerlos sólo porque por ahora me hallo viviendo casualmente entre seres humanos.

—¡Por ahora! — exclamó el honorable Morison. — ¡No querra usted decir que espera volver a vivir entre ellos! ¡Vamos, vamos! ¿Qué locuras estamos diciendo? ¡Vaya una idea! Se está usted burlando de mí, miss Meriem. Usted habrá sido buena con esos babuinos, y ellos la conocen y no la molestan; pero eso de que vivió usted en otro tiempo entre ellos... ¡No, no, eso es descabellado! ¡Eso no tiene atadero!

—Pues es verdad, aunque usted no lo crea, — insistió la muchacha, al ver que el verdadero horror que su acompañante sentía ante aquella idea se reflejaba en su acento y en su actitud, y divirtiéndose casi al preocuparlo todavía más. — Sí, viví medio desnuda, entre los grandes monos y entre los micos. Vivía en las ramas de los árboles, y me descolgaba sobre las presas pequeñas y las devoraba... ¡pero crudas! Con Korak y A'ht daba caza al antílope y al jabalí, y sentada en las ramos de los árboles hacía muecas a Numa, el león, y le tiraba palitos y le molestaba hasta oírle rugir con tanta rabia que la selva se estremecía al oírle. Y Korak me construyó un refugio a gran altura entre las ramas de un árbol enorme y poderoso. Me llevaba frutas y carne, luchaba por mí y era bueno conmigo, hasta que me encontré con Bwana y Cariño no recuerdo que nadie más se portara amablemente conmigo.

En la voz de la muchacha se advertía una nota melancólica. Había olvidado que estaba dando vaya al honorable Morison, y en aquel momento sus pensamientos eran para Korak. Ultimamente no había pensado gran cosa en su antiguo compañero.

Un rato estuvieron ambos absortos en sus propias reflexiones, mientras regresaban al bungalow de su huésped. La niña iba pensando en una figura gallardísima, con una piel de leopardo que ocultaba a medios el liso y atezado cutis cuando saltaba de árbol en árbol para ponerle delante una ofrenda de alimento, al regreso de una buena caza. Detrás de él, peludo y poderoso, se lanzaba un enorme mono, en tanto que ella, Meriem, sonriéndoles y dándoles a voces la bienvenida, se mecía en una oscilante rama ante la entrada de su selvática glorieta. Era un bellísimo cuadro, tal como la mucha-

cha lo recordaba. El todo aspecto de aquella vida apenas se presentaba nunca a su memoria, las noches largas y negras, noches heladas y terribles de la selva; el frío, la humedad y la incomodidad de la estación de las lluvias; los espeluznantes rugidos de los carnívoros salvajes que merodeaban abajo en la oscuridad de tinta, la constante amenaza de Sheeta, la pantera y de Histah, la serpiente; los insectos que picaban, las repugnantes sabandijas... En realidad, todo esto quedaa relegado a segundo término ante el encanto de los días de sol, la libertad de la vida, y más que nada la compañía de Korak.

Los pensamientos del caballero eran una verdadera maraña. Súbitamente había comprendido que estaba a dos dedos de enamorarse de aquella muchacha de quien no supo nada hasta un momento antes, cuando ella voluntariamente le reveló una parte de su vida pasada. Cuanto más pensaba en ello más evidente le parecía que le había entregado su amor,y que había estado a pique de ofrecerle su honorable apellido. Tembló un instante al pensar qué poco le había faltado para caer. Y sin embargo, la amaba todavía. En esto no había inconveniente, según las ideas morales del honorable Morison Baynes y de su círculo social. Ella era de barro inferior al suyo propio. No podía tomarla en matrominio, como no se le ocurriría buscar por esposa a ninguna de las hembras de aquellos babuinos amigos de Meriem, y claro está que ella no iba a esperar de él semejante ofrecimiento. El llevarse el amor de un caballero como él sería suficiente honor para la joven. Pero su apellido naturalmente, era para que lo llevara una dama de su propia esfera social.

Una muchacha que se rozaba con monos, que, según su propia confesión, había vivido medio desnuda entre ellos, no podía tener gran idea de las más finas cualidades de la virtud. El amor que él le ofreciera, pues, lejos de ofenderla, probablemente constituiría cuando ella podía esperar o apetecer.

Mientras más pensaba en el asunto el honorable Morison Baynes, más se convencía de que estaba meditando un acto caballeresco y altruísta en grado superlativo. Los europeos comprenderán su punto de vista mejor que los norteamericanos, pobres y benditos provincianos, que no tienen verdadera compresión de lo que significa el linaje y el hecho tan decantado de que "el rey no puede obrar mal". Ni siquiera necesitaba Morison poner en tela de juicio su convicción de que Meriem sería mucho más feliz en un lujoso pisito de Londres, confortada por el amor y la cuenta corriente de Morrison en el banco, que casada legalmente con un hombre de aquellos a quienes ella podría aspirar dada su posición. Mas había un punto al cual necesitaba una respuesta concreta antes de lanzarse a poner por obra el programa que estaba trazándose.

—¿Quiénes eran Korak y A'th? — preguntó.

—Aht era un Mangani — respondió Meriem. —y Korak un Tarmangani.

—Pero permítame, le ruego... ¿Qué es un Mangani y qué es un Tarmangani?

La muchacha rompió a reír.

—Usted es un Tarmangani — replicó. — Los Manganis están cubiertos de pelo... Son los que usted llama monos.

—Entonces, ¿Korak era un hombre blanco? — preguntó Baynes.

—Sí.

—¿Y era... su... era...?

Se detuvo, porque le parecía bastante difícil seguir preguntando en aquel terreno mientras los claros y hermosos ojos de la muchacha permanecían mirándole de hito en hito.

—¿Mi qué...? — insistió Meriem, cuya inmaculada inocencia estaba tan poco adulterada que no le permitía conjeturar adónde iba a parar el honorable Morison.

—¿Su... su hermano de usted? — tartamudeó.

—No, Korak no era mi hermano, — repuso Meriem.

—¿Entonces era su marido? — estalló finalmente Baynes.

Lejos de ofenderse, Meriem prorrumpió en alegres carcajadas.

—¡Mi marido! — exclamó. — Pero ¿qué edad se figura usted que tengo? Soy demasiado joven para tener marido. No se me había ocurrido nunca cosa semejante. Korak era... es decir...

Y le tocó a ella la vez de vacilar, porque nunca había tratado de analizar el parentesco que ixistía entre ella y Korak.

—Korak era Korak, ni más ni menos.

Y volvió a romper en carcajadas cuando se dió cuenta de lo luminoso de su explicación.

Mirándola y escuchándola, el caballero que iba a su lado no podía concebir que hubiera penetrado en la naturaleza de la muchacha la depravación, en ninguna de sus formas y grados; y sin embargo, necesitaba creer que no había sido virtuosa, porque de lo contrario su tarea no sería tan lisa ni tan fácil... Al fin y al cabo, el honorable Morison Baynes no estaba enteramente desprovisto de conciencia.

Hallábase con Meriem en la terraza una noche, después de haberse recogido los demás a dormir. Aquel día habían estado jugando juntos al tennis, juego en que el honorable Morison brillaba en todo su esplendor, como en realidad la acontecía en todos los deportes viriles. Estaba refiriendo a Meriem cosas de Londres y de París, de bailes y banquetes, de las bellísimas mujeres y de sus magníficos vestidos, de los placeres y pasatiempos de los ricos y los poderosos. El honorable Morison era maestro consumado en el arte de la fanfarronería insidiosa. Su egotismo no resultaba nunca flagrante ni aburrido, pues jamás lo exhibía con crudeza, ya que éste era un plebeyismo que el caballero evitaba cuidadosamente; y sin embargo, la impresión que sacaba un oyente del honorable Morison era tal, que no podía restar nada a la gloria de la casa de Baynes ni a la de su representante.

(Continuará en el próximo número)

EL CONCURSO DE "PUCKY"

A continuación se publican algunos chistes de los enviados por los estimados lectores de "Pucky" y que, aun cuando no han llegado dentro de las condiciones del concurso pueden ser tomados en cuenta y aspirar a premio.

EL CHISTE PREMIADO

ENTRE JUDIOS

Blumd encuentra a Levy.

—Parece que estás contento esta mañana, Levy, ¿qué sucede?

Levy se frota las manos.

—Sí, estoy satisfecho. Fíjate; me acabo de asegurar la cosecha contra incendio y contra granizo.

Blumd reflexiona un instante.

—El incendio, lo comprendo... pero el granizo, ¿cómo te vas a arreglar para hacerlo caer?

José Graciano, Baradero F. C. C. A.

MOZO LIMPIO

Agente. — Sígame, por haberse bañado usted aquí, donde se prohibe hacerlo.

Señor (disgustado). — ¿Cómo se le ocurre a usted que yo me he bañado aquí?... ¿Tengo aspecto de ello? z

Agente. — Usted no, pero el agua sí.

Carlos Albert, Güemes 4221, Capital

* * * *

NEGOCIANTES

Un individuo de miserable aspecto entra en una panadería, pide un kilo de pan, coloca éste debajo de un brazo y hace ademán de buscar el dinero en un bolsillo del chaleco, mientras con una voz lastimera pregunta:

—¿Hay un hospital por aquí cerca?

—¿Un hospital? ¿Para qué? — dice el comerciante.

—Para pedir una cama e internarme en él; tengo la peste bubónica.

—¿La peste bubónica? Salga inmediatamente de aquí.

—¿Y el pan?

—¡Guárdeselo, guárdeselo!

El hombre se retira y dirigiéndose a otro sujeto que lo espera en la acera, le dice:

—Esto resultó bien; ahora andá vos a la carnicería.

Blanca R. Santa Fe 2054, Mar del Plata.

* * * *

¡COMO ESTARIA!

—Mira, aquí aparece Lupercia, en vida social. ¡Cómo estará de orgullosa!

—A ver, a ver, que dice.

"Ha fallecido esta mañana la señora Lupercia Delgadillo...".

M. R. Balbastro, General Lamadrid, F. C. S.

UN SUSTO

Un amigo se encuentra a otro en la calle

¡Dame un susto! — le grita.

—¿Por qué?

—Por que tengo hipo. Si me das un susto se me quita al momento.

—En ese caso..., ¡préstame cien pesos!

—¡Ya se me quitó!

José Duresque, Santa Rosa.

* * * *

EXAMEN DE ARITMETICA

El profesor. — Hombre, ¿no sabe usted encontrar números homogéneos para sumar? Vamos a ver. Si usted tiene 5 libros y los une a 210 libros, más 150 libros, más 20 libros ¿qué resultará?

El discípulo (lleno de gozo). — Una biblioteca.

Raimundo Calaza, Lomas de Zamora.

* * * *

UN SUEÑO

Ella. — ¿Por qué gritas?

El. — Soñé que te perdía en un vuelo transoceánico.

—Ella. — ¡Oh, querido

El. — ¡Y no fué más que un sueño...!

Vito R. Rodríguez Abello, Bonifacio.

* * * *

EL MOTIVO

Un marido, horriblemente feo, tiene enferma a su mujer y manda a buscar al médico.

—¡Ah, doctor! Toda la noche ha estado la infeliz con una fiebre espantosa, y decía que veía un monstruo junto a ella.

—¡Oh, oh¡ — contesta el médico, — supongo que la habrá usted velado...

Tota, Lydia y Oscar Gioria, s|c. Luis María Campos 2545, Sarandí, F. C. S., provincia de Buenos Aires.

* * * *

¿QUIEN ES DIOS?

La maestra, al alumno:

—¿Quién es Dios?

El alumno:

—Mi papá.

La maestra.

—¿Por qué es Dios tu papá?

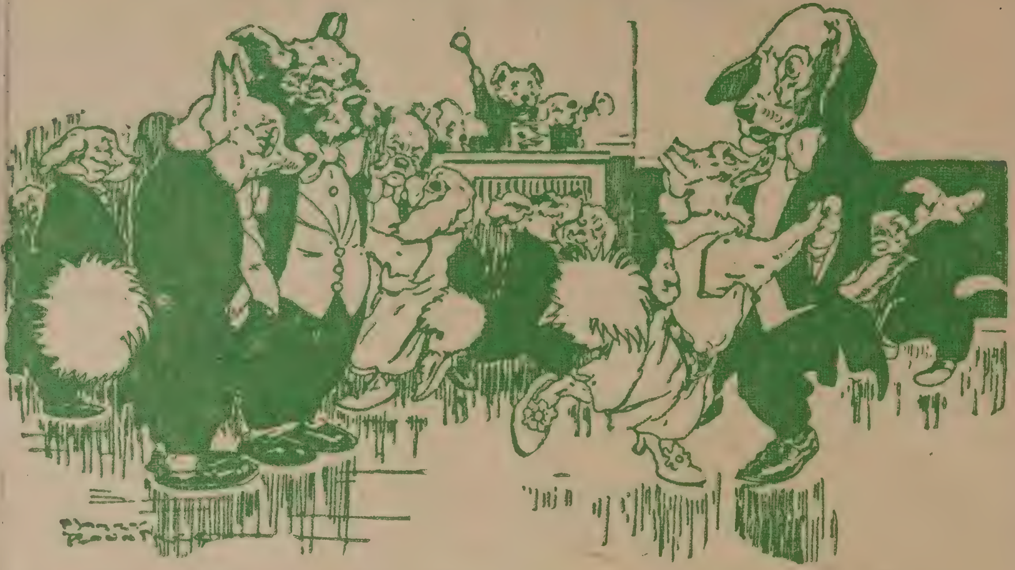
El alumno:

—Porque mi mamá cuando se acuesta dice: con Dios me acuesto y con Dios me levanto, y mamá se acuesta con papá y con papá se levanta.

Leonor Carrascal (Quilmes Oeste), F. C. S.

Con los chistes que publicamos hoy, queda clausurado este concurso.

PLANCHA POR PARTIDA DOBLE



—Acabo de hacer una gran plancha. Le dí mi opinión sobre esta reunión mistonga a ese viejo esperpento, que me la pidió, y luego me enteré de que es el dueño de casa. ¿Lo conoce usted, señorita?

—Sí. ¡Cómo no! ¡Es mi papá!

RAZON DE PESO

El empleado: — Señor: ¿quiere darme un día de licencia? Es para casarme.

El patrón: — ¡Cómo! ¿No acaba de tener usted quice días de vacaciones? ¿Por qué no se casó entonces?

El empleado: — Y... no quise malograr mis vacaciones

ANECDOTARIO DE PUCKY

EL ESTADISTA Y EL COLONO

Los diarios ingleses cuentan el siguiente suceso.

Un estadista británico, muy conocido por su visión optimista de la vida, fué a una de sus propiedades rurales.

Una tarde en que detrás de los cristales de una ventana veía caer la nieve, divisó a uno de sus colonos que, sentado en un tronco, en medio del campo, comía filosóficamente, sin cuidarse de la nevada.

Asombrado, el estadista tomó un paraguas y salió en busca del colono.

—¿Por qué come usted en medio del campo — le dijo, — cuando cae la nieve?

—Le diré, señor, — contestó el colono, perplejo, — es que... es que la chimenea de mi casa no funciona bien... Todo el humo queda dentro... me da tos... y por eso he salido al campo.

—Vamos a ver esa chimenea. Sí no funciona bien la haré reparar.

—Otro día, señor.

—No; ahora mismo. Guíeme.

Ambos fueron a la casa del colono.

El estadista llamó a la puerta.

Esta se abrió, y una mano vigorosa arrojó medio ladrillo, que pasó rozando la nariz del eminente político.

Y una voz agria, de mujer enfurecida, gritó:

—¿Quieres irte, miserable? ¡No vuelvas más, mal marido, y déjame en casa, porque de lo contrario te romperé la cabeza!

El estadista lo comprendió todo y alejóse prudentemente.

El colono lo siguió avergonzado y balbuciendo excusas.

—No se disculpe usted, — le dijo el estadista golpeándole cariñosamente en la espalda. — Yo también tengo en mi casa... una chimenea que funciona mal de tiempo en tiempo y me aguanto. Sin embargo, debo decirle que no dispara ladrillos como la de usted. Dispara cuentas formdiables... ¡Y eso es todavía más grave!

* * * *

EL NUMERO 33

Para dar idea del concepto que los europeos tienen del chino, refiere un escritor francés la siguiente anécdota:

El capitán francés llama a un marinero y le dice:

—En el camarote número veintitrés hay un chino muerto. Arrójelo al agua.

—Muy bien, mi capitán — responde el marinero.

Al otro día, el capitán vuelve a llamar al marinero, y le pregunta:

—¿Arrojó al chino del número veintitrés?

—¿Del veintitrés, mi capitán? Yo arrojé al del treinta y tres.

—¡Bárbaro!... ¿Qué ha hecho usted! ¿Había también un chino muerto en el treinta y tres?

—El decía que no, pero como estos chinos son tan mentirosos, no le hice caso y le arrojé a la fuerza.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana ...	$ 0.20
" atrasado ...	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números) ...	" 2.50
" " 6 " (26 ") ...	" 4.80
" " 1 año (52 ") ...	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países ... " "	12.00 "

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
DESESPERADO EL POB RE PIPERMIT, AL VER QUE NADIE ACUDIA A PRESTA RLE AYUDA Y LIBRAR A SU MAMÁ DE LAS TERRIBLES GARRAS DEL MISERABLE FAGIN, HIZO UN LLAMAD O A LOS BOY - SCOUTS, Y ESTOS VALIENTES MUCH ACHOS EN NUMERO DE 150 JURARON PRESTAR A YUDA PARA SALVAR A TEODORITA DE SU DESGR ACIADA SITUACION.
—INDÍCANOS EL SITIO DONDE ESTA ENCERRADA TU MA MÁ. NOSOTROS LA LIBRAREMOS DE FAGIN.
—¡POR AQUÍ, MUCHACHOS! LES PREVENGO QUE FAGIN TIENE UNA CARA MUY FEA, PARA QUE NO SE ASUSTEN AL VERLO.
1
—¡SAN DIE! ES EL PIBE. A LO MEJOR HA CONSEGUIDO QUE LO AYUDEN... SE ME OCURRE UNA IDEA GENIAL.
2
¡PUM!
¡PIM!
¡PAM!
¡CALLATE! COMO SIGAS CHILLANDO TE VOY A DAR TAL PALIZA...
—¡SOCORRO! ¡AUXILIO! ¡ECHÉN ABAJO LA PUERTA!
3
—¡APÚRENSE, MUCHACHOS! OIGO LOS LAMENTOS DE MI MADRE! ¡PRONTO! ¡ECHEN ABAJO LA PUERTA!
—¡JA, JA, JA! ¡GRITE NO MAS Y DIGALES QUE ECHEN ABAJO LA PUERTA! ¡JA, JA, JA! ME GUSTARIA VER LO QUE PASA SI ABREN LA PUERTA.
4
—TRAIGAN ESE TIRANTE PARA DESTROZAR LA PUERTA. NO TENGAN MIEDO MUCHACHOS. ¡ADELANTE!
5

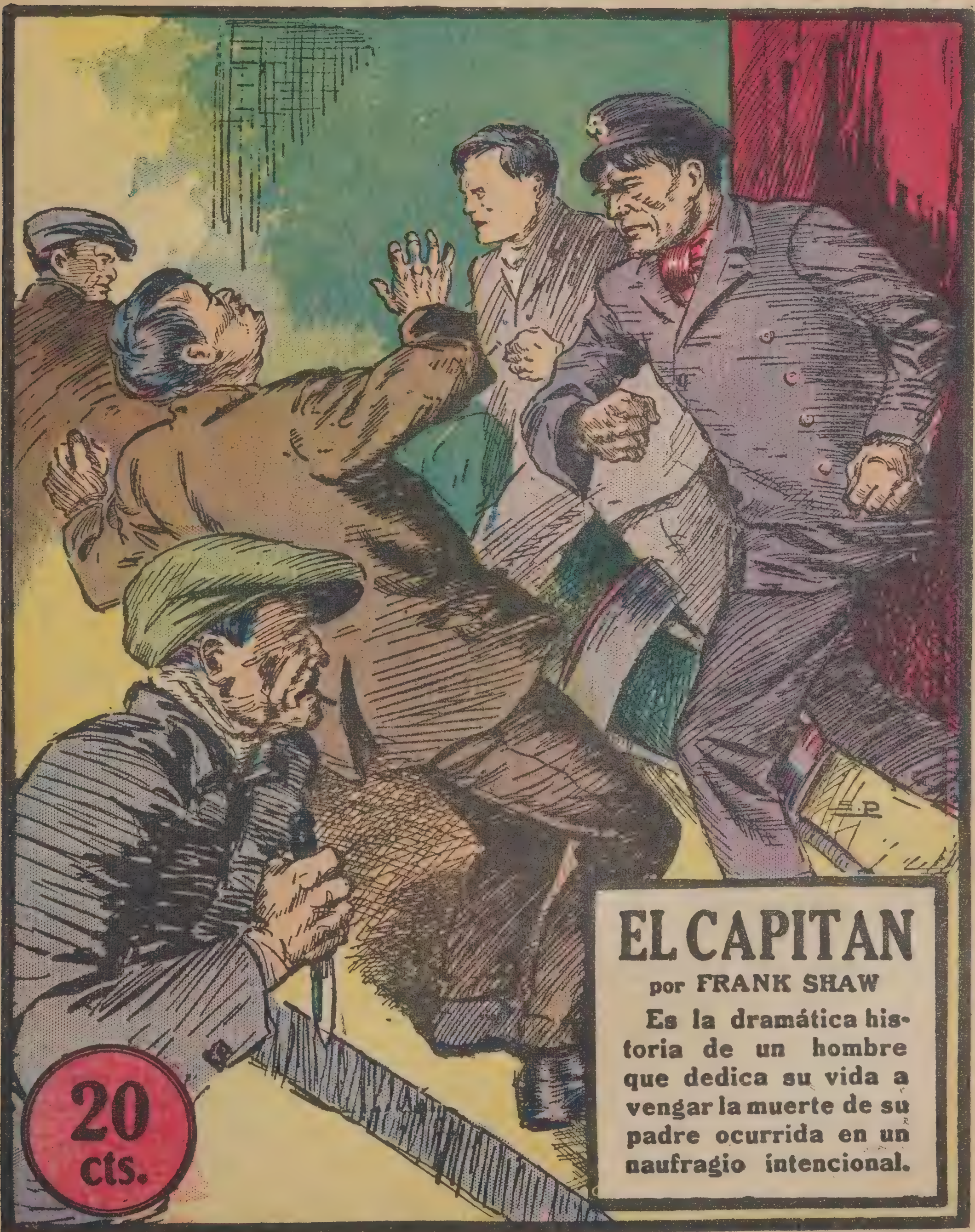
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Enero 25
de 1929

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VIII PUBLICACION SEMANAL No. 278



EL CAPITAN

por FRANK SHAW

Es la dramática historia de un hombre que dedica su vida a vengar la muerte de su padre ocurrida en un naufragio intencional.

20 cts.

Barnigugli y su
CUANDO MAS ENTRETENIDO SE HALLABA ATENDIENDO A VENTEVEO. BARNIGUGLI RECIBIO LA TRISTE NOTICIA DEL FALLECIMIENTO DE UN TIO MILLONARIO QUE LE DEJABA TODA SU FORTUNA, SIEMPRE QUE CUMPLIERA UNA CLAUSULA DEL TESTAMENTO QUE LE IMPONIA RECORRER EL CONTINENTE EN 60 DIAS. SIN GASTAR UN CENTAVO. BARNIGUGLI PARTIO EN EL PRIMER TREN, PERO COMO NO TENIA BOLETO LO HICIERON BAJAR EN LA PRIMERA ESTACION. PARA NO PERDER TIEMPO SIGUIO EL VIAJE A PIE ESPERANDO COLARSE EN ALGUN AUTO, MOTOCICLETA O AEROPLANO QUE ENCONTRARA POR EL CAMINO.
¡NUNCA SE HA VISTO NADA IGUAL! TODOS LOS AUTOS VAN EN DIRECCION CONTRARIA A LA MIA. ¿QUE PODRIA HACER PARA QUE VAYAN HACIA DONDE NO TIENEN QUE IR?
1
PUES SEÑOR: ME PARECE QUE AHORA, SI NO CAMBIAN DE DIRECCION, NO SERA POR FALTA DE MOTIVOS. ¡QUE IDEAS GENIALES SE ME OCURREN!
2
DISCULPE CABALLERO LA MOLESTIA PERO ¿NO QUERRIA USTED LLEVARME EN SU LINDO AUTO?
BUENO. SUBA PRONTO Y CALLESE QUE ESTOY MUY APURADO.
5
¡POR FAVOR! ¿A QUE VELOCIDAD VAMOS?
TODAVIA NO HEMOS PASADO LOS 120 KILOMETROS POR HORA.
6
SI, SEÑOR VIGILANTE. IBA MUY LIGERO PERO ES PORQUE MI AMIGO SE ROMPIO UNA PATA Y LO LLEVABA AL HOSPITAL.
¿AH, SI? ¡POBRE HOMBRE! DEJEME QUE LO LLEVE A UN SANATORIO QUE HAY AQUI CERCA YO TAMBIEN UNA VEZ ME QUEBRE UNA PIERNA.
¡OH! ¡OH!
9
SON DOS MESES DE CAMA. POCA COSA.

pingo Tragavientos
ALGUNOS DIRAN QUE PROCEDO MAL. PERO QUE PIENSEN QUE TENGO QUE CRUZAR EL CONTINENTE EN POCOS DIAS, VIAJANDO DE ARRIBA. Y QUE SI NO LO HAGO, ESTOY REVENTADO.
CAMINO CERRA
DO AL TRAFICO
VUELVA 10
Kms Y SI
A LA DEREC
3
¡MALDITO INCONVENIENTE!
¡AJAJA!
4
¡QUE JETTA! ALLI VIENE EL VIGILANTE QUE ME ENCAJARA UNA MULTA. HAGA LO QUE YO DIGA Y TOMAREMOS POR LA FARRA AL BOTON.
7
8
¿EH? ¿QUE ES ESO? ¿SE BURLA DE LA AUTORIDAD?
¡JA, JA, JA!
¡¡PLAFF!!
11
¡SALGASE DEL CAMINO, SOTRETA! ¡DEJEME EL PASO LIBRE!
DEPECH
12

PUCKY Magazine Nº. 278

Buenos Aires, Enero 25 de 1929

SUMARIO

Este número contiene:

	Pág.
EL CAPITAN, por Frank Shaw	5
LAS INICIALES EN EL ROSTRO, por Oscar Schisgall	15
EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON, por S. S. Van Dine	20
EL ESPIA DE NAPOLEON, por José Gollomb	25
EL MISTERIO DEL FUEGO PERDIDO, por Leon Berthaut	31
UN POCO DE HUMORISMO	34
TARZAN DE LOS MONOS, por Edgar Rice Burroughs	36
EL MISTERIO DE LA FRONTERA, por Thomson Burtis	50
ANECDOTARIO DE "PUCKY"	67

En el próximo número publicaremos, entre otros interesantes materiales de lectura, UN ASUNTO DE HONOR, por R. B. Sellar; EL TERREMOTO, por William Russell; EL CINCO DE ESPADAS, por Johnston McCulley.

VEA EN LAS PAGINAS 22 Y 23 LAS CONDICIONES DEL GRAN CONCURSO DE PUCKY

EL CAPITAN

Por FRANK SHAW

El capitán Cardmon dedica su vida a vengar la muerte de su padre, ocurrida en un naufragio intencional. Llega el momento en que consigue el mando de uno de los más hermosos buques de la misma compañía a que su padre perteneció. El buque no está asegurado y su hundimiento haría perder a la empresa medio millón de libras esterlinas. ¿Realizará el capitán su acto de venganza? De eso trata el siguiente conmovedor e intenso relato.

DE ENTRE LAS SOMBRAS

ERAN buenos botines, después de todo, aunque estaban un poco descuidados, así es que decidí lustrarlos lo mejor posible y tomé el pedazo de patata cruda, lo más eficaz que conozco para quitar las manchas de agua salada en el cuero.

—¿Dónde aprendiste eso? — me preguntó el hombre, un individuo grandote. Tenía el rostro tan quemado que le hacía competencia al color de sus botines.

—Mi papá siempre lo hacía así, señor. O, mejor dicho, me enseño a hacerlo, — le contesté. — Decía que era el único remedio cuando se llegaba a tierra con los botines manchados por el agua del mar y el cuero no quería agarrar la pomada.

Saqué las manchas lo mejor que pude y luego empecé a lustrar. Como decía, los zapatos eran buenos, de clase fina, capaces de recibir un lindo lustre. El calzado de que un hombre puede sentirse orgulloso. Cualquiera que usa esa clase de botines tiene una opinión decente de sí mismo, pensaba yo. Uno puede siempre decir quien es la persona mirando sus pies. Yo aprendí mucho sobre eso mientras fuí lustrabotas.

—Si mi camarero pudiera sacar un lustre así a los zapatos, merecería llamarse camarero, — dijo el hombre grandote con una sonrisa. — Pero no es capaz de hacerlo... ni por un queso. ¿No tienes un poco de pomada para venderme, muchacho?

Yo también me reí.

—Es pomada común, señor, — le dije.— Todo consiste en el modo de emplearla.

Se volvió a reir de nuevo al oír esto de manera que se hizo aún más simpático. Siempre me han gustado los hombres que cuidan su calzado.

Me dió medio dólar, yo se lo agradecí y él se alejó mirándose los zapatos y echando hacia atrás los hombros, como orgulloso del nuevo efecto. Luego apareció un hombre con botines que parecían barcos sucios, me dió el precio justo, renegando y sin una palabra de aprobación. Se metió en un charco antes de caminar diez yardas. Trabajo perdido, pensé yo.

Al día siguiente mi hombre moreno volvió y sonrióme cuando me toqué la gorra.

—Traté de excitar el amor propio de mi camarero; — dijo, mientras yo le arremangaba el pantalón, — pero, mira lo mejor que es capaz de hacer. ¡Empieza muchacho...!

Yo le lustré los botines, él me dio otro medio dólar y ya se alejaba, cuando se volvió con un movimiento de sus anchos hombros:

—¿Sabes, muchacho? Hay una cantidad de cosas que un camarero puede hacer, además de lustrar sus botines. ¿Dónde dices que aprendiste eso de la patata?

—Me lo enseñó mi papá, señor, — contesté.

—¿Era marinero tu padre?

—Contramaestre del "Minotauro", señor, cuando ese buque fué náufrago. Parece, a

veces, una suerte conseguir un buen puesto... pero no siempre lo es.

—Comprendo. ¡Triste cosa, muchacho! Bueno, bueno... el mar es un amo despótito. Hasta pronto.

Vino al día siguiente. Al poner el pie en el cajón, dijo:

—Mi camarero no sabe lustrar botines, chiquillo. Y cualquiera puede hacer el trabajo de camarero, que es tarea de mujer, ¿qué me dices?

—¿Qué quiere decir, señor?

—Que hay una vacante de camarero a bordo del "Tolerante". ¿No te gustaría desempeñar ese puesto? Por lo menos no tendrías que estar arrodillado en la acera todo el día.

Moví la cabeza.

—No hay vacantes para un muchacho que ha salido de Borstal, señor, — le dije, y él se puso a silbar.

—Eres sincero, al menos. ¿Cómo te llamas?

Le dije que Ricardo Hobbs, lo que no era mentira y me preguntó por qué me habían enviado al reformatorio. No autoritariamente, si no con interés. De manera que me confié a él, sin quejarme, porque sabía que lo que había hecho era malo, que merecí que me mandaran allí. Sí, lo había merecido y se lo dije.

—¿Te quedaste con algo que habías hallado? ¿Fué eso después del naufragio del "Minotauro"?

—Sí, señor.

—¿Pasaba necesidades tu madre? — El quería saber y se lo dije. Sí, ella no había quedado bien después del nacimiento de Miguelito. Encontré la cartera y... no había nadie a la vista. La señora Scrouge decía que lo que mamá necesitaba era alimento bueno y caliente. Entonces... entonces...

—Apuesto que el magistrado que te condenó no estuvo nunca expuesto a la tentación, — dijo el hombre grande y moreno. — ¡La vida es una función extraña! Los que se sientan para juzgar a los otros no saben a menudo por que camino han tenido que andar estos. Bueno... ¿Qué importa eso? El puesto de camarero te espera lo mismo.

Yo sentí deseos de levantarme y ponerme a bailar en medio de la calle. No lo hice porque me acordé de Hack Morton.

—Me he encaprichado contigo chiquillo, — dijo el hombre moreno. — Eres un buen trabajador y uno no encuentra siempre quien lo sea. Un hombre que es capaz de lustrar tan bien los botines puede hacer muchas cosas igualmente bien. Vete a bordo a eso de la una. Comerás algo. Aquí está mi tarjeta. Le dirás al marinero de guardia que te deje pasar. El "Tolerante" está anclado en la bahía Eudymion. O mejor todavía, yo vendré a buscarte a eso de la una y te llevaré conmigo... si quieres reflexionar en mi proposición.

Luego se fué y yo empecé a pensar en cosas agradables hasta que recordé de nuevo a Hack Morton. Entonces las cosas no me parecieron tan risueñas. Hack llegó una hora después para recoger el dinero que yo había ganado.

—Te necesito para el asunto de Sutton esta noche, — dijo cuando hubo guardado las monedas en el bolsillo, rezongando porque eran pocas. — Trae el informe a tiempo porque sino."

Las viejas cicatrices de mi espalda parecieron sensibles de nuevo. Le tenía mucho miedo a Hack, porque conocía bien el peso de la hebilla de su cinturón. Había visto lo que le había pasado a otros que habían querido escaparse. Pero tampoco quería hacer ese trabajo de Sutton. Hack me había seducido con el oficio de lustrabotas, cuando salí, después de haber cumplido mi condena. Esa era su táctica: conseguirse un muchacho que hubiera delinquido, moldearlo a su antojo y emplearlo en asuntos cómo el de Sutton. Yo me rebelé una vez o dos y las terrible cicatrices de mi espalda fueron el [illegible] que haría, apareció el hombre moreno, el capitán Alejandro Cardmon, según decía la tarjeta.

—Toma tus cosas y vamos a bordo, chiquillo, — dijo. — Me eché el cajoncillo a la espalda y lo seguí. No bien aspiré el aire salino de los muelles me sentí excitado. A menudo había deseado contemplar de cerca los barcos y aspirar el olor de las cuerdas alquitranadas; pero la policía de la aduana no me dejaba pasar.

—No tiene mal aspecto el "Tolerante", ¿verdad? — me dijo el capitán, mientras yo le seguía por la planchada. — ¿Te gusta?

Era un hermoso barco, grande y limpio, como los hacen ahora, aunque los estibadores estaban trabajando en él. Al poner pie en él experimenté el vago sentimiento de que era la clase de hogar que yo deseaba. Era extraño; pero eso fué lo que sentí.

Comparado con la cocina de Hack aquel barco de carga era una hermosa casa. En ese preciso momento se oyó un fuerte grito, lanzado por el hombre de la escotilla No. 3. Yo estaba mirando hacia arriba, observando como izaban un bulto y el capitán miraba hacia un costado, a un hombre que pintaba unas tablas. No sé que me impulsó, pero lo atropellé con todo el peso de mi cuerpo y lo lancé lejos, sobre el muelle. Cuando el bulto cayó, por haberse roto la cuerda, le pasó raspando. Le hubiera caído encima al capitán, a no ser por mí. Después de aquello hubo mucha gritería y yo me sentí aturdido.

—Te debo esto, Ricardito, — me dijo el capitán, sacudiéndose el polvo. — No estuvo mal. Veo que lustrar botines no es lo único que puedes hacer.

Luego le dijo unas cuantas cosas al estibador, que había acudido corriendo.

—Esto endulza la amargura de un hombre, — dijo dirigiéndome una sonrisa. — Ahora, Ricardito, ven conmigo.

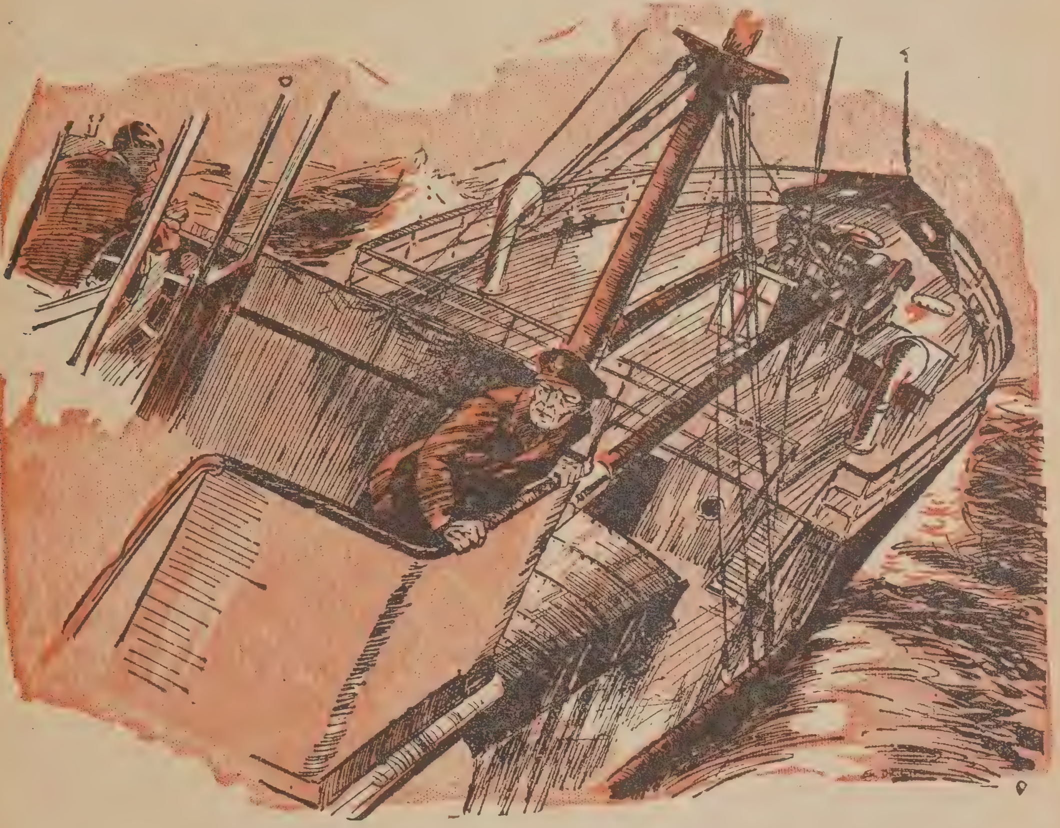
Fuí, pues, con él a su camarote que no estaba tan limpio como debe estar el camarote de un capitán. Agitó una campanilla y

nadie vino. Entonces asomó la cabeza por la puerta y gritó:

—Estoy seguro de que ha ido a emborracharse, ese holgazán inútil,—dijo.—Mira esos ¿qué te parece?—Señaló una fila de botines, todos buenos y todos cuidados. — Es mejor que te contrates como camarero mío, Ricardito — dijo. — No puedes ser peor que este desperdicio que me han enviado los propietarios del buque. Al contrario, será mejor. Te pagaré, naturalmente. Si tu padre era contramaestre del "Minotauro" debió ser un hombre bueno ¿aceptas?

nes son órdenes. Ya lo comprenderás cuando hayas estado a bordo algún tiempo. Y yo te acompañaré. Si Hack Morton es lo único que te ata, no te aflijas. — Se miró en el espejo. — Puedes creerme. He peleado a seis "rounds" con el campeón australiano de peso pesado, el año anterior y sólo logró derribarme por "foul". Ahora vamos a saber si el mayordomo se ha ido también a beber.

Fuimos al salón, donde estaba la mesa puesta, y el capitán me entregó al mayordomo, un hombre, tranquilo y frío, que me dió de comer en la despensa y me dijo que es-



"¡Diantre!" — exclamó el capitán. "¿Qué es eso?"

¡Oh! yo deseaba aceptar. Mis manos querían trabajar en aquel camarote. Pero pensé en Hack Morton.

—No es que piense tenerte de camarero toda la vida — me tentó el capitán. — El que trabaja a bordo siempre es marino y conocí un capitán de barco que empezó en la despensa.

—Hack Morton no me dejará ir, señor, — le dije. — Y luego, no sé qué tenía el capitán Cardmon que parecía penetrar los pensamientos más íntimos de uno; de pronto empecé a contárselo todo. Cuando terminé me dijo:

—Llevarás esta noche tu informe a la cocina, a la hora convenida, Ricardito. No te preocupes. Quiero que lo hagas. Las órde-

taría en el "Tolerante" sólo hasta que vinieran a relevarlo.

Cuando el capitán Gardmon hubo concluído de comer, me llevó nuevamente a su cabina y no pude menos de pedirle que me dejara barrer la alfombra. El se sonrió y se fué a cubierta. Encontré los utensilios necesarios para la limpieza y al cabo de poco rato la cabina brillaba.

—Tú eres el hombre que necesito — me dijo el capitán al volver. — Veo que no me he equivocado, Ricardo. Bueno, esta noche discutiremos el punto con Hack Morton.

Así, pues, cuando fuí a llevar mi informe a la cocina, el capitán me acompañaba. El lugar estaba casi lleno. La mayoría de los miembros de la pandilla estaban allí y me

parecieron más repugnantes que nunca. El asunto Sutton era un gran robo, tramado desde algún tiempo atrás.

—¡Ah!... has venido, — dijo Hack, mirando ceñudo al capitán. — Mejor para ti, mocoso.

—Sí, ha venido, — dijo el capitán, — y yo también. ¿Así que usted es el bribón que va en busca de niños para convertirlos en ladrones como usted? Bueno, .. esto es lo que pienso de usted.

Extendió la mano hacia la nariz de Hack y se la agarró. Sacudiósela de un lado a otro hasta que las lágrimas corrieron por las mejillas de Hack, mientras este chillaba, golpeaba y pateaba. — ¿Usted, estropajo, desuella a un chico vivo por que no quiere robar? — continuó el capitán y le dió un empujón, tirándolo contra la pared como si hubiera sido un muñeco. Luego se volvió a la pandilla, que se iba aproximando. Le dió a Somoke Learo, un golpe tan feroz debajo de la mandíbula que creí que le iba a hacer volar la cabeza. ¡A Somoke que se alababa de que ningún hombre podía con él! ¡Oh! era un hombre de fuerza, mi capitán. Luego Fox Butterworth se acercó a él, por detrás con un cuchillo; pero yo agarré una botella y la descargué sobre su muñeca. Empezaron a volar cosas. Y como la pandilla no andaba con miramientos, creí que matarían al capitán; pero éste, después de haber derribado a unos cuantos más con sus puños, sacó una respetable pistola.

—¡Sal, Ricardo! — dijo. — ¡Vete a esperarme afuera!

Pero yo no lo iba a dejar solo entre aquellos bandidos y así se lo dije. De manera que salimos juntos. La pandilla aullando y maldiciendo; pero sin atreverse a más.

Afuera marchamos lo más rápidamente posible; pero, después de un rato aflojamos el paso y el capitán se echó a reir.

—Te debo también esta, Ricardito. Hacía muchos años que no me divertía tanto. Pero creo que significa que te vienes conmigo de camarero ¿no? Puedes estar seguro de que, si vuelves a la cocina, no lo pasarás muy bien.

De manera que me fuí con él al "Tolerante", experimentando la impresión de un hombre que sale de un túnel para gozar de la luz del día.

* * * *

Durante todo el resto del tiempo que el "Tolerante" permaneció en el puerto marcharon bien las cosas. Yo no iba mucho a tierra, por temor de que Hack anduviera buscándome. En vez de eso trabajaba y aprendía todo lo posible de la vida de a bordo. Había comida buena y abundante y el viejo mayordomo se quedó por que el que debía relevarlo fué enviado a otro barco por error. El capitán era bueno, pero firme. Charlaba bastante conmigo, cuando yo estaba arreglándole su cuarto. El capitán de un buque de carga es el ser más solitario del mundo, creo. Si quiere conversar tiene que hacerlo de manera que no permita a sus subalternos familiaridades. No es que yo quisiera mostrarme familiar... Muy lejos de eso.

Luego se concluyó de cargar, vino a bordo un piloto y el "Tolerante" levó ancias. ¡Dios mío! ¡Qué hermoso me parecía todo! Aspirar aire puro después de tener los pulmones saturados de hollín y de petróleo. Poder caminar sin miedo a los vigilantes que lo persiguen a uno. Estar seguro de que podía dormir sin temor de que me despertara Morton o alguno de la pandilla y me diera de azotes con el cinturón, porque había cometido alguna torpeza.

—Esta vida te sienta mucho, Ricardito, — me dijo el capitán, después que capeamos una terrible galerna, en el Golfo de Vizcaya. Estás criando carnes y volviéndote moreno. Me alegra decirte que no estoy arrepentido de haberte tomado a bordo. ¿Te gusta el barco y esta vida?

Le dije que sí. Nunca había creído que se pudiera vivir tan decentemente. Y pensaba que quizá llegaría un tiempo en que yo también podría mandar un barco tan lindo como el "Tolerante", o por lo menos, ser contramaestre, como lo fuera mi padre.

—Hay una cosa, muchacho: — me dijo un día el capitán; pero en vez de sonreir hizo una mueca de amargura — el "Minotauro" no fué hundido intencionalmente; de modo que tu padre no murió asesinado. Era un lindo barco, el "Minotauro". Lo recuerdo bien. Pertenecía a gente honrada. Pero, a pesar de eso, el mar te envió al reformatorio. Me sorprende que no odies el mar.

Yo debí tener aspecto algo intrigado, porque continuó:

—Bueno, lo que quiero decirte es esto: el mar te llevó a tu padre y dejó a tu madre en la miseria. Por que ella se moría de necesidad, tu cometiste un delito, según la ley, que no tiene en cuenta las circunstancias, cuando dicta sentencia.

—La culpa fué mía, señor, — dije, cuando entendí el discurso. — Yo sabía que debía haber entregado esa cartera al vigilante. Me hubieran dado una recompensa.

Pareció que él iba a decir algo más; pero no lo hizo. Sólo una o dos veces, mientras le lustraba los botines, alcé la mirada y lo ví observándome con curiosidad. Luego, después de un largo silencio, me dijo desesperadamente; como si necesitara confiárselo a alguien:

—El mar me arrebató también a mi padre, Ricardo. Se hundió con el "Timonel". Era un buque perteneciente a la misma compañía que el "Tolerante". La Compañía "T" como la llaman sus dueños, porque todos los nombres de sus buques empiezan con esa letra. Luego quedó nuevamente silencioso y yo seguí lustrando sus botines.

Pero como media docena de veces, antes de que yo concluyera de limpiar el camarote, porque me parecía que nunca estaba bien, pareció querer decirme algo, aunque se contuvo.

—¿Cómo se apoderó Hack Morton de ti? — me preguntó. — Aquella casa era un in-

fierno. Te debo el haberme divertido mucho en ella.

—Se apodera de muchos muchachos, señor, — le contesté. — Hace que alguien nos espere cuando terminamos nuestra condena. Al salir de un lugar como Borstal uno experimenta el deseo de esconderse dentro de un agujero y echarse la tierra encima. Parece que no tuviera en el mundo un solo amigo y que los vigilantes lo persiguen siempre. El hombre que envió a esperarme era muy simpático y de bondadosos modales. Me dijo que mamá y Miguelito habían muerto. De manera que no tenía donde ir.

El capitán se movió un poco en su silla.

—¿De manera que tu madre murió después que te condenaron a cumplir una sentencia en Morstal, por haber tratado de salvarle la vida? No valía la pena ¿verdad?— se movió un poco más.

—Cuando mi padre se hundió con el "Timonel", aquello mató también a mi madre, —continuó el capitán. — Las mujeres tienen el corazón más débil de lo que creemos. Mi madre murió en la enfermería de un asilo, Ricardito ¡Sigue!

—Fuí con aquel hombre. Me llevó a su casa. Me dió una comida decente y algunas ropas que no olían a Borstal. Y luego me llevó a ver a Hack, que me engatusó con el cajón de lustrar botines. Yo creí que esto era solamente interés por un muchacho que había caído una vez y no deseaba caer la segunda. Pero luego hablaron los otros muchachos y sus conversaciones eran como las del reformatorio. Después me dijeron que tenía que desempeñar una tarea. No parecía cosa muy grave, del modo que me la presentaron. Sólo se trataba de quedarme vigilando fuera de una casa y silvar, si veía aproximarse a alguien. Dije que prefería no hacerlo y Hack Morton me castigó con el extremo, provisto de una hebilla, de su cinturón. De modo que fuí. No me gustaba hacer eso, porque cuando supe que mamá había muerto me pareció que era yo quien la había matado... De manera que no deseaba hacer nada que pudiera disgustarla.

—¿Después... de muerta, Ricardito?

—Si es cierto lo que dicen algunos, los muertos ven lo que hacemos.

—¡Ah!... — prosigue.

Seguí contándole como Smoke estuvo a punto de ser atrapado y lo hubiese sido si no hubiera asesinado al vigilante que lo perseguía; como yo fuí azotado otra vez con el cinturón por no haber hecho la señal a tiempo. Que me había escapado y me encontraron de nuevo. Le conté todo lo que me había ocurrido hasta que salí de la cocina de Hack y cuando terminé, el capitán encendió su pipa y me dijo.

—Me alegro de haber necesitado hacerme lustrar los botines aquel día, Ricardito. — Ahora vete a acostar. ¡Buenas noches!

* * * *

Varias veces, después de aquello parecía que deseaba decirme algo — yo pensaba que ardía en deseos de hablar — pero se contenía. Hasta que llegó un momento en que no pudo callar más. Se confió a mí como un hombre que no puede soportar más el peso de un secreto.

—Ricardito, — dijo, — tengo que confiarme a alguien. — Sé todo lo que a tí se refiere, de manera que tú puedes oir lo mío. ¿Por qué crees que he trabajo como un negro y luchado tanto?.

Varias veces me había hablado de su ruda lucha para obtener el mando del "Tolerante". Lo miré sorprendido porque había en su voz una nota que nunca había oído; algo de temeridad y desafío.

—Pues... señor, supongo que por el placer de mandar un barco tan lindo como este — contesté.

—Sí, sí, — me contestó impaciente, — pero no es eso solo. Te lo contaré, pero tienes que jurarme que no dirás palabra a alma viviente. — El me había sacado de la cocina de Hack y yo juré sin ninguna dificultad. En seguido empezó a contarme cosas acerca de los buques que cruzaban el mar.

—Confío en tí — me dijo. — Este buque pertenece a la misma compañía propietaria del perdido "Timonel". ¿Esto no te indica nada, mi héroe? El "Timonel" fué el barco que naufragó con mi padre, cuando yo tenía poco más o menos tu edad. No era un barco bueno como este. Ni aproximadamente. Estaba viejo, podrido, remendado con masilla; un verdadero ataud, cuyas máquinas y timón funcionaban mal. Pero Treadwell, Truebury y Cía., lo mandaron hacerse a la mar, al mando de mi padre. ¡Y habían resuelto hundirlo para cobrar el seguro! Lo cargaron con rieles, en el mes de Febrero; a bordo iba cierto bribón encargado de abrir un rumbo, a fin de que la compañía pudiera cobrar el seguro, aun a costa de las vidas de sus tripulantes. ¡Malditos hipócritas!

Su rostro mortalmente pálido tenía una expresión extraña. Temblaba como un hombre presa de violenta cólera.

—Lo habían hecho antes, los viles asesinos,—exclamó paseándose de arriba a abajo por la cabina. Hundían los barcos para cobrar el seguro, matando la gente que iba con ellos. Eran iguales a tu Hack Morton, Ricardito. Esperaban hasta hallar un hombre desesperado por su mala suerte (mi padre había sufrido una reprensión por haber encallado un buque, durante la niebla, debido al descuido de un oficial), y luego le ofrecían, por una paga miserable, el mando de un buque que ningún capitán que se respetara a sí mismo hubiese aceptado. Le dieron el "Timonel" a mi padre, y como su antigua compañía no quería saber nada con él, después de la investigación, no tuvo más remedio que aceptar para no quedarse vagando por los muelles. El barco era una trampa, podrida y mortal, asegurado en dos veces su valor. Y cobraron el seguro, muchacho, lo cobraron hasta su último penique, porque el "Timonel" se fué a pique en un furioso temporal y sólo se salvó un hombre: que me contó a mí la verdad. Bueno, Truebury y Cía. ¿asesinaron o no a mi padre?

Sus ojos al fijarse en mi rostro, parecían carbones ardientes.

—Claro que lo asesinaron, señor.

—Tienes razón, Ricardito. Fué un asesinato premeditado, por lucro. Diez veces peor que el cometido por un hombre en un arrebato. No había pruebas contra ellos. El hombre que me lo dijo, no podía probarlo. Solamente lo creía, y el creer una cosa no vale mucho ante la justicia. Yo no lo supe hasta algún tiempo después, ni lo hubiese sabido, si el hombre no descubriera su secreto estando borracho. Trató de negar,, una vez sobrio, peró había dicho demasiado. Mi madre murió de pena en la enfermería de un asilo. ¿Qué te parece, Ricardo? Y ahora yo estoy al mando del mejor buque de la compañía. ¡La vida es irónica a veces! Dudo que ellos relacionen mi nombre con el de mi padre. Han olvidado cómo consiguieron dinero para construir hermosos barcos; pero yo no...

Tenía ahora un aspecto frío y terrible, como la noche de la cocina, cuando me libró de las garras de Hack.

—¿Pero por qué aceptó usted el mando de uno de sus buques, si experimenta esos sentimientos, señor? — no pude menos de preguntarle.

—Porque tengo buenas razones, muchacho. Hay muchas cosas que tú no comprendes sobre el mar y los buques. He visto una oportunidad de vengarme. Ahora ellos dirigen su flota a la moderna. No gastan dinero, si pueden evitarlo. Asegurar un buque, del que están seguros llegará salvo al puerto, es gastar dinero sin necesidad. Este buque no está asegurado. Si entiendes lo que significa...

Naturalmente que no entendí mucho.

—Ellos tiene un fondo de reserva para el caso de pérdida. Si un buque se pierde, el fondo merma. ¿Entiendes ahora?

Yo no entendía. Sabía lustrar botines y limpiar hasta dejar brillante, una cabina; pero el trabajo de oficinista nunca me había tentado.

Si este buque se perdiera, — continuó el capitán en voz tan baja que apenas llegaba a mis oídos. — Treadweel, Truebury y Cía. perderían medio millón de libras esterlinas. Y no tendrán oportunidad de recuperarlas. ¿Comprendes ahora? Y ellos aman el dinero; perder quinientas mil libras esterlinas será como sacarles quinientas mil gotas de su sangre. Puede arruinarlos también, probablemente los arruinará. No es una compañía tan rica como para poder soportar semejante pérdida sin sufrir un fuerte descalabro. Por eso he desempeñado este papel de hipócrita, corrido riesgos. Si hubiera dedicado mis esfuerzos a trabajar en una compañía decente, con la misma energía, podría hoy ser comandante de una flota. ¡Quinientas mil libras, Ricardito! El precio de la vida de veintiún hombres.

Entonces empecé a comprender mejor.

Más tarde me habló sobre lo mismo. Ya no había en él aquel acento de odio; más bien era de burla.

—¿Se puede confiar en tí, Ricardito? — Una sola mirada le bastó para estar seguro de ello. — Continuó:

—Tengo que decirte que ya está todo pronto. Este buque hace su último viaje. Va a naufragar; pero, seguramente no se perderán vidas. Puedo destruir un barco; pero no la vida de un solo hombre. Sin embargo, hay una cosa: si el barco se hunde, del modo que he pensado, se hará una investigación. Yo sería responsable, aunque probara ,hasta donde es posible, que se trató de un accidente. Luego me encontraría sin trabajo. Y un hombre que se arruina a si mismo por satisfacer su odio es un tonto. Es lo mismo que cortarse uno la nariz o escupirse el rostro. Pero tengo un plan: la compañía perderá su buque; pero yo no me arruinaré. Todo el mundo va a creer que este barco se ha hundido muchacho; pero no será así. Mientras anduve por el mundo, trabajando para conseguir este puesto, aprendí más de lo que ordinariamente sabe un marino. Sé que hay sitios donde uno puede conducir un buque y venderlo por dinero suficiente para poder pasar sin privaciones el resto de la vida, sin que se le haga una sola pregunta. Sé de un lugar, Ricardito, donde un hombre puede llevar un navío, venderlo, y convertirse en un personaje de importancia, algo así como el almirante del lugar y hasta el presidente, si se lo propone. ¿Qué te parecerá ser el brazo derecho del presidente, mi lustrabotas? Presidente ¿comprendes? Igual a los reyes de Europa. ¡Qué suerte para un hombre! Ricas y hermosas mujeres para casarse cuando uno quiera. Porque, trabajando en mi venganza, nunca he tenido tiempo de ocuparme de las mujeres. Treadwell, Truebury Cía., han devorado mis mejores años; me darán ahora, ¡malditos sean! las cosas buenas de la vida. Me pregunto por qué te digo estas cosas...

Pero yo lo sabía: no confiaba en nadie más y sentía deseos de desahogar su corazón.

—Mi plan es muy hábil, Ricardito, — prosiguió siempre burlón. — Y si me ayudas, participarás de mi fortuna. Necesito tener alguien a quien ayudar, en quien confiar. Pensé en una o dos personas más; pero creo que tú eres la indicada. Vamos a esperar hasta que estemos cerca de donde pienso dirigirme y luego fingiremos un deplorable desastre marítimo, con buen tiempo y en aguas tranquilas, Ricardito. Esto sucederá dentro de una semana. El buque chocará contra un buque hundido, en la obscuridad. Se abrirá un rumbo como para hundir diez buques de su tamaño. ¡Oh! lo he calculado todo bien. ¿Me ayudarás?

Recordando el cinturón de Mack Morton ¿qué otra cosa podía contestar sino que lo haría? Además, yo amaba al capitán Cardmon, como si hubiera sido mi propio padre. Y me parecía que estaba en su derecho. La compañía había asesinado a su padre; la justicia exigía que pagara por ello.

—Todo marcha bien, entonces, — dijo el capitán. — He aquí cómo se hará la cosa: Un poco de dinamita, hecha explotar debajo, hará creer a cualquiera que esté despierto que hemos chocado contra un obstáculo. Naturalmente, que no existirá tal obstáculo. Habrá unos pocos agujeros, hechos apresuradamente, después que el carpintero haya efectuado su sondaje de la noche. Todo **marchará como sobre carriles. No puede fa-**

llar. La tripulación estará aturdida por el sueño y cuando se le ordene bajar a los botes, lo hará. Habrá mucha confusión y tú estarás junto a mí. Nos quedaremos a bordo. Para cuando llegue el día, ya estaremos a muchas millas de distancia de los botes. Y los que vayan en ellos creerán que el buque se ha hundido. En vez de eso marchará tranquilamente hacia el lugar donde yo deseo. Se considerará perdido y Treadwell Truebury y Cía., rechinarán los dientes.

—¿Y la gente de los botes?

—Nada les ocurrirá; los botes están bien provistos, con agua en abundancia, y siempre reina buen tiempo en esos lugares. No tienes que preocuparte por ellos. Yo soy más considerado con mis hombres de lo que fueron Teadweel, Truebury y Cía., perros malditos.

Yo sentía que el hermoso buque fuera vendido a piratas o contrabandistas extranjeros, que no lo cuidarían ni apreciarían debidamente. Para ellos no era más que un montón de madera, acero y cuerdas. Aunque esto me preocupaba menos que otra cosa. El capitán era demasiado hermoso y grande para convertirse en una especie de pensionista de Borstal. La justicia estaba, al parecer de su parte; pero hay circunstancias en que la justicia no es bastante.

Pero las cosas pasaron como él las había dispuesto. Y debo decir que el naufragio estuvo tan bien simulado que hasta yo que sabía a qué atenerme, creí durante mucho rato que era real. Puso un trozo de dinamita abajo, donde no pudiera causar daño, con una mecha. Y el ruido de la explosión casi me arrojó de mi litera. Luego la sirena empezó a sonar como enloquecida. Oí el ruido del agua que entraba en el buque, el ruido más aterrador que pueda oír un hombre. Me puse algunas ropas y subí a cubierta, donde oíamos gritos y corridas. Al cabo de unos instantes oímos la voz del capitán, que estaba en el puente, como es natural.

—No hay nada que hacer ¡Bajad los botes!

Los hombres corrían de acá para allá, asustados, sin saber lo que hacían. Fuí al puente, donde el capitán estaba con el segundo piloto. Mi puesto, como camarero particular, estaba a su lado. No me avergüenzo de decir que estaba yo bastante asustado, porque me parecía que el naufragio iba a ocurrir de veras. No sé como me contuve de saltar a los botes salvavidas.

—Debe haber chocado contra algún buque hundido, señor — dijo el segundo piloto.

Sentí un estremecimiento, como si hubiera estallado debajo una mina. La plancha del fondo debe haber sido arrancada.

—Así parece — contestó el capitán. — Cuando se hunda, irá al fondo como una piedra.

—¡Vaya a su bote! Yo me quedaré aquí ¿Quién es?

Le dije que era yo y si necesitaba algo.

—Traeme el sobretodo y el reloj de mi camarote, Ricardito y ponlos en el bote salvavidas de estribor.

Lo hice. La tripulación estaba ya en los botes. Podía oír castañeteo de dientes.

—¡Bajad! ¡Pronto! ¡Se hunde! — gritó el capitán. — Hubo un poco más de confusión y de pronto las luces se apagaron, a tiempo que los botes eran bajados de sus pescantes. Después de eso reinó una obscuridad profunda; los botes se alejaron y la noche se los tragó. Yo volví al puente, aunque hubiera deseado estar en uno de los botes; pero el capitán estaba allí, de manera que no podía abandonarlo.

—Te he enseñado a manejar el timón — me dijo al verme. — Dirige hacia el oeste por un rato. Yo voy abajo.

Después de un tiempo, que me pareció muy largo, regresó el capitán.

—Todo ha salida a las mil maravillas, Ricardito. Una vez que estemos lejos, podremos marchar tan cómodamente como lo deseemos. Vamos a tener que trabajar fuerte; pero piensa en el resultado. Tengo ganas de subirme al palo mayor y gritar.

Pero yo no experimentaba el mismo entusiasmo. No era yo, un muchacho del reformatorio, quien podía encontrar malo aquello; pero hubiera deseado que el capitán no lo hiciera.

—No pareces tan contento como debieras, Ricardito — dijo el capitán. — Piensa que dentro de tres días tendremos dinero para quemar, lindas muchachas y que quizá muchas personas, al pasar nosotros, se tocará la gorra diciendo: "Señor".

—Los tripulantes serán recogidos dentro de poco, si es eso lo que te preocupa — me dijo. Pero yo no estaba pensando en la gente de los botes, el continuó: — Dirán a todo el mundo que el "Tolerante" naufragó y que su valiente capitán estuvo hasta lo último en su puesto. Se hablará de mí como de un héroe y Treadwell Truebury y Cía., tendrán medio millón de libras menos que anoche.

Se paseó rápidamente por cubierta un rato.

—Mantén siempre ese rumbo — me dijo. — Voy a bajo a cuidar los fuegos; las máquinas funcionan muy bien.

Yo seguí al timón hasta que él volvió. Luego bajó a la cocina e hice un poco de café caliente, que nos vino muy bien, aunque hacía tanto calor que casi no podíamos respirar. Nos turnamos en el timón hasta que llegó el día, un amanecer maravilloso, rojo, amarillo y violeta. Miramos alrededor: el mar nos pertenecía. Todo marchaba de acuerdo al plan.

—El noventa por ciento de los tripulantes de un barco no se necesita — dijo el capitán. Dos hombres bastan para conducirlo. Pero no creo que podamos dormir hasta que no estemos anclados en seguridad. Ricardito ¿por qué no te ríes como antes?

Insistió en saberlo, de manera que reuní mi valor, el valor de que hacía gala cuando Hack me pegaba con su cinturón por negarme a hacer lo que él decía, y hablé.

—Siento mucho esto, capitán.

—No creas que vas a verte en dificultades,

de manera que puedes tranquilizar tu espíritu — gruñó el capitán.

—No tengo miedo de las dificultades, señor — contesté cortésmente. — Soy sólo un ex pensionista del reformatorio y disgusto más o menos no me preocupa. Sólo pienso que es lástima que haya usted hecho esto.

Me miró sonriendo.

—¿Tú piensas mucho en mí, Ricardito?

—Sí; usted me libró de las garras de Hack — contesté. — Un hombre agradecido no olvida esto.

—Yo también pensaba mucho en mi padre — dijo. — Más que tú en mí, muchacho. Para mí era una especie de Dios y me lo asesinaron.

A pesar de sus palabras, yo no me sentí convencido.

—Van a sufrir, muchacho. Van a probar los tormentos del infierno, como yo los he probado...

Al decir estas palabras el "Tolerante" dejó oír una especie de crugido desagradable, se balanceó un poco hacia un costado, luego volvió a enderezarse y continuó avanzando despacio, porque no habíamos dado toda la fuerza a las máquinas. Ibamos hasta cierto punto descuidados, porque el mar estaba claro, el día brillante y habíamos dejado los fuegos bien provistos y las máquinas aceitadas.

—¡Diantres! — exclamó el capitán. — ¿Qué es eso? Corrió hacia el costado del puente y miró por encima de la borda. Luego volvió a donde yo estaba, y su rostro, un poco pálido bajo el tostado del sol, ostentaba una sonrisa que era más bien una mueca.

—Fingimos un desastre, Ricardo y se ha convertido en realidad. Si quieres que te lo diga en buen inglés, hemos chocado contra un barco sumergido; allí está a popa, el maldito asesino.

Seguí la indicación de su dedo y vi algo menearse a popa, como una ballena semisumergida. Al ver aquello sentí un estremecimiento de frío.

—Creo que el daño es grande, — dijo el capitán. — ¿Oíste el chillido de las planchas cuando chocó? — Parecía el grito de una mujer castigada, — pensé yo que lo había oído muchas veces en la cocina de Hack. El capitán, después de recomendarme que me mantuviera en el timón, bajó, volviendo a los pocos momentos.

—Me parece que ahora va de veras. El buque hace agua. ¡Qué burlón es el destino, Ricardo! Se ha vuelto contra Treadwell, Truebury y Cía.

—O más bien dicho contra usted, señor.

—¿Qué quieres decir con eso, ratón de Borstal?

—¿Acaso es ahora de la compañía el barco, señor? — contesté. — ¿No es suyo?

Yo no estaba enojado porque me hubiera llamado ratón de Borstal; podría haberme dicho cualquier otra cosa sin ofenderme. Sólo le había dicho lo que se me aocurrió.

—¡Al diablo! Entonces es de mí, de quien se ríe el destino. Bueno, todavía ha quedado el bote chico y hay bastante vapor en las calderas para mover los manubrios y bajarlo. Deja la rueda, Ricardito y pon algunas provisiones en el bote. No te olvides de agua y pon un cajón de whisky.

—¿Se está hundiendo, entonces el buque señor?

—Se mantiene a flote debido a sus tabiques; cuando éstos cedan, se hundirá. Y a no ser que el barómetro mienta, tendremos un temporal de padre y señor mío, antes de que llegue de nuevo la mañana. Cuanto más pronto echemos el bote al agua, mejor para nosotros.

—¿Pero tardará en hundirse todavía, señor?

—El tiempo no tiene importancia. Si hacemos funcionar las bombas incesantemente, podríamos llegar a algún puerto de refugio; pero será una tarea del diablo. Y todo depende de la resistencia de los tabiques, además. Cuando hay temporal, ya es bastante malo para un barco sano, cuanto más para uno herido.

—Mire, señor, — le dije. — Este es un buen barco: una perla. Es una lástima que se pierda, ¿no le parece? Ahora está en su Borstal; pero si se le deja ir al fondo, es como ahorcar a un hombre sin permitirle una oportunidad para demostrar que queda algo de [illegible]cencia en él.

Movió la cabeza.

—No podemos llegar en él a Santa Marta — dijo.

—Pero podemos hacer lo posible para llevarlo al puerto más próximo, — dije. — Y si lo hacemos, nunca tendremos que temer de la policía. En cierto modo, hemos ro...

—¡Ricardito, despojo de Borstal, me estás predicando un sermón! — Me tomó por el hombro y me sacudió de tal modo que mis dientes castañearon.

Tuve miedo y se me hizo un nudo en la garganta; pero alguien dijo por mí.

—Lo que se, señor es que no es cosa agradable tener que esconderse cada vez que se encuentra un policía.

Me soltó y empezó a caminar por el puente inclinado. Luego se detuvo frente a mí y me dijo:

—Hablas valerosamente de salvar el buque... Pero es tarea para doce hombres. ¿Estás dispuesto a hacer tu parte?

—Hasta donde pueda resistir, si señor.

—¿Y por qué? ¿Por qué? — casi aulló en seguida. — ¿Por qué?

No tenía tiempo para pensar y le dije lo primero que se me ocurrió.

—Para que no tenga usted que huir cada vez que vea un policía, señor.

Volvió a poner sus manos en mis hombros; pero esta vez no me sacudió. Pareció por un momento que iba a abrazarme; pero no lo hizo. Me miró, como recuerdo lo hizo mi madre, cuando me separaron de su lado y supo que yo había retenido aquella cartera para proveerla de lo que necesitaba.

—Eres mil veces mejor que yo, Ricardito — dijo. — ¿Es el mar que te ha enseñado honradez o ésta estaba ya en tí? Bueno, lucharemos para salvar el buque. Sea, como

fuere, nos hemos burlado de Treadwell, Truebury y Cía., porque estando en nuestro poder arruinarlos, no lo hemos hecho. Cierra el timón, en donde está y ven conmigo abajo hasta que consigamos hacer funcionar las bombas.

Bajamos y empezamos a trabajar. Apuntalamos los tabiques con grúas y todas las trancas que pudimos encontrar. ¿Trabajo? Os doy mi palabra que fué rudo. La noche nos sorprendió; pero sin traernos ningún descanso. Había que correr de un aldo a otro tan pronto alimentando el fuego, tan pronto dándole a las bombas. Y luego estalló el temporal, tomándonos desamparados.

—Ahora, Ricardito, — dijo el capitán, mientras subíamos con trabajo hasta el puente, — veremos si resistimos o no. Sea como fuere, el bote no aguantaría ni un minuto en medio de la tormenta. De manera que nuestra única esperanza es la resistencia del barco...

—¿Y la gente de los botes? — pregunté. — ¿Si se hunden, no los habremos asesinado?

Después de esto, el capitán no volvió a hablar. Trabajó y yo junto con él. Necesitábamos todo nuestro tiempo y todas nuestras fuerzas para mantener al "Tolerante" a flote. Esperábamos, hora tras hora, sentir ceder los tabiques y en ese caso no había esperanza de vivir diez minutos más. Durante treinta y seis horas no hubo para nosotros ni reposo, ni alimento, ni sueño.

Luego el huracán calmó; divisamos tierra a proa y un gran trasatlántico, que venía hacia nosotros a popa. Tan pronto como estuvó a distancia para hacer señales empezó a agitar sus banderas. El capitán interpretó las señales.

—Ha recogido a nuestra tripulación, Ricardito. Todos están en salvo. Desea saber si puede ayudarnos, aunque el mar está demasiado agitado para bajar un bote. Bueno, muchacho, tú has salvado al "Tolerante". ¿Qué dices?

—Puesto que lo hemos traído hasta aquí, señor, — contesté, — creo que podemos seguir adelante.

—Si les decimos que necesitamos ser remolcados, Ricardito, ellos podrán reclamar directo de salvamento y Treadwell, Truebury y Cía., tendrán que pagar una buena suma. Ellos mataron a mi padre, Ricardito, no lo olvides...

—Ya lo sé, señor, que usted es mucho más grandes que Treadwell, Truebury y Cía. Cuando se hace algo que vale la pena, hay que hacerlo bien.

—Yo soy de tamaño común, Ricardito, mi héroe de Borstal. Eres tú quien lo ha hecho. Bueno, seguiremos viaje, como hasta aquí.

Y así lo hicimos. Llevamos al "Tolerante" hasta el puerto. Cuando el capitán fué al camarote, después de haberlo dispuesto todo, me encontró limpiando sus botines con un pedazo de patata cruda.

—Ricardito, — me dijo, —eres la perla de los camareros; pero... — me quitó la media patata y la arrojó lejos. Luego me abrazó.

—No necesitaré ocultarme cuando vea a un policía, — dijo, — gracias a tí.

Vendedor: — ¿Le interesa ese modelo, señor? Si quiere le explicaré algunos detalles del motor...
Visitante: — No se moleste. Me interesa este coche porque todavía no me ha atropellado ninguno de esa marca.
Vendedor: — Es un tipo nuevo que aún no ha salido a la calle.

El discípulo: — ¿Por qué me ata?
El boxeador profesional. — Hay que ser previsor. Piense que estamos en un tercer piso y que a lo mejor de un golpe lo hago salir por la ventana...

El abuelo: — ¿Y para qué quieres ser vigilante cuando seas grande?
El pibe: — Para ver los partidos de football sin pagar y poder colocarme delante del público.

El editor: — Joven; me ha salvado usted la vida. ¿Cómo podré recompensarlo?
Poeta: — Publique uno de mis poemas que tiene en su poder.
El editor: — Echeme otra vez al río.

LAS INICIALES EN EL ROSTRO

Por OSCAR SCHISGALL

PODEIS burlaros de las coincidencias, casualidades, destino y todos los otros subterfugios a que recurren los escritores, en su desesperado esfuerzo para librar a su obra vacilante del olvido eterno. Tampoco yo creo en esas cosas, pero no hace mucho tiempo me pasó algo que me hizo pensar si tan frío cinismo se justifica. Pueden ocurrir cosas extrañas, debido a la simple casualidad.

Harry Cortel vino a verme para nuestra cahrla semanal, un sábado por la noche. Es sargente de policía y siempre tiene una docena de anécdotas referentes a los acontecimientos sensacionales de la semana. Satisfecho, aspirando bocanadas de humo de su cigarro, se sienta en un cómodo sillón, frente a mí.

Harry es un hombre grandote, que tiene las líneas generales de una morsa. Debe pesar más de doscientas libras y sobre sus gruesos labios luce un bigote provisto de guías agresivas. Generalmente cruza la manos sobre el vientre, suspira y me sonríe con benevolencia, antes de empezar la conversación; pero esa noche parecía preocupado e inquieto.

—Frank — me dijo, — he cometido una mala acción. Voy a enviar un hombre a la cárcel por asesinato y estoy seguro que es inocente.

Lo miré sorprendido.

—¿Y cómo diablos puede usted hacer eso? — le pregunté.

—No me es posible evitarlo — contestó. — Todas las pruebas condenan al pobre muchacho. Lo peor es que yo mismo descubrí la prueba. Y cualquier jurado lo condenará. Y, sin embargo..., he conversado largamente con él y sé que es sincero. No puedo creer que haya cometido el crimen.

Conociendo a Harry Cortel, presentí una historia interesante.

—Empiece la narración por el principio, viejo.

—Es raro — murmuró mirándome soñadora y distraídamente. — Quizá pensará usted que es estúpido condenar a un hombre, debido a unas iniciales, pero, es por eso que...

—¡El principio, por favor, Harry!

—Muy bien, — contestó con súbita energía. — Trataré de explicarme lo más claramente posible.

Puso el cigarro en el cenicero y me miró a la cara.

El miércoles pasado me llamaron desde el teatro Magno. En uno de los camarines había sido encontrado muerto un joven llamado Peter Brooks. Un acomodador lo descubrió tendido en el suelo, con una profunda herida en la cabeza. Era aquél un horrible espectáculo puede creerme Frank, horrible. La gente del teatro había telefoneado a la policía y me enviaron a mí.

Me dijeron que Brooks, cuyo nombre de teatro era Berry, formaba parte del número de variedades Barry y Cooms. El otro socio, había salido del teatro sin ser visto. Nadie sabía dónde se encontraba. Me informaron que el verdadero nombre de Coombs era Henry Milton Irving.

Bueno, entré al camarín y examiné el cuerpo. La herida era profunda. Peter Brooks había muerto, con toda probabilidad, instantáneamente. Pero, cómo fué herido, nadie lo sabía. Había poca luz en la habitación, de manera que aproximé una linterna a su rostro. Y, he aquí lo que ví, Frank.

Cortel se inclinó hacia adelante, su voz se enronqueció:

—Todavía llevaba el muerto el maquillage sobre su rostro. Esto probaba que lo habían asesinado antes de que tuviera tiempo de lavarse. Y... estampadas en aquella pintura grasosa, en la mejilla derecha, descubrí dos iniciales: M. I.

* * * *

Harry se detuvo: Un fuego extraño brillaba en sus ojos; su respiración era acelerada..

—¿Ve? — preguntó. — ¿Comprende? No, no comprende. Se lo explicaré. Junto a aquellas iniciales vi un pequeño agujero, extremadamente pequeño, casi como la pinchadura de una aguja. Detrás del sitio, donde estaba caído Brooks, había una tosca mesa de madera. Y aquello, Frank, me demostró cómo se había cometido el crimen.

—¿Cómo? — pregunté.

—¿Tampoco comprende ahora? Brooks había recibido un terrible puñetazo en la mandíbula, tan terrible que, al caer, su cráneo pegó en el ángulo de la mesa y se rompió. Y el hombre que lo golpeó, el hombre que había muerto a Peter Brooks, llevaba un anillo con las iniciales M. I. Además de aquellas iniciales, el anillo tenía, probablemente, un pequeño diamante, como lo poseen muchos anillos de sello. El puño, al pegar en la cara maquillada del actor, dejó impresa las iniciales en la pintura. Saqué en conclusión que las iniciales del asesino de Brooks eran M. I. y que el hombre llevaba un anillo con un diamante, porque el diamante había dejado impreso el pequeño agujero.

Con un hondo suspiro, Cortel se recostó en el sillón. Pero mi curiosidad se había excitado mucho para permitirle detenerse en su relato.

—¿Qué hizo usted — le pregunté

—Bueno... Lo natural era buscar un hombre que conociera a Peter Brooks y cuyas iniciales fueran M. I. Pero primero interrogué a la gente del teatro. Supe que Brooks y su socio se habían peleado hacía tiempo y que pensaban separarse.

—¿Y luego?

—Naturalmente, cuando dos personas se pelean, un policía, de cabeza dura, como yo, empieza a sentir sospechas. Interrogué al administrador del teatro. Supe, entonces, que el verdadero nombre del socio de Brooks, era Henry Milton Irving. ¿No se le ocurre nada?

Pensé un momento.

—Pues... es claro. Las dos últimas iniciales del nombre del socio eran M. I.

—Exactamente. Eso fué lo que me llamó la atención. Pensé que era fácil aplicar el golpe de modo que sólo dos iniciales quedaran impresas. Parte del anillo podía no haber tocado la cara. ¿No le parece?

—Sí. ¿Arresto usted a Irving?

—Naturalmente. Más tarde. Primero decidí que sólo un hombre fuerte, musculoso, podía haber cometido el crimen. Un puñetazo, como el recibido por Brooks, no denunciaba mano débil. Luego, en el club de los artistas de variedades conseguí la dirección del actor. Nos hizo esperar unos minutos antes de abrir. Entramos con aire amenazador. Evidentemente, Irving se estaba lavando porque nos recibió en mangas de camisa, con el cabello despeinado y mojado. Instintivamente miré sus dedos. Y... he aquí un detalle importante: Frank no llevaba puesto anillo alguno.

* * * *

Pero lo arrestamos y puede creerme que nunca he visto un hombre más sorprendido. Es alto, grueso, fuerte y rubio. Y, sin embargo, cuando le dijimos por qué se le detenía, empezó a temblar como un niño y se puso pálido. Dijo que ni siquiera tenía noticias del crimen. Que no creía fuera cierto y otras cosas por el estilo. Pero lo llevamos de todos modos.

Antes de salir, yo miré alrededor, encima del lavatorio de la cómoda, en todos los sitios donde podía estar el anillo; pero éste no se encontró. Créame, Frank, cuando vi que aquel hombre temblaba, no pude menos de sentir piedad. Había algo en sus ojos que me decía era inocente. No podía creer que hubiera matado a Peter Brooks.

Lo llevamos al departamento y el jefe lo interrogó. Usted sabe camo son los interrogatorios. Casi enloquecen a un hombre, con amenazas y prácticas por el estilo. Pero Irving tenía su historia. Dijo que él y Brooks habían tenido una seria disputa antes de empezar su acto, aquella tarde. Cuando lo terminaron, Irving se fué inmediatamente a su camarín, se cambió de ropas y abandonó el teatro. Durante ese tiempo, Brooks no entró a la habitación. Cuando Irving salía del teatro lo vió hablando con una mujer, detrás de una columna. No sabía quién podía ser la mujer; pero vestía mallas y una pollerita de bailarina. Creía que era una de las muchachas de la "troupe" acrobática. Eso es todo lo que sabía. No se había enterado del crimen hasta que yo lo arresté.

—¿Está preso ahora? — le pregunté.

—Sí, le conté al jefe lo de las iniciales y el anillo. Irving aseguró que no poseía tal anillo. Pero el jefe, habiendo oído decir que el joven se estaba lavando cuando entramos, decidió que podía habérselo sacado. Naturalmente que Irving no iba a revelarnos lo que había hecho con él.

Un par de hombres registraron la habitación. Pero el anillo no se halló. Aquello no desanimó al jefe. Relacionó el puñetazo, la fuerza de Irving y las iniciales, sacando sus conclusiones. Yo hablé con Irving y, Frank, no pudo creer que un hombre, con esa mirada de honradez, haya podido cometer un asesinato. Lo que me tiene tan disgustado es que yo fuí quien lo arrestó y va a ser juzgado por culpa mía. Desearía poder probar su inocencia.

* * * *

—Me parece, Harry, — le dije después de una pausa, — que obró usted muy precipitadamente. ¿Cómo sabe que no había en el teatro otra persona cuyo nombre correspondiera a esas iniciales?

—¡Oh!... no sea tonto, — exclamó agitando su manaza para reclamar silencio. — ¿Cree que no averigüé eso? Me hice dar los nombres de todo el personal del teatro, aun de los que no eran actores, esa misma tarde. Y no encontré a nadie cuyas iniciales coincidieran con las halladas en el rostro de Peter Brooks.

Harry se levantó enfurruñaño y con las manos juntas, detrás de la espalda, empezó a pasearse por la habitación. Experimenté simpatía por él, porque no ignoraba que bajo aquella ruda corteza, Harry poseía un corazón tan sentimental como el de una mujer.

No dije nada. Fuí hasta la ventana, olvidando aparentemente su presencia. Durante quince minutos tal vez, ninguno de los dos habló.

Y fué entonces que se produjo esa extraña casualidad de que hablaba. Lo repito, podéis burlaros de la casualidad; pero, en este caso, evité a un hombre inocente comparecer ante el jurado y tengo que repetarla.

En mi mano izquierda usaba yo un anillo con iniciales, que me había regalado mi madre hacía algún tiempo. El círculo tiene inscriptas sus iniciales H. M. S., en ésa pseudo letra china, tan popular.

Pensé en Henry Milton Irving y en aquellas letras que lo habían conducido a la cárcel e intuitivamente miré mi anillo. Un adorno como aquél había impreso la prueba del crimen en el rostro del muerto. Miré el anillo, atenta, fijamente. Y de pronto di un grito y un salto.

—¡Harry! — exclamé. — ¡Venga acá, topo! ¡Mire esto!

Se acercó intrigado. Me miraba con aire interrogador mientras yo le ponía la mano delante de los ojos.

—¿Qué iniciales lee usted en mi anillo?

—le pregunté con voz temblorosa por el entusiasfo de lo que había descubierto. Miró él ansiosamente mi mano.

—H. M. S., — contestó lentamente. — ¿Qué hay con eso?

—Muy bien, — dije. — Ahora mire.

Esta vez di vuelta la mano, de manera que las puntas de los dedos miraran al techo. Las iniciales quedaron invertidas.

—Lea lo que ve ahora, Harry.

Miré, la boca abierta, presa de comprensivo asombro.

—Pues... S. W. H..., — se apoderó de mi muñeca. — ¡Oh Frank!... Nunca pensé que había leído al revés. El anillo puede haber pegado invertido. Veamos... M. I., al revés sería... ¡ah!... I. W.

—Muy bien, — convine excitadísimo. — Ahora si puedo descubrir quien...

—¡I. W.! — exclamó Harry, dirigiéndose hacia la puerta. — Tengo que volver a revisar la lista de nombres. — Abrió la puerta y me miró. — Si descubro algo que valga la pena, le telefonearé, Frank.

Cerró la puerta de golpe.

II

Hasta las dos de la tarde del siguiente domingo no supe más nada de Harry. A esa hora me llamó por teléfono y al escuchar sus palabras trémulas no pude menos de compartir su entusiasmo.

—¡Frank! — me gritó tan fuerte que tuve que apartar el receptor del oído. — Fué un afortunado pensamiento el suyo, viejo. He revisado la lista y ¿qué cree usted que hallé? Un individuo cuyo nombre es Iver West. ¡El hércules del acto acrobático!

—¿Acto acrobático? ¿No mencionó algo de eso Irving?

—Seguramente. Fuí a ver a Irving y conversé un buen rato con él.

—Bien... ¿Y qué dijo? — pregunté ardiendo de curiosidad.

—Me dijo que la mujer que vió hablando con Brooks era probablemente un miembro de la "troupe" acrobática. Ninguna otra mujer llevaba aquella tarde malla y pollera de bailarina. Así que supongo... Quiere usted asistir al desenlace?

—¿Si quiero? Con toda el alma, viejo.

—Entonces espéreme frente al hospital Traynor, dentro de media hora.

—¿El hospital? ¿Qué significa eso

—Dentro de media hora frente al hospital Traynor. Le contaré el resto, ¡Hasta luego! No tardé mucho en prepararme. A los quince minutos me paseaba con impaciencia frente al hospital Traynor. El cuarto de hora que tuve que esperar a Harry me pareció interminable. Pero al fin vi aparecer su voluminosa figura. Siempre se balancea a un lado y a otro cuando camina. Y avanza poco, de manera que marché a su encuentro.

—¿Qué es lo que pasa? — le pregunté no bien estuve a distancia para poder hablarle.

—Observe usted lo que va a ocurrir y lo sabrá.

—No. no. Quiero saber de que se trata antes de entrar al hospital. ¿Qué ha estado usted haciendo?

Pensó un momento y luego accedió.

—Muy bien; creo merece usted saberlo de antemano. — Mientras caminábamos hacia el hospital, me contó el resultado de sus investigaciones. — Cuando estudié la lista de gente que actuaba en el teatro Magno, el miércoles por la noche, descubrí el nombre de Ivor West, cuyas iniciales son I. W. Fuí al teatro e interrogué al administrado. Me informó que West era miembro de una "troupe" de acróbatas, compuesta por él, su esposa y otro hombre. Me lo hice describir. Alto, ágil y fuerte. Naturalmente quise verlo, aunque podía observarlo mientras trabajaba. Y entonces me enteró de que el jueves, es decir al día siguiente del asesinato, el acto de acrobacia había fallado. No se realizó la noche del miércoles porque la función fué suspendida a causa de la muerte de Brooks. La policía no quiso que nadie entrara en el camarín antes de que hiciera nua nueva investigación. Sea lo que fuere, el acto acrobático del jueves falló. West parecía muy nervioso al salir a escena. Y su esposa, según me dijo el administrador, estaba temblando.

Pero salieron. Su número era el último del programa. Entonces ocurrió el accidente. Había una parte en que West tenía que balancearse del trapecio colgado de las piernas y agarrar a su mujer al saltar ella del trapecio opuesto. Tenían una malla debajo. Pero cuando la mujer intentó la prueba, — debido a su nerviosidad, dice el administrador, — el marido no la agarró a tiempo. Sus manos resbalaron. Ella pasó por encima de la red, cayó sobre el escenario y se fracturó una pierna.

La trajeron aquí. Y ha estado en el hospital desde entonces. He oído que se han presentado complicaciones y sufre horriblemente desde hace dos días. Telefonée al hospital y me dijeron que ha estado delirando y murmura palabras incomprensibles.

Bueno, en eso estamos, Frank. Mire las manos del hombre, para ver si tiene anillo, cuando entre. Ahora esperaremos un momento aquí.

—¿Esperar qué? Yo estaba deseando ver a West, que probablemente se encontraría

—Ciclones, terremotos, qué barbaridad, no hay nada seguro...
—Sí, amigo. Lo único seguro y eficaz es tomar el famoso "Hierro Quina Bisleri", no hay nada mejor.

... cuando la mujer intentó la prueba, — debido a su nerviosidad, dice el administrador — el marido no la ...

en el cuarto de su mujer enferma. Habíamos llegado a la puerta del hospital.

—Esperaremos a dos hombres, dos agentes de policía. Les he avisado que se encuentren aquí. Usted sabe que un hércules de feria no se domina así no más.

Sonrió algo forzadamente.

No tuvimos que esperar mucho la llegada de los agentes policiales. Y todos nos dirijimos a la pieza privada de la mujer de West.

—¿Está ahí West? — preguntó Harry al ordenanza que nos condujo hasta la habitación.

—Sí. Casi no sale del cuarto. Su mujer sufre mucho. — Se oyó, en efecto, un leve gemido.

—Vosotros esperad ahí, mientras nosotros entramos, — dijo Harry a los agentes de policía. — Si os necesito llamaré. Venga, Frank.

La escena que presenciamos era penosa. En la cama yacía una mujer, todavía joven y de atractivo rostro. Se retorcía penosamente, exhalando incesantes gemidos. La enfermera, sentada junto a ella, procuraba calmarla y le acariciaba la mano. En el rincón más apartado, estaba Ivor West, musculoso, demostrando sufrir casi tanto como su mujer.

Nos miró con aire interrogador. Antes de hablar miramos simultáneamente su mano. Tenía un anillo de oro, un anillo de sello.

Harry tosió. Me miró, hizo una profunda inspiración y avanzó hacia el acróbata.

—Señor Ivor West, — le dijo solemnemente, — queda usted arrestado por el asesinato de Peter Brooks, en el teatro Magno, la tarde del pasado miércoles. No trate de resistirse porque dos agentes de policía esperan afuera. Tienen la orden de arresto. No quisiera molestar a su esposa, de manera que sigamos calladamente.

El rostro de West se puso mortalmente pálido. Levantó la mano, como si quisiera detenernos. Pero, antes de que pudiera hablar, su mujer se sentó repentinamente en la cama. Sus facciones estaban contraídas. Dirigió hacia Harry un dedo acusador.

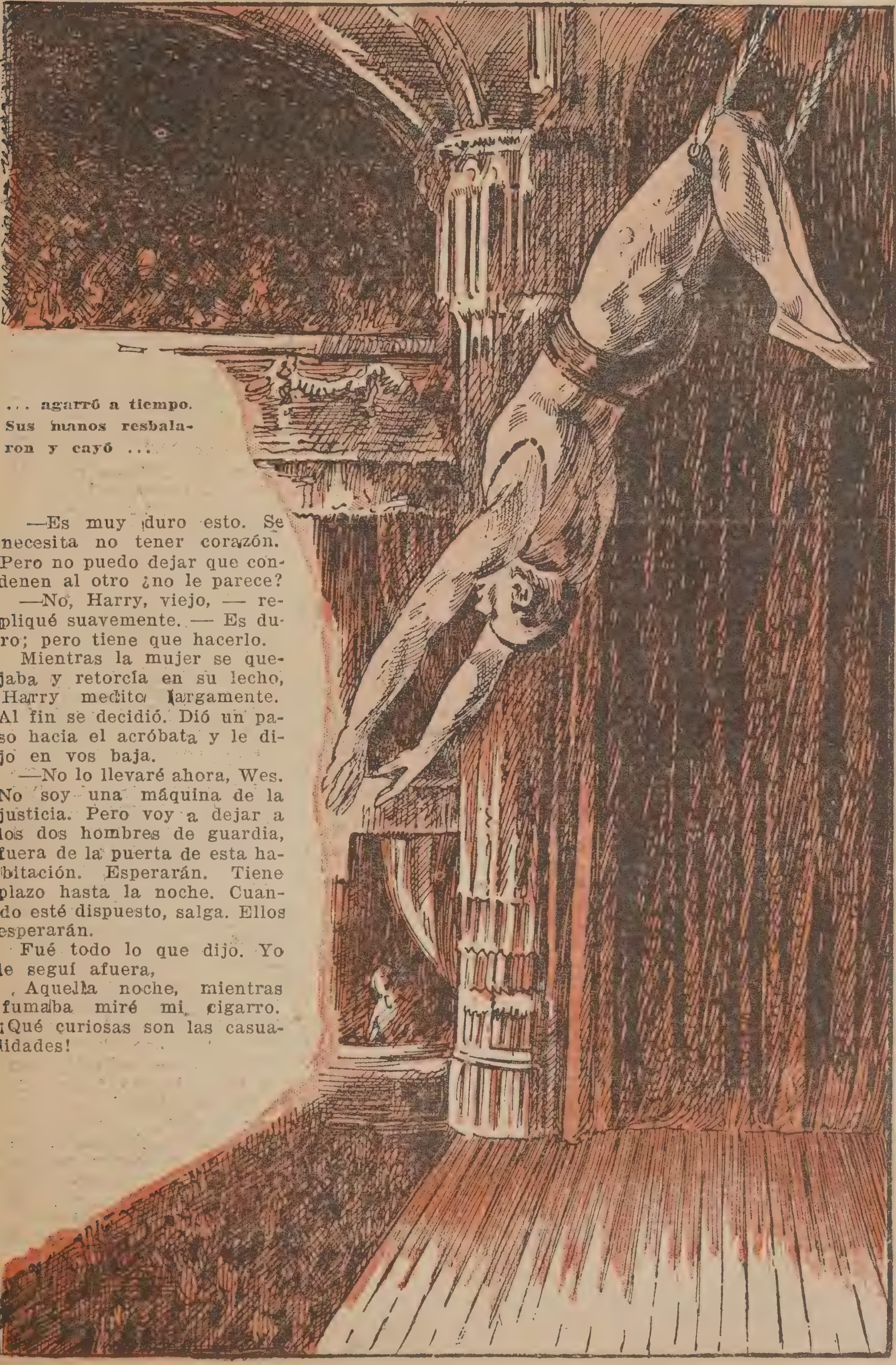
—¡Embustero! — exclamó con acento vibrante de cólera. — El no fué. No puede usted arrestarlo... ¡No puede!... ¡No puede!...

Se llevó la mano a la garganta, como si quisiera arrancarse algo que la ahogaba. Con los ojos cerrados, levantó el rostro hacia el cielo. Se le escapó un pequeño y extraño grito y cayó de espaldas, retorciéndose convulsivamente. La enfermera procuró calmarla; pero fué imposible. Un instante después la mujer decía presa de un furioso delirio:

—No temas, Ivor... No pueden probar nada. ¡Oh! ¿por qué le pegaste? No había nada grave entre nosotros, te lo juro. ¡Te juro que no había nada! Estaba hablando con Peter, sencillamente. ¡No le pegues!... No... No puedes haberlo muerto... Es imposible. Te digo que nadie lo descubrirá. Tenemos que seguir realizando nuestro número. Hacerles creer que nada ha ocurrido. ¡Oh Ivor! No seas tan nervioso. ¡Agárrame! ¡Agárrame! ¡Cuidado! Ivor, me vas a soltar... ¡Me caigo!... ¡Oh mi pierna... mi pierna! Ivor, te amo... No pueden probar nada... ¿Por qué lo mataste? No temas; yo estoy aquí... Ivor... Ivor...

* * * *

Harry Cortel se inclinó hacia mí. Me murmuró al oído:



... agarró a tiempo. Sus manos resbalaron y cayó ...

—Es muy duro esto. Se necesita no tener corazón. Pero no puedo dejar que condenen al otro ¿no le parece?

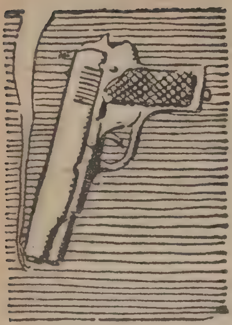
—No, Harry, viejo, — repliqué suavemente. — Es duro; pero tiene que hacerlo.

Mientras la mujer se quejaba y retorcía en su lecho, Harry meditó largamente. Al fin se decidió. Dió un paso hacia el acróbata y le dijo en vos baja.

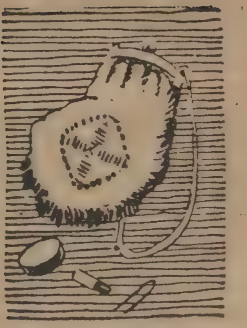
—No lo llevaré ahora, Wes. No soy una máquina de la justicia. Pero voy a dejar a los dos hombres de guardia, fuera de la puerta de esta habitación. Esperarán. Tiene plazo hasta la noche. Cuando esté dispuesto, salga. Ellos esperarán.

Fué todo lo que dijo. Yo le seguí afuera,

Aquella noche, mientras fumaba miré mi cigarro. ¡Qué curiosas son las casualidades!



EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. Más tarde, Markham le confía a Vance haber descubierto que la cartera y los guantes pertenecen a la señorita St. Clair. Vance desvanece las sospechas recaídas sobre la señorita Muriel St. Clair, con motivo del asesinato de Alvin Benson, demostrando por medio de medidas que el asesino es una persona de estatura elevada. Plyfe le dice a Markham que el capitán Leacock, novio de la joven, amenazó de muerte a Benson, en una comida. Markham empieza a creer en la clupabilidad de Leacock. Vance interroga al coronel Ostrander para obtener informes sobre los amigos del muerto.

APENAS había acabado Vance de hablar cuando entró Swacker, anunciando que estaba Emery, de la oficina de homicidio; lo enviaba Heath y deseaba ver inmediatamente, si era posible, al fiscal del distrito.

Cuando el hombre entró, lo reconocí inmediatamente como el detective que había encontrado las colillas de cigarro en la estufa de Benson.

Después de dirigirnos a Vance y a mí una mirada rápida, se dirigió directamente a Markham.

—Hemos encontrado el auto gris, señor, y el sargento Heath pensó que debía usted saberlo en seguida. Está en un pequeño garage, en Seventy Fourth Street, cerca de la Avenida Amsterdam, y hace tres días que fué llevado allí.

Uno de los hombres de la estación Sixty Eigth Street, lo encontró y telefoneó a las oficinas; yo marché al lugar en seguida. Es el mismo auto, señor; con los avíos de pescar y todo, excepto las cañas; de manera que las encontradas en Central Park pertenecían al auto, después de todo; probablemente se cayeron. Parece que un hombre llevó el auto el viernes, a eso de mediodía, y le dió veinte pesos al dueño del garage para que nada dijera. El hombre es extranjero y dice que no lee diarios. Sea como fuere, "cantó" pronto, en cuanto le apreté las clavijas.

El detective sacó una pequeña libreta de apuntes.

—Mire el número del auto. Está inscripto en el registro a nombre de Leandro Plyfe, Boulevard Elm, 24, Port Washigton, Long Island.

Markham recibió aquel trozo inesperado de información con aire de perplejidad. Despidió casi bruscamente a Emery y empezó a dar golpecitos sobre el escritorio, profundamente pensativo.

Vance lo observaba sonriéndose.

—No es cosa de enloquecerse, — le dijo con acento consolador. — ¿No le producen regocijos las palabras del coronel, ahora que sabe que Leandro Plyfe anduvo rondando en las cercanías de la casa de Benson a la hora en que éste fué transportado más allá?

—¡Maldito sea su viejo coronel! — gruñó Markham. — Lo que me interesa ahora es relacionar este descubrimiento con la situación.

—Se ajusta maravillosamente a ella — dijo Vance. — Completa el mosaico, por decirlo así. ¿Se siente usted ahora desconcertado por haber descubierto que Leandro Plyfe es el dueño del auto misterioso?

—Como no poseo su don de clarividencia, confieso que el hecho me desconcierta.

Markham encendió un cigarro, lo que era en él signo de preocupación.

—Usted, naturalmente, — añadió con sarcasmo, — sabía antes de que Amery viniera que el auto era de Plyfe.

—No lo sabía, — corrigió Vance, — pero tenía una fuerte sospecha de que Plyfe exageró al contarnos su accidente en las Catstills. Y las preguntas de Heath sobre el itinerario lo fastidiaron enormemente. Su arrogancia desdeñosa era melodramática.

—Su sabiduría "ex post facto" es muy útil.

Markham fumó un rato en silencio y luego añadió:

—Creo que descubriré lo que hay en esto.

Hizo sonar el timbre y apareció Swaker.

—Llame al Ansonia, — le dijo con acento

enojado, — comuníquese con Plyfe y dígale que lo espero en el Club Stuyvesant, a las seis de la tarde.

—Se me ocurre, — dijo Markham cuando hubo desaparecido Swacker, — que este episodio del auto puede servirnos, después de todo. Plyfe estaba evidenteemnte en Nueva York aquella noche y por alguna razón no quiere que se sepa.

¿Por qué? El nos puso en la pista de Leacock, contándonos lo de la amenaza. Naturalmente quizá le guarda rencor al capitán como rival victorioso de su amigo, en la conquista de la señorita St. Clair; y hace esto como mezquina venganza. Por otra parte, si Plyfe estuvo en casa de Benson la noche del crimen podrá darnos alguna información de verdadero valor. Y ahora que hemos descubierto lo del auto, espero nos dirá todo lo que sepa.

—Algo le dirá, de todos modos, — dijo Vance. — Es un ejemplar del perfecto embustero, capaz de inventar cualquier cosa, con tal de librase de resultados desagradables.

—Usted y la Sibila de Cumas, podrían supongo, informarme de antemano que es lo que va a decirme.

—No sé que es lo que le diría la Sibila de Cumas, — contestó Vance ligeramente. — En cuanto a mí, supongo que le dirá: vió al impetuoso capitán en casa de Benson, aquella noche.

Markhma se rió.

—Así lo espero. Supongo que usted querrá estar cerca para oírlo.

—No quisiera dejar de escucharlo por nada del mundo.

Vance estaba ya cerca de la puerta para irse, cuando se volvió y le dijo a Markham:

—Tengo que pedirle otro ligero favor. Obtenga una información sobre Plyfe. Es un buen muchacho. Mande uno de sus innumerables perros de presa a Port Wáshigton y que averigüen la conducta y costumbres sociales del caballero.

Dígale a sus emisarios que investiguen en el asunto "mujeres". Le prometo que no lo lamentará.

Noté que Markham se sentía intrigado por el pedido y a punto de rehusar. Pero, después de pensar unos momentos, apretó el botón de su escritorio.

—Haré cualquier cosa por complacerlo, — dijo. — Voy a mandar un hombre en seguida para desepeñar esa delicada comisión.

CAPITULO XXX

(Lunes, 17 de Junio, 6 p. m.)

Vance había pasado aquella tarde media hora en las galerías Anderson, mirando algunos tapices que debían ser vendidos en remate al día siguiente. Luego fué a tomar el té a lo de Sherry.

Llegamos al Club Stuyvesant un poco antes de las seis. Pocos minutos después llegaron Markham y Plyfe. Los cuatro nos dirigimos en seguida a uno de los salones de conferencias.

Plyfe estaba tan elegantemente vestido como en la entrevista anterior. Tenía el mismo aire de superioridad. Sus pantalones eran de hilo blanco, inmaculado. Toda su persona exhalaba un fuerte perfume.

—Es un inesperado placer veros nuevamente tan pronto, caballeros, — nos dijo al saludarnos, como si nos echara su bendición.

Markham muy lejos de mostrarse amable, le dirigió un saludo breve.

Vance se había limitado a hacer una inclinación de cabeza y ahora estaba sentado contemplando melancólicamente a Plyfe, como si buscara alguna excusa para la existencia de éste.

Markham fué directamente a éste.

—He descubierto, señor Plyfe, que usted llevó su auto a un garage el viernes, a mediodía, y que le dió veinte dólares al hombre para que nada dijera.

—Plyfe nos dirigió una mirada ofendida.

—Me han calumniado. Le dí al hombre $ 50.

—Me alegro que reconozca usted tan prontamente el hecho — contestó Markham. — Seguramente sabe usted, por los diarios, que su auto fué visto frente a la casa de Benson, la noche del crimen.

—¿Y por qué otra causa iba yo a pagar liberalmente para que se guardara secreto acerca de su presencia en Nueva York? — Su tono indicaba que le afligía la necedad del otro.

—En tal caso ¿por qué lo dejó usted en Nueva York? Bien pudo haberlo conducido à Long Island.

Plyfe movió apenado la cabeza, había en sus ojos una expresión de lástima. Luego se inclinó hacia adelante con aire de benévola paciencia. Se mostraría amable con aquel obtuso fiscal de distrito, como un maestro afectuoso con un niño torpe y trataría de sacarlo de la maraña de sus incertidumbres.

—Soy casado, señor Markham — anunció el hecho como si se le atribuyera alguna virtud. — Emprendí mi viaje hacia Catskills el jueves, después de comer; pensaba detenerme un día en Nueva York, para despedirme de alguien que reside allí.

Llegué muy tarde, ,después de media noche y decidí ir a visitar a Alvin; pero cuando llegué, la casa estaba a obscuras, de manera que sin siquiera llamar me dirigí a pie a lo de Pietro, en Forty Thirtd Street, para tomar "mi gorro de dormir". Pero, ¡ay!, estaba cerrado y me volví al auto. ¡Pensar que mientras yo me alejé mataron al pobre Alvin!

Se detuvo y limpió su monóculo.

—¡Qué ironía! Ni siquiera imaginé que podría haberle ocurrido algo al pobre amigo.

—¿Cómo iba a imaginarlo? — agregó.

Me dirigí, sin la menor sospecha de la tragedia, a un baño turco y pasé allí la noche. Al día siguiente leí la noticia del asesinato en los diarios y vi que mencionaban mi auto. Entonces empecé... ¿cómo diré? a sentirme preocupado. No, preocupado no es la palabra exacta.

Más bien me di cuenta de la posición falsa en que podía encontrarme, si descubrían que el auto era de mi propiedad. Me dirigí, pues, al garage y le pagué al hombre para que no

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1º. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2º. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino. ¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página 23.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

dijera nada sobre él, evitando así que se siguiera una pista falsa sobre el asesinato de Alvin.

Al oírlo cualquiera hubiera creído que había sobornado al hombre del garage por consideración al fiscal de distrito y a la policía.

—¿Por qué no continuo viaje? Esto hubiera hecho menos probable el descubrimiento del auto.

Plyfe adoptó un aire de compasiva sorpresa.

—¿Cuando se acaba de asesinar cobardemente a mi más querido amigo?... ¿Y cómo iba a tener ánimo para buscar diversiones en tan tristes momentos?... Volví a casa y le dije a la señora Plyfe que se me había descompuesto el auto.

—Podría usted haberse dirigido en auto a su casa, me parece — observó Margham.

Plyfe tuvo para la insistencia del otro, una mirada de infinita indulgencia y lanzó un profundo suspiro; pareció indicar que, si no podía aguzar la capacidad perceptiva de los demás, le asistía el derecho de lamentar su falta de comprensión.

—Si hubiera estado en las Catskills, lejos de toda fuente de información, donde la señora de Plyfe me creía, cómo podría habermc enterado de la muerte de Alvin, hasta pasados quizá unos días?

Comprenderá usted que, desgraciadamente, no había mencionado a la señora Plyfe que pensaba detenerme en Nueva York. La verdad es, señor Markham, que no deseaba se enterara mi mujer de esa visita a la ciudad. Por lo tanto, si hubiera regresado en seguida, ella, me cuesta mucho decirlo hubie-

Señorita St. Clair

ra sospechado que yo había interrumpido mi viaje. Por lo tanto, seguí el plan que me pareció más sencillo.

Markham empezaba a sentirse fastidiado

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 278 Concurso Benson

ante la hipocresía del hombre. Después de un breve silencio, le preguntó bruscamente.

—¿Tiene algo que ver la presencia de su auto en la casa de Benson, la noche del crimen, con su evidente deseo de complicar al capitán Leacock en el asunto?

Plyfe levantó sus cejas con penosa sorpresa e hizo un gesto de protesta cortés.

—¡Mi querido señor! — su voz expresaba hondo resentimiento, como ante una injusta acusación del otro. — Si ayer dedujo usteu de mis veladas palabras una sospecha contra el capitán Leacock, puedo decir que ello se debe a que vi al capitán frente a la casa de Benson, esa noche.

Markha lanzó una curiosa mirada a Vance; luego dijo a Plyfe.

—¿Está usted seguro de que vió a Leacok?

—Lo vi perfectamente. Y lo hubiera mencionado ayer, si esto no hubiese envuelto la confesión tácita de mi presencia allí.

—¿Y eso qué importaba? — dijo Markham. — Era un informe sumamente importante y yo podría haberlo utilizado esta mañana. Antepuso usted su comodidad personal a los requerimientos de la justicia. Y tal actitud arroja sospechas sobre su propia conducta aquella noche.

—Usted se complace en mostrarse severo, señor — dijo Plyfe con acento lastimoso. — pero habiéndome colocado yo mismo en una falsa posición, acepto sus críticas.

—¿Comprende, — continuó Markham — que muchos fiscales de distrito, si supieran lo que yo sé sobre sus movimientos y hubieran sido engañados como yo lo he sido, lo arrestarían por sospechoso?

—Entonces puedo decir — fué la suave respuesta, — que puedo considerarme afortunado al tener que entenderme con usted.

Capitán Leacock

Markham se levantó.

—Eso es todo por hoy, señor Plyfe. Pero permanecerá usted en Nueva York hasta que yo le conceda permiso para regresar a su casa. De otro modo lo haré detener a usted como testigo material.

Plyfe hizo un gesto de sorprendida súplica ante aquella severidad y nos dirigió un ceremonioso "buenas tardes"

Cuando estuvimos solos, Markham miró a Vance seriamente.

—Su profecía se ha cumplido, aunque no me atrevía a esperar tan buena suerte. La declaración de Plyfe agrega el eslabón final de la cadena contra el capitán. Vance fumaba lánguidamente.

—Admitiré que su teoría del crimen es de lo más satisfactoria. Pero ¡ay! las objeciones psicológicas no se han desvanecido. Todo armoniza bien cón el hecho... menos el capitán. Sé que es una idea tonta; pero el capitán Leacock no es más apropiado para el papel de asesino de Benson que lo sería la robusta Tetrazzini para representar a la tuberculosa Mimí.

CAPITULO XXXI

—En cualquier circunstancia, — contestó Markham, — podría aceptar reverentemente sus encantadoras teorías. Pero en las presentes, con las pruebas circunstanciales y preguntas que tengo contra Leacock, a mi mente inferior de juez, parece absurdo decir: "No puede el capitán ser culpable porque usa el cabello partido al medio y se mete la servilleta dentro del cuello". La lógica está en contra de esto.

—Le aseguro que su lógica es irrefutable.. como toda lógica. Probablemente usted ha persuadido a muchas personas inocentes, por medio de argumentos claros, de que eran culpables.

Vance se desperezó.

—¿Qué le parece si tomáramos un ligero refrigerio en la terraza? Ese imposible Leandro me ha fatigado.

En el comedor de verano, en la terraza del Club Stuyvesant, encontramos al mayor Benson, sentado solo; Markham le pidió que se reuniera con nosotros.

—Tengo buenas noticias para usted, mayor. — le dijo Markham cuando hubimos dado nuestras órdenes. — Creo que tengo a mi hombre; todas las circunstancias lo señalan Espero que mañana terminaremos este asunto.

El mayor miró a Markham frunciendo el ceño, con aire interrogador.

—No comprendo muy bien. Por lo que usted me dijo el otro día, creí que había una mujer mezclada en este asunto.

El mayor miró a Markham frunciendo el ceño, con aire interrogador.

Markham sonrió embarazadamente y evitó los ojos de Vance.

(Continuará en el próximo número).

EL ESPIA DE NAPOLEON

Por JOSE GOLLOMB

La historia de Napoleón resuena con los gritos de las águilas imperiales, el tronar de las batallas, el estrépito de tronos derrumbados, la voz metálica de trompetas y fanfarras.

Mucho menos sonora es, como puede imaginarse, la historia del jefe de espías del gran guerrero, Karl Schulmeister. Asoma y se escabulle, aquí y allá, en la vistosa procesión triunfal de su amo; la mayor parte de las veces, un poco antes de cada victoria de Napoleón.

Pero la historia empieza a descubrir que muchos de esos triunfos del conquistador se debieron a la astucia, valor e intrigas del jefe de espías, quien preparaba, en campo enemigo, el terreno para las proezas de su señor. Al mismo tiempo, la historia de Schulmeister es, por sus hazañas, una de las más famosas en los anales del espionaje.

Su abuelo — es el mismo Schulmeiter quien lo dice — era un noble húngaro, llamado Biersky, que tuvo que abandonar apresuradamente su país natal a causa de un duelo.

Huyó a Alsacia, esa provincia que ha pasado de manos de Francia a Alemania, hasta que puede decirse, con verdad, que posee dos idiomas nativos. Aquí el joven Bierky se convirtió en ayudante de una escuela y adoptó el nombre de su profesión, Schulmeister (maestro de escuela).

Sentó juicio, se casó y preparó uno de sus hijos para el sacerdocio protestante. Fué de este hijo que nació un chiquillo de pelo rojo, el joven Karl, héroe de nuestra historia. Se ha dicho que los hijos de clérigos son aliados de Satanás y el pequeño Karl pareció probar la veracidad de la leyenda. A la edad de doce años, no solamente era el terror de la vecindad si no el capitán de una pandilla de terrores.

Su cabello rojo y sus ojos azules le comunicaban un aire de inocencia que lo favoreció en su carrera. Aunque era bajo, poseía un cuerpo robusto. En caso de necesidad, podía emplear sus músculos para conseguir el fin propuesto. Pero poseía algo de mucho más efecto que los músculos.

Era la inteligencia y el ingenio, añadidos a una falta de escrúpulos que le hacía considerar bueno cualquier medio para triunfar de sus enemigos. Mentía magistralmente y su rostro nunca lo traicionó.

El contrabando entre Francia y Alemania, a través del Rhin, era entonces un negocio lucrativo y excitante para aquellos que no conocían el miedo y poseían astucia.

Tentó a Karl Schulmeister, que sólo tenía diez y siete años y respondió al llamado de la tentación. Se consiguió un bote, una escopeta y convirtiose en uno de los contrabandistas más audaces de la región.

En su género, Karl tenía condiciones para dirigir: valor, astucia y crueldad. Engañaba a los aduaneros, naturalmente; pero engañaba al mismo tiempo a sus clientes, a aquellos a quienes vendí y compraba mercaderías. Como estos eran también contrabandistas, necesitaba mucho valor para llevar adelante sus negocios. Pero el negocio prosperaba.

Karl volvió a su casa de Neu-Freistett. Contó una historia conmovedora. Había comprendido la indignidad de su vida y estaba pronto a reparar sus errores y vivir respetablemente. Sus honrados padres se alegraron y lo ayudaron a establecerse.

Karl puso un almacén de comestibles y más tarde uno de hierros viejos, ocupaciones ambas suficientemente monótonas como para llevar el sello de la respetabilidad. Se casó con una muchacha alsaciana, llamada Unger. Y exteriormente adquirió el aspecto de un joven juicioso.

Había traído consigo un perro de lanas gordo, de forma rara. La gente se preguntaba por qué toleraba aquel feo animal y Karl contó una sentimental historia. Lo había encontrado moribundo en un montón de desperdicios, lo cuidó hasta devolverle la salud y el perro le profesaba una devoción sin límites. La verdad era que el perro lo acompañaba la mayor parte del tiempo, especialmente cuando Karl hacía alguna de sus frecuentes excursiones al campo, durante la noche.

En tales ocasiones, Schulmeister tenía por costumbre dar a su desengañado perro un baño tibio, con resultados que hubieran sorprendido a cualquiera que no fuese Schulmeister. Cuando el agua hacía su trabajo, el perro perdía no solamente la suciedad acumulada en su paseo, si no también la mayor parte de su cuero y forma. Bajo la capa de lana, pegada con cola, se revelaban, capa sobre capa, artículos de contrabando, de considerable variedad. Vuelto a su estado natural, el perro no era de lanas, si no uno de esos pequeños "pinschers", que algunas personas tienen con todo regalo.

Pero la época era muy agitada para que Schulmeister se quedara tranquilamente en su provisión y entre los hierros viejos. Las triunfantes excursiones de Napoleón habían empezado y su gran carrera le ganaba las simpatías de todos los ambiciosos y aventureros. Veían a lavanderas convertidas en duquesas, sólo porque una vez fueron bondadosas con Napoleón, soldados indisciplinados hechos mariscales; valía la pena seguir al Hombre del Destino.

El coronel Savary, hecho más tarde duque

de Rovigo, se hallaba en Alsacia con una misión de Napoleón. Se hizo amigo del contrabandista Schulmeister. Si estuvo asociado al próspero negorio del alsaciano, se ignora; pero con seguridad conocía muy bien todo lo que se relacionaba con él y sus habilidades.

Napoleón le había dado a Savary una tarea que no podía inspirar entusiasmo a nadie. Fuera de Francia vivían los miembros de una familia aristocrática y sus partidarios, al menos aquellos que pudieron escapar a la guillotina y salir de Francia.

Algunos de estos realistas, soñaban, naturalmente, con volver a su país; otros hacían más que soñar: conspiraban. Napoleón resolvió terminar con aquellas tentativas sembrando el terror entre los realistas.

Precisamente del otro lado de la frontera de Francia, en el ducado de Baden, vivía tranquilo un joven de treinta y dos años, Conforme con su obscura existéncia, aunque era duque de Enghien, miembro de la depuesta dinastía de los Borbones. Napoleón ordenó secretamente a Savary que prendiera e hiciera fusilar al joven duque.

El coronel Savary no se encargó personalmente de tal tarea; pero pensó en que alguien podría hacerla y mandó buscar a Schulmeister. Este obedeció al llamado.

En Estrasbugo, vivía una linda muchacha por quien el joven duque sentía algo más que pasajera ternura. Al visitarla se exponía voluntariamente a cierto peligro.

Ella vivía sola, lo que facilitó a Schulmeister la tarea que Napoleón había encomendado a Savary y que éste delegó en Schulmeister. Una noche, mientras la joven dormía, tres hombres penetraron en su habitación y la llevaron del otro lado de la frontera. La mantuvieron prisionera en las afueras de Belfort. Bajo la presión de Schulmeister, la muchacha escribió una carta al duque de Enghein, diciéndole que había sido arrestada por la policía francesa, bajo sospecha de ser enemiga de Napoleón. La carta decía que se hallaba detenida en Ettenheim. Estaba segura, decía la carta, de que, a menos que alguien interviniera para salvarla, la fusilarían. Pero sus secuestradores le habían dado a entender que, con una pequeña suma de dinero, la dejarían en libertad. ¿No acudiría el duque a salvarla de aquel terrible destino?

Reunió el duque todo el dinero que pudo y con dos servidores partió a media noche de su casa y pasó la frontera de Francia. La carta decía que si llegaba a Lorena, sería recibido por los que esperaban el precio del rescate. Por consiguiente, cuando tres hombres salieron de las sombras y le preguntaron si era el duque de Enghien, contestó afirmativamente. Se le indicó que subiera a un coche y él tras leve vacilación, lo hizo. Pero en lugar de conducirlo adonde estaba su amante, lo llevaron preso a Estrasburgo. Desde allí fué trasladado a Vincennes, donde se le procesó por tentativa de asesinato contra Napoleón.

Al amanecer del día siguiente, los carceleros entraron en la celda del joven duque y lo llevaron al patio de la prisión. Lo colocaron contra un muro de piedra. El oficial del pelotón de ejecutores observó la débil luz de la mañana.

—Apenas lo distingo, — murmuró. Le quitó nua linterna a un carcelero y se la dió a un soldado.

—¡Levántela! — le ordenó.

El hombre alzó la linterna, de manera que la luz iluminara el rostro y el pecho del condenado.

Los tiradores no encontraron así dificultad de hacer blanco.

* * * *

La recompensa de Schulmeister había sido fijada en unos 30.000 pesos, y en la presentación a Napoleón.

Savary no llevó personalmente a Schulmeister a presencia de Napoleón. Le dió una carta en la que le decía: "Os envío, señor, un hombre todo cerebro y que no posee corazón".

Después de esperar casi una hora fué conducido a la cámara donde el gran hombre lo esperaba solo.

Napoleón vió ante sí un hombre de unos cincuenta y cinco años, de cabellos grises y con un rostro difícil de recordar cinco minutos después de haberlo visto.

—Soy Schulmeister, señor, — dijo el visitante con una voz tan incolora como su persona.

Napoleón estaba muy lejos de sentirse bien impresionado.

—¿Quién, además de Savary, certifica tu habilidad para servirme?

—Yo, señor.

—No es bastante.

Y con su gesto breve y característico, giró sobre sus talones y se dirigió a una habitación interior.

Algunos minutos después se acordó de algo que necesitaba en el cuarto de que acababa de salir y volvió a él. Quodó sorprendido al ver en él a un extraño.

El hombre tenía cabellos de un rojo de llama, fríos y penetrantes ojos azules, y el aire de una persona que conoce su propio valer y lo considera grande.

—¿Quién sois y cómo os habeis atrevido a entrar aquí sin mi permiso? — preguntó Napoleón.

—Perdonad, señor; pero soy todavía Schulmeister, — contestó el hombre.

Napoleón se acercó a él y vió el cabello rojo, en el cual, ahora que estaba cerca, notaba mechones color ceniza. Examinó las facciones del hombre; sí, ahora las reconocía en parte. Pero tan sorprendente era el cambio de expresión, que Napoleón, el más hábil conocedor de hombres, había sido engañado como un colegial.

Desde ese momento, Schulmeister recibió directamente sus órdenes de Napoleón.

* * * *

—¿Quién sois y cómo os habéis atrevido a entrar aquí sin mi permiso? — preguntó Napoleón.

A Napoleón le agradaba el juego de ajedrez. A veces jugaba con piezas de madera; pero esto era en sus escasos momentos de ocio. El tablero que entretenía la mayor parte de su tiempo estaba dividido en países y sus límites eran cambiados diariamente por Napoleón mismo.

El establecía las reglas del juego y cuando Schulmeister se incorporó a su servicio, ganaba todas las partidas que emprendía.

Su enemigo más poderoso era Inglaterra. Observó su tablero de ajedrez y vió que, a espaldas de Inglaterra estaba Irlanda, con sus antiguos rencores contra los amos de Londres. Llamó a Schulmeister.

—Ve a Irlanda e infórmame de hasta que punto puede contar con los irlandeses. Ve luego a Inglaterra y busca para mí un lugar de desembarco.

No hay testimonio de la misión de Schulmeister, allende el Canal; pero debió satis-

facer a Napoleón porque volvemos a encontrar al espía en vísperas de la gran batalla de Austerlitz.

La mayor parte de los generales se sentirían satisfechos si supieran cuantos hombres tiene el enemigo y cómo se hallan colocados. Los informes que, en este sentido, poseía Napoleón eran incompletos. Sabía que, con el mismo número de piezas de ajedrez y la misma posición, un campeeón ganaría fácilmente a un novicio.

Por lo tanto era importante averiguar que tal era su enemigo, su debilidad y su fuerza. Comisionó a Schulmeister para que jugara el juego de Napoleón, en el lado del tablero que pertenecía al marisca Mack.

En terreno neutral, entre los ejércitos francés y austriaco, se realizó pocas mañanas después una pequeña escena familiar.

Una patrulla francesa escoltó un hombre hasta las avanzadas y lo arrojó afuera.

Lo recibieron del otro lado, los austriacos y los centinelas lo interrogaron. El hombre hablaba alemán perfectamente. Dijo que era húngaro y que los franceses habían sospechado que se trataba de un espía; no lo fusilaron por carecer de pruebas; pero lo expulsaron del campamento.

—Pero tengo que decir qué me hicieron justicia, — rió. — Si le hubieran fusilado, San Pedro no tendría motivo para negarles la entrada al paraíso.

—¿Quieres decir que eres realmente espía de los nuestros? — le preguntó el centinela.

El hombre se irguió con tranquilo orgullo.

—Soy húngaro; mi país está en guerra con Francia. Puesto que me encontré en el campamento enemigo, con libertad para andar de un lado a otro ¿por qué no habría de poner mis ojos y mi inteligencia al servicio de mi país?

—Bueno... ¿qué es lo que has averiguado? — le preguntó negligentemente el centinela.

Schulmeister empezó a contárselo; pero no trancurrió mucho rato sin que el centinela comprendiera que su limitada experiencia militar era insuficiente para asimilar aquellos informes y pasó a Schulmeister a un teniente. El teniente se lo pasó a un capitán y éste, consideró que debía ser escuchado por el Estado Mayor.

El Estado Mayor estaba en el cuartel general de Viena. Allí, Schulmeister fué llevado finalmente ante el mariscal de campo, Mack, a quien contó algunas cosas que sabía.

—Muy interesante... si es cierto, — fué la opinión de Mack.

Se enviaron espías para confirmar la veracidad de los informes. Estos encontraron mucha facilidad para su misión y volvieron con la noticia de que todo lo dicho por Schulmeister era cierto.

El mariscal de campo Mack estaba encantado.

—Quisiera obtener algunos informes más de esta clase, — dijo a Schulmeiter.

—General, podeis obtenerlos, si lo deseais — contestó Schulmeister ansiosamente — Yo no me atrevo a volver, por lo menos mientras no olviden mi rostro; pero no soy el único patriota que ha usado sus ojos en el campo enemigo y conozco una docena de hombres, todos en posición conveniente, con quienes puedo comunicarme y que me enviarán esos informes, si decís una palabra.

El mariscal Mack no vió inconveniente en decirla y de inmediato Schulmeister fué reconocido como miembro de la organización de espionaje del ejército austriaco.

Parte de estos excelentes servicios consistían en la entrega diaria de cierto diario francés, en cuyas columnas encontró el mariscal Mack no solamente noticias altamente satisfactorias, si no que adquirió la confirmación de que con Schulmeister, la fortuna le había hecho un obsequio regio. Cada vez tenía Schulmeister más hombres a su cargo y al fin fué nombrado jefe del servicio secreto del ejército autriaco. Entre tanto la capital de Austria le resultaba un sitio muy agradable. Toda Viena le abría sus puertas: aprendió a bailar y las hermosas mujeres de Austria, — que bien ganada tienen su fama de belleza, — eran sus compañeras de vals. Hasta la realeza se mostraba amable con él. Y Schulmeister parecería merecerlo todo porque sus espías, por medio de un código secreto enviaban notivias a Viena, que luego eran confirmadas por el diario.

Según éste, Francia estaba descontenta con Napoleón. Habían estallado revoluciones y aprovechando estas ventajas, los ingleses habían desembarcado en la costa de Francia.

El mariscal Mack se apresuró a dirigirse al frente. Con seguridad, Napoleón doblaba sus tiendas para la retirada. Mack decidió que había llegado el momento de presentar batalla. Había mantenido a su ejército de 30.000 hombres encerrados en la ciudad de Ulm, para protegerla, sin atreverse a salir a campo abierto. Ahora las puertas de la ciudad fueron abiertas y tras de las tropas, en retirada de Napoleón, marchó el ejército austriaco.

De pronto, sin embargo, ocurrió algo inesperado. El ejército, en vez de presentar solamente la espalda a los tiros, giró sobre sus talones, y, aparentemente del aire surgieron más fuerzas enemigas, al flanco de los austriacos, a la izquierda, a la derecha y... detrás.

Los austriacos fueron rodeados por satélites de Napoleón tan brillantes como Soult, Ney, Murat, Lannes y otros. ¿Qué se habían hecho las revoluciones y los ingleses desembarcados en la costa?

Mack no tuvo tiempo para averiguarlo. Napoleón le presentaba el ultimatun: "Rendirse o perecer". Se rindió.

Cualquiera hubiese creído que Schulmeister aprovecharía esta ocasión para despedirse "a la francesa" de sus amigos austriacos. Pero se quedó. Naturalmente que ojos fríos e interrogadores, se volvieron a él y se le exigió que explicara.

Mintió magistralmente, con incomparable audacia. Lo que dijo a los austriacos no se

sabe con exactitud, probablemente que alguno de sus subalternos lo había traicionado ante Napoleón y éste hizo imprimir el diario con noticias falsas, destinadas a facilitar su plan.

"Comprendo que me envuelve una nube sospechosa" — dijo. — "Pido una oportunidad para sincerarme. Iré yo mismo al campo de Napoleón, sin fiarme de nadie más. No temais que sea un pretexto para escaparme, por que sabeis que, si hubiera querido hacerlo estaría ahora con Napoleón, — sabían que esto era cierto. — Dadme sólo una semana de plazo."

Se la dieron. Esta vez los informes soportaron la prueba del fuego y algo tuvo que perder Napoleón con ellos; pero tan persuasivo fué Schulmeister que, con muy pequeño capital, obtuvo gran crédito. Lo vemos nuevamente tomando parte en un supremo consejo de guerra, al que asistían el emperador de Rusia, Alejandro, y el emperador Francisco, de Austria, quienes escucharon las proposiciones de Schulmeister para cobrarle a Napoleón algunas de sus grandes pérdidas.

¡Y poco después de eso, el 2 de Diciembre, los ejércitos de Austria y sus aliados de Rusia, fueron destrozados por Napoleón!

Esta vez no podía esperar Schulmeister que su vida estuviera segura en Austria.

Con todo se quedó. No abiertamente, como es natural, porque un consejo de guerra lo hubiese juzgado y fusilado en pocas horas; pero escondido, con un disfraz u otro. Desapareció de la brillante Viena, sin dejar de seguir trabajando como espía, en favor de Napoleón. Su rostro era ahora muy conocido; pero sabemos que él poseía, en alto grado, la facultad de cambiarlo. Una vez, por ejemplo, se hallaba en una barbería, afeitándose su barba, recién crecida. Por la ventana vió un piquete de policía, encaminándose hacia la tienda del barbero. Algo le anunció que era mejor que se alejara. Con una exclamación de dolor, se dobló, como si tuviera cólicos, puso en la mano del barbero una moneda de oro y salió, limpiándose el jabón de la cara con la toalla, con la barba a medio afeitar.

Afeitado, la policía lo hubiera reconocido inmediatamente. De manera que se ató la toalla a la mejilla, como si estuviera sufriendo terribemente de dolor de muelas.

Y lo que la policía vió en la calle fué un hombre barbudo a quien no conocía, encaminándose, al parecer, a casa del dentista más próximo.

Otra vez se hallaba en una ciudad universitaria, mirando furtivamente a un hombre a quien reconoció como uno de los miembros del servicio secreto austriaco. Cuando pasaba junto a él, una voz lo llamó desde la acera opuesta.

El espía, sobresaltado, vió al profesor Eduardo Rouos, un jovial académico, que estaba ignorante de los acontecimientos y, cuando vió al hombre que conociera en Viena, creyó qeu era alguien a quien todavía podía saludar calurosamente.

De rabo de ojo, Schulmeister vió que el hombre del servicio secreto lo miraba fijamente y sostuvo aquella mirada. Atravesando la calle fué al encuentro del que lo había llamado.

—Mi querido Rouos. ¡Qué amable ha sido usted al acordarse de su viejo "schulmeister"!

Como el saludo y la contestación fueron en alemán, aquel "schulmeister", a los oídos del hombre del servicio secreto, tanto podía ser "maestro de escuela" como el apellido del espía. Por lo que pudiera resultar, siguió a los dos hombres y oyó decir al "chulmeister".

—Mire; tengo una mesa reservada en mi rincón favorito de "El Rey de Bolonia". Pero debo realizar primero una pequeña diligencia. ¿Por qué no va y le dice al dueño del restaurante que va a almorzar conmigo y me espera allí? Estaré con usted dentro de cinco minutos.

El inocente profesor quedó encantado. El hombre del servicio secreto decidió que él también almorzaría en el "Rey de Polonia", cerca del "rincón favorito" y escucharía lo que aquel sujeto de nombre tan interesante, tenía que decir.

No hay para nada que decir que los cinco minutos se convirtieron en una eternidad.

Pero su escapatoria más difícil fué durante la batalla de Wagram. Estaba todavía dentro de las líneas austriacas y huía de los que lo perseguían, porque uno de los oficiales del Estado Mayor Austriaco lo había reconocido.

La persecución había sido tan encarnizada que las balas cayeron como lluvia a su alrededor. Tuvo tiempo, sin embargo, de llegar hasta una casa, en los alrededores del campo de batalla y subir al piso alto. Creyó que su carrera estaba terminada, porque de pronto oyó que la puerta del frente era echada abajo y que los dragones estaban en la planta baja.

En el cuarto donde se encontraba Schulmeister había un tintero y un lavatorio. Agarró una toalla, rompió un frasco de tinta roja se enrolló las mangas, y tranquilamente, descendió la escalera.

Llegó al piso bajo cuando los soldados registraban todas las piezas. Tenemos que recordar su talento para cambiar las facciones. Lo que los soldados vieron era un hombre, cuyo rostro no les resultaba familiar. Sus manos parecían estar cubiertas de sangre, que trataba de limpiar con la toalla.

—¿A quién buscáis? — preguntó.

—A Schulmeister, el espía.

—Lo encontraréis en el piso alto, arreglando sus cuentas con Dios. Soy médico; pero uno de vosotros debe tener mucha puntería porque aunque le saqué la bala...

Y se encogió de hombros con indiferencia profesional.

Los soldados corrieron al piso alto, mien-

Para impedir que lo arrestaran se ató la cara con la toalla como si tuviera dolor de muelas.

tras Schulmeister se dirigía a la calle. Pero un día lo tomaron desprevenido y no pudo escapar. Fué sentenciado a muerte y esperaba en su celda el momento de la ejecución, pensando que, por fin, su estrella se había eclipsado. Sin embargo parecía que la fortuna que acompañaba al gran corso, favorecía también a sus partidarios. La noche que Schulmeister pasó esperando la muerte, tronaron los cañones de Napoleón y los soldados que abrieron al otro día su celda no eran austriacos sino franceses.

* * * *

Napoleón recompensó generosamente los servicios de su espía; pero le negó un favor que ardientemente deseaba: la Cruz de la Legión de Honor.

—Karl tendrá todo el dinero que quiera y cualquier otra cosa también. . . excepto la Legión de Honor.

Tuvo que conformarse. Pasó algunos años en medio del lujo y, al eclipsarse la estrella de Napoleón, también se obscureció la suya.

Fué arrestado y tanto tuvo que pagar para que le devolvieran la libertad que, de su fortuna, sólo le quedó lo suficiente para establecer una pequeña cigarrería, donde él y su esposa vivieron humildemente.

Años más tarde, el sobrino de Napoleón, encontrándose cerca de la casa del ex espía, le hizo una visita. Fué la última hora interesante de su vida. Poco después murió tranquilamente, a la edad de ochenta y tres años.

EL MISTERIO DEL FUEGO PERDIDO

Por LEON BERTHAUT

Colocado en los escollos que hacen tan peligrosas las costas de la Florida, el faro del Fuego Perdido pertenecía a la dirección del Hey West y necesitaba la presencia continua de dos guardianes.

Estos sólo hacían seis meses de servicio al año; de modo que en realidad, eran cuatro los que exigía el cuidado de aquel faro tan alejado de la costa solitaria. En los primeros días de Enero y de Julio, más pronto o más tarde, según el estado del mar, un pequeño "cutter" venía a dejar a los guardianes reemplazantes y a llevarse a los otros, depositando en el islote víveres, aceite, instrumentos de repuesto, todo cuanto podía servir para sostener la luz del faro y la existencia de los prisioneros voluntarios. A menudo tenían que hacer reparaciones para restablecer la solidez de la torre. A pesar de los cuidados prodigados regularmente a la construcción, que era como un centinela de avanzada en aquel mar salvaje, ocurría a veces, durante los equinoccios, que las olas furiosas, saltando sobre las rocas, llegasen hasta la linterna. En aquellos instantes, sobre todo durante la noche, les parecía a los guardianes que la vieja torre de granito se tambaleaba pronta a caer en el abismo.

Una vez, uno de los guardianes se había vuelto loco de repente y se había tirado al mar desde la terraza. Aquello impresionó a la gente de mar y aún entre los más bravos era difícil encontrar alguien a quien el Fuego Perdido no inspirase terror.

Sí, razones de economía y la necesidad de una instalación más perfecta condenaban al faro desde hacía tiempo a la demolición, puede decirse que ésta se apresuró por la sangrienta tragedia desarrollada allí.

En aquella época los guardianes del faro eran Ned Storck y Toby Wells.

Una noche de Noviembre, en un asalto de las olas, tan formidable que la torre parecía gemir de dolor, se rompió el grueso cristal de la linterna.

Prontos al deber, Ned y Toby pudieron después de largos y desesperados esfuerzos, reparar la avería.

Pero esto no era todo; había que encender la luz e impedir que se apagase. ¿Cómo hacerlo en medio de aquella tempestad tan infernal? Después de media hora de reflexión, Ned imaginó poner contra las barras verticales de la linterna, en el lugar de la rotura, una tabla.

Toby hizo observar a su compañero que aquello no estaba bien puesto, que dejaba en la sombra una quinta parte del sector que debía alumbrar el faro. Sin embargo no tuvo más remedio que convenir en que aquella era la única solución. Los dos hombres bajaron al cuarto del vigía para hacer en la tabla los agujeros necesrios para poder pasar el lambre que debía fijarlo a los barrotes.

De pronto, entre la furiosa ráfaga, Ned y Toby oyeron un crujido, una explosión y luego desgarradores gritos humanos.

Pálidos, cubiertos de sudor frío, pensando en los náufragos que tal vez agonizaban sobre los escollos, subieron rápidamente hasta la plataforma... ¡Nada!

La linterna que llevaban iluminaba apenas el reborde de la galería. El rugido trágico del abismo había acabado por ahogar todo ruido.

Después de unos minutos de ansiosa espera, bajaron para proseguir el trabajo, pensando que la claridad del faro les mostraría lo que motivaba sus temores. Pero una vez encendida la luz, nada vieron, pues una espesa nevada caía en gruesos copos. Inquietos, obsesionados por aquellos gritos, decidieron de común acuerdo prolongar la guardia hasta el día.

A la luz del alba pudieron darse cuenta de lo ocurrido. Sobre uno de los arrecifes más cercanos se veía un barco tumbado.

Sin vacilar, echaron al agua una pequeña embarcación. El mar estaba picado y el trayecto, por corto que fuese, era peligroso. Pero era imposible dejar morir allí, casi al pie del faro, a aquellos desgraciados.

Aunque todo hacía esperar que hubieran perecido la mayoría de los que iban a bordo, Ned y Toby creían encontrar a alguno con vida.

Por medida de precaución decidieron que uno solo fuera en socorro de los náufragos, mientras el otro permanecía en el faro. Si el eclipse fatal de la luz había ocasionado aquel desastre, era necesario que no se produjese el segundo.

Ned, que era el más joven, quiso ir a todo trance y Toby no pudo impedírselo.

Tres cuartos de hora más tarde, Ned estaba de vuelta llevando envuelta en una manta de viaje a una jovencita de cabellos rubios que parecía muerta.

—¿Y bien? — preguntó Toby transcurridos unos instantes de emoción. — Era uno de los steam-boats de Jacksonville a Savannah, ¿verdad?

Ned contestó:

—"Eagle".

Era, en efcto, el "Aguila", uno de los vapores que hacía el servicio entre las dos ciudades. Más de sesenta personas habían perecido en el naufragio, estrelladas contra las rocas o llevadas por las olas. Pero ni Toby ni Ned pensaban en ello; la presencia de aquella mujer, tan hermosa y tan pálida, les hacía olvidar el resto del mundo.

Cuando Toby preguntó si había otros sobrevivientes, Ned respondió balbuceando:

—Sólo pensé en salvarla.

Y, singular juego de los acontecimientos, que hacen de la vida real una continuación dramática infinitamente superior a todas las fantasías de un novelista, aquella jovencita

Después de cuarenta y ocho horas de descanso, Mabel se había repuesto de las emociones de la noche fatal. Pero tenía tres inquietudes: primero, el que su padre la creyese muerta y muriese también él de dolor; luego, el pensar en la suerte de sus compañeros, y por fin, la rivalidad de Ned y Toby, con los cuales iba a vivir Dios sabe cuánto tiempo.

Al cabo de una semana este temor se acentuó aún más, pues las miradas entre los dos guardianes le revelaban un odio intenso.

Por desgracia, el "Swallow", otro vapor que iba de Jacksonville a Svannah, no advirtió las señales, y pasó de largo, lle-

De pronto, entre la furiosa ráfaga se oyó un crujido...

arrojada por las fuerzas brutales de la naturales sobre la roca del Fuego Perdido, era Mabel Grant, hija de un antiguo guardián del faro, entonces empleado como piloto en la dirección del Hey West.

Y, coincidencia más extraña todavía: dos hombres se habían enamorado de Mabel: Ned y Toby.

Cuando el director había designado a ambos para la guardia del Fuego Perdido, ninguno había protestado. Estar juntos en el faro era para los dos una garantía. Cada uno decíase que así el otro no podía conquistar a Mabel, esperando ser el elegido.

De tácito acuerdo, evitaban pronunciarse el nombre de miss Grant; pero no por eso su rivalidad era menos ardiente y feroz.

La primera impresión, al ver a Mabel inanimada había sido de estupor, pero cuando la encantadora criatura abrió los ojos y exclamó: "¡Ned! ¡Toby!", los dos hombres se habían convertido nuevamente en rivales.

vándose con él la esperanza de Mabel.

Esta sorprendió un día a Ned escuchando detrás de la puerta. Poco después, Toby, al encontrarla en la escalera, la tomó en sus brazos con vehemencia y besó con pasión sus cabellos.

Espantada, Mabel se contuvo para no gritar, pues sabía que Ned acudiría en seguida a salvarla del odioso Toby.

¿Odioso? Sí. A partir de aquel instante. Toby la inspiró una invencible repulsión. Y esto fué, quizás, la causa definitiva del drama que debía llenar de horror la misteriosa soledad del Fuego Perdido.

Pasaron tres semanas sin que ningún vapor respondiese a las insistentes señales del faro. Pero la esperanza de verse libre pronto por la llegada del "cutter", había serenado el corazón de Mabel. Y esperaba además que en el vapor vendría su padre, encargado de vigilar el cambio de los guardianes. Como piloto, no era imposible que estuviera de ser-

vicio a bordo del "cutter" el día que éste llegase a hacer el relevo.

Llena de esperanzas, Mabel, a quien repugnaba Toby después de su brutal abrazo, se complacía en hablar con Ned y cuando estaban solos dejaba entre las rudas manos del guardián su manecita blanca. Segura ya de su corazón, Mabel diría a su padre con esa franqueza y decisión de la mujer que ama: "quiero a Ned".

En esta disposición de espíritu no era extraño que cometiese alguna imprudencia Una noche que Toby subía a su puesto junto a la linterna y Ned salía del cuarto de guardia, Mabel se acercó a su prometido y creyendo que estaban solos ofreció su frente al beso de Ned.

Rápidamente, casi de un salto, bajó Toby. Se oyó un golpe sordo, un estertor...

Aterrorizada, Mabel corrió a arrodillarse junto a Ned, que yacía en el suelo, en un gran charco de sangre, con un cuchillo de gaviero clavado en la nuca

El moribundo abrió los ojos y sus labios balbucearon el nombre de Mabel. el último que debía pronunciar.

—¡Ned! ¡Ned! — sollozó la joven besando apasionadamente al guardián, — quiero que vivas!... ¡Lo quiero!...

Hizo Ned un esfuerzo supremo para incorporarse y cayó hacía atrás, muerto.

Entonces Mabel arrastró el cuerpo hasta la habitación de Ned, lo colocó en el lecho y permaneció allí toda la noche, de rodillas, junto al cadáver. Al amanecer, oyendo que habrían la puerta, se incorporó bruscamente.

Toby entró y se dirigió hacia ella. Había en sus ojos una expresión de odio.

Mabel corrió a la escalera y Toby la siguió, exhalando una burlona carcajada.

Pero la joven había llegado primero al cuarto del vigía. ¿Qué quería aquel hombre de ella?... Matarla o que cediese a su abyecta pasión?

El espanto de una alternativa semejante transformó en un segundo a Mabel, un pesado martillo se hallaba a su alcance e inclinándose dió un golpe con todas sus fuerzas a la cabeza de Toby, que asomaba ya por la escalera.

Cuando dos días después llegó el "cutter" con los dos hombres para el relevo, éstos se asombraron al ver que nadie contestaba a sus gritos.

Subieron inquietos, Atravesado en la escalera estaba Toby con la cabeza deshecha. Y descansando sobre el pecho de Ned, Mabel, muerta de pena y horror...

¡COMO SERAN LAS CUENTAS!

Ella: — Debo pagar una cuentita. ¿Tienes sencillo?
El: — ¿Cuánto necesitas?
Ella: — Nada más que trescientos veinte pesos.

NUEVA NACIONALIDAD

—Ese nuevo inquilino es de la jazz-band.
—Parece extranjero ¿verdad?
—Sí; creo que es anglo saxofón.

PROTOCOLO

El portero: — Señor: los bomberos.
El patrón: — Que pasen.

NUEVO RECORD

La víctima: — Las 16 y 4 en punto. Tengo que recordar la hora de este atropello. Desde las 11 van cinco. ¡Me parece que voy a batir un record!

¡POBRE JUAN!

—¿Sabes, Juan, lo que estoy pensando? Que podríamos comprar un tronco igual para la cocina. ¡Tendríamos leña para un año! (De "London Opinion").

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que desarrolla su acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento realmente admirables. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

SENTIASE Meriem arrebatada y extática. Los relatos del galán eran como cuentos de hadas para aquella doncellita de la selva. El honorable Morrison se aparecía grande, magnífico y espléndido a los ojos de su espíritu. La fascinaba. Y cuando se acercó más a ella después de una breve pausa y le tomó una mano. Meriem se estremeció como puede uno estremercerse al contacto de una deidad. Era un estremecimiento de entusiasmo que no dejaba de ofrecer ciertos ribetes de miedo.

Morison acercó los labios al oído de la joven.

—¡Meriem — cuchicheó, — Meriem mía! ¿Podré esperar que me concedas el derecho de llamarte "Meriem mía"?

La niña clavó en su rostro los ojos muy abiertos; pero estaban en sombras. Temblaba Meriem, pero no se retiró. El inglés le rodeó la cintura con un brazo y la acercó más a sí.

—¡Te quiero! — cuchicheó.

Calló Meriem, pues no sabía qué decir. No tenía la menor noticia del amor. No le dedicó jamás un pensamiento; pero sabía que era muy bonito verse amada, cualquiera que fuese el significado de esto. ¡Había conocido tan pocas bondades y tan pocos afectos!

—Dime — continuó él, — dime que tú me quieres también.

Sus labios se acercaron más a los de la joven. Casi habían llegado a rozarlos cuando la visión de Korak surgió milagrosamente ante los ojos de Meriem. Vió la cara de Korak junto a la suya, sintió en la boca sus ardorosos labios, y entonces por primera vez en su vida coligió lo que el amor significaba. Y se echó suavemente atrás.

—No estoy segura, — dijo — de quererle a usted. Esperemos. Hay tiempo de sobra. Todavía soy demasiado joven para casarme, y no puedo afirmar que fuese dichosa en Londres ni en París... Más bien me asusta pensar en eso.

Meriem se levantó. La visión de Korak estaba aún delante de ella.

—Buenas noches — dijo. — Esto es demasiado hermoso para dejarlo — prosiguió moviendo la mano en amplio ademán, que abarcó el cielo estrellado, la luna llena, la ancha y plateada llanura y las densas sombras que a lo lejos marcaban la selva. — ¡Oh, cuánto me encanta todo esto!

—Más le encantaría a usted Londres — contestó afanosamente Morison. — Y también usted sería el encanto de Londres. Sería usted una belleza famosa en cualquier capital de Europa. Tendría usted el mundo a sus pies, Meriem.

—Buenas noches — repitió la joven, y se alejó.

El honorable Morison Baynes sacó un cigarrillo de su blasonada pitillera, lo encendió, lanzó hacia la luna una bocanada de humo azulado, y frunció los labios en una sonrisa.

XVIII

Hallábanse Meriem y Bwana sentados en la terraza, al día siguiente, cuando a lo lejos se apareció un jinete que atravesando la llanura se encaminaba hacia el bungalow. Bwana se resguardó los ojos con la mano y miró al personaje que se acercaba. Estaba preocupado. Los extraños eran poco en el Africa central. Hasta los negros le eran bien conocidos a la distancia de muchas millas a la redonda. No podía acercarse un blanco a un centener de millas del bungalow sin que la noticia de su proximidad llegara a Bwana mucho antes que el desconocido. Todos sus pasos venían a conocimiento del caballero, el cual sabía punto por punto qué clase de animales derribaba y cuántos de cada especie, y también cómo los mataba, porque Bwana no permitía el uso del ácido prúsico ni de la estricnina; también le referían cómo trataba el desconocido a sus "muchachos".

Varios cazadores europeos se habían visto rechazados hacia la costa por mandato del fornido inglés, a causa de su innecesaria crueldad con sus secuaces negros; y uno de ellos, cuyo nombre sonaba muchísimo en los países civilizados como el de un gran cazador, se vió expulsado de Africa con orden de no volver, una vez que Bwana se enteró de que su gran botín de catorce leones se había adquirido por el exclusivo uso de cebo emponzoñado.

Resultaba de esto que todos los buenos cazadores y todos los indígenas querían y respetaban a Bwana, cuya palabra era ley allí donde jamás hasta entonces la hubo. Apenas había indígena de una costa a otra que no atendiera las órdenes de Bwana con preferencia a las de los cazadores que lo tomaban a su servicio, y por esta razón era fácil despedir a cualquier extraño poco grato: pues Bwana no tenía más que amenazarle con mandar a sus muchachos que le abandonaran.

Mas aquél era evidentemente un desconocido que se había deslizado en el territorio sin que nadie le precediera. Bwana no podía imaginar quién podía ser el jinete. Según exige la hospitalidad fronteriza en todo el globo, recibió al recién llegado en la puerta, y le dió la bienvenida aun antes que desmontase. Hallóse con un sujeto alto y bien plantado, de treinta años o más, de pelo rubio y esmeradamente afeitado. Tenía su cara un aspecto familiar que convenció a Bwana de que podría llamar al desconocido por su nombre; mas no le fué posible hacerlo. El recién llegado era indudablemente de origen escandinavo, pues así lo denotaban tanto su figura como su acento. De modales toscos, pero francos, hizo buena impresión al inglés, siempre dispuesto a admitir a los extraños en aqueel país salvaje por lo que valían, sin hacer preguntas, y pensando de ellos lo mejor posible mientras no resultara que no eran acreedores a su amistad ni a su hospitalidad franca.

—Es bantante insólito que un hombre blanco venga sin que le anuncien — dijo cuando se dirigían juntos hacia el campo en el cual, según había indicado Bwana, podía el viajero dejar su caballo. — Mis amigos, los indígenas, nos suelen tener bien informados.

—Eso se deberá probablemente a que vengo del sur y por eso no se ha enterado usted de mi proximidad. Llevo varias jornadas sin encontrar ningún pueblo.

—No, no hay ninguno al sur en muchísimas millas, — replicó Bwana. — Desde que Kovudoo dejó su tierra, dudo que en doscientas o trescientas se pueda encontrar un indígena en esa dirección.

Bwana estaba admirado de que un hombre blanco solo hubiera podido abrirse camino por la salvaje e inhospitalaria región que se extendía al sur. Y como si conjeturara lo que pasaba por la mente del caballero inglés el recién llegado adelantó una explicación.

—Bajé desde el norte para dedicarme un poco a la caza y al comercio, y me aparté de la senda trillada. Mi jefe de expedición, que era el único individuo de la safari que había estado antes por el país, se puso enfermo y murió. Y como no pudimos encontrar indígenas que nos guiaran, tomé el partido de volverme otra vez al norte. Llevamos un mes viviendo del producto de nuestros rifles. No tenía yo la menor idea de que hubiera un hombre blanco a infinidad de millas de nuestro campamento, cuando anoche lo establecimos junto a un abrevadero, al borde de la llanura Esta mañana he salido a cazar, y he visto el humo de la chimenea de su casa; por lo cual he mandado a mi escopetero al campamento a dar la buena noticia, y yo he venido aquí a todo escape. Claro es que había oído hablar de usted, pues a usted lo conoce todo el que viene al Africa central; y celebraría mucho que me permitiera descansar aquí y dedicarme a la caza durante un par de semanas.

—Sí, por cierto, — replicó Bwana, — traslade usted su campamento más cerca del río, debajo de mis muchachos, é instálese usted con toda comodidad.

Habían llegado ya a la terraza, y Bwana hizo la presentación del desconocido a Meriem y a Cariño, que acababan de salir del bungalow.

—Míster Hanson — dijo, usando el nombre que el desconocido le había dado. — Es un comerciante que se ha perdido en la selva, hacia el sur.

Cariño y Meriem saludaron en respuesta a la presentación. El recién llegado parecía sentirse poco a gusto en presencia de las mujeres, cosa que su huésped atribuía a que no estuviera acostumbrado a la sociedad de damas cultas. Esto le indujo a buscar pronto un pretexto para sacarle de su posición, tan desagradable al parecer, y llevárselo a su despacho, donde le ofreció coñac con soda; lo cual evidentemente disgustaba mucho menos al tal mister Hanson.

Cuando las dos quedaron solas. Meriem se volvió a Cariño.

—Es singular — le dijo, — pero casi juraría que he conocido a míster Hanson en otro tiempo. Es raro, porque parece imposible.

Y no volvió a dedicar un pensamiento al asunto.

Hanson no oceptó la invitación de Bwana de trasladar su campamento más cerca del bungalow. Dijo que sus muchachos eran un tanto pendencieros, y valía más tenerlos a distancia; y en cuanto a él, se dejaba ver muy poco, y siempre evitaba ponerse en contacto con las mujeres, hecho que, como es natural, suscitó ciertos comentarios burlones respecto a la tosca timidez del negociante. Este acompañó a los hombres a varias excursiones de caza, y entonces demostró hallarse en terreno perfectamente conocido y estar versado en todos los detalles de la caza mayor. Por las noches solía pasar muchos ratos con el capataz blanco de la gran finca, pues evidentemente en la compañía de aquel hombre tosco hallaba más interés que en la de los civilizados huéspedes de Bwana. Así ocurrió que vino a ser por las noches una figura conocida en aquellos parajes. Iba y venía como tenía por conveniente, y a menudo vagaba solo por el gran jardín de flores que era el orgullo y la alegría de Cariño y de Meriem. La primera vez que lo sorprendieron allí dió unas torpes excusas, explicando que siempre le habían gustado mucho las lindas flores de la Europa septentrional que Cariño había conseguido aclimatar con resultado excelente en el suelo africano.

¿Pero eran las hermosísimas flores de las malvas reales y polemonios las que lo atraían al embalsamado ambiente del jardín, o era aquella otra flor, infinitamente más bella, que a menudo vagaba por entre los arriates, bajo la enorme luna; la joven de pelo negro y atezado cutis?

Llevaba ya allí Hanson tres semanas, durante las cuales dijo que sus muchachos estaban descansando y cobrando fuerzas después de las terribles pruebas que habían pasado en la selva virgen del sur, mas Hanson no se había sentido ocioso como parecía. Dividió su pequeño séquito en dos partes, confiando la jefatura de cada una de ellas a hombres a quienes creía poder confiar. A ellos les explicó sus planes, y les habló de la rica recompensa que podían esperar de él si los llevaban a feliz término. A una de las partidos le ordenó alejarse muy lentameente hacia el norte, siguiendo el sendero que enlazaba con las grandes rutas de caravanas que entraban en el Sahara por el sur. A la otra la mandó derechamente hacia el oeste, con orden de que se detuviera y levantara un campamento permanente más allá del gran río que era la frontera natural de la región considerada por el gigantesco Bwana como suya por derecho propio.

A su huérped le explicó que movía su safari lentamente hacia el norte, y no le dijo nada de la partida que avanzaba hacia el poniente. Luego, cierto día, anunció que la mitad de sus muchachos habían desertado, porque una partida de caza del "bungalow" había llegado hasta su campamento septentrional, y Hanson temía que pudieran haber observado el reducido número de su séquito.

Y así estaban las cosas cuando una noche Meriem, que no podía dormir, se levantó y salió a pasear al jardín. El honorable Morison había insistido de nuevo en su pretensión amorosa, y la imaginación de la doncella se hallaba envuelta en tal torbellino, que no le era posible conciliar el sueño.

Detrás de un gran arbusto en flor se hallaba tendido Hanson, contemplando las estrellas y esperando. Allí, en aquel mismo sitio, llevaba apostándose muchas noches a la misma hora. ¿Qué esperaba, o a quién? Oyó que la doncella se aproximaba, y se volvió hasta apoyarse en el codo. A doce pasos de distancia, con las riendas atadas a una estaca de la empalizada, estaba su potro.

Meriem, andando lentamente, se acercó al arbusto tras el cual aguardaba el forastero. Este sacó del bolsillo un gran pañuelo de hierbas y se puso de rodillas sin hacer ruido. En los corrales relinchó un caballo, y muy a lo lejos se sintió el rugido del león, al otro lado de la llanura. Hanson cambió de postura hasta ponerse en cuclillas, dispuesto a levantarse rápidamente.

De nuevo relinchó el caballo, esta vez más cerca. Se oyó el ruido de su cuerpo rozar con unos arbustos. Hanson lo percibió y se preguntó cómo podría haber salido el potro del corral, porque era evidente que se hallaba ya en el jardín. El hombre volvió la cabeza en la dirección en que sonaba el ruido, y lo que vió le hizo tenderse en el suelo, acurrucado junto a los arbustos. El que llegaba era un hombre, conduciendo dos caballos.

Meriem lo oyó también y se detuvo a mirar y escuchar. Un momento más tarde se aproximó el honorable Morison Baynes, seguido por las dos cabalgaduras ensilladas.

Meriem le miró llena de sorpresa. El honorable Morison hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—No podía dormir — explicó — y me disponía a salir a dar un paseo a caballo cuando la he visto a usted aquí, y he pensado que acaso quisiera usted acompañarme. Ya sabe usted que de noche el caballo es una diversión magnífica. Venga.

Meriem rompió a reír, porque la aventura le hacía gracia, y la seducía.

—Vamos allá — dijo.

Hanson profirió un sordo juramento. Los dos sacaron sus caballos del jardín hasta la puerta y salieron por ella. Entonces descubrieron la montura de Hanson.

—¡Hombre! Ahí está el potro de ese comerciante — observó Baynes.

—Probablemente andará por aquí con el capataz — dijo Meriem.

—Es una hora bastante avanzada para que vague por aquí, ¿no le parece? — preguntó el honorable Baynes. — A mí no me haría maldita la gracia volverme por la selva de noche hasta su campamento.

Y como para justificar sus temores, el lejano león volvió a rugir. Morison se estremeció y miró a la muchacha para observar el efecto que en ella producía aquel terrible sonido. Pero Meriem pareció no haberlo notado.

Un momento más tarde los dos estaban a caballo y se encaminaban lentamente al tra-

vés de la llanura, inundada de luna. La doncella dirigió su potro hacia la selva. Era el sitio donde sonaba el rugido del león.

—¿No sería mejor que nos apartáramos de ese ciudadano? — apuntó el honorable Baynes. — Me figuro que no lo ha oído usted rugir.

—Sí, lo he oído — contestó Meriem riendo. — Vamos allá y lo llamaremos.

El honorable Morison se rió también, pero de dientes afuera. No quería mostrar miedo delante de la muchacha, pero tampoco quería acercarse demasiado a un león hambriento a aquellas horas de la noche. Llevaba en el arzón su rifle, pero la luz de la luna no permite hacer blancos muy seguros,

Salió Korak de la selva y recobró su venablo.

y además el honorable Morison no había disparado nunca contra un león hallándose solo, ni siquiera de día. Este pensamiento le ocasionó un verdadero respingo de repugnancia.

La fiera había cesado de rugir. No la volvieron a oír, y esto hizo recobrar el ánimo al honorable Morison. Se dirigían hacia la selva a favor del viento. El león estaba a corta distancia a su derecha. Tratábase de un animal viejo, que llevaba ya dos días sin comer, pues ni su ataque era tan rápido ni tan potente su salto como en los días de su juventud, cuando sembraba el terror entre los hervíboros de su silvestre reino. Dos días y dos noches se había vuelto con la tripa vacía, y había pasado ya mucho tiempo sin alimentarse más que de carne muerta. Estaba viejo; pero todavía era una terrible máquina de destrucción.

Aquella noche llegó a su olfato el peligroso olor; pero la fiera se hallaba enloquecida por el hambre, y era capaz de hacer cara a una docena de rifles, si era necesario, con tal de llenarse la andorga. De pronto describió un círculo por el bosque, para volver a colocarse a sotavento de sus víctimas, porque si éstas percibían su olor no podía abrigar esperanza de alcanzarlas. Numa tenía hambre; pero era viejo y astuto.

En lo hondo de la selva, otro sér percibió débilmente el olor de hombre y el de Numa al propia tiempo. El tal levantó la cabeza y olfateó. Luego la echó a un lado y prestó el oído.

—Vamos — dijo Meriem. — Vamos por aquí. La selva es maravillosa de noche. Aquí está lo bastante despejada para que podamos pasar a caballo. No tenga miedo al león — prosiguió al observar la ligera vacilación de su compañero.—Dice Bwana que desde hace dos años no se ha visto por aquí ninguno, y la caza es tan abundante que Numa no tiene necesidad de buscar carne humana. Además, le han acosado tantas veces, que más bien procura apartarse del camino del hombre.

—Oh, no me dan miedo los leones! — replicó el honorable Morison. — Lo que estaba pensando es que la selva es un lugar muy incómodo para recorrido a caballo. Entre la maleza, las ramas bajas y demás, no es lo más a propósito para que el deporte le divierta a uno.

—Entonces vamos a pie,—indicó Meriem, disponiéndose a apearse.

—¡Oh, no! — exclamó Morison, palideciendo ante su indicación. — Vamos a caballo.

Y dirigió al suyo hacia las oscuras sombras del bosque. Detrás de él iba Meriem, y por delante, vagando en busca de una buena oportunidad, andaba Numa, el gran felino.

Allá en la llanura un jinete solitario musitó una blasfemia cuando vió que los dos desaparecían a su vista. Era Hanson, que los había seguido desde el bungalow. El camino de ambos jóvenes conducía en derechura a su campamento, de suerte que tenía ya preparada una excusa plausible para el caso de que lo descubrieran; pero ellos no le habían visto, porque no se volvían a mirar atrás.

Hanson se encaminó derechamente hacia el lugar de la selva por donde habían desaparecido. Ya no le importaba qué pudieran descubrirlo. Esta indiferencia suya obedecía a dos razones. La primera es que veía en el acto de Baynes una imitación de su propio plan de secuestrar a la doncella y acaso le fuera posible valerse de aquella aventura para su propio intento. Por lo menos, se mantenía en contacto con ellos y cuidaría de que Baynes no se llevara a Meriem. La segunda razón estaba fundada en su conocimiento de un suceso que había llegado a su campamento la noche anterior, suceso que él no había dicho en el bungalow por temor a llamar demasiado la atención sobre sus propios pasos y no er a los negros del gigan-

tesco Bwana en relación peligroso con los suyos. Había dicho en el bungalow que la mitad de sus negros habían desertado, y este relato podía verse fácilmente desmentido en el momento en que sus muchachos y los de Bwana pudieran hacerse confidencias.

El acontecimiento que no había mencionado y que ahora le hacía correr precipitadamente en pos de la doncella y de su acompañante, había ocurrido durante su ausencia, en las primeras horas de la tarde anterior. Sus hombres se hallaban sentados en torno de la hoguera de su campamento rodeados por una alta "boma" de espinos, cuando, sin el menor aviso, un monstruoso león se abalanzó sobre ellos y agarró a uno. Él agredido debió su salvación únicamente a la lealtad y al valor de sus camaradas; y sólo después de una encarnizada batalla con la hambrienta fiera les había sido posible arrojarla de allí con palos encendidos, venables y disparos de rifles.

Por esto sabía Hanson que un devorador de hombres había penetrado en aquella comarca, o bien se había convertido en tal un envejecido león que recorría por la noche las llanuras y las montañas, y de día se tendía a dormir en la frescura de la selva. Había oído Hanson el rugido de un león hambriento no más de media hora antes, y no le cabía duda de que la fiera estaba acechando a Meriem y a Baynes. Maldijo la locura y necedad del inglés y espoleó vivamente a su caballo para seguirlos a ambos.

Meriem y Baynes habían penetrado en un pequeño calvero natural. A cien varas más allá de ellos, Numa estaba agazapado en la maleza, con los ojos amarilloverdosos fijos en su presa, y moviendo espasmódicamente la punta de la sinuosa cola. Estaba midiendo la distancia que le separaba de los dos jóvenes, y preguntándose si debía aventurar el ataque o aguardar un poco más, con la esperanza de que la presa fuese a parar a sus mismas mandíbulas. Tenía muchísima hambre, pero no era menor su astucia. No quería poner en peligro la comida que esperaba, lanzándose a un ataque rápido y poco meditado.

Si la noche antes hubiera esperado a que estuvieran dormidos todos los negros, no se habría visto obligado a largarse de allí y a pasar otras veinticuatro horas de gazuza.

Detrás de él, otro ser que había percibido su olor y el del hombre al propio tiempo, se puso a horcajadas en la rama de un árbol en que se había instalado para dormir. Debajo de él, en la oscuridad, un bulto gris y pesado se agitaba de un lado a otro. El del árbol profirió un breve grito gutural y se dejó caer sobre la espalda de la masa gris. Dijo a media voz una palabra junto a una de las enormes orejas, y Tantor, el elefante, levantó la trompa a lo alto, y la movió de un lado a otro para pescar el olor que le había avisado aquella sola palabra. Se sintió otra en cuchicheo — ¿era una orden? — y el enorme y pesado animal dió media vuelta con torpes pero silenciosos pasos, en dirección a Numa, el león, y a los extraños a quienes había olfateado el Tarmangani, su jinete.

Ambos avanzaron, percibiendo cada vez más fuerte el olor de Numa y de su presa. El felino se iba sintiendo impaciente. ¿Cuánto más tendría que aguardar hasta que llegara a él la comida? Perversamente se azotó los costados con la cola, y poco le faltó para gruñir. Y sin darse en lo más mínimo cuenta del inmenso peligro que corrían, el galán y la joven se detuvieron charlando en el pequeño calvero.

Estaban sus caballos uno al lado del otro. Baynes había hallado la mano de Meriem, que estrechaba mientras vertía en sus oídos palabras de amor, que la doncella escuchaba de buen grado.

—Ven a Londres conmigo — apremiaba el honorable Morison. — Me procuraré una "safari" y llevaremos un día entero de delantera camino de la costa, antes de que se den cuenta de que nos hemos ido.

—¿Y por qué hemos de hacer eso? Bwana y Cariño no se opondrían a nuestro matrimonio.

—Es que no podemos casarnos todavía, — explicó el honorable Morison, — pues antes hay que cumplir ciertas formalidades... que tú no entiendes. No te preocupes. Iremos a Londres. Yo no puedo esperar más. Si me quieres ven conmigo. Yo dara por tí mi vida... ¿No darías tú nada por mí?

—¿Tú me quieres? — preguntó ella — ¿Te casarás conmigo cuando lleguemos a Londres?

—Te lo juro — exclamó él.

—Entonces iré contigo, — cuchicheó Meriem, — aunque no comprendo la necesidad de ello.

En aquel instante apareció la punta de un enorme colmillo por entre los árboles que limitaban el calvero. El honorable Morison y Meriem que no tenían ojos ni oídos más que para sí mismos, ni vieron ni oyeron nada, pero Numa sí. El Tarmangani que venía sobre la ancha cabeza de Tantor vió a la doncella junto al galán. Era Korak; pero en la esbelta figura de la muchacha lindamente vestida, no reconoció a su Meriem. Y entonces se lanzó Numa a la carga.

Con un terrible rugido y temeroso de que Tantor llegara a espantar a su presa, el poderoso animal saltó fuera de su escondite. Tembló la tierra al sonar su potente voz.

Los dos caballos permanecieron un instante paralizados de terror. El honorable Morison Baynes se quedó blanco y frío. El león se precipitaba hacia ellos a la plena luz de la magnífica y brillante luna. Los músculos del honorable Morison no obedecían ya a su voluntad, sino que se doblaban ante el apremio de un poder más grande el poder de la primera ley de la naturaleza. Los músculos le hicieron hincar las espuelas en los costados del caballo, y soltar la rienda sobre el cuello del noble bruto, que dió media vuelta y en impetuosa carrera se precipitó hacia la llanura y la seguridad.

El potro de la doncella relinchando de terror se encabritó y emprendió el galope so-

bre las huellas de su compañero. El león le seguía de cerca. Sólo Meriem estaba serena; es decir, sólo Meriem y el medio desnudo salvaje que acariciaba la cabeza de su gigantesca montura sonriendo ante el magnífico espectáculo que la casualidad le deparaba para su recreo.

Korak no veía allí más que dos Tarmanganis desconocidos, perseguidos por Numa, que estaba hambriento. Numa tenía derecho a su presa; pero uno de los Tarmanganis era una mujer y Korak sintió el impulso instintivo de correr a protegerla. ¿Por qué? No podía adivinarlo. A la sazón todos los Tarmanganis eran enemigos. Había vivido como bestia mucho tiempo para sentir con fuerza los impulsos humanitarios que le eran inherentes; y sin embargo, los sentía en efecto, por la muchacha al menos.

Hostigó a Tantor hacia adelante y levantando su grueso venablo lo lanzó al movible blanco del cuerpo del felino. El caballo de Meriem había llegado a los árboles en el lado opuesto del calvero, donde sería presa fácil para el ligero león; pero Numa, enfurecido prefería a la mujer que llevaba a lomos y para agarrarla a ella dió el salto.

Korak profirió una exclamación de asombro y de aprobación cuando cayó Numa sobre la grupa del potro y en el mismo instantee la muchacha se separó de su cabalgadura y se subió de un brinco a las ramas de un árbol.

El venablo de Korak hirió a Numa en una paletilla y le hizo soltar su precaria pieza del caballo, que se desbocaba. Libre del peso de la doncella y del león, el animal se lanzó frenéticamente hacia adelante en busca de la seguridad. Numa se revolvió y dió unos zarpazos al proyectil del brazuelo pero no pudo quitárselo. Luego reanudó la caza.

Korak guió a Tantor a los laberintos de la selva. No quería que lo vieran, como en efecto no lo habían visto.

Hanson había llegado casi al bosque cuando oyó los terribles rugidos del león, y comprendió que éste se había lanzado al ataque. Un instante después, el honorable Morison apareció ante sus ojos, galopando como un loco en busca de lugar seguro. El galán iba echado de boca sobre el cuello del potro, agarrándolo a la desesperada con ambos brazos y hundiendo las espuelas en sus costados. Un segundo más tarde apareció el potro... sin jinete.

Hanson exhaló un gemido cuando coligió lo que había pasado en el interior de la selva, fuera de su vista. Luego, se precipitó hacia adelante, movido por la esperanza de arrancar al león su presa, y con el rifle preparado en la mano. Y por fin apareció el león, detrás del potro de la muchacha Hanson no podía comprender aquello, pues sabía que si Numa hubiera logrado agarrar a Meriem no habría continuado en persecución de los otros.

Se empinó Hanson sobre los estribos, apuntó rápidamente y disparó. El león se detuvo en su camino, se volvió como para morderse el costado, y cayó rodando muerto. Hanson penetró a caballo en el bosque, llamando en alta voz a la doncella.

—Aquí estoy — le respondió vivamente desde el follaje de los árboles que tenía encima. — ¿Le ha acertado usted?

—Sí, — replicó Hanson. — ¿Dónde está usted? ¡Se ha escapado usted por un pelo! Esto le enseñará a no meterse en la selva de noche.

Juntos volvieron a la llanura, donde encontraron al honorable Morison que volvía lentamente hacia ellos. Explicó que el caballo se le había desbocado y que le había costado gran trabajo dominarlo. Hanson sonrió, porque había visto cómo los tacones del galán hincaban furiosamente las espuelas en el potro. Pero no dijo nada de ello. Tomó a Meriem a la grupa de su caballo, y los tres se volvieron en silencio al "bungalow" de Bwana.

XIX

Detrás de ellos salió Korak de la selva y recobró su venable, arrancándolo del costado de Numa. Todavía estaba sonriente, pues había gozado en extremo con la aventura. Una cosa le preocupaba y era la agilidad con que aquella Tarmangani había saltado desde el lomo de su caballo a la rama del árbol. Aquello parecía más propio de una Mangani, de su perdida Meriem. Suspiró Korak. ¡Su perdida Meriem...! ¡Su pobrecita Meriem, muerta...! Preguntóse si aquella desconocida se parecía a Meriem en otras cosas, y de pronto se sintió dominado por una indecible ansia de verla. Quedóse mirando a las tres figuras que se alejaban por el llano, y le asaltó el deseo de seguirlas; pero permaneció quieto, esperando que hubieran desaparecido en la lejanía. La vista de la muchacha civilizada y del elegante inglés, vestido de kaki, había despertado en su cerebro recuerdos dormidos hacía mucho tiempo.

Antaño había soñado con volver al mundo de las personas como aquéllas; pero con la muerte de Meriem parecían haberlo abandonado la esperanza y la ambición. Ya únicamente quería pasar lo que de vida le restaba en la soledad, lo más lejos del hombre que le fuera posible. Lanzando un suspiro se volvió despacio a la selva.

En el "bungalow" Bwana recibió en la terraza a los aventureros que regresaban. En un momento de desvelo había oído el disparo del rifle de Hanson, a lo lejos, al otro lado del llano y se preguntó qué podía significar aquello. De pronto se le ocurrió que el hombre a quien consideraba como huésped podía haber sufrido algún accidente al regresar a su campamento con esta idea se levantó y se fué al cuarto de su capataz, donde supo que Hanson había estado allí a prima noche, pero había partido hacía varias horas. Al volver de la habitación del capataz Bwana observó que la puerta del corral estaba abierta, e investigando vió que el potro de Meriem faltaba, como también el que solía montar Baynes. Inmediatamente pensó Bwana que el tiro habría sido dis

parado por el honorable Morison. Despertó otra vez a su capataz y ya se disponía a partir para investigar lo ocurrido, cuando vió que los tres personajes se acercaban por la llanura.

Las explicaciones del inglés encontraron una acogida un tanto glacial por parte de su huésped. Meriem callaba, pues sabía que Bwana estaba incomodado con ella. Era la primera vez que esto ocurría, y se sentía afligidísima.

— Vete a tu cuarto, Meriem, — dijo; — y usted Baynes tenga la bondad de pasar a mi despacho, que deseo hablar con usted una palabra.

Cuando los otros dos se alejaron para obedecerle, Bwana se dirigió a Hanson. Aun en los momentos de mayor amabilidad del inglés, había algo en sus palabras que exigía obediencia inmediata.

—¿Cómo es que se encontraba usted con ellos Hanson? — preguntó.

—Estaba sentado en el jardín después de dejar a Jervis, — explicó el comerciante. — Tengo la costumbre de pasar con él un rato, como sabe probablemente su señora de usted.

Esta noche me he quedado dormido detrás de un arbusto, y me han despertado ellos dos con la conversación. No he podido oír lo que decían, pero de pronto he visto que Baynes traía los dos potros, que montaban y se alejaban. No pensaba intervenir, porque no debo meterme en camisa de once varas, pero me decía que no debían salir a caballo a semejantes horas de la noche, por lo menos la chica. No estaba en el orden ni era prudente. Por eso los he seguido, y me parece que he hecho bien. Baynes se alejaba del león lo más de prisa que podía, dejando a la niña que se las compusiera como Dios le diera a entender. Y yo he tenido la suerte de meterle a la fiera un balazo que ha bastado.

Hanson se detuvo. Los dos hombres quedaron en silencio un rato. Al fin el comerciante tosió embarazosamente, como si tuviera en la imaginación algo que consideraba deber suyo revelar, y no quisiera hacerlo.

—¿Qué es ello, Hanson?? — preguntó Bwana. — Iba usted a añadir algo, ¿no es cierto?

—Verá usted — se aventuró a decir Hanson. — Como por las noches he rondado bastante por aquí, los he visto juntos muchas veces; y, con perdón de usted, señor le diré que a mi ver míster Baynes no se propone nada bueno con la chica. He oído lo bastante para pensar que está tratando de convencerla para que huya con ;l.

Hanson, para favorecer sus propios proyectos, estaba más cerca de la verdad de lo que él mismo se imaginaba. Temía que Baynes pudiera estorbarle sus planes, y se le había ocurrido una manera de utilizar al inglés en su provecho, y de dessembarazarse de él al propio tiempo.

—Y yo pensaba — prosiguió el comerciante; — que una vez que yo estoy a punto de partir de aquí, bien podría usted insinuar a míster Baynes que se viniera conmigo. Por hacerle a usted un favor, estoy dispues to a llevármelo para el norte, hacia la sen da de las caravanas.

Bwana se quedó un momento pensando intensamente. Luego levantó la vista y dijo con un centelleo sombrío en los ojos:

—Hanson, míster Baynes es mi huésped, y en realidad yo no le puedo acusar de que piense huir de aquí con Meriem, sin más pruebas que las escasas que tenemos; y siendo mi huésped, no quisiera cometer la descortesía de decirle qeu se vaya; pero, si no recuerdo mal sus palabras, me parece que ha hablado de volverse a Inglaterra, y estoy seguro de que nada podría agradarle más que ir hacia el Norte con usted... ¿Dice usted que parte mañana? Creo que míster Baynes le acompañará. Déjese caer por aquí temprano, se lo ruego. Y ahora buenas noches, y gracias por haber vigilado a Meriem.

Hanson ocultó una sonrisa al alejarse para buscar su montura. Bwana penetró desde la terraza en su despacho, donde encontró al honorable Morison dando paseos de un lado a otro, evidentemente harto desasosegado.

—Baynes, — dijo Bwana, yéndose derecho al grano. — Mañana sale Hanson para el Norte. Le ha tomado a usted gran inclinación, y me acaba de encargar le diga a usted que tendrá mucho gusto en que le acompañe. Buenas noches, Baynes.

Por indicación de Bwana, Meriem no salió de su cuarto a la mañana siguiente hasta que hubieron partido el honorable Morison y Hanson, que se había presentado en su busca muy temprano. Como que se había estado toda la noche con Jervis, el capataz, para poder salir de madrugada o poco menos.

La despedida que se cruzó entre el honorable Morison y su huésped fué de lo menos cordial que puede imaginarse; y cuando por fin el caballerete se alejó a caballo, Bwana exhaló un suspiro de desahogo. Había sido un deber bastante desagradable, y Bwana se alegraba de que hubiera pasado; pero no se arrepentía de lo hecho. No se le había ocultado el enamoramiento de Baynes, y, conociendo el orgullo de linaje del joven, ni por un momento se le ocurrió que pudiera ofrecer su nombre a aquella muchacha árabe sin filiación conocida; porque si bien el color de Meriem era excesivamente claro para una persona de pura sangre árabe, Bwana creía que lo era en efecto.

No volvió a hablar del asunto con Meriem y en esto cometió una equivocación, porque la muchacha, aun comprendiendo la deuda de gratitud que tenía para con Bwana y Cariño, era al propio tiempo sensible y orgullosa, y por esto la acción de Bwana al despedir a Baynes y no darle a ella ocasión de explicarse ni de defenderse la hería y mortificaba. Además, aquello contribuyó mucho a rodear a Baynes, a sus ojos, con una aureola de mártir, y a despertar en su corazón un vivo sentimiento de lealtad hacia el galán.

Mientras Hanson y Baynes se dirigían al campamento del primero, el honorable Mo-

rison guardó un triste silencio. El otro estaba intentando dar con la manera de formular unas palabras que condujeran con naturalidad a la proposición que tenía en el pensamiento. Iba poco detrás de su compañero, y sonreía al observar el ceño que cubría el aristocrático semblante de Morison.

—¿Ha sido bastante brusca la cosa, verdad? — se aventuró a decir al fin, señalando con la cabeza hacia el "bungalow" cuando Baynes volvió la vista al oír sus palabras. — Es que quiere mucho a esa chiquilla, — continuó Hanson, — y no le hace gracia que nadie venga, se case con ella y se la lleve; pero no sé por qué se me figura que le está haciendo más mal que bien al despedirle a usted. Ella ha de casarse algún día, y no podría encontrar nada mejor que un caballero distinguido como usted.

Baynes, que al pronto se sintió propenso a picarse por la intromisión de aquel ser vulgar en sus asuntos particulares, se ablandó al oír la frase final de Hanson, e inmediatamente comenzó a ver en él a un hombre de perspicaz discernimiento.

—Es un maldito entremetido, — gruñó el honorable Morison; — pero me las ha de pagar. Es muy posible que ese hombre lo sea todo en el Africa central, pero en Londres soy yo de tanta cuenta como él, y ya lo verá cuando vuelva a su patria.

—En el pellejo de usted, — repuso Hanson, — yo no consentiría que ningún hombre me impidiera llevarme a la mujer querida. Acá para entre los dos, yo tampoco le tengo grandes simpatías, de suerte que si puedo servirle a usted de algo, no tiene usted más que llamarme.

—Es usted muy amable, Hanson, — replicó Baynes, enardeciéndose un tanto; — pero ¿qué puede hacer un hombre aquí, en esta tierra donde Cristo dió las tres voces y no le oyeron?

—Yo sé lo que yo haría, — contestó Hanson. — Llevarme a la chica. Si le quiere a usted, le seguirá sin escrúpulos.

—No puede ser, — dijo Baynes. — Ese hombre es el amo de toda esta maldita tierra, en muchísimas millas a la redonda. Seguramente nos alcanzaría.

—No será así, — repuso Hanson, — si soy yo el que dirige las cosas. Llevo diez años comerciando y cazando por estas tierras, y conozco el país tan bien como él pueda conocerlo. Si quiere usted llevarse a la muchacha, yo le ayudaré, y le garantizo que no habrá quien nos alcance antes de llegar a la costa. Escuche usted lo que le digo: escríbale usted unas letras, y yo se las daré al jefe de mi expedición. Pídale usted que acuda a una cita para decirle adiós, pues a eso no habrá de negarse. Entretanto, nosotros trasladaremos el campo un poco más al Norte, y usted podrá convenir con ella que esté dispuesta para una noche determinada. Dígale que yo iré a buscarla mientras usted nos espera en el campamento. Eso será lo mejor, porque yo conozco bien el país y puedo moverme en él con mayor rapidez que usted. Usted puede ponerse al frente de la "safari", y dirigirse despacio hacia el Norte, y la chica y yo los alcanzaremos a ustedes.

—Pero ¿si ella no quiere venir? — preguntó Baynes.

—Entonces fija usted otra fecha para darle el último adiós, — replicó Hanson, — y en vez de ir usted a la cita iré yo, y me la traeré sea como sea. No le quedará más remedio que venir, y una vez que esté en nuestro poder no tendrá motivos de arrepentimiento, máxime después de vivir con usted dos meses, mientras llegamos a la costa.

Subió a los labios del honorable Baynes una protesta colérica y escandalizada; mas no llegó a formularla, porque casi instantáneamente pensó que aquello era virtualmente lo mismo que él había proyectado. Le parecía una brutalidad y un crimen al oírlo en labios de un zafio mercachifle; mas a pesar de ello, el joven inglés veía muy bien que con la ayuda de Hanson y su conocimiento de Africa y de sus rutas, las probabilidades de triunfo serían mucho mayores que si él intentara por sí solo la empresa. Razón por la cual hizo con la cabeza un ceñudo signo de asentimiento.

En silencio recorrrieron el camino que les quedaba hasta llegar al lejano campamento de Hanson. Ambos iban enfrascados en sus propias meditaciones la mayor parte de las cuales distaban mucho de ser halagüeñas o leales para el compañero.

Mientras atravesaban el bosque, el sonido de su paso llegó a oídos de otro viajero de la selva. El Matador había determinado volverse al lugar en que había visto a la Tarmangani que se lanzó a los árboles con toda la agilidad de una larga práctica. En el recuerdo había un no sé qué que le apremiaba irresistiblemente a acrecarse a ella. Deseaba observarla a la luz del día, contemplar sus facciones, ver el color de sus ojos y de su pelo. Antojábasele que debía de tener gran parecido con su perdida Meriem, y sin embargo se decía que lo más probable sería que no tuviera ninguno. El fugitivo vistazo que le había echado a la luz de la luna, en el momento ds saltar la Tarmangani desde su potro a las ramas del árbol, le había revelado una mujer de la misma estatura que su Meriem, aproximadamente, pero de curvas más redondas y desarrolladas.

Dirigíase Korak muy despacio hacia el paraje en que había visto a la joven, cuando a sus penetrantes oídos llegó el rumor de jinetes que se aproximaban. Movióse cautelosamente entre las ramas hasta que llegó a la vista de los dos hombres. En el más joven reconoció al instante a la persona que estaba hablando con la muchacha en el calvero iluminado por la luna, en el preciso momento del ataque de Numa. Al otro no le conoció, aunque en su porte y en su semblante había una extraña familiaridad que tenía perplejo a Korak.

Korak se dijo que para volver a ver a la muchacha le era necesario mantenerse en contacto con el caballerito inglés, y esto fué lo que le determinó a seguir a los dos suje

tos, y a ir en pos de ellos hasta el campamento de Hanson. Allí el honorable Morison escribió una breve esquela, que el comerciante confió a uno de sus hombres, ordenándole que partiera inmediatamente hacia el Sur.

Korak se quedó en las inmediaciones del campamento sin dejar de vigilar atentamente al inglés. Abrigaba casi la esperanba de encontrar a la muchacha al llegar al destino de los dos jinetes, y se quedó desilusionado cuando no observó en el campamento el menor rastro de ella.

Baynes estaba inquieto, y paseaba de un lado a otro bajo los árboles, cuando debía estar descansando para prepararse a las marchas forzadas de la próxima fuga. Hanson fumaba en su hamaca. Hablaban muy poco. Korak estaba tendido en una rama entre el denso follaje que dominaba a los dos hombres; y de esta manera se pasó lo restante de la noche. Korak comenzó a sentir hambre y sed. Dudando que ninguno de los dos europeos saliera del campamento antes de la mañana, se retiró de su observatorio, pero en dirección al Sur, porque por allí sospechaba que debía estar la joven.

En el jardín, junto al "bungalow", se paseaba ésta pensativa, a la luz de la luna. Aun estaba resentida por la conducta, injusta a sus ojos, de Bwana con el honorable Morison Baynes. No le habían explicado nada, porque tanto Bwana como Cariño querían evitarle la mortificación y el pesar de revelarle el verdadero propósito de Baynes. Sabían lo que ignoraba Meriem, es decir, que el inglés no tenía intención de hacerla su esposa, pues de lo contrario se habría dirigido en seguida a Bwana, ya que debía saber muy bien que no se le pondría ningún inconveniente si en realidad Meriem le amaba.

Meriem los quería a ambos, y les estaba agradecida por todo lo que habían hecho con ella; pero en lo más hondo de su corazón latía el salvaje amor a la libertad que, gracias a sus años de no refrenada vida en la selva virgen, había llegado a formar parte integrante de su propio ser. Ahora, por primera vez desde que vivía con ellos, Meriem se sentía como prisionera en el "bungalow" de Bwana y Cariño.

Como tigresa enjaulada paseaba la muchacha por el recinto del jardín. Una vez se detuvo junto a la valla exterior, con la cabeza echada a un lado y escuchando. ¿Qué era lo que había oído? Los pasos de unos pies humanos desnudos poco más allá de la cerca de arbustos. Prestó el oído un momento. El sonido aquel no se repetía. Luego volvió a su incansable paseo, llegó al extremo contrario del jardín, dió media vuelta, y regresó a su punto de partida. Sobre la hierba, cerca de los arbustos que formaban el seto, vió brillar a la clara luz de la luna un sobre blanco, que no estaba allí hacía un momento, al dar ella la vuelta en aquel mismo sitio.

Meriem se detuvo, volvió a escuchar y olfateó el aire, más parecida que nunca a un felino, alerta, preparada. Al otro lado del seto se hallaba gazapado un negro desnudo, que atisbaba por entre el follaje. El indígena observó que la joven daba un paso hacia la carta. La había visto. Entonces se levantó vivamente y, siguiendo las sombras de los arbustos que se extendían hasta el corral, no tardó en perderse de vista.

Los agudos oídos de Meriem habían percibido todos sus movimientos. Pero no hizo la menor tentativa por enterarse de quién era el negro, pues ya se figuraba que debía de ser un recadero de Morison. Inclinóse y tomó el sobre. Lo rasgó en seguida y leyó la esquela a la brillantez de la luna. Como se figuraba, era realmente una carta de Baynes. "No puedo partir sin verte otra vez, — decía. — Ven al calvero mañana por la mañana a primera hora, y nos diremos adiós. Ven sola."

La esquela decía algo más: unas palabras que hicieron latir aceleradamente el corazón de la doncella y pintaron en sus mejillas un sonrojo de felicidad.

XX

Era todavía oscuro cuando el honorable Morison Baynes partió hacia el lugar de la cita. Insistió en que le dieran un guía, diciendo que no estaba seguro de encontrar el camino hacia el pequeño calvero, mas en realidad, el pensamiento de aquel trayecto a solas y en las sombras, antes que saliera el sol, era demasiado fuerte para su valor, y le hacía anhelar la compañía de otro hombre. Un negro, pues, le precedía a pie. Y detrás de ambos y por cima de ellos, iba Korak, a quien había despertado el ruido en el campamento.

Eran las nueve cuando Baynes llegó al calvero, donde detuvo su caballo. Meriem no se había presentado todavía. El negro se tendió a descansar, pero Baynes se quedó en su silla. Korak se estiró cómodamente en una elevada rama, desde la cual podía ver perfectamente à los demás sin ser visto.

Pasó una hora, y Baynes comenzó a dar muestras de nerviosidad. Korak ya había conjeturado que el joven inglés estaba allí para encontrarse con otra persona, y no le cabía duda de quién era ésta. El Matador estaba convencidísimo de que pronto iba a ver a la ágil Tarmangani que con tanta viveza le había traído el recuerdo de su Meriem.

De pronto llegó a oídos de Korak el rumor de un caballo que se acercaba. ¡Ella! Meriem casi había llegado al calvero antes que Baynes se diera cuenta de su presencia; y al levantar de pronto la vista, se separó el follaje para dar paso a la cabeza y el cuello del potro de la joven, y ésta apareció a la vista del galán. Baynes se apresuró a salir al encuentro. Korak se desojaba mirándola desde lo alto y maldiciendo in mente el sombrero de alas anchas que le impedía ver sus facciones Sólo vió que el hombre le tomaba ambas manos y las estrechaba contra su corazón; y al punto una punzada de dolor y un dulce recuerdo se combinaron en su mente para hacerle cerrar instintivamente los ojos

con ese acto muscular involuntario con que intentamos apartar de la mente reflexiones poco agradables.

—¡Esta noche! — exclamó echando atrás la cabeza en el momento de decirle las dos palabras al través de la pequeña distancia que los separaba.

Y al hacer aquel movimiento reveló por primera vez su rostro a los ojos de Korak, que seguía arriba en su árbol.

El Matador se estremeció como si una flecha acabara de atravesarle el corazón, y se quedó temblando como una hoja. Cerró los ojos, apretándoselos con la palma de la mano, y en seguida los volvió a abrir y miró; pero la joven se había alejado ya, y sólo el ondulante follaje del borde de la selva marcaba el sitio por donde había desaparecido. ¡Era imposible! ¡No podía ser cierto! Y sin embargo, con sus propios ojos había visto Korak a su Meriem, un tanto mayor, con la figura más redondeada por la nubilidad, y con sútiles cambios por otros estilos; más hermosa que nunca, y sin embargo su misma Meriem. Sí, la había vuelto a ver viva; había visto a su Meriem en carne y hueso... ¡Había visto a su Meriem... "en habla íntima con otro hombre!" Y aquel hombre estaba debajo de él, a su alcance. Korak, acarició su grueso venablo, jugó con la cuerda de hierba que pendía de su cintura y dió unos golpecitos al cuchillo de monte que tenía en la cadera. Entre tanto el hombre de abajo llamó a su dormido guía, espoleó su potro, y se encaminó hacia el norte. Korak, se quedó quieto en su arbóreo escondite. Sus manos pendían indolentemente a ambos lados. Un momento se olvidó de sus armas y de lo que se había propuesto: estaba pensando. Había notado la sutil mudanza de Meriem. Cuando la vió por última vez era su pequeña Tarmangani, medio desnuda, salvaje y tosca. Entonces no le había parecido tal; mas ahora, en presencia del cambio que había sufrido la joven, se dió cuenta de que en efecto lo había sido; y sin embargo, no más tosca que él, y él era tosco todavía.

Pero seguía amándola, y los celos abrasaban su alma al recordarla al lado del petimetre inglés. ¿Cuáles eran las intenciones de éste con ella? ¿La quería realmente? ¿Cómo podía no quererla? Y de que ella le amaba también tenía Korak indiscutibles pruebas. ¡Si no le hubiera querido no habría aceptado sus muestras de afectos! ¡Su Meriem enamorada de otro! Largo rato dejó que esta verdad amarga y horrible penetrara bien en su espíritu y partiendo de ella trató de trazar su futura línea de conducta. Ardía en su corazón un violento deseo de seguir a aquel hombre y matarlo; pero aun entonces surgía en su conciencia este pensamiento: "Ella le ama". ¿Podía él matar al ser amado por Meriem? Tristemente movió la cabeza. No, no podía. De pronto tomó la determinación de seguir a Meriem y hablar con ella, y ya se disponía a partir cuando miró su propia desnudez y se sintió avergonzado. El, hijo de un par de Inglaterra, había destrozado de tal suerte su vida, se había degradado hasta tal punto al nivel de una fiera, que le avergonzaba llegarse a la mujer que amaba para depositar su cariño a sus plantas. Le daba vergüenza ir a la chiquilla árabe que había sido su compañera de juegos en la selva, porque... ¿qué podía ofrecerle?

Durante años las circunstancias le habían impedido regresar al lado de sus padres, y por fin el orgullo intervino y borró de su mente el último resto de su intención de volver. Movido por el espíritu infantil del terror a la ley, obligándole a adentrarse más en los bosques. Las repulsas que había sufrido de los hombres, tanto blancos como negros, surtieron efecto en su espíritu cuando éste se hallaba en estado de formación y era fácil influir en él de un modo permanente.

Cuando había llegado a creer que la mano del hombre estaba en contra suya, vino a hallar a Meriem la única compañía que necesitaba o anhelaba. El día que se la arrebataron, su pena fué tan honda que el pensamiento de volver a mezclarse con seres humanos se le hizo cada día más antipático. Finalmente y para siempre, pensaba, la suerte estaba echada. Por su propia voluntad se había convertido en una especie de animal; como fiera había vivido, y como fiera moriría.

Ahora que ya era demasiado tarde lo lamentaba. Porque ahora Meriem, todavía viva, se le revelaba en una fase de progreso y civilización que la ponía por completo fuera de su propia vida. Ni la misma muerte podía haberle apartado más de él. En su nuevo mundo, Meriem amaba a otro hombre de su clase. Y Korak sabía que esto era lo justo. Meriem no era para él, desnudo y salvaje como un mono. No, no era para él; pero él era todavía de ella. Ya que no le fuera posible conseguirla, y con ella la dicha, haría cuanto estuviera en su poder para asegurar la felicidad de su amada. Seguiría al joven inglés. En primer lugar, así se convencería de que no pensaba hacer daño a Meriem, y además, aunque los celos desgarraran su corazón, por Meriem protegería al hombre a quién ella amaba. Mas ¡desgraciado de él si se proponía causarle algún daño!

No había seguido a Meriem porque, al ver la dirección de su llegada y su partida sabía que, dondequiera que hubiera hallado un asilo la joven, tenía que ser al otro lado de la llanura; y como no quería que Meriem lo descubriera, no se atrevió a lanzarse en pos de ella en campo abierto. Lo mismo sería

GRATIS

sin gastar un sólo centavo, puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de
ORO 18 KILATES Y PLATINO CON ZAFIRO BLANCO
Escríbanos hoy mismo pidiendo uno
COMPAÑIA INTRODUCTORA DE ALHAJAS FINAS
VICTORIA 1373 - Bs. Aires - Rep. Arg.

mantenerse en contacto con el inglés, y esto era precisamente lo que Korak se proponía.

Para un hombre cualquiera habría sido remotísima la posibilidad de encontrar al honorable Morison en la selva después de haberle dejado tomar tan considerable delantera; pero no lo era para Korak. Este conjeturó que el inglés se volvería a su campamento; mas si hubiera hecho otra cosa, habría sido sencillísimo para el Matador seguir a un hombre a caballo acompañado de otro a pie. Podían pasar días, y todavía sus huellas serían lo bastante visible para conducir a Korak sin titubeos a su meta; y unas cuantas horas solamente dejaban el rastro tan claro para él como si los dos hombres estuvieran todavía ante su vista.

Y así fué que pocos minutos después de haber llegado al campamento el honorable Morison Baynes, a quien recibió Hanson, Korak se deslizó en silencio a un árbol cercano. Allí permaneció hasta la tarde, sin que el joven inglés hiciese la menor intención de alejarse. Preguntóse Korak si Meriem iría allí. Poco más tarde Hanson y uno de sus negros partieron a caballo. Pero Korak se limitó a observar su marcha. No le interesaba particularmente lo que pudiera hacer cualquier individuo de la partida que no fuese el inglés de su Meriem.

Llegó la noche, y Baynes siguió en el campamento. Después de cenar se puso a fumar innumerables cigarrillos. De pronto empezó a dar paseos de un lado a otro por delante de su alojamiento, en tanto que su criado no dejaba un instante de echar leña al fuego. Sintió la tos de un león, y entró en su tienda, de donde volvió a salir al cabo de un segundo armado con un rifle de repetición. De nuevo ordenó al indígena que echara más ramas a la fogata. Korak reparó en que estaba nervioso y asustado, y sus labios se fruncieron en una mueca de desprecio.

¿Era aquél el que lo había suplantado en el corazón de su Meriem? ¿Era un hombre un ser que temblaba porque tosía Numa? ¿Cómo podía un individuo semejante proteger a Meriem contra los innumerable peligros de la selva? ¡Oh, pero no tendría que hacerlo! Los dos vivirían en la seguridad de la civilización europea, donde había hombres de uniforme destinados a defenderlos. ¿Qué necesidad tenía un europeo de hacer proezas para defender a su compañera? De nuevo volvió a dibujarse el desprecio en los labios de Korak.

Hanson y su indígena se habían encaminado en derechura al calvero. Ya era de noche cuando llegaron a él. Quedóse allí el negro, y Hanson se acercó al borde de la llanura, conduciendo de la rienda el caballo de su criado. Allí esperó. Eran las nueve cuando vió una figura solitaria que galopaba hacia él, procedente del "bungalow". Pocos instantes después Meriem detenía su potro al lado de Hanson. Estaba nerviosa y sonrojada. Cuando conoció al comerciante se retiró sorprendida.

—Míster Baynes se ha caído del caballo y se ha torcido un tobillo — se apresuró a explicar Hanson. — Como no le era posible venir, me ha enviado por usted, con encargo de escoltarla al campamento.

La joven no pudo ver en la oscuridad la triunfante expresión de codicia en la cara de su interlocutor.

—Vamos de prisa — continuó Hanson, — porque tendremos que partir inmediatamente y a buen paso si no queremos que nos alcancen.

—¿Se ha hecho mucho daño? — preguntó Meriem.

Con celeridad nacida del terror, el indígena trepó a las ramas de un árbol.

—Sólo una torcedura sin importancia — replicó Hanson. — Podrá montar a caballo sin inconveniente; pero los dos hemos considerado mejor que descanse esta noche en la cama, porque en estas semanas que vienen tendremos que correr mucho.

—Sí — convino la muchacha.

Hanson hizo dar media vuelta a su cabalgadura y Meriem le siguió. Encamináronse al norte por espacio de una milla, siguiendo el borde de la selva, y luego penetraron en ella, en ángulo recto, con dirección a poniente. Meriem, que iba detrás, prestó poca atención al camino que llevaban. No sabía exactamente dónde se hallaba el campamento de Hanson, ni podía imaginar que el comerciante no la conducía a él. Toda la noche estuvieron cabalgando, siempre en dirección occidental. Cuando llegó la mañana, Hanson

dispuso una breve parada para desayunar, con las provisiones que llevaba en las repletas alforjas, que tomó del campamento antes de partir. Luego siguieron adelante, y no se detuvieron por segunda vez hasta que, ya con el calor del día, se paró e hizo seña a la joven de que desmontara.

—Vamos ahora a dormir un rato y entre tanto pacerán los caballos — dijo.

—No me figuraba que el campamento estuviera tan lejos — repuso Meriem.

—Es que he dado órdenes de que emprendieran la marcha al romper el alba — explicó el comerciante — para que llevemos buena delantera. Usted y yo solos podemos ganar terreno fácilmente a una "safari" muy cargada. Pero es posible que no los alcancemos hasta mañana.

Mas aunque anduvieron parte de la noche y todo el día siguiente, no apareció delante de ellos el menor rastro de la safari. Meriem, tan conocedora de la selva, veía que no había pasado nadie por delante de ellos en muchos días. De cuando en cuando observaba señales de huellas antiguas, muy antiguas, dejadas por muchos hombres. En su mayor parte seguían aquel bien marcado rastro por senderos de elefantes y por viales como de parque. Era un camino ideal para viajar de prisa.

Por fin Meriem se empezó a sentir recelosa. Gradualmente había comenzado a cambiar la actitud del hombre que la acompañaba. A menudo lo sorprendía la joven devorándola con los ojos. Y cada vez con más fuerza volvía a su espíritu la primera impresión de haberlo conocido antes. No sabía dónde ni cuando, pero había visto a aquel hombre. Era evidente que no se había afeitado en varios días. Un bozo rubio comenzaba a cubrirle el cuello, la barba y las mejillas, y con él continuaba creciendo en la mente de Meriem la seguridad de que no era un extraño para ella.

Mas no fué hasta el segundo día cuando sobrevino la rebelión de Meriem, que acabó deteniendo su potro y manifestando sus dudas. Hanson le aseguró que el campamento estaba a pocas millas más allá.

—Teníamos que haberlos alcanzado ayer, — dijo. — Debe de ser que han ido mucho más de prisa de lo que yo creía posible.

—No han venido por aquí — repuso Meriem. — El rastro que vamos siguiendo tiene ya muchas semanas.

Hanson rompió a reir.

—¿Ah, es eso? — exclamó. — ¿Por qué no lo ha dicho usted antes? Yo se lo habría explicado a usted fácilmente. Es que no vamos por el mismo camino, pero hoy sin falta tenemos que encontrar el rastro de ellos, aunque no los alcancemos.

Ahora al fin se convenció Meriem de que aquel hombre la engañaba. ¡Qué necio debía ser si se figuraba que nadie iba a dar crédito a una explicación tan ridícula! ¿Quién era tan imbécil para pensar que iban a poder alcanzar a otra partida,—y Hanson le acababa de asegurar que esperaba alcanzarla de un momento a otro — cuando el camino de la tal partida no se encontraba con el suyo hasta dentro de unas cuantas millas todavía?

Sin embargo, la joven se guardó para sí estas reflexiones, proyectando escaparse a la primera ocasión en que pudiera tomar bastante delantera a su raptor (que así lo consideraba ya), para tener la seguridad relativa de que no había de alcanzarla. Continuamente observaba el rostro de Hanson cuando podía hacerlo sin ser vista. Y seguía siéndole imposible recordar dónde había visto aquellas facciones familiares. ¿Dónde lo habría conocido? ¿En qué circunstancias se había encontrado antes de verlo otra vez en la finca de Bwana? Recorrió en su imaginación la lista de los poquísimos hombres blancos que había visto en su vida. Algunos iban al aduar de su padre en la selva. Pocos, ciertamente, pero algunos eran. ¡Ah, ya lo tenía! ¡Lo había visto allí! Y casi llegaba a reconocerlo cuando el recuerdo se le escapaba de nuevo.

Era mediodía cuando de pronto salieron de la selva a las márgenes de un ancho y plácido río. Al otro lado, en la orilla opuesta, Meriem divisó un campamento rodeado por una alta "boma" de espinos.

—Por fin hemos llegado — dijo Hanson, que sacó el revólver y disparó al aire. Inmediatamente se puso en conmoción todo el campamento del otro lado del río, a cuya orilla corrieron unos negros. Hanson los saludó a voces. Pero entre ellos no se veía ni sombra del honorable Morison Baynes.

Con arreglo a las instrucciones de su amo, se metieron en una canoa y cruzaron la corriente. Hanson colocó a Meriem en la pequeña embarcación, y saltó a su lado, dejando a dos indígenas para que vigilaran los caballos, por los cuales volvería luego la embarcación para pasarlos al campamento a nado.

Una vez al otro lado del río, Meriem preguntó por Baynes. Un momento se disiparon sus temores al ver el campamento, en el cual había venido a pensar poco menos que como un mito. Hanson señaló hacia la única tienda que se alzaba en el centro del cercado.

—Allí — dijo, y la precedió hacia ella. Cuando llegó a la entrada levantó la cortina y con un ademán le indicó que penetrase. Hízolo así Meriem y miró en torno. La tienda estaba vacía.

La doncella se volvió a Hanson, en cuya cara se veía una mueca risueña...

—¿Dónde está míster Baynes? — preguntó.

—No está aquí — repuso Hanson. — Por lo menos yo no lo veo. ¿Y usted? Pero estoy aquí yo, y soy bastante mejor que él por todos estilos. Baynes no le hace a usted falta. Ya me tiene usted a mí.

Y profiriendo una zafia carcajada se acercó a ella.

Meriem pugnó por libertarse. Hanson la arrastró hacia el montón de mantas que había en el fondo de la tienda. Meriem le vió de lleno la cara mientras luchaba por la libertad, y entonces, súbitamente, acudió a su mente el recuerdo de otra escena análoga en que

había intervenido, y llegó a conocer a su agresor. Era el sueco Malbihn, el que la atacó una vez en otro tiempo, el que mató a su compañero que pretendía salvarla, y el que la soltó gracias a la oportuna intervención de Bwana. Su afeitado rostro la había engañado; mas ahora, con la barba que crecía y la semejanza de las circunstancias, el reconocimiento fué rápido y seguro.

Sólo que esta vez no estaba allí Bwana para salvarla.

XXI

El muchacho negro, a quien Malbihn había dejado esperándole en el calvero, con instrucciones de que no se moviera de allí hasta su regreso, permaneció agachado al pie de un árbol por espacio de una hora; de pronto le sobresaltó la gruñona tos de un león a su espalda. Con celeridad nacida del terror a la muerte, el indígena trepó a las ramas de un árbol, y un momento más tarde el rey de los animales entró en el calvero y se acercó a un antílope muerto que el negro no había visto hasta entonces.

Hartóse la fiera hasta la llegada del día, en tanto que el indígena, sin dormir, seguía agarrado a su rama, preguntándose qué habría sido de su amo y de los dos caballos. Llevaba ya un año con Malbihn y estaba bastante enterado de la condición del sueco. Y este conocimiento le indujo a la sazón a pensar que le había abandonado. Como todos los demás muchachos del europeo, aquel indígena odiaba a su amo cordialmente, y era el temor el único vínculo que lo unía a Malbihn. Y la incómoda situación en que se hallaba no hizo más que añadir leña al fuego de su odio.

Cuando salió el sol se encaminó el león al interior de la selva, y el negro bajó de su árbol y emprendió su larga caminata hasta el campamento. En su primitivo cerebro se barajaban varios diabólicos planes de una venganza qeu no tendría el valor de llevar a cabo una vez que llegara el momento de la acción y se viera cara a cara con un ser de la raza dominadora.

A una milla del calvero llegó el rastro de los dos caballos que cruzaba su camino en ángulo recto. A los ojos del indígena asomó una expresión de astucia, rompió a reír zafiamente golpeándose los muslos.

Los negros son unos chismosos infatigables, lo cual, por de contado, no es más que perífrasis para indicar que son humanos. Los muchachos de Malbihn no constituían excepción de la regla, y como muchos de ellos habían estado a su servicio en diferentes ocasiones durante los diez años últimos, eran pocos los detalles de sus actos o de su vida en las selvas africanas de que no estuvieran enterados, directamente o por lo menos de oídas.

Y así, conociendo a su amo y muchos de sus hechos pasados; sabiendo además gran parte de los planes de Malbihn y Baynes, por haberlos oído él mismo u otros criados, y bien enterados, directamente o por lo menos enterado por los chismorreos de los capataces de que la mitad de la partida del sueco se hallaba acampada junto al gran río, muy hacia el Oeste, no le fué difícil al indígena atar cabos y llegar a la firme convicción de que su amo había engañado al otro blanco, llevándose a la mujer de éste al campamento occidental y dejando que Baynes cayera víctima de la captura y del castigo del Gran Bwana, a quien todos temían por aquellos parajes. De nuevo el indígena mostró las dos hileras de sus grandes y blancos dientes y rompió a reír a carcajadas. Luego prosiguió su camino hacia el Norte, andando a un trotecillo que devoraba las millas con rapidez prodigiosa.

En el campamento del sueco, el honorable Baynes había pasado casi toda una noche de insomnio, entregado a nerviosos temores, recelos y dudas. Al rayar el alba logró dormirse, completamente exhausto. Y fué el jefe o cabecilla de los indígenas el que le despertó poco después de salir el sol, para recordarle que debían proseguir inmediatamente su viaje hacia el Norte. Baynes se hizo el remolón, pues quería esperar a Hanson y a Meriem; pero el negro insistió en el peligro que corrían si se quedaban allí rezagados. Conocía los planes de su amo lo bastante bien para darse cuenta de que había realizado algo que le haría incurrir en las iras del Gran Bwana, y que les iría bastante mal a todos como se vieran alcanzados en las tierras de aquél. Ante esta indicación, Baynes sintió que se le contagiaba el miedo del indígena.

¿Y si el Gran Bwana, como la llamaba el negro, había sorprendido a Hanson en su siniestra obra? ¿No conjeturaría la verdad? ¿No estaría ya acaso en marcha para alcanzarle e infligirle el condigno castigo? Baynes había oído hablar mucho del sumario procedimiento que usaba su huésped al juzgar a los malhechores, grandes y chicos, que infringían las leyes o costumbres de su pequeño mundo salvaje, el cual se extendía más allá de los baluartes exteriores de lo que los hombres suelen llamar fronteras. En aquel mundo en que no existía ley alguna, Bwana era la ley en persona para sí mismo y para cuantos con él habitaban. Hasta se decía que había impuesto la pena de muerte a un hombre blanco por haber maltratado a una muchacha indígena.

Baynes se estremeció al recordar aquel chisme, y preguntarse qué pena impondría su huésped al hombre que había tratado de robarle a su pupila, la joven blanca. Y este pensamiento le hizo levantarse más que de prisa.

—Sí — dijo nerviosamente, — hemos de partir de aquí al instante. ¿Conoces tú el sendero del Norte?

Contestó afirmativamente el indígena y sin pérdida de tiempo dió órdenes de que la "safari" se pusiera en marcha.

Era mediodía cuando un negro cansadísimo y cubierto de sudor alcanzó a la pequeña columna. Saludáronle los gritos de bienvenida de sus compañeros, a quienes comunicó cuanto sabía y se imaginaba de las acciones de su amo: de suerte que toda la "safari" se

enteró de ello antes que alguien llegara al lado de Baynes, que marchaba a la cabeza de la expedición, y le pusiera al tanto de los hechos y figuraciones del negro a quien Malbihn había abandonado en el calvero la noche anterior.

Cuando el honorable Morison supo todo lo que le dijo el muchacho, y comprendió que el comerciante se había valido de él como de un instrumento para llegar a apoderarse de Meriem, sintió que se le encendía de rabia la sangre, y tembló de miedo por la seguridad de la joven.

El pensar que otro meditaba un acto no peor que el proyectado por él mismo, no era paliativo ninguno de la terrible ofensa del sueco. Al principio no se le ocurrió a Baynes que él habría agraviado a Meriem no menos de lo que se proponía el miserable Hanson. Ahora su furor era más el del hombre derrotado con sus propias armas y despojado de la presa que ya reputaba suya.

—¿Sabes dónde ha ido tu amo? — preguntó al indígena.

—Sí, Bwana — replicó éste. — Ha ido al otro campamento, al lado del gran "afi" que corre hacia el sol poniente.

—¿Me puedes llevar hasta allí? — preguntó Baynes.

El negro contestó afirmativamente, pues veía en ello un medio de vengarse del odiado sueco, y al propio tiempo de escaparse de la ira del Gran Bwana, que, según le constaba a todos, seguiría en primer término a la "safari" que se encaminaba al Norte.

—¿Podremos llegar a su campamento tú y yo solos? — preguntó el honorable Morison.

—Sí, Bwana — le contestó el negro.

Baynes se olvió hacia el jefe de la "safari". Ya estaba enterado de los planes de Hanson. Comprendía por qué el bribón deseaba trasladar el campamento septentrional lo más lejos posible, en dirección al límite Norte del país del Gran Bwana, pues esto le daría más tiempo para escaparse hacia la costa occidental en tanto que su perseguidor iba a los alcances del otro contingente. Pues bien, él utilizaría los proyectos del hombre para sus propios fines. El también necesitaba alejarse de las garras de su huésped.

—Tú puedes llevarte a los hombres hacia el Norte, lo más de prisa posible — dijo al cabecilla. — Yo me vuelvo atrás y trataré de despistar al Gran Bwana hacia el Oeste.

Asintió el negro con un gruñido, pues no tenía deseo ninguno de seguir a aquel desconocido a quien le daba miedo la noche, y menos aún de quedarse a merced de los terribles guerreros del Gran Bwana, entre los cuales y su propia gente existía una sangrienta enemistad que databa de antiguo; y por cima de todo, estaba más que satisfecho de encontrar una excusa legítima para abandonar a su muy odiado amo el sueco. Sabía un camino hacia el Norte y hacia su propio país que los hombres blancos ignoraban; un atajo por una árida meseta en que había pozos de agua, con los cuales no habían siquiera soñado los cazadores y exploradores blancos que llegaban de cuando en cuando al borde de aquella seca comarca. Hasta le sería posible eludir al Gran Bwana si éste los seguía. Y con este pensamiento predominando en su mente, reunió los restos de la "safari" de Malbihn, haciéndoles tomar una apariencia de orden de marcha, y emprendió el camino hacia el Norte. Y en dirección sudoeste guió el muchacho negro al honorable Morison Baynes, metiéndose por entre la selva.

Korak esperó en torno del campamento, observando al honorable Morison, hasta que la "safari" se dispuso a partir hacia el Norte. Luego, convencido de que el joven inglés llevaba dirección equivocada para encontrar a Meriem, lo dejó marchar y se volvió lentamente hacia el punto en que había visto a la doncella a quien adoraba su corazón.

Tan grande había sido su dicha al encontrar a Meriem viva que, en el primer instante, no penetraron en su mente pensamientos de celos. Más tarde habían aparecido éstos, revistiendo la forma de sombrías visiones de sangre que habrían puesto los pelos de punta al honorable Morison si hubiera conjeturado que se agitaban en el cerebro del ser salvaje que silenciosamente se deslizaba por entre las ramas de los gigantescos árboles bajo los cuales había esperado él a Hanson y a la muchacha.

Sumido en honda tristeza llegó Korak al borde de la selva, en su límite con la llanura, donde se quedó aguardando la aparición de Meriem... de su Meriem que no apareció nunca.

En cambio, llegó otro personaje, un hombre alto y de anchos hombres, vestido de kaki, a la cabeza de una robusta partida de guerreros de ébano. El hombre aquel tenía el semblante contraído en duras y severas líneas, y en su boca y sus ojos se advertían a las claras las señales de un pesar profundo, tan profundo que no podía borrarlo ni la expresión de rabia de su fisonomía.

Korak vió que el hombre pasaba por debajo de donde él se hallaba escondido, entre las ramas del mismo árbol que le había cobijado en otra ocasión al borde de aquel malhadado calvero. Le vió llegar, y se quedó rígido, helado y lleno de dolor. Le vió escrutar el suelo con sus penetrantes ojos, y permaneció quieto, con las pupilas vidriosas por la intensidad de la mirada. Le vió hacer señas a sus hombres de que habían llegado adonde él buscaba, y le vió perderse de vista hacia el Norte. Y Korak siguió inmóvil como una imagen de talla, con el corazón sangrando de pena. Una hora más tarde se alejó despacio, otra vez por la selva hacia poniente. Iba como atontado, con la cabeza baja e inclinados los hombros, como un anciano que llevara a cuestas el peso de su dolor.

(Continuará)

EL MISTERIO DE LA FRONTERA

YO había sido enviado desde la ciudad de Mac Mullen, que es la última estación al Este de la patrulla de la frontera en el campo de Donovan, que está cerca de San Antonio. Hice este viaje en un viejo aeroplano De Haviland, que había sido usado durante la guerra como avión de bombardeo.

Todos los alambres se habían estremecido peligrosamente durante el trayecto de doscientas millas, y fué con alivio, que lo entregué en Donovan para ser arreglado. En este campo me entregaron un nuevo aeroplano para volver, en reemplazo del viejo. Todo esto explica que a las 2 p. m. estuviera volando pacíficamente, a unas cincuenta millas al Norte de Mac Mullen, y a una velocidad de ciento veinte millas por hora.

Una ligera brisa me ayudaba a volar; el motor de doce cilindros hacía funcionar la hélice a una velocidad de mil quinientas vueltas por minuto, sin fallar nada, y yo me encontraba tranquilo, sin nada que me preocupara. En vez de volar por la línea más directa, cruzando sobre ciento cincuenta millas de bosques, iba viajando por la línea más larga, sobre el ferrocarril.

A intervalos, miraba abajo, a la vía del ferrocarril, pero sin mayor interés. Cuando divisé el tren que hace un viaje diario entre San Antonio y Mac Mullen, se me ocurrió acercarme para saludar al viejo Pete Young, el maquinista y también a Hank Jaffray, conductor del tren.

No me había dado cuenta en esos momentos de que el tren estaba detenido. Eso no es extraño, pues aunque el tren marchara a toda velocidad, teníamos que mirar dos veces para darnos cuenta si estaba en movimiento o no.

Mientras alcanzo al tren les informaré que mi nombre es Slim Evans, soy primer lugarteniente en el cuerpo de aviación y he estado prestando mis servicios en la patrulla de la frontera desde que este cuerpo fué organizado.

Esta patrulla estaba compuesta por veteranos de la guerra, y había allí más "ases" que pimienta en el plato mejicano "chili con carne".

Yo no soy una notabilidad, sin embargo, como abatí a un aviador boche más bien por accidente que intencionalmente, me dieron la Cruz de Guerra. Mi estatura es de seis pies cinco pulgadas y tengo a duras penas la suficiente piel y carne para cubrir mi esqueleto.

El día de referencia estaba volando a una altura de cerca de cuatro mil pies, cuando volví a mirar hacia abajo. Ya no tenía duda alguna de que el tren estaba detenido.

Un instante más tarde mi cuello, parecido en ese momento al de una ostra, estaba estirado sobre el borde del aparato. Miraba a otro aeroplano, detenido en tierra en un campo, al lado de la vía, exactamente donde el tren se hallaba.

Naturalmente, comencé a bajar. Aminoré la velocidad del motor hasta setecientas vueltas de la hélice por minuto, y comencé a planear preparándome para descender. Continué mirando al tren y cuando llegué a una distancia de dos mil quinientos pies, noté varias cosas que hicieron latir apresuradamente mi corazón.

No había quedado nadie en el tren, vi media docena de caballos atados a los árboles al lado del tren y un hombre se había asomado al vagón del expreso, escondiéndose inmediatamente como un conejo asustado, al divisarme.

—El aeroplano debe haberse visto obligado a descender, y le hizo señas al tren para que se detuviera, — pensaba yo.

—¿Pero por qué están allí los caballos y cuál es la razón de que no se vean los pasajeros?

Volaba hacia abajo a una velocidad de doscientas millas por hora y la tierra se acercaba rápidamente hacia mí, pareciendo que íbamos a chocar violentamente. Cuando me hallaba a una altura de mil pies, salieron ocho hombres de los vagones, corriendo rápidamente hacia los caballos y el aeroplano. Mientras corrían, se volvían a intervalos y disparaban tiros al aire, en dirección a los vagones.

Seis de ellos montaron en los caballos y dos treparon al aeroplano, cuyo motor fué puesto en movimiento instantáneamente.

—¡Un asalto al tren! — me dije a mí mismo. — ¡He llegado oportunamente!

Tenía tiempo para perseguir después a los jinetes. Ahora me dirigí al aeroplano. Estaba a menos de quinientos pies de distancia de él, cuando los hombres metieron una bolsa en la cabina y entraron ellos también.

—¡Este sí que es un método nuevo para robar, escapando con el botín a Méjico en aeroplano! — me decía yo.

Mi aeroplano bajaba rápidamente, y mi mano halló el gatillo de la ametralladora, de la que disparé unos cuantos tiros para cerciorarme de que andaba bien. Pero aun no se veían señales de vida en los vagones, mientras el aeroplano comenzaba a correr por la tierra, preparándose para elevarse en el aire.

Yo estaba a doscientos veinte pies detrás de él y a una altura de doscientos. Había olvidado todas las recomendaciones que dicta la prudencia y también que mi aparato era frágil; no pudiendo exigirle demasiados esfuerzos. Estaba llegando sobre ellos con la velocidad del viento. No deseaba ametrallarlos a sangre fría, si me era posible evitarlo. Pero sabía lo que podía hacer.

Por

Thomson Burtis

Slim Evans, aviador de la patrulla aérea en la frontera de Estados Unidos y Méjico.

te. La conmoción sacudió a mi De Haviland como si hubiera tropezado con una pared de material.

En un instante todos los alambre comenzaron a vibrar. Posiblemente la hélice había también resultado afectada, pués el motor parecía desprenderse de su base, y el ruido

Haciendo una última maniobra hacia abajo, continué volando a una altura de tres pies, sobre el suelo. Iba como una bala de cañón, y directamente hacia el aeroplano fugitivo. Este parecía que iba a levantarse de un momento a otro. Fuí hacia él a una velocidad de doscientas veinte millas por hora, pareciéndome a un aerolito de tres mil libras de peso. Saqué la cabeza a un lado, para ver mejor, y la fuerza de la corriente del aire casi me sofocó.

Cuando estaba a diez pies detrás del avión de los bandidos moví un poco el timón hacia la derecha. Era cuestión de pulgadas de diferencia, lo que iba a decidir si arruinaba mi hélicte en el choque o no.

Pero logré salvarla: mi tren de aterrizaje chocó con terrible violencia contra el ala izquierda de la máquina enemiga, en el preciso momento en que ésta se elevaba en el aire. Lo que ocurrió exactamente, no lo sé. Supongo que el choque fué demasiado fuerdel motor se hizo ronco e irregular. En esto momento yo iba subiendo hacia arriba, con mi mano en el tembloroso timón de comando. El otro avión abajo, había capotado hacia nu lado, y estaba envuelto en una nube de polvo.

Los pasajeros salían ahora apresuradamente de los vagones y se dirigían al sitio del siniestro. Por un instante vacilé; sabía que aquel choque, agregado a la terrible vibración sufrida, significaba que el tren de aterrizaje estaba por lo menos, parcialmente destrozado e intentar descender en esas condiciones sería una locura.

Al otro lado del tren, a una distancia de media milla, estaban los seis jinetes galopando desesperadamente entre los árboles. Podía alcanzarlos fácilmente, pero me preguntaba si el aeroplano aguantaría este nuevo esfuerzo.

Disminuí la velocidad del motor, para re-

ducir la vibración lo más que fuera posible. Mientras me dirigía derecho hacia los fugitivos, levanté la vista y no podía creer a lo que veían mis ojos.

A dos mil pies arriba de mí, bajando amenazadoramente, estaba otro aeroplano. Era pequeño y estaba pintado de varios colores, pero yo no podía distinguir cuáles eran éstos.

Estaba seguro de que no era un avión del ejército.

—No parece sino que hubiera una concención aérea aquí en el desierto, — me dije.

Por un momento perdí la serenidad y sentí algo que se asemejaba al miedo. Las alternativas se sucedían con tal rapidez, que me encontraba como aturdido. Durante un momento pensé que el nuevo aeroplano era aliado de los bandidos, pero pronto me di cuenta de que este pensamiento era una tontería.

Sin embargo, parecía extraño que llegara precisamente en aquel momento. Pero pronto me olvidé de él, para atender a la fuerte e intranquilizadora vibración de mi propia máquina. Los jinetes estaban ahora directamente debajo de mí.

—Los árboles son el mejor sitio para que yo descienda, especialmente faltándome el tren de aterrizaje, — me dije silbando para no acobardarme y planée en espiral hacia abajo.

Disparé unas docenas de tiros con las ametralladoras, hacia los jinetes fugitivos, como un aviso de que estaba resuelto a todo. Los acobardé con eso, como era mi intención. Seguramente habían sentido hablar de la Patrulla y conocían lo bien que manejaban las armas sus componentes.

Con las esperanzas perdidas, y sabiendo que podía matarlos a todos en un momento, detuvieron sus caballos. En un instante yo efectué una curva alrededor de ellos, y les indiqué que se dirigieran al tren.

Se dirigieron a él como un rebaño de ovejas — ni siquiera llegaron a dispararme un tiro — se confesaban vencidos. De un momento a otro, yo esperaba que la hélice saltara hecha pedazos, o que se desprendiera otra parte cualquiera del aparato. No había un solo alambre que no estuviera temblando. Pero me veía forzado a escoltar a mis prisioneros hasta dejarlos en custodia de los pasajeros del tren. De manera que continué describiendo círculos sobre ellos.

De pronto el ruido de otro motor se sintió, mucho más fuerte que el mío. Yo estaba a unos trescientos pies de altura, y el aeroplano desconocido pasó sobre mí, a menos de cincuenta pies del ala derecha de mi avión.

El pasajero que viajaba en el asiento delantero, me hacía señales desesperadas, señalando a mi tren de aterrizaje.

Yo asentí con la cabeza a sus gestos, expresándole que sabía lo que me quería dar a entender. La última duda acerca de la suerte que me esperaba, se disipó después de este incidente. No me sentía muy bien ante esa perspectiva, pero así y todo sentí una vaga sorpresa al leer el letrero escrito en el costado del avión.

"Circo Barr-Maxwell" — estaba pintado en la parte de afuera del compartimento del piloto, así como también en las alas. El timón era amarillo, las alas pintadas de azul, y el motor rojo. No había duda que los propietarios de él eran humoristas y de que les agradaban los colores variados.

—¡Ahora recuerdo! — me dije. — He visto avisos de ese circo, que venía a Mac Mullen. Este aeroplano lo deben usar para avisos y propaganda. Supongo que...

Mis pensamientos se detuvieron automáticamente, pues la máquina del circo había dado una vuelta, y volvía a pasar sobre mí. Mis ojos se detuvieron en el pasajero del asiento delantero, que estaba de pie teniendo en las manos lo que me pareció un paracaídas. Estaba señalándome a mí, y apuntando después hacia arriba. Parecía que intentaba hacerme entender algo que yo no alcanzaba a comprender.

—¿Qué pensará este hombre? — me pregunté asombrado. — ¿De qué me podía servir aquel paracaídas a mí, si estaba en el otro avión?

Al alejarse me señaló de nuevo hacia arriba: evidentemente deseaba que yo tomara más altura. Yo asentí a sus invitaciones, aunque no tenía la menor idea de lo que se proponía.

Antes de subir a más altura, me ocupé de hacer llegar mis prisioneros hasta el tren. Cuando ví que estaban a buen recaudo en manos de los pasajeros, comencé a preocuparme de mi situación. Tenía que tomar medidas, y pronto. La gente abajo me estaba haciendo señales también, gesticulando de una manera extraña, y uno de ellos había tomado una rueda del aeroplano destruido, y la estaba arrojando al aire.

—Este aparato no va a durar hasta que pueda llegar al mar, donde descender,—pensaba yo. — Tendré que descender sobre los arbustos, supongo... si tuviera un paracaídas.

De nuevo volví a sentir el otro aeroplano; el pasajero continuaba gesticulando con el paracaídas en la mano.

Por más que pensaba, no podía darme cuenta de cómo podía ayudarme: dicho pasajero debía tener alguna idea descabellada, y a lo mejor daba buen resultado. ¿Pero qué iba yo a hacer? Si subía más alto, y el aeroplano caía, me mataría irremisiblemente. Por otra parte, si continuaba volando bajo, posiblemente podría aterrizar sin daños muy serios, antes que la máquina quedara fuera de control.

Supongo que el pensamiento de que se incendiara, fué lo que me decidió a arriesgarme. Envié el aeroplano hacia arriba, y el motor comenzó a hacer un ruido terrible. Todos los alambres silbaban fuertemente a consecuencia de la vibración, y parecía como si estuvieran dando golpes en el fuselaje con grandes cachiporras. Allí abajo toda la gente estaban mirándome atentamente.

El otro avión estaba a mil doscientos pies de altura, cuando yo llegué a los mil pies. Mis fascinados ojos vieron un extraño espectáculo: el pasajero, con un paracaídas ajustado a la espalda, estaba saliendo de la cabina de comando y comenzaba a deslizarse por un ala. Al parecer también traía con él, un alambre o una cuerda.

Ahora el avión estaba describiendo un semicírculo, y el pasajero estaba bajando al tren de aterrizaje.

—"Debe ser uno de los acróbatas del circo" — pensaba yo. — o sino algún paracaídista profesional — pero no veo con eso que me ayude a mí.

Se sentó en la barra inferior del tren de aterrizaje, y parecía después estarse atando los cordones de los botines. Estábamos ahora muy cerca, y aun yo no podía entender lo que se proponía hacer. Ví que se despojaba del paracaídas y que lo estaba atando con algo.

—¡Era el alambre de seguridad!—la luz se hizo en mi cerebro. Pero el alambre era muy corto, tenía unos tres pies de largo, y me dí cuenta de que para hacerlo llegar a mis manos, había que arriesgarse a que chocaran ambos aeroplanos y sufrieran una caída como consecuencia del choque.

En este momento fué cuando ejecutó su proyecto y a mi se me escapó un grito de horror de los labios. Como si se hubiera resbalado de su asiento, cayó hacia atrás y al instante siguiente estaba colgando con las piernas del tren de aterrizaje. Entonces me dí cuenta de lo que había hecho: tenía las piernas atadas al aparato y no podía caerse. De manera que allí estaba colgando a mil quinientos pies de altura, y con el cuerpo balanceándose lentamente. En la mano llevaba un extremo del alambre. Al otro extremo del cual estaba atado el paracaídas.

Yo me dediqué entonces a hacer que mi aparato durara unos minutos más sin desplomarse hacia abajo. El motor estaba comenzando a fallar ahora, debido a la fuerte vibración. La otra máquina estaba volando en linea recta y con toda la lentitud posible.

Yo dí toda la velocidad a mi motor y pasé abajo de ellos, a veinte pies de la figura suspendida en el aire. Una equivocación de un pie, y mi hélice lo mataría. Cuando estaba a cincuenta pies delante de la otra maquina, detuve el motor de la mía un poco, y comencé a subir lentamente. Por su parte el aeroplano del circo, estaba bajando, de manera que nos estábamos acercando. Mi cabeza estaba dada vuelta hacia el paracaídas.

Un segundo más tarde había soltado mi cinturón de seguridad, y volaba de una manera prácticamente automática, pues el paracaídas era en ese momento lo más importante del mundo para mí.

La hélice del otro aeroplano estaba ahora sobre mí, y poco después el paracaídas se balanceaba sobre mi cabeza. Me puse de pie dí un manotón desesperado, y me apoderé de él.

Mientras me senté de nuevo al timón, continuaba mirando hacia arriba, y esta era la primera vez que veía a Buck Rariden.

No lo ví más que por un segundo, pues su piloto envió su aeroplano hacia arriba instántameamente, mientras yo hacia abajo el mío, para evitar que los dos aparatos chocaran. Lo que ví en ese momento de Buck Rariden fué una cara larga y huesosa, con ojos que me miraban con una expresión divertida, como si le agradada jugar con la muerte. Y durante todo el tiempo sus mandíbulas se movían acompasadamente, pues estaba mascando un pedazo de tabaco.

Me puse el paracaídas rápidamente, — de una ojeada comprobé que era del tipo U. S. Orving, que yo conocía perfectamente y que era usado por todos los aviadores del ejército. En aquel tiempo todavía no se había perfeccionado el modelo ajustable al asiento, que se usa ahora.

No sabía si estaba doblado de la manera correcta y me dije que me era necesario arriesgarme y hacerlo pronto antes de que fuera demasiado tarde. Dirigiéndome sobre el terreno abierto que había al lado del tren salí de mi asiento preparándome para saltar. El movimiento del avión era tan violento, que casi resulté despedido al espacio en ese momento. Por fin estaba tendido sobre la cubierta boca abajo y poco a poco me llegué a sostener con las manos y los pies solamente. Al pasar por sobre el terreno, ya mencionado, me arrojé al espacio, y tiré de la cuerda para hacer abrirse al paracaídas. En ese momento estaba por sobre el lado contrario del tren, y por consiguiente no produciría víctimas al caer.

Caí en el aire por unos segundos con la velocidad de una bala y después sentí que se abrían los pliegues de la tela salvadora y comencé a flotar sobre los árboles.

Ya me había librado de la muerte. Un momento más tarde mi De Haviland se desplomó a tierra, incendiándose inmediatamente. El avión del circo pasó cerca de mí, y la mano de su pasajero se levantó, saludándome cordialmente. Y si ustedes creen que yo no contesté cordialmente, sería como suponerse que yo no aceptaría un regalo de mil dólares.

CAPITULO II

EL EXTRAÑO ROSTRO DE DUKE DALY

La gente de abajo estaba aplaudiendo mientras yo descendía. Supongo que algunos de los espectadores se sentían tan aliviados como yo, ante mi milagrosa escapatoria a la muerte. Un hombre corría rápidamente hacia el sitió donde yo iba a bajar.

—Ese es un hombre con algo de sentido común — me dije. — Con esta brisa el paracaídas tendrá que ser sujetado fuertemente.

Cuando uno llega en un paracaídas cerca de la tierra, parece que la velocidad del descenso aumenta hasta llegar a quince pies. A esta distancia, lo que sigue es una caída a plomo, sumamente peligrosa si no se toma

precauciones. Traté de elevarme agarrándome a la tela del aparato para así aminorar el choque con la tierra, pero no tuve suerte pues la idea se me había ocurrido demasiado tarde.

Choqué con la tierra violentamente, mis rodillas se doblaron y quedé tendido en tierra boca abajo, con mi poca gracia acostumbrada. Un segundo más tarde el viento comenzó a impulsar violentamenete al paracaídas y yo comencé a ser arrastrado rápidamente a nivel de la tierra y al compás de mis madiciones.

Traté de librarme del ahora molesto aparato, pero mis dedos entorpecidos no lograban hacerlo. Entonces tiré fuertemente de la tela, la que se envolvió alrededor de mí, exponiendo al viento una superficie lo suficientemente grande como para que este nos continuara arrastrando.

Mientras estaba luchando por ponerme en libertad, sentí varias carcajadas. Fuertes manos rasgaron la blanca seda y de pronto me encontré bañado de nuevo por la luz del sol. Yo estaba lastimado por todo el cuerpo, tenía tierra en la boca y arena en los ojos.

—Hola, Slim — —oí al mismo tiempo que veía un par de ojos que me eran familiares. Al principio me supuse que estaba delirando. Miré tres veces a la gente que venía corriendo y llegué a la conclusión de que no estaba del todo loco.

—¡Duke Daly! — dije débilmente, extendiéndole una mano.

Me estrechó la diestra y contestó sonriendo:

—Hace tiempo que sentía deseos de volver a la frontera, y ahora me doy cuenta porque.

Me ayudó a levantarme y mientras la vanguardia de los espectadores llegaba, un velo pareció cubrir sus ojos. Tenía una expresión tan fría e indiferente como si fuera una estatua.

Ese era el Duke Daly que yo había conocido. Nunca, hasta el momento en que se había inclinado sobre mí, había yo visto en sus ojos una expresión de simpatía, exceptuando cuando estaba con Tex Mac Dowell, su único amigo.

Hubo una gran cantidad de comentarios, preguntas y exclamaciones de parte de todos los presentes respecto a los hechos ocurridos en los últimos minutos, y sólo cuando ya llegamos de vuelta al tren, tuve yo oportunidad de hacer algunas preguntas.

—Supongo que era un robo al tren — le manifesté a Duke, el que hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza.

—El Banco de Mac Mullen iba a recibir un envío de varios cientos de miles de dólares desde San Antonio, — me dijo. — Esta banda detuvo el tren haciéndole señales con una bandera roja, después de que aterrizó su aeroplano. Se apoderaron del convoy, asumiendo el mando. Entraron al vagón del expreso donde se conducía el dinero para el Banco, hirieron a los dos guardias que viajaban adentro y ya se disponían a escapar cuando llegó usted.

—¿Resultó alguno herido en el aeroplano, — pregunté.

Dos resultaron con contusiones sin importancia, y todos los asaltantes están debidamente custodiados, con las mismas armas que tenían ellos.

—Un asalto muy bien preparado — comenté yo.—Y era una gran idea la de usar un aeroplano para escapar con el botín, ¿eh?

—Se cree que los organizadores del proyecto fueron petroleros mejicanos. Daly me informó en el mismo tono que si estuviera hablando con una persona a quien acabara de conocer.

—Si resulta así, hemos agarrado a unos cuantos pájaros de cuenta, — el aviador es un alemán y el aeroplano venía de Méjico. Si el golpe les hubiera resultado bien, hubieran huído casi con trescientos mil dólares. Todos los hombres estaban enmascarados, y separándose habían logrado huir.

Los miré, uno a uno. Todos los asaltantes estaban atados, pero no reconocí a ninguno de ellos.

—Desearía ver al amigo que me salvó la vida — le manifesté a Daly. — Seguramente se ha dirigido a Mac Mullen y allí descenderá en el campo de aviación. Me supongo que es el aeroplano que va delante del circo, y este hombre debe ser un acróbata contratado para hacer exhibiciones de propaganda.

—Quienquiera que sea, no hay duda que sabe usar su cabeza en un momento de peligro.

—Y es valiente — agregué yo. — El sabía que su cabeza iba a pasar a un pie de distancia de mi hélice. Lo que no era más que la pura verdad.

—Y ahora, dígame — le pregunté cuando subimos al vagón Pullman. — ¿Cómo llegó usted aquí, y por qué causa?

—Simplemente se trata de una visita — me dijo con un tono que no me inspiró mayor confianza de que decía la verdad.

Tomamos asiento y durante varios minutos estuvimos ocupados ahuyentando gente que trataba de hacernos hablar acerca del fracasado asalto. Yo los conocía a casi todos. Eran habitantes de Mac Mullen. Y me excusé pretextando que estaba cansado. Habiéndome desembarazado de ellos, me dediqué a examinar detenidamente al impasible Daly

Hacía dos años que no lo había visto. Había formado parte de nuestro escuadrón durante varias semanas y en una lucha nocturna con varios aeroplanos contrabandistas, dió pruebas de ser un aviador valiente y que no temía a nada. En este combate había salvado la vida a Tex Mac Dowell, y nosotros capturamos a los contrabandistas. Pero él resultó con una acentuada cojera, que lo hizo inapto para aviador del ejército, según la opinión de los médicos. Dejó su puesto y desapareció. Sin embargo, un año después, Graves del Servicio Secreto, había hecho llamar a Tex Mac Dowell. Hubo una denuncia de contrabando en la frontera canadiense y allí enviaron aviones, a Daly, Tex y un agente particular, todos los que fueron nombrados agentes es-

Me puso de pie, dí un manotón desesperado y me apoderé de él.

peciales y detuvieron a los sospechosos.

Tex había vuelto y sido el único amigo de Daly y el primero de ellos nos había informado vagamente que Daly era un buen muchacho y posiblemente trabajaría en lo sucesivo como agente especial, a las órdenes de Graves.

El objeto de mis pensamientos estaba contemplando el paisaje por la ventanilla, como centrado en el paisaje que se veía por la ventanilla. Yo no podía menos que pensar ba dentro de la impenetrable coraza de reserva con que parecía revestido.

Yo sospechaba que el único que sabía sus secretos era Tex Mac Dowell, y hubiera apostado que nadie más lo conocía a fondo, exceptuando tal vez a Graves. Hablando sinceramente, era el sujeto más extraño que había conocido en toda mi vida.

En primer lugar y aunque tenía treinta años de edad, cerca de seis pies de estatura y experimentado muchas aventuras peligrosas, su rostro parecía ser el de un muchacho de veinte años, cuyo problema más serio es decidir a cuál de las muchachas invitará en el próximo baile. Su cabello era rubio y las

facciones tan bien proporcionadas como si hubieran sido diseñadas por un escultor. Aquel rostro era como una hermosa máscara, parecida a los que salen en los avisos y sin más expresión que éstos.

La nariz era derecha, los labios delgados pero perfectamente proporcionados, y las cejas tan bien diseñadas como si fueran el trabajo de un artista. Su expresión habitual era pensativa y sonreía vagamente. Pero aquí llega lo sobresaliente en él. Sus ojos grises eran tan diferentes a los demás rasgos de sus facciones, como el día de la noche. Mirándolo de costado, un observador imparcial lo hubiera tomado por un muchacho joven que acaba de salir del colegio. En cambio, viéndolo de frente y notándole la expresión de los ojos, se podía pensar que éste era un hombre que había visto y experimentado mucho de la vida. Había experiencia y madurez en su mirada.

Era algo que daba un escalofrío y se parecía a ver en el inocente rostro de una criatura la personalidad de un alma que había sufrido mucho. La razón de esta contradicción era muy simple: en una caída de aeroplano, cuando era instructor en la escuela de aviación, su rostro había resultado destrozado y los médicos se habían visto obligados a reconstruírselo por medio de la cirugía plástica. De manera que habían hecho un trabajo físicamente perfecto. Tex Mac Dowell aunque era amigo íntimo de Daly, me daba la impresin de que también consideraba que tenía un carácter extraño y peculiar.

Esa es mi descripción del hombre sentado a mi lado. Con su cabello bien peinado y vestido con un traje impecable de color gris claro, era la persona mejor vestida, más limpia y más indiferente a los últimos sucesos, en todo el tren.

—Los muchachos van a recibir una gran sorpresa cuando lo vean llegar a usted — le dije.

—No, pues he telegrafiado a Tex — me contestó.

—Seguro que no tiene más que hacer una visita, Daly?

Sonriendo ligeramente, me contestó:

—Bien le diré que antes de salir Graves, me dijo que curioseara por estos parajes a ver si descubría algo acerca de la cuadrilla de Von Sternberg, que ustedes han estado tratando de apresar.

Se refería a una agrupación de contrabandistas aéreos, que trabajaban bajo la dirección personal de Von Sternberg, que fué uno de los ases alemanes durante la guerra mundial. Dicho sujeto estaba ahora prisionero en un hospital de El Paso. Lo habíamos herido, al apoderarnos de él, pero no había fallecido, como los médicos esperaban, a causa de sus graves lesiones .

—De manera que ustedes suponen que la banda continuará operando sin su jefe — le pregunté.

—Puede ser. Graves me pidió que llegara hasta Méjico para averiguarlo.

—Habíamos sospechado que Graves había estado encargando comisiones con mucha frecuencia.

—Es cierto y es bastante entretenido trabajar para él. Pero, no es necesario que otras personas se enteren de ello. Ustedes trabajan en la misma profesion que yo, pero sería peligroso que algún extraño se enterara de estas cosas.

—Tiene razón en eso.

Continuamos charlando mientras el convoy proseguía su marcha. Si no hubiera visto la expresión de simpatía en sus ojos cuando llegué a tierra, hubiera sospechado que le era absolutamente indiferente conversar conmigo o no, y que a duras penas se acordaba de mí. Su indiferencia no era fingida, y no se la podía atribuir a un sentimiento de superioridad. No hacía que me sintiera resentido hacia él: era algo que lo envolvía en una reserva misteriosa.

Yo sabía, sin embargo, que algunos de los hombres del escuadrón lo miraban con recelo mezclado con terror. No podían descifrar su extraña personalidad. Le referí todos los acontecimientos que habían ocurrido últimamente en Mac Mullen, antes de que el tren llegara a la estación. Miré por la ventana, y exhalé un suspiro.

—Todo el mundo se ha venido a la estación — le informé a Duke; — apostaría a que hasta han cerrado los comercios para reunirse aquí.

El primero que se veía era el viejo comisario Trowbridge, que estaba a la cabeza de tantos agentes como para arrestar a todo un ejército. Todo lo que había ocurrido había sido telegrafiado antes de que llegara el tren y el aeroplano del circo también habría dado su versión de los acontecimientos. Una muchedumbre furiosa contra los asaltantes, se había reunido alrededor de la estación.

—Ahí está Tex, y el capitán Kennar! — exclamé yo súbitamente, y de una manera instintiva mis miradas se concentraron en el rostro de mi compañero.

Este había cambiado de nuevo y en sus ojos se podía notar la afección que puede existir entre dos hombres. Y Mac Dowell, sobresaliendo de entre la muchedumbre, estaba tratando de distinguir a alguien en el tren. Al bajar, todo el mundo se dirigió a mí y fuí objeto de incontables felicitaciones, hasta que se fueron al vagón del expreso, donde venían los bandidos prisioneros.

—Hola, Duke; me alegro mucho de verte de nuevo, — dijo la voz de Mac Dowell, y mientras los dos hombres se estrechaban la mano, el capitán Kennard exclamó:

—Bienvenido a nuestra ciudad, Daly. Slim, me han dicho, que ha echado a perder un avión nuevo. ¿Cómo es que es usted incapaz de efectuar un vuelo sin perder su máquina?

—Casi me pierdo yo también con el aeroplano — le informé sonriendo. — Dígame, ¿el aeroplano del circo ha bajado en el aeródromo?

—Sí — contestó mi interlocutor. — Y ese muchacho Rariden, es el irlandés más típico que he visto en mi vida y una de sus habilidades es escupir a veinte pies de distancia.

—¿Quién es él? — pureguntó la voz de Daly, mientras nos abríamos paso entre el gentío.

—Es el agente del circo Barr - Maxwell, que va a dar representaciones aquí la semana próxima.

—¿Y como es que el gerente está haciendo el papel de agente de publicidad — pregunté yo.

Penoch O'Reilly, uno de los aviadores que había viajado con el circo durante varios meses, era el que había informado al escuadrón acerca de todos los pormenores de la vida que se hacía en las tiendas del circo.

—Oh, ese hombre tiene una gran cantidad de proyectos que desea ejecutar aquí. Kennard nos informó: hasta está pensando en establecer los cuarteles de invierno del circo en Mac Mullen. El les contará todo.

En ese momento miré a Duke. Su rostro tenía una curiosa expresión; parecía más viejo y sus ojos más fríos y crueles que de costumbre.

—¿Es su nombre Buck Rariden, por casualidad? — preguntó de improviso.

—¡Correcto! ¿Lo conoce usted? — preguntó Kennard.

—Lo ví algunas veces en las carreras; es un tipo algo excéntrico — replicó Daly.

Y sin embargo, por alguna razón desconocida, a mí me pareció que a Daly no le agradó que Rariden estuviera entre nosotros.

—Deseo conocerlo — afirmé yo, — me salvó la vida, no hay duda de ello. — Y referí todo lo que me había acontecido. Después de ello nos dirigimos a Mac Mullen en automóvil.

Era nua ciudad bastante grande, limpia y de buen aspecto. No hacía en ella un calor excesivo, y tenía un buen hotel, toda clase de comercios y todos los inconvenientes modernos, desde un club de rotarios hasta la sociedad de mejoramiento espiritual femenino.

Pero los vaqueros pasean todavía por las calles, el espíritu del antiguo Oeste se manifiesta aún allí. — Estando la ciudad situada en la frontera, ocurren muchas veces disturbios en ella.

El alcalde era Sam Edwards, antiguo Ranger de Texas, y el comisario Bill Trowbridge. Todavía residían allí muchos de los habitantes primitivos, que habían trabajado con su rifle al lado de los instrumentos de trabajo. Por esta razón el pueblo tenía ciertas peculiaridades que sólo se encuentran en el sudoeste del país.

Duke nos hizo reír a todos al darnos una exagerada versión de mi caída.

POR SOLO 5 centavos

sin más gastos ni molestias, este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante.

Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:

LA FOTOGRAFICA ARGENTINA

Avenida de Mayo 1370 — Bs. As.. (P.)

—Sin embargo, — concluyó Daly hablando seriamente, — no hay duda de que Buck Rariden se ha lucido.

—¿Qué ès lo que sabe usted acerca de él? — —le pregunté.

—Nada, simplemente lo conozco de vista, aunque dudo que él se acuerde me mí, — me replicó.

Comenzó a hablar con Tex, pues ambos viajaban en el mismo asiento trasero del auto. Mac Dowell es un delgado y alto texano, que está siempre buscando aventuras. Su diversión favorita es enmarañarse hasta el cuello en dificultades y después desembarazarse violentamente de las mismas. Todo lo que fuera competencia, de cualquier clase, lo interesaba inmediatamente. Era el mejor de nuestros jugadores de poker y también el mejor aviador de la frontera.

De tiempo en tiempo se sentía descontento, y después de emborracharse hacía locuras tan descabelladas que nos dejaba asombrados a t dos. Eso era el resultado de la monotonía, la que él no quería soportar.

De una manera extraña se había hecho íntimo amigo de Duke Daly. Y el impasible Duke era una persona muy distinta cuando estaba con su amigo.

Al acercarnos al aeródromo, vimos a todos nuestros compañeros sentados tranquilamente. Había dos aviones De Haviland en la línea de salida, los que estaban siendo preparados para efectuar la última recorrida de la tarde. Al lado de ellos estaba el pintarrajeado aparato del circo.

—¿Cuánto tiempo va a estar usted con nosotros, Duke? — le preguntó el capitán.

—No se con seguridad. Unos días solamente, pues tengo que ir a Méjico.

No nos dijo por qué, ni yo les dije a los demás lo que me había referido en el tren. Supuse que él les contaría eso a su debido tiempo. Tuve el presentimiento de que Duke no nos abandonaría durante algún tiempo. No podía creer que había viajado desde Wáshington hasta la frontera con el solo objeto de charlar un rato con su amigo Tex Mac Dowell.

Nuestros compañeros, que eran ocho aviadores vestidos de color kaki, nos saludaron con una ronca aclamación cuando llegamos en medio de una nube de polvo. Yo busqué con la vista a los dos visitantes, que habían piloteado el aeroplano del circo.

—Están lavándose un poco, — me dijo Pop Cravath, uno de los presentes.

Duke estaba saludando a los que conocía y siendo presentado a los demás. Jimmy Jennings, Sleepy Spears, Pete Miller, Hickman y Cravath eran ya conocidos de él. Le presentaron a Dumpy Scarth y Percival Enock O'Reilly. Era curioso ver a los que no lo conocían, estrecharle la mano: se veía que les inspiraba respeto, — él constituía la figura principal de una de las historias legendarias de la frontera.

—¿Van los hombres del circo a permanecer aquí? — preguntó Kennard, al aviador más cercano.

—Claro que sí, gracias a Dios, — contes-

tó Sleepy Spears. — Eso es por Rariden, pues cada vez que veo al piloto de él, pierdo el apetito.

—Bueno, — les dije a todos en general, —voy a las tiendas, y deseo que alguno venga conmigo para presentarme. Ya es hora de que salude a mis salvadores y les asegure mi agradecimiento y estimación. Yo...

—Es nua lástima que llegaran tan a tiempo, — me dijo en tono de broma Jack Reaman un observador que era también el encargado de colocar las órdenes por trajes, armas, etc. — Si usted hubiera pasado a un mundo mejor, yo podría haber devuelto al almacén los quince trajes de aviador que me faltan.

En el momento que Jack se enteró de la caída, corrió a su tienda y comenzó a buscar las quince máquinas de escribir, ocho ametralladoras y setenta instrumentos que le faltan, — me dijo en medio de carcajadas otro de los presentes.

—Apostaría algo — dijo Kennard, — a que el avión de Slim llevaba aparatos por valor de medio millón de dóres, si vamos a creer lo que dice Jack.

—Ahí viene, — dijo Enock O'Reilly — miren bien al hombre quee tiene los records de escupir en velocidad, distancia y puntería.

Una figura alta caminaba rápidamente hacia nosotros. Creo que nunca he visto caminar a hombre o mujer con tanta gracia y falta de esfuerzo aparente. Parecía deslizarse sobre la tierra.

—Nos dijo — Jimmy Jennings me informó, — que comenzó a trabajar en el circo como acróbata cuando era una criatura.

Mire a Duke. Daly no prestaba gran atención al hombre que se acercaba, y su rostro no demostraba emoción alguna. Mis ojos pasaron a mi salvador, y no pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi rostro.

Tenía una estatura de 6 pies 2 pulgadas por lo menos y de esa estatura, unas nueve décimas partes eran piernas. La distancia entre su cintura y la tierra era enorme. Sus hombres eran muy anchos y el cuello largo. El rostro era largo y huesudo, y en el medio tenía una nariz humorísticamente aplastada. Los huesos en las mejillas eran muy altos, dejando agujeros debajo de ellos. Su cabello se le erizaba en la cabeza, y era de color rojo muy subido. Y una multitud de pecas cubría su piel.

Sus mandíbulas se movían con regularidad, como si fuera una maquinaria, mascando tabaco. Era su expresión, sin embargo lo más indescifrable de todo: voy a tratar de describirlo; su ancha boca estaba grotescamente alargada en una sonrisa. Los ojos azules estaban fijos en mí, y había en ellos un brillo que parecía iluminar todo su rostro. No era una expresión de buen humor benevolente, sino más bien la expresión de irónica burla con que se mira al enemigo abatido en el suelo.

Y era para mí irresistible — desde la nariz aplastada, hasta las orejas, — parecía que su semblante había sido hecho en un molde y roto después. Estaba vestido con pantalones kaki desplanchados, y camisa azul abierta en el cuello.

—¿Así que este es Slim? — exclamó al estrecharme la mano. — ¿Cómo está el muchacho? El paracaídas vino bien ¿eh?

—Ya lo creo, Rariden, y gracias.

Casi me deshizo la mano con la suya, que era de un tamaño enorme. Sus ojos me contemplaban atentamente, y sin volver la cabeza escupió al suelo por un lado de la boca.

—¡Ni lo mencione! — me dijo en tono de autoridad.

En ese momento me apercibí que sus ojos estaban examinando a alguien por sobre mi hombro, — volviéndome, me apercibí que el objeto de su curiosidad era Daly.

—Mi nombre es Rariden, Buck Rariden, — dijo con tono de expectativa, como si esperara que lo rebatieran.

—Este es Bob Daly, era un aviador en nuestro escuadrón, — dijo Kennard.

—¿No nos hemos conocido antes? — le preguntó Rariden mientras se estrechaban las manos.

—No lo creo, — contestó su interlocutor.

Rariden no estaba nada molesto por la atención con que lo miraban todos los aviadores, y le contestó:

—Puede ser que no, pero juraría que había visto su semblante antes en alguna parte.

Se sentó en un escalón y se limpió la frente del sudor que la inundaba. Después escupió con puntería perfecta a una araña que pasaba.

—Voy ahora a enviar un telegrama a Bill Hampton, mi agente de publicidad diciéndole que aproveche bien la noticia, de que su patrón es un héroe. Eso es hacer un buen negocio para el circo. Anduvimos con suerte los dos, ¿eh, Slim?

—Si eso ayuda en algo a su circo, — le dije yo con toda sinceridad, — referiré la historia a todos los repórteres que haya en Texas.

—Lo necesitamos mucho, muchacho, lo necesitamos, — me contestó Rariden con una sonrisa.

Su voz era ronca, el resultado de años de dar órdenes a gritos en las carpas del circo.

De improviso sus ojos miraban a Daly periódicamente, se iluminaron al reconocerlo, y le dijo ásperamente:

—Concluya la comedia, Duke Daly. Usted me conoce a mí.

Los ojos de Duke se fijaron en los de Rariden como desafiándolo, e instantáneamente todos los presentes nos dimos cuenta de la tensión entre los dos hombres.

—¿Qué le ocurrió en la cara? — continuó Rariden. — Usted cambió mucho desde que era comisionado de carreras del estadio de Clover.

Daly permaneció silencioso un momento y después le contesté:

—Claro que lo conozco, Buck, pero creí que usted no me iba a reconocer con mi nue-

vo semblante, y pensé que usted se sentiría mejor sin volverme a ver.

—¿Por qué?

—Usted sabrá la razón.

CAPITULO III

BUCK RARIDEN, EL HOMBRE DEL CIRCO

Por medio minuto hubo allí un silencio absoluto. Todos los aviadores estaban tan inmóviles como los trabajadores negros cuando no está el patrón. Daly estaba reclinado negligentemente contra la baranda de la escalera.

Buck permanecía de pie, pareciéndose en ese momento a un tigre mirando a su presa. Los ojos de Spears estaban muy abiertos, y los de Tex Mac Dowell se parecían a brasas candentes.

—Concluya de hacerse el misterioso, — exclamó Rariden.

Había enemistad entre los dos hombres. En parte porque me había salvado la vida, y en parte por instinto, me sentía dispuesto a defender a Rariden.

—Me parece que está usted haciendo una tontería, Buck, — le dijo Daly. — Yo no voy a hablar, y había creído que usted preferiría no saber que uno de sus viejos conocidos estaba por aquí.

Cada palabra pronunciada por Daly se sintió claramente, y daba la impresión de que el asunto era demasiado insignificante para ocuparse de él.

Pero Buck Rariden en cambio estaba visiblemente furioso y exclamó:

—Usted ya ha hablado demasiado, pero, ¿qué me importa? Yo no era un santo en esos días, pero ¿por qué tiene ahora usted tantas pretenciones? Usted era entonces un comisionado de apuestas, y supongo que no dejaba de hacer trampas cuando jugaba al poker.

Yo casi dejé de respirar al sentir aquella acusación. Miré a los principales en la escena, notando que aunque el rostro de Daly permanecía impasible, se notaba un agudo sufrimiento en el de Tex Mac Dowell. Parecía como si la acusación hubiera sido hecha con tra él.

—Fuí jugador profesional cuando era más joven, — contestó Daly. — Pero como ha sabido usted eso, y al fin y al cabo creo que eso nada le interesa a usted.

Sus ojos miraron a Rariden con desprecio, el que contestó:

—Nada, nada, su majestad y perdóneme por haber hablado al respecto, pero como usted está mezclándose en este asunto y tratando de...

—¡No sea idiota! ¡Usted es el que está metiéndose donde no le importa!

Por un momento pareció que Rariden iba a arrojarse sobre Daly, pero haciendo un gran esfuerzo recuperó su sangre fría, y se rió fuertemente.

—Tiene usted razón, Daly, es mi genio arrebatado lo que me hace decir tonterías. Me enojó que fingiera no conocerme.

De nuevo estaba sonriente, y todos los presentes se tranquilizaron.

—Cuando ví por primera vez a Duke, fué en las carreras de Nueva York hace diez años, y yo acababa de salir de la cárcel. Rariden prosiguió:—

—Me habían puesto a la sombra por ser superintendente de una feria en que había demasiadas maneras ingeniosas para sacarle el dinero al público. Yo he nacido en un circo, y he desempeñado en ellos todos los oficios posibles, desde acróbata a gerente. En aquellos tiempos fué cuando la policía comenzó a detener a todos los encargados de circos y ferias, en los que había juegos prohibidos.

De manera que fuí a la cárcel, y me acusanron de todos los crímenes posibles, sin olvidar que los negros salvajes de Borneo que se exhibían en jaulas eran blancos pintados, y cuya fiereza sólo se veía a la hora de comer.

Todos los presentes soltaron la carcajada ante esta observación.

Después de trabajar varios años en todos los oficios de circo, llegó la guerra. Presté mis srevicios como mecánico en el escuadrón de aviación No. 62. Eso me hizo más compasivo con los demás seres humanos, y desde entonces divierto honestamente al público en mi circo, y no permito que se le estafe con juegos de azar.

Me miraba a mí al pronunciar estas últimas palabras, y yo no pude contener una carcajada.

En ese momento un ordenanza llegó en motocicleta trayendo documentos oficiales para el capitán. Mientras éste los leía, yo estaba pensando que acaso la herida en la pierna no había sido la única causa por la cual Daly había sido separado del escuadrón. Sin embargo, ahora era como una especie de ayudante de Graves, y éste sin duda alguna estaba enterado de toda la vida pasada de su subordinado.

—Bueno, — dijo el capitán Kennard, dirigiéndose a nosotros. — Rariden estaba explicando una buena filosofía, con la que yo estoy de acuerdo: hace muy bien en no esquilmar a sus clientes, pues el circo resultaría desacreditado muy pronto.

—Hace unos días, — dijo Rariden, — vino aquí nuestro agente de publicidad, y me ha informado que dentro de una semana va a efectuarse en Mac Mullen una gran función, compuesta por doma de potros, picnic y pruebas acrobáticas efectuadas por aeroplanos. Esta es una fiesta anual que se efectúa en el campo de pelota, donde hay lugar para varios miles de personas, y el producto recolectado se destina al hospital. Bueno, lo que yo deseo hacer es lo siguiente:

Primeramente les voy a informar que los negocios del circo me anda muy bien, y esta puede ser una buena oportunidad para nosotros. Sin embargo, hay otras razones que apoyan lo que me propongo hacer; una de ellas es que si instalamos nuestros cuarteles de invierno en Mac Mullen le daremos una buena ganancia a la ciudad, comprándole

todos los comestibles que necesitamos. Mi proyecto es ayudar a la ciudad, tomando a nuestro cargo la fiesta y ganando más dinero para el hospital, al mismo tiempo que algo también para nosotros.

—¿Y cómo se va a arreglar para ello? — preguntó Daly.

—En primer lugar haremos que los vaqueros de las cercanía compitan con la doma de potros con nuestros domadores profesionales, y eso atraerá a mucho público. Después se efectuará el resto del programa, prestando nosotros nuestros asientos, que son más de cinco mil. Y después, escuchen: en vez de cobrar un dolar y medio por los asientos rseervados, y un dolar por los demás, aumentaremos los precios al doble. En ese precio se incluye la función en nuestro circo, y todas las atracciones ya preparadas a bebeneficio del hospital. De manera que venderíamos boletos en combinación para todos los espectáculos. De todo lo que se recolecte durante la mañana, al circo no le tocará nada, y de las entradas de la tarde le corresponderá al hospital una tercera parte, lo demás para mi circo.

Se detuvo y comenzó a mascar tabaco: yo estaba fascinado ante este discurso.

—Eso, — prosiguió él, — es lo que yo llamo ventajoso para todos los interesados. Con nuestra ayuda habrá asientos para más especiadores y se harán las diversas atracciones más interesantes.

Nos miramos unos a otros, y llegamos a la conclusión de que Rariden tenía razón. Parecía un método fácil y sencillo para recolectar doble cantidad para el hospital.

—Aquí vienen los aeroplanos que salieron a patrullar la frontera, — dijo Kennard abstraidamente. Y tenía razón: dos aeroplanos llegaban, y todos experimentamos un marcado alivio, pues cuando no se les veía regresar a la hora acostumbrada, significaba que les había ocurrido alguna desgracia.

Como si el ruido de los motores lo hubiera llamado, salió de las tiendas de campaña un hombre bajo y de sólida apariencia.

—¿Es ese su piloto? — le pregunté yo a Rariden. — No hay duda que sabe manejor el aeroplano muy bien.

—El mismo — replicó mi interlocutor. — ¿Qué le parece a usted mi idea?

—Buena, — repliqué yo sin separar la vista del aviador que se acercaba, — preséntеme a él, pues quiero agradecerle la parte que tuvo en salvarme.

—El nombre de él es Oley Johannsen, — dijo Rariden con tono impaciente. Y dirigiéndose a su compañero le manifestó:

—Este es Slim Evans, el muchacho a quien le pasamos el paracaídas. Está sumamente agradecido y quiere darle las gracias.

Estreché las manos del piloto, y este me saludó con una inclinación de cabeza, y sin decir una palabra tomó asiento para observar la llegada de los dos De-Haviland.

—La idea me parece buena, — dijo al fin Kennard, — pero ¿por qué describirla a nosotros? No tenemos nada qué ver con la fiesta, exceptuando la parte que incluye a los aeroplanos.

—¡Oh! pero ustedes tienen mucha influencia en la ciudad y púeden ayudarme a conseguir lo que deseo. ¿Qué podría hacer yo si ustedes fueran allí y dijeran que yo había estado preso acusado de robar a los espectadores del circo?

—¡He puesto mis cartas en la mesa! ¿Están ustedes conmigo o contra mí?

Kennard se puso de pie, y le replicó:

—En vista de todo lo que se ha dicho, la mejor manera de resolver este asunto es hablar en favor del proyecto en general, sin mencionar persona alguna.

Otro de los presentes exclamó:

—Esa es al mejor resolución que se puede tomar.

Por razones que no entendí todos los presentes parecían esperar mi opinión. Yo asentí silenciosamente.

Por supuesto, todo esto era una advertencia a Daly informándole que debía no hablar acerca de Rariden; no se dijo ni una palabra directamente al primero de ellos, pero éste debió haber entendido que la mayoría de nosotros favorecía al hombre del circo.

—¡Muy bien! Gracias, y vamos a darle una magnífieca fiesta a Mac Mullen! — exclamó Buck con entusiasmo.

De pronto Daly cambió la conversación, diciendo:

—Me agradaría mucho dar una vuelta por los aires ahora, capitán. No he volado por cuatro meses. ¿Podría Tex acompañarme?

—Estaré listo en dos minutos, Dike, — le contestó Tex.

—¿Quiere venir con nosotros, Slim?

—Ya lo creo, — le repliqué yo.

Rariden miró al cielo. Estaba despejado y frío, que es el tiempo ideal para volar.

—¿Y a usted qué le parece? A mi también me gustaría dar unas vueltas, — le dijo a su piloto.

—Como usted quiera, — dijo éste encogiéndose de hombros.

Nos preparamos para volar y cuando llegamos a la línea de partida el aparato del circo estaba ya levantándose en el aire. Era una pequeña máquina para dos pasajeros, y yo estaba seguro de que su motor Liberty podría llegar a ciento treinta y cinco millas por hora.

Como para probar que no me equivocaba, el aparato se elevó con la velocidad del rayo, lo mismo que un pez levantado en la cresta de las olas.

Un momento más tarde yo tenía bajo mis manos los controles de un De Haviland de una tonelada y media, y estaba impulsándolo hacia adelante a toda velocidad. Corrimos por el aeródromo, pero nuestra salida no podía compararse con la del otro aparato.

Este se hallaba a dos mil pies de altura, en una nube. Me dirigí hacia él, y al acercarnos le dí los controles a Duke. Este comenzó a manejar, demostrando que era un aviador experto. Se dirigía a los bordes de las opacas nubes, y al llegar a ella variaba la dirección dando vuelta alrededor de ella, como si hubiera evitado una colisión.

Finalmente llegamos a una gran agrupación de nubes, las que nos impedían ver la tierra. La belleza de la escena pareció anestasiarnos a los tres, pero era la calma antes de la tempestad!

Sin previo aviso de ninguna especie, percibimos el ruido de algo que se rompía. En un segundo, el tronar de nuestro motor Liberty de doce cilindros cambió y sólo demostro que andaba por un ruido sordo e intermitente. Al apresurarme a detener el motor, algo me dió un fuerte golpe en la cabeza, de donde comenzó a manar sangre. La hélice se había hecho pedazos, y uno de ellos me había herido.

Duke estaba haciendo bajar la máquina, planeando en espiral, y por entre las nubes pude ver que abajo de nosotros había árboles. Con algo de sorpresa, noté que el avión del circo nos estaba siguiendo. Había visto la rotura de la hélice, y venía para tratar de ayudarnos.

Sacudiendo la cabeza, tomó el timón pues, la situación era seria, y por buen piloto que fuera Duke, había estado sin practicar durante cuatro meses.

Al salir de entre las nubes, mis temores se vieron realizados: estábamos a unos mil ochocientos pies de altura y volábamos sobre una floresta ininterrumpida. Las llanuras más próximas a las orillas del Río Grande, estaban a unas 12 o 15 millas de distancia.

Nuestro motor ya no funcionaba naturalmente. Detrás de mi estaba sentado Daly, sereno e indiferente. Lancé una letanía de maldiciones mientras bajábamos rápidamente, sin que el Brewster dejara de seguirnos a poca distancia.

El problema que se nos presentaba delante, no era realmente un problema, de la misma manera que el hombre a quien van a fusilar no tiene nada que resolver: nos esperaba un choque con los árboles, a una velocidad de setenta millas por hora.

Mis oraciones al Dios de los aviadores era la de siempre:

—No me dejes inválido: matame si no puedes dejarme razonablemente entero y útil.

En todas mis caídas yo ya había perdido los dientes y demás huesos más o menos superfluos, ahora le iba a tocar el turno a lo realmente imprescindible. Maldije al mundo, a mí mismo, a la hélice y al areroplano.

Bajábamos hacia el Sudoeste, para estar drían tanto trabajo en llevarse lo que dríamos tanto trabajo en llevarse lo que quedara de nosotros. Trescientos, doscientos cincuenta pies de los árboles. Ahora estábamos perdiendo velocidad rápidamente y ya rozábamos las copas de los árboles.

Tuvimos suerte, puede decirse. Cuando estábamos a diez pies de un árbol gigantesco, eché hacia atrás el timón para hacer que el aparato se levantara. La parte delantera de este cumplió la orden débilmente, y por una fracción de segundo colgamos sobre el árbol. Después caímos entre las ramas.

Los ruidos de la rotura de ramas y partes del aparato, casi me hicieron romper los tímpanos. Parecía que un millón de garras afiladas estaban tratando de desgarrarme el cuerpo. Mis ropas estaban destrozadas, y mi cara y cuerpo eran un montón de carne ensangrentada. De pronto vino la calma, cuando mi cabeza dió contra el suelo, y me desvanecía.

CAPITULO IV

EXPLICACIONES

Estaba vivo, y al moverme entre los restos de aeroplano, sabía que pocos huesos estaban rotos.

—¡Duke! — grité.

—Aquí estoy — contestó una voz débil, y simultáneamente la mano de él y la mía se encontraron. La sangre corría libremente, mientras nos pusimos de pie.

—Me alegro de verlo bien de nuevo, — le dije mientras me limpiaba el líquido rojo de mis ojos con una mano, y le estréchaba la suya con la otra.

—Hemos escapado con suerte, — y Duke sonrió al decirlo.

Tratamos de alejarnos, pero no pudimos movernos, todo lo que hicimos fué tambalearnos. Se nos ocurrió mirar hacia arriba y allí pasaba el avión del circo. Rariden estaba asomado por sobre la borda. Yo le hice señas con la mano, señalándole a Mac Mullen. Rariden al parecer entendió que yo le quería decir que se dirigiera al campo de aterrizaje más cercado, pues el avión prosiguió en aquella dirección y desapareció de nuestra vista.

—Hemos tenido mucha suerte, — dije yo. — ¿Se da cuenta de lo que pasó? El motor chocó con un árbol y lo mismo hizo la cola. El aparato se partió entre los dos extremos.

Prendimos cigarrillos, y comenzamos a fumar tranquilamente.

Después de reflexionar un rato, le dije a mi compañero:

—Estaba pensando acerca de esa hélice; se rompió de improviso ¿verdad?

—Ciertamente.

—¿Y no hubo vibración alguna que nos avisara lo que iba a ocurrir, ni pareció que estuviera fuera de balance.

—Nada, simplemente se hizo polvo de improviso.

—Lo que no ocurre muy frecuentemente, ¿no es cierto?

—No.

—¿Usted recuerda haber visto dónde estaba el Breuster antes de que ocurriera esto?

—¡Oiga! — exclamé yo indignado, — ¿qué quiere decir con eso? Se que usted es todo un Sherlock Holmes, pero...

—Solamente estaba tratando de descifrar este misterio, — me contestó tranquilamente. — Supóngase que Rariden no estuviera muy conforme con la presencia mía, que conozco su pasado...

—Pero todo el escuadrón lo sabe ahora, — le repliqué yo. — ¿Y por qué lo acusa a él?

—Continuemos suponiendo que esta enemistad entre nosotros lo perjudicara en asuntos de más importancia. que más sim-

ple ¿qué romper nuestra hélice de un tiro?

Yo no contesté.

Después de permanecer silenciosos por un momento, comenzamos a caminar hacia el Sud, charlando entre tanto de la milagrosa escapada que habíamos tenido.

Duke concluyó por proponerme que le pidiera a Rariden permanecer en el circo durante unos cuantos días, y así tendría ocasión de darme cuenta si se tramaba en él algo que justificara las teorías de mi compañero, respecto a lo que nos había ocurrido esta tarde.

CAPITULO V

EL CONDE FRIEDERICH VON STERNBERG

Una hora más tarde llegamos al aeródromo, y nos reunimos con los compañeros. El misterio de la hélice era más impenetrable que nunca, pues se comprobó que ésta era casi nueva, había sido inspeccionada cuidadosamente el día anterior y se había comprobado que marchaba perfectamente.

Nuestros dos visitantes no demostraban hallarse nerviosos, como podría esperarse si hubieran sido culpables de la felonía descripta por Daly.

De pronto, la conversación general fué interrumpida por la voz del piloto de Rariden, que propuso:

—Vayamos a la cárcel a ver a los ladrones.

Rariden también asintió a la idea, y por nuestra parte pensamos que quizás los presos supieran algo respecto al fracasado asalto del tren.

O'Reilly exclamó:

—Es justo que ustedes vean las cosas más notables de la población, y estos hombres son ciertamente interesantes. Von Stenrberg es el hombre que casi logró robar al dirigible "América", en El Paso, donde está ahora prisionero.

De pronto recordé que Daly había sido enviado aquí para investigar el asunto del sujeto encarcelado. O'Reilly nos refirió todo lo que sabía acerca de él, diciendo:

—Conocí a von Sternberg cuando ambos éramos instructores en el Servicio Aereo Mejicano. El había sido un "as" alemán durante la guerra, y ahora se ha convertido en un aventurero que odia a los Estados Unidos porque ayudaron a derrotar a su país.

Todo lo que se sabe de él, es que dirige una cuadrilla de aeroplanos contrabandistas. La primera vez que peleamos con él, logramos apresar a dos de sus ayudantes, pero él escapó a tiempo. Pero después, cuando trató de robar el dirigible "América", matamos a varios de sus subordinados y lo tomamos prisionero a él, después de herirlo. Y hay una razón para que se haya vuelto un ladrón: cuando dejó el servicio del gobierno mejicano, se dedicó a buscar petróleo y lo encontró. Pero entonces, las poderosas compañías americanas, a quien Méjico había concedido todas las concesiones, lo despojaron de sus pozos. Desde entonces, él se ha vengado asaltando a los pagadores de los pozos, raptando a ricos americanos, y haciendo toda clase de incursiones en el territorio de los Estados Unidos.

—Dirigía una banda de docenas de hombres, y desde que está preso la frontera está muy tranquila.

—¿Qué clase de hombre es? — preguntó Daly.

—Tiene unos seis pies y dos pulgadas de estatura, rubio y fuerte como un buey, — replicó O'Reilly.

—La cuestión más interesante ahora es saber si su cuadrilla proseguirá operando sin su jefe, — prosiguió Daly.

—Es imposible de saber, aunque es fácil que los asaltantes al tren formaran parte de la banda.

Por fin decidieron ir a ver a los prisioneros, Rariden, su piloto, Jimmy Jennings y Jack Beaman. Los demás pilotos nos dispusimos a pasar el tiempo jugando al poker.

En ese momento, Duke Daly, nos dijo:—

—Hay algo de lo que desearía informar al escuadrón.

—Lo mismo que Rariden ha referido su vida pasada, yo deseo comunicarles que también yo he sido un ladrón, robando a todos los que jugaban conmigo al poker. De manera que ustedes deben decidir si yo puedo permanecer aquí o no.

Nuestra opinión general fué lo mismo que en el caso de Rariden: no había sido un ángel, pero en igual posición estábamos los demás, de manera que decidimos aceptarlo como uno de los nuestros.

Al terminar esta discusión, nos sentamos a la mesa para jugar al poker, y cuando más interesados estábamos en el pasatiempo nacional americano, apareció el capitán Kennard en la puerta, y nos anunció:

—El conde Friederich Von Sternberg escapó de la cárcel hace tres cuartos de hora, y en este momento está libre en Méjico!

CAPITULO VI

LA DESAPARICION DE OLEY JOHANNSEN

—¿Qué? — fué la pregunta que le hicimos todos.

—No hay error posible, — contestó Kennard, — y les voy a decir cómo fué hecho: Dos automóviles llegaron hásta las puertas del hospital y de ellos descendieron dos hombres vestidos con el uniforme de oficiales norteamericanos, los que pidieron ver al prisionero en nombre del gobierno de Wáshington.

—Entraron, amordazaron al enfermero y bajaron a Von Sternberg por la ventana, unos segundos más tarde los dos automóviles huyeron a toda velocidad hacia Méjico. Cada uno de ellos tenía dos ametralladoras e hicieron fuego hacia todos lados cuando la policía intentó detenerlos en El Paso. A tres millas de esta ciudad, fueron encontrados los autos por los aeroplanos enviados a perseguirlos. Toda

la banda había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. En ese momento aparecieron Rariden y los demás que habían deseado visitar la cárcel. Cuando se enteraron de la noticia, el irlandés no pudo evitar sonoras carcajadas, diciéndonos:

—¡Los santos nos ayudan! No me río de ustedes, muchachos, pero simplemente estaba pensando en ese hombre que roba dirigibles, asalta trenes y se escapa de la cárcel, donde hay cuatro regimientos vigilándolo!

Después de un rato, le dije a Rariden:

—Voy a tomarme unas vacaciones, y me agradaría pasarlas en su circo, aunque fuera dándoles agua a los animales.

—¡Con mucho gusto, véngase conmigo!

No hubo nada sospechoso en su asentimiento, y si éste era forzado, Rariden demostraba ser un actor mejor de lo que creía.

—¡Le vendrá muy bien el circo, también! — continuó mi interlocutor. — Vendrán los repórters y usted les puede decir que yo soy un gran héroe, lo que hice por usted y todo lo demás.

Entretanto, yo estaba tan cansado que no hubiera corrido cien yardas ni por un premio de cinco mil dólares. Me fuí a dormir, y no me levanté hasta las once del día siguiente.

Al tomar mi almuerzo, pregunté por nuestros huéspedes del circo Barr-Maxwelli.

—Buck Rariden está paseándose por la ciudad de Mac Mullen, y todas las aventuras de ayer han sido publicadas en los diarios de esta mañana, — fuí informado. — Buck Rariden es ahora una de las personas más notables aquí.

—Yo fuí con Buck a ver al alcalde, y su proposición es sin duda alguna conveniente, — nos dijo Tex Mac Dowell.

Unos momentos más tarde llegó Rariden, quien preguntó:

—¿Han recibido un telegrama de Oley desde el campo de Donovan?

—No hemos recibido nada, — le contestaron todos los presentes.

—Es extraño: salió a las 7.30 esta mañana, y no debía tardar más de tres horas aun yendo por tren.

Rariden se pasó la mano por el cabello, y murmuró:

—Son ya las doce y media. Si el circo pierde ese aeroplano de diez y ocho mil dólares a causa de una caída, va a constituir para nosotros una verdadera catástrofe financiera.

—El iba a telegrafíar, ¿no es cierto? — le pregunté yo.

—Sí, — me contestó, — iba a detenerse en Donovan para aprovisionarse de gas y entonces debía telegrafiar que había llegado sin novedad. Bueno, voy a comer antes de investigar que le ha ocurrido.

CAPITULO VII

OTROS DIABLOS SUELTOS

Buck Rariden estaba preocupado, lo que no me parecía extraño. Perder aquel aeroplano, representaba diez y ocho mil dólares de menos de capital en el circo, y éste ya no andaba muy bien.

—Posiblemente se olvidó de cablegrafiar, — le dije yo.

—¡El nunca se olvida nada! — me replicó Rariden. — Es el hombre en que siempre he tenido más confianza.

—Si fué a lo largo de la vía férrea, — dijo Dumpy Scarth.

—Fué por ese camino, — le interrumpió Rariden. — El no se arriesga nunca innecesariamente y sabía que había allí campos apropósito para el descenso.

—Entonces posiblemente ha bajado forzado por una descompostura del motor, y no telegrafió por estar lejos de la estación, — le dijimos a Rariden.

Quince minutos más tarde llegó Buck con la cara lúgubre del que ha recibido malas noticias.

—He telefoneado a todas partes; no ha bajado al aeródromo de Donovan ni tampoco ha sido visto cerca del circo. Eso quiere decir que ha caído antes de llegar allí.

Kennard se puso de pie y exclamó:

—Si voló sobre la línea del ferrocarril no debía haberse perdido. Voy a hacer que salgan de Donovan varios aeroplanos para buscarlo, y tres más de este lado. Mac Dowell, Scarth, Jenings!, preparen sus aeroplanos para salir inmediatamente y envíen un radiograma a Donovan para que salgan tres aviones de allí y vengan hacia el Sud, tratando de encontrar el aeroplano perdido.

Otras órdenes fueron dadas rápidamente. Yo fuí a cumplir con la recorrida de la tarde, yendo hasta Laredo, con Jack Beaman en el asiento de atrás. Cuando volvimos, los tres aeroplanos de reconocimiento habían ya regresado, y Tex Mac Dowell dió su informe.

—Volamos sobre el ferrocarril a una distancia de diez millas entre cada uno de nosotros, y no vimos ni rastro del avión desaparecido.

—¡Pero tiene que estar en algún lado! — exclamó Rariden.

—La única solución, — dijo el capitán, — es que se dirigió a San Antone. Voy a enviar más aeroplanos a buscarlo.

Pete Miller el capitán Kennard y yo salimos esta vez, volando también a diez millas entre cada avión. Desde arriba, vimos los otros aparatos procedentes de Donovan, pero ninguno de nosotros encontró rastro alguno de los restos del aeroplano del circo.

A las cuatro de la tarde al día siguiente, después de haber estado volando desde la madrugada, bajé de mi aeroplano muy cansado. Detrás de mi bajaron Kennard y Pete. Nos dirigimos a los demás aviadores haciéndoles la pregunta con los ojos, y nos contestaron:

—¡Ni una palabra!

—Lo mismo de nuestra parte: ¡nada! — dijo Kennard. — Ha desaparecido de la superficie de la tierra.

—Probablemente no será tanto como eso, — observó Daly.

—¿Qué quieres decir con eso? — le preguntó Tex.

—Pues que si cayó entre los árboles y se incendió, sería imposible distinguir los restos del avión desde arriba.

Rariden llegó en ese momento, y le bastó dirigirnos una mirada para darse cuenta de que no había noticias.

—¡Hemos perdido ese aeroplano! — dijo con su vibrante voz, y tomó asiento mirando al horizonte, como abstraído.

—Un compañero muy bueno, muchachos, — nos dijo. — Parecía tonto, pero era todo lo contrario. — ¿Y por qué no podemos encontrarlo, vivo o muerto?

—Si él hubiera volado a lo largo de la línea del ferrocarril, ya lo hubiéramos encontrado, — le contestó Kennard. — Sería posible no distinguirlo entre los árboles, pero sobre los rieles esría otra cosa.

—Lo que puede haber ocurrido es que fué engañado para que descendiera y después obligado a volar hacia otro sitio, — dijo Sleepy Spears. — ¿Recuerdan lo que me ocurrió a mí? Estaba haciendo un vuelo de reconocimiento a lo largo de la frontera, y vi un cuerpo exánime. Naturalmente, descendí a ver que había ocurrido. Cuando hube esclarecido aquel asunto, comprobé que la muchacha estaba bien viva, y todo era un plan para apoderarse de mi aeroplano y usarlo para cruzar contrabando desde Méjico a los Estados Unidos.

—Puede ser que haya ocurrido algo por el estilo — dijo Daly.

—No sería extraño que uno de los bandidos que asaltaron al tren, se nos hubiera escapado y hubiera usado ese método para obligar a Oley a que lo condujera a Méjico.

—Esa hipótesis no es del todo imposible — exclamó Kennard. — O le ha ocurrido eso o es a estas horas, un montón de huesos calcinados. Pero, en fin, vamos a buscarlo de nuevo mañana.

—El nunca se desvió de la vía del ferrocarril — afirmó Rariden, obstinadamente.

Este último partió para la ciudad inmediatamente después de esta conversación, pues tenía que asistir a una conferencia con el comité que tenía a su cargo la fiesta a beneficio del hospital.

—Nosotros comenzamos a discutir el asunto y yo concluí la discusión diciendo:

—Hay tantas posibilidades en este asunto, que ya me estoy volviendo más loco de lo que estaba. Von Sternberg, el circo, Oley, Rariden, la hélice rota, en fin, no se extrañen si me ven dentro de un rato jugando con muñecos de trapo.

Daly pregunt:

—¿Han conseguido hacer que hablen los bandidos que asaltaron el tren?

—No — contestó Kennar. — Y tampoco se ha logrado averiguar de dónde venía el aeroplano.

—Estoy ansioso por ver lo que dicen los diarios respecto al escape de Von Sternberg — observó Tex. — No hay duda de que un golpe de mano tan audaz va a ser muy comentado.

—Estoy esperando un mensaje de Graves — dijo Daly; — antes de dirigirse a Méjico. Este alemán va a darnos muchísimo trabajo si se porta como antes.

Había llegado la conversación a este punto cuando me quedé dormido. A los pocos instantes me desperté, pero no siendo ya muy joven, y como ya habían dado las once, me fuí a descansar.

Los bien conocidos brazos de Morfeo me tenían tan fuertemente apretado, que tuve tres sueños muy originales: creí, primero, que me había caído al agua y que un octopus me estaba asfixiando con sus tentáculos; segundo, que me habían enlazado varios vaqueros salvajes, y, por último, me hice la ilusión de que era uno de los luchadores en la feria del pueblo, habiendo llegado al momento en que mi adversario me apretaba hasta romperme las costillas; desperté en ese momento, para darme cuenta de que todos estos sueños me habían sido causados por Jimmy Jennings, oficial de guardia, quien me estaba sacudiendo y apretando desesperadamente a fin de despertarme.

—¿Qué pasa? ¿Se acaba el mundo? — le pregunté todavía adormilado.

—¡Arriba de una vez, hombre! — me gritó; — venga a ayudar a despertar a los demás dormilones. — Me ha costado más de diez minutos de esfuerzos sobrehumanos el resucitar a usted, y eso que ha resultado más fácil que los demás, el que no los conociera creería que un brujo maligno los durmió para siempre a todos los habitantes del campamento! ¿Siente el ruido del motor de ese aeroplano? Pues acabo de recibir un mensaje de la ciudad, comunicándome que todos los ladrones del tren escaparon de la cárcel. Ataron y amordazaron a los guardianes, escapando después por una ventana, y acaban de partir en dirección a a frontera en un automóvi provisto de ametralladoras.

CAPITULO VII

EL AEROPLANO COLOR MARRON

De cuando en cuando, yo he logrado engañar a mis semejantes con rasgos de ingenio, que se acercan a la sabiduría; para despertar a mis compañeros, fuí al comedor e hice resonar fuertemente el gong que llamaba para el desayuno: santo remedio, pues unos segundos después no había ni una sola persona dormida en todo el aeródromo.

Apresuradamente les explicamos lo que había ocurrido y entretanto el ruido del motor arriba de nosotros se había vuelto ensordecedor. El aeroplano, que estaba pintado de color marrón, vino desde el Norte y pasó tan bajo que sus ruedas casi rozaban la tierra. Después volvió a elevarse y dió la vuelta para continuar volando sobre nosotros.

Por mi parte, tenía todavía tanto sueño, que no se me ocurría ni aproximadamente el significado de estas maniobras; hasta me pellizqué fuertemente a fin de convencerme de que estaba despierto. En ese momento vi caer un paquete del avión, y me dirigí rápidamente a recogerlo.

Era una hoja de papel que envolvía una piedra. En el papel estaba escrito lo siguiente: "Tengo ametralladras en este aeroplano

y derribaré a cualquier otro aparato que trate de elevarse".

En ese momento, el primero de nuestros motores comenzó a funcionar con su ruido característico; estaba siendo preparado para volar, pues hay que calentarlo antes de exigirle la velocidad necesaria para levantar el aeroplano en el aire.

El avión enemigo estaba en este momento describiendo círculos lentamente sobre nosotros. Yo corrí hacia mis compañeros, agitando la nota en mi mano.

—¡No podemos hacer nada! — le grité a Kennard; — el proyecto fué perfectamente pensado, y no podemos ir a perseguir a los fugitivos, pues ese aparato tiene ametralladoras y las usará contra nosotros si intentamos salir de aquí!

En medio de la excitación que nos causó este mensaje imprevisto, no tuvimos tiempo para analizar los sucesos; todos nos dedicamos desesperadamente a tratar de resolver el problema que se nos había presentado. Nada más fácil que alcanzar a los fugitivos en el automóvil, si lográbamos salir de allí.

La voz de Daly se sintió de improviso, dándonos una brillante idea: si no lográbamos capturar a los bandidos, en cambio podríamos apresar a este aviador y obligarlo a hablar; el proyecto para engañarlo, era apagar todas las luces del aeródromo, y lo más lejos posibles del De Haviland con el motor funcionando, hacer salir otro aeroplano.

El proyecto fué ejecutado al pie de la letra. Unos segundos más tarde la obscuridad cubrió al aeródromo y sombras corrían hacia uno de los extremos de este.

Es mi aparato el que están ustedes calentando! — les dije yo — de manera que soy el elegido. — y solo el hecho de que era mi aparato, fué lo que me hizo convencer a Dumpy Scarth, Tex Mac Dowell y Sleepy Spears que me dejaron ir a mí. Los tres hubieran dado hasta la camisa por ser ellos los que subieran. George Hickman fué elegido para ser mi observador, si es que llegábamos a volar.

Todo estaba listo: lo único que yo temía era que el avión enemigo se hubiera alejado. En cuanto al automóvil de los fugitivos, ya debía estar muy cerca de la frontera y era casi inútil perseguirlo.

Uno de nuestros De Haviland fué dirigido hacia la parte norte del campo. — Kennard mismo le puso el motor en movimiento y saltó a tierra, — las luces iluminaron el aeródromo de nuevo, mientras el avión sin piloto, llevando solo un muñeco de trapo para engañar al enemigo, caminaba lentamente como preparándose a volar.

En un segundo, el vigilante del espacio bajó como un rayo hacia él. Todos nos tiramos al suelo, boca abajo, pues el avión de los bandoleros pasaba sobre nosotros a menos de cien pies de altura, y a doscientas millas por hora.

Chispas rojas brotaron de la barquilla, al comenzar las ametralladoras su canto de muerte. En el mismo momento, cuatro de las nuestras que habíamos colocado a la sombra de los hangares, contestaron al fuego enemigo. Cuatro observadores, que eran veteranos de la Gran Guerra, las dirigían acertadamente.

Una fracción de segundo iba a decidir el resultado del combate: y así fué. — Justamente en el momento en que el De Haviland vacío llegaba al alambrado, nuestras balas dieron en el blanco: el tronar del poderoso motor, se convirtió en un ruido irregular, y todo el aeroplano se inclinó hacia un lado, como si hubiera sido sorprendido por una fuerte ráfaga de viento.

Se levantó penosamente y parecía vacilar, en vez de subir en línea perpendicular.

Los muchachos le acertaron! — exclamó Buck Rariden.

El avión enemigo se repuso de sus vacilaciones, y escapó fuera del alcance de nuestras ametralladoras. Con el impulso que le quedaba de la terrible velocidad anterior, se nos escapó volando hacia el sud.

—¡Vamos, George! — exclamé y nos dirigimos a mi aparato. Miré rápidamente a todos los instrumentos, y como parecían funcionar normalmente, empujé el timón hacia adelante. Muy poco nos faltó para chocar con los hangares, pero logramos elevarnos a tiempo. Hickman se inclinó sobre mí, gritándome al oído:

—¡Hacia el Este! Está en el aire todavía, pero volando muy despacio.

Di vuelta al DH y seguí el rastro de chispas que dejaba el motor del enemigo. — Estaba a una milla de distancia de nosotros. Yo dediqué toda mi atención al motor para desarrollar velocidad y los aparatos marchaban a mil setecientas vueltas de la hélice por minuto y una velocidad de ciento veinte millas por hora, cuando nos dirigimos hacia el Río Grande.

El otro aeroplano iba descendiendo gradualmente. 'Planeaba' hábilmente, lo que agregado al impulso que todavía le daba su motor, era suficiente para hacerlo volar a la misma velocidad que nosotros. Parecía que el piloto iba a lograr refugiarse en Méjico antes de que lo alcanzáramos.

Cuando llegó a media milla del Río Grande, yo estaba a un cuarto de milla detrás de él, y estaba muy cerca de la tierra. Ahora yo bajaba también, con el motor a toda velocidad. A tres millas por minutos el DH volaba hacia su presa.

Supuse que esta trataría de mantenerse en el aire, hasta haber pasado el río. Pero no podría hacerlo: lo ví bajar más todavía.

—Va a caer en el río! — me gritó Hickman al oído.

Pero se equivocaba: a unos pasos del río, cayó en tierra chocando primero el ala derecha, después dió una vuelta completa sobre sí mismo, y su tamaño pareció disminuir. Al pasar nosotros sobre él no vimos más que un montón de fragmentos destrozados: era todo lo que quedaba de él.

Describí círculos durante cinco minutos, mientras amanecía, pero no vimos ni un solo movimiento entre los restos del avión.

—Por lo menos no se incendió — Pensé yo, y comencé a planear para descender.

Del lado del norte venían dos De Haviland más, hacia el lugar del siniestro. Yo bajé a tierra, y el aparato se detuvo a cincuenta pies de la masa informe que había sido nuestro enemigo.

Con nuestros revólveres en la mano, George y yo nos acercamos, observándolo yo a Hickman.

—Recuerde que puede estarse fingiendo muerto. — El sabía que desde el aire podíamos concluir muy fácilmente con él, y puede haber calculado que nos descuidaríamos después de descender a tierra.

Registramos debajo de los restos de las alas, del cuerpo del avión, y del motor, pero no logramos ni encontrar rastro del aviador. Esto tardó un medio minuto en penetrar en mi cabeza, y por fin me dí cuenta de lo que había ocurrido: el pillo ese no resultó herido, y mientras nosotros describíamos círculos, él se arrastró hasta el río y se salvó nadando.

—Examinemos la tierra y hagamos señas a los otros aeroplanos para que bajen, — me propuso George.

Les indicamos eso a los otros aviones y comenzamos a buscar el rastro del fugitivo por la tierra. Registramos toda nuestra orilla del río, pero no encontramos nada que hiciera presumir el paso del fugitivo.

De pronto se me ocurrió algo, y examinando los restos del avión, exclamé:

—¡Por Dios! — creo que este es el aeroplano de Oley Johannsen!

CAPITULO IX

DUKE DALY HABLA

No había lugar a dudas: era el aparato del circo, pintado de nuevo.

Dejamos que los demás aviones continuaran buscando, y nos dirigimos a nuestro hogar temporal. Encontramos a todos los muchachos, bien despiertos ahora, celebrando una conferencia en la oficina del capitán. Con ellos, bufando como un rinoceronte, estaba el comisario Bill Trowbridge, viejo veterano de la frontera.

Les informé de las últimas noticias, y me senté a fumar un cigarrillo.

Daly fué el primero que habló:

—Esto no debe ser informado a Rariden, — dijo con tono incisivo y autoritario, — Lo que nos interesa es saber si Oley fué capturado y su avión manejado por otro, o si él es un miembro de la banda.

Duke contestó lo que él mismo había preguntado, diciendo:

—No es muy probable que pertenezca a la cuadrilla, es muy posible que haya sido despojado del avión, resultando él muerto o prisionero; de una manera u otra, creo que Oley no era el piloto esta noche, pues en caso de ser capturado estaría perdido, pues todos lo conocemos.

—¿Usted se refiere a la banda de von Sternberg, supongo? — dije yo.

—Con toda seguridad que es la misma, — asintió Daly. — Bandidos con aeroplanos no son abundantes en Méjico o los Estados Unidos.

—Evidentemente es así, — exclamó Tex — y la razón por que no delató a sus cómplices era que estaba seguro de que iba a ser salvado.

Daly asintió, e hizo un resumen de lo que creían todos, manifestando que Oley probablemente inocente, había sido despojado de su aparato por medio de engaños.

—No estoy de acuerdo, — se oyó decir al comisario Biel Trowbridge. — No digo que usted esté equivocado, Duke, pero tampoco estoy de acuerdo con usted. ¿quién le llevó la lima al prisionero y lo proveyó de armaes para que sorprendiera a los guardianes? Yo dí a Rariden y Oley todos los privilegios que se acuerdan a ustedes, muchachos, y ellos podrían haberle pasado una lima y armas con gran facilidad.

—Además, — interrumpió Kennard, — el comisario afirma que los únicos desconocidos que han penetrado a la celda de von Sternberg, son Rariden y Oley.

—Naturalmente, — prosiguió Trowbridge — no es imposible que sean inocentes, pero lo más fácil es que sean culpables.

—No lo creo, — arguyó Daly, — si hubieran pertenecido a la cuadrilla que asaltó al tren, no hubieran salvado a Slim; podrían haberlo atacado desde arriba muy fácilmente y hubieran así salvado a sus compañeros.

Por fin, Daly resumió las sospechas de todos, diciendo que por lo menos la mitad de nosotros creíamos en la culpabilidad de Rariden y Oley, por consiguiente, me indicó que tendría una buena oportunidad de constatar su culpabilidad o inocencia, cuando fuera a residir al circo uor unos días según habíamos arreglado. No hay duda de que algo se les escapará cuando crean que usted no los oye, si es que verdaderamente saben más de lo que dicen. Yo voy a instalar a unos cuantos agentes federales alrededor del circo, disfrazados como obreros, y entre todos vamos a averiguar si la antigua manera de trabajar de Rariden subsiste aun, y al mismo tiempo, también si tienen alguna relación con la gavilla de Sternberg, — concluyó Daly.

—Aquí vuelven los aeroplanos, — dije yo acercándome a la puerta, — es posible que nos traigan noticias, pues el piloto no puede haber escapado muy lejos.

Los dos De Haviland aterrizaron felizmente, y Penoch O'eilly y Poj Cravath saltaron a tierra. Un segundo más tarde levantaron del asiento trasero del aeroplano de Cravath una figura exanime.

Todos corrimos hacia el aeroplano, y entre nosotros vino Buck Rariden. Una mirada al piloto fué suficiente: estaba muerto y no era Oley Johannsen.

(Concluirá en el próximo número).

ANECDOTARIO DE PUCKY

RASGOS DE HEROISMO

Durante la guerra de Macedonia, entre los defensores de Janina se encontraba el teniente Kalaris, herido de cuidado en la tienda de su padre, el general Kalaris. Las noticias de las acciones llevadas a cabo por sus compañeros aumentaban hora por hora su fiebre.

—¡Curadme pronto! — decía al médico. —¡Curadme pronto, porque no quiero dejar que mis soldados peleen sin mí.

Al cabo de una semana de cama, como los boletines le anunciaran un combate terrible, decidió volver al frente de sus tropas, sin esperar que cicatrizaran las heridas. El médico consultado declaró que de ninguna manera podía consentir en tal locura.

—¿Qué hago? — preguntó el teniente.

Y su padre, el general, contestóle:

—Haz lo que te ordene tu corazón de soldado.

En el acto el oficial montó a caballo y lleno de entusiasmo lanzóse a la pelea. Una bala le atravesó la frente. Cuando el coronel del regimiento se presentó al general Kalaris para anunciarle la muerte de su hijo, el viejo héroe homérico exclamó:

—¡Que traigan el cadáver!

Y, al encontrarse ante su muerto adorado, hablóle de esta manera:

—El día de hoy, hijo de mi alma, es un día de luto para el padre, pero un día de regocijo para el general. ¡Teniente Kalaris, no habéis hecho sino cumplir con vuestro deber! ¡Que vuestra memoria sea honrada!

Luego, como el coronel le dijera que acababa de hacer un gran sacrificio que destrozaba su corazón de padre, le contestó:

—No hay grandes sacrificios cuando se trata de servir a la patria.

* * * *

Y DEJO EL CHEQUE EN EL FERETRO

Murió en Nueva York un rico banquero judío, y para poner a prueba la codicia o la astucia de sus hijos, fijó en su testamento la siguiente cláusula: "A mi muerte, cada uno de mis tres hijos y herederos depositará sobre mi cadáver para ser enterrado conmigo en el féretro, un millón de dólares".

El mayor de los hijos, con sinceras lágrimas en los ojos contó, billete tras billete, el millón de dólares que le correspondía y lo depositó bajo la almohada donde reposaba para siempre la cabeza de su padre, diciendo:

—¡Hágase tu última voluntad!

El segundo trajo el millón en monedas de oro, y al dejar los sacos sobre el cadáver exclamó, disimulando con una sonrisa de codicia:

—¡Quiera Dios que no os pese vuestro deseo!

El hijo menor, al llegarle su vez, se acercó al ataúd, diciendo:

—Gracias, padre mío, por haber seguido distinguiéndome entre mis hermanos.

Y sacando su libro de cheques extendió un talón por tres millones que dejó amorosamente entre las manos de su progenitor y recogió las monedas y los billetes depositados por sus hermanos.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países	12.00 "

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

CUANDO LA POBRE TEODORITA ESTABA A PUNTO DE SER VICTIMA DEL MONSTRUOSO FAGIN, FUE SALVADA POR LOS VALIENTES BOY-SCOUTS, QUIENES ADVERTIDOS POR PIPERMIT — QUE HABIA OBSERVADO POR EL OJO DE LA CERRADURA LA SITUACION DE TEODORITA, — ENTRARON POR LA VENTANA SORPRENDIENDO AL ATORRANTE QUE HUYO PERSEGUIDO POR LOS MUCHACHOS. SIGUIENDO SU PEREGRINACION, TEODORITA FUE A PEDIR TRABAJO A UNA AGENCIA DE COLOCACIONES, DONDE SE LE INFORMO QUE EN UN TEATRO NECESITABAN UNA TIPLE LIGERA. ALLA FUE, Y CONTRA LA OPINION DE PIPERMIT, ENEMIGO DE LAS TABLAS, SE CONTRATO PARA TODA LA TEMPORADA. ¿HIZO BIEN TEODORITA?

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Febrero 1
de 1928

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VIII PUBLICACION SEMANAL No. 279

Un asunto de honor

por R. J. B. SELLAR

Es un cuento interesantísimo en el que su autor desarrolla con admirable sencillez y belleza el conflicto moral que se produce entre el amor y el cumplimiento del deber.

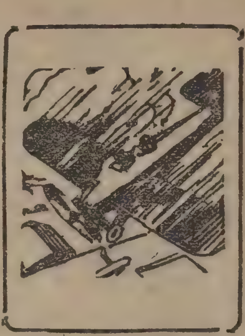
20 cts.

Barnigugli y su
PARA COBRAR LA HERENCIA DE SU TIO EL MILLONARIO, BARNIGUGLI DEBE CUMPLIR LA CLAUSULA DEL TESTAMENTO QUE ESTABLECE DEBERA CRUZAR EL CONTINENTE EN 60 DIAS SIN GASTAR UN CENTAVO EN EL VIAJE. AL PRINCIPIO BARNIGUGLI TOMO LA COSA POR LA FARRA CREYENDO FACIL LA EMPRESA. PERO VAN PASANDO LOS DIAS Y NO SE ENCUENTRA MUY LEJOS DEL PUNTO DE PARTIDA. ¿RENUNCIARA A LA HERENCIA? ¡CUALQUIER DIA SE VA A DAR POR VENCIDO BARNIGUGLI! ¡ADELANTE!
¡QUE COSA BARBARA! HASTA AHORA NO HE PODIDO RECORRER NI 10 KILOMETROS. HOY TENGO QUE BATIR UN RECORD DE VELOCIDAD, O PIERDO LA HERENCIA.
1
¡EH! ¡DON GURRUMINA! ¡VUELVASE PARA ACA!
¿QUIEN YO? ¿Y POR QUE?
2
¡QUE ANIMAL! EN CUANTO TENGA LA HERENCIA, COMPRO ESTE PAIS Y LO DESTIERRO A ESE DESGRACIADO VIGILANTE.
¡UM! LA CIUDAD ESTA LIBRE DE ATORRANTES.
5
SIGA
PASE NO MAS. ¡ADELANTE!
¡HONK, HONK!
6
¿QUE ES ESTO?
9
SSSss...
10

pingo Tragavientos
¿NO SABE QUE AQUI ESTAN PROHIBIDOS LOS VAGABUNDOS? VENGA CONMIGO Y NO SE RESISTA.
¡QUE FATALIDAD!
3
FRONTERA
SEPA USTED QUE YO NO SOY UN VAGABUNDO. ¿ENTIENDE?
MUY BIEN; PASE LA FRONTERA Y COMO LO VUELVA A VER POR ESTOS PAGOS LO METO EN LA CAFUA.
4
¡PERO...! QUE CARADURA QUE HABIA SIDO ESE TIPO!
¡ADIOS, COMISARIO! ¡RECUERDOS A LA FAMILIA!
7
¡GRANDISIMO ATORRANTE! ¡SI TE LLEGO A AGARRAR...!
8
¡¡PATAPLAFF!!
11
FRONTERA
12
¿SEIS PESOS? ¿ALCANZARA PARA COMPRAR UN BOLETO DE FERROCARRIL Y ME PERMITA SALIR DE ESTE PAIS IDEAL?
DEBECH
13

PUCKY Magazine Nº. 279

Buenos Aires, Febrero 1 de 1929



SUMARIO

Este número contiene:

Pág.

UN ASUNTO DE HONOR, por R. B. Sellar. 5

EL TERREMOTO, por William Russell. 13

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON, por S. S. Van Dine. . 21

EL MISTERIO DE LA FRONTERA, por Thomson Burtis. (Conclusión) 27

LA CORRIENTE, por Servia Antopoloska. 34

GRAN CONCURSO DE "PUCKY". 39

TARZAN DE LOS MONOS, por Edgar Rice Burroughs. 40

EL CINCO DE ESPADAS, por Johnston Mc Culley. 55

POSDATA, por F. R. Buckley. 61

ANECDOTARIO DE "PUCKY". 67

En el próximo número publicaremos, entre otros interesantes materiales de lectura, COMO UN LADRON EN LA NOCHE, por Ralph Rodd; ¡ARRIBA LAS MANOS!, por W. Wirt; EL HOMBRE DEL OJO TORCIDO, por Próspero Buranelli.

VEA EN LAS PAGINAS 23 Y 39 LAS CONDICIONES DEL GRAN CONCURSO DE PUCKY

UN ASUNTO DE HONOR

Por

R. J. B. SELLAR

MARSHAM era un tremendo hombrón, curtido por el sol de los trópicos y endurecido por los cortantes vientos de las regiones australes. Su mirada era clara y franca. Se habría dicho que era demasiado llano para llegar a valerse alguna vez de una estratagema. Podría uno haberse arriesgado a adivinar que gustaba de las cosas simples y sencillas y aún rudas de la vida.

Era víctima de un incurable deseo de viajar y disfrutaba de una renta suficiente para darse ese gusto. No era el tipo de los que viajan para deleitarse en la molicie de laRiviera o del Lido; pero tenía mucho que decir de las regiones montañosas y agrestes del planeta. Escribía extraños libros de aventuras y de viajes, que eran bien conceptuados por los pocos capacitados para discernir sus méritos. Sus amistades eran posaderos de Andorra, cazadores de ballenas de Alaska, vagabundos de los Balcanes y en Londres, su ciudad natal, lo era Jerry Weymann, un ignorado escritor de magazines.

Entró en el pequeño escritorio de éste una mañana del mes de Septiembre, sin previo aviso, inesperado, pero muy bien venido. Los dos amigos no se habían visto desde hacía diez y ocho meses. Marsham le dijo que había estado viajando por los Pirineos, escribiendo y dibujando. Llenó su gran pipa con un tabaco excesivamente fuerte, sopló una nube de humo oloroso hacia el rajado cielorraso y le dijo en su habitual tono bonachón:

—¿Y, Jerry, cómo anda tu trabajo?

Weymann, un joven alto y delgado de facciones expresivas, pasó sus dedos manchados de tinta, entre sus negros cabellos.

—Como siempre — le contestó. — Gano lo suficiente para mis modestas necesidades, pero no alcanzo a producir nada de alto valor. — Hay algo que le falta a mi obra.

Marsham asintió con la cabeza.

—No puedes desmribir a una mujer.

—Exactamente, — suspiró Weymann. — Mis caracteres femeninos son como los maniquíes que se usan en las tiendas para exhibir las pieles y vestidos. No tienen animación; les falta el soplo de la vida.

—Es una lástima, — dijo Marsham. — Podrías escribir grandes obras si tuvieras un conocimiento siquiera elemental de la psicología femenina. Tienes un estilo suave y pulido que te envidio. Escribes con delicadeza y fina ironía. Yo en cambio, escribo con ruleza.

—Ah, pero lo tuyo es real, — dijo Weymann con vehemencia.—Tiene un germen de la verdad. Mis producciones, aunque cuidadas y agradables, son frías, irreales.

Marsham nuevamente, con un movimiento de cabeza, expresó su sentimiento.

—Algún día sin embargo, serás un gran hombre. Hasta ahora te han faltado las emociones hondas de la vida. Nunca te has visto en una dura prueba. Cuando te hayas debatido frente a problemas difíciles y acercado al corazón de las cosas, podrás animar tus novelas con verdadero calor humano. Te estoy observando con interés. Algún día me sentiré orgulloso de tí y me oirán en La Rotonde de París, en lo de Groppi en el Cairo, pavoneándome de que soy amigo personal del célebre Jerry Weyman.

Weyman se sonrojó por la lisonja.

—Puede ser, — dijo enigmáticamente.— ¿Cuánto tiempo hace que llegaste, Bill?

—Cinco semanas.

—¡Cinco semanas! — ¿Y esta es la primera vez que vienes a verme?

Marsham quedó un momento pensativo, como quien busca la forma de decir algo que al mismo tiempo desearía callar.

—Pensé venir a verte en seguida, como de costumbre, pero tuve que llevar un mensaje a una persona. Esa persona era una joven, — agregó bruscamente.

—Una joven...

Una inflexión en la voz de su amigo había hecho poner de pie a Weymann, con una expresión mitad incrédula, mitad festiva. Tomó a Harsham de un hombro y le dijo con acento acusador:

—Bill, tú estás enamorado. Tú... enamorado. Tú, que decías que éramos los dos úl-

timos odiadores de las mujeres... y ahora salimos con esto. Me llenas de asombro.

Marsham se quedó sentado mirándolo impasible.

—Perdóname,—agregó Weymann después de un minuto. — Pisamos un terreno delicado. Mis comentarios no han querido implicar ninguna irreverencia para tu dama. Pero tu anuncio ha sido para mí como un golpe en la boca del estómago.

El silencio que siguió fué un poco embarazoso, aún entre tan viejos amigos. Weyman creyó percibir que ya se había operado un sutil cambio en sus relaciones. Esa joven haría cambiar a su amigo. Desde ya sentía antipatía hacia ella. Ambos pretenderían tener mejor derecho sobre Bill y naturalmente, ganaría ella.

—Quiero que me hagas un favor, Jerry.—dijo Marsham, — rompiendo el silencio. — La Editorial Millington me ha encargado una gran obra y desean que la inicie inmediatamente, así que parto para Sud América.

—¡Tan pronto! ¿Quiero decir, cuando recién la has conocido a ella?

—Debo de hacerlo, — dijo Marsham lacónicamente. — No puedo entrar en detalles ahora, pero debo partir. Como acabo de decirte, necesito pedirte que me hagas un favor.

—Dalo por hecho.

—Un momento. No sabes aún de que se trata y tal vez sea algo que te sea desagradable.

—Si fuera así no me lo pedirías.

—La cuestión es la siguiente: — dijo Marsham. — Es probable que no vuelva por mucho tiempo. Por lo menos un año y posiblemente más. Desearía que mientras estoy ausente, atiendas a Margot de vez en cuando. Quiero decir, que alguna que otra vez la lleves al teatro o la invites a cenar. Cuando te venga bien hacerlo, desde luego. ¿Qué te parece la idea? Te quedaría muy agradecido si así lo hicieras.

—Bien, — dijo Weyman, sin dejar traslucir la incertidumbre que experimentaba, — si así lo deseas, naturalmente que lo haré.

—Muy bien muchacho. Yo sabía que harías eso por mí. Vendrás conmigo y los presentaré. Nos hemos citado para almorzar en lo de Rizzetti. Ya le dije que te llevaría.

A Weyman le disgustaba interrumpir su trabajo, especialmente si era para ser presentado a una persona que de antemano sabía que la odiaría a primera vista.

—Hoy no puede ser, — dijo excusándose. Tengo que terminar este cuento.

Marsham lanzó una carcajada, se le- de su asiento con presteza y arrancó a Weyman de la silla en que se había sentado.

—Miedoso, te estás echando atrás. Ven en seguida a conocer a esa joven. Ella te espera y yo también.

Weyman no pudo resistirse. Fueron caminando desde su departamento hasta el restaurant. En el camino Jerry estuvo pensando que sus relaciones con Marsham nunca serían lo que habían sido y sentía resentimientos contra la mujer que, según él creía, venía a empañar su intimidad con él.

Llegaron a lo de Rizzetti y esperaron en el foyer. Weyman, cuya mente nunca estaba inactiva, se entretenía en analizar la clientela de aquel restaurante distinguido. Adivinaba que éste debía ser un actor, aquélla un maniquí vivant, este otro un escritor. Era para él un pasatiempo divertido, al que se dedicaba a menudo, con provecho.

De pronto oyó cerca de él un crujido de seda y una voz alegre, suave y aterciopelada que decía:

—¿He llegado tarde, Bill?

Se dió vuelta y se encontró frente a la joven más hermosa que jamás habían contemplado sus ojos. Toda ella era un conjunto de suaves y armoniosas curvas, de feminidad radiante, vestida con exquisito buen gusto aunque no con lujo. Llevaba muchos volados y sobre las muñecas unas cintas de seda del mismo tono de sus bellos y rientes ojos azules.

Marsham contemplaba a ambos con benevolencia y los presentó sin ceremonias.

—Margot, — dijo, — este es Jerry, Jerry, Margot.

Los ojos de ésta lo aceptaron en seguida como a un amigo. Le extendió su delgada y esbelta mano con un gesto de franca alegría.

—Como está usted Jerry, — dijo ella.

Cuando él tomo esa mano entre las suyas, toda la hostilidad que había estado gestando en su imaginación se desvaneció como por encanto.

—Como está usted, Margot. Los amigos de Bill son mis amigos.

* * * *

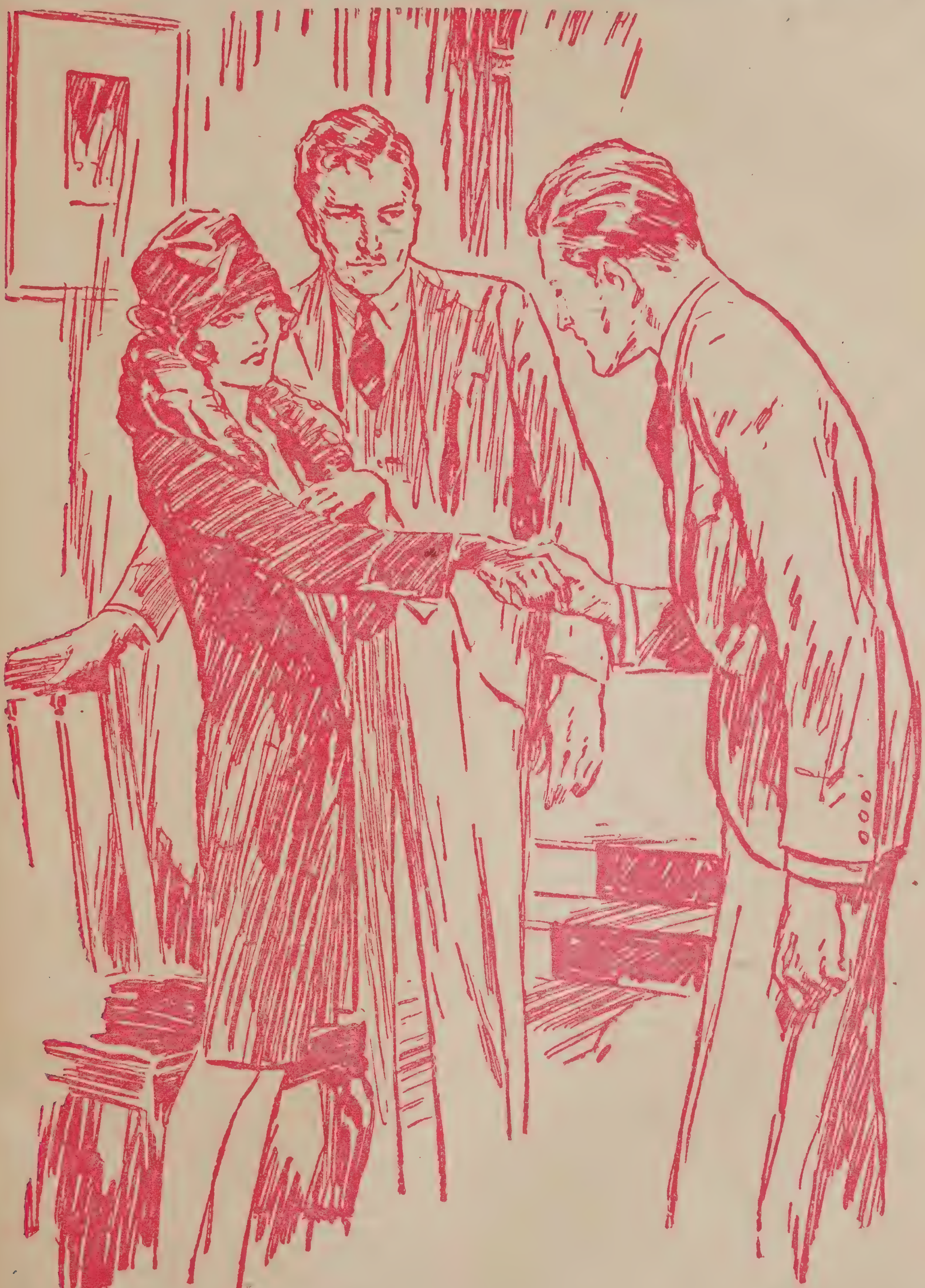
La llamada del cartero retumbó en el pequeño departamento de Jerry. Para un escritor novel que aspira a la notoriedad, el cartero es el autócrata que gobierna su destino, así que de tiempo atrás Jerry atendía él mismo sus llamadas y generalmente lo hacía con cierta inquietud. Si el sobre que pasaba por el buzón producía el ruido de algo pesado al caer al suelo, era el anuncio de que un escrito había sido rechazado por los dioses de la literatura.

Pero en los últimos seis meses estos "retornelos" como el los llamaba, habían sido gloriosamente escasos.

Vistiendo aun su pijama y a medio afeitar barajó las cartas y examinó los sobres. Etre ellos reconoció dos escrituras que le produjeron un pequeño estremecimiento. Se sentó bruscamente frente a la mesa del hall y en sus ojos se reflejó una evidente angustia. Era una diabólica jugada del destino que las dos llegaran a la vez. No era menos severo el golpe por el hecho de no ser físico.

Después de una breve pausa abrió la carta de Bill. Estaba fechada en un pueblo de Chile. En quince renglones de pésima escritura le decía en estilo lacónico y directo que se encontraba muy bien de salud, que los Andes eran las montañas más magníficas del mundo y que esperaba que estuviera bien de salud y tuviera éxito en su trabajo.

Ni una sola palabra respecto a Margot.



—¿Cómo está usted Margot? — dijo con voz entrecortada. — Los amigos de Bill, son mis amigos.

Jerry quedó por largo rato abismado, contemplando la esquela casi ilegible.

Abrió después la carta de Margot.

"Estimado Jerry:

Sí, me encontraré con usted mañana por la noche, en el lugar de costumbre. Pero no iremos al teatro. Me estoy sintiendo culpable por tantas salidas y cenas costosas. Mañana será mi noche. Una celebración. El "Tomahawk" ha aceptado otro de mis dibujos de cuatro libras esterlinas y aunque no he recibido aun el cheque lo invito a un paseo en autobus a Honour Oak, donde ascenderemos al cerro para ver a Londres a nuestros pies, como una especie de anticipo del glorioso día en que lo tendremos de verdad a nuestras respectivas plantas.—Margot".

En cualquier otro momento esta carta le habría causado gracia, pero esa mañana, no. Se dirigió al pequeño escritorio que era para él como un santuario donde llevaba sus penas y alegrías para analizarlas.

Pasó por encima de diarios, recortes y libros que cubrían el suelo y se dejó caer pesadamente sobre la dura silla que estaba frente al escritorio. Echó a un lado una pila de manuscritos y con el gesto de un fiscal que efectúa una indagatoria puso las cartas una al lado de la otra, mientras que en su cara juvenil se dibujaba la conmiseración y el desprecio de sí mismo.

—Jerry Weyman, — dijo hablándose a sí mismo en alta voz. — ¿Te das cuenta de lo que está sucediendo? ¿Puedes tu imaginar algo más indigno que traicionar lo que ha sido confiado a uno? ¿Te das cuenta pillo redomado hacia donde están vagando las cosas entre tú y Margot?

Hasta ese momento no había querido confesarse a sí mismo que estaba enamorado de la novia de Bill. Persistentemente se había rehusado a mirar de frente esa verdad. Se había creido incapaz de rebajarse de ese modo.

Decididamente, debía poner término a estas entrevistas con Margot. La separación debía ser inmediata, decisiva y completa. Le enviaría un telegrama diciendo: "Lamento no poder aceptar su invitación. Por un llamado inesperado debo ausentarme de la ciudad". Sí, eso es lo que debía hacer. Tomó nerviosamente la pluma y se dispuso a escribir.

Mientras así hacía, su fácil imaginación tejió una escena. Se veía a sí mismo sentado en el tope de un ómnibus al lado de Margot. Sentía el suave calor de su proximidad, oía su alegre espontánea y aterciopelada risa, veía la felicidad de la vida resplandecer y bailar en esos ojos cuya ternura hacía tiempo lo había conquistado.

Sufría una indecible agonía mientras estaba allí sentado abismado en esos pensamientos, trazando inconscientemente figuras informes sobre el papel secante. Un sudor frío le brotaba de las sienes.

Era fácil decir que la separación debía ser inmediata y total. Pero, ¿tendría él el valor de hacerlo? Ella había llegado a significar mucho para él, a pesar de que su lealtad instintiva para con su amigo le había vedado de hablarle nada que pudiera ser interpretado como un requiebro amoroso. Apenas si le había tocado la mano excepto en los momentos de saludarla al encontrarse o despedirse. Había estado sentado a su lado en el teatro, en el restaurant, y en los bancos de las plazas durante sus frecuentes paseos, mostrándose siempre tranquilo e impersonal, pero consumido interiormente por un ardor que imperiosamente le reclamaba ser expresado. ¡Oh! Sí, exteriormente había sido rigurosamente leal, pero en su pensamiento era un traidor.

Además, había tenido ella gran influencia sobre la calidad de sus escritos. Salisbury, del Richmond Magazine no se quejaba ya de que sus personajes femeninos eran fríos y antinaturales. Margot, hábilmente disfrazada llenaba todo lo que él escribía y vivía en sus creaciones. Aun la novela inconclusa, hace tiempo abandonada con desesperación, fué desenterrada del polvoriento cajón y tomó nueva forma. Existían en ella ahora realismo, propósito y poder. El se sentía ahora satisfecho de su obra.

¿Podría apartarse tan fácilmente de quien logró producir estos milagros? ¿No se habían forjado ya lazos indisolubles entre ellos? Muchas veces se había preguntado si ella también no lucharía con un problema que le hiciera pasar como a él noches de insomnio. ¿Cómo lo consideraba ella a él? ¡Ah! él sabía perfectamente bien la contestación a esta pregunta. Lo consideraba como un amigo, un buen amigo, el segundo después de Bill. Era tan transparentemente honorable que ni por un instante podía dudarse de su lealtad hacia éste.

—Oh, Dios mío, — dijo Jerry, — ¿qué es lo que debo hacer?

Sin haberlo querido conscientemente, abrió un cajón del escritorio y sacó un álbum de fotografías que compartía el destino de sus similares: el olvido. Hojeó las páginas hasta encontrar el retrato de Bill Marsham.

Weyman lo miró largo rato y después volvió a guardar tranquilamente el álbum.

—Bueno, Bill, — dijo suavemente, — haré el juego, pero debo verla tan sólo una vez más... esta noche. No puedo dejarla así en el aire, después de que hemos sido tan compañeros. Tú seguramente no me escatimarías que la vea una vez más, Bill.

Se levantó y salió del cuarto. Mientras estaba terminando de arreglarse, se le ocurrió una idea. Volvió a su escritorio y se dispuso a escribir una carta. Una que no era fácil de escribir.

"Mi querido Bill:

Gracias por tu carta y noticias. La vista de tu caligrafía me produjo un desagradable reproche de conciencia. El caso es que durante tu ausencia he estado viendo a Margot demasiado a menudo. Demás está decirte que no he intentado festejarla, ni ella me ha alentado a ello. Margot es leal hasta la médula. Pero he decidido ausentarme de Lon-

dres por algún tiempo, algunos meses cuando menos. Nuestro mutuo amigo Fowler Edwards me ha pedido muchas veces que vaya a pasar una temporada con él en su casa de campo, así que mañana me ausento para Cornwall. He tenido que decirte esto porque en todos los años que nos hemos conocido, no creo que ninguno de nosotros haya estado jamás cerca de jugarle una mala partida al otro."

* * * *

Llegaron casi simultáneamente al sitio del encuentro. Jerry sintió un retorcijón en el corazón cuando la vió sorteando los obstáculos del tráfico para llegar hasta él. Este sería su último encuentro. Estaba resuelto a que no hubiera ninguna manifestación sentimental. Ella jamás debía sospechar.. nada

Ella llegó hasta él, riendo alegremente.

—¿Recibió mi carta?

—Naturalmente.

—Entonces escalaremos el cerro. De todas maneras es una noche demasiado hermosa para meterse en un teatro. Aquí viene nuestro ómnibus.

Subieron al piso alto, pues ella encontraba un deleite casi infantil en ocupar el asiento de adelante. Se acomodaron allí, gozando la fresca brisa que vino a atemperar la cálida noche de Junio. Si él estaba retraído, ella no lo notó. Eran esa clase de compañeros que saben apreciar el silencio.

Llegaron por fin a su destino, Honor Oak. Una corta pero agitada caminata los llevó hasta la cumbre del cerro, donde soplaban libremente las brisas de la noche.

—Es admirable la sensación de paz que siente uno cuando está en la cima de la montaña. Nos da la oportunidad de ver las cosas en sus justas proporciones. Piense usted en ese hormiguero lleno de afanosas hormigas. Ellas creen que sus pequeñas esperanzas y ambiciones son las cosas más importantes de la tierra. Dentro de cien años todas habrán desaparecido y sus sitios habrán sido ocupados por otras hormigas pagadas de su mezquina importancia. Me pregundo, ¿para qué será todo eso? De todos modos, qué importa! Yo amo a las montañas, ¿y usted?

El asintió con la cabeza. Ella siguió hablando en tono suave y encantador.

—Yo siento la necesidad de vivir entre las montañas. ¿Puede imaginarse cómo se siente ahogada en Londres una chica de Cumberland? Muy a menudo siento.... ¿Cómo se dice, Jerry?... Nostalgia. Tengo que volver a ver mis propias montañas, especialmente cuando están ataviadas con la agreste púrpura del otoño. Esta noche lo deseo intensamente. Quisiera que estuviéramos en Buttermere, para observar allí la roja puesta del sol. Ha estado usted alguna vez en Buttermere, Jerry?

El sacudió la cabeza.

—Vaya entonces alguna vez, especialmente cuando se sienta entristecido por las luchas y desengaños de la vida. Debía usted sentir la paz que allí se experimenta. Se siente uno embargado por la grandiosa soledad de las montañas y del lago.

El no se atrevió a hacer comentario alguno

Después de un momento ella se dió vuelta hacia él y le dijo con cierta coquetería.

—Me parece que Jerry esta noche está un poco fastidiado. Espero que no le han devuelto algún cuento.

El sentía la fuerza de su mirada que lo observaba, e hizo un supremo esfuerzo para sonreir.

—Oh, no. No es eso. Es que... Veo que tengo que marcharme de Londres mañana, por algún tiempo.

Ella después de una breve pausa y con voz tranquila, exclamó: — ¡Oh! — Y después, en voz aún más baja. — ¿A dónde?

—Cornwall, — dijo con cierta dificultad. — He decidido ir a vivir con un amigo que reside allí, durante un mes o dos, mientras termino mi novela. No puedo trabajar bien en Londres durante el verano. Siento que me tengo que ir.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Creo que eso es muy acertado, Jerry. Nadie puede fijar bien su atención sobre un trabajo de importancia si otras cosas lo distraen continuamente. Algunas veces me siento culpable de haberlo apartado de su trabajo.

—¡Eso no! — dijo enérgicamente, — no debe pensar eso. — No habría sacrificio... Quiero decir, hemos pasado juntos ratos muy agradables.

Estaba fracasando en su propósito. Cada palabra que se le ocurría parecía dirigirse derechamente hacia una confesión del amor que le profesaba. Encontró refugio en el silencio.

Descendieron sobre ellos las penumbras del atardecer y el vacío gris de la ciudad que se extendía a sus plantas se iluminó con millares de puntos centelleantes. Para buscar alivio en algún movimiento, arrancaba con las manos el pasto semimarchito. Ella permanecía a su lado inmóvil, con expresión enigmática.

Ni uno ni otro habría podido decir cuánto tiempo estuvieron allí sentados sin cambiar ninguna palabra. Jerry se sentía consumido por un fuego interior. Tenía la garganta caliente y contraída por la necesidad de tragarse las palabras que continuamente surgían a su pensamiento. La proximidad de ella lo embriagaba. Le parecía que se mareaba; pero pasaban los momentos y no dijo nada.

Una figura se aproximó detrás de ellos.

—Van a cerrar los portones del parque.

Margot se levantó de un salto.

—¡Qué tonta! Estaba sentada como si estuviera en trance, pero era tan maravillosa la tranquilidad de la tarde!

Jerry se levantó también y pensó: "Por lo menos, no ha pasado ella ninguna crisis emocional. Mejor es así".

Mientras bajaban el cerro, Margot conversaba en su tono habitual y reía en la forma suave y alegre que desde el pricipio él había encontrado tan atrayente. Su vivacidad no decayó durante su viaje al estudio de Chelsea que ella compartía con Babs Rayburn.

A la puerta de su casa dió un gracioso bostezo que disimuló en seguida.

—Buenas noches, Jerry. Me siento agradablemente cansada. Que lo pase usted bien y que trabaje mucho mientras esté ausente.

—Gracias — dijo él guturalmente; — gracias, Margot. — Sus ojos se encontraron por un segundo, pero había, posiblemente, demasiada obscuridad para que ella pudiera ver el dolor reprimido que se retrataba en los de él. — Me permitirá usted que le mande una tarjeta postal con la fotografía de St. Ives.

—Me agradará mucho recibirla,—dijo ella.

El quedó allí indeciso, pensando que por primera vez no le estaba dando cita para un próximo encuentro. Ella retrocedió lentamente hacia el hall. Fué un momento difícil, hasta que sacó fuerzas de flaqueza para levantar su sombrero y retirarse.

Esa noche, la señorita Babs Rayburn, generalmente de sueño pesado, se despertó con un sobresalto. Le pareció oir un sonido... un sonido como un sollozo, pero como este no se repitió, supuso que se había equivocado.

Jerry Weyman vió llegar el zenit del verano en las costas de Cornwall; vió madurar el año hasta que los árboles perdieron su atavío verde y tomaron un cálido tinte de otoño. Durante tres meses, la vida fué para él un extraordinario enredo de fracasos. Explosiones de ávida laboriosidad se habían alternado con largos períodos de infructuosa introspección y malestar interior. Algo vital se había escapado de su vida. Su novela era un mosaico de partes brillantes y partes mediocres. No se le ocurrían ideas creadoras. Desde aquella noche que le dijo adiós a Margot, la dicha de vivir había desaparecido para él, y su estado de ánimo se reflejaba en su trabajo. Estaba nervioso y anormalmente apocado. Un asunto que lo afligía por momentos era que Bill Marsham no había contestado a su franca confesión. ¿Estasría Bill tan disgustado con él, que no quería volver a escribirle?

Fowler Edwards, que empleaba sus días en dibujar aves marinas, veía que su amigo, día a día, se hacía más corto de genio, más díscolo y más descontento de la vida.

—Muchacho, — le dijo un día el artista; por mí puedes quedarte en mi granja todo el tiempo que desees, pero te digo con franqueza que me parece que el campo no te sienta. Observo que sientes nostalgia por tu bulliciosa Londres. Parece que te hacen falta los olores, sonidos y brillantes luces de Piccadilly Circus. Veo que aquí no estás contento

—Fowler — le dijo, — tienes razón. He sido un pésimo compañero para tí. No sé lo que aquí me ocurre. Mañana mismo me volveré a Londres.

En la misma noche se encontró de vuelta en la estación de Waterloo.

Se dirigió inmediatamente a Chancery Lane.

—Es inútil — dijo de pronto, — tengo que verla aunque sea por cinco minutos. Seguramente que no es desleal el verla tan solo.

Se encasquetó el sombrero y salió. Llamó un taxi y en veinte minutos se encontró frente al estudio.

Casi sintió un alivio al encontrarse con la señorita Babs Rayburn, cuando se abrió la puerta.

—¿Está Margot, señorita Rayburn?

La joven de suelta y rubia cabellera meneó la cabeza. Su saludo fué reservado.

—No, no está en la ciudad, señor Weyman.

—¿Qué está ausente de la ciudad? ¿Y dónde se ha ido? — preguntó, sin ocultar su desencanto.

—Ha estado enferma, — dijo la joven con un rastro de hostilidad en la voz.

—¡Enferma! — repitió él sobresaltado. — ¿Supongo que no será de gravedad

—No, físicamente. Pero ha sufrido un quebranto. Se ha ausentado para tomarse un descanso. Quiere estar absolutamente sola. Me dijo que no diera a nadie su dirección.

—Dígame, Babs. ¿Se ha ido a los lagos, verdad?

—No sé, — dijo Babs indecisamente.

—¿A Buttermere? — insistió él.

—No sabría decirle. Creo..., posiblemente..., por allí ha de estar.

—Gracias, con eso me basta. Pero, escuche Babs: su enfermedad no es de las que matan a la gente, ¿verdad?

—No diré que sea para tanto, pero me tiene con gran cuidado.

—¿Cuál es la causa Quiero decir...; bueno, Babs, dígame entre amigos, ¿es que a Margot le ha ocurrido algún contratiempo amoroso?

Ella lo miró intrigada. Margot no le había hecho ninguna confidencia, pero en su íntimo, Babs Rayburn consideraba a Jerry como el galán culpable. Ahora no estaba segura. Su teoría no encuadraba con la pregunta de Jerry.

—Margot no habló de ningún asunto de esa clase, pero me parece que hay algo de eso.

Jerry pasó una mano por su frente sudorosa. No entendía lo que podía suceder. ¿Sería posible que Margot y Bill hubieran reñido?

—Gracias, Babs, — dijo rápidamente. — Voy a averiguar por mí mismo. Si está enferma, tengo que ir a su lado. Debo verla.

—Eso es lo mejor, — asintió la chica, y le susurró al oído: — El hotel del Lago, Buttermere.

Jerry se alejó presurosamente. A pocas cuadras había una agencia de correos y allá se fué para enviar un telegrama a Fowler Edwards, indicando que enviara toda su correspondencia al Hotel del Lago, en Buttermere. Jerry estaba deseoso de tener noticias de Bill Marsham.

Weyman llegó al Hotel del Lago a eso de las 17. Era una deliciosa tarde otoñal. Sobre la tersa superficie de las aguas, se reflejaba el límpido azul del cielo y los tonos violáceos de las cercanas montañas, como en un espejo maravilloso, multicolor, pero Jerry no vió nada de eso.

Un hombre cuyo pensamiento es un incendio no se detiene a profetizar sobre el encanto del paisaje.

El propietario del hotel se mostró muy amable.

—Sí, — le dijo, — la señorita Braihwaite

se hospeda aquí, pero está ausente en este momento. Salió sola después del almuerzo. Dijo algo de que posiblemente iría hasta Bleaberry Tern.

—¿Cómo se llega hasta allí? — preguntó Jerry.

El propietario acompañó a Jerry fuera; le indicó el sitio donde debía vadear el río
le indicó el sitio donde debía vadear el río
y como encontrar el sendero que atravesaba el bosque.

Jerry, que había reservado previamente una habitación en el hotel se alejó por el camino que le habían señalado, apurando el paso lo más que pudo al ver que empezaba a oscurecer. Cruzó el río y ascendió trabajosamente la ladera de una montaña hasta que el cansancio le obligó a detenerse para tomar aliento. Se sentó sobre un peñasco y se secó la frente con el pañuelo.

—¿Por qué habré venido aquí? — se preguntaba. — ¿Qué le voy a decir cuando la encuentre? Me encontraré cohibido por la necesidad de contenerme, de disimular... ¿Cuándo terminará este enredo?

Bueno, — dijo levantándose. — Siempre será algo, verla siquiera una vez más.

Reinició su marcha ascendente. Las penumbras del atardecer empezaban a extenderse sobre el bosque. De pronto su corazón dejó de latir por un instante, cuando vió una silueta femenina que se dirigía hacia él.

La vió detenerse y mirarlo fijamente, como si le costara convencerse de que era él, y observó que sus labios se movieron para pronunciar su nombre. Ella se apoyó por un momento contra un árbol y suavemente se deslizó hasta el suelo.

Corrió asustado hacia ella y la levantó en brazos. Su cara estaba mortalmente pálida y sus labios blanquecinos se arqueaban en una plácida sonrisa. La llamó por su nombre y apoyó sus labios apasionadamente sobre su frente. Después, con un acceso de temor echó a correr cuesta abajo, llevando con el mayor cuidado y suavidad su liviana y preciosa carga. Chapoteando el agua que le llegaba hasta las rodillas cruzó el río, e insensible al cansancio la llevó a través del campo hasta el hotel.

A llegar de manera tan dramática, el hall se llenó de huéspedes inmediatamente. Las señoras alarmadas llevaron a Margot a su habitación y la atendieron cariñosamente. El asunto fué en seguida el tema de todas las conversaciones.

—Parecía estar delicada de salud, — decía alguno.

—Ya se desmayó otra vez, — comentaba otro.

Mandaron en seguida el break a un hotel vecino en busca de un médico que pasaba allí sus vacaciones. Vino inmediatamente, entró a ver a la enferma y permaneció en su cuarto media hora. Después buscó a Jerry para hablarle.

—Entiendo que es usted amigo de la señorita Braithwaite. ¡Hum! Es un caso de completa extenuación nerviosa. Dos señoras se han ofrecido para atenderla y les he dejado mis instrucciones de lo que deben hacer. Volveré esta noche.

Así lo hizo pero informó que no se había operado sino una leve mejoría.

Jerry pasó una noche de aflicción y por la mañana estaba cansado y macilento. Alguien le informó que la paciente estaba un poco mejor. De camino al comedor pasó frente al buzón de la correspondencia y vió con sorpresa un grueso sobre dirigido a él. La escritura era de Marsham con la dirección original tachada y reescrita con la fina caligrafía de Fowler Edwards. Nerviosamente tomó el sobre, salió al aire fresco y se sentó para tomar aliento antes de abrirlo. ¿Qué era lo que le esperaba? ¿Acaso mordaces recriminaciones de Bill?

"Querido viejo:

Tu carta recién hoy me ha dado alcance y te contesto en seguida. Me siento anonadado y si tu conciencia te reprocha, la mía hace ya rato que me agobia. Es verdad que amo a Margot, pero ella me rechazó antes de que me ausentara de Londres, y fué eso precisamente en gran parte la razón de mi precipitado viaje. Veo ahora, lo que he visto siempre, que mi casamiento con Margot habría sido una locura. Yo soy un tosco aventurero y ella un producto refinado de lo que llamamos civilización. Cuando me sobrepuse a los primeros momentos de pena, se me ocurrió que era con un hombre como tú y no con un oso vagabundo como yo con quien debería casarse, así que busqué la mane-manera de presentarlos, evitando que el acto tuviera carácter casamentero.

Eso los habría asustado a los dos. Me parecía que a tí te faltaba humanizarte, ensanchar tu espíritu, en otras palabras, que ramento. Sabía que eso te haría bien y resultaría de provecho para tu vocación, y pensé que si llegaban a simpatizar el uno con el otro, llegarías a saber de una manera natural en el curso de sus coloquios, que ella no me había aceptado. Pero querido amigo Jerry, parece que tú has sido demasiado leal, demasiado honorable. Es verdad que debí haberlo previsto. Dios solo sabe cuánto deseo que mi subterfugio no haya derrotado su propio objeto. Tengo un pálpito de que no ha sucedido así. Ve, querido viejo, y conquista su amor, y si me lo perdonas, volveré a Inglaterra para bailar en tu casamiento. Más adelante, quizás. Siempre tuyo, Bill".

La carta cayó de sus manos. Una ola de alegría delirante lo envolvía. Modesto y sensitivo como era, se preguntaba a sí mismo ¿Ser áposible que ella me aprecie aunque sea un poquito?

Alguien parado frente a él hizo crujir el pedregullo del camino. Levantó la cabeza y se encontró frente al doctor.

—Su amiga se encuentra mejor esta mañana. Mucho mejor. Creo que podré permitirle que la vea después del desayuno, si lo desea.

—¿Si lo deseo? — repitió Jerry con voz ronca de emoción. — ¡Oh, Dios, si lo deseo!

El estudiante: — Acabo de comprar una enciclopedia en la que usted puede encontrar todo lo que quiera saber.

La patrona de la pensión: — ¿Ah, sí...? Averigüe entonces cuándo me va a pagar usted lo que me debe.

-¿Quiere comprar algunas entradas para el concierto de beneficencia?
—¿A beneficio de qué?
—Es para cubrir el déficit del concierto anterior.

EL TERREMOTO

Por

WILLIAM RUSSELL

Con intenso realismo se describen en este cuento los horrores de un terremoto. La salvación de los protagonistas no es el milagro mayor. El sacudimiento de la tierra tiene la virtud de sacudir las fibras de un egoísta corazón femenino

CONGREVE entró a la salita un poco pesadamente, con un paquete de cartas en la mano. Su joven esposa, que estaba sentada en el sofá, ociosa, levantó apáticamente la cabeza y al ver las cartas se puso en pie de un salto.

—¡Jorge! ¡El correo! ¡Qué alegría!

El hizo un signo de asentimiento, se sentó y empezó a desatar el cordón del paquete. Tenía por costumbre no cortar nunca un nudo. Poseía un cajón lleno de piolines, prolijamente enrollados, que nunca usaba, que nunca usaría.

Al principio aquella pequeña manía había divertido a su esposa; pero ahora era una de las tantas pequeñeces que alteraban sus nervios hasta lo increíble.

—¡Jorge, apúrate! ¡Qué tardo eres!

El sonrió, de irritante buen humor, y con una especie de implacable calma continuó desatando el nudo. Era más de lo que ella podía soportar. Tiró un manotón a las cartas para quitárselas y se esparcieron por el suelo. Con una exclamación de fastidio se agachó para recogerlas.

La cortina de la puerta se levantó y el joven empleado de Congreve, llamado Fotherhill, entró.

—¡Oh qué fastidio, señora Congreve—exclamó. — No se moleste. Yo las recogeré.

Se adelantó rápidamente y se puso de rodillas, junto a ella. Congreve concluyó de enrollar el piolín, lo guardó en su bolsillo y se inclinó, en posición molesta, desde su silla para recoger las cartas que quedaban al alcance de su mano.

—Uno sabe apreciar el correo cuando sólo llega una vez al mes, — dijo Fotherhill.

Nina se puso en cuclillas y reunió las cartas en su regazo.

—El único interés que la vida ofrece en este lugar, — dijo, — son las comidas y las cartas. — Le tiró dos a Fotherhlil. — Aquí hay dos para usted, ambas con letra de mujer, pero distinta. — Había curiosidad y un leve resentimiento en su tono. Volviéndose alcanzó un grueso paquete a su marido. — Algunos de esos folletos científicos para que te absorbas en ellos, — dijo.

Congreve, que no tenía la réplica pronta, guardó silencio. Abrió cuidadosamente el sobre que contenía los folletos. Nina arrojó a Fotherhill unos cuantos sobres más y luego empezó a abrir su correspondencia, comentando las cartas y tirándolas al suelo.

—Mamá y Juan irán a Harrogats para pasar las vacaciones de invierno. Los Weatherbys también estarán. ¡Qué linda reunión! Molly está en Davos, preparándose para el concurso de vals, con patines, sobre el hielo. Ha conocido a un joven americano, muy rico. ¡Oh!... Dafné se ha comprometido con Bennet, un diplomático. Vivirán en París. Los Macintyres dan una gran fiesta en Fochabers. Estarán todos los sobrinos y nietos.

Levantó el rostro; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡La temporada de invierno en la patria! ¡Y nosotros aquí, desterrados! Por lo menos, en Madrás, la gente se divierte.

Congreve apartó su mirada de los folletos.

—¡Nina, mi querida!

Se levantó y se paró ante ella, en actitud torpe. Inclinóse y le pasó sus grandes manos por debajo de los brazos, con intención de levantarla. Con un gesto enojado ella lo apartó.

—¡Oh déjame sola! — estalló. — ¡Todo es por culpa tuya! ¿Por qué me trajiste a este rincón olvidado de Dios?

Congreve se sorprendió. Había notado que Nina estaba de mal humor y descontenta. Ultimamente; pero no creyó que llegara a ese punto. !Y delante de Fotherhill, además! Miró en su dirección, con expresión que pedía disculpa. Pero su discreto empleo había desaparecido ya.

Congreve se quedó mirando indeciso a su esposa. Nunca la había visto así y no sabía que hacer. Se inclinó y le tocó tímidamente el hombro.

—¡Nina!

Ella sacudió salvajemente sus hombros, como si el contacto le fuera repulsivo. Torpemente trató Congreve de razonar con su esposa.

—Mi querida niña, lo siento mucho. Yo sé que esto es muy aburrido. Pero tú viniste muy gustosa conmigo. Te advertí que esto era muy solitario.

—¿Aburrido? ¿Solitario? — casi aullaba las palabras. — Tú no sabes lo que significan esas palabras, como yo. Y no me digas

"¿Un terremoto?" — la voz de Nina fué un murmullo horrorizado— ¡Qué horrible¡ ¿Llegará hasta aquí?"

"niña". Tú no me trates como si lo fuera, en vez de considerarme como una mujer que tiene cerebro. Me dices que me vaya, que me entretenga, sea buena y no te moleste. No te ocupas para nada de mí. No piensas más que en tus librotes y en tus aparatos. No se por qué te casaste conmigo.

Estaba él tan afligido que no encontraba palabras para contestarle. La miraba, con los brazos caídos a un costado. Ella volvió la cabeza y lo miró. Había rebelión en sus labios apretados, ira y desdén en sus ojos ardientes.

—¿No puedes hablar? ¿No tienes nada que decir?

El se encogió de hombros. Tenía miedo de hablar. No quería decir algo que tuviera que lamentar luego. No quería ofenderla. Le afligía que fuera desgraciada con él, en su ho-

gar. Pero naturalmente, aquello era un poco solitario para ella.

—Se que esto es triste para tí, — convino, con la razonable paciencia que enfurece a una mujer enojada. — Pero no puedo pasar todo mi tiempo distrayéndote. Tengo que hacer mi trabajo. Además creo que no sirvo para entretener a nadie. Si tú quisieras cultivar algunos intereses...

—¡Intereses! ¿Y qué intereses puede tener una mujer en este agujero?

—Este... si no puedes interesarte por mis trabajos, como yo esperaba, está tu hogar...

—Sí, muy interesante es este bungalow y dirigir un grupo de sirvientas nativas, sucias y haraganas. ¿Crees que puedo contentarme con eso? ¡Oh! se que tú imaginas que no tengo cerebro, ni inteligencia; pero...

—Sé que los tienes, — le reprochó él suavemente. — Por eso te lo digo. Si quisieras hacer algo...

—¿Hacer? ¿Y qué puede hacer aquí una mujer? No hay otra mujer con quien conversar, no hay una tienda, ni siquiera bridge o tennis ahora, ni biógrafo, — se rió con risa discordante. — ¡Y pensar que en Londres... en Londres ahora!...

Lanzó un pequeño sollozo.

El permanecía con el ceño fruncido, tratando de comprender. Realmente no entendía El siempre encontraba toda clase de entretenimientos, en la ciencia y en los libros, aparte de su trabajo. No comprendía que una persona necesitara que la distrajeran. Quizá su temperamento era para haber vivido siempre solo. Acaso no había sido justo traerla a Pambar Tal. Pero ella le había dicho que no se sentiría sola con él, en su hogar. El no debía haberse casado con ella... con nadie.

—Nina, — dijo a tropezones, — lo lamento no haber comprendido... — hizo un gesto suplicante, — Chiquita, sé que esto es muy triste para tí; pero probablemente será sólo por un año más. Si tengo buen resultado, si hago algo realmente útil, conseguiré un puesto mejor, en algún lugar civilizado.

—¡Otro año! Me habré muerto antes de que termine. ¡Doce meses! ¡Cincuenta y dos semanas, trescientos sesenta y cinco días! No sé cuántas horas y minutos. Esos cálculos no son mi fuerte, si no el tuyo, — de insoportable aburrimiento! — Se levantó y lo miró con ojos inflamados, una mancha roja en cada mejilla. ¡Oh, vete!... — gritó. — ¡Vete! ¡Déjame sola!

Con un gesto atormentado se puso la mano delante de los ojos y marchó a tropezones hacia la puerta que daba a la baranda. El le dirigió una mirada vaga y luego fijó sus ojos en el desórden del suelo. La oyó sollozar. Aquello le hizo sufrir inmensamente. Dió un paso hacia ella y luego se detuvo. No podía decirle nada que la consolara, nada que fuera útil. Era mejor dejarla sola, que llorara. Después aquella crisis pasaría. Había oído a hombres, que tenían más experiencia que él en la vida de casados, aconsejar eso. Sin embargo...

Se dejó caer en su silla y estuvo mirando distraídamente frente a sí. Todas sus visiones, sus sueños de felicidad se habían desvanecido. Pensaba que aquello era al fin, una posición imposible y no veía el medio de salir de ella.

Sintió la necesidad de acción, de movimiento; se arrodilló en el suelo y se puso a levantar las cartas y sobres esparcidos.

* * * *

En la baranda, Nina, recostada contra un pilar, contemplaba el paisaje. Sus labios se crisparon cuando recordó su primer encuentro con Congreve, en Londres, la descripción que él le había hecho de aquella vista: tímidamente le había mostrado instantáneas y pequeños bosquejos a la acuarela Recordó su delicia cuando los vió por primera vez. "Es como vivir en el techo del mundo", había dicho, y a Jorge le encantó la frase. No sabía que ello lo había leído en un litro unas semanas antes. ¡El techo del mundo! Detrás de ella las montañas se amontonaban y ascendían hacia el cielo, color zafiro; eran picos dentados, que aparecían teñidos de color de rosa al amanecer, verdes a la puesta del sol y púrpuras a la hora del crepúsculo. Ante ella tenía el precipio, de unos mil quinientos pies de profundidad, casi cortado a pico sobre la llanura. Legua tras legua, la llanura se extendía como un mapa, con los arrozales anegados, que brillaban al sol, como cristales de un invernadero; la antigua ciudad de Padura, con sus blancos muros y techos chatos, entre las palmeras, semejaba un juguete de niño. Al principio le había gustado aquella vista. Ahora la encontraba siempre igual, invariable.

Se dió vuelta y contempló el observatorio, en su fea utilidad, junto al bungalow.

Ella lo había encontrado curioso, una adición original a la arquitectura doméstica. Había dicho que el gran telescopio, que señalaba al cielo por la noche, era como un cañón que pretendía disparar hacia las estrellas. Le había parecido aquella una frase bastante buena. Ahora aborrecía la vista de aquel feo lugar. Era el monstruo que la retenía prisionera.

Sintió movimiento en el cuarto, detrás de ella. Oyó que su marido pasaba al interior del bungalow y luego lo vió dirigirse al observatorio. Iba a hacer algún otro trabajo. Eso era todo lo que le importaba. ¡Con qué juguetes se entretienen los hombres! ¡Cómo lo toman todo en serio. Como si realmente fuera algo muy importante calcular la distancia, seguir el curso de alguna partícula de estrella en el cielo!

Oyó un paso suave detrás de ella; se volvió y vió a Fotherhill que acababa de dar vuelta la esquina de la baranda. Se acercó a ella con rostro impenetrable, como si no se hubiese fijado en los síntomas de emoción que demostraba.

—¡Hola! — dijo. — Extendió la mano y le ofreció dos libros, con tapas de colores brillantes. — He recibido de casa un par de novelas nuevas. Pensé que quizá le agradará a usted leerlas.

—Es usted muy amable.

—Nada de eso. Sé que usted se aburre.

Ella no había pensado decírselo. Cuando

las palabras salieron de sus labios se sintió un poco avergonzada. Y sin embargo...

—¿Qué me aburro? No sé cómo una mujer puede soportar esto sin enloquecerse... No creo que tampoco pueda aguantarlo ningún hombre... excepto Jorge, a quien no le importa la compañía de los seres humanos. No sé cómo podrá usted soportar un invierno aquí.

El la miró fijamente.

—Quizá no lo soporte. Tengo intención de irme.

Ella lanzó un pequeño grito.

—¡Irse!

El hizo señas que sí.

—No estoy obligado a quedarme, ya sabe. Yo no necesito de este trabajo para vivir. Me ha interesado siempre la astronomía y aproveché la oportunidad. Este es un magnífico observatorio. Pero... todo un invierno.

El tiritó. Ella lo miró con envidia.

—¡Dichoso usted, que puede irse!

El la miró gravemente.

—Usted también puede irse. No tiene por qué quedarse aquí en invierno. ¿Por qué no se va a Madrás?

—He recibido varias invitaciones; pero las rechacé. Mi lugar está junto a mi marido. Después de todo, me daría vergüenza dejarlo aquí solo, sin nadie que lo cuide. Y, sin embargo...

Se contuvo. Para una mujer, confesar que su marido no la necesita es una tragedia. El decirlo a otro una humillación y una vergüenza.

—Congreve no debió traerla aquí. Naturalmente, él no se dá cuenta. Está completamente satisfecho y no comprende que los demás no lo estén. Pero... ¡qué vida para una mujer como usted!

Su voz bajó un poco al decir las últimas palabras. Ella hizo un movimiento de inquietud.

—¡Oh! en verano es pasable — dijo a la defensiva, — cuando hay aquí bastante gente. Fué bastante divertido con los bailes del club, el tennis, el bridge, los pic nics, tés y comidas. ¡Y todo era para mí tan nuevo!

—Yo creo — dijo él pensativo — que Congreve no se portó muy bien con usted entonces. Me dejó que la llevara muchas veces al club.

—Bueno..., él no es hombre afecto a las reuniones sociales. Le gusta el tennis, pero nada más. Yo no me dí cuenta. Estaba bastante distraído y no creo que lo haya echado de menos, cuando estaba absorto en su trabajo. Pero, ahora que todo está cerrado hasta mayo....

Se estremeció. El parecía compadecerla, sentía deseos de consolarla. Y era galanteador por instinto. Se inclinó sobre ella, más de lo que se había atrevido hasta entonces.

—A menudo me he preguntado — dijo lentamente, — por qué se casó usted con él.

—Yo pienso — replicó ella — por qué se casó él conmigo.

—Eso es muy comprensible. Un hombre de su tipo, si no se casa con una mujer de su misma mentalidad — ya sabe usted lo desagradables que son, — en los primeros años de su vida, espera hasta los cuarenta o cerca y luego se enamora de la niña más joven, bonita y alegre que vé. Son los sabios quienes contraen matrimonios imprudentes — ella hizo un gesto de protesta y él prosiguió apresuradamente. — Pero, ¿por qué se casó usted con él? Usted... no lo amaba.

—Realmente, creí amarlo, — dijo con lentitud. — Y, además, no soy una mariposa. Tengo inteligencia, aunque usted no lo crea. Poseo imaginación y sentido romántico. Me pareció que sería maravilloso estar aquí sola, en el techo del mundo, mirando las estrellas y descubriendo sus secretos. Lo halló distinto de los hombres que trabajan en oficinas o hacen negocios. Admiré su inteligencia... no, no es esa la palabra..., sus profundos conocimientos. Realmente, me interesaron al principio, sus trabajos; pero, estas matemáticas... — hizo un pequeño gesto. — Yo anhelo algo más. Mi vida de casada no es lo que yo esperé. No sé si podré quedarme aquí mucho tiempo. Y si...

Iba a decir "y si usted se va y nos deja solos", pero se contuvo. No había llegado todavía a ese punto. Se volvió e inclinóse sobre la barandilla mirando a lo lejos. El sol bajaba rápidamente casi sobre el horizonte, la llanura estaba atravesada por largas sombras purpúreas. Fotherhill se aproximó a ella.

—¡Pobre mujercita!—exclamó — Naturalmente, Congreve no puede abandonar ahora su puesto. Las sociedades astronómicas no construyen observatorios caros para que se les abandone en los meses mejores para la observación. Pero, debía mandarla a usted. Oiga, si yo me quedo, ¿la vida será menos triste para usted?

Ella se estremeció ligeramente. Deseaba que él se quedara. Era su única distracción en Pambar Tal. Pero, decírselo, era como comprometerse a algo. No es que pensara en una intriga, pero le parecía una especie de conspiración contra su marido. A la vez se sentía descontenta y avergonzada de haber discutido tan libremente a Jorge con Fothehill. Era su marido, y, a su manera, la amaba. ¡Oh, si fuera distinto! Un poco más sociable, algo más considerado en las pequeñas cosas, algo más humano. Si... apenas sabía lo que deseaba, excepto que quedaba fuera de su alcance.

—¿Tiene frío? — le preguntó Fothehill dulcemente. — Voy a buscarle un abrigo.

Oyeron el paso de Congreve. Su voz, extrañamente agitada, los interrumpió.

—Diga, Fotherhill, ¿se ha fijado en el sismógrafo?

Fotherhill se volvió.

—¡Oh, sí! — su voz era indiferente. — Un poquito saltarín, ¿verdad?

—¡Saltarín! La aguja está completamente desviada. Debe haber habido un terremoto cerca. A no ser que se trate de un estremecimiento muy poderoso, no puede ser más lejos que Nilghiris. Traté de telefonear a Ooti, para ver si ha ocurrido algo, pero no he podido obtener comunicación.

Los tres se miraron con ojos dilatados. El brillo de la luz se desvanecía: hacia occiden-

te, el azul del cielo se había convertido en índigo.

—¡Un terremoto! — La voz de Nina fué un murmullo horrorizado. — ¡Qué horrible! ¡Pobre gente! — en sus ojos apareció una expresión de alarma. — ¿No... llegará hasta aquí?

—No lo creo — dijo Congreve, después de pensar unos instantes. — No hay ninguna razón geológica para que así suceda. Naturalmente, que esto no puede afirmarse con seguridad.

Ella se agarró de su brazo, alzó hasta él su rostro ansioso.

—Jorge... ¿qué vamos a hacer? ¿Qué debe hacerse?

—Nada. Esperar. No creo que llegará hasta nosotros.

Fotherhill se interpuso con gesto enojado.

—Vea... debe mandar a la señora Congreve abajo. Nosotros tenemos que permanecer en el barco, pero ella...

—¿Adónde? — preguntó brevemente Congreve. — Dentro de veinte minutos será noche. ¿Adónde va a ir?

Nina miró las llanuras, ya semienvueltas en sombras a mil quinientos pies debajo de donde se hallaban. Le parecieron una boca abierta para devorarla. Alzó la vista hacia los altos picos, rosados por el sol poniente; parecían inclinados hacia adelante, prontos a caer sobre ella y aplastarla.

—¡La aldea!... — gimió anhelante.

—Es inútil: no hay más seguridad allí. Si algo ocurre, toda la ladera se derrumbará. No puedo llevarte hasta las llanuras esta noche. He telefoneado a Padura, pidiendo un auto, pero aunque manden uno hasta aquí, la obscuridad, pienso que si va a suceder algo será antes de que el auto consiga llegar. Creo ... que ocurrirá ahora. Vaya al observatorio Fotherhill, ¿quiere? Hable por teléfono y vea de averiguar algo. Yo iré dentro de un minuto. Tengo que avisar a los sirvientes.

—¡Jorge!.... — la voz de Nina se levantó como un alarido. — ¿Vas a dejarme sola aquí?

—Sí... es el lugar más seguro. Sal del bungalow, nena; quédate a descubierto. Toma un abrigo.

Casi la arrojó por los escalones de la baranda.

—Ponte en descubierto, — le repitió urgentemente. — Mantente alejada de cualquier cosa que pueda caer.

Se había marchado, con grandes pasos hacia el observatorio. Ella permaneció unos instantes mirando, sin ver, en torno suyo. Dió un paso vacilante hacia el observatorio. Luego se detuvo. La voz de su marido, sus modales habían sido extrañamente autoritarios, convincentes. ¿Y si el observatorio se caía?... Desviando la vista se apartó del borde del precipicio caminando hacia una gran roca, a cincuenta pies de distancia. Al caminar sintió que el suelo temblaba bajo sus pies.

* * * *

Probablemente nadie ha podido nunca descubrir con exactitud el efecto que produce un terremoto en la mente humana. Es indescriptible. Hay una sensación de mareo físico, un terror salvaje, irrazonable, una completa sensación de desamparo, al notar lo que más estable se ha considerado, la tierra sobre la que posamos confiados los pies, se vuelve movediza como el agua.

Nina gritó. Desesperadamente corrió hacia la roca; le parecía algo sólido en un mundo fluído. Se acurrucó a su lado, agarrada a ella nuevamente, debajo, la tierra se estremeció. Detrás de ella, un árbol de caucho, joven, aclimatado con éxito en aquella montaña, se inclinó y cayó al suelo. El sol se había ocultado detrás de las cimas; un reflejo escarlata inundó el horizonte Oeste; pero, desde el este, avanzaba una obscuridad violeta que lo envolvía.

Del bungalow llegaron gritos, estrépito de cosas que se rompían, el tropel de los sirvientes que se precipitaban por las puertas, corriendo hacia el campo abierto.

Los ruidos se hicieron más fuertes. Nina vió los pilares de la baranda ceder, oscilar, proyectarse hacia adelante las paredes, derrumbarse el techo. Y luego el bungalow también cayó, formó una masa plana en la que el techo se empinaba locamente sobre los postrados muros.

Con la mano sobre la boca, Nina, contuvo el agudo grito, que acudía a sus labios. Temblorosa se volvió hacia el observatorio. Había una grieta, grande, dentada y negra en la pared de concreto; la pared se proyectaba hacia adelante.

—¡Jorge! — gritó. — ¡Jorge!

La puerta se abrió. Su marido y Fotherhill salieron, corrieron hacia ella. Congreve llevaba debajo del brazo un montón de libros, las notas de su año de trabajo. Ella se dejó caer nuevamente en tierra, agarrada a la roca; pero ahora también ésta se movía. Miró enloquecida a Congreve cuando éste llegó junto a ella.

—Vamos al terreno más alto, — gritó él jadeante. — Es nuestra única esperanza.

La tomó por un brazo, alzándola casi en peso. Fotherhill le agarró la otra mano, oprimiéndosela firmemente. Los tres echaron a correr cuesta arriba.

Era ahora noche, aunque estrellada como sólo pueden serlo las noches de Oriente; el suelo de piedra parecía verde pálido; las sombras negras de los fugitivos bailaban grotescamente alrededor de sus pies jadeantes, a tropezones, se ayudaban los unos a los otros. Más adelante había cuestas desnudas, con apenas un árbol aquí y allá; pero la tierra temblaba debajo de ellos mientras corrían.

De pronto, Congreve lanzó un pequeño grito, se detuvo con tal brusquedad que Nina cayó al suelo. Señaló frente a ellos. A través de la cuesta, iluminada por el fulgor de las estrellas, se veía una gran desgarradura negra; se iba ensanchando rápidamente. Era ya demasiado ancha para saltarla, aunque llegaran a ella antes de que se agrandara más. Y no podían llegar. Se sintieron arrastrados hacia atrás; la ladera rocosa, que pareció ofrecer seguridad, los árboles sólidos. se alejaban rápidamente de

ellos. Todo el declive, debajo de la grieta, donde ellos estaban se deslizaba hacia el precipicio.

Una sacudida los tiró al suelo a los tres, en montón. Permanecieron así, desamparados, aguardando lo inevitable, esperando ser lanzados, sobre la crilla, a las llanuras.

Resbalaban cada vez más rápidamente. Luego se sintió otra conmoción, un ruido y el suelo pareció abrirse debajo de ellos. Nina se sintió caer interminablemente a un negro abismo; pedazos de rocas rodaban junto a ella en algún sitio, desde la obscuridad oyó la voz de su marido que la llamaba.

Y luego quedó inmóvil en un pequeño hueco, con los pies inconscientemente agarrados a una gran roca que estaba delante de ella. Permaneció allí postrada, sin aliento hasta que, detrás y arriba de ella, sonó la voz de Fotherhill.

—¡Señora Congreve! ¿Está usted ahí? ¡Señora Congreve!

Ella contestó, se incorporó trabajosamente y se puso de pie, mareada, en el hueco. [illegible] Fotherhill caminando hacia ella entre los despojos. Cuidadosamente llegó a su lado.

—¿Dónde estamos? — preguntó Nina. —¿Qué ha ocurrido? Es imposible que hayamos llegado al fondo.

El movió la cabeza.

—No... algo nos detuvo... Un borde saliente o algo por el estilo. Estamos ahora

Luego brilló una pequeña llama anaranjada...

como moscas paradas en un pedazo de pared... Señora Congreve... su marido está allá... herido.

Al recordar luego aquella noche, Nina Congreve se decía que el horror, el espanto, la habían puesto en un estado que no era el suyo normal. Cuando, con la ayuda de Fotherhill, salió del hueco y marchó entre escombros, sentía muy poca lástima de Jorge; experimentaba más bien decepción, enojo, al saber que estaba herido. Se había convertido en una carga para ellos, en vez de resultar una ayuda en tales circunstancias.

Lo encontró tendido, con un tronco de árbol derribado sobre ambas piernas. Alzó la

cabeza y la miró. A la luz de las estrellas vió Nina que su rostro estaba crispado de dolor.

—¿No estás herida, nena? — dijo. — ¡Gracias a Dios! ¡Tenía tanto miedo! Oye: hay esperanzas todavía. Si no seguimos resbalando...

Ella lo miró.

—Jorge... ¿estás mal herido?

—Creo que tengo las dos piernas rotas, — contuvo un gemido. — Pero, escucha... mandarán socorros... Estoy seguro de que los mandarán. Si podemos sostenernos...

Ella hizo un pequeño gesto.

—¿No podemos hacer nada? Tenemos que hacer algo.

Metió sus blancas y pequeñas manos debajo del tronco; trató, con todas sus fuerzas de apartarlo. Congreve movió la cabeza.

—Es inútil. Hasta un árbol joven, como éste, pesa demasiado para que entre tú y Fotherhill logren levantarlo. Tenemos que esperar el socorro. Pero, si puedes llegar hasta mi bolsillo y encontrar mi pipa, el tabaco y los fósforos...

En silencio, Nina se sentó junto a él, encontró la pipa, la tabaquera y los fósforos. Se los puso en las manos. Lo vió llenar su pipa, encenderla y ponerse a fumar con un respiro de alivio.Se le ocurrió a Nina que, si él no hubiera tenido el uso de las manos, ni siquiera hubiese ella podido realizar satisfactoriamente aquel acto tan sencillo de llenar la pipa; pero desechó el mortificante pensamiento. El resplandor rojizo iluminó las macizas facciones, las profundas arrugas de su rostro, del rostro de Congreve. Del otro lado, oyó la voz de Fotherhill.

—¿Quiere cigarrillos, señora Congreve?

No aceptó. El tabaco no era un placer para ella. Vió, tristemente, que Fotherhill encendía un cigarrillo.

—Bueno, — dijo él tirando el fósforo. — Por el momento estamos bien. Si esta cornisa resiste hasta que lleguen auxilios...

Nina no contestó. Contemplaba las estrellas, a nivel de sus ojos. Las estrellas que tantas veces había observado en el reflector del gran telescopio, rodeado por el cielo. Todavía estaba poseída por aquel inexplicable enojo. Sentía pena por Jorge, seguramente Le afligía que estuviera herido y sufriera. Pero experimentaba más lástima por si misma. Trató de alejar aquel pensamiento mezquino, egoísta; pero la dominaba. Todo aquello era por culpa de Jorge, por haberla traído a semejante sitio; por desear que se quedara ahí, en vez de mandarla a Madrás, por no haber huído todos a la primera señal de alarma. Si moría, hecha pedazos, en el fondo de aquel precipicio... Y era demasiado joven para morir; no había vivido todavía.

¿Y si los salvaban y Jorge quedaba inválido para siempre? ¡Oh aquel pensamiento era terriblemente egoísta. Pero, estar atada a un hombre inválido cuando se es todavía tan joven, cuando se puede gozar tanto de la vida. Ella era casi una niña. Y había hombres, como Fotherhill, con los cuales la existencia sería un sueño... Comprendía que su deber era pensar solamente en Jorge; debía decirle que estaba arrepentida de lo que le había dicho; que no lo pensaba. ¡Oh!... Pero si que lo pensaba. Debería decirle que, si salvaban, lo soportaría todo con paciencia, sin quejarse. Pero aquello no era cierto y ella no podía mentir ni siquiera en esas circunstancias. Sentía lástima de Jorge; pero todas sus emociones y pensamientos eran confusos, mezclados. Le parecía que se estaba volviendo loca. Estaban en el techo del mundo y el techo se había venido abajo. Tuvo que morderse los labios para no reir histéricamente. Seguramente estaba loca. Había, entre todas las estrellas. una más grande que venía hacia ellos, cada vez más grande, más próxima... Se oyó un zumbido en el aire.

Fothehill se puso en pie de un salto.

—¡Un aeroplano! — exclamó. — Han obrado rápidamente. Estamos salvados.

Ella oyó el débil sonido del fósforo al ser frotado. Luego brilló una pequeña llama anaranjada, al arder una docena de fósforos juntos. Como en respuesta, una luz deslumbradora apareció en el aeroplano, quedaron envueltos en su blanco resplandor. Luego se

extinguió. El aeroplano pasó sobre sus cabezas y los dejó de nuevo en la obscuridad.

—¡Oh! — sollozó Nina. — Se va. No nos han visto.

—Nos han visto, — dijo tranquilamente Congreve, — pero no pueden aterrizar aquí. Descenderán arriba, en la meseta, creo, y nos arrojarán cuerdas. No hay mucha distancia, en realidad.

Ella alzó la vista y miró la pared del risco, que se levantaba cortada a pico, inexpugnable, detrás de ellos. Parecía terriblemente alvación. En silencio esperaron los tres.

Por último, débil pero distintamente, oyeron que decían desde arriba:

—¡Hola! ¿Estáis ahí? Vamos a bajar una cuerda? ¿Podréis subir por ella?

—Congreve no puede, — contestó Fotherhill. — Está herido. Temo que tenga las piernas rotas. La señora Congreve y yo estamos bien; pero él no puede subir.

Hubo una larga pausa; luego la voz resonó de nuevo.

—Hemos pedido una camilla por radiotelefonía. Y un montacargas. Vosotros es mejor que subáis. ¡Atención! Ahí va la cuerda.

Cayó desenrrollándose a medida que bajaba, formando una temblorosa línea negra contra la pared verde pálido de la roca.

—Oid, — dijo Congreve en la obscuridad. — Tú subirás por esa cuerda, Nina y Fotherhill te seguirá.

Ella lo miró, procurando luchar contra la tentación.

—Jorge, no puedo abandonarte aquí.

—Tienes que hacerlo, nena. Yo no puedo ir. No puedo moverme. Y ya has oído decir que no tienen montacargas para levantarme. Pero han mandado buscar y yo estaré bien hasta que llegue. Vete, nena. Dame un beso antes de irte.

Ella lo besó y por un momento estuvo abrazada a él. Tenía vergüenza ahora de su debilidad, de su egoísmo. !Si pudiera ser más fuerte, más valerosa! Pero pensó en el abismo de abajo, anticipando el momento terrible en que su cuerpo caería en él, estrellándose sus frágiles huesos.

—Usted también tiene que irse, Fotherhill, para cuidar de Nina.

Había un curioso y significativo acento en sus palabras. Por un momento a Nina la intrigó; luego comprendió lo que quería decir. No creía que pudieran salvarlo; no creía que la cornisa de roca, donde se hallaba, durara hasta la mañana siguiente. Quería mandarla a lugar seguro con Fotherhill. El se quedaría allí, esperando la muerte.

Al resplandor de las estrellas miró el rostro de Fotherhill y leyó sus pensamientos. El también había comprendido el significado de las palabras de Congreve. La confianza que depositaba en él. Le pedía que cuidara de Nina... por toda la vida.

Y no deseaba hacerlo. Lo comprendió ella tan claramente como si se lo hubiese dicho. Estaba pronto a distraer a una linda muchacha y distraerse él también. A "flirtear" inocentemente, sin responsabilidades. Pero casarse con ella, aceptarla para toda la vida... hacer sacrificios por su bienestar... El no era de esa clase de hombres.

El choque devolvió a Nina su razón. Miró a Congreve postrado, soportando el dolor y el miedo, con fortaleza indomable. En las pequeñas cosas de la vida la había descuidado; pero ahora, en presencia de la muerte, su único pensamiento era la salvación de su esposa, su felicidad. Por vez primera comprendió lo que significaba el matrimonio; no distracción mutua, sino mutuo sacrificio.

—No, — dijo. — Yo no me iré. Voy a quedarme aquí contigo, Jorge. Váyase usted, señor Fotherhill y apresure el envio de auxilios. ¡Que traigan cosas para sacarlo a Jorge de aquí! ¡Vaya! ¡Apúrese! ¡Pronto!

El asintió en silencio y se agarró a la cuerda. Lo miró ascender, mano sobre mano, dar vueltas vertiginosas, pero subir cada vez más alto. Por fin se perdió de vista, en el borde del precipicio.

Ella tomó la mano de Congreve y la estrechó. Los grandes dedos del marido se entrelazaron con los delicados de la esposa.

—Jorge, —le dijo ella. — ¡Perdóname! He sido una perversa, una idiota. No pensé lo que dije.

El lanzó un prolongado suspiro.

—Me alegro, — contestó. — Yo creí que todo había terminado para mí. Ahora soy feliz. Pero debías haberte ido, nena. Todavía estás a tiempo. No han retirado aun la cuerda.

Ella le tomó la mano, la llevó a sus labios y la besó.

—Jorge, empezaremos de nuevo y seré más buena. ¡Oh no puedo prometer serlo siempre! Tendré mis momentos de mal humor; pero... ten paciencia conmigo, querido; procura comprenderme. Yo veo ahora cosas que antes no veía; si tú haces lo mismo...

El le apretó más la mano.

—¿Y... si no hay mañana para nosotros, nena?

—Creo que no me importa mucho. Estaba muy asustada; pero ya no estoy. Sólo quiero estar contigo. Deseo no separarme nunca de tí.

* * * *

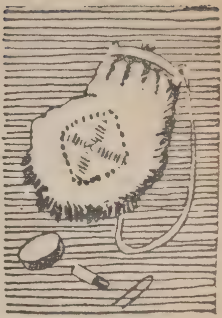
Los hombres que bajaron al amanecer traían palancas para levantar el árbol y una camilla para sacar a Congreve fuera del precipicio. Lo hallaron amodorrado, por el dolor y la fatiga. Su esposa estaba pacientemente sentada a su lado, la mano de él fuertemente oprimida entre las de ella.

—¿Todo va bien? — preguntó el primer hombre.

—Sí, — contestó ella. — Todo irá bien en adelante. Nuestra salvación es milagrosa; pero... ha ocurrido otro milagro mayor.

El hombre la miró atentamente. La angustia de aquella noche debía haber sido intensa, sabiendo que tanto ella como su marido podían rodar al abismo de un momento a otro. Una luz de simpatía y piedad brilló en sus ojos. Pero no comprendió sus palabras. Quizá pensó que los terribles sucesos de la noche le habían alterado un poquito la razón.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. Más tarde, Markham le confía a Vance haber descubierto que la cartera y los guantes pertenecen a la señorita St. Clair. Vance demuestra, por medio de medidas, que el asesino de Benson es una persona de elevada estatura y elimina, como sospechosa, a la señorita Muriel St. Clair. Plyfe le dice a Markham que Leacock, novio de Muriel, amenazó de muerte a Benson. Markham empieza a creer en la culpabilidad de Leacock. Luego vienen a anunciarle que el automóvil gris, que fué visto frente a la casa de Benson la noche del crimen, pertenece a Leandro Plyfe.

HA corrido mucha agua debajo del puente desde entonces, — dijo. — La mujer en quien yo pensaba ha quedado descartada, no bien empezamos a hacer investigaciones sobre ella. Pero el proceso nos condujo hasta el hombre. Quedan pocas dudas sobre su culpabilidad.

Yo estaba ya muy seguro esta mañana y ahora acabo de saber por un testigo que merece fe, que fué visto en la casa del crimen, a los pocos minutos de haberse disparado el tiro.

—Tiene usted inconveniente en decirme quién es? — El ceño del mayor estaba todavía fruncido.

—Ninguno. Todo el mundo lo sabrá probablemente mañana... Se trata del capitán Leacock.

El mayor Benson miró a Markham con incredulidad.

—¡Imposible! No puedo creerlo. Ese muchacho sirvió conmigo tres años y tengo motivos para conocerle bien. No puedo evitar creer que hay algún error... La policía, — añadió prontamente — ha seguido una pista falsa.

—No es la policía, — le informó Markham — Mis propias investigaciones me han conducido al capitán.

El mayor no contestó; pero su silencio era indicio de duda.

—Yo pienso como usted respecto al capitán, Mayor, — intervino Vance. — Me complace ver confirmadas mis impresiones por alguien que le conoce desde hace tiempo.

—¿Qué hacía entonces Leacock aquella noche frente a la casa de Benson? — preguntó Markham con acento agrio.

—Puede haber estado cantando villancicos debajo de su ventana, — sugirió Vance.

Antes que Markham pudiera contestar, un mozo le entregó una tarjeta. Cuando la miró lanzó un gruñido de satisfacción e indicó que hicieran entrar en seguida al visitante. Luego volviéndose a nosotros, dijo:

—Puede ser que ahora sepamos algo interesante. He estado esperando a este Higginotham. El detective a quien ordené que siguiera a Leacock esta mañana.

Higginotham era un joven pálido, flaco, con ojos de pescado y modales inquietos. Hizo una inclinación de cabeza y se detuvo delante de Markham indeciso.

—Siéntese y díganos lo que ha averiguado, — le ordenó Markham. — Estos caballeros trabajan conmigo en el descubrimiento del crimen.

—Lo alcancé al pájaro mientras esperaba el ascensor, — empezó diciendo el hombre, mirando astutamente a Markham. — Tomó el subterráneo y se dirigió a Seventy-Ninth y Brodaway. Caminó por Eigtieth hasta Riverside Drive y entró en una casa de departamentos, en el No. 94. No dió su nombre al muchacho. Entró directamente al ascensor.

Se quedó arriba un par de horas; bajó a las 1.20 y tomó un taxi. Subí a otro y lo seguí. Bajó por Seventud-Second, atravesó Central Park y tomó al Este, por Fifty-Ninch Bajó en la Avenida y se encaminó al puente Queensborough.

A mitad del camino, en dirección a Blackwell Island, estuvo inclinado cinco o seis minutos sobre la barandilla. Luego sacó un pequeño paquete del bolsillo y lo arrojó al río.

—¿Qué tamaño tenía el paquete? — Ha-

ɔía en el acento de Markham contenida ansiedad.

Higginbotham indicó la medida con sus manos.

—¿Qué grueso tenía?

—Más o menos dos o tres centímetros.

Markham se inclinó hacia adelante.

—¿Podría haber contenido una pistola... un Colt automático?

—Con seguridad. Y era pesado, además. Lo noté por el modo de tomarlo y por la manera como cayó al agua.

—Muy bien. — Markham estaba satisfecho. — ¿Nada más?

—No, señor. Después que tiró la pistola fué a su casa y no volvió a salir. Allí lo dejé.

Cuando Higginbotham hubo desaparecido, Markham se volvió a Vance con melancólica alegría.

—Ya tiene usted el instrumento del crimen . ¿Qué más quiere?

—¡Oh... mucho más! — dijo Vance arrastrando las palabras.

El mayor Benson alzó la vista con expresión perpleja.

—No entiendo bien la situación. ¿Por qué el capitán Leacock ha tirado al río su pistola?

—Tengo motivos para creer, — dijo Markham, — que se la llevó a la señorita St. Clair, al día siguiente del asesinato, probablemente para que la guardara en seguridad. No quería que la encontrasen en su habitación.

—¿No podría habérsela llevado a la señorita St. Clair antes del crimen?

—Comprendo lo que usted piensa, — contestó Markham (yo también recordé la afirmación hecha el día anterior por el mayor Benson de que Muriel era más capaz de haber muerto a su hermano que el capitán). Tuve la misma idea que usted; pero ciertos hecho evidentes han descartado a la señorita St. Clair como autora material del hecho.

—Indudablemente usted está satisfecho sobre este punto, — dijo el mayor; pero su tono era de duda. — Sin embargo no puedo ver en el capitán Leacock al asesino de Alvin.

Se detuvo y colocó su mano en el brazo del fiscal del distrito.

—No quiero parecerle a usted presuntuoso o desaprobador de lo que ha hecho; pero realmente desearía que esperara usted un poco antes de arrestar al muchacho. Los más cuidadosos y concienzudos podemos equivocarnos. Hasta los hechos mienten diabólicamente. No puedo menos de pensar que, en este caso, lo han engañado a usted.

Era evidente que el pedido del mayor había conmovido a Markham; pero su instintiva fidelidad al deber le hizo desistir al ruego de su viejo amigo.

—Tengo que obrar de acuerdo a mis convicciones, mayor, — le dijo firmemente; pero con gran bondad.

CAPITULO XXXII

(Martes 18 de Junio; 9 a. m.)

El día siguiente, cuarto de la investigación, fué muy importante y, en cierto modo, trascendental en la solución del problema ofrecido por la muerte de Alvin Benson.

Nada definitivo salió a luz; pero se introdujo un nuevo elemento en el caso. Y este nuevo elemento condujo a la verdadera pista.

Antes de que nos separáramos de Markham, después de nuestra comida, en compañía del mayor Benson, Vance le había pedido al fiscal del distrito permiso para visitarlo en su oficina a la mañana siguiente.

Markham, desconcertado e impresionado a la vez por su involuntaria ansiedad, accedió; aunque creo que hubiera preferido hacer sus arreglos para el arresto del capitán Leacock sin la perturbadora presencia y las protestas de Vance.

Era evidente, que, después del informe de Higginbotham, Markham estaba resuelto a prender al capitán Leacock y proceder, con datos preparados, a la apertura del gran juicio.

Aunque Vance y yo llegamos a la oficina a las nueve de la mañana, ya estaba en ella Markham. Cuando entramos había tomado el receptor del teléfono y pidió comunicación con el sargento Heath.

En ese instante, Vance hizo una cosa sorprendente. Caminó con rapidez hacia el escritorio del fiscal de distrito, le quitó a Markham el receptor de la mano y lo colocó en la horquilla.

Luego apartó a un lado el teléfono y puso sus manos sobre el hombro del otro. Markham estaba demasiado sorprendido para protestar. Y antes de que pudiera reponerse de su estupor, Vance le dijo en voz baja y firme, que era más impresionante a causa de su dulzura:

—No voy a permitirle que arreste al capitán Leacock. Por eso he venido aquí esta mañana. Usted no ordenará su prisión mientras yo esté en esta oficina y pueda impedirlo de cualquier modo. Sólo hay un medio de que pueda usted cumplir este acto de locura: llamar a sus policías y hacerme poner esposas. Y le aconsejo que llame un buen número porque les voy a ofrecer la batalla más terrible de sus belicosas vidas.

Lo más increíble de esta amenaza es que Vance pensaba ponerla en práctica y Markham estaba seguro de que así lo haría.

El teléfono sonó y Vance contestó a él:

—No se le necesita, — dijo colgando inmediatamente el tubo. Luego dió un paso atrás y se cruzó de brazos.

Al final de un breve silencio, Markham habló con voz temblorosa de ira.

—Si no se va en seguida, Vance, y me deja dirigir esta oficina por mi mismo, no me quedará otro remedio que llamar a esos policías.

Vance sonrió. Conocía a Markham y sabía que no iba a llegar a esas medidas extremas.

Después de todo, la querella entre los dos amigos era de índole intelectual y, aunque la acción de Vance la había colocado, por un momento, sobre una base física, no había peligro de que continuara así.

La mirada batalladora de Markham se convirtió en perpleja.

—¿Por qué tiene usted tan endemoniado interés en el capitán Leacock? — le preguntó ásperamente. — ¿Por qué esa extraña e irracional insistencia para que permanezca en libertad?

—¡Oh impagable borrico! — Vance trató de dar a su voz la expresión mayor de afecto. — ¿Cree usted que me importa particularmente lo que pueda pasarle a un capitán del ejército?

Hay cientos de Leacock, todos parecidos, con sus pecrhos cuadrados y sus barbillas sus trajes montañeses y sus códigos de caballerosidad bárbara. Sólo una madre podría distinguirlos... Me interesa usted, mi viejo amigo; no quiero que cometa un error que le hará más daño que a Leacock.

Los ojos de Markham perdieron su dureza. Comprendía los motivos de Vance y lo perdonaba. Pero creía aun firmemente en la culpabilidad del capitán.

Se quedó unos instantes pensativo. Luego, habiendo llegado al parecer a una decisión, llamó a Swacker y le pidió que le mandara a Philis.

—Tengo un plan que puede aclarar definitivamente este asunto, — dijo. — Y conseguiré una prueba que ni usted, Vance, podrá negar.

Entró Philis y Markham le dió sus instrucciones.

—Vaya a ver inmediatamente a la señorita St. Clair. Llegue hasta ella, de cualquier modo y pregúntele que había en el paquete que el capitán sacó ayer de su departamento y arrojó al río.

Lo enteró sumariamente del informe de Higginbotham, en la noche anterior y prosiguió:

—Pídale que se lo diga y afírmele que sabe era la pistola con que Benson fué asesinado. Probablemente se negará a contestar. Baje y espere los acontecimientos. Si telefonea, escuche la comunicación. Si manda algún mensaje, intercéptelo. Y si sale, cosa que no considero probable, sígala y averigüe lo que pueda. Comuníqueme en seguida lo que haya descubierto.

—Muy bien, jefe, — Philis pareció muy complaecido con la comisión y partió apresuradamente.

—¿Son medios tan tortuosos considerados lícitos en vuestra profesión? Realmente no puedo armonizar esta conducta suya con otras de sus cualidades, Markham, — dijo Vance.

Markham se recostó en su silla y se puso a contemplar la araña del techo.

—Mis cualidades personales nada tienen que ver en esto. O, si lo tienen, se hallan supeditadas a consideraciones más altas y más graves: la necesidad de hacer justicia. La sociedad tiene que ser protegida. Los ciudadanos de este lugar confían en mi para que los defienda de los criminales y malhechores. A veces, en el cumplimiento de mi deber, me

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 279

veo obligado a adoptar métodos en contradicción con mis instintos personales. Naturalmente, usted comprenderá que no empleo esos métodos a no ser que tenga casi la seguridad de que es un criminal la persona objeto de ellos. En tal caso, tengo pleno derecho a emplearlos por el bien de la sociedad.

—Quizá tiene usted razón, — dijo Vance bostezando. — Pero la sociedad no me interesa particularmente. Y prefiero infinitamente las buenas maneras a la justicia.

Terminaba de hablar, cuando Swacker anunció al mayor Benson, que deseaba ver inmediatamente a Markham.

El mayor entró acompañado por una linda joven, como de veintidós años, rubia, de melena, vestida sencilla y elegantemente con un traje de "crepe de Chine" celeste. Pero a pesar de su juventud y cierta apariencia frívola, poseía una reserva y seguridad de modales que inspiraba inmediatamente confianza.

El mayor Benson la presentó como su secretaria y Markham le ofreció una silla, frente a su escritorio.

—La señorita Hoffman acaba de decirme algo que debía usted saber, — dijo el mayor. — Por eso la he traído directamente.

Parecía extraordinariamente seria y sus ojos tenían un reflejo de esperanza, mezclado de duda.

—Dígale exactamente al señor Markham lo que me dijo a mí, señorita Hoffman.

CAPITULO XXXIII

La joven alzó su linda cabeza y empezó la historia con voz firme y bien modulada.

—Hace una semana, — creo que fué el miércoles, — el señor Plyfe visitó al señor Alvin Benson en su despacho particular. Yo estaba en la habitación próxima, donde se halla colocada mi máquina de escribir.

Sólo hay una división de cristales entre las dos piezas y cuando alguien habla en voz alta en la oficina del señor Benson, puedo oir lo que dice. Al cabo de cinco minutos, el señor Plyfe y el señor Benson empezaron a discutir. Pensé que era extraño, tratándose de amigos tan íntimos, pero no presté mayor atención y continué mi trabajo. Sin embargo, sus voces se elevaban mucho y pude percibir algunas palabras. El mayor Benson me preguntó esta mañana qué palabras fueron, de manera que supongo usted querrá saberlas también. Se referían a un pagaré y una o dos veces se mencionó la palabra cheque. Varias veces oí la palabra suegro y una vez el señor Benson dijo "no hay nada que hacer".

Luego el señor Benson me llamó y pidióme que le llevara un sobre que decía "Plyfe, personal", y que estaba en su compartimiento de la caja fuerte. Se lo llevé, pero poco después nuestro tenedor de libros me llamó, porque me necesitaba, y no pude oir nada más.

Como quince minutos después, cuando el señor Plyfe ya se había retirado, el señor Benson me llamó y me ordenó que volviera a poner el sobre en su sitio. Me dijo que si el señor Plyfe venía, con ningún pretexto lo dejara entrar a su oficina particular, a menos que él se hallara en ella. También me dijo que no debía entregar el sobre a nadie, ni siquiera con una orden escrita... Esto es todo, señor Markham.

Mientras duró el relato, a mí me interesó lo que hacía Vance, que las palabras de la joven.

Cuando ésta entró en la habitación, la mirada distraída de Vance se trocó inmediatamente en interesada. Cuando Markham le colocó una silla frente a su escritorio, Vance se levantó para tomar un libro que estaba cerca de ella y al hacerlo se inclinó sin necesidad, sobre la joven para inspeccionar, — o por lo menos así me pareció a mí—el costado de su cabeza. Durante el relato había continuado sus observaciones, inclinándose ligeramente ya a la derecha, ya a la izquierda, para verla mejor.

Comprendí que aquella indiscreta observación tenía algún motivo.

Cuando la joven acabó de hablar, el mayor Benson buscó en su bolsillo y sacó de él un gran sobre de papel de Manila, que arrojó sobre el escritorio de Markham.

—Aquí está el sobre — dijo. — Le pedí a la señorita Hoffman, que me lo diera, no bien oí su historia.

Markham lo contempló un instante, como dudando si tenía derecho a inspeccionar su contenido

—Es mejor que lo examine — le aconsejó el mayor.—Este sobre, quizá tenga algo que ver con el caso.

Markham quitó la faja de elástico y esparció frente a sí el contenido del sobre. Tenía tres cosas: un cheque cancelado, por 10.000 pesos a favor de Leandro Plyfe y firmado por Alvin Benson; un pagaré por 10.000 pesos, a favor de Alvin Benson, firmado por Leandro Plyfe, y una confesión, también firmada por Plyfe, de que el cheque era falsificado.

El cheque tenía fecha 20 de marzo del año en curso. La confesión y el pagaré estaban fechadas dos días después. El pagaré, a noventa días, vencía el viernes 21 de Junio, es decir, tres días después del actual.

Durante unos buenos cinco minutos, Markham estudió aquellos documentos en silencio. Su repentina introducción en el caso, parecía desconcertarlo. La expresión perpleja de su rostro no había desaparecido cuando volvió a meter los documentos en el sobre.

Interrogó cuidadosamente a la joven, quien

GRATIS
sin gastar un sólo centavo, puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de
ORO 18 KILATES Y PLATINO CON ZAFIRO BLANCO
Escríbanos hoy mismo pidiendo uno
COMPAÑIA INTRODUCTORA DE ALHAJAS FINAS
VICTORIA 1373 - Bs. Aires - Rep. Arg.

tuvo que repetir algunas partes de su relato. Pero nada más pudo saber por ella, y ,por último se volvió al mayor:

—Guardaré un tiempo este sobre, si usted me lo permite. No veo que en estos momentos tenga su significado, pero deseo pensarlo mejor.

Cuando el mayor Benson y su secretaria hubieron desaparecido, Vance se levantó y estiró las piernas.

—¡Al fin! — murmuró. — Todas las cosas caminan: el sol, la luna, la mañana, la tarde, la noche, las estrellas. Videlicet: empezamos a hacer progresos.

—¿Qué diablos está usted diciendo? — la nueva complicación de los pecadillos de Plyfe había puesto a Markham de mal humor.

—¡Qué interesante mujer esa señorita Hoffman! ¿verdad? — dijo Vance sin venir al caso. — Parece que no sentía muchas simpatías por el difunto señor Benson, y que detesta cordialmente al aromático Leandro. Probablemente él le ha dicho que la señora Plyfe no lo comprende y debe haberla invitado a comer.

—Sí, es bastante linda, — comentó Markham con indiferencia. — Benson también debe haberla pretendido y de ahí su antipatía por él.

—¡Oh, naturalmente! — Vance pensó un momento. — Es linda, sí; pero desconcertante. Ambiciosa y capaz, conoce su negocio. No es una mariposa dorada. Hay en ella algo sólido y a la vez honesto. Yo diría que tiene sangre teutónica

—Mire, Markhan: tengo el presentimiento de que volverá usted a oir hablar de la pequeña señorita Katinka.

—¿Lo ha visto en la bola de cristal? — se burló Markham.

—¡Oh, querido, no! — Vance miraba distraídamente por la ventana. — Pero entré en el silencio, por decirlo así, y me entregué a ciertas observaciones craneológicas.

—Yo noté que usted observaba a la joven. Pero, desde que tenía melena larga y el sombrero puesto, no habrá podido examinarle las protuberancias. ¿No es esa la palabra que vosotros, los frenólogos usáis?

—No olvide la prédica de Goldsmith — amonestó Vance. — La verdad de sus labios prevaleció y aquellos se burlaron, etc., etc. Para empezar, yo no soy frenólogo, pero creo en las variaciones experimentadas por el cráneo, según la época, raza y herencia. En este sentido, soy sencillamente un anticuado darwiniano. Hasta un abogado puede distinguir la cabeza de un originario de los Altas Urales de la de un Ario o la de un malayo de la de un negro. Y si uno es versado en la teoría Mendeliana, puede descubrir semejanzas craneales heridatarias. Pero temo aburrirlo con esta erudición ;basta le diga que, a despecho del sombrero y del cabello de la joven pude ver el contorno de su cabeza y la estructura ósea de su rostro. Y hasta descubrí un pedacito de la oreja.

—Y de eso dedujo usted que oiríamos hablar de ella nuevamente, — añadió Markham con desdén.

—Indirectamente. . . sí, — hizo una pausa — Diga, Markham, ¿no le parece que, después de las revelaciones de la señorita Hofman, los comentarios de ayer, del coronel Ostrander, empiezan a tomar aspecto luminoso?

—¡Oiga! — dijo Markham impaciente. — Déjese de rodeos y vaya directamente al grano.

Vance volvió lentamente de la ventana y lo miró en actitud pensativa.

—Markham, — voy a hacer la pregunta académicamente, — ¿el cheque falsificado por Plyfe, junto con su confesión escrita y su pagaré a corto plazo, no le parecen constituir motivos suficientes para eliminar a Benson?

Markham se levantó repentinamente.

—¿Cree usted que Plyfe es culpable? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Vea. . . La conmovedora situación es ésta: Plyfe firmó un cheque con el nombre de Benson, se lo confesó a éste y recibió la sorpresa más grande de su vida cuando aquel viejo y querido camarada le exigió un pagaré a 90 días para cubrir la suma, a la vez que una confesión escrita de la falta para obligarlo al pago.

Considere ahora los hechos: Primero: Plyfe fué a visitar a Benson hace una semana y tuvo con él una disputa durante la cual el cheque fué mencionado. Damón probablemente le rogaba a Pythias que renovara el pagaré y fué informado brutalmente de que "no había nada que hacer".

Segundo: Benson fué asesinado dos días después, es decir menos de una semana antes del vencimiento del pagaré.

Tercero: Plyfe estuvo frente a la casa de Benson a la hora en que se cometió el crimen y no solamente le mintió a usted acerca de esto, sino que sobornó al dueño del garage para que nada dijera respecto a su auto.

Cuarto: sus explicaciones cuando habló de su inútil visita a lo de Haig y Haig, fueron, por no decir más, un poco turbias. Y no olvide el cuento original de su ansia de soledad en las Caskills, con su misteriosa parada en Nueva York para despedirse de una persona anónima.

Quinto: es un jugador impulsivo, aficionado a correr riesgos, y sus experimentos en Sud Africa deben haberlo familiarizado con las armas de fuego . .

Sexto: se mostró bastante dispuesto a complicar a Leacok en el asunto; procedió con poca caballerosidad al contar cosas tendientes a ese fin, hasta llegó a informar a usted que había visto al capitán frente a la casa de Benson, en el momento fatal.

Séptimo: pero. . . ¿para qué aburrirlo? ¿No le he proporcionado todos los factores que tan caros le son? ¿Motivo, tiempo, lugar, oportunidad, conducta? Ahora lo único que necesitamos es el instrumento del crimen. Pero resulta que la pistola del capitán Leacock está en el fondo del Esat River; de manera que usted se encuentra ante el mismo caos que al principio, ¿verdad?

CAPITULO XXXIV

Markham había escuchado atentamente el resumen de Vance. Permaneció luego sentado, en silencio, contemplando el escritorio.

—¿Qué le parece, si conversáramos un rato con Plyfe antes de decidir nada contra el capitán? — sugirió Vance.

—Creo que seguiré su consejo, — contestó Markham lentamente, después de unos minutos de reflexión. — Luego tomó el tubo del teléfono. ¿Estará ahora en su hotel?

—¡Oh, sí! ha de estar, — dijo Vance. — Atento e impaciente en espera de los acontecimientos.

Estaba y Markham le indicó que lo esperaba en seguida en su oficina.

—Hay otra cosa que quisiera pedirle, — dijo Vance cuando el otro concluyó de hablar por teléfono. — Estoy deseando saber lo que hacían todos durante la hora en que Benson pasó a la eternidad, es decir, entre media noche y la una, la noche del trece o para hablar más pedantemente, la mañana del catorce.

Markham lo miró con sorpresa.

—¿Parece una tontería, verdad? — prosiguió Vance alegremente. — ¡Pero usted tiene tanta fe en las coartadas! Aunque a veces resultan decepcionadoras. Tenemos la de Leacock, por ejemplo. Si ese muchacho portero le hubiese dicho a Heath que se mandara mudar, usted no tendría ninguna prueba contra Leacock. Eso demuestra que es usted demasiado confiado. Bueno... ¿por qué no averiguar dónde estaban todos los demás? Plyfe y el capitán estaban por lo de Benson. Pero son los únicos cuyo paradero sabemos. Quizá había también otros, dentro o fuera de la casa de Benson. Hasta podría resultar una "soirée" de amigos. Además, haciendo averiguar los pasos de esa gente distraerá al desolado sargento Heath.

Markham sabía tan bien como yo que Vance no le hubiera hecho una sugestión semejante sin motivo serio. Por un instante observó atentamente la cara del otro, tratando de descubrir la razón de su pedido.

—¿A quién especifica usted en su "todos los demás"? — le preguntó, tomando un lápiz y una hoja de papel.

—Nadie debe ser exceptuado, — contestó Vance. — Pongamos: la señorita St. Clair, el capitán Leacock, el mayor Benson, Plyfe, la señorita Hoffman...

—¿La señorita Hoffman?

—Tods. ¿Apuntó a la señorita Hoffman. Bueno, no olvide al coronel Ostrander.

—¡Oiga! — interrumpió Markham.

—Quizá le indicaré uno o dos más, después. Por el momento, es bastante.

Antes de que Markham pudiera protestar nuevamente, entró Swacker y le dijo que el sargento Heath esperaba afuera.

—¿Qué hacemos con el amigo Leacock? — fué la primera pregunta del sargento.

—Voy a diferir su arresto un día más o cosa así. Deseo hablar otra vez con Plyfe, antes de tomar una resolución definitiva.

Y le contó a Heath la visita del mayor Benson y la señorita Hoffman.

Heath inspeccionó el sobre y se lo devolvió a Markham.

—No veo nada en esto — dijo. — Me parece un asunto privado entre Benson y ese Plyfe. Leacock es nuestro hombre y cuanto más pronto se le eche el guante mejor.

—Quizá mañana — le dijo Markham para consolarlo. — No se desanime por esta ligera tardanza... ¿Supongo que usted vigila al capitán, no?

—Claro que sí, — contestó el otro sonriendo.

Vance se volvió a Markham.

—¿Y esa listita de nombres que usted había preparado para el sargento? — le preguntó ingenuamente. — Creo que usted dijo algo acerca de coartadas.

Markham vació, frunciendo el ceño. Luego tendió a Heath el papel conteniendo los nombres que Vance le había dado.

—Como medida de precaución, sargento, —le dijo de mala gasa. — desearía que me averiguara donde estuvo toda esta gente la noche del crimen. Quizá contribuya a darnos alguna luz. Verifique los que ya sabe, como Plyfe y tráigame el informe lo más pronto que pueda.

Cuando Heath se hubo retirado, Markham dirigió una mirada de enojada exasperación a Vance.

—De toda esta innecesaria complicación... —empezó.

Pero Vance le interrumpió nuevamente.

—¡Qué ingratitud! ¡Si supiera usted, Markham!... Yo soy su genio tutelar, su "deus ex machina", su hada madrina...

(Martes, 18 de junio, por la tarde)

Una hora más tarde, Phelps, el detective que Markham había enviado al nmero 94 de Riverside drive, entró con aire radiante y satisfecho.

—Creo que tengo lo que usted quiere, jefe, — su voz ronca tenía un acento triunfante.—Fuí al departamento de la St. Clair y toqué el timbre. Me abrió ella misma, entré al hall y la interrogué. Rehusó contestarme.

Cuando le dije que el paquete contenía la pistola con que Benson fué asesinado, se echó a reir y me empujó fuera de la puerta. "Salga de aquí, miserable", me dijo. Se rió.

—Corrí abajo y no había hecho nada más que llegar a la mesa telefónica, cuando su señal se encendió. Dejé que el muchacho consiguiera el número, luego lo aparté y me puse a escuchar la comunicación. Hablaba con Leacock y sus primeras palabras fueron: "Saben que sacaste la pistola, ayer, de aquí y que la tiraste al río". Debe haberse quedado aturdido porque durante un rato se quedó callado. Luego le dijo con acento tranquilo y dulce: "No te preocupes, Muriel y no digas nada a nadie. Yo lo arreglaré todo por la mañana". Le hizo prometer que permanecería tranquila hasta el otro día y luego se despidieron.

Markham estuvo sentado un rato, escuchando la historia.

—¿Qué impresión le produjo a usted la conversación?

(Continuará en el próximo número).

EL MISTERIO DE LA FRONTERA

Por Thomson Burtis

(*Conclusión*)

LO recogimos entre unos arbustos al lado del río, — nos informó Penoch O'Reilly, — se arastró hasta el río y trató de salvarse, pero le faltaron las fuerzas, miren ese agujero que tiene en el costado. Una de nuestras balas lo hirió mortalmente.

—No hay duda de que era valiente, fué nuestra oración mortuoria.

Penoch dirigiéndose a todos nosotros, dijo:

—¿Alguno de ustedes ha visto a uno de los hombres de la banda de Sternberg?

La contestación unánime, fué de que no.

—Posiblemente podremos averiguar quien era este muchacho por medio de las impresiones digitales, — dijo el comisario. — Capitán, si usted me presta su ambulancia lo llevaré a la ciudad.

Kennard asintió y en ese momento me fijé en Rariden, quien estaba contemplando el cadáver atentamente.

—¿Lo conoce usted, Buck? — le pregunté tan súbitamente que casi dió un salto.

—No, — me contestó. — Pero estaba pensando que la única explicación de que Oley no está aquí es que lo hayan matado para apoderarse del aeroplano.

Ahora que comenzaba a sospechar de Rariden, inmediatamente, pensé:

—Naturalmente, si él estaba en el secreto de que su aeroplano iba a ser usado, hace muy bien en tratar de dar explicaciones, diciendo que la cuadrilla de Sternberg se apoderó del avión.

—Bien, vamos a desayunarnos, — dije yo finalmente, — no hay duda de que nuestro jamón y huevos nos va a saber muy bien, después de tanta aventura.

Me hice a un lado, seguido por Tex Mac Dowell y Daly.

—Usted se va a divertir en el circo,—me dijo Tex, — no tiene más que abrir bien los ojos y se enterará de todo lo que nos interesa; aunque así lo deseara, Buck, no podría echarlo ahora de allí. Pero no olvide que a lo mejor, trata de sacarlo del medio, aunque no sea más que temporalmente.

Nos fuimos a la tienda de Tex y tomamos una copa.

—Duke, — dijo Tex, — es uno de los hombres que más valor tiene para el gobierno, porque conoce a una gran cantidad de criminales.

—Esa misma peculiaridad me perjudica muchísimo, — dijo Daly, — pues los bandidos me reconocen en seguida y no puedo averiguar, lo que me sería sencillo si fuera un desconocido.

Por dos o tres horas nosotros tres discutimos el asunto bajo todas sus fases, y así nos olvidamos del desayuno. De manera que cuando el estómago nos lo recordó, no habían quedado ni migajas de él.

Entretanto yo había sido, por decirlo así, admitido en la intimidad de Daly, y me sentía lleno de orgullo por ello. Y también su carácter comenzaba a agradarme; en apariencia frío y poco comunicativo, descubrí que debajo de su reserva se ocultaba un espíritu generoso y muy humano.

CAPITULO X

LA GRAN FUNCION

Si usted hubiera viajado en un vagón del ferrocarril, al siguiente día en que ocurrieron las aventuras que acabo de narrar, hubiera observado en uno de los asientos a dos hombres de aspecto peculiar: uno de ellos era yo, con los pies colocados cómodamente en el asiento frente al mío, y con un pañuelo al cuello que contenía en parte el sudor provocado por el calor sofocante que hacía.

El otro era Mr. Buck Rariden, el que hasta se había quitado el saco, y cuyos ojos miraban abstraídos al paisaje que se veía al través de la ventanilla.

Habíamos ido en aeroplano hasta el aeródromo de Donovan, y ahora nos dirigíamos por tren hasta la ciudad de Hondura, donde el circo daba una representación ese día. A la mañana siguiente iría a San Antonio por dos días, y de ahí a Mac Mullen para la gran representación.

No habíamos hablado mucho durante el camino. Yo tenía mucho que pensar: la maquinaria de la ley había sido puesta en acción, — la vida pasada de Buck y Oley iba a ser investigada cuidadosamente, — lo mismo que el circo Barr-Maxwell. El gobierno de los Estados Unidos le estaba informando a Méjico de una manera no oficial, que en su país habitaba Von Sternberg, el que estaba causando muchas dificultades en la frontera, y que por esa razón vería con agrado que fuera perseguido.

El comisario Bill Trowbridge estaba haciendo grandes preparativos secretos para vigilar bien a Mac Mullen mientras el circo diera sus funciones. Las impresiones digitales y descripción del piloto muerto habían sido comunicadas a todo el país, desde San Francisco hasta la ciudad de Méjico. Lo mis-

no fué transmitido acerca de Oley Johannsen, pidiendo a la policía de los dos países lo buscara.

—¿Qué le pasa, Buck? — le pregunté por fin, al verlo tan preocupado. — Nadie creería que va a hacer un buen negocio en Mac Mullen.

—Es cierto: he conquistado la ciudad, ¿no es verdad? — me dijo demostrando un poco de entusiasmo.

—Claro que perder a Oley no ha sido tan agradable...

—Tiene usted mucha razón. Y no es solo eso, sino que el viejo parece que ha enloquecido por el mismo asunto.

—¿Barr, quiere decir? — le pregunté. — ¿Por qué es que el dueño viaja con el circo?

—El es solamente dueño de una cuarta parte, y viaja con nosotros por gusto, pues ha trabajado en el circo toda su vida. Yo tengo el título de gerente, pero no paso de ser un ayudante, pues él es el que manda.

—¿Y está muy preocupado por Oley? — le pregunté yo.

Esto me interesaba si era cierto, pues quería decir que Barr no estaba enterado de la combinación.

—¡Ya lo creo! — me contestó mi interlocutor.

—¡Pero usted no tiene la culpa!

—Ya lo sé, pero eso no hace diferencia alguna para él.

Yo me sonreí mentalmente, al pensar qué Buck Rariden tenía miedo de su patrón.

Buck volvió a ensimismarse en sus pensamientos, y de pronto dijo:

—He oído decir que Duck Daly trabaja ahora para el gobierno.

Me miraba atentamente al pronunciar estas palabras.

Yo mentí de la mejor manera que sabía.

—No, que yo sepa. En otros tiempos formó parte de la patrulla...

—Ese sujeto no me gusta... andando por ahí, refiriendo lo que sabe de los demás...

—¡El no lo hizo, Buck! — trató de hacer como que no te conocía, y tú mismo lo forzaste...

—¡De ninguna manera! — replicó Rariden sin prestar atención alguna a la verdad de lo que había ocurrido.

—Ya me dí cuenta de que estaba hablando mal de mi a ustedes, pero a mi no me puede tomar por tonto.

Sus ojos trataban de adivinar mis pensamientos, y concluyó diciéndome:

—Me figuro que usted viene conmigo exclusivamente para vigilar el circo y a mi, pues Daly sospecha de nosotros; pero puede curiosear todo lo que quiera, pues a mi no me importa.

—¡No sea malicioso! — le aconsejé amistosamente, mientras pensaba para mis adentros:

¡Vencido antes de comenzar la batalla! El ya sabe todo y se va a cuidar de que yo no llegue a averiguar nada sospechoso.

—Bien, ya hemos llegado, — dijo Rariden, mientras el tren disminuía la marcha. — Apostaría cualquier cosa a que el viejo está en la estación esperándome.

Se había equivocado, pues nadie lo aguardaba a él. En cambio un muchacho me entregó un telegrama dirigido a mi. Decía:

"Telefonée inmediatamente. — Kennard".

—Tengo que hablar por teléfono, — le informé a mi compañero, — ¿puede esperarme un momento?

—Claro que sí, — lo esperaré al lado de aquel pequeño camión, que tiene pintado el nombre del circo.

De nuevo sus ojos expresaban sospechas, y mientras me dirigía a la casilla del teléfono, maldije el telegrama, el circo, la ciudad y a mi mismo. Mi presencia allí iba a ser tan útil como ofrecerle un vaso de agua a un hombre que se está ahogando.

Inmediatamente logré conseguir comunicación con Mac Mullen, y pronto sentí la voz de Kennard.

—No haga preguntas! — me gritó. — Hemos descubierto que la lima usada por los prisioneros para romper los barrotes, provenía de nuestro almacén. Eso no deja lugar a dudas que fué Rariden o Oley el que se la entregó. También es ahora evidente para nosotros que Oley entregó su aeroplano voluntariamente a Sternberg. Tenga mucho cuidado, pues deben ser ellos los que rompieron su hélice de un tiro el otro día.

—Muy bien — le dije yo aturdido ante estas revelaciones; — lo peor del caso es que Buck ya se ha dado cuenta para qué estoy aquí, de manera que no voy a lograr información alguna — y le expliqué brevemente nuestra conversación.

—Quédese unos días aunque así sea, — me ordenó Kennard — pero tenga mucho cuidado con los accidentes, pues no pueden asesinarlo abiertamente.

Después de esto me reuní a Rariden.

En vista de lo que me había dicho Kennard, era evidente que Oley y Rariden eran culpables.

—No era más que avisarme de volver en seguida, si me mandaban un telegrama — le mentí a Buck.

—Han recibido informaciones de que vamos a tener varios asuntos de que ocuparnos en la frontera y por consiguiente, parece que mis vacaciones van a ser muy cortas.

Rariden no contestó. No hablamos nada más mientras cruzábamos las calles de la pequeña ciudad. Yo reconocía las apariencias de fiesta que parece importar el circo cuando llega a cualquier localidad... Veíamos por todas partes columnas de personas que se dirigían a presenciar la función. Nos detuvimos frente a la carpa principal, la que ya contenía un respetable número de personas, aunque era aun temprano.

—Vamos a comer primero, — me dijo Buck.

Al entrar a las carpas, me dí cuenta de varias cosas, y lo que me causó más fuerte impresión fué la apariencia de miseria que tenía el circo: todas las decoraciones estaban sucias y viejas, necesitaban urgentemente una buena pintada. Los dos vendedores de entradas hacía varios días que no se afeitaban, y el pregonero parecía estar borracho.

Había una atmósfera de dificultades de di-

nero y se notaba tanto mas cuanto el circo era grande.

Llegamos al comedor y cenamos con los jefes de cada atracción. Estos eran una docena de sujetos de aspecto nada tranquilizador, y que eran evidentemente veteranos en el oficio. La comida era abundante y buena. Buck parecía ser muy apreciado por todos, y las preguntas acerca de Oley estuvieron a la orden día.

Después de un cambio de ideas, el encargado de los caballos, exclamó:

—A este circo le hace falta un poco de suerte; si no tenemos éxito en Mac Mullen, el viejo se va a volver loco. Ya está bastante excitado ahora.

Todos los presentes me habían mirado con gran curiosidad, notándose que se preguntaban qué hacía yo allí. Rariden estaba cabizbajo, y yo no podía creer que fuera por temor al patrón. El no tenía la culpa de la desaparición de Oley y había efectuado una transacción que iba a resultar provechosa para el circo.

Llegó la noche y las luces frente a la entrada principal fueron encendidas. La multitud había aumentado, y entre ellos muchos vendedores ambulantes, que anunciaban su mercancías a grito pelado. Todo estaba preparado para la función.

—¡Aquí está Jim! — exclamó Rariden súbitamente. Por la primera vez me dí cuenta de que estaba en una situación muy seria; el hombre a mi lado podía ser un astuto criminal y en el circo podía haber una docena más de bandoleros. Y qué esperanzas y planes ocultaban las seiscientas personas que trabajaban en las atracciones? Y, ciertamente, Slim X. Evans, espía reconocido, se encontraría en una posición difícil.

Comencé a pensar en las posibilidades de la situación y lo fácil en que les resultaría suprimirlo del mundo de los vivos, sin excitar sospechas. Me parecía ver sombras siniestras que me amenazaban, por todos lados.

—¿Dónde ha estado usted? — gritó James Barr desde una distancia de 40 pies.

—He estado ultimando los preparativos de la función a beneficio del hospital, y parece que vamos a tener una entrada de cerca de treinta mil dólares.

—A duras penas alcanzará usted a pagar el aeroplano perdido, — contestó Barr agudamente.

Al venir hacia nosotros caminando con pasos cortos, pude examinarlo bien: era un hombre de una estatura mediana, pero tan ancho de hombros y musculoso, que parecía ser muy bajo. Su rostro era lleno como una luna llena, y los ojos estaban tan envueltos en carne, que parecían chicos. Daba muestras de estar muy preocupado.

—Jim, el señor es el subteniente Slim Evans de Mac Mullen. Va a ser nuestro huésped por unos días, después de haberme ayudado mucho en la comisión que tiene a su cargo el festival anual, cuyo producto se destina para el hospital.

—¡Oh! ¿sí? — replicó Barr, cuya voz denotaba algo de inquietud. Se sacó el cigarro de la boca, y yo noté que su mano temblaba. El rostro estaba de color púrpura y parecía que le iba a dar un ataque de apoplegía. Algo de su rabia se evaporó después de un momento, y dijo:

—No lo digo de una manera personal, subteniente, pero no lo conozco a usted. — Y dirigiéndose a Rariden, prosiguió: — ¿Para qué trae usted a más personas, cuando ya hay demasiadas en el circo?

—Si no hay otro lugar, puede dormir en mi habitación!

—No es posible eso, pues ya hay otra persona que lo hace, y usted no tiene por qué tomarse atribuciones...

—Tengo derecho a tomármelas! — contestó Rariden ágriamente; — estos aviadores ayudaron mucho al circo en Mac Mullen, y no veo por qué usted los trata de esta manera.

—¡Basta! ¡Basta! ¿Quién es el que manda aquí? ¿Usted o yo? — exclamó furioso Barr. Y volviéndose hacia mí, con los ojos brillando de furor, me dijo:

—Discúlpeme, subteniente, pero no tenemos sitio alguno donde poderlo acomodar. Si así lo desea, puede quedarse durante el día, pero no podemos alojarlo por las noches.

Volviéndose hacia Rariden, le dijo:

—¿Qué le ha ocurrido a Oley Johannsen? Y dígame la verdad esta vez, aunque no sea más que por equivocación.

—¡Ya se lo he dicho! — rugió Rariden, con el rostro rojo de ira y los puños apretados significativamente.

Mientras Rariden repetía la historia de la desaparición de Oley, como la sabía o pretendía saberla, yo pensaba: "Este Barr no está en el secreto, y eso quiere decir que sólo unos pocos en el circo son aliados de Von Sternberg.

—Bien, estoy convencido de que ese cabeza cuadrada es un ladrón, y nos robó el aeroplano, — fué el dictamen final de Barr.

Rariden trató de convencerlo de que Oley no era el culpable de lo ocurrido, pero su superior se mantuvo en sus trece.

El veterano director del circo, finalmente anunció:

—Compré otro avión, que se nos reunirá en San Antonio con un piloto. Fué barato...

—¿Pero se ha vuelto loco? — le interrumpió Rariden olvidando hablarle diplomáticamente. — El circo está prácticamente arruinado y usted desperdicia el dinero que...

—Es mi dinero, ¿no es cierto? — interrumpió ahora Barr, — pero deme detalles de lo que vamos a hacer en Mac Mullen.

Después de esta conversación, ambos se engolfaron en los detalles de las funciones que iban a dar, y yo permanecí cerca de ellos, esperando a que comenzara la función. Los acomodadores se estaban preparando para efectuar su trabajo.

—¡Por todos los santos! Slimy Mc Rae! — exclamó Buck al notar la llegada de un hombre delgado y con la tez curtida por el sol. Tendría unos cuarenta años de edad, y se dirigió a una tienda, de donde salió vestido con un uniforme de vendedor de caramelos.

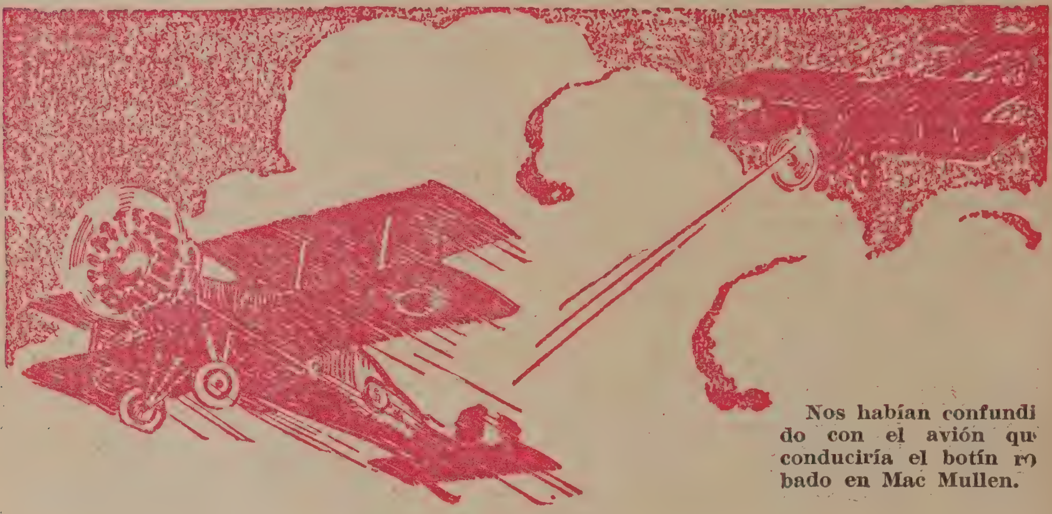
—¿Qué está haciendo ese sujeto por aquí? — preguntó Rariden.

—Pedía trabajo, de manera que lo tomé como caramelero.

—Voy a tener cuidado con mi cartera mientras él anda cerca de mí, — manifestó Rariden, — es un ladrón conocido y todas las culpas son atribuídas al circo, si pasa algo.

—Ocúpese exclusivamente de su trabajo, — le dijo Barr, — y si no le agrada, puede marcharse.

Ciertamente el patrón de Rariden era un hombre sumamente nervioso, y por un momento pareció que Buck iba a contestarle



Nos habían confundido con el avión que conduciría el botín robado en Mac Mullen.

agriamente, pero pareció cambiar de opinión pues volvió a enfrascarse en la discusión de los detalles de la representación.

De pronto la banda comenzó a tocar y los pregoneros llamaban activamente para que entrara en la carpa del centro: la gran función iba a comenzar.

Rariden se ocupó en ver si todo el mundo estaba en su puesto, dando vueltas incesantemente por todos lados: por tres veces consecutivas lo ví interrogar a desconocidos, evidentemente preguntándoles que estaban haciendo allí.

A medida que la representación iba pasando, las tiendas chicas, éstas iban siendo derribadas y dobladas, a gran velocidad. Rariden mismo era el que dirigía esta operación y conseguía que su gente trabajara admirablemente. Cuando este trabajo estuvo concluído, Buck se acercó a mí, y dando muestras de gran excitación, me dijo:

—Quédese por aquí, amigo, y dentro de cinco minutos verá una buena pelea.

—Le voy a decir al patrón lo que pienso de él y de su circo!

—Escuche, — le dije yo. — No se deje dominar por los nervios, — si no hay sitio aquí para mí, me iré.

—No es esa la razón, sino que ha agregado al circo quince o veinte sujetos que aprovechan la confusión de la muchedumbre para robar de diversas maneras, y acuérdese, Slim, que yo me voy del circo por eso, aunque Daby sospeche de mí porque estuve en la cárcel!

En ese momento llegué a una decisión, que sólo un sujeto de mi escasa mentalidad podía tomar: no hay duda que si yo fuera enviado a Europa como diplomático, antes de una semana se habría producido una nueva guerra mundial.

Llevé a Rariden hasta un sitio donde no pudiéramos ser escuchados y le dije:

—Antes de que usted diga una palabra más, deseo informarle de que yo sospechaba que usted era uno de los asociados a la cuadrilla de Sternber, pero ahora estoy convencido de que es inocente. De cualquier manera, nadie peude escapar, pues los agentes federales están vigilando al circo.

Yo mentía, por supuesto, pues dichos agentes no habían llegado aún, pero calculé que exagerar no me iba a perjudicar. El rostro de Rariden demostraba su estupefacción. Antes de que tuviera tiempo de contestarme yo proseguí diciendo:

—Nosotros estamos enterados de que Oley entregó el aeroplano deliberadamente a Sternberg.

Buck pensó un momento y después dijo:

—Me temía eso desde que desapareció.

—¿De manera que usted no tenía nada que ver con él, entonces?

—¡Claro que no!

—Hay otra cosa que aún no hemos podido explicarnos, y es la rotura de la hélice de mi aeroplano.

—Eso es lo que me hizo comenzar a sospechar de él cuando desapareció: Oley estaba sentado atrás de mí cuando estábamos volando cerca de ustedes y me pareció sentir un sonido sospechoso, — me dí vuelta y ví que él estaba guardando un revólver en su bolsillo. Podía haber disparado desde allí, pero la idea me pareció tan ridícula, que no

comencé a pensar en ella hasta que Oley desapareció.

—Lo creo a usted, — y el motivo era muy simple: como estaba en relaciones con Von Sternberg, deseaba hacer desaparecer a Daly del mundo de los vivos.

Durante unos segundos permanecimos silenciosos, mientras Rariden continuaba su inspección. Todas las carpas estaban siendo guardadas en los camiones con maravillosa velocidad, — dentro de poco sólo quedaría un terreno vacío, donde poco antes había miles de espectadores, y uno de los circos más grandes del mundo.

—Ahora, escuche, — le dije a Rariden. — Yo me figuro que ha ocurrido lo siguiente: Barr ha tenido una temporada desastrosa, y por lo tanto decidió hacerse de dinero en Mac Mullen, — se trajo unos cuantos sujetos capaces de abrir cajas fuertes y robar de todas las maneras posible. De manera que cuando la gente esté más tranquila, hará que asalten las joyerías, bancos, etc. El río está cerca, y pueden escapar por allí con un medio millón de dólares, por lo menos.

—Claro, — asintió Rariden excitado. — Eso ha de ser lo que han pensando hacer — y los agregados al circo serían culpados, pero no lograrían encontrarlos, pues se fugarían en seguida.

—De manera que ahora todo es claro, — continué yo, — envió a Oley, y éste oyó decir a Daly que tienen sospechas de usted, eso quiere decir que van a sospechar de todos los del circo; eso le decide a obrar y le entrega una lima a von Stenrberg para que éste pueda fugarse, también decide suprimir a Daly, en lo que no tuvo el éxito esperado.

—Lo que yo deseo es que usted no se enemiste con Barr; permanezca en el circo consiguiendo información para nosotros y cuando comiencen sus proyectos en Mac Mullen nosotros los agarraremos a todos. Usted será protegido por la ley, aunque tengamos que dirigirnos al Congreso Nacional para ello.

—Muy bien, lo haré así, — me contestó Rariden gozoso, — bueno, vamos al tren con los demás del circo.

Naturalmente, nuestra convesación quedó interrumpida cuando subimos a un camión para dirigirnos al tren; había otras ciertas personas del circo con nosotros. Pasamos una sucesión de vehículos de todas clases, en los que viajaban los diversos animales amaestrados que tomaban parte en las representaciones.

Yo estaba muy preocupado, pero así y todo me impresionó agradablemente ver cómo se llenaba el tren de sesenta vagones pintados de blanco, en que viajaba el circo. Fuimos a comer primero en el vagón restaurante, y poco después, cuando nos habíamos instalado cómodamente, el tren se puso en movimiento hacia su destino.

Dentro de una hora y media llegaríamos a San Antone y yo no tenía sueño, de manera que pasé el tiempo combinando con Rariden lo que haríamos en Mac Mullen.

CAPITULO XI

SLIM EVANS ES CEBO PARA LA TRAMPA

A las cinco y media del lunes por la tarde era la hora exacta en que ocho aviadores descendían en el aeródromo de Mac Mullen. Acabábamos de dar nuestras exhibiciones de pruebas en aeroplano, y creo que habíamos dejado satisfecho al público.

Era un día de fiesta para Mac Mullen, pues parecía que todos los habitantes de los contornos se habían reunido allí. La representación del circo iba a comenzar.

Daly estaba con Kennard en el aeródromo esperando junto al teléfono que el comisario Trowbridge les avisara desde Mac Mullen si había algo sospechoso.

Todo estaba preparado para recibir dignamente a los asaltantes, si estos se decidían a intentar un golpe de mano. Media docena de buenos tiradores estaban escondidos en el banco y en todos los puestos estratégicos de la ciudad había pistoleros apostados y listos para entrar en acción. Diez y seis hombres, señalados por Rariden, eran vigilados constantemente, aunque eran seguidos tan cautelosamente, que no se habían dado cuenta de ello. Bajo la apariencia festiva, Mac Mullen era un campo armado y los criminales, mezclados con el circo no tenían probabilidad alguna de escapar.

—¿Qué hay de nuevo, Daly? — preguntó Penoch O'Reilly mientras todos nosotros entramos en la oficina.

Kennard, Daly y Tex Mac Dowell estaban allí. Tex había tenido una caída con su aeroplano hacía dos días y una de sus piernas estaba lastimada y no se curaría durante varios das.

—Nada, — contestó Daly, — exceptuando que cinco casas más fueron saqueadas durante la función de la tarde y sabemos quiénes son los ladrones. Sin embargo, no los vamos a detener todavía; los estamos dejando tranquilos, para así ver hasta qué extremos llegan.

—¡Cómo escaparían si supieran lo que les espera! — exclamó Jimmy Jennings, riendo.

Después de esto ultimamos los preparativos para capturar a los bandidos cuando éstos intetaran escapar. Calculabamos que Sternberg usaría tres aeroplanos para escapar a Méjico con dinero; de manera que uno de los nuestros estaría vigilando en el camino, con tres ametralladoras a bordo.

Daly intentaba manejar este avión el solo y cortar el camino a los otros hasta que nosotros nos dirigimos a Kenard, pidiéndole nos permitiera acompañar a Daly, pero este insistía que deseaba ir solo.

—¡Escuchen! — exclamó Kennard, — estoy convencido de que el plan es bueno, pero un hombre debe acompañar a Daly para manejar las ametralladoras. Vamos a elegir al observador ahora mismo, entre los veteranos que han estado en Francia, jugando al poker. El capitán nos dió una mano a cada uno, y yo gané. **Estaba elegido para acompañar a Daly.**

CAPITULO XII

EN LA TRAMPA

A las nueve de la noche Daly y yo estábamos sentado al lado del pequeño Bristol, que habíamos elegido para nuestra empresa. Nos hallábamos a cinco millas de la ciudad, y habíamos esparcido el rumor entre los vecinos que nos habíamos visto forzados a descender debido a una falla del motor.

Yo estaba muy nervioso, pero en cambio mi compañero demostraba la más perfecta calma.

—Ahí está la señal, por Dios! — grité yo, poniéndome de pie rápidamente. Una bomba luminosa acababa de estallar sobre el circo, seguida por otra.

—Seguro que han asaltado el banco, — exclamó Daly.

Subimos al aeroplano y nos elevamos a toda velocidad, tratando de ganar altura y llegar sobre el río, al mismo tiempo.

Cruzamos el río a una altura de mil quinientos pies, subiendo más alto a cada momento. Habíamos llegado a la conclusión de que los aviones de los bandidos pasarían por aquel sitio. Mis ojos vigilaban el firmamento ansiosamente: no se veía nada, — ¿acaso nos habíamos equivocado?

De repente la mano de Duke me oprimió el brazo: seguí la dirección que me indicaba con el dedo, y ví a tres aeroplanos volando en forma de V. Nosotros continuamos hacia adelante, subiendo más y más todo el tiempo.

Estábamos a unos seis mil pies de altura, cuando los tres aviones llegaron sobre nosotros. Uno de ellos se igualó a nosotros, y los demás permanecieron a nuestra retaguardia, y a unos cuatrocientos pies de elevación más que la nuestra. El que estaba más cerca de nosotros era un Sparrow tipo comecial y casi tan rápido como nuestro Bristol, aunque no tan fácil para manejar.

El piloto nos hizo señas con la mano: era evidente que deseaba voláramos hacia el Sudoeste, delante de ellos. Nos habían confundido con el avión bandido que conduciría el botín robado en Mac Mullen. De acuerdo a la señales que nos habían hecho, los asaltantes habían sido apresados en Mac Mullen infraganti con las manos en la masa, y ahora nos correspondía a nosotros concluir con el resto de la banda, que volaba detrás de nosotros.

Yo pensaba si Duke habría logrado avisar por radio la dirección que tomábamos. Lo más posible es que no había podido, pues los enemigos se habrían dado cuenta en seguida de nuestra maniobra debido al chisporroteo que brotaría de nuestra antena. Lo más fácil es que habíamos quedado librados a nuestras propias fuerzas.

El piloto del avión enemigo parecía examinarnos detenidamente. Nuestras ametralladoras del frente estaban hábilmente disimuladas y la doble Lewis que iba a manejar en el asiento trasero, también estaba tapada por una lona.

Yo estaba volando a poca velocidad, para disfrazar la rapidez de nuestra máquina, le grité a Daly: "Mejor que procedamos rápidamente. Creo que aquel de allí es Oley".

Duke asintió con la cabeza. Su rostro estaba pálido y denotaba gran tensión nerviosa. Estábamos en una situación muy comprometida, con aquellos dos aviones atrás de nosotros.

Oley, si es que era él, estaba a unos cien pies a nuestra derecha, y tratando de acercarse más aun. Daly me hizo una señal, apretándome el brazo, y yo con una plegaria mental doblé el avión y lo dirigí hacia el otro. Mis ametralladoras estaban en línea con el aeroplano enemigo, y llamas de fuego brotaron de sus bocas, mientras una lluvia de balas le acertaba plenamente.

Lancé un suspiro de alivio al ver que el piloto había soltado los controles: al momento siguiente, el avión, sin dirección caía en espiral hacia abajo.

Los otros aviadores debían haber estado mirándonos atentamente, pues inmediatamente uno de ellos se lanzó sobre nosotros vomitando fuego y balas. El cristal que me protegía del viento fué roto por las balas antes de que lograra sacar a nuestra máquina de la línea de fuego.

Era uno contra dos, pero nosotros éramos veteranos y teníamos doble armamento. Lo que pasó durante los tres minutos siguientes, es un misterio para mí. Yo estaba muy ocupado dirigiendo el aeroplano por todos los sitios del firmamento. Parecía que todo el tiempo uno u otro de nuestros antagonistas iba a lograr derribarnos.

Daly no podía disparar acertadamente, debido a la manera en que yo estaba enviando al Bristol de un lado para otro. En cuanto veía a uno de los otros delante de mí, hacía fuego, pero principalmente me dedicaba a que las balas enemigas nos erraran.

El tronar de los motores parecía sacudir todo, y entretanto Daly y los otros pilotos hacían fuego casi coutinuamente. Numerosos agujeros comenzaron a aparecer por toda la superficie del Bristol.

De pronto, mientras hacía una rápida curva para librarnos del avión que estaba sobre nosotros, vi que el otro pasaba delante de nosotros. Hice fuego, enviando un torrente de balas sobre él. Al salir fuera de nuestra línea de fuego, me elevé y vi que el aeroplano enemigo temblaba visiblemente, como tocado seriamente.

El Bristol estaba vibrando terriblemente, y el motor disminuía en velocidad. No podíamos mantenernos mucho tiempo maniobrando a esta velocidad.

—¡Hurra! — grité entusiasmado, al ver que la segunda víctima de nuestras ametralladoras caía en forma de espiral, también fuera de control.

Subí de nuevo, buscando el avión restante. Al hacerlo así, más balas enemigas penetraron en nuestro aparato. Un segundo después sentí que Daly me gritaba al oído:

—¡Esas balas han dejado mi ametralladora inservible!

Dirigiendo el Bristol hacia un lado para salvarnos, miré hacia atrás y vi que las dos manos de Daly estaban ensangrentadas. Evidentemente había sido herido al tenerlas sobre los gatillos.

El aeroplano bandido se dirigió de nuevo a nosotros, haciendo fuego, y yo traté de escapar pasando debajo de él. Traté de disparar también en ese momento, pero mis armas ya recalentadas, no respondieron.

—¡Se han atascado! — pensé yo con desaliento, y lancé el avión en una espiral, como si estuviera fuera de control. Perdimos así una altitud preciosa, pero nos salvamos momentáneamente.

Duke se puso de pie y me gritó:

—¡Saltemos! ¡Usted primero!

Debajo de nosotros ardían los dos aviones derribados antes.

Daly tenía razón, pues nosotros ya no podíamos hacer nada, y el enemigo no cejaría hasta abatirnos. En el aeroplano estaríamos perdidos, mientras en nuestros paracaídas nos salvaríamos.

Me preparé a saltar, mientras Duke tomaba la dirección del avión y lo detenía en su caída por un momento. Salté al espacio por sobre la borda, con la mano en la cuerda que iba a hacer abrirse al paracaídas.

Caí por cinco segundos antes de abrirlo, y el dolor que me causó en el cuerpo la presión de las cuerdas al detener mi caída, me pareció exquisito pues significaba que me había salvado.

Bajando lentamente, miré hacia arriba a ver que hacía Daly. Estaba todavía en el Bristol desarmado y estaba haciendo arriesgadas maniobras, tratando de defenderse de su oponente.

—Nunca pensó en saltar él — pensé yo. — Está esperando allí para que yo tenga tiempo de descender sin ser objeto del fuego de los bandidos.

Mientras estaba a una altura de quinientos pies, mis ojos estaban fijos en el drama que estaba ocurriendo allí arriba. Y vi lo que ocurrió: Daly había hecho delibedamentse que su aeroplano chocara con el otro, y ambos motores dejaron instantáneamente de funcionar.

Un momento después dos cuerpos volaron hacia tierra desde los aeroplanos, y los paracaídas se abrieron.

Los dos hombres se habían salvado.

Entretanto los dos aeroplanos, todavía entrelazados cayeron a tierra y comenzaron el tercer incendio de la noche.

En esos momentos llegué a tierra, y las ramas de los árboles me arañaron todo el cuerpo. Me desprendí del paracaídas y corrí hacia un claro para distinguir mejor el descenso de los dos hombres.

La pelea no había concluido aun: estaban bajando paralelamente a unos cien pies uno del otro y estaban haciéndose fuego mutuamente con revólvers.

De pronto, el bandido que yo distinguía de Daly por el traje, pareció quedar exánime, pero pronto se repuso y cerró su paracaídas apretando la tela entre las manos. Ahora volaba hacia tierra con la velocidad de un cometa, pero al llegar a trescientos pies de tierra lo volvió a abrir para disminuir la fuerza de la caída.

Yo me di cuenta de su intento: descendiendo antes que Duke, éste sería un blanco perfecto para los tiros de su revólver. Pero me equivocaba, pues lo que el bandolero hizo fué huir.

Un poco más tarde llegó Daly a tierra. Corrí yo hacia él, y me estaba esperando, pálido y debilitado, pero vivo.

—Creo que me rompí unas costillas en una rama gruesa, — me dijo. — El bandido se nos ha escapado.

—Y después de todo peleó bien, — le contesté yo. — Aquí vienen nuestros DH.

Efectivamente, tres aviones llegaron sobre nosotros atraídos por los fuegos. Con nuestras linternas eléctricas, les señalamos que estábamos salvo y que prosiguieran su camino. De manera que se dirigieron al próximo aeródromo para descender, el que estaba situado a unas quince millas de distancia. Nosotros nos dirigimos también hacia allí, a pie.

Era una larga caminata, teniendo en cuenta que Duke estaba herido, pero por fin llegamos.

—No deseo ser sentimental, Duke, — le dije, — pero siempre voy a recordar que permaneció allí arriba para darme tiempo a que me salvara.

—No piense tonterías, — me replicó, — lo que deseaba era evitar que se escapara el bandido.

BUEN TIEMPO

Al volver a Mac Mullen nos dimos cuenta de que nuestras suposiciones habían sido exactas.

—Apresamos a doce hombres en el banco, — nos dijo Kennard. — Todos declararon en seguida para que les rebajaran la pena, y el resultado es que Barr está preso también. En total hemos agarrado a diez y ocho hombres, incluyendo a tres aviadores de Von Sternberg. Lo que yo quisiera saber es dónde está éste.

—¡Yo lo puedo decir! — exclamó O'Reilly entrando en ese momento. — Está en el hospital, pues fué encontrado desvanecido a poca distancia de aquí.

Evidentemente Von Sternberg había sido el adversario de Daly, y no había logrado escapar muy lejos, pues había resultado herido por las balas del detective al bajar con el paracaídas.

Buck Rariden tomó una parte muy activa en la detención de los criminales, y por lo tanto fué exonerado de toda culpa. Y así resultó eliminada la peligrosa cuadrilla de Von Sternberg.

LA CORR

POR

SERVIA ANTO

Todos, empezando por la natural… una pobre mujer. . . Ni la muerte… aceptando su trágico gesto final.

CUANDO se tiene una hija mayor que, al llegar a los diez y ocho años, demuestra perceptiblemente que tiene idea de casarse, cuando, con gran sorpresa, pasa uno y otro año inútilmente, hasta que se cumplen seis sin que aparezca el ambicionado novio, la madre tiene derecho a sentirse desilusionada. Todos los años de casada se los ha pasado conteniendo el efervescente zumo de la juventud, en aras de su pequeñuela. Ahora espera renacer en su hija, que ésta cumpla el precepto bíblico: "Creced y multiplicaos".

En el fondo del alma de la señora Goldman se agitaban confusamente estos pensamientos. Una y otra vez les contó a las mujeres, que esperaban perpetuamente en el almacén, las virtudes de su hija mayor. Nadie estaba, abiertamente al menos, en desacuerdo con ella.

Pero la gente murmuraba que Mariana no tenía festejantes. El rápido e inevitable flujo de nacimientos, matrimonios y muertos, que arastraba a estas personas a través de los días, formaba su principal tema de conversación. Hablaban de sus esperanzas y desilusiones en los patios del fondo o en las galerías del frente de sus casas; o bien cuando se encontraban por la calle. Aquella corriente de acontecimientos coloreaba, en común, todas las existencias. En medio de ella, Catalina era balanceada con indiferencia suprema,

Todos los día…
dia, cuando ell…
do, camino de…
neo, después d…
ve horas morta…
el señor Silver…
de ojos saltone…
macia de la esq…
vamente. Su sir…
más expresiva,…
ra presentado t…
pecto, un tanto…
de gallinero. D…
su cuerpo se ar…
delgado, sobre…
beza se movía…
pies. Parecía el…
de sus desvent…

La Corriente

por
Servia Antropolaska

Todos empezando por la naturaleza, fueron crueles para una pobre mujer... Ni la muerte quiso evitarle el ridículo aceptando su trágico gesto final

Todos los días, a las diez y siete y media, cuando ella pasaba con paso cansado, camino de la estación del subterráneo, después de haber permanecido nueve horas mortales detrás del mostrador, el Sr. Silverstein, un hombre gordo, de ojos saltones, propietario de la farmacia de la esquina, la miraba compasivamente. Su simpatía hubiera sido quizá más expresiva, si la muchacha no hubiera presentado tan definitivamente el aspecto, un tanto ridículo, de una percha de gallinero. Desde las anchas caderas, su cuerpo se angostaba hacia el cuello delgado, sobre el cual una pequeña cabeza se movía al compás de sus grandes pies. Parecía ella tener conciencia de sus desventajas porque su cuerpo

TE

A

eles para
ridículo

z y siete y me-
on paso cansa-
a del subterrá-
rmanecido nue-
del mostrador,
hombre gordo,
ario de la far-
niraba compasi-
iera sido quizá
acha no hubie-
vamente el as-
de una percha
anchas caderas,
hacia el cuello
una pequeña ca-
s de sus grandes
semiconciencia
rque su cuerpo

temblaba y tomaba el aspecto de un gato que encorva el lomo, cada vez que alguien le dirigía una mirada. Sus modales eran perpetuamente indecisos, toda su persona parecía tartamudear. De ahí que la gente, con la misteriosa intuición de un chiquillo travieso, la llamaba burlonamente "Ma-mariana".

La señora Greemberg, cuyas seis lindas hijas tenían una nube de cortejantes, hablaba de ella con disimulada satisfacción.

—¡Esa pobre Ma-mariana!... Una muchacha así es una maldición para cualquier madre.

—Mary Miller, la coqueta belleza del pueblo, se burlaba abiertamente. "Allá va Ma-mariana". ¡Qué formas! Si yo fuera así, me suicidaba".

Hasta la madre de Mariana, sin intención de herirla, le hablaba en tono de desilusionado reproche.

—¿Y bien, Mariana? ¿Cuándo tendrá algo que contarme? Helena, la hija de la señora Greemberg, se ha comprometido ya.

En los ojos de Mariana, mientras se alejaba silenciosamente, había la expresión de un perro castigado que no comprende el motivo de su dolor.

* * * *

El flujo de la vida, inconsciente de su fuerza, siguió llevando a Mariana de un lado a otro, hasta que el señor Silverstein habló nu sábado por la noche a los "muchachos" que se reunían en la trastienda de su farmacia. Acababan de llamar a Mariana al teléfono público que había en el negocio. Ella acudió con cierta ansiosa espectativa digna de la bella Mary Miller. Pero, a través de la puerta, parcialmente abierta, los que estaban en la trastienda vieron apagarse el fulgor de sus miradas, mientras discutía el precio de un vestido con la altruísta, aunque negociante, tía Sara. Un lindo vestido tiene importancia cuando las muchachas están en la feria matrimonial. La tía Sara conocía a sus clientes.

Cuando Mariana salió de la casilla del teléfono, su timidez era más pronunciada y sus pálidos ojos parecían de plomo. Apenas miró a los hombres al salir de la farmacia.

El señor Silverstein se sintió lleno de compasiva simpatía.

—Oid, muchachos. Esta chica debería tener un festejante. ¿Por qué no le da alguno de vosotros una cita y la hace feliz?

—Sí... ¡Cómo no! — gruñó Ike. — ¿Para que después la vieja Goldman nos entable juicio por faltar a la promesa de matrimonio? ¡Cualquiera se mete con esa nena!

—Escuchad, — insistió el señor Silverstein. Uno de vosotros tiene que hacerlo. ¿Qué dices tú, Enrique

—¡Dios mío, no! Yo iría a verla; pero no me gustaría que me vieran con ella. ¡Con ese andar de pollo que tiene!

El señor Silverstein, todavía resuelto a insistir en su cruzada, fué llamado a la farmacia para vender diez céntimos de aceite alcanforado. Eddie levantó entonces su rostro estúpido que, por esta vez, tenía cierta intención.

—Escuchad, muchachos. Yo le voy a dar una cita a la infeliz esa y luego la dejaré plantada. ¿Qué os parece?

—Ten corazón, Eddie... — dijo uno.

—Haz lo que te parezca, — rió otro. — La cuestión es lo que vamos a hacer esta noche. ¿Vamos al baile de la Municipalidad o a la taberna?

Ya la corriente, rápida, inevitable, había barrido a Mariana de la conversación. Pero Eddie no olvidó su proyecto. Cierta tendencia mórbida agitaba su imaginación. Hallaba la idea muy graciosa. Era la diversión de un escolar, fuerte como un toro, que la emprende contra un chiquillo pálido, recién entrado al colegio. Un domingo por la noche, Eddie telefoneó en la farmacia de Silverstein, llamando a Mariana a la casilla adjunta a la suya. La obser vó al llegar, ingenuamente esperanzada, con un brillo cálido en sus descoloridos ojos. No supo que la voz de un hombre hizo correr un temblor nuevo por su cuerpo, que a penas podía sostener el receptor en la mano por el estremecimiento de sus dedos.

—¿Hablo con Mariana?

—S... s... i...

—Habla un muchacho. La he visto pasar varias veces y me gustaría conocerla más íntimamente. ¿Qué dice, niña?

—Pues... yo... bueno, sí.

—Qué buena es usted. ¿Para el sábado a las veinte, entonces?

—Sí; pero... ¿cómo lo voy a conocer? ¿Qué señas tiene usted?

—¡Ay... Mariana! Soy un desastre. Cinco pies y once pulgadas de alto, pelo y ojos negros. Temo que se desilusione al verme. Me llamo Enrique. Muy bien. La veré en su casa el sábado a las veinte.

—Muy bien. ¡Hasta pronto!

* * * *

Por un instante hubo una danza luminosa dentro de la cabeza de Mariana y en sus venas, como si las estrellas hubieran bajado del cielo y penetrado en su interior. La gente, al parecer, permanecía imperturbable ante tal acontecimiento. Mariana se decía por qué no salían de sus casas y cantaban himnos de alegría y acciones de gracias. Pero las casas de madera, de dos pisos y frente chato, continuaban mirando con sus ojos opacos e indiferentes a las personas que pasaban frente a ellas. Era como si Mariana no existiera. Todas las mañanas un río, obscuro y paciente, de seres humanos, emprendía su éxodo diagonal hacia la chillona estación del ferocarril; todas las noches, las casas chatas recibían de nuevo a sus fatigados habitantes. Mariana era uno de los tantos seres que no

inspiraban interés. Las mujeres charlaban en los gastados umbrales o de ventana a ventana. Los chiquillos llegaban corriendo de la escuela, para jugar desenfrenadamente al football, a la luz del crepúsculo. El sol enviaba un último resplandor al final de la calle y los álamos parecían candelabros encendidos que se elevaban hacia el cielo color pizarra.

Para todas estas cosas Mariana solamente ocupaba un espacio en el mundo. Unicamente en el almacén de la señora Goldman el renacimiento de Mariana hizo resonar cantos de alegría. Nunca, nunca, ni en las más grandes fiestas, la casa de la señora Goldman sufrió tal renovación. Las paredes fueron lavadas, hasta en sus rincones más invisibles; se colocó un linoleum nuevo y brillante, en el piso de la cocina; las ajadas cortinas se reemplazaron por otras bien almidonadas. Hasta el señor Goldman, con emoción, estoicamente reprimida, compró una planta de caucho para la sala, donde permaneció, heraldo insconciente e inoportuno, del cambio. Al final de la semana, Lena, la hermana menor de Mariana, observó mientras frotaba vigorosamente un candelero de latón convertido en espejo. "¡Uf!... parece que fuera a realizarse un casamiento." "Isidoro, el padre, surgiendo de atrás de una pila de diarios, dijo: "¡Bah!... me parece a mí que armáis demasiado barullo por nada".

Sin embargo, aquella noche, hasta muy tarde, Mariana y su madre estuvieron de conferencia, poniendo esperanza sobre esperanza, hasta construir un brillante castillo en el aire. Soñaban, como sueñan los niños, olvidando posibilidades y obstáculos, encantadas con una idea por su momentáneo esplendor. En esta primer insinuación hecha a su hija, de veinticuatro años, la señora de Goldman anticipaba la realización de sus mas caros sueños. Veía la rama robusta de su persona prolongarse en nietos y biznietos. Lo poco de ella que había pasado a Mariana iba a perpetuarse hasta la eternidad. Contemplaba ya el cuerpo de Mariana, delgado, informe, enriquecido por el hijo. En el esplendor de su sueño compró a Mariana un vestido y zapatos, bajo la inteligente sugestión de la tía Sara. Ahora que Mariana tenía probabilidades de casarse, era muy justo que anduviera bien vestida, — dijo la experta vendedora.

Entretanto para la joven, aquella semana del variable Septiembre tenía más poesía de la que podía soportar. Ningún severo proceso del pensamiento le había comunicado aquel brillo radiante jue emanaba de su interior. Era solamente como si un soplo nuevo, de primavera, la incitara a vivir. Inconscientemente se hallaba al fin en el torbellino de la corriente. Pero iba a tener un brusco despertar de sus sueños: rudo y rápido como un latigazo. En tales asuntos la murmuración no permanece largo tiempo indiferente.

En la tienda de los Cohen se encontró Mariana con Mary Miller. Ambas muchachas eran conocidas por razones opuestas. Mariana como prototipo del ridículo, Mary como el centro brillante de las atenciones masculinas. Para Mariana la mayoría de las personas eran inconscientemente crueles; para Mary la mayoría era inconscientemente amable.

Cuando entró Mariana, Mary examinaba, con minuciosa atención, varios pares de medias de seda que estaban ante ella, en el mostrador. Hiciera lo que hiciera, había siempre en Mary una seguridad que rayaba en descaro. Parecía desafiar eternamente la palabra, como si deseara hablar antes de la otra persona que la abrumara con su admiración. Al ver a Mariana, los ojos de Mary se llenaron de interés. Con toda su confianza en sí mismo, Mary se sentía un poco picada por el triunfo de la otra.

—¡Pero, si es Mariana! Oye, chica, he oído ciertos rumores... ¿Para cuándo la boda?

Mariana tomó el aspecto del gato que encorva el lomo:

—No es asunto tuyo ese, Mary. Bastante tienes tú en qué pensar. Señora Cohen, deme cuatro yardas de elástico para ligas.

Pero Mary no estaba conforme.

—Señora Cohen ¿no sabe la noticia? Mariana tiene un festeante. Quizá le está ya comprando a usted cosas para el ajuar.

La señora Cohen alzó la mirada sinceramente complacida, sin egoísta interés

—¡No diga! ¿Es cierto eso, Mariana? ¡Qué suerte para su mamá! Me alegro mucho de saberlo.

El tono de Mary se volvió malicioso.

—Claro... Todo el mundo lo sabe ya. Ha sido un bombazo. ¿Me invitarás, Mariana?

Mariana movía sus pies impaciente. Sentía un impulso salvaje de arrancar a Mary mechones de sus hermosos cabellos. Arañarle la suave y blanca garganta. Sus dedos se aferraron al mostrador para contenerse.

—No hay todavía nada seguro, señora Cohen. Mejor es que te ocupes de tus propios asuntos, Mary. Bastante tendrás que preocuparte con tus numerosos pretendientes.

—¡Oh! yo no me preocupo, — alzó Mary su pequeño pie y colocó dos pares de medias sobre su pierna. — Señora Cohen, ¿cuál le parece mejor para mi piel? ¿La color carne o la lila?

—A decir verdad, — dijo la señora Cohen. — Esa media le queda bien, Mariana. Aquí tiene su elástico. Le deseo buena suerte.

—Yo también, — dijo Mary. — ¡Buena suerte y no dejes de convidarme!

Mariana salió dando un portazo.

Afuera respiró anhelante, como si acabara de subir una cuesta. ¡Qué gata, esa Mary Miller! Se creía la reina de Saba o algo por el estilo. La amargura de Mariana se extendió a todo el vecindario. ¡Hato de chismosos! Cómo le gustaría probarles!... Bueno. "El" iba a venir el sábado por la noche. A despecho de sí misma a despecho de Mary; la alegría de aquella promesa volvió a cantar en su corazón. Ni siquiera oyó cuando un grupo de pilluelos empezó a gritarle: "¡Ahí vieno Ma-mariana! ¡Ahí viene Ma-mariana!" Una vez más vivía en su mundo interior. Tenía que apurarse, prepararse. Algo iba a ocurrir. No sabía qué. Pero ella les probaría a todos...

El sábado por la noche todos los miembros de la familia de Goldman experimenta

Al ver a Mariana, los ojos de Mary se llenaron de interés.

ban esa nerviosidad que precede a los grandes acontecimientos. Las dos muchachas se abstuvieron de comer, por no desarreglar la inmaculada simetría de la cocina. Lena llena de alegría y excitación, hacía mandados y ayudaba a Mariana a vestirse. Todo el día se había estado preparando Mariana para la noche. Ahora vacilaba todavía acerca del color de las medias. No sabía si ponerse un poco de "rouge" o no. ¿Cómo se peinaría? Un temblor nervioso aumentaba su indecisión. ¿Cómo sería él? ¿Qué haría ella? ¿Le gustaría a Enrique? Casi hubiera deseado hablarle sin que la viera. No se le pasó por la mente la idea de que no viniera. Pero, en el fondo de su alma, se daba cuenta de que, si faltaba a la cita, algo moriría en ella.

—Lena — llamó por la décima vez — Vete hasta la farmacia y cómprame diez céntimos de agua colonia.

Lena salió corriendo. Otras veces se hubiera negado a ir por pura costumbre. Pero sabía que aquella noche su hermana recibiría a un pretendiente y debía hacerse todo lo posible por ella. La farmacia estaba vacía, pero en la trastienda, donde estaba el pequeño laboratorio, se oía conversar a varios hombres en voz alta; interrumpían su charla de vez en cuando, con grandes risotadas. Impaciente, golpeó con su moneda de diez céntimos la lámina de vidrio del mostrador. Se

oyó arrastrar una silla y el repentino bajar de las voces, una se destacó clara, risueña y satisfecha.

—¡Muchachos... no puedo más de risa! ¿Os imagináis a Mariana esperándome esta noche? Creo que han hecho grandes preparativos para recibirme. Mi hermana nos contó que había oído a la señora Goldman hablar del acontecimiento en el almacén. ¡Já, já, já! — la voz sonaba ruidosamente divertida. — Os oseguro que casi estallamos de risa.

La voz del señor Silverstein se oyó, mientras el dueño de la farmacia se iba acercando al despacho:

—Creo, Eddie, que has hecho una mala acción.

Lena había abandonado la farmacia, llena de desesperada sorpresa. ¿Cómo decírselo a Mariana? Durante largo rato estuvo sentada en los escalones del frente de su casa, sin decidirse a entrar. Finalmente ascendió con suma lentitud las escaleras. Mariana se había olvidado ya del agua de colonia. Se movía de una silla a la otra se colocaba delante del espejo. Una y otra vez miró el reloj. ¿Por qué no había llegado aun ?

—Mariana — suplicó la señora Goldman, son cerca de las veintiuna y no has comido. Toma algo.

—No importa, mamá. No puedo comer nada ahora. Esperaré hasta que él venga.

Lena habló tranquilamente.

—No lo esperes, Mariana. No vendrá.

—¿Que no vendrá? ¿ estás diciendo, Lena? ¿Cómo lo sabes?

Frenética agarró a Lena y la sacudió violentamente.

—¡Déjame! — Lena estaba a punto de llorar.—Los oí hablar en la trastienda de la farmacia. Es una broma. Eddie Levy se burlaba de la cita que te había dado y de los alardes y preparativos de mamá; de que esperarías sentada esta noche. Creo que todo ha concluído.

Mariana contempló unos instantes el vacío. Tardó en comprender la verdad de las cosas.

—¿Dices que no vendrá? ¿Que todo es una farsa?

La interrogó con ojos vagos, incrédulos, como a través de una niebla. De pronto se sintió poseída de una apasionada furia que barrió la acostumbrada vacilación y temblor de su cuerpo. Ahora la corriente la arrastraba en su torbellino. Apartó a la señora Goldman que había quedado como petrificada de rabia y desilución. Bajó las escaleras, haciendo resonar sus zapatos nuevos. Olvidó el dolor que le causaban. Lo olvidó todo.

—¡Yo les daré una lección a esos miserables! ¡Les enseñaré! — murmuraba fieramente. Al llegar a la calle vió pasar a Mary Miller, con su nuevo festejo del brazo.

—Creí que tenías una cita, Mariana — le dijo con desacostumbrada dulzura. — ¿El tipo te dejó plantada, no? Tienes que tener más cuidado, cuando te den citas.

Mariana no le hizo caso. La farmacia era el tejado donde iba a disparar sus piedras.

El señor Silverstein atendía en esos instantes a un cliente. Sus ojos saltones se alzaron curiosos al ver a Mariana.

—¿Qué desea, Mariana?—le preguntó muy amablemente.

La muchacha estaba pálida y rígida por el esfuerzo que hacía al contenerse, pero logró decir con tranquilidad.

—Diez céntimos de tintura de yodo, señor Silverstein.

El le trajo el pequeño frasco.

—No, no se moleste en envolverlo — dijo ella agarrándolo.

Por el delgado tabique que separaba el despacho del laboratorio, oyó las voces de los hombres que jugaban un serio partido de pocker. Un instante después aparecía en la pequeña puerta que daba a la trastienda, penetraba a ella. De pie, dominaba al grupo de hombres sentados. Su pequeña cabeza parecía más que nunca una percha de gallinero, sobre el delgado cuello, pero ahora la erguía con una dignidad nueva. Hirientes, como puntiagudos guijarros, sus palabras cayeron, abarcando el grupo en general.

—Decid, mamarrachos, ¿cómo habríais podido proceder tan canallescamente? ¿Os creis muy graciosos, inbéciles? ¡Darme cita para después reiros de mí!

Se volvió a Eddie y sus palabras parecían ahora plomo derretido.

—¿Y usted, quién cree que es? Quizá no soy hermosa. Todo el mundo no puede serlo. ¿Pero cree que no tengo sentimientos? No se preocupe: no le pido su simpatía. ¡Pobre idiota! No me casaría con ninguno de vosotros, aunque estuvierais hechos de oro. Yo podría tener quien me llamara pr teléfono, si quisiera, pero no me fijo en títeres. ¡Para lo que me importan!... Pero os voy a enseñar... Os probaré...

Sus dedos destaparon el frasco de tintura de yodo. Derramó el contenido en su boca; su mano nervioso vertió parte del líquido, que formó manchas oscuras en su vestido y en su barba. Sus gritos llenaron la habitación. Cayó retorciéndose en el suelo. Los hombres, helados de espanto, trataron de auxiliarla. Eddie había huído a cuanto le dieron las piernas. El señor Silverstein llamó por teléfono a la Asistencia Pública. Una hora después, la afligida señora Goldman era tranquilizada por una bondadosa enfermera.

—Está bien, señora; no se preocupa. Felizmente, la mayor parte del yodo cayó en su cara y en su vestido.

En la sala, a media luz, del hospital, una muchacha con la garganta abrasada, pedía a Dios la muerte. Pero la corriente de la vida, rápida e insaciable, no había terminado aun de arrastrar a Mariana.

El pasajero, que llega todo excitado a la estación:

—¿Podré tomar el rápido para Mar del Plata?

El empleado, con calma:

—Eso depende de lo que usted corra. Hace cinco minutos nada más que ha salido.

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino.
¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página 23.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

El argumento de esta parte de Tarzán de los Monos, en la que desarrolla su acción EL HIJO DE TARZAN, tiene una grandiosidad y un desenvolvimiento realmente admirables. Es una novela que deleita y apasiona por la amenidad con que está escrita y por el interés creciente que provoca en los lectores la intensa acción de sus infinitas aventuras.

BAYNES, entre tanto, siguiendo a su guía indígena, se abría paso por entre la densa maleza, bajando mucho la cabeza sobre el cuello de su caballo, y desmontando a menudo donde las bajas ramas se acercaban al suelo demasiado para que pudiera seguir en la silla. El negro le llevaba por el camino más corto, que no estaba destinado ni con mucho a los jinetes; y al cabo del primer día de marcha, el joven inglés se vió obligado a abandonar su montura para seguir sólo a pie el paso veloz de su guía.

Durante las largas horas de caminata el honorable Baynes tuvo siempre tiempo sobrado de dedicarse a sus pensamientos; y cuando se representaba el probable destino de Meriem en poder del sueco, tanto más crecía su furor contra este último. Mas pronto se le clavó en el pensamiento la idea de que sus propios planes villanescos eran los que habían conducido a la doncella a aquel terrible predicamento en que se hallaba, y de que, aunque Meriem hubiese logrado librarse de Hanson, no habría sido mucho mejor la suerte que con él mismo la esperaba.

También llegó entonces a la comprensión de que Meriem le era infinitamente más preciosa de lo que se imaginaba antes. Por primera vez se puso a compararla con otras mujeres a quienes conocía, damas de alcurnia y de posición, y casi con sorpresa se dijo que la joven árabe salía de la comparación harto menos malaprado que las otras. Y de odiar a Hanson pasó a detestarse a sí mismo y a mirarse con repugnancia, así como a contemplar su acto de perfidia en toda su despreciable asquerosidad.

Así, en el crisol de la vergüenza, y al rojo blanco de las verdades desnudas, la pasión que Baynes había sentido por la doncella a quien consideraba inferior socialmente, se vino a acendrar hasta convertirse en amor. Y mientras seguía avanzando a tropezones, otra gran pasión, la pasión del odio, que le impulsaba a la venganza, ardía en su corazón al lado de su amor recién nacido.

Criado entre la holganza y el lujo, no se había visto jamás sometido el honorable Morison Baynes a las durezas y torturas que ahora tenía por constantes compañeras; y sin embargo, a pesar de sus ropas hechas jirones, de su carne desgarrada y sangrienta, apremiaba al negro a mayor velocidad, y eso que él mismo caía de agotamiento a cada doce pasos.

Era la venganza la que le sostenía en su marcha; la venganza y la impresión de que con sus padecimientos estaba expiando en parte el gran agravio que había inferido a la mujer que amaba; porque no albergaba ni un instante la esperanza de salvarla del destino a que él mismo la había empujado.

—¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! —era el triste acompañamiento de sus reflexiones mientras caminaba.

—¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde para salvarla, pero no demasiado tarde para

tomar venganza! Y esa era la esperanza que lo sostenía.

Sólo cuando era ya demasiado oscuro para ver el camino consintió en hacer alto. Una docena de veces aquella tarde había amenazado al indígena con matarlo allí mismo, cuando el fatigado guía insistía en que descansaran.

El negro estaba aterrado. No podía comprender el cambio notabilísimo que tan repentinamente había sufrido el hombre blanco que tanto miedo tenía en la selva la noche antes. Si hubiera hallado ocasión habría desamparado a su amo; pero Baynes colligió que semejante pensamiento podía pasar por la mente del indígena y no le dió lugar a ponerlo por obra. De día no se separó de su lado, y por la noche durmió tocándole en la ruda "boma" de espinos que levantaron como ligera protección contra los carnívoros merodeadores.

Que el honorable Morison Baynes pudiera dormirse en medio de la terrible selva era bastante prueba de que había cambiado considerablemente en las veinticuatro horas últimas. Y el hecho de que estuviera tendido al lado de un negro, que no olía a rosas precisamente, revelaba unas posibilidades de democracia en que antes no había pensado siquiera.

Por la mañana se encontró entumecido, lleno de dolores y medio paralizado, pero no menos resuelto a continuar en persecución de Hanson lo más rápidamente posible.

Con su rifle derribó a un gamo en el vado de un riachuelo, poco después de haber levantado el campo, en ayunas. A regañadientes consintió hacer un breve alto mientras lo asaban y se lo comían, y en seguida reanudaron la marcha por entre la espesura de árboles, linas y malezas.

Y entretanto Korak, que se encaminaba lentamente hacia el Oeste, dió con el rastro de Tantor, el elefante, a quien se encontró paciendo en la densa sombra de la selva. El Matador, solitario y apenadísimo, se alegró de hallar la compañía de su descomunal amigo. Afectuosamente la sinuosa trompa del preboscídeo le rodeó el cuerpo y se vió izado al poderoso lomo en que tantas veces había montado y donde tantas horas había matado dedicado a sus ensueños.

Muy al norte, el Gran Bwana y sus guerreros negros seguían tenazmente la pista de la fugitiva "safari", que los alejaba cada vez más de la muchacha a quien querían salvar: en tanto que en el "bungalow" de la llanura la mujer que había tomado a Meriem un cariño de madre, esperaba llena de dolor y de impaciencia el regreso de la partida salvadora y de la doncella, pues estaba segurísima de que su invencible señor y marido no había de dejar de traerla consigo.

XXII

Mientras Meriem estaba luchando con Malbihn, sin poder valerse de los brazos, agarrotados contra su cuerpo por la fuerza brutal del sueco, sintió que la esperanza desfallecía en su corazón. No profirió un grito, porque sabía que no había nadie que pudiera acudir en su socorro, y además, porque su aprendizaje de la selva en su vida anterior, le había enseñado la inutilidad de pedir auxilio en el salvaje mundo en que se había criado.

Mas mientras pugnaba por desasirse, una de sus manos se puso en contacto con la culata del revólver de Malbihn, que en su pistolera pendía de la cintura del canalla. Lentamente la arrastraba éste hacia las mantas y lentamente también los dedos de la joven empuñaron la codiciada presa y la sacaron de su funda.

Muy al Norte, los guerreros negros seguían tenazmente la pista de la fugitiva.

Y entonces, cuando Malbihn se hallaba ya en el borde del desordenado montón de mantas, Meriem cesó súbitamente de apartarse de él, y con igual rapidez le embistió apelando a todo su empuje. El resultado fué que el sueco se vió derribado hacia atrás que sus pies tropezaron con las mantas, y que cayó boca arriba. Instintivamente Meriem le apuntó el revólver al pecho y apretó el gatillo.

Pero éste cayó en vano sobre su cápsula vacía, y Malbihn se volvió a levantar y se precipitó sobre ella. Meriem le esquivó un instante, y corrió hacia la entrada de la tienda; mas en la misma puerta la mano del miserable cayó sobre su hombro y la arrastró hacia atrás. Volviéndose con la furia de una leona herida, Meriem empuñó el largo revólver por lel cañón, lo agitó un segundo sobre su cabeza y lo dejó caer con fuerza en la cara del sueco.

Lanzando un juramento de dolor y de rabia Malbihn se tambaleó hacia atrás, soltándola, y cayó al suelo desvanecido. Sin mirar siquiera hacia él, Meriem huyó y salió al aire libre. Varios de los negros la vieron y trataron de interceptar su fuga, pero los mantuvo a distancia la amenaza del descargado revólver. Y así traspuso la joven la "boma" que los circundaba y desapareció en la selva hacia el Sur.

Se lanzó inmediatamente a las ramas de un árbol, fiel a los instintos de la Mangani que había sido en otro tiempo, y allí se despojó de su falda de montar, de los zapatos y de las medias, porque sabía que la esperaba un viaje y una fuga que no necesitaban para nada la carga de aquellas prendas. Conservó los calzones y la chaqueta, que le servirían de protección contra el frío y las espinas, sin dificultar mucho sus progresos. Pero la falda y los zapatos eran imposible entre los árboles.

No había avanzado mucho cuando comenzó a darse cuenta de que tenía muy pocas esperanzas de salvación sin contar con medios de defensa o con una arma para cazar algo de comida. ¿Cómo no se le ocurrió quitarle a Malbihn el cinturón donde llevaba la cartuchera, antes de salir de la tienda? Contando con balines de revólver, podía albergar la esperanza de derribar algo de caza menor y de defenderse contra todos los que no fueran los más feroces enemigos que la acecharan en su camino de regreso al adorado hogar de Bwana y de Cariño.

A la par que el pensamiento llegó a su ánimo la decisión de volver para apoderarse de las codiciadas municiones. Bien comprendía que iba a correr graves riesgos de que la capturasen de nuevo; pero sin medios de defensa y de obtener carne, no podía abrigar la menor esperanza de arribar a puerto seguro. Regresó, pues, hacia el campamento de que acababa de escaparse hacía unos minutos.

Pensaba que Malbihn estaría muerto, — ¡tan terrible era el golpe que le había asestado! — y esperaba hallar una oportunidad de entrar en el campamento, después de oscurecido, y buscar en la tienda del miserable la cartuchera de éste; mas apenas había encontrado un escondite en un gran árbol próximo al borde de la "boma", desde donde podía vigilar sin peligro de que la descubrieran, cuando vió que el sueco salía de su tienda, enjugándose la sangre de la cara, y lanzando una rociada de juramentos y preguntas a sus aterrados secuaces.

Poco después todos los del campamento partieron a buscarla; y cuando Meriem estuvo segura de que se habían alejado todos, bajó de su refugio y corrió por el calvero hacia la tienda de Malbihn. Una rápida mirada a su interior le reveló un cajón que guardaba los efectos del sueco, el cual lo había mandado a su campamento occidental por uno de sus indígenas.

Acudió Meriem a aquel cajón pensando que podía contener municiones de repuesto. Rápidamente desató las cuerdas que sujetaban la cubierta de lona, y un momento más tarde levantó la tapa y se puso a revolver la heterogénea colección de cosas que encerraba. Había allí cartas, papeles y recortes de periódicos viejos, y entre otras cosas una fotografía de una niña, en cuyo dorso se veía pegado un fragmento de un diario de París. No pudo leerlo Meriem, pues estaba medio borrado y amarillento por el tiempo y el mucho manoseo; pero le llamó la atención algo de la fotografía de la niña que también se reproducía en el recorte. ¿Dónde había visto ella aquel retrato? Y de pronto, cayó en que era el de ella misma, pero de muchos, muchísimos años antes.

¿De dónde lo habían tomado? ¿Cómo había ido a parar a manos de aquel hombre? ¿Por qué lo había reproducido un periódico? ¿Qué relato era el que hacían aquellas borrosas letras de imprenta?

Meriem estaba perpleja por el enigma que se le había planteado en su busca de balines de revólver. Estuvo un rato contemplando la borrosa fotografía y de pronto se acordó de las municiones que allí la llamaban. Volvió otra vez al cajón, en una esquina, después de revolver hasta el fondo, encontró una cajita de cartuchos. Una mirada le bastó para conocer que eran del calibre del arma que se había sujetado en la pretina de los calzones de montar; luego, guardándose la caja en el bolsillo, se volvió de nuevo a examinar aquel enigmático retrato suyo que tenía en la mano.

Mientras se hallaba así, tratando en vano de adivinar el inexplicable misterio, llegó a sus oídos ruido de voces. Instantáneamente se puso alerta. ¡Se acercaban! Un segundo más tarde reconoció Meriem el lenguaje de carretero del sueco. ¡Malbihn, su perseguidor, volvía! Meriem corrió a la entrada de la tienda y se asomó a mirar. ¡Era demasiado tarde! ¡Estaba acorralada! El blanco y tres de sus acólitos se encaminaban en derechura a la tienda, atravesando el calvero. ¿Qué hacer? Meriem se guardó la fotografía en el seno de la blusa, y rápidamente metió un cartucho en cada orificio de la cámara del revólver. Luego retrocedió hasta el fondo de la tienda, sin dejar de apuntar con el arma hacia la entrada. Los hombres se detuvieron en la parte exterior, y Meriem oyó que el sueco daba instrucciones entre blasfemias incesantes. Tardó bastante tiempo en darlas, y mientras hablaba con su voz bronca y brutal, la joven buscó algún medio de escape. Agachándose, levantó el fondo de la lona de la tienda, y miró por debajo y a lo lejos. Por aquel lado no se veía a nadie. Tirándose de boca al suelo, pasó por debajo de la pared de tela en el preciso momento en que entraba Malbihn, diciendo la última palabra a sus hombres.

Meriem le oyó cruzar la tienda, y entonces se levantó y agachada, corrió a una choza indígena que tenía detrás. No se veía tampoco a nadie. No la habían observado. Y de pronto sintió una terrible maldición en la tienda de Malbihn. El sueco, descubierto el saqueo de su cajón, empezó a llamar a vo-

tes a sus hombres y al oir que éstos contestaban, Meriem se precipitó fuera de la choza y corrió al extremo más distante de la boma. En aquel punto la dominaba un árbol que, para los perezosos negros, era demasiado grueso para talado, por lo cual habían terminado la boma casi al mismo pie de él. Meriem dió gracias al cielo por la circunstancia, cualquiera que fuese, a que se debía el haber dejado aquel árbol donde se hallaba, puesto que le ofrecía el camino de escape tan necesario, y que de otro modo, no habría encontrado.

Desde su escondite vió la joven que Malhbihn volvía a entrar en la selva, pero esta vez dejando en el campamento una guardia de tres hombres. Dirigióse hacia el sur, y una vez que hubo desaparecido, Meriem rodeó la parte exterior de la cerca y se encaminó hacia el río. Allí estaban las canoas que habían servido para transladar a la partida desde la orilla opuesta. Eran unos armatostes pesadísimos para manejados por una muchacha sola, pero puesto que no contaba con otro medio, habría de valerse de una de ellas para cruzar el río.

El punto de embarque estaba claramente a la vista de la guardia del campamento. El arriesgarse a cruzar el río ante sus ojos habría significado una captura infalible. La única esperanza de Meriem se hallaba en esperar hasta la caída de la noche, a no ser que antes se presentara cualquier circunstancia imprevista. Una hora estuvo allí vigilando a la guardia, uno de cuyos hombres se hallaba siempre en situación tal que había de descubrirla inmediatamente si intentaba echar al agua una de las canoas.

De pronto se presentó de nuevo Malbihn saliendo de la selva, sudando y jadeante. Inmediatamente corrió al río, adonde estaban las piraguas, y las contó. Era evidente que se le había ocurrido de pronto que la muchacha tenía que cruzar la corriente por aquel sitio, si deseaba volverse al lado de sus protectores. La expresión de alivio de su semblante cuando vió que no faltaba ninguna de las canoas era prueba palmaria de lo que por su pensamiento cruzaba. Dió media vuelta y habló apresuradamente con el cabecilla de sus negros, que había salido en pos de él de la selva, y se hallaba con otros varios indígenas.

Siguiendo las instrucciones de Malbihn, eharon al agua todas las piraguas menos una. El sueco llamó a los guardianes del campamento y un minuto más tarde toda la partida se había metido en las embarcaciones y remaba corriente arriba.

Meriem los estuvo observando hasta que echaron al agua todas las piraguas menos una. un meandro del río, al Norte del campamento, los ocultó a su vista. ¡Se habían marchado! ¡Se hallaba sola, y le habían dejado una piragua en la que se veía un remo! Apenas se atrevía a creer en tan buena fortuna. Ahora el retraso por más tiempo habría sido un suicidio para sus esperanzas. Vivamente se descolgó Meriem de su escondite y se dejó caer al suelo. A una docena de varas de distancia estaba la canoa.

Corriente arriba, más allá del meandro, Malbihn ordenó a sus embarcaciones que se acercaran a la orilla. Desembarcó en seguida con el jefe de su gente y cruzó despacio la pequeña punta, en busca de un lugar desde donde pudiera vigilar la piragua que había dejado en la otra orilla. Estaba sonriendo al pensar en el triunfo casi infalible de su estratagema, pues tarde o temprano la muchacha volvería e intentaría cruzar el río en una de sus canoas. Podía ser que esta idea no se le ocurriese en algún tiempo, y acaso tuvieran que esperar un día o dos; pero Malbihn estaba seguro de que Meriem se presentaría, si estaba aun viva y no la habían capturado los hombres enviados a escudriñar la selva en su busca. Pero no se figuraba el miserable que la joven apareciera tan pronto: y por esta razón, cuando hubo cruzado el promontorio y llegó otra vez al lado del río, vió una cosa que le arrancó un airado terno... ¡Su presa se hallaba ya a la mitad de la corriente!

Dió una vuelta y corrió hacia sus canoas, seguido de cerca por los indígenas. Entraron en ellas atropelladamente y Balbihn le apremió a los remeros para que dieran de sí todo su esfuerzo. Las piraguas se lanzaron a la corriente y a favor de ella comenzaron a navegar hacia la fugitiva presa. Meriem había terminado casi la travesía cuando llegaron las demás embarcaciones a la vista de ella. En el mismo instante las observó la joven y redobló sus esfuerzos por llegar a la orilla opuesta antes que la alcanzaran. Dos minutos de delantera eran todo lo que necesitaba. Una vez en los árboles, sabía que le seraí muy fácil dejarlos atrás y burlar su persecución. Sus esperanzas eran grandes... Ya no la habían de alcanzar, porque se les había anticipado mucho.

Malbihn, sin cesar de hostigar a sus hombres con una rociada de juramentos y puñetazos, se dió cuenta de que la muchacha se escapaba otra vez de sus garras. La canoa primera, en cuya proa iba el sueco, estaba aun a un centenar de varas detrás de la fugitiva Meriem, cuando ésta atracó la punta de la suya bajo las colgantes ramas, en la orilla que representaba la salvación para ella. Malbihn le gritó que se detuviera. Parecía haber enloquecido de rabia ante el convencimiento de que no podía alcanzarla. Al ver que la joven no le hacía caso, se encaró el rifle, apuntó cuidadosamente a la delgada figura que trepaba ya por los árboles, y apretó el gatillo.

Malbihn era tirador excelente. Podía decirse que a tan corta distancia jamás erraba el tiro; y no lo habría errado aquella vez a no ser por un accidente que sobrevino en el mismo instante de apretar el gatillo, y al que Meriem debió la vida. Fué la providencial presencia de un tronco de árbol, cuyo extremo se había empotrado en el fango del fondo y cuya punta asomaba casi a flor de agua en el lugar a que llegaba la canoa de Malbihn en el momento del disparo. La ligera desviación del rumbo del barquichuelo fué suficiente para hacer perder la puntería del

sueco. La bala pasó silbando junto a la cabeza de Meriem, y un instante después la joven había desaparecido entre el follaje del árbol.

Veíase una sonrisa en sus labios cuando la muchacha se descolgó al suelo para cruzar un pequeño calvero en que en otro tiempo había existido una aldea indígena rodeada de sus campos. Las destartaladas chozas aun se alzaban en medio de ruinas. La espesa vegetación de la selva invadía el terreno cultivado. Ya habían brotado arbolillos en lo que fué calle de la aldea; pero la desolación y la soledad envolvían la escena como un sudario. No obstante, para Meriem no representaba más que un lugar desprovisto de árboles altos, que le era forzoso cruzar rápidamente para volver a la selva por el lado opuesto, antes que Malbihn desembarcara.

Las abandonadas chozas eran para ella tanto mejores cuanto que estaban desiertas La joven no vió los penetrantes ojos que la observaban desde una docena de sitios, desde las desquiciadas puertas, tras los medio derrumbados graneros. Sin darse la menor cuenta del inminente peligro, echó a andar por la calle de la aldea, pues era la que le ofrecía el camino más despejado hacia la selva.

A una milla de distancia al Este, abriéndose paso en la espesura por el mismo sendero que tomó Malbihn al llevar a Meriem a su campamento, un hombre vestido con destrozado traje kaki, astroso, sucio, desgreñado, se detuvo de pronto cuando la detonación del rifle del sueco sonó débilmente en la enmarañada selva. El negro que le precedía hizo alto también.

—Ya hemos llegado casi, Bwana — le dijo con acento y actitud que revelaban respeto y temor a un tiempo.

El blanco hizo un movimiento de cabeza e indicó por señas a su guía que siguiese andando. Era el honrable Morison Baynes, el petimetre, el sibarita. Tenía cara y manos rasguñadas y cubierta con a sangre seca de las heridas ocasionadas por las breñas y espinas. Llevaba la ropa hecha jirones. Mas al través de la sangre, de la suciedad y de los andrajos, se veía relucir a un nuevo Baynes, un Baynes más gallardo que el pisaverde barbilindo de antaño.

En el corazón y en el alma de todo hijo de madre, late el germen de la virilidad y del honor. El remordimiento por una acción canallesca, y el honroso deseo de reparar el daño que había causado a la mujer a quien realmente amaba, fomentaron el rápido desarrollo de dicho germen en el ama de Morison Baynes, y sobrevino la metamorfosis.

Avanzaron los dos hacia el punto en que había sonado el único disparo. El negro iba desarmado, pues Baynes, temiendo su deslealtad, no se había atraveido ni siquiera a confiarle el rifle, de cuyo peso habría querido mil veces verse aliviado durante la larga marcha; mas ahora que se acercaban a su meta, y sabiendo como sabía que el odio a Balbihn ardía vivamente en el corazón del indígena, Baynes le entregó el arma, pues pensaba que habría lucha; es más. se suponía que la hubiera, ya que había llegado allí como vengador. El, que era excelente tirador de revólver, se contentaría con el arma más pequeña, que pendía de su costado.

Y mientras los dos, a tropezones, se adelantaban hacia su meta, les sobresaltó oir dalante una descarga de tiros. Después sintieron unas cuantas detonaciones sueltas, algunos alaridos salvajes y luego silencio. Baynes estaba frenético por su intento de avanzar más rápidamente, pero allí la selva parecía infinitamente más enmarañada que antes. En diez o doce ocasiones tropezó y se cayó de boca. Dos veces siguió el negro un rastro sin salida y se vieron obligados a desandar lo andado; mas al fin llegaron a un pequeño calvero próximo al gran afl; un calvero que en otro tiempo contuvo una aldea próspera, pero que a la sazón yacía en ruinas, sombría y desolada.

En la vegetación de selva que invadía lo que fué en otro tiempo la calle principal de la aldea, yacía el cadáver de un negro, con el corazón atravesado de un balazo, pero todavía caliente. Baynes y su compañero miraron atentamente en todas direcciones, pero no pudieron descubrir ni rastro de alma viviente. En silencio se detuvieron, escuchando con la mayor atención.

¿Qué era aquello? ¿Voces y ruido de remos en el río?

Baynes corrió por entre la muerta aldea hacia el borde de la selva, que daba al agua. El negro iba a su lado. Juntos se abrieron paso entre la pantalla de follaje hasta llegar a ver claramente el río, y allí, en la otra orilla casi ,divisaron las piraguas de Malbihn que se encaminaban rápidamente hacia el campamento. El negro reconoció al instante a sus compañeros indígenas.

—¿Cómo podremos cruzar? — preguntó Baynes.

El negro movió la cabeza dubitativamente. No disponían de embarcación, y la presencia de cocodrilos hacía que el lanzarse al agua con la esperanza de atrevesar la corriente a nado fuese una temeridad equivalente a un suicidio. En aquel momento el indígena miró por casualidad río abajo, y vió, apoyada entre las ramas de un árbol, la piragua en que Meriem había realizado su fuga. El negro cogió el brazo de Baynes y señaló hacia la embarcación. El honorable Morison apenas pudo reprimir un grito de triunfo. Rápidamente se lanzaron los dos por las encorvadas ramas hasta la canoa. El indígena empuñó el remo y Baynes empujó para separar la embarcación de la orilla. Un segundo más tarde se hallaba en la corriente del río, con la proa hacia la margen opuesta y al campamento del sueco. Baynes iba agachado delante, forzando los ojos para mirar a los hombres que atracaban las otras piraguas a la orilla de enfrente. Observó que Malbihn saltaba a tierra desde la primera de las embarcaciones, y le vió volverse a mirar al río. También observó su sobresalto de sorpresa cuando sus ojos se fijaron en la canoa que los perseguía, y llamó en seguida la atención de sus secuaces.

Luego se quedó esperando, porque no se trataba más que de una embarcación con dos hombres, lo cual representaba poco peligro para él y para sus satélites. Malbihn estaba perplejo. ¿Quién sería aquel blanco? No le conocía aún, aunque la piragua de Baynes se hallaba ya a mitad de la corriente, y los de la orilla podían discernir las facciones de las dos personas que la ocupaban. Fué uno de los negros de Malbihn el primero que conoció a su compañero indígena en la persona del acompañante de Baynes. Entonces el sueco conjeturó quién era el blanco, aunque apenas podía dar crédito a sus propios razonamientos. Parecía superior a las más fantásticas suposiciones la idea de que el honorable Morison Baynes le hubiera seguido por la selva sin más que un compañero... Y, sin embargo, así era la verdad. Bajo la suciedad y los andrajos, lo conoció al fin, y en la necesidad de admitir que era él, Malbihn se veía obligado a admirar el incentivo que había impulsado al honorable Morison Baynes, el débil y cobarde inglés, a seguir sus pasos por la formidable selva virgen.

El hombre llegaba a pedir explicaciones y a vengarse. Parecía increíble, pero el hecho de su presencia no podía tener otra explicación. Malbihn se encogió de hombros. ¡Bueno! Otros le habían buscado con fines similares en el curso de su larga carrera de fechorías. Echó mano a su rifle, y esperó.

La canoa estaba ya a distancia de poder hablar con sus ocupantes.

—¿Qué buscan aquí? — berreó Malbihn levantando amenazadoramente el arma.

El honorable Morison Baynes se puso en pie.

—¡Te buscamos a tí, canalla! — gritó, sacando su revólver y disparando casi al mismo tiempo que el sueco.

Cuando sonaron las dos detonaciones, Malbihn dejó caer el rifle, se llevó frenéticamente las manos al pecho, vaciló, y cayó primero de rodillas y luego de boca. Baynes se irguió y echó atrás la cabeza espasmódicamente. Un segundo permaneció así, y luego se dejó caer al fondo de la piragua.

El remero negro estaba hecho un mar de confusiones en cuanto a lo que debía hacer. Si Malbihn había muerto, realmente podía continuar sin temor hasta reunirse con sus camaradas, pero si el sueco no estaba más que herido, sería mucho más seguro volverse a la otra orilla. Vacilaba, pues, manteniendo la embarcación en medio de la corriente. Había llegado a profesar considerable respecto a su nuevo amo, y la muerte de éste no le dejaba impasible. Mientras se hallaba contemplando el cuerpo del joven inglés, caído en la proa de la piragua, lo vió agitarse. Con débiles movimientos trató de volverse boca arriba. Vivía aún. El negro se acercó y lo colocó sentado. Hallábase delante de él, con el remo en una mano, y preguntando a Baynes dónde estaba herido, cuando se sintió otro tiro en la orilla y el indígena cayó de cabeza al agua con un balazo en la frente y el remo aún agarrado en los muertos dedos.

Baynes se volvió a duras penas en dirección a la orilla y vió que Malbihn, boca abajo y apoyado en los codos le apuntaba con el rifle. El inglés se deslizó al fondo de la canoa en el momento de silbar la bala sobre su cabeza. Malbihn, mal herido, tardaba más en apuntar y no era su puntería tan certera como antes. Con dificultad se volvió Baynes boca arriba y de costado, y empuñando el revólver en la mano derecha se irguió lo bastante para poder mirar por cima de la borda de la piragua.

Malbihn lo vió instantáneamente y disparó, pero Baynes no pestañeó ni retrocedió siquiera. Con el mayor cuidado apuntó al blanco que tenía en la orilla de que le iba alejando la corriente. Apretó el gatillo... hubo un fogonazo y una detonación, y el gigantesco cuerpo de Malbihn se estremeció al recibir otro balazo.

Pero aun no estaba muerto. De nuevo apuntó y disparó, y la bala levantó astillas al borde de la canoa, junto a la cara de Baynes. Tiró éste otra vez mientras su piragua se alejaba más río abajo, y Malbihn contestó desde la orilla, donde yacía en un charco de su propia sangre. Y así, tenazmente, los dos heridos continuaron sosteniendo un fantástico desafío hasta que el tortuoso río africano hizo desaparecer al honorable Morison Baynes al otro lado de una punta de tierra cubierta de árboles

XXIII

Había recorrido Meriem la mitad de la calle de la aldea cuando una veintena de negros y mestizos vestidos de blanco se abalanzaron sobre ella desde los oscuros interiores de las chozas. Volvióse la doncella para huir, pero unas manos poderosas la agarraron y cuando al fin quiso suplicar a sus captores, sus ojos se posaron en el semblante de un viejo alto y ceñudo que la miraba bajo los pliegues de su albornoz.

Al verlo la muchacha retrocedió con sorpresa y terror a un tiempo. ¡Era el jeque!

Instantáneamente volvió a sentir en el alma todos los sustos y temores de su niñez. Quedóse temblando ante aquel horrible viejo, como se queda un asesino ante el juez que ha de dictar contra él la sentencia de muerte. Vió en seguida que el jeque la había conocido. Los años y el cambio de ropa no la habían alterado hasta el punto de que no identificara sus facciones el que tanto las había visto en su infancia.

—¿De modo que al fin has venido otra vez con tu gente, eh? — rugió el jeque. — ¿Ahora vendrás a pedirnos alimento y protección, no es eso?

—Déjame marchar — exclamó la muchacha. — Yo no te pido nada, sino que me dejes volverme con el Gran Bwana.

—¿El Gran Bwana? — chilló casi el árabe, que a renglón seguido profirió una retahila de denuestos contra el hombre blanco a quien temían todos los malhechores de la selva. — ¿Conque quisieras volverte con el

Gran Bwana, verdad? ¿Conque ha sido con él con quien has estado desde que te escapaste de mi aldea? ¿Y quién es el que ahora viene por el río detrás de tí? ¿El Gran Bwana también?

—El que viene es el sueco a quien echastes una vez de tu país cuando su compañero y él se pusieron de acuerdo con Mbeda para robarme — repuso Meriem.

Los ojos del jeque echaron chispas. Inmediatamente llamó a sus hombres, ordenándoles que se acercaran a la orilla del río y se emboscaran para aniquilar a Malbhin y a su partida pero el sueco había desembarcado ya, y arrastrándose por el borde de la selva, en aquél momento se hallaba contemplando con incrédulos ojos la escena que se representaba en la calle desierta de la aldea. Conoció al jeque en el momento que sus ojos se clavaron en él. Había en el mundo dos hombres a quienes Malbhin temía como al mismísimo demonio. El uno era el Gran Bwana y el otro era el viejo jeque. Una sola mirada echó a la demacrada figura del árabe, y en seguida dió media vuelta y se escurrió hacia su piragua diciendo a sus compañeros que le siguiesen. Y así ocurrió que la partida estaba ya en el centro del río antes que el jeque llegase a la orilla, y después de una descarga y de unos cuantos tiros sueltos, que contestaron desde las canoas, el árabe llamó a sus hombres y luego de atar bien a su prisionera, se encaminó en dirección el Sur.

Una de las balas de los indígenas de Malbhin hirió a un negro que se hallaba en una de las calles de la aldea, donde le habían dejado con otro para guardar a Meriem. Y allá abandonaron al muerto sus compañeros, después de despojarlo de las armas y de cuanto llevaba encima. Era el cadáver que Baynes había descubierto al entrar en la aldea.

El jeque y su partida marchaban en dirección al Sur, siguiendo el curso del río, cuando uno de ellos al quedarse rezagado para tomar agua, vió a Meriem que remando desesperadamente se acercaba desde la orilla opuesta. El indígena llamó la atención al jeque sobre aquel extraño suceso: una mujer blanca sola en el Africa central; y el viejo árabe escondió a sus hombres en la desierta aldea para capturarla cuando desembarcase, porque la idea del rescate se hallaba siempre en su cerebro. Ya más de una vez había pasado por sus manos reluciente oro procedente de análogo origen. Era dinero ganado con facilidad, y el jeque no andaba muy sobrado de él desde que el Gran Bwana había circunscripto de tal suerte el límite de sus antiguas posesiones, que no se atrevía siquiera a robar marfil a los indígenas a doscientas millas del aduar europeo. Y cuando al fin la joven cayó en el lazo que le habían preparado, y el jeque reconoció en ella a la misma chiquilla que él mismo había maltratado años antes, su satisfación no tuvo límites. Sin pérdida de tiempo se propuso restablecer las relaciones de padre e hija que existieron entre ellos en tiempos pasados, y a la primera oportunidad le dió un fuerte puñetazo en la cara. La obligó a ir andando, cuando fácil le hubiera sido hacer apearse a uno de sus hombres, o llevarla a la grupa de su propia cabalgadura. parecía de torturarla y humillarla; y entre todos los secuaces del bandido no halló Meriem uno solo que le ofreciera su simpatía o que se atreviera a defenderla, aunque hubiera sentido deseos de hacerlo.

Una caminata de dos días los trasladó finalmente al familiar escenario de su infancia, y la primera cara en quien fijó Meriem los ojos cuando la hicieron cruzar la puerta de la fuerte estacada fué la de la desdentada y repugnante Mabunu la que había sido su aya en otro tiempo. Era como si los años transcurridos no fueran más que un sueño. De no haber sido por su ropa y de lo mucho que había crecido en estatura, Meriem se habría sentido dispuesta a creerlo.

Un rato los habitantes de la aldea del jeque que no le acompañaban en su expedición se entretuvieron y regocijaron examinando a la extraña muchacha vestida de blanco a quien algunos de ellos habían conocido de niña. Mabunu fingió gran alegría al verla regresar, y dejó ver las desdentadas encías en sus asquerosas muecas que quería ser de alborozo. Más Meriem se extremeció al recordar las crueldades de aquella horrible bruja en los años pasados.

Entre los árabes que habían llegado allí en ausencia de Meriem se hallaba un joven de veinte años, gallardo, pero de siniestro aspecto, que se quedó contemplándola con manifiesta admiración hasta que el jeque se presentó y le ordenó alejarse; y Abdul Kamak le obedeció, enarcando el ceño.

Por fin, satisfecha la curiosidad de aquella gentuza, Meriem se quedó sola. Como en otro tiempo le permitieron andar libremente por el interior de la aldea, por que la empalizada era alta y fuerte, y las únicas puertas estaban bien guardadas día y noche; pero como antaño, a la joven no le hacía maldita la gracia la compañía de los crueles árabes y de los degradados negros que formaban el séquito del jeque; y así, como solía en los tristes días de su infancia, Mariem se deslizó hasta una esquina poco frecuentada de la cerca, donde amenudo había jugado a la comidita con su amada Geeka, bajo las extensas ramas del árbol gigante que dominaba la empalizada; más ahora el árbol había desaparecido, y Meriem conjeturaba la razón de ello. Desde aquel árbol había bajado Korak a derribar al jeque, el día que la rescató de una vida de torturas en que había pasado tanto tiempo que casi no conocía ni recordaba otra.

No obstante había arbustos de poca altura dentro de la empalizada, y a la sombra de uno de ellos se sentó Meriem a reflexionar. Un rescoldo de dicha caldeó su corazón al recordar su primer encuentro con Korak, y los largos años que el joven la había protegido y la había cuidado con toda solicitud y la pureza de un hermano mayor. Hacía meses que Korak no ocupaba los pensamientos de

Meriem como lo hacía aquel día. Ahora le parecía más querido que nunca, y se maravillaba que su corazón se hubiera alejado tanto de la lealtad hacia su recuerdo. Y luego se le presentó la imagen del honorable Morison, el sibarita, y Meriem se sintió turbada. ¿Amaba realmente al inmaculado joven inglés? Pensaba en las maravillas de Londres de las que había hablado Baynes con tan seductoras palabras. Trató de imaginarse así misma almirada y honrada en medio de la más alegre sociedad de la gran metrópolí. Los cuadros que evocaba eran los que el honorable Morison le había pintado. Eran escenas muy atractivas pero entre ellas pugnaba por colarse la atezada y medio desnuda arrogancia del gigantesco Adonis de la selva.

Meriem se oprimió el pecho con las manos para ahogar un suspiro, y al hacerlo sintió el duro contorno de la fotografía que se había guardado en el seno al escaparse de la tienda de Malbhin. Sacó el retrato y empezó a examinarlo con mayor atención que la vez pasada. Estaba segura de que aquella cara infantil era la suya.

Estudió la fotografía en todos sus detalles. Medio oculto entre la puntilla de un lindo vestido se veía un medallón pendiente de una cadena. Meriem enarcó el ceño. ¡Qué hostigadores recuerdos medio borrados despertaba aquello en su espíritu! ¿Podría aquella flor de una civilización evidente ser la misma Meriem, la niña árabe, hija del jeque? Era imposible. Luego, aquel medallón... Meriem lo conocía. Meriem no podía combatir la convicción de su recuerdo. Había visto aquel medallón, y éste había sido suyo. ¿Qué extraño misterio era el de su pasado?

Mientras se hallaba contemplando el retrato se percató de que no se hallaba sola, de que junto a ella se había plantado alguien después de acercarse sin hacer ruido. Como una culpable volvió a guardarse el retrato dentro de la blusa. Una mano se posó en su hombro. La joven estaba segura que era la del jeque, y aguardó con sombrío terror el golpe que infaliblemente habría de seguir.

Mas no vino el golpe, y Meriem levantó la vista para mirar por encima del hombro. Entonces se encontró con los ojos de Aadul Kamak, el joven árabe.

—He visto,—le dijo éste,—el retrato que acabas de esconder. Es el tuyo cuando eras muy niña, pero muy niña. ¿Me dejas que lo vuelva a ver?

Meriem se alejó de él.

—Yo te lo devolveré — dijo el árabe.

—He oído hablar de tí, y se que no tienes amor al jeque tu padre. Yo tampoco. No te haré traición, no temas. Déjame ver el retrato.

Viéndose sin amigos entre aquellos crueles enemigos, Meriem se agarró como desesperada al clavo ardiendo que el árabe Abdul Kamak le ofrecía. Tal vez en él pudiera encontrar el amigo que necesitaba. De todos modos, el joven había visto el retrato, y si no era amigo diría al jeque que ella lo tenía, y se lo arrebatarían indudablemente. Bien podía, pues, acceder a la petición de Abdul Kamak, con esperanza de que éste le hubiera hablado con lealtad, y con lealtad la tratase. Sacó la fotografía de su escondite y se la alargó.

Abdul Kamak la examinó cuidadosamente, comparándola facción por facción con las de la muchacha sentada en el suelo, que no dejaba de mirarle. Lentamente movió la cabeza.

—Sí, eres tú — dijo. — ¿Pero dónde te lo hicieron? ¿Cómo es que la hija del jeque está vestida con ropa de infieles?

—No lo sé — replicó Meriem. — Yo no había visto el retrato hasta hace un par de días, cuando lo encontré en la tienda de Malbihn, el sueco.

Abdul Kamak enarcó las cejas. Volvió el retrato y cuando sus ojos se fijaron en el recorte de periódico se abrieron desmesuradamente. Leía francés con dificultad, es cierto, pero lo leía. Había estado en París, donde pasó seis meses con una tropa de compañeros del desierto para exhibirse en una exposición, y aprovechó el tiempo aprendiendo muchas cosas de las costumbres, bastante del lenguaje y sobre todo muchos de los vicios de sus conquistadores. Ahora puso a contribución sus conocimientos. Lenta y laboriosamente leyó el recorte del periódico amarillo por el tiempo. Ya sus ojos no estaban abiertos, sino que, por el contrario, se estrechaban hasta formar dos rendijas de astucia. Cuando terminó de leer miró a Meriem y le preguntó:

—¿Has leído esto?

—Está en francés, — replicó la joven, — y yo no sé leerlo.

Abdul Kamak permaneció largo rato en silencio mirando a la doncella. Era hermosísima. Tenía el árabe una idea que podía fomentar si Meriem seguía ignorando lo que decía aquel recorte de periódico, pero que ciertamente quedaría condenada al fracaso si la muchacha se enteraba de su contenido.

—Meriem — cuchicheó el árabe, — hasta hoy no te habían contemplado mis ojos, pero en seguida de verte, le han dicho a mi corazón que en adelante he de ser siempre tu criado. Tú no me conoces, pero yo te ruego que fíes de mí. Yo te puedo ayudar. Tú odias al jeque... y yo también. Déjame que te saque de su poder. Ven conmigo, y huiremos al gran desierto, donde mi padre es un jeque más poderoso que el tuyo. ¿Querrás seguirme?

Meriem guardó silencio. No quería ofender al único que le ofrecía protección y amistad; pero no le gustaba tampoco que Abdul Kamak la amara. Engañado por el silencio de la joven, el árabe la atrajo hacia su pecho, pero Meriem luchó por desasirse.

—Yo no te quiero — le dijo. — Por favor, no vayas a hacer que te odie. Eres el único que me ha mostrado amabilidad aquí, y deseo tenerte afecto, pero no amarte.

Abdul Kamak se irguió en toda su estatura.

—Ya llegarás a amarme — le dijo, — porque te tomaré quieras o no quieras. Tú odias

al jeque y no se lo dirás, porque si se lo dices yo le diré lo del retrato. Yo odio al jeque y...

—¿Conque odías al jeque? — exclamó en esto una voz bronca detrás de ellos.

Ambos se volvieron y se encontraron con el viejo árabe a pocos pasos de distancia. Abdul, que tenía aún el retrato en la mano, se lo escondió en el arbornoz.

—Sí — dijo, — odio al jeque.

Y al propio tiempo de pronunciar estas palabras, dió un salto hacia el viejo, lo derribó al suelo de un puñetazo, y se precipitó por medio de la aldea hasta el punto en que se hallaba su caballo atado a una estaca, ensillado y pronto; porque Abdul Kamak se disponía a salir de caza cuando vió a Meriem sola junto a los árbustos.

Korak acariciando a Tantor, su descomunal amigo.

Saltó a la silla del animal, y se precipitó hacia las puertas de la aldea. El jeque, momentáneamente atontado por el golpe se puso en pie vacilando y dió unos gritos a sus secuaces para que impidieran la fuga del árabe. Una docena de negros se abalanzaron a interceptar el paso del jinete, pero se vieron derribados o barridos a un lado por el cañón de la espingarda de Abdul Kamak, que la blandía de un lado a otro mientras picaba espuelas hacia la puerta. Pero allí habían de cortarle el paso indudablemente. Ya los dos indígenas estacionados de centinela cerraban los dos pesados batientes. El cañón del arma del fugitivo tomó posición horizontal. A rienda suelta y galopando furiosamente, el hijo del desierto disparó una vez... dos veces, y los guardianes de la puerta cayeron derribados. Profiriendo un salvaje alarido de triunfo, haciendo girar la espingarda a gran altura, y volviendo en la silla para reirse en las mismas barbas de los perseguidores, Abdul Kamak se precipitó fuera de la aldea del jeque, y lo devoró la espesura de la selva.

Echando espumarajos de ira, el jeque ordenó la persecución inmediata del fugitivo, y luego se volvió con rápido andar al sitio de los arbustos en que todavía estaba agazapada Meriem.

—¿El retrato? — preguntó el jeque. — ¿Qué retrato es ese de que hablaba el muy perro? ¿Dónde está? ¡Dámelo en seguida!

—Se lo ha llevado él — contestó Meriem sombríamente.

—¿Qué era eso? — preguntó de nuevo el viejo, agarrando brutalmente a la joven por el pelo y obligándole a levantarse, al propio tiempo que la zarandeaba lleno de ira. — ¿De quién era el retrato?

—Mío — replicó Meriem, — de cuando yo era niña. Se lo robé a Malbihn el sueco... Tenía detrás pegado un recorte de un periódico.

El jeque se puso blanco de rabia.

—¿Qué decía ese recorte? — preguntó en voz tan baja que apenas pudo Meriem percibir sus palabras.

—No lo sé. Estaba en francés y yo no leo francés

El jeque pareció tranquilizado. Casi tuvo una sonrisa, y no volvió a pegar a Meriem, alejóse de allí, no sin hacer a la muchacha la previa advertencia de que no volviera a hablar con nadie que no fuera él mismo o Mabunu.

Entre tanto, por el sendero de las caravanas, galopaba Abdul Kamak hacia el norte.

. . . .

Cuando su canoa desapareció de la vista y del alcance del herido sueco, el honorable Morison Baynes se dejó caer débilmente al fondo, donde estuvó largas horas en un sopor parcial.

Era ya de noche cuando recobró del todo el sentido. Y entonces se mantuvo quieto to de balanceo de la cosa que lo sustentaba y tratando de hacer memoria de dónde estaba. de averiguar a qué se debía el movimiento de balanceo de lo caso que lo sustentaba y de comprender por qué cambiaba tan rápida y maravillosamente la posición de las estrellas. Un instante se imaginó estar soñando; pero cuando quiso moverse para sacudir el sueño, el dolor de su herida le recordó los acontecimientos que habían pasado en su estado presente. Entonces fué cuando se percató de que estaba flotando a favor de la corriente de un gran río de Africa, en una piragua indígena; solo, herido y extraviado.

Penosamente se incorporó hasta sentarse. Observó entonces que la herida le dolía meros de lo que él se imaginaba un momento antes. La tentó con los dedos y observó que había dejado de sangrar. Probablemente no sería más que una herida superficial, y na-

da serio. Si le imposibilitaba totalmente, aunque sólo fuera por unos cuantos días, significaría la muerte, pues entonces ya estaría demasiado débil de hambre y de dolor para poder procurarse alimento por sí mismo.

De su propio predicamente volvió su memoria a pensar en Meriem. Como es natural, creía que su amada estaba con el sueco en el momento de intentar él llegar al campamento del villano, pero el honorable Morison se preguntaba qué sería de ella ahora. Aunque Hanson muriese de las heridas, ¿sería mejor la suerte de Meriem? Esta se hallaba en poder de hombres igualmente villanos, de brutales salvajes de la peor ralea. Baynes escondió la cara entre las manos y se movió de un lado a otra mientras el horrible cuadro del destino de la doncella se grababa a fuego en su conciencia. ¡Y era él el que la había arrastrado a tan desdichada suerte! Sus perversos apetitos habían arrancado a una muchacha pura e inocente de la protección de los que la querían, para arrojarla en las garras del brutal sueco y de su séquito de forajidos. ¡Y él, hasta que fué demasiado tarde, no se dió cuenta de la magnitud del crimen que él mismo había meditado y planeado! Hasta que fué demasiado tarde no se percató de que más grande que su deseo, más grande que su lujuria, más grande que cualquier pasión de las que había sentido antes, era el recién nacido amor que abrasaba su corazón por la muchacha a quien había querido perder.

Su único pensamiento era ya reparar el daño, volver al lado de Meriem y rendir la misma vida, si era necesario, en la empresa de protegerla. Sus ojos recorrieron la piragua en busca del remo, porque una resolución había galvanizado sus fuerzas para la acción inmediata, a despecho de su debilidad y de su herida. Pero el remo había desaperecido. Volvió Morison los ojos hacia la orilla del río, y confusamente, al través de la obscuridad de una noche sin luna, vió la formidable negrura de la selva; mas ahora no vibró en él la cuerda del terror como había vibrado antes. Ni siquiera le maravilló no sentir miedo, porque su espíritu estaba enteramente ocupado con los pensamientos del peligro ajeno.

Se puso de rodillas, se inclinó sobre el borde de la canoa, y comenzó a remar vigorosamente con la palma de la mano abierta. Aunque se cansara y le dolía, continuó asiduamente durante horas la labor que él mismo se había impuesto. Poco a poco la embarcación se fué acercando más y más a tierra. El honorable Morison sintió el rugido de un león enfrente de él, y tan cerca que se dijo que debía de estar casi en la orilla. Arrimó el rifle a su costado, pero no cesó de remar un instante.

Después de lo que al fatigado caballero le pareció una eternidad de tiempo, sintió roce de ramas contra la canoa y oyó el ruido del agua en torno de ellas. Un momento más tarde extendió los brazos y se agarró a una rama poblada de hojas. El león rugió de nuevo, al parecer muy cerca esta vez, y Baynes se preguntó si la fiera le habría estado siguiendo por la orilla esperando a que desembarcara.

Probó la fuerza de la rama a que estaba asido, y le pareció bastante fuerte para sostener a una docena de hombres. Luego se bajó y levantó el rifle del fondo de la canoa, echándose la correa al hombro Probó otra vez la rama, y en seguida, agarrándola todo lo más arriba que pudo, hizo una penosa dominación y subió lentamente hasta que sus pies dejaron de tocar la canoa, la cual, libre ya, se escurrió flotando en silencio por debajo de él, y fué a perderse para siempre en la negrura de las sombras que se tendían corriente abajo.

Morison Baynes había quemado las naves. No le quedaba más recurso que trepar más arriba o dejarse caer al río; pero no habaí tenido otro remedio. Luchó por subir una pierna encima de la rama, pero apenas se sintió con fuerzas para hacerlo, porque estaba muy débil. Un momento se mantuvo suspendido y sintiendo que sus pocas fuerzas le abandonaban. Y se dijo que era menester que en seguida ganara la rama superior, pues de lo contrario sería demasiado tarde.

De pronto el león volvió a rugir casi en sus oídos, y Baynes levantó la vista y vió dos puntos de fuego a corta distancia de él, y en sitio más elevado. La fiera se hallaba en el ribazo contemplándole... y esperando. Bueno, que esperara, pensó el honorable Morison Baynes. Los leones no pueden trepar a los árboles, y si él lograba subirse a aquél, estaría bastante seguro contra los ataques del felino.

Los pies del joven inglés pendían casi hasta la misma superficie del agua, mucho más cerca de lo que él presumía, porque tanto abajo como arriba era una obscuridad de tinta lo que le rodeaba. De pronto oyó una leve agitación en el río debajo de él, y algo tropezó con uno de sus pies, lo cual fué seguido instantáneamente por un sonido que no podía confundirse con ningún otro; el que hacen unas fuertes mandíbulas al cerrarse.

—¡Demonio! — exclamó el honorable Morison en voz alta. — ¡Ese maldito por poco me agarra.

E inmediatamente luchó otra vez por trepar a mayor altura, en busca de una relativa seguridad, mas en seguida se dió cuenta de la inutilidad de su tentativa. La esperanza que había sobrevivido hasta entonces en su ser empezaba ya a esfumarse. Sintió que los cansados y ateridos dedos se escurrían poco a poco de la rama... Se imaginó cayéndose al río, y atacado por las quijadas de la espantosa muerte que abajo le esperaba.

Y luego sintió que se agitaban las hojas de encima de él al moverlas un ser que pasaba por entre ellas. La rama a que estaba asido se dobló al recibir un peso mayor, y nada ligero, a juzgar por lo que se encorvaba; pero Baynes siguió agarrándose a la desesperada, pues voluntariamente no pensaba rendirse a la muerte que lo amenazaba por abajo y por arriba.

De cuando en cuando se detenía para explicar a los grandes monos que aparecían...

Sintió una cosa acolchada, blanda y caliente encima de los dedos, y luego algo bajó de la negrura de arriba y lo izó entre el follaje del árbol.

XXIV

Unas veces balanceándose sobre el lomo de Tantor, y otras vagando por la selva en soledad absoluta, Korak se abría camino lentamente hacia el oeste y el sur. Recorría sólo unas cuantas millas al día, porque tenía toda la vida por delante y no se le ocurría ir a ningún lugar determinado. Probablemente habría ido más de prisa a no ser por el pensamiento que continuamente le acosaba, el de que cada milla que trasponía lo alejaba más y más de Meriem, que ya no era su Meriem, como en otro tiempo, pero a la que continuaba queriendo con el mismo anhelo de siempre.

Y así llegó al sendero de la cuadrilla del jeque, que se dirigía río abajo desde el punto en que el viejo árabe había capturado a Meriem hasta su bien cercada aldea. Korak sabía muy bien quiénes eran los que habían pasado, porque eran pocos los seres de la inmensa selva que no le fueran familiares, y eso que habían transcurrido años desde que no se alejaba tanto hacia el norte. Más como no tenía ningún empeño en encontrarse con el odioso jeque, no se propuso seguirlo, pues cuanto más lejos se viera de los hombres tanto más satisfecho estaría. Su deseo era entonces no volver a ver un semblante humano. Los hombres no le traían más que pesares y desdichas.

El río le invitaba a pescar, y con tal

intento se encaminó a su orilla, donde cogió peces merced a un procedimiento discurrido por él mismo y se los comió crudos. Cuando llegó la noche se hizo un ovillo en un gran árbol al lado de la corriente, aquel desde el cual había estado pescando por la tarde, y no tardó en quedar dormido. Lo despertó Numa, al rugir debajo de él. Ya se disponía a interpelar violentamente a su ruidoso vecino, cuando le llamó la atención algo más. Prestó el oído ¿Habría alguien en el árbol además de él? Si, había sentido el ruido de algo que trataba de trepar hacia arriba. De pronto oyó el choque de las quijadas de un cocodrilo al cerrarse en el agua, y percibió estas palabras, dichas en voz baja, pero perceptiblemente:

—¡Demonio! ¡Ese maldito por poco me agarra!

La voz le era conocida.

Miró Korak hacia bajo, buscando al que acaba de hablar, y recortada sobre la escasa claridad el agua vió la figura de un hombre aferrado a una de las ramas bajas del árbol. Rápida y silenciosamente el Matador se descolgó hacia aquella rama, y al hacerlo sintió una mano debajo de uno de sus pies. Se agachó, agarró al otro y casi lo arrastró hasta más arriba. Aquella figura se resistió débilmente y le asestó un golpe, pero Korak no le hizo más caso que Tantor a una hormiga. Izó su carga a más altura, en busca de la seguridad y de la comodidad mayores de una ancha bifurcación, y la colocó sentada contra el tronco del árbol. Numa seguía aún rugiendo debajo de ellos. Indudablemente de ira al ver que le arrebataban su presa. Korak le dió un grito llamándole, en el lenguaje de los grandes monos: "Viejo devorador de carroña", "ladrón de ojos verdes", "Hermano de Dango", la hiena, y otros epítetos selectos que sirven de denuestos en la selva.

El honorable Morison Baynes, al oírle, tuvo la convicción de que era un gorila el que le había agarrado. Echó mano a su revólver, y cuando furtivamente lo sacaba de la funda, oyó una voz que le preguntaba en correcto inglés:

—¿Quién eres?

Baynes se sobresaltó de tal suerte que estuvo a punto de caerse del árbol.

—¡Dios mío! — exclamó. — ¿Eres tú un hombre?

—¿Qué te figurabas qué era? — preguntó Korak.

—Un gorila — replicó sinceramente Baynes.

Korak rompió a reír

—¿Quién eres? — repitió.

—Soy un inglés llamado Baynes; pero ¿quién diablos eres tú? — preguntó el honorable Morison.

—A mí me llaman el Matador, — replicó Korak diciéndole la traducción del nombre que Akut le había puesto.

Y luego después de una pausa, durante la cual el honorable Morison trató de perforar la oscuridad con los ojos para tener siquiera una vislumbre de las facciones del extraño ser en cuyas manos había caído, prosiguió el Matador:

—Tú eres el mismo a quien vi besando a la muchacha al borde de la gran llanura del este, aquel día que el león os atacó.

—Sí, — replicó Baynes.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Han robado a esa muchacha... y estoy tratando de rescatarla.

—¿La han robado? — gritó Korak con voz que parecía el estampido de un arma de fuego. — ¿Quién la ha robado?

—El comerciante sueco, Hanson, — repuso Baynes.

—¿Dónde está ese hombre?

Baynes refirió a Korak todo lo ocurrido desde que se trasladó al campamento del sueco, y antes de terminar su narración los primores albores del día habían acorralado la oscuridad. Korak instaló al inglés, confortablemente en el árbol, llenó su calabaza en el río y le cogió una cuantas frutas para que comiera. Luego le dijo adiós.

—Voy al campamento del sueco, — le anunció, — te volveré a traer aquí a la muchacha.

—Entonces yo voy también — insistió Baynes. — Es mi derecho y mi deber, porque ella iba a ser mi esposa.

Korak pestañeó al oír estas palabras.

—Estás herido — le dijo, — y no podrías hacer el viaje. Yo solo iré mucho más de prisa

—Ve, pues — replicó Baynes, — pero yo te sigo. Es mi derecho y mi deber.

—Como quieras — contestó Korak encogiéndose de hombros.

Si aquel sujeto deseaba morirse, no era cuenta suya. El de buena gana lo habría matado, más por Meriem renunciaba a ello. Si Meriem le amaba, él debía hacer cuanto estuviera en su mano para defenderle y conservárselo; mas no podía impedir que Baynes le siguiera: su único recurso era tratar de disuadirle de ella, y así lo hizo con todo buen deseo.

Korak partió, pues, con la mayor rapidez hacia el norte, y cojeando lenta y penosamente, muy detrás de él, iba el fatigado y herido Morison Baynes. Había llegado el Matador delante del campamento de Malbihn, en la orilla opuesta del río, antes que Baynes hubiese recorrido dos millas. Y a la caída de la tarde el inglés seguía avanzando trabajosamente y a tropezones, y teniendo que parar a menudo para descansar un rato. De pronto oyó a su espalda el ruido de unos cascos de caballo lanzado al galope. Instintivamente se escondió tras el follaje de unas malezas, y un momento más tarde vió pasar a un árabe vestido de blanco. Baynes no detuvo al jinete. Había oído hablar del carácter de los árabes que penetran tan al sur, y lo que sabía le convenció de que una culebra o una pantera le protegerían antes que uno de aquellos canallescos renegados.

Cuando Abdul Kamak se hubo perdido de vista hacia el norte, Baynes prosiguió su fatigosa marcha. Media hora más tarde le volvió a sorprender el inconfundible ruido

de caballos que golapaban. Los animales eran muchos. Una vez más buscó Baynes un escondite, pero dió la casualidad de que estaba atravesando un calvero que ofrecía pocas oportunidades de ocultarse. Emprendió un trote lento, lo mejor que podía dada su debilitada situación, pero no le bastó para trasladarse a lugar seguro, y antes de llegar al lado opuesto del calvero una partida de jinetes vestidos de blanco apareció a su vista

Al divisarlo gritaron en árabe, idioma que, por supuesto, no entendía Morison, y luego cerraron contra él, coléricos y amenazadores. No comprendía el inglés sus preguntas, ni ellos sabían tampoco interpretar la lengua que él les hablaba. Por fin, con la paciencia evidentemente agotada, el jefe de la cuadrilla ordenó a dos de sus hombres que se apoderaran de él, lo cual hicieron sin pérdida de tiempo. Lo desarmaron y le ordenaron que subiese a la grupa de uno de los caballos; y entonces los dos destacados para custodiarle dieron media vuelta y se dirigieron hacia el sur, en tanto que los otros continuaban su persecución de Abdul Kamak.

Cuando Korak llegó al punto de la orilla desde el cual se veía el campamento de Malbihn, se quedó perplejo pensando la manera de atravesar la corriente. Veía hombres que se movían entre las chozas de dentro de la boma, y pensó que evidentemente Hanson estaba todavía allí. Korak ignoraba la verdadera personalidad del raptor de Meriem.

¿Cómo cruzaría? Ni él siquiera se atrevía a arrostrar los peligros del río, que suponían una muerte casi infalible. Un momento estuvo pensando, y de pronto dió media vuelta y corrió a la selva, profiriando un grito extraño, de estridor penetrante. De cuando en cuando se detenía para explicar a los grandes monos qde aparecían que no era a ellos a quienes llamaba; luego seguía avazando y enfrascándose más en el interior de la selva.

Por fin sus oídos percibieron el sonido que anhelaba, consistente en el trompeteo de un elefante macho; y pocos momentos más tarde Korak salió de entre los árboles a la presencia de Tantor, que se hallaba con la trompa levantada y agitando las enormes orejas.

—¡Pronto, Tantor! — gritó Korak; y el proboscídeo se lo subió a la espalda. — ¡Corre!

Y el poderoso animal comenzó a recorrer la selva, guiado por los golpes que le daban en los lados de la cara los desnudos pies de Korak.

Hacia el noroeste condujo el Matador a su enorme montura, hasta que llegaron al río a una milla o algo más por cima del campamento del sueco, en un lugar donde Korak sabía que existía un vado de elefantes. Sin detenerse un instante, el Matador dirigió al paquidermo al interior de la corriente, y con la trompa en alto Tantor la cruzó sin vacilar hacia la orilla opuesta. Una vez lo atacó un cocodrilo inculto, pero la sinuosa trompa se sumergió bajo la superficie, y cogiendo al anfibio por la mitad del cuerpo lo sacó a la luz y lo lanzó a un centenar de pies corriente abajo. Y así, sanos y salvos, llegaron a la orta margen, sin que Korak, encaramado a mucha altura sobre el agua, se mojara siquiera los pies.

Luego Tantor se dirigió de nuevo al sur, firmemente, sin parar un segundo, y con una marcha bamboleante que no se curaba de más obstáculos que los grandes árboles de la selva. A veces Korak se veía obligado a abandonar la ancha cabeza del animal para lanzarse a los árboles, pues las ramas bajas pasaban casi rozando el lomo de Tantor; mas por fin llegaron al borde del calvero donde se hallaba el campamento del malvado sueco, y ni aun entonces se detuvieron ni vacilaron. La puerta estaba en la parte oriental de la "boma", mirando al río. Tantor y Korak se acercaron por el norte. Allí no había entrada. ¿Pero qué les importaban las entradas a Korak y a Tantor?

A una palabra del Matador, Tantor, levantando la recia trompa muy por cima de los espinosos arbustos, atacó la "boma" con el pecho, y pasó por ella como ni no hubiera existido. Una docena de negros, en cuclillas ante sus chozas, levantaron la vista al oir el ruido que hizo su proximidad. Profiriendo gritos de terror y de asombro, se pusieron en pie y huyeron a la puerta. Tantor habría querido perseguirlos, porque odiaba a los hombres, y pensaba que el hijo de Tarzán había ido allí a cazar a aquéllos; pero Korak le contuvo y lo encaminó hacia una gran tienda de lona plantada en el centro del calvero. Allí debían de estar Meriem y su raptor.

Malbihn se hallaba tendido en una hamaca bajo un doselete delante de su tienda. Las heridas eran dolorosas y había perdido mucha sangre. Estaba muy débil. Al oir los berridos de sus hombres levantó sorprendido la vista, y los vió correr hacia la puerta. Y en seguida, por la esquina de su tienda, apareció un terrible bulto, y Tantor, el de los grandes colmillos, se quedó erguido casi encima de él. El criado de Malbihn, que no sentía ni afecto ni lealtad hacia su amo, apretó a correr al ver al monstruoso animal, y el sueco se quedó solo e inerme.

El elefante se detuvo a dos pasos de la hamaca del herido, que se hizo un ovillo, acobardado y gimiendo. Estaba demasiado débil para escapar. No podía hacer más que quedarse allí, con los ojos desmesuradamente abierto de horror y contemplando las pequeñas y coléricas órbitas, ribeteadas de sangre, del animal que lo miraba. Malbihn esperó la muerte.

Pero de pronto, con gran asombro suyo, un hombre se deslizó al suelo desde el lomo del elefante. Casi al instante conoció Malbihn en aquella extraña figura la del ser que se acompañaba de monos y babuinos, el guerrero blanco de la selva que libertó al babuino rey y capitaneó la furiosa horda de peludos demonios lanzándola contra él y Jenssen. Malbihn se acobardó más todavía.

—¿Dónde está la muchacha? — le preguntó Korak en inglés.

—¿Qué muchacha? — preguntó a su vez Malbihn. — Aquí no hay muchachas. No hay más que las mujeres de mis indígenas. ¿Es una de ellas la que buscas?

—¡No, la muchacha blanca! — insistió Korak. — No me mientas, porque tú la has

sacado del poder de sus amigos, y tú la tienes. ¿Dónde está?

—No fuí yo, — exclamó Malbihn. — Fué un inglés que me contrató para robarla. Quería llevársela a Londres, y ella estaba conforme en irse con él. Se llama Baynes. Ve en su busca, si quieres saber dónde está la chica.

—Vengo de su lado, — dijo Korak, — y él me ha enviado a tí. La muchacha no está con él. Deja, pues, de mentir, y dime la verdad. ¿Dónde está?

Y al pronunciar estas palabras, Korak dió un paso amenazador hacia el sueco.

Malbihn se estremeció al ver la cólera pintada en el rostro del Matador.

—¡Ya te lo diré! — exclamó. — No me hagas daño, y yo te diré todo lo que sé. Yo la tenía aquí, es cierto; pero fué Baynes el que la convenció para que dejase a sus amigos, prometiéndole que la haría su esposa. El no sabe quién es ella, pero yo sí lo sé, y sé que hay prometida una gran recompensa para el que se la devuelva a su familia Yo no buscaba más que la recompensa. Pero ella se escapó y cruzó el río en una de mis piraguas. Yo quise seguirla, pero me encontré con el jeque, que estaba allí Dios sabe cómo, y él la capturó y me acometió a mí, haciéndome retroceder. Luego vino Baynes, furioso por haberla perdido, y me atacó a tiros. Si tú la quieres, ve al jeque y pídesela, pues ha pasado por hija suya desde que era niña.

—¿Pero no es hija del jeque? — preguntó Korak.

—No lo es, — contestó Malbihn.

—¿Quién es, entonces?

En esto vió Malbihn una esperanza. Al fin y al cabo, acaso pudiera hacer uso de lo que sabía, y hasta podría ser que con ello comprara la vida. Porque no era crédulo hasta el punto de imaginar que aquel salvaje Korak había de sentir escrúpulos de matarle.

—Cuando la encuentres te lo diré, — le contestó, — si me prometes perdonarme la vida y partir conmigo la recompensa. Si me matas, lo ignorarás siempre; porque sólo el jeque lo sabe, y no lo dirá así lo hagan pedazos. Ni la misma chica conoce su verdadero origen.

—Si me has dicho la verdad te perdonaré, — aseguró Korak. — Voy ahora a la aldea del jeque, y si Meriem no está allí volveré para matarte. En cuanto a esos informes que tienes, si ella los desea cuando la encuentre, ya daremos con un medio de comprártelos.

La mirada de los ojos del Matador y el énfasis con que pronunció la palabra "comprártelos", eran muy poco tranquilizadoras para Malbihn. Evidentemente, como no se le presentara medio de escapar, aquel demonio se apoderaría de su secreto y de su misma vida antes de acabar con él. Deseaba que se fuera de una vez, y que se llevara a aquel compañero de malignos ojos. El enorme bulto que veía casi encima y los feos ojuelos del elefante, que espiaban todos sus movimientos, ponían nervioso a Malbihn.

Korak penetró en la tienda del sueco para cerciorarse de que no estaba allí Meriem. Cuando desapareció, Tantor, con los ojos aún clavados en Malbihn, dió un paso hacia éste. La vista de los elefantes no es muy aguda, pero el descomunal paquidermo evidentemente albergaba, desde el principio. recelos de aquel hombre blanco de barba rubia, y al desaparecer Korak alargó la sinuosa trompa hacia el sueco, que se apelotonó más todavía en su hamaca.

LEA
"TIT-BITS"
LOS MARTES

El sensible apéndice tanteó y olfateó de un lado a otro el cuerpo del aterrado Malbihn. Tantor profirió un apagado gruñido. Sus ojuelos echaban chispas. Por fin había reconocido al ser que muchos años atrás le mató su pareja. Tantor, el elefante, ni olvida nunca ni nunca perdona. Malbihn vió en los diabólicos ojos que tenía encima el propósito homicida del animal, y dió nu grito a Korak.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Esta fiera va a matarme!

Korak salió corriendo de la tienda en el preciso momento en que la trompa del furioso elefante rodeaba a su víctima, y hamaca, doselete y hombre se vieron elevados a gran altura sobre la cabeza de Tantor. Korak saltó delante de la fiera, mandándole que dejara en el suelo a su presa, sin hacerle daño; pero lo mismo habría sido que mandara al río que cambiara su curso. Tantor dió media vuelta como un gato, arrojó a Malbihn al suelo, y con ligereza felina se arrodilló sobre él. Luego empezó a traspasar una y otra vez al caído con sus poderosos colmillos, trompeteando y rugiendo lleno de ira, y por fin, convencido de que ya no quedaba una centella de vida en las magulladas y desgarradas carnes, levantó el informe montón que había sido Sven Malbihn a gran altura, y arrojó la ensangrentada masa, aún enredada en la hamaca y el doselete, por cima de la "boma" y al interior de la selva.

Korak se quedó mirando con dolor la tragedia que de buena gana habría evitado. No sentía afecto ninguno al sueco, sino únicamente odio; pero le habría perdonado la vida sólo en atención al secreto que poseía. Ahora el secreto seguiría siéndolo eternamente, a no ser que se pudiera obligar al jeque a que lo revelara. Pero Korak no tenía ninguna fe en esta probabilidad.

El Matador, mostrando tan poco miedo a Tantor como si no acabara de presenciar la terrible muerte que había dado a un ser humano, hizo seña al animal de que se acercara y lo levantara hasta su lomo; y Tantor llegó como le ordenaban, dócil como un gatito, y tiernamente izó a Korak hasta sus anchas espaldas.

Desde el seguro de sus escondites en la selva, los indígenas de Malbihn habían presenciado la muerte de su amo; y después, con los ojos desmesuradamente abiertos de espanto, vieron a aquel extraño guerrero blanco, montado en la cabeza de su terrible cabalgadura, perderse en la espesura de la selva por el mismo punto donde se había aparecido a sus despavoridas miradas.

XXV

El jeque miró con ira al prisionero que traían sus dos hombres desde el norte. Había enviado a la partida en persecución de Abdul Kamak, y le encolerizaba que en lugar de su antiguo lugarteniente le presentaran un inglés herido e inútil. ¿Por qué no lo habían quitado de en medio en el mismo sitio en que se lo encontraron? Sería indudablemente cualquier mercachifle sin un cuarto que había salido del distrito de sus operaciones y se había extraviado. No le serviría de nada. El jeque lo miró frunciendo terriblemente el ceño.

—¿Quién eres? — le preguntó en francés.

—Soy el honorable Morison Baynes, de Londres.

Este título parecía prometer algo, e inmediatamente al espíritu del astuto y viejo bandido acudieron visiones de rescate, y experimentaron un cambio sus intenciones, ya que no su actitud, con respecto al prisionero. Tenía que enterarse mejor.

—¿Qué hacías husmeando por mi país?— gruñó.

—No sabía que fueras propietario de Africa, — replicó el honorable Morison. — Estaba buscando a una joven a quien han robado de la casa de un amigo mío. El raptor me hirió y yo bajé por el río en una piragua. Y me disponía a volver a su campamento, cuando me capturaron tus hombres.

—¿Una joven? — preguntó el jeque. — ¿Será aquella? — añadió señalando hacia la izquierda, en dirección a un grupo de arbustos cercano a la empalizada.

Baynes miró hacia donde indicaba el jeque, y sus ojos se abrieron desmesuradamente, porque allí, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, y dándoles la espalda, se hallaba Meriem.

—¡Meriem! — gritó Baynes, disponiéndose a correr hacia la joven; pero uno de sus guardianes lo agarró por un brazo y le hizo retroceder.

La muchacha se puso en pie de un brinco y se volvió hacia él al oir proferir su nombre.

—¡Morison! — exclamó.

—¡Estate quieta y no te muevas de ahí! vociferó el jeque; que añadió dirigiéndose a Baynes: — ¿Con que eres tú el perro cristiano que me robó a mi hija?

—¿Tu hija? — repitió Baynes. — ¿Es tu hija?

—Mi hija es, — refunfuñó el árabe, — y no la guardo para ningún infiel. Has merecido la muerte, inglés, pero si puedes pagar tu vida, te la perdonaré.

Los ojos de Baynes estaban desorbitados por la inesperada vista de Meriem allí, en el campamento del árabe, cuando él la creía en poder de Hanson. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo se había librado de la cautividad del sueco? ¿Se la habría quitado el árabe por fuerza, o se habría escapado la joven para acudir allí voluntariamente en busca de la protección del hombre que la llamaba su "hija"? Habría dado Baynes cualquier cosa por poder hablar con Meriem una palabra. Si estaba allí segura acaso no lograría él más que perjudicarle al granjearse la enemistad del árabe en su tentativa de libertarla para devolverla a sus amigos de Londres. Porque ya el honorable Morison Baynes no albergaba pensamientos de llevársela a la capital de Inglaterra.

—¿Qué contestas? — preguntó el jeque.

—¡Ah, perdona!—exclamó Baynes. — Estaba pensando en otra cosa. Desde luego no tengo inconveniente en pagar. ¿Cuánto crees que puede valer mi vida?

El jeque citó una cantidad algo menos exorbitante de lo que preveía el honorable Morison. Este movió afirmativamente la cabeza, en señal de que estaba completamente dispuesto a pagar. Habría prometido con igual facilidad un rescate infinitamente superior a sus recursos, porque no pensaba pagar nada, y su única razón al fingir que se allanaba a la petición del jeque era que el esperar la llegada del rescate le daría tiempo y ocasión de libertar a Meriem, si resultaba que ésta deseaba que la libertasen. La afirmación del árabe al decir ser su padre despertaba, como es natural, en la mente del honorable Morison Baynes la pregunta de cuál sería la actitud de la joven con respecto a la fuga. Desde luego parecía descabellado que aquella hermosa muchacha prefiriría quedarse en el hediondo y sucio aduar de un inculto árabe en lugar de volver a las comodidades, lujos y agradable compañía del hospitalario bungalow africano, del cual la había sacado con su asechanza el honorable Morison. Este se sonrojó al pensar en su doblez, cuando pasaron por su mente estos recuerdos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el jeque, el cual ordenó al honorable Baynes que escribiera una carta al cónsul inglés de Argel, dictándole todas sus frases con una facilidad reveladora, a juicio de su cautivo, de que no era la primera vez que el viejo bribón había tenido ocasiones de negociar con personas inglesas sobre el rescate de un pariente. Cuando vió que la carta tenía que ir dirigida al cónsul de Argel, Baynes se quiso resistir, alegando que se necesitaría más de medio año para que llegara el dinero; pero el jeque se negó a dar oídos al plan de su cautivo, que pedía el envío directo de un emisario a la ciudad costera más próxima, desde donde se podría comunicar con la más cercana estación cablera y trasmitir directamente a sus apoderados la petición de dinero del honorable Morison Baynes. No, no; el jeque era cauteloso y astuto. El plan propuesto por él había dado excelentes frutos en otras ocasiones, y en cambio en el que el inglés le sugería entraban muchos elementos que no se sabía si eran de fiar. No le corría prisa el dinero, y estaba dispuesto a esperar un año, o dos si era preciso; pero no se necesitarían arriba de seis meses. Volvióse a uno de los árabes que esperaban a su lado, y le dió instrucciones relacionadas con el prisionero.

(Concluirá en el próximo número)

EL CINCO DE ESPADAS

Por JOHNSTON Mc CULLEY

En las comarcas donde impera la ley de Linch, un hombre es castigado con la muerte por un delito que no cometió. Sus matadores, suficientemente poderosos como para librarse de la justicia, no escaparán, sin embargo, a la venganza

LOS tonos escarlata y anaranjado del sol poniente, teñían el horizonte, anunciando la terminación del día, cuando el jinete hizo detener su caballo en la cima de una colina, como a dos millas de la población de Sundale. Por el aspecto de su caballo se conocía que estaba cubierto de espuma y de polvo; el rostro del jinete ostentaba rayas formadas por la tierra y el sudor.

Ambos estaban, además, fatigados. La respiración del caballo y su cabeza caída, lo indicaban; el hombre se irguió en la montura, estiróse, limpió el sudor de su frente con un pañuelo sucio y tomó un trago de agua tibia de su cantimplora, luego desmontó vertió el resto del agua en su sombrero y le dió de beber al caballo.

—Espero que podrás, beber y dormir cómodamente, viejo, —, dijo el jinete hablándole en voz baja. — Pero el hombre nunca puede saber... De manera que es mejor que te tomes este caldo y procures que te aproveche. Quizá podamos parar en este pueblo de Sundale... quizá no.

Volvió a montar, examinó su revólver de seis tiros, cuidadosa, meticulosamente, como si se tratara de una pieza de máquina de la que se espera mucho. Parecía sombrío al volver el arma a su pistolera y abrochar la aleta, pero, no por causa de su revólver. Este era tan perfecto como el que más y estaba pronto para ser usado.

El hombre no ofrecía la apariencia de un despreocupado vaquero, siempre dispuesto a la pelea o al juego. Tendría quizá cuarenta años y su cutis ostentaba el color del cuero, curtido por el sol y el viento de las praderas. El traje que llevaba era de camino, pantalones muy gastados, botas y camisa empapada por la transpiración. Su sombrero viejo y descolorido. Un observador podría deducir que este hombre carecía de muchas de las buenas cosas de la vida.

Dirigió su caballo cuesta abajo, mirando delante de sí, inspeccionando el pueblo, que se hallaba a distania de un corto galope. Sundale era una pequeña población, a la entrada del valle, un puesto de aprovisionamiento para los viajeros y de comercio para los estancieros del distrito. La mayor parte del mes, parecía muerto Sólo vivía en los días de pago de las estancias. Sin embargo, ese día había mucha gente y animación, porque los ciudadanos de Sundale celebraban una exposición de mercancías y una feria. Por todos los caminos habían acudido estancieros y sus familias, vaqueros de sus estancias y vagabundos. Una compañía de titiriteros realizaba exhibiciones baratas. El pueblo se divertía.

—Llegamos un poco tarde para la feria, viejo; pero quizá podamos organizar una función por cuenta propia — dijo el jinete a su caballo. — Ha sido este viaje largo y molesto. Creí que llegaríamos aquí a mediodía; pero ya hace una hora que se entró el sol.

EL FORASTERO

Hacía más tiempo, sin duda, porque al acercarse a la población vió que las luces estaban ya encendidas en muchos edificios. Podía distinguir también el gentío en las calles. La exposición de productos y la feria habían terminado, pero los estancieros y su gente se quedarían para asistir a las representaciones de la compañía. Volverían a sus casas tarde de la noche, aprovechando la luna llena.

El jinete no llamó la atención al entrar en el pueblo, con paso descuidado. A causa del gentío abandonó inmediatamente la calle y tomó por detrás de una fila de establecimientos comerciales. Buscó un corral público y ató su caballo a un poste. Luego se encaminó a pie por la calle, llena de gente.

No había nada de extraordinario en que entrara antes que nada a una taberna y tomara un trago. Pidió prestado un balde y llevó agua a su caballo. Al devolver el balde, dió las gracias al hombre del bar que lo había atendido.

—¿Forastero? — preguntóle el hombre.

—Así lo creo.

—¿Recién llega al pueblo?

—Sí — el recién llegado no dió señales de sentirse molestado por las preguntas.

Seth Marden, tenía esposa y dos hijitos...

—Ha llegado muy tarde para la feria y las carreras.

—Sí, creo que podría estar aquí antes, pero me equivoqué. Vengo de una estancia del otro lado del valle. Mi nombre es Dawkins.

—Pero se divertirá usted con los titiriteros — sugirió el mozo del bar.

—Creo que sí.

Después de tomar el vaso de costumbre, Dawkins dió lentamente vuelta alrededor de la taberna, observando a los hombres que jugaban y bebían, formando grupos y hablando de cosas de estancia. Esto era lo que le gustaba a Dawkins, pero era forastero en el pueblo de Sundale y la charla de los estancieros locales no significaba nada para él.

Volvió nuevamente a la calle y observó a la gente que andaba de acá para allá, riendo y gritando. Al final de la calle se habían encendido llamas de gasolina y los titiriteros empezaban su trabajo. Pero Dawkins no se dirigió a ese sitio. Entró a otra taberna. No tomó ni dijo nada. Parecía un hombre que quería conocer el pueblo. De lugar en lugar, llegó finalmente al gran almacén general, donde una persona podía comprar desde un papel de alfileres hasta un arado. Dawkins compró un paquete de tabaco, no bien pudo conseguir que lo atendiera uno de los empleados, y armó un cigarrillo.

El almacén era sitio de reunión también. Dawkins lo recorrió de arriba a abajo, sonriendo a veces débilmente, escuchando y observando. Oyó discusiones políticas locales, los inevitables debates sobre las distintas clase de ganado, cuentos de jugarretas hechas contra alguien, los nuevos noviazgos, de muertos, bodas y nacimientos. Dawkins se dirigió a la puerta, después de haber escuchado la charla de un grupo. Pero pareció cambiar de aspecto cuando se encontró en la calle. Una energía súbita lo hizo erguirse, sus ojos llamearon. Atravesó la calle, entre el gentío, dirigióse al corral y sacó su caballo.

Montó, fué hasta el fondo de la calle, se alejó del sitio de la representación, cruzó la calle en el sitio donde el gentío era menos denso y tomó por detrás de los edificios, del otro lado. Desmontó al fondo del almacén general. Había un terreno baldío al lado del almacén; Dawkins condujo por él a su caballo, a lo largo del edificio hasta que llegó a una ventana abierta.

Miró al interior, para convencerse de que la escena no había cambiado. Mismo en el sitio donde salía un haz de luz por la ventana, detuvo a su caballo y dejó colgando las riendas. Luego, por el costado del edificio, se dirigió a la calle.

En un sitio obscuro, se agachó, desabrochó la aleta de su pistolera, se aseguró que el revólver estaba en la posición adecuada. Un momento después entraba de nuevo en el almacén general; nuevamente su aspecto era el de un hombre que se disculpa por estorbar el paso; sus hombros estaban caídos, el fuego de sus ojos había desaparecido.

ARREGLO DE CUENTAS

Ed. Briley era forastero en Sundale, al amanecer de aquella mañana; pero había dejado de serlo ahora. Empleó el día haciendo relaciones. Había venido, atravesando las montañas, a la exposición y feria, según dijo, y para ver cómo había progresado el pueblo.

Era un hombre de edad madura, bajo y rechoncho. Su rostro no inspiraba confianza, ni indicaba bondad; pero había convidado generosamente durante todo el día y un grupo de hombres estaba reunido en torno suyo.

—Todo el mundo llama a ese sujeto "el cinco de espadas", explicaba Ed Briley a sus oyentes. — Cometió su primer crimen hace unas tres semanas y seguramente es un demonio.

—¿L cómo fué? — preguntó el diputado-sheriff Sam Radder.

—Entró en una taberna de Cactusville; se encaminó hacia donde staba Bill Lanton; lo insultó, invitándolo a sacar armas. Bill fué a tomar su revólver y el hombre le metió una bala entre los ojos, antes de que pudiera disparar. Lo ví y creedme que es muy rápido con el revólver.

—Eso no tiene nada de particular, — dijo Sam Radder.

—Sí; pero el sujeto estaba enmascarado.

—¿Enmascarado? — preguntaron media docena de voces.

—Sí; tenía un pañuelo negro sobre el rostro; con agujeros para los ojos. No podía deducirse nada de sus ropas; eran como las de cualquier jinete. Mantuvo a raya a la gente, después de haberlo muerto a Bill y tiró una carta sobre el cuerpo de éste. Era un cinco de espadas y uno de los palos estaba cruzado con lápiz.

—Eso es curioso, — dijo el sheriff. — ¿Qué le había hecho ese Bill Lanton?

—Nadie lo sabe. Seguramente habría tenido alguna pelea con él. Tres días después el hombre pasaba junto a un edificio, al obscurecer, con el pañuelo negro en el rostro. Le gritó unas cuantas cosas a Walt Hinson. Este fué a sacar la pistola; el enmascarado le disparó un tiro, montó a caballo y se alejó. Los muchachos no pudieron agarrarlo. Y dejó caer un cinco de espadas con dos palos tachados.

—Ese hombre, — dijo el diputado-sheriff, — está arreglando cuentas. ¿Nadie sabe por qué lo mató a Walt Hinson?

—Esta cuenta del almacén me parece exagerada.
—No te olvides, querido, que desde que tomamos el reconfortable "Hierro Quina Bisleri", comemos el doble.

—Nadie. El tercer caso ocurrió una semana después. Encontró a Hamk Larson en el camino. Con Hamk iba un viejo. El enmascarado le dijo algo a Hamk; pero el otro no pudo oirlo. Hamk echó mano a su pistola; pero el otro le tiró primero. Apuntó al viejo, pero sin hacerle daño, y dejó caer el cinco de espadas, con tres palos tachados.

—Es una suerte para vosotros que no haya empezado con un diez, — comentó el diputado-sheriff. — ¿Eso fué todo, Briley?

—No. Mató al cuarto hombre hace tres días. Entró en un almacén y lo provocó. Le tiró en el sitio de siempre y dejó caer el cinco de espadas, con cuatro palos tachados.

—Eso quiere decir, — dijo Sam Rader, — que todavía le falta un hombre.

—Así lo creo, — replicó Ed Briley. Todo el mundo observa a los forasteros. ¿Pero de qué sirve eso? El lugar está lleno de forasteros a causa de que, según rumores, ha estallado una huelga en las minas de oro de las montañas. Hay como doscientas personas vestidas como el asesino. Y siempre opera de noche o al obscurecer, excepto una vez.

—Arregla cuentas, — dijo el diputado-sheriff. — Si yo fuera el quinto hombre, procuraría ejercitarme en el tiro y estar siempre alerta.

—Es un miserable asesino, — declaró Ed Briley. — No tenía razón alguna para matar a esos cuatro hombres.

—Yo supongo que alguna razón tendrá, — dijo Radder. — Un hombre no anda en-

...el jinete hizo detener su caballo en la cima de una colina...

mascarado, matando ciudadanos y dejando cincos de espadas por divertirse.

—Nunca han existido hombres mejores que los que él mató, — dijo Ed Briley.

A espaldas suya una voz lo corrigió:

—Eran asesinos, de alma negra, — dijo. Ed Briley se dió vuelta rápidamente.

—¿Cómo lo sabe usted? — preguntó.

—Yo me llamo Dawkins y sé mucho del asunto.

—¿Conoce usted al Cinco de Espadas?

—Seguramente.

—¿De veras? ¿Es quizás, amigo suyo?

—Lo es, — declaró Dawkins. — Y los hombres tienen que hablar bien de él, cuando yo estoy cerca?

—¿Ah, sí? Quizás a este caballero aquí presente, que es sheriff, le interese su persona, — dijo Briley.

—Quizá sí y quizá no. Usted no encontrará mi retrato en carteles, ofreciendo recompensa, si es lo que quiere decir, — replicó Dawkins. — Lo que yo digo es que el Cinco de Espadas es amigo mío y no permito que se hable mal de él.

—¿Lo considera usted un ciudadano bondadoso y pacífico, eh? — dijo Briley con tono de burla. — ¡Andar por ahí matando a hombres honrados!

—Ejecutando asesinos, — querrá usted decir. Ya le he dicho que estoy enterado del asunto.

—¿Por qué no lo cuenta? — sugirió el diputado sheriff. — Hemos oído un lado de la historia; escuchemos el otro.

—Con mucho gusto, — contestó Dawkins. — En las montañas vivía un hombre llamado Seth Marden. No era rico, tenía esposa y dos hijitos. Procuraba labrar un pedazo de tierra.

—Me parece haber oído ese nombre, — dijo Radder.

—Quizá lo haya usted oído, — continuó Dawkins. — Seth Marden procuraba salir adelante y ganar el pan de su familia y creo que la vida era dura para él. Se realizaron algunos robos de ganado en las cercanías y nadie pudo descubrir a los cuatreros. La Asociación de Ganaderos mandó a uno de sus detectives; pero el hombre se volvió disgustado, sin averiguar nada. Y los robos continuaron.

—¡Ah, sí! Nos ocupamos de ese caso en esta comarca, — dijo el diputado sheriff.

—Alguien hizo correr el rumor de que Seth Marden era el ladrón. No sé por qué, a no ser que fuera porque era un pobre hombre, que luchaba por la vida. No hicieron muchas averiguaciones. Una noche, cinco personas rodearon la casa de Seth Marden lo sacaron de la cama, lo llevaron hasta un árbol y lo colgaron. Su mujer y sus hijos presenciaron la ejecución.

—Bueno... si era un cuatrero... — dijo San Radder.

—No lo era. No tenían pruebas ni las buscaron. Lo dieron por cierto. Usted sabe que algunos dueños de estancias odian a los pequeños labradores. Lo ahorcaron, pues. Y cuatro días después, fueron descubiertos los verdaderos cuatreros.

—¡Benditos días! — suspiró el sheriff.

—Fueron tomados con las manos en la masa y ahorcados. Y los cinco hombres que habían hecho bailar a Seth Marden en el extremo de una cuerda, mandaron un mensaje a la viuda, diciéndole que se habían equivocado y lo lamentaban mucho. Le ofrecieron ayuda, si se trasladaba a la ciudad y se ponía a coser para ganarse la vida, o algo por el estilo. ¡Una equivocación! Quitarle a una mujer su marido y a los hijos el padre! ¿No eran acaso asesinos?

—Así los llamaría yo, — dijo el sheriff.

—Muy bien. El hombre, a quien llamais Cinco de Espadas, es hermano de la viuda de Marden. Vino a esta comarca, desde Texas para arreglar cuentas. Lo conozco muy bien. No es asesino. Hace justicia. La ley no castiga a esos hombre que mataron a Marden porque eran poderosos.

—¡Usar un antifaz y matar a hombres buenos!... — interrumpió Bryley.

—El conocía a los cinco; pero ellos a él no. Usa antifaz a fin de no ser reconocido. Ya ha castigado a cuatro de los asesinos y tendrá al quinto cuando quiera.

—Todo forastero debe ser objeto de una investigación, — gritó Briley. — ¿Vamos a consentir que ese bandido mate a otro hombre bueno?

—¿Qué interés tiene usted en ello? — preguntó Dawkins.

—Los cuatro hombres asesinados eran amigos míos — gritó Briley. — Los conocía desde hace muchos años. Todo el mundo los conocía en las montañas. Ese es el interés que tengo.

—Y el hombre a quien usted llama Cinco de Espadas es amigo mío y yo también me intereso por él.

—Si fuera usted, no andaría proclamando por ahí que era amigo de un asesino...

—A mi me ofende que cualquiera lo llame asesino, — contestó Dawkins con calor. — Está haciendo justicia con cinco bribones que mataron a un hombre inocente, enfermo, cuya familia lo necesitaba. ¿Puede usted reprocharle al hermano de la viuda si toma parte en esto?

—Puedo y lo hago, — gritó Briley. — Debería ser ahorcado y sus amigos expulsados de la comarca.

—Ahora está usted haciendo personal este asunto, — le previno Dawkins. — Le he dicho que soy uno de sus amigos.

—Eso no cambia mi modo de pensar, — contestó Briley.

—Tiene usted la lengua muy suelta,—dijo Dawkins. — ¿Qué clase de hombre es usted

POR SOLO 5 centavos
sin más gastos ni molestias, este aviso, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultra-luminoso, lista para fotografiar al instante.
Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:
LA FOTOGRAFICA ARGENTINA
Avenida de Mayo 1370 — Bs. As., (P.)

que defiende a los asesinos. Quizá haría usted lo mismo que ellos...

—Quizá... si pensara que un hombre es cuatrero.

—¿No se molestaría en buscar pruebas? No me inspira usted buena opinión.

—¿Y qué me importa? ¿Quién es usted? Un vagabundo que huye de algún sheriff, quizá.

—Está usted insultándome. Desearía saber si es hombre capaz de sostener sus palabras.

VENGANZA

Los que habían estado escuchando retrocedieron. Sin embargo, el diputado sheriff no se apartó.

—¡Paz, señores, paz! — dijo.

—No es nada, — declaró Dawkins. — Sólo digo que el hombre a quien llamais Cinco de Espadas está en su derecho y que los sujetos a quienes mató eran verdaderos asesinos.

—¡Embustero! — gritó Briley.

Los ojos de Dawkins brillaron súbitamente y se inclinó un poco hacia adelante. Sus manos colgaban a los lados. Se había hecho silencio en el almacén; las mujeres y niños se dirigieron apresuradamente a la puerta y los hombres que estaban en la calle volvieron a entrar.

—Me ha llamado usted embustero, — dijo Dawkins.

—Y qué hay con eso? — Briley esperaba indudablemente que el otro sacara armas y ganarle de mano por una fracción de segundo.

—¿Qué sabe usted? — dijo lentamente Dawkins. — Usted ignore la verdad, nada tuvo que ver en este asunto. ¿Cómo puede saber si un hombre es embustero? Tiene usted la lengua muy larga.

Hubo un instante de tenso silencio. Ed Briley lanzó un rugido de rabia, se hizo rápidamente a un lado y echó mano al revólver. Sin cambiar de posición, Dawkins hizo lo mismo. Los dos dispararon a la vez.

Un vidrio de la ventana se rompió al pegar en él la bala de Briley. Briley vaciló, cayó al suelo, se dió media vuelta y quedó inmóvil.

Dawkins empuñaba todavía el revólver, aunque su mano había caído a un costado. Miró a su alrededor y por último al diputado sheriff.

—¿Y bien, señores? — preguntó.

—El echó mano primero del revólver, señor, — dijo el diputado sheriff. — Ambos sois forasteros en Sundale. Creo que no lo molestaremos a usted.

—¡Gracias! — contestó Dawkins.

Volvió el revólver a su pistolera, se incliquierda buscó en el bolsillo de la camisa, sacó algo y lo arrojó sobre el cuerpo de Briley.

Mientras Dawkins saltaba rápidamente por la ventana y caminaba con rapidez hasta donde estaba su caballo, el diputado sheriff se inclinó y recogió lo que Dawkins había tirado.

Era un cinco de espadas y los cinco palos estaban tachados.

El fakir: — ¡Caramba! Ese mosquito me va a picar.

El capataz: — Vuestro compañero ha hecho el doble de trabajo que usted.

El obrero: — Ya se lo hice notar, pero por más que le dije no conseguí que se moderase.

POSDATA

Por F. R. BUCKLEY

A su excelencia el señor conde Jesús María Juan Bautista d'Astorg, embajador de su majestad de Francia, en la corte ducal de Costecaldo, de su humilde servidor L. Caradesso:

SI vuestra señoría se digna retroceder con el pensamiento hasta la última festividad de los Santos Inocentes o posiblemente dos días después, según la velocidad del mensajero, recordará quizá una carta del abajo firmado (que entonces acababa de regresar de su puesto, como comandante de los ejércitos ostecaldianos a este lugar de su retiro) quien pretendía corregir algunos errores de vuestra excelencia respecto al matrimonio de mi señor, el duque Guillermo III de Rometia, a quien Dios tenga en su santa gloria. Amén.

Sn vuestra excelencia quiere, además, condescender en transportar sus recuerdos... Pero no puedo hacer estos juegos malabares con la gramática. El sentido antes que la cortesía. Seré llano a fin de que vuestra señoría comprenda que esta epístola está destinada a corregir una gran negligencia en la primera. Soy un hombre viejo, más acostumbrado a manejar la espada que la pluma; además, a mis setenta y ocho años, me siento atormentado por el reumatismo. Por consiguiente ha sucedido que, después de haber gastado mucho papel para probar a vuestra excelencia que de todos los nobles, vivos o muertos era Guillermo el más poderoso, el más sutil, el menos sujeto a escrúpulos o a los comunes sentimientos humanos, el que menos probabilidad tenía de ser traicionado por su esposa, como vuestra señoría lo ha creído... al final de todo esto, le decía sumariamente que había sido envenenado por su hijo. La razón de esta brevedad fué que mi mano derecha se sentía atormentada por un calambre que ahora empieza a crucificarme de nuevo.

¡Oh lamentable economía de palabras!

Señor... fué así. Como os escribí, mi señor el duque, después de haber obtenido Valtrado casamiento con la condesa Ginebra, a su debido tiempo se casó con María de Venieto, quien le dió un hijo. Este recibió el nombre de Paolo, aunque gobernó más tarde con el de Guillermo IV. La calamidad de su nacimiento ocurrió algunos años después que yo dejé de ser capitán de la guardia. Sí, ya esaba yo retirado en esta granja; en parte debido a las heridas que recibí al servicio del duque, — cuarenta años de servicios prestados a él y a su padre, — en parte por culpa de la duquesa María. ¡Qué mujer! Tres veces atentó contra mi vida: cuando me refugié entre las viñas, se opuso a mi pensión. Y aun, al morir, tuvo este hijo...

El duque, que había sido robado, puesto prisionero o alojado por los parientes de su esposa, crió por si mismo al niño, desde la infancia hasta la adolescencia; naturalmente, con el concurso de amas mojadas y secas, médicos, la ayuda de Dios y unos veinte maestros.

Durante ese tiempo no se añadieron posesiones al ducado, ni siquiera de tierras que habían quedado sin dueño por la muerte de sus señores u otras causas. Viejos amigos que llegaban hasta mi covacha, me contaron que su gracia ni siquiera había tomado medidas para impedir alianzas peligrosas para sus estados. Estaba completamente dedicado a su hijo, indiferente a todo lo que no fuera su bienestar.

"Esto es increible", dije yo sobre mi espada, tratando de recordar alguna ocasión en que el duque se hubiera ocupado de otra persona que no fuera él mismo. "Con todo", afirmó mi informante "es cierto. Hasta es comentado, especialmente entre sus enemigos".

"No le hará gran favor a su hijo", dije yo, si le deja como herencia un trono caído."

—¡Ja! ¡Ja! — rió el viejo Roberto, — era Roberto Falducci, un capitán en camino de Venecia. — No hay peligro. El muchacho ha sido enviado a Padua para estudiar... leyes, creo. Luego Guillermo volverá a ser el mismo... Y Dios tenga piedad de los nobles de los alrededores. Todavía vamos a vernos a caballo de nuevo, Luis.

No se equivocó; bajamos aquel otoño a Monterosso y lo añadió a su ducado. Durante el invierno, la alianza hostil, que había esperado demasiado tiempo, fué rota a la manera antigua. Guillermo era el mismo otra vez; un poco más viejo y canoso, ciertamente; algo más cansado después de las batallas y, de cuando en cuando, más respetuoso con las mujeres; pero en lo demás, el mismo de los viejos y gloriosos días. O al menos así lo creí hasta que los ejércitos volvieron a Rometia y me ví frente a frente a su hijo.

Tengo que hablar de dos cosas a la vez para ahorrar a vuestra señoría el tiempo y la vista; pero vuestra excelencia puede estar segura de que no se trataba de asuntos viles, si no bien vistos entre los soldados de la época y de ningún soldado se pensaba mejor que de su gracia, el duque Guillermo y de su capitán general Luis Caradosso. Por consiguiente nos causó asombro a mi señor y a mí cuando vimos que nuestras victorias, ganadas amargamente, eran recibidas con frialdad por aquel abominable engendro, flaco, con cabello de estopa y ojos furtivos, para quien las habíamos ganado.

—Pido disculpas por referirme así a mi se-

ñor Paolo. A mi vuelta de Padua lo encontré sentado, con aire sombrío, en el gabinete del duque.

—!Pero, hijo mío!... — decía Guillermo cuando fuí introducido por el centinela, con quien me había mandado llamar.

—¿Quién es éste? — preguntó Paolo.

—Es Luis Caradosso, capitán de mis campañas antes de que tú nacieras y que últimamente salió de su retiro para estas nuevas guerras destinadas a extender... tu ducado.

El joven ni se levantó, ni habló, ni dejó de mirarme atentamente. Por un momento el padre usó un tono cuyo recuerdo me hace correr escalofríos por la médula... indignado como me sentía por la insolencia del jovenzuelo.

—¡Por Dios, Paolo, ni siquiera pareces sentir agradecimiento! Aquí está...

El joven se levantó ahora y se aproximó a su padre.

—¿Y por qué he de estar agradecido?— estalló. — ¿Quién diablos te ha pedido que vayas a pelear para obtener más tierras? ¿No hay ya bastantes campesinos hediondos a quienes tendré que manejar cuando suba al trono? ¿No tengo ya bastantes enemigos para crearme otros nuevos? ¿He de pasar toda mi vida peleando y conspirando, cuando he terminado con esta maldita, mil veces maldita molestia, en la escuela? ¡Oh qué lindo joven! Lívido de los ojos a los labios, con las facciones retorciéndose como gorgojos en una barrica de harina.

—Sigue así, — bramó el joven caballero, — y no habrá ducado, ni grande ni chico. Eres demasiado viejo para esas hazañas. Ya te lo he dicho: no eres de este tiempo. Yo ocuparé tu lugar. Sé lo que haré mientras... mientras sea bastante joven para divertirme.

—Los ducados no son centros de placer, — dijo Guillermo, interrumpiendo al joven con una severidad que lo hizo callar.

Pero, un momento después, se acercó a la mesa, colocó su mano sobre el hombro del muchacho y le habló cariñosamente otra vez. ¡Ay! ¡Oh, dolor! ¿Dónde estaba el Guillermo que la semana anterior había colgado a tres barones de un árbol?

—Hijo mío, tú no comprendes. Vamos a hablar un poco y estoy seguro...

—No quiero ser reprendido delante de un vulgar soldado, — gritó el señor Paolo. — ¡Déjame! Hazle salir o...

Guilermo dejó caer su mano y me miró sonriendo de un modo extrado| ¡Ah, señor! Cuando un hombre como él sonríe en tales circunstancias....

—¿Me dais permiso para retirarme, alteza? — dije saludando.

—¡Retírate! — contestó el duque roncamente y yo bajé, sudando hasta los cuarteles de la guardia, donde me encerré con el capitán, mi sucesor y una o dos docenas de botellas de vino.

* * * *

—¡Ay! — exclamó este buen camarada, después de la octava o novena botella. — Hasta la media docena se había mostrado resentido porque yo hice las campañas en vez de él; pero ahora su rencor había desaparecido. — ¡Ay, perdón capitán!...; pero el joven desea el trono de su padre. Y lo conseguirá demasiado pronto, por Dios.

—El duque tiene todavía, a Dios gracias, muchos años de vida, — dije.

—Claro que mientras viva no pensará en abdicar...

—¿No?... A su salud, capitán. ¿Nunca ab?.. Bueno, demos gracias a Dios. Puesto que usted lo dice...

De pronto se recostó sobre la mesa ,dejó su vaso y apoyó el dedo en la deformada nariz. Era un mal bebedor y yo me alegré por ello.

—Escucha, capitán general, — dijo mi amigo. — Puedes tomar el mando del ejército, si quieres; pero no hablarme a mí de estas cosas. ¡Política!... ¡Abdi...! Disculpa... Recuerda que, como capitán de la guardia, sé muchas cosas. Tú podrás mandar a mis soldados; pero... yo soy el jefe de espías. Fíjate en eso. Y sé... lo que sé.

Evidentemente tenía intención de guardar para sí lo que sabía. Así que, después de haberle oído decir que Guillermo estaba haciendo construir un ala nueva en el castillo para su hijo y reservaba a Paolo una novia que hubiese querido para sí, dejé al buen capitán dormido en el suelo y fuí yo mismo a conversar con los espías.

Había todavía algunos que sirvieron conmigo y me dijeron que el joven Paolo conspiraba.

—¿Para qué? —pregunté al espía que era dueño de la taberna.

Sin hablar se alborotó el escaso pelo rojo con los dedos.

—¿Tiene... apuro?

Hizo señas que sí.

—¿Con quién conspira?

Vaciló. Había parroquianos en la taberna. Estábamos en el jardín obscuro. detrás de una glorieta de viña.

—Conspiraba... con Florencia y Venecia, — murmuró.

—¿Ahora... no conspira?

Movió la cabeza en sentido negativo.

Indudablemente pensé, el joven se había dicho que, una vez que aquellos poderes entraran en el ducado, sería muy difícil librarse de ellos. ¡Muy prudente!

—¿Qué más? — pregunté; — el hombre extendió sus manos como para indicar que nada sabía. Cuando me alejaba, corrió detrás de mí, se tomó la libertad de agarrarme por la faja y me dijo al oído, ansiosamente:

—Capitán, no digáis nada de esto al duque. El otro lo mencionó y fué por eso que os llamaron en lugar suyo. Tuvo suerte de escapar con vida. El duque no querrá oir nada.

—Pero, — dije, — ¿crees que vas a sobornarme?

Y volví, lleno de inquietudes. al castillo.

DOS DIAS DESPUES

¡Qué calambres! Todos los fomentos y unturas con pomada de serpiente han sido inútiles! ¡Y pensar que hay quien escribe para ganarse la vida, cuando puede conseguirse dinero barriendo las calles!

Sigo quejándome.

Vuestra Señoría habrá comprendido que yo no soy hombre capaz de dejarme persuadir por amenazas, cuando se trata del cumplimiento del deber. El mío, en este caso, era advertir a mi señor. Me presenté, por lo tanto, ante su Gracia, le dije lo que sabía, sin más que un ligero temblor de las piernas y fuí arrestado.

Hablo de esto suavemente, sin decir nada de la expresión que se reflejó en los ojos del duque, cuando hube concluído; como, cuando hube terminado de hablar empezó a pasearse arriba y abajo, sin decir palabra; pero dirigiéndome miradas que me cortaban el cuello. Sólo diré que, gracias a Dios y a San Luis de Policastro, después de media hora y en atención a mis servicios en el campo de batalla, fuí despedido, sin mayor castigo que el retiro de mi pensión, la revocación de la orden que me libraba de impuestos y la amenaza de hacerme ahorcar si volvía a presentarme otra vez en Rometía.

Me apresuré a plantar cien viñas más e hice voto de que el vino de ellas se enmohecería en los barriles antes que yo volvería a frecuentar la compañía de los príncipes. Pero no incluía al único príncipe que me interesaba, como hacen siempre los que juran alguna cosa.

Su Gracia contaba, por esta época, sesenta años de edad. Demasiado inteligente para creer que podía agradar a las mujeres virtuosas y demasiado viejo para encontrar placer en las otras, impedido por su alto rango, de trabar amistad con los funcionarios de su corte, temido por los pocos de sus iguales a quienes había permitido vivir, su existencia era triste y solitaria.

Cuando el joven Paolo lo dejó para continuar sus... estudios en Padua, el duque, más solo que nunca, pensó en mí y en nuestra ruda asociación en los campos de batalla; despachó media tropa de jinetes —lo que era halagador — a fin de que me llevaran a Rometia.

Me traían el perdón y un salvoconducto. A éste no le presté mayor atención, porque el duque había ahorcado a muchos que lo poseían, mientras el ducado estaba en formación. Pero no tenía intenciones de hacerme daño. Como he dicho, se sentía muy solo. Disculpó mis desleales expresiones con la buena intención, la ignorancia, los malos compañeros y la vejez, y me pidió que le hiciera, secretamente, compañía por las noches.

—Hablaremos de esto y de aquello — dijo su alteza. — Hemos visto bastante, ¿eh, mi Caradosso? De una cosa sola no volveremos a hablar. Te pido que entiendas bien esto.

—Estoy aquí bajo salvoconducto, — le recordé.

—¿Y bien?

—Si hay que cumplir lo que vuestra gracia me pide, — dije sudando — suplico humildemente a vuestra señoría que me permita retirame una vez más a mi granja.

—¿El qué?

—Me sería imposible — dije, sintiendo que mi sudor se helaba entre su acento — estar al servicio de vuestra gracia, bajo promesa de traicionar sus intereses, aun a pedido de vuestra alteza.

Saludé y me sentí desfallecer, pero, después de algunos instantes de aterrador silencio, Guillermo estalló en carcajadas, y me dijo que estaba más chocho de lo que él creía.

—Mañana — agregó — saldremos a tomar aire, perro viejo, y verás el palacio que estoy construyendo para este traidor hijo mío. ¡Já, já, já! Pero, en público, acuérdate: disciplina.

—¡Señor! — dije saludando.

—¡Retírate! — dijo el duque, olvidándome a su antigua manera, y volviéndose a algunos papeles.

Nos paseamos a la tarde siguiente, debajo de la armazón del palacio que hacía construir para Paulo. Los carpinteros estaban trabajando en la bóveda del techo. No haría cinco minutos que estábamos dentro de las paredes cuando, desde la altura del segundo piso, cayó una piedra de la bóveda, grande como el cuerpo de un hombre, casi a los pies del duque. No detallaré lo que le sucedió a los dos obreros, culpables de tal descuido; informará a vuestra señoría que los interrogue antes de su muerte — esas investigaciones parecieron reconciliarlos con su suerte, — y supe que no eran obreros contratados del modo común, sino sujetos, tan amante del trabajo, que se habían mezclado con el grupo de trabajadores, sin preocuparse siquiera de que sus nombres fueran anotados en la lista de pago.

Levantaban piedras y las dejaban caer, por amor al ejercicio, por lo menos, si tenían otros motivos, se negaron a decirlo a pesar de mis zalamerías.

No dije nada al duque, pero fuí una vez más a visitar al espía de la taberna. Era la temporada de más trabajo y no confiaba en los mensajeros; pero, por otra parte, me conocía desde mucho tiempo atrás, de manera que hasta llegó a ausentarse y fué a Padua, buscando pruebas.

* * * *

Durante esa excursión y mientras yo lamentaba los cinco florines de oro que tuve necesidad de darle para propinas y caballos, Guillermo tuvo cierta noche un capricho. Era una deliciosa noche de Junio; había una especie de fiesta en la plaza del mercado, y mi señor quiso ver divertirse a su gente.

¡ESE CUPIDO!...

El padre. — ¿Dijiste a Luisa que me limpiase el saco?

La madre. — No; lo limpié yo misma. La pobre no puede resistir el olor de la bencina desde que la dejó plantada aquel chauffeur.

—Les he enviado unos barriles de vino —dijo, mientras un criado, con ojos de serpiente, lo vestía con uno de mis trajes,—y quizá beberemos un poco de él, Luis. ¿Te acuerdas del vinagre rojo que tomamos después de la carga de Montemurlo? Creo que nunca he bebido mejor vino en mi vida.

—¿Haremos que nos siga un guardia? —dije.

—¿De veras? — preguntó Guillermo echándose mi sombrero sobre los ojos.

—Uno o dos soldados, mi señor — le supliqué; pero él no me contestó, excepto para decirme que debíamos marchar y yo lo conocía demasiado para atreverme a más. Asimismo respiró fuertemente por la nariz durante diez minutos, después que hubimos salido del castillo y sólo cuando hubo bebido dos jarros de vino de los que estaban encadenados a los barriles, volvió a sonreirme y hablarme afectuosamente otra vez.

No nos divertimos. El vinagre rojo o el vino en jarro de peltre, puede ser delicioso; pero tiene que beberse después de una batalla. Abrirse paso entre el gentío, bajo las antorchas que nos arrojaban hollín sobre los jubones y hacían la noche aun más calurosa, bailar con mozuelas a los acordes de un violín chillón, besándolas, entretanto, detrás de la oreja, puede ser la salsa de la vida y el renovador de la juventud, pero... tiene que quedar un resto de juventud para ser renovado. De manera que, a eso de la media noche, Guillermo tomó mi mano y me dijo que las diversiones no eran tan agradables como en su tiempo y decidimos volver a casa. Me dolían las rodillas y una mujerona con quien bailé, me pisó el callo más sensible. El duque, pesadamente apoyado en mí, empezó a hablar de su hijo, aquella víbora de Paolo, lamentando que tuviera que vivir en un mundo de donde había desaparecido la alegría.

—¡Cuando yo tenía su edad, qué fiestas, Caradosso!... — dijo. Y de pront al dar vuelta una esquina, nos encontramos ante cuatro hombres enmascarados, con espadas desnudas.

Sus modales eran extraños, porque no nos dijeron que nos detuviéramos y entregáramos la bolsa. No hablaron una palabra; se limitaron a abrirse un poco para flanquearnos y nos atacaron furiosamente.

Dios es bueno. Había una pequeña avenida, a la cual empujé a su gracia (él buscaba la empuñadura de su espada debajo de mi capa) y con una furiosa embestida logré hundir la punta de mi espada en la garganta del atacante más próximo. Tenía huesos duros en el cuello, el bandido, porque me hicieron caer la espada de la mano. Y antes de que pudiera recogerla, uno de sus acompañantes me había tirado al suelo. Había dado el golpe de filo, con la esperanza de descabezarme; pero la empuñadura se dió vuelta en su mano y fué de plano que tocó mi cuello. El hombre a juzgar por el golpe, era tan fuerte que dediqué ahora a él toda mi atención. Mientras él se aproximaba a mi confusa forma en la obscuridad, y era distraído por una estocada de Guillermo, que había salido ahora de la avenida, yo me incorporé suavemente y le hundí dos pulgadas de acero en el vientre. Gritó fuerte y saltó muy alto, luego cayó de rodillas, apretándose la herida y diciendo en dialecto paduano:

—¡Soy el duque! — oí la voz de Guillermo, mientras me ponía de pie.

¡Qué furioso era su acento! ¡Y qué seguro de que, ahora, sus asaltantes tirarían sus armas, dejarían caer la mandíbula y se arrodillarían pidiendo misericordia! ¡Ah! Bajó su espada anticipadamente y el sujeto que estaba a su izquierda, le dirigió una rápida estocada al rostro. Yo pude desviarla con mi mano desarmada; pero no disminuí su fuerza; por consiguiente su Gracia fué alcanzada

Hizo un salvaje molinete.

en el hombro. Es este un lugar sensible, como lo he experimentado muchas veces en mi persona y los años no embotan la sensibilidad para el dolor físico como lo hace con otras cosas.

Mi señor sintió, en primer lugar sorpresa, en segundo resentimiento. Hizo un salvaje molinete con su espada, que casi me alcanza a mí. Pero no bien él hombre que lo había herido cayó con la cabeza partida, su Alteza dejó caer la espada y atacando al último asaltante, rodó por el suelo con aquel hombre vulgar y lo estranguló con sus propias manos.

* * * *

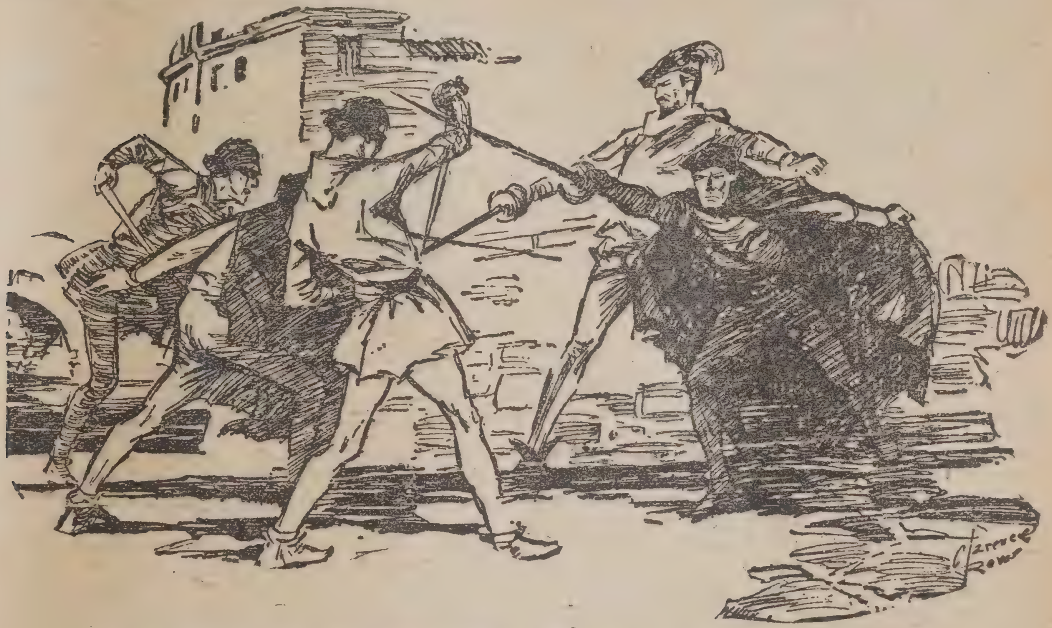
Al día siguiente le dije a Guillermo, herido y todo, que en opinión mía, aquellos asesinos habían sido pagados por su hijo y que quien le informaba de nuestros movimientos era su criado particular.

Como en otras ocasiones, permanecí atento

traspirando. Y no dudo ahora de que hubiera tenido razones para sudar si la herida y la furia no hubiesen sido demasiado para el débil corazón del duque, quien se inclinó desvanecido sobre la mesa.

Aquel desmayo me salvó, por la gracia de Dios. Había comprendido, aunque demasiado tarde, que el hombre que se interpusiera entre Guillermo el Terrible y aquel hijo, objeto de su amor, tendría mal fin. Por lo tanto, habiéndome salvado una vez, no estaba dispuesto a insistir.

Cuando mi espía de la taberna me entregó esa misma mañana los papeles que probaban la conspiración de Paolo y los florentinos contra su padre, los puse en un paquete lacrado



Con su espada, que casi me alconzó a mí.

y entregando el paquete a su secretario escapé del ducado como si todos los diablos me persiguieran.

Fuí a Costecaldo, donde vuestra Excelencia se complace graciosamente en residir, y busqué refugio en casa de un capitán de la guardia, muy parecido a mí en heridas e ideas. Estaba allí, muy contento, aunque echaba de menos mi granja, cuando un frío día de Septiembre, la misma compañía de jinetes que había ido a buscarme la vez anterior, me pidió, por medio de su teniente, que los acompañara a Remetia. Estuve por sacar la espada y resistirme; pero después además del salvoconducto que me presentaron, me exhibieron una garantía de protección y permiso, firmada por el duque de Costecaldo; de manera que fuí.

Mi viejo amigo lo sintió mucho; pero dijo que si Guillermo me ahorcaba, con la protección de Costecaldo, habría guerra entre los dos ducados, lo que daría ocasión a Bernardo para mandar una vez más. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué poca cosa somos! Nunca más ví a mi amigo. Murió a los pocos días de una indigestión de mariscos.

* * * *

Como lo veis, Guillermo no me ahorcó.

Tampoco era su intención perdonar mis bajas calumnias contra su amado hijo. Me había mandado buscar (sus jinetes tardaron un mes en encontrarme) para defender a su hijo de las pruebas contenidas en aquellos papeles que yo le había dejado. Su gracia estaba sentada ante un gran fuego. Había tenido fiebre, a causa de la herida y estaba muy pálido y débil. Pero ardía de ansiedad y no pudo esperar hasta que el criado hubo salido de la habitación.

—Luis Caradosso, — me dijo, tendiéndome un papel, — lee esto. ¡Lee y avergüénzate!

Y yo estaba avergonzado, mi señor, aunque no por el motivo que él creía. El papel era una carta del joven Paolo, escrita, a juzgar por la fecha, poco después que yo descubrí aquellos papeles comprometedores. Fué pensando en el joven caballero que el rubor quemó mis mejillas. ¡Qué fuera tan torpemente embustero ¡Ay! Cuando supo que su plan estaba descubierto, no hizo más que escribir a su padre que, por el futuro beneficio de Rometia, había "fingido" conspirar. Alababa las virtudes de su padre y se refería calurosamente al amor que había entre ellos. Incapaz de soportar la apariencia de un mal proceder, abandonaba ahora sus planes y le escribía esa carta que algún mal intencionado pudiera convencerlo de que la conspiración era verdadera.

—Como sabes, Caradosso, — dijo el duque severamente, — así ha ocurrido. Aunque te absuelvo de la mala intención.

Devolviéndole la carta, miré a Guillermo. No pudo evitarlo. ¿Era posible que aquel águila de los consejos pudiera ser engañado por tan burda mentira? Mi mandíbula cayó. Y por la expresión de sus ojos comprendí que había notado mi incredulidad.

—¿Y bien? — dije al duque con aquella voz que era como un baño caliente para mí. — No te oigo disculparte, Caradosso. Y digo solamente "disculparte", cuando el haber acusado a mi hijo, cuando corría tan grave riesgo por mí...

No dije una palabra; el gran fuego chisporroteaba en la estufa; el perro favorito del duque olfateaba mis tobillos. Vi contraerse las pupilas de Guillermo.

—¡Por la gloria de Dios! — dijo con la extraña voz que guardaba para estas ocasiones. — ¿Qué significa esto, señor capitán? ¿Silencio? ¿He de creer que todavía das fe a esos papeles sin valor y te atreves a dudar de las explicaciones de mi señor Paolo?

¡Ah! Era viejo; estaba enfermo. Ahora, por primera vez, que yo sepa, dejó que la furia lo llevara lejos; pasó por mi arresto o mi muerte, hasta convertirse en una simple lluvia de ahogados reproches.

—¡Después de lo que has servido conmigo, de los beneficios que recibiste, — dijo Guillermo. — ¡Cuando me he dignado desaprobar tus acusaciones, en vez de hacerte ahorcar, te atreves después de esa carta que te he mostrado... a quedarte ahí,, pensando que mi hijo es un embustero, persistiendo en creerlo asesino. Bueno, mira; esta noche misma me ha enviado una prueba de su cariño.

Tomó de encima de la mesa una caja ricamente esculpida, de oro, y me la tendió; pero, al hacerlo, su mano temblaba tanto que la caja cayó al suelo de piedra, donde se abrió y los confites que contenía rodaron entre las losas.

El gran perro, viendo las golosinas que tenía por costumbre comer, dió un salto hacia adelante. Y, antes de que yo pudiera apartarlo de los dulces, había lamido uno y lo tragó.

* * * *

En seguida el perro se sentó sobre sus patas y se escapó de su garganta un sonido, como si estuviera asfixiándose; luego se retorció, cayó violentamente de costado y, por último estiró, rígidas, sus piernas y quedó... muerto.

El duque lanzó un largo suspiro entre sus dientes apretados. Yo no lo miré, porque contemplaba, como paralizado, al perro. El fuego chisporroteaba en la chimenea y lanzaba una lluvia de chispas.

—Así, pues... — dijo Guillermo; pero no comprendí lo que quería decir.

Después de unos instantes de silencio, murmuró como para sí:

—Mi hijo...

Entonces aparté mis ojos del perro y los fijé en mi señor, todavía aturdido, como vuestra excelencia comprenderá.

El. — ¿Qué pensará tu madre cuando se entere que te has comprometido conmigo?

Ella. — Estará encantada. Como siempre.

Oí reírse a Guillermo, no amargamente, si no con su risa habitual. Luego, todavía atontado, sin comprender cual era su propósito, lo vi levantarse de la silla, tomar uno de los confites, todavía mirando al fuego, lo partió por la mitad con sus dientes.

Cuando recobré los sentidos, dí un salto hacia él gritando no se qué tonterías, con la intención de poner mis manos sobre su alteza. Pero ya se había tragado el confite. Y mientras yo lo sacudía por el hombro, gritando todavía no se qué, él sonreía y sacudía sus manos para librarlas del polvo de azúcar.

—¡Atrás, perro! — me dijo tranquilamente, sin alzar la voz, pero de tal modo que obedecí, sin saber que obedecía.

—¡Está bueno! — dijo, contemplando en el fuego algo que parecía divertirlo mucho.

Entretanto oí pasos precipitados en el corredor. Mis gritos habían sido oídos.

—¡Adiós, Luis! — dijo Guillermo. — Me voy contento.

Luego se atragantó como le había ocurrido al perro. El cuarto se llenó repentinamente de hombres de armas, de extraños de todas clases, que se agitaban alrededor, clamando por un médico y preguntándome si yo había asesinado al buen duque. Cuando por fin se apartaron, mi amo estaba reclinado en la silla, muerto, como es natural.

Tal fué el fin de Guillermo el Terrible.

Fué en verdad su hijo, su propio hijo que lo mató. Y murió envenenado, como digo; pero... no puedo escribir más.

L. Caradosso.

ANECDOTARIO DE PUCKY

LAS CANAS DE HUMBERTO I

A pesar de su constitución robusta, Humberto I encaneció a una edad relativamente temprana. La reina habría deseado que, como Víctor Manuel, disimulara la anticipada canicie con las tinturas tan en boga hoy día.

Humberto se negó a satisfacer el deseo muy excusable de su real esposa. Sin embargo, la reina no desistía de su propósito. Se hizo enviar de París una tintura finísima y la mandó colocar sugestivamente en el tocador del rey, junto con la explicación impresa sobre el modo de usarla.

Tenía la reina un perrito maltés, blanco como la nieve. ¡Cuál no sería la sorpresa de ella al ver un día a su perrito cambiar el blanco matiz del armiño en el más subido rubio castaño, característico de la cabellera de Humberto! Comprendió quién era el autor de la travesura, más no pudo contener una frase de suave reproche:

—¿Para que embadurnarlo de ese modo?

Y el rey, con una de sus más francas carcajadas, respondió:

—¿Y para qué se embadurnaría así tu marido?

* * * *

MARK TWAIN Y EL ABOGADO

Mark Twain había dado término a su discurso, después de un banquete, y al sentarse, incorporóse un abogado, púsose las manos en los bolsillos del pantalón, y sonriente, preguntó a los circunstantes:

—¿No les parece a ustedes que es algo extraordinario que un humorista profesional sea chistoso?

Cuando las risas con que fué recibida esta sátira, cesaron, Mark Twain exclamó:

—¿No les parece a ustedes que es algo extraordinario que un abogado tenga las manos metidas en sus propios bolsillos?

* * * *

UN SISTEMA DE AHORRO

El inagotable Carreño, personaje de tantos sucedidos graciosos había contraído matrimonio con una mujer a quien adoraba.

Durante los dos años que estuvo casado fué feliz con su esposa, que era un ángel de bondad.

Si algo turbaba tal dicha, eran las chinchorrerías de la suegra, amiga de meterse en todo y de gobernar en la casa del matrimonio.

A los dos meses de enviudar, y como quiera que tuviese un hijo a quien atender y cuidar, el desconsolado viudo pensó en contraer nuevo matrimonio.

Se encontró en la calle a un amigo que le espetó esta pregunta:

—Pero ¿es cierto que vuelves a casarte?

—Sí, es cierto.

—¿Y con quién?

—Con mi cuñada.

—¡Pero, hombre!...

—Pues sí; me caso con mi cuñada, para ahorrarme una suegra...

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	0.20
" atrasado	0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	2.50
" " 6 " (26 ")	4.80
" " 1 año (52 ")	9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países	12.00 "

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
LA TENAZ OPOSICION DEL PEQUEÑO Y SIMPATICO PIPERMIT A QUE LA MADRE CANTASE EN PUBLICO, CAUSA GRAN CONSTERNACION A LOS EMPRESARIOS DEL TEATRO, QUE ESTABAN GANANDO UNA FORTUNA CON LA NOTABLE ARTISTA. PARA EVITAR UNA CATASTROFE FINANCIERA, UNO DE LOS EMPRESARIOS RESOLVIO ELIMINARLO A PIPERMIT Y CON TAN PLAUSIBLES INTENCIONES LO METIO EN UNA BOLSA Y LO ARROJO AL RIO. ¡BARBARO EL EMPRESARIO! ¿NO?
¡SOCORRO! ¡SOCORRO! "S-O-S"
¡GUAU! ¡GUAU!
¡GLU, GLU, GLU! PARECE QUE TODAVIA NO ME HE AHOGADO
¡¡UFA!!
—SI, PICHICHO, COMO TE IBA DICIENDO, EL GRANDULON DEL EMPRESARIO ME ENCERRO EN UNA BOLSA Y ME ARROJO AL AGUA. AHORA QUE ME HAS SALVADO LA VIDA, AYUDAME A SALVAR DEL TEATRO A MI MAMA.
ESTA NOCHE GRAN FUNCIÓN CANTA LA SEÑORA DE MACACHIN EL EXITO DEL AÑO
—¿HAS VISTO, PICHICHO, COMO ES CIERTO LO QUE TE DECIA? ESA ES LA FOTOGRAFIA DE MI MAMA. ¿TE PARECE BIEN QUE SE PRESENTE ASI ANTE EL PUBLICO?
¿PERO... NO ES MI HIJO? ¡PIPERMIT! ¡PIPERMIT, QUERIDO! ¿NO RECONOCES A TU PADRE?
!UN MOMENTO, PICHICHO¡ DETEN LA CARRERA! CREO QUE ME HAN LLAMADO POR AHI VAMOS A VER QUIEN ES.
DEBECK

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Febrero 8
de 1929

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VIII PUBLICACION SEMANAL No. 280

ANECDOTARIO DE PUCKY

ORIGINALIDAD DE ARTISTA

Meyerbeer, el gran compositor, nunca componía con tanta facilidad como cuando había tormenta o llovía a torrentes. Se hizo construir sobre la azotea de su casa una especie de galería fotográfica, enteramente de cristales, y apenas oía un trueno o veía caer cuatro gotas, allá se iba con sus papeles de música, "para estar en más íntimo contacto con las nubes", según decía él.

Tanto influían los temporales en su inspiración, que cuando notaba que componía con facilidad, decía:

—Va a llover en seguida.

Y nunca se equivocó.

Cuéntase que una noche tenía convidados a cenar a varios amigos. Aun estaban en la sopa cuando se oyó un trueno. Meyerbeer dió un salto, tomó sus papeles, que siempre tenía a mano, y echó a correr escaleras arriba, dejando que sus convidados se las compusieran solos.

* * * *

LA AMBICION ROMPE EL SACO

Es conocida la generosidad con que Carnegie distribuyó su dinero. No reparaba en cantidades cuando se trata de hacer una buena obra. Pero es también sabido que no había que abusar de esa generosidad, porque nada contrariaba tanto al famoso millonario como la certidumbre de que se trataba de explotar sus buenos entimientos.

Paseaba un día por los alrededores de un puebleeito, cuando vió a un campesino ocupado en colocar en su vivienda un techo de paja. Carnegie le preguntó por qué no colocaba, en vez del techo de paja, uno de tejas.

El campesino le contestó que porque era muy caro y carecía de dinero para pagarlo.

—¿Y cuánto cuesta un techo de tejas?

—Cincuenta libras, señor, — dijo el campesino.

Sin decir más, Carnegie sacó una libreta de cheques, llenó uno por esa cantidad y se lo entregó al campesino que no salía de su asombro.

Cuando el filántropo se hubo marchado, el labriego entró en su casa, y, hecho unas pascuas, contó a su mujer lo ocurrido. La mujer, lejos de celebrar la buena fortuna que les había deparado aquel día, comenzó a regañar a su marido diciéndole que debía haber pedido más.

—¿Por qué no le dijiste que el techo costaba 75 libras esterlinas?

El campesino, pensando que acaso su mujer tenía razón, y que se había quedado corto, se dirigió inmediatamente a la residencia de Carnegie, y pidió hablar con ésta. Una vez en su presencia, le manifestó que se había equivocado al calcular el costo del techo, el cual no valía menos de 75 libras esterlinas.

—¡Ah! — exclamó Carnegie tranquilamente. — Muy bien; ¿quiere, entonces, devolverme el cheque?

El campesino creyó que el generoso benefactor se lo pedía para cambiárselo, y se lo entregó. Lo tomó Carnegie y, rompiéndolo en pequeños trozos, indicó al labriego el camino de la puerta.

* * * *

ANECDOTA DE ALEJANDRO DUMAS

Es corriente entre cazadores hablar de los extraordinarios sucesos ocurridos en su diversión favorita y ponderar las excelencias de sus perros. En el descanso de una partida de caza, a la que asistía Alejandro Dumas, se hablaba de éstos.

Dumas oyó referir maravillas de inteligencia respecto de esos animales. Cuando llegó su turno, ponderó también la inteligencia de su perro.

—Tiene — dijo, — una inteligencia superior. Un día en que yo almorzaba en el jardín con un amigo, Fanor, que así se llamaba mi perro, esperaba sumiso que, como de costumbre le arrojara los restos de mi almuerzo; pero viendo que no me acordaba de él, se fué al fondo del jardín y vino hacia mí, trayendo en la boca una rama de miosotis. Ya sabéis, — continuó, — que miosotis quiere decir: "¡No me olvides!"

* * * *

COMO ULTIMO RECUERDO

Encontrábase Belgrano en 1819, enfermo y olvidado en Tucumán. Dispuesto a no permanecer más allí, se preparaba a partir para Buenos Aires. Momentos antes de tomar el convoy en que haría el viaje, se presentó el maestro de la escuela con sus niños, y le expresó que cumplía un deber en ir con los alumnos de la escuela que el general hiciera fundar, a darle el último adiós de despedida.

Uno de los niños le declamó unos versos. Belgrano conmovido lo abrazó, diciéndole: "Toma esto, hijo mío, no lo consideres dinero: guárdalo como un recuerdo mío y del grato momento que acabas de darme".

Y le puso en la mano una moneda de oro.

Y después dijo a su secretario: "Partamos ahora, para llevar como último recuerdo de Tucumán, esta grata y dulce impresión".

¡ARRIBA LAS MANOS!

Por W. WIRT

Una interesantísima historia de los pistoleros moderros, de valientes detectives del gobierno y rangers que arriesgan la vida todos los días en la frontera, luchando contra criminales que mueren con salvaje risa en los labios

HARDEN levantó la mirada, al ver que la puerta se abría, y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Bien debía haberme imaginado que iban a enviar a ustedes dos, —dijo al verlos.

Los dos jóvenes que entraban sonrieron.

—Tendrá usted el honor, — dijo uno de ellos, — de ser ayudado por dos detectives de larga experiencia. Nosotros pedimos que nos enviaran aquí.

—¿Sí? — pues yo estaba en el Norte, muy tranquilo, y sin nada que hacer, cuando de pronto recibo un telegrama de ..áshington, ordenándome que venga aquí!

—Escucha, Pete, — le interrumpió Bill Evans, — nos encontramos ante un problema muy difícil.

—Bien, díganme todo lo que ocurre, y entre los tres vamos a hacer maravillas, — fué la contestación de Harden.

—Usted se acuerda de Charlie Stevens? — le interrogó Evans.

—Sí; él era el pagador de Dwyer. ¿Por qué?

—Ahora le diré. ¿Lo conoce a usted?

—No, no me vió nunca a mí. Yo trabajé en el mismo caso, pero desde otra ciudad. Bill Gunnell fué el que lo detuvo en Nueva York.

—Bueno, él está aquí con un pájaro de cuenta llamado Wiliams, el que es gerente del Carlton Club, a pocos metros más allá de la frontera, en Nogales. Por seis o siete puntos distintos entran al país drogas y chinos de contrabando, y nosotros sabemos que ellos son los dirigentes...

—¿Cómo sabe eso?

—Porque la Patrulla Aérea de la frontera detiene a algunos de ellos de cuando en cuando, y los han hecho confesar. Lo malo es que en seguida llegan los abogados de Williams y Stevens, y prestando fianza o con cualquier otro recurso, logran hacerlos poner en libertad. Cuando los llevan ante el fiscal, le manifiestan con todo cinismo, que para condenarlos deben presentar pruebas. Esa es la dificultad que tenemos que resolver: agarrarlos con las manos en la masa. Los aduaneros apresaron a un yacht lleno de chinos, y aunque todo el mundo sabe que el buque pertenece a Williams, el capitán asumió toda la responsabilidad, y así protegió a los cabecillas.

—¿Sospechan ellos de ustedes?

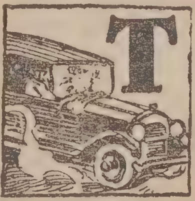
—Me parece que sí: estoy seguro de que hemos sido vigilados por espías varias veces.

—Entonces ustedes ya están descubiertos, pobres inocentes! Yo les voy a decir lo que deben hacer: pónganse al acecho en un camino y decomisen uno de los embarques, enseñando bien sus chapas de agentes federales. Al mismo tiempo, digan bien alto que saben que los jefes son Williams y Stevens, y que los van a capturar...

—¿Qué? ¿Para que se rían de nosotros?

—Precisamente; ustedes harán su juego al descubeirto y a la vista de todo el mundo. De esa manera ellos estarán dsprevenidos de otro ataque, y entonces será mi oportunidad. Denme todos los detalles y datos que sepan.

II



TENDIENDO un orazo con energía, dijo Bob Combes, comisario del distrito Sud, Arizona. — Lleven a ese chino al patio, y no se descuiden ni un momento; estos hombres amarillos son muy peligrosos. ¿Están los otros atados?

—Sí: y la muchacha pelirroja está encerrada en la cocina. Ya está todo listo, — le contestó Sam Earpe de los Arizona Rangers.

—Muchacho: mejor que vaya y la ate bien, pues es una combinación de tigre y lebezna, por lo indomable.

—Caramba, Bob, yo no ato a criaturas!

—Ya vienen, ya vienen. Coloque al chino de tal manera que todo parezca natural. Jimmie y yo los agarraremos. — Usted entre a la casa para no excitar sospechas, pero puede intervenir en la pelea si tratan de refugiarse aquí.

Un poderoso aeroplano, volando rápidamente, planeó hacia la tierra, y después de haber descrito un círculo sobre la estancia,

efectuó un perfecto aterrizaje y se detuvo. El viejo chino miró al aparato, y comenzó a caminar tranquilamente hacia la casa. Todo parecía tranquilo y apacible y el aeroplano se había detenido a unos veinte pies del establo.

Dos hombres bajaron de él: ambos jóvenes, bien vestidos y que usaban gorra, en vez de los trajes de aviadores. Uno de ellos, demostraba en su rostro las señales de numerosos vicios, a pesar de tener la apariencia de ser una persona refinada y de buena educación. El otro era más morocho, y aparentaba ser un criminal afiliado a las bandas de pistoleros de la ciudad.

—Bueno, — dijo el rubio, desperezándose, — ya llegamos, Spaghetti.

—Es cierto, ¿pero dónde se ha metido el chino ahora? El debe ser el que descargue las mercaderías, en vez de nosotros. Vamos a tomar una copa.

—Mejor guardemos el aeroplano antes. Acuérdese de que Williams nos protestó la vez pasada por dejarlo un rato abandonado.

—¡Arriba las manos! — les ordenó en ese momento una voz amenazadora detrás de ellos. Los dos hombres, instantáneamente, en vez de obedecer se arojaron al suelo para ponerse al abrigo de las balas, escondiéndose bajo el fuselaje y la cola del aparato. Antes de tocar al suelo, ya habían sacado sus automáticas para repeler la agresión.

Una bala del revólver de Combes le arrancó la gorra de la cabeza al rubio, al arrojarse al suelo boca abajo, quedando así a unos veinte pies de los bandidos.

—En nombre del gobierno federal! — dijo Combes. — Arrojen esas pistolas lejos y salgan de ahí, con las manos bien levantadas!

—Sí, uno de estos días! — le contestó burlonamente. Y al hablar así, comenzó a hacer fuego con su pistola. Una bala le rozó el hombro a Combes, haciéndole una herida superficial, que merecía haber sido hecha por una cuchillada.

La contestación fué instantánea y las pesadas balas de los Colt calibre cuarenta y cinco atravesaron la débil protección que resguardaba a los criminales y penetraron en los cuerpos de éstos, rápidas e implacables como la muerte.

La batalla terminó en menos de diez segundos: había consistido en una descarga, seguida de una corta pausa, y después el sonido de los tiros decisivos.

—Creo que hemos concluido, — dijo Combes levantándose. — Has resultado herido, Jimmie?

—No, — contestó Joung levantándose. — Me rozaron solamente...

El joven rubio se incorporó a medias, su rostro salpicado de sangre y pálido como una sábana. La sangre le manaba de varias heridas en la cabeza y en el cuerpo.

—Un poco más... — exclamó hablando dificultosamente y oprimiendo su pistola convulsivamente, hizo fuego desde el suelo, apuntando a Combes, el que se desplomó a tierra, de boca. En ese mismo momento, la bala del revólver de Young le partió el corazón al criminal.

Sam Earpe llegó corriendo de la casa. Había salido al iniciarse el tiroteo, pero éste concluyó tan pronto, que sólo llegó al lugar de los hechos cuando Combes caía.

—Bob recibió un balazo en los pulmones — dijo Jimmie, desde donde estaba arrodillado al lado de Combes. — Dos pulgadas más arriba del corazón. No está sangrando mucho, a menos que haya derrame interno. Llévelo pronto al doctor Webb y yo me quedaré de guardia aquí hasta que llegue el capitán Lee.

Después que el auto se alejó con el herido Jimmie trepó a la cabina del aeroplano.

—Sí, — se dijo a si mismo, — aquí los tienen: ocho paquetes de opio y morfina...

El ruído del motor de un automóvil le interrumpió sus pensamientos y se dió vuelta justamente a tiempo para ver a la muchacha pelirroja dar vuelta al camino en un auto, inclinada sobre el volante y al parecer decidida a huir. Instintivamente sacó su revólver y disparó dos veces, bien alto.

—Le causaría mucha pesar, si llegara a darse cuenta de que es tan poco importante que desdeñamos hacer fuego sobre ella — se dijo sonriendo; — ahora va a ir y referir al resto de la banda que huyo, a pesar de que toda la patrulla disparó sobre ella.

III

TODA la concurrencia del Carlton Club estaba jugando fuerte en la mesa de juego de faro.

Los asientos estaban ocupados y había muchos hombres de pie, mirando las jugadas por sobre las cabezas de los que estaban sentados.

—El rey pierde y el as gana, — exclamó el banquero, pagando a la carta premiada y recogiendo de la mesa las demás.

El juego continuó y un viejo estanciero, estudió la caja de dónde iban a salir las cartas, y dijo.

—Apuesto a que son: as, tres y rey! — lo que significaba que apostaba dinero a que estos tres naipes saldrían en el orden indicado.

—¿Algún otro? — preguntó el banquero. — Tres a uno a que...

Al levantar los ojos, éstos brillaron y su mano derecha se movió con la rapidez de una serpiente buscando algo debajo de la mesa. Inmediatamente, todos los hombres estaban sentados, escaparon hacia todos lados. Los que estaban sentados se dejaron caer al suelo, todos menos un hombre que se había estado inclinando, estudiando los naipes, pero, al encontrarse su mirada con la del banquero, se enderezó.

La culata del Colt del jugador apareció verticalmente, a causa de la posición en que había estado guardado bajo la mesa y por consiguiente perdió una fracción de segundo para colocar el cañón del arma hacia su ene-

migo. Esto significó para él la diferencia entre la vida y la muerte.

La mano del hombre que estaba de pie, había descendido hasta su cintura, mientras el jugador buscaba el revólver bajo la mesa y el disparo del Colt resonó en la habitación en el preciso momento en que el banquero oprimía el gatillo de su arma. Los dos disparos fueron simultáneos. Unas gotas de sangre aparecieron en la camisa, cerca del hombro, del enemigo del jugador. En cambio éste, fué arrojado contra la pared, con una bala en su corazón.

Uno de los hombres de la casa, llevó su mano a la cintura como preparándose a hacer fuego, pero se detuvo de pronto: era valiente, pero permaneció inmóvil, pues se dió cuenta que si se movía el otro hombre lo mataría.

—No te muevas, amigo, — le dijo el hombre — eso es, a menos que desee morir de pronto, — soy Bill Earpe, de los Rangers.

En el momento que pronunció estas palabras, la tensión en la habitación se aflojó, y los hombres que se habían arrojado al suelo, comenzaron a levantarse.

IV

A los pocos instantes un joven inglés, que había sido uno de los primeros en ponerse a cubierto de las balas, se levantó todavía temlbando.

Los dos vaqueros de la Lazy W y un joven caballero mejicano, que habían estado sentados a la misma mesa qeu él, lo contemplaron con asombro.

—Oigan, amigos, — dijo tartamudeando — no crean que me asuste, sino que desde que estuve en la guerra me pone nervioso ver un revólver...

Se detuvo para sentir la conversación.

—...sí: Whitey se arriesgó demasiado al desafiarlo a usted y tratar de matarlo. Pero si no es indiscreción, por qué deseaba detenerlo?

El Ranger miró al muerto y después a la muchedumbre, frotándose el hombro herido, le contestó a su interlocutor::

—Bueno, señor — dijo — lo que ha pasado es curioso, pues yo no lo buscaba a él, sino que andaba por aquí a ver si encontraba a un amigo mío. Pero ví que iba a matarme, y no se lo podía permitir.

En ese momento un hombre se abrió paso entre las muchedumbre, acercándose a la mesa. Su rostro aunque atractivo, tenía las característica de un ave de presa. Inmediatamente notó lo que había ocurrido.

—Hola, Earpe, — le dijo al Ranger, — ¿qué ocurrió?

Earpe sonrió. Este hombre se equivocó respecto a mí, Williams. Debe haberse figurado que intentaba detenerlo. Todo fué verme y sacar su revólver. En cuanto a las causas, son un profundo misterio para mí.

—De manera que iré a referirle al jefe lo que ha ocurrido y me haré curar esta rozadura en el hombro.

Los dos vaqueros de la Lazy W se miraron, y en ese momento el inglés, exclamó:

—Qué barbaridad; creía que estos días de tiroteos se habían concluído para siempre.

V

WILLIAMS penetró en un salón particular, donde estaban dos hombres sentados a una mesa.

—¿Quién resultó muerto? — preguntó Charlie Stevens.

Era un hombre de más o menos la misma edad que Williams y tenía el aspecto de un hombre de negocios, aunque en su interior era un criminal empedernido.

—Whitey Montgonery — contestó Willams tomando asiento. — Earpe de los Rangers lo mató. Dijo que no lo iba a detener, ni tenía nada contra él...

—Lo que ocurrió es que Whitey estuvo mezclado en el asesinato de un primo de Earpe, y seguramente creyó que éste había logrado averiguar la verdad.

—Eso es lo que ocurrió entonces, — replicó Willams.

—Me agradaría saber si Earpe está enterado de algo, — le manifestó Stevens.

—Nada de que pueda acusarnos, — le manifestó Willams, — lo mismo que esos dos agentes federales, Clack y Evans, que están jactándose de todo lo que nos van a hacer cuando nos apresen con las manos en la masa. No hay duda de que los engañamos fácilmente con ese simulacro de embarque, y que los dos de antes eran mejores...

Se interrumpió, pues la puerta acababa de abrirse, penetrando en la habitación un hombre alto, delgado y quemado por el sol. Williams levantó la cabeza, diciéndole.

—¿Qué ocurre Martín?

—Algo importante, — repuso el hombre acercándose a la mesa. — Sid y Angelo fueron muertos al descender del aeroplano en la estancia.

—¿Sí? — exclamó Williams sin que su rostro variara de expresión en lo más mínimo. — ¿Cómo ocurrió eso?

—La muchacha pelirroja de Nuevos Rivero se escapó de las manos de la Patrulla de la Frontera. Dice que los detuvieron por la mañana temprano a ella y su padre. Más tarde esperaron a Sid y Angelo, y como éstos se resistieron al arresto, los mataron a tiros.

—Muy bien, Martín. ¿Algo más?

—Nada, excepto que he sabido recién que Whitey resultó muerto de un tiro.

—Sí, Earpe de los Rangers lo mató.

—Caramba, Sid, Angelo y ahora Whitey. Ciertamente no es muy saludable andar por aquí, pues las muertes ocurren con gran frecuencia. De manera, Williams, que cobraré lo que me corresponde y me retiraré del negocio.

Al hablar así corrió el cinto para un lado. Estaba decidido a todo para cobrar su parte.

—Muy justo, — le replicó Williams, — le corresponden mil ochocientoes cincuenta, menos lo que pidió adelantado. Aquí está su dinero.

—Gracias le contestó Martín sin contar el rollo de billetes que le había entregado Williams. — Adiós, amigos, — concluyó dirigiéndose a los tres hombres, después de lo cual se marchó.

VI

WILLIAMS se volvió hacia Layton, tan pronto como la puerta se cerró, diciendo:

—El va a ir al salón de baile a ver a Lucy o Kate. Váyase allí y dígale que yo deseo hablarle antes de que se vaya. Entonces informe a Ed y Bill que lo traten como merece.

—Esa es una buena jugada, Williams, — exclamó Charlie Stevens. — el negocio va muy mal, pues el aeroplano nos había costado veinte mil y había cuarenta mil en él, de opio y morfina. Con unas cuantas veces que ocurra esto, vamos a tener que declararnos en bancarrota y volver a comenzar el negocio en otra parte. Al mismo tiempo, sabemos muy poco de Layton.

—Layton vino hace seis meses y nos ha ayudado mucho en el ramo de transportes. Antes de eso, trabajó bajo la dirección del capitán.

Layton volvió justamente a tiempo para oír el fin de la conversación.

Stevens dijo: — Más vale que andemos con pies de plomo antes de confiar en él, — y Williams le replicó: — Creo que tiene usted razón,. Charlie.

—¿Está todo arreglado? — le preguntó Williams a Layton. — Stevens y yo vamos a ver a los demás, para tratar de averiguar quién nos ha estado traicionando.

—Sí, ya está listo. Martín iba hacia Yuma. Y no sé, Wiliams, quien nos ha denunciado. Hay demasiadas conversaciones telefónicas y nada más fácil para los agentes federales que instalar una línea auxiliar y escuchar todo lo que se hable.

—Eso es cierto, — dijo Charlie Stevens, —pero usted parece saber mucho acerca de los métodos que usan los agentes federales.

—¿Por qué no? — replicó Layton con indiferencia, — fuí uno de ellos hace varios años.

—¿Sí? — le preguntó Wiliams, — ¿y qué le ocurrió?

—Un lío con una mujer fué lo que terminó con mi empleo, pues yo necesitaba más dinero que el mísero sueldo que me pagaban

—¿Sabe lo que yo pienso? — continuó Stevens, — que usted pertenece todavía a la policía, y está aquí para espiarnos.

Layton se rió y dijo fríamente:

—Dios sabe que yo desearía ser todavía un agente federal. Y si lo fuera no pediría hacer otra cosa que matar a ustedes dos, pues sería un trabajo facilísimo.

—Usted es valiente, por lo menos, — le replicó Williams. — Hay pocos hombres que se atreven a decirnos eso.

—¿Sí? — dijo Layton, — puede ser que sus conocidos no se atrevan, pero yo conozco a hombres para quienes matar a ustedes sería tan sencillo como despojarle cualquier cosa a un inválido. Bueno; si no tienen nada más que decirme, iré a esperar a Smithie.

Williams se sonrió, exclamando:

—Tiene razón, Layton. Charlie estaba bromeando, ¿no es cierto, Charlie?

—Layton sabe eso, — replicó el interpelado, — pues si yo no hubiera estado bromeando él ya estaría muerto en este momento.

—Puede ser, — repuso Layton irónicamente. — Bueno, hasta luego. — Y salió de la habitación.

Al pasar por la casa de juego, y mientras contestaba a bromas y preguntas a derecha e izquierda, sabía que estaba condenado lo mismo que Martín, y que su vida dependía de poder escapar pronto y que no lo encontraran.

No ignoraba que la banda, llena de furor y sospechas por la pérdida de los sesenta mil dólares, iba a herir ante la más mínima sospecha, lo mismo que una serpiente en el desierto, muerde a cualquiera. Stevens no hubiera hablado como lo había hecho, a menos que hubieran decidido eliminarlo. Había hecho lo único que estaba en su mano par desorientarlos, y que era admitir que había sido agente federal.

VII

AL acercarse al bar, con su mano derecha empuñando la culata de su pistola calibre 38, Layton vió al joven inglés con los dos vaqueros y un mejicano de pie cerca del centro del bar. Al dirigirse a la puerta para huir en su auto, que estaba cerca de la misma, vió que uno de los jugadores se levantaba y venía hacia él. Se detuvo, y permaneció esperando.

Posiblemente Williams y Stevenes habían decidido que no les convenía dejarlo salir fuera e iban a hacerlo matar allí mismo. — Mientras el hombre se adelantaba, el inglés se dió vuelta y vió a Layton, con la sonrisa del pistolero listo para cometer un crimen, y que comenzaba a sacar la mano del bolsillo, lo suficiente para dejar ver el acero de su automática. El otro hombre se detuvo indeciso, pues las instrucciones que le habían dado era vigilar a Layton, y ahora no sabía si retirarse o pelear allí mismo.

—Escuchen, — dijo el inglés, — tengan en cuenta que yo estoy en la línea de fuego, y esperen hasta que me retire. — Pero en vez de retirarse hacia el bar, se colocó frente al jugador. Su mano derecha se levantó como para protestar, y el otro hombre, creyendo que trataba de golpearlo, le contestó con un golpe de izquierda a la mandíbula.

Sin embargo, aunque el inglés temía a las armas de fuego, no le asustaban los puños. Le colocó dos golpes sobre las costillas a su adversario, y ambos se trenzaron en una pelea encarnizada.

—¡Hurra por Inglaterra! — gritó un espectador riendo.

—¡Véncelo, Kentucky! — contestó otro.

El jugador peleaba con gran decisión, y el inglés parecía empeñado en sujetarlo, seguramente temeroso de que su adversario tratara de terminar la pelea a tiros.

Williams y Stevens salieron del salón particular y Stevens caminó hasta donde estaban los combatientes y tocando a Kentucky en el hombro, le dijo:

—Basta ya, — ¿me ha oído, Kentucky? — déjelo.

El interpelado empujó a su adversario hacia atrás, y bajó los puños, exclamando:

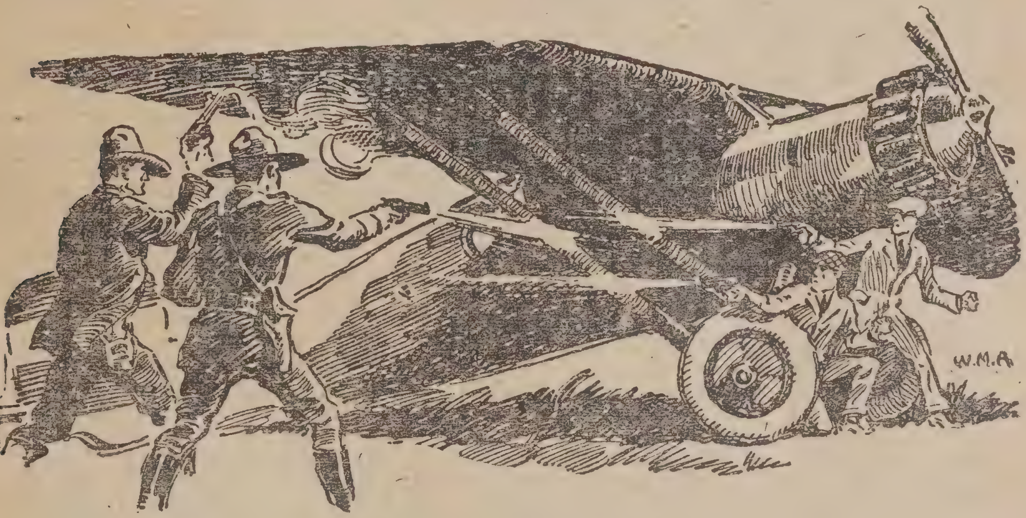
—¿Pero no ha visto como él me atacó? Y...

—¡Escúcheme! — interrumpió Stevens quien conocía el nombre del mejicano y sabía que si éste era muerto allí, sus hermanos buscarían al asesino hasta matarlo, — no hay razón alguna para pelear, señor de Fernández. Yo no sabía que el señor Montague padecía de esa enfermedad, y tanto yo como los demás, aquí presentes, sentimos el mayor respeto hacia todo hombre que peleó por defender a su país. De manera que el insulto fué involuntario, y vamos a lavarlo tomando todos unas copas.

El mejicano interrogó con la vista a Montagne, quien dijo en seguida:

—Por supuesto que no vale la pena pelear cuando se reciben explicaciones, — y estrechó la mano de Kentucky.

Layton entretanto y aprovechando la confusión, había tomado su auto, dirigiéndose hacia el Norte.



Una bala le rozó el hombro a Combes...

—El estaba sacando una pistola, — replicó el europeo. — Lo siento, amigo, pero eso me hizo poner nervioso, pues he visto tanto de eso en la guerra.

—¡Bah! ¡Cobarde! — exclamó Stevens. — Mejor aléjese de estos contornos, porque sino...

El mejicano se adelantó ahora, y dirigiéndose a Stevens, le dijo:

—Señor Stevens, mi amigo, de quien soy ahora empleado, sufrió mucho a causa de la persecución de explosiones en la guerra, pero a mi no me aflige esa dolencia, y si usted o cualquier otro vuelve a reirse de él...

—Y nosotros al lado suyo, — anunció uno de los vaqueros de la Lazy W.

—Un momento, — dijo el inglés, — son ustedes muy amables, señores, pero yo puedo defenderme, y si este hombre se adelanta y pelea con sus puños...

—No, señor Montague, — le repuso el mejicano, — aquí no se boxea sino que se pelea a tiros. De manera que yo, Juan y Gonzalo de Fernández...

VIII

STEVENS y Williams estaban sentados en el auto de Stevens, a corta distancia de la casa de juego. Estaba casi amaneciendo, y durante varias horas habían estado interrogando a los hombres de su cuadrilla, tratando de averiguar quién era el traidor. Ambos sabían que si no hallaban al espía y lo hacían callar para siempre, concluirían su carrera en la silla eléctrica o ahorcados.

—No se quien puede ser, — dijo William — por un momento creí que era el inglés, pero...

—Yo también había pensado en eso. Su historia es buena, pero si él es el espía, ¿por qué intervino y nos echó a perder el plan para desembarazarnos de Layton?

—Layton puede estar trabajando en com-

binación con Montagne. Siempre me pareció extraña la manera en que Evans y su compañero comenzaron a baladronear acerca de que nos iban a capturar.

—Puede ser que usted tenga razón, Williams. En cuanto a mí, charlé un rato con el mejicano y me hice amigo de él. Hubiera sido una verdadera barbaridad si lo hubiéramos matado, pues, después toda la familia y amigos tratarían de vengarse y no podríamos volver a Méjico.

—No se quien puede ser,—dijo Williams,

—Pues resultó que el padre no le aflojaba los cordones de la bolsa, y habiendo visto un aviso en los diarios en el que el inglés pedía un secretario, se decidió a trabajar con él.

—Bueno, yo creo que Montagne no es un espía, pero no creo lo mismo respecto a Layton.

—Ese punto ya está arreglado, pues he dado instrucciones de liquidarlo, si es posible encontrarlo. Pero por otra parte, tengo la impresión de que Montagne comenzó la pelea para entretener a los presentes y así dar tiempo a su cómplice a que escapara.

—Yo le voy a decir lo que pienso: estamos haciendo negocios en tan gran escala que es natural que sucedan esas cosas así, y el punto más débil está en Saint Creek, — dijo Stevens.

—Yo soy de la misma opinión. Puedo venderle la casa a Pierre Beache por cincuenta mil pesos. Vamos a hacerlo y nos vamos de aquí.

—Eso es lo mejor que podríamos hacer. Unicamente no me agrada dejar con vida al traidor y a esos malditos policías!

—No vamos a tener esa pena. Ya hay hombres acechando a Layton. Si él se encuentra con Smithie, está arreglado. Esparciremos la noticia de que vamos a pasar un embarque por Sonoyta, pero será un informe falso y el verdadero contrabando pasará por Quitovaquito, y nosotros dos iremos allí para asegurarnos de que pasa bien. Lo que ellos quiseiran es agarrarnos con las manos en la masa en territorio americano. No creo que el traidor sea Layton, pero de cualquier manera voy a apostar unos cuantos hombres allí, bien escondidos, para que maten al traidor y a los policías.

—Bueno, Charlie, pero entretanto dónde estaremos nosotros?

—En camino hacia California con nuestra carga, confío — le replicó Stevens sonriendo de una manera siniestra. — Cuando salgamos de Sonoyta, le diremos a los muchachos que nos adelantaremos para asegurarnos de que el paso está franco. En vez de eso, esconderemos bien la carga verdadera para venir a buscarla más tarde, y a ellos les haremos llevar unos paquetes sin valor. Así dejaremos que ellos y los policías se peleen todo lo que quieran. Y cualquiera de ellos que triunfe, será asesinado por Gómez y su cuadrilla. Le diré a Gómez que aproveche la oportunidad para atacar y así se quedará con el contrabando.

—Pero eso significa que vamos a hacer matar a los muchachos que han trabajado lealmente con nosotros, Charlie.

—No importa; si no caen ellos nos tocará a nosotros el turno, — replicó Stevens.

—Tiene razón, — fué la respuesta de Williams y los dos canallas que planeaban así hacer asesinar a sus propios compañeros, sonrieron cínicamente.

—Otra cosa, — dijo Stevens al poner el auto en movimiento, — será mejor no tratar de cruzar hacia el Sud por el jacal de Pedro. Necesitaríamos que nos ayudaran algunos hombres, pues el distrito está lleno de bandidos. De manera que lo más prudente será cruzar la frontera por San Bardoo.

—Eso es mejor, — repuso Williams, — aunque las primeras veinte millas por ese camino son pésimas: pero en todo caso usted y yo nos abriremos paso a tiros. Lo haremos dentro de una semana a contar de hoy.

IX

MONTAGNE está despidiéndose de Fernández en Nogales del lado americano.

—Muy agradecido por todo lo que me ha ayudado, amigo, — le dijo. —Me han invitado a permanecer en la estancia Lazy W durante un mes.

Fernández permaneció allí hasta que el auto que conducía a Montagne había desaparecido, y entonces volvióse y se dirigió hacia Méjico. Al pasar ante una pequeña cigarrería alguien desde adentro le hizo seña para que entrara.

El mejicano detrás del mostrador le señaló una pequeña puerta y Fernández entró a la habitación, después de asegurarse que su revólver estaba colocado en su cinto de manera tal que pudiera hacer uso de él instantáneamente.

Bill Earpe, el Ranger, se incorporó al entrar el visitante.

—¿Usted desea verme, señor? — le preguntó Fernández cortésmente.

—Bien, señor, — replicó Earpe, — lo he llmado a usted solamente para decirle que me he fijado en una peculiaridad de toda su familia; cada uno de sus componentes, sin exceptuarlo a usted, llevan su revólver a la izquierda y lo disparan con esa mano. Pero en cambio hoy, usted, lo usa a la derecha, y ese es un detalle significativo, pues no olvide la antigua fábula:

—Por faltar un clavo se perdió la herradura, y por falta de la herradura se perdió el caballo.

—Descuidos como esos causan muchas muertes, señor Earpe, — le contestó Fernández tranquilamente.

—Bien, señor, — le repuso Earpe. — Usted me había engañado hasta que me fijé que iba a sacar el revólver con la mano derecha, y ésta se movía como muy acostumbrada a hacer ese movimiento.

—Le diré, — replicó Harden sonriendo, — cuando era chico pasé varios años en Méjico y conocí a la familia de los Fernández. De manera que fuí a ver al viejo, y se alegró mucho de verme. Estaba tratando de pensar alguna manera para atrapar a estos contrabandistas cuando me encontré con Montague...

—¿El sujeto que estaba sentado con usted y los vaqueros?

—Sí, — pertenece a la policía montada del Canadá.

—Sería un actor muy bueno, pues ya ve que bien ha desempeñado su papel de inglés desconocedor de estos parajes. Después que usted se retiró del salón de juego hizo una comedia, asegurando que el ver armas de fuego le afectaba los nervios, pero creo que hizo un error.

—¿Sí? — le preguntó Earpe encendiendo un cigarrillo. — ¿Por qué?

—Estábamos en el bar y un pájaro llamado Leyton iba a ser asesinado por uno de los de la cuadrilla, cuando Montague intervino y le dió la oportunidad de escapar. Stevens y Williams, creen que Layton es un agente federal y van a tratar de eliminarlo. En cuanto a mí, me han tomado por un bandido y por lo tanto soy el compañero de ellos. Por otra parte, un tal Gómez me ha informado de que los dos jefes iban a traicionar a sus compañeros y él deseaba que yo lo ayudara.

X

HARDEN refirió a Earpe todos los detalles de la conspiración: cómo los hombres de Gómez estarían apostados para ultimar a los sobrevivientes de la pelea, y todo lo que Stevens le había explicado detalladamente.

El proyecto que tenían Stevens y Williams era después que toda la cuadrilla hubiera sido exterminada, ir a Méjico y organizar otra banda, esta vez de mejicanos solamente, y trabajar en combinación con Fernando, en la frontera. Iban a trabajar hasta reunir un medio millón, y entonces huir a Sud América o cualquier otro paraje distante.

Nosotros nos ocuparemos de Gómez y todos los demás en Sonoyta y Quitavaquito, pero, lo que me preocupa, es cómo va usted a salir del apuro si los acompaña?

—Eso es lo que yo mismo no sé, — repuso Harden sin demostrar hallarse preocupado. — Ciertamente, no puedo preguntarles por donde van a atravesar la frontera, y por consiguiente, lo más seguro será acompañarlos. Por otra parte, he oído hablar tanto alabandolos como buenos pistoleros, que me he encaprichado en matar a alguno de ellos yo mismo. No hay duda que esta banda ha asesinado a varios de nuestros compañeros.

—El tal Layton acaba de ser liquidado — dijo Earpe. — En El paso. Lo mataron en pleno centro de la ciudad.

—¿Sí? Había oído decir que fué agente federal hace años.

—¿Qué clase de auto es el de Stevens? — preguntó Earpe.

—Un Morton grande, tipo carretera y pintado de gris. Y oiga: no traten de hacer detener al auto, pues yo me ocuparé de eso.

—Para cuándo es la función? — continuó Earpe.

—El sábado próximo por la noche — contestó Harden; — el paso del contrabando real, del falsificado y también de la traición

—Allí estaremos, muchachos — dijo Earpe; — pero escuche, no será imposible arreglar que un par de nuestros muchachos se mezclaran con la banda?

—Imposible — repuso Harden en seguida, — nos echaría a perder el juego. Yo los he engañado por pura casualidad y no podemos arriesgar ahora que se nos estropee la combinación.

—Bueno: como le parezca, — replicó Earpe, — pero si por mi fuera, haría que lo acompañaran dos de nuestros hombres.

—Si me voy a guiar por lo que he sentido hablar de usted — replicó Harden desde la puerta, — la verdad es que le agradaría estar en mi puesto y no pediría que lo ayudarán, pues eso echaría a perder la diversión.

XI

AL subir el auto de Morton una pequeña colina, se divisaron las luces de San Bernardino.

—Aquí estamos, — dijo Williams, — con sesenta mil pesos en opio y morfina guardados atrás. Pasamos fácilmente.

—No es ese el local del Frisco Kid, el que se vé entre los árboles? — repuso Stevens.

—¿Dónde? ¡Oh, sí! Parece que le han permitido abrir el bar de nuevo, pero yo no le aconsejo que vaya — le dijo Williams a Stevens, al ver que éste se encaminaba al café con el auto. — Debíamos primero ocultar bien el contrabando.

—Creo — repuso Stevens, — que tengo derecho a tomar una copa, después de haber estado manejando durante diez horas, si me parece. Tiene usted alguna objeción que hacer?

—Vaya y beba todo lo que quiera,—le dijo Williams. — Usted sabe tan bien como yo lo que llevamos.

Frisco Kid los recibió como a viejos amigos y ellos le pidieron que los acomodara en un comedor reservado.

—Ciertamente, — contestó el propietario, — hay dos hombres en el salón de atrás y les diré que se marchen. Vengan. Dicho salón tenía una extensión de unos treinta pies cuadrados. Había allí varias mesas y a una de ellas estaban sentados dos hombres con una botella y vasos delante de ellos.

Frisco Kid entró primero, seguido por Stevens, Williams y Fernández.

—Lo siento, caballeros — dijo Frisco Kid, — pero desearía que ustedes se acomodaran en algún otro lado, pues unos amigos míos desean usar este salón.

—Está bien, Kid — replicó uno de ellos; — de cualquier manera ya nos íbamos a ir.

Fernández estaba a unos dos pasos a la derecha de Wiliams y Stevens. Al comenzar el viaje en auto, el primero de los nombrados había colocado su revólver en la faja mejicana que usaba, y donde además de no percibirse, estaba muy a mano para disparar instantáneamente, en caso de apuro.

El otro hombre que estaba en la habitación, había comenzado a decir:

—Está bien, por mí vamos... — pero al ver a Fernández sus ojos brillaron de odio, y exclamó llevando la mano al bolsillo:

—¡Dios mío; es usted, perro policía!

XII

INSTANTANEAMENTE Harden lo hirió en el hombro antes de que el criminal tuviera tiempo de usar su pistola. En el mismo momento que el herido caía al suelo, el revólver del detective apuntaba a los tres hombres.

—¡Arriba las manos! — les ordenó. — ¡Pronto! ¡En nombre del gobierno federal!

Frisco Kid había levantado las manos en seguida, pero Charlie Stevens lo empujó violentamente hacia Harden, al mismo tiempo que éste hizo fuego sobre Williams, el que había sacado una pistola con rapidez increíble. Su primer tiro hirió a Harden en el brazo, y si no hubiera sido porque se había movido por apartarse de Frisco Kid, la bala le hubiera partido el corazón. Apesar del dolor que lo produjo la herida en el brazo, Harden disparó a la burlona cara de Williams y el cuerpo de éste cayó a tierra sin vida.

Stevens tuvo una gran equivocación cuando empujó a Frisco Kid hacia Harden, pues su cuerpo le servía de protección a Harden, mientras éste disparaba sobre Williams. Eso le dió al detective la oportunidad de pasar su revólver a la mano izquierda, pues la derecha ya no lo podía sostener a causa de la herida.

Empujó a un lado a Frisco Kid y apuntó a Stevens, el que tenía un revólver en la mano.

—Déjelo caer, Stevens, — dijo Harden — o lo mataré. Soy un agente federal y usted está arrestado!

Stevens lo miró por un momento, y dijo:

—Amigo, ya sé lo que me espera si me entrego. De manera que...

Y su pistola hizo fuego en dirección a Harden. El disparo desde aqeulla posición había sido muy hábil, pero erró el tiro y la bala del revólver de Harden le hizo caer la pistola de la mano.

El agente federal avanzó hacia adelante para reducir a su adversario, pero éste retrocedió rápidamente y recogió un rvólver del suelo con su mano izquierda, pues la derecha la tenía sangrando e inutilizada.

Harden se detuvo y por un momento se miraron de un lado el agente federal con todo el poder de los Estados Unidos apoyándolo y del otro lado el empedernido criminal. No se notaba temor en los ojos de ninguno de los dos.

El revólver de Harden apuntaba al corazón de Stevens.

—¡Arriba las manos, — le dijo, — o lo mataré!

—Me rindo, — replicó Stevens, — si usted... — y su revólver funcionó al dejarse caer debajo de la mesa.

Harden disparó al agacharse, pero la bala hirió a Stevens en el cuello. La bala del criminal hirió a Harden en el costado, debajo de las costillas y Stevens disparó de nuevo, pero el tiro no dió en el blanco.

XIII

HARDEN apartó la mesa de un puntapie y disparó tres veces seguidas sobre el hombre en el suelo. Stevens se estremeció al penetrar las balas en su cuerpo, pero con el instinto del pistolero, apretó el gatillo de nuevo y el tiro fué a incrustarse en el techo.

Bill Evans, Johnnie Clark y Bill Earpe penetraron en la habitación con sus pistolas en la mano. Inmediatamente se hicieron cargo del herido y le preguntaron por qué no les había avisado para ellos tomar parte en la pelea.

—No me dieron tiempo, pues aquel herido me reconoció. ¿Han agarrado ustedes a los demás?

—Sí, — en los dos sitios. Pero venga que lo llevamos al hospital.

—¿Quién, yo? — dijo sonriendo Harden. — Nada de hospital, pues dentro de dos semanas estaré pescando en el Norte, de nuevo.

Harden se equivocó, aunque no por mucho, pues tuvo que permanecer un mes en el hospital, antes de poder ir a pescar.

GRATIS
sin gastar un sólo centavo, puede Vd. ser el feliz poseedor de un precioso anillo para señorita o caballero de
ORO 18 KILATES Y PLATINO CON ZAFIRO BLANCO
Escríbanos hoy mismo pidiendo uno
COMPAÑIA INTRODUCTORA DE ALHAJAS FINAS
VICTORIA 1373 - Bs. Aires - Rep. Arg.

ARGUMENTO MALOGRADO

DIONISIO SEGWICK empujó lejos de si el borrador con dedos nerviosos.

—Es inútil, el tema es bueno; pero no puedo desarrollarlo.

Su esposa se le acercó, mirando por encima de su hombro la hoja escrita hasta la mitad.

—¿Por qué no tachas eso y empiezas de nuevo?

—No puedo, — contestó él con irritación. —Me he hecho a mi mismo esta razonable pregunta infinidad de veces. ¡Empecé con tanto entusiasmo el tema. Las palabras fluían de mi pluma, las situaciones eran fáciles, intensas. De pronto mi pluma se detiene y rehusa continuar. No puedo seguir.

—Tú siempre has sostenido un argumento que rehusa desarrollarse naturalmente no sirve, — le recordó Margarita con tolerancia divertida.

Dionisio admitió el hecho, pero dijo todavía con irritación:

—Lo sé; pero ignoras por qué, no puedo apartarme de este argumento. Me atrae, me fascina, contra toda lógica. ¡Maldito sea mi tardo cerebro! La idea para escribir una obra en un acto me llegó como una inspiración. Y luego, en seguida, me encontré cortado. Lee lo que he escrito y aconséjame.

Margarita tomó el borrador.

—¿De dónde sacaste la idea? — le preguntó hojeando las páginas numeradas.

La pregunta pareció confundir a Diosinio.

—¡Oh! No se. ¿De dónde saca uno las ideas? Este argumento se me ocurrió como siempre, creo. Pero no... espera. Ahora que pienso, me desperté por la noche y la idea atravesó mi cerebro. Tres personajes: el eterno triángulo. Pero el desenlace no era común. Resultaba original, trágico. ¡Y ahora no lo recuerdo!

Cuando Margarita Segwick tomó el manuscrito estaba parada junto al sillón de su marido, reclinada indolentemente en uno de sus brazos. De pronto pasó rápidamente detrás de la silla, con una expresión de asombro y temor en su rostro, los ojos fijos en aquellas palabras que resaltaban en negro sobre el papel y a ella le parecían escritas con caracteres de fuego.

Por un momento cerró los ojos, esperando que sus ojos le jugaran una mala pasada. Pero la esperanza era tan absurda como su acción. Todo estaba allí, escrito en lenguaje dramático. Era el relato de un día terrible que ella creía para siempre perdido en el pasado.

—¿Y bien?—la pregunta de Dionisio llegó interesada. — ¿No se te ourre ninguna sugestión?

Margarita contuvo a tiempo su loco impulso de arrodillarse a su lado y pedirle piedad, perdón. El sabía, tenía que saber, lo ocurrido aquel lunes, tres meses atrás. ¿Cómo podría de otro modo haber empezado una descripción detallada de los acontecimientos? Sin embargo ¿sabía o era aquel un trabajo subconsciente?

Una prudencia inexplicable le sugirió la respuesta. Dionisio tenía por costumbre pedirle opinión sobre sus trabajos. Ella le ha-

bló con reserva, parada todavía detrás de él.

—Has colocado a tres personajes en una situación complicadísima, — dijo, haciendo un esfuerzo poderoso por dar a su voz entonación normal. — El marido, la esposa...

—Y el otro... — rió Dionisio. — ¡Sí! Continúa.

—Tu obra sigue las líneas generales del eterno triángulo, — continuó Margarita latiéndole furiosamente el corazón. — El otro convence a la mujer para que huya con él. Después de muchos argumentos convincentes y tentaciones, ella cede, principalmente porque cree que su marido no la necesita...

—Continúa, — le rogó Dionisio. — Hasta ahora no hay nada original, ¿verdad? Y sin embargo, cuando empecé a escribir yo tenía un desenlace nuevo para el drama.

—La mujer consiente al fin y arregla con su galán encontrarse en una estación de ferrocarril. El marido lo descubre todo y corre ciegamente tras ella, a través de la niebla... Y eso es todo.

—Sí, — repitió Dionisio vagamente. — Eso es todo. Habiendo llegado hasta ahí no puedo continuar. Pero hay algo que resuena en mi turbado cerebro. Algo currió en la niebla... Siento gritos... el estrépito de un choque.

Margarita detuvo aquellas palabras entrecortadas con una aguda exclamación.

—¿Qué estás hablando, Dionisio? Me dijiste que inventabas las situaciones y ahora hablas como si se tratara de algo que ha ocurrido. ¿Creas o recuerdas?

Le faltó el aliento. Un momento más y sabría si su Dionisio había recobrado la memoria sobre lo ocurrido en aquella noche fatal. Stanley Deane estaba con ellos y Margarita lo había utilizado para que comunicara a su marido la faltal decisión a que había llegado tras muchas angustias y tentaciones.

Su torturada memoria retrocedió a los acontecimientos de aquel día, reconstruyó en su imaginación lo que estuvo a punto de realizarse. Ella se había ido de la casa, valija en mano, para encontrarse con Basilio Methven en la estación. Volvía ella a sentirse desfallecida, viviendo de nuevo aquellas horas horribles en el andén, pensando si él le había fallado en la crisis suprema.

Por último su gran forma había aparecido en la obscuridad. La niebla había trastornado sus planes, le explicó, tomándola del brazo con gesto protector.

—Han sucedido docenas de accidentes, — le dijo mostrándole un diario de la tarde y señalándole una columna con gran encabezamiento. — ¿Por qué no vas a la sala de espera? Está más abrigado allí.

El había ido a sacar los boletos y al volver un momento después, se encontró con una mujer pálida, casi enloquecida, que le señalaba con tembloroso dedo, un corto párrafo en el arrugado diario.

—Bueno... ¿y qué hay? — dijo él. — ¡Dos hombres fueron víctimas de un accidente debido a la niebla? Ya te he dicho que han ocurrido muchas desgracias. ¡Oh... comprendo!

El había leído también los nombres de las víctimas. Confuso y vacilante sus ojos buscaron los de ella, haciéndole la pregunta que sus labios no se atrevían a formular.

Bueno. Ella había regresado en seguida. Volvió a su casa para dejar la valija acusadora, dirigiéndose luego al hospital, junto a uno de los hombres.. su marido. El otro, el pobre Stanley Deane había muerto, víctima indirecta de su maldad, se dijo retorciéndose las manos llena de remordimiento.

Aquello había ocurrido hacía tres meses. Dionisio se restableció de una grave conmoción cerebral y volvió a la salud sin recordar los acontecimientos que habían precedido a su desgracia.

Margarita había recobrado la salud también. La catástrofe la había curado de su amor por Basilio, a quien no volvió a ver desde aquella noche. El debió comprender su cambio de idea, porque no había hecho esfuerzos para verlo o comunicarse con ella.

Margarita, se decía dando gracias a Dios, que se había salvado de cometer un terrible error. El costo era tremendo, es cierto, porque un hombre había muerto y otro, su marido, permaneció muchos días a las puertas de la muerte; pero ella estaba salvada porque Dionisio no recordaba nada del mensaje que Stanley debió entregarle; nada de aquella loca carrera en la niebla, ni del choque contra un auto que salió repentinamente de ella.

Margarita dejó el manuscrito y trató de mirar a su marido. Tenía que saber si aquel día permanecía ignorado o si recordaba, habiendo elgido un medio hábil para hacerle saber que su prometida infedilidad le era conocida. Lo sabía capaz de tal cosa. Era un hombre brillante, imaginativo e... implacable cuando se le ofendía.

—¿Por qué insistes en la niebla? — le preguntó. — ¿No es difícil eso para la representación? ¿Tiene que desarrollarse precisamente la acción en un día de niebla?

Los ojos que se fijaron en los suyos estaban desprovistos de malicia. El corazón de Margarita latió agradecido al comprender que él hablaba y obraba sinceramente.

—No sé... Me parece que necesito de la niebla. — dijo aturdido.

Abrió un cajón del escritorio, guardó las hojas manuscritas y el papel sin escribir; luego se volvió riendo a su mujer.

—Tal vez la niebla está en mi cerebro, — le dijo. — Dejemos esto. Como dices bien, argumento que resiste, no sirve. Me pareció buena la idea; pero tropiezo con dificultades Quizás el tiempo las eliminará. Hasta entonces, "au reovir", desdichado drama. Se levantó de la silla y tendió los brazos a su mujer. Margarita se refugió en ellos, ocultó sus mejillas ardiendo en el pecho de él.

—Nunca apreciamos lo que poseemos hasta que lo hemos perdido, — dijo Dionisio.

Margarita se quedó casi sin alientos.

—¿Por qué dices eso? — le preguntó.

—Estaba pensando en Stanley, — dijo sencillamente. — Era mi mejor amigo. ¡Es extraño que no pueda recordar por qué estaba conmigo el día fatal! ¡Pobre Stan! Daría cualquier cosa por volverlo a la vida, Margarita.

—¿Lo querías tanto, entonces? — mur-

"Sólo por la pérdida de la memoria, conservó a la esposa", fué desde entonces el único pensamiento de Margarita

Margarita se estremeció interiormente ante la brusca pregunta. Ella había eliminado a Basilio de su vida, o por lo menos, lo creía así. Era duro que su marido, inconscientemente, removiera las cenizas del fuego apapagado. Preparada para cualquier emergenci, no tuvo sin embargo, una contestación pronta.

—Le telefonearé que venga una noche de éstas. — continuó Dionisio. — No me gusta perder así a todos mis amigos. Primero a Stan, ahora a Basilio. A propósito, Margarita, ¿me has oído hablar alguna vez de Edna Foulkes?

Margarita lo miró pensativa. Tuvo la vaga esperanza de que su marido le dijera que Basilio y Edna se habían comprometido

muró ella fascinada por el horror del tema. ¿Cuánto darías porque volviera? ¿Me darías a mí?

El abrazo apasionado que la envolvió fué la respuesta.

—No digas disparates. Tú eres mi mundo... Para conservarte a ti lo perdería todo, amigos, salud, memoria...

—¡Y sólo perdiendo la memoria has conservado a tu esposa, — fué el triste pensamiento de Margarita en ese instante y en los días que siguieron.

EL JOVEN DE LOS OJOS TRAGICOS

—¿Por qué no viene Basilio Bethven? — le preguntó un día Dionisio a Margarita.

—Simpatizaba mucho con el pobre Stanley, — dijo Dionisio tristemente. — Muchas veces, desde aquel día, he pensado en ella y ayer la encontré. La pobre muchacha ha cambiado mucho. La muerte de Stan debe haber sido para ella un golpe terrible.

—No estaban comprometidos, — exclamó Margarita con aspereza. ¿Iba aquello a añadir remordimientos a los que ya sentía? — Stanley tenía mucha confianza conmigo y nunca mencionó su nombre.

—Yo creo que ella tenía esperanzas, — dijo Dionisio. — Stanley era muy reservado y pocas veces hablaba de sus asuntos particulares, ni aun a mí.

Se detuvo y miró indeciso a su mujer.

—Espero que no te molestará le haya dicho que le enviarás unas líneas invitándola para venir una noche de éstas. Creo que la consume el deseo de saber algo de Stanley. Como tú sabes, fuimos nosotros los últimos en verle.

Dionisio miró el reloj, tomó los diarios, el sombrero, los guantes y se volvió para recibir su acostumbrado beso de despedida.

—Es a tí a quien desea hablar, — murmuró Dionisio. — Yo le dije que nada recordaba de ese último día, pero que tú lo habías visto a Stanley por la mañana.

Sus cejas se contrajeron de un modo que Margarita había llegado a temer. Lamentaba la pérdida de su memoria que le hiciera olvidar las últimas horas que pasó con su amigo.

En la puerta se detuvo.

—¿No te molestará que invite a Basilio para que venga a visitarnos una noche?

Margarita hubiera deseado gritar: "No lo invites"; pero se limitó a sonreir con mudo asentimiento. Quizá Basilio rehusara la invitación de Dionisio; él también comprendería que debía olvidar todo lo ocurrido en el pasado. Bueno, si venía, aquello sería parte de su castigo. Permanecer bajo la mirada confiada del hombre, cuya vida estuvo a punto de destruir, sonreir y hablar, sabiendo que en cualquier momento recordará.

¿Por qué surgía tan inesperadamente aquella muchacha Edna del pasado? Stanley Deane no la había mencionado nunca, a pesar de las muchas oportunidades que tuvo para una confidencia.

Margarita trató de persuadirse de que Edna Folukes era una mujer decepcionada, que empezaba a perder esperanzas de casarse y deseaba aparecer como víctima de la fatalidad, que le había quitado el hombre que la amaba. Alguns mujeres no vacilan ante tales métodos para apaciguar su amor propio.

La curiosidad, tanto como el deber, le hicieron escribir una tarjeta diciéndole que tendría el mayor placer en recibir a la señorita Foulkes. Como instintiva preocupación, añadió que la esperaría "a las cinco para tomar el té". Dionisio no llegaba nunca hasta las siete. Indudablemente, para esa hora ya su visitante se habría retirado.

Margarita no quería que Dionisio estuviera presente mientras hablaban de las últimas horas de Stanley.

A las cinco, Margarita esperaba impacientemente a su desconocida invitada. Estaba convencida de que se encontraría con una mujer calculadora, que había ideado una novela de amor, que nunca tuvo la menor base.

—Stanley no tenía por qué ser reservado — se dijo a sí misma. — Hubiera confiado a sus mejores amigos que estaba próximo a comprometerse. Esta Edna Folukes desea aparecer como mártir de una tragedia amorosa; estoy segura de ello.

Todas estas consoladoras opiniones desaparecieron a la primera mirada dirigida a la muchacha de los ojos trágicos, que entró lentamente a la salita. No era una mujer prematuramente agriada, que se refugiaba en un romance imaginario, si no una niña casi, de una belleza sombría.

Después de las primeras y acostumbradas frases, poco más se dijo hasta después de tomar el té. Margarita llevó la bandeja a la cocina, colocándola mecánicamente sobre el armario. Temía volver junto a la infortunada joven que la esperaba.

Por último volvió de mala gana, procurando parecer serena, pero comprendiendo que su expresión era forzada. La temible pregunta fué formulada.

—¿Dónde estaba usted, señora Sedwick, cuando ocurrió el accidente?

Margarita recurrió al habitual subterfugio femenino.

—¿Yo?... Pues había salido.. a compras.

Los ojos oscuros la observaban atentamente.

—Usted lo vió a Stanley por la mañana. ¿De qué hablaron?

El corazón de Margarita dió un salto. Aquella estúpida conversación no debería haberse realizado. Cerró los ojos y volvió a escuchar las exclamaciones incrédulas de Stanley, a oir sus argumentos imparciales, los consejos que Stanley había vertido en sus obstinados oídos. Afortunadamente, le fué evitado el mentir. La voz agonizante hizo otra pregunta:

—¿Por qué su marido y el señor Stanley iban a tan loca velocidad en medio de la niebla? Ningún hombre, en su sentido común, hubiera procedido tan insensatamente. Era una noche espantosa, ¿no la recuerda?

—¡Como para no recordarla!

—Usted fué la última en hablar con Stanley, — insistió la voz angustiada.

—¡No! — exclamó Margarita. — Fué mi marido. Y... ha olvidado todo lo referente a ese día.

Con gran horror de Margarita, Edna se echó a reír.

—Afortunadamente para él y... para usted.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó Margarita anhelante.

—¿Negará que Stanley Deane y usted se amaban? — preguntó Edna rencorosamente. ¡Oh, sí! Es capaz de negarlo. Lo leo en su rostro. Ahora lo comprendo todo. Como una pequeña tonta, yo amaba a Stanley Deane; pero él no tenía ojos para mí. Oiga y dígame que no tengo razón. Su marido descubrió que usted y Stanley estaban enamorados el uno del otro. Mientras usted había salido, ellos discutieron. Salieron juntos de la casa, quizá en busca de usted. La niebla era densa. Le fué fácil al señor Sedwick exponer a mi pobre Stanley al peligro...

—¡Cállese! — gritó Margarita, sorprendida por la falsedad del argumento — ¿Olvida usted que ambos fueron víctimas del accidente? Está hablando disparates. Cada palabra suya es una calumnia, una maldad.

—Si estoy equivocada, ¿por qué corrían esos dos hombres tan locamente? — insistió Edna.

—Nadie lo sabrá nunca — contestó Margarita, sin poder contener sus lágrimas. Edna la miraba con una luz curiosa en sus grandes ojos pensativos.

—A no ser que el señor Sedwick recobre la memoria, — dijo tranquilamente.—Pien-

so esperar hasta que vuelva. Creo en la concentración de ideas. Mire por la ventana. Se está formando una gran neblina. Con este tiempo le será fácil a él vendar aquella noche, quedarse solo y pensar hasta que...

Margarita lanzó un grito ronco

—Oh, sería demasiado cruel! Recuerde que sufrió una conmoción cerebral, que estuvo enfermo varias semanas. Sería brutal obligarlo a tal esfuerzo. ¿Por qué se tortura usted así? ¿Por qué desea torturar a los demás? Si pudiéramos hacer algo para devolverle la vida a nuestro pobre amigo, puede usted creer que no retrocederíamos ante ningún sacrificio.

Todavía la obstinada expresión de aquel hermoso rostro resistió a sus súplicas.

Margarita adoptó repentinamente una resolución. Edna Foulkes tenía que ser convencida de que su solución del enigma era equivocada. Sólo una persona podría desengañarla: Basilio Methven.

Más tarde o más temprano, Dionisio insistiría en que Basilio reanudara sus visitas. No hallaba obstáculo para su amistad y Basilio no encontraría siempre una excusa satisfactoria para negarse. Bueno, cuanto más pronto mejor. Explicaría el caso esa misma tarde a Basilio Methven. Si creía conveniente decir la verdad, ella se lo agradecería y estaba segura de que Edna respetaría la confidencia. No había crueldad en aquel bello rostro, si no duda y dolor trágico.

Margarita estaba decidida a proteger la salud de su marido y la paz de su espíritu a toda costa, aun a costa de ver desdén en los ojos de la joven Edna.

Era posible, naturalmente, que Basilio rehusara hablar, pero Margarita se negaba a creer en aquella posibilidad.

—Espere un momento — le suplicó a Edna. — No tardaré mucho y de todos modos usted estaba resuelta a aguardar la llegada de mi marido.

Le costó bastante pedir el bien recordado número de teléfono y esperó, temblando la respuesta.

—¿Es usted, Basilio?

Hubo una pausa, sin duda ocasionada por la intensa sorpresa. Luego sonó la voz de Basilio, fría y serena.

—Sí, habla Basilio. ¿Me precisa Margarita?

Margarita le dió explicaciones confusas.

—Necesito que venga en seguida. Deseo decirle algo. ¿No tiene inconveniente?

—Ninguno. Además ya Dionisio me había pedido que fuera cualquier noche. Iré en seguida.

LA MEJOR SOLUCION

Dionisio Segwick entró en su casa y se detuvo en el hall al oír voces en la sala.

La luz inundó de repente el hall, casi oscuro. Margarita había abierto la puerta de la sala.

—¿Están la señorita Foulkes y Basilio?

—¡Dios mío! — murmuró Dionisio, distraídamente. — ¡Y yo que tengo que trabajar! ¡Tan luego hoy se les ha ourrido venir!

—¿Por qué tienes que trabajar? — le preguntó Margarita ansiosamente. — Ocho horas de trabajo, en tu oficina, me parecen más que suficientes.

—Mi drama... tengo que concluírlo. Creo que encontraré el desenlace deseado, si trabajo esta noche. Cuando venía, por el camino, tuve las sensaciones más extraordinarias. Ya conoces la esquina de nuestra calle. Bueno, mi cerebro me decía "cuando hayas dado vuelta esa esquina, recordarás". En la esquina... precisamente en la esquina.

—¿Y recordaste? — preguntó Margarita anhelante.

—Todavía no. Margarita, traeme, mi manuscrito y papel; discúlpame por media hora con nuestros amigos. Trabajaré en el cuarto del fondo. Algo me advierte que si desperdicio esta oportunidad, nunca encontraré otra. Tengo que dar vuelta la esquina, el ángulo... ¡El ángulo de la memoria!

—No lo hagas, Dionisio. No obligues a tu cerebro a ese esfuerzo. El médico dice que tienes que descansar. No, no atormentarás esta noche tu pobre cabeza por ese condenado drama. No lo permitiré.

—Traeme el manuscrito, — ordenó Dionisio con voz tan imperiosa que su mujer retrocedió alarmada.

Mecánicamente volvió a la habitación, abrió el cajón del escritorio, sacó el manuscrito y el "block" de papel.

—Dentro de media hora te iré a buscar para que te reunas con tus amigos, — dijo Margarita. — Han venido invitados, indirectamente, por tí y te esperan.

De vuelta a la salita, se dejó caer en una silla y rió histéricamente.

—Bueno... pronto estará usted satisfecha, Edma Foulkes. Trata de recordar lo que ocurrió entre él y Stanley durante la última conversación de ambos. Viaja mentalmente hacia el pasado. Está cerca del sitio fatal. ¡El ángulo de la memoria, como él lo llama! ¡En cualquier momento pueda dar la vuelta a él!

—Bien... ¿y por qué no? — preguntó friamente Edna. — ¿Por qué ha de serle evitado el dolor de recordar?

—Ha sufrido bastante, — dijo Margarita, cegada por las lágrimas.

—No ha sufrido, — fué la vehemente respuesta. El dolor existe solamente en el recuerdo. ¿Por qué vosotros dos viviréis

POR SOLO 5 centavos
sin más gastos ni molestias, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultraluminoso, lista para fotografiar al instante. Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:
LA FOTOGRAFICA ARGENTINA
Avenida de Mayo 1370 — Bs. As., (P.)

tranquilos mientras Stanley y yo pagamos el precio de vuestra maldad?

Basilio Methven abandonó su silla y se acercó a la implacable joven.

—Señorita Folukes, — le dijo, — usted sale de nuestro argumento. Si Dionisio recuerda ahora, sólo habrá un poco más de dolor para todos. Usted dice que el dolor es ocasionado por el recuerdo. No comprende, entonces que la señora Segwick y yo nunca nos veremos enteramente libres de pena? Después de lo que le hemos confesado ¿cree que nuestras conciencias estarán en paz nunca? ¿Acaso no sufrimos? Comparado con nosotros, Stanley es mucho más feliz.

—Stanley ha muerto, — dijo Edna sombríamente.

—S... no puede recordar, — fué el triste comentario.

—Sí... no puede recordar, — fué la trisgarita, — sin deseo de mostrarse cruel, pero determinada a hablar francamente.

—Podría haber llegado a amarme — contestó Edna apasionadamente.

—No, — afirmó Margarita. — Usted ha vivido en sueños. Forjó una novela porque está sola y ansiosa de amor. Stanley Deane fué solamente el príncipe de su fantasía, porque no había encontrado aún el hombre a quien amará.

—Señorita Foulkes, creo que eso es cierto, — dijo la ansiosa voz de Basilio.

Los bellos y sorprendidos ojos se volvieron a él interrogadores.

¿Un príncipe de novela? ¿Eso había sido Stanley para ella? Sus trágicos ojos se fijaron en los suplicantes de Basilio.

—Sí, Dionisio recuerda, — 'ijo él, — yo tendré que partir. No soy cobarde; pero no quiero ver en sus ojos disgusto y odio. Ya he causado bastante daño.

Edna se levantó.

—Comprendo ahora que será misericordioso impedirl; recordar los acontecimientos de aquel terrible día, — dijo. — Vaya a buscarlo, señora. Vaya antes de que sea demasiado tarde.

—No me atrevo — contestó Margarita en voz baja. — Si no ha recordado ya. ¿No recordará algún día? Entonces se figurará la peor, si trato de impedirle que recuerde ahora.

—Por la misma razón tampoco puedo ir yo, — dijo Basilio.

—Entonces seré yo quien vaya, —dijo Edna Foulkes. — Pronto. Indicadme lo que tengo que decirle. ¿Qué excusa puedo dar para interrumpirlo en su trabajo? ¡Oh, decidme lo que debo hacer!

—Dígale que hemos resuelto comprometernos, — dijo Basilio, tan fríamente que ambas mujeres creyeron que bromeaba.

—Os aseguro que hablo en serio, — dijo él tranquilamente y Edna salió corriendo de la habitación.

Cuando quedaron solos, el hombre y la mujer se miraron serenamente a los ojos.

—¿La ama usted o hace un gran sacrificio? — murmuró Margarita.

—Yo lo sacrificaría todo por su felicidad, — dijo Basilio. — Pero... no me mire así. No me será difícil amar a esa hermosa muchacha. Ella está ansiosa de amor, aunque lo ignora. Cuando la vi hundida en ese gran sillón mi alma fué a ella, sentí el deseo de protegerla y consolarla. Si puedo hacerla feliz y se que usted y Dionisio también lo son, pensaré que he expiado mi culpa. Porque usted me ha perdonado ¿verdad, Margarita?

—¡Sí!... ¡oh sí! Yo también fui culpable. Pero escuche... Dionisio viene... Edna lo trae.

Edna Foulkes entró en la habitación, afectuosamente colgada del brazo de Dionisio.

—Todo está arreglado, — dijo Dionisio, de buen humor, inesperadamente. — No bien acababa de acomodarme para escribir, hizo irrupción esta niña y me informó de que había descubierto que a quien amaba era a Basilio. Bueno, bueno, el amor es una cosa maravillosa. No se si valdrá la pena el haber malogrado mi drama; pero le concedo el beneficio de la duda. ¡Adiós... desdichado drama!

Arrojó el rollo de papel a las llamas de la estufa.

—¿De modo que no puedes atravesar la niebla? — preguntó Margarita temerosa.

—No puedo y nunca más trataré de hacerlo. Un tema que rehusa desenvolverse naturalmente no sirve. El esfuerzo que he hecho para encontrar mis pensamientos me ha dado dolor de cabeza.

—Ven a sentarte en tu sillón, — dijo Margarita tiernamente. — Sentémonos todos alrededor del fuego hasta la hora de comer.

El se sentó agradecido y tomó la mano de su esposa entre las suyas. Su mirada se fijó en Edna Foulkes, sentada junto a Basilio. Había un brillo en sus ojos obscuros, una expresión extraña, como si hubieran descubierto algo maravilloso.

—Ha olvidado al pobre Stan, — pensó Dionisio tristemente. — Pero Stan no la amaba. Y aunque la hubiese amado, está libre del dolor de recordar. Sin embargo, yo desearía que estuviese aquí esta noche. ¡Era mi amigo!

Pero hasta que punto había sido amigo suyo Stanley Deane, nunca lo sabría.

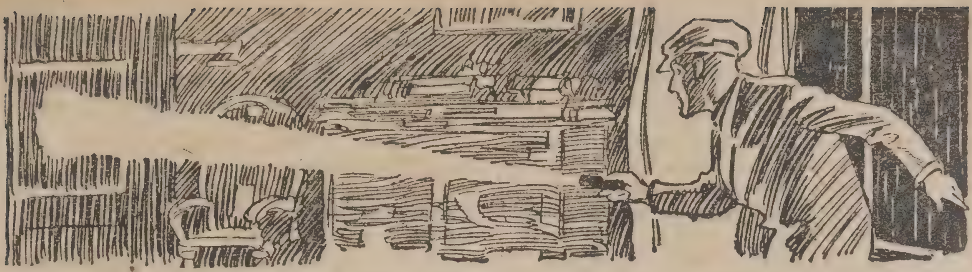
Se tiene conocimiento de gorriones que han vivido hasta 40 años.

* * * *

La policía de Inglaterra es la única del mundo que no está armada.

* * * *

Si quisiera ponerse en una pipa todo el tabaco que se fuma anualmente en Inglaterra, este recipiente colosal sería dos veces más alto que el monumento a Nelson en la plaza Trafalgar, de Londres, y su capacidad sería tal que dentro de ella cabrían todos los habitantes de Santos (Brasil), un poco apretaditos por cierto, pero al fin habría lugar para todos.



COMO UN LADRON EN LA NOCHE

EL COLLAR FALSIFICADO

Intrusos nocturnos. -- Una situación terrible. -- Mentiras inocentes

Por RALPH RODD

EL lord y la señora de Holmecourt, —anunció el portero.

Al oír esta presentación, le pareció a Garry Outram que una atmósfera fría cayó sobre la vieja mansión de Dow, donde hasta ese momento todo había sido alegría. El general Wilmot y la señora Delamere, habían estado conversadores y afables; Carola y Toby, los dos enamorados, dicharacheros y felices, y Ula más amable con él de lo que hasta entonces se había mostrado.

Estaba Garry Outram trazando sus planes para inducir a Ula a dar un paseo por el jardín, cuando el portero interrumpió la escena con su anuncio.

Los dos grupos de personas se encontraron en el hall; el portero, el viejo conde Holmecourt y su joven esposa, venían desde la puerta del hall y los otros, del hermoso saloncito de bajo cielorraso, cuyos paneles reflejaban la suave luz de innumerables velas. Garry Outram contempló la escena divertidamente: estaban todos estirados, formales, ceremoniosos y eso contrastaba con su manera de ser, acostumbrado como estaba a una vida más sencilla, en que los hombres son más francos y posiblemente también más honestos.

Al general evidentemente no le hacía ninguna gracia la llegada inoportuna de estas visitas. Garry recordaba vagamente haber oído que las relaciones entre el general y el jefe de la familia, no eran cordiales. Según se decía, aquél no miraba con buenos ojos a la esposa del conde. El era de gustos refinados y le desagradaba todo lo que fuera inferior, aunque se le presentara muy adornado.

La flamante condesa de Holmecourt fué quien habló primero.

—Buenas noches, primo Wilmot, — dijo con su voz chillona. — Espero que no les molestará nuestra visita. Veníamos de paso. Holmecourt ha debido quedarse, hasta tarde en la Cámara de los Lores y ahora nos volvemos al castillo. Es imposible respirar en Londres con este tiempo tan pesado.

El general hizo una inclinación de cabeza. Hasta entonces no había hecho caso de su primo. Garry sintió compasión por el conde Holmecourt. Su tipo era más bien insignificante y su deslumbrante esposa lo eclipsaba por completo, dejándolo en situación desairada.

—Buenas noches, Wilmot, — dijo el conde haciendo un evidente esfuerzo para hablar con naturalidad. Sé que es un poco tarde, pero Mabel creyó que ya que pasábamos por aquí, podríamos ahorrarle a usted una molestia.

—Es muy amable su esposa, — replicó fríamente el general.

Garry notó que ni siquiera había invitado a los recién llegados a tomar asiento. Estaban aún parados en el centro del hall, en el sitio donde se habían encontrado.

—Sí, — dijo la condesa con voz cortante; — naturalmente que fué idea mía. Holmecourt nunca tiene ninguna. He pensado que ya que han de ser para nosotros esas enojosas y viejas esmeraldas, podríamos llevárnoslas ahora.

Esta aseveración cayó como plomo. Garry vió al conde mirar con inquietud a su primo.

—Eso es, precisamente, — dijo. — Ya que ese bendito collar ha de ser nuestro, podemos tomar posesión de él desde ya, y evitarle a usted mayores preocupaciones.

Para un extraño esta proposición no parecía en verdad fuera de lugar. Si el general tenía en su poder algún objeto que pertenecía a su primo, ¿porqué no había de entregárselo?

El honorable general Wilmot Holme, evidentemente no lo consideró así, pues se sintió molestado.

—Lamento que han demorado inútilmente su vuelta al castillo, — dijo el dueño de Dow. — Prefiero atenerme a lo convenido. Las esmeraldas estarán a su disposición mañana, pero no antes.

La señora Delamere que hasta entonces no había intervenido, hizo un pequeño gesto de protesta. La tía Ellen deseaba la paz a cualquier precio y desde que el enojoso asunto de las esmeraldas Holme había sido fallado en definitiva, creía lamentable que el general asumiera esta actitud. ¿por qué no dejar que esa ordinaria de mujer se lleve su collar y se vaya?

—¡Hola! — exclamó el conde. — Con que no nos quiere entregar el collar?

—Entiéndame, — replicó su primo secamente. — Desde que la justicia ha decidido a su favor, usted tendrá con toda seguridad el collar que mi tía, creyéndose con derecho a disponer de él, dió a mi esposa como regalo de bodas. Si usted hubiera venido desde el principio, para discutir el asunto amistosamente, habría encontrado que estaba dispuesto a ser razonable. Dios no permita que yo o los míos retengan jamás nada que no nos pertenezca. Sin embargo, desde que usted creyó mejor iniciar un juicio ante la justicia, prefiero que la terminación del asunto se haga en una forma igualmente formal.

—¡Oh, vea Wilmot, lamento si no le ha agradado la manera en que Mabel... es decir, en que nosotros hemos hecho las cosas. Estábamos ausentes de viaje, y...

—Mi querido Holmecourt, no hay necesidad de que explique usted este asunto. No me interesa. Digo solamente que desde que todo se ha hecho en forma estrictamente formal, es mejor atenerse hasta el fin al mismo procedimiento.

Garry no hubiera creído que su huésped, habitualmente afable hubiera sido capaz de adoptar semejante tono. Esto le impresionó y le hizo sentirse molesto.

—¿Podemos saber entonces cuándo nos será permitido tener lo que nos pertenece? — se oyó decir a una voz afectadamente chillona. La flamante condesa de Holmecourt, hija mimada de un acaudalado comerciante, estaba acostumbrada a que le hicieran siempre sus gustos, de modo que esta pequeña negativa la había puesto furiosa. Ahora que pertenecía a la aristocracia británica se le hacía intolerable que le rehusaran cualquier cosa, especialmente si la oposición provenía de esta gente que según su opinión debía estar sumamente complacida por el ingreso de ella en su familia empobrecida.

—Ciertamente que puede saberlo. Tiene derecho a preguntar eso,—contestó con calma el general. — Como usted sin duda ya lo sabe, está convenido que su apoderado debe tomar posesin del collar, el cofre de rapé y las miniaturas de la familia, mañana por la mañana, después que se le de a mi apoderado el recibo en la forma que éste lo juzgue conveniente. Hasta entonces el collar estará en mi poder. Espero que me habrá entendido.

—Oh, sí, perfectamente, — replicó el conde apresuradamente, — Siendo así, mejor que nos marchemos, Mabel. Lamento si los hemos molestado. — Sedió vuelta para dirigirse hacia la puerta.

La condesa de Holmecourt quedó un momento indecisa. La serenidad de estos viejos aristócratas la ponía furiosa. Sabía que los parientes pobres de Holmecourt tenían el descaro de mirarla con desdén. Esto era hiriente para ella e intensificaba su propósito de humillarlos en cuanto se le presentara la ocasión.

—Por lo menos espero que lo tendrán guardado en forma segura, — dijo con tono ofensivo. — Una desea saber que las cosas valiosas que le pertenecen existen de verdad. Han quedado demasiado pocas reliquias en el castillo para que podamos tolerar la pérdida de una más.

Garry vió que las facciones del dueño de casa tomaron una expresión de dureza.

—Un momento, Holmecourt, — dijo el general. — Y después. — Ula, trae las esmeraldas.

Ula tenía en ese momento la característica sonrisa en parte burlona y en parte divertida que a Garry tanto le agradaba. Pero los ojos de Ulá, cuando se encontraron por un instante con los de él, le pidieron auxilio. No recordaba haber visto antes llamado tan intenso en ojos de otra mujer. A Garry lo conmovió. Le fué derecho al corazón... y a la cabeza. Al corazón porque él amaba a Ula; a la cabeza, porque hasta ese momento había sentido dolorosamente la barrera que existía entre un simple hombre de negocios como él y la única hija del honorable Wilmot Holme. Por un momento esa barrera había desaparecido. Las grandes necesidades destruyen las diferencias sociales.

¿Pero qué es lo que ella podía necesitar de él? ¿Qué clase de ayuda era la que necesitaba tan desesperadamente? Buscó ávidamente en su pensamiento una contestación a estas preguntas y era enloquecedor para él no hallar ninguna. Ula podría necesitar su ayuda, pero no ciertamente tanto como él deseaba ofrecerla. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, pero no se le ocurría lo que esa cosa pudiera ser.

Ula sin decir palabra se dirigió a la puerta. Garry llegó allí antes que ella.

—¿No sería mejor que yo la acompañe, si es que son tan valiosas? — habló bastante alto para que todos lo oyeran. Acaso cuando se hubieran alejado, ella le diría lo que esperaba de él. Si le pedía algo, lo haría seguramente, aunque fuera echar por la ventana a esa abominable mujer.

Habían llegado ya al corredor exterior y Ula después de pasar delante de él sin decir una palabra empezó a subir las escaleras. Ula ascendió las anchas escaleras de roble, y él la siguió como lo habría hecho de buen grado hasta el fin del mundo.

Al final de la escalera la alcanzó.

—Señorita Holme, —exclamó, — ¿que es lo que ocurre?

Ella se detuvo y los ojos de ambos se encontraron. En los de ella le pareció ver todavía una sombra de temor.

—Nada... y todo. — Se encogió de hombros con un leve gesto de impaciencia y siguió adelante.

Garry la siguió a través del ancho corredor hasta su dormitorio.

Ula se dirigió a su toilete. Abrió uno de los cajones, introduciendo la mano, oprimió un resorte oculto. Un pequeño cajón se abrió. De él retiró una llave.

—No le parece, — dijo rompiendo el silencio, — que debí haber traído a su señoría para que vea con cuanto cuidado guardamos lo que le peretenece?

Cruzó el cuarto sin esperar la respuesta y pasó a otro que era poco más que una despensa.

Había allí una caja fuerte de aspecto desproporcionado. Ula introdujo la llave y dió vuelta la manija, pero fué Garry quien tiró de la pesada puerta. La joven sacó de adentro un estuche antiguo, forrado de cuero verde y sobre el desteñido terciopelo del interior estaba lo que parecía ser un mafinífico collar de esmeraldas.

Ula sacó el collar del estuche, titubeó un instante, pareciendo arribar en seguida a una repentina determinación.

—Nos decía usted que entiende de piedras preciosas, — dijo ella. — Entonces dígame que piensa de estas esmeraldas. — Mientras hablaba, le alcanzó el collar y se dió vuelta para cerrar la puerta de la caja fuerte.

Garry se dirigió a la pequeña ventana, para dejar caer sobre el collar la suave luz del atardecer.

No podía creer lo que veían sus propios ojos. Se inclinó más hacia la ventana. Tenía fruncido el entrecejo.

La joven lo estaba observando.

Garry hizo un ligero gesto de confirmación y acercándose a ella le abrochó el collar sobre el cuello con destreza.

—Llévelas puestas, — dijo él. — No se las vaya a quitar. Alrededor de su cuello cualquier imitación parece hermosa.

Imitación... las esmeraldas Holme!

Estaban de vuelta en el corredor. Outram se extrañaba de que hubieran cambiado tan pocas palabras. Sabía todo lo que era necesario por el momento: que ella lo había honrado haciéndole esa confidencia. Si quería seguir otorgándole o no esa confianza era algo que le tocaba a ella decidir. El solo debía preocuparse de salvarla.

Al pie de la escalera Ula dijo algo de gran importancia, o por lo menos así le pareció al hombre que la amaba.

—Quisiera no estar tan asustada.

—Repónganse, — dijo él. — Proceda sin miedo.

CAPITULO II

Le pareció a Outram que ninguna de las personas que se hallaban en el hall se habían movido un centímetro desde que los dejó. El conde estaba sentado en el borde de una mesita y nerviosamente hacía girar sobre las rodillas su blando sombrero de castor.

—Ah aquí llega mi hija, — anunció el general.

—Ven querida y deja que lady Holmecourt se convenza que el collar está intacto. — El sarcasmo fué rebuscado. El anciano no estuvo allí feliz.

Lady Holmecourt avanzo rápidamente y se detuvo frente a Ula. Garry la miraba ansiosamente y tuvo la idea inquietante de que en vez de apaciguarse al ver el collar, se sentía desencantada. ¿Es que habría ella deseado que no pudieran presentarlo? ¿Era posible que tuviera el deseo malsano de encontrar de esta manera un medio de humillar a los parientes que le habían despreciado?

Recordó entonces el peligro que corría Ula. Ella había seguido su consejo. Estaba haciendo muy bien su papel. Hizo frente a la mirada de la otra con una simulada humildad y después de un breve saludo, se dió vuelta lentamente para que la otra lo viera, como habría hecho un maniquí.

—Espero que estará usted satisfecha — dijo con sencillez.

—Sí... es bonito. ¿Bonito solamente?— se preguntó Outram que había estado pensando si el verde y el blanco alguna vez habían sido más hermosos. El verde de las falsas piedras y el blanco viviente del cuello de Ula, exquisitamente modelado.

La condesa se dió vuelta hacia el general.

—Primo Wilmot — dijo tratando de hacerse agradable, — le ruego que cambie de opinión y me deje llevar el collar esta noche para hacer reengarzar las piedras. ¿No puedo llevarlo? Es un poco absurdo que los parientes nos traten con tanto formulismo.

—Es exactamente lo que pensé yo cuando recibí la demanda de su apoderado, — replicó el dueño de Dow; — pero, como ya he dicho, desde que la transacción fué iniciada en términos formales, debe terminar de la misma manera. Mañana las esmeraldas estarán a su disposición, pero no antes.

Los ojos de la mujer despechaba centellearon.

—Muy bien — dijo, — sólo espero que las guardará en sitio seguro. No es agradable dejar en manos ajenas lo que a uno le pertenece.

Cuando dijo eso, Outram, a pesar del desastre que se cernía tuvo la tentación de soltar una carcajada. La situación era ridícula El general resuelto por dignidad a retener el collar hasta el último momento; la condesa desbordando malicia, y todos los demás muy seguros de que estaba en discusión un objeto de gran valor. Se preguntó qué dirían todo si él les revelara que aquello era una simple imitación que valdría a lo sumo unos doscientos pesos.

—Puede estar usted tranquila a ese respecto — dijo el viejo soldado secamente. — Hemos cuidado bien las esmeraldas hasta

ahora, y le aseguro que no tendremos menos cuidado de su propiedad que cuando la creíamos nuestra. — El conde se había levantado, pareciendo más avergonzado que nunca. El dueño de Dow hizo sonar el timbre para que el portero los acompañara hasta la salida.

Outram tenía mucha confianza en sí mismo. Su experiencia de la vida le había enseñado a depender de su inteligencia. Esta nunca le había fallado. Ahora amenazaba hacerlo, aunque se resistía a admitir esta posibilidad .

No había duda que el vender una valiosa reliquia de familia, aunque fuera inocentemente, mantener el asunto en secreto y sustituirla por una imitación sin valor, era un asunto muy serio. Evidentemente, Ula había sido parte en algún enjuague de esta clase. Eso era de por sí bastante malo, pero lo peor era el uso que la maligna lady Holmecourt haría del asunto. Tendría a los Holme en sus manos. Ellos no la habían tratado bien; estaba celosa de Ula, y no dejaría de usar el arma que el destino estaba a punto de poner a su disposición. Todo el mundo sabía que el general era un hombre pobre, una demanda de varios miles de libras esterlinas sobre sus recursos, lo pondrían en serios aprietos. Pero eso sería nada comparado con la mancha que caería sobre su honor.

Garry con expresión desesperada miró al reloj pulsera. ¡Casi las 10 de la noche! Dentro de 12 horas las pruebas malditas serían entregadas de toda buena fe por el general al apoderado de Helmecourt... a menos que algo sucediera para impedirlo.

¿Y si algo le ocurriera al collar para evitar que pasara a manos del enemigo?

III

El huésped del general se levantó silenciosamente para acercarse a la puerta y escuchar. Volvió a la mesa, tomó su pipa, la encendió, abrió la ventana y salió al jardín. No era nada sospechoso que un hombre estuviera fumando su pipa sobre el césped. Garry caminó sobre el bien cuidado césped hasta llegar a la sombra de los árboles y se dió vuelta para examinar la mansión de Dow.

Miró hacia las ventanas. Un huésped no para por algún tiempo en una casa como esa sin llegar a saber a quién pertenece cada ventana. Su habitación estaba en un extremo, al lado de la del general. La de Ula del otro lado; después la de Caroia y Toby, y a la vuelta de la casa, en el otro extremo, la de la señora Delamere.

Su plan de campaña estaba empezando a tomar forma. Pasando más allá de la angosta frauja de árboles que había entre el jardín y el camino, llegó hasta la verja de arbustaos y abrió las ramas para hacer aparecer que alguien había forzado su camino por allí; entonces, caminando pesadamente y ocultándose lo más que le fué posible, como lo hacen todos los rateros nocturnos, se dirigió hacia la casa.

Había llegado ahara cerca de ella. El asunto se hacía más crítico. Mientras estuvo alejado, seguían brillando las luces en las ventanas superiores. Vió a una mucama acercarse a una de éstas y correr las cortinas Esperó a que se hubiera ido y se deslizó hasta un extremo de la galería.

Tuvo que cruzar un cuadro de geranios y a propósito rompió varios de ellos. Estaba marcando sus huellas. Trepó por una de las columnas de hierro con la facilidad con que lo habría hecho un chico de escuela en el gimnasio. Subió por el poste, rogando que nadie lo viera, porque, en realidad, tal comportamiento de parte de un huésped, habría sido difícil de explicar.

Habiendo dejado una huella para los futuros investigadores, se dejó caer sobre el cuadro de flores. Se sacudió la tierra de las zapatillas, las limpió con el pañuelo, sacudió el polvo de sus pantalones y volvió a entrar a la casa.

Outram se sentó al lado de la ventana.

Miró su reloj. Era la una y media.

Tod estaba tranquilo. Dow dormía. Outram salió al corredor y cerró la puerta sin hacer ruido. Entonces caminó sigilosamente hasta la puerta de ella. Se introdujo en la habitación. Había alcanzado su primer objetivo.

Silenciosamente gateó hasta el toilette, abrió el cajón como lo había visto hacer a ella y tanteó en busca del resorte oculto.

Puso su mano por prudencia, sobre el sitio de donde había salido el cajón secreto. ¿Había hecho ruido al salir? No podía recordarlo. Entonces tocó el resorte. El cajón se deslizó suavemente y él bendijo al artífice que lo había hecho tan bien.

Sus dedos tocaron la llave. Había ganado un segundo objetivo.

Ahora, al cuarto donde estaba la caja de fierro. Entró cautelosamente y cerró la puerta tras de sí, buscó tanteando el agujero de la cerradura e insertó la llave. Dió vuelta la manija. Afortunadamente no tuvo que perforar la maciza puerta de acero. Los ladrones lo hacen con la llama oxídrica. El no tenía más que una caja de fósforos en el bolsillo. Un tirón fuerte y la puerta quedó abierta. Estaba cumplido su tercer objetivo.

Todo iba perfectamente.

El ladrón tanteó dentro de la caja. La sonrisa desapareció de sus labios. La caja estaba llena de estuches y paquetes. Y no sabía en qué parte estarían las esmeraldas. Ahora se encontraba ante una grave dificultad. ¿Cómo iba a encontrar lo que él deseaba?

Sacó los fósforos del bolsillo, metió bien adentro de la caja fuerte la mano que sostenía los fósforos y descansó un instante como para serenarse antes de realizar un acto importante y encendió el fósforo.

Después de una larga pausa y de no oir ninguna exclamación de alarma, desde el cuarto lindero ,Gary ensayó otra vez y tuvo éxito. Por unos instante se iluminó el interior de la caja fuerte y vió el estuche de donde Ula había sacado el collar. El fósforo

se apagó en el momento que atinó a tomarlo.

Abrió el estuche. No se atrevía a encender otro fósforo, así que resolvió fiarse de su tacto. El ladrón hizo un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza. No había error. Las famosas esmeraldas Holme (falsificadas), estaban en su poder. Garry las puso en su bolsillo y dejó sobre el suelo el estuche vacío. Naturalmente, sería más convincente si robara, además otras joyas, pero entonces tendría que afrontar la dificultad de devolverlas algún día. No. El ladrón que él estaba representando, era un experto en esmeraldas. Todo lo demás, no merecía su atención.

Inició el regreso. Eso debía ser sencillo. Tenía una sensación de triunfo

Garry abrió silenciosamente la puerta. Por primera vez Outram se sintió verdaderamente alarmado. Un rayo de luz hendía la obscuridad. Era imposible ver al que sostenía la linterna.

IV

Ese misterioso rayo escrutador recorrió el piso hasta llegar a la cama, se detuvo un instante a los pies, iluminó después el vestido dejado sobre una silla, se corrio hacia las zapatillas de seda, subió hasta la cama y se deslizó cuidadosamente sobre las cobijas, revelando la silueta de la que estaba acostada.

Llegó hasta el cuello de la durmiente, después a la barbilla, e iluminó sus labios entreabiertos, pero allí cesó su recorrido. La luz sobre los ojos la había despertado y Garry tuvo así al convicción que el objeto del intruso era sólo asegurarse que Ula estaba dormida.

Outram apretó los puños. Su primer idea de que quizás era la tía Ellen o Carola que habían venido a despertar a Ula para avisarle qua habían oído ruidos extraños, no era exacta. Quién quiera que fuera el intruso o intrusa, era evidente que estaba tan ansioso como él mismo de no ser visto u oído.

El rayo de luz se movió ahora en otra dirección. El que lo dirigía hizo cruzar el disco luminoso sobre el suelo en dirección al toilette.

La luz de la linterna se reflejó en el espejo sobre la cara del que la sostenía. Garry, que aun espiaba a través de la ranura de la puerta, se acercó para ver mejor. No, no era tía Ellen: era un hombre que había tomado la precución de cubrise la cara con un antifaz usado habitualmente por los raspas sino con uno improvisado, con un simple pañuelo en el que había abierto dos agujeros.

Garry Outram estaba empezando a entusiasmarse. Siempre había sido listo para aprovechar las oportunidades. Su cerebro no dejó de advertir lo que se le presentaba. Una caja fuerte violada, un intruso nocturno — genuino ahora, con máscara y linterna, acaso con guantes de goma y posiblemente también un revólver. ¡Podía darse algo más afortunado! El destino parecía jugar entre sus manos. Un ladrón de verdad y él, el huésped del general, el salvador!

El ladrón esaba reclinado sobre el toilette; allí estaban las joyas de Ula. Garry empujó la puerta y exclamó:

—¡Arriba las manos!

Su orden clara y cortante rompió el silencio de la noche y casi inmediatamente de pronunciarlas se oyó una exclamación de sorpresa que venía desde la cama.

El ladrón giró media vuelta y en el mismo momento Garry se le echó encima. Lo tomó de las muñecas. La linterna cayó al suelo y otra vez el cuarto quedó sumido en la obscuridad.

El cautivo no sabía una sola palabra. Trataba con todas sus fuerzas de libertarse y no era un enclenque. Esto le agradó a Garry. No habría sido ningún mérito habérselas con un ratero timorato. Además, sería muy difícil explicar por qué lo dejó escapar. Pues, naturalmente, era necesario dejar que el individuo se escapara. Esto era parte del juego; una parte indudablemente desagradable, pues todo hombre, especialmente si está enamorado, le agrada lucir sus fuerzas. Outram hubiera querido sujetar al intruso para que la testigo de la cama viera lo que era capaz de hacer. La dificultad no estaba en vencer al individuo, sino en dejar que se escapara en el momento oportuno, apareciendo llevar consigo las esmeraldas de Holme. Pero, con todo, no había inconveniente en simular una lucha a brazo partido.

El intruso procuró defenderse con las piernas y sabía hacerlo con bastante habilidad. El podría haber contestado con el mismo jeugo, pero nuevamente se encontraba cohibido. Sabía perfectamente que con un solo puntapié podía dejar a su contrincante tirado de espeldas, pero entonces aquél no podría huir, llevándose, aparentemente las esmeraldas.

—¡Socorro! ¡Papá! ¡Toby! — se oyó gritar desde la cama.

Fué encendida una vela. Garry en este momento empujaba al cautivo hacia la ventana. Podría haberlo tirado afuera aparentando un accidente, pero esto podría haberlo lastimado y echar a perder su juego, pues bajo ningún concepto el ladrón debía ser capturado En caso de que lo fuera se descubriría que no llevaba las esmeraldas.

—¡Señor Outram! — gritó azoradamente la voz amada. — ¿Está usted bien? No lo ha lastimado ?

Garry tenía inmovilizado a su cautivo.

—No. Vaya usted a llamar al general. — Tenía que buscar la forma de que se alejara ella de cuarto. — Lo tengo bien asegurado, pero dígale que traiga un revólver por las dudas. ¡Pronto, señorita Holme!

Ella se dió vuelta y salió sin decir palabra. El oyó abrir la puerta al otro extremo del corredor y la voz de ella que llamaba a los demás.

—Ahora — le dijo soltando al cautivo y señalándole la ventana abierta, — es su oportunidad de escapar. Déjese caer suavemente sobre el jardín.

Por un instante el ladrón titubeó eviden-

temente sorprendido. Si llegara a contar esto — pensó Outram — bien difícil le sería aclarar su situación, pero de todos modos, siempre era posible negar el hecho. Nadie acepta el testimonio de un ladrón. El titubeo fué sólo por una fracción de segundo, después el individuo pasó por la ventana y se dejó resbalar sobre el techo de la galería.

Una vez solo, Outram tuvo que realizar la parte más difícil del programa. Golpeó su cabeza contra el borde de la ventana. El instinto le advirtió que no lo hiciera demasiado fuerte, pero su determinación de obtener una prueba falsa se sobrepusa a ese instinto.

Vió mucahs estrellas y empezó a sangrar de la nariz. Se sentó sobre el borde de la ventana y apoyó la cabeza en el pañuelo.

—¿Dónde está el ladrón? ¡Arriba las manos o hago fuego!

Esto sonaba en realidad bastante ridículo ante la realidad de las cosas, pero naturalmente, el general no sabía lo que ocurría y su voz era tan autoritaria como si estuviera en el campo de batalla.

—Garry, ¿está usted lastimado?

Le fué muy grato a él advertir que ella pensó primero en su seguridad. Advirtió, también, el cambio de trato del formal señor Outram al familiar Garry.

El se levantó.

—Es poca cosa — dijo, — y hasta cierto punto se felicitó de sentirse verdaderamente mareado, pues le hacía más fácil representar su papel. Los ojos de ella brillaban más que todas las estrellas que había visto. — General, lo lamento, pero el intruso se me escapó. Creía tenerlo bien asegurado, pero alcanzó a tirarme un golpe — dijo moviendo el pañuelo manchado de sangre, — y aprovechó un momentáneo descuido mío para largarse por la ventana.

—¿Que le dió un golpe? — dijo. — Ya se vé. Y se lo dió bueno, — agregó acercando la vela a la cara herida.

El general tenía fruncido el entrecejo y por cierto que no favorecía en nada su aspecto la corta camisa de dormir, el pelo raleado y bigotes caídos, que hacían un marcado contraste con su presencia cuando estaba arreglado y vistiendo su uniforme.

—Puede usted ir a ver si por casualidad se ha roto el cuello al caer, — dijo a Toby. — Señor Outram, lamento muchísimo que haya sufrido usted por nosotros. Naturalmente, le estoy muy reconocido.

A Garry no le importaba engañar al general, ni lo que pensaran Carola o Toby, o la tía Ellen, pero le molestaba verdaderamente engañar a Ula, aun cuando todo lo hacía por el bien de ella.

Iré a mi cuarto y me lavaré en un momento. General, me es imposible expresarle cuán avergonzado estoy de haber dejado escapar al intruso. Sin embargo, usted sabe...

—¡Oh, sí, sí! — dijo el general. — No se aflija usted por eso. — Cuando esté listo, me agradaría mucho que me relate lo que ha ocurriro.

Este era en efecto, el siguiente trabajo que le aguardaba. Todos estaban ansiosos de oírlo y no había tenido tiempo de inventar una historia convincente. Tendría, forzosamente, que improvisarla.

—Estaba leyendo — dijo (habría realmente algún libro en su cuarto), — pues no tenía sueño. (Esto no tenía nada de comprometedor). ¿Cómo podrían saber ellos si su costumbre era dormirse en seguida? Bien, me pareció haber oído un ruido, pero cuando miré por la ventana supuse que me había equivocado.

—Quiere usted decir que le pareció oir a alguien sobre el techo de la galería?

Garry se enjuagó la nariz, deseando, en realidad, secarse la traspiración de la frente.

—Así es, pero no estaba seguro y no le dí importancia. De lo contrario, habría actuado inmediatamente. — Le molestaba tener que decir así, pero tenía que justificar de haber dejado pasar el tiempo suficiente para que el ladrón se apropiara de las esmeraldas.—Seguí leyendo y sentí otro ruido. Entonces se reafirmaron más mis sospechas y salí al corredor, pensando si debía o no llamarlo a usted. (Seguramente ciertas mentiras son perdonables). Lo primero que ví fué que estaba abierta la puerta de la habitación de Ula y un rayo de luz que cruzaba el espacio abierto. Me acerqué a la puerta y escuché. Oí claramente la respiración acompasada de la señorita de Holme, quien estaba a merced del intruso. Eso era suficiente para mi y me decidí a entrar.

—Yo habría hecho lo mismo — dijo, aprobando, el padre de Ula.

—El hombre venía desde el otro extremo del cuarto dirigiéndose hacia el toilette. Lo examinó con la linterna eléctrica que llevaba, — dijo, señalando la que estaba caída sobre el suelo, y entonces me abalancé sobre él. Sostuvimos una lucha que naturalmente, despertó a la señorita Holme.

El general tomó una de las velas y se dirigió al cuerto de caudales, caminando como un majestuoso espantapájaros.

Siguió una pausa embarazosa. Garry no sabía qué decir. Su situación no habría sido tan difícil si hubiera quedado a solas con Ula, pero estaban allí Carola y la tía Elle. que discretamente había apagado su vela y se cernía en el umbral como una sombra. La voz de Toby en la escalera, vino en su alivio. Estaba hablando a los sirvientes, que fueron despertados por el alboroto y un instante después entró en el cuarto.

—No hay caso, — anunció; — el ladrón ha desaparecido y por cierto que ha puesto a la miseria los geranios.

No le hicieron caso. El general había vuelto ya, y en su mano tenía el estuche de cuero verde.

—Le estoy muy reconocido a usted, señor Outram, — dijo con el más gentil acento. — Estoy seguro que hizo todo lo que habría podido hacer cualquier otro hombre en su lugar. Sin embargo, lamento tener que decirle que el ladrón se ha escapado con las esmeraldas. Es verdaderamente una desgracia.

—¡Oh, cielos! — exclamó Carola. — ¿Qué va decir ahora la mujer aquella?

—Es lamentable — repitió el general.

Outram vió al viejo sostenerse del pie de la cama con una mano temblorosa y retorcerse nerviosamente sus labios, debajo de los largos bigotes. Hubiera deseado consolar al anciano, decirle que esta catástrofe que no era nada en comparación con la que, sin saberlo él, se había evitado. Sentía pena por el general, y no podía alejar de su pensamiento la idea molesta de que él, el huésped agasajado, era el responsable de su pena. Las malditas esmeraldas, de que tanto revuelo estaban haciendo, le pesaban terriblemente en el bolsillo. ¡Oh! si el general hubiera adivinado que estaban tan cerca.

Garry miró al padre y luego a la hija. Pensando que lo que había hecho y lo que tenía que hacer era por el bien de ella se reafirmó en su propósito.

V

Vencidos era la única palabra con que podía describirse la atmósfera que reinaba a la mañana siguiente durante el desayuno. La alegría que Outram había encontrado tan delicada no existía ya, y sin embargo, no podía dejar de admirar la fortaleza estoica con que el general y su familia afrontaban la calamidad que se cernía sobre ellos. Y sería, en realidad, una calamidad terrible, si la lejana sospecha llegara a empañar el honor de Dow.

De cuando en cuando, durante el desayuno Outram veía al dueño de Dow mirar el reloj. Era la única señal de la tensión mental que estaba sufriendo. Tomaban su desayuno más tarde que de costumbre, debido a que su sueño fué interrumpido durante la noche. Eran ahora las 10. Dentro de media hora...

El general finalmente, se apartó de la mesa.

—Espero visitas — le dijo al portero. — Estaré en la biblioteca.

—El sargento lo espera allí, señor, — le anunció Jarvis.

El dueño asintó con la cabeza.

—Habrá venido a dar cuenta de la pesquisa, — dijo, dirigiéndose a los demás, — pues la policía ya había sido notificada horas antes, y se había avisado también al castillo de Holmecourt. — Outram, — siguió diciendo el general, — me avergüenzo que tenga que ser usted molestado por nuestros asuntos, pero debo rogarle que se quede usted en esta casa durante un par de horas. No dudo que esa gente querrá hacerle algunas preguntas para conocer los hechos por información directa. — Haciendo un gallardo esfuerzo para hablar con naturalidad, continuó:—tendremos que posponer nuestro partido de golf hasta esta tarde. No hay razón, sin embargo, para que los jóvenes no vayan a jugar, — agregó, dirigiéndose a Carola y Toby, que estaban a su lado.

—Toby, — dijo ella levantándose de improviso. — Vamos a los links de golf.

Los dos salieron.

Tabién se ausentó la señora Delamere, para hablar con el servicio. Garry y Ula quedaron solos.

Hasta ese momento, el hombre creía que lo mejor que podía sucederle es quedarse a solas con la joven que amaba, pero ahora le asustaba encontrarse en esa situación. Naturalmente los dos estaban pensando en el mismo asunto; un asunto que era mucho mejor no comentar, desde que él se había propuesto que Ula creyera firmemente que el desconocido se había alzado con el pernicioso collar.

Ula pretendiendo leer el diario que su padre había dejado sobre la mesa, dijo:

—Señor Outram, ¿cree usted que los apresarán?

Podía haberse imaginado que era eso lo que la preocupaba. Deseaba decirle que aunque le dieran caza al ladrón no encontrarían en su poder ninguna esmeralda ni legítima ni falsas, pero no se atrevió a insinuar semejante cosa.

—Usted anoche me llamó por otro nombre, — le recordó él.

Ella se encogió de hombros.

—Estaba asustada y no sabía lo que decía. Además pensé que estaría usted lastimado.

—Lo estaba en efecto, terriblemente, hasta que usted dijo "Garry". Eso ahuyentó todos mis males.

La abuela de ella en sus tiempos seguramente se habría sonrojado... o desmayado. Pero Ula era una joven moderna. Apoyó sencillamente los codos sobre la mesa descansando la barbilla sobre una mano y le contestó sonriendo:

—No es siquiera original. Supongo que no hay nada original debajo del sol, excepto usted y el amor.

—Déjeme usted de lado, — dijo Ula.

—Nunca ha existido un amor como el mío, — afirmó valientemente. — Ula, no pueeo decirle a usted cuanto la amo. No hay nada en el mundo que yo no sería capaz de hacer por usted.

Ella estaba un poco conmovida. Este era el hombre a quien la noche anterior había revelado un secreto que pudiera haber justificado que él se formara una mala opinión de ella. Durante las últimas doce horas, se había preguntado continuamente por que hizo eso y qué pensaría Garry Outram de ella. Ahora sabía que aquél secreto no había hecho variar su juicio. Nada podría entonces llegar a afectar el amor de aquel hombre.

Ula no demostró la menor confusión; le miró serenamente a los ojos.

—Es usted un buen amigo ¿verdad? — dijo aparentemente desviándose del asunto.

Antes de que pudiera continuar, el portero entró.

—Con su permiso, señorita, el patrón desea verla a usted y al señor Outram en la biblioteca.

Ula se levantó prestamente. No había dn su gesto el menor asombro de reticencia. Garry la observaba atentamente. Estaba ansioso de saber si su atrevimiento no había perjudicado su causa. ¿Qué pensaría ella? Por lo me-

nos Ula sabía ya que él la amaba. Jarvis ocupado ahora en levantar la mesa, miró a su joven dueña pareciendo estar algo nervioso.

—El lord y la lady han venido, — agregó.

VI

La biblioteca de Dow era un salón amplio, pero esa mañana le pareció a Garry que estaba repleto de ocupantes. Allí estaba el general, cerca del hogar, tratando de mantener su dignidad, pero pareciendo preocupado y enojado; estaba el conde de Holmecourt, tan insignificante como en la noche anterior; un inspector de policía con un libro de anotaciones en la mano; su subalterno, P. C. Hoyland, agente de la policía local; dos caballeros con aspecto de profesionales, que Garry no tuvo dificultad en adivinar: un letrado del conde Holmecourt y el abogado del general. Los dos habían concurrido con el propósito de formalizar un acto muy distinto por cierto del que se desarrollaba ahora.

Estaba también la condesa de Holmecourt. Ella eclipsaba a todos los demás, no solamente porque era una mujer llamativa, sino porque en ese momento estaba furibunda y agitada.

Frente a la puerta había un biombo, detrás del cual acababa de pasar Ula y Outram, sin darse cuenta, quedaba oculto detrás del mismo.

—¿Quiere decir entonces, — decía la condesa con voz penetrante, — que habiéndosenos rehusado llevar anoche nuestra pertenencia, se pretende ahora que creamos que desde entonces a esta mañana algún personaje misterioso — acentuando con maléfica intención esta palabra, — ha birlado las esmeraldas que usted tan enérgicamente se rehusó entregar a su legítimo dueño?

El noble rostro del general estaba sonrojado.

—Los ladrones son por lo general misteriosos en sus procedimientos, — dijo.

—Indudablemente, — repuso la condesa, — pero lo que quiero es que conteste derechamente mi pregunta. ¿Es eso lo que usted pretende hacerme creer?

—Lo que quiero es que usted crea la verdad. Anoche un ladrón ha visitado mi casa.

El señor Grey apoderado del conden, interpuso:

—Disculpe usted general, pero según parece el ladrón no usó de violencia para entrar aquí.

El señor Grey apoderado del conde, inpector?

El inspector Todd arqueó las cejas.

—Hasta ahora los rastros son un poco confusos, señor. Parece que ha existido el intento de alcanzar el techo de la galería en un sitio donde el vivero de plantas ha sido pisoteado. (Garry reconoció en eso una descripción de su propia obra). — El poste ha sido trepado pero no ha pasado por allí sobre la azotea. El por qué es imposible adivinarlo, (Garry aquí maldijo su falta de previsión), pues un poco más allá, no muy lejos de la segunda ventana de la habitación de la señorita Holme, quien según entiendo acostumbra a dormir con la ventana abierta, han cruzado sobre la azotea. Una tercera serie de rastros indican una precipitada fuga.

—Todo lo cual podía haber sido fácilmente preparado por alguno que quisiera simular la existencia de un robo, — agregó intencionadamente la condesa.

El señor Grey levantó nua mano suplicante.

—Si su señoría quisiera tener un poco de paciencia...

—Sí, sí, Mabel. Deja este asunto al señor Grey y a mi, — dijo el lord con valentía desacostumbrada. Aun él estaba asombrado de que su testaruda y descarada esposa se atreviera a insinuar siquiera que su primo, el hombre más recto que jamás había vivido, realizara un acto tan canllesco como el que ell quería dar a entender.

—¡No seas estúpido, Holmecourt! Anoche dejé el asunto en tus manos y mira lo que ha ocurrido. Señor Grey, cuando necesite su consejo ya se lo pediré. Supongo que tengo derecho de averiguar por mi misma la verdadera situación del asnuto. ¿Qué me dice usted, general?

—No tengo nada más que agregar, — contestó el general secamente. — Usted ahora sabe tanto del asunto como yo.

—Disculpe usted, pero yo no se nada. Su fingida cortesía era más terrible que su enojo. — Nada excepto el hecho de que el collar no aparece como debiera. ¿Alguien ha visto a ese maravilloso ladrói?

—Ya le he dicho que no sólo fué visto si no que atrevidamente luchó con mi huésped, el señor Outram, quien consiguió sujetarlo, aunque desgraciadamente no pudo evitar que a ese maravilloso ladrón?

—¡Oh! Muy desgraciadamente, por cierto, — dijo burlonamente la mujer.

—¿Y qué hacía a esa hora su huésped, en la habitación de su hija?

Los dos abogados cambiaron una mirada de asombro ante la maledicencia de esa mujer. El enojo del general estaba sobreponiéndose a su humillación.

—Creo que ya le he dicho que el señor Outram oyó un ruido, salió al corredor para averiguar, vió abierta la puerta de la habitación de Ula y sorprendió allí al ladrón.

La condesa hizo un lento gesto afirmativo con la cabeza sin dejar por un momento su sardónica sonrisa.

—¡Qué huésped inapreciable! — comentó. — El es quien la acompañó anoche a buscar el collar, ¿verdad? Naturalmente él ha visto donde lo guardaba.

El general avanzó un paso hacia ella.

—¿Quiere usted decir que ahora sospecha de él? — dijo acaloradamente.

Ella no se inmutó en lo más mínimo.

—¡Oh! es demasiado pronto para eso, — replicó con calma. — ¿Quién es este señor Outram?

El general Holme dió un puñetazo contra la mesa.

—¡Bueno, basta! Nunca pensé que en mi propia casa tendría que oír semejantes acusaciones contra mí, sin contar las que se han

hecho en contra de mi hija y de mi huésped. El doctor Wate, aquí presente, — dijo señalando a su apoderado,—me indicará las medidas que debo adoptar. Y permítame advertirle, señora, que si usted habla una palabra más de su descabellada acusación, lo hará a su propio riesgo.

Ella no perdió la serenidad.

—Sí, a mi propio riesgo, — contestó, — un riesgo que tomaré con mucho gusto. Ustedes todos han oído como trata de hacerme callar con amenazas, — agregó dirigiéndose a los demás. — Naturalmente, se lo que quiere decir. Una demanda por calumria, difamación o algo por el estilo. Oh, si, general, incie no más su acción por calumnia, pero no crea que con eso me va a hacer callar. Su rama de la familia ha estado muy dispuesta a demostrar a todo el mundo lo que piensa de la "condesa advenidiza" y no es más que justo que esa "condesa advenidiza" se permita decir lo que ella piensa de los parientes mendicantes de su esposo.

Y dicho esto la condesa se retiró

* * * *

Se necesitaba mucho para desconcertar a Outram, pero la escena que había presenciado le hizo dudar un poco de la confianza en si mismo.

Pensó entonces que cuanto más publicidad se diera a ese robo, sería mejor.

Pero no había contado con el espíritu vengativo de una mujer despechada. Lo que más lo preocupaba era la molesta sospecha insinuada por ella y que, hasta cierto punto, compartía también el inspecotr Todd. El por qué de esto último no podía él adivinarlo.

Naturalmente estaba de por medio el asunto de las marcas sobre el jardín y la galería. Estas serían sin duda objeto de mucha discusión, pero seguramente no eran de suficiente importancia para impresionar de tal modo a un astuto oficial de policía. Seguramente debía ser posible encontrarles alguna explicación.

Por el momento, sin embargo, la infamante sospecha recaía sobre el anciano general y sobre los demás ocupantes de la casa. En ese momento de desencanto e incertidumbre, Outram estaba dispuesto a admitir para sus adentros que su intervención había empeorado las cosas; pero fué sólo por un momento, pues un poco de reflexión le hizo comprender que, por mal que estuvieran, siempre habrían sido peores si al apropiarse del collar la condesa de Helmecourt hubiera llegado a enterarse.

Mientras estaba en la biblioteca entró el inspector Todd.

—Es un estado de cosas bastante molesto, señor Outram, — dijo el inspector. — En nuestras andanzas nos encontramos con muy distintos tipos de personas, pero lo que es la condesa... — se encogió de hombros sin terminar la frase.

Fué una entrada mejor de lo que él había esperado y Outram sintió una sensación de alivio.

—Soy un huésped y creo que no debiera criticar a un miembro de la familia — dijo él. — Sin embargo, puedo convenir con usted que estuvo terrible. Sólo un imbécil de nacimiento podría imaginar que el general sea capaz de cometer un acto tan deshonroso.

—Estoy enteramente de acuerdo con usted — replicó cordialmente el inspector. — Y, sin embargo, hay ciertos aspectos del asunto que son poco usuales. Hay muchos puntos que debo aclarar.

—¿Antes de intentar de apresar al ladrón?

El inspector Todd se sonrió.

—Le aseguro que la policía está buscando al ladrón con un cuidado que a usted mismo le sorprendería. Nuestra red es muy amplia y la malla bastante apretada. Sí, — agregó. — Hay muchos puntos que merecen ser considerados y sería posible llegar a una conclusión si tuviera la ayuda de un poco de tabaco. ¿Tiene usted esa tremenda ventaja sobre mí, señor Outram? — agregó sonriendo y señalando su pipa.

—Me parece que no hay inconveniente en que fume usted un cigarrillo.

—¿Cree usted? — dijo el inspector, sirviéndose uno de los que Garry le ofrecía. — Ahora tengo que molestarlo para pedirle un fósforo.

El otro le pasó su caja. Le extrañó un poco que el oficial uniformado se tomara en realidad, la libertad de fumar en la biblioteca del general.

El inspector tomó un fósforo y lo examinó cuidadosamente.

—Después de todo, — dijo moviendo la cabeza, — no estaría bien que me encuentren fumando mientras estoy de servicio. De todos modos, se lo agradezco. Al decir esto, dejó el cigarrillo sobre la mesa, pero conservó el fósforo en la mano. — Creo que usted se sorprendería si conociera la extensión de nuestras actividades. Cuando dije esto hace un momento, estaba pensando en ciertas averiguaciones que he estado haciendo acerca de varios habitantes de esta casa.

Se necesitaba mucho más que esto para que Outram se inmutara. Sostuvo con tranquilidad la mirada del inspector, pero no pretendió ignorar lo que quería decir.

—Digamme, señor Todd, ¿vamos a esgrimir o jugamos a cartas vistas? A mí me es exactamente igual. He jugado al poker con toda clase de gente. — El otro sonrió.

—Yo también — repuso. — Con algunos contrarios esgrimo, con otros puedo hablar con franqueza. En efecto, a usted lo incluí en mis inestigaciones, señor Outram.

—Veamos de qué se trata.

—Bien, en primer lugar, habiendo hecho algunos ensayos, me he convencido que una persona sentada en su cuarto, no podría oir ningún ruído leve, hecho en el dormitorio de la señorita Holme. Puedo desde ya, declararle francamente que no creo que fuera ningún ruído el motivo que lo hizo ir allá. Si realmente entró un ladrón (ese "si" tuvo una entonación desagradable), me inclino a creer que usted se encontraba allí primero.

Garry tuvo un deseo insano de voltear a su interlocutor ed una bofetada. El mundo se

Muy bien, — dijo, — sólo espero que los guardará en sitio seguro. No es agrada

había vuelto loco. Primero el general fué acusado de robo, ahora era el honor de Ula el que ponían en tela de juicio. Necesitó un gran esfuerzo para contenerse.

—Usted quiere aventajar a la condesa, — le dijo.

—¡Oh, no! Hay muchos motivos por los cuales un hombre puede ir a la habitación de una dama, que no son, necesariamente, deshonestos. Pero, dejemos esto por ahora, pues hay otro punto sobre el cual quiero llamar su atención. Usted recordará que el ladrón tenía una linterna eléctrica. Usted mismo fué quien manifestó esto, y la policía la tiene en su poder. Ahora bien, el ladrón que tomó las esmeraldas no disponía de esa comodidad. Se encontró en la necesidad de encender un fósforo. En la habitación de la señorita Holme y en los demás dormitorios, hay fósforos, grandes, de un tipo especial. El individuo que se llevó las esmeraldas, no usó ninguno de éstos, sino uno de otra clase, que tenía en el bolsi-

ble dejar en manos ajenas lo que a uno le pertenece.

llo, exactamente igual a éste. — Mientras el inspector hablaba, sostenía en la mano el fósforo que un momento antes su compañero le había alcanzado y ahora se lo mostraba. — No quiero decir sue sea usted el único hombre en Dow que usa esta clase de fósforos, pero si lo hay, yo no he podido encontrarlo. — Y después de una pausa agregó: —Ahora, señor Outram, ¿tiene usted algo que decirme?

—Solamente esto, — repuso; — pero le ruego que lo tenga bien presente. Le doy solemnemente mi palabra de honor de que yo no me he apropiado de las famosas esmeraldas Holme, y ni usted ni todo el Scotland Yard, jamás podrán probar lo contrario. Eso es todo lo que tengo que decirle, señor inspector.

Si el otro se sentía desengañado, por lo menos no lo dejó entrever.

—Muy bien, — dijo; — no lo olvidaré, y si usted considera el caso, seguramente no lamentará que haya sido yo tan franco con usted. Una palabra más, señor Outram. Estando en su lugar, yo no me ausentaría de Dow por el momento. Creo que una partida apresurada, haría muy mala impresión. Buenos días y hasta la pista.

VII

Una ancha faja de árboles, llamada "La Plantación" protegía a la posesión de Dow y a su antiquísimo jardín de los vientos del Norte. A todo el largo de ésta corría un camino bordeado con macizos de helechos y ligustrio. A un extremo había una gruta recubierta de musgo alrededor de la cual se elevaban altos cipreses que parecían centinelas montando la guardia, mientras que el otro daba vista al campo abierto.

Después que se hubo retirado el inspector, Outram encaminó sus pasos hacia dicha plantación. Quería estar solo para meditar lo qué le convenía hacer. Tenía que decidir si debía aguardar los acontecimientos o si lo correcto era dirigirse abiertamente al amo de casa, en cuyos asuntos se había entrometido tan imprudentemente.

—Buenos días, señor. Es una mañana agradable para estar bajo los árboles, aunque yo prefiero los rayos del sol.

Fué la voz de una anciana, la que así interrumpió sus meditaciones. Estaba tan abstraído, que no advirtió que había llegado al final del camino.

—Buenos días, — contestó Garry, — es usted la señora.... — A pesar de sus graves preocupaciones, sonrió en la forma amistosa que le era característica. No debería decirle señora Nanna, ¿verdad? Pero es el único nombre por el cual yo la conozco; el único que usa la señorita Holme cuando se refiere a usted.

—Y lo soy en efecto, señor, y no me agratosa que le era característica No debería deella he sido Nana desde que la cargaba en mis brazos siendo una criatura. Ella es la señorita Holme o la señorita Ula, pero cuando estamos a solas es mi querida chiquilla y lo será hasta el fin.

—Qué raro me parece, — dijo casi con cortedad. — Me es imposible imaginarme a la señorita Holme como una pequeña. — ¡Qué ojos maravillosos tenía esa anciana mujer! Ojos sabios con la edad, pero que no parecían sin embargo viejos.

—¿Que no puede usted amaginarla así, señor? Entre usted a mi casa, — le dijo sonriendo la vieja nadriza, — y tendré el orgullo de mostrarle mi álbum de fotografías.

La vieja condujo a su visitante a través del pórtico cubierto de enredaderas, hasta el hall. El hombre miró a su alrededor. Notó entonces que la 'señora Nana" hizo una cosa rara. Cerró la puerta detrás de sí y le pareció, aunque no estaba seguro que también corrió el pasador. También notó que al pasar, corrió las cortinas para tapar las ventanas.

—Con su permiso, un momento,—dijo,— y se ausentó del cuarto, posiblemente para ir a buscar el deseado álbum.

Outram se fijó en un gran cuadro del general vestido de uniforme; el general había sido una figura arrogante. Miró también a otro cuadro que hacía juego con éste en el qué aparecía una hermosa mujer y notó que ésta usaba un collar muy parecido al que desde algunas horas atrás se le había hecho tan familiar. Le era fácil advertir de dónde recibió Ula su belleza. Más allá, estaba una fotografía de Ula sobre su caballo favorito, con una dedicatoria que decía: "A Nanna de Ula".

—Tengo que molestarlo para pedirle que me explique qué diantres hacía usted en el cuarto de ella anoche.

Garry se dió vuelta serenamente.

No se sobresaltó a pesar de que no había oído entrar a nadie.

—¡Oh! Mi amigo el ladrón de naoche, — dijo. — Por ser una quinta apartada, Dow era ciertamente un sitio extraordinariamente lleno de sorpresas.

—No se preocupe de eso,—le dijo el otro con fiereza. — Lo que quiero es que me contesté a mi pregunta. ¿Qué hacía usted en el dormitorio de ella y por qué estaba tan ansioso que se escape el individuo que usted confundió con un ladrón? ¡Eso es lo que quiero que usted me diga!

Era una orden. Este joven estaba verdaderamente enojado y aparentemente se creía capacitado para exigir una respuesta. Era en realidad algo risible o lo hubiera sido, a no ser por la idea que Outram estaba vislumbrndo.

—Creo que soy yo quien debo preocuparme de eso, — le replicó tranquilamente. — Como usted comprenderá la identidad de usted hace alguna diferencia. Soy un individuo pacífico, pero generalmente no permito que nadie me hable como usted lo ha hecho. Aunque naturalmente, si usted tiene algún verdadero derecho...

—Soy el hermano de Ula, Fairleigh Holme. Eso debe ser suficiente para usted.

No fué ninguna sorpresa, Garry había adivinado que éste era la oveja descarriada de la familia. Había oído a Toby hablar de Fairleigh, pero la familia nunca mencionó su nombre.

—Ciertamente que eso me basta, — le contestó pausadamente, — y le da derecho, sin duda para pedirme una explicación, aunque ciertamente no justifica que usted tuviera anoche tanto interés por las joyas de su hermana.

El otro se sonrojó. Era un joven realmente simpático y muy parecido a Ula.

—No va usted a hacerme callar con eso. — le interrumpió el otro. — Puede insinuar usted cualquier cosa canallesca que se le ocurar, pero la verdad es pue yo no fuí allá para apropiarme de las joyas de mi hermana. Si las hubiera querido, me habría ahorrado aquel trabajo mandándole simplemente a Ula una postal. Era todo lo que habría necesitado hacer. Si quiere usted saber la verdad, cuando usted me sujetó, estaba tratan-

SENSACIONAL!!!

Por pocos días solamente, absolutamente **GRATIS**, y a título de propaganda, le obsequiaremos a Ud., un artístico reloj pulsera, marcha garantida, enc., en oro 18 Ktes., en finísimo estuche para varón o señorita.

Escríbanos enseguida, dándonos su nombre y dirección a:

THE AMERICAN WATCH COMPANY
Rivadavia 659 — Buenos Aires

do de encontrar la llave para darle a mi hermana una agradable sorpresa, pero la llave no estaba donde yo esperaba encontrarla.

—No, la tenía yo, — manifestó Garry. — Le gané la delantera por media cabeza.

El hermano de Ula lo miraba azorado.

—¿Quiere decir usted que estaba ayer en el cuarto de ella para robar la caja fuerte? — exclamó.

Garry asintió haciendo un movimiento de cabeza con irritante tranquilidad.

—Eso lo conseguí con todo éxito, — le dijo.

La sorpresa del otro resultaba cómica.

—Indudablemente, — fué todo lo que Fairleigh Holme atinó a decir.

—Naturalmente, ví lo que eran, — continuó diciendo Garry, — pero no había tiempo que perder, pues la condesa esperaba abajo. No pude hacer nada por su hermana.

—¿Qué sucedió después de que se fué la de Holmecourt?

Garry se encogió de hombros.

—Me propuse robar aquel objeto. No se me ocurrió nada mejor. No era posible dejar que esa quincalla llegara a sus manos, pues aquella mujer tenía la intención de hacer reengarzar las esmeraldas. No quería que

—¡Ariba las manos o hago fuego!

—¡Pero confesar un hecho como ese, siendo usted huésped del general! ¿Y qué es lo que buscaba, ¿las esmeraldas?

—Sí; si es que usted llama esmeraldas a eso. Yo lo llamo quincalla.

—¿Y entonces, para qué las quería usted, si se puede saber?

—Precisamente por que me enteré que eran falsas. La condesa de Holmecourt vino a buscarlas anoche y el padre de usted no quiso entregarlas hasta que llegara el momento convenido para hacerlo, pero como su señoría tuvo el mal gusto de poner en duda que estuvieran seguras, él mandó a su hermana para que las trajera. Y vi que ella estaba asustada y eso me produjo un tremenda impresión, pues no es de las que se asustan por poca cosa. Inventé una excusa para acompañarla con la esperanza de que ella me dijera qué dificultad había y si en algo la podía ayudar. No lo hizo, pero me mostró el collar. Supongo que lo que quería era ver si podía pasar por bueno. Lo tuve en mis manos por un instante y eso me bastó, pues casualmente conozco algo de pedrería.

llegara a caer ninguna sospecha sobre su hermana. Debía aparecer como un robo auténtico.

—Lo admiro a usted — exclamó el hermano de Ula. Su antagonismo había desaparecido. — Pero, qué mala suerte que llegara yo después de usted,

—A mi no me pareció así. Creí que su entrada era providencial, pero naturalmente, porque lo consideraba un verdadero ladrón. Mi idea era que huyera usted, para que todo el mundo creyera que se había llevado las joyas. Espero que notará el ojo que supuestamente me lesionó usted en el momento que se zafó de mis manos y se escapó. Desde entonces no he hecho más que disculparme por no haber conseguido retenerlo.

Fairleigh Holmes no se sonrió.

—Precisamente, no había ido a robar un collar sino a restituir el único y verdadero.

—¿Quiere usted decir el de piedras legítimas?

—Puede verlo usted mismo — le dijo sacando un collar del bolsillo y echándolo sobre la mesa. Las esmeraldas brillaron al resbalar sobre la superficie lustrada.

—¡Qué hermosas son! Casi me hacen simpatizar con la condesa. ¿Y puedo saber cómo es que están en su poder, o cree usted que no me corresponde averiguarlo?

Fairleigh Holme titubeó, pero sólo por un instante.

—Supongo que será mejor que lo sepa, aunque no es cosa agradable de decir. — Después de una pausa continuó con visible esfuerzo: —Yo siempre molestaba a mi padre con mis pedidos de dinero. Era un poco gastador. Después de que salí de la Universidad de Oxford, gasté muchísimo dinero. El general protestaba pero pagaba todo. Me apena recordar esto ahora, por que le ocasionaba a mamá muchos disgustos y también a Ula. Ellas hacían de paragolpes entre mi padre y yo. El es un hombre buenísimo, pero... — Garry lo interrumpió con un gesto, asintiendo con la cabeza en señal de que había comprendido.

—Le aseguro a usted, aunque en realidad quizás no debía molestarlo con estos detalles, que hice sinceros esfuerzos por corregirme. En realidad nunca hice nada malo, pero cuando mi padre me suspendió los recursos, no tuve el buen sentido de abandonar el círculo social en que me había metido y entonces las cosas se hicieron desesperadas. — El joven titubeó. — Fuí verdaderamente un tonto, — exclamó luego, — más que un tonto. uve la ligereza de falsificar un cheque, Dios sabe por qué lo habré hecho. No es que quiera excusarme, pero debo haber estado loco o borracho, cuando me dí cuenta de lo que había hecho, estaba tan cerca de la ruina, como es posible estarlo. Sabía que el general vendería hasta el último mueble de su casa antes de que pudiera saberse o decirse que un Holme había hecho semejante cosa, así que me decidí a contarle lo que había hecho. No puede imaginarse lo que me costó tomar esta resolución. Estoy seguro que él habría respondido, aunque también le habría partido el corazón de pena. Sucedió que cuando llegué a casa, él estaba ausente y aunque no quise decir nada a mi madre, entre ella y Ula me arrancaron la verdad. Se portaron maravillosamente los dos. Nada de lágrimas y ni una sola palabra de reproche. Su sólo deseo fué salvar la situación. Tenían que procurarse el dinero de alguna manera, sin que el general llegara a saber nada. Allí estaban las esmeraldas de mi madre; naturalmente, ella nunca tuvo la menor duda de que no le pertenecieran en absoluto, pero la dificultad estaba en que el general se sentía orgulloso de ellas y le gustaba que mi madre las usara en las recepciones. — El que así hablaba dirigió su mirada al cuadro colgado en la pared y comentó, como pensando para sí mismo: — Verdaderamente era deslumbrante con esas esmeraldas.

—Mi querido amigo,—interpuso Outram: — no es necesario que me diga nada más. — No le agradaba hacer el papel de padre confesor; él tampoco no era un santo. — Su buena madre, como todas, le dió todo lo que podía darle, y, agregó con una sonrisa picaresca, — como todas esposas engañó a su marido, aunque con la mejor de las intenciones, haciendo que usted onsiguiera un collar falso suficientemente bueno para engañar al general. Y por cierto, ¿llegó usted a vender estas esmeraldas?

—No, — dijo, — convine en no venderlas pues mi madre siempre había prometido regalárselas a Ula. Ella me exigió por mi honor que no lo hiciera y estaba segura que algún día se las devolvería. Conseguí el dinero y arreglé la cuestión del cheque, de modo que nadie advirtió cuán cerca estuve de la ruina. Después, tuve mi primer vislumbre de sabiduría... o de suerte, como usted quiera llamarlo. Con el poco dinero que me sobró, tomé participación en un negocio de automóviles, conjuntamente con un amigo. En aquellos días, los automóviles dejaban mucho dinero. Trabajé como un negro... le aseguro que sé trabajar, y economicé una respetable suma casi lo suficiente para rescatar las esmeraldas, como lo había prometido, y me sentía por ello feliz. Veía que dentro de un año o dos, conseguiría ese anhelado objetivo. Puede stued imaginarse el efecto que me produjo, cuando Ula me informó de la demanda interpuesta por Holmecourt. Eso me obligó a apurarme más. Desde entonces he vigilado de cerca el proceso de aquel juicio y no podía ingeniarme para reunir con la necsaria rapidez el dinero que me faltaba. Un buen día recibí una nota de Ula avisándome que el collar debía ser entregado hoy. No fué una carta de pánico, sino una tranquila información, diciendo que suponía que era su debr enterarme. Eso me obligó a hablar a mi socio. Le dije lo indispensable y se portó muy generosamente. Me adelantó el dinero y rescaté las esmeraldas a último momento. No quise mandarlas por correo por ser tan enormemente valiosas en más de un sentido. Estaba más deseoso que nunca que el general no llegara a enterarse Parecerá absurdo, pero me obsesionó la idea de llevarlas yo mismo y substituirlas por las falsas y una vez hecho esto, despertar a Ula y decirle que todo estaba arreglado. No era la primera vez que me había introducido en la casa por la azotea y siempre tenía un sitio seguro para esconderme en la casa de Nana. Sabía que ella no me delataría. Debía usted haberlo oído haciéndose la inocente cuando la policía la interrogó esta mañana.

—¡Y yo le eché a perder todo el juego!

—No tuvo intención de hacerlo, — objetó rápidamente el joven Holme. — Garry no hizo caso.

—Y eché a perder todo el juego. — repitió — y se encaminó a la ventana. A través de la cortina podía observar a la anciana señora haciendo creer que arrancaba los yuyos del sembrado. — Evidentemente estaba haciendo de centinela.

—No veo por qué dice usted eso, — le replicó el otro. — Es cierto que anoche desbarató mi plan, pero ¿qué importa? Aquí está el collar y no tiene más que llevárselo a

Ula con la expresión de mi cariño.

Outram sacudió la cabeza.

—Me temo que no es tan sencillo; y usted pensaría lo mismo si hubiera estado en la biblioteca hace una hora. El robo del collar ha sido ampliamente divulgado y en los diarios de esta tarde aparecerán también las noticias. La condesa ha tenido el rescaro de acusar al padre de usted, a su hermana e incidentalmente a mí, de ser partícipes de un simulacro de robo, efectuado para defraudar su reclamo. Y hay un inspector de policía que se inclina a pensar como ella; hay también abogados que están preparándose para iniciar un juicio por difamación o como quiera llamarle. Una verdadera conflagración por todos lados. ¿Qué supone usted que dirían si de pronto nos aparecemos con las esmeraldas ahora? Creerán naturalmente que nos hemos asustado y decidimos entregarlas para salvarnos de peores consecuencias. ¿Es eso lo que quiere que digan de su padre y de su hermana?

Fairleig Holme respiró profundamente.

—No, — dijo serenamente. — Nadie echará ninguna sombra sobre ellos. Si la situación es tan mala como usted me lo acaba de referir, solamente hay una solución.

—¿Y es?

—Que yo confiese todo, naturalmente.

Outram mordió su pipa vacía.

—Que me cuelguen, si permito que haga usted eso, — exclamó impetuosamente. — No estamos vencidos todavía. Es el último round el que vale.

VIII

Outram se encontraba a dos millas de distancia de Dow, caminando pesadamente hacia la escena de los próximos acontecimientos. Outram deseó fervientemmente que Joe Strawn se hallara en su casa. En cuanto a Nanna, podía tener completa confianza y el hermano de Ula seguramente no le fallaría.

Fué una gran suerte que el médico del pueblo, Joe Strawn resultara ser un antiguo camarada del ejército Su visita después de la cena, parecía así una cosa perfectamente natural. No obstante que Carola le había reprochado amistosamente de que su huésped no lamentaba verse libre de su compañía aquella noche. Durante la cena aquél había aparentado estar tranquilo, pero lo había conseguido a costa de un gran esfuerzo. Su apoderado el doctor Waite se quedó después de la cena y sin duda le estaría explicando en ese momento los pormenores de la ley sobre difamación.

Después de haber conversado un poco de todo con su ex camarada, Outram se puso de pie y vació la ceniza de su pipa.

—Ahora tengo que irme, — dijo mirando una vez más el reloj colgado en la pared. — No se olvide de pasar a visitarme cuando vaya a la ciudad. Me ha sido muy grato encontrarme con usted aquí.

—¿Qué apuro tiene en irse? — le dijo el doctor Joe Strawn. — Muy pocas veces se me presenta la ocasión de una tertulia tan agradable en este pueblucho dejado de la mano de Dios. Fume otra pipa. Quédese una media hora más y lo llevaré luego hasta Dow en mi automóvil, — dijo el doctor.

Y estropeará todo mi plan, — pensó el otro.

—Deje descansar su coche, — repuso Outram, un poco descortésmente. — Usted se está poniendo muy grueso y perezoso por andar siempre a cuestas de ese maloliente tanque de nafta, repartiendo píldoras de paregórico a las viejas del pueblo y jugando un sólo partido de golf al mes para tenerse en forma. Póngase el sombrero y venga a indicarme el camino a Dow. Le hará bien. Nos haremos de cuenta que estamos marchando otra vez por los campos de batalla en Salónica. — Así hablando llegó hasta la puerta. — Bueno, me acompaña o me dejará ir solo. Tengo miedo de la obscuridad. Inglaterra es un país muy peligroso.

Strawn lo había seguido.

—¡Qué ocurrente es usted! — dijo riendo.—Me hace cosquillas imaginarme a Garry Outram asustado de alguna cosa. Diga, Outram, es que ha tenido usted alguna vez un acceso de nerviosidad?

Garry había llenado nuevamente su pipa y la estaba encendiendo.

—No puedo darme ese lujo, mi estimado amigo, — le repuso. — Espere a que haya formado hogar, me convierta en ciudadano respetable y aprenda a confiarme de nuestra policía protectora. ¿Y por cierto, Strawn, los policías de aquí vigilan toda la noche o se van a odrmir con la puesta del sol?

—¡Acostarse! Según ellos, nos hacen guardia durante todas las horas de la noche.

—¡De veras! ¡Qué consuelo! ¿Y por dónde le parece que andará el agente que ronda por este paraje?

El otro miró su reloj de bolsillo.

—Debe pasar de un momento a otro. Si lo espera un poco, podrá aocmpañarlo hasta el castillo de Dow, pues pasa siempre delante de la puerta.

Garry movió la cabeza.

—Prefiero confiarme a usted.

Strawn cerró la puerta de su casa y siguió a su amigo por el camino. Había mordido la carnada sin sospecharlo. Este lo había chasqueado en cierto sentido, pues sistemáticamente había rehuído hablar de lo que ocurrió en Dow la noche anterior. A pesar de las varias tentativas de llevar la conversación a ese asunto, aparentaba no darse cuenta que por muy interesante que fuera recordar sus comunes aventuras en la guerra, mucho más lo sería comentar el robo cometido en Dow. En realidad se decidió a acompañarlo con la secreta esperanza de que fuera más explícito sobre el asunto, en el camino. "De todos modos, — pensó para excusarse a sí mismo, — es una noche agradable para dar un paseo!

Sus esperanzas se vieron colmadas, pues a medida que avanzaban por el camino, Gary le dijo muchas cosas referente al robo. No tantas quizás sobre el hecho en sí, como él hubiera deseado, pero comentó ampliamente el fastidio que sentía por habérsele escapado el ladrón y se extendió en acerbas críticas a la policía por haber hecho tan poco para dar con él.

—Sé que es fácil criticar a otros, — decía Garry, — pero el caso es que la policía

fué avisada imediatamente. Y por cierto que ha de tener coraje el ladrón para andar por una parte solitaria del país como es ésta, llevando en el bolsillo una fortuna en esmeraldas. Bastaría que las encontraran en su poder para verse condenado a varios años de cárcel.

—El ladrón puede haber ocultado el collar en alguna parte, — arguyó el doctor,— pero... ¡Hola, agente! ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor, — repuso el agente Hoyland que acababa de encontrarse con ellos, y reconociendo al que acompañaba al doctor, lo saludó también.

—Nos hemos visto antes de ahora, — dijo Garry con toda naturalidad al devolver el saludo con un movimiento de cabeza. — Viene usted a tiempo. Casualmente me estaba diciendo el doctor cómo podemos recuperar las esmeraldas de que se ha hecho tanto aspaviento. Supongo que le valdrá futuros ascensos, si llega usted a descubrirlas, o acaso se retire a disfrutar la espléndida recompensa que le daría la señora de Holmecourt. ¿Dejará que eso lo decida su esposa, verdad? Procedería usted muy cuerdamente.

El agente se rió de la ocurrencia. El inspector Todd le había recomendado que vigilara discretamente al huésped del general, pero a pesar de la sospecha contra él uqe eso implicaba, no le pareció por eso menos simpático y distinguido.

—Sí, le dejaré a ella la elección, — replicó, siguiendo la broma. Y no dejaría de agradarme que el doctor Strawn me indique lo que debo hacer para hallar el collar. ¿Que mal le sabría al inspector que eso lo consiguiera un simple agente de campaña, ¿verdad señor?

—Yo tengo una teoría, — manifestó el doctor. — El ladrón que se apoderó de las esmeraldas anoche fué visto y atacado. Escapó, pero debía suponer que en seguida tendría detrás de sí a toda la policía. Imagínese que fuera deteindo como sospechoso, digamos por nuestro amigo aquí presente, y llevado a la comisaría para revisarlo, se encontraran en sus ropas el collar, ninguna explicación por plausible que fuera podría salvarlo.

—En efecto, doctor,— asintió gravemente el agente.

—Bien, entonces, — continuó el aficionado, — lo lógico es suponer que quien se hallara en tal peligro, habría tomado la precaución de esconder las esmeraldas cuanto antes; y no me sorprendería que eso precisamente sea lo que hayan hecho.

P. C. Hoyland se frotó la barbilla.

—No me extrañaría que el inspecor hubiera previsto esa posibilidad, — dijo tranquilamente.

Se estaban acercando a Dow, y a pesar de que era una obscura noche estrellada, la sombra más obscura de la plantación se distinguía netamente. Unos pasos más y quedó a la vista una luz en la ventana de la casa de Nanna, situada al borde del camino.

—Qué tarde está levantada, — comentó el agente. — Por lo general, cuando paso, a estas horas, las luces de su casa están apagadas. — Se detuvo. — Pero señora Uanket. ¿es usted?

En efecto, la vieja Nanna estaba parada en el portón de su casa.

—¡Oh! Señor Hoyland, — exclamó con voz trémula, — creí que nunca llegaría. ¡Qué asustada estoy! — Miró hacia los otros — Pero, cómo, el doctor Strawn, — exclamó extrañada. — Señor Outram, ¿es que lo han mandado en busca del doctor? ¿Está alguno enfermo en Dow? Espero que no será la señorita Ula, — dijo con voz trémula por la ansiedad.

—No, no, señora Nanna, — replicó Garry rápidamente. — El doctor Strawn solamente me estaba acompañando para indicarme el camino y casualmente nos encontramos con el agente. ¿Qué es lo que ocurre?

La señora Nanket se acercó un paso y bajó la voz como si tuviera miedo de que alguien la oyera.

—Alguno está merodeando por la Plantación, — murmuró.

Garry se puso a reir.

—En busca de los faisanes del general. — dijo. — ¿Ha comido usted faisanes antes del primero de Octubre, agente? Yo sí, en mis días de joven alocado. Tienen mejor gusto en esta época.

—Por aquí no hay faisanes, — objetó Hoyland. — El general dejó de criarlos y sólo hay conejos.

—Bueno, un guiso de conejo no estaría del todo mal, — replicó despreocupadamente Garry. — Váyase a acostar, señora Nanna, que usted seguramente ha estado viendo bichos de luz.

—¡Oh, no, señor! Estoy segura que no eran bichos de luz. Era una linterna eléctrica. Iba de aquí para allá, justo en el centro de la plantación. Lo ví desde mi ventana, en el momento que estaba por apagar la luz y me dí cuenta de inmediato que ocurría algo anormal. Por eso estaba esperando al agente Hoyland.

Garry sacudió la ceniza de su pipa.

—No me parece probable que la señora Nanket se haya confundido. Y es significativo que alguien ande por la Plantación después de lo que ocurrió anoche.

—Acaso están cazando ranas, — dijo Garry burlonamente.

En el cerebro del agente una idea se estaba abriendo camino. Después de todo, lo que había dicho el doctor sobre la posibilidad de que el ladrón escondiera el producto de su robo, era bastante razonable, y si el ladrón hubiera hecho eso, ¿no estaría ahora tratando de recuperar el collar?

—Mejor será que vaya a ver lo que ocurre, — dijo. — Ustedes, señores pueden hacer lo que les agrade.

—¡Oh — repuso alegremente el huésped del general, — si hay la más remota probabilidad de correr una aventura, yo quiero estar con usted. Deseo probar que no siempre dejo escapar de mis manos a mis cautivos.

—Conozco el camino de la Plantación, — dijo P. C. Hoyland, — así que yo iré adelante. ¿Por dónde me dijo usted que estaba la luz, señora Nanket?

—A la izquierda del camino. ¡Oh, por Dios, espero que no habrá violencia!

—Bien, condúzcanos, estamos listos para seguirlo. Soy un experto en la caza de ranas.

IX

En el gran salón se hallaban reunidos todos los habitantes de Dow. Ula vestía un vaporoso traje de fiesta. Toby le dijo que estaba admirable.

Ciertamente, Ula nunca había estado tan encantadora.

Ula se dirigió al piano y deslizó sus dedos sobre el teclado.

Después de unos instantes cesó la música. Todos oyeron ruido de pasos afuera.

—Es el señor Outram, — exclamó Carola.

El general miró su reloj.

—Estaba justamente pensando si ese joven volvería después de media noche. Verdaderamente las costumbres de hoy en día... Toby abre la puerta.

Toby abrió la puerta.

—Un momento más y lo dejamos afuera, —le dijo en voz baja y después, bastante alto para que todos lo oyeran. — ¿Qué es eso? ¿Otra vez ha tenido lucha?

Garry pasó de largo sin contestar. Todos lo estaban mirando. Tía Elena había dejado su aguja de crochet para echar mano a sus impertinentes. Las manos de Ula se deslizaban silenciosamente sobre las teclas.

El huésped del general estaba en cabeza y despeinado. Tenía una mejilla arañada por una rama de arbusto; la camisa estaba manchada y la solp del sco ostentaba una desgarradura.

—Creo que llego un poco tarde, — dijo tranquilamente. — Espero que por esta vez me perdonarán. — Hablaba a la señora Delamere y no miró hacia el piano, aunque sabía quién estaba allí sentada.—General, — continuó dirigiéndose al amo de casa, — ¿a pesar de ser tarde, me permite usted hacer pasar por un momento a dos amigos?

—Si usted lo desea...

—Muchas gracias, — exclamó amablemente Garry. — Creo que le agradará ver a estas personas.

Momentos después entró el doctor Strawn con los pantalones sucios de barro. Detrás de éste apareció el agente de policía de la villa.

La extrañeza del general subió de punto. El doctor Waite pensó que aquellos hombres habían bebido más de lo conveniente.

Garry miró a sus compañeros con verdadero regocijo. Sentía una inmensa alegría interior.

—Por Dios, Strawn, — exclamó, — no le habría hecho entrar si lo hubiera sabido. Mire cómo tiene los pantalones.

El doctor Strawn miró sus pantalones.

—Era una zanja, — explicó. — Caí en ella cuando tropezamos contra la cuerda. Todos nos hubiéramos podido romper el cuello, pero valía la pena, ¿verdad? Sabía usted, general Holme, que en su posesión había una zanja?

—¿En mi posesión? — dijo el general. — Entonces ustedes han estado vagando por el parque a estas horas de la noche?

—Sí, señor, vea usted...

Pero Garry lo interrumpió.

—Orden, orden, amigo Strawn. — Tenemos que hacer las cosas en forma. Es a Roberto que le toca hablar. Agente, inicie su relato.

—Empiece, hombre, — urgió Garry. — Yo podría hacerlo mejor que usted siguiendo ciertas informaciones recibidas...

El agente de policía Hoyland, en vez de hablar, sacó un objeto del bolsillo del pantalón, caminó hasta la mesa que estaba frente a la silla del general y ante la mirada sorprendida del mismo y del abogado, puso sobre ella lo que parecía ser un montón de hojas secas, barro y esmeraldas.

—Creo que eso le parecerá bien, señor. La señora Nanket nos informó que había alguien en la Plantación. Yo, el señor Outram y el doctor, que nos encontramos casualmente en el camino, fuimos a ver lo que sucedía. Permanecimos un momento en observación hasta que vimos a un hombre que con una linterna eléctrica examinaba el terreno a la izquierda del camino.

Al dueño de Dow le interesó el relato.

—Pero esto es verdaderamente muy extraordinario, — atinó a decir. Tomó luego el collar en las manos y agregó: — ¿Quién... quién encontró esto?

—Yo, señor, — repuso prontamente el agente.

—En efecto, él lo encontró, — asintió el doctor, — pero lo curioso del caso es que fuí yo quien sugirió la posibilidad de que el ladrón de anoche lo hubiera escondido cuando se escapó .Estaba justamente explicando mi teoría cuando la señora Nanket nos avisó que en los alrededores había una luz misteriosa. Dirán ustedes que fué una coincidencia, pero el hecho es que resultó cierto.

—Como quiera que sea, — dijo el generas, mientras acariciaba las preciosas gemas, — agradezco a todos lo que han hecho. Lo único que lamento es que según parece, todos han sufrido considerables molestias... ¿Cómo ha ocurrido eso?

—¡Oh, señor! — explicó Hoyland, — el ladrón es evidentemente un experto. Un tipo muy listo, así que tuvo la viveza de atar una cuerda de un árbol a otro a unos quince centímetros del suelo, en el mismo sitio donde él enterró el collar. Sin duda, no le fué posible marcar el sitio exacto la noche anterior, pues encontramos removida la tierra en varios puntos. Esa cuerda le sirvió de eficaz protección cuando yo hice la señal y los tres nos abalanzamos para alcanzarlo, nos enredamos en ella y caímos de bruces. Tendré que ir a dar cuenta inmediatamente a la comisaría. Puede ser que aún lo apresen. Pero de todos modos, ahí está el collar, que es lo que más importa.

El general se puso de pie y dirigiéndose al agente le dijo:

—Tendré para usted una buena recompensa. — Doctor Strawn, agregó luego, — hasta este momento no sabía que en la villa teníamos un Sherlock Holmes como usted ha demostrado serlo. Lo atinado de su teoría estoy seguro que le causará tanta satisfacción como a mí el descubrimiento del collar. En cuanto a usted, Outram temo que no olvidará pronto su visita a Dow; un ojo lesionado, una mejilla arañada y... El general se sonrió mientras le miraba el traje roto y desaliñado. Le golpeó amistosamente

sobre el hombro y le dijo: — Muchas gracias, mi querido amigo.

Garry había obtenido permiso para fumar una sola pipa en el hall, antes de acostarse. Los había hecho reir a todos, declarando que no se atrevía a sentarse al lado de una ventana abierta en el primer piso, por temor de que ocurriera lo mismo que la noche anterior. Aseguró que sus nervios no aguantaban más.

Se abrió la puerta al otro extremo del corredor y pasó por ella una bella figura femenina. Garry se levantó y fué a su encuentro. Juntos los dos volvieron frente al hogar del hall.

—No puede usted imaginarse qué extraño es sentirse muda por la primera vez en la vida, — dijo ella inesperadamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo puedo decir solamente "gracias" por una cosa como la que usted ha hecho?

—¿Y por qué tendría usted que manifestarse agradecida?

—¡Oh, por favor! No se haga el desentendido. Sabe muy bien que ningn otro hombre entre cien mil habría procedido como usted ha hecho.

Garry se sonrió.

—Personalmente no quisiera que ningún otro tuviera la oportunidad de hacerlo. — Aunque en realidad, lo que hice fué una barrabasada. Mucho mejor habría sido que no me hubiera entrometido.

—No estoy de acuerdo con usted. Ha sido usted extremadamente bueno en todo, y hasta el fin de mis días le estaré agradecida. ¿Qué cuánto es lo que sé? Todo. Esta tarde fuí a casa de Nanna. Lo hubiera oído a mi hermano hablar de usted. ¿No le zupmbaron los oídos durante una hora entre las cinco y las seis?

—Al contrario, estaba helado hasta la médula. El sol había desaparecido. Ula se sonrojó.

—Fairleigh, — lo espera con tranquila confianza, para que usted lo haga llegar a Londres mañana a pesar de la policía, mientras yo estoy aterrada pensando que si alguno...

—¿Está de veras inquieta?

Garry se sonrió.

—Mañana, mi estimada señorita Holme, después que se haya ido uno de los trenes recibiré un llamado telefónico urgente desde la ciudad. Esta tarde mandé a mi empleado con instrucciones precisas al respetco. El general está ahora de muy buen talante y haré una cosa que en otras circunstancias me parecería reprobable; le pediré prestado un automóvil. Entonces de paso me detendré un momento pora despedirme de la señora Nanket y sería una lástima si alguien no consigue esconderse dentro.

—Un momento. Papá le ofrecerá la voiturette de dos asienos.

Garry meneó la cabeza.

—No, — dijo, — tuve la precaución de descomponer ese coche, cuando iba hacia lo de Strawn. Espero que eso no le causará molestias.

Ella se reía.

—Realmetne piensa usted en todas las cosas.

—No, solamente pienso en una... persona.

Otra vez ella se sonrojó.

—Señor Outram, es usted la persona menos escrupulosa que jamás haya conocido. Se burla usted de la policía; pone en riesgo la vida del doctor Strawn; deliberadamente descompone un automóvil al dueño de casa, roba collares.

—Entrando con tal objeto al dormitorio de una dama.

—Exactamente. Y quisiera saber lo que pensarían papá y Ellen si supieran que usted anoche no entró allí verdaderamente para salvarme de un ladrón.

Garry trató de parecer deprimido.

—Eso estuvo bastante mal, — asintió. — Naturalmente, nosotros los modernos no hacemos tanto aspaviento de una cosa así, como los de la vieja escuela. Sus ideas sobre lo que es correcto,son verdaderamente aterradoras. Si ellos lo supieran, Ula, no me extrañaría que insistieran en que nos casemos para salvar el honor. Y estoy casi decidido a decírselo.

El corazón de Ula latía como nunca, pero ella no era de las que se rinden con dulzura.

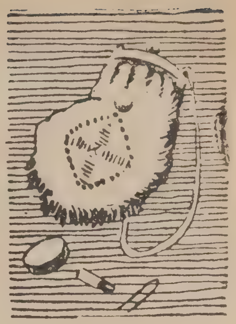
—Eso, señor Outram, — dijo sonriendo, — es una amenaza, muy digna del hombre poco escrupuloso que es usted, pero que no corresponde al héroe de quien mi hermano me ha estado hablando. ¿No es eso un chantage?

Garry extendió las manos en actitud suplicante.

—No, — dijo, — es simplemente, amor.

El peatón miope al motorista furioso por el recalentamiento del motor. — ¿Quiere darme diez centavos de manises calientes?

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. El asesinato de Alvin Benson hace que se sospeche sucesivamente de la señorita St. Clair, de Plyfe y de Leacock. Vance elimina con sus procedimientos a la señorita St. Clair y, cuando el testimonio de Plyfe tiende a acusar a Leacock, novio de la joven, Markham decide arrestarlo. Vance interviene para impedir el arresto. El mayor Benson trae a su secretaria, la señorita Hoffman a la oficina del fiscal.

YA que usted me lo pregunta, jefe, le diré que creo que Leacock es culpable y la joven lo sabe.

Markham le dió las gracias y lo despidió.

—Esta caballerosidad militar es terriblemente molesta, — comentó Vance. — Pero ¿no habíamos quedado en conversar con el suave Leandro?

No bien acababa de hablar, anunciaron al hombre. Entró con su habitual cortesía; pero no obstante sus suaves modales, no lograba ocultar su inquietud.

—Siéntese, señor Plyfe, — dijo Markham bruscamente. — Me parece que tiene usted algo más que explicar.

Sacando el sobre de manila vació su contenido sobre el escritorio, donde el otro pudiera verlo.

—¿Quiere usted tener la bondad de explicarme esto?

—Con el mayor placer, — dijo Plyfe; pero su voz había perdido la seguridad. Parte de su "pose" habitual lo había también abandonado. Y cuando se puso a encender un cigarrillo, notó una ligera nerviosidad en el modo de manejar la fosforera de oro.

CAPITULO XXXV

—Realmente debería haber mencionado esto antes, — confesó indicando los papeles, con un delicado movimiento de cabeza.

Se inclinó hacia adelante sobre el codo, tomando una actitud confidencial mientras hablaba, el cigarrillo se movía entre sus labios.

—Me apena mucho hablar de este asunto, — empezó, — pero, puesto que es en interés de la verdad no me quejaré. Mis... arreglos domésticos no son tan satisfactorios como podría desear. El padre de mi esposa me ha tomado la más curiosa e irrazonable antipatía; se complace en negarme toda ayuda financiera, aunque es el dinero de mi mujer que rehusa darme. Hace pocos meses dispuse de ciertos fondos—diez mil dólares—, para hablar con exactitud, — que, según supe después, no me estaban destinados. Cuando mi suegro descubrió mi error, tuve necesidad de devolverle ese dinero para evitar un mal entendido entre la señora Plyfe y yo, un malentendido que hubiera causado la infelicidad de mi esposa.

Lamento tener que decir que usé el nombre de Alvin en un cheque. Pero se lo expliqué en seguida, dándole un pagaré y aquella pequeña confesión escrita para asegurarle mi buena fe... Eso es todo, señor Markham.

—¿Fué por eso que usted y él disputaron la semana pasada?

Plyfe le dirigió una mirada de quejosa sorpresa.

—¡Ah!... ¿Se ha enterado usted de nuestro pequeño "contretemps"? Si... tuvimos nu ligero desacuerdo sobre... sobre, diré, los términos de la transacción.

—¿Insistió Benson en que usted le pagara el vale a su vencimiento?

—No.. precisamente, — los modales de Plyfe se habían vuelto untuosos. — Le ruego, señor, que no insista sobre mi pequeña conversación con Alvin. Le aseguro que nada tiene que ver con la actual situación. Realmente fué de naturaleza personal y privada.

Sonrió confidencialmente.

—Tengo que admitir, sin embargo, que fuí a casa de Alvin la noche que lo asesinaron con la intención de hablarle del pagaré. Pero, como ya sabe, ví la casa a obscuras y pasé la noche en un baño turco.

—Disculpe, sedor Plyfe; — fué Vance quien habló, — pero, ¿le aceptó el señor Benson el pagaré sin garantía?

—Naturalmente, — el tono de Plyfe era

de reproche. — Como ya he explicado, Alvin y yo éramos amigos íntimos.

—Pero hasta un amigo íntimo, — insistió Vance, — puede exigir garantías por cantidad tan crecida. ¿Cómo sabía Benson que usted le pagaría?

—Sólo puedo decirle que lo sabía, — contestó el otro con aire de paciente deliberación.

Vance continuaba dudoso.

—Quizá era a causa de la confesión que usted le entregó.

Plyfe lo recompensó con una mirada de radiante aprobación.

—Usted se hace perfectamente cargo de la situación, — le dijo.

Vance no intervino más en la conversación y aunque Markham interrogó a Plyfe durante media hora más, no pudo, saber otra cosa.

Plyfe se atuvo a su relato y cortésmente rehusó dar detalles sobre su disputa con Benson, asegurándole que nada tenía que ver con el asunto. Por fin Markham lo dejó ir.

—No ha sido de gran utilidad esta entrevista, — observó Markham. — Empiezo a creer con Heath que hemos intervenido sin necesidad en los asuntos financieros de Plyfe.

Vance lo miró con triste reproche.

—¡Plyfe acaba de darle su primera línea inteligente de investigación y dice usted que la entrevista no ha sido útil!

Escúcheme... la historia de Plyfe sobre los diez mil dólares es indudablemente cierta. ¡Pero ni por un segundo creo que no ha existido garantía, además de la confesión! Benson no era hombre capaz de confiar esa suma sin garantía, se tratara o no de un amigo. Quería su dinero, no meter a nadie en la cárcel. Por eso insistí sobre lo de la garantía.

Naturalmente que Plyfe lo ha negado; pero cuando lo presioné para que dijera cómo podía estar seguro Benson de que él le pagaría, se turbó. Tuve que sugerirle la confesión, como medida de seguridad del otro. Y la prontitud y satisfacción con que aceptó mi teoría me prueban que él pensaba en otra cosa que no quiso mencionar.

Sabiendo que su situación es comprometida, rehusa divulgar lo que pasó entre él y Benson en la oficina, el día de la disputa. Plyfe escuda a alguien y, como no es el prototipo de la caballerosidad, me pregunto... ¿por qué?

Se inclinó en el sillón y miró al techo.

—Tengo la idea, que casi se me convierte en un ciclón cerebral que, no bien hayamos puesto nuestras manos en esa garantía, las habremos puesto también en el asesino.

En aquel momento sonó el teléfono. Y cuando Markham contestó, una mirada de divertido asombro apareció en sus ojos. Citó al que hablaba para las cinco de la tarde. Luego, colgando el tubo, se volvió a Vance.

—Sus observaciones craneales no le han engañado, — dijo. — La señorita Hoffman me ha llamado confidencialmente, por un teléfono que no es el de su oficina, para decirme que tiene algo que añadir a su relato. Vendrá aquí a las cinco.

Vance no se manifestó sorprendido por la noticia.

—Ya imaginaba yo que telefonearía a la hora del almuerzo.

Nuevamente le dirigió Markham una mirada escrutadora.

—Hay algo endiabladamente raro en esto, — dijo.

—¡Oh!... — contestó Vance negligentemente. — Más raro de lo que usted se imagina.

Durante 15 o 20 minutos Markham trató de sonsacarle lo que pensaba; pero Vance parecía poseído súbitamente de la habilidad de no decir nada hablando mucho. Al fin Markham se exasperó.

—Estoy llegando rápidamente a la conclusión de que, o bien sabe usted quién es el asesino de Benson o es adivino de veras.

—Puede haber un término medio, — contestó Vance. — Quizá mis hipótesis estéticas y deducciones metafísicas trabajan activamente.

Pocos minutos antes de que fuéramos a almorzar, Swacker anunció que Tracy acababa de regresar de Long Island con un informe.

—¿Es el muchacho que envió usted para investigar "les affaires du coeur" de Plyfe? — preguntó Vance. — Si es así, me siento todo conmovido.

—Ese es el hombre... Hágalo entrar, Swacker.

Tracy entró sonriendo suavemente, en una mano su libreta de apuntes y los lentes en la otra.

—No me ha costado mucho obtener informes sobre Plyfe, — dijo. — Es muy conocido en Port Washigton. Fué muy fácil escuchar lo que se habla de él.

Se ajustó cuidadosamente los lentes y consultó su libreta de apuntes.

—Se casó con la señorita Hawthorn en 1910. Ella es rica; pero Plyfe no saca mucho beneficio porque es su suegro quien tiene los cordones de la bolsa.

—Oiga, señor Tracy, — intervino Vance, — pase por alto a la dama "nee" Hawthorn y a su tacaño papá. El señor Plyfe mismo nos ha enterado de su triste matrimonio. Cuéntenos, si puede, los asuntos extraconyugales del señor Plyfe. ¿Hay... otras damas?

Tracy miró indeciso al fiscal del distrito. Habiendo recibido un signo de asentimiento de Markham, volvió la página de su libreta de apuntos y continuó:

—He encontrado otra mujer en el caso — dijo Tracy. — Vive en Nueva York y a menudo telefonea a una farmacia, cerca de la casa de Plyfe, dejando mensajes para éste. Naturalmente que él ha hecho un arreglo con el propietario; pero yo pude obtener el número del teléfono.

No bien llegué a la ciudad averigüe su nombre y dirección e hice algunas investiga-

ciones Se trata de la señora Paula Baning, de costumbres ligeras. Vive en un departamento en el No. 268 de West Seventy Fith Street.

Aquí terminaba la información de Tracy y cuando salió, Markham dirigió una amplia sonrisa a Vance.

—Me parece que no nos ha proporcionado mucho combustible.

—¡Palabra que se ha portado perfectamente! Nos encontró la información que deseábamos.

—¿Que deseábamos? — repitió Markham. — Yo tengo cosas más importantes en que pensar que los asuntos amorosos de Plyfe.

—Y sin embargo, este amor particular de Plyfe, va a resolver el misterio del asesinato de Benson — contestó Vance y no dijo más.

Markham, que tenía trabajo acumulado esperándole e infinidad de entrevistas señaladas para esa tarde, decidió hacerse servir el almuerzo en la oficina. De manera que Vance tuvo que dejarlo. Almorzamos en el Eliseo, fuímos a lo de Knoedler para ver una exposición francesa de grabados al aguafuerte, y luego al Aeolian Hall, donde un cuarteto de músicos de cuerda, procedentes de San Francisco, daba un concierto con programa de Mozart.

Un poco antes de las cinco y media estábamos nuevamente en la oficina del fiscal. Poco después de nuestra llegada, entró la señorita Hoffman y contó el resto de su historia, de modo directo y profesional.

—No le conté todo lo que sabía esta mañana — le dijo a Markham — y no lo haré ahora, a no ser que me prometa usted guardar secreto, porque mis revelaciones podrían costarme el empleo.

—Le prometo — la tranquilizó Markham — que respetaré rigurosamente su confidencia.

Vaciló ella un momento y luego continuó:

—Cuando le conté esta mañana al mayor Benson la disputa habida entre el señor Plyfe y su hermano, me dijo en seguida que debía concurrir a su oficina y contársela a usted. Pero, por el camino, me sugirió omitiera parte de la historia. No me dijo exactamente que no la mencionara, pero me explicó que nada tenía que ver con el caso y sólo lograría confundirlo a usted. Seguí su consejo; pero, después que volví a la oficina empecé a meditar sobre el asunto, y pensando que el asesinato del señor Benson era un asunto serio, decidí contárselo todo a usted.

En caso de que tuviera alguna relación con el crimen, no quiero que se diga después que yo oculté algo.

Parecía un poquito indecisa acerca de la conveniencia de su decisión.

—Espero que no habré cometido una tontería, pero lo cierto es que había otra cosa, además del sobre, que el señor Benson me pidió le trajera de la caja fuerte, el día de su disputa con el señor Plyfe. Era un paquete cuadrado y pesado, lo mismo que el sobre estaba marcado: "Plyfe - personal". Y fué por ese paquete que el señor Benson y el señor Plyfe discutieron.

—¿Estaba en la caja esta mañana, cuando fué usted a buscar el sobre para el mayor? — le preguntó Vance.

—¡Oh, no! Después que el señor Plyfe se fué, la semana pasada, yo volví a poner el paquete en la caja, junto con el sobre. Pero el señor Benson se lo llevó consigo el jueves pasado, es decir, el día que fué muerto.

A Markham le interesaba medianamente el relato; estaba a punto de dar por terminada la entrevista, cuando Vance intervino:

—Ha sido usted muy amable, señorita Hofman, al tomarse la molestia de contarnos lo referente a ese paquete, y, ya que está aquí, quiero hacerle una o dos preguntas: ¿se llevaban bien el señor Alvin Benson y su hermano ?

Ella miró a Vance con una sonrisa curiosa.

—¡Oh!... no mucho. Eran muy distintos. El difunto señor Benson no era una persona muy agradable, y temo que tampoco muy recta. Nunca hubiera creído que fueran hermanos. Disputaban continuamente sobre negocios y desconfiaban terriblemente el uno del otro.

—Eso no es extraño, — continuó Vance — teniendo en cuenta lo distinto de sus temperamentos. A propósito, ¿cómo sabé usted que desconfiaban el uno del otro?

—Por una parte, se espiaban. Sus oficinas eran contiguas y a menudo uno y otro escuchaban detrás de la puerta. Yo trabajaba para ambos y los ví escuchando. Varias veces procuraron sonsacarme cosas el uno respecto del otro.

Vance sonrió comprensivamente.

—No era, por cierto, una posición agradable para usted...

—¡Oh! A mí no me importaba — sonrió ella. — Más bien me divertía.

—¿Cuándo fué la última vez que los pescó escuchando ?— pregunto Vance.

La muchacha se puso súbitamente seria.

—El último día de la vida del señor Alvin, ví al mayor encuchando a su puerta. El señor Benson tenía una visita: una dama. Y el mayor parecía muy interesado. Fué por la tarde.

El señor Alvin se fué temprano a su casa aquella tarde, como media hora después de retirarse la dama. Ella volvió luego a la oficina pero él ya no estaba, naturalmente; le dije que se había ido a su casa.

—¿Sabe usted quién era la dama? — preguntó Vance.

—No, no sé. No me dió su nombre.

Vance le dirigió algunas preguntas más, depués de lo cual tomamos el subterráneo con ella y la dejamos en Twenty Third Street.

Markham estuvo silencioso y preocupado durante el viaje. Tampoco hizo Vance comentario alguno, hasta que no estuvimos cómodamente instalados en los sillones del Club Stuyvesant. Luego, encendiendo perezosamente un cigarrillo, dijo:

—¿Comprende el sutil proceso mental que me llevó a profetizar una segunda visita de la señorita Hoffman, verdad Markham? Yo estaba seguro de que el amigo Alvin no hubiera pagado aquel cheque falsificado sin garantía. Y sabía también que la discusión

debió ser motivada por ello, porque a Plyfe no le preocupaba realmente ser llevado a la cárcel por su 'alter ego''.

Sospecho que Plyfe procuró retirar la garantía antes de pagar el vale. Y se le contestó que "no había nada que hacer". Además, la señorita "Rizos Rubios" podrá ser una joven muy discreta y todo lo que usted quiera; pero no está en el temperamento femenino el sentarse detrés de una puerta, oir un altercado entre dos perdidos como aquéllos, sin poner toda su atención en lo que dicen.

¡Quisiera yo ver qué es lo que escribió durante el episodio!

Estaba seguro de que había oído más de lo que me contó. Y me pregunté, ¿por qué esa omisión? La única respuesta lógica era que el mayor le hubiese sugerido parcial reserva. Pero como la "gnadices Fraulein" es de origen alemán, con innata honradez, prudente y egoísta, aventuré el pronóstico que, no bien se hallara libre de la benévola influencia de su patrón, vendría a contar el resto, a fin de salvar su pellejo por lo que pudiera sobrevenir. No es tan difícil, después de explicado, ¿verdad?

—Todo eso está muy bien, — concedió Markham petulantemente. — Pero... ¿a dónde conduce?

Vance fumó un rato impasiblemnte.

—Usted habrá comprendido, creo, — dijo — que el paquete misterioso contenía la garantía.

—Es posible llegar a esa conclusión convino Markham. — Pero el hecho no me ilumina, si es eso lo que usted espera.

—Y, naturalmente, — prosiguió Vance con ligereza, su mente legal, experimentada en la técnica del raciocinio, ha identificado también el paquete como el estuche de joyas que la señora Platz vió en la mesa de Benson la tarde fatal.

CAPITULO XXXVII

Markham se enderezó repentinamente en su sillón, encogiéndose de hombros.

—No veo en qué pueda esto ayudarnos. A menos que el mayor no supiera que el paquete nada tenía que ver con el caso, no lo hubise aconsejado a la señorita Hoffman que callara sobre él.

—¡Ah!... Pero si el mayor sabía que el paquete nada tenía que ver con el caso, debe también conocer algo más de éste. Yo siempre he pensado que sabe más de lo que dice. No olvide que nos puso en la pista de Plyfe y que también defendió la inocencia de Leacock.

Markham estuvo pensativo unos instantes.

—Empiezo a comprender a dónde quiere ir usted a parar, — observó lentamente. — Esas joyas pueden, después de todo, desempeñar un papel importante en el caso. Creo que es mejor conversar con el mayor sobre esto.

Poco después de la comida en el club aquella noche, el mayor Benson entró a la antesala donde nos habíamos retirado para fumar y Markham lo llamó una vez más.

—Mayor, ¿no quiere usted ayudarme un poco más en las averiguaciones para descu

---

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó á Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 280 Concurso Benson

—Y bien, viejo, está usted un poco desconcertado, ¿verdad?

cubrir al asesino de su hermano?

El otro lo miró con atención. El acento de Markham desmentía la aparente indiferecia de la pregunta.

—Dios sabe que no deseo poner obstáculos en su camino, — dijo pesando cuidadosamente cada palabra. — Con el mayor gusto le proporcionaré toda la luz que pueda. Pero, hay una o dos cosas que no puedo decirle en estos momentos... Si se tratara únicamente de mí..., — añadió, — sería distinto.

—¿Pero sospecha usted de alguien? — fué Vance quien hizo la pregunta.

—Hasta cierto punto, sí... Oí una conversación en la oficina de Alvin, cierto día, que ha tomado importancia después de su muerte.

—No permita que la caballerosidad sea un obstáculo en nuestra pesquisa, — dijo Markham. — Si sus sospechas son infundadas, la verdad saldrá a luz.

—Pero, puesto que no estoy seguro, me parece que no debo señalar a nadie, — declaró el mayor. — Pienso que es mejor resuelva este asunto sin mí.

A despecho de la insistencia de Markham, no dijo más. Poco después se disculpó y se

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino.
¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página 38.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

fué. Markham, ahora profundamente preocupado, estaba fumando, tamborilleando inquieto con sus dedos en el brazo del sillón.

—Y bien, viejo, está usted un poco desconcertado, ¿verdad?

—Me parece que no es asunto para broma, — gruñó Markham. — Todo el mundo parece saber más sobre el caso que la policía y el fiscal de distrito.

—El cual no estaría tan perplejo si todos fueran menos endiabladamente misteriosos. — completó Vance alegremente. — Y lo conmovedor del asunto es que todos parecen escudar a alguien. Empezó la señora Platz, mintiendo acerca de las visitas que recibiera Benson aquella tarde, porque no quería comprometer a la joven que tomó el té en su compañía. La señorita St. Clair, rehusó declarar, por miedo de arrojar sospechas sobre otro. El capitán Leacock se quedó mudo cuando supo que su novia figuraba como sospechosa. Leandro no ha querido salir de su situación delicada porque podría envolver en ella a otra persona. !Y ahora el mayor!... Muy fastidioso! Por otra parte yo diré que es consolador, por no decir hermoso, el tener que tratar con seres tan abnegados, capaces de sacrificarse por los demás.

—¡Al infierno con todos ellos! — Markham dejó su cigarro y se levantó. — Este caso me está alterando los nervios. Voy a tratar de dormir y mañana veremos.

—Esa idea antigua de dormir para resolver un problema, es falsa, — dijo Vance, — mientrs camínábamos por la Avenida Madison, — una disculpa cuando uno no puede pensar claramente. La idea es poética. Todos los poetas creen en ella: el bálsamo de la naturaleza, del reposo... ¡Tonterías! Cuando la mente está bien despierta, trabaja mejor que si se vuelve apática por el entorpecimiento del sueño. El sueño es ancdino, no estimulante.

—Bueno... usted siéntese y piense, — fué el brusco consejo de Markham.

—Es lo que voy a hacer, — contestó Vance alegremente, — pero no sobre el caso Benson. Ya pensé todo lo que hay que pensar sobre el asunto hace cuatro días.

(Miércoles 19 de junio, por la mañana)

Fuimos al centro en auto, con Markham, a la mañana siguiente. Y aunque llegamos antes de las nueve, ya nos esperaba Heath. Parecía precocupado y, cuando habló, su voz ocultaba mal un acento de reproche por los actos del fiscal del distrito.

—¿Qué hacemos con este Leacock, señor Markham? — le preguntó. — Me parece que es mejor que le echemos el guante en seguida. Lo hemos estado siguiendo y sus pasos son sospechosos. Ayer por la mañana fué al banco y se pasó media hora en el despacho del cajero. Después de eso visitó a su abogado. Luego volvió al banco donde pasó otra media hora. Entró al Astor para almorzar; pero no comió nada; se lo pasó mirando la mesa. Después de las dos de la tarde, fué a casa de los agentes que administran el edificio donde vive; luego que salió supimos que había ofrecido subarrendar su departamento, desde mañana. Después hizo seis visitas a distintos amigos y volvió a su casa. En seguida de comer mi agente llamó a su departamento y preguntó por el señor "Hoozitz". ¡Leacock estaba preparando sus baúles!... Me parece que piensa marcharse.

Markham frunció el ceño. El informe de Heath lo había turbado manifiestamente. Pero, antes de que pudiera contestar, Vance habló.

—¿Por qué esa inquietud, sargento? Usted mantiene vigilancia sobre el capitán. Estoy seguro de que no podrá escaparse de las garras de sus hombres.

Markham miró un momento a Vance; luego se volvió a Heath.

—Déjelo por el momento; pero, si intenta salir de la ciudad, arréstelo.

Heath salió con aire enfurruñado.

—A propósito, Markham, no vaya a arreglar ninguna entrevista para las doce y media de hoy. Ya tiene usted concedida una. Y a una dama.

Markham dejó su pluma y lo miró.

—¿Qué nueva tontería es esa?

—Yo arreglé una cita por usted. Llamé a la dama por teléfono. Estoy seguro de que la hice levantar de la cama.

Markham iba a protestar enojado. Vance extendió su mano para calmarlo.

—Y tiene usted que recibirla. Le dije que era usted quien hablaba. Sería de mal gusto volverse atrás. Le prometo que no se arrepentirá de haber hablado con ella, — añadió.

¡Las cosas parecían tan complicadas anoche! No puedo verlo sufrir así. Por lo tanto arreglé esta entrevista suya con la señora Paula Banning, — la Eloísa de Plyfe, — Estoy seguro de que ella disipará esa tristeza que lo domina.

—Oiga, Vance, — gruñó Markham, — el jefe de esta oficina soy yo...

Se detuvo bruscamente comprendiendo la inutilidad de obstinarse contra la suavidad del otro. — Con todo creo que la perspectiva de verse con la señora Paula Banning no le agradaba. Su resent miento se apaciguó, sin embago, y cuando volvió a hablar, su voz era casi indiferente.

—Bueno... Ya que usted me ha obligado a ello, la recibiré. Pero preferiría que Plyfe no estuviera en tan constante comunicación con ella. Es capaz de presentarse... fingiendo que llega por casualidad.

(Continuará en el próximo número).

Actualmente se publican unos 70 periódicos escritos en esperanto.

* * * *

La población blanca de los Estados Unidos asciende a cien millones de almas.

* * * *

Los censores ingleses de películas cinematográficas rechazan toda obra en que el argumento sea la comisión de un crimen.

LA MUJER DEL TAPADO DE PIEL

Por

PROSPERO BURANELLI

EL otoño pasado, apareció una figura nueva en Riverside Drive y West End Avenue, barrio de rentistas y departamentos lujosos. No era un personaje notable en el mundo social, de los negocios o del arte, sino sencillamente... un nuevo lavandero. Claro que sólo despertó interés en el círculo de ascensoristas, porteros, mucamas y cocineras. Pero, sea como fuere, gozaba de bastante popularidad.

El recién llegado trabajaba en un lavadero, con numerosa clientela en aquel rico vecindario. Guiaba un camión y en él recogía las abultadas bolsas de ropa sucia. Era un lavandero capaz y bastante amable y simpático, sobre todo. Acostumbraba a charlar con los ascensoristas, porteros, mucamas y cocineras, especialmente con estas últimas. Despertaba grandes simpatías entre las chicas de la cocina, y sin duda se realizaron los romances de costumbre a la luz de la luna. Pero no vamos a contar la historia de unos corazones humildes si no un drama, donde figuran personajes sombríos, balazos en la sombra y muerte. Sólo accidentalmente figura en este relato una historia amorosa, bastante extraña.

Al poco tiempo de aparecer el nuevo lavandero, empezaron a realizarse robos en las casas de de

de ropa sucia. Era un lavandero [illegible] y bastante amable y simpático, sobre todo. Acostumbraba a charlar con los ascensoristas, porteros, mucamas y cocineras, especialmente con estas últimas. Despertaba grandes simpatías entre las chicas de la cocina, y sin duda se realizaron los romances de costumbre a la luz de la luna. Pero no vamos a contar la historia de unos corazones humildes sino un drama, donde figuran personajes sombríos, balazos en la sombra y muerte. Sólo accidentalmente figura en este relato una historia amorosa, bastante extraña.

Al poco tiempo de aparecer el nuevo lavandero, empezaron a realizarse robos en las casas de departamento, con entradas esculpidas y "halls" blasonados. En lenguaje técnico se llama a esos robos "robos de cine," porque se efectúan a la hora en que los dueños de casa se encuentran en el cinematógrafo. En una misma noche, el 9 de Noviembre, fueron desvalijados dos pisos. El de la familia de Ro...teins, en el N°. 580 de West End Avenue y el de la familia Silberman en el N°. 230 de Riverside Drive. En las dos casas se llevaron los ladrones objetos de gran valor.

En la de la familia Silberman robaron alhajas, adornos y joyas, además de un espléndido tapado de la señora. Dos detectives de la estación de policía local se encargaron de la pesquisa. No lograron descubrir gran cosa, a no ser que los ladrones eran dos y trabajaban juntos. Parece que, además, andaban elegantemente vestidos.

Dos días después, la Sra. de Silberman paseaba por la legendaria arteria de Broadway, cuando de pronto murmuró:

—¿Qué es eso? ¿Estoy soñando?

Acababa de ver un magnífico tapado que reconocería entre un millón: el suyo. La gloriosa prenda se movía con lentitud, cubriendo las esbeltas formas de una mujer joven y bella. En su mano llevaba una cartera de cuentas que la señora reconoció también como suya y que figuraba en la lista de objetos robados.

La Sra. de Silberman no perdió la cabeza. La joven marchaba con lentitud. La dueña del tapado entró a una farmacia, habló por teléfono al próximo puesto de policía y fué atendida por el sargento Hogan. Este convino en que seguiría a las dos hermosas damas y que su compañero Schwaibble les saldría al encuentro un poco más arriba.

La joven que lucía el lujoso tapado de piel de

arido. Lo man-
os años de pri-
cho eso. Había
na de humilla-
volvería a caer

ó a un joven
pués de su des-
, la ley tenía
Aceptó los ga-
miembro de la
se tiene mala
probar fortuna
llaba del otro

nzó una carca-
burlona a los

r lamentable;

nsativos. Eran
ebros entró la
demasiado iró-
raro que los
etectives. ¿Se-
issimo e con
Ella golpeó el
idiotas, aun-
estaba dis-
an. Les reve-
o tenían que
etieron fervo-
cLaughlin. No
ía en la poli-
in que pudie-
Gertie. Por
dado Gertie
las señas de
ado los pisos

ve era un cri-
do por varios
te de policía.
olía disfrazar-
ue conoció a
a desventura-
nor de volver
lo feliz que
o del cerco",
mante de un

vandero, que
de las gran-
side". Había
el medio me-
os. Podía así
las costum-

ieron a Ger-
ante, el caso
mujeres se
n. Pero Ger-
ue reveló to-

mante en su
las lecciones
on en la co-
...misaría, mientras ellos hacían guardia frente a la
casa. Apareció una figura en la calle. Era el la-
drón. Entró a la casa y, después de un instante,
ellos subieron las escaleras tras él. Oyeron que
abría y cerraba una puerta. Ellos entraron al hall.
Luego oyeron un gran ruido, dentro de la habita-

os años antes se enamoró de un hombre se-
, que luego resultó ladrón. Ella ignoraba su
ladrón de automóviles. Después de una luna
el idílica y un feliz principio de vida de ho-

ción, como si derribaran muebles. Hogan abrió la puerta y ésta cedió unos centímetros, porque algo impedía que se abriera del todo. Hogan, después de forcejear, logró vencer el obstáculo. La luz se apagó y sonó un tiro. El detective se agachó y empezó también a hacer fuego. Schnaible penetró también en la habitación a obscuras, disparando su revólver. A la luz de los fogonazos pudieron ver los muebles derribados. El ladrón, al ver que no estaba Gertie, sintió sospechas; luego oyó los pasos de la policía en el hall. Comprendió de lo que se trataba: "canas". Tiró la cama contra la puerta. Luego derribó prontamente otros muebles formando una barricada. Apagó la luz y se parapetó en la sombra, respondiendo a los balazos con balazos.

...respondiendo a los balazos con balazos.

Los tiros resonaban en el cuarto obscuro, que se iluminaba breve y repentinamente por los fogonazos. Los dos detectives, parapetados también detrás de los muebles, tiraban al bulto y el otro les contestaba. Se oyeron gritos de alarma en el exterior porque los vecinos se habían despertado con aquellas descargas. Al fin se oyó un grito: "¡Basta! Estoy herido!!. Hogan encendió la luz. El ladrón estaba caído, bañado en sangre. Había recibido cinco balazos y uno le había atravesado la mandíbula y el cuello. Asimismo hizo una última tentativa, traicionera e inútil, para matar a sus enemigos. Lo desarmaron y fué conducido al hospital, preso.

Su nombre verdadero no era McLauglhin si no Ryan. Lo sentenciaron a doce años de presidio. Los informes de Gertie permitieron arrestar también a su compañero de robos. Fué a parar a la cárcel. En cuanto a la pobre y predestinada Gertie, se onvenció de una cosa: que, en este triste mundo, es muy difícil distinguir a un ladrón de un hombre honrado.

Vea en PUCKY

la interesante historieta cómica MACACHIN, TEODORITA y PIPERMINT.

PERDON FORJADO

Por FEDERICO A. COATES

Al marchar rápidamente por la calle flanqueada de plátanos que conducía a su casa, Abel Rundall ostentaba el sello severo que, desde hacía largo tiempo era habitual en él. Aun antes de que su cabello adquiriera su tinte gris acero, los negocios y preocupaciones habían ahondado los surcos que atravesaban su frente. Más recientemente, penas domésticas habían profundizado sus arrugas, aunque una relativa prosperidad lo había aliviado de las preocupaciones financieras.

Al llegar a la puerta de su modesto "cottage", volvió los ojos con una mezcla de esperanza y miedo hacia las ventanas, que ostentaban lindas cortinas. Siempre tenía su mirada esa expresión cuando regresaba a su casa por la tarde. La mayor parte de sus clientes de la ciudad y convecinos, que lo veían en su tienda todos los días o los domingos en la iglesia, se hubieran sorprendido de aquella mirada, de que aquella naturaleza poco demostrativa poseyera suficiente caudal de emoción para desbordarse en sus sagaces ojos grises. Pero, nadie la había visto, ni siquiera Sofía, su esposa, y siempre era la esperanza que desaparecía primero, al acercarse a su casa.

Aquel día era una excepción, la primera en cuatro años. La esperanza creció ansiosa, cuando Abel Rundall vió abrirse la puerta. Sofía lo había estado esperando; venía a su encuentro.

—¡Sofía! — exclamó subiendo rápidamente la angosta escalinata de entrada. — Te sientes mejor, ¿no? Pareces... muy contenta.

La mujer, pálida y delgada, sonrió tímidamente, como si la sonrisa fuera una cosa prohibida. Ahora que estaba cerca de ella, sosteniéndola con su brazo mientras entraban, vió Abel que tenía aún su aspecto de cansancio, compañero de su enfermedad. Pero había una vivacidad, pasajera tal vez, que él esperaba le explicara.

—Me siento mejor, Abel. Creo que mi curación ha estado siempre en mi mano y en la tuya, pero no hice lo que debía. No sé si aprobarás que lo haya hecho ahora. Pero lo hice y estoy contenta.

—Hiciste.... ¿el qué? — preguntó Abel.

La mujer miró a su marido con ojos serenos y semidesafiantes.

—Escribí... a aquel lugar.

Las líneas de alrededor de la boca de Abel se ahondaron, pero volvió los ojos para que su esposa no pudiera verlos. Contuvo las palabras que, en su primer impulso, iba a pronunciar. Sofía sabía ya que él no aprobaba su acto. El decírselo sería cruel en esos momentos.

—¿Te acuerdas de aquel recorte de diario? — preguntó la mujer. — El que encontré en tu escritorio hace dos años. Lo estuve mirando la semana pasada y me acordé. De todos modos, siempre lo pensaba. No sé cómo dilaté tanto el hacerlo; creo que era porque sabía que no lo aprobarías. Pero, afortunadamente, he hecho mi voluntad al fin. ¡Y la he hecho a tiempo!

El desafío era ahora un poco más audaz, en vista del silencio de él.

Abel Rundall recordaba muy bien el recorte. Era de un diario publicado en una ciudad lejana; un diario dejado en la tienda por un cliente. La sorpresa que produjo a Abel la noticia, fué nada, comparándola con la que experimentó su esposa. No tenía intención de mostrárselo y luego se reprochó el haberlo llevado a casa para guardarlo, según su metódica costumbre.

Nunca olvidaría la lastimosa figura de su mujer, que lloraba y deliraba en el gastado sofá, cuando él llegó a su casa, llamado por el médico, el día que ella encontró y leyó aquel recorte de diario.

Entonces y durante su larga convalecencia, no terminada todavía, le había sido difícil a Abel seguir los dictados del deber. Ahora, pensaba tristemente, que la dificultad renacía a despecho de los largos meses durante los cuales había luchado contra cualquier desfallecimiento de su conciencia.

—El diario decía — continuó su esposa, — que había sido sentenciado a dos años. Era de fecho 8 de Julio. ¿Te has dado cuenta de que el próximo martes será el segundo 8 de Julio, después de aquella fecha?

—¿Así que le has escrito? — dijo él hombre, disgustado, sin levantar la cabeza.

—No a él, Abel. Después de esperar tanto tiempo, pensé que podría sorprenderlo. Escribí, antes de ayer, a las autoridades de la cárcel, para combinar encontrarnos cuando él salga. Voy a ir allá, Abel. Voy a estar en la puerta de la cárcel, cuando mi Juan... nuestro Juan salga en libertad.

Abel Rundall alzó la cabeza.

—No puedes, Sofía. Es un largo viaje. Hay que pasar todo el día en el tren. No estás bien todavía. Hace muchos meses que no vas a la ciudad.

—Iré — dijo Sofía con desacostumbrada firmeza. — Esperaba que tú me acompañaras, pero si no quieres iré sola, aunque sea mi último viaje. ¿Qué crees tú que es mi salud comparada con eso? Ya tengo casi la mitad de mis cosas prontas. No bien sepa.... A propósito, Abel, ¿estás seguro de que no ha llegado ninguna carta para mí hoy?

—Ninguna — dijo preocupado. Se agarró a aquella excusa para posponer la batalla. Ya lucharía con su mujer cuando llegara la

carta... si es que venía; la convencería, con su lógica y buen sentido, como había hecho antes. Aquello sería más fácil que destruir ahora la esperanza que parecía haberle comunicado una nueva vida.

—Abel, — una súbita desconfianza se notó en el tono de la mujer; — cuando llegue la carta, no me la esconderás, ¿verdad? ¿Estás seguro de que no ha llegado todavía?

—Yo no la tengo. No he visto semejante carta, — aseguró el hombre.

—Naturalmente que yo hubiera podido mandar buscar la carta por Simón, el muchacho de nuestros vecinos que llevó mi carta al correo, — dijo la mujer. — Pero no lo hice. Abel, quiero me prometas que me entregarás la carta conforme llegue. Sé que puedo confiar en tí. ¿Me lo prometes?

—Lo prometo, — contestó Abel Rundall. Habiendo alejado la parte desagradable de su deber, resolvió aprovechar el buen humor que sus palabras comunicaron a su esposa. — Vamos a hacer un poco de música después de la comida, — le dijo. — Hace muchos meses que no tocas el piano. ¿Por qué no cantamos esta noche juntos, como antes?...

—El piano ha de estar desafinado y no sé por qué creo que me he olvidado de todo, — dijo Sofía cuando se sentaron a la mesa. — Es mejor que practique un poco primero. Luego probaré. ¿Qué quieres? ¿Hebras de plata entre el oro? Miró significativamente la cabeza gris que estaba frente a ella, aunque nunca había sido dorado, sino gera. El hombre, por su parte, sintió un nudo en la garganta al mirar las trenzas de su mujer que podrían haber inspirado la canción.

—Lo que quieras, — dijo cariñosamente. Al recordar luego aquella noche pensaba que la pieza que repitió su mujer varias veces fué "¿Dónde está mi hijo esta noche?"; pero, en general, fué una de las noches más felices desde hacía muchos meses.

La alegría duró hasta que el hombre cerró la puerta tras sí para dirigirse a su trabajo a la mañana siguiente. Luego una sombra de tristeza volvió a cubrir su rostro. Proponiendo su deber sólo había logrado hacerlo más difícil. Esta noche... quizá...

Iba a tener que afrontar la crisis más pronto de lo que pensaba. No hacia media hora que había salido de su casa, cuando Abel Rundall se volvió. Sofía debió sentir la llave en el portón del frente, porque nuevamente se abrió la puerta antes de que ella llegara.

—Ha llegado, — dijo él con embarazo. — Estaba en nuestra casilla de correo; entré al correo antes de dirigirme a la tienda.

Siguió a su mujer al interior. Ella no esperó a sentarse. Con temblorosos dedos rompió el sobre. Una esperanzada sonrisa iluminaba su rostro al empezar a leer; pero. gradualmente la sonrisa se fué helando en sus labios. Abel extendió un brazo para sostenerla, le tomó la carta de las manos, mientras ella inclinaba, sollozando, la cabeza en su hombro. Los ojos del hombre leyeron rápidamente la carta escrita a máquina, por el director de la prisión. No contenía más que estas pocas frases:

"Debido a su buen comportamiento, su hijo obtuvo rebaja de la pena. Salió hace unos tres meses. Desde entonces no hemos vuelto a saber de él".

El hombre palmeó afectuosamente el hombro de su esposa.

—¡Vamos... vamos! — le dijo. — No hay más remedio que conformarse. Es la voluntad de Dios.

—No. Es culpa nuestra. Esperé hasta que fué demasiado tarde, — sollozó la mujer.

Casi imperceptiblemente se alejó de Abel. El comprendió que lo censuraba.

—No es culpa nuestra, Sofía, — dijo lentamente. — ¡Tres meses! Si Juan fuera bueno, habría vuelto a casa. Pero... si fuera bueno no se habría marchado

—¿Acaso no lo echaste?

—No hubiera tenido necesidad de marcharse, es lo que quiero decir,—corrigió el hombre. No fué por sus hábitos de la bebida y el juego. A tí te afligía esto tanto como a mí. Pero después de tanto amor y sacrificio, robarnos, ¡robar a sus propios padres!...

—Tú le acusastes muy prontamente, —interrumpió la mujer.

—Y él admitió su culpa muy prontamente también, — le recordó su marido. — El sabía para qué era el dinero. Sabía que yo me hallaba ausente, en viaje de compras, que te había dejado un sobre con dinero para pagar la hipoteca de nuestra casa, de esta casa. Sabía cuánto representaba ese dinero para nosotros, la lucha que tenía que sostener desde que gasté mis ahorros en la compra de la tienda, donde había trabajado tantos años como empleado, a fin de que él heredara el negocio. Sin embargo, lo tomó.

—Sólo confesó haberlo tomado después que lo acusaste, — dijo Sofía. — Juan era un muchacho de genio violento. No estoy segura de que robara ese dinero; pero, al ser acusado por su padre, su amargura puede haberlo hecho reconocer cualquier cosa.

Abel Rundall se puso de rodillas en la alfombra y colocó sus manos en el regazo de Sofía.

—Sofía, — le dijo, — tú sabes que yo quería a Juan tanto como tú. Que lo hubiera dado todo por él, que su conducta me ha envejecido antes de tiempo. Trabajé y perdoné, mientras él iba de mal en peor; aún después que tomó ese dinero, esperé, rogando a Dios que volviera a casa. Pero cuando siguió en su camino de perdición, cuando leí aquel recorte que nunca hubiera deseado que tú vieras y supe así que se había convertido en criminal de profesión.. Sofía, ¿no crees, que si le buscamos ahora, si le rogamos que vuelva, lo alentaremos en el mal? ¿Que iremos contra nuestra conciencia?

Sofía tocó la mano de su marido.

—Sé que tú lo querías; pero yo lo "quiero". Tu conciencia es terriblemente rígida. Y ahora se ha ido y no podremos encontrarlo, aunque lo deseáramos.

—Espero que, si vuelve a cometer una fechoría, usará un nombre distinto, — comentó Rundall, sin darse cuenta de la crueldad de sus palabras. Le había aliviado bastante el ver que Sofía tomaba su desilusión mejor de lo que creyera. Estuvo media hora con ella, sabiendo que su empleado atendería debidamente la tienda en su ausencia. Cuanto la

La convalecencia de Sofía había sido larga y no estaba terminada aun.

dejó fue con la promesa de enviarla al médico en la mañana.

—No lo necesito, — observó Sofía, — estoy bien.

Contento al ver que Sofía tomaba el golpe con resignación, Abel siguió su acostumbrada vida. En cuanto a él se había resignado hacía tiempo a no tener hijo. Con todo se sorprendió mucho cuando Sofía le hizo un pedido algunos días después. Le sorprendió porque eso demostraba que empezaba a tomar interés en los asuntos comunes, cosa de la que se había desentendido completamente.

—Desearía que me dejes quince dólares, Abel, — le dijo por la noche. — Mañana vendrá un afinador de pianos.

—¡Un afinador de pianos!—exclamó Abel.

—¡Oh! No es que piense tocar; pero no podemos dejar que se arruine por falta de cuidado. Quizá alguien lo aprovechará después que yo me haya muerto, — una débil sonrisa curvó sus labios. — Bueno... he hablado como una vieja tonta. La verdad es que el afinador fué tan insistente...

—¡Qué curioso! Un afinador de pianos estuvo también esta mañana en la tienda. Un tipo de cabellos rojos, con una sonrisa descarada y tan charlatán que me dejó sordo, antes de que me pudiera librar de él.

—Es el mismo, — exclamó Sofía. — A mi también me hizo sentir remordimiento por tener el piano tan descuidado. Pero al fin logré verme libre de él. Debe haber ido a la tienda después de eso. Luego lo oí esta tarde trabajar en lo de Simmons.

Abel buscó en su bolsillo y le dió un billete. Su situación había mejorado y no le costaba desprenderse de quince dólares. Sería dinero bien gastado si una vez que el piano estuviera en buenas condiciones animaba a Sofía a tocar de nuevo.

—¡Qué tipo curioso! — comentó. — Si los corredores que me visitan fueran tan importunos, me volvería loco. Pero, — agregó, — no le permitas que te venda nada.

—No lo haré. No necesito nada.

Estaba Rundall esa mañana sentado en su escritorio y pidio comunicación por teléfono. Le costó un poco conseguirla y cuando ya la hubo obtenido, supo que el hombre con quien deseaba hablar estaba en la granja y había que llamarlo. Esperó pacientemente con el receptor en el oído, y de pronto entró corriendo el muchacho del almacén de al lado.

—¡Señor Rundall! — gritó sin hacer caso del ademán que le hizo con la mano para

que esperara. — Lo llaman. La señora quiere que vaya en seguida a su casa.

Asustado, Abel dejó caer el receptor sin colocarlo siquiera en la horquilla. Saltó de la silla y corrió a la puerta, agarrando rudamente al chico por el brazo.

—¿Qué hay? — le preguntó.

—Llamaron a la tienda; pero no pudieron obtener comunicación; su línea estaba ocupado. De modo que le hablaron a papá pidiéndole que me mandara con el mensaje. No se que hay y no tengo la culpa de no saberlo.

—¿Quién llamó? — preguntó Abel. No esperó una contestación que tal vez el chico no hubiera podido darle. Al llegar a la puerta vió un taxi del pueblo, que volvía vacío de un viaje a la estación. Sin sombrero, Rundall hizo señas al conductor y subió antes de que el coche concluyera de parar. — ¡A casa lo más pronto que pueda! — ordenó.

Sólo había media milla de distancia. A Randall el viaje le pareció eterno.

Al llegar a su casa lo tranquilizó al ver que no había auto de médico en la puerta, ni vecinos curiosos a su alrededor. Rundall no sabía que es lo que temía encontrar; pero su corazón le saltaba, mientras subía la escalinata. La puerta de la casa estaba abierta. Aquella quietud lo asustó al entrar al hall. Pero antes de que pudiera interceptar algunos sonidos que llegaron hasta él, oyó pasos precipitados en la sala y Sofía se arrojó sollozando en sus brazos.

—¡Abel! ¡Oh, Abel!...

—Vamos, vamos, — dijo procurando calmarla. — ¿Qué hay?

—No pude esperar a que vinieras a la hora de siempre, — dijo la mujer. — ¡Oh... es horrible! ¡Mira esto!

Sólo entonces vió el hombre lo que su esposa tenía en la mano, un sobre descolorido lleno de polvo, con un extremo roto; se lo quitó y sus ojos se dilataron al ver el contenido. Sus manos tocaron billetes de banco.

—Cuéntalo, Abel, — sollozó la mujer.

—Sesenta y siete dólares, — dijo él con voz ronca.

—Mira ahora esos billetes, — ordenó Sofía. — Son los mismos ¿verdad? Dos de veinte, uno de diez; tres de cinco, dos de uno. Todos del Banco de Cliffport. ¿No es el mismo dinero que me diste para pagar los intereses de la hipoteca?

—Puede ser, — dijo Rundall con ronco murmullo. — Y el sobre está amarillo por el tiempo...

—Estaba en el piano, — dijo Sofía bañada en lágrimas. — Este joven afinador, el señor Slater, encontró el sobre detrás de las cuerdas. Ha estado ahí cuatro años. Recuerdo que yo lo había dejado encima del piano, como solía hacer. Tiene que haberse caído. El dinero que creímos había sido robado por Juan.

Abel parecía convertido en piedra.

—¡Y yo lo acusé! — ¡Su propio padre! Al principio negó y luego se fué para convertirse en criminal, para ir a la cárcel, para desaparecer. Hemos perdido por mi culpa a nuestro hijo. Yo lo eché. Yo soy responsable de sus faltas.

—¡Abel! los papeles se habían cambiado ahora. Era la esposa que consolaba al infortunado padre. Sin preocuparse del afinador que los miraba sorprendido, se sentaron abrazados en el sofá. No creíste ser injusto. Obrastes de acuerdo con tu conciencia. ¡Oh, si pudiéramos encontrar a Juan, decirle el horrible error que cometimos!

—Que cometí, — corrigió Rundall, dejando caer su cabeza entre las manos. — ¡Que Dios me perdone!

El señor Slater se movió molesto; pero habían olvidado su existencia. Tardó algunos minutos en interrumpir el largo silencio

—¿Sigo afinando el piano?

Rundall se estremeció.

—¡Siga! — dijo bruscamente. Empezaba a odiar al afinador.

Aunque parezca extraño fué Sofía quien procuró levantar el ánimo de su marido en aquella tarea era nueva y la distraía, en los días que siguieron. En parte porque tenía una esperanza que rehusaba extinguirse. Abel, por sugestión de su esposa, había puesto un aviso en los diarios llamando a su hijo; pero no creía que hiciera lo que hiciera, lograría reparar su terrible error.

El empleado de la tienda ignoraba por qué motivos había cambiado tanto su patrón (al parecer el afinador partió sin hablar de lo ocurrido en casa de los Rundall); pero se acostumbró al genio sombrío que ahora demostraba Rundall.

No sin cierto temor, entró cierto día al escritorio de Rudall, a pedido de un forastero. Rundall estaba sentado ante su mesa de trabajo, con los ojos fijos en el vacío.

—Un hombre que esta afuera me pidió que le diera esto, señor, — dijo el mozo, tendiéndole un sobre cerrado.

Rundall le dirigió una mirada impaciente. Tomó el sobre y lo abrió. Dentro había un recorte de diario. Abel lo miró unos momentos antes de leerlo. Lo contemplaba al revés; luego lo dió vuelta y leyó estas palabras que le eran familiares:

"Juan R. Hemos sabido al fin la verdad sobre los sesenta y siete dólares. ¿No quieres volver a casa y perdonarnos? — Tus padres".

Era una copia del aviso que había puesto en todos los diarios del país.

—¿Dice usted que alguien le dió esto?— preguntó al mozo, saltando de su silla.

—Sí; el que me lo dió está ahí, en la tienda.

El mozo fué casi derribado por Rnudall. Un momento después, oyó un grito que salía de labios de su patrón.

—¡Juan!

—¡Padre!

Los dos hombres se abrazaron estrechamente, como si temieran que algo pudiera separarlos.

El empleado de la tienda también gritó; pero no lo oyeron. ¡Así que aquel joven alto, bronceado, era Juan Rundall, el hijo del patrón! Bueno... probablemente se queda-

ría sin empleo ahora. El otro ocuparía su puesto.

A despecho de su temor de que le despidieran, el mozo desempeñó concienzudamente su deber el resto del día, que permaneció solo en la tienda. Porque los Rundall, padre e hijo, se fueron inmediatamente.

Abel Rundall no volvió hasta la mañana siguiente. El empleado casi no lo reconoció al verlo. Toda su actitud había cambiado. Sus hombros se erguían nuevamente, sonreía de continuo.

—Mi hijo Juan ha vuelto a casa y se quedará, — anuncióle Rundall. — Está ahora con su madre. Trabajará con nosotros en la tienda. Usted también se quedará, naturalmente. El negocio prospera rápidamente y tres a trabajar no seremos demasiados.

Juan llegó más tarde para hacerse cargo de sus tareas. Pronto se habituó a la rutina del lugar y a la vida del pueblo, como si jamás se hubiera ausentado.

guiado las viejas escaleras y llamó a una puerta, al final del corredor del tercer piso.

—¡Adelante! — contestó una voz.

Al entrar Juan, un hombre de cabellos rojos, que estaba en mangas de camisa, se levantó y le tendió la mano.

—Tienes muy buen aspecto, Juan. ¿Recibiste a tiempo mi telegrama, no? ¿Y nada dijiste, según mis instrucciones?

—Sí... Tú también tienes buen aspecto, Samuel.

Samuel Slater se echó a reir.

Abel contempló un ommento el recorte antes de leerlo; lo miraba al revés.

Pero, al cabo de dos semanas, el empleado notó que el hijo de su patrón daba señales de inquietud o de pesar. Indudablemente aquel estado de ánimo era causado por un telegrama que un mensajero le trajo a la tienda. Nadie, exceptuando a Juan, vió aquel telegrama porque lo metió en seguida en su bolsillo.

Aquella noche, por vez primera desde su llegada al pueblo, Juan Rundall, al levantarse de la mesa dijo que iba a la ciudad.

—Naturalmente, — contestó su madre. — Desearás reunirte con jóvenes, de tiempo en tiempo, y debes hacerlo.

Sin embargo, Juan pareció marchar de mala gana. Se dirigió a la posada de Cliffportñ. Consultó el viejo registro, y habiendo encontrado el informe que deseaba, subió sin ser

—Nadie dirá al vernos que fuimos compañeros de cárcel no hace mucho tiempo. No hay como la vida al aire libre para volver a convertirse en ser humano. Pero, vamos a tu asunto, porque sólo he venido a esta ciudad para eso. Desempeñé muy bien el papel que me confiaste, ¿verdad, Juan? Creo que tengo algún derecho a tu confianza.

—Lo tienes, — contestó Juan con calor. — Yo...

—Sin embargo me asustaste cuando recibí tu carta, — le reprochó Samuel. — Puedes echarlo todo a perder, si haces la tontería que sugeriste. Estoy aquí para discutir contigo. Todo marcha bien en tu casa ¿no?

—Más que bien. Mi madre, ¡bendita sea!, sólo vive para mí. Y no creo que viviría mucho sin mí. Y papá.... Nunca recuerdo haber-

lo visto tan feliz, ni aun en los viejos tiempos. Es por eso que quiero empezar de nuevo y revelarles toda la verdad...

—Oyeme, — dijo Samuel. — Yo entiendo algo de psicología práctica, aunque me haya dejado atrapar por estafador. Se más de esas cosas que tú, pobre muchacho. Conozco a tu padre como un libro, con sólo haberlo visto dos veces. Se cortaría su mano derecha si esta pecara; él es así. Pero tú y yo sabemos que eso no le sería de ninguna utilidad. Te ha perdonado, está pronto a olvidar tu carrera de ladrón, porque cree que él mismo te incitó a ella. ¿No es así?

—Así es.

—Preparamos nuestro plan sobre esa base. Afortunadamente tú recordabas el valor de los billetes y la clase de sobre en que estaban. Afortunadamente yo entendía de pianos lo bastante como para pasar por afinador. Tuve la oportunidad así de deslizar el sobre dentro del piano de tu madre y fingir que lo encontraba allí. El hacer que el sobre pareciera viejo y gastado fué obra de química elemental. El plan salió bien... maravillosamente bien. Tu madre ha recobrado nueva vida. Es más feliz que nunca y se siente más orgullosa de ti que antes de irte. Tu padre también.

En toda su carrera sólo hay una cosa que no podrá perdonarte: el robo del dinero de los intereses. Y ahora cree que no le cometiste. ¡Por amor de Dios, Juan! deja las cosas como están. Matarías a los dos viejos si les dijeras que fuiste culpable de aquel robo. Tu madre te perdonaría; pero tu padre no. Y por querer mejorar las cosas sólo conseguirías empeorarlas. No saldrás de este cuarto hasta que me hayas prometido no decir una palabra. ¿Qué contestas?

Juan Rundall permaneció unos instantes pensativo. Al fin levantó la cabeza.

—Quizá tienes razón. Aprecio mucho tu buen sentido. Lo apreciaría aun más si no fuera que no distingues la diferencia entre un ladrón y un hombre honrado. O por lo menos prefieres ser ladrón...

—Oye, — exclamó Samuel Slater indignado. — ¿Me llamas ladrón? ¿Te figuras acaso que fuiste tú el único que pensó en ciertas cosas mientras estaba preso, el único que decidió que la senda estrecha y recta era la mejor? En realidad yo fuí mal aconsejado cuando me convertí en... lo que me convertí. Pensé que era el único camino fácil para ganar dinero. Pero, después que convencí a tu madre para que afinara el piano, he comprendido que puedo ser un excelente vendedor. He estado vendiendo automóviles el mes pasado y, si continuo así, tendré agencia propia el año que viene.

Juan Rundall se levantó y le tendió la mano.

—¡Mis felicitaciones, Samuel! Dentro de un año podrás venderme un auto...

—Este auto tiene el motor más perfeccionado... — empezó Samuel calurosamente.

"PUCKY" MAGAZINE

Respondiendo al creciente apoyo que el público dispensa a esta revista, y en el deseo de satisfacer cada vez con más eficacia las aspiraciones de nuestros estimados lectores, Pucky viene realizando mejoras en su presentación gráfica, que — nos es grato comprobar — son debidamente apreciadas por los que con su constante ayuda y simpatía favorecen a esta publicación.

Hoy, conjuntamente al aumento de páginas que nos permite ampliar en forma considerable el nutrido material de lectura que semanalmente ofrece Pucky, se agregan ilustraciones en varios colores, que dan mayor realce a su presentación gráfica. Al poner de manifiesto estos elementos de progreso, lo hacemos teniendo en cuenta más lo que eso significa como manifestación del apoyo y la simpatía del público lector, que por lo que dicho progreso representa como esfuerzo editorial.

Al agradecer cordialmente a nuestros estimados lectores el apoyo prestado a Pucky, consideramos un deber expresarles la seguridad de que siempre hemos de mantenernos fieles a nuestro lema de ofrecer los mejores cuentos de los mejores escritores contemporáneos.

LOCURA

Por F. R. BUCKLEY

Un espléndido cuento de la Italia antigua, donde se habla de cierta locura que nació con el mundo y morirá con él

A Tomaso Sgambati, médico de la Universidad de Bolonia, de Luigi Caradosso, en su lecho de dolor:

Maestro:

Me han hecho muchas impertinentes preguntas acerca de mi difunto señor Guglielmo III y sin duda he contestado más de lo que era mi obligación. Pero os diré que me he tomado tal molestia por dos razones, ya para transmitir a los jóvenes señores la gran experiencia del duque, a fin de que puedan gobernar prudentemente sus estados, ya para defender la memoria de mi amo ante aquellos que pretenden difamarla.

Si no estuviera obligado a este retiro por mi vejez, y convertido en administrador de un ejército de sanguijuelas que me ha puesto encima un colega vuestro, iría a Bolonia a pediros explicaciones por la indecencia de la misiva que acabáis de enviarme. "Un tratado sobre las enfermedades de la mente". ¡Vaya! ¡De todas las acusaciones hechas contra mi difunto amo por los poderosos, quedará esta de locura hecha por un vendedor de píldoras, que nunca lo conoció! ¡Y a mí, que fuí durante treinta años capitán de su Gracia, se recurre a fin de que dé pruebas para apoyarla!

Joven, — porque pienso caritativamente que sois joven, — os aconsejo no ir adelanen la discusión del buen sentido de Guiglielmo III. Si no sois capaz de comprender el motivo de las negociaciones que terminaron en la triple campaña de 1546, atribuidlo a vuestro obtuso entendimiento, más bien que al del duque; pero nunca creáis, porque lo oisteis de dicho desastre que Su Alteza se había vuelto loco. O por lo menos no publiquéis semejantes conclusiones.

Porque si lo hacéis, os consideraré a vos mismo como loco y, aunque no soy médico, iré al norte y... os sangraré.

L. Caradosso.

Del mismo al mismo, una semana después.

Sapientísimo señor:

Me encuentro mejorado. Las sanguijuelas han vuelto a su tarro. Los dolores de mis coyunturas han regresado a ese misterioso lugar de donde nunca debieron salir. Pienso ahora que la carta que dicté al sacerdote os debió parecer muy severa en su tono. Además, los tiempos, — y el respeto por los viejos soldados, — no son ya los mismos. Sois capaz de escribir ese libro a pesar mío, guiado por vuestras deducciones, de despreciarnos a mi señor y a mí como pobres borricos. Por consiguiente, procuraré explicaros la triple campaña de 1546 que, según vuestra carta, "emprendió el duque Guiglielmo, sin ninguna otra razón ni esperanza que arruinarse a sí mismo, perdiendo hombres y dinero; demostrando así los "stigmata" o síntomas de..." algo que no puedo leer.

¡Bueno! ¡Bueno!

Fuí llamado al gabinete del duque. Me llamaron por la mañana temprano, un día del mes de Mayo. Acababa de abandonar la guardia y, como el sol permitía aún que una ligera niebla velara las agujas de las torres, decidí no pasar inventario a las municiones aquel día y dirigirme, en cambio, a pescar al arroyo que alimentaba el foso. Fué con fastidio que recibí la orden de mi señor; con gran disgusto, cuando llegué a su cámara lo ví rodeado por el Consejo Extraordinario.

Porque conviene que sepáis que el Consejo, compuesto por ventrudos secretarios que charlaban horas y horas para agregar un denario a los impuestos de una tierra, era una cosa; y el Consejo Extraordinario, otra. Con el Consejo, que se suponía gobernaba el Estado, bajo las órdenes del duque, yo no tenía nada que hacer, excepto pararme al lado del trono y aburrirme; pero en el Consejo Extraordinario que, en consulta con su Gracia, gobernaba realmente, yo era miembro. El llamarme suponía rudo trabajo para aquel día y nada de pesca. Los otros miembros, — excluyendo el duque, con cuyos "stigmata" o síntomas vuestra sabiduría se cree familiarizado, — eran un pastelero, un barbero, un perfumista y un músico. Claro que nunca hacían pasteles, ni cortaban el pelo, ni tocaban el violín, ni inventaban esencias; eran, en resumen, bravos, o mejor dicho, "bravíssimos".

Porque aunque había entonces, como los hay ahora, bravos que sólo sirven para cortar una garganta en un pasadizo, hubo también en aquellos días hombres que cortaron tantos cuellos en los pasadizos como transformaron en hombres de importancia. Estos compañeros míos, — quizá no fuera yo inferior a ellos en cierto sentido, — sabían todo lo que era necesario saber acerca de las Cortes con quienes teníamos que habérnoslas. Quiero decir, todo lo que era útil; por ejemplo, quiénes eran las esposas infieles y con quién; de qué modo tal y tal señor había asesinado á su tesorero y por qué; qué conde debía dinero a los orfebres de Florencia; dónde el legítimo heredero de un trono había secuestrado a su hermano; las razones de por qué dicha prisión convenía a nuestros intereses, etc., etc. Eran, sin excepción, hom-

bres de mediana edad, de ojos tranquilos y boca dura.

—Caradosso, — me dijo el duque cuando me hube sentado. — ¿Cuántos hombres hay en armas?

—Seiscientos ochenta y siete, — contesté yo, — sin contar la guardia del castillo.

El duque mordiscó una lapicera y esparció sus plumas sobre el piso. Hacía años que no lo veía tan agitado.

—¿Y cuántos pueden levantarse? — prosiguió.

—Menos de mil, — contesté. — La nueva generación de hombres no ha madurado desde la última guerra.

—Nosotros, — dijo Guiglielmo, y se detuvo para hacerme otra pregunta sobre pólvora, municiones y número de artillería disponible para servir en el campo. Yo pude contestarle agradablemente en este sentido porque nuestra última guerra había sido cuerpo a cuerpo; costosa en hombres; pero económica en municiones.

—¡Hum!... — dijo el duque, mirando el cañón pelado de la pluma y pensando profundamente. — Correremos un grave riesgo, Leonardo.

Leonardo era el perfumista, que acababa de regresar de un viaje... en busca de esencias.

—Más grave será el riesgo, si Vuestra Alteza no toma la ofensiva, — dijo. El pastelero y el barbero afirmaron con la cabeza.

—No conozco las Cortes a que os referís, — dijo el violinista; — pero seguramente una combinación contra nosotros sería más peligrosa que la ofensiva. Nuestras fuerzas no habrían aumentado y el enemigo ganará tiempo.

—No soy ningún idiota, Paolo,—gruñó el duque. — Reflexiono solamente que exponemos hombres y que no conviene movernos hasta que estemos seguros.

—Señor, — dijo el perfumista, herido en sus sentimientos; — yo...

—¡Ay, ay, Leonardo! Conozco tu sagacidad. Pero cuando se trata de pelear a dos nobles a un tiempo... en una época como ésta.

—Si no hay matrimonio en puertas, — dijo Leonardo, — ¿por qué ha enviado el joven conde a buscar a sus abogados y visitado a venecianos, que le han prestado dinero?

—¿Qué conde es ese? — pregunté.

—El joven Fiala, — dijo Leonardo.

—¿Y con quién se casa?

—Leonardo teme que con la condesa María Traversi, — dijo Guiglielmo mirándome — Tú no estás en antecedentes de estas cosas políticas, Luigi, y por lo tanto, voy a explicártelas. El no tiene ni una corona a su nombre y ella tampoco. Pero las tierras de ambos lindan con las mías y cada uno de ellos tiene un tío que es mi enemigo. Me refiero al conde Monterosso y el conde los Dos Ríos. Al mismo tiempo son enemigos entre sí, razón por la que no se han aliado contra mí hace tiempo.

—Monterosso raptó a la hermana del de los Dos Ríos, — dijo el pastelero.

—Sí; pero se casó con ella, — dije yo.

—¡Ay! Sin embargo, todavía reina entre ambos cuñados desconfianza y resentimiento. Ansían echárseme encima, — dijo Guiglielmo haciéndose cosquillas en la garganta con otra pluma. — Pero ninguno de los dos es bastante fuerte solo ni quiere dar el primer paso para reconciliarse con el otro. Pero si el sobrino y la sobrina se unen, ¿comprendes?, un matrimonio compensará el otro. Habrá entre ellos un vínculo y...

—Pero... — dije un poco confundido con todo esto.

—Oye, tú, badulaque, — dijo el barbero, que había sido capitán de condottieri y podía por lo tanto tomarse libertades conmigo. — Este Fiala es un hermoso mancebo. Todo el mundo sabe que, cuando estuvo en Venecia para buscar dinero, muchas mujeres ricas,— y nobles también, — —estaban locas por él. Podría haber conseguido esposa con cincuenta mil coronas de dote, con sólo guiñar un ojo. Y cerrando los dos hasta después de la ceremonia. — me refiero a Madona Silvia, la picada de viruelas, — una suma mucho mayor.

—Doscientas mil según dicen, — dijo el pastelero.

—También la condesa María es una linda moza. Sin ejemplos, aunque podría darlos, ¿no es acaso evidente que también lograría hacer un buen matrimonio?

—Yo me casaría con ella, — suspiró el duque,— si no fuera por...

—Entonces, cuando estos dos, que pueden obtener una fortuna se vuelven el uno al otro, sin esperanza de ganar un denario, ¿no es claro que lo hacen para obtener mayores ventajas?

—¡Ay!... — asentí. Porque el ducado de Rometia, en aquel momento, debido a años y años de guerra, estaba en su apogeo; pobre en población, pero rico en otro sentido hasta lo increíble. Por lo tanto saltaba a los ojos que una vez que las fuerzas combinadas de los Dos Ríos y Monterosso nos hubieran invadido y capturado, habría una gran unión de todos los dominios bajo el reinado de Fiala y su mujer. Formarían así un estado capaz de desafiar al resto de Italia.

El duque se inclinó sobre la mesa.

—Oye, Caradosso, — dijo; — si empiezo esta guerra, rompo un tratado con Vitelli. Necesito más hombres y los tomaré. De manera que la cosa puede resultar más grave de lo que parece. Desearía que le hicieras una visita a tu viejo amigo, en el castillo de Traversi, si está todavía allí por la gracia de Dios.

—¡Hum!... Está; pero es "boca chiusa", como Vuestra Gracia sabe.

—No importa. El joven Fiala está allá de visita ahora. No es que eso me convenza. Podría andar detrás de alguna de las mozas de la cocina. Te digo que hay mucho que perder para permitirnos un error. Vete allá. Observa lo que puedas y regresa dentro de una semana. Entretanto yo prepararé mi excursión a Viteni

* * * *

De manera que fuí a Traversi. Por la certidumbre extrema que conseguí podría haber regresado al día siguiente, ahorrándome algunas noches de refunfuños de mi viejo amigo Roberto sobre la artillería. Porque la misma noche de mi llegada, al pasar por

un corredor, en mi camino hacia los cuarteles de la guardia, donde estaba alojado, miré hacia una habitación donde en esos momentos estaban el joven Fiala, la condesa y una doncella; vi que el joven le indicaba a la dama cuanto mejor quedaría un cuadro en otra pared que en aquella donde estaba colgado. Sostenía el cuadro en el lugar deseado y sonreía triunfalmente, mientras ella movía la cabeza en sentido afirmativo. Y, después de algunos años de variada experiencia, señor doctor; yo he descubierto que es éste uno de los "stigmata" o síntomas más seguros de próximo matrimonio.

Pero yo no iba a confiar en "stigmata" o síntomas, que — como veréis en este ejemplo y comprenderéis en otra década o más de práctica, no son siempre dignos de confianza. Mi misión era asegurarme; de manera que aproveché la primera oportunidad que se me presentó para seguir a Fiala y a su dama, cuando paseaban por las murallas por la noche.

Antes de seguirlos agarré mi espada. No puedo decir por qué; la fuerza de la costumbre segurameente. Además había hecho emborrachar a Roberto hasta que quedó debajo de la mesa, no sin cierto perjuicio para mi mismo. Lo que demuestra cuan excelente es el vino, tomado en suficiente cantidad; porque desarmado yo al cabo de media hora, hubiera dormido el sueño eterno en el foso del castillo y en vez de servir de fuente de sabiduría para los doctores, sería simplemente un sitio de refugio para las anguilas. ¡Ay! Había en aquellos tiempos quienes bebían vino con exceso — quiero decir suficientemente — como para causar daño; pero ¿no hay un proverbio que dice que Dios cuida de los borrachos y de los tontos.

Yo lo comprendí aquella noche. Imaginadme caminando cautelosamente detrás de la pareja, descalzo; de pronto, al llegar a la plataforma de un cañón, el joven y fornido Fiala me afronta espada en mano. Prevenido por su ángel guardián — porque juro que no hice el menor ruido — había dejado a su dama diez pasos más lejos (veía yo su confusa forma blanca) subió a la plataforma del cañón y avanzó hacia mí, sin decir palabra me tiró una estocada, capaz de decapitar un buey.

—¡Espía! — exclamó luego cuando la vaina de mi espada; que desnudé para defenderme voló por encima del parapeto.

Creo que creyó que la vaina era la espada, porque en su segundo ataque, destinado a concluir conmigo, se descubrió de tal modo que hubiera podido darle de punta o de filo, a voluntad.

—Mi señor... — le dije, indicándole su error al introducirle una simple pulgada de acero en el hombro.

Pero no escuchaba razones, parecía un torito. Al ver que yo estaba armado, dió un salto atrás; pero no había pasado un segundo, cuando se hallaba encima mío nuevamente. Dos veces traté de desarmar al impetuoso muchacho; pero tenía al diablo en la muñeca, junto con una santa resolución. Al cabo de un momento me vi obligado a proceder con él en serio. De manera que le atravesé el hombro, profundamente esta vez, saqué la hoja de mi espada y huí de aquel lugar y del castillo lo más rápidamente que pude. ¡Ah si hubiera sido en aquellos tiempos en que un capitán de la guardia podía matar impunemente a los nobles! Pero, si yo hubiera hundido mi acero reis pulgadas más bajo — aunque obligado por las circunstancias — no solamente los Dos Ríos y los de Monterosso, si no todos los nobles de Italia se hubieran lanzado sobre mi amo antes de pasar una semana.

Tuve alguna dilcultad con la guardia de la puerta, que estaba armada con pistolas y — supongo — deseaba aprovechar el menor pretexto para usarlas, pero después de haberle roto la espada en el casco de un hombre y darle a otro un puñetazo en los dientes, recibir una bala en las calzas y otra en el borde de la silla de montar, logré emprender el galope hacia Romotia. Este hecho o, más bien dicho mi llegada al palacio dió origen a la canción del arroyo: "El Capitán en camisa".

¿Se pretenderá que un hombre se ponga a beber completamente uniformado?

* * * *

Bueno, los dados estaban echados. Cierto es que volví sin la confirmación que fuí a buscar. Pero, por otra parte, ya Guiglielmo, sin esperar mis noticias, había reclutado nuevas tropas en Vitelli y la campaña zumbaba como una colmena. Llegó un correo del conde Monterosso y el duque se negó a oirlo; otro de Dos Rios — según oí— encontró al primero, que iba de vuelta, y decidió no aventurarse más lejos en el ducado. Al cabo de una semana los reclutas de Romotia estaban enganchados, divididos en dos ejércitos, que reforzaban las tropas regulares y partían al norte Guiglielmo mismo las mandaba con mi teniente como segundo.

Yo cargué, naturalmente,con la parte más difícil del asunto; especialmente la campaña del sur y el mando de las tropas de Vitelli, que con seguridad abrigaban sentimientos de rebelión. Pedí la parte del león de los veteranos y la obtuve — dos cientos cincuenta caballos con ocho cañones. Pero como segundo tuve que conformarme con un sargento, quien en el momento crítico—me refiero al contrataque en Castraldi — temió moverse sin órdenes. El pobre diablo ha muerto hace muchos años y espero que las maldiciones que le eché en aquellos momentos no habrán sido tomadas en cuenta; pero, si no hubiese sido por los cañones, al mando de aquel gran capitán Pietro Bianco, entonces un muchacho de diez y ocho años, hubiésemos sido barridos de la faz del mundo, debido a aquel fracaso. Con todo, la caballería enemiga atacó con suficientes fuerzas y su ofensiva, apenas rota por el fuego de la artillería, nos ocasionó muchas pérdidas. Los derrotamos, pero nuestra batallón quedó tan diezmado que los reclutas de Vitelli se atrevieron a rebelarse. De mane-

ra que le mandé despachos al duque diciéndole que no había nada más que hacer en el sur. Me ordenó que me uniera a él, en el norte, donde ios reclutas de Vitelli no tendrían escrúpulos en luchar contra sus hermanos. No se lo ocurrió que podrían tener grandes escrúpulos en abandonar sus hogares, sus mujeresy sus cosechas para tomar parte en una guerra que no les concernía. En resumen, tardé tres semanas, amenazando continuamente a los rezagados con mi artillería, para unirme a él. Cuando pienso en aquella marcha, todavía me cubró de frío sudor y al considerar la campaña que siguió, gimo y retuerzo mi dedos.

De maneera que estuve en Monterosso diez y ocho meses. La mayor parte del tiempo — después que hube ganado la amistad del capitán de la guardia — en un cuarto muy agradable de la torre sur. Su ventana daba a las murallas, quedando como a seis pies encima del paso del centinela. Y como el centinela a semejanza de todos los centinelas tenía inclinación a economizarse los últimos pasos de recorrido, en las grietas de las piedras, debajo de mi ventana, había crecido el pasto y hasta algunas flores, cuya vista era muy agradable. Había también una enredadera en flor, que subiendo desde el barro del foso, se enroscaba alrededor de las

...eran un barbero, un perfumista y nu músico...

almenas y olía muy dulcemente.

Si no ganamos, al menos no perdimos tierra ni dinero. Y si no hubiese sido por aquel demonio de cabeza roja, que era cabo de las tropas de Vitelli — y ahora es ministro de estado del duque de Mantua — otro gallo cantara. Fué él quien fingió que los Vitelli habían comprendido el error de su conducta y nos indujo a confiar en ellos, en nuestra amarga necesidad; luego, cuando las cosas llegaron a su punto crítico, abandonaron las armas en presencia del enemigo, dejando nuestro flanco derecho tan desnudo como un recién nacido.

Eso fué el quince de Junio. A la noche había yo recibido doce heridas y estaba prisionero en el castillo de Monterosso.

* * * *

Haría como un mes que estaba prisionero en la torre y una semana que me habían trasladado del aposento de la torre, cuando murió el viejo Monterosso. Al saberlo me juré a mi mismo hacer una peregrinación hasta la ventana — no distaba más que seis pasos; pero yo estaba aún dolorido — para dar gracias a Dios por haberme salvado la vida. El médico, naturalmente, no se enteró de mi proyecto; pero yo hice el viaje hasta la ventana y mientras el cadáver del conde hacía ya dos noches que estaba expuesto, su humilde enemigo, Luigi Caradosso, respiraba lleno de gratitud el aire puro, entre los barrotes de hierro.

Ahora llegamos al punto importante, sa-

pientísimo (señor, quiere decir respecto a vuestro trabajo sobre las enfermedades mentales. Mirando hacia abajo vi que el lugar del centinela estaba ocupado por dos personas, ambas decorosamente vestidas de negro, aunque su conducta no demostraba el pesar propio de tan lamentables circunstancias. Eran el joven Fiala y la condesa María Traversi.

Fiala, recostado, contra el parapeto, tenía a María estrechamente abrazada con un brazo, mientras con la mano del otro arrancaba flores a la enredadera y se las ponía en el cabello. Cada vez que le colocaba una flor, la besaba. Y entre flores y besos sostuvieron una conversación que he procurado olvidar. Recuerdo, sin embargo que, después de un abrazo, el joven caballero hizo un gesto de dolor, mientras María gritaba que le había tocado su pobre herida y decía de mí palabras muy duras, besándole el hombro.

—Hubiera querido recibir una docena como ésta — yo le hubiese prestado de buena ganas las mías — por el premio que he conquistado.

La joven se estremeció.

—Estábamos en peligro — dijo — mi tío...

—Y el mío... — dijo él. — Ni aún moribundo nos perdonó.

—Sin embargo — exclamó ella — ¿qué hubieran ganado con que yo me casara con aquel señor bestial y tú con la hija del orfebre? Entonces, de acuerdo con sus planes, podrían haber hecho la guerra al duque de Romotia. Bueno... pues han peleado y uno de de ellos está muerto y el otro arruinado.

—¡Chit! — dijo el joven Fiala apretando su abrazo; y por algún tiempo estuvieron silenciosos, contemplando la puesta del sol.

—Yo creo, — dijo al fin, — que ellos supusieron que nuestro matrimonio tenía por objeto algún plan particular nuestro que podría perjudicarlos.

—Pero... ¿Acaso no les dijimos...?

—¡Ay, sí! Pero no entendían mucho de amor los pobres viejos. Ninguno de ellos había conocido una mujer como tú.

Más besos. Me ruborizo al escribir.

—Pero cuando les aseguramos que nuestro único deseo era ser el uno del otro y librarnos de estas guerras, — dijo la joven María; — cuando les dimos pruebas de ello cediéndoles nuestras tierras sólo por el dinero estrictamente necesario para poder vivir en el sur...

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! — dijo el joven Fiala moviendo la cabeza. — Creo que ni así comprendieron. Mira ese pajarito, adorada... Le lleva un gusano a su pichón...

Después de esta observación solté la reja y me arrastré, en cuatro pies, hasta la cama. Aquella noche tuve los "stigmata" o síntomas de la fiebre y anduve por los reinos del delirio. Me parecía encontrarme de nuevo en los campos de Vitelli, de Rometia, de los Dos Ríos, de Monterosso; no me refiero a los campos de batalla, sino a los comunes, abandonados, devastados. También ví el rostro muerto del viejo Monterosso, las cabezas inclinadas del de los Dos Ríos y de mi señor, el duque. Hasta me veía a mí mismo, tal como estaba, envuelto en vendas. Y aquellas tragedias me parecieron cómicas. Fué realmente mi risa lo que atrajo a la guardia y luego al médico. Les expliqué a ambos que todo aquello había ocurrido porque en sus discusiones sobre el matrimonio de sus sobrinos, ninguno de los dos viejos, expertos en las maldades del mundo, había considerado que el motivo podía ser el amor que mutuamente se profesaban.

Como digo, este punto de vista mío nació del delirio. Mejorado, y aún más viejo y más sabio de lo que lo era en aquel tiempo, le pregunté a todos los hombres viejos y sabios: ¿cómo podía ser que el duque, al arreglar los asuntos graves de su Estado, considerara una eventualidad tan ridícula?

Considerad que, — como he dicho detalladamente más arriba, — casándose los jóvenes de acuerdo a los deseos de sus tíos, en vez de una miserable pitanza, hubieran tenido cónyuges razonablemente humanos y toda la riqueza de Rometia para disfrutar

Más aún: Si sus tíos hubiesen realizado el proyecto que Guglielmo les atribuyó, Fiala y su esposa se hubieran tenido uno al otro hasta hartarse. Sólo que... si su matrimonio hubiera sido ordenado por razones políticas, se habrían aborrecido, con toda seguridad, mutuamente...

Se me ocurre, joven señor, que, puesto que he librado a mi duque de la acusación de locura que le hicísteis, podéis tomar a este joven noble y a su dama como ejemplo. Ciertamente, su proceder...

Pero si hacéis tal cosa, más ciertamente aún, y sin ninguna carta de aviso, yo iré a Bolonia, ciudad vigilada o no vigilada, y os cortaré las dos orejas.

Firmo ésta con los mejores deseos por vuestro futuro bienestar.

L. Caradosso.

Durante la pasada estación se han pescado en los mares boreales unas 445 ballenas.

****

El caballo no suele pasar de los 27 años y eso en el caso de tener una vida descansada. En el caso contrario, difícilmente llega a esa edad.

****

Si se hace un cálculo de los cigarrillos que durante un año se fuman en Inglaterra, llegaremos a la conclusión de que John Bull convierte en humo durante ese tiempo un colosal cigarrillo de 1.836.260 kilómetros de largo, con el cual podrían hacerse cuatro que teniendo un extremo apoyado en la Tierra podría fumarlos un hombre que viviera en la Luna, quedando todavía otro lo suficientemente largo para dar siete vueltas y media a la Tierra por el Ecuador.

EL RESCATE

Por DANA BURNET

"Romance", dijo ella, "¡esa es tu debilidad! Preferirías morir antes que dejar de ser romántico. Para mí esa es una palabra hueca que no significa nada, y porqué te amo voy a salvarte de esa ilusión que concluiría por malograr tu vida"

CUANDO ella lo encontró, él estaba caído entre las rocas y casi sin poder moverse. La marea estaba alta y el agua le mojaba hasta las rodillas. Era de noche y la luna iluminaba todos los objetos, dándoles una apariencia extraña y fantasmagórica.

El hombre permanecía inerte, y con su traje de etiqueta arrugado al parecer por la caída. Sentándose al lado de él, ella le preguntó:

—¿Se ha lastimado usted?

—No, — contestó él, — pero me siento muy mal. No puedo mover los brazos y me parece que la cabeza me pesa una tonelada. Pero por lo menos, el vértigo ha cesado. Hace un momento parecía que todo daba vueltas a mi alrededor. ¿Y quién es usted?

—Nadie, — contestó ella.

—Me alegro mucho. Creí que usted era una de las invitadas a la casa. Estoy cansado de ellas, pues parece que se alimentan de cocktails y cigarrillos. Son, en fin, mujeres a la moda, sin ideal alguno y siempre tratando de encontrar alguna sensación nueva. Soy un invitado de Barty Abbott y su esposa. —Aquí hizo una pausa y le preguntó extrañado. — ¿Son mis pies los que están en el agua?

—Sí; y lo peor es que la marea está subiendo. ¿Se siente usted con fuerzas para subir la colina y así librarse de ella?

—¿Subir estas peñas? — dijo él. — Ni soñarlo; en cambio, hay que ver como las bajé; no hay duda de que la ley de gravedad es un hecho cierto. No tengo deseos de intentar subir. Me siento perfectamente feliz donde estoy.

—Entonces, lo mejor que puedo hacer es ir a buscar socorro...

—Nada de eso: no se mueva, señorita Desconocida. Me siento extrañamente feliz teniendo la cabeza en su regazo y los pies bañados por el océano. Pero supongo que usted tendrá la buena idea de abandonarme para que me ahogue...

—No hable tonterías; ¿cómo voy a dejarlo que se ahogue? ¿Acaso usted desea morir?

—No; precisamente esa es mi flaqueza, — nunca tengo deseo alguno que sea beneficioso para mí. Por ejemplo, cuando Abbott me invitó a pasar aquí unos días, yo tenía el presentimiento de que me iba a ocurrir alguna desgracia y sin embargo, hice la tontería de venir. ¿Lo conoce usted a Barty?

—No, pero es necesario que trate de caminar y...

—Por favor, no me sacuda, pues cada vez que lo hace, me parece que la luna se va a caer encima de mí. Todo esto es lo más extraordinario que me ha ocurrido en mi vida: al caer desde arriba me sentía un nuevo Icaro volando y ahora al verle a usted deseo reflexionar sobre las extrañas consecuencias de los accidentes, al compararlas con la aburrida sucesión de hechos en la vida común...

Ella estalló en una risa irresistible, y dijo:

—¡Me parece que usted ha tomado demasiado!

—¡Oh, cómo no! pero no lo suficiente para ahogarme!

—Bueno, vamos. Es necesario que nos alejemos de aquí!

El agua subía de nivel lentamente, — le parecía una tremenda serpiente que trataba de apresarlos.

—Usted tiene razón, — contestó él con un suspiro lleno de resignación. — Debemos irnos de aquí, pero si no hubiera dado la casualidad de que usted viniera por aquí, no me habría movido. De pura curiosidad, para saber cuáles son las impresiones que uno siente al ahogarse. Pero la casualidad está contra mí, de manera que espero que usted irá a llamar a Bart y a las muchachas bailarinas para que me salven. Puede ir sin recelo: le prometo no ahogarme basta que usted vuelva.

La muchacha se sonrió nuevamente y exclamó impetuosamente:

—Pero, ¿por qué no trata usted de salvarse sin esperar la ayuda de los otros ? ¿Por qué no hace una prueba?

—Si me da usted alguna razón para que lo haga...

—Usted debiera intentarlo por lo menos para satisfacción propia: yo preferiría arrastrarme hasta arriba antes que esperar la ayuda ajena.

—Oh(ya me doy cuenta. Nuestros puntos de vista son diferentes, y yo no tomo las cosas de la manera que usted. Pero en fin, vamos a ver, ¿qué gano si me arrastro hasta arriba?

—¿Qué espera ganar por ello?

—Escúcheme, Desconocida: si logro llegar hasta arriba, me permitirá volverla a ver en el futuro y seremos amigos; en cambio, si tengo que ser rescatado por mis amigos,

nos separaremos para siempre. ¿Qué le parece?

—Encuentro que es una buena idea, — replicó ella. — Si usted se salva por medio de sus propias fuerzas, lo consideraré digno de mi amistad, pues no hay cosa que deteste más que ver a un hombre incapaz de valerse a sí mismo.

II

Nuestro héroe logró trepar hasta arriba; sus movimientos no fueron muy armoniosos, pero consiguió al fin lo que se proponía. Al llegar a la altura, ambos se sentaron en una saliente de las rocas y se examinaron mutuamente a la luz de la luna.

—Victoria, — dijo el hombre con una sonrisa curiosa en la que se mezclaba el triunfo y el dolor.

—¿Cómo se siente usted?

—Mucho mejor; la ascensión me ha hecho mucho bien. Era lo que me hacía falta para desentumecer los miembros. Creo que he dormido un rato allí abajo.

—Yo me estaba paseando por este camino, y a la luz de la luna lo divisé a usted caído al borde del agua. Naturalmente, creí que se habría lastimado mucho.

—Por mi parte, estaba en la casa con los demás invitados, celebrando una pequeña fiesta. Tomé más de lo necesario y decidí irme en busca de un poco de aire que me despejara la cabeza. Todavía no he llegado a darme cuenta cómo fuí a encontrarme allí abajo. Usualmente bebo muy poco, por orgullo de familia. Todos mis antecesores sabían beber como caballeros, y jamás se les notaba si estaban borrachos. — Y, ahora que me acuerdo de ello, mi nombre es Philip Randall. Ahora dígame cuál es el suyo.

—Yo soy... Mi nombre es Constante Striker.

—¡Qué curiosa diferencia hacen los nombres. Allí abajo, usted me dijo que no era nadie, y eso era suficiente para mí. En cambio ahora que sé su nombre completo, necesito saber más detalles.

Ella dijo:

—No tengo nada de misterioso. Mi edad es 22 años, vivo en Londres y me gano la vida trabajando...

—¿En qué trabaja? — le interrogó él con una ansiedad que por un momento le pareció a ella la de una criatura mal educada

—Hago diseños para vestidos en una casa de modas.

—¡Oh! ¿De manera que es usted una artista?

—No diría tanto como eso. Simplemente soy una mujer de negocios, aunque en mis vacaciones acosttumbro pintar acuarelas para entretenerme. En primer lugar no tengo talento creador, para ser una artista, y tampoco es mi profesión predilecta.

—¿Qué es lo que usted desearía ser?

Ella vaciló antes de contestar, dejando vagar su mirada por los senderos iluminados por la luna.

—¡Oh! No sé decirlo a ciencia cierta... quisiera ser una persona prominente. Deseo lo que todas las mujeres han ambicionado desde el principio del mundo. Estoy esperando que llegue a mí el príncipe encantador, que me lleve a su mansión real en Park Lane, y concluya coronándome reina del Amor. Y mientras tanto, me aburro soberanamente, esperando que el príncipe llegue...

Al decir esto se rió musicalmente. Tenía una manera contagiosa de expresar su hilaridad, que hacía a su interlocutor participar de su alegría. Después prosiguió:

—Ya sé lo que está pensando usted, pero está equivocado; yo no espero encontrar más de un hombre ideal. Esto lo sé por instinto, y además, le diré que no estoy exactamente esperándolo, sino que estoy ahora dedicándome a buscarlo.

III

Esta vez fué Philip quien soltó una franca carcajada.

—¡Eso sí que me gusta! ¿Y espera encontrarlo?

—¡Oh, sí, con tal de tener un poco de suerte!...

—¿Suerte

—Sí, yo creo en ella, y no pierdo las esperanzas de hallarlo.

—Y cuando lo encuentre, ¿qué piensa hacer? — dijo el hombre muy complacido ante el sesgo inesperado que tomaba la conversación.

—Lo reconoceré en seguida, y confío que él hará lo mismo conmigo, sino se lo tendré que decir, — agregó ella con energía, dando a su voz inflexiones casi masculinas.

—Pero, supóngase que resulta diferente a lo que usted piensa... la mayoría de los hombres dan grandes desengaños a las mujeres que los aman.

—¡Oh! — replicó la muchacha; — en ese caso, tendré que dedicarme a buscar alguna otra cosa que me interese. Pero, prefiero, naturalmente, el amor, como cualquier mujer formal. Por otra parte, si dicho amor me resulta un desencanto no crea ni por un momento, que voy a dejar que esto apene mi vida. No soy mujer propensa a los lloriqueos. Trataría, entonces de encontrar algún otro interés en la vida, pues me parece que siempre debemos progresar en todo, y buscar nuevos motivos de interés en nuestra existencia. Otra cosa sería enmohecer y morir. Y yo no quiero morir todavía.

Su compañero la contemplaba pensativo, y, finalmente, dijo:

—¿Y cómo se arregla usted para mantener su espíritu fresco y libre del entumecimiento que acaba de mencionar?

—¡Oh, no lo sé!

Su voz expresaba el asombro que le causaba haber expresado a este desconocido sus pensamientos más íntimos, y agregó:

—No sé por qué le digo a usted todo esto.

—¿Por qué no? Acaso no quedamos en que seríamos amigos Así lo prometió usted.

—Sí, pero...

—Estoy encantado con sus observaciones,

—Sí; y lo peor es que la marea está subiendo.

— dijo él. — Después de todo, ¿acaso el hombre se arriesga siempre a jugar con las fuerzas que concluyen por destruirlo?

Ella se sonrió irónicamente:

—Nunca hubiera creído que el tema que tratamos fuera tan serio.

—Escuche, mi querida señorita Desconocida: esta es una noche extraña y no sé por qué me siento arrastrado a decirle que estoy ahora debatiéndome conmigo mismo, tratando de encontrar la solución de un problema muy delicado, que no me decido a resolverlo.

Súbitamente hubo una interrupción al coloquio, sintiéndose a una mujer decir:

—Es usted Phil?

La pareja se levantó del suelo, y Constance vió que se acercaba una mujer vestida de blanco. Philip contestó:

—¡Venga, Clara, que deseo tener el gusto de presentarle a la señorita Strinker, — y dirigiéndose a la señora Abbot: — Ella me ha salvado, Clara.

—¿Salvado? — replicó Mrs. Abbot deteniéndose asombrada.

—Sí, sufrí una caída y miss Strinker me encontró en situación bastante peligrosa. Sin su presencia, posiblemente hubiera perecido.

—¡Oh!... ya me parecía que algo grave habría sucedido — y dirigiéndose a miss Strinker: — Desde ya le puedo asegurar que cuenta con el agradecimiento de todos los amigos de Phil... — y agregó:

—La invito a honrar con su presencia la casa.

Pero Constance declinó acompañarlos, y se despidió de ellos. Al estrechar su mano, Philip le dijo:

—Nos veremos de nuevo, ¿no es cierto? Posiblemente en la playa. Buenas noches.

Después de esto se separaron.

IV

Constance se paseaba por la playa a la mañana siguiente, vestida con su traje de baño, cuando un hombre se levantó de su asiento en las dunas y se dirigió a su encuentro:

—Hola, señorita Nadie, — dijo él.

Ella lo esperó; con rápida mirada observó que él también vestía malla de baño, comparándolo con el hombre inerme que había visto caído al pie de las rocas la noche anterior. Comprobó que presentaba un aspecto sano y vigoroso.

El la miró francamente, examinándola como un momento antes ella lo había mirado a él.

—Hablando francamente, — prosiguió él, — ¿le agrado a usted como para ser su amigo?

—Sí, creo que reune condiciones para ello.

—Bien; entonces no perdamos tiempo en preliminares inútiles. Usted es Constance y yo Philip. Como tales nos trataremos. ¿Cuánto tiempo piensa permanecer en Seahaven?

—Más o menos dos semanas.

—¿Dos semanas? — musitó él. — Es el tiempo que voy a quedarme yo también. ¿Qué le parece si realizamos un paseo a pie?

—Muy buena idea.

V

Caminaron hasta llegar al fin de las dunas y al llegar allí se tendieron sobre la arena. Allí permanecieron juntos, esperando la hora propicia para el baño.

—Su pelo es más rubio de lo que me pareció anoche, — dijo el hombre después de un largo silencio. — Y más linda también; eso me agrada mucho...

—¿Por qué?

—¡Oh! La razón es muy simple: si usted no fuera tan linda como es, la mañana estaría echada a perder para mí.

—Me siento extrañamente feliz esta mañana, — dijo Constance.

—Escuche, Constance, me temo que anoche dije una porción de tonterías y confío que las habrá olvidado.

—Depende de lo que tratara de decir con ellas, — contestó Constance.

—Dije algo acerca de un problema ¿no es cierto?

—Creo que sí.

—Bueno; eso no son más que tonterías; todo el mundo tiene problemas y hasta he sentido decir que la vida es un acertijo.

—¡Absurdo! Pero de cualquier manera me alegro que sus palabras de anoche no tuvieran significado especial alguno. Temía que estuviera en algún apuro serio.

—Oh, yo no creo en las dificultades, — arguyó Philip. — soy un optimista incurable, y siempre miro la vida a través de anteojos de color de rosa. Está muy linda el agua, Constance, ¿vamos a nadar?

Ella asintió y juntos se dirigieron hacia el agua. Pero antes de meterse en el agua Constance se detuvo y le observó:

—Estaba pensando en la posibilidad de encontrar a Mrs. Abbott por aquí esta mañana; lo más posible es que yo no la reconocería después de haberla visto sólo un momento a la luz de la luna.

—¡Clara! — dijo él al parecer sobresaltado. — Oh, sí, creo que sí...

Constance la reconoció a Mrs. Abbott, aunque usaba su traje de baño; se hallaba rodeada de media docena de muchachas, las que Philip le dijo eran las otras invitadas a la casa de Abbott.

Mrs. Abbott era sin duda alguna la más hermosa de todas. Exceptuando su boca, la que denotaba un carácter petulante, voluptuoso y cruel, todo en ella era atrayente.

Saludó a Constance casi efusivamente. Las había visto a ambas desde hacía un rato, y los había estado observando.

Constance aceptada por todo el grupo de mujeres, sus amigos y el marido de Mrs. Abbott, como una antigua amiga. Especialmente Barty Abbott se portó muy amablemente con ella. Era un hombre de pequeña estatura y aspecto de persona sana, que de todo se reía y en cualquier cosa hallaba el medio de hacer divertir a los demás.

Aparentemente Abbott había contado la historia del rescate de Philip de una manera graciosa e insistió en que ella era una verdadera heroína de novela. Constance se sonrió, y pensó para sus adentros que era un compeñero agradable.

Todos se arrojaron al agua. Abbott acompañando a Constance y Philip a Mrs. Abbott Clara dijo a Philip:

—¿Qué tal esa muchacha? ¿Es una compañera entretenida?

—Regular; pero me agrada.

—Me alegro mucho que usted se acuerde de que existen en el mundo otras mujeres que le agraden... Estoy segura de que usted es un gran tenorio y he tenido mil...

—Querida Clara, desearía que se sacara esa ridícula idea de la cabeza. Yo no soy un tenorio ni mucho menos, sino simplemente un pobre hombre sumamente hábil en el arte de quedar en ridículo.

—¡Eso sí que me gusta! — exclamó ella.

—Vamos a nadar, — dijo él bruscamente.

—No me importa su opinión, — prosiguió ella. — Voy a tratar muy bien a esa muchacha, y también quiero que usted sea muy amable con ella. Y estoy segura que dentro de dos semanas, usted vendrá a mí para decirme: "Clara, mi orgullosa belleza, no hay nadie en el mundo como usted".

—De eso no tengo la menor duda, — contestó Philip.

V

Clara Abbott se portó como una verdadera amiga con Constance. Philip y su nueva amiga estaban casi siempre juntos, pero nunca solos. Mrs. Abbott se encontraba siempre cerca observándolos. Sus ojos estaban fijos en la pareja con la intensidad de nua fiera ace-

ǐhando a su presa. Parecía esperar que ocuriera algo.

Durante estas dos semanas cada vez que a muchacha entró en el cotage de los Abbott entía subconscientemente la amenaza de la tra mujer, — muy velada, pero no por eso menos positiva.

Una tarde, a fines de agosto, Philip entró el estudio de Constance Striker, y encontándola sola, le dijo:

—Estoy enamorado de usted y deseaba decírselo porque es la pura verdad. Lo he sentido desde la noche en que usted me encontró en las rocas. Y yo pensé.... ¿Sabe usted qué?

—No, — contestó la muchacha.

—Pensé que esta era la primera vez en mi vida que me sentía feliz y satisfecho de vivir... Y eso lo sentía al mirarla a usted. Eso es todo, y confío que no la he ofendido al confesarle que la amo.

Como ella permanecía silenciosa, él continuó:

—Pero todo esto no tiene importancia alguna...

A esto, ella respondió:

—¿Por qué, si usted me ama como dice?

—Por la sencilla razón de que nuestros caminos son diferentes, y nunca se encontrarán.

—¿Es eso cierto, o simplemente está hablando así por decir algo?

—Es absolutamente cierto. Voy por el camino de la perdición, y hablando francamente, no me importa... Supongo que se podría explicar fisiológicamente. pero no tengo interés en explicaciones de ninguna clase.

—Pero supóngase que yo lo amara a usted...

—Oh, eso es precisamente lo que temo, y por eso le estoy diciendo esto. Porque se que usted me quiere un poco ¿no es cierto? ¿Para que engañarnos mutuamente? Pero usted necesita un amor que se ajuste a su vida y su manera de ser, en vez de ser contrario a ella.

—Mañana me voy, — dijo ella en voz baja y acariciadora. — Mañana nuestro sueño se habrá concluido. ¿Nos volveremos a ver antes de separarnos?

—Esta noche en las dunas, aprovechando el picnic de Clara.

—Bueno, quedamos convenidos así. Esta noche.

VI

Esa noche cuando ella llegó al lugar del picnic en las dunas, encontró a Barty Abbot solo al lado del fuego. Clara y Philip se habían ido a recoger leña para el fuego.

—Me alegro mucho de que haya venido, pues comenzaba a sentirme muy solo.

Cuando Clara yPhilip volvieron al lado del fuego, Constance vió que Abbott miraba a su mujer de una manera temerosa y como suplicante.

Los cuatro cenaron y después permanecieron pensativos al lado del fuego durante un largo rato. Finalmente Constance dijo:

—Quiero hacerles una pregunta; lo siento mucho si hiero los sentimientos de ustedes, pero deseo saber la verdad a toda costa. Deseo saber por qué razón Philip y yo no podemos casarnos. El me dijo esta tarde que me ama y yo le correspondo. ¿Me amas, no es cierto, Philip?

VII

La serenidad de Constance expresando su pasión en palabras tan sencilas, los hizo permanecer en silencio por unos momentos, pero de pronto Clara exclamó:

—¡Phil! ¿es cierto? ¿Es posible?

—Sí, — contestó el interrogado.

—Pero, entonces... Dios mío, ¿por qué?

Antes de que tuviera tiempo de terminar la frase, Barty la interrumpió, exclamando:

—¡Basta! esto es un picnic y bien podemos dejar esta cuestión para otro día. Creo que en un picnic no se debe decir la verdad de esta manera.

Philip habló rápidamente:

—No se ha dicho nada. Barty, — la única verdad de la que hemos hablado es que yo amo a Constance...

—Pero yo no quiero sentir las otras verdades que seguirán a esta!

Y volviéndose de espaldas al fuego, se alejó entre las sombras de la noche.

Entonces Clara se incorporó y dijo:

—Baty, espérame, — y lo siguió.

—¿Entonces usted sabía que Clara que quería?

—Sí, lo había adivinado desde el primer momento.

—Nosotros le íbamos a decir todo a Barty esta noche y después Clara y yo nos íbamos a ir juntos...

—¿Estando enamorado de mí, — preguntó la muchacha, — se iba usted a fugar con ella?

—Todo lo teníamos convenido desde mucho antes de conocerla a usted, querida señorita Desconocida. Conozco a Clara desde hace varios años, y una noche después de haber bebido más de la cuenta, convinimos en fugarnos juntos...

—¿Y usted ha sido tan romántico y caballeresco como para no desdecirse de una promesa hecha cuando estaba borracho? Y posiblemente el hecho de que Clara es una mujer casada, hacia el enredo más interesante y novelesco. ¡Siempre el mismo ramanticismo!

—Pero, querida...

—¡No escuche! Yo no creo en el romance — es una tontería — Yo me he tenido que ganar la vida, y se lo que esto significa. Y cuando me dí cuenta de que lo amaba...

—¿De manera que está usted segura de que me ama?

—Si no lo hubiera amado, ¿cree usted que hubiese hecho lo que hice esta noche? ¿Cree acaso que hubiese llegado a rescatarlo de las garras de esa mujer? Y sin esperar a que el contestara, se abrazaron, y ambos comprendieron que la vida también ofrece algunas compensaciones y que no todo en ella son amarguras y desengaños.

DOS HOMBRES Y UNA MUJER

Por JOSE MONTERO ALONSO

SE habían sentado, al atardecer, en la terraza de un café céntrico. Pasaba ante ellos la multitud espesa, inquieta. En la amplia calle, aquella hora tenía una ruidosa palpitación. Atronaba continuamente el escándalo de coches y tranvías. Sobre la muchedumbre gris brillaban los colorines de los trajes de las mujeres. El rojo, el verde, el azul de las leves vestimentas eran más vivos sobre el fondo confuso, borroso, de aquella primera penumbra del atardecer.

Los dos amigos hablaban lentamente, perezosamente, con palabras sueltas, sin brío, sin interés. Todas las tardes aquella hora los sorprendía allí, en la misma terraza, ante la misma mesa, diciendo casi las mismas palabras. Comentaban con indiferencia aquel diario pasar de la multitud hacia el trabajo o el amor, hacia el "flirt" o la tristeza. Ellos eran espectadores siempre. Por sus almas plácidas no pasó la tentación de querer ser, alguna vez, protagonistas, actores, en esta liviana tragicomedia del mundo.

—Es bonito Madrid a esta hora, ¿verdad?

—Está muy bien, sí. Día a día va notándose su transformación. Se convierte en una ciudad nueva.

—Una ciudad que será la desesperación de los viejos saineteros, empeñados en ver aún un Madrid con organillos, "simones" y pañuelos de crespón.

—Sin todo esto, un ambiente que pasó, el Madrid actual es sencillamente encantador. Más amplio, más limpio, más alegre...

—Todo en él ha mejorado: las calles, las casas, los cafés, los teatros...

—Y las mujeres...

—... y las mujeres, sí...

* * * *

Y así, sencillas, triviales, plácidas, eran siempre las conversaciones de los dos amigos. En ellas nunca se encendía la violencia de una discusión. Los dos pensaban igual, opinaban igual, sentían igual...

A esas charlas apenas se asomaba lo que en las palabras de los hombres suele ser combate y pasión: la política, el arte, la moral... Sólo temas menudos, nimios, iban surgiendo en sus pensamientos y de sus bocas, mansamente. Las dos vidas eran dos ríos paralelos y tranquilos.

La amistad, perfecta, cumplida, había encontrado un admirable ejemplo en estos dos hombres a quienes nada divorció nunca. Eran francos y leales. Sus frentes eran diáfanas, y fuerte y noble el vigor de sus manos al enlazarse en el saludo o en la despedida. Miguel y Luis no eran un amigo y otro amigo. Eran los Amigos...

Nunca se habían conocido el uno al otro una pasión de mujer. Las miraban, las veían pasar, simplemente... La amistad había mutilado en ellos todo otro sentimiento vivo, pasional: el arte, la política, el amor.

Si alguna vez la mujer pasó junto a ellos fué sólo fugitivamente. Distracción, entretenimiento, nunca amor e inquietud. Los amigos, en el escalón de los treinta años, no conocían aún el gran amor.

¿Qué diablo sutil una lírica tarde de primavera, sembró en ellos la rara e inesperada semilla? No sabrían explicárselo. Desde lo subconsciente, una voz callada, una fuerza honda empujó aquellas palabras que señalaban en sus vidas un ritmo insospechado, nuevo, desconcertante.

Hablaban, como todas las tardes, en la terraza de un café céntrico. Tenía todo, en aquella hora, una sutil, una indefinible fragancia de mujer. Unas acacias próximas habían abierto el pomo de su aroma primaveral. La calle se llenaba de claros trajes femeninos.

Y la idea, diablesa, punzante, se clavó en los dos pensamientos, abrió surco a través de ellos, y cantó en la boca, triunfalmente:

—... Yo no pensé nunca en ello. Pero ¿no crees tú que nos hace falta una mujer?

—Sí. Nos hace falta... ¿Cómo no habíamos de estar en ello de acuerdo también?

—Una novia, ¿eh?

—Una novia bonita, a quien querer, a quien acompañar en estas tardes tan admirables. Hemos de hacerlo...

—Debe de ser bonito querer de veras a una mujer, ¿no?

—Y que ella quiera también de verdad... La buscaremos, la buscaremos.., Una novia ahora, que...

—... que más tarde puede llevarnos hasta el dulce yugo matrimonial...

—La novia, la mujer, el hogar... Nos hacemos ya dos personas serias, querido Luis...

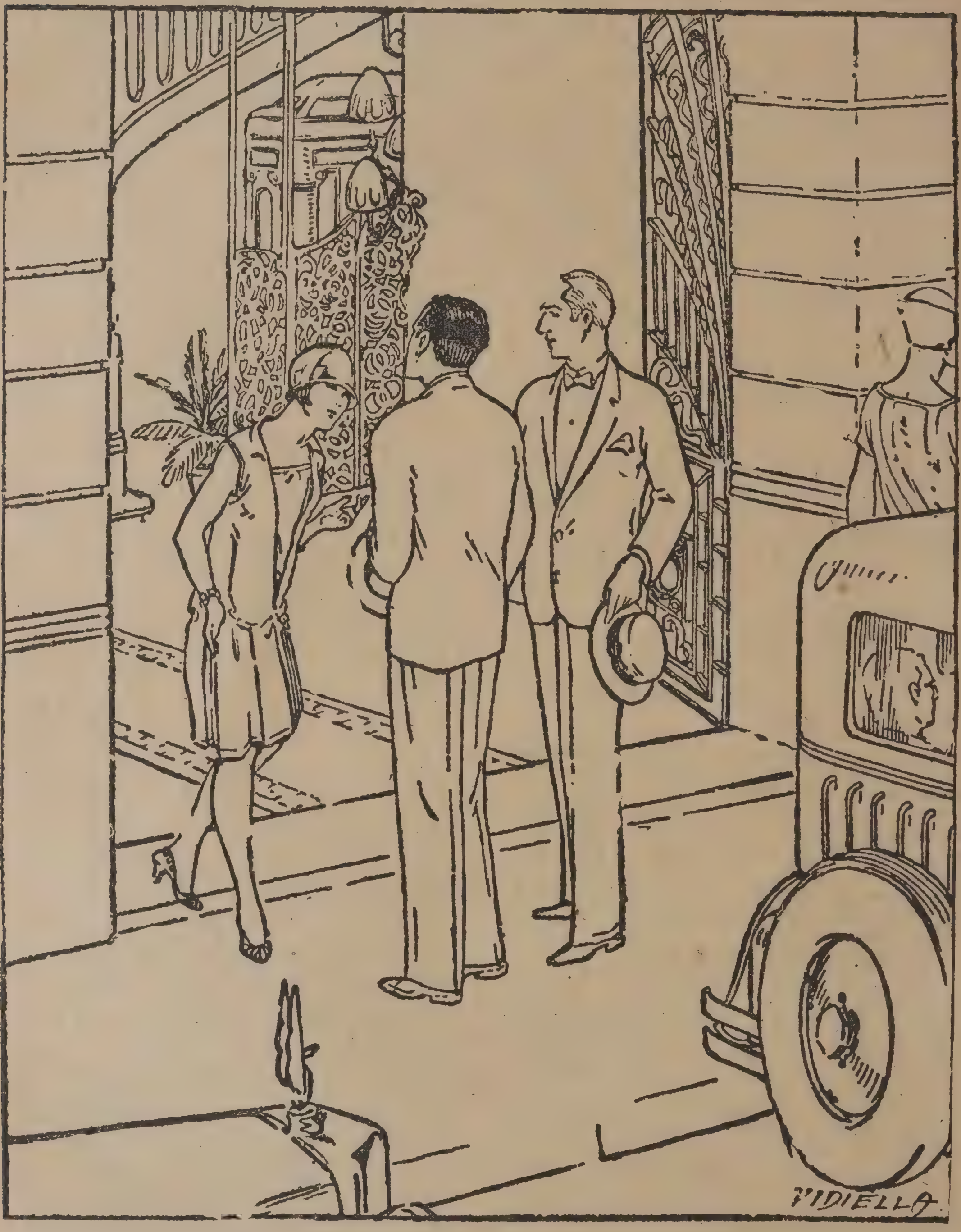
—Sí. El hogar, la mujer, la novia... Sobre todo la novia, indispensablemente... Lo primero, la novia...

—La novia, eso es...

Y la palabra blanca, la palabra luminosa, "novia", dejaba una estela de ingenua emoción en el ánimo y en la charla de los dos amigos...

* * * *

Buscaron la novia. La voz de sus treinta años no supo decirles que el amor no se busca como se busca un destino, un libro o un dinero que nos hace falta. El amor llega y se va "porque sí", imprevistamente, bohemiamente. El amor, irreflexi-



— Mañana no vendrán mis amigas a buscarme y así bajaremos juntos.

vo y absurdo, pueril y complicado a un tiempo, está más allá de toda lógica y de todo esfuerzo. El amor — ésta es su belleza — escapa a la más absoluta ley racional o matemática.

Pero de esto no sabían los dos amigos. Las palabras bonitas de la vida — aventura, imprevisto... — ¿qué eran para sus existencias plácidas, sin ambición y sin sueños? Reducían el amor a una cuestión de propósito, nada más. Y, en efecto, buscaron la novia...

La buscaron, como si se tratara de algo hallable en una feria, en los sitios más frecuentados por las burguesitas. Porque su novia había de ser una burguesita, claro... Los dos amigos carecían de tacto y de sensibilidad para modelar el alma de una mujer "de abajo", — intuición, pureza — y pulirla y afinarla como una creación nueva, propia. Y carecían, también, de la ambición y el espíritu necesarios para conseguir una mujer superior a ellos en posición, en inteligencia o en sentimiento. Sus dos almas plácidas habían de rimar, necesariamente, con un alma de burguesita...

Pasearon, en la amable busca, por Rosales y Recoletos, en las horas lentas de la tarde. Y un día encontraron la novia... Entre los dos amigos y un grupo de muchachas se estableció, sin palabras, una mutua simpatía. Era en Recoletos. En una de las vueltas dadas por las muchachas, los hombres se acercaron, Hablaron unos y otras, y a la media hora parecían todos viejos amigos. Alma y capitán del grupo femenino era una mujercita menuda y morena. Todo, en ella, lo eran los ojos: unos ojos grandes, vivos, luminosos...

Pasearon juntos un día, y otro, y otro. Las preferencias de los dos amigos se concretaron en aquella misma mujer. Eran, sus sentimientos, los dos lados de un ángulo que convergían a un mismo vértice. Ella tenía un nombre sonoro y español. Se llamaba Soledad. Era vivaz, risueña e inteligente. Sostenía perfectamente la doble conversación con Miguel y con Luis. Hablaban los tres, y las muchachas restantes, borrosas, quedaban como en un segundo término...

Un día la acompañaron a su casa. Al día siguiente, también... Ella tenía palabras y sonrisas para los dos. Ninguno podía considerarse estimado inferiormente al otro. Y los dos estaban retenidos en el dulce maleficio de la misma mujer.

* * * *

—Mañana — dijo Soledad un día a los dos amigos, ante la puerta de la casa, al despedirse — no vendrán mis amigas a buscarme. Me encontraré allí, en el paseo, con ellas. Si quieren, pueden venir ustedes a buscarme, y así bajaremos juntos, ¿eh? Quedamos en eso, entonces... Me vienen a recoger, a las seis...

* * * *

Aquella noche, entre las nieblas del insomnio, la imaginación de Luis cabalgó, desenfrenada por regiones imprevistas. ¿Qué situación extraña era aquella de los dos amigos ante la misma mujer? ¿Qué se proponía ésta, sin decidirse por ninguno de los dos? ¿Cuál podía ser el final de aquella relación que con miras al noviazgo comenzaron?...

Estas preguntas encendían continuamente su luz investigadora entre la sombra densa del cerebro de Luis. Realmente, la mujer no se había decidido por ninguno de los dos; pero ¿es que podía decidirse, sin riesgo de caer en delito de descortesía ante el otro?

Una luz triste fué haciéndose en el pensamiento de Luis. El debía dejar íntegramente el campo a su amigo. Debía retirarse antes de que fuera la mujer que se lo indicara o antes de que la violencia de la situación le hiciera perder el amigo. Prefería perder la mujer ahora conocida, a perder el amigo a quien estimó siempre. Soledad sólo podía ser de uno: que fuese de Miguel, ya que éste parecía verdaderamente entusiasmado ante la probable novia... El renunciaría al amor para conservar la amistad.

Con esta misma idea despertó a la mañana siguiente, el día en que habían de verse los dos amigos con la mujer. Sí, estaba decidido. No iría a la cita. Que fuera solo el otro, para que de ese modo el amor de él y de ella encontrara más llano el camino...

Y a las seis, en vez de lo convenido, se dirigió al café céntrico de tantos días anteriores. Se sentó en la terraza. Melancólicamente, fué imaginando que a aquella hora Soledad y Miguel se encontrarían, y comenzarían a andar, a andar, en el prólogo de su amor...

Una voz le sacó de su viaje imaginativo:

—¡Cómo! ¿Tú aquí?

—¡Miguel! ¿Qué ha pasado que no has ido?

Era Miguel, el amigo. También él había querido ceder el campo a Luis. Se lo contaron el uno al otro con palabras breves, rápidas. Un mismo sentimiento, una misma fuerza, un mismo espíritu de sacrificio les empujó allí. Recíprocamente, en homenaje a la amistad habían renunciado al amor, creyendo cada uno que el otro sería el apasionado y el afortunado.

—Yo, — hablaba Miguel, — creí que irías tú esta tarde. Preferí que fueses tú el que se arreglara con ella. Por eso me vine aquí, al café, suponiendo que a esa hora vosotros os iríais juntos...

Quedaron en silencio. La Amistad había ahogado al Amor. Ya, todas las tardes, volvieron juntos al mismo café, como antes de aquel breve paréntesis sentimental. De sus almas tranquilas marchó, ahuyentada, la idea de la novia, también... No volvieron a ver a Soledad. Soledad había amenazado ser, en la quietud de sus vidas plácidas, "la piedra en el lago". Pero la piedra no llegó a caer, y aquel lago de amistad leal, continua, no perdió su quietud de siempre. Una quietud que era ahora, es verdad, un poco triste...

TARZAN DE LOS MONOS

CUARTA PARTE

EL HIJO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

BAYNES no entendió sus palabras, dichas en árabe, pero el movimiento del pulgar del jeque hacía él le reveló que era su persona el objeto de la conversación. El árabe a quien se había dirigido el jeque saludó a su amo e hizo a Baynes señas de que le siguiera. El inglés se volvió a mirar al jeque como pidiendo confirmación. El viejo movió la cabeza con impaciencia y el honorable Morison se levantó y siguió a su guía a una choza indígena, situada cerca de una de las tiendas exteriores de piel de cabra. En el oscuro y maloliente recinto lo dejó su guía, el cual salió a la puerta y llamó a dos muchachos negros que estaban en cuclillas delante de sus tiendas. Acudieron los dos prontamente y cumpliendo las instrucciones del árabe ataron a Baynes de pies y manos. El inglés quiso oponerse enérgicamente, mas perdió el tiempo, porque ni los negros ni el árabe entendían sus palabras. Una vez que lo dejaron atado salieron de la choza.

El honorable Morison estuvo largo rato meditando el espantoso porvenir que le esperaba durante los largos meses que habían de pasar antes que sus amigos se enterasen de su predicamento y pudieran acudir en su socorro. Ahora deseaba ya que enviaran el rescate, pues de buena gana habría dado cuanto poseía por poder salir de aquel antro. Al principio era su intención cablegrafiar a sus apoderados que no mandaran el dinero, sino que comunicaran con las autoridades británicas del Africa occidental para que se enviara una expedición en su auxilio.

Su aristocrática nariz se encogía de disgusto cuando percibía los asquerosos olores de la choza. Las mugrientas hierbas sobre que yacía exhalaban el efluvio de cuerpos sudorosos, de sustancias animales corrompidas y de basura. Mas aún había de llegar lo peor. Pocos minutos llevaba tendido en la incómoda posición en que le habían dejado, cuando se dió cuenta de una picazón aguda en las manos, el cuello y la cabeza El picor se extendió rápidamente a otras partes de su cuerpo. Aquello era una tortura... Y para colmo de males le habían atado las manos a la espalda.

Forcejeó y tiró de sus ligaduras hasta quedar exhausto; mas no lo abandonó del todo la esperanza, porque estaba seguro de que había logrado aflojar el nudo lo bastante para que llegado el momento pudiera soltar una de las manos. Cerró la noche, sin que le trajeran de comer ni de beber. Preguntóse el joven inglés si aquella gente imaginaría que iba a pasarse un año viviendo del aire. Las picadas de los bichos iban molestándole menos, aunque no eran menos abundantes. El honorable Morison Baynes vió un rayo de esperanza en esta indicación de futura inmunidad por inoculación. Seguía trabajando con poca fuerza para desatar sus ligaduras, cuando se presentaron las ratas. Si la miseria era asquerosa, las ratas eran aterradoras. Los inmundos roedores empeza-

ron a pasearse por su cuerpo, chillando y peleándose, y finalmente una de ellas comenzó a morderle una oreja. Profiriendo un juramento el honorable Morison hizo esfuerzos por sentarse en el suelo. Las ratas se retiraron. Luego el caballero movió las piernas y se puso de rodillas, y al fin, con un esfuerzo sobrehumano, se levantó en pie. Y allí se quedó, vacilando como un borracho, y bañado en sudor frío.

—¡Dios santos! — murmuró. — ¿Qué he hecho yo para merecer...?

Se detuvo. ¿Qué había hecho? Pensó en la doncella que estaba en otra tienda de aquella aldea de maldición. Dios le mandaba el castigo que merecía. Al darse cuenta de esto, el honorable Morison apretó los dientes. No volvería a quejarse.

En aquel instante percibió voces que sonaban airadamente en la tienda de piel de cabra, junto a la choza en que él se hallaba. Una de ellas era de mujer. ¿Sería la de Meriem? El idioma en que hablaban era probablemente árabe; Morison no entendía una sola palabra de él; pero el acento era de Meriem indudablemente.

Trató de discurrir algún medio de indicar a la joven su próxima presencia. Si ella pudiera quitarle las ligaduras, se escaparían juntos... si es que ella deseaba escaparse. Este pensamiento le tenía preocupado. No estaba seguro de la posición de Meriem en la aldea. Si era allí la niña mimada del poderoso jeque, no tendría probablemente ninguna gana de huir. El honorable Baynes necesitaba saberlo positivamente.

En el bungalow había oído muchas veces a Meriem cantando el "Dios salve al rey", acompañada al piano por Cariño. Levantando la voz, se puso a tararear la canción. Inmediatamente oyó la de Meriem en la otra tienda. La muchacha habló rápidamente.

—¡Adiós, Morison! — exclamó. — Si Dios es bueno habré muerto antes que llegué el día, porque si aún vivo estaré bastante peor que muerta una vez que pase esta noche.

Oyó después Morison una exclamación airada con voz de hombre, seguida de ruido de riña. Bayne se puso pálido de horror, y de nuevo luchó frenéticamente con sus ligaduras. Estas cedían. Un momento más tarde tenía libre una mano, y entonces fué sólo obra de un instante libertar la otra. Se inclinó, desató la cuerda de los tobillos, y después se dispuso a salir de la choza, con el afán de llegar al lado de Meriem. Mas al salir a la noche, la figura de un enorme negro se levantó y le cerró el paso.

Cuando era precisa la velocidad, Korak no contaba con más músculos que los suyos. De suerte que no bien Tantor lo dejó sano y salvo en la misma orilla del río en que se extendía la aldea del jeque, el Matador abandonó a su colosal compañero y se lanzó rápidamente a los árboles en dirección al sur, donde, según le había dicho el sueco, debía de estar Meriem. Era ya oscuro cuando llegó a la empalizada, que se había reforzado considerablemente desde el día en que él rescató a su amáda, salvándola de la vida cruel que llevaba dentro de un recinto. El gigantesco árbol ya no extendía sus ramas sobre la cerca de madera; pero las ordinarias defensas dispuestas por el hombre apenas eran obstáculos para Korak. Se quitó la cuerda de la cintura, tiró el nudo corredizo a uno de los aguzados postes que componían la empalizada y un momento más tarde su vista llegaba al nivel del obstáculo y abarcaba todo lo que detrás de él quedaba. No viendo a nadie cerca, Korak se levantó hasta lo alto y se dejó caer vivamente al suelo en el interior de la valla.

En seguida comenzó su cauteloso registro de la aldea. Primero se encaminó a las tiendas de los árabes, olfateando y escuchando. Pasó por detrás de ellas, en busca de alguna señal de Meriem. Ni siquiera los terribles perros de la aldea se dieron cuenta de su paso; tanta era su cautela y su silencio, semejante al de una sombra pasando entre sombras. El olor de tabaco le dijo que los árabes estaban fumando delante de sus tiendas. Sonaron risas en sus oídos, y luego, del lado opuesto de la aldea, llegaron hasta él las notas de una canción familiar en otro tiempo: "Dios salve al rey". Korak se detuvo perplejo. ¿Quién podría ser? La voz parecía de hombre. Recordó al joven inglés a quien dejó en el sendero al lado del río, y que había desaparecido antes que él volviera. Un momento más tarde sintió una voz de mujer que contestaba. Era la de Meriem. El Matador, espoleado a la acción, se lanzó rápidamente en dirección a aquellas dos voces.

Terminada la cena de aquella noche, Meriem se había trasladado a su camastro, en la parte destinada a las mujeres en la tienda del jeque, que formaba un rinconcillo en la parte posterior separada de lo restante, por un par de valiosos tapices persas, que formaban una especie de tabique. En aquel departamento había vivido Meriem sola con Mabunu, porque el jeque no tenía esposas. No había cambiado la situación al cabo de tantos años de ausencia. Meriem y Mabunu se hallaban solas en el departamento de las mujeres.

No tardó en aparecer el jeque separando los tapices, y miró hacia el interior, iluminado por confusa luz.

—¡Meriem! — ordenó. — ¡Ven aquí!

Levantóse la muchacha y salió a la parte delantera de la tienda, cuyo interior estaba iluminado por la luz de una pequeña fogata. Allí vió Meriem a Alí ben Kadin, el medio hermano del jeque, en cuclillas sobre una alfombra y fumando. El jeque se hallaba en pie. El y Alí ben Kadin habían tenido el mismo padre, pero la madre de Alí ben Kadin era una esclava, una negra de la costa occidental. Alí ben Kadin era viejo y repugnante y casi negro. Tenía la nariz y parte de una mejillas roídas por la enfermedad. El hombre levantó la vista e hizo una mueca al entrar Meriem.

El jeque señaló con el pulgar a Alí ben Kadin y se dirigió a su supuesta hija.

—Me voy haciendo viejo — le dijo. — Y

ya me queda poco tiempo de vida. Por consiguiente, te he regalado a Alí ben Kadin, mi hermano.

No dijo más. Alí ben Kadin se levantó y se acercó a Meriem, que retrocedió horrorizada. El árabe mestizo le agarró la muñeca.

—Ven — le dijo, y la arrastró fuera de la tienda del jeque en dirección a la suya.

Una vez que se fueron el jeque rompió a reir.

—Cuando la mande para el norte dentro de unos meses — se dijo monologueando, — ya verán cuál es la recompensa de haber matado al hijo de la hermana de Amor ben Khatour.

En la tienda de Alí ben Kadin Meriem suplicó y amenazó, pero todo en vano. El repugnante y viejo mestizo empezó por decirle palabras tiernas, mas cuando Meriem vertió sobre él el frasco de su indignación, de su horror y de su repugnancia, el hombre se puso furioso, y corrió hacia ella para abrazarla. Dos veces logró Meriem desasirse, y en uno de los intervalos en que se vió libre oyó la voz de Baynes que tarareaba el himno destinado indudablemente a sus oídos. Al oír que la joven contestaba, Alí ben Kadin, se precipitó de nuevo sobre ella, y esta vez la arrastró al departamento trasero de su tienda, donde tres negras levantaron la vista con indiferencia ante la tragedia que se iba a representar delante de ellas.

Cuando el honorable Morison Baynes vió que le cerraba el paso el enorme corpachón del gigante negro, el desencanto y la rabia le llenaron de un furor bestial que lo transformó en una fiera del desierto. Profiriendo un juramento se lanzó contra el hombre que se le interponía, y el impulso de su cuerpo derribó al suelo al indígena. Allí empezaron a luchar, el negro por sacar su cuchillo, y el blanco por estrangularlo.

Los dedos de Baynes impidieron el grito de auxilio que el negro habría querido exhalar; pero el indígena logró al fin sacar su arma, y un instante después Baynes sintió la frialdad del acero en el hombro. Una y otra vez cayó el arma sobre su carne. El blanco quitó una de las manos de la garganta del negro. Buscó en torno, por el suelo, algún proyectil, y por fin sus dedos tropezaron con una piedra y la empuñaron. Levantóla sobre la cabeza de su antagonista, y le asestó un formidable golpe. Instantáneamente el negro le soltó, atontado. Baynes le dió otros dos golpes con la piedra, y al fin se puso en pie y corrió hacia la tienda de piel de cabra en que había oído sonar la voz de Meriem, llena de congoja.

Mas antes que él llegó otro. Desnudo, salvo la piel de leopardo y el taparrabo, Korak el Matador, se había deslizado en las sombras hasta la espalda de la tienda de Alí ben Kadin. El mestizo acababa de arrastrar a Meriem al departamento trasero en el momento en que el agudo cuchillo de Korak hizo una raja de seis pies en la lona de la tienda: y el Matador, alto y poderoso, penetró por allí y se apareció a los asombrados moradores del interior.

Meriem lo vió y conoció en el instante de entrar a Korak. Saltó su corazón de orgullo y de alegría al ver la noble figura por lo cual tanto tiempo había suspirado.

—¡Korak! — exclamó.

—¡Meriem!

Profirió el Matador esta sola palabra en el momento de abalanzarse sobre el asombrado Alí ben Kadin. Las tres negras saltaron de sus camastros dando gritos. Meriem trató de impedir que se escaparan; mas antes que pudiera conseguirlo, las aterradas negras se habían precipitado por el agujero hecho por Korak, y se precipitaron gritando por la aldea.

Los dedos del Matador se aferraron a la garganta del repugnante Alí. Una vez se hundió el cuchillo en el podrido corazón, y Alí ben Kadin quedó muerto en el suelo de su tienda. Korak se volvió en seguida a Meriem, y en el mismo momento una figura desgreñada y cubierta de sangre penetró en el aposento interior.

—¡Morison! — exclamó la joven

Korak se volvió a mirar al recién llegado. Ya casi se disponía a tomar a Meriem en brazos, olvidando todo lo que pudiera haber ocurrido desde que la vió por última vez. Más de pronto la llegada del joven inglés le trajo a la memoria la escena presenciada en el calvero, y una ola de pesar invadió el corazón del hombre-mono.

Ya sonaban fuera los gritos de la alarma provocada por las tres negras. Corrían hombres hacia la tienda de Alí ben Kadin. No había tiempo que perder.

—¡Pronto! — exclamó Korak volviéndose a Baynes, que apenas había comprendido aún si se hallaba delante de un amigo o de un enemigo. — Llévatela a la empalizada, por detrás de las tiendas; aquí tenéis mi cuerda; con ella podréis escalar la valla y escaparos.

—Pero ¿y tú, Korak? — exclamó Meriem.

—Yo me quedo, — replicó el Matador. — Tengo que entendérmelas con el jeque.

Meriem habría querido quedarse también, pero el Matador los tomó a ambos por los hombros y los empujó por la rendija de la tela hasta las sombras del exterior.

—¡Ahora corred! — le dijo; y se volvió para hacer frente y contener a los que entraran en la tienda por delante.

El Matador luchó como un héroe, como no había luchado nunca; pero la cantidad de sus adversarios era demasiado grande para darle la victoria, aunque consiguió lo que deseaba, que era tiempo para que el inglés se escapase con Meriem. Luego se vió dominado por el número, y pocos minutos más tarde, guardado y atado, fué conducido a la tienda del jeque.

El viejo estuvo largo rato contemplándolo en silencio. Estaba tratando de encontrar alguna forma de tormento que satisfaciera su rabia y su odio hacia aquel ser que ya dos veces había sido la causa de que perdie-

ra la posesión de Meriem. La muerte de Alí ben Kadin le causaba poca ira, pues siempre había odiado al repugnante vástago de la hedionda esclava que tuvo su padre. El golpe que aquel guerrero blanco desnudo le dió en otro tiempo daba pábulo a su furor. No se le ocurría nada proporcionado a la ofensa de aquella criatura extraña.

Y mientras se hallaba mirando a Korak, rompió el silencio el trompeteo de un elefante de la selva, al otro lado de la empalizada. A los labios del Matador acudió una disimulada sonrisa. Volvió un tanto la cabeza en la dirección de aquel sonido, y de sus labios brotó un llamamiento apagado y singular. Uno de los negros que le custodiaban le dió en la boca con el mango de su venablo; pero ninguno de los presentes sabía la significación del grito del cautivo.

En la selva Tantor aguzó las orejas cuando llegó a él el sonido de la voz de Korak. Se acercó a la empalizada pasó la trompa por cima de ella y olfateó. Luego arrimó la cabeza a los leños que la formaban y apretó fuerte; pero la valla sólo cedió un poco al empuje de Tantor.

En la tienda del jeque éste se levantó al fin, y señalando al atado cautivo, se volvió a uno de sus lugartenientes.

—¡Quemadlo! — ordenó. — Inmediatamente. La estaca está preparada.

La guardia empujó a Korak fuera de la presencia del jeque. Se lo llevaron a rastras al espacio libre del centro de la aldea, donde se veía una elevada estaca hincada ne el suelo. No se la destinaba a quemar a nadie, pero ofrecía un lugar a propósito para atar a los esclavos remolones y azotarlos, muchas veces hasta que la muerte los libraba de la tortura.

A aquella estaca ataron a Korak. Luego llevaron leña y la amontonaron a su alrededor, y el jeque se presentó y se quedó allí plantado, para poder observar la agonía de su víctima. Pero Korak no pestañeó siquiera, ni aun al ver que cogían una antorcha y que las llamas prendían en la seca madera.

Entonces levantó otra vez la voz para proferir el apagado llamamiento que antes había hecho en la tienda del jeque; y de pronto, al otro lado de la empalizada, se volvió a sentir el trompeteo del elefante.

El viejo Tantor había empujado en vano la empalizada. El ruido de la voz de Korak al llamarle, y el olor del hombre, su enemigo, llenaron al enorme animal de furia y de coraje contra la estúpida barrera que lo detenía. Dió media vuelta, recorrió unos cuantos pasos, y luego se volvió de nuevo, levantó la trompa y profirió un poderoso rugido de ira. Bajó la cabeza y se precipitó como un inmenso ariete de huesos y músculos contra la fuerte barrera.

La empalizada cedió y se hizo astillas al recibir el choque, y por la brecha se precipitó el enfurecido animal. Korak oyó los mismos ruidos que los otros, pero para él era claro lo que los demás no entendían. Las llamas iban acercándose más a él cuando uno de los negros, al oír el ruido a su espalda, se volvió y reparó en el bulto enorme de Tantor que corría al ataque. El indígena huyo dando gritos, y al instante el descomunal paquidermo estuvo en medio de ellos, derribando negros y árabes a diestro y siniestro, y se lanzó por entre las llamas, que tanto temía, hasta el lado del compañero a quien tanto amaba.

El jeque vociferando órdenes a sus parciales, corrió a su tienda en busca de su rifle. Tantor envolvió con la trompa el cuerpo de Korak y la estaca a que se hallaba atado, y la arrancó del suelo. Las llamas socarraban sus sensible piel (sensible a pesar de su espesor); y en su frenesí por rescatar a su amigo y por librase del odiado fuego estuvo a punto de estrujar el cuerpo de Korak hasta dejarlo sin vida.

Levantando su carga muy por cima de su cabeza, el gigantesco animal dió media vuelta y corrió hacia la brecha que acababa de abrir en la empalizada. El jeque, rifle en mano, salió de su tienda y se precipitó en el mismo camino del enloquecido proboscídeo. Levantó el arma y disparó una vez; pero el proyectil erró el blanco y Tantor cayó sobre el jeque, aplastándole bajo sus patas gigantescas al pasar por cima de él, como cualquiera de nosotros podría aplastar una hormiga que se interpusiera en nuestro camino.

Y en seguida, llevando con todo cuidado su carga, Tantor, el elefante, desapareció en la espesura de la selva.

XXVI

Meriem, deslumbrada por la inesperada aparición de Korak, a quien daba por muerto hacía mucho tiempo, permitió que se la llevara de allí el honorable Morison Baynes. Por entre las tiendas la condujo el inglés sin tropiezo hasta la empalizada, donde siguiendo las instrucciones del Matador, echó un nudo por cima de las estacas verticales que formaban la barrera. Con dificultad logró llegar a lo alto, y en seguida bajó la mano para ayudar a Meriem a subir.

—¡Ven! — cuchicheó. — ¡Corramos!

Y al oírle, Meriem, como si despertara de un sueño, volvió en sí. Allá, detrás de ellos, luchando contra sus enemigos, se hallaba Korak, solo, su Korak. El sitio de ella estaba al lado del Matador, para luchar también con él y por él. Se encaró con Baynes, y le dijo:

—Vete tú. Vuelve a casa de Bwana y trae socorros. Mi puesto está aquí. De nada puedes servir quedándote. Vete ahora que puedes y tráete contigo al Gran Bwana.

En silencio se deslizó al suelo el honorable Morison Baynes dentro de la empalizada, al lado de Meriem.

—Sólo por tí le he dejado, — dijo, volviendo la cabeza a las tiendas de que acababan de salir. — Sabía que él podría contenerlos más tiempo que yo, y darte una ocasión para escapar que yo no habría podido ofrecerte. Pero era yo el que habría debido quedarme. Como te he oído llamarle Korak, ya sé quién es. El te protegió, y yo

te quise hacer daño. No, no me interrumpas. Voy a decirte la verdad, para que sepas qué canalla he sido. Yo me proponía llevarte a Londres, ya lo sabes, pero no pensaba casarme contigo. Sí, apártate de mi, lo merezco. Merezco tu desprecio y tu asco; pero yo no sabía lo que era el amor. Desde que lo sé, he aprendido también algo más; he aprendido cuán imbécil y cobarde he sido toda mi vida. Yo miraba de arriba abajo a los que consideraba inferiores a mí socialmente. No creía que tú eras bastante para poder llevar mi nombre. Desde que Hanson me engañó y te llevó consigo, mi vida ha sido un verdadero infierno; pero me ha hecho hombre, aunque demasiado tarde. Ahora puedo acercarme a tí con una oferta de amor honrado, que comprendería el honor de tener una mujer como tú para que comparta conmigo mi nombre.

Un momento permaneció Meriem silenciosa, absorta en profundos pensamientos. Su primera pregunta pareció incongruente.

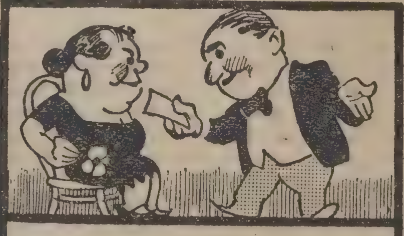
—¿Cómo has llegado tú a la aldea? — le preguntó.

Baynes le refirió todo lo que había ocurrido desde que el negro le reveló la doblez de Hanson.

—¿Dices que eres cobarde? — contestó ella, — y has hecho todo eso para salvarme? El valor que debes de haber necesitado para decirme todo lo que me has dicho, aunque es valor de distinta clase prueba que no eres cobarde moralmente; y lo demás prueba que tampoco físicamente lo eres. Yo no podría amar a un cobarde.

—¿Eso quiere decir que me amas? — preguntó Baynes abriendo la boca de puro asombro y dando un paso hacia ella para abrazarla; pero Meriem le rechazó suavemente con una mano, como diciéndole "todavía no". Apenas sabía lo que pensaba. Creía que le amaba, de esto no cabía duda; pero no imaginaba que este amor al joven inglés significaría una deslealtad a Korak, porque su afecto a éste seguía sin menoscabo; era como el cariño de una hermana a un hermano bueno.

Mientras duraba su conversación, se calmaron los ruidos de tumulto en la aldea.



—Esta cuenta del almacén me parece exagerada.
—No te olvides, querido, que desde que tomamos el reconfortable "Hierro Quina Bisleri", comemos el doble.

—¡Le han matado! — cuchicheó Meriem.

Estas palabras hicieron recordar a Baynes la causa de su vuelta.

—Espérame aquí — dijo, — mientras voy a ver qué pasa. Si ha muerto no podemos hacer nada por él. Si vive, haré cuanto esté en mi mano por libertarle.

—Iremos juntos, — replicó Merien. — Ven.

Y le condujo hacia el lugar en que últimamente había visto a Korak. Por el camino tuvieron que tirarse varias veces al suelo, a la sombra de una tienda o de una choza, porque pasaba gente presurosa de un lado a otro, y toda la aldea estaba agitada y en movimiento. El regreso a la tienda de Alí ben Kadin duró mucho más tiempo que la fuga de los dos jóvenes hacia la empalizada. Cautelosamente se deslizaron hasta el rasgón hecho por el cuchillo de Korak en la tela posterior de la tieuda. Meriem se asomó a mirar, y la encontró vacía en su departamento trasero. Colóse la joven por la abertura y Baynes la siguió inmediatamente. En silencio cruzaron el espacio hasta los tapices que formaban el tabique entre los dos departamentos. Separando las cortinas, Meriem miró a la habitación desde delante, que también estaba desierta. Cruzó hasta la puerta de la tienda y se asomó a mirar. Al hacerlo profirió un grito de horror. Baynes, que estaba a su lado, miró a su vez para ver qué era lo que la sobresaltaba, y también lanzó una exclamación; pero la suya era de ira.

A cien pies de distancia vieron a Korak atado a una estaca, con la leña amontonada en torno suyo ya en llamas. El inglés empujó a Meriem hacia un lado y se precipitó con intento de correr hacia la víctima. No se detuvo a pensar qué podría hacer, frente a unas cuantos docenas de negros y árabes hóstiles. Más en el mismo instante, Tantor rompió la empalizada y cargó contra el grupo. Ante el enfurecido elefante la muchedumbre dió media vuelta y emprendió la fuga, arrastrando consigo a Baynes. En un instante quedó todo terminado, y Tantor desapareció con su presa; pero en la aldea reinaba un verdadero pandemónium. Hombres, mujeres y niños corrían atropelladamente de un lado a otro en busca de salvación. Los perros huían dando ladridos. Caballos, asnos y camellos, aterrados por los trompeteos del paquidermo, daban coces y tiraban de sus trabas. Una docena de ellos o más lograron soltarse, y el galopar de algunos al pasar por su lado fué lo que trajo una idea repentina al cerebro de Baynes. Volvióse éste para buscar a Meriem y la encontró a su lado.

—¡Los caballos! — exclamó. — ¡Si pudiéramos agarra un par de ellos!

Apoderándose inmediatamente de esta idea Meriem lo condujo al extremo de la aldea indígena.

—Suelta dos de ellos, — dijo, — y llévalos por las sombras detrás de esas chozas. Yo sé dónde están las sillas. las traeré con sus bridas.

Y desapareció antes que Morison pudiera detenerla.

Baynes destrabó rápidamente dos de los inquietos animales y los condujo al punto designado por Meriem. Allí aguardó impaciente un tiempo que le pareció cerca de una hora, pero en realidad no pasó de unos cuantos minutos. Luego vió que la muchacha se aproximaba, cargada con las dos silla. Inmediatamente las pusieron sobre los animales. Veían, a la luz de la hoguera del tormento, que árabes y negros empezaban a reponerse de su terror. Corrían hombres por todas parte, recogiendo el ganado suelto, y dos o tres llevaban ya a sus cautivos al extremo de la aldea en que Meriem y Baynes estaban ocupados ensillando sus monturas.

La muchacha se lanzó de pronto sobre la silla.

—¡Corra! — cuchicheó. — ¡Tendremos que salir al galope! ¡Métete por la brecha de Tantor!

Y cuando vió que Baynes pasaba la pierna sobre la grupa de su caballo, dejó sueltas las riendas del suyo. De un salto repentino el nervioso animal salió hacia adelante. El camino más corto, era el del centro de la aldea, y éste fué el que tomó Meriem. Baynes la seguía de cerca, y los caballos de ambos galopaban.

Tan súbito e impetuoso fué el arranque de su salida, que habían llegado a la mitad de la aldea antes que los sorprendidos habitantes de ésta se diesen cuenta de lo que ocurría. Más de pronto un árabe los reconoció, y dando un grito de alarma levantó el rifle y apretó el gatillo. El tiró fué la señal de una descarga; y en medio del fragor de los disparos Meriem y Baynes hicieron pasar a sus cabalgaduras por la brecha de la empalizada, y desaparecieron por el sendero que conducía al Norte.

¿Y Korak?

Tantor lo condujo muy al interior de la selva, y no se detuvo hasta que a sus penetrantes oídos no llegó el menor rumor de la distante aldea. Luego dejó suavemente su carga en el suelo. Korak luchó por libertarse de sus ligaduras, pero ni aun su gigantesca fuerza era capaz de romper las muchas vueltas de cuerda anudada que lo sujetaban. Mientras estaba allí tendido, trabajando y descansando alternativamente, el elefante montaba la guardia a su lado; y no había enemigo de la selva que tuviera la osadía de arrostrar la muerte repentina que se escondía en aquel poderoso bulto.

Llegó la aurora, y no estaba Korak más cerca que antes de la libertad. Comenzaba a creer que acabaría muriendo allí de sed y de hambre, rodeado por la abundancia de todo porque Tantor no era capaz de desprender las ligaduras que lo sujetaban.

Y mientras luchaba de noche con sus ataduras, Baynes y Meriem volaban en sus caballos hacia el Norte siguiendo el curso del río. La muchacha había asegurado al inglés que Korak estaba seguro en la selva con Tantor. No se le ocurría que el Matador pudiera verse imposibilitado de romper sus ataduras. Baynes estaba herido por un disparo de rifle de uno de los árabes, y la muchacha quería llevarlo a casa de Bwana, donde le podría asistir convenientemente.

—Luego, — dijo Meriem, — haré que Bwana vuelva conmigo en busca de Korak. Es preciso que se venga a vivir con nosotros.

Toda la noche estuvieron galopando, y acababa de nacer el día cuando de repente dieron con una partida que corría hacia el Sur. Era el mismo Bwana acompañado por sus ágiles guerreros negros. Al ver a Baynes el gigantesco inglés enarcó las cejas con ceño; más esperó a oír la explicación de Meriem antes de dar rienda suelta a la contenida cólera que latía en su pecho. Cuando la joven hubo terminado, el caballero pareció haberse olvidado de Baynes. Sus pensamientos estaban ocupados en otro asunto.

—¿Dices que has encontrado a Korak? — preguntó. — ¿Le has visto realmente?

—Sí — contestó Meriem, — tan claramente como te veo a tí ahora; y quiero que vengas conmigo Bwana, y me ayudes a encontrarle.

—¿Le ha visto usted? — preguntó Bwana al honorable Morison Baynes.

—Sí, señor, — contestó éste. — Muy claramente.

—¿Qué clase de aspecto es el suyo? — continuó Bwana. — ¿Qué edad diría usted que tiene?

—Yo diría que es un inglés de mi misma edad poco más o menos, — repuso Baynes — aunque tal vez sea más viejo. Tiene una musculatura asombrosa, y está muy curtido.

—¿Se ha fijado usted en sus ojos y en su pelo? — preguntó Bwana hablando con rapidez, casi con excitación.

Fué Meriem la que le respondió.

—El pelo de Korak es negro, y sus ojos pardos.

Bwana se volvió al jefe de su partida.

—Llévate a casa a miss Meriem y a mister Baynes. Yo voy a la selva.

—Déjame ir contigo, Bwana, — exclamó Meriem. — Tú vas a buscar a Korak. Déjame que te acompañe.

Bwana se volvió a la joven tristemente, pero con firmeza.

—Tu lugar, — dijo, — es al lado del hombre que amas.

Hizo luego seña a su servidor para que tomara su caballo y comenzara el regreso a la finca. Meriem montó lentamente en el cansado árabe que había sacado de la aldea del jeque. Se prepararon unas parihuelas para Baynes, que ya tenía fiebre, y la pequeña cabalgata se alejó lentamente siguiendo las sinuosidades de la orilla del río.

Bwana se quedó mirándolos hasta que se perdieron de vista. Ni una sola vez volvió Meriem los ojos atrás. Montaba con la cabeza baja y los hombros inclinados. Bwana suspiró. Quería a aquella chiquilla árabe como habría querido a una hija suya. Comprendía que Baynes había redimido su cul-

pa, y por esta razón no podía ya oponerse si Meriem amaba a aquel hombre; más, sin saber por qué, Bwana no podía convencerse de que el honorable Morison fuera digno de su Meriem. Lentamente se dirigió a un árbol cercano. Dando un salto se agarró a una rama baja y se izó entre las hojas. Sus movimientos eran felinos y ágiles. Se encaramó hasta lo alto del árbol, y una vez allí comenzó a quitarse la ropa. Del morral que llevaba colgado al hombro sacó una larga tira de gamuza, una cuerda muy bien enrollada y un cuchillo de terrible aspecto. Con la gamuza se hizo una especie de taparrabo, se echó la cuerda sobre uno de los hombros y se puso el cuchillo en el cinturón.

Cuando se irguió, con la cabeza echada atrás, y ensanchando su enorme pecho, apareció un instante en sus labios una ceñuda sonrisa. Sus narices se dilataron al olfatear los olores de la selva. Sus ojos pardos se estrecharon. Se agachó, saltó a una rama más baja, y se alejó por entre los árboles hacia el sudoeste, separándose del río. Avanzaba rápidamente, sin detenerse más que en ocasiones para alzar la voz en un grito penetrante y extraño, y para escuchar un momento después si se percibía respuesta.

Llevaba varias horas avanzando de ese modo, cuando, por delante de él y un tanto a la izquierda, oyó en lo interior de la selva una débil respuesta, el grito de un mono macho que contestaba a su llamada. Se estremecieron sus nervios y se iluminaron sus ojos cuando la respuesta llegó a sus oídos. De nuevo volvió a dirigir el rarísimo llamamiento y se lanzó hacia adelante en la nueva dirección.

Korak, convencido finalmente de que moriría si se quedaba donde estaba, a la espeboscídeo que lo levantara y lo llevara hacia a Tantor en la extraña lengua que el elefante entendía. Ordenó al descomunal proboscídeo que lo levantara y lo llevara hacia el noreste, donde recientemente había visto Korak a blancos y negros de la especie humana. Si podía llegar a uno de los últimos sería cosa fácil mandar a Tantor que lo capturase, y entonces Korak le ordenaría que lo soltase de la estaca. Por lo menos, valía la pena de probarlo, pues todo era mejor que permanecer allí hasta morirse. Mientras Tantor lo llevaba por la selva, Korak de cuando en cuando llamaba, con la esperanza de atraer a la banda de antropoides de Akut, cuyas andanzas los conducían a menudo por aquellos sitios. Pensaba que Akut podría tal vez quitarle los nudos, pues así lo había hecho en una ocasión, cuando el ruso ató a Korak años atrás; y Akut, que se hallaba al Sur de él, oyó débilmente sus llamamientos y acudió. Más había otro que también los había oído.

Una vez que Bwana dejó a su partida, después de mandarlos hacia la granja, Meriem recorrió breve trecho con la cabeza baja. ¿Qué pensamientos pasaban por su activo cerebro? ¿Quién podría decirlo? De pronto la joven pareció llegar a una decisión. Llamó a su lado al jefe de los criados del caballero.

—Yo me voy con Bwana, — anunció.

El negro movió la cabeza y dijo:

—No puede ser. Bwana ha dicho que te lleve a casa y a casa te llevo.

—¿Te niegas a dejarme marchar? — preguntó la doncella.

Afirmó el negro con la cabeza, y se situó a retaguardia, donde mejor pudiera vigilarla. Meriem casi sonrió. No tardó su caballo en pasar por debajo de una rama baja, y el indígena se quedó con la boca abierta ante la desocupada silla del caballo de Meriem. Corrió hacia el árbol en el cual había desaparecido, pero no pudo ver ni rastro de la joven. Llamó y no obtuvo respuesta, como no fuera una risa apagada y burlona que sonaba a su derecha. Envió el indígena a sus hombres a la selva a que buscaran a Meriem pero se volvieron con las manos vacías. Al cabo de un rato, el negro reanudó su marcha hacia la granja, porque a la sazón Baynes estaba ya delirando de calentura.

Meriem se corrió para trás, hacia el sitio adonde se imaginaba que había de dirigirse Tantor, un punto donde solían reunirse a menudo los elefantes, en lo más hondo de la selva, al Este de la aldea del jeque. Andaba en silencio y con toda la rapidez que podía. De su mente había desaparecido todo pensamiento que no fuera llegar a Korak y traerlo consigo. Era su obligación. A esto se añadía el angustioso temor de que el joven no lo pasara bien en aquel momento. Se reconvino a sí misma por no haber pensado en ello antes, por haber permitido que su deseo de transportar al herido Morison al "bungalow" la hubiera cegado hasta el punto de no ver que probablemente Korak la necesitaba. Llevaba varias horas corriendo sin descanso, cuando oyó por delante el grito familiar de un mono que llama a sus compañeros.

No replicó Meriem, pero aumentó la velocidad hasta el punto de que casi volaba. De pronto llegó a su fino olfato el olor de Tantor, y se dijo que estaba sobre la verdadera pista y cerca del que buscaba. No llamó porque quería sorprender a Korak, y así o hizo al poco rato, presentándose a la vista de ambos cuando el gran elefante avanzaba llevando al hombre y la recia estaca sobre la cabeza, donde los sostenía con la trompa subida.

¡Korak! — exclamó Meriem desde el follaje que dominaba el camino de su amigo.

Inmediatamente Tantor dió media vuelta, dejó su carga en el suelo y,trompeteando ferozmente, se dispuso a defender a su gran amigo. Korak, al conocer la voz de la hermosa niña, sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¡Meriem! — llamó en respuesta.

La muchacha se descolgó sin tropiezo al suelo y corrió a libertad a Korak; pero Tantor bajó siniestramente la cabeza y dió con la trompa un rugido de aviso.

—¡Atrás! ¡Atrás! — exclamó Korak. — ¡Cuidado, que te matará!

Meriem se detuvo.

—Tantor, — dijo dirigiéndose al terrible paquidermo. — ¿No me recuerdas? Soy Me-

riem. ¿No te acuerdas de cuando iba yo sobre tu espalda?

Pero el animal no hizo más que rugir de nuevo y mover los colmillos en airado ademán de reto. Entonces Korak quiso apaciguarlo, y trató de mandarle que se fuera, para que la muchacha pudiera acercarse y libertarle; pero Tantor no quería irse, y veía un enemigo en todo ser humano que no fuese el mismo Korak. Pensaba que Meriem se proponía hacerle daño a su amigo y no quería correr riesgos. Durante una hora tanto ella como Korak trataron de encontrar algún medio de burlar la mal dirigida guardia de la fiera, pero todo fué en vano; Tantor se mantenía en su terreno con la firme determinación de que nadie se acercara a Korak.

De pronto éste dió con un plan y dijo a Meriem.

—Finge que te vas, y mantente viento abajo de nosotros, para que Tantor no te huela; luego síguenos. Al cabo de un rato yo le mandaré que me deje en el suelo, y encontraré algún pretexto para despedirlo. Cuando se vaya tú te acercas y cortas mis ligaduras. ¿Tienes cuchillo?

—Sí, tengo uno, — replicó ella. — Ahora me voy. Ya verás cómo conseguimos engañarle; pero no estés muy seguro, pues ya sabes que Tantor fué el que inventó la astucia.

Sonrió Korak, porque no ignoraba que su amada tenía razón. Poco tardó Meriem en desaparecer. El elefante escuchó y levantó la trompa para impregnarse bien del olor de la joven. Korak le mandó que lo tomara una vez más sobre su cabeza y continuaran su camino. Al cabo de un momento de vacilación el proboscídeo hizo lo que le mandaban. Y entones fué cuando Korak oyó el distante llamamiento del mono.

—¡Akut! — pensó. — Bueno, Tantor conoce bien a Akut y lo dejará acercarse.

Alzando la voz contestó Korak al llamamiento del mono, pero hizo que Tantor siguiera andando con él por la selva pues no se perdería nada con probar el otro plan. Habían llegado a un calvero, y Korak olió claramente el agua. Aquel era un sitio excelente y una excusa magnífica. Ordenó a Tantor que lo dejara en tierra, y que fuera a traerla agua en la trompa. El enorme animal dejó a Korak sobre la hierba, en el centro del calvero, y se quedó un instante con las orejas levantadas y la trompa atenta, buscando la más leve indicación de peligro. No parecía haber ninguna. El gran paquidermo se alejó en dirección al arroyuelo que, según sabía Korak, corría a doscientas o trescientas varas de distancia. El Matador apenas pudo reprimir una sonrisa al pensar lo bien que había engañado a su amigo; más a pesar de lo mucho que conocía a Tantor estaba lejos de imaginar la astucia de su cerebro. El paquidermo se alejó a través del calvero y desapareció en la selva; más apenas su gran volumen se había ocultado tras la densa pantalla de follaje cuando dió media vuelta y tornó cautelosamente al borde del calvero, desde donde podía ver sin ser visto. Tantor, por naturaleza, es suspicaz, y todavía tenía miedo al regreso de la Tarmangani hembra que había intentado atacar a Korak. Estaría allí un momento de centinela para asegurarse de que no había novedád, antes de seguir su camino en busca de agua.

¡Ah! ¡Que bien había hecho al quedarse! ¡Ya estaba allí la hembra descolgándose de las ramas de un árbol, al otro lado del calvero, y corriendo hacia Korak. Tantor esperó. La dejaría llegar al lado de Korak antes de lanzarse al ataque, pues así quitaría a la hembra toda esperanza de fuga. Sus ojuelos echaban chispas de ira, y su cola se levantaba rígida. Apenas podía contener el deseo de anunciar su coraje al mundo con un par de trompetazos. Meriem estaba casi al lado de Korak, cuando Tantor vió el largo cuchillo en sus manos y entonces salió de la selva, lanzando terribles gritos, y se precipitó contra la débil criatura.

XXVII

Korak dió a voces unas órdenes a su descomunal protector, en su esfuerzo por detenerlo; más todo fué en vano. Meriem corrió hacia los árboles circundantes con toda la velocidad que le permitían sus piececitos; pero Tantor, a pesar de su desaforado volumen, se lanzó en su persecución con la velocidad de un tren expreso.

Korak, allí tendido, presenciaba la espantosa tragedia. De su cuerpo brotaba un sudor de hielo, y su corazón parecía haber cesado de latir. Meriem podría llegar a los árboles antes que Tantor la alcanzara, pero toda su agilidad no lograría ponerla fuera del radio de aquella implacable trompa, que la arrastraría hacia abajo y la mataría. Korak se imaginaba ya la espeluznante escena. Tantor atravesaría el delicado cuerpo de la muchacha con sus terribles colmillos, o la pisotearía con las pesadísimas patas hasta dejarla convertida en un montón informe de carne.

Ya casi la había alcanzado. Korak quiso cerrar los ojos, pero no le era posible. Tenía la garganta seca y abrasada. En toda su salvaje existencia no había experimentado un terror tan grande. Es más, nunca hasta entonces había sabido lo que el terror significaba. ¡Una docena de pasos más y la fiera alcanzaría a Meriem!...

¿Qué era aquello? Korak sintió que los ojos se le salían de las órbitas. Una figura extraña saltó del árbol a cuya sombra había llegado ya Meriem, y dejando a un lado a la joven se interponía en el camino del enfurecido Tantor. Era un gigante blanco y desnudo, que llevaba al hombro un rollo de cuerda y un uchillo de monte pendiente del cinturón del taparrabo. No tenía otras armas. A mano limpia se puso delante del enloquecido animal, y brotó de sus labios una áspera orden... El descomunal paquidermo se detuvo en su camino, y Meriem pudo encaramarse sana y salva por el árbol. Korak

exhaló un suspiro de alivio no exento de admiración. Clavó los ojos en el semblante del salvador de Meriem, y conforme el reconocimiento se fué filtrando en su inteligencia, las pupilas se le ensancharon de sorpresa y de incredulidad.

Tantor, refunfuñando aún coléricamente, se quedó bamboleándose a uno y otro lado, delante del gigantesco blanco. Luego este último se colocó inmediatamente debajo de la trompa y profirió una palabra de mandato. El enorme paquidermo cesó de gruñir. La luz salvaje desapareció de sus ojos, y cuando el desconocido se aproximó a Korak, Tantor le siguió dócilmente los pasos, como un perrillo.

Era Akut, que instantáneamente comenzó a dar brincos...

Meriem estaba mirando también la escena, llena de admiración. De pronto el hombre se volvió hacia ella, como si recordara su presencia después de un momento de olvido.

—¡Baja, Meriem! — le dijo.

Y ella lo conoció también, y contestó con un sobresaltado "¡Bawna!". Inmediatamente se descolgó del árbol y corrió a su lado. Tantor dirigió un ojo interrogador al gigante blanco, pero recibió una palabra de aviso y dejó que Meriem se acercara. Los dos juntos fueron al lado donde yacía Korak, con los ojos desmesuradamente abiertos de admiración e impregnados de una patética súplica, y acaso de un jubiloso agradecimienpor el milagro que llevaba a su lado precisamente a aquellos dos seres.

—¡Jack! — exclamó el gigante, arrodillándodse al lado del Matador.

—¡Padre! — profirieron casi ahogándose los labios de Korak. — ¡Gracias a Dios, has sido tú! ¡Nadie más en toda la selva podía haber contenido a Tantor!

Rápidamente cortó el hombre las ligaduras que sujetaban a Korak, y cuando el muchacho se levantó y echó los brazos al cuello de su padre, éste se volvió hacia Meriem.

—Pensaba, — dijo severamente, — que te había mandado volver a la granja.

Korak los estaba mirando a los dos, en el colmo del asombro. En su corazón ardía un deseo invasor de tomar a la joven en sus brazos; pero a tiempo se acordó del otro, del elegante caballero inglés, y de que él no era más que un hombre salvaje y tosco.

Meriem miró suplicante a los ojos de Bwana.

—Tú me dijiste, — contestó con voz muy fina, — que mi sitio era al lado del hombre que amo.

Y volvió los ojos hacia Korak, llenos de la maravillosa luz que nadie había visto todavía en ellos, y que nadie más había de ver en lo futuro.

El Matador se aercó a la joven con los brazos extendidos; mas de repente, en lugar de abrazarla, cayó de rodillas delante de ella, y tomando una mano de Meriem se la llevó a los labios y la besó con más reverencia que habría besado la mano de su reina.

Un rugido de Tantor despertó al instante la alarma en los tres personajes, todos ellos hijos de la selva. El elefante estaba mirando hacia los árboles, detrás de ellos, y cuando los ojos de los tres siguieron su mirada, la cabeza y los hombros de un grani mono aparecieron en medio del follaje. Un momento el recién llegado los estuvo contemplando, y luego de su garganta brotó un fuerte grito de reconocimiento y de alborozo. Un segundo después el animal había saltado al suelo, seguido de una veintena de machos como él, y se dirigía hacia los tres seres humanos, vociferando en la rudimentaria lengua de los antropoides:

—¡Ha vuelto Tarzán! ¡Tarzán, el señor de la Selva!

Era Akut, que instantáneamente comenzó a dar brincos y cabriolas en torno de los tres, lanzando formidables gritos y haciendo unas muecas que para cualquier otro ser humano habrían sido reveladoras de la rabia más feroz; pero los tres sabían que el rey de los monos hacía aquello por rendir homenaje a un rey más grande que él mismo. A imitación de Akut brincaban los peludos monos, que jugaban a porfía a quién saltaba más alto y a quién exhalaba los gritos más extravagantes y temerosos.

Korak puso la mano cariñosamente en el hombro de su padre.

—¡No hay más que un Tarzán! — dijo. — ¡No podrá nunca haber otro!

* * * *

Dos días más tarde los tres se descolgaban de los árboles al borde de la llanura, al través de la cual divisaban ya el humo de las chimeneas del "bungalow" y de las cocinas. Tarzán de los Monos había recobrado su ropa de hombre civilizado, tomándola del árbol donde la dejó escondida; y como Korak se negó a presentarse a su madre en el salvaje atavío que había llevado tanto tiempo, y como Meriem no quiso dejarle, por temor, según explicó, a que cambiase de

idea y se volviera a enfrascar en la selva, el padre se adelantó solo hacia el "bungalow", en busca de caballos y de ropa para su hijo.

Cariño le recibió a la puerta, y le miró con ojos en que se agolpaban el dolor y las preguntas, porque Meriem no llegaba con su marido.

—¿Dónde está? — le preguntó con voz trémula. — Me ha dicho Muviri que desobedeció tus órdenes, y que corrió otra vez a la selva tan pronto como tú la dejaste. ¡Ah, John! ¡No puedo soportar la idea de perderla a ella también!

Y lady Greystoke cedió a la fuerza de su pena y rompió a llorar cuando recostó la cabeza en el ancho pecho, donde con tanta frecuencia había hallado consuelo en las grandes tragedias de su vida.

Lord Greystoke le levantó la cara y miró de lleno los ojos de su mujer con los suyos sonrientes e iluminados por la llama de la dicha.

—¿Qué hay, John? — exclamó la esposa. — ¡Tienes buenas noticias...! ¡No me las hagas esperar tanto tiempo!

—Necesito antes convencerme de que vas a resistir con firmeza las mejores que podían llegarnos, — le dijo.

—¡La alegría no mata! — exclamó Jane. — ¿Has encontrado... a Meriem? — preguntó tras leve titubeo, porque no se atrevía a poner su esperanga en lo imposible.

—Sí, Jane, — repuso él con voz velada por la emoción. — La he encontrado a ella... ¡y le he encontrado a "él"!

—¿Dónde está? ¿Dónde están? — preguntó la dama.

—Allá, en el borde de la selva. No ha querido presentarse a ti con su salvaje piel de leopardo y su desnudez... Me ha enviado para que le lleve en seguida ropa de seres civilizados.

Jane Clayton cruzó las manos en actitud extática, y se volvió para echar a correr al "bungalow".

—¡Espera! — exclamó volviendo la cabeza. — Tengo sus trajecitos... porque los he conservado todos. Te voy a traer uno.

Tarzán de los Monos rompió a reír y le gritó que se detuviera.

—La única ropa de casa que le sentará bien — dijo, — es la mía; si no le está todavía demasiado chica... Ha crecido tu hijito, Jane.

Y así, media hora más tarde, Korak el Matador corrió a caballo hacia el "bungalow" en que le esperaba su madre, — la madre cuyo recuerdo no se había borrado nunca de su pueril corazón, — y encontró en sus brazos y en sus ojos el cariño y el perdón que pedía con todo encarecimiento.

Y luego lady Greystoke se volvió a Meriem, con una expresión de lastimero pesar que borró la felicidad que asomaba a sus ojos.

—Hijita mía, — le dijo, — en medio de nuestra dicha te espera una pena inmensa... míster Baynes no ha sobrevivido a su herida.

La expresión de pesar de los ojos de Meriem reveló solamente lo que la joven sentía con sinceridad; pero no era el pesar de una mujer que se ve separada de lo que más quiere.

—Lo siento de veras, — dijo sencillamente. — Había querido hacerme un grandísimo agravio; pero lo reparó con creces antes de morir. Hubo una época en que me figuré amarle. Al principio no era más que la fascinación que ejercía en mi alma un tipo para mí nuevo; luego sentí respeto hacia el hombre valeroso que tuvo la valentía moral de confesar un pecado, y el valor físico de afrontar la muerte cara a cara para reparar el daño que había hecho. Pero no era amor. No he sabido lo que sea amor hasta enterarme de que Korak vivía, — terminó volviéndose hacia el muchacho con una sonrisa en los labios.

Lady Greystoke levantó inmediatamente la vista para contemplar los ojos de su hijo, del hijo que algún día llegaría a ser lord Greystoke. No pasó por el espíritu de la dama el menor pensamiento acerca de la diferencia de posición y origen de la muchacha y de Jack. Para ella Meriem era verdaderamente digna de un rey. Lo único que necesitaba saber era que Jack quería en efecto a aquella huérfana árabe.

La expresión de los ojos de Korak respondió a la pregunta formulada por el corazón de la madre, que echó los brazos al cuello de ambos jóvenes y los besó nua docena de veces a cada uno.

—¡Ahora sí, — exclamó, — que tendré de veras una hija!

Fatigosas eran las varias jornadas que los separaban de la misión más próxima; pero sólo esperaron en la finca unos cuantos días para descansar y hacer los preparativos del gran acontecimiento antes de emprender el viaje. Y nua vez que se celebró en la misión la ceremonia del matrimonio, tomaron el camino de la costa donde se habían de embarcar para Inglaterra. Aquellos días fueron los más maravillosos de la vida de Meriem. Ni siquiera vagamente había soñado con las cosas prodigiosas que le reservaba la civilización. El gran océano y el cómodo vapor la llenaron de una especie de pavura. El ruido, el bullicio y la confusión de una estación de ferrocarril inglesa la asustaron positivamente.

No llevaban más de una semana en su casa de Londres cuando lord Greystoke recibió noticias de su amigo de tantos años, Paul D'Arnot.

Las noticias revestían la forma de una carta de presentación que le entregó cierto general Armand Jacot; Lord Greystone recordaba este nombre. No podía dejar de recordarlo todo el que estuviera familiarizado con la historia moderna de Francia, porque el general Jacot era en realidad el príncipe de Cadrenet, el acérrimo republicano que se negaba a usar, ni siquiera por cortesía, un título que llevaba perteneciendo a su familia nada menos que cuatrocientos años.

—Los príncipes no tienen puesto en una república — solía decir el general.

Lord Greystoke recibió en su despacho a aquel soldado de nariz aguileña y mostacho gris, y al cabo de una docena de palabras los dos hombres habían contraído una estimación mutua que había de durar toda la vida.

—He venido a usted, — le explicó el general Jacot — porque nuestro querido almirante me ha dicho que no hay nadie en el mundo que esté más enterado que usted de cuanto se refiere al Africa central. Permítame que le refiera el caso desde el principio. Hace muchos años me robaron a mi hijita, cuando estaba yo sirviendo en la legión extranjera de Argelia. El hecho se debió probablemente a unos árabes. Entonces hicimos todo lo que el amor, el dinero y aun los recursos del gobierno podían conseguir para descubrirla, pero todo fué en vano, se publicó su retrato en los principales periódicos de todas las grandes ciudades del mundo; pero no logramos encontrar ni hombre ni mujer que la hubieran vuelto a ver desde el día en que desapareció misteriosamente. Hace una semana llegó a París un árabe, que decía llamarse Abdul Kamak, y me aseguró que había encontrado a mi hija y que podía conducirme a ella. En seguida me lo llevé a ver al almirante D'Arnot, que, según mis noticias, había viajado por el Africa central. El relato de Abdul Kamak indujo al almirante a creer que el lugar donde se hallaba cautiva la joven blanca a quien el árabe creía mi hija, no está lejos de las posesiones africanas de usted... y me indicó que acaso usted supiera si existía semejante joven cerca de sus estados.

—¿Qué pruebas le dió el árabe de que se trataba de su hija? — preguntó lord Greystoke.

—Ninguna — contestó el general, — y por eso pensamos que sería mejor consultarle a usted antes de organizar la expedición. El hombre no tenía más que un retrato viejo de mi hija, en cuyo reverso estaba pegado un recorte de periódico que daba las señas de ella y ofrecía una recompensa. El almirante y yo temíamos que, habiendo encontrado el retrato en alguna parte, se hubiera despertado la codicia del árabe, haciéndole pensar que en alguna forma podía obtener la recompensa, acaso colocándonos a una muchacha blanca con la esperanza de que los muchos años transcurridos no nos dejara conocer la impostura.

—¿Trae usted esa fotografía, general? — preguntó lord Greystoke.

El militar sacó un sobre del bolsillo, extrajo de él un retrato ya amarillento por la acción del tiempo y se lo alargó al caballero inglés.

Asomaban lágrimas a los ojos del curtido guerrero cuando los volvió a fijar en las facciones de su perdida hija.

Lord Greystoke examinó un momento el retrato, y a sus ojos asomó una expresión singular. Tocó un timbre y un instante después entró un criado.

—Dígale a la esposa de mi hijo si quiere tener la bondad de venir al despacho, —ordenó.

Los dos hombres se quedaron callados. El general Jacot era demasiado cortés para demostrar la pena y el desencanto que experimentaba al ver la forma en que lord Greystoke había olvidado el motivo de su visita. En cuanto la dama aludida apareciese y los hubieran presentado, se despediría.

Un momento después penetró Meriem en el despacho.

TARZAN de los MONOS

Esta sensacional novela de aventuras que publica PUCKY es la más extraordinaria obra de ese género que se ha escrito hasta nuestros días.

"TARZAN DE LOS MONOS" es una producción literaria que subyuga la atención del lector por la intensidad dramática de las infinitas escenas llenas de color y de vida que se suceden en un ambiente poblado de misterio y de peligros, como es el interior africano. Las pasiones ancestrales de la animalidad y los sentimientos más primitivos se entrelazan con manifestaciones elevadas del perfeccionamiento humano, tendiendo un puente entre los seres irracionales y el rey de la creación.

Las andanzas de Tarzán y de los demás protagonistas de esta notable novela, están relatadas con admirable sencillez de estilo que le infunden fuerza emotiva a la descripción de los personajes y gran belleza y realidad al ambiente extraño de la selva.

Lea todos los viernes, en PUCKY MAGAZINE, "TARZAN DE LOS MONOS".

Lord Greystoke y el general Jacot se levantaron para saludarla. El iglés no dijo ni una palabra de presentación pues quería observar el efecto que hacía en el semblante del francés al ver por primera vez a su nuera; porque tenía un pensamiento... un pensamiento inspirado por el cielo, que había brotado en su espíritu en el momento en que sus ojos se posaron en la cara de niña de Jeanne Jacot.

El general miró a Meriem largamentefi y por fin se volvió hacia lord Greystoke.

—¿Cuánto hace que lo sabe usted? — preguntó con cierto dejo acusador en la voz.

—Desde que me ha enseñado usted esa fotografía, hace un momento, — repuso el caballero inglés.

—¡Es ella, es ella! — exclamó Jacot temblando de emoción reprimida; — pero no me conoce... claro que no podía...

Y se volvió a Meriem, diciendo:

—Hija mía, yo soy tu...

Pero Meriem le interrumpió con un grito de alegría y corriendo hacia él con los brazos abiertos.

—¡Te conozco! ¡Te conozco! — exclamó — ¡Oh, ahora recuerdo!

Y el general la estrechó en sus brazos.

Llamaron a Jack Clayton y a Lady Greystoke y cuando se les refirió el acontecimiento fué inmenso su júbilo porque Meriem hubiera encontrado un padre y una madre.

—Al fin y al cabo no te has casado con una chiquilla árabe sin origen conocido — le dijo Meriem. — ¿No es hermoso?

—Hermosa eres tú — replicó Jack. — yo me casé con mi Meriem, y por mi parte lo mismo me da que sea árabe que una pequeña Tarmangani.

—No es ni una cosa ni otra, hijo mío — interpuso el general Jacot. — Es princesa por derecho propio

---

EL TESORO DE TARZAN

QUINTA PARTE DE TARZAN DE LOS MONOS

Han pasado algunos años desde que ocurrieron los acontecimientos que se han relatado. En la vasta posesión africana de lord y lady Greystoke se producen hechos de tal naturaleza que perturban profundamente la vida sencilla y apacible de ambos personajes, arrastrándolos de nuevo a una existencia de aventuras extraordinarias que se intensifican y adquieren cada vez mayor fuerza dramática hasta alcanzar grados de magnífica tragedia.

CAPITULO I

EL BELGA Y EL ARABE

Sólo al prestigio de su nombre, que había deshonrado, tenía que agradecer el teniente Albert Werper lo poco que le faltó para que le dieran la absoluta. Al principio había aceptado con humildad que le enviaran a aquel puesto en el Congo, en un país abandonado de Dios, en vez de someterle a un consejo de guerra, como tan justamente tenía merecido; pero al llevar ya seis meses viviendo en la monotonía, el espantoso aislamiento y la soledad de su destino, el teniente había experimentado un cambio. Continuamente estaba meditando sobre su suerte. Como pasaba días enteros entregado a una morbosa compasión de si mismo, acabó por engendrarse en su débil y caviloso espíritu un sentimiento de odio a los que le habían mandado a aquellas tierras, aquellos mismos hombres a quienes antes daba gracias en su interior por haberle librado de una degradación ignominiosa.

Echaba de menos la regocijada vida de Bruselas, cuando nunca había lamentado las culpas que le hicieron salir de la más alegre de las capitales; y a medida que pasaban los días vino a concentrar su resentimiento en el representante en el país del Congo de la autoridad que lo había desterrado; representante que era su capitán y superior inmediato.

Este oficial, hombre frío y taciturno, inspiraba poco afecto a sus subordinados, pero en cambio lo tenía en respeto y temor los soldados negros de su mando.

Werper estaba acostumbrado a pasarse horas enteras mirando a su superior, sentados ambos en la terraza de su alojamiento común, fumando los cigarrillos de la noche en un silencio que ninguno de los dos parecía deseoso de romper. El odio insensato del teniente vino al fin a degenerar en una forma de vesania. A sus ojos, el taciturno temperamento del capitán se convirtió en una tentativa de insultarle por sus pasadas fechorías. Imaginábase que su superior le tenía desprecio; y por esta razón se consumía y enconaba por dentro hasta que una noche su locura revistió súbitamente cariz homicida. Llevó la mano a la culata del revólver que pendía de su cadera, estrechó los ojos y enarcó el ceño. Por fin habló.

—¡Me ha ofendido usted por última vez! — exclamó poniéndose en pie. — Soy oficial y caballero, y no voy a tolerar esto por más tiempo sin que me dé usted una explicación, ¡so marrano!

El capitán, con la sorpresa pintada en el semblante, se volvió hacia su subalterno. Ya en otras ocasiones había visto hombres acometidos por la locura de la selva, la locura

de la soledad y de la meditación sin freno, con acaso algún toque de calentura.

Levantóse y extendió la mano para ponerla en el hombre del teniente Werper. A sus labios asomaron suaves palabras de consejo, mas no llegó a decirlas, pues Werper interpretó el acto de su jefe como una tentativa de agarrarse con él. Puso el revólver a la altura del corazón del capitán, y apenas había dado éste un paso cuando el teniente apretó el gatillo. Sin exhalar un gemido el oficial cayó derribado sobre las toscas tablas que formaban el pavimento de la terraza; al caer se despejó la niebla que envolvía el cerebro de Werper, el cual se vió de pronto a sí mismo y contempló su obra a la misma luz que habían de verlos quienes tenían que juzgarlos.

Oyó excitadas exclamaciones en el barracón de los soldados, y observó que corrían hombres hacia él. Lo detendrían, y si no lo mataban se lo llevarían Congo abajo, a un puesto donde un tribunal militar, reglamentariamente constituído, lo despacharía para el otro mundo con igual presteza, aunque en forma más regular.

No tenía Werper ningún deseo de morir. Nunca había sentido tanto apego a la vida como en aquel momento en que tan estúpidamente se había jugado el derecho a ella. Los soldados se acercaban ya. ¿Qué haría? Miró en torno como si buscara la sombra tangible de una eximente legítima de su crimen; pero no encontró nada más que el cadáver del hombre a quien tan infundadamente había matado.

Invadido por la dessperación, dió media vuelta y huyó de la soldadesca que se aproximaba. Corrió al través del espacio cercado, con el revólver an en la mano crispada. En la puerta un centinela lo detuvo. Werper no se paró a parlamentar ni a hacer valer la influencia de su grado. No hizo más que levantar el arma y matar de un tiro al inocente negro. Un momento más tarde el fugitivo había abierto las puertas y desaparecía en la negrura de la selva, no sin haberse apoderado antes del rifle y la cartuchera del centinela indígena muerto.

Toda la noche estuvo Werper adentrándose más y más en el corazón de la espesura. De cuando en cuando la voz de un león le hacía detenerse a prestar oído; pero, con el rifle amartillado y apercibido, seguía avanzando, más temeroso de los cazadores humanos que debían de seguirle los pasos que de los feroces carnívoros que tenía delante. Llegó por fin la aurora, y el teniente seguía aún andando. Toda sensasión de hambre o cansancio se desvanecía ante el terror de la captura cuando se acordaba del crimen. No podía pensar más que en escaparse, ni osaba detenerse a descanasr o a comer, hasta que se viera libre del peligro de la persecución; y por esto siguió andando a tropezones, hasta que al fin cayó y no pudo levantarse. No sabía, ni trataba de saber, cuánto tiempo había estado huyendo. Y cuando ya no pudo continuar la fuga, la persuasión de haber llegado al límite de sus fuerzas no penetró en su ánimo gracias a la inconsciencia de un agotamiento absoluto.

Y así fué como lo encontró Achmet Zek, el árabe. Los secuaces de Achmet querían atravesar con un venablo el cuerpo de aquel enemigo hereditario; pero Achmet lo dispuso de otra suerte. Primero tenía que interrogar al belga.

Era más fácil interrogar a un hombre y matarlo después, que matarlo primero para interrogarle luego.

Hizo, pues, que el teniente Albert Werper fuese trasladado a su propia tienda, y allí unos esclavos le dieron vino y comida en pequeñas cantidades, hasta que al fin el prisionero recobró los sentidos. Cuando abrió los ojos vió a su alrededor caras de hombres negros desconocidos, y fuera de la tienda la figura de un árabe. Por ninguna parte se divisaba el uniforme de sus propios soldados.

El árabe dió media vuelta, y al ver abiertos los ojos del preso, que los tenía clavados en él, penetró en la tienda.

—Soy Achmet Zek, — anunció. — ¿Quién eres tú, y qué estabas haciendo en mi país? ¿Dónde están tus soldados?

¡Achmet Zek! Los ojos de Warper se abrieron desmesuradmente, y el corazón le dió un vuelco. Hallábase en las garras del más notorio de los forajidos, un ser que odiaba a todos los europeos, y singularmente a los que vestían el uniforme del ejército belga. Durante muchos años las fuerzas militares de Bélgica en el Congo habían hecho una guerra infructuosa a aquel bandido y a sus secuaces, una guerra en que ninguno de los dos bandos pedía ni esperaba cuartel.

Mas de pronto, el mismo odio de aquel hombre a los belgas vió Werper un rayo de esperanza. El también era fugitivo y criminal. En esto, por lo menos, los ligaba a los dos un interés común, y Werper decidió aprovecharse de ello en cuanto le fuera posible.

—He oído hablar de tí, — replicó; — y te estaba buscando. Mis hombres se han sublevado contra mí. ¡Los odio! Ahora mismo los soldados me están buscandc para matarme. Sabía que tú me protegerías contra ellos, porque tú también los detestas. A cambio de eso, me alistaré contigo. Soy un soldado experto. Sé pelear y tus enemigos son mis enemigos.

Achmet Zek miró en silencio al europeo. En su mente se revolvían muchos pensamientos, el principal de los cuales era que aquel infiel le engañaba. Claro es que había la probabilidad de que no mintiera; y si decía la verdad su proposición merecía estudiarse, ya que no siempre andaba sobrado de hombres que supieran batirse, y en especial de blancos con el conocimiento y la práctica en asuntos militares que posee un oficial europeo.

Achmet Zek frunció el ceño y Werper sintió que se le abatía de nuevo el corazón; pero el belga no conocía al árabe, el cual tenía propensión a enarcar el entrecejo cuando los demás sonreían, y a sonreir cuando los demás enarcaban el entrecejo.

—Bueno, si me has engañado, — dijo Achmet Zek, — te mataré en cualquier momento. Pero dimé: ¿qué recompensa, aparte de la gracia de la vida, esperas por tus servicios?

—Al principio sólo la manutención, — dijo Werper.—Más tarde, si resulta que valgo más, fácil nos será llegar a un acuerdo.

El único deseo del belga, en aquel instante, era salvar la vida. Llegaron los dos, pues, a una inteligencia, y el teniente Albert Werper pasó a formar parte de la cuadrilla de ladrones de marfil y esclavos capitaneada por el famoso Achmet Zek.

Durante meses el renegado belga estuvo al lado de los salvajes merodeadores. Combatía con feroz indolencia y con una perversidad cruel completamente análoga a la de sus compañeros de fechorías. Achmet Zek vigilaba a su recluta con ojos de águila y con satisfacción creciente, que al fin vino a hallar expresión en una confianza mayor en el belga, y dió por resultado más independencia de acción para éste.

Achmet Zek depositó en gran medida su confianza en Werper, y por fin le reveló un plan favorito que llevaba alimentado y pensando mucho tiempo, sin que jamás hubiera tenido oportunidad de ponerlo por obra. No obstante, con la ayuda del europeo, la cosa se podría realizar fácilmente. Primero el árabe sondeó a Werper.

—¿Has oído hablar de ese sujeto que los hombres llaman Tarzán? — le preguntó.

—He oído hablar de él, — dijo, — pero no le conozco.

—Si no fuera por él podríamos realizar nuestro "comercio" sin peligro alguno y con gran provecho, — continuó el árabe. — Años lleva combatiéndonos, expulsándonos de la región más rica del país, acosándonos y armando a los indígenas para que puedan rechazarnos cuando nos presentemos a "comermerciar". Es hombre riquísimo. Si pudiéramos encontrar algún medio de obligarle a pagarnos muchas monedas de oro, no sólo nos habríamos vengado de él, sino que nos cobraríamos buena parte de lo que nos ha impedido ganar con los indígenas colocados bajo su protección.

Werper sacó un cigarrillo de una lujosa pitillera y lo encendió.

—¿Y tienes un plan para hacerle pagar? — preguntó.

—Tarzán tiene una esposa, — contestó Achmet Zek, — que según dicen es hermosísima. Nos reportaría un magnífico precio más al Norte, si nos resultara demasiado difícil cobrar de ese Tarzán el dinero de su rescate.

Werper inclinó la cabeza en actitud pensativa. Achmet Zek se quedó esperando su respuesta. El resto de honradez que aún latía en su alma se sublevaba ante la idea de vender a una mujer blanca para que fuera a parar a la esclavitud y la degradación de un harén. Levantó los ojos para mirar a Achmet Zek, y al ver que los del árabe se estrechaban, conjeturó que Achmet se daba cuenta de su repugnancia interna al plan. ¿Qué significaría para Werper la negativa? Su vida estaba en manos de aquel semibárbaro, que apenas estimaba más que la de un perro la existencia de un infiel. Werper amaba la vida. Al fin y al cabo, ¿qué era para él aquella mujer? Era una europea, indudablemente, y formaba parte de una sociedad organizada. El era un paria contra quien se alzaba la mano de todos los hombres. La mujer de Tarzán era su enemiga natural; y si se negaba a prestarse a su perdición, Achmet Zek lo mandaría matar sin escrúpulos.

—¿Vacilas? — le preguntó el árabe.

—Estaba sólo pensando las probabilidades de salirnos con la nuestra, — replicó Werper mintiendo, — y calculaba la recompensa que merezco si te ayudo. Como europeo, puedo ser admitido en el hogar y a la mesa de ese Tarzán. No dispones de nadie que pudiera hacer tanto en tu favor. Los riesgos serán grandes. Es preciso que me pagues bien, Achmet Zek.

Una sonrisa de tranquilidad vagó por el semblante del forajido árabe.

—Bien dicho, Werper, — dijo dando un golpecito en el hombro a su teniente. — Es natural que se te pague bien, y se te pagará. Ahora sentémonos y planearemos el mejor medio de llevar a cabo la empresa.

Y los dos hombres se acomodaron sobre una blanda alfombra, bajo las desteñidas sedas de la tienda de Achmet, suntuosa en otro tiempo, y estuvieron conversando en voz baja hasta muy entrada la noche. Ambos eran altos y barbudos, y la exposición al sol y al viento había dado a la tez del europeo un color casi de árabe. En todos los detalles del indumento, además, había copiado el ex teniente las modas de su jefe, de suerte que por fuera parecía tan árabe como Achmet Zek. Era ya muy tarde cuando Werper se levantó y se retiró a su propia tienda.

Al siguiente día el belga pasó gran rato revisando su uniforme belga y quitándole hasta el último vestigio que pudiera denotar sus fines militares. De una heterogénea colección de objetos robados, sacó Achmet Zek un salocot y una silla de montar europea, y escogió entre sus esclavos negros y sus secuaces una partida de portadores, askaris y mozos de tienda para que compusieran una modesta "safaro" de cazador. Y a la cabeza de aquella partida se alejó Werper del campamento.

CAPITULO II

CAMINO DE OPAR

Dos semanas más tarde John Clayton, lord Greystoke, al volver a casa de un viaje de inspección de sus vastas posesiones africanas, vió la cabeza de una columna de hombres cuando cruzaban la llanura que se extendía entre su "bungalow" y la selva, por el Norte y a poniente.

Detuvo su caballo y se quedó observando a la pequeña partida al salir ésta de un pequeño barranco que la ocultaba. Sus penetrantes ojos habían percibido al reflejo del sol en el casco blanco de un jinete, y con la convicción de que un cazador europeo se acercaba en busca de su hospitalidad, hizo dar la vuelta a su cabalgadura y se encaminó lentamente al encuentro del recién llegado.

Media hora más tarde subía los escalones de su "bungalow" y hacía la presentación de monsieur Jules Frecoult a lady Greystoke.

—Me he perdido por completo, — explicó

monsier Frecoult. — El jefe de mis hombres no había estado nunca en esta parte del país, y los guías que tenían que acompañarme desde la última aldea que hemos pasado conocían el terreno todavía peor que nosotros. Finalmente nos han abandonado hace dos días. Mi suerte es punto menos que milagrosa al tropezar tan providencialmente con el socorro de usted. De no haberle hallado, no sé qué me habría hecho.

Decidióse que Frecoult y su partida se quedaran allí varios días, o siquiera hasta que hubieran descansado del todo; y luego Greystoke les ofreció procurarles guías que los condujeran sanos y salyvos a la región de que se suponía conocedor al jefe de los indígenas de Frecoult.

En su disfraz de caballero francés acomodado, no costó a Werper gran trabajo engañar a su huésped ni congraciarse tanto con Tarzán como con Jane Clayton; mas cuanto más tiempo pasaba con ellos, menos esperanzas tenía de realizar fácilmente sus intentos.

Lady Greystoke no se alejaba nunca sola a gran distancia del "bungalow", y la salvaje lealtad de los feroces guerreros waziris que formaban gran parte del séquito de Tarzán parecía excluir toda posiiblidad de una tentativa de secuestro por la fuerza, o de sobornar a aquellos indígenas.

Pasó una semana sin que Werper, en cuanto él podía juzgar, se viera más cerca de la realización de sus planes que el día de su llegada; pero de pronto ocurrió una cosa que renovó sus esperanzas y le hizo pensar en una recompensa bastante mayor que el rescate de una dama.

Había llegado un mensajero al "bungalow" con el correo de la semana, y lord Greystoke pasó la tarde en su despacho leyendo y contestando correspondencia. A la hora de la comida pareció hallarse preocupado, y a prima noche pidió perdón y se retiró, seguido por lady Greystoke poco después. Werper, sentado en la terraza, oyó las voces de ambos en grave conversación; y diciéndose que algo importante se agitaba en el aire, se levantó sin hacer ruido de su butaca y manteniéndose en la sombra de los arbustos que profusamente crecían en torno del "bungalow', se encaminó silenciosamente al pie de la ventana del aposento en que dormían su hu;sped y la dama.

Allí se puso a escuchar, y no sin resultado, porque casi las primeras palabras que llegaron a sus oídos le llenaron de excitación. Lady Greystoke estaba hablando cuando se acercó Werper a distancia de poder oír.

—Siempre me había dado miedo la solidez de la compañía, — decía Jane; — pero parece increíble que haya ido a la quiebra por un pasivo tan enorme... Salvo que haya habido algn manejo fradulento.

—Eso es lo que yo recelo, — replicó Tarzán; — pero cualquiera que sea la causa, lo cierto es que lo he perdido todo, y que no tengo más remedio que volver a Opar en busca de más.

—¡Ah, John! — exclamó lady Greystoke; y Werper creyó sentir el estremecimiento de su voz. — ¿No hay otro camino? No puedo soportar el pensamiento de que vuelvas a esa terrible ciudad. Más quisiera vivir en la miseria que verte correr el riesgo de volver a esa formidable Opar.

—No tengas temor alguno, — replicó Tarzán riendo. — Ya sabes que soy muy capaz de velar por mí mismo; y si no lo fuera,los waziris que me han de ocampañar cuidarán de que no me ocurre ningún daño.

—Ya una vez huyeron de Opar y te dejaron abandonado a tu destino, — le recordó Jane.

—No lo volverá a hacer,—repuso Tarzán. — Entonces les dió mucha vergüenza su conducta y ya estaban de regreso cuando me los encontré.

—Es que debe de haber cualquier otro medio, — insistió la señora.

—No hay medio de hacerse con otra fortuna ni la mitad de fácil que el volver a las cámaras del tesoro de Opar, y traerla, — replicó Tarzán. — Yo andaré con mucho cuidado, Jane, y lo más probable es que los habitantes de Opar no sepan nunca que he vuelto allí que los he despojado de otra parte del tesoro, de cuya existencia están tan ignorantes como lo estarían de su valor si lo conocieran.

El acento decisivo con que pronunció estas palabras pareció convencer a lady Greystoke de que era intúil seguir discutiendo; por lo cual dejó de hablar del asunto

Werper continuó escuchando breve rato; y luego, convencido de que había oído lo necesario, y temiendo que lo descubrieran, se volvió a la terraza, donde antes de recogerse se fumó infinidad de cigarrillos.

A la siguiente mañana, a la hora del desayuno, anunció el belga su intención de partir aquel mismo día, y pidió permiso a Tarzán para cazar fieras en la región de los waziris, en su retirada; permiso que lord Greystokes le concedió gustoso.

Pasó el belga dos días ultimando sus preparativos, mas finalmente partió con su "safari", acompañado de un solo guía waziri que lord Greystoke le había cedido.

Apenas había hecho la partida una breve jornada cuando Werper fingió una enfermedad, y anunció su intención de quedarse donde estaban hasta que se repusiera por completo. Como era escasa la distancia que habían transpuesto desde su salida del bungalow de Greystoke, Werper despidió al guía waziri, diciéndole que enviaría por él en cuanto pudiera proseguir el viaje. Ido ya el indígena, el belga llamó a su tienda a uno de los fieles negros de Achmet, y lo destacó para que vigilara la salida de Tarzán, y volviese inmediatamente a comunicársela, diciéndole la dirección que el inglés tomaba.

No tuvo mucho que esperar el ex teniente, porque al otro día volvió su emisario con el recado de que Tarzán y una hueste de cincuenta guerreros waziris había partido hacia el suroeste en las primeras horas de la mañana.

Werper llamó al jefe de sus acompañantes, después de escribir una larga epístola para Achmet Zek, que puso en manos del indígena.

Envía inmediatamente un emisario a Achmet Zek con esta carta — le ordenó, — y quédate en el campamento esperando ulte-

riores instrucciones suyas o mías. Si se presenta alguien del bungalow inglés, dile que estoy muy malo en mi tienda y que no puedo ver a nadie. Ahora dame seis portadores y seis askaris, los más fuertes y valerosos de la safari, y yo partiré con ellos en busca del inglés y descubriré dónde tiene escondido su oro.

Y así ocurrió que mientras Tarzán, sin más ropa que el taparrabo, y armado en la guisa primitiva que tanto le agradaba, conducía a sus leales waziris hacia la muerta ciudad de Opar, Werper el renegado seguía su rastro durante largos y calurosos días, y acampaba muy cerca de él por las noches.

Y en tanto que ellos marchaban, Achmet Zek cabalgaba con todo su séquito hacia el sur, en dirección a las posesiones de lord Greystoke.

Para Tarzán aquella expedición no era más que una simple partida de caza en vacaciones. Su civilización no era a lo sumo sino una capa exterior de que gustosamente se desprendía, al propio tiempo que de sus incómodos trajes europeos, tan pronto como se presentaba un pretexto rezonable para hacerlo. Era el cariño a una mujer lo que sostenía a Tarzán en una apariencia de civilización, estado hacia el cual la familiaridad le inspiraba desprecio. Cargábanles las ficciones e hipocresías de la vida civilizada, y, con la clara visión de un espíritu no estragado, había penetrado hasta el podrido corazón de ella, hasta el cobarde anhelo de paz, sociego y salvaguardia de los derechos de propiedad. Negaba enérgicamente que las cosas bellas de la vida, el arte, la música, la literatura, hubieran prosperado en medio de ideales tan enervadores; por el contrario, insistía en que habían progresado a despecho de la civilización.

—Que me enseñen al hombre cobarde, gordo y opulento — solía decir, — que ha creado un ideal hermoso. Entre el fragor de las armas, en la lucha por sobrevivir, en medio del hambre, de la muerte y del peligro, en presencia de Dios, tal como se nos manifiesta cuando se despliegan lás más pavorosas fuerzas de la naturaleza, es donde ha nacido lo más hermoso y lo mejor del corazón y del espíritu humano.

Y así volvía siempre Tarzán a la naturaleza con el espíritu de un amante que realiza un deseo largo tiempo aplazado, después de un período pasado tras los barrotes de una prisión. En el fondo, sus waziris eran más civilizados que él, pues guisaban la comida antes de devorarla, y despreciaban como repugnante muchos artículos comestibles que Tarzán había devorado con satisfacción y deleite toda su vida. Y es tan insidioso el virus de la hipocresía, que hasta el endurecido Tarmangani titubeaba en dar rienda suelta delante de ellos a sus apetitos naturales. Comía carne quemada cuando la habría preferido cruda y sin desustanciar, y derribaba caza con flechas y venablos cuando de buena gana habría saltado sobre ella desde un lugar de emboscada para hundir los fuertes dientes en la yugular de sus víctimas; más finalmente las exigencias de la leche salvaje que le amamantó en su infancia llegaban a ser poderosísimas en su alma, y al propio tiempo que anhelaba con verdadera rabia la sangre caliente de una víctima recién muerta, sus músculos sentían comezón por batirse con la salvaje selva, en la guerra sin cuartel que fué su único ejercicio en los veinte primeros años de su existencia.

CAPITULO III

LA VOZ DE LA SELVA

Apremiado por estos vagos aunque poderosísimos impulsos, Tarzán se hallaba una noche despierto en la pequeña boma de espinos que protegía hasta cierto punto a su partida contra las depredaciones de los grandes carnívoros de la selva. Un solo guerrero hacía una guardia soñolienta al lado del fuego impuesto por los amarillos ojos que relucían en la oscuridad, más allá del campamento. Los gemidos y toses de los grandes felinos se mezclaban con los miles ruídos de los habitantes menores de la selva, y todo ello atizaba la ardorosa llama que ardía en el pecho del salvaje lord inglés. Este permaneció una hora dando vueltas en su cama de hierbas, sin poder conciliar el sueño, y al fin se levantó, silencioso como un duende; y cuando el waziri de centinela le dió la espalda, saltó la pared de la boma frente a los brillantes ojos, se lanzó en silencio a un árbol y desapareció.

Un rato, en la exuberancia de su entusiasmo animal, corrió ágilmente a media altura, balanceándose por modo peligroso para lanzarse de uno a otro gigante de la selva, y luego trepó a las oscilantes ramas más pequeñas de las cúspides, donde la luz de la luna le daba de lleno, donde el aire se agitaba al soplo de leves brisas y donde la muerte parecía acechar en cada uno de los frágiles sostenes. Allí se detuvo Tarzán y alzó la cabeza hacia Goro, la luna. Quedóse con un brazo levantado y el grito de los monos machos temblando en sus labios, pero permaneció callado por no despertar a sus fieles waziris, los cuales conocían de sobra el espeluznante reto de su señor.

Y luego volvió a avanzar más lentamente y con mayor cautela y precauciones, porque Tarzán estaba buscando una víctima. Se descolgó hasta el suelo entre la negrura completa de los espesos troncos y la colgante verdura de la selva. De cuando en cuando se detenía y pegaba la nariz al suelo. Estaba buscando, y no tardó en encontrar, un ancho rastro de caza, y por fin su olfato se vió recompensado con el olor reciente paso de Bara, el ciervo. Tarzán sintió que la boca le hacía agua, y de sus labios de aristócrata brotó un sordo rugido. Había desaparecido de él el último vestigio de castas artificiales, y volvía a ser el cazador primitivo, el tipo racial más elevado del humano linaje. Viento arriba siguió el rastro, con un sentido de percepción tan extraordinario y tan superior al del hombre vulgar, que nos-

otros no podemos concebirlo. Al través de corrientes encontradas de fuerte olor a carnívoro fué Tarzán siguiendo la pista de Bara; el dulzón y persistente olor de Horta, el jabalí, no podía ahogar el de la presa que buscaba, el amizcle suave e invasor de las patas del ciervo.

De pronto el olor del cuerpo de éste dijo a Tarzán que su presa estaba ya a la mano, y se volvió a subir a los árboles, hasta las ramas bajas desde las cuales podía observar el suelo y percibir con los oídos y el olfato la primera muestra del contacto efectivo con su presa. Y no tardó en dar con Bara, que se hallaba avizor en el borde de un calvero bañado por la luna. Sin ruido se deslizó Tarzán por entre los árboles hasta quedar encima del ciervo. Llevaba en la diestra el largo cuchillo de monte que fué de su padre, y en el corazón la sed de sangre del carnívoro. Un instante se detuvo sobre el confiado Bara, y luego, se dejó caer sobre el suave lomo. El impulso de su peso derribó al animal de rodillas, y antes que pudiera levantarse de nuevo el cuchillo de Tarzán había encontrado su corazón. Cuando se levantó sobre el cuerpo de su víctima para lanzar a la faz de la luna el grito de su victoria, el viento trajo a su olfato un olor que lo dejó en completa inmovilidad y en el silencio de una estatua. Sus salvajes ojos relucieron al mirar contra el viento, hacia donde se olía el aviso, y un momento después se separaron las hierbas de un lado del calvero, y Numa, el león, penetró majestuosamente a su vista. El felino tenía fijos en Tarzán los ojos amarilloverdosos. Quedóse en el mismo borde del calvero y contempló con envidia a aquel afortunado cazador; porque Numa no había estado de suerte aquella noche.

De los labios del Tarmangani brotó un gruñido amenazador de advertencia. Numa respondió a él, pero sin avanzar. En vez de ello se quedó moviendo suavemente la cola a un lado y a otro, en tanto que Tarzán se ponía en cuclillas junto a su presa y cortaba una abundante porción del cuarto trasero. Numa le miraba con creciente resentimiento y rabia mientras, entre bocado y bocado, el gigante blanco seguía profiriendo sus rugidos de aviso. Aquel león, precisamente, no se había puesto nunca en contacto con Tarzán, y estaba verdaderamente perplejo. Delante tenía la apariencia y el olor de un hombre, y Numa había catado la carne humana y sabía que, aunque no de las más sabrosas, era de las fáciles de obtener; y sin embargo, en los feroces gruñidos de aquel extraño ser había algo que traía a la memoria del león a unos antagonistas formidables, y le obligaba a detenerse, en tanto que su hambre y el olor de la caliente carne de Bara le hostigaban casi hasta la locura. Tarzán no dejaba de observarle, conjeturando lo que pasaba por el cerebro del carnívoro; y fué bien que le observara, porque al fin Numa no pudo soportar por más tiempo aquella situación. Súbitamente su cola se endereзó, y en el mismo instante el cauteloso Tarzán, que sabía muy bien lo que el síntoma significaba, cogió con los dientes el resto del cuatro trasero del ciervo y saltó a un árbol cercano, en el momento en que Numa se lanzaba a atacarle con toda la velocidad de un tren rápido.

La retirada de Tarzán no era indicación de que tuviese miedo. La vida de la selva está ordenada con arreglo a diferentes principios de los maestros, y son normas distintas las que en ella prevalece. Si Tarzán hubiese tenido hambre, indudablemente se habría mantenido en su terreno, esperando el ataque del león, como ya lo había hecho en más de dos ocasiones, amén de aquellas en que él era el agresor; pero la noche a que nos referimos estaba muy lejos de sentir hambre, y el cuarto de ciervo que llevaba en los dientes era bastante más de lo que podía comer; y sin embargo, no sentía ecuanimidad al contemplar a Numa cuando desgarraba con los dientes la carne de su víctima. ¡Era preciso castigar la osadía de aquel extraño Numa! Cerca tenía muchos árboles cargados de frutos grandes y duros, y a uno de ellos se lanzó el gigante blanco con agilidad de ardilla. Luego comenzó un bombardeo que arrancó a Numa rugidos que estremecían la tierra. Uno tras otro, con toda la rapidez con que podía cogerlos y arrojarlos, Tarzán fué tirando los duros frutos contra el león. Era imposible que la fiera pudiera comer con calma bajo aquella granizada de proyectiles. No podía hacer otra cosa que rugir, gruñir y saltar de un lado a otro para esquivarlos, hasta que al fin se vió muy separado del cuerpo de Bara, el ciervo. Fuese rugiendo y resentido; pero en el mismo centro del calvero se apagó súbitamente su voz, y Tarzán vió que la enorme cabeza se bajaba y pegaba al suelo, al tiempo en que el cuerpo se agachaba y temblaba la larga cola, mientras el felino se escurría cautelosamente hacia los árboles del lado opuesto.

Inmediatamente Tarzán fué todo cautela; levantó la cabeza y olfateó la débil brisa de la selva. ¿Qué era lo que llamaba la atención a Numa y lo que lo apartaba silenciosamente y cauto de la escena de su derrota? En el momento en que el león desaparecía entre los árboles más allá del calvero, Tarzán percibió el viento que hacia él soplaba la explicación del nuevo interés de Numa: el olor del hombre, que llegaba fuertemente a sus sensibles narices. Dejando el resto del cuarto del ciervo en la horquilla de un árbol, el Tarmangani se secó en los muslos desnudos las manos manchadas de grasa, y se lanzó en persecución de Numa. Una ancha senda de elefante, muy trillada, conducía al bosque desde el calvero. Paralelo a ella avanzaba Numa, en tanto que Tarzán se movía por entre los árboles, como la sombra de un duende. El salvaje felino y el salvaje ser humano vieron la presa de Numa casi simultáneamente, aunque los dos habían conocido antes de presentarse a su vista que se trataba de un negro. El sensible olfato de ambos se lo había dicho, y el

de Tarzán le había comunicado además que el olor era de un desconocido, viejo y varón, porque la raza, el sexo y la edad tienen sus olores diferentes. Era un viejo el que se abría camino, solo por la sombría selva; un viejecillo arrugado y enjuto, con terribles cicatrices y repugnantes tatuajes, y vestido de un modo extraño, con una piel de hiena sobre los hombros y la disecada cabeza de la fiera colocada sobre la testa gris. Tarzán reconoció las señales de las orejas del médico-brujo, y esperó el ataque de Numa con un sentimiento de alborozo, porque al Tarmangani no le hacían maldita gracia los médicos-brujos; mas en el instante de atacar Numa, el blanco recordó súbitamente que el león acababa de robarle su presa unos minutos antes, y que la venganza es muy sabrosa.

La primera noticia que tuvo el viejo de que se hallaba en peligro fué el crujir de las ramas cuando Numa se lanzó, por medio de los arbustos, al sendero de elefantes que tenía a menos de veinte varas de distancia. Entonces se volvió el médico-brujo y vió un formidable león, de negra melena, que corría hacia él; y en el momento de volverle lo alcanzó Numa. En el mismo instante Tarzán se descolgó de una rama sobre la espalda del felino, y al caer hundió el cuchillo en el costado, debajo de la paletilla izquierda, enredó los dedos de la derecha en la melena hundió los dientes en el cuello de Numa y cruzó las poderosas piernas en torno del cuerpo de la fiera. Lanzando un aullido de dolor y de rabia, Numa retrocedió y cayó de espaldas sobre su adversario; pero éste siguió agarrado a su presa y le hundió repetidas veces el puñal en el costado. Daba Numa vuelta sin cesar, arañando y mordiendo al aire, rugiendo y gruñendo por modo pavoroso en su feroz tentativa de alcanzar al ser que detrás tenía. Más de una vez se vió Tarzán a punto de soltar su presa. Estaba contuso y arañado y cubierto por la sangre del león y el polvo del sendero, pero ni un instante menguó la ferocidad de su furioso ataque, ni soltó la fuerte presa en el lomo de su antagonista. El haber aflojado el apretón por instante habría significado quedar al alcance de aquellas desgarradoras zarpas o de los formidables colmillos, y habría puesto fin para siempre a la terrible carrera de aquel lord inglés nacido en la selva. El médico-brujo seguía tendido donde cayó ante la acometida del león, rasguñado y sangrante, sin poder arrastrarse lejos de aquel paraje, y observando la terrorífica batalla entre los dos señores de la selva. Sus hundidos ojos centelleaban y sus arrugados labios se movían sobre las desdentadas encías, mientras musitaba extraños conjuros contra los demonios de su culto.

Un momento no le cupo duda alguna del resultado: el extraño blanco había de sucumbir al terrible Simba, pues ¿quién oyó jamás que un hombre solo, sin otras armas que un cuchillo, matara a una fiera tan potente? Y sin embargo, poco a poco el anciano fué abriendo más y más los ojos, y comenzó a sentir sus dudas y recelos. ¿Qué ser maravilloso era aquel que combatía con Simba y se mantenía en su terreno, a pesar de los potentes músculos del rey de los animales?

(Continuará en el próximo número).

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana		$ 0.20
„ atrasado		„ 0.40
Suscripción por 3 meses	(13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „	(26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año	(52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . „ „ 12.00 „

PARA COBRAR LA HERENCIA DE SU TIO, BARNIGUGLI DEBE CRUZAR EL CONTINENTE 60 DIAS, SIN GASTAR NI UN CENTAVO
—LE DIGO QUE EN ESA FORMA NO VA A NINGUNA PARTE. PARA VIAJAR DE ARRIBA ES NECESARIO TENER PARADA. VISTASE BIEN Y METASE EN LOS TRENES MAS RAPIDOS Y LUJOSOS.
—¿SABE QUE ME PARECE QUE USTED TIENE RAZON?
1
Barnigugli y su
¡ESPLENDIDO, SEÑOR BARON! VAMOS A LA ESTACION Y LE HARE UNA DESPEDIDA, QUE NI AL PRINCIPE DE GALES.
ES USTED UN HOMBRE GENIAL, AMIGO CARADURA.
2
¡QUE FASTIDIO! ME OLVIDE EL BOLETO Y LA CARTERA CON LA PLATA. PERO EN SEGUIDA QUE LLEGUE A LA CAPITAL LE MANDARE UN CHEQUE AL GERENTE QUE ES INTIMO AMIGO MIO.
LLK CLK
5
LE OI DECIR AL INSPECTOR QUE IBAN A DEJAR ESE CABALLERO EN LA PRIMERA ESTACION. ME PARECE UNA OFENSA PARA LOS PASAJEROS. PROPONGO QUE NOS COTICEMOS PARA PAGAR EL BOLETO. A CUALQUIERA LE PUEDE PASAR UN CASO IGUAL.
6
¿HAY LUGAR AQUI PARA OTRO FUMADOR?
¡COMO NO! VENGA CABALLERO; TENDREMOS MUCHO GUSTO EN CONVERSAR CON USTED. ¿ES USTED EL QUE PERDIO LA CARTERA Y EL BOLETO?
9
¡AH! ESO ES UNA GRAN MACANA. ¡POBRE INSPECTOR! ¡QUE OTARIO HA SIDO! ¡JA! ¡JA!
¿AH, SI? ¿CON QUE OTARIO, NO? ¡AHORA VERA!
10

pingo Tragavientos
¡ADIOS SEÑOR PLATUDES! LE DESEO UN FELIZ VIAJE. POR EL OTRO TREN SALDRAN SU AUTO, SU "CHAUFFEUR" Y SUS SECRETARIOS. (VAMOS BARNIGUGLI, HACE LA PARADA DE HOMBRE IMPORTANTE)
MUY BIEN. MUY BIEN.
3
¡BOLETOS!
¡EJEM! ¡EJEM!
4
COBRESE EL BOLETO Y NO LE DIGA NADA A ESE SEÑOR. ¡SERIA CAPAZ DE OFENDERSE!
7
¡CARAMBA! ¿SABEN QUE VA SALIENDO MUY BIEN EL PLAN DE MI AMIGO CARADURA? AHORA ME VOY AL SALON DE FUMAR.
8
¡QUE BARBAROS! ¡DEBEN SER LOCOS!
DE BECK
11

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR

BILLY DEBECK

SALVADO DE LA MUERTE POR UN PERRITO, CUANDO EL MALVADO EMPRESARIO DE TEATRO ARROJO A PIPERMIT AL RIO, ESTE RESOLVIO IR DE NUEVO A VER A LA MADRE PARA PEDIRLE QUE ABANDONARA LAS TABLAS. CUANDO SE DIRIGIA AL TEATRO OYO UNA VOZ FAMILIAR QUE LO LLAMABA, CREYENDO RECONOCER A SU PADRE. COMO NO LO VIERA A ESTE, RESOLVIO SEGUIR SU MARCHA PARA REUNIRSE CON TEODORITA.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Febrero 15
de 1929

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VIII   PUBLICACION SEMANAL   No. 281

EL DIAMANTE DE AMA-ZULU

Por

E. Van Lier Ribbink

Interesante relato de aventuras en la salvaje Zululandia.

ANECDOTARIO DE PUCKY

EL RELOJ DE LAVALLE

Cuando el mayor Lavalle se encontraba en el ejército del Alto Perú, bajo las órdenes de Arenales, sentía vehementes deseos de poseer un reloj, pero no podía comprarlo porque sus recursos no se lo permitían.

Un día le regalaron una cadena, y pensó que podía hacer creer que tenía reloj; colgando la cadena de su chaleco, en el extremo correspondiente al reloj colocó una bala de fusil que introducía en el bolsillo para que la cadena no se escapara. Pronto sus compañeros descubrieron su picardía que no tardó en llegar a oídos de Arenales, a quien se le ocurrió darle una broma, y acercándose a Lavalle, le preguntó en tono indiferente y con seriedad:

—¿Qué hora tiene, mayor Lavalle?

Este no supo qué contestar y trató de hacerse el sordo. Pero el general volvió a preguntar y el mayor introdujo sus dedos en el bolsillo del chaleco, sacó la bala, y mostrándola a su jefe, — dijo con voz respetuosa: — Mi general: mi reloj no tiene hora; no sé si serán las diez de la mañana, la una de la tarde o las doce de la noche, pero sí sé que a cualquier hora que sea, la espada del mayor Lavalle está a las órdenes de V. S. para pelear por la patria y morir por ella si necesario fuera.

Pocos días después el general Arenales le envió de regalo un hermoso reloj de oro.

De este modo pudo, casualmente, satisfacer su deseo de poseer un reloj.

* * * *

ALEJANDRO CUMINE RUSELL

El nombre que encabeza estas líneas pertenece a un niño de 17 años quien realizó uno de los actos más sublimes que pueden registrarse en la historia de la humanidad. El buque transporte "Birkenhead" que conducía un cuerpo de ejército inglés, chocó, el 26 de febrero del año 1852, contra una roca submarina. Desde el primer momento comprendió el capitán que el buque estaba perdido, y como era imposible salvar a toda la tripulación, dispuso que algunos oficiales se ocuparan del salvamento de las mujeres y los niños. El resto de la tripulación y los soldados formaron en orden de parada y esperaron la muerte, que venía rápidamente, pues el "Birkenhead" se hundía en el océano.

A Alejandro Cumine Rusell se le encomendó la dirección de un bote cargado de mujeres y niños; el joven ocupó su puesto en el timón. Con los ojos llenos de lágrimas vió desaparecer el buque llevando en pos a todos sus compañeros, y poco después oyó los gritos de agonía que exhalaban los náufragos al ser atacados por los tiburones. Cuando todo quedó en silencio y se creía que la tripulación entera había perecido, divisaron a un marinero del buque náufrago que hacía esfuerzos por alcanzar el bote. Se veía que aquel hombre estaba extenuado de fatiga; se sumergió un momento y volvió a aparecer ya muy cerca; entonces una de las mujeres gritó: "¡Salvadle, salvadle, es mi marido!" El bote tenía ya demasiada carga y era imposible traer una persona más. El joven Rusell, aquel joven lleno de vida que la suerte había elegido para librarle de la muerte, miró a la mujer, a sus hijitos, al padre luchando con las olas, y algo más lejos los siniestros tiburones. Una idea de sublime abnegación pasó por su mente. Abnegación tanto más rara cuanto que ella favorecía a personas para él desconocidas. En un instante se le vió ponerse de pie, lanzarse al mar y ayudar al náufrago a entrar en el bote, donde le dejaba su sitio.

—¡Dios te bendiga! — fué el grito que partió de todos los labios. Pero nadie se imaginó que aquel acto llegaría hasta el sacrificio. Alejandro Cumine Rusell no trató de entrar en el bote: se dió vuelta y afrontó impávido al ejército de tiburones. Todos sus compañeros cerraron los ojos, horrorizados; cuando los abrieron, sólo quedaba el recuerdo del infeliz joven.

* * * *

¡BAJE USTED LA CABEZA!

Cuando Benjamín Franklin tenía 18 años, volvió a su ciudad natal, Boston, donde fué a visitar a un predicador a quien iba recomendado. Este lo recibió cariñosamente; cuando le despidió lo condujo por el camino más corto, al cual ponía en comunicación con la calle una puerta tan baja que un hombre de estatura regular tenía que agacharse para pasar. Franklin, que iba hablando con su cariñoso guía, no se fijó en la puerta.

—¡Agáchese! ¡Agáchese! — dijo de repente el predicador.

Pero en aquel momento Franklin dió con la frente en el dintel de la puerta.

—Tenga usted presente siempre este pequeño contratiempo, — dijo el pastor. — Usted es joven y tiene el mundo delante. Baje usted la cabeza y se evitará de esta manera muchos y duros golpes.

Hizo una impresión tan profunda en el joven esta lección, que siempre se acordaba de ella, y se la refería a un hijo del mencionado pastor, con el siguiente apéndice:

—Este buen consejo de su difunto padre quedó tan bien grabado en mi memoria, que en muchas ocasiones me ha sido extraordinariamente útil, y lo recuerdo con gratitud siempre que veo cómo es humillado el orgullo por alzar mucho la cabeza.

Marcus entró a las dos cigarrerías y a la farmacia, usando el teléfono en cada una de ellas

EL HOMBRE DEL OJO TORCIDO

Por PROSPERO BURANELLI

ENTRE a la estación telefónica para hablar con el Departamento de Policía. Mi moneda de niquel cayó por la ranura y el timbre sonó como de ordinario. Afuera en la calle 14, pasaban numerosos camiones, autos y transeuntes. En la acera veía a mis tres compañeros calentándose al brillante sol de los primeros días de Mayo; a mi socio Walsh y otros dos detectives que habíamos recogido en nuestra ronda.

"Su hermano está bien" oí decir a una voz de hombre en la casilla de teléfono adjunta a la mía. Consiga el dinero y mándelo, como le he dicho..."

Esto con tono de prevención.

—"¿Número?" — la palabra familiar me llegó a través del receptor.

Instintivamente suprimió el "Spring 3100" que tenía en los labios. Dije un número imaginario "Wáshington Heights 2756".

"Bien sabe usted que puede conseguir el dinero" dijo la voz del próximo teléfono, con acento en el que había algo de amenaza. "Su hermano tiene varias propiedades en Chicago y usted obtendrá dinero sobre ellas. Tiene que hacerlo, además".

"¡Hola!!, una voz ronca, de baritono, sonó en mi receptor. "¿Eres tú Mabel?", podría ser un marido hablando con su esposa.

"Tengo una tarjeta de su hermano Elks", prosiguió la voz desde el otro teléfono. "Voy

a partirla en dos. El hombre a quien entregará usted el dinero debe presentarle la otra mitad".

"No, no es Mabel", llegó la voz indignada por mi receptor.

La conversación en el teléfono próximo había terminado. Ví una figura pasar por delante de mi casillo. Después de una discreta espera, salí. Mi hombre estaba parado en el mostrador de los cigarrillos. Era un tipo grandote y pesado. Tenía un gran bigote negro y uno de sus ojos era mal hecho y desviado. Alguna infección parecía habérselo quemado y torcido. Un ojo odioso en una cara odiosa. El hombre escribía la dirección en un sobre. Luego sacó de su bolsillo una tarjeta, la partió en dos y metió, dentro del sobre, la mitad. Salió de la casa, fué hasta el buzón de la esquina y echó en él el sobre.

—Este tipo debe andar mezclado en alguna fechoría, — dije a mi gente. — Vamos a seguirlo para ver que es lo que se trae entre manos.

Convenimos en que Walsh y yo lo seguiríamos mientras los otros dos detectives sacaban el sobre del buzón para ver la dirección que llevaba.

El hombre del ojo torcido caminó hacia el oeste por la calle 14 y entró en uno de esos establecimientos donde se exhiben fenómenos y se practica el tiro al blanco. Entré tras él. Tomó uno de los pequeños rifles y empezó a disparar con toda la ligereza posible. Yo observaba fascinado. A un detective le interasa siempre la buena puntería de los ladrones. El hombre del ojo torcido derribó cuarenta y nueve patos en cincuenta tiros.

—¡Diablo! — dije para mí. — ¡Campanas del infierno! — exclamó Walsh cuando se lo conté.

—

Fuimos hasta Brooklin, a una casa en Westminster Road. Allí vivía nuestro hombre.

Pudimos averiguar poco sobre él en la vecindad, excepto que se llamaba José Marcus. En los archivos del Departamento encontré retratos de aquella fea cara, con el ojo deforme. Se enviaron circulares para obtener informes de Marcus. Era el jefe de una banda de secuestradores, que había estado operando en las ciudades del Oeste; una formidable pandilla de bandidos. La policía de Chicago acusaba a Marcus del asesinato de un agente de policía.

El sobre, con la mitad de la tarjeta de Elks, había sido recobrado del buzón. Llevaba el nombre de Scharlin y una dirección en Riverside Drive. Se descubrió que se trataba de un secuestro por el que se exigía, como rescate, una suma fabulosa. Habíamos dado con uno de los "chantages" más ambiciosos y cuidadosamente preparados. Dos noches antes, James Taylor, poseedor de una regia mansión y de gran fortuna, había salido de su casa y marchaba por la New York Avenue, en Brooklyn. Un encuentro con dos hombres, la amenaza de dos automáticos y Taylor entró dócilmente en un automóvil que aguardaba por allí. Pocos minutos de viaje y el prisionero, siempre bajo la persuasión del automático, hacía un llamado telefónico.

Habló con su socio y amigo Abel Scharlin, quien si Taylor era rico, era más rico aún. Se trataba de dos lindas y amables muchachas. Taylor le dijo que las llevaba a remolque. ¿No quería Scharlin unirse a él para pasar una noche de jarana? El otro aceptó. Señalaron, como lugar para encontrarse una esquina de Riverside Drive.

—

Scharlin esperó en el sitio indicado. Apareció un auto. Una pistola apuntó a Scharlin y un segundo cautivo fué a unirse al primero. Se introdujo la cabeza de cada uno de ellos en una funda de almohada. El auto marchó velozmente por espacio de varias horas. Luego, con las fundas todavía sobre la cabeza, Scharlin y Taylor fueron conducidos a una casa. Permanecieron continuamente con la capucha puesta, como miembros del Ku-Kux-Klan. No tenían la menor idea de donde estaban, salvo que habían hecho un largo viaje. Durante la noche oyeron ladridos de perros y por la mañana el cacareo de las gallinas. Supusieron que se hallaban en el campo.

Se obligó a Scharlin a escribir a su familia, diciéndole que exigían 400.000 pesos por su rescate. Por Taylor se pidió 70.000 pesos. Si no se recibían los 470.000 pesos los dos hombres morirían. Si se avisaba a la policía, serían asesinados inmediatamente. Esto último se hacía recalcar con frases amenazadoras.

La familia de Scharlin trató de conseguir el dinero. Eran ricos; pero 400.000 pesos no se consiguen, en forma negociable, de la noche a la mañana. Tuvieron miedo de avisar a la policía. Estaban aturdidos y aterrados.

Recibieron una sucesión de llamados telefónicos de parte de uno de los miembros de la gavilla. Amenazas contra la vida de los prisioneros. Se especificó cómo debería ser pagado el rescate. Cierto conocido maleante, gran jugador y "manager" de pugilistas, lo recibiría. La mitad de la tarjeta de Elks Scharlin serviría para identificarlo. Fué esta parte de la comunicación telefónica que yo oí por casualidad. El plan de los secuestradores para obtener el dinero estaba bien ordenado.

Con el cómplice, como intermediario, no tendríamos pruebas que pudieran hacerlos condenar ante los tribunales. Si lo arrestábamos no hablaría y los prisioneros serían probablemente llevados a algún lugar oculto y asesinados.

—Son hábiles — le dije a Walsh. — Pero nosotros tenemos el as de triunfos.

El as era el hombre del ojo torcido. No pensábamos arrestarlo de inmediato. Probablemente no hablaría y la pandilla mataría a los prisioneros. Pero vigilándolo estrechamente, podíamos pescarlo en comunicación con sus compañeros, seguir el rastro hasta la guarida donde habían llevado a Scharlin y

Taylor, entrar allí, rescatar a estos y apoderarnos de los bandidos.

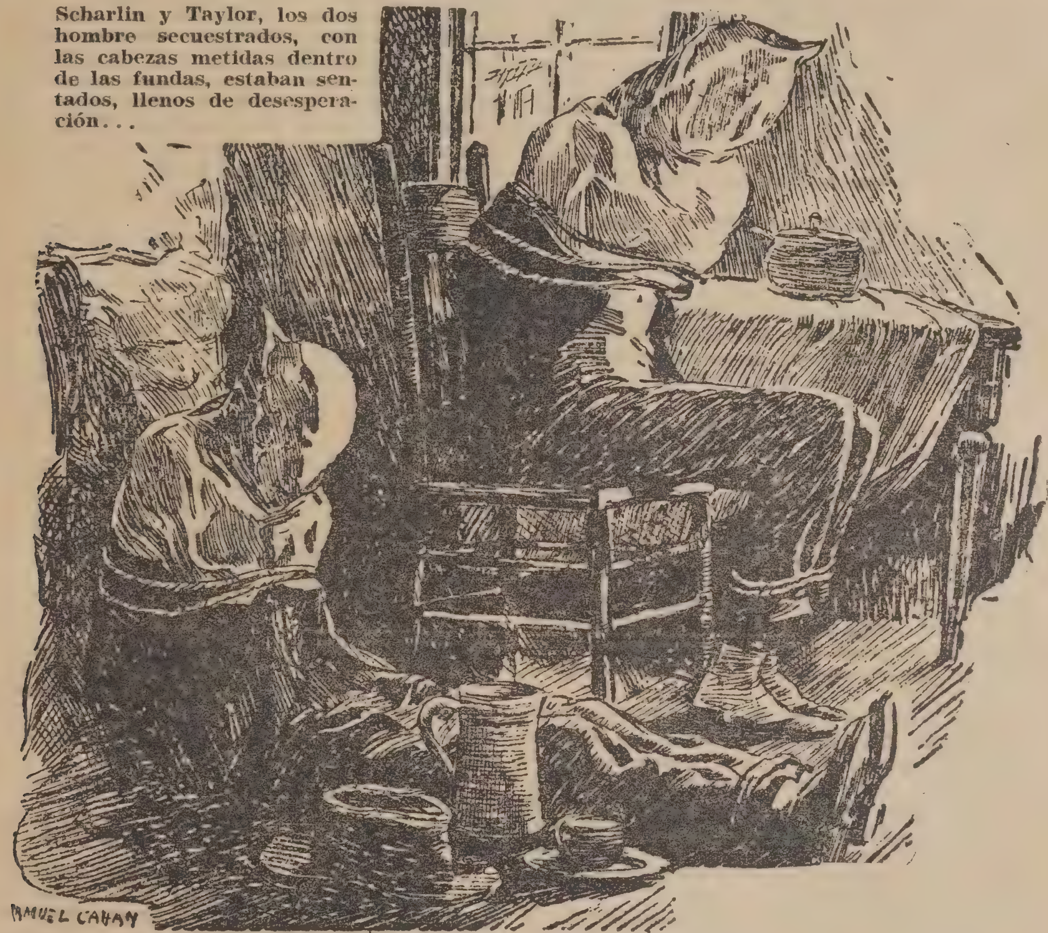
Marcus podía pasar por el más pacífico de los ciudadanos. Regular como un reloj, salía por la mañana, regresaba antes del obscurecer y pasaba la noche solo, en su casa. Durante el día andaba por Nueva York, — seguido por Walsh y yo — utilizando los teléfonos públicos. Llamaba solamente a la casa de la familia Scharlin, asustándola con salvajes amenazas contra los cautivos. De vez en cuando logré encontrarme en alguna casilla adjunta a la suya, donde podía oir lo que decía. Era astuto y usaba de toda su maña para saber si era seguido. Tuvimos que emplear toda nuestra experiencia para no despertar sus sospechas. El disimularse es un arte sutil. No se reunió con nadie y, excepto los llamados telefónicos a los de Scharlin, nada pudimos descubrir. Estaba claro que había resuelto no ponerse en contacto con la pandilla, hasta cierto momento que yo supuse sería el crítico. Seguramente no deseaba exponerse a que alguien, siguiéndole quizá, descubriera la guarida de los secuestradores.

Después de transcurrir cuatro días así ocurrió lo inesperado. Marcus salió de su casa, por la noche, a eso de las nueve. Hizo un largo viaje hasta la calle 55 y calle 14, en la avenida Brooklyn. En èsa esquina lo esperaba un hombre alto y de atléticas proporciones cuyo nombre, según supimos después, era Dave Burman. El hombre del ojo torcido había acudido por fin a una cita. No nos quedó duda de que Burnan era miembro de la pandilla. El lugar del encuentro en una remota parte de Brooklyn, eran singular. Yo sospechaba que la guarida estaba en alguna parte de aquel distrito y que Barnun había salido de ella para encontrarse con Marcus. Aquello prometía. Uno u otro, estábamos seguros, nos conduciría al nido. Fueron ambos a la casa de Marcus y se quedaron allí toda la noche.

Por la mañana Marcus salió solo. Se había hecho afeitar el espeso bigote negro.

—Va a pasar algo, — le dije a Walsh anticipadamente. El haberse afeitado el bigote, era una especie de disfraz, como si el hombre deseara cambiar su semblante en el momento de la crisis. Walsh y yo seguimos a Marcus, dejando otro hombre, llamado

Scharlin y Taylor, los dos hombre secuestrados, con las cabezas metidas dentro de las fundas, estaban sentados, llenos de desesperación...



Day, para que siguiera a Burman, cuando saliera.

Marcus fué a Nueva York y en la esquina de la calle 23 y Sexta Avenida ejecutó una singular maniobra. Hay allí dos cigarrerías y una farmacia, nua en cada esquina. Marcus entró en las tres casas y usó en cada una de ellas el teléfono. Los llamados fueron hechos a casa de Scharling. Dijo lo que tenía que decir en partes. Su idea era que si descubrían de donde llamaba, no permanecería tanto tiempo en un teléfono, como para que pudieran agarrarlo. El exceso de precaución, indicaba la importancia del mensaje. La comunicación era que se trataba del último día de gracia. Si no eran entregados los cuatrocientos estenta mli pesos, a las 6 de la tarde, los prisioneros serían llevados a dar un paseo.

Luego Marcus se encaminó al centro. En Central Park West se volvió varias veces tratando de ver si alguien lo seguía. En la calle 67, alguien lo esperaba. Era Burman. Más abajo se hallaba Daly, conversando con otro agente disfrazado. Los dos ladrones entraron a Central Park, se sentaron sobre el césped y se pusieron a conversar.

—

Era ya media tarde. La hora señalada para los asesinatos se aproximaba. Temíamos que ni Marcus ni Burmau fueran a la guarida si no que dieran órdenes por teléfono para el asesinato de los prisioneros. En tan crítica situación necesitábamos instrucciones. Daly fué a telefonear al inspector Coughlin.

No bien se había marchado, Marcus y Burman salieron del parque. Hay que ser muy hábiles en estas persecuciones secretas. Es necesario impedir que el perseguido sospeche. Nos figuramos que los dos ladrones iban a telefonear.

Daly se hallaba en una estación telefónica cercana, donde estaría alerta por si aparecían Walsh se dirigió a otra para esperarlos allí. Yo me quedé cerca de Marcus y Burman, siguiéndolos largo trecho. Iban a un teléfono; pero no a los que habíamos imaginado. El resultado fué que Daly y Walsh perdieron el rastro y quedé solo para acechar a los dos hombres.

El llamado telefónico fué dirigido a lo de Scharlin. Oí parte de él. Marcus dijo que no lo volverían a oír... Era su último llamado. Quedaban dos horas para la entrega del dinero. Después podían entrar en tratos con los empresarios de pompas fúnebres.

Se dirigió luego con Burman a Central Park West. Allí, en una esquina hablaron animadamente. Cuando los hombres se detienen así es por que piensan separarse. Yo no podía seguir más que a uno de ellos; tenía que dejar ir al otro. ¡Era el fracaso!

Calle abajo ví a un agente en motocicleta. Fuí hasta él.

—Voy a errestar a esos dos tipos — le dije. — Uno de ellos es hábil tirador, lo se de cierto. Y supongo que el otro también lo es. Manténgase cerca y, si llamo, venga al galope.

Me situé en una escalinata, cerca de donde estaban hablando los dos criminales. Avanzaron unos pasos. Casi me rozaron.

—¡Manos arriba! — dije bruscamente.

Burman se dió vuelta con increíble rapidez y sacó su automático. Con un gesto instintivo le arrebaté el arma de la mano y la aboqué al estómago de Marcus. El hombre del ojo torcido tanteaba su revólver.

—¡Manos arriba! — Marcus alzó lentamente las manos. Llamé al agente en motocicleta. Mi última hora pareció próxima. Burman me agarró la mano armada. Forcejeamos. Marcus sacó su pistola para matarme. Usé a Burman como escudo. Marcus no podía disparar. Ví su rostro por encima del hombro de Burman. Se acercaba. El ojo espantoso, deforme, me miraba como algo irreal, diabólico. Marcus alzó su automático por encima del hombro de Burman para matarme.

Sonó un tiro. El hombre del ojo torcido cayó muerto. El agente de policía, pistola en mano, había acudido velozmente a mi llamado. Estaba detrás de Marcus, cuando éste se disponía a disparar. Con el caño de su revólver a uno o dos pasos de la espalda de Marcus, hizo fuego. Logré desprenderme de Burman y le dí un golpe con la culata del revólver. Cayó con la frente bañada en sangre.

El hombre del ojo torcido estaba muerto y Burman prisionero. Se negó a hablar. Todavía ignorábamos el sitio donde Scharlin y Taylor estaban secuestrados. Nuestra única esperanza era que la pandilla leyera la noticia en los diarios, tuviera miedo de que Burman hablara y pusiera a los dos hombres en libertad.

Scharlin y Taylor, metidas sus cabezas en las fundas, estaban sentados, llenos de desaliento. La puerta se abrió de golpe Resonó una exclamación.

—¡Marcus ha muerto y Burman está preso!... Mirad... aquí, en el diario.

Se oyó una babel de voces asustadas. Luego una orden autoritaria.

—Tenemos que deshacernos de estos tipos.

Scharlin y Taylor se resignaron a morir. A una orden de sus raptores bajaron las cabezas y las mantuvieron mirando fijamente al suelo. Se les quitaron las fundas. Siempre con la cabeza agachada, fueron sacados de la casa y llevados a un auto. Era de noche cuando el auto se detuvo. Se les dió orden de que bajaran. Permanecieron a un lado del camino, como penitentes cargados de tantas culpas que no se atrevieron a levantar la vista para mirar a los demás hombres. Mientras estudiaban el suelo, oyeron el ruido del motor y el auto se alejó, dejándolos solos.

La pandilla había obrado así por miedo de que Burman "cantara". Pero no cantó.

Se le señalaba como autor de crímines en distintos lugares del país; pero no existían pruebas suficientes para condenarlo por el secuestro. Sólo se le pudo sentenciar a doce años de prisión, por haber asaltado a un oficial y por haber intentado matarme.

SOBRE LA HUELLA

Por J. E. GRINSTEAD

Grinstead, el famoso escritor que creara tantos personajes inolvidables, nos traslada en este relato a las desoladas regiones del Oeste norteamericano, donde todavía impera la ley del revólver. Los criminales de los pequeños poblados, después de cometer sus delitos, huyen a las montañas y las praderas, en las cuales saben que no les alcanzará la justicia. Para sacarlos de allí se necesitaría un verdadero ejército; pero un muchacho valiente, movido por una sed inextingible de aventuras y por el amor puro de una muchacha, se lanza en persecución de dos de esos criminales. Contra las previsiones de todos, logra darles alcance antes de que los forajidos se internen del todo en las salvajes regiones que ningún hombre de bien jamás ha hollado, y se apodera de ellos. Rescata al mismo tiempo a la joven de sus pensamientos, que por un instante le hizo dudar con su conducta equívoca, pues los delincuentes la habían mezclado en sus fechorías. De este modo contribuye el muchacho, con su esfuerzo, para que se desentrañe una de las situaciones más misteriosas que pueda concebir la imaginación de un novelista.

ERAN las siete de la tarde.

El jefe de policía de Joe Tybee caminaba furioso de un lado para otro, mascullando por lo bajo cosas que debían serle muy necesarias para expresar sus sentimientos, pero que estaban lejos de ser transcribibles aquí.

Mientras mascaba furiosamente su cigarro apagado, murmuraba:

—¡Magnífico negocio! Me designan como distrito la mitad del universo y todo el infierno, y me dan cuatro gatos para vigilarlo! Si la policía estadual de Fuerte Smith valiera una maldición, ésta sería la hora en que habrían sido detenidos todos esos individuos.

¡Pero no! Los dejan escapar a todos, y éstos buscan amparo inmediatamente en las "ciudades de refugio", como ellos le llaman. Una vez allí, ¡podrían ir a sacarlos!

La puerta se abrió y un joven penetró en la oficina.

—¡Buenas tardes, tío Joe! — saludó el visitante.

—¡Buenas tardes! — gruñó Joe Tybee.

El recién llegado no mediría menos de seis pies y era de fuerte contextura.

De rostro no era particularmente hermoso, pero en cambio tenía unos inteligentes ojos grises, una sonrisa franca y unos cabellos espesos que bien pudieron ser rojos, pero quien sabe por qué secreta razón prefirieron transformarse en negros.

Breck Cahill tenía apenas veinticuatro años y era el hijo único de la hermana mayor de Tybee. Habíase criado en Kentucky. De manera que no era raro que se hubiese familiarizado desde pequeño con las aventuras de la vida de frontera. El espíritu inquieto era algo así como una tradición de familia.

Estaba acostumbrado desde muy temprana edad a manejar armas de fuego; a la verdad que había conseguido hacer de ellas dóciles instrumentos en sus manos.

Mucho había deseado, por otra parte, hacer la vida aventurera de sus antepasados; por desgracia, nunca, hasta entonces, había tenido ocasión de probar fuerza contra hombres hábiles y astutos.

Varias veces se había ofrecido a su tío para tomar parte en varias batidas, pero Tybee se había negado siempre diciendo:

—¡Jamás! Pues Josie no me perdonaría nunca que hubiera arriesgado la vida de su hijo único.

De modo que Breck había debido contentarse con oír los relatos de las gentes, nada más. Así llegó a conocer cómo fueron muertos o capturados algunos bandidos famosos.

Apenas entrado en la habitación, se dejó

caer pesadamente sobre una silla.

—Parece muy preocupado esta tarde, tío — dijo.

—¿Preocupado?... ¡Diablo, sí!... ¿Cómo podría estar de otro modo? Tom Haines y Bart Webster, dos personas apreciadísimas, son muertas al frente mismo del edificio del gobierno federal, y yo que no tengo un agente!... ¡Mira si no es para estar preocupado! Si no estuviera ese garito a media cuadra...

—¿Y la policía estadual?

—¡La policía estadual!... ¡Maldita sea! Cuando más arrestará algún pobre granjero que no tiene nada que ver en el asunto; pero los verdaderos bandidos se escaparán como siempre... Son así: un pobre diablo comete una pequeña infracción, ¡y al calabozo!... En cambio los ladrones y criminales andan sueltos por los caminos, sin que nadie los moleste... Para colmo los asesinos de esos hombres de que te he hablado deben haber pasado para este momento lo que se llama el límite de la civilización, la línea divisoria de los poblados sometidos a la ley y de las praderas habitadas solamente por indios y malhechores.

—¿Y cuándo franquean ese límite, resulta completamente imposible perseguirlos?

—A menos de tener un regimiento...

—¡Pero, cuénteme, tío, lo que pasó con esos criminales que tanto le preocupan!— dijo el muchacho. — ¿Sabe quiénes son?

—El hecho sucedió poco antes de que amaneciera, en la casa de juego de Mike Ledy, situada a pocos metros de aquí, como sabrás. Lo único que se pudo ver luego fué cómo los criminales, cometido el doble homicidio, cruzaban el río al amanecer y se perdían en el desierto. Así nos contó el hombre del ferryboat. El mismo los pasó al otro lado. Después de eso deben haber huído seguramente a las "ciudades de refugio"...

—¿Qué quiere decir eso, tío?

—Recordarás que la Biblia habla de seis ciudades construídas por los judíos, en las cuales buscaban amparo los hombres que mataban casualmente a un semejante. Solamente así se los admitía. Las autoridades no podían entrar a la ciudad para aprehenderlos, porque muchos años atrás les estaba prohibido franquear los límites de las tales "ciudades de refugio"... ¿Comprendes ahora?

—Desde luego, — contestó Breck, pensativo.

—En el presente caso ocurre casi lo mismo. Los hombres de la pradera tienen pueblecitos a los cuales no puede penetrar la autoridad, por lo cual los criminals se refugian allí con la seguridad de que no serán molestados...

—¿Pero quienes son los asesinos? ¿Los conoce usted? — preguntó Breck de nuevo.

—Es claro que los conozco. Es decir, ¿quién no conoce al cabecilla? Ha vivido aquí muchos años. Es el viejo más hermoso, elegante y cortés de todo el pueblo, a pesar de su condición de tahur. Además tiene una cultura que ya quisiera para mí. Es el famoso Fleet Gaynor, en apariencia un verdadero caballero.

Breck dió un respingo al oír el nombre. Tybee lo miró un poco sorprendido, pero prosiguió:

—Estuve hablando con el encargado del ferryboat. El me contó que Rod Bolan, un hombre perseguido por una serie de crímenes, y un mestizo llamado Charley Hosman, estaban con Gaynor, además de la hermana de éste. Fueron al menos los que cruzaron el río.

—¿Ha enviado a alguien en persecución de los fugitivos?

—¡No, hombre!... ¿De dónde quieres que saque agentes? Yo no puedo abandonar mi puesto. Es de eso que estaba hablando cuando tú entraste. El gobierno federal me ha asignado un distrito grande como la China, dándome en cambio menos agentes que los que vigilan Rhode Island. Si tuviera ahora un hombre disponible, lo mandaría para que alcanzara a los asesinos antes de que lleguen a las montañas de Kiamitia, que son las verdaderas "ciudades de refugio" de aquellas regiones, sólo pobladas por indios...

—¡Yo iré en su persecución! — dijo de pronto Breeck.

—¿Tú? ¡De ninguna manera! No puedo permitirte semejante cosa.

—Quiero ir, tío; le aseguro que se los traeré.

—¡Te he dicho que no, y basta! No conoces la tierra de los indios y el lugar adonde va la pandilla está una milla más cerca del infierno que cualquier otro punto de la tierra

—Parecería, tío, que usted no tuviera mucho interés en que esos individuos fueran detenidos,— replicó Breck con una sonrisa medio burlona en los labios. — Soy ciudadano de los Estados Unidos y hace rato que he pasado de la mayoría de edad... Además, no soy ciego ni cojo. Ya varias veces le he ofrecido mis servicios como policía, y usted siempre los ha rehusado. ¿Cree acaso que no soy capaz?... ¡Pues bien, me voy detrás de esos tipos, a pesar de todo!... Es claro que si usted prefiere darme una misión oficial, por así decirlo, sería mejor...

—¡Oh, maldito! ¿Quieres callar?

—Bueno, me callo; pero también me voy.

Media hora después, Breck Cahill llegaba, después de una larga galopada, a las orillas rojizas del río Arkansas. Desmontó e hizo subir el caballo al ponton que servía de ferryboat. Tenía las credenciales de agente federal, pero ya ni se acordaba de ellas. El pontón soltó amarras y la corriente se lo llevó un trecho, acercándolo, sin embargo, a la otra orilla, que desde lejos simulaba una muralla hermosísima de follaje. El pontón fué de nuevo amarrado. Breck hizo bajar a tierra su caballo y montó otra vez.

¡Entraba en la tierra peligrosa, como le llamaba Tybee! Muchas cosas vería antes de que estuviera nuevamente de vuelta al río... si es que realmente lo dejaban volver...

Breck Cahill pudo comprobar recién entonces cómo necsitaba aguzar su ingenio y apelar a todos sus recursos un hombre perdido en un territorio poco menos que enemi-

go yendo en persecución de un grupo de forajidos.

Sin embargo, por más esfuerzos que hacía, no lograba despejar su cerebro. Tenía un sueño que se dormía solo sobre la silla. Para colmo, los rayos del sol brillante arrancaban de la tierra y las cosas reflejos que le hacían cerrar forzosamente los ojos.

La verdad es que Breck había pasado bailando la noche anterior, y ahora pagaba las consecuencias. Fué en una de las antiguas casas de Fuerte Smith. Las dos salitas de que constaba habían sido reducidas a una abriendo de par en par las grandes puertas que la separaban habitualmente.

De tal modo podían bailar no menos de diez y seis parejas al mismo tiempo. Un violín y un bajo constituían toda la orquesta.

Allí es donde Breck había tenido ocasión de encontrarse con una hermosa muchacha. Juntos habían bailado infinidad de piezas. Era la chica de cabellos rubios, casi rojizos. Sus labios y sus mejillas mostraban hermosos colores naturales muy agradables y las líneas de su rostro eran poco menos que perfectas. A todas estas cualidades unía la de poseer un cuerpo fino y elegante, y una conversación de las más agradables.

El sol de primavera era brillante y quemaba de veras. Mientras Breck galopaba cabeceando a ratos el paisaje se iba haciendo cada vez más áspero. Todavía creía oír el sonido quejumbroso del violín o el pluk-pluk del banjo. Y después las voces de los bastoneros dirigiendo la danza. Entretanto, la imagen de la muchacha no se apartaba de su retina. Sobre todo su sonrisa era algo que no podía olvidar. Siempre se encontraban sus ojos en el baile y siempre las sonrisas de ella eran para él. Había sido realmente dichoso esa noche.

Aquella muchacha no era más que Gale Gaynor, hija de Fleet Gaynor, el hombre a quien iba persiguiendo! ¿Se había creído acaso que él, todo un muchacho razonable, hubiera tomado el asunto por puro amor al arte? Nada de eso. Estaba su espíritu de aventura, pero también había unos lindos ojos negros de por medio. Por ellos se internaba audazmente en el desierto, por ellos desafiaba quizás la muerte.

Hacia mediodía se desvió unos metros de la senda que había seguido hasta entonces, desmontó y sacó el freno a su caballo. Hecho esto lo ató de unos arbustes para que paciera un poco. El se tendió pesadamente sobre el césped, debajo de un árbol y durmió algunos minutos, mientras su caballo descansaba a la sombra al tiempo que comía algunas hierbas a su alcance.

Entretanto, en la oficina de la policía federal de fuerte Smith, el tío de Breck se paseaba furioso, maldiciendo de sí mismo por haber dejado que el muchacho se lanzara en la peligrosa aventura. Había cometido, decíase en voz alta, la imperdonable estupidez de dejarse convencer por Breck, permitiendo que partiera contra su voluntad en persecución de los bandidos.

Si por desgracia llegaba a sucederle algo al muchacho, su hermana no le perdonaría nunca que no hubiese evitado la temeridad de Breck. Y, sin embargo, le constaba que su sobrino había manifestado su deseo de partir de "cualquier modo". De modo que nada hubiera podido hacer para impedírselo. Era ya un hombre, y no un chiquilín.

De su parte, él no podía encerrarlo en un calabozo para impedir que se fuera. Ya que estaba empeñado, lo único que le restaba era ayudarlo en lo que pudiera. Por eso le había dado las credenciales de agente federal. Tal vez le sirvieran para algo en un trance apurado. Además, si el muchacho se veía en la precisión de matar o herir a alguien, el estaba empeñado, lo único que le restaba era ayudarle a arreglar el asunto.

"¡Fleet Gaynor!", se repetía mientras paseaba por la habitación. ¿Cómo un caballero como Gaynor podía haber cometido el doble asesinato? Difícil era en verdad precisarlo. Recordó entonces que el fugitivo también tenía en su haber un proceso pendiente por encubrimiento de cierto crimen. ¡Ah, si lo llegaban a cazar! . . . ¡Pero antes era necesario cazarlo! . . . Al pensar en esto Joe Tybee pisaba con rabia contra el suelo.

Si al menos hubiera estado en Fuerte Smith el sargento Welsh, un tipo de mostachos fieros, de mandíbulas cuadradas, como de bulldog. ¡El sí que hubiera podido correr en ayuda del muchacho! Pues Welsh conocía perfectamente las tales "ciudades de refugio", rancho por rancho, campo por campo. Sabía cuáles eran los caminos seguidos habitualmente por los criminales, del mismo modo que los indios saben cuáles son los sitios donde abrevan los ciervos.

Pero Welsh no se encontraba en el fuerte, por desgracia. Había sido enviado poco antes en otra dirección, en persecución de unos infractores vulgares y no volvería hasta el día siguiente, en el mejor de los casos.

* * * *

Mientras el representante federal se paseaba presa de la intranquilidad de quien se sabe en inminente peligro a un miembro querido de familia, éste no era digno, al menor por el momento, de provocar tanta inquietud.

Tendido sobre el césped, esperaba dormir todavía media hora. Había colocado cuidadosamente la cabeza sobre el brazo, en forma de que al cabo del tiempo mencionado, la circulación, detenida en gran parte por la presión, le produciría un malestar que acabaría por despertarlo.

Quedó así adormecido. Al cabo de cierto tiempo se despertó bruscamente, temiendo haber descansado más de lo que se propusiera. De un salto se incorporó. La sombra de los árboles se había alargado considerablemente hacia el Este. No había para qué dudar más; el cansancio producido por la juerga de la noche anterior, le había hecho dormir, por lo menos, un par de horas. ¡Y con la delantera que ya le llevaban los criminales! Había que recuperar el tiempo perdido. De lo contrario, los otros penetrarían en la zona montañosa y de allí no podría sacarlos nadie.

Montó de nuevo. Joe Tybee le había dado un pequeño plano de la región que debía atravesar y lo examinó para orientarse.

Hacia el anochecer, Breck entraba en la región escabrosa. Tenía un hambre espantosa y se encontraba a no menos de veinte millas de donde su tío le había indicado para pasar la noche! ¡Todo por el maldito sueño que le hiciera perder un tiempo precioso!

Llegó a una pequeña cabaña que había al borde de la senda que seguía desde temprano y llamó. Un hombre alto y flaco, con sendas patillas, salió a atenderle.

—¡Buenas tardes, señor! — saludó Breck. — Desearía algo de pasto para mi caballo y una cama para mí.

—No damos de dormir a nadie, — repuso el otro por la ventana. — No tenemos tampoco habitaciones.

—¿A qué distancia está, entonces, la casa más próxima?

—A veinte millas, a la derecha del camino.

—Pues mire: soy de la policía federal y...

—¿Sí? — repuso el otro interrumpiéndole. — ¡Haberlo dicho antes, señor!... Apéese y desensille... Como hace poco que tengo este negocio, desconfío de todos los que pasan... ¿sabe?... ¡Hay cada individuo por aquí!... Su caballo tendrá pienso y usted podrá comer también algo... ¿Seguramente viene cansado y querrá dormir un poco?

—¿Vió usted tres hombres y una mujer pasar por aquí hoy? — preguntó Breck, sin asombrarse del cambio que en el otro se había operado desde que le dijera que era policía.

—Sí, los he visto. Uno era un hermoso tipo de anciano y la chica me pareció de lo más adorable que haya visto en mi vida.

—¿Quiénes iban con ellos?

—Un individuo con todas las apariencias de un asesino, y además un mestizo del cañadón...

—¿Nadie más?

—Nadie más. ¿Es que usted va detrás de ellos?

—Sí.

Sabía que era inconveniente haberlo dicho, pero arrastrado por su carácter franco y sincero, no pudo ocultarlo. Por los otros agentes, sabían que en aquel territorio salvaje, difícilmente se podía decir quién estaba en buenas relaciones con la policía y quién tenía cuentas pendientes con ella. Por eso se resolvió a ser más prudente en adelante.

Bañaron al caballo y lo encerraron en un establo, conjuntamente con otro equino. Una vez que el hombre de la cabaña hubo traído una horquillada de pasto, cerró la puerta del box y le puso candado.

Breck se sintió mucho mejor después de haber dado cuenta de una cena sencilla pero saludable. El posadero le preparó, luego, una cama en un rincón de la pieza, y en menos de lo que se tarda en contarlo, el muchacho estaba dormido como un tronco, otra vez.

A los primeros resplandores del alba, Breck abrió los ojos y se desperezó sobre el lecho. La mujer del posadero estaba preparando el desayuno en el fogón. Al ver que Breck se incorporaba en la cama, salió, pudorosamente, de la habitación, para darle tiempo a que se vistiera.

Breck no se hizo esperar mucho. En un par de minutos estuvo listo. Salió al patio con intención de dar de comer a su caballo. Pero, sólo pudo comprobar que el posadero ya lo había hecho por él. Encontró al hombre paseándose por el patio, evidentemente preocupado.

—¡Qué manera de dormir, mi amigo! — le dijo el otro, luego de contestar a su "!buenos días!"— Los perros estuvieron ladrando toda la noche y usted como si tal cosa... Creo que alguien rondaba la casa con intención de robar los caballos...

Pero, sea porque me despertara, sea porque no pudieron romper el candado, o por que los perros no le dieran lugar a nada, lo cierto es que no pudieron robar.

—¿Robarle los caballos del mismo establo? — preguntó Breck con sincero asombro.

—¿Eh? ¡Serían capaces de robarle la comida de la boca!... Ustedes no pueden imaginarse hasta dónde llega la audacia de esos individuos.

—¿Y quiénes podrían ser?

—¡Vaya uno a saberlo! Sin embargo, no creo equivocarme mucho creyendo que debe ser alguno de los que usted va vigilando...

—¿De los que voy siguiendo?

—Sí. Así como usted anda detrás de ellos, nada difícil sería que ellos anduvieran ya detrás de usted...

—¿Pero con qué objeto trataría de robarme el caballo?

—Nada más claro, mi amigo. Una vez que lo dejaran de a pie, tendrían oportunidad de matarlo por ahí, en el camino... Hago mal de hablar así a un policía, pero...

—No, no; al contrario. Usted sabe perfectamente cómo las gastan por aquí los bandidos con los policías...

—Es cierto. A balazo limpio...

—Por eso no se horroriza de que puedan matarme. Soy agente y es mi primera salida, pero estoy preparado para lo peor.

—¡Caramba! ¿La primera vez?... Entonces debe tener unos nervios maravillosos para arriesgarse solo en este país. Bueno, le aconsejo que antes de seguir adelante se detenga en el almacén de Gray.. Si éste quiere, puede darle los mejores informes sobre el camino que le conviene seguir para alcanzar a los criminales. El es zorro viejo y sabe de estas cosas. Nunca ha dado mucha confianza a los forajidos, sin embargo. Por eso han tratado varias veces de echarlo, con el resultado de que él se despachara varios de esos individuos. Ahora lo respetan bastanten...

Después del desayuno, Breck se despidió del posadero que tan bien le había tratado y se alejó rumbo al almacén de Gray.

Mientras su caballo avanzaba al trotecito, el flamante policía se iba haciendo un recuento mental de lo que ya había hecho y de lo que convendría hacer en adelante. Además se hizo de un plan de acción.

En primer término no hablaría más de lo estrictamente necesario; en segundo, trataría no dormir tan profundamente de noche. De día suprimiría absolutamente el sue-

ño. Había que andar con mucho tino, pues ahora entraba realmente en la zona peligrosa.

Ya no se acordaba de la música y de las parejas de hacía dos noches, pero en cambio continuaba recordándose como el primer día de Gale Gaynor. ¿Qué diablo induciría a Fleet Gaynor a hacer la vida que hacía y por qué razones se llevaría consigo, a un país semejante, a una muchacha como Gale?

El dueño tendría aproximadamente unos cincuenta años. Era de rara corpulencia y sus ojos tenían una mirada penetrante. Eran de un azul oscuro, pero en los momentos de cólera debían adquirir seguramente tonalidades grisáceas.

Después de preparar despaciosamente su pipa, Breck se decidió a hablar.

—¿Está el señor Gray en la casa? — preguntó.

—Soy yo.

El jinete no estaba a más de un cuarto de milla de distancia, y por medio del anteojo. . .

Todas estas ideas iban revolviéndose en su cabeza mientras se acercaba al almacén de Gray.

EL VIEJO GRAY HABLA

A mediodía llegó a destino, después de recorrer veinte millas del camino más áspero que viera en su vida.

Un hombre de barba hirsuta y cabellos blancos estaba en la puerta del pequeño negocio. Saludó con un gruñido a Breck, tomándolo por un cliente, y se metió en la única habitación para atenderlo. Breck pidió entonces algo de tabaco.

—¡Ah! Disculpe. Tengo una carta para usted.

Y entregó la que había escrito Joe Tybee.

Gray la leyó acercando mucho la vista a ella miró luego de reojo a Breck.

—¿Usted es el que está persiguiendo a la banda?

—Sí, señor.

—¿Usted solo?

—En efecto, solo.

—Pues bien, pasaron ayer a mediodía. Le llevan justo un día de ventaja y disponen de un buen stock de caballos de repuesto. No puede usted alcanzarlos.

—Se detendrán cuando crean estar en salvo.

—¡Hum!... Sí, tal vez... Pero no creerán estar en salvo, mientras sepan que hay un hombre que los sigue. Ahora no se encontrarán a más de diez millas de aquí, pero nunca faltará uno que se interponga entre usted y ellos, si es que se empeña en perseguirlos. Conozco a Rod Bolan. Pertenece a la cuadrilla más peligrosa de la región.

—¿Y a los otros los conoce?

—No.

—¿Tampoco a la mujer?

—Tampoco.

—El vestía sus pantalones y sus botas de costumbre, pero llevaba también un saco largo de pastor y un sombrero negro y blando.

Calló un instante, y luego preguntó con súbito interés:

—¿Qué han hecho?

Breck le habló del asesinato y de las circunstancias que los había rodeado.

—¡Pero Joe Tybee está loco! — exclamó el otro por todo comentario, al final.

—¿Por qué?

—Y si no, ¿a qué viene esto de enviar a un hombre solo para prender a toda una gavilla? No sabe que...

—No tenía otros hombres a quienes mandar. Todos habían salido en diversas comisiones y él no quería que los asesinos escaparan. Es lo que ha pasado.

—¡Hum! Ya, ya... Eso se verá.

Se rascó la barbilla y agregó:

—Dígame: ¿ha estado usted antes en esta región?

—No, señor.

—Ya se me había ocurrido. Entonces le diré una cosa: Joe Tybee lo mandó, pero convencido de que usted no podría nunca dar alcance a esos individuos... O quizá sólo se propuso que usted descubriera el paradero de la banda y se volviera para dar cuenta. Después se enviarían los hombres necesarios.

—A mí no me dijo nada de eso, — repuso Breck serio.

—Seguramente que no. No tenía por qué decírselo. Por adelantado se sabe que usted sólo no podría apoderarse de esos tipos. Muy contento si consigue averiguar dónde están...

Breck se puso rojo al oír esto. Cierto es que su experiencia era poca, pero no por ello pensaba abandonar. Al contrario, persistiría hasta convencerse de que en realidad era imposible aprehender por sí solo la peligrosa banda. Pero antes, se repetía mentalmente, haría la tentativa.

—Si los criminales han cometido el asesinato en las narices mismas del comisionado federal, tenga la seguridad de que no repararán en nada. Hay que esperar todo de ellos.

Breck miró a Gray. Realmente tenía razón el viejo.

—Además no se quedarán aquí esperando que vengan a tomarlos. Seguirán adelante, seguramente hacia las montañas de Arbuckle. Es otra "ciudad de refugio", situada a unas cien millas de aquí.

—Espero, sin embargo, que dejen un rastro de su paso.

—Seguramente que dejarán huellas; también disminuirán la velocidad a medida que se alejen. De cualquier modo, si quiere alcanzarlos, debe tomar otro camino y salirles al encuentro.

—Eso es imposible. Habría que pasarlos.

—Puede lograrlo siguiendo el camino que le indicaré. Mire, joven, conozco el país y se cómo son los pájaros que le interesan a usted.

Breck lo miraba ahora con gran interés.

—Si usted sigue derechamente la rastrillada de los otros, — prosiguió el viejo Gray, —es casi seguro de que alguno lo bajará de un balazo en medio del camino. Hay mli arbustos para preparar emboscadas... A una milla de aquí, el camino se bifurca. Tome el de la derecha. Cuando haya recorrido otra milla hallará usted varias cabañas. Deténgase allí y pregunte si aquella es la rastrillada que lleva a Whitebead y el país de Washita. Le dirán que sí, y galope de nuevo. Procure, eso sí, decirles que es un policía. Si marcha hasta media noche encontrará un camino que se cruza transversalmente al que usted llevaba. Allí puede desmontar y descansar hasta el amanecer.

"Una vez que el sol esté por aparecer en el horizonte, reanude el avance, hacia el Sud. No se vaya a equivocar en la elección de la parte que le conviene del camino transversal de que le he hablado. La del Sud, acuérdese. De este modo llegará usted a un vado del río Azul. Pues bien, una vez allí se encontrará usted a un paso del infierno...

"Se habrá adelantado entonces a los fugitivos porque éstos seguramente serán noticiados de que un policía va rumbo a Whitebead y retardarán su avance hacia aquel punto.

"Lo que después venga, será por cuenta exclusiva de usted. Solamente que si se encuentra por cualquier motivo con ellos en medio del camino, mate primero a Rod Bolan, luego al mestizo. Hecho esto podrá acercarse sin temor al otro individuo y a la muchacha.

Breck quedó un rato silencioso, como si quisiera fijar definitivamente en su memoria lo que el viejo le había dicho. De pronto surgió en su mente una sospecha: ¿Si el tipo le engañara y le hiciera caer en una celada?... Pero entonces, ¿cómo Tybee le hubiera dado una carta para él? No, no era posible pensar en una traición.

—¡Maravilloso! — exclamó al fin el muchacho sinceramente. Me detendré aquí y daré de comer a mi caballo. En seguida seguiremos adelante. Haré lo que usted me dice, Mr. Gray.

En efecto, habiendo descansado un tanto su cabalgadura, Breck emprendió de nuevo la marcha, hacia el punto donde el camino se bifurcaba.

Gray se quedó en la puerta mirándolo alejarse.

—¡Este Tybee tiene que estar loco para mandar solo a ese muchacho! — dijo con tristeza.

Luego, habiéndose perdido Breck detrás de una colina, se metió lentamente en su negocio, pensando ya en los reproches que le haría a Joe Tybee la próxima vez que lo encontrara.

* * * *

De acuerdo a las instrucciones de Gray, Breck tomó el camino de la derecha. Llegó finalmente a las cabañas. Había tres hombres al borde del camino. Se detuvo. Luego de preguntarles si era aquél el camino que llevaba a Whitebead y de decirles con un pretexto cualquiera que era policía, siguió adelante. Lo único que sintió entonces fué que tendría que alejarse temporariamente de Gale Gaynor, sobre todo cuando quizá ésta necesitaba de su ayuda. Pero se consoló pensando que el alejamiento sería solo temporario.

La amaba y no se avergonzaba de confesárselo a sí mismo. Estaba por lo demás absolutamente convencido de que ella no había podido tomar parte en el asesinato y que debía seguir a la pandilla a su pesar. En otros términos, era algo así como una prisionera de los foragidos, y él haría lo humanamente posible para rescatarla. Había leído y oído decir que a veces hermosísimas mujeres forman parte de bandas de criminales, a las cuales en ocasiones dirigen, pero el caso era distinto. Estaba seguro de ello.

Deshecho materialmente por la larga galopada y con el caballo que avanzaba dificultosamente también por efectos del cansancio, llegó Breck al camino transversal de que había hablado el viejo Gray. Era media noche.

Estaba en medio de una dilatada y alta pradera, pero la noche era tibia y se prestaba para que un hombre pudiera dormir al aire libre, aun no estando acostumbrado a ello.

Después de desensillar el caballo, lo ató de un sauce a cierta distancia del camino y se dispuso a descansar. Ningún peligro podía amenazarlo en aquella soledad. No había visto a un solo hombre desde que pasara las cabañas en las que se detuviera un instante para preguntar si el camino que llevaba era el conveniente.

Al amanecer galopearía de nuevo hacia el Sud, por el camino transversal.

No había preguntado que distancia había entre la encrucijada y el río Azul; tampoco Gray le había dicho que eran sesenta millas. La noche le sorprendió galopando siempre en medio de un arenal salpicado a trechos de una vegetación de las más raquíticas. El avance se hacía cada vez más monótono y difícil. El escaso alimento que llevaba en las maletas de la silla, se había acabado y él seguía teniendo un hambre de todos los diablos. Exhausto, se detuvo e hizo campamento a pocos metros del camino. Mientras miraba las estrellas cuya lucecita se filtraba entre los árboles, tirado sobre la arena, medio muerto de fatiga y hambre, Breck comenzó a preguntarse no sin cierta rabia por qué razón no había seguido por el camino principal.

No interesaba ya el punto en donde se encontraban Bolan y Gaynor. El problema de la comida y del agua se hacía ahora más urgente. El viejo Gray podía contar con toda la confianza de Joe Tybee, pero lo cierto es que esta vez no solamente debía haberlo apartado deliberadamente de la verdadera pista, sino que lo había hecho arriesgando su vida.

Entregado a estos pensamientos, Breck no tardó en convencerse de que el viejo pícaro debía pertenecer también a la gavilla de Bolan. Entretanto seguía pensando si Gale no debía tener ninguna participación en los manejos de la banda. No se le ocurría entonces que en su enceguecimiento por la muchacha, podía resultar fácil víctima de cualquier trampa que ella le tendiera.

Breck haciéndose ya el propósito de desviarse al día siguiente de la ruta que le indicara el viejo pillo, como ya designaba a Gray, se durmió, hasta que unos fuertes dolores de su estómago vacío lo despertaron.

Había olvidado su proyecto de la noche. No le quedaba más remedio que seguir adelante. Tal vez así encontrara alguna casa donde le dieran de comer.

Al amanecer se encontró con una rastrillada que formaba una V con XX la que había ido siguiendo hasta entonces. Quedó un rato pensativo. Por cuál senda se decidiría. Tenía hambre y estaba rendido de cansancio, pues no había alcanzado a dormir un par de horas.

Estaba así cuando oyó un rumor sofocado, delante de sí, a la derecha.

Al mismo tiempo oyó cantar un gallo y ladrar a un perro. Decididamente, debía encontrarse cerca de habitaciones humanas. Se detendría a pedir algo de comer, haría descansar un tanto a su cabalgadura y continuaría sobre la huella que venía siguiendo.

A medida que avanzaba, mayor era el movimiento que notaba a su alrededor. Algunos terneros pasaron al trote por sobre el camino y una manada de caballos pacía tranquilamente en un prado vecino. El rumor iba haciéndose también más fuerte.

El camino descendía ahora en una rápida pendiente. En el fondo de la hondonada debía haber un río. Había un lindo campito al Oeste del camino, después del cual encontró una casa. Al fin! — suspiró Breck para sus adentros.

El oriente iba poniéndose rosado por entonces, iluminando bastante una ventana enteramente abierta de la casa, del lado del camino. Una mujer estaba sentada en el marco de la ventana; miraba en dirección al camino.

Por poco para el caballo en seco: ¡la mujer no era otra que Gale Gaynor!

Pero aquello duró solamente un segundo, pues la muchacha le indicó, con grandes gestos, que siguiera adelante. Así lo hizo, pero resolviéndose al mismo tiempo no alejarse

mucho. El viejo Gray había tenido razón, después de todo, al indicarle el verdadero camino para adelantarse a los fugitivos; en lo único que se había equivocado, era en el cálculo del tiempo, ya que, por ejemplo, la muchacha había llegado al sitio antes que Breck. Restaba saber, sin embargo, dónde estaban los otros.

Un cuarto de milla más allá, Breck halló un grupo de casitas y un almacén. Pronto comprobó que el rumor que venía oyendo desde hacía un rato, era causado por un rápido del río.

Allí estaba el vado del río Azul, de que había hablado Gray, quien había olvidado de decir también, que cerca del sitio existía un pueblo. Era una de las ciudades de refugio seguramente. Tal vez no pudiera aprehender allí a la pandilla pero de cualquier modo podría vigilarla. El único almacén era abierto por alguien en el preciso momento que llegaba Breck.

El dueño del negocio no había tomado todavía su desayuno y se quedó mirando con ojos soñolientos al muchacho, mientras éste pedía unas latas de conservas. Salió inmediatamente con su carga de provisiones después de adquirir también unas docenas de bizcochos. Breck esperaba, seguramente, dejarse estar en aquel pueblo. Procuraría encontrar en las inmediaciones y comer allí las conservas y los bizcochos que acababa de comprar.

Colocó las cajas y los bizcochos en un morral, que ató luego en la silla. Montó, ya más contento, y salió al galope en dirección al vado. Lo que no había notado es que otro hombre, de rostro anguloso y delgado, le había estado espiando detrás de unos sacos, mientras él anduvo en la tienda, hasta que salió de ella. Una vez que Breck se lanzó al galope en dirección al río, el desconocido salió rápidamente del negocio, y escondiéndose entre las matas y arbustos que había al costado del camino, lo siguió un trecho. Por último, viendo que Breck proseguía su carrera, se detuvo y se contentó con mirarlo cómo se alejaba. Al fin volvió al negocio.

—¡Policía! — dijo brevemente al dueño. — De cualquier modo, debo avisar...

—Sí, — contestó el dueño con un bostezo. — Pero ten por seguro de que anda detrás de algo más importante que un revendedor de whisky. No tienes por qué preocuparte. Las botellas que has escondido, están bien seguras contra el tal policía, quien por el momento anda interesado seguramente, por una caza mayor....

—¡Hum! Tienes razón. Realmente, hay caza mayor en qué entretenerse.

—¿Qué quieres decir?

—Rod Bolan y Charley Hosman y los otros que llegaron con ellos ayer al atardecer y se detuvieron en lo de Sam Blake...

—Entonces hay, seguramente más de un agente en los alrededores.

—¿Tendremos que contarle todo, entonces, a Rod y los suyos? — dijo el revendedor de whisky.

—Puedes hacerlo. Yo me lavo las manos. Lo que sí te prevengo es que te mandarán, si te cazan, por lo menos, por dos años a la cárcel... Ya sabes que en estos tiempos nadie vende clandestinamente whisky En cambio, si te encuentran con la banda de Boland, tendrás casa para toda la vida.... Eso si no te cuelgan en el Fuerte Smith... De estar yo en tu caso, me quedaría bien quietito; además, tengo entendido que la pandilla de Boland no necesita ayuda por el momento.

—Tienes mucha razón, — asintió.

Dicho esto salió del negocio y no tardó en perderse entre los arbustos.

A todo esto, Breck había galopado hasta el río. Solamente allí disminuyó la velocidad de su caballo. Nunca había visto un río como aquél. El sol estaba levantándose en el horizonte y las aguas tenían reflejos francamente azulados. La huella cortaba la corriente en una parte donde el cauce se ensanchaba considerablemente, poco antes del rápido. Abajo del rápido, se formaba una extensa laguna de aguas también azuladas. Aquel río se le antojó por un momento el límite del mundo conocido. Más allá sólo debía haber salvajes, tierras de misterio. Mientras cruzaba la corriente, se desvió considerablemente hacia la derecha, donde había unos tupidos y altos matorrales. El rumor del rápido le llegaba constantemente, advirtiéndole del peligro que existía siempre un poco más abajo del río.

Vió un claro entre los arbustos, y como allí había césped en abundancia para su caballo, enfiló para ese sitio.

Descansaría un poco en ese lugar. Si Boland quería seguir adelante aquel día, debía continuar necesariamente por la huella principal hacia el sudoeste. Y, a través del hueco que dejaban allí los árboles, podía divisar perfectamente un cuarto de milla de camino, más allá del vado, por el cual ascendía hacia tierras más altas.

Sin embargo, desde el momento que los fugitivos estaban ya lejos del lugar del crimen, lo más probable es que no tuvieran ninguna prisa por alejarse y que permanecieran en el pueblo un par de días. Y si querían seguir viaje aquel día, debían salir temprano.

Tranquilizado por estos pensamientos, Breck, sentado en una roca, desde la cual se dominaba perfectamente el camino, comió con muy buen apetito las conservas y los bizcochos que había comprado.

Había terminado ya de comer, cuando divisó un jinete que avanzaba rápidamente por la huella. Nadie le acompañaba. Venía en sentido contrario al que hubieran debido llevar los forajidos.

Breck sacó entonces su par de pequeños gemelos. El jinete no estaba a más de un cuarto de milla de distancia, y por medio del anteojo se podían distinguir perfectamente todos los detalles a la luz clara de la mañana. Pero lo que más le llamó la atención era que el hombre echara constantes miradas atrás, como si temiera ver alguien de ese lado. Desapareció finalmente de vista; cruzó seguramente el río, rumbo al pueblecito. Hubiera interesado seguramente a Breck lo que sucedió cerca de su escondrijo; pero para desgracia suya nada podía oir ni ver desde allí.

El desconocido galopó derecho a lo de Sam Blake, desmontóse rápidamente y se metió en la casa.

Muy cerca de la puerta se encontró con el fiero rostro de Rod Bolan.

—¡Hola, Rod! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Viajando por negocios. Tengo que galopar todavía algún rato.

—¿Por qué camino?

—Por el que cruza el río, hacia el Sudeste.

—Mejor que no lo hagas. Por allí me vinieron persiguiendo dos agentes y un pelotón de la policía india. Anoche pude darles el esquinazo, recién... Mejor sería que te volvieras conmigo. Salgo de nuevo tan pronto como tome un poco de café. Nos internaremos en el país de

Deshecho por la larga galopada...

—Sí, sí... — contestó Bolan con un gesto. — ¡Para caer en medio de un ejército de policíacos!... Ya estarán todos en mi busca. Prefiero seguir mi camino.

—Como te parezca, — le contestó el otro encogiéndose de hombros. — Tú sabes lo que haces. Pero no te pongas en camino hoy. Te encontrarás con dificultades. Espera más bien aquí. Cam puede cuidar de ti.

Dicho esto se metió en el pretendido hotel de Sam Blake, a fin de desayunarse, según era su propósito desde un cominzo.

Sam Blake era un pequeño individuo de insignificante apariencia, que al andar parecía estar próximo a dislocarse entero. Sin embargo, aquel hombrecillo era mucho menos inofensivo de lo que aparentaba.

Por espacio de un año largo había estado a cargo de aquel extraño hotelito.

Detrás de la espaciosa casa de aspecto bastante presentable, en la cual alojaba a los huéspedes había varias cabañas aisladas y de apariencia mucho más pobre. Allí habían vivido algunas familias en otros tiempos. Detrás de esas casitas comenzaba una espesa maraña de lianas y arbustos. Lo que pasaba dentro de ella era algo que nadie sabía.

—Sam, — dijo Bolan, tan pronto como pudo encontrar solo al patrón de la posada.

—Estamos poco menos que encerrados en una trampa. El individuo ese acaba de decirme que lo siguen dos agentes y un escuadrón de policía india. Como se acercarán seguramente por el camino que nosotros debemos seguir...

—Entonces nada más razonable que volver a la región de Kimish, — interrumpió el dueño.

—No, hombre; no podemos hacer eso. De ese lado también deben perseguirme ahora...

—Entonces, si te cierran el camino por retaguardia y por delante, lo único que puedes hacer es permanecer aquí. Los tres pueden pasar un mes en el sitio donde durmieron anoche, sin que nadie se entere de nada...

—Bueno, — contestó Bolan pensativo. — Pero ¿y la chica?

—¡Oh! Por eso no te aflijas. Será mi sobrina, si alguien me pregunta por ella.

—¿Tu sobrina? — repitió Bolan. — ¡Ya quisieras tener una sobrina como ésa!...— agregó riendo.

—Como quieras. De todos modos pertenece a la cofradía, ¿no es así?

—Sí. Y también me pertenece a mí... aunque ella no lo sepa todavía y... Es necesario, por lo demás, que no la dejes hablar con nadie. ¡Si llegara a comunicarse de cualquier modo con un policía, adiós toda la combinación!

—Entonces nada mejor para quedar libre de ella, para impedir que se comunique...

—¡Es que es mía, te lo he dicho! ¿O es que quieres evitarte las molestias de cuidarla?

De este modo fué cómo la banda de Bolan, encerrada entre dos fuegos, permaneció un día más en el pueblecito.

Breck estuvo de guardia hasta la mitad de la tarde. Al fin, llegó a la conclusión de que si los fugitivos querían reanudar la marcha antes del crepúsculo, ya debían haberse movido por lo menos. Sin embargo, ni siquiera los caballos parecían listos, según pudo comprobarlo subiéndose a una roca.

Convencido ya de que los otros no saldrían ese día, abandonó su puesto de observación y se puso a mirar el agua. Los juncos y las hierbas acuáticas de toda especie formaban una barrera natural de uno y otro lado de la corriente.

Abriéndose paso entre los arbustos, llegó a una roca enorme, a través de la cual, por hendiduras abiertas con el correr de los años, se filtraban mil chorritos de agua color azul intenso. Las grietas tenían de uno a tres pies de ancho, pero su profundidad no se hubiera podido calcular.

Estaba admirando la belleza incomparable del lugar, cuando le llamó la atención un leve rumor de pasos que venían de la otra orilla. Había dado a su vez un paso hacia ese sitio, listo ya el revólver, cuando una mano blanca le hizo señas de que se acercara. Trató de ver a través de los juntos y de las lia-

nas. ¡No había duda, era una mujer. Un poco más tranquilo se aproximó.

Por poco lanza un grito de asombro y alegría: ¡Gale Gaynor era la mujer que le había llamado!

BRECK DEBE RESOLVER UN ENIGMA

—¡Rápido, señor Cahill! — dijo ella procurando ser oída por él solamente. — Escóndase en las malezas y no dé un paso más adelante, que podrían verlo perfectamente desde...

—¿Desde dónde? — se apresuró a decir Breck.

—¡Oh! No puedo decirle... Pero, — añadió bruscamente, — ¡usted nos está siguiendo señor Cahill!

—En efecto, — asintió Breck. — ¿Qué tiene de raro?

—¡Por favor, no siga adelante. ¡Vuélvase! Está usted arriesgando su vida a cada instante y...

—¿Y usted? ¿Cree acaso que no está también en peligro?

—No, no... Mi padre me acompaña, y nadie se atrevería a hacerme daño. No me acecha ningún peligro, señor Cahill.

Breck quedó silencioso algunos segundos.

—¿Era por ventura un sueño, un hermoso sueño, pero sueño al fin, el que había venido alegrándole hasta entonces? ¿Formaría parte, realmente, aquella hermosa muchacha de la banda de Bolan? Sabía que no sería la primera vez que tal aconteciera en el mundo, pero le era difícil concebir que Gale Gaynor estuviera en ese caso. ¡Hubiera sido un golpe tan fuerte!

Pero Breck no era hombre de quedarse en la duda cuando algún asunto se le presentaba.

—¿Cree usted, miss Gale, que los estoy siguiendo por mi cuenta, nada más? — preguntó.

—Creí... desde que esta mañana le ví pasar frente a mi casa... pero...

No terminó la frase, sin embargo, limitándose a pasar una mano por la frente, como queriendo apartar de su mente un error.

—También es usted el objeto de mi persecución, ¿cómo podría llamarle? pero, y no se enoje, no es eso solamente lo que me ha movido a seguirlos... Desde que la ví a usted, muchas son las esperanzas que me he forjado; más ahora, no sé por qué me parece que están próximas a desvanecerse...

—¿Qué dice usted? Créame que no le entiendo.

—Digo simplemente que soy representante de la autoridad y que vengo sobre la pista de Rod Bolan, Charles Hosman, su padre de usted y...

—¿Mi padre? ¿Por qué?

—Le ruego me perdone. No me ha dejado usted terminar. Estaba por decir también de usted...

Ella lo miró con los ojos dilatados por el asombro.

—¡Pero, señor Cahill! Usted sabe perfectamente que yo no he cometido ningún acto malo... Acompaño solamente a mi padre hasta...

—¿Hasta dónde?

—¡Ah! No puedo decírselo.

—Bueno. Veo que usted debe haber dicho la verdad y que de nada se la puede acusar. Sin embargo, tengo aquí una orden de arresto para usted, y en estos momentos trato de cumplir con mi deber. Ahora es usted mi prisionera.

Ella dió entonces un paso con intención de huir, pero él la retuvo firmemente aunque sin brusquedad.

—No intente hacer eso, — le dijo. — No la dejaré escapar ahora que la tengo en mi poder. Si quiere gritar, procure hacerlo fuerte. Nada me agradaría tanto como eso.

No creía que gritara. En efecto, no gritó. Se limitaba por el momento a mirar con ojos de máximo asombro.

—Ahora, señorita Gaynor — dijo Breck suavemente, — siéntese allí a la sombra y hablemos como personas inteligentes, como deseo desde hace rato.

Fueron a un lugar donde las sombras eran más espesas y se sentaron sobre el césped.

—En primer lugar, — dijo él. — Me asombra sobremanera que usted siga acompañando a individuos como Bolan... Parecería que escapara con él....

—No escapo con Bolan, — corrigió ella. — Más que antipático, me resulta simplemente repugnante ese hombre. Pero él y Hosman conocen este país y ofician en este momento de cicerones de mi padre.

—Pero, ¿por qué razones viaja su padre veamos?... Desde que salieron de Fuerte Smith han cruzado un ferrocarril. ¿Por qué no tomaron un tren, en lugar de recorrer a caballo el país?

—Yo no se... Es decir, tengo entendido que la policía anda en busca de mi padre por un crimen que no ha cometido.

—¿Usted estaría sufriendo todas estas peripecias solamente por su padre? ¡Caramba! Es muy hermoso, pero...

—Pero ¿qué?

Ella le miraba ahora fijamente al fondo de sus ojos claros, como si quisiera descubrirle sus pensamientos más íntimos.

—¿Sabe usted de qué crimen acusan a su padre, a Bolan y Hosman?

—¡No! ¡Tampoco sabía que Bolan y Hosman fueran acusados de ningún crimen! Creía... creía... que se trataba de un crimen antiguo del que papá tenía noticias, pero en el que no estaba mezclado en absoluto...

Breck sacudió la cabeza casi aliviado.

—Ahora se hace más difícil la comprensión de todo esto, miss Gaynor. Dígame, ¿no cree usted que la estoy engañando?

—No sé por qué me habría de estar engañando.

Rompió a llorar desconsoladamente. Pero se enjugó las lágrimas con presteza, avergonzada, y prosiguió:

—Ahora quiero que me diga todo lo que sabe de esto. Por lo visto, es mucho lo que me han ocultado...

—No sé mucho, que digamos, sobre este asunto. — confesó Breck. — Dos hombres

fueron muertos en una pieza interior de la casa de juego de Mike Leedy, más o menos cuando nosotros estábamos entretenidos en el baile. Su papá de usted se encontraba en la habitación conjuntamente con Bolan y Hosman. Varios otros jugadores fueron testigos del asesinato. Inmediatamente los tres, huyeron llevándose a usted consigo.

—¡Me asombra, señor Cahill! No me han dicho una palabra de lo que usted acaba de contarme. Bolan y Hosman pueden haber muerto a esos hombres, pero mi padre, no. Se lo repito: es incapaz de cometer un acto semejante.

—¿Entonces por qué huyó con los otros?

—No lo sé, no lo sé... Me confunde usted con sus preguntas...

—Yo no la ofendería por nada del mundo, de modo que no vea en mis palabras un afán de herir sus sentimientos. Estoy tratando de solucionar un problema, simplemente. Si dice que su padre no es culpable procure al menos ayudarme a explicar por qué puede haber huído con esos hombres, obligándola a seguirlo en la aventura.

—Es imposible. No sé nada. Pocos minutos después que hube regresado a casa del baile, llegó mi padre y todo emocionado, me dijo que tenía que salir inmediatamente del pueblo. Me aseguró que después me explicaría todo.

—¿Y le ha explicado?

—No. No ha tenido oportunidad. Desde que salimos, no nos han dejado solos un instante.

—¿Para qué cruzó entonces el río y vino hasta aquí? — preguntó Breck esperando que la respuesta de ella le diera algún indicio para resolver el enigma.

—Este... yo... — balbuceó ella toda roja. — Vine para avisarle... No sabía entonces que yo estuviera en peligro. En cambio sí sabía que usted lo estaba...

Breck se conmovió profundamente, de gratitud y de amor. ¡Ella, la mujercita de sus sueños, había desafiado todo clase de peligros para llegar solamente hasta él, y prevenirlo del riesgo que corría!

—¿Y usted me engañaría?

—No.

—Entonces dígame por qué me hacía usted señales con la mano esta mañana.

—Porque... yo... había oído hablar a Bolan, cuando mi padre no estaba cerca... le decía a Hosman que "si alguien se metía al medio, lo sacarían de en medio a balazos..."

—¡Decían eso y usted seguía creyendo que solamente eran los guías de su padre?

Ella lo miró confusa:

—Está usted en peligro miss Gaynor, en un gran peligro... Sé que no está usted complicada en el crimen de que se acusa a su papá y a esos otros dos. En el preciso instante que se perpetraba el asesinato, estaba usted bailando conmigo. Fué realmente el momento más feliz de mi vida...

Gale se ruborizó ante la mirada ardiente de él, murmurando en voz apenas perceptible:

—Yo también fuí muy... muy feliz... Pero ahora... Bueno, corta es siempre la dicha en este mundo... Pero antes quiero que me oiga por qué estoy en un gran peligro...

—Por que está usted en poder de hombres sin escrúpulos. De mi parte, le prometo hacer cuanto esté en mis manos para protegerla de ellos.

—¿Cuál es el delito de que acusan a mi padre y los otros? — volvió a repetir con el mismo interés que antes.

—¡Asesinato! ¡Asesinato de esos dos hombres del garito, ya se lo he dicho.

La palabra cayó como una piedra sobre un estanque tranquilo.

—¿Asesinato? — repitió ella.

Primero se puso pálida, luego, haciendo un gran esfuerzo, articuló:

—No, no; no puede ser. ¡Mi padre no puede haber cometido semejante cosa! ¡Nunca la ha cometido! Sé que es jugador, pero de ahí no pasa. Yo por eso le he reñido muchas veces... ¡Pero asesino!

Calló un instante, como para tomar aliento, y agregó:

—Lo conozco: es incapaz de hacer daño a nadie. ¡Es bueno, señor Cahill!... ¡Además es lo único que poseo en el mundo!

Breck quedó unos instantes pensativo, sentado siempre sobre el césped. Cuánto tiempo estuvo así no sabría decirlo. Mas la verdad es que cuando despertó de su ensimismamiento, Gale Gaynor no estaba ya a su lado. Recordó entonces que había oído momentos antes un leve rumor de hojas. Levantó la cabeza en dirección a las peñas que obstruían el río. No se había equivocado. La muchacha desaparecía en ese preciso momento entre las matas de la otra orilla. Trató de alcanzarla, pero en el tiempo que tardó en llegar allá, Gale ya había desaparecido del todo, sin dejar señales del rumbo que había seguido.

En cierto momento alcanzó a verla todavía, pero ya estaba casi a una cuadra de distancia. Si hubiera sido un hombre, seguramente habría apelado a la ayuda de su revólver para obligarlo a que se detuviera; pero tratándose de una mujer, y en particular de aquella mujer, no le quedó más remedio que quedarse mirándola alejarse.

Algo le anunció en lo íntimo que no le convenía seguirla, e hizo perfectamente escuchando esa voz interior. Al verlo parado en medio de los arbustos que crecían a orillas del río, ella, que se había dado vuelta para comprobar el efecto que había producido en él su fuga, le hizo una señal amistosa con la mano. Luego desapareció, esta vez definitivamente, en medio de la tupida vegetación.

* * * *

Breck masculló un juramento. El enigma quedaba en pie, sin que nada pudiera sugerirle por el momento una solución. Aquella chica realmente iba preocupándole. Y por muchas razones. ¿Es que se burlaba de él?

No quería creerlo. Y sin embargo, por momentos... Más valía no pensarlo. Es decir, muy alcontrario, si en realidad estaba jugando con él habría que ponerse bien en guardia, porque los peligros no tardarían en hacerse presentes. En efecto, si la muchacha había corrido a delatarlo, los tres individuos que integraban la banda, no tardarían en aparecer por el lado que ella había desaparecido. No era posible llegar a la cumbre de la colina por otro lugar.

Buscó un sitio desde donde pudiera vigilar el vado y el camino que llevaba al peeblecito, el mismo que él había recorrido por la mañana. Tomó su fusil y esperó nerviosamente.

Pero pasaron las horas y nadie dió señales de vida. Breck estaba poco menos que acalambrado en su posición de guardia. Nadie apareció, sin embargo.

Por momentos tuvo tentaciones de correr en la misma dirección que lo había hecho Gale y obligarla a que hablara. Es claro que desechó esta idea por descabellada, que sólo se justificaba dada su desesperación. Pues si volvía a cruzar el río y se dirigía hacia el almacén del pueblo, y de allí hacia el negocio de Gray, era poco menos que seguro que caería en alguna celada de los otros. De manera que no le convenía moverse del sitio donde estaba.

Mil veces en aquella larga e inútil espera pensó que Gale Gaynor debía ser seguramente tan pícara como los demás de la banda. De lo contrario, ¿por qué huía de él cuando le había ofrecido su protección, y prefería en cambio meterse en aquel antro de criminales que era el pequeño pueblo?

El sol cruzó el zenit, y Breck todavía no había dado con la explicación del problema que la brusca aparición y desaparición de la muchacha le había presentado.

Comenzó a declinar el sol. Pero Breck no se acordaba ya de su hambre y su sed de momentos antes, ni de la que ya había comenzado a sentir cuando se distraía de los pensamiento que le tenían preocupado.

Era bastante tarde cuando se decidió a volver al bosquecillo que le servía de escondite. Llevó a su caballo a una pequeña fuente oculta entre las peñas y los árboles y le dió de beber. Hecho esto, lo ató en medio de un césped hermosísimo, donde el equino podía pacer a su voluntad.

Cumplidas sus obligaciones para con el animal, se sentó a comer algo de las conservas que había comprado. Finalmente volvió a su observatorio de las altas rocas.

Un silencio y una quietud absolutos reinaba sobre las cosas todas; solamente el rápido venía a poner un rumor de vida en la tristeza ambiente. El sol descendió más y más, hasta que por último desapareció bajo las copas de los árboles más altos. Había llegado la hora triste del crepúsculo.

Breck tenía siempre la vista fija en la cortina de sombras que iban levantándose del otro lado de la corriente del río. Había ya establecido su plan de acción. Cruzaría el río en cuanto oscureciera algo más y haría una exploración en las cercanías del poblado.

Se estremeció un tanto cuando notó un movimiento inusitado entre los arbustos de la otra orilla. El follaje se abrió y alguien surgió del hueco.

Nuevo asombro: ¡Gale Gaynor se dirigía directamente al sitio donde él se encontraba!

Era realmente una Gale Gaynor muy diferente de la que había visto esa mañana. Venía toda despeinada y un cardenal le manchaba de rojo una mejilla, donde también se advertían huellas de lágrimas recientes. Una manga de su vestido había sido desgarrada enteramente. Llegó al borde de la roca que obstruía el curso de la corriente, y viendo a Breck en medio de las sombras cada vez más densas, se acercó tambaleante a él. Hubiera caído a tierra, de no haberla él sostenido con sus fuertes brazos.

—¿Qué significa esto? — preguntó Breck con el interés que es de suponerse.

—Que ese bruto...

No pudo terminar, sofocada por los sollosos.

—¿Qué bruto? — inquirió él ansioso.

—¡Bolan!... Me... me...

Volvió a estremecerse entera. Luego, ya más serena, prosiguió:

—Cuando volví hoy a casa había encerrado a papá en una cueva, con llave. No querían que lo viera. Poco después Bolan me dijo que me preparara para salir. Le pregunté dónde estaba papá y me contestó que él no iría con nosotros. Entonces traté de huir y me tomó del brazo... ¡Oh! ¡Es horrible!

—¡Adelante! ¡Adelante! — dijo él procurando parecer sereno. — Dígame todo lo que sepa.

—Eso es todo, excepto las cosas espantosas que dijo y que no puedo repetir. ¡Oh, señor Cahill! Tenía usted razón esta mañana. Los dos estamos en peligro. Creo... creo... ¡que han matado a papá!

—Siéntese aquí y espere un momento — le contestó él, sin hacer caso, aparentemente de las palabras finales de ella. — Cruzaré el río y daré un vistazo por allí...

—No, no... ¡Usted es ahora el único amigo que tengo en el mundo! ¡No quiero separarme más de usted!... Además, no sabrá usted cual es el mejor camino para llegar allá. Déjeme que le acompañe.

Minutos después, habiendo caído ya sobre la tierra las sombras de la noche, ambos cruzaban el río. El rumor opaco, pero constante del rápido, apagaba sus pasos, mientras chapoteaban la superficie de las aguas, en las que se reflejaban las estrellas. Una vez que llegaron a las malezas y frondas de la otra orilla, Gale murmuró:

—Sígame de cerca, y sin hacer ruido.

Se adelantó seguramente entre las ramas y los pequeños tallos de los arbustos.

Un centenar de metros más allá, treparon una empinada barranca. Llegaron así a una roca alta y escarpada, coronada a su vez por otros murallones pétreos. Había allí una os-

curidad que solamente las oscuridades de los antros del infierno podían quizás igualar. No se oía el más leve rumor cerca. Hasta el mismo ruido del cañón del río llegaba bastante atenuado al lugar.

Gale Baynor tomó entonces de la mano a Breck y lo condujo a través de las tinieblas. Llegaron por último a una caverna situada en medio de un tupido bosquecillo y rodeada de imponentes peñas.

—Esta es la puerta de la cueva donde creo que debe estar papá — dijo Gale en voz baja. — Tal vez usted pueda...

Era muy natural que ella quisiera ver cuanto antes a su padre, sobre todo cuando la inquietaba el temor de que los otros lo hubieran asesinado; de su parte, Breck había olvidado todas las precauciones desde que viera la herida de Gale en la mejilla.

No era al presente un simple representante de la autoridad, sino un hombre convertido en fiera por el ultraje que se había inferido a su compañera. Estaba decidido a estrangular a Bolan, si era necesario; pero ya que ella le pedía que rescatara primero a su padre, le obedecería. Estaba probando la resistencia de la puerta, cuando sintió un golpe formidable en la cabeza. Todo giró a su alrededor y notó que iba cayendo, cayendo....

* * * *

Cuando recobró los sentidos, se vió tendido sobre el suelo, que con gran sorpresa suya no resultó ser el pozo sin fondo que había imaginado.

Instintivamente se llevó la mano al revólver. Cosa rara: el arma estaba en la pistolera. Podía distinguir un recuadro de cielo. Era seguramente el que dejaba ver la puerta que él intentara abrir. Posiblemente la había abierto en su caída. Notó asombrado que no estaba maniatado. ¿Y Gaynor? Se llevó la mano a la cabeza. sus dedos palparon un chichón de respetable tamaño. Intentó sentarse, pero las estrellas comenzaron a jirar de nuevo, por lo que prefirió acostarse de nuevo y cerrar los ojos.

Cuando se hubo despejado algo más, se inclinó un poco hacia el costado y sacó la caja de fórforos. Encendió uno. Sabía que aquello significaba un peligro inmenso, pero su estado de ánimo era de esos en los cuales ya no se nos importa nada de lo que pueda sobrevenir. Vió que estaba dentro de una caverna de gran tamaño, provista en su parte más exterior de una puerta, además de la que había utilizado él y la muchacha para entrar. También estaba abierta la segunda puerta, la que realmente conducía a la cueva donde según Gale estaba el viejo Gaynor.

El fósforo le quemaba los dedos. Se arrastró hacia la segunda puerta y encendió otro fósforo. No había nada allí, excepto una tarima y algunas mantas. En ninguna parte se advertía el menor indicio de que allí se hubiera sostenido una lucha.

No había ninguna puerta interior, por lo cual supuso que era la única cueva habitable de la gruta. Y él era también la única persona que estaba en su interior.

El aire fresco de la noche que le azotó la frente mientras se dirigía de nuevo al río, después de haberse apartado a duras penas de la caverna, contribuyó a que se despejaran completamente sus sentidos. Y una vez que se hubo mojado la cabeza en las aguas de la corriente, y en particular el chichón, ya pudo pensar en cruzar el río utilizando las piedras que formaban a través de él un camino natural, interrumpido a trecho por el torrente.

Dentro de breves días se pondrá en circulación el
"LIBRO SOCIAL" de "EL DIARIO"
para el año 1929

Es el índice más completo de la república, y contiene:

Direcciones de familias, teléfonos, días de recibo, lugar de veraneo, etc., compromisos y enlaces contraídos en 1928. -- Direcciones sociales en general y elenco de las mejores casas de comercio de la CAPITAL FEDERAL y PROVINCIAS.

ES LA GUIA MAS COMPLETA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA

Si Ud. se suscribe por 1 año a EL DIARIO, la obtendrá gratuitamente

PRECIO DEL EJEMPLAR $ 3.--

EL DIAMANTE DE AMA - ZULU

Por E. VAN LIER RIBBINK

Interesante relato de aventuras en la salvaje Zululandia. Un joven ingeniero parte para rescatar un gran diamante robado en las minas y, entre otros competidores, tiene que luchar con una bella mujer, agente de los sindicatos ilícitos de diamantes.

CAPITULO I

UNA MISION PELIGROSA

SIEMPRE habíamos simpatizado con el joven americano. Cuando apareció entre nosotros viejos y curtidos residentes de Wiwaterscrand y de los Principales Campos de Diamantes, lo llamamos "Nevada", nombre de una región de la cual la mayor parte de nosotros nunca había oído hablar hasta que el joven empezó a cantar sus alabanzas. "En Nevada esto, en Nevada aquello". Supimos así que se trataba de un Estado soberano de Norte América que, entre otras cosas, produce un vegetal llamdo artemisia. Como digo, no tardó el muchacho en aclimatarse entre nuestro grupo de canosos y algo cínicos colonos, que vivíamos en Sud Africa desde que un chiquillo boer fué encontrado jugando con un guijarro brillante. Aquel juguete, — que luego se convirtió en un diamante por un valor de diez mil libras esterlinas, fué encontrado en una hacienda a orillas del desierto de Kalahari y abrió los campos de diamantes más ricos del mundo, convirtiendo la leyenda de Golconda en realidad. Incidentalmente tuvo gran influencia en la vida de Jack Featherstone, de Nevada E. U.

Llegó a nosotros bien recomendado, con un diploma flamante de ingeniero de minas, de la Facultad de su Estado nativo y una magnífica convicción de que el mundo era suyo. Sir Thomas, que regía los destinos de nuestro sindicato de minas de diamantes, miró a Jack, apartó a un lado sus credenciales y tomó al joven. Su trabajo en los dos años que siguieron probó el criterio del misterioso sir Thomas para elegir hombres.

Un día el jefe lo llamó y le dijo:

—¿Para qué ha venido usted a Sud Africa, Jack?

—Para hacer fortuna, sir Thomas, — contestó el joven. Sólo espero la ocasión. Es un poco duro vivir entre tantos diamantes y no poseer ninguno. Me recuerda a mi viejo padre, que trabajaba en un Banco de Virginia, Nevada, en los buenos días del oro y de la plata. Todos los días, pasaban millones por sus manos; pero los sábados tenía que lavarse la camisa.

El jefe sonrió.

—Poco importan sus historias de Nevada, muchacho. Lo esencial es lo siguiente: ¿vino usted a Sud Africa sólo por el dinero, o le gustan las aventuras?

—Me gustan, jefe; pero hasta ahora sólo he encontrado mucho trabajo y pocas aventuras. No es que me queje; pero, si usted tiene que proponerme algo donde haya probabilidaes de aventuras, estoy a su disposición.

Sir Thomas le señaló una silla.

—Siéntese y escuche. Nada de chistes, porque se trata de un asunto serio. Si acepta la tarea que le propongo, arriesgará su vida; pero, por otra parte, es el camino más corto hacia la fortuna y la fama.

—Soy todo oídos. ¡Fama y fortuna! No deseo otra cosa.

—Usted recordará el gran diamante Culligan, que fué encontrado hace algún tiempo. Fué usted de los primeros que lo tuvieron en sus manos. ¿Recuerda que parecía un gran pedazo de sal gema? Bueno. Probablemnte ha oído hablar de que esa piedra es sólo la mitad más pequeña de lo que fué en su origen un enorme diamante. Los expertos fundan esta teoría en ciertas interesantes líneas y grietas..

Jack interrumpió al jefe:

—Sí, he oído esa teoría y he pensado en que la otra mitad del Culligan debe estar en alguna parte. Probablemente la piedra original fué partida por el mismo fenómeno natural que la creó. Imagino que algún día encontraremos la otra mitad, escondida bajo una capa de tierra azulada...

El jefe sonrió.

—Me alegro que no se muestre usted incrédulo ni cínico, porque he recibido hoy noticias nuevas, muchacho. La mitad del diamante Culligan ha sido hallada; pero alguien la robó de la mina, en nuestras narices. Por eso lo he mandado llamar.

El joven dió un salto en su silla.

—¡Cómo! — gritó. — ¿Quiere usted decir que han encontrado otra piedra del ta-

maño de un guijarro y que nos la han robado? ¡Imposible!

El asombro de Jack era justificado. Porque el sistema de inspección es muy severo y no se permite abandonar el campo de diamantes a los nativos, cuando terminan su contrato, sin someterlos a una prolija revisación. Pero los nativos se ingenian de todas maneras para robar alguna piedra y por eso los I. D. B. o traficantes ilícitos de diamantes andan siempre alrededor de las minas. Hay nativos que se hacen una incisión debajo del brazo y ésta está cicatrizada cuando el obrero abandona el campo. Otras veces se tragan las piedras con graves resultados para su salud.

El jefe movió la cabeza disgustado.

—No comprendo cómo una gema de semejante tamaño ha podido ser sacada de nuestra mina; pero así es.

—¿A cuál rama de los I. D. B. cree usted que la vendieron? — preguntó Jack.

—Aquí es donde tiene usted que entrar en acción. El diamante no fué vendido a ninguno de los compradores ilécitos que andan alrededor de nuestros campos para corromper a nuestros "boys" con opio podrido o brandy barato. Mis informes son que el diamante fué robado por una pequeña banda de conspiradores zulús y que está ahora en poder de su rey, Dinizulú, hijo de Cetayo y último descendiente de una larga línea de caudillos de Ama Zulú, que empezó con Chaka, el Napoleón negro.

—¿Y para qué quiere Dinizulú esa piedra? — preguntó Jack. — Tenía entendido que los zulús no dan valor a esas cosas.

—Prepara una guerra contra los blancos y es suficientemente sagaz para no saber que mientras sus "impies" (regimientos) estén armados solamente con azagayas, escudos de cuero de buey y palos nudosos, nada podrán contra los rifles de los blancos. Quiere comprar rifles y municiones para sus hombres. Y puede conseguirlos fácilmente de sus vecinos al Norte de Zululandia, los portugueses de Mozambique. Pero los portugueses piden mucho por sus anticuados rifles y mohosas municiones y es aquí donde el gran diamante resulta de verdadero valor para Dinizulú. Tengo algunos buenos espías y me han contado que Bambata, uno de los jefes de Dinizulú, está tratando de negociar el diamante con un tal García, hombre a quien nuestra guardia civil de Sud Africa desearía poner entre rejas por sus infinitas fechorías, como miembro de las pandillas de traficantes ilícitos en diamantes. Bueno, he aquí lo que usted debe hacer:

Partirá inmediatamente para Zululandia, bajando del tren en Pietermaritzburg.

Luego viajará en mula hasta Eshowe y de ahí al "kraal" de Dinizulú. Tiene que disfrazarse de buhonero; le proporcionaremos un lote de mantas y géneros de colores chillones. Irá bien armado; pero ocultará sus armas. Naturalmente corre usted grave peligro, muchacho. Pero, si consigue la piedra, su fortuna está hecha. ¿Acepta?

Jack aceptó. Bebimos a su salud y nos quedamos pensando si era justo mandar a un joven tan gallardo para que corriera semejantes peligros.

EN ZULULANDIA

Era de tarde y la extensa colina interrumpida aquí y allá por grupos de árboles enanos y matorrales, estaba abrasada por el sol. Arriba, en el cielo se cernía un águila. En lo alto de un árbol una banda de mandrilos había apostado centinelas para precaverse contra el tradicional enemigo de los monos, el leopardo, de ojos amarillos pálido. Todo parecía en calma; pero esa calma que mantiene en tensión los músculos, que hace que el hombre y los animales estén prontos a huir al menor olor desconocido que llegue a sus experimentadas narices.

En medio de este lugar, en una depresión entre la alta colina, corría un pequeño riacho, alimentado por arroyos que venían de las montañas occidentales. Durante la estación lluviosa, es decir, desde enero a febrero, era un torrente impetuoso; pero, ahora, estaba convertido en un hilo de agua, en donde los traficantes de Kaffir habían improvisado pasos con piedras. Cerca de uno de estos pasos, Jack Featherstone, acompañado por dos nativos, había acampado debajo de un gran árbol. Umbelini, guía y dueño de las mulas, acababa de volver de una visita al Kraal. Aparentemente, había sido aquélla una visita amistosa, con el objeto de comprar un poco de leche fresca, cuajada, pero, en realidad para averiguar si los nativos eran amigos todavía o si esperaban el aviso de Dinizulú, para levantarse en armas. Umbolini, en cuyas venas corría la sangre de un cetowayo y por lo tanto, podía disputar el derecho a reinar al mismo obeso Dinizulú, informaba a su patrón en la florida manera de los amazulú.

Todavía, declaró, habia paz en el país; sin embargo, los cráneos azules habían dejado de bailar en los claros de la selva. Llegaría un momento, y éste se aproximaba rápidamente, en que todo lo que tiene vida huiría ante el paso de los "impies" de Amazulús, "impies" sedientos de sangre blanca, que no respetarían ni a las mujeres ni a los niños. Uhbelini los veía avanzar haciendo resonar sus azagayas contra los escudos, llenando el aire con el real saludo "Bayete", en honor del rey, mientras los animales huían, asustados, hacia la maleza.

Jack escuchó tranquilamente. Sabía que no debía interrumpir aquella oratoria nativa. Cuando el hombre terminó, dijo:

—En resumen: te han recibido bien en el kraal, pero presientes hostilidad. Crees que los zulús están prontos para levantarse, conforme se les pase la palabra. ¿Es eso todo?

—"Inkoos", tengo otras noticias. Me dijeron en el kraal, que no eres tú la única persona que viaja hacia la aldea real. Una blanca "inkoosiezna" está acampada a orillas de este mismo río, pero unas cuantas millas más arriba que nosotros.

—¿El qué? ¿Una mujer blanca?

—Así es, 'inkoos".

La noticia sorprendió a Jack. ¿Qué diablos podía estar haciendo en Zululandia una mujer blanca? Uhbelini decía que marchaba ahcia el kraal de Dinizulú. ¿Conocía, por ventura la existencia del diamante? La idea le

pareció absurda. Probablemente pertenecía a alguna misión, no había recibido la orden de partir viajaba ciegamente por el corazón de Zululandia, sin notar las nubes que se amontonaban sobre su cabeza. Sí, eso debía de ser.

—Bueno, creo que haremos bien en visitar a la dama y decirle que se marche lo más pronto posible, — dijo Jack para sí.

Ordenando à Umbelini que lo siguiera, se puso en camino, indiferente al calor del día, siguiendo el curso del río. Ya se había puesto el sol detrás de los picos, cuando vió una carpa blanca, a la sombra de un árbol inmenso, cerca del río.

Un hotentote, muy viejo y muy arrugado, estaba en cuclillas, cerca de un pequeño fuego, asando tortas de maíz. El hombrecillo pareció paralizado al principio, por la sorpresa, al ver aparecer a un blanco; luego se metió dentro de la tienda, para regresar con dos nativos armados con rices. Viendo su pánico, Jack se detuvo.

—¿Dónde está vuestra "inkoosienzana"? — les preguntó.

Antes de que pudieran contestar, un brazo bien formado apartó la aleta de la carpa y salió una mujer.

Era casi tan alta como Jack; morena y hermosa. Vestía un traje blanco de montar de brin, que la presentaba como un estudio notable en blanco y negro. Sus ojos negros, con largas pestañas del mismo color y el cutis aceitunado, le daban la apariencia de una mujer de Andalucía. Aunque no era buen juez en materia de edad femenina, a Jack le pareció que representaba veintidós años.

Vestida cuidadosamente como estaba, parada a la entrada de la carpa y sin demostrar sorpresa, al parecer, por la presencia de Jack tenía el aspecto de hallarse en su casa, en medio de aquella salvaje soledad. Jack, acalorado, cubierto de polvo, sintióse vagamente irritado ante aquella imagen de la despreocupación. Se presentó brevemente; le dijo que su campamento estaba algo más abajo del río y que le alegraría poderle ser útil en algo.

Aquellos eran malos tiempos en Zululandia, especialmente para las mujeres blancas — añadió significativamente.

La muchacha escuchó, cortésmente y sonrió al indicarle él los peligros del país. Había ironía en su voz cuando le contestó que no necesitaba ayuda. Sentía mucho — esto con una rápida mirada a las empolvadas botas — que se hubiera tomado la molestia de venir de tan lejos, pero, realmente, era de todo punto innecesario. Sin embargo, le quedaba muy agradecida. Luego, con un breve y atento saludo, levantó la aleta de su carpa y desapareció.

Jack se puso furioso ante aquella brusca despedida. La situación no mejoró ante una mueca burlona de parte del viejo hotentote y al ver las caras divertidas de los otros criados. Dándose vuelta salvajemente, ordenó a Umbelini que lo siguiera. Durante todo el camino de vuelta, rabiaba y pensaba ¿qué hacía aquella mujer allí? ¿Sería acaso emisaria del sindicato I. D. B.? Sin embargo, era absurdo suponer que dicho sindicato enviaría a una mujer para semejante comisión. Por otra parte, ¿empleaban las misiones mujeres de tan notable aspecto? Tendría que averiguar la verdad de las cosas y al llegar a su campamento, trató de no pensar más en el asunto y dió órdenes de prepararse para la partida.

Marchó durante tres horas y luego se detuvo para pasar la noche al pie de algunas montañas bajas. Se aseguró de que las mulas estaban bien atadas a los árboles, con cabestros de fuerte cuero de hipopótamo, bastante para que pudieran pacer cómodamente. Ordenó a sus hombres que hicieran guardia por turno y se metió entre mantas. Fatigado del largo viaje de la tarde, quedóse dormido profundamente.

Todavía resonaba en sus oídos una detonación, cuando se despertó. ¡Un segundo tiro! Jack se levantó de un salto y una azagaya pasó zumbando cerca de su cabeza, se clavó en la fogata que ardía en el campamento, e hizo volar chispas en todas direcciones.

—¡Al suelo, "inkoos, al suelo! — le previno la voz de Umbelini.

El hombre blanco, todavía groggy de sueño, tuvo suficiente presencia de ánimo para tirarse al suelo y arrastrase hasta la maleza, a un lado de la fogata.

Era inútil devolver tiros al enemigo oculto. Pero el ataque no siguió. No se oyeron más tiros. Hasta el amanecer permanecieron entre la maleza, el dedo sobre el disparador de sus revólveres, atentos al menor sonido, escudriñando con los ojos la obscuridad.

Cuando al fin llegó la aurora, notaron que las mulas habían desaparecido.

—Se han asustado y dispararon — estalló Jack. — Nunca creí que podrían romper esos lazos de cuero de hipopótamo, con tanta facilidad.

Umbelini movió la cabeza.

—"Inkoos", — dijo, — los "muilzols" no rompieron las "riems" ¡Mira! — Y le mostró que las largas tiras de cuero habían sido cortadas limpiamente con un afilado cuchillo.

—¡Robaron las mulas! — exclamó Jack.

—No, "inkoos", han venido por la noche. las "riems" para hacer disparar las mulas.

—¿Crees que su único objeto ha sido dejarnos a pie en el corazón de Zululandia?

—Así, es "inkoos". Los guerreros que nos atacaron no han tratado de matar. Si este hubiese sido su propósito y hubieran tenido fuerzas suficientes, ni yo ni tú veríamos el sol alzarse encima de las montañas. Vamos a buscar las mulas entre la maleza, si es que no les han hecho daño.

El zulú, tan práctico como buen orador, había tomado la situación en sus manos y el americano se alegró que el escocés, jefe de la estación en Premier, hubiera insistido para que llevara a aquel hombre.

Jack siguió a Umbelini, buscando por entre el matorral las huellas de las mulas.

El zulú no tuvo dificultad alguna en diferenciarla de los de otros animales. La fortuna los favoreció, porque oyeron un relincho dentro de un bosque casi impenetra-

ble de árboles espinosos, cuyas espinas eran más largas y más gruesas que una aguja. El hombre blanco nunca hubiese imaginado que las mulas podrían atravesar aquellas espantosa barrera de espinas.

Ellos necesitaron gran paciencia y habilidad para atravesarla y con gran sorpresa de Jack encontraron a las mulas paciendo tranquilamente en un claro, en medio del bosque de espinos.

A fuerza de paciencia y de cortar ramas pudieron al fin llevar nuevamente al campamento los animales.

Comieron un poco de "bitong" o sea carne seca, café y tortas de maíz, estaban pronto para seguir viaje cuando Umbelini apareció ante el hombre blanco y levantando su mano para hacer el saludo, a la manera zulú, indicó que tenía algo que decir.

—Habla, — le dijo el americano.

—"Inkoos", los que nos atacaron anoche no eran ama-zulús, — dijo Umbelini.

—¿Qué no eran zulús? — repitió incredulamente. — ¡Vamos hombre! ¿Y quién nos iba a jugar tan mala pasada? Estamos en el corazón de Zululandia; sabemos que los zulús se preparan para la guerra. ¿Quién más va a ser? Piénsalo mejor, viejo.

El zulú permaneció impertubable.

—"Inkoos", no eran de mi pueblo. Si hubiéramos sido atacados por los "impies" de Dinizulú, los chacales se regalarían a estas horas con nuestros cuerpos. No, "inkoos", ningún guerrero ha hecho esto.

—Entonces ten la bondad de decirme quien fué, — gruñó Jack — no hay ninguna otra tribu por aquí, que yo sepa.

—Inkoos, las azagayas fueron lanzadas, los tiros disparados y nuestras mulas espantadas por orden de la "inkooosiezana" blanca que no quiso hablar contigo cuando fuimos a visitarla ayer. He aquí la prueba.

Con dramático gesto le mostró un pedazo arrugado, de género blanco.

—Esto, "inkoos", pertenece a la "inkoosizeana". Es un pedazo del chal blanco que tenía ayer sobre los hombros. Ninguna mujer zulú usa telas de esta clase.

Jack, lo examinó.

—¿Dónde lo encontraste?

—Estaba colgado de la rama de aquel árbol. La ropa de la mujer se rompió al huir con sus criados, el hotentonte de cara de mono y los dos shangaianos. Ningún guerrero se hubiera conformado con espantarnos las mulas. Los tiros fueron disparados solamente para eso.

Jack comprendió que el zulú tenía razón. El género era de los que se usan para chales y ahora recordaba que la mujer blanca tenía uno sobre sus hombros.

Su primer impulso fué volverse y pedirle explicaciones. Luego comprendió que sería inútil.

—Probablemente es una embustera de primer orden y lo negaría todo.

Además, se encaminaba al kraal de Dinizulú y podía esperar el día de encontrarse allí con ella. Ordenó continuar inmediatamente el viaje.

Llegaron a Umfalosi un poco antes del oscurecer y dejando a los nativos que arreglaran el campamento, Jack se alejó por la orilla del río para cumplir lo que los indígenas consideran el primer deber del hombre: proporcionar caza fresca para la expedición.

Durante mucho rato no vió rastros de caza, la que había abundado durante el día. Al fin vió dos animales que al principio le parecieron zebras; pero cuando estuvo más cerca, observó estupefacto que se trataba de dos ejemplares de esa útil y obstinada tribu de mulas domésticas de Texas.

Jack se detuvo bruscamente. Sólo los blancos viajan a lomo de mula en Africa.

—Parece que todo el mundo anda de "pic-nic' por Africa, — pensó disgustado. Pero... ¿dónde tienen el campamento?

Moviéndose con precaución acercóse hasta una garganta profunda, entre las montañas, vió allí una fogata y un poco más allá de ella una carpa. En ese mismo momento una mujer salía de la carpa y se acercaba al fuego. La reconoció a la primera mirada.

—¡Esa mujer otra vez! — se dijo. — Parece que corremos una carrera, a quien gana por un pescuezo. Pero va a tener que apurarse,

Volvió rápidamente al campamento, ordenó a sus hombres que prepararan un poco de café y les dijo que, después que hubieran comido, continuarían su camino hasta media noche. A Umbelini le explicó que la "inkoosie--na" blanca estaba acampada en el cañón.

El zulú no hizo comentarios. Señaló sencillamente el cielo y dijo:

—"Meaning manzi" (mucha agua).

Jack miró.

La apariencia del mundo había cambiado. La llanura no estaba ya envuelta en las tintas rosadas del poniente. El cielo se había puesto un gorro negro, con fantásticas borlas, de negros flecos, que se extendían hasta los confines del horizonte.

En las montañas distantes, las tintas púrpuras se volvían también negras; el cielo se obscurecía más y más. Se levantó un poco de viento y luego cesó. Un calor sofocante pesaba sobre la llanura.

El hombre blanco estuvo observando hasta que se dió cuenta de los peligros de la tormenta por la corrida de los nativos. El basuto llevaba las mulas hasta el abrigo de una enorme roca; Umbelini había levantado ya la carpa y sacado las cubiertas de hule a los carros. Luego arrimó un carro contra la roca, sacó de él todo lo que podía ser sacado y lo colocó entre sus altas ruedas. Mientras trabajaba decía, con el miedo retórico de su raza:

—Pronto las grandes nubes de fuego abrirán sus puertas. El río del cielo se desbordará y la llanura quedará inundada. Todos los "dongas" (cañones) quedarán convertidos en lagos.

—¡Los "dongas" convertidos en lagos! — replicó el americano y recordó a la mujer blanca, en aquel profundo hueco, como

a media milla de distancia. Volviéndose al zulú le dijo:

—La "inkoosiezana" blanca está acampada n un "donga".

Umbelini demostró tanta sorpresa como lo permitía su estoicismo nativo.

—Entonces está en manos de idiotas, sólo los shangaianos u hotentontes son bastante tontos para acampar en un "dogna". Bueno... Nos libraremos de los que nos atacan de noche, como los chacales.

El "impie" empezó la lanza guerrera zulú, formando un círculo cada vez más estrecho en derredor del hombre y la mujer blancos.

—Nada de eso, amigo mío, — dijo el ar- ricano. — La "inkoosiezana" es blanca y vamos a sacarla de su agujero. ¡Ven! Rápido.

Se alejó rápidamente y el zulú lo siguió.

CAPITULO III

LA TORMENTA

La tormenta estalló antes de que estuvieran a mitad de distancia del "dogna". La lluvia siguió al preludio de uno o dos truenos y algunos violentos relámpagos.

Al principio cayeron grandes gotas luego fué un verdadero diluvio. En vano el hombre blanco y el zulú lucharon para mantenerse de pie, fueron derribados, obligados a caer de boca sobre el lodo. El viento se transformó en huracán y tuvieron que avanzar sobre las manos y las rodillas.

Al fin llegaron al "donga", miraron hacia la obscuridad de abajo. La carpa y la fogata habían desaparecido; la seca grieta del suelo era ahora un torrente impetuoso.

Una mirada les demostró que allí no podía haber escapado con vida.

—Hemos llegado demasiado tarde, — dijo Jack procurando hacerse oír por Umbelini. — Nada puede haber resistido a esta inundación.

Permanecieron en la orilla de la quebrada hasta que el viento y la lluvia cesaron un poco. El cañón estaba ahora lleno hasta la mitad de agua y la inundación crecía. Un poco más y llegarían las aguas al borde mismo del "donga".

Luego un relámpago iluminó la escena. Imaginación o no, Jack creyó descubrir una figura femenina que trepaba desesperadamente la cuesta. La intuición le dijo que era ella. Gritándole a Umbelini, descendió la pared del "donga". Tropezó y cayó en la oscuridad. Esperó un nuevo relámpago. Allí estaba ella, perseguida por la inundación. Un momento después la arrastraba cuesta arriba, aunque el agua le llegaba hasta las rodillas.

Una vez fuera del alcance de la inundación, la muchacha se dejó caer, rendida de fatiga.

Jack sintióse de pronto dominado por la rabia. Aquella era la mujer que había llegado por la noche a su campamento, como una ladrona, para espantarle las mulas. Y sin embargo, había arriesgado su vida por ella. Se sentía un moderno don Quijote.

—¡Levántese! — le gritó. — ¿Cree que quiero quedarme aquí toda la noche?

Se levantó en silencio. Volviéndole groseramente la espalda, Jack la guió hasta su campamento. Llegado al refugio, la joven, con las ropas chorreando agua, se quedó re-

costada contra la roca, mientras los hombres se metían debajo de la capota del carro. Poco a poco la tormenta calmó. Los nativos empezaron a ocuparse de encender fuego para la comida de la noche. Comieron vorazmente. La joven no se acercó a ellos. Permanecía acurrucada, de cara a la roca.

—No puedo dejarla así; debe estar hecha sopa, — murmuró Jack, y se encaminó hacia ella. — Es mejor que se levante y venga a tomar un poco de café, — le dijo un poco avergonzado.

Ella evidentemente no tenía falso orgullo porque contestó que aceptaría gustosa el café. El le alcanzó una taza de lata, llena de café hirviendo. Ella le dió las gracias y le preguntó tímidamente:

—¿No hay esperanza de que se hayan salvado mis criados?

—Ni la más mínima, — le contestó él. — ¡No sé cómo se salvó usted!

Hubo un breve silencio. Luego ella dijo:

—Debería darle las gracias; pero, después de lo que ha pasado, creo que usted no las aceptará.

Jack la miró. ¡Era el colmo del descaro! Confesaba haber atacado el campamento por la noche. Brevemente le preguntó:

—¿Entonces fué usted quien hizo disparar mis mulas?

—Sí; eso se hizo por orden mía.

Hablaba con indiferencia; el americano se indignó.

—Debe usted estar loca. ¿Por qué lo hizo? Usted no me conoce. Somos los únicos blancos en esta tierra de salvajes. Dígame ¿por qué lo hizo?

La joven lo miró directamente. A la luz del fuego su rostro aparecía pálido como el marfil entre el marco de cabellos negros. No contestó.

Jack rió despreciativamente.

—Creo que lo adivino. Usted sabe bien quien soy ¿no es cierto?

—Sí, es usted un ingeniero del Sindicato de Diamantes.

—Muy bien. Su inteligente departamento está bien informado. Y supongo que sabe también cual es mi misión ¿verdad?

—Sí, también la conozco. Usted busca la otra mitad del diamante Culligan.

Era franca al menos. Jack se sentía sorprendido ante su descaro. Al fin encontró voz para decirle.

—¿Y supongo que usted es emisaria de los intereses enemigos?

—Sí, lo soy, — contestó la muchacha; pero no había acento de disculpa en su voz.

El se rió irónicamente y se inclinó.

—Señora, aprecio su franqueza. Para decirlo claramente y aunque no quisiera ofenderla, pertenece usted al sindicato de traficantes ilícitos de diamantes, a los ladrones de nuestra industria ¿no?

La joven movió la cabeza. Un débil rubor quemó sus mejillas. Pareció meditar un momento su respuesta y luego dijo con acento de desafío.

—Puede usted llamarlos como guste; pero tenemos tanto derecho como usted al dia-

mante, con tal de que podamos sacarlo del kraal de Dinizulú.

La fría seguridad de su contestación lo dejó a Jack aturdido. Con estudiada cortesía le ijo:

—¿Tendrá usted la bondad de explicarme en qué funda su derecho? Recuerde que la piedra fué robada de nuestra mina.

—No discuti.ó su derecho de posesión a la mina, — contestó con la precisión de un abogado. — Los naturales del Transvaal, donde su mina está situada, podían decir mucho sobre esto. Pero suponiendo que la mina sea suya, el diamante no lo es. Esa gema pertenece ahora al Dinizulú, el rey, quien trata de venderla para comprar armas y municiones. Por lo tanto cualquier intento de pedir o robar el diamante puede considerarse un acto patriótico. Eso es todo.

Extendió las manos hacia el fuego, aparentando no ver la expresión sorprendida y burlona de Jack al oír aquella original explicación.

—Es este el argumento más caprichoso que he oído, — dijo. — Pero, en resumidas cuentas, ambos vamos en busca del diamante de Dinizulú. Las circunstancias me impiden dejar a usted sola y procuraré que quede ómodamente instalada en el primer "kraal" nativo a donde lleguemos. Pero, créame, señorita, usted no conseguirá ese diamante. Siento ser poco atento; pero la guerra.... es la guerra.

Ella sonrió y dirigióle una mirada amistosa.

—"A la guerre comme a la guerre", — contestó con una alegría súbita que a Jack le causó gran sorpresa. Le tendió la mano. — Por lo menos firmemos un armisticio. Permítame ahora que le de las gracias por haberme sacado del "donga".

Intrigado y no muy seguro de sí mismo, Jack tomó la pequeña mano entre las suyas y murmuró algo sin importancia.

Continuaron su marcha al día siguiente; pero Jack no pudo poner en práctica su plan de dejar a la joven en el primer "kraal" que encontraron, porque supo por Umbelini que éste pertenecía a Bambata, uno de los principales jefes rebeldes de Dinizulú. No vió otro medio que ofrecerle a la joven uno de sus carros si consentía en volver a Natal.

—Estoy resuelta a llegar al "kraal" de Dinizulú, aunque tenga que ir a pie, — declaró ella.

Jack se encogió de hombros. Trató de contenerse.

—Me obliga usted a llevarla, diga mejor. No solamente abusa de la hospitalidad de un hombre que le salvó la vida, si no que trata de desbaratar mis planes. ¿Le parece muy bonito?

La muchacha bajó la cabeza y sus labios temblaro.. Pero no contestó. Viendo su humillación, Jack se acusó a sí mismo de grosero. Pero se dijo que no tenía más remedio que serlo. Su primer deber era para con sus jefes y aquella muchacha había confesado pertenecer al campo enemigo. Tenía que mostrarse firme con ella. Volvió a exigirle que se fuera.

—No me vuelvo, — repitió ella tranquilamente. — Si usted no me lleva, iré a pie.

Jack decidió aceptarle la fanfarronada.

—Muy bien, — dijo. — Se quedará atrás. Aquí tiene un revólver y balas. Le diré a los "boys" que le dejen un poco de carne seca y bizcochos. Lo siento; pero, yo, un representante del Sindicato de Diamantes, no puedo favorecer a una agente de la I. D. B. Así que... ¡adiós!

Ella no contestó; se quedó esperando pacientemente.

Hicieron restallar el látigo de cuero de hipopótamo sobre las mulas y se alejaron. Levantando nubes de polvo hicieron una milla y entonces Jack se dió vuelta. Allí estaba la muchacha, pequeña y conmovedora figura blanca, sobre la planicie obscura. Sabía que era inútil tratar de asustar a aquella mujer; que su amenaza no surtiría efecto. Dió una breve orden, el carro se volvió. Cuando estuvieron cerca la muchacha dirigió una serena mirada a su mortificado salvador.

—Ha ganado usted, — dijo él. — Naturalmente sabía que yo no la dejaría morirse de hambre en este desierto. Suba, ya hemos perdido bastante tiempo con sus tonterías.

Ella volvió la cabeza; pero él pudo ver sus mejillas húmedas, la temblorosa manecita y concluyó por pensar que, después de todo, no era tan aventurera como parecía.

Decidido a sacar el mejor partido de las cosas, Jack entabló conversación. Ella le contó gustosa que se llamaba Alma Delgado y que había venido a Sud Africa, procedente de España diez años atrás. Se había educado en una de las escuelas de Berea, en Durban. Luego se había trasladado con su padre a Kimberley y después a Pretoria.

—Comprendo — interrumpió Jack. — Primero los campos de Kimberley y luego los de Promier. Es ahí dónde operan los I. D. B.

No tenía intención de mostrarse desagradable; pero la verdad acudió a sus labios, sin querer. Ella no le contestó y él cambió de tema. Resultó una encantadora compañera de viaje, cuya presencia de ánimo le fué muy útil en una aldea donde fueron recibidos hostilmente. A Jack le parecía imposible que aquella valerosa muchacha, que conocía mejor que él el camino y el modo de evitar los peligros, pudiera resultar una competidora hostil.

CAPITULO IV

UN ENEMIGO TEMIBLE

El sol se levantaba sobre las altas montañas que dominaban las cabañas, semejantes a colmenas, cuando llegaron cerca del "stad" o "kraal" principal de los zulús.

Aunque era muy temprano, su llegada había sido anunciada evidentemente por los guardianes apostados en las cimas porque en la puerta de la empalizada fueron recibi-

dos por un grupo de seis guerreros, mandados por un alto "kehla" o subjefe.

El "kehla" los recibió cortésmente; pero Jack notó cierta hostilidad velada. En lugar de llamarle "inkoos" o gran señor se dirigió a él en tercera persona. Le preguntó:

—¿Qué es lo que el umlungu (hombre blanco) busca tan temprano, cuando el sol apenas empieza a levantarse sobre el gran "manzi", detrás de las montañas?

Extendió el brazo hacia el Oeste, en dirección al Océano Indico.

—Venimos para visitar a Dinizulú, el hijo de Cetewayo y queremos hablar con él, oh "Induna" de Ama-Zulú — replicó el blanco, adoptando el florido modo de hablar de los zulús.

—¿Y para qué quiere el "unbulungo" hablar con el Gran Elefante? — preguntó el jefe. — Graves asuntos de estado lo ocupan y no está dispuesto a recibir a todos los que llegan a Ama-Zulú en viaje de placer. Si el "unbulonyo" es uno de esos a quienes los ama-boers llaman predicadores, puede ahorrarse el resuello, porque el hijo de Cetewayo sabe desde hace tiempo que el Gran Libro de los "unbulunyus" son los rifles, los cañones y los hombres que montan a caballo; y no lo leerá.

Jack miró tristemente a la muchacha que estaba a su lado.

—Aquí hay más verdad que poesía, — le dijo en voz baja, — y no puedo reprocharle al rey que no quiera hablar con los misioneros.

Luego, volviéndose al jefe le dijo:

—No soy predicador, ni la "inkoosiezana tampoco. Tengo que hablar con Dinizulú en persona y le traigo un regalo. Por consiguiente, sírvete conducirnos a la choza de los visitantes donde esperaremos que el rey se digne recibirnos.

—Muy bien. Pasa al kraal "unbulango.

Entraron a la aldea, que empezaba a llenarse de rumores. De las chozas salían mujeres y niños, frotándose los adormilados ojos. Y también cabras, gallinas y perros, que evidentemente habían pasado la noche con sus dueños en sus respectivas cabañas. Afuera de otras estaban sentados miembros de la familia, cocinando su desayuno de "mielies" en grandes ollas negras. O tratando de ponerse presentables, desde el punto de vista zulú.

Jack miraba a su alrededor interesado, cuando vió a Alma lanzar una exclamación de sorpresa y miedo.

—¿Qué hay? — —le preguntó.

Ella no contestó; pero siguió mirando por encima del hombro de él. Su rostro estaba pálido y tenía una expresión de miedo. Siguiendo su mirada, vió Jack, sentado en una silla de abordo, delante de una de las chozas, a un hombre blanco. El extranjero estaba fumando y arrojaba nubes de humo al aire, mientras observaba indolentemente a los recién llegados. Jack le devolvió mirada por mirada y luego sintió que Alma le tiraba de la manga.

—Aléjese de ese hombre, — murmuró. No imaginé encontrarlo aquí. Hasta ahora he estado en contra suya; pero si él toma parte en el juego, me paso a su campo. Ese hombre es un bandido.

Su acento de odio impresionó a Jack que miró atentamente al extranjero. El le devolvió una fría mirada con ojos negros que, involuntariamente, recordaron a Jack los de una cobra que había matado en una roca no hacía mucho tiempo.

—¿Quién es? — preguntó Jack. — El tipo parece hallarse como en casa propia. Parece portugués, o mejor dicho, mestizo.

—Se llama García, — contestó ella y se le persigue en Johannesburg por asesinato. El gobierno de la Unión ha pedido su extradición a los portugueses de Delagoa; pero García tiene amigos poderosos. La excusa de las autoridades de Mozambique es que no sabían su paradero. Pero la última vez que supimos de él estaba en un palco de la plaza de toros con un ayudante del gobernador. Y ahora está aquí.

Jack sonrió tranquilizadoramente y le palmeó el brazo.

—¿Le tiene usted mucho miedo a ese sujeto? — dijo burlonamente. — Está más asustada que cuando la sacamos del "donga". ¿Por qué ese ataque de nervios? ¿Qué hace aquí este tipo?

—¿No lo comprende? ¡Qué torpe es usted! Este García ha robado más diamantes que todos los hombres del mundo. Su presencia aquí sólo significa una cosa: busca el diamante como nosotros.

Jack silbó, luego lanzó un juramento.

—¡Es eso! Bueno, niñita, creo que tiene usted razón. Recuerdo ahora que, cuando

GRAN CONCURSO DE "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson? ¿Qué móviles impulsaron al criminal?

Apresúrese a enviar el cupón con las respuestas, pues una vez que aparezca en "Pucky" el aviso de que queda cerrado el concurso no se tomarán en cuenta los cupones que se nos envíen.

abandoné la mina, el patrón me previno que había una pandilla de portugueses que andaba tras de la mitad del Culligan. Bueno, yo no le tengo miedo. ¡Anímese! De todos modos, pronto nos matarán.

—Eso puede ser muy cierto, socio, — con una tímida mirada que él encontró irresistible, añadió. — Usted no se ofende porque le llame socio, ¿verdad?

El la miró con expresión cambiada. Un subido rubor se extendió por las mejilas de la muchacha. Luego habló, con palabras rápidas.

—Venga, abandonemos esta loca empresa. Después de todo, la vida es muy hermosa para arriesgarla por un diamante. Deje el presente para Mimizulú y abandonemos el kraal, mientras sea tiempo. Es la única solución, se lo prevengo.

El la miró asombrado.

—¿Qué le pasa? ¿La vista de ese portugués la asusta tanto? Yo no voy a huir de un agente de la I. D. B. Alguien tiene que arrancar ese diamante de las negras garras de Dinizulú y éso lo voy a hacer yo.

Ella había recobrado su serenidad, sonrió débilmente de la arrogancia del americano y se encogió de hombros.

—¡Oh! Muy bien. Si quiere usted aguardar la música, bailaremos. Pero es bueno que le cuente todos los pormenores del caso. Sí, tengo miedo a García, y cuando haya oído usted mi historia, comprenderá el por qué.

En un tiempo García y mi padre fueron socios. ¡Oh! Evíteme sus juicios sobre los I. D. B. Los ingenieros de los sindicatos de minas no pueden pensar de otro modo. Sin embargo, mi padre tenía todos los derechos del mundo para entrar a formar parte del I. D. B. Por un lado lo habían despojado de su parte en una de las minas de diamantes más ricas de Africa; pero eso no tiene nada que ver con la historia. Como digo, fué socio de García; hasta que descubrió que éste era un bribón. Primero supo que García robaba los diamantes por cuenta propia, luego que estaba dispuesto a asesinar al capataz de un campo de diamantes porque no podía burlar su vigilancia. Cuando mi padre lo acusó, García se echó a reir y le dijo que no permitiría que ningún pordiosero de las minas oficiales estorbara sus planes. Lo amenazó mi padre con denunciarlo y casi llegaron a las manos. Cuando yo intervine, García le dijo friamente a mi padre que pensaba casarse conmigo. Ni siquiera se tomó la molestia de consultarme sobre el asunto.

Jack cerró los puños. Cuando pudo dominar su voz, le preguntó:

—¿Y usted, qué dijo?

—¿Necesita preguntarlo? — luego, añadió amargamente. — ¡Oh! Ya se la opinión que tiene usted de mí. Con todo le dije a García que prefería fregar ollas de "mieles" para los Kaffirs de Marabastad que ser su esposa. Se puso lívido de rabia y empezó a lanzar amenazas. Durante varios días vivimos temiendo por nuestras vidas. Luego supimos que García había sido descubierto por la policía de las minas y que, mientras lo llevaban, había dado muerte a un oficial blanco y a un cabo nativo, huyendo luego al campo. Ahora está aquí. Nos ha visto llegar juntos y supone que somos socios. Tenemos que guardarnos de él.

—Sí, — admitió Jack, — parece que nos veremos en grandes apuros. Pero me alegro estar en tan buena compañía. Ahora dígame ¿cómo es que su padre y sus amigos han enviado a una joven como usted para misión tan peligrosa? Deberían saber que hay sólo una probabilidad, entre un millón de tener éxito.

—No puedo decírselo ahora; pero quizá lo haré algún día. Entretanto ¿quiere tener un poco de mejor opinión sobre mí, socio?

Lo miró suplicante y Jack sintió un nudo en su garganta.

Le tomó la mano y se la oprimió. Ella se ruborizó, miróle tímidamente y retiró su mano cuando el "induna" que los había recibido vino a decirles que Dinizulú, informado de la llegada del "inkoos" y de la "inkoosiezana", consentía en recibirlos, cuando el sol estuviera bien alto en el cielo. Hasta entonces podían considerarse en su casa en la choza de los visitantes.

* * * *

Después que Alma hubo entrado en la choza de los visitantes, Jack decidió dar una vuelta por el "kraal". No había andado mucho, cuando se topó con García. El portugués se quitó su blanco sombrero de sol y le hizo una profunda reverencia.

—Bienvenido, señor, — le dijo, y añadió irónicamente. — Bienvenido a la capital del rey de los zulús. Encantado de ver un rostro blanco. Usted sabe que los negros resultan cansadores, después de un tiempo.

Jack lo miró desdeñosamente y dijo con intención:

—Parece usted muy a gusto, sin embargo, señor. En cuanto a mí, prefiero rostros negros, si son honrados a ciertos blancos que yo conozco.

El portugués echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—¡Espléndido! Veo que su encantadora compañera lo ha puesto en antecedentes. Me sorprendió mucho verla llegar al kraal esta mañana. Lo esperaba a usted solo, señor. Nunca creí que la bella Alma lo acompañaría.

Al oírle mencionar familiarmente el nombre de la muchacha, Jack sintió deseos de abofetearle, pero se contuvo.

—Tenga la bondad de dejar a la joven fuera de la conversación, — gruñó. — Usted dice que me esperaba. No veo en qué pueden interesarle los movimientos de un comerciante.

Nuevamente dejó oír García su ruidosa risa.

—Está bueno! — exclamó, azotando sus botas de montar con el látigo. — Usted que es comerciante; pero hasta hace poco era conocido por Jack Featherstone, ingeniero

de la mina de Premier. ¡Ah! ¿Se sorprende usted? Su asombro me halaga. Prueba que mi servicio en los campos de diamantes es bueno. Trataré de que nuestros agentes sean bien recompensados.

Jack se quedó mudo de sorpresa y mortificación. Nuevamente se sintió tentado de colocar un buen "punch" en el rostro burlón que tenía ante sí pero dominóse y, cuando habló, su acento era ligero y burlón.

—Me parece, señor, que usted ha estado sentado mucho al sol. Le aconsejo que cuide más su salud. El clima es terriblemente cálido en Zululandia y el sol, cayendo en la nuca, puede afectar el cerebro. Tenga cuidado.

Sonrió dulcemente y el portugués rabioso se alejó. Sin embargo, su despreocupación era fingida. Las cosas iban de mal en peor. Seguramente García descubriría a Dinizulú la identidad del americano y las probabilidades que tenía éste de obtener el diamante eran más remotas. Sin embargo estaba decidido a ir adelante y tenía formado su plan.

Jack volvió a la choza de los visitantes donde había dejado a Alma. Allí eligió cuidadosamente entre sus artículos los regalos para Dinizulú. Luego se sentó a comer en compañía de la joven un apetitoso almuerzo de "maas, mielies", huevos y leche fresca, que Umbelini había comprado a los nativos. Apenas había terminado su almuerzo oyeron el redoble de un tambor de calabaza. Jack se levantó.

Debe ser mediodía y ese ruido significa, supongo, que Dinizulú está pronto a recibirnos. ¡Vamos! A propósito: salí a dar un paseo y me topé con el portugués.

La joven palideció.

—¿Qué le dijo?

—Se sorprendió mucho de verla a usted aquí. En cuanto a mí, me esperaba.

—¿Quiere decir que sabe quien es usted?

—Sí y también el motivo de mi viaje.

Ella se estremeció.

—¿No le dije que ese hombre es un bribón? Sus armas son la traición y la muerte. — Lo agarró del brazo y él la sintió temblar. — No tenemos más que una probabilidad y debemos aprovecharla. No vaya a la conferencia con Dinizulú. Envíele los regalos y corramos donde está la caravana. Dígale a los kaffirs que enganchen y huyamos mientras todo el kraal está en el "indaba". ¡Vaya! ¡Pronto!

El se desprendió de su brazo y la miró sonriendo.

—Mi querida, hemos avanzado mucho para retroceder. Además, no creo que haya peligro inmediato. ¡Apurémonos! Es una falta de cortesía hacer esperar a un rey, aunque sea un rey de salvajes.

CAPITULO V

JUSTICIA ZULU

Una corta caminata los llevó hasta un gran espacio abierto, frente a un edificio de pizarra, piedra y adobe, la residencia del mismo Dinizulú. El gran espacio abierto estaba ocupado por una gran muchedumbre de zulús, hombres, mujeres y niños. Las apretadas filas de un "impie" zulú, adornado con plumas y en pleno atavío de guerra, contenía a la multitud dentro de los permitidos límites. El rey estaba sentado en una gran silla de ébano, con adornos dorados, regalo de un gran propietario de circo alemán, al rey de los zulús, por haberle permitido cazar fieras en sus dominios. Cuando ellos llegaron, se juzgaba el último caso.

La reclamante era una hermosa matrona zulú que acusaba a su propio padre de haber asesinado a su marido. Había traído varios testigos. El caso fué oído y sentenciado con rapidez. El rey dijo que el padre de la novia había matado injustamente a su yerno durante nua disputa motivada por el pago de doce bueyes, el precio de la novia.

A una señal del jefe "induna", el culpable, un "kehla" de cabellos blancos que estaba presente para defender su causa, fué sacado de allí. Los juicios se suspendieron temporariamente y la multitud siguió al condenado y a sus guardianes que empezaron a marchar con él hacia la montaña, que quedaba a espaldas del kraal. A un lado de la montaña había un precipicio. El pequeño grupo se detuvo ante él. Jack tuvo un presentimiento de lo que iba a seguir.

—¡Dése vuelta! ¡No mire! — murmuró a la muchacha. — Creo que van a tirar al pobre diablo al precipicio.

Mientras hablaba una azagaya brilló al sol y una forma humana cayó, rodando al precipicio. Durante algún tiempo rebotó en las piedras, hasta que un gran clamor del "impie", mezclado a los gritos de las mujeres y niños, anunciaron que la sumaria justicia del rey se había cumplido.

Alma palideció.

—Esto prueba la suerte que nos espera si Dinizulú se empeña en tratarnos como enemigos, — dijo la joven. — Creo que está pronto a escucharnos.

Efectivamente, el jefe "induna" les hizo una seña y el hombre y la mujer blanca avanzaron hacia Dinizulú.

—¡Salud, oh hijo de Cetetwayo! — dijo el americano.

—Salud, "umgahaan" (amigo), — contestó el rey.

El próximo viernes publicaremos

Una defensa hábil

Por Carl Clausen

"Todo puede probarse... excepto, a veces, la inocencia" — fué la opinión de un hábil defensor que juzgó bueno cualquier medio para salvar a su cliente.

Empezó Jack a explicarle que había llegado desde lejos para saludar al gran Dinizulú, rey de numerosos "impies", ante quienes los hombres temblaban. Que también solicitaba permiso para comerciar en su territorio y que le había traído algunos obsequios.

Al oír la palabra obsequios, los pequeños ojos de Dinizulú se dilataron, abandonó su aire de aburrimiento trocándolo por otro de interés. Rápidamente comprendió Jack el efecto y empezó a exhibir sus tesoros ante el rey, cuya cara denotaba una alegría infantil. La obra maestra fué un chaleco de fantasía, rojo brillante, con botones dorados. Dinizulú se inclinó ansiosamente hacia adelante para tomar la prenda. Quedó tan complacido que no lo hubiese sorprendido a Jack que se quitara allí su saco para ponerse el chaleco. Siguieron varios pares de medias de colores chillones. Dinizulú se volvió amistosamente al hombre y la mujer blanca, después de ordenar que los regalos fueran llevados a su casa. Les dirigió un breve discurso, dándoles las gracias y concluyó preguntando qué podía hacer por su "umganaam".

Jack se sentía lleno de contento por su éxito. Estaba a punto de pedirle a Dinizulú permiso para permanecer unos días en el kraal a fin de discutir un asunto de mutuo beneficio, cuando de pronto, detrás suyo, alguien habló:

—¡Ten cuidado, oh Dinizulú, con los traidores! Este "umlungu" no es amigo tuyo ni de tu pueblo. Es un traidor que intenta despojarte de tu gran tesoro.

El rey se inclinó hacia adelante. Había desaparecido su aire de laxitud, la alegría infantil con que recibiera los presentes. Bramó como uno de los "ingwas" manchados que habitan los "kloofs" de Zululandia.

—¿Qué estás diciendo, "umganaam". Prueba lo que dices y, por el espíritu de Chaka, te juro que el "inkoos" y la "inkoosienzana" serán llevados por el camino del que los precedió.

Jack nada dijo. Esperó, con todos sus sentidos alerta, que el portugués hablara. Este sonrió triunfalmente y empezó:

—Tú sabes bien, Dinizulú, de donde procede el gran diamante que guardas en tu "kaya". Pero aunque esa piedra brillante es tuya, porque fué hallada en dominios robados a tus padres por los boers y los ingleses, éstos la reclaman como suya y han enviado a éste "umlungu", disfrazado de mercader para robar la piedra y devolvérsela. En cuanto a la mujer la encontró por el camino. No sabía nada del objeto de su viaje, de manera que pido hagas morir a ese hombre y me des a mi la mujer para llevarla a su familia. He hablado hijo de Cetewayo. ¡Bayete!

García calló y Dinizulú se dió vuelta en su trono de ébano para mirar al americano.

—¡Perro! — silbó. — ¿Es eso verdad? Habla antes de que ordene a mis guerreros que te atraviesen con sus azagayas y quede tu cuerpo de chacal tendido a mis pies.

Jack había tomado una rápida resolución. Decidió que no era momento para subterfugios ni excusas. Se volvió a Dinizulú, con aire tan despreocupado como cuando le ofreciera sus presentes:

—Este chacal ha dicho ¡oh rey!, en parte, la verdad. Realmente he venido enviado por los dueños de las grandes minas de Pretoria, donde se encontró el diamante que está ahora en tu poder. Pero ya sabes que ese diamante forma parte de otro que se encuentra en manos de otro rey más poderoso que tú.

Ahora bien, a oídos de este gran rey blanco ha llegado la noticia de que la mitad del diamante ha sido robado de sus dominios, de que tú lo tienes, de que piensas venderlo para comprar rifles y municiones para hacerle la guerra al pueblo del rey blanco

Jack se detuvo para que el efecto dramático fuera mayor. Luego siguió, hablando lentamente, con énfasis.

—Por lo tanto Dinizulú, procede con cautela. Tú sabes bien como cayó tu padre, Cetewayo, y como tú, que eras niño, lo acompañaste a una pequeña isla en medio del mar, Santa Helena, la isla de los monarcas destronados. La gracia del rey blanco te permitió a tí volver y reinar, no lo olvides

Y ahora, una última palabra. En verdad vengo como comerciante: devuelve la piedra y se te pagará bien. Si rehusas, si me matas, si mandas "impies" contra el pueblo del rey blanco, éste enviará sus soldados y cañones y tu pueblo será destruído

Un clamor se elevó al terminar de hablar el americano.

—¡"Bayete" Dinizulú!, muerte a los blancos.

Las azagayas resonaron sobre los escudos de cuero los tocados de plumas de avestruz se agitaron; el "impie" empezó la danza guerrera zulú, formando un círculo cada vez más estrecho en derredor del hombre y la mujer blancos. Ambos creyeron que su fin había llegado. La muchacha extendió una manecita maravillosamente serena que Jack estrechó, mientras sacaba su revólver, resuelto a vender caras sus vidas y mandar, por lo menos, unos cuantos "impies" al cielo de los zulús.

—¡Tula! (silencio), — ordenó.

Como por obra de magia cesó el tumulto los imies se detuvieron y bajaron sus azagayas.

—¿Quién sois vosotros, perros — tronó Dinizulú — para ejecutar una sentencia antes de que yo la haya dictado? Soy vuestro rey Es fácil empezar una guerra contra el rey blanco; pero difícil terminar. Pensaré sobre este asunto. Entre tanto es mi voluntad que este umlunyu y la inkoosiezana sean respetados. Su vida o su muerte será discutida esta noche en el indaba, con mis jefes "indunas y matagati". El "impie" volverá a su "boma" y mañana, según lo que se decida en nuestro consejo, estos blancos serán llevados a lo alto de la mantaña o mandados al lugar de donde vinieron. He hablado. ¡Marchaos!

Se levantó y, dando la espalda a los presentes, entró en su casa.

Con un leve murmullo la multitud se dispersó, sólo los dos blancos y la joven permanecieron allí.

—Un juego peligroso y admirablemente realizado, "amigo". — dijo el portugués, que no pudo ocultar un acento de admiración gruñona en su voz irónico. Sin embargo, las circunstancias obligarán al rey a ser severo. De manera que puede usted irse preparando para la muerte. Los "impies" quieren guerra y la tendrán. Pero, después de su muerte, yo quedo al servicio de la dama.

Se inclinó ante la joven. Ella lo miró, como si fuera un reptil, luego tomó el brazo de Jack y lo sacó de allí, antes de que pudiera contestar a las insolencias del portugués.

CAPITULO VI

LA FUGA EN LA NOCHE

Nadie dijo una palabra mientras volvían a la cabaña. Una vez fuera de la vista de los zulús, Jack agotó la tensión bajo la cual había obrado.

—Ha sido una escapada milagrosa, — dijo enjugando la traspiración de su frente. — Pensé que había llegado mi fin y el suyo cuando vi acercarse a los guerreros, con sus azagayas. ¡Ojalá estuviéramos seguros en tierra de cristianos!

Alma se aproximó a él; algo en sus ojos le indicó a Jack que lo que había pasado o estuviera por pasar valía la pena. Colocando sus manos en las de él, sin darse aparentemente cuenta de la intimidad de su gesto, ella dijo:

—Estuvo usted espléndido. Se necesitaba valor para desafiar a Dinizulú como lo hizo. Estoy segura de que ahora todo saldrá bien.

Sus ojos extrañamente luminosos se fijaban al hablar en los de Jack. Algo los aproximó. Luego ella cayó en sus brazos y los labios de ambos se unieron. Zululandia, los "impies" con sus tocados de plumas, la choza con sus cueros de animales salvajes, todo fué olvidado. Por último ella se separó de él ruborizada y, tímidamente, se sentó en el banco de cuero.

Jack fué el primero en romper el hechizo que parecía haber caído sobre ellos para decir:

—Nos casaremos tan pronto como hayamos vuelto a la civilización... Es decir, si usted me ama.

Ella lo miró fijamente

—Usted sabe que pertenezco a la I. D. B. Recuerde que estoy fuera de la ley.

Rió él como un niño.

—La ley está muy lejos. Y, además, somos socios, usted lo dijo. Entre los dos vamos a quitarle esa piedra a Dinizulú. Y me gustaría encontrar a un hombre que se atreviera a llamar a mi esposa compradora ilícita de diamantes.

Ella levantó hacia él sus turbados ojos.

—¿De manera que confía en mí? ¿No teme que procure obtener el diamante para mí sola?

El movió la cabeza y sonrió.

—Todo lo que me preocupa ahora es conseguir el diamante y huir de Zululandia con usted. Luego conseguiremos una lincencia de matrimonio, haremos un viaje a Premier para devolverle la piedra y emprenderemos el viaje de boda.

Ella suspiró feliz, luego le echó los brazos al cuello y lo besó. Permanecieron sentados, juntos, mientras las sombras caían sobre el krasal de Dinizulú

Una voz llamó desde afuera de la choza.

—¡"Kos, kos, inkoos"!

—La comida esta pronta — dijo Jack a la joven. Salió para ver.

Afuera de la puerta estaba en cuchillas.

—Traigo alimento, "inkoos", anunció indicando tres grandes ollas conteninendo "maas" leche cuajada, huevos, carne cocida de cabra y "mielies" hervidas.

—Umbelini, ¿qué están haciendo los zulús? — preguntó el hombre tranquilamente.

Hablando de igual a igual, Umbolini contestó.

—Dinizulú conoce la gran fuerza del pueblo blanco y teme su magia, "inkoos". Al oír tus palabras, su corazón se ha convertido en agua. De buena gana te hubiera concedido permiso para salir del kraal. Y te hubiera dado, además, la brillante piedra. Pero los jóvenes de Ama-Zulú están sedientos de guerra. Nuestro destino depende del "indaba" que el rey y sus jefes tendrán esta noche. Por consiguiente, cuando llegue la mañana, preparémonos para morir como hombres, tú Inkoos, disparando tu revólver, yo mis azagayas y cubriéndome con mi escudo. Es mejor morir así, peleando como hombres, que ser llevados a la montaña y arrojados al precipicio.

El hombre blanco se sintió reanimado por el valor del zulú

—Eres un valiente, Umbolini, —— le dije. — Moriremos como hombres.

Umbelini inclinó su cabeza y luego dijo que el y el basuto extenderían sus mantas para la noche delante de la choza.

Vuelto a la "kaya", Jack y Alma comieron el alimento que les había traído el zulú. Luego se acomodaron lo mejor posible en sus mantas, en los ángulos de la cabaña. Le pareció a Jack que había apenas conciliado el sueño cuando alguien lo tiró de la manga.

—Inkoos, ahí está uno que quiere hablarte — dijo Umbelini. — Aunque no puedo ver su rostro, creo que es un gran "induna" porque el "kaross" que lo cubre enteramente es el más grande y costoso que he visto. Me dijo que no despertará alarma; que viene como amigo.

—¡Amigo!. Bien sabe Dios que necesitamos uno. Hazlo entrar, Umbelini.

Al salir Umbelini, el hombre blanco encendió la pequeña linterna que formaba parte de su equipo.

—Quiero ver a nuestro nocturno visitante —dijo la joven que se había depertado también. Uno nunca sabe que armas pueden esconderse debajo de ese hermoso "kaross" que ha impresionado tanto a nuestro amigo Umbelini.

Apenas había acabado de hablar cuando entró un hombre agachándose al pasar por la puerta baja de la choza El rostro y la figura quedaban enteramente ocultos por los pliegues de un magnífico "kaross" de "quagga" o sea piel de zebra.

Realmente era un personaje de calidad.

El hombre estuvo un momento silencioso y luego habló en voz baja.

—¡Salud, "umlungu" y tú también, "inkoosizana"!

El americano devolvió el saludo gravemente.

—"Induna", — dijo, — pues tan alto juzgo que debe ser tu rango, ¿qué mensaje me traes a estas horas?

—"Umlungo" — fué la contestación — he venido a salvarte.

—¡Salvarme! ¿Y qué peligro puede correr quien está bajo la protección del gran Dinizulú?

—Sin embargo, he venido a salvarte, — replicó el zulú con dignidad. Vengo ahora del consejo y, si yo no fuera amigo de los blancos, ignorarías lo que se ha decidido allí. ¿Quiéres que te indique el camino de la salvación? ¿O me iré sin haber hablado y tus huesos se blanquearán mañana al sol en la base de la montaña?

Jack afectó contener un bostezo.

—"Induna", no soy un niño. Tus palabras no me asustan ni a la "inkoosiezana" tampoco. Quieres indicar que Dinizulú ha decidido nuestra muerte. Sea. Porque no podemos salir de este "kral" sin lo que hemos venido a buscar. Dime... ¿eres por ventura emisario del mismo Dinizulú?

El hombre inclinó la cabeza.

—Así es, "umlungo". Dinizulú está enterado de mi misión Porque el corazón del rey es tierno y no quiere tu muerte. He aquí ahora el mensaje del rey; sal del "kral" por un camino que yo te mostraré. Tus carros y mulas te serán entregadas por un guardia de confianza. Luego viaja lo más rápido que puedas y quizá los "impies" que marchan a pie, no puedan alcanzarte. He hablado y, por mi boca, el rey.

El emisario pronunció las últimas palabras imperiosamente; su voz tenía el acento del poder. Jack lo miró fijamente. Luego, con una grave cortesía le dijo:

—Hasta ahora, oh rey de Ama-Zulú, tu disfraz te había servido. Pero el león no puede ocultarse mucho tiempo con la piel de "quagga". Siéntate, hijo de Cetewako, mientras yo permanezco de pie ante tí.

Lentamente Dinizulú — porque era él, — dejó caer su "kaross".

—Tus ojos son agudos y ven como los del chacal en la sombra, umlungu, — dijo el rey secamente. — Pero ahora que estamos cara a cara podemos hablar más libremente. Una vez más te aconsejo que huyas. Los tiempos han cambiado y ya no es más el descendiente de Chaka todo poderoso. Temo que mañana no pueda contener a mis jóvenes guerreros, que mojarán sus azagayas en tu sangre

El rey calló. Su franca confesión de impotencia era conmovedora. Comprendió Jack que hablaba a un hombre vencido.

—Rey de Ama-Zulú, — dijo, — reconozco lo peligroso de nuestra situación. Sin embargo, los que me envían insisten en que el diamante sea devuelto a nuestras minas, de donde fué robado. Además, déjame decirte que la posesión de ese diamante señala para tí un gran peligro.

—¿Qué quieres decir?

—Qué mientras el diamante esté en tus manos, Bambata y todos los que intentan rebelarse contra tu autoridad, te exigirán que lo vendas a García, el portugués, para comprar armas y municiones. Por consiguiente te aconsejó que alejes esta amenaza, devuélveme el diamante y serás bien recompensado. Te prometo que la paz será mantenida en Zululandia y que enviaremos a tu "kral el más hermoso ganado blanco y negro que hay detrás del Gran Océano; esas vacas tan admiradas por los ama-zulús y que necesitan para mejorar la cría de las suyas, que dan tan poca leche. O si, el destino ordena y tienes que ir al destierro, contarás con la buena voluntad de los blancos, quienes te darán una gran tierra para que puedas vivir seguro y en paz.

Dinizulú pareció sumirse en sus pensamientos.

—¿Y tienes tú poder para conseguir esas cosas?

—Sí, el gobierno de Pretoria me ha autorizado para que te hable así. ¿Te parece que tengo cara de embustero, Dinizulú?

El rey lo miró atentamente.

—No, has dicho la verdad. Me inspiras más confianza que García, el chacal de Mozambique, que me ofrece rifles y municiones mohosas. ¡Sea! Toma el gran diamante en prenda de la buena amistad de tu pueblo.

Con gesto repentino, su mano buscó entre los pliegues de su manto y extrajo un objeto a cuya vista el hombre y la mujer lanzaron una exclamación. Era la mitad perdida del diamante Culligan. Sin tallar, sin pulir, tenía la apariencia de un pedazo de sal gema, más bien que el de la piedra Al iluminarla Jack con la linterna, lanzó fulgores que parecieron iluminar la oscura cabaña. Alma lanzó una exclamación de delicia y Dinizulú le dió la gema, con un gesto de galantería innata, extraño en la raza zulú, que es poco atenta con las mujeres.

—La "inkoosiezana" admira la piedra que alumbra la obscuridad, — dijo poéticamente. — Sea. Brille por brillo. Ella es digna de guardar la piedra. ¿Qué dices, "umlungo"?

Jack sonrió. Hizo una alegre señal de asentimiento.

—Sí, que la "inkoosiezana" la lleve a Pretoria. Porque ella y yo viajamos juntos; primero iremos al Transvaal y luego... a la vida. Realmente, Dinizulú, el gobierno de Pretoria queda en deuda contigo por haberle devuelto la piedra. Esta es una buena noche de trabajo para tí y para la nación Ama-Zulú.

—Despacio, "umlungo", — le dijo Dinizulú; — todavía no estás en salvo. Ni aun yo podré salvarte si Bambata y los jóvenes guerreros descubren tu fuga. Por consi-

guiente, seguidme y caminad sin hacer ruido.

Ocultando la luz de la linterna, el hombre y la mujer siguieron a su guía. Fuera de la cabaña hallaron a sus criados; Dinizulú los condujo al extremo este y más lejano kraal. Allí había una pequeña puerta por la que sólo entraba y salía la gente al servicio del rey y sus familiares. Fuera de ella, estaban los carros y mulas de transporte, custodiadas por un hombre de confianza.

—Ve despacio, "umlungo", — le recomendó Dinizulú: — haz que marchen las mulas al paso hasta que estés lejos, a fin de que su galope no despierte a mi gente. Luego apura cuanto puedas. ¡Adiós! ¡Vete en paz!

Dinizulú dió un paso atrás. Todas sus palabras habían sido pronunciadas con gran dignidad. El americano estaba impresionado.

—¡Adiós, oh, hijo de Cetawayo! — dijo Bayete, rey de Ama-Zulú. — ¡Hablaré a mi pueblo de tu gran generosidad, y si los amazulús se levantan contra los blancos, a pesar de tus deseos, tu conducta de esta noche hablará muy en tu favor. ¡"Bayete"!

Un golpe de látigo y las mulas empezaron a trotar suavemente sobre la planicie cubierta de pasto. Pronto se hallaron fuera del kraal; pero anduvieron todavía al paso algunas millas. Luego emprendieron, bajo el acicate del látigo, un rápido galope.

Cuando se hallaron a suficiente distancia como para considerarse seguros, Alma le dijo a Jack:

—Dime, ¿no sientes curiosidad por saber por qué emprendí yo sola esta misión?

—Sí, siento curiosidad, — contestó Jack. — Puedes contarme la historia, si quieres. Pero si no me la cuentas, lo mismo me daré por satisfecho.

Su brazo trató de rodearle la cintura; pero ella se retiró al otro extremo del asiento.

—¿Y no temes que, después de todo lo que he hecho, te robe el diamante?

—¡Al diablo el diamante! — rió Jack. — Sin embargo, será un gran día para nosotros, cuando le presentemos la piedra al jefe. Abrirá unos ojos enormes al ver su tamaño.

Estuvieron unos instantes perdidos en sus sueños. Luego, ella dijo:

—Tengo que contarte por qué me embarqué en esta aventura.

—Muy bien; te escucho. Pero, digas lo que digas, mi amor por tí será siempre el mismo.

Ella empezó:

—Como sabes, mi padre y García fueron socios en la compra ilícita de diamantes. Luego papá se separó de García para trabajar por cuenta propia. Supimos que la mitad del Culligan había sido robada y que todos ignoraban por quién y dónde estaba. Con todo, luego oímos decir que García había tenido noticias del paradero de la piedra y revolvía cielo y tierra para apoderarse de ella.

Por esa época papá cayó enfermo en Johannesburg. Día y noche se preocupaba porque el socio, que lo había engañado y robado, estaba libre para seguir las huellas de la gema más valiosa del mundo. Porque mi padre, no es sólo traficante en diamantes, sino uno de los mejores talladores del mundo, habiendo trabajado para una gran firma de Amsterdam. Lamentaba que no pudiera tomar parte en esa caza para el descubrimiento de la piedra.

Entonces se me ocurrió tomar el lugar de mi padre y buscar yo el diamante. Pero fuera de que había sido robado de las minas de Premier, no sabía nada más.

Al fin una noche, el viejo hotentote que nos había servido muchas veces de intermediario con los obreros de los campos de diamantes de Kaffir, vino a verme y me dijo que la piedra estaba en manos de Dinizulú. Yo sabía lo que iba a suceder. Papá sabría la verdad, más tarde o más temprano y, enfermo como estaba, partiría para Zululandia. De manera que le confié a Hams, el hotentote, mi plan. Aceptó quedarse con mi padre y cuidarlo, ayudado por una vieja basuto.

Teníamos dinero, de manera que emprendí la expedición que tú conoces y que fué arrasada por el torrente, en el "oonga".

—¿Y cómo supiste que yo también iba en busca del diamante? — preguntó Jack.

La joven se echó a reir.

—No era muy difícil de adivinar. En primer lugar, el hotentote me había dicho que en la mina de Premier sospechaban el paradero de la piedra, y que un joven ingeniero americano había sido comisionado para buscarla. Cuando me visitaste en mi campamento, tu aspecto y acento me revelaron quién eras. Eso es todo. Sólo me falta decirte que me alegro de haber fracasado y de que haya sido tuyo el triunfo.

Se refugió esta vez en brazos de Jack y él la estrechó silenciosamente, lleno de alegría, contra su corazón.

POR SOLO 5 centavos

sin más gastos ni molestias, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultraluminoso, lista para fotografiar al instante. Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:

LA FOTOGRAFICA ARGENTINA
Avenida de Mayo 1370 — Bs. As., (P.)

La mitad del azúcar que se consume en el mundo se produce en Europa y se obtiene de la remolacha.

* * * *

Un escritor dice que una buena esposa debe sacudir y cepillar cada noche el traje usado por el marido, y doblarlo bien. Con este método el dinero se cae, rindiendo innecesario un penoso trabajo de búsqueda por los bolsillos.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON

Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. El asesinato de Alvin Benson hace que se sospeche sucesivamente de la señorita St. Clair, de Plyfe y de Leacock. La señorita Hoffman, secretaria de Benson, relata que éste y Plyfe tuvieron una disputa en la oficina del primero. Se descubre que Plyfe había falsificado un cheque con la firma de Alvin Benson. Tracy, por orden de Markham, realiza una investigación en los asuntos privados de Plyfe.

CAPITULO XXXVIII

—¡Qué curioso! — murmuró Vance. — Yo pensé eso mismo. Por eso le telefonée a Plyfe que podía volver a Long Island.

—¡Usted le telefoneó!

—Siento mucho, etc., etc., — se disculpó Vance. — Pero usted se había ido a acostar. El sueño empezaba a aliviarlo de sus preocupaciones; no era cosa de que yo fuera a molestarlo... Plyfe quedó agradecidísimo. Demostró una conmovedora consideración por su esposa. Dijo que ella también se lo agradecería. Pero creo que necesitará de toda su aterciopelada inventiva para poder explicarle su ausencia.

—¿En qué líos me ha envuelto durante mi ausencia? — preguntó Markham con acritud.

—Eso es todo, — replicó Vance, levantándose y encaminándose hacia la ventana.

Se puso a mirar hacia afuera y a fumar, pensativo. Cuando volvió, su aire zumbón había desaparecido. Se sentó mirando a Markham.

—El mayor ha admitido prácticamente, — dijo, — que sabe más sobre este asunto de lo que ha dicho. Usted, naturalmente, no puede apurarlo para que lo diga, en vista de las razones de delicadeza invocadas.

Sin embargo, parece desear que usted descubra lo que sabe, con tal que no tenga que decírselo él mismo. Esta fué claramente su actitud anoche. Ahora bien: yo creo que hay un medio de descubrirlo sin obligarlo a ir contra sus principios... Usted recordará el cuento de la señorita Hoffman sobre el espionaje. Y recordará también que el mayor dijo que había oído una conversación que podría tener importancia en el caso que estudiamos. Es muy probable, por lo tanto, que lo que sabe el mayor tenga algo que ver con los asuntos de la firma, o, por lo menos, con alguno de los clientes de la firma.

Vance encendió otro cigarrillo con lentitud.

—Mi sugestión es ésta: llame al mayor y pídale permiso para mandar a un hombre que inspeccione el libro mayor y los libros de compras y ventas. Dígale que desea datos sobre las operaciones de uno de sus clientes. Sugiérale que se trata de la señorita St. Clair o de Plyfe, si le parece. Tengo el extraño presentimiento de que, por este medio descubrirá usted a la persona que él escuda. Y presiento también que le agradecerá su examen del libro mayor.

El plano no pareció ofrecerle interés a Markham y era evidente que le desagradaba solicitar del mayor ese permiso. Pero Vance estaba tan resuelto, insistió con tanto calor sobre ese pnuto, que el otro cedió al fin.

—Se mostró completamente conforme con mi pedido, — dijo luego Markham, colgando el receptor telefónico. — En verdad, parecía contento de poder prestarme esa ayuda.

—Ya imaginaba yo que recibiría amablemente su pedido, — dijo Vance. — Yo creo que, si logra usted descubrir a la persona de quien él sospecha, lo aliviará del remordimiento de haber charlado.

Markham llamó a Swacker.

—Vaya a verle a Stitt y dígale que deseo hablar con él antes de mediodía... que tengo un trabajo urgente que encomendarle.

—Stitt, — explicó Markham a Vance, — es el jefe de una firma de contadores públicos establecida en el edificio de la New York Life. Acostumbro a emplearlo en trabajos como éste. Poco antes de mediodía vino Stitt. Era un joven, prematuramente envejecido, con rostro afilado y astuto, el ceño perpetuamente fruncido. La perspectiva de trabajar para el fiscal del distrito le agradaba.

Markham le explicó brevemente lo que deseaba de él, revelándole lo bastante del ca-

so como para guiarlo en su tarea. El hombre se dió cuenta inmediata de la situación e hizo una o dos anotaciones al dorso de un sobre usado.

También Vance, durante la instrucción, había hecho uno o dos apuntes en una hoja de papel.

Markham se levantó y tomó su sombrero.

—Ahora supongo que tendré que atender la cita que usted arregló para mí, — se quejó a Vance. — Luego: —Venga, Stitt, lo llevaré abajo con nosotros en el ascensor privado de los jueces.

—Si para usted es igual, — intervino Vance, — el señor Stitt y yo iremos en el ascensor del público. Nos encontraremos abajo.

Tomando al contador por el brazo, lo condujo a través de la sala de espera. Pasaron sin embargo, diez minutos antes de que se unieran a nosotros. Tomamos el subte en Seventy-second Street y caminamos hacia West End Avenue, en dirección a la casa de la señora Paula Banning. Vivía en una pequeña casa de departamentos en la esquina de Seventy-fith Street.

Cuando estuvimos delante de la puerta, esperando que nos abrieran, nos llegó un fuerte olor a incienso chino.

—¡Ah! Esto facilita el asunto, — dijo Vance olfateando. — Las damas que queman pajuelas perfumadas son invariablemente sentimentales.

La señora Banning era alta y ligeramente gorda, de edad indeterminada, cabello pajizo y cutis blanco y rosado.

En reposo, su rostro poseía una expresión de inocencia juvenil; pero ésta era superficial. Sus ojos, de un azul muy claro, eran duros. Una ligera hinchazón alrededor de los pómulos y debajo de las barbas, acusaban años de vida ociosa y cómoda. Sin embargo, no carecía de atractivos, un poco chillones y extravagantes. Cuando nos introdujo a su "living-room" rococó, con demasiados muebles, sus modales eran amablemente amistosos.

Cuando estuvimos sentados y Markham se hubo disculpado por la molestia que le ocasionábamos, Vance empezó inmediatamente a interrogarle.

Durante sus observaciones de introducción observaba cuidadosamente a la mujer como si buscara el mejor medio de obtener de ella los informes que deseaba. Daba la impresión de estar dispuesto a simpatizar con cualquier cosa que ella dijera.

—El señor Plyfe ha hecho cuanto pudo por no mezclarla a usted en este asunto, — dijo Vance, — y nosotros comprendemos y apreciamos su delicadeza. Pero ciertas circunstancias, relacionadas con la muerte de Benson, la envuelven a usted indirectamente, en el caso. Será mejor para usted, — y especialmente para el señor Plyfe, — que nos diga cuanto sabe, confiando en nuestra discreción y buena voluntad.

Había recalcaldo el nombre de Plyfe, dándole una entonación significativa. La mujer bajó sus ojos, inquieta.

—No sé qué es lo que quiere usted que le diga, — murmuró haciendo un esfuerzo para parecer asombrada. — Usted sabe que Andy no estaba en Nueva York aquela noche. (Aquel sobrenombre de "Andy", aplicado al elegante y superior Plyfe, indicaba gran confianza). — No llegó a la ciudad hasta las nueve de la mañana siguiente.

—¿No leyó usted en los diarios lo que dijeron de un auto gris que estaba parado frente a la casa de Benson la noche del crimen? — preguntó Vance imitando el sorprendido tono de la dama.

Ella sonrió confiadamente.

—Ese no era el auto de Andy. El tomó el tren de las ocho para Nueva York, a la mañana siguiente. Me dijo que era una suerte que así hubiera ocurrido porque había visto un auto parecido al suyo parado la noche antes, ante la casa de Benson.

Había hablado con la sinceridad del que está perfectamente seguro. Era claro que Plyfe le había mentido sobre este punto.

Vance no la desengañó; más bien dió a entender que aceptaba su explicación y que abandonaba la idea de que Plyfe se hubiera encontrado en Nueva York la noche del crimen.

—Pensaba en otra cosa distinta cuando dije que usted y el señor Plyfe se veían envueltos en el caso. Me refería a la relación personal entre usted y el señor Benson.

CAPITULO XXXIX

La dama adoptó un aire de risueña indiferencia.

—Temo que haya usted incurrido en otro error, — hablaba con ligereza. — El señor Benson y yo no éramos amigos. Casi puedo decir que apenas lo conocía.

Había cierto énfasis en su negativa, una ligera ansiedad, un consciente deseo de ser creída, que quitaba a su observación el aire de indiferencia que habría querido comunicarle.

—Hasta una relación de negocios puede tener su lado personal, — le recordó Vance, — especialmente cuando el intermediario es amigo íntimo de las partes que intervienen en la transacción.

Ella le dirigió una mirada rápida; luego apartó la vista.

—Realmente no sé qué quiere usted decir, — afirmó. — Su rostro perdió la expresión inocente, que se volvió calculadora. — ¿No querrá significar que tuve tratos de negocios con Benson?...

—Directamente, no, — replicó Vance. — Pero el señor Plyfe tenía negocios con él y uno de ellos me temo que la haya afectado a usted considerablemente.

—¡Que me ha afectado! — se rió desdeñosamente; pero su risa era forzada.

—Creo que fué un asunto desdichado, — prosiguió Vance. — Desdichado, en el sentido de que Plyfe se vió obligado a tratar con Benson y doblemente desdichado porque no tuvo más remedio que envolverla a usted en él.

El acento de Vance era despreocupado y firme; comprendió la mujer que demostrar desdén, por muy bien simulado que estuviera, no conseguiría hacerle impresión.

—¿Y dónde averiguó usted todo eso? — le preguntó con tono juguetón.

—¡Ay! no lo averigüé, — contestó Vance en el mismo tono. — Y es por eso que imaginé esta encantadora visita. Fuí lo bastante tonto para esperar que usted tendría piedad de mi ignorancia y me lo diría todo.

—Pero yo nunca haría tal cosa, — contestó ella, — aun suponiendo que esa misteriosa operación se hubiese realizado.

—¡Pelabra, — suspiró Vance, — que me decepciona usted! ¡Ah, bueno...! Veo que no tengo más remedio que contarle a usted lo poco que sé del asunto y confiar en su amabilidad para que diga el resto.

A despecho del oculto sentido de sus palabras, la ligereza de Vance brotó como un calmante para la ansiedad de la mujer; comprendió que le era favorable, supiese lo que supiera de ella.

—Creo que la sorprenderá a usted saber que el señor Plyfe falsificó la firma de Benson en un cheque por valor de $ 10.000, — le dijo.

Ella vaciló, calculando las posibles consecuencias de su contestación.

—No, no me sorprende. Andy me lo cuenta todo.

—¿Y le contó también que, cuando Benson se enteró, se puso furioso? ¿Qué le exigió un pagaré y una confesión escrita, antes de pagar el cheque?

Los ojos de la mujer lanzaron chispas.

—Sí, también se eso. ¡Después de todo lo que Andy había hecho por él! Si hubo alguna vez un hombre que mereció un balazo, fué Benson. Era un perro. ¡Y pretendía ser el mejor amigo de Andy! Piense... ¡negarle el dinero sin una confesión!... Usted no llamará a esto un negocio. Yo lo considero una porquería... una verdadera porquería.

Estaba furiosa. Su careta de buena educación y amistosa amabilidad había caído. Empezó a vituperar a Benson sin pensar en las palabras que usaba.

Su lenguaje estaba desprovisto de las reticencias acostumbradas por una dama en presencia de extraños.

Vance volvía la cabeza, como aprobando, durante su desahogo.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, — le dijo. — El tono en que hizo esta observación, pareció despertar la confianza de la mujer.

Después de un instante le dirigió Vance una amistosa sonrisa.

—Pero, después de todo, casi podría perdonársele a Benson el guardar la confesión, si no hubiese exigido, además garantía, — añadió.

—¿Qué garantías?

Vance notó rápidamente el cambio de su acento. Aprovechándose de su rabia, había mencionado la garantía, mientras ella mantenía bajas las barreras de su disimulo. Su asustada, casi involuntaria pregunta indicó a Vance que el momento propicio había llegado. Antes de que pudiera recobrar el equilibrió o desechar el momentáneo temor que la había asaltado díjole con suave deliberación.

—El día que el señor Benson fué asesinado sacó de la oficina y llevó a su casa un pequeño cofre con joyas.

Ella contuvo el aliento; pero no dió otro signo visible de emoción.

—¿Cree usted que las había robado?

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 281 Concurso Benson

No bien hubo hecho esta pregunta, comprendió la mujer que era un error de técnica. Un hombre ordinario se hubiera divertido con tal suposición. Pero por la sonrisa de Vance comprendió ella que lo consideraba como una confesión tácita.

—Fué usted muy bondadosa, — dijo Vance. — al prestarle sus joyas a Plyfe para que sirvieran como garantía del vale.

Al oir esto alzó ella la cabeza. La sangre se retiró de su rostro y el rouge de las mejillas ofreció el aspecto de dos manchas de subido tono.

—¡Dice usted que yo le presté mis joyas a Andy! Le juro...

Vance detuvo su negativa con un ademán de la mano. Comprendió ella que su intento era evitarle la humillación que podría sentir más tarde por haber negado tan enfáticamente. Y la gracia de su acto, aunque proviniera de un antagonista, le hizo tener más confianza en él.

Ella se recostó en su silla, con las manos caídas.

—¿Qué le hace creer a usted que le presté mis joyas a Andy?

Su voz era incolora; pero Vance comprendió la pregunta. Era el final de sus negavas. La pausa que siguió fué reconocida por ambos como una amnistía. Las palabras serían luego sinceras.

—Andy tenía necesidad de ellas, — dijo. — De lo contrario. Benson lo hubiera hecho meter en la cárcel.

En sus palabras se revelaba un extraño y abnegado cariño por el inútil Plyfe.

—Y si Benson no lo hacía, negándose solamente a pagar el cheque, lo hubiera hecho su suegro... ¡Andy es tan descuidado, tan imprevisor! Hace las cosas sin pensar en sus consecuencias... Siempre tengo que amonestarlo. Pero esta vez creo que ha recibido una lección.. Estoy segura de ello.

Yo pensé que si algo podía darle una lección a Plyfe era la ciega lealtad de aquella mujer.

—¿Sabe usted que Plyfe se peleó por esa causa con Benson, en su oficina, el miércoles pasado? — preguntó Vance.

—Yo tuve la culpa, — suspiró ella. — Se aproximaba la fecha para el pago del vale y yo sabía que Andy no tenía todo el dinero. Así que le aconsejé fuera a ver a Benson, le ofreciera todo lo que tenía y viera si podía rescatar mis joyas. Pero... él rehusó Ya me imaginaba yo que rehusaría.

—No quiero molestarla más de lo indispensable, — dijo. — ¿Pero por qué no me cuenta el verdadero motivo de su cólera contra Benson hace un instante?

Ella le dirigió una mirada de admiración.

—Está usted en lo cierto; buenos motivos tenía para aborrecerle.

Sus ojos se achicaron desagradablemente.

—Al día siguiente de haberle rehusado a Andy las joyas, vino a visitarme, por la tarde. Me pidió que almorzara con él, en su casa, al día siguiente. Dijo que llevaría las joyas y que quizá podría yo obtenerlas si... Bueno, ya comprenderá usted. ¡Así era aquel animal!

Yo telefonée a Port Wáshington a Andy y se lo conté todo. Dijo que estaría en Nueva York a la mañana siguiente. Llegó aquí a eso de las nueve y leímos en el diario que Benson había sido asesinado la noche anterior.

Vance estuvo largo rato silencioso. Luego se levantó y dió las gracias a la señora Banning.

—Nos ha ayudado usted mucho. El señor Markham es amigo del mayor Benson, y puesto que tenemos en nuestro poder el cheque y la confesión, yo le pediré que use su influencia con el mayor a fin de que ambos sean destruídos... muy pronto.

CAPITULO XL

Cuando estuvimos en la calle de nuevo, Markham preguntó:

—¿Cómo diablos supo que ella había empeñado sus joyas para ayudarlo a Plyfe?

—Por mis encantadoras deducciones metafísicas, ya lo sabe usted, — contestó Vance. — Como se lo había dicho, Benson no era tan mano abierta, tan generoso como para prestar dinero sin garantía. Por otra parte, el pobre diablo de Plyfe no tenía ninguna garantía que valiera diez mil dólares: de lo contrario no hubiese falsificado el cheque. "Ergo": alguien le prestó una garantía.

Ahora bien, ¿quién iba a ser tan confiado para prestar a Plyfe una garantía, excepto una sentimental mujer, ciega a sus sorprendentes defectos? Fuí lo bastante mal pensado para suponer que había una Calipso en la vida de este Ulises, cuando nos dijo que se había detenido en Nueva York para ver o recibir a alguien.

Cuando un hombre como Plyfe no especifica el sexo de la persona, es lógico presumir el femenino. Por eso le sugerí que enviara a su sabueso a Port Wáshington, para investigar las actividades extramatrimoniales de Plyfe. Estaba seguro de que se encontraría una "bonne amie". Luego, cuando el misterioso paquete, donde evidentemente estaba la garantía, pareció ser identificado con el estuche de joyas, visto por la curiosa ama de llaves, me dije a mí mismo: "¡Ah, misteriosa Dulcinea de Leandro! Le has prestado tus joyas para salvarlo de la cárcel!".

No se me escapó el detalle de que parecía escudar a alguien en el asunto del cheque. Por lo tanto, no bien conseguí el nombre y la dirección de la dama, por medio de Tracy, arreglé esa entrevista, en nombre de usted...

Pasábamos por la residencia del Renacimiento Gótico Schab, que se extiende desde West End avenue hasta Riverside Drive, en Seventy-third street, y Vance se detuvo un momento para contemplarla.

Markahm esperó pacientemnte. Al fin Vance siguió caminando.

—No bien vi a la señora Banning comprendí que mis conclusiones resultaban acertadas. Era un alma sentimental, muy capaz de prestar sus joyas al hombre amado.

Además no llevaba joyas encima cuando nos recibió y una dama de su clase siempre se pone sus alhajas cuando desea hacer impresión a los extraños. Creo que pertenece a ese tipo de mujer que usaría joyas, aun-

que su despensa estuviera vacía. No se trataba, pues, más que de hacerla hablar.

—En general, lo hizo usted bastante bien, — dijo Markham.

Vance le hizo una cortesía.

—Sir Huberto se muestra muy generoso. — Pero, dígame, ¿mi pequeña conversación con la dama no arroja un resplandor en la obscuridad?

—Naturalmente. No soy tan obtuso. Ella ha sido un juguete inconsciente en nuestras manos. Creía que Plyfe no llegó a Nueva York hasta la mañana después del asesinato y por lo tanto nos dijo francamente que le había telefoneado diciéndole que Benson tenía en casa sus joyas.

Vance suspiró desalentado.

—Markham, hay demasiados árboles para usted en este caso. A causa de ellos no ve el bosque.

—Existe también la remota posibilidad de que, por mirar particularmente a uno de estos árboles, no se fije usted en los otros.

Una sombra pasó por el rostro de Vance.

—¡Ojalá fuera cierto lo que usted dice! — contestó.

Era casi la una y media y entramos al Cuarto de la Fuente, en el Ansonia, para almorzar.

Markham estuvo muy preocupado durante la comida y cuando subimos al subte, más tarde, miró inquieto su reloj.

—Creo que iré hasta Wall Street, a visitar al mayor, antes de volver a la oficina. No puedo comprender por qué le pidió a la señorita Hofman que no mencionara el paquete en mi presencia... Después de todo, podría no haber contenido las joyas.

—¿Se imagina usted por un momento que Alvin le dijo la verdad al mayor respecto al paquete? No era una transacción muy honorable, como usted sabe, y probablemente el mayor le hubiera preguntado los motivos de ella.

Las explicaciones del mayor Benson confirmaron las conjeturas de Vance. Markham, al contarle la entrevista con Paula Banning, recalcó el episodio de las joyas, con la esperanza de que el mayor mencionara voluntariamente el paquete; pero la promesa hecha a la señorita Hoffman le impidió decirle que estaba enterado del conocimiento del otro, respecto a él.

El mayor escuchó con considerable sorpresa; sus ojos fueron expresando gradualmente enojo.

—Temo que Alvin me haya engañado, — dijo. — Miró frente a sí un momento. Luego su rostro se dulcificó. — Y no quisiera pensar eso ahora que ha muerto. Pero lo cierto es que, cuando la señorita Hoffman me habló esta mañana del sobre, mencionó también un pequeño paquete, que había estado en la caja particular de Alvin. Yo le pedí que no le hablara a usted de él.

Sabía que el paquete contenía las joyas de la señora Banning; pero pensé que sólo serviría para desorientarlo a usted. Alvin me había dicho que existía un juicio contra la señora Banning y que, antes de los procedimientos suplementarios, Plyfe le había traído las joyas, pidiéndole que se las guardara temporariamente en su caja de hierro.

Cuando volvíamos a los Tribunales del Crimen, Markham tomó del brazo a Vance y sonrió.

—Su poder adivinatorio se confirma, — le dijo.

—Bastante, — admitió Vance. — Parece que el difunto Alvin no tenía empacho en engañar a su hermano.

—Sea como fuere, — replicó Markham, — el mayor ha añadido inconscientemente otro eslabón a la cadena de Plyfe.

—Me parece que está usted haciendo una colección de cadenas, — comentó Vance secamente. — ¿Qué ha hecho de las que forjó sobre la señorita St. Clair y Leacock?

—No las he abandonado por completo... si eso es lo que piensa usted, — le contestó Markham gravemente.

Cuando llegamos a la oficina, el sargento Heath nos esperaba con beatífica sonrisa.

—Todo ha terminado, señor Markham, — le anunció. — Hoy, a mediodía, después que usted se fué, vino a buscarlo el capitán Leacock. Cuando supo que usted no estaba, telefoneó al departamento y le dieron comunicación conmigo. Quería verme por algo muy importante, — dijo. Me apresuré a venir.

Estaba sentado en la sala de espera cuando llegué. Me llamó y me dijo: "Vengo a entregarme. Fuí yo quien mató a Benson. "Le hice dictar su confesión a Swacker y él la firmó luego... Aquí está.

Le tendió a Markham una hoja de papel escrita a máquina.

Markham se dejó caer fatigado en una silla. La tensión de los últimos días empezaba a abrumarlo. Suspiró hondamente.

—¡Gracias a Dios! Ahora, nuestras tribulaciones han terminado.

Vance lo miró lúgubremente.

—Y yo pienso más bien que sus tribulaciones recién empiezan, — dijo.

Cuando Markham hubo leído la confesión de Leacock se la pasó a Vance, quien la leyó cuidadosamente, con expresión cada vez más divertida.

—Usted sabe que este documento no es

La mujer que huyó

Por Carlota Dockstader

Sólo una vez en su diabólica carrera, había procedido torpemente Hedwig Schiller. Muchos rostros podían haberlo atormentado en la obscuridad o en sus sueños. Pero, de todas las infortunadas mujeres que se cruzaron en su camino, la única que volvía para obsesionarlo fué la que huyó de sus garras.

Este interesante cuento aparecerá en el próximo número de PUCKY.

enteramente legal. Cualquier juez, digno de tal nombre, lo rechazaría en un tribunal. Es demasiado sencillo y preciso. No empieza con los "saludos" de práctica. No contiene un sólo "por lo que", ni "por la presente", ni "de lo que se deduce"; ni menciona "el pleno uso de las facultades", ni la "libre voluntad", ni el capitán se denomina a sí mismo "la parte principalmente interesada". No es válido, señor sargento. Si yo fuera usted, lo rompería.

CAPITULO XLI

Heath se sentía demasiado complacido para fastidiarse. Sonrió con magnánima tolerancia.

—Parece que a usted le resulta gracioso, ¿no, señor Vance?

—Sargento, si supiera usted lo cómica que es esta confesión, reiría como un loco.

Vance se volvió hacia Markham.

—Realmente, yo no le doy demasiada importancia a esto. Puede ser, sin embargo, una poderosa palanca para levantar la piedra que oculta la verdad. En verdad, me alegro mucho de que el capitán tenga imaginación literaria.

Con esta interesante fábula, creo que venceremos los escrúpulos del mayor; conseguiremos que nos diga lo que sabe. Quizá me equivoque; pero vale la pena probar. Se dirigió al escritorio del fiscal de distrito, se apoyó sobre él y le dijo zalameramente:

—No lo dejaré extraviarse todavía, viejo querido. Voy a hacerle otra sugestión.

Llame al mayor y dígale que venga en seguida, que ha obtenido una confesión; pero... no le diga de quién

Déjele suponer que se trata de la señorita St. Clair, de Plyfe... o de Poncio Pilatos. Pero solicite su inmediata presencia. Dígale que necesita discutir ciertos detalles con él, antes de proceder al arresto.

—No veo la necsidad de hacer eso, — objetó Markham. — Estoy seguro de verlo en el club esta noche y puedo decírselo.

—Eso sería inútil, — insistió Vance. — Si el mayor puede iluminarnos sobre cierto punto, creo que el sargento Heath debe estar presente para oirlo.

—No necesito ninguna luz, —. interrumpió Heath.

Vance lo miró con sorpresa admirativa.

—¡Qué hombre maravilloso! Hasta Goethe clamó por "mehr licht". Y usted está en un estado de saturación luminosa... ¡Sorprendente!

—Oiga, Vance, — dijo Markham, — ¿por qué trata de complicar las cosas? Me parece perder el tiempo, además de ser impropio llamar al mayor para que discuta la confesión de Leacock. No necesitamos para nada su testimonio.

A despecho de su fastidio había cierta consideración en su voz, porque aunque su instinto era rechazar el pedido de Vance, los experimentos de los pasados días le habían enseñado que las sugtstiones de Vance no eran sin objeto.

Viendo la vacilación del otro, Vance insistió:

—Mi pedido se basa en algo más que en el deseo de contemplar las rubicundas facciones del mayor en estos momentos. Le digo, con toda la escasa ansiedad que poseo que su presencia nos será de gran utilidad en estos momentos.

Markham discutió un rato. Pero Vance insistió de tal modo que al fin Markham cedió, como otras veces.

Heath demostró abiertamente su disgusto. Buscó consuelo en el cigarro.

El mayor Benson llegó con sorprendente rapidez. Y cuando Markham le tendió la confesión no trató de ocultar su ansiedad.

Pero, no bien la hubo leído, su rostro se nubló y una expresión de sorpresa intrigada apareció en sus ojos.

Por último murmuró, frunciendo el ceño

—No entiendo una palabra de esto. Reconozco que me sorprende enormemente. Parece increíble que Leacock haya matado a Alvin... Y, sin embargo, debo equivocarme...

Puso la confesión sobre el escritorio de Markham, con aire decepcionado, y se dejó caer en una silla.

—¿Se siente usted satisfecho? — preguntó a Markham.

—No sé, en verdad, qué decirle, — dijo Markham. — Si no es culpable, ¿por qué confesaría? Dios sabe que hay ya bastantes pruebas contra él. Yo mismo estaba dispuesto a arrestarlo hace dos días.

—Es culpable, con toda seguridad, — intervino Heath. — Yo le eché el ojo desde un principio.

El mayor Benson no contestó en seguida; parecía meditar sus próximas palabras.

—Quizá... hay una ligera probabilidad de que Leacock tenga un motivo particular para haber confesado.

Todos nosotros comprendimos su pensamiento.

—Admitiré que al principio yo creía culpable a la St. Clair; pero más tarde me persuadí de que ella no estaba envuelta directamente en el asunto.

—¿Sabe Leacock esto? — preguntó rápidamente el mayor.

Markham pensó unos momentos.

—No, no puedo decir que lo sepa. Al contrario, es más que probable crea que yo sospecho todavía de ella.

—¡Ah!... — la exclamación del mayor fué casi involuntaria.

—Pero... ¿qué tiene que ver todo esto? — dijo irritado Heath. — ¿Cree usted que el capitán va a ir a la silla eléctrica por salvar la reputación de su dama? ¡Bah¡... Esas son cosas que se ven en el cine. Pero en la vida real, ningún hombre es tan idiota

—No estoy seguro, sargento, — intervino Vance lánguidamente. — Las mujeres son demasiado cuerdas y prácticas para semejantes gestos; pero los hombres, bien lo sabe usted, tienen una capacidad ilimitada para la estupidez.

Se volvió con una mirada interrogadora al mayor.

—¿Cree usted que el capitán hace el papel de sir Galahad?

(Continuará en el próximo número)

Un absurdo paragüas verde bostezaba ante él. El "Dandy" dejó caer el saquito de lona entre sus pliegues generosos.

EL PARAGUAS VERDE

Por M. KOHLER

La extraña aventura de un ladrón elegante y una chica romántica.

A las diez y siete y media de un melancólico día de octubre, Juana Perrin se dió cuenta de que la vida era para ella insoportablemente monótona. Ocurría esto en Times Square, en el preciso instante en que las manecillas del reloj del "Paramount" señalaban, para miles de personas, la hora de retirarse a sus casas.

Juana tenía la tarde libre. Durante tres horas había estado "Escalando la Cima del Romance", "Volando en Alas de la Juventud". "Explorando Corazones". O por lo menos eso era lo que decían los carteles del vestíbulo. Hasta cierto punto era cierto porque Juana había visto un superfilm de aquellos superenamorados de la pantalla Gloria De Mond y Rupert Hall.

La película la había dejado subyugada, a la vez que llenado su corazón de ligera amargura al pensar que vivía en un mundo donde miles de personas marchaban, como si fueran un rebaño, todas las noches a su casa, a la misma hora, y nada sucedía.

Juana tenía veintiocho años y era empleada de una librería. En apariencia, era igual a todas las empleadas de librería, de esa edad, en los Estados Unidos. Personalmente nunca había escalado ninguna cima ni explorado el más insignificante corazón.

Nadie se lo había pedido tampoco. Los hombres sólo miraban a Juana para pedirle libros. Marchaba ahora con el gentío y el descontento arrugaba su tersa frente. Llevaba bien abotonado su impermeable obscuro para que no lo levantara el viento.

Su paraguas verde era un objeto fuerte, útil, capaz de resistir bien al viento y al agua. Debajo del pequeño sombrero sus discretas facciones no ostentaban ni polvos ni rouge.

"La aventura, — ha dicho alguien,— siempre está a la vuelta de la otra esquina". Juana suspiró pensando si habría algún medio para que una dama

jo de maldicione
el sombrero blan
minó rápidament
esta vez se aleg
libremente con
en el mismo cen
hombre de treint
gantemente vestid
poco apretados y
Bajo el ala de
inspeccionaban c
en busca del auto

En el bolsillo d
cortado saco azu
un pequeño saco
que su peso en o
arriba de diamant
maño y brillo.

Por curiosa co
alto del Edificio
cas, el importador
afuera, mitad ade
rro, con una mira
lizada en su rostr
arriba. Había rec
de cachiporra. In

pudiera descubrirla. La vida iba siendo demasiado monótona.

La casa de remates a su izquierda estaba brillantemente iluminada y de ella salía la voz estentórea de un caballero con saco a cuadros, que ponderaba los méritos de un reloj antiguo ge-nui-no..... o..... o de alguna pieza de plata. Juana entró, deteniéndose con indiferencia al borde del gentío. Mientras estaba allí parada, sin que ella se diera cuenta, la aventurera abandonó la próxima esquina y fué corriendo a su encuentro.

* * * *

La vida del Sr. Pedro Costello ("Dandy") estaba muy lejos de ser monótona. Retirado por naturaleza y más aún por las exigencias de una profesión que no soportaba la luz ni la publicidad, tenía que luchar constantemente para mantenerse en la sombra.

Lo vemos ahora surgir del Edificio de Granito, frente a la plaza, con el único deseo de alejarse del modo más rápido e inadvertido posible con su cómplice Joe Allegretti. El Sr. Allegretti debía encontrarse enfrente con su auto verde. Pero no estaba.

Costello, masculló un flujo de maldiciones entre dientes, se echó el sombrero blando sobre los ojos y caminó rápidamente por Broadway. Por esta vez se alegró de poder mezclarse libremente con la multitud. Marchaba en el mismo centro del gentío; era un hombre de treinta años, buen mozo, elegantemente vestido, de labios tal vez un poco apretados y ojos de mirada fría. Bajo el ala de su sombrero, sus ojos inspeccionaban cautelosamente la plaza en busca del auto verde.

En el bolsillo de la derecha de su bien cortado saco azul, llevaba el "Dandy" un pequeño saco de lona que valía más que su peso en oro. Estaba lleno hasta arriba de diamantes de considerable tamaño y brillo

Por curiosa coincidencia, en un piso alto del Edificio de Granito Simón Lucas, el importador de joyas, yacía mitad afuera, mitad adentro, de su caja de hierro, con una mirada de sorpresa cristalizada en su rostro vuelto todavía hacia arriba. Había recibido un limpio golpe de cachiporra. Indudablemente el rico

ıbrirla. La
ıdo demа-
na.
remates a
estaba bri-
luminada y
la voz es-
un caballe-
a cuadros,
)a los mé-
reloj anti-
)...o... o
eza de pla-
ntró, dete-
indiferen-
del gentío.
ıba allí pa-
ue ella se
la aventu-
la próxima
é corriendo
ro.

※ ※

l señor Pe-
("Dandy")
lejos de ser
etirado por
más aun
igencias de
ón que no
luz ni la
nía que lu-
temente pa-
nerse en la

ahora sur-
cio de Gra-
a la plaza,
deseo de
modo más
dvertido po-
compinche
ti. El señor
ebía encon-
e con un
Pero no es-

nzó un flu-
se echó
ojos y ca-
ıdway. Por
er mezclarse
. Marchaba
tío; era un
mozo, ele-
tal vez un
ado fríos.
sus ojos
la plaza

de su bien
l "Dandy"
valía más
lleno hasta
nderable ta-

en un piso
Simón Lu-
yacía mitad
caja de hie-
presa crista-
todavía hacia
limpio golpe
nente el rico

caballero había recobrado ya el conocimiento y pronto se armaría un gran clamor y alboroto.

Los apretados labios del "Dandy" se apretaron más aún, sus ojos se achicaron ligeramente. ¡Aquel idiota de Allegretti! ¿Dónde estaba? No se animaba a tomar un taxi, en aquel tráfico que se movía lentamente; estaba separado por masas de gente del subterráneo y del aéreo. Pero tenía que moverse y se movía apresuradamente.

En la esquina próxima vió el capote impermeable de un "policeman". Parecía estar escudriñando el gentío. El corazón del "Dandy" dió un salto y quedó luego inmóvil. Sintió humedecida la banda interior de su sombrero. Sólo habían pasado minutos desde que salió como una catapulta de una calle lateral; pero... ¿si se hubiera producido ya la alarma?

El "Dandy" no podría alabarse, en sus momentos de expansión, de que nunca se había puesto del color del azafrán. Pero sentía, en aquellos momentos que no conseguiría zafarse del brazo de la ley. Y la ley es algo con que no se juega. Como la conciencia, vuelve cobardes a muchos. Bruscamente, el "Dandy" se metió por la gran portada abierta de la casa de remates.

De rabo de ojo, vió al policía abandonar su puesto y empezar a moverse entre el gentío. Un absurdo paraguas verde bostezaba delante de el "Dandy". Con temblorosos dedos sacó su mano del bolsillo y dejó caer el saquito de lona dentro del paraguas, que lo ocultó entre sus pliegues generosos.

※ ※ ※ ※

Juana salió de la casa de remates bajo una llovizna ligera. Le había divertido mucho un altercado que presenciara cerca de ella, entre un hombre gordo que trataba de explicar a su indignada esposa la presencia de un revólver y una cachiporra en uno de los amplios bolsillos de su sobretodo. Juana observó que tenía una barba débil y un frontal hundido; pensó que, probablemente, contribuía a los gastos de la familia de un modo ilícito.

Juana subió el cuello de su impermeable, agarró su gran paraguas verde por el mango, y sin abrirlo, tomó tristemente el camino de su casa. Su casa era imponente, con todas las comodidades modernas; pero pensó en ella sin entusiasmo. Tenía blandas alfombras, pantallas y tinas con palmas. Criadas atentas se movían alrededor silenciosamente. Poseía radio y hasta pileta de natación. Era la casa de pensionistas de la Y. W. C. A., de West Side.

En el umbral de una puerta baja, obscura, más allá de la casa de remates, estaba parado un apuesto joven, con vivos ojos azules debajo de su chambergo. Bastante parecido a Rupert Hall.

Juana lo miró tímidamente al pasar. Inmediatamente se dió cuenta de que él notó su mirada. Sintió que sus ojos la seguían al alejarse.

Caminó sintiendo que un ligero temblor le recorría la médula. Tenía, por una vez al menos, que darse vuelta. Asustada vió que el joven había abandonado su puesto y marchaba apresuradamente detrás de ella.

—Esto es una tontería — dijo razonablemente Juana. — Esperemos para ver... en que para.

Se detuvo delante de la vidriera de una camisería. El también se paró a examinar las corbatas dirigiendo a la joven miradas hambrientas. El gentío se arremolinaba en derredor de ellos; pero Juana no lo notaba.

Desde la confitería, donde ella tomó un helado, saboreando cada cucharilla con la sensación deliciosa de que sus pensativos ojos la contemplaban detrás de la vidriera, hasta la tienda, donde ella dirigió una tímida mirada a las pilas de piezas de seda, él la siguió siempre. Juana estaba emocionada. Sus mejillas se pusieron rosadas y sus ojos brillantes. Era sin duda algún alma solitaria, perdida en la gran ciudad, que se sentía atraída por un rostro que revelaba igualdad de condiciones.

Aparecía y desaparecía con asombrosa brusquedad, a veces estaba a su lado, cuando ella creía que ya no lo vería más. Le pareció un poco huraño. Sin duda como había tanta gente, no se atrevía a hablarle. Pero ahora ella tomaría una calle lateral y entonces... entonces...

Juana sonrió feliz. Un "policeman", extremadamente alto, con cejas hirsutas, vió aquella sonrisa y miró severamente a la joven. En ese momento el joven se perdió completamente de vista. Juana estuvo un rato examinando las vidrieras de un comercio. Nada. Su corazón se oprimió. No quería renunciar al único episodio romántico de su vida. Pero... era inútil. Estaba cansada; tenía frío y hambre. Mejor era que se fuera a su casa a sentarse en los sillones tapizados de damasco, junto a la estufa, para escuchar la radio.

En la calle lateral caminó pensativa, la cabeza inclinada. Allí reinaba más tranquilidad. La noche había caído y las luces se encendían. ¡Cuántas veces había pasado por aquella calle! Los frentes dé las casas le parecían familiares; sin embargo eran para ella extraños; cada uno llevaba su secreto en el corazón. Había oído decir que había casas de juego y antros de perdición detrás de aquellas tranquilas fachadas.

Juana las contemplaba con miedo, apresurando el paso en la obscuridad, aunque una parte de su ser hubiera deseado conocer aquellos lugares secretos. ¿Iba a caminar siempre en punta de pie discretamente, al margen de todos los misterios? ¿Iba a ser sólo una espectadora de la vida? ¿Iba a...?

Oyó pasos detrás de ella y se volvió rápidamente. El joven estaba tan cerca que casi la tocó, casi le hace caer el paraguas verde. Sus ojos azules llameaban en el rostro pálido. ¡Cómo se parecía a Rupert Hall! Seguramente iba a hablarle. Las rodillas de Juana se aflojaron y

una vez más se apoderó de ella el pánico. Se metió en la primera puerta abierta, que resultó ser una panadería.

Una vez dentro, una agradable excitación sucedió a su miedo. A través de las vidrieras, empañadas por el vapor, dirigió a su Lotario una mirada, muy, pero muy provocativa.

"Dandy" Costello miró el zaguán de un edificio desalquilado, junto a la panadería. Saliendo de la sombra una figura furtiva, con el traje arrugado y gorra, se aproximó a él.

—Te he estado buscando por todas partes, — articuló el recién venido. — ¡Ven! Tengo ahí el auto.

El "Dandy" abrió sus apretados labios que dejaron escapar palabras coléricas y extrañas. A estos sonidos agregó esta advertencia:

—¡Largo de aquí, Allegretti! Cuando un hombre me falla una vez, he terminado con él. ¿Comprendes?

Allegretti le hizo frente sin temor.

—No me iré sin que me dés mi parte, — le dijo con acento amenazador. — Yo te preparé el terreno te dí los datos. El "cana" me vió y me hizo retirar. Quiero mi parte...

—¡Cállate! — dijo el "Dandy" con fría furia. — Casi caigo en manos de la policía con el gato encima. Y ¡mi Dios! Lo que he pasado desde entonces...

—Tienes que darme mi parte, Dandy; tienes que dármela, si no...

Los blancos dientes de el "Dandy" se mostraron con una sonrisa feroz. Exasperado, su puño se extendió y alcanzó al otro en la oreja. Allegretti llevó la mano al bolsillo y un momento después rodaban y daban tumbos en el suelo.

El "Dandy" golpeó dos veces, salvajamente, al caer. Los labios de Allegretti ostentaron un colgajo sanguinolento. Su sangre mediterránea ardió. Había venido pacíficamente para ayudar y obtener su parte y era recibido con rabia y violencia. Lanzando un furioso adjetivo entre dientes, le dió al otro un golpe en la cabeza con la culata del revólver.

—Ahora, vengan esos diamantes,—silbó.

Interrumpió aquella escena melodramática una gentil figura. Era Juana que al salir de la panadería presenció la última parte de la lucha.

—¡Oh bandido! ¿Qué le ha hecho?

Allegretti se levantó y huyó. Antes de que Juana pudiera pronunciar la palabra "policía" zumbó el motor y el auto verde dejó oír su ruido de quincallería.

Juana no pensó en detenerlo. Se había arrodillado junto a la postrada figura, en las sombras y procuraba restañar con un pañuelo inadecuado la sangre que brotaba de la frente de el "Dandy".

—¡Oh, pobre... pobre! — dijo tierna, solícitamente.

* * * *

El "Dandy" se quejó. Experimentaba una sensación de remolino en la cabeza. En su confusa mente, le pareció que ocurría algo curioso. Un brazo sostenía su cabeza, una mano acariciaba su frente.

—Puedo levantarme ahora, — dijo al brazo y a la mano. Realmente tenía que levantarse y seguir aquel condenado paraguas verde. Era ridículo haberse asustado así.

DIME CON QUIEN ANDAS Y TE DIRE

Los "canas" no lo perseguían, después de todo, y muy bien podría haberse hallado en seguridad en su cuarto de Houston Street. Allegretti lo hubiese seguido. ¡Gandul! No le daría nada.

El "Dandy" se sentó. Los remolinos de su cabeza aumentaron. Pero por el santo de su nombre ¿había allí, en la obscuridad, la real presencia de una mujer o estaba delirando?

—Como ve, llegué a tiempo, — dijo una dulce vocecita en su oído. — El... él le estaba pegando.

—¿Y quién diablos es usted — iba a preguntar el "Dandy", con su habitual modo brusco; pero el remolino de su cabeza le molestaba y además hubiera sido poco cortés con una dama que le había ofrecido, como almohada, su pecho.

—¿Quién es usted? — dijo en cambio. Su voz era opaca y lejana.

—Me llamo Juana Perrin, — dijo ella suavemente. — ¿Y usted?

—Norville, — contestó él bruscamente. — Norville... Pemberton.

—¡Oh!... — suspiró ella en la obscuridad. — Ya me imaginaba que sería un nombre así.

El "Dandy" pensó confusamente que querría decir; pero renunció a comprenderlo. Con la cabeza levantada, miró, desde el zaguán, donde se hallaba, hacia la calle. Vió que estaba lloviendo fuerte y que pasaba poca gente. Sin embargo se dió penosamente cuenta de que su situación era peligrosa. Podría aparecer el vigilante en su recorrida. O volver Allegretti.

—Yo tengo... tengo que irme, — dijo a la vaga sombra que estaba a su lado. Trató de ponerse de pie. Algo cálido y húmedo lo cegó.

—Espere, — dijo la sombra. — Siéntese de nuevo. Su frente sangra. — Oyó el frufru de algo que se rasgaba en la obscuridad; la mujer le ató la frente con un pedazo de muselina.

La boca contraída de "Dandy" se distendió en una sonrisa.

—Creí que ya no se usaban más las enaguas, — dijo.

—Es un viso, — contestó Juana pulcramente, comprendiendo que no debía mencionar lo que era.

El "Dandy" se puso de pie, "groggy".

—Bueno... es usted una persona muy amable, — dijo con cortesía torpe, — muy bondadosa. Su voz cambió súbitamente. — ¿Qué es...?

Cuatro sombras obscurecieron el zaguán,

En la acera, Allegretti escudriñaba las sombras.

—Pronto — dijo el "Dandy" y corrió hacia la polvorienta escalera, al fondo del zaguán.

Juana recogió su cartera y su paraguas, corriendo tras él. En lo alto de la escalera él viró rápidamente hacia la derecha y, con Juana pegada a los talones, se metió en un cuarto vacío, cerrando la puerta con llave. Oyeron los gritos de sus perseguidores en la escalera.

El "Dandy" corrió hacia la ventana, la empujó y pasó a la escalera de incendio. Juana, latiéndole el corazón furiosamente, lo siguió. No tenía tiempo de pensar en lo que ocurría; pero una deliciosa sensación de intriga y de peligro la emocionaba. Ni más

El "Dandy" bajó por la escalera de incendio. Juana lo siguió, con el corazón palpitante.

ni menos que si fuera Gloria De Mond, perseguida por los cosacos en "Cadenas Rotas".

La lluvia caía a torrentes, empapándolos mientras bajaban por los resbaladizos peldaños. Al atravesar el patio del fondo, Juana volvió la cabeza para dirigir una mirada triunfante a la casa que había abandonado. Con gran horror e indignación vió el fulgor de un fogonazo en la ventana y una bala pasó muy cerca de ellos.

—Esto, — pensó Juana, — es aventura con venganza.

Corrió rápidamente con la cabeza baja, siguiendo la fugitiva figura que iba delante de ella y nunca supo por qué caminos llegaron a una puertecita debajo de un alero inclinado. El "Dandy", jadeante, se recostó contra ella y dió dos golpecitos.

Aparecieron simultáneamente una luz y una cabeza desgreñada. La puerta fué abierta con enloquecedora lentitud.

—¡Va!... — dijo la cabeza desgreñada. — Entra, "Dandy". ¿Estás empapado, no?

El hombre los condujo a un cuartito, mal iluminado, que tenía una mesa y dos sillas; se notaba un vaho a alcohol. De otra habitación más grande, al frente, llegaban voces, risas y el sonido de un piano.

El "Dandy" se volvió para contemplar curiosamente a su compañera. Ella estaba parada, ligeramente enceguecida por la luz; sonreía tímidamente.

—¡Por todos los diablos del infierno! — murmuró el "Dandy". Era... sí, aunque le pareciera increible, era la dama del paraguas verde, a quien había venido siguiendo. Su mirada se fijó en el objeto empapado que tenía en la mano y su corazón dió un brinco.

—¿Decía usted algo? — preguntó Juana alegremente.

—No, nada, — contestó el "Dandy" en éxtasis. — Veo que no ha soltado usted el paraguas....

—¡Oh sí! — contestó ella riendo. — Por nada del mundo hubiera querido perder mi paraguas. Cierto que no pensé en abrirlo; pero... llovían balas además de agua, y no creo que me hubiera resultado útil.

—Siéntese, — dijo el "Dandy", con los labios apretados y los ojos duros otra vez. — Le dije a Jack que traiga un poco de café. — Deme un momento ese artefacto contra la lluvia, ¿quiere? — Lo tomó y le dió la espalda.

—¡Oh!... — gritó Juana. — No lo abra dentro de la casa. Trae "jetta".

—Esta vez no... — gruñó el "Dandy.

Juana se sentó en una silla, junto a la mesita. Se había sacado el sombrero y lo sacudía para que cayera el agua.

—Creo Norville, — dijo juiciosamente, — que debería denunciar a esos hombres terribles a la policía.

El "Dandy" se volvió a ella, con una extraña sonrisa, la sonrisa del que ve de pronto convertirse en éxito un fracaso. En el bolsillo derecho de su bien cortado saco azul sus dedos acariciaban algo. Dejó el paraguas abierto en un rincón.

—Creo que tiene usted mucha razón, — dijo. — Me parece que debo ir en seguida. No esperaremos el café. Voy a acompañarla a usted para que tome un auto...

—¡Pero Norville, — protestó Juana, — esa cortadura de su frente! Hay que desinfectarla y vendarla de nuevo. Voy a...

—No rompa su "lingerie", — dijo el "Dandy" enojado. — Yo volveré para que Jack me ponga unos pedazos de tira emplástica. Le... pediré prestado su auto para ir a denunciar a esos tipos a la policía.

Los ojos de Juana se fijaron en los del hombre. ¡Qué azules eran los ojos de Norville, qué fuerte y firme el corte de su barba!

—Vivo en la "Asociación Cristiana", — le dijo y no necesito taxi. Puedo ir a pie. Usted... usted debe ir alguna vez a visitarme, Norville.

—Con toda seguridad que iré, — contestó el "Dandy". — Por aquí...

La condujo hasta la escalera del fondo, por donde habían venido. Pasaron por la puertecita, debajo de los tejados y pronto estuvieron en un pequeño corredor que conducía a la calle. La lluvia había cesado y el cielo estaba claro y limpio.

—Ha sido usted muy buena para mí esta noche — dijo el "Dandy", — y nunca lo olvidaré.

Juana se le acercó y levantó hacia él su rostro. Sorprendido y turbado el "Dandy" la miró; miró las discretas facciones, limpias de polvo y de rouge. La carita aparecía pálida y un poco delgada, a la luz de la luna. "Dandy" le rodeó el talle con los brazos y la besó dulcemente, en los labios.

—¡Adiós! — le dijo otra vez roncamente. — Es usted una personita muy simpática... endiabladamente simpática.

El "Dandy" se volvió, encaminándose, pensativo hacia la puertecita, debajo del alero. Fué una lástima que estuviera distraído porque había una figura acechándole en la sombra. El rostro del hombre estaba contraído de codicia y de odio. En su mano tenía un arma más eficaz que la culata de un revólver. Esta vez el golpe no fallaría... Bueno... si los maleantes no se mataran unos a otros, el mundo sería un lugar imposible.

* * * *

Juana marchaba a pasitos rápidos por la calle. Tarareaba una canción, saltando los pequeños charcos formados por la lluvia. ¿Aventura? !Pero si el mundo estaba lleno de ellas! No había más que esperar que se presentaran. Norville... Norville Pemberton. ¡Qué lindo nombre!

EL BUQUE EMBRUJADO

Por R. DE S. HORN

De los vastos mares del Sud vino el buque embrujado Pequot. En él Allan Bartow efectuó un extraño viaje de increíbles aventuras.

I

BARTOW percibió que ocurría algo extraño en el buque, tan pronto como lo avistó. En vez de navegar normalmente, hacía extrañas maniobras, adelantando y retrocediendo. Probablemente, opinó Bartow, el capitán y el segundo estarían en las bodegas y habrían dejado a un novicio al timón. Eso explicaría en parte las inciertas maniobras de la nave.

Pero de pronto notó que el sol había pasado el meridiano hacía mucho y por consiguiente había estado alejado del almacén durante mucho tiempo. Volviéndose, se internó entre la maleza hasta que encontró el camino, por donde se dirigió a las propiedades de la compañía. Al llegar comprobó lo que temía. Mac Gregor, el factor, estaba trabajando en su escritorio, ocupándose de hacer entradas en los libros y también el inventario de mitad de año. Este último trabajo debía haber sido hecho por Bartow.

—Supongo que salió afuera a buscar un lápiz, joven, — le dijo irónicamente, — pues hay aquí bastante trabajo para hacer.

Ante este recibimiento, Bartow enrojeció, contestando:

—Fui a dar una vuelta por la playa. Espero que no estará usted trabajando en el inventario, pues yo lo voy a hacer en seguida.

Pero el escocés sacudió la cabeza negativamente, replicándole:

—No, Allan, no se preocupe por eso y me ha venido muy bien hacer una parte de él: he encontrado enormes diferencias entre mis listas de los stocks y lo que usted hace figurar como existencia: por ejemplo, cuatro docenas de pañuelos, una gruesa de velas, quinientos pies de manila, y muchas otras cosas por el estilo.

Bartow tomó asiento desalentado, y dijo:

—Lo siento mucho, pero me doy cuenta de que no sirvo para este trabajo. He tratado honestamente de hacerlo bien, Mac Gregor, pero al parecer me es imposible sumar correctamente los diversos artículos que tenemos en existencia. Creo que no nací para tenedor de libros.

—No, muchacho, — le contestó el escocés tratando de animarlo. — No eres tan malo como piensas, pues todos hacemos errores al sumar y restar. Yo era lo mismo cuando tenía tu edad y poco a poco fuí mejorando en la exactitud de los cálculos, y a ti te ocurrirá lo mismo.

—Pero hablando con franqueza: yo no tengo mayor interés en aprender. Antes creía que deseaba llegar a ser un factor de la compañía, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocado.

—Pero su padre...

—Sí, ya sé que él tuvo muchas dificultades para conseguirme este puesto, pero yo no me imaginaba que tendría que estar en esta isla solitaria siete días por semana y cincuenta y dos semanas al año haciendo siempre el mismo rutinario trabajo.

—¿No se imaginaba eso? ¿Y entonces qué pensaba hacer?

—Creía que mis ocupaciones serían viajar de una isla a otra, canjeando baratijas, comprando copra, buscando carga para los buques de la compañía.

—Eso es lo que hacen los factores independientes, muchacho. Por supuesto, la compañía tiene unos cuantos buques, pero casi toda la copra es comprada en esta isla misma, o sino entregada aquí, después de haberla comprado a los factores independientes, que la adquieren en las islas más apartadas y en pequeños lotes.

—Bueno, eso era lo que yo creía que me correspondería hacer, — confesó Bartow. — He viajado varias veces en buques de vela a lo largo de la costa, y creía que mi trabajo aquí sería lo mismo. Pero ahora me doy cuenta de que nunca podría acostumbrarme al trabajo, tal como es, y prefiero irme, tan pronto como un reemplazante llegue para ocupar mi puesto.

Mac Gregor miró fijamente a las decididas facciones del último recluta de la compañía, al que había estado enseñando sus obligaciones como tenedor de libros. Se podía notar que el escocés estaba perplejo, pero después de un momento sonrió, palmeando amigablemente el hombro de Allan:

—No se decida de improviso, Allan. Después de haber viajado en un buque de vela,

usted, naturalmente, encuentra aburrido permanecer constantemente detrás de un mostrador. Pero si llega a acostumbrarse, encontrará ue es un trabajo interesante. Y de cualquier manera, tiene seis meses para pensarlo bien, antes de que llegue el próximo vapor de la compañía.

—Pero hay un buque en la rada, ahora mismo, — exclamó Allan lleno de excitación. — Por eso estuve tanto tiempo en la playa, mirándolo.

—Es raro, — replicó el factor. — No esperaba ninguno. ¿Qué aspecto tiene, Allan?

—Es el tipo usual de barco de dos palos, y está efectuando maniobras extrañas, como si lo dirigiera un marinero novicio.

—Puede ser que haya venido para entregarnos un mensaje, y esté esperando a que enviemos un bote hasta él, — dijo Mac Gregor, levantándose. — Sin embargo no se de que se trata. Vayamos hasta la playa a ver lo que es eso.

Y poniéndose su sombrero el viejo escocés inició la marcha hacia la orilla.

El buque se había acercado ahora, un poco más hacia la costa, y el viento empujaba las olas contra él, notándose la blanca espuma que éstas producían al chocar contra el casco.

—Se está arriesgando demasiado al acercarse tanto, pues los bancos de coral se extienden por debajo del agua hasta mucho más lejos de lo que un extranjero pueda sospechar.

—Sí. El que la dirige no ha estado nunca aquí, — replicó Mac Gregor. — Y yo tampoco conozco al buque.

Y continuó:

—Vamos a hacerles señales para que no se acerquen más, y entonces les enviaremos un bote, antes de que el barco se desfonde en los arrecifes.

Así lo hicieron, agitando sus brazos y trataron de todas las maneras posibles de llamar la atención a los que estaban a bordo, pero sin resultado.

—¡Deben estar todos abajo y el timonel muy ocupado para vernos! — exclamó el escocés irritado.

—¡Voy a subir a bordo de él! — exclamó Allan dirigiéndose a un esquife que había atado a pocos metros de allí.

—Sí, eso es lo mejor que puede hacer, — le replicó Mac Gregor. — El que no conoce los arrecifes, no debe acercarse a esta costa.

Allan empujó el bote y comenzó a remar con los dos remos. Dentro de la laguna, el agua estaba tranquila pero al llegar cerca de la rada el bote era arrojado por las olas de un lado a otro. Sin embargo, Allan remaba bien y lograba dirigir el bote derecho. Ahora se daba cuenta mejor del peligro inminente en que se hallaba el buque, pues la blanca espuma saltaba sobre los arrecifes, muy cerca de la nave, desde donde no se distinguían las rocas cubiertas por el agua.

Dos o tres enviones más y los afilados arrecifes abrirían las entrañas de la embarcación. La isla Magami no era un sitio donde debía acercarse sin ser dirigida por un piloto baqueano.

Llegó hasta el costado más cercano, y le gritó:

—¡Oh el buque! ¡Están en aguas peligrosas, casi sobre los arrecifes!

No hubo contestación alguna de la cubierta, y Allan exclamó furioso, después de una sarta de juramentos:

—¡Voy a tener que subir a bordo para avisarles!

Volvió a acercarse y llamó de nuevo, pero no recibió más contestación que si el buque fuera el famoso "Volador Holandés".

En ese momento Allan se dió cuenta de que el velero, empujado por el viento, se dirigía derecho a él, con su proa como una lanza bien afilada. Trató de apartar el bote a un lado, pero su misma precipitación lo perdió, pues uno de los remos se le escapó de las manos. Un momento más tarde la proa del navío hacía hundir el bote destrozándolo, mientras Allan se prendía de una cuerda que pendía de la cubierta.

Subió por ella, y sus asombrados ojos vieron un espectáculo inusitado: no había ni un alma por ningún lado. Las puertas estaban entreabiertas y el viento las agitaba. Y la rueda del timón daba vueltas sola, para un lado y otro, como si una mano invisible la manejara.

Con extraños escalofríos que corrían su espalda, Allan volvió a llamar a los tripulantes, pero sin obtener contestación alguna. En vista de esto entró adonde estaban situados los camarotes de la tripulación; los camastros estaban desarreglados como si alguien hubiera dormido en ellos hacía poco. Como estaba obscuro, en el primer momento no distinguió nada, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, vió algo, que le hizo correr a la cubierta, después de exhalar un grito ronco.

II

ALLAN tardó varios minutos en recuperar su sangre fría. Y entonces el horror que lo embargaba desapareció, para convertirse en asombro. Según todas las apariencias, el buque estaba en perfectas condiciones para navegar, bien pintado y sin embargo sólo había a bordo los dos hombres muertos que había visto en la cabina. ¿Por qué había sido abandonado?

Efectuó una breve inspección, pero no encontró nada que aclarara el misterio. No había agua en la bodega, ni avería alguna que justificara abandonar el navío. En la cocina se podía notar las señales de una partida precipitada.

Allan volvió a salir a la cubierta. Una cosa era indiscutible: el sol se estaba ocultando y si quería salvar al buque de los arrecifes tendría que apresurarse.

Dirigiéndose a la popa, dió vuelta al timón haciendo que el velero entrara a la

laguna al lado de la costa. Al ver la velocidad con que obedecía al timón, Allan se estremeció de alegría con el instinto de todo buen marinero.

Cuando habían cruzado la línea peligrosa, Mac Gregor le gritó:

—¡Muy bien hecho, Allan! ¡Ni el mejor capitán de las islas lo hubiera piloteado mejor!

Había otros también en la playa una media docena de nativos, que se apresuraban llenos de curiosidad, para ver al buque desconocido.

Allan lo detuvo a ciento cincuenta yardas de la costa, echó el ancla, y le gritó a Mac Gregor:

—¡Mac Gregor! Tómese el bote del reverendo y venga en seguida solo. ¡Es muy importante!

Por un momento Mac Gregor vaciló, pero después cumplió lo que le había pedido el joven.

Allan lo esperaba al costado, y lo ayudó a subir.

—¿Qué ocurre? — preguntó Mac Gregor. — ¿Dónde está la tripulación?

—Esa es la dificultad, — replicó Allan en voz baja. — No hay nadie vivo a bordo, excepto nosotros.

—¿Qué? — exclamó el factor asombrado. — ¿Quiere decir que el buque está abandonado? ¡Si parece nuevo!

—Sí, ya lo sé, — repuso Allan. — Es extraordinario, pero venga y cerciórese por sí mismo.

Ya teniendo un compañero, Allan no percibía el sentimiento de terror que lo había embargado cuando estaba solo. Entraron a la cabina, encendiendo una lámpara a petróleo, la que iluminó todo con su amarillenta luz. Y de pronto Mac Gregor retrocedió exhalando un grito:

—¡Dios mío! ¿No están muertos los dos, supongo?

—Sí, muertos, — replicó Allan.

La luz iluminaba los cuerpos exánimes de dos nativos muertos, los que aun tenían al cinto sus cuchillos. El escocés los miró asombrado, exclamando:

—¡El rostro y los ojos! ¡Se nota que algo horrible los mató!

Se arrodilló y los examinó detenidamente, exclamando a los pocos momentos:

—No puedo encontrar ni una herida en ellos; es un caso extraordinario y de acuerdo a la expresión en sus semblantes, tampoco han fallecido de muerte natural.

—Estaba pensando que debíamos explorar el buque bien — dijo Allan. — Vamos a la cabina del capitán.

Mac Gregor asintió y ambos se dirigieron al camarote.

Pero éste estaba vacío salvo los utensilios usuales.

—¡Caramba, todo está revuelto! — observó Mac Gregor. — Parece que éste fué abandonado con gran apuro.

Allan le replicó:

—Eso es la verdad. Sólo un capitán en peligro de muerte, abandonaría el sextante y el cronómetro,

Mac Gregor registró los cajones, donde encontró un botiquín de primeros auxilios y varias provisiones conservadas en latas.

—Esto se aparta de lo común, — dijo el escocés, — pues hay varias cosas que no comprendo: al parecer estos hombres han muerto de terror hace quince o veinte horas!

—¿De terror? — preguntó Allan. — ¿Usted quiere decir que han muerto de miedo? ¿Y de qué? —

—Eso es lo que no sé: algo terrible sin duda alguna, y probablemente lo mismo que hizo que el resto de la tripulación abandonase el buque y tenemos que averiguar que es. ¿Ha mirado usted en la bodega?

Allan contestó afirmativamente:

—No hay nada allí, sino carga ordinaria.

Se dirigieron a la bodega donde el factor examinó la carga del buque abandonado.

—Arroz, géneros, utensilios de labranza, y hasta madera para construir una cabaña, — dijo, — y el resto de la carga son artículos para canjear con los nativos.

—Bueno, — dijo Mac Gregor, cuando concluyeron de inspeccionar todo, — lo único que encontramos es un buque abandonado, con dos hombres muertos a bordo. Mañana volveremos para ver si descubrimos algo que no hayamos notado hoy.

Pero Allan vacilaba, y le contestó:

—Cuandó subí a bordo, trepé al palo mayor y miré todo alrededor, pero no distinguí signo alguno de botes o velas.

—Y hubiera sido raro si usted distinguiera algo, — fué la contestación de Mac Gregor, — pues todo indica que el buque fué abandonado hace quince o veinte horas.

—Sin embargo, — le manifestó Allan, — cuando pasé por la cocina, toqué una taza de té servido y éste estaba todavía caliente!

Por un momento, el escocés miró a su interlocutor como si éste se hubiera vuelto loco.

—¿Té caliente? — le preguntó.

—Sí; puse un dedo dentro, y todavía estaba caliente.

—¡Pero hombre usted está loco! — exclamó Mac Gregor. — ¡Una taza de té no permanecería caliente ni media hora!

—No importa pero así es como yo la encontré.

—¿Y nadie a la vista? — Súbitamente el factor se sonrió, diciendo: — ¡No le culpo a usted por imaginárselo pues es una cosa bien natural: en un buque abandonado y con dos muertos a bordo, hasta yo mismo vería visiones!

—No fué una ilusión, — le replicó Allan.

—¡Entonces enseñémela! — exclamó Mac Gregor irritado ante lo que consideraba testarudez.

Entraron a la cocina, y el escocés tocando la taza, exclamó triunfantemente:

—¿No le dije yo? ¡Fría!

—Naturalmente que está fría ahora, — contestó Allan. — Eso fué hace más de una hora.

Mac Gregor inspeccionó el fogón, exclamando:

—¡Todo está frío aquí, hasta las cenizas!

¡Estoy seguro que el fuego ha sido apagado hace veinte horas por lo menos!

Se volvió hacia Allan diciéndole:

—No fué sólo su imaginación lo que le hizo creer eso. Pero ya hemos estado aquí suficiente tiempo en la obscuridad. Marchémonos ahora, y volveremos mañana temprano para dar sepultura a los muertos. Y lo haremos sin que nadie lo sepa, pues no haría más que perjudicar al negocio de la copra, el que los nativos comenzaron a tratar de explicar con sus supersticiones la muerte de los dos malayos.

Habiendo Allan asentido, apagaron la luz y descendiendo al bote remaron hacia la costa.

En el desembarcadero de la compañía, los esperaban unas dos docenas de isleños, entre los cuales se hallaban el capataz del almacén de la copra y el sereno que vigilaba la misma de noche.

—¡Nadie debe ir al buque! ¿Entienden? Absolutamente nadie. Digan a todos que son las órdenes del tuan de la compañía. — Mac Gregor le dijo al capataz: — Y quédese aquí en la playa toda la noche para comprobar que mis órdenes son obedecidas.

—Sí, tuán, — le replicó el nativo, dando diversas instrucciones a los demás en el dialecto de la isla.

Al seguir a Mac Gregor hacia sus habitaciones, Allan se dió vuelta para mirar al buque y lo vió envuelto en la luz de la luna, que hacía brillar las aguas de la laguna.

Pero bajo el casco, había una obscuridad impenetrable, siniestra, como simbólica del misterio que se ocultaba dentro de él.

III

A la mañana siguiente temprano, los dos cadáveres fueron enterrados, mientras el reverendo Randall pronunciaba una oración, de lo que Mac Gregor decía: — No puede hacer daño a cristiano o infiel.

Después, a pedido de Mac Gregor, el reverendo los acompañó al buque. Randall era un hombre delgado, de unos cincuenta años. No habiendo un médico en mil millas a la redonda, había asumido los deberes de tal, llevando un botiquín con él.

Ahora estaba muy interesado en las misteriosas muertes a bordo del velero y lo único que sentía era no haber visto a los cadáveres el día anterior.

—No hubiera podido determinar la causa del fallecimiento, sin instrumentos para análisis, — dijo, — pero me hubiera agradado verlos.

—Si hubiéramos expuesto los cuerpos al descubierto esta mañana, todos los nativos habrían escapado hoy mismo de la isla, — dijo Mac Gregor. — Usted sabe lo supersticiosa que es esta gente.

—Puede haber sido una enfermedad contagiosa, — sugirió el sacerdote — y eso sería la explicación por el abandono del buque.

—He visto todas las enfermedades que hay por estas islas, — contestó Mac Gregor positivamente, — y no era ninguna de ellas. ¡Murieron de terror, de un mortal terror que se dibujaba en sus rostros!

Estaban ahora llegando al navío, y el reverendo leyó el nombre:

—El "Pequot", de Sidney, ¿eh? Un nombre extraño ese: "Pequot".

—Nunca oí hablar de él antes, — dijo el factor.

Subieron a bordo y registraron todo el buque minuciosamente. Al subir a la cubierta nuevamente, Mac Gregor exclamó:

—Hemos mirado todo, sin encontrar nada. Lo que ha ocurrido es un misterio impenetrable y supongo que no se aclarará nunca, a menos que logremos obtener noticias de Sidney y obtengamos noticias de los sobrevivientes.

—No tendremos que esperar tanto si logramos encontrar el libro del capitán, — dijo Allan. — Aun los buques más pequeños, tienen un diario, y debe haber uno aquí. ¡Busquémoslo!

Fué Allan mismo el que lo encontró debajo de la caja del sextante. Era un libro pequeño, escrito como un borrador. Inmediatamente leyeron las últimas páginas, pero éstas no contenían más que acontecimientos usuales, como ser:

—... a diez días de Moresby. Examinamos la carga, trayendo parte de la misma a la cubierta. El agua del mar echó a perder dos piezas de género...

—... pasamos a dos veleros, que se dirigían hacia el Sud, buscadores de perlas, probablemente. Cambiamos una vela que había sido rota por una ráfaga de viento...

Y a continuación de esto, Allan encontró algo que difería algo de lo común:

—Anclado en la isla Orduño. Weattherstone ya había vendido su copra a Wright, del Kangoroo, pero se quedó a cenar con él. Weatherstone parecía sentir que éste es mi último viaje, y me dió una pipa como recuerdo.

Pero la próxima entrada, y que era también la última, era corta e incompleta, estando fechada diez días antes, cuando el buque estaba cerca de una isla, a doscientas millas de distancia. Parecía que el que escribía en el libro, había sido interrumpido, dejando una frase sin terminar.

—... el maldecido Kangaroo está otra vez delante de nosotros; tendremos que dirigirnos hacia el Norte para salir del camino que siguió Wright. Hoy en Tofala, un vagabundo de las playas nos pidió que lo lleváramos a Sidney. Le dije que lo hubiera llevado a no ser porque era un hombre blanco. Nunca más conduzco a hombres blancos a bordo del "Pequot", y...

Al concluir la lectura, el reverendo exclamó súbitamente:

—¡Ya sé ahora! Ahora me doy cuenta por qué el nombre "Pequot" me sonaba familiarmente. Mire pronto y dígame si el

nombre del capitán es James Jordán.

Allan dió vuelta a las hojas, y leyó:

—Capitán, James Jordán, capitán y dueño.

—Ese es el mismo, — exclamó el misionero. — Hace ocho o diez años yo estaba en el puerto Moresby. El velero "Pequot" estaba allí, y me hablaron de él especialmente a causa de peculiaridades de su capitán, Jordán.

—¿Qué clase de peculiaridades? — preguntó Allan ansiosamente.

—Bueno, lo primero, que era un yanki, de la parte del Norte de Estados Unidos. Pequot es un nombre de la India, creo. Lo apodaban al capitán Yankee Jim, Jordán. Supe que había estado navegando alrededor de las islas durante quince o veinte años, y que lo más raro en él era que nunca permitía que hombres blancos navegaran a bordo de su buque. Decía que le daba mala suerte.

—¿Por qué? — preguntó Allan en tono de incredulidad.

—Parece que una vez había tenido un primer oficial que resultó un canalla, y le robó unas setecientas libras esterlinas, incendiando después el buque para ocultar el robo. Jordán se salvó a duras penas, y desde entonces no permitió que ningún hombre blanco subiera a bordo.

—Eso no explica por qué el buque fué abandonado con dos muertos dentro, — comentó Mac Gregor.

Mientras el releía el diario en busca de indicios, Allan y el misionero volvieron a registrar los camarotes.

Al poco rato el sacerdote se sintió atacado de una puntada al costado, y se vió obligado a volver a la isla, acompañado por Allan.

Mac Gregor esperaba la vuelta de su asistente, y le dijo:

—Esa hija de él va a tener que cuidarlo bien, pues está trabajando demasiado, y ya está demasiado viejo para resistirlo.

—Bueno, — replicó Allan, — hemos mirado el velero por todos lados y no hay nada que explique la desaparición de los tripulantes y la muerte de los dos indígenas. De manera que lo que debemos hacer es notificar de esto a la policía inmediatamente. Así ellos pueden encargarse del buque, y buscar su tripulación.

—Buena idea, — dijo el factor. — Este es un asunto del que debe encargarse la policía, ¿pero cómo vamos a hacer para informarles de lo que ha ocurrido? Nuestro buque no va a llegar hasta dentro de seis meses.

—Estaba pensando en eso, — dijo Allan sonrojándose. — A mi me agrada navegar, de manera que yo podría dirigir este velero e ir a entregarlo a las autoridades correspondientes.

—¿Dirigirlo usted? ¿Sin tripulación? — le replicó el escocés.

—Puedo conseguir una tripulación muy fácilmente entre los isleños en Ranoka y estoy seguro de que puedo dirigir el buque bien.

—¡Pero este velero, después de lo que ha ocurrido! — el escocés lo miró incrédulamente. — Lo que es yo, no me embarcaría en él por nada del mundo.

—Pues yo no he encontrado ninguna falla en él y estoy seguro de que puede navegar bien. Esos hombres muertos me pusieron nervioso anoche, pero ya se me ha pasado. La explicación será muy simple, una vez que el asunto esté aclarado. Y le voy a decir, — aquí Allan se sonrió. — La verdadera razón por la que deseo llevarlo es porque me ha interesado este misterio y deseo saber la explicación.

—Pero supóngase que el reverendo no se hubiera equivocado, y que los hombres hayan fallecido a consecuencia de una enfermedad contagiosa.

—Ya había pensado en eso también; lo puedo hacer fumigar bien antes de partir.

—Pero suponiendo que el capitán y la tripulación aparezcan por aquí: tendrían derecho a protestar por haberles llevado el navío.

—No tendrán nada que decir, pues lo llevaré al puerto, — repuso Allan. — Lo encontré abandonado y dirigiéndose a los arrecifes y se hubiera destrozado en ellos sino hubiera sido por mí. De manera que tengo derecho a una prima por la entrega del mismo, según las leyes marítimas.

Mac Gregor no contestó; por un momento miró fijamente a Allan y finalmente le dijo:

—Me parece que tiene razón, pero a mi no me agrada este buque, y creo que tendré que hablarle a la hija del pastor acerca de usted!

Allan se rió al sentir esto y siguió al factor al bote para dirigirse a tierra.

Cuando llegaron al desembarcadero, se encontraron que Marie Randall, la hija del misionero los estaba esperando. Su rostro, usualmente alegre, daba muestras ahora de la más viva ansiedad.

—Mr. Mac Gregor: ¿cuándo me dijo que el buque de la compañía debe llegar? ¿Y va a venir algún otro buque antes que ese? — le preguntó al escocés.

La voz de Mac Gregor al contestarle, era también ansiosa.

—No va a llegar hasta dentro de seis meses y no se de ningún otro barco que llegue antes. Confío en que la enfermedad de su padre no será grave.

—No sé; él dice que no, pero es la tercera o cuarta vez que le ataca así y yo temo que sea apendicitis!

A menudo Allan había visto a Marie Randall, la hija del misionero, dirigirse a las chozas de los nativos llevando alimentos o medicinas para mujeres o niños enfermos. En esas oportunidades, había sentido despertarse dentro de él, admiración hacia la muchacha, pero su timidez le había impedido llegar a hacerse amigo de ella.

Ahora, sin embargo, por primera vez la notó como una débil muchacha, susceptible a las debilidades de su sexo. Su rostro, usualmente sonriente hoy estaba pálido y denotaba preocupación. De manera que el instinto pro-

tector del hombre, Allan sintió el deseo de ayudarla.

Y no era extraño que ella estuviera preocupada: apendicitis se cura por medio de una sencilla operación, cuando el enfermo se reduce en una ciudad civilizada, y toda la molestia se reduce a pasar dos semanas en el hospital. Pero, aquí, en las islas, a miles de millas de distancia del cirujano! Allan se daba cuenta perfectamente de que la situación era muy seria.

—Su padre... no está grave, ¿verdad? — le preguntó, decidido a ayudarla en lo que pudiera. Ella respondió:

—Confío que no. Le he puesto una compresa fría en el costado y por regla general, eso le alivia. Pero, lo que me preocupa es que éste es el cuarto ataque, y parece que cada vez empeora más. El dice que en un par de días estará bueno, pero debía ser operado en seguida, pues posiblemente la vez que viene...

Y entonces Allan comenzó a tratar de animarla, diciéndole:

—No se preocupe, miss Marie; lo llevaremos al hospital en esguida en aquel buque, y usted puede acompañarlo. Lo conduciremos a Puerto Moresby o a cualquier otro lado, donde puedan tomar un vapor para Sidney.

Por la manera como esta esperanza la animó, Allan se dió cuenta de lo intensa que había sido la ansiedad de ella.

—¡Gracias a Dios! — exclamó ella. — Temía tener que esperar seis meses más; se lo voy a decir ahora mismo!

Y se fué apresuradamente a darle la buena noticia a su padre. Y Allan, volviéndose vió qu Mac Gregor lo estaba contemplando fijamente.

—Pero de veras que los va a llevar en ese valero, que a mí me parece endemoniado?

La incredulidad del escocés hizo que Allan se afirmara más aún en su propósito.

—Tan pronto como consiga una tripulación, nos haremos a la vela. Usted sabe que se trata de apendicitis, y hay que operar a tiempo.

—Sí, ya sé. Los misioneros se preocupan más del trabajo que de su propia salud. Pero, al mismo tiempo, viajar en ese buque!

—Si el diablo viaja en él, llevar un sacerdote es el remedio mejor. ¿Dónde está el capataz negro?

Allan encontró a éste y lo envió a una isla vecina a conseguir un piloto y diez marineros. Era necesario traerlos de Ranoka pues Magami era esencialmente una isla productora de copra y sus habitantes preferían no embarcarse. Tan pronto como el mensajero partió para cumplir su misión, Allan comenzó apreparar el buque para el viaje: primeramente llevó sulfuro a bordo y le prendió fuego en una docena de tachos y después cerró las escotillas, a fin de que todos los camarotes resultaran bien fumigados. Después volvió a tierra para preparar las provisiones necesarias. Reunió sábanas, utensilios de cocina, una lámpara de aceite, carnes saladas azúcar, harina, arroz bizcochos, un rifle, un par de revólvers y muchas municiones.

Mac Gregor notó la inclusión de las armas con mucho interés.

—Supongo que usted piensa derrotar a los fantasmas a tiros? — le preguntó sarcásticamente.

—Sí los veo, sí — le repuso Allan con toda seriedad.

Mac Gregor hizo un gesto despectivo y se alejó para proseguir con su trabajo.

Todos estos preparativos llevaron tiempo y Allan entre un trabajo y otro, visitó dos veces al misionero. Este se había levantado al segundo día, y protestaba contra la idea de llevarlo al hospital, diciendo que era una tontería tomarse ese trabajo inútil. Pero, detrás de él, Allan notó que Marie le hacía señales y se dió cuenta de que el viaje estaba decidido, pues la muchacha concluiría por convencer al padre.

El tercer día, por la mañana, Allan fué en un esquife hasta el velero y una vez allí se convenció de que nada viviente podía haber sobrevivido a los vapores de la fumigación. Así y todo, puso a unos muchachos a lavar todos los pisos con una fuerte solución de bicloruro mezclado con agua.

Al mediodía con los trabajadores, fué a tierra para almorzar y poco después apareció el reverendo, todavía protestando contra el proyectado viaje. Allan se rió alegremente. Aunque Mac Gregor estaba ya convencido de que Allan era lo suficientemente hábil como para dirigir el buque bien, sonreía.

Fué, mientras Allan le explicaba al misionero, que todas las protestas debían ser hechas al verdadero jefe, su hija, cuando ocurrió una interrupción inesperada: La puerta de la factoría se abrió bruscamente y el sirviente de la casa entró sofocado por lo que había corrido.

—¡Tuan, un hombre blanco! — exclamó dejándose caer a los pies de Mac Gregor. — ¡Es un hombre blanco que tiene el diablo en el cuerpo! ¡Y vino a mí, tuan, vino a mí!

—¡Un hombre blanco! — dijo excitado Allan, levantándose, lo mismo que el factor.

—Sí, tuan! Está ahora en el almacén. Yo fuí allí a buscar azúcar y este hombre me habló de tal manera, que creo debe estar endemoniado!

Pero el sirviente retrocedió hasta un rincón, gesticulando, mientras decía:

—¡Tenga cuidado tuan! Ese hombre es un demonio y sus ropas están hechas girones por los otros diablos!

Pero Allan ya se dirigía a la carrera hacia el punto indicado. Mac Gregor iba detrás de él y la idea de ambos era que el misterioso desconocido era el capitán del velero: Jordán,

VEA

Las aventuras de Barnigugli.

IV

EL extraño hombre blanco parecía ser en realidad el sobreviviente de varias catástrofes, tanto en el mar como en tierra. Su cabello estaba desgreñado, el rostro sin afeitar; era muy flaco y parecía hambriento. Sus ropas estaban hechas pedazos, y parecía tan preocupado que ni volvió la cabeza cuando Allan y Mac Gregor penetraron a la habitación; sus manos estaban dentro de un cajón de bizcochos, los que comía vorazmente.

—Hola, capitán, — dijo Allan. — Siento mucho que nuestro sirviente no lo trajera...

Al llegar aquí, se detuvo asombrado, pues el visitante, después de lanzar un grito ronco, estaba tratando de esconderse entre los cajones y bolsas, haciendo entretanto, extraños sonidos con su boca.

—¡Está loco debido al hambre y las privaciones! — exclamó el escecés; — ayúdenme, Allan, y lo llevaremos a la casa.

Entre ambos arrastraron al desconocido hasta la casa y lo metieron en una cama en el momento que llegaba el reverendo. La pequeña caminata lo había dejado exhausto, pues aun no se había repuesto del último ataque sufrido.

—Es el capitán del Pequot, Jordán, — dijo Allán. — Está completamente fuera de sí, y le vendría muy bien que le prescribiera algo de medicina para ayudarlo a reponerse.

El reverendo fué derecho a la cama, y al ver el hombre en ella, exclamó:

—Este hombre no es el yankee Jim Jordán, — nunca lo había visto a este sujeto en mi vida!

—¡Así que no es el capitán Jordán!—exclamaron simultáneamente Allan y Mac Gregor, — ¡pues debía ser! — prosiguió el factor, — ¿quién es, entonces?

—No sé, — de lo único que estoy seguro es de que no es el capitán Jordán. El yankee era alto y huesudo; este hombre es de estatura mediana solamente. Jordán tiene cincuenta y cinco o sesenta años de edad, y en cambio, éste no pasa de treinta y cinco años.

—Entonces debe ser alguno de los tripulantes del velero, — dijo Allan. Pero el misionero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Jordán era un verdadero maniático y no permitía que ningún hombre blanco viajara a bordo. ¿No recuerda el libro del buque?

—¿Entonces cómo llegó aquí si no vino en él? — preguntó Mac Gregor, — no ha venido ninguna otra embarcación.

El misionero pensó un momento y después dijo:

—¿Recuerdan ustedes lo que dijo el sirviente nativo?

—¿Que el hombre estaba endemonado? Ciertamente...

—Esa es la explicación: Superstición nativa. —Usted sabe lo crédulos que son todos los pueblos primitivos. Creen que las rocas, árboles, etc., están habitados por espíritus malos. Y los indígenas atribuyen todas las desgracias que les ocurren, a los diablos. Ya han visto que el sirviente decía que el desconocido estaba endemoniado.

—Lo sé, — dijo Allan, — pero eso no explica la presencia de ese hombre en la isla.

—Sí, pues los isleños no acostumbran a hacer daño a las personas endemoniadas, — pero procuran pasarlas de una isla a la otra. De manera que nada extraño sería que este hombre hubiera desembarcado en Ranoka y unos pescadores lo hubieran traído hasta aquí.

—Pero seguramente debían haberse dado cuenta de que lo único que tiene es un poco de fiebre que pasará en unos días...

—No estoy tan esguro de eso,—le repuso el misionero, que había estado tomando el pulso al enfermo. — Este hombre no tiene fiebre, pero al parecer sus facultads mentales están alteradas, debido a las privaciones, el hambre y la sed. Es posible que con unos días de descanso recupere la razón. De manera que debía ser llevado en seguida a Sidney para que lo atienda un especialista. Después de decir èsto, el reverendo se alejó caminando lentamente por la playa.

Allan se volvió hacia el factor, exclamando:

—¡Dios mío! ¡Otro paciente!

El escocés asintió con la cabeza, diciendo:

—Ya le dije, — toda la isla está embrujada desde que llegó ese buque. Hombres muertos, un buque sin tripulación y ahora este loco. Quiera Dios que no nos llegue el turno a uno de nosotros pronto.

En ese momento llegó Marie Randall, la que les informó que el paciente había tomado unos calmantes, quedando dormido en seguida.

Allan volvió a dedicarse a preparar provisiones y todo lo necesario para el viaje. Durante la noche, el desconocido se manifestó más tranquilo, pero su conversación se mantuvo ininteligible.

A la mañana siguiente, Allan llevó al misionero y su hija a bordo para enseñarles cómo había arreglado los camarotes que iba a ocupar cada uno de ellos.

Todo el interior del velero había sido limpiado bien, y lo único que faltaba era el piloto y la tripulación. A la tarde llegó un mensajero, avisando que los futuros tripulantes estaban esperando en el almacén.

Allán regresó a tierra para entrevistarse con ellos, y en la factoría encontró al capataz con once nativos alineados en fila.

—Tuan, aquí están los hombres que ha pedido, — le anunció triunfalmente, — son todos buenos marineros.

Los hombres, todos ellos malayos, eran en realidad fuertes y parecían competentes. El piloto, ante una orden de Allan, se adelantó un paso y dijo:

—Yo soy el piloto, — mi nombre es Kiang, tuan. Soy un buen piloto y he dirigido varios veleros de hombres blancos. Conozco todas las islas y el mar hasta Sidney, ¿Usted va a Sidney, tuan?

—Posiblemnte, sí, — le repuso Allan, — o sino a Moresby.

—He sentido decir que vamos a llevar al hombre blanco santo y a la muchacha blanca

—Sí, y le pagaré a usted bien: más que lo que le han pagado anteriormente. ¿Está conforme?

—Entonces puede ir a bordo ahora mismo. Allí encontrará al hombre blanco santo que le dirá lo que tiene que hacer. Obedézcalo al pie de la letra, y después revise bien todas las velas y cuerdas. ¿Entiende?

Kiang asintió y se llevó a sus hombres hasta la playa, donde había botes.

Mac Gregor había salido de la factoría, mientras Allan daba instrucciones al piloto, y ahora permanecía inmóvil presenciando cómo se embarcaban los hombres.

Parecieron surgir dificultades entre ellos cuando la mitad de los marineros estaban ya en el bote. Estaba demasiado lejos para entender lo que se decían, pero al parecer, dos de ellos discutían con los demás. Y de pronto, uno de los descontentos se volvió y huyó rápidamente por la playa, perdiéndose de vista entre los árboles.

Por un momento el piloto lo llamó, tratando de detenerlo, y pareció que pensaba seguirlo para obligarlo a volver, pero desistió de su idea y ordenó a los otros que remaran hacia el velero.

—¿Qué ocurre? — preguntó Allan asombrado.

—¿Sabe usted lo que dijo? — le repuso Mac Gregor, — no entendí todo, pero mencionó algo acerca de un buque embrujado.

—Superstición de nuevo, — exclamó Allan — El hombre que rehusó embarcarse, sintió alguna tontería que le refirieron los que enterraron a los dos cadáveres del buque. Pero usted notó como obedecieron los demás cuando el piloto habló. Estoy seguro de que ese hombre nos va a resultar muy útil.

Le habría sorprendido mucho, si hubiera oído lo que Kiang les decía a sus compañeros unos minutos más tarde en la cubierta del buque.

BASTABA observar la nerviosidad del piloto para ver que estaba enfurecido.

—¡Ese tonto, cobarde de Tamil! — rugió. — ¡Que los dioses lo maldigan, ojalá muera en medio de horribles tormentos! ¡Huir así!

Pero hubo un murmullo de entre los malayos, uno de los cuales dijo:

—Puede ser que la sabiduría de Alá le aconsejó a Tamil que huyera, y los tontos somos los que vamos. En verdad, a mi no me agrada volver de nuevo a este buque embrujado. Alá nos salvó ya una vez. Pero quien sabe ahora...

—¡Silencio, perro! — gritó el piloto. — Fué tu cobardía y la de otros como tú, lo que nos hizo perder lo que ya teníamos en la mano. Pero eso no volverá a ocurrir otra vez, y lo juro por las barbas del Profeta!

—Usted llama tonterías al sueño del que Tamil no despertaba, y a lo que mató a dos hombres? — le preguntó un hombre irónicamente.

—Ramti y Kinjah pelearon y se mataron mutuamente, — replicó el piloto apresuradamente. — En cuant a lo otro...

—¿Se mataron uno al otro? Y sin producirse ni una herida? — dijo su interlocutor. — Eso sólo lo podría hacer un espíritu maligno, y fué a un diablo que vieron cuando gritaron.

Apenas había tenido tiempo de pronunciar estas palabras, cuando sus asaltantes...

Otras voces comenzaron también a murmurar, y el piloto fué lo bastante listo para no contradecirlos y les dijo:

—¿Y si fuera un diablo, qué? Sería solamente el espíritu maligno que persigue al hombre blanco viejo. Seguramente ahora ha desembarcado para ir a torturar a los demás hombres blancos.

Pausó un momento después de decir esto, para que sus oyentes tuvieran tiempo de darse cuenta del significado de sus palabras, y después prosiguió:

—También hay que tener en cuenta que los hombres blancos han quemado sulfuro durante tres días en el buque, y eso ha ahuyentado al diablo hasta los bosques.

—Sí — respondió uno, — pero era el espíritu que estaba en el buque, y pueda ser que vuelva.

—No volverá — respondió el piloto. — Acaso no tendremos con nosotros al hombre blanco santo? Y aunque él es un perro descreído, tiene influencia sobre los espíritus de los hombres blancos.

—Eso es cierto, — repuso uno de sus oyentes — el tiene poder de echar a los diablos Acaso no ví yo que un hombre revolcándose en el suelo torturado por los demonios, era calmado por el con unos polvos mágicos?

Este testimonio silenció a los descontentos y Kiang pronto aprovechó la situación.

—El viaje no durará más que unos pocos días hasta que encontremos lo que buscamos y entonces viviremos el resto de nuestras vidas cómodos, bien alimentados y sin que nos falte nada.

Sus hombres asintieron, pero uno de ellos dijo:

—¿Qué hacemos con el buque y los descreídos blancos?—Podría darnos mala suerte si matamos al hombre blanco santo, pues sus espíritus podrían perseguirnos.

—El buque, no lo necesitaremos, — repuso Kiang, — mataremos al joven tuan para que no nos denuncie, y al hombre blanco santo lo dejaremos encerrado en su camarote. Si se muere de hambre o el buque se hunde, su espíritu no puede culparnos a nosotros.

—¿Y la muchacha blanca?

—Vendrá a mi casa a cocinar para mí — repuso Kiang, — acaso no fuí yo el que organizó esta empresa?

—Llévesela y que le aproveche, — repuso su interlocutor, — y no le vendría mal llevársela a la isla más lejana, pues los hombres blancos son muy vengativos.

Entonces el que había disputado primero con Kiang, dijo:

—¿Qué haremos con el otro hombre blanco que nos acompañará? ¿Ese al que los espíritus le han robado los sentidos?

—Lo dejaremos también encerrado en el camarote cuando abandonemos el buque, — contestó el piloto.

La conversación se detuvo aquí, pues Allan llegó con el resto de las provisiones y artículos necesarios para el viaje. El piloto dió instrucciones para que todo fuera subido a bordo, pero Allan llevó personalmente las armas y municiones a su cabina, donde las guardó en un cajón, donde no se vieran y al mismo tiempo estuvieran a mano para usarlas en caso necesario.

Un poco más tarde llegó Mac Gregor trayendo al loco. Como ignoraban su nombre, lo habían bautizado Smith. Inmediatamente fué llevado a su camarote, donde el reverendo Randall le administró unos polvos soporíferos para que permaneciera tranquilo durante la salida. Ahora que las provisiones y la tripulación estaban a bordo, Allan había decidido hacerse a la vela en seguida.

Después de las despedidas usuales, el buque partió, y en pocos minutos se había hecho a la mar gallardamente. Antes de la puesta del sol, ya la isla se perdía de vista en el horizonte. Allan estaba de guardia en el puente, cuando se le acercó el reverendo, diciéndole:

—Acabo de mirar en la farmacia de Pequot, y ocurre algo extraño: faltan varias botellas.

—¿Faltan? — le preguntó Allan ansiosamente. — ¿Algunas medicinas que le harán falta?

—¡Oh, no! Yo me traje las que necesitaría. No sé que medicamentos han desaparecido, pero me figuro que uno de ellos es quinina, pues casi todos los buques llevan una buena provisión de la misma.

—Lo más probable es que las botellas resultaron rotas en un temporal y el capitán no las reemplazó. Como estos capitanes no temen a la inspección medica, son muy descuidados.

Pero esa noche, paseándose por la cubierta, Allan no se sentía tranquilo y esa noche durmió con la puerta de su camarote atrancada, y un revólver cargado debajo de la almohada. Sin embargo, la noche pasó sin que ocurriera nada extraordinario. Cuando Allan subió al puente a la mañana siguiente vió que el Pequot navegaba normalmente sobre un mar azul, vacío excepto él.

Inmediatamente se ocupó de revisar las velas y todo lo que tuviera relación con el manejo del buque.

Una vez terminado esto, decidió inspeccionar las bodegas y estivar la carga de manera tal que estuviera bien distribuida y no hiciera peligrar la estabilidad del navío.

Antes de bajar guardó un revólver cargado en su cinturón, pues se sentía inquieto. Una vez con el arma en su poder, estaba seguro de poder defenderse de cualquier peligro. Les ordenó a varios malayos que lo acompañaran, pues los iba a necesitar para mover de sitio la carga.

Cuando la operación estaba casi terminada, Allan sintió gritos de terror que provenían de los camarotes. Por un momento permaneció estupefacto, pero muy pronto subió a la cubierta corriendo, con su pistola en la mano. Una vez allí, vió que el reverendo Randall también se dirigía a los camarotes. Ahora reconoció la voz de Smith, y entrando a la cabina lo vió retorcerse tendido en el suelo al lado de su camastro, mientras María Randall trataba de calmarlo.

—¿Que pasa? — exclamó Allan. — Sentí gritos y...

Pero en vez de contestarle ella se llevó un dedo a los labios, recomendándole silencio, mientras continuaba tratando de calmar al paciente. Después de un momento, lo consiguió, y lo hizo subirse a su cama de nuevo. Cuando llegó a tranquilizarse del todo Marie se acercó a los dos hombres, que la estaban esperando en el corredor.

—¿Qué ocurrió? — volvió a preguntar Allan, — ¿le dió un ataque?

Ella miró a su alrededor recelosamente, y le contestó:

—Creo que algo lo despertó, asustándolo.

—¡Asustándolo! — exclamó Allan. — ¿Qué pudo haber sido?

—No sé; él estaba durmiendo y yo cosía en la habitación contigua, cuando lo sentí gritar y corrí a él para calmarlo. Y el piloto indígena Kiang, estaba dentro del camarote.

—¿Kiang? Yo le había dado órdenes extrictas de no entrar en los camarotes a menos que fuera llamado expresamente!

—El dijo que había sentido gritos y que se presentó para ver si podía ayudar al enfermo en algo.

—Para ayudar, ¿eh? — dijo Allan sintiendo sospechas, — y ocurrió algo más antes de que nosotros llegáramos?

—Sí, pues Smith estaba diciendo en lenguaje bien comprensible: ellos no se han ido todavía! ¡Ellos no se han ido todavía!

—¿Sí? ¿Y dijo eso en inglés?

—En inglés y yo lo oí perfectamente. Cuando llegué a su lado, estaba temblando violentamente, como poseído del pánico más intenso.

—Eso me hace creer que el hombre está loco, pues no hay nadie más que nosotros a bordo. — Allan se detuvo sonriendo de improviso, y dirigiéndose al misionero, le dijo:

—Hemos corrido, alarmados por la pesadilla de un enfermo. Volvamos a nuestro trabajo.

Pero una vez en la cubierta, Allan comenzó a sentirse muy poco satisfecho con la explicación suministrada por el mismo. Y cuando más pensaba, se hacía el asunto más inexplicable. Si Kiang buscaba algo escondido en el camarote, había elegido el momento más favorable para introducirse subrepticiamente en él, pues Smith dormía la siesta, y Marie permanecía en la cabina de al lado.

Mientras buscaba, podía haber despertado a Smith accidentalmente y viéndose atrapado, manifestó que acababa de llegar, atraído por los gritos del enfermo. ¿Pero qué buscaba el piloto en aquel camarote? ¿Y si no había sido Kiang, qué era lo que había despertado y aterrorizado a Smith?

Esta era de las cosas inexplicables que habían ocurrido desde la llegada del velero. Pero Allan tenía la esperanza de que Kiang o cualquier otro volvería a las andadas tan pronto como pudiera. Y el joven determinó ofrecerle la oportunidad esa misma noche. Est-ba seguro que el o los misteriosos merodeadores permanecerían tranquilos hasta la medianoche. Más tarde, creyendo a Allan entregado a un sueño profundo, tratarían de volver a la cabina.

Por consiguiente, cuando Allan fué relevado por el piloto a media noche, afectó hallarse muy cansado, y bostezó varias veces. Se dirigió a su camarote y cualquiera que hubiera escuchado a la puerta, se hubiera figurado que nuestro héroe se había desnudado y acostado.

Allan estaba realmente acostado, pero completamente vestido y con su pistola y una linterna eléctrica en las manos. No tenía más que dar un salto y llegaría a la puerta, listo para descubrir el misterio. Pero a los pocos minutos, se dió cuenta de que había hecho un error al recostarse en la cama, pues le costaba mucho permanecer despierto. Se encontró luchando desesperadamente contra el sueño, que lo estaba venciendo rápidamente. No debía haberse acostado, pero ahora no podía moverse, pues el más ligero ruido echaría a perder sus planes

VI

NO pudo precisar el momento exacto en que se durmió, pero de pronto se despertó, escuchando con toda atención y conteniendo el aliento. No vió ni sintió nada, pero su sexto sentido le avisaba que un misterioso peligro le amenazaba dentro del camarote mismo!

Inmóvil permaneció durante un minuto, tratando de determinar qué lo había despertado. Entonces sus oídos percibieron un leve sonido y vió que una sombra se movía. Fuera lo que fuera, estaba en aquel rincón del camarote donde estaban los armarios que contenían las armas.

Apuntando con su linterna y pistola al sitio donde había percibido el movimiento, Allen encendió la linterna instantáneamente y sin hacer ruido. Al siguiente instante, maldijo su descuido, pues la lámpara no se había encendido: posiblemente tenía algo roto o la pila estaba gastada y él no la había probado antes. Ahora le había fallado y en cambió el ruido del revólver había hecho un ruido que se había sentido claramente en el silencio de la noche.

Era imposible que este ruido no hubiera sido sentido, y antes de que tuviera tiempo de pedir auxilio o encender la luz, el misterioso enemigo ya habría tenido tiempo de escapar. Allan saltó de su camastro hacia el rincón que había tratado de iluminar, con su pistola lista para aplicar unos culatazos al huésped inesperado.

Su salto terminó muy pronto, pues chocó violentamente contra algo que estaba a menos de cinco pies de distancia. La pistola se escapó de entre sus dedos y fué a caer en un rincón y al momento siguiente, Allan estaba luchando con un cuerpo extraordinariamente fuerte y ágil.

Pero al menos era un cuerpo humano: sen-

tía el contacto de la carne y percibía la respiración del otro, mientras ponía en juego fuerzas asombrosas. Pero en vez de tener al intruso a su disposición por haberle atacado imprevistamente, los hechos ocurrieron al contrario: era Allan el que luchaba por librarse del otro. Aunque era fuerte se encontraba indefenso ante el poder de su contrincante. El brazo con el que Allan había apresado al intruso, fué apartado a un lado con sorprendente facilidad y Allan fué empujado hacia el suelo con violencia. En un momento más, el desconocido escaparía.

—¡Reverendo! Una luz, pronto! ¡Aquí en el camarote! — gritó con todas sus fuerzas. — Y desesperadamente trató de inmovilizar a su adversario, apresándolo fuertemente. Usando todas sus fuerzas, logró impedir que se escapara. Pidió auxilio de nuevo, pero en vez del misionero llegó Marie Randall. De pronto se abrió la puerta y llegó ella con la lámpara en una mano y el revólver cargado en la otra.

—¿Qué pasa? — exclamó Marie, — ¿qué ocurre, Allan?

Pero Allan no le contestó; aprovechando la luz buscó el punto débil de su adversario echándole la zancadilla y empujándolo al mismo tiempo, lo volteó de espaldas, cayendo él arriba. Y cuando lo estaba sujetando, lo reconoció, asombrado: el hombre era Smith, el supuesto demente.

Evidentemente, el golpe que se había dado al caer, lo había aturdido, pues se resistía débilmente. Viendo que presentaba los mismos síntomas de locura que otras veces, Marie se ocupó de calmarlo consiguiéndolo al poco rato.

—Sentí que alguien andaba rondando por aquí, y esto es lo que encuentro cuando llega la luz!

Ahora que todo se había aclarado, el asunto parecía una tontera hecha por el enfermo. Pero al mirar hacia los cajones del armario, Allan vió que estaban abiertos.

Pero a las dos de la mañana, no es la hora más apropiada para hacer investigaciones, especialmente teniendo que cuidar al enfermo quien se retorcía a causa de la excitación sufrida.

—Creo que todo fué una equivocación de parte mía, — dijo Allan. — Soñé que veía alguien, y en la oscuridad tropecé con el pobre Smith. Volvamos a acostarnos de nuevo.

Después que los demás se fueron, Allan volvió a atrancar la puerta cuidadosamente. Allan se preguntaba incesamentemente qué buscaba Smith en los cajones. Por fin logró dormirse, pero cuando se levantó a la mañana, estaba casi tan cansado como en la noche anterior.

Después del desayuno, se dedicó a investigar lo que había sido revuelto por el visitante nocturno. Pero aparte de haber abierto los cajones, no encontró señal alguna de que el intruso hubiera estado allí. Kiagn y los demás malayos parecían inocentes, y no daban muestras de haberse enterado que hubiera ocurrido algo anormal.

Allan le preguntó al timonel que había estado de guardia durante la noche, si había notado algo anormal y el hombre le replicó que no.

Lo que había ocurrido irritó al joven, pues no tenía explicación posible, y aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para bajar a su camarote a fin de descansar un rato. Pero en el camino se encontró con Marie Randall, quien le dijo:

—¿Qué es lo que tiene usted guardado en su cabina, capitán? ¿Qué es lo que buscan?

—¿Eh? — Allan no podía creer a sus oídos. — ¿Quiere usted decir que hay algo escondido en mi cabina?

—¡Claro que sí! Debe ser algo muy importante. Y yo no creo que fuera el pobre Smith quien trató de registrar su habitación. Debe haber sido alguna otra persona, la que después empujó a Smith adentro a fin de confundirnos.

Allan quedó asombrado al darse cuenta de que la muchacha tenía exactamente la misma teoría que él. Y recordó también lo serena que estaba cuando entró en el camarote llevando la lámpara y un revólver.

Pero así y todo, no admitió en seguida que su opinión era la misma.

—Era Smith el que luchaba conmigo cuando usted llegó con la luz, — le respondió.

—Eso es cierto, pero usted cree que quien lo despertó fué Kiang o algún otro de los malayos.

Ella lo miró fijamente a los ojos y él asintió.

—Sí. Yo estaba convencido de que Kiang me iría a visitar y le preparé una trampa, pero ésta fracasó porque mi linterna eléctrica no se encendió a tiempo.

Al darse cuenta Allan de lo inteligente que era la muchacha, y de que ésta podría ayudarlo mucho, le refirió todos sus planes, los que élla escuchó muy interesada.

Cuando él concluyó su relato, Marie le dijo:

—Pudo haber sido Smith, pero yo desconfío del piloto. Hay algo en sus ojos que me inspira desconfianza.

—Sin embargo, podría haber sido Smith, — repuso Allan; — al fin y al cabo, nada sabemos de él, excepto que llegó misteriosamente y al parecer loco por las privaciones que había pasado.

—¿Y usted no cree que realmente esté loco?

—No estoy seguro, pues para un hombre listo es sumamente fácil fingir estar loco, hasta conseguir lo que desea.

Ella permaneció silenciosa durante unos instantes y después le repuso.

—Creo que esa teoría es equivocada, pues lo he examinado con atención durante varios días cuando él no se daba cuenta de que yo lo miraba, y no creo que fuera tan buen actor como para representar su papel de lo-co con la perfección que lo ha hecho.

Allan sacudió la cabeza.

—¿Quién sabe? Han ocurrido varias cosas extrañas en este buque. En primer lugar, apareció el buque abandonado y con un cargamento muy valioso a bordo. Y el apuro con que fué abandonado, dejando todos los aparatos...—Allan se interrumpió en mitad de la frase.

—Y dos hombres muertos en el camaro-

te,— dijo ella con calma. — Yo lo sabía.

—Yo no deseaba decírselo, — exclamó él. — No deseaba atemorizarla con esa historia.

—Todo el mundo lo sabía en la isla dos horas después que fueron traídos a tierra, — dijo Marie. — ¿Y por qué iba eso a atemorizarme? Supongo que usted no me creerá supersticiosa como son los nativos.

—No, pero su padre creía que habrían fallecido a causa de una enfermedad infecciosa, y eso podría intranquilizarla.

—Si hubiera sido así, tendría confianza en la desinfección hecha fumigando el buque. Y también Mr. Mac Gregor estaba convencido de que no habían muerto de enfermedad. ¿De qué cree usted que fallecieron esos dos hombres?

—No sé, y daría algo por estar enterado. Todo lo que sé es que encontré un velero en perfectas condiciones, y abandonado. Dos hombres muertos a bordo. Hasta el capitán huyó, quién sabe adónde.

—¿Cómo sabe que el capitán huyó? — le preguntó Marie.

—Y eso es evidente. Todas sus cosas quedaron desparramadas en su camarote, atestiguando una fuga precipitada.

—Pues yo estoy segura de que no fué así, — le replicó la muchacha. — Todas las cerraduras de los cajones han sido forzadas, en vez de abiertas con sus llaves. Y cuando un hombre está apurado, le resulta más rápido abrir las cerraduras normalmente, en vez de violentarlas. ¡Venga y mire!

Y le enseñó al asombrado Allan lo que él no había notado: muestras evidentes de que las cerraduras habían sido violentadas con algún instrumento puntiagudo.

—Ciertamente han sido forzadas, — exclamó Allan; — eso explica el abandono del sextante y el cronómetro. Pero quiere decir que probablemente el capitán fué asesinado antes de que la tripulación abandonara el buque. Fué muerto para que los amotinados tuvieran oportunidad de buscar algo en el camarote, sin que los molestaran.

—Eso es lo que yo había pensado, — replicó la muchacha muy excitada, — y debe haber sido algo de mucho valor para que llegaran a estos extremos.

—Pero eso no explica que hayan abandonado el buque después, — protestó Allan;— podían haber vendido la carga en cualquier isla de los alrededores.

—No hay explicación razonable qué se ajuste a huir del buque, pero a lo mejor otro velero pasaba cerca, y se fugaron antes de que sospecharan de ellos; otra teoría es que escaparon llenos de terror ante la muerte de sus dos compañeros. Usted sabe que los nativos de estas islas son ignorantes y supersticiosos.

—¡Eso es! ¡Creo que ha acertado usted con la verdad! Mueren dos de ellos, de una manera misteriosa, y los demás atribuyen el deceso a los malos espíritus, y huyen llenos de pánico. La única incógnita para resolver es: ¿de qué han fallecido?

—No sé, pero creo firmemente que los amotinados no encontraron lo que buscaban. ¡Y eso es lo que busca Kiang ahora!

—Lo más inexplicable de todo, es que cuando subí a bordo, el buque había sido abandonado hacía quince o veinte horas; sin embargo, en la cocina encontré una taza de té, que todavía estaba caliente.

—¡Pero eso es imposible! — le replicó ella mirándolo con incredulidad. — Mi opinión es que su imaginación fué la culpable de eso.

VII

FUE imposible para Allan hacer creer a los demás el episodio de la taza de té caliente, y al fin comenzó a dudar de sí mismo, y a pensar que había sido una ilusión Lo único que le quedaba por hacer era vigilar a Kiang y cualquier otro de a bordo que estuviera interesado en abrir cajones cerrados.

La muchacha y Allan llegaron a la conclusión de que los indígenas habían estado a la busca de dinero, probablemente figurándose que el capitán Jordan guardaba sus ahorros de veinte años de trabajo en el camarote.

Después de esto, Allan subió a cubierta para relevar al misionero. No había nubes en el cielo y el sol parecía un fuego, convirtiendo a todo el buque en un horno. Al llegar la noche Allan tomó la primer guardia después de la cena hasta la media noche. Pero antes de subir a la cubierta, le advirtió a Marie Randall: — Cierre su puerta bien y tenga una pistola a mano. Si oye algún ruido asegurése de no abrir la puerta antes de saber quien está afuera.

Ella se lo prometió, pero solo a medias pues, no quiso comprometerse a todo lo que Allan le pedía, limitándose a asegurarle que estaría alerta. De manera que el joven se decidió a hablar al misionero y le dijo: — Reverendo, deseo que cuando yo esté en la cubierta, usted cierre la puerta que da arriba y no la abra hasta que yo golpee y le pida que me la abra.

El Rerevendo le respondió asombrado: — ¿Pero es que hay algún peligro?

—¡Oh, no! Pero es una medida de precaución por si hay ladrones entre la tripulación — le repuso Allan. Y cuando llegó a la cubierta, esperó hasta comprobar que la cerradura estaba bien cerrada. Ya satisfecho por ese lado, se mantuvo alerta durante su guardia y alejado de todos los tripulantes, llevando su revólver cargado, a la cintura.

Pero su guardia transcurrió sin alarma alguna y a la media noche, fué abajo mientras el misionero lo reemplazaba. Con la puerta cerrada de nuevo tras él, Allan se acostó vestido,estando cansado debido a qué no había dormido la noche anterior.

De pronto se despertó, estirando la mano automaticamente para apoderarse de la pistola que estaba debajo de la almohada. Pero solo era un rayo de luz de la linterna electrica de Marie Randall, lo que lo había despertado.

La muchacha estaba completamente ves-

tida, de pie en la puerta del camarote, y le dijo:

—Siento mucho haberlo despertado. Me dirigía a cubierta para tomar un poco de aire antes de que el sol caliente demasiado.

Allan exclamó: — Usted, no debe subir a cubierta sola y mucho menos en la obscuridad. Uno de nosotros debe acompañarla.

—Pero yo estoy armada con un revólver, — le replicó la muchacha.

Y en ese momento, en la parte de proa del buque se sintió un grito de dolor y terror mortal.

Lo mismo que estatuas, los dos permanecieron inmóviles escuchando.

—¡Por Dios! — exclamó Allan, — que es eso? Suena como si fuera alguien a quien estuvieran matando! — Decidiéndose de pronto, preparó su pistola para hacer fuego si era necesario, y corrió hacia el sitio de donde partían los gritos, diciéndole entretanto a Marie que despertara a su padre.

Saltó hacia la cubierta y un segundo después caía de bruces al tropezar con una cuerda extendida a la altura de sus tobillos. Al caer, la pistola se le escapó de las manos y quedó lejos de él. En ese momento, se dió cuenta de que había sido engañado. Aquel grito de terror era solamente una parte del plan para atraparlo en descubierto y a traición.

Pero su misma impetuosidad le había ayudado momentaneamente, pues el envión de su caída lo hizo caer más lejos de lo que sus enemigos esperaban y los hombres que trataron de aprisionarlo, no lograron agarrarlo. Y Allan, dándose cuenta instantáneamente de la situación, dobló un brazo debajo de su cuerpo al caer y dió varias vueltas sobre si mismo, gritando mientras tanto:

—¡Marie, cierra la puerta y atranquela! ¡Hay motín abordo! Apenas había tenido tiempo de pronunciar estas palabras, cuando sus asaltantes se arrojaron sobre él. No tuvo tiempo de levantar su pistola, pero comenzó a luchar desesperadamente con rodillas, codos y puños. Con sorpresa, notó que por lo menos momentáneamente, había quedado libre. No había más que cuatro nativos atacándolo, pero Allan se dió cuenta de que los demás estaban tratando de entrar en los camarotes.

Y de nuevo Allan volvió a gritar: — ¡La puerta! ¡Cierren la puerta de la cabina!

No podía ver lo que estaba ocurriendo allí, pero sintió muchas pisadas y tremendos golpes, que eran asestados a la puerta. Por lo menos, no habían sido sorprendidos por el ataque, y habían tenido tiempo de atrancarla.

Se dió cuenta de esto, pero en seguida varios hombres lo atacaron. Trató de defenderse, pero entre muchos lo abrumaron con su peso hasta derribarlo al suelo. En seguida numerosas cuerdas lo aprisionaron quedando atado codo con codo.

Pronto sintió la voz de Kiang, dando órdenes a los malayos. Dejando un hombre para vigilarlo, los demás corrieron hacia la proa del buque, volviendo pocos instantes después con un grueso y largo madero.

La intención de los amotinados, era evidentemente usar este madero como un ariete para derribar la puerta. Así y todo, no les sería muy fácil aprisionar a los demás, pues estaban armados y los atacantes tendrían que pasar por la entrecha puerta expuestos a los tiros de los defensores, quienes estarían a cubierto.

Y el motín no progresaba satisfactoriamente, pues Allan sintió dos tiros que venían desde dentro de la cabina, y uno de los malayos se tambaleó a la vista de Allan, oprimiéndose un hombro con la mano. Una bala del rifle lo había herido.

Durante unos minutos, hubo discusiones entre los malayos, y como estaba amaneciendo, Allan pudo muy pronto notar lo que estaban haciendo. Pero de improviso vió que varios hombres iban desapareciendo uno por uno, y dándose cuenta de lo que iban a hacer grito:

—¡La claraboya! — Van a entrar por la claraboya! — Una pesada mano cayó sobre su boca, silenciando sus palabras subitamente. Al mismo tiempo, varios isleños más penetraron por la claraboya.

Sonó un tiro y después se sintió el ruido de una lucha desesperada. Pronto se hizo un silencio siniestro.

Se abrió la puerta y varios malayos subieron a cubierta.

VIII

TRES de ellos levantaron a Allan y lo llevaron a su camarote. Toda la pelea había transcurrido en menos de quince minutos. El Reverendo y su hija estaban atados, pero no se veía ni rastro de Smith Y entonces Allan recordo el grito que había sentido y que lo había atraído a la cubierta; seguramente dicho grito había sido exhalado por Smith.

Se volvió hacia el piloto, quien lo miraba sonriendo ironicamente, y le preguntó: — ¿Dónde está el otro hombre blanco? Que han hecho con él?

Kiang repuso: — Yo no le hice nada, — los malos espíritus se lo han llevado.

—Usted quiere decir que se volvió loco y se arrojó al mar? — le interrogó Allan.

—El diablo se lo llevó — repuso Kiang enfáticamente — corrió por la cubierta y ahora no lo podemos encontrar por ningún lado.

Allan se volvió hacia Marie sin pronunciar palabra y ella le dijo:

—Me temo mucho que se ha matado: el ruido y los gritos lo asustaron y debe haberse arrojado al agua.

—Yo creí que lo mejor que podíamos hacer era defendernos en la cabina, — dijo el misionero, — pero nos atraparon viniendo desde arriba.

(Concluirá en el próximo número)

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino. ¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página 38.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

TARZAN DE LOS MONOS

QUINTA PARTE

EL TESORO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

LENTAMENTE alboreó en aquellos hundidos ojos que tan brillantes lucían en la cara arrugada y cubierta de cicatrices, la luz de un recuerdo. Tentando en lo pasado fué su memoria, hasta que por fin vino a acordarse de un cuadro borroso, débil y amarillento por el transcurso de los años. Era el cuadro de un muchacho flexible y de piel blanca, que saltaba de árbol en árbol con una tribu de grandes monos; y los viejos ojos parpadearon y asomó a ellos un terrible temor... el temor supersticioso del que cree en fantasma, espíritus y demonios.

Y por fin vino el momento en que el médico-brujo no dudó ya del resultado del duelo; pero su primer juicio se había subvertido, porque ahora pensaba que el dios de la selva mataría a Simba; y el viejo negro, al imaginar el destino que le amenazaba en manos del vencedor, se quedó aún más aterrado de lo que estaba ante la infalible y súbita muerte que le habría dado el león triunfante. Vió que la fiera se debilitaba por la pérdida abundante de sangre y sus miembros temblaban y se estremecían, y por fin que se derrumbaba al suelo para no levantarse más. Luego vió que el dios o el demonio de la selva se enderazaba junto al vencido enemigo, y plantando un pie sobre el cuerpo aún palpitante, alzaba el rostro a la luna y daba suelta a un grito aterrador que heló la sangre vital en las venas del médico-brujo.

CAPITULO IV

PROFECIA Y CUMPLIMIENTO

Luego Tarzán dedicó su atención al indígena. No había matado a Numa para salvarle, sino únicamente para vengarse del león: más ahora que veía al viejo tendido en el suelo y poco menos que moribundo, tocó su salvaje corazón algo parecido a la piedad. En su juventud habría matado al médico-brujo sin el menor escrúpulo de conciencia; pero la civilización ejercía sobre él su efecto suavizador, como lo hace sobre las naciones y razas con que se pone en contacto, aunque no había penetrado tanto en el espíritu de Tarzán que pudiera volverle cobarde ni afeminado. Vió que un anciano estaba allí sufriendo y muriéndose, y se agachó para examinar sus heridas y restañar su sangre.

—¿Quién eres tú? — preguntó el anciano con voz temblorosa.

—Yo soy Tarzán... — replicó el interpelado con no menor orgullo con que habría respondido: — Soy John Clayton, lord Greystoke.

El médico-brujo se estremeció convulsivamente y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir se traslucía en ellos la resignación al horrible destino que le esperaba en manos de aquel temido demonio de los bosques.

—¿No me matas? — preguntó.

—¿Por qué te voy a matar? — contestó Tarzán. — Tú no me has hecho ningún daño, y así como así ya estás muriéndote. Te ha matado Numa, el león.

—¿Tú no me matarías? — insistió el anciano, con sorpresa e incredulidad que vibraban en los acentos de su temblorosa voz.

—¡Al contrario, te salvaría si pudiera! — replicó Tarzán; — pero no es posible. ¿Por qué te figurabas que te iba a matar?

Un momento permaneció en silencio el médico-brujo. Y cuando se decidió a hablar.

se vió que hacía evidentes esfuerzos por acopiar valor.

—Te conocía de antiguo, — dijo, — cuando recorrías la selva en el país de Mbonga, el jefe. Yo era ya médico-brujo cuando mataste a Kulonga y a los demás, y cuando saqueaste nuestras chozas y nos volcaste el caldero de veneno. Al pronto no te recordaba. Pero al fin he hecho memoria: eres el muchacho de piel blanca que vivía con los monos peludos y hacía imposible la vida en la aldea de Mbonga el jefe; el dios de la selva; el Munango-Keewati a quien poníamos de comer fuera de nuestras puertas, y que iba a recoger la comida. Dime una cosa antes que muera: ¿eres un hombre o un demonio?

Tarzán rompió a reír.

—Soy un hombre, — dijo.

El anciano suspiró y meneó la cabeza.

—Has tratado de salvarme de Simba, — dijo, — y por eso te voy a recompensar. Yo soy un gran médico-brujo. ¡Escúchame, hombre blanco! Veo que te esperan días muy malos. Está escrito así en mi propia sangre, que me he untado en la palma de la mano. Un dios más grande aún que tú se elevará para derribarte. Vuélvete atrás, Munango-Keewati, vuélvete atrás antes que sea demasiado tarde. El peligro te acecha por delante y por la espalda; pero el de adelante es el peligro mayor. Yo veo...

Detúvose y exhaló un largo y dificultoso resuello. Luego se hizo un ovillo y expiró. Tarzán se preguntó qué más habría visto el médico-brujo.

Era ya muy tarde cuando el gigante blanco volvió a entrar en la "boma" y se tendió entre sus guerreros negros. Nadie le había visto marcharse ni nadie lo vió volver. Pensó Tarzán en el aviso del viejo médico-brujo antes de quedar dormido, y volvió a la misma idea al despertar; pero no se tornó atrás porque no sabía lo que era miedo; aunque si hubiera barruntado lo que aguardaba a la persona a quien más quería en el mundo, se habría lanzado a escape por entre los árboles al lado de ella, dejando que el oro de Opar quedara por siempre oculto en la cámara que lo almacenaba.

Detrás de él, aquella mañana, otro hombre blanco meditaba sobre algo que había oído durante la noche, y estaba a dos dedos de renunciar a su proyecto y de desandar lo andado. Era Werper, el criminal, quien en la calma nocturna había oído, a gran distancia en el sendero, un ruido que llenaba de terror su corazón cobarde; un sonido que no había escuchado en toda su vida, y que no creía, — tan espantoso era — que pudiera brotar de los pulmones de un ser creado por Dios. Había oído el grito de victoria de los monos machos, proferido por Tarzán a la faz de Goro, la luna; y al oírlo se había tapado con las manos la cara, lleno de pavura; y ahora, a la plena luz del nuevo día, volvió a temblar al recordarlo, y se había vuelto atrás para apartarse del ignoto peligro que parecía encerrar el eco de aquel espantoso grito, de no ser porque aún tenía más miedo a Achmet Zek ,su amo.

Y así Tarzán siguió avanzando en dirección a los desmoronados baluartes de Opar. Detrás de él, como un chacal, se escurría Werper. Y sólo Dios sabía lo que le estaba destinado a cada uno de ellos.

En el borde de un desolado valle, dominando las cúpulas y alminares dorados de Opar, Tarzán hizo alto. Por la noche iría solo a la cámara del tesoro, reconociendo el terreno, porque tenía determinado que todos sus pasos en aquella expedición se ajustaran a la mayor cautela.

Al caer de la noche partió a su objeto, y Werper, que había escalado solo los riscos, siguiendo a la partida de lord Greystoke, y ocultándose de día entre los enormes picachos de la cima de la montaña, se deslizó furtivamente detrás de él. La llanura cubierta de rocas que se extendía entre el lindero del valle y el enorme peñasco de granito, que fuera el de las murallas de la ciudad, cercaba la entrada del pasadizo subterráneo a la cámara del tesora, dió al belga abundantes escondites mientras seguía a Tarzán hasta Opar.

Vió que el gigantesco aristócrata trepaba agilmente por la superficie de la ingente roca. Werper, temblando de pies a cabeza durante la peligrosa ascensión, sudando de terror, paralizado casi por el miedo, pero espoleado por la avaricia, lo siguió hacia arriba, hasta que al fin se halló en la cúspide de aquella montaña de granito.

No se veía Tarzán por ninguna parte. Un momento estuvo Werper escondido detrás de una de las rocas más pequeñas esparcidas en la cúspide de la piña; más no viendo ni oyendo al inglés por ningún lado, se deslizó fuera de su escondite para emprender un registro sistemático de sus alrededores, movido por la esperanza de descubrir la situación del tesoro con bastante tiempo para huir antes de la vuelta de Tarzán; porque el deseo del belga era únicamente dar con el oro, para poder volver tranquilamente con sus secuaces, una vez que partiera lord Greystoke, y llevase todo lo que pudieran transportar.

Encontró la estrecha hendidura que conducía hacia el corazón del peñasco, por unos desgastados escalones de granito, y avanzó casi hasta la negra boca del túnel en el cual desaparecía el pasillo, pero allí se detuvo, temiendo entrar y encontrarse con Tarzán de regreso.

El Tarmangani, muy delante de él, cruzó a tientas el pétreo corredor hasta que llegó a la antigua puerta de madera. Un momento después se hallaba dentro de la cámara del tesoro, donde, en remota fecha, unas manos muertas hacía siglos arreglaron las altas hileras de preciosos lingotes, por orden de los que mandaban en el gran continente que hoy está sumergido bajo las aguas del Atlántico.

Ni un sonido interrumpía el silencio de la subterránea habitación. No había la menor muestra de que otro hubiera descubierto el olvidado tesoro desde que nuestro héreo visitó por última vez aquel escondite.

Satisfecho, Tarzán dió media vuelta y se

volvió por el mismo camino hacia lo alto del peñasco. Werper amparado por una prominente roca de granito, le vió salir desde las sombras de la escalera y adelantarse hacia el borde de la colina que miraba al lindero del valle. Allí los waziris esperaban una seña de su amo. Entonces Werper salió cautelosamente de su escondite, se hundió en la densa obscuridad de la entrada y desapareció.

Tarzán, deteniéndose en el borde de la montaña, alzó la voz imitando el atronador rugido del león. Dos veces, a intervalos regulares, repitió la llamada y permaneció en atento silencio varios minutos, así que hubieron expirado los ecos de su tercer rugido. Y al fin, desde el otro confín del calle, respondió débilmente un rugido semejante, una dos y tres... Basuli, el cabecilla de los waziris, había oído a Tarzán y le contestaba.

El gigante blanco volvió a dirigirse hacia la cámara del tesoro, sabedor de que al cabo de pocas horas sus negros estarían con él, dispuestos a llevarse otra fortuna en los áureos lingotes de extraña forma cogidos en Opar. Entre tanto él subiría a la cúspide de la montaña toda la cantidad del precioso metal que pudiera.

Seis viajes hizo en las cinco horas que tardó Basuli en llegar a la montaña de granito, y al cabo de ellos tenía transportados cuarenta y ocho lingotes al borde del enorme peñasco, pues había llevado en cada viaje una carga que habría hecho vacilar a dos hombres corrientes; y sin embargo, su gigantesco cuerpo no mostraba síntomas de fatiga cuando ayudó a sus guerreros de ébano a subir a la cúspide de la montaña, con la cuerda de que al efecto iba provisto.

Seis veces había vuelto a la cámara del tesoro y otras seis veces Werpes, el belga, se agazapó en las negras sombras en el extremo más distante del amplio aposento. Una vez más se presentó lord Greystoke, pero entonces acompañado de cincuenta hombres de lucha, convertidos en portadores por amor al único ser del mundo que podía imponer a su naturaleza feroz y altiva la ejecución de un servicio tan vil. Cincuenta y dos lingotes más salieron fuera de la cámara, formando el total de ciento que Tarzán pensaba llevarse.

Cuando el último de los waziris desapareció de la cámara, Tarzánse volvió atrás para echar el postrer vistazo a la fabulosa fortuna en la cual sus dos saqueos no habían producido menoscabo apreciable. A la luz de la única vela que llevaba para su intento, y cuya vacilante llama proyectaba, en la impenetrable oscuridad de la cámara subterránea, los primeros rayos de claridad que la acorralaban después de innumerables siglos, desde que quedó olvidada de los hombres, la mente de Tarzán volvió a recordar la primera vez que entró en la cámara del tesoro, dando con ella por casualidad al huir de los pozos de debajo del templo, donde le había escondido La, la suma sacerdotista de los adoradores del sol.

Recordó la escena en el interior del templo, cuando lo tenían tendido en el altar de los sacrificios, en tanto que La, puñal en alto, se erguía sobre él, y la fila de sacerdotes y sacerdotisas esperaba, con el histérico éxtasis del fanatismo, la aparición de las primeras gotas de sangre caliente de la víctima, para llenar sus vasos de oro y beber a la gloria de su Dios Llameante.

La brutal y cruenta interrupción de Tha, el sacerdote loco, pasó vívamente ante el recuerdo de Tarzán que revivió, también la fuga de las sacerdotistas ante la insana sed de sangre de la terrible criatura, el brutal ataque de La, y la parte que él tuvo en la pavorosa tragedia, cuando peleó con el enfurecido habitante de Opar y lo dejó muerto a los pies de la sum asacerdotisa a quien había querido profanar.

Estas y muchas cosas más pasaron por la memoria de Tarzán mientras contemplaba las largas hileras del metal amarillo. Preguntóse si La gobernaría aún en el templo de la arruinada ciudad cuyas desmoronadas murallas se alzaba en torno de los mismos cimientos que lo rodeaban. ¿Se habría visto finalmente forzada a unirse a uno de sus grotescos sacerdotes? Parecía un destino espeluznante en extremo para un ser tan hermoso. Meneando la cabeza Tarzán se acercó a la vacilante bujía, apagó sus débiles rayos y se volvió hacia la salida.

El espía, detrás de él esperaba que se marchase. Había descubierto el secreto en cuya busca iba, y ya podía regresar tranquilamente al lado de sus secuaces, para volver con ellos a la cámara del tesoro y llevarse todos los lingotes que sus fuerzas les permitieran.

Los waziris habían llegado al extremo exterior del túnel, y estaban subiendo hacia el fresco aire y la amorosa luz de las estrellas que bañaba lo alto de la colina, antes que Tarzán sacudiera los ensueños que le habían detenido, y echara a andar lentamente hacia ellos.

De nuevo, y según pensaba, por última vez, cerró la maciza puerta de la cámara. Detrás de él, en la oscuridad, Werper se levantó y estiró sus entumecidos músculos. Extendió una mano y acarició amorosamente el lingote de oro de la hilera que tenía más próxima. Lo levantó de su sitio secular de reposo, y lo sopesó cuidadosamente. Luego se lo llevó al corazón en un rapto de avaricia.

Tarzán soñaba con el feliz regreso a su casa, que le parecía inmediato, con los amorosos brazos que había de ceñirse a su cuello, y con la suave mejilla que se apretaba contra la suya; pero vino a disipar este sueño el recuerdo del viejo médico-brujo y su advertencia.

Y de pronto, en el espacio de unos breves segundos, las esperanzas de los dos hombres se vinieron a tierra. El uno se olvidó hasta de su codicia en el paroxismo de su terror; el otro cayó en el olvido total de lo pasado por la herida de un afilado fragmento de roca que le abrió una espantosa brecha en el cuero cabelludo.

CAPITULO V

EL ALTAR DEL DIOS LLAMEANTE

Fué en el momento en que Tarzán se apartaba de la cerrada puerta para proseguir su camino al mundo exterior. El cataclismo ocurrió sin aviso previo. Un instante todo era calma y estabilidad; al instante, el mundo entero se estremeció; los tortuosos lados del estrecho callejón se cuartearon y desplomaron; grandes bloques de granito, desprendidos del techo, se derrumbaron en el estrecho camino, cegándolo, y las paredes se inclinaron hacia adentro al ocurrir la catástrofe. Cuando recibió el golpe del fragmento de roca, Tarzán se tambaleó, hacia atrás contra la puerta de la cámara del tesoro la abrió con el peso de su cuerpo, y éste rodó al suelo en el interior.

En la gran habitación del tesoro había causado menos daños el terremoto. Unos cuantos lingotes cayeron de las filas altas, un solo pedazo del peñascoso techo se desprendió y cayó al suelo, y las paredes se rajaron, pero sin llegar a derrumbarse.

No hubo más que un temblor de tierra, sin que le siguiera otro para completar el daño ocasionado por el primero. Werper, derribado al suelo cuan largo era por lo repentino y violento del terremoto, se puso en pie vacilando cuando se encontró ileso. Tentando el camino hacia el otro extremo de la cámara, buscó la vela que Tarzán había dejado, sujeta por su propia esperma en el extremo saliente de un lingote.

A fuerza de encender fósforos encontró al fin el belga lo que buscaba, y cuando, un momento después, los enfermizos rayos de la vela aliviaron la negrura de tinta que lo rodeaba, el belga profirió un suspiro de consuelo, porque la impenetrable oscuridad aumentaba los terrores de su situación en aquel antro.

A medida que los fué acostumbrando a la luz, los ojos de Werper se dirigieron a la puerta, pues ya su única idea era la de escaparse cuanto antes de aquella horrible tumba; y al mirar vió el cuerpo del desnudo gigante que yacía en el suelo precisamente al través de la puerta. Werper retrocedió con súbito temor a que lo descubrieran; pero la segunda mirada lo convenció de que el inglés estaba muerto. Brotando de la ancha herida de su cabeza, un charco de sangre se había acumulado en el suelo de cemento.

Rápidamente saltó el belga sobre el cuerpo de su ex huésped, y sin pensar siquiera en socorrer a aquel hombre, que aun podía conservar un resto de vida, se lanzó hacia el pasadizo en busca de la seguridad.

Más pronto se vieron defraudadas sus renovadas esperanzas. Al otro lado de la puerta se encontró el túnel completamente destruído y cegado por impenetrables masas de rocas destrozadas. Una vez más volvió a entrar en la cámara del tesoro. Tomó la vela de su sitio y empezó a registrar sistemáticamente el aposento; y no había avanzado mucho cuando descubrió otra puerta en el extremo contrario. La puerta giró al peso de su cuerpo, haciendo crujir los goznes. Al lado de allá vió el ex teniente otro pasillo estrecho, y por él se encaminó. Subió un tramo de escalones hasta otro corredor que se abría a veinte pies sobre la superficie del primero. La vacilante vela le alumbraba el camino, y un momento más tarde dió Werper gracias al cielo por la posesión de aquel tosco y anticuado luminar, que, pocas horas antes, habría mirado con desprecio; porque le reveló, en el preciso momento, un agujero en el suelo que al parecer ponía fin al túnel que atravesaba.

Ante sí tenía Werper un pozo circular. Levantó la vela sobre su cabeza y miró hacia abajo. Muy en el fondo vió la luz leflejada en la superficie del agua. Levantó de nuevo la vela, miró al través del espacio vacío, y entonces vió en el lado opuesto la continuación del túnel. Pero, ¿cómo podría salvar aquel abismo?

Mientras estaba midiendo con los ojos la distancia hasta el otro lado, y preguntándose si se atrevería a dar un salto tan peligroso, llegó a sus obresaltados oídos un grito penetrante, que disminuyó poco a poco hasta terminar en una serie de tristes gemidos. La voz parecía en parte humana, pero era tan horrible que bien parecía proceder de la torturada garganta de un alma en pena que esperara los fuegos del infierno.

El belga se estremeció y miró temerosamente hacia arriba, porque de lo alto parecía haber llegado aquel grito. Y al hacerlo vió una abertura muy por cima de sus cabeza, y un pedazo de cielo tachonado de brillantes estrellas.

Su primer intento, apenas formado, de gritar en demanda de auxilio, quedó olvidado al escuchar el grito aterrador, porque donde sonaba aquella voz no podían morar criaturas humanas. No se atrevía Werper a revelar su presencia a los habitantes que pudieran haber encima de él. Maldíjose por la necedad que le había hecho embarcarse en semejante aventura. Deseaba verse de nuevo en seguridad en el campamento de Achmt Zek y hasta habría aprovechado una ocasión para entregarse a las autoridades militares del Congo, si de esta manera podría salvarse del espantoso predicamento en que a la sazón se hallaba.

Escuchó lleno de miedo, pero el grito no se repitió; y al fin, espoleado por su situación al empleo de remedios heroicos, se recogió para dar el salto al través del abismo. Retrocedió veinte pasos, tomó carrera, y al llegar al borde del pozo brincó hacia adelante en su conato de alzanzar el extremo opuesto.

Llevaba en la mano la chisporroteante bujía, y al dar el salto la apagó la ráfaga de aire. En completa oscuridad se lanzó Werper al espacio, extendiendo los brazos para agarrarse a cualquier sostén si sus pies no llegaban al invisible borde del pozo.

Con las rodillas tocó en el mismo filo de suelo en el extremo opuesto de la terminación del túnel; se escurrió hacia atrás, se agarró un instante a la desesperada, y por

fin quedó quieto, medio dentro y medio fuera del abismo, pero estaba en salvo. Durante varios minutos no se atrevió a moverse, sino que continuó aferrado, débil y sudando, en el mismo sitio de su caída. Por fin, cautelosamente, se enderezó, penetro ne el túnel, y de nuevo se tendió en el cuelo cuan largo era, luchando por recobrar el dominio de sus sacudidos nervios.

Cuando sus rodillas tropezaron con el borde del túnel había dejado caer la vela. De pronto, esperando contra toda esperanza que hubiera quedado en el suelo del corredor, en lugar de precipitarse a lo hondo del pozo, se levantó a gatas y comenzó a buscar diligentemente á tientas el menudo cilindro de sebo, el cual le parecía ya infinitamente más precioso que toda la fabulosa fortuna de los lingotes almacenados en Opar.

Y cuando por fin la encontraron sus manos, la agarró fuerte y se volvió a dejar caer sollozando y exhausto de fuerzas. Muchos minutos permaneció allí tembloroso y destrozado; pero finalmente se sentó en el suelo, y con una cerilla encendió el cabo de vela que le quedaba. Una vez que tuvo luz le fué más fácil dominar los nervios, y no tardó en encaminarse otra vez túnel adelante, en busca de una salida de salvación. El horrendo grito que llegó a sus oídos desde arriba, por el antiquísimo pozo, le perseguía todavía como un fantasma, de tal suerte que temblaba de pavura aun al sentir sus propios pasos en su cauteloso avance.

Poco trecho había adelantado cuando vió con horror que una pared de mampostería cerraba su ulterior progreso, pues obstruía el túnel completamente, de arriba abajo y de un lado a otro. ¿Qué podía sinificar aquello? Werper era hombre instruído e inteligente. Su educación militar le había enseñado a emplear el juicio para los fines a que estaba destinado. Un túnel sin salida como aquél era cosa descabellada. Debía de continuar forzosamente al otro lado del muro. Alguien, en cualquier tiempo pasado, lo había mandado condenar, con algún fin que él no sabía. El ex teniente se puso a examinar el muro a la luz de la vela, y con gran alegría observó que los pequeños bloques de piedra tallada que lo componían estaban simplemente encajados uno encima de otro, sin mortero ni argamasa. Apretó uno de ellos, y con alborozo vió que lo podía desprender fácilmente. Uno tras otro fué quitando los bloques, hasta dejar una abertura lo bastante grande para dar paso a su cuerpo; y entonces se arrastró por ella hasta una cámara espaciosa y baja de techo. Al otro lado se encontró con una puerta que le cerraba el camino; pero también cedió a sus esfuerzos, porque no estaba atrancada. Un pasillo largo y oscuro se abría delante de él; más antes de haber avanzado mucho, el cabo de vela se agotó hasta quemarle los dedos. Lanzando un terno lo tiró al suelo, donde chisporroteó un momento y se apagó.

Quedó Werper en absoluta oscuridad, y de nuevo el terror invadió su espíritu. No podía adivinar qué otros abismos y peligros tenía delante; más estaba dispuesto a creer que se hallaba más lejos que nunca de la libertad; tan deprimente es la carencia absoluta de luz para quien se halla en terreno desconocido.

Lentamente y a tientas prosiguió el camino, rozando con las manos las paredes del túnel y arrastrando cuidadosamente los pies antes de dar un paso hacia adelante. No le era posible calcular cuánto tiempo anduvo de esta suerte; más al fin, pensando que la longitud del túnel era interminable, y agotado por los esfuerzos, por el terror y por la falta de sueño, resolvió tenderse y descansar antes de seguir avanzando.

Cuando despertó no había sobrevenido cambio alguno en la oscuridad que le rodeaba. Lo mismo podía haber dormido un segundo que un día entero; no lo sabía. Pero que debía de haber sido bastante tiempo era evidente, a juzgar por el hecho de que se sentía más fresco y con hambre.

De nuevo comenzó su avance a tientas; mas esta vez no había recorrido sino un breve trayecto cuando salió a una habitación, iluminada en el techo por una abertura, desde la cual un tramo de escalones de cemento bajaba hasta el mismo suelo de la cámara.

Encima, por aquel hueco, Werper vió la luz del sol entre macizas columnas, con las que se entrelazaban plantas trepadoras; pero no oyó más rumor que el suspiro del viento entre ramas pobladas de hojas, los roncos gritos de algunas aves y el parloteo de unos micos.

Audazmente echó escalera arriba, y vino a encontrarse en un patio circular. Delante de él se alzaba un altar de piedra, manchado de pardo de orín. En el primer momento no pensó Werper en buscar la explicación de aquellas manchas; pero más tarde su origen se presentó claro y aparente a su aterrado espíritu.

Además de la abertura del suelo, situada precisamente detrás del altar, y por la cual acababa de entrar en el patio desde la cámara subterránea, el belga descubrió varias puertas al nivel del pavimento. Encima, y rodeando el recinto veíanse una serie de balcones abiertos. Corrían micos por las abandonadas ruinas, y pájaros de vistosos plumajes volaban por entre las columnas y galerías de arriba; pero no se divisaba el menor signo de la presencia de seres humanos. Werper se sintió tranquilizado. Suspiró como si le hubieran quitado de los hombros un enorme peso. Dió un paso hacia una de las salidas, y en seguida se detuvo, con los ojos desorbitados de asombro y de terror, porque casi en el mismo instante se abrieron media docena de las puertas que daban al patio, y se precipitó sobre él una horda de hombres espantosos y formidables. Eran los sacerdotes del Dios Llameante de Opar; aquellos hombrecillos peludos, nudosos, terribles, que en el primer lugar, hacía muchos años, arrastraron a Jane al altar de los sacrificios. Sus largos brazos, sus piernas cortas y torcidas, sus perversos y hundidos ojos y sus frentes bajas y deprimidas, les daban un aspecto bestial que produjo náuseas de paralizado terror al belga

y le estremeció los nervios más de lo que estaban.

Profiriendo un grito se volvió para huir y sumirse otra vez en los terrores, menos agudos, de los sombríos pasillos y aposentos de que acababa de salir; pero aquellos horribles hombres se anticiparon a sus intenciones. Cerráronle el paso, lo agarraron, y aunque el ex teniente cayó de rodillas delante de ellos, implorándoles la vida, lo ataron y lo arrojaron al suelo del templo interior.

Lo restante fué una repetición de lo que experimentaron años atrás Jane y Tarzán. Llegaron las Vestales del templo, y con ellas La, la suma sacerdotisa del Dios Llameante. Levantaron a Werper y lo tendieron sobre el altar. Un sudor frío brotaba de todos los poros del belga cuando La levantó sobre él el terrible puñal de los sacrificios. Llegó a sus torturados oídos el cántico de muerte, y sus ojos se dirigieron horrorizados a los vasos de oro que los formidables fanáticos llenarían con su sangre vital, para saciar su sed de venganza.

Pidió al cielo que le concediese el misericordioso y breve respiro de la inconsciencia antes que se hundiera en su cuerpo la hoja fatal... Y de repente se sintió un rugido espantoso que sonó casi en los mismos oídos de Werper. La suma sacerdotisa bajó el puñal, y sus aterrados ojos se abrieron desmesuradamente. Las demás mujeres, sus subordinadas, comenzaron a dar gritos y a huir enloquecidas hacia las salidas del templo. Los sacerdotes desahogaron en rugidos su rabia o su terror, según el temperamento de cada uno y el valor de que estaba dotado. Werper estiró el cuello para ver la causa de su pánico, y cuando por fin la observó se quedó también helado de pavura, porque lo que miraban sus ojos era la figura de un león colosal plantado en el centro del templo, y que ya tenía una víctima sujeta bajo las crueles garras.

De nuevo rugió el señor de la espesura, volviendo la relampagueante mirada al altar de los sacrificios. La, paralizada de terror, se tambaleó hacia adelante, vaciló y cayó desmayada sobre el cuerpo de Werper.

CAPITULO VI

LA INCURSION ARABE

Una vez que se calmó el primer terror que siguió al terremoto. Basuli y sus guerreros indígenas corrieron hacia el paso subterráneo en busca de Tarzán y de dos de los suyos, que faltaban también.

Encontraron el paso cerrado por rocas hechas pedazos y amontonadas. Dos días se pasaron trabajando para abrir camino a sus aprisionados amigos; mas cuando, después de hercúleos trabajos, dejaron libres unas cuantas varas del obstruído túnel y descubrieron los mutilados restos de uno de sus compañeros, se vieron obligados a deducir que Tarzán y el segundo waziri yacían también muertos detrás de la masa de rocas, bastante más lejos, donde no podía llegarles el auxilio humano, y donde no lo necesitarían aunque pudieran dárselo.

Una y otra vez, mientras trabajaban, dijeron en alta voz los hombres de su señor y de su camarada; pero no llegó ninguna respuesta a recompensar sus esfuerzos. Por fin renunciaron a la busca. Llorosos echaron una postrera mirada a la destrozada tumba de su señor, se echaron al hombro la pesada carga de oro, que siquiera procuraría el consuelo, ya que no la felicidad, a su afligida y amada señora, y se volvieron tristemente por el desolado valle de Opar, para bajar por los bosques y emprender el regreso al distante "bungalow".

Y mientras ellos marchaban ¡qué triste destino estaba cayendo ya sobre aquel pacífico y dichoso hogar!

Del Norte llegó Achmet Zek, que acudía a todo galope al llamamiento epistolar de su teniente. Acompañábale su horda de renegados árabes, merodeadores y forajidos, y de no menos degradados negros, reclutados en las más viles e ignorantes tribus caníbales salvajes por cuyas tierras pasaba el cabecilla, recorriéndolas de un lado a otro con absoluta impunidad.

Mugambi, el hércules de ébano, que había compartido los peligros y vicisitudes de su amado bwana, desde la Isla de la Selva hasta casi la desembocadura del Ugambi, fué el primero en observar la audaz proximidad de la siniestra caravana.

A él era a quien Tarzán dejó al frente de los guerreros que se quedaban para custodiar a lady Greystoke, y en ningún clima ni suelo podía haberse encontrado un vigilante más valeroso ni más leal. Gigante de estatura, salvaje, e intrépido guerrero, el enorme negro poseía también alma y juicio correspondientes en magnitud a su volumen y a su ferocidad.

Ni una sola vez desde la partida de su amo, se había alejado fuera de la vista o del oído de la gente del "bungalow", excepto cuando a lady Greystoke se le ocurría pasear por la ancha llanura, o interrumpir la monotonía de su soledad con una breve excursión de caza. En tales ocasiones, Mugambi montado en un nervioso corcel árabe, cabalgaba en pos de la dama.

Hallábanse aun los jinetes a bastante distancia de ellos, cuando los perspicaces ojos del indígena vinieron a descubrirlos. Un rato permaneció contemplando en silencio a la partida que avanzaba, y en seguida dió media vuelta y apretó a correr en dirección a las chozas de negros que se alzaban a unos cuantos centenares de varas más abajo del "bunglow".

Allí despertó a los adormilados guerreros, y les dió rápidas órdenes. En cumplimiento de ellas, los hombres empuñaron sus armas y sus escudos. Algunos corrieron a llamar a los que trabajaban en el campo y a prevenir a los que cuidaban los rebaños. La mayoría siguió a Mugambi en su retorno al "bungalow".

La polvareda de los jinetes se divisaba aún a bastante distancia. Mugambi no podía saber positivamente que tras ella se oculta-

ba un enemigo; pero, durante su vida de salvajes aventuras en la terrible Africa, ya en otras ocasiones había visto la aparición sin previo anuncio de partidas como aquélla. Algunas veces llegaban en paz, y otras en son de guerra. ¿Quién podía adivinarlo? Mas por si acaso, bueno era estar prevenido. A Mugambi no le hacía gracia la velocidad con que los desconocidos avanzaban.

El "bungalow" de lord Greystoke no estaba muy bien acondicionado para la defensa. No lo rodeaba ninguna empalizada, porque, situado como estaba en el corazón de la tierra de sus leales waziris, su dueño no había previsto la posibilidad del ataque de ningún enmigo. Tenía, sí, gruesas contraventanas de madera para proteger los huecos de la casa contra flechas hostiles, y Mugambi estaba dedicado a cerrarlas cuando lady Greystoke se presentó en la terraza.

—¿Qué es eso, Mugambi? — preguntó la dama. — ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué estás cerrando las maderas?

Mugambi señaló al otro lado de la llanura, donde ya se veía perceptiblemente una hueste de jinetes vestidos de blanco.

—Arabes, — explicó. — Para nada bueno vienen en ausencia del gran bwana.

Más allá del bien cuidado jardín y de los arbustos en flor vió Jane Clayton los relucientes cuerpos de sus waziris. Brillaba el sol en las puntas de metal de sus venablos, hacía resaltar las brillantes plumas de sus cascos de guerra, y se reflejaba en la lustrosa piel de sus anchos hombros y de sus abultados pómulos.

Jane Clayton los examinó con puros sentimientos de orgullo y de cariño. ¿Qué mal podía ocurrirle cuando estaban aquellos hombres allí para protegerla?

Los jinetes se detuvieron como a un centenar de varas, en plena llanura. Mugambi corrió a juntarse con sus guerreros. Avanzó unos cuantos pasos a su frente, y alzando la voz saludó a los desconocidos. Achmet Zek estaba muy tieso en su silla delante de sus satélites.

—¡Arabe! — gritó Mugambi. — ¿Qué haces aquí?

—Venimos en son de paz, — contestó Achmet Zek.

—Entonces da media vuelta y en paz, márchate, — replicó Mugambi. — que aquí no te queremos. No puede haber paz entre árabes y waziris.

Mugambi, aunque no era waziri de nacimiento, había sido adoptado por la tribu, que ya no tenía miembro más celoso de sus tradiciones y sus proezas que el fornido negro.

Achmet Zek pasó al lado de su horda, hablando a sus guerreros en voz baja. Un momento más tarde, sin previo aviso, los jinetes soltaron una descarga cerrada contra las filas de los waziris. Cayeron dos de éstos, y los otros se apercibieron a acometer a los agresores; pero Mugambi era estratega tan cauto como valeroso, y sabía la inutilidad de atacar a hombres montados y armados de fusiles. Retiró, pues, sus fuerzas detrás de los arbustos del jardín, y destacó a algunos indígenas a otros puntos distintos de los terrenos que rodeaban el "bungalow". A media docena de ellos los mandó al interior dentro del edificio, con instrucciones de que guardaran dentro a su señora, y de que la protegerían.

Adoptando la táctica de los luchadores del desierto de que procedía, Achmet Zek guió a sus secuaces al galope, en línea larga y poco densa, describiendo un gran círculo que se acercaba cada vez más a los defensores.

En la parte del círculo más próximo a los waziris, los jinetes hacían constantes disparos a los arbustos tras los cuales se habían escondido los guerreros negro. Estos últimos por su parte, lanzaban sus delgados venablos contra los más próximos de los enemigos.

Los waziris, justamente famosos como tiradores de arco, no tuvieron que avergonzarse de su habilidad en aquella jornada. De cuando en cuando algún moreno jinete levantaba las manos al cielo y se caía de la silla, atravesado por mortífera flecha; pero la contienda era desigual. Los árabes superaban en número a los waziris; sus balas penetraban entre los arbustos y hacían blancos que los tiradores árabes no habían visto siquiera; y por fin Achmet Zek describió un círculo a cosa de media milla más arriba del "bungalow", arrancó una parte de la valla, y condujo a sus merodeadores al interior de los terrenos de la finca.

Por los campos cargaron al galope furioso. Ni una sola vez se detuvieron en quitar vallas, sino que conducían a sus salvajes monturas contra ellas, y salvaban los obstáculos con tanta ligereza como aladas gaviotas.

Viólos llegar Mugambi, y llamando a los guerreros que le quedaban, corrió hacia el "bungalow" como último puesto de resistencia. En la terraza se hallaba lady Greystoke, rifle en mano. A sus firmes nervios y serena puntería más de uno de los agresores había rendido cuenta de sus crímenes; más de un caballo corría sin jinete, a la espalda de la horda atacante.

Mugambi empujó a su señora al interior, que ofrecía mayor seguridad, y con su menoscabada hueste se apercibió a oponer la última resistencia al enemigo.

Llegaron los árabes, vociferando y agitando las espingardas sobre la cabeza, y pasaron al otro lado de la terraza, vomitando fuego contra los arrodillados waziris, los cuales seguían descargando su nube de flechas parapetados detrás de sus largos y ovalados escudos, muy buenos acaso para detener una flecha enemiga o para desviar un venablo, pero completamente inútiles ante los proyectiles de plomo de los agresores.

Tras las medio levantadas ventanas otros arqueros prestaban eficaces servicios con menos peligros; y después del primer asalto, Mugambi retiró todas sus fuerzas al interior del "bungalow".

Una y otra vez cargaron los árabes, formando al fin un círculo estacionado delante de la pequeña fortaleza, fuera del alcance eficaz de las flechas que disparaban los defensores. Desde su nueva posición tiraban a su antojo contra las ventanas. Uno tras otros iban cayendo los waziris, y cada vez

eran menos las flechas que replicaban a los tiros de los bandoleros. Por último Achmet Zek creyó que no había peligro en ordenar un asalto.

Disparando al correr, la sanguinaria horda se precipitó hacia la terraza. Una docena de ellos se desplomaron bajo los dardos de los defensores; pero la mayoría logró llegar a la puerta. Cayeron sobre ellas las fuertes culatas de las espingardas, y al crujido de la madera astillada se mezcló con la detonación de un rifle, cuando Jane Clayton disparó entre los cuartelones contra el implacable enemigo.

Murieron hombres a los dos lados de la puerta; más al fin la frágil barrera cedió a los terribles asaltos de los enfurecidos agresores, derrumbándose hacia adentro, y una docena de atezados asesinos saltaron al interior de la salita de entrada. En el otro extremo de ella se hallaba Jane Clayton, rodeada por el resto de sus abnegados guardianes. El suelo estaba cubierto por los cadáveres de los que ya habían dado la vida en su defensa. Y delante de todos sus protectores se veía al gigantesco Mugambi. Los árabes se encararon las armas para soltar la última descarga, que había de poner término eficaz a toda ulterior resistencia; pero Achmet Zek vociferó una orden que contuvo todos los dedos de sus secuaces sobre los gatillos.

—¡No tireis a la mujer! — exclamó. — ¡El que le haga daño muere! ¡Agarradla viva!

Los bandoleros se precipitaron al través del aposento y los waziris los recibieron con sus pesados venablos. Centellaron las espadas, y pistolas de largos cañones vomitaron sus terribles sentencias de muerte. Mugambi hincó su lanza en el más próximo de sus enemigos, con tal fuerza que pasó de parte a parte del árabe, y en seguida arrebató una pistola a otro, y cogiéndola por el cañón abrió la cabeza a cuantos osaban acercarse demasiado a su ama.

Emulando su ejemplo, los pocos guerreros que quedaban lucharon como demonios, más uno a uno fueron cayendo hasta que finalmente sólo Mugambi fué el defensor de la vida y honra de la compañera del gigante blanco.

Desde el otro lado de la estancia, Achmet Zek observaba la lucha y hostigaba a sus banderizos. Tenía en las manos una espingarda adornada de gemas. Lentamente se la llevó al hombro, y aguardó a que otro movimiento colocara a su merced a Mugambi, sin poner en peligro la vida de la mujer ni la de ninguno de sus secuaces.

Por fin llegó el instante que esperaba, y Achmet Zek apretó el gatillo. Sin exhalar un grito Mugambi cayó al suelo a los mismos pies de Jane Clayton.

Un instante después ésta se veía rodeada y privada de su arma. Sin decir palabra la horda la arrastró fuera del "bungalow". Un gigantesco negro la levantó hasta la silla de su caballo, y mientras los bandoleros registraban el edificio y sus dependencias para saquearlos, el negrazo se alejó con ella más allá de la cerca y esperó la llegada de su amo.

Jane Cayton vió que los merodeadores sacaban los caballos del corral y se llevaban el ganado de los campos. Vió su casa despojada de cuanto tenía valor intrínseco a los ojos de los árabes, y por último vió que aplicaban antorchas, y que las llamas lamían lo restante.

Y al fin, cuando los jinetes se reunieron después de saciar su furia y su avaricia, y se alejaron llevándosela hacia el norte, Jane vió el humo y las llamas del "bungalow" que subían hacia el cielo, y estuvo contemplando el triste espectáculo hasta que un recodo del sendero que penetraba en los espesos bosques le ocultó la visión de aquel siniestro cuadro.

Mientras las llamas se abrían paso por la habitación, extendiendo sus vívidas lenguas a lamer los cuerpos de los muertos, uno de la la tropa cuyas sangrientas hazañas habían terminado hacía mucho rato, volvió a moverse. Era un negro gigantesco que rodó sobre un costado y abrió los ojos inyectados en sangre, a los que asomaba el sufrimiento. Mugambi, a quien los árabes dejaron por muerto. Las ardientes llamas llegaban casi a su cuerpo cuando se volvió dolorosamente sobre las manos y rodillas y muy despacio se arrastró hacia la puerta.

Una y otra vez se dejó caer al suelo, exangüe y sin fuerzas; pero siempre volvió a levantarse y continuó su lastimoso camino en busca de la seguridad. Después de lo que le pareció un tiempo interminable, durante el cual las llamas se habían convertido en un verdadero horno al otro extremo de la estancia, el gigantesco negro logró llegar a la terraza, rodó por los escalones, y se arrastro al fresco refugio de unos arbustos cercanos.

Toda la noche permaneció allí, entre alternativas de desmayo y dolorosa conciencia de vivir, y en este último estado, poseído de salvaje odio, contempló las vívidas llamas que todavía se elevaban de los pesebres y pajares ardiendo. Un león merodeador lanzó un rugido muy cerca de él; pero el ne-

—Señora: el mejor obsequío que pueden hacer los Reyes a sus hijos, es el famoso reconfortante "Hierro Quina Bisleri". Se criarán fuertes y sanos.

gro gigante no sintió miedo. En su salvaje espíritu no quedaba lugar más que para un solo pensamiento: ¡Venganza, venganza, venganza!

CAPITULO VII

LA CAMARA DE LAS GEMAS

Algún tiempo estuvo Tarzán donde había caído, en el suelo de la cámara del tesoro, bajo las arruinadas murallas de Opar. Yacía como muerto; pero no lo estaba. Por fin se movió, y abrió los ojos a la oscuridad absoluta del aposento. Se llevó la mano a la cabeza, al encontrarla pegajosa por la sangre coagulada, se olfateó los dedos, como un animal salvaje puede olfatear su sangre vital en una pata herida.

Lentamente se incorporó hasta sentarse, sin dejar de prestar el oído. No llegaba el menor rumor a los enterrados abismos de aquel sepulcro. Tarzán se levantó vacilando y tentó el camino por entre las filas de lingotes. ¿Qué era aquello? ¿Dónde se hallaba? Le dolía la cabeza, pero por lo demás no experimentaba otros efectos del golpe que le había derribado. No recordaba el accidente, ni tampoco nada de lo que a él había conducido.

Dejó que sus manos fueran palpando como cosa desconocida sus miembros, su tronco, su cabeza. Tentó la aljaba que llevaba a la espalda y el cuchillo de caza en su taparrabo. Algo puguaba por lograr el recuerdo en el interior de su cerebro. ¡Ah! ¡Ya lo tenía! Echaba menos una cosa. Se arrastró por el suelo, tentando con las manos en busca del objeto que le faltaba, según le advertía el instinto. Por fin lo encontró. Era el pesado venablo de guerra que en años pasados formó parte tan importante de su vivir cotidiano, casi de su misma existencia, pues tan inseparable había sido de todas sus acciones desde aque remotísimo día en que arrancó la primera lanza al cadáver de un negro, víctima de la salvaje educación del Tarmangani.

Tarzán estaba seguro de que había otro mundo más agradable que aquel en que se hallaba confinado, entre la oscuridad de los cuatro muros de piedra que lo rodeaban. Continuó su busca y por fin encontró la puerta que daba paso al interior por debajo de la ciudad y del templo. La cruzó sin ninguna clase de precauciones, y dió con los peldaños de piedra que conducían al nivel más alto. Subió por ellos y continuó avanzando en dirección al pozo.

Nada espoleaba su dañada memoria al recuerdo de cosas familiares relacionadas en lo pasado con lo que le rodeaba. A tropezones avanzaba por la oscuridad como si estuviera atravesando una llanura abierta bajo la luz del sol de mediodía; y de repente le ocurrió lo que tenía que ocurrirle dadas las circunstancias de su atolondrado avance.

Llegó al borde del pozo y se lanzó al espacio; se inclinó hacia adelante, y cayó a la negrura de tinta de abajo. Agarrado aún a su venablo, dió en el agua y se hudió bajo su superficie hasta llegar a tocar el fondo.

No se hizo daño al caer, y cuando volvió a subir a flote, se sacudió el agua de los ojos y observó que veía. La luz se filtraba hasta el pozo por el orificio que quedaba muy por encima de la cabeza de Tarzán, e iluminaba débilmente las paredes interiores. El Tarmangani miró en torno. Al nivel del agua vió una ancha abertura en la húmeda y viscosa pared. Nadó hacia ella, y se arrojó sobre el húmedo suelo de un túnel.

Lo recorrió, pero esta vez con más precauciones, porque Tarzán estaba aprendiendo. El inesperado pozo le había enseñado la cautela al atravesar pasadizos oscuros, y no necesitaba segunda lección.

En largo trecho el túnel se extendía recto como una flecha. El suelo estaba escurridizo, como si a veces el agua del pozo al levantarse lo inundara y bañase. Esto por sí solo retardaba el avance de Tarzán, porque era difícil mantener el pie firme.

El arranque de una escalera ponía término al túnel, y por ella subió el gigante blanco. Los escalones daban muchas vueltas, y por fin terminaban en una cámara pequeña y circular, cuya oscuridad aliviaba una luz débil; ésta hallaba acceso por un agujero tubular de varios pies de diámetro, que se abría en el centro del techo, hasta una distancia como de un centenar de pies o más, y terminaba en un enrejado de piedra, al través del cual podía ver Tarzán un cielo azul y luminoso.

La curiosidad le impulsó a examinar lo que le rodeaba. Varias cajas con cercos de hierro y tachones de cobre constituían el único mobiliario de la redonda habitación. Tarzán pasó las manos por una de las cajas, tentó los tachones, apretó en los goznes, y finalmente, como por casualidad, levantó la tapa de una de ellas.

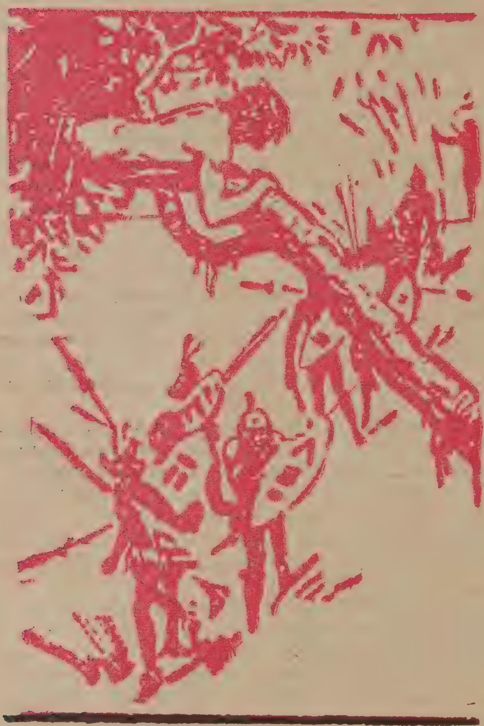
Una exclamción de júbilo brotó de sus labios al ver el hermoso contenido. Reluciendo y centelleando a la escasa luz de la habitación, vió Tarzán una gran bandeja llena de brillantes piedras. El Tarmangani, vuelto a lo primitivo por su accidente, no tenía idea del fabuloso valor de aquel hallazgo. Para él no se trataba más que de piedras muy bonitas. Metió la mano en ellas y dejó que las valiosas gemas se escurrieran por entre sus dedos. Fué luego a otras cajas, y se las encontró igualmente llenas de más colecciones de piedras preciosas. Casi todas estaban talladas. De ellas tomó un puñado, y se llenó la bolsa que colgaba de su cintura, dejando de nuevo en las cajas las piedras sin tallar.

Sin saberlo, había dado con la olvidada cámara de las joyas de Opar, sepultada durante siglos bajo el templo del Dios Llameante, a la mitad de uno de los sombríos corredores que los supersticiosos descendientes de los antiguos adoradores del Sol no se habían atrevido a explorar, o no les había importado.

Cansado finalmente de su diversión, Tarzán se encaminó por el corredor que conducía hacia arriba, en fuerte rampa, desde la cámara del tesoro. Retorcido y revuelto, pero siempre subiendo, el túnel le condujo ca-

de vez más cerca de la suerficie, hasta que al fin terminó en una habitación baja, más iluminada que cuantas hasta entonces había descubierto.

Encima de Tarzán, una abertura del techo, en el extremo superior de un tramo de escalones de cemento, le reveló una brillante escena iluminada por el sol. Vió con leve asombro las columnas cubiertas de enredaderas, y enarcó las cejas con el intento de recordar algo parecido de otras épocas. No estaba jugando al escondite con él, de que debía saber muchas cosas que no sabía.



Basuli y sus guerreros observaron también la devastación.

Su grave meditación se vió bruscamente interrumpida por un rugido atronador que llegaba por la abertura de encima de su cabeza. Después del rugido se sintieron alaridos y voces de hombres y mujeres. Tarzán agarró su venablo con más fuerza y subió los escalones. Y un extraño espectáculo fué el que contemplaron sus ojos cuando salió de la semioscuridad del sótano a la brillante luz del templo.

Conoció en seguida lo que eran los seres que vió delante; eran hombres y mujeres, y un formidable león. Los primeros estaban buscando su seguridad en las salidas. El león, en el centro del templo, se hallaba plantado sobre el cuerpo de uno de ellos, menos afortunado que los otros. Delante de Tarzán se veía una mujer, al lado de un bloque de piedra. En lo alto de ésta yacía tendido un blanco; y cuando nuestro héroe llegó a contemplar la escena, vió que el león miraba con pavorosos ojos a las dos personas que se habían quedado en el templo. Otro rugido atronador brotó de las fauces de la fiera, y la mujer, lanzando un grito, se desmayó sobre el cuerpo del blanco tendido en el altar de piedra.

El felino avanzó unos cuantos pasos y se agachó. La punta de su sinuosa cola se agitaba nerviosamente. Estaba a punto de lanzarse al ataque cuando atrajo sus miradas el Tarmangani.

Werper, indefenso y atado, vió al gran carnívoro que se disponía a saltar sobre él, y reparó en el súbito cambio de expresión en los ojos de la fiera cuando se clavaron en algo que estaba más allá del altar y fuera de la vista del belga. Vió que el formidable Numa se levantaba sobre las cuatro patas. Una figura pasó rápidamente por el lado de Werper, y éste columbró un potente brazo que se alzaba y un fuerte venablo que salía disparado hacia el león, para ir a enterrarse en su enorme pecho.

Vió que el felino mordía y daba zarpazos al mástil del venablo, y vió también, — ¡oh prodigio de prodigios! — al desnudo gigante que había disparado el proyectil cuando se lanzaba sobre la terrible fiera, sin más arma que un largo cuchillo, apercibido a hacer frente a aquellas feroces garras y mandíbulas.

E león se encabritó para recibir a su nuevo enemigo. Gruñía por modo que infundía espanto. De pronto, a los sobresaltados oídos del belga llegó un salvaje gruñido similar, procedente de los labios del hombre que se abalanzaba hacia la fiera.

Dando un brinco a un lado eludió Tarzán el primer zarpazo de las garras del león, y precipitándose en seguida hacia el felino saltó sobre su lomo. Sus brazos rodearon el melenudo cuello, y sus dientes se clavaron en la carne del rey del desierto. Rugiendo, saltando, dando vueltas y luchando, el gigantesco animal pugnaba por desprenderse de su terrible enemigo, y sin cesar un puño enorme y atezado clavaba una larga y aguda hoja en el costado de Numa.

Durante la batalla, La recobró el sentido, y como fascinada se quedó encima de su víctima contemplando el incomparable espectáculo. Parecía increíble que un ser humano pudiera vencer al rey de los animales en un encuentro cuerpo a cuerpo; y sin embargo, ante sus ojos mismos se estaba demostrando la posibilidad de una cosa tan inverosímil.

Por fin el cuchillo de Tarzán encontró el gran corazón del felino, y con una postrera lucha espasmódica el león rodó muerto por el suelo de mármol. Levantándose de un salto, el vencedor plantó un pie sobre el cadáver del vencido, alzó la cara a los cielos, y profirió un grito tan espantoso que tanto La como Werper temblaron al sentirlo repercutir en el templo.

Luego el gigante blanco dió media vuelta, y el belga reconoció en él al hombre a quien había dejado por muerto en la cámara del tesoro.

CAPITULO VIII

LA FUGA DE OPAR

Weper estaba maravillado. ¿Podía aquel hombre ser el mismo inglés de digno continente que le había hospedado con tanta liberalidad en su lujosa morada africana? ¿Podía aquella fiera salvaje, de relucientes ojos y ensangretado rostro, ser al propio tiempo un hombre? Aquel horrendo grito de victoria que acababa de oír ¿podía haberse formado en una garganta humana?

Tarzán contemplaba al belga y a la mujer, con expresión de perplejidad en los ojos, pero sin dar la menor señal de que los recordara. Era enteramente como si hubiera descubierto una especie nueva de animal viviente y estuviera asombrado de su hallazgo.

La estaba estudiando las facciones del gigante. De pronto sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Tarzán! — exclamó.

Y en seguida, en el dialecto de los grandes monos que, por el constante trato con ellos, había venido a ser el lenguaje común de los habitantes de Opar, añadió:

—¿Has vuelto ya a mi lado? ¡La ha prescindido de los mandatos de su religión para esperar, esperar siempre a Tarzán... a su Tarzán! La no ha tomado compañero, porque en todo el mundo no hay más que un ser con quien La pueda desposarse. ¡Y ahora ya has vuelto! ¡Dime, oh Tarzán, que has vuelto por mí, para buscarme!

Weper estaba escuchando aquella jerga ininteligible, y no cesaba de mirar de La a Tarzán. ¿Entendería éste aquel extraño lenguaje? Con sorpresa del belga, el inglés respondió en un idioma evidentemente igual al de la sacerdotista.

—¿Tarzán? — repitió como meditando. — ¡Tarzán! El nombre parece conocido.

—Es tu nombre... Tarzán eres tú — exclamó La.

—¿Soy yo Tarzán? — preguntó el Tarmangani encogiéndose de hombros. — Bueno, no es feo nombre ese... Y como no conozco otro, lo conservaré; pero yo no sé quién eres tú, ni he venido tampoco en tu busca. No sé siquiera por qué he venido, ni sé de dónde vengo. ¿Puedes tú decírmelo?

La movió negativamente la cabeza.

—Yo no sé nada — replicó.

Tarzán se volvió a Weper y le dirigió la misma pregunta, pero en el lenguaje de los grandes monos. El exteniente movió la cabeza también.

—No comprendo esa lengua — respondió en francés.

Sin esfuerzo alguno, y al parecer sin percatarse de que había mudado de idioma, Tarzán repitió en francés su pregunta. Entonces Weper vino a comprender plenamente la magnitud de la herida de que Tarzán había sido víctima. El aristócrata había perdido la memoria... No podía ya recordar acontecimientos pasados. Estaba el belga a dos dedos de iluminar su cerebro, cuando súbitamente se le ocurrió que, manteniendo a Tarzán, por lo menos temporalmento, en la ignorancia de su verdadera identidad, le sería posible hacer que redundara en su propia ventaja la desventura de su huésped.

—No sé explicarte de dónde has venido — le contestó; — lo que sí puedo decirte es que, como no salgamos pronto de este lugar de terrores, no tardarán en sacrificarnos a los dos en este mismo altar. Esta mujer se disponía a clavar su puñal en mi corazón cuando el león ha interrumpido su ritual diabólico. ¡Ven! Antes que se reponga de su espanto y se congreguen de nuevo, busquemos una manera de salir de este condenado templo.

Tarzán se volvió a La.

—¿Por qué — le preguntó, — quería matar a este hombre? ¿Tienes hambre?

La suma sacerdotisa lanzó una exclamación de repugnancia.

—¿Es que él ha tratado de matarte a tí? — continuó Tarzán.

La movió negativamente la cabeza.

—Entonces, ¿por qué querías matarle? — insistió Tarzán, determinado a averiguar todo lo que hubiera acerca del asunto.

Alzó La el delgado y esbelto brazo y señaló hacia el sol.

—Ibamos a ofrecer su alma como un don al Dios Llameante — dijo.

Tarzán se mostró perplejo. Volvía a ser como un mono, y los monos no entienden lo que significa "alma" ni "Dios Llameante".

—¿Quieres tú morir? — preguntó a Weper.

El belga le aseguró, con los ojos llenos de lágrimas, que no tenía el menor deseo de trabar conocimiento con la muerte

—Pues bien, entonces no morirás, — dijo Tarzán. — Ven, vámonos. Esa hembra querría matarte y guardarme a mí para ella. Pero éste no es lugar para un Tarmangani. Yo me moriría pronto, si me encerraran detrás de estos muros de piedra.

Volvióse a La y le dijo:

—Nos vamos.

La sacerdotisa corrió hacia adelante y tomó en las suyas la mano de Tarzán.

—¡No me dejes! — exclamó. — ¡Quédate, y serás sumo sacerdote! La te ama. Todo lo que hay en Opar será tuyo. Tendrás esclavos que te asistan. ¡Quédate, Tarzán, y el amor será tu recompensa.

El gigante apartó a un lado a la mujer.

—Tarzán no te desea — dijo con la mayor sencillez; después de lo cual, pasando al lado Weper, cortó las ligaduras del belga y le hizo señas de que lo siguiera.

Jadeante, con el rostro convulso de rabia, La se puso en pie de un salto, chillando:

—¡Quédate! ¡Te lo mando! La te quiere por suyo. Y si no te puede tener vivo, te tendrá muerto.

Y alzando el semblante al sol, lanzó a los vientos el mismo estridente grito que Weper había oído una vez antes y Tarzán en muchas ocasiones.

En respuesta a aquel alarido, una verdadera babel de voces sonó en las cámaras y corredores circundantes.

—¡Venid, sacerdotes guardianes! — chilló La. — Los infieles han profanado el

santuario de los santuarios. ¡Venid! Llenad de terror sus corazones! ¡Defender a La y su altar! ¡Limpiad el templo con la sangre de sus profanadores!

Comprendióla Tarzán, aunque a Weper no le ocurrió lo propio. El primero miró al belga y vió que no llevaba armas. Dió el Tarmangani un salto hasta el lado de la sacerdotista, la agarró en brazos, y aunque ella luchaba y se resistía con la insana furia de un demonio, no tardó Tarzán en desarmarla y en alargar a Weper su largo puñal de los sacrificios.

—Lo necesitarás, — le dijo.

Y en aquel preciso momento, de cada puerta brotó una verdadera horda de los monstruos hombrecillos de Opar, que se lanzaron al interior del templo.

Iban armados de cachiporras y cuchillos, y sentían fortificados su valor por un odio y un frenesí fanáticos. Weper se quedó aterrado, pero Tarzán se volvió a mirar el enemigo con altivo desdén. Lentamente se adelantó hacia la salida que había escogido para alejarse del templo. Un fornido sacerdote le quiso cerrar el paso, seguido por veinte más a su espalda. Tarzán blandió su pesado venablo a la manera de una maza, y lo dejó caer sobre el cráneo del hombrecillo. Este se desplomó al suelo, con la cabeza abierta.

Una y otra vez cayó el arma mientras Tarzán se encaminaba lentamente hacia la salida. Weper le seguía de cerca, lanzando miradas de rezago a la aulladora e inquieta chusma que amenazaba su retirada. Tenía el puñal de los sacrifios apercibido a herir a cualquiera que se pusiese a su alcance, pero no se acercó ninguno. Un momento se maravilló el exteniente de ver que los de Opar lucharon tan valerosamente contra el gigantesco lord inglés, y en cambio titubearon en arrojarse sobre él, relativamente tan débil. Si lo hubieran hecho, Weper sabía que no habría podido resistir la primera acometida. Tarzán había llegado a la puerta pasando sobre los cadáveres de cuantos se interponían en su camino, antes que Weper pudiera barruntar la razón de su propia inmunidad. ¡Los sacerdotes tenían miedo al puñal de los sacrificos! Estaban dispuestos a afrontar la muerte y a acogerla gustosos si llegaba a ellos defendiendo a la suma sacerdotista y su altar, pero evidentemente había muertes y muertes. Alguna extraña superstición debía de rodear a aquella afilada hoja. pues ningún opariano se atrevía a exponerse a un golpe de ella, y en cambio corrían a porfía a recibir la muerte bajo los terroríferos golpes del venablo de Tarzán.

Una vez fuera del patio del templo, Weper comunicó a Tarzán su descubrimiento. El Tarmangani sonrió, y dejó que el belga pasara delante de él, blandiendo la sagrada arma adornada de gemas. Como hojas dispersadas por el huracán, los oparianos se esparcieron en todas direcciones, y Tarzán y el exteniente hallaron franco paso por los corredores y habitaciones del antiguo templo.

Los ojos del belga se abrieron desmesuradamente cuando recorrieron en su fuga la sala de las siete columnas de oro macizo. Con gran avaricia miró las antiquísimas placas de oro incrustadas en las paredes de casi todas las cámaras y a los lados de muchos de los corredores. Para su compañero toda aquella riqueza parecía no tener significado alguno.

Avanzando siguieron, y la casualidad los guió hacia la ancha avenida situada entre los majestuosos pilares de los edificios medio arruinados y la muralla interior de la ciudad. Grandes monos les dirigieron unos gruñidos amenazadores; pero Tarzán les respondió en su propia lengua y forma, devolviéndoles denuesto por denuesto, insulto por insulto, reto por reto.

Weper vió que un peludo macho se descolgaba de lo alto de una columna rota, y, con las patas envaradas y erizado el pelo, se adelantaba hacia el desnudo gigante blanco. Tenía el aire de los amarillos dientes, y de sus gruesos y colgantes labios brotaban amenazadores y coléricos gruñidos y gritos estridentes.

El belga observaba a su compañero. Con gran horror presenció como éste se inclinaba hasta que sus cerrados nudillos se apoyaron en el suelo lo mismo enteramente que los del mono. Le vió dar vueltas en círculo, con las piernas tiesas, en torno del mono. Oyó que brotaban de la garganta humana los mismos gruñidos y ladridos brutales que de la boca de la fiera. Si hubiera tenido los ojos cerrados, no habría creído sino que dos gigantescos gorilas se estaban disponiendo para el combate.

Pero no lo hubo. Aquello terminó como termina la mayoría de tales encuentros en la selva. Uno de los fanfarrones pierde el valor, y de pronto concentra su interés en una hoja que vuela, en un coleóptero, o en un piojo de su peluda tripa.

En este caso fué el mono el que se retiró con envarada dignidad para examinar a una infeliz oruga, que no tardó en devorar. Un momento pareció Tarzán inclinado a proseguir la contienda. Profirió unos gritos terribles, se golpeó el pecho, rugió y se acercó más a la fiera. Trabajo le costó a Weper persuadirle a que la dejara en paz y continuaron ambos su viaje, para salir de la antigua ciudad de los adoradores del Sol.

Buscaron los dos cerca de una hora antes de encontrar la estrecha salida de la muralla interior. Desde allí un sendero muy trillado los condujo más allá de los fortificaciones de fuera, al desolado valle de Opar.

Tarzán no tenía idea, a juicio de Weper, de dónde se hallaba ni de dónde había llegado. Iba sin objeto de un lado a otro, buscando alimento, que descubría debajo de algunas piedras o escondido en la sombra de los míseros arbustos que crecían en el suelo.

El belga se sintió horrorizado al ver el repugnante festín de su compañero. Coleópteros, roedores y orugas pasaban a su estómago, al parecer con gran deleite del aristócrata. Tarzán volvía en realidad a ser un mono.

Por fin Weper consiguió llevárselo hacia las distantes colinas que marcan el límite noroeste del valle, y juntos partieron los dos

en dirección al "bungalow de Greystoke.

Difícil es barruntar qué propósito impulsaba al belga al conducirlo a la víctima de su traición y su cobardía hacia su antigua morada; lo único que puede presumirse es que, en opinión del exteniente, sin Tarzán no había rescate posible de lady Greystoke.

Aquella noche acamparon en el valle, más allá de las colinas, y mientras se hallaban en torno de una fogata en que se asaba un jabalí muerto por una de las flechas de Tarzán, éste parecía perdido en sus pensamientos. Continuamente estaba tratando de apoderarse de alguna imagen mental, que sin cesar le chasqueaba.

Por fin abrió la bolsa de cuero que pendía de su costado, y de ella echó en la palma de la mano una cantidad de relucientes piedras preciosas. La luz de la hoguera, al quebrarse en ellas, provocó un sin fin de centellantes rayos; y mientras los desorbitados ojos del belga las contemplaban con extática fascinación, la expresión de su rostro reveló al fin que se había dado cuenta del propósito tangible que podía tener al cultivar la compañía del Tarmangani

CAPITULO IX

EL ROBO DE LAS GEMAS

Dos días estuvo Werper buscando a la partida que le acompañó desde el campamento a la barrera de rocas; mas hasta ya muy avanzado el segundo no encontró un rastro de su paradero, y entonces revistió una forma tan macabra, que la vista de él lo dejó desmazalado.

En una llanura abierta dió con los cadáveres de tres de los negros, espantosamente mutilados; y no necesitó torturarse mucho el cerebro para deducir cómo había ocurrido el crimen. De la pequeña partida, sólo aquellos tres hombres no eran esclavos. Los demás, evidentemente tentados por la esperanza de libertarse de su cruel amo el árabe, aprovecharon sin duda su separación del campamento principal para asesinar a aquellos tres representantes del odioso poder que los mantenía en la esclavitud, después de lo cual se perdieron en el interior de la selva.

Brotó sudor frío de la frente de Werper al contemplar el destino de que la casualidad le había permitido librarse; porque de haber estado presente cuando la conspiración dió sus frutos, él también habría pertenecido al número de los asesinados.

Tarzán no demostró la menor sorpresa ni interés en el descubrimiento. Era inherente a su ser la encallecida familiaridad con la muerte violenta. Los refinamientos de su reciente civilización, borrada por la triste calamidad que cayó sobre él, no le dejaron más que la sensibilidad primitiva, que su manera de criarse había impreso indeleblemente en su cerebro.

La educación de Kala, los ejemplos y preceptos de Kerchak, de Tublat y de Terkoz, formaban ahora la base de todos sus pensamientos y acciones. Retenía en la memoria el conocimiento mecánico del francés y del inglés. Werper en francés le había hablado, y Tarzán le replicó en la misma lengua, sin darse cuenta de que se separaba del idioma de los monos en que se dirigió a La. Si Werper se hubiera valido del inglés, el resultado habría sido el mismo.

De nuevo aquella noche, mientras los dos se hallaban junto a la hoguera de su campamento, Tarzán se puso a jugar con sus brillantes guijarrillos. Werper le preguntó qué era y dónde los había encontrado. El Tarmangani replicó que eran piedras de alegres colores, con las cuales se proponía hacer un collar, y que las había encontrado debajo del patio de los sacrificios, en el templo del Dios Llameante.

Werper se sintió aliviado al averiguar que Tarzán no tenía idea del valor de aquellas gemas. De esta manera sería para el belga mucho más sencillo apoderarse de ellas. Acaso el gigante blanco se las diera sin más trabajo que el de pedírselas. Werper extendió la mano hacia el montoncillo que Tarzán había colocado sobre un pedazo de madera lisa, delante de él.

—Déjame verlas, — dijo el ex teniente.

Tarzán colocó sobre sus tesoros la ancha palma de la mano, al propia tiempo que enseñaba los dientes y profería un gruñido. Werper retiró el brazo con más presteza que lo había adelantado. Tarzán volvió a jugar con sus gemas y reanudó la conversación con Werper lo mismo que sino hubiese ocurrido nada insólito. No había hecho más que exhibir el celoso instinto animal que protege lo que posee. Cuando mataba compartía la carne con Werper; pero si éste, por casualidad, hubiera echado mano a la porción de Tarzán, habría despertado el mismo rugido de aviso, feroz y colérico.

De aquel incidente databa el principio del temor inmenso que el belga sentía a su salvaje compañero. No acababa de entender la transformación que se había operado en Tarzán por el golpe recibido en la cabeza, como no fuera para atribuirla a una forma de amnesia. No sabía en verdad Werper que Tarzán hubiera sido en otro tiempo un salvaje, una fiera de la selva; y así, naturalmente, no podía conjeturar que había vuelto a la condición en que se deslizaron su niñez y parte de su edad virli.

Werper veía ya en el inglés un loco peligroso, a quien el más leve accidente desagradable podría volver contra él, con los desga-

---

Lea en el próximo número:

Las cápsulas vacías

Por Clemente Ripley

Intenso relato, donde se demuestra que el criminal más endurecido puede sentirse desarmado ante la más poderosa e inconsciente de las fuerzas: la inocencia de un niño.

rradores dientes al aire. Ni por un momento se ilusionó el belga pensando que podría defenderse con buen resultado de un ataque del gigante blanco. Su única esperanza estribaba en darle esquinazo y encaminarse al lejanísimo campamento de Achmet Zek con toda la rapidez que le fuera posible; pero sin más arma que el puñal de los sacrificios, a Werper le inspiraba terror la perspectiva de un viaje por la selva. Tarzán constituía una protección nada despreciable, aun contra los mayores carnívoros, como a Werper le constaba con buena razón por las pruebas que había tenido en el templo de Opar.

Además, el ex teniente tenía clavada en el codicioso espíritu la idea de apoderarse de la bolsa de gemas, y por eso se veía fluctuando a la continua entre las diversas emociones de la avaricia y el temor. Pero era la avaricia la que ardía en su pecho con más intensidad, hasta el punto de que afrontaba

Grandes monos les dirigieron unos gruñidos amenazadores.

los peligros y sufría los terrores de la compañía constante del ser a quien consideraba loco, antes que renunciar a la esperanza de apoderarse de la fortuna representada por el contenido de la bolsita.

Achmet Zek no sabría nada de aquello; las gemas serían sólo para Werper; el cual, tan pronto como pudiera poner por obra su proyecto, se encaminaría a la costa y tomaría pasaje para América; allí podría esconderse bajo el velo de una nueva personalidad y gozar en cierta medida de los frutos de su hurto. Todo lo tenía bien planeado el ex teniente belga, que ya gozaba por anticipado de la sibarítica existencia del rico holgazán. Hasta lamentaba a veces que la América del Norte fuera una nación tan provinciana, y que en todo el Nuevo Mundo no hubiera una ciudad que pudiera compararse con su adorada Bruselas.

Al tercer día de su salida de Opar fué cuando los agudos oídos de Tarzán percibieron ruido de hombres detrás de ellos. Werper no sentía más que el zumbido de los insectos de la selva y los parloteos de los micos y de los pájaros.

Un momento permaneció Tarzán en silencio de estatua, escuchando, y con la nariz dilatada para olfatear la brisa que soplaba. Luego retiró a Werper al escondite de unos espesos arbustos, y esperó. Pronto, por el sendero de caza que Tarzán y el ex teniente seguían, se apareció a la vista de ambos un esbelto guerrero negro, avizor y cauteloso.

En fila india le seguían uno tras otro hasta cincuenta indígenas más, cada uno de ellos cargado con dos amarillos lingotes que llevaban al hombro. Werper reconoció en seguida a la cuadrilla que acompañaba a Tarzán en su viaje a Opar. Miró a su compañero, pero en los salvajes y perspicaces ojos de éste no vió transparentarse el menor recuerdo de Basuli ni de los demás leales waziris.

Cuando todos hubieron pasado, Tarzán se levantó y salió de su escondite, para quedarse mirando por el sendero que llevaba la partida al alejarse. Luego se volvió a Werper.

—Vamos a seguirlos y los mataremos, —dijo.

—¿Por qué? — preguntó el belga.

—Son negros, — explicó Tarzán. — Un negro fué el que mató a Kala. Son enemigos de los Manganis.

A Werper no le entusiasmaba la idea de trabar combate con Basuli y sus guerreros, cuyo aspecto no era nada tranquilizador. Por otra parte, había saludado su aparición con alegría, al ver que volvían al "bungalow" de lord Greystoke, porque empezaba a albergar sus dudas en cuanto a la posibilidad de regresar al país de los waziris. Bien veía que Tarzán no tenía ni la más remota idea de adónde se encaminaban. Manteniéndose a prudente distancia detrás de los cargados guerreros, no les costaría trabajo seguirlos hasta su tierra. Una vez en el "bungalow", Werper ya conocía el camino hacia el campamento de Achmet Zek. Había además otra razón de que no quisiera ponerse frente a los waziris, y era que éstos llevaban la enorme carga del tesoro en la dirección que él deseaba. Cuanto más lejos la transportaran, menor sería la distancia que él y Achmet Zek tendrían que recorrer con semejante peso.

Discutió, pues, con Tarzán, oponiéndose al deseo de éste de exterminar a los negros, y por fin logró persuadirle a que los siguieran pacíficamente, diciéndole que estaba seguro de que los conducían fuera de la selva, a una comarca rica y abundante en caza.

Mediaban muchas jornadas desde Opar al país de los waziris; pero al fin llegó la hora en que Tarzán y el belga, siguiendo el rastro de los guerreros, coronaron la última cuesta, y vieron delante la gran llanura de los waziris, el tortuoso río y los distantes bosques al Norte y a Poniente.

A una milla o más por delante de ellos, la línea de guerreros se arrastraba como oruga gigantesca por las altas hierbas de la llanura. Más allá pacían unos rebaños de cebras, búfalos y antílopes que tachonaban el llano paisaje; cerca del río un búfalo macho, cuya cabeza y brazuelos sobresalían de los

juncos, se quedó observando un momento a los negros que avanzaban, para acabar dando media vuelta y desapareciendo hacia el refugio de su oscuro y sombrío cubil.

Tarzán contempló aquel panorama familiar sin el menor destello de reconocimiento en los ojos. Vió los animales que pacían y se le hizo la boca agua. Pero no dirigió la mirada hacia el sitio de su "bungalow". Werper, en cambio, se apresuró a hacerlo, y a sus ojos asomó una expresión de perplejidad. Se resguardó la vista con la palma de la mano y estuvo mirando largo rato con verdadera avidez hacia el emplazamiento en que el "bungalow" se había alzado. No podía dar crédito al testimonio de sus ojos. Allí no había "bungalow", ni graneros, ni dependencias. Los corrales, los pajares, todo había desaparecido. ¿Qué podía significar aquello?

Y al fin, lentamente, penetró en la conciencia de Werper una explicación de la catástrofe ocurrida en aquel pacífico valle, desde que por última vez lo contemplaron sus ojos. ¡Achmet Zek había pasado por allí!

Basuli y sus guerreros observaron también la devastación, en el mismo momento de llegar a la vista de la finca. Corrían ya hacia ella, hablando excitadamente unos con otros, y haciendo animadas conjeturas acerca de la causa y significado de aquel estrago.

Cuando por fin cruzaron los hollados jardines y se encontraron ante las chamuscadas ruinas del "bungalow" de su amo, sus mayores temores se convirtieron en realidades a la luz de la evidencia que los rodeaba.

Restos de seres humanos, medio devorados por las merodeadoras hienas y por otros carnívoros de los que infestaban la comarca, se pudrían en el suelo; y entre los cadáveres quedaban suficientes fragmentos de sus ropas y adornos para que Basuli leyera claramente la espantosa historia del desastre que había caído sobre la casa de su amo.

—Los árabes, — dijo, cuando sus hombres se apiñaron a su alrededor.

Los waziris estuvieron mirando en torno varios minutos, llenos de sorda ira. Por doquiera encontraban nuevos datos que atestiguaban la implacable furia del enemigo, que se había presentado durante la ausencia del gran bwana para devastar sus propiedades.

—¿Qué habrán hecho con lady? — preguntó uno de los negros.

Siempre llamaban de esta manera a lady Greystoke.

—A las mujeres se las habrán llevado, — contestó Basuli. — A las nuestras y a la de él.

Un gigante negro levantó el venablo encima de su cabeza y lanzó un salvaje alarido de rabia y de odio. Los demás siguieron su ejemplo. Basuli los hizo callar con un ademán.

—No hay tiempo ahora para gritos inútiles, — les dijo. — El gran bwana nos ha enseñado que las cosas se hacen con actos, no con palabras. No perdamos el aliento en vano, pues lo necesitamos para perseguir a los árabes y matarlos. Si lady y nuestras mujeres viven todavía, mayor razón para darnos prisa; y los guerreros no pueden viajar de prisa con los pulmones vacíos.

Desde un refugio de juncos de la orilla del río, Werper y Tarzán observaban a los negros. Los vieron cavar una zanja con los cuchillos y los dedos, y enterrar en ella su amarilla carga, después de lo cual volcaron la removida tierra encima de los lingotes.

Tarzán pareció muy poco interesado por aquello, una vez que Werper le aseguró que lo que enterraban los indígenas no era bueno para comer; en cambio, el ex teniente sentía un interés vivísimo. Habría dado cualquier cosa por tener consigo a sus secuaces, para poder llevarse el tesoro no bien se fueran los negros; porque estaba seguro de que los kaziris se alejarían cuanto antes de aquel teatro de desolación y de muerte.

Enterrado el tesoro, los indígenas se trasladaron a corta distancia viento arriba de los fétidos cadáveres, y allí acamparon, para poder descansar antes de partir en persecución de los árabes. Era ya de noche. Weper y Tarzán devoraron unos pedazos de carne que llevaban consigo desde su último campamento. Sentíase el belga preocupado por sus planes futuros. Tenía la seguridad de que los Waziris perseguirían a Achmet Zek, porque estaba lo bastante enterado de la guerra que hacían los salvajes y de las características de los árabes y de sus degradados satélites, para conjeturar que se habrían llevado a las mujeres de los Waziris con el fin de hacerlas sus esclavas. Esto solo bastaba para asegurar la inmediata persecución por parte de un pueblo tan belicoso como los waziris.

Weper se dijo que necesitaba encontrar medio y ocasión de seguir adelante, para poder prevenir a Achmet Zek de la llegada de Basuli, así como para comunicarle la situación del tesoro enterrado. No sabía, ni le importaba, lo que el árabe iba a hacer con lady Greystoke, vista la enfermedad mental de su marido. Bastaba saber que el tesoro de lingotes enterrado en el emplazamiento del incendiado "bungalow" era infinitamente más valioso que cualquier rescate que se le hubiera podido ocurrir aun al avaricioso árabe; y si Werper lograba convencer a Achmet Zek para que compartiera con él aunque sólo fuera una mínima parte de los lingotes se daba por muy satisfecho.

Pero la consideración más importante, para Werper al menos, era el incalculable valor del tesoro escondido en la bolsita de cuero que llevaba Tarzán al costado. ¡Si pudiera apoderarse de ella! ¡Tenía que conseguirlo y lo conseguiría!

Sus ojos se fijaron en el objeto de su codicia. Midieron después el gigantesco cuerpo de Tarzán, y se posaron en los abultados músculos de sus brazos. Aquello le quitó la esperanza. ¿Cómo podía abrigar la idea de lograr nada que no fuera su propia muerte, si intentaba despojar de las joyas a su salvaje dueño.

Desconsolado, el exteniente se tendió en el suelo, con la cabeza apoyada en un brazo a guisa de almohada, y el otro brazo encima de la frente, de tal suerte que sus ojos quedaba ocultos al desmemoriado Tarzán, aunque uno de ellos no dejaba de clavarse en él a la sombra del antebrazo del belga. Un

rato permaneció así, mirando codiciosamente a Tarzán, y fraguando planes para despojarles de su tesoro, planes que desechaba como inútiles no bien se le ocurrían.

Tarzán fijó de pronto la mirada en Werper. El belga vió que lo estaba observando y se quedó muy quieto. Al cabo de unos instantes simuló la respiración regular del sueño.

Tarzán entre tanto, había estado pensando. Recordaba a los waziris cuando enterraban sus lingotes. Werper le había dicho que los enterraban por temor a que alguien los descubriese y se los llevase, y esto le pareció o Tarzar un procedimiento soberbio para la salvaguardia de cosas de valor. Desde que Werper demostró el deseo de poseer sus relucientes piedrecillas, Tarzán, con la suspicacia de un salvaje, había guardado las baratijas, de cuyo valor no tenía la menor idea, tan celosamente como si para él representaran la vida o la muerte.

Largo rato estuvo el Tarmangani acechando a su compañero. Por fin, convencido de que dormía, sacó el cuchillo y empezó a abrir un hoyo delante de donde se hallaba. Con la hoja aflojaba la tierra, y con las manos la sacaba ,hasta que tuvo excavado un agujero de unas cuantas pulgadas de diámetro y de cinco o seis de profundidad. Dentro de él colocó la bolsita de las gemas. Werper casi se olvidó de respirar a la manera de un dormido cuando vió lo que estaba haciendo su compañero, y le costó trabajo reprimir una exclamación de alborozo.

Tarzán se puso súbitamente tieso en cuanto sus agudos oídos observaron la cesación de las respiraciones regulares del ex teniente. Con los ojos entornados se quedó observando atentamente al belga. Werper se consideró perdido, y pensó que necesitaba poner en juego toda su habilidad para continuar el engaño. Suspiró, alzó ambos brazos, y se tumbo boca arriba, musitando palabras incoherentes, como si estuviera sobrecogido por una pesadilla. Un momento más tarde reanudó su respiración regular.

Ahora ya no podía observar a Tarzán, pero tenía la seguridad de que permanecía largo tiempo mirándole. Luego, débilmente, oyó que sus manos arañaban la tierra, y más tarde le daban unos golpes para aplanarla. Por esto comprendió que las piedras quedaban allí enterradas.

Pasó una larga hora antes que Werper se moviera de nuevo y entonces dió media vuelta, se puso de cara a Tarzán y abrió los ojos. El gigante dormía. Alargando la mano, el belga podía tocar el punto en que estaba enterrada la bolsa.

Largo rato pasó vigilando y escuchando. Dió unas vueltas por los alrededores, haciendo más ruído del necesario, y sin embargo Tarzán no se despertó. Sacó Werper del cinturón el cuchillo de los sacrificios y lo hincó en el suelo. Tarzán no hizo el menor movimiento. Cautelosamente, el belga empujó la hoja hacia abajo por la removida tierra, hasta que sintió que la punta tocaba la blandura y suavidad del cuero. Luego hizo fuerza sobre el mango, y poco a poco el montoncillo de tierra suelta se levantó y separó. Un instante después quedaba a su vista una esquina de la bolsa. Werper tiró de ella, la sacó de su escondite, y se la guardó en la camisa. Luego volvió a llenar el hoyito y apretó la tierra cuidadosamente hasta dejarla tal como estaba antes.

La codicia le había impulsado a una acción cuyo descubrimiento por su compañero no podía acarrear más que unas consecuencias terribles para el belga. Ya casi le parecía sentir los fuertes y blancos dientes del salvaje aristócrata clavados en su cuello. El ex teniente se estremeció. A lo lejos, al otro lado de la llanura, rugió un leopardo, y en los densos juncos que tenía detrás se movió algún animal grande sobre unas patas acolchadas.

Werper temía aquellos merodeadores nocturnos, pero temía mucho más la justa cólera de la bestia humaan que dormía a su lado. El belga se levantó con las mayores precauciones. Tarzán no se movió. El ex teniente dió unos cuantos pasos hacia el llano y la lejana selva del noroeste, cuando de pronto se detuvo y echó mano a la empuñadura del largo acero que llevaba al cinto. Volvió y se quedó mirando al dormido.

—¿Por qué no? — musitó. — ¡Así estaré libre!

Inclinóse encima de Tarzán. Apretado con fuerza en la mano tenía el puñal de los sacrificios arrebatado a la suma sacerdotisa del Dios Llameante.

CAPITULO X

ACHMET ZEK VE LAS PIEDRAS

Mugambi, débil y padeciendo lo indecible, se arrastró a fuerza de dolores por el sendero de los árabes que se retiraban. No podía avanzar sino con gran lentitud, y descansando a menudo; pero un odio salvaje y un deseo igualmente feroz de venganza le mantenían los ánimos. A medida que pasaron los días se curaron sus heridas y volvieron sus fuerzas, hata que por fin su gigantesco cuerpo recobró sus poderosas facultades anteriores. Adelantaba ya más rápidamente, pero los jinetes árabes habían recorrido una gran distancia en tanto que el herido negro se arrastraba dolorosamente en pos de ellos. Llegaron los bandoleros a su fortificado campamento, donde Achmet Zek esperó el regreso de su teniente Albert Werper. Durante el largo y penoso viaje, Jane Clayton padeció más por el temor al destino que la amenazaba que por las penalidades del camino.

Achmet Zek no se había dignado dar a conocer sus intenciones con respecto al porvenir de la dama. Esta pedía al cielo que la hubieran capturado con la esperanza del rescate, porque si tal era el caso, no le sobrevendría gran daño en manos de los árabes; pero si existía la probabilidad espantosa, de que fuera otra la suerte que la aguardaba. Había oído hablar de muchas mujeres, entre ellas algunas blancas, vendidas por forajidos tales como Achmet Zek a la esclavitud de harenes

de negros, o llevadas más al Norte, a la existencia igualmente odiosa de cualquier serrallo turco.

El temple de Jane Clayton era sobrado enérgico para inclinarse con terror infantil ante el peligro; no abandonaría la esperanza hasta que no tuviera otro remedio. Tampoco albergaba ideas de suicidio como recurso extremo para librarse de la deshonra. Mientras Tarzán viviera, había toda clase de razones para esperar socorro. Ningún hombre, ninguna fiera de las que vagaban por el salvaje continente podía alardear de la astucia ni las facultades de su señor y dueño. Para ella Tarzán era punto menos que omnipotente en su mundo nativo, aquel mundo de animales y de hombres salvajes. Tarzán acudiría, la salvaría y tomaría venganza al propio tiempo; de esto estaba Jane segura. Contaba la señora los días que habían de transcurrir antes del regreso de Opar y del descubrimiento de lo ocurrido durante su ausencia. Poco tiempo había de pasar hasta que su marido cercara la fortaleza del árabe y castigara a la chusma que la habitaba. No le cabía a Jane la menor duda de que Tarzán sería capaz de encontrarla. Ningún rastro, por débil que fuera, se le escapaba a la aguda vigilancia de sus sentidos. Para él la pista del bandolero sería tan evidente como para ella la página impresa de un libro abierto.

Y mientras se entregaba a estas esperanzas, llegó otra persona por la negrura de la selva. Aterrado por la noche y por el día, se presentó Albert Werper. Una docena de veces se libró de las garras y colmillos de gigantescos carnívoros, sólo gracias a lo que a él le parecía un milagro. Sin más armas que el cuchillo que sacó de Opar, se abrió camino por uno de los países más salvajes que aún existen en la faz de la tierra.

Por las noches dormía en los árboles, y de día avanzaba a tropezones, refugiándose a menudo entre las ramas cuando la vista o el ruido de algún gran felino le avisaba el peligro. Mas al fin había llegado a la empalizada tras la cual se hallaban sus feroces compañeros.

Casi al mismo tiempo Mugambi salió de la selva frente a la amurallada aldea. Mientras agazapado a la sombra de un árbol, hacía un reconocimiento, vió a un hombre, desgreñado y cubierto de andrajos, que salía del bosque casi a su lado. Instantáneamente reconoció en aquel personaje al que había sido huésped de su señor antes de la partida de este último para Opar.

El negro estaba a punto de llamar al belga, pero algo le detuvo. Vió que el blanco atravesaba confiado el calvero en dirección a la puerta de la empalizada y ningún hombre era capaz de acercarse a una aldea en aquella parte de Africa como no estuviera seguro de recibir buena acogida. Mugambi esperó, pues se habían despertado sus sospechas.

Oyó que Werper llamaba; vió que las puertas se abrían, y presenció la sorprendida y amistosa bienvenida de que se hacía objeto al ex huésped de lord y lady Greystoke. Brotó la luz en la inteligencia de Mugambi. Aquel individuo blanco había sido traidor y espía. Era a él a quien se debía el ataque en ausencia del gran bwana. A su odio a los árabes vino a sumarse en el alma de Mugambi un aborrecimiento mayor al espía blanco.

Dentro de la aldea, Werper se encaminó presuroso hacia la tienda de seda de Achmet Zek. El árabe se levantó al entrar su teniente, y su semblante denotó la sorpresa cuando se fijó en el astroso pergeño del belga.

—¿Qué ha sucedido? — le preguntó.

Werper le refirió todo, salvo el detalle de la bolsa de piedras preciosas que llevaba firmemente sujeta a la cintura, debajo de la ropa. Los ojos del árabe se entornaron de codicia cuando su satélite describió el tesoro enterrado por los waziris junto a las ruinas del bungalow de Greystoke.

—Ahora será sencillísimo volver para apoderarse de él — dijo Achmet Zek. — Primero aguardaremos la llegada de esos impetuosos waziris, y una vez que los hayamos exterminado, nos iremos con calma en busca de los lingotes; nadie los ha de tocar de donde están, porque no dejaremos con vida a ninguno que tenga noticias de su existencia.

—¿Y la mujer? — preguntó Werper.

—La venderé en el Norte — replicó el bandolero. — Ahora es el único medio. Nos valdrá buen precio.

El belga movió la cabeza en señal de asentimiento. Estaba pensando con rapidez e intensidad. Si podía persuadir a Achmet Zek a que lo enviara al mando de la partida que llevara a lady Greystoke al Norte, conseguiría la ocasión que anhelaba de escaparse del lado de su jefe. Bien podía perder una parte del oro a trueque de emprender la fuga con las piedras preciosas.

A la sazón conocía lo bastante a Achmet Zek para saber que ningún individuo de su cuadrilla se despedía voluntariamente del servicio del árabe. La mayor parte de los pocos que habían escapado volvieron a caer en sus garras. Más de una vez oyó Werper sus gritos de agonía cuando los torturaban antes de matarlos. El belga no tenía el menor deseo de arriesgarse a que lo capturaran de nuevo

—¿Quién irá al Norte con la mujer? — preguntó, — mientras nos otros volvemos por el oro que enterraron los waziris en el bungalow del inglés?

Achmet Zek reflexionó un momento. El oro enterrado era de mucho más valor que el precio que lady Greystoke reportara. Era preciso desembarazarse de ella lo más pronto posible, y al propio tiempo convenía apoderarse del oro con la menor dilación. De todos sus secuaces, el belga era el teniente a quien parecía más lógico confiar el mando de una de las partidas. Un árabe familiarizado con los senderos y tribus en igual medida que Achmet Zek, podía cobrar el precio de la venta de la dama y lograr escaparse más al Norte. Werper, en cambio, difícilmente podría huir por sí solo en un país hostil a los europeos; y al propio tiempo los hombres enviados con el belga estarían cuidadosamente escogidos para impedir que Werper pudiera persuadir a una parte considerable de sus fuer-

zas a acompañarle, si le pasaba por el pensamiento desertar de su jefe.

Por fin habló el árabe y dijo:

—No es necesario que volvamos los dos por el oro. Tú irás al Norte con esa mujer, y llevarás una carta a un amigo mío, que está siempre en contacto con los mejores mercados para esa mercancía, en tanto que yo voy a buscar los lingotes. Una vez que los dos terminemos, nos volveremos a encontrar aquí mismo.

Apenas pudo Werper ocultar la alegría con que recibió esta resolución de su jefe. Y cabe duda si efectivamente logró ocultarla del todo a los agudos y suspicaces ojos de Achmet Zek. Sin embargo, una vez llegados a un acuerdo, el árabe y su teniente pasaron buen rato combinando los detalles de sus próximas expediciones, y luego Werper pidió permiso para ausentarse a su tienda, en busca del placer y del lujo de un baño, que le hacía mucha falta, y para afeitarse, que no lo necesitaba menos.

Después de bañarse, el belga ató un espejito de mano a una cuarda cosida a la pared exterior de su tienda, puso una tosca silla al lado de una mesa no menos tosca debajo del espejo, y procedió a quitarse las barba que le cubrían la cara.

En el catálogo de lo placeres masculinos apenas hay uno que comunique mayor sensación de bienestar y frescura que el afeitarse; y así, combatido temporalmente el cansancio, Albert Werper se arrellenó en su desvencijada silla para fumarse el último cigarrillo antes de acostarse. Sus pulgares, metidos en el cinturón como para sostener perezosamente el peso de los brazos, tocaron la bolsa de las gemas. Se estremeció el belga de excitación al pensar en el valor del tesoro, que, desconocido de todo el mundo, estaba escondido debajo de su ropa.

¿Qué diría Achmet Zek si lo supiera? Werper sonrió. ¡Cómo se abultarían los ojos del pillete si echara aunque no fuera más que un vistazo a aquellas centelleantes piedras! Werper no había tenido aun ocasión de solazar su vista un rato largo en la contemplación de las gemas. Ni siquiera las había contado, y sólo aproximadamente calculaba su valor.

Se desabrochó el cinturón y sacó la bolsa de su escondite. Estaba solo. Los demás del campamento, sólo los centinelas, se habían acostado, y nadie tenía por qué entrar en la tienda del belga. Manoseó éste la bolsa, tentando el tamaño y la forma de los preciosos granos que encerraba. La tomó en peso, primero en una mano y luego en otra, y por fin dió media vuelta a la silla hasta ponerse delante de la mesa, y a los rayos de su pequeña lámpara volcó las resplandecientes gemas sobre la tosca madera.

Los refulgentes rayos transformaron el interior de la manchada y mugrienta lona en el esplendor de un palacio, a los ojos del soñador belga. Vió los dorados salones del placer que abrirían sus puertas al poseedor de la riqueza que yacía desparramada sobre aquella mesa llena de arañazos. Soñó con las alegrías, lujos y poder que nunca se habían puesto a su alcance, y su mirada se separó de la mesa, como suele hacer a menudo la mirada de los soñadores, para fijarse en un punto muy distante del horizonte habitual de las cosas vulgares.

Sin ver se posaron sus ojos en el espejillo de afeitarse que todavía tenía colgado de la pared de la tienda, encima de la mesa; pero su vista estaba concentrada mucho más allá. Y de pronto, al moverse un reflejo en la pulida superficie del cristal, los ojos del belga se apartaron del lejano espacio para fijarse en el espejo, y en él vió copiado el áspero semblante de Achmet Zek, al que servían de marco los pliegues de la cortina que formaba la puerta de la tienda.

Werper ahogó un respingo de desaliento. Con raro dominio de sí mismo bajó la vista, sin aparentar que la había posado en el espejo, hasta volverla a fijar en las piedras preciosas. Sin prisa las metió de nuevo en la bolsa, se guardó ésta en el cinturón, por dentro de la camisa, sacó un cigarrillo de la petaca, lo encendió y se levantó. Bostezando y estirando los brazos sobre su cabeza, se volvió lentamente hacia el otro extremo de la tienda. El semblante de Achmet Zek había desaparecido de la entrada.

Decir que Albert Werper estaba aterrado sería expresar con poca energía sus sentimientos. Comprendía que no sólo había sacrificado su tesoro, sino también su vida. Achmet Zek no permitiría nunca que la riqueza que había descubierto se le escapara de entre los dedos, ni perdonaría la doblez de un subordinado que había llegado a la posesión de semejante tesoro sin ofrecerse a compartirlo con su jefe.

Lentamente el belga se dispuso a acostarse. No sabía si le estarían acechando; pero en caso de que así fuera, el vigilante no logró observar la menor muestra de la excitación que el europeo trataba de ocultar por todos los medios. Cuando estuvo dispuesto para meterse en la cama, el ex teniente cruzó a la mesita y apagó la luz.

Dos horas más tarde las cortinas de entrada de la tienda se separaron en silencio y dejaron paso a una figura vestida de oscuro que sin hacer ruido penetró en la oscuridad de fuera a la de dentro. Llevaba en la mano una larga gumía. Despacio llegó al montón de mantas extendido sobre varias alfombras junto a una de las paredes de la tienda.

Sus dedos buscaron y encontraron, debajo de las mantas, un bulto que debía de ser Albert Werper. Siguieron el contorno de un hombre, y de pronto un brazo partió hacia arriba, se detuvo un instante y descendió de nuevo. Una y otra vez repitió la misma maniobra, y siempre la aguda hoja de la gumía se enterro en el objeto que yacía bajo las mantas. Pero en el silencioso bulto se notaba una falta de vida inicial que tenía preocupado al asesino. Febrilmente separó los cobertores y buscó con nerviosa mano la bolsa de piedras preciosas que esperaba encontrar escondida en el cadáver de su víctima.

Un instante más tarde se irguió Achmet

Zek con una maldición en los labios. La maldición obedecía a que había descubierto bajo las mantas de su teniente sólo un montón de ropa de desecho arreglada en la forma y apariencia de un hombre dormino. ¡Albert Werper se había escapado!

El jefe salió por la aldea ocrriendo y llamando con voz colérica a los dormidos árabes, que asomaron soñolientos a sus tiendas en respuesta a las voces del bandolero. Mas, aunque registraron la aldea una vez y otra, no encontraron el menor rastro del belga. Echando espumarajos de rabia. Achmet Zek ordenó a sus secuaces que ensillaran, y aunque la noche era negra como boca de lobo partieron a registrar la selva contigua en busca de su presa.

Mientras se alejaban galopando por las abiertas puertas, Mugambi, escondido en un arbusto cercano, se deslizó sin que lo viesen al interior de la empalizada. Como unos veinte negros estaban apiñados junto a la entrada contemplando la partida de los perseguidores, y cuando el último de ellos salió de la aldea, los negros agarraron las puertas y las cerraron, y Mugambi les ayudo a hacerlo, como si hubiera pasado la mayor parte de su vida entre los forajidos.

En la oscuridad se coló sin que nadie le dijera nada, como si fuera de la hueste del árabe, y cuando los demás se alejaron de las puertas en dirección a sus respectivas tiendas y chozas, Mugambi se esfumó entre las sombras y desapareció.

Una hora pasó deslizándose por detrás de las diversas chozas y tiendas, en su esfuerzo por descubrir el sitio en que tenían cautiva a la compañera de su amo. Había una que —— Mugambi estaba casi seguro — le debía de encerrar, porque era la única ante cuya puerta quedaba apostado un centinela. Mugambi estaba agazapado a la sombra de aquella vivienda, detrás de la esquina junto a la cual montaba la guardia el confiado indígena, cuando se acercó otro a relevar a su camarada.

—¿Está segura dentro la prisionera? — preguntó el recién llegado.

—Segura está — replicó el otro, — porque nadie ha pasado por esta puerta desde mi venida.

El nuevo centinela se puso de cuclillas delante de la puerta, en tanto que el relevado por él se dirigía a su propio refugio. Mugambi se deslizó más hacia la esquina. En una de las potentes manos llevaba una gruesa maza. Ningún signo de entusiasmo turbaba su flemática calma, pero interiormente se sentía alborozado por la prueba que acababa de tener de que lady estaba realmente allí dentro.

El centinela daba la espalda a la esquina que ocultaba al gigante negro. Por esta razón no vió el enorme bulto que se levantaba en el silencio por detrás de él. La maza se alzó, describió una curva en el aire, y cayó de nuevo. Se sintió un golpe sordo, un crujido de huesos aplastados y el centinela se derrumbó convertido en un inanimado montón de arcilla.

Un momento más tarde Mugambi registraba el interior de la choza, primero llamando ¡lady! en apagado cuchicheo, y finalmente con premura casi febril... Hasta que de pronto apareció en su mente la verdad. ¡La choza estaba vacía!

CAPITULO X.

TARZAN VUELVE A SER FIERA

Un momento de estupor Werper junto al dormido Tarmangani, con el puñal homicida levantado para dar el golpe final: pero el temor contuvo su mano. ¿Y si la primera puñalada no hundía la punta del puñal en el corazón de su víctima? Werper se estremeció al pensar en las desastrosas consecuencias que esto le acarrearía. Despierto, y con unos momentos de vida siquiera, el gigante podría hacer materialmente pedazos a su agresor, si así se le acurría; y el belga no tenía duda de que se le ocurriría en efecto.

De nuevo sintió ruido de acolchados pasos en las cañas aquella vez más cerca. Werper abandonó su intento. Ante él se extendía la alta llanura y la fuga. Tenía en su poder las gemas... Permanecer allí más tiempo era arriesgar la muerte en manos de Tarzán, o en las mandíbulas de cualquier fiera que se acercase. Dió, pues, media vuelta, y protegido por la sombras se alejó hacia la distante selva.

Tarzán seguía durmiendo. ¿Donde estaban aquellas misteriosas facultades protectoras que anteriormente le habían inmunizado contra el peligro de la sorpresa? ¿Podría ser aquel hombre dormido el perspicaz Tarzán de otros tiempos?

Acaso el golpe en la cabeza había paralizado sus sentidos temporalmente. ¿Quién podría decirlo? Más cerca llegó la furtiva criatura que se acercaba por entre los juncos. La susurrante cortina de vegetación se apartó a unos cuantos pasos del dormido, y apareció la enorme cabeza de un león. La fiera miró atentamente un momento al gigante blanco y luego se agazapó, con el cuarto trasero bien debajo del cuerpo, y el rabo oscilando de un lado a otro.

Fué el golpe de la cola del animal contra los juncos que interrumpió el sueño de Tarzán. Los habitantes de la selva no se despiertan nunca lentamente. En un segundo la plena conciencia y el pleno dominio de sus facultades vuelven a ellos de lo más hondo de un sueño profundísimo.

En el mismo momento de abrir los ojos Tarzán se puso en pie, con el venablo bien agarrado y pronto para el ataque. Volvía a ser Tarzán, de aguzados sentidos, vigilante, preparado.

No hay dos leones que tengan iguales características, ni un león obra invariablemente en idénticas circunstancias . Ya fuese la sorpresa, el temor o la cautela lo que impulsó al felino, ya agazapado y dispuesto a saltar sobre el hombre, el móvil no tiene importancia. El hecho es que la fiera no puso por obra su primitivo intento de acometer, sino

que en vez de ello dió media vuelta y se volvió a los juncos, en el momento en que Tarzán se despertaba y le hacía frente.

El Tarmangani se encogió de hombros y miró en torno , en busca de su compañero. Werper no asomaba por ninguna parte. Al principio Tarzán sospechó que otro leoncillo habría cogido y se lo habría llebado de allí pero examinando el suelo no tardó en descubrir que el belga se había alejado solo por la llanura.

Un momento Tarzán se sintió perplejo; pero no tardó en llegar a la conclusión de que el belga se debió de asustar al sentir la proximidad de la fiera y había huído impulsado por el miedo. Una sonrisa de desdén vagó por sus labios al ocurrírsele esta explicación: la deserción de un camarada en ocasión de peligro y sin avisarle. Bueno, si Werper era un ser de semejante calaña, Tarzán no quería nada más con él. Se había ido, y por el podía largarse tranquilo, porque no haría nada por buscarle.

A cien varas de donde él se hallaba crecía un árbol grande, solitario, en el borde de la selva de juncos. Tarzán se dirigió a él, trepó a su copa, y después de hallar una cómoda horquilla entre las ramas, se tendió a dormir sin más interrupciones hasta que llegara la mañana. Y cuando vino ésta Tarzán siguió durmiendo mucho tiempo después de salir el sol. Su espíritu, vuelto a lo primitivo, no tenía más preocupaciones que las de buscar alimento y defender su vida. Por tanto, no había nada que lo despertara mientras no le amenazara un peligro o le asaltaran las punzadas del hambre. Esto fué lo que en efecto le arrancó de su sueño.

Abriendo los ojos, estiró bostezando los gigantescos miembros, se levantó y miró en torno por entre el follaje de su retiro. Tarzán contempló como un extraño, en la devastados campos y praderas de John Clayton, lord Greystoke, las movibles figuras de Basuli y de sus valientes compañeros, mientras preparaban la comida de la mañana y se disponían a partir para la expedición que Basuli había planeado después de descubrir el desastre y el estrago en la finca de su difunto amo.

El Tarmangani miraba a los negros con curiosidad. En lo más hondo de su cerebro subsistía la fugitiva sensación de serle familiar todo lo que veía; y sin embargo, no podía relacionar ninguna de las diferentes formas de vida, animadas e inanimadas, que se pusieron al alcance de su vista desde que salió de la negrura de los subterráneos de Opar, con ningún acontecimiento especial de su existencia pasada.

Como entre nieblas recordaba a una hembra terrible, peluda, feroz y una ternura vaga, dominaba sus sentimientos de salvaje cuando el esfumado y borroso recuerdo pugnaba por abrirse paso en su espíritu. Este había vuelto a los días de su niñez, y era la figura de Kala, la gigantesca mona, la que veía, sin reconocerla más que a medias. Recordaba también otras formas grotescas, caricaturas de hombres. Eran las de Terkoz, Tula de Neeta, la compañera de juegos de su infancia.

Lentamente, muy lentamente, a medida que estas visiones de lo pasado reanimaban su aletargada memoria. Tarzán las fué reconociendo. Tomaban forma definida, ajustándose a los diversos incidentes de su existencia anterior con los cuales estaban íntimamente relacionadas. Su infancia entre los monos se desarrollaba en lento panorama ante su imaginación, y al hacerlo infundía en su espíritu un poderoso anhelo de buscar la compañía de los peludos y degradados animales de su vida pasada.

Vió como los negros esparcían las fogatas que habían encendido para guisar y emprendían la marcha ; más aunque el semblante de cada una de ellos le había sido recientemente tan familiar como el suyo propio, ni uno solo despertó en su memoria recuerdos de ninguna clase.

Cuando desaparecieron, Tarzán bajó de su árbol y se puso a buscar alimento. En la llanura pacían bastantes rebaños de rumiantes salvajes. Tarzán se encaminó cautelosamente a un pequeño grupo de bien nutridas cebras. No fué un intrincado proceso de razonamiento el que le impulsó a describir un ancho círculo hasta situarse a sotavento de su presa; obraba únicamente por instinto. Valíase de toda clase de escondites al arrastrarse a gatas hacia los animales y muchas veces tendido de boca cuan largo era.

Una hembra joven y gorda y un bien cebado macho eran los que pacían más cerca de él cuando Tarzán se acercó al rebaño. De nuevo fué el instinto el que le hizo tomar a la primera como comida. Un arbusto poco elevado se alzaba a pocos pasos de las dos confiados animales. El Tarmangani llegó a su refugio, con el veneblo firmemente empuñado. Cautelosamente se dispuso a levantarse, y con un solo movimiento lo hizo y lanzó su pezada arma contra el costado de la hembra. Sin esperar siquiera a ver el efecto de su agresión, saltó como un felino detrás de su venablo, blandiendo el cuchillo de caza.

Un instante permanecieron inmóviles los dos animales. El desgarrón de la terrible punta del venablo en su costado arrancó un súbito grito de dolor y espanto a la hembra, y al punto ella y su macho dieron media vuelta y quisieron huir en busca de la seguridad; Pero Tarzán, a la distancia de pocas varas, podía rivalizar en ligereza con ellos, y al primer paso que dió la hembra cayó derribada, con una fiera salvaje encima. Luchó el animal, mordiendo y dando coces a su enemigo. El macho vaciló un segundo, como si pensara en correr a su auxilio; pero una mirada hacía atrás le hizo ver las pezuñas fugitivas del resto del rebaño, por lo cual con un relincho y un meneón de cabeza, dió media vuelta y se alejó al galope.

Agarrado con una mano a la corta crin de su presa, Tarzán la golpeó repetidas veces con el cuchillo, hasta clavarlo en el inerme corazón. El resultado era inevitable desde el primer momento. La hembra luchó valerosamente, pero sin esperanza, y al fin

cayó al suelo con el corazón atravesado. El gigante blanco plantó un pie sobre su cuerpo y alzó la voz en un grito de victoria de los Mangani. A distancia, Basuli se detuvo cuando los pavorosos acentos de aquel grito llegaron a sus oídos.

—¡Los grandes monos! — dijo a sus compañeros. — Hacía mucho tiempo que no los oía en la tierra de los waziris. ¿Qué puede traerlos por aquí?

Tarzán agarró a su presa y la arrastro al escondite parcial del arbusto que había ocultado su proximidad; allí se sentó sobre ella, le cortó un gran trozo del lomo y procedió a acallar el hambre con la caliente y chorreante carne del animal.

Atraídas por los estridentes gritos de la cebra, un par de hienas se presentaron pronto ante la vista de Tarzán, y vinieron a detenerse a unas cuantas varas de distancia del voraz Tarmangani. Este levantó los ojos, enseñó los dientes y profirió un gruñido. Las hienas le devolvieron el cumplido, y se retiraron dos pasos. Lejos de hacer ningún movimiento para atacar, se quedaron sentadas a respetuosa distancia, en tanto que Tarzán terminaba su banquete. Una vez que hubo cortado unas cuantas tiras de carne para llevárselas, echó a andar lentamente en dirección al río para apagar la sed. Su camino pasaba por el mismo lado de las hienas, y no se le ocurrió alterar su curso por la presencia de los repugnantes animales.

Con la soberana majestad de Numa, el león, se encaminó Tarzán en derechura hacia las gruñonas fieras. Un momento, sólo un momento mantuvieron éstas su posición, erizadas y retadoras; en seguida se echaron a un lado para dejar paso al indiferente Tarmangani que seguía su señorial camino. Un segundo más tarde las dos estaban desgarrando los restos de la cebra.

Volvióse Tarzán a los juncos, y por entre ellos llegó al río. Un rebaño de búfalos, sobresaltado ante su proximidad, se levantó dispuesto a atacar o a huir. Un macho enorme escarbó en el suelo y lanzó un rugido cuando sus sanguinolentos ojos descubrieron al intruso; pero el gigante blanco pasó por delante de él como si ignorara completamente su existencia. El rugido del búfalo se apagó hasta no ser más que un gruñido; volvió la cabeza, se oxeó del costado con el hocico una horda de moscas, echó una mirada postrera al hombre y continuó paciendo. Su numerosa familia siguió su ejemplo o se quedó mirando a Tarzán con suave curiosidad, hasta que los juncos de enfrente lo ocultaron a su vista.

En el río Tarzán bebió cuanto necesitaba y se dió un baño. Durante el calor del día permaneció tendido a la sombra de un árbol, cerca de las ruinas de sus incendiados graneros. Sus ojos iban al través de la llanura hasta el bosque, y el anhelo de los placeres que ofrecían las misteriosas profundidades de la selva se enseñoreó de sus pensamientos durante considerable rato. Al salir el próximo sol cruzaría el llano y entraría en la espesura. No tenía prisa, pues veía ante sí una interminable serie de mañanas, sin nada que hacer para llenarlas más que la satisfacción de sus apetitos y caprichos del momento.

(Continuará en el próximo número).

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado . . . ."	0.40
Suscripción por 3 meses (13 números) . . . ."	2.50
" " 6 " (26 ") . . . ."	4.80
" " 1 año (52 ") . . . ."	9.00

EXTERIOR

Bolivia. Brasil. Chile. Colombia. Costa Rica. Cuba. Ecuador. España. EE. UU. de Norte América. Filipinas. Guatemala. Honduras. Méjico. Nicaragua. Paraguay. Perú. San Salvador. Santo Domingo y Uruguay. Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . . " "	12.00 "

Barnigugli y su
¡OH! QUE CANSADO ESTOY. YA HE RECORRIDO A PIE CASI LA MITAD DEL CAMINO. ¡SEGURAMENTE QUE MI TIO QUERIA DESHEREDARME CUANDO PUSO LA CLAUSULA ESA DE QUE PARA COBRAR LA HERENCIA TENIA QUE CRUZAR EL CONTINENTE SIN GASTAR NADA EN EL VIAJE.
1
—¿QUE LE PASA, COMPAÑERO?
—ESTOY REVENTADO. TENGO QUE CRUZAR EL CONTINENTE SIN GASTAR EN EL VIAJE PERO RECONOZCO QUE NO ME DAN LAS TABAS.
2
¿Y QUE HACEMOS AHORA?
BAJATE EN SEGUIDA Y VAMOS A OTRA VIA PARA TOMAR OTRO TREN.
5
—¿POR QUE CORREMOS? ¿QUIERES DECIRME?
—POR NADA: ES UN VIGILANTE QUE NOS PERSIGUE. SIGA CORRIENDO.
6
AHI VIENE EL BOTON. ¡CALLESE!
9
¿CREIAN QUE NO LOS IBA A ENCONTRAR? ¡SALGAN DE AHI!
10

pingo Tragavientos
VENGA CONMIGO, COMPADRE. YO SOY PERRO VIEJO, PARA ESO DE VIAJAR DE ARRIBA.
ESO ME ANIMA.
¿SABE QUE USTED ES UN TIGRE PARA VIAJAR? HEMOS RECORRIDO MAS DE 100 KILOMETROS. ¿POR QUE PARA EL TREN AHORA?
ESTAMOS LLEGANDO A ALGUNA ESTACION
3308
AJAJA. AHORA VERAN ESOS ATORRANTES
¡SI YO NO HAGO RUIDO!
Sssssss
¿QUE ES ESTO?
¡CHOCA LOS CINCO! ¡SOS UN TIGRE, VIEJO!

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
TEODORITA HABIA LLEGADO A LA CUMBRE DE LA FAMA. LOS CRITICOS YA NO SABIAN QUE DECIR PARA ENSALZARLA. PIPERMIT ERA EL UNICO QUE NO SE CONVENCIA DE LAS DOTES ARTISTICAS DE SU MAMA, SOBRE TODO DESDE QUE LA OYO CANTAR. SALIO DECEPCIONADO DEL TEATRO Y DESPUES DE VAGAR CON SU PERRO POR ALGUNAS CALLES SE ENCONTRO CON SU QUERIDO PAPA QUE EJERCIA LA HIGIENICA FUNCION DE BASURERO.
¡OH! ¡PIPERMIT! ¡MI QUERIDO PIPERMIT! VEN A MIS BRAZOS. NO TE PUEDES IMAGINAR LO QUE SUFRO DESDE QUE ME SEPARE DE USTEDES. ¿DONDE ESTA TEODORITA?
ESTA DE ARTISTA. GANA PLATA GRITANDO A TODO LO QUE DAN SUS PULMONES.
LLEVAME A DONDE ELLA ESTA. PUEDE SER QUE CUANDO ME VEA REFLEXIONE Y VUELVA AL HOGAR.
LO DUDO PADRE MIO. ELLA CREE QUE SU CAMINO ESTA EN EL ARTE.
ENTRE TANTO TEODORITA...
—NUNCA HE OIDO SEMEJANTES BERRIDOS. ANOCHE ESTUVO ADMIRABLE Y HOY ESTA INAGUANTABLE.
—¿Y PARA OIR ESTO HE PAGADO DIEZ PESOS? ¡QUE ME DEVUELVAN LA PLATA!
—¡ECHENLA!
—¡AFUERA!
¡A MI NO ME IMPORTA EL CONTRATO! AHORA MISMO LA ECHO DEL TEATRO.
VE AL CAMARIN Y ECHALA A PATADAS. NOS VA A FUNDIR.
—¿QUE SE HA CREIDO USTED? ¿QUE VAMOS A SOPORTAR SUS ALARIDOS?
RECONOZCO QUE ALGO ME HA SUCEDIDO EN LA GARGANTA. ¡NO PUEDO CANTAR!
DEBECK

BUENOS AIRES
Av. DE MAYO 662

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL

AÑO VIII
No. 282
VIERNES
FEBRERO 22
1929

20 cts.

LA MUJER QUE HUYO

Por CARLOTA DOCKSTADER

Un cuento admirablemente escrito en el que se desarrollan escenas de intensa dramaticidad.

ANECDOTARIO DE PUCKY

DON DINERO...

Un comerciante muy acaudalado de Madrid tenía de sirviente a un negro llamado Juan, a quien estimaba mucho y había llevado de Cuba en uno de sus viajes por aquel país. Este veía con desagrado que siempre que venía alguien a ver a su amo ninguno se dignaba ni darle los buenos días. Al cabo de algunos años muere dicho comerciante y no teniendo herederos dejó su fortuna al negro.

Después de algunos días el negro Juan abre nuevamente el establecimiento y ve con gran asombro que los mismos que antes no lo saludaban venían a felicitarlo y le daban la mano diciéndole: "¿Cómo está don Juan?"

El negro, dispuesto a darles una lección, les contestaba, dándoles también la mano:

—Yo no me llamo don Juan, me llamo don Dinero, don Dinero...

* * * *

LA HERIDA DE MITRE

El día 2 de junio de 1853, el coronel Mitre, jefe de estado mayor de Buenos Aires, salió de la ciudad para batir al enemigo que estaba en la Convalecencia.

Empeñada la lucha, observó Mitre el nutrido fuego que sus guerrillas hacían a los confederados, resguardados en una zanja abierta a unos 20 metros del lugar en que el coronel se hallaba.

De pronto viéronle sus ayudantes encorvarse sobre el caballo, desmontando luego cubierto de sangre.

—¡Estoy herido y quiero morir de pie como un romano! — fué la respuesta que dió a las preguntas que aquéllos le hicieron al rodearle solícitos.

—Vea qué tengo. — dijo a don Felipe de Escurra.

Escurra vió que tenía una herida de bala en la parte superior de la frente; la examinó como podía hacerlo un profano en medicina y contestó:

—¡No es nada!

—Sin embargo, la impresión que experimento es como si tuviera dentro el proyectil, — observó Mitre con serenidad.

Limpiando ligeramente el rostro y algo restañada la sangre, quiso Mitre volver a montar a caballo, considerando desde el primer momento que la herida era mortal; pero le faltaron las fuerzas y tuvo que desistir de su propósito.

Cuando el capitán don Gregorio Carreras comunicó el accidente al general Paz, ministro de la Guerra del gobierno porteño, este hombre de temple glacial y de fisonomía impenetrable, no pudo ocultar su desagradable impresión.

—¿Es grave la herida? — preguntó.

—Dicen que es de muerte.

El ministro desalentado, se dejó caer en un sillón, y dijo hondamente afectado:

—¡Hubiera preferido perder la mitad del ejército antes que al coronel Mitre!

GALANTERIA NAPOLITANA

La galantería napolitana es de las más refinadas. Jamás se pregunta de quién es una cosa sin que el dueño conteste al que lo interroga:

—De usted.

Y se cuenta que en una ocasión el rey Víctor Manuel, abuelo del actual soberano, visitaba un pueblecito, ocurriéndosele entrar a descansar en una granja cuyo dueño salió a recibir al monarca, acompañado de dos chicuelos de unos diez a doce años, hijos suyos.

—¡Qué niños más guapos! — exclamó el rey. — ¿De quién son?

Y el dueño contestó respetuosamente:

—De vuestra majestad.

—Hombre, no lo sabía, — replicó humorísticamente el rey. — ¡Buena se va a poner la reina si se entera!

* * * *

SAN PEDRO Y SATANAS

San Pedro y el diablo propusiéronse hacer cada uno un trabajo durante una sola noche. En las primeras claridades del alba de la noche convenida, San Pedro había puesto fin a aquel conjunto de milagros de arte que es la iglesia de San Pedro en Roma, que — hacemos notar de paso, — lleva precisamente su nombre. Por su parte, el negro Luzbel a la misma hora había dado término a aquel soberbio e inmortal mausoleo que es el Panteón, hoy iglesia con el nombre de Santa María ad Martyres.

Invitado el diablo a visitar la obra de San Pedro, aquél se limitó a admirarla desde el exterior, negándose a penetrar en su interior por razones obvias. San Pedro pidió entonces al diablo permiso para visitar su templo, concediéndoselo éste con la condición de que no hiciera cruz alguna, pues en tal caso se habría visto obligado a abandonarla.

—Hermosa y soberbia obra monumental, — dijo San Pedro a Lucifer una vez contemplado detenidamente el interior del suntuoso templo. — Lo que me parece es que en vez de siete altares sólo hubiera debido erigir cuatro: uno hacia el Sur, — siguió diciendo San Pedro, acompañando su palabra con señales hechas con la mano, — uno hacia el Norte, uno hacia el Oeste y otro hacia el Este.

Con estas señales, que constituían una cruz, San Pedro violó su promesa y entonces Satanás lanzó una densa humareda y envuelto en ella desapareció hacia arriba, dejando en el techo una abertura redonda de varios metros.

A este respecto, es bueno recordar que el Panteón tiene, efectivamente, siete altares y una abertura en la parte céntrica de su techumbre.

Es a raíz de esta leyenda que muchos en Roma, y especialmente en la campaña romana, llaman al Panteón la "iglesia del diablo".

Ni el champaña ni el baile trajeron color a las mejillas de la joven, ni animaron la frialdad de su tono; pero sea como fuere él le notaba cambiada. Sus ojos lo llamaron algo más cerca. "Creo que le daré lecciones", murmuró.

Jennerton y Cía.

(Agencia de detectives)

Por

FELIPE OPPENHEIM

Entre los escritores ingleses de novelas y cuentos policiales, goza de merecida fama Felipe Oppenheim. La novela "Jennerton y Cía." es una de sus últimas y más notables obras. Se trata de varios episodios dramáticos e interesantes en los que intervienen los notables detectives Jennerton e hijo. Esta obra ha sido expresamente traducida para "Pucky", que publicará un episodio de ella en cada número.

I

TRES PAJAROS DE UNA PEDRADA

IMPACIENTE ante los numerosos obstáculos que habían detenido su auto en todo el camino desde Croydon, Geraldo Jennerton bajó el cristal de la ventanilla y miró hacia afuera. Comprendió en seguida que estaba en Londres. No era el Londres que había contemplado media hora antes desde su aeroplano, — un caos de obscuridad con millares de luces que se extendían interminablemente, — sino un laberinto de calles, a través de las cuales los autos parecían dirigirse, de todas direcciones, hacia un centro magnético.

Las aceras estaban llenas de gente variada, seres humanos que semejaban gigantescas hormigas pardas al pasar por las vidrieras, brillantemente iluminadas. Hacia el Norte un resplandor rojizo, más vivo, iluminaba el nebuloso cielo; era el reflejo del ardiente corazón de la ciudad.

El joven miró su reloj. Después de su viaje sin tropiezos por el cielo, aquel avance lento le atacaba los nervios. Además no podía apartar de su imaginación el misterioso telegrama que tenía en el bolsillo.

Ahora, aunque el gentío era aun más denso y las líneas de tranvías más complicadas, las calles se ensanchaban y avanzaba con más rapidez. Pasaron una de las grandes estaciones terminales, entraron en la lenta corriente de tráfico, a través del puente, se deslizaron por la Ribera, donde la neblina de diciembre era más espesa y tomaron por fin por aquella larga y silenciosa calle que, en sus raras visitas a ella, le había parecido siempre a Geraldo Jennerton como el remanso de un turbulento río. Finalmente el auto se detuvo delante de un gran edificio de piedra con todas sus ventanas iluminadas. Afuera había estacionados varios taxis y en la

acera opuesta como media docena de autos particulares.

Bajó Geraldo y entró apresuradamente, pasando por entre un pequeño y variado grupo de gente, que se hallaba en el pasillo, para dirigirse al ascensor que lo llevó al tercer piso. Golpeó a la puerta de una de las habitaciones y lo recibieron en seguida. Un hombre alto, de imponente presencia, con cabello gris, rizado y lentes que se balanceaban en su larga nariz lo saludó con aparente satisfacción.

—¡Ah, Geraldo! ¡Excelente! Puede irse, señorita Smithson, — continuó despidiendo a su secretaria, a quien estaba dictando algunas cartas. — La llamaré cuando esté desocupado.

La joven desapareció y Geraldo ocupó su sitio.

—Ha llegado usted antes de lo que pensaba, — observó el señor Brigstock. — ¿Cuál de mis telegramas lo alcanzó

—Estaba yo en San Remo. Tomé el primer tren para Niza, volé hasta París ayer y de allí hasta aquí esta tarde. ¿Qué es lo que ocurre?

El señor Brigstock tosió, indicio de mal agüero, se quitó los lentes, descubriendo ojos débiles, ribeteados de rojo.

—Algo ridículo, — le contó, — y sin embargo alarmante hasta cierto punto. Su padre ha desaparecido.

—¿Qué mi padre... que?

—Ha desaparecido. Nos ha abandonado. Salió de aquí el martes, sin decir palabra a nadie ni dejar mensaje alguno. Y desde entonces nada se sabe de él.

—¡Dios mío! — exclamó el joven. — ¿No ha avisado a la policía?

El señor Brigstock frunció el ceño. Se recostó en el sillón y empezó a jugar distraídamente con el cordón de sus lentes.

—Mi querido Geraldo, — le reprochó. — ¡Piense un momento! Somos la "Jennerton Limitada"; la firma de detectives privados más grande del mundo. Una institución aun más importante que la de nuestros rivales de América. ¿Cómo vamos a recurrir a la policía? Si publicamos lo que ha ocurrido nos convertiremos en objeto de risa para todo el mundo. ¡El jefe de la firma Jennerton secuestrado o escondido voluntariamente sin que la casa pueda descubrir su paradero! Considere la posición, le suplico. Tenemos que movernos con mucho cuidado.

Hubo un breve silencio. El rostro de Geraldo, moreno y hermoso, tenía expresión intrigada. Era un joven de veinticinco a veintiseis años de edad. Su porte, su voz, todo en él denotaba una segura y amable posición en la vida.

—¿Ha hecho usted todo lo posible para descubrir su paradero? — preguntó.

—Hemos realizado algunas pocas y prudentes averiguaciones, — contestó el señor Brigstock. — Pero procuramos que el asunto no llegue hasta los diarios. Apenas hay una que otra persona, en este edificio, enterada de lo ocurrido.

—¿Quién lo vió por última vez?

—Harmon, su criado. Su padre, como usted sabe, era hombre de costumbres muy regulares. A las diez y siete del martes salió de la oficina, fué a su departamento, leyó los diarios, se bañó, cambióse de ropa y se fué al club donde acostumbraba a comer. No ha vuelto desde entonces, aunque hay aquí algunos asuntos de importancia que esperan su decisión. Me parece que deberíamos ir ahora a su departamento para que lo vea usted a Harmon.

El joven, un poco aturdido todavía, se levantó y, acompañado por el socio de su padre, subió hasta el último piso del edificio, donde el jefe de la firma tenía su departamento. Un criado viejo, de sombría apariencia, les hizo entrar al "living room".

—¡Extraño asunto este, Harmon! — observó Geraldo, no bien se hubo cerrado la puerta.

—Muy extraño, verdaderamente, señor.

—¿Gozaba el patrón de buena salud?

—Nunca lo he visto mejor ,señor.

—¿Y el ánimo?

—Excelente. Era una noche de niebla, el martes y sus últimas palabras fueron: "No sé si Geraldo estará mejor que nosotros, en Florencia".

—¿Supone usted que sus planes eran pasar la noche como de costumbre?

—Sí, señor.

—¿Qué informes obtuvo usted en el club? — preguntó Geraldo al socio de su padre.

Hemos hecho allí investigaciones, como por casualidad. Su padre llegó a la hora de costumbre, jugó varios partidos de bridge, comió. Pero luego, en vez de reunirse con sus amigos en la sala de juego, se puso el sombrero y se fué. El portero cree que lo vió tomar un taxi; pero estaba muy lejos para oír la dirección.

—¿Tenía mi padre entre manos algunos casos importantes? — preguntó Geraldo.

El señor Bigstock sacó un librito de apuntes de su bolsillo, dividió cuidadosamente los faldones de su levita, y se sentó.

—Su pregunta es muy natural y oportuna, — observó con acento de aprobación. — Hay dos asuntos a los que su padre dedicaba atención personal. El primero se refiere a la desaparición de una joven, la señorita Clarisa Lauriesen; aquí está su fotografía, de uno de los internados más exclusivos de la costa Sur. Hace como diez días recibimos la visita de la señorita Townley, directora del establecimiento, quien nos dijo que recurrir a la prensa o a la policía significaba la ruina para ella. Su padre le prometió hacer todo lo posible para descubrir el paradero de la joven. Que yo sepa no tuvo éxito, aunque se ha ocupado del caso.

—¿Y el otro asunto?

—Un serio chantage. Siento decir que la víctima, lord Perlenton, ha fallecido ya, dejando uno buena suma de dinero. Parece que su señoría fué inducido por alguien a concurrir a un establecimiento privado de baile, para tomar lecciones. Los detalles completos están en poder de su padre, pero tengo entendido que su señoría fué decubierto por el chantagista (indudablemente miembro del establecimiento), en situación com-

prometida con una de las jóvenes de la casa. La seriedad del asunto consiste principalmenee, en la alta posición social y filantrópica que ocupaba lord Perleston.

—¿Eran esos los dos únicos casos de su libro privado?

—Los dos únicos recientes, pero había uno que constituía la ambición de la vida de su padre: procurar el arresto de Edgardo Morris, el asesino y falsificador de Bristol. La policía de Nueva York y Londres, lo han buscado inútilmente por toda Europa durante tres años. Como detectives, estuvimos relacionados con su última hazaña. Sin embargo, ha permanecido tanto tiempo libre, que hasta la semana pasada el caso del asesino Morris, como se le llamaba, había dejado de interesar...

— Y la última semana?

—Su padre recibió una comunicación de la que no enteró a ningún otro miembro de la firma, ni siquiera a mí. Pidió todos los informes de Morris, sus fotografías e impresiones digitales. Fué a Scotland Yard para ver si tenían datos nuevos y durante algunos días uno de nuestros mejores hombres estuvo haciendo investigaciones en el sudoeste de Londres.

—¿Dónde está ese hombre? — preguntó prontamente Gerardo.

—Desgraciadamente, en camino de Estados Unidos. Su padre lo mandó a ver al apoderado de Nueva York.

El teléfono que comunicaba el departamento de Jennerton con la oficina sonó y Brigstock se apresuró a bajar para atender un cliente. Geraldo quedó parado sobre la alfombra de la estufa, contemplando el estudio cómodamente amueblado. Jennerton, padre, era un hombre hijo de sus obras, pero tenía buen gusto. Las cortinas y tapices eran armoniosos, los pocos bronces excelente, los cuadros auténticos y los muebles de buen estilo. Una habitación de hombre muy confortable.

—¿Tiene usted las llaves de los cajones de mi padre? — preguntó Geraldo al sirviente.

—No creo que haya nada cerrado con llave, señor — contestó Harmon. — Los valores o cualquier cosa que tuviera relación con el negocio, los guardaba el amo en su sección de la caja fuerte, abajo.

El joven abrió los cajones y examinó su contenido. En el tercero se detuvo.

—Si no me engañan los recuerdos, Harmon, mi padre acostumbraba a tener siempre un revólver aquí.

—Sí, señor; lo ví la semana pasada.

Geraldo buscó una vez más.

—Bueno... ha desaparecido, — anunció finalmente, — y hay una caja de balas abierta, de la que faltan seis cartuchos.

Harmon estaba intrigado.

—Nunca supe que el amo cargara su revólver en la vida, señor. Solía decir que ya había pasado la época de esas cosas.

Geraldo hizo un ademán de asentimiento.

—Acostumbraba a llamar sistema anticuado el uso de armas de fuego. recuerdo. ¿Registró usted los bolsillos de la ropa que se sacó la tarde del martes?

—Encontrará usted todo lo que había en los bolsillos sobre la repisa de la estufa, señor.

Geraldo examinó los objetos, una colección sin importancia. Sin embargo, en la cigarrera había un pequeño pedazo de cartulina que parecía ser lo único interesante. Parecía un fragmento de lo que fuera tarjeta de visita, y en caracteres tan borrados que era necesario acercarse a la luz para leerlos, estaban escrito: 7197 Chelsea.

—¿Oyó usted alguna vez a mi padre llamar a ese número, Harmon?

—Nunca, señor; — replicó el hombre. — En verdad, el amo nunca pedía número por sí mismo. Odiaba el teléfono.

Geraldo guardó cuidadosamente el pedazo de cartulina en su bolsillo.

—Creo que podré quedarme aquí, ¿no Harmon?

—Su cuarto está siempre preparado, señor.

Llamaron a la puerta y volvió Brigstock.

—¿Sabe algo acerca de este número de teléfono? — preguntó Geraldo, mostrándole la tarjeta.

Brigstock la examinó a través de sus lentes

—Nunca lo he oído — anunció.

—¿Puede usted averiguar a quién pertenece?

—Tenemos un departamento especial para esa clase de averiguaciones. Cuestión de cinco minutos, todo lo más. — Habló por el teléfono directo y dió una breve orden.

—¿No ha descubierto nada más, Geraldo?

—Sólo una cosa, que me agrada, — le confió el joven gravemente. — Parece que mi padre llevó consigo su revólver cargado, el martes.

Brigstock se sintió seriamente preocupado.

—Eso, — observó — parece indicar que su padre ha descubierto las huellas de Morris. Aunque no me explico por qué ha reservado el asunto para sí. Hace diecinueve años que trabajo con la firma y nunca dejó de comunicarme cualquier asunto grave. ¡Nunca! No comprendo... No comprendo...

—Ni yo tampoco, — dijo Geraldo.

—Su padre y yo hemos pasado la época de la acción y de la violencia, — continuó el socio, tirándose el chaleco sobre el vientre algo abultado. — Hay miembros de nuestra casa adiestrados en el uso de armas de fuego, ju-jitsu y todos los otros medios de defensa personal. Pero nosotros sólo nos ocupamos de la parte civil del negocio. Además, nuestras personalidades, después de tantos años, son bien conocidas para embarcarnos con probabilidad de éxito en lo que llamaría una ruda aventura. La acción de su padre me parece cada vez más inexplicable.

Se oyó un golpe en la puerta y entró un empleado con un pedazo de papel escrito a máquina. Después de mirardo, Brigstok se lo pasó a Geraldo. Decía:

"El número 7017 de Chelsea es el teléfono de la señorita Vera Catsan. Walner, Stret, número 19a., Chelsea."

* * * *

Aquella misma noche el señor Enrique Wenderby, llevando un paraguas y cuidando debidamente sus zapatos de baile, que evitaban los charcos, cruzó la calle y tocó el timbre del número 19., de Walner Stret, en Chelsea. Una elegante mucama contestó a su llamado y lo hizo entrar a una confortable salita, en el piso bajo.

—El señor Wenderby, — anunció.

La mujer que estaba en el sofá se levantó e hizo una inclinación de cabeza. Era muy joven y atrayente, con un hechizo extraño. Pálida, de facciones bastante cuadradas y grandes y maravillosos ojos de un castaño cambiante. Sus cejas delicadamente delineadas, la melena cortada a la última moda y la ausencia absoluta de afeites le comunicaban aire de particular distinción.

—Siéntese un momento, señor Wenderby, — le dijo. — Sírvase usted mismo café y arrime acá su silla.

El señor Wenderby obedeció sin vacilar. Era un hombre de más que mediana edad, pero de elegante figura, cutis fresco, boca risueña y bondadosos ojos grises. La dueña de casa lo observaba pensativa, mientras él se servía café.

—Para ser australiano, señor Wenderby, — le dijo, — tiene psted las manos muy lindas.

—Es debido a mis días de pereza en Londres, — confesó él. — A veces no sé en qué pasar el tiempo, así que entro a hacerme manicurar las manos.

—¿Siempre en el mismo lugar?

El señor Wenderby tosió y pareció un momento embarazado.

—Na hay nadie tan tonto como un viejo tonto, — dijo de buen humor. — No conozco a mucha gente en Londres y debo confesar que me gusta sentarme y conversar, en ciertos momentos, con una mujer joven y agradable.

Ella hizo una pequeña mueca.

—A mí no me dedica usted mucha atención — observó.

—Usted está muy por encima de mis ambiciones, señora, — declaró el señor Wenderby torpemente. — Tiene alrededor amigos muy distinguidos para fijarse en un hombre tan sencillo como yo. Esta noche está usted muy elegante... — continuó con acento de admiración. — Apuesto que va a salir más tarde.

Ella se rió suavemente.

—Es usted extremadamente modesto, señor Wenderby, — le dijo. — No es viejo; tiene riquezas y hay muchas muchachas en el mundo. Podrá elegir cuando quiera. La verdad es que creo que yo no soy su ideal.

El señor Wenderby pareció un poco molesto.

—Soy medio colonial y medio británico, — admitió, — y nunca me han atraído mucho las damas extranjeras... por bellas y delicadas que sean.

—Usted no debe considerarme extranjera, —le dijo ella con acento de reproche. — He estado en mi colegio de Inglaterra. He pasado aquí toda mi vida. Pero no importa: renuncio a usted. He visto que no le gusto. Esta noche mi pequeña protegida le dará su lección. Es dulce, inglesa y acaba de salir del internado. Sólo debe usted prometerme que, si lo dejo sólo con ella, se conducirá correctamente.

—Trataré, — dijo él, dejando la taza. — No puedo decir más que eso. Depende un poco de la joven dama ¿no le parece?

La señorita Vera Cassan se levantó graciosamente.

—Lo llevaré al estudio, — dijo. — Después tengo que irme. Venga, amigo mío.

El señor Wendeby mantuvo la puerta abierta para que ella pasara y siguió a su guía al hall, salieron por una puerta lateral, atravesaron un largo corredor, y subiendo cuatro escalones, llegaron al gran estudio, cuya puerta abrió Vera con llave. Había un fonógrafo en el rincón más lejano de la pieza y contra él estaba recostada una muchacha. Miró al señor Wenderby con asustados ojos.

—Este es el señor Wenderby, Clarisa, — le anunció la señorita Cassa. — Tú le darás su lección de baile esta noche. Está muy adelantado pero quiere aprender el tango.

—Haré lo posible, — contestó la joven vacilante. — Pero... no sé bastante para dar lecciones.

—Eres muy tonta al decir eso, — declaró Vera fríamente. — Bailas muy bien. No se apure, señor Wenderby. Trate de aprender con Clarisa. Ella es una chica amable; pero algo tímida. — Y añadió dándose vuelta con una sonrisa burlona, — no se olvide de lo que le dije.

—Vera... — empezó la joven apresuradamente.

—Irás a mi cuarto cuando vuelva y hablaremos, — la interrumpió la otra. — Que aprenda mucho, señor Wenderby. Quizá esté yo de vuelta antes de que usted se vaya.

Se despidió y se fué cerrando tras ella la puerta. Wendeby miró a su compañera con una sonrisita de satisfacción interior. La comparaba con la fotografía que tenía en el bolsillo.

—Bueno... va a tener usted trabajo, señorita, — le dijo alegremente, — si quiere enseñarme el tango.

Ella fingió buscar un disco. Luego se inclinó hacia él.

—Haga lo que le pido, — murmuró. — ¡Váyase, por favor! Es por su bien.

El esperó un momento mientras ella colocaba el disco.

—Espere un momento hasta que me ate el cordón del zapato, — le suplicó.

Apartó las cortinas que dividían el salón de baile de la pequeña antecámara y puso su pie sobre un sillón. La joven lo siguió.

—No puedo explicarme, — continuó ella ansiosamente. — Pero váyase. Todavía está a tiempo. Si llama usted a Vera ella volverá.

Wenderby le sonrió y su sonrisa era tranquila y protectora. Su zapato estaba ahora atado y extendió los brazos para bailar.

—No se preocupe, niñita, — le murmuró. — Enrique Wenderby no ha nacido ayer. Empiezo con el pie derecho, ¿no?... ¡Vamos!

* * * *

Como media hora después del momento en que le dejamos, Geraldo Jeneton, obrando con cierto ciego impulso, bajaba de un taxi y tocaba el timbre del número 19a., en Waner Street. No había nada menos extraordinario, pensó, que el aspecto exterior del lugar. Era una linda casa, pintada de blanco y verde, con jardineras con crisantemos en las ventanas; sugería tibieza y luz por entre las aberturas de las cortinas. La puerta le fué abierta inmediatamente por una elegante mucama. Esta miró a Geraldo con aire de agradable interrogación; pero no bien lo reconoció, la sonrisa abandonó su rostro por arte de magia.

—No entre aquí señor Geraldo, — le replicó. —No quiero que entre.

El la miró sorprendido. Luego la reconoció. Había sido mucama de uno de sus más íntimos amigos.

—¿De modo que es usted, Susana? — exclamó. — ¿Y por qué no puedo entrar?

Ella miró nerviosamente por encima del hombro.

—No quiero — insistió. — No necesita usted tomar lecciones de baile y si lo necesita es mejor que vaya a otra parte.

Se oyó abrir una puerta arriba. La muchacha se puso inmediatamente rígida. Geraldo la empujó suavemente hacia el hall.

—¿Quiere tener la bondad de anunciarle a su patrona que un caballero desea verla? — le dijo. — No hay necesidad de que mencione mi nombre, — añadió en voz baja.

La muchacha no protestó más. Lo hizo entrar a la cómoda salita donde ardía un buen fuego en la estufa. Nada menos siniestro que aquella especie de "living room", — pensó Geraldo y, sin embargo, desde que entró sintióse acometido de indecible inquietud. El cuarto era pequeño, no tenía puertas de comunicación con ningún otro y sin embargo él experimentaba la sensación de que en cualquier momento tendría que afrontar una crisis.

Se avergonzó del súbito aceleramiento de su pulso al oír pasos ligeros en el hall. Luego se abrió la puerta y entró Vera Cassan. Avanzó lentamente hacia él; no sonreía, pero tenía expresión interrogadora.

—¿Deseaba usted verme? — preguntó. — Soy Vera Cassan.

—Creo que debo disculparme primero por haber venido, — dijo agradeciendo interiormente a Susana su prevención. — La ví bailar en cierto lugar noches pasadas y supe que daba usted, como especial favor, lecciones de baile. Desearía saber si podría tener el honor de contarme entre sus discípulos.

Ella lo miró curiosamente. Afortunadamente para este y otros éxitos de su vida, Geraldo era muy buen mozo. Tenía facciones regulares, cabeza bien formada y el cuerpo de un atleta. La muchacha lo miró indudablemente encontrólo agradable.

—¿Quién le dijo que yo daba lecciones?

—Un hombre de la reunión. No recuerdo su nombre. Creo que ni siquiera lo oí. Eramos muchos.

—¿Es usted tan mal bailarín que necesita lecciones?

—Uno nunca sabe bastante en nuestros días. Además, — prosiguió con ligera sonrisa de disculpa — pensé que las lecciones, con una buena maestra, podía resultar agradables. Usted comprenderá... He estado algún tiempo en Inglaterra y todavía no he encontrado a muchos de mis amigos.

Vera le indicó una silla, empujó hacia él una caja de cigarrillos y tomó uno ella misma. Luego se recostó entre los almohadones del diván y lo miró pensativa.

—Esta noche no puede usted tomar lección, si esa era su idea, — le dijo. — El estudio está comprometido.

—¡Qué mala suerte! — murmuró él.

—Pero si tiene muchos deseos de bailar — continuó Vera, — puede hacerlo. — Algunos amigos con quienes pensaba salir, me han fallado. Lléveme al Embajada, si quiere.

—Con el mayor placer.

—¿Cómo se llama usted? — preguntó Vera.

Geraldo que amaba la verdad sobre todas las cosas, mintió con pesar.

—Robinson... Geraldo Robinson. He vivido mucho tiempo en Florencia.

—¡Geraldo Robinson! — repitió ella con ligera contracción de las cejas. — Y todo lo que usted sabe sobre mí es que uno de sus conocidos, cuyo nombre no recuerda, le dijo que daba lecciones de baile. Me pregunto quién habra sido. No hay mucha gente que me conozca. Sólo doy lecciones a gente de importancia.

—Yo me consideraré muy favorecido con ellas, — dijo Geraldo.

—Espere — le ordenó ella. — Voy a buscar mi abrigo.

Lo dejó solo de nuevo, más tranquilo ahora, pero dispuesto a reflexionar si aquella expedición al Embajada era prudente. Sin duda, pensó, debía continuar su relación con la muchacha del 7107 Chelsea. ¿Qué sabía su padre sobre este lugar? ¿Y la mujer? No era una maestra de baile común.

Examinó lo más minuciosamente que pudo la pequeña habitación. Había allí varios diarios y revistas escritos en un idioma que él no conocía, media docena de novelas francesas, un ejemplar de "La Ilustración" y unos pocos diarios ingleses. La atmósfera de la pieza, relacionandola con su dueña, no obstante su sencillez, producía perplejidad. Geraldo se movió inquieto, alrededor de ella. De pronto recibió una sorpresa. En el suelo, al lado de un sillón, medio debajo de él en realidad había un sombrero de hombre. Cuanto más lo miraba Geraldo, más familiar le parecía. El señor Jennerton padre era, en general, un hombre que vestía muy bien. Tenía una excentricidad respecto al sombrero: le gustaba de alas anchas, negro, algo semejante al sombrero español. Era una forma poco común e inconfundible. Geraldo atravesó el cuarto, en dirección a la puerta y escuchó. No se oía ningún rumor en las escaleras. Dió vuelta rápidamente el sombrero con el pie, vió el monograma con la inicial J y de un puntapié lo metió más abajo de la silla. Cuando un minuto o dos después, vol-

vió Vera, lo encontró parado, más o menos en la misma actitud en que le dejara.

—He pedido un taxi por teléfono, — le dijo ella. — Vendrá directamente a aquí.

—¿No podríamos darle un vistazo al estudio mientras esperamos? — sugirio él.

De nuevo notó la contracción ligera en la frente, el relámpago, medio interrogador, medio desconfiado en sus ojos. Afortunadamente para Geraldo, su expresión era absolutamente ingenua y resistió el exámen.

—El estudio está ocupado por esta noche — dijo Vera fríamente. — Podra verlo otro día, si me resuelvo a darle lecciones...

—¿Si se resuelve? — repitió él desconsoladamente. — Creí que estaba prometido ya.

Estaba ella parada muy cerca de Geraldo y él notó una vez más su atractivo sutil.

—Sólo doy lecciones, — le confió ella, — a las personas con quienes simpatizo. No estoy segura si usted me agradará. Creo que sí. Usted es muy amable; pero prefiero conocer bien a las personas a quienes recibo aquí. Tengo un tutor muy severo, además, tiene que decirme algo más de usted.

—Cambiaremos confidencias entonces, — propuso él. — Usted no es inglesa, ¿verdad?

—Me alegra decir que no. Soy una mezcla de polaca y rusa, con quizá algo de alemana. Mi madre era medio inglesa, por eso hablo el idioma sin dificultad.

La mucama anunció que el taxi habia llegado y los siguió afuera, llevando la cartera de su señora. Mientras estaba parada fuera de la portezuela y Geraldo subía, los labios de Susana se movieron con el más leve de los murmullos para decirle: "No vuelva".

* * * *

El señor Jennerton, padre, que por medios, al parecer milagrosos, se había convertido en el señor Wenderby, seguía dando vueltas, resollando y bufando, alrededor del estudio a los acordes de un aire de jazz, con un vigor y agilidad que denunciaba anteriores ensayos en la materia. Una o dos veces miró curiosamente a su maestra, una muchacha muy joven, con cabello dorado rojizo, esbelta, pálida, con una expresión curiosa de inquietud en su rostro y en sus ojos. Cuando llegaron al extremo más lejano de la habitación, ella habló casi por primera vez.

—Quisiera decirle algo, — murmuró.

El señor Jennerton no dió señales de haberla oído; pero se detuvo, enjugóse la frente con el pañuelo y tomó algunos discos.

—Vamos a sentarnos en aquella alcoba y examinar éstos, — le sugirió en voz alta.

Pasaron detrás del espacio, cerrado por cortinas, y se sentaron en un sofá. De pronto la joven le agarró la muñeca.

—Este es un horrible lugar, señor, — le confió. — Quiero que se vaya, que me deje... Le pesará, si no se marcha.

—¿Y voy a dejarla a usted aquí?

—Lléveme con usted, si quiere, — continuó ella con voz temblorosa por la agitación. — Yo no me imaginaba lo que iba a ser esto cuando Vera, — fué nuestra maestra de baile en la escuela, — me mandó buscar diciéndome que lo íbamos a pasar muy bien. Señor Wenderby, deseo que se vaya usted en seguida. Si no lo hace, habrá un escándalo. Yo no lo comprendí la primera vez que lord Perleston estuvo aquí. Ahora sé. Si usted no me lleva, yo me escaparé a la primera ocasión.

El señor Jennerton sonrió.

—Mi querida, — la tranquilizó, — no se preocupe por mí. Quiero ver en que para esto. Estoy aquí para averiguar lo que ocurre en este sitio.

El rostro de la joven se iluminó.

—¿De veras?

El hizo un signo de asentimiento.

—¿Cuál es el programa? — le preguntó.

—Dentro de cinco o diez minutos, — murmuró ella, — yo lo traeré aquí para descansar y entonces un hombre horrible que tiene una habitación en la casa, — parece que se oculta, — entrará y armará un alboroto. Se supone que usted se asustará y...

—Comprendo, — interrumpió Jennerton. — Veremos si es posible dar esta vez vuelta las cartas y hacer que el asustado sea él. ¡Venga!

Bailaron otra vez; ahora lo hacía la muchacha casi alegremente. Desaparecida la aterrada expresión de su rostro, era notablemente bonita. El señor Jennerton miró el reloj. Había llegado la hora.

—¿Quiere usted descansar? — le preguntó la muchacha temblorosa.

El hizo señas de que sí. Fueron otra vez hasta el diván. Se sentaron y Jennerton encendió un cigarrillo. De pronto se inclinó hacia adelante. Su oído experimentado oyó pasos furtivos que atravesaban el salón.

—Debería darles motivo para ganar su dinero, rodear su cintura con mi brazo o algo por el estilo — murmuró Jennerton sonriendo. Demos un vistazo.

Marchó en punta de pie hasta la abertura de la cortina. Un hombre atravesaba la habitación; un hombre vestido de obscuro, con rostro largo y marchito, ojos hundidos y cabello negro, algo canoso, muy recortado. Podía muy bien haber pasado por un maestro de escuela o cualquier otro pedagogo respetable. Sin embargo Jennerton, después de su primer mirada curiosa, endureció toda su vigorosa estructura. Sus ojos llamearon, las líneas bondadosas y risueñas de su rostro parecieron trocarse en una máscara de acero. Llevó una mano a su bolsillo y con la otra descorrió las cortinas.

—¡Manos arriba, Morris! — gritó. — ¡Manos arriba! ¡Pronto!

Por vez primera en su vida un maestro en su profesión de criminal, perdió la serenidad y pagó las consecuencias.

* * * *

En el Embajada donde Vera entró con aire de "habitué", encontraron una mesa desocupada en un rincón y como eran apenas las veintidós y media, decidieron cenar un poco más tarde. Geraldo pidió vino y bailaron. Al sentarse de nuevo, Vera le dijo:

—Creo que merece usted que le dé lecciones.

Bebieron un vaso de vino. Ni la danza ni el champaña trajeron color a las mejillas de la joven ni animaron la frialdad de su tono; pero sea como fuere, él notaba en ella cierto cambio. Sus ojos lo llamaron un poco más cerca.

—Está arreglado, — le susurró, — le daré lecciones.

Bailaron una y otra vez hasta que entraron algunas personas a las que ella parecía conocer. Eran un hombre grandote, a quien todos trataban con mucho respeto, y dos compañeros más jóvenes. Tomaron una mesa en el rincón más apartado del salón y la compañera de Geraldo dió señales de inquietud.

—Hay allí alguien a quien deseo hablar, — dijo. — ¿Quiere esperarme un momento?

El se levantó y movió la mesa para dejarla pasar. Después que Vera se hubo ido, se sentó, pero no miraba a la joven sino la cartera de platino y oro, medio abierta, que ella había dejado sobre la mesa. En un ángulo, se veían dos largas llaves, unidas con una cadenita de oro. Recordó las palabras de Susana en la acera, al dejar caer las llaves de su ama en el bolso: "Las llaves de la puerta lateral y del estudio, señorita". El estudio ocupado por esa noche! ¿Por quién? ¿Para qué? ¿Con qué objeto si ella era la maestra de baile? ¿Y por qué cerrado con llave?

La vista de las llaves lo fascinaba. Más de una vez su mano se extendió sobre el mantel. Luego se dió cuenta de que ella volvía. Se levantó de nuevo para dejarla pasar a su sitio; pero ella permaneció parada.

—¿No se resentirá usted si bailo con uno de esos hombres — le dijo. — Es un ruso... uno de mis discípulos... y...

—Vaya no más, — le contestó Geraldo. — Yo, entretanto, iré unos minutos a conversar con un amigo. Acaba de pedirme que vaya a tomar un trago al bar.

Ella lo dejó con una pequeña inclinación de cabeza. No bien hubo llegado al otro extremo del salón los dedos de Geraldo se deslizaron nuevamente sobre el mantel... Al cabo de dos minutos se hallaba en un taxi y en un cuarto de hora se encontró frente a la casa de Chelsea. Ahora las luces del frente estaban apagadas; pero había salido la luna y pudo ver lo que antes no notara: una larga entrada lateral y en su extremo otro edificio que evidentemente había sido el estudio de un artista. Se dirigió cautelosamente hacia él.

Se veía luz detrás de las cortinas corridas y un fonógrafo tocaba un fox-trot. Una oleada de duda lo desalentó. Aquella sensación de misterio flue había estimulado su acción desde que la mucama le murmuró su aviso, pareció desvanecerse. Había algo muy común y vulgar en la música del fox-trot, algo que desvaneció sus sospechas. Tuvo la fría sensación de que iba a ponerse en ridículo.

Reunió su valor, probó una de las llaves en la cerradura y entró

* * * *

Ocurría eso en el mismo instante en que Vera Cassan volvía a su lugar, pensando que la ausencia de Geraldo se prolongaba demasiado. Sus ojos se fijaron en la cartera y una ligera expresión de miedo apareció en sus ojos. Los dedos registraron en vano la cartera. Se levantó a medias y vió al hombre grandote, con quien había estado conversando, parado junto a ella. Se inclinó él para decirle:

—¿Dónde está el hombre?

—Se ha ido..., — contestó ella. — Y mis llaves... él u otro se las ha llevado

El rostro del hombre se puso púrpura de cólera.

—¡Imbécil! ¿Sabes quién era?

—Sólo sé su nombre: Geraldo Robinson.

El tembló por una especie de emoción que podría ser miedo o cólera.

—Todo hombre que en este mundo encuentra su fin antes de hora, — dijo, — lo debe a la estupidez de una mujer. Ese hombre es Geraldo Jennerton el hijo del detective Jennerton.

* * * *

Geraldo se encontró en un cuarto brillantemente iluminado; sobre el piso encerado vió a un hombre muerto. Geraldo lo miró con trágico asombro.

Seguramente había algo de familiar en el contorno de aquel hombre, encogido, masa informe, a algunas yardas de distancia.

Geraldo dió un paso vacilante hacia él, los ojos dilatados de espanto, sintiendo que una gran angustia entraba en su corazón.

Geraldo, procurando mantenerse de pie, sentía temblar sus rodillas, latir tumultuosamente su corazón. Por vez primera en su vida el miedo se había apoderado de él.

Se quedó allí un momento, haciendo un esfuerzo para serenarse. La tranquilidad volvía. Levantó la voz:

—¿Hay alguien ahí?

No obtuvo respuesta. El lugar estaba evidentemente vacío. Caminó a lo largo de la pared buscando la llave de la luz; dió vuelta en vano. La luz había sido apagada desde la casa. Buscó en su bolsillo. Tenía una fosforera de oro unida a su cadena de reloj. Sacóla y la abrió. No tenía más que un fósforo. Apretándolo entre sus dedos, volvió lentamente al medio de la habitación. Sus pies tocaron algo blando.

Se arrodilló y tocó el cuerpo del hombre, ya algo rígido. Por un instante sus dedos temblaban tanto que tenía miedo de encender el fósforo. Luego lo frotó rápidamente en la parte áspera de la caja. A la luz momentánea del fósforo vió la cara del muerto, sus ojos abiertos, su boca crispada. Era él rostro de un desconocido...

Con la ola de alivio que lo invadió, aflojóse también la tensión nerviosa que casi lo había privado de sentido. Se puso de pie y, por vez primera desde que entrara en la habitación su cerebro funcionó normalmente. Fuera quien fuera el que había estado en aquel lugar, se había ido, cerrando con llave, dejando que el muerto contara su propia historia.

Se dirigió, tanteando la pared, hasta la puerta y la sacudió. Rompió la hoja de su cartaplumas contra el resorte de la cerradura automática que por fatalidad diabólica había cerrado al entrar, dejando la llave del lado de afuera. Miró la ventana a diez pies de altura, descorrió las cortinas buscando alguna antecámara; pero no había ninguna salida. De pronto se detuvo en sus exploraciones y escuchó. Resonaban pasos sobre el corredor de baldosa, unos pesados y otros ligeros. Era quizá Vera que volvía; pero la acompañaba un hombre. Los oyó detenerse afuera, como indecisos, luego el rumor de la llave en la cerradura. Sintió una ráfaga de aire y se dió cuenta de que entraban dos personas. La muchacha habló.

—La luz ha sido apagada desde la casa, — dijo. — Encontrará una pequeña llave a la izquierda.

La luz brilló, inundándolo todo. Geraldo degreñado, aturdido, los ojos salvajemente dilatados, se encontró frente á los dos recién llegados y también frente al cilindro de un automático, que el hombre había sacado rápidamente de su bolsillo.

—¿Qué es esto? — preguntó el del revólver.

La muchacha dió un salto adelante, con un pequeño grito que era casi un gemido. Estaba directamente en la línea de fuego. Se volvió a Geraldo.

—¿Usted hizo esto?

El movió negativamente la cabeza. Hasta aquel momento le había sido negada la facultad de hablar. El hombre que estaba parado en el umbral avanzó lentamente.

Era un individuo grandote, con mejillas fofas y profundas arrugas alrededor de los ojos; pero la mano que sostenía el automático era sorprendentemente serena. De pronto sintió Geraldo que le volvía la voz.

—No se nada de esto, — dijo. — Vine a buscar a mi padre. El sitio estaba vacío.

La joven puso su mano en el caño del revólver.

—Por lo menos — dijo con acento de burla, — sea usted bastante buen jugador para reconocer la locura de querer ganar un juego perdido. Jennerton ha estado aquí y se ha llevado a Clarisa.

—Este es el hijo de Jennerton — gruñó el hombre. — Odio a todos los detectives. Detesto la casta.

La joven permanecía impasible entre los dos.

—Es mejor que se vaya, — aconsejó a Geraldo.

El caminó hacia la puerta. El hombre rezongaba, aparentemente indeciso. Un instinto de bravata se apoderó de Geraldo al sentir el aire libre y la libertad.

—¿Y esas lecciones de baile? — le preguntó a Vera.

Ella le sonrió.

—Algún día... quizá.

La sensación de la lluvia y el viento en el pasaje le devolvió su cordura.

* * * *

Jennerton padre y una joven estaban sentados ante una botella de champaña y un plato de sandwiches, cuando Geraldo entró, algo precipitadamente, en su departamento.

—¡Papá! — exclamó sin alientos.

Jennerton extendió su mano.

—Mi hijo, — presentó, — la señorita Clarisa Laurieson. ¿Has estado buscándome, Geraldo? Tu amiga Susana me dijo que habías estado en ese pequeño antro de Chelsea. Toma un poco de vino. Pareces necesitarlo.

Jennerton padre sirvió una copa de champaña y el hijo la bebió de un trago.

—Me alegro que hayas vuelto, — continuó el padre. — Podrás acompañar a la señorita Clarisa a su escuela, mañana. A propósito ¿por qué abandonaste a Florencia?

—Brigstock me hizo un telegrama para que viniera y cuando llegué me dijo que habías desaparecido.

Jennerton suspiró profundamente.

—Yo no hubiera llamado a eso una desaparición, — dijo. — Cambié de personalidad con un señor Wenderby, australiano, por unos días. Había que rescatar a esta joven dama, secuestrada por una antigua compañera de escuela. ¡Buena pieza esa Vera Cassan! Luego impedir que el pobre lord Perleston fuera difamado después de muerto, por una pandilla de "chantagistas" .Y además el "asesino Morris"... Bueno... tengo que confesar que el "asesino Morris" fué para mi una sorpresa, obra de la casualidad.

—¡El hombre a quien usted mató! — gimió la muchacha.

—Mi querida, — dijo Jennerton padre suavemente, — si no lo hubiese matado, nos hubiera matado él a nosotros. Todo oficial de la policía de Nueva York o de Scotland Yard, toda persona autorizada a usar revólver tenía órdenes de matarlo, en caso de que se resistiera, desde hace años. No se preocupe por eso. ¿Cómo van tus pinturas Geraldo?

—Las he abandonado, — fué la pronta respuesta. — Me quedo contigo. ¡Esto es vida!

Jennerton padre resplandeció de satisfacción. Sacó un librito con tapas de marroquí y se lo entregó a su hijo.

—Pues hazme el favor de empezar en seguida tus tareas. Encontrarás el caso de lord Perleston ahí. Señálalo con una cruz roja. El extorsionista ha muerto. Hay tres páginas relativas al "asesino Morris"... Muerto. Luego está la desaparición de la señorita Clarisa Laurieston... Devuelta a su escuela. Otra cruz. Ha sido la única vez de mi vida, Geraldo, que termino tres asuntos en una misma noche. Sírvete otro sandwiche.

La señorita Clarisa sonrió a través de la mesa. Geraldo pensó que era la joven más bonita que había conocido.

—Me alegro que se quede usted en Inglaterra, — murmuró ella.

(En el próximo número publicaremos el segundo caso, que se titula "Juicio Aplazado").

LA MUJER QUE HUYO

Por CARLOTA DOCKSTADER

Sólo una vez en su diabólica carrera había procedido torpemente Hedwig Schiller. Muchos rostros podían haberlo atormentado en la obscuridad o en sus sueños. Pero, de todas las infortunadas mujeres que se cruzaron en su camino, la única que volvía para obsesionarlo fué la que huyó de sus garras.

¡LAS mujeres son tan tontas! Puede conquistarse a cualquiera de ellas con el sencillo cebo de la lisonja. Basta decirles a las altas: "Mi chiquita"; hablarles a las bajas de su majestuosidad. Llamarlas "señorita", "mademoiselle", "miss" o "fraulein", cuando han pasado de los cuarenta y "señora", si no han cumplido los veinte. Hablarles de incomprensión y decirles lo que se desearía hacer por ellas. Palmearles los hombros, besarles el cabello, apretarles la mano y decirles "es usted la única mujer del mundo para mí" y ya están ganadas.

Hedwig Schiller lo sabía. Había desempeñado el papel de Barba Azul, durante veinte años, casándose con varias mujeres, robándolas y matándolas, bajo doce nombres diferentes. Tan tranquila y deliberadamente como un carnicero, elegía a sus ovejas para el sacrificio.

Escogía principalmente viudas y solteronas, que esperaban un segundo florecimiento; mujeres sin parientes ni amigos que pudieran hacer indagaciones o sentir sospechas. Hedwig era hábil. Sólo una vez, en su diabólica carrrera, había fracasado. Fué al principio de su juego; pero aquella torpeza lo fastidiaba. A menudo, en la obscuridad de su cuarto, por la noche, o en la semiinconsciencia de sus sueños se le aparecía un rostro de mujer. Muchos rostros podrían haberlo atormentado en la obscuridad o en sus sueños; pero, de todas las infortunadas mujeres que se cruzaron en su camino, sólo lo precocupaba la que se escapó de sus garras. A despecho de si mismo, la veía en los ojos de cada nueva víctima. El miedo de que un día volviera y se interpusiera como Némesis en su malvado camino le producía ese estremecimiento de terror, que hubiera podido llamarse despertar de la conciencia en un hombre menos endurecido.

Hedwig pensaba ahora en ella, mientras se dirigía hacia la pequeña tienda de su último hallazgo... Elisa Frenzel. Elisa tenía cerca de cuarenta y cinco años. Su cabello era dorado todavía y había un brillo alegre en sus ojos azules. Un hombre podía aun sonreirle sinceramente a Elisa. Hedwig se había presentado a ella como Federico Schmidt en un balneario, donde ella pasaba sus cortas vacaciones el mes anterior.

El buscaba otro pez y la hizo tragar el anzuelo con asombrosa facilidad.

Al parecer, ella estaba cansada de las ciudades, del ruido y del movimiento. Hablándole de una encantadora casita de campo, de un cómodo auto y de amables vecinos, la había conquistado. Cuando se separaron ella le había prometido vender rápidamente su tienda casarse con él y acompañarlo hasta el lugar de reposo que le había descripto con su fecunda imaginación.

En los ojos azules de Elisa no había nada que le recordara a la otra mujer. Pero algo que dijo el día que le hizo aquella imprudente promesa de matrimonio, fué causa de que los desagradables pensamientos del hombre volvieran.

—Esto me parece un sueño, Federico, — le dijo ella, recostando la rubia cabeza en el robusto hombro de él. — No puedo creer en mi buena suerte. ¿Qué dirá Minnie?

¡Minnie! Le había dicho que era sola, sin perro ni gato, y ahora hablaba de Minnie, como si se tratara de alguien cuya opinión tenía peso. ¡Minnie! La muchacha que se había escapado de sus garras, hacía muchos años, llevaba ese mismo nombre. Durante un minuto, le pareció que sentía los dedos del presentimiento golpear fríamente su hombro.

—¿Minnie? — le preguntó, como si se sintiera sólo ligeramente sorprendido.

—Sí, Minnie Muller, mi buena amiga, — había contestado la confiada Elisa. — Ella tiene una tienda a pocos pasos de la mía y también es sola. A menudo pasamos las veladas juntas. Ella no es muy partidaria de los hombres. Pero simpatizará contigo, mi Federico, y probablemente envidiará mi suerte.

Rápidamente los recuerdos perturbadores que aquel nombre había depertado en él, desaparecieron. Se dijo a si mismo que parecía una mujer vieja al estremecerse a la sola mención de un nombre. No tenía necesidad de preocuparse por la amiga de Elisa.

LUNA DE HIEL

Durante algunos días logró apartar el fantasma viviente de aquella mujer de su imaginación. Casi la había olvidado y ahora, sin razón ninguna, volvía del pasado caminando junto a él, hacia la pequeña tienda de Elisa Frenzel.

El era joven y esbelto cuando enamoró a Minnie Myer, en un pequeño pueblo suburbano. Se llamaba en aquel tiempo Julio Doucet y pasaba por francés. Como un príncipe de los cuentos de hadas había aparecido en la triste existencia de Minnie Myer, atraído por la fortuna que, según rumores, recibiera ella a la muerte de su madre.

Minnie era fea y había llegado a los veintiocho años sin tener novio. No era extraño que cayera tan prontamente en la red sutil. Ni por un minuto relacionó su romance con la fortuna que su madre le dejara. De pisoteada florecilla de los campos se había convertido, de la noche a la mañana, en espléndida flor. Alegremente había partido para el viaje de boda, sacando su dinero del banco y llevándolo consigo, por sugestión de Julio Doucet.

Dos días había durado su luna de miel, en un pequeño hotel de los Alpes. El la había tratado con ternura, mostrándose solícito por su bienestar. Le había hecho tomar precauciones con lo que llamaba su "saco de dinero". Lo puso en un sobre, que selló en presencia de ella y lo depositó en la gerencia del hotel para mayor seguridad.

Habían salido a pasear, una tarde de sol, y de pronto los modales de él se volvieron forzados. Siempre atenta y sensible, Minnie notó rápidamente su cambio. Le preguntó si estaba cansado o enfermo y él afirmó que, en efecto, estaba cansado.

—Descansaremos "ma chere Minnie", en la orilla de aquel alto pico, desde donde podremos contemplar el valle.

Evitó sus ojos al hablar para que no leyera el significado oculto de sus palabras; y poco a poco la fué haciendo arrimar a la orilla del precipicio. Inocentemente, sonriendo con timidez, ella lo había seguido. Hasta que la mano de él no la agarró por la esbelta cintura, sus ojos no se fijaron sorprendidos en los del marido. Comprendió al fin; pero era demasiado tarde.

Como si fuera una pluma, la fuerza de él la lanzó al vacío. Por un instante ella hendió el aire, luego rebotó en un costado de la montaña y rodó rápidamente hacia abajo, hasta que unos arbustos de los Alpes interrumpieron su vertiginosa caída. Desde el borde del precipicio la observó él irse agarrando desesperadamente a las matas y arbustos, hasta llegar al fondo. Como lluvia estrepitosa, le había arrojado piedras y pedazos de roca; pero el terror, que había prestado fuerza a su frágil cuerpo, la llevó rápidamente fuera de la lluvia asesina. Magullada, pero sin daño grave, al parecer, desapareció rápidamente entre la maleza.

El había pensado volver al hotel, fingir desesperación ante el accidente; ni por un momento imaginó que llegara al fondo viva. No se atrevió a bajar y seguirla porque había pocas probabilidades, ahora que estaba prevenida, de que la encontrara.

De una carrera, llegó al hotel, pidió el precioso sobre al empleado, recogió unas cuantas alhajas baratas de su mujer y huyó. Pero tuvo tiempo para hacer una cosa: escribirle a Minnie una nota, por si el Destino había querido que salvara. En ella la llamaba "Solterona ridícula y le aconsejaba que se callara si no quería que el mundo se riera de ella". Aquello era cruel; pero el miserable conocía su timidez y estaba seguro de que la pobre mujer trataría de no exponer su lamentable romance a la curiosidad pública.

Había triunfado porque, aunque leyó los diarios durante varios días, no vió ninguna noticia referente a Minnie o a Julio Doucet. Desde el momento que desapareció en la maleza de la montaña, no había vuelto a cruzarse en su camino; sin embargo en todos aquellos años su recuerdo lo acompañó y ahora parecía caminar con él hacia la tienda de Elisa Frenzel.

Trató de desechar sus presentimientos. ¿Por qué iba a ser esa Minnie la de años atrás? Y si, por extraño decreto del Destino lo fuese, no lo reconocería. Cuando la tuvo en sus brazos, era un joven francés, delgado y esbelto. Ahora era maduro, gordo y alemán. Una vez se la había escapado. No la dejaría escapar la segunda.

Llegó a la tienda de Elisa. Era un lindo negocio; calculó él que podría venderse a buen precio. Sería un tonto si retrocediera...

Una alegre risa lo recibió. Elisa avanzó a su encuentro muy contenta.

—Estábamos hablando de tí, — le dijo. Gentilmente le colocó su mano en el brazo y lo condujo, entre filas de cajas y estantes de la trastienda, hasta una mesa ante la cual estaba sentada una mujer.

—Esta es Minnie, Federico, — y luego, orgullosamente: — Minnie, mi Federico.

El estaba preparado para esto y, sin embargo, cuando la mujer volvió su rostro, fué como si el reloj hubiera retrocedido veinte años.

La hubiera reconocido doquiera, tan bien se ajustaba a la visión que lo había obsesionado. Se había vuelto aun más delgada, debido a la pena y al orgullo herido; los mechones grises parecían, en su cabello, venas de escarcha sobre la tierra negra, arada. Pero los ojos no habían cambiado; eran, como antes, castaños, dulcemente melancólicos. Lo miraron seriamente y su expresión se volvió inquieta e interrogadora.

—¿Federico, Federico Schmidt? — pronunció lentamente el nombre. — ¿No nos hemos visto antes, señor Schmidt?

El movió enfáticamente la cabeza.

—Si así fuera, yo no lo hubiese olvidado, "fraülein", — le contestó suavemente.

La aguja que Minnie tenía colocada sobre la servilleta que estaba vainillando le pinchó el dedo y una gota roja apareció sobre la nieve del género de hilo. El la miró fascinado; le pareció profética aquella mancha de sangre sobre la tela blanca. ¡Qué tonte-

ría! Estaba lleno de ideas absurdas. Podía sospechar; pero no estar segura. Para reforzar su convicción su mirada buscó el espejo, a lo largo de la pared. Los ojos de ella lo siguieron; sonrió con una sonrisa que a él le causó desagrado.

—Usted me recuerda, Herr Schmidt, — dijo acentuando ligeramente el "Herr", — a un hombre que conocí, un francés llamado Julio Doucet.

—¡Un francés! ¡Julio Doucet! Parece nombre sacado de un libro tonto, fraülein.

Tranquilamente la mujer miró de arriba a abajo su corpulenta figura.

—Es de un libro, — contestó tranquilamente. — Una página, no un nombre, del libro de la vida. Ni el tiempo, ni la carne, ni el acento conseguirán que una desconozca al hombre que la engañó. Mi conciencia me ha reprochado todos estos años haberlo dejado en libertad. Me decía a mi misma que yo era la única mujer a quien usted trató de esa manrea. ¿Me equivoqué? ¿A cuántas mujeres ha arrojado usted a un precipicio desde el día en que su cara de bandido se inclinó sobre mí?

IMPRESIONES DIGITALES

El había recobrado el dominio de sí mismo, pasado el primer choque. Con estupor bien fingido fijó sus ojos, negros y ardientes en los azules y asombrados de Elisa.

—¿Está bromeando, "moine liebe" Elisa? No... no comprendo. — Su manaza se deslizó sobre la pequeña de Elisa y notó con satisfacción que ella no la retiraba.

—Estás hablando en enigmas, Minnie, — dijo Elisa ásperamente a su amiga. — ¡Qué disparate! Este es Federico Schmidt, el hombre con quien voy a casarme.

Minnie miró con seriedad a su amiga, más joven y atrayente que ella.

—No te casarás con él, Elisa. Espera. Voy a contarte una historia. Cuando hemos hablado de nuestros maridos, te hice creer que el mío había sido bueno como el tuyo y que la muerte me lo había arrebatado. Te engañé. Fué un bandido que trató de matarme en nuetro viaje de boda y, habiendo fracasado en su tentativa, huyó con mi pequeña fortuna. Este hombre, en quien confías, no hubiese venido si supiera que Minnie Muller era realmente Minnie Myer, que había adoptado el apellido de su madre. Te llama "meine liebe Elisa". A mí me llamaba "ma chere Minnie".

Temblorosa, llevó Elisa sus manos a la garganta.

—Eso no es verdad, Minnie. No puede ser verdad. ¡Federico! ¿Por qué... por qué?...

—Yo mismo no lo sé, — interrumpió él hábilmente. — Toda mi vida he creído ser alemán y honrado. Y ella, después de una rápida mirada, me dice que soy francés y asesino de mujeres. — Implorante se volvió a Minnie. — Fraulein ese hombre, Julio Doucet, con quien usted se casó, ¿era parecido a mí? ¿Era gordo y alegre, con cabello rubio escaso, un solitario en busca de esposa agradable?

—Era delgado; pero los años le han vuelto grueso. Era de cabellos negros; pero es fácil teñirlos. Sus ojos eran redondos y azules como los suyos y, por un instante vi su alma negra asomarse a ellos, como se asoma ahora. Tenían una expresión de codicia que los años no han podido borrar.

El se rió ligeramente aliviado. Con gesto cariñoso atrajo a Elisa.

—Era delgado y de cabellos negros. ¿Me parezco a él? Porque tenga ojos azules redondos ¿he de ser un malvado? ¿Ves un alma negra detrás de ellos, "moine liebe" Elisa?

Ansiosamente Elisa los miró y la sombra de inquietud disipóse como por encanto.

Confiadamente se estrechó contra él.

—¡Estás loca, Minnie! Federico no puede nunca haber pasado por francés. Me avergüenza decirte que empiezo a sospechar que envidias mi suerte.

El sonido de la puerta, abierta por un cliente, interrumpió la tensión del momento.

Mecánicamente Elisa se levantó para atenderlo. Por un instante, Minnie contempló al hombre. Comprendió que estaba derrotada. Empezó a recoger sus útiles de costura y se puso de pie, cojeando.

Le costó mucho, al hombre disimular la luz del triunfo en sus ojos. Pero, con todo, el temor de aquella, cuyo recuerdo lo había perseguido durante diez y ocho años, persistía. Tenía que convencerla, que ganar su amistad... hasta que hallara el medio de cerrar sus ojos y su boca para siempre.

—No se vaya así, fraulein, — le dijo con acento de súplica. — No quiero ser causa de disgusto entre dos amigas. Sea justa, es todo lo que pido. Conózcame primero y luego decida. ¿No tiene usted pruebas? ¿No dejó nada ese Julio Doucet?

Minnie volvió a sentarse pensativa; sus ojos nublados se fijaron en el rostro ansioso del hombre.

—Usted no puede condenar a un hombre porque cree que es alguien que intentó matarla hace veinte años, — le recordó él. — El mundo se reiría de usted.

No bien salió de sus labios esa frase, hubiera deseado arrancarse la lengua que la pronunció. Le había escrito esas mismas palabras en la breve y cruel nota que le dejó, amenazándola con el ridículo. Pero, aparentemente, ella no se había fijado. Estaba sentada, semejante a una sonámbula, los ojos fijos en la bolsa de labor, de alegres colores.

—No, — dijo con el acento de una persona que habla para sí, — no tengo pruebas, excepto el cruel billete que me dejó de despedida y que he guardado como un recuerdo de mi locura, junto con otros recuerdos más agradables, en mi baúl de boda.

Minnie se rió un poco trémulamente, como una mujer que evoca penosas memorias. El miedo de él se disipó algo. Tenía el billete... pero ¿que probaba eso? Había sido un error dejar esa huella; pero estaba bien seguro de que su letra actual no se asemejaba a la de la juventud. Pero de pronto ella

levantó la cabeza; sus ojos, duros y brillantes, se fijaron en los del hombre.

—Tengo pruebas — exclamó, como si recordara súbitamente algo. — Pruebas que lo absolverán o condenarán a usted. Hay impresiones digitales, secas y sucias, en los borrones que Julio Doucet hizo en su apresurada nota. Todavía están allí, algo borrosas quizá, pero claras. Usted y yo iremos mañana a un experto y haremos comparar esas impresiones digitales con las suyas, Herr Federico Schmidt. Y si coinciden...

No concluyó la frase; pero él leyó el resto en sus ojos. La ráfaga de aire que entró al abrirse la puerta, cuando salió el cliente, pareció recorrer la médula de Julio Doucet. ¡Pensar que él, Hedwig Schiller, que se alababa de su habilidad, había dejado impresiones digitales! ¡Qué locura haber escrito aquella nota para sellarle los labios! Ahora se alzaba como un espectro para firmar su condena. Trató de sonreir y contestó:

—Iré, fraulein, — no había resentimiento en su voz, — y si coinciden, pongo mi destino en sus manos.

Con un estremecimiento de alivio, Minnie volvió a recostarse en su silla.

—Me hace usted pensar, Herr Schmidt, que he cometido un grave error, — le confesó con acento de disculpa. — Pero iremos y entonces, nuestros corazones abandonarán para siempre todo recelo y podremos ser amigos.

El hizo un ademán de asentimiento y acercó una silla para Elisa que volvía. Los ojos de Elisa fueron ansiosamente del uno al otro; luego sonrió y palmeó afectuosamente el hombro de su amiga.

—Sois amigos al fin, — dijo como una niña contenta. — Cuando yo me case, dentro de una semana o dos, asistirás a mi casamiento, Minnie. Y no habrá tristeza en mi boda.

—Yo también creo que no habrá tristeza en tu boda, — contestó Minnie.

Después de eso la reunión transcurrió placenteramente y al cabo de un rato, como para sellar la reconciliación, propuso Minnie que pasaran todos a su tienda para invitarlos con un vino añejo y brindar por la futura felicidad de todos.

Hizo la invitación tímidamente, como si temiera que no fuera aceptada. El hombre sintió una gran excitación. Era lo que más deseaba: una oportunidad para entrar en la casa de Minnie y ella se la ofrecía inocentemente.

—¿Iremos con mucho gusto, "meine liebe" Elisa?

Pero, tarde ya, aceptada la invitación, pensó si no ocultaría algún lazo. Tenía que andar con cuidado y hacer sólo lo que los otros hicieran. Quizá intentaba envenenarlo con vino. Luego se rió de sus nervios alterados.

Ayudaron a cerrar a Elisa y se dirigieron a la pequeña tienda de Minnie. Ella abrió la puerta del frente con una llave Yale y los condujo, a través de mostradores cubiertos de tul, hasta la pieza del fondo, donde vivía.

Con una mirada rápida e inquisidora, Hedwig Schiller lo observó todo, desde el canario que dormía en su jaula, hasta el viejo baúl, que disimulaba su fealdad bajo una alegre funda de cretona.

—Es un lindo cuarto el suyo, fraulein, — la cumplimentó.

—Elisa y yo tenemos habitaciones cómodas, — dijo ella e inclinándose, arrimó un fósforo al pequeño calentador a gas que estaba en el medio de la habitación. — En un minuto esto estará caldeado.

El hombre la observaba y una sonrisa siniestra se dibujó en su rostro. Sus planes estaban hechos. Volvería a hora avanzada de la noche atravesaría la tienda de la que podía robar la llave, y entraría en aquel cuarto cuyos detalles grababa en su memoria. Con un poco de cloroformo haría más profundo su sueño, buscaría luego en el baúl la prueba comprometedora y después... bastaba abrir la llave del gas para que Minnie no despertara de su sueño.

Minnie entretanto había servido vino de la empolvada botella en copas de pie alto. El chocó alegremente su vaso con el de ella.

—¡Por el día de mañana! — brindó.

—¡Por el día de mañana! — repitió Minnie. Y, sin comprender el significado de aquellas palabras, también Elisa chocó su copa con las de ellos.

Al retirarse con Elisa, la cabeza morena de Minnie se inclinó hacia Hedwig.

—Venga a mediodía — murmuró. — Después se lo contaremos a Elisa.

LA TRAMPA

Eran las dos de la mañana, cuando él volvió. Notó con satisfacción que la luz de la tienda estaba apagada. Observó cuidadosamente hacia todos lados, sacó la llave que había tomado hábilmente de donde Minnie la colocara, a su vista, y abrió sin hacer ruido la puerta de la tienda. Cerróla con la misma suavidad y estuvo escuchando un rato más antes de avanzar. Podía permitirse ser paciente, se dijo. Después de diez y ocho años, no era mucho aguardar unos minutos la victoria. No oyó nada y avanzando con precauciones infinitas, sus manos tocaron al fin el pestillo de la puerta del cuarto de Minnie. Por un instante sintió temor, pensando que pudiera estar con llave; pero no era así. El pestillo se movió sin ruido bajo su mano.

Vaciló en el umbral, escudriñando la obscuridad, atento al menor ruido. Oyó una respiración suave como la de un niño. Esperó hasta que sus ojos estuvieron acostumbrados a la obscuridad y poco a poco fué distinguiendo todos los objetos, la jáula del canario, el bulto del calentador en el medio, la mesa, el lecho, con la forma de su ocupante dibujada debajo de las mantas.

Su mano buscó en los bolsillos la máscara de algodón, que tenía preparada, y la botella del cloroformo. Dos veces tuvo que intentarlo antes de conseguir extraer el tapón del frasco. Dejó caer el acre líquido encima del algodón. Sus vapores le hicie-

ron cosquillas en la garganta; se movió rápidamente hacia el lecho; una débil luz que entraba por la ventana de la trastienda cayó sobre la inmóvil figura. A sus inciertos rayos distinguió un cuello de hombre y algo que parecían botones. Su mano estirada, retrocedió...

Era un lazo. Había otras personas en la tienda, a su alrededor, esperando la señal para levantarse. La había creído tonta y el tonto era él. Con sus comentarios sobre las impresiones digitales, que probablemente no existían, y sobre el viejo baúl le había hecho morder el cebo. El calentador a gas era también otra trampa para hacerlo caer. Ella lo conocía mejor, después de su breve y trágica luna de miel, que él a ella. Estaban allí los representantes de la ley a quienes ella había llamado para protegerla y salvar a Elisa de sus garras. Oyó pasos rápidos detrás suyo, una luz se encendió y alguien dió voces. Como locó, atropelló y de un salto estuvo en la tienda a obscuras; ganó la puerta de enfrente y echó a correr desesperadamente por la calle.

Lo llamaban, le daban la voz de alto, en nombre de la ley; pero corría más ligero. Un silbido le envió su aguda advertencia; algo como una lluvia empezó a caer alrededor de él y pegó al fin en su cuerpo.

Después de eso dió uno o dos pasos más, vacilante; tropezó, cayó de rodillas y al fin quedó tendido en el pavimento.

Estaba herido de bala, pensó vagamente. Había sido un loco al correr. Nada hubiesen podido probarle, si hubiera afrontado la situación O por lo menos, nada de importancia. Trató de incorporarse; pero volvió a caer, luchando con las sombras que lo envolvían. En medio de esas sombras se le apareció un rostro de mujer.

¡Era el de la única mujer que se le había escapado!

El la había tratado con ternura, mostrándose solícito por su bienestar.

GRAN CONCURSO DE "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson? ¿Qué móviles impulsaron al criminal? Apresúrese a enviar el cupón con las respuestas, pues una vez que aparezca en "Pucky" el aviso de que queda cerrado el concurso no se tomarán en cuenta los cupones que se nos envíen.

SOBRE LA HUELLA

Por J. E. GRINSTEAD

Grinstead, el famoso escritor que creara tantos personajes inolvidables, nos traslada en este relato a las desoladas regiones del Oeste norteamericano, donde todavía impera la ley del revólver. Los criminales de los pequeños poblados, después de cometer sus delitos, huyen a las montañas y las praderas, en las cuales saben que no les alcanzará la justicia. Para sacarlos de allí se necesitaría un verdadero ejército; pero un muchacho valiente, movido por una sed inextingible de aventuras y por el amor puro de una muchacha, se lanza en persecución de dos de esos criminales. Contra las previsiones de todos, logra darles alcance antes de que los forajidos se internen del todo en las salvajes regiones que ningún hombre de bien jamás ha hollado, y se apodera de ellos. Rescata al mismo tiempo a la joven de sus pensamientos, que por un instante le hizo dudar con su conducta equívoca, pues los delincuentes la habían mezclado en sus fechorías. De este modo contribuye el muchacho, con su esfuerzo, para que se desentrañe una de las situaciones más misteriosas que pueda concebir la imaginación de un novelista.

(CONCLUSION. -- Véase el número anterior)

Y espoleando a su caballo, dió alcance a Gaynor y Gale, quienes esperaban resignadamente en la sombra.

Los hizo seguir por la rastrillada de la derecha, ordenándoles, además, que lanzaran al galope a sus caballos. Había comenzado a hacerlo, cuando se oyó un disparo en la noche.

Hosman disparó un solo tiro y quedó a la expectativa. Pudo oír perfectamente el resonar de los cascos de los caballos de Bolan y sus dos prisioneros. Sin embargo, había dejado de percibir el rumor del caballo que avanzaba momentos antes por el camino. ¿Era posible que hubiese sido alcanzado el jinete en el primer tiro?

Desechó la idea por absurda. Era buen tirador, pero sus habilidades no llegaban a tanto. Oyó en eso un resoplido de caballo y disparó de nuevo en dirección al punto de donde parecía provenir el ruido.

Aquel tiro le proporcionó la sorpresa de su vida. Los once tiros de una carabina Winchester, seguidos de los otros seis de un revólver barrieron en rápida sucesión el camino. Fué como si hubieran contestado con ametralladora. Hosman fué alcanzado por una de las diez y siete balas; su caballo recibió también dos proyectiles.

El bandido comprendió que tenía que habérselas seguramente con un solo hombre, pero no de los menos hábiles para el manejo de las armas de fuego. Si se quedaba en el mismo sitio, cuando el otro cargara de nuevo su fusil, sería seguramente acribillado a balazos.

Optó entonces por volver espaldas y correr en dirección a Bolan. Su caballo perdía mucha sangre, pero todavía podía dar bastante más de sí. Una milla más allá alcanzó a los otros, en el preciso instante en que cruzaban una corriente de agua.

Al verlo llegar, Bolan, y en consecuencia Gaynor y su hija, detuvieron sus cabalgaduras.

—¿Qué pasó allá? ¿Es acaso un pelotón de soldados del ejército? — preguntó Bolan.

—¡No! — repuso Hosman. — Se trata de un hombre solamente, pero que despacha plomo que es un contento. Estoy herido y mi caballo ha recibido dos balazos. Tendremos que escondernos.

—Pero si es un hombre solamente...

—¡Un hombre! ¡Pero uno que dispara como una ametralladora! ¿Has oído alguna vez,

que un poilcía aislado se arriesgara por estas regiones, y de noche? Espera que dispare varios tiros y verás como surgen compañeros suyos por todas partes... Tenemos que apartarnos de la huella en Fall Creek y escondernos luego en lo de Whisky Dick. Recién al anochecer podremos seguir para Walnut Springs. Necesito todo el día para reponerme.

—Pero Whisky Dick no nos quiere en su casa entonces...

—A mí no me importa que nos quiera o no; el caso es que tendrá que recibirnos. Se anda portando mal con nosotros; ha hecho una serie de cosas que no me han gustado nada... Pero se trata de zafarnos de la policía y de curarme la herida, ¡Vamos! De aquí en adelante soy yo el que guío. Si no quieres seguirme, puedes continuar por el camino principal en Fall Creek y seguir luego tu suerte.

Sin esperar respuesta alguna, Hosman espoleó su caballo. Los otros lo siguieron.

Inmediatamente salieron de la oscura hondonada y treparon hasta lo alto de una colina. La línea de separación del cielo y la tierra se distinguía claramente delante de ellos.

Se alcanzaban ya a divisar las montañas de Kimitia, a las cuales los indios llamaban "Kimish". Era aquel el cuartel general de todos los bandoleros del sudoeste. Allí buscaban refugio definitivo todos lo que tuvieran cuentas pendientes con la policía. Con razón había llamado Breck las verdaderas "ciudades de refugio" a esas montañas. Cuando hubieron franqueado la cuesta que tenían delante de sí, comenzaban a asomar en el Oriente los primeros resplandores del alba.

Hosman imprimía un tren rápido a la marcha. Sabía cuán fácil era ser bajado de un balazo yendo por el filo de las cuestas. El había sido el primero en disparar su armas, y en adelante no le pedirían seguramente explicaciones para hacer lo mismo con él.

A fin de salvarse de la persecución de Breck o tenían que esconderse o debían eliminarlo de un tiro. Esto último solamente podían hacerlo ellos dos, por que Gaynor iba desarmado.

Media milla más adelante se encontraron con una corriente de agua que rumoreaba en el fondo de una estrecha garganta. Sin decir una palabra, Hosman se desvió a la izquierda y siguió el curso del agua.

No es que quisieran despistar yendo por sobre el lecho del riacho, pues la estratagema era ya demasiado gastada; sino porque aquél era el único camino que tenía para llegar al punto a que deseaban arribar.

Hosman volvió la cabeza y vió que Bolan y Gaynor, como también la muchacha le seguían; espoleó entonces su caballo, que mezció su sudor y su sangre a las aguas cristalinas del riacho, en un galope desesperado por entre los murallones de piedras en procura de la salvación para su dueño...

* * * *

LA CUERDA DE LA MUERTE

En la penitenciaría de San Quintín, California, se pone en práctica un original procedimiento para dar muerte a los condenados a pena capital.

Tres guardianes de la prisión se colocan ocultos por un biombo cerca del patíbulo. Son los encargados de cortar la cuerda que sujeta la plataforma de madera donde se apoyan los pies del reo, quien ya tiene la cuerda puesta en torno del cuello. Una vez que le falte el punto de apoyo, su peso gravitará de la cuerda y la estrangulación sobreviene.

Con el fin de que ninguno de los tres hombres encargados de la triste misión sepa quien ha cortado la cuerda fatal, las tres están extendidas a lo largo de una mesa y son exactamente iguales.

Una vez recibida una señal los tres cortan simultáneamente cada uno su cuerda y así nadie sabe quién ha sido la causa inmediata de la muerte

---

Entretanto Breck andaba jugando a la escondida en la oscuridad. Después de dos disparos consecutivos que hiciera en dirección al fogonazo del arma de Hosman, había oído el galopar lejano de los caballos. Se adelantó cautelosamente prevenido siempre para cualquier evento, llegando así a la encrucijada.

Ahora no podía observar en el suelo la dirección de las huellas. Guiado siempre por la herradura de la lámina transversal, hubiera podido fácilmente ver que los fugitivos se habían desviado a la izquierda; pero para ello necesitaba encender un fósforo, y si los otros habían dejado un hombre para cubrirles la retirada, éste no tendría inconveniente en fusilarlo a boca de jarro.

Como clareaba ya, no le quedó más remedio que esperar, disimulado entre unos matorrales, que se hiciera luz completa. Viendo que nadie daba señales de vida a su alrededor, se levantó al fin del lugar donde estuviera apostado y se acercó al camino para ver.

Cuando se convenció de que los ortos habían seguido la rastrillada principal, no pudo contener una interjección de rabia por el tiempo que acababa de perder. Bolan había vuelto a sacarle otra ventaja de valor inapreciable.

Había oído hablar de Walnut Springs y sabía que debía dar caza a sus hombres antes de que éstos llegaran a la desolada región; de lo contrario debería abandonar definitivamente la persecución.

Imaginaba que tendría que hacer frente a tres hombres, pues no sabía que Gaynor iba desarmado. Gale le había engañado dos veces, pero reconocía que puesto en el trance de tener que disparar contra ella, prefería morir antes de hacerlo. Daba por terminado su "asunto" con la muchacha, pero en cambio Bolan seguía interesándole y mucho.

Llegó al cristalino riacho. Las huellas es-

taban todavía frescas sobre la arena de la orilla. Cruzó la corriente y del otro lado no vió rastro alguno, como era natural, si los otros hubiesen cruzado también el arroyo. Era evidente que habían seguido la corriente de éste. Pero en qué sentido. El sol ya estaba bastante alto en el cielo y se podía distinguir enteramente el lecho de la corriente. Las marcas dejadas por las herraduras dieron a Breck el rumbo de sus perseguidores: había seguido río arriba.

Para aquel lado dirigió su caballo, en dirección a un rumor que se podía oír en medio del silencio de la soledad absoluta del paraje.

Llegó así a una pequeña cascada. Las barrancas del riacho se convertían allí en imponentes paredones.

Desmontó y condujo a su caballo de la brida, por la orilla. Subió las barrancas dando un rodeo, hasta que pudo bajar de nuevo al lecho, más allá de la catarata.

Volvió a montar. La correntada era allí fuerte y el avance se tornaba difícil. Pero aquello duró solamente un trecho. Al cuarto de milla el agua había recobrado su velocidad normal, corriendo por entre las peñas de las montañas de Kimish.

Al fin advirtió Breck que las huellas de sus perseguidos se apartaban del riacho, mucho más profundo y lento en esa parte. La herradura con la lámina transversal lo guiaba siempre.

Supuso en el primer momento que allí debía haber alguna habitación humana, pero se equivocaba.

Se apartó de la orilla, dirigiéndose a una espesura. Allí desenfrenó a su caballo y lo ató de un árbol.

Hecho esto, se dispuso a reconocer la región, que para él significaba algo así como su futuro campo de batalla. Escalando la barranca por entre las ramas, llegó a lo alto de la colina. Una vez allí sacó sus gemelos y observó.

Ante sí tenía un pequeño mundo en miniatura. Altos collados rodeaban una especie de hoya abierta en medio de las montañas. La corriente del riacho serpenteaba en medio de aquélla; una pequeña llanura se extendía en sus márgenes y en el otro extremo se veía una pequeña cabaña de dos o tres habitaciones a lo sumo, rodeada de varias chozas de aspecto miserable, un establo y varios corrales.

Bolan, Hosman y Gaynor, a quien conocía solamente por lo que le habían contado de él, y otro hombre, estaban reunidos junto a una tranquera.

Hosman y el desconocido, que sin duda alguna era el dueño de casa, parecían estar hablando poco menos que a gritos, según se infería de los amplios movimientos que ambos realizaban para subrayar lo que decían

Ahora podía ver a Gale Gaynor,

* * * *

El hombre que estaba hablando con Hosman no era otro que Whisky Wick, quien, por lo demás, se expresaba en términos bastante claros:

—Ustedes ni siquiera desensillan en mi casa, porque no quiero trastornos. Tengo aquí mi pequeño negocio y no molesto a nadie. Si uno de ustedes hubiera penetrado dentro de mi campito una vez que hubiera oscurecido, es casi seguro que yo hubiese contestado de adentro como corresponde; pero ya que han preferido llegar por la puerta y de día, los atiendo. ¡Y lo hago para decirles que se vayan a otra parte, que no puedo recibirlos!

—Pero mire, Dick, — protestaba Hosman. — No sea tan poco cristiano. La policía nos persigue. Venimos juntos para no caer por separado en poder de ellos. Estaremos hasta la noche solamente. Nos dará usted un poco de comida y me permitirá que me cure esta herida. Una vez que haya oscurecido...

—¡No haré nada de la maldita cosa que me dice! — gritó Dick. — ¡Siga adelante hasta que pueda!

El bandido se puso rojo, luego pálido. Hasta entonces había usado el tono de súplica. pero en adelante lo cambiaría por otro más enérgico.

—¡Bueno, se acabó! — dijo. — Somos dos contra uno y si...

—¿Dos? Me parece que son tres, si no me equivoco en la cuenta, — repuso Dick sin demostrar ninguna inqnietud. — Además se traen una mujer... Bueno, sepan que no me meto con nadie y que estoy dispuesto a no permitir que se me moleste en mi casa. No quiero saber nada con cuatreros y asesinos. ¡Vamos, largo de aquí!...

Breck alcanzó a ver una nubecita blanca surgiendo de en medio del grupo. Dick levantó en alto los brazos y cayó de espalda. Recién entonces se oyó la detonación.

A continuación vió que Gale Gaynor se paraba en la puerta de la cabaña y miraba a los hombros. Giró luego sobre sí misma y se metió en la casa.

Entretanto, los bandidos llevaron los caballos a un corral de los varios que había Desaparecieron luego dentro de un galpón. Al rato salieron trayendo un cubo de algo, que, seguramente, debía ser maíz.

Hecho esto, se metieron también en la cabaña. Al poco tiempo se vió surgir de la chimenea, una columnita de humo. Bolan y los suyos estaban preparando, seguramente, la comida.

Breck exploró los alrededores del enorme hueco, donde estaba situada la pequeña hacienda. Solamente se podía salir de allí a caballo, utilizando una senda. Y para ello era necesario ser muy buen jinete.

En cuanto a salir a pie, había también poquísimos lugares por donde era posible escapar. Aquellos hombres parecían haberse enterrado en vida en el fondo de un volcán. No parecía ser otro el origen de la inmensa hoya.

Comprendió, también, nuestro amigo, que

los otros no podrían hacerle casi nada con sus fusiles y sus revólveres. A la distancia que estaban y encontrándose él en la altura, los bandidos difícilmente podían herirlo. Eso sin contar que él era tirador a quien ya no admitían en los concursos regionales organizados por los hacendados... Por algo debía ser...

Pero una cosa era tirar bien y otra matar a sangre fría, como lo había hecho el mestizo Hosman con Dick. Se estremeció al recordar la alevosía de los bandidos. Todavía no se explicaba por qué no le había muerto la noche anterior, en vez de limitarse a desmayarlo.

No sabía que Hosman hubiera deseado, entonces, ultimarlo a cuchillo, que no tenía, pues no le convenía llamar la atención de nadie con un tiro, y que solamente el apuro de Bolan por escapar con la muchacha, le habían salvado la vida. Hosman debía ir hasta la cabaña que le servía de refugio para buscar su puñal y volver, tiempo que Bolan consideró precioso. Por eso es que encargaron a Blake que lo terminara de matar. Cuando el hotelero vino, la presunta víctima no estaba más en el sitio.

Breck guardó, al fin, sus gemelos y volvió al lado de su caballo. Ya tenía una visión de conjunto de la hoya. El mejor camino para llegar a la cabaña, sin ser visto, era seguir por la arboleda del riacho y desviarse luego, en dirección a la casa, abrigado siempre por una hondonada bastante profunda.

Comió primero el resto de las conservas que comprara. Nadie puede trabajar con el estómago vacío y él tenía un arduo trabajo por delante. Además, podían matarlo y no quería que la muerte le sorprendiera con hambre. Deseaba, para sí, siquiera esa satisfacción.

Mientras seguía comiendo, iba concibiendo su plan de campaña. Contemplaba hasta la posibilidad de matar a sangre fría al que se le interpusiera en el camino, una cosa que nunca había hecho y que, apenas cabía en su mente. Sabía que rara era la vez que un agente de policía se veía en la necesidad imprescindible de matar; sin embargo, estaba dispuesto a todo, con tal de que los otros no lo eliminaran primero y escaparan tranquilamente.

EL QUINTO DIA

Habían pasado ya cinco días desde que se cometiera el doble asesinato en la casa de Mike Leady, en Fuerte Smith. En ese corto espacio de tiempo, Breck había aprendido muchas cosas sobre el arte de la caza del hombre. En primer lugar, había comprobado la inutilidad de la mayoría de sus teorías al respecto. Había sido tirador de cabeza al campo de la experiencia y era muy natural que tuviera choques y cometiera errores en el primer momento. Pero estaba resuelto a no cometerlos en adelante.

Entretanto, Joe Tybee estaba de un humor de todos los diablos. Había abrigado la esperanza de que su sobrino perdiera pronto la pista y se volviera al fuerte. Pero, cuando el muchacho no regresó al tercer día, el jefe comenzó a inquietarse de veras. Quería a Breck como si hubiera sido su propio hijo y nunca se perdonaría haber arriesgado temerariamente su vida. Este pensamiento era, precisamente, el que le quitaba por completo el sueño.

Del otro lado, mientras Breck observaba la cabaña, donde se habían refugiado los forajidos, el viejo Gray fumaba tranquilamente su pipa a la puerta de su pequeño comercio.

—¿Dónde se habrá metido ese muchacho, que no dá señales de vida? — pensaba. — ¡también es una idea magnífica la de Tybee enviarlo solo! Si al menos hubiera mandado luego refuerzos detrás de él...

No andaba muy errado en sus suposiciones. La respuesta, extraña coincidencia, no tardó en llegar en la forma de un grupo de jinetes al mando de un policía con estrella, es decir, oficialmente reconocido. Bajaron culebreando por el camino sinuoso que venía del fuerte. Arribaron en medio de una espesa nube de polvo, con los caballos sudorosos y resoplando por efectos de la larga galopada.

—¡Hola, Welsh! ¡Hola, muchachos! — saludó Gray a los recién llegados. — ¡Era ya tiempo que aparecieran por aquí!...

—Y bien, ya estamos... creo..., — repuso Welsh con una mueca.

—Sí, están, ¡pero con cuatro días de atraso! Posiblemente a estas horas, Tybee tenga un sobrino de menos... Lo siento, porque el chico parecía bueno y valiente... En fin, lo probable, ahora, es que ni siquiera encuentren el cuerpo.

—Tal vez no, — contestó Welsh. — Habrá que verlo. Depende... Si le llegó la hora al muchacho, lo encontraremos por ahí tendido; si todavía estaba destinado a vivir, lo hallaremos por ahí.

Welsh era fatalista, como se vé. En verdad, le convenía serlo, dado el lugar adónde iba. Tendría unos cincuenta años, y sus cabellos eran grises tirando a blanco ya; pero, sus músculos, debían ser, seguramente, de acero, a pesar del tiempo que los usaba.

Había andado tanto a caballo, que sus piernas parecían arcos, y tanto había empuñado su revólver, que sus dedos se habían encorvado hasta parecerse a garras de lechuza. Sus ojos gris acero, jamás cambiaban de expresión, fuera cual fuese lo que viesen.

—Debe decirme usted lo poco que sepa, — declaró a Gray.

—No sé nada, — contestó Gray. — He sido amigo de Joe Tybee desde mucho tiempo atrás, le he ayudado en muchas pesquisas, pero la próxima vez que lo encuentre, no tendré inconveniente en hacerle el obsequio de una bala, pues...

—Perfectamente, — interrumpió Welsh. — Haga luego lo que quiera con el jefe, pero ahora dígame algo sobre Breck y la banda que persigue.

—Lo único que sé es que Bolan y un mestizo llamado Hosman, se detuvieron aquí un día, poco antes de las doce. Traían un hombre y una mujer con ellos, y creo que se

dirigían a Walnut Springs. Al otro día justo, llega aquí un joven que me entregó una carta de Joe Tybee. En ella me decía, mi amigo, que el portador era sobrino suyo, y que iba en persecusión de Boland y Hosman. Terminaba, en consecuencia, pidiéndome que lo ayudara en todo lo que me fuera posible.

—Y bien: ¿qué hizo usted? ¿Qué le dijo al muchacho?

—Lo hice ir hasta el vado del río por un camino diagonal, diciéndole le esperara allí. Le manifesté además que Bolán y los suyos probablemente se dirigieran a las montañas de Arbuckle y que debía tratar de alcanzarlos antes de que se internaran allá.

—Bueno, bueno... Lo interesante es que el muchacho estuviera todavía esperando en el vado... Eso si no lo han despachado ya... En fin, buscaremos primero a Bolan y los suyos; después nos ocuparemos de Breck. Si éste ha muerto, será lo mismo que lo busquemos ahora o después; y si está vivo, puede esperar como ha esperado hasta este momento...

Sin esperar más espoleó su caballo y se alejó al galope, seguido de sus dos acompañantes. Gray quedó un rato en la puerta, hasta que los otros se perdieron detrás de una loma.

Entretanto, Breck Cahill, distanciado ya unas treinta milas de los últimos centros civilizados, ignorante del socorro que se le acercaba, examinaba atentamente su fusil y su revólver. Quería tenerlos en condiciones para el momento que debiera usarlos.

Convencido de que estaban cargados y que funcionaban perfectamente comenzó el avance entre las peñas y los árboles del cajón del riacho. Siguiendo por las márgenes de éste podía llegar hasta muy cerca de la cabaña. Procuraría ver lo que pasaba en ella.

Había, empero, un factor en contra, que no debía olvidar: el que los perros advirtieran a los habitantes eventuales del rancho de la presencia de un extraño en las inmediaciones. En ese supuesto los riesgos serían grandes.

Abriendo camino entre el follaje, evitando a cada segundo el derrumbe de alguna piedra que con su ruido pudiera denunciarlo, se acercó poco a poco a su objetivo. Chapuzando por momentos el agua, deslizándose otras veces sobre la arena de la orilla, recorrió poco más de media milla.

El sol se inclinaba ya hacia el horizonte, alargando sus sombras en dirección a la cabaña, ya que ésta se encontraba del lado Este del riacho. Esto le favorecía, pues él tendría, en el momento de entablarse el combate, la luz a sus espaldas, mientras que los otros la tendrían a su frente, cosa que les impediría la clara visión del blanco.

Se internó en una densa espesura y luego de recorrerla hasta salir de nuevo a la luz, exploró las inmediaciones. El espacio que mediaba entre el punto donde se hallaba escondido y la choza principal, estaba constituído por una pequeña superficie plana, rocosa y completamente desnuda. Es claro que no había que pensar en atravesarla, una vez que se entablara el combate. Sería hacerse fusilar por los tres hombres atrincherados en la cabaña. Porque, preciso es decirlo, desde que viera a Hosman asesinar alevosamente a Dick, no se hacía la menor ilusión acerca del recibimiento que le dispensarían los otros.

El viento soplaba del Sud. Breck podía ver desde su observatorio los perros que se paseaban tranquilamente alrededor de los ranchos. Es decir, no tan tranquilamente, porque notó que uno de esos paraba las orejas como si tuviera ya la sensación de que algo raro había en el ambiente.

Aquellos animales eran los únicos signos de vida. Por espacio de una hora estuvo Breck sentado en medio de las ramas, espiando constantemente. El viento había cambiado ahora de dirección y venía del Oeste. Uno de los perros, acostado indolentemente junto a la puerta, irguió la cabeza y lanzó un ladrido. Al instante aparecieron tres hombres en el umbral.

—¡Hum! Aquí anda alguien, me parece, — dijo Bolan.

—Es cierto. El perro ladra así sólo cuando hay alguna persona, — asintió Hosman corriendo a tomar su rifle.

—¡Vamos, Bulger! ¡Busca!... Busca!...

El perro obedeció la orden de su nuevo amo y dió un salto en dirección a la espesura donde estaba escondido Breck.

Sonó casi de seguida un tiro y Hosman, luego de girar sobre sí mismo, cayó pesadamente.

Pasaron unos segundos antes de que Bolan se recobrara de la sorpresa, entrara en la casa, saliera y disparara una serie de tiros sobre la espesura.

Pero Breck no estaba más en ese sitio, sino que había buscado protección detrás de un grueso tronco. Espiaba por entre un pequeño hueco que dejaban dos ramas.

Cometió el mayor error de su vida cuando disparó contra Hosman y no contra Bolan. Pero lo hizo porque no quería matar a Bolan, pues deseaba entregarlo vivo a la justicia. En el fondo, era porque quería arreglar cuentas personalmente con él. Cierto es que ya nada tenía que ver con Gale Gaynor, desde que ésta le había hecho caer en una emboscada, pero no podía perdonar al bandolero el acto de haberla traído consigo de Fuerte Smith, obligándole a él a seguirla. En todo esto pensaba Breck mientras seguía preguntándose qué ventajas hubiese sacado si hubiera derribado a Bolan, en vez de derribar a Hosman.

—¡Vengan, cobardes! — gritaba Hosman hecho una furia, a pesar de su herida! ¡Llévenme al interior de la cabaña!

Breck vió que Gaynor daba un salto hacia el caído, exponiéndose a recibir cualquier balazo que podía seguir al prisionero. Mientras el anciano se ocupaba de socorrer a Hosman, Bolan salió también rápidamente de la cabaña, y llevando del brazo a Gale Gynor, corrió hacia la parte posterior de la casa, en dirección a una pared natural que había allí, toda de piedra. Una cincuentena de metros la separaba de la casa.

De dos saltos, salió Breck de la espesura y echó a correr en dirección de la casa.

Gaynor lo oyó acercarse y lo miró sin mostrar mayor temor, por encima del caño del

fusil con que el muchacho le apuntaba.

—¡Arriba las manos! — gritó Breck con voz potente.

El viejo jugador no hizo ninguna resistencia para levantar las manos.

Luego, como viera que Hosman hacía desesperados esfuerzos para alcanzar su rifle, Gaynor le gritó:

—¡No lo toque!

Ante la vista del otro apartó el fusil de un puntapié.

Sacó un par de esposas del bolsillo y aseguró la muñeca izquierda de Hosman, ordenando al mismo tiempo a Gaynor que no se separara.

—¡Ahora colóquese la otra argolla en el tobillo! — ordenó de nuevo al anciano.

—¡Pero si tengo que llevarlo a la cabaña! — protestó Gaynor.

—¡No me inmporta si tiene que llevarlo a la cabaña o al infierno! ¡Le digo que se la coloque y rápido!

La esposa se cerró y Breck dió vuelta a la choza. Se oyó un disparo. El proyectil vino a sepultarse en la pared a la altura del pecho del muchacho, a quien alcanzó a rozar en el costado.

—¿Quién ha hecho eso? — preguntó Gaynor maquinalmente.

—Su amigo, el señor Bolan, creo... Bueno, procure llevar a Hosman al interior de la cabaña antes de que pierda demasiada sangre.

Hosman se puso de rodillas. Era lo único que podía hacer sin imposibilitar todo movimiento a Gaynor. Tenía el hombro bañado en sangre.

Breck retrocedió hasta ponerse a cubierto de otros disparos de Bolan. Corrió al punto donde había dejado su fusil. En el instante que quedó en descubierto, volvió a oírse una nueva detonación. Esta vez la bala pasó silbando junto a sus orejas.

Pudo, empero, llegar sano y salvo a la espesura. Tomó su rifle, casi satisfecho. En adelante tendría que luchar contra Bolan solamente. Gaynor y Hosman estaban reducidos ahora a la más inofensiva de las condiciones.

Pero había que tener en cuenta que Bolan era también un gran enemigo. Se corrió hasta una roca desde la cual se veía la zona de la cual habían partido los dos disparos. Estuvo allí varios segundos, dos, tres... Llegaron a pasar no menos de treinta minutos, y nadie se movía en el sitio donde tenía fijos sus ojos. Gaynor llamó entonces desde la cabaña.

—¡Señor Cahill! ¡Señor Cahill!

Breck no se movió de su sitio. El viejo proseguía en forma de que se le pudiera oír.

—Dígame, joven ¿es usted sobrino de Joe Tybee? — preguntó en un tono suplicante.

—Sí. ¿Por qué? — repuso Breck, secamente.

—¡Por amor de Dios, tenga piedad de nosotros!... ¡Ese desalmado ha escapado llevándose a mi hija!

—No van a ir lejos.

—¡Pero ella está con él!

—¿No se la dió usted?

—¡Oh, no! ¡Si usted es cristiano, sáqueme la esposa y déjeme alcanzar a mi hija!

—Será inútil. ¿O quiere que Bolan me alcance con una bala mientras yo corro a la cabaña?... No iré. Además no tema por su hija; Bolan no puede hacerle ningún daño. Por el momento está demasiado ocupado.

Breck hablaba al viejo Gaynor, pero no dejaba de observar las rocas del otro lado del rancho. Pudo así ver que Gale Gaynor surgía de a ratos entre las peñas, pero intervenía al momento el brazo de Bolan para retenerla y ocultarla otra vez. Finalmente se oyó un grito sofocado.

Nuestro amigo había ya localizado a su preseguido, pero no podía moverse del lugar sin riesgo de recibir un balazo. El otro estaría seguramente listo para disparar su arma en el momento que fuera necesario.

Tal como se planteaba la situación, no habría más solución que esperar.

Desde la puerta de la cabaña, Gaynor seguía llamando y suplicando. Viendo que Breck permanecía sordo a sus súplicas, empezó a gritar furioso.

Pero no por ello cedió el muchacho. Primero porque apenas asomara la cabeza, Bolan le recibiría con un balazo, que era seguramente lo que deseaba el viejo; y segundo porque quería capturar con vida a toda la banda.

Por lo demás no sería nada raro que aun cuando libertara a Gaynor, Bolan lo matara en el momento que pretendiera correr para reunirse con su hija. Fueran cuales fuesen las intenciones del forajido, la verdad es que la muchacha le servía ahora de escudo protector y no lo abandonaría por nada del mundo.

Breck estaba dispuesto como en el primer momento a tomar vivo a Bolan. Después que se arreglara con él el verdugo. Como podemos comprobarlo, abrigaba, sin saberlo, solamente por Gale estos feroces sentimientos hacia su perseguido. Aunque pretendiera negárselo a sí mismo, ése era el secreto motivo de su despiadada persecución. La prueba de ello es que Gaynor y Hosman no le inspiraban tanto odio.

Los minutos pasaban y Breck comenzaba a impacientarse. El sol se ocultaría dentro de un rato y era absolutamente necesario entablar batalla antes de que se hiciera de noche. Gaynor seguía implorando, mientras Hosman le instaba a callarse con palabrotas de todos calibres. Breck, a todo eso, tenía ya los nervios de punta; se adelantó casi hasta la orilla del riacho, pero teniendo cuidado de no perder de vista en ningún momento el sitio donde suponía a Balon y Gale Gaynor.

Recordó que esa mañana le había llamado la atención el hecho de que no pudiera descubrir la prolongación del riacho en la hoya cuyo centro ocupaba el grupo de ranchos de la hacienda. Fijándose mejor, ahora descubría que la corriente se originaba precisamente en el alto paredón, en la for-

ma de una fuente rumorosa y de respetable tamaño. El ruido se oía solamente de determinados sitios a causa de que el agua surgía del interior de una caverna.

Intentó adelantarse más, pero un tiro de revólver le advirtió que tampoco allí había sitio para él. Retrocedió rápidamente buscando la protección de los árboles. Buscó amparo esta vez en un sitio desde el cual podía seguir observando el paredón natural que Bolan había convertido, según todas las apariencias, en un baluarte inexpugnable.

Breck se convenció al fin que no había más remedio que esperar, sin quitar los ojos claro está, del murallón. Para llegar a la cima de éste, existía solamente un camino: cierta grieta abierta del lado Este. Tan pronto como hubiera oscurecido un poco, intentaría arrastrarse por la hendidura hasta enfrentarse a Bolan.

El sol desapareció bajo la línea sinuosa de las montañas del poniente y las sombras del crepúsculo avanzaron sobre el desfiladero. Gaynor seguía rogando que lo soltara, hasta obligar a Breck a contestarle en voz baja. De lo contrario aquellos constantes lamentos le hubiesen vuelto seguramente loco.

—Señor Cahill, tengo veinte mil dólares en un Banco. Le firmaré un cheque por toda esa cantidad y le daré mi palabra de honor de no escaparme, siempre que me suelte y me deje ir hasta donde se encuentra mi hija...

—Pues bien, sepa que no iré ahora a la cabaña por todo el oro del mundo.

—Acérquese cuidando de que el rancho quede siempre entre usted y Bolan. ¡Venga, por favor!... ¡Tenga lástima a este pobre padre, aunque sea policía!

—Le digo que no. Tengo ahora otras cosas en que pensar.

Gaynor calló comprendiendo quizá que era inútil insistir.

Realmente había en el anciano algo que Breck Cahill no podía comprender en el estado de ánimo en que se encontraba: era la angustia del padre que oye los gritos desesperados de la hija a quien sabe en poder de un facineroso, y no puede correr en su ayuda. Ni siquiera sabía lo que le pasaba a Gale, inmovilizado como estaba en la cabaña. Breck tal vez hubiera podiddo comprender la inquietud de Gaynor si no estuviera absolutamente convencido de que tanto él como su hija pertenecían a la banda de Bolan.

Pero eso no era todo. Mientras el muchacho espiaba el murallón como el gato que espere a cada instante ver la laucha que ya ha arrinconado, dentro del rancho se desarrollaba otra tragedia. Hosman, que durante todo el viaje había instado a Bolan a que matara a Gaynor, ahora que estaba solo con el viejo, se veía también en la imposibilidad de hacerlo. Gaynor que se había debatido como un loco furioso, convencido de que no era más que un prisionero de los otros no abrigaba desde hacía días más que sentimientos de intenso odio a sus carceleros. ¡Los dos hombres, Hosman y Gaynor, separados por una aversión feroz estaban, sin embargo, unidos por las mismas esposas!...

De pronto Breck oyó un alarido que partía de la cabaña, seguido de un silencio absoluto. No pasó por su mente lo que podía haber sucediddo dentro. Era seguramente algo espantoso, a juzgar por el espantoso grito de terror y angustia sobrehumana.

Pero no tuvo mucho tiempo para entregarse a investigar la causa de aquello, pues casi inmediatamente se produjo un movimiento en lo alto del imponente murallón que había estado observando atentamente hasta entonces. Fué algo que le heló la sanbre en las venas. A partir de entonces se olvidó por completo de lo que podía haber ocurrido dentro del rancho. Lo que estaban viendo sus ojos le interesaba más. El espectáculo era en realidad fantástico, terrible.

"AQUI ESTAN SUS BRAZALETES, SEÑORA"

El murallón pétreo que limitaba la hoya por el poniente, vale decir, detrás de la cabaña de Whisky Dick, vista desde el punto donde se encontraba Breck, tenía unos ciento cincuenta metros de largo y cerca de treinta de alto. Hacia el oeste, de donde surgía del riacho, la enorme roca caía completamente a plomo. De allí en adelante, en una extensión de un centenar de metros era como si una inmensa guillotina hubiese tajado el granito igual que si éste fuera manteca. En la base de la formidable pared se levantaban multitud de conos y filos de piedra, entre los cuales se abrían algunas gargantas transitables sólo para el hombre avezado a las anfractuosidades de las montañas.

Allí era precisamente donde se había atrincherado Bolan durante toda la tarde, no perdiendo de vista la choza y disparando contra Breck cada vez que éste le ofrecía una oportunidad.

En la mitad de la muralla natural, a unos seis o siete metros de las peñas donde se refugiara Bolan, se extendía una especie de plataforma a lo largo de toda la inmensa roca. Esta plataforma tendría a lo sumo dos metros de ancho.

Desde el sitio donde se encontraba Bolan y Gale Gaynor se podía subir a la plataforma por medio de un plano, en el cual se había vaciado rústicos escalones.

Evidentemente aquella era la única salida a través de la montaña. Por allí se iba a Walnut Spring.

El movimiento notado por Breck consistía en lo siguiente: Mientras el silencio se hacía en el interior de la cabaña, Bolan, luego de levantarse del lugar donde estaba oculto, comenzó a trepar audazmente por el plano inclinado. Llevaba a Gale Gaynor en sus brazos, escudándose detrás de ella, en la seguridad de que Breck no le tiraría por temor de errar el blanco y dar en la muchacha.

Esta, paralizada por el terror, no oponía ninguna resistencia. Estaba completamente a merced del otro.

El bandido, llegado que hubo a la plataforma de piedra, echó a caminar por ella, siendo protegido por su preciosa carga. Adelantaba con su paso seguro, convecido de que nadie se hubiera atrevido a tirarle. Si por el contrario se le amenazaba, dejaría caer el cuerpo ya inanimado de Gale, y ésta se estrellaría sobre las agudas rocas de abajo

Los otros se habían adelantado un poco...

Bolan sabía a que atenerse. Desde la noche anterior estaba seguro de que el hombre que le seguía, lo hacía solamente impulsado por el amor. En lo íntimo maldecía porque Hosman le hubiera dejado con vida en la caverna. ¡Y después estaba ese bruto de Blake que no había cumplido con lo que se le ordenara!... Pero de aquello ya no quería acordarse. Por el momento solo le interesaba llegar a una grieta que daba salida libre a Walnut Spring. Franqueada la escabrosa hendidura podría huir sin que nadie le molestara, llevándose consigo a la muchacha, siempre que ésta siguiera con vida, cosa que realmente comenzaba a despertarle algunas dudas.

Bolan no había visto nunca a Breck, excepto cuando le apuntó con su fusil y después con su revólver; y así mismo no pudo verle la cara. Le sabía el nombre porque Gale le había estado llamando hasta el último momento en la caverna, cuando cayó desmayado por el golpe de Hosman. Tuvo que arrancarla de su lado a viva fuerza. Esto le convenció de que el muchacho era para ella algo más que un amigo ocasional. Ni por un momento se le pasó por la mentte que podía ser también un representante de la autoridad.

Esperaba que Breck saliera de su escondrijo sorprendido por aquella maniobra, pero sus esperanzas se vieron defraudadas en este punto. El muchacho no apareció por ninguna parte. Sin embargo, sabiendo que seguramente le observaba desde algún escondrijo, sonrió malévolamente. Atento a las desigualdades de la plataforma, avanzó lentamente hacia la grieta que para él significaba la salvación.

* * * *

En efecto, Breck no le había dejado de observar un solo instante. Tembloroso asistía a las maniobras del otro. Nada podía hacer para evitarla, al menos en apariencias. Por un momento sintió tentaciones de echarse el fusil a la cara y disparar. Difícilmente erraría al blanco. Pero desistió de su intento. No fuera su mala suerte que la bala fuese a sepultarse en el cuerpo de Gale. Además, en el supuesto de que el proyectil alcanzara a Bolan, éste, al verse herido, soltaría seguramente su carga y todo se habría perdido.

Prefirió correr alrededor de la cabaña y las chozas que la rodeaban, todas sumidas ahora en la oscuridad de la noche. Llegó así a un grupo de arbustos situados a unos ochenta metros de la parte donde la plataforma daba acceso a la grieta hacia la cual se dirigía Bolan. Allí se detuvo y esperó.

Si en el fondo de la hoya era ya noche, los últimos resplandores del crepúsculo todavía iluminaban débilmente el borde superior del murallón. Breck rogó al cielo que la luz durara todavía el tiempo necesario para que Bolan pudiera ver.

El bandolero avanzaba siempre, pulgada por pulgada. Si daba un paso en falso, él y su presa se precipitarían al vacío. Al solo pensamiento de esto, Breck temblaba entero.

Bolan venía ya acalambrado por el largo esfuerzo. El muchacho, aprovechando la lentitud del otro se adelantó aun más, hasta quedar bastante cerca de la hendidura.
otro llegaba ya a la hendidura, a la libertad probablemente... Levantó un brazo para asirse de una saliente de la roca, mientras con el otro sostenía el cuerpo de la mucha-

cha. ¡Al fin! Estaba en la garganta, seguro. Dió un paso, dos...

Pero no pudo seguir adelante; un estampido resonó en la soledad.

Era el fusil de Breck Cahill el que había roto un silencio que pareció durar siglos. Bolan se desplomó sobre las piedras de la grieta, situada a varios metros por encima del sitio donde estaba el muchacho. Al sentirse herido, soltó a Gale, que también rodó un trecho. Parecía que iba a desplomarse sobre las peñas de abajo, pero surgió de improviso una forma en la oscuridad e impidió lo que ya parecía segura caída. ¿Quién podía ser el autor del milagro?

Breck, que en realidad había obrado a impulsos de una fuerza superior a su voluntad al disparar su arma, cuando todavía podía peligrar la vida de Gale, quedó inmóvil, presa del mayor asombro. ¿Quién era el salvador de la muchacha?

Miró tratando de penetrar las tinieblas cada vez más densas. Por poco lanza un grito: la sombra no era otro que Fleet Gaynor, el viejo jugador.

En eso Bolan se sentó y comenzó a moverse de nuevo hacia la garganta.

—¡Detente, Bolan! — le gritó Breck desde abajo. — ¡No te muevas porque de lo contrario tendré que tirarte a matar, cosa que hasta ahora no he querido! ¡Suelta tu fusil!

Bolan soltó el arma, que cayó rodando por la pendiente y finalmente se precipitó al barranco.

—¡Ahora es el revólver! — gritó Breck casi inmediatamente. — ¡Suéltalo también!

Bolan soltó el revólver.

—¿Es todo lo que tienes? — preguntó Breck.

—Sí — gruñó Bolan. — ¿O cree que soy una armería ambulante?

—¡Lo cierto es que llevas casi un arsenal! — replicó el muchacho sin inmutarse. — Ahora arrástrate y apártate de la grieta.

—No puedo. Me duele mucho esta maldita pierna.

—¡Es que la señorita debe pasar por allí! Bueno, contaré hasta tres; si para entonces no ha hecho lo que le digo...

Bolan se arrastró penosamente de la grieta.

—¡Baja ahora hasta aquí!

El otro siguió deslizándose en la misma forma anterior, quedando finalmente a la misma altura que estaba Breck. Allí se detuvo y se sentó después de no pocos esfuerzos.

—Ponte esto — dijo el muchacho. — creo que ya sabes cómo se colocan.

Y le arrojó un par de esposas, que Bolan se colocó sin oponer la menor resistencia. Pero Breck tuvo la precaución de observar si habían sido cerradas en realidad.

A unos veinte metros de distancia estaba Gale Gaynor en brazos de su padre.

Breck se acercó a ellos.

—Le pido mil perdones, Mr. Gaynor — dijo al tiempo que sacaba las esposas de un bolsillo. — Le pondré este otro par.

Gaynor le tendió las manos para que le colocara las esposas.

—Ha salvado a mi hijita de la peor de las desgracias y ahora puede hacer conmigo lo que le parezca — dijo.

—De mi parte le adelanto que me concretaré a llevarlo a Fuerte Smith — observó Breck.

—Perfectamente. Si por mí hubiera sido jamás habría salido de allí.

Había en su voz cierto acento que revelaba una verdadera sensación de alivio.

Breck miró friamente a Gale.

—Aquí están sus brazaletes, señora — dijo mostrándole otro par de esposas.

—Pero... ¿qué... se... se propone usted con esto? — tartamudeó miss Gaynor.

—No es difícil adivinar, señora. Me propongo ponerle estos anillos en las muñecas para que en adelante se llame a sosiego. Por lo menos no podrá hacerme caer en otra emboscada, en lo sucesivo.

—No... no fuí yo...

—Póntelas, hija — ordenó suavemente el padre. — Mr. Cahill es representante de la ley y tiene autoridad para tomar las precauciones que crea conveniente. Póntelas. Además debemos obediencia por lo que ha hecho sin querer en favor de nosotros.

Se hizo un silencio profundo, en medio del cual el tintineo de las esposas parecían lúgubres tañidos de campana. Breck recordaría aquel momento mientras viviera.

—Ahora volvamos a la cabaña — ordenó en tono grave. — Vamos, Bolan. Tienes todavía una pierna bien y nosotros te ayudaremos a caminar.

Bolan se levantó, auxiliado por Breck, sobre su pierna sana. Comenzaron a caminar en dirección a la choza situada a unos cincuenta metros adelante. Gaynor y su hija marchaban algunos metros adelante.

En la puerta de la cabaña, el muchacho dijo a Bolan:

—Quédate un instante apoyado contra la pared, hasta que yo encienda la luz. Estaba sobre la mesa y la encendió. La rama rojiza y coronada por una espiral de humo espeso, daba un aspecto por demás lúgubre a las cosas de la habitación.

Cuando Breck levantó la vista, presenció un cuadro horroroso. En medio de la habitación estaba tendido el cuerpo inerte de Hosman. Sobre el cuello se veía una marca lívida; había sido estrangulado. En cuanto a la salida de Gaynor, es explicaba, pues la mano de Hosman había sido completamente cortada. En los tobillos de Gaynor todavía estaban las esposas que le colocara horas antes, cuando Hosman cayó herido de un balazo. ¡El empedernido jugador había muerto a Hosman para ir en socorro de su hija!

Breck tenía pensado preparar algún alimento para él y sus prisioneros, pero después de lo que acababa de ver había perdido por completo el apetito. Tampoco se acordaba ya del sueño. Ahora solo deseaba

abandonar cuanto antes aquel antro de muerte.

—Esperen aquí hasta que traiga los caballos — dijo a sus tres prisioneros.

Ninguno le respondió y él salió en dirección a los corrales.

Una vez que hubo vuelto con cuatro caballos, se dirigió a Gaynor:

—Necesito que me ayude, Mr. Gaynor.

E indicó el cuerpo caído de Hosman, que comenzó a levantar con intención de colocarlo de costado sobre uno de los cuatro caballos.

—Pero. . — balbuceó Gaynor. — ¿Se lo va a llevar usted? ¿Irá con nosotros durante todo el tiempo que dure el viaje de regreso?

—He venido a buscarlo y tengo que llevármelo — contestó Breck naturalmente.— ¡Vamos, ayude!

Gaynor estaba blanco como el papel mientras ayudaba a Breck; sus dedos temblaban horrorosamente cuando tuvo que hacer los nudos a la cuerda que debía asegurar el cadáver a la silla. Había muerto a aquel hombre y no podía esperarse de él otra cosa. Ningún homicida puede contemplar y menos tocar impasiblemente el cuerpo de su víctima.

Gaynor comenzó también a demostrar cierta ansiedad por su suerte futura. Hasta ese momento parecía estar enteramente sereno y satisfecho de su obra; pero luego de colocar el cadaver atravesado sobre la silla, una fuerte inquietud le había asaltado. ¿Los tribunales verían un crimen vulgar en el suyo, olvidaría que Hosman había sido verdugo de él y su hija, a quien reservaban una suerte que la justicia humana no podía perdonar? Además pensaban eliminarlo a él en la primera oportunidad. Casi le había muerto también en defensa propia.

—Perfectamente — dijo Breck cuando todo estuvo listo. — Monte, Bolan. Y marche adelante. Debemos dejar esta cabaña cuanto antes.

—¡No puedo montar con una pierna herida! — chilló Bolan.

—Es siempre mejor que montar como lo hace Hosman. ¡Vamos, adelante!

Bolan fué levantado a pulso sobre su caballo. Tenía la pierna herida justo debajo de la rodilla, por lo cual se bamboleaba horriblemente con el trote del caballo. De su parte Gale Gaynor temblaba ante la coz imperativa y el gesto fiero de aquel hombre que había juzgado suave y bueno. Cuando recordaba las esposas que ceñían sus lindas muñecas, se ponía alternativamente pálida y roja

—Tenga a bien montar a caballo, miss Gaynor — le ordenó Breck, sin ofrecerle ninguna ayuda. Pero el padre se apresuró a reemplazarlo. Luego montó en su caballo. Se ataron los cuatro animales: el de Gaynor iba adelante, después el de Gale, seguido a su vez por el de Bolan. En último término iba el caballo cargado con el cadaver de Hosman. Breck marchó a pie, hasta la salida de la hoya donde había dejado, como sabemos, su fiel caballo.

* * * *

Mientras avanzaban lentamente por el vallecito, el cerebro de Bolan trabajaba intensamente. La primera noticia que tuvo de la condición de policía de Breck Cahill fue cuando éste le hizo colocar las esposas. Desde entonces Bolan no había hablado más que una sola vez. Fué cuando protestó de que no podría ir a caballo con una pierna herida. Pero descubrió, a poco de andar, q el movimiento de la pierna no era tan doloroso como había imaginado, sobre todo si apretaba el muslo sobre los flancos del animal y se apoyaba un poquito en el estribo. En cuanto se sintió más cómodo, come a fraguar planes de fuga.

Aquel jovenzuelo pensaba seguramente que se lo llevaría hasta Fuerte Smith como manso corderito, pero se equivocaba. Era demasiado difícil que un solo policía pudiera salir sano y salvo de la región de Kemish con toda aquella comitiva. Cierto es que estaban recién en los alrededores de las verdaderas "ciudades de refugio", más no faltaban sin embargo algunos "suburbios" de ellas en el trayecto. Seguramente no irían muy lejos, sin antes encontrar a alguien en el camino. Aunque iba con las esposas, él aprovecharía la menor oportunidad para escapar cortando la cuerda que unía su caballo a los de los demás. Una vez que hubiese conseguido separarse un poco del grupo; ¡que lo buscaran entre aquellas peñas salvajes, entre los rápidos y los bosquecillos que bordeaban los numerosos ríos de la región!

Después no faltaría un amigo que le librara de las esposas.

Además, aun en el supuesto de que fracasaran todas sus tentativas, tampoco iría a Fuerte Smith. Llegar allá significaba la muerte segura para él. Se le acusaba de una docena de crímenes por lo menos, cada uno de los cuales merecía ya una condena de muerte. Finalmente, el asesinato de Haines y Webster equivalía a una horca segura para él. Pero no se arrepentía de haberlos muerto. Lo hizo para impedirles que acusaran a un compañero. De lo único que se arrepentía era de no haber muerto también a Gaynor, como Hosman le decía a cada rato. Si hubiera eliminado al viejo, Hosman estaría vivo para entonces y tal vez hubieran podido escapar juntos de aquel maldito policíaco.

La muchacha, que marchaba aparentemente tranquila, era después de todo, la causa de los males que habían sobrevenido. La había visto dos veces, había averiguado quien era; finalmente concibió el diabólico plan de llevársela consigo, conjuntamente con su padre — de otra manera no hubiera conseguido que ella saliera de Fuerte Smith — con intención de hacer desaparecer al viejo en cuanto atravesaran la tierra de los

indios. En cuanto a Cohill, había creído que era simplemente novio de Gale, pero se equivocó.

Entre tanto la muchacha seguía al trotecito corto, con un par de esposas en las muñecas, inocente de toda falta, excepto la de andar en malas compañías.

Pero Bolan no pudo ir muy lejos con sus reflexiones porque se hizo un alto. Acababan de llegar al punto donde Breck había dejado su caballo.

Los otros se habían adelantado un poco y el muchacho, luego de montar rápidamente, espoleó su caballo y lo lanzó al galope. No tardó en ponerse inmediatamente detrás de los demás. Pero se acordó del rápido del río y corrió a alcanzar a Gaynor, que iba adelante de todos.

—Usted sabe cómo es el camino que debemos utilizar — le dijo tomándole el caballo por la brida. — Tenga mucho cuidado. Más allá de la caída, la corriente es rápida y profunda. Los caballos, usted lo ve, están unidos; de modo que es necesario andar con mucha atención. Si el suyo pisa en falso, los demás lo seguirán a la muerte...

Gale que oía perfectamente lo que Breck decía al anciano, se estremeció ante la inminencia del peligro y el tono desaprensivo que había empleado el muchacho para hacer la advertencia. Recordaba además el escalofrío que le recorrió todo el cuerpo cuando esa mañana cruzaron por el estrecho pasadizo que era necesario atravesar a la altura de la catarata. Los caballos mismos parecían resistirse a desafiar el enorme riesgo y se echaban atrás instintivamente. Si por desgracia sus cascos resbalaban sobre las piedras desnudas y húmedas salpicaduras de la caída, no habría salvación posible a menos de operarse un milagro. Entretanto el rumor formidable del agua y borbollones que ésta formaba debajo de las patas de los animales bastaba para hacer temblar la muñeca del jinete más sereno, haciéndole desviar involuntariamente el caballo o encabritándolo.

Un paso en falso, y las bestias y los jinetes irían a estrellarse contra las rocas, envueltos en las espumas del torrente y arrastrados por la irresistible fuerza de los remolinos.

Gale tembló de veras. Estaba débil y su sistema nervioso había agotado ya sus reservas en las cien peripecias sufridas desde que salieran de Fuerte Smith. Se había tomado ya de la silla, cuando un grito de terror sobrehumano lanzado por Bolan la inmovilizó de espanto.

CADENAS QUE UNEN PARA TODA LA VIDA

Cuando el viejo policía que era Welsh se lanzaba a la caza del hombre, lo hacía como si éste hubiera sido un zorro; el mismo estrépito, el mismo tropel, el mismo bagaje de provisiones.

En efecto, detrás de la vanguardia iban los víveres a cargo de un "personal" especial, según le llamaba pomposamente Welsh al negro encargado del carromato.

Poco después de que el sargento y sus compañeros salieran del almacen de Gray, llegó el carromato tirado por cuatro mulas. Como venía a regular velocidad y el camino era desparejo, el vehículo se zarandeaba de un lado para otro, amenazando por momentos quedarse en el camino, deshecho en mil pedazos.

Pues Welsh estaba dispuesto a hacer una limpieza completa en las "ciudades de refugio" y preparaba, por consiguiente, en forma metódica su obra. Hizo su campamento no cerca de la zona peligrosa, es decir, más allá de la línea que marcaba generalmente el límite de la autoridad constituída, la cual era reemplazada en adelante por el fusil o el revólver del asesino y de los cuatreros.

Estaban junto a las orillas de Fall Creek.

Se encendió una gran fogata no muy lejos del sitio donde el camino cruzaba el río. El negro que oficiaba de cocinero oficial de la comitiva, preparaba la comida. Cierto es que hasta entonces no habían encontrado la menor huella del hombre que buscaban, pero no por eso se privarían de una buena y reparadora cena.

—Parecería que se lo hubiera tragado la tierra, — comentaba Wels mientras comenzaba a comer unos bizcochos, preparando así el estómago para esfuerzos mayores. — ¡Maldito Gray! Me parece que tenía más razón de lo que él mismo se imaginaba. Me temo que no encontremos más que los huesos del muchacho...

—Deben haberse dirigido a Arbuckle, pero... ¿Pero qué es eso? — añadió de pronto, interrumpiéndose. ¿Lo oyó usted? — preguntó a su vecino.

—Sí — contestó éste. — Era alguien que gritaba.

—Seguramente que era alguien que gritaba; pero se apercibió usted de la clase de grito?

—Sí; era un alarido de guerra de los que se suelen oírse a los indios cerca de la catarata.

—En efecto, y es necesario precisamente por eso que los muchachos estén listos. No sea que tengamos que galopar de nuevo esta noche...

Cuando Bolan lanzó aquel alarido característicos en los indios comarcanos, de quienes los aprendiera, tenía dos razones para ello: una era la esperanza de que le oyera algunos de sus compañeros que le conocían la habilidad de gritar como los naturales, y otra porque estaba realmente asustado. Se verá por qué. Mientras se disponían a cruzar el estrecho paso, vió que el caballo de Gale, que iba inmediatamente detrás del suyo, se acercaba demasiado a la corriente del rapido, arrastrando a los demás. Hizo entonces un desesperado esfuerzo para conservar a su caballo sobre la barranca, valiéndose para ello de su pierna sana.

Sabía que con su grito el caballo se espantaría y se alejaría instintivamente del peligro. En esto no andaban erradas sus previsiones. Si no hubiera asustado al caballo, en aquel preciso instante, todo el grupo hubiera rodado barranca abajo y hubiese caído en el torrente. Ninguno se habría salvado entonces de la muerte.

La psicología del hombre es de lo más incomprensible. Y si no, ahí tenían a Bolan, que desafiaba impávido la muerte de sus mil y una correrías por las praderas y valles de región, gritando como un niño o una mujer ante la perspectiva de caer sobre las espumosas aguas de un torrente y de morir quizá ahogado.

Pasado el peligro inmediato, comenzó a pensar de nuevo en la fuga. Cierto es que tenía las manos con esposas, pero Breck había olvidado de atarlas debidamente a la parte delantera de la silla. Una milla más allá de aquel sombrío cañadón, donde parecían haberse complotado todas las tinieblas de la tierra, se dejaría caer entre las malezas. Breck, teniendo que vigilar también a sus otros prisioneros, no podría arriesgarse en el interior de la espesura. El plan no era malo. Pero Bolan no contaba con otros sucesos que sobrevendrían poco después.

* * * *

—¿Qué significa esa comitiva? — preguntó Welsh viendo adelantarse por el arroyo a los cinco caballos de Breck y sus prisioneros.

Luego creyendo reconocer al muchacho:

—¡Hola, Breck! ¿Eres tú?

—Sí — le contestó Breck sin poder contener su alegría.

—¿Y esos?

—Son mis prisioneros. Pero vengo rendido y ustedes tendrán que hacerse cargo de ellos por algunas horas, mientras yo descanso un poco.

Llegaron al campamento que habían levantado los compañeros de Welsh. En cuando Breck vió una cama dispuesta, fué a ella y se dejó caer pesadamente. Le era materialmente imposible mantenerse en pie.

—¿Para qué corres, si no tienes apetito?

—Precisamente, para poder llegar con tiempo y tomar antes un **HIERRO QUINA BISLERI**; no hay nada mejor para poder comer a gusto.

Welsh, a la luz de la fogata, reconoció a Gaynor.

—¡Hola, Gaynor! — exclamó. — Hombre no sabía que estuviera en la policía.

Pero en seguida, viendo que las esposas brillaban en sus muñecas:

—¿Cómo? ¿Tiene usted esposas en las muñecas?

—Mr. Cahill me las puso — replicó Gaynor.

—¿Y miss Gale también? ¡Pero Breck! ¿en qué has estado pensando?

—Tengo una orden de detención en el bolsillo — —contestó Breck con voz ronca, pues ya comenzaba a dormirse.

—¡Aquí hay algún error! De otra manera no se explica. Dame las llaves. Yo respondo por ellos.

Breck se sacó de mala gana las llaves del bolsillo y las tiró a Welsh. Los otros hombres, que conocían perfectamente a Gaynor y a su hija, corrieron al lado de ellos. Pero se detuvieron en medio del camino.

—¡Miren! ¡No lo dejen escapar! ¡Bolan!

Era Welsh el que gritaba. Sonó un disparo y Bolan cayó pesadamente sobre las piedras.

Viendo que los demás se alejaban de él, después de haber soltado la soga que unía los cinco caballos, Bolan había creído llegado el momento de la fuga, estaba todavía a caballo, pues nadie le había ayudado a desmontar y solo no podía hacerlo. Si no huía en ese momento, no podría huir nunca más. Pero las balas andan más rápido que los caballos: una de ellas fué a atravesarle de lado a lado el pecho.

—Bueno — —dijo Welsh tranquilamente— después de todo creo que él deseaba esta suerte, antes de verse colgado por los jueces... Usted, Gaynor, y la señorita pueden ocupar mi tienda. Allí encontrarán una palangana, toalla y jabón. Hagan de cuenta que están en su casa.

—¡Hola! ¡Entonces debe haber habido una batalla! — observó uno de los policías viendo que una mano de Hosman colgaba inánime sobre uno de los flancos del caballo.

Nadie había notado hasta entonces la presencia del cadáver del bandido, en medio de la oscuridad reinante. Creían simplemente que se trataba de un caballo de tiro. Recién cuando éste estuvo a pocos metros de la hoguera pudieron hacer el fúnebre descubrimiento.

El viejo sargento miró al sitio donde trataba de dormitar Breck y dijo luego de vacilar un instante:

—Vamos, Breck; un poquito más de fuerza y háblame de lo que ha pasado.

Breck se incorporó penosamente sobre el lecho y se puso al fin de pie. Se acercó lentamente a la hoguera. Alrededor de ésta se hallaban los demás, sentados en el suelo.

—A ver qué ocurrió, — volvió a decir Welsh. — Cuente, mi amigo.

—No es mucho lo que tengo que contar, — repuso Breck. — Tomé a estos cuatro

prisioneros, pero no para que usted libertara a dos de ellos.

—¡Pero, Breck, sácate eso de la cabeza, por favor! Esa orden de detención debe estar equivocada. Está perfectamente demostrado que Bolan y Hosman mataron a Haines y Webster y que Gaynor no tiene nada que ver en el crimen. Te dieron la orden de arresto antes de que se pusiera en claro el asunto. Gaynor aparecía entonces como culpable porque había huido con los asesinos.

—¡Gaynor podría ser inocente en Fuerte Smith, pero ahora es culpable de homicidio!

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Que mató a Hosman, simplemente.

—Supongamos que sea así. Pero yo podría matar a media docena de individuos como Bolan, y nadie se atrevería a llamarme asesino. Casi es un mérito habar dado muerte a ese criminal. Si tiró contra él...

—No tiró con revólver ni fusil alguno... Fuí yo quien hirió a Hosman. Los dejé unidos, al herido y a Gaynor, con un par de esposas... Luego los abandoné en el interior de la cabaña de un tal Whicky Dick. Hosman tenía la mano izquierda asegurada con una argolla; la otra estaba fija en el tobillo de Gaynor. Debo decir que Hosman tenía ya de antes inmovilizado el brazo derecho... Pues bien, Gaynor estranguló, mientras yo perseguía a Bolan, a su compañero. Más tarde, para poder salir de la cabaña, le cortó la mano...

—Pero, hijo, ¿qué estás diciendo? ¿Has perdido seguramente los sentidos?

—Nada de eso. Estoy en estado perfectamente normal. Me concreto a decirle la pura verdad. Y después, con mirarlo a la cara...

—Cuéntame ahora cómo puede esta chica estar mezclada en este lío, — dijo Welsh luego de mirar sorprendido a Gaynor.

Breck le contó lo que sabía. Le habló del grito de ella en el murallón de piedra, de las súplicas del padre.

—¿Y por qué no lo soltaste?

—Por dos razones: Gaynor era mi prisionero y no sabía la jugada que podía hacer una vez que se viera libre; además Bolan hubiera muerto a Gaynor en el momento que viera al anciano correr a auxiliar a su hija que el bandido se disponía a llevarse consigo.

Le reveló a continuación cuanto sabía, sin omitir detalles.

Cuando hubo terminado el viejo Welsh meneaba lentamente la cabeza pensativo.

—Sí, sí... — decía sin mirar a Breck. — Soy ya lo bastante viejo para comprender el horrible suplicio de Gaynor... Yo también tengo una hijita... Si contara con los años de esa muchacha, no sé lo que haría para salvarla de cualquier peligro que la amenazara... De todos modos de no haber intervenido los dedos de Gaynor, la cuerda del verdugo se hubiera encargado de poner fin a las pillerías de Hosman.

Quedaron un instante en silencio. Breck parecía estar muy pensativo. Al fin Welsh se decidió a hablar.

—Deja este asunto en mis manos, Breck, — dijo. — Haremos dos relatos de los sucesos acaecidos: uno para el público y otro para nosotros, incluso Joe Tybee, quien debe saber toda la verdad. A la gente diremos que Bolan fué muerto mientras intentaba escapar, — es lo cierto; — en cuanto a Hosman declararemos que se le mató por resistirse a ser arrestado. Gaynor no es más asesino que tú y yo... ¿Qué me dices?

—No digo nada, si tú crees que es lo que mejor podemos hacer; pero resulta que...

—...

—Que si llevamos el cadáver de Hosman en las condiciones en que se encuentra, tendremos algunas dificultades para responder a ciertas preguntas que se nos hagan.

—No lo llevaremos. Había una recompensa para el que lo trajera vivo o muerto, pero lo enterraremos esta misma noche. Si no me creen lo que les digo, pueden irse al diablo con la recompensa.

—Pero serán ustedes los que caven las fosas porque yo tengo un rasguño en el costado que me está molestando bastante...

—¿Rasguño dices?

—Sí, una de las balas de Bolan me quemó en el costado.

—Pero, muchacho, ¡haberlo dicho desde el principio!

Lo arrastró prácticamente hasta la tienda e hizo traer el botiquín.

A los diez minutos estaba perfectamente curado. Gaynor ayudó a Welsh en la operación de desinfectar y vendar la herida.

* * * *

Demás está decir que Gale, después de que quedara aclarada completamente su situación, perdonó a Breck el ulttraje de haberle colocado esposas, como a una criminal vulgar.

Pero a los pocos meses el muchacho pudo indemnizarla con creces. A cambio de las esposas que le pusiera le colocó una hermosa noche de luna, el anillo que debía unir para siempre sus vidas. En cuanto a Gaynor nunca supo cómo agradecer la bondad de Welsh al salvarlo de un encarcelamiento que en realidad no se merecía.

Su crimen había sido simplemente el de querer mucho a su hija. A consejo de ésta no volvió a jugar más en su vida. Tampoco volvió a juntarse con tahures.

DESTELLOS DE TENTACION

Por MEL WATT

DIEZ minutos después que don Jaime de Aranda, conjuntamente con su secretario, hubieron descendido por la planchada y pisaron tierra firme en el desembarcadero de Marsella, llegó cierto mensaje al prefecto de policía de París. Un agente secreto, destacado permanentemente en el máximo puerto francés, le había telegrafiado lo siguiente:

"Ricardo Méndez, ladrón internacional de joyas, acaba de desembarcar del "Alda". Se hace pasar por secretario de don Jaime de Aranda, conocido hacendado argentino, hijo de una antigua familia de Buenos Aires venida a menos en los últimos tiempos. Va a París a negociar unas antiguas y valiosas joyas.

"Le aconsejo vigilar estrechamente a Méndez. El anciano don Jaime parece confiar ciegamente en él. Creo que el plan de Méndez es dejar que su patrón venda las joyas y apoderarse luego del importe de ellas. — XMO6."

Este mensaje estaba, desde luego, cifrado. Cuando el prefecto terminó de leerlo, no pudo contener una risita cuyo significado no se hubiera adivinado fácilmente; punto seguido tocó un timbre. Casi inmediatamente apareció su amigo, colega y especie de brazo derecho en cuanto hubiera que hacer en la prefectura: M. Monot.

El obeso y muy urbano detective penetró en la oficina del prefecto y miró interrogante a su superior. Este se limitó a pasarle el telegrama. Monot leyó rápidamente y sonrió también. El prefecto, al notarlo, volvió a su sonrisa de antes.

—Su fiel amigo está otra vez entre nosotros, Monot, — dijo burlonamente. — Me parece que el argentino le ha tomado el gusto a la policía de París. ¿Permitirá usted que se le escape también esta vez?

Monot no juzgó oportuno justificarse. Hubiera podido replicar que en aquella ocasión, cuando tuvo que vérselas con Méndez, no fué posible comenzar las pesquisas hasta varias semanas después de cometido el delito. Como se comprenderá, era demasiado tiempo para un pájaro como Méndez, quien debía, seguramente, estar fuera del país para entonces...

Además no era posible detener a un hombre sin tener pruebas semiplenas. Y las pruebas no existían. Méndez, empero, había aprovechado maravillosamente la oportunidad que se le presentaba de burlarse de su enemigo. Y Monot mismo, que a pesar de ser encarnizado perseguidor de los transgresores de la ley, no carecía de cierto sentido de lo cómico, había reído conjuntamente con sus compañeros de las chanzas de que le hiciera objeto en repetidas ocasiones el audaz delincuente de Sud América.

—Hay un dicho, — observó Monot al cabo de un embarazoso intervalo de silencio. — según el cual si se da a un hombre una cuerda lo suficientemente larga, acabará por ahorcarse en ella.

—La última soga que usted le dió fué tan larga, — gruñó el jefe, — que el individuo se escapó.

—Pero, — replicó Monot, — hay más de una cuerda. Aquella se perdió; veremos esta otra...

—¡Monot, es usted demasiado altanero! —exclamó el prefecto en tono que quería ser serio. — Bueno, lárguese de aquí y vaya a dar la bienvenida a ese señor.

Monot hizo un gesto indefinible y se dispuso a salir de la habitación. Pero había tal pachorra en sus movimientos que todavía tuvo tiempo para beber un trago del excelente Borgoña del prefecto.

Antes de llevarse la copa a los labios, brindó ante la mirada de asombro del jefe:

—¡A la salud del señor Insolencia, que viene a verme otra vez!

Pero Monot era un hombre de ordinario muy ocupado y destacó a uno de sus subalternos para que averiguara el hotel en donde se había alojado el señor Jaime de Aranda, y de paso viera si en efecto lo acompañaba Méndez en calidad de secretario suyo.

A la tarde siguiente se hubiera podido ver a Monot en un rincón muy discreto del hotel Merimée. Había mucha gente que iba y venía por el hall y los pasillos. El ascensor funcionaba incesantemente.

Monot comenzaba ya a impacientarse de veras, cuando vió que Méndez entró de la calle.

Ricardo Méndez era un modelo de elegancia, comenzando por sus costosos zapatos, pasando por su bien cortado traje y terminando en su llamativa corbata y sus bien cuidados bigotes, cuyas guías se levantaban orgullosamente. No había duda que era un hombre hermoso. Miraba a su alrededor con natural desenfado, y no viendo a ningún conocido, se aprestó a utilizar el ascencor.

Minutos después, llegaba a poder de Monot una esquelita concebida en los siguientes términos:

"El caballero del departamento D le ruega quiera hacerle una visita. Tenga a bien seguir al portador de ésta."

Monot, muy divertido por el imperioso pedido de Méndez, se levantó de su asiento y siguió al groom. Méndez lo saludó con la cordialidad de un viejo amigo.

—¡Mi estimado Monot! ¡Me alegro de volverlo a ver!

Pero su tono familiar se trocó muy pronto en otro de burlona seriedad.

—¿Por qué trataba de esconderse de mí? Bien sabe que tengo ojos de lince...

Monot, sonriendo siempre serenamente, echó un vistazo al departamento.

—Bien andamos, ¿verdad? — dijo al final por todo comentario.

Ricardo no se inmutó en lo más mínimo al oír la irónica observación del policía; su rostro moreno estaba tan sonriente como al principio.

—Es cierto, señor. Soy el secretario de don Jaime de Aranda. Don Jaime es un personaje argentino, como usted ya sabrá, y me hizo el honor de elegirme para acompañarlo hasta París en una misión importante, una misión financiera, podría decirse...

Méndez hablaba con acentos de profundo respeto a su patrón y Monot no pudo menos que sonreír admirado de la habilidad de actor que demostraba aquel pillastre.

—Es claro — añadió Méndez, — no seré tan indiscreto como para revelar la naturaleza de los negocios de mi estimado don Jaime. Algo que debe quedar solamente entre nosotros dos... Es claro que con don Jaime no hay que bromear, porque es una persona muy seria y no quiere que se le mezcle en líos. Creo que me eligió, entre otros muchos, porque tenía necesidad de alguien que le protegiera, una, y otra porque soy, y en esto no hay jactancia alguna, excelente secretario.

Méndez pronunció estas palabras procurando convencer a Monot que, en realidad, se trataba de una misión muy peligrosa, pero el policía francés no se dejó engañar por su mirada de falsa inocencia.

—Mas uno nunca sabe lo que puede pasar, aunque se cuide — añadió Méndez aparentemente pensativo. — Todas las precauciones que se tomen, siempre serán escasas. Por eso es que lo hice llamar, señor. Y conste que le hablo en esta forma porque sé que uno puede sentirse tranquilo cuando se vé respaldado por un detective de las condiciones de usted. ¿Me promete, mi estimado Manot, que no permitirá le suceda nada a don Jaime?

Manot se inclinó gravemente, asintiendo. Ya que el otro se empeñaba en hacer comedia, debía responderle con la misma arma.

—Entre nosotros, creo que don Jaime debe ser muy bien cuidado, — dijo gravemente el detective

En eso sonó el timbre de un teléfono. Ricardo salió a atender el llamado y volvió al cabo de un rato.

—Es don Jaime que pregunta por mí, — explicó a Monot. — Le ruego me disculpe, señor. Iré a ver qué quiere mi patrón. Le ruego que me hable de vez en cuando...

—Así lo haré, — repuso Monot sonriendo.

Los dos hombres, el pillastre y el policía, se miraron de frente: el uno haciendo alarde de una cortesía grave y el otro procuraba dar a sus ojos inquietos, una indiferencia que estaba lejos de sentir.

Tanto Méndez como Monot comprendían que la jugada había comenzado. El detective se inclinó levemente, despidiéndose amistosamente de Méndez, y éste le respondió con una reverencia y una mirada no menos burlonas.

El anciano don Jaime hacía una vida de las más tranquilas. Dado el valor de las joyas que tenía en su poder, era muy natural que no se inquietara por el porvenir inmediato; sin embargo, ya antes, el argentino era medio misántropo, y taciturno por naturaleza. En los dos días que llevaba vividos en París, Méndez había sido su única compañía.

El secretario tampoco gozaba de mayores libertades; cuando daba un paso fuera del departamento, era objeto de una estrecha vigilancia de parte de los dos agentes que Monot había destacado en el hotel. Eran dos muchachos discípulos suyos, a quienes confiaba siempre las misiones de responsabilidad.

El obeso detective tenía, sin embargo, por lema, no molestar a un hombre hasta no haber descubierto que, realmente, había cometido un delito o tenía el decidido propósito de cometerlo. Por eso dejaba ir y venir a Méndez, sin molestarlo para nada.

A los ojos del policía, el plan del estafador era tan evidente como dos y dos son cuatro; esperaba simplemente que su patrón vendiera las joyas para hacerse dueño del dinero que aquél consiguiera de los compradores. Tal vez esperara salir de Francia antes de dar el golpe; seguramente en la travesía del Atlántico despojaría a su patrón de la plata, o al desembarcar en la Argentina.

Es claro que todo contratiempo podía ser evitado denunciando a don Jaime las verdaderas condiciones morales de su secretario; pero este procedimiento no entraba en los cálculos de Monot, por cuanto se hacía una cuestión de honor no sacar ventaja de semejante manera a un hombre que se había burlado de él públicamente y que lo retaba de hecho a una batalla de astucia. Había que responder con las mismas armas. Por lo demás, eran las únicas que podían rehabilitarlo ante los que conocían las burlas de que le había hecho víctima Méndez ,empezando por el prefecto.

Había todavía otra manera, empero, de hacer fracasar el plan de Méndez. Podía, en efecto, sugerir diplomáticamente a don Jaime, que girara a la Argentina el importe de las joyas. Esto era perfectamente lícito, pues en nada comprometía el prestigio del secretario ante el anciano. Pero, restaba todavía saber cómo éste acogería cualquier intromisión en sus asuntos.

Don Jaime, como muchos otros hacendados de su patria, tenía sus ideas particulares acerca de las finanzas y del honor. Eran dos

cosas en las cuales no debía intervenir nadie. Confiaba en sí mismo para trasladar a su país la suma que recibiría por las joyas y confiaba también en que su secretario era tan caballero como aparentaba ser. Cualquier insinuación en otro sentido, habría merecido seguramente su más franco repudio.

Después de pensar detenidamente acerca del punto, Manot se resolvió a esperar hasta que el sudamericano hubiese decidido desprenderse de las joyas. Forzar el desenlace, no solamente es de mal dramaturgo, sino también de mal policía.

De manera que lo mejor era esperar el desarrollo natural de los acontecimientos.

Fué durante la tarde del tercer día de estada de don Jaime en París, cuando nuestro detective recibió de uno de sus discípulos la

qué haría una vez allá, pero tenía por costumbre no desdeñar detalle, por insignificante que pareciera. Tal vez Méndez hubiera dejado allá algún rastro, algún indicio de lo que tramaba y que orientara las pesquisas futuras.

En el hall de la fastuosa joyería fué recibido por el grave señor Gauguin.

—No estamos interesados en este asunto del prefecto, — dijo el joyero, — con un aire de indiferencia aristocrática que le había dado el trato continuo con personajes de la nobleza europea y de las finanzas de América. Simple comerciante que era, creía haberse contagiado de la importancia de sus clientes.

Después de mirar sonriente a Monot, añadió:

—¡Es una hermosa colección!

noticia de que el argentino, acompañado de su secretario, y llevando bajo el brazo una pequeña cartera de cuero, había entrado en la joyería de Pierre & Gauguin una casa especializada en la compra y venta de alhajas antiguas y de gran valor. Eran conocidos en todo París. Para ser atendido en la famosa joyería, era necesario solicitar audiencia. De ahí, quizá, la indiferencia por el alegre París que había demostrado don Jaime durante tres días. Pierre & Gauguin era una firma que no solicitaba joyas, sino que había que ir a ofrecerlas, y esperar turno.

Monot ordenó tranquilamente a sus jóvenes colaboradores, le avisaran inmediatamente cuando don Jaime y su secretario salieran de la joyería. En el interin se puso a revisar sus papeles y a tomar las disposiciones para activar otros casos.

Hacia las dos horas sonó de nuevo el timbre del teléfono, y Monot fué informado por sus discípulos que el anciano y su secretario habían salido para el hotel, Monot salió inmediatamente, dirigiéndose a la joyería de Pierre y Gauguin. No sabía a ciencia cierta

—Usted nada podrá ganar aquí, en nuestra casa. Don Jaime de Aranda es un caballero argentino, cuyas credenciales están por encima de toda sospecha. ¡Sus dudas significan un insulto para nuestro cliente, señor!

—Señor Gauguin, — dijo Manot contemporizando, — no me interesa por el momento, don Jaime. Además, no creo que usted salga perjudicado en lo más mínimo mostrándome las joyas que le ha comprado. Hasta nosotros los policías tenemos nuestras debilidades por las alhajas y yo me jacto de coleccionar joyas antiguas...

M. Gauguin, todavía no muy convencido por los razonamientos de Monot, accedió. Sacó de un estuche de un cajón y lo abrió, mostrando al detective las joyas que acababa de adquirir de manos de don Jaime de Aranda. Monot comenzó a examinar una por una aquellas alhajas que habían constituído durante mucho tiempo el orgullo del hacendado argentino. De vez en cuando soltaba una exclamación, sinceramente admirado.

Cuando hubo terminado volvió sus ojos a M. Gauguin.

—¡Es una hermosa colección, señor! —

dijo. — Son tan antiguas que seguramente pertenecieron a los Arandas de la colonia, ¿No es así?

M. Gauguin se despachó entonces en una serie de elogios de las riquezas que habían caído impensadamente en sus manos. Hizo infinidad de observaciones acerca de tal o cual detalle de las joyas, que relacionaba con determinados hechos históricos de cuya realidad él solamente hubiera podido dar fe. Con todo, demostraba ciertos conocimientos de la historia de las naciones hispanoamericanas del tiempo de la colonización.

Finalmente, Monot, que no gustaba de la ciencia histórica, en el grado que parecía gustarle al joyero, se despidió con un seco "hasta luego".

Recién en la calle pudo reponerse del mareo que le habían producido la serie de citas históricas más o menos antojadizas de M. Gauguin.

Se dirigió directamente a la prefectura. Una vez allí, envió dos cablegramas. Hecho ésto, dió a sus dos jóvenes colaboradores instrucciones precisas acerca de la estrecha vigilancia que debían ejercer sobre Ricardo Méndez.

Monot, que en lo íntimo estaba convencido de que el asunto había entrado en su faz decisiva, no dejaba de experimentar cierta inquietud, aunque su exterior evidenciara la calma y la indiferencia de costumbres. Nadie hubiera podido sospechar su verdadero estado de ánimo.

En la tarde del día siguiente se precipitaron considerablemente los sucesos. Monot recibió contestación a sus dos cablegramas de la víspera; además fué informado apresuradamente por uno de sus ayudantes que tanto don Jaime de Aranda como su secretario, se aprestaban a tomar el tren de la combinación marítima.

El corpulento Monot dió un respingo en su asiento; lo hizo con una agilidad que no se hubiera supuesto en un hombre de sus kilogramos.

Diez minutos más tarde llegaba en un automóvil especial a la estación. Allí se encontró con sus discípulos y juntos esperaron a la entrada del andén.

No habían pasado cinco minutos cuando el anciano argentino y su secretario descendieron de un coche.

Como es natural, en la entrada se enfrentaron con Monot y sus compañeros. Don Jaime, distraído seguramente en sus pensamientos, no vió nada y siguió adelante.

Méndez, más avisado que su patrón, se apercibió inmediatamente de la presencia de su enemigo y de los dos jóvenes que le acompañaban. En el primer instante se notó en él un levísimo estremecimiento de sorpresa, pero de inmediato se recobró de la impresión y sonrió insolentemente.

—Quería decirle adiós, M. Monot, — declaró burlonamente. — París es muy hermoso para nosotros, pero nos llaman de la Argentina. ¡Hasta volvernos a ver!

Monot sonrió y se inclinó cortésmente.

—¡Caramba! — dijo. — Mucho teníamos que decirnos la última vez que nos vimos, cuando fuimos interrumpidos. ¿Serían tan amables, don Jaime y usted, como para acompañarme ahora un momento?

Méndez abrió los ojos cual no le había hecho hasta entonces y la sonrisa desapareció de sus labios. Echó una rápida mirada de desconfianza a Monot.

El policía tenía una mano en el bolsillo de ese lado.

Méndez, con una sonrisa forzada, hizo una leve reverencia, aceptando la invitación. Pero bien se veía que toda su tranquilidad había desaparecido conjuntamente con su provocativa sonrisa de antes.

Don Jaime pareció inquietarse mucho por aquella inesperada intervención de la policía en sus asuntos. Era muy natural que así fuera, pues el pundonoroso sudamericano nunca se había visto en líos de esa naturaleza pero Monot lo tranquilizó diciéndole que se trataba de un asunto acerca del cual deseaba decirle dos palabras solamente.

Una vez que estuvieron en su oficina de la prefectura, — hasta allí había conducido a patrón y secretario, — Monot rompió el pesado silencio con su voz firme y tranquila.

—Los asuntos se arreglan mejor en privado, — dijo. —Por eso los he hecho venir a mi oficina.

Los otros se miraron entre sí: Aranda sin comprender adónde quería llevarlos Monot con aquella introducción y Méndez inquieto a pesar de su ambigua sonrisa.

El detective prosiguió, sin modificar su tono tranquilo de antes:

—Queda usted arrestado, Méndez, conjuntamente con su hábil cómplice, por el asesinato cometido en la persona de don Jaime de Aranda y el robo de sus joyas, que ustedes han vendido indebidamente.

Los dos delincuentes se levantaron bruscamente de sus asientos, con las manos crispadas sobre el respaldo de sus respectivos asientos. Ambos parecían listos para saltar al cuello de Monot.

Pero recordando luego el sitio donde se encontraban, pensaron mejor la cosa y se quedaron quietos. "Don Jaime" se transformó como por encanto en un individuo vulgar con la apariencia de los de peor calaña. De su aire severo y solemne de gran señor ya no quedaba nada. Sorprendido por las palabras del policía se rindió desde el primer momento con armas y bagajes.

Méndez en cambio, aun cuando mostraba un rostro descompuesto al principio — era muy humano que así fuese, — fué el primero en recobrarse de la sorpresa. Sonrió de nuevo y con una mueca canallesca, preguntó mirando descaradamente a Monot:

—¿Dónde están las pruebas?

Un asomo de ironía había en las palabras que, a continuación pronunció el detective:

—Hace usted un cargo injusto a mis métodos de trabajo, señor Méndez. ¿Me cree tan estúpido para arrestarlos sin tener en mi poder las correspondientes pruebas?

Méndez se encogió desdeñosamente de hombros.

—Tarde o temprano cometen ustedes un error, — prosiguió Monot tranquilamente.

— Aunque se precien de inteligentes y precavidos, nunca falta un mal paso, un exceso de confianza. Verán ustedes. En la colección de Aranda noté que había un "pendant" de brillantes y esmeraldas. Es muy fino, pero desarmoniza con el resto de las joyas...

Méndez se apretó los labios al oir esto.

—Desde luego, el difunto don Jaime de Aranda podía haber comprado las joyas en los últimos tiempos, agregándola a su valiosa colección de alhajas antiguas. ¿Pero quién podía saberlo en París? Nadie, ¿verdad? Confiados en eso, ustedes incluyeron sin inquietud ninguna el "pendant" en la colección.

Pero, señores, ustedes saben que la Argentina es un verdadero paraíso para los criminales que huyen de Europa y los Estados Unidos. En atención a esto es que tenemos por costumbre en la prefectura no descubrir en servicio especial de informaciones sudamericanas, suministradas por la agencia en París de "El Diario". De este modo estamos al corriente de todo lo que sucede en Buenos Aires y demás capitales. De todo entresacamos lo que nos interesa. Y bien, hace varios meses recibimos noticias precisas sobre un valiosísimo "pendant" de brillantes y esmeraldas robado a una familia de Buenos Aires. Este "pendant" es precisamente el que encontré en la colección que ustedes vendieron a Pierre y Gauguin.

El falso don Jaime no podía más de nerviosidad en su asiento.

Por el contrario, Méndez se limitaba a mirar fríamente a Monot, quien continuó:

—No hace mucho nos llegó otra noticia interesante, también por intermedio del servicio informativo de que les he hablado. Se trataba de algo aparentemente sin importancia: un viejo que había sido hallado muerto, probablemente estrangulado por un camarada borracho, no había podido identificarse el cadáver.

Por absurdo que se nos antoje una cosa, hay veces que los asuntos más distintos tienen una relación perfectamente lógica. Basado en esto cablegrafié a la policía de Buenos Aires solicitándole informes detallados sobre el anciano que se encontrara muerto meses antes. Además hice lo propio con la familia de Aranda, requiriéndole algunos datos acerca de las señas particulares que el señor Jaime de Aranda tenía en su cuerpo. En otras palabras, les solicitaba me dijeran si tenía algunas cicatrices o deformidades que permitieran su identificación.

POR SOLO 5 centavos

sin más gastos ni molestias, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultraluminoso, lista para fotografiar al instante. Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:

LA FOTOGRAFICA ARGENTINA

Avenida de Mayo 1370 — Bs. As., (P.)

De la casa de Aranda me contestaron que don Jaime tenía una gran cicatriz en el hombro derecho, de resultas de una caída del caballo cuando era joven.

Y de la policía me informaron que el cadaver encontrado tenía también una gran cicatriz en el hombro derecho. Otros detalles concordaban asimismo con el exterior del "don Jaime" aquí presente.

Luego, dirigiéndose al cómplice de Méndez:

—Tiene usted mucha habilidad para el "maquillaje", señor. Realmente, no era fácil descubrir el engaño... Los dos han obrado como perfectos actores. Para ambos son mis felicitaciones... Era necesario, en efecto, presentar una exacta reproducción de don Jaime porque los joyeros parisienses ya lo conocían de los viajes que el anciano argentino había realizado en los tiempos que su fortuna era todavía una realidad... Fué precisamente aquí donde se arruinó. Después los de su familia le perdieron completamente el rastro.

Méndez, cuya sagre fría se había cambiado en una sonrisa de suprema insolencia, se encogió de hombros y borbotó:

—Ladrones, sí, ¿pero qué pruebas tiene usted de que seamos también asesinos?

—Las joyas, — contestó Monot sin inmutarse. — Creo que ellas constituirán la mejor prueba ante el tribunal que ha de encargarse de ustedes.

—No, — admitió Méndez, — la consegui mos de otro hombre.

—Otro hombre que asesinó a don Jaime a instigación de ustedes. Esta vez la evidencia es completa, señores míos.

Méndez se levantó de su asiento. Nuevamente había vuelto a ser el pillo descarado y sereno de antes.

—Señor Monot, — dijo seca y cortesmente, — mis enhorabuenas. ¡Nunca imaginé que un plan tan perfecto pudiera fracasar de esta manera!

Y añadió con impertinencia:

—Ahora lo que me resta decirle es que no deje de verme alguna vez "allá"...

—Se lo prometo formalmente, — contestó Monot sonriendo. — Entonces nadie nos interrumpirá, pues tendremos tiempo de sobra para hablar.

Cuando Méndez y su cómplice se hubieron retirado de la oficina — debidamente custodiados por agentes, — Monot se dispuso a informar a la familia de Aranda las malas nuevas, devolviéndoles al mismo tiempo el importe de las joyas vendidas, descontando el valor del "pendant". Este todavía pudo ser recuperado del relojero que lo había adquirido, siendo restituido a sus dueños de Buenos Aires. Las otras joyas ya habían salido consignadas para diferentes ciudades del exterior.

Monot, cuando recordaba a Méndez, no podía dejar de reflexionar filosóficamente:

—Es realmente una lástima que este encantador malandrín no se haya dedicado a ser hombre de bien! ¡Pero ha preferido ser el señor Insolencia!...

Gran Concurso de "PUCKY"

¿Quién asesinó a Benson?

¿Qué móviles impulsaron al criminal?

DOS ESPLENDIDAS BICICLETAS DE PREMIO

1o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MAINO", MODELO CAMPIONISSIMO.

2o. UNA BICICLETA DE CARRERA MARCA "MARENGO", MODELO NUMERO 4, LAS QUE SE EXHIBEN EN LAS VIDRIERAS DEL AGENTE EXCLUSIVO DE DICHAS MARCAS, Sr. P. TAGLIANI, CALLE GARAY NUMERO 1042. BUENOS AIRES.

PERSONAJES DE LA NOVELA

PHILO VANCE, hombre rico, entendido en materias de arte y aficionado a la criminalogía. — **JUAN F. X. MARKHAM**, fiscal del distrito de Nueva York. — **MAYOR ANTONIO BENSON**, hermano del muerto. — **SEÑORA ANA PLATZ**, ama de llaves de Benson. — **MURIEL St. CLAIR**, joven artista cantante. — **CAPITAN FELIPE LEACOCK**, novio de la señorita St. Clair. — **LEANDRO PLYFE**, amigo íntimo de Benson. — **SEÑORA PAULA BANNING**, amiga de Plyfe. — **ELSIE HOFMAN**, secretaria de la firma Benson y Benson. — **CORONEL BIGSBY OSTRANDER**, oficial retirado. — **WILLIAM MORIARTY**, regidor. — **JORGE G. STITT**, de la firma Stitt y McCoy, peritos contadores públicos. — **MAURICIO DINWIDIE**, ayudante del fiscal de distrito. — **ERNESTO HEATH**, sargento del "Bureau" de homicidios. — **BEN HANLON**, comandante oficial de detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **PHELPS, TRACY, SPRINGER, HIGGINBOTHA**, detectives de la oficina del fiscal de distrito. — **CAPITAN CARL HAGERDON**, perito en armas de fuego. — **Dr. DOREMUS**, médico de policía. — **FRANK SHACKER**, secretario del fiscal de distrito. — **CURRIE**, criado de Vance. — **S. S. VAN DINE**, narrador.

Entre estos personajes se encuentra el asesino.
¿Cuál es y qué móvil le impulsó?

Teniendo en cuenta el extraordinario interés que ha despertado **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** que aparece en "Pucky", la dirección de esta revista ha resuelto realizar un concurso entre sus lectores, ofreciéndoles la oportunidad de demostrar sus facultades de observación para deducir, de acuerdo con lo publicado hasta el presente número, **QUIEN ES EL ASESINO DE BENSON Y QUE MOVILES LE GUIARON PARA COMETER EL CRIMEN.**

Las sagaces observaciones que hace uno de los principales personajes de esta novela, llenan de perplejidad a los encargados policiales de la sensacional pesquisa, lo que hace aún más interesante su investigación.

Si usted desea participar en este concurso lea en "Pucky" la sensacional obra **EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON** y, de acuerdo con sus deducciones **SEÑALE AL PROBABLE AUTOR DEL CRIMEN Y EXPRESE SU OPINION RESPECTO A LOS MOVILES QUE LO IMPULSARON A COMETERLO.**

Para participar en este concurso es indispensable llenar el cupón que aparece al pie de la página 38.

Cada concursante puede mandar todas las contestaciones que desee, ajustándose a la condición anteriormente establecida.

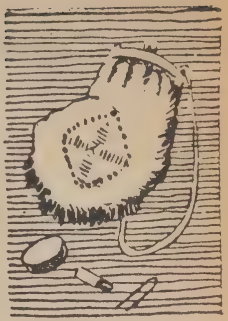
Los premios se adjudicarán a los dos concursantes que envíen las contestaciones más exactas a las preguntas del concurso.

Si resultaran más de dos las respuestas exactas, se sortearán los dos premios entre los que hayan enviado dichas respuestas. Todas las contestaciones que resulten exactas, aunque las envíe un sólo concursante, entrarán en el sorteo, ofreciéndole así mayores probabilidades de ganar los dos premios.

En todo lo que se refiere al presente concurso, las decisiones del director de "Pucky" son válidas e inapelables.

NOTA:—NO SE MANTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE ESTE CONCURSO, EL QUE QUEDARA CERRADO AL APARECER EL CAPITULO 50 DE LA NOVELA.

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON



Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. El asesinato de Alvin Benson hace que se sospeche sucesivamente de la señorita St. Clair, de Plyfe y de Leacock. La señorita Hoffman, secretaria de Benson, relata que éste y Plyfe tuvieron una disputa en la oficina del primero. Se descubre que Plyfe había falsificado un cheque con la firma de Alvin Benson. Paula Bannings, amiga de Plyfe, admite que prestó sus joyas a Plyfe para que sirvieran de garantía del pagaré exigido por Benson.

PERO el mayor se refugió en generalidades. Hasta pareció desechar su primera sugestión respecto a los motivos que podrían impulsar al capitán Leacock.

Vance le interrogó un rato más; pero no pudo penetrar sus reticencias.

Heath, que estaba impaciente, intervino al fin.

—Usted no puede discutir la culpabilidad de Leacock, señor Vance. Amenazó de muerte a Benson, si lo veía otra vez con la joven. Y la próxima vez que fué visto con ella, apareció muerto.

Luego Leacock ocultó la pistola en casa de la St. Clair y no bien vió que las papas quemaban, se apresuró a ir a buscarla y la tiró al río. Sobornó al portero para lograr una coartada y fué visto a las 12.30, frente a la casa de Benson la noche del crimen. Cuando lo interrogaron, no pudo explicar nada... Si el caso no está bien claro, yo soy una tortuga.

—Las circunstancias son convincentes, — admitió el mayor Benson. — ¿Pero no podrían ser tomadas en otro sentido?

Heath no se dignó contestar a la pregunta.

—Lo que yo imagino es esto, — continuó; — Leacock concibió sospechas a eso de media noche. Tomó su pistola y salió. Sorprendió a Benson con la muchacha y lo mató, como había prometido.

Ambos novios son cómplices; pero, si me lo preguntáis, diré que fué Leacock quien disparó el tiro. No hay ningún jurado en este país que pueda considerarlo inocente.

Swacker apareció en la puerta.

—Los repórters solicitan ser atendidos, — anunció con un gesto.

—¿Están enterados de la confesión de Leacock? — preguntó Markham a Heath.

—No, todavía no. Nada les he dicho y por eso se impacientan. Pero les daré la noticia ahora, si usted me autoriza.

Markham hizo un signo afirmativo. Pero Vance se colocó rápidamente delante de la puerta.

—¿No puede guardar secreto de esto hasta mañana, Markham?

Markham se sintió fastidiado.

—Puedo, si quiero. Pero no veo por qué.

—Por su propia reputación, si no valen otras razones. Domine su vanidad por veinticuatro horas. El mayor y yo sabemos que Leacock es inocente y mañana a esta hora, todo el país lo sabrá.

Nuevamente hubo una discusión; pero al final triunfó Vance, como siempre. Markham había comprendido que tenía razones para estar convencido de algo que todavía no deseaba divulgar.

Su oposición a los pedidos de Vance era, según creo, un esfuerzo para obtener esos informes. Ahora se convencía de ello al verlo inclinado hacia adelante, discutiendo gravemente la conveniencia de hacer pública la confesión del capitán.

CAPITULO XLII

Vance, como antes, tuvo buen cuidado de no revelar nada, pero al final su firme determinación prevaleció. Markham le pidió a Heath que siguiera su consejo hasta el día siguiente. El mayor, con un ligero movimiento de cabeza, aprobó esta decisión.

—Sin embargo, puede usted anunciar a los muchachos de los diarios que mañana les dará una noticia sensacional, — sugirió Vance.

Heath salió ceñudo con la cresta caída.

— Es un tipo impetuoso este sargento — dijo Vance; — tomó otra vez la confesión y la repasó.

—Ahora, Markham, desearía que hiciera comparecer a su prisionero. Recurso de habeas corpus, ¿no es así como se llama?...

Hágalo sentar en esa silla, mirando la ventana, dele uno de los buenos cigarros que guarda para los políticos influyentes y escuche con atención... mientras yo charlo atentamente con él. El mayor, espero, se quedará para presenciar el interrogatorio.

—Al menos a este pedido accederé sin objeciones, — dijo Markham sonriendo. — Ya había decidido conversar con Leacock.

Hizo sonar un timbre y un empleado de rostro coloradote se presentó.

—Una requisición para el capitán Leacock — le ordenó.

Cuando se la trajo, Markham la firmó con sus iniciales.

—Llévesela a Ben y dígale que se apure.

El empleado desapareció por la puerta que daba al pasillo exterior.

Diez minutos después un lugarteniente de Las Tumbas, entraba con el preso.

(Miércoles 19 de junio; 3 y 30 horas)

El capitán Leacock entró en la habitación con desalentada indiferencia. Sus ojos estaban huraños, como los de un hombre que no ha dormido en muchas noches. Sus hombros, encorvados y sus brazos caídos.

Al ver al mayor Benson, se enderezó un poco y dando un paso hacia él extendió su mano. Se veía que, no obstante su antipatía por Alvin Benson, miraba al mayor como amigo. Pero de pronto, dándose cuenta de la situación, retrocedió embarazado. El mayor se acercó rápidamente a él y le tocó el brazo.

—Está bien, Leacock, — le dijo con suavidad. — No puedo creer, realmente, que usted haya matado a Alvin.

El capitán volvió hacia él sus ojos.

—Claro que lo maté — su voz era hueca. — Le había dicho que lo haría

Vance se adelantó, indicando una silla.

—Siéntese, capitán. El fiscal de distrito quiere oír su historia del crimen. Usted sabe que la ley no admite la confesión de asesinato sin pruebas que la corroboren. Y como en este caso hay sospechas que recaen sobre otros, además de usted, queremos hacerle algunas preguntas para comprobar su culpabilidad. De orto modo tendremos que seguir en nuestras sospechas.

Sentándose frente a Leacock tomó la confesión.

—Dice usted aquí que está satisfecho, que Benson lo había ofendido y que fué a su casa alrededor de la media noche del trece... Cuando habla usted de fensas, ¿se refiere a las atenciones del difunto con la señorita St. Clair?

El rostro de Leacock expresó una cólera sombría.

—Poco importa el motivo por qué lo maté. ¿No puede usted dejar a la señorita St. Clair fuera de este asunto?

—Ciertamente — convino Vance. — Le prometo que su nombre no figurará para nada. Pero, tenemos que entender bien los motivos que tuvo para matar a Benson.

Después de un silencio, Leacock dijo:

—Muy bien, entonces. Me refería a eso.

—¿Cómo supo usted que la señorita St. Clair iba a comer con Benson esa noche?

—Los seguí hasta el Marsellés.

—¿Y luego se fué usted a su casa?

—Sí.

—¿Qué lo indujo a ir más tarde a lo de Benson?

—Estuve pensando y pensado.... hasta que no pude resistir más. Empecé a ver todo rojo, tomé mi Colt y salí, determinado a matarlo.

Un acento de pasión alteraba su voz. Parecía increíble que estuviera mintiendo. Vance consultó otra vez la confesión.

—Usted ha dictado: "Fuí al No. 87 de West Fortyeight Street y entré a la casa por la puerta del frente"... ¿Tocó usted el timbre o estaba la puerta abierta?

Leacock estaba a punto de contestar, pero vaciló. Evidentemente, recordaba los relatos publicados en los diarios sobre la declaración del ama de llaves, según los cuales ella aseguraba que nadie había llamado esa noche.

—¿Qué importa eso? — preguntó para ganar tiempo.

—Desearíamos saberlo... eso es todo — contestó Vance. — Pero, no se apure.

—Bueno, si tiene tanta importancia para usted, le diré que no toqué el timbre y que la puerta estaba abierta, — su vacilación había desaparecido. — En el momento en que yo llegaba a la casa, Benson descendió de un taxi...

—Un momento. ¿Vió usted otro auto parado frente a la casa... un gran auto gris?

—Pues... sí.

—¿Reconoció a su ocupante?

Hubo otro corto silencio.

—No estoy seguro, pero me parece que era un hombre llamado Plyfe.

—¿El y el señor Benson estuvieron afuera al mismo tiempo?

Leacock frunció el ceño.

—No... al mismo tiempo no. No había nadie cuando yo llegué. No ví a Plyfe hasta que... salí de la casa, unos minutos después.

—¿Llegó en su auto cuando estaba usted adentro, es lo que quiere decir?

—Debe haber llegado.

—Comprendo. Ahora retrocedamos un poco. Benson bajó de un taxi... ¿Después?

—Me acerqué a él y le dije que deseaba hablarle. Me dijo que entrara y entramos juntos. El abrió con su llavero.

—Y ahora, capitán, cuéntenos exactamente lo que ocurrió después que usted y el señor Benson entraron en la casa.

—El dejó su sombrero y su bastón en la percha y entramos al "living room". Se sentó junto a la mesa y yo permanecí parado. Le dije... lo que tenía que decirle y lo maté.

Vance observaba atentamente al hombre y Markham estaba inclinado hacia adelante.

—¿Y cómo puede ser que estuviera leyendo cuando fué muerto?

—Creo que tomó un libro mientras yo hablaba... Trataba de aparentar indiferencia, supongo.

—Piense ahora: ¿usted y el señor Benson fueron directamente al living room desde el hall, no bien entraron en la casa?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo se explica que, cuando

Benson fué asesinado, estuviera en zapatillas y saco de fumar?

Leacock paseó nerviosamente su mirada por la habitación. Luego se humedeció los labios con la lengua.

—Ahora que me acuerdo, Benson subió a su dormitorio unos minutos primero... Creo que yo estaba demasiado excitado, — añadió desesperadamente, — para recordarlo todo.

Leacock cerró los ojos como si quisiera revivir la escena.

—No... No recuerdo.

—No tiene mayor importancia, — dijo Vance con indiferencia. — ¿Y el modo de hablar de Benson no le pareció extraño, después que bajó? ¿No notó usted una especie de impedimento en su voz?

Leacock pareció intrigado.

—No sé lo que usted quiere decir, — contestó. — Me parece que hablaba como siempre.

—¿No vió usted un estuche azul, de joyas, sobre la mesa.

—No me fijé.

Vance fumó unos instantes pensativo.

—¿Cuándo salió usted de la habitación, después de matar a Benson, apagó, naturalmente, las luces?

Como no obtuviera respuesta inmediata, Vance la sugirió.

—Debe usted haberlo hecho porque el señor Plyfe afirma que la casa estaba a obscuras, cuando él llegó.

Entonces Leacock hizo un ademán afirmativo.

—Es cierto. No lo recordé en seguida.

—Ahora que usted lo recuerda, ¿cómo apagó usted las luces?

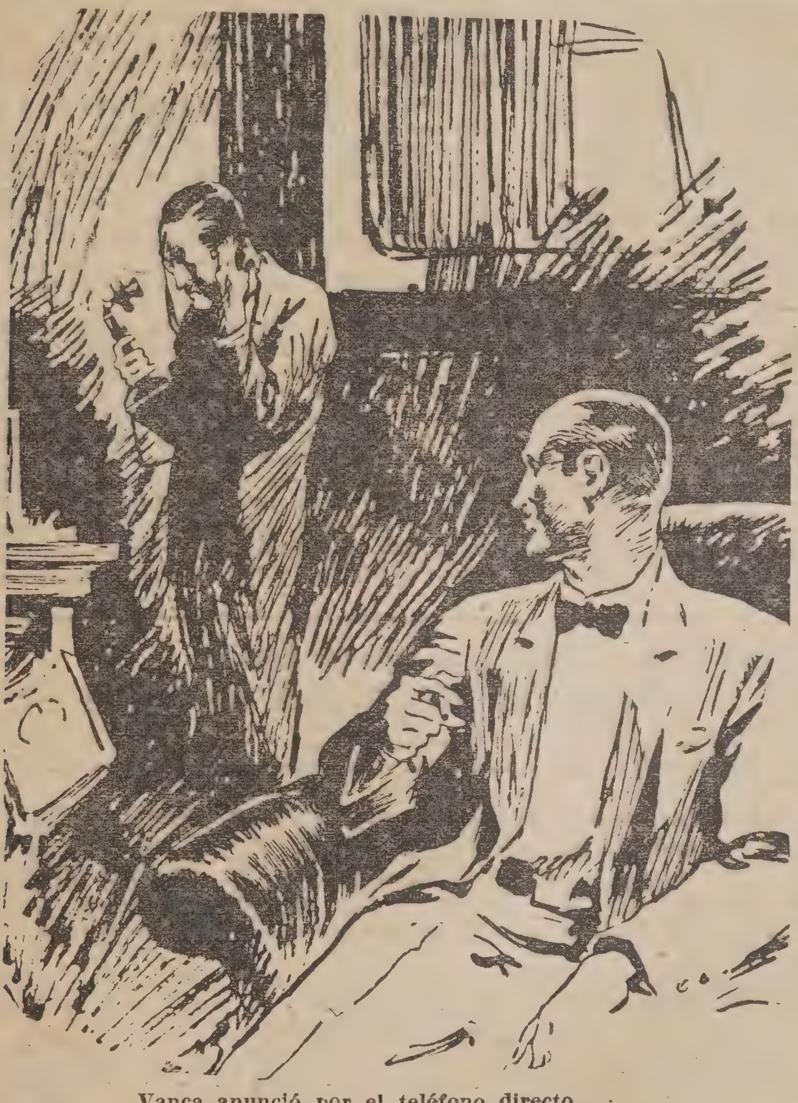
—Yo... — empezó y se detuvo. Luego, finalmente: —con la llave.

—¿Y dónde está colocada esa llave, capitán

—No recuerdo.

—Piense un momento... Tiene que acordarse.

—Junto a la puerta que da al hall, creo.



Vance anunció por el teléfono directo...

—¿A qué lado de la puerta?

—¿Cómo voy a recordarlo? — preguntó el hombre lamentablemente.—Estaba demasiado nervioso... Pero creo que a mano derecha de la puerta.

—¿A mano derecha, entrando o saliendo?

—Saliendo.

—¿Es decir, dónde está la biblioteca?

—Sí.

Vance pareció satisfecho.

—Ahora vamos a la cuestión de la pisto-

—Eso es muy natural, — dijo Vance comprensivamente. — Pero, cuando bajó, ¿no notó usted algo particular en su cabello?

—¿En su cabello? No.. no comprendo.

CAPITULO XLIII

—Me refiero al color de su cabello. ¿Cuando el señor Benson se sentó delante de usted no notó algo... digamos una diferencia en el aspecto de su cabello?

la, — dijo. — ¿Por qué se la llevó usted a la señorita St. Clair?

—Fuí un cobarde, — contestó el hombre. — Tuve miedo de que la encontraran en mi departamento. Y nunca imaginé que sospecharían de ella.

—¿Y cuando supo usted que sospechaban la sacó inmediatamente y la tiró a East River?

—Sí.

—Creo que faltaba una bala también. Y esa circunstancia hubiera resultado sospechosa...

—Así lo pensé. Por eso la tiré al río.

Vance frunció el ceño.

—Es extraño. Entonces deben ser dos las pistolas. Hemos rastreado el río y encontrado una Colt; pero estaba completamente cargada. ¿Está usted seguro, capitán, de que era su pistola la que sacó de casa de la señorita St. Clair y arrojó al río East?

Yo sabía que no se había retirado ninguna pistola del río y pensé por qué afirmaba Vance tal cosa. Trataba, a pesar de todo, de comprometer a la muchacha? Pude ver que también Markham estaba sorprendido.

Leacock estuvo silencioso unos momentos. Cuando volvió a hablar fué con obstinación sombría.

—No había dos pistolas. La que se encontró es la mía. Yo la había vuelto a cargar.

—¡Ah!... Así se explica, — el tono de Vance era agradable y tranquilizador. — Sólo una pregunta más, capitán, ¿por qué vino usted aquí a confesar?

Leacock se irguió y por primera vez durante el interrogatorio, sus ojos se animaron.

—¿Por qué? Porque era lo único que podía hacer honradamente. Hacían injustas sospechas sobre una persona inocente y no quería que nadie sufriera por un crimen que yo cometí.

Esto dió fin a la entrevista. Markham no tenía preguntas que hacer y el lugarteniente se llevó al capitán.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos reinó un curioso silencio.

Markham fumaba furiosamente, con las manos detrás de la cabeza, los ojos fijos en el techo. El mayor se había recostado en su silla y contemplaba a Vance con admirada satisfacción.

Vance miraba a Markham de rabo de ojo, una sonrisa burlona en los labios.

La expresión y actitud de estos tres hombres convenía perfectamente a los distintas reacciones que les había producido aquella entrevista. Markham estaba turbado, el mayor satisfecho y Vance divertido.

Fué Vance el primero que rompió el silencio. Habló ligera, casi indolentemente.

—¿Ve ahora cuán absurda es la confesión? El capitán debe haberse caído de la cuna. Nadie puede mentir tan mal como él lo hizo, si no le ha ocurrido una cosa semejante. ¡Y quería que le creyéramos culpable! Probablemente imaginó que usted se atendría a su declaración para mandarlo a la horca. Como vió, ni siquiera había decidido como entró a la casa de Benson esa noche. La presencia admitida de Plyfe, fuera de la casa, casi hecha a perder su improvisada explicación de que entró con su presun-

---

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra o

"PUCKY" No. 282

ta víctima. Y no recordaba el aspecto semi-negligé de Benson.

Cuando yo se lo hice notar, se contradijo y envió a Benson arriba para hacer el rápido cambio. El capitán no comprendió lo que yo quería decir cuando hablé de que se había teñido el pelo, mientras se cambiaba el saco y los zapatos. Felizmente los diarios no habían hablado de la peluca. A propósito mayor ¿hablaba su hermano con dificultad cuando no tenía puestos los dientes postizos?

—Notablemente, — contestó el mayor. — Si Alvin se había sacado el paladar aquella noche, como deduzco de su pregunta, con seguridad lo hubiera notado Leacock.

—Hay otras cosas en las que tampoco se fijó, el estuche de joyas, por ejemplo y la colocación de la llave de la luz.

—Anduvo descaminado en ese punto, — dijo el mayor. — La casa de Alvin es antigua y la única llave de la luz es un colgante de la araña.

—Exactamente, — dijo Vance. — Sin embargo la peor "plancha" la hizo con la pistola. Ahí desbarró completamente. Dijo que tiró la pistola al río principalmente porque le faltaba una bala y cuando yo le aseguré que se hallaba completamente cargada, explicó que había repuesto la bala que faltaba, a fin de que no se creyera que pertenecía a otra persona la pistola que se encontró.

Es fácil adivinar el motivo de su confesión. Cree que la señorita St. Clair es culpable y está determinado a salvarla.

—Esa es también mi impresión, — dijo el mayor.

—Y sin embargo, — murmuró Vance, — la actitud del capitán me preocupa un poco. No hay duda de que tiene algo que ver con el crimen. ¿Por qué si no hubiera ocultado la pistola en casa de la señorita St. Clair al día siguiente? Es precisamente ese tipo idiota capaz de amenazar a cualquier hombre a quien atribuyera malas intenciones con su novia y de cumplir luego su amenaza, si hubiera por qué.

Que no tiene su conciencia tranquila es evidente. Pero... ¿por qué? Ciertamente no es por el crimen. El crimen fué premeditado y el capitán es incapaz de premeditar nada. Es de los que tienen una idea fija y cometen el hecho caballerosamente preparados para afrontar las consecuencias. Los que profesan esa especie de caballerosidad, de "beau geste", desean que todo el mundo conozca su valor. Y cuando deciden hacer papel de Don Juan tienen la mente clara.

El capitán, por ejemplo, no hubiera dejado de fijarse en los guantes y la cartera de su dama; los hubiese llevado consigo. En realidad es casi seguro de que hubiera matado a Benson., si alguien no lo hace antes que él. Esa es la mosca en la miel. Es psicológicamente posible que haya cometido el crimen y psicológicamente imposible que lo haya realizado en esa forma.

Encendió un cigarrillo y observó las espirales de humo.

CAPITULO XLIV

Si no fuera tan fantástico, diría que Leacock salió dispuesto a hacerlo y lo encontró ya hecho, — continuó Vance. — Y sin embargo era sería la explicación. Resultaría entonces claro por que lo vió allí Plyfe y el haber llevado secretamente, al otro día, su pistola a la señorita St. Clair.

El teléfono sonó. El coronel Ostrander deseaba hablar al fiscal de distrito. Markham después de una breve conversación, dirigió una mirada de enojo a Vance.

—Su sanguinario amigo deseaba saber si no ha arrestado a nadie todavía. Ofrece darme algunas más de sus valiosas sugestiones, si todavía no he encontrado al culpable.

—Oí que le daba usted las gracias por algo. ¿Qué le ha dado usted a entender sobre el asunto?

—Que estoy todavía a obscuras.

Markham acompañó su respuesta con una sombría sonrisa. Era un modo de dar a entender a Vance que no creía ya culpable a Leacock.

El mayor se acercó a él y le tendió la mano.

—Comprendo lo que usted siente, — le dijo. — Este resultado es desalentador; pero vale más que escape el asesino que condenar a un hombre inocente... No trabaje demasiado ni deje que estas decepciones lo desalienten. Ya encontrará usted la solución verdadera y cuando esto ocurra... — cerró de golpe su mandíbula y el resto de la frase fué pronunciada entre los dientes apretados, — usted no encontrará oposición de mi parte. Lo ayudaré a terminar el asunto.

Dirigió a Markham una sonrisa y tomó su sombrero.

—Vuelvo ahora a la oficina. Si me necesita usted en cualquier momento, hágamelo saber. Quizá pueda yo ayudarlo... más tarde.

Con una amable y amistosa inclinación de cabeza a Vance, se retiró.

Markham estuvo sentado silencioso algunos momentos.

—¡Qué el diablo se lleve al asesino! — dijo irritadamente al fin. — Este caso se vuelve más difícil por momentos. Estoy rendido.

—No debe tomarlo tan en serio, viejo querido — aconsejó Vance ligeramente. — Usted sabe que no vale la pena preocuparse por las trivialidades de la vida. Nada es nuevo.

Y nada importa realmente

Varios millones de hombres fueron muertos en la guerra y usted no permitió que el hecho enloqueciera sus fagocitos ni inflamara las células de su cerebro. Pero cuando un bribón recibe merecida muerte en su distrito, se pasa horas y horas despierto, sudando la gota gorda. ¡Palabra que es usted inconsecuente!

—La consecuencia... — empezó Markham; pero Vance lo interrumpió.

—No, no cite a Emerson. Yo prefiero infinitamente a Erasmo. Debería usted leer su

Elogio de la locura. Lo animaría a usted infinitamente. Aquel viejo profesor holandés no se hubiera puesto inconsolable por la destrucción de Alvin el Calvo.

—Yo no soy un "fruges sonsumers natus", como usted. Fuí elegido para este cargo y...

—¡Oh comprendo!... Punto de honor. Pero no sea tan pesimista. Aunque el capitán se le haya escapado de entre las uñas, tiene por lo menos cinco probabilidades más. Está la señora Platz, Plyfe, el coronel Ostrander, la señorita Hoffman, la señora Banning. ¿Por qué no los arresta a todos y los hace confesar a uno por uno? Heath se volvería loco de contento.

Markham estaba demasiado abatido para resentirse por las burlonas frases de Vance. Al contrario, su ligereza y despreocupación parecieron animarlo.

—Si quiere que le diga la verdad, — contestó — tengo ganas de hacerlo. Sólo me detiene la indecisión sobre cual debo arrestar primero.

—¡Bravo, compañero! — luego Vance preguntó. — ¿Qué va usted a hacer ahora con el capitán? Le destrozaría el corazón si lo pusiera en libertad.

—No habrá más remedio que destrozárselo, temo. — Markham se acercó al teléfono. — Es mejor que arregle las formalidades ahora.

—Un momento. — Vance lo detuvo con la mano. — No ponga término a su glorioso martirio todavía. Déjelo ser feliz un día más al menos. Presiento que nos será más útil languideciendo en su solitaria celda, como el prisionero de Chillon.

Markham dejó el receptor sin una palabra. Yo había notado que aceptaba más y más la dirección de Vance. Esta actitud no era simple resultado de la confusión de su mente, aunque la incertidumbre lo influenciaba hasta cierto punto; pero se debía sobre todo a la impresión de que Vance sabía más de lo que quería revelar.

—¿Ha tratado usted de imaginar como Plyfe y su Dulcinea se encuentran mezclados en el caso?

—Junto con otros tantos enigmas, sí — fué la petulante respuesta. — Pero cuanto más trato de razonar, más se espesa el misterio que envuelve todas las cosas.

—Mi querido Markham, — criticó Vance, — no hay más misterios en los seres humanos: problemas solamente. Pero todo problema creado por un ser humano puede ser resuelto por otro ser humano. Sólo se necesita el conocimiento de la mentalidad humana y aplicar ese conocimiento a las acciones humanas. ¿Sencillo, no?

Miró el reloj.

—Me pregunto como le va al señor Stitt con Benson y los libros de Benson. Espero ese informe con anticipado interés.

Aquello fué demasiado para Markham. El fatigoso proceso de las intimaciones de Vance y sus insinuaciones veladas, habían finalmente concluído con su auto-dominio. Se inclinó hacia adelante y dió, enojado, un puñetazo sobre el escritorio.

—¡Estoy harto de sus aires de superioridad! — se quejó acaloradamente. — O sabe usted algo o no lo sabe. Si no sabe nada, hágame el favor de abandonar esas insinuaciones de conocimiento. Si sabe alguna cosa, tenga la bondad de decírmela. Ha andado usted olfateando en todas direcciones desde que Benson fué asesinado. Si sabe quien lo mató, le pido que me lo diga.

Se recostó en la silla y sacó un cigarro. No bien lo hizo se puso a cortar cuidadosamente la punta. Creo que estaba un poco avergonzado de haberse dejado llevar por la ira.

Vance había permanecido sentado, indiferente al parecer al estallido. Por fin estiró las piernas y dirigió a Markham una larga y contemplativa mirada.

—Usted sabe, viejo querido, que no le reprocho su estado de ebullición. La situación ha sido insoportable. Pero creo que ahora ha llegado el momento de poner término a esta pequeña comedia. Usted sabe que no me estoy burlando, en realidad. Lo cierto es que tengo algunas interesantes ideas sobre el asunto.

Se puso de pie y bostezó.

—Hace un calor bestial; pero no hay más remedio... ¿verdad?

Cuando el deber susurra bajo "tienes que hacerlo".

La juventud contesta: "Voy".

Yo soy la noble juventud y usted la voz del deber aunque no susurre precisamente ¿no es cierto?... "Was aber ist deine Pffich y Goethe contesta: "Die Forderung des Tages". Pero... ¡qué el diablo se lo lleve! Hubiera deseado que el pedido se me hiciera en día más fresco.

Le alcanzó el sombrero a Markham.

—Venga viejo. "Para todo hay tiempo y estación debajo del cielo" (esta cita del Eclesiastés me recordó que Vance leía frecuentemente el viejo Testamento). Ha terminado usted con la oficina por hoy. Informe de esto a Swacker ¿quiere? Nosotros vamos a visitar a una dama... a la señorita St. Clair, nada menos.

Markham comprendió que los modales chanceros de Vance eran sólo un disfraz de propósitos más serios. Sabía también que Vance sólo le diría lo que sabía o sospechaba a su modo y por tortuosos o ilógicos que fueran los medios tenía excelentes razonas para seguirlos.

Además, después de la fantástica confesión del capitán Leacock, estaba dispuesto a seguir cualquier pista que le diera la más leve esperanza de descubrir la verdad. Por consiguiente llamó a Swacker y le informó que no volvería, por ese día, a la oficina.

Al cabo de diez minutos estábamos en el subte, en camino al No. 94 de Riverside Drive.

CAPITULO XLV

(Miércoles 19 de Junio, 4.30 p. m.)

—La investigación que vamos a emprender para ilustranos, — dijo Vance, mientras nos dirigíamos a la ciudad, — puede resultar

algo fastidiosa. Pero usted ejercitará todo el poder de su voluntad para soportarla conmigo. No puede imaginarse que ardua tarea tengo entre manos. Y no es agradable, créame. Soy un poco joven para considerarme sentimental y... sin embargo, tengo deseos de dejar que escape su culpable...

—¿Tiene usted inconveniente en decirme por qué vamos a visitar a la St. Clair? — preguntó Markham resignadamente.

—Ninguno, — dijo Vance amablemente.

—Al contrario, creo que es mejor que usted lo sepa. Hay algunos puntos relacionados con la dama que necesitan explicación. Primero están los guantes y la cartera. Usted dormirá mejor cuando sepa por qué estaban allí esos objetos ¿verdad? Luego recordará que la señorita Hoffman nos dijo que pescó al mayor Benson escuchando a la puerta cuando cierta dama visitó a su hermano, el día que éste fué mureto. Sospecho que la visitante era la St. Clair. Y siento curiosidad por saber qué ocurrió aquel día en la oficina y por qué volvió luego.

También ¿por qué fué ella a tomar el té con Benson aquella tarde? ¿Y qué desempeñan las joyas en este lío? Hay otros items. Por ejemplo: ¿por qué el capitán le llevó la pistola? ¿Qué le hace creer que fué ella quien mató a Benson? realmente lo cree, usted sabe. ¿Y por qué, desde el principio, creyó ella que era él el culpable?

Markham le dirigió una mirada escéptica.

—¿Espera usted que ella nos diga todo eso?

—Mis esperanzas vuelan muy alto, — replicó Vance. — Con su gentil caballéro entre rejas como autor confeso del asesinato, nada deseará más que desahogar su alma. Pero tenemos que proceder con tacto. Su agresivo interrogatorio policial no tendría efecto sobre la dama.

—¿Y cómo piensa usted encaminar ese interrogatorio?

—Con "morbidezza", como dicen los pintores. Mucho refinamiento y caballerosidad.

Markham pensó un momento.

—Creo que es mejor que yo no intervenga. Entiéndase usted con ella.

—Es una sugestión extraordinariamente brillante, — dijo Vance.

Cuando llegamos, Vance anunció por el teléfono directo que llegaba en importante misión y fuimos recibidos sin tardanza por la señorita St. Clair. Creo que estaba inquieta por el paradero del capitán Leacock.

Cuando nos sentamos en su pequeña salita, que daba al Hudson, su rostro estaba mortálmente pálido y sus manos, aunque fuertemente apretadas, temblaban un poco. Había perdido mucho de su fría reserva y ostentaba signos inconfundibles de insomnio y pesar en sus ojos.

Vance fué directamente al asunto. Su tono era tan ligero que rayaba casi en impertinente. En seguida alivió la tensión de la atmósfera, dando aspecto poco importante a nuestra visita.

—Lamento informarla de que el capitán Leacock ha cometido la tontería de confesar se autor del asesinato de Benson. Pero no estamos enteramente satisfechos de su buena fe. Nos hallamos ¡ay! entre Scylla y Caribdis. No hemos decidido todavía si el capitán es un villano o "un chevalier sans peur et sans reproche". El cuento de cómo cometió el crimen es un poco confuso; vacila en detalles esenciales; y, lo que es más raro, dice que apagó las luces del horrible living room de Benson por medio de una llave que no existe.

Por lo tanto, yo he llegado a sospechar qué ha inventado esta historia de su culpabilidad para salvar a alguien a quien realmente cree culpable.

Indicó a Markham con un ligero movimiento de cabeza.

—El señor fiscal de distrito, aquí presente, no está totalmente de acuerdo conmigo. Pero, ya sabe usted que la mente legal es increíblemente rígida una vez que la invade una idea. Usted recordará que, por haber estado con el señor Benson la última noche de su vida y por otras razones igualmente innegables y triviales, el señor Markham llegó a creer que tenía usted algo que ver con el crimen.

Dirigió a Markham una mirada de vago reproche y prosiguió.

—Puesto que usted es, señorita St. Clair, la única persona a quien el capitán Leacock escudaría tan heroicamente, y como estamos — o por lo menos yo estoy — convencido de que no es usted la culpable ¿no querría aclararnos algunos puntos sobre sus relaciones con el finado Benson?... Tal información no puede perjudicarla a usted ni al capitán. Es más bien probable que desvanezca las ligeras dudas que todavía abriga el señor Markham sobre la inocencia del capitán Leacock.

Las palabras y modales de Vance habían tenido el poder de tranquilizar a la joven; pero pude notar que Markham hervía interiormente por las palabras de Vance al aludir a él, aunque se abstuvo de interrumpir.

La señorita St. Clair miró serenamente a Vance unos momentos.

—No se por qué confío en usted o le creo — dijo tranquilamente. — Pero ahora que el capitán Leacock ha confesado — yo temía que fuera a hacerlo la última vez que me habló — no hay razón para que no conteste a sus preguntas... ¿Cree usted de veras que es inocente?

La pregunta fué un grito involuntario. Su emoción había roto la coraza de calma que intentaba revestir.

—Lo creo, — afirmó Vance brevemente. — El señor Markham le dirá a usted que, antes de salir de la oficina, le rogué que lo pusiera en libertad. Ha sido con la esperanza de que sus declaraciones lo convenzan de la justicia de tal medida que lo he traído aquí.

Algo en su tono y maneras inspiró confianza a la joven.

—¿Qué desea usted preguntarme? — dijo.

(Continuará en el próximo número).

"Todo puede probarse... excepto, a veces, la inocencia" fué la opinión de un hábil defensor que juzgó bueno cualquier medio para salvar a su cliente...

UNA DEFENSA HABI

DESPUES de oír al último testigo, que era el doctor McNaughton, el tribunal se volvió hacia la defensa. Al sentarse Silas Latham, acusado« público, el coronel Enderly, defensor del acusado, hundido en el sillón tapizado que el ujier del tribunal le había proporcionado para que acomodara su voluminosa persona, movióse y parpadeó, como si la última luz de la tarde que entraba por la ventana, cubierta de polvo y suciedad, a su izquierda, más bien que sus responsabilidades legales, lo hubiese despertado del sopor de una hora y media, durante la cual no hizo objeciones ni intervino en los interrogatorios de los distintos testigos.

Sobre la mesa, ante el coronel, había: Prueba A, un frasco que contenía como una docena de pequeñas píldoras. A través del vidrio coloreado del frasco, parecían color ámbar obscuro. En realidad eran blancas y cada una de ellas contenía, de acuerdo con el testimonio del doctor McNaughton, la vigésima parte de un grano de estricnina.

Cuando los ojos, profundamente hundidos en las órbitas del coronel Enderly, se fijaron en el frasco, la delgada mano de Silas Latham, el fiscal, hizo un movimiento al parecer involuntario y movió el frasco un poco más a la izquierda, como si temiera que la simple mirada del coronel pudiera cambiar su contenido por algo menos mortal que la estricnina. Al ver esto, una débil sonrisa de desafío iluminó el rostro, color masilla del coronel Enderly.

Latham devolvió
encogimiento de sus
Era su primer juic
presentado bien las
ojos se pasearon por
queña sala de los
gente, estaba seguro
do un veredicto de c
do, un débil rubor
mejillas, al bajar la
do examen del coro
sus apuntes.

Si Enderly notó e
ñales de ello. Y cuar
breve consulta con s
ven imberbe, Latham
estrado, el coronel
con la cabeza, una s
to a su cliente. Al
sado para pasar al p

Latham devolvió la sonrisa con un encogimiento de sus huesosos hombros. Era su primer juicio criminal. Había presentado — las pruebas. Cuando sus ojos se pasearon por alrededor de la pequeña sala de los tribunales, llena de gente, estaba seguro de haber asegurado un veredicto de culpabilidad. Con todo, un débil rubor coloreó sus flacas mejillas, al bajar la vista bajo el velado examen del coronel, y se volvió a sus apuntes.

Si Underly notó el rubor, no dió señales de ello. Y cuando, después de una breve consulta con su ayudante, un jóven imberbe, Latham llamó al preso al estrado, el coronel se limitó a hacer, con la cabeza, una señal de asentimiento a su cliente. Al levantarse el acusado para pasar al palco de los testigos,

POR

CARL CLAUSEN

a con un
hombros.
al. Había
uando sus
de la pe-
, llena de
asegura-
l. Con to-
us flacas
o el vela-
volvió a

no dió se-
és de una
te, un jo-
preso al
a hacer,
sentimien-
se el acu-
os testigos,

sus ojos se encontraron con los del joven ayudante y sostuvo serenamente la mirada, con demasiada serenidad para un hombre culpable, pensó el ayudante con lástima.

El preso era un hombre de treinta y cinco años, buen mozo y bien vestido. Tenía amplia la frente, las orejas pequeñas y bien formadas, los ojos grandes y muy azules. La barba indicaba firmeza. No tenía su aspecto nada del convencional de un ladrón o asesino de novela. Sin embargo había algo de desagradable en él. Quizá era su color blanco enfermizo, casi lívido, o aquellas pequeñas orejas colocadas demasiado bajas o acaso, sencillamente, el esfuerzo que hacía, acusado de asesinato, para poner en actividad hasta el último átomo de sus fuerzas y resistir la prueba.

Extendió su mano derecha y Latham le dijo brevemente:

—Ya ha jurado usted una vez.

Al oír esto, dejó el preso caer su mano que descansó en el borde del palco, y permaneció allí.

El acusador levantóse y señaló el pequeño frasco color ámbar, conteniendo las píldoras de estricnina, en la mesa frente a él, y dijo:

—¿Por qué compró usted la estricnina en Los Angeles, bajo nombre supuesto, cuando pudo haberla comprado aquí en Cardinal, en la droguería local?

Tomás Bell, el acusado, miró a su defensor; pero el coronel Enderly examinaba la cutícula de sus uñas, anchas y planas, indiferente al parecer a lo que la pregunta o la respuesta pudieran significar para su cliente.

—Porque estaba en Los Angeles ese día por casualidad, — contestó el preso con voz clara y serena.

—¡Ah!... ¿estaba usted en Los Angeles por "casualidad"? — repitió Latham. — ¿Y también dió usted por "casualidad" el primer nombre que le vino a la cabeza cuando la compró? — añadió con aplastante sarcasmo.

—No, señor, — contestó Tomás Bell, sencillamente. Al oír esto el coronel Enderly dejó de contemplarse las uñas y se inclinó ligeramente hacia adelante en su sillón.

El fiscal indicó con dedo acusador la página abierta de un pequeño libro, con tapas de cuero, tal como los que emplean los farmacéuticos para sus registros.

—¿Reconoce usted que escribió este nombre, James Brown, en el registro cuando compró la estricnina?

—Sí, señor.

Los dientes del fiscal se apretaron como si aquella pronta confesión lo fastidiara.

—¿Quiere tener la bondad de decir al tribunal por qué lo hizo? — preguntó con tono suave, de mal agüero.

—No, señor.

—¿Rehusa usted contestar a la pregunta? — dijo severamente Latham.

—Sí, señor.

Al oír este último monosílabo, el coronel Enderly aflojó una vez más la momentánea muestra de tensión y se reclinó en su asiento.

El fiscal cerró el libro y se sentó.

—Eso es todo, — dijo. Miró alrededor suyo, luego dirigió una mirada de maligno triunfo al preso, cuando éste abandonaba el palco para volver a su asiento, junto a su defensor.

—La acusación descansa, — anunció.

* * *

Este anuncio pareció sacar momentáneamente a Enderly de su apatía. Al pasar su mirada del rostro pálido de su cliente al pequeño frasco que estaba sobre la mesa, a la izquierda del codo del fiscal, en sus ojos grises, de pesados párpados se encendió aquella luz de batalla que había enseñado a mu-

chos testigos, demasiado celosos, que las brasas eran un lugar más seguro que la sartén.

Su mirada se fijó en el delgado rostro del fiscal. El y Latham habían sido compañeros de infancia. Ambos habían nacido en Cardinal County y ambos la habían visto transformarse de mísera población de medio centenar de chozas, en una ciudad que contaba más de cien mil habitantes. Los recuerdos de infancia del coronel, en lo que se refería a Latham, estaban compuestos principalmente de vigorosos puñetazos que había administrado al alto y flaco canadiense, convertido luego en acusador público de Cardinal, a la edad de cuarenta y cuatro años.

Sabía Enderly que Latham no era hombre sin escrúpulos; tenía el debido respeto a su profesión. Pero sabía también que el fiscal no era insensible a la favorable impresión que sus decisivas e irrefutables acusaciones producían a sus electores. Enderly, que huía de los políticos con hermoso desdén meridional — sus antepasados eran de la Luisiana, — había puesto chapa a la edad de veinticuatro años. Después de un cuarto de siglo tenía tanta fama que le encargaban las tres cuartas partes de los asuntos legales criminales y demás de Cardinal County.

Su acento meridional le había otorgado el título de "coronel", más que sus servicios hispanoamericanos; en realidad había sido teniente primero bajo las órdenes de Pershing, en la campaña de Mindanao. Era un abogado de la vieja escuela batallador; pero luchaba con guantes de terciopelo. Muchos de los gallitos jóvenes de la oficina fiscal del distrito habían sentido enredados sus espolones en la verba del coronel y los habían perdido.

La lealtad era la característica de Enderly. El hombre que lo elegía como defensor podía estar seguro de que no quedaría piedra por remover, de que nada que pudiera favorecerlo sería olvidado. El coronel pocas veces perdía una causa. Era por eso tan sólo que sus enemigos habían sugerido más de una ve, — no abiertamente, como es natural, — perjurio de testigos y el crimen, más grave aun, de sobornar a los jurados.

Nadie sabía mejor que él la falsedad de tales acusaciones. Pero conocía también el viejo proverbio: "Mandad a un ladrón a perseguir a otro ladrón", el cual podía ser aplicado con cierta probabilidad de éxito cuando los acusadores públicos, en su ansiedad para conseguir condenas, pensaban más en su porvenir político que en la culpabilidad del acusado.

Durante el rumor que siguió al anuncio de Latham, el coronel se inclinó en su silla y pareció consultar unos apuntes garabateados con lápiz en una hoja de papel.

* * * *

La acusación había establecido que Tomás Bell, el preso y su socio, de cuyo asesinato estaba acusado, se habían peleado muchas veces durante el año anterior. Que Bell había exigido repetidas veces la disolución de la sociedad y había procurado comprar la parte del socio por dos veces lo que valía. Que, en más de una ocasión y ante varios testigos, había anunciado que se libraría de su socio ese año. Por último, aunque no menos importante, que los dos hombres tenían una póliza de seguros en sociedad, de diez mil dólares, uno a favor del otro y que el preso se había presentado a la compañía para cobrar el seguro a las cuarenta y ocho horas de la muerte de su socio.

Bell había explicado esta prisa en aprovecharse de la desgracia de otro, diciendo que las querellas con su socio habían causado trastornos a la firma, que había deudas y los acreedores exigían el pago. En sí misma, esta explicación parecía bastante aceptable; pero Latham no tardó ni tres minutos en reducirla a fragmentos. Estos eran los puntos principales. Había otros detalles que, reunidos al certificado médico de haberse hallado estricnina en el estómago del muerto, hacían el caso tan completo como podría desearlo un fiscal en sus sueños más sanguinarios.

Sin embargo, Enderly estaba convencido de la inocencia de su acusado. Tomás Bell y su difunto socio poseían habitaciones contiguas. Cada uno tenía acceso al cuarto del otro por la llave de paso. El socio había ido al departamento de Bell y sintiéndose indispuesto, abrió el botiquín y tomó una dosis excesiva de lo que creyó eran tabletas para el resfrío. Sufría, desde un mes atrás, un serio resfrío y le había pedido a su socio unas tabletas de aspirina la mañana misma de su muerte. Enderly sabía que esos hechos no podían probarse. El único punto en favor de su cliente era que el frasco con estricnina se había hallado en el botiquín de Bell y que éste no hizo nada para ocultarlo. Pero, frente a las pruebas circunstanciales, el defensor sabía que aquel detalle haría poca impresión al jurado.

El juez, un hombre anciano, con un fleco de áspero cabello gris sobre las sienes, manifestó su impaciencia por la demora del coronel, que hojeaba papeles a su lado.

Notando esto, Enderly hizo una seña a un hombre alto, de tipo de estudiante, con barba a lo Van Dick, que estaba sentado detrás del acusador público.

—Doctor McNaughton, tenga la bondad de pasar al estrado, — dijo.

Cuando Enderly entraba en acción solía emplear el acento ceceoso de sus antepasados.

El médico se levantó y marchó hacia el estrado de los testigos, con aire de aburrida resignación. Era un hombre ocupado a quien hacían abandonar las tareas de una gran clínica. Aquel era el tercer día que asistía a los tribunales. Mientras el empleado le tomaba juramento, el coronel Enderly se levantó.

Sentado era una figura imponente; parado más aun. Aunque tenía mucho más de seis pies de altura, no daba la impresión de ser demasiado alto. Era corpulento; pero no inmoderadamente gordo. Los hombros anchos y erguidos, las orejas grandes y bien formadas, la nariz carnosa, pero no excesi-

vamente. Su frente era ancha y combada; los ojos hundidos bajo cejas prominentes, escudriñaron la pequeña sala del tribunal.

A despecho de algo de desaliño en el traje que llevaba, aquel hombre tenía aspecto épico.

Un amigo suyo había observado cierta vez que el coronel Enderly llevaba con menos ventaja un traje de ciento veinte dólares que cualquier otro. La observación no era desacertada. Sin embargo, el coronel continuaba comprando trajes de ciento veinte dólares y pareciendo épico con ellos.

Dirigiendo sus ojos grises al doctor Mc. Naughton, en el palco de los testigos, le dijo:

—¿Está usted seguro, doctor que este frasco contiene estricnina?

—Sí.

—¿Bien seguro?

—Absolutamente seguro.

El coronel se detuvo y consultó sus apuntes.

—¿Usted declaró hace un rato que había hecho un análisis químico de su contenido?

—Sí. Mi ayudante de laboratorio me ayudó en él.

Enderly inclinó el frasco y sacó una de las pequeñas píldoras blancas.

—¿Cuánta estricnina dice usted que contienen estas píldoras? — le preguntó.

—La vigésima parte de un gramo, — replicó prontamente el doctor McNaughton.

—¿Cuál es la dósis mortal, quiero decir suficientemente grande, para causar la muerte de un adulto? — preguntó el coronel.

—Depende del sujeto. La sexta parte de un grano se considera inofensivo.

—¿Entonces un cuarto de gramo sería fatal?

—Casi. Depende del sujeto..

—Comprendo. ¿Una dósis mortal tiene que ser superior a un cuarto de grano, entonces?

—Ordinariamente, si no se recurre en seguida al médico.

El coronel frunció los labios. Parecía meditar.

—¿En otras palabras, medio grano sería indudablemente mortal para un hombre o un animal, si los auxilios médicos no son proporcionados en seguida?

El doctor McNaughton dirigió a Enderly la más superior de sus sonrisas profesionales.

—Bajo tales condiciones, medio grano de estrignina mataría a un hombre, — dijo lacónicamente. — En cuanto a los animales, la vigésima parte de un grano mataría probablemente a un perro.

—Comprendo, — dijo el córonel suavemente. — Extendiendo una de sus manos pesadas y velludas, inclinó una vez más el frasco y vació varias de las pequeñas píldoras sobre el papel secante. Latham estaba inclinado hacia adelante, observando cada movimiento del coronel con intensidad y labios apretados. Algo le decía al fiscal que el defensor iba a hacer alguna de sus jugarretas sensacionales. Las manos de Latham se crisparon sobre los brazos del sillón hasta que las coyunturas aparecieron blancas. Estaba a punto de levantarse para protestar, cuando el coronel sacó un lápiz y con la punta de él arregló las píldoras blancas en fila sobre el papel secante verde.

—Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez..., — contó con un movimiento del lápiz. Miró alrededor de la sala para asegurarse de que todos habían oído. Los doce hombres en el palco del jurado, estiraron sus cuellos.

El juez limpió sus lentes con el pañuelo y luego miró, por encima de ellos, las diez pequeñas tabletas semiesféricas.

—Diez tabletas de un vigésimo de grano hacen medio grano de estricnina, ¿no, doctor?

—Indudablemente, — contestó el médico con acento de indulgencia, — es asunto de una simple suma.

—Muy bien — dijo el coronel con lentitud, mirando a Latham. El acusador levantó sus diminutas cejas con un movimiento de desdén. Sin precocuparse, Enderly se recostó en su silla, puso sus manos velludas detrás de la espada y dijo, dirigiéndose a todos los presentes, más bien que al testigo:

—Supongamos que cualquiera, en esta habitación tomara diez de estas píldoras en una sola dósis; moriría en tiempo relativamente corto ¿verdad, doctor?

—Si no se le prestara auxilio médico, con toda seguridad, — contestó el doctor.

—¿Cuánto tiempo tardarían en aparecer los primeros síntomas del envenenamiento? — preguntó el coronel.

—El tiempo varía, generalmente de tres a quince minutos, — contestó el testigo. — Probablemente al terminar el primer minuto.

—Sírvase describir al tribunal y en términos no profesionales cuáles son dichos síntomas, doctor.

El testigo se aclaró la garganta.

—Una contorsión nerviosa de los músculos faciales y de los miembros, — contestó. — Contración de los músculos del cuello, seguidos por convulsiones de creciente intensidad y fuerza.

—Comprendo. ¿Los primeros síntomas aparecerían, pues, dentro de los cinco o diez minutos al tomar una dosis de medio grano?

Latham se levantó.

—Protesto. Ninguna teoría ha demostrado el tiempo exacto que transcurre entre la administración del veneno y la muerte de la víctima.

—Objeción denegada, — dijo al tribunal. — Testigo, conteste a la pregunta.

—Los primeros síntomas del envenenamiento aparecerían antes de haber pasado diez minutos, — aseguró el doctor McNaughton.

—Gracias, doctor; eso es todo, — contestó el coronel y el médico volvió a su asiento. Enderly también se sentó.

—Hago saber a vuestra honorabilidad que la defensa no tiene más testimonio que ofrecer, — dijo tranquilamente

✻ ✻ ✻ ✻

Silas Latham, el fiscal, levantó la mano hasta su rostro, como si fuera a parar un golpe, luego dejó caer el brazo y miró al coronel. El juez se aclaró la garganta y se inclinó hacia adelante, como para oír la repetición de algo que hubiera escapado a sus oídos en la frase del defensor. Era deber del tribunal cuidar de que los intereses del preso estuvieran bien defendidos. Vacilaba entre ordenar el pronto retiro de Enderly del caso y la personal amistad que lo ligaba al viejo guerrero.

Los espectadores comprendieron que el fiscal ganaba sin lucha; se conoció por el sordo clamor que se levantó de todas partes. Eran todos hombres y mujeres del campo que habían venido para ver administrar justicia y no permitirían que se dictara sentencia sin que se defendiera al preso.

El alguacil dió un golpe con su mazo por orden del tribnual. La tensión fué interrumpida por el coronel Enderly, quien volviéndose al ujier, un viejo que estaba recostado contra la puerta, como para impedir la entrada a los intrusos, le dijo:

—¿Quiere traerme un vaso de agua, Ed?

—Sí, coronel, como no, señor, — replicó el hombre. Mientras iba a cumplir su encargo, Enderly empujó el papel verde con las diez tabletas hacia el centro de la mesa e inclinó cortésmente su cabeza ante el tribunal.

—¿Vuestra honorabilidad me perdonará la digresión? — dijo.

El juez hizo nu vago signo de asentimiento. Estaba desconcertado y lo demostraba. El ujier trajo el vaso con agua y lo colocó sobre la mesa, entre el coronel y su cliente. Enderly se levantó y miró al jurado.

—Mi argumento próximo será breve, caballeros, — dijo. — Ya habéis oído el testimonio del doctor McNaughton. — Se detuvo y señaló las diez pequeñas tabletas que estaban todavía sobre el papel secante verde. — Según su informe, apoyado por el examen del laboratorio, estas diez píldoras, si se toman en una sola dosis, contienen suficiente estricnina para matar a cualquiera. Mi ilustrado contrincante, — aquí hizo una inclinación de cabeza al fiscal, — basa sus esperanzas de condena en esta premisa.

Latham se puso de pie inmediatamente.

—No es premisa: es un hecho, — tronó. — He probado que contienen estricnina.

—Precisamente, — observó con dulzura el coronel. Tomó el secante verde, hizo caer las diez píldoras en la mano izquierda y alzó ésta en plena vista del jurado, como un prestidigitador cuando está a punto de realizar uno de sus experimentos. Luego se volvió a su cliente y le dijo:

—Señor Bell, tenga la bondad de pararse.

El acusado se levantó.

—Abra la boca y eche hacia atrás la cabeza.

El preso lo hizo.

Ante los ojos de todos, el coronel dejó caer una por una las píldoras en la boca del acusado; luego lo hizo que mirara al jurado y el juez, con las diez pequeñas tabletas mortales en plena vista, sobre su lengua. Después Enderly le alcanzó el vaso de agua y le dijo que las tragara. El preso lo hizo, devolvió el vaso al coronel y se sentó.

Cuando Enderly volvió a colocar el vaso vacío sobre la mesa, un estremecimiento de horror pasó por la concurrencia. Doce rostros pálidos miraron al preso desde el palco del jurado. El juez sacó su pañuelo para enjugarse el sudor de la frente, aunque no hacía mucho calor. El doctor McNaughton se tiraba frenéticamente de su Van Dick. Por vez primera en los procedimientos judiciales, su hastío había desaparecido. Ed el ujier, movía los pies inquieto, agarrando el pestillo de la puerta como pronto a correr en busca de una ambulancia. El fiscal se incorporó a medias en su silla. Sospechando una superchería y sin embargo horrorizado, pasaba sus miradas desde su antiguo enemigo al acusado, con una mezcla de miedo e incredulidad.

El coronel, notando la expresión de su rostro, llamó al doctor McNaughton. El médico se levantó acercándose, con aire de semiestupor.

—Tenga la bondad de examinar la boca de mi cliente, doctor, — dijo el coronel con acento breve.

El médico lo hizo, con dedos temblorosos. Cuando concluyó, el coronel le dijo:

—¿Quiere decir al tribunal lo que ha encontrado?

El médico hizo un signo de asentimiento. Se dió media vuelta y miró al tribunal, vacilante sobre sus piernas, apoyando su mano derecha sobre la mesa.

—Indudablemente ha tragado la estricnina, honorabilidad, — dijo con voz ronca.

El juez suspiró perceptiblemente. Miró con aire suplicante a su empleado, éste al jurado y los doce hombres, por turno, al fiscal, cuyo rostro estaba del color de la tiza, como si se hallara bajo el imperio de alguna oculta y siniestra emoción.

—Esta es una conspiración para engañar a la justicia, — al fin halló su voz para protestar, — para evitar la horca.

En vez de contestar, el coronel sacó su reloj del bolsillo, lo puso delante suyo sobre la mesa, encendió un cigarro y se reclinó en su sillón. Extendió la mano derecha y la colocó sobre el hombro de su cliente.

* * * *

Lo que ocurrió en los últimos quince minutos constituye una historia en los anales jurídicos de Cardinal County. El doctor McNaughton fué, con piernas temblorosas, hasta el teléfono y llamó a un hospital privado, diciendo que tuvieran pronto el cuarto de operaciones. Ed, el ujier, cruzó la calle dirgiéndose al puesto policial para solicitar una ambulancia. El fiscal permanecía sentado, abatido y pálido, mirando a su contrincante que fumaba un cigarro negro, de Manila. El jurado cuchicheaba entre sí, con tono contenido y excitado a la vez, los espectadores se revolvían en sus sillas. El juez golpeó infructuosamente con el mazo para reclamar orden; llamó enojado a Ed para

que hiciera desalojar la sala. Pero Ed estaba en el puesto de policía, llamando a la ambulancia.

Luego el coronel y su defendido se levantaron. La mano derecha de Enderly estaba siembre sobre el hombro de Bell. El único síntoma de nerviosidad por parte del acusado era cierta impaciencia perdonable por concluir. Su pálido rostro no indicaba que hubiera probabilidad de convulsiones... a no ser las de la risa.

Tomando el reloj con la mano izquierda, el coronel Enderly se volvió al tribunal.

—Han transcurrido exactametne veinte minutos, — dijo, volviendo el reloj a su bolsillo. — La defensa concluye su argumento. ¿Quiere el tribunal tener la bondad de informar al jurado?

El juez miró al fiscal, como buscando su afirmación. Silas Latham se limitó a mover la cabeza en señal de asentimiento, mientras reunía con manos temblorosas sus papeles.

La ausencia del jurado de la sala del tribunal fué breve, tal como lo había recomendado el juez. En menos de cinco minutos los doce hombres estaban de regreso en sus asientos. El juez formuló la pregunta de práctica al presidente del jurado.

—¿Estáis de acuerdo en vuestro veredicto, caballeros?

—Lo estamos.

—¿Encontrais al acusado culpable o no culpable?

—No culpable.

* * * *

Una hora más tarde, cuando el coronel Enderly estaba sentado ante una mesa en el café y hostería de Cardinal con un gran plato de hígado de ternera y tocino, su manjar favorito, delante de sí, Silas Latham se acercó. El fiscal le tendió la mano.

—Cuando pienso en lo cerca que estuve de condenar a nu inocente, se me eriza el pelo, — dijo. — Pero ¿cómo diablos supiste que las píldoras no contenían estricnina?

—¡Oh!... ¿No la contenían?... — le preguntó el coronel con bien simulado asombro.

Latham le dirigió una forzada sonrisa.

—¡Oh!... Déjate de embromar, — le dijo. — Ya me la pagarán el doctor McNaughton y su ayudante de laboratorio.

El coronel se sirvió un poco de salsa picante.

—No seas muy severo con ellos, Silas, — le dijo. — El doctor McNaughton es una buena persona y además los dados podrían volverse en contra tuya probando que las píldoras contenían estricnina. Entonces serías acusado por calumnia...

—¿Qué quieres decir?... ¿Probarlo?...

—Bueno, — dijo el coronel con su acento meridional, — todo puede probarse, excepto la inocencia, a veces. Yo sabía que Tomás Bell no era un asesino; de manera que, sencillamente, pensé en el arma acusadora y traté de limarle el filo, por decirlo así. Cuando vi que estabas determinado a hacer ahorcar a un hombre inocente, sólo porque no podía probar que no había matado, consulté un pequeño tratado de medicina sobre los venenos. Tomás Bell hacía cinco años que tomaba estricnina para combatir cierta debilidad al corazón; por lo tanto podía resistir un poco más de ese veneno que tú y yo. Creo que llaman a esto inmunidad por tolerancia. Le indiqué que aumentara un poco la dosis cada día, hasta que pudiera soportar medio grano. Y yo mismo, su defensor, le llevé la estricnina.

El motivo de haber comprado la droga en Los Angeles, con nombre supuesto, es porque no quería que la gente de aquí se enterara de su enfermedad. Lo hubiera perjudicado con los mayoristas (un hombre con el corazón enfermo no ofrece muchas seguridades de pago). Y su crédito no era ya muy bueno por culpa de su difunto socio, que fué y tomó por error la estricnina de Tomás creyendo que eran tabletas para el resfrío.

El rostro de Latham se había vuelto amenazador; pero el coronel Enderly contuvo sus palabras con un movimiento de su maciza mano.

—No te alborotes, Silas, — le dijo. — No puedes acusar dos veces a un hombre por el mismo crimen, de manera que economiza el resuello. Creo que de nada hubiera valido ni para el jurado ni para tí si él hubiese revelado la verdad acerca del motivo que le hizo comprar las píldoras en Los Angeles, con nombre supuesto, de manera que yo le aconsejé que se callara como el mejor medio de salir de la trampa y que cayeras tú en ella, como efectivamente sucedió.

—Yo... yo te entablaré juicio por esto, — estalló Latham.

—¿Y de qué me acusarás? — dijo el coronel dulce y lentamente. — ¿De ejercicio ilegal de la medicina?

EL PROXIMO VIERNES PUBLICARA "PUCKY"

LAS PALOMAS DEL DIABLO

Por

RICHARD ARIEL

Intenso cuento policial en el que se desarrollan las actividades de un audaz delincuente, que mediante un ingenioso medio logra realizar robos de importancia que llenan de zozobra a la población de París y tiene desconcertada a la policía.

LAS CAPSULAS VACIAS

Por CLEMENTE RIPLEY

Intenso relato donde se demuestra que el criminal más endurecido puede sentirse desarmado ante la más poderosa e inconsciente de las fuerzas: la inocencia de un niño

BENJAMIN MOON acababa de hacer una hábil combinación que envió las cinco bolas al bolsillo de la esquina y estaba preparando la segunda, cuando alguien le tocó el brazo. Volvióse y se encontró con Samuel Slattery, el dueño del salón de billar.

—"El Burgués", desea verte, — le dijo.

—¿Verme?... ¿A mí?

—Así lo ha dicho.

—¡Hum!... ¿No sabes para qué?

—Ni una palabra. Mejor es que vayas y lo averigües. Ya sabemos que no le gusta que lo hagan esperar. Está en su oficina... el Club Marieta.

Benjamín colocó el taco en su lugar. Se puso el sombrero de paja, ligeramente ladeado, se bajó los puños de la camisa color lila.

En la calle podría habérsele tomado por un cantor de iglesia. Era esbelto, con la gracia de movimientos de un bailarín, de perfil bien cortado. No parecía tener más de veinte años, lo que era cierto y podía, — gracias a cierto curioso gesto pensativo de las cejas — pasar por un joven sin experiencia, cosa que estaba muy lejos de ser verdad porque había asistido a las escuelas donde el aprendizaje es más rudo: el Asilo Maternal y el Reformatorio del Estado. Actualmente su ocupación consistía en hacer trampas en el juego y desempeñar extrañas comisiones para la organización, cuyo jefe era la figura casi legendaria de "El Burgués".

¡"El Burgués"! ¡Br...r...r..! Ben lo conocía de vista. ¿Quién iba a desconocerlo? Un hombre delgado, ligeramente canoso, que se paseaba solo en su auto importado, de turista, con la pipa entre los dientes y cuyos ojos miraban siempre directo. Nunca le había hablado, ni esperaba hablarle. Cuando "El Burgués" daba órdenes lo hacía por medio de sus subordinados y éstos ciudaban de que fueran ejectuadas.

¡Y ahora lo mandaba buscar a Ben Moon!

Mientras caminaba apresuradamente hacia el Club Marieta, Ben repasaba en su memoria las torpezas cometidas. La peor había ocurrido una semana antes. El y Cincy habían robado uno de los camiones de Moses Sheeny. Le habían imprimido una velocidad de auto, chocaron y rompieron doce cajones de whisky. Samuel Slattery les había gritado fuerte por ello y Ben no se mordió la lengua para contestarle. Quizás por eso "El Burgués"...

¡Ah! "El Burgués" no hacía comparecer a su presencia a un hombre por doce cajones de whisky. Tenía otros medios para librarse de los que no le servían o desagradaban. No... El corazón de Ben brincaba mientras sus pies se movían rápidamente. Cuando "El Burgués" mandaba buscar a alguien era para elevarlo dándole una misión de importancia. Con todo...

"Moon" dijo al portero del Club Marieta y "Moon" repitió a la linda y rubia secretaria, de la oficina exterior, un momento después. Ella se alejó para anunciar su llegada. Los acordes de una jazz-band y el eco de una canción se oían detrás de la puerta cerrada, donde el coro del cabaret ensayaba para la noche. Ben se enjugó la frente y se abanicó con movimiento nervioso con el sombrero.

—Dice que lo recibirá, — le comunicó la secretaria. — Entre.

Ben entró. Sus pies se hundieron en la suave espesura de una alfombra oriental. Había almohadones de cuero verde en las sillas. Paneles de caoba. Flores sobre el escritorio, situado en el medio de la habitación. Una flor en la solapa de "El Burgués".

—¿Te envía Slatery?

—S...í.

—Siéntate. Fuma, si quieres.

Agradecido, Ben sacó un cigarro y fósforos de su bolsillo. Por lo menos así tenía algo en que ocupar las manos.

Slatery dice que eres un hombre capaz para cierto trabajo. Que sabes contener la lengua.

Ben se atragantó.

—Sí...i...i...

—Bueno. Creo que su recomendación basta. ¿Te gustaría hacer un trabajo para mí?

—Cla... claro que... que sí.

—Muy bien. ¿Sabes algo acerca del viaducto de la Avenida Ashler?

—He oído hablar, — dijo Ben prudentemente, pensando a dónde querría ir a parar el otro.

—Sabes entonces que se trata de un gran trabajo. Bueno.. hay un hombre, enviado por la oficina de ingenieros de la ciudad, que está a punto de echarlo a perder todo.

Ha ido a inspeccionar las obras y nos ▾ a causar infinidad de disgustos.

—¿Sí... i...?

—Se presntará ante la Junta de Concejales con su informe pasado mañana, a las 16, a menos que...

Se detuvo significativamente y miró a Ben, que se humedeció los labios e hizo un ademán de asentimiento.

—Ahora bien: si presenta un informe oficial ante la Junta, — continuó "El Burgués" suavemente, saldrá en los diarios y esto nos perjudicará mucho. No podemos permitirnos causar mala impresión en víspera de elecciones. A propósito, el nombre de ese ingeniero es Wynne, Julio Wynne. ¿Lo conoces?

Ben movió la cabeza negativamente.

—Bueno, no importa. ¿Conoces a Juancito Drucci?

—Sí, lo conozco.

—Bueno. Pasado mañana, pues, este Wynne saldrá un poco antes de las 16 de la oficina de ingenieros, que está situada en el costado Este del edificio municipal y atravesará la arcada. Drucci estará con él. Mismo frente a la arcada, Drucci le dará un apretón de manos, se despedirá y se encaminará hacia el Este...

Ben sonrió.

—Y Wynne irá al Oeste. — sugirió con el corazón en la boca, al pensar que se permitía bromas en presencia de "El Burgués".

Pero el último descendió hasta sonreirle.

—Wynne irá hacia el Oeste, — convino y miró a Ben con cierta fría aprobación. O al menos así le pareció a Moon.

—Es mejor que vayas primero a estudiar el sitio — añadió. Sacó un fajo de billetes de un cajón y los contó. — Doscientos, para gastos. ¿Has comprendido?

Ben hizo un signo afirmativo, guardó los billetes sin contarlos y se levantó.

—Puedes dirigirte después a Cardoza, en Drysdale. Quédate hasta que te mande a buscar.Y naturalmente — esto con mucha suavidad, — si algo se sabe o Wynne consigue salir de la arcada y presentar su informe..., puedes pasarlo mal. ¿Has comprendido?

—No se preocupe Déjelo por mi cuenta.

—Lo dejo absolutamente. Drucci no sabe de lo que se trata, aunque puede sospecharlo. Es por eso que te digo que nada debe traslucirse.

—¡Oh!... no se preocupe.

—No me preocupe: te advierto solamente. Y luego... Bueno, si sale todo bien quizá habrá una buena recompensa para un muchacho que sabe cuidarse a sí mismo y cerrar bien la boca. Adiós. ¡Buena suerte!

Bajó Benjamín las mismas escaleras que había subido un momento antes, pero ahora le parecía que caminaba sobre elásticos. Hasta la acera resultaba blanda bajo sus pies. Benjamín Moon había recibido el espaldarazo.

* * * *

Pero primero tenía que hacer un trabajo. Subió a la plataforma de un ómnibus y se bajó frente a la Municipalidad, Ben conocía cada pulgada de aquel sitio, pero nunca estaba demás asegurarse. Recorrió la manzana hasta que llegó frente a la arcada. Allí se paró un momento, entornando los ojos ligeramente y observando a la gente que salía. Luego cruzó, estuvo mirando una vidriera, y después de un momento volvió sobre sus pasos. Si alguien lo hubiese observado, le hubiera parecido su maniobra lo más natural del mundo. Ben contaba cuidadosamente los pasos. Al llegar al extremo más lejano, se permitió una sonrisita de satisfacción.

Había otros detalles que estudiar. El auto debería estar estacionado aquí... Sabía qué auto y qué conductor necesitaba. ¿Acaso no tenía doscientos pesos para gastos? El camino que debería seguir para la fuga, evitando calles obstruídas por el tráfico. Quizá era mejor un auto extra, uno que estuviera en cierto paraje pocos minutos antes de las cuatro, para estar seguro de que lo tendría cuando lo necesitara. Un taxi podría servir para esto y él conocía el taxi. Lo demás estaba ya arreglado. Le entregarían el hombre. No había más que quitarlo del medio. Bueno... ahora no tenía otra cosa que hacer si no esperar hasta pasado mañana.

Eran más de las dieciocho cuando salió de los alrededores de la Municipalidad. Dió una vuelta por la ciudad, entró en uno de los mejores hoteles y se hizo servir una buena comida. Esa noche no tenía que examinar la lista de precios, con su bolsillo repleto de billetes. Después encendió un cigarrillo y se fué a lo de Slatterry, donde recibió la deferencia que merecía su nueva importancia, con aire indiferente y júbilo interior. "El Burgués" no mandaba buscar a nadie. Nadie lo mencionó, naturalmente, ni le hizo preguntas, pero en las últimas tres horas su personalidad había crecido y le demostraron que lo sabían. Sintió la tentación de celebrar su buena suerte, pero se contuvo. Había tiempo para eso, después que todo estuviera concluído. No quería exponerse a riesgos.

Aunque se había ido a acostar temprano, Ben durmió hasta tarde la mañana siguiente. Despertó con cierta sensación de abatimiento. La exuberancia de la noche anterior había desaparecido, dando paso a una inquietud sombría. ¡Veinticuatro horas....¡ Más de veinticuatro horas de espera. ¡Uf!...

Por la mañana se dirigió a la Municipalidad otra vez para estar más seguro. Parado frente a la arcada, pensó otra vez en su plan. En cierto modo, aquella mañana no la encontraba tan fácil. Supongamos, por ejemplo, que cuando aquel Wynne saliera, acertara a pasar alguien. Que su auto quedara detenido en la fuga.... Se encogió de hombros ¿Para qué hacer semejantes suposiciones? Era cuestión de suerte.

Se le ocurrió de pronto con una especie de pánico, que había estado parado, contemplando la entrada de la arcada durante diez minutos. Alguien podría haberse fijado en él. ¡Qué niñería! Se dió vuelta, alejándose rápidamente.

Habían pasado cuatro cuadras antes de que recobrara nuevamente el dominio sobre sí mismo. Aquella idea de que alguien pudiera verlo, era, seguramente, una estupidez. Pero, con todo, había obrado como un chiquillo al

ndar dando vueltas alrededor del sitio. Bueno... no tenía que preocuparse: cosas más difíciles había hecho. Con todo, deseaba que ya hubiera ocurrido ayer, en lugar de tener que esperar hasta mañana. ¡Qué cosa fastidiosa era esperar!

Tendría que matar la tarde de algún modo. Pensó qué haría, frotándose los nudillos contra los labios. ¿Ir a Starland Park, quizá? ¿Nadar un rato? ¿Encontrarse con cierta chica que conocía en lo de Staymacher, charlar con alguien?

Mejor era comer primero. No tenía apetito, pero comió a la fuerza un plato de ensalada de tomates, una taza de café y un pedazo de pastel en un restaurante modesto. No valía la pena ir a un hotel caro para comer sin ganas. A la noche tomaría una buena comida. Se sentiría mejor después que hubiera nadado un poco. Una hora más tarde estaba en Starland Park.

Pensó. Era demasiado temprano para nadar. La gente no llegaba hasta una hora después y era poco divertido cuando no había gente. Quizá encontraría alguien conocido y podrían ir juntos. Demasiado temprano para ir a lo de Staymacher también. Quizá dieran alguna película en el Dreamland, que lo distraería. Se dirigió allá. Jocelyn Tartley, en "Amor a toda prueba" ¡Jocelyn Hartley! Entró, sentándose en la fresca oscuridad.

Observó la comedia y las actualidades con aburrida impaciencia. Luego la película anunciada empezó a pasarse y él se inclinó atento hacia adelante. Se trataba de la hija de un estanciero, amada por el joven cowboy, sospechado de ser autor de los robos de ganado y que, en vez de eso, resultaba un miembro de la policía secreta, que seguía el rastro de los cuatreros. Durante hora y media, Ben lo olvidó todo mientras la actriz se movía ante sus ojos. Luego vino la escena final, una puesta de sol, el héroe y la heroína, uno en brazos del otro y el pequeño huérfano, a quien habían protegido, contemplándolo admirativamente. Después las luces se apagaron.

Benjamín un poco conmovido, se sonó la nariz con un pañuelo bordado, color lavanda, dirigiéndose al vestíbulo. El encanto de Jocelyn Hartley lo dominaba todavía, mientras estaba parado en la puerta del teatro, un poco deslumbrado por la brillante luz del sol.

¡Ay!... ¡Si un hombre pudiera encontrar una muchacha como aquella! Debe haber jóvenes así, dulces e inocentes. En cierta parte de la imaginación de Ben estaba impresa la vaga imagen de una blanca casita de campo con enredaderas y niños jugando alrededor de la puerta. Los veía, un chiquillo de cinco años, moreno, parecido a él y una nena rubia, con los brazos desnudos, vestida de percal a cuadros.

A lo largo de la avenida, los patines con ruedas hacían un ruido infernal. El órgano de una calesita sonaba desafinadamente. Vendedores con gargantas de acero gritaban hasta desgañitarse. Benjamín, fruncido el ceño, se encogió de hombros y salió del parque volviendo a su mundo diario.

¡Qué suerte si encontraba algún día una muchacha como aquella! Bueno... Tanto le daba ir a nadar como volverse a la ciudad. No divertía nadar solo. Solo nada lo divertía. ¿Iría a bailar a lo de Staymacher?

Sus labios se apretaron disgustados. No estaba de humor para ir a lo de Staymacher. ¡Un grupo de caderas ondulantes... aventureras que buscaban dinero! Sin embargo, tenía que hacer algo. No podía quedarse ahí todo el día.

Lo mejor era ir a lo de Slim Jackson. Podría charlar con él y asegurarse que tendría pulso seguro al día siguiente. ¡Hum!... El día siguiente.

Marchó lentamente por la avenida Sea Foam, pasando entre los autos que avanzaban lentamente, con gracia natural, los ojos distantes, un poco tristes y solitarios. Le parecía extraño que un hombre como él, en quien "El Burgués" confiaba como para encomendarle una misión especial, no tuviera más que Slim Jackson con quien hablar. Bueno... era alguien al fin.

Slim, recostado en el mostrador, sin saco, el sombrero echado hacia atrás, se escarbaba los dientes.

—¡Hola, Ben!

—¡Hola, Slim! ¿Cómo va el negocio?

Slim arrojó una mirada al desierto mostrador de una galería de tiro al blanco sin entusiasmo.

—Regular.

—Bueno... Vendrá gente más tarde, — le dijo Ben para consolarlo.

Tomó una pistola de pequeño calibre, que estaba entre los rifles. Al otro extremo de la galería cinco pelotas bailaban en cinco surtidores de agua. Apuntó cuidadosamente derribó las cuatro primeras pelotas con los cuatro primeros tiros, erró el quinto y le acertó a la última con el sexto.

—Buena puntería, — dijo Slim con acento de aprobación.

—No está mal. ¿Quieres cargarla otra vez, Slim?

Convenía ensayar de nuevo. Le gustaba estar bien seguro de su mano antes de... hacer el trabajo. ¡Hum!... Había que matar. ¡Si sólo se tratara de aligerar a alguien!

Slim le devolvió la pistola. Ben acertó los tres primeros tiros. Erró el cuarto debido a un violento y súbito ataque a sus piernas, por detrás.

—¡Oiga!...

Se dió vuelta con una exclamación de cólera que trocóse lentamente en tímida sonrisa. Un diminuto trozo de humanidad, con el rostro redondo de un bebé, lo miraba.

—¡Hola, amiguito!... ¿Por qué has hecho eso? — protestó Ben.

Slim se inclinó sobre el mostrador y miró. El "amiguito" lo contempló con sus redondos ojos azules y una sonrisa que dejaba ver la falta de dos dientes; pero sus pequeñas manos no soltaron los inmaculados pantalones de Ben.

—¿Cómo te llamas? — preguntóle con timidez.

—¿Yo?... Ben. ¿Y tú

Durante unos momentos el pequeño rostro

tomó una expresión pensativa. Luego el niño pareció resolverse.

—Miguel el Rojo, — anunció.

Ben se rió.

—¡Miguel el Rojo! Me parece un bonito nombre. Bueno, Miguel el Rojo, ¿qué te parece si largaras mis pantalones antes de que les saques todas las arrugas?

Slim Jackson había estado observando ansiosamente la calle. Luego volvió a recostarse sobre el mostrador y se dirigió al pequeño, todavía prendido a los pantalones de Ben.

—Oye nene. ¿Dónde están tus padres?

—No sé. — Miguel el Rojo dió la información como si se tratara de una cosa de poca importancia. — Quiero subir ahí.

—¿No sabes? ¿Acaso te has perdido?

—¡Oh, no!... — contestó alegremente el chiquillo. — Fueron papá y mamá los que se perdieron. Se volvió a Ben y le tendió los brazos. — ¡Alzame! Quiero ver...

Ben lo alzó. Fué algo nuevo para él sentir aquel bulto, liviano y regordete entre sus manos. Sentó al niño sobre el mostrador, con las piernas desnudas, redondas y morenas colgando.

—Ya está. Creo que podrás ver todo lo que quieras, amiguito.

Miguel el Rojo miró el punto más lejano de la galería.

—¿Por qué suben y bajan esas pelotas? — preguntó.

—Es el agua que las empuja.

—¿Y por qué no se caen?

—Porque... — Ben miró a Slim, pidiéndole ayuda. Slim miró las pelotas, como si las viera por primera vez, arrugó la frente y luego movió la cabeza.

—¡Averígualo! No se caen. Es todo lo que se.

Los ojos, redondos e interrogadores siguieron fijos en Ben.

—Pues mira, es por esto... — hizo frente a la situación. — No se caen por... por la fuerza de gravedad.

—¿Y qué es la "feza" de "gravedá"?

—Pues fuerza de gravedad es... es... Escucha. ¿Quieres ver como derribo esas pelotas? ¡Mira!

Cinco pelotas derribadas en cinco tiros.

¿Qué te parece? Ben deseaba saber la opinión del chiquillo. Miguel el Rojo no estaba deslumbrado.

—Una vez yo maté a un hombre, — se jactó. — Quedó muerto y le salía sangre. Sangre de los ojos, de la nariz y de la barriga...

—¡Oye!... — lo interrumpió Ben. Ya sé quién eres. Tú eres Miguel el Rojo, el Niño Pirata.

El chiquillo se puso a pensar. Movió la cabeza.

—No. Miguel el Rojo, el Terror de las Llanuras. Una vez maté a un vigilante; luego apareció otro vigilante y lo maté también y...

Slim interrumpió el relato.

—Oye, nene. ¿No crees que tus padres andarán como locos buscándote?

—Sí, creo que sí... Bueno, apareció otro vigilante, lo maté y... y... después vino un ladrón y... y... le corté la cabeza.

—¿Y después? — Ben estaba muy interesado. El había matado a un vigilante hacía como seis meses; pero nunca le había cortado la cabeza a un ladrón.

—Después... — continuó Miguel el Rojo, — era hora de ir a dormir y me fuí a acostar.

—¿Cuantos años tienes?

—Veinte. ¿Y tú?

—Yo cinco. Y hoy es mi cumpleaños.

—¡Tu cumpleaños! ¿Te trajeron aquí y te escapaste? Eso no se hace.

—Mi torta de cumpleaños va a tener seis colitas, porque tengo cinco años; pero cumplo seis. ¿Sabes? Uno tiene que crecer. Servirán la torta a la hora de la comida. ¿Quieres venir?

—Quizá, — sonrió Ben. — Pero creo que tendremos que encontrar primero a tu papá y a tu mamá.

—Oye, nene. — Slim deseaba saber algo. — ¿Sabes cómo se llama tu papá?

—Como yo... Julio.

—¿Y dónde vives?

Miguel el Rojo movió vagamente su brazo redondo.

—Allá... En una casa blanca.

—Creo que es mejor que lo entregues a la policía del Parque, — dijo Slim. — Los padres telefonearán al departamento si no lo encuentran.

—Déjalo que se divierta un poco. — Ben tocó el hoyuelo de la nuca del chiquillo, con dedo torpe. Era increiblemente blando.

Slim movió la cabeza.

—La gente empezará a llegar pronto. No tengo tiempo para perder con él y una galería de tiro no es lugar seguro para un niño. Llévalo al vigilante.

Ben pensó, con el ceño fruncido. No le agradaban tratos con la policía y además aquel chiquillo regordete y desdentado empezaba a distraerlo. Lo hacía pensar en la casita sombreada por enredaderas y en otras cosas.

—No, — dijo. — Estar sentado en la comisaría con la cara a la pared, no es programa para un día de cumpleaños. Voy a decirte lo que haré. Daremos una vuelta por ahí y tal vez encontremos al padre y a la madre. Si no los encontramos, lo llevaré a la comisaría después.

Se volvió a Miguel el Rojo, todavía extasiado, contemplando las pelotas que subían y bajaban en los surtidores.

—Oye, amiguito ¿qué te parece si fuéramos a tomar un helado de crema?

Miguel el Rojo aceptó con entusiasmo. Ben lo bajó del mostrador y salieron.

Como si fuera la cosa más natural, Miguel el Rojo deslizó su pequeña y tibia mano en la del hombre al salir. Ben miró a su alrededor para ver si era observado por alguien que él conociera. Pero estaba muy contento.

Miguel el Rojo caminaba como un cachorro llevado con cadena, con bruscas paradas

y saltos. Una o dos veces Ben lo miró, oprimiendo sus deditos y entonces Miguel el Rojo lo miraba también y sonreía contento.

—¿Te gusta el helado de crema o de frutilla?

Discutieron un rato los sabores, finalmente Ben compró dos helados de frutilla, un paquete de maní y un monito peludo, que bailaba al tirale un elástico.

—¿Crees que el "Leviathan" se incendiará? — preguntó el Terror de las Llanuras cuando hubo hecho bailar en todos sentidos al monito.

Ben pensó.

—Mira, amiguito; esas son cosas difíciles de adivinar. Puede que sí puede que no.

—Pero tú... ¿qué crees?

—¿Por qué?

—Oye, — dijo Ben. — Aquí está la rueda. ¿Qué te parece si subiéramos?

—¡Qué lindo! — dijo Miguel el Rojo, metiéndose en la boca todo lo que quedaba del sandwiche de helado y tendiéndole las manos pegajosas.

Ben se las limpió cuidadosamente con el pañuelo lila bordado. Ya había perdido su timidez.

Durante la ascensión Miguel el Rojo se agarraba al bolsillo de Ben, embargado por un miedo delicioso. Ben, que había tomado esto como pretexto para pasar su brazo alrededor del pequeño cuerpo, se maravillaba de lo mucho que puede divertirse uno en una Rueda.

—¿No se te dió vuelta la barriga? — preguntó Miguel el Rojo, cuando bajaron.

—Oye, — dijo Ben. — Vamos a empezar por esta punta y seguiremos, entrando en todos los juegos.

Entraron. No perdieron nada. En el látigo, Miguel el Rojo se golpeó la cabeza y nuevamente entró en funciones el pañuelo lila bordado para enjugar breves lágrimas. En las calesita montaron en un tigre y sacaron dos veces el anillo de cobre. Entre diversión y diversión, discutían gravemente asuntos tan importantes como la velocidad aérea de Lindbergh y de Santa Claus, la posibilidad de un match de boxeo entre Jorge Wáshington y Cristóbal Colón y si el presidente de Estados Unidos podría luego derrotar al vencedor, cosa que, como demócrata, Ben no creía.

Una o dos veces, Ben, recordando el objeto de aquella jira, interrumpía al chiquillo para decirle.

No te olvides de mirar para ver si encuentras a tus papás, amiguito. No sea que te quedes sin la torta de cumpleaños.

Pero la mayor parte del tiempo lo olvidó todo. A veces pensaba en el día siguiente, pero apartaba aquella idea Todo le parecía sorprendentemente fácil ahora. Claro que aquello no armonizaba con Miguel, el Rojo. Entre tanto, le parecía que pasaba una tarde tan divertida como nunca soñara.

Pero, hasta las tardes más encantadoras terminan. Estaban en lo alto del automóvil volante, cuando Miguel, el Rojo, se inclinó sobre un lado del auto y le dijo a Ben.

—Allí están papá y mamá. ¡Qué chiquitos parecen! ¿No es cierto?

Ben se inclinó sobre el borde también. Un súbito temor se apoderó de él al identificar una pareja, en la gente que se hallaba abajo, cuyos rostros vueltos hacia arriba denotaban a la vez sorpresa y alivio.

Miguel el Rojo les devolvió tranquilamente el ademán que le hicieron con la mano.

—Ya los encontré — dijo. — Ahora iremos a casa y comeremos la torta de cumpleaños.

El auto bajó. Un hombre y una mujer se abrieron paso entre la gente. Ben se metió el dedo dentro del cuello de su camisa y se quitó el sombrero. ¡Uf!... Si lo culpaban. A lo mejor podían tomarlo por un secuestrador de niños... Podían... ¡Uf!... Debía haber llevado el niño a la comisaría, como le aconsejara Slim.

Cuando el auto paró se hubiera escabullido entre el gentío, pero Miguel el Rojo se agarró desesperadamente de su pulgar.

—¡Aquí está Ben! — gritó con toda la fuerza de sus pulmones. — Tiene veinte años. Quiero que venga con nosotros para comer de mi torta.

No había más remedio que afrontar la situación ahora. Creerían que tenía delito si escapaba. Pero no había temor de que le reprocharan nada. En vez de eso, el hombre le estrechó la mano, mientras la mujer caía de rodillas en la plataforma y medio riendo, medio llorando, tomaba a Miguel el Rojo en sus brazos.

El dejó hacer por un momento y luego se soltó impaciente, para reiterar su pedido.

—Tiene que ir a comer la torta de mi cumpleaños. Dijo que iría.

Ben se ruborizó inquieto.

—Oye, amiguito...

Pero el otro hombre se echó a reir Tenía un rostro simpático y ojos bondadosos.

—¿Y por qué no?... Si no tiene usted cosa mejor que hacer... No se preocupe por esta presentación informal.

Miró a su esposa y ésta le sonrió a Ben.

—Sí, venga — apoyó ella. — Usted ha sido muy bueno para mi hijito. Señor, señor...

—Moon — dijo Ben. — Es usted muy amable señora; pero... no quiero molestar.

—No molestará — le aseguró el hombre. — Me llamo Whynne. Tendremos mucho gusto en que usted nos acompañe... Pero... ¿qué le pasa?

—¿Whynne?... ¿Whynne?... Diga... ¿su nombre es Julio?

—Sí, Julio Whynne. ¿Pero cómo ... ¡Oh, claro! El nene se lo dijo.

Ben se dió cuenta de que el hombre lo miraba con curiosidad.

—Oiga... ¿no trabaja usted en la oficina de ingenieros?

—Sí, sí... — contestó Whynne intrigado. — Pero el nene no puede haberle dicho eso. Diga, ¿me conoce usted? ¿Lo conozco yo?

—No... — Ben sentía un deseo irresistible de reir y sin embargo nunca habíase hallado ante situación más trágica. — No lo

conozco ni usted a mí. He oído hablar de usted... eso es todo — se humedeció los labios secos. Sacóse el sombrero y se enjugó la frente. Comprendió que ambos esposos lo miraban que debían tomarlo por loco.

—En cuanto a acompañarlos — dijo apresuradamente — lo siento mucho pero tengo un compromiso a las diez y nueve... algo muy importante. Así que agradezco mucho pero...

El hombre y la mujer se miraron. Whynne se volvió a Ben.

—Lo siento mucho, — dijo. — Otra vez, entonces.....

—Seguramente. — aquel loco impulso de reír volvió a apoderarse de Ben. — Seguro que iré otra vez... Si no tuviera ese compromiso.

Miguel el Rojo, que había oído, se agarró a las rodillas de Ben.

—Pero tú me dijiste que vendrías... que irías a probar la torta de mi cumpleaños!

La señora Whynne puso una mano en el hombro del pequeño.

—Otro día, hijito. El señor Moon tiene que hacer esta tarde.

Hizo un esfuerzo infructuoso para separar al niño. Se aferraba a Ben con todas sus fuerzas.

Con súbito impulso. Ben lo alzó en sus brazos y lo tuvo un momento abrazado. Miguel el Rojo le echó sus bracitos alrededor del cuello y le dió el más suave y húmedo de los besos.

Media hora más tarde, parado en la plataforma de un ómnibus, Benjamín Moon tocó con sus dedos el sitio donde se habían posado los labios de Julito Whynne (a) Miguel el Rojo.

—Uf!... — dijo doblemente pensativo. — ¡Uf!... — repitió. — Este es negocio concluído. Completamente concluído.

Las trece del día siguiente. Benjamín Moon estaba tendido boca arriba en su cama, las manos detrás de la cabeza, pensando. A veces movía una de sus manos y los dedos exploraban curiosamente su mejilla. Había pensado incesantemente desde la víspera y sus pensamientos describían un círculo que lo llevaba siempre al punto de partida.

Suponiendo que él no lo hiciera, lo haría otro.

Las catorce. Podría haber tomado ya un tren y estar a quinientas millas de distancia ahora. Pero... ¿qué adelantaba con eso? El Burgués lo sabría en seguida y encargaría a otro. Cuando El Burgués se proponía sacar a alguien de en medio, no renunciaba a ello.

Las catorce y media. ¿Si fuera a verlo a Whynne y se lo contara todo? ¿Qué remediaría con eso? Whynne se salvaría por aquel día, pero no durante mucho tiempo más, con aquel asunto del viaducto entre las manos... Y en cuanto a él... Sólo viviría veinticuatro horas, cuando mucho. Mucho menos, probablemente. Y no habría ayudado a Whynne. ¡Uf!... Si no hubiera ido a Starland Park ayer... Mecánicamente, sus dedos rozaron de nuevo su mejilla.

—Bueno... si él no lo hacía, lo haría otro.

Suspiró tristemente, se levantó, pusóse el saco y descendió la escalera.

Entró en la droguería de Salvatore. En el mostrador donde se despachaban los remedios, apoyó negligentemente su mano junto a la balanza con el índice y el pulgar extendidos, apretado entre los otros dos un billete de un dólar. En seguida le fué cambiado el billete por un paquetito de polvos blancos. Nunca tomaba esos polvos, a menos de que tuviera que hacer un trabajo, pero ahora necesitaba algo que excitara su cerebro.

Pensaba todavía cuando subió los dos escalones de su cuarto. Seguía pensando al salir, pero, con diferente tinte. Un observador atento hubiera notado la resolución de su paso y el extraño y frío brillo de sus ojos. El mismo observador hubiera advertido un ligero bulto, debajo de su brazo izquierdo.

Era día de labor. Se veía gente ocupada en el trabajo. Ben Moon iba al suyo.

En la esquina miró su reloj, delicado y seguro, apenas más grueso que dos dólares de plata, un reloj que había codiciado muchos días en el escaparate de un joyero y que adquirió una noche con ayuda de la llama de oxiacetileno. Faltaban diez minutos para las quince. ¡Justo a tiempo!

Apresuró su paso y caminó rápidamente cuatro cuadras en dirección. Oeste. ¡Justo a tiempo! Si lograba conservar serenos sus nervios y su corazón... Por vez primera en su vida alguien iba a ver a El Burgués sin que se le llamara. Por vez primera en su vida, alguien iba a discutir una orden del jefe. Había poca probabilidad de que fuera escuchado. ¡El Burgués!...

Esta vez el portero del Club Marieta lo reconoció, pero no pareció dispuesto a franquearle la entrada.

—¿El Burgués quiere verte? — le preguntó.

—Querrá, cuando oiga lo que tengo que decirle. Apártate, compañero.

Los polvos blancos zumbaban en su cabeza. Apartó al portero como si no hubiera estado allí. Pero, con todo, al subir las escaleras, sus rodillas flaqueaban; le latía el corazón.

—¿Tiene usted cita con el señor Fleeming? — quiso saber la linda rubia secretaria.

—Me recibirá — le dijo Ben. — Dígale que ha ocurrido algo respecto a lo que hablamos antes de ayer, hermana.

—Puede pasar, — le comunicó ella un momento después.

Casi desfalleció Ben mientras hacía los diez o quince pasos que faltaban hasta la puerta. Era, quizás, el acto de más valor que había realizado en su vida. Y tenía fama de ser valiente, cuando se trataba de trances apurados. Pero entró. Había flores frescas sobre el escritorio. Una flor en el ojal de El Burgués. ¿En cierto modo, aquella flor lo aterrorizó, fascinó más que los fríos ojos que se fijaron en él.

—¿Qué hay?

Ben tenía el sombrero en la mano. Daba vuelta el ala entre sus dedos.

—Oiga... — se aclaró el pecho — Oiga... este tipo Whynne... Este asunto armará barullo, ¿verdad?

—¿Qué te importa a tí eso?

—Bueno... yo pensé... ¿si le hablara mejor? Lo he visto y me parece un tipo fácil de asustar, de hacerle cerrar la boca. Esto nos ahorraría muchos molestias, ¿no le parece? — Sabía que el argumento era débil, pero algo tenía que decir.

Los ojos de El Burgués se achicaron.

—¡Hum!... ¿Tienes miedo, eh?

—No, no es eso. — Ben miró el piso. — Sólo pensé...

—Bueno,, ahórrate esos trabajos. Te elegí porque Slatory me dijo que eras guapo, callado y capaz de hacer lo que te mandaran. do a otro naturalmente. Pero puesto que la elección estaba hecha, había que seguir adelante. La organización y la disciplina lo exigían.

—Oye bien — le dijo — voy a explicarte de qué se trata, a fin de que no haya error. Este Whynne ha inspeccionado el viaducto por encargo de la Municipalidad y dice que hay demasiada arena y poco cemento en la mezcla. Tú sabes el escándalo que armaría una noticia así. Ya estás enterado. Ahora te toca obrar. Ben estaba silencioso, la vista fija en el suelo.

—Y naturalmente — continuó suavemen-

"El Burgués" se desplomó...

Ahora... si tienes miedo o no quieres servirme...

Se detuvo y la pausa fué significativa.

—¡Oh, no!... Está bien... Está bien... Sólo quería evitarle disgustos...

—No te preocupes. Se como debe manejarse este asunto ¿Has entendido?

—¡Ah...!

Los delgados labios apresaron la pipa recta. El "Burgués" siempre fumaba. Aparentemente por una u otra razón, el hombre que había elegido para aquél trabajo no quería hacerlo. Si hubiera sabido eso, habría elegite "El Burgués" — ahora que estás en el secreto tienes que probar que eres amigo nuestro, ¿comprendes?

Ben comprendía. No se hacía ilusiones sobre el significado de aquellas palabras. Un hombre enterado de aquél asunto, que rehusara a intervenir en él, no viviría mucho. "El Burgués" no le agradaban los hombres bien enterados. Con todo hizo un último esfuerzo.

—Pero... yo se que podré hacerlo callar ¿Para qué matarlo?

"El Burgués lo miró con el ceño fruncido.

—¿Quién ha dicho que lo mates? — Pre-

guntó fríamente y Ben comprendió que había cometido nu error no al interpretar mal las intenciones de Flooming, si no al traducirlas con palabras. Se consideraba mala forma decir que "El Burgués" había sugerido el asesinato de alguien.

—Lo que quiero decir es — corrigió apresuradamente — que, si lo deja usted por mi cuenta...

—Por tu cuenta lo dejo... absolutamente por tu cuenta. Tú y yo son los únicos que saben una palabra de este asunto. Y sobra uno, a menos que hagas lo que se te ha dicho, y bien. ¿Entiendes?

Miró a Ben fijamente. Conocía los síntomas de la cocaína y sus efectos. Añadió con tono más agradable:

—Tengo mis razones. Ahora conserva tu serenidad y después hablaremos. ¿Comprendes?

Ben miraba todavía al suelo, dentro de él sentía un zumbido como de millones de abejas. Le hormigueaban los dedos; sus dientes y su mandíbula estaban curiosamente apretados. Levantó la cabeza con una pequeña sonrisa extraña.

—Muy bien — dijo dulcemente — puesto que usted lo quiere...

Metió rápidamente la mano debajo de la axila izquierda, la sacó otra vez. Cuando "El Burgués" se levantó a medias de su silla, hizo fuego dos veces, apuntó debajo de la flor de ojal; disparó el segundo tiro para mayor seguridad.

"El Burgués" se desplomó sobre el escritorio. Ben fué hasta la puerta y la abrió.

—¡Quietos! — anunció apuntando a media docena de individuos sorprendidos. ¡Que nadie se mueva repitió suavemente!

—Lo siento hermana, — dijo con acento de disculpa a la rubia secretaria que lo miraba con los ojos dilatados de espanto.

Junto los alambres del tablero telefónico en miniatura y los arrancó de un tirón rápido.

—¡Quietos!... ¡Absolutamente quietos!

Retrocedió hasta la puerta, y la cerró de un portazó; dió llave del lado de afuera.

Un momento después caminaba a paso rápido por la calle.

* * * *

—¿De dónde ha sacado esto? — Whynne tenía en sus manos dos capsulas vacías y miraba interrogadoramente a su esposa.

Ella sonrió.

—Parece que ha hecho otra conquista. El joven que lo encontró ayer en el parque vino esta tarde y se las dió. Yo no sabía si sería peilgroso dejarlo jugar con ellas y por eso le dije que te preguntara a ti.

Whynne volvió a poner las capsulas vacías sobre la almohada, junto a la pequeña cabecita desgreñada.

—¡Oh, son perfectamente inofensivas! Pero, ¡qué cosas extrañas agradan a los niños! ¿Lo vistes al hombre?

—No, Julito estaba jugando en la puerta. Dijo que se iba al extranjero y supongo que ése ha sido su regalo de despedida.

Miguel el Rojo se movió en su sueño, y estiró un brazo. Los dos salieron de puntillas.

—¿Sabes? — dijo la señora de Whynne pensativa. — Me alegro que se haya marchado. Había algo de raro en aquel joven y no me hubiera gustado que viera a menudo a Julito.

Dentro de breves días se pondrá en circulación el "LIBRO SOCIAL" de "EL DIARIO"

para el año 1929

Es el índice más completo de la república, y contiene:

Direcciones de familias, teléfonos, días de recibo, lugar de veraneo, etc., compromisos y enlaces contraídos en 1928. -- Direcciones sociales en general y elenco de las mejores casas de comercio de la CAPITAL FEDERAL y PROVINCIAS.

ES LA GUIA MAS COMPLETA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA

Si Ud. se suscribe por 1 año a EL DIARIO, la obtendrá gratuitamente

PRECIO DEL EJEMPLAR $ 3.--

TARZAN DE LOS MONOS

QUINTA PARTE

EL TESORO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

NO estaba perturbada su mente por la añoranza de lo pasado ni por las aspiraciones para el porvenir. Podía tenderse cuan largo era en una oscilante rama estirando sus gigantescos miembros y meciéndose en la bendita paz de una pereza inacabable, sin que ni un recelo ni una desazón minaran su energía nerviosa y le robaran la paz del espíritu. Como sólo borrosamente recordaba una existencia distinta, era dichoso. Lord Greystoke había dejado de existir.

Varias horas pasó Tarzán columpiándose en su frondoso y oscilante lecho, hasta que de nuevo el hambre y la sed le sugirieron la idea de otra excursión. Después de estirarse perezosamente, se descolgó al suelo y avanzó despacio hacia el río. El sendero de caza por el cual andaba se había convertido, gracias a los muchos siglos de uso, en una estrecha y honda trinchera, con las márgenes coronadas por impenetrables malezas y densos árboles, que se entrelazaban con lianas de gruesos troncos y con enredaderas más pequeñas, formando dos sólidos y compactos baluartes de vegetación. Tarzán había llegado casi al punto en que la trinchera desembocaba en el ancho cauce del río, cuando vió una familia de leones que se acercaban por el sendero, procedentes de la corriente del agua. El Tarmangani contó hasta siete, un macho y dos leonas, completamente crecidos, y cuatro leoncillos tan grandes y casi tan formidables como sus padres. Tarzán se detuvo gruñendo, y los leones hicieron lo propio, en tanto que el macho colosal que los conducía desnudaba los colmillos y profería un rugido de aviso. En la mano llevaba Tarzán su pesado venablo, pero no pensaba blandir su arma contra siete leones; sin embargo, se quedó allí quieto, gruñendo y rugiendo, y otro tanto hicieron los felinos. No fué aquel más que un caso de fanfarronería de la selva. Cada cual estaba tratando de asustar al otro. Ninguno quería dar media vuelta y abandonar el campo, como ninguno quería al principio precipitar un choque. Los leones estaban lo bastante nutridos para no sentir los aguijones del hambre, y en cuanto a Tarzán rara vez comía carne de carnívoros; pero estaba en juego un punto de moral, y ninguno de los dos bandos quería retroceder. Así se quedaron mirándose unos a otros, y exhalando toda clase de terribles ruidos mientras se apedreaban a denuestos e invectivas. Difícil es decir cuánto tiempo habría continuado aquel duelo incruento aunque es de suponer que Tarzán se habría visto obligado a ceder a la fuerza del número.

Pero sobrevino una interrupción que puso fin a las bravatas, y vino de la espalda de Tarzán. El y los leones armaban tanto ruido que no habían podido oír nada que dominase aquel desaforado concierto; y así fué que Tarzán no oyó la proximidad del gran volumen que llegaba por su espalda, hasta un segundo antes de caer sobre él. Entonces se volvió y se halló con Buto, el rinoceronte, que con los ojuelos de cerdo echando chispas, se precipitaba enloquecido hacia él, y estaba ya tan cerca que el librarse de la agresión parecía imposible; y sin embargo, tan perfecta era la coordinación de la inteligencia y los músculos en aquel hombre primitivo, que casi simultáneamente con la percepción sensoria del inminente peligro dió media vuelta y lanzó su venablo al pecho de Buto. Era un pesado proyectil de contera de hierro, y para impulsarlo estaban los gigantescos músculos del Tarmangani, al propio tiempo que para recibirlo

llegaba el enorme peso de Buto y el ímpetu de su rápida acometida. Todo lo que ocurrió en el instante de volverse Tarzán a recibir el ataque del irascible rinoceronte podrá resultar largo al referirlo, mas para registrarlo en una placa fotográfica habría necesitado el más rápido de los objetivos. Cuando partió el venablo de su brazo, Tarzán veía ya bajo sus ojos el poderoso cuerpo que hocicaba para herirle. Tan cerca estaba de él Buto. El arma entró en el cuello del rinoceronte en su unión con el brazuelo izquierdo, y atravesó casi por completo el cuerpo de la fiera. Y en el mismo instante de arrojar el proyectil, Tarzán dió un salto en el aire, y cayó sobre el dorso de Buto, pero librándose del temible cuerno.

Entonces Buto vió a los leones y se arrancó enloquecido contra ellos, en tanto que Tarzán brincaba ágilmente a las enmarañadas enredaderas de un lado del sendero. El primer león hizo frente a la acometida del rinoceronte, y se vió lanzado a gran altura sobre el lomo de la irritada fiera, despanzurrado y moribundo. Y en seguida los seis leones restantes se abalanzaron sobre su enemigo, desgarrando e hiriendo al propio tiempo que caían víctimas del terrible cuerno o de las patas que los hollaban. Desde el seguro de sus ramas Tarzán observaba el singular combate con el interés más vivo, porque los animales más inteligentes de la selva siempre se interesan por semejantes encuentros. Para ellos son lo que las carreras de caballos y las contiendas de boxeo, lo que el teatro y el cinematógrafo para nosotros. Los ven con frecuencia, pero siempre gozan contemplándolos, porque no hay dos que sean exactamente iguales.

Un momento le pareció a Tarzán que el rinoceronte quedaría vencedor en la sangrienta batalla. Ya había dado cuenta de cuatro de los siete leones y tenía heridos a los tres restantes, cuando en una tregua momentánea del encuentro se dejó caer como muerte, doblando las patas, y rodó de costado. El venablo de Tarzán había hecho su efecto. Fué el arma fabricada por el hombre la que mató al enorme Buto, que fácilmente habría sobrevivido al ataque de siete leones terribles; porque el venablo de Tarzán le había atravesado los pulmones, y Buto, con la victoria casi a la vista, sucumbió a la hemorragia interna.

Entonces Tarzán bajó de su santuario, y mientras los leones heridos, gruñendo sin cesar, se alejaban arrastrándose, arrancó su venablo del cuerpo de Buto, le cortó un trozo de carne y desapareció en la selva. El episodio había terminado. Había sido cosa de la vida cotidiana. Un lance que a ti y a mí, lector, nos daría tema de conversación durante toda la vida, lo apartó Tarzán de su mente en el momento en que la escena se borró de su vista.

CAPITULO XII

LA, QUIERE VENGANZA

Volviéndose por la selva en ancho círculo, Tarzán llegó al río en otro punto, donde bebió y se tornó a lanzar a los árboles; y mientras, olvidado en absoluto de su pasado y sin pensar para nada en el porvenir, vagaba por entre ellos, por las oscuras naves y los espacios despejados a manera de parques, y al través de las amplias praderas, donde pacían los innumerables herbívoros del misterioso continente, iba en busca de él una caravana extraña y temible. Componíanla cincuenta hombres espantosos, de peludos cuerpos y nudosas y retorcidas piernas. Eran sus armas puñales y truculentos garrotes, y a su frente marchaba una mujer casi desnuda, hermosa sobre toda ponderación. Era La, la suma sacerdotisa del Dios Llameante de Opar, seguida de cincuenta de sus horrendos sacerdotes, que perseguían al ladrón del sagrado puñal de los sacrificios.

La no había atravesado nunca las desmoronadas murallas exteriores de Opar; pero jamás fué tan apremiante la necesidad de ello. ¡Había desaparecido el puñal sagrado! Al través de innumerables generaciones, el arma vino a parar a sus manos, como herencia y como insignia de su religioso cargo y regia autoridad, desde las de un progenitor antiquísimo de la desaparecida y olvidada Atlántida. La pérdida de las joyas de la corona o del gran sello de Inglaterra no habría producido mayor consternación a un rey inglés que el robo del puñal sagrado a la opariana La, reina y suma sacerdotisa de los degradados restos de la más antigua civilización terrena.

Cuando la Atlántida, con todas sus poderosas ciudades, sus cultivados campos y su gran comercio, cultura y riqueza, se hundió en el mar hace un sinfín de siglos, arrastró a los abismos a todos sus habitantes, salvo un puñado de colonos que estaban beneficiando las vastas minas de oro del Africa Central. De ellos y de sus abyectas esclavas procedían los terribles hombres de Opar; mas por cierto capricho singular del destino, la antigua raza subsistía pura y sin degradarse en las hembras descendientes de una sola princesa de la casa real de Atlántida, que se hallaba en Opar en la época de la gran catástrofe. Y la descendiente actual era La.

Ardiendo en ira se hallaba la suma sacerdotisa, que sentía en el corazón un hirviente volcán de odio hacia Tarzán. El celo de la religiosa fanática que ve profanado su altar se aumentaba hasta lo indecible por la rabia de la mujer despreciada. Dos veces había arrojado La su corazón a los pies del Tarmangani, y dos veces se vió rechazada por él. Sabía La que era hermosa; y lo era en efecto, no sólo según el criterio de la Atlántida prehistórica, sino con arreglo al de los tiempos modernos. Era físicamente una criatura perfecta. Antes que Tarzán llegara por vez primera a Opar, no había visto La otro varón humano que no fueran los grotescos y nudosos hombres de su tribu. Con uno de ellos tendría que casarse tarde o temprano, para que la línea directa de sumas sacerdotisas no se interrumpiera, a no ser que el destino condujese a Opar a otros hombres. Antes de ver por primera vez a Tarzán, La no tenía la menor idea de que tales hombres existie-

ran, porque no conocía más que a sus terribles sacerdotes y a los machos de la tribu de grandes monos que moraban desde tiempo inmemorial en Opar y sus alrededores, hasta el punto de que los oparianos habían llegado a considerarlos casi como iguales suyos. Entre las leyendas de la ciudad figuraba la existencia de hombres semidivinos del antiguo tiempo, y de otros negros que se presentaron más recientemente; pero estos últimos eran enemigos que mataban y robaban. Y además, las tales leyendas rememoraban siempre la esperanza de que, algún día, aquel continente innominado de que procedía su raza, se volvería a levantar de las olas, y mandaría sus galeras esculpidas y adornadas de oro, con esclavos en los largos bancos de remeros, en socorro de aquellos colonos tanto tiempo expatriados.

La llegada de Tarzán despertó en el pecho de la suma sacerdotisa la anhelosa esperanza de que al fin se acercara el cumplimiento de la antigua profecía; pero con más fuerza aún despertó los ardientes fuegos del amor en un corazón que nunca, de no ser por aquel hombre, habría conocido el significado de la avasalladora pasión, porque una criatura tan maravillosa como La no podía enamorarse jamás de ninguno de los repulsivos sacerdotes de Opar. La costumbre, el deber y el celo religioso podrían ordenarle la unión; pero sin amor ninguno por su parte. La había llegado a la nubilidad como criatura fría y desalmada, hija de otras mil mujeres frías, desalmadas y hermosas que jamás conocieron el amor. Y así, cuando éste llamó a su alma, dejó en libertad todas las pasiones reprimidas de un centenar de generaciones, transformando a La en un palpitante y encendido volcán de deseos. Y al ver éstos frustrados, aquella gran fuerza de amor de gentileza y de sacrificio se transmudó por sus propias llamas en otro volcán de odio y de venganza.

En un estado de ánimo provocado por estas condiciones conducía La a su terrible séquito al rescate del sagrado emblema de su alta dignidad, y a tomar venganza del autor de sus agravios. A Werper no le dedicaba ningún pensamiento. El hecho de que el puñal estuviera en manos del belga cuando desapareció de Opar no inspiraba a La ningún pensamiento de vengarse de él. Naturalmente, lo matarían cuando lo capturaran; pero su muerte no ocasionaría placer a la suma sacerdotisa, que sólo lo buscaba en las proyectadas angustias finales de Tarzán. Habría que torturar a éste. Su muerte sería lenta y espantosa, su castigo adecuado a la inmensidad de su crimen. Había arrebatado a La el puñal sagrado; puso sus manos sacrílegas en la suma sacerdotisa del Dios Llameante; profanó el altar y el templo. Por todo esto debía morir; pero había desdeñado el amor de La, de la mujer y por esto debía sufrir una muerte horrorosa, entre espeluznantes tormentos.

La marcha de La y de sus sacerdotes no careció de aventuras. No estaban acostumbrados a los caminos de la selva, ya que rara vez se atrevía ninguno de ellos a salir de las desmoronadas murallas de Opar; y sin embargo, su mismo número los protegía. Y por eso llegaron sin percances graves hata muy avanzado el sendero de Tarzán y de Werper. Acompañábanlos tres grandes monos, en los cuales se delegó la misión de seguir a la presa, tarea muy superior a los sentidos de los oparianos. La iba al mando de la expedición. Ella disponía el orden de marcha; ella escogía los campamentos, ella marcaba la hora del descanso y la de la prosecución del viaje; y aunque era inexperta en tales materias, su natural inteligencia era tan superior a la de los oparianos y los monos, que lo hacía mejor que habrían podido realizarlo ellos. Era además, un ama durísima, porque contemplaba con repugnancia y desprecio a las mal fachadas criaturas entre las cuales la había arrojado el inexorable destino; y en cierta medida desahogaba en ellos su desagrado y su frustrado amor. Mandábales todas las noches construir para ella una fuerte protección de refugio y los obligaba a mantener una gran hoguera delante de él desde el ocaso hasta el alba. Cuando se cansaba de andar, los constreñía a transportarla en una litera improvisada, y ninguno de ellos osaba poner en tela de juicio la autoridad de La ni su derecho a semejantes servicios. Para ellos La era una diosa y todos la amaban y todos esperaban que los eligiera por compañeros. Así trabajaban como esclavos para ella y aportaban sin exhalar un murmullo el terrible látigo de su desagrado y el altanero desdén habitual de su reina.

Varios días estuvieron marchando, mientras los monos seguían fácilmente el rastro a cierta distancia delante del cuerpo de la caravana, para poder avisar a los otros cualquier peligro inminente. Fué durante una de de las paradas meridianas, mientras los demás estaban descansando después de una fatigosa marcha cuando uno de los monos se levantó de repente y olfateó la brisa. Con un rugido gutural y apagado previno a los otros que guardaran silencio, y un momento después se lanzó viento arriba al interior de la selva. La y los sacerdote se apiñaron sin hablar, y los terribles hombrecillos con los puñales y garrotes preparados, esperaron el regreso del peludo mono.

Y no tuvieron mucho que aguardar hasta verlo salir de una piña de matas frondosas y acercarse a ellos. Se fué el mono en derechura a La, y en el lenguaje de los grandes monos, que era también el de la decadente ciudad ed Opar, se dirigió a ella.

—El gran Tarmangani está allí dormido — dijo señalando al sitio por donde acababa de llegar. — Venid y lo mataremos.

—No lo matéis — ordenó La con frío acento. — Traedme al gran Tarmangani vivo e ileso. La venganza es cosa de La. ¡Id, pero no hagáis ruido!

Y agitó las manos en un ademán que abarcó a todos sus secuaces.

Cautelosamente la extraña partida se deslizó por la selva detrás del mono, hasta que al fin éste los detuvo levantando una mano y señalando poco más allá. Vieron el gigantesco cuerpo de Tarzán extendido en una rama

baja; aun en sueños, una de sus manos estaba agarrada a otra rama y una de sus fuertes y morenas piernas, estiradas, rodeaba otra En el mayor sosiego dormía Tarzán, lleno el estómago y soñando con Numa, el león, con Horta, el jabalí, y con otros animales de la selva. Ninguna intimación de peligro asaltó las dormidas facultades del Tarmangani, que no vió las peludas figuras agazapadas en el suelo, debajo de él, ni los tres monos que en silencio se encaramaban a su lado en el árbol.

La primera señal de peligro que tuvo Tarzán fué el choque de tres cuerpos cuando los monos saltaron sobre él y lo arrojaron al suelo, donde cayó medio atontado bajo la combinada fuerza de los tres, y donde inmediatamente le atacaron los cincuenta hombres peludos, o todos los que pudieran apiñarse en torno de su persona. Al instante fué el centro de un terrible "maelstrom" de criaturas que giraban, pegaban y mordían. Luchó valerosamente, pero la partida era harto desigual en contra suya. Poco a poco lo dominaron, aunque apenas quedó uno de ellos que no sintiera el peso de su potente puño o el desgarrón de sus dientes.

CAPITULO XIII

LA CONDENA DE TARZAN

Siguió La a sus satélites, y cuando los vió arañarlo y mordiendo a Tarzán, alzó la voz y les ordenó que no lo mataran. Observó que el Tarmangani se iba debilitando, y pensó que pronto el gran número de sus adversarios lograría vencerle; y no tuvo mucho que esperar antes que la potente criatura de la selva estuviera indefensa y atada a sus mismas plantas.

—Llevadlo al lugar en que nos hemos parado — ordenó La; y los oparianos lo transportaron al pequeño calvero y lo arrojaron al suelo debajo de un árbol.

—¡Construidme un refugio! — ordenó la suma sacerdotisa . — Nos detendremos aquí esta noche, y mañana, a la vista del Dios Llamante, La ofrecerá en sacrificio el corazón de este profanador del templo. ¿Dónde está el puñal sagrado? ¿Quién se lo ha cogido.

Mas ninguno lo había visto, y todos estaban unánimes en la seguridad de que el arma de los sacrificios no se hallaba encima de la persona de Tarzán cuando lo capturaron. El gigante blanco contempló a las amenazadoras criaturas que lo rodeaban y rugió en señal de reto. Luego miró a La y por sus labios vagó una sonrisa. En presencia de la muerte se sentía impertérrito.

—¿Dónde está el puñal? — le preguntó La.

—No lo sé, — replicó el Tarmangani. — Se lo llevó el otro cuando se me escabulló durante la noche. Ya que tanto afán tienes para recuperarlo yo buscaría a ese hombre y se lo arrancaría para devolvértelo, si no me tuvieseis prisionero; mas ahora que voy a morir no lo puedo recobrar. Pero, ¿de qué te serviría el puñal? Bien puedes hacer otro. ¿No habéis seguido todo el camino nada más que por él? Déjame que vaya a buscarlo y te lo traeré.

Lanzó la reina una amarga carcajada, por que en el fondo de su corazón sabía que el pecado de Tarzán era mucho mayor que el que suponía el robo del puñel de los sacrificios; y sin embargo, al mirar al Tarmangani atado inerte a sus pies, las lágrimas se agolparon a los ojos de la suma sacerdotisa, que hubo de volverse para ocultarlas; pero permaneció inflexible en su determinación de hacerde pagar en espantosos padecimientos y con la muerte al cabo de ellos, la audacia de haber desdeñado su amor.

Cuando el refugio estuvo terminado, La mandó que trasladaran a él a Tarzán.

—Lo torturaré toda la noche — dijo en voz baja a sus sacerdotes, — y con los primeros rayos de la aurora podéis preparar el altar sobre el cual se sacrificará su corazón al Dios Llameante. Coged leña bien cargada de resina y apiladla en la forma y el tamaño del altar en Opar, en el centro del calvero, para que el Dios Llameante pueda contemplar bien nuestra obra y quedar satisfecho.

Durante todo el día los sacerdotes de opar estuvieron ocupados erigiendo un altar en el sitio ordenado; y mientras trabajaban salmodíaban extraños himnos en la lengua del perdido continente que yace en el fondo del Atlántico. No sabían el significado de las palabras que proferían, pero repetían el ritual que se les había trasmitido del preceptor a neófito, desde aquel remotísimo día en que los antepasados del hombre de Pitdown vagaban aun por las húmedas selvas que en la actualidad constituyen Inglaterra.

Y en el cobijo de su cabaña, La paseaba de un lado a otro al lado de su estoico prisionero. Tarzán estaba resignado con su suerte. No brillaba la menor luz de socorro através del negro velo de la sentencia de muerte que pesaba sobre él. sabía que sus vigorosos músculos no eran capaz de romper las nudosas muñecas y sus tobillos, porque a menudo había pugnado ineficazmente por libertarse. No tenía la más remota esperanza de auxilio exterior, pues solo enemigos le rodeaban en el campamento. Y sin embargo, sonreía mientras La paseaba nerviosa de un lado a otro del refugio.

¿Y la suma sacerdotisa? Con el puñel en la mano contemplaba a su cautivo. No hacía más que mirarle y refunfuñar, pero sin herir.

Esta noche, esta noche, — pensaba —— Esta noche, cuando sea obscuro lo torturaré.

Almiraba aquel magnífico cuerpo y su hermoso y sonriente rostro, y en seguida tenía que acerar su propio corazón pensando en su amor menospreciado, y apelando a ideas religiosas que condenaban al infeliz profanador de los santuarios, que arrebató del ensangrentado altar a una víctima del Dios Llameante, y no una sola, sino tres veces. Tres veces había burlado Tarzán al dios de sus padres. Ante esta idea La se detuvo y se arrodilló a su lado. En la mano llevaba un agudo puñal. Colocó la punta sobre

el costado del Tarmangani y apretó el puño; pero Tarzán se limitó a sonreir y a encogerse de hombros.

¡Qué gallardo era aquel hombre! La se inclinó más sobre él, mirándole a los ojos. ¡Qué perfecta era su figura! Púsose a compararlo con los retorcidos y nudosos hombres entre los cuales tenía que escoger compañero, y se estremeció al pensarlo. Llegó la oscuridad del ocaso, y después la noche. Una gran hoguera ardía dentro de la pequeña boma de espinos que rodeaba el campamento. Las llamas jugaban sobre el nuevo altar erigido en el centro del calvero, despertando en la mente de la suma sacerdotisa del Dios Llameante una imagen del acontecimiento del día siguiente, al llegar la aurora. Vió aquella figura gigantesca y admirable retorciéndose entre las llamas de la abrasada pira. Se presentó aquellos labios sonrientes tostados y ennegrecidos, desprendiéndose de los fuertes y blancos dientes. Pensó que la mata de pelo negro que coronaba la bien formada cabeza de Tarzán desaparecería en un chisporroteo de llamas. Columbró estos y otros muchos cuadros espantosos mientras se hallaba con los ojos cerrados y crispados los puños sobre el objeto de su odio...

La oscuridad de la noche en la selva había caído sobre el campamento sin que la aliviaran más que los espasmódicos destellos del fuego que se mantenía para ahuyentar a los animales de presa. Tarzán yacía tranquilamente en sus ligaduras. Le atormentaba la sed y la presión cortante de las cuerdas apretadísimas en tobillos y muñecas; pero no se quejaba. Era Tarzán una fiera de la selva, con todo el estoicismo de la fiera y con toda la inteligencia del hombre. Sabía que su sentencia estaba dictada, y que no habría súplicas que valieran para atenuar la severidad de su fin, y por eso no desperdiciaba el aliento suplicando, sino que esperaba pacientemente con la firme convicción de que sus padecimientos no habían de ser eternos.

En la oscuridad se inclinó la reina sobre él. En la mano tenía el afilado puñal, y en la mente la resolución de iniciar sus torturas sin más demora. El arma estaba apretada contra el costado del prisionero, y el semblante de La pegado al suyo, cuando un repentino alegrón de las llamas al recibir nueva leña la hoguera vino a iluminar el interior del refugio. Muy cerca de sus labios vió La las perfectas facciones del dios de la selva, y en su corazón femenino sintió oleadas del inmenso amor que profesaba a Tarzán desde que lo vió por vez primera, y toda la acumulada pasión de los años que se había pasado soñando con aquél hombre.

Con la daga en la mano, la suma sacerdotisa se irguió sobre la desvalida figura que se había atrevido a violar el santuario de su deidad. No habría tortura para él; no habría más que la muerte instantánea. El profanador del templo no ofendería por más tiempo la vista del dios todopoderoso. Un solo golpe del arma, y después el cadáver a la pira de fuera. El brazo que sostenía el acero se levantó rígido para dar el golpe de gracia, y en el mismo momento. La, la mujer, se dejó caer desmayadamente sobre el cuerpo del hombre que amaba.

Pasó las manos en muda caricia por sus desnudos miembros; le tapó con su cuerpo, como para defenderle contra el tremebundo destino que ella misma había ordenado para él, y con temblorosos y lastimeros acentos le suplicó su amor. Durante horas el frenesí de la pasión estuvo enseñoreado de la ardiente virgen del Dios Llameante, hasta que al fin la asaltó el sueño y se quedó dormida al lado del hombre a quien había jurado atormentar y sacrificar sin piedad. Y Tarzán, sin que le perturbaran los pensamientos de lo futuro, durmió pacíficamente al lado de su enemiga.

Al asomar las primeras luces del alba la salmodia de los sacerdotes arrancó a Tarzán de su sueño. Iniciado en tono bajo y sordo, el cántico fué aumentando en volumen hasta el más terrible diapasón de una bárbara sed de sangre. La se estremeció. Su hermoso brazo acercó más a Tarzán contra su pecho; una sonrisa entreabrió sus labios, y cuando despertó, la sonrisa desapareció lentamente y sus ojos se desorbitaron de horror al comprender el terrible significado de aquel cántico de muerte.

—¡Amame, Tarzán — exclamó, — y te salvaré!

El Tarmangani sintió que le hacían daño las ligaduras, pues padecía los tormentos de una circulación largo tiempo restringida. Profiriendo un gruñido de cólera dió la vuelta y se puso de espaldas a La. ¡Aquella era su respuesta! La suma sacerdotisa se levantó de un salto. Un ardiente sonrojo de vergüenza tiñó sus mejillas, y en seguida se puso pálida como la muerte y se dirigió a la entrada de su refugio.

—¡Venid, sacerdotes del Dios Llameante! — exclamó. — ¡Venid y preparaos para el sacrificio!

Los retorcidos seres avanzaron y penetraron en el refugio. Asieron a Tarzán y lo sacaron de allí; y mientras seguían cantando llevaban el compás con los estrafalarios cuerpos, que se balanceaban de un lado a otro al ritmo de su cántico de sangre y de muerte. Detrás de ellos iba La, bamboleándose también, aunque no al unísono con la salmodia cadencia. Blanco y contraído estaba el semblante de la suma sacerdotisa; blanco y contraído por su desdeñado amor y por la pavorosa idea de los momentos que iban a llegar. Y sin embargo, La se mantenía firme en su resolución. ¡El infiel debía morir! El que había desdeñado su amor pagaría la pena de ello en el terrible altar. Vió La cómo depositaban el gallardo cuerpo sobre las ásperas ramas. Vió que el sumo sacerdote, aquel a quien tendría que unirse llevada de la costumbre — un ser inclinado, retorcido, nudoso, atontado, formidable, — se adelantaba con la antorcha encendida y se quedaba en pie esperando el mandato de ella para aplicar la llama a los haces que rodeaban la pira del sacrificio. Su semblante peludo y brutal se contraía en una mueca de deleite anticipado

que dejaba al eire su amarilla dentadura. Tenía puestas las manos en forma de copa para recibir la sangre vital de la víctima, el néctar rojo que en Opar habría llenado los vasos de oro de los sacrificios.

Acercóse La con el puñal levantado, el rostro vuelto hacia el sol naciente y una oración en los labios a la abrasadora divinidad de su pueblo. El sumo sacerdote le dirigió una mirada interrogadora, pues la antorcha se estaba quemando casi hasta su mano y los haces de leña se hallaban tentadoramente cerca. Tarzán cerró los ojos y esperó el final. Sabía que tenía que sufrir, pues recordaba débilmente quemaduras de otros tiempos. Bueno; sufriría y moriría; pero no pestañeó siquiera. La muerte no es una gran aventura para los nacidos en la selva, que de día en día van mano a mano con el ceñudo espectro y se tienden a su lado por la noche durante todos los años de su existencia. Es dudoso que el desmemoriado Tarzán pensara entonces en lo que viene después de la muerte. En realidad, cuando se acercaba su fin, tenía la mente ocupada pensando en las lindas piedras que había perdido; pero todas sus facultades estaban al propio tiempo observando lo que pasaba a su alrededor.

Sintió que La se inclinaba sobre él y abrió los ojos. Vió su pálido y contraído semblante, y observó que las lágrimas cegaban sus pupilas.

—Tarzán, Tarzán mío, — gimió, — dime que me amas que volverás a Opar conmigo, y vivirás. Yo te salvaré, aunque tenga que incurrir en las iras de mi pueblo. Te doy esta esperanza de salvarte. ¿Qué contestas?

En el último momento la mujer triunfaba sobre la suma sacerdotisa de un culto cruel y sanguinario. Veía en el altar a la única criatura que había despertado las llamas del amor en su pecho virginal; veía al fanático de bestiales facciones que un día sería su compañero, como no encontrara otro menos repulsivo, y que a la sazón empuñaba la ardiente antorcha, pronto a prender fuego a la pira; y sin embargo, llevada por su enloquecido amor al Tarmangani, estaba dispuesta a dar la orden de aplicar la llama si no era satisfactoria la respuesta final de Tarzán. Con el seno palpitante se acercó más todavía a su víctima.

—¿Sí o no? — cuchicheó.

Por la selva, muy a lo lejos, se sintió débilmente un sonido que encendió súbita luz de esperanza en los ojos de Tarzán. Levantó éste la voz en un grito extraño que hizo retroceder a La uno o dos pasos. El impaciente sacerdote refunfuñaba, pasándose la antorcha de una mano a otra, y al propio tiempo acercándola más a la ramilla amontonada en la base de la pira.

—¡Responde! — insistió La. — ¿Qué contestas al amor de La, la reina de Opar?

Más cerca llegaba el sonido que había llamado la atención de Tarzán; tanto que también los otros lo oyeron. Era el estridente tropeteo de un elefante. Mientras La miraba con los ojos muy abiertos a la cara de Tarzán, para leer en ella su destino feliz o desastroso, vió que una expresión preocupada sombreaba las facciones del prisionero. Entonces, por primera vez, conjeturó lo que significaba el estridente grito de Tarzán... ¡Había llamado en su rescate a Tantor, el elefante! Las cejas de La se enarcaron en salvaje ceño.

—¡Rechazas a La! — exclamó. — ¡Entonces muere! ¡La antorcha! — ordenó, volviéndose hacia el sacerdote.

Tarzán le miró al rostro.

—Tantor viene — le dijo. — Yo pensaba que me rescataría; pero ahora conozco por su voz que me matará a mí, y a tí y a todos los que encuentre a su paso, rebuscando con la astucia de Sheeta la pantera a los que me quieran esconder; porque Tantor está loco con la locura del amor.

La conocía demasiado bien la insana ferocidad de un elefante en celo. Sabía que Tarzán no exageraba. El demonio que se albergaba en el astuto y cruel cerebro del colosal proboscídeo podría conducirlo de un lado a otro por la selva en busca de los que se libraran de su primer ataque; pero de igual manera podía el animal pasar de largo y no volver. No era fácil conjeturar cuál sería su conducta.

—Yo no puedo amarte, La — prosiguió Tarzán en voz baja.—No sé por qué, pues en realidad eres hermosísima. Yo no podría volver a vivir en Opar, yo, que tengo por morada toda la extensión de la selva. No, no puedo amarte, pero no te quiero ver morir bajo los terribles colmillos del enloquecido Tantor. Corta mis ligaduras antes que sea demasiado tarde. Ya Tantor está casi encima de nosotros. Córtalas, y aún podré salvarte.

Pequeña espiral de rizado humo se alzó de uno de los extremos de la pira, y las llamas comenzaron a lamer la leña, crepitando. La se mantenía como una hermosa estatua de la desesperación, contemplando a Tarzán y el fuego que se propagaba. Dentro de un intante llegarían a alcanzarle. En la enmarañada selva se sintió crujir de ramas rotas y de troncos desgajados. Tantor cargaba sobre ellos, como un Vichnú de la selva. Los sacerdotes, que se iban mostrando inquietos, arrojaron miradas despavoridas hacia el sitio por donde se acercaba Tantor, y después clavaron los ojos en La.

—¡Huid! — les ordenó ésta. Y al instante se inclinó y cortó las cuerdas que ataban los pies y las manos de su prisionero. En un instante Tarzán estuvo en el suelo. Los sacerdotes exhalaron a voces su rabia y su desencanto, y el de la antorcha dió un paso amenazador hacia La y el Tarmangani.

—¡Traidora! — gritó a la sacerdotisa. — ¡Esto te costará la vida!

Y levantando el garrote se precipitó sobre La; pero Tarzán se hallaba ya delante de ella. Lanzándose de un brinco, asió la enarbolada arma y la arrancó de manos de aquel fanático furioso; y entonces el sacerdote se abalanzó sobre él con los dientes y las uñas. Agarrando el nudoso y rechoncho cuerpo con ambos brazos, Tarzán levantó al

agresor a mucha altura sobre su cabeza, y lo arrojó contra sus compañeros, que estaban ya reunidos para saltar sobre su ex cautivo. La, con el puñal levantado, se mantenía orgullosamente detrás del Tarmangani. Ni el más débil signo de temor se dibujaba en su hermosa frente. Sólo se leía en sus facciones el desprecio a sus sacerdotes y la admiración al hombre a quien amaba tan sin esperanza.

De pronto apareció en la escena el enloquecido macho, un colosal paquidermo, con los ojuelos inflamados de vesánica furia. Los sacerdotes se quedaron un instante paralizados de terror; pero Tarzán se volvió, y cogiendo a La en brazos se lanzó al árbol más próximo. Tantor se precipitó contra él, trompeteando pavorosamente. La, agarrada con ambas manos al cuello del gigante blanco, sintió que éste daba un salto en el aire, y se maravilló de su fuerza y agilidad, cuando, cargado con el peso de ella, se encaramó Tarzán sin esfuerzo aparente a las ramas más bajas de un árbol, y no tardó en subirla fuera del alcance de la sinuosa trompa del paquidermo.

Chasqueado allí momentáneamente, el colosal elefante dió media vuelta y cayó sobre los desdichados sacerdotes, que ya se habían desparramado en todas direcciones, dominados por el terror. Al más próximo lo traspasó con los colmillos y lo lanzó a las ramas de un árbol. A otro lo cogió en los lazos de su trompa y lo estrelló contra un grueso tronco, dejando caer la machucada pulpa para abalanzarse sobre otro, sin cesar en sus trompeteos. A dos los aplastó con las enormes patas, y para entonces los demás habían desaparecido ya en la selva. Tantor volvió de nuevo su atención a Tarzán, porque uno de los síntomas de la locura amorosa es una subversión de los afectos, gracias a la cual los objetos de más cariño se convierten en blanco de insano odio. En los no escritos anales de la selva figuraba como proverbial el afecto que unía al Tarmangani con la tribu de Tantor. Ningún elefante se atrevía a hacerle daño, pero asaltado por la locura del celo, el enorme macho trataba de destrozar a su compañero de juegos de tantos años.

Tantor, el elefante, se volvió al árbol en cuya copa se habían refugiado Tarzán y La. Se apoyó en el tronco con las patas traseras y llegó con la larga trompa lo más alto que podía; pero Tarzán lo tenía previsto, y ya había trepado fuera del mayor alcance del enfurecido macho. El fracaso de su intento no condujo más que a aumentar el volcán de la cólera de Tantor, que comenzó a rugir, trompetear y gruñir, hasta que se estremeció la tierra ante el estruendo de sus desahogos. Apoyó la cabeza contra el árbol, apretó fuerte, y el tronco se arqueó al empuje de su poderoso vigor, pero se mantuvo firme.

Las acciones de Tarzán eran en extremo singulares. Si Numa, Sabor, Sheeta, o cualquier otra fiera de la selva hubiera tratado de materle, el Tarmangani habría dado saltos en torno, lanzando proyectiles e invectivas a su agresor. Le habría insultado y molestado todo lo posible, deleitándose en aquella trapatiesta silvestre que tan conocida le era; mas ahora permanecía silencioso fuera del alcance de Tantor, y en su hermoso semblante se leía una expresión de honda pena y lástima, porque de todos los seres de la selva era Tantor a quien más quería Tarzán. Aunque hubiera podido matarlo, no se le habría ocurrido hacerlo. Su única idea era escapar, porque sabía que, al pasársele el celo, Tantor recobraría el juicio, y que una vez más se podría tender cuan largo era sobre el poderoso lomo, para decir tonterías pegado a las enormes y movibles orejas.

Al ver que el árbol no se derrumbaba a su empuje, Tantor se sintió aún más rabioso. Levantó la vista a los dos seres que estaban a tanta altura sobre él, y los miró con los enrojecidos ojuelos centelleantes de loco aborrecimiento. Luego rodeó con la trompa el tronco del árbol, ensanchó las enormes patas y tiró para arrancar de raíz el gigante de la selva. Era Tantor un individuo colosal, un macho enorme en la flor de sus fuerzas descomunales. Estuvo estirando con todo su vigor, hasta que de pronto observó Tarzán, con gran consternación, que el enorme árbol cedía lentamente por las raíces. El suelo se levantaba en pequeños montoncillos en torno de la base del tronco, y el gigante oscilaba... Un instante más y quedaría desarraigado y se derrumbaría.

El gigante blanco se echó a La a la espalda, y en el momento en que el árbol se inclinaba lentamente en su primer movimiento fuera de la vertical, antes que acabara de derrumbarse, Tarzán brincó a las ramas de un vecino más pequeño . Fué un salto largo y peligroso. La cerró los ojos y se estremeció; pero cuando lo volvió a abrir se encontró sana y salva, y observó que Tarzán se alejaba a toda prisa por la selva. Detrás de ellos el desarraigado árbol cayó pesadamente al suelo, arrastrando consigo a otros más pequeños. Y entonces Tantor, viendo que su presa se había ecapado, reanudó sus trompeteos y se lanzó a rápido andar por el rastro del Tarmangani.

CAPITULO XIV

MUJER Y SACERDOTISA

La cerró los ojos y se agarró a Tarzán llena de terror, aunque no profirió ningún grito; más pronto recobró el suficiente valor para mirar en torno, para dirigir su vista al suelo, y aun para conservar los ojos abiertos durante los largos y peligrosos saltos de árbol en árbol. No tardó en experimentar una sensación de seguridad absoluta, llevada de su confianza en aquel ser, perfecto físicamente, en cuyo fuerza, agilidad y valor se hallaba su destino. Una vez alzó los ojos al astro abrasador del día y musitó una oración de gracias a su dios pagano por no haber matado a aquel hombre semidivino; y al hacerlo sus largas pestañas se humedecieron de lágrimas. La, la reina de Opar, era una extraña anomalía viviente; una hija de las circunstancias, desgarrada por emociones

Ante el inminente peligro, Tarzán lanzó su venablo que fué a hundirse en el pecho del rinoceronte.

contradictorias; tan pronto la cruel y sanguinaria adoradora de un dios implacable, como una mujer amantísima, llena de compasión y de ternura; unas veces encarnación de los celos y la venganza, y otras una doncella llorosa, magnánima y perdonadora; al propio tiempo virgen y bruja, pero siempre... mujer. Tal era La...

Acercó la mejilla al hombro de Tarzán. Le amaba, de buena gana habría muerto por él, y hacía poco menos de una hora que se hallaba dispuesta a hundir un puñal en su corazón, y acaso volviera a desearlo en la hora siguiente.

Un desdichado sacerdote que buscaba refugio en la selva se puso por casualidad enfrente del enfurecido Tantor. El enorme paquidermo se volvió a un lado, cayó sobre el hombrecillo, lo barrió de un tropetazo, y en seguida, desviado de su camino, se alejó torpemente hacia el sur. A los pocos minutos hasta el ruido de sus tropetazos se perdió a lo lejos.

Tarzán se dejó caer al suelo, y La se escurrió de su espalda.

—Llama a tu gente y reúnela, — le dijo Tarzán.

—Me matarán — replicó la suma sacerdotisa.

—No te matará nadie mientras Tarzán esté contigo. Llámalos y hablaremos con ellos.

La alzó la voz en un llamamiento extraño que penetró hasta muy dentro de la selva en todas direcciones. De cerca y de lejos llegaron gritos de respuesta, con el acento de ladridos de los sacerdotes de Opar.

—¡Ya vamos! ¡Ya vamos!

Una y otra vez repitió La el llamamiento, hasta que, solitarios o por parejas, la mayor parte de sus secuaces se acercaron y se detuvieron a breve distancia de la suma sacerdotisa y de su salvador. Llegaban con el ceño enarcado y amenazador talante. Cuando todos estuvieron reunidos, Tarzán se dirigió a ellos.

—Vuestra La está salvada, — dijo. — Si me hubierais matado, a estas horas estaría ella muerta y muchos de vosotros también; pero ella me perdonó la vida para que yo pudiera salvarla. Volveos con ella a Opar, y Tarzán tornará a la selva por su camino. ¡Haya siempre paces entre La y Tarzán! ¿Qué contestáis?

Los sacerdotes rezongaron y movieron la cabeza. Pusiéronse a conferenciar, y La y Tarzán observaron que no se sentían favorablemente dispuestos hacia la proposición. No querían volverse a llevar a La, y en cambio deseaban completar el sacrificio de Tarzán al Dios Llameante. Por fin el Tarmangani dió muestra de impaciencia.

—¡Obedeced los mandatos de vuestra reina — dijo — y volveos a Opar con ella! De lo contrario, Tarzán llamará y congregará para mataros a todos los animales de la selva. La me salvó para que yo pudiera salvarla a ella y a vosotros. Vivo, os he servido mejor que muerto. Si no sois todos unos necios, me dejaréis seguir en paz mi camino y os volveréis a Opar con ella. No sé donde está el puñal sagrado, pero podéis muy bien hacer otro. Si yo no se lo hubiera quitado a La, me habríais matado; ahora vuestro dios debe estar contento de que lo cogiera, puesto que he salvado a su sacerdotisa de los ataques del enfurecido Tantor. ¿Queréis volveros a Opar con La, prometiéndome que no le haréis ningún daño?

Los sacerdotes se congregaron en un pequeño grupo, discutiendo y chillando. Dábanse golpes en el pecho con los puños; luego alzaban manos y ojos al Dios Llameante, sin cesar de gruñir y ladrar entre sí; por fin Tarzán vió claro que uno de ellos era el que ponía trabas a que se aceptara su proposición. Era el sumo sacerdote, cuyo corazón ardía en celosa rabia por haber confesado La abiertamente su amor al desconocido, cuando según la costumbre de su culto habría debido pertenecerle a él. Al parecer no se iba a llegar a la solución del problema, cuando se adelantó otro sacerdote y, alzando la mano se dirigió a La.

—Cadj, el sumo sacerdote — anunció, — querría sacrificaros a los dos al Dios Llameante; pero todos nosotros, con excepción de Cadj, estamos dispuesto a volver gustoso a Opar con nuestra reina.

—Sois muchos contra uno — contestó Tarzán. — ¿Por qué no se ha de hacer vuestra voluntad? Idos a Opar con La, y si Cadj se opone, matadlo.

Los sacerdotes oparianos acogieron esta propuesta con recios gritos de aprobación. Parecíales nada menos que una inspiración divina. La influencia de muchos siglos de obediencia ciega a los sumos sacerdotes no les había permitido jamás poner en tela de juicio la autoridad de aquél. Pero cuando se les hizo ver que podían obligarle a atenerse a la voluntad colectiva, se sintieron más felices que niños con zapatos nuevos.

Precipitáronse hacia adelante y se apoderaron de Cadj, al que hablaron junto al oído con voces recias y amenazadoras, mostrándole los garrotes y los cuchillos; hasta que por fin Cadj accedió a sus deseos, si bien de mala gana. Y entonces Tarzán se acercó a él, y le dijo:

—¡Sacerdote! La se vuelve al templo bajo la protección de sus vasallos, y con la amenaza de Tarzán de que morirá quien intente hacerle daño. Tarzán volverá a Opar antes de las próximas lluvias, y si a La le ha ocurrido algún mal, ¡ay de Cadj, el sumo sacerdote!

A regañadientes prometió Cadj no hacer daño a su reina.

—¡Protegedla vosotros! — gritó Tarzán a los demás oparianos. — Protegedla, para que cuando Tarzán vuelva a Opar encuentre allí a La para recibirle.

—La estará allí para recibirte — exclamó la suma sacerdotisa, — y La esperará, anhelante, siempre anhelante, a que tú vuelvas. ¡Oh, dime que volverás!

—¿Quién sabe? — contestó el gigante blanco al lanzarse rápidamente a los árboles, donde se encaminó en seguida hacia el este.

Un momento se quedó La mirándole; después dejó caer la cabeza, se escapó un suspiro de sus labios, y como una anciana reanudó el viaje hacia la distante ciudad de Opar.

Por los árboles corría Tarzán, que continuó su marcha hasta que la oscuridad de la noche cayó sobre la selva. Entonces se tendió a dormir, sin pensar en nada más allá del día de mañana, y hasta con la imagen de La convertida en una memoria borrosa en el fondo de su conciencia.

Unas cuantas jornadas al norte, lady Greystoke esperaba con ansia el día en que su poderoso señor y dueño descubriera el crimen de Achmte Zek y corriera a rescatarla y a vengarla; y mientras se representaba con la imaginación la llegada de John Clayton, el objeto de sus pensamientos se hallaba agachado, casi desnudo, junto a un tronco derribado, bajo el cual buscaba con afanosos dedos algún coleóptero y una lucida oruga.

Pasaron dos días del robo de las gemas antes que Tarzán les dedicara un pensamiento. De pronto, cuando por casualidad volvieron a su memoria, sintió el deseo de jugar

con ellas; y como no tenía nada mejor que satisfacer el primer antojo que se apoderaba de su espíritu, se levantó y se encaminó hacia la llanura, desde la selva en que había pasado todo el día anterior.

Aunque ninguna señal marcaba el sitio en que enterró las piedras preciosas, y aunque el paraje se parecía a todos los demás en una extensión no interrumpida de varias millas de longitud, donde los juncos terminaban a la orilla de la pradera, el Tarmangani se dirigió con inequívoca precisión al punto en que había escondido su tesoro.

Con el cuchillo de caza revolvió la suelta tierra bajo la cual tenía que estar la bolsa; mas aunque excavó bastante más abajo que el hoyo primitivo, no vió la menor señal de bolsa ni de piedras. Tarzán enarcó el entrecejo cuando descubrió que le habían despojado de su tesoro. Poco razonar se necesitaba para convencerle de quién había sido el culpable; y con la misma celeridad que había marcado su resolución de desenterrar las gemas partió siguiendo las huellas del ladrón.

Aunque el rastro tenía ya dos días de fecha, y prácticamente estaba borrado en muchos sitios, Tarzán lo siguió con facilidad relativa. Un hombre blanco no habría podido avanzar ni veinte pasos al cabo de doce horas, y un negro lo habría perdido a la primera milla, pero Tarzán se había visto obligado en su infancia a desarrollar sentidos que un mortal ordinario apenas emplea nunca.

Nosotros notamos el olor a ajos o a whisky en el aliento de un individuo que tengamos muy cerca, o el perfume barato que emana de la hermosa dama que se nos sienta delante en el tranvía, y entonces deploramos tener tan sensible el olfato; pero en realidad nosotros no olemos; nuestros órganos olfatorios están prácticamente atrofiados, en comparación con el desarrollo de ese sentido en los animales de la espesura.

Donde se planta un pie, subsiste un efluvio durante considerable tiempo. Ese efluvio queda fuera del alcance de nuestra sensibilidad; mas para un ser de las especies más bajas, especialmente para los cazadores y los cazados, es más interesante, y a menudo más claro que para nosotros la página de un libro.

Pero no contaba Tarzán solamente con su sentido del olfato. La vista y el oído habían llegado en él a un maravilloso grado de desarrollo, gracias a las necesidades de su primitiva vida, donde la misma supervivencia dependía casi a diario del ejercicio de la más perspicaz vigilancia y del constante uso de todas las facultades.

De suerte que siguió el viejo rastro del belga por el bosque y en dirección al Norte, aunque dada la fecha de aquél, se veía obligado a avanzar con muy poca ligereza. El ladrón a quien seguía le llevaba dos días de delantera cuando Tarzán emprendió su persecución, y cada día iba ganándole terreno. Pero el Tarmangani no sentía duda ninguna con respecto al resultado. Algún día alcanzaría a su presa y podía tomar las cosas con calma hasta que ese día llegara. Pertinazmente seguía el débil rastro, deteniéndose de día sólo para matar y comer, y de noche sólo para dormir y descansar.

En ocasiones adelantaba a algunas partidas de guerreros salvajes; pero las dejaba tranquilas, porque había salido de caza con un propósito que no le consentía distraerse con los accidentes de menor importancia.

Aquellas partidas eran las hordas de waziris y aliados que se congregaban, llamados por Basuli, el cual había desparramado a sus emisarios en todas las direcciones a tal objeto. Marchaban a un lugar común de cita, en preparación para un asalto a la fortaleza de Achmet Zek; pero Tarzán los consideraba enemigos, pues no tenía memoria de ninguna amistad con negros.

Era de noche cuando se detuvo el Tarmangani fuera de la empalizada que ceñía la aldea del bandolero árabe. Encaramado en las ramas de un árbol estuvo contemplando la vida que se agitaba en el recinto. A aquel sitio le había conducido el rastro de Werper. Su presa debía de estar dentro, pero ¿cómo encontraría entre tantas chozas? Tarzán, aunque conocía muy bien sus poderosas facultades, comprendía también sus limitaciones. Sabía que no podía luchar ventajosamente contra un gran número en batalla campal. Tenía que recurrir a la astucia y al engaño de los animales feroces, si quería obtener buenos resultados.

Sentado en su árbol, y chupando un hueso de la pata de Horta, el jabalí, Tarzán esperó una coyuntura favorable para entrar en la aldea. Un rato estuvo royendo los prominentes y rendondos extremos del enorme hueso, y triturándolos entre las fuertes mandíbulas, para chupar su delicioso tuétano; pero sin cesar echaba repetidas miradas a la aldea. Vió en ella figuras vestidas de blanco y otras de negros medio desnudos; pero ni una sola vez divisó a nadie que se pareciera al ladrón de sus piedras preciosas.

Con toda paciencia esperó a que las calles estuvieran desiertas de gente, con excepción de los centinelas de las puertas; y al fin se dejó caer ligeramente al suelo, dió la vuelta hasta el lado opuesto de la aldea y se acercó a la empalizada.

Llevaba pendiente del costado una larga correa de cuero crudo, evolución natural y más de fiar que la cuerda de hierbas de su juventud. Desatóla, extendió el nudo corredizo en el suelo, detrás de sí, y con rápido movimiento de la muñeca lanzó las espirales de la cuerda sobre uno de los aguzados picos que sobresalían de la empalizada.

Después de apretar el nudo, probó la solidez de su amarradero. Convencido de ella, trepó ágilmente por la pared vertical, ayudado por la cuerda que agarraba con ambas manos. Una vez en lo alto sólo necesitó un momento para recoger de nuevo la pendiente correa, sujetársela a la cintura, lanzar una mirada rápida al interior de la empalizada, y dejarse caer al suelo, convencido de que no había nadie al acecho inmediatamente debajo de él.

Ya se hallaba en el interior de la aldea. Ante él se extendía una serie de tiendas y de chozas indígenas. La labor de explorar cada una de ellas estaría preñada de peligros; pero el peligro no era más que un factor na-

tural de la vida cotidiana, y no preocupaba a Tarzán. En cambio le atraían las posibilidades, los riesgos de vida o muerte, al ponar su pujanza y sus facultades frente a frente de un antagonista digno.

No era necesario que entrara en cada vivienda, pues por la puerta, por una ventana o por cualquier rendija, la naríz le diría si su presa estaba o no dentro de ella. Algún rató pasó rápidamente de desengaño en desengaño. No se percibía el menor rastro del belga. Por fin llegó a una tienda en que subsistía el fuerte olor del ladrón. Tarzán prestó el oído, con la cabeza pegada a la lona de la tienda, pero no sintió el menor ruido en el interior.

Por fin cortó una de las cuerdas que sujetaban la tienda, levantó el fondo de la lona e introdujo la cabeza en el recinto. Todo estaba tranquilo y oscuro. Tarzán se arrastró cautelosamente al interior; el olor del belga era fuerte, pero no era el olor de un ser presente. Aun antes de haber examinado minuciosamente el interior, Tarzán sabía que no había nadie.

En un rincón encontró un montón de mantas y ropas esparcidas; pero no halló el menor rastro de sus lindos guijarrillos. Un cuidadoso examen del resto de la tienda no le reveló nada más, o por lo menos nada que indicase la presencia de las gemas; pero en el lado en que yacían las mantas y las prendas, descubrió que la pared de la tienda estaba suelta junto al suelo, y no tardó en percibir que el belga se había escapado recientemente por aquella abertura.

Sin perder momento siguió Tarzán el camino que había tomado su presa. El rastro le guiaba siempre en la sombra y por la espalda de las chozas y tiendas de la aldea. Era claro que el belga se había alejado solo y secretamente. Sin duda temía a los habitantes de la aldea, o la misión que le impulsaba era de tal naturaleza que el ladrón no se arriesgaba a que lo descubrieran.

A espaldas de una choza indígena el olor del rastro le condujo a un agujero hecho recientemente en la pared de ramaje, y al oscuro interior de la vivienda. Tarzán, intrépido, siguió el rastro, y a gatas se arrastró por aquella brecha. Dentro de la choza asaltaron su olfato muchos olores; pero claro y distinto entre ellos había uno que despertó a medias una memoria latente de lo pasado; era el olor débil y delicado de una mujer. Al percibirlo surgió en Tarzán una extraña desazón, resultado de un instinto irresistible que su cerebro no podía comprender.

En la misma choza se percibía además el rastro de Werper; y cuando los dos asaltaron el olfato del gigante blanco, mezclados uno con otro, ardió súbitamente un furor de celos en su interior, aunque su memoria no le presentaba en el espejo del recuerdo la imagen de la mujer a quien iba unido su deseo.

Lo mismo que la tienda que había examinado, la choza aquella estaba vacía; y después de convencerse de que la bolsa robada no se escondía en ninguna parte del interior, salió Tarzán lo mismo que había entrado, por la brecha de la pared trasera. Allí buscó de nuevo el olor del belga, lo siguió por el calvero y la empalizada, y en pos de él se lanzó a la oscuridad de la selva.

CAPITULO X.

LA FUGA DE WERPER

Una vez que el ex teniente belga tuvo arreglado el pelele en su cama, y se escabulió en la oscuridad de la aldea tras la pared trasera de su tienda, se llegó en derechura a la choza en que tenían cautiva a Jane Clayton.

Ante la puerta estaba en cuclillas un centinela negro. Werper se acercó a él con toda osadía, le dijo unas cuantas palabras al oído, le alargó una cajetilla de tabaco, y penetró en la choza. El negro hizo una mueca sonriente y guiñó un ojo cuando el europeo desapareció en las sombras del interior.

El belga, que era uno de los principales lugartenientes de Achmet Zek, podía con toda naturalidad ir dondé quisiera, dentro o fuera de la aldea indígena; por esta razón el centinela no tuvo que poner en duda ni discutir su derecho a entrar en la tienda en que se hallaba la prisionera blanca. Una vez dentro, Werper dijo en francés y en apagado murmullo:

—¡Lady Greystoke...! Soy yo, monsieur Frecoult. ¿Dónde está usted?

Pero no recibió respuesta. Presurosamente recorrió el belga el interior de la tienda, buscando en la oscuridad con las manos extendidas. ¡Dentro no había nadie!

El asombro de Werper era mayor del que puede expresarse con palabras. Estaba a dos dedos de salir para interrogar al centinela, cuando sus ojos, que se iban acostumbrando ya a la oscuridad, descubrieron una mancha menos negra cerca de la base de la pared trasera de la tienda. Al examinar aquello vió que la mancha era una abertura hecha en la tela, lo bastante grande para permitir el paso de su cuerpo: y seguro de que lady Greystoke se había escapado por aquel sitio en su tentativa de huir de la aldea, se valió él también de aquella salida sin perder tiempo; pero tampoco lo perdió en una busca infructuosa' de Jane Clayton.

Su propia vida dependía de las probabilidades de eludir o dejar atrás a Achmet Zek, cuando el bribón descubriera su escapatoria. Su plan primitivo abarcaba la intervención en la fuga de lady Greystoke; por dos razones poderosos y suficientes. La primera era que salvándola se granjearía la gratitud del inglés, con lo cual aminoraría las probabilidades de la extradición caso de que se llegara a conocer su personalidad y se le pidiera cuenta del crimen cometido contra su superior jerárquico.

La segunda razón estaba basada en el hecho de que no se le abría más que un camino seguro de fugarse. No podía dirigirse hacia el Oeste, por causa de las posesiones belgas situadas entre él y el Atlántico. El Sur le estaba prohibido por la temida presencia del salvaje Tarmangani, a quien había robado. Al Norte se hallaban los amigos y los aliados de Achmet Zek. Sólo hacia Oriente, al través del Africa oriental británica, existía una esperanza razonable de libertad.

Acompañado por una inglesa noble a quien habría salvado de un destino horrible, y certificada por ella su personalidad como la de un francés llamado Frecoult, el belga esperaba, y no sin razón, conseguir el activo auxilio de los ingleses en el momento en que se pusiera en contacto con su primer puesto avanzado.

Mas una vez que lady Greystoke había desaparecido, aunque todavía pensaba Werper en el Este como su única esperanza, las probabilidades de salir con bien disminuían, y otro intento subsidiario fracasaba por completo. Desde que vió por primera vez a Jane Clayton, alimentaba en su pecho una secreta pasión por la hermosa cónyuge americana del noble inglés; y cuando el descubrimiento de las piedras preciosas por Achmet Zek lo impuso la fuga, el belga había soñado, al trazar sus planes, con un porvenir en el que podría convencer a lady Greystoke de que su marido había muerto, y valerse de su gratitud para conquistarla.

En la parte de la aldea más distante de las puertas, descubrió Werper que dos o tres maderos largos, cogidos de un montón cercano reunido allí para la construcción de chozas, estaban apoyados contra la cima de la empalizada, formando un medio de huída precario, pero no imposible.

Acertadamente infirió de esto que lady Greystoke, se había servido de aquel medio para escalar la tapia, y sin perder momento la siguió por el mismo sitio. Una vez en la selva se encaminó en derechura a oriente.

A una cuantas millas al Sur de él, Jane Clayton se hallaba tendida, jadeante y sudorosa, en las ramas de un árbol en el cual se había refugiado de una leona hambrienta que merodeaba por la selva.

Su fuga de la aldea fué mucho más fácil de lo que ella tenía previsto. El cuchillo de que se valió para abrirse camino por el muro de ramas de la choza lo había encontrado la dama clavado en la pared de su prisión, donde indudablemente lo dejó por casualidad olvidado algún inquilino anterior al salir del recinto.

El cruzar hasta la parte posterior de la aldea, manteniéndose siempre en las sombras más densas, fué cuestión de pocos momentos; y la afortunada casualidad de descubrir los maderos tan cerca de la empalizada le resolvieron el problema de franquear la elevada valla.

Una hora estuvo Jane siguiendo hacia el Sur el viejo rastro de caza hasta que a sus adiestrados oídos llegaron las cautelosas pisadas de una fiera merodeadora a su espalda. El árbol más próximo le deparó un refugio instantáneo, porque la dama era demasiado conocedora de lo que ocurría en la selva para poner en peligro un instante su seguridad, después de descubrir que la seguían.

Werper, con mejor resultado, siguió avanzando lentamente hasta llegar a la aurora, y entonces observó con pena que le seguía un árabe montado. Era uno de los secuaces de Achmet Zek, muchos de los cuales se habían desparramado en todas direcciones por la selva, buscando al fugitivo.

La escapatoria de Jane Clayton no se había descubierto aún cuando Achmet Zek y sus parciales partieron en busca de Werper. El único hombre que había visto al belga después de salir de la tienda era el centinela negro apostado ante la puerta de la prisión de lady Greystoke; y a aquél le hizo callar el hallazgo del cadáver del hombre que le había relevado, el centinela a quien Mugambi despachó para el otro mundo.

El sobornado coligió, como es natural, que Werper había matado a su compañero, y no se atrevió a confesar que le permitió entrar en la choza, temeroso de la cólera de Achmet Zek. Y así, habiendo querido la casualidad que fuera precisamente el que descubrió el cadáver del centinela, cuando se dió la voz de alarma después de convencerse Achmet Zek de que Werper le había vencido en astucia, el marrullero negro arrastró al muerto a una tienda cercana, y se puso él en su lugar ante la puerta de la choza en cuyo interior aún creía que se hallaba la cautiva.

Al distinguir al jinete árabe muy cerca de él, el belga se ocultó en el follaje de unas frondosas malezas. Allí el sendero era recto en considerable distancia, y por la sombría nave del bosque, bajo las salientes y colgantes ramas de los árboles, se acercaba la blanca figura del jinete.

Este llegaba cada vez más cerca. Werper se agazapó cerca del suelo entre las hojas de su escondite. Al otro lado del sendero se movió una enredadera, y los ojos del belga se clavaron al instantes en aquel sitio. No había viento que pudiera estremecer el follaje en lo hondo de la selva. La enredadera se movió otra vez. Al juicio del fugitivo, sólo la presencia de una fuerza siniestra y maléfica podía explicar el fenómeno.

Los ojos del ex teniente perforaban con insistencia la pantalla de hojas del lado opuesto del sendero. Gradualmente una cosa tomó forma detrás de ellas; una figura parda, terrible y pavorosa, con ojos amarilloverdosos que desde el otro lado de la estrecha senda se clavaban en los suyos de un modo que infundía espanto.

Werper sintió deseos de gritar su pavura, mas por el sendero llegaba el mensajero de otra muerte, igualmente cierta y no menos horrible. El belga se quedó paralizado por el terror. El árabe se acercaba. Al otro lado del sendero, frente a Werper, el león se agachaba para dar el salto cuando súbitamente le llamó la atención el jinete.

El belga vió la enorme cabeza que se volvía hacia el bandolero, y su corazón casi cesó de latir mientras esperaba el resultado de aquella interrupción. El jinete se acercaba al paso. ¿Se espantaría el nervioso animal que montaba al sentir el olor del carnívoro, y apretando a galopar, dejaría aún a Werper a merced del rey de los animales?

Pero el caballo parecía no haberse dado cuenta de la presencia del gran felino. Siguió avanzando con el cuello arqueado, y tascando el bocado entre los dientes. El belga dirigió de nuevo los ojos hacia el león, cuya atención parecía concentrada ya únicamente en el jinete. Este y su montura se hallaban enfrente de Numa, y la fiera seguía sin saltar. ¿Estará esperando sencillamente que pasaran, para volver a dirigir la atención a su presa primitiva? Werper se estremeció y se levantó a medias. En el mismo instante el león saltó de su escondite y cayó de lleno so

bre el jinete árabe. El caballo, profiriendo un estridente relincho de terror, se tumbó de costado casi encima del belga; el felino arrancó al indefenso árabe de su silla, y el animal se levantó de un salto y se volvió al sendero, donde comenzó a galopar hacia poniente.

Pero no huía solo. Cuando el asustado caballo cayó cerca de él, como un rayo observó Werper la vacía silla y se hizo cargo de la oportunidad que le deparaba. Apenas el león había arrastrado al árabe a un lado, cuando el belga, agarrando el arzón y la crin del solípedo, saltó a lomos de éste.

Media hora más tarde un gigante desnudo, que se lanzaba con toda soltura por las ramas inferiores de los árboles, se detuvo, y con la cabeza alta y ensanchada la nariz aspiró el aire de la mañana. El olor de la sangre llegó claramente a su olfato, y mezclado con él llegó también el de Numa, el león. El gigante echó la cabeza a un lado y prestó el oído.

A corta distancia sendero arriba sintió los inconfundibles ruidos de un león que comía con avidez. El crujir de huesos triturados, el tragar de bocados enormes, los gruñidos de satisfacción, todo atestiguaba la proximidad del rey a su mesa.

Tarzán se acercó a aquel lugar, sin descender de las ramas de los árboles. No hizo la menor tentativa por ocultar su presencia, y pronto se dió cuenta de que Numa le oía, a juzgar por el ominoso rugido de advertencia que brotó de una mata de arbustos junto al sendero.

Deteniéndose en una rama baja encima del felino, Tarzán contempló la espeluznante escena de abajo. ¿Podía aquel objeto incognoscible ser el ladrón que él estaba persiguiendo? El Tarmangani se sintió perplejo. En algunas ocasiones había bajado al camino, por la evidencia del olfato había confirmado su juicio de que el belga seguía aquel sendero de caza hacia el Este.

Poco más allá del león y de su banquete, bajó de nuevo y examinó el terreno con la nariz. Allí no se percibía rastro del hombre que iba siguiendo. Tarzán se volvió al árbol, y con perspicaces ojos escrutó el suelo en torno del mutilado cuerpo, en busca de la bolsa de lindas piedrecillas; pero no pudo ver ni rastro de ellas.

Llamó la atención de Numa y trató de alejarlo de allí, pero no vió recompensados sus esfuerzos más que por rugidos de cólera. Quebró unas cuantas ramas del árbol y las tiró contra su antiguo enemigo. Numa levantó la vista con los colmillos al aire en espantosa mueca, pero no se levantó del lado de su víctima.

Entonces Tarzán puso una flecha a su arco, y echando la cuerda muy atrás la disparó con toda la fuerza de la tenaz manera que él sólo podía arquear. Cuando la flecha se hundió en su costado, Numa dió un salto, profiriendo un rugido que tenía tanto de rabia como de dolor. En vano se arrojó hacia el gigante blanco, tiró del saliente extremo del dardo, y dió unos cuantos paseos debajo de su agresor. Tarzán tomó otra flecha, y entonces el proyectil, apuntado con todo esmero, se clavó en el espinazo de la fiera. Numa se detuvo en sus paseos, y cayó torpemente de cabeza, paralizado.

Tarzán se dejó caer al sendero, corrió al lado del rey de la selva, y le hincó el venablo en el feroz corazón; luego, recobradas sus flechas, dedicó su atención a los mutilados restos de la víctima de Numa, que se hallaban en los arbustos cercanos.

La cara había desaparecido. Las prendas del muerto no le inspiraron dudas en cuanto a la personalidad del cadáver, puesto que había seguido al ladrón hasta el campamento de los árabes, donde podía fácilmente haberse hecho aquel atavío. Tan seguro estaba Tarzán de que el cuerpo era el de la persona que le había robado, que no hizo el menor esfuerzo por comprobar sus deducciones con el testimonio del olfato, entre los olores mezclados del gran carnívoro y de la fresca carne de su víctima. Se limitó a buscar la bolsa, pero ni en el cadáver ni en sus alrededores se veía la menor señal del perdido objeto ni de su contenido. El Tarmangani estaba desilusionado, acaso no tanto por la pérdida de las piedrecillas de colores como con Numa por haberle robado el placer de la venganza.

Preguntándose que habría sido de la bolsa, Tarzán se volvió lentamente por un sendero en la misma dirección que antes. En su mente revolvía el plan de entrar en el campamento del árabe y registrarlo una vez que la oscuridad hubiera llegado. Lanzándose a los árboles se encaminó hacia el Sur en busca de una presa para satisfacer el hambre antes del mediodía y tenderse luego en cualquier alejado lugar del campamento, donde podría dormir sin que lo descubrieran hasta que llegara la hora de poner por obra su designio.

Apenas había dejado la tierra cuando un gigantesco guerrero negro, que avanzaba al trote, pasó hacia el Este. Era Mugambi, que buscaba a su señora. Continuó el indígena por el sendero, y se detuvo a examinar el cuerpo del león muerto. Cruzó por sus facciones una expresión de perplejidad cuando se inclinó a mirar las heridas que determinaron la muerte del señor de la selva. Tarzán se había llevado sus flechas, pero para Mugambi la forma de la muerte era tan clara como si los ligeros proyectiles y el venablo asomaran aún del cadáver.

El negro miró cautelosamente en torno. El cuerpo estaba todavía caliente, de lo cual deducía Mugambi que el matador se hallaba aún cerca; y sin embargo, no aparecía rastro de alma viviente. Mugambi meneó la cabeza y prosiguió su ruta por el sendero, pero con redobladas precauciones.

Todo el día estuvo andando, deteniéndose en ocasiones para proferir la sola palabra "¡lady!", con la esperanza de que la dama le oyera y contestase; mas al final su leal abnegación le condujo al desastre.

Durante varios meses, desde el Noreste, Abdul Mourak, al mando de un destacamento de soldados abisinios, estaba buscando asiduamente al bandolero árabe, Achmet Zek, quien medio año antes había ofendido a la majestad del emperador Abdul Mourak, dirigiendo una incursión en busca de esclavos que atravesó las fronteras del reino de Menelik.

Y aconteció que a la sazón Abdul Mourak

se detuvo, para un breve descanso de mediodía en el mismo sendero que Werper y Mugambi seguían hacia el Este.

Poco rato después de haber desmontado los soldados, el belga, que no se percató de su presencia, condujo a su fatigada cabalgadura casi al centro del grupo que formaban, antes de descubrirlos. Al punto se vió rodeado y le dirigieron una granizada de preguntas, mientras le hacían bajar de su caballo y lo conducían a la presencia del comandante.

Volviendo a recobrar su personalidad europea, Werper aseguró a Abdul Mourak que era francés, y que estaba cazando en Africa, y que le habían atacado unos desconocidos, matando o poniendo en fuga a sus "safaris"; añadió que él debía su salvación a un verdadero milagro.

Por una frase casual del abisinio, Werper descubrió el objeto de su expedición, y cuando comprendió que aquellos hombres eran enemigos de Achmet Zek, cobró ánimos, y al instante echó al árabe la culpa de su predicamento.

Mas por si acaso volvía a caer en manos del bandolero, trató de disuadir a Abdul Mourak de la idea de seguir persiguiendo a Achmet Zek, asegurando al abisinio que éste mandaba una hueste numerosa y terrible, y que se dirigía rápidamente hacia el Sur.

Convencido de que le costaría mucho tiempo alcanzar al bandolero, y de que las probabilidades del encuentro hacían muy discutible su resultado, Mourak, aunque a regañadientes, abandonó su plan y dió las órdenes necesarias para que acamparan sus fuerzas en aquel mismo lugar, como preparación para emprender el regreso hacia Abisinia a la mañana siguiente.

Era ya muy tarde cuando a los del campamento les llamó la atención, por el Oeste, una voz poderosa que pronunciaba a gritos una sola palabra, repetida varias veces: "¡lady! ¡lady! ¡lady!"

Fieles a sus instintos de precaución, algunos abisinios, mandados por Adbul Mourak, avanzaron furtivamente por la selva en dirección al que profería aquel llamamiento.

Media hora más tarde volvían arrastrando con ellos a Mugambi. La primera persona a quien vieron los ojos del enorme negro, cuando lo llevaron a la presencia del oficial abisinio, fué monsieur Jules Frecoult, el francés que había sido huésped de su amo, y a quien vió últimamente entrando en la aldea de Achmet Zek, en circunstancias tales que revelaban su familiaridad y su amistad con los bandoleros.

Entre el francés y los desastres que habían caído sobre su amo y la casa de lord Greystoke, veía Mugambi una siniestra relación, y esto le hizo abstenerse de recordar a Werper su personalidad, que el belga evidentemente no había rconocido.

Alegando que era un pobre cazador de una tribu de más al Sur, Mugambi rogó que le permitieran seguir su camino; pero Adbul Mourak, maravillado del espléndido continente del negro, decidió llevárselo consigo a Adis Abeba, para regalárselo a Menelik. Pocos momentos más tarde Mugambi y Werper se vieron despedidos de su presencia con la debida custodia, y entonces se dió cuenta el belga, por primera vez, de que él también era más prisionero que huésped. Protestó en vano contra semejante trato, hasta que un soldado le pegó en la boca y le amenazó con matarlo de un tiro si no se callaba de una vez.

Mugambi tomó menos a pechos el asunto, porque no le cabía la menor duda de que durante el viaje se le presentarían infinidad de ocasiones de burlar la vigilancia de sus guardias y de fugarse. Con esta idea siempre en el pensamiento, el negro procuró captarse la buena opinión de los abisinios haciéndoles muchas preguntas acerca de su emperador y de su nación, y mostrando crecientes desos de llegar a su destino, para gozar de todas las cosas buenas que, según le decían, contenía la ciudad de Adis Abeba. De esta manera desarmó sus sospechas, y cada día observó que se relajaba un poco más la vigilancia a que lo tenían sometido.

Aprovechándose de la circunstancia de que él y Werper estaban casi siempre juntos, Mugambi trató de enterarse de lo que supiera el otro acerca del paradero de Tarzán, o de quién era el causante del asalto al "bungalow", así como del destino de lady Greystoke; pero como su información tenía que limitarse a lo que la conversación diera de sí, pues no se atrevía Mugambi a revelar a Werper su verdadera personalidad; y como el ex teniente belga estaba igualmente ansioso de ocultar al mundo la parte que había tomado en la destrucción de la casa y la dicha de su huésped, el negro no consiguió enterarse de nada, por lo menos por aquel conducto.

Mas vino un momento en que por casualidad averiguó una cosa sorprendente en extremo.

La partida había acampado, a prima tarde de un día bochornoso en las márgenes de una clara y hermosa corriente. El fondo del río era arenoso, y como no se veía la menor señal de cocodrilos, — esas continuas amenazas a los que se bañan en los ríos de ciertas partes del continente negro, — los abisinios aprovecharon la ocasión para realizar unas abluciones largo tiempo aplazadas y que necesitaban tanto como el comer.

Cuando Werper, a quien, como a Mugambi, se le había dado permiso para lanzarse al agua, se estaba desnudando, el negro observó el cuidado con que desataba algo que ceñía a su cintura, y que se quitó al mismo tiempo que la camisa, sin soltar ésta de la mano y ocultando bien el objeto de sus recelosas solicitudes.

Este mismo cuidado fué lo que llamó la atención del negro hacia aquel objeto, y despertó la natural curiosidad en el espíritu del guerrero; y así fué que cuando el belga, por la nerviosidad de las precauciones excesivas, soltó el oculto artículo y lo dejó caer Mugambi lo vió al dar en el suelo, derramando una parte de su contenido sobre la hierba.

Mugambi había estado en Londres con su amo, y no era el salvaje mondo y lirondo que parecía revelar su atavío. Se había puesto en contacto con las hordas cosmopolitas de la ciudad más grande del mundo: había

visitado museos e inspeccionado escaparates; y además de todo esto, se trataba de un hombre astuto e inteligente.

En el instante en que las gemas de Opar rodaron centelleando ante sus asombrados ojos, conoció lo que efectivamente eran; pero conoció también otra cosa, que le interesó mucho más profundamente que el valor de las piedras preciosas. Mil veces había visto la bolsa de cuero que colgaba de la cintura de su amo, cuando Tarzán, llevado por su espíritu de aventuras, sentía el antojo de volver por unas cuantas horas a las costumbres primitivas de su infancia, y rodeado por sus guerreros desnudos daba caza al león y al leopardo, al búfalo y al elefante de la manera que más le agradaba.

Werper observó que Mugambi había visto la bolsa y las piedras, y presuroso recogió las preciosas gemas y las volvió a su receptáculo, en tanto que Mugambi, adoptando aire de indiferencia, se lanzaba al río para bañarse.

A la mañana siguiente Abdul Mourak montó en cólera y se sintió al propio tiempo apenado al descubrir que su gigantesco cautivo negro había desaparecido, en tanto que Werper se quedaba aterrado por la misma causa, y no llegaba a calmarse hasta que sus temblorosos dedos descubrieron la bolsa aún en su sitio debajo de la camisa, y dentro de ella el duro contorno de su contenido.

CAPITULO XVVI

TARZAN Y LOS MANGANIS

Achmet Zek, con dos de sus secuaces, describió un gran semicírculo hacia el sur con objeto de interceptar la fuga de su teniente desertor, el belga Werper. Otros se habían desparramado en distintas direcciones, de suerte que habiendo formado un amplio círculo durante la noche, ahora volvían ya todos de retirada hacia el centro.

Achmet Zek y los dos que le acompañaban se detuvieron para un breve descanso antes del mediodía, y se acomodaron debajo de los árboles en el linde meridional de un calvero. El jefe de los árabes estaba de un humor de perros. Bastante malo era que le hubiera dado esquinazo un infiel, pero el haber perdido al propio tiempo las joyas en que tenía puesta la ambiciosa mira, era ya demasiado. Alá debía de estar indudablemente airado con su siervo.

Bueno, pero todavía estaba en su poder la cautiva, que le reportaría un precio muy decente en el Norte, y además le quedaba el tesoro enterrado junto a las ruinas de la casa de lord Greystoke.

Un leve ruido en la selva al otro lado del calvero despertó inmediatamente la atención y la alarma de Achmet Zek, que echó mano a su rifle para estar apercibido, y al mismo tiempo hizo a sus secuaces señas de que se ocultasen y guardaran silencio. Agachados detrás de los arbustos, los tres esperaron, con los ojos fijos en el lado de allá del espacio libre.

De pronto se separó el follaje y la cara de una mujer apareció por entre las ramas, mirando temerosamente a todos lados. Un momento más tarde, convencida al parecer de que no tenía por delante peligro inmediato, salió al calvero a la vista de los árabes.

Achmet Zek contuvo el aliento ahogando una exclamación de incredulidad y una imprecación. Aquella mujer era la cautiva a quien creía perfectamente custodiada en su campamento.

Por lo visto estaba sola, pero Achmet Zek esperó a cerciorarse de ello antes de apoderarse de nuevo de la dama. Lentamente Jane Clayton cruzó el calvero. Ya dos veces desde que huyó de la aldea de los bandoleros se había librado milagrosamente de las fauces de otros tantos carnívoros, y una vez casi había caído en la senda que llevaba uno

En el mismo instante un gigante moreno y desnudo se dejó caer de las ramas de un árbol.

de sus perseguidores. Aunque casi desesperaba de verse en lugar seguro, estaba aún resuelta a seguir luchando, hasta que la muerte o el triunfo pusieran fin a sus tentativas.

Mientras los árabes la espiaban desde sus escondites, y Achmet observaba con satisfacción que la dama iba directamente a caer en sus garras, otros ojos contemplaban la escena desde el follaje de un árbol contiguo.

Eran unos ojos perplejos y turbados a pesar de su pardo y salvaje centelleo, porque su dueño estaba luchando con la vaga sugestión de serle familiares la cara y la figura de la mujer de abajo.

Un repentino crujir de las ramas en el punto en que Jane Clayton había salido al calvero, la obligó a detenerse, y llamó simultáneamente la atención de los árabes y del observador del árbol.

Jane dió media vuelta para ver qué nuevo peligro la amenazaba por la espalda, y al hacerlo apareció a su vista un enorme mono. Detrás de él llegaban otro y otro

pero lady Greystoke no esperó a ver cuántas más de aquellas terribles fieras iban siguiendo su rastro.

Ahogando un grito se precipitó hacia la selva y al llegar a los primeros arbustos Achmet Zek y sus dos satélites se levantaron y la asieron. En el mismo instante un gigante moreno y desnudo se dejó caer de las ramas de un árbol a la derecha del calvero.

Volviéndose hacia los asombrados monos, profirió una breve granizada de sonidos guturales, y sin esperar el efecto de sus palabras en las fieras, dió media vuelta y acometió a los árabes.

Achmet Zek arrastraba a Jane Clayton hacía su trabado su caballo mientras sus dos hombres quitaban rápidamente las maniotas a las tres cabalgaduras. La señora pugnando por libertarse del bandolero, se volvió y vió que el gigante blanco corría hacia ella. Una alegre centella de esperanza iluminó su semblante.

—¡John! — exclamó. — ¡Gracias a Dios que has llegado a tiempo!

Detrás de Tarzán iban los grandes monos, maravillados, pero obedientes a su llamamiento. Los árabes comprendieron que no tendrían tiempo de montar y escaparse antes que cayeran sobre ellos el hombre y los animales. Achmet Zek reconoció en el primero al formidable enemigo de la gente de su calaña, y vió también en aquella circunstancia la ocasión de desembarazarse para siempre de la amenaza que suponía la existencia del gran bwana.

Gritando a sus satélites que siguieran su ejemplo, se encaró el rifle y apuntó al gigante que le acometía. Sus dos subordinados, con no menor ligereza dispararon casi simultáneamente, y al propio tiempo de sonar las detonaciones Tarzán y dos de sus peludos acompañantes cayeron de boca sobre las hierbas de la selva.

El ruido de los disparos hizo detenerse al resto de los monos, que se sentían pasmados; y valiéndose de su momentánea distracción, Achmet Zek y sus hombres saltaron sobre sus caballos y se alejaron al galope, llevándose a la dama, ya desesperanzada y apenadísima.

Volviéronse a la aldea del árabe, y de nuevo lady Greystoke se vió encarcelada en la mugrienta choza de que creía haberse escapado definitivamente. Pero esta vez no sólo le pusieron un centinela más de guardia, sino que además la ataron.

De uno en uno o por parejas, los que salieron con Achmet Zek en busca del belga se volvieron al campamento con las manos vacías. Al oír lo que cada uno de ellos le comunicaba, la rabia y la pena del bandolero se aumentaron más aún, hasta llegar a tales transportes de feroz iracundia que nadie se atrevía a acercársele. Vomitando amenazas y maldiciones, Achmet Zek recorría de un lado a otro el interior de su tienda de seda; pero de nada le sirvió su ira pues Werper se había escapado y con él la fortuna en centelleantes gemas que despertó la codicia de su jefe y significó la sentencia de muerte para el ex teniente belga.

Una vez que se escaparon los árabes los grandes monos volvieron su atención a sus derribados camaradas. Uno había muerto, pero el otro y el gran mono blanco respiraban todavía. Los peludos monstruos se apiñaron en torno de los dos, gruñendo y refunfuñando a la manera de su especie.

Fué Tarzán el primero que recobró el sentido; sentóse en el suelo y miró en torno. Manaba sangre de una herida que tenía en el hombro; más aunque el dolor momentáneo le derribó atontado, estaba muy lejos de morirse. Despacio se levantó, y clavó los ojos en el sitio en que últimamente había visto a la mujer que despertaba en su salvaje pecho tan extrañas emociones.

—¿Dónde está ella? — preguntó.

—Los Tarmanganis se han llevado, — contestó uno de los monos. — ¿Quién eres tú, que hablas la lengua de los Manganis?

—Yo soy Tarzán, — replicó éste, — gran cazador, el más grande de los luchadores; cuando yo rujo, la selva se calla y se estremece de terror. Yo soy Tarzán. He estado ausente pero ahora vuelvo con mi pueblo.

—Sí, — confirmó un mono viejo. — Es Tarzán. Yo lo conozco. Es bien que haya venido. Ahora sí que cazaremos con provecho.

Los otros monos se acercaron más y olfatearon al gran Tarmangani. Este se quedó muy quieto, con los dientes medio al aire y los músculos tensos y dispuestos a la acción; mas no hubo nadie que pusiera en duda su derecho a estar con ellos, y al fin, terminado satisfactoriamente el examen, los monos volvieron a dedicar la atención al otro sobreviviente.

Este también estaba herido de poca importancia, pues una bala le había atontado al rozarle el cráneo; de suerte que cuando recobró el conocimiento se sentía al parecer tan campante como siempre.

Los monos refirieron a Tarzán que se dirigían hacia el Este cuando el olor de la hembra los atrajo y decidieron seguirla. Ahora deseaban continuar su interrumpida marcha; pero Tarzán prefería seguir a los árabes para rescatar a la mujer. Después de porfiadas discusiones se decidió que primero cazarían hacia el Este unos cuantos días y después volverían en busca de los árabes; y como el tiempo es cosa de poca monta para los monos, Tarzán accedió a su petición.

Otra circunstancia que le decidió a aplazar la persecución de los árabes fué el dolor que le ocasionaba su herida. Sería mejor esperar a que se curara antes de afrontar de nuevo los rifles de los Tarmanganis.

Y así mientras Jane Clayton entraba a empellones en la choza que le servía de cárcel, y le ataban fuertemente manos y pies, su protector natural vagaba hacia el Este en compañía de una veintena de peludos monstruos, con los cuales se rozaba tan familiarmente como se había tratado, pocos meses antes, con sus atildados consocios de uno de los más selectos y aristocráticos casinos de Londres.

Pero sin cesar aleteaba en lo más hondo de su perturbado cerebro la desazonadora convicción de que no tenía nada que hacer donde se hallaba; de que por cierta razón inexplicable, debía estar en otra parte y entre otra clase de gentes. Además, sentía el irresistible apremio de seguir el rastro de los árabes para intentar el rescate de la mujer que tan fuerte impresión causó en sus salvajes sentimientos; aunque la palabra que se ocurría a su cerebro al meditar en la empresa no era "rescate", sino más bien "captura".

Para Tarzán era entonces Jane como cualquier otra hembra de la selva, y se había propuesto hacerla su compañera. Un instante, cuando se acercó a ella en el calvero donde los árabes la habían apresado, volvió a su olfato el aroma sutil que primero despertó sus deseos en la choza que sirvio de prisión a la dama, y le dijo que había hallado al ser por quien se le había desarrollado una pasión tan repentina e inexplicable.

El negocio de la bolsa de piedras preciosas ocupaba también sus pensamientos en cierta medida, de suerte que tenía un doble acicate para volver al campamento de los merodeadores. Quería apoderarse al mismo tiempo de la hembra y de sus brillantes guijarrillos. Luego se volvería con los grandes monos ya en posesión de su pareja y de sus baratijas, y conduciendo a sus peludos compañeros a una espesura muy distante de donde vivían los hombres, haría causa común con ellos cazando y batallando, de la única manera que a la sazón recordaba.

Habló del asunto a sus compañeros, movido por la tentativa de inducirlos a que le acompañaran; pero todos se negaron a ello, excepto Taglat y Chulk. Este último era joven y fuerte, estaba dotado de mayor inteligencia que sus semejantes, y por tanto poseía facultades imaginativas más desarrolladas. Para él la expedición tenía un dejo de aventura, y por eso le atraía en gran manera. Taglat sentía otro incentivo; un incentivo secreto y siniestro que, de haberlo sabido Tarzán, le habría impulsado a lanzarse a la garganta del mono lleno de celosa rabia.

Taglat ya no podía pasar por joven; pero aún era un animal formidable, de poderosa musculatura, cruel, y por su valor y experiencia, astuto y taimado. Además sus proporciones eran gigantescas y el mismo peso de su corpachón le servía a veces para vencer la agilidad mayor de un antagonista más joven.

Era de un temperamento huraño y esquivo que lo distinguía aun entre sus ceñudos compañeros, en quienes tales características constituyen la regla más que la excepción; y aunque Tarzán no lo recelaba siquiera, Taglat le odiaba con una ferocidad que sólo podía ocultar porque el espíritu dominador de un ser más noble que él le inspiraba una especie de temor tan poderoso como inexplicable.

Aquellos dos monos, pues, tenían que ser los compañeros de Tarzán en su regreso a la aldea de Achmet Zek. Cuando partieron, los demás de la tribu se limitaron a lanzarles una mirada de despedida, tras lo cual reanudaron el serio negocio de buscar la pitanza.

Trabajo le costó a Tarzán mantener el cerebro de sus compañeros fijos en el propósito de su aventura, porque la mente de un mono carece de la facultad de concentrarse por modo sostenido. Partir a un viaje con un propósito determinado es una cosa, y otra muy distinta es recordar dicho propósito y mantenerlo constantemente en primera línea entre los pensamientos. ¡Son tantas las cosas que distraen la atención por el camino!

Chulk se inclinaba, al principio, a avanzar rápidamente, como si la aldea de los árabes se hallara a una hora de distancia y no a varios días; más cuando a los pocos minutos un árbol caído le llamó la atención con sus promesas de ricos y suculentos manjares debajo de él, y cuando Tarzán, al echarlo en falta se volvió a buscarlo, se encontró a Chulk en cuclillas junto al podrido tronco asiduamente ocupado en extraer los gusanos y coleópteros que forma considerable parte de la alimentación de los monos.

Salvo que quisiera lucha, Tarzán no tenía más remedio que esperar a que Chuk tuviera agotado el almacén; y así lo hizo, pero sólo para darse cuenta de que también la faltaba Taglat. Después de mucho buscar, halló al digno personaje contemplando las torturas de un roedor herido sobre el cual se había lanzado. Estaba sentado en aparente indiferencia, y mirando en otra dirección, en tanto que el animal lesionado se revolvía lenta y penosamente para alejarse de él; y entonces, en el momento en que su víctima se creía ya segura de escaparse, el mono extendía la gigantesca palma y atrapaba de nuevo al fugitivo. Una vez y otra repitió esta operación, hasta que, cansado del juego, terminó los sufrimientos del roedor trasegándolo a su estómago.

Estas fueron las exasperantes causas de demora que retardaron el viaje de regreso de Tarzán a la aldea de Achmet Zek; pero el Tarmangani se armaba de paciencia, porque su cerebro tenía un plan que requería la presencia de Chulk y de Taglat cuando llegara a su destino.

No siempre era cosa fácil mantener en la vacilante inteligencia de los monos un interés sostenido por su aventura. Chulk se hartaba de andar continuamente así como de la poca frecuencia y breve duración de los descansos. De buena gana habría abandonado la empresa si Tarzán no hubiera llenado a la continua su mente de seductores cuadros, relativos a las grandes provisiones de comestibles que se encontrarían en la aldea de los Tarmanganis.

Taglat alimentaba su secreto propósito con bastante más constancia de la que podía esperarse de un mono; pero había ocasiones en que él también habría abandonado la partida si Tarzán no le hubiera alucinado con promesas para que siguiera adelante.

Era el mediodía de una bochornosa jornada tropical, cuando los agudos sentidos de los tres les avisaron la proximidad del cam-

pamento de los árabes, y furtivamente se acercaron a él, manteniéndose en la densa maraña de vegetación que hacía fácil el escondite a aquellos tres seres tan conocedores de la selva.

Delante iba el gigante blanco, cuya piel lisa y morena relucía sudorosa por los esfuerzos hechos en los angostos caminos arbóreos. Seguíanle Chulk y Taglat, grotescas y peludas caricaturas de su jefe, creado a imagen y semejanza de Dios.

Silenciosamente se abrieron camino hasta el borde del calvero que rodeaba la empalizada, y allí treparon a las ramas inferiores de un árbol que dominaba la aldea ocupada por el enemigo, para poder espiar mejor las idas y venidas de éste.

Un jinete, cubierto de blanco albornoz, salió cabalgando por la puerta de la aldea. Tarzán, después de advertir en voz baja a Chluk y a Taglat que se quedaran donde estaban, se lanzó como un mono por los árboles en dirección al sendero que el árabe recorría. De un gigante de la selva a otro saltaba con la agilidad de una ardilla y el silencio de un fantasma.

El árabe avanzaba al paso, sin barruntar el peligro que le amenazaba por la espalda, entre los árboles. Tarzán dió un ligero rodeo y aumentó la velocidad hasta llegar a un punto del sendero delante del jinete. Allí se detuvo en una rama cubierta de hojas que dominaba el estrecho camino. Llegó la víctima, tarareando una peregrina canción del gran país desierto del Norte. Encima de él se hallaba el salvaje animal, que se proponía destruir una vida humana, y que era el mismo ser que pocos meses antes ocupaba un asiento en la Cámara de los Lores en Londres, como miembro respetado y distinguido del augusto cuerpo legislador.

Pasó el árabe bajo la saliente rama; sintióse un ligero susurro en las hojas de encima, relinchó el caballo y se lanzó hacia adelante cuando un ser de morena piel cayó sobre su grupa. Unos brazos potentísimos rodearon al árabe, que se vió arrastrado de la silla al suelo.

Diez minutos más tarde el Tarmangani, llevando al brazo un lío formado por las prendas exteriores de un árabe, se reunió con sus compañeros, a quienes exhibió sus trofeos, explicándoles en apagados sonidos guturales los detalles de su hazaña. Chulk y Taglat manosearon las telas, las olieron y llevándoselas a los oídos, trataron de escucharlas.

Luego Tarzán los condujo por la selva al sendero, donde los tres se escondieron a esperar. No pasó mucho rato sin que dos de los negros de Achmet Zek, vestidos con ropas similares a las de su amo, bajaran por la senda a pie, de regreso a su campamento.

Un momento estaba riendo y charlando entre sí, y al momento siguiente yacían muertos en el suelo, con tres poderosas máquinas de destrucción encima. Tarzán los despojó de la ropa exterior como había hecho con su primera víctima y de nuevo se retiró con Chulk y Taglat al mejor escondite del árbol que antes habían elegido.

Allí el hombre atavió con aquellas ropas a sus peludos compañeros y se vistió el mismo, de suerte que, a lo lejos, se habría dicho que eran tres árabes de blanco los que se hallaban en cuclillas entre las ramas de la selva.

Hasta que oscureció permanecieron en su escondite, porque, desde aquella ventajosa posición, Tarzán veía el interior de la empalizada. Buscó la situación de la choza en que primero había hallado por el olfato la huella de la hembra que andaba buscando. Vió que había dos centinelas delante de su puerta, y descubrió la habitación de Achmet Zek, donde algo le decía que era más probable hallar la bolsa y los guijarros que le faltaban.

Chulk y Taglat, al principio, mostraron gran interés por su sorprendente atavío. Tentaron la tela, la olieron, y se miraron mutuamente con gran atención, dando mil muestras de satisfacción y de orgullo. Chulk, que a su manera era un humorista, extendió el largo y peludo brazo, agarró la capucha del albornoz de Taglat, y se la dejó caer sobre los ojos, materialmente como si manejara un apagador de vela.

El mono viejo, pesimista por naturaleza, no quiso admitir que aquello fuese una broma. Los demás seres no le ponían la mano encima más que para dos cosas: o para buscarle pulgas o para atacarle. El haberle echado sobre la cabeza y los ojos aquella cosa que olía a Tarmangani no podía tener por objeto lo primero; era pues evidente que debía de ser lo último. Le atacaban... ¡Chulk le atacaba!

Lanzando un rugido echó las manos a la garganta del otro mono, sin esperar siquiera levantar el velo que le impedía la vista. Tarzán saltó entre las dos fieras, y balanceándose y meciéndose en su inseguro refugio, los tres enormes animales se golpearon y se llenaron de injurias, hasta que al fin el gigante blanco consiguió separar a sus dos enfurecidos compañeros.

Como las excusas no se conocen entre esas salvajes caricaturas del hombre, y como las explicaciones suelen significar un proceso laborioso y por lo general inútil, Tarzán salvó el peligroso abismo distrayendo la atención de sus compañeros, para apartarla del altercado y fijarla en el examen de sus futuros e inmediatos planes. Acostumbrados a frecuentes riñas, en que se derraman más pelos que sangre, los monos olvidan prontamente tan triviales encuentros; y muy pronto Chulk y Taglat volvieron a estar sentados juntos y en pacífico reposo, esperando el momento en que Tarzán los condujera dentro de la aldea de los Tarmanganis.

Llevaban bastante rato de oscuridad cuando el hombre hizo salir a sus compañeros de su escondite en el árbol, y los condujo dando la vuelta a la empalizada por el suelo, al extremo más distante de la aldea.

Recogiéndose con un brazo los pliegues del albornoz, para que sus piernas tuvieran la libertad de movimiento, el gigante blanco dió una carrerilla y brincó a lo alto de la barrera. Temeroso de que los monos se hi-

cieran andrajos la ropa en una tentativa análoga, Tarzán les había dado instrucciones de que se esperasen abajo; y una vez que estuvo firme en lo alto de la empalizada, cogió su venablo y bajó un extremo de él a Chulk.

Asióse de él el mono, y sosteniendo Tarzán el otro extremo, la fiera trepó rápidamente por el ástil, hasta que con una mano se agarró al borde de la valla. Sólo fué obra de un instante el subirse hasta el lado de Tarzán. De igual manera se izó a Taglat, y un momento más tarde los tres se dejaron caer en silencio al interior de la aldea.

Tarzán los condujo primero a la parte trasera de la choza en que tenían cautiva a Jane Clayton; en donde, por la mal reparada brecha de la pared, buscó con el sensible olfato la prueba de que estaba dentro la mujer en cuya busca iba.

Una vez que se escaparon los árabes, los grandes monos volvieron su atención a sus derribados camaradas.

Chulk y Taglat, con las peludas caras muy pegadas a la del aristócrata, olfatearon con él. Ambos percibieron el olor de la mujer de allí dentro, y ambos reaccionaron con arreglo a sus temperamento y a sus pensamientos habituales.

Chulk se quedó indiferente. La hembra era para Tarzán; él lo único que quería era meter el hocico en las provisiones de los Tarmanganis. Había ido allí a hartarse de comida sin esfuerzo alguno. Tarzán le había dicho que tal sería su recompensa, y Chulk estaba satisfecho.

Pero los perversos y sanguinolentos ojos de Taglat se estrecharon al aproximarse la realización del plan tan cuidadosamente alimentado. Es cierto que en algunas ocasiones, durante los días transcurridos desde que partieron a su expedición, a Taglat le había sido difícil conservar aquel recuerdo en la mente, y varias veces se le olvidó por completo hasta que Tarzán, con una palabra dicha por casualidad, se lo recordaba; pero para mono, Taglat persistía tenazmente en su empeño.

Al oler a lady Greystoke, Taglat se relamió, haciendo con los morrudos labios un ruido como de succión de tomar aliento.

Convencido de que la mujer estaba donde él esperaba hallarla, Tarzán condujo a sus monos en dirección a la tienda de Achmet Zek. Viéronles un árabe que pasaba y dos esclavos, pero la noche era oscura y los blancos albornoces ocultaban las peludas patas de las fieras y la gigantesca figura de su jefe, de manera que los tres, en cuclillas como si estuvieran conversando, pasaron por individuos de la aldea, y los demás cruzaron por su lado sin recelar nada. A la parte trasera de la tienda se encaminaron.

Dentro se hallaba Achmet Zek conversando con varios de sus lugartenientes. Fuera, Tarzán escuchaba.

CAPITULO XVII

EL PELIGRO DE JANE CLAYTON

El ex teniente Albert Werper, aterrado ante la idea del destino que podía esperarle en Adis Abla, se echó a discurrir cualquier plan de fuga; pero desde que el negro Mugambi había burlado la vigilancia de los abisinios, éstos redoblaron sus precauciones para impedir que el belga siguiera el ejemplo del negro.

Largo tiempo albergó Werper la esperanza de sobornar a Abdul Mourak con una parte del contenido de la bolsa; pero temiendo que el comandante pidiera todas las gemas como precio de su libertad, el belga, movido por la avaricia, trató de buscar otra manera de salir de aquel conflicto.

Entonces fué cuando se le ocurrió la posibilidad de conseguir lo que deseaba de otra manera, que le dejaría en posesión de las piedras preciosas, al propio tiempo que daría satisfacción a la avaricia del abisinio, convenciéndole de que alcanzaba todo lo que Werper podía ofrecerle.

Y así fué que aquel día, uno o dos después de la desaparición de Mugambi, Werper pidió audiencia a Abdul Mourak. Cuando entró el belga en la tienda de su aprehensor, el ceño del abisinio era de mal agüero para las esperanzas que pudiera albergar el ex teniente. Sin embargo, éste cobró ánimos recordando la flaqueza común del género humano, que induce a las naturalezas más inflexibles a ceder al deseo abrasador de las riquezas.

Abdul Mourak miró con mal gesto a su prisionero, al preguntarle:

—¿Qué quieres?

—Mi libertad — replicó Werper.

—¿Y me has molestado para decirme lo que a cualquier mentecato se le ocurriría? — dijo el abisinio en tono de zumba.

—Es que puedo pagarla — contestó Werper.

Abdul Mourak lanzó una carcajada, exclamando:

—¿Pagarla? ¿Con qué? ¿Con esos andrajos que llevas encima? ¿O acaso tendrás escondidas debajo de la ropa mil libras de marfil? Vete de aquí, majadero, y no vuelvas a molestarme si no quieres que te azoten!

Pero Werper insistió. Su libertad y acaso su vida dependían de que consiguiera su objeto.

—Escúchame — suplicó. — Si te diera todo el oro que pudieran llevar diez hombres, ¿me prometerías conducirme sano y salvo al primer puesto inglés?

—¡Todo el oro que pudieran llevar diez hombres! — repitió Abdul Mourak. — ¡Tú estás loco! ¿Dónde tienes tanto oro?

—Se dónde está escondido — repusó Werper. — Prométeme lo que te pido y te conduciré a él. Si es que te basta la carga de diez hombres.

Abdul Mourak había dejado de reírse, y miraba de hito en hito al belga. Este le parecía bastante cuerdo... pero ¡diez cargas de oro! ¡Era cosa descabellada! El abisinio estuvo un rato reflexionando en silencio.

—Bueno, y si te lo prometo — dijo al fin, — ¿está muy lejos el oro?

—A una semana larga de marcha hacia el Sur — repuso Werper.

—Y si no lo encontramos donde dices ¿sabes cuál será tu castigo?

—Si no está allí, dispón de mi vida — replicó el belga. — Pero yo se que está, porque lo vi enterrar por mis propios ojos. Y hay más, no lo que puedan llevar diez hombres, sino cincuenta. Todo es tuyo si me prometes entregarme sano y salvo a la protección de los ingleses.

—¿Y pones tu vida por el hallazgo del oro? — preguntó Abdul.

Werper asintió con un movimiento de cabeza.

—Bueno — dijo el abisinio, — te lo prometo, y obtendrás la libertad aunque no haya más que cinco cargas; pero hasta que el oro esté en mi poder, seguirás siendo mi prisionero.

—Estoy conforme — dijo Werper — ¿Partiremos mañana?

Afirmó Abdul Mourak, y el belga se volvió con sus guardianes. Al siguiente día los soldados abisinios se sorprendieron al recibir una orden que les mandaba hacer un cuarto de conversión del noreste al sur. Y así ocurrió que la misma noche que Tarzán y los dos monos entraron en la aldea de los bandoleros, los abisinios acamparon a unas cuantas millas al este del mismo paraje.

Mientras Werper soñaba con su libertad y con gozar, sin que le molestara nadie, de la fortuna que representaba la bolsa robada, y mientras Abdul Mourak estaba despierto pensando avariciosamente en las cincuenta cargas de oro enterradas pocos días más al sur de donde se hallaba, Achmet Zek daba órdenes a sus lugartenientes para que prepararan una hueste de hombres de guerra y portadores, con objeto de dirigirse a las ruinas del aduar del inglés al día, y recoger la fabulosa fortuna que, según le había dicho su desertor teniente, estaba allí enterrada.

Y cuando daba estas instrucciones a los que se hallaban dentro de la tienda, un oyente silencioso, agazapado fuera de ella, esperaba el momento de poder entrar sin peligro para continuar la busca de la bolsa robada y de los lindos guijarros que se habían adueñado de su imaginación. Por fin los morenos compañeros de Achmet Zek salieron de la tienda del caudillo, y éste se fué a fumar una pipa con uno de ellos dejando sin custodia su habitación de seda. Apenas habían salido los árabes cuando la hoja de un cuchillo atravesó la tela por la parte trasera, a unos seis pies encima del suelo, y un solo tajo dejó abierta una entrada a los que esperaban fuera.

Por la abertura pasó el Tarmangani, seguido cerca por el enorme Chulk; pero Taglat no los siguió. En vez de ello dió media vuelta y se escabulló por la oscuridad hacia la choza en que se hallaba firmemente atada la hembra que había conquistado su brutal interés. Delante de la puerta los dos centinelas estaban sentados en el suelo, hablando con monótona voz. Dentro, la dama yacía en un mugriento camastro.

Deslizándose en silencio hacia los centinelas, una figura cubierta de blanco albornoz se acercó en las sombras por un extremo de la choza. La escasa inteligencia del animal no le permitía sacar de su disfraz las ventajas que habría podido obtener. Pudiendo haberse dirigido audazmente al mismo lado de los centinelas prefirió acercarse a ellos sin ser visto, por la espalda.

Fué hasta la esquina de la choza y miró en torno. Los centinelas estaban a pocos pasos de distancia; pero el mono no osaba exponerse, ni aun por un instante, a aquellos temidos y odiados palos atronadores que los Tarmanganis sabían manejar tan bien, si le era posible otro procedimiento de ataque más seguro.

Lamentó Taglat que no hubiera un árbol cercano desde cuyas ramas pudiera saltar sobre su confiada presa; más aunque no había árbol, esta idea dió orígen a un plan. El alero de la choza caía sobre la cabeza de los centinelas; desde allí podía Taglat, sin ser visto, saltar encima de los Tarmanganis. Una dentellada rápida y certera acabaría con uno de los dos antes que el otro se diera cuenta de que los atacaban, y el segundo caería como fácil presa de la fuerza agilidad y ferocidad del mono, en otro ataque rapidísimo.

Taglat se retiró unos cuantos pasos por la parte trasera de la choza, contrajo los músculos para el esfuerzo tomó carrera y pegó un brinco a gran altura. Dió en el tejado, encima precisamente de la pared posterior de la choza, y el edificio, reforzado por dicha pared, resistió, un instante el enorme peso del mono; más luego, de dar éste un paso, se cuartearon los maderos del tejado, el bálago se abrió y el enorme Taglat cayó como una catapulta en el interior.

Los centinelas, al oir que crujían los maderos, se pusieron de pie de sendos brincos y penetraron en la choza. Jane Clayton trató de rodar de lado cuando el mono cayó al suelo tan cerca de ella que una de sus manos le sujetó la ropa.

El mono, al sentir el movimiento a su lado, extendió un brazo largo y peludo y asió con él a la joven. El albornoz le cubría el

cuerpo, de suerte que Jane Clayton creyó que era un brazo humano saltó una gran esperanza en su pecho, pensando que al fin se hallaba protegida por un salvador.

Los dos centinelas estaban ya dentro de la choza, pero titubeaban dudando de la causa de aquel suceso. Sus ojos, no acostumbrados aun a la oscuridad del interior, no les dijeron nada, ni tampoco los oídos, porque el mono se mantenía silencioso esperando su ataque.

Viendo que no avanzaban, y haciéndose cargo de que, con el abstáculo que representaba el peso de la hembra, no le sería posible sostener una batalla con buen éxito, Taglat prefirió arriesgarse a buscar impetuosamente la libertad. Bajando la cabeza, se lanzó contra los dos centinelas que le cerraban la puerta. El choque de sus poderosos hombros derribó a ambos de espaldas, y antes que pudieran levantarse, el mono se había marchado, precipitándose por las sombras de las chozas en dirección a la empalizada, por el lado más distante de la aldea.

La velocidad y la fuerza de su salvador tenían pasmada a Jane Clayton. ¿Podría ser que Tarzán hubiera sobrevivido a la bala del árabe? ¿Quién más en toda la selva era capaz de sostener el peso de una mujer como ella con tanta soltura como su marido? Jane pronunció su nombre, pero no obtuvo respuesta. Sin embargo, no renunció a la esperanza.

En la empalizada la fiera no vaciló un segundo. De un solo salto inconcebible subió a lo alto, donde se detuvo un instante a recobrar el equilibrio antes de descolgarse al suelo por el lado opuesto. Jane estaba ya casi segura de hallarse en los brazos de su marido; y cuando el mono se lanzó a los árboles y la condujo rápidamente selva adentro, como Tarzán había hecho en otras ocasiones, la creencia de la esposa se tornó en convicción.

En un pequeño calvero iluminado por la luna, a una milla o cosa así del campamento de los forajidos, el salvador se detuvo y dejó a Jane en el suelo. La brusquedad de sus maneras sorprendió a la dama, pero siguió sin albergar dudas. De nuevo llamó por su nombre, y en el mismo instante el mono, nervioso por lo que coartaba sus movimientos la insólita ropa de los Tarmanganis, se arrancó el albornoz, revelando a los ojos de la aterrada señora la repugnante cara y el peludo cuerpo del gigantesco mono.

Lanzando un lastimero grito de terror, Jane Clayton se desmayó, en tanto que desde el escondite de unos arbustos próximos, Numa, el león, miraba a la pareja con hambre y se relamía los bigotes.

Tarzán, al entrar en la tienda de Achmet Zek, registró cuidadosamente su interior. Hizo pedazos la cama y esparció por el suelo el contenido de cajas y sacos. Examinó cuanto descubrían sus ojos, a los que no se les escapó ningún objeto de los que había en la habitación del jefe de los bandoleros; pero no encontró ni bolsa, ni piedrecillas, ni nada que se le pareciese.

Convencido al fin de que sus gemas no se hallaban en poder de Achmet Zek, a no ser que este mismo las llevara encima, Tarzán decidió apoderarse de la hembra antes de continuar su busca de la bolsa.

Haciendo señas a Chulk de que lo siguiera, salió de la tienda por el mismo sitio de entrada, y metiéndose audazmente por el interior de la aldea, se encaminó en derechura a la choza en que había estado presa Jane Clayton.

Observó con sorpresa la falta de Taglat, a quien esperaba encontrar aguardándole fuera de la tienda de Achmet Zek; pero acostumbrado como estaba a la poca fijeza de los monos, no prestó gran atención a aquel abandono de su arisco compañero. Mientras Taglat no estorbara sus planes, a Tarzán le tenía sin cuidado su ausencia.

Cuando se acercó a la choza, observó que se había reunido una gran muchedumbre alrededor de la entrada. Vió que los hombres que la componían se hallaban excitadísimos y temiendo que el disfraz de Chluk no fuera bastante para ocultar su verdadero ser ante tantos observadores, ordenó al mono que se fuese al extremo más remoto de la aldea y que allí lo aguardase.

Mientras Chulk se alejaba manteniéndose en las sombras, Tarzán avanzó audazmente hacia el excitado grupo congregado delante de la choza y se mezcló con los negros y con los árabes con objeto de enterarse de la causa de aquel bullicio, olvidando en su interés que era el único de los reunidos que llevaba venablo, flechas y arco, y que así podía ser objeto de recelosa atención.

Abriéndose paso a codazos entre la chusma, se acercó a la puerta, y casi había llegado a ella cuando uno de los árabes le puso una mano en el hombro exclamando: "¿Quién es éste?" y arrancando al propio tiempo la capucha de la cabeza del Tarmangani.

En toda su salvaje vida Tarzán no había tenido jamás la costumbre de discutir con un antagonista. Al primitivo instinto de su propia conservación conoce muchas arterias y astucias; pero entre ellas no figura la discusión; por tanto, no perdió Tarzán el tiempo en la tentativa de convencer a los bandidos de que él no era lobo vestido con piel de cordero. Lejos de ello, cogió por la garganta al que lo había desenmascarado, antes que hubiera acabado de proferir sus palabras, y zarandeándolo de un lado a otro barrió con su cuerpo a los demás que se disponían a apiñarse en torno suyo.

Valiéndose del árabe como de un arma, Tarzán se abrió rápidamente camino hasta la puerta, y un instante más tarde estaba en el interior de la choza. Un ligero examen le reveló que estaba vacía, y su sentido del olfato descubrió además el rastro reciente de Taglat, el mono. Tarzán exhaló un gruñido siniestro. Los que se agolpaban en la puerta para apoderarse de él se echaron atrás en el momento en que las salvajes notas de un reto brutal resonaron en sus oídos. Mirábanse unos a otros con sorpresa y consternación. con sus propios oídos acababan de sentir la voz de un animal salvaje en su interior. ¿Qué podía significar aquel ruido? Habrían buscado refugio allí un león o un leopardo, sin que los centinelas se percataran de ello?

(Continuará en el próximo número)

EL BUQUE EMBRUJADO

Por R. DE S. HORN

De los vastos mares del Sud vino el buque embrujado Pequot. En él Allan Bartow efectuó un extraño viaje de increíbles aventuras.

(CONCLUSION. — Véase el número anterior)

BUENO, por lo menos, no hemos sido heridos, — les replicó Allan, — y parece que no tienen malas intenciones respecto a nosotros, a lo menos por el momento.

Al sentir esto, Kiang que entendía inglés, les dijo:

—Yo no pienso hacer daño a ninguno de ustedes, a condición de que hagan lo que yo digo.

—¿Y qué es lo que tenemos que hacer? — le preguntó Allan con toda seriedad. — ¿Ayudarle a encontrar lo que andaba buscando por los camarotes, eh?

Pero el piloto le replicó:

—Vinimos a buscar armas, estiramos la cuerda y así nos apoderamos del tuan blanco.

—Y como un idiota corrí hacia la trampa, — exclamó Allan. — Bueno, ahora son ustedes los dueños de todo el buque. Y están en libertad para buscar todo lo que deseen.

El malayo hizo una señal de asentimiento, replicando:

—Ya lo encontraremos, pierda cuidado.

—Bueno, por lo menos tenemos el consuelo de que al parecer no tienen malas intenciones respecto a nosotros, — dijo Allan. — Puede ser que si encuentran el dinero de Jordán, o cualquier otra cosa, nos dejarán proseguir nuestro viaje.

Hablaba así para animar a sus compañeros pues él tenía muy pocas esperanzas. Había notado en el malayo una expresión siniestra, y también sospechaba que había asesinado al capitán del velero. Seguramente Kiang no iba a dejar testigo alguno que lo denunciara.

Pronto tuvo Allan la oportunidad de calcular el tiempo que le quedaba de vida, pues casi inmediatamente el piloto extendió delante de él un plano marítimo, y le preguntó:

—¿Dónde estamos ahora? ¿En qué sitio está el buque?

—Le señalaré el sitio en seguida, a condición de que me suelte las manos.

Pero el piloto era demasiado listo para ser engañado tan fácilmente. Le colocó al prisionero un lápiz en la mano pues éste las tenía atadas al frente de él y le dijo:

—¡Ahora enséñeme!

Allan no tenía más remedio que obedecer y trazó una cruz en la carta marítima, diciendo:

—Más o menos por aquí.

—¿Y dónde queda la isla Kumanga? — preguntó Kiang, nombrando una isla de muy mala reputación entre los marineros.

—Allí — le contestó Allan, haciendo otra marca en el mapa.

—¿Y cuánto tiempo tardaremos en llegar allí?

—Cuatro o cinco días, navegando normalmente. Debíamos llegar allí el sábado próximo.

—Bien, — replicó el malayo. — Usted conduzca al buque a Kumanga, y si no hemos llegado allí el sábado, lo mataremos.

De manera que esa era la razón por la que Allan no había sido asesinado todavía. El piloto no conocía lo suficiente como para manejar el buque hasta la isla Kumanga, y le era necesario usar al joven para que lo guiara. Y no se hacía ilusiones respecto a la suerte que le esperaba una vez que llegara a su destino. Kumanga era una población de nativos, cuyo reputación era siniestra.

Así y todo faltaban cinco días para llegar allí, y la esperanza es eterna. Podía ocurrir cualquier cosa en este tiempo, como, por ejemplo, encontrarse con un buque tripulado por hombres blancos.

Por consiguiente, el joven se prestó de buen grado a llevar el velero a donde deseaba Kiang. Media hora después de producidos estos acontecimientos, el buque tomó su nuevo rumbo.

Entretanto los malayos habían registrado todos los camarotes, y cuando Allan fué llevado abajo, vió que hasta las camas habían sido levantadas. La búsqueda había sido hecha bajo la supervisión de Kiang, y nada fué dejado sin registrar. Nada se encontró. Allan se interesó mucho al ver las expresiones de desencanto en los rostros de los amotinados.

—Como sabe que había algo de valor escondido en el buque? — le preguntó Kiang

—Yo lo se, — repuso éste. — Sentí al capitán Jordan decir a un factor blanco que

tenía mucho dinero ahorrado, y que lo guardaba en el buque.

—¿Y cómo, pues cayó al agua y no sabía nada? — le repuso el piloto fríamente.

Pero parecía que la determinación de los amotinados de encontrar el dinero, iba a ser probada hasta el grado máximo. No se encontraba nada. De pronto uno de los malayos vino corriendo y le habló a Kiang tan rápidamente que Allan no pudo entender lo que decía.

Fuera lo que fuera, el piloto demostró excitación al recibir las noticias, y siguió a su compañero hacia la cubierta.

Alguno de los que estaban en la cubierta había encontrado lo que buscaban, o acaso un buque estaba a la vista! — pensó Allan. — Pero no tuvo que esperar mucho para saber lo qué ocurría.

Kiang volvió corriendo, con otros tres malayos, los que a pesar de la resistencia del joven, lo obligaron a subir a la cubierta.

Una mirada fué suficiente: muy cerca de ellos, y aproximándose más todavía, estaba un velero de dos palos. Era evidentemente un buque tripulado por hombres blancos, los que se prestarían gustosos para reducir a los amotinados. En su precipitación por registrar el buque, los malayos habían cometido una imprudencia fatal.

Habían permitido que el otro buque se aproximara demasiado, y como en esos mares se acostumbraba a que los tripulantes de cada buque conversaran con los del otro. Era demasiado tarde para huir ahora. Tal maniobra excitaría sospechas, y el "Pequot" no tendría probabilidad alguna de escapar, pues se notaba a primera vista que el otro buque era mucho más rápido que él.

Al ser llevado a la cubierta, Allan adivinó los planes de Kiang, pues éste le cortó las cuerdas que lo sujetaban, y apoyándole la punta del puñal en la espalda, le dijo:

—¡Haga y diga lo que yo le ordeno, o lo mato!

Ese era el plan del traidor: hacer pasar a Allan como capitán y dueño del "Pequot". Pero el prisionero tenía otros planes; cuando el otro buque estuviera a unas doscientas yardas de distancia, Allan pediría socorro y se defendería de los malayos hasta que llegaran los auxilios.

El velero se acercaba rápidamente y se acercó hasta llegar a trescientas, o doscientas yardas. Desde esta distancia llegó una voz estentórea, que dijo:

—¡Hola, capitán Jordán! ¿Cómo van los negocios con el "Pequot"?

Que el otro capitán hubiera conocido a Jordan, simplificaba mucho el problema al prisionero. Mientras el otro velero continuaba acercándose, Allan se preparó a pedir auxilio, pero en ese momento el piloto le dijo:

—¡Mire allí, tuan, antes de contestar!

Y al mirar, Allan vió algo que le impidió hablar por el momento.

En un sitio que no se veía desde el otro buque, estaba Marie Randall atada, teniendo a su lado a dos malayos. Uno de ellos le había puesto una mano sobre la boca, y le impedía gritar. Y el otro malayo apoyaba la punta de su afilado puñal en el blanco cuello de la joven, y sus ojos estaban vueltos hacia el piloto, esperando órdenes.

—¿Se da cuenta de la situación? — le dijo Kiang, — conteste bien!

Durante un momento Allan estuvo imposibilitado de hablar, pero después contestó al llamado diciendo:

—¡El capitán Jordan no está aquí! ¡Soy Allan Bartow!

—¿Pero dónde está el capitán Jordán?

—Dígale que se fué a América, — le ordenó Kiang, — y que usted compró el velero y que ahora es el dueño.

Estando Marie en peligro, Allan no tenía más remedio que obedecer, y repuso:

—El capitán Jordan ha vuelto a América y yo le compré el barco para comerciar por mi cuenta.

Esperó sin respirar para ver qué respondía el otro, quien dijo al cabo de unos instantes:

—¡Caramba! Bien podía habérmelo avisado cuando lo ví hace dos meses. Pero, en fin, estos yanquis siempre guardan sus secretos. Le deseo mucha suerte, capitán Bartow. Ya lo veré en Sidney.

Y el otro buque prosiguió su camino, pudiendo Allan notar el nombre del buque, pintado en la popa: era el "Kangaroo", de Sidney. Durante un largo rato, Allan lo observó, y después volviéndose notó la expresión de triunfo en el rostro de Kiang.

Al desaparecer el "Kangaroo", las esperanzas de Allan se disiparon. No fué llevado de vuelta al camarote, sino atado al palo mayor y un malayo quedó de guardia a su lado. Sin embargo, aunque el auxilio de afuera había fallado él todavía estaba vivo. Cuando su vigilante no lo observaba estiró las cuerdas todo lo que pudo, tratando de aflojarlas.

Durante toda la tarde continuó sus esfuerzos, y cuando salió la luna por la noche, las sogas estaban bastante flojas y Allan confiaba estar libre antes de que amaneciera.

Entretanto sentía los ruidos que salían del camarote, los que se hacían cada vez más fuertes. El guardián del joven se acercó a él y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Kumanga?

Allan le replicó: — Cuatro o cinco días.

—Daré gracias a Alá cuando hayamos llegado, — dijo el indígena. — Este buque está endemoniado; los diablos lo visitan durante la noche!

Estas palabras, tan enfáticas, sorprendieron a Allan, el que pensó sacar partido de la superstición del malayo.

—Y qué hacen los espíritus cuando vienen? — le preguntó a su interlocutor.

—Ocasionan mucho dolor, y hacen dormir durante dos días y dos noches; también matan sin ocasionar herida alguna.

—Matan a los hombres sin hacerles herida — prosiguió Allan. El guardián asintió y le informó. — Ranti y Kinjah fueron atacados por los diablos en el camarote y murieron sin tener ninguna cortadura o herida. Entonces nosotros nos escapamos en los botes, para que no nos matara también y ahora creo que hemos hecho una tontería al volver aquí.

Kiang dice que no hay espíritus, pero yo estoy seguro de que lo van a matar a él!

Después de esto, el malayo quedó silencioso, como si temiera haber hablado demasiado. — Es malo hablar de los espíritus — le manifestó a Allan, — y éste no logró obtener de él ninguna otra información de lo que había ocurrido en el buque. Sin duda, el hombre estaba muy aterrorizado y no solamente temía a la obscuridad, sino a cosas que habían acontecido en el mismo velero.

Allan no sentía el escepticismo usual que manifiestan los hombres blancos ante las supersticiones de los nativos, pues él había visto la expresión en los rostros de Ranti y Kinyah. ¿Cuál era el origen de la misteriosa muerte?

Mientras el prisionero pensaba esto, trataba de aflojar las ligaduras que lo sujetaban y de pronto se le ocurrió que mojar las cuerdas le ayudaría a estirarlas y así desembarazarse de ellas.

—Agua,—le pidió al guardián.—Haga el favor de darme un poco de agua, pues tengo mucha sed.

El malayo protestó entredientes, pero se dirigió a buscarla. Allan lo contemplaba mientras se alejaba, y pensó que le sería fácil volcarla sobre las cuerdas. Un momento después vió los pantalones blancos del malayo que regresaba.

Pero no era el malayo, sino una figura vestida de blanco que se acercaba fantasmagóricamente al joven. Este se sintió presa del pánico e iba a pedir socorro cuando la luz de la luna le permitió reconocer al desconocido: ¡era Smith, el demente!

Por un momento, Allan se sintió esperanzado, pues esto indicaba que Smith se había escondido posiblemente entre los cajones durante la pelea y ahora lo soltaría.

—¡Smith! ¡Smith! — le dijo Allan en voz baja. — Soy yo, Allan. Estoy prisionero; ayúdeme a librarme.

La blanca figura se detuvo y Allan vió ahora que tenía un filoso cuchillo en la mano. Y esto le dió una idea al joven, el que dijo:

—Todavía no se han ido del buque y ahora van a venir a matarnos. ¡Córteme las cuerdas pronto!

El otro hombre permaneció indeciso durante un momento y después le cortó las cuerdas. Allan se frotó las extremidades rápidamente para restablecer la circulación de la sangre y apoderándose de un trozo de hierro, se dirigió a la cabina, diciéndole antes a Smith:

—¡Voy a apoderarme de un revólver! ¡Escóndase por aquí hasta que yo lo llame!

Y sin esperar para ver si Smith le obedecía o no, corrió hacia la cabina.

Al llegar allí, vió que la puerta estaba abierta y la luz encendida. El reverendo Randall, atado en su cama, estaba hablando a través de la puerta con Marie Randall, la que estaba en el camarote contiguo. En el centro de la cabina, estaban Kiang y tres malayos, los que estaban deshaciendo los colchones y buscando en ellos para ver si había algo escondido.

Durante un momento miraron asombrados a Allan; después se arrojaron sobre él con la velocidad del rayo; el primero de ellos cayó desmayado al recibir un fuerte golpe con la barra de hierro. En seguida Allan dió un puntapié a la lámpara y la cabina quedó a oscuras. Estando la habitación iluminada, lo hubieran acorralado, pues eran tres contra uno y el piloto estaba armado con una pistola.

Al apagar la luz, Allan se había fijado en qué sitio estaba el isleño más cercano, y dirigiéndose allí, dió un fuerte golpe. El sonido de un cuerpo que caía le persuadió de que había dejado a otro enemigo fuera de combate.

Dos para uno ahora, pero ya había pasado la sorpresa del primer momento y a su barra eran opuestos un cuchillo y un revólver.

Desde el momento que colocó su segundo golpe, Allan permaneció inmóvil sin respirar, para así engañar a sus enemigos. Sentía los movimientos de los malayos, pero éstos también quedaron inmóviles, después de un momento. Ellos también iban a esperar hasta que llegara su oportuuidad favorable. Y de pronto, Allan sintió que alguien respiraba al lado y golpeó hacia el lugar donde estaba el supuesto atacante.

Ese movimiento le salvó la vida, pues la hoja de un cuchillo le rozó el cuerpo, desgarrándole la camisa. Sintió que su enemigo gemía, pues al parecer el golpe le acertó, por lo menos parcialmente. Sin embargo, el hombre logró alejarse hasta quedar fuera de peligro.

Un momento más tarde logró distinguir una sombra que se movía e inmediatamente Allan lo atacó. Pero el golpe, enviado desde demasiado cerca, no fué efectivo. Y el otro abrazó fuertemente a nuestro héroe, exclamando al mismo tiempo:

—¡Aquí! ¡Ya lo tengo! ¡Pronto!

Allan logró colocar un golpe con todas sus fuerzas al hombre que lo había abrazado desde atrás, y éste cayó. Ahora quedaban hombre a hombre: ¡Kiang y él!

Y con sobrehumana energía, el joven atacó a su enemigo. Había una razón importante para que Allan usara de todas sus fuerzas ahora: los otros debían haber sentido la pelea y estarían por llegar.

Tenía que dominar al piloto rápidamente y apoderarse de sus armas.

—¡Marie! — le gritó de improviso. — ¡Prenda una luz! ¡Pronto, y suelte a su padre!

La luz le ayudaría a luchar contra el malayo, pues Kiang era muy fuerte. Allan no podía sostenerle los brazos inmóviles durante mucho tiempo, pues al llamar a Marie, el piloto casi lo levantó del suelo con un fuerte empujón. Pero la agilidad de Allan le ayudó pues se dejó empujar por un momento para después, apoyándose en la pared, empujar de improviso a su vez. El malayo cayó sobre la mesa y Allan, triunfante, se lanzó sobre él, oprimiéndolo con el peso de su cuerpo.

Kiang pedía socorro ahora, sintiéndose perdido, pero Allan continuaba oprimiéndole la garganta. Sin embargo, Kiang había logra-

do desenvainar su cuchillo y trataba de apuñalear a su enemigo.

En ese momento se encendió una luz, y súbitamente algo se rompió dentro del cuello de Kiang y éste dejó de hacer resistencia. En ese momento entró Marie con una luz encendida en la mano y Allan pudo ver que el piloto yacía a sus pies y otros hombres estaban tendidos en el suelo. Sabía que el piloto estaba muerto, con las vértebras rotas.

Pero no tenía tiempo de mirar detenidamente: rápidamente se agachó y recogió la pistola de Kiang y le dijo a Marie:

—¡La puerta de la cabina! Ciérrela pronto antes de que lleguen los otros.

Marie obedeció sin hacer pregunta alguna, y por el momento, estando Allan armado con la pistola y la puerta atrancada, estaban seguros.

Allan calculaba que ya muerto el cabecilla de los amotinados no le sería difícil reducir a los otros a la obediencia. No quedaba más que asegurarse de los heridos: dos de ellos permanecían aun desmayados, y el tercero, quejándose en un rincón.

Y de pronto se dió cuenta de que aquel hombre era Smith: evidentemente había seguido a Allan hasta la cabina y había resultado herido.

En ese momento Marie exclamó:

—!Pero usted está herido, Allan! Está sangrando del hombro...

Aun en aquel momento, él sintió una gran alegría en el corazón al notar la solicitud de ella. Pero le contestó:

—Smith está mal herido: llame a su padre, pronto!

Dió vuelta a Smith el que había caído boca abajo, y vió que tenía una herida en el cuello y otra en la cabeza.

Un momento después llegó el misionero, el que después de examinar las heridas pronunció su dictamen: Las heridas son profundas, pero se curará; ahora le detendremos la pérdida de sangre: vean, ya está recuperando el conocimiento.

Y era cierto: el herido, después de exhalar unas quejas, había abierto los ojos y miró a su alrededor con asombro.

—¿Quiénes son ustdes? — le preguntó — ¿Dónde está el capitán?

X

ALLAN miró con extrañeza al misionero, y éste le explicó:

—La pérdida de sangre y el golpe le han devuelto la razón. Pero tenga cuidado de no excitarlo.

Pero era Smith el que iba a excitar a Allan. Miró a los malayos tendidos a su alrededor y exclamó:

—¿Los han vencido? ¿So han apoderado del buque?

—Sí, — replicó Allan, — hemos logrado sofocar el motín, pues somos dueños de la cabina y de todas las armas que hay a bordo.

Pero Smith estaba señalando al piloto muerto y exclamó.

—¿De manera que usted estaba en el buque cuando eso ocurrió? — dijo Allan.

—Sí: estaba escondido en la bodega para poder viajar sin pagar el pasaje. Hacia cuatro años que estaba tratando de volver a mí país, en el "Pequot". Pero como el capitán rehusaba llevarme como tripulante, me escondí para que no me descubrieran hasta llegar a alta mar.

—Cuando me decidí a salir a cubierta, obligado a ello por el hambre y la sed, presencié la rebelión de la tripulación y fué un espectáculo terrible!

—Yo hubiera ido a ayudarle, pero no tenía arma alguna: el capitán estaba herido y prisionero de los amotinados, los que estaban tratando de obligarle a que les descubriera algo que tenía bien escondido. Pero él les decía por toda contestación, que fueran al infierno y lo buscaran allí. Hasta que uno de ellos trajo un tizón encendido para quemarlo con él y hacerlo hablar

En ese momento, me decidí a atacarlos para tratar de ayudar al capitán, aunque estaba desarmado, pero en ese preciso instante Jordán se desasió de sus captores y antes de que pudieran detenerlo se arrojó de cabeza al agua, diciéndoles entretando que nunca encontrarían lo que buscaban. Trataron de salvarlo para que les descubiera el secreto, pero no lo consiguieron pues se había hundido como una piedra.

El narrador se detuvo un momento y después prosiguió:

—De manera que continué escondido, pues me hubieran matado y lo peor fué sufrir hambre y sed. Estas penurias me enloquecieron y al llegar la segunda noche, me deslicé entre las tinieblas a buscar agua

Tuve la mala suerte de encontrarme con uno de los indígenas, el que escapó gritando que un diablo lo perseguía.

—El creyó haber visto el espíritu de Jordán que lo perseguía, — dijo Allan.

—Eso es lo que me figuré después de haber reflexionado, — repuso Smith, — pues sabía lo superticiosos que son. De manara, que a la noche siguiente volví a salir de mi escondite para buscar comida y ver si lograba asustarlos tanto que lo abandonaran. Para conseguir esto, volqué el contenido de las botellas dentro de la comida de los tripulantes.

—¿Y entonces que ocurrió? ¿Abandonaron ellos el buque?

—No se, — repuso Smith encogiéndose de hombros, — yo estaba enfermo con todas las privaciones pasadas y me pareció que se fueron en los botes. Después se me ocurrió tomar una taza de té caliente, y me lo preparé, pero en el momento en que iba a tomarlo, sentí gritos y me volví a esconder de nuevo, llegando a tierra nadando cuando llegó la noche.

—¡Fué ese el té caliente que yo encontré! — exclamó Allan con acento de triunfo. —

Después de estas palabras, Allan le refirió al desconocido todo lo que había ocurrido desde entonces.

Smith se levantó al fin de la narración. ex-

clamando con vehemencia:

—¡Pero ustedes no los han matado a todos! ¡Sólo hay tres aquí!

—Estos eran los cabecillas, — le repuso Allan, — y no tendremos dificultades para reducir a los demás, pues ellos sólo están armados de cuchillos, mientras nosotros tenemos revólvers.

—Pues a mí no se me van a escapar! — dijo Smith tomando el rifle, — han asesinado al capitán Jordán y casi me hicieron volver loco a mí. Allan no logró convencerlo de esperar a la luz del día antes de atacar de manera que decidieron acompañarlo.

Llegaron justamente a tiempo, pues los malayos estaban preparándose para escapar en uno de los botes Con un grito de rabia, Smith cargó contra ellos.

Pero los isleños no los esperaron: se volvieron y rápidamente se encerraron en la bodega, la que aseguraron firmemente.

Unas horas después los indígenas se rindieron, acusando a Kiang de haber sido el organizador de todo el motín.

Como necesitaban marineros para que manejaran el buque hasta llegar a Sidney, Allan consintió en aceptarlos de nuevo.

Todo parecía haber quedado arreglado; Allan se volvió a Smith, pidiéndole que le trajera alguna de las botellas que había escondido en la bodega y cuyo contenido había mezclado en la comida de los tripulantes. Así lo hizo Smith y entonces se explicaron lo que había ocurrido.

Una de las botellas estaba marcada, — cloral — que es un potente veneno y con toda seguridad los dos malayos muertos resultaron envenenados con él. La expresión de sus rostros se explica al pensar en el terror que sintieron al experimentar los primeros dolores, creyendo que los malos espíritus se estaban apoderando de ellos.

Ahora lo único que restaba por esclarecer era el asunto del tesoro escondido, y un día antes de llegar a Port Moresby, Allan estaba buscándolo todavía, cuando se fijó en una botella grande de quinina. Le pareció notar algo extraño en ella y poniéndola al trasluz notó que había en ella cinco píldoras blancas que eran mayores que las otras, y ovaladas, en vez de redondas.

Tras unos segundos de reflexión, se le ocurrió una idea y vaciando el frasco en una palangana llena de agua, agitó las píldoras durante unos minutos y después observó el resultado.

¡Varias de ellas se habían convertido en perlas!!

Esa era la manera como el capitán Jordán había ocultado su dinero invirtiéndolo en perlas y recubriendo éstas de quinina y mezclándola con las píldoras genuinas.

Aquí estaba una pequeña fortuna en perlas, pues valían veinte o treinta mil libras esterlinas, por lo menos. Y de acuerdo a la ley marítima de salvataje, le correspondía a Allan un veinticinco por ciento del valor del buque y todo lo que contuviera en él.

Tres meses más tarde Allan se casó con Marie, y vivió feliz con ella durante muchos años. El reverendo fué operado con toda felicidad al llegar a Sidney y varios años después tuvo el gusto de ver que uno de sus nietecitos comenzaba a estudiar la carrera eclesiástica para proseguir su obra en las islas de Oceanía.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	2.50
" " 6 " (26 ")	4.80
" " 1 año (52 ")	9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $ 9.00 c/l.
Demás países . . . . " " 12.00 "

BARNIGUGLI PROSIGUE SU VIAJE PARA CUMPLIR CON LA CLAUSULA DEL TESTAMENTO DE SU TIO QUE ORDENA CRUZAR EL CONTINENTE EN 60 DIAS SIN GASTAR NI UN CENTAVO EN COMIDA, HOSPEDAJE O TRANSPORTE. LOS OBSTACULOS QUE SE PRESENTAN A NUESTRO HEROE SON COMO PARA DESALENTAR AL HOMBRE MAS BIEN TEMPLADO. ¿QUE HARA BARNIGUGLI? YA LE QUEDA POCO TIEMPO PARA QUE SE VENZA EL PLAZO Y TODAVIA ESTA LEJOS DE LA META DESEADA.
Barnigugli y su
¡HOLA, RUBIO! ¿QUE ANDA HACIENDO POR ESTOS PAGOS? ESTOY ALGO CANSADO DE HACER "FOOTING" Y CREAME QUE ME INTERESARIA ESA LINDA MULA. ¿QUE ME DICE?
¿CUANTO ME DA POL ELLA, PATLONCITO?
2
¡ESTE MUNDO ES UN FANDANGO! CHIQUI CHIQUICHIQUI CHAN...
VAMOS MULITA. ¡CUIDADO CON HACER LOCURAS!
5
ESCUCHA RAZONES Y NO SEAS CABEZA DURA, MULITA. NO TENGO TIEMPO PARA DISCURSOS. ¿OYES?
6
VENI PARA ACA, MULITA. VEN A TOMAR TU REMEDIO.
9
¡CHE BLANQUITA! OI. HE VENDIDO LA MULA VIEJA Y MAÑERA EN 500 MANGUITOS. ¿QUE TE PARECE?
SOS UN ROCHEFELE PA LOS NEGOCIOS. ME VOY A COMPLA UN SOMBLELO Y NO QUIELO LAVAR MAS. ¿LO OYES?
10

pingo Tragavientos
VEA. LA VERDAD ES QUE AHORA NO LE PUEDO DAR NI MEDIO; PERO EN CUANTO RECIBA UNA HERENCIA QUE ESTOY POR COBRAR, LE MANDARE 500 PESOS.
¿CINCO CANARIOS? CHE MULA: ESE ES TU NUEVO PATLON.
3
SI. APUNTE MI NOMBLE Y NO SE OLVIDE DE MANDALME LOS 500 MORLACOS EN SEGUIDA QUE PUEDA.
PIERDA GUIDADO. EN CUANTO COBRE LA HERENCIA LE GIRO LO CONVENIDO.
4
¿PERO QUE ES LO QUE TE PASA, CONDENADA? ¿SOY MAS PESADO QUE EL NEGRO?
7
LE VOY A DAR UNA FELPEADA DE ORDAGO A LA GRANDE!
¿?
8
¿?
¡AH! ¡NEGLO SINVERGÜENZA! ¡AHORA VELAS QUIEN ES BLANQUITA!
11
¡PERO PATLONCITO! ¡ME HUBIELA AVISADO QUE NO OUELIA LA MULA! ¡QUE COSA BALBALA!
DEBECK
12

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
EL PEQUEÑO PIPERMIT ENCONTRO A SU PADRE, A QUIEN CREIA AHOGADO, Y RESOLVIO VIVIR CON EL Y DEJAR QUE TEODORITA SIGUIERA SUS INCLINACIONES POR EL ARTE LIRICO. PERO, A CONSECUENCIA DEL DISGUSTO QUE SUFRIO LA EXIMIA CANTANTE AL OIR LO QUE DIJO PIPERMIT DESDE EL PARAISO LA NOCHE EN QUE ESTE LA OYO, SUS CUERDAS VOCALES SE AFLOJARON Y SU VOZ SE CONVIRTIO EN ALGO SEMEJANTE AL RUIDO QUE HACEN CIERTOS OMNIBUS AL FRENAR. ¡POBRE TEODORITA! ¡SEMEJANTE VOZ NO LE SERVIRA NI PARA PEDIR FIADO!
¡RETIRESE DE AQUI, SEÑORA! SI LLEGA A CANTAR OTRA VEZ, INCENDIAN EL TEATRO.
USTED SE DEJA INFLUIR POR LA CRITICA DE LOS ALACRANES. EN CUANTO TOME UNAS CLARAS DE HUEVO, YA VERA QUE ACLAMACIONES OBTENDRE. ¡CHAU! ME VOY A CONQUISTAR NUEVA FAMA.
ESTA GENTE DEL SUBURBIO LLEVA EL ALMA DE LA MUSICA CON ELLOS. ESTOY SEGURA QUE EN CUANTO ME OIGAN ME REHABILITARAN
"Sola, fané, descangallada,
¡!
"La ví esta madrugada"
"Parecía un gallo, desplumao"
AL MISMO TIEMPO
ESTOY REVENTADO DE TRABAJO. ¿QUIEN DEMONIO HABRA TIRADO TANTA BASURA?
TEN PACIENCIA, VIEJO. NO ESTRILES SI QUIERES LLEGAR A SER HOMBRE DE BIEN
NO TEODORITA. ESTAS EN LA VIA PUBLICA, CON MACACHIN. ¡MIRAME! ¡SOY YO!
¿DONDE ESTOY? ¿EN EL COLON?
APOSTARIA DOS MANISES A QUE AQUELLA DAMA ES LA SEÑORA TEODORITA, MI MAMA. ¡CON TAL QUE NO CANTE...!
DEBECK.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes Marzo 1 de 1929

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO VIII — PUBLICACION SEMANAL — No. 283

ACCIONES Y MALAS ACCIONES

Por HILARIO FAIRE

El demonio de la ambición lleva a un hombre a los peores extremos; la serenidad de una linda muchacha logra desbaratar su criminal programa.

ANECDOTARIO DE PUCKY

BUEN ELOGIO

Don Antonio Cánovas del Castillo, el gran estadista español, visitaba el antiguo convento de la Cartuja, en Granada, donde se conserva, entre otras muchas joyas del arte, una escultura del inmortal Alonso Cano, la cual representa a San Bruno, fundador de la orden.

Estando Cánovas contemplando la admirable obra del insigne escultor, hubo de preguntarle un locuaz cicerone que lo acompañaba:

—¿Qué le parece, don Antonio?

—Que no habla porque es cartujo, — contestó el gran estadista.

* * * *

HONRADEZ GRIEGA

Habiendo ido Apeles a ver a Protógenes, no quiso decir su nombre, y tomando un pincel trazó sobre un lienzo preparado una línea fina y sinuosa. Al volver Protógenes y ver este rasgo, exclamó que era seguramente de Apeles, y tomando el apunte, lo rodeó de una línea más perfilada y más tenue que la anterior, y ordenó que se la mostraran al extranjero. Apeles volvió avergonzado de que otro le hubiese superado; cortó los dos primeros contornos con una tercera línea, cuya delicadeza excedía a todo. Cuando la vió Protógenes. "Estoy vencido — dijo, — voy a abrazar a mi maestro".

* * * *

FIEL AL DEBER Y AL HONOR

El señor de Sancy era un gentilhombre francés de la corte de Enrique III. Poseía un famoso diamante, hoy día designado con su nombre.

Encontrándose el tesoro real en un gran apuro, el señor de Sancy consintió en empeñar su diamante para entregar su valor al rey. El prestamista se encontraba en Metz. Fué, pues, necesario entregar la joya a un servidor, a fin de que la llevase.

—¿No teméis que este hombre huya a Alemania? — dijeron al señor de Sancy.

—Estoy seguro de él, — respondió.

A despecho de esta seguridad, ni el hombre ni el diamante llegaron a Metz. Así es que la corte se burlaba del señor de Sancy.

—Estoy seguro de mi criado, — repetía. — Es necesario que haya sido asesinado.

En efecto, al buscarlo se encontró su cadáver en la zanja de un camino.

—¡Abridle! — dijo el señor de Sancy.— El diamante debe estar en el estómago.

Se hizo como mandaba, y la afirmación se encontró justificada. El humilde héroe, del que la historia no ha guardado el nombre, había sido fiel hasta la muerte, al deber y al honor, borrando con el brillo de su acción, el brillo y valor de lo que llevaba.

¡QUE VALOR!

Se trataba del proyecto de presupuesto, y el presidente Sarmiento dice al ministro:

—Empéñese para que hagan una partida para gastos de mesa.

El ministro. — Señor, hay 200 pesos fuertes.

Sarmiento. — Nunca los he cobrado.

Averiguado el caso, resultó que el habilitado aprovechaba el descuido del presidente y hacía dos años que se apropiaba de la partida.

Un día en que Sarmiento firmaba expedientes del ministerio de Guerra, preguntó al coronel que traía los expedientes:

—¿Necesitan de un valiente para un caso arriesgado? Pues bien, ahí está ese mozo (indicando al habilitado), que le viene robando al presidente, desde hace dos años. ¡Qué valor!

* * * *

NOBLEZA DE GÜEMES

Presentáronse un buen día en casa del general Martín Güemes, un coronel y dos capitanes españoles enviados por el virrey La Serna con un pliego de importancia. Después de leída la misiva, miró Güemes al coronel, que era un hombre de cierta edad, y le dijo:

—¿Estiman en tan poco su honor los veteranos españoles, que se encargan de misiones como ésta?

Sorprendido el hidalgo al escuchar tales frases le aseguró bajo su palabra que, tanto él como sus compañeros, ignoraban el contenido del pliego. Güemes leyó la carta en alta voz. En ella el virrey ofrecía al caudillo, a nombre de su soberano, un millón de pesos y los títulos de marqués y grande de España si abandonaba la causa de la indepencia. Güemes terminó la entrevista diciéndoles:

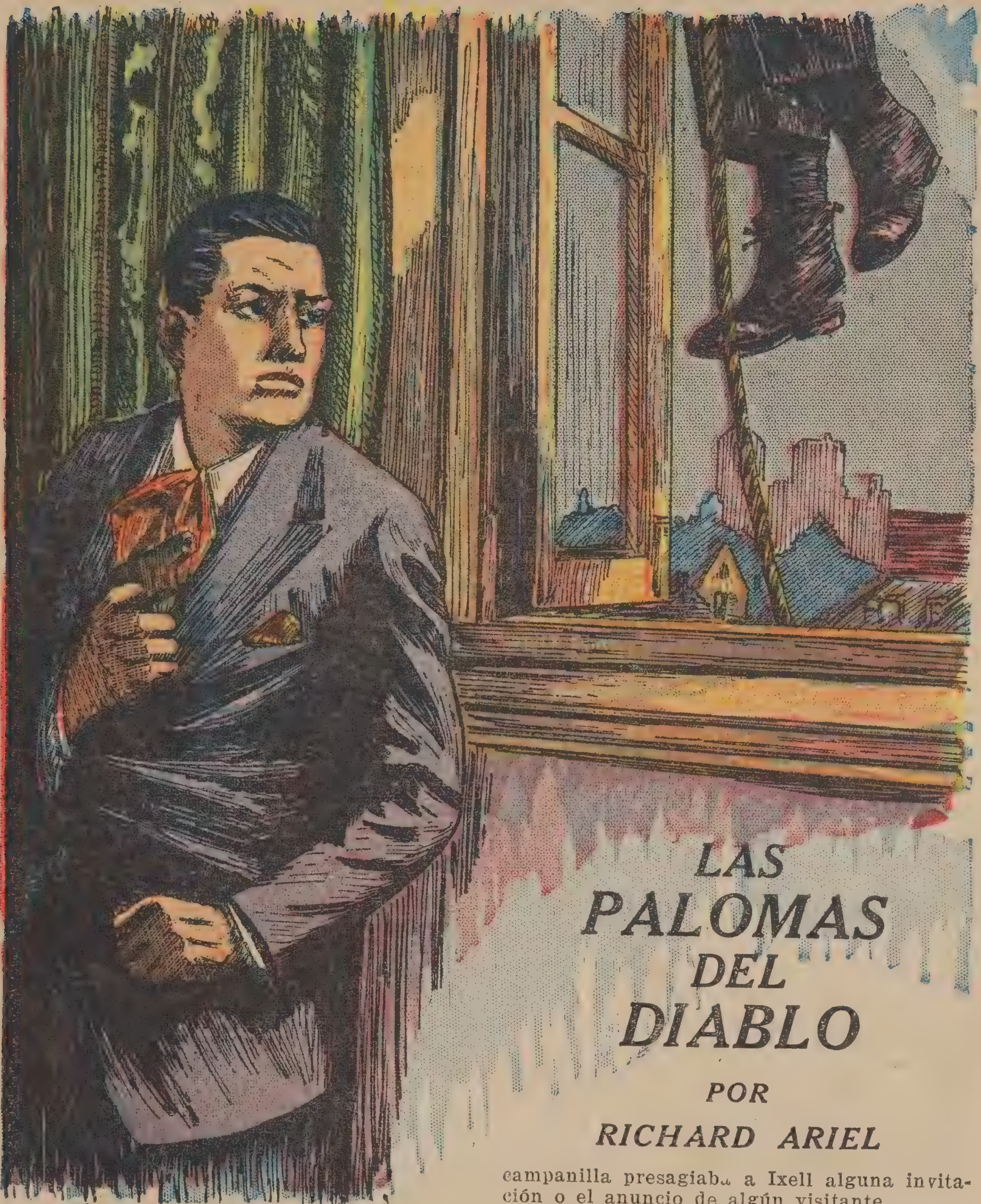
—Decid al virrey que, rico y noble por nacimiento, todo lo he sacrificado por la patria, y que no hay para mí títulos más gloriosos que el amor de mis soldados y la estimación de mis conciudadanos.

* * *

DE LEONARDO DE VINCI

Cuéntase de Leonardo de Vinci que, cuando estaba pintando su famosa "Cena", los monjes del convento de Santa María de las Gracias iban a molestarle a cada momento, recordándole que tenía que terminar el cuadro para fecha fija.

Uno de ellos, sobre todo, se hacía notar de tal manera por su impertinencia, que llegó a cansar al artista, y éste en venganza, reprodujo su fisonomía en la figura de Judas.



LAS PALOMAS DEL DIABLO

POR

RICHARD ARIEL

CUANDO la campanilla del teléfono sonó, Ixell tiró a un lado el libro que estaba leyendo y dirigió su mirada al aparato telefónico, visiblemente molestado. Había pensado pasar una tarde tranquilo, gozando de un anhelado reposo en su cómoda pieza de hotel, y he aquí que ni bien se hallaba dispuesto a hacerlo, alguien iba, tal vez, con su llamado, a perturbarle. Desde su llegada a París, hacía dos semanas, muy pocas ocasiones de descanso se le habían presentado. El sonido de esa campanilla presagiaba a Ixell alguna invitación o el anuncio de algún visitante.

Con expresión de desgano levantó el auricular y escuchó. Inmediatamente reconoció la voz gruesa y fuerte del detective Fleriot. del otro lado del hilo, al mismo tiempo que oyó un murmullo confuso de voces como si varias personas conversaran al mismo tiempo en agitada discusión. Luego se produjo un silencio que duró breves instantes, y, nuevamente la voz del detective llegó a Ixell aguda y seca:

—Mr. Ixell, ha ocurrido algo nuevo en el caso de Monsieur Satán.

Bruscamente el largo cuerpo de Ixell se enderezó como movido por un resorte, preguntando con voz ronca:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde?

La expresión corta y seca de sus palabras denotaban el desprecio y el repudio de Ixell hacia el personaje conocido por Monsieur Satán. La contestación de Fleriot dejóse oir en seguida:

—En el hotel Dulac, señor; un americano, un tal Rodney Arnold, ha recibido la famosa jaula maldita, y acaba de notificarlo a la Prefectura, hace unos minutos.

—¡Ah! — expresó Ixell. — ¿Y qué quiere esta vez Monsieur Satán?

—Un prendedor valiosísimo....., pero, vea, — dijo Fleriot rápidamente — yo he sido designado para este asunto y salgo en seguida para el hotel Dulac, ¿quiere usted que pase a buscarlo?

—¡Cómo no! — contestó Ixell complacido, — y le agradezco por ello, Fleriot.

Una vez cortada la comunicación, Barrou Ixell permaneció un momento pensativo. Se encaminó hacia la ventana de su habitación, y mientras aspiraba con placer el humo de su cigarrillo, quedó contemplando la bella perspectiva que ofrecían los Campos Eliseos, resplandecientes de vida y de color.

París se extendía ante Ixell como un amplio escenario donde debería jugar su próxima partida, pero tan sumido se hallaba en sus pensamientos que nada veía, nada oía. Parecía como si soñara despierto. Pensaba en las monstruosidades producidas últimamente en la ciudad y que los diarios comentaban diciendo que eran obra de un feroz delincuente, al que denominaban Monsieur Satán, por la forma en que ejecutaba sus crímenes, que eran verdaderamente diabólicos.

Pero el tiempo no era propicio para meditar; el detective Fleriot debía llegar de un momento a otro de la Prefectura.

Ixell se retiró de la ventana y cambiándose su "robe de chambre" por un saco gris, salió con presteza de su habitación, dirigiéndose hacia la puerta principal de entrada del hotel para esperar al detective Fleriot.

Apoyándose en su bastón, dirigió su mirada hacia el lugar por donde debía llegar el auto de la Prefectura, en el que viajaba el inquieto e inteligente Armando Fleriot.

Ixell no era del todo desconocido en París, pues muchos diarios anunciaron su llegada en tono encomiástico para el detective inglés. Uno de esos diarios lo había anunciado como criminalista internacional, haciéndole un comentario pomposo y refiriendo pesquisas notables realizadas por Ixell.

* * * *

Ixell se sentó en el amplio automóvil abierto al lado de Fleriot. Un chauffeur con uniforme de la policía los condujo a lo largo de la regia Avenida de los Campos Eliseos, en dirección al Hotel Duxe pasando bajo el magnífico Arco del Triunfo, gloria imperecedera de Francia.

—Y bien, — dijo el dectivo francés. — quería usted tener una oportunidad de estudiar a Monsieur Satán; ahora la tiene usted.

Habló Fleriot en una forma casi irónica, dibujándose una imperceptible sonrisa en las delgadas facciones del "as" de la Prefectura.

—¡Caracoles! — exclamó el francés, sin cambiar el tono de su voz, — esta es la cuarta ofensa del escurridizo Satán; ¡y siempre con sus palomas mensajeras!

Una extraña sonrisa se dejó ver en los labios de Barron Ixell.

—Es una idea muy original, — observó — Un criminal capaz de concebir algo novedoso para sus fechorías, es siempre interesante. ¡Son tan pocos los que lo pueden hacer!

—¿Interesante? — objetó Fleriot, mirándolo fijamente. — ¡Eso es diabólico!! — Fleriot estaba acalorado, sus ojos brillaban como los iluminados escaparates de las tiendas situadas en las calles por donde corría el automóvil.

El viento golpeaba las alas de su sombrero, produciendo un ruido característico.

—¿Cree usted, — continuó, — que enviar una paloma mensajera enjaulada con una nota pidiendo a la persona a quien se le ha el envío, que se ate a una de las patas de esa paloma un prendedor de platino con diamantes, puede considerarse una cosa interesante?

Durante un momento ambos permanecieron sin decir una palabra. Ixell parecía entretenido en observar el tráfico que a esa hora era extraordinario en la avenida.

De pronto Ixell se volvió al francés y le dijo:

—Usted no me ha explicado aún bien esta última novedad... pero... bueno, — concluyó, — pronto llegaremos al hotel Dulac.

—Sé, — contestó el francés, — lo poco que me dijeron por teléfono. Un americano, un señor Rodney Arnold, ayer compró un valioso prendedor en la casa Ramacor, de la Rue de la Paix. ¿Usted conoce la casa Lamacor?

—Unicamente de nombre, — respondió Ixell, moviendo la cabeza.

—Hoy, — continuó Fleriot, — fué entregado en el Hotel Dulac un bulto para el señor Arnold; cuando éste lo abrió encontró dentro la fatídica jáula de madera con una paloma mensajera dentro. Dice que había también una nota y una pequeña cartera atada a la jaula.

—¿A qué hora fué entregado el paquete? — Preguntó Ixell, mientras escudriñaba entre las luces de la calle de la gran entrada del Hotel Dulac, próxima ya a ellos.

—A mediodía, pero Mr. Arnold lo recibió recién a la tarde, cuando volvió al hotel.—

—¿Y la nota, qué dice?

—Por ella se le ordena colocar dentro de la carterita la valiosa joya y atar aquella bien segura a la pata de la paloma dejando a ésta salir por la ventana. La nota de práctica, como usted vé, y con la acostumbrada amenaza en caso de desobedecer.

Fleriot dejó de hablar, pues el automóvil llegaba en ese momento al Hotel Dulac y penetraba por la espaciosa y bien iluminada entrada.

—¡París! — murmuró, mientras descendía del auto, — creado por el cielo, y vejado por el infierno!

En la habitación de Rodney Arnold se encontraron con cuatro hombres alrededor de una mesa en el centro de la cual se hallaba una pequeña jaula de construcción rústica,

que denotaba haber sido hecha por alguien poco experto. Dentro de ella, una paloma que saltaba de un lado para otro, como ansiando un descanso que tal vez mereciera, y aterrorizada por la proximidad de tanta gente.

Rodney Arnold, un joven que parecía más dispuesto para un partido de football que para adoptar una táctica que lo librara de la amenaza suspendida sobre su cabeza, permanecía con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

—Tengo mucho gusto en conocerlo, Mr. Ixell, — dijo en inglés, cuando el as de la Prefectura le hubo presentado a Barrou,—y me alegro mucho de que usted se tome interés en este asunto tan extraordinario. Nunca he oído cosa igual; ¡tratar de aterrorizarme a mí este malhechor! Pero que me cuelguen si le envío un sólo céntimo.

Ixell sonrió mientras estrechaba la musculosa mano que el joven le tendía.

—Muy bien, Mr. Arnold, — aprobó Ixell. — Sería cobardía alimentar el crimen.

Por Fleriot, que conocía a todos, Ixell se enteró de quiénes eran los otros tres personajes que estaban en la habitación. Un corpulento individuo de traje marrón oscuro, era el pesquisa del Hotel Dulac. Otro personaje, un hombre muy serio y de modales finos, supo Ixell que era monsieur Deche, representante y detective de una compañía de seguros, y el tercero, monsieur Lamacor, el joyero de la Rue de la Paix.

—Ayer, — explicó Rodney Arnold, — aseguré el prendedor en cuanto lo hube comprado. — Quise así asegurarme contra pérdidas y robos y cuando al regresar al hotel me encontré con la nota de Monsieur Satán, telefonée inmediatamente al señor Lamacor. El me había hablado ayer de este original ladrón de París, y ni bien le hube llamado vino con el detective de la compañía de seguros.

Fleriot, con un gesto autoritario, tiró su sombrero sobre una silla, dejando al descubierto su canoso cabello.

—Perdóneme usted, monsieur Arnold, — dijo. — Pero antes de seguir discurriendo sobre este asunto, ¿podría usted dejarme ver la nota que encontró en la jaula?

Rápidamente el joven americano extrajo de su bolsilo un pedazo de papel. Fleriot lo tomó en sus manos y lo colocó en forma tal que Ixell también pudiese leerlo. El mensaje era simple y conciso; estaba escrito a mano y en un papel que parecía de los comunes, que regularmente contiene las libretas de anotaciones. La nota decía:

"Después de haber colocado dentro de la carterita adjunta el prendedor que usted compró ayer en la joyería Lamacor, asegúrela bien a una de las patas de la paloma y dejéla escapar. Si la paloma no se encuentra de vuelta con el prendedor dentro de 24 horas, usted morirá como la prefectura misma podrá informarle."

—Que hagan la prueba de matarme, — rugió Rodney Arnold. — Mañana mismo por la mañana salgo de Cherburgo para Nueva York.

—Oh, — murmuró suavemente el detective Fleriot mientras entregaba la nota a Barrou Ixell, — nuestro escurridizo "Monsieur Satán" tratará sin duda de matarlo antes de que salga usted; siempre ha cumplido sus promesas ese personaje.

II

Por un momento, mientras Rodney Arnold se mordía nerviosamente los labios, todo fué silencio, un extraño y expectante silencio, sólo interrumpido por el tic-tac del reloj que había en la habitación. No era agradable saber que un ser misterioso y malvado contaba los minutos de vida de uno de los presentes.

Barrou Ixell cortó el pensamiento de todos al dirigirse al detective del hotel.

—¿Conoce alguno al que trajo la jaula? — preguntó.

El hombre se encogió de hombros.

—No señor, el paquete era grande y envuelto en papel grueso. Como Mr. Arnold había salido várias veces a hacer compras, haciéndose traer siempre los paquetes al hotel, el empleado que la recibió prestó muy poca atención al que la entregó.

—¿Entonces no se tiene ninguna filación de él? — preguntó Ixell.

—Oh, muy vagamente, muy vagamente; el empleado que lo recibió dice que cree que el hombre usaba un grueso bigote marrón y que vestía decentemente, — contestó el detective, — pero no está seguro, y ningún otro recuerda haber visto al individuo.

Ixell movió la cabeza con disgusto, mientras dejaba sobre la mesa la hoja de papel que tenía en sus manos.

—Díganme, — expuso bruscamente Rodney Arnold; — he oído referir infinidad de historias fantásticas acerca de este "Satán". ¿Serán realmente ciertas todas esas historias que se cuentan, y tendré que pasarme la noche escondido bajo la cama, o es todo un bluff?

* * * *

Al decir esto miró a Ixell y al detective Fleriot. El viejo francés, ágil y fuerte como un muchacho a pesar de su edad, meneó la cabeza sonriendo cínicamente.

—¿Referiré a usted, — dijo con sorna, — lo que hay de cierto en esas historias de que habla?

—Ese es mi deseo, — contestó el americano.

—Ah, — respondió el detective francés dibujándose una sonrisa de ironía en sus labios, — oiga usted la verdad sobre las aventuras del diabólico Satán: Hace unos dos meses, más o menos, un tal Pierre Colí, encontró una tarde en el pórtico de su casa en St. Cloud, una jaula con una paloma mensajera exactamente igual a esta, — dijo señalando la que se hallaba sobre la mesa.— Colí tenía una joyería, en la Place de Vendome. Había comprado dos días antes un espléndido brazalete de diamantes de un valor incalculable. "Monsieur Satán" le pedía ese brazalete precisamente en la misma forma que ahora pide a usted su prendedor, y

naturalmente, Colí, se rehusó a obedecer; la policía le prometió salvaguardar su vida amenazada, pero no obstante ello, una tarde, fué encontrado herido de muerte en el jardín de su residencia y no pudimos encontrar rastros del criminal.

—Hum, — gruñó Rodney Arnold, echando una ojeada a la agitada paloma mensajera de su sentencia de muerte.

—Ese, — prosiguió el detective Fleriot, —fué el primer caso. Dos semanas más tarde, un inglés, Walter Kant, que había comprado un par de aros finísimos, también de diamantes en la Rue de la Paix, a un precio muy elevado, encontró a las 24 horas de su compra, una jaula y una paloma, con la correspondiente carterita y la fatídica nota delante de la puerta del departamento de su hermana en el hotel donde ambos estaban alojados. Por consiguiente, Kant desdeñó el pedido; la policía, también le dió protección y una tarde mientras cominaba por la calle en medio de dos agentes de la policía secreta, fué herido desde una motocicleta que pasó al lado de ellos con una velocidad enorme. Todavía se encuentra en el hospital. Los médicos dicen que tal vez se salve.

Rodney Arnold pasóse la mano por su afiebrada frente y miró con ojos asustados a Barrou Ixell. Este parecía oír el relato sin darle mayor importancia.

Estudiaba con el detective Deche de la compañía de seguros muy minuciosamente la jaula de madera.

—Un precioso record, — murmuró Arnold refiriéndose a "Monsieur Satán".

Fleriot continuó en un tono monótono:

—El tercer atentado de extorsión de "Monsieur Satán", tuvo éxito. Augusto de la Charlotte, que por sus arriesgadas operaciones en la Bolsa llegó a ser millonario, recibió la nota en idéntica forma y prefirió deshacerse de un collar de perlas de enorme valor antes que exponer su vida a la muerte. Su esposa le instó para que así procediera accediendo a la demanda de la nota, pues había leído lo ocurrido en casos anteriores.

Monsieur de la Charlotte mandó el precioso collar por intermedio de la paloma tal como se le pedía. Tal vez eso sea lo que usted considera cobardía, pero hoy el millonario está vivo y bien, posiblemente en condiciones de comprar a su esposa otro collar de perlas. Ahora, usted, Mr. Arnold, es la cuarta víctima de estas palomas del diablo.

Arnold suspiró profundamente.

—Diablos, — gritó coloreándosele las mejillas y brillándole los ojos. — ¿Quiere usted decir que no hay manera de detener a ese criminal?

—No podemos detenerlo hasta no saber quien es — contestó Fleriot suavemente en un tono de voz seco muy propio de él.

—¿Tienen ustedes una pista? — exclamó. — Las palomas podrían conducir a la policía hasta la morada del delincuente, de eso no hay duda.

* * * *

El detective francés sonrió al oír estas palabras: su sonrisa era enigmática. Sus largos dedos tamborillearon en el borde de la mesa.

—Mr. Arnold — dijo, — si usted quisiera tener a bien enseñar a la prefectura en el arte de seguir una paloma mensajera, en su vuelo completo, yo personalmente, lo propondré a usted para que lo condecoren con la Legión de Honor.

Mr. Arnold hizo un gesto de disgusto.

—Sé que no pueden seguirla a través de la ciudad corriendo por los techos — admitió, — pero ¿por qué no llevarla a las afueras y soltándola allí seguirla en aeroplano?

Fleriot dirigió una mirada casi infantil a Barrou Ixell. Pero Ixell continuaba ocupado con la jaula, estudiando su estructura.

Ocasionalmente comentó con el detective Deche que estaba a su lado, algo que Fleriot no pudo oír, por el tono bajo que había hablado Barron.

El detective de la Prefectura volvióse a Arnold y al pálido Monsieur Lamacor. Ambos parecían estar muy excitados.

—¿Aeroplanos? — repitió. —Hemos tratado de seguirla en esa forma ya, pero no obtuvimos éxito. La primera paloma que recibiera Pierre Colí fué llevada a Le Bourget. Cuando la soltamos un aparato de la armada levantó vuelo con el propósito de seguirla, pero el pájaro asustado por el ruido del motor, cayó entre unos árboles y se perdió. Nunca más la volvimos a ver. La segunda vez, — prosiguió Fleriot, — llevamos la paloma que había recibido Walter Kant a Le Bourget y nuevamente un aeroplano de la armada se elevó, pero llevándose la paloma consigo a una altura como de 8000 pies y de allí la soltaron habiendo parcialmente atado un piolín muy delgado a una de sus patas el que medía unos 500 pies atando el otro extremo al aparato. La paloma llena de pánico voló hacia abajo, tratando de escapar; voló así trazando círculos extravagantes, y el aviador se vió obligado a volar en condiciones difíciles para poder verla. Finalmente la paloma se metió entre unos bosques por lo que el acompañante recogió la cuerda pero por hallarse la paloma entre unos árboles, la cuerda se rompió al ser recogida y nunca más se la volvió a ver.

El aviador — terminó Fleriot — casi pierde la vida en ese difícil vuelo. Su aeroplano casi chocó con la copa de los elevadísimos árboles del bosque donde había quedado una vez más encerrado el secreto de "Monsieur Satán".

* * * *

Algo ofuscado Rodney Arnold, dejóse caer sobre una silla con expresión de desaliento. Miraba la jaula maldita como un hombre indefenso miraría una sierpe venenosa sin poder contener un próximo ataque. Ese pájaro había llegado prometiéndole la muerte a no ser que decidiera comprar su vida con el valioso prendedor que había comprado en la joyería de Lamacor.

En esa rara impotencia, clavó su mirada en el semblante de Barron Ixell, como queriendo escrutar con esa mirada las cavila-

ciones del detective inglés, de quien más de una vez había oído hablar con respeto por su notable habilidad para descubrir crímenes. Hubiera deseado que Ixell descubriera en seguida por el simple estudio de la jaula, que acababa de hacer, quien era el ladrón misterioso que quería arrebatarle así, tan horriblemente la joya de un valor elevadísimo que destinaba a su futura esposa, poniéndolo a la vez en ese trance de vida o muerte.

Ixell se enderezó rápidamente y mirando por sobre la jaula al detective Fleriot habló así:

—Usted tiene mucha razón, es casi imposible seguir una paloma mensajera durante largo tiempo, a menos que la persecución se haga en el mar o en un desierto, si la paloma tiene que cruzar bosques, un aeroplano no tiene probabilidad alguna de seguirla. Por esa causa, es muy difícil dar con la guarida del ladrón, tan diabólicamente misteriosa. Hay apenas una forma — continuó — de conocer el destino de esas palomas, a menos que — y aquí Ixell hizo una pausa:

—¿A no ser qué? — interrumpió rápidamente Fleriot.

—A no ser que se persiga al ladrón y no a la paloma.

—¿Eh? — exclamó Fleriot.

Ixell frunció el entrecejo. Cuando hablaba lo hacía como si se dirigiera a más de una persona.

—Una cosa rara es que monsier Satán se dedica a las joyas, — dijo lentamente. — Ese hombre sabe con gran seguridad cuando las buenas oportunidades se presentan y se aprovecha de ellas sin pérdida de tiempo. — Luego dirigiéndose a Rodney Arnold preguntó:

—Dígame... ¿Quién sabía que usted había comprado el prendedor?

* * * *

El joven americano levantó su vista.

—Muy poca gente, — balbuceó — es decir... bueno, como voy a casarme en cuanto llegue a Nueva York... he comprado el prendedor como regalo de bodas para mi futura esposa. Tengo muchos amigos aquí en París, pero por cierto a muy pocos les he hablado de ello, en resumen, he mostrado el prendedor a uno o dos a lo sumo.

—¿Dónde está el prendedor ahora? — preguntó Ixell.

—En la caja de seguridad del hotel.

Bruscamente Barrou Ixell se volvió a monsieur Lamacor, el joyero.

—¿Sabe alguno más en su negocio, algo acerca de la compra del prendedor además de usted.

Los huesudos dedos del joyero acariciaron suavemente su barba recortada al estilo francés. Lamacor era un hombre alto, simpático, de modales cuidados. Bajo todo punto de vista era un hombre fino; poseía un aire de dignidad que se acrecentaba aun más por la elegancia de su traje. En el ojal de la solapa lucía la pequeña cinta roja de la Legión de Honor. Hablaba con lentitud y muy deliberadamente.

—Mis empleados no conocen la compra, — dijo con voz grave; — tengo cinco empleados. Además, — prosiguió, — el tenedor de libros también estaba enterado de ella.

De repente dejó de hablar, fué esa pausa un período de indecisión, como si tuviese algo que agregar, algo impensado, recién surgido en su memoria que quería decir. Por un segundo sus ojos ardientes vagaron de un lado a otro de la habitación como perdidos. De pronto, y como si recién recordase lo que parecía haber olvidado, se dirigió a Fleriot:

—Y alguien más está enterado, — agregó suavemente.

El detective Fleriot casi dió un salto.

—¿Quién? ¿Qué dice usted? — preguntó curioso.

—Un hombre que decía llamarse doctor Golez.

En el momentáneo silencio que siguió a la mención del nuevo personaje, el detective Fleriot dirigió una mirada de inteligencia a Ixell. Las facciones del inglés no cambiaron lo más mínimo; continuaba mirando a monsieur Lamacor con mucha atención, aunque disimuladamente.

—¿Quién es el doctor Golez? — preguntó fríamente el francés.

El joyero aclaró su voz sin tratar de ocultar su nerviosidad. Miraba al detective Deche, de la compañía de seguros como si suplicara su ayuda y contestó con voz grave y pausada:

—Usted sabe, señor, que desde que este "Monsieur Satán" comenzó a hacer sus fechorías, aterrorizando a los dueños de joyerías y a nuestros clientes, nuestra asociación ha obrado con cautela; con una cautela absoluta.

Fleriot asintió bruscamente.

—Comprendimos, — continuó Lamacor, — que el que perpetraba estos crímenes ha de ser un experto en joyas de gran valor, y en consecuencia, desde hace unas semanas, estamos estudiando y prestando mucha atención a aquellos presuntos clientes que nos visitan tomando nota de joyas, etc. Ahora, — hizo otra pausa y aclaró otra vez su voz, — cuando vendí a Mr. Arnold el prendedor, ayer, un hombre entró en mi negocio y pidió le mostrara un collar de perlas que tenía en la vidriera. Lo examinó, le dí precio, pero no lo compró. Me dijo que hacía poco había comprado un collar muy similar en otro lado y que había querido tan sólo comparar. Mr. Arnold se encontraba conmigo hablando de su prendedor. El detective Deche, de la compañía de seguros, estaba también con nosotros y él puede corroborar la historia del doctor Golez.

Con creciente interés Fleriot apuró:

—Continúe, señor Lamacor, ¿quiere usted?

El joyero asintió.

—Tomé el nombre y domicilio del doctor Golez, como lo hago con todos mis clientes o probables compradores, para enviarles folletos de propaganda y no pensé más en él

hasta hoy, en que me enteré por algunos amigos de la asociación que el doctor Golez había visitado muchos negocios en la Rue de la Paix.

—Demonio — habló Fleriot, brillándole los ojos.

—Sí, estuvo en lo de Carot, Benoit y Cartier pidiendo ver diferentes cosas y averiguando precios.

—¿Sí? — murmuró Fleriot, mientras Barrou Ixell apenas daba importancia al detalle. — ¿Puede usted describir al hombre? ¿Dónde se encuentra? — concluyó el viejo detective francés.

—Vive en el hotel Cambrai, — dijo Lamacor, — en cuanto a su descripción, él detective Deche la hará mejor que yo. Tiene más experiencia en esos asuntos.

* * * *

El detective de la compañía de seguros, bruscamente transformóse en el punto de todas las miradas. Era él sin duda el más alto de todos los que se hallaban en la habitación y su voluminosa figura dominaba al grupo que ahora le escucharía. El fino cabello, casi rojo, daba a su figura la apariencia de un irlandés más que de un francés. Colocándose las manos en los bolsillos comenzó a hablar.

—Realmente no he prestado mucha atención a ese hombre. De lo poco que recuerdo, sin embargo, el doctor Golez es un hombre delgado, fino, bastante alto y sugería ser un tipo musculoso vestido con traje tropical. Creo usa un sombrero Panamá. De barba puntiaguda y un bigotito corto. No puedo decir más; me imagino que debe ser español o portugués. El nombre, por lo menos suena así.

—¡Espléndido! — exclamó Fleriot mirando a Barrou Ixell con satisfacción. — ¡Doctor Golez, en el hotel Cambrai!

Ixell miró la jaula.

—No hay en realidad nada de malo en que un español inspeccione joyas en varios negocios, — observó, — pero claro está que no es malo investigar algo acerca de él.

—Ya lo creo, — manifestó Fleriot.

Pero Barrou Ixell no era de opinión de ocuparse muy atentamente de ese nuevo detalle surgido, y poniéndose ante Rodney Arnold le preguntó:

—¿Qué hará usted, en resumen?

Sólo un segundo lo pensó el americano, y señalando con un dedo la jaula con la paloma dentro, casi gritó:

—Puede usted llevar ese pajarraco a la prefectura. Salgo para Estados Unidos mañana y antes me dejaría colgar que obedecer al criminal "Monsieur Satán".

Ixell estrechó la mano del americano mientras tomaba su sombrero, que estaba en una silla.

—Muy bien hecho, — aprobó, — la policía protegerá a usted adecuadamente hasta que llegue a Cherburgo para embarcarse. Yo, por mi parte, lo acompañaré hasta la estación de San Lázaro y supongo que Fleriot hará lo mismo

—Iré rodeado de un cuerpo de guardia — Sonrió el americano y luego agregó: — Espero que ustedes, señores, no serán testigos de ningún crimen. Estoy ansioso de llegar a casa para casarme y olvidar esta mala aventura.

Y muy tranquilamente la suave voz de monsieur Lamacor intervino, como aconsejando.

—Si yo fuera usted, Mr. Arnold, — dijo el joyero,, — no saldría de la habitación esta noche.

III

Minutos más tarde en el vestíbulo del hotel Dulac, Barrou Ixell y Fleriot llevando consigo la paloma y la jaula, se despedían de monsieur Lamacor, que se hallaba algo pálido, y del detective Deche.

Arriba en la habitación de Arnold habían quedado éste y el detective del hotel, esperando la llegada de dos agentes de policía enviados por la Prefectura para servir de custodia al joven americano.

Mientras se despedían, el detective Deche dijo a Ixell:

—Lo malo es que los diarios con sus publicaciones sensacionales presentan la figura de "Monsieur Satán" al público caprichoso como un personaje casi romántico y lo pintan más como un héroe que como un criminal.

—Es de lamentarlo, — aprobó Ixell. — Es cierto, sin embargo, que cuando un criminal se ve, — podemos decir así, — estimulado por el periodismo, cobra ánimos y aumenta sus fechorías, las que indiscutiblemente lo pierden al final.

Monsieur Lamacor interrumpió ansiosamente, hablando a Fleriot.

—Usted investigará algo respecto del doctor Golez, ¿verdad

—Esta misma noche, — contestó el detective.

* * * *

Y procedió a esa tarea tan pronto como Deche y Lamacor se fueron. Dejando la jaula en poder de Ixell por unos minutos, después encaminóse al teléfono público del hotel Dulac y llamó al hotel Cambrai. El gerente de ese hotel, pensó, podría darle alguna información acerca del misterioso doctor Golez.

Al poco rato volvió, conociendo un detalle al que le atribuyó cierto valor.

—El nombre del doctor Golez, — dijo, — figura en el registro del hotel desde hace una semana, pero desde entonces, ¡nunca ocupó su habitación!

Ixell encendió un cigarro y se encogió de hombros.

—Ese detalle es algo significativo, — murmuró Fleriot, — el gerente del hotel me ha dicho que una vez al día Golez habla por teléfono o va personalmente para retirar su correspondencia. Esta tarde, — agregó, — llamó por teléfono. Nadie en el hotel puede decir dónde se le puede encontrar, pues to-

los desconocen sus ocupaciones. Voy a instalarle un centinela en el hotel, — terminó diciendo.

Fleriot dejó de hablar, pues dos jóvenes se le apersonaron acreditándose como repórteres. Habiendo conocido por un conducto misterioso el nuevo atentado de "Monsieur Satán" se aprestaban con sus libros de notas y lápices listos para escribir la información del asunto, y acosaban al detective pidiéndole toda clase de detalles.

Pero el activo francés no estaba de humor como para prestarse a un reportaje.

—Averigüen lo que deseen en el hotel,— dijo molestado, y en compañía de su colega inglés, salieron rápidamente del hotel.

—¿Quiere usted acompañarme hasta la prefectura? — preguntó el francés, — o prefiere que lo deje en su hotel.

Ixell dirigió su vista a la calle desde la portada del hotel y notó que había comenzado a llover, por lo que el chauffeur se había visto obligado a levantar la capota.

—¡Oh! — dijo con indolencia. — Es mejor que me quede en mi hotel. Estoy realmente muy cansado.

Durante toda la noche una lluvia monótona cayó sobre la ciudad. El viento había cesado; ahora los árboles en los Campos Eliseos estaban como deprimidos, con sus ramas caídas, bajo el peso del interminable aguacero.

Si los pensamientos de Barrou Ixell sobre el caso de "Monsieur Satán" y sus palomas mensajeras le absorbían por completo, eso no fué obstáculo, sin embargo, para que se durmiera profundamente. Descansó toda la noche muy tranquilamente, y al despertarse se alegró al ver que la lluvia había cesado por completo.

* * * *

Una mañana gris fué testigo de la partida de Rodney Arnold para Cherburgo, donde debía embarcarse para los Estados Unidos. El tren para Cherburgo salía de la estación de Saint Lazare a las diez y media. Una hora antes de la partida del tren un auto enviado por la prefectura esperaba en la puerta del hotel Dulac.

En la habitación de Arnold, el viejo Fleriot explicaba al joven americano:

—Agentes de policía de París, no pueden, naturalmente, acompañar a usted hasta Cherburgo, pero me he asegurado dos gendarmes, de los que ustedes llaman policía militar según creo para que le acompañen a usted en la travesía desde Cherburgo. Se encuentran éstos ya en el auto. Además Mr. Ixell y yo iremos con usted desde aquí hasta la estación.

—Desearía llegar cuanto antes, — dijo nerviosamente Arnold. — ¿Dónde está mister Ixell?

—Estará aquí a las diez menos cuarto,— contestó el detective. — Vamos abajo y lo esperaremos en el vestíbulo.

Al salir del ascensor, en la planta baja del hotel, ambos se encontraron con Ixell que en ese momento entraba riendo jovialmente.

—Tiene usted una fuerte guardia, según lo he notado afuera, — anunció Barrou.

—Es bueno estar vivo para poder parecerlo, — replicó Arnold. — Me he pasado la noche levantado, sin dormir, oyendo pasos, viendo espectros y una infinidad de cosas por el estilo que me han casi enfermado.

El rubio americano se esforzaba, aunque inútilmente, para aparecer tranquilo, mientras cruzaba el vestíbulo en dirección al auto que esperaba afuera. Saltó dentro de él con bastante agilidad. Gran parte de su equipaje había sido enviado ya a la estación y sólo dos pequeñas valijas llevaba consigo.

—¿Parezco tan trasnochado como estoy en realidad? — preguntó, fingiendo sonreir y dirigiendo furtivas miradas de un lado a otro desde dentro del coche.

El detective Fleriot, con la energía que le caracterizaba, ordenó a Arnold sentarse en medio de él e Ixell, en la parte trasera del coche, dejándose caer, a la vez que hablaba, en los cómodos almohadones del asiento. Uno de los gendarmes se sentó enfrente de ellos y el otro delante, al lado del chauffeur.

En esta posición el cuerpo del norteamericano se hallaba enteramente cubierto por todos lados, mientras el potente auto que los conducía se dirigía hacia la estación. La conversación fué simple y sin interés, prestando todos una atención vigilante en todas direcciones.

Un tráfico inmenso los rodeaba en la Avenida de los Campos Elíseos. Al llegar a una bocacalle doblaron con la intención de tomar el camino más corto para la estación. Como faltaba más de media hora para la salida del tren, el chauffeur conducía el coche con una marcha más bien lenta, permitiendo a otros vehículos tomarle la delantera. Habían andado casi la mitad del camino cuando el coche casi se tumbó por una explosión producida debajo de él. Rodney Arnold dió un brinco como si hubiera sido alcanzado por un tiro; su semblante cambió instantáneamente, palideciendo. Con cierto temblor, preguntó con voz entrecortada:

—¿Qué... qué... ha... ocurrido?

Rápidamente el chauffeur detuvo la marcha del vehículo y descendió de él dando un salto. Con gran disgusto notó que una de las gomas traseras había explotado y gruñendo entre dientes dijo que era la cuarta goma que reventaba en los últimos quince días. ¿Por qué no compraba el gobierno mejores neumáticos? Por casualidad tenía una de repuesto; y mientras trataba de cambiarla, lanzó un silbido extraño que fué oído por todos los ocupantes del coche.

—¿Qué ocurre? — preguntó Fleriot.

—¡No es una pinchadura, señor! — contestó el chauffeur, poniéndose pálido, y con una expresión de asombro que dejaba traslucir la gravedad de lo que observaba agregó. — Alguien ha puesto un explosivo dentro del neumático!

—¡Oh! — gritó el impetuoso Fleriot, — ¡no, no es posible!

—Sí, señor; véalo usted mismo; mire us-

ted este agujero que no puede haberse producido más que por un explosivo.

Bruscamente el detective abrió la portezuela del auto y saltó sobre el pavimento para comprobar lo que dijera el chauffeur. Casi instantáneamente, Barrou Ixell le gritó:

—Venga usted, Fleriot, ¡rápido!

Pero fué demasiado tarde. El francés estaba hincado mirando la rueda al tiempo que un potente automóvil Sedán, pintado de gris pasó velozmente por un costado del coche de la Prefectura.

Una de las ventanillas del Sedán se abrió y una mano armada de una pistola automática se asomó, disparando un balazo. Rodney Arnold llevóse una mano al costado derecho del pecho y cayó sobre el asiento lanzando un gemido de dolor y antes de desmayarse lanzó un juramento.

—Ese demonio... me... ha herido.

IV

Una hora más tarde, monsieur Jacques Etien de Saintville, el venerable prefecto del Departamento General de Policía de París, miraba severamente y con su ceño fruncido al detective Fleriot, quien con sus facciones alteradas por el bochorno, estaba de pie al lado del espacioso escritorio de caoba, ante el que estaba sentado el venerable prefecto.

Fleriot, el as de la Prefectura, el valeroso investigador, habia cometido un error ante su jefe. Lo sabía, y se confesaba, lamentando su fracaso, haber obrado con poca cautela. Se hallaba en un estado de ánimo tal que no es para descripto. Avergonzado miraba hacia la carpeta del escritorio del prefecto y callaba, como un niño lo haría ante la severa mirada de su padre. De repente, sacando fuerzas de flaqueza, habló:

—Ha sido completamente por mi culpa, dijo, dando a sus palabras una entonación firme y ayudándola con ademanes adecuados, llenos de vehemencia y no faltos de dignidad. — Ixell estaba sentado a su derecha, — continuó, — y yo a su izquierda, y al saltar yo fuera del auto para cerciorarme de lo que el chauffeur decía, dejé al descubierto el cuerpo de Mr. Arnold.

Los ojos del prefecto seguían pacientemente y sin inmutarse todos los movimientos de su subalterno.

—Aun no entiendo exactamente como ha ocurrido eso, — habló, dando a sus palabras una sonoridad y claridad que hirió los tímpanos del detective. — Si usted tuviera la bondad de reponerse un poco y de hablar más coherentemente, tal vez me sería más fácil entenderlo.

Fleriot dejó de hablar mientras sus ojos echaban chispas.

—¡Fué eso tan endiabladamente simple! ¡Tan diabólicamente sencillo, como todos los crímenes que ese criminal comete! — exclamó. — Vea usted, fíjese usted, señor prefecto: el señor de Arnold estaba sentado en el auto, en medio de Ixell y yo. Estaba a cubierto completamente de todo posible ataque...

* * * *

El detective ilustraba a su superior con infinidad de detalles, acompañando sus palabras con gestos característicos que en verdad ayudaban mucho para la reconstrucción de la escena.

—Este "Monsieur Satán", — continuó, sin cambiar el tono, — venía en otro coche, un Sedán, y dándose cuenta que no era posible atacar a Arnold, hizo aumentar la marcha de su coche y al alcanzarnos, sin que lo notaramos, se ingenió para hacer explotar uno de nuestros neumáticos traseros colocándole un explosivo por quién sabe que combinación y, naturalmente, nos hizo detener. Con eso que nosotros creimos era un accidente mientras tanto siguiendo su camino dió vuelta a la manzana y volviendo por el mismo camino, mientras que yo, como un gran tonto, sin pensar en eso, desciendo del

Una de las ventanillas del Sedán se...

vehículo en el preciso momento en que pasando por nuestro lado, encontró el criminal el cuerpo de su víctima descubierto y disparó sobre él. Ixell me llamó, pero ya era tarde!... Como su auto es potentísimo, pronto se alejó de nosotros sin darnos ninguna chance para seguirlo con otro coche. Arnold cayó herido por el certero tiro de ese terrible asesino y yo como un verdadero imbécil aquí me encuentro, habiendo perdido la partida y dejado a ese demonio escapar a sus anchas, cumpliendo su promesa.

El prefecto quedóse pensando profundamente, hundiendo la cabeza entre sus hombros y repiqueteando el extremo de un lápiz sobre la mesa.

—¿Nadie vió al que disparó el tiro? — inquirió finalmente. — ¿Está usted seguro de eso, Fleriot?

—Positivamente seguro; no mostró más

que la mano armada y los ojos por la ventanilla del auto, pero retiró ambos de nuestra vista ni bien disparó y el disparo fué instantáneo .

—¿Y el chauffeurs?

—Barrou Ixell lo vió, pero fué apenas unos segundos, pues el auto pasó demasiado velozmente y resultó casi imposible poder identificarlo; más aun, la caída de Arnold imposibilitó en mucho la atención de Ixell en ese sentido.

—¡Hum! — murmuró Mr. de Saintville.

El repiqueteo del lápiz sobre la mesa, era el único ruido que se oía; ambos hombres pensaban en silencio hasta que el prefecto preguntó:

—Pero el sedán. ¡Seguro que alguno podrá identificarlo! ¿Alguien habrá visto el número?

abrió y una mano armada de una pistola automática se asomó...

El detective Fleriot levantó las manos en son de burla casi.

—¡Bah! — contestó; — no podemos pensar en eso, señor prefecto. ¿Imagina usted que Mr. Satán ha usado un coche de fácil identificación? Sabemos que era un sedan Renault pintado de gris y hay cientos de coches iguales en París; posiblemente, más de mil.

—Pero... ¿y el número?

—¡Ah, sí! El número, Ixell trató de tomarlo y los gendarmes también lo intentaron: tal hizo nuestro chauffeur, y también yo lo hice y muchas personas lo habrán hecho, estoy seguro.

—Bueno, pero entonces.... — argumentó el prefecto.

—Pero, ¡qué demonios! ese cándido tuvo una idea genial; sacó uno de los sostenes de la choza y estando esta en forma vertical, nadie pudo leerlo, y como ella no faltaba se evitó ser detenido por tres agentes, pues no hacía ninguna contravención, pues la chapa la tenía.

Mr. de Saintville hizo un gesto de descantento y echó un vistazo a una pila de diarios que yacían sobre su escritorio. En ellos se publicaban interminables comentarios sobre el nuevo atentado y por cierto no eran nada halagadores para la prefectura; y eso molestaba mucho al respetable prefecto. Uno de esos diarios preguntaba si realmente había más sesos en el criminal que en las cabezas de todos los representantes de la policía.

Esa mañana, principalmente, los comentarios eran más incisivos y más molestos, pues el comentario de la última aventura del famoso demonio relacionado con Rodney Arnold, ocupaba un lugar preferente en la primera página de los diarios y no faltaban las frases mordaces que ridiculizaban a la policíа.

Con ansiosa preocupación, monsieur de Saintville pensaba en los comentarios de los diarios de la tarde, cuando anunciaron que otra vez el temible ladrón había cumplido sus designios; que otra vez la prefectura no sabía que camino tomar; que otra vez los que velaban por la seguridad pública se habían visto burlados a pesar de sus precauciones.

Mr. de Saintville se acarició la barba con un ademán irresoluto. Cuando un criminal cometía un crímen y la policía tardaba en descubrirlo, éste podía ponerse en salvo diciendo a los reporteros que la pesquisa estaba bien encaminada; así aminoraba un poco los comentarios que no eran tan crueles; pero cuando un delincuente cometía un cuarto crímen sin haber podido conseguir siquiera una pista, ya la cosa era más difícil de disimular.

No podía decirse que la pesquisa progresaba. ¡Era un absurdo!

El prefecto habló al detective con gravedad.

—¿Dónde está Mr. Ixell? — preguntó.

—Se quedó en el hospital con Rodney Arnold, pero espero que vendrá por acá,—contestó el francés.

—¡Hum! — gruñó el prefecto. — Y, ¿qué piensa usted hacer ahora, Fleriot?

—Espero oir lo que dice Ixell antes de hacer algo.

—¿Cree usted que él tiene alguna idea?

—Sí que tendrá alguna, pues siempre las tiene ese hombre.

Barrou Ixell llegó momentos después. Saludó al detective y al prefecto y aceptó un lugar preferente que este último le indicara a su lado. Su semblante tenía una expresión de semiaturdimiento y a la vez de solemnidad.

—Mr. Arnold — dijo; — está gravemen

te herido; la bala le ha interesado el costado derecho del pecho. Los médicos dicen que tiene pocas probabilidades de salvarse.

—Hemos telegrafiado a su familia, — murmuró M. Saintville y vagando su mirada sobre la mesa, agregó en tono muy bajo: —¡Y a cuántas familias tendremos aun que notificar los actos de este Satán!

Por un momento reinó un profundo silencio en la sala. El prefecto miraba al inglés y luego djio:

—Mr. Ixell: nos encontramos en un callejón sin salida. Por lo que tenemos visto y podemos palpar, no nos es posible atrapar a ese canalla de Monsieur Satán. Parece imposible establecer su identidad, — hizo una pausa y prosiguió:—Nadie ha visto al que disparó el tiro. Muy pocos pueden dar una descripción del chauffeur que conducía el coche desde el cual tiraron, — otra pausa, tosió y continuó: — Tenemos una paloma mensajera que nos conduciría hasta el ladrón, pero no podemos seguirla. Señor Ixell: estamos ante un caso muy complejo, extremadamente complejo, cuya solución aparece como casi imposible. De todo lo que usted ve, — continuó el prefecto en tono esta vez más sosegado, — ¿qué métodos cree usted conveniente adoptar para hallar una pista?

Ixell se reconcentró un instante en sí mismo. Sus ojos pasearon desde la austera cara del prefecto hasta las alteradas facciones de Fleriot, y contestó muy suavemente:

—Cuando no podemos ir hacia el criminal, hagamos que el criminal venga a nosotros.

Al oir esto, monsieur de Saintville hizo un gesto de sorpresa. Hubiera tomado sus palabras como carentes de sentido, de no haber visto tras ellas un significado muy grande. Fleriot con sus ojos extremadamente abiertos escuchaba con toda atención y miraba a Ixell como si se hubiera quedado embobado al oirle.

Fleriot conoció a Ixell; sabía que empleaba siempre métodos desconocidos y aparentemente sin sentido, pero que una vez puestos en práctica mostraron su eficacia al igual que una luz dispersa las sombras.

—¿Cuál es su plan? — preguntó el prefecto, estirando su pescuezo y escuchando atentamente.

—Voy a sugerir, — respondió pausadamente el inglés en un tono muy bajo, — que se dé una falsa noticia a los diarios.

Monsieur de Saintville se dejó caer en su silla como desalentado y echando una ojeada a Fleriot respondió en una forma llena de dignidad:

—Pero eso no es nuestra costumbre, señor Ixell. Eso no está bien, — protestó.

—Naturalmente. Pero tratándose de un criminal del estilo de "Monsieur Satán", creo que valdría la pena probar en beneficio de todos, — replicó el inglés.

—Pero, — prosiguió el prefecto en un tono de voz ya menos imponente, — veamos cuál es el fin.

Ixell habló entonces con más confianza y más firmemente.

—Sugiero, — dijo, — que se cuente a los hambrientos reporteros que esperan, esta noticia: Que cierto estudiante, Gastón Corbineau, puede ser su nombre, pasaba por la calle en el preciso momento en que se disparó el tiro, y que se ha presentado a la prefectura diciendo que ha podido ver bien al chauffeur y lo ha descripto ante la policía con mucha precisión y que está a disposición de la policía para identificar esa cara en cualquier momento.

—Se informará también a los diarios, — prosiguió Ixell, — que Gastón Corbineau vive en un pequeño hotel del Quartier Ancun en el piso alto, en una de las habitaciones de la izquierda. Que es estudiante, de la Sorbona y que fué inducido por el público a dar parte de esa noticia a la prefectura.

Aunque monsieur de Saintville no comprendía a primera vista plenamente el propósito de esa mentira, notó que los ojos de Fleriot brillaban de alegría y de comprensión.

—¡Caramba! Eso es perfecto — manifestó Fleriot dando un golpe sobre la mesa de su jefe y olvidándose de su presencia,— tanto era su entusiasmo.

—¿Cómo? — preguntó el prefecto con un gesto de duda; y sintiéndose avergonzado por su poca perspicacia en ese momento.

Fleriot apresuróse a explicar con claridad la idea de Barron Ixell.

—¿Cómo? — exclamó. — Cuando "Monsieur Satán" lea que hay una persona en París que puede identificar al chauffeur de su auto... Diablos, — prosiguió, — apuesto cien contra uno que tratará de hacerlo desaparecer.

Y entonces, monsieur de Saintville, comprendiendo rápidamente el propósito antes turbio, se echó hacia atrás en su silla y lanzó una mirada furtiva a B. Ixell mientras en su boca se dibujaba una leve sonrisa de inteligencia.

—Usted quiere entonces, hacer que "Monsieur Satán" vaya a la habitación de Gastón de Corbineau.

Ixell sonrió.

—Exactamente. Monsieur Satán mismo o alguien irá a esa habitaci6ón con el fin de colgar al pobre Corbineau.

El prefecto reflexionó unos segundos y murmuró:

—La idea no es mala, vale la pena de ponerla en práctica. Pero, ¿dónde queda ese hotel del Quartier Ancien? ¿Quién hará de Corbineau?

La sonrisa de Barron Ixell no se alteró mientras sacaba de su bolsillo una tarjeta de visita y se la alcanzaba al prefecto.

—Allí, — dijo, — está la dirección del hotel. Mientras venía del hospital, entré a él, e hice los arreglos necesarios con su buen propietario, y, — agregó, — en cuanto a Gastón Corbineau, aquí lo tiene usted, — dijo, levantándose y señalándose a sí mismo.

V

El hotel del Quartier Ancien estaba situado en el Barrio Latino. Era una especie de bodegón donde abundaban estudiantes, poetas, pintores y mucha gente que aunque no eran de mal vivir, su actuación no era muy clara. Estaba en la rue de Pelón. Su

entrada era angosta y sucia, como cuadra a los hospedajes de los bohemios del bajo fondo de París. En su tiempo había albergado a mucha gente de distinción y como su dueño no se preocupó de mejorarlo, de acuerdo con las necesidades modernas, había permanecido estancado y su ambiente se fué renovando, pero perdiendo su característica de otros tiempos. Su dueño, un hombre grueso y sano como un cerdo, de cara redonda y rosado como una manzana, era un hombre que conocía mucho de humanidad, pues el contacto con toda clase de gente le había hecho aprender muchas cosas de la vida. Monsieur Eck, era el nombre por el que se le conocía.

Cuando el supuesto Gastón Corbineau entró en el hotel, monsieur Eck lo recibió amablemente, y tras unas cuantas copas de buen vino que bebieron juntos, el trato quedó convenido en forma muy amigable.

Las apariencias de Gastón Corbineau eran realmente las de un estudiante. Llevaba una galera negra muy descolorida por el tiempo, un traje de corte perfecto, pero casi gastado de tantos arreglos y planchaduras, un par de zapatos amarillos también muy usados y que denotaban que hacía mucho tiempo que habían sido comprados. Un bigotito negro y un par de gafas ahumadas completaban su indumentaria.

Monsieur Eck declaró al verlo entrar que el disfraz le sentaba perfectamente y más aún, que él mismo lo desconocía.

—No es muy completo, — dijo Ixell, — pero en la oscuridad es suficiente para impresionar a cualquiera que me observe. ¿Está mi habitación lista ya? — preguntó.

—En el piso alto, señor, como usted la pidió, — contestó monsieur Eck aparentemente dispuesto a ayudarlo.—

—¿Preguntó alguien por G. Corbineau?

El dueño del hotel sonrió burlonamente.

—Algunos, señor. Desde esta tarde en que apareció en los diarios el caso del testigo del crimen, han venido como veinte reporteros. Por lo menos, veinte personas que preguntaron por Gastón Corbineau.

—¿Y usted les contestó?

—Como usted ha indicado, señor, que su habitación está en el piso alto a la izquierda y que no ha sido ocupada durante todo el día y que no sabía a qué hora estaría de vuelta.

—Bien, — aprobó Ixell, pensando que alguno de esos reporteros habría usado el título de tal para informarse del lugar de su habitación y que bien pudiera ser un comisionado de "Monsieur Satán".

—Si alguno de esos reporteros vuelve, dígales que no deso hablar con nadie. Que he vuelto, pero que tengo órdenes de la policía de nò conceder entrevistas a nadie con respecto al crimen.

—Entendido, señor,—contestó el hotelero.

—Puedo confiar en que usted permanecerá levantado y listo toda la noche, ¿no?

—Perfectamente, — prometió M. Eck. pensando en los cien francos que había cobrado por una habitación de cinco francos.

Barron Ixell subió la escalera y entró en la humilde pieza de Gastón Corbineau.

Tan pequeña y miserable era esa habitación, que todos se rehusaban a ocuparla aun cuando se ofreciera por menos precio.

El catre colocado en el costado opuesto de la ventana crugió cuando B. Ixell se sentó en él. Había en el medio de la habitación una viejísima mesa con sus patas todas torcidas y rotas, manteniéndose en pie como por milagro, una silla cuyo asiento de paja se notaba roto desde quién sabe cuánto tiempo, yacía en un rincón como de lástima. Era, en resumen una casilla de perros, más que un dormitorio.

Pero B. Ixell estaba muy satisfecho con ella. ¿No estaba situada acaso inmediatamente después del techo? ¿No facilitaba el hecho una fácil visita de extraños, que buscaran una forma de penetrar en ella sin ser vistos?

Desde las ocho hasta las once, Ixell se sentó en el catre y leyó a la luz de un pico de gas que completamente torcido se hallaba en un extremo de la pieza. Fumó varios cigarrillos y se quedó lo más cómodamente que pudo hasta las once, leyendo como dijimos, los diarios de la tarde. A esa hora apagó la luz y entonces hizo una cosa extraña. Con unas pajas y unas ropas viejas que había traído formó como la figura de un hombre que estuviera recostado en el catre dando espaldas a la ventana. Una vez hecho esto se sentó en el suelo, al lado de la ventana, y así agazapado, observó a través de ella la luna que brillaba en el firmamento como un disco de plata. Su luz se reflejaba en el semblante de Ixell haciendo brillar su fino cabello rubio. Se había quitado ya los anteojos y el bigote que se había puesto tan solo para despistar a algún posible espía que se encontrara en el hotel mientras él hablaba con el dueño. Se había prevenido contra un ataque que imaginaba infalible con una pistola automática de gran calibre y eficiencia, la que guardaba en uno de sus bolsillos del saco.

Afortunadamente el rayo de luna no llegaba hasta el catre, y en la oscuridad, observando desde la ventana cualquiera hubiera dicho que un hombre dormía en él, en el mejor de sus sueños.

Ixell estaba preparado, tantto para recibir a Monsieur Satán en persona, o alguno de sus emisarios.

Que tuviera éxito en la empresa era una cosa ciertamente difícil de prever, pero indudablemente valía la pena el esfuerzo de una prueba. Nada se perdía con ella.

Ixell quedóse sentado quietamente.

En algún lugar, no distante, la campana de un reloj, tal vez de alguna iglesia, se dejó oír doce veces. Ixell permanecía aun sentado en el suelo recostado sobre la pared y mirando hacia arriba, por la ventana, veía la luna, que lentamente seguía su curso en el cielo azul salpicado de estrellas que centelleaban ofreciendo un espectáculo admirable por la variedad de sus colores; nunca había Ixell observado el cielo con tanta atención.

No había ningún vigilante en el interior del hotel, pues Ixell había dicho al detective Fleriot — no podemos aventurarnos a tener éxito sin ensuciarnos el trabajo exponiendo

a Monsieur Satán con la presencia de un agente de policía. Si llega a notar que alguna fuerza ha entrado en el hotel sospechará que se trata de una trampa. — Por la misma causa — había agregado — no creo inteligente poner un policeman siquiera en las inmediaciones del hotel. Estoy seguro que éste será vigilado por Satán o alguno de los suyos y si se convencieran de que cualquier vigilancia desacostumbrada existe, no vendrá y todo se perdería. — Estaremos convenientemente preparados, — había dicho Fleriot y si usted puede atrapar a alguien, en seguida estaremos en el hotel.

—Ese es el mejor arreglo, — le había contestado Ixell.

* * * *

Ixell continuó sentado; las campanas sonaron nuevamente dando la una, más tarde las dos. Sin novedad. Las calles de París permanecían al parecer muy tranquilas. Era una tranquilidad apenas interrumpida de rato en rato por la bocina de algún taxi trasnochador o por las campanas de la iglesia.

París nunca duerne por la noche, apenas pasan los ruidos del día, aunque no totalmente, Ixell escuhaba todos esos ruidos esperando ansiosamente la llegada del ansiado visitante. De vez en cuando oía los pasos solitarios de algún transeunte que caminaba por la acera y otras veces gritos, voces, risas de alguna turbulenta bandada de gente. Gente de la noche buscando diversión para saciar su apetito de fiesta insaciable, o el ruido de algún tren de carga que pasaba cerca del hotel llevando tal vez alimentos al mercado de Las Halles. Ese era el silencio de París.

El reloj de la iglesia dejó oir cuatro campanadas cuyo sonido extendióse en los aires como un aviso de precaución.

En ese momento Ixell prestó atención. Acababa de oír un ruido raro sobre el techo, ruido de pasos. Abrió los ojos y con cautela miró hacia arriba una vez más a través de la ventana. Otra vez el ruido se dejó oir.

Lentamente Ixell se puso de pie y se colocó en el rincón de la pieza, pero siempre sobre la misma pared de la ventana, observando y escuchando con todos sus sentidos alerta y empuñando en su mano la pistola automática, pero sin sacarla del bolsillo.

¿Iba realmente a tener éxito su truco?

Mientras esperaba contenía su respiración. Los pasos continuaban lentos, eran pisadas hechas sin duda con zapatos de suela de goma, pues apenas se oía el crujir suave de las chapas del techo. Así esperó apenas un minuto que le pareció un siglo.

De pronto un ruido seco se oyó y mirando hacia la ventana vió que una soga colgaba suspendida en el techo moviéndose suavemente, hasta que por fin quedó quieta en esa posición vertical.

Una rara y expectante sonrisa surcó la boca de Ixell. Oyó otras pisadas. Otra vez dejaron de oírse. Y ahora un par de piernas largas se vieron por la ventana que colgaban bajando cautelosamente por la cuerda. Los pies se apoyaron en el borde de la ventana sin producir ruido alguno. Una cara apareció en ella. Con una mano se sostuvo en la soga y con la otra sacó de entre sus ropas un afilado cuchillo que introdujo expertamente entre la hoja de la ventana y el marco, dejando esta al abrirse un espacio suficiente como para el libre acceso de su cuerpo delgado. Todo esto ocurrió en un silencio de muerte. El hombre caminó uno o dos pasos y hundió el cuchillo en el cuerpo tendido en el catre con una furia terrible. En el preciso momento Ixell dando un salto tomó en su potente mano la muñeca derecha del intruso y la retorció cayéndosele de la mano el cuchillo homicida.

De la garganta de aquél salió un alarido de dolor y Ixell mirándolo fieramente le soltó la muñeca y apuntándole con su revólver le gritó que no se moviera.

VI

El prisionero permaneció quieto con una asombrosa y extraña obediencia, probablemente atemorizado por el tono que dió Ixell a su voz.

Se quedó sin moverse mientras Ixell, sin dejar de apuntarle, sacóse del bolsillo un fósforo y encendió el pico de gas. Esa amarillenta luz iluminó otra vez pobremente la habitación. El hombre, quedóse quieto con las manos en alto y sin moverse. Vestía un swater sucio y manchado; con un pañuelo al el suyo y al igual que la camisa, sucio era cuello, usaba un traje que sin duda no era el suyo y al igual que la camisa, todo sucia y haraposo. Una gorra vieja que parecía más bien un trapo de cocina cubría su cabello largo.

Finalmente Ixell ordenó:

—Siéntese en esa silla.

Fué lo mismo que ordenar a un perro bien amaestrado. El hombre obedeció con facilidad. Cuando se sentó en la silla de paja, el criminal temblaba visiblemente. Su semblante estaba descolorido.

—¿Su nombre? — preguntó Ixell bruscamente.

El prisionero no contestó, e Ixell repitió la pregunta más bruscamente aun. Todavía así, el prisionero no contestó.

—¿Quiere usted que se le fuerce a hablar? — rugió Ixell.

El hombre emitió unos sonidos raros e ininteligibles, moviendo pobremente la cabeza.

Barrou Ixell murmuró entre dientes:

—¿Mudo? — y no pudo suprimir una exclamación de asombro e incredulidad a la vez.

El cautivo afirmó con la cabeza.

Ixell pensó que el bandido mentía. Era una forma eficaz de evitar respuestas inmediatas.

De pronto Ixell recordó que Fleriot esperaba su llamado. Sin duda lo mejor era asegurar ese individuo en manos de la policía. Sería más fácil y más seguro interrogarlo una vez arrestado.

Ixell no podía pensar que ese malhadado tipo que tenía en su poder era "Monsieur Satán" en persona. Tal vez fuese un enviado de él, pero aun así se podía ir muy lejos.

—Levántese, — ordenó Ixell, y una vez que así lo hizo le revisó los bolsillos, pero no llevaba ninguna arma.

—Vamos para abajo, — continuó el detective. — Vaya despacio. No trate de darse vuelta, a menos que yo se lo ordene.

A los lados del corredor había uno o dos picos de gas que daban una luz pobrísima. Continuaron hacia abajo crujiendo a cada paso los escalones de la escalera. El detective con el caño de su pistola automática apoyado en la espalda del prisionero, continuaba detrás de él con paso lento. Ixell sabía que monsieur Eck los esperaba abajo si había seguido sus instrucciones.

El prisionero no hizo ningún ademán de escapar; bajaba las crujientes escaleras siguiendo la consigna a paso lento, y sin darse vuelta ni una vez.

Llegaron así al piso bajo. Monsieur Eck no estaba allí.

Se oía dentro de un pequeño cuarto, cerca de ellos, la respiración de una persona como si descansara. ¿Se había el hotelero ido a dormir?

Ixell lo llamó por su nombre. Nadie contestó. Lo llamó otra vez, con voz más fuerte entonces, y en el preciso instante algo pesado y duro le dió en la cabeza.

Sintió un dolor horrible en la cabeza. Quiso gritar pero no pudo hacerlo. Sus piernas le flaquearon y cayó desplomado al suelo sin sentido.

En el mismo momento en que Ixell caía al suelo el prisionero se dió vuelta e intentó apoderarse de la automática de aquél. Pero antes de que pudiera realizar su intento, varios hombres surgieron de un obscuro pasadizo, se echaron sobre él y lo redujeron a la impotencia.

Inmediatamente el detective Fleriot, pues era él y un grupo de agentes los que acababan de intervenir, acercóse a Ixell y comprobó que tenía una grave herida en la cabeza, producida con una cachiporra.

Ixell entreabrió los ojos y al reconocer a Fleriot murmuró:

—Eck... el hotelero... nos ha traicionado...

El detective francés inició la búsqueda del hotelero, al que encontró sobre una cama, profundamente dormido, al parecer bajo la influencia de un anestésico.

Fleriot hizo conducir al mudo y a Eck, que seguía dormido, a la Prefectura. A Ixell lo trasladaron a un sanatorio donde los médicos le hicieron una delicada operación que puso fuera de peligro la vida del valiente detective.

* * * *

Dos semanas después de los acontecimientos relatados, Ixell pudo ir a la Prefectura, donde lo esperaban el prefecto y Fleriot, que deseaban felicitarlo por el restablecimiento de su salud y por el triunfo obtenido con su estratagema. "Monsieur Satán" había caído en poder de la policía. El rústico y desaliñado "mudo" que intentó asesinar al estudiante Corbineau, no era otro que el temible y misterioso "Monsieur Satán" en persona.

—¿El nombre de "Monsieur Satán"? — preguntó Ixell, ansiosamente.

Fleriot se apresuró a contestar:

—Es Monsieur Lamacor, el joyero. El hombre estaba admirablemente disfrazado la noche en que fué atrapado en la habitación de Corbineau y si no quiso hablar fué para evitar què usted lo reconociera por la voz. En cuanto a su agresor no fué como usted creyó el hotelero Eck, si no... el detective de la compañía de seguros: Deche, el cómplice de Lamacor. ¿Mi presencia en la casa de Eck? — agregó Fleriot, — obedeció al llamado urgente de uno de nuestros hombres convenientemente apostado en las cercanías del hotel, que consideró oportuno el momento de hacerlo al ver luz en la habitación del estudiante y oir ruidos sospechosos que precedieron al ser detenido el famoso y misterioso criminal. Es de lamentar que no llegáramos a tiempo para librarlo a usted del ataque de Deche, quien pudo introducirse en el local y sorprender a Eck, reduciéndolo a la impotencia mediante la aplicación de un poderoso anestésico.

—¿Deche fué detenido en la casa de Eck? — preguntó Ixell.

—No; fué al intentar ponerse en contacto con Lamacor, para ayudarlo, que él mismo se delató. Nosotros lo vigilábamos de acuerdo con las instrucciones que usted nos había dado, desde que con su admirable olfato policial, me señaló confidencialmente a Lamacor y a Deche como los probables delincuentes que actuaban en los misteriosos robos de alhajas valiéndose de las palomas del Diablo.

—Me gusta mucho el baño de mar, pero me debilita una barbaridad.

—Eso no es nada, después del baño tomamos un **HIERRO QUINA BISLERI**, que es el mejor reconfortante.

La aventura de una señorita náufraga

Por

G. G. Toudouze

En la bahía del Terror (Groenlandia Oriental), siete balleneros se habían asociado para vivir fuera de la ley, lejos de la policía, con la cual el que más o el que menos algo tenía que ver. Eran ellos el noruego Verbeke, el noruego Olaf, el danés Bornholm, el canadiense Rupert, el americano Jim Bennet, el mejor pescador de la banda, el francés Marc, y, su jefe francés también: Totón Job, viejo lobo de mar que consiguiera doblegar el fuerte carácter de sus hombres y someterlos al respeto de las reglas de vida que ellos mismos se dieran. Noroutcha, una mujer esquimal, cuya felina astucia no se desarmaba sino ante Jim Bennet, a quien obedecía ciegamente, desempeñaba los trabajos menores del campamento.

Un día, al regresar de una dura jornada de pesca, advirtieron cerca de la orilla algo que imaginaron y con justa razón, restos de un naufragio. Era un elegante bote que, a la deriva, conducía el cuerpo de un hombre muerto de frío y el de una joven mujer desmayada. Una vez que fué reanimada ésta, cayó en un profundo sueño, y entretanto todos se pusieron a examinar a su compañero inerte. Se trataba del doctor Franck, del yacht "Ontario". Por medio de un papel encontrado en el bote se supo que la joven náufraga era la hija del riquísimo James Macdonald, el rey de las pesquerías de ballenas.

Jim Bennet, cuyo pasado era más obscuro — se decía que pesaban varias crímenes sobre su conciencia — dejó ver una alegría feroz al conocer el nombre de la náufraga. Totón Job debió emplear toda su autoridad para decidirlo a que se fuera a su cabaña, ya entrada la noche. Pero no hizo sino una retirada en falso. Cuando creyó dormido al jefe. efectuó una salida furtiva, pero fue advertida por los demás balleneros que lo estaban espiando. Llegó así hasta la ventana de la habitación donde vivía Job, la traspuso en dos saltos y se lanzó sobre el jefe con el cuchillo en la mano. En seguida, los balleneros excepto Warc, se dirigieron a la ventana, para mirar al interior, y estupefactos vieron a Totón Job perfectamente tranquilo, el cuchillo clavado sobre la mesa, y a Jim tendido en el suelo sin movimiento.

—Pueden entrar — dijo Job.

Antiguo profesor de box ningún secreto del pugilismo le era desconocido, y por tanto poco le había costado defenderse, derribando sin sentido al agresor.

Ante algunos murmullos de desaprobación de los recién llegados, Job extrajo su revólver y les obligó a sacar a Jim fuera de la habitación.

Al otro día Bennet declaró a sus compañeros que por razones personales, debía ser puesta la joven bajo su custodia. Dijo conocerla, que se llamaba Ketty y que era hija de James Macdonald. Marc, muy conmovido, pidió fuera devuelta a su padre. La discusión se iba elevando de tono, cuando súbitamente Ketty apareció en la puerta de la choza. Mal repuesta todavía, apenas si se daba cuenta confusamente de lo ocurrido. Pero Jim Bennet se plantó ante ella, y la joven, enloquecida, creyéndose presa de una horrible pesadilla, escapó lanzando gritos de socorro.

Lo que había dicho Jim Bennet acerca de su conocimiento de la joven náufraga era cierto. El año anterior, desempeñaba el puesto de segundo comandante a bordo del

"Ontario", y enamorado perdidamente de Ketty la pidió a su padre, de quien obtuvo la más rotunda negativa. Una tarde se atrevió, conducido por el despecho, a usar sus fuerzas para obligar a la joven a seguirlo. Pero con el látigo que empleaba para gobernar a los perros, ella le chicoteó la cara. El, enfurecido, mató a dos hombres que intentaron defender a la hija del poderoso Macdonald. Condenado a muerte, se evadió y fué a instalarse entre los hombres que vivían fuera de la ley en aquella región de la Groenlandia Oriental, donde le sería fácil preparar su venganza, pues sabía que el "Ontario" iba todos los años a pescar en esos parajes. De ahí su ansiedad por que Ketty le fuese entregada.

Totón Boj que sentía estrecharse a su alrededor la ira de sus subordinados, dijo:

—Si una mujer soltera llega al campamento, ella deberá recibir un marido que será designado por mayoría de votos.

Entonces, por unanimidad se resolvió tirar a la suerte la posesión de Ketty, quien aterrorizada asistía a la deliberación de la asamblea. Y Job fué encargado de escribir el nombre de los siete balleneros en siete papelitos. Ketty que había recobrado su sangre fría reclamaba el derecho de elegir el papelito. Así lo hace.

* * * *

De un salto, ella se colocó detrás de la mesa, y allí, con la cara convulsionada, los nervios tendidos, todo su cuerpo recogido sobre sí misma para la defensa, la joven náufraga tenía la ilusión de haber encontrado un baluarte que era preciso derribar para vencerla. Lista para librar una batalla desesperada reunía toda su energía para la lucha suprema.

Mientras tanto Job, muy tranquilo, con lento andar cerró la puerta detrás de todos los balleneros y corrió la tranca; luego, sin preocuparse de la muchacha, sin mirarla siquiera, se dirigió a la ventana, a fin de cerrarla del mismo modo que la puerta, pero su contuvo, porque en el exterior se había hecho un grupo compacto que parecía ser una conjuración.

Fuera, los cazadores reunidos conversaban a viva voz. El viejo se puso a observar el grupo. Dos o tres de ellos miraron también hacia la ventana y comprendieron y vieron que el jefe vigilaba. Desconcertados, entonces, alzaron levemente los hombros y prosiguieron su camino a pasos indolentes.

Entonaron los balleneros una canción irónica que mantuvieron durante largo trecho y que a los oídos del jefe se iba apagando poco a poco.

Job, sonriendo, abandonó la ventana, dirigiéndose a la estufa cuyo fuego removió. Y luego sin prestar atención aparente a la joven que en el otro extremo de la habitación al amparo de la ilusoria mesa, espiaba sus menores movimientos, empezó a pasearse como si tal cosa. Después la miró de reojo, y como viese que ella tenía sus pupilas fijas en él, optó por hacerle un guiño picaresco. Muy próximo a ella, y mirándola siempre en esa forma un tanto cómica y lujuriosa, sacó la pipa del bolsillo que llenó de tabaco y encendió sacando en seguida una larga bocanada de humo, voluptuosamente.

Inmediatamente, dando brincos como de loco, se dirigió a la mesa donde estaba parapetada Ketty, la que se vió obligada a hacer un movimiento de rotación para conservar toda la distancia posible.

Job hizo un gesto para tranquilizar a la americana, y sacando de su bolsillo los siete papelitos de la suerte se los mostró, como quien realiza una obra de buena fe. Pero Ketty no comprendía absolutamente nada. En cambio, el viejo parecía divertirse. Colocó todos los papelitos sobre la mesa, bien en fila, los dió vuelta, y mientras los señalaba con un movimiento circular de su dedo exclamó:

—Job.

Ketty, con las cejas fruncidas, recogido el cuerpo, pronta a saltar al ángulo opuesto de la mesa, no sabía a qué atenerse con semejante individuo. El reía siempre, fumando su pipa. Y agregó:

—Job... Job... Job... Job... Job... Job... Job... Siete Job...

—¿Cómo? — preguntó ella en un estremecimiento.

Calló el viejo, sonriendo burlescamente.

Comprendido, la joven preguntó, furiosa:

—¿Así es que usted ha puesto su nombre en los siete papelitos?

Inclinando la cabeza hasta meterla en su barba hirsuta, él dijo:

—Sí.

La joven interrogó llena de cólera:

—¿Su solo nombre?

Ante la mirada de Job se sintió presa de una gran angustia, e indignada por semejante burla dijo:

—De todas maneras usted no ha pensado que... ¡Oh, es infame!

Y, furiosa, con los ojos relampagueantes agregó:

—¡Tenga cuidado, que yo sabré defenderme!

Ante estas palabras, Job se reía, tuvo un sobresalto y se golpeó en la frente con el ademán de quien ha incurrido en un olvido deplorable. Rápidamente se dirigió al armario llevando la llave en la mano. Ketty saltó entonces buscando a su alrededor algún arma cualquiera, pero nada encontró. El viejo pescador abría entretando el armario, y tomando un paquete de cartuchos se encaminó a su armario de cuyo fondo extrajo una carabina.

Pocos momentos después se plantó ante la americana, y en ademán sonriente le ofreció el arma. Diez segundos permanecieron ambos frente a frente, él con gesto siempre burlón, ella comprendiendo cada vez menos. Luego, sacándose la pipa de la boca, el viejo ballenero le dijo:

—Deseo darle un solo consejo. A lo mejor

usted tira muy rápido. Nunca busque de blanco la cabeza... tire siempre al cuerpo... Es la única manera de que la bala no pase por el costado...

Y, entretanto, le ofrecía el arma, sonriendo.

Ketty vacilaba, no comprendía bien el móvil de entregarle esa arma, y no se atrevía a extender la mano, a tomar el fusil. ¿Se trataba de un lazo tendido, de alguna farsa del salvaje?

Sin embargo, Job insistía:

—Tome mi carabina; es una arma excelente que no yerra.

Y se acercó a ella hasta ponérsela materialmente en las manos. La joven de repente se decidió, y rápidamente se apoderó de la carabina. Se estremeció toda entera al contacto del acero, y Job inclinando la cabeza le entregó el paquete de balas, al mismo tiempo que dijo:

—La carabina está cargada con siete balas. Usted bien lo sabe que con eso se voltea una pareja de osos a cien pasos de distancia.

Ella preguntó.

—Entonces, ¿usted quiere salvarme?

—Piense como quiera... Pero supóngase que uno de ellos no cayera muerto...

Corrió a la ventana, luego a la puerta, escuchando, espiando, olfateando. Detrás de él desconfiada, y no pudiendo comprender el objeto de la entrega del arma, contempló con entusiasmo la carabina e hizo jugar el resorte de seguridad. Al ruido que produjo, dióse vuelta Job, y con una amplia sonrisa een que se abrieron todas las arrugas de su cara, dijo:

—¡Ah! usted conoce el secreto; sabe cómo se manejan las carabinas... Eso me gusta mucho.

Y como Ketty, aún inquieta retrocediera ante él que la había obtenido por medio de un juego fraudulento agregó:

—Si, si... es por su bien... Tranquilícese... ¿Usted entiende, al menos la carabina?

Con voz breve, siempre a la defensiva, ella repuso:

—Tengo una igual a ésta a bordo.

—¡Ah! Eso es una suerte... Tanto mejor... Sin embargo, tengo que hacerle una advertencia; esta se desvía un poco a la izquierda.

La muchacha hizo un gesto como diciendo aprovecharé la invitación.

Job continuó, muy natural.

—Como el gatillo es muy duro resiste a la presión del dedo, ¿entiende?

—Comprendido.

XXX

Bajo la experta mirada del viejo, e impulsada por su gusto y sus conocimientos de las armas, la joven náufraga estudió rápidamente la carabina. Luego, súbitamente, volviendo a recuperar conciencia de la situación en que se encontraba, levantó la cabeza. Muy tranquilo, a tres pasos de distancia, Job seguía fumando su pipa al mismo tiempo que la miraba. Ella desarmó y armó la carabina; y esforzándose por dominar los latidos de su corazón, afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, colocó de culata el arma sobre la mesa, cruzó las manos en el caño de la misma, y considerándose feliz con semejante defensa, articuló valientemente:

—Y bien, ahora espero...

Job replicó tranquilo:

—¿Qué es lo que espera usted?

Un poco desconcertada por el gesto burlón que veía dibujarse en la cara de su extraño interlocutor, cuya actitud no comprendía, la joven dijo:

—Espero que usted me explique...

El hombre alzó los hombros:

—¡Oh no se preocupe por eso. Yo necesito que usted parta. Hago todo lo que puedo por... Esto es todo...

Ella repuso secamente:

—Comprendo menos que antes.

La cautiva deseaba que le hablara él con mayor claridad, que se explicara mejor. Pero el viejo no estaba acostumbrado a hablar mucho. Y dijo brevemente:

—Sin embargo, la cosa es clara. En cuanto usted se encuentre afuera se establecerá la paz. Durante las quince horas que usted se halla aquí vivimos como en guerra. Por lo tanto conviene que se vaya, y muy rápido.

Ella quiso interrumpirlo:

—Pero yo...

—Déjeme hablar a mí. Usted se ve aquí entre hombres que viven fuera de la ley, fuera del mundo. Nos hemos reunido en un común acuerdo, para llevar una existencia libre, a manera de lobos errantes. Tenemos nuestras razones para ello. Usted me comprenderá, ¿no es cierto?

La americana lo interrumpió, insolente:

—Rozones... crímenes querrá decir.

El no se sintió aparentemente ofendido por la injuria. Hizo una mueca y dijo:

—Crímenes u otras cosas en que usted no piensa y que a veces cuestan más que matar o robar.

—Es decir... — contestó ella.

Pero el viejo, en tono severo repuso:

—No tengo querendirle cuentas. Pero puedo decirle que en un tiempo fuí oficial de la marina francesa... Jamás he vertido sangre... nunca he robado a nadie. Sin embargo, yo soy aquí el jefe de todos mis compañeros, y si me llegaran a tomar preso tendría que ir a la cárcel. De modo pues...

Tan singular fuerza de herido orgullo emanaba del viejo al lanzar esta profesión de fe que Ketty casi a pesar suyo sentía el anhelo de ganarse la simpatía de este hombre, cuya salvaje dignidad la impresionaba. Pero no quería doblegar su orgullo ante la altivez del otro. Y preguntó, desdeñosa:

—¿Entonces usted es un desertor, un traidor?

Job tuvo un movimiento de repulsión. Replicó con dureza:

—¡Ah no! ¡Eso no!

Desorientada por la contestación, ella insistió, sin embargo:

—Lo que quiere decir que usted es un anarquista, un demoledor...

El viejo sonriente, explicó:

—Yo soy de un raro carácter... Me gusta la justicia en todo, y por esto precisamente se me ha castigado.

Como esta explicación no aclaraba nada; Ketty dijo:

—Ahora comprendo menos...

El hizo un ademán:

—Usted no puede comprender.

Sintiéndose herida en su orgullo, ella exclamó:

—¿Por qué ¿Acaso soy demasiado torpe?

—No. Lo que ocurre es que usted es demasiado rica... o demasiado feliz. En todo caso escuche: yo había construído aquí una especie de sociedad, a base de un acuerdo mutuo, en este rincón de la tierra donde se vive, es verdad, sin placeres, pero lejos de la gente a la que nuestras ideas y nuestras personas no deben importarle nada. Y así, usted cayó de repente sobre nosotros como una ola imprevista y silenciosa.

Ketty quiso interrumpirlo, pero él no la dejó hablar:

—Oh bien lo sé. No ha sido por su gusto, y está disculpada. Pero su presencia como se lo imaginará ha puesto a esos muchachos fuera de sí. En realidad, no puedo censurarlos, mirando bien la cosa. Además, como no son tantos y atienden mis consejos, usted hubiera podido volver, sin ser molestada, al punto donde su padre se encuentra. Pera la mala suerte quiso que entre ellos estuviera ese salvaje de Bennett...

Se estremeció Ketty, e instintivamente preparóse con el arma para la defensa.

—¡Otra vez él! — exclamó.

—Es por ese motivo que yo le he hecho el regalo del fusil.

—Gracias — repuso ella.

Esta última palabra fué dicha por Ketty en un tono tan feroz que el viejo sintió cierta inquietud. Entonces dijo:

—No me interesa absolutamente lo que pueda existir entre ustedes dos. Es una cuestión personal de ambos. A mí no me interesa. Lo único que veo es que en el campamento se cierne una amenaza, un peligro. Y me encuentro frente a un dilema: o permito que los hombres se apoderen de usted y que se despedacen por eso mismo... o hago todo lo posible para que usted introduzca una bala en la cabeza del primero que se atreva a faltarle al respeto. Y me parece que lo mejor es que no tenga ninguna vacilación. Por eso le he ofrecido el arma. Y ahora voy a abrirle la puerta para que pueda escapar silenciosamente, si la suerte la favorece; de lo contrario, haga fuego nomás.

—Gracias — dijo ella con una inflexión de voz que alarmó al lobo marino, por lo que creyó conveniente explicar:

—La autorizo a que proceda contra él, solamente. No les haga nada a los otros, porque me resultaría muy penoso. Ellos solo saben gritar, amenazar, pero en definitiva son incapaces de cometer una mala acción Y en cuanto al mismo Bennett, usted lo podrá reducir con una simple amenaza; no tendrá que gastar ningún cartucho. A lo mejor nadie dispone de una sola arma en el campamento.

Ketty no pudo disimular su sorpresa:

—¿Y cómo se explica eso? — preguntó.

—Confidencialmente le diré que según nuestras leyes, todo hombre que ingresa al campamento tiene derecho a conservar su fusil, pero las balas son depositadas en este cajón, que usted ve aquí. De modo que a estas horas las carabinas de ellos ante la suya valen tanto como el caño de una pipa.

La joven sonrió confiada.

—¿Ahora está usted tranquila? — preguntó el viejo.

—Sí, señor — suspiró ella.

El viejo hizo un gesto cómico.

—No me llame señor; no estoy acostumbrado a eso. Yo soy Tonton Job, y nada más

—Así lo llaman esos hombres — contestó ella, con una mueca de disgusto. — ¡Oh!

Con un movimiento de hombros y una emoción que apenas podía disimular, él contestó:

—No... como me llamaría, si pudiera volver a ver a mi hijita menor, que está allá abajo en Bretaña, adonde no regresaré nunca.

Una nube cubría sus pupilas, como algo grave pesaba en su voz. Al sentir la mirada de Ketty desvió la suya. Un largo silencio se hizo entre ambos. Luego, sosteniendo la carabina en la mano izquierda, Ketty ofreció la derecha a Job. Este vaciló un momento, miró fijamente a la joven y tomó entre sus dedos callosos la mano que se le ofrecía. Sonriendo dulcemente Ketty dijo:

—En señal de amistad... Tonton Boj.

—¿Entonces estamos de acuerdo? ¿Podemos confiar el uno en el otro?

—De completo acuerdo — contestó ella. Y colocando la carabina sobre la mesa, agregó: — Y entera confianza.

Job se incorporó, alegre:

—Bien. Esto marcha... y de la mejor manera. Pero, es necesario equiparse, y usted debe hacerse de aplomo. Usted ha de tener buen diente, ¿verdad? Y ahora sentirá apetito... ¡Oh, no diga que no! Cuando se salva un gran peligro, sobreviene el hambre... Por consiguiente, a la mesa... Haga como si estuviese en su casa. Yo mismo le serviré en mi vajilla, que conservo siempre muy limpia. Usted puede verlo...

Esta información dada con voz casi cariñosa, hizo sonreír a Ketty, que respondió:

—En verdad, estoy un poco mareada, y recién me doy cuenta de ello en este momento.

—Naturalmente, usted ha estado demasiado preocupada para pensar en eso.

Y en breves instantes el viejo llenó la

mesa de platos apetitosos: corned-beef, una costilla de oso, pescado salado y otras conservas, todo extraído del armario. Y luego corrió a llenar la pava de agua para hacer el té.

Ella se sentó en la mesa alegre y satisfecha.

—Pero dígame ¿Se trata de un festín, Tonton Job?

—No. Es pura y simplemente alimento sano. Le ruego que se sirva sin miramientos. Hay que alimentarse de la mejor manera; sobre todo usted que necesita tener fuerzas para ponerse en camino. Desde luego que esto no es ni la sombra de lo que podría ofrecerle la cocina de su barco.

Con la boca llena, Ketty lo interrumpi:

—No se explique demasiado, Tonton Job. Durante estos últimos dos veranos he venido a cazar a los mares polares, de manera que conozco esta clase de comidas. Job, experimentando un sentimiento de admiración, repuso:

—Sí, me doy cuenta del gran peligro en que usted se ve; pero confío en su misma experiencia y valor para salir triunfante. Y hasta me parece que los que corren peligro no es usted sino ellos, si tienen la audacia de seguirle la pista. La suerte que descubrí su plan.

—Gracias a usted, — dijo ella, — ahora no temo nada.

—En verdad, usted tiene pasta de valiente; pero qué quiere que le diga, preferiría que el asunto terminara sin desgracias por ninguno de los dos lados.

* * * *

Súbitamente Job irguió la cabeza aguzando el oído. Ella interrumpió la comida, al ver reflejarse en el rostro del viejo una alarmante inquietud, y maquinalmente extendió la mano para apoderarse de la carabina. El la contuvo con el gesto; luego se incorporó y escuchó.

—Parece que vienen — dijo. — Sin embargo, ya se lo he prohibido.

—¿Un ataque? — preguntó la joven. — Yo estoy pronta.

Y con ademán decidido empuñó el arma, el dedo sobre el gatillo, las cejas fruncidas. El viejo la miró con cierta admiración, y murmuró entre dientes:

—No, no haga nada sin que yo se lo ordene.

En seguida se encaramó a la ventana tratando de mirar hacia el exterior. Se oyó en ese momento el paso sigiloso de alguien que rozaba el tabique con infinitas precauciones.

Job frunció las cejas.

Los pasos se detuvieron ante la puerta. Llamaron dando tres golpes precipitados en la madera de la casilla.

—¿Quién es?

—Una voz apenas perceptible:

—Mi jefe, soy yo. Abra rápido.

Entonces, Job dijo a Ketty:

—Es Marc V..dier... el mejor, a buen seguro... no como ballenero, precisamente... pero sabe muchas cosas que, los otros no saben... Y es él quien la ha cuidado como ningún otro lo hubiera hecho mejor.

Afuera la voz repetía:

—Abra jefe... abra rápido.

Job gruñó:

—Hijo, no te necesito.

—Pero yo necesito hablarte — contestó el otro.

Había una especie de súplica en la demanda. Job dudaba en abrir, y le dijo a Ketty:

—¿Quiere usted que le abra? No es ni un forajido ni un borracho. Y además odia a Benett... Por consiguiente su carabina no tiene objeto alguno. Prosigamos comiendo.

Fuera la voz del hombre insistía:

—¡Abra, jefe! ¡Abra rápido!

Job hizo jugar la falleba de la doble puerta, mientras murmuraba:

—¿Qué apuro tiene? ¿Qué caso urgente puede traerle a estas horas?

Se abrió la puerta. Marc se deslizó al interior, miró rápidamente detrás suyo como si temiese una persecución, y volviendo a cerrar, dijo.

—Hay algo malo... Vengo a avisarle, jefe, de que te acecha un gran peligro.

Jab, ciñendo el rostro en un gesto agresiva, preguntó:

—¿Por qué causa?

Marc extendió la mano en dirección a la puerta:

—Ellos están allí... Quieren sacarte la piel.

—¿Te han ofrecido algo por mi cabeza?

—Jefe, lo que te digo es la pura verdad. Tú crees que te obedecen, que en estos momentos se encuentran trabajando en la caza de la ballena, pero en realidad se trata de una reunión en la que se ha resuelto deponerte en el cargo de jefe.

—¿Cómo dices? — preguntó Job en un grito involuntario, lucientes las pupilas. — ¿Estás loco?

Marc continuó su relato con voz entrecortada:

—Te lo juro, jefe. Tú creías que ellos te obedecían. No se embarcaron. Quedaron haciendo rueda para deliberar acerca de tu destino en las arenas de la playa. Como yo iba en último término, me escondí detrás de una roca, desde ahí pude escuchar toda la conversación. En resumidas cuentas declararon que la suerte los había favorecido de tal manera que con un poco de buena voluntad por tu parte todo se hubiera arreglado.

—¿Es eso posible?

Lejos de experimentar un sentimiento agresivo, Job se divertía pensando en la inteligencia que se había establecido entre sus compañeros para despojarlo de lo que consideraban un trofeo de la fortuna. Ketty, en cambio, al oír las últimas palabras del recién llegado, depuso la carabina, y tomando las siete tarjetas extendidas sobre la mesa, las desgarró de golpe. Al ruido que hicieron entre sus dedos, Marc volvió la ca-

beza, y vió que las mejillas de la americana se enrojecían con un cándido rubor. Y encendidos los ojos en la luz de una alegría que él mismo no se explicaba, preguntó:

—¡Ah! ¿Es verdad, entonces?

Fué tan espontánea y alegre la pregunta de Marc, que Job no tuvo ninguna duda de que aquél se hallaba animado de los mejores propósitos para arrancar a la náufraga de las uñas de Benett. Ella, por su parte, lo comprendió así, igualmente, y notando que la mirada del joven francés se detenía en su persona con visible admiración desvió lijeramente la cabeza, descontenta de que tal admiración no le produjera un efecto desagradable.

Job miraba de reojo a los jóvenes. Entre su barba hirsuta se insinuaba una semisonrisa, y después de un breve momento de espera quiso saber todo lo demás.

—Y... Sigue contando, muchacho.

Marc se reconcentró por un instante en sí mismo, y luego explicó:

—Decía Benett que tú eres un falsario, un mentiroso... un traidor; y aun hablaba, hablaba... bien sabes cómo conversa cuando quiere conseguir algo. Los otros no podían colocar una sola palabra. Entre otras cosas, decía que si tú eres jefe se lo debías al simple hecho de haber sido elegido, y que por lo tanto era muy fácil deshacerse de tu jefatura, para lo que bastaba que se resolviera la mayoría nombrar otro en tu reemplazo.

—Qué sería él, sin duda...

—Es muy probable. Bien; cuando ví que los ánimos se iban exaltando — Naroutcha estaba de centinela en el lomo de la ballena para espiar si tú salías — y que no se había reparado en mi ausencia, me corrí por detrás de los blocks a cuatro patas, trepé a escondidas y me encaminé a tu casilla para prevenirte de los sucesos... y decirte al mismo tiempo que yo podría ser útil en algo... para, para...

Se detuvo balbuciente, buscando sus palabras, mientras paseaba su mirada del viejo a Ketty, y de ésta a aquél. Job, dijo lentamente:

—Yo tenía hecho un buen juicio acerca de tí. Eres un buen muchacho. ¡Gracias, chico!

Y volvió a encender la pipa, como quien no tiene mayor apuro, mientras que Marc estaba nervioso.

—Pero, jefe, ¿has comprendido? Se trata de una rebelión, y pueden venir a atacarte de un momento a otro.

El viejo contestó, despreciativo:

—Entre lo que ellos dicen y lo que son capaces de hacer...

El joven insistió:

—Es cierto, si no se encontrara entre ellos Benett. Pero, desgraciadamente, está. Y con éste todo es posible.

Job plegó sus labios en una mueca de desdén.

—A ese le temo menos que a los otros.

—Usted está en un error, — dijo Ketty. — Yo lo conozco mejor que usted, y sé perfectamente de lo que es capaz... Tenga cuidado, Tontón Job.

El tono de familiaridad y de alarma de la muchacha, impresionó a Marc, pero en seguida se repuso y agregó:

—Sí, jefe. Tenga cuidado.

El viejo hizo un movimiento con los hombros y tomó una actitud meditativa, largando el humo de su pipa a pequeñas bocanadas, bajo las miradas ansiosas de sus dos compañeros. Por último, dijo:

—Voy para allá.

Se colocó el gorro y la piel de oso. Ketty lanzó un grito de angustia.

—¿A dónde va usted?

—A ver a esa gente, pues, y hablar con ellos.

La misma protesta unió en un impulso semejante a los dos jóvenes.

—¡Pero es una locura! ¡Usted arriesga la vida! — exclamó Ketty.

—Están como furiosos contra usted, — dijo Marc al viejo. — Pretenden asaltarlo como a una presa fácil.

El reía.

—A un viejo lobo... Que lo intenten... Podrán murmurar detrás de mí; pero nunca se atreverían a hacerlo de frente... ¡y menos todavía Benett! Bastaría con que yo lo mirase...

Mostrando el puñal, Marc exclamó:

—Entonces, yo te acompaño.

—¡Y yo también! — gritó Ketty, empuñando la carabina.

—Queridos muchachos — contestó el viejo. — Se lo agradezco igual, pero tendrán que quedar aquí, sí, yo se lo pido. Allá abajo, ustedes constituirán para mí una molestia, mientras que acá me pueden prestar un gran servicio. En tanto yo converso con mis hombres, ustedes prepararán cuanto haga falta para la partida de nosotros tres, armas, víveres y ropas. Cuando yo regrese, todos estarán de acuerdo conmigo, y de este modo podremos embarcarnos los tres para ir hacia el Sur y buscar el barco en que el padre de Ketty recorrerá la costa inútilmente investigando el paradero de la hija desaparecida.

Una vez más quisieron oponerse ambos a l s proyectos del viejo, pero éste testarudo como de costumbre, rechazó sus consejos. Rápidamente vistió su piel de oso, se colocó la gorra, y ya en la puerta dijo:

—Voy a la "Sociedad de la Ballena Muerta". Y cuidado de aquel que allí se oponga a mis ideas... Entretanto ustedes dos deben ponerse a trabajar en lo que he dicho, y que todo esté preparado para cuando yo regrese.

* * * *

Cerróse la puerta detrás del viejo, y antes que ninguno de los dos pudieran pronunciar una palabra, se oyó el ruido de los zapatos de Job, que se alejaba precipitadamente por el sendero.

Corrió Marc a la ventana y luego Ketty, tratando de penetrar con los ojos la capa de hielo que se extendía en toda la explanada.

—¡Hay que ser valiente para salir en se-

mejantes condiciones! — dijo ella.

—Creo que es una imprudencia — contestó Marc. — Los otros han bebido alcohol anoche y se encuentran muy excitados. Por otra parte su Benett es un buen diablo que goza de gran ascendiente entre esas fieras.

—Ayer yo perdí una hermosa oportunidad — contestó Ketty; pero creo que no tardará mucho en que arreglemos cuentas.

Marc inclinó la cabeza.

—Yo no participo de esas ideas. Usted bien lo sabe...

Y se puso a atisbar hacia afuera como si debiera escuchar algo. Luego, volviéndose a Ketty, le dijo:

—Tiene usted confianza en mí?

Muy tranquila, aunque sentía que su corazón latía demasiado fuerte sin saber por qué, la americana respondió en voz un tanto baja:

—Yo me he confiado a su jefe, y él me ha dado garantías sobre usted.

Con espontaneidad que le sorprendió a él mismo Marc repuso:

—El puede haberle dado garantías... Pero, ¿usted cree en mí?

Algo desconfiada, ella preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Esto: Job ha ido a buscar a sus hombres, como se va hacia un osc amenazador. Yo lo conozco. Es astuto y sabe manejarlos. Pero el otro — usted sabe a quien me refiero — es un bruto, y con él todo es muy posible.., Puede ser que todo marche bien y que Job meta a sus hombres en una bolsa, como lo he visto otras veces, pero en esta oportunidad a lo mejor las cosas ocurren de distinto modo.

—¿Serían capaces de matarlo?

Ante la pregunta de Ketty que traslucía un miedo terrible, el muchacho se vió obligado a rectificar en parte lo dicho:

—Tanto como eso, no creo... Pero pueden buscar un pretexto cualquiera, obligarlo a batirse en retirada, correrlo, perseguirlo después... quién sabe. Por eso, creo que lo

—¡Ah, nos estaba espiando, la maldita muchacha!

mejor sería que no esperásemos aquí. Correríamos el peligro de ser tomados como ratas en su cueva... La canoa en que usted llegó a la costa se halla en buenas condiciones; yo la amarré en un sitio bastante alejado de nuestro desembarcadero y al abrigo de cual-

quier ojo curioso. ¿Usted se siente ya bien repuesta?

—Sí... del todo aún no...

El la miró en los ojos.

—¿Pero se sentiría capaz de un esfuerzo desesperado?

Ella contestó valientemente:

—Desde luego.

—Escuche entonces y obedezca. Póngase esta piel de oso y esta gorra; tome la carabina y los cartuchos. Yo cargo dos frazadas y los víveres necesarios. Saldremos sin que se nos vea y llegaremos hasta nuestra ballenera. Usted se embarcará con todo el material y pondrá proa a alta mar. Como baja la marea en estos momentos, impulsada por la corriente, muy pronto se encontrará fuera de la bahía. Y entonces, remará hacia el Sur, sin mirar para atrás

Ketty preguntó:

—¿Pero usted me acompañará?

—No. Yo me quedo.

—¿Por qué?

—Por el sencillo motivo de que tengo que cubrir el camino que usted recorrerá, y además para ayudar a Job en caso de que se vea apurado.

Ketty quiso discutir, pero él le cortó la palabra:

—Nada. Usted no opine. Lo que le conviene es ganar tiempo, y si el asunto de Job marcha bien, no tendrá ningún obstáculo para seguir adelante.

Ella dudaba, poco convencida.

—¿Pero si yo sola consigo dar con el buque de mi padre, a quién habrá que agradecerle mi liberación?

El muchacho pareció no comprender. Extrajo de su bolsillo una cartuchera de cuero rozado por el uso y lo deslizó en las manos de Ketty, diciendo::

—Tome esto junto con su carabina. Puede ser que le aga falta en el camino. A mí siempre me ha dado suerte... Arréglese en seguida para salir... Yo tomo los paquetes...

Marc ya le daba la espalda, listo para salir. Ella entretanto dió vueltas maquinalmente la cartuchera entre sus manos y observóla. En el interior de sus muchos pliegues descubrió una roseta bordada, y luego unas palabras que le arrancaron un grito de asombro.

Al oír el grito, Marc se dió vuelta rápido, e inmediatamente un sudor frío heló sus sienes al mismo tiempo que sus ojos se posaron en las pupilas de la joven, y en cuyo brillo vió reflejarse un terror que lo hizo vacilar... Ciertamente en su apuro de servirla, de ayudarla, le había dado su cartera, haciendo caso omiso de su inscripción, inscripción maldita que él conocía por corazón y que ella acababa de leer, porque obedeciendo a su fatal destino, había olvidado de arrancar.

El muchacho adelantó un paso. Retrocedió ella, con la cara convulsionada, sin abandonar esa cartuchera de cuero negro que temblaba entre sus manos. La leyenda decía así:

"Doctor Marc Didier, de la Facultad de Medicina de París", y al lado la anotación con tinta indeleble: "Penitenciario de Cayena, matrícula 63.052".

Ella temblaba. El lanzó una ronca carcajada.

—Sí, ya lo sabe, ahora, — dijo. — Soy un forzado evadido, pero de todos modos, quisiera decirle a usted, explicarle...

Con sus labios secos, ella encontró manera de reponder:

—Yo no le pregunto nada a usted...

—Pero es necesario que usted lo sepa...

—Ya lo sé.

—Sin embargo.

—¡Oh, cállese usted, cállese!

Con un gesto de horror ella arrojó la cartuchera sobre la mesa, y poniendo la misma mesa entre ella y él por una prudencia instintiva que subrayaba su temor, cayó sentada, con la cabeza baja, mientras sus manos buscaban sin quererlo la carabina abandonada... Y un largo estremecimiento le recorrió todos los miembros.

Exhaló Marc un suspiro que dilató todo su pecho, y con voz cuyo tono traicionaba su emoción, dijo:

—Yo quiero que usted me escuche... Comprendo sus sentimientos. He leído en sus ojos el disgusto que usted ha experimentado. Por eso le pido que no los desvíe de los míos. No vale la pena. Comprendo su repulsión. En su lugar, yo haría lo mismo, seguramente. Sí, a sus ojos todos mis compañeros tienen una excusa, hasta ese mismo bruto que la persigue a usted como una fiera salvaje. Hay muchas especies de bestias... malvadas, espontáneas... No saben lo que hacen. Jamás han sabido lo que han hecho... En cambio, yo... ¿Es concebible que siendo de su misma sociedad haya podido yo llegar a ser un presidiario? Todo un médico, convertido en presidiario... ¡Qué cosa tan horrible y complicada! ¿Verdad? Algo imperdonable. Y usted me condena, como me han condenado los jueces...

Su voz tenía un extraño acento amargo y que a pesar suyo impresionaba a Ketty.

El se adelantó un paso hacia ella, que hizo ademán de rehuir el busto. Palideció entonces el muchacho, como si hubiera recibido un fustazo en la cara. Y agregó:

—Le pido que me escuche... Para que pueda decirle a su padre que el hombre que la ayudó en circunstancias difíciles ni era un miserable, ni tampoco un criminal.

Ella le interrumpió con un sarcasmo:

—¡Todos los forzados son inocentes!

El repuso disgustado:

—Quiero que usted sepa la verdad.

—Usted desea hacerme creer...

—Yo no tengo nada que hacerle creer. Tampoco le pido nada. No espero nada de usted. Lo único que deseo es probarle que usted puede dignamente recibir mis servicios.

—Sin embargo, aquí le está prohibido revelar sus secretos.

—Usted no forma parte de nuestra compañía. Yo puedo hablar delante de usted y para usted sola.

—Yo ya sé demasiado. Usted ha estado en presidio.

—Sí; pero por otro.

—¿Qué dice?

—Nada.

—No se preocupe. Ha hablado demasiado para que ahora quiera callar. Continúe.

Ella se había puesto de pie, y lo miraba a la cara con una especie de interés voluntario, que él comprendió y que por eso mismo le aplacó el amargor de los recuerdos. Y el ex médico-presidiario explicó:

—Hay casos en que un hombre se ve en la necesidad de hacer creer que es culpable, cuando esta creencia permite que viva honrado y libre alguien a quien se estima tanto que hasta se daría en su beneficio la existencia... no digamos el honor...

Ella preguntó con cierta aspereza:

—¿Una mujer?

El eludió la pregunta:

—Usted comprenderá que en ciertos casos los hombres tienen la fuerza de voluntad necesaria para aceptar una condena, que en realidad constituye una doble infamia, pero que prefieren evadirse de la prisión e ir a vivir olvidados en un rincón cualquiera con los brutos, de modo que aquella a quien se ha salvado logre permanecer en un ambiente, continuando la existencia de siempre... Es una deuda... Y es preciso que alguien pague la deuda... A mí me ha tocado pagar, eso es todo.

Ella dijo irónica:

—¿Hasta ese punto lleva usted el gusto del sacrificio?

El muchacho levantó los hombros, sin responder, con una risa muda tan dolorosa que la americana se sintió un tanto conmovida. De espaldas a ella, Marc había llegado hasta la ventana; miró hacia afuera, y entreabriéndola ecuchó... Volviendo y como si nada hubiera pasado entre ambos, dijo:

—¿Partimos?

Ella lo miró a la cara; luego envolviéndose en el abrigo, tomó la cartuchera y la carabina, y contestó:

—Si usted lo cree conveniente, yo estoy pronta.

Con las cobijas y las provisiones al hombro, él repuso:

—Venga. Sígame.

* * * *

Una vez abierta la puerta escrutó las inmediaciones, la bahía, el campamento, y luego, a media voz dijo:

—La ballena muerta por Benett está allá abajo, hacia la izquierda, detrás de esa punta que usted ve. Yo he llevado su bote a un abrigo de la costa a la derecha. Por tanto los que se encuentran detrás de la ballena, sitio en que se ha hecho una carpa, no pueden ver bien hacia este otro lado, donde como usted puede observar existe un pliegue del terreno, que nos servirá a las mil maravillas. Usted tiene que hacer exactamente lo mismo que yo; pero cuide de que ningún guijarro ruede bajo sus pies, porque aquí la playa produce ecos que cuentan todo a todo el mundo... ¡Escuche! No se percibe a los hombres, que están allá, pero se les oye...

Aguzó el oído. Ella lo imitó. Un sordo rumor entrecortado por ruidos más fuertes repercutía en el alto muro de piedra que se elevaba sobre la casa y en el malecón de la bahía cubierto de hielo, a lo largo del cual descendían los hilos de nieve detenidos en sus menores grietas.

El se puso a reír.

—Esto parece que no marcha bien; están discutiendo rudamente. Le ruego que haga lo que me vea hacer; no hable, no provoque ningún ruido.

Agachando el cuerpo cuanto podía y corriendo a lo largo de la casa, llegó al pliegue del terreno que le había indicado. Con ágiles movimientos ella le dió alcance y ambos se detuvieron un instante, escondidos en esa sinuosidad de la playa.

En verdad, no podían haber encontrado un sitio mejor. En ese paraje, donde Job había establecido antes el campamento, un témpano de hielo produjo esta entrada del terreno, al descender de la montaña a la mar; fundido luego, había dejado esa especie de valle tallado por él; a su flanco una cortina de block de diferentes formas, producían el efecto de una muralla desmantelada descendiendo hacia las aguas y yendo a perderse sus rocas en las ondas tranquilas del pequeño puerto, donde constitutían una especie de mole que dividía en dos la bahía.

Marc había pensado utilizar esta protección natural para subtraer su evasión a las miradas de sus compañeros. Esperó un momento para asegurarse de que nadie los había visto; luego hizo una seña a la muchacha ordenándola que lo siguiera.

Uno tras el otro, protegidos por los blocks, descendieron al mar.

Paso a paso, tanteando el suelo con los pies para no resbalar sobre las piedras y evitar al mismo tiempo que rodaran éstas, pues al menor falso movimiento hubiéranse precipitado sobre la pendiente, doblándose para pasar inadvertidos junto a los sitios en que la cortina de blocks dejaba algunos blancos, avanzaban, cargados con sus paquetes. Abajo, el agua tranquila del pequeño puerto brillaba a los rayos del sol, y en el descubierto de esa obra la corriente de la marea y el viento que venía del Polo impulsaban juntos, ante ellos, los batallones de témpanos de hielo de innúmeras formas. Los unos eran planos como tablas navegando a flor de agua, otros presentaban figuras de conos o de rectágulos, terminando estos últimos en punta como flechas amenazantes...

—Es necesario que esté alerta, — dijo Marc a su compañera. — Cuando usted se encuentre sobre esos témpanos es mejor que no trate de recorrerlos en toda su extensión, porque a lo mejor pueden darse vuelta de golpe. ¡Cuidado!

A la entrada de la bahía dos masas de cristal, la una alta y la otra baja, acababan de chocar; un áspero crujido subrayó el encuentro; luego ambas se separaron, y súbitamente, el témpano alto minado quizá por debajo osciló un instante y se hundió en el agua.

Se produjo un torbellino de espumas, un remolino en seguida y después un espantoso ruido a consecuencia del derrumbe, cuyos ecos fueron a desparramarse en todos los rincones de la ribera escarpada... Luego el agua marina recobró su inmovilidad majestuosa y la procesión de los hielos flotantes volvió a reanudar su lento desfile.

—¡Ya lo ve! — exclamó Marc.

Y continuó el descenso.

Una larga roca plana formaba una especie de planchada que se prolongaba directamente sobre el agua, y a la izquierda de esa roca, dominándola, una masa mucho más alta constituía una cresta que como una pantalla escondía el desembarcadero natural. Marc señaló con el dedo ese terraplén inclinado, y dijo:

—Vamos allá. Es imposible que nos vean.

La roca, muy oblícua era resbaladiza. Con un ademán espontáneo ofreció su mano para prestar ayuda a la compañera. No menos naturalmente Ketty tendió la suya. Y sus dedos se tocaron. Pero en seguida la joven retrocedió bruscamente el cuerpo: por un segundo ambos habían olvidado el hábito de los estiramientos sociales, pero inmediatamente volvieron a la realidad.

Marc se mordió el labio, y murmuró:

—Perdón.

Acercándose a las asperezas de la roca inclinada, agregó:

—Imite todos mis movimientos y tenga mucho cuidado porque el paso es difícil; puede resbalar.

Ambos en fila atravesaron la roca, y se encontraron con los pies en el agua. En una hendidura de la piedra se hallaba clavada una estaca y envuelta en esta estaca una cuerda de amarre que se extendía sobre el agua, yendo a perderse hacia el otro lado de la pantalla rocosa. Marc explicó:

—Su bote se halla en nuestro puerto, detrás de aquella piedra, pero yo traje su cabo de amarre hasta aquí de modo de poder tomarlo lo más rápidamente posible. Cualquiera que lo vea desde arriba creerá que deriva a favor de la corriente, unido a su cabo de amarre, como es la costumbre. Y esta muralla de piedra la esconderá a usted hasta que se halle bien lejos como para intentar con éxito su persecución.

Ella hizo con la cabeza un movimiento de aprobación.

—Comprendido.

—Bien. Ahora haré venir el bote.

Depositó los paquetes de royas y provisiones sobre la roca para tener las manos libres, y empuñando la cuerda empezó a tirar de ella.

—Tire con suavidad, a fin de que su movimiento tenga un aire muy natural. Usted comprenderá. Con esta gente conviene ser astuto; de otro modo sería lo mismo que hacernos aprehender.

Con suma paciencia maniobraba de la cuerda para que la embarcación se delizara hasta ellos. Al fin dijo:

—He aquí el bote.

Del otro lado de la muralla rocosa provenía un suave rumor: era la embarcación que rozaba las piedras. Y en seguida apareció de proa, con la pintura blanca del casco un poco desvanecida, y luego el cobre de las bordas. Tendiendo las dos manos Marc tomó el bote por la proa, y a fuerza de músculos obligó al bote a cambiar de posición, y a seguir como si se tratase de un movimiento ordinario de deriva. Al mismo tiempo ordenó:

—¡Atención! Su bote es ligero. Se va a volver en grande contra mí. En cuanto toque la orilla salte usted a él y échese en su fondo, cosa de que no puedan verla. Le pasaré los paquetes y largaré amarras, empujando con fuerza al bote. Usted dejará que siga a favor de la corriente, allá abajo, saque los remos y bogue con fuerza siempre adelante, sin volver la cabeza. ¿Ha comprendido?

—He comprendido.

—Entonces salte; pero tenga cuidado.

Dió un enérgico tirón a la cuerda y el bote apoyóse sobre la extrema punta de la roca, describió un arco de círculo.

—¡Ahora!... Embárquese.

Y Ketty, ya curvado el cuerpo para producir el impulso hacia adelante, retrocedió de golpe, lanzando un grito ahogado... porque habiendo terminado su giro el bote, apareció de repente contra la roca oblicua, y en medio de la embarcación, en cuclillas, con su cara roma y los ojos malignos relucientes de malicia, Naroutcha, que dijo, fijando en la americana y en Marc alternativamente su mirada de fiera!

—¡Ah nos estaba espiando la maldita muchacha!

* * * *

Una rabia loca se apoderó de Marc, cuya cara se puso roja.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Me las pagarás!

Y con un salto de furia victimaria, se arrojó hacia adelante con el puño levantado. Pero la esquimal, ágil como un felino, dió un brinco, distendido el cuerpo como obedeciendo a un resorte, y haciendo crujir los dientes en un gesto horrible, esquivó el golpe. Se deslizó a un lado, y tomándose luego con pies y manos en las asperezas de una roca vecina, púsose de pie, y con los brazos extendidos, lanzó un prolongado grito, como el clamor de un animal que se degüella.

—¡O...O... Oh... O... O... Oh!...

—Ella los llama. Los llama. ¡Estamos perdidos!

La exclamación desesperada de Marc fué sofocada por el aullido de la mujer salvaje.

Tomando, entonces a Ketty por el brazo, trató de que subiera aunque más no fuera al bote.

—¡Huya! ¡Pero huya, pues!

Ketty se opuso. Con una llama guerrera en las pupilas, echóse al hombro la carabina, diciendo con voz sorda:

—No. Es mejor que esto termine aquí, en seguida.

Erguida sobre la cresta de la roca Natoutcha ebria de gritos y de maldad, ululaba gesticulando, mientras del otro lado del peque-

ño puerto otros gritos respondían furiosos. La banda, alarmada, corría a todo escape.

Marc intentó una última súplica:

—¡Huya! ¡Es necesario que huya!

—¡Me quedo!

Ketty de...da, empuñaba con sus manos el caño y la culada de la carabina, la frente altiva, la boca en un gesto enérgico, una llama en los ojos. Además ya era demasiado tarde. Se oía el cruji: de los guijarros del sendero al peso de las botas de los hombres lan...dos en carrera, y la voz de Benett que respondía a los clamores de Naroutcha. Ya llegaban. Entonces, con un rápido movimiento, Marc arrancó la carabina de manos de Ketty, y a pesar de su resistencia disimuló el arma en la hendidura de la roca, diciendo:

—Escon... eso allí, y póngase por delante. Usted podrá servirse mejor de la carabina utilizándola en un momento propicio y de modo imprevisto, puesto que no se imaginarán que se halla armada.

De repente aparecieron todos a la vez, como una ola que se desborda y salva el último reborde de la ribera. Eran Benett, Ruper, Verbeke, Olaf, Bornholm, que saltaban a través de los obstáculos y lanzaban gritos furiosos en vista de haber descubierto a los fugitivos, escondidos detrás de las rocas.

El ronco grito de Naroutcha fué dominado por la explosión de su cólera.

—¡Se escapan! ¡Se escapan! ¡Eh Tonton Job, se va tu esposa!

El viejo, más lentamente que los otros, venía en último término, y al asomar la cabeza desde lo alto tuvo un gesto de rabia que sus camaradas interpretaron como favorable a ellos, pero que en realidad era todo lo contrario, pues Marc y Ketty leyeron en ese gesto un mudo reproche por haber querido obrar sin su colaboración, destrozándole a último momento el plan que se había trazado para salvar a la muchacha.

Hirsuto y formidable, Jim Benett se plantó delante de Marc, diciéndole brutalmente:

—¿Se puede saber qué haces aquí en compañía de la mujer que ha tocado al jefe por decisión de la suerte, tú, pico blanco?

Y como Marc se callara y Ketty diera vuelta la cabeza, con una mueca de disgusto, el ballenero no pudo contener su ira:

—Vamos, ¿sabrías por lo menos responder cuando yo hablo? Contesta: ¿qué haces aquí en lugar de ir a trabajar? Aquí tú estás de más. Y con esta mona que habla menos que tú. Y, dice, princesa, — agregó dirigiéndose a ella, — ¿por qué la suerte te ha favorecido eligiéndote para esposa del jefe, usas conmigo esas maneras? En estos momentos no te encuentras a bordo de tu barco, piba, sino entre nosotros, y entre nosotros no hay diferencias. Aunque te hayan nombrado la mujer del jefe, debes rendir cuenta como cualquiera de nosotros, ¿entiendes?

Salvando el último obstáculo, Job se interpuso entre ambos.

—¿Qué ocurre aquí? — preguntó.

Benett se dió vuelta, extendiendo las manos:

—Casi nada. Este que pretendía escaparse con ella.

El viejo intentó una explicación:

—Ellos ejecutan mis órdenes. Yo les había ordenado...

—Que tomaran uno de nuestros botes y que se embarcaran a nuestras espaldas ¿no es cierto?

Cor... el viejo tratara de justificarlos de nuevo, Benett lo interrumpió bruscamente, dejándose llevar por la cólera y prorrumpiendo en pal...bras destempladas. A su alrededor todos gruñían y estaban listos para ponerse de parte de Jim.

Este continuaba diciendo:

—La cosa no está clara. Estos dos presentan aspecto de malandrines pillados infraganti, en momentos de realizar quien sabe que maniobra en contra de nosotros, mientras que tú, viejo zorro, pretendes envolvernos en tus frases como si fuéramos chorlitos.

Y notando que la mirada de Job se fijaba en la de Marc como para darle a su compatriota una orden muda, Benett lanzó una especie de rugido:

Parece que se están haciendo señas, ustedes, los dos compinches. Contesta, tú, viejo zorro. ¿Qué trataban de hacer estos dos en contra de nuestra tranquilidad y qué pretendes justificar su acción? Y contesta tú también, pico bla...co, y tú, mujer astuta.

En este momento intervino Verbeke, diciendo:

—¿Para qué preguntas si lo sabes muy bien? Ellos querían evadirse, de común acuerdo.

Olaf apoyó:

—No hay más que mirar la cara de los tres para darse cuenta de que se trata de algo turbio.

Job quiso, entonces, cortar por lo sano poniendo en juego su autoridad, de la misma manera como lo hiciera tantas veces con éxito, en las situaciones difíciles. Pero desde lo alto de la roca, Naroutcha acababa de deslizarse, dejándose caer de vientre para abajo, y de cabeza; reteniéndose con las piernas y con la mano izquierda en las asperezas de la roca, se detuvo junto a la hendidura donde su ojo avizor había visto que Marc escondiera la carabina. Y dió un alarido de triunfo, la mostró en alto, maravillada de la sorpresa que causab...

Ante la vista del arma, Benett lanzó una exclamación, los ojos inyectados de sangre:

—¡Nos han robado un fusil! ¡Traición! ¡Traición!

Los tres repitieron el grito:

—¡Traición!

E irguiéndose tan alto como era, Benett, agregó a voz en cuello:

—¡Ap...érense ustedes de estos dos prófugos! ¡Ha... que destituir al jefe! ¡Hay que destituirlo!

Inmediatamente se produjo una confusión de cuerpos indescriptible. Verbek y Olaf se arrojaron sobre Marc; Bornholm y Rupert sobre Job. Y en medio de un gran desplome

de rocas y guijarros, los dos franceses fueron casi en seguida reducidos a la impotencia, mientras que Jim continuaba su acusación:

—¿Qué sucios asuntos fraguaban ustedes tres? Estaban en peligro, ¿verdad? ¿Pretendían entregar el campamento?

—Te llevaré a mi casa. ¡Vamos!

Y volviéndose a Ketty, que adosada a la roca no había hecho un solo movimiento:

—¿Y tú? ¿Por qué tiemblas de este modo? ¿Qué le has dicho a esos dos bandidos de cabeza hueca para que se atrevieran a complicarse en tus manejos? ¿Qué les has prometido u ofrecido o dado quizá?

Y súbitamente echando espuma de rabia:

—Sí... dado.. porque yo te conozco. Sé de lo que eres capaz. Pero esta vez todo ha terminado, chica, sí, terminado. La suerte te substrajo a mí una primera vez, pero no lo hará la segunda...

Adelantó la mano, para tomarla del hombro. Ketty, incapaz de pronunciar palabra, se dobló hacia atrás para esquivar esa garra amenazadora, en el mismo momento en que el brazo de Benett era detenido en su trayectoria. Sorprendido el hombre levantó los ojos y vió que era Naroutcha quien había detenido su brazo y cuyos ojos brillaban singularmente.

Rió con furia, y deshaciéndose del apretón de la esquimal:

—¡Déjame, mona horrible!

Luego con sonrisa nerviosa, agregó:

—¿Estás celosa? Bien; ahora lo estarás más. Porque... porque...

Dióse vuelta a mirar a los compañeros, preguntando:

—¿Y? ¿Terminó el trabajo?

—Sí — contestó Verbeke, — pero no sin muchos esfuerzos.

A pesar de su resistencia desesperada, Bob y Marc habían terminado por entregarse a los cuatro adversarios, y fatigados, martirizados, medio aplastados, terminaron por sucumbir, rodando al suelo.

—¿Qué es lo que han hecho? — preguntó Rupert.

—¡Son traidores! Hay que someterlos a juicio, — intervino Olaf.

Y un grito unánime se levantó:

—¡Sí, hay que someterlos al tribunal!

—¡Que se les condene a Job y a Marc por traidores al campamento!

Pero, Benett dijo en seguida:

—La sentencia ya ha sido dada. ¡La pena de muerte!

Esta palabra desencadenó la locura de todos:

—¡A muerte! ¡A muerte los traidores!

Y el americano, dominando el tumulto:

—¡A muerte en seguida! Que se les tire al agua con una piedra atada al cuello!

En una sacudida furiosa, al mismo tiempo, Job y Marc trataban de levantarse, entablando una lucha desesperada contra aquellos que los tenían oprimidos y que enloquecidos de rabia comenzaban a arrastrarlos, esforzándose por precipitarlos en el agua, helada, inmóvil a los pocos metros de donde se desarrollaba el drama.

Entretanto Benett se dirigió a Ketty:

—Dime, esta última carta que te jugabas, ¿también te entregaba al jefe? Pues bien, chica, la suerte está tirada otra vez, pero con la diferencia de que el jefe ahora soy yo. Por lo tanto eres desde ya mi mujer legítima; estás en mi poder; yo te reservo para mí; me preteneces... y como tu sitio no es este, te llevaré a mi casa. ¡Vamos!

De un salto se arrojó sobre Ketty, la tomó en sus manos y la empujó para obligarla a subir la cuesta. En un grito de triunfo, habiendo empuñado las dos muñecas de la chica en una de sus manos, se tomaba con la otra en las salientes de la roca, arrastándola tras de sí. Pero en ese preciso instante, desde lo alto de la roca que escalaba de modo tan dificultoso, una masa obscura que se deslizaba cayó sobre él; fué como si un rayo hubiera caído sobre su cabeza.

Inmediatamente Benett dejó su presa, extendió los brazos en cruz, inclinó la cabeza para atrás, dobló las rodillas y se piegó sobre sí mismo. Después, entre Naroutcha, que estaba inmóvil, con el cuchillo en la mano, y Ketty pegada a la roca el ballenero sin un grito sin un suspiro, giró su cperpo pesadamente y rodó hacia las profundidades de la pendiente. Fué a caer con la cara para abajo, junto al bote la cabeza rozando el agua. Una ancha mancha roja aparecía entre los dos hombros y quedó así, como para detener a los hombres que querían en ese momento precipitar a Job y a Marc, ya sin fuerzas para seguir presentando resistencia.

De repente un clamor horrible atravesó el aire. La esquimal, arrojando su cuchillo ensangrentado, se abalanzó sobre el cadáver que tomó en sus brazos, sollozante, ululando como un perro sobre el cuerpo inanimado de su dueño. Rupert y Olaf dejaron en libertad a Job, quien se irguió al ver que se le dejaba en paz, mientras que Verbeke y Bornholm abandonaban a su turno a Marc, y todos quedaron inmóviles ante ese cuadro, como si hubiesen sido libertados de la locura de muerte que se había apoderado de ellos, a la vista de la muerte misma que se les presentaba.

XXX

Job aspiró una larga bocanada de aire. Con una rápida mirada observó a sus compañeros. Los vió aterrorizados, estúpidos. Entonces volviendo a tomar la actitud autoritaria del jefe, y la voz de mando que le era propia, asió a Naroutcha por los hombros, la arrancó al cuerpo que ella abrazaba y en tono ronco ordenó:

—¡Que se lleve a esta esquimal a su guarida y que la encierren bien!

Sin decir una palabra, el corpulento Olaf se apoderó de la esquimal, la levantó como si fuese una criatura, y, a pesar de sus gritos, de sus sacudidas, de sus dentelladas, de sus arañazos, la llevó corriendo hasta la guarida de perros más próxima, cerrando luego la puerta entre un formidable concierto de ensordecedores ladridos. Luego regresó al grupo, que permanecía siempre inmóvil. Entonces, Job, simulando una calma absoluta, recogió del suelo el cuchillo ensangrentado de Naroutcha, y lo contempló largamente, murmurando:

—Bestia... Salvaje...

En seguida se inclinó sobre el cuerpo del americano, lo examinó detenidamente y se irguió por fin, sin decir una sola palabra. Ansioso, Rupert le interrgó:

—¿Está verdaderamente muerto?

El viejo sugirió sí con la cabeza y los otros bajaron la frente. Luego Job alzó los hombros y dijo:

—El cuchillo le ha atravesado el corazón.

Se produjo un nuevo silencio, que rompió Rupert:

—Es lástima... porque era todo un hombre

Olaf aprobó a su turno:

—Sí, era un sufrido ballenero.

Permanecieron todos entontecidos, torpes, sin saber verdaderamente, qué decir y qué hacer, olvidados por completo de la querella suscitada y de la revuelta, aplastados por el sentimiento de la muerte ocurrida ahí entre ellos y que se había producido con la rapidez de un rayo, conducido por la mano de esa sirvienta salvaje.

Job no quiso dejarlos reflexionar mucho. Súbitamente, había recuperado el poder de jefe, tan bien y de modo tan complejo, como si jamás se hubiese intentado arrebatárselo. Y ordenó:

—Se le harán las honras fúnebres correspondientes, al mismo tiempo que al cadáver del "Ontario" traído ayer por las aguas. Llevadlo adonde se ha colocado el otro; se les sepultará en el mar, al mismo tiempo, a los dos.

Rupert había contestado por todos, y a una señal de Job, los cuatro, dóciles y respetuosos, tomaron el cuerpo por sus extremidades, balanceándose en la marcha lenta hasta que traspusieron la ribera llegando al sitio donde se había depositado el cadáver encontrado la noche anterior, cubierto con una tela engomada. El viejo los vió alejarse. Entonces, volviéndose a Marc, que no había pronunciado una palabra y hacia Ketty, quien a pesar de su odio a Benett, no podía reprimir un temblor nervioso, inclinó la cabeza, diciendo:

—En verdad que me han hecho un lindo jueguito, muy peligroso, al querer partir con tanto apresuramiento. ¿No podían esperar mi regreso? ¿No les había dicho que se quedaran tranquilos?

Y como Marc tratara de disculparse de la mejor manera, Job le interrumpió:

—Nada de frases. Eso no sirve para nada. Lo que está hecho está hecho. Aunque en el fondo, este invierno se echará de menos a Benett y sus pescas, por el momento la cosa va saliendo bien. No existiendo él, los otros se dejarán gobernar como dóciles corderos; no hay nada que temer de ellos. Así, pues, volvamos a casa.

Y mirando a Ketty, agregó:

—Sobre todo, para usted, todo marcha bien... No podía haberle ocurrido nada mejor, y puede considerarse tranquila por el resto de sus días.

La joven no pudo contener un estremecimiento. A pesar de todo su valor, el pensamiento de semejante fin, la convulsionaba. Iba a responder, cuando Job, que remontaba delante de ellos la pendiente, se detuvo de golpe:

—¿Pero qué están haciendo los hombres allá arriba..., en lugar de ir a trabajar en la ballena? ¿Piensan, acaso, que todavía no se ha perdido bastante tiempo?

XXXI

En medio del sendero, los cuatro hombres se habían detenido con la cabeza baja y el aspecto sombrío. El viejo, al llegar, los interpeló:

—Vamos, muchachos. ¿Qué hacen aquí? La cosa es lamentable; soy de la misma opinión. ¿Pero qué le vamos a hacer? Hay que trabajar ahora. La ballena se va a echar a perder, si no se pone mano a la obra. ¡A trabajar, entonces, y rápido!

Del grupo se destacó Rupert, estimulado por los otros tres con guiñadas, codazos y palabras en voz baja.

El viejo se impacientó.

—En fin, ¿se puede saber lo que ocurre?

El canadiense movió el cuerpo de un lado al otro, y luego se decidió:

—Tontón Job...

—¿Qué?

—Quisiéramos hablarte...

—Y bien. Habla.

El tono del jefe no era muy alentador y menos todavía su mirada. Y Rupert dijo en voz baja, un poco vacilante:

—Jefe, cuando uno de nosotros muere... de este modo... lo que se debe hacer está escrito en la ley del campamento, ¿no es cierto?

Job frunció las cejas. Luego, más con el gesto que con la palabra, contestó:

—Sí.

El otro interrogó:

—Y esta ley ¿qué dice?

El viejo articuló bajo y rápido:

—Que la sangre sea pagada con sangre.

Los cuatro hombres cambiaron una mirada de inteligencia, y el canadiense repuso:

—¿De suerte que a estas horas tú no puedes aplicar lo que dice la ley?

Los cuatro tendían la cara con una ansiedad que no escapaba a Job, pero que no comprendía. Y contestó gravemente:

—No, yo no puedo dejar de aplicarla.

Los cuatro exhalaron un suspiro de satisfacción y se irguieron como si se les hubiese sacado un peso de encima. Job agregó con toda la autoridad de un juez:

—Naroutcha será juzgada esta misma tarde.

En seguida las cuatro caras expresaron el más extraño descontento, y animado nuevamente por sus compañeros, Rupert exclamó:

—¡Pero si no es Naroutcha la culpable!

Job tuvo un sobresalto.

—¿Qué? ¿Qué dice?

En un acuerdo perfecto, las cuatro manos se extendieron señalando a Ketty.

Marc, dijo, dando un salto:

—¿Pero tú estás loco, canadiense?

Alrededor de Rupert los otros se mostraban de nuevo tan amenazantes como un momento antes y se excitaban mutuamente, gritando:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Es ella la culpable!

Job intervino exclamando:

—¡Todos ustedes han perdido el sentido!

Pero Rupert sintiéndose alentado por los otros, repuso:

—No, jefe; se dice lo que es justo, y tú bien lo sabes... Hasta anoche vivíamos aquí en la más absoluta tranquilidad, como hermanos... sin que nada serio se interpusiera entre nosotros.

El pesado Bornholm, interrumpió bruscamente, como de costumbre:

—Tres años enteros ha durado la paz entre nosotros los antiguos, los fundadores llegados contigo aquí... Y no hace veinte horas que se encuentra esta señorita entre nosotros, que ya nos estamos comiendo como bestias, y uno de nosotros, que por cierto merecía vivir ha sido muerto.

Ketty quiso defenderse, y dijo:

—Pero yo no tengo la culpa de eso...

Olaf, mostrándole una cara furiosa, contestó:

—¡Ah, mejor hubiera sido que te hubiésemos encontrado ahogada como el hombre que te acompañaba en el barco náufrago!

Ante esta jauría, la joven murmuró, rompiendo en llanto:

—Pero si yo no he deseado mal alguno... yo no he querido...

En tanto el alboroto subía de tono, entre los cuatro cazadores que se obstinaban en acusar a Ketty, mientras Job y Marc intentaban demostrar lo contrario.

La joven americana, ya sin fuerza para mantenerse serena, dejó caer las lágrimas de sus ojos. Entonces Verbeke le gritó:

—No es cuestión de llorar, que de nada sirve. Todas las lágrimas no valen una gota de la sangre del hombre que ha sido muerto por causa tuya.

En fin, usando de una energía más fuerte que la violencia de los cazadores, Job logró poner un poco de silencio y de orden. Luego, preguntó:

—En resumidas cuentas ¿qué desean ustedes?

La pregunta los tomó sin duda desprevenidos. No sabían qué responder; pero Rupert siempre alentado por sus tres compañeros, menos hábiles que él para expresarse, terminó por decir:

—Bien, lo que queremos es.... el precio de la sangre.

Dando un brinco avanzó Ketty.

—Está bien. Pagaré... pagaré... todo lo que ustedes quieran... Los haré ricos, a todos.

Con un gruñido de cólera Job la obligó a callarse, exagerando a propósito la rudeza de sus palabras.

—Ya se le ha dicho que su dinero no vale nada aquí.

—No nos interesa su dinero, — apoyó Rupert.

Marc se arrojó en medio del tumulto.

—Pero no se ha dicho todo lo que manda la ley. Falta aun otra cosa.

Verbeke preguntó:

—¿Qué dices, pico limpio?

El joven continuó:

—Se ha dicho que la sangre derramada debe ser pagada con sangre...

—Por eso hay que matar a ésta, — interrumpió brutalmente Olaf.

Ketty lanzó un grito de terror. Recién acababa de comprender.

—Debemos matarla de acuerdo a nuestra ley, pero en seguida, apoyó a su turno Bornholm.

Marc seguía gritando:

Se reanudaron las protestas, pero esta vez Job los hizo callar:

—Tiene razón. Está permitido recibir un rescate.

Los ojos ardientes, todo su ser distendido en un esfuerzo de sacrificio, se adelantó Marc.

—¡Yo lo ofrezco!

—Bien sabes que la sangre de Bennett vale mucho, — dijo sardónicamente Rupert.

Repuso el joven:

—No importa. Creo que podré pagar.

Espantada, Ketty trataba en vano de intervenir; pero Marc la obligó a callarse:

—Yo se lo suplico. Está en su interés...

—Es que no lo permito... No lo permito... Se lo prohibo...

El la hizo ceder murmurándola al oído:

—Usted se ha burlado de mí por el placer que yo encuentro en el sacrificio. Usted verá cómo su burla es burlada. Le conviene callarse. ¡Cállese usted! Es su vida la que se halla en peligro!

Ella retrocedió enloquecida, y el momento de silencio que se produjo fué aprovechado por Job para retomar toda su autoridad:

—Camaradas, compañeros de la costa, tienen ante ustedes a una codenada...

Lo interrumpió un gemido. Era Ketty que se ocultaba la cara entre las manos.

El viejo continuó:

—Una condenada por quien nuestro compañero Marc Didier ofrece un rescate para salvarla. ¿Aceptan ustedes?

—Depende... — contestó Rupert. —¿Qué ofrece él?

Y entonces comenzó el más extraño remate. Marc ofreció primeramente el botín que le correspondía en el almacenamiento desde el día de su admisión en la sociedad de los Hermanos de la Costa. Ante esta proposición, con una risa sardónica Verbeke dijo:

—¿Qué es eso en comparación con lo que Bennett ganaba en cuarenta y ocho horas? Bromeas, pobre muchacho.

En vista del rechazo obtenido, ofreció su ganancia futura, lo que podría conseguir en tres meses, en seis meses, en un año. Cada cual a su turno oponía su descontento a cada palabra de Marc, aunque sin denunciar en este caso mucha animosidad, sino simplemente la imposibilidad de que el esfuerzo que anunciaba Didier fuese suficiente para pagar la deuda.

En tanto se prolongaba la discusión, iba ensombreciéndose la frente de Job, pues a toda costa quería encontrar una solución por medio de uno de esos procedimientos expeditivos que muchos triunfos le habían valido:

Por último, dijo Rupert:

—Deseo hablar yo...

Job respondió:

—¡Habla!

El cazador adelantó un paso pesó el cuerpo en las caderas, y explicó:

—Bueno. Bennett no se llevaba bien con nadie. Es justo lo que dijo. Hemos tenido con él más de un disgusto, pero también hay que reconocer que era un perfecto cazador, y que aportaba mucho al campamento. De modo que el perderlo constituye para nosotros una verdadera desgracia. En esta historia que ha empezado a desarrollarse desde anoche, yo no le disculpo ni le acuso. El tenía su manera de proceder; ha obrado de acuerdo a sus impulsos. Todo lo ha pagado con su pellejo. Bien lo veo. Ya está muerto. De modo que de nada nos serviría discutir. Luego cuanto digamos o hagamos será inútil Pero que ha sido muerto a causa de esta extranjera es una cosa indudable, y además ante nuestros propios ojos. De esto se desprende que la única responsable es ella misma. Por otra parte, es indiscutible que ella no ha venido aquí por su propio gusto, y en consecuencia debemos reconocer que goza de ciertos atenuantes. Y por lo que a mí respecta, no tengo ningún rencor hacia ella. Empero de todo se desprende que se la puede ejecutar. Creo que estaríamos en nuestro derecho. Pero, pregunto ¿a qué conduciría su ajusticiamiento? A nada, seguramente, porque Bennet no volverá por eso. Nunca he estado de parte de las cosas inútiles. Por consiguiente, mi opinión es de que no se la mate. Pero a condición, bien entendido, de que haya un buen rescate en beneficio de nosotros.

—A condición, bien entendido, que se acepte la proposición de Marc.

Se produjeron algunas murmuraciones poco aprobatorias. Entonces Rupert corrigió:

—A condición, bien entendido, que su ofrecimiento responda a alguna cosa seria.

Marc quiso intervenir, explicar más claramente su exposición anterior, pero el canadiense no se lo permitió, y Job, que seguía el razonamiento de Rupert con mucha atención, hizo seña al joven de que se mantuviera tranquilo, e insistiera en su ofrecimiento.

Por eso Marc agregó:

—Ofrezco campos, dinero.

El otro, repuso extendiendo la mano y separando bien las sílabas:

—Aquí estamos bien. Tenemos un buen campo, abrigado por una montaña que nos protege de las tormentas y de los hielos, una

casa bien edificada y bien protegida por la roca poseyendo cada cual su buena cama, en fin con un desembarcadero cómodo. Nuestra posición es de primer orden.

Se acentuaron las aprobaciones. Alentado, el canadiense, dijo:

—No podríamos estar mejor separados del mundo, donde existe demasiada gente a quienes no importa nuestra vida. Lástima que para aprovechar bien de este paraje nos falte Bennet, que era nuestro mejor hombre y Naroutcha, nuestra sirvienta, a quien después de lo ocurrido no podremos conservar. De modo que yo te propongo lo siguiente, ya que quieres rescatar a la condenada dejarás de ser nuestro consocio y te convertirás en nuestro servidor.

Marc se irguió temblando de alegría:

—Acepto.

—Su interlocutor aclaró:

—Escucha. Te ocuparás de los servicios del campamento mientras estemos en él y mientras no lo estemos. De manera que nada te pertenecerá a tí. Tu ganancia pasada, tu ganancia presente y tu ganancia futura, todo lo habréis perdido.

—Acepto.

—Escucha — observó nuevamente el cazador. — Todas las órdenes que se impartan, cualesquiera que ellas sean, y de cualquier índole, debes cumplirlas inmediatamente.

—¡Acepto!

Una especie de inaudita alegría transfiguraba al joven, que al parecer había hallado una manera de satisfacer su necesidad de sacrificio. Los otros cazadores empezaron a mirarlo con admiración. El canadiense prosiguió:

—Escucha aun. Tu cama, tu cofre, tus reservas, tus líneas, tus armas, tu carabina, todo eso debes abandonarlo. No tendrás el derecho de poseer nada, de decir nada, de hacer nada por tu bien.

La voz de Ketty cortó las palabras de Rupert.

—¡Es imposible! Yo no lo quiero. ¡No lo quiero!

Pero Job, que acababa de comprender el duro proyecto de Rupert, no pudo retener una brutal exclamación:

—¡Cállese usted! Es por su culpa todo lo que está ocurriendo aquí.

Sin conmoverse el canadiense continuó, afectando un aire solemne:

—Entiendes bien lo que te digo. Si aceptas lo que te propongo, te convertirás en una especie de esclavo y caerá sobre tu espalda la sangre vertida, tal como si hubieses sido tú mismo el matador. En una palabra, en lugar de esa mujer te convertirás en nuestro esclavo voluntario.

Ketty quiso intervenir nuevamente. Pero Job la tomó de las muñecas, manteniéndola firme a la fuerza.

Marc adelantó dos pasos:

—Persona por persona ¿no es cierto? Y la libertad sin condiciones, una completa libertad favorecerá de inmediato a esta señorita?

Muy graves, los cuatro cazadores se consultaron con un gesto. Y Rupert en nombre de todos, respondió:

—Sí.

Entonces, Marc, en actitud orgullosa, con la cabeza erguida, una llama en los ojos, y en una espceie de dasafío, gritó:

—¡Acepto!

Inmediatamente se produjo un torbellino. Todos gritaban, queriendo hablar a la vez. Ketty, angustiosamente protestaba que ella no quería, que rehusaba, que prohibía... Job afirmaba que no permitiría semejante acuerdo, y Rupert y los otros clamaban de que sí Marc había jurado tenía que cumplir su palabra.

Nuevamente, llevado por ese impulso que él solo comprendía y que Ketty adivinaba, el sacrificado repitió:

—¡Acepto!

A su alrededor se estableció un nuevo tumulto, mientras que Job amenazaba a Ketty con un gesto de ira. La joven sollozante suplicaba tratando de arrojar su [illegible]garia en medio de esos furores desencadenados.

⁂ ⁂ ⁂ ⁂

—¡Arriba las manos!

Fué tan de repente el grito, tan breve y seco, que en medio de semejante bochinche todos quedaron inmovilizados por una impresión de terror.

—¡Arriba las manos! ¡Media vuelta! ¡Alto!

Maquinalmente todos dieron vuelta sobre sí mismos, y un grito se estranguló en sus gargantas. Detrás de ellos a algunos metros surgió sin ruido, no se sabe de dónde, separándolos de sus chozas y por lo tanto de sus armas, cinco hombres, todos en línea de batalla, con carabinas, y un sexto hombre empuñando una pistola.

Ruper hizo un ademán de defensa, y entonces el que parecía ser el jefe exclamó:

—¡Quietos! ¡O tiro!

Libertándose de las manos que la oprimían Ketty, gritó:

—¡Ah, teniente! ¿Dónde está mi padre?

Bajando el revólver, el oficial se sacó el casco que le cubría la cara y respondió:

—Sí, somos nosotros, señorita Ketty, que llegamos en el justo momento, según creo. ¿Qué clase de gente son éstas y qué pretendían de usted?

Pero sin responder a las preguntas que se le hacían, la joven insistía:

—Quiero que me diga dónde está mi padre, teniente. ¿Dónde se encuentra él?

Mostrando co nun ademán hacia el mar, el teniente contestó:

—A bordo, señorita. El la anda buscando e nel mar mientras nosotros lo hacíamos en tierra.

—¿Va a venir hasta aquí?

—Ya debe encontrarse muy cerca, porque cuando nosotros avanzábamos sobre la cresta de la roca vimos al "Ontario" navegando muy próximo a la costa; pero como hay tantos icebergs marcha a tientas.

Un suspiro de alivio y de alegría hinchó el pecho de Ketty, que murmuró:

—Llegará pronto mi padre. ¡Dios sea loado!

Entretanto el oficial se puso a examinar detenidamente a los cazadores, siempre inmóviles bajo la amenaza de las carabinas. Luego dijo:

—Perdón, señorita, ¿me podría decir de dónde ha salido esta gente? ¿Por qué causa quería hacerle daño? Desde la cresta, con un lente yo los veía agrupados a su alrededor. Como un rayo nos dejamos deslizar para llegar a tiempo de socorrerla.

Sin contestar en seguida, Ketty dirigió su mirada sobre los seis cazadores, inmóviles: Rupert, Olaf, Bornholm y Verbeke, con los hombros caídos presentaban una cara furiosa, como fieras encerradas en sus jaulas. Job más tranquilo, conservaba cierto aire de dignidad en su actitud de rendido. Marc estaba triste y sombrío. El teniente continuó:

—Y desde luego, señorita. ¿Dónde están sus compañeros? Jack, Sheldon...

Ketty tuvo un estremecimiento al recordar la agonía entre los hielos. Repuso:

—Caídos en el mar... Ahogados...

—¡Pobres! ¿Y el doctor Franck?

Súbitamente pálida, Ketty tendió su mano en dirección al otro lado de la ribera:

—Allá abajo... Muerto...

El teniente tuvo un sobresalto, y gritó con rabia:

—¿Muerto por ellos? ¡Ah, canallas! — Y ya se dirigía en actitud amenazadora hacia los cazadores, pero Ketty se lanzó de golpe colocándose entre ellos y sus propios marinos.

—No, no... Muerto de frío. Y bajen todos sus armas. Nadie tocará a estos hombres.

El oficial, respondió:

—¿A estos bandidos?

Ketty bajó la cabeza.

—No. Son buena gente. Yo lo aseguro.

—Pero si estos hombres no pueden ser otros que la banda de forajidos que devasta nuestra tierra de caza sin que hasta ahora le hayamos podido poner la mano encima! Voy a hacer un escarmiento, de una vez para siempre. ¡Que se pongan de espalda a la roca!

—¡Yo se lo prohibo!

Entre esas dos voluntades, los marinos americanos no sabían aquien obedecer.

Ketty continuó:

—Ellos me han salvado la vida... Me han recogido en mi bote, que navegaba sin gobierno. Me han atendido... Me han cuidado.

El oficial se resistía.

—Sin embargo...

Entonces la joven, con duro acento agregó:

—En ausencia de mi padre, soy yo la que manda. ¡Obedezca, señor!

Y dirigiéndose a los marinos:

—¡Bajen ustedes sus armas! Estos hombres son amigos míos.

Luego, sin preocuparse de que sus órdenes fuesen o no cumplidas, Ketty marchó recta en dirección a los Hermanos de la Costa, que la miraban con una especie de asombro. Cruzando los brazos ella les dijo:

—Ahora se han cambiado los papeles. Ustedes me tenían prisionera. En estos momentos yo soy dueña de ustedes. Luego, pues, y cada uno a su turno, arreglaremos cuentas.

* * * *

Un relámpago de inquietud brilló en las miradas de los hombres. Marc se había puesto muy pálido, y afectaba una tranquilidad que no tenía. Job, un poco ingenuo, admiraba a su interlocutora con el vago sentimiento de que todavía podrían arreglarse una vez más las cosas.

El flamenco, el canadiense y los dos escandinavos, con la cabeza hundida en los hombros, tenían el aspecto de fieras tomadas en la trampa, cuya salida renunciaban a buscar, abadonándose al destino con aire fatalista. Ketty, ante ese cuadro tuvo una graciosa sonrisa.

—Procedamos por orden... Según mis leyes, que bien valen las de ustedes, van a ver...

Dirigiéndose al viejo, le dijo:

—Tontón Job, usted ha jugado por mí su autoridad y su existencia. Bien; yo le devuelvo la vida que usted merece tener. Usted me ha dicho que posee mal carácter, ¿verdad? Pues a mí me gusta mucho eso. Nosotros nos entenderemos a maravilla. Ya lo verá.

Luego, mirando a Marc, y sin que pareciera darse cuenta de la palidez medrosa que cubría su semblante, agregó:

—Usted quería rescatarme a costa de su libertad. Esos son sacrificios que no se olvidan nunca. El "Ontario" ha tenido la desgracia de perder a su médico. A partir del día de hoy lo reemplazará el doctor Marc Didier. Y yo sabré lo que debo hacer para que el nombramiento sea oficial... hasta fuera del círculo polar. El rey de las pesquerías posee sus valiosas amistades, señor. Ya lo verá.

Y, en fin, dirigiéndose a los otros tendió las manos:

—En cuanto a ustedes, quiero devolverlos a la vida, pero a una vida recta, leal, honesta, y a la seguridad también. Deseo salvarlos de la miseria que los acecha y de los peligros que les amenazan, asegurarles la existencia aquí, una existencia larga, fructífera, convirtiéndolos en cazadores dependientes de mi padre, a sueldo, o si ustedes lo prefieren serán remitidos a Europa, cada cual a su patria, a sus familias si es que todavía tienen alguna, de modo que puedan regresar a sus casas con la frente alta... Ustedes elegirán a su gusto.

En este momento se escucharon fuertes exclamaciones.

—¡El Ontario! ¡El Ontario!

Todos levantaron la cabeza. Un poco lejos aún en alta mar, maniobrando dificultosamente para evitar los hielos flotantes que navegaban a favor de la corriente, un gran navío blanco ,de mástiles oblícuos, pero de sólidas formas, venía del Sur flameando el pabellón estrellado.

El teniente ordenó:

—¡Que vaya un hombre a colocarse en lo alto de la cresta para que haga señales con los brazos de que nos encontramos aquí y para advertir que la señorita Ketty está sana y salva!

Al mismo tiempo se aproximó a la joven.

—Usted que conoce la costa, ¿puede decirme si el yacht podrá atracar sin peligro alguno?

Ketty hizo un movimiento de ignorar, y se dió vuelta hacia Job. El viejo mostraba la frente surcada por profundas arrugas y una dura mueca en los labios. La americana le formuló la misma pregunta. Y entonces una luz extraña iluminó la fisonomía del viejo, que se apresuró a contestar:

—Sí, sí, es peligroso... No hay aquí más que un paso muy estrecho... y nada de hondo... fondo rocoso.

Vivamente, como presa de angustia, explicó:

—Es necesario impedir que se aproxime el barco. Se le rompería el casco. ¿No es cierto? — agregó dirigiéndose a los otros compañeros.

Rupert y Verbeke aprobaron como con el deseo de apoyar vigorosamente la mala opinión de su jefe:

—No podrá pasar, con toda seguridad.

—Sería una simple locura.

Y Job agregó:

—Conviene advertírselo inmediatamente, porque veo que viene con la proa enfilando para acá.

El teniente no vaciló. Ante la orden formal de Ketty y abandonando toda idea de castigo a los Hermanos de la Costa, no pensó nada más que en evitar una catástrofe a su navío. Entonces preguntó:

—Por lo que veo, ustedes tienen botes. ¿No podría ir uno de ustedes hasta el yacht?

Job se apresuró a contestar:

—Algo mejor que eso. El bote de ustedes está intacto y ustedes mismos podrían manejarlo para tal fin. La señorita también podría ir a bordo, ya que tiene tantos deseos de volver a ver a su padre. Creo que lo más conveniente es que todos ustedes se embarquen en el bote, antes que sea tarde, porque como les digo el yacht peligra hacerse pedazos.

Ketty exclamó:

—Perfectamente. Iré yo también en el bote y traeré aquí a mi padre para que personalmente le dé las gracias a usted Tontón Job.

El viejo gruñó:

—Es una buena idea... Muy buena idea...

Pero el oficial se intranquilizó

—Usted dice que hay un paso difícil, un canal sembrado de rocas. ¿Cómo nos será posible guiarnos por ahí?

Job sonrió.

—Voy a darles un piloto, y por cierto muy bueno.

Poniendo la mano sobre el hombro de Marc, dijo:

—Tú, muchacho, vas a embarcarte con ellos, para llevarlos por el canal que conoces hasta la borda del barco.

—Bien, mi jefe.

—Y cuando te encuentres a bordo, ten cuidado de que no ocurra nada malo. Sería una lástima. Ve.

Diez minutos después, Ketty, el teniente, los cinco marinos y Marc se embarcaron en el bote ballenero que había conducido a la joven a la isla, y abandonaron la orilla.

La voz alegre de Ketty subía desde las aguas tranquilas del pequeño puerto.

—Una hora de ida y otra de vuelta... Dentro de dos horas, Tontón Job, estaremos con usted y sus hombres.

Job con la cabeza baja, respondió:

—Sí, sí... Eso es... Tú, Marc, pon atención en las rocas del camino, sobre estribor; sortéalas despacio; tienes tiempo

—Comprendido, mi jefe.

De pie en la parte posterior del bote, Marc manejaba el timón, al lado de Kettty, mientras los marinos americanos remaban vigorosamente y la embarcación se deslizaba sobre las aguas tranquilas, con rapidez, en dirección al yacht.

Inmóvil sobre la arena de la playa, Job con los brazos cruzados, miraba alejarse al bote ballenero. Detrás de él, sus compañeros miraban también.

—Lindo bote, — dijo Rupert agachando la cabeza.

—Y lindo casco el del navío, — respondió Olaf señalando al yacht que navegaba a lo lejos.

—Sí, demasiado lindo para ser tan viejo, — gruñó Verbeke.

—Ya lo verás mejor cuando esté más cerca, ¿verdad, Boj? — interrumpió Bornholm.

Arrancándose a su contemplación, Boj se dió vuelta, la mirada súbitamente dura y un gesto enérgico en la boca:

—¿Qué quieres decir?

—Que va a ser algo lindo visitarlo todos juntos cuando llegue,—respondió Bornhalm.

—¿Cómo visitarlo? — gruñó el viejo.

—Sí, visitarlo dentro de pocos momentos, cuando ya esté próximo a la costa

Los ojos de Boj brillaron.

—Para visitar el Ontario tendrás que esperar otra ocasión, muchacho, y si ella se vuelve a presentar...

Los otros lo miraban comprendiendo mal. Entonces el viejo dijo con voz ronca:

—¿Ustedes quieren volver a vivir la vida de la gente común?

Todos a la vez tuvieron el mismo sobresalto.

—No... No...

—En lobos domésticos, retenidos con cadenas como los perros?

—Nunca... Jamás... ¡Viva la libertad!

Job se irguió en toda su altura.

—Entonces, compañeros, Hermanos de la Costa, a las armas, a las provisiones, a los perros a los trineos!... Tenemos dos horas para internarnos en las tierras donde esos hombres son incapaces de llegar sino despedazados por el frío y las penurias...

Lo interrumpió la voz de Rupert:

—Y si nosotros morimos, al menos moriremos libres.

Y todos clamaron:

—¡Sí, sí! ¡En marcha! ¡En marcha!

Job gritó:

—Apúrense, muchachos. Conviene que ella no nos vuelva a ver aquí, para que no se le ocurra llevarnos al mundo civilizado.

En una risa formidable, una sed de independencia, una ebriedad de libertad, empezaron los preparativos para la fuga, presa todos de un delirio de locos.

Con fuertes gritos, con grandes ademanes, se repartieron el trabajo, en ese apresuramiento de hombres acostumbrados a levantar campamento a toda velocidad bajo la amenaza de la tempestad o del desastre...

Impulsados por esta fiebre todos corrían, se empujaban. Olvidando todo, habían abierto la prisión de Naroutcha al libertar los perros, y entonces la esquimal arrastrada por el entusiasmo general ayudó a las maniobras. Los trineos cargados, los perros atados a ellos, inmediatamente se dispusieron las provisiones en grandes paquetes, lo mismo que los botes que habrían de servirles para las travesías sobre el agua.

—¡Rápido! ¡Rápido! — ordenó Job. — Ya regresaremos cuando ellos se hayan cansado de esperarnos. Y tendremos para mucho tiempo.

—¡Tan lentamente! — respondió Rupert.

Verbeke intervino bruscamente:

—¿Y Marc, entonces?

Todos se detuvieron admirados, inquietos. En verdad se habían olvidado del compañero partido en la ballenera para acompañar a la joven. Pero Job cortó:

—Vamos, no sean idiotas. Yo no le he olvidado. Lo que ocurre es que no debemos considerarlo a Marc como perteneciente a nuestra comunidad. Llegó acá por un azar, por un error. Lo he enviado a bordo para que se quede ahí. ¿Comprenden ahora? Su lugar está allí y no acá. Necesita convertirse otra vez en hombre...

Entonces Rupert gruñó:

—Y nosotros quedaremos siempre siendo lobos. Viejo, tienes razón... Tú siempre tienes razón...

Job bromeó:

—Es por eso que yo soy el jefe. Bueno, ¿está todo preparado?

Los cuatro respondieron a una voz:

—¡Preparados!

—¡Entonces, en marcha, muchachos! ¡Ah, Dios, me olvidaba de una cosa!

De un salto Job penetró en la casa ahora vacía y devastada como si un huracán hubiese pasado por ella... Sobre la mesa, el libro de a bordo había quedado abierto... El viejo tomó la pluma. Con su grueso carácter de letra, escribió a través de la página la fórmula común en la marina:

"Y ese día no se produjo ningún otro acontecimiento."

Luego, cerrando el registro, lo deslizó bajo el brazo, atravesó el aposento, cerró la puerta y saltó sobre su trineo.

—¡Adelante! ¡Viva la libertad! — gritó.

Le respodió un formidable clamor que repercutió a lo largo de la roca:

—¡Viva la libertad!

En un trueno de alaridos, a toda velocidad sobre la superficie lisa de las rocas, partieron los trineos en dirección a las altas tierras heladas, llevando a aquellos hombres, que detenidos un momento en las puertas de la vida no volverían a ver más la silueta de un blanco yacht lejano!

La tía a la sobrina que ha pasado una temporada de visita y se dispone a volver a la capital:

—¡Cómo te vamos a recordar, queridita cada vez que veamos los agujeros que has hecho con el cigarrillo en las sábanas y las alfombras! A cada momento pensaremos: ¿Qué estará quemando ahora nuestra linda sobrinita?

PRESTIDIGITACION

En un tiempo nos maravillaba

cuando un prestidigitador sacaba tantas cosas de un sombrero;

pero, después de ver todo lo que puede salir de un pequeño auto aquellas pruebas resultan un juego de niños.

ACCIONES Y MALAS ACCIONES

Por HILARIO FAIRE

El demonio de la ambición lleva a un hombre a los peores extremos; la serenidad de una linda muchacha logra desbaratar su bien preparado y criminal programa

CAPITULO I

UN CLIENTE RICO

LOS socios de la firma Chester, Long y Glossop, procuradores de Capel Inn, eran dos. Y desde el primer día en que Inés Hales entró a trabajar con ellos, como taquígrafa-mecanógrafa, decidió que no le gustaba ni el uno ni el otro.

El señor Chester era alto, triste, de unos cuarenta años; tenía la expresión de un decidido pesimista. Hablaba poco, con frases cortas, que casi tenían acento de rudeza. A veces notaba Inés que sus ojos se fijaban en ella con curiosa expresión, como si la interrogaran sobriamente; pero aunque aquello era inquietante, no había motivo razonable para ofenderse.

El señor Glossop era la antítesis de su socio, en todo sentido. Bajo y gordo, tenía ojos azules y expresión sonriente. Inspiraba confianza y a no ser porque continuamente embromaba a Inés con enamorados imaginarios, ella hubiera simpatizado con él. Al revés del señor Chester, gozaba de la vida y parecía que a veces sentía deseos de invitar a Inés a que se divirtiera con él.

—¿No quiere venir conmigo a comer al restaurant esta noche, señorita Hales? ¿No? Bueno... otra vez será ¿Es que teme usted darle celo a ese joven alto que vi ayer dando vueltas alrededor de la oficina? ¿O tiene alguna cita con el buen mozo, dueño de un auto magnífico, a quien vi mirando por la ventana anteayer?

Seguía en este tono, su cara gruesa y colorada toda sonrisa, mientras Inés se quedaba muda de indignación y de fastidio.

En cuanto a Long, el tercer nombre que figuraba en la firma, era invisible. A veces se preguntaba Inés si no estaría encerrado en una de las grandes cajas negras, con valores, que se alineaban en los estantes y sobre el piso. Solía imaginar que había abierto una de aquellas cajas y que un rostro melancólico, con lentes, salía como un muñeco de resorte de la caja y le decía con voz chillona: "Soy Long".

Las cajas tenían todas nombres pintados en ellas: Cheeseman, Faraday, Cholmondeley, Marjoribanks y cien más. La oficina era antigua y se ocupaba casi exclusivamente de la administración de Estados en toda Inglaterra.

El trabajo no era muy interesante; pero pagaban bien. Inés pensaba que había tenido mucha suerte en conseguir ese empleo, cuando se abrió la puerta y apareció el rostro sonrosado del señor Glossop.

—¿No quiere venir al teatro conmigo esta noche? Tengo un par de plateas para "Días felices" ¿No?... Bueno, otro día será. A propósito: espero al joven Arturo Redman, un día de estos. Si yo no estoy, hágalo entrar al despacho del señor Chester. Probablemente vendrá en busca de dinero. Trátelo con amabilidad; es un cliente importante, desde que murió su tía y le dejó toda su fortuna, — sonrió. — Nosotros, Crester, Long y Glossop, somos muy considerados con los clientes ricos. No se olvide de tratarlo bien.

Eran las quince cuando se abrió la puerta y asomó por ella una cabeza. Era un rostro bastante feo, con ojos ozules, pelo rubio desgreñado y una sonrisa amplia y sin gracia, de escolar.

—¡Hola! — dijo. — ¿Está alguno de esos viejos fósiles?

—¿Quiere usted decir el señor Chester o el señor Glossop? — preguntó Inés severamente.

—¡Pues es claro!

La sonrisa se agrandó más aún y contra su voluntad, Inés lo miró con simpatía. El joven parecía un amable mastín o perdiguero.

—Ahí tiene una silla, — dijo Inés.

—Soy Redman, Arturo Redman, — observó él.

—Bueno... ahí tiene "dos" sillas.

El la miró atentamente.

—Me parece que se está usted burlando de mí. Le he dicho mi nombre. ¿Cuál es el suyo?

Inés se ruborizó ante su mirada.

—Yo no soy miembro de la firma. El señor Chester y el señor Glossop se han ido a almorzar. Creo que no tardarán.

—Bueno. Esperaré. — Se sentó en un án-

gulo del escritorio de Inés y se puso a mirarla. — Quisiera no haberle dicho a esos viejos fósiles que vendieran todas mis acciones — dijo.

—¿Por qué? — preguntó Inés.

—Porque así tendría pretexto para visitar esta cueva de ratas y verla a usted — contestó él prontamente.

—No debe usted expresarse así, — le reprochó Inés. — Mejor es que se siente en esa silla. El señor Chester llegará dentro de un minuto y le gusta ver cada cosa en su sitio.

Arturo Redman se rió con todas sus ganas.

—Dice usted eso como si pensara que mi sitio debería ser el canasto de los papeles. Oiga: ¿qué le parece si fuéramos esta noche al teatro? Tengo mi auto en la ciudad, la iría a buscar para comer y...

Inés movió negativamente la cabeza. La puerta se abrió de pronto y apareció el rostro obscuro y melancólico del señor Chester.

—Me pareció que oía hablar. ¡Ah, Redman! ¿Deseaba usted verme?

—No; — dijo el joven friamente. — quiero ver al señor Glossop.

—Si se trata de sus asuntos, señor Redman, le diré que soy yo y no el señor Glossop quien se entiende con ellos.

Redman movió la cabeza.

—Deseo ver al señor Glossop — contestó.

Con un gesto de mal humor que incluía a la señorita Hale, Chester se retiró. Inés alzó la vista y miró a Redman.

—¿Para qué quiere usted ver al señor Glossop? — le preguntó curiosamente.

Deseo verla a usted.

—¡Verme a mí! — repitió la joven.

Redman asintió con una risa de alarmante tamaño.

—¡Si supiera lo bonita que es?

—Chester se va a enojar.

—¿Enojarse? Me gustaría verlo enojado conmigo. Le diría cuatro verdades. Hace un año, cuando vine a visitarlo, no quiso adelantarme unos chelines, por temor de que mi tía alterara el testamento. Ahora, esa momia lamería mis botas, si yo lo consintiera. Lo aborrezco. Por eso estoy vendiendo todo, convirtiéndolo en dinero para no tener que entenderme con aves negras. Pondré el dinero en el banco y allí me aconsejarán. Bueno, ¿qué resuelve sobre el teatro? Todavía no me ha contestado si acepta mi invitación o no.

En aquel momento sonó un timbre. Inés se levantó.

—Es el señor Chester. Me necesita. Es mejor que vuelva más tarde, si quiere hablar con el señor Glossop.

Redman permaneció sentado en el escritorio.

—Me quedaré — dijo firmemente. — No ha decidido usted todavía que noche irá conmigo al teatro.

—Cualquier noche... — dijo Inés nerviosamente — menos hoy... Yo...

—Muy bien. Ya está prometido ¡Adios!

CAPITULO II

UN HOMBRE IRRESISTIBLE

El señor Chester parecía más sombrío que nunca cuando Inés entró en su despacho.

—¿No se ha ido ese joven todavía? — preguntó.

—Sí — contestó Inés. — Se cansó de esperar. Acaba de irse.

—¿Podría saber de qué estuvieron conversando? — el señor Chester miró atentamente a la joven al hablar.

—¡Oh!... de nada importante, — contestó Inés ruborizándose ligeramente. —El... él deseaba pasar el rato mientras llegaba el señor Glossop.

—No comprendo por qué ha querido ver a Glossop. Le dije bien claramente que era yo quien me entendía con sus cosas. ¿Discutió con usted ese tema? ¿Le habló de sus asuntos financieros?

—Dijo que su tía le había dejado una cuantiosa herencia que pensaba reducir a dinero todos sus valores, ponerlo en el banco y pedir consejo al banquero sobre negocios.

—¡Ah! — exclamó Chester. — De manera que habló de asuntos que generalmente no se tratan entre un hombre y una mujer que se ven por vez primera. ¿Es la primera vez que lo ve usted a Arturo Redman?

Inés lo miró asombrada.

—Es la primera vez — contestó friamente. — En cuanto a los asuntos de que tratamos, no interesan a nadie más que a nosotros.

Chester no hizo caso de su enojo.

—Siéntese, señorita Hale, — le dijo, indicándole una silla. — Deseo... hablarle.

Sorprendida por la extraña inflexión de su voz y pensando qué significaría todo aquello, Inés obedeció, con la mirada fija en el rostro de su patrón.

El señor Chester no miró a Inés. Sus ojos estaban fijos en la alfombra.

—Lo que tengo que decirle, señorita Hale — empezó, — le parecerá quizá extraño. El hecho es que... pienso retirarme muy pronto de los negocios. Esto es entre nosotros, todavía no le he dicho nada a mi socio; pero tengo intención de irme al extranjero. No soy hombre demostrativo; pero, desde que usted entró aquí, me inspiró gran interés. Soy mucho mayor que usted y quizá le pareceré a usted impertinente. Pero.... la amo y desearía hacerla mi esposa.

El asombro dejó muda a Inés. Que aquél hombre tan frío, tan poco expresivo, se hubiera enamorado de ella y deseara casarse, le parecía increible.

—Temo... temo..., señor Chester, — empezó; pero él la interrumpió.

—Veo que si usted me contesta ahora será negativamente. Desearía que lo pensara. Esto ha sido muy repentino. Sería impru-

dente para usted o para mí, decidir en seguida. Déme su contestación dentro de una semana.

Al volver a su escritorio, la resolución de Inés estaba ya tomada. Por nada del mundo se casaría con el señor Chester. Se alegraba de que se retirara pronto. El señor Glossop, con sus burdas bromas, era a veces irritante; pero no le inspiraba la repulsión que sentía por Chester.

El día siguiente Redman fué de nuevo a la oficina. Esta vez no preguntó ni por Chester ni por Glossop. Entró en momentos en

La puerta se abrió pronto y apareció el señor Chester.

que Inés se ponía el sombrero para ir a almorzar. Aquello pareció alegrar a Redman.

—¡Hola! — dijo. — Está usted estupenda.

—¿El... qué?

—¿Dónde almorzaremos? — preguntó Arturo.

—¿Almorzaremos?

—Yo estoy hambriento. Voto por lo de Fragoli. Nosotros...

—Mi almuerzo no me cuesta, por regla general, más que un chelín y seis peniques, señor Redman. Creo que saldría con hambre de lo de Fragoli, si me limitara a esa suma. Y como no tengo intención...

—Permítame que la ayude a ponerse el abrigo. ¿Cuánto tiempo le conceden para almorzar? A propósito: aquí están las localidades para el teatro. Se las dejo. Son para mañana por la noche. No se vaya a olvidar. Nos encontraremos en la puerta del teatro. A las veinte. Me gustaría que comiéramos juntos primero; pero me ha llegado un tío de afuera. Tengo que verme con él a las diez y nueve y media. Luego iré directamente al teatro para reunirme con usted.

Frente a tanto optimismo, Inés no tuvo valor para protestar. Guardó las localidades en el cajón de su escritorio y siguió a Redman, emocionándose extrañamente cuando él la tomó de la mano para llevarla suavemente hacia la puerta.

—Nunca me había enamorado antes — dijo Redman, cuando estuvieron sentados en uno de los pequeños reservados, en el gran comedor del Fragoli. — ¡No imaginaba que fuera tan lindo! Más bien me daba lástima cuando un muchacho perdía la cabeza por una joven.

—A mí también, — contestó Inés prontamente.

—Oiga: ¿no querrá usted decir que me compadece? — preguntó él.

—¿Está usted enamorado? — preguntó ella astutamente.

—Bien sabe usted que lo estoy.

—¿Se enamora usted de todas las jóvenes que conoce? — Inés estaba determinada a no dar carácter personal a la conversación.

—Eso no. Ya le he dicho que nunca me he enamorado antes, hasta que la ví a usted. Nunca lo hubiese creído, si no experimentara los síntomas.

—Tengo que estar de vuelta a las catorce en la oficina, — miró Inés su reloj. — Me voy.

—Yo la acompañaré. Tengo que verlo al viejo Chester, hoy. Por esos valores y acciones. Deseo llevarlos al banco. ¿A qué horas va a almorzar?

—Generalmente después de las catorce, cuando vuelvo yo.

—Bueno... iré a verlo... después que se haya ido.

—¡Pero no!... Tengo mucho que hacer. Y creo que no le agradará al señor Chester que vaya usted precisamente a la hora en que él se marcha para almorzar.

—Mi querida niña, — dijo Redman con su amplia sonrisa, — comete usted un grave error, si cree que voy a dedicar mi joven vida a agradar al señor Chester. Al contrario. Aborrezco a ese viejo idiota. Con todo, si la molesto, aplazaré mi visita para dentro de un día o dos. Sólo que... no me vaya a faltar mañana por la noche en el teatro. ¿Irá usted?

Inés lo miró a través de la mesa. Había algo de simpático, de irresistible, en aquél muchacho grande.

—Naturalmente que iré... si realmente usted lo desea, — contestó sonriendo.

—¿Sí lo deseo? Deseo tenerla á mi lado toda la vida.

CAPITULO III

RESCATE AFORTUNADO

Inés se estaba vistiendo en su cuarto de la casa de pensión, cuando recordó que había dejado las localidades para el teatro en la oficina. Aquel descubrimiento la disgustó inmensamente. La obra que daban era muy popular y sabía que no conseguirían dos localidades juntas a último momento. Además, el señor Redman creería que lo había hecho de intento y se formaría una mala opinión de ella.

Miró el reloj. Faltaban diez minutos para las diez y nueve. Había una probabilidad de que el señor Glossop estuviera comiendo en su club. Si era así, tomando un taxi podría pedirle prestada la llave de la oficina, recobrar las localidades y hallarse en el teatro a la hora convenida. La otra alternativa era explicar la situación a Arturo Redman.

Abrió la puerta de su dormitorio.

—Señora Mullens — llamó. — ¿Querría tener la bondad de conseguirme un taxi? Pronto, por favor. Tengo que volver en seguida a la oficina.

Cuando Inés bajó, el taxi estaba en la puerta. Un cuarto de hora después preguntaba en el club por el señor Glossop.

Estaba y quedó muy sorprendido al ver a su dactilógrafa.

—Me dijeron que una señorita deseaba verme, — dijo. — Pero no imaginé que fuera usted. Bueno... ¿vamos a ir al teatro o a comer a un pequeño restaurante de Soho? — le dirigió una sonrisa; parecía un gato gordo y satisfecho.

—Necesito la llave del escritorio, señor Glossop. ¿Quiere tener la bondad de prestármela? Dejé algo olvidado en mi cajón y lo necesito urgentemente esta noche. Siento estar tan apurada. Tengo que estar en el teatro Magestic a las veinte y no puedo hasta que no haya...

—Tendrá que apurarse. Son las veinte menos cuarto. — Buscó en su bolsillo la llave. — ¡Ah! Quizá será mejor que vaya con usted, señorita Hale. Todos los valores de Redman, por valor de un cuarto de millón, están en la oficina. No me gusta dejarla ir a usted sola, — le palmeó familiarmente el hombro. — Usted comprenderá, querida. Confío en usted como en mí mismo; pero alguien podría seguirla. Voy a ponerme el sobretodo y la acompañaré. Veo que tiene usted un taxi esperándola.

A Inés le agradó, mientras el taxi volaba a través de la ciudad, ver que el aire pesadamente bromista del señor Glossop había desaparecido. Le agradecía también que no la hubiera interrogado sobre el motivo que la hacía desear volver a la oficina a hora tan desusada. No deseaba confiarle a nadie que iba al teatro con Redman. El hecho sólo a ella interesaba.

Le pareció que sólo habían pasado unos minutos cuando llegaron al edificio donde estaban situadas las oficinas. El portero los hizo pasar y pocos momentos después el señor Glossop habría la puerta con su llave y entraba. Al entrar, Inés observó que la oficina del señor Chester estaba abierta y encendida la luz eléctrica.

—¡Es extraño! — dijo el señor Glossop. — Quédese aquí en la puerta, señorita Halé. Veré quien está ahí. Quizá es Chester...

Avanzó, empujó la puerta y entró en la habitación.

Inés se quedó esperando. De pronto oyó un juramento, un tiro y el ruido de un cuerpo que caía. Se quedó petrificada, incapaz de gritar o huir. Antes de que pudiera recobrarse, la puerta se abrió y apareció un hombre. Tenía en su mano un revólver y lo apuntaba con él.

Era el señor Chester.

Por un momento ninguno de los dos habló. Luego el señor Chester avanzó hacia ella.

—¿Qué hace usted aquí? — le preguntó con voz ronca.

Inés se quedó muda, helada de terror.

El hombre la tomó por un brazo y la hizo entrar en la oficina.

—¡No... ahí no! — gritó Inés.

Chester le apretaba cruelmente el brazo. Empujóla hacia la puerta, la hizo entrar en la pieza y cerró con llave.

—No se imaginará, — dijo ásperamente, — que voy a dejarla ir.

Aterrada hasta un punto indecible, Inés miró a su alrededor. Sobre el piso, en un rincón, estaba tendido el señor Glossop. Sobre el escritorio había una pila de papeles, junto a los cuales se veía un maletín de cuero. Las persianas estaban corridas. Todos los detalles de la escena se grabaron con caracteres de fuego en su cerebro, mientras permanecía parada, temblando, en el centro de la habitación.

El rostro de Chester se puso rojo de ira al oír un gemido de Glossop.

—¡Idiota! — murmuró. — ¡Pedazo de idiota! ¿Por qué se le ocurrió venir precisamente esta noche?

—¿Y usted? — se volvió fieramente a Inés. — ¿Qué hacía usted aquí? ¿Espiándome, no?

Inés movió la cabeza.

—Olvidé algo y le pedí al señor Glossop que me prestara la llave. El decidió acompañarme. Tenía miedo de que viniera sola a causa de los títulos y acciones que había en la oficina.

—¿Eso fué? ¡Maldita suerte la mía! ¡Lo tenía todo tan bien arreglado! Me hubieran encontrado mañana lejos de aquí con un cuarto de millón de títulos negociables en mi poder. Bueno, niña mía; el otro día le hice una propuesta de matrimonio. La mantengo. Usted me acompañará a Francia. Nos casaremos no bien lleguemos allí. Luego nos marcharemos a un sitio donde no puedan alcanzarnos las leyes de extradición. Se que usted será razonable. Este imbécil no está muerto. No hay asesinato. Tendremos un cuarto de millón para disfrutar juntos. Ahora, sea buenita y ayúdeme a poner estas acciones en el maletín. He ordenado un auto para que me espere fuera a las veinte y media. Y ya debe ser casi esa hora.

Inés tomó una rápida resolución. Fingiría acceder. Comprendió que el hombre había ido demasiado lejos para detenerse ante ningún obstáculo. Trató de disimular el terror de su voz.

—Muy bien, — dijo temblando de pies a cabeza mientras hablaba.

—¡Buena chica! — dijo Chester después de dirigirle una profunda mirada. — Ya sabía yo que usted sería razonable y vería las cosas como son. Tomaremos el tren y estaremos en Francia dentro de pocas horas. Una vez fuera de Inglaterra podemos burlarnos de la ley. ¡Venga!... ayúdeme a arreglar esto. Abra los paquetes y alcánceme, uno después de otro, su contenido. Esto, — añadió con significativa sonrisa, — la convierte en mi cómplice. ¡Rápido! — ordenó.

El corazón de Inés se oprimió. Las probabilidades de escapar eran escasas. El hombre estaba desesperado.

De pronto con un vigor que arrancó un grito de los labios de Inés y un juramento a Chester, el timbre del teléfono sonó.

Inés pensaba a veces si no estaría encerrado en alguna de aquellas grandes cajas negras.

—¡Hola! ¿Es usted, señorita Hales? — era la voz de Redman.

Chester le arrancó el receptor de la mano y la miró con una luz asesina en sus ojos.

—¿Quién era? — preguntó.

—No se, — contestó Inés. — Alguien de mi casa de pensión, seguramente.

Una expresión de alivio se reflejó en el rostro de Chester.

—¡Venga! — dijo. — Tenemos que apurarnos.

El examen de los paquetes restantes se hizo con rapidez. A los pocos momentos, Chester se enderezó con un suspiro de alivio y cerró el maletín.

—¿Está pronta? — dijo mirando duramente a Inés al hablar.

—S... s... s... i, — murmuó Inés.

—Muy bien. Ahora oiga: le prevengo que si hace el menor movimiento para huir, la mataré, suicidándome luego. Quiero que, antes de salir de esta oficina, comprenda lo que sucederá si usted trata de alterar mi programa. ¿Ha entendido?

Inés hizo un signo de asentimiento, desesperada. Chester abrió la puerta y la cerró luego por fuera.

El auto que Chester había pedido esperaba delante de la puerta. El conductor se enderezó en su asiento al acercarse ellos.

—¡Suba! — ordenó Chester a la joven, que se había detenido indecisa. Un instante después se hallaba junto a ella y entre ambos el maletín con los valores.

—¿A dónde, patrón?

Antes de que Chester pudiera contestar, un magnífico auto pasó junto a ellos. Iba en él Arturo Redman.

Inés le devolvió su mirada. Como un relámpago acudió a su mente el pensamiento de que el joven creería que se había burlado de él y su corazón se oprimió. No se atrevió a llamarlo, pidiendo auxilio. Chester, desesperado, cumpliría su amenaza.

—A la estación de Charing Cross. — Chester, sin darse cuenta de que Arturo Redman, en su poderoso auto de carrera se hallaba a sólo unas yardas de distancia, se inclinó fuera de la ventanilla al hablar. — ¡Y apúrese! Tengo que alcanzar un tren. — Al hablar, sacó su mano del maletín para tomar el reloj.

En ese segundo, la desesperación inspiró a Inés su acto. Levantó el maletín del asiento y se lo tiró a Arturo Redman. Le pegó al joven en la frente. Como un rayo, antes de que Chester pudiera volverse a la joven, Redman se tiró del auto y abrió la portezuela del coche en que se hallaban sentados Chester y la joven.

—¿Qué significa esto? — preguntó agarrando a Chester con sus garras de acero. —¿En qué líos anda usted?

Los dientes de Arturo Redman rechinaban al agarrar a Chester y arrojarlo a la calzada.

—Ese... ese hombre, — señaló Inés a Chester, — hirió al señor Glossop. Me amenazó con matarme también a mí. Le robó sus...

Con un sollozo quedó desmayada en sus brazos.

Cuando volvió en sí, Chester se hallaba en manos de dos policías. Inés y Redman volvieron a la oficina y hallaron que el señor Glossop, aunque gravemente herido, no corría peligro inmediato.

—Creo que es usted la joven más valerosa que existe, — dijo Redman cuando salieron juntos del puesto de policía. — Y la más hábil, — añadió cuando ella le contó que el maletín contenía toda su fortuna. — ¡Y la más linda! — concluyó al despedirse de ella con un beso, en la puerta de la casa de pensión donde vivía Inés.

Lea en el próximo número

JUGADORAS DE DADOS

Por Alberto Dorrington

Dentro de breves días se pondrá en circulación el "LIBRO SOCIAL" de "EL DIARIO"

para el año 1929

Es el índice más completo de la república, y contiene:

Direcciones de familias, teléfonos, días de recibo, lugar de veraneo, etc., compromisos y enlaces contraídos en 1928. -- Direcciones sociales en general y elenco de las mejores casas de comercio de la CAPITAL FEDERAL y PROVINCIAS.

ES LA GUIA MAS COMPLETA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA

Si Ud. se suscribe por 1 año a EL DIARIO, la obtendrá gratuitamente

PRECIO DEL EJEMPLAR $ 3.--

JENNERTON y Cía. (Agencia de detectives)

Por Felipe Oppenheim

JUICIO APLAZADO

II

Jennerton, padre, examinó la tarjeta que le presentaba la dama, se la pasó a su hijo e indicó una silla a la visitante.

—Señora de Holman, — murmuró. — ¿En qué puedo servirla, señora?

La señora acomodó su algo amplia persona en la silla indicada, depositó su

tuvo con nosotros
final de ese tiempo
dido mío. Baste de
con los escolares
los ayudantes era
Preferí prescindir

cartera en el borde de la mesa y miró [illegible]mente a Jennerton hijo. Era una mujer de mediana edad, vestida a la moda pero sin distinción. Sus ojos azules eran duros y sus facciones más bien severas. Sin embargo tenía labios inesperadamente carnosos.

— ¿Es necesaria la presencia de este joven caballero? — preguntó — Lo que tengo que decir es estrictamente confidencial.

— Es mi hijo — exclamó el Sr. Jennerton — mi socio y también mi secretario. Hemos descubierto que dos cabezas valen más que una y conocemos demasiado bien nuestro negocio para no ser discretos.

La Sra. Holman indicó con un movimiento de cabeza que aceptaba la situación.

— No necesito decir mucho de mí — continuó — Ya ha visto Vd. mi nombre en la tarjeta. Mi marido murió en la guerra y desde entonces he sido ama de llaves del reverendo Martín Bushe. ¿Supongo que Vd. le conoce?

El Sr. Jennerton movió la cabeza.

— El Sr. Bushe, — explicó ella — tiene una escuela, pequeña pero escogida, en Hampstead, para estudiantes adelantados solamente

— ¿Una especie de liceo?

La visitante hizo un signo afirmativo.

— El Sr. Bushe es un hombre muy inteligente — declaró. — Consiente en preparar a sus discípulos para cualquier cosa, excepto para el ejér-

cito. Hace poco tiempo, — continuó, mientras las líneas de su rostro se endurecían, — fue necesario tomar una dactilógrafa para que se hiciera cargo de la correspondencia del establecimiento. Obtuvo el puesto una joven llamada Sofía Vivian y estuvo con nosotros unos siete meses. Al final de ese tiempo fué despedida a pedido mío. Baste decirle que su conducta con los escolares mayores y con uno de los ayudantes era muy inconveniente. Preferí prescindir de sus servicios y ha-

el borde de
ró recelosa-
erton hijo.
ujer de me-
vestida a la
sin distin-
ojos azules
sus faccio-
en severas.
o, tenía la-
peradamente

ecesaria la
este joven
— preguntó.
ngo que de-
amente con-

hijo, — ex-
r Jennerton,
también mi
emos descu-
dos cabezas
u una y co-
masiado bien
ocio para no
s.
Holman in-
movimiento
que aceptaba
.
ecesito decir
ni, — conti-
ha visto us-
bre en la tar-
arido murió
a y desde en-
sido ama de
el reverendo
she. ¿Supon-
d lo conoce?
r Jennerton
abeza.
or Bushe, —
— tiene una
ueña pero es-
Hampstead,
ntes adelan-
ente.
specie de li-

e hizo un
ivo.
Bushe es
nuy inteli-
leclaró. —
preparar a
para cual-
cepto para
Hace poco
— continuó,
as líneas ,de
e endurecían,
esario tomar
lógrafa para
era cargo de
ondencia del
ento. Obtuvo
na joven lla-
Vivian y es-
te meses. Al
despedida a pe-
que su conducta
s y con uno de
inconveniente.
servicios y ha-

cer yo misma su trabajo.

—Comprendo, — murmuró el señor Jennerton.

—El servicio que solicito de usted es que averigüe cómo la señorita Sofía Vivian logra vivir cómodamente, sin trabajar, en una linda casita, número 17 de Richmond Street, precisamente de este lado de Golden Green, y quiénes la visitan frecuentemente.

El señor Jennerton hizo unos breves apuntes.

—Estos son asuntos, — dijo secamente, — de los que se encarga, por lo general, una rama menor de nuestro establecimiento. No rehusamos hacer estas investigaciones; pero tampoco tenemos interés en ellas. ¿Creo que podrá usted darme las razones de su curiosidad?

—No estoy dispuesta a hacerlo, — fué la breve respuesta. — Me han dicho que es la suya la mejor firma de detectives privados de Londres. La tarea que le ofrezco es trabajo de detectives. ¿Puede usted decirme cuánto costará esa investigación

—Eso dependerá de las circunstancias. El asunto parece presentar tan pocas dificultades que no creo le cueste mucho. ¿Le enviaremos nuestros informes a Hampstead?

La señora Holman se levantó y tomó su cartera.

—Prefiero no recibir correspondencia, — dijo. — Yo pasaré dentro de una semana, a contar del día de hoy.

Se despidió sin imaginar que acababa de sembrar las semillas de una tragedia.

—He ahí una mujer que me ha resultado antipática, — dijo Jennerton padre. — Es buena moza, pero sin atractivo; severa, pero sensual. Precisamente el tipo de mujer capaz de perder la cabeza por un joven maestro.

—Ya me imagino por qué despidió a la dactilógrafa, — murmuró Geraldo.

* * * *

Tres días después le entregaron al señor Jennerton una tarjeta que examinó con los labios fruncidos y pasó a su hijo.

—Parece que las cosas se precipitan en Hampstead, — observó. — Aquí viene nuestro amigo el maestro a visitarnos. Haga entrar a ese caballero, — continuó dirigiéndose al empleado.

El reverendo Martín Bushe, no obstante poseer todavía simpática apariencia, tenía aspecto de un hombre para quien ha sido dura la vida. Su rostro, largo y delgado, ostentaba arrugas profundas. Caminaba encorvado, llevaba gruesos lentes y aunque su cabello era abundante, se había vuelto completa y prematuramente gris. Había, sin embargo, en él, huellas de pasada elegancia; su camisa, cuello y puños eran irreprochables; sus ropas negras bien cortadas, su calzado llevaba la marca de un zapatero de West End. Desabrochó una anticuada capa, cuando Jennerton le indicó una silla y dejó en el suelo, a su lado, un sombrero blando, de castor, de forma clerical.

—¿En qué puedo servirlo, señor? — preguntó Jennerton mirando a su visitante con cierta curiosidad.

El señor Bushe se quitó los lentes de carey y se pasó el pañuelo por los ojos. A pesar de su rostro arrugado, no demostraba mucha edad. Los ojos mismos eran brillantes y duros, la voz firme y agradable.

—Me lo han recomendado a usted, señor Jennerton, — empezó, — como jefe de una de las mejores firmas de detectives privados del mundo.

—Creo, — admitió modestamente el señor Jennerton, — que hemos ganado esa reputación.

—Tengo una escuela; — continuó el visitante; — no es un gran establecimiento; pero, debido a cierto éxito que he obtenido, me encuentro en condiciones de elegir a mis discípulos. Son solamente treinta; y mis clases trabajan todas con algún fin especial. Empleo solamente a dos ayudantes, que son hombres de Oxford. Ya que los menciono, diré que ambos me llegaron con excelentes recomendaciones.

El señor Jennerton se inclinó.

—He oído mencionar su nombre, señor Bushe, como notable estudiante en su tiempo y como excelente maestro, desde que se dedicó a la profesión. Creo que es también colaborador asiduo de revistas que se ocupan de temas teológicos o clásicos.

El señor Bushe pareció sorprenderse ligeramente.

—No esperaba, — dijo, — hallarlo tan bien informado. Sin embargo, ahora que sabe bien quien soy, déjeme explicarle el objeto de mi visita. He sabido, enteramente por casualidad, en los últimos días, que alguien de mi casa, ya sea uno de los dos ayudantes o alguno de los escolares mayores (no podría decirlo), ha tomado la costumbre de salir de la escuela tarde por la noche, burlando la vigilancia de la celadora al usar capa, sombrero y también lentes semejantes a los míos. Vuelve a cualquier hora de la madrugada.

Esta persona sea quien fuere, tiene el don de remedar. Aunque la diferencia de edad entre el mayor de mis ayudantes y yo debe ser lo menos de quince años y, tratándose del mayor de mis alumnos, de veinte, esta persona que se toma tan indebida libertad, ha logrado, en muchas ocasiones, ser tomada por mí.

—Una situación que se presta a graves complicaciones, — murmuró el señor Jennerton.

—Una situación que ya me ha producido varias molestias, — dijo el visitante. — En el Club Ateneo, la otra noche, un dignatario de la iglesia, que es uno de mis más íntimos amigos, evitó ostensiblemente acercarse a mi mesa. Supe después por un amigo que alguien afirmaba haberme visto cenando la noche anterior en un restaurante llamado El Trocadero con... con una joven dama... muy... muy atrayente.

Geraldo contuvo con dificultad una sonrisa. Su padre conservaba su actitud de comprensivo interés.

—Existen otros errores semejantes, creo, — continuó el maestro. — Los padres de uno de mis alumnos creen que yo p..sé una uno de mis alumnos creen que yo pasé del hipódromo, mientras otra de mis relaciones afirma haberme visto en un taxi, en Oxford Street, con una dama de llamativa apariencia.

—La situación es indudablemente molesta, — dijo el señor Jennerton, — pero, si me permite, le diré que hubiera sido muy fácil para usted descubrir al culpable.

—Así parece, — admitió el señor Bushe, — pero en realidad he hecho muchos esfuerzos en ese sentido y fracasado. Mi celadora, y ama de llaves a la vez, no es una persona vieja e imagino que pertenece a la clase fácil de sobornar. Me asegura que no ha visto a nadie abandonar la casa en determinadas ocasiones que he mencionado, excepto a mi mismo. Además, mis ayudantes tienen lave y hay varias entradas a los jardines.

—Sea como fuere, usted podría haber cuidado de que no le tomaran sus ropas exteriores, — sugirió el señor Jennerton.

—He tomado esa precaución. Pero el que se disfraza con mi personalidad se ha procurado, indudablemente, una capa y un sombrero iguales a los míos.

—¿Por qué no cambia la celadora?

—Eso también se me ha ocurrido, — confesó el maestro. — Sin embargo, me siento poseído al mismo tiempo por el deseo de averiguar la identidad del delincuente. Me gustaría descubrir todo este enredo, saber como pasa la noche, en compañía de quién y a qué horas vuelve el truhán. Entonces podré terminar fácilmente el asunto.

—La comisión no ofrece grandes dificultades, — aseguró Jennerton a su visitante. — Si otra persona, que no sea usted, sale por la noche de su casa esta semana, le prometo que le daremos toda la información que desea. ¿De quién sospecha usted?

El cliente vaciló.

—De mis dos ayudantes, Reginald Marston es bajo, rubio, inclinado al "embonpoint". Puede descubrírsele en seguida. Su "confrere", Ernesto Drysdale, es un estudiante muy distinguido y un joven en cuyo carácter tuve siempre la mayor confianza, es por otra parte moreno, más o menos de mi altura y no muy desemejante a mi en su aspecto. Era miembro de la Sociedad Dramática de Oxford.

El señor Jennerton tomó nota.

—¿Y entre los alumnos?

—Sólo uno puede ser tomado en cuenta: Godofredo Wylde. Sus facilidades para entrar y salir de la casa no son, sin embargo, tan grandes.

Jennerton pareció pensar un momento.

—Le haré notar, señor Bushe, que este no es asunto que necesite de los servicios de un detective. Puede usted añadir otra sirvienta en quien tenga absoluta confianza, además de la celadora, y darle instrucciones para que detenga a cualquiera que intente abandonar la casa. Y luego aplicar las reglas de su disciplina.

El señor Bushe frunció el ceño.

—No es cuestión de disciplina, — objetó. — No se trataría en realidad de una falta grave que, aun el mismo Wylde, se pusiera ropas iguales a las mías; podría ser cuestión de gusto. Además, como ya le he explicado, quiero saber cómo pasa la noche el joven, sea quien sea. Sólo entonces me hallaré en situación de administrar justicia resueltamente. Tengo fama señor Jennerton, — concluyó el visitante, — de ser hombre severo. Eso puede ser verdad; pero también soy justo. Quiero pruebas absolutas del delito antes de proceder. Cuando tenga esa prueba, no vacilaré en hacer justicia. ¿En cuánto a la retribución por su trabajo?

—No será muy crecida, — aseguró Jennerton. — El caso puede ser solucionado fácilmente por uno de nuestros subalternos. A propósito, — añadió, — ¿los padres de ese joven Wylde son gente de fortuna?

—Creo que son moderadamente ricos, — replicó el señor Bushe gravemente, — pero no me parece que le den mucho dinero a su hijo. Debo mencionarle, sin embargo, que el señor Marston me pidió días pasados un adelanto sobre su sueldo. Siento ahora habérselo concedido.

El señor Bushe se levantó y despidióse majestuosamente. Los Jennerton cambiaron miradas intrigadas.

—¡Hipócrita! — murmuró suavemente Geraldo.

* * * *

Por espacio de casi media hora, el reverendo Martín Bushe, en la soledad de su biblioteca leyó y volvió a leer una carta que había recibido por el correo de la tarde de Jennerton y Cía., pocos días después de la visita que les hizo. Se había sentado a leer con el aspecto de siempre, un poco fatigado quizá de las tareas del día porque era un trabajador rudo; pero sin muchas aprensiones respecto al contenido de la carta. Pero cuando, finalmente, dobló la misiva parecía haberse vuelto más viejo y tenía aspecto completamente abatido. Estuvo sentado algunos minutos sin moverse paseó sus miradas por las paredes de la habitación, dolorosamente crispados los labios.. Finalmente se levantó e hizo sonar un timbre.

—Busque al señor Drysdale y al señor Wylde, — le dijo al mayordomo, — y dígales que vengan aquí.

Hubo un breve período de espera. Luego entraron casi simultáneamente.

Wylde era un muchacho, flacucho y demasiado alto, con rostro sensitivo e indicaciones de poseer una mentalidad precoz; Drysdale tenía tipo más sombrío y triste, un poco taciturno, desengañado de sus estudios, desengañado de su primer ensayo de la profesión de maestro. El señor Bushe les indicó sillas. No era hombre de gran perspicacia, pero notó fácilmente que ambos jóvenes estaban inquietos.

—Os he mandado buscar a los dos, — empezó el director, — para haceros una

pregunta. — ¿Wylde, conoce usted los reglamentos de la escuela?

—Sí, señor.

—Y usted, también, Drysdale, sabe que, aunque deseo que mis ayudantes disfruten de toda la libertad posible, me gusta que me avisen cuando desean salir de noche.

—Generalmente lo hago, señor, — replicó el ayudante, después de un momento de vacilación.

—Ha llegado a mi conocimiento que usted, Wylde, — continuó el director gravemente, — y usted también, Drysdale, han tomado la costumbre de salir secretamente de la escuela y no solamente eso si no que uno, — o los dos, — ha tenido la impertinencia de disfrazarse con mi ropa exterior.

Ninguno de los dos contestó. Aunque parezca extraño, se observaban el uno al otro con ansiosa sorpresa.

—Hablaré con Wylde más tarde — prosiguió el señor Bushe. — Considero que su falta es más seria, señor Drysdale. Ya ve lo que ha hecho con su ejemplo. ¿Cómo puedo conservar la disciplina en este establecimiento, cuando usted, que debería ser mi principal colaborador quebranta todas las reglas?

—Lo siento mucho, señor, — contestó el maestro. — Confieso que me he tomado una gran libertad. Se perfectamente que el uso de su capa y su sombrero agravan mi falta. Usted pocas veces sale de casa por la noche y la señora Browning, la celadora, es tan curiosa que confieso haberlos usado en varias ocasiones.

—¿Y usted, señor Wylde, qué tiene que decir?

—Sencillamente que tenía que salir, señor, — contestó el muchacho mirando directamente al que lo interrogaba. — Nunca usé sus ropas. Compré otras semejantes. No podía quedarme...

—¿Qué quiere usted decir con "no podía quedarme"?

—Simplemente que necesitaba salir, señor, — repitió el muchacho, después de un instante de silencio.

El director se inclinó hacia adelante y retiró un poco la lámpara verde. A su luz el rostro del reverendo aparecía casi espectral.

—La información que he recibido, — dijo, — ha sido una dolorosa sorpresa para mí. Usted ha traicionado mi confianza, señor Drysdale. Creo que no será necesario indicarle lo que debe hacer. Espero que no tendrá inconveniente en abandonar la escuela mañana por la mañana.

—Así lo hare, con seguridad, — contestó el otro, dándose vuelta.

—Si tiene usted algo que decir para disculparse... — sugirió el señor Bushe con ligero sarcasmo.

—No pretendo disculparme, — interrumpió el otro, abriendo y cerrando la puerta.

Wylde se disponía a seguirle. El señor Bushe lo llamó.

—Quédese aquí, Wylde, — le ordenó.

—Quiero hablar al señor Drysdale, — dijo el muchacho con un curioso brillo en los ojos. — Hay algo que deseo saber...

—Ya tnedrá oportunidad de hacerlo más tarde. Quédese aquí ahora. Su padre, Godofredo Wylde, es uno de mis queridos amigos. Mi responsabilidad respecto a usted es grande.

Durante un cuarto de hora, el señor Bushe estuvo sentado silencioso, los ojos fijos en el fuego, Wylde se movía en su silla, sacó su reloj y lo consultaba cada pocos minutos. Al fin se levantó.

—No puedo soportar esto más tiempo, — exclamó. — Déjeme ir, señor. ¡Por favor, déjeme ir!

El director lo despidió con un ademán de su mano.

—Usted vendrá a hablar conmigo mañana por la mañana a las nueve, antes de empezar las clases, — le dijo.

El muchacho se dirigió a la puerta, se olvidó de cerrarla y subió las escaleras de a tres escalones a la vez.

Martín Bushe se levantó y estuvo algunos instantes profundamente sumido en sus pensamientos. Luego tomó la carta de Jennerton y Cía., la rompió y la arrojó al fuego.

* * * *

Algunas horas más tarde de haber enviado el informe al reverendo Martín Bushe, Geraldo Jennerton decidió impulsivamente hacerle una visita a la señorita Sofía Vivian. Por lo que pudo ver, era inesperadamente superior a su clase. Lo recibió cortésmente, pero sin entusiasmo. Era evidente que deseaba enterarse bien de los propósitos de aquella visita antes de mostrarse amable.

—Creo que debería haber escrito, — dijo Geraldo, aceptando su invitación algo vacilante para que la siguiera al recibimiento. En realidad, pensaba hacerlo esta noche; pero pasé por aquí y me pareció más sencillo hacerle una visita. Mi padre se fija mucho en la personalidad y una carta no indica gran cosa.

—Pero no comprendo bien, — dijo ella. — ¿Por quién supo que yo buscaba trabajo?

—Su nombre fué mencionado por el reverendo Martín Bushe, — dijo Geraldo. — El y mi padre son compañeros de club.

La señorita Vivian frunció ligeramente el ceño. Era más linda de lo que había esperado, mejor educada y estaba mejor vestida. La casa era muy pequeña, en un vecindario parcialmente edificado; pero la salita, aunque no tenía muebles caros, ostentaba aire de comodidad y aun de lujo. No había allí señales de que la joven se hallara en apuros financieros.

—El señor Bushe, — murmuró. — Eso es lo que más me extraña, porque él sabe que no me gusta la profesión de dactilógrafa. ¿No quiere sentarse?

Geraldo aceptó con gratitud una silla. Comprendió que había vencido la primera dificultad.

—Lo que el señor Bushe le dijo a mi padre. creo, — observó Geraldo, — fué que

usted había estado en su escuela y era muy hábil en su trabajo.

—Me divertí mucho allí, — admitió ella francamente. — Pero era un lugar horrible. Me alegro de haberlo abandonado.

—¿Vive usted sola aquí? — aventuró Geraldo.

Ella sonrió.

—¿Y por qué no? Las muchachas de hoy se están acostumbrando a estas cosas. ¿Seguramente no lo encontrará usted extraño?

—De ninguna manera — le aseguró Geraldo. — Sólo que me parece esto muy solitario. Las casas inmediatas no están concluidas y queda usted aislada al final de la calle.

—Yo no soy miedosa, — declaró ella

—¿Debo entender que usted no desea empleo?

Ella vacil.

—No digo eso. Todo es algo incierto para mí en estos instantes. Quizá será mejor que vuelva usted a verme en otro momento. — Miró el reloj y se puso inmediatamente de pie. — ¿Está bien mi reloj? — dijo.

Geraldo consultó el suyo.

—Atrasa uno o dos minutos, — dijo.

—Tengo que pedirle que me disculpe, — dijo ella. — Tenga la bondad de irse en seguida. No debí haberle hecho entrar. Tengo un compromiso; espero a alguien.

Geraldo tomó su sombrero y se levantó.

—Lo siento, — dijo. — ¿Puedo esperar que usted lo habrá pensado cuando vuelva? ¿Será mejor que le escriba?

—Sí, sí, — asintió ella rápidamente. — Escríbame, explicándome la clase de situación que me ofrece. Pero váyase en seguida.

Mientras él se dirigía hacia la puerta, una expresión de terror se reflejó en el rostro de la joven. El picaporte de la puerta de calle había sido levantado y la puerta abierta. Pasos ansiosos resonaban en el corredor de baldosa. Ella apartó las cortinas que daban a la habitación contingua.

—Haga lo que le pido, — insistió febrilmente. — Cuando oiga entrar a alguien en este cuarto, salga en puntillas de la casa. Yo cuidaré de que la puerta esté abierta. Prométame que lo hará así.

—Naturalmente, — contestó Geraldo. — Siento mucho haber venido a molestarla. ¿Pero está usted realmente sola en la casa?

—Claro que sí. ¿Por qué?

—Me parece un lugar muy solitario para usted; eso es todo. ¿No tiene miedo?

—Sólo de los intrusos, — contestó ella brevemente.

Por la abertura de la cortina pudo verla mientras estaba de pie, la mano apoyada sobre el corazón, escuchando atentamente. Luego oyó el ruido de una llave en la cerradura, abrirse una puerta, pasos en el hall, una voz. Geraldo era sólo desde hacía unas pocas semanas detective; los instintos de su vida pasada no se habían debilitado. Hizo lo que prometiera. Salió al corredor, sin dirigir siquiera una mirada a la salita, se detuvo un momento y luego abandonó la casa.

Cuando se dirigía hacia la calle principal, sentía una especie de opresión al acordarse de aquel pequeño oasis entre las casas a medio construir. Encontró un taxi no bien llegó a la calle principal y se dirigió pensativo al club

* * * *

Pocas horas más tarde, al final de aquella obscura y silenciosa calle, con su lúgubre mezcla de casas a medio terminar, barricas de portland y montones de ladrillos, dos hombres peleaban en la noche sin luna.

Si conocían las reglas civilizadas en un conflicto, habían prescindido de ellas; peleaban como salvajes, resueltos a matar. Ambos eran jóvenes, uno algo más alto que el otro.

Saltaban hacia trás y hacia adelante, a la sombra de una pared a medio construir se atacaban furiosamente, tropezaban, se trenzaban y volvían a soltarse, sólo para lanzarse el uno al otro nuevamente. No pronunciaban una palabra, apenas un quejido se oía de vez en cuando; más de una vez el hombre más alto pareció dominado entre las garras del otro y su cabeza golpeó contra la pared con ruido sordo. Había sangre en el suelo y en sus rostros, y de cuando en cuando, una especie de sollozo convulsivo se escapaba de sus gargantas.

Peleaban como hombres que han vivido largo tiempo bajo el imperio de un odio reprimido y silencioso, sin armas, pero inflamados por el deseo de matar.

Cuando llegó el final, fué inesperado. El joven más alto, reuniendo cuantas fuerzas le quedaban, apretó a su enemigo contra la pared, lo alcanzó con el puño en la mandíbula y se inclinó para acomodarle un segundo golpe, a tiempo que el otro vacilaba y caía. Por un instante el vencedor alzó los brazos, luego él también se tambaleó, resbaló en un charco de sangre y pegó pesadamente con su cabeza en el borde de la acera. Quedaron tendidos en el pavimento, grotescos y repulsivos; de cuando en cuando uno u otro exhalaban un leve gemido.

Una iglesia distante dió la hora. Allá, al final de la calle, parecía haber cierta agitación frente a una casita, última del grupo de construcciones.

Un agente policial estaba de imaginaria en la puerta.

Un auto se detuvo, tomó algunos pasajeros, marchó haciendo mucho ruido por la calle a medio hacer y estaba a punto de dar vuelta para tomar la avenida principal cuando el conductor detuvo los frenos bruscamente. La luz de los faroles había iluminado el horrible cuadro del suelo. Geraldo bajó rápidamente del auto, seguido por un hombre con uniforme de inspector de policía. Ambos se inclinaron sobre los cuerpos inertes.

—Dos señor, — dijo el inspector a Geraldo. — ¡No esperábamos esto!

El aludido no contestó durante unos momentos. Estaba mirando un sombrero de anchas alas que había rodado a la calzada y los fragmentos desgarrados de una capa ne-

gra sobre los hombros de uno de los heridos.

—Una ambulancia policial lo más pronto posible, — ordenó el inspector al chauffeur. En la esquina próxima encontrará usted una casilla telefónica.

El hombre se alejó. Geraldo, sintiendo una especie de náusea, se tambaleó. El policía lo sostuvo con su brazo

fué, señor, — observó. — Creo que el más alto tiene el cráneo roto. Voy a buscarle un taxi.

Hizo sonar un silbato. Un taxi apareció y Geraldo subió a él.

—Le haré saber cualquier novedad que haya señor, — prometió el inspector.

* * * *

La "Tragedia de la calle Richmond", como la titularon a la mañana siguiente los diaros, con grandes encabezamientos, proporcionó material abundante a los aficionados a las sensaciones fuertes. Todos los fac-

Peleaban como hombres que han vivido largo tiempo bajo el imperio de odio reprimido y silencioso: sin armas, pero inflamados por el deseo malsano de matar.

—Siga mi consejo, señor Jennerton, — le rogó, — y váyase a su casa. El resto no es tarea suya. — El señor Dix insistió en que le telefoneáramos no bien se descubrió el suceso, porque sabía que sus hombres habían estado vigilando a la muchacha. — Usted no puede sernos útil ahora.

Geraldo hizo un signo de asentimiento.

—Veré al señor Dix por la mañana, — dijo.—Uno de estos dos hombres debe haber encontrado al otro cuando salía.

El inspector hizo una señal afirmativa.

—Quizá nunca sabremos cual de los dos

tores de un drama terrible estaban allí, crudos, espeluznantes: una mujer joven y hermosa, estrangulada en su solitaria casita y a cincuenta yardas del sitio del crimen, dos muchachos que habían peleado como salvajes y ahora se encontraban inconscientes en el hospital. Junto a sus respectivos lechos, un representante de la ley esperaba las primeras o últimas palabras que alguno de ellos pronunciara.

La sirvienta por horas, que había descubierto la tragedia, conocía poco a su joven patrona; pero tenía mucho que contar sobre

un hombre misterioso que la visitaba casi todas las tardes, al obscurecer, y usaba una capa negra y un sombrero de curiosa forma. No una si no dos capas habían sido llevadas al hospital y con ellas dos sombreros, uno apabullado hasta el punto de ser irreconocible; pero indudablemente de la forma descripta.

Los protagonistas de aquella terrible lucha habían sido identificados cuando aparecieron las ediciones de mediodía. Uno era Godofredo Wylde, alumno mayor de la escuela dirigida por el reverendo Martín Bushe, de Hampstead; el otro Ernesto Drysdale, ayudante del mismo establecimiento. Los diarios de la tarde arrojaron aun más luz sobre la tragedia. Anunciaban que la joven asesinada, Sofía Vivian, había estado empleada en la escuela del reverendo Bushe como dactilógrafa, habiendo salido del establecimiento a pedido de la celadora del mismo.

El drama de celos hasta ahora sólo vagamente delineado, se completó en la imaginación del público ansioso. La pregunta que cada uno se hacía era: ¿cuál fué el asesino y cuál el vengador?

A la mañana siguiente, después de veinticuatro horas de ansiedad, los dos jóvenes vivían aún; pero el estado de ambos era igualmente grave. La investigación fué aplazada, esperando que alguno de ellos pudiera prestar declaración.

A medida que transcurrían las horas, pequeños detalles e informes hacían la reconstrucción más fácil para los aficionados a la criminalogía. La historia de como primero uno y luego el otro de los jóvenes adoptaron el mismo disfraz para salir de la escuela, se hizo pública; pero de su encuentro en aquella calle desierta, a medio construir, del odio salvaje que los había inflamado durante la terrible lucha, nadie sabía una palabra. Sólo podía conjeturarse que uno de ellos debía ser el vengador y otro el celoso asesino.

En la tercera mañana se anunció que Drysdale había recobrado el conocimiento, que las probabilidades de restablecimiento eran favorables.

* * * *

A eso de las diez y media, cuatro días después de la tragedia, un auto tomó el sendero que conducía al establecimiento escolar de Hampstead y los Jennerton padre e hijo, guiados por un mayordomo de austera presencia, fueron introducidos en la biblioteca.

—El señor Bushe está dando clase en estos momentos, — dijo el criado. — Le anunciaré vuestra llegada.

Padre e hijo se sentaron en los gastados pero cómodos sillones junto a la estufa. Antes de haber transcurrido cinco minutos, se presentó el señor Martín Bushe. Inclinóse ante sus visitantes y se dejó caer un poco fatigado en una silla.

—Perdonaréis que os haya hecho esperar, — dijo. — Trato de seguir la vida como de costumbre; pero encuentro la tarea casi superior a mis fuerzas.

Tenía, en verdad, el aspecto de un hombre completamente abatido. Sus ojos parecían haberse hnudido en huecos profundos, su palidez era casi espectral, las arrugas se habían profundizado en su rostro.

—Recibo vuestra visita caballeros, — confesó con voz que ya no era meliflua y agradable, si no áspera y vibrante, — temblando de afán. Es natural que se haga justicia con el autor de ese terrible crimen; pero toda mi vida me atormentará el recuerdo de que fuí yo quien os conté lo que ocurría, quien pagué a los pesquisas; que mis reprensiones hicieron sospechar a estos desdichados jóvenes que amaban a la misma mujer. Tengo casi miedo de haceros la pregunta que me obsesiona. Ya la sabéis... Decídmelo rápidamente como podáis.

—Usted acudió a tiempo a nosotros, señor Bushe, — declaró el señor Jennerton. — Gracias a su visita y a ninguna otra circunstancia...

—No me tenga usted en suspeso, — interrumpió el señor Bushe. — Lo que deseo saber es esto: ¿podéis proporcionar la prueba que la policía necesita? ¿Sabéis cuál de los jóvenes visitó primero a la infortunada muchacha y a manos de quién halló la muerte?

—Lo sabemos, — contestó Jennerton gravemente. — La historia que relatan hoy los diarios está casi cerca de la versión verdadera. No uno, si no los dos jóvenes habían tomado la costumbre de salir por la noche de la escuela, como a su debido tiempo informamos a usted. Ambos visitaban a Sofía Vivian a distintas horas. Sabemos cuál fué quien estuvo primero y cuál último en aquella fatal ocasión.

—¿Cuál? — jadeó el señor Bushe. — No me diga que es Godofredo Wylde, sobre quien ha puesto los ojos. Quiero al muchacho. No me diga que fué él.

—No fué él, — declaró Geraldo. — En verdad, él no salió de la escuela si no una hora después que Ernesto Drysdale. Los dos hombres se encontraron en la esquina de Richmond Street, donde pelearon.

El señor Martín Bushe exhaló un pequeño gemido de alivio.

—No puedo explicarle, — murmuró, — el peso que me quita usted de encima. Yo estuve en Oxford con el padre del muchacho, y, aunque mayor que yo, era mi amigo más querido.

El señor Jennerton se inclinó un poco hacia adelante en su silla. No había en su rostro la simpatía que era dado esperar.

—Señor Bushe, — anunció, — en toda mi actuación con crímenes y criminales, que es bastante extensa, nunca tropecé con un caso como éste. Mi hijo y yo hemos decidido, obligados por las circunstancias, a prescindir de la etiqueta profesional y revelarle algo. Antes de que usted recurriera a nosotros, ya habíamos recibido instrucciones de otra persona para preparar una especie de informe sobre esa desdichada joven, sus me-

POR SOLO 5 centavos

sin más gastos ni molestias, obtendrá Vd. una espléndida máquina Fotográfica completa, con doble objetivo ultraluminoso, lista para fotografiar al instante. Escriba hoy mismo solicitando instrucciones a:

LA FOTOGRAFICA ARGENTINA

Avenida de Mayo 1370 — Bs. As., (P.)

dios de vida y las personas que la visitaban.

El maestro pareció perplejo unos instantes.

—¿De otra persona? — repitió.

—Prefiero no mencionar nombres, — continuó el señor Jennerton. — Si no hubiésemos recibido esas instrucciones, es muy posible que su ayudante pasara del hospital a la cárcel. Pero tal como son las cosas, ninguno de esos dos jóvenes puede ser acusado de asesinato.

—¿Ninguno de ellos? — repitió mecánicamente.

—Nuestra tarea no ha sido muy difícil, — continuó el señor Jennerton. — Descubrimos sin dificultad que la casita en que vivía Sofía Vivian era pagada por usted, que usted proveía a sus necesidades y era su visitante más asiduo. Naturalmente que usted podía visitarla a horas en que sus jóvenes rivales eran retenidos por sus deberes aunque a veces, como empezaba a comprender, se expusiera a riesgos. Nuestro informe nos enteró de que la joven sostenía una intriga con el ayudante, con el alumno o con ambos a la vez. Si usted tuvo alguna conversación con ellos sobre el asunto, no sabemos; pero estamos seguros de que, antes de que los jóvenes abandonaran la escuela, usted visitó a la señorita Vivian. Lo que pasó entre ella y usted es un secreto.

Nada en el desarrollo de aquel curioso caso sorprendió más a Jennerton o a Geraldo que la tranquilidad del hombre acusado. No demostró sorpresa, ni estremecimiento de temor. Al contrario, la expresión huraña abandonó su rostro para dar paso a una de positivo alivio. Se reclinó en la silla y cruzó las piernas, con ademán enteramente natural. Su personalidad parecía restablecida. Había entrado a la habitación con aspecto abatido, tembloroso. En aquellos pocos segundos pareció volver a convertirse en lo que había sido: el hombre culto, de mundo, dueño de la situación.

—Si no es curiosidad, — dijo, — ¿puedo saber el nombre de su otro cliente?

Padre e hijo cambiaron miradas.

—Creo, — dijo Geraldo, — que, habiendo llegado tan lejos, no hay motivos para guardar el secreto. Fné la señora de Holman, la celadora y ama de llaves de su escuela.

La expresión del maestro era casi de complacido interés.

—Es una mujer de quien puede esperarse semejante acción, — dijo. — Estaba celosa, celosa desde el momento en que la muchacha cruzó los umbrales de la escuela. Sin embargo... quizá lo que hizo ha sido un bien... ¿Tenéis noticias de los jóvenes?

—Ambos, — confió Geraldo, — han recobrado el conocimiento y probablemente se restablecerán. No se les ha tomado declaración todavía; pero, aparentemente, cada uno de ellos cree que el otro fué el asesino. Ese fué el motivo de la furiosa pelea.

—No hay necesidad de discutir ese punto, — declaró el reverendo Bushe con firmeza. — No solamente los hechos si no la teoría que he leído en vuestras mentes son ciertos. A la hora y media de recibir vuestra informe fuí a visitar a la joven y, en un acceso de fría y deliberada furia la maté. Si no tenéis inconveniente, caballeros, permaneceré aquí, mientras hacéis los arreglos necesarios para mi arresto.

Se reclinó en su silla y Geraldo abandonó la habitación, volviendo al cabo de un minuto o dos.

—Uno nunca sabe en estos momentos de excitación, — continuó Bushe, — lo que puede ocurrirle a nadie. Si queréis hacerme el favor de alcanzarme media hoja de papel de cartas, una pluma y tinta de encima de aquella mesa... ¡Gracias, señor Jennerton!

Con su mano elegante y firme, el maestro trazó algunas breves frases, las firmó y se detuvo todavía con la pluma en la mano. Los dos hombres, padre e hijo, lo miraron con curiosidad. Había una expresión nueva en sus ojos, no ya de temor si no lejana, fija, como la del que montempla curiosamente el futuro. Su cabeza se reclinó un poco más sobre los almohadones al oír pesados pasos cerca en el hall, que se detuvieron junto a la puerta.

Cuando alguien golpeó los paneles de roble, Martín Bushe acababa de morir.

EL EPISODIO QUE SIGUE LLEVA POR TITULO

"El Cobrador de Contribuciones"

ES EL RELATO HUMORISTICO

DE UN ORIGINAL "CHANTAGE"

ACERO TEMPLADO

Por LEE ROBINSON

El combatiente más valiente de la Legión Extranjera era el sargento mayor Barrett y los hombres que mandaba eran todos guerreros de gran valor. En las siniestras colinas de Djebel-Sidi-Aissa atacada por los rifeños, el mayor Barrett tuvo que poner a prueba su coraje y serenidad defendiéndose de los moros y sofocando un motín de sus propios soldados

ADELANTE muchachos! No se detengan y recuerden que yo mataré al primero que retroceda.

La sonora voz del sargento mayor Barrett, se oía entre el estrépito de la fusilería y llegaba claramente hasta los extremos de la línea de hombres vestidos de uniforme color marrón. Un instante después, Barret mismo seguía a la línea de atacantes, con su rifle reglamentario en la mano.

La línea de ataque subía por la colina llamada Djebel - Sidi - Aissa. Atrás de ellos, en el valle, la infantería española se había atrincherado detrás de las rocas, y presentaba una firme barrera a las hordas de moros que se habían posesionado del terreno que flanqueaba a Djebel-Sidi-Aissa.

El objetivo de la séptima compañía, era la pequeña fortaleza, todavía en manos españolas, que coronaba la cima de la montaña, y a cuyo alrededor se hacinaban los combatientes de las harcas rifeñas. Encerrados allí a una milla de las tropas regulares, estaba una compañía de infantería, sudando sobre las ardientes culatas de sus rifles. Y a lo lejos, sus compañeros, disparaban sin cesar y rezaban fervientemente tratando de hallar alguna manera para socorrer a la guarnición sitiada.

La pequeña fortaleza contenía una gran cantidad de potentes explosivos y no convenía que éstos cayeran en poder de Abd - el - Krim y sus moros. Si fuera posible enviar un pequeño cuerpo de soldados, las fuerzas de éstos combinadas con la guarnición, serían suficientes para evacuar el fuerte llevándose los heridos y los explosivos, haciendo volar después la fortaleza para evitar que cayera en poder del enemigo.

Pero, ¿dónde estaban las tropas que atravesaran la lluvia de fuego y plomo que se interponía entre los soldados regulares y la cumbre de la montaña? El alto comando, dándose cuenta de que esta situación podría presentarse, había tomado sus medidas y tenía un plan listo. Allí estaba la séptima compañía disciplinaria.

Reclutados entre las paredes de la prisión de El Hacha, y compuesta por los peores individuos que formaban parte de la legión extranjera, y que habían sido encarcelados por graves faltas cometidas, la séptima compañía era en la opinión de los jefes, la más perfecta máquina militar para ejecutar esta peligrosa empresa.

Y así fué que una vez armados de rifles, en vez de picos y palas, que habían usado en la prisión, los legionarios estaban trepando hacia la cumbre de Djebel - Sidi - Aissa.

Ni uno solo de los soldados sitiados en la fortaleza, se asombró al ver a los legionarios castigados subir impasibles en medio de una lluvia de balas. Aunque la conducta de estos incorregibles sujetos había sido prevista por ellos, una aclamación unánime salió del fuerte al ver que los salvadores se acercaban.

Los oficiales hacían gestos de aprobación después de examinar las peripecias del combate con sus anteojos de larga vista.

—¡Magnífico!—exclamaban al ver que la compañía proseguía su avance impertérrita, mientras los aeroplanos bombardeaban sistemáticamente el camino delante de ellos. Por heliógrafo, el progreso del asalto era transmitido a la base de operaciones en Bab Taouna. Una respuesta que vino rápidamente en la forma de un veloz monoplano que cruzó el valle y dejó caer poderosas bombas en un lugar al que poco después llegaron los legionarios con sus bayonetas caladas.

—Una trinchera enemiga — fué el comentario que se oyó entre los sitiados, — la han capturado y están descansando ahora unos momentos.

El monoplano volvió de nuevo, volando sobre el sitio donde la compañía había desaparecido, y sus ametralladoras sincronizadas con la hélice, escupían un diluvio de balas.

Al llegar cerca de la trinchea, cesó de hacer fuego, dió vuelta y se alejó hacia el punto de donde había venido.

—¡Han hecho fuego sobre él! — exclamaron los espectadores. — Eso quiere decir que todos los atacantes han sido muertos y que los moros continúan sosteniéndose en la trinchera.

—Nada extraño que hubieran sido los legionarios quienes dispararon sobre el aeroplano! — exclamó uno. — ¡Esa banda no siente la menor simpatía hacia España!

A lo lejos en las colinas, el heliógrafo hizo una pregunta a través del valle. El monoplano volvió a volar sobre la trinchera y plateados reflejos dieron la contestación.

—Avanzaremos dentro de cinco minutos. Viva la Legión. Sollano. Al pasar el monoplano sobre el valle dejó caer un pequeño objeto cilíndrico.

—¡Un mensaje dentro de un cilindro! — exclamaron los espectadores. Pero si hubieran sabido lo que decía dicha comunicación, y el recibimiento que le hicieron les habría sorprendido mucho.

—Todos los componentes de la séptima compañía disciplinaria, mencionados en la orden del día. Recomendando que faltas e irregularidades cometidas sean perdonadas. — Pozal, comandante.

—¡Bah... literatura! — fué la despreciativa contestación que se oyó entre los legionarios, después que el capitán Sollano había leído el mensaje. Con palabras nunca se ganaron batallas. Casi tdoos nosotros estamos herido, y de qué servirá que nos indulten si lo hacen después que hayamos muerto!

—Debemos pelear por la legión, muchachos — respondió el delgado capitán. — La legión nunca fracasa ni olvida!

—¡Al diablo con la legión! — repuso uno de los soldados. La séptima compañía disciplinaria estaba rebelándose!

—¡Sargento mayor! — llamó el capitán, y un hombre se presentó rápidamente.

—Aquí estoy, señor — contestó el mayor Barret que había formado parte de la artillería americana en el frente occidental durante la guerra mundial.

—Tome el mando de la primera línea. Con granadas de mano, sé que vamos a tener un motín. — La expresión del sargento mayor Barret denotaba que la situación era grave.

—¡Tome el mando de la primera línea! — repitió el capitán.

—Sí, señor, — contestó el americano. Y, volviéndose hacia la trinchera, ordenó:

—¡Prepárense, los de la primera línea!

—Dentro de cuatro minutos avance — le recordó el capitán mientras el heliógrafo transmitía este mensaje al escuadrón aéreo.

¡Pónganse de pie y estén listos para avanzar! — insistió Barret, llegando hasta donde estaban los hombres. — ¡Ha oído, Schmidt? La orden que he dado debe obedecerla usted también!

—Dígale al capitán que estoy cansado — le replicó el hombre bostezando, y el que se ocupaba en sacar la arena que se había introducido por los agujeros de su pantalón. Había dejado todo su equipo de campaña a un lado en el suelo, y no parecía dispuesto a levantarse para ir al ataque con sus compañeros.

Lentamente el hombre se levantó y estiró los brazos arriba de su cabeza, simulando un bostezo exagerado.

—Ahora, — le dijo Barret con voz fuerte. — Usted está de pie, pertenece a una compañía disciplinaria de la Legión Extranjera, y está recibiendo una orden a la vista del enemigo. ¿Rehusa usted obedecer?

—Estoy demasiado cansado.

¡Crack! El hombre cayó al fondo de la trinchera, al recibir un violento golpe, y la sangre comenzó a manar de su nariz. Estúpidamente, se levantó a medias y se limpió la sangre con la manga de la chaquetilla. A su lado los demás soldados contemplaban la escena con miradas amenazadoras.

—¿Va a obedcer esa orden?

—¡No! — fué la contestación.

—¿Y usted, Curran?

—Yo tampoco, — repuso el interpelado, que se había puesto de pie rápidamente al sentir su nombre.

Era este último un norteamericano de facciones patibularias y antecedentes desconocidos. Su foja de servicios incluía una deserción de la Legión, muchas peleas mientras estaba borracho, y también haber atacado a un oficial. Se podía decir que había merecido ser fusilado, por lo menos dos veces.

—¡Sargento mayor! —se sintió desde el otro extremo de la trinchera.

—Sí, señor, — contestó Barrett, arrancándole el rifle de las manos al norteamericano insubordinado.

—Hay que tener paciencia, sargento mayor — le dijo, el capitán— Acérquense ustedes dos, y deme ese rifle. Escuche usted, soldado: debe recordar que usted tiene una mala foja de servicios y ésta es una espléndida oportunidad para rehabilitarse. Y eso también se lo digo a usted, Schmidt.

Por un momento, los ojos de Barrét miraron al capitán, desafiándolo, pero después devolvió el rifle al recluta y siguió a su jefe al rincón más apartado de la trinchera.

—El viejo lo está regañando, — dijeron los soldados unos momentos después, riendo entre sí. — Sollano es inteligente, y sabe que va a encontrarse sin un sargento mayor si éste insiste en tratarnos como esclavos.

BARRETT regresó hasta donde estaban los soldados, con una expresión peculiar en su rostro, y empuñaba su rifle furiosamente.

—¡Haines!—llamó, y el sargento inglés se adelantó hasta donde estaba él, silbando mientras andaba.

—Llame a todos los que quieran atacar voluntariamente, — le dijo Barrett.

Mientras los centinelas disparan tiros aislados sobre los rifeños que se aventuraban al descubierto, los dos anglosajones conversaban en voz tan baja que no se oía lo que decían. Después llegó el sargento y mientras escuchaba sonreía mostrando los dientes amarillos y rotos.

—No se alarmen compañeros, — le dijo Curran a los otros, — oí la última parte de la conversación y el proyecto es que los voluntarios irán al ataque solos, mientras nosotros nos quedaremos aquí. Y a ellos no les agrada mucho la idea.

Guiñó el ojo a los demás legionarios, mientras empinaba su cantimplora que había traído llena de vino.

Sardónicamente, los dos grupos de hombres, uno a cada lado, miraban a los cabos y sargentos, los que juraban y blasfemaban, en todos los idiomas de Europa.

FIJENSE qué furioso está Barrett!

—Pero hay algo raro en todo esto, sin embargo.

—No lo creo: el capitán es una buena persona, ¿Acaso no nos dió unas pesetas y permiso en Hassi Medboh, anoche?

Todos estaban furiosos, excepto el inglés. Le falta el entendimiento suficiente para darse cuenta de lo que se trata.

—No se haga ilusiones, viejo. Tiene más experiencia de guerras que todos los otros juntos, excepto Brumder. Dicen que es vizconde, y durante la guerra fué capitán en el ejército regular inglés. Parece que tuvo un disgusto serio con alguien, y vino a la Legión a hacerse matar.

—Pues eligió el mejor sitio imaginable para conseguirlo.

—Y no ha tenido que esperar mucho. Miren a los presuntuosos: allí van al ataque, un puñado de hombres!

Una docena de hombres se preparaban para la batalla. Barrett se estaba ajustando al hombro una bolsa llena de granadas de mano. Haines Brumder y los demás estaban imitándolo.

Retorciéndose sus mostachos, y seguido por un joven alférez español que le servía de ayudante, el capitán salió de uno de los subterráneos a prueba de balas, y él también tomó una bolsa de bombas. Con toda calma se la echó al hombro, sacó su revólver y subió por la pendiente que había hecho una bomba lanzada por un aeroplano, y que había destruído uno de los lados de la trinchera.

—¿Listos? — preguntó sonriendo.

—Listo, señor! — contestó Barrett, saludando militarmente.

—¡Bueno, adelante, muchachos! — gritó. — ¡Viva la Legión!

Un momento después había salido del parapeto, seguido de los demás.

Se sintió un tiro, después el estampido de varias granadas, y en seguida muchos tiros, entre los cuales se distinguía el grito de ¡Viva la Legión!

En la trinchera, los hombres que habían quedado tomaban apresuradamente sus mochilas. El pequeño alférez, en quien había quedado delegado el mando, se había sentado tranquilamente y fumaba un cigarrillo.

Un herido, haciendo un gran esfuerzo, se puso de rodillas y le suplicó a sus compañeros: — Ayúdenme a caminar, camaradas. No les voy a incomodar mucho, y yo también quiero ir a pelear.

—¡Diablo! — rugió Curran, trepando por el parapeto, llevando solamente su rifle, cartuchera y cantimplora. — Yo estaba ya peleando cuando esos tipos todavía jugaban a las bolitas. Yo puedo ir a cualquier lado sin que se adelanten cabezas cuadradas o cocineros.

SU voz dejó de oirse al acercarse al fragor de la batalla, y dos hombres treparon por el parapeto, ansiosos de pelear.

—Hoch. Viva Alemania — gritaron ambos.

—Venga aquí, Stein! — gritó Schmidt, el que todavía estaba sentado descansando.—Veerdammter schurab!

La explosión de las granadas cerca de la cumbre, fué la única contestación que recibió.

Una descarga de fusilería resonó de pronto muy cerca, hacia el flanco derecho de la trinchera y una bala se aplastó en la pared. Los hombres sintieron inquietud ante esta prueba de que el enemigo se acercaba. Instintivamente se dieron cuenta que les iba a ocurrir algo: el motín les había resultado demasiado fácil, pues no les había ocurrido nada. Pero esa quietud era precursora de algo malo.

Los rifeños habían estado en esta trinchera y ahora, sin artillería que apoyara a los legionarios, podían volver a ocuparla en cualquier momento. En cambio, en el fuerte en la cima de la colina, estarían seguros.

Dos o tres más de ellos siguieron el camino de sus compañeros. Otros los imitaron después de unos momentos, y por fin los que quedaban hicieron lo mismo, llevando sobre los hombros a sus compañeros heridos.

Sobre sus cabezas volaba un aeroplano, bombardeando a los rifeños. Cerca de la cumbre de la colina se veía aparecer de vez en cuando hombres que en seguida se volvían a guarecer de las balas.

A lo lejos se veía el anguloso cuerpo del capitán a cuyo lado iban el sargento Brunder, Barrett y Haines, avanzando todos ellos hacia arriba sin precipitación.

A los lados de ellos, había dos líneas de soldados combatiendo a sus asaltantes. A retaguardia de todos iban unos cuantos conduciendo a los heridos.

Una exclamación de entusiasmos se escapó de los labios de los legionarios, al ver que el capitán acompañado de otro oficial, se adelantó a todos subiendo hacia el fuerte. Las balas caían a sus lados, levantando nubecillas de arena. Stein también avanzó lanzando granadas a los rifeños.

En la retaguardia el alférez que había estado disparando hacia el enemigo, se irguió de pronto gritando:

—¡Duro con ellos, séptima compañía! — y cayó herido.

Hacia su cuerpo avanzaron Schmidt y un moro. El sol brilló en la cimitarra del marroquí, mientras Schmidt ponía todo el peso

de su cuerpo detrás de los bayonetazos que trataba de asestar a su adversario.

La bayoneta entró en el cuerpo del rifeño y un momento después Schmidt se había agachado, echándose el cuerpo del alferez al hombro. Alrededor de él, los soldados peleaban, arrojando granadas. Un hombre cayó, después otro, y ambos fueron recogidos por sus compañeros. Las balas silbaban alrededor de ellos y un aeroplano volaba bajo, ametrallando a los marroquíes.

Los legionarios continuaron subiendo la colina pacientemente. Llegaron a la cumbre jadeantes, arrastrando los cansados pies. Corrieron hacia el fuerte, donde se abrió la puerta, entrando todos ellos y sintiéndose seguros detrás de los muros.

Delante de ellos, y al abrigo de unas bolsas de arena colocadas apresuradamente, vieron la negra boca de una ametralladora, manejada por el sargento Haines. Silenciosamente, el inglés les hizo seña a los recién llegados para que depositaran su fúnebre carga al lado de los cuerpos del capitán Solano y el sargento Brunder.

Cuando todos estuvieron adentro, la puerta se cerró. Varios aeroplanos volaban sobre el fuerte, mientras un pequeño escuadrón de voluntarios prestaba apresurados cuidados y vendaba a los heridos.

Tanto legionarios como regulares, miraban a lo lejos con indiferencia, pues hacía tiempo se habían acostumbrado a estas escenas. Los cuerpos del capitán, el guardia prusiano y del pequeño alférez, descansaban juntos. Barrett tenía ahora el mando de los legionarios supervivientes.

—¡Siéntense todos allí! — les ordenó Haines, al ver que los amotinados daban señales de inquietud, — si uno solo de ustedes dispara un tiro o se acerca, lo ametrallo sin compasión!

—¿Dónde está Barrett? — preguntó Curran.

—Está preparándoles los ataudes para ustedes. Y si no se quedan quietos, los enterraremos sin cajón.

—¡Inglés pretencioso! — exlamó Schmidt — nosotros estamos armados y somos diez para uno!

—¿De veras creen eso? Pues miren a su alrededor, — contestó el inglés.

Por todas partes había rifleros en la pared, los que dejando que los aeroplanos persiguieran a los moros, estaban listos para proceder contra los amotinados y apuntaban con sus armas hacia dentro. En la torre, había también otra ametralladora y se sentía el sonido del heliógrafo transmitiendo un mensaje.

BARRETT salió de la puertecita de la torre, y cruzó el patio con pasos rápidos, deteniéndose frente al grupo de insubordinados y los examinó en silencio.

—Oiga, sargento Barrett, — exclamó Schmidt levantándose — ¿qué va a hacer de nosotros?

Barrett se sacó la cartuchera y entregó el rifle a Haines. Un momento más tarde, se había sacado la túnica y la gorra, quedando en camiseta y pudiéndose ver que el sudor brillaba en sus brazos.

—Ya le pegué una vez a usted, Schmidt— le dijo, — delante del capitán. Si le pareció a usted inconveniente pelear entonces, puede hacerlo ahora. Yo tengo el mando en este momento y deseo pelear con usted hombre a hombre.

Por un momento nadie habló. Después Schmidt dejó su equipo en el suelo, preparándose a aceptar el desafío.

Curran le dijo:

—Un buen golpe es todo lo que usted debe darle: aunque reciba una docena de sus trompadas, no le van a hacer daño alguno, pues como él es liviano no debe pegar muy fuerte.

Arrojando su túnica a un lado, Schmidt avanzó hacia su adversario. De improviso cargó sobre él, pero recibió un violento golpe de izquierda en la nariz, seguido de otras varias derechas e izquierdas. Un grito de alegría se escapó de los labios de Haines, mientras los compañeros de Smichtd lanzaban juramentos.

A continuación, Barrett evadió un formidable golpe de su adversario y logró colocarle una fuerte izquierda al corazón. A pesar del castigo recibido, el alemán avanzaba ansioso de llegar al cuerpo a cuerpo. Por fin lo consiguió y antes de que Barrett lograra escapar los velludos brazos de su antagonista le oprimieron fuertemente el torax. Un instante después los dos hombres habían caído en tierra, y el norteamericano estaba debajo de su enemigo.

Los camaradas del alemán dejaban escapar exclamaciones de alegría, pues consideraban segura la victoria de su favorito. Los dos hombres luchaban desesperadamente por conseguir la supremacía y después de revolcarse por el suelo, se pusieron de pie al mismo tiempo, instantáneamente, los dos atacaron tratando de obtener ventaja, y los espectadores sintieron los fuertes golpes que ambos se aplicaban. La mejilla de Barrett estaba roja de sangre, y una ancha mancha roja se notaba en el frente de la camiseta de Schmidt.

TODOS se volvieron a apartar para atacar simultáneamente: Barrett se detuvo, pero el alemán continuava en la ofensiva. ¡Crack!

La cabeza de Smichtd fué echada hacia atrás, como consecuencia del fuerte golpe que había recibido en la mandíbula. Dió un paso vacilante hacia atrás.

Inmediatamente la derecha de Barrett chocó violentamente de nuevo con la barbilla de su adversario y la izquierda concluyó con la resistencia de Schmitd. Una nube de polvo se levantó en el aire, al caer este último.

Un momento más tarde se pudo ver que el

vencido estaba en tierra inmóvil y con los brazos extendidos en forma de cruz. Barrett le arrojó al rostro un balde de agua y Schmit se levanto tambaleando, pero dispuesto a continuar la pelea. De entre sus camaradas mismos, se dirigió a los soldados con pasos incierto y preguntó en tono de amenaza:

—¿Quién se rió?

No recibiendo contestación alguna, tomó su túnica de las manos de Curran y se la puso. ¿Hay algún otro que desee pelear? — preguntó Barrett.

Schmidt se sonrió burlonamente al observar que ninguno de sus compañeros aceptaba el desafío.

—Estamos dispuestos a obedecer, — le dijo en tono de resentimiento.

—Muy bien: vengan todos ustedes uno por uno, a llenar sus cantimploras, pero recuerden bien que mataré como a un perro al primero que haga un movimiento sospechoso!

Se lavó el rostro, al lado del carro que

—No existen las sospechas de Barrett, muchachos. Estén listos para pelear, pues no vamos a permitir que nos vuelvan a enviar a la cárcel. Vamos a unirnos al harca de los moros, y tan pronto como se firme la paz seremos libres. Ab-el-Krim está ganando casi todas las batallas, y el que lo ayude estará en una situación privilegiada cuando los españoles sean arrojados de Marruecos. Si alguno de ustedes siente miedo, vayan y ríndánse a Barrett para que éste los envíe de nuevo a El Hacho. ¿Quién se retira?

NADA hacía prever que no había cobardes, pues ninguno se retiró.

Entretanto, Barrett había entrado en la torre, en donde volvió a enviar mensajes con el heliógrafo. Unos instantes después, Barrett envió a un sargento y dos soldados con cajones de mu-

Los moros se acercaron al fuerte...

conducía el agua y después instaló a dos soldados nativos para que aprovisionaran de agua a los amotinados.

—¿Ya están listos para olvidarse de la rebelión, — dijo Curran, — qué haremos, Schmidt?

—Estar a la expectativa, — fué la contestación dada en voz baja. — Nuestra oportunidad se nos presentará antes de mucho tiempo.

—¿Qué mensaje habrá enviado por el heliógrafo?

—Refirió todo al coronel, naturalmente. Está tratando de lograr un ascenso, ese tipo. ¿Pero qué nos importa eso a nosotros? ¡Yo por mi parte, no vuelvo más a la cárcel!

—Lo mismo pienso yo. Ab-el-Krim se alegrará mucho de concluir con todos estos, por sólo apoderarse de las ametralladoras.

niciones los que depositaron y abrieron al lado de la ametraladora. Después, el sargento alineó a sus hombres en el patio, danda agua y cigarrillos a los heridos.

Cuando concluyó esta operación, les hizo entregar a los insubordinados dos cajones de municiones.

—¡Gracias! — exclamó Schmidt riendo.

—¿Pero qué se ha figurado usted? — le preguntó Curran a Barrett. — ¿Cree acaso que le vamos a cubrir la retaguardia de nuevo?

Barrett no contestó. Todos los soldados tomaron sus equipos y se prepararon para la marcha. Un cabo abrió la puerta, y el primer pelotón de rifleros salió. Después todos los demás los siguieron, exceptuando los amotinados. Por fin Barrett, se acercó a la ametralladora y les apuntó con ella.

—No tengo tiempo, — les dijo con voz

clara, — que perder, con ustedes. Estoy muy ocupado, pues tengo órdenes terminantes de retirarme con los heridos. Si ustedes quieren obedecerme síganme y el pasado quedará olvidado. El fuerte está minado y va a volar dentro de un minuto. Si quieren vengan, y sino...

Y encogiéndose de hombros, se retiró acompañado de Haines, y sus ayudantes, los que llevaban la ametralladora, dirigiéndose todos ellos hacia el sitio donde se libraba la batalla.

Schmidt avanzó rápidamente y cerró la puerta detrás de ellos.

—¡No se asusten! — exclamó. —Creyó poder asustarnos para que vayamos con él, y después meternos de nuevo en la prisión.

—Miremos adentro, aunque así sea, — dijo Curran corriendo através del patio. Dos o tres más lo siguieron, mirando por todas las puertas. Curran volvió corriendo hasta la puerta, donde permanecían los otros y les gritó:

—¡AFUERA todos pronto!

—¡Barrett tenía razón, entonces! — le respondió uno.

—Es mejor ir a la cárcel que volar aquí! — exclamó otro.

—¡Suban todos a la pared! — ordenó Schmidt, poniéndose de espaldas contra la puerta y no permitiendo a los otros que salieran. —Podemos defendernos aquí de todo el ejército marroquí. Cuando éste se acerque, le ofreceremos entregar el fuerte a cambio de que nos dejen salir de Marruecos en libertad.

Una docena de manos lo apartaron de la puerta. Esta fué abierta rápidamente y todos los hombres se precipitaron afuera. A su derecha, sintieron descargas de fusilería, y apresuradamente los legionarias siguieron el mismo camino que Barrett y los demás. Muy pronto sintieron gritos de alegría: los moros habían ocupado el fuerte.

De repente, toda la montaña se esctremeció con una terrible explosión. Todos los hombes cayeron al suelo pues la tierra fué sacudida violentamente. Los aturdidos fugitivos cargaron sobre la trinchera que habían ocupado esa misma mañana, y con feroces bayonetazos desalojaron de ella a los rifeños.

Silenciosamente, la columna volvía cargada de heridos.

Los últimos que venaín protegiendo la retaguardia, eran Barrett, Curran y Schmidt.

Una aclamación los saludó al llegar a las líneas españolas. Entraron a las trincheras, entregaron los heridos a la enfermería y se recostaron para descansar.

Un soldado pasó revista y exclamó:

—¡Todos presentes! — exclamó triunfalmente.

Esto despertó otra gran aclamación, pues nua de las reglas de la Legión Extranjera es regrsear del combate, trayendo no sólo los heridos sino también sus muertos.

MOMENTOS más tarde, un oficial se acercó a los legionarios, y deteniéndose frente a ellos leyó un mensaje recibido en la estación de radio:

"Cuartel general. Tercio de extranjeros. Ceuta. — La séptima compañía disciplinaria es mencionada en la orden del día por su bravura, y todas las faltas que habían cometido quedan perdonadas. Los supervivientes de este batallón compondrán ahora la primera compañía. Por orden del primer jefe, Morales, jefe del estado mayor".

Una descarga sonó de pronto entre las montañas. Del camino de Bab-Tauna vino galopando un escuadrón de caballería a toda velocidad. Sin embargo antes de que la caballería llegara, el asunto había sido atendido por la primera compañía.

—¡En marcha! — ordenó Barrett. Y los sudorosos y cansados soldados se pusieron en fila. A la derecha Schmidt y Curran del lado izquierdo.

—¡Formación y marcha de combate!

Los legionarios avanzaron rápidamente por la candente arena, cargando sus rifles al mismo tiempo. Arremetieron con irresistible empuje sobre la posición enemiga. Hubo descargas de fusilería, bayonetazos y la posición fué ocupada por los asaltantes.

Al llegar a la cumbre, vieron los albornoces blancos de los moros fugitivos, y de sus cuarenta bocas salió un fuerte grito unánime:

—¡Viva la Legión!

ES COMO UNA ESCOBA

que barre el mal humor y los pensamientos sombríos, dejando limpia la mente y alegre el corazón.

Tal es la sensación de sana alegría que produce la interesante historieta cómica

BARNIGUGLI Y SU PINGO TRAGAVIENTOS

que aparece los viernes en "Pucky".

EL MISTERIOSO ASESINATO DE BENSON

Por S. S. VAN DINE

RESUMEN DE LO ANTERIOR

En la habitación donde fué asesinado Benson, se han encontrado una cartera y unos guantes de mujer. En el dormitorio de la víctima su peluca y los dientes postizos. Un agente de policía informa haber visto un gran auto gris, parado delante de la casa de Benson, a eso de la media noche. El asesinato de Alvin Benson hace que se sospeche sucesivamente de la señorita St. Clair, de Plyfe y de Leacock. Vance destruye las sospechas recaídas sobre la señoñorita St. Clair, en el asesinato de Benson e impide que Markham arreste a su novio, el capitán Leacock, cuando las declarciones de Plyfe lo comprometen seriamente. Se descubre que Plyfe falsificó un cheque con la firma de Benson y que Paula Banning, amiga del primero, prestó sus joyas como garantía del pagaré exigido por el segundo. Leacock se confiesa autor del crimen; pero Vance demuestra lo absurdo de su confesión y prueba que es una mentira para proteger a la señorita St. Clair

VANCE dirigió otra mirada de reproche a Markham, quien contenía su resentimiento con dificultad; luego se volvió a la mujer.

—Ante todo ¿quiere usted explicar por qué fueron encontradas su cartera y sus guantes en casa de Benson? Su presencia ha obsesionado desastrosamente la imaginación del fiscal de distrito.

Ella dirigió a Vance una mirada franca y directa.

—Comí con el señor Benson, a invitación suya. Las cosas no marcharon agradablemente entre nosotros y cuandos nos dirigíamos a casa, mi resentimiento por su actitud aumentó.

En Times Square, ordené el "chauffeur" que parara. Prefería volver sola a casa. En mi ansia y prisa por bajar del auto, debo haber dejado caer la cartera y los guantes. Sólo cuando Benson se hubo alejado, me dí cuenta de la pérdida. Como no tenía dinero, me dirigí a casa a pie. Puesto que mis cosas fueron halladas en casa de Benson, debe haberlas llevado él mismo.

—Así lo creí yo desde el principio, —dijo Vance. — ¡Y palabra! que tuvo usted que hacer una buena caminata.

Se volvió a Markham con torturadora sonrisa.

—Ya ve usted que la señorita St. Clair no pudo llegar aquí antes de la una.

Markham, ceñudo y resuelto, no contestó.

—Y ahora, — prosiguió Vance — me gustaría saber las circunstancias que precedieron a la invitación.

CAPITULO XLVI

Una sombra pasó por el rostro de la señorita St. Clair; pero su voz no se alteró.

—Había perdido cierta suma de dinero por intermedio de la firma Benson y de pronto se me ocurrió que él había hecho lo posible para que la perdiera y que si quería, podía ayudarme a recuperarla.

Bajó los ojos y continuó.

—Hacía algún tiempo que me molestaba con sus atenciones. Fuí a su oficina y le dije claramente lo que sospechaba. Me contestó que, si comía con él aquella noche, hablaríamos del asunto. Yo comprendí cuál era su objeto; pero estaba tan desesperada que decidí ir, esperando que podría discutir con él.

—¿Y por qué le dijo al señor Benson a qué hora exacta terminaría esa pequeña comida?

La joven miró a Vance con sorpresa; pero contestó sin vacilar.

—El mencionó algo de que pasaríamos una noche alegre. Yo le dije, — muy enfáticamente, — que me separaría de él a medianoche, como era mi regla invariable en todas las comidas. Usted comprenderá . . . — añadió. — Estudio concienzudamente mi canto y me retiro siempre a descansar a media noche, sea cual fuera la ocasión. Es uno de los sacrificios, o mejor dicho, de las restricciones que me impongo.

—Muy recomendable y muy prudente, — comentó Vance. — ¿Conocían ese hecho sus relaciones?

—¡Oh, sí! Como consecuencia de él me han apodado "Cenicienta".

—¿Lo sabían también el coronel Ostrander y Plyfe?

—Sí.

Vance pensó un momento.

—¿Por qué fué usted a tomar el té a lo de Benson por la tarde, debiendo comer con él a la noche?

Las mejillas de la joven se inundaron de rubor.

—No hubo nada malo en ello, — declaró. — Poco después de haberme separado del señor Benson, en la oficina de éste, me arrepentí de la promesa que le había hecho de comer con él. Volví primero a la oficina; pero ya no estaba. Entonces fuí a su casa. Quería apelar a su caballerosidad y pedirle que me desligara de mi compromiso. Pero se rió, y después de insistir en que tomara el té, me envió a casa en un taxi para que me vistiera para la comida.

—¿Y cuando usted le suplicaba que la dispensara de su promesa, se le ocurrió asustarlo, recordándole la amenaza del capitán Leacock y él le contestó que se trataba de una fanfarronada?

Nuevamente el asombro de la mujer fué evidente.

—Sí, — contestó.

Vance le dirigió una tranquilizadora sonrisa.

—El coronel Ostrander me dijo que la vió a usted con Benson en el Marsellés.

—Sí y me dió mucha vergüenza. El sabía quién era Benson y me había prevenido en contra suya pocos días antes.

—Yo creía que el coronel y Benson eran amigos.

—Lo fueron hasta hace cosa de una semana. Pero el coronel perdió más dinero que yo en una combinación de Bolsa, dirigida por Benson, y me confió sus sospechas de que éste lo había aconsejado mal en provecho propio. Ni siquiera le habló a Benson la noche que lo encontró conmigo en el Marsellés.

—¿Y qué me dice de esas ricas joyas que acompañaron su té con el señor Benson?

—¡Soborno! — contestó ella y su sonrisa de desprecio era para Benson una condenación más elocuente que si hubiera recurrido a términos indignados. — El caballero creyó que iba a trastornarme la cabeza con ellas. Me ofreció un collar de perlas para que lo luciera aquella noche; pero no lo acepté. Luego me dijo que si me convertía en una persona razonable, podría tener joyas idénticas a esas... quizá las mismas para el veintiuno.

—Claro... el veintiuno... — sonrió Vance. — ¿Oye usted, Markham? El veintiuno vence el pagaré de Plyfe y si no le pagaba, perdía las joyas.

Se dirigió nuevamente a la señorita St. Clair.

—¿Tenía las joyas consigo el señor Benson durante la comida?

—¡Oh, no!... Creo que mi rechazo de las perlas lo había desalentado.

Vance se detuvo, mirándola con insinuante cordialidad.

—Haga ahora el favor de contarnos el episodio de la pistola, con sus propias palabras, como dicen los abogados, con la esperanza de enredarlo a uno más tarde.

Pero evidentemente ella no temía enredarse.

—En la mañana siguiente al asesinato, Leacock me dijo que había ido a casa de Benson, a eso de media noche, con intención de asesinarlo. Pero viendo afuera el auto de Plyfe pensó que él estaba de visita, renunció a la idea y se retiró a su casa. Temí que el señor Plyfe lo hubiese visto y le pedí que me trajera la pistola que estaría más segura en casa; le recomendé que, si le preguntaban por ella, dijera que la había perdido en Francia... Usted comprenderá: yo creí que lealmente lo había matado a Benson y que, bueno, que mentía caballerescamente para evitarme pena. Después, cuando se llevó la pistola de casa para tirarla, me convencí aún más de que era el autor del crimen.

Sonrió débilmente a Markham.

Por eso rehusé contestar a sus preguntas. Quería que más bien creyera usted que era yo la autora, a fin de que no sospechara del capitán Leacok.

—Pero él no mentía, — dijo Vance.

—Sé ahora que no. Y debería haberlo comprendido antes. Nunca me hubiese él traído la pistola, en caso de ser culpable.

Sus ojos se nublaron.

—¡Pobre muchacho!... Ha confesado porque cree que la culpable soy yo.

—Esa es precisamente la delicada situación, — asintió Vance. — Pero... ¿dónde cree él que obtuvo usted el arma?

—Conozco muchos oficiales amigos suyos y del mayor Benson. El año pasado practiqué mucho el tiro en las montañas, por divertirme. ¡Oh! La idea era bastante razonable.

Vance se levantó e hizo una cumplida reverencia.

—Ha sido usted muy amable y nos ha ayudado mucho. El señor Markham tenía varias teorías sobre el asesinato. La primera, creo, era que usted sola había sido la señora Borgia; la segunda que lo hicieron entre el capitán y usted; la tercera que el capitán lo había hecho solo. La mente legal está tan exquisitamente desarrollada que puede admitir tres teorías distintas a la vez. Lo más triste del caso es que el señor Markham se inclina todavía a creeros culpables a los dos, individual y colectivamente. Traté de razonar con él, antes de venir aquí, pero nada conseguí. Por lo tanto insistí en que oyera de sus encantadores labios, señorita, toda la historia.

Se acercó a Markham que estaba sentado y le miraba con labios apretados.

—Bueno, viejo... — observó agradablemente. — Seguramente que ahora desechará usted esa obsesión sobre la culpabilidad de la señorita St. Clair y del capitán Leacock, ¿no es cierto? Y no se negará a ponerlo en libertad, como yo le he pedido.

Extendió los brazos con un teatral gesto de súplica.

La rabia de Markham había llegado al colmo; pero se levantó lentamente y acercándose a la joven le tendió la mano.

—Señorita St. Clair, — le dijo bondadosamente y una vez más me impresionó la grandeza del hombre, — quiero asegurarle

que he abandonado la idea de su culpabilidad y también las sospechas que tenía sobre Leacock. Vance me considera increíblemente rígido y de mentalidad estrecha; pero lo disculpo porque me ha evitado cometer una gran injusticia. Haré que le sea devuelto el capitán, no bien estén firmados los papales para ponerlo en libertad.

Cuando salíamos de Riverdide Drive, Markham se volvió salvajamente a Vance.

—Muy bien. De modo que soy yo quien mantengo encerrado a su precioso capitán y "usted" el que me ha pedido su libertad? Bien sabe usted que yo no los creía culpables a ninguno de los dos... lagarto, holgazán.

CAPTULO XLVII

Vance suspiró.

—¿No quiere usted prestar alguna ayuda en el caso? — le preguntó tristemente.

—¿Y qué utilidad puede reportar el hacerme pasar por un borrico delante de esa mujer? No veo que haya usted llegado a ninguna parte con toda sus payasadas.

—Cómo! — la voz de Vance denotó profunda sorpresa. — La declaración que ha oído usted hoy va ayudar inmensamente a probar la culpabilidad del asesino. Además sabemos ahora por qué se encontraron la cartera y los guantes en casa de Benson, quien era la dama que fué a su oficina por la tarde, que hizo la señorita St Clair entre las doce y la una, por qué comió con Benson, por qué tomó primero el té en su compañía, cómo llegaron las joyas a la casa del muerto, por qué el capitán llevó la pistola a casa de su novia y por qué se declaró autor del crimen. ¿Qué más quiere? ¿Todos estos conocimientos no lo tranquilizan? Libran el camino de muchos escombros.

Se interrumpió para encender un cigarrillo.

—La cosa verdaderamente importante que nos dijo la dama fué que sus amigos sabían que ella se retiraba siempre a media noche, cuando asistía a cualquier reunión. No descuide ni olvide ese punto, viejo querido, porque ofrece sumo interés. Le he dicho hace tiempo que la persona que asesinó a Benson sabía que ella iba a comer con él esa noche.

—Ahora va a decirme usted quien lo asesinó, — se burló Markham.

Vance envió hacia arriba una espiral de humo.

Markham sonrió con sorna.

—¡De veras! ¿Y cuando recibió esa preciosa revelación?

—¡Oh!... A los cinco minutos de entrar en la casa del crimen, la primera mañana.

—Muy bien... Muy bien. ¿Y por qué no confió en mi y me evitó todas estas fatigosas andanzas?

—Imposible amigo mío, — dijo Vance. — Usted no estaba pronto para recibir mi revelación. Era necesario, primeramente sacarlo de la mano de entre los varios obscuros bosques y marañas donde insistía en perderse. Usted no se imagina lo diabólicamente imaginativo que es.

Pasaba un taxi. Vance lo hizo parar y le dió la dirección de la casa del difunto Benson

—Ahora vamos a tener una breve conver-

Corte por aquí este cupón y envíelo a la siguiente dirección:
CONCURSO DE "PUCKY", Av. de Mayo 662 Bs. Aires.

PUCKY MAGAZINE

La revista que publica los mejores cuentos de los mejores autores.
Aparece todos los viernes. Av. DE MAYO 662 Buenos Aires

¿Quién asesinó a Benson? . . . .

¿Qué móviles impulsaron al criminal? . . . .

. . . .

Nombre del remitente . . . .

Dirección . . . .

Se ruega escribir con letra clara.

"PUCKY" No. 283 Concurso Benson

sación con la señora Platz y luego... luego verteré en sus oídos todos mis modestos secretos.

(Miércoles 19 de Junio; 5 y 30 p. m.)

El ama de llaves recibió nuestra visita, aquella tarde, con marcada inquietud. Aunque era una mujer alta y robusta, su cuerpo parecía haber perdido algo de su vigor y su rostro ofrecía señales de prolongada ansiedad.

Snitkin nos informó al entrar que ella leía minuciosamente en los diarios las noticias de la investigación y que lo había interrogado interminablemente sobre el asunto. Entró al living room, fijándose apenas en nosotros y se sentó en la silla que Vance le ofrecía, como una mujer resignada a soportar una prueba inevitable.

Cuando Vance la contempló agudamente, ella le dirigió una mirada asustada, como si en el momento en que sus ojos se encontraron, hubiera ella comprendido que él conocía un secreto que había estado guardando celosamente.

Vance empezó su interrogatorio sin preludio exposición:

—Señora Platz ¿se preocupaba mucho Benson de su calva? ¿Recibía a los amigos sin peluca?

La mujer pareció aliviada.

—¡Oh no señor! nunca.

—Piénselo bien, señora Platz. ¿Nunca estuvo, que usted sepa, el señor Benson en compañía de alguien sin la peluca?

Ella estuvo un rato silenciosa con las cejas fruncidas.

—Una vez lo ví quitarse la peluca y mostrársela al coronel Ostrander, un caballero de edad que solía visitarlo a menudo. Pero el coronel Ostrander era un antiguo amigo del señor Benson. Me dijo que en un tiempo habían vivido juntos.

—¿Nadie más?

Nuevamente frunció el ceño pensativo.

—No, — dijo, después de algunos minutos.

—¿Y los proveedores?

—Se cuidaba mucho de ellos. Y de los extraños, también, — añadió. — Cuando se sentaba aquí, en verano, sin peluca, siempre bajaba la persiana de esa ventana.-Señaló la más cerca del zaguán. — Puede mirarse por ella desde los escalones de afuera.

Ella estuvo un rato silenciosa, con las cejas fruncidas.

—Me alegro que me indique todo eso, — dijo Vance. — ¿Y no podría alguien, parado en los escalones, golpear la ventana o las rejas y atraer la atención de alguien que estuviera en este cuarto?

—¡Oh! Sí, señor... fácilmente. Yo misma lo hice una vez que fuí a un mandado y me olvidé la llave.

—¿No cree usted probable que la persona

que asesinó a Benson obtuvo así la entrada?
—Sí, señor, — se agarró ansiosamente a la sugestión.
—La persona tendría que haber conocido muy bien al señor Benson para golpear a la ventana en vez de tocar el timbre. ¿No le parece, señora Platz?
—Sí, señor. — Su tono era dudoso; evidentemente aquello era más de lo que ella podía decir.
—Si un extraño hubiera golpeado a la ventana ¿lo hubiese hecho entrar el señor Benson sin peluca?
—¡Oh, no!... No hubiese hecho entrar a un extraño.
—¿Está usted segura de que el timbre no sonó aquella noche ?
—Positivamente segura, señor, — fué la respuesta enfática.
—¿Hay luz en los peldaños del frente?
—No, señor.
—Si el señor Benson hubiese mirado por la ventana para ver quién golpeaba, ¿podría reconocer a la persona, por la noche?
La mujer vaciló.
—No sé... Creo que no.
—¿Hay modo de mirar, por la puerta del frente, quién está fuera, sin abrir?
—No, señor. Muchas veces he deseado que lo hubiera.
—Entonces, si la persona llamó a la ventana, Benson tiene que haber conocido la voz.
—Así parece, señor.
—¿Y está usted segura de que nadie pudo entrar sin llave?
—¿Cómo podía ser? La puerta se cierra automáticamente.
—Es la cerradura de resorte reglamentaria, ¿no?
—Sí, señor.
—Entonces tiene que haber un pestillo para que pueda abrirse de ambos lados.
—Lo hacía, señor. Pero el señor Benson lo hizo quitar. Dijo que era peligroso. Podía uno salir y dejar la puerta sin pasar la llave.

Vance pasó al zaguán y le oí abrir y cerrar la puerta del frente.
—Tiene usted razón, señora Platz, — le dijo al volver. — Ahora, dígame, ¿está usted bien segura de que nadie tiene llave de la puerta de calle?
—Sí, señor. Nadie más que el señor Benson y yo teníamos llave.
—Usted dijo que dejó la puerta de su dormitorio abierta la noche del crimen...
—No, casi siempre la cerraba, pero hacía un calor terrible aquella noche.
—¿Luego fué sólo por casualidad que la dejó usted abierta?
—Es como usted dice, señor.
—Si su puerta hubiese estado cerrada, cree que hubiera oído el tiro?
—Si hubiera estado despierta quizá. Pero no dormida. Las puertas son macizas en estas casas antiguas, señor.
—Y muy hermosas también, — comentó Vance.
Contempló con admiración la doble puerta de caoba que daba al hall.

CAPITULO XLVIII

Usted sabe, Markham, que nuestra tan mentada civilización, sólo se empeña en destruir todo lo que es hermoso y duradero para hacer cosas vulgares. La historia de esta era degenerada, que llamamos civilización moderna, puede leerse en los trabajos en madera. Mire esa antigua y hermosa puerta, por ejemplo, con sus paneles biselados, sus molduras, sus pilares jónicos y su dintel esculpido. Y compárela con esas chatas, duras, hechas a máquina, que se construyen hoy por millares. "Si transic"...
Vance estudió la puerta cierto tiempo; luego volvióse bruscamente a la señora Platz que lo miraba curiosamente y con aprensión.

—¿Qué hizo el señor Benson con las joyas, cuando salió a comer?
—Nada, señor — contestó nerviosamente. — Las dejó ahí, encima de la mesa.
—¿Las vió usted después que él salió?
—Sí, iba a guardarlas; pero después me pareció mejor dejarlas donde estaban.
—¿Y nadie vino, nadie entró a la casa después que salió el señor Benson?
—Nadie, señor.
—¿Está usted segura?
—Completamente segura.
Vance se levantó y empezó a pasearse por la habitación. De pronto, al pasar junto a la mujer, se detuvo.
—Era Hoffman su nombre de soltera, señora Platz?
Lo que ella había temido llegó. Su rostro palideció, sus ojos se abrieron cuan grandes eran y sus labios cayeron un poco.
—He tenido el placer de conocer recientemente a su encantadora hija — añadió Vance.
—¿Mi hija...? — pudo tartamudear ella.
—La señorita Hoffman, ya sabe usted. Esa atrayente joven, de cabellos rubios, secretaria de la firma Benson.
La mujer se irguió en su asiento y habló con los dientes apretados.
—No es hija mía.
—¡Vamos, vamos, señora Platz! — la amonestó Vance, como si se tratara de una niña. — ¿Por qué esta tonta mentira? Se acuerda lo preocupada que estaba usted cuando la acusé de sentir interés personal por la joven dama que tomó té con el señor Benson? Tenía usted miedo que fuera yo a pensar que era la señorita Hoffman... Pero, ¿por qué se preocupa por ella, señora Platz? Yo sé que es una joven muy buena. Y realmente, no puede usted reprocharle que prefiera el nombre de Hoffman al de Platz. Platz, significa, generalmente, , aunque también puede ser una explosión o estallido. A veces es un bollo o una torta de levadura. Pero Hoffmann es palaciego; preferible a torta de levadura, ¿no la parece?
Sonrió atrayentemente y sus modales tuvieron el poder de tranquilizar al ama de llaves.
—No es por eso, señor, — le dijo mirándole conmovedoramente. — Yo la hice adoptar mi nombre de soltera. En este país una jo-

ven lista puede convertirse en una dama, si se presenta la oportunidad. Y...

—Comprendo perfectamente, — interrumpió Vance con simpatía. — La señorita Hoffman es inteligente y usted temía que el saberse que era hija de un ama de llaves, sería obstáculo para sus éxitos. De manera, que se eliminó usted por su bienestar. Creo que ha sido genoroso de su parte... ¿Su hija vive sola?

—Sí, señor... en Morningside Heigths. Pero la veo todas las semanas. — Su voz era apenas perceptible.

—Es natural... tan a menudo como puede, estoy seguro. ¿Entró usted como ama de llaves de Benson porque su hija era secretaria de dicho señor?

Ella alzó los ojos con amarga expresión.

—Sí, señor... fué por eso. Ella me contó qué clase de hombre era. La hacía venir a menudo a su casa por la noche, para hacer trabajos extras.

—¿Y quería usted estar aquí para protegerla?

—Sí, señor... eso mismo.

—¿Y por qué se mostró usted tan inquieta la mañana siguiente al crimen, cuando el señor Markham le preguntó si Benson tenía armas de fuego en su casa?

La ujer desvió la mirada.

—Yo... no estaba inquieta.

—Sí, lo estaba usted, señora Platz. Y le diré por qué. Temía que acusáramos a la señorita Hoffman.

—¡Oh no, señor! No fué por eso. Mi hija no estuvo aquí esa noche... ¡Se lo juro!... No estuvo aquí.

Estaba muy afligida; la tensión nerviosa de toda una semana la había vencido y miraba espantada en torno suyo.

—¡Vamos, vamos, señora Platz! — le dijo Vance consolándola. — Nadie ha creído, ni por un momento que su hija tenga culpa en la muerte de Benson.

La mujer lo miró atentamente. Al principio se negaba a creerlo. Era evidente que el temor había trabajado su imaginación y se necesitó más de un cuarto de hora para convencerla de que lo que Vance decía era cierto. Cuando al fin dejamos la casa de Benson, estaba relativamente tranquila.

Mientras íbamos en camino para el club Stuyvesant, Markham permaneció silencioso, enteramente absorto en sus pensamientos. Era evidente que los nuevos hechos, revelados por la entrevista con la señora Platz, lo turbaban considerablemente.

Vance fumaba, con aire soñador, volviendo de vez en cuando su cabeza para examinar los edificios frente a los cuales pasábamos. Nos dirigimos hacia el este, por Forty eight street, y caundo llegamos frente al edificio de la Sociedad de la Biblia, de Nueva York, Vance ordenó al chauffeur que parara e insistió en que lo admiráramos.

—El cristianismo, — dijo, — se ha defendido a sí mismo por su arquitectura. Con pocas excepciones, los únicos edificios de esta ciudad que no son antiestéticos son las iglesias y casas pertenecientes a ellas. El credo estético norteamericano es: todo lo grande es hermoso Esas deprimentes y gigantescas moles en forma de cajas, con agujeros rectangulares, que se llaman rascacielos, son estimadas únicamente por su gran tamaño Una caja con cuarenta hileras de agujeros es doblemente bella que una con veinte. Una fórmula sencilla, ¿no?... Mire ese pequeño edificio de cinco pisos, enfrente. Es mucho más hermoso e imponente que cualquier rascacielos de la ciudad.

Sólo una vez se refirió Vance al crimen, durante nuestro viaje hasta el club Stuyvesant, y eso indirectamente.

—La bondad de corazón vale más que un título de nobleza, ya lo sabe usted Markham.

—Hoy he hecho una buena acción y me siento realmente virtuoso. Frau Platz dormirá mucho mejor esta noche. Ha vivido en perpetuo temor por su pequeña Gretchen. Es una alma valerosa y muy maternal. Y no podía soportar la idea de que la futura Lady Vere de Vere inspirara sospechas. Pienso ¿por qué se habrá preocupado tanto? — y dirigió a Markham una mirada a hurtadillas.

Nada más se dijo hasta después de la comida que tomamos en la terraza-jadín. Habíamos retirado nuestras sillas y nos sentamos mirando a Madison Square

—Ahora Markham, — dijo Vance, — deje de lado todos los prejuicios y considere judicialmente la situación, — como decís vosotros los abogados. — Para empezar, sabemos por qué la señora Platz estaba tan inquieta cuando le hizo usted aquella pregunta sobre las armas de fuego y por qué se mostró igualmente inquieta cuando la acusó de sentir interés personal por la compañera de té de Benson. Hemos eliminado, pues, dos misterios...

—¿Cómo supo usted el parentesco de la señorita Hoffman con el ama de llaves? — interrumpió Markham.

—Mis miradas lo descubrieron — dijo Vance, mirándolo a él con aire de reproche. — Usted recordará que observé a la joven de pies a cabeza... Y recordará también nuestra pequeña discusión sobre idiosincracia craneales, ¿no?

Noté en seguida que la señorita Hoffman poseía toda la conformación física de la señora Platz. Era braquicéfala; tenía pómulos pronunciados, mandíbula octogonal, parietales bajos y planos. Lüego examiné su oreja por que había notado que la señora Platz posee esa oreja puntiaguda, sin lóbulo,—oreja de sátiro,—que se llama a veces "oreja de Darwin". Esas orejas se heredan en las familias y cuando vi las de la señorita Hoffman del mismo tipo, aunque modificadas, no me quedaron dudas sobre el parentesco. Pero había otras similaridades; en la pigmentación, por ejemplo y en la altura — ambas son altas, como usted sabe. Y la masa central de ambas era muy grande comparada con la periferia: hombros angostos, muñecas y tobillos pequeños, ca-

deras voluminosas. Lo de que Hoffman fuera el nombre de soltera de la Platz fué sólo una suposición; pero resultó acertada.

CAPITULO XLIX

Vance se acomodó mejor en la silla.

—Pasemos ahora a sus consideraciones judiciales... Primeramente vamos a suponer que un poco antes de las doce y media de la noche del trece, el asesino llegó a la casa del crimen, vió luz en el living room, golpeó la ventana y fué hecho entrar inmediatamente... ¿Qué ideas le sugieren esas suposiciones respecto al visitante?

—Simplemente que Benson lo conocía — contestó Markham. — Pero eso no nos ayuda mucho. No podemos arrestar a todas sus relaciones.

—Las indicaciones van mucho más allá, viejo amigo. — replicó Vance. — Demuestran, de un modo irrefutable, que el asesino era uno de sus más íntimos compinches o por lo menos una persona ante la cual no le importaba mostrarse tal como era.

La ausencia de la peluca, como una vez se lo sugerí a usted, era un detalle de suma importancia. Una peluca es prenda indispensable para todo Beau Brummel, maduro y calvo. Ya ha oído lo que dijo la señora Platz sobre el asunto. ¿Cree usted, por un momento, que Benson, que ocultaba su deficiencia capilar hasta del almacenero, hubiera recibido a una simple relación sin su corona de gloria? ¡Y además estaba sin dientes, sin cuello, sin corbata, vestido con un viejo saco de fumar y zapatillas de dormitorio!

Imagínese el cuadro, mi querido compañero. Un hombre no tiene aspecto fascinador, sin cuello, exhibiendo la tirilla de la camisa y el botón de oro. Así ataviado equivale a una dama con los palillos de rizar puestos... ¿Cuántos hombres cree usted que conocía Benson, ante los cuales se hubiera presentado con semejante facha?

—Tres o cuatro tal vez, — contestó Markham, — pero no puedo arrestarlos a todos.

—Seguramente que no, ni será necesario.

Vance eligió otro cigarrillo y continuó:

—Hay otras indicaciones útiles. Por ejemplo, el asesino conocía muy bien los asuntos domésticos de Benson. Debía saber que el ama de llaves dormía a buena distancia del living room y no despertaría con el tiro, si su puerta estaba cerrada como de costumbre. Debía saber también que no había nadie más en la casa a esa hora.

Otra cosa: no olvide que su voz era perfectamente familiar a los oídos de Benson. De otro modo éste no lo hubiese hecho entrar, dado su temor a los ladrones y conociendo la amenaza de Loacock que pesaba sobre él.

—Es una hipótesis sostenible...? Qué más?

—Las joyas, Markham... esas oradoras del amor. ¿No ha pensado usted en éllas? Estaban en medio de la mesa cuando Benson llegó a su casa aquella noche. Habían desaparecido por la mañana... Por lo tanto, resultaba claro que el asesino se las llevó. ¿No le parece? ¿Y no pueden haber sido la causa del crimen?

Si así fuera ¿cuál de los amigos íntimos de Benson conocía la presencia de esas joyas en la casa? ¿Y quién las deseaba particularmente?

—Muy bien, Vance, — Markham movió lentamente y con ademán de asentimiento la cabeza. Ha dado usted en la tecla. Hace ya rato que abrigo sospechas sobre Plyfe y estaba a punto de ordenar su arresto, cuando Heath vino a anunciarnos la confesión de Leacock. Y luego, cuando esta confesión quedó anulada, mis sospechas volvieron a él. No dije nada esta tarde porque quería ver a dónde llevaban sus ideas. Lo que acaba de decir coincide con mis propias nociones. Plyfe es nuestro hombre...

Se interrumpió de pronto para exclamar:

—Y ahora... ¡Maldición!... lo ha dejado usted ir.

—No se aflija, viejo. Está en seguridad con la señora de Plyfe. Y además, nuestro amigo Ben Hanlon, es práctico para dar con los fugitivos. Deje al preocupado Leandro solo por el momento. Hoy no lo necesita y mañana... no lo querrá.

Markham se dió vuelta bruscamente.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Que no lo querré? ¿Y por qué?

—Bueno... — explicó Vance negligentemente, — no tiene un natural simpático, ni agradable. Y no es precisamente un objeto hermoso de contemplar. Yo no quisiera verlo a mi alrededor más que lo estrictamente necesario. Y además..., no es culpable.

Markham quedó demasiado sorprendido para exasperarse. Miró a Vance fijamente un minuto entero.

—No lo entiendo — dijo. — Si creo a Plyfe inocente, ¿a quién, en nombre de Dios, juzga usted culpable?

Vance miró su reloj.

—Vaya a mi casa mañana, a la hora del desayuno, y tráigame esas coartadas que le pidió a Heath. Le diré quién mató a Benson.

Algo en su tono impresionó a Markham. Comprendió que Vance no hubiera hecho semejante promesa sin la seguridad de poder cumplirla.

—¿Por qué no me lo dice ahora?

—Lo siento mucho; pero voy al concierto especial de la Filarmónica esta noche. Tocan la sonata en do menor de César Frank y el temperamento de Stransky se aviene perfectamente a su sentimentalidad. Es mejor que usted también venga, viejo. La música calma los nervios.

—Los míos no — gruñó Markham. — Lo que yo necesito es un brandy con soda.

Caminó con nosotros hasta encontrar un taxi.

—Venga mañana a las nueve, entonces — le dijo Vance, cuando estuvimos sentados.— Deje que la oficina espere un poco. Y no se

olvide de telefonearle a Heath por esas coartadas.

Nos poníamos en marcha, cuando se asomó Vance por la ventanilla.

—Oiga, Markham, — le dijo, — ¿qué altura cree usted que tiene la señora Platz?

(Jueves, 20 de Junio; 9 a. m.)

Markham llegó al departamento de Vance a las nueve en punto del otro día. Estaba de bastante mal humor.

—Oiga, Vance, — le dijo, cuando estuvimos sentados en la mesa. — Deseo saber el significado de las palabras que me dijo al partir.

—Coma su melón, viejo, — dijo. — Es del norte del Brasil y tiene un sabor delicioso. Pero no lo eche a perder con pimienta o sal. Es esa una costumbre estupenda; pero no tanto como rellenar el melón con helado de crema. Los norteamericanos hacen las cosas más asombrosas con el helado de crema. Lo ponen en un pastel, en soda; lo envuelven en chocolate, como si fuera un bombón; lo colocan entre dos galletitas dulces, como un sandwiche, y hasta, en vez de crema batida lo usan en la "charlotte" rusa.

—Lo que deseo saber es... — empezó Markham, — pero Vance no lo dejó concluir.

(Continuará en el próximo número.)

GRAN CONCURSO DE PUCKY MAGAZINE

Con la publicación del capítulo XLIX que aparece en este número, damos el último cupón del Concurso abierto por Pucky, para averiguar quién es el asesino de Benson y qué móviles impulsaron al criminal. En la administración de esta revista, Avenida de Mayo 662, Buenos Aires, se recibirán hasta el jueves 7 del mes corriente los cupones aparecidos en los números 273, al 283 inclusive. Después de esa fecha no se tomará en cuenta ningún cupón que se nos envíe.

UNA OBRA SENSACIONAL

TARZAN DE LOS MONOS

QUINTA PARTE

EL TESORO DE TARZAN

Por EDGAR RICE BURROUGHS

LOS ojos de Tarzán descubrieron la abertura del tejado por la cual había penetrado Taglat en la choza. Conjeturó al instante que el mono había entrado o salido por allí, y mientras los árabes titubeaban en el exterior, Tarzán se lanzó de un brinco a la abertura, se agarró a lo alto de la pared y como un gato trepó al tejado, para dejarse caer al instante a tierra por la parte exterior de la choza.

Cuando al fin los árabes hicieron acopio de valor para entrar en ella, después de disparar varias veces contra las paredes, encontraron el interior desierto. Al propio tiempo que Tarzán, en el extremo más distante de la aldea, buscaba a Chulk; pero no pudo encontrar al mono por ninguna parte.

Privado de su hembra, abandonado por sus compañeros, y tan ignorante como antes del paradero de su bolsa y piedrecillas, Tarzán ardiendo de cólera, salvó la empalizada y se desvaneció en la oscuridad de la selva.

Temporalmente tenía que renunciar a la busca de su bolsa, ya que equivaldría a un suicidio el entrar en el campamento de los árabes en aquellos instantes en que todos los secuaces de Achmet Zek se hallaban en conmoción y apercibidos.

En su fuga de la aldea, había perdido el rastro del fugitivo Taglat; por esta razón describió un círculo por el bosque con la intención de obtenerlo de nuevo.

Chulk había permanecido en su puesto hasta que los gritos y disparos de los árabes llenaron de terror su sencillo espíritu; porque por cima de todo temen los monos los palos atronadores de los Tarmanganis; luego trepó con ligereza por la empalizada, desgarrándose el albornoz en su empresa, y huyó a lo hondo de la espesura, sin dejar de gruñir y de reñir a un ser imaginario.

Tarzán, vagando por la selva en busca del rastro de Taglat y de la hembra, la recorría rápidamente. En un pequeño calvero iluminado por la luna, delante de él, la gigantesca fiera se inclinaba sobre el cuerpo caído de la mujer a quien Tarzán buscaba, tratando de romper las ligaduras que sujetaban las muñecas y los tobillos de Jane Clayton, y tiraba y mordía con todas sus fuerzas.

El camino que llevaba el Tarmangani le había de conducir a muy escasa distancia a la derecha de ambos, y aunque no los hubiera visto, el viento le había de traer su olor, pues soplaba en la dirección conveniente.

Un momento más y la salvación de Jane Clayton habría quedado asegurada; y eso que Numa, el león, se estaba ya preparando para el ataque; pero el destino, siempre excesivamente cruel, se superó a sí mismo en aquella ocasión; pues el viento cambió súbitamente por unos instantes, y el olor que en alas de él habría llegado hasta el olfato del gigante blanco, haciéndole acudir al lado de su esposa se fué en dirección opuesta. Tarzán pasó como a cincuenta varas de la tragedia que se estaba desarrollando en el calvero, y la ocasión desapareció para no volver.

CAPITULO XVIII

LA BATALLA POR EL TESORO

Llegó el día antes que Tarzán se persuadiese de que era posible el fracaso de su empresa; y aun entonces no quiso admitirlo, sino que únicamente pensó que se había demorado el buen éxito. Comería, se echaría a dormir, y partiría de nuevo. Inmensa era la selva, pero inmensa también eran la experiencia y la astucia de Tarzán. Taglat podría irse lejos, pero él acabaría por encontrarlo,

aunque tuviese que registra hasta el último árbol de la vastísima selva.

Monologueando de esta suerte, siguió el rastro de Bara, el ciervo, infortunado animal con el cual había resuelto saciar aquel día el hambre. Durante media hora el rastro le condujo hacia el este, por un sendero de caza bien marcado; y súbitamente, con asombro del acechador, la presa que perseguía se apareció a su vista, regresando enloquecida por el sendero en derechura al Tamangani.

Tarzán, que seguía por cima del camino, se lanzó tan rápidamente del escondite de las frondas, que el ciervo no se dió cuenta de la presencia de un enemigo en aquella dirección; y cuando el animal se hallaba aun a cierta distancia, Tarzán se colocó en una de las ramas bajas de un árbol que dominaba la senda. Allí se agachó, y como salvaje bestia de rapiña, esperando la llegada de su víctima.

Lo que había asustado al ciervo haciéndole emprender tan frenética retirada, no lo sabía Tarzán; sería tal vez el olor de Numa, el león, o de Sheeta, la pantera; pero, fuera lo que fuese, poco le importaba a Tarzán que estaba preparado y deseoso de defender su presa contra cualquier otro habitante de la selva. Si no lo podía conseguir por medio del vigor físico le quedaba otro poder más grande, el de su aguda inteligencia.

Y así el ciervo en su carrera fué a meterse él mismo en las fauces de la muerte. El gigante blanco se volvió hasta dar la espalda al animal que se acercaba, y se quedó con las rodillas dobladas sobre la rama, calcscilaba suavemente sobre el sendero, calculando con fino oído la proximidad de la pisada del asustado Bara.

En el mismo momento en que la víctima pasó como un rayo por debajo de la rama, Tarzán se dejó caer sobre su lomo. El peso de su cuerpo derribó al ciervo al suelo. Hizo el animal un esfuerzo inútil por levantarse, y en seguida unos poderosos músculos le eccharon fuertemente la cabeza hacia atrás, al propio tiempo que le torcían violentamente el cuello, y Bara quedó muerto.

Rápida había sido la matanza, e igualmente rápidas fueron las siguientes acciones del matador; porque ¿quién podía saber qué clase de enemigo perseguía a Bara, y lo cerca que podría estar? Apenas había crujido las vértebras de la víctima, cuando Tarzán se echó a ésta sobre uno de los anchos hombros, y un instante después se halló de nuevo en la rama del árbol, escrutando con los penetrantes ojos el camino que había seguido el ciervo en su fuga.

No tardó mucho en aparecer a la vista de Tarzán la causa de la huída de Bara; porque en seguida sintió los inconfundibles ruídos de jinetes que se acercaban. Arrastrando consigo su presa, el Tarmangani se subió a las ramas medias, se acomodó cónfortablemente en la bifurcación de un árbol, desde donde seguía viendo el sendero, cortó una buena tajada del lomo del animal, e hincando la fuerte y blanca dentadura en la carne caliente, procedió a gozar de los frutos de su fuerza y de su astucia.

No por eso descuidó la vigilancia, en tanto que satisfacía el hambre. Sus perspicaces ojos vieron el hocico del primer caballo que apareció a la vista por un recodo del tortuoso sendero, y uno a uno fueron observando a los jinetes que en fila india pasaron por debajo de su escondite.

Entre ellos iba uno a quien conoció Tarzán; pero tan adiestrado estaba nuestro héroe en dominar sus emociones, que no se advirtió el más leve cambio de expresión como signo de la excitación que por dentro lo dominaba, y menos aún una demostración históricca que pudiera revelar su presencia.

Debajo de él, tan ignorante de su existencia como los abisinios que marchaban delante y detrás, cabalgaba Albert Werper. Tarzán lo estuvo contemplando mientras le fué posible, a la espera de algún atisbo de la bolsa robada.

Cuando los abisinios se alejaron hacia el sur, fué siguiendo su camino, por encima de ellos, con figura gallardísima, un gigante blanco casi desnudo que llevaba al hombro el cuerpo de un ciervo muerto; porque Tarzán sabía que, si había de seguir al belga acaso no se le presentara en algún tiempo otra ocasión de cazar.

Ni siquiera Tarzán se atrevía a acometer, como no fuera en último extremo, la empresa de arrebatar al ladrón de en medio de los jinetes armados; porque los hábitos de cautela y de astucia así lo indican, salvo cuando para hacerlos olvidar intervienen la ira o el hambre.

Así, pues, los abisinios y el belga continuaron su marcha hacia el sur, y Tarzán los siguió silenciosamente por entre las oscilantes ramas medias de la selva virgen.

A los dos días de marcha llegaron a una llanura, más allá de la cual se alzaban unas montañas; llanura que Tarzán conocía y que despertó en él recuerdos borrosos y extraños anhelos. Una vez en ella los jinetes pusieron los caballos a galope, y siguiéndolos a prudente distancia avanzó el Tarmangani, aprovechándose de todos los refugios que el terreno le procuraba.

Detrás de un socarrado montón de maderos se detuvieron los abisinios, y Tarzán, deslizándose más cerca y escondiéndose en unos arbustos, les observó en el colmo del asombro. Los vió cavar la tierra, y se preguntó si habrían enterrado allí carne e irían por ella. Luego se acordó de cómo había enterrado él sus lindas piedrecillas, y el móvil que le había impulsado a hacerlo. Los abisinios estaban desenterrando lo que habían escondido allí los negros.

De pronto vió que extraían del suelo un objeto amarillo cubierto de polvo, y presenció la alegría de Werper y de Abdul Mourak cuando aquel feo objeto quedó a la vista. Uno tras otro fueron desenterrando muchos trozos parecidos, todos ellos del mismo color amarillo sucio, hasta que un montón de ellos quedó apilado en el suelo. Abdul Mourak los miraba y los manoseaba sumido en éxtasis de codicia.

Algo se agitaba en el recuerdo del gigante blanco mientras contemplaba los lingotes de oro. ¿Dónde los había visto? ¿Qué eran?

¡Por qué los codiciaban de tal suerte aquellos Tarmanganis? ¿A quién pertenecían?

Recordó a los negros que los habían enterrado. Aquellos objetos debían de pertenecerles. Werper se los robaba de la misma manera que le robó a él la bolsa de sus piedrecitas. Los ojos de Tarzán relucieron de ira. ¡Cuánto le gustaría encontrar a los negros y conducirlos contra aquellos ladrones! Preguntóse dónde estaría la aldea de los indígenas.

Mientras todos estos pensamientos pasaban por el activo cerebro de Tarzán, una partida salía del bosque en el límite de la pradera y se adelantaba hacia las ruinas del abrasado bungalow.

Abdul Mourak, siempre vigilante, fué el primero en descubrirla, pero cuando ya se hallaba a la mitad de la llanura. En seguida llamó el abisinio a sus hombres para que montaran y estuvieran preparados, porque en el corazón de Africa ¿quién puede saber si un desconocido es amigo o enemigo?

Werper, empinándose en los estribos, clavó los ojos en los que llegaban; y en seguida pálido y tembloroso se volvió a Abdul Mourak.

—¡Es Achmet Zek con sus bandoleros!— cuchicheó, — ¡Vienen por el oro!

Debió de ser casi en el mismo instante cuando el árabe descubrió el montón de lingotes amarillos, y comprendió que se habían realizado los temores que albergaba desde que sus ojos se fijaron en la partida situada junto a las ruinas del bungalow de lord Greystoke. Alguien se le había anticipado; otro había ido antes que él por el tesoro.

El árabe estaba loco de rabia. Recientemente todo le salía al revés. Había perdido las joyas, al belga, y por segunda vez a la inglesa. Ahora alguien iba allí a despojarle del oro que creía tan seguro en aquel sitio como si nadie supiera su existencia.

Poco le importaba quienes fueran los ladrones. Seguro estaba de que no renunciarían a su oro sin combate. Por esta razón con un grito feroz y una orden a sus satélites, Achmet Zek picó espuelas a su caballo y se precipitó contra los abisinios. Detrás de él, blandiendo sus largas espingardas sobre la cabeza, vociferando y maldiciendo, cargó la abigarrada horda de sus bandoleros.

Los hombres de Abdul Mourak los recibieron con una descarga que dejó vacías muchas sillas; y al instante los forajidos cayeron sobre ellos, y las espadas, las pistolas y los fusiles realizaron su más terrible y sangrienta obra.

Achmet Zek que vió a Werper en la primera embestida, se abalanzó contra el belga, y éste, aterrado al contemplar el destino que merecía, volvió grupas a su caballo y se alejó a todo galope en su esfuerzo por escaparse. Después de dar voces a uno de sus lugartenientes para que se encargara del mando, ordenándole bajo pena de muerte que se desembarazara de todos los abisinios y llevara el oro al campamento. Achmet Zek partió por la llanura en persecución del belga, pues su perversa naturaleza no podía renunciar al placer de la venganza, aunque fuera a riesgo de sacrificar el tesoro.

Mientras perseguidor y perseguido corrían a todo galope hacia la distante selva, la batalla que dejaban tras ellos adquiría terribles carácteres de sangrienta ferocidad. No daban ni pedían cuartel ni los feroces abisinios ni los asesinos forajidos que componían la hueste de Achmet Zek.

Desde su escondite en los arbustos Tarzán observaba el sanguinario conflicto, viéndose rodeado de tal manera que no hallaba brecha por donde escapar para perseguir a Werper y al jefe árabe.

Los abisinios formaban un círculo que encerraba el escondite de Tarzán, y alrededor y en medio de ellos galopaban los aulladores jinetes, tan pronto alejándose como atacando de nuevo para repartir tajos y mandobles con sus curvos alfanjes.

Numéricamente los hombres de Achmet Zek eran superiores, y lentamente, pero sin descanso, los soldados de Menelik se veían exterminados. Para Tarzán era indiferente el resultado del combate. Lo observaba con un solo propósito, el de salir del anillo de enfurecidos combatientes para correr en persecución del belga y de su bolsa.

Cuando por primera vez descubrió a Werper en el sendero en que mató a Bara, pensó que los ojos le engañaban, pues tenía la seguridad de que Numa había destrozado y devorado al ladrón; pero después de seguir al destacamento durante dos días, con los perspicaces ojos siempre fijos en el belga, ya no dudaba de la identidad de éste, aunque le tenía perplejo pensar de quién sería el cadáver mutilado a quien había supuesto el hombre que buscaba.

Mientras seguía aún agazapado entre los arbustos que tan poco tiempo antes eran orgullo y delicia de la esposa a quien ya no recordaba, un árabe y un abisinio acercaron sus cabalgaduras muy cerca de él, y comenzaron a darse tajos con los alfanjes.

Paso a paso el árabe fué haciendo retroceder a su adversario, hasta que el caballo de este último llegó casi a pisar a Tarzán; y en aquel momento un terrible golpe abrió el cráneo del guerrero negro, cuyo cadáver se desplomó al suelo casi encima del Tarmangani.

Al caer el abisinio de su silla, la posibilidad de escaparse representada por el caballo sin jinete electrizó a Tarzán, estimulándolo a la acción inmediata. Antes que el animal pudiera disponerse a la fuga, un gigante desnudo estaba a su espalda, una mano fuerte empuñó las riendas, y el sorprendido árabe descubrió a un enemigo nuevo en la silla del que acababa de matar.

Pero aquel enemigo no blandía alfanje y llevaba a la espalda el venablo y el arco. El árabe, respuesto de su primera sorpresa, se abalanzó con el acero en alto para aniquilar al presuntuoso desconocido, y dirigió un terrible mandoble a la cabeza del gigante; pero el golpe se perdió en el aire, porque Tarzán se separó de su camino; y en seguida el árabe sintió que el caballo de su antagonista le rozaba la pierna, y un potente brazo lo agarraba a él por la cintura; y antes de cobrarse del susto se vió arrastrado de la si-

lla y formando el escudo de su adversario, y en esta forma el desnudo gigante se lo llevó a todo galope por entre las filas de sus compañeros.

Más allá de éstos, el árabe se sintió arrojado al suelo, y la última vez que vió a su extraño rival, Tarzán se alejaba galopando por la llanura hacia el lindero de la selva.

Otra hora duró todavía la batalla, que no cesó hasta que el último de los abisinios quedó muerto en el campo, o se alejó al galope en su fuga hacia el norte. Pero escapó un puñado de hombres, entre ellos Abdul Mourak.

Los victoriosos bandoleros se congregaron en torno del montón de lingotes de oro que los abisinios habían desenterrado, y allí esperaron el regreso de su jefe. Su entusiasmo por el triunfo se veía ligeramente moderado por el atisbo que habían tenido de la extraña aparición del guerrero blanco desnudo, que se alejaba al galope en el caballo de uno de sus enemigos, y llevándose a un compañero, el cual se hallaba ya entre ellos haciéndose lenguas de la sobrehumana fuerza del Tarmangani. A todos les era sobradamente conocido el nombre y la fama de Tarzán, y el hecho de que el gigante blanco fuese el feroz enemigo de los malhechores de la selva aumentaba el terror de los árabes, porque se les había asegurado que Tarzán había muerto.

Naturalmente supersticiosos, creían firmemente que lo que habían visto era el alma en pena de Tarzán; lanzaban temerosas miradas en torno esperando volver a ver el fantasma en el teatro del estrago que habían causado sobre su hogar, y hablaban en cuchicheos de qué clase de venganza tomaría de ellos el espíritu si volvía y los encontraba en posesión de su oro.

Cuanto más hablaban más aumentaban sus terrores. Y en tanto, escondido Tarzán entre las ramas vió una pequeña partida de guerreros negros desnudos que observaban todos los movimientos. Desde los ribazos de la otra margen los negros habían oído el ruido del combate, y deslizándose cautelosamente hasta el agua, vadearon la corriente y avanzaron por entre los juncos hasta situarse en posición en que pudieran ver todo lo que hacían los dos bandos.

Por espacio de media hora los bandoleros esperaron el regreso de Achmet Zek, en tanto que su temor a que volviese el alma de Tarzán minaba constantemente su lealtad y su temor al jefe. Finalmente uno de ellos manifestó los deseos de todos cuando anunció que se proponía alejarse hacia el Norte en busca de Achmet Zek. Al punto todos los demás forajidos saltaron sobre sus caballos.

—El oro estará seguro aquí, — dijo uno de ellos. — Hemos matado a los abisinios y no hay nadie más que pueda llevárselo. ¡Vamos en busca de Achmet Zek!

Y un momento más tarde, entre nua nube de polvo, los bandoleros emprendieron el galope por la llanura, y del escondite de los juncos del río salió sigilosamente una partida de guerreros negros, y se encaminó al lugar en que los lingotes de oro de Opar se hallaban amontonados.

Werper iba aún delante de Achmet Zak cuando llegó al bosque, pero el jefe árabe, mejor montado, le ganaba terreno por momentos. Con el valor temerario de la desesperación, el belga espoleaba a su caballo para hacerle tomar más velocidad aún entre los estrechos límites del tortuoso sendero de caza que el animal iba siguiendo.

Detrás de él oyó Werper la voz de Achmet Zek, que le daba gritos de que se detuviera. Pero el belga seguía hincando las espuelas en los ijares ensangrentados de su jadeante montura. A doscientas varas, en el interior del bosque, había una rama rota atravesada en el camino. Era un obstáculo insignificante que cualquier caballo habría salvado a su paso ordinario sin darse cuenta de su presencia; pero el de Werper estaba medio reventado, tenía las patas pesadas de cansancio y cuando la rama se le enredó entre las delanteras, tropezó, no pudo recobrar el equilibrio y cayó al suelo en medio del sendero.

Werper, que salió despedido por las orejas, rodó unos cuante pasos, y en seguida se puso en pie y apretó a correr hacia atrás. Cogiendo las riendas, tiró de ellas para levantar el caballo; pero éste no pudo o no quiso levantarse; y cuando el belga estaba maldiciéndole y dándole golpes, Achmet Zek se presentó a su vista.

Inmediatamente Werper cesó en sus esfuerzos con el moribundo animal, cogió el rifle, se dejó caer detrás del caballo y disparó contra el árabe que se aproximaba.

Su bala fué demasiado baja, y en lugar de acertar a Achmet Zek dió a su montura, derribándola a un centenar de varas de Werper, ya dispuesto a disparar un segundo tiro.

El árabe, que había caído con su cabalgadura, se hallaba en pie a horcajadas sobre ella, y al ver al posición estratégica del belga detrás de su derribado animal, sin pérdida de momento adoptó una postura similar tras el suyo.

Y allí se quedaron los dos, disparando y maldiciendo alternativamente, en tanto que, detrás de Achmet Zek, Tarzán se acercaba al borde de la espesura. Desde allí oyó los tiros de los duelistas, y se lanzó a los árboles, prefiriendo el más seguro y rápido camino de las ramas de la selva al incierto medio de locomoción que le procuraba el casi derrengado potro abisinio.

Manteniéndose a un lado del sendero, el Tarmangani llegó en breve a un punto donde, en relativa seguridad, podía contemplar a los combatientes. Primero el uno y después el otro se levantaban un tanto tras el parapeto constituído por sus caballos, disparaban sus armas, e inmediatamente se volvían a tender de boca, para cargar de nuevo y repetir el disparo unos momentos después.

Contaba Werper con muy pocos municiones, pues Abdul Mourak lo había armado a toda prisa acudiendo al cadáver de uno de los primeros abisinios caídos en la lucha por los lingotes; el exteniente se dijo que no tardaría en gastar su último tiro y quedaría a la merced del árabe; merced que le constaba muy bien cuál sería.

Afrontando al propio tiempo la muerte y el despojo de su tesoro, el belga buscaba mentalmente algún modo de librarse de ambas cosas y el único que se le ocurrió como remota posibilidad de triunfo estribaba en la probabilidad de sobornar a Achmet Zek.

Werper había disparado todos sus cartuchos menos uno, cuando durante una tregua momentánea del duelo, llamó en voz recia a su adversario.

—¡Achmet Zek! —gritó. — Sólo Alá sabe cuál de los dos hemos de dejar nuestros huesos para que se pudran en este sendero si proseguimos nuestro insensato combate. Tú codicias el contenido de la bolsa que llevo en la cintura, y yo tengo más apego a mi vida y a mi libertad que a las piedras preciosas. Vamos, pues, cada cual a tomar lo que deseamos, y separémonos en paz para seguir nuestro camino. Yo pondré la bolsa sobre el cadáver de mi caballo, donde tú la veas, y tú, a tu vez, dejarás tu fusil encima del tuyo, con la culata hacia mí. Yo me alejaré, cediéndote la bolsa, y tu medejarás partir en paz. Yo no quiero más que mi vida y mi libertad.

El árabe estuvo meditando un momento, y luego habló. Su respuesta estaba influída por el hecho de haber disparado su última bala.

—Vete pues — refunfuñó, — dejando la bolsa bien a mi vista Mira, yo pongo así mi fusil, con la culata hacia tí. Vete.

Werper se quitó la bolsa de la cintura, y lentamente y con verdadero dolor tentó por última vez el duro contorno de su contenido. ¡Ah! ¡Si pudiera sacar aunque no fuera más que un puñado de las piedras preciosas! Pero Achmet Zek se hallaba ya en pie, y sus ojos de águila veían de lleno al belga y todas sus acciones.

Con el mayor pesar dejó Werper la bolsa, sin tocar su contenido, sobre el cadáver de su caballo; se levantó, y llevándose consigo su rifle, se retiró lentamente sendero abajo hasta que un recodo lo ocultó a la vista del vigilante bandolero.

Aun entonces no se adelantó Achmet Zek, temeroso de alguna traición como lo que él mismo habría sido capaz de meditar en igualdad de circunstancias, y no carecían de fundamento sus sospechas, porque el belga, no bien estuvo fuera de la vista del árabe, se detuvo tras el tronco de un árbol, donde podía observar sin que nada le estorbara el caballo y la bolsa; y levantando el rifle apuntó hacia el lugar por donde había de aparecer su adversario cuando se adelantara a apoderarse del tesoro.

Pero Achmet Zek no era tan necio que se confiara al deslustrado honor de un ladrón y un asesino. Llevándose su larga espingarda, dejó el sendero, entro en la enmarañada vegetación que lo orillaba, y arrastrándose lentamente a gatas comenzó a avanzar en dirección paralela al camino, pero ni un solo instante estuvo su cuerpo expuesto al rifle del oculto exteniente.

Así adelantó Achmet Zek hasta llegar frente al caballo de su enemigo. La bolsa estaba allí a la vista, y a poca distancia, en el sendero, esperaba Werper impaciente y nervioso, preguntándose cómo no se habría presentado ya el árabe a apoderarse de las gemas.

De pronto vió que el cañón de un arma aparecía misteriosamente a pocas pulgadas del caballo muerto, y antes de darse cuenta de la astuta triquiñuela del árabe, la punta del cañón pasó diestramente por la lazada de cuero de la bolsa, y ésta desapareció rápidamente en el denso follaje que orillaba el sendero.

Ni un instante había expuesto el forajido una porción de su cuerpo, y Werper no se atrevía a disparar el cartucho que le quedaba, como no tuviera en su favor todas las probabilidades de hacer buena puntería.

Riendo para sus adentros, Achmet Zek se retiró unos cuantos pasos más por la espesura, porque estaba tan seguro de que Werper esperaba allí cerca una coyuntura favorable para matarlo, como si sus ojos, perforando la vegetación y los árboles, viesen la figura del escondido belga, que tenía el rifle encarado tras el tronco de un gigante de la selva. Werper no se atrevía a avanzar, y la codicia no le permitía tampoco alejarse; de suerte que permanecía allí, apercibido el rifle y los ojos clavados en la senda con la intensidad de un felino.

Mas había otro personaje que había visto y conocido la bolsa y que había avanzado con Achmet Zek, por cima de éste, tan silencioso e infalible como la misma muerte; y cuando el árabe, al encontrar un sitio menos poblado de malezas que cuantos atravesó hasta entonces, se preparó a solazar su vista con la contemplación del contenido de la bolsa. Tarzán de detuvo inmediatamente encima de él, movido por el mismo intento.

Humedeciéndose los delgados labios con la lengua, Achmet Zek, aflojó los cordones que cerraban la bolsa, y poniendo en forma de copa una mano que parecía una garra, volcó parte del contenido en el husco de la palma

No echó más que una mirada a las piedras. Se estrecharon sus ojos, brotó una maldición de sus labios, y lanzó los menudos objetos al suelo, con ademán desdeñoso. Prontamente vació lo restante de la bolsa hasta mirar todas sus piedras, y al dejarlas caer y patearlas llegó su rabia a tal punto que los músculos de su semblante se contrajeron en demoníaca expresión, y se crisparon sus dedos hasta clavarse las uñas en la carne.

Encima de él, Tarzán estaba en el colmo de su asombro. Tenía curiosidad por descubrir a qué venía toda aquella trapatiesta por sus piedras Quería saber qué haría el árabe una vez que el otro se había alejado, dejando tras sí la bolsa, y una vez satisfecha su curiosidad, pensaba caer súbitamente sobre Achmet y quitarle sus lindos guijarros, porque ¿no le pertenecían éstos?

Vió que el árabe tiraba la bolsa vacía, y cogiendo el fusil por el cañón, a manera de maza, se deslizaba furtivamente junto al camino por donde se alejó Werper.

Cuando el bandolero desapareció de su vista, Tarzán se descolgó al suelo y comenzó a reunir el desparramado contenido de la bolsa; y en el momento en que por pri-

mera vez vió de cerca las esparcidas piedrecillas, comprendió la rabia del árabe, porque en vez de las relucientes y centelleantes gemas que primero habían llamado y retenido la atención del Tarmangani, la bolsa no contenía más que una colección de guijas de río.

CAPITULO XIX

JANE CLAYTON Y LAS FIERAS DE LA SELVA

Mugambi, después de su afortunada tentativa de libertarse, había pasado días muy difíciles. Su camino le llevaba por una comarca que no le era familiar, región enmarañada en que no encontraba agua y apenas hallaba alimento; de suerte que al cabo de varios días de vagar por la selva, se vió con las fuerzas tan menoscabadas que casi no le era posible arrastrarse.

Con crecientes deficultades encontró el vigor necesario para construir un refugio nocturno, donde pudiera tener la seguridad relativa de que no le acometerían los grandes carnívoros; y de día agotaba aún más sus fuerzas excavando raíces comestibles de la tierra y buscando agua.

Unos cuantos charcos de líquido estancado, separados por grandes distancias, le salvaron de morir de sed, pero era lastimoso su estado, cuando al fin llegó a un ancho río, en una región donde los frutos abundaban, lo mismo que la caza menor, que podía coger gracias a una combinación de astucia y cautela, y a una tosca porra hecha por él mismo con una rama de árbol.

Comprendiendo que le quedaba todavía un viaje muy largo antes de poder llegar a los aledaños del país de los Waziris. Mugambi decidió prudentemente permanecer donde estaba hasta haber recobrado las fuerzas y la salud. Los pocos días de descanso obrarían maravillas; de esto estaba seguro. Y no quería poner en peligro sus probabilidades de volver sano y salvo lanzándose a un regreso impremeditado en el estado de debilidad en que se hallaba

Y así fué que se construyó una "boma" de espinos bastante sólida, y dentro de ella un refugio cubierto de hierba, donde podía dormir seguro por las noches, y de donde salía al romper el alba para cazar carne, único manjar que podía devolver el vigor normal a sus gigantescos músculos.

Un día, mientras cazaba, unos ojos salvajes lo descubrieron desde el refugio de un árbol frondosísimo bajo el cual pasaba el guerrero negro. Eran unos ojos sanguinolentos y perversos, muy juntos en un semblante feroz y peludo. Observaron a Mugambi cuando mataba a un pequeño roedor, y lo siguieron al volver a su choza. El propietario de aquellos ojos se movía en silencio por entre los árboles siguiendo el rastro del negro.

El ser de los ojos era Clulk, que contemplaba al confiado indígena con más curiosidad que odio. El haber llevado el albornoz árabe que le puso Tarzán había despertado en la mente del mono el deseo de imitar a los Tarmanganis y eso que el albornoz impedía de tal suerte sus movimientos, y le resultaba tan molesto, que la fiera lo había arrojado de sí hacia mucho tiempo.

Pero ahora viendo a un Gomangani ataviado con prendas menos incómodas; un sencillo taparrabo, unos cuantos adornos de latón y un tocado de plumas en la cabeza. Todo esto estaba más de acuerdo con los deseos de Chulk que un traje flotante, que constantemente se le metía entre las piernas y se quedaba prendido en todas las ramas de su frondoso camino.

Chluk contempló la bolsa que, suspendida del hombro de Mugambi, pendía junto a su negra cadera. Aquel chisme le entró por el ojo, porque estaba adornado con plumas y fleco; y esta fué la razón de que el mono se mantuviera en torno de la "boma" del negro, esperando una oportunidad de apoderarse por la astucia o por la fuerza, de cualquier objeto del atavío del indígena

Y no tardó mucho en presentarse la coyuntura. Sintiéndose seguro en su espinoso recinto, Mugambi solía tenderse cuan largo era a la sombra de su refugio durante el calor del día, y dormir con sosegada tranquilidad hasta que el sol poniente suavizaba la enervadora temperatura del mediodía.

Observándole desde arriba, Chluk vió tendido de tal suerte al guerrero negro en una bochornosa tarde, durante la inconsciencia de su sueño. Pasando por una rama prominente, el mono se dejó caer al suelo dentro de la "boma", acercóse al dormido sin hacer el menos ruido con las patas, y con misteriosa habilidad que no movía ni una hoja ni una brizna de hierba.

Deteniéndose junto al indígena, el mono se inclinó sobre él y examinó los objetos de su pertenencia. Aun siendo grande la fuerza de Chulk, en el fondo de su diminuto cerebro había algo que le impedía despertar al negro para combatir con él; una sensación inherente a todos los seres de orden inferior, un extraño temor al hombre, que domina a veces hasta a los más poderosos animales de la selva.

Sería imposible quitarle a Mugambi el taparrabos sin despertarlo, y lo único que se podía llevar fácilmente era la porra y la bolsa, que se había caido del hombro del guerrero negro cuando éste dió una vuelta en sueños.

Agarrando aquellos dos objetos, que siempre eran algo más que nada, Chulk se retiró a toda prisa y con mil muestras de terror nervioso, hasta el seguro árbol de que se había descolgado; y acosado aún por el indefinible miedo que en su pecho despertaba la proximidad del hombre, echó a huir precipitadamente por la selva. Excitado por una agresión, o sostenido por la presencia de otro individuo de su raza, Chulk habría afrontado la presencia de veinte seres humanos, pero solo y sin que lo irritaran la cosa era muy distinta.

Una vez que despertó Mugambi, pasó algún tiempo antes de echar de menos la bolsa. Instantáneamente fué todo excitación. ¿Qué podía haberse hecho? Estaba seguro de que la tenía al lado al tumbarse a dor-

mir, pues recordaba muy bien que la había apartado de debajo de su cuerpo, porque le incomodaba su bulto al apretarle las costillas. Sí, sí, la tenía al echarse a dormir. ¿Cómo, pues, había desaparecido?

A la salvaje imaginación de Mugambi acudieron en tropel visiones macabras de amigos y enemigos difuntos, porque, en la primera excitación que siguió al descubrimiento de su pérdida, sólo a las maquinaciones de ellos podía atribuír la desaparición de la bolsa y de la porra; pero un examen más detenido como el que permitía su conocimiento de la selva, le reveló indiscutibles indicios de una explicación más material que la aceptada en el primer momento por su excitada fantasía y sus supersticiones.

En la pateada hierba que lo rodeaba se veía la borrosa huella de unos pies grandes, como de hombre. Mugambi enarcó las cejas cuando se apareció la verdad a su mente. Saltó de la "boma", y buscó por todas partes en torno de ella cualquier otro signo de la huella reveladora. Trepó a los árboles para ver si daba con la dirección en que el ladrón había huído; pero las débiles señales que deja un mono cauteloso cuando se aleja por los árboles chasqueaban los conocimientos silvestres de Mugambi. Tarzán las habría podido seguir, pero ningún mortal ordinario era capaz de percibirlas, ni de interpretarlas aunque las percibiera.

Mugambi en sus correrías vió a un mono, al que le arrojó una jabalina sin dar en el blanco.

El negro, fortalecido ya y descansado por aquellos días de reposo, se sentía con ánimos para partir en busca de los waziris; por lo cual, buscando otra rama para hacerse una porra, volvió la espalda al río y se enfrascó en los laberintos de la selva.

Mientras Taglat luchaba con las ligaduras que sujetaban las muñecas y tobillos de su cautiva, el gran león que los contemplaba a ambos desde un grupo de arbustos cercanos, se aproximó más a su proyectada presa.

El mono, vuelto de espaldas al felino, no vió a la gran cabeza, rodeada por la enorme melena, que asomaba por la pared de follaje. No podía saber que las poderosas patas traseras se doblaban bajo la tripa de Numa como preparación de un salto repentino, y su primer aviso del inminente peligro fué el rugir atronador y triunfante que el león no pudo reprimir más tiempo al lanzarse al ataque.

Sin detenerse apenas a echar una mirada atrás, Taglat abandonó a la desmayada mujer y huyó en dirección opuesta a la del terrible son que por modo tan inesperado y aterrador llegó a sus sobresaltados oídos; pero el aviso venía demasiado tarde para salvarlo, y el león, en su segundo brinco, cayó de lleno sobre los anchos hombros del mono.

Al sentir el peso de la enorme fiera, despertaron en Taglat toda la astucia, toda la ferocidad, todo el vigor físico que obedecen a la más poderosa de las leyes fundamentales de la naturaleza, la de la propia defensa; por lo que, volviéndose panza arriba, se agarró con el carnívoro en una lucha de muerte, tan intrépida y encarnizada, que por un momento hasta el mismo Numa, con todo su poder, llegó a temblar por su resultado.

Cogiendo al león por la melena, Taglat enterró los amarillos dientes en la garganta del monstruo, gritando formidablemente al través de su mordaza de sangre y de pelo. Mezclados con la voz del mono, los rugidos de rabia y de dolor del gran felino repercutieron en la selva, hasta tal punto que los animales más pequeños, sobresaltados en mitad de sus pacíficas acciones, se escabulleron ...

Dando vueltas y más vueltas por el césped, los dos animales luchaban con diabólico furor, hasta que el colosal felino, doblando bien las patas traseras, hincó las garras profundamente en el pecho de Taglat; entonces, tirando hacia abajo con todo su poder, Numa realizó su designio, y el mono, con los intestinos fuera, soltó su presa en la última lucha espasmódica, e inerte y ensangrentado quedó debajo de su titánico enemigo.

Numa se levantó y miró rápidamente en todas direcciones, como tratando de descubrir la posible presencia de otros adversarios; pero sus miradas no encontraron más que el inmóvil y desmayado cuerpo de Jane Clayton, que yacía a pocos pasos de él. Con un gruñido de cólera el felino plantó una pata delantera sobre el cuerpo de su víctima, y alzando la cabeza profirió su salvaje grito de victoria.

Un momento más permaneció con los feroces ojos recorriendo todo el calvero. Por fin los clavó por segunda vez en la joven, y de su garganta se escapó un rugido sordo. Abrió las mandíbulas y su baba chorreó y cayó sobre la muerta cara de Taglat.

Como dos augures de color amarillo verdoso, muy abiertos y sin pestañear, los terribles ojos continuaban fijos en Jane Clayton. El erguido y majestuoso cuerpo del gran felino se encogió de pronto siniestramente, mientras, despacio y con toda cautela, como si pisara ascuas, el diabólico señor del desierto se deslizó hacia la joven.

Un hado benéfico mantuvo a Jane en dichosa inconsciencia de la terrible forma que furtivamente se acercaba a ella. Ni siquiera se dió cuanta de que la fiera se detenía a su lado, ni sintió los olfateos del león, que recorría todo su cuerpo con el hocico. No sintió en la cara el calor del fétido aliento, ni el chorreo de la saliva de las espantosas fauces medio abiertas encima de ella.

Finalmente Numa levantó una pata delantera, volvió el cuerpo de la dama, y se quedó contemplándola como si aun no pudiera decidir si la vida la había abandonado. Algún ruido u olor de la selva cercana distrajo su atención un momento. Sus ojos no volvieron a posarse en Jane Clayton y de pronto se apartó de ella, se acercó a los restos de Taglat, y agachado sobre su víctima, de espalda a la joven, se puso a devorar al mono.

A la contemplación de esta escena abrió Jane Clayton los ojos por primera vez. Acostumbrada al peligro, conservó el dominio de sí misma frente a la estremecedora sorpresa que tuvo al recobrar el sentido. Pero no dió un grito ni movió un músculo, hasta que hu-

bo contemplado en todos sus detalles el cuadro que tenía delante.

Vió que el león había matado al mono, y que estaba devorando su presa a menos de cincuenta pasos de donde ella se hallaba. Pero ¿qué podía hacer? Tenía atados los pies y las manos. Era menester esperar, con toda la paciencia posible, a que Numa hubiera devorado y digerido al mono, pues entonces, sin duda, alguna, hubiera proseguido su banquete con ella, a no ser que entretanto la descubrieran las terribles hienas, o cualquier otro de los carnívoros merodeadores de la selva.

Y mientras estaba atormentada por estos horribles pensamientos, se dió súbita cuenta de que las ligaduras de muñecas y tobillos ya no le hacían daño, y en seguida de que tenía las manos separadas, una a cada lado del cuerpo, en lugar de tenerlas las dos juntas a la espalda.

Admirada movió una mano. ¿Qué milagro se había realizado? ¡No estaba atada! Cautelosamente y sin hacer ruido, movió las piernas, y descubrió que se hallaba libre. No podía comprender cómo había sucedido aquello, pues no se le ocurría pensar que Taglat, que roía las ligaduras con propósitos siniestros, las había cortado un momento antes que Numa lo asustara haciéndole soltar su presa.

Jane Clayton se sintió un instante anonadada de júbilo, porque, ¿de qué iba a servir su recién recobrada libertad ante la espantosa fiera agachada a tan poco trecho? Si hubiera tenido aquella suerte en distintas circunstancias, ¡cuán dichosamente se habría aprovechado de ella! Pero ahora el escaparse era prácticamente imposible.

El árbol más próximo estaba a cien pies de distancia, y el león a menos de cincuenta. Levantarse con el intento de llegar a aquellas ramas no significaría más que exponerse a una muerte inmediata, porque Numa estaría indudablemente tan encariñado con su futuro festín que no dejaría que se le escapara fácilmente. Y sin embargo, aún había otra probabilidad, que dependía enteramente del desconocido temperamento de la fiera.

Con la panza llena en parte, acaso Numa observara con indiferencia la partida de ella; pero, ¿podía correr el albur de una probabilidad tan remota? Lo dudaba. Por otro lado, no tenía la menor intención de perder por completo aquella escasísima esperanza de salvación, sin aprovecharse de ella, o por lo menos de intentarlo.

Contempló Jane atentamente al león. Este no podía verla sin volver la cabeza casi en semicírculo. Intentaría una astucia. Silenciosamente comenzó a rodar en dirección al árbol más próximo, alejándose de Numa; y volvió a quedar en la misma postura en que el felino la había dejado, pero a unos pasos más de distancia de la fiera.

Allí se quedó sin aliento, observando a Numa; pero éste no dió la menor muestra de haber oído nada que despertara sus recelos. De nuevo rodó Jane unas vueltas, ganando unos cuantos pasos más, y otra vez se quedó quieta contemplando la espalda del rey de los animales.

Durante un rato, que a sus nervios en tensión le pareció horas enteras, Jane Clayton continuó con la misma táctica, mientras el león seguía devorando sin darse cuenta al parecer de que se le escapaba su presa. Ya estaba a unos cuantos pasos del árbol solamente; un momento más y se vería lo bastante cerca para arriesgarse a ponerse en pie, prescindiendo de toda cautela, y dar una súbita y audaz carrera en busca de la libertad. Ya estaba a la mitad de una vuelta, con la cara apartada del león, cuando éste movió súbitamente la desaforada cabeza y clavó los ojos en ella. La vió rodar de costado, alejándose de él; y en aquel momento los ojos de Jane volvieron a mirarle, y su frente se cubrió de sudor frio, que brotaba de todos sus poros, al comprender que, cuando estaba ya casi asida a la vida, la muerte la volvía a reclamar por suya.

Largo rato permanecieron quietos la joven y el gran felino. Este siguió inmóvil, pero con la cabeza vuelta y los centelleantes ojos fijos en su rígida víctima, que se hallaba ya a cincuenta varas de distancia de él. La dama no separaba tampoco la vista de aquellas crueles órbitas, pues no se atrevía a mover un solo músculo.

La tensión de sus nervios iba siendo tan insoportable, que apenas podía contener el creciente afán de gritar, cuando Numa reanudó despacio el negocio de la comida; pero sus orejas echadas hacia atrás, atestiguaban que mantenía una atención siniestra sobre las acciones de la joven que tenía a la espalda.

Comprendiendo que no podía dar otra vuelta sin llamar la atención inmediata y acaso fatal de la fiera, Jane Clayton se decidió a arriesgarlo todo ne una tentativa suprema para llegar al árbol y trepar a sus ramas inferiores.

Preparándose en silencio para el esfuerzo, súbitamente se puso en pie; pero casi al propio tiempo se levantó el león, dió media vuelta, y con las quijadas abiertas y profiriendo terribles rugidos, se lanzó contra ella con furioso ímpetu.

Los que han pasado toda la vida cazando los animales mayores de Africa os dirán que apenas hay ser en el mundo que alcance la velocidad de un león que ataca. En la breve distancia que el gran felino puede mantenerla, no se parece a nada más exactamente que al avance de una locomotora gigantesca a toda máquina; y así, aunque la distancia que Jane Clayton tenía que salvar era muy pequeña, la terrible rápidez del león hacía poco menos que despreciables sus esperanzas de salvarse.

No obstante, el miedo puede obrar maravillas, y aunque el salto del león hacia arriba, en el momento de acercarse al árbol por el cual se encaramaba Jane Clayton, puso las garras del felino en contacto con las botas de la mujer, ésta se escapó de su formidable acometida, y cuando Numa chocó contra el

tronco de su refugio, lady Greystoke logró llegar al seguro de unas ramas, lejos del alcance de la fiera.

Un rato estuvo el león dando paseos, entre rugidos y gemidos, debajo del árbol en que Jane Clayton se agazapaba, jadeante y temblorosa. Hallábase dominada por la reacción nerviosa de la terrible prueba que acababa de pasar, y en su estado de agotamiento le parecía que no se atrevería ya nunca a bajar al suelo, entre los espantosos peligros que infestaban la gran extensión de selva que seguramente debía mediar entre aquel paraje y la aldea más próxima de sus fieles waziris.

Era casi anochecido cuando finalmente el león se alejó del calvero; y aunque su puesto junto a los restos del mono no hubiera sido inmediatamente usurpado por una jauría de hienas, Jane Clayton no se hubiera aventurado a dejar su refugio cuando la noche iba a cerrar de un momento a otro. De suerte que se acomodó lo mejor que pudo para la larga y tediosa espera, hasta que la luz del día le ofreciese algún medio de escapar del temible paraje en que había presenciado tan espeluznantes aventuras.

La cansada naturaleza acabó por vencer hasta sus temores, y Jane Clayton cayó en profundo sueño, hecha un ovillo en postura relativamente segura aunque bastante incómoda, contra el tronco del árbol, y sostenida por dos gajos que sobresalían casi horizontalmente a pocas pulgadas de distancia uno de otro.

Ya estaba el sol alto en el firmamento cuando por fin se despertó, y no vió debajo de sí ni al león ni a las hienas. Sólo los mondados huesos del mono, esparcidos por el suelo, atestiguaban lo que había ocurrido unas horas antes en aquel lugar, en apariencia tan sosegado.

El hambre y la sed asaltaron a porfía a Jane Clayton; y comprendiendo que tenía que bajar del árbol o morir de inanición, por fin la dama hizo acopio de valor para la prueba de continuar su viaje por la selva.

Al bajar del árbol partió en dirección al Sur, hacia el punto en que creía situadas las llanuras de los waziris; y aunque sabía que sólo ruinas y desolación encontraría en el lugar en que se alzó su dichosa morada, esperaba que llegando al inmenso llano podría acaso dar con una de las muchas aldeas waziris desperdigadas por la comarca circundante, o acaso toparse con una partida de aquellos infatigables cazadores.

Iba transcurrida la mitad del día, cuando en los sobresaltados oídos de Jane repercutió inesperadamente la detonación de un rifle, a poca distancia por delante de ella. Al detenerse a escuchar, oyó que el primer disparo, iba seguido de otro, de otro y de otro más. ¿Qué podía significar aquello? La primera explicación que se ocurrió a su mente atribuyó los tiros a un encuentro entre árabes merodeadores y una partida de waziris; pero no sabiendo de qué lado quedaría la victoria, ni si tenía delante amigos o enemigos, no se atrevió a avanzar más, por no correr el riesgo de revelar su presencia a uno de los últimos.

Después de escuchar unos minutos se convenció de que no había más que dos o tres rifles en aquel duelo, ya que no llegaba a sus oídos nada que se pareciese a una descarga cerrada; hasta que al fin, resuelta a no correr riesgos, trepó al escondite que le deparaban las ramas de un árbol al lado de un sendero que iba siguiendo, y allí esperó llena de susto lo que pudiera ocurrir.

Cuando los disparos empezaron a ser menos frecuentes, sintió Jane voces de hombre, aunque no pudo percibir palabras. Por fin cesaron las detonaciones, y oyó dos personas que se hablaban en voz fuerte. Hubo después un largo silencio, interrumpido al fin por cautelosas pisadas en el sendero, delante de ella, y un momento más tarde apareció a su vista un hombre que retrocedía de espaldas, con el rifle preparado en la mano, y los ojos dirigidos atentamente hacia el camino que traía.

Casi al instante conoció Jane Clayton que aquel hombre era monsieur Frecoult, el que tan recientemente había sido huésped de su casa. Se disponía ya a llamarle con alborozada satisfacción, cuando le vió dar un vivo salto a un lado y esconderse en la espesa verdura junto a la senda. Como era evidente que lo perseguía un enemigo, Jane Clayton guardó silencio, para no distraer la atención de Frecoult y no guiar al otro a su escondite.

Apenas se había ocultado Frecoult cuando la figura de un árabe vestido de blanco llegó silenciosamente por el camino en persecución del europeo. Desde su refugio Jane Clayton veía claramente a los dos hombres. En el árabe conoció a Achmet Zek, el jefe de la partida de bandidos que había saqueado su hogar, haciéndola prisionera; y cuando vió que Frecoult, el supuesto amigo y aliado se encaraba el rifle y apuntaba cuidadosamente al árabe, el corazón de lady Greystoke cesó de latir, y con todas las potencias de su alma musitó una ferviente oración por el buen tino de su puntería.

Achmet Zek se detuvo en medio del sendero, escrutando todos los arbustos y árboles que abarcaba con la vista. Su elevada figura ofrecía un blanco excelente al pérfido asesino. Sintióse una detonación, y una bocanada de humo surgió del arbusto que escondía al belga, en el mismo instante en que Achmet Zek se inclinaba hacia adelante y caía de boca al suelo.

Y cuando Werper penetró de nuevo en la senda, le sobresaltó oír encima de él un grito de alegría; y al volverse para descubrir al autor de aquella interrupción inesperada, vió a Jane Clayton que se descolgaba ligeramente de un árbol próximo, y corría extendiendo las manos para felicitarle por su victoria.

CAPITULO XX

NUEVA PRISION DE JANE

Aunque la veía con los vestidos desgarrados y en desorden el pelo, Albert Werper se dijo que no había contemplado jamás una imagen de belleza tan peregrina como la que ofrecía lady Greystoke, en el júbilo y consuelo que experimentaba al dar tan de pronto con un amigo y salvador cuando tan remota parecía toda esperanza.

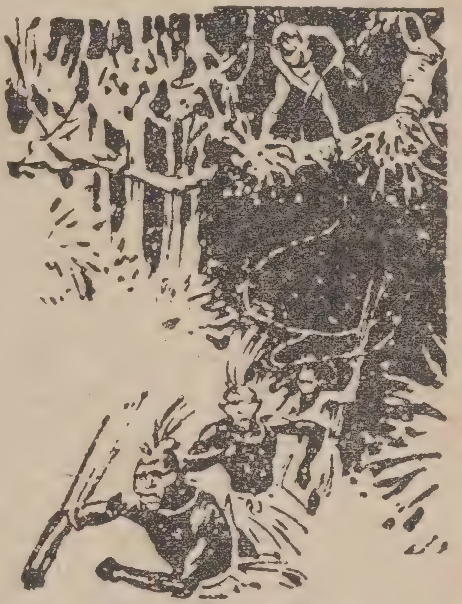
Si el belga abrigaba alguna duda en cuanto a que la dama estuviese enterada de su participación en el pérfido ataque contra su casa y ella misma, pronto la disipó la sincera amistad del saludo de Jane. Esta le refirió brevemente cuanto le había ocurrido desde que monsieur Frecoult partió de su hogar, y cuando le habló de la muerte de su marido, se le arrasaron los ojos en lágrimas que no pudo reprimir.

—Me da usted un verdadero pesar — dijo Werper con acento de compasión muy bien fingido, — pero no me sorprende. Ese demonio que ahí yace — señalando el cadáver de Achmet Zek — tenía aterrorizado a todo el país. Los waziris de ustedes o han quedado exterminados, o se han visto expulsados fuera de sus tierras muy hacia el Sud. Los hombres de Achmet Zek ocupan la llanura donde estuvo la casa de ustedes, y en esa dirección no podemos encontrar refugio ni fugarnos. Nuestra única esperanza estriba en dirigirnos hacia el Norte lo más rápidamente que nos sea posible, para llegar al campamento de los bandoleros antes que reciban la noticia de la muerte de Achmet Zek, y obtener, por cualquier ardid, una escolta que nos acompañe hacia el Norte. Creo fácil conseguirlo, porque fuí huésped del forajido antes de conocer su verdadera carácter, y los de su campamento no están enterados de que me volví contra él al darme cuenta de su villanía. ¡Venga usted! Viajaremos lo más de prisa que podamos para llegar al campamento antes que los acompañantes de Achmet Zek en su última correría hayan encontrado su cadáver y lleven la nueva de su muerte a los canallas que quedaron allí. Es nuestra única esperanza, lady Greystoke, y para que consigamos lo que nos proponemos, debe usted depositar en mí, toda su fe y toda su confianza. Espéreme aquí un momento, mientras voy a recoger del cuerpo del árabe la cartera que me robó.

Dicho esto Werper se acercó rápidamente al cadáver del forajido, y, arrodillado, buscó con presta mano la bolsa de las gemas. Con gran consternación observó que no había rastro de ella en la ropa de Achmet Zek. Levantóse y recorrió unos pasos el sendero, buscando alguna huella de la bolsa desaparecida o de su contenido; pero no encontró nada, y eso que estuvo registrando cuidadosamente el terreno alrededor de su caballo muerto y hasta se metió unos cuantos pasos en la selva por cada lado. Perplejo, desilusionado y lleno de ira, volvió por fin junto a lady Greystoke.

—La cartera ha desaparecido — le explicó lacónicamente, — y no me atrevo a detenerme más en busca de ella. Hemos de llegar al campamento antes que regresen los bandoleros.

Sin sospechar el verdadero carácter de aquel hombre, Jane Clayton no vió nada de particular en sus planes, ni en la sospechosa explicación de su antigua amistad con el bandolero; se asió, pues, en seguida a la aparente esperanza de salvación que el supuesto francés le ofrecía, y partió con Albert Werper hacia el campamento hostil en que tan recientemente la habían tenido cautiva.



Una pequeña partida de guerreros negros.

Estaba ya avanzada la tarde del segundo día cuando llegaron a su destino; y al detenerse al borde del calvero, ante las puertas de la amurallada aldea, Werper previno a la dama que accediese a todo cuanto él pudiera sugerir en su conversación con los forajidos.

—Yo les diré — explicó, — que la capturé a usted después de escaparse del campamento; que la llevo al lado de Achmet Zek, y que, como él estaba sosteniendo un empeñado combate con los waziris, me dió órdenes de que la trajera a usted aquí para que me dieran una guardia suficiente, y que luego me la llevara a usted al Norte lo más rápidamente posible, para venderla en las más ventajosas condiciones a cierto tratante de esclavos cuyo nombre me ha dicho.

De nuevo quedó engañada la señora por la aparente franqueza del belga. Hacíase cargo de que las situaciones desesperadas requieren remedios heroicos, y aunque por dentro temblaba ante la idea de volver a entrar en aquella terrible guarida de los forajidos, no vió camino mejor que el sugerido por su compañero.

Llamando en voz alta a los que vigilaban las puertas, Werper agarró a Jane Clayton por un brazo y atravesó el calvero con toda osadía. Los que le abrieron dejaron ver a las claras en sus facciones, la sorpresa que sentían. Pero el hecho de que el desacreditado y perseguido lugarteniente volviera con semejante intrepidez por su propia voluntad, pareció desarmarlos con tanta eficacia como había engañado a lady Greystoke su actitud con ella.

Los centinelas de la puerta devolvieron el saludo de Werper, y contemplaron con asombro a la prisionera, a quien hizo entrar consigo en el pueblo.

Inmediatamente el belga buscó al árabe que había quedado al frente del campamento durante la ausencia de Achmet Zek, y de nuevo la osadía de Werper desarmó sus sospechas, y le hizo aceptar la fingida explicación que de su regreso daba. El hecho de que trajera a la cautiva que se había escapado de allí, vino a añadir fuerza a sus alegaciones, y Mohammed Beyd estuvo en breve fraternizando, de muy buen humor, con el mismo hombre a quien sin remordimientos habría matado si media hora antes lo hubiera descubierto solo en la selva.

Jane Clayton fué otra vez conducida a la misma choza que le sirvió de cárcel anteriormente; pero comprendiendo que aquello no era más que una parte del engaño de que ella y Frecoult hacían víctimas a los bandidos, entró en su fementida y mugrienta prisión con una sensación completamente distinta de la que experimentó anteriormente, cuando la esperanza parecía tan lejana.

Una vez más la ataron, y pusieron centinelas ante la puerta de su cárcel; mas antes de dejarla, Werper cuchicheó unas palabras de ánimo en sus oídos. Luego salió el belga de la choza y se encaminó a la tienda de Mohammed Beyd. Preguntábase cuánto tiempo tardarían los bandidos que partieron en la expedición de Achmet Zek en volver al campamento con el asesinado cuerpo de su jefe; y cuanto más pensaba en el asunto, más grande eran sus temores de que fracasara su plan por falta de cómplices.

Y además, aunque consiguiera largarse del campamento sano y salvo antes que regresaran los otros con el verdadero relato de su culpa, ¿de qué le serviría esta ventaja, como no fuera para prolongar por unos cuantos días su tortura moral y su existencia? Aquellos endurecidos jinetes, tan familiarizados con todos los senderos y senderillos de la selva, no dejarían de alcanzarle mucho antes de que pudiera ganar la costa.

Mientras pasaban por su mente estos pensamientos, entró el belga en la tienda en que Mohammed Beyd, con las piernas cruzadas sobre una alfombra, fumaba una pipa. El árabe levantó la vista cuando el europeo llegó a su presencia.

—¡Salud, hermano! — dijo Mohammed Beyd.

Ambos estuvieron un rato sin hablar más palabra. Fué el árabe el primero que rompió el silencio.

—¿Y mi amo, Achmet Zek, estaba bueno cuando lo dejaste? — preguntó.

—Nunca estuvo más seguro de los pecados y peligros de los mortales — replicó el belga.

—Bien, — dijo Mohammed Bey lanzando una bocanada de humo azulado.

Reinó nuevo silencio durante varios minutos.

—¿Y si hubiera muerto? — preguntó el belga, determinado a [illegible] hacia la verdad, con el intento de sobornar a Mohammed Beyd para que le prestara sus servicios.

Los ojos del árabe se contrajeron cuando avanzó el cuerpo, clavando la mirada de hito en hito en los los del exteniente.

—He pensado mucho, Werper, — le dijo — desde que tan inesperadamente has vuelto al campamento del hombre a quien engañaste, y que salió en tu busca decidido a quitarte de enmedio. He estado muchos años al lado de Achmet Zek, y ni su misma madre lo conocería mejor que yo. Es hombre que no perdona nunca, y menos aún se confía al que una vez le ha traicionado. Eso me consta positivamente. He pensado mucho, como te digo, y el resultado de mis meditaciones me ha asegura que Achmet Zek ha muerto, pues de lo contrario tú no te habrías atrevido a volver a su campamento, a no ser que fueras más valiente o más necio de lo que yo imagino. Y por si no bastara esta evidencia de mi juicio, acabo de recibir de tus propios labios la confirmación de mis sospechas, porque, ¿no me has dicho ahora que Achmet Zek no ha estado nunca más seguro de los pecados y peligros de los mortales? Achmet Zek ha muerto, no te esfuerces en negármelo. Como yo no era su madre, ni su mujer, ni su hijo, no temas que mis lamentos te molesten, y explícame a qué has vuelto aquí. Dime lo que deseas, Werper: y si todavía tienes en tu poder las piedras preciosas de que me habló Achmet Zek, no hay razón para que no nos vayamos los dos juntos hacia el Norte y repartamos el rescate de la prisionera blanca y el contenido de la bolsa que llevas encima. ¿Qué te parece?

Los malignos ojos del árabe seguían contraídos, y una perversa sonrisa de los finos labios arrugó su villanesco semblante, cuando Mohammed Beyd hizo una mueca de inteligencia al belga.

Werper se sintió al mismo tiempo aliviado y preocupado por la actitud del árabe. La complacencia con que aceptaba la muerte de su jefe quitaba una terrible carga de temores de los hombros del asesino de Achmet Zek; pero, su petición de una parte de las piedras preciosas presagiaba malas cosas para Werper, no bien Mohammed Beyd se enterara de que las gemas no estaban ya en posesión del belga.

Confesar que las había perdido podía despertar las iras o los recelos del árabe hasta tal punto que pusiera en peligro sus renovadas esperanzas de escaparse. Su única probabilidad de conseguirlo, pues, consistía en alimentar la creencia de Mohammed Beyd de que las piedras estaban todavía en su po-

der y contar con los accidentes que podían sobrevenir para abrirle un camino de fuga.

Si le era posible meterse en una sola tienda con el árabe en su marcha hacia el Norte, hallaría amplias oportunidades de suprimir aquella amenaza para su vida y su libertad. Por lo menos valía la pena intentarlo, sobre que no había otro medio de salir del trance.

—Sí, — dijo. — Achmet Zek ha muerto. Cayó en la batalla con una tropa de caballería abisinia que me tenía prisionero. Durante el combate pude escaparme, pero dudo que viva ninguno de los hombres de Achmet Zek; y el oro que buscaban está en poder de los abisinios. A estas horas se hallan indudablemente en camino hacia el campamento porque los enviaba Menelik para castigar a Achmet Zek y a sus secuaces por una correría que hicieron en un poblado abisinio. Son muchos, de suerte que si no nos apresuramos a escapar, sufriremos el mismo destino que Achmet Zek.

Mohammed Beyd le escuchó en silencio. No sabía hasta qué punto podía dar crédito al relato de aquel infiel; pero como le ofrecía una excusa para abandonar el campamento y alejarse hacia el Norte, no se sentía inclinado a interrogar con sobrada extensión al belga.

—¿Y si me voy al Norte contigo — preguntó, — me pertenecerán la mitad de las piedras preciosas y la mitad del rescate de la prisionera?

—Sí, — replicó Werper.

—Bien está — dijo Mohammed Beyd. — Voy, pues a dar la orden para que partamos mañana temprano.

Y se levantó para salir de la tienda.

Werper le puso una mano en el brazo para detenerlo.

—Espera — le dijo, — y vamos a convenir cuántos han de acompañarnos. No conviene que llevemos impedimenta de mujeres y chiquillos, porque entonces los abisinios nos alcanzarían infaliblemente. Sería mucho mejor escoger una pequeña escolta de los hombres más valerosos, y dejar dicho aquí que nos vamos para el Oeste. De este modo, cuando lleguen los abisinios, los pondrán sobre una pista falsa, si tienen empeño en perseguirnos, y si no, por lo menos se dirigirán al Norte con más calma que si pensaran que vamos delante de ellos.

—La serpiente es menos prudente que tú, Werper — dijo sonriendo Mohammed Beyd. — Se hará como tú dices. Nos acompañarán veinte hombres, y nos encaminaremos al Oeste cuando salgamos de la aldea.

—Bien — exclamó el belga. Y así se convino.

A la mañaan siguiente, muy temprano, Jane Clayton después de una noche casi de insomnio, se vió despertada por el sonido de voces fuera de su cárcel; un momento más tarde entraron monsieur Frecoult y dos árabes. Estos últimos le desataron los tobillos y la pusieron de pie. Luego le soltaron también las muñecas, le dieron un mendrugo de pan seco, y la sacaron a la débil luz del alba.

Miró lady Greystoke interrogativamente a Frecoult, y en un momento en que la atención del árabe se fijaba en otra dirección, el belga se inclinó a su lado y le dijo en un susurro que todo iba saliendo como él lo tenía planeado. Tranquilizada de esta suerte, la joven sintió renovarse las esperanzas casi borradas de su larga y desdichada noche de insomnio.

Poco tiempo después la subieron a lomos de un caballo, y rodeada por árabes, la acompañaron por la puerta de la empalizada fuera de la aldea y al interior de la selva, en dirección al Oeste. Media hora más tarde la partida se volvió hacia el Norte, y tal camino siguieron durante el resto de su marcha.

Frecoult hablaba raras veces con ella, y Jane comprendía que al proseguir el engaño tenía el belga que seguir fingiéndose su enemigo más bien que su protector. Por esta razón no concibió ninguna sospecha, aunque observaba las amistosas relaciones que parecían existir entre el europeo y el árabe que capitaneaba la partida.

Si Werper pudo abstenerse, contra su deseo, de conversar con la dama, fracasó por completo en su intento de mantenerla alejada de sus pensamientos. Cien veces al día sus ojos volaban hacia ella y se regocijaban con los encantos de su rostro. Cada hora iba creciendo la pasión que por ella había concebido, hasta que su deseo de poseerla vino a adquirir las proporciones de una verdadera locura. Si tanto lady Greystoke como Mohammed Beyd hubieran podido sospechar lo que pasaba por el espíritu del hombre a quien ambos creían amigo y aliado, la aparente armonía de la pequeña partida se habría perturbado en gran manera.

Como Werper no había conseguido su propósito de albergarse en la misma tienda que Mohammed Beyd, revolvía en la imaginación muchos planes para matar al árabe, que se habrían visto simplificados en gran manera si se le hubiera permitido compartir el refugio nocturno del cabecilla.

El segundo día Mohammed Beyd condujo su caballo al lado del animal en que iba montada su prisionera. Era, al parecer, la primera vez que el árabe se fijaba en ella; pero en muchas ocasiones, durante aquellos dos días, sus astutos ojos habían devorado codiciosamente bajo la capucha de su albornoz, los encantos de su cautiva.

Y este secreto enamoramiento no era de origen reciente. Le había acometido cuando por primera vez la esposa del inglés cayó en las garras de Achmet Beyd; mas mientras vivió su terrible jefe, Mohammed Beyd no se atrevió siquiera a esperar la realización de los sueños de su mente. Ahora la cosa era muy distinta, pues sólo un despreciable perro cristiano se hallaba entre él y la posesión de la joven. ¡Cuán fácil le sería matar al infiel, y apoderarse al propio tiempo de la mujer y de las piedras preciosas! Sí, mataría a Werper se quedaría con todas las gemas y conservaría a la inglesa.

Volvió los ojos a ella mientras cabalgaba a su lado. ¡Qué hermosa era!

—¿Sabes — le preguntó inclinándose hacia ella, — adónde querría conducirte ese hombre?

Jane Clayton movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y estás dispuesta a convertirte en juguete de un sultán negro?

La joven se irguió en toda su estatura y volvió la cabeza al otro lado, pero no dió contestación. Temía que su conocimieneo del ardid de Frecoult la hiciera traicionarse no mostrando la suficiente dosis de terror y aversión.

—Puedes librarte de ese destino — continuó el árabe. — Mohammed Beyd te salvará.

Y extendió una mano para tomar la derecha de Jane con apretón tan súbito y fuerte, que su brutal pasión se reveló en aquel acto con tanta claridad como si la hubiera confesado de palabra.

Jane Clayton se desasió violentamente.

—¡Salvaje! — exclamó. — ¡Suélteme o llamo a monsieur Frecoult!

Mohammed Beyd se retiró enarcando el ceño, y frunció el labio superior dejando al descubierto los blancos dientes.

—¿Monsieur Frecoult? — repitió con sarcasmo. — No hay tal persona. Ese hombre se llama Werper. Es un embustero, un ladrón y un asesino. Mató a su capitán en el Congo y huyó a buscar la protección de Achmet Zek. El fué quien instigó a Achmet Zek a que saqueara tu casa. Siguió a tu marido y planeó robarle el oro. El me ha dicho que tú lo crees protector tuyo, y lo ha fingido para captarse tu confianza y que le fuera más fácil llevarte al Norte y venderte al harén de cualquier sultán negro. Mohammed Beyd es tu única esperanza.

Y hecha esta afirmación para dar pábulo abundante a los pensamientos de su cautiva, el árabe picó espuelas a su caballo y se volvió a la cabeza de la columna.

Jane Clayton no podía saber qué parte había de verdad y cuál de mentira en la acusación de Mohammed Beyd; pero siquiera ésta surtió el efecto de aminorar sus esperanzas, y la hizo repasar con recelo todos los actos anteriores del hombre a quien miraba como único defensor en un mundo de enemigos y de peligros.

Durante la marcha se había dispuesto una tienda separada para la prisionera, y por las noches la plantaban entre la de Mohammed Beyd y la de Werper. Apostaban un centinela en la parte de delante y otro en la de detrás, y con estas precauciones no se había creído necesario atar a la cautiva.

La noche de su conversación con Mohammed Beyd, Jane Clayton estuvo bastante rato a la entrada de la tienda, observando las toscas ocupacianes de los hombres del campamento. Se había comido los manjares que le había llevado un esclavo de Mohammed Beyr, consistente en tortas de cazabe y un guisado indefinible en que se combinaban el tuntún y sin condimento, un mico recien muerto, un par de ardillas y los restos de una cebra que mataron el día anterior; pero lo que en otros tiempos fué una beldad de Baltimore, en la dura batalla por la existencia tenía bien dominados los escrúpulos de antaño se resolvían con provocaciones mucho más ligeras.

Mientras los ojos de la joven recorrían el pisoteado calvero de la selva, ya estropeado por la presencia del hombre, no tenían ni los objetos próximos que la rodeaban, representados por los brutales hombres que reían y bromeaban entre sí, ni el bosque de más allá que constituía el último confín de su visión material. La asombrada lady Greystoke pasaba su mirada sobre todo aquello sin verlo, para concentrarse en un distante bungalow y en escenas de dichosa paz que arrancaban a sus ojos lágrimas de alegría y dolor a un mismo tiempo. Veía a un hombre alto y fornido, que llegaba a caballo desde lejanos campos; se veía a sí misma esperándolo para saludarle, con un brazo de rosas recien cortada de los arbustos que orillaban la puertecilla rústica. Todo esto había desaparecido, esfumándose en el pasado, barrido por las antorchas y las balas y el odio de aquellos hombres terribles y degenerados. Ahogando un sollozo y reprimiendo un estremecimiento, Jane Clayton se volvió al interior de su tienda y buscó el montón de sucias mantas que le servían de cama. Arrojándose de boca sobre ellas, exhaló en sollozos de infelicidad, hasta que un sueño bondadoso la sumió en un alivio, siquiera moral, de sus angustias.

Y mientras dormía, una silenciosa figura salió de la tienda plantada a la derecha de la suya. Se acercó al centinela de la puerta y le dijo unas palabras al oído. el soldado asintió, y se alejó en la obscuridad en busca de su propio lecho. La figura pasó a la parte posterior de la tienda, y habló también al centinela allí apostado; el cual se alejó igualmente siguiendo las huellas del primero.

Luego el que los había despedido se acercó a la entrada, soltó las correas que la cerraban, y penetró al interior con todo el sigilo de un espíritu descarnado.

CAPITULO XXI
LA HUIDA A LA SELVA

Insomne en sus mantas, Albert Werper repasaba en su perverso espíritu los encantos de la mujer que dormía en la tienda cercana. Había observado el súbito interés de Mohammed por la prisionera, y midiendo al hombre por su mismo rasero, conjeturaba la verdadera causa del repentino cambio en la actitud del árabe con lady Greystoke.

Y mientras sus pensamientos e imaginaciones se atropellaban tumultuosamente en su cerebro, se despertaron en él unos celos brutales de Mohammed Beyd, y un gran temor que el otro pudiera poner por obra sus bajos designios con la indefensa dama. Por un extraño proceso de razonamiento, Werper, cuyos intentos eran idénticos a los del árabe, se consideraba protector de Jane Clayton, y no tardó en convencerse de que las atenciones que podían repugnar a la cautiva de parte de Mohammed Beyd serían bien recibidas

si se las prodigaba Albert Werper.

El marido de la dama había muerto y Werper se imaginaba que podría reemplazar en el corazón de ella el puesto que dejaba vacío la obra de la ceñuda guadañadora. Podía ofrecer a Jane Clayton el matrimonio, cosa que no le ofrecía el Mohammed Beyd, y que la joven había de rehusar a éste, en todo caso, con la misma repugnancia con que rechazaría la impía libidinosidad del árabe.

No pasó mucho tiempo sin que el belga llegara a notar que la cautiva no sólo tenía poderosas razones para haber concebido sentimientos de amor hacia él, sino que por varios procedimientos femeninos había confesado tácitamente el reciente afecto que él le inspiraba.

Y entonces tomó una resolución súbita. Arrojó de sí las mantas y se levantó. Después de ponerse las botas y de ceñirse el cinturón con la cartuchera y el revólver, se asomó a la entrada de su tienda y miró al exterior. No había centinela delante de la contigua. ¿Qué podía singnificar aquello? El destino se le mostraba verdaderamente propicio.

Salió de su tienda, y se dirigió à trasera de la de Jane Clayton. Tampoco allí había centinela. Werper, sin titubear un instante se encaminó con la mayor audacia a la entrada y penetró al interior.

Esta se hallaba débilmente iluminada por la luz de la luna. Al otro lado se veía una figura inclinada sobre las mantas de un lecho. Se sintió una palabra en cuchicheos, y otra figura se incorporó. Lentamente los ojos de Albert Werper se fueron acostumbrando a la obscuridad de la tienda y entonces vió que la figura que se inclinaba sobre el lecho era la de un hombre, y conjeturó cuál era la personalidad de aquél nocturno visitante. Sintióse invadido por irrefrenable rabia de celos y dió un paso en dirrección a los dos. Oyó que de los labios de la dama brotaban un grito de susto al reconocer las facciones del hombre que tenía a su lado, y vió que Mohammed Beyd la asía de la garganta y la derribaba de nuevo sobre el lecho.

La cólera puso un velo rojo ante los ojos del belga. ¡No, aquel hombre no se la llevaría! ¡Jane Clayton era para él y para nadie más! ¡No quería que le robaran sus derechos!

De un salto cruzó la tienda y se arrojó sobre la espalda de Mohammed Beyd. Este último aunque sorprendido por el súbito e inesperado ataque, no era hombre que se entregara sin resistencia. Los dedos del belga le buscaron el gaznate; pero el árabe los arrancó de él, y levantándose se volvió contra su adversario. Una vez que quedaron frente a frente, el belga asestó a su rival un terrible puñetazo en la cara, que lo hizo retroceder tambaleándose. Si hubiera aprovechado esta ventaja, habría tenido a Mohammed Beyd en un segundo; pero en vez de ello echó mano a su revólver para sacarlo de la pistolera, y el destino ordenó que el arma se negara a salir en aquel momento de su funda de cuero.

Antes que pudiera desprenderla, Mohammed Beyd se había repuesto del golpe y se precipitaba sobre él. De nuevo Werper le pegó en la cara, y el árabe le devolvió el golpe. Apuñetándose a porfía é intentando sin cesar agarrarse a brazo partido, los dos luchaban en el pequeño recinto de la tienda en tanto que lady Greystoke, con los ojos desmesuradamente abiertos de terror y asombro observaba el duelo en silencio glaciel.

Una y otra vez pugnó Werper por sacar el revólver,Mohammed que no había previsto semejante oposición a sus rastreros deseos, había ido a la tienda desarmado, salvo uno larga gumía que esgrimió mientras jadeaba en el primer breve descanso de la lucha.

—¡Perro cristiano! — cuchicheó. — ¡Mira este acero en manos de Mohammed Beyd! ¡Míralo bien, infiel, porque es la última cosa que vas a ver en tu vida! ¡Con él Mohammed Beyd te atravesará el negro corazón! ¡Si tienes un Dios, rézale, pues antes de un minuto estarás muerto!

Y al decir esto se precipitó impetuosamente sobre el belga, con la gumía levantada sobre su cabeza.

Werper seguía aún tirando inútilmente de su revólver. El árabe estaba casi encima de él. Desesperado el europeo, esperó a que Mohammed Beyd llegara casi encima y entonces se echó al suelo de lado, dejando una pierna estirada en el camino de su enemigo.

La triquiñuela le dió buen resultado, Mohammed Beyd, en el ímpetu de su ataque, tropezó en el obstáculo y cayó al suelo. Instantáneamente se volvió a levantar, apercibido para reanudar la lucha; pero Werper estaba en pie antes que él, y ya relucía en su mano el revólver, que por fin había conseguido desprender de la pistolera.

El árabe se lanzó de cabeza para clavarle la gumía; pero se se sintió una fuerte detonación, un vívido fogonazo interrumpió la oscuridad y Mohammed Beyd rodó por el suelo varias veces, hasta quedar inmóvil junto al lecho de la mujer que había tratado de deshonrar.

Casi inmediatamente después del disparo surgió ruido de excitadas voces en el campamento. Los hombres se llamaban unos a otros, preguntándose qué había sido aquel tiro. Werper los oyó correr de acá para allá, haciendo pesquisas.

Jane Clayton, que se había puesto en pie en el momento de morir el árabe, se acercó a Werper con las manos extendidas.

—¿Cómo podré darle a usted las gracias amigo mío? — preguntó. — Y pensar que hoy mismo había llegado casi a creer el infame cuento que esa fiera me refirió de la perfidia de usted y de su pasado! ¡Perdóneme usted, monsieur Frecoult! Hubiera debido pensar que un hombre blanco y un caballero no puede ser más que protector de una mujer de su propia raza, en medio de los peligros de esta abominable tierra.

Werper dejó caer desmayadamente las manos, y se quedó mirando a la señora, pero sin poder hallar palabras para contestarle. No tenía respuesta la mala interpretación que Jane daba inocentemente a sus verdaderos propósitos.

Fuera, los árabes estaban buscando al autor del disparo que tanta agitación causaba en el campamento. Los dos centinelas relevados y enviados a dormir por Mohammed fueron los primeros que apuntaron la idea de ir a la tienda de la cautiva, pues se les ocurría que acaso ésta se habría defendido con éxito contra el jefe.

Werper oyó que se acercaban los hombres. El verse preso como matador de Mohammed Beyd sería equivalente a una sentencia de muerte inmediata. Los feroces y brutales bandoleros harían pedazos a un cristiano que se había atrevido a derramar la sangre de su cabecilla. Tenía que encontrar alguna excusa para demorar el hallazgo del cadáver.

Mugambi en sus correrías vió a un mono, al que le arrojó una jabalina sin dar...

Volviéndose el revólver a la funda, salió prontamente a la entrada de la tienda. Separó las cortinas de lona, se asomó y se encaró con los hombres, que se acercaban rápidamente. No se sabe cómo logró hallar en su interior la bravuconería necesaria para arrancar una sonrisa a sus propios labios, en tanto que levantaba una mano para contener el avance de la gente.

—La prisionera se ha resistido, — dijo,— y Mohammed se ha visto obligado a disparar. Pero no está muerta, sino tan sólo herida de poca gravedad. Podéis volveros a vuestras mantas que Mohammed Beyd y yo cuidaremos de la cautiva.

Dicho esto dió media vuelta y entró de nuevo en la tienda; y los bandoleros, tranquilizados por su explicación, se volvieron de buena gana a reanudar el interrumpido sueño.

Cuando volvió al lado de Jane Clayton, Werper se sentía animado de intenciones muy distintas de las que le sacaron del lecho tan pocos minutos antes. La excitación de su lucha con Mohammed Beyd, así como los peligros que afrontaba en compañía de los bandoleros, cuando con la llegada del día se descubriera inevitablemente la verdad de lo ocurrido en la cárcel de la cautiva, habían tenido por consecuencia natural el enfriamiento de la ardorosa pasión que lo dominaba al entrar antes en la tienda.

Pero además estaba jugando en favor de la dama una fuerza distinta y mucho más enérgica. Por muy bajo que pueda caer un hombre, el honor y la caballerosidad, si alguna vez los ha poseído, no desaparecen por completo de su alma; y aunque Werper desde mucho tiempo atrás, no podía pretender la posesión de una u otra prenda, el reconocimiento espontáneo que Jane había hecho de ambas las había despertado en el fondo de su corazón.

Por primera vez se dió cuenta de la terrible y casi desesperada situación de la bella prisionera, y de los abismos de ignominia en que se había hundido él y en los cuales un caballero europeo bien nacido había podido desempeñar un papel tan villano en la pérdida de la casa, de la dicha y de la persona de lady Greystoke.

Era ya demasiada la bajeza que anidaba en el fondo de su conciencia para que pudiera abrigar la esperanza de redimirse algún día; pero en el primer ímpetu de su contricción el belga concibió el honrado intento de deshacer, hasta donde estuviera a su alcance, el mal que su criminal avaricia había acarreado aquella dulce e inocente señora.

Mientras estaba escuchando en apariencia los pasos de los árabes que se retiraban, y en realidad pensando cada vez con más vehemencia, Jane Clayton se le acercó y le dijo:

—¿Qué vamos a hacer ahora? Al llegar el día se descubrirá esto, — añadió señalando el cadáver de Mohammed Beyd, — y cuando lo encuentren le matarán a usted.

Werper estuvo un rato sin contestar, y luego se volvió hacia ella de pronto, exclamando:

—Tengo un plan, pero necesitará mucho valor y brío por parte de usted. No importa; ya ha demostrado usted que posee ambas cosas. ¿Puede soportar más todavía?

—Yo puedo soportarlo todo, — contestó Jane Clayton con valerosa sonrisa, — con tal que nos ofrezca una levísima esperanza de salvación.

—Tendrá usted que fingirse muerta, — explicó él, — mientras yo la saco a usted del campamento. Diré a los centinelas que Mohammed Beyd me ha ordenado que me lleve el cuerpo de usted a la selva. Les explicaré que ese acto, al parecer innecesario, se debe a que el hombre había concebido por usted una pasión violentísima, y que está tan arrepentido de haberla asesinado a usted, que no puede tolerar el silencioso reproche de su cadáver.

La joven levantó una mano para interrumpirle, y le preguntó con una sonrisa:

—¿Está usted loco? ¿Se imagina usted que los centinelas van a creer una cosa tan descabellada?

—No los conoce usted, — replicó Werper. —Bajo sus toscas figuras, a pesar de su índole encallecida y criminal, existe en todos ellos una vena clarísima de emotividad romántica, que sin dificultad encontraría usted por doquiera entre los iguales de esa gente. Es el romanticismo lo que impulsa a los hombres a llevar una existencia desenfrenada de crímenes y fechorías. Nuestro ardid dará buen resultado, no tema usted.

Jane Clayton se encogió de hombros.

—Bien, podemos intentarlo. ¿Y luego?

—Yo la esconderé a usted en la selva, — continuó el ex teniente, — y por la mañana volveré a buscarla, solo con dos caballos.

—Pero, ¿cómo explicará usted la muerte de Mohammed Beyd? — preguntó lady Greystoke. — Porque por la mañana descubrirán antes que pueda usted escaparse del campamento.

—No la explicaré, — repuso Werper. — La explicará el mismo Mohammed Beyd... Es cosa que debemos dejarle a él. ¿Está usted pronta a correr el riesgo.

—Pronta estoy.

—Bueno, pero aguarde usted, mientras le busco un arma y municiones, — dijo Werper saliendo rápidamente de la tienda.

Al poco rato volvió con otro revólver y una cartuchera sujeta a la cintura.

—¿Está usted dispuesta? — preguntó.

—Sí, — replicó la dama.

—Entonces venga usted y échese sobre mi hombro izquierdo, como si estuviera usted muerta.

Diciendo estas palabras Werper hincó en tierra una rodilla para recibirla.

—Eso es, — dipo poniéndose de pie. — Ahora deje usted que los brazos, las piernas y la cabeza cuelguen inertes. Acuérdese de que es usted un cadáver.

Se había levantado una "boma" de espinos en torno del campamento, para poner coto a la audacia de los hambrientos carnívoros. Un par de centinelas paseaban de un lado a otro a la luz de una hoguera que mantenían ardiendo. El más próximo de los dos alzó los ojos sorprendido al ver acercarse a Werper.

—¿Quién eres? — le preguntó. — ¿Qué llevas ahí?

Werper se levantó la capucha del albornoz para que el centinela le viese la cara.

—El cadáver de la prisionera, — explicó. — Mohammed Beyd me ha encargado que me lo lleve a la selva, porque no tiene alma para contemplar el cuerpo de la mujer que amaba, y a quien la necesidad le ha obligado a matar. ¡Está acongojadísimo, inconsolable! Me ha costado mucho trabajo impedir que se quitara él mismo la vida.

Inerte y asustadísima Jane Clayton, echada sobre el hombro del belga, esperó con ansiedad la respuesta del árabe. Este se reiría del ridículo relato, no le cabía duda. Un instante después descubriría el engaño de que Frecoult le quería hacer víctima, y los dos estarían perdidos. Jane trataba de imaginar la mejor manera de ayudar a su salvador en la lucha que sobrevendría infaliblemente dentro de pocos segundos.

De pronto oyó la voz del centinela, que contestaba a Frecoult.

—¿Vas a ir solo, o quieres que despierte a alguien que te acompañe? — preguntó, sin que su acento denotara la menor sorpresa ante la idea de que Mohammed Beyd hubiera demostrado de pronto tan notables rasgos de sensibilidad.

—Iré yo solo, — repuso Werper, y pasó por la pequeña brecha de la "boma" junto a la cual se hallaba el centinela.

Un momento más tarde se había esfumado entre los troncos de la selva con su carga al hombro; y cuando estuvo fuera de la vista del centinela bajó a la dama hasta ponerla en pie, y musitó un apagado "chist" al ver que Jane Clayton se disponía a hablar.

La condujo poco más dentro de la selva, se paró debajo de un árbol de ramas horizontales, y después de quitarse de la cintura una cartuchera y un revólver ayudó a la señora a subirse a las ramas inferiores.

—Mañana, — cuchicheó, — en cuanto pueda burlarlos, volveré por usted. Tenga valor, lady Greystoke, que aún podemos escaparnos.

—Gracias, — contestó ella en voz baja. — Ha sido usted muy caballero y muy valiente.

Werper no replicó, y la oscuridad de la noche ocultó el rubor de vergüenza que subió a teñir su semblante. Rápidamente dió media vuelta y emprendió el regreso al campamento. El centinela, desde su puesto, lo vió entrar en su propia tienda, pero no lo vió arrastrarse por debajo de la lona, en la parte posterior, ni deslizarse por debajo de la lona, cautelosamente hacia la que había ocupado la cautiva, y donde ahora yacía el cuerpo de Mohammed Beyd.

Levantando la pared trasera, Werper se coló dentro y se acercó al cadáver. Sin vacilar un instante asió las muertas muñecas y arrastró el cuerpo arriba hasta el punto por donde acababa de entrar. A gatas y de espaldas salió por aquel sitio, tirando del cadáver. Una vez fuera, el belga se deslizó al lado de la tienda y observó toda la parte del campamento que abarcaba su vista. No había nadie vigilando.

Vuelto al lado del muerto, se lo echó al hombro, y arriesgándolo todo en una salida repentina, corrió por el estrecho espacio que separaba la tienda de la cautiva de la de Mohammed Beyd. Tras la pared de seda se detuvo y dejó su macabra carga en el suelo. Luego permaneció inmóvil unos cuantos minutos, prestando oído.

Convencido al fin de que nadie lo había visto, se agachó a levantar el fondo de la pared posterior de la tiendo, entró por ella, y arrastró consigo al que en vida había sido Mohammed Beyd. Llevó el cadáver hasta las mantas de dormir y tentó en la oscuridad en busca del revólver del muerto. Volvió junto al cadáver, se arrodilló al lado del lecho, y después de meter la mano derecha con el arma debajo de las mantas, amontonó con la izquierda unos cuantos dobleces del compacto tejido, en

torno del revólver. Apretó luego el gatillo, y en el mismo instante tosió fuerte.

Ni siquiera una persona que se hubiese hallado al lado de la tienda habría podido oír, dominando la tos de Werper, el ahogado ruido de la detonación. El belga quedó satisfecho, y una sonrisa maligna vagó por sus labios cuando retiró el arma de las mantas y la puso cuidadosamente en la mano del muerto, colocándole tres dedos en torno de la culata y el índice junto al gatillo.

Un momento más se entretuvo en arreglar de nuevo las desordenadas mantas, y volvió a salir como había entrado, sujetando la pared posterior de la tienda tal como estaba antes de levantarla.

Fué después a la de Jane Clayton, y borró todo indicio de que alguien hubiera entrado o salido por debajo de la pared trasera. Luego volvió a su propio alojamiento, entró, cerró las cortinas de lona y se metió debajo de sus mantas.

A la mañana siguiente le despertó la excitada voz del esclavo de Mohammed Beyd, que le llamaba desde la entrada.

—¡Pronto! ¡Pronto! — exclamó el negro con acentos de terror. — ¡Ven! ¡Mohammed Beyd está muerto en su tienda. ¡Muerto por su propia mano!

Werper, al sentir la primera voz de alarma se sentó rápidamente en las mantas con expresión de susto; pero al escuchar las últimas frases del negro se escapó de sus labios un suspiro de alivio. y una leve sonrisa reemplazó a las contraídas líneas de su rostro.

—¡Voy, voy! — dijo al esclavo.

Inmediatamente se puso las botas y salió.

Arabes y negros, en el colmo de la excitación, acudían de todas partes a la tienda de seda de Mohammed Beyd; y cuando Werper entró se encontró a bastantes badoleros apiñados en torno del muerto, ya frío y rígido.

Abriéndose paso por entre ellos, el belga se detuvo junto al cadáver del bandido. Un momento lo estuvo contemplando en silencio, y luego se volvió a los árabes.

—¿Quién ha hecho esto? — exclamó, con acento que al propio tiempo encerraba acusaciones y amenazas. — ¿Quién ha matado a Mohammed Beyd?

Un coro repentino de voces se alzó en tumultuosas protestas.

—¡A Mohammed Beyd no le ha matado nadie! — exclamaron. — Ha muerto por su propia mano. — ¡Eso y Alá son nuestros testigos! — dijeron señalando el revólver de la mano del cadáver.

Un rato fingió Werper escepticismo e incredulidad; mas al fin se dejó convencer de que Mohammed Beyd se había suicidado efectivamente, movido sin duda por el remordimiento que le ocasionaba la muerte de la mujer blanca a quien, sin que lo supiera ninguno de sus secuaces, amaba tan devotamente.

Werper en persona envolvió el cadáver en las mantas, cuidando de dejar dentro el tejido chamuscado y agujereado por la bala que había ahogado el ruido de la detonación al disparar él la noche antes. Luego seis negros se llevaron el cuerpo al calvero del campamento y lo enterraron en una tumba somera. Cuando cayó la suelta tierra sobre el cadáver arropado en las acusadoras mantas, Albert Werper exhaló otro suspiro de consuelo. Su plan había salido aún mejor de lo que él mismo se figuraba.

Muetos Achmet Zek y Mohammed Beyd, los bandoleros quedabn sin jefe; y tras breve conferencia decidieron volverse hacia el Norte para hacer una visita a las diversas tribus a que pertenecían. Werper, una vez enterado de la dirección que pensaban seguir, anunció que, por su parte, él se encaminaría al Este para llegar a la costa; y como no sabían que poseyera nada que ellos pudiesen codiciar, se mostraron dispuestos a dejarle seguir su camino.

Cuando los demás se alejaron, Werper montó a caballo en el centro del calvero, y se quedó viéndolos desaparecer uno a uno en la selva. Después dió gracias a Dios por haberle librado de las terribles garras de aquellos forajidos.

Cuando ya no llegó a sus oídos el menor sonido de ellos, volvió hacia la derecha y se metió en el bosque, en dirección al árbol en que había escondido a lady Greystoke. Allí detuvo su montura, y pronunció en voz alegre y esperanzada:

—¡Buenos días!

No obtuvo respuesta, y aunque sus ojos escrutaron el denso follaje de encima, no pudo ver ni rastro de lady Greystoke. Desmontó y trepó ágilmente al árbol, hasta un sitio desde el cual pudiera ver cómodamente todas sus ramas. Pero el árbol estaba vacío...

Jane Clayton había desaparecido durante las silenciosas horas de la noche en la selva.

CAPITULO XXII

TARZAN RECOBRA LA RAZON

Cuando Tarzán dejó caer en la palma de la mano las vulgares piedras de su recobrada bolsa, sus pensamientos volvieron a la pila de lingotes de oro en torno de la cual árabes y abisinios habían sostenido su implacable combate.

—¿Qué había de comón entre aquel montón de metal empolvado y sucio y las lindas y relucientes piedras que contenía antes su bolsa? ¿Qué metal era aquel? ¿De dónde procedía? ¿Qué hostigadora semiconvicción era aquélla, que parecía exigir a su memoria el reconocimiento de que estaba relacionado íntimamente con su pasado, de que había sido suyo el montón amarillo por el cual lucharon y murieron aquellos hombres?

¿Cuál había sido su pasado? Meneó la cabeza. Vagamente pasó revista a su niñez en la selva; luego se le presentó un confuso recuerdo de caras, figuras y acontecimientos que parecían no tener relación con Tarzán, pero que, aun en su forma fragmentaria, le eran familiares.

Lenta y penosamente el recuerdo trataba de imponerse; el lesionado cerebro iba entrando en caja, a medida que la causa de su reciente incapacidad para funcionar se reabsorbía len-

tamente y desapareció en el proceso curativo que conducía a la circulación perfecta.

Las personas que, por primera vez después de muchas semanas, pasaban ante los ojos de su mente, tenían todas caras familiares; y sin embargo, Tarzán no la podía colocar en los puestos que ocupaban en su vida pasada, ni llamarlas por sus nombres. Una de ellas era hermosa mujer, cuyo semblante se movía más que ninguno en los enmarañados recuerdos de su cerebro convaleciente. ¿Quién era ella? ¿Qué había sido para Tarzán? Este creía verla en el mismo sitio en que los abisinios desenterraron el montón de oro; pero los alrededores eran muy distintos de los que ahora contemplaba.

Había allí un edificio, muchos edificios, y además setos, vallas y qores. Tarzán enarcaba el ceño al meditar hondamente sobre el pasmoso problema. Un instante parecía dar con la verdadera explicación de todo y luego, en el instante de ir a conseguirlo, el cuadro se esfumaba para formar una escena de la selva, en la cual un joven gigantesco y desnudo bailaba en compañía de una partida de monos peludos y degradados.

Tarzán meneó la cabeza suspirando. ¿Cómo era que no podía recordar? Al fin llegaba casi a la seguridad de que el montón de oro, el lugar en que estaba, el sutil aroma de la escurridiza mujer que iba persiguiendo, la figura de la mujer blanca, y él mismo, estaban inextricablemente enlazados en alguna forma por los vínculos de un pasado envuelto en las sombras del olvido.

Si la mujer se relacionaba con aquello ¿qué mejor sitio para buscarla o esperarla que el mismo paraje en que parecían situarla sus borrosos recuerdos? Valía la pena de probarlo. Tarzán se pasó por el hombro los cordones de cuero de la bolsa vacía, y partió por entre los árboles en dirección a la llanura.

En los confines del bosque se encontró con los árabes que volvían en busca de Achmet Zek. Escondido los dejó pasar, y luego prosiguió el camino hacia las socarradas ruinas de la casa que estaba a punto de traer de nuevo a su memoria.

Interrumpió su viaje por el descubrimiento de un pequeño rebaño de antílopes en una hondonada, donde el refugio y el viento se combinaban perfectamente para poder acecharlos sin dificultad. Media hora de cautelosa espera y un ataque feroz y repentino se vieron recompensados por la captura de un antílope tierno; y ya estaba avanzada la tarde cuando el gigante se puso en cuclillas junto a su víctima para gozar de los frutos de su habilidad, de su astucia y de su pujanza.

Satisfecha el hambre, sintió sed. El río le atrajo por el camino más corto a las refrescantes aguas, y cuando hubo bebido cerraba ya la noche, y Tarzán se hallaba a media milla o más, corriente abajo, del lugar en que vió el montón de amarillos lingotes, y donde esperaba encontrar a la mujer de su recuerdo, o por lo menos alguna pista de su paradero o algún dato sobre su personalidad.

(Continuará en el próximo número.)

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . " " 12.00 "

Barnigugli y su
BARNIGUGLI SIGUE EN SU EMPEÑO DE CUMPLIR CON LA CLAUSULA DEL TESTAMENTO DE SU TIO MILLONARIO, PARA OBTENER LA HERENCIA. LA NOTICIA DEL VIAJE SE HA EXTENDIDO POR TODAS PARTES. EN LA CIUDAD DE PATATIN, LA POBLACION HA RESUELTO TRIBUTAR UN HOMENAJE PUBLICO A LA LLEGADA DEL EXCURSIONISTA AL QUE ESPERAN A LAS 14.20 EN PUNTO.
¡AHI VIENE, MUCHACHOS! ¡HIP, HIP, HURRA! ¡VIVA BARNIGUGLI!
2
ESTO QUE HACEMOS ES UN GRAN ACTO POLITICO. CUANDO BARNIGUGLI COBRE LA HERENCIA SEGURAMENTE HARA UNA DONACION A LA CIUDAD.
NO LO MOLESTEN. CADA MINUTO QUE PASA ES PLATA PARA EL. NO LE DIGAN NADA.
¡GLU! ¡GLU! ¡GLU!
5
¡NO SE OLVIDE DE NOSOTROS!
¡CHAU, BARNIGUGLI! ¡QUE LE VAYA BIEN!
SI NO FUERA POR LOS DOS POLLOS A LO SPIEDO QUE ME HE MORFADO CREERIA QUE ESTO ES UN SUEÑO.
6
¡AH! ¡CUANDO SEA MILLONARIO! HARE UNA VISITA A PATATIN PARA HACERLOS ESTRILAR A ESTOS BRUTOS.
9
—DIGA. ¿PASO USTED POR LA CIUDAD DE PATATIN?
—¿QUE SI PASE POR ALLI? VENGA VIEJO, QUE LE VOY A CONTAR ALGO NOTABLE.
10

pingo Tragavientos
¡NO SE EMBROMAN! DEBE SER ALGUNA KERMESE. ¡CUALQUIER DIA ME AGARRAN A MI!
¡EH! ¡VUELVA ¡LE QUEREMOS DAR LA BIENVENIDA A LA CIUDAD DE PATATIN!
3
SI, HOMBRE. LO CONOCEMOS A USTED Y SABEMOS PORQUE ANDA DE ATORRANTE. VENGA QUE LE VAMOS A DAR UNA FIESTA.
¿?
¿?
¿?
4
SI. MUCHACHOS. YO PAREZCO UN ATORRANTE PERO ESTOY A PUNTO DE COBRAR UNA HERENCIA ENORME.
¿PERO CREE USTED QUE NOS VA A ENGRUPIR? ¡VEA LA FACHITA PARA DARSELAS DE BARNIGUGLI...!
7
¡MENTIROSO!
¡GLOBERO!
¡SACUDANLE EN EL MATE!
¡RANFAÑOSOS! ¡ATORRANTES! NUNCA HE VISTO TIPOS TAN SALVAJES...
8
—¿Y ELLOS LO TOMARON A USTED POR BARNIGUGLI?
—SÍ; NO TUVE EL CORAJE PARA DESILUSIONARLOS. TAMBIEN, FIGURESE: POLLO A LO SPIEDO PASTELES, SIDRA. ¡QUE PANZADA!
11
BOLETIN DEL HOSPITAL
"UN ATORRANTE DESCONOCIDO FUE TRAIDO AYER CON GRAVES LESIONES, QUE DICE LE FUERON PRODUCÍDAS POR OTRO INDIVIDUO CUYO NOMBRE INVOCO PARA SUPLANTARLO EN UN HOMENAJE PUBLICO".
¡CUANTOS KILOMETROS ME FALTAN! PERO AL FINAL: $ $ Y $
12

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
DIAS TRAGICOS Y NOCHES SOMBRIAS SE CIERNEN SOBRE EL SIMPATICO TRIO MACACHIN TEODORITA Y PIPERMIT. PERO NO HAY QUE AFLIJIRSE POR ESO. AL FIN Y AL CABO SE HAN VUELTO A REUNIR LOS MIEMBROS DISPERSOS DE TAN ORIGINAL FAMILIA. ¿QUE IMPORTA QUE TEODORITA HAYA PERDIDO SU VOZ DE ORO Y QUE MACACHIN ESTE REDUCIDO A LLENAR LAS FUNCIONES DE UN SIMPLE BARRENDERO? ¿QUIEN PUEDE PREVER EL PORVENIR? ES NECESARIO NO PERDER LA ESPERANZA.
¡OH¡ MACACHIN. ¡MI VOZ¡ ¡MI VOZ! CREO QUE NO VOLVERE A CARTAR MAS..
BUENO NO TE AFLIJAS POR TAN POCA COSA. ¿NO ME TIENES A MI?
TIENE RAZON PAPÁ. NO TE AFLIJAS.
CON TANTAS PREOCUPACIONES, EL PELO SE TE ESTA PONIENDO CANOSO. SUPONGO QUE NO SERAS TAN INFELIZ DE CREER QUE ESO SE ARREGLA CON LAS TINTURAS QUE VENDEN POR AHI. REANIMATE, VIEJA. QUE MAÑANA SERA OTRO DIA.
TIENES RAZON, HIJITO. ME SIENTO MAS ANIMADA. ALGO ME DICE QUE VA A CAMBIAR LA SITUACION.
—¿QUE HACES AQUI A ESTA HORA? ¿TE PASA ALGO, MACACHIN?
—SI... ESTOY MUY ENFERMO... LLAMEN AL MEDICO... ¡PRONTO!
SU ESPOSO TIENE POR LO MENOS TRES ENFERMEDADES GRAVES COMPLICADAS CON OTRAS SIN IMPORTANCIA. QUE NO TRABAJE, QUE SE ALIMENTE BIEN Y SI ES POSIBLE QUE HAGA UN VIAJE DE PLACER A EUROPA.
¿QUE VOY A HACER SIN DINERO?
PERMITEME QUE TE CONTESTE ESTA PREGUNTA.
YA VERAN QUIEN ES PIPERMIT, CUANDO LAS CIRCUNSTANCIAS LO REQUIEREN.

3 0112 077629001